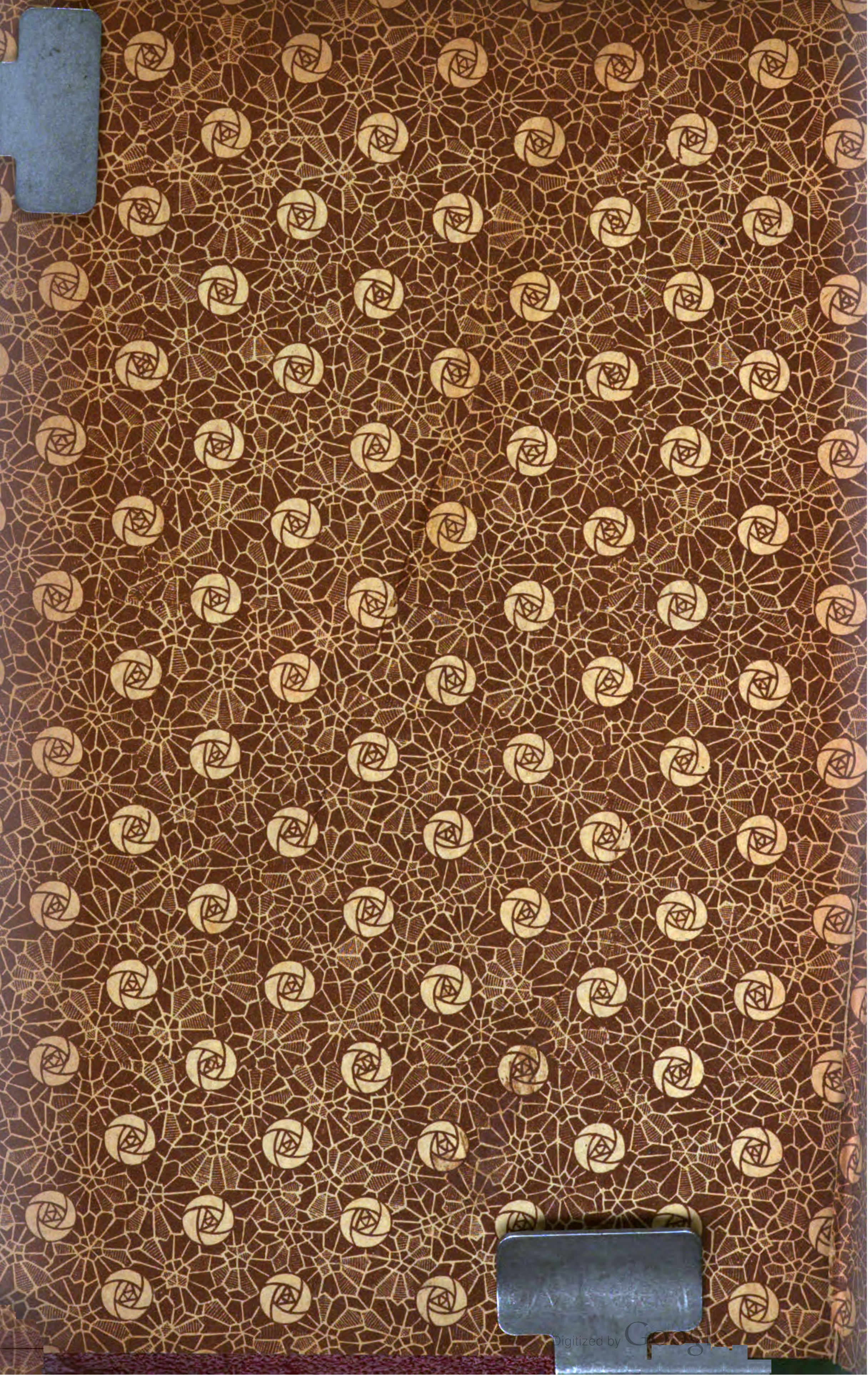






BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS.

COLECCION ESCOGIDA

DE OBRAS RARAS DE AMENIDAD Y ERUDICION,

CON

APUNTES BIOGRÁFICOS DE LOS DIFERENTES AUTORES,

POR DON ADOLFO DE CASTRO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.
SALON DEL PRADO, 8.

1855.

El celo por las glorias literarias de España, mi amadísima patria, y por la conservacion de la pureza de su bella habla, me hizo mirar siempre como muy útil y loable la empresa del señor don Manuel Rivadeneyra, publicando su escogida Biblioteca de Autores Españoles *desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias.*

Desde luego quise cooperar al objeto que tan digna y tan felizmente se propuso y está desempeñando el señor Rivadeneyra, en la pequeñísima parte que estaba á mi alcance, ya como suscritor á la obra, ya costeando la impresion de un tomo de ella para ser distribuido *gratis* un ejemplar á cada una de las bibliotecas provinciales del reino y á algunas otras corporaciones y personas, á quienes lo entregaré en los mismos términos. Careciendo yo de relaciones con el señor Rivadeneyra, me dirigí á él por medio de mi erudito amigo el señor don Adolfo de Castro, que tan acreditado tiene su gusto por la literatura. Y habiendo el señor Rivadeneyra tenido la bondad de acceder á mi intento, sale hoy á luz, á mis expensas, el tomo XXXVI de la Biblioteca citada, con el título de *Curiosidades bibliográficas*, cuya coleccion va enriquecida con los apuntes biográficos del señor don Adolfo de Castro. En esta publicacion nada hay mio sino el buen deseo, que si fuese apreciado favorablemente por los lectores de ella, quedaré yo completamente satisfecho.

J. M. de Vadillo.

EL EDITOR.

El excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, persona tan ventajosamente conocida en la república de las letras, ha querido asociar su nombre á la publicacion de mi Biblioteca de Autores Españoles, de un modo que patentizará siempre su ilustracion y su munificencia. Por medio de mi amigo el señor don Adolfo de Castro, alcalde primero constitucional de Cádiz, me hizo presente que estaba dispuesto á costear la impresion de un tomo de mi Biblioteca, siempre que este fuese una coleccion escogida de obras raras de amenidad y erudicion. Su deseo era prestar un doble servicio á la literatura patria, tendiendo en primer lugar una mano protectora sobre la publicacion de la Biblioteca, tan necesitada de Mècénas en un pais como el nuestro, donde la indiferencia por las glorias nacionales ha llegado á herir aun á las personas mas ilustradas, y facilitando al propio tiempo á los eruditos el conocimiento de obras de difícil adquisicion, que de esta manera se salvan del olvido. Aceptada por mí una propuesta que tanto honor hace al excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, sale hoy á luz el presente tomo de *Curiosidades bibliográficas*.

Un deber sagrado me obliga á consignar aquí un perpétuo testimonio de mi gratitud hácia la persona de este caballero. Rasgos de desprendimiento semejantes al suyo, tratándose de proteger la literatura patria, son por desgracia rarísimos entre nosotros. Grande, muy grande es mi satisfaccion al ver que todavía hay personas en España, tan amantes de nuestras glorias literarias, que comprenden la utilidad de mi Biblioteca, y se interesan vivamente por que su publicacion se lleve á feliz término.

M. Rivadeneyra.

PROLOGO.

El excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, ilustre gaditano, y persona de gran erudicion, como demuestran su *Sumario de la España económica*, sus *Estudios sobre las causas de la revolucion de la América del Sur*, su *Análisis del concordato de* 1851, y otros opúsculos no menos interesantes, deseoso de prestar un servicio á la literatura patria, se propuso costear un tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, consagrado únicamente á publicar por vez primera ó á reimprimir algunas obras importantísimas que por su rareza merecian ser mas conocidas ó perpetuadas en la memoria de las gentes para honor del ingenio español. Aceptada por el señor don Manuel Rivadeneyra, editor de la Biblioteca, la protectora é ilustrada oferta que por mi intervencion se dignó hacerle el señor de Vadillo, sale hoy este tomo á luz, formado de diferentes joyas literarias.

El *Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*, es una obra de don Diego Hurtado de Mendoza, escrita á imitacion de Luciano. Su asunto nace de la muerte que varios nobles conjurados dieron á Pedro Luis Farnesio, duque de Plasencia y Parma, en su mismo palacio, el dia 10 de setiembre de 1547, cansados de sufrir por una parte las violencias de su tiránico gobierno, y por otra movidos de las ocultas instigaciones que, en nombre del emperador Cárlos V, les hicieron don Fernando Gonzaga, capitan general de Milan, el castellano de Cremono, el obispo de Arras y el mismo don Diego Hurtado de Mendoza, segun la voz que corrió en aquel tiempo por Italia. El duque Pedro Luis Farnesio baja despues de muerto á la laguna Estigia, y tiene con Aqueronte un largo coloquio sobre los negocios de Roma y el concilio de Trento. Es obra escrita con aquel ingenio vivísimo y aquella sagaz política que don Diego Hurtado de Mendoza usa en casi todas sus obras. Hay, sin embargo, la gran incongruencia de aparecer Aqueronte muy interesado por la causa de los cristianos: incongruencia que no debe atribuirse tanto á don Diego Hurtado de Mendoza, cuanto al gusto general que habia en su siglo, de mezclar en los trabajos de invencion las tradiciones de los gentiles con las de los cristianos. ¿Qué extraño es que don Diego de Mendoza haga que las almas de los cristianos vayan á la laguna Estigia á que Aqueronte las conduzca en su barca, cuando Miguel Angel, en su gran fresco del juicio final, pintaba al mismo Aqueronte empleado en ejercicio igual al que le dió la imaginacion de los gentiles?

El *Diálogo de Caronte y Pedro Luis Farnesio* sale á luz hoy por vez primera. En la Biblioteca Nacional existen antiguas copias manuscritas de este ingenioso opúsculo.

La *Crónica de don Francés de Zúñiga* ocupa el lugar segundo de este volúmen. Es la

historia burlesca del emperador Cárlos V, con retratos de los principales personajes de su corte, con gracioso estilo y picante sátira, por el bufon del mismo soberano. Muchas copias hay de ella en bibliotecas públicas y de particulares. Mi amigo, el erudito orientalista don Pascual de Gayangos, ha hecho un minucioso cotejo de las que existen en la corte, del cual ha resultado el texto que ha servido para la primera edicion que hoy se hace.

Los grandes de la corte, muy heridos fueron de las satíricas agudezas que el bufon de Cárlos V derramó en su obra contra ellos. Sirva de muestra lo que se lee en la crónica al tratar del famoso almirante de Castilla, que tanta parte tuvo en las comunidades y en su triste vencimiento:

«Don Fadrique Enriquez llegó al Rey muy acompañado, como gran almirante, y dijo al Rey: —Señor, cuanto á lo de Dios soy hombre, cuanto á lo del mundo no lo parezco. Lo mas del tiempo ando debajo de tierra, como topo. Tengo dos hermanos, el uno, llamado don Fernando Enriquez, que parece mercader de jengibre; el otro es el conde de Rivadavia, que parece gavilan fiambre ó nieto del regidor de Segovia. Tengo una hermana, que se llama doña Teresa Enriquez. Saca cada año seis ánimas del purgatorio, y mete á su hijo el adelantado de Granada y doce nietos en el infierno.—El Rey le dijo:—Almirante, sois muy discreto; dad gracias al Redentor, que si os lo quitó de las aldas, os lo añadió en las mangas.»

No se escapó tampoco de las burlas del conde DON FRANCESILLO la persona venerable (si no entonces, en los siglos posteriores) del cardenal don Francisco Jimenez de Cisneros. En cuatro palabras la describe, en conformidad con el retrato que de él nos ha quedado.

«Gobernó (dice) el ilustre y serenísimo señor cardenal de España, don fray Francisco Jimenez, que *parecia galga envuelta en manta de jerga.*»

Al hablar de su muerte no pudo menos de recordar que fué ocasionada por la venida de varios caballeros flamencos en calidad de áulicos del Monarca, y por el sentimiento que le produjo verse destituido del mando por medio de aquella carta con que anonadó su grandeza la vulgaridad de un obispo llamado Mota, cuyo nombre para nada notable figura mas en la historia patria.

Con un solo rasgo ridiculiza la pasion de ánimo que abrió el sepulcro al cardenal Cisneros. Véanse las palabras siguientes:

«Murió este cardenal de placer que hubo de la venida de monsieur de Xebres.»

Al hablar de las mismas prendas del mismo cardenal, no puede menos de descubrir la sagacidad del lector la fina ironía con que formaba sus elogios el festivo DON FRANCÉS DE ZUÑIGA:

«Tuvo por compañero en la gobernacion y vida al obispo de Avila don fray Francisco Ruiz, hombre muy experto, muy servidor de su majestad; el cual obispo parecia mortero de mostaza. Este cardenal fué de buena vida, honesto y muy amigo de justicia. Quiso al Emperador mucho. Tuvo por pariente al adelantado de Cazorla. Fuéle tan pesado en la vida y muerte, que quisiera tener el dicho cardenal mas diez mil ducados de pension sobre su arzobispado que no á él.»

Sigue á la *Crónica de don Francés* el poema de Estacio *La Tebaida,* traducido en magníficas octavas castellanas por JUAN DE ARJONA hasta el libro IX, y en lo demás por GREGORIO MORILLO. Esta version, monumento admirable de la poesía y lengua española, ha permanecido inédita hasta ahora. El original, preparado para imprimirse á principios

del siglo XVII, con todas sus hojas rubricadas por Vallejo, escribano del Consejo, ha sido facilitado con noble franqueza por mi amigo y compañero como individuo de la Real Academia de la Historia en la clase de los correspondientes, el distinguido gaditano don Joaquin Rubio, uno de los primeros numismáticos de la nacion española, y como tal reputado ventajosamente en el extranjero.

La relacion historial de la presa de la Maamora, por AGUSTIN DE HOROZCO, es un librito, aunque impreso en 1614, muy poco conocido de los eruditos, no obstante el mérito de la pureza y sencillez de su estilo y narracion.

El *Florando de Castilla,* ingenioso poema de JERÓNIMO GOMEZ DE HUERTA, se habia hecho muy raro. Una solá edicion, y en libros de caballerías, basta para que nos sea muy difícil la adquisicion de algun ejemplar.

Los *Diálogos de apacible entretenimiento,* por GASPAR LÚCAS HIDALGO, impresos por tres distintas ocasiones en los primeros años del siglo XVII, poco han corrido por España, á causa de la prohibicion que contra ellos fulminó el Santo Oficio.

Del *Concejo y consejero del Príncipe,* obra de FADRIQUE FURIO CERIOL, se han hecho dos ediciones: una á mediados del siglo XVI, y otra en el XVIII. Esta última salió á luz en compañía de la *Doctrina civil,* de Eugenio de Narbona. Lo poco conocido que es este libro entre los españoles, ha dado ocasion á incluirlo en este volúmen como una de las muestras del talento político de su autor, justamente apreciado por los extraños.

La Vision deleitable, del bachiller ALFONSO DE LA TORRE, y *Los Problemas* de VILLALOBOS, se han reimpreso tambien con el deseo de que al perecer con el trascurso del tiempo las raras y primitivas ediciones, no desaparezcan juntamenté unas obras dignas del estudio de los que amen la literatura patria.

La *Viuda Veinticuatro,* novela escrita por un autor que se quiso encubrir con el nombre del *Caballero de la Tranca,* ha estado inédita hasta ahora. La edicion se hace por el manuscrito que tiene en su biblioteca mi erudito amigo el señor de Gayangos. La novela parece compuesta en el siglo XVII y en la década de las guerras de Cataluña, segun algunas alusiones que en ella se leen. No faltaba ingenio, gracia, ligereza al autor, quien quiera que haya sido.

El poemita intitulado *Invectiva contra el mundo,* por COSME DE ALDANA, tambien era poco conocido, á causa de la rareza de los ejemplares impresos.

Las *Cartas de don Juan de la Sal,* obispo de Bona, aunque impresas ya por mí, merecian conservarse en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. La copia manuscrita, de donde se sacó el original para la primera edicion, se halla en la Biblioteca Colombina. ¡Lástima grande que hasta ahora no se hayan podido encontrar mas obras de don JUAN DE LA SAL en lengua española! Algunas conozco que escribió en el idioma latino, las cuales permanecen inéditas.

Reimprímese tambien en este volúmen la *carta* que escribió DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, oculto con el nombre del *bachiller de Arcadia,* contra el capitan Pédro de Salazar, autor de *La Corónica del emperador Cárlos V, en la cual se trata de la justísima guerra que su majestad movió contra los luteranos y rebeldes de Alemania, y los sucesos que tuvo.* Imprimióse por vez primera en Nápoles el año de 1548, y por segunda en Sevilla el año de 1555 segun unos, ó 52 segun quieren otros.

No cabe duda en que este libro no fué el mismo contra el cual escribió el bachiller de Arcadia su epístola. Aquel está dedicado á Felipe II, siendo príncipe, y el libro de que trata esta, á la duquesa de Alba. Aquel no tiene estampas de estandartes y bande-

ras del enemigo; y este sí, segun el testimonio de HURTADO DE MENDOZA. Tales observaciones ha hecho oportunísimamente mi amigo el señor de Gayangos en su version de la *Historia de la literatura española*, de mister Ticknor.

Yo creo que la obra que criticó DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA debió ser alguna relacion sucinta de la batalla del Albis, relacion escrita por Salazar, que luego la incluiria en la *Historia de la guerra de Alemania*.

La carta de DON DIEGO merece colocarse entre las mejores de su género que hay en lengua castellana. Nada hay que encierre una ironía mas fina; otra carta (segun se dice) escribió DON DIEGO á nombre del mismo capitan Salazar y en defensa burlesca de su libro. Creí haberla leido, años há, en la Biblioteca Nacional; pero no se ha hallado en el exámen que por encargo mio se ha hecho de los índices. Sin duda debe estar en otra de las bibliotecas á que he concurrido.

Cierra el tomo otra obrita inédita muy curiosa. Es *La pia junta en el panteon del Escurial entre los vivos y los muertos*. Los interlocutores del coloquio son Felipe IV y su hijo don Juan de Austria, difuntos, y el duque de Medinaceli, vivo; y el asunto de la obra, combatir á don Juan de Austria por sus hechos en el mundo para luego enaltecerlos. Ignoro el autor de este opúsculo, escrito con dignidad y elocuencia. Por los conocimientos que demuestra en linajes de familia, pudiera atribuirse á don Luis de Salazar y Castro.

Las muchísimas ocupaciones que me cercan, como alcalde primero constitucional de Cádiz, me han impedido dar toda la extension que hubiera deseado á los apuntes biográficos que van en pos de este prólogo; pero la justa consideracion de que mi amigo, el excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, á cuyas expensas sale á luz el tomo, anhela verlo publicado cuanto antes, me ha puesto en el caso de activar estos trabajos.

Cádiz, 6 de setiembre de 1855.

ADOLFO DE CASTRO.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

DON FRANCESILLO DE ZUÑIGA.

DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA fué un agudo *decidor* del césar Cárlos V. El nombre de *decidor* equivalia en aquellos tiempos al de bufon ó truhan. El rey de España y emperador de Alemania siguiendo la costumbre de los príncipes y grandes señores, tenia cerca de su persona, para su entretenimiento, á un hombre de buen humor, de dichos graciosos y sutiles y diestro en poner apodos.

De la patria y el nacimiento de DON FRANCESILLO nada se sabe con claridad ó certeza. Mayans, en su *Retórica*, le da el nombre de don Francés de Navarra, tal vez queriendo aludir á que este truhan naciese en algun pueblo del reino así llamado. Ignoro si DON FRANCESILLO, antes de ser bufon de Cárlos V, asistió como tal en la casa del duque de Béjar. Escribiendo al célebre Almirante de Castilla, daba título de amo suyo al Duque, no sé si porque realmente lo fuese ó solo por término de cortesía (1).

DON FRANCESILLO sirvió á Cárlos V desde el momento en que este vino desde Flándes á tomar posesion de sus estados.

Muchos son los dichos que de él se conservan como prueba de su gran ingenio.

Estaba un dia Cárlos V dominado de aquella melancolía que de cuando en cuando le aquejaba. Deseoso de la soledad y cansado de los negocios y las adulaciones de la corte, se hallaba en su aposento con DON FRANCESILLO, el cual apuraba el tesoro de sus agudezas á fin de atraer la risa á los labios del Monarca, cuando un caballero muy vano y señor de poca tierra junto á la raya de Portugal llamó á la puerta. Mandó Don Cárlos á su bufon que fuese á ver quién era. Visto por este, dió cuenta al Monarca, el cual, queriendo permanecer á solas con DON FRANCESILLO, le dijo: «Anda, déjale ahora.» Entonces el bufon le replicó con su presteza acostumbrada: «Conviene que vuestra majestad me dé licencia que le abra, porque no se enoje y tome toda su tierra en una esportilla y se pase á Portugal.»

En un juego de cañas que se hizo en Valladolid se presentó entre los justadores un caballero muy calvo y con un vestido verde. Al pasar en la carrera, cayósele por descuido la máscara, dejando descubierta la calva. El Emperador, que se hallaba desde sus balcones viendo la fiesta, volvióse á DON FRANCESILLO para preguntarle: «¿Qué te parece de aquel caballero?» A lo cual replicó el truhan: «No he visto en mi vida puerro que tan bien haya pasado la carrera.»

Hallábase DON FRANCESILLO con Cárlos en una fiesta de toros y cañas, de las de por San Juan, en la ciudad de Toledo. Cuando entraron los dos primeros caballeros, preguntó el Emperador á DON FRANCÉS: «¿Qué te parece de estos dos?» La respuesta del bufon no se hizo esperar mucho tiempo; fué esta: «Lo que me parece es, que han de caer juntos como San Felipe y Santiago.» Así su-

(1) En el códice C., X. II de la Biblioteca Nacional, hay varias cartas de DON FRANCÉS á diversas personas. En una al Almirante de Castilla se lee lo siguiente: «Otrosí, el duque de Béjar, mi amo, y yo fuimos mucho en el nedrar... El Emperador y Felipico están buenos.»



cedió con efecto. Ambos caballeros rodaron por Zocodover antes de concluir el paso de la carrera.

Las libreas que sacaron los caballeros en este juego de cañas eran de terciopelo leonado, y encina tafetan blanco acuchillado. Pedido por el Emperador su parecer acerca de aquella librea, respondió DON FRANCESILLO que «asadura con redaño».

Yendo un conde, rico avariento, á besar la mano á Cárlos V, DON FRANCESILLO dijo al Emperador: Este es-conde, este es-conde.»

De Medina del Campo solia decir que era una villa sin suelo y sin cielo, porque en el invierno estaba cubierto con media vara de lodo el suelo, y no se podia ver el cielo con las continuas nieblas.

Lo satírico de su decir granjeó á DON FRANCESILLO muchos y crueles enemigos. Alguno hubo que, ofendido de sus apodos, le ocasionó mortales heridas. Pero la festiva condicion de este truhan no se turbó con el dolor de ellas ni con la pérdida de la sangre.

Herido lastimosamente por mil partes, fué llevado á su casa, seguido por amigos y enemigos, todos ansiosos de saber, con deseos contrarios, las resultas de los golpes que habia recibido el regocijo de la corte. Al oir el estruendo de la gente que entraba por el patio de la casa donde vivia, se asomó su mujer á los corredores, á fin de saber el motivo de aquella inesperada junta de tanto número de personas, y preguntando qué era aquel ruido, DON FRANCESILLO respondió con la misma alegría é indiferencia que si tratase de otro sugeto: «Señora, esto no es nada, nada absolutamente, sino que han muerto á vuestro marido.»

Ni aun en medio de las ansias de la muerte pudo apartar de sí aquella natural alegría con que siempre miró todos los sucesos del mundo, por mas tristes que se presentasen á los ojos del hombre. Perico de Ayala, grande amigo suyo, y truhan del marqués de Villena, se acercó al lecho de DON FRANCESILLO, y condolido de su estado, le dijo con acento de contricion cristiana: «Hermano don Francés, ruégote, por la grande amistad que siempre hemos tenido, que cuando estés en el cielo, lo cual yo creo que será así, segun ha sido tu buena vida, ruegues á Dios que haya merced de mi alma.» DON FRANCESILLO, como si no estuviese en el trance amargo en que se hallaba, respondió con su acostumbrado donaire: «Átame un hilo á este dedo meñique para que no se me olvide.» Y dicen que estas fueron sus últimas palabras, porque luego espiró (1).

Si DON FRANCÉS se hubiera contentado solo con divertir de palabra á los cortesanos, nunca llegara su nombre hasta nosotros, y si llegara, no tendria á nuestros ojos un carácter tan interesante como el que debe tener para cuantos sean aficionados á la historia. Siempre, y con razon, se ha dicho que Francia es rica en memorias escritas con libertad acerca de cada uno de los reinados de aquellos de sus monarcas que vivieron en siglos de alguna ilustracion, así como que España era muy pobre en trabajos literarios de este género. Esta verdad innegable ofrece, sin embargo, algunas excepciones con respecto á nuestra patria, y especialmente al tiempo en que reinó el emperador Cárlos V.

DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA, si en la historia de Cárlos V ocupa el lugar de uno de los truhanes que tenia este monarca para su recreacion, en la de las letras españolas debe dársele uno distinguido por la *Crónica burlesca* que compuso de su príncipe. Aunque nunca se ha impreso este librillo, es bastante conocido de los eruditos españoles por haber muchos traslados en bibliotecas públicas y de particulares.

La *Crónica* del Emperador no pasa de los primeros años de la vida de este. El trato que debió tener DON FRANCESILLO con los grandes y caballeros de Cárlos V, le dió bastantes conocimientos para retratarlos con toda exactitud: exactitud conocida en algunos personajes, cuyas memorias se conservan á pesar del trascurso del tiempo, y sospechada en aquellos de quienes apenas existe el recuerdo de sus nombres.

Del cardenal Jimenez de Cisneros dice DON FRANCESILLO que parecia galga envuelta en manta de jerga. Los que hayan visto alguna vez el retrato de aquel príncipe de la Iglesia podrán apreciar la destreza con que en pocas palabras el bufon de Cárlos V bosquejaba á los personajes de la corte.

Este estilo de comparaciones no era peculiar solo de DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA; era hijo de la moda de su siglo: moda que desde los tiempos de don Juan el Segundo, y aun quizá antes, andaba muy válida en España entre personas de ingenio y agudeza en el decir. El famoso cronista de los Reyes Católicos, el ilustre y docto caballero Hernando del Pulgar, alcanzó gran celebridad

(1) Estos dichos de DON FRANCESILLO se leen en la *Floresta española* de Melchor de Santacruz Dueñas.

entre los cortesanos por sus felicísimas y prontas comparaciones de personas con cosas y de cosas con personas. Gaspar de Tejeda, en el libro que compuso para enseñar el arte de escribir cartas, usó en algunas de ellas el mismo estilo de apodar, tan acostumbrado en los siglos XV y XVI.

DON FRANCESILLO fué dichosísimo en esto de los apodos. Su *Crónica* se distingue especialmente por ellos, y por ellos viene á ser un modelo de lenguaje castellano, dignísimo de estudio.

Con respecto al colorido que DON FRANCESILLO da á los hechos que refiere, con decir que es el propio de un truhan ingeniosísimo, práctico en las cosas de la corte, diestro en el conocimiento del corazon humano, festivo y malicioso hasta donde podia llegar su propia intencion, se comprenderá fácilmente el mérito que encierra (1).

Tales son las noticias que de este hombre singular han llegado hasta nosotros; tales las de quien trataba con igual familiaridad á los grandes y pequeños de la patria; tales, en fin, de aquel que respondió á la Emperatriz, siendo llamado por ella en ausencia de Cárlos V: «Cuando mis amigos no están en sus casas, no oso ver á sus mujeres.»

JUAN DE ARJONA.

El licenciado JUAN DE ARJONA nació en Granada y fué beneficiado de la Puente de Pinos. Murió á fines del siglo XVI. Hombre de gran erudicion, de vivo ingenio, de excelente gusto literario, alcanzó gran estimacion entre los sábios y poetas de su tiempo. Segun se infiere de unos versos de Lope de Vega, con quein tenia estrecha amistad, ARJONA dispensó algunos favores literarios á aquel ilustre escritor, honra de la patria escena.

El licenciado JUAN DE ARJONA se dedicó á traducir en lengua castellana el poema de *La Tebaida*, que compuso en la latina Publio Papinio Estacio, que nació en Nápoles el año 61 del nacimiento de Cristo; varon ilustre, que consiguió de sus contemporáneos grandes aplausos; del emperador Domiciano, el laurel de Apolo, como tributo de honor á su númen poético; del estudio y admiracion de las obras de Virgilio, el entusiasmo para escribir aquel poema, la *Aquileida* y sus silvas; y por último, de la muerte, la tumba á los treinta y cinco años de edad, cuando mas felices esperanzas ofrecia á su patria. Algunos eruditos del siglo XVI, poseidos de la manía de hacer cristianos á los mejores ingenios de entre los gentiles, aseguran que Estacio, por temor de los martirios, no abrazó públicamente la religion de Cristo. Mas aun: añaden que su conversion fué obra de aquel verso de Virgilio:

Jam redit et virgo redeunt Saturnia regna.

Pero esto no es extraño. Hasta á Virgilio, que floreció antes de Cristo, han querido dar por cristiano, del mismo modo que al filósofo Séneca, conocido por sus doctrinas estóicas, pretenden algunos que sea tenido por cristiano.

Volviendo á ARJONA, diré que su traduccion de *La Tebaida* debe contarse entre las mejores obras de su género, no solo en España, sino en Europa. Hecha en octavas reales, llenas de armonía y grandiosidad, y escritas en puro y correcto castellano, imita del original la magnificencia, no la hinchazon en que solia incurrir Estacio por el gusto de su siglo.

(1) Cada uno de los códices que hemos visto de la obra de DON FRANCESILLO tiene distinto título; véanse algunos:

La coronica Istoria del señor conde don Francés de Zúñiga, dirigida á su sacra Majestad, escripta en la muy noble y cristianísima ciudad de Béjar.—Acabada á postrero de hebrero año de 1529.

La Historia y Coronica del conde don Francés, dirigida á su catholica Majestad, escrita en Valladolid.—Acabóse á 1.° de diciembre.

Crónica de mano del donosísimo don Francesillo, agudo decidor de el emperador Cárlos V, en la cual escribe muchas cosas suyas, y algunas acaecidas en España y en las comunidades; contiene graciosos y subtiles dichos y apodos á grandes, á prelados y señores particulares. Es leccion esquisita, gustosa y de apacibles ratos y entretenimientos.

Historia del muy noble y esforzado caballero el conde don Francés de Zúniga, criado y muy bienquisto predicador del rey nuestro señor, dirigida á su cesárea majestad.



Seis años empleó ARJONA en la version de *La Tebaida*, habiendo llegado hasta la conclusion del libro IX. Lo demás fué terminado por el licenciado Gregorio Morillo, á causa del fallecimiento de aquel ingenio, á quien dedicó este epitafio :

Aquel ingenio sutil
Que á Estacio latino asombra,
A quien ofreció Genil
De sus márgenes alfombra
Y coronas de su abril,
Ya por la via Lactea
Del Eridano pasea
La ribera sacrosanta,
Y goza su frente y planta
De Ariadna y de Amaltea.

Difícil seria enumerar una por una las admirables bellezas de la version de ARJONA. Lindísimo es el siguiente pasaje, en que una señora de Lémnos, burlada por Teseo, refiere la huida de este y de sus capitanes :

Apenas se mostraba algun lucero,
Ya retirado el sol de nuestro mundo,
Cuando en la nave mi enemigo fiero
Su gente llama y corta el mar profundo ;
Y siendo un remo, el mar hirió el primero,
Y nosotras á aquel dolor segundo,
Y sin remedio en desconsuelo tanto,
Hicimos otro mar con nuestro llanto.
Unas á un alto monte nos subimos,
Otras á los peñascos levantados ;
Y desde allí volar el leño vimos
Con dos montes de espuma en ambos lados,
Hasta que al fin de vista lo perdimos,
Ya de mirar los ojos fatigados,
Cuando faltó la luz y parecia
Que la nave en el cielo se escondia.

Admirable es la descripcion de la muerte de un niño por las iras de una serpiente :

Con la cola al pasar la sierpe fiera,
Sin ver al triste infante que dormia,
Le tocó al tierno pecho, de manera
Que luego lo ocupó la muerte fria ;
Mal formada, al morir, la voz postrera,
Dió un solo grito, en que favor pedia ;
Y sin ver al autor de sus enojos,
Solo para morir abrió los ojos.

No es menos digna de admiracion la pintura de la muerte de la misma serpiente :

Rasga el duro celebro el hierro osado,
Y pasándole el cuello facilmente,
Paró en la seca tierra, y enclavado
El pescuezo quedó de la serpiente.
La asa, hecha penacho, se ha arrimado
A la corona de la altiva frente,
Y aun no el dolor, aunque tan grande ha sido,
Correr todos los miembros ha podido.
La lanza con mil vueltas rodeando,
Mas se fatiga en vano y mas se aqueja,
Y arrancándola al fin, huyó volando,
Y humilde y ya mortal de allí se aleja ;
Y de su dios las aras rodeando,
En su muerte parece que se queja,
Y rendida al dolor, la tierra mide
En tristes silbos que al morir despide.

Véase cómo describe ARJONA la vehemencia del dolor del ama del niño cuando lo contempla muerto :

¿Quién en tan grande mal y en dolor tanto
Acertará á contar su sentimiento?
No tuvo algun humor para su llanto,
Que en sus entrañas lo encerró el tormento,
Ni voz para quejarse al cielo santo ;
Mas cayendo turbada y sin aliento
Sobre el niño, que estaba boca arriba,
Con besos busca el alma fugitiva.
. . . .
¿Eres tú aquel que sobre el seco prado
Alegre y retozando dejé agora?
¿Qué es de tu rostro, como el sol rosado,
Y las mejillas que envidió la aurora?
¿Qué es del hablar risueño mal formado?
¿Adónde está la voz dulce y sonora
Que muda mil palabras me decia,
Que nadie ¡ay triste! sino yo entendia?

Un poema escrito de esta suerte, mas que traduccion, es original. Considerado de este modo, porque así debe considerarse por la buena crítica, *La Tebaida* de ARJONA merece el lugar de la primera epopeya española.

Don Diego de Saavedra Fajardo decia de ARJONA en la *República literaria* :

« Este mismo tiempo alcanzó JUAN DE ARJONA, y con mucha facilidad intentó la traduccion de Estacio, encendiéndose en aquel espíritu ; pero, prevenido de la muerte, la dejó comenzada, en la cual muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traduccion, sin bajarse á menudencias y niñerías. »



GREGORIO MORILLO.

El licenciado **Gregorio Morillo** fué uno de los ingenios granadinos de mas buen gusto literario entre los que florecieron en el siglo xvi. Pertenece á la docta escuela de poetas que, asi en Granada como en Antequera y otros pueblos inmediatos, se distinguia por la brillantez de las formas con que sabian revestir sus obras; escuela de Juan de Arjona, de Pedro de Espinosa, de Luis Martin, de Cristobalina Fernandez de Alarcon, y tantos escritores, honra de Andalucía.

Gregorio Morillo, al fallecimiento de Arjona, vió con dolor que la traduccion de *La Tebaida* iba á quedar incompleta, y quedándolo, nada mas fácil que jamás llegase á ver la luz pública. Poseido de este pensamiento, se dedicó á continuar la version hasta su fin, como lo hizo. Su modestia le obligó á decir lo siguiente en el códice de *La Tebaida* :

«Quien suplió la falta de lo que (Arjona) dejó por traducir, que son los tres últimos libros, ha tenido por buena suerte imitarle en algunas cosas. Y porque en muchas no le puede igualar, oculta su nombre en este suplemento, por ser la menor parte en que ha trabajado, y porque solo fué su intento que esta historia no quedase cortada, aunque hubiese de parecer lo zurcido de mano ajena.»

Gregorio Morillo era muy aficionado á escribir sátiras, lo cual sabia hacer con gran ingenio y viveza. Suya es la siguiente, que publicó en 1605 Pedro de Espinosa en *Las Flores de poetas ilustres* :

¡Quién se fuera á la zona inhabitable
Por no perder del todo la paciencia,
Que quieren que lo sufra, y que no hable!
Tuvieron Persio y Juvenal licencia
De corregir las faltas del imperio,
¿Y no he de hacer yo escrúpulo y conciencia,
Viendo en una ventana una Glicerio,
Una segunda Vénus, que la ocupa,
Donde pensastes que era un monesterio,
Y que á la mar se arroje la chalupa,
Como la galeaza, y tienda velas,
Y tanto aquesta como aquella chupa?
Mas ¿quién no ha de calzarse las espuelas
Por no ver afeitada como guinda
La que ha perdido en navegar las muelas?
Porque un taimado Páris se le rinda,
Mas antes por sus blancas que sus canas,
Luego se tiene por discreta y linda.
Si el cielo arroja de oro mas manzanas
Que hay copetes teñidos de ruibarbo,
Y mujeres devotas de sotanas;
Si se tiene de dar por mejor garbo,
Ella sola merece esta presea;
Harto me pesa, cuando en esto escarbo.
Y si por dicha le decis que es fea,
Aunque tenga la cara como esguince,
Como tiene mal pleito, lo vocea.
Nunca sus años fueron mas de quince,
Y escoge de á catorce los mozuelos,
Que en esto tiene vista como lince.
Dice que ayer murieron sus abuelos,
Y que si tiene el rostro con arrugas,
Es del tormento que le dais con celos.
Por no andar en muletas, va en jamugas;
Maldígate Dios, vieja, seas quien fueres,
Que mientras mas declinas, mas conjugas.
Solian ser como negros las mujeres:
Dejábanse engañar con una cinta,
Ya quieren cascabeles y alfileres.
Ya no vale la presa sin la pinta,
Que la codicia todo lo atropella,
Y solo es el dinero esencia quinta.
¿Quién te hizo cosmógrafa, doncella,
Que del mundo menor sabes el mapa,
Las zonas y coluros de su estrella?
Que viuda la pragmática destapa;
Antes muestra de grana del manteo,
Y mientras mas se engrana, mas se entrapa.
Tañedle zarabanda ó el guineo,
Luego se brinca, se menea y bulle,
Mostrando por las obras el deseo.
Si la beata de rezar se tulle,
¿Para qué es menester que yo lo entienda,
Y que despues en el sermon se arrulle?
¡Qué mal parece un don en una tienda!
Y el otro necio que engañar se deja,
Aunque á precio del don lienzo se venda.
Mejor Marina aspara su madeja,
Que hablar con el lacayo jerigonza,
Aunque la toca se quemara ó ceja.
Doña Marigarcía y doña Aldonza,
Si mas amor publicas que Belerma,
¿Por qué te vas tras el real de á onza?
Y como Durandarte tenga enferma
La bolsa, no le importa que se saque
El corazon y que por tí no duerma.
¿Quién sufre un sahumerio de estoraque
Y unos antojos de una costurera,
Que finge que al amor le ha dado jaque?
Ninguna como yo he querido quiera,
Dice, que soy lisiada cuando empiezo,
Y yo sospecho que empeceis espera.
Tantos dias ayuno y tantos rezo,
Y delante los ojos os engañe,
Bautizando en suspiro el que es bostezo.
Mal haya tanto parche de caraña,
Que solo sirve de hacernos mueca
Y encarecer el tafetan de España.

No hay mujer que no tenga ya ajaqueca
Por gozar del barato de la cura,
Y harto mas barata es una rueca.
Una letora el sufrimiento apura,
Que apenas ha leido á *Doña Oliva*
O pasado el *Doncel de la aventura*,
Cuando, aunque venga el cuento cuesta arriba,
Alega un disparate, un testimonio,
Que no se halla libro que lo escriba.
Si sabe algo del Arte del Antonio,
Si estudia para monja, ó si solfea,
Tiene mayor soberbia que el demonio;
Y el padre, con sus barbas de zalea,
Hecho un bobo, procura, aunque se empeñe,
En viendo que su hija deletrea,
Que á danzar y tañer luego se enseñe,
Y en sabiendo en la arpa dos terceras,
Yo os aseguro que á David desdeñe.
Y de ordinario aquestas bachilleras,
Si el tiempo á sus deseos no socorre,
Son de la madre del maestro nueras.
Diránme: Corra el mundo como corre;
Que deje á cada una hacer sus mangas,
Y que los versos, con que ofendo, borre.
Yo no quiero, doncella, que me tangas,
Mas que sepas echar unas especias,
Si á gobernar tu casa te arremangas.
Aunque sufrir aquestas y otras necias
Parece que es negocio tolerable,
Que entre ellas hay mil Porcias y Lucrecias.
Mas que con toldo y gravedad me hable
Un, íbalo á decir, un majadero,
Ingerto un oficial en condestable,
¿Quién sufrirá un *á fe de caballero*
Del que ayer trujo calzas de gamuza,
Y las subió de punto su dinero?
Ahogóse su padre en una alcuza,
Su madre apenas tuvo manto ó saya,
Trujeron sus hermanos caperuza;
Y hace á sus abuelos de Vizcaya,
Aunque al contrario la verdad se sepa;
Y luego no querran que yo me vaya.
Todos venimos de una misma cepa;
Sino que en los estados de fortuna,
Rueda con unos, y con otros trepa.
Y al que se ve en los cuernos de la luna,
Luego halla coronista que le avisa
Que mató (y miente) sierpes en la cuna.
De estos me da mas lástima que risa,
Que al cabo, al cabo dan en el abismo,
Y, cual Hércules, mueren en camisa.
Empero ¿no es donoso barbarismo
Que en viéndose uno en dignidad ó estado,
Do solo hace bien para sí mismo,
Luego se halla un pariente, un ahijado
Que piensa convertirse, siendo pulga,
Con su favor, en caballero armado?
¡Gracioso parentesco le divulga!
Tambien ha sido el cura mi padrino,
Y si hago por qué, me descomulga.
Y si á caer de la privanza vino,
Yo apostaré que niega el parentesco,
Y dice que le toca á su vecino.
Si tantas truchas sin mojarme pesco,
Gran ventura será que no se acuerde
Ninguno del franjon de mi gregüesco.
Mas la conciencia me carcome y muerde,
Que el que trujere esquinas en la gorra,
Digo que es humo de higuera verde.
Si se puede cazar á pié una zorra,
Tanto zorrero como encuentro y topo,
¿De qué sirve á su amo si no ahorra?
En tiempo de las fabulas de Isopo,
Que fueron necesarias yo confieso,
Empero ahora cógenlas del hopo.
Bueno será que pierda el otro el seso
Y que le deje dar con todo al traste,
Por no decirle: «Mal haceis en eso.»
Y que un pobrete á las parejas gaste
Con su mujer como si fuese un Fucar (1),
Y haya paciencia que á sufrillo baste;
Y un viejo, que se acuerda del rey Búcar,
Que piensa que ha vivido de mostrenco,
Haciéndose de amor un tierno azúcar.
¿Piensas que yo no sé que eres cellenco,
Y haces metamorfóseos de tus canas
Con la receta que te dió el Flamenco?
Vídete yo, haber puede dos semanas,
Hecho un Arias Gonzalo, un cisne blanco;
Y hoy, hecho un Artur, parte-avellanas.
Sabe Dios que no fueras tú tan franco
De convertirte en cuero, siendo armiño,
Si se pusiera en el acige estanco.
¿No es gusto ver rondar la calle un niño,
Que apenas los pañales tiene enjutos,
Con su broquel, su espada y con su aliño?
Y en sonando una sarta de cañutos,
Afirmará que vido una fantasma,
Y gozan otros de su amor los frutos.
Una garita me suspende y pasma,
Donde antes que un novato se rebulla,
Vuelve la bolsa hidrópica con asma.
De bravo dice, y hace á toda trulla
Sobre un gato que pone en el bufete,
Y aunque tenga siete ánimas, maulla.
Luego hay mil que le presten con ribete,
Y el pobre, de picado, á tanto llega,
Que réditos de réditos promete.
Aun de este no me admiro si se ciega,
Ni del que presta al uso de Sevilla,
Por lo que al uno y otro se le pega.
Mas de un miron que va de silla en silla
(Si juegan á la polla), hecho duende,
Aguardando á quien entra con sotilla.
No sé por dónde, mundo, te remiende:
Conozco que me mato y que me canso
Por lo que nadie sabe ni lo entiende.
¿Qué me va á mí que me hable con remanso
Uno que de santucho se gradúa,
Con el pescuezo largo como ganso?
Si el otro sin hacienda gasta y rua,
¿Por qué no he de creer que es de milagro,
O que las puertas no abre con ganzúa?
Todos tenemos esta punta de agro,
Que juzgamos por malo lo que es bueno;
Empero aqueste desde aquí lo almagro.
Quien sabe antes de albarda que de freno,
Préciese de jinete, aunque sea un mazo;
¿Qué me va á mí que tenga este barreno?
Alabe su blanquillo ó su picazo,
Que para en piés y manos por extremo;
¿Sobre qué ha de parar, pregunto, asnazo?

(1) Los Fúcares fueron unos caballeros flamencos muy ricos, que tuvieron por mucho tiempo arrendadas nuestras minas de Almaden.

Cuanto al soldado hablador le temo,
Que se halló en la naval ó allá en Mastrique,
No sé si con mochilla, si con remo.
Que quiera que yo crea y testifique
Que por lo menos empuñó jineta
Y de ser general estuvo á pique.
Y presuma de liga y agujeta,
De banda, de coleto y de penacho,
Y es mas desaliñado que un poeta.

Y tú, santucho, que sin mas empacho,
Del que está amancebado así murmuras,
Como si tú no hicieras el cenacho,
Vídete yo llevar dos asaduras,
Una á tu casa y otra á cierto hato,
Donde porque lo calle me conjuras.
Porque traes de tres suelas el zapato,
El sayo sin boton, cuello sin trenzas,
Piensas que está la gloria en ser beato.

Cuando habias de acabar, pluma, comienzas;
Que te recojas antes será bueno
Que con ajeno vicio te convenzas,
Y no es razon que pagues vicio ajeno.

AGUSTIN DE HOROZCO.

Fué AGUSTIN DE HOROZCO natural de la villa de Escalona y criado del rey Felipe II. Se halló en servicio del famosísimo historiador, muy discreto político, sábio en todas letras, é ingenioso poeta castellano, don Diego Hurtado de Mendoza, en los últimos años en que vivió este insigne varon, gloria de España y admiracion de las naciones, por haber igualado en elocuencia á los antiguos griegos y romanos.

El estar AGUSTIN DE HOROZCO en Cádiz con el cargo de escribano público, le movió, como á hombre muy amante de curiosidades, á escribir en 1598 la historia de esta ciudad, la cual compuso con diligencia suma, sacando apuntes de muy buenos autores de la antigüedad y copiando privilegios que concedieron reyes castellanos á los vecinos de Cádiz antes del año de 1596, en que los ingleses quemaron cuantos papeles y documentos se guardaban en los archivos gaditanos.

Inédita estuvo hasta el de 1845. El excelentísimo ayuntamiento de Cádiz la dió á luz en ese año, seguida de una descripcion de las monedas antiguas de esta ciudad, obra del excelente numismático don Joaquin Rubio, á la que acompañan diez láminas grabadas en cobre, que representan las medallas fenicias, bilingües y latinas que pertenecen ó se aplican al municipio gaditano. La mayor parte de ellas es inédita, pues ni Florez ni Bayer ni Velazquez las publicaron, ni aun conocieron.

Además de la historia referida, compuso AGUSTIN DE HOROZCO las siguientes:

Discurso historial de la presa que del puerto de la Maamora hizo la armada real de España, año de 1614.—Madrid, 1615.

Historia de la gloriosa vida y martirio de los gloriosos santos mártires Servando y Germano, patrones de la ciudad de Cádiz.—Cádiz, 1619.

Los amantes de la pureza y sencillez del idioma castellano tienen mucho que admirar en el elegante estilo de AGUSTIN DE HOROZCO, léjos de la vana hinchazon con que quieren algunos encubrir la falta de verdadera elocuencia; los curiosos hallan fiel narracion de olvidados sucesos; los anticuarios, descripciones de soberbios y asombrosos edificios, destruidos mas que por el rigor de los siglos, por el descuido ó la codicia de los hombres; y España, relaciones de las glorias de sus nobilísimos hijos, que por su altura, por su comercio, por las memorables y valerosas hazañas, por increibles empresas, y casi superiores al humano esfuerzo, han sido en todo tiempo, son y serán el aplauso y la admiracion de las mas cultas, navegantes, valerosas y emprendedoras naciones del universo.

JERONIMO GOMEZ DE HUERTA.

Nació en la villa de Escalona (arzobispado de Toledo), el año de 1573, JERÓNIMO GOMEZ DE HUERTA. Sus estudios en la latinidad y filosofía fueron en la universidad de Alcalá, y los de medicina en la de Valladolid. Nicolás Antonio le da el título de doctor; pero GOMEZ DE HUERTA solo se daba el de licenciado. En la corte ejerció con gran crédito su facultad, empleando sus ocios en traducir en castellano la *Historia natural de Plinio*. De una señora noble, rica y virtuosa, con quien contrajo matrimonio, tuvo un hijo.

Cuando falleció aquella, y este tomó el hábito de fraile carmelita, abandonó HUERTA la corte, poniendo su residencia primero en Arganda, despues en Valdemoro. No duró mucho tiempo su retiro. Noticioso de su gran mérito Felipe IV, lo nombró médico de cámara y familiar del Santo Oficio, en cuyos cargos murió, de edad de setenta años, recibiendo sepultura en el convento de carmelitas de Madrid, llamado de San Hermenegildo, en donde era religioso su hijo fray Jerónimo de la Concepcion.

GOMEZ DE HUERTA fué un médico filósofo de grande erudicion y claro ingenio. Es el mejor intérprete que Plinio ha tenido en lengua castellana.

Mucho amaba Felipe IV su saber, y tanto, que cuando supo el fallecimiento en 1643, no pudo menos de exclamar con voz dolorida: *No viviré yo mucho, si HUERTA ha muerto.*

GOMEZ DE HUERTA no solo se dedicó á las ciencias; cultivó tambien la poesía con bastante felicidad, siendo una de sus primeras obras *El Florando de Castilla, lauro de caballeros*, poema impreso en Alcalá en 1588. La edad que entonces tenia HUERTA era la de quince años.

Mucho pudiera escribirse acerca de los libros de andante caballería, no solo acerca de su fin moral, sino tambien sobre el buen estilo de muchos de ellos. Dos eminentes ingenios españoles han manifestado opiniones acerca de semejantes libros. Cervantes escribió su *Quijote* para ridiculizarlos; Lope de Vega, en la dedicatoria de su comedia *El Desconfiado*, se expresa en estos términos, dirigiéndose al maestro Alonso Sanchez, catedrático de prima de hebreo en Alcalá:

«Riense muchos de los libros de caballería, señor maestro, y tienen razon si los consideran por la exterior superficie; pues por la misma serian algunos de la antigüedad tan vanos é infructuosos, como el *Asno de oro* de Apuleyo, el *Metamorfoseos* de Ovidio y los *Apólogos* del moral filósofo; pero penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la filosofía, es á saber, natural, racional y moral. La mas comun accion de los caballeros andantes, como *Amadís*, *El Febo*, *Esplandian* y otros, es defender cualquiera dama por obligacion de caballería, necesitada de favor, en bosque, selva, montaña ó encantamento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado á defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los mónstruos de este libro de la envidia humana contra la celestial influencia que acompañó al trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto.»

Tal era la opinion de Lope de Vega, en contraposicion de la de Cervantes, en esto de juzgar el mérito ó demérito de los libros de caballerías. Es cierto que muchos tienen falta de invencion y muy mal lenguaje; pero algunos juntan las circunstancias necesarias para merecer la consideracion de las personas apasionadas á las obras de ingenio y al estudio de los progresos de la inventiva humana. Mucha parte del buen estilo que se admira en el *Quijote* fué aprendida por Cervantes en algunos de los mismos libros que él censura. Quien conozca algo las novelas caballerescas, apreciará en su justo valor la exactitud de mis observaciones. Volviendo la vista á tiempos mas antiguos ó mas modernos, ¿qué es la *historia de Alejandro* por Quinto Curcio, tan estimada de los doctos, sino un libro de caballerías? Qué casi todas las novelas de Voltaire, tan admirablemente traducidas en castellano por el filósofo español don José Marchena? Qué *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo, tan aplaudida en nuestro siglo? Qué los *Tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas? Libros de caballerías son estos, y libros que la ociosidad ha acogido con entusiasmo, como recreos ingeniosísimos.

GOMEZ DE HUERTA, en el *Florando de Castilla*, fué un discípulo feliz de la escuela de Ludovico Ariosto. Su poema caballeresco encierra excelentes descripciones y agradables episodios, entre



los cuales merece mencion especial el que trata de los infaustos *Amantes de Teruel*, historia que se creyó inventada por Yagüe de Salas para escribir un libro poético.

Este ensayo de ingenio que hizo HUERTA lo estimuló á dedicarse á obras mas graves. Una de ellas fué la empresa de traducir la *Historia de Plinio*. Nicolás Antonio dice que los primeros borradores examinados por Felipe II hicieron que el monarca alentase á HUERTA para dar feliz conclusion á su trabajo. No fué siempre así Felipe II. Harto saben los eruditos que prohibió la impresion de los *Anales de Tácito*, vertidos al castellano por Barrientos, porque creyó que la intencion de este habia sido presentar en Tiberio al monarca español, y en el valido Seyano á Antonio Perez. Cuando se compara á Tiberio con Felipe II, bueno es advertir que este mismo rey creia verosímil la comparacion.

HUERTA publicó en Madrid, el año de 1599, la traduccion de los libros VII y VIII de la *Historia natural de Plinio*, que fué reimpresa en Alcalá el año de 1602. El de 1603 dió á luz en Madrid la version del libro IX del mismo autor; todos con curiosas anotaciones, dignas de estudio.

El año de 1624 publicó el primer tomo de la misma historia, animado por el aplauso con que se habian recibido sus traducciones de algunos libros de aquella obra inmortal de Cayo Plinio, y en 1629 dió á la estampa el segundo y último de la obra, digna de aprecio por la pureza del lenguaje, por la fidelidad de la version y por lo juicioso de muchas de sus ilustraciones.

Tambien escribió HUERTA en lengua latina un tratado sobre la Concepcion de María (*De immaculata conceptione B. Virginis Mariae panegiricum*, etc.; Madrid 1630), y en castellano un opúsculo sobre la precedencia que se *debe á los reyes de España en presencia del pontífice romano.*

Compuso además un libro intitulado *Problemas filosóficos*, obra que vió la luz pública en Madrid el año 1628. Los problemas están escritos en variedad de metros, y la resolucion de cada uno, en prosa. Nada hay de notable en este trabajo, no obstante las pretensiones filosóficas con que parece escrito, pues ni en la crítica ni en los conocimientos del autor se adelantó este á las creencias de su siglo.

Deseosos de inmortalizar el nombre de GOMEZ DE HUERTA los autores de la *Flora del Perú*, dieron á una planta el de *Huertea*, debido homenaje de respeto á la memoria del sabio ilustrador de Cayo Plinio.

GASPAR LUCAS HIDALGO.

Fué un florido ingenio, natural de Madrid, segun Nicolás Antonio. Casi nada se sabe de su vida. Solo se conoce de sus escritos uno intitulado *Diálogos de apacible entretenimiento, que contienen unas carnestolendas de Castilla, compuestos por Gaspar Lúcas Hidalgo, vecino de la villa de Madrid.* Imprimióse por vez primera en Barcelona el año de 1606. Reimprimióse despues en Bruselas el de 1610, y en Madrid el de 1618.

Este libro está lleno de ingeniosísimos y agudos chistes y de cuentos escritos con sal verdaderamente ática. Es en su género un modelo de lenguaje castellano. La apología burlesca de las bubas se debe contar entre lo mejor que en lo festivo ha producido la imaginacion de los españoles. Inéditas permanecen en la Biblioteca Colombina tres apologías burlescas tambien: una de las narices largas, otra de los cuernos y otra de las bubas.

Aunque en el códice donde se hallan no consta (á lo que recuerdo) el nombre del autor, copias antiguas de aquellas obrillas he visto en que se atribuyen á Cristóbal de Mosquera.

Las dos apologías de las bubas son sumamente ingeniosas; pero doy desde luego la preferencia á la de GASPAR LÚCAS HIDALGO, porque, á mas de la felicidad de los chistes y de lo oportuno de las comparaciones, tiene una gran ventaja sobre la de Cristóbal de Mosquera, cual es la mayor ligereza con que está escrita: ligereza que siempre debieran procurar cuantos escritores se dedican á obras de imaginacion y de donaires.

Muchas mas ediciones se hubieran hecho de los *Diálogos* de GASPAR LÚCAS HIDALGO si el santo oficio de la Inquisicion no los hubiera incluido en sus *Indices expurgatorios.*



FADRIQUE FURIO CERIOL.

Nació FADRIQUE FURIO en la ciudad de Valencia á principios del siglo XVI. De grande ingenio y de las mayores esperanzas en los primeros años de su juventud, lo enviaron sus padres á estudiar en Paris con los célebres maestros Omero Talon, Adrian Turnebo y Pedro Ramos.

Habiendo pasado á perfeccionar su enseñanza en la célebre universidad de Lovayna, su erudicion é ingenio le dictaron una obra de retórica (*Rhetoricorum Libri III*). Habiendo manifestado FURIO CERIOL lo conveniente que era al catolicismo que se tradujese en lengua vulgar la *Biblia*, un doctor siciliano, llamado Bononia, fanático, audaz y temerario, se opuso ardientemente á esta doctrina. FURIO CERIOL imprimió tambien en Alemania un tratado de sustentacion de su parecer en la materia, contra los argumentos de su adversario (*Bononiam sive de libri sacris convertendis in vernaculam linguam Libri II*).

Así el libro de retórica como el de las controversias con Bononia fueron prohibidos por el concilio de Trento.

En Alemania se levantó algun deseo de persecucion contra FURIO CERIOL; pero Cárlos V, que apreciaba mucho á este distinguido caballero valenciano, le dispensó una proteccion constante y lo puso al servicio de su hijo Felipe II, cerca del cual permaneció (segun algunos con el carácter de su historiador) hasta su fallecimiento, acaecido en Valladolid el año de 1592, á los sesenta de edad. En los últimos tiempos de su vida formó un proyecto de paz con las provincias unidas, que no logró aceptacion por parte de Felipe II.

Dícese que despues de su muerte la inquisicion española le formó proceso como sospechoso de herejía, pero que su memoria salió limpia en semejante prueba.

Fué FADRIQUE FURIO CERIOL un hombre sapientísimo en materias políticas. Desde sus verdes años revolvió muchos libros para entender el gobierno que tuvieron en los remotos tiempos los asirios, los tebanos, los atenienses, los cartagineses y los romanos; estudió las formas con que se regian en su siglo los pueblos mas principales de Europa y Asia; aprendió en la experiencia las causas de las guerras y disensiones, cotejando las que afligian entonces los mas poderosos reinos de la cristiandad con las que se leen en las antiguas historias; y por último, consultó una gran parte de su obra *Sobre la institucion del Príncipe* con los mas grandes políticos que florecian en aquella edad, bien fueran de los propios, bien de los extraños.

El libro á que me refiero no llegó á gozar de los honores de la estampa. Tan solo publicó de él una parte con el siguiente título: *El Concejo y consejeros del Príncipe, que es el libro primero del quinto tratado de la Institucion del Príncipe.* — En Anvers, en casa de la viuda de Martin Nucio, año 1559.

Este fragmento, de la obra á que FURIO CERIOL se dedicó con mas esmero durante su vida, es dignísimo de estudio y una de las obras que mas honor hacen al entendimiento español por su excelente doctrina. El autor que á mediados del siglo XVI, cuando toda Europa ardia en guerras, movidas por causas religiosas ó por ambiciones de príncipes, deseosos de agregar á sus estados pequeños pedazos de tierra, regados con la sangre de sus defensores y con la de los que acudian á usurparlo, sacrificando á un capricho sus generosas vidas, escribia el siguiente pasaje, mucho debió ser la entereza de su alma, mucha la fuerza de sus convicciones. Véanse sus palabras: «Muy cierta señal es de torpe ingenio el hablar mal y apasionadamente de su contrario ó de los enemigos de su príncipe, ó de los que siguen diversa secta, ó de peregrinas gentes, agora sean moros, agora sean gentiles, agora sean cristianos; porque el grande ingenio ve en todas tierras siete leguas de mal camino; en todas partes hay bien y mal; lo bueno loa y abraza, lo malo vitupera y desecha, sin vituperio de la nacion en que se halla.»

Pero aun mas patentemente declaró este sábio político sus ideas acerca de la tolerancia. «No hay mas de dos tierras en todo el mundo (dice FURIO): tierra de buenos y tierra de malos. Todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos ó de otra secta, son de una misma tierra, de una misma casa, de una misma sangre; y todos los malos de la misma manera. Bien es verdad que estando en igual contrapeso el deudo, el allegado, el vecino, el de la misma nacion, entonces la ley



divina y humana quieren que proveamos primero á aquellos que mas se allegaren á nosotros; pero, pesando mas el extranjero, primero es él que todos los naturales.»

Hasta doctrinas conformes á los principios de libertad hay en la obra de FURIO CERIOL. Véanse sus palabras: «Esta es regla certísima y sin excepcion, que todo hipócrita y todo avariento es enemigo del bien público, y tambien aquellos que dicen que todo es del Rey, y que él puede hacer á su voluntad, y que el Rey puede poner cuantos pechos quisiere, y aun que el Rey no puede errar.»

Esta obra, á pesar de su gran mérito, solo se ha reimpreso una vez en España (á fines del siglo último). Sin embargo de esta indiferencia patria, entre los extranjeros ha sido vista con aplauso. Alfonso de Ulloa la tradujo en lengua italiana (Venecia, 1560). Simon Schardió la trasladó en latin, y el padre Scoto la imprimió en Colonia el año de 1568. Cristóbal Varsvicio, canónigo de Cracovia, la puso en la misma lengua y la estampó con un tratado suyo *De legato et legatione*, en Dantzik, el año de 1646.

ALFONSO DE LA TORRE.

Nació el bachiller ALFONSO DE LA TORRE en uno de los pueblos del arzobispado de Búrgos, á fines del siglo XIV, segun conjeturas verosímiles. Fué colegial de San Bartolomé de Salamanca desde el año de 1437 hasta el ignorado de su muerte.

A peticion de don Juan de Beamonte, prior de San Juan en Navarra, ayo y camarero mayor del desgraciado príncipe don Cárlos de Viana, escribió un tratado moral para la enseñanza de este, con el título de *Vision deleitable* (1). Con efecto, el asunto es bastante ingenioso y propio para doctrinar en las ciencias segun los conocimientos del siglo XV. El autor finge que un niño venido al mundo en pecado é ignorancia, va recibiendo su educacion por la Gramática, por la Lógica, por la Música, por la Astrología, por la Verdad, por la Razon y por la Naturaleza: figuras alegóricas que se presentan en el discurso de la narracion para realizar el pensamiento del autor, que fué, segun sus palabras, «hacer un breve compendio del fin de cada sciencia, que cuasi proemialmente contiene la esencia de aquello que en las sciencias es tratado».

Modesto hasta lo sumo, no quiso ALFONSO DE LA TORRE que su obra corriese de mano en mano por diversas copias. Escrita para el solo objeto de enseñar á un príncipe, creia tal vez inútil ó peligrosa su lectura para otra clase de personas. Así es que en la cámara del rey de Aragon se guardó por mucho tiempo con gran estima un traslado de la *Vision deleitable*. Segun Capmany, debió escribirse por los años de 1436 y 1437.

Algunos bibliógrafos aseguran que la primera edicion de este libro se hizo de 1480 á 1483. Capmany afirma, sin embargo, que, traducida en catalan, se publicó esta obra por vez primera en Barcelona en 1484, y el original en Tolosa el año de 1489. Despues se hicieron dos ediciones, una en 1526 y otra en 1538.

Domingo Delphini, noble veneciano, tradujo en lengua italiana la *Vision deleitable*, publicándola como obra suya original. Por tal la tuvo un judio español, fugitivo en tierras extrañas, llamado Francisco de Cáceres, el cual la volvió al idioma español, dándola á luz en Amsterdam el año de 1663 en un volúmen en 4.°, con la dedicatoria al príncipe de Portugal don Manuel.

La *Vision deleitable* es un libro ingenioso, que sin embargo adolece de muchas de las faltas que se encuentran en los libros de su tiempo; una de ellas es la introduccion de muchas voces latinas con que procuraban los autores dar grandiosidad al lenguaje. Lo que mas se elogia de este libro es la alocucion que la Verdad hace á la Razon.

(1) En el *Cancionero general*, bállase entre las obras de burlas, una intitulada *La vision deleitable*, escrita por Diego de San Pedro. No tiene mas semejanza con el libro de TORRE que la igualdad del título.



FRANCISCO DE VILLALOBOS.

Toledo fué la patria de Francisco de Villalobos. Tal asegura don Tomás Tamayo de Vargas, si bien Capmany cree con fundadas causas que Villalobos debió nacer en Castilla la Vieja, á poco mas de la mitad del siglo xv.

Villalobos se dedicó al estudio de la medicina, obteniendo en ella el grado de doctor, y con él, entrada en el palacio de los reyes y grandes de Castilla.

Larga fué su vida. Durante ella desempeñó el cargo de médico de cámara cerca de Fernando el Católico, de Cárlos V y del segundo de los Felipes siendo príncipe. Pocas medras consiguió en mas de setenta años de desvelos, de estudios, de trabajos y de congojas.

Habiendo pasado de esta vida al eterno descanso la emperatriz Isabel, vino Villalobos á caer en gran tristeza, ó por no haber acertado con el remedio ó por no haber encontrado alguno. Entonces pidió licencia al Emperador para retirarse de la corte y hacer asiento fuera de ella. En el retiro dedicó su saber y entendimiento á escribir varias obras médicas, y tambien algunas morales y burlescas. En él compuso aquella cancion á la muerte, conociendo el fin cercano que su ancianidad le anunciaba:

Venga ya la dulce muerte,
Con quien libertad se alcanza;
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que se da por suerte.
Quédese á Dios la fortuna,
Con sus hijos y privados;
Quédense con sus cuidados
Y con su vida importuna;
Y pues al fin se convierte
En vanidad la pujanza,
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que viene por suerte.

Fué Villalobos hombre muy ingenioso y de dichos agudísimos, algunos de ellos no del todo dignos de la gravedad del cargo que ejercia en palacio como hombre científico. Entre ellos se puede contar el que refiere el mismo Villalobos, notable por el príncipe ante quien pasó y por la persona contra quien fué dirigida. Fernando V era el primero, y el médico Jerónimo Torrella el segundo. Dice así Villalobos: «Un dia, riendo su alteza mucho de un cuento que yo le contaba de las damas, no lo pudo sufrir Torrella, y dijo al Rey:—Yo, Señor, soy doctor y maestro, y como me doy á las cosas de la especulacion, no me curo de estas gracias, que son cosas de chocarreros.—El Rey, afrontándose mucho por amor de mí, echóme los ojos. Yo volvíme á Torrella y díjele: — Amuéstreme vuestra merced á ser necio, pues que sois maestro. —Fué tanta la risa de todos, y tanto su corrimiento, que se salió huyendo de la cámara (1).»

Asistiendo en una enfermedad Villalobos al duque de Gandía, que hoy recibe veneracion en los altares con el nombre de san Francisco de Borja, prometióle este una gran fuente de plata si lograba verse libre de calentura al siguiente dia. Llegado este, pulsóle Villalobos, y no hallándolo tan limpio cual hubiera deseado, quedóse suspenso un buen rato. Preguntóle el Duque: «¿Qué decis, Villalobos?» «Señor, respondió este, digo que *amicus Plato, sed magis amica veritas.*» Agradó tanto al Duque la respuesta, que al punto dispuso que la fuente de plata se llevase á la casa del festivo doctor (2).

Varias son las obras que escribió Villalobos. La primera de todas fué una que se intitula *Sumario de la medicina, en romance trovado, con un tratado sobre las pestíferas bubas, por el licenciado* Villalobos, *estudiante en Salamanca, hecho á contemplacion del muy magnífico é ilustre señor el marqués de Astorga.* (Salamanca, á expensas de Antonio de Barreda, librero, año de 1498.)

Publicó luego en Alcalá, el año de 1524, una glosa de los libros primero y segundo de la *Historia*

(1) *Problemas de Villalobos.*
En la *Floresta española* se cuenta así este hecho:
«El doctor Villalobos estaba delante del Emperador diciendo gracias, y preguntó un caballero á otro médico que venia con él, que por qué no hablaba. Dijo *que él no sabia gracias, que eran de chocarreros, sino letras.* Respondió el doctor Villalobos: *Pues muéstreme á ser necio, y no seré gracioso.*»

(2) Gracian, *Agudeza y arte de ingenio.*



natural de Plinio (1). Era obra escrita en latin una que publicó en tal idioma, segun el uso de su tiempo. Despues compuso otra con el título de *Potentia vitali*, la cual no logró los honores de la estampa. VILLALOBOS explica la causa en las palabras siguientes: «Los impresores de España no quieren imprimir libros de latin si el mismo autor no pone la costa de su casa, y como yo no soy librero, tengo por pesadumbre trabajar en el estudio de la obra, y gastar la hacienda para el provecho de los que no lo han de agradecer.»

Los opúsculos de VILLALOBOS mas conocidos se imprimieron en un solo volúmen con este epígrafe: *Libro de los problemas, fechado en Calatayud año de 1515, que trata de cuerpos naturales y morales, y dos diálogos de medicina; el Tratado de las tres grandes, la gran parlería, la gran risa y la gran porfía, con una cancion, y la comedia de Anfitrion* (2).

VILLALOBOS escribia con suma sencillez y pureza, y con una gracia incomparable. Su manera de decir era libre, propia de una persona que sabia conocer las verdades y se creia en la obligacion de publicarlas, porque así se la imponia su claro talento. Tal vez no se expresa con toda la dignidad que debiera, tal vez suele caer en incorrecciones de lenguaje, pero la viveza de su ingenio borra con una belleza admirable el defecto que la ha precedido. No parece sino que VILLALOBOS, jugando con su talento y con el buen juicio del lector, se propone presentar á la crítica un motivo de justa censura, para que al mismo instante de formarla se vea en la precision de convertirla en risa y alabanza: tan grande es el poder del ingenio de VILLALOBOS.

Compárase el poema de *Las bubas* con el famoso de *Siphilide*, de Fracastor, émulo de las *Geórgicas* de Virgilio. VILLALOBOS tuvo el mérito no solo de haber precedido en la invencion á Fracastor, sino tambien en haber combatido antes que Spallanzani las digestiones artificiales. La traduccion que hizo del *Anfitrion*, de Plauto, se conforma mucho con su original latino, habiendo sabido VILLALOBOS trasladar en nuestra lengua los donaires de aquel famosísimo poeta de la antigüedad romana. El discurso sobre las fiebres intermitentes revela una fuerza de ingenio maravillosa.

COSME DE ALDANA.

COSME DE ALDANA fué un ilustre caballero, natural de Valencia (segun Mayans y Ximeno), que floreció en el siglo XVI. Residió mucho tiempo en Italia, recibiendo primero proteccion del duque de Florencia, Francisco de Médicis, en cuyo servicio estuvo, y luego del gran condestable Velasco, capitan general y gobernador del estado de Milan.

Compuso en lengua italiana una obra con este título:

Discorso contra il volgo, in cui con buone raggioni si riprovano molte sue false opinioni.—Florencia, por Jorge Marescotti, 1578.

Habiendo muerto su hermano Francisco peleando valerosamente en la jornada infeliz de Africa con el rey don Sebastian de Portugal, publicó un pequeño volúmen de poesías con este título:

Sonetos y octavas de Cosme de Aldana en lamentacion de la muerte de su hermano, el capitan Francisco de Aldana.—Milan, por Juan Bautista Colonio, 1587.

Esta coleccion se publicó inmediatamente (1587) en la misma ciudad de Milan, por Jacobo Picaglia.

Allí tambien se dedicó COSME DE ALDANA á escribir un largo poema burlesco, intitulado *La Asneida*, para lo cual le estimuló mucho el gran condestable Velasco. Desgraciadamente quedó inédito, y por eso rarísimas son las copias que se conservan entre curiosos.

Poseido de un vehemente cariño á la memoria de su hermano, publicó *La primera parte de las obras que hasta agora se han podido hallar del capitan Francisco de Aldana, alcaide de San Sebastian, el cual murió peleando en la jornada de Africa; agora nuevamente puestas en luz por su hermano Cosme de Aldana, gentilhombre del rey don Felipe N. S., dirigidas á su S. C. R. M.* — En Milan, por Pablo Gotardo Poncio, 1589.

(1) *Glosa in Plinii Historiae naturalis primum et secundum libros.* — Alcalá, por Miguel Eguía, año de 1524.

(2) Muchas ediciones se hicieron de este libro; conozco la de Zamora, 1543; Zaragoza, 1544; Sevilla, 1550; Zaragoza, 1550; Sevilla, 1574.



Despues imprimió en Madrid, el año de 1591, *La invectiva contra el mundo*, que es una reformacion en parte, y en parte una traduccion del libro que escribió el mismo Cosme de Aldana con el título de *Discorso contra il volgo*.

Cosme de Aldana fué un poeta de bastante ingenio, y muy parecido en gusto literario á su hermano Francisco, si bien mas correcto y de mas entonacion en sus versos.

DON JUAN DE LA SAL.

El doctor don Juan de la Sal nació en Sevilla á mediados del siglo XVI. Habiendo seguido la carrera eclesiástica, obtuvo el obispado de Bona, en Africa, y la coadjutoría del arzobispado de su patria. Nombrado para ocupar la silla episcopal de Málaga, no se consideró apto ni digno para cargo tan importante, rehusándolo con una modestia que mereció el aplauso de los que admiraban justamente sus virtudes.

Don Juan de Salinas, poeta sevillano, compuso una décima á este hecho, en la cual decia:

> Doctor de ingenio divino,
> Sal y luz por excelencia,
> En la Iglesia y la eminencia
> Gran sucesor de Agustino,
> Rehusar un puesto tan divino,
> Pregunto; ¿es luz superior? etc.

Literato y amigo de literatos, mereció que Francisco de Medrano le dedicase algunas de sus odas imitacion de Horacio.

Era don Juan de la Sal persona de excelente criterio y no inferior gusto literario. Entre las poquísimas obras que de él se conservan, hay siete cartas dirigidas al duque de Medina-Sidonia, modelos de gracejo y de pureza de lenguaje. El asunto no podia ser mas á propósito para un ingenio festivo. Tratábase de un padre Francisco Mendez, que poseido de la lectura de vidas de santos, se empeñó en aparecer como uno de ellos, bien por necedad, bien por bellaquería. Muchos del género del padre Mendez hubo en el siglo XVI y en el XVII, mereciendo algunos por parte de la Inquisicion el castigo digno de sus embustes.

Don Juan de la Sal, en las siete cartas referidas, cuenta, dia por dia, los pretensos milagros que ofreció hacer á presencia de sus devotos el iluso padre Mendez. Una copia antigua de estas cartas existe en la Biblioteca Colombina, y de ella se ha sacado la que ha servido de original para la primera edicion que hice en 1848.

El mérito que tales epístolas encierran es innegable. En mi opinion obtienen la primacía sobre todas las que hay escritas en lengua castellana.

Murió don Juan de la Sal en Sevilla, habiendo recibido sepultura su cadáver en la capilla interior del noviciado de la compañía de Jesus. Así lo refiere Ortiz de Zúñiga en sus *Anales* (1).

(1) «Don Juan de la Sal, hijo de esta ciudad y del noble linaje de su apellido, obispo de Bona, en Africa, yace en la capilla interior del noviciado de la compañía de Jesus de esta ciudad, de que fué insigne benefactor. No aceptó el obispado de Málaga, prueba de su mucha virtud y poca ambicion.» (Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*.)



DIALOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO,

HIJO DEL PAPA PAULO III.

SU AUTOR

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

(*Fué escrito en el año de 1547.*)

Anima. ¡Hola, hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera, no te partas, respóndeme á lo que quiero preguntarte.

Caronte. ¿Quién será este presuntuoso arrogante, que con tanta furia camina y con tanta priesa me llama? Quiero esperalle y saber quién es. ¡Válgalo la ira mala! Extraño debe ser este. Sin piés ni manos camina, hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oido, degollado y con dos estocadas por los pechos. Mátenme si no debe ser de los de la rota de Albis, y hase tardado en llegar por falta de piernas.—Camina, si quieres; que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quién eres, que extrañamente bienes lisiado.

Anima. ¿Qué dices? ¿Qué cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo, por ventura, que tengo de entrar en docena con esa canalla de que tienes llena la barca?

Caronte. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de heridas y maltratado me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado, y que te habias tardado de no haber podido caminar mas con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quién eres?

Anima. Romano.

Caronte. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco.

Anima. ¿Cómo no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitan general y confalonier de la Iglesia?

Caronte. Todo eso no basta para que te conozca; porque los mas de los títulos que has dicho son tan nuevos, que aun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre si quieres que te conozca.

Anima. ¡Oh viejo loco, ignorante! ¿Es posible que no conozcas al hijo del Papa?

Caronte. No, que no le conozco, ni aun sabia yo que los papas tuviesen hijos. Mas agora me acuerdo de un cierto duque de Valentinois, que pasó por aquí no sé cuántos años há, tan arrogante como tú, y aun casi tan bien acuchillado, que dijo ser hijo de un otro papa, y queria tambien, como tú, que por esto se le tuviese respeto.

Anima. Yo creo que disimulas conmigo, por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme; pero no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentilhombre romano.

Caronte. ¡Oh, oh, oh! Agora sí que te conozco como á mí. ¿No eres tú el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados apenas te conociera quien te los dió. Mas dejado esto, ¿cómo vienes así?

Anima. Matáronme ciertos vasallos mios.

Caronte. ¡Oh mal caso! Oh grave maldad! ¿Es posible que los vasallos osen matar á su natural señor? ¿Dónde te mataron?

Anima. En Plasencia, de donde me habia hecho duque y señor mi padre, poco há mas de dos años.

Caronte. ¿Y eran placentinos los que te mataron?

Anima. Sí, y de los mas principales de aquel estado.

Caronte. Pues de esa manera, ¿cómo dices que eran tus vasallos? Agora no me maravillo de que te matasen; pero maravíllome mucho que tu padre te hiciese señor de lo que no era suyo ni podia ser tuyo.

Anima. ¿Cómo no? ¿No puede el Papa hacer lo que quiere del patrimonio de la Iglesia?

Caronte. No, segun dicen algunos de vuestros canonistas, que han pasado por aquí; pero demás destos, otros juristas imperiales, y particularmente milaneses,

me han dicho que el estado de Plasencia no es sino patrimonio del ducado de Milan, que fué empeñado por poca cantidad de dineros; y si es, ¿mira cómo te lo podria dar?

ANIMA. No faltó allá en el mundo quien dijo todo eso á mi padre y se lo dió á entender, y todavía él me lo dió, y yo no habia de buscar mejor título, cuanto mas que lo busqué y procuré, y supliqué al Emperador por la investidura; el cual nunca me la quiso dar, siendo mi consuegro y habiéndole servido.

CARONTE. Si á todos los que le han servido mas y mejor que tú hubiese el Emperador pagado como á tí y á los tuyos, seria menester, ó que conquistase otro nuevo mundo para pasar, ó se despojase de lo que tiene para pagar. Mas ¿sabes qué he pensado? Que los placentinos te pagaron imperialmente de los males y daños què á ellos les habias hecho, como de los deservicios que al Emperador pensabas hacer.

ANIMA. De lo hecho no digo nada, porque todo el mundo sabia cómo he vivido; pero ¿quién te ha dado aviso de lo que pensaba hacer?

CARONTE. ¡Qué bobo eres! Por mas avisado te tenia. ¿No sabes que pasó por aquí, pocos meses há, el conde de Fiesco, que iba tras Joanetin Doria, á quien él por tus persecuciones hizo matar, el cual, como mozo y de poca experiencia, contó aquí en esta barca á otros rapaces como él cuantos tratos tenia contigo, salvo los carnales, que por ser tan feos, aun los demonios que acá están aborrecen oillos? Pero no es nada esto. ¿No sabes que ayer, á manera de decir, pasó por aquí el rey Francisco de Francia, tu caro amigo y pariente que habia de ser, el cual me dijo en secreto casi la mayor parte de las tramas que entre él y tú habíades urdido, y venia mal enojado con la muerte, porque le habia atajado los pasos antes que las pudiese poner en efecto? Demás desto, ¿no sabes que el año pasado bajó acá Barbaroja, que la mayor lástima que llevaba era no haberse podido vengar de tu padre de no haber cumplido con el Turco ni con él nada de tanto que les prometió cuando lo de Castro y cuando lo de Tolon? como si tu padre, por mucho que lo intentó pudiese estorbar que los cielos y los hados no favorezcan y prosperen las cosas del Emperador, y que no las levanten al cielo, cuando en la opinion de los hombres están mas cerca de caer por tierra. Mira si de tales tres testigos he podido ser bien informado de tus hazañas y de las de tu padre.

ANIMA. ¡Qué digresion tan larga has hecho y cuán fuera de propósito! Y ya que asi sea lo que has dicho, ¿qué tiene que hacer con el derecho que yo tenia al estado de Plasencia, ni con la autoridad que mi padre tuvo para dármelo?

CARONTE. A esto respondí, si te acuerdas, antes que viniese á la digresion que dices; sino que como traes la ca'eza tan abierta, hásete salido de la memoria por la herida. Todavía torno á decir, y tú lo sabes, que no era de tu padre ni te lo pudo dar; y que por ser contra todo derecho, el Emperador no lo quiso consentir. Y aun si miraras al título de la concesion, vieras que no habia en él ninguna firma de cardenal ni de ningun vasallo ni aficionado á su majestad. Donde se ve claro que fué concesion injusta, hecha *per aliamtiam* y de manga, como se suele decir.

ANIMA. ¿Qué se me da á mí de eso? Yo me era duque de Plasencia á su placer ó su pesar; y si mi derecho era bueno ó malo, yo no tenia necesidad de ponello en disputa con nadie; cuanto mas, que cuanto al testamento de Adan, tan mio era aquello como del Emperador lo que tiene, y si vamos con curiosidad del derecho de cada uno, ninguno lo tiene mejor á lo que tiene que la posesion, y al cabo el mejor derecho es el mas antiguo de posesion; de manera que sola esta ventaja me podrian á mí hacer los otros príncipes, que era habérmelo yo conquistado y ellos heredado.

CARONTE. Si trujeras la cabeza sana, creyera que la traias vacía; pero véotela tan llena de sesos, que revientan por defuera, de manera que no sé qué me diga de tí. Todavía quiero replicar á lo que has dicho con sola una palabra, y es que de no dársete nada, y de ser duque á pesar del Emperador, y de haber tú usurpado la señoría y hecho de la fuerza derecho, mira lo que has ganado, y dés las gracias á tu padre por la merced y beneficio que te hizo.

ANIMA. ¡Oh, oh, oh! Eso es fuera de propósito; porque los hombres valerosos acometen las grandes hazañas, no obstante que la salida de ellas sea difícil y trabajosa, cuanto mas que el hombre pone y Dios dispone.

CARONTE. Es verdad, y así me parece que aconteció á tí con los condes que te mataron, y á ellos contigo, porque tú acometiste tiranamente serles señor; gobernaste despues como tirano, por no saber, como dices, la salida de las cosas; y al cabo moriste como tirano, y ellos acometieron como valerosos en matar al tirano sin saber cómo saldrian dello; y dispúsolo Dios de manera que les salieron las cosas mejor de lo que pensaban. Mas dejado esto, ¿dónde estabas cuando te mataron?

ANIMA. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

CARONTE. No debia ser muy fuerte, pues tan poco te aprovechó.

ANIMA. Sí era, y harto; pero estaba casi solo.

CARONTE. Pues ¿cómo, siendo tirano, èstabas solo?

ANIMA. ¿Quién se puede guardar de traidores?

CARONTE. Quien no la hace no la teme; quien no hace agravio, mal ni daño alguno.

ANIMA. A los que me mataron poco les habia tomado, puesto que si me esperaran cuatro horas...

CARONTE. Ya te entiendo; de manera que si ellos fueron traidores, tú eras alevoso; y si no se anticiparan, tú te anticiparas.

ANIMA. Sí, porque tenia ya aviso de sus tramas y tratos.

CARONTE. Bien se parece en el cuidado que tuviste de guardar tu persona.

ANIMA. ¿Quién habia de pensar que cuatro ó cinco vasallos mios, sin favor ni calor de otro, osaran de acometerme?

CARONTE. Quien los tenia injuriados, quien les habia hecho agravios, y se los hacia cada dia.

ANIMA. Nunca yo les hice agravio particular á ellos, que el pueblo no lo recibiese muy mayor; y sufriéndolo este, pensaba yo que aquellos lo sufririan.

CARONTE. Si te engañó tu pensamiento, la experiencia te lo muestra, cuanto mas que era gran liviandad la tuya, pensar reinar como tirano y poder vivir seguro; porque la indinacion del pueblo maltratado pone

armas en la mano del noble, el clamor de la injuria del pueblo despierta é incita á la venganza el ánimo del noble; ¿cómo es posible que no hayas oido la fin que hubieron los tiranos que contra toda la razon quisieron señorear?

Anima. Ya que eso sea así, no vivia yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas; que guarda tenia de á pié y de á caballo, muchos particulares y amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenia por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

Caronte. Pues ¿qué se hicieron esos que dices? ¿Dónde estaban cuando los hubistes menester?

Anima. Por ser la casa estrecha, y tambien porque me fiaba de pocos, los tenia aposentados por la ciudad [1], y solamente tenia conmigo dentro de la ciudad aquellos que no podia excusar.

Caronte. Antes, segun me dijo un obispo, mozo de buen gesto, que tú martirizaste diabólicamente pocos años há, solamente tenias contigo los que pudieras y debieras excusar, y quizá aquellos polvos trujeron estos lodos; pero no me maravillo de que te fiases de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivias, osases fiarte de tí mismo, considerado que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta obscura llena de mil malas visiones, un camino áspero y estrecho, lleno de todas partes de mil géneros de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda excusar de caer en alguno de ellos. Malaventurado de tí, nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenias contigo, que te sirviesen por amor ó por tus virtudes y valor.

Anima. Servíanme por el bien que mi padre y mis hijos les hacian, y por el que yo les pudiera hacer si viviera.

Caronte. Pero si por interés te servian, ¿cómo no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interés, le bastará el ánimo para matarle?

Anima. Ya lo consideré algunas veces; pero asegurábanme los buenos tratamientos que yo les hacia.

Caronte. ¿Buenos tratamientos llamas quitarles cada dia las haciendas, sus franquezas y libertades? ¿Cuál tirano hizo jamás mejor tratamiento á privado suyo, que hacia el duque Alejandro, tirano de Florencia, aunque con mas honesto título, que tambien pasó por aquí los otros dias, á Lorencin de Médicis, su primo hermano, el cual por premio de tantos beneficios lo mató despues á puñaladas?

Anima. Fué cosa muy fea y gran maldad de caballero.

Caronte. Verdad es; pero permitió Dios á las veces un gran mal por excusar otro mayor, como permitió que Joab, capitan de David, matase á Absalon, su mas caro hijo, por excusar el daño mayor, que fuera si el hijo matará al padre y le quitara el reino; y como permitió que Judit, viuda, mujer honesta, siendo ejemplo de verdad y de bondad, ensangrentase las manos y degollase aquel tan famoso capitan Holoférnes, porque aquel no usurpase el reino á Osías.

Anima. Tú eres gran sofista; yo no vine aquí para disputar contigo, ni menos para oir tus sermones: yo te digo que me vi duque y señor pacífico de Parma y Plasencia, temido de muchos y estimado de todos.

Caronte. ¿Quieres dejarme decir una palabra, y despues di cuanto quisieres? Mira cuán grande era tu ignorancia allá en el mundo, que aun te dura hasta agora. ¿Cómo te podias llamar duque pacífico, si tus mismos vasallos, como tú los llamas, te hacian la guerra? y si eras temido de muchos, ¿cómo no temias de ninguno? Pues quiere toda buena razon que tema de muchos aquel de quien todos temen; y si eras estimado de todos, ¿cómo estimabas tan poco á los que te mataron?

Anima. Porque no eran hombres para competir conmigo.

Caronte. ¡Ah, ah, ah! Esa es la mas nueva necedad que nunca he oido: ¿fueron hombres para matarte, y dices que no eran para competir contigo? Agora veo que el desacato que te tuvieron te hace desvariar de lo que comenzaste á decir.

Anima. Digo que yo era señor, ora fuese por amor, ora por fuerza, y puesto que yo fiaba mucho en la autoridad de mi padre, en el parentesco que tenia con el Emperador, y en lo que habia hecho de nuevo con franceses y venecianos, todavía para prevenir lo de adelante y asegurarme á mí y perpetuar mi estado, comencé á labrar mi castillo desde los fundamentos, que por ventura si se acabara, fuera de los mejores de Italia.

Caronte. Pues ¿por qué no lo acabaste?

Anima. No por falta de diligencia, porque jamás se hizo tanta, como se puede ver hoy en él, que en dos meses y medio lo puse desde la primera piedra casi en defensa, y tenia pensado al fin de este mes, y estar allí de ordinario, donde pensaba estar tan seguro como en el castillo de San Angel.

Caronte. ¿Y habias hecho en tan poco tiempo castillo para defenderte, y labrado aposento adonde pudieses estar? ¿Cómo puede ser?

Anima. El aposento no lo labré yo, porque me serví para este efecto de un muy hermoso monasterio de frailes, á la redonda del cual hice fundar el castillo, de modo que quedase el monasterio por aposento dél.

Caronte. Pues ¿cómo de casa de oraciones hacias espelunca de tirano? No quiero decir de ladrones porque no te enojes.

Anima. Sí, porque me convenia así, tanto por la bondad del sitio, cuanto por la presteza, y aun decirte he la verdad, por ahorrar de costa.

Caronte. Esa debieras decir primero, y de ahí debió nacer la tos á la gallina, porque, si no me engañan [2] de la quiromancia ó de la fisonomía que me mostró un cierto favorecido de tu padre que pasó poco há en esta barca, debe ser avarísimo; y créolo, porque si fueras liberal, no te hallarás tan solo cuando te mataron; pero dime, ¿cómo osaste tomar el monasterio que no era tuyo, para usar tan mal dél? ¿No veias que era temeridad y cosa contra vuestra religion?

Anima. A propósito no lo hilamos tan delgado los príncipes, como la gente popular, cuanto mas que no lo hice sin el consentimiento de mi padre.

Caronte. No lo creo ni es de creer, puesto que otras cosas peores se han dicho de tu padre en esta

[1] Parece que debe decir: dentro de la *ciudadela*.

[2] Parece que debe decir: si no me engañan los *secretos cánones*, etc.

barca. Pero si tú lo hiciste sin autoridad, hiciste mal; y si tu padre te la dió, paréceme que hizo peor. Y agora me maravillo menos de lo que hicieron los placentinos, pues entraba Dios á la parte en el número de los injuriados. ¿Por qué suspiras? Por qué te pelas la barba?

ANIMA. ¡Oh! que estoy desesperado.

CARONTE. Créolo, y cada dia lo estarás mas.

ANIMA. No lo digo por eso, sino que habiéndome avisado los astrólogos que todo este mes, hasta los quince del que viene, estaba sujeto á cierta mala influencia de estrellas que me amenazaban de muerte, no fuí para guardarme.

CARONTE. ¿Cómo? ¿que los astrólogos te avisaron dello?

ANIMA. Yo te diré, cuanto que el mesmo dia de mi muerte predije yo á ciertos criados mios lo que fué de mí. Mas otra cosa me desespera mas, y es, que mi padre me despachó desde Roma un correo diciendo que tal dia á tal hora y á tantos puntos, ni mas ni menos, hiciese poner la primera piedra de los fundamentos de mi castillo, porque el cielo y los planetas estaban entonces bien dispuestos y señalaban perpetuidad en lo que en aquella hora se comenzase á fabricar, y hame salido de la suerte que ves.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Yo rio, y si pudiese caber en mí dolor de la miseria é ignorancia de los hombres, en lugar de reirme, lloraria. ¿Es posible que tu padre sea tan vano como eso, y que dé crédito á tales ruindades? Agora te digo que no creo que es tu padre ni te queria bien, sino que tu madre, por parecer á tu tia, te hizo á hurto, y cargóselo despues á micer Alejandro.

ANIMA. Sobrado atrevimiento y desvergüenza es la tuya, y bien parece que estoy solo, que no me osaras tratar así. Pero ¿de dónde sabes tú tantas particularidades de mi casa?

CARONTE. ¡Hu, hu, hu! ¿qué piensas? ¿no crees que llegan acá las nuevas de maestro Pasquino? Sabes que tu madre pasó por aquí antes del papa Alejandro, y despues dél tu tia, y que dél y dellas podia yo saber mas de lo que te he dicho. Pero tornando á los astrólogos, paréceme que no te mintieron en nada, puesto que sea el mentir su propio oficio, porque en lo de tu vida decian bien si te guardaras; y aun yo, que no sé apenas navegar esta barca, cuanto mas astrología, te supiera decir que tenias necesidad de guardarte, porque claro está que siendo tirano y malo, que estabas sujeto razonablemente á morir mala muerte, y tanto mas presto cuanto tus abominables obras lo merecian mas, y tus maldades é insolencias crecian de dia en dia y de hora en hora; y siendo ello así, para excusar los peligros era necesario guardarte. Y si te guardaras tanto, que pasara el influjo que ellos decian, yo creo que tenian gentil excusa con decir que viviste porque te guardaste y que murieras si no te guardaras, y no guardándote tú y sucediendo como ha sucedido, no solo los puedes tener por buenos astrólogos, mas por verdaderos profetas. Pero, ¡ah, ah, ah! ¿sabes de lo que me rio? De lo que te escribió tu padre acerca de la perpetuidad del castillo, y de cómo el juicio fué verdadero, y el astrólogo debia ser avisado, salvo que no lo entendiste tú, y menos tu padre.

ANIMA. Y tú ¿cómo lo entiendes?

CARONTE. Desta manera: que el castillo comenzado en aquella hora y debajo de aquellas señales y disposiciones de planetas será perpétuo por las razones que te diré; y si no fuesen bastantes, desde agora me obligo á pasarte de la otra parte del rio sin dineros. El castillo será perpétuo porque la fábrica dél es maciza y excelente, y es, como se suele decir, una labor de Dios, pues se hizo con sus dineros; el castillo será perpétuo porque no es tuyo; será perpétuo porque me da el alma que se ha de entrar [1] en el Emperador, que lo querrá para sí, y será perpétuo porque teniendo tal dueño, sabrálo cuidar de manera que perpétuamente quede en su casa. Mira si será perpétuo, mira si profetizaba este caso el poeta cuando dijo:

Sic vos non vobis mellificatis apes.

ANIMA. Por Dios, que lo creo, porque los que me mataron es menester que se valgan del favor de algun príncipe, que los defienda y ampare, y ninguno les viene tan á cuenta como el Emperador, que tiene allí á dos pasos á don Hernando Gonzaga, su capitan general y lugarteniente, que ni perderá tiempo ni dejará de aprovecharse de la ocasion; pero ¿parécete á ti, que haces del santo y del justo, que es bien que el Emperador se lleve el fruto de mis trabajos y sudores, y tanto mas siendo injustos, como tú los llamas?

CARONTE. *Tu videris*, le respondieron á otro tal como tú, que está desa otra parte, preguntando él otra pregunta casi desta suerte. Mas embárcate, no perdamos tiempo; que me has detenido aquí una hora con tus cuentos.

ANIMA. ¿Cómo que me embarque? ¿Qué rio es este? ¿Quién eres tú?

CARONTE. ¡Qué desatinado que estás! ¿Cómo no conoces á Caronte, que habla contigo? ¿No sabes que este es el rio Leteo, y esta barca la que sirve de pasar las ánimas de los que acá bajan, como servia en Plasencia á los caminantes la que tú quitastes á cuya era, contra toda razon, para darla á quien tú querias?

ANIMA. Hice bien, porque era señor, y podia poseer y desposeer á quien á mí me pareciese.

CARONTE. Si no fueses tan bravo, si no temiese que me llamases en estacada, responderte hia que mientes á lo que dijiste de haber hecho bien; pero todavía porque entiendas que entiendo los puntos de duelo, digo que no hiciste bien, y pruébotelo desta manera: que si fuera bien hecho, no lo hicieras por no hacer bien ni perder tu natural costumbre, que era hacer mal.

ANIMA. Paciencia, algun dia será la nuestra. Dime, ¿es este el rio del olvido?

CARONTE. Sí; ¿por qué lo preguntas?

ANIMA. ¿Cuál es la laguna Estigia?

CARONTE. Muy léjos de aquí. ¿Quieres por ventura rodear por allá pudiendo pasar por acá?

ANIMA. ¿Cómo pasar? ¿Piensas que soy de tan poco valor ó tan solo, que me quiera embarcar contigo y olvidar la traicion que me han hecho? ¿Crees que no sé yo la propiedad de estas aguas? Ya sé que me conviene ir á la laguna Estigia, y pasearme he por la ribera della hasta que mi padre y mis hijos venguen mi muerte.

CARONTE. ¡Ah, ah! ¡Qué largo plazo tomas! Pues

[1] Parece que debe decir: se ha de *entrar en él* el Emperador, etc.

¿quieres estarte allí al sol y al frio, y al viento y al sereno hasta entonces?

Anima. Sí quiero estár, y no será el plazo tan largo como piensas; que yo tengo allá tales que me vengarán, y por ventura con mayor daño de la cristiandad que tú crees.

Caronte. Con daño de la cristiandad ¿cómo puede ser, muertos el rey de Francia y Barbaroja, que eran la esperanza de tu padre y tuya? Y siendo deshecha la malvada liga luterana, tan á su pesar y al tuyo, ¿quién habrá que se ose mover para hacer daño á la cristiandad, teniéndola el Emperador en su proteccion?

Anima. Basta, yo me entiendo, bien sé lo que me digo.

Caronte. ¿Quién piensas que hará esta venganza?

Anima. Mi padre y los cardenales y duques, mis hijos, y toda mi casa.

Caronte. ¿Sobre quién ha de ser esta venganza?

Anima. ¿Cómo sobre quién? Sobre los que me mataron y sobre los que los defendieron.

Caronte. Y si por acaso los favorecia el Emperador, como habemos dicho, si se amparasen dél, ¿qué harán tu padre y tus hijos?

Anima. Nuestra sangre, que pide venganza, la injuria hecha, y el daño recibido les enseñará lo que habrán de hacer. Cuanto mas, que antes que yo muriese dejé ya enhilada la cosa de arte que con poco trabajo quedarán satisfechos.

Caronte. ¿Sábes de qué temo, Pedro Luis? que esta tu sangre ha de venir al cabo sobre tu padre, sobre tus hijos y sobre toda tu casa. Y porque sepas que tengo espíritu profético y que no hablo sin fundamento, quiero decir lo que entiendo deste negocio. A tu padre le pesa de la grandeza y buena fortuna del Emperador, como aquel que tiene entendido que no ha de consentir que dure tanto tiempo la disolucion del clero y la desórden que hay en la Iglesia de Jesucristo, y que ha de salir al cabo con la empresa tan santa que ha tomado de juntar el concilio y remediar, juntamente con las herejías de Alemania, la bellaquería de Roma. Y que esto sea así verdad, bien sabes por cuántas vias tú y tu padre habiais intentado estorbarlo, y que por cumplir con el mundo, no pudiendo hacer otra cosa, cuando viste la determinacion del Emperador, que era hacer la guerra á los rebeldes del imperio, porque domados aquellos, como nervios principales de todo el cuerpo de la herejía, era despues fácil atraer al pueblo aleman á tener y creer lo que en el concilio se determinaria; digo pues que, viendo y considerando esto tu padre, envió una hermosa banda de gente italiana, con tantos dineros que bastasen solamente á llegar allá, y con órden expresa que en llegando y habiendo hecho una muestra delante del Emperador, se decidiesen y resolviesen en uno, de suerte que no pudiese su majestad. . . . . . dellos, diciendo particularmente tu padre, como se sabe que le dijo, estas palabras á Alejandro Vitelli, lugarteniente de tu hijo Octavio: «Haced allá en llegando una hermosa apariencia, y despues trabajad que se deshagan y que se vengan, porque el Emperador querémoslo amigo, pero no patron.» Despues de esto, viéndole vitorioso, domados los rebeldes, vencidos sus enemigos y todo el imperio sujeto, y que ya no podia dejar de haber efecto el concilio, que trataste tú y tu padre de revocarlo, como en efecto lo deshicistes, alegando para ello razones que ni eran verdaderas ni aparentes; y no contentos con esto, traíades él y tú mil tramas con mil naciones, para estorbar al Emperador tan santa obra, ocupándolo en otras guerras civiles, llamando para esto al Turco, como lo llamastes otra vez cuando lo hicistes venir en pulla, tirado de vuestras promesas y persecuciones. Pero Dios, que no quiere consentir tantas maldades, abrió los ojos de los que te mataron, y abrirá los del Emperador para que lleve adelante su buen propósito; por lo cual, tu padre, que de antes habia pocas ganas de concilio, tendrá agora menos; y dejando el negocio de Dios por accesorio, verás que ha de tomar el tuyo por principal, y sin acordarse de que es vicario de Jesucristo, obligado á dar bien por mal, querrá, como tú esperas, vengar tu muerte, y para esto no curará del daño de la cristiandad, ni de indignarse y hacerse enemigo de un emperador, que á él y á todo el resto de la Iglesia de Cristo sustenta en la propia religion con la propia virtud y la propia espada; vendrá, como he dicho, á no querer concilio, y declarar su buena intencion, de que se seguirá que el Emperador, movido de justicia, irá á juntar el concilio, y querrá ver el fruto que dél resultará; y esto no se podrá hacer sin daño y vergüenza de tu padre y de tus hijos y linaje, los cuales, siendo pocos y solos, durarán ante la fuerza del Emperador lo que suele durar un pequeño torbellino de polvo ante un viento recio y poderoso, y no creo que para esto será necesario que él tome la espada ni que sus ejércitos se ocupen en tan baja guerra; bastará que no os dé el calor y favor que siempre os ha dado, y que alce la mano de vosotros, y se esté mirando, ni será menester que dé licencia á los alemanes herejes, para que ellos lo hagan, como lo habrian hecho veinte años há, si no los hubiese tenido el miedo y el respeto del Emperador. Pero ¿qué mejores alemanes que los coloneses? ¿Cuáles mejores svízaros que los vicenos, los malatestas, valones, los varanos, los de Perosa, los de Arimino, y otros infinitos que son vuestros enemigos, á quien tu padre, despues que es papa, ha hecho muchos males, daños é injurias? Ni sabes tú que todos estos, de miedo del Emperador, no osan hablar, y que si él quiere disimular con ellos y estarse á ver, como he dicho, en dos dias extirparán de Italia y del mundo, no solamente la casa, mas aun la memoria de los Farnesios; pues mira si soy mal adivino, mira si hago mal discurso [1] y si vendrá al caso tu sangre sobre tu padre y sobre sus hijos, si no muda de opinion, si no enmienda su vida, y si no hace lo que el Emperador con tanta instancia le ruega, que es lo mismo que tu padre, como buen pastor y como buen vicario de Cristo, debria rogarle. Bastáraos á ti y á tus hijos haberos sacado casi del polvo de la tierra para dejaros hechos príncipes. Pero agora se me acuerda otro donaire. ¿Cómo quieres ir á la laguna Estigia? ¿No sabes que están allá los reverendísimos de Córdoba y de Gandía, y los demás que atosigaste? No sabes que está allá el pobre obispo de Fano? No sabes que há doce ó trece años que está allá el pobre cardenal de Médicis, esperando venganza de ti, que por hacer ricos á tus hijos le quitaste la vida, siendo el mejor mozo y el mas virtuoso que ha traido

[1] Parece que debe decir: y si vendrá al *cabo* tu sangre, etc.

en Roma capelo rojo de cien años acá? ¿Cómo piensas defenderte dellos, si allí vas tullido y malaventurado, siendo ellos mancebos y robustos? salvo si sus deudos, sabiendo tu muerte, no les han despachado con el aviso de su venganza, para que no estén mas detenidos esperándola, puesto que no lo creo, porque si así fuese, ya se habrian venido.

ANIMA. ¡Qué grande hablador eres! Qué de cosas has dicho! ¿Quién te trae aquí tantas nuevas y tan particulares avisos de todo? ¿Cómo puede ser que sepas tú casi todos mis secretos?

CARONTE. ¡Ah, ah! quiérotelo decir con condicion que te embarques luego, y no me detengas aquí con tus quimeras. ¿No sabes que los que habitamos acá abajo nos es concedido de la suma bondad saber todo lo pasado y lo presente?

ANIMA. Ya lo he oido decir, pero tambien tengo entendido que de lo por venir no sabeis nada, porque este secreto lo reservó Dios para sí solo; y siendo así, ¿cómo sabes tú las profecías que me has dicho? Cómo quieres que te las crea?

CARONTE. La luenga edad y la mucha experiencia hace á los hombres doctos y expertos, y estando aquí casi desde la creacion del mundo, y platicando cada dia con tantos que pasaban en esta mi barca, no te maravilles si por las conjeturas, considerado lo pasado y sabido lo presente, digo algo de lo que está por venir; pero, para que entiendas mejor cómo se pueda saber, ¿tú no dijiste poco há que esperabas que tu padre y tus hijos harán memorable venganza de tu muerte?

ANIMA. Sí que lo dije, y será así.

CARONTE. No sé yo tan adelante como eso; pero dime, ¿cómo sabes que será así?

ANIMA. Sélo, porque yo tenia ya tendidas mis redes, y ordenada la cosa de suerte que no pueda dejarle de suceder al Emperador una guerra muy grande, puesto que de ella no se seguirán los efectos que yo tenia pensados.

CARONTE. ¿Tienes otra certenidad mas desa para creer que sucederá como dices?

ANIMA. ¿No te parece que bastará para creer que sucederá así, quedar ya la cosa tan adelante, que me tomó casi la muerte con el fuego en la mano, y si se tardara dos meses, yo abrasara á Italia ó fuera el mayor príncipe della?

CARONTE. Pues si bastan esas conjeturas para que adivines lo que ha de ser, ¿cuánto mejor lo podrá adivinar un demonio, que sabe mas que tú, aunque no sea tan malo como tú? Ves aquí cómo nosotros podemos adivinar lo que ha de ser, y tambien por conjeturas, como tú haces. Pero aun te quiero decir otro punto mas importante, porque me creas. ¿No sabes que tu padre se deleita de la nigromancia, y tiene espíritus familiares, trata y habla con ellos; cosa que no solamente la Iglesia, mas el mismo Dios la defiende? Pues tratando él tantas veces de la materia, siendo este el paso y ellos todos unos, mira si puedo de hora en hora ser avisado de todo lo de allá mas y mejor que otro, y en lo que toca á todos los secretos, sábete que despues que llegaste aquí, han llegado una infinidad de demonios que tú tenias ligados y apremiados dentro de un libro pequeñuelo, cerrado con dos candados, con las cubiertas de terciopelo carmesí, forrado en tablas de plomo por mas señas.

ANIMA. ¡Cómo! ¿que mi libro tan preciado ha sido abierto, y que son sueltos los demonios que en él estaban apremiados? ¿Quién lo abrió?

CARONTE. Oyeme si quieres, y no te congojes, porque no tiene remedio. Sábete que mientras he estado aquí hablando contigo, llegaron todos aquellos espíritus tus esclavos, á los cuales conocí yo, y muy bien, porque entre ellos habia gente principal, y maravillándome de verlos salir tristes saliendo de la prision en que los tenias, le pregunté la causa; y uno de ellos me respondió: «Sábete que á don Hernando Gonzaga le dieron el libro adonde estábamos apremiados, y él, como caballero ánimoso y religioso, no quiso, pudiéndolo hacer, servirse de nosotros, ni que otro se pudiese jamás servir; y así tomando el libro, rompió las cerraduras, y abriéndolo, á todos nos ha puesto en libertad. Mas ¿qué nos aprovecha? que siendo nuestro oficio y nuestra inclinacion hacer mal, nunca harémos tanto siendo libres; cuanto mas agora, que tenia el traidor tramada una tela al Emperador con que muriera la mayor parte de la cristiandad, que bastara para hacerte rico á tí, y á nosotros contentos. Entonces me contó la gran manada de puercos que tenias apalabrada en tierra de svízaros, para traer á la carnicería de Lombardía; el concierto con franceses, con venecianos y con el Turco, demás de los otros que yo me sabia. Así que, destos he sido informado de las particularidades y secretos que te he dicho, los cuales asimesmo me dijeron cómo don Hernando habia tomado ya la posesion, y pacíficamente, de Plasencia, y le habian hecho el homenaje, y que luego por la primera cosa mandó que se siguiese la obra del castillo, y que se diese en ella la misma prisa que tú te dabas para ponerlo en defensa. Díjome cómo le habian acudido de todo el estado de Milan mucha gente de guerra de á pié y de á caballo, debajo del gobierno de muy buenos capitanes. Díjome cómo habia visto tu cuerpo arrastrado por aquel lodo; entre los piés de los villanos súbditos, los cuales no se hartaban de pisarte y ofenderte. Díjome, y aun con admiracion, que te habia mandado don Hernando enterrar, y que te desenterraron tres ó cuatro veces, y queriendo deste demonio saber la causa, díjome que habiéndote cubierto como cuerpo de príncipe, y puesto en una iglesia, el pueblo, indignado de que á cuerpo de tan mal hombre se hiciese mas honra en la tierra de la que te harán acá en el infierno, te tornaron á quitar de allí, despojándote de nuevo y tornándote á echar en el lodo; y fué cosa justa, que cuerpo que se deleitó tanto en las suciedades abominables que el tuyo se deleitaba, lo viese el mundo despues, á guisa del puerco, revolcar por el lodo, y que ninguna iglesia te sufriese, en pago de haber hecho della casa fuerte para tus maldades; puesto que tambien me dijo que al fin don Hernando lo mandó tornar á enterrar de nuevo, y lo tornaron á cubrir como á príncipe, porque veas cuán bueno es Dios; vinieron al fin á recogerte en un monasterio de donde tú habias sacado los frailes y echádolos sin culpa ninguna, y así usaron de caridad con tu cuerpo aquellos mesmos que no hallaron en tí ninguna. Y mas te hago saber, que te pesará mas; que me dijo este demonio que estaba don Hernando maravillado de que tu hijo Octavio, enviándole cada dia correos por lo que toca á tu ropa, nunca habia él ni otro acordado de enviar á pedir tu cuerpo, y enterrarlo

conforme á la dignidad ducal y á la pompa y locura del mundo.

ANIMA. ¿Cómo que no ha enviado por mi cuerpo?

CARONTE. No, que no ha inviado, ni aun piensa inviar por él, que es peor.

ANIMA. Eso ¿cómo lo sabes?

CARONTE. Sélo porque hasta agora no solamente no ha hecho mas mencion, ni aun pensado, y sélo porque hay un proverbio, que vale mas un novicio que un obispo muerto. Pero ¿sábes de qué me rio? De que me ha dicho que don Hernando mandó que te digan muchas misas, de las cuales, habiendo venido aquí, habrás el beneficio que han los demás.

ANIMA. Muchas gracias al señor don Hernando, despues de haberme descalabrado en la frente, me unta el celebro.

CARONTE. ¡Ah, ah! Pues con mas razon lo dirias si supieras cómo te descalabró.

ANIMA. Ya lo voy poco á poco entendiendo, que desas gentes de guerra que le acudieron tan presto como dices, tuve yo noticia; ya un mes antes que fuesen fuí yo avisado dello, pero no pensé que eran para este efecto.

CARONTE. Créolo, porque estarias ciego, y suele acontecer que cuando Dios quiere ó permite que uno se pierda, la primera cosa que hace es cegarle el entendimiento.

ANIMA. Basta, basta; aun no ha salido el año; no será mi padre el que debe, si él se le va alabando.

CARONTE. Tambien me dijeron cómo tu padre lo ha mal amenazado; pero ¿sabes qué dicen? Que quien amenaza, uno tiene y otro espera. Si tu padre fuere el que debe, como dices, él disimulará, conociendo que fué poca pena á tanta culpa; y si no fuere el que debe, acontecerle ha algo por donde tenga mas que llorar en sus trabajos que en los tuyos.

ANIMA. ¿El duque Octavio, mi hijo, no ha hecho demostracion ninguna sobre esto, sabiendo que todas mis quimeras y todos mis pensamientos eran con fin de dejarle gran príncipe?

CARONTE. Sí ha hecho, segun me ha dicho aquel demonio, y aun hecho mas de lo que le convenia hacer, porque se metió luego en Parma y se hizo fuerte en ella, y no á nombre de la Iglesia, sino como señor heredero.

ANIMA. Y eso ¿te parece que le convenia?

CARONTE. No; porque si don Hernando quisiera á Parma; antes la hubiera que tu hijo, y si el Emperador quisiera, ni él ni tu padre son parte para defenderla. Demás de esto, lo que á él estaba mejor era, en entrando en Parma entregarla á don Hernando, y con diligencia irse luego al Emperador y decirle: «A mi padre han muerto sus vasallos, y su hacienda está en poder de vuestros ministros; yo me vengo á poner en vuestro poder, porque sois mi suegro y mi señor. Cree que se hicieran mejor sus negocios, y que le cantara otro gallo si él hiciera esto, muy al revés de lo que se hará si prosigue por la via que al presente lleva.

ANIMA. Pues ¿cómo? ¿te parece á tí que fuera mejor acudir al Emperador, que era su suegro, que al Papa, que era su agüelo?

CARONTE. Sí que me parece mejor, porque el Papa es ya viejo, y como dicen, vive de gracia, y como yo creo, es permision de Dios para que se enmiende. Moriráse mañana, y herido el pastor, no te daria un higo por todas las ovejas de tu linaje, y si Octavio queda en desgracia con el Emperador, y él lo desampara, dime ¿quién lo favorecerá ó cuál árbol le hará sombra? Tanto mas si se hace, como se hará, el concilio, que los cardenales, tus hijos, quedarán cercenados como los otros.

ANIMA. Todavía quieres ser adivino; ¿cómo sabes tú lo que resultará del concilio, ya que se haga?

CARONTE. De hacerse no tengas duda, sino que se hará porque lo quiere Dios; porque el Emperador lo ha tomado tan de veras y lo tiene tan adelante, que no podrá dejar de hacerse. Lo que resultará saco por conjeturas, por la via que ya dije, y aun porque sé que la primera ocasion que movió á los alemanes á negar la obediencia á la Iglesia nació de la disolucion del clero y de las maldades que en Roma se sufren y se come'en cada hora. ¿Piensas tú por ventura que querria yo concilio, ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir, porque uniéndose y reformándose la Iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes herejes que pasan por aquí á nubadas como tordos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno; puesto que por otra parte creo que mudada y reformada la Iglesia, los príncipes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el Turco, de donde podré yo haber mayor ganáncia; pero ¿quién son estos que con tanta furia caminan hácia nosotros?

ANIMA. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha y dame la mano, que ya los conozco.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Entra, entra, desventurado, que tambien los conozco; ya, ya comienza á acusarte tu conciencia. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano, que tan torpemente martirizaste; mira si fueras á la laguna Estigia y te toparas con ellos, ¡cuál te pararan! Acaba de entrar y siéntate, y alárgame, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre; *quia in inferno nulla est redemptio.*

FIN DEL DIÁLOGO ENTRE CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO.

CRONICA

DE

DON FRANCESILLO DE ZUÑIGA,

CRIADO PRIVADO, BIENQUISTO Y PREDICADOR DEL EMPERADOR CARLOS V,

DIRIGIDA Á SU MAJESTAD

POR EL MISMO DON FRANCÉS.

NECESARIA cosa es y muy razonable á los hombres, buscar manera de vivir; ejemplo dan las alimañas y aves en la provincia de Guipúzcoa. En un lugar llamado Oñate cada año criaban allí muchos cernícalos, y sintiendo por el mes de agosto que el Señor de la tierra los tomaba para comer por no tener demasiados cabritos ó capones, las dichas aves ocho dias antes [1] se ausentaban de allí. En esta nuestra [2] region de España, en un lugar que se llama Toledo, habia un caballero que se llamaba por nombre don Pedro de Ayala, el cual criaba muchos perros de caza, y tantos, que si de comer les diera, no bastara su renta; y como la necesidad natural á todas las personas avise, estos perros se soltaban cuando sentian que las ollas de los vecinos estaban medio cocidas, y así satisfacian su voluntad. Sócrates escrebia al conde don Fernando [3] á la Coruña, diciéndole que no se maravillase de los animales hacer esto por vivir, que escripto está que en tiempo de Ciceron habia un caballero, llamado don Pedro de Sotomayor, hijo de la condesa de Coruña [4], habia muerto á su madre por [5] comer, y pensándolo tener, le fué quitado por el delito; así que muchas cosas Dios nuestro Señor nos da á entender para que vivamos, ó para que la gente nos deje vivir; por ende, Cesárea Católica Majestad, pues que veis los inconvinientes que de no tener vienen, menester es que los perros de Auberri coman, y aun el dicho musiur de Auberri, que parece hecho de cera de sellos de cartas ó paño de grana vieja, sea alimentado, no olvidando los servicios de [6] Metena y Role, que parecen hijos bastardos de Juan de Lanuza, que los hubo de monsieur de Frons, entonador de los órganos de su majestad.

[1] del mes en que suelen criar
[2] en otra region
[3] Hernando de Andrade
[4] nieto del conde de la Coruña, (B.)
[5] no tener que
[6] de Metena y Rolu, que parecen hijos bastardos de Juan de Lanuza, que los hubo en mosiur de Frans, borrica de los órganos, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el muy alto é muy poderoso rey don Cárlos vino á España despues de la muerte del católico rey don Fernando, su abuelo.

En el año de [7] 1516, estando el católico rey don Fernando en la ciudad de Plasencia, adoleció de grave enfermedad, y partióse para Nuestra Señora de Guadalupe, y en el camino, en un lugar pobre llamado Madrigalejo la enfermedad se le agravó en tal manera, que dió el alma á Dios, que la crió, despues de haber rescebido los Santos Sacramentos como fiel cristiano y glorioso rey [8]. Despues de su glorioso fallecimiento gobernó el ilustre y serenísimo señor cardenal d'España, arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jimenez, que parecia [9] galga envuelta en manta de jerga, y tovo las Españas en paz, poniendo mucha justicia y temor en ellas, hasta la venida de su majestad en ellas, y desembarcó en Villaviciosa. Murió este cardenal de placer que hobo de la venida de musiur de Xebres; tuvo por compañero en su gobernacion y vida al obispo de Avila, don fray Francisco Ruiz, hombre muy experto, muy gran servidor de su majestad; el cual obispo parecia mortero de mostaza [10]. Este cardenal fué de buena vida, honesto y muy amigo de justicia, quiso al Emperador mucho; tuvo por pariente al adelantado de Cazorla; fuéle tan pesado en la vida y muerte, que quisiera tener el dicho cardenal mas diez mil ducados de pension sobre su arzobispado [11]. Este adelantado parescia sollo dañado, presentado al conde de Urueña [12], ó á fray Sévero, italiano, mostrador de Terencio á los nietos del duque de Alba.

[7] la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo de mil é quinientos é diez y seis años (B.)
[8] miércoles á 23 de enero de 1516. (Id.)
[9] madre del arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca (C.)
[10] ó tinajon de anchovas en Bilbao. (B. y C.)
[11] que no á él (B.)
[12] Coruña. (B. y C.)



CAPITULO II.

De cómo [1] el rey don Cárlos descendió en las Españas, y desembarcó en Villaviciosa por el mucho amor que tenia á sus súbditos.

Este rey don Cárlos, habiendo consideracion á la gente d'España lo mucho que le deseaban ver, deliberó de pasar la mar, aunque el tiempo era contrario y peligroso; y como Dios viese la rectitud y limpieza de su corazon, el mar le fué tan próspero, que en poco tiempo le pasó, y desembarcó en un lugar de Astúrias, [2] llamado Villaviciosa, al cual lugar de las Españas fueron muchos señores y caballeros y gentes, y de los primeros que al Rey llegaron, fué un caballero llamado don Francés de Viamonte, natural de Navarra, y le dijo: «Señor Rey, yo soy vuestro capitan de hombres d'armas, y no tan rico como el duque de Béjar, y mas hablador que Meneses de Bobadilla, y no tan estrecho de conciencia como fray Juan Hurtado; querríame hartar[3] en poco tiempo;» y aunque el Rey era de tierna edad, respondió asaz discretamente: «Don Francés, un refran tenés en Castilla, que dice que por mucho madrugar no amanece mas aína.» Este don Francés paresciа pastelazo de banquete enharinado en casa del conde Nasao, ó buey blanco en tierra de Campos; murió en Pamplona de hambre, despues de haber gastado lo que le dieron del rescate del capitan Asparros[4].

CAPITULO III.

De cómo el Rey se partió de Villaviciosa para Madrid.

El Rey se partió deste lugar, y se vino para un lugar llamado Ampudia, y á él vino el ilustre don Pedro Manrique, marqués de Aguilar, y le dijo: «Señor, yo soy natural de las Españas, y los de mi linaje donde yo desciendo siempre fueron leales á la corona real, y mas yo que ninguno; esto digo porque he sido mártir con otros confesores por vuestra alteza. A mí me llaman por sobrenombre Tocinazo, y parézcolo, y tengo un monte en Aguilar, donde vuestra alteza matará muchos puercos.» El Rey demandóle cuenta del monte; el Marqués dijo: «Señor, yo maté el otro dia un puerco muy grande, al cual hallamos entre las dos espaldas una encina de dos brazadas[5].» El Rey, maravillado desto que el Marqués decia, le preguntó: [6] «¿Cómo puede ser?» Y el Marqués, medio riyendo, dijo: «Señor, habrá tres años que, andando á monte un mi criado, le dió una lanzada al dicho puerco, y era en tiempo de bellotas, y el puerco se revolcó en el suelo, y se le metió una bellota por la herida, y con la tierra que el puerco cogió del revolcar y con el calor se crió esta encina.» Xebres y monsiur de Laxao, y Simonete y monsiur de Bürsa [7] se miraron unos á otros riyéndose, y el Marqués riyó á vueltas; este marqués fué leal al Rey y pasó con él en Alemania, como adelante se dirá. Gastó mucho en su servicio; parescia panadera del alcalde Bribiesca ó guarnicionero rico en Olmedo ó hombre que hacia bizcocho para las armadas del rey don Sebastian; fué de mediana estatura, á manera de atabal de Cruzada; tuvo un hijo llamado don Juan Manrique, heredero de su casa; fué apodado por este autor que parescia moza montañesa llamada Teresa; otro hijo tuvo llamado don Alonso Manrique, amigo del viento solano, liviano de cabeza, buen caballero, nunca se halló con veinte ducados. Este marqués fué gastador; dió el ánima á Dios llamando un halcon con un señuelo; fué enterrado en un baul viejo, que fué de don Francisco de Mendoza, hijo del Patriarca; fué llorado por Sancho Bravo, y plañido por la marquesa de Denia y por dos cazadores de don Alonso de Acevedo.

CAPITULO IV.

Cómo el Rey fué á Valladolid, y de los grandes y caballeros que á su alteza vinieron por le besar las manos, y cómo fué jurado por rey y señor.

El Rey se fué á Valladolid, donde fué rescibido con toda solepnidad y alegría, como á tal rey convenia; llegaron allí por le besar las manos cuantos grandes y perlados habia, los mas de ellos con intencion de ser muy aprovechados; y como el corazon de los reyes esté en la mano de Dios, los mas de los pensamientos salieron en vano, aunque algunos de estos metian cisma entre el Rey y otras gentes, pensándolos heredar, y el Rey entendia la intencion y voluntad de cada uno, y con callar y disimulacion confundió los mas dellos; entre los cuales iba á media noche don Pedro de Mendoza, conde de Coruña, y decia al Rey los pleitos que traia con el duque del Infantadgo; que si su alteza quisiese, que él tenia manera para meter gorgojo ó polilla en el real de Manzanares; y musiur de Xebres [8], camarero mayor del Rey, que bien lo entendia, dijo al Conde: «El diablo os emporte, y amplius non parles;» el cual conde parecia albañir portugués ó hombre que está obligado á dar terneras en Zaragoza.

El duque de Béjar vino á la dicha villa de Valladolid por besar las manos del Rey, acompañado de muchos parientes y criados, todos bien guarnidos de brocado y otras cosas que menester les eran; iban con él don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, que parescia cordero de Ontiveros mamon, y el prior de San Juan, hermano de don Antonio de Zúñiga, que no parescia sino ginovés cargado de deudas, y el conde de Aguilar, don Alonso de Arellano, que parescia galgo que llevan á caza por fuerza, y otros muchos caballeros, que seria prolijo de contar. Y el conde dijo al Rey: «Por el cuerpo de Dios, yo soy natural de Navarra, y traigo á Juan de Bracamonte, mi alguacil mayor de la chancillería de Valladolid, y querria mas traer á don Juan de Lanuza, visorey de Aragon, y tengo las narices de los de la Costanilla de Valladolid, y donde yo desciendo siempre fueron leales á la corona real; si no, vean las escripturas de mosen Diego de Valera, y allí lo hallarán.

El marqués de Villena llegó con mucha gente de deudos y amigos; el cual marqués por su enfermedad iba en una silla de caderas, con un paño de lienzo blanco al pescuezo, un bonete que dicen fué de Lain Calvo, unos zapatos de fieltro, un cinto ancho de cuero de vaca, que fué del suegro del conde Fernan Gonzalez, un jubon de raso verde con un collar del tiempo viejo, que

[1] este rey don Cárlos glorioso (C.)
[2] que se dice (B.)
[3] querria medrar (Id.)
[4] Gaspar Rodo. (B.) — Vasparroz (C.)
[5] brazos. (B.)
[6] Marqués, mentira parece aqueso; (Id.)
[7] Buisan. (Id.)
[8] Monsiur de Laxao, (C.)



llegaba encima del colodrillo, con mas de setenta y dos mil puntadas, engrudado al modo que hoy andan los paveses en España. El dicho marqués parescia pato cocido, muy cocido, ó liebre empanada. Y despues vino el duque del Infantadgo con setecientos asturianos, vasallos suyos, los cuales iban en piernas haciendo penitencia por Bellido Dolfos, el que mató al rey don Sancho á traicion sobre Zamora, con otra mucha caballería de su casa; los cuales contaban todo el tiempo que en la corte estuvieron la renta que el Duque tenia, y cómo el conde de Saldaña era buen caballero de la brida, y cómo Guadalajara era el lugar menos costoso del reino[1], el cual duque parescia santo Anton de mayo ó padre del papa Gregorio VI. Este duque sirvió y socorrió á la corona real, y persiguió á los de Madrid porque se le entraban en sus términos[2].

Don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, llegó á besar las manos al Rey con muchas gentes y caballeros honrados, y dijo al Rey: «Señor, yo parezco preboste de Bilbao, y mi hijo el conde de Haro es bachiller *in decretis* y lee en Salustio Catilinario y Caton, y mi yerno el conde de Oñate es viento regañon ó milano mudado en casa de Sotomayor el de Medina.» Y dijo mas á su majestad: «Bustillo es mi criado[3], y es á cargo á Dios de diez mil cálices y frontales, y Julian de Lezcano es grande de cuerpo y largo en contar cosas; sabe Dios lo que pasó con él. El conde de Siruela es mi sobrino, y reza mas *magnificas* que don Antonio Manrique, yerno del adelantado de Castilla; el cual conde paresce majuela[4] azotada.» El duque de Alba llegó al Rey con muchos caballeros y criados, y dijo á su alteza: «Señor, yo soy largo de ánimo y corto de grevas, mas redondo que un ducado de á dos; tengo por hermanos al comendador mayor de Leon, porqueroncillo del rey David, y á don García de Toledo, señor de la Horcajada, que paresce ensalmador de piernas quebradas, buen caballero de la brida y ruin jinete.» El Rey le dió muchas gracias; que de todo estaba informado.

Don Fadrique Enriquez llegó al Rey muy acompañado, como gran almirante, y le dijo: «Señor, cuanto á lo de Dios soy hombre, cuanto á lo del mundo no lo parezco; lo mas del tiempo ando debajo de tierra como topo, tengo dos hermanos, el uno llamado don Fernando Enriquez, que paresce mercader de gengibre en la feria de Ambéres; el otro es el conde de Rivadabia, qué paresce gavilan fiambre ó nieto del regidor de Segovia. Tengo una hermana que se llama doña Teresa Enriquez, que saca cada año seis ánimas del purgatorio, y mete á su hijo el adelantado de Granada y á doscientos en el infierno.» El Rey le dijo: «Almirante, sois muy discreto; dad gracias al Redentor, que si os lo quitó de las haldas, os lo añadió en las mangas.» Don Juan de Acuña, señor de Xemas[5], natural de Zamora, hijo de galga y de rocin de albarda, llegó con el reverendísimo don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y dijo al Rey como mejor pudo: «Señor, este es el arzobispo de Santiago, y yo soy su deudo y criado, y si alguno dijere que Luis Zuazo es tan delgado como el Arzobispo, yo me mataré con Rui Diaz de Rojas, el cual Rui Diaz paresce bocina quebrada, y cuando yo hablo paresco chirimía que se tañe á su cauo.» Don fray Alvaro Osorio, obispo de Astorga, llegó á besar las manos á su alteza, y le dijo: «Señor, yo soy de la órden de Santo Domingo, y si pudiese traer roquete y jugar á la pelota y traer mi espada ceñida, yo pornia sobre mi obispado doscientos ducados de pension para los deanes de Búrgos y Plasencia.»

[1] Es el mas costoso lugar de toda España.

[2] parescia guarnicionero, bonetero, viudo ó que se le ha ido la mujer, ó escudero de costa cargado de deudas; su hijo, el conde de Saldaña, parescia tinajon lleno de vascosidades, y por otra parte no parecia nada. (B. y C.)

[3] este mi criado se llama Botillo, y es en cargo á Dios, etc. (C.)

[4] monjuela (Id.)

[5] Gema (Id.)

CAPITULO V.

Cómo fueron llamados todos los procuradores de Cortes de las ciudades y villas destos reinos, y fué el bienaventurado don Cárlos jurado por rey.

Esto pasado, el Rey mandó llamar procuradores de todas las ciudades y villas de sus reinos para que fuese jurado por rey y señor, y así se hizo con la mayor solemnidad que se pudo hacer; de manera que antes ni despues otra tal fiesta fué vista, ansí de grandes y perlados, como de otros muchos caballeros; y esto fué por el mes de diciembre del dicho año, y como el tiempo era fortunoso, las aguas y lodos eran grandes. Fueron á pié con el Rey hasta el palacio todos muy ricamente vestidos, entre los cuales iba el conde de Ayamonte asido de la mano de don Francisco de la Cueva, duque de Alburquerque; y como el Marqués fuese corto de vista, metió al Duque por un tremedal de lodo que les llegaba hasta las cinchas. Desto el Rey riyó mucho, y por este placer que hobo, á este marqués de Ayamonte hizo marqués, y al duque quitó trescientos y cinco maravedises[6] que tenia de juro sobre la villa de Almazan; y musiur de Laxao, que allí se halló, decia qu'este duque y marqués parescian, metidos en el lodo, osos, macho y hembra, que se andaban por asir. Despues desto el Rey mandó despedir las Cortes, y cada uno se fué á su casa. En este año acaesció una cosa muy admirable, y fué que el conde de Orgaz, por hacer uso nuevo en la corte, mandó á sus oficiales que quitasen las pepitorias de los miércoles en la noche, y hiciesen almidon, que era manjar de mas sustancia.

CAPITULO VI.

De cómo el Rey nuestro señor se partió para los reinos de Aragon y Cataluña, y cómo le vino la nueva de la muerte del Emperador, su abuelo, y cómo fué elegido por emperador.

El Rey se partió de Valladolid para Aranda de Duero, y de allí envió al serenísimo señor infante don Fernando á Alemania, y le dió los ducados de Austria y Brabante y Tirol, y tomaron residencia á Pero Nuñez de Guzman, ayo suyo, clavero de Calatrava, en qué habia gastado las expensas del señor Infante que del Rey nuestro señor tenia, y hallóse que el mas del tiempo le daba á comer arroz sin grasa, y gallinas viejas, y fruta no madura, y algunas noches almidon de lo del conde de Orgaz; y que demás desto, no le tenia dada comision para que diese nada á persona ninguna, si no fuese cualque jubon viejo, traido, ó gorra comenzada á raer, y si caballo quisiese dar, que fuese con cuatro cuartos como casa. Y desto hobo el Rey grande enojo, y mandó dar al dicho ayo cuatro mil maravedises de

[6] trescientos mil maravedises (C.)

juro al quitar, y no quince dias despues el Rey mandó al Clavero quitar el dicho juro. Este dicho clavero parescia gamo doliente ó padre de confision de don Juarez, obispo de Mondoñedo. Murió en Valladolid contra su voluntad, y al tiempo del espirar renegó como un moro por no poder llevar todo su dinero consigo en la otra vida, y fué enterrado entre Simancas y Valdestillas en una lanza de armas, y veníale ancha, segun lo poco que comia en este siglo.

CAPITULO VII.

En que se cuenta el camino que su majestad hizo á Aragon.

El Rey, de Aranda de Duero se partió para Aragon, y con él iban muchos caballeros, grandes y perlados, los cuales eran el conde de Benavente y el secretario Villegas, solicitador del marqués de Pliego, y Baena el boticario, y Villasante, un mercader de Medina, y un factor de Portillo, el mercader de Valladolid. Este conde de Benavente era lapidario á la sazon y compañero de micer Enrique el aleman; el duque de Béjar lo que parescia adelante se dirá. Don Alvar Perez Osorio, marqués de Astorga, que parescia mona regocijada la noche de Navidad; y don Pedro de Mendoza, conde de Monteagudo, que despues fué llamado el bello mal maridado, porque tuvo concordia con su mujer. Este conde parescia perro ahorcado ó borceguí viejo de escudero pobre. Don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, buen caballero, aunque pobre, mas cuadrado que el *Génesis*, parescia ayo de la marquesa del Cenete, hombre de barba rucia [1]. Por evitar prolijidad el autor no cuenta mas, acordándosele de muchos dichos de filósofos antiguos, entre los cuales dice Boecio, *De Consolacion*, que á los reyes debemos obediencia, amor, fidelidad, y que las leyes divinas y humanas se conciertan en esto, aunque el teólogo y grande orador Bartolóme de Alviano [2], y Platon y Juan Jordano y Diego García de Paredes dicen : *Maledictus homo qui confidit in principibus;* y mas si tienen al hombre condenado á muerte ó le deben algo.

El Rey entró en Aragon, y fué en la villa de Calatayud recebido con gran placer y alegría, y yendo por la calle el Rey, iba descuidado con la boca abierta, y llegó á él un villano y le dijo : «Nuestro Señor, cerrad la boca; moscas deste reino son traviesas;» y el Rey le respondió que le placia, que del necio el primer consejo. El Rey mandó dar al labrador trescientos ducados, porque era pobre.

CAPITULO VIII.

Cómo el Rey se partió para las ciudades de Zaragoza y Barcelona, y las cortes que en ellas celebró, y los recibimientos que le fueron hechos.

El Rey nuestro señor se partió para Zaragoza, y le salieron á rescebir los grandes de Aragon y perlados, y de los primeros fué don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza, hijo del católico rey don Fernando, de gloriosa memoria; este arzobispo parecia lobo asado [3] ó labrador espantado en fiestas de caballeros ó mirando retablo de iglesia catedral; fué liberal, discreto, valiente, amador de justicia y de su rey; murió como fiel cristiano. Lloróle don Martin de Urrea, señor de Argavieso, con un ojo, que no tenia mas. Este cristianísimo arzobispo, despues de su fallecimiento dió su arzobispado el muy alto y serenísimo rey don Cárlos á su hijo don Juan de Aragon, por la bondad de su persona. Este fué buen caballero y perlado discreto, liberal, y demás desto, parescia gallina puesta á asar ó cernícalo asombrado.

El conde de Aranda llegó á su alteza por le besar las manos, con muchos caballeros de su casa; el Rey le dijo : «Conde, pareceis cachorra asentada, que se está royendo huesos.» Con el Justicia de Aragon llegó el conde de Belchite, y le dijo al conde de Benavente : «Señor Conde, paresceis buharro con luto ó almohada de paño viejo en casa de Baena el boticario.» El conde de Fuentes dijo : «Señor, á mí me llaman de Heredia, y soy el hombre mas desheredado que hay en estos reinos; demás desto, pobre y empeñado, y yo y mi hijo parecemos ansarones que los trae algun villano á vender á la villa, segun escribe el hijo de mosen Jaime de Albion, que fué llamado por sus pecados burro espantado.

CAPITULO IX.

Cómo el Rey mandó hacer cortes, y lo que en ellas hubo.

El Rey, entrado en la ciudad, estuvo en ella algunos dias, y dende á poco mandó hacer cortes, y en ellas hobo muchos debates y dilaciones y grenges, que mas parescia herejía; y el arzobispo de Zaragoza trabajó cuanto pudo por concertar las Cortes, y luego nuestro Rey fué jurado por rey y señor, y hiciéronse por ello muchas fiestas de justas y torneos y juegos de cañas. De placer que hobieron, todos daban los vestidos á los albardanes, lo que hoy, por nuestros pecados, en España no se hace ni hará. Su alteza, acabadas las cortes de Aragon, se partió para Barcelona, donde fué rescebido con mucha solepnidad y fiesta, como dicho es en las otras ciudades, y en Monzon con no menos placer y alegría; y estando allí, vinieron nuevas cómo era elegido por emperador, y allí hizo nuevas cortes, y dejó en los reinos de Aragon y Catalunia seis veces mas de lo que le dieron, y volvió en España mas suelto que un venado, porque no le pesaba el dinero. De allí se partió para Castilla, y vínose para la ciudad de Búrgos, y de ahí para Valladolid, y de Valladolid se partió para la Coruña para irse su camino en Flándes y en Alemaña, porque el imperio muchas veces le habia enviado á requerir que se fuese á coronar, y su alteza, no lo pudiendo excusar, aderezó su camino.

Como las gentes de España sean livianas y bulliciosas y amigas de novedades, algunos comenzaron á poner cisma en la tierra, y levantar la perdicion que adelante se dirá; y Juan de Valdés lloraba [4]: *Dies magna et amara valdè;* que grandes dias vendrán y amargos.

Maestre Liberal, filósofo de la ley de natura, decia con su metafísica : «Mujeres de España, bienaventuradas las que no tuvieron seso, que tiempo verná que veréis á los del Consejo estar en Medina de Rioseco, y secarse han los caminos, y robarán al dotor Tello, y derribarán las moradas de don Rodrigo [5] de Mejía el mo-

[1] buena encía. (C.)
[2] Alquiano. (Id.)
[3] alobadado (Id.)

[4] No en balde lloraban los de Torre Lobaton diciendo :
[5] don Pedro.



zo, y burlarán malamente con Jufre; el de Búrgos, y con el regidor de Tordesillas, en Segovia, y con Gil Nieto, el de Medina del Campo, y con la casa de Ribas, en Salamanca; hacerse ha grande estrago en las ciudades de Ubeda; Baeza y Plasencia se levantarán, y Rongifo, regidor della, no la podrá remediar; pero el Dean, como hombre de gran religion, la apaciguará, segun lo escribe don Fadrique de Zúñiga en las *Epístolas* que escribió á los de Miravel. En Zamora el Obispo, de revoltosa memoria, se levantará, segun afirma el conde de Alba de Liste.

Habrá concordia entre el condestable de Castilla y el duque de Nájera, segun dice Gomez de Butron en las *Etimologías* que escribió á Bilbao á los gamboinos. Tambien habrá concordia entre Baena, el boticario, y el dotor Enciso.

Aristótiles, filósofo muy famoso, escribiendo á los de Galicia, decia: *multa discordia*; que declarado, quiere decir: «En nuestras casas y tierras habrá discordia entre don Alonso de Zúñiga y el conde don Fernando de Andrade, que tiene la conciencia que fray Juan Hurtado y tan estrecha como don Francés de Beamonte, y habrá concordia entre el Condestable y duque de Nájara.» Tito Livio, en una epístola que escribió á don Gutierre de Fonseca, vecino de Toro, dice que lo mejor á los hombres es ahorrar dinero y comprar heredades, y los que de otra manera quisieren vivir, verán por sus casas al alcalde Ronquillo y Birbiesca, el cual alcalde paresce torre de Zamora[1] derribada en tiempo de terremoto[2].

CAPITULO X.

De cómo se levantaron las comunidades como vieron al Emperador partido de Italia y España.

A 15 dias del mes de abril, estando el Emperador en la ciudad de la Coruña, le vinieron nuevas cómo en Castilla algunos della habian voluntád de alborotar la tierra, pensando mas en sus intereses que no en el servicio de Dios ni el pro destos reinos, y de secreto movieron los corazones de los movibles y livianos[3]; y el Emperador entendió bien lo que dicho es; mas confiando en los grandes y caballeros de Castilla que guardarian la lealtad y fedelidad que le debian, se embarcó y partió para Alemania.

CAPITULO XI.

De cómo el Emperador se partió para Alemania á se coronar, con lo que mas avino.

El Emperador se embarcó, y con él el duque de Alba don Fadrique, y sus hijos y nietos, y parientes y criados. En Flándes y en Alemaña hizo grandes gastos y expensas, y por eso el Rey se lo pagó mucho, y agradesció con muchos maravedises crescidos. Este duque, y don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y don Hernando de Toledo, comendador mayor de Alcántara, sus hijos, se hallaron en toda la guerra que el Emperador hizo al rey de Francia, donde mostraron el amor y voluntad que tenian al servicio de su rey; y llegó el Emperador en Flándes, adonde estuvo pocos dias, y de allí se partió para Alemaña, donde rescibió la corona; y mientras que su majestad estaba allá, muchas gentes bárbaras, ansí oficiales como otras, con cobdicia sobrada, pensando ser parte en el reino, lo alborotaron, acaudillando las mas gentes que pudieron, y la razon que daban en todo era decir: «Muera quien dijere mal de la mula del Corregidor;» y con estas necedades y otras tales hicieron muy gran daño en la tierra, matando muchas gentes, quemando y robando los lugares, deshonrando muchas mujeres casadas y doncellas. Y porque seria largo de escrebir las bellaquerías y necedades que entonces se hicieron, pasa adelante el historiador á contar de las grandes hazañas y maravillas que don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, hizo en servicio de Dios y deste emperador, y de cómo tuvo cercada á Toledo en el corazon del invierno, y de las grandes embajadas y pleitesías que con la ciudad pasó, á las veces atrayéndolos con miedo, y otras veces peleando con los de la ciudad muchas veces, hasta que venció á don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, capitan general de las Comunidades, de revoltosa memoria, segun se escribe en las *Quincuagenas* de don Pedro Giron. Y vencido el dicho obispo, se pasó para Navarra, y en un lugar á par de Logroño don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, fué avisado cómo el Obispo se pasaba á Francia, y envió un su criado llamado Perote, hombre de deleznable seso, el cual espió al Obispo y prendiólo allí, y lo tuvo en prision en Navarrete hasta que lo entregó al Emperador, como adelante se dirá en su lugar.

CAPITULO XII.

De las cosas y alteraciones que en este tiempo acontecieron en Castilla.

Luego que los alborotos y escandalos se extendieron por la tierra, el Consejo Real envió á Antonio de Fonseca, capitan general de su majestad, porque era muy esforzado caballero y tenia mucha experiencia de todas las guerras pasadas, y como tal habia probado siempre muy bien; y el cardenal de Tortosa, que paresciа funda de ropa vieja del obispo de Avila, de gloriosa memoria, habló con don Antonio de Fonseca en secreto, rogándole que, si por bien pudiesen ir todas las cosas de Medina del Campo, ningun daño se hiciese, y si no quisiesen los de la villa conceder lo que fuese servicio de Dios y del Rey, que hiciese de manera que los otros pueblos tomasen enjemplo; y luego se partió el dicho don Antonio de Fonseca, y tomó gente de armas y soldados, y fué á mas andar para Medina del Campo, y los de la villa se hicieron fuertes, y don Antonio Fonseca les envió á requerir de parte de Dios y del Rey que se rindiesen al servicio de su majestad; y como los que se han de perder, la primera cosa que Dios les hace es cegarles los entendimientos, los de la villa nunca concedieron concierto ninguno, antes sacaron el artillería del Emperador y quebráronla, y mataron algunas personas, y los que esto hicieron fué gente baja. Y como Fonseca esto viese, y el gran daño que se hacia, entró en la villa por fuerza de armas, y ciertos soldados de los que con él iban pegaron fuego á la villa y quemaron la mayor parte della, de lo cual Fonseca hobo gran pesar, y tanto, que decir no se podria. Y de allí adelante se embravescieron los corazones de los duros, de manera que todos los mas de España que la voz

[1] A la torre de Carmona (C.)

[2] B. añade: y como don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, oyese este parecer de ahorrar, dijo: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que habló avisadamente.»

[3] segun lo afirman el obispo de Zamora á los de Villabraxima, y don Pero Laso á los de Toledo. (A. y B.)

de la Comunidad traian, les siguieron hasta Portugal. Con don Antonio de Fonseca fueron muchos caballeros, y tambien Ronquillo, el alcalde de corte, y del rey de Portugal fué muy bien rescebido, el cual le dijo: «Don Antonio de Fonseca, sois muito boo cabaleiro, e nosso hirmao el Emperador os debe muito, é ainda mais, paresceis carnero viejo guardado para casta de las ovejas de Antonio del Rio, vecino de Soria.» Y Antonio de Fonseca tomó licencia del dicho rey, y se embarcó para Alemaña, donde fué del Emperador muy bien rescebido; y en estas andanzas gastó tanto, que empobresció á sus hijos.

El buen prior de San Juan, don Antonio de Zúñiga, de quien ya atrás dijimos, viendo el gran daño que á los suyos venia, así de los de Toledo como por agraviarlos el invierno, acordó de salir á ellos con la mayor priesa que pudo á quitalles una cabalgada, y allí se envolvieron unos con otros de tal manera, que algunos caballeros de los que con él iban volvieron el rostro hácia solano, y el autor dice que contra Carmona; y estos caballeros iban cantando: «¡Oh castillo de San Servand[1], pluguiera á Dios que mi padre no me engendrara á mí!» El Prior, viendo estas cosas, como iba perdido todo, sacó la espada y puso las piernas al caballo, y hiriendo y matando, iba aventurando la vida por la honra y servicio de Dios nuestro Señor y del Rey. Halláronse con él en esta ocasion don Pedro de Zúñiga, hijo bastardo del duque de Béjar, el cual parescia garza de paso en Duraton ó alcaide en la Mejorada, y don Pedro de Guzman, hermano[2] del duque de Medina-Sidonia, el cual habiendo peleado valientemente, fué preso por los de Toledo, con diez y siete heridas, y lo que mas pasó solo él lo sabe. Este don Pedro de Guzman parescia quebranta-huesos ó contino del conde de Marialba en Portugal. Tambien se halló en esta batalla Pero Nuñez de Herrera, hijo de don Alonso de Aguilar, comendador de San Juan, é hizo allí cosas muy buenas en armas, que bien semejara á su padre. Parescia este Pero Nuñez fundidor de campanas del gran Turco de Constantinopla ó embajador del Baiboda para el Soldan.

Tambien se halló en esta batalla Gutierre Lopez de Padilla, hermano segundo de Juan de Padilla, comendador de Calatrava, y aprovechó mucho en ella, porque hablaba muy entonado. Pareció hijo bastardo de Juan de Lanuza, visorey de Aragon, que lo hubo en Gonzalo de la Rua, teniente de contador de Antonio de Fonseca; tambien parescia cebon criado en Torrejon de Velasco. Don Pedro de Zúñiga, señor del Aldegüela, y don Pedro de Zúñiga, su tio, pelearon como valientes caballeros, de tal manera, que bien fué menester. Este señor del Aldegüela parescia ansaron en egido de aldea; y en esto se halló don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, con su gente de armas, y hizo tales cosas, que á hombre de su edad nunca se vieron, y por esto parescia gesto de pan crudo, ó gato desortijados los ojos. Y los que demás en esta batalla se hallaron fueron los siguientes: don Alvar Perez de Guzman, conde de Orgaz, que parescia madre de don Alonso de Acevedo ó hijo del cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros; don Alonso de Villaharta, adelantado de Cazorla, que peleó como buen caballero; y acaesció que, estando en el real echados, se levantó un viento muy grande, y pensaron ser el fin del mundo, y como la tienda de este adelantado se quisiese caer, el adelantado se abrazó con el mástil, y el aire llevó los lienzos y la camisa del dicho adelantado, y quedó en cueros, y si tal ha de parescer el dia del juicio, gran vergüenza le será. Este coronista le dijo que parescia oso en pié, ó almoflex descargado[3]. Don Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, y todos sus deudos y casa sirvieron mucho en todas las cosas del Emperador y en toda la guerra de Toledo, donde tambien Juan de Ribera y sus deudos y hijos sirvieron. Este don Juan de Ribera con sus hijos fué apodado que parescia perdiz vieja con perdigones enfermos. Don Juan de Ayala, hijo de don Pedro de Ayala, en toda la guerra sirvió como buen caballero; paresció solicitador de Pero Hernandez de Córdoba ó hijo de don Cárlos el Moro. Don Diego de Zúñiga, hijo de don Alvaro de Zúñiga, prior de San Juan, en todas estas cosas se mostró buen caballero, y por eso parescia maestro de retablos extranjero ó organista de la iglesia de Maguncia; y Diego Lopez de Ayala, canónigo de la santa iglesia de Toledo, que parescia buñuelo crudo, peleó tambien como buen caballero; y no menos Blas Caballero, el cual parescia culebra ahorcada, sacado el unto para la salud del arzobispo de Toledo; y Juan de Guzman, el de Mazarambroz, que parescian sus narices ventanas que les hurtaron sus marcos. Hernando de Ayala peleó constantemente; fué apodado que parescia tejedor de terciopelo ó sobrino del maestre-escuela Soto. Otros muchos caballeros se hallaron allí, que seria largo de contar.

Como la ciudad de Toledo viese su grande y notoria perdicion, luego se dieron al servicio de su majestad, y el Prior entró en la ciudad y apoderóse del alcázar. En esta batalla fueron hallados muchos muertos sin prepucios, y otros fueron hallados con potras, segun lo afirma Moyano, ministro del diablo[4]. Luego que el Prior hobo allanado la ciudad, rogó al reverendo señor don Gabriel Merino, arzobispo de Bari y obispo de Jaen, por el esfuerzo y saber de su persona, que entendiese en la gobernacion de la ciudad, y así se hizo; y dende á pocos dias huvo cierto trato entre los comuneros que se levantasen secretamente contra los que tenian la voz del Rey, y se aparejasen con mano armada; y luego este coronista don Francés fué armado, y con él el arzobispo de Bari y otros muchos caballeros y perlados, y pelearon tan duramente, que el coronista daba al diablo la guerra. Y este conde don Francés parescia hombrecico de reloj de Valdeiglesias, y el arzobispo de Bari águila recien sacada del rio ó rocin con desmayos.

CAPITULO XIII.

De lo que mas aconteció.

Otro dia siguiente de mañana fueron ahorcados algunos del pueblo, y el temor de la ciudad era tanto, que rogaban á la tierra que los tragase. Por estos decia Job: *Quia ventus est vita mea*; y el Salmista, *Quando coeli moventur*; y el Profeta en otra parte, *Saeculum per ignem.*

El duque de Nájara, frontero de los Cameros, decia en

[1] German, (A.) — Cervant, (C.)
[2] hijo segundo (C.)

[3] almofax de carga. (A.)
[4] En lugar de esto se lee lo siguiente en C.: fueron llorados por Hernando de Avalos y por Moyano, ministril del diablo.

sus *Etimologías*, que cosa vergonzosa es á los hombres hacer cosas torpes, y aun á él se le acordaba que, jugando con el Emperador á la pelota, se le habia salido por la martingala de las calzas un compañon que parescia cabeza de labrador con cabellera. Este duque trajo pleito sobre la villa de Jubera, y entrando en el Consejo cuando su pleito se veia, se durmió todo, y por los grandes desvios que tuvo, fué dada sentencia contra él. Deste arzobispo de Bari se cuenta que se halló en la batalla, posponiendo la vacante de sus iglesias por el servicio de Dios y del Emperador y honra de España; y allí le fueron muertas tres acémilas y un macho. Y el caballerizo deste arzobispo á grandes voces decia: «Monseñor reverendísimo, que matan el macho bayo, que aun ayer le acabaron de herrar;» y el Arzobispo le respondió: «Bestia, lasa far questo, que despues faremos nosotros [1].» Este arzobispo, si se tomara el voto de don Antonio de Rojas, dean de Jaen, aunque no tenia mas de un ojo, no viviera tan á su placer, porque le queria tanto como el conde Monteagudo á su mujer

CAPITULO XIV.

De las alteraciones que hubo en el reino de Galicia.

Estas cosas ansí pasadas, el reino de Galicia se comenzó no menos á endurecer que los otros pueblos; y como los gallegos sean los mas dellos de la generacion del ladron que desesperó, comenzaron á apellidar los mas que pudieron, y escrito está por Diego de Aguayo, un tuerto de Córdoba, y por Séneca, que decia que los hombres se deben de guardar de gentes que andan en piernas y son amigos de pleitos y desean vivir para comer y no se les da nada por matar á sus madres, porque les parece que viven mucho: son gentes que usan ballestas, y no para matar pájaros ni jabalíes, sino amigos y enemigos [2]. Y como don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, estuviese en la tierra, tuvo tal manera, que habló con los principales del reino y con otros de los menores, dando á los unos y á los otros de sus haberes; y andando en esto, llamó secretamente muchos deudos y amigos de su casa, y despues que se vió fuerte, metió mano en los negocios de manera, que allanó la tierra á pesar de gallegos y con ayuda de los señores. Este arzobispo sirvió mucho á Dios y al Emperador, fué mas alto que Gonzalo Barrientos y mas delgado que el gallo de la Pasion; paresció albornoz mojado colgado de capilla caida en monesterio de beatas; fué discreto, valiente; quisiera que el adelantado de Cazorla no fuese vivo, por proveer de el adelantamiento al arzobispo de Ciudad-Rodrigo ó á Rodrigo Ponce el de Toledo. Francisco Osorio, criado deste arzobispo, fué clérigo capellan del Emperador, y cada vez que habia vacante de algun obispado, y el Emperador salía á misa, hacia mas reverencias que el duque de Trayeto [3].

[1] *Pecoro, lasa far questo, che dapoi faremo noi altro.* (C.)

[2] y desean vivir por comer, y no se les da nada por matar á sus padres y madres, porque les parece que viven mucho; son gentes que usan ballestas, y no para matar pájaros ni jabalíes, sino amigos y enemigos. (A.)

[3] Trento. (Id.)

CAPITULO XV.

De cómo el Prior hobo asosegado el reino de Toledo, y los ilustres gobernadores, condestable y almirante comenzaron á tomar fuerzas y á se extender por la tierra.

En el año del Señor de 1522 años los gobernadores, condestable y almirante, veyendo que el prior de San Juan habia sosegado el reino en Toledo y Andalucía y desterrado al obispo de Zamora, colérico adusto, que parescia alarbe acostumbrado á robar de dia y de noche á amigos y enemigos, ó rocin que siempre tira coces, apellidaron las mas gentes que pudieron, y con ellos algunos marqueses, condes y otros buenos caballeros, y fueron á poner sitio sobre la villa de Tordesillas. Iban con ellos los siguientes: el marqués de Astorga y el conde de Miranda, que parescia cachorro de quesería, y el conde de Alba de Liste, que parescia hijo de Júdas Macabeo; el conde de Haro, doctor en *Titus Livius;* el conde de Oñate, que parescia viento regañon; don Pedro de Bazan, que parescia mucho á este cronista, y Fonseca el de Salamanca, que parecia macho de litera del arzobispo de Toledo; don Alonso de Zúñiga y Acevedo, *pasante nariz.* El marqués de Astorga y el conde de Alba de Liste fueron de los primeros que en la villa entraron, maguer fué asaz de prisa, y estovieron peleando dentro de la villa don Diego Enriquez, conde de Alba de Liste, con mucha gente de su casa, y el conde de Oñate, que parescia perro que queria morder á Vasco Nuñez Vela. Llevó al cerco siete milanos fiambres en unas alforjas, y el testamento de su madre, en que le mandaba cumplir su ánima, y no tenia hecho nada. Y aunque en este tiempo hacia gran calor, porque era en medio de agosto, el conde de Haro hizo mas servicios á Dios y al Rey que todos los otros juntos; porque templó toda la gente con su frialdad, y dió refresco en el real.

Este conde de Haro parescia de casta de alcotanes ó sobrino de garzota blanca; fué muy buen caballero, esforzado y franco, sino que guardaba mucho los castellanos de oro; la causa por qué lo hacia era porque los hizo el rey don Enrique el Doliente, á quien él era muy aficionado, y de allí le vino parescer dueña [4] flamenca.

Don Alonso de Zúñiga y Acevedo, arzobispo de Salamanca, con los caballeros de Salamanca y de su casa entró en la villa y hizo cosas muy señaladas; y á este don Alonso se ha de tener en mucho lo que peleó, porque llevaba la cabeza desarmada, y la causa fué porque no se pudo hallar almete donde metiese las narices, y metiéronselas, para seguridad de su cuerpo, en una funda de hierro de lanza.

CAPITULO XVI.

De lo que mas acontesció en el reino de Granada y en otras partes.

Como estas alteraciones fueron sabidas por todas partes, el reino de Granada, como las gentes dél sean tan agarenas y mudables, ansí en lo divino como en lo mundano, alborotóse con pensamiento de reedificar la seta mahomética y de robar y matar los cristianos. Era á la sazon en la dicha ciudad de Granada por visorey y capitan general don Luis de Mendoza, mar-

[4] doncella (A. y B.)

qués de Mondéjar, buen caballero, doto en Virgilio y Boecio; era melancólico, no tan alegre como Miguel de Herrera, alcaide de Pamplona. Era esforzado y sufrido, que bien parescia y respondia á su padre, de quien lo habia heredado; y como sintió los conciertos, dióse tal maña, que á Dios hizo gran servicio y al Emperador, atrayéndolos á las veces con mañas, y otras con sufrimiento, y otras mostrándose feroz y reguroso; á los buenos animaba, á los malos contenia con prometimientos del Rey, de tal manera que deshizo los conciertos que tenian tramados, poniendo en todo su hacienda y espíritu. Fué este marqués devoto y liberal; parescia caña fístola siempre; riyó pocas veces, regañó infinitas; tuvo cuatro hermanos, los dos siete palmos mas altos que él. Tuvo la Marquesa, su mujer, cinco dueñas de setenta y dos años cada una, que si lo mas del tiempo no las echaran entre paja y las sacaran al sol se podrecieran como membrillos. Quieren decir además que entre las dos fué el juicio de Salomon. Este marqués murió de enojo de ver á don Pedro de la Cueva tomar alarde á la gente de la costa.

Luego que la villa de Tordesillas fué tomada, los gobernadores, marqueses, condes y caballeros fueron por besar las manos á la serenísima reina doña Juana, madre deste emperador. Otro dia entraron los gobernadores en consejo para determinar lo que harian, y ahí envió don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, un caballero de su casa á los gobernadores, á decirles que á su costa, si les parescia, él queria hacer gente y allanar las ciudades de Avila y Salamanca y Plasencia, y Ciudad-Rodrigo y Cáceres y Trujillo; y los gobernadores le enviaron á decir que se lo agradescian mucho, y que se estuviese quedo, que otra manera se ternia. El Duque, que bien entendió el negocio, con el enojo que tuvo, dijo: «Cuerpo de Dios, Velasco es un lugarejo de diez y siete vecinos á par de Bañares, y Medina de Rioseco paresce burra atada en prado.»

Este duque fué buen caballero, y envió á los gobernadores y al cardenal Adriano, que despues fué papa, quince[1] ducados en nombre del Rey, con los cuales, por la sazon que tuvieron, se acabó de allanar el reino. Este duque parescia ayo de Nuño Rasura, ó hombre que tenia postas en arroyo del Puerco.

Dende á cuatro dias siguientes vinieron nuevas á los señores gobernadores y caballeros cómo los capitanes de la Comunidad y los que con ellos estaban se fortificaban y se querian ir á Toro para sus propósitos llevar adelante.

CAPITULO XVII.

De lo que los gobernadores y caballeros hicieron, visto que los capitanes de la comunidad se pasaban á Toro.

Los gobernadores y caballeros salieron á ellos al camino, y estuvieron gran pieza pensando lo que harian. Muchos eran de voto que se volviesen para Tordesillas y los dejasen ir. Allí habló el Condestable, bien oirédes lo que dijo: «Señores y caballeros, hoy es nuestro dia;» y parescia menestril alto extranjero, que vino con el duque del Infantadgo. El Almirante dijo: «Cada uno apareje las manos; quien volverse quisiere, tome el camino; que hoy harémos lo que cras no podrémos; cada uno hiera d'espuelas hasta entrar en los enemigos, que bajos son y de condicion vil, y no de tanta órden como los jerónimos; yo voy armado y paresco cascabel plateado, y si por caso en la batalla me perdiere, no me busqués hasta que llueva, como alfiler.»

Este almirante fué buen caballero, esforzado, animoso; parescia higo[2] cocido en agua ardiente[3] ó monja observante; y así apretaron á los enemigos, y alcanzáronlos cerca de un lugar que se dice Villalar, y fueron vencidos y desbaratados los comuneros, y los que en Tordesillas prendieron fueron nueve procuradores de ciudades, los cuales murieron en Medina del Campo degollados, como adelante se dirá; y si su voto destos se tomara, no los degollaran, segun escribe el doctor Zúñiga, que despues murió en Portugal; parescia este dotor Zúñiga morcilla colgada al humo ó borcegui viejo del obispo fray Trece.

CAPITULO XVIII.

De la venida de los franceses en Navarra y de su destruccion, y del levantamiento de Valencia.

Luego que esto pasó, vinieron nuevas á los gobernadores de cómo el rey de Francia enviaba sobre Navarra mucha gente de guerra para tomar la tierra, y entraron en Pamplona y apoderáronse del castillo, y viniéronse para Estella, y corrieron la tierra hasta poner cerco á la ciudad de Logroño, y los de la tierra, como buenos y leales vasallos, se defendieron, matando muchos franceses. Y como fué sabido por los gobernadores y caballeros y gente de España, vinieron á los socorrer, y los franceses se retrujeron á una legua de la ciudad de Pamplona, y los gobernadores, respondiendo de donde descendian, mostráronlo, como adelante se dirá; que atajaron á los franceses cerca de la ciudad, y dejaron ir los caballos lo mas recio que pudieron con grande alarido, diciendo: *España, España, Santiago y á ellos.* Y así fueron rotos y muertos mas de cinco mil, y de los del emperador Cárlos V veinte personas, entre los cuales murió Diego de Anaya, vecino de Salamanca, muy valiente caballero, el cual hizo aquel dia lo que de él se esperaba. Esa noche reposaron con grande alegría.

CAPITULO XIX.

De lo demás que sucedió en la guerra de Navarra.

El duque de Béjar fué en esta batalla con seiscientos hombres de armas á su costa, segun escribió Garci Alonso de Ulloa en su *Secunda secundae.* Allanado pues el reino, las gentes, así por ser boca de invierno como por descansar de los trabajos pasados, se volvieron para sus casas, y los gobernadores rogaron al conde de Miranda, doctor en leyes, que aceptase ser visorey en Navarra, porque no hallaban quien mejor lo tuviese, por su gran esfuerzo y saber; el cual, viendo que servia al Emperador, aunque por otra parte conocia el gran daño que le podria venir, acordó de hacello; y luego que en Navarra entró, fué sobre el castillo de Maya, y túvolo cercado, y combatiólo de tal manera, que lo tomó, y á todos cuantos halló dentro mató, harto contra su voluntad, que no podia ser mas.

Este conde fué uno de los primeros que subieron por

[1] quince mil (A.)— diez mil (C.)

[2] buho (A.)
[3] caliente (B.)—de doliente (C.)



la escala, armado de punta en blanco, y paresció en la escala cordero ahogado envuelto en el redaño.

Estas cosas asosegadas, los gobernadores y grandes de estos reinos muchas veces enviaron á suplicar á su majestad que viniese. El Rey agradesció mucho la voluntad con que se lo escribian y movian. En este tiempo se alborotó mucho el reino de Valencia con mano armada, con apellido de Comunidad ó Germania; hicieron tales estragos y males, que seria largo de contar; y si no fuera por don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, que el concierto atajó, grandes daños y crescidos males se hicieran. Este marqués, por esta guerra y por haber ido á Pamplona y Vitoria, vino en estado de tener vajilla que le costó el marco á dos maravedises. Parescia extranjero fundidor de tiros y almireces, ó hermano[1] de Agostin de Grimaldi el ginovés; fué esforzado, franco, tanto, que Hernando Chacon, su hermano, quisiera que á ninguno diera nada sino á él. Tuvo un hijo no bien acondicionado, como parece en sus escritos.

Don Diego de Mendoza, hijo del cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, muchas veces en este levantamiento deste reino de Valencia, donde fué visorey, puso en aventura su persona, mujer y hijos, y sirvió mucho al Rey, gastando asaz de su hacienda. Tuvo una hija, que le sucedió en su casa despues, mas redonda que Tierra-Firme y mas ancha que el campo de Josafat, adonde ha de parecer en carnes vivas con Rodrigo de la Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, contador mayor. Este don Diego de Mendoza parescia Torrejon de Velasco ó sobrino de la torre de Comares, ó padre de don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo; fué muy esforzado y liberal, y mejor casado que el conde de Monteagudo.

Don Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete, sirvió mucho al Rey, é hizo cosas en este tiempo que mas parescia alma del Cid Rui Diaz que consejo de Hernando de Vega.

CAPITULO XX.

De cómo los grandes y señores de España enviaron á suplicar al Emperador que viniese, y cómo vinieron nuevas de que Adriano, el cardenal de Tortosa, era papa.

Estas cosas ansí pasadas, despues de haber asosegado las alteraciones del reino, enviaron á suplicar al cristianísimo Emperador que viniese en las Españas, y su majestad, habiendo consideracion á los servicios que los grandes y caballeros habian fecho, tuvo por bien de lo hacer, aunque muchos negocios que allí tenia no le daban lugar; y por el grande amor que á estos reinos tenia, mandó aparejar lo que era menester, ansi por la mar como por la tierra; y mandando hacer grande armada, partió á 12 de julio[2] de 522 años, y vino en Inglaterra y fué rescebido del rey Enrique y de la Reina, su tia, muy bien, y fuéronle hechas muy grandes fiestas ansí de justas como de torneos y otras cosas; estuvo allí algunos dias.

Estando el Emperador en Inglaterra, se movieron algunos casamientos, como el de Jaques de Marsella con Juan de Açuca[3], argentier de su majestad, y el dicho Jaques hacia este casamiento á fin de ser bien pagado cuando le librasen en él. Este Jaques fué trinchante de su majestad menos tiempo[4] de lo que él quisiera; fuéle dado de merced el Generalife, en la ciudad de Granada, y otras muchas cosas, y vendió esta tenencia á un caballero natural de Avila, llamado Rengifo, el cual sirvió siempre á la corona real bien en muchas ocasiones y guerras; aprovechó su hacienda, guarbaba las frutas de la huerta desta tenencia mejor que el Domingo. Estaba lo mas del tiempo en el Generalife asentado en silla de caderas, vestido un sayo que fué de damasco; dicen los oradores que este sayo se hizo el año de 200, cuando el rey don Ramiro envió los adalides á saber del rey Almanzor, segun escribe don Diego Osorio, maestresala de la Emperatriz, el que encanesció del mucho placer que hubo de ver que su hermano, el obispo de Zamora, era tan santo en las costumbres y tan pacífico y sosegado. Y aunque el Generalife no era casa fuerte, él tenia en ella dos perros bravos á modo de fortaleza, y un escudero muy viejo con un zamarro viejo, el pelo afuera y zapatos de venado, y un gorjal de malla y guantes de becerro y una buena cuchillada por la cara, que le atravesaba el ojo izquierdo.

CAPITULO XXI.

De una liga y confederacion que ciertos caballeros de estos reinos hicieron en este año.

En este año don Beltran de la Cueva, que fué despues duque de Albuquerque, y el conde de Haro y don Pedro Jiron y don Luis Fajardo, hijo del marqués de los Velez, y Pedrarias, hijo del conde de Puño-en-rostro, y don Hurtado de Mendoza y don Hernando de Toledo, hijo[5] del duque de Alba, y don Juan Alonso de Guzman, y un hijo de Bartolomé Diaz, platero que anda en la corte, y un hijo de Tamayo el de Valladolid, y el conde de Saldaña, y Alonso de Mejía, hijo del dotor Mejía, vecino de Granada, y don Fernando Enriquez, hermano del almirante de Castilla, y los hijos de Baena el boticario de Toledo, que se llaman Miguel de la Serna y Juan de Baena, y el adelantado de Granada, y el marqués de Elche, diz se juntaron en Chillon, cuatro leguas de Santofimia, y hablaron unos con otros, renegando como unos moros, diciendo que, como sus padres, de quien habian de heredar, no se comedian á dejarles los estados, que les parecia que seria bien suplicar al Emperador que, pues Dios no lo queria hacer, que su majestad les mandase cortar las cabezas. Este bienaventurado emperador, como fuese justiciero y piadoso, y amase sus vasallos como á hijos, sabiendo la liga de estos caballeros, luego mandó enviar á los dichos caballeros, por dar concordia en todo, á don Fadrique de Toledo, clavero de Calatrava[6], el de los ojos desortijados, hombre de larga conciencia, hijo de este siglo, y á don Alonso Manrique, hijo del marqués de Aguilar, hijo natural del viento solano, y al licenciado Santiago, del Consejo Real, y á Juan Rodriguez Mausino y á fray Bernaldo, siciliano, coronista de su majestad y gran parlerista de chocante memoria, y al arcediano de Moya, electo que fué en espera del obispado de Cuenca, y nunca fué electo, porque su predecesor no se comedió como los padres destos señores,

[1] sobrino (A. y C.)
[2] 10 del mes de julio (A.)
[3] Juan de Daza, argentier, etc. (Id.)
[4] mas tiempo (C.)
[5] nieto (A.)
[6] Alcántara, (Id.)

y á la condesa de Cocentaina y al obispo de Tuy y á maestre Luis Flamenco, y al doctor Palacios-rubios y á Anton del Rio [1], vecino de Yangüas, y á los hermanos del conde de Tebar, y á don Alonso Enriquez el de Sevilla, casquileve de chocante memoria, y al alcalde Mercado, para que dijesen á estos caballeros que diesen causa ó razon por qué se levantaran contra sus mayores, y que si tal no la diesen, no solo les cortaria su majestad las cabezas, mas procederia adelante contra sus bienes; y como esto fué oido por estos caballeros, la liga fué deshecha, y cada uno de ellos se quisiera volver para su casa, si la tuviera.

CAPITULO XXII.

Cómo el justiciero y piadoso Emperador, por nuestro bien y salud, desembarcó en Laredo, y luego mandó hacer justicia de algunos, porque estando en su servicio, no fueron capaces.

En el año siguiente de 1522 [2] este glorioso Emperador, con voluntad que tuvo de nos hacer bien y merced y tenernos en justicia, pasó la mar en poco tiempo y desembarcó en Laredo; y llegado dende á pocos dias, fueron presos ciertos capitanes extranjeros [3] que en su servicio estaban y se habian pasado al del rey de Francia, y su majestad mandó que les fuese guardada justicia, y así fué hecho; y hallóse que debian morir, y otro dia siguiente fueron degollados en la plaza del dicho lugar, y al tiempo del morir dijo el uno dellos al alcalde Ronquillo: *Parare* [4] *condune;* que quiere decir: «Alcalde, pareceis toro viejo enojado.» Otro dijo *Bestinara*, que quiere decir: «Tiempo vendrá que la gente de corte estará en Granada y que ternán cámaras, y no hallarán posadas sino por dineros.» Su majestad, con ganas de ver á todos, como dicho es, y alegrar los tristes que le deseaban ver, acució su camino hasta llegar á Valladolid, y de los reinos vinieron á su majestad, por le besar las manos, todos los grandes y perlados y caballeros y otras muchas gentes, y fueron hechas otras muchas fiestas y alegrías; y García Chacon [5] y Diego de Valladolid, del placer que hobieron, dieron la vara del brocado á cuatro ducados menos; otros dicen que á seis; mas como quiera que esto sea, no perdieron nada.

Esto ansí pasado, vinieron al Emperador muchos perlados y religiosos de buena vida, confiando hallar misericordia con justicia en su majestad, y que quisiese perdonar á los pueblos por las alteraciones pasadas; y lo que á su majestad decian en este tiempo los niños por las calles á voces era: *Parce nobis, Domine; parce populo tuo.*

Su majestad, movido á piedad, temiendo á Dios, y por otra parte, viendo á don Alonso Tellez, que parescia hijo de Zorrobabel [6] ó moro que ayunaba el Ramadan, mandó en la plaza de la dicha villa, enfrente de San Francisco, hacer un tablado muy alto con muchas gradas, y en lo mas alto estaba puesta una silla real, en que el alto Emperador se asentó, y los del Consejo en unas gradas mas bajas, y despues todos los grandes y perlados d' España que al punto se hallaron; y su majestad mandó á don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, justicia mayor de Castilla, que tomase la vara y estuviese en el tablado, porque así convenia hacerse. El Duque hizo lo que su majestad mandó, y fué al tablado vestido desta manera: un tabardo frisado que llegaba á la rodilla y las mangas hasta el suelo, unas botas borceguíes, unas calzas de martingala abigarradas, un bonete de lienzo colchado, unos guantes de nutria, una beca de raso aforrada en armiños; y como el Emperador le viese ansí vestido, holgó mucho, y dijo al Duque que parescia corregidor de Soria ó protonotario inglés.

Luego que el Emperador fué en el tablado, mandó á Francisco de los Cobos, su secretario, que leyese el perdon que hacia; y fué publicado por los reyes de armas cómo el piadoso y bienaventurado Emperador, movido á compasion y acordándose de los méritos de la pasion de Dios, perdonaba generalmente todas las cosas pasadas, excepto lo que tocaba á tercera persona; y demás desto, su majestad en el dicho pregon mandó pregonar que todas las ciudades y villas y lugares de sus reinos y señoríos hubiesen al doctor Beltran por gesto de perruna ó lora esclava ó purga vertida á puerta de boticario. Este dotor Beltran fué del consejo del Juego, y si su parecer se tomara, todos los del consejo dejaran los libros de Bartulo y Baldo, y leyeran en el de cuarenta y ocho cartas. Tuvo un hijo llamado Ventura Beltran; fué, segun dicen los astrólogos, de revoltosa memoria. Mandó mas su majestad, que la casa de Francisco de la Serna, vecino de Valladolid, que está en la plaza de la dicha villa, y fué derribada por los comuneros, quedáse por corraliza para encerrar los toros y pasaje para la calle nueva; y desto suplicó el dicho Francisco de la Serna, como servidor leal, y dijo al Emperador: *Nolite obdurare corda vestra*, que quiere decir que don Alonso Niño parecia cagada de vieja con tiricia, ó escribano de raciones del rey de Navarra.

CAPITULO XXIII.

De cómo alborotaron la villa de Valladolid ciertos soldados que á ella vinieron.

En el mismo año de 22, en el mes de mayo, dia de Corpus Christi, en la noche, vinieron en la dicha villa dos mill soldados á hacer alarde con intencion de robar á la dicha villa, y con color de decir: «España, España,» escandalizaron el pueblo, y otros muchos ladrones se juntaron con ellos, y todos los señores que ahí nos hallamos nos armamos y fuimos á ver lo que su majestad mandaba; y mandó á las justicias que guardasen la villa, que ninguna cosa acaeciese, y así se hizo.

Esa noche don Juan de Zúñiga, capitan de la guardia, anduvo por la villa con la gente que pudo hallar; y como este don Juan sea largo de vista, pensando ir por las calles, daba con la cabeza por las paredes, y otras veces se entraba por el rio de Esgueva hasta la barriga. Este don Juan fué buen caballero esforzado, sirvió á su majestad desde su niñez, y desque fué grande le persiguió porque le diese de comer; parescia este don Juan dueña de la marquesa de Cenete ó riñon de buey viejo. No fué tan largo de vista como el conde de Salinas; quisiera mucho que se usara traer los cabellos largos; rezaba continuamente la oracion del Conde.

Esta dicha noche se encomendó la dicha guarda de

[1] de los Rios, (C.)
[2] Así en todos; pero debió decir 1523, ó, en el mismo año de 1522.
[3] alemanes (C.)
[4] *Yeras cordia.* (A.)
[5] Cocon (Id.)
[6] toro alobadado (Id.)

las sedas y paños á Pedro de Portillo y á García Chacon y á Diego de Valladolid, y la de los dineros á don Alonso Niño, porque los echase el rio abajo, y la guarda de las mujeres á don Bernaldino Pimentel, nuncio que fué del papa Adriano, que Dios haya; y á don Pedro de Bazan se encomendó la plata de las iglesias, y él la guardó de tal manera, que otro dia siguiente en su poder nada se halló, segun escribe Juan de Ubeda en sus cuarenta y ocho [1] capítulos.

Este don Pedro Bazan fué buen caballero, servidor de su majestad, bienquisto de todos. En las alteraciones destos reinos sirvió á su majestad mucho, en especial en la batalla de Villalar, y fué que, como don Juan de Padilla le viese enristrar la lanza, fuése para él don Pedro de Bazan, y dióle tal golpe, que le echó fuera de la silla, y no pudieron conoscer, segun el talle que este don Pedro tenia, cuál era el rostro y cuál el culo. Dende á muchos años murió este dicho don Pedro como buen cristiano y caballero. Mandóse enterrar en una rodela, que le venia larga; de ancho no le sobraba ni faltaba nada. Otro dia siguiente, despues de la alteracion de la noche, fueron presos ciertos de los alborotadores comuneros é hicieron de ellos justicia, é si su parecer se tomara, no los degolláran; que no poca misericordia mostró su majestad en estas cosas.

CAPITULO XXIV.

De cómo su majestad celebró cortes en Valladolid, y de los procuradores de las ciudades y villas destos reinos que á ellas vinieron.

Despues de lo susodicho, su majestad mandó llamar procuradores de cortes para dar órden en el bien de todas las ciudades y villas y lugares destos reinos. A modo de galgos fugitivos enviaron sus procuradores, los cuales fueron las personas siguientes: de Búrgos, vino Pedro de Cartagena, que parescia zorra que fué cazada por Villalta, caballerizo de la jineta de su majestad, y Garci Ruiz de la Mesta, que parescia maestro de tiendas de campo ó descubridor de las islas de la Especería. De Toledo vino don Pedro de Ayala, conde de Fuensalida, que parescia san Miguel de Oñate ó aya de Francisco Gonzalez; y el mariscal Hernando Arias de Rivadeneyra, que parescia zamarro viejo de Blas Caballero, canónigo de Toledo. De Avila vino don Pedro de Avila, que parescia alcotan nuevo ó seis maravedises de trementina colada; y Diego Hernandez de Quiñones de Avila, que parescia rana pisada ó cucharon de alcornoque. De Valladolid, el comendador Santistéban, parlador *in magnam quantitatem*, que parescía mortero de barro por cocer; y Juan Rodriguez de Baeza, que parescia contador mayor y secretario del adelantado de Murcia, que Dios haya, ó acémila del embajador de Florencia. Sirvió en las alteraciones á su majestad, fué buen caballero, y muy leido en Amadís de Gaula y Tristan de Leonís, y bullicioso en tanta manera, que como una noche viese á un su capellan durmiendo, se levantó quedo y hurtóle una loba y un breviario y unas calzas, y esa noche á las dos horas se lo habia ganado. todo el capitan Carranza, el cual capitan parescia, en cuanto al mundo, mulo negro de aceitero con albarrazos. En este tiempo fué preso el conde de Salvatierra, el cual por su devocion entró en la cárcel con un papahigo, y mandó en su testamento le enterrasen con él. De Segovia vino Gonzalo del Rio, que fué llamado el regidor de Segovia. Este fué infanzon del rey don Alonso el Deceno y parescia arda desposada con el conde de Haro, ó cola de potro alazan; y Diego de Heredia, que parescia alcalde de Mesta. De Sevilla vino el duque de Arcos, que parescia cuando hablaba gallina que quiere poner; y Garci Tello, que parescia yerno de la torre de Comares ó alano del monesterio de Aniago. Este Garci Tello y su hermano y parientes fueron buenos caballeros, y sirvieron mucho á su majestad en las alteraciones de la comunidad, y ayudaron siempre con limosnas al coronista don Francés. Garci Tello quisiera mucho que el Emperador le diera la encomienda de Liche, que erá de su órden, y el Emperador le dijo: «Garci Tello, no puede ser, porque paresceis nieto de Gedeon, y no tan pacífico como don Pedro de Guevara.» De Córdoba vinieron don Luis Mendez, que parescia mula plateada del gran chanciller ó solicitador de Juan de Porras, el de Zamora. Este don Luis pasó en Flándes á servir á su majestad; tuvo un hijo pequeño, traíale los dias de fiesta á la brida y entre semana á la jineta; y don Francisco Pacheco, camarlengo de su majestad y muy acepto á su servicio, tuvo las quijadas mas angostas que el muy reverendísimo arzobispo de Santiago y presidente. Fué muy animoso; parescia gato con tercianas; todas las veces que tuvo asonadas con sus vecinos ganó; fué gastador. Este don Francisco, cuando el Emperador entró en Córdoba, su ropa de carmesí aforrada en damasco blanco dió al coronista don Francés. Murió de lo mucho que queria á la casa de Aguilar, de donde él descendia. Fué muy llorado de todos los que le conocian; verdad es que á sus amigos no les pesó mucho, antes dijeron: *Vade in pace et amplius noli tornare*. De Granada vino don Alonso Vanegas, buen caballero y muy servidor de su majestad; parescia nalga de caballo alobadado ó cuero de aceite de enebro; y el licenciado Pisa, dotor en letras, hombre de buena fama, y tal fué, que su majestad se sirve dél en muchas cosas; parescia loba de chamelote vieja ó albacea del conde de Oropesa, don Francisco de Toledo, que hoy vive.

CAPITULO XXV.

De cómo el Emperador mandó soltar al ilustrísimo don Hernando de Aragon, duque de Calabria.

Esto ansí pasado, como este esclarescido emperador fuese justo y temeroso de Dios, acordóse que el duque de Calabria estaba preso en la fortaleza de Játiva, que le habia preso el católico rey don Fernando, su abuelo; y habiendo este cristiano emperador considerado que el Duque era buen caballero y los servicios que en Valencia le hizo cuando las alteraciones, y por otras muchas cosas que á ello le movieron, le mandó soltar y que viniese á su servicio y corte, porque habia diez años que estaba preso. El Duque holgó de salir de la prision y dió gracias á Dios, y besó la tierra en nombre del Emperador; y viniendo el dicho duque á la corte, fué rescebido de su majestad muy honorablemente, y con rostro alegre le abrazó y le dijo palabras de mucho amor; é luego le dijo: Duque, pareceis mondejo lleno de carne momia, ó nalgas de don Francisco de Mendoza, obispo

[1] cuarenta (C.)

de Zamora.» Los que allí se hallaron fueron el arzobispo de Sevilla, don Antonio de Fonseca y el licenciado Mazuecos y el aposentador San Vicente, y Samaniego y el alguacil Esquinas y Villarreal, regaton, y un solicitador que fué desta corte, y Diego Macho, el de Velez [1], descanso y abrigo de don Pedro de Guevara y Rodrigo de la Hoz, alcaide de Monleon, el cual dió albricias cuando le dijeron que era muerto el maestro Mota, que despues fué obispo de Palencia. A este illustre duque mandó su majestad poner casa, y para los gastos y despensas della le mandó situar sobre los gusanos de la seda de las Alpujarras veinte y cinco maravedises, otros dicen treinta y cinco. Tambien se halló allí Pedro de Vera, el guarnicionero de Valladolid y un criado de Alfonso de Baeza que se llama Pedro Diaz, segun parescerá por los libros de Juan de Lanuza, argentier de su majestad. Este duque al tiempo de su liberacion dió al alcaide de Játiva, por servicios que le habia hecho estando en la prision, dos varas de tafetan naranjado que habian servido en un moscador cinco años y mas; le dió un jubon de terciopelo verde que fué de una almohada de su estrado, unas *Décadas* de Tito Livio y una Corónica que fué del rey don Alonso, su visagüelo; y á suplicacion de la mujer del dicho alcaide, el Duque rescibió un su hijo á bienes perdidos y hospital perpétuo. Ansí que, muy poderoso Señor, el rey Bamba, godo, fué muy esforzado y piadoso á los buenos y espantable á los enemigos, gratificador de los servicios que le hacian, y por el contrario á los otros. Tenia este Rey dos criados, Pablo y Zeno [2] llamados, los cuales, con grandes mercedes que les hizo, se levantaron contra él, invocando los de Gibraltar, Soria, Dinamarca, Gatisteo y Simancas, Guadix, Baza y la ciudad de Orduña, Olmedo, Cienpozuelos, Meco, Cuacos y Jarandilla, que son en la Vera de Plasencia, y Aldea Tejada, en tierra de Salamanca, é hicieron grandes estragos en el reino, matando y robando cuanto hallaron.

E como por el rey Wamba fuese sabido, ayuntó las mas gentes que pudo, é dió cargo de los hombres de armas á don Beltran de la Cueva, hijo de don Beltran de la Cueva, nuestro mayordomo difunto, y de los jinetes á Rodrigo de Larisa, contador por Antonio de Fonseca, porque era hombre ligero en una silla de caderas, é los soldados encomendó á los Gozmedianos [3] é al conde de Medellin, é á Pedro de Portillo, mayordomo de Valladolid, mandó que tuviese cargo de la artillería, y á don Luis de Avila y á los hermanos de don Pedro Puertocarrero y á don Félix de Guzman, hijo del duque de Medina, y á don Alvaro de Zúñiga y á don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, y á don Juan, su hermano, y á don Alonso de Castilla, sobrino del sacristan mayor, que parecia conejo presentado al papa Urbano V, y á don Bartolomé de la Cueva, mandó que fuesen centinelas á fin de que recorriesen el campo, y cuando no hallasen qué robar, que robasen el reino, porque no muriesen de hambre.

Y así, esclarecido Emperador, si os acordais de estos ejemplos, conviene que perdoneis al arzobispo de Toledo y á los duques de Béjar y Alba, y al arzobispo de Bari y á fray García de Loaisa, si algun dia estuviesen necios, y demás desto, no les perdoneis, pues conmigo lo hacen muy ruinmente, aunque el confesor arzobispo de Segovia, don García de Loaisa, querria que vuestra majestad mandase que fuesen los frailes capitanes de gentes de armas, y él capitan de soldados, y don Alonso Enriquez el de Sevilla, que fué del consejo de Guerra; y que hiciesen maese de campo á fray Antonio de Guevára, gran parlerista, obispo de Guadix, porque nunca hablaria palabra, segun escribe Marco Aurelio, quejándose de él al villano del Danubio.

CAPITULO XXVI.

De cómo el Emperador mandó aderezar para Navarra su camino, y lo que menester era para la guerra, y de cómo tomó por fuerza de armas á Fuenterabía y se volvió para Valladolid, y de cómo fué cuartanario.

En el año siguiente de 23 el Emperador tomó su camino para Búrgos, y de allí partió á Pamplona, y mandó llamar algunas gentes de hombres de armas, y todos vinieron para la ciudad de Logroño, y á los grandes y caballeros que ahí estaban dijo que ya sabian cómo estando en Flándes, despues de acabada la guerra y tomadas al rey de Francia las ciudades de Tornay é otras villas y lugares, por la miseracion divina y la ayuda de españoles y flamencos honrados, que se mostraron mas valientes que este historiador, habia salido vencedor, y que él siempre habia requerido al rey de Francia con la paz por evitar muertes de gentes y por no desasosegar los reinos y excusar los trabajos y gastos, y él nunca á nada habia venido. Y como nuestro Redentor sea verdadero juez de los corazones, permite que los duros de cerviz y no allegados á sus mandamientos, no solo pierdan los de este mundo, mas las honras; y así dando este glorioso emperador cuenta á todos de las cosas pasadas, dijo á los grandes que ahí estaban, que ya sabian cómo estando en estos trabajos y guerras que dicho es, despues los gobernadores y caballeros haberse venido para sus casas, el rey de Francia hurtó la villa de Fuenterabía, y que en la ciudad de Tornay [4] habia un obispo, y este obispo tenia un ayo, el cual andaba siempre tras él doctrinándole, como por nuestros pecados el dia de hoy lo hace Meneses de Bobadilla, llamado Caton, por parecerse en el talle al conde de la Gomera. Este ayo decia al dicho obispo que se guardase de los hombres que hablaban como enfermos y comian como sanos, y que cuando muriese tomase por albacea de su ánima á don Francés de Beamonte, á don Pedro de Guevara, el mayordomo del conde de Nasao, al comendador Gomez de Solís y al conde don Fernando de Andrada.

Otrosí, que en Polonia hubo un hombre justo y recto, y sus vecinos, por envidia que le tenian, le hurtaron cierta ropa blanca que tenia; y como Dios á los suyos no olvida, este buen hombre, como se viese robado y sin causa, con el enojo que tenia salió á la calle y dijo: «¿Está ahí el duque de Trayeto?» Dijéronle sí. Pues decidle que paresce sana-potras ó entallador de retablos viudo. Ansí que, invictísimo Emperador, *non nobis, Domine, non nobis*; que quiere decir que os guardeis de

[1] el de Envers, (A.)
[2] Pablo y Serro (Id.)
[3] así en todos; quizá haya de leerse Vozmedianos.
[4] En la ciudad de Cuenca habia un filósofo llamado Paton (A.)



las traiciones y ligas y monipodios que el duque de Béjar y el arzobispo de Toledo hacen contra vuestra majestad, y de las calenturas y cámaras que espero en Dios dará á los del consejo secreto en Granada, y cómo de sus vacantes querria que se beneficiase mi hijo.

Y de las mercedes y dones que Dios dió á monsiur de Laxao, no hay para qué le pese á don Miguel de Herrera, alcalde de Pamplona, gran potista, que parece barbero del obispo de Maguncia, ni á Iñigo Lopez de Mendoza, que parece baul de bascosidades, segun escriben las monjas de San Quirce de Valladolid, en sus *Etimologias;* las cuales monjas importunaron tanto al conde de Benavente, que le hicieron pródigo, como afirma Gonzalo Gallo, su mayordomo, que escribió á los de Amusco.

Otrosí, muy ínclito Emperador, escrito está en el libro de los Macabeos de la Costanilla de Valladolid, que Iñigo Lopez decia á los Vozmedianos de Madrid que parecian por una parte á la torre de San Telmo, en el Peñon de Velez de la Gomera, llena de baratijas, y por otra, hijos bastardos de la Reina, que los hubo en la marquesa de Cenete, en el tiempo que el obispo de Búrgos, don Juan de Fonseca, de criminosa memoria, que usó traer el bonete sobre los ojos porque no pensase Juan Rodriguez de Fonseca, su sobrino, el de Badajoz, que era el dicho obispo cuero hinchado ó almoflex del adelantado de Cazorla, criado que fué del rey Wamba, que Dios haya. Murió el dicho Juan Rodriguez de Fonseca año de 741, en Ampudia, de pesar que hubo porque el Emperador no le pedia los ducados que tenia, segun afirma don Alonso de Cárdenas el de la Puebla, en el diálogo que escribe al marqués de Villanueva, su hermano, que parecia coruja hija de garzota ó lechuza tomada en el monte de Iscar. Murió en el año de 98. Estaba sobre su sepultura un rótulo que decia: *Maledictus qui non guarda suas pecunias.*

Sacra cesárea real majestad, escrito está en el *Levítico* de los reyes, que el rey Salomon, estando en la ciudad de Bilbao, le vinieron nuevas cómo un capitan suyo, llamado Arbuto Jacobensis, natural de Tordehumos, mató en una batalla muchos de los Magazales de Toledo, á los cuales hallaron sin prepucios.

En el dicho año llegaron á su majestad algunas gentes de armas y otros muchos, y una mañana entró un capitan llamado Meneses de Bobadilla con su gente bien á punto de guerra, y como el dia hiciese nublado y era invierno, con la ruciada que á este capitan cayó en las barbas, dijo este autor don Francés de Zúñiga que parescia podenco que habia comido harina. El Emperador entró muchas veces con los grandes que ahí nos hallamos sobre lo que se debia hacer para engordar á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y que de ahí á quince dias fué de Toledo, y con esto le pagó este emperador los servicios que habia hecho en Galicia. Item para evitar las pausas á Hernando de Vega, y para hacer cuatro pares de sueltas para tener quieto al duque de Béjar y hacer que no rifase con el duque de Alba, y para hacer asimismo que el marqués de los Velez no hablase como carreta nueva de las montañas, y para matar á un ayo del hijo deste marqués de los Velez, porque tenia este ayo una vaina [1] que fué nueva en tiempo del rey don Juan, y la vaina era leonada con dos maneras y unos verdugos de raso verde, y traíala ceñida con unas correas de espada del tiempo viejo. Y para que el conde de Siruela se enmendase en lo de las reverencias, porque desolaba las moradas donde estaba, haciéndolas; y para dar órden y conclusion que don Pedro de Guevara y el alcaide de Pamplona no bebiesen á las mañanas agua de lengua de buey ó de escabiosa; y para que su majestad diese manera que á don Pedro Sarmiento, obispo que fué despues de Palencia, le matasen veinte y dos hermanos que andaban tras él, de los diez y ocho, porque se criasen los otros; porque enjemplo tenemos de don Pedro de Mayrones (que parescia padre de don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, el cual obispo parescia panadera preñada), que cuando la puerca tiene ocho lechones le matan los seis por el bien de los dos. Y para que don Pedro de Avila no traiga las barbas como pluma de cabezal, y el alcaide de Perpiñan y el conde de Ribagorza no se tiñan las barbas, y para que el Condestable no deje nada de sus bienes al conde de Oñate si no diere fianzas dellos, que lo mejorara; y para que musiur de Beure [2], que por otro nombre llamaron villano detenido en la fortaleza de Pamplona, jure que cuanto á él fuere, no tendrá la barriga de su padre musiur de Beure, y que si el dicho musiur de Beure quisiere ser loco, pues Dios le dió tan buena habilidad, que lo pueda ser hasta treinta y cinco años; y para que el gran chanciller esté en órden en los lugares donde estuviere y llegare, y que no comerá tantos melones, porque su majestad es informado que desque es gran chanciller se ha acrescentado la agricultura de los melones gran cantidad; el cual gran chanciller paresció protomédico ciático, ó badil del duque de Trento. Otrosí, que el gran Españarte y don Felipe de Castilla, sacristan mayor, y Maymó, caballero de Barcelona, y Peti Juan, criado de su majestad, y don Miguel de Velasco y Julian de Lezcano no llevasen el artillería á la guerra, porque era tiempo de sementera, y excusasen el hacer mala obra á los labradores quitándoles las mulas y potros. Otrosí, para que el duque de Alba y su hermano el comendador mayor dejasen los pantuflos que traen, porque es en perjuicio del almirante de Castilla y de don Juan Manuel y de las leyes hechas en España, segun se hallará en Montalvo en la partida que dice: *Hominem non habeo*, que quiere decir que hay personas que si pantuflos no tienen, no parecerian hombres; y si por caso, lo que Dios no quiera, desto reclamare ó suplicare el conde de Osorno, por el mismo caso le dén por traidor y gotoso á tiempos, y su majestad sea obligado á ensancharle la villa de Galisteo, que es al oriente hácia mediodía, lindando con la villa de Huesca. Otrosí, para que el obispo de Niza se modere en lo de los banquetes, porque dió mal enjemplo al conde de Palma, que dicen hizo uno al coronista y al conde de Benavente y al marqués de Pliego, en que les dió cuarenta colas de carnero asadas. Y este conde de Palma no es de maravillar que haga esto, porque él se comió todas las mas; y para que Anton Garrafa [3] no parezca hombre que hace imágenes de piedra, ó que anda á buscar antiguallas por

[1] Vernia (C).—bernia (A.)

[2] Veure. (C.)—Vero, (A.)

[3] Pedro Anton Garrofo (A.)

España; y para que el conde de Monteagudo tenga discordia con su mujer y concordia con sus criados; y para que el regidor de Segovia, lo que debiere del juego de la pelota no lo pague, y si lo pagare, sea en estriberas viejas ó tafetanes traidos. Y para que el arzobispo de Sevilla, á suplicacion de muchos, esté suspendido de su oficio á lo menos cincuenta y cinco años [1]; y para que el duque de Calabria esté siempre con su mujer, para reformacion de la vista de los ojos; y para que musiur de Laxao ponga tasa en lo que da á Ivañez, porque es para dar mal enjemplo á otros. Otrosí, para que el duque de Medina cuando viniere á la corte no esté en ella mas de quince dias. Otrosí, para que musiur de Xebres [2] no ande ceñido por bajo, porque paresce costal atado por medio ó macho viejo de carga que se le ha caido la cincha á los compañones; y para dar manera que el marqués de Mondéjar no sea tan colorado como el capitan de la guardia de los alemanes; y para casar la marquesa de Ayamonte con musiur de Brusa [3], criado de su majestad, el cual paresció hombre de piedra en camino [4], que le habia dejado Julio César cuando vino á Mérida. Otrosí, para que el duque de Medina sea librado del consejo del conde de Buendía. Otrosí, para casar y matrimoniar á monsiur Falconete con la condesa de Oropesa [5]. Otrosí, para que Trullera, criado de su majestad, reforme los dientes ó se haya por despedido; y para que Gutierre [6], criado del marqués de Pescara y su embajador, acresciente su barba, porque paresce lugar que fué despoblado en tiempo de pestilencia; y para que don Pedro Bazan [7] no desnida los hombres d'armas que hallare con cabelleras, y para que se mate [8] con Garci Manrique, hermano de Diego Hurtado, sobre quién tiene la barba mas fiera; y para que Ciezar [9] tome cuatro cuentos de renta, si se los dieren, con tal que no parezca ayuda untada con aceite; y para que Luis de Guzman tenga vigüela de suyo, pues no está en ser el mejor músico del mundo, sino que le hagan ejecucion de bienes perdidos, si se los hallaren, ó que muestre á tañer al licenciado Aguirre ó al adelantado de Granada; y para que don Francisco del Aguila, suegro de Juan Vazquez y alcaide de Ciudad-Rodrigo, deje el talle, que paresce almirez de boticario asentado en silla obispal. Iten, para que el conde de Osorno y Beltran del Salto y el conde Nasao y el gran Chanciller y el duque del Infantadgo y el marqués de Villena y un sastre de Granada, que se llama Tomás Fernandez, anden en invierno con zuecos y en verano jueguen á la pelota. Otrosí, para que el doctor Caravajal sea obligado, mediante Dios y el Emperador, de dejar á su hijo tres cuentos de renta, y si no los dejare y aceptare, que le azoten por ello. Otrosí, para que si á Juan de Lanuza, visorey de Aragon, le mataren en sábado, se obligue el arzobispo de Zaragoza y criados á comer el asadura. Otrosí, para que el Rey nuestro señor mande, por hacer bien al duque de Nájara, desterrar diez é nueve hermanos que tiene y echarlos á las galeras, porque el cuitado del Duque viva, é aunque estos sus hermanos lo quisiesen comer, ternian que hacer cincuenta años. Iten, para que el doctor Santi Espíritus y Pero Martin y Ramiro de Guzman, vecino de Toledo, filósofo con modorra, dejen los libros que han pronosticado de los diluvios d'España, y para que los examine Juan Cabrero, camarero que fué del Rey Católico, y Garci Lopez de Caravajal, vecino de Plasencia. Otrosí, para que don Alvaro de Ayala, heredero del conde de Fuensalida, no tenga esperanza de heredar á su tio en estos cuarenta años; el cual don Alvaro, parescia muleta de Zamora ó Murcia, y fuéle puesto por este cronista conde de Cansalida. Iten para que el arzobispo de Bari muestre la Verónica sin limosna ninguna, y para que deje dos palmos del cuerpo que tiene para la fábrica de don Nuño y de don Beltran de la Cueva, hermanos que andan en la corte como duendes de casa en pozo. Otrosí, para que el comendador mayor de Castilla no coman tantos con él cada dia, y si alguno quisiere comer, sea el marqués del Cenete. Iten, para que el consejo de las Ordenes se desordene para jugar á las cañas algunas veces. Otrosí, para que Juan de Saldaña [10], veedor de la Emperatriz nuestra señora, no traiga la leba tan echada atrás, al modo de Brabante, pues que es en perjuicio de los españoles. Iten, para que el visorey de Nápoles no parezca diacitron recien hecho ó extranjero descubridor de minas de alambre ó de cardenillo. Iten, para que Juan Alvarez, que paresce ternera viva atada en escalera, y Pedrarias Grullo, descaminado ó hijo del conde de Puño-en-rostro (el cual conde paresce imágen de cal y canto), pongan sus pleitos y tratos en manos de don Alonso Enriquez el de Sevilla, contino de su majestad, ó en las de Gasbeque, caballero inglés de su majestad, el cual Gasbeque parescia membrillo cocido.

E lo susodicho proveido, la sacra majestad hobo acuerdo de cómo se proveeria el real que se habia de tener sobre Fuenterabía, porque el reino de Navarra estaba gastado de viandas y otras cosas, por haber estado en él don Luis Ponce, padre del duque de Arcos, y el regente de Granada [11]; y por esto mandó su majestad entender en ello á las personas que dicho es.

Alto Emperador, fallamos por los filósofos de Aténas Tolomeo y Xanto que el rey de los palestinos, teniendo guerra con los salatreles [12] é jurados, hobo nuevas cómo estas dos provincias andaban en trato con el rey Darío, y nunca convenian con lo que el Rey queria, y esto hacian por entretenerle hasta que fuesen fortificados y bastecidos. Y como por el Rey fuese sabido este engaño, luego proveyó personas que entendiesen en lo que menester fuese en la dicha guerra. Acá en los modernos que hoy vivimos podemos tomar ejemplo; ansí que, un capitan vizcaino que se llamaba Aguirre, por menear bien el espada de dos manos, se le cayeron dos dientes, y por esto y por sus pecados paresció gallega vieja.

El primer consejo acabado, el alto Emperador mandó á un grande de los que en el consejo estaban, que eligiese las personas que quisiese para bastecer el real, y ansí se hizo; y el duque de Béjar dijo que á él le pa-

1 Cincuenta mil (C.)
2 Kole (A.)—Kolz (B.)
3 Bursa, (A.)— Brisa, (C.)
4 cementerio, (A.)
5 Caro. (Id.)
6 Gutierrez, (Id.)
7 de la Cueva (Id.)
8 y no se mate (Id.)
9 Cesar (A.) — Sesar (C.)

10 Saldano, (C.)
11 Navarra; (A.)
12 saratreres (A.) —faratreres (C.)

rescia que Alvar Perez Osorio y Jaques, mostrador de los muchachos de la capilla, y musiur de Boton [1], mayordomo mayor del Emperador, y don Pedro de Castilla y un despensero que se llamaba Vergara debian ir á los lugares de Guadalcanal, Madrigal y Ribadavia [2], y embargar todos los vinos que ahí se hallasen, y tomar para ello personas que lo llevasen al real; y que le parescia que debian repartir las cargas á cada uno segun que les paresciese que las podrian llevar; y fué que el licenciado Galindo, letrado de contadores, porque le paresció á este coronista que parescia mochuelo que se ha mordido la cola, llevase tres arrobas y media, y Pero García, secretario, que llevase diez é nueve arrobas y dos azumbres, y don García Manrique, hijo de don Iñigo Manrique, alcaide de Málaga, y el hijo de Periañez, oficial de contadores, que les dijesen que eran vaquillas de Galicia, y que llevasen el diaquilon y aceite rosado y los huevos que fuese menester para los heridos del real; y que el secretario Soria [3] llevase á cuestas dos mill coseletes y tres mantas de reparo; y don Pedro de Mendoza, que de Guadix se llamaba, y don Alvaro de Zúñiga, y don Alonso Manrique, y Juan Sanchez Carrillo, y el conde de Ayamonte y don Diego Sarmiento que llevasen al dicho real las mohatras y trampas, cuentas revueltas, juramentos mal hechos, pleitos homenajes mal guardados, pues con esto entendia su majestad matar y atosigar á todos los contrarios.

A don Lúis Carroz, caballero de Valencia, que fuese á las Astúrias y que tomase todo el azúcar rosado y almendras y pasas y ruibarbo y lantejas, y otras cualesquier cosas que hallase, y lo trujese á Pamplona y lo depositase en poder del obispo de Oviedo, [4] Muros, que Dios haya, y demás desto, llevase de los lugares todo el ámbar y guantes adobados que hallase en toda Soria, porque era cosa muy necesaria para la guerra.

Veyendo el duque de Nájara que los bastimentos se dañarian por la humidad de la tierra, mandó que luego viniese Reinoso, veedor de Melilla, y don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, y el chanciller Gordo, criado de su majestad, y el fiscal de la chancillería de Granada, y don Alonso de Robles, y mosen Barrada, el valenciano, y micer Mey, del consejo de Aragon, y Quiteria de Vargas, ramera vieja, que por sus méritos es ya mesonera. Y luego como estas personas fueron llegadas, el duque de Nájara les dijo: «Parientes, señores y amigos, ya veis la necesidad que en esta tierra hay [5], y tambien sabeis que dijo Caifás, por mejor decir que *expedit vobis ut moriatur unus homo pro populo*; que quiere decir que por el bien del pueblo muera uno; ansí que, vuestras mercedes habrán y ternán por bien de servir de sacos, y los que no fueren tan anchos sirvan de costales, y torneis el trigo ó arroz ó semillas de agricultura en vosotros, y no lo deis á nadie sin ver un mi mandamiento para ello.» Y como este duque fuese proveido, mandó á don Luis Manrique, su hermano, que tuviese á cargo llamar á Luis [6] Carroz y al comendador de Piedra-Buena, y á Trullera y á Ronquillo, tañedor de vihuela, para tener mucha miel y aceite y girapliega y malvas para los enfermos cuando lo hobiese menester, y qu'estos caballeros, por cuanto parecen sus ojos de buey flaco, sirviesen de clisteres para echar á los que enfermasen, y que el dicho don Luis Manrique debia parecer papahigo de chamelote viejo ó pendejo de moro muerto.

Este Hernando de Vega, veyendo el mucho [7] servicio que á Dios y al Emperador hacia, mandó llamar al conde de Siruela y al conde de Oñate y al marqués de Comares, que parescia escudero pobre que andaba tomando gavilanes en campo con señuelo, para vender á don Antonio, señor de Monroy, y les dijo: «Señores y amigos, ya sabeis que esta tierra es muy fria y de mala complixion, y nosotros coléricos y adustos y flemáticos y ciáticos, y por nuestra causa podria haber en este real gran pestilencia de dolor de costado, y seriamos causa de mucho mal y daño; y por eso, y por lo que debemos á nuestro señor el Rey, y por evitar muertes y desasosiegos en las conciencias [8] de los qué acá podrian morir sin confision, por ser el mal agudo como cerco de monesterio, es menester que salgamos de la corte lós sobredichos, y del real, y que no entremos en cient leguas al derredor hasta que la guerra sea acabada.» Y su majestad, veyendo el comedimiento y buena voluntad que Hernando de Vega á su servicio tenia, díjole: «Comendador mayor, sois buen caballero, y no tan guerrero como don Antonio de Velasco, y mejor parlero que Cabanillas [9], capitan que fué de mi guardia, y agora paresce herbolario del duque Valentin ó madre de Boton [10], mi mayordomo.» Hernando de Vega se riyó de lo que su majestad dijo. Finalmente, si no fuera por el doctor Alfaro, que allí se halló, que parescia bota vieja con botana, ó gallina cocida para dar á enfermos pobres, gran estrago se hiciera.

CAPÍTULO XXVII.

Cómo el Emperador mandó ir al Condestable por capitan general.

Pasado el consejo de la manera que se habia de tener para bastecer el real, el Emperador mandó á don Íñigo de Velasco, condestable de Castilla y ayo del rey Wamba, que fuese capitan general en Francia y aderezase lo que hobiese menester para su persona, y que lo demás que lo dejase, que su majestad lo enviaria como á su honra convenia; y así se hizo, y el Condestable lo hizo, y dijo que él queria ir á Francia y hacer lo que su majestad le mandaba, con tal condicion que mandase á don Beltran de Robles que recogiese las arcas que tenia en Valencia y Gante, y que demás desto, no le mandase derrocar las casas que tenia el dicho don Beltran edificadas en Badajoz y en un lugar que se llama Valverde, á cinco leguas de Zagala, y otra casa que hizo en Barcelona, y que le mandase desjarretar [11] cuatro caballos que le habia encomendado el marqués de Pliego que les diese verde obra de dos años y medio, los cuales caballos hoy dia permanecen en po-

[1] Soto, (C.)
[2] Laque, (A.)
[3] Osorio (C.)
[4] don Diego de (C. y B.)
[5] hay de esta guerra, (B. y C.)
[6] á Luis Carazo (B.)

[7] señalado (B.)
[8] carónicas (B. y C.)
[9] Canillas,
[10] Benito, (B. y C.)
[11] dejar (B.)

der del dicho marqués, y con condicion que al hermano de este dicho don Beltran de Robles, comendador de San Juan, le quitasen la cadena de la puerta y la echasen á don Beltran, porque se ha hecho edificador como Hércoles; y que si su majestad quisiere alimentar á este don Pedro de Robles, que dello no habrán enojo estos mancebos, mendicantes galanes que andan en corte, los cuales no permanecerán, por su infinita pobreza. Este don Beltran parescia costal vacío ó cabra montés, que murió sin confision, y su hermano don Pedro lo hizo de la misma pobreza en este año.

Por este tiempo el coronista y famoso dotor don Francés, que parescia sastrazo de Pandolfo, criado del marqués de Mántua, ó confesor del camarero Antonio de Fonseca, escribió al papa Clemente de Médicis, á ruego del cardenal Fratre Egidio, una carta ó epístola, y es la siguiente:

DE NOS DON FREY FRANCÉS, POR LA GRACIA DE DIOS MAESTRO EN FILOSOFÍA, BACHILLER EN MEDICINA, ENEMIGO DEL HERÉTICO LUTERO, INQUISIDOR GENERAL DE LOS NEGOCIOS, AMIGO DE HOMBRES LIVIANOS, EXTRAVAGANTE DE HOMBRES EN SESO, REFORMADOR DE LAS CASAS Y HOSPITALES DE LOS LOCOS, Á VOS NUESTRO MUY SANTO PADRE CLEMENTE VII SALUD Y GRACIA.

«Sepades como Dios, por su divina administracion, me »quiso dar un hijo de legítimo matrimonio, que se lla»ma Domiciano. Él nos pidió le hiciésemos de la Igle»sia, lo cual supe en su tierna edad, y lo pidió [1], no »teniendo respeto á las cosas de este mundo, aborres»ciendo la pobreza; y veyendo su buena intencion, »que lo hace por no querer estar en pobreza ni en mi»seria ni en necesidad, nos pidió que le diese vuestra »santidad una reserva de hasta cuatro mil ducados en los »obispados de Avila y Salamanca y Plasencia; y la re»serva venga de tal manera, que no tengamos litigios; »de lo cual el nuestro Emperador, mi señor y amigo, »será servido, segun lo que dirá el portador Rafael »Jerónimo, embajador de Florencia, caballero docto, »que paresce conejo asado, esparragado con aceite »rosado. Y porque en su lugar quedará Ramirez de »Angelo [2], el cual paresce can ó corzo envejescido en »el castillo de Santángel, no digo mas, sino que os »amonestamos y exhortamos que de que esta veais, »cumplais y hagais lo sobredicho, enviando la dicha »reserva grátis, sin ningun derecho. Lo cual podrá »vuestra santidad dar al dicho embajador, al cual para »ello damos nuestro poder cumplido; y haciéndolo an»sí, haréis lo que debeis y cumpliréis nuestros man»datos y mandamientos como padre [3] de santa obedien»cia; y haciendo al contrario, os descomulgamos y »aprobamos por público apasionado, y os echamos de »la dicha iglesia agravato y reagravato, y mandamos »que andeis de noche con el cardenal Fratre Egidio ro»bando cuantos halláredes, y ansimismo estéis debajo »de las miserias y calamidades del papa Adriano (que »Dios haya); hagais bien al cardenal Cesarino, y sál»gaos ingrato; vuestros criados estén descontentos de »vos, que á voces digan: *Ve quia destruis templum;* »vuestros deudos vos salgan tan desagradescidos, que »los primeros que mormuren de vuestra santidad sean »ellos. Querais proveer de vacantes, y nunca se muera »ningun perlado; y si vos acudiere, sean bancos que»brados, de manera que á vuestro poder no venga un »ducado; la mula en que anduviéredes muera de to»rozon cuando con ella el rio pasáredes; Micer García »de Gibraleon os falsee las bullas y el secretario des»pache todo contra vuestra voluntad; los de la Rota »sean tan rotos de entendimiento, que nunca hagan »cosa que valga un carlin; venecianos y colonneses se »concierten de tal manera, que digan á vuestra santi»dad: *Pater, ignosce illis.* El marqués de Pescara en»tre tan poderoso por campo de Flor, que todas las »gallinas se guarden dél como de raposa; el duque Va»lentino resucite con un rétulo en la mano, diciendo: »*Quis ex vobis arguet me de peccato.* El papa Fede»rico, resucitando, se llevante dando voces por la silla »de sant Pedro, y diga que le cortaron las piernas á »traicion; al barrachero [4] maten á las puertas del *matre »mia non vole;* al cardenal de la Minerva le hallen con »Diana en el burdel de Nápoles. El cardenal Aboleto [5] »tenga tan gran tempestad en el seso, que víspera »del juéves de la Cena deshaga el colegio del cardenal »de Cápua; en despecho de vuestra santidad se con»cierten todos los príncipes cristianos contra vos; su »majestad haga hacer ejército [6] contra vuestra santi»dad, enviando por capitan general al duque de Fer»rara y por cañon pedrero á fray Severo; el vino que »bebiéredes se vuelva vinagre y el pan diacitron, y el »dinero se vuelva pescado cecial; las martas de vues»tras ropas se pelen; los armiños que vistiéredes haga »Dios tan gran milagro por ellos, que se tornen vivos »y os muerdan; en cada vara de seda que compráredes »os engañen en un ducado; en cada negocio que el »duque de Sesa os fuere á rogar le tome tan gran llan»to, acordándose de la muerte de su mujer, que no »podais dejar [7] de conhortalle; el dia que ayunáredes »se os torne de cuarenta horas; el nuncio don Bernar»dino Pimentel haga exceso contra vuestra santidad »para no acudille con los expolios. El cardenal de »Santa Cruz ponga tan grandes cuestiones en santa »teología que la ciudad se revuelva, y tome á vuestra »santidad tan grande espanto, que en vision vea al du»que de Calabria, asido de la mano al duque de Urbino. »La ciudad se trastorne de arriba á abajo. Civita Vec»chia caiga en la mar; Belveder tiemble de tal manera, »que mas parezca perlática, que casa de placer. Otrosí, »si vuestra santidad no hiciere lo que tengo dicho, por»némos entredicho á toda esa tierra con el *cesatio à di»vinis*, con apercibimiento de que los sacristanes cuan»do duerman no tañan las campanas. Otrosí, que ni »los grandes coman despues de muertos ni los niños »mamen despues de destetados. Ejecútese la justicia de »Dios en los condenados á muerte; hablen con vosotros »los del Preste Juan de las Indias, y no sean entendidos; »las maldiciones de Sodoma y Gomorra y Abiron caigan »sobre Lutero y sus consortes; hombres de ochenta años »quieran tener piés [8] que los obedezcan, y no los hallen,

[1] y nunca podia,
[2] Anferio,
[3] en virtud de (B.)

[4] barachelo
[5] Civo (B. y C.)—al cardenal Civo tan gran tempestad en él se sostenga (A.)
[6] ejecucion (B. y C.)
[7] acabar (A.)
[8] padres (A. y B.)



»y las mujeres viudas, despues que hayan perdido á sus »maridos, no puedan dormir con ellos; los perros dén »tan grandes aullidos de noche, que hagan gran lamen»tacion, y que de pura hambre y frio no hallen quien les »dé martas en que se envuelvan; el Tiber salga tan fu»rioso de madre, que no halle padre que le mande, so »pena de su maldicion, que se vuelva á lo que solia; »tórnese de color de sangre al modo del cardenal Ce»sarino; los negociantes que tengan sentencia contra »sí, vayan tan descontentos, que demanden justicia »á Dios; vengan en esa tierra tantas necesidades, que »los ricos hayan menester servidores y los pobres anden »á pedir por Dios; cativos sean los esclavos; anden pi»diendo de puerta en puerta los frailes de San Francis»co, y no hallen quien les haga limosna, antes bien »en todas las casas corridos y trabajados sean. Los to»ros y vacas y bueyes que llevaren á las carnescerías, »mueran sin hacer testamento; Dios dé tanta necesi»dad en esa tierra, que ni las piedras dén pan ni los »campos ducados de á dos; malditos y descomulgados »sean y anatematizados los antepasados del Turco; »quieran hablar los mudos y no puedan, y los que »mucho hablaren no paren hasta que dén con la ca»beza por las paredes, como rocines desbocados. Los »ciegos hayan menester quien los adiestre; ensordez»can los muertos; la mar por enero haga tan grandes »tempestades y terremotos, que el estrecho de Gibral»tar no se navegue sino en navíos. Y haciendo lo que »nos queremos, os hemos por público papa, nuestro »superior espiritual, y no anatematizamos ni desco»mulgamos, y os desallanamos cualquier tesoro que »tengais, dándonos tal parte dél, que no sea menos del »tercio ó quinto. Dada en Tordesillas en la cámara de »mi datario [1] del obispo de Niza, donde se habla de »buen seso.»

Despues desto pasado, torna la historia á contar de cómo el condestable fué en Pamplona y cómo la cesárea majestad le aparejó para que entrase en Francia; y si á este bienaventurado emperador le dejaran los grandes del reino entrar en Francia, no poco se acordaran en Francia de su majestad. La razon por qué no entró, fué porque todos los grandes y perlados y ricos hombres y caballeros y religiosos y ciudadanos y oficiales y labradores que allí se hallaban, se echaron á los piés de su majestad, suplicándole que en Francia no entrase, porque el tiempo era el mas duro del invierno; era por el mes de diciembre, y las nieves eran muchas, que se sumian los caballos hasta las cinchas, y los bastimentos y municiones no podian pasar, y la tierra era de tantos tremedales y lodos, y los rios caudalosos y frios, y otros malos pasos donde perescieran muchas gentes, y que demás desto la entrada en Francia era mas despoblada que las barbas de don Alonso Tellez y del conde de Oropesa y de Laxao, el mozo, que por otro nombre se llamaba el Turco. Y dijo este venerable Emperador, que no le satisfacia ninguna cosa, ni por eso queria dejar su propósito comenzado; pero tanto cargaron los ruegos y suplicaciones destos sobredichos, que dijo á los grandes y perlados que allí se hallaron: «Vosotros me excusais esta entrada, dejarlo he por agora de hacer.» Y tambien su majestad lo hizo habiendo respeto á que ninguno de sus vasallos pereciese [2] por lo que dicho es. Voto á Dios y á los santos san Vicente y sus hermanos, que la ciudad de Santo Domingo de la Calzada está á media legua de Bañares, y por eso el duque de Nájara paresce notario apostólico que se le perdieron las escribanías. El Condestable tomó su camino, y el bienaventurado Emperador y los grandes salieron con él cuanto una pieza, diciéndole cuánto confiaba en su esfuerzo y saber y persona, aunque por otra parte los vasallos de Medina de Pomar eran almas de cabezales que continuo andaban por Castro á comprar pluma; y el Condestable se apeó á besar las manos al Emperador. Su majestad le encomendó á Dios y le dijo: «Condestable, si viéredes que las mulas de la artillería cansaren, hacérmelo heis saber; porque yo enviaré tales personas de mis reinos, que las saquen de cualquier peligro que estuvieren.»

CAPITULO XXVIII.

De cómo el Condestable llegó á cercar la villa de Fuenterabía, y cómo asentó su real sobre franceses, y de cómo se le dieron carta perdida.

Llegado el Condestable á la villa de Fuenterabía, mandó asentar su real á un tiro de ballesta della, y envió á decir á los franceses que luego la dejasen, y donde no, que mal de su grado lo harian. Los franceses que dentro estaban, como sean bravos en tiempo de prosperidad y mentirosos en tiempo de nescesidad, dijeron que nunca la dejarian, y que antes entendian entrar por Castilla. El Condestable, como esto viese, acordóse cómo el Emperador le habia enviado, y dijo á los capitanes: «Señores y amigos, ya conosceis las palabras de los franceses y un refran que dicen en Castilla: Palabras y plumas llévalas el viento [3].» Y luego el Condestable, capitan general, mandó á Meneses de Bobadilla, capitan de hombres d'armas, que con su gente llegase hasta la puerta de Bayona y que tuviese cargo de meter en razones al capitan general de Francia, musiur de la Paliza, que ansí convenia, y que no se cansase de hablar. E luego este capitan lo hizo, con deseo de servir á su majestad, y no le faltó esfuerzo para pelear ni gana para parlar. Al conde de Oñate mandó que su gente pusiese hácia la mar, de manera que los pescados que eran en la pertenencia de Francia no los dejase pelear con los savalos y salmones que estaban en la pertenencia de Castilla, y á la gente del adelantado de Granada mandó que estoviesen en torno de la villa, y que mirasen á las libranzas que el dicho adelantado daba, que nunca se aceptaban; y á la gente del duque de Béjar mandó estar entre el cielo y la tierra, y á la del duque de Nájara mandó estar en frente del artillería de Francia, porque eran muy fuertes y habian gana y voluntad de la conservacion de sus vidas; y á don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, que era capitan de la gente de su tio el duque de Béjar, mandó que, por cuanto este capitan era rico de viento y pobre de bienes de fortuna y ganoso de honra, y no cobarde, que estoviese en lo mas blando de los lodos y que las noches durmiese sobre tierra. Otro tanto mandó al capitan del artillería, que parescia maestro de mostrar gramática á musiur de Brisac y á Bolton, y

1 de Medotoni datario (B. y C.)

2 perezcan (B.)

3 A. añade: y á don Alonso de Zúñiga.

á Juan de Aduza y á Hernando del Pulgar, que parescia buey viejo ahogado en laguna que está en Rodilana, aldea de Medina del Campo. Todo esto proveido, el Condestable se dió tal maña y apretó de tal manèra á los de la villa, que no lo pudieron sufrir; y si el tiempo, como dicho es, no fuera tan trabajoso, no solo tomara la villa, mas entrara en Francia y la posiera so el señorío del Emperador. Y luego los de la villa enviaron á tratar con el Condestable, y el Condestable no les queria admitir razones, antes daba á los franceses tan mala vida, que daban al diablo á musiur de Lantrech y á Montmoransi[1] y á los del parlamento de Paris; y si no fuera por los que dentro estaban del Rey, y no de su majestad, no esperaran los franceses al Condestable; el cual, veyendo que los españoles pasaban, envió á suplicar á su majestad que perdonase á los de sus reinos que dentro estaban, para que no pereciesen en el campo; y su majestad, como fuese piadoso y tuviese concepto[2] de sus vasallos que moririan si fuese menester, envió á mandar al Condestable que ansí se hiciese[3], y luego la villa se entregó, y para ello no habia razon, porque estaban muy bastecidos, ansí de municiones como de viandas y gentes. Comunidad, rey de los glotonistas[4], viendo que con la pujanza del vino que tenian y con la soberbia, no miraban lo que despues les vino, y que no respondian á su rey, fué muy lastimado de ello, y envió sobre la ciudad un su capitan llamado Jacob Cabrensis, y mandó que sin hacer con ellos razones buenas ni malas, estoviese sobre ella hasta que de las Alpujarras fuesen socorridos; y ansí se hizo, y la ciudad fué tomada y todos muertos y presos. Y no menos hiciera este capitan general, sino que la piedad deste glorioso emperador perdonaba, acordándose de Dios.

CAPITULO XXIX.

De cómo despues de haber tomado á Fuenterabía, la cesárea majestad se fué á Castilla y llegó á Búrgos.

Esto acabado, el Emperador llegó á Búrgos, donde fué con mucha alegría rescebido, y hiciéronle fiestas de justas y torneos y otras cosas muchas; y ahí vino doña María de Mendoza, marquesa de Cenete, con Mariana de Tierra-Firme, por casar con Enrique, conde de Nasao, camarero mayor del Emperador, por su bondad y buena fama y ser de linaje de emperadores. Esta marquesa concedió en el casamiento á ruego del Emperador; tratáronlo el condestable de Castillá y don Juan de Fonseca, obispo de Búrgos, que parescia herrero de Tordehumos ó vasija llena de pólvora, y don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar; y como el casamiento no se concluyese tan presto como el Duque queria, dijo: «Juro á Dios, y por el cuerpo de Dios, y por la solicitud de musiur de Laxao, que estoy en tiempo de poner pleito al conde de Benavente[5] sobre que no traiga borricas de camino.» Y como la Marquesa estas palabras oyese, de compasion que hobo al dicho duque, aceptó el casamiento, y luego fué hecho mártes en la noche, víspera de Carnestolendas, á 21 del mes de agosto. Fué concertado que se desposase la dicha marquesa, y tomó las manos el arzobispo de Toledo, don Alvaro de Fonseca, el cual parecia galgo con calambre, y dijo con voz flaca: «Señor Enrique, conde de Nasao, que paresceis toronja que comienza á madurar, ú olla de carne de membrillos de miel, ¿tomais y quereis á doña María de Mendoza, marquesa de Cenete, por mujer, aunque paresce colchon de holanda lleno de algodon, ó á Guadiana cuando sale de madre?» Respondió: «Payor mas y otro soy hoy.» El dia de San Juan siguiente del año 1525, víspera de la Epifanía, fueron hechas fiestas, y á ellas salió Antonio de Fonseca, comendador mayor de Castilla, muy ricamente guarnido, y mostró todo el placer que pudo como buen caballero. En este tiempo vinieron nuevas cómo el cardenal de Santa Cruz, y el papa Innocencio, y el marqués de Tarifa, y Juan de Borgoña, y fray Pascual, obispo de Búrgos, y el dotor Angulo, que fué obispo de Córdoba, y fray Juan Hurtado, y fray Francisco de los Angeles, del órden de los Menores, se concertaban á jugar á la pelota los dineros de don Cristóbal de Toledo, el clavero de Calatrava, y de don Francisco de Tobar y de don Luis de la Cueva, en el monesterio de Santa Clara de Torquemada; y esto sabido por el alcalde Leguizamo, que parescia bolsa de aceitero llena de cuartos y blancas, mandóles que se presentasen á la corona en casa de la condesa de Ribadeo, doña Isabel Castañon, en Valladolid.

CAPITULO XXX.

Cómo el Emperador se partió de Búrgos y se fué á Valladolid, y de la cuartana y regañamiento que con ella hubo.

El gran monarca Emperador se partió de Búrgos por el mes de agosto año de 1525, y llegó á Valladolid, y fué rescebido con mucha alegría, y saliéronlo á recebir los regidores, dean y cabildo y traperos, caballeros y escuderos, médicos y los colegiales, y con ellos Saldaña, huésped del secretario Cobos, que parescia mayordomo de la cofradía de la Misericordia, y dijo á su majestad: «Señor, aquí hay trece regidores, y ninguno dellos no puede regir tres píldoras de regimiento, sino es Juan Rodriguez de Baeza, que paresce asno con modorra, y el comendador Santistéban, reloj que lleva las pesas abajo, y Godinez, culo de fraile bernardo en escabeche; junto con esto, suplico á vuestra majestad que entre en la villa montado sobre Gracian ginovés á la brida, y al Duque lleven sobre Mondéjar, buen caballero, devoto de la oracion del dean de Córdoba. Y su majestad, por dar contentamiento á Saldaña, dijo: «Voto á Dios, de mi voluntad no lo hago tanto como por dar placer al pueblo;» y así, su majestad entró en la villa, y no poca alegría se hizo en ella; y dende á pocos dias su majestad adolesció de una grave enfermedad que se llama cuartana, con regañamiento de criados y amigos, y de negocios no menos.

CAPITULO XXXI.

De cómo el Emperador regañando adolesció en Valladolid, y de los que hizo regañar y regañaron con él.

Este bienaventurado Emperador, como fué llegado á Valladolid y rescibido como dicho es, adolesció de enfermedad que no la quisiera el coronista don Fran-

[1] Mimoransi (A.)
[2] consejo
[3] como lo escribió, (añade B.)
[4] Amenidad, rey de los glomotas, (C.)
[5] Ureña (C.)

cés, porque dello no se le siguió provecho ni honra, antes enojos; y fué ansí, que como la enfermedad se agravase, y este historiador entrase en la cámara, su majestad le decia muchas veces: «Señor don Francés, id vous con todos los diablos, y llevadme de ahí á musiur de Laxao, que paresce berengena en vinagre cortida, y al marqués de Pescara, que paresce aposentador del papa Pio, y dad una bofetada al prior de Guadalupe, y azotad al doctor Melgar, que paresce labrador acusado por brujo, y jugad á la pelota con el doctor Alfaro, que paresce bragas de fray Juan Hurtado ó religiosa con rija; y si el dotor en artes se agraviare, decilde que le tengo buena voluntad, y que no deje por eso de parescer algo deshonesto, y algodones de tintero ó cebolla asada. Y el doctor Ponte apeló desto con los diez mil que tiene. El gobernador de Brusa[1] dijo: «Dotor, pareceis mula rucia[2] del prior de Guadalupe, ó treinta y tres librás de azúcar piedra, y que os vais con todos los diablos, ó con el señor Garci Sanchez de Badajoz.» Con estas desesperaciones y regañamientos, tenia el Emperador un perro llamado Samper[3], que parescia al conde de Ayamonte, y otros dicen que á don Pedro Puertocarrero. El Emperador amó tanto á este perro porque era tan virtuoso como el secretario Urríes[4], y no menos que el capellan Llanos; y con la calentura y frio que un dia le vino, y con el enojo que hobo, dióle una puñada en el estómago al hijo de Laxao y le dijo: «Vos, don Rapaz, que pareceis puerco cocido y estáis parlando.» Y luego esto pasado, llegó el duque de Béjar y dijo al Emperador: «Señor, si vuestra majestad no cabalgase en caballos saltadores y no corriesen las postas, no vernia en este estado.» El Emperador le dijo: «Duque, paresceis monja que se caga toda, ó cuna en que acallan niños.» El Duque, como esto oyó, fué muy enojado, y habló con el duque de Medina-Sidonia, su sobrino, que parescia á Adan cuando le echaron del paraíso terrenal; y con don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, y con el vizconde de Balbuena, y con Diego de Vera, capitan del artillería, y con Juan de Sande, vecino de Cáceres, hermano del cardenal Santa Cruz, y con Juan de Sahagun, vecino de Madrigal, sastre que fué de la reina doña Isabel, de gloriosa memoria, y con Juan de Sayavedra, su hijo, y con el cómitre de las galeras, y con el alcaide de Perpiñan, y con don Bernaldino del Castillo[5], vecino de Salamanca, y con el conde de Luna, y con Hernando de Bernuy, vecino de Búrgos, y con el alguacil Juan Gudiel[6], el cual hizo su penitencia, y con Francisco de Pajares, vecino de Avila, y con Pacheco, vecino de Ciudad-Rodrigo, que parescia pantorrilla de asturiano, y con el comendador de la Zarza, Juan de Guzman, que parescia burro atado á estaca, y díjoles: «Amigos y señores, el Emperador nuestro señor es flemático y sanguino, de donde le viene ser noble, y Dios, por los pecados de don Alverique valenciano ó por las coplas de Boscan ó por las teologías del presidente de Granada, ha querido y tenido pór bien de dar al Emperador nuestro señor tal enfermedad, que reniegue mas que el duque de Trayeto y que blasfeme mas que el obispo de Guadix[7]; por ende conviene que roguemos á don Pedro de Guevara y á don Pero Hernandez de Córdoba, que paresce suegro de Velez de la Gomera ó hijo de Fez, y al marqués de Tarifa, que paresce fiel ejecutor de Badajoz ó hombre que va á vender terneras á la feria de Coria[8], para que se echen en Oran[9], que son tales personas que probaron bien en el peligrinaje de Jerusalen.

Esto acabado, en la corte habia un caballero camarero de su majestad, llamado don Antonio de Córdoba, hermano del conde de Cabra, tio del duque de Sesa; este caballero, por parescer bien á este afortunado Emperador, y por el amor y deseo que tuvo á su servicio, deliberó de ser cuartanario por tenerle compañía; y como á Dios nuestro Señor nada se le pasa de bien sin galardon, dió á este don Antonio cuartana con frio á tiempo que á su majestad venian algunos enojos, y á las veces regaños, como al Emperador; y cuando á la majestad cesárea le traian las rentas de sus reinos, á este don Antonio le crescia la barriga y se le acortaba el vestir y aun calzar.

CAPITULO XXXII.

De cómo el Emperador envió á llamar algunos médicos que dél curaban, y lo que les dijo.

El Emperador dijo: «Amigos médicos y criados mios, malditas sean vuestras medicinas, vuestros Galienos y Avenruices, porque la cuartana ha tenido y tiene en mí novenas; y vos, maestre Liberal, gesto de vizcaíno con espíritus ó de perra parida debajo de cama, ¿en qué está mi mal?» Maestre Liberal respondió: «Micer, eso será, el diablo me emporte si no tengo una gamba rompida, que no vale un real, y mas renegado soy que vuestra majestad.» Al dotor Ponte dijo: «Macho rucio de fraile jerónimo, ó cebolla mondada, ¿qué os parece? qué término tendrá mi enfermedad?» El dotor Ponte respondió: «¿Qué sé yo? Pregúntelo vuestra majestad á Ruy Diaz de Rojas.» El Emperador enfermo con enojo mandó á este dotor que lo llevasen á Portillo, y lo echasen de arriba á rodar, y así se hizo; y como este dotor fue rodando, no paró hasta un arrabal que abajo está, y como llegase recio, derribó dos hornos y media iglesia, y mató dos viejas y un niño.

El invencible Emperador se volvió para el dotor Melgar y le dijo: «Dotor, pareceis villana amancebada ó loba vieja de judío pobre; maldito seais de Dios, vos y vuestras priesas que teneis en andar; ¿qué será de mi mal?» El dotor Melgar respondió: «Por mi fee, Señor, quien me saca de mi casa de comer olla con nabos y berzas, no sé qué le diga.» El doctor Alfaro, como esto oyó, estaba muerto de miedo; y riyendo le dijo su majestad: «Alfaro, paresceis gallina cenicienta ó dama vieja con lunar en la cara, ¿qué me decis?» Y el dotor Alfaro no supo responder á su majestad.

Al doctor Narciso dijo: «Pues que sois estrólogo, hombre de buen saber en todo y en mapamundi, ¿hallais que tengan tierras ó hacienda los hermanos del

[1] Briesa (C.) — Bresca (A.)
[2] A. añade: del donado.
[3] Sanperez (C.)
[4] Arias (C.) — Urrias (A.)
[5] Castilla, (C.)
[6] San Juan de Gudiel, el cual San Juan, etc. (A.)
[7] duque de Guadix; (C.)
[8] Córdoba (A.)
[9] en oraciones, (Id.)

conde de Feria [1] y don Luis de Avila y don Alvaro de Zúñiga? Otrosí, ¿sabeis que se da sentencia por don Pedro de la Cueva en el pleito que trae sobre Torre Galindo, con el conde de Siruela, su hermano?» El Doctor dijo: «Señor, eso mejor lo sabrá el conde de Miranda y el conde de Haro que yo, porque son letrados, y el uno ayuda á la una parte y el otro á la otra.» Su majestad, como toviese buena voluntad á este dotor, no le dijo mas.

Cesárea, católica majestad, escripto está en el libro levítico de los *Reyes*, que estando el rey Salomon en la ciudad de Clavos y Pimienta, en la provincia de las Mieses [2], le vino aviso cómo un su capitan llamado Angelo Jacobensis, natural de Tordehumos, que es al setentrional, estaba acusado de los samaritanos y saduceos, de que se queria levantar en la tierra, seyendo ingrato á los beneficios que habia rescebido de don Alonso Colon, almirante de las Indias, cuando en cierto cerco le habia socorrido con diacitron y mermeladas; y como por el rey Salomon fuese sabido, envió sus mandamientos y apercibimientos á la costanilla de Valladolid y á las cuatro calles de Toledo y á la puerta de Minjao de Sevilla y á las villas de Almazan y Soria, porque de allí creia haber cabos de escuadra asaz levitenses que fuesen sobre la ciudad y provincia, y mandó que entrasen y tomasen por fuerza de armas, y descapullasen [3] cuantos en ella habia y hallasen; y la villa se tomó y no se descapulló ninguno, porque ya estaba hecho.

CAPITULO XXXIII.

De cómo el Emperador fué aconsejado que saliese de Valladolid, porque mudando la tierra, con ayuda de Dios, se le quitaria la cuartana; y de cómo fué para Tordesillas, y se desposó allí la serenísima infanta doña Catalina, su hermana, con el rey don Juan de Portugal.

El César Emperador se partió para Tordesillas en 20 del mes de agosto año de 1524, y llegó á Tordesillas, y con él muchos grandes y perlados de sus reinos, y ahí estuvo algunos dias, y tratóse y celebróse casamiento entre el serenísimo rey don Juan de Portugal y la excelente infanta doña Catalina, y despues de acabados los tratos, se desposó Pedro Correa, embajador del rey de Portugal, con la señora Infanta, y su majestad mandó á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, que les tomase las manos, y ansí fué hecho; y el Arzobispo estaba vestido de grana y era luengo y bien delgado, y díjole este coronista que parescia gallo [4] desollado, y desto riyó mucho La Trullera, gentil hombre de cámara, el cual parescia asadura deste arzobispo. El Arzobispo dijo á la señora Infanta que si tenia dada alguna otra palabra de casamiento y si alguno otro lo sabia, que lo dijese, so pena d'escomunion mayor; y este don Francés, como fuese celoso del servicio de Dios y guardase sus santos mandamientos, dijo que él sabia que la señora Infanta habia dado palabra de casamiento á Gonzalo del Rio, regidor de Segovia, el cual fué criado del rey don Fruela; y como el alto Emperador y los grandes que ahí estaban esto oyesen, fueron turbados, y luego el Emperador mandó llamar tales personas que lo viesen y determinasen, y luego fueron llamadas las personas siguientes: el abad [5] de Nájera y el capitan Corvera y el dean de Plasencia Juan Carrillo de Toledo, el secretario Villegas y fray Pedro Verdugo, de la órden de Alcántara, que parescia caballerizo de Meneses de Bobadilla ó confesor del adelantado de Cazorla, y fray Severo, mostrador de Caton y Terencio á los nietos del duque de Alba, y fray Bernardo Gentil, coronista y parlerista *in magnam quantitatem*, y Rodrigo de Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, y Diego de Cáceres, el de la cuchillada, vecino de Segovia, y visto por ellos, dieron esta sentencia:

«De nos los jueces árbitros descomponedores razonablemente griegos, debemos fallar y fallamos que el dicho casamiento no es valedero, ni debe valer nada, y lo desatamos y anulamos, y decimos que, por cuanto la muy alta infanta doña Catalina es muchacha y de poca edad, y las palabras que al dicho regidor dió de casamiento no sean válidas, y tambien porque la dicha infanta paresce palomo blanco duendo; y otrosí, el dicho regidor no podrá ser casado, porque las corónicas antiguas dicen que este regidor fué desposado con doña Sancha de Lara, madre del conde de Vela, y tia de Pero Bermudez, y esto fué que la hija del conde Fernand Gonzalez quiso entregar la villa de Santistéban de Gormaz al rey Almanzor.

CAPITULO XXXIV.

De cómo la cesárea majestad se partió de Tordesillas para Madrid, y de cómo mandó aderezar lo que menester era para la muy alta reina de Portugal, su hermana.

Su majestad se partió para [6] Madrid [7] por el mes de noviembre, y hacia muchas aguas, y como pudo llegó á la villa, y fueron con muchas alegrías y placeres rescebidos, y su majestad, aunque cuartanario, se iba riendo por dar placer á los de la villa y á los suyos, aunque despues de entrado lo pagaron los de la cámara, que á todos apuñcó. La historia torna á contar de cómo la serenísima reina de Portugal se partió de Tordesillas para Portugal, y su majestad dejó mandado que con ella fuese el ilustrísimo duque de Béjar, porque en la verdad lo querian bien y lo tenian por bueno, aunque se halla que este duque, jugando un dia con la reina Germana, en vida del Rey Católico, á la primera, el Duque, no sabiendo de juego, tomó consigo á don Pedro de Zúñiga, hermano del conde de Miranda, y la Reina tenia cuarenta y dos puntos y el Duque no tenia nada; y el dicho don Pedro de Zúñiga, que jugaba con el duque de Béjar, quiso dar cachada [8] á la Reina y metió doscientos ducados, y la Reina y los otros jugadores se echaron. El dicho don Pedro con gran risa y placer dijo al Duque: «Señor, con cachada, no teniendo nada, les habemos ganado el juego.» El Duque dijo: «Nunca plega á Dios que con ruindad y cachada gane los dineros;» y no los quiso tomar. Bien se cree que estos dineros no los volviera Diego de Cáceres, el de Segovia, ni el peti-rey, de ganante memoria [9].

Ansmesmo mandó su majestad al ilustrísimo don

[1] Teva (C.)
[2] Clavensis, (Id.)
[3] descapillasen (A.)
[4] grullo (Id.)

[5] Alexio (A.)
[6] la villa de
[7] y era
[8] cazada (C.)
[9] el petit rey de jugante memoria. (Id.)

Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, y á doña Francisca Enriquez, marquesa de Denia, que la acompañasen y sirviesen hasta la raya de Portugal. Al Duque mandó su majestad que se volviese desde la raya, y al obispo de Sigüenza y al alcalde de Leguizamo que entrasen en Portugal por embajadores, y á la Marquesa que entrase con la señora Reina en Portugal y estuviese lo que le paresciese; y á Alonso de Baeza que entendiese en el adrezo de todo lo que fuese menester para el casamiento y para el camino, y que mirase que ninguna dama ni dueña, ni moza de dama, fuese osada de llevar mula castaña; y ansí se hizo, salvo que Sancho Cota, secretario de la reina de Francia, llevaba un macho bermejo, que fué del prior de Guadalupe, fray Hernan Rodriguez, que está enterrado en Castro Nuño [1], en la iglesia de San Juan. Este Alonso de Baeza dió buena cuenta de todo lo que le fué mandado, y demás desto, pareció socrocio del pagador Noguerol, ó sobrino del dotor Villalobos y del marqués de Moya, cuando se hizo terceron.

CAPITULO XXXV.

De cómo la Reina partió de Tordesillas para Portugal, y de lo que en el camino pasó.

Sacra cesárea majestad, los filósofos antiguos y los romanos modernos, viéndose cercanos á la muerte, llamaron, de compasion que hobieron, al alcaide de los Donceles, visagüelo del que es hoy y vive, y no de balde. Quejábase Cipion á Diego de Vera y á don Iñigo de Mendoza, estando en la ciudad de Trento [2], cercados de los agamonitas. Grandes misterios é impetuosos escriben los platonistas y agramonteses, segun escribe Ciceron en una comedia que enderezó á los de Saelices, de los gallegos, con la influencia vendaval. Nordeste [3] heria sin piedad en las velas temerosas [4] de don Francisco de Mendoza, que despues fué obispo de Oviedo. ¡Oh señor, cuán altos son tus misterios y cuántos límites pusiste á Pero Hernandez de Córdoba, gran decidor de *antiquitate!* Segun escribe Pero Mejía de la Cerda, en una homilía que escribió á los de Montoro, en el año de nuestro maestro y redentor Jesucristo de 1525, la serenísima reina de Portugal, doña Catalina, vuestra cara y amada hermana, y tan cara como vos costará por los libros de Alonso de Baeza, escribiendo á los Vozmedianos [5], yéndose para casar con el serenísimo rey de Portugal, partió de la villa de Tordesillas, lúnes á 11 de enero del año 1525, con tal concierto, que el maestro de Roa, concertador de piernas y brazos, no se obligara á concertarlos. Y la señora Reina llegó á Medina del Campo, donde, por ser feria, quisiera comprar tres onzas de ámbar, porque era bueno, si no le fuera á la mano la ilustrísima marquesa de Denia, que como persona que todo lo sabia, dijo: «Señora, teneis de aquí á Badajoz cincuenta y siete leguas, y quereis gastar lo que teneis para la despensa.» Desto se enojó la Reina, y como era de mucha vergüenza y mochacha, con gran mesura la dijo: Marquesa, *vade in pace et amplius noli peccare* [6].

Esta señora marquesa fué de linaje de los reyes de Aragon, discreta, liberal, mujer de gran ánimo, do buena razon, hermosa, graciosa; murió de romadizo ordinario; quiso mucho á don Enrique de Rojas, su hijo; quisiérale hacer maestre de Sant Jago, si pudiera. Nunca esta marquesa caminó sin doña Ana, su hija, la cual marquesa y su hija no tenian tan luengas vistas como el conde de Altamira; en su vida siempre trujo alcorques, ayudó á acrescentar su casa, quísose ahogar yendo á las Algarrobillas; lugar que fué de sus antepasados, por le ir á ver. Murió en Calabazanos, una legua de Palencia, en el monasterio del Espina; fué plañida por doña Ana, su hija, y por don Pedro Azares [7], su criado, y decia en el planto: Marquesa, *oculos tuos ad nos converte.* Sobre su sepoltura fué puesto un rétulo que decia: «Dejar hombre su casa y reposo,» grave preceto y duros trabajos: fallesció año de 92, y paresció dueña de honor de doña Teresa Enriquez.

CAPITULO XXXVI.

De cómo la Reina partió de Medina del Campo y fué para Madrigal por ver la hija del Rey Católico.

Sábado siguiente su alteza partió de Medina del Campo con el reverendo don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, gesto de apóstol contento, con los sus treinta y cuatro caballeros de Sigüenza, todos de espuela dorada de á dos palmos y tres dedos, al modo del tiempo pasado, cuando los alárabes señoreaban las Españas; y quisieron decir los oradores y coronistas y filósofos que estas espuelas fueron sacadas de unas sepulturas antiguas que están en el monesterio de Oña ó en Sancta Maria de Retuerta ó de Valbuena del rey Wamba, y que eran de Nuño Rasura ó de Gil Diaz, sobrino de doña Jimena, mujer que fué del Cid Ruy Diaz. Este obispo fué de linaje de los reyes de Portugal, hombre de muy buena conversacion, discreto, liberal, amado de los suyos; tuvo en justicia su iglesia y súbditos; fué mas ancho que luengo; murió luchando con un buey; cayó en un barranco, y por valerle uno de los suyos, que se llamaba Pedro de la Huerta, vecino de Molina, que era mas ancho que una aceña, el caballero y el buey cayeron sobre el Obispo, y el Obispo dijo al tiempo del espirar: «¿Quién trajo aquí este buey y asno [8] sobre mí?» Y de allí fué sacado y sepultado en la iglesia de Aguilar, aldea de Montemayor, y de ahí trasladado en la villa de San Estéban [9] de Gormaz, y al tiempo que lo llevaban reventaron trescientos pares de bueyes. Dió el ánima á Dios como buen cristiano, despues de haber cobrado y recaudado todas las rentas de su obispado.

CAPITULO XXXVII.

De cómo la señora Reina salió de Madrigal y se despidió de las religiosas, y de lo que al tiempo de su partida acaesció.

El lúnes adelante del dicho mes su alteza salió de Madrigal, á do habia ido por ver á sus tias las hijas del

1 Castro Mocho, (C.)
2 Toy A.)
3 vendabálica nordest (C. y B.)
4 en las terribles y tenebrosas ancas de don Francisco de Mendoza, (C.)
5 segun escribe en sus comedias, (A.)

6 et amplius noli fraslare. (B.) — noli patlare. (C.)
7 Arias, (C.) — Carayz, (B.)
8 y á esotro (A.)
9 Sant Tis (C.)

muy alto rey don Hernando, su abuelo, de gloriosa memoria; donde fué festejada de muchos buñuelos y otras frutas de sarten que las monjas acostumbran á dar, y fué servida de mucha alcorza que le dieron para cuando pasase las barcas de Alconetar; y la Reina diólas á guardar á su camarera, doña María de Velasco. Quieren decir que Juan Velazquez, hijo desta María de Velasco, comendador mayor de la órden de Calatrava, hurtó á su madre harta parte de las alcorzas. Como quiera que sea, las alcorzas nunca parescieron, de lo cual hobo mucho enojo la marquesa de Denia, que mucho le duró, y por esto que las monjas dieron á la Reina, le demandaron por manera de limosna treinta y nueve zamarras y sesenta y tres pares de chapines y cinco espaldas de carnero, y doce arrobas de aceite para la Cuaresma. Y al tiempo que la Reina se despidió, lloraron tanto las unas con las otras, que era cosa de admiracion. Hallóse al tiempo del planto un caballero mancebo, de la órden de Santiago, que se llamaba don Miguel de Velasco, de harta disposicion, criado para salvaje el año que pronosticaron don Pedro Martin y el conde de Palma; y como este don Miguel fuese de noble condicion, ayudábalas á llorar, y lloró tanto, que espantó cual quedó, y si no fuera por un su hermano, que le consolara, diciendo: «Frater mi, mírame al gesto, que lo tengo de calavera de Alymaimon, rey de Toledo, ó de potra sacada en Curiel; y acordáos que habeis de morir,» no cesara el planto. Este hermano que le consolaba se llamaba don Miguel, del cual dijo este coronista delante del Emperador que parescia labrador con espiritus ó sabueso que roia huesos. Otro dia siguiente, á 26 del dicho mes, este don Miguel vino al palacio de su alteza con un zamarro vestido y con un bonetico de grana; fué dicho por el coronista que parescia cura de las ánimas de Antonio, archero de su majestad, y de Peti-Juan, flamenco. Estas señoras monjas murieron de hambre y mataron muchas gentes con importunidades. Este caballero don Miguel de Velasco fué de alta estatura, á manera de la picota de Valladolid, y muy liberal, si tuviera de qué; murió de pasmo en una aldea que se dice Holguera, tierra de Galisteo; no le quisieron dar sepultura porque era grande; fué enterrado en el campo con concordia de todos los pueblos; este don Miguel parescia además hijo de caballero á la brida del nuncio del Papa.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo la Reina llegó á Peñaranda, y cómo Juan de Bracamonte, señor de la villa, y los suyos salieron al campo á besar las manos á su alteza, y de lo que en el recebimiento pasó.

La Reina fué para Peñaranda, y salió á rescebirla Juan de Bracamonte, señor de la dicha villa, á caballo, con espuelas de acicate, y con él iban cuatro criados á la jineta, con caperuzas de paño azul con fajas de brocatelo; entre los cuales iban un paje de lanza del dicho Juan de Bracamonte, con un tahelí y una porra de armas y un almaizal ceñidos, y cuanto un tiro de ballesta, arremetieron todos de tropel diciendo á grandes voces: «Peñaranda, Peñaranda;» y con el tropel de los caballeros se espantaron las mulas, y la Reina cayó en un charco, y la Marquesa quedó colgada del un pié del angarilla; y como ansí estoviese, dijo con la rabia de la muerte: «¡Ay mi fijo don Enrique! nunca vos vea yo[1] pesar.» Y por esto Pero Correa, embajador del rey de Portugal, se enojó con ira que hobo, y dijo al dicho don Juan de Bracamonte: «Tiraivos muyto enhoramaa, cabaleyrinos sem concerto y mesura, rogad vos a o demo que non vos tome eu en Setubal ó en Evora cidade.» Y luego se metió en medio un caballero llamado don Jorge de Portugal, habitante en Sevilla en el alcázar de dicha ciudad, diciendo: «Por esta cruz, don Braconhada, que si mi padre don Alvaro fuera vivo, yo vos hiciera quitar el mercado de Peñaranda[2].» Este caballero embajador fué buen caballero, sábio y celoso del servicio del Emperador; paresció maestro de hacer imágines de pincel ú hombre de Levante; murió de enojo de que vió tropezar una mula que le habia costado treinta y tres ducados, y deseó acabar negocios en Castilla; fué enterrado en el Cañaveral y despues depositado en las Alpujarras, y despues de algunos dias fué llevado por el estrecho de Gibraltar á enterrar en la isla de Azamor, y sobre su sepoltura puso el dotor Faria un rótulo que decia: «Ollos morenos, ¿cuándo nos verémos?»

CAPITULO XXXIX.

De cómo la Reina partió de Peñaranda y vino á la villa de Alba de Tórmes, y cómo fué rescebida.

A 13 del mes de diciembre la serenísima Reina llegó á Tórmes, y fué rescebida con mucho placer del duque de Alba y sus parientes y criados; en el rescebimiento hobo diez y siete albardanes baladíes, envergonzantes desvergonzados, pobres de donaires; iban unos dellos diciendo: «Viva el duque de Alba, mi señor, que paresce anadon torzuelo[3].» Fueron bien hospedados y proveidos de lo que hobieron menester, tanto, que decian las mozas de las damas: «¡Oh Jesus, si no pasásemos de aquí!» y decia el confesor: *Bonum est nos hic esse.* Este duque fué buen caballero, tuvo talle de baul por cocer ó calabaza á la jineta, cortado el pescuezo; fué del linaje de los reyes de Aragon y de Castilla, franco y animoso y buen cristiano; tuvo las grevas gordas y anchas; murió este duque en Pamplona, año de 18; fué enterrado en un pipote de lenguados en escabeche de don Antonio de Fonseca, y colgado en Roncesvalles, cabo la porra de Oliveros, y su sepultura tiene una letra que dice: «Duque de Alba, *non dormite,* sino *requiescat* en vuestro nieto[4].» Despues fué trasladado á Guadalcanal, de donde fueron sus pasados. Paresció en vida toro desjarretado, y en muerte no paresció nada.

Hallóse allí su hermano don Hernando de Toledo, comendador mayor de Leon, que parescia moro apaleado; nunca porfió en toda su vida con nadie; por otra parte parescia pisada de gato en masa. Tambien se halló allí su hermano don García de Toledo, señor de la Horcajada, el gran jinete.

[1] nunca vea yo la muerte (A.)

[2] «Eu vos juro á Deos, don Bracanhada, que si meu pay dom Alvaro de Portugal fora vivo, eu vos fícera gustar ó mercado de Penharanda.» (A y C.)

[3] torcuelo. (A.)—reculo. (C.)

[4] *Dormit,* duque de Alba, y *requiescat* en vuestro nieto. (Id.)

CAPITULO XL.

De cómo la Reina vino á la Calzada, tierra de Béjar.

La reina de Portugal vino á la Calzada, aldea de Béjar; allí salió el Duque al dicho lugar para ir con su alteza hasta Portugal, como por el muy alto Emperador le fué mandado. Luego el juéves, á 16 de enero de 1525, llegó allí el duque de Béjar, muy acompañado de deudos y caballeros y criados suyos, á besar las manos á la Reina, para ir con ella hasta Portugal, como le era mandado; y otro dia viérnes su alteza, con los dichos señores, se partió de la Calzada, y el tiempo fué tan contrario, que cuando á las barcas llegamos, mas parescíamos rebusco de los de Egito que gentes que ibamos á bodas, porque unos hablaban latin y otros romance, otros griego; pues hebráico no faltaba quien lo hablase y aun quien lo entendiese. Así llegó su alteza y los dichos caballeros á la ribera de Tajo, adó dicen las barcas de Alconetar, y tres leguas antes nos tomó gran tempestad de aires y aguas, que pensamos ser todos perdidos, de donde redundó en algunas damas mucha correncia y cámaras, en tanta manera, que dende á dos dias un cabo á otro iba el rio lleno de mierda. Elvira de Avila, dueña de la Reina, estando en un barco en presencia de todo el pueblo, soltó un tronido á manera d'escopeta mojada la pólvora, y doña Margarita de Tobar, dueña de la Reina, como cerca estaba, dijo como espantada: «¡Santa Bárbara! qu'esto significa que el mundo se quiere acabar;» y con esto se alborotaron todos, y por evitar escándalos y asegurar la gente dijo esta dueña en alta voz: «Reposáisos, señores, que no es lo que pensais, que yo daré el dañador;» é con esto se reposaron.

Este duque de Béjar fué buen caballero y del linaje de los reyes de España, buen cristiano, amador de verdad; fué leal á su rey, traia de camino dos pares de borceguíes con unas botas encima y balandran con muceta, á modo que hoy andan los abades de San Millan de la Cogolla; juraba siempre á Dios y por el cuerpo de Dios; murió en Santarem, de enfermedad que hobo de ver que se acababan los ducados de á dos, despues de haber casado el comendador Mosceso, año de 543, cuando el rey don Rodrigo perdia las Españas.

Este duque hubo la contaduría mayor, por renunciacion de Diego Arias, á pesar del conde de Puño en rostro; fué su confesor el obispo don Pablo; fué sepultado en Gibraleon, y mandó poner encima de su sepultura la marquesa de Ayamonte, su cuñada, una letra que decia: *Domine, tu scis quia amo te.*

CAPITULO XLI.

De lo que mas avino estando á la ribera del Tajo.

Católica majestad, grandes avisos y amonestaciones son las que Dios hace á los cristianos, y á mas á los que somos cercanos, de lo cual tenemos hartos ejemplos. Estando Tobías en Barcelona tratando un casamiento de una hija de Juan de Lanuza con don Berenguel de Olmos, capitan que fué de las galeras, le vinieron nuevas que la que habia de ser casada, comiendo un poco de azúcar rosado y bebiendo un poco de água de endibia, se abogó; ansí que los hombres deben tomar enjemplo. Esto digo por el pasar de las barcas de Alconetar, é fué ansí: que la Reina, con las dichas señoras y caballeros que ahí estaban, llegó á la ribera de Tajo, víspera de San Sebastian del dicho año, en una mula rucia, que parescia madre del dolor Ponte; y como dos horas antes la marquesa de Denia se hubiera de ahogar en un riaton, adonde habia prometido, si Dios de allí la sacaba, de querer bien al marqués de Aguilar, su consuegro, y obedecer los consejos del conde de Miranda. Pues la Reina y todos los que ahí estábamos á la orilla del rio, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde nos detuvimos, habiendo consejo si pasariamos ó no, porque el rio venia muy grande, y cada hora crecian mas las aguas, y el rio traia muchos maderos, que parescian algunos al adelantado de Cazorla ó al obispo de Búrgos, don Juan de Fonseca. Al voto vino el duque de Béjar, el cual dijo que su alteza era reina y señora de las islas de las Monas, de donde eran naturales el conde de Siruela y el almirante de Castilla y don Alonso, hijo de don Alonso Tellez, y que mirase que se iba á casar y que él iba á acompañarla y servirla, y que si este negocio se errasé y su alteza se ahogase, lo que Dios no quisiese, que á él le echarian la culpa, y al rey don Dionís de Portugal, que habia doscientos años que murió; y aunque su alteza no pasase, que él queria pasar el rio, si su alteza lo mandase. La Reina respondió muy mesuradamente: «Duque, pareceis liron tomado en un arroyo que pasa por Getafe.» El obispo de Sigüenza unas veces se llegaba al voto del Duque, y otras veces rabiaba por nadar, y no lo osaba hacer por no se ahogar. Doña María de Velasco, mientra estos señores determinaban lo que se habia de hacer, estaba asentada en una peña, que parescia buho remojado, y llamó á sus hijos, á los cuales dijo desta manera: «Hijo mio don Miguel, *Absalon, fili mei*, tallo de quebranta-huesos; cuando vuestro padre muriera, solo á vos me encomendó que os diese un zamarro y os hiciese de corona; y vos Juan Velazquez, mi hijo, allegador de mi hacienda, ruégoos por la pasion de Dios, que si me ahogare, que no me desnudeis ni jugueis mis vestidos; y si ansí lo hiciéredes, Dios te ayude, y si no, maldito seais. Fueron tantas las oraciones desta doña María de Velasco, que con las ansias de la muerte llamaba á santo Toribio de Liévana, y el salmo de *quiscumque vult*, llenando cuatro libros de pronósticos. Esta doña María fué apodada por el señor coronista que parescia mula de atabales de nuestra señora de Guadalupe. Murió de pesar que hobó de pagar los casamientos de sus hijas; fué enterrada en Garnica y trasladada á la Hinojosa, tierra de Ciudad-Rodrigo; pusieron sobre su sepultura un rétulo que decia: *Mulieres d'España, nolite flere super me, sed super filios meos.*

CAPITULO XLII.

De los pareceres que hubo sobre si pasarian el rio ó no.

El concierto de entrar en el rio no se podia hacer, porque el duque de Béjar tenia de dar mala cuenta de lo que le era encomendado, y el Obispo, como dicho es, se tenia las mas veces al parescer del Duque; y en este comedio crescieron las aguas mas, ansí del cielo como del rio, y estábamos á la orilla del rio como Francisco Gonzalez, el que era españarte, estaba á la puerta de la cámara del Emperador. La Marquesa, como oyó que la pasada no se concertaba, como matrona romana, se metió en una barca con todas las damas por

lo mas áspero del rio, y con ellas Pero Correa, embajador de Portugal, al cual se encomendaban muchas dellas, pensando que era Santelmo, y algunas dellas hicieron voto de deshonrar á sus padres y de dar mala cuenta de sus honras; otras prometieron de guardar la órden de la caridad, que dejó instituida fray Alonso de Mella en Durango.

El dotor Faria, embajador, veyendo el peligro en que estaban, dijo que en cuanto á lo de Dios, él era odre de vino, y cuanto á lo del mundo, que le cortasen los piezgos, que eran los brazos y las piernas, y lo dejasen ir por el rio abajo hasta Santaren á dar las nuevas al Rey; y este dotor Faria fué buen caballero, animoso, porque el ánimo no le cabia en las carnes, segun las tenia llenas de tripas; fué buen cristiano y de mediana estatura, á modo de rodela embarnizada; parescia yerno de la fada Morgana; tuvo mucho seso, porque tenia la cabeza mayor que una tinaja y era ancho de lomos; los coronistas dicen que Troya se fundó la primera vez sobre él; fué moreno de la cinta abajo y parescia negra de la cintura arriba. Todas las veces que descargaban almoflexes con cama, las gentes maliciosas pensaban que era sobre él; murió en una villa del marqués de Denia, de enfermedad de catarro, é con las muchas aguas dióle mal de hijada, y con la rabia de la muerte soltó un trueno que derribó el carrillo izquierdo á Juan de Vozmediano; al tiempo de su muerte mandó que le leyesen el blason de sus armas, que dice: «Faria, ¿que non faria cosa que no debiese?» Otros dicen que murió en villa del marqués de Mántua y que fué enterrado en una haza que hacia trescientos cahices de trigo; otros dicen que en el celemin de Avila, que es entre el Herradon y Berraco, y aun le sobraba algo de las antífonas; fué puesto sobre su sepultura un rétulo que decia: *Saturamini corvi de nalguibus meis*, que quiere decir: Corvejonazos, hermanos del duque de Béjar, hartáos destas mis nalgas.

Desacordados de entrar en las barcas los que ahí estaban, dijo el Duque: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, y por los huesos de mi bisagüela doña Isabel de Guzman, que yo sea el primero que el rio pase.» Vista la determinacion del duque don Pedro de Zúñiga, con el amor y fidelidad que á su padre tuvo, hincado de rodillas, con gran devocion dijo: *O pater, si possibile est, transeant ad me oficios y ducados vestros*; si no, yo quedo mas pobre que don Pedro de Mendoza, el de Guadix. Este don Pedro de Mendoza fué buen caballero, honesto como su padre, traia de camino dos arcas vacías y una acémila aguada; murió en el Albaicin, de compasion de ver estar bien al conde de Almazan con su mujer [1]; fué enterrado este don Pedro con los duques de Bretaña. Fué depositado en la Merced, en Segovia, con Pedro Arias, su abuelo.

Y como el alcalde Leguizamo ahí estoviese, é fuese vizcaíno, acordó Dios de le tentar como á Job, y fué que le llevó sus acémilas por el rio abajo, y como se le fueron, dijo (que bien parescia ser mi deudo) en vascuence: *Aayendi dungaza*, que quiere decir, ¿qué cuenta daré yo á la casa de Leguizamo? Este alcalde fué caballero de redonda estatura, hablaba vascuence los dias feriados; fué diestro y valiente de corazon, tenia la color de aceituna; fué justiciero, tanto, que algunos les pesaba mucho dello; murió en Tarragona de unas nuevas que le dieron, en que le dijeron que era muerto el alcalde Alonso de Herrera estando jugando á la primera; fué enterrado en un botijon de aceite; otros dicen que en una maleta de Garibay, su criado.

[1] Murió en Almazan de compasion de ver al conde de Monteagudo estar bien, etc. (C.)

CAPITULO XLIII.

Cómo la mula de su alteza y las bestias de las damas no pudieron pasar.

En una venta que del otra parte del rio estaba, los galanes que ahí se hallaron tomaron asnos y rocines y mulas, de ellos con albardas y de ellos en cerro, y cabalgaron las damas encima de las bestias y los caballeros á las ancas, teniéndolas. Y como don Jorge de Portugal fuese buen jinete, decia á la dama que llevaba: «Tenedme, Señora; si no, caerme he ó cagarme he todo.»

Este don Jorge fué del linaje de los reyes de Portugal, estragó muchos jubones de raso por sacar bocados de ellos; fué el primero que inventó andar camino á pié y de prisa; fué hombre de buenas costumbres, tanto, que el que en su casa no le llamaba vuestra señoría, y en la calle su merced, era luego despedido; fué buen cristiano, vivió honradamente, paresció esmaltador de rosicler; tuvo delgadas las piernas de la rodilla abajo, y las quijadas no gordas; lavábase la cábeza dos veces en la semana y daba cada vez al barbero un veinten; murió en la ciudad de Colonia y fué enterrado en Santaren, y sus huesos llevados por un milano á santa María de Sierra de Osa, que es en los Algarbes, donde despues este don Jorge hizo fuertes milagros.

Don Pedro de Avila llevaba una bestia menor, que en romance se dice asno, y llevaba una moza de cámara que se llamaba Bocanegra, y el requiebro que le decia era: «Nora mala os conoscí, pues por Bocanegra me perdí.» Este don Pedro fué buen caballero, discreto; amábale su madre en tanta manera, que le hizo estudiar siete años hasta que aprendió el Juvenal y Salustio Catalinario, y por esta causa vivió enfermo algun tiempo; dióle su madre á comer almendras, de donde lo redundó que le nacieron las barbas á manera de cabeza de ajos cocida; tuvo un hermano no menos alto que Pero Hernandez de Córdoba, el clavero de Calatrava; la causa por que cresció tanto fué porque paresció desde niño cigüeño blanco que le cevaban de renacuajos ó ranas y otras sabandijas que en los charcos se crian. Este don Pedro de Avila murió de edad de treinta y dos años, y parescia que habia setenta y dos; quieren decir que murió dia de la Epifanía, año de la era del comendador Duran, que fué hermano del comendador Verdugo, de mille é veinticinco; fué enterrado con el regidor de Segovia, y sobre su sepultura tenia una letra que decia: «*Regidor, non te negabo,* á lo menos en la color.» Don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, llevaba á doña Margarita de Tobar en un rocin de albarda, y decia: «¡Oh Margarita! *inter asnos*;» y ella decia: «¡Oh Saturno! no embalde te señaló Naturaleza.» Este don Alvaro fué buen caballero, esforzado; sirvió bien á su majestad, como en las alteraciones de Toledo lo mostró, que muchas cosas dignas de memoria hizo en cuanto duró la guerra. Tuvo ganas de heredar á sus hermanos; fué un tiempo sacerdote contra Dios y contra los estatutos de la Iglesia; tenia desortijados los

ojos. Ninguna vez le vendieron que no se deshiciese la venta por esta tacha de los ojos; vivió y alimentóse del juego de la pelota, nunca cama ni caballo tuvo arriba de tres semanas; murió en Villadiego en una manta de caballo; no se quiso confesar, fué enterrado en un arrabal de Segovia, que se dice Santa Olalla; fallóse en su testamento que mandaba al duque de Béjar, su tio, todos sus bienes, que eran un guante de malla y unas calzas de malla sin quijotes, con que pagase por él quinientos mil maravedises de mohatras; y que á su caro y amado hermano don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, que no habiendo en la encomienda pasas ni almendras estuviese obligado á tener dieta. Este don Bernaldino fué ahorcado de una encina y despues comido de grajos; dejó por su testamentario á don Juan de Arellano, alcaide de los Arcos, y el alma á la condesa de Aguilar, su cuñada.

Don Félix de Guzman llevaba en una pollina á doña Isabel de Mendoza, y lo que decia era: «Señora, todos me dicen que parezco á Cazalla, oficial de contadores por el duque de Béjar, mi señor. Este don Félix fué muy buen caballero, de buen gesto, deseoso de tener hacienda y nunca la pudo haber. Iba diciendo á su dama: «Ojalá, Señora, yo os tomase en Sevilla, que por vida de mi madre, que os convidase á palmitos. Murió sin hacer testamento, porque no tenia de qué; fué enterrado en la ciudad de Yucatan, porque decian que allí habia oro, con un rétulo en la mano que decia: *Quia ventus est vita mea.*

CAPITULO XLIV.

De lo que mas avino en la pasada del rio.

Don Diego Lopez de Zúñiga, señor que fué de Monterey, hijo de don Francisco de Zúñiga, como fuese devoto, hincado de rodillas á la orilla del rio, en alta voz decia, en palabras griegas por mas devocion: «Domine, tú, que libraste á Rodrigo de la Hoz del pleito, y tú, que libraste al pueblo de Israel del poder de Faraon, á mi tio el prior de San Juan del pleito con don Alonso de Toledo, líbrame hoy á mí, que paresco á maestro Jacobo, fundidor de campanas y esquilones. Este don Diego Lopez de Zúñiga fué buen caballero, y devoto en tanto grado, que traia de camino dos diurnales y veinte y seis nóminas del dean de Córdoba y la oracion de la emparedada, y porque no tropezase su mula ayunaba los viérnes. Murió en Carrion de los Condes, fué enterrado con Nuño Payo de Ontiveros, alcaide que fué de las Gordillas. Dice el autor de esta crónica que este don Diego Lopez paresció mayordomo de la beata de Avila; tuvo una letra sobre su sepoltura en letras góticas, que decia: «Estos caminos tan luengos, para mí no solian ser así.»

A 23 dias del mes de enero, año de 1524, víspera de San Sebastian, la serenísima Reina llegó á las Garrobillas del conde de Alba de Liste, donde todo abrigo hallamos, que bien menester nos era; y otro dia, que fué San Sebastian, hobo en la iglesia principal de la dicha villa sermon, y en esto vinieron todos los caballeros sigüenzanos con cadenas de oro y capas coloradas, al modo que andaban los godos en España. El autor, como los viese, los conjuró que le dijesen quién eran, y con el recio conjuro, ellos le dijeron que eran caballeros muertos que estaban depositados en los monesterios de San Pedro de Cardeña y San Pedro de Arlanza, y que se llamaban don Ordoño y Pero Bermudez y Anton Antolinez y Nuño Gustos y Lain Calvo é Martin Pelaez el asturiano, y Gil Diaz, el que tenia el caballo del Cid, llamado Babieca, y Alvar Yañez Minaya, el de las tablas alfonsíes, y Nuño Rasura y Laerbaz y Estéban Domingo de Avila, que fué en tiempo del rey don Alonso el de la mano horadada, de donde deciendeu los de la casa de Avila, y don Miguel y don Vitiza y dos sobrinos del rey don Fruela, y un tio del conde Fernand Gonzalez de Brabante, y una madrastra del rey don Sancho el Deseado, que se llamó Teresa Jimenez, visagüela de doña Jimena Gomez, mujer del Cid Ruy Diaz, hija de los hijos de doña Sancha, que dicen «mal amenazado me han, y que no por al venian á acompañar al Obispo, sino porque se habia hallado su agüelo deste obispo en la de Aljubarrota, y por la gran fama de su bondad. Cuenta la corónica que estos caballeros siempre tuvieron que eran muertos, y si algun tiempo vivieron fué mientras este obispo les dió de comer; parescieron los dichos caballeros menestriles del conde de Osorno ó secretarios del conde de Coruña; otros dicen que solicitadores del conde don Fernando de Andrada, el de Galicia.

CAPITULO XLV.

De lo que mas pasó en la pasada del rio.

Los trabajos no acabados de pasar el rio, don Jorge de Portugal, como fuese celoso de su patria, acaudilló los mas portugueses que pudo, diciéndoles: «Amigos y señores, maguer que hoy no podais pasar, mi parescer es que por la honra de Portugal y porque estos castellanos vean que sois animosos, todos estéis á la orilla del rio de aquí á cuatro dias, y si torozon os tomare, mucha mas honra es para nuestro reino;» y así fué hecho.

El tesorero de la Reina no se tiraba de sobre una arca que se creia ser de las que el Cid Ruy Diaz empeñó á los judíos en Búrgos, y todo este tiempo el caballero Juan Rodriguez Mausino tuvo compañía á este tesorero y á cuantos pasaban. Contaba este Juan Rodriguez Mausino la manera y órden que tenia un bulto de piedra, y como no era de jaspe, y como Portugal era salida de engendrar despues de la batalla de Aljubarrota; y con todo esto, las carrilleras se le quebraban de frio. Este Juan Rodriguez Mausino fué buen caballero, amador del servicio de Dios y del Emperador; y estando la corte en Búrgos, posó mucho tiempo en casa de Pedro de Cartagena, y por estar la posada cerca del rio le vinieron cámaras, de donde le vino quedarse trasijado ó transitorio. Traia siempre á la boca del estómago socrocios, fué enfermo mas dias de los que vivió; lo mas del tiempo traia chamelote leonado. Parescia madre del licenciado Santiago ó hijo del pagador Noguerol, ó sea de Blas Caballero, canónigo de Toledo; comió azúcar piedra siete años por la salud; murió en el Portizuelo, cerca de Garrobillas, á 20 de julio de 1531 años; fué llorado por Julian de Lezcano y comido por sus perros y plañido por el doctor Azevedo, embajador del rey de Portugal, y despues sus huesos fueron trasladados á la villa de Comares y sobre su sepultura tenia una letra que decia: *Tristis est anima mea* [1] *in terra aliena.*

[1] meu corpo (C.)

CAPITULO XLVI.

De cómo la Reina llegó á Badajoz, que es en la raya de Portugal.

Luego dende á cuatro ó cinco dias llegó la Reina á la ciudad de Badajoz, y á una legua antes salió por le besar las manos el conde de Benalcázar, que despues fué marqués de Ayamonte, el cual venia por acompañarla; el rostro como muleto nuevo, con muchos caballeros de Extremadura, por los cuales dijo el Profeta: *In consiliis de istis non intrabit anima mea;* vuelto en romance: Si me muriere, enterradme apartado de ellos diez y seis leguas. Iban estos caballeros con cadenas, á modo de galgos fugitivos, y mas llevaba este dicho conde menestriles y atabales, y como aquella jornada se acabó, aquellos menestriles se le despidieron, y por esto no murió de pesar la Marquesa, que mucho amaba el aborramiento de su yerno. Llegó don Jorge de Portugal al Conde, que era su sobrino, y llorando le dijo: «Señor sobrino, perdonaime, que cada vez que vos veyo me lembro de vossa may é de lo que gastó; cuando algun jubon nuevo hago, non poso dejar de chorar.» Luego llegó el Conde y besó la mano á este don Jorge, y don Jorge le dijo: «Paz sea contigo.»

Estos caballeros que iban con el Conde eran demasiadamente esforzados, porque los dias de fiesta comian malla cocida, y los dias feriados espadas picadas y acero desatado, y por ser de Extremadura el autor no los osó apodar, porque fué informado que daban espaldarazos que quitaban la habla.

Este conde fué buen caballero, y no tan liberal como quisiera el autor; deseó mucho contentar al duque de Béjar; murió en la villa de Orliens, y sobre su sepoltura tenia una letra que decia: *Saltem vos amici mei.*

Llegó luego don Juan Alonso de Guzman, sobrino del duque de Béjar, á legua y media de Badajoz y llegó á besar las manos á su alteza con muchos caballeros honrados aderezados al modo de los romanos, cuando con Julio César vinieron en España. La Reina lo rescibió honradamente, entre los cuales iba un caballero antigüo, criado de la casa de Niebla, que se llamaba Francisco Carrillo y dijo á la Reina: «Señora, por vida de mi madre, que si don Juan Alonso, mi señor, estoviera en Sevilla, que os hiciera mil honras y servicios, y además desto, si llegárades á tiempo que los atunes mueren en las almadrabas, que os hiciera un pipote de hijadas de atun.»

Este don Juan Alonso de Guzman fué animoso caballero, liberal, no tan alto comó Francisco Gonzalez, el gran españarte, ni tan ancho como el dotor de Agreda, ni tan colorado como el dotor de la Torre, vecino de Granada. Murió de grave enfermedad, de un divieso que le dió en el Espinar, tierra de Segovia. Fué depositado en el secretario de Castañeda, y despues fué llevado al monesterio de Pampliega. Tuvo sobre su sepultura un título que decia: «En las cásas de mi padre hay mas sillas que mansiónes.» *Domine adjuva me.* Tuvo por hermano á don Pedro de Guzman, buen caballero, esforzado, liberal, y parescia, demás desto, bragueton del duque de Béjar ó tio de Manuel de Sosa, portugués, capellan mayor que fué de la muy alta reina doña Leonor, hermana de la cesárea majestad. Fué de los que quedaron á orilla del rio con Juan Rodriguez Mausino, como dicho es. Y como este don Manuel se viese á par del agua muy enojado, prometió de nunca decir bien de Castilla, y en lugar de rezar sus oraciones, leia la batalla del Tronco so y que no creia en Dios por cuatro años venideros, y en señal desto echó un breviario que acaso tenia en la mano sin antífonas, en el rio y dijo: «Fazo voto á Deos y á las nescesidades de mi primo Martin Alonso de Sousa, de no rezar tercia ni sexta por espacio de quincuagena [1].

Este don Manuel fué generoso; vestia todos los inviernos recios loba de chamelote y sayo de sarga con mangas de coutrai; fué dicho por este autor que parescia confesor de don Alonso Tellez; murió de lástima que hobo por salir de Castilla. Fué enterrado en la villa de Oñate; fué desenterrado por el Conde para dar de comer á unos cernícalos que allí criaba cada año. Agora deja el cronista de contar lo que mas pasó en la jornada de Portugal, despues que entraron en aquel reino por honra de él, y vuelve á contar lo que en aquel tiempo avino al César.

CAPITULO XLVII.

De cómo la cesárea majestad, estando en Madrid con sus cuartanas, le vinieron nuevas de cómo el rey de Francia era vencido é preso por sus capitanes, é cómo los caudillos de Francia eran presos.

Ya hemos dicho cómo la reina de Portugal entró en aquel reino, á la cual dejarémos allá; que hartas veces sus damas almorzaran si tuvieran qué.

Pues estando el bienaventurado Emperador en la villa de Madrid, cada dia le venian nuevas de cómo el rey de Francia tenia cercada la ciudad de Pavía con muy pujante ejército, y estaba dentro Antonio de Leiva, que parescia cuando caminaba al Cid Ruy Diaz, cuando despues de muerto le llevaban embalsamado. Tuvo la conciencia tan ancha como don Francés de Beamonte y como don Pedro de Guevara. Fué muy valeroso, valiente é esforzado, tanto, que le pesó muchas veces al rey de Francia y á lo que todos pensaban, seria el dicho rey señor de toda Italia, segun la gran pujanza que tenia y la poca de los nuestros. Y los qu'esto pensaban hacian cuenta sin la huéspeda, y como el alto Redentor del mundo, juez de los corazones, viese la limpieza y rectitud deste invitísimo césar, allegándose á los que á él se allegan, y cuando á él le place las fuerzas de los soberbios son quebrantadas, tuvo por bien de quebrantar las fuerzas de los airados corazones, y fué así, que con ayuda de los buenos cristianos y vasallos que este emperador tenia, y con el gran esfuerzo y sufrimiento de Antonio de Leiva, que á la sazon estaba dentro en Pavía, y con el gran esfuerzo y fidelidad y gana de servir á este emperador de Cárlos de Lannoy y del visorey de Nápoles, criado de su majestad dende su niñez, el cual visorey fué buen caballero, esforzado y liberal, y junto con esto, parescía acenahoria macho ó palomo duendo sobre huevos, é tambien el nunca vencido marqués de Pescara, que parescia cigüeño pollo ó fraile terceron de los de Béjar ó del Castañar, y el ilustrísimo duque de Borbon, digno de inmortal memoria, que parescia caballero alarbe que vino en España con don Cárlos, el moro, maestro de ceremonias del papa Sixto ó sostituto de Antonio de Nebrija, y Hernando de Alarcon, que se parecia

[1] *Quadraginta annis.* (C.)



á Almuédano, cocinero del conde de Ginebra, y el ilustre duque de Trento [1], que parescia molde de braguetas de sastre de nicho [2] ó hombre que hace ollas en Zamora, é Cristóforo Garrafa, conde de Policastro (sino que su padre no se queria morir); el cual Cristóforo Garrafa paresció avestruz desposado ó ángel hecho para llevar en procesion. Estos señores que dicho es, se hallaron con otros muchos caballeros en la batalla de Pavía, y pelearon de tal manera con el rey de Francia y con sus gentes, que lo prendieron y mataron los mas dellos; y porque cada uno destos señores hizo tanto, que el coronista no lo podria escrebir, y haria mayor historia que la que hizo Titus Livius, se pasa adelante. Hízose pues en este año requirimiento á su majestad que mandase á Rodrigo Niño, vecino de Toledo, que no entendiese mas en casamientos. Y visto por su cesárea majestad que este autor pedia justicia, fuéle mandado á este Rodrigo Niño que ansí lo hiciese, sopena de perdimiento de ancas y aflojamiento de barriga; y junto con estos señores que arriba habemos dicho, se halló el gran marqués del Gasto, y no hizo menos que todos, que parescia aguilucho criado de borona pimpollo de palma nueva.

CAPITULO XLVIII.

De cómo le vinieron nuevas al Emperador de cómo el rey de Francia era preso, y de lo que dijo, y qué hizo despues de la nueva sabida.

Por el mes de hebrero de 1525 años, estando el muy alto Emperador en Madrid con sus cuartanas, que no se le habian quitado, le vinieron nuevas cómo su ejército habia peleado con el rey de Francia y con su ejército; y como los del Emperador eran pocos, porque á la verdad los del rey de Francia eran tres tantos, y como Dios sea juez y dé á cada uno la justicia, escripto está que cuando á Dios nuestro Señor le place, pocos vencen á muchos, y así fué, que la soberbia del rey de Francia y sus consortes y valedores, quebrantó y allanó en tal manera, que nunca otra victoria de tal calidad se ha visto ni leido. Y fué que el rey de Francia llegó á esta batalla con todos los grandes y caballeros que en su reino habia, y demás desto, cuarenta mill soldados y mucha artillería, admirable cosa de ver, y con el rey de Francia iba el príncipe de Navarra; y como el ejército del Emperador estuviese á manera de cereado, que estaban gastados por haber estado en invierno en el campo [3], y por esto y por [4] no tener dineros, recresciósles á los mas cámaras y torozon y á otros muermo; y como se hallasen de la manera que dicha es, el nombrado marqués de Pescara y musiur de Borbon y Cárlos de Lannoy, visorey de Nápoles, y Alarcon y el duque de Trayeto y el marqués del Gasto, y dos hijos de Jerónimo de Santángel, secretario escribano de raciones, y un hijo bastardo de Alvar Perez [5] Osorio, que hobo en Juan Gudiel, alguacil de la corte, el cual alguacil paresce carrera de pesebres de meson de Valdestillas, ó mulo de albarda en que iba fray Alonso de Valisa á los capítulos generales, cuando le llamaban; y un hijo de Vera, guarnicionero de Valladolid, y un sobrino de Pero Bermejo el de Espinar y Camacho el de Velez, y otros muchos; y todos una noche juntos enviaron á pedir consejo á la ciudad de Pavía con Antonio de Leiva (que la dicha ciudad tenia por el Emperador) lo que se habia de hacer para echar al rey de Francia de la tierra ó perderlo todo, y fué ansí acordado: que los del real de su majestad saliesen y se pusiesen en armas lo mas secretamente que pudiesen, sin hacer ruido; y como los del ejército acometiesen á los franceses allí en el fuerte donde estaban, que el honrado y esforzado caballero Antonio de Leiva saliese de Pavía y diese en el real de los enemigos; y ansí se hizo. El ardid que en esta batalla hobo, el coronista no lo entendia mucho, porque desde la batalla de Jerusalem y guerra del reino de Granada, en que por los pecados de cuantos hijos de algo somos en España, se acabó el pelear, el dicho coronista nunca tomó mas lanza en la mano; y fué que otro dia siguiente, cuanto dos horas antes que amaneciese, la gente del muy alto Emperador fué armada é ordenaron los señores que dicho es sus haces; acometió la gente á los franceses en el mismo fuerte donde estaban, y fué con tanto ímpetu y esfuerzo, que los franceses se turbaron de tal manera, que quisieran mas estar en París que allí. Pues como fué sentido por el rey de Francia, á mucha prisa mandó armar su gente, y se comenzaron á defender con mucho ánimo y esfuerzo; mas la gente de la Católica majestad los apretaron y acometieron tan poderosamente, que en poco tiempo los cuarenta mil hombres del rey de Francia y todos los señores y nobles fueron desbaratados y vencidos, aunque harto contra su voluntad, adonde hicieron en armas tantas y tales cosas, que los parleristas que allí se hallaron han tenido bien que contar, segun escribió Mercado el tuerto á un Juan de Gorbino á Nápoles, cuando fué á visitar á su mujer; los mas principales franceses fueron presos, é de las otras gentes no se pudo haber razon, porque fueron muchos los muertos é presos, y el rey de Francia fué preso. Montmoransi, en sus *Etymologías* á los de Orleans, y don Juan de Labrit dicen que quisieran mas estar en Santa María de Roncesvalles que no en el fuerte de Pavía.

El rey de Francia, despues de haber burlado mal con don Hernando de Castrioto, si tardara mucho en decir: «Yo soy lo rey de Francia,» porque los que estaban delante tenian grande intencion de lo enviar al otro mundo, y tambien por le quitar lo que traia puesto, luego fué dado al visorey de Nápoles, el cual visorey parescia gallo morisco que le habia picado otro gallo en la cresta. Este visorey trajo al rey de Francia por la mar, y pasólo por la costa de Francia á vista de los franceses, y desembarcó en Barcelona, y por acatamiento del muy alto Emperador y por hacer servicio al rey de Francia, le recibieron con mucho placer, y él ninguno llevaba, segun escribe el capitan Cabanillas [6] en sus cuentos y parlerías, el cual capitan parescia capon [7] de Aranda de Duero, ó extranjero que hace san Sebastianes de palo, ó macho capado de color. Como

[1] de Trayeto, (C.)
[2] viejo (B.)
[3] Iba con el rey de Francia el príncipe de Navarra y todos los mayores señores de Francia, y el ejército del Emperador estaba gastado porque habia estado todo el invierno en el campo, etc. (C.)
[4] que no tenian muchos (A.)
[5] Porras (Id.)
[6] Mosen Cabanillas (C.)
[7] capellan



por el Emperador fué sabida la nueva de la prision del rey de Francia por un caballero que se decia Peñalosa, luego dijo: «Señor Jesucristo, Rey de los reyes, Señor de los señores, bendito seas por siempre jamás, y tu justicia manifiesta; yo rescibo estas mercedes, y no por merescimientos mios; gracias sean dadas á la Vírgen Santa María, tu madre, por tantas mercedes como de tí rescibo.» Y luego que esto dijo, mandó su majestad que por estas nuevas ninguna alegría se hiciese, sino que fuesen dadas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre por la merced que le habia fecho; y por la ejecucion de la justicia y del sobresalto que este emperador hobo del vencimiento, se le quitó la cuartana que tenia, de lo cual pesó mucho al dotor Villalobos, el cual parescia mula vieja del arzobispo de Toledo. El cual dotor Villalobos riñendo un dia con Alonso Gutierrez de Madrid, teniente de contador mayor, entre otras palabras, se llamaban asturianos, vizcaínos, é llegando yo, les dije: *Populo meus, non sint quaestiones inter vos, fratres enim sumus;* y visto esto y oido, cesaron.

CAPITULO XLIX.

De lo que adelante, acabados estos negocios, pasó en estos reinos.

Sacra, cesárea, católica majestad, lo que á Dios le desplace mas es la ingratitud de los hombres. Lucifer por ello abajó del cielo, y un Cristóbal Xuarez, por la ingratitud que tuvo á su amo el comendador mayor don Antonio de Fonseca, vino á ser del consejo de Hacienda; el cual Cristóbal Xuarez parescia fecho de diaquilon, ó dia de invierno nublado. Tisbe, hija del rey Lisuarte, y doña Ana de Castilla, de parlante memoria, siendo vencidas del amor del rey Semiramis, por intercesion del clavero de Alcántara don Fadrique de Toledo, no en balde señalado de naturaleza de *occultis turnis;* el cual don Fadrique nunca se vió con un ducado en su poder, segun lo afirmaba don García, su hermano (el cual don García parescia papagayo viudo), en una *homilía* que escribió desde Villena á Giribas, el artillero de las comunidades; así que el rey Semiramis dió de puñaladas [1] á la reina Germana, y como la dicha reina se viese padecer sin culpa, dijo á grandes voces: «Muera, muera don Luis Carroz con Julian Ester, capellan mayor de mi capilla, que parece escuerzo cocido» [2]. Tamar y Bersabé, vecinos de Maguncia, trataron, por invidia, de matar al nuncio del Papa, don Bernaldino Pimentel, é movidos de los daños y males que los Vozmedianos hacen á Alonso Gonzalez de Madrid, y sabido por el rey Mitridates y por su hijo Farneses, cabalgaron á gran priesa sobre los hombros del Condestable [3], y por sus jornadas contadas llegaron á Barcelona y hablaron secretamente cuanto una hora con el duque de Cardona, preguntándole cómo habia pasado este caso, porque ellos eran en vengarlo; y el Duque les respondió que, por el *cap de Deu* y por su caro amigo Hierónimo Vique, que no sabia nada. Y Monroy de Archidona y el marqués de Tarifa, acordándose de sus herederos y que no habian sido casados, concertaron de jugar á la pelota con don Manuel Ponce de Leon y con Rodrigo de Vivero, sus heredamientos, y con enojo que tuvo madama de Salucio, condesa de Salvatierra, aconsejó á su marido que muriese en la cárcel, é por serla obediente, ansí lo fizo, é juró á Dios de morir con un papahigo, é non se le quitar hasta una legua del valle de Josafat.

Esto paresció ser ansí, porque Noguerol [4] é Priamo, rey de Dacia y Tordesillas, estando viciosos en la corte del emperador Cárlos, saltaron al través Gomez de Leon, vecino de Logroño, y Cristóbal de Logroño, que en su vida le quiso heredar sus oficios, segun lo dejó escrito Giribas, el artillero, á los de Villabragima, y como lo afirma fray Antonio de Guevara, llamado por otro nombre Marco Aurelio, en una carta que escribió al obispo de Zamora, de escandalosa memoria; y por eso no le pesó á Juan Vazquez, sobrino del secretario Cobos, de casar con la hija de Francisco del Aguila, alcaide de Ciudad-Rodrigo; el cual Juan Vazquez parescia fator de los Fucares, ó solicitador del señor duque Vanegas [5].

CAPITULO L.

De otras cosas é historias que este coronista cuenta que pasaron en este tiempo.

Amalec, rey de Tracia [6], y don Hernando de Castro, heredero de Lémos, gran apodador de gentes livianas, y don Alonso de Zúñiga y Acevedo, en tiempo que no tenian por qué reñir estaban en paz y muy amigos, y desque se atravesó de por medio el interese, no fueron el uno para el otro sino san Simon y san Júdas. Y desto no es de maravillar, porque á Heródes, rey de Partia [7], por envidia, sus hijos le ahogaron, y que esto sea ansí, el virtuoso conde de Niebla [8], que Dios haya, y Juan de Voto á Dios y don Basilio y un solicitador del conde de Alba, y el conde de Puño en rostro é Iñigo de Artieda, vecino de Toledo, darán fe y testimonio.

Heródes Milon, por desgajar un árbol, dejó las manos dentro, y no pudiendo huir, los lobos le comieron, y don Felipe de Castilla, quiriendo engarrafar un obispado, perdió la vista de los ojos y andaba de puntillas [9], que parescia que los traia metidos en unos pucheros. Ansí que, por estas cosas de ingratitud sobre dichas, los hombres se deben de guardar de la tal cosa, porque de Dios resciben el galardon. Y esto ha traido el autor á consecuencia de los bienes y mercedes que este alto emperador siempre hizo á este rey de Francia, y le salió tan grato como don Garceran de Cardona, que un dia de San Juan salió vestido de azul por servicio de este emperador, y fué apodado por este autor, que parescia este don Garceran palomino cocido [10] con cardenillo, segun que el obispo de Oporto lo afirma en sus *Confesionales*, porque tenia muy gran deseo de tener mejor obispado, para hartarse de pan blanco ó de molletes de zaratan.

Esto pasado, su majestad se partió para Toledo á

[1] puñadas (C.)
[2] Mira, mira, don Luis Carroz, don Juan, el capellan mayor de mi capilla, paresce, etc. (C.)
[3] en los hermanos del conde Cabra, don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora y clavero de Calatrava, (C.)

[4] Noguerol é Priamo, y el rey de Francia en Tordesillas, (C.)
[5] Así en todos, pero quizá haya de leerse: del señor de Luque, Vanegas.
[6] Amelco, rey de Daroca, (C.)
[7] Esparta, (B.)
[8] Nieva, (C.)
[9] con los piés de punta, (C.)
[10] untado (B.)

25 de marzo del dicho año de 1525 años, y fué rescebido con gran solenidad y alegría, y allí vinieron embajadores de Rusia, y en todo este tiempo que estos embajadores estuvieron en Castilla, nunca bebieron vinagre ni comieron pasas ni miel; y demás desto, vinieron embajadores de Génova, Venecia y Florencia, y de Juan Rodriguez de Fonseca, el de Badajoz, y de Pisa, y del marqués de Mántua, y de Beteta, alcaide de Soria, y de Gomez de Buitron, y del duque de Ferrara y del de Milan, y del Papa, y de don Francisco de Monroy, señor de Belvis, y del alcaide de Portugal, y del rey de Inglaterra, y de Manuel de Villena, y del conde de Paredes y de Africa, y de Pero Hernandez, tio del marqués de Comares, y de Avicena, médico, y de doña Isabel Castaña, condesa de Ribadeo, é de doña Ana de Castilla, parlerista *in magnam quantitatem*, y de muley Abrachem, y de don Martin de Córdoba, señor de Alcaudete, y de los dotores Bernaldino [1], y el de Granada, é la embajada que traian era, que en la audiencia de Granada hubiese una sala en que se enseñase á jugar de armas, y que ellos serian los que enseñasen, porque se picaban de muy diestros.

Tambien vino embajada de la abuela de Motezuma, el de Méjico, quejándose de Hernando Cortés, y de los monjes de Roncesvalles, y de maestre Liberal, médico, é de Baena, el boticario; y nunca se vieron en Castilla tantos embajadores y de tan poco provecho. En este año el rey de Dinamarca, Cristerno, fué informado cómo en sus reinos habia seis obispos demasiadamente gordos [2], y por esto los mandó asar, porque le paresció que para cocidos no valian nada; y los dichos obispos dijeron al Rey que aquello se hacia contra su servicio é voluntad.

CAPITULO LI.

De cómo el Emperador mandó llamar á cortes, é de lo que en ellas se hizo.

Esto acabado, su majestad mandó llamar á cortes, y en ellas fueron ordenadas muchas cosas buenas de leyes y costumbres, y don Jorge de Portugal vino por la ciudad de Sevilla por procurador, y demandó en las Cortes que pudiese traer su persona broquel sin espada, y demás desto, requirió á la cesárea majestad que no tornase los lugares que los caballeros tenian empeñados; y esto decia porque su majestad tenia la villa de Olivares empeñada de don Juan Alonso de Guzman; y demás desto, que su majestad no quitase los bocados de los jubones.

Hechas las Cortes, la muy esclarecida reina doña Leonor, hermana del muy alto Emperador, se partió para nuestra Señora de Guadalupe, y fué con su alteza don Francisco de Toledo, conde de Oropesa, y don Fernando de Córdoba, clavero de Calatrava, y todo el tiempo que esta muy alta reina estuvo en Guadalupe, este conde de Oropesa estuvo envuelto en un moscador de rabos de raposas, y por su devocion, y por parescerse á don Alonso Tellez y á Hernando de Vega, tres veces al dia alimpiaba los altares, y á cada vez que lo hacia rezaba los salmos penitenciales y hacia tres reverencias, de lo cual el conde de Siruela le tenia grande envidia.

En este tiempo dió su majestad á don Alonso de Toledo, hermano deste conde de Oropesa, una encomienda de la órden de Alcántara, que rentaba quinientos mil maravedises, y porque este caballero tuvo de comer, y dende á cinco meses luego enfermó y se volvió gotoso, cuando los dolores le daban decia: «Ay de mí, si no tuviera de comer, por ninguna parte tengo.»

El cual don Cristóbal parescia cernícalo lagartero, hijo de alcotan ó de paloma brava. Imitó mucho la vida y el sindéresis de la conciencia de don Francés de Beamonte, segun lo afirma don Antonio de Velasco en la epístola que escribió al adelantado de Galicia, y en el Génesis que escribió al capitan Juan de Urbino, de negante memoria. El conde de Oropesa parescia ventero sin caudal ó arrendador de bulas de la Trinidad de la villa de Arévalo.

CAPITULO LII.

De cómo estando el Emperador en Toledo, vinieron allí el cardenal de Salviati, legado del papa Clemente VII, y el maestro de Rodas y madama de Alenzon, hermana del rey de Francia, á demandar misericordia.

A 14 de otubre del año 1525, estando su majestad en Toledo, vino á él Juanes de Médicis, cardenal de Salviati, sobrino del papa Clemente, y el maestre de Rodas, Felipe de la Isla, y madama de Alenzon [3], hermana del rey de Francia, á demandar misericordia á este emperador y para dar concierto entre el Emperador y el rey de Francia, aunque muchos astrólogos y oradores y parleristas dijeron que no fué sino que el Papa envió á este cardenal para poner discordia entre estos dos príncipes, por el temor que el Papa tenia de que el Emperador pasase en Italia; piadosamente se cree que por esto que dicho es, y por sacar de España doscientos mil ducados, lo hizo. Escripto es, que yendo San Pedro á Roma topó con Cristo y le dijo: *Domine, quò vadis?* y nuestro Señor le respondió: *Vado Romam iterum crucifixi*, que quiere decir que el Emperador irá á Roma y allanará todas las ruindades y bascosidades de ella. El legado, antes que entrase en la ciudad de Toledo, este emperador, obediente á la Iglesia, le salió á rescebir extramuros del lugar con muchos caballeros y grandes y perlados de su reino; y como llegó á su majestad, demandóle la mano, é el Emperador le abrazó y dió paz.

El duque de Béjar, que allí se halló, escandalizado, dijo al Emperador: «Señor, juro á Dios y por el cuerpo de Dios, yo el primero y cuantos aquí estamos somos mal contentos y escandalizados de que el legado os besase;» y el Emperador le dijo: [4] «Mas fiero era Júdas, y besó á Jesucristo.» Este autor y coronista dijo que este legado parescia labrador que tenia pujo, ó mastinazo asomado entre almenas de fortaleza.

E como el legado fué entrado en la ciudad, el Emperador se fué para su palacio, y despues dende á ocho dias su majestad mandó ordenar fiestas é juegos de cañas; y este legado, por complacer al Emperador, salió con los demás perlados que en la corte se hallaron. Iban con él el arzobispo de Santiago, presidente de la corte, y el ministro de la Trenidad, y el canónigo Diego Lopez de Ayala, y el obispo de Mondoñedo, y maestre Liberal, médico, que parescia en su gesto que co-

[1] y de los dotores Villasandino, Loarte y el de la Torre, (C.)
[2] obispos gordos, (B.)
[3] Arlanzon, (B.)
[4] Mucho mas feo era, etc. (B. y C.)

mia apio, y de un cañazo que le dieron le quedó la gamba coja y el brazo envarado; y salió tambien al juego don fray Francisco Ruiz, obispo de Avila, asido de una mano á Blas [1] Caballero, canónigo, y de la otra á Samaniego, aposentador de su majestad. Salió tambien á las cañas don Diego de Ribera, obispo de Segovia, y el alcalde Leguizamo, y el oidor Pedro de Guevara, limosnero, obispo de Leon, que si le hiciesen de Búrgos, no le pesaria; embrazadas sus adargas como buenos jinetes, é pusiéronse en sus puestos.

Del puesto contrario estaban el obispo de Canarias é limosnero, que si le hicieran de Toledo, á fe que no le pesara, y monsiur de Roloc Metenay, mayordomo [2], y la Trullera, que eran buenos jinetes desde su niñez, por ser criados en Jerez de la Frontera; y á la brida fueron con este legado, Pero Hernandez de Córdoba, hermano [3] del marqués de Comares, que de antes fué llamado «alcaide de los Donceles», y don Francisco Pacheco de Córdoba, y otros muchos caballeros, obispos, condes y perlados, y los Vozmedianos, y el obispo de Almería, y Garci Sanchez [4] de Badajoz, vecino de Ecija, que por sus pecados tiene depositado el seso en don Hernando de Leon.

Demás destos, sacó consigo este dicho legado á don Juan de Córdoba, dean de la misma ciudad, hijo del conde de Cabra, el cual tenia en la mano derecha mas dedos de los que eran menester, é parescia bodegonero en Valdestillas, ó demandador de San Antolin de Palencia; no se sabe los hijos que tuvo.

Sacó tambien al obispo de Mallorca, presidente de Granada, é á los deanes de Búrgos é Jaen, é al obispo de Badajoz, don Hierónimo Suarez, con unos bocados sacados por las mangas, y al obispo de Zamora, don Francisco de Mendoza; y ansí andaba entre ellos gobernándolos don García de Toledo, señor de la Horcajada, porque era muy buen jinete; hubo en este juego hartas cosas de notar.

Salieron á despartirlos el conde de Chinchon y el marqués de Lombay, y fray Trece y don Alonso Niño, alguacil mayor de Valladolid; é fray Antonio de Guevara, obispo de Guadix, corrió las parejas con Marco Aurelio, y no los podian despartir hasta que vino fray Bernaldo Gentil, gran parlerista de su majestad, y con su parlería los puso en paz. Parecia este fray Bernaldo botiller de la marquesa de Cenete ó confesor de fray Pedro Verdugo, comendador de Alcántara.

Y porque seria harto prolijo y largo de contar todo lo que en este juego de cañas y fiestas pasó, me remito á lo que escribió fray Bernaldo de Mesa, obispo de Badajoz, en la primera parte de su obra de *Rebus coquinariis*, estando en San Martin de Valdeiglesias, moralizando las *Décadas* de monsiur de Laxao y Xebres.

CAPITULO LIII.

De cómo madama de Alenson, hermana del rey de Francia, vino á Toledo á ver al Emperador, é á le rogar por su hermano.

En este tiempo madama de Alenson, hermana del rey de Francia, vino á Toledo, y entró en la dicha ciudad muy acompañada de caballeros é perlados, é de muchas damas, é como esta señora era de pocos dias, y no hacia mucho que habia enviudado, porque su marido era muerto cuando fué preso el rey de Francia, ella y sus damas venian vestidas de blanco, y todas caballeras en caballos entraron en la dicha ciudad; dijo el autor que esta señora y sus damas parescian ánimas de purgatorio sacadas por doña Teresa Enriquez, duquesa de Maqueda, que iban en postas á darle las gracias, ó moriscas del reino de Granada, que iban en romería á Tremecen ó á la casa de la Meca.

La católica majestad la salió á rescebir y la abrazó, y dió paz con mucha alegría, y la acompañó hasta su posada, y fué muy bien tratada esta dama por su majestad, y servida de todas las gentes, porque sabian que así placia al Emperador. Posó esta dama en casa de don Diego de Mendoza, conde de Melito; despues de haber estado en la posada treinta dias, al tiempo que se queria partir, apartó al dicho don Diego de Mendoza, y dióle cinco ducados por la posada, y cuando estos dineros le daba madama, el dicho don Diego daba unas risitas á manera de corrido.

Y dende á pocos dias vino á la dicha ciudad don fray Felipe de la Isla [5], gran maestre de Rodas, por besar las manos al Emperador, y por la gran bondad y fama que dél habia oido, y porque de él é de su mano esperaba ser remediado y redemido; y no pensaba cosa vana, que si al muy alto Emperador envidias de sus vecinos le dejasen, en poco tiempo le restituiria no solo á Rodas, mas la Turquía pondria debajo de su mano y señorío. Este gran maestre se partió del Emperador, y llevó tal contento de su majestad, que despues que la liga del Papa y venecianos y otras señorías fué sabida, no quiso entrar en ella, y mandó que sus galeras no se empleasen ni sirviesen sino á este bienaventurado emperador. Dice el coronista que este maestre hablaba muy ronco, que parescia perro viejo, que habia comido tocino [6] fiambre, ó á Tamayo, alcalde de Peñafiel.

Su majestad se partió de Toledo, porque le vinieron nuevas que la muy alta Emperatriz venia ya camino de Sevilla; tambien le vinieron nuevas cómo Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, era muerto; y cómo don Antonio de Fonseca, que era su amigo, tal oyese, luego cayó muerto en el suelo, y por espacio de una hora no volvió en sí, y despues que recordó dijo: «Santa María y válame Dios, si me proveyese el Emperador de esta encomienda mayor.» Y aun que algunos dias estuvo malo, cuando la encomienda le dieron, convaleció de tal manera, que muy mancebo le paresció á la marquesa de Cenete [7].

CAPITULO LIV.

Que trata de Bartolomé del Puerto y del abad Cayo de la Puente, y de sus fines tristes y amargos.

En estos tiempos en las Españas se levantaron dos hombres de mala vida, el uno fué llamado Bartolomé del Puerto, el otro se llamaba el abad Cayo de la Puente súpitamente, y en sus armas traia una letra que decia: «Andad, mi padre [8], que todo ha de ir.» Estos dos hombres se extendieron por la tierra, apellidando con escándalo muchas mujeres casadas y doncellas, las cuales por la gran fama deste Bartolomé del Puerto,

[1] Juan, (C.)
[2] y musiur de Rolz con Metena y el mayordomo, (B.)
[3] tio (B. y C.)
[4] Saez (B.)—Saiz (C.)

[5] frey Guillermo, (B.)
[6] cecina (C.)
[7] que le pesó á la marquesa, etc. (C.)
[8] madre, (C.)

hicieron cosas [1] que á sus honras no convenian; y como fué sabido por el Consejo Real y por don Felipe de Castilla, capellan mayor de su majestad, y por Alvar [2] Perez Osorio é por don Juan de Ayala, el de Toledo, el dicho Bartolomé se desapareció, y nunca mas se oyó su nombre, é despues desto el abad vivió pocos dias y tristes.

CAPITULO LV.

Cómo, sabido que la emperatriz doña Isabel venia en estos reinos, el alto Emperador mandó al ilustrísimo duque de Calabria y al de Bejar, don Alvaro de Zúñiga, é á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, que fuesen á esperar á la Emperatriz á Badajoz para venir con ella e la acompañar hasta Sevilla.

Esto así pasado, estando este alto emperador en Toledo, como dicho es, vinieron procuradores de todas las ciudades y villas destos reinos, y en las Cortes suplicaron á su majestad quisiese, por el bien destos reinos, casar con la muy alta esclarecida infanta doña Isabel, hija del muy alto rey don Manuel de Portugal y nieta de la muy alta reina doña Isabel, pues en esto haria muy gran merced á sus reinos y señoríos. Este grande Emperador, por el gran contentamiento que desta señora tenia, y por su grand bondad, determinó de lo hacer, y luego mandó llamar á musiur de Laxao, su criado, y al comendador [3] Duran, mendicante de la orden de Santo Domingo, y les dijo que fuesen á Portugal por embajadores, y al comendador Juan de Zúñiga mandó que entendiese en el dicho casamiento; y su majestad dijo á musiur de Laxao lo que en esto habia de hacer; musiur de Laxao respondió al Emperador: *Sire, por ma foy y por ma dona,* á mí me place, porque de tal viaje grand descanso se espera á la vejez [4]. Y bien es de creer que si este cargo se diera al conde de Santistéban, ó á don Juan Muñoz [5], criado del marqués de los Velez, ó á Alvar Gomez Zagal [6], vecino de Granada, que lo acetaran; y así fué concluido el casamiento.

CAPITULO LVI.

De cómo se concluyó el casamiento del muy alto Emperador con la princesa doña Isabel.

Este muy alto Emperador era de muy buen ejemplo, y mas honesto que Aníbal, su caballerizo; é cuando á su majestad le decian que era desposado, parábase mas derecho que el arzobispo de Toledo, y mas colorado que el dotor de la Torre, vecino de Granada; y como el casamiento fué concertado, la católica majestad mandó llamar al ilustre don Hernando de Aragon, duque que fué de Calabria, que parecía sacabuche del adelantado de Cazorla, ó hijo suyo que lo hobo en don Fancisco de Mendoza, obispo de Zamora, hermano del conde de Cabra; é asimismo mandó llamar al muy ilustre duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, segundo deste nombre, que parescia mayordomo del conde de Paredes. Tambien mandó llamar su majestad al reverendísimo don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, para que todos tres fuesen á Portugal por la muy alta Emperatriz, su mujer. Este arzobispo de Toledo parescia hijo de Piedra-Buena, ó funda de trompeta.

Con estos señores fueron muchos perlados, condes y caballeros y otras gentes, y este coronista don Francés fué por principal dellos; y como su majestad llegase á la raya de Castilla, estos grandes con los sobredichos la salieron á rescebir y á besar las manos. De Castilla y Portugal salieron tantas gentes, y fueron tantos los que se ayuntaron en el campo, que el conde de Salinas tuviera harto que ver, aunque tiene larga vista; que fué cosa admirable de ver; y si Juan Rodriguez de Fonseca, huésped de la Emperatriz en Badajoz, les hoviera de dar de comer, renegara como un moro de la boda.

Estos grandes perlados y caballeros llegaron á besar las manos á su majestad, y de los primeros fué el susodicho don Fernando de Aragon, duque de Calabria; y tras él iba un su mayordomo italiano, que habia por nombre micer Policastro, el cual dijo á la Emperatriz: «Madama, este es el pobereto duque de Calabria, gracias á Dio que los doce mille ducati que lo Rey le donó, los tiene ya situados sobre lo gusano de la seda de Granada, y si lo gusano no quiere mangiare, comerán al pobereto Duque.»

El Duque llegó y besó las manos á la Emperatriz, ó dijo: *Pauperes habetis vobiscum.*

Despues desto, llegó el arzobispo de Toledo, y un poco antes que llegase comenzó á entonar, é llegado, dijo: «Señora, yo soy el arzobispo de Toledo, y no tan ancho como la mujer de don Luis de la Cerda, ni tan gordo como la marquesa de Cenete, y menos corcobado que Diego Hernandez de Quiñones [7], señor de Villatoro, y demás, hago saber á vuestra alteza que el Emperador nuestro señor quiere pasar en Turquía por defension de la santa fe católica; y porque de los moros no sea sentido, é la gente llegue presto, tiene ordenado que yo sea el estrecho de Gibraltar.» La muy alta Emperatriz le respondió con mucha mesura: «Arzobispo, dad gracias á Dios que naon vos fizo taon estrecho de razones como de corpo» [8]. Parescia este arzobispo, que iba vestido de colorado, cerbatana sangrienta.

Llegó el duque de Béjar y dijo á la Emperatriz: Señora, juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que yo soy el hombre que mas y mejor consejo doy á vuestro marido sobre su salud; é si fuere menester para su servicio, yo venderé á Burguillos y aun á Capilla, y además desto, este que viene conmigo es el de Benalcázar, que á todos los rescibimientos que vengo se viene tras mí, é segun nuestra fe, piadosamente se puede creer que el dicho conde no querria que yo me anduviese en estas cosas ni en otras, y por el cuerpo de Dios, «uno piensa el bayo, y otro es el que lo ensilla.»

Esto ansí pasado, llegó el conde de Benalcázar, é dijo á la Emperatriz: «Yo, Señora, soy medio castellano y medio portugués, é présciome mas de la parte que tengo de portugués, porque me lo tiene ansí mandado don Jorge de Portugal, mi tio, que paresce pollazo bucharro.»

Llegó el conde don Hernando de Andrada con muchos caballeros gallegos, los cuales llevaban de camino

[1] obras (B. y C.)
[2] Bartolomé (C.)
[3] Maestro, (C.)
[4] que de bodas semejantes se esperan muchos bienes. (C.)
[5] Mucon, (A.) Manuel, (B. y C.)
[6] Casal, (A.)

[7] de Avila, (C.)
[8] Que ainda non vos fizo tan astreito de faiciones como de corpo. (B.)



cuchilladas por la cara y no llevaban orejas [1], y dijo á la Emperatriz: «Señora, yo pasé en Roma con el papa Adriano VI, con intencion de le hurtar de sus haberes; y como el Papa guardase lo que tenia mejor que don Pedro de Bazan, y mi intencion no toviese efeto, yo me volví luego, y vuestra majestad no se maraville, porque lo mas del tiempo vivo de robar, y me sustento desto.»

Despues de esto, llegó el conde de Cifuentes, que parecia huron con esquinencia. Don Jorge de Portugal llegó llorando porque le habia quitado don Juan Alonso de Guzman la villa de Olivares, que la tenia empeñada.

Don Juan Alonso de Guzman llegó á besar las manos á la Emperatriz, é la dijo: «Señora, por vida de mi tio el duque de Béjar, os he de enviar una docena de palmitos, y si vamos á Sevilla, he de jugar á las cañas por vuestro servicio en la plaza del Duque mi padre.»

CAPITULO LVII.

De los comendadores que al recibimiento de esta emperatriz se hallaron.

Despues de esto, acordó de hacer saber si los comendadores de Alcántara, que mandó el Emperador ir al rescibimiento de la Emperatriz, habian ido ó no, é si lo dejaron de hacer por estar gotosos, no lo sé.

Los que vinieron, fueron: el comendador de Piedrabuena, fray Antonio, que á la sazon era gobernador de dicha órden, con muchos criados muy honrados, é dió á la Emperatriz mas jabalís que el coronista quisiera, porque su montería parece mucho á la de su majestad. Pareció este comendador galgo tendido al sol, ó hijo del cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros; otros dicen que parecia la quinta angustia, ó gamo devoto, ó espíritu del arzobispo don Alonso de Fonseca.

El comendador de Santibañez, llamado frey Diego de Villas, vino, como muy buen caballero, muy acompañado de criados y pajes, todos con libreas de terciopelo. Trajo trece acémilas y muchas cadenas de oro, que pareció perro encadenado. Quisieron decir que este comendador pareció veneciano, que se habia anegado toda su hacienda en tormenta de Cartagena, ó hijo bastardo del marqués de Brandemburg. Entonábase mucho cuando hablaba, é hacia treinta y seis años que atesoraba doblones; no guardaban el tesoro que tenia sino tres llaves en una torre muy fuerte, y él siempre dormia á la puerta de la torre.

El comendador Diego de Zúñiga vino bien acompañado de gente, é ningun hombre trajo consigo; murió en una ermita, una legua de Badajoz, mirando á una ermita de San Cristóbal, abierta la boca, y de pesar. Fué enterrado en el valle de Josafat. Tenia sobre su sepultura una letra que decia: *Necessitas non habet legem.*

El comendador de Herrera, don Diego Lopez de Toledo, vino muy aderezado, y trajo muy buena gente y muy buenas libreas y caballos. Era sábio en Terencio y Virgilio, y leia siempre en los Comentarios de César en romance; quisieron decir que parecia rocin alobadado del conde Agamenon, ó nudo dado en maroma.

[1] Llevaban de camino acuchilladas las caras, y de risa no llevaban orejas.

CAPITULO LVIII.

De lo que sucedió despues del recibimiento de la Emperatriz.

Como esto fué pasado, las damas de la Emperatriz venian muy ricamente guarnecidas de joyas y muchas perlas y piedras, y con el regocijo y mucha gente del rescibimiento, á estas damas les faltaron muchas joyas y piedras, y por algunos fué sospechado que el conde de Aguilar y cinco hermanos suyos, que con él fueron al rescebimiento, hurtaron estas joyas. Puédese creer, porque á la sazon eran caballeros menesterosos, segun despues paresció por la pesquisa y tormentos que les dieron, é porque no tuvieron de qué pagar las setenas fué fecha justicia dellos.

A 20 dias de marzo de 1526 la muy esclarecida Emperatriz entró en Sevilla, y fué rescebida con muy grandes alegrías y solenidades, y dende á pocos dias vino la católica majestad, y no menos fué rescebido; y esa noche como llegó, se desposó, y como el dia quisiese venir, era velado, y dende á dos y tres horas era desnudo y develado, y allí se hicieron muchas fiestas y alegrías. En este rescebimiento que al muy alto Emperador se hizo, este autor, conde don Francés, salió al rescebimiento, hecho un veinticuatro, con una ropa muy rozagante, de terciopelo morado, forrada en damasco naranjado, con que la ciudad le sirvió; y si su voto de este autor se tomase, en todas las ciudades y villas en que su majestad entrase le dieran otra tal ropa, y aun mejor.

Y despues este emperador se partió para Granada, y en todas las ciudades y villas fueron muy bien rescebidos, no menos que en los otros lugares; y un dia despues de Corpus Christi su majestad entró en Granada, y saliéronle á rescebir con muy grande alegría, y en el rescebimiento iban muchas gentes agarenas, y y por capitan dellos Pero Hernandez de Córdoba, tio deste marqués de Comares, y fué apodado por este autor que parescia á Muley Hamete, señor de Yucatan.

CAPITULO LIX.

De cómo los moros del reino de Valencia se rebelaron y salieron de los pueblos, y se fueron á las sierras, y cómo este bienaventurado emperador envió quien los redujese á su servicio.

En estos tiempos, en el reino de Valencia, cuando las alteraciones de España, fueron convertidos á la ley mahomética muchos moriscos del dicho reino y del de Granada. Dende á pocos dias, como sean gente liviana, necia y sin fundamento, muchos dellos se levantaron y se fueron para la sierra con sus mujeres é hijos, y se hicieron fuertes, y cada dia se iban muchos del dicho reino; y como fuese sabido por el Emperador, envió religiosos de buena vida y tales personas á los requerir que se volviesen á la fe católica, y sirviesen á Dios, y se bolviesen á sus casas, y que se les perdonaria lo pasado; y como los duros que han de ser perdidos no lo pueden excusar, no vinieron en nada de lo dicho, y la cesárea majestad mandó á un caballero muy honrado aleman, que habia por nombre Rocandolfo, el cual parescia tio de Josefo ó embajador [2] de Rusia, y el comendador Herrera, alcaide de Pamplona, que parescia odrero de Madrigal recien casado ó posta

[2] Jesef, ó embaxador (A.) — Josef el embaxador (C.) — Josef, el embaxador (x. u.)



de correo inglés, y á don Beltran de Robles, el cual parescia galgo que á poder de palos le habian hecho salir por albañal, que fuesen al dicho reino. Los cuales hicieron cosas tan extrañas en estrago de los moros, que á Dios hicieron servicios y á su majestad no menos.

Este don Beltran de Robles, como en el real llegase, hizo cinco cosas en el desierto, y llevó al real siete arcas mas vacías que Role cuando sale de la dolencia; y si las cosas que este don Beltran en este mundo edificó estovieran juntas, mayor poblacion hiciera que el Cairo. El en este viaje remedió sus necesidades, y el muy alto Emperador y las moriscas de Granada lo socorrieron, y fué que el Emperador le dió una encomienda, y las moriscas le tiñeron las barbas, que las tenia blancas.

CAPITULO LX.

De una embajada que la ciudad de Alcalá la Real envió al Emperador.

En este tiempo, y año de 1526, los de la ciudad de Alcalá de Abenzaide, que es frontera del reino de Granada, enviaron al Emperador dos regidores á besar las manos á su majestad, y á darle cuenta de la nescesidad que tenian, y uno de los regidores era bachiller é hizo la habla, y dijo así: «Católica cesárea majestad, la su ciudad de Alcalá besa los magistrales piés de vuestra majestad y las muy altas manos de vuestra alteza, y le hace saber cómo tienen muy grandes nescesidades, despues que enhoramala, por nuestros pecados, los cristianos tomaron el reino de Granada.» Y el Emperador le respondió: *Dominc bacalauri nescitis quid parlatis*, que quiere decir, muy necio sois, señor bachiller.

CAPITULO LXI.

Cómo este mismo año fué casado el ilustrísimo duque de Calabria con la reina Germana, é de las cosas que allí sucedieron.

En el mes de junio de 1526 [1], don Hernando de Aragon, duque de Calabria, se casó con la alta y redonda reina Germana, que fué casada con el rey Católico, y una noche, estando con ella en la cama tembló la tierra, y otros dicen que las antífonas de la Reina. Como quiera que sea, con el miedo del temblor de tierra, esta señora saltó de la cama, y del golpe que dió, hundió dos entresuelos y mató un botiller é dos cocineros que abajo dormian. Y como esta alta y gruesa reina viese el estrago que por ella se habia hecho, por descargo de su conciencia y de las animas de los muertos, les mandó decir cada dos responsos. Este duque pareció mondejo de toro viejo, é la Reina parescia nalgas del obispo de Zamora, don Francisco de Mendoza. Despues desto, el Duque y la Reina, se partieron para el reino de Valencia, donde fueron gobernadores. El duque de Calabria murió de harto, y la Reina de ética. Parescia este duque mula del arzobispo don Diego Deza ó mesonero en la venta de Darazutan, y la Reina parescia á la isla de los Azores ó á la Carraca Negrona de venecianos.

CAPITULO LXII.

De cómo estando este afortunado Emperador en Granada le vinieron nuevas cómo el Turco habia tomado el reino de Hungría y muerto al Rey en la batalla.

Estando este poderoso emperador en la ciudad de Granada, le vinieron nuevas de cómo el Turco habia tomado el reino de Hungría y muerto en la batalla al rey de ella, cuñado deste glorioso emperador; é á otro dia que la nueva fué sabida por su majestad, salió con un luto muy grande, de manera que á todo el mundo provocó á dolor, y llevábale la falda [2] musiur de Laxao, comendador mayor de Alcántara, el cual estaba muy amarillo, porque aquella color del rostro que tenia tan encendido, quisieron algunos decir que no era de beber agua.

Como Guillen de Peraza, conde de la Gomera, fuese deseoso de servir al Emperador y contentar á musiur de Laxao, arremetió con la mayor fuerza y furia que pudo á tomar la falda al dicho Laxao, y como Laxao se afrentase de verse llevar la falda en presencia del Emperador, porfió tanto á que el Conde le soltase la falda, que no pudo ser mas; y mientras mas Laxao porfiaba, el Conde porfiaba mas por llevarla y quitársela, y de tal manera porfiaron, que Laxao en lenguaje flamenco [3] le dijo que el diablo se llevase conde tan bien criado [4]; y desta manera, como porfiase Laxao y tirase el Conde, cayeron ambos hacia atrás, y el Emperador medio cayó sobre ellos, y dicen [5] los oradores don Juan de Arellano, y don Diego de Mendoza, y el conde de Miranda, y otros señores notadores destas Españas, que antes ni despues nunca otra tal liza fué vista [6].

Otrosí, despues desto pasado, dende á diez [7] dias acaeció otro tanto al conde de Nasao, que fué marqués del Cenete, con don Luis Mendez, señor del Carpio, el cual tomó la falda al Conde; y este don Luis Mendez es mas de notar y tener en mucho su buena crianza, por haber sido criado en corte desde su niñez, y porque llevando la falda el dicho don Luis, parescia que ayudaba á sacar caballo muerto fuera de la ciudad. Parescia este don Luis criado pobre del conde de Santistéban ó escudero enarinado. Algunos quisieron decir que parescia sacador de muelas en la feria de Rioseco.

Despues desto, el alto Emperador se partió de Granada con algunos grandes é caballeros para Valladolid, y con su majestad vinieron los siguientes: don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y don Galceran de Cardona, y don Pedro Giron, y Valera, criado y mayordomo, solicitador y camarero y casero de su casa de Ocaña, del adelantado de Granada; el cual Valera traia una cabellera de cerdas de yegua bermeja, que dicen se la ferió Diego de Cáceres el de Segovia; el cual Diego de Cáceres, curándole un cirujano aquella cuchillada que le atravesaba la cara y le alcanzaba á la boca, le preguntó qué tan grande queria que le dejase la boca; y respondió el dicho Diego de Cáceres que se la dejase tamaña que cupiese por ella un pastel entero de los que hacian en la cocina del conde de Benavente.

Iban asimismo con el Emperador don Francisco de Toledo, conde de Oropesa, el cual llevaba de camino vestida una almática de zarzahan [8], aforrada en guadamecil amarillo, y muchas oraciones de san Gregorio

1 julio (A. y B.)—1525 (C.)—de este mismo año (B.)

2 las riendas (A.)
3 en lengua francesa (C.)
4 tan porfiado; (C.)
5 y dijeron (A.)
6 no acaesció otra cosa semejante. (C.)
7 quince (C. y B.)
8 tafetan, (C.)



y de san Leon papa, y don Cristóbal de Toledo, su hermano, iba diciendo al Emperador cómo Moscoso, comendador de Portezuelo, estaba desahuciado, y que no podia escapar, porque era muy viejo; y su majestad callaba é no respondia nada. E don Cristóbal le decia que él era muy aficionado á la encomienda de Portazuelo, porque allí entendia él de residir, viviendo muy honestamente; é el Emperador con callar le respondia.

CAPITULO LXIII.

De las demás cosas que pasaron en este camino de Granada hasta Valladolid.

Don Pedro de la Cueva decia á su majestad de camino cómo los hombres de armas de la guarda estaban muy pobres y necesitados, y que su majestad fuese cierto que Juan de la Torre, comendador de Santiago, vecino de Ocaña, estaba de continuo menesteroso, y que del adelantado de Granada, aunque se muriese, no habria quien su vacante demandase.

Este don Pedro de la Cueva se preció mucho de traer la barba larga, é parecióse mucho en el sindéresis de la conciencia á don Francés de Beamonte é á don Pedro de Guevara. Fué comendador mayor de Alcántara, é muy devoto de cobrar la renta de la encomienda. Pareció tonelazo lleno de anchovas.

Iba tambien con su majestad monsieur de Laxao, é contábale cómo don Diego de Sotomayor é el clavero de Alcántara é Rodrigo Manrique no tenian justicia para pedirle la encomienda mayor de la dicha órden; que él era aficionado á ser de ella, y mas si le diesen la encomienda mayor. Decíale tambien que don Diego de Sotomayor parecia hijo bastardo de Colon el almirante de Indias, é solicitador de la mejorada; que parecia heredero del ladron que desesperó, porque siempre estaba haciendo gestos con los ojos, y que no era tan santo como fray Juan Hurtado, y mas pobre que don García de Toledo, su hermano; el cual dicho don García parecia Perayle, que se fué la mujer con otro, y andaba siempre renegando porque su padre vive tanto tiempo.

Rodrigo Manrique parecia botonero, pobre viudo ó escudero de Costa.

Iban tambien con su majestad don Francisco y don Beltran de la Cueva, que parecian monos criados en casa de Periañez, oficial de contadores.

CAPITULO LXIV.

De una carta que este coronista don Francés escribió al papa Clemente, sobre la tomada de Hungría por el Turco.

A 17 de noviembre del dicho año este coronista y conde don Francés escribió al papa Clemente VII, sobre la toma del reino de Hungría por el Turco, la presente carta.

El sobrescripto decia:

«A nuestro muy santo padre Clemente VII, y si »no haciéredes lo que digo, presto seréis V, segun »lo tiene profetizado Juan de Urbina en sus profe»cías, que entituló *El príncipe de Orange.*»

«Reverendísimo muy santo Padre: Algunas veces he »escripto á vuestra santidad acerca de muchas cosas »cumplideras al servicio de Dios y de nuestra muy »santa fe católica y al bien de la cristiandad, y nunca »vuestra santidad me ha respondido; y si agora tanta »nescesidad no hobiera de mi parescer y consejo, por »mí ternia de no vos escrebir mas, porque hay un »proverbio antiguo que dice: Quien tiene necesidad »de alguna cosa, que la compre aunque mucho le cues»te. La nescesidad que agora se ofresce, es que nos »juntemos todos los príncipes cristianos, y con mano »armada castiguemos al Turco, enemigo de nuestra »santa fe católica, y vuestra santidad, como buen »cristiano y vicario de Dios, conviene que tomeis la »cruz, y yo tomaré el agua bendita, y su majestad »tomará la bandera temporal; todos son de mi voto los »que vamos debajo de las banderas de vuestra santi»dad y su majestad; y el príncipe cristiano que á »esto no viniere y fuere tan desobediente, yo haré »que este tal sea maldito y descomulgado, y anate»matizado en estos escritos, é por ellos é para obligar »y castigar al príncipe desobediente, yo digo que iré »con mi persona, casa y deudos, que son mas que hay »en el *Liber generationis.*

»Y para remediar esto del Turco y lanzarlo del mun»do, mi parescer es no lo tardar; por eso, *domine papa,* »*surge et defende causam tuam;* que quiere decir, el »buen pastor guarda su ganado, y no solo hace esto, »mas mata los lobos. El Emperador es buen cristiano, »verdadero y muy deseoso de ensanchar y aumentar »la fe y los límites de la Iglesia cristiana; y demás »desto, lo quiero mucho bien, porque me paresce cosa »justa [1].

»Ansí que, muy santo Padre, *si vocem meam audie»retis nolite objurare;* que quiere decir que el re»medio sea presto, porque no digamos á la silla de »san Pedro: *Domine, quod vadis?* y responda ella *Im»peratore;* porque no me crucifique; y así, si en de»fension de la fe contra el Turco yo muriese, no habrá »menester vuestra santidad ni al cardenal Cesarino, »criado y caballerizo de su majestad y de mi casa. Es »muy buen caballero y cuerdo, tanto que por esta »causa no es tan bienquisto como lo fuera si no fue»ra tan bueno, aunque por la color que tiene paresce »fraile del preste Juan de las Indias ó carbonero que »está cabe la Peña de Francia. Tenga vuestra santidad »tal concepto dél, que en todo dirá la verdad en cuanto »de parte de su majestad y mia os dijere; al cual »vuestra santidad dará mas crédito en las cosas ecle»siásticas que á mí se me da en la Sagrada Escritura. »Algunas cosas suplicará á vuestra santidad de mi »parte, de cosas tocantes á mi casa y memoria della, »y otras espirituales, y otras contra el arzobispo de »Sevilla, inquisidor mayor d'España. Por mi amor que »se hagan; que en ello recibiré servicio y placer. Al »reverendísimo cardenal de Salviati, legado vuestro »que fué, téngale vuestra santidad en mucho, porque »acá por tal lo tenemos su majestad y cuantos gran»des señores somos en España; y de mi parte le dirá »vuestra santidad que paresce embajador de Rusia, »que con vinagre fuerte ó naranjas agrias se desayu»na, é hombre con pujos.

»El auditor que con el dicho cardenal vino es hom»bre docto, y por eso paresce toro nuevo en el mes de »marzo.

»A los cardenales fray Egidio Cesarino y micer Ga-

[1] y demás de lo querer yo mucho, es porque se me paresce mucho. (C.)



»ray [1], de Gibraleon, me encomiendo, y si por caso el »papa Adriano, de gloriosa [2] muerte y vida estrecha, »resucitare, *ambulate in pace*, *quia manus habetis*, »y *non palpabimini*, porque á esta hora *ancilla hostiaria* andaba envuelta con aquel mi señor Pedro »de Portallo; no digo mas sino que si hiciéredes lo que »dicho tengo, *non renegabo;* é si lo contrario hiciére»des, lo que Dios no quiera, *tu autem*, *Domine*, *miserere nostri*, y guárdate de *soldatis espaniolibus*. »Queda á lo que cumpliere á vuestra santidad, pro»bando su arnés y aderezando sus armas.—*El conde* »*don Francés.*»

Asimismo escribió la carta siguiente:

CAPITULO LXV.

De una carta que este conde don Francés, estando en Granada, escribió al muy alto é muy poderoso rey de Hungría don Fernando, primero de este nombre.

El sobrescrito decia:

«Al muy alto, é muy poderoso señor rey de Hungría, »mi sobrino.»

«Como á los teólegos nos es excusado hablar sino en »la defension de la fe, he acordado de hacer saber á »vuestra alteza el enojo que del herético Lutero ten»go. ¡Bien parece que no son vivos los pasados de mi »casa donde vengo! Mas, pues faltan hombres en el »mundo que se duelan de Dios é de nuestra santa fe »católica, por esta ruego á vuestra alteza, y si necesa»rio es, mando, que luego vais á Lutero, é de mi parte »le digais que lo ha hecho como ruin cristiano, no »temiendo á Dios ni al peligro que de mí é de mis »deudos le podia venir. E si vuestra alteza, diciendo »esto, le diera una bofetada en presencia del duque de »Sajonia y de todos los que le acuden, en este caso »reprobado por esta, os doy todo mi poder cumplido »para que lo hagais, ansí como si yo estuviese presente; »y de como la dicha bofetada le diéredes, tomaréis de él »é de sus consortes carta de pago y conoscimiento.

»Acá hay nueva de que vuestra alteza no está en »España, é por esto he acordado de le hacer saber las »nuevas que hay en ella, y es que vuestro embajador *Sa»lamantinae Diocesis* vino á Badajoz por la aficion que »tuvo á la dicha ciudad, y fué tan bien criado, que no »fué á ver mi posada, y por eso parece tabernero por»tugués, que en la feria de Ambéres tiene cargo de dar »de comer á mercaderes.

»Salinas, vuestro camarero, es buen caballero, deseo»so de os dar de comer, como Francisco Gonzalez, el »grande españarte. Tiene el dicho embajador en su »posada hacha y media sobrada y una mano á la ven»tana y tres ropas de tafetan. Trae en dias de apóstoles »y fiestas loba de chamelote, que parece veneciano que »saca aguardiente para Rocandolfo, ó aleman emprimi»dor de molde.

»A don Pedro de Córdoba dirá vuestra alteza que don »Juan, su hermano, ha demandado á su majestad el »obispado de Búrgos. El Emperador le respondió: Si tu»viéra les algun hijo bastardo, yo os lo diera. El dicho »don Juan le respondió: *Si filius, Philippe es, mitte »te deorsum*, que es en las Astúrias.

»Al dicho don Pedro dirá vuestra alteza que parece »vecino de Santander, que tiene cargo de hacer las »cargazones cuando su majestad va á Flándes, ó con»tador mayor de vuestro hermano el clavero de Cala»trava.

»Otrosí, á los que son contemplativos é amigos de »beatos no los olvida Dios. Ha tenido por bien que Sue»ro del Aguila entienda en todas las cosas de España, »de manera que no sale de casa, estudiando en el *Vita »Christi* del Cartujano. El cual Suero del Aguila pare»ce custodia de los frailes de la Merced, ó queso ca»bruno desnatado.

»Al marqués del Gasto escribí este otro dia que va»lian mas las cartas que las encartaciones de Vizcaya; »el cual marqués fué apodado que parecia hijo de mon»sieur de Frens, que le hubo en un avestruz pollo ó »cigüeño pensativo. Al cual marqués el Emperador tie»ne muy buena voluntad; é yo y el Emperador, é Simo»nete y el conde Nasao, y Juanes y el conde de Cabra, »é el marqués de Brandemburg, Gilete é Bauri, é la »marquesa de Cenete, é el presidente de Paris, que pa»rece terceron pobre en la villa de Villalon, besamos »las manos de vuestra alteza.

»A mí me han hecho del consejo secreto, que parezco »sastrecico de Castillejo, vuestro secretario, el cual »secretario parece provisor de ardas ó esposa de gato, »mono, ó maravedí de socrocio del almirante de Cas»tilla.

»El duque de Béjar parece que trae ruibarbo ó que »vende jabon de Chipre.

»El duque de Alba parece podenca sentada al sol ó »torillo desjarretado.

»El arzobispo de Bari, don Gabriel Merino, parece »rocin enfermo del conde de Agamenon. Es un santo »justo de Dios, y dado al diablo, segun afirma don Die»go de Rojas el tuerto, dean de Jaen, en las Décadas »que escribió al dean de Plasencia, su hermano en »armas.

»El arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, »parece cabra que está de parto ó calzones mojados.

»El confesor Loaysa parece raposa con cámaras, que »fué tomada en el monte de Lerma.

»A Laxao dimos la encomienda mayor de Alcántara, »y á don Diego de Sotomayor y á Rodrigo Manrique el »hábito de San Francisco. Y Laxao dijo: Señor, perdo»nad; que el diablo m'emporte si no he traido mas soli»citud por esta encomienda que Marta en la resurrec»cion de Lázaro.

»Las damas portuguesas que vinieron aquí con la »Emperatriz son muy lindas; parecen unas gengibre, »otras cominos rústicos, y otras á Hernando de Vega, »muerto de ocho dias.

»La condesa de Haro, camarera de la Emperatriz, »parece papa ó madre del papa Adriano, ó hija de maes»tre Liberal, físico.

»Todos los señores que aquí están querrian que les »entregase el Emperador cuanto tiene, y que á él no le »quedase sino las apelaciones de los pleitos; dice el »Emperador: *Pues bien.*

»Aquí llegó el conde Palatino, el cual pareció flo»rentin con pujo ó boticario de Maguncia; su majes»tad le trató bien.

»Riñeron el dicho conde y el mayordomo, é metióse

[1] misercino García (A. y B.)—miscer García. (C.)
[2] guardosa memoria (A. y C.)

»de por medio Metenay, é diéronle una cuchillada por »la cara de veinte y cuatro puntos; quieren decir que »le quedará señal; otros dicen que esta cuchillada pa»rece á la de Diego de Cáceres, el de Segovia.

»Otras grandes nuevas hay en esta corte. El Empe»rador, á ruego del duque de Alba y de sus deudos, á »quienes tocaba la caballeriza de la jineta, la dió á don »García de Toledo, su hermano, señor de la Horcajada, »porque es gentil jinete, segun lo escribe Ciceron á los »de la ciudad de Nínive.

»Y porque vuestra alteza no es tan nescio, respon»derá á esta carta con algunas joyas ó dineros, que »mas lo he por el interés que por ser de esa tierra. Da»da en la mi ciudad de Granada, á 8 dias de junio, es»tando el regidor de Segovia defendiéndose de veinte »mancebos que le pedian dineros del juego de la pelo»ta.—*El conde don Francés.*»

CAPITULO LXVI.

De una carta que este conde don Francés escribió al gran Turco cuando supo que habia tomado el reino de Hungría.

Despues de esto pasado, á 18 dias del mes de noviembre en el año de 1526, estando el Emperador en la ciudad de Granada, le vinieron nuevas cómo el Turco habia tomado lo mas de Hungría, y habia entrado por fuerza de armas en la ciudad de Buda, que es de mas de veinte mil vecinos, y que mandó matar á todos los hombres, mujeres é muchachos, pasándolos á cuchillo; y como esto acaesció, este coronista escribió al Turco la presente carta.

Decia el sobrescrito:

«A nuestro muy desamado hermano el gran Turco »Selim, gran sultan, gobernador de la casa de Meca, »rey de la Siria y Asia la menor y Egipto, emperador »de los imperios de Trapisonda, Grecia y Constantino»pla; don Francés, por la divina clemencia, gran par»lador y señor de los hombres de Persia y Arabia.

»Porque ante el nuestro acatamiento no saben hablar, »señor é destruidor de la Meca y Africa, duque de Je»rusalen por derecha sucesion, conde de los mares de »Galilea y Tiberíades, señor de los tribus de Roben y »Judá, alcaide de Jafa y Rama, confundidor de la seta »mahomética, enemigo del Alcoran del falso profeta »Mahomet, archiduque de mancebos livianos, reforma»dor de soberbios, conquistador de Asia, Ponto y Tar»taria, ocupador de paganos y de capas de terciopelo y »brocado; amigo de ducados de á dos y de á cuatro, y »enemigo de monedas; convertidor de gentes agarenas, »reparo de pobres de cascos, y señor de todos los extra»mares y poblador universal; señor de tierra de pro»vision, aunque me la teneis ocupada injustamente. »A vos el muy nombrado, elevado entre los turcos é »moros, Selim sultan, muy caro y no amado entre los »cristianos, salud é gracia ninguna ant'el Espíritu San»to, hasta que por él seais alumbrado é convertido á »nuestra santa fe católica. Y porque á la primavera »ternéis al Emperador por alguacil, y castigará vues»tras crueldades, os hacemos saber que nuestra perso»na, deudos y casa ternéis por adversarios y capitales »enemigos, y que el Emperador y Rey nuestro señor »pasará muy poderoso, é yo, como dicho tengo, é con »ayuda de Dios nuestro Señor seréis vencido é des»truido, é pagaréis las crueldades que habeis hecho en »todas las tierras de cristianos. Demás de esto, me di»cen que pareceis ginovés recien casado, y en la na»riz á los de mi linaje.

»Por muchos enjemplos nos ha demostrado nuestro »Dios, si estovieren ó anduvieren sus siervos adversos »de sus mandamientos, que los castigará con sus »enemigos. Por ende no penseis que porque sois po»deroso, y por ser vuestra persona valerosa, y por ha»ber Dios permitido, por nuestros pecados, que hayais »habido tantas victorias de los cristianos, que seréis »siempre vencedor, que Dios nuestro Señor se ha »aplacado de la ira y de los pecados de los cristianos, »y habeis de ser vencido, preso ó muerto, y dejaréis »lo ajeno con pérdida de honra. Enjemplo tenemos ¡oh »gran Turco! que cuando las Españas se perdieron en »tiempo del rey don Rodrigo godo, y fueron señorea»das de los agarenos, en las montañas de Astúrias, »que es á par del reino de Galicia, guardó nuestro »Señor un infante pobre, llamado Pelayo, de linaje de »los godos, donde yo deciendo; para él se fueron »algunos cristianos, y no pensando escapar de la mano »y poder del caudillo moro, se encerraron y metieron »en una cueva alta, y vino sobre él Muza con mas de »cien mil hombres moros, y combatiendo la peña, »mostró Dios tal milagro, que todas las saetas se vol»vieron á los moros, y ansí murieron todos y las Es»pañas se cobraron. Ansí que, os acordad que los lo»cos y los niños son profetas. Dada en la nuestra ciu»dad de Granada, á 17 dias de noviembre de 1526.— »Vuestro extraño hermano, *El conde don Francés de »Zúñiga.*»

CAPITULO LXVII.

De otra carta que escribió este coronista á la señora Emperatriz.

«Cuanto á lo primero, no he ido á ver á vuestra ma»jestad por dos cosas, lo primero por mis enfermeda»des, que he estado *ad te levamini portae aeternalis;* »lo segundo, porque cuando mis amigos no están en »su casa, no oso ver á sus mujeres, y ansí querria »que hiciesen mis amigos á mí.

»Lo que hay que hacer saber á vuestra majestad, »es que el Duque nunca hace sino orar por el Empe»rador, y voto á Dios, siempre está pensando en el »Emperador, é su salud y en cuando verná, y meán»dose de sentimiento, ha desolado una sala. Otro»sí, los tres vasallos de la mi villa de Navaredonda »son muertos de modorra, y no he podido acaudalar »para poder tornar á poblar la villa, y porque no se »me pierda, mi oficio es de *orate cavate,* y aunque »otro bien no me quede sino que de aquí adelante »quedaré para villano, es bien para el dia de hoy, y »aun para el de mañana, y podré decir que soy Agrí»cola.

»Grandes nuevas dicen por toda España de la go»bernacion de vuestra majestad y cordura, y demás »desto, sois enjemplo de las mujeres buenas, aunque el »gran doctor Condestable, que hoy vive, dice que mu»cho ayudan á vuestra majestad las letras y cánones »del conde de Miranda. Por cierto que el Conde es »buen caballero, leal y amigo de negocios, y con buen »título le podrán decir, no conde Masta, sino Mastizo.

»Acá hay nueva que el Papa nuestro señor ha en-

»viado á España una bulla para que despues de la »fiesta de los Reyes Magos celebren una fiesta á doña »Beatriz de Melo y al arzobispo de Toledo y al Presi»dente, y que la fiesta se llame los tres cuerpos magos, »y que recen dellos, y no los guarden. A la condesa »de Haro dirá vuestra majestad que mejor goce de »sus hijos que Francisco Pereda de las martas de su »ropa, que me han dicho que se le peló toda, el cual »Francisco Pereda paresce gatilla enferma que anda »en pleito con Juan Rodriguez Mausino.

»A la marquesa de Aguilar, mi devota, porque sé »que os quiere bien, vuestra majestad le diga que me »haga saber de sus reumas y bascosidades y mocos »cotidianos que siempre tiene, y conserve Dios la vida »del marqués de Aguilar, su marido, aunque por otra »parte paresce bolson de Júdas vacío.

»A mi señora doña Guiomar de Melo, camarera ma»yor, dé Dios mucha vida, aunque me han dicho que »se lava el cabello para enrubiallo; á la marquesa de »Lombay, presbítera de Gandía, guarde Dios á su ma»rido; de doña Inés Manrique, aya del señor Príncipe, »se dice por estos reinos no se qué que no suena bien, »y es que la hallaron con el licenciado Santiago, y diz »que el dicho licenciado alega que es hijo bastardo »del papa Adriano, que Dios haya, que lo hobo en la »condesa de Concentaina.

»Acá me han dicho que don fray Alvaro de Córdo»ba se casó con doña María de Aragon; Dios le con»serve al dicho don Alvaro su legítima, como por don »Luis Fajardo es deseado.

»Dícenme que parió doña Felipa; no lo creo, porque »mas dispusicion tiene ella para hacer parir que para »parir ella; y si á la condesa de Osorno no envio á »decir nada, es por no hacerla mal casada con su ma»rido, porque estotro año tenia unos celillos de mí; »porque las mujeres casadas mas son vidrio que azu»car piedra.

»Dirá vuestra majestad á Antonio de Fonsèca que »la otra noche topé con Rodrigo de la Rua [1], que iba »tras el conde de la Gomera é doña Isabel de Quinta»nilla, requiriéndole que les señalasen ciertas libran»zas en los alimentos de baiboda de Hungría, que les »habia hecho merced en cuanto viviesen, y él les res»pondió: *Regnum meum non est* ya de España.

»Traiga Dios con bien al Emperador mi señor, y »guarde á sus hijos y á vuestra majestad, como estas »Españas lo han menester; si castañas y arrope hubié»redes menester, enviad por ello, que luego lo en»viaré.

»Mi señora la Marquesa ruega á Dios por la vida y »venida de vuestro marido; como esta llegue, irá vues»tra majestad á casa del correo mayor, daréis mis en»comiendas á su mujer, que es muy honrada.

»Vuestro secretario, Juan Vazquez, de transitorias »quijadas, os suplicará por una carta para mí; vuestra »majestad se la dé; y esto cuanto á la primera parte.

»Al duque de Maqueda, de mi parte, vuestra ma»jestad dirá que paresce dueña de la marquesa de »Cenete, que fué casada con don Francisco de Men»doza, obispo de Zamora. Fecha en la mi villa de Na»varedonda.—*Conde don Francés.*»

[1] Larica (A.)

CAPITULO LXVIII.

De otra carta que este don Francés escribió á su majestad, sobre que la dijeron que este conde se habia ahogado, yendo á Portugal, en las barcas de Alconetar.

«Sacra cesárea Majestad: A vuestra majestad dije»ron cómo yo á la vuelta de Portugal me habia aho»gado en las barcas de Alconetar, y dijeron verdad, »porque por mis pecados y los del conde don Fernan»do de Andrada y los de don Pedro de Guevara, pasé »desta vida y fuí en la otra, donde vi cosas admirables »dignas de memoria. Entre las cuales, vi al marqués »de Moya renegando de la órden de los tercerones, y »leyendo un capítulo que dice que cada uno deje á su »padre y madre por la mujer; mas que nunca leyó que »por la hija se hubiese de dejar la patria, que es la ha»cienda.

»Otrosí vi al conde de Monteagudo, tan conforme con »su mujer, como los hermanos del conde de Aguilar »con su cuñada, y ella llorando cantaba: *Omnia pre»tereunt praeter amare Deum* [2]. Vi á don Juan de Alar»con, hijo mayor [3] de don Alvaro de Mendoza, camarero »mayor de la reina de Francia, demandando á su madre »que lo alimentase; si no, que la echaria en el rio de »Santarem con cuatro halcones que tenia del rey de Por»tugal; y decia doña Elvira, su madre:—Acordáos, hijo, »que el señor Hurtado negoció con su majestad que yo »sea [4] del consejo de la guerra;—y por otra parte le »decia don Alvaro de Acosta:—Lembrayvos, senhora, »de los muytos farelos que os caballos de voso filho han »comido en Portugal.—Respondióle doña Elvira:—Ma»ledito Portugal, que nunca *Deus visitabit.*—Item vi »al marqués de Aguilar escribiendo sobre las Décadas »de *Titus Livius*; y decíale su hijo don Alonso Manri»que:—*Pater mio*, parece eso mentira.—Respondióle »él:—¿Pues soy yo Juan de Voto á Dios ó el regidor de Segovia?—

»Tambien vi á doña Ana Manrique, hermana de don »Antonio Manrique, duque de Nájara, en el pleito con »el duque de Calabria sobre matrimoniar con ella. El la »decia:—Señora, *pulcra mea*, non veis que soy *filio* »*regis;*—y ella respondió:—Mirad qué dolor, pues »*antequam Abraham fuerit, ego sum.*—

»Otrosí vi á la marquesa de Cenete asentada *pro tri»bunali non sedendo* [5], riyendo en tanta manera, que »movia á reir tres niños, de lo cual habian tanto enojo »las arrugativas de sus dueñas, que iban á demandar »albricias á don Antonio de Fonseca, comendador ma»yor de Santiago, el cual decia á las dueñas:—Filias de »Matusalen [6], mas antiguas que Troya, *nolite flere su»per me, sed super doctorem Beltran et super doctorem* »*Zuñiga*, sino dieren buena cuenta deste proceso.—

»Otrosí vi á la reina de Francia, quejándose á Tum»ba, su camarera, de musiur de Laxao, que de diez me»moriales que le daba, le perdia los nueve, y el otro que »quedaba, le decia que no se podia hacer nada; y deste »enojo una ama flamenca desta reina decia:—*Madama* »*ge la Roya, dętuya je soban, pliquena si de comporta,* »y el diablo emporte á don Pedro [7] de Guevara, que

[2] *percunt praeter amorem de my.* (C.)
[3] El *mayor* falta en los demás.
[4] vos seais (C.)
[5] *un nolli sedendo*,
[6] Jerusalen, (A. y C.)
[7] Diego (B.)

»paresce solicitador de Juan de Borgoña;—é monsiur de »Laxao decia: —*Lo diable m'emporte*, si me acuerdo, »sino de quien me da alguna cosa.—

»Vi tambien al mayordomo mayor, gobernador de »Brescia [1], con rabiosas quejas y dolores mortales desde »la cinta abajo, que en romance llaman almorranas, di»ciendo al doctor Ponte:—Dotor, nunca medre vuestro »Avicena, y en vuestro talle paresceis funda de don Fran»cisco Ruiz, obispo de Avila, ó trasunto del obispo de »Zamora, don Francisco de Mendoza; *circumdederunt »dolores mortis antifonis meis.*—

»Vi á don Francisco Pacheco, el de Córdoba, hijo de »don Alonso de Aguilar, haciendo alquimia para gastar, »y no con frailes mendicantes, sino para hacer casas de »armas y pelear con sus vecinos. No guardaba las cestas [2] »para otro dia; parescia sarda que no se le cocia el pan. »Era tan pesado, que á sus vecinos les pesaba algunas »veces. Este cronista tenia en él buen feligrés.

»Otrosí vi al duque de Béjar asentado en una silla muy »alta, y debajo dél puesto de rodillas al conde de Benal»cázar y á la marquesa de Ayamonte, suegra deste con»de, y al Marqués, hermano del Duque, y decia el Mar»qués al Duque: —*Frater, meus domini*, la mujer me »engañó.—El Duque le respondia: *Conculcabis capita »draconis et serpentis*; que quiere decir que pares»cia el dicho marqués dragon hinchado, y pues la mu»jer os engañó, que ella os dé el remedio. El conde de »Benalcázar con gran mesura decia: *Domine dux pater »michi*, que quiere decir:—Necio es el que huye del »bien.—El Duque le respondió:—Juro á Dios y por el »cuerpo de Dios, bueno estoy si á todos tengo de res»ponder.—Al conde de Miranda vi pasearse con los con»des de Haro [3] y Siruela, determinando una cuestion: »si el Duque podia declarar su casa por quien quisiese. »Este conde de Miranda decia:—Señor, estáos en vues»tras trece, que no vos faltarán letrados;—y demás desto, »los dichos condes litigaban con don Juan de Arellano si »Gozgorrita y Montijo eran bienes partibles, y en tanta »manera era su porfía, que entre ellos se atravesaba don »Juan de Arellano, alcaide de los Arcos, por si se mata»sen, y ofrecíase este don Juan al conde de Haro [4], que »si en aquel combate muriese, que él seria su testamen»tario, como lo fué del condestable don Bernardino de »Velasco, su tio, y que le llevaria los dineros que le »viniesen y no le perdonaria nada, como lo hizo al di»cho don Bernardino, su hijo. Al conde Nasao [5] vi, que »despues fué marqués de Cenete, y muchos negocian»tes tras él, y él les decía:—¡Oh mondiu, cuánto tiempo »pierden los que importunan *per Deum*; y no quer»ria yo nada destos negocios, sino algo de placer, por»que la vida es corta y porque el gran españarte Fran»cisco Gonzalez tiene talle de fariseo; no digo mas.—

»Al arzobispo don Alonso de Fonseca vi en cueros, y »á Luis Carroz, secretario consumido en la corona real; »luchando estaban tan revueltos, que parescian cule»brones. Decia el Arzobispo:—¿En qué ofendí yo á Dios, »que me echan á hacer penitencia con este gallo, harto »de lujuria?—Y decia Luis Carroz al Arzobispo que »parescia sábana torcida ó malcocha caliente; y con el »enojo que este arzobispo tenia, dijo á este coronista »don Francés:—Decid á su majestad que me desapen»sione; que yo le prometo de tener novenas con musiur »de Rolé ó con el comendador de Piedrabuena.—

»Luego á esa hora se me apareció Monroy [6] vestido »de carmesí, rezando el salmo de *Miserere mei, Deus*, en »alta voz, y le decia monsiur Falconete:—Juro al cuer»po de Dios y por la amistad que tuve una temporada »con el conde de Alba de Liste, que yo no me huelgo con »tanta devocion, que aunque soy cristiano, nunca rezo »una Ave-María.—Saltó luego de través Bauri, y dijo:— »Yo só de vuestra condicion, necio y conde, y por eso »dicen que parezco *perri vegi* del conde de Génova [7].— »Juntóse con ellos maestro Liberal, mostrando un tes»timonio cómo habia cuarenta y tres años que no creia »en Deus ni guardaba fiestas ningunas, si no era dia de »apóstol ó cuatro témporas, y no creia mas de hasta las »vísperas. Al vizconde de Bombi [8] vi cantando sobre »Zaragoza:—Maleditas las mujeres que engendraron »y las tetas que primogénitos mamaron.—Decia el »conde de Ribagorza que parescia galgo con pujo, »y respondióle el Vizconde:—Yerno, ¿duelos teneis »que parió mi mujer un hijo?—Sancho Bravo andaba »tras el marqués de Aguilar, diciendo:—Señor, ¿có»mo no me dejan el corregimiento de Córdoba, pues »que me lo mandastes?—Y decia el Marqués:—Señor »Sancho Bravo, yo hube muerto un puerco montés que »le hallaron en la espalda una encina de tres brazadas; »—y quejándose á Laxao Sancho Bravo, y diciéndole »Laxao:—*Sanchi Bravi*, acordáos de cuando estovimos »en Vormes,—decia Sancho Bravo á este propósito: »—Buen recaudo tenemos.—Y porque no trae mas »tiempo mi licencia para andar en este siglo, digo que »emplazo los vestidos de vuestra majestad que sacará »el dia de San Juan primero que verná; que parezcan »ó padezcan ante mí do quier que yo estoviese, y para »esto tomo por testigo á Dios y á Metenay. Dada en mi »cámara en Béjar y refrendada por el mi gran chanci»ller, el obispo de Mirras [9]; al duque de Calabria me »encomiendo, á Simonete y á Rolé beso las manos.»

CAPITULO LXIX.

De cómo el Emperador se partió de Granada para Valladolid, y de lo que en el camino acontecio.

En este año acaescieron en España grandes cosas, entre las cuales fué, que don Pedro de la Cerda, hermano del duque de Medinaceli, siendo casado é teniendo el hábito de Santiago, demandó que le diesen una encomienda de Alcántara. Y junto con esto, don Gutierre de Cárdenas, hijo del adelantado de Canarias, á 18 de octubre, siendo el año muy lluvioso, se partió dende Ocaña para Granada, é hizo esto no teniendo pleito ninguno, sino solo porque su majestad estaba allí. Y como fuese llegado á la corte, para el bastimento de su casa mandó comprar mucho trigo y cebada, y dentro de quince dias su majestad se partió para Valladolid, y este don Gutierre vendió el bastimento que tenia comprado, en que perdió la mitad, y se volvió con su majestad, adonde pasó hartos malos

1 Buda, (A.)—Brusá, (B. y C.)
2 cosas (A.) costas (B.)
3 Oropesa (C.)
4 Oropesa, (A.)
5 Laxao (A. y B.)

6 Trullera (A. y C.)
7 Ginebra. (C.)
8 Elebol (A.)—Bonica (B.)
9 Niza; (C.)—mi casa; (B.)

dias en ir y venir, y hay algunos oradores que quieren decir que en todo el camino este don Gutierre nunca habló al Emperador, sino una vez que, llegando el Emperador á Martos, le dijo: «Señor, vuestra majestad debia de procurar saber el romance que dice: En Martos estaba el Rey; que aquí murieron despeñados los Carvajales.» E por este buen dicho que dijo don Gutierre al Emperador, el adelantado de Canarias, su padre, como el Rey llegase á Ocaña, hizo un banquete á todos los de la cámara, y á la sazon hacia el mayor frio del mundo, y para los manjares no hubo salsa ni para los que comian lumbre; ansí que, temblando y dando carrilladas, se acabó el convite.

CAPITULO LXX.

Cómo llegado el Emperador á Valladolid, vinieron procuradores de todas las ciudades y villas de estos reinos para consultar con su majestad los males y daños que el Turco habia hecho en Hungria.

En este dicho año de 1527, á 28 de hebrero, el buen Emperador entró en Valladolid, y allí fueron los procuradores de todas las ciudades y villas de estos reinos, y los grandes y perlados y los comendadores de las órdenes, para dar órden cómo el Turco, enemigo de nuestra santa fe católica, fuese destruido, y su poder no fuese mas adelante. El cristianísimo Emperador, celoso de la fe católica, como él fuese el principal remedio della, acordó consolar á los sobredichos procuradores y darles larga cuenta de las cosas.

Luego adelante, á los 17 de marzo de dicho año, mandó venir á palacio á los procuradores, grandes é perlados, é mandóles leer todo lo pasado con el rey de Francia y con el papa Clemente de Médicis y con otros señores de Italia, y como siempre habia guardado lo que con ellos habia puesto, y cómo á todo el mundo fué notorio cómo habia soltado al rey de Francia de la prision en que lo tenia en Madrid; y porque la amistad fuese mas firme, y que Dios fuese servido, y por el bien de la cristiandad, le dió á su hermana, doña Leonor, por mujer, y no embargante estas buenas obras, como el rey de Francia se viese libre, ninguna cosa de las que con él puso, guardó, y no temiendo á Dios y á los grandes juramentos que habia hecho, ni á la vergüenza de las gentes, tramó tales ligas, que se siguió mucho mal á la cristiandad, así en tratos dañosos con el Papa, como con otros señores de Italia y con otros príncipes. Demás desto, dió lugar á que el Turco entrase en el reino de Hungría, y destruyese aquel reino y matase muchas gentes, y tornase á las gentes inocentes á la seta mahomética. Demás desto, dió cuenta cómo dió lugar é trató con el papa Clemente (poco menos que este rey de Francia), que, en lugar de poner paz, se mostraba banderizo con mano armada.

Oidas estas y otras cosas, que el Coronista, de deleznable memoria, no se acuerda de las escribir, salvo que acabado este razonamiento que el muy alto Emperador les hizo, los grandes que allí se hallaron respondieron lo siguiente.

CAPITULO LXXI.

De lo que algunos grandes y señores del reino respondieron á su majestad.

Don Alvaro de Mendoza, conde de Castro, dijo que si su majestad su parecer tomase, que él iria al Turco, y llevaria consigo al conde de Siruela para que le hablase, y que viendo el Turco la muchedumbre de reverencias que el dicho conde le haria, no seria tan crudo, que no le provocase á devocion. Y como el Emperador esto oyó, le dijo: «Conde, no en baldo pareceis ciruela-pasa ó queso enjuto al humo.»

Luego habló el conde de Benavente, don Alonso Pimentel, y dijo á su majestad: «Señor, si mi voto se tomase, daríanme á Pedraza de la Sierra, porque quiero mucho aquel lugar, por haber sido de mi suegro; y demás de esto, yo y don Juan de Vivero, mi mayordomo mayor, y don Hierónimo de Padilla y la condesa de Buendia queremos quietud é no entender en guerras.»

Luego vino al voto don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, y dijo: «Yo, Señor, soy flemático, por cuya causa no sé tantas maldades como don Pedro de Guevara ni tantas letras como el conde de Miranda, ni soy tan leido en *Terencio* y *Catilinario* como el conde de Haro; mas soy deseoso de vuestro servicio, y si hobiese quien por mí pagase mis deudas y me remediase á los hermanos, mi voluntad es que me holgaria de ello, y no haria poco. Demás de esto, parezco atun fresco atravesado sobre acémila, presentado á don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora, melancólico, adusto, que parece hijo de ballenato que lo movió la tormenta.

Luego vino al voto don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, el cual, meneándose mucho, dijo: «Señor, monsieur Emperador, ya sabeis lo que yo os quiero, y que vuestra voluntad es para mí precepto que no puedo dejar de cumplir; ordenad lo que quisiéredes, que juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que lo cumpliré, y juro á Dios que si fuere menester que se mueran en vuestro servicio mi cuñada la marquesa de Ayamonte y el conde de Benalcázar, su yerno, no se me dará mucho, y no tengo mas que decir.»

Luego habló don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, segundo de este nombre, y dijo con grande entonamiento: «Señor Emperador, yo soy recien casado, y si mi voto se tomase, mas há de veinte años que seria muerto mi padre, y tengo el estómago grande y la complexion flaca, y en vuestro servicio la tengo mas recia que Diego García de Paredes ó Diaz Sanchez de Quesada, y con todo esto, cumpliré vuestros mandamientos, como de rey y señor.» Demás de esto, dice don Francés que parezco lengua colgada en la despensa del conde de Lémus, ó uno de los de *Liber generationis*; é yo digo que parezco acedia colgada por la cabeza ó pescada cecial ahumada.

Esta habla acabada, don Juan Pacheco, marqués de Moya, dijo á su majestad: «Señor, el arzobispo de Santiago, presidente de esta corte, es mas trasijado que yo, é si algo de pequeño tengo, me viene de mi tio, el almirante de Castilla; y pues vuestra alteza es tan justiciero, déme el dañador; é si no, apelo á las mil é quinientas necesidades que don Antonio Manrique tiene.

Luego vino al voto don Pedro Giron, el cual parescia toro que pacia en la ribera de Jarama, y que no pacia de toda yerba, ó menestril del duque de Calabria, é dijo al Emperador: «Señor, yo no tengo ninguna voluntad, sino lo que vuestra majestad mandare. Verdad es que si mi voto se tomase, darmeian el marquesado de Villena, aunque no tengo derecho á él, y el ducado de Medina, que me tienen usurpado, segun me afirman muchos letrados y bachilleres.»

Don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, inquisidor mayor; con él iban (otros dicen que iban tras él) Diego de Valladolid, mercader, y Pedro de Portillo, y harta parte de la Costanilla de Valladolid, y otros procuradores de las Cuatro Calles de Toledo, y otros de Guadalajara y Almazan y Soria, y algunos parientes suyos, *Manriques*, é dijo al Emperador: «Vuestra majestad sabrá cómo los de mi linaje venimos por línea recta del diablo, que son los *Manriques*, y si á vuestra majestad pluguiere, *sinite eos abire*, y estos otros *accipite* con vos, *et judicate* que me dejen.»

Don Bernaldino de Mendoza, conde de Coruña, dijo á su majestad: «Yo, Señor, en cuanto hombre parezco buey viejo que lo llevan á la carnicería por fuerza, y por otra parte parezco fuelles grandes de los órganos de la iglesia de Toledo; y si mi voto se tomase, el duque del Infantazgo no ternia tanto como yo. Y tambien sepa vuestra majestad que yo soy un perdido por acrecentar mi casa, mas tambien me acreciento la barriga.»

Acabadas las Cortes, lo que en ellas se concluyó esotro lo sabe, salvo que el lúnes despues del domingo de Ramos todos los procuradores, grandes y perlados demandaron á su majestad licencia para se ir á sus casas, adonde tuviesen la Pascua. Su majestad se la dió con alegre cara y les dijo: «*Ite, maledicti*; que escrito está: *Maledictus est qui confidit in populis.*»

CAPITULO LXXII.

De cómo la muy alta Emperatriz parió un hijo, y lo demás que sucedió.

Dende á pocos dias, á 20 de mayo de 1527, la muy alta Emperatriz, por la miseracion divina é por hacernos Dios merced, parió un hijo, que fué llamado don Felipe; y como fué nacido, el muy alto Emperador salió á la sala, y allí todos los grandes y perlados que se hallaron, de regocijo que hobieron, saltaron é bailaron; entre los cuales se señalaron don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, y don Juan Tabera, arzobispo de Santiago, presidente del Consejo Real de su majestad; y como saltaban estos dos perlados, fueron apodados por el autor don Francés que parecian gamos que saltaban, hartos de yerba.

Venian muchas gentes por besar las manos al Emperador, y de los primeros que vinieron fueron don Francés de Mendoza, obispo de Zamora, é Juan de Lanuza, visorey de Aragon, y dijeron: «Señor, ansí nos alumbre Dios como hemos holgado con el parto de la Emperatriz, nuestra señora;» y como esto dijeron, al uno le vinieron los dolores de parto, é antes que del palacio saliesen, parió una hija, la cual dicen que fué la beata Petronila; y por el placer que todos hubieron del nacimiento del Príncipe, el Rey salió á dar gracias á Dios y á san Pablo por las grandes mercedes de él recibidas. E dende á pocos dias el Príncipe fué baptizado en san Pablo, y por las grandes mercedes muchos fueron ricamente vestidos, y el conde don Francés mas piedras llevaba que Antonio de Fonseca y el marqués de Cenete.

Fueron padrinos la serenísima reina de Francia y don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, y don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, el cual llevó al Príncipe en los brazos, é el duque de Alba se lo ayudaba á llevar.

Baptizólo el reverendísimo arzobispo de Toledo, que estaba vestido de damasco colorado, que parecia lanza jineta en almagrada; y como el Príncipe fué baptizado, un rey de armas, que se llamaba Castilla, que en un cadahalso estaba, á grandes voces dijo: «Viva, viva el príncipe don Felipe;» y este coronista dijo: «Muera, muera, muera el rey de armas, porque es necio.»

CAPITULO LXXIII.

Cómo se aparejaron grandes fiestas por el nascimiento del Príncipe, y cómo ciertos caballeros se partieron para Italia, y de cómo se entró Roma por fuerza de armas.

Como el alto Príncipe fué vuelto á palacio, fueron hechas muchas fiestas y alegrías, porque á la verdad, en todas las gentes de España é en todos los reinos del Emperador se criaron muchos placeres en los corazones de todos.

Y estando en estos regocijos vinieron nuevas á este alto Emperador que Roma se entró por fuerza de armas, y el duque de Borbon determinó de morir por ir á dar cuenta á Dios de lo que la gente de guerra habia de hacer en el saco de Roma. La gente de guerra entró en Roma y la saqueó, y á los romanos y cardenales les desplugo de lo que pasaba, mas por lo que les tomaron que por la honra, aunque á Juan de Urbina no le desplugo; y las cosas que allí pasaron adelante las diré; y beato quien allí no se halló, que mas le valiera hallarse en Simancas ó en el Espinar de Segovia, segun lo dejó escrito el príncipe de Orange en una glosa que hizo al romance que dice:

Triste estaba el Santo Padre.

CAPITULO LXXIV.

Cómo monsieur de Millau, criado de su majestad, caballero flamenco, docto en aires, aunque muy ancho en caderas, su majestad lo envió á Roma, é lo que sucedió.

Dende á ocho dias, don Alvaro de Zúñiga, hijo del conde de Aguilar, sobrino del duque de Béjar, y don Cárlos de Arellano, mancebo de sortijados ojos, suelto de colodrillo, alivianado de la frente, y don Alonso Manrique, doto en Caton, Virgilio é *Metamorfóseos*, amigo de navegar con viento solano, que parecia corza que habia malparido, hijo del marqués de Aguilar, y don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, que parecia mora labradora recien traida á la villa, asimismo hijo del conde de Aguilar, y don Iñigo de Guevara, hijo de don Pedro Velez de Guevara, el cual dicen que parecia y pareció perro que con necesidad habia salido por albañal angosto, llegaron á su majestad á le pedir licencia para ir á Italia; su majestad respondió: «No mas, asaz teneis de ella; mas si quereis dineros, perdonad, que no los hay.»



Y estos caballeros, como fuesen deseosos de honra y esforzados y ganosos de servir al Rey, luego se partieron; que ni miedo de la mar ni consejos de deudos y amigos les pudieron estorbar su camino.

A la verdad, estos caballeros eran tan necesitados, que á ninguna villa é lugar llegaban, que no les levantaban que venian de lugar en que morian de pestilencia, y lo que de ellos se hizo en su lugar se dirá.

CAPITULO LXXV.

De lo que su majestad hizo despues de esto pasado.

Poco tiempo antes de esto el Emperador tenia concertados torneos y aventuras de la manera que Amadís lo cuenta, y muy mas graciosos, y todo lo que en aquel libro se dice, se habia de hacer acá de veras. Ello es ansí, que antes ni despues se vieron, ni se verán de los que despues de nos vinieren, otras tales fiestas.

Y como la nueva vino á este emperador de las cosas acaescidas en la entrada de Roma, y de las cosas acontecidas en aquella ciudad, hubo de ello gran pesar, é hizo tan gran sentimiento, que luego mandó su majestad cesar en las fiestas é aventuras que otro dia se habian de comenzar, y mandó derrocar todos los tablados é castillos é palenques, é otros edificios grandes que para las dichas fiestas se habian hecho, aunque en ellos se habian hecho grandes gastos y gran suma de dineros; su majestad dió tal ejemplo, que á ninguno pareció sino ser obra de Dios lo que el Emperador hizo, é mas en cesar las fiestas.

Al que de esto mas pesó fué á Lope García de Salazar, preboste de Portugalete, porque tenia hecho para estas fiestas un sayo de damasco é un caparazon amarillo, que parecia chamarra de Juan Rodriguez Mausiño, ó paramento de cama de fray Pedro Berdugo; pareció cocinero del Bayboda ó sana-potras flamenco ó pregonero en Ambéres.

CAPITULO LXXVI.

De cómo don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, escribió á este don Francés á la corte, rogándole que le escribiese y dicse nuevas de las que habia en la corte, ansí de su persona como de las otras; y don Francés le escribió, la cual carta es esta.

«Muy magnífico Señor: Micer Angelo Solícito [1] me »dió una carta de vuestra señoría, en que me man»dais os dé nuevas de la corte, y por una parte parece »que vuestra señoría está de mí enojado, y por otra no »parece nada á Salazar el grande [2]; y esto digo, porque »todos los ratones son coléricos por la mayor parte.

»De no haber escrito á vuestra señoría no se espante, »porque la señora condesa de Módica era muerta poco »habia, y por ser el mal agudo é de mala digistion no »me atreví á escribir á vuestra señoría consuelos; que »mas necedades dijera que el adelantado de Cazorla »en su tierna edad, de gloriosa instancia [3].

»Y vuestra señoría esté cierto que la liga y amistad »que hicimos, por mí no se quebrará; y mucho menos »por vuestra señoría, que nunca grillo quebró lanza ni »otra cosa; y tambien porque la sangre sin fuego hier»ve, segun el deudo que yo é vuestra señoría tenemos. »Y si por malos de nuestros pecados, el Emperador »viniese á estar con vuestra señoría, *non te negabo*, an»tes os acudiré con mi casa é deudos, que son mas que »hay en la Costanilla é Astúrias [4].

»Las nuevas que acá hay, son que dicen que vuestra »señoría se mete fraile; de mi consejo no lo debe hacer, »por muchas razones: la primera es, porque al que el »mundo merece gobernar, no es justo que se le sujete »á un guardian, que por dicha no será tan esforzado »como don Pedro Velez de Guevara, ni tan sábio co»mo Hernando de Vega [5], ní tan doto en letras como el »conde de Miranda, ni tan santo como el conde don »Fernando de Andrada. Lo segundo, por lo que toca »á vuestra casa é herederos, y porque con el hábito »parecerá vuestra señoría duende de casa ó escobilla »redonda sin palo ni asta sobre bufete, ó á lo menos »turma de toro, y si no, obispillo de puerto ahumado.

»Otrosí, el duque de Béjar mi amo y yo servimos en »el medrar mucho. *Tu autem, Domine, miserere nobis.*

»El Emperador y Felipico, su hijo, están buenos, y »Juan Rodriguez Mausino está malo de unos divie»sos. Dicen que se los pegó don Donis de Portugal, »que Dios haya.

»Ruy Tellez, mayordomo mayor de la Emperatriz, »está enfermo y parece cabra montés que está de par»to, ó calzas viejas del arzobispo don fray Francisco »Jimenez, que Dios haya.

»Los mancebos que en esta corte hay se quieren »dar, unos dicen que de hambre, otros dicen que al »diablo.

»Al arzobispo de Toledo dicen ha hecho mal el frio »de esta tierra, é porque no peligrase y las nieblas no »le dañasen, los médicos le mandaron meter en una »cerbatana ó en archero del maese-escuela de Braga; »otros dicen que en una funda de longaniza ó caña fis»tola: no se acaban de resolver cuál destas cosas sea »mejor.

»El dotor Carvajal murió. Sus oficios pide don Pe»dro de la Cerda. Créese que no se los darán, porque »hallan que no es letrado, aunque él dice que estudia »en las comedias de Terencio, é hallan que de nin»guna cosa sabe nada.

»Al dotor Beltran le tomaron jugando con el con»fesor al anequin de blancas. Al Dotor detuvieron »en casa de Enrique Aleman, y al Confesor en casa »del gran Chanciller, porque se quieren mucho, é »son tan conformes como la condesa de Aguilar y sus »cuñados. Al señor don Fernando Enriquez me enco»miendo, porque parece veneciano que se le anegó la »carraca en Barcelona [6].

»Dada en Burgos, en mi cámara.—*El conde don »Francés de Zuñiga.*»

[1] vuestro criado, (añade X. II.)

[2] ni menos á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; (X. II.)

[3] y tambien porque hiciera mayor necedad que la que hizo el adelantado de Cazorla en su tierna juventud, (Id.)

[4] con mi casa é deudas, que son mas de las que quisiera, y de las cuales algo os podrá decir Juan de Truxillo, el platero. (X. II.)

[5] Francisco Gonzalez de Medina (Id.)

[6] que se le anegó la carraca con el caudal en Valladolid. (Id.)

CAPITULO LXXVII.

Cómo el Emperador mandó aparejar grandes fiestas por el nascimiento del Príncipe, é por qué causa se desbarataron otra vez.

En el mismo año de 1527, á 20 dias de mayo, estando el Emperador en Valladolid, despues de haber nascido el Príncipe, y haberse dejado las fiestas por lo que dicho es, Dios, por nuestros pecados, dió pestilencia en la villa, é su majestad salió del lugar, porque morian de varias enfermedades, los de la villa de pestilencia, los cortesanos de hambre; é como llegasen á Búrgos, fueron rescebidos en un lugar cinco leguas antes, que se llama Ciudad-Ancha, que es del duque de Béjar.

Pasando por allí la alta Emperatriz, este coronista don Francés hizo un recibimiento á una dama suya, que se decia doña Felipa Enriquez. Iban docientos labradores del dicho lugar, vestidos todos con armas y sábanas blancas y con calderas en las manos, y en las otras majaderos dando en ellas; é aunque los del lugar eran muchos, con los de la corte en este caso poca honra ganaron. Llevaron un paño de jerga viejo atado en seis picas [1]. Los timbres de este paño eran ramos de ajos y de cebollas, é detrás del paño iban los alcaldes con un presente de seis varas de pellejas de conejos é liebres é carneros llenas de paja, y todas las llaves del lugar. El presente é llaves fueron presentados á la misma dama, diciendo: «Viva, viva doña Felipa, amiga de nuestro amor.»

CAPITULO LXXVIII.

De cómo estando el Emperador en Búrgos, vinieron embajadores de los reyes de Francia é Inglaterra, é de cómo desafiaron á este alto Emperador, y cómo el Emperador acetó el desafío.

Estando el Emperador en Búrgos, como dicho es, vinieron allí los embajadores de Francia é Inglaterra, y reyes de armas de los dichos reyes, con tratos no conformes á Dios ni para paz é concordia de la cristiandad. El católico Emperador, por evitar muertes é escándalos é desasosiegos, concedió mucho de lo que pidieron. E como estos dos reyes estoviesen dañados de las voluntades, habiéndose hecho nuevos amigos, de ser el uno Heródes y el otro Pilátos, en nada vinieron; y andando en estos conciertos en el año 1528, á 10 dias del mes de enero, los embajadores de estos reyes enviaron á decir á su majestad que los oyese á otro dia siguiente.

Como el Emperador fuese animoso é discreto, luego pensó lo que querrian, é mandó aderezar una sala grande y un tablado de tres gradas, en que estaba puesta una silla real é un paño de brocado, é muchos perlados é señores estaban en torno de la silla, los cuales eran don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; don Pedro Sarmiento, obispo de Palencia; don Juan Tabera, arzobispo de Santiago, presidente del Consejo Real, y don Diego Maldonado, obispo de Ciudad-Rodrigo, que parecia funda de don Jerónimo Xuarez, obispo de Badajoz, que parece perra que anda viendo cómo morderá á todos los zancajos.

Estaba tambien allí el cura de San Felices de los Gallegos é el obispo de Tuy, é el cura de Valdestillas, con una beca puesta, é otros muchos perlados, que sería prolijidad contar.

De los grandes estaban don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, y don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, sobidos sobre los hombros de Simonete, y el marqués de Cenete, y el conde Nasao, é un solicitador del marqués de Comares, que se llamaba Chillon, y don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, y un enano de don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, é un criado de Enrique Aleman.

E luego que el Emperador fué asentado, llegaron los reyes de armas con las cotas de armas en los brazos, é el faraute del rey de Francia se llamaba Guiana, é el del rey de Inglaterra se llamaba Arancaus, y el del rey de Francia hizo la plática en que desafiaba al Emperador y á todos sus reinos é señoríos, porque ellos entendian entrar en ellos, é sacar de prision á los hijos del rey de Francia por fuerza de armas, é que le harian guerra á fuego é á sangre por todas partes.

El Emperador respondió al faraute del rey de Francia, é le dijo: «No es cosa nueva que vuestro amo me envie á decir que me quiere hacer guerra, que antes que en España viniese me la hizo, é lo que en ello ganó él lo sabe, y aun todos lo saben. Decidle que yo espero en Dios é su bendita Madre, en cuya justicia yo pongo mis cosas, que no nos ganará agora, aunque traiga por valedor al rey de Inglaterra, que yo tengo esperanza en Diós é en los grandes de mis señoríos que le haré á él guerra, y gane lo que suele en las otras.»

Al faraute del rey de Inglaterra dijo: «A vos os responderé aparte para el Rey vuestro amo;» y otro dia le respondió, no pone el autor qué, porque luego otro dia se imprimió.

Dende á pocos dias los farautes se despidieron, y los embajadores demandaron á su majestad que los mandase poner en salvo é seguro, é el Emperador lo mandó hacer así como se lo suplicaron, é mandó dar á cada uno de los farautes una cadena de á mil ducados, é mas trescientos ducados á cada uno.

E á los embajadores de Francia é Inglaterra é otros sus consortes mandó estar en un lugar que se dice Poça, á siete leguas de Búrgos, hasta que viniesen los embajadores de su majestad que estaban en Francia é Inglaterra. E si don Pedro de la Cueva é Juan Baptista Gastaldo, é don Pedro de Mendoza, el de Guadix, á la sazon que los farautes las cadenas llevaban, los toparan, de creer es que no pasaran en Francia las cadenas, lo cual á estos caballeros les era de agradescer; que eran celosos de guardar las leyes de estos reinos, y no dejar pasar oro ni plata fuera de ellos.

CAPITULO LXXIX.

De muchas cosas que acaescieron en las Españas en este dicho año.

En este dicho año mandó el Emperador como administrador perpétuo de las órdenes de Santiago, Calatrava é Alcantara, que los comendadores diesen memorial de los bienes que tenian.

Luego don Luis de Avila dió el suyo, en que decia

[1] en seis astas de pica, con goteras de ristras de ajos, detrás del cual palio iban (X. II.).

que tenia cuatro camisas, y que las tres eran para traer, y que la otra estaba rota; que demás de esto, tenia ochenta mil maravedises de deudas, y que tenia mucho mas deseo de heredar, y que tenia cuatro pajes, y no tenia qué les dar de vestir ni que comer, y que tenia un rocin que no veia, especialmente cebada, y que queria mucho que el Rey le pagase todos estos tratos.

Don Pedro de Guzman, hermano del duque de Medina-Sidonia, dió otro memorial, en que decia que aunque era hijo tercero de la casa de Medina-Sidonia, tenia gran deseo de ser el primero y suceder en ella; y que demás de esto, de las joyas que de su padre le quedaron no sacaria tanto valor como ahora cincuenta años.

Fray Pedro Verdugo, hijo tercero de un botiller de Nuño Rasura, hijo en la edad, é no en la mollera, dijo en su memorial que él comia lo mas del tiempo en casa del duque de Béjar, é que cuando este le falleciese, que el Emperador, como administrador perpétuo era obligado á le alimentar; si no, que se haria mesonero en la Puente de Duero, donde se aposentase la cocina é botillería de su majestad cuando pasase por allí.

Don Bernardino de Arellano, hermano del conde de Aguilar, dió un memorial en que decia tener un paño, un peine é unas horas en que rezaba el psalmo *Quicumque vult*, é unas calzas de Martin-gala, é cien mil maravedís de mohatras que debia.

Don Juan de Arellano, su hermano, comendador de Calatrava, dió un memorial de quinientos mil pecados que habian hecho él y don Alvaro, su hermano.

CAPITULO LXXX.

De cómo el rey de Hungría don Fernando, hermano de este emperador, fué electo rey de romanos, é cómo el Bayboda se levantó contra él, juntándose con el Turco.

En este mismo año de la Encarnacion de 1528 murió Luíz Tirazo, secretario caduco, y por su angostura fué enterrado en un junco de las Indias; y mandó su majestad secuestrar su hacienda y sus bienes corporales, y no se halló diente ni muela en su persona: hízose esto con el fin de proveer de ellas al duque de Béjar y á don Antonio de Fonseca, comendador mayor de Castilla.

En dicho año el infante don Fernando, hermano de este emperador, fué elegido por rey de Hungría é de Bohemia, é contra él se levantó en Transilvania un bayboda [1], natural de Hungría, hombre bullicioso é ancho de conciencia. E como el rey de Hungría viese la mala intencion de este bayboda, dijo: «Juro á Dios y por vida de mi madre, á mal me tiene el ojo este bellaco.» E viendo esto, ayuntó sus huestes é fué contra él, é muchas veces se peleó con él é contra sus gentes. E como este rebelde el gran poder de este don Fernando viese, envió al Turco á decir que viniese al reino de Hungría á le ganar. E como el Turco las cartas del bayboda viese, entró muy poderosamente, é tomó la ciudad de Buda, é mató muchos cristianos é muchas mujeres, é los niños de hasta cuatro años mandólos llevar á Turquía, é tornarlos turcos.

Despues de esto, el rey don Fernando ahuyentó sus huestes, é peleó muchas veces con este bayboda é con sus amigos, é puso todo el reino de Hungría sobre su mano, é fué pregonado por rey de Hungría é de Bohemia.

CAPITULO LXXXI.

Cómo el Emperador se salió de Valladolid por causa de la pestilencia, e de las cosas que en aquel tiempo acaescieron.

En el año de 1529 hubo pestilencia en Valladolid, adonde el Emperador estaba, é fuéronse para la villa de Peñafiel. Y doña Ana de Castilla, de parlante memoria, é el licenciado Santiago, é el licenciado Aguirre, é doña Beatriz Fenollet, é fray Juan de Salamanca, del órden de Santo Domingo, é fray Pedro Verdugo, comendador del órden de Alcántara, é el doctor Palacios-rubios, é la beata Petronila, é maestre Liberal, é don Luis de la Cueva, hicieron tantas devociones, que por los pecados de las Españas murieron dos oidores de la Chancillería é un despensero de don Pedro Portocarrero, é una madre del ama de Francisco Alcázar, el de Sevilla, diciendo á su marido: «Guárdate para vestir *vestris filiis*;» é un ayo de don Antonio de Fonseca, el de Toro, é un solicitador de don Luis, señor del Carpio, é un hijo de Almau, el boticario, é el dotor Villasandino.

CAPITULO LXXXII.

De lo que en este mismo tiempo acaesció, de ciertos hombres muertos que se quisieron levantar de los sepulcros adonde estaban.

En este mismo tiempo acaesció que don Francisco de Mendoza, obispo que fué de Zamora, ancho de caderas, y Cristóbal Suarez, vecino de Salamanca, é Martin Sanchez, guipuzcuano, vecino de San Sebastiàn, hombre muy leido en la crónica de Ultramar é en las *Bucólicas* de Virgilio é en las de Gomez de Buytron oñazino, que escribió á los de Bermeo é de Portugalete, é Sancho de Paz, el de Llerena, é Francisco de los Cobos, secretario del consejo de la Haciendá, é el arzobispo de Bari, tuvieron aviso cómo don Rodrigo de la Rua, contador por Antonio de Fonseca, contador mayor de Castilla, é Hernando Alvarez Zapata, secrerio de la esclarecida reina doña Isabel, é el dotor Talavera, vecino de Salamanca, é fray Pascual, obispo de Búrgos, é el secretario Almazan, é Conchilos con el secretario Villegas, se querian levantar de donde estaban enterrados, contra los del consejo de Hacienda, é la causa que para ello daban, era que sabian que lo mas del tiempo estaban ociosos. E como por estos señores de la Hacienda fué sabido, luego se fueron para San Pedro de Cardeña, donde el Cid Ruy Diaz está enterrado. E luego todos llegados, hablaron secretamente con el Cid, rogándole que su reverendísima señoría les quisiese ayudar, é que se acordase que eran criados de su padre, Diego Lainez, é Lain Calvo, su abuelo. El Cid les respondió en secreto; lo que entre ellos pasó, ó no se sabe, ó ellos no lo han querido decir.

CAPITULO LXXXIII.

De muchas cosas que en este tiempo acontecieron en la ciudad de Búrgos y en Aragon y en Castilla.

En este tiempo don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, despues de la muerte de la condesa de Módica, su mujer, pareció con el luto raton con gualdrapa.

[1] Juan Baiboda (X. R.)

Mas como el Emperador entró en Búrgos, mandó detener al dean de Búrgos é al Arcediano é á algunos canónigos de dicha iglesia, sobre algunas palabras que habian dicho sobre el aposento. E como estos canónigos salieron fuera de estos reinos de Castilla, algunas mozas é doncellas que eran aficionadas á dichos canónigos suplicaron á su majestad que perdonase á los dichos canónigos por los trabajos pasados con ellas, porque reposasen algun tiempo. Y como el Emperador fuese magnánimo, á ruego de ellas y de algunos grandes, los perdonó.

En estos tiempos, en el reino de Aragon, en la villa de Belilla, á pesar del duque de Segorbe, se tañó una campana de yugo, dicen que con consentimiento del obispo de Sigüenza, otros dicen que miraglosamente; otros dicen que porque el marqués de Aguilar deseaba el acrecentamiento del marqués de Denia, é porque Juan de Lanuza, virey de Aragon, propuso en su corazon de querer bien á don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, é le ayudar en todas sus adversidades, porque acaso ¡oh desdicha! don Juan de Cárdenas, adelantado de Granada, pagó en este año sus deudas, promesas é libranzas; de manera que todos sus criados é otras gentes fueron dello mal contentos. Así que, por estas cosas é otras muchas se tañó la campana ya dicha.

Este adelantado de Granada, yendo el Emperador á la Coruña, le mandó un caballo que le estimaba en dos mil doblas, é que no habia nascido tal de las yeguas, é nunca le vió el Emperador.

Este mismo año don Alfonso Enriquez de Sevilla, de livianos cascos, é Ventura Beltran, hijo del dotor Beltran, hubieron batalla en palacio. Quieren decir algunos contemplativos que hubo entre ellos mojicones, é demás de esto, se llamaron *asturianos*. Si yo allí me hallara, yo les dijera: *Populus meus quare rixatis?* Entrambos á dos eran conformes en la conciencia ancha.

Esto ansí pasado, maestre Liberal, médico de su majestad, dió al dotor Alfaro, y harto contra su voluntad, una ropa de chamelote aforrada en pellejas coloradas, al modo de la de monsieur de Beure, caballerizo de su majestad. Dice este coronista que esta ropa se hizo cuando nasció su padre de Pedro Zapata, señor de Barajas, vecino [1] de Madrid ó cuando nasció Gonzalo del Rio, regidor de Segovia, que fueron en tiempo en que reinaron en Castilla don Fruela y don Favila.

CAPITULO LXXXIV.

De una monstruosidad que en este tiempo parescióen una cueva, é de las grandes maravillas é espantos é cosas que allí fueron vistas.

En este tiempo, en este mismo año de 1520, don Luis Sarmiento, conde de Salinas, y don Diego Sarmiento, su primo, criado de su majestad, y Juan de Cartagena, vecino de Búrgos, y Alonso de Padilla, hijo de Juan de Saldaña, veedor de la muy alta Emperatriz, y Sancho Cota, secretario de la Emperatriz, é fray Antonio de Guevara, predicador parlerista é coronista de su majestad, *in magnam quantitatem*, é don Hierónimo de Padilla, é un solicitador de don Jorge de Portugal, é el licenciado Aguirre, é doña Ana Manrique, hermana del duque de Nájera, é la beata Petronila, é don Benito de Cisneros, é el adelantado de Cazorla, é la abadesa de las Huelgas de Búrgos, é el obispo Garay, é fray Juan de la Cadena, é Blas Caballero, canónigo de Toledo, é un predicador de el órden de san Benito, é Robles, caballerizo del comendador mayor Francisco de los Cobos, é Pero Hernandez de Córdoba, tio que fué del alcaide de los Donceles, é don Diego de Carvajal, señor de Jodar, de revoltosa memoria; todos estos hubieron nuevas cómo á tres leguas de Búrgos, en un lugar que se llama Atapuerca, adonde fué una batalla del rey don Sancho de Castilla é el rey don García de Navarra, habia una boca de una gran cueva, admirable é espantosa de ver, que se creia ser hecha por manos de Dios, é no de hombres, é que nadie se osaba á llegar á ella, segun las cosas temerosas que allí estaban; é demás de esto, se pensaba que allí habia secretos de diversas maneras, los cuales creian que los mónstruos los guardaban, é que habia muchas revelaciones de gentes que en el aire de dentro andaban, y se formaban voces que respondian á los que algo les preguntaban ó demandaban cuando algunos se osaban llegar á la cueva; é que dentro estaban estatuas de deformes cuerpos, con rótulos é letras griegas que decian: «Cuando en algun tiempo nosotros fuéremos vistos, crean que somos los hermanos del conde de Cabra, é monsiur de Prata, é la mujer de don Luis de la Cerda, é Motezuma, é Rodrigo de la Rua, teniente de Antonio Fonseca.

Y esta nueva dió un labrador á don Luis de Sarmiento, conde de Salinas, é á don Diego Sarmiento, su primo, é á fray Juan de Salamanca; é como esto fué oido por estos caballeros, hablaron en lo que se debia hacer, é acordaron de ir á la cueva é llevar las personas ya dichas, é que seria bien que con ellos fuesen algunas buenas personas é de buena vida; é luégo fueron llamados el obispo fray Trece, de la Merced, é fray Bernaldino Gentil, siciliano, coronista parlante de su majestad, é fray Antonio de Guevara, gran decidor de todo lo que le parecia; é todos juntos fueron al lugar de Atapuerca, é como á la cueva llegaron, sin estorbo alguno entraron, y oyeron voces de los hermanos del conde de Cabra; é como en la cueva hobiese muchas concavidades é apartamientos é estancias, de seis en seis se apartaron por la cueva; é como el conde de Salinas fuese dentro de ella á tres millas, oyó una voz que le dijo: «Conde, ¿qué demandas? No pases mas adelante ni tus compañeros.»

Y el Conde, espantado de la voz, como fuese esforzado, dijo: «Sepas, voz, que soy aquí venido por saber muchas cosas, é de algunas querria ser cierto.

»Si el ánima de don Diego de Villandrando, conde de Ribadeo, ha arribado al purgatorio.

»Si los dineros que el duque de Béjar presta hacen operacion.

»Si don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora, é Reinoso, veedor de Melilla, é el conde de Coruña, é Rodrigo de la Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, é las *antífonas* de la reina Germana, si tomaron la mitad del campo de Josafat.

[1] Señor de Barajas y la Alameda, el cual parecia donado antiguo de los de Santa Catalina de Madrid, y que el hábito de Santiago que traia se lo habian dado porque no se le atravesase en el Ayuntamiento Pedro Puelles, cuando se desposó con doña Isabel Castaña, condesa de Rivadeo. Otros pretenden que se hizo cuando nasció, etc. (X. II.)

»Si don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, será continente.

»Si don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, matrimoniará; é si hará fiestas por el casamiento don Hernando, su hermano.»

Otrosí dijo: «Señora voz, si al conde de Nasao se le muriese el licenciado Pisa, y á Antonio de Fonseca ratones le comiesen sus escrituras, *quid juris*.»

»Item si por caso doña Teresa Enriquez pagáse las libranzas é prometimientos de su hijo el adelantado de Granada, si quedarán las ánimas del purgatorio satisfechas,

»Otrosí, si cuando en las bodas de doña Francisca de la Cueva, estando en las mis casas de Búrgos la marquesa de Cenete, meneándose é queriéndose sentar, quebró un estrado é hundió un entresuelo, é no me fué hecha justicia, de lo cual apelé al alcalde Virviesca con las mil é quinientas arrobas de caderas del dicho alcalde, ¿por qué fué?

»Item, si don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, pudiese hacer é fabricar mas cuerpo, é ensanchar su villa de Miranda, ¿si quedaria por él?

»Item, si don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, é don Juan de Lanuza muriesen en vida, si seria el uno san Simon é el otro Júdas. — E si el comendador mayor de Leon, don Fernando de Toledo, paresce murciélago blanco muerto con pantuflos, ó pisada de gato en levadura, que así lo afirma don Garcia de Toledo, en los Proverbios que escribió á la ciudad de Jerez de la Frontera, emendándoles sus jinetas; dime, voz, si ha de porfiar en la otra vida tanto como en esta.»

Fray Antonio de Guevara, obispo de Guadix, dijo: «Querria saber, señora voz, si tengo de ser mejorado en algun obispado, é que fuese presto; é si mi hermano Pero Velez ha de tener algun tiempo confirmado el seso, é si aprovecharia depositarlo en don Antonio de la Cueva, gobernador de Galicia, é si han de creer todo lo que yo escribo.

»Y si doña Ana Manrique ha de ser casada con el conde de Lémos ó con el duque de Calabria, ó si ha de ser la hada Morgana, ó Juan de Espera-en-Dios.»

Pero Hernandez, tio del alcalde de los Donceles, dijo: «Señora voz, quisiera saber si han de tornar á entrar en España los árabes; porque querria que fuese en mi tiempo, porque se tornasen á usar los tahelíes é quijotes.»

CAPITULO LXXXV.

Del camino del Emperador á Italia.

El camino de este invictísimo emperador á Italia escribiré brevemente, aunque no me hallé presente, é la causa es porque al tiempo que su majestad partió de Toledo yo estaba en la cama enfermo de la carne, é del espíritu no nada dispuesto, porque desde niño me da catarro el olor de la pólvora, é todo miedo é sobresalto me empece. Allende de esto, el doctor Villalobos, mi hermano en armas é médico donoso de su majestad, me aconsejó no me allegase á su majestad, porque no me alejase del reino, porque si el dicho reino se alborotase pudiésemos favorecer al arzobispo de Sevilla é á la fe católica, é porque ya no era el tiempo de Maricastaña, cuando los mares se pasaban á pié enjuto; é despues de esto, de una herida que yo tuve, siendo niño, en el prepucio, me quedaron tales reliquias, que en mudando el tiempo padezco.

CAPITULO LXXXVI.

Este es un conjuro que don Francés hizo á la galera capitana en que iba el Emperador á Italia.

«Conjúrote, galera, de las tres partes de España, que vuelvas á ella; conjúrote, galera, con la honestidad é santidad de las monjas de Barcelona, especialmente de Junqueras; conjúrote, galera, con la conciencia de Andrea Doria, é con la rectitud é buena razon de Portundo, é con el amor que le tienen sus capitanes, é con la potestad de Cobos, é con la presuncion de sus criados, é con la hipocresía de su capellan, é con los setecientos mil ducados del obispo de Sigüenza; conjúrote, galera, con la mala respuesta de don García de Padilla, é con la soberbia del conde Nasao, é con la codicia de monsiur de Laxao, é con los deseos del confesor Loaisa, é con el capelo del gran Canciller, é con la lujuria del obispo de Sigüenza, é con la barba leonada é impotencia de don Beltran de Robles, é con el gesto de don Pedro, su hermano, é con las órdenes del obispo de Nicea; conjúrote, galera, con los dados y naipes de don Felipe de Castilla, é con la miseria del duque de Cardona, é con el cuidado é plato del conde de Saldaña, é con la caperuza é carta de marear del duque de Arcos é con su figura; conjúrote con los cuatro vientos de las mangas de los pajes del marqués de Astorga, é con el tesoro del monsieur de Laxao, é con la largueza é gala del marqués de Moya, é con la fe del conde don Hernando, é con la barba é bravosidad de don Pedro de la Cueva, é con la buena condicion é humildad de don Luis de la Cueva, é con las cartas que el Almirante escribió sin parecer á las Quincuagenas; con la esperanza de mercedes que tiene don Pedro Laso é con la gravedad de su hermano; conjúrote, galera, con las arquetas de don Alvaro de Córdoba; conjúrote, galera, con la bondad del mayordomo mayor, é con los pantuflos leonados del duque de Alba, é con la inocencia de Antonio de Fonseca; conjúrote, galera, con el placer que sintió su madre cuando concibió á don Enrique de Rojas, é con la fuerza de don Pedro de Guzman; conjúrote, galera, con la que lleva don Hurtado, é por el derecho que tiene á buenas quijadas, é con la solicitud de don Sancho Martinez de Leiva, é con el deseo que tiene el obispo de Ciudad-Rodrigo, é con los alcorques de don Manrique de Silva, é con los aborrecibles principios de don Sancho de Velasco, é con la fuerte conciencia de don Francés de Beamonte; conjúrote con la espera de esta armada de Alvar Perez de Soria, é con el pleito de don Pedro de Mendoza, é con los banquetes del arzobispo de Bari, é con el alegría de don Alonso Osorio, é con los pasatiempos de don Pedro Bazan, é con la pérdida de micer Juan Reina, é con la gracia de maestre Enrique, é con las hazañas de Quintanilla; é con el alarde de Rivadeneyra, é con la retórica de Menéses de Bobadilla, é con la inocencia de don Juan de Cardona, é con las alcahuetas del comendador Ludueña, é con el pleito de don Galceran, é con la hoquedad de Gutierre Lopez de Padilla, é con los amores é coplas de Boscan, é con la miseria é pobreza de don Alvaro de Bobadilla, é con la

vida de don Juan de Mendoza, é con el reposo de don Alonso Manrique, é con los amores é vanidad de don Diego Osorio, é con la enfermedad del doctor Narciso, é con los libros del doctor Villalobos é con los del doctor Avila, é con la santidad de los deanes de Jaen, Búrgos é Plasencia; por las quijadas de congrio ahumado de Juan de Astudillo, por la grasa del bonete del racionero Pedrosa, por los dos orinales que lleva de camino Alarcon, el arcipreste de Calahorra, por la tos gatuna del sacristan mayor, por la nariz de toronja del secretario de la embajada de Inglaterra, por las orejas de elefante del protomédico, por el zamarro del duque de Tuy, por las martingalas ribeteadas de Garcí-Tello, é trescientas cosas mas, que me digas, galera, qué fin tendrá, á tu parecer, esta jornada; que, dando fin á mi crónica, aguardo tu respuesta entre Cantimpalos é Galisteo.»

FIN DE LA CRÓNICA DE DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA.

COMIENZA EL EPISTOLARIO[1]

DEL MISMO

FAMOSO CORONISTA DON FRANCÉS,

Y SON CARTAS ENVIADAS A DIVERSAS ILUSTRES PERSONAS.

CARTA QUE PUSO DON FRANCÉS Á LAS PUERTAS DE PALACIO.

Don Francés, por la gracia de Dios, reformador de los locos y enemigo de necios, extramuros de miserables, salud y gracia: Sepádes cómo el Emperador, nuestro señor, me hubo hecho merced de la putería de Arjona, y por nuestros pecados en la dicha casa de adulterio ogaño no ha quedado mujer que no haya muerto. Movido á caridad, digo que cualquier señora ó caballero que hija tuviere y no la pudiere casar tan á su honra como ellos quisieren, que yo don Francés la recibiré en la mi casa de Arjona para que cada dia haga cincuenta pecados mortales, que allí la absolverán *totiens, quotiens*; con tanto que la señora que allí entrare sea primero obligada á examinarse con el chantre don Hernando de Córdoba y con don Francisco Gonzalez de Medina, que se parece al desierto en que anduvo san Juan, y con que sepa el cantar de Pedro Aguiloche, y «so los álamos vengo, madre»; y con que lleve una cama de ropa y una libra de cera y cinco mil maravedises. Allí la serán guardadas sus buenas costumbres y previlegios y órdenes, y para ello damos por fiadores á Carazo, zancajo de cabra cecinada, y al regidor de Segovia, gusano de seda muerto, y á Soria el secretario, que parece buey aguado; y porque lo dicho es y será ansí, lo firmo de mi nombre, y para que sea notorio á todos, venga cada uno firmando por lo que hubiere de hacer.—*Don Francés de Zúñiga.*

CARTA DE DON FRANCÉS AL REY DE PORTUGAL.

Muy reverendo Señor: Él otro dia escribí á vuestra alteza haciéndole saber la mucha voluntad que siempre he tenido á la casa de Portugal, especialmente á vuestro padre de gloriosa memoria, por quien yo he de mirar, ansí por vuestra alteza como por vuestros hermanos, que en verdad no os miro yo con menos ojos que á mi hijo el mayorazgo; y por esto que dicho tengo he trabajado de os casar con la mas gentil moza que hay en el mundo, sino que á la sazon que llegó este vuestro paje fidalgo y algo morenete, la señora vuestra mujer tenia tanto reuma, que era maravilla. Ella decia á todos que era romadizo; mi fe, para con vuestra alteza, hablando á la clara, ellos son mozos cotidianos, heredados de padres y agüelos. El embajador Pedro de Correa es tan honrado y hace tanto en vuestro servicio, que su majestad y cuantos buenos somos en este reino le tenemos en mucho. Han querido decir algunos que parece el dicho embajador al Lias[2], que está depositado en los Algarbes hasta el novísimo dia. El doctor que teneis es muy buen caballero y gran servidor; sabe toda aritmética, es gracioso y mas apacible que el mapa-mundi; ha dado tan buena cuenta en esta Castilla de su persona, que viudas y doncellas le querian detener hasta que Dios las alumbre, y dícenle á grandes voces: «*Domine doctor*, ¿por qué nos quereis hacer batanar?» Ansí que una dellas le dijo con enojo que parescia porron de piedra en pilar de agua ó imágen en medio de camino, vuelto el rostro hácia regañon. Y porque á vuestra alteza le placerá del bien de doña Elvira de Mendoza, que es muy vuestra servidora, la desposamos víspera de San Francisco con mosiur de Laxao; y dice doña Elvira que la causa por qué mas se casó con él, fué por la gran solicitud suya; y la noche que la desposaron salió muy bien vestida con una ropa de zorros, y una espada de á dos manos, cantando dolorosa. Danzó la marquesa de Cenete con el mayordomo mayor, y el duque de Béjar, vuestro amigo, con doña Ana Manrique, y en medio de la danza decia el Duque á doña Ana: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que se me ha olvidado;» y doña Ana contaba al Duque de la ferocidad de su padre y de la antigüedad de sus pasados; ansí que, para bien danzar no era menester nada desto. Y la noche que á vuestra alteza desposamos salieron hechos momos el gran duque de Alba y el almirante y don Hernando, su nieto del Duque; y como este mancebo sea largo y bien dispuesto, y estotros señores no tanto, parescia que iban nadando con alabar-

[1] De cuantos códices hemos examinado, solo el X, 11 de la Biblioteca Nacional, tiene completo este *Epistolario*, el cual se inserta aquí como obra de DON FRANCÉS ó quien quiera que sea el autor de esta crónica; pero debe advertirse que la copia, que no es muy antigua, está plagada de errores que no es posible rectificar mientras no parezca otra mas auténtica y fidedigna.

[2] Así en la copia.

das; y porque á esta hora se hundió un entresuelo con el Doctor y otras dos dueñas, la una de las cuales se llamaba Sancha de Ardaz, no alargo mas, sino que quedo á lo que cumpliere á vuestra honra.—*Don Francés*...

CARTA DE DON FRANCÉS AL MAYORDOMO MAYOR DE SU MAJESTAD; DONDE PONE EL BLASON DE SUS ARMAS DEL MISMO DON FRANCÉS.

Lo que de mis pasados se sabe, y cómo ganaron sus armas, es esto: En la ciudad de Samaria habia un caballero que se llamaba Abned, el cual caballero tenia un castillo que habia por nombre Ninive, frontera de luengos tiempos con Nabucho-Donosor, y al tiempo que Titus y Vespasiano fueron á cercar la ciudad de Jerusalen, temiéndose de aquel castillo, en el cual estaba por alcaide un mi agüelo de parte de padre, el dicho Titus y Vespasiano enviaron gentes de guarda sobre el castillo; y como esta gente se aprontase á combatir el castillo, y mi agüelo no pudiese defenderse por la poca gente que dentro tenia, acordó de armarse, y sobre las armas, en el costado izquierdo, llevaba un corazon de paño colorado, y abrió las puertas del castillo, y peleó con los enemigos de tal manera, que á los primeros golpes que vió la gente, cayó de miedo muerto en el suelo. Y por esta hazaña le fueron dadas por armas, á la mano izquierda un roel colorado á guisa que los mardoqueos antiguos traian, y á la mano derecha una torre; quieren buenas lenguas que este roel sea epitima, y la torre coluna.

Otrosí, en Castilla hubo un rey que se llamó Sancho Abarca, el cual fué avisado de algunos caballeros cómo la provincia de Vizcaya se queria levantar contra su servicio, y con enojo que este rey tuvo, de presto tomó la mas gente que pudo, y entró por la provincia por les quebrantar sus costumbres y previlegios; y en este tiempo un bisagüelo de parte de mi madre, natural de Garnica, llamado Perote de Lezogunes, como vió estragar la tierra, apellidó los mas parientes que pudo, y puso al Rey en tanta necesidad, que capituló con él desta manera: que les guardaria sus previlegios; y porque mi agüelo, andando peleando, habia dejado un capote en el campo antes que entrase el Rey, al modo que él y sus parientes estaban en piernas, y un dardo en la mano y un pié descalzo, por eso le fueron dadas por armas una lanza, con la cual dicen qué despues se halló en la de Hierusalen.

Otro mi agüelo, viviendo con el rey Melquisedech, por hacer fiesta al Rey, le convidó al monte, y en el monte le aderezó de comer para él y los suyos; y como este mi agüelo anduviese cansado de aderezar la comida, adurmióse; y estando durmiendo, un puerco montés medio rabioso, herido, se soltó de la enramada y pasó por donde estaba este mi agüelo adormido, y el puerco, con la rabia de la muerte, no sabiendo lo que hacia, le comió el prepucio, y por esto nos fué dado por armas que, en lugar de prepucio, de camino trajésemos papahigo, y de rua muceta; así que estas son las armas que vuestra señoría ha de poner en la planzada del oro para mí, segun por este blason mas claro paresce.—*Don Francés.*

CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL MARQUÉS DE PESCARA

Señor primo: Aquí anda Gutierrez mas trasijado que el año de 23, y muriendo por vuestros negocios y solicitando mas que Pedro Mártir, sus juicios qué se han hecho. Yo hubiera ido á ver á vuestra señoría, sino por miedo; que me han dicho quo os han hecho capitan general contra Francia. Soy tan mal amigo de quijotes y guarda-brazos, que en vellos se me acuerda de aquella escaramuza de Jerusalen. Cada dia digo al Emperador lo mucho que mereceis, y su majestad responde qué se verá en Consejo. El solicitador del duque de Sesa anda tras mí para que en muriendo tenga cargo de sus casas, pues que lo tengo ya de las de Gutierrez; yo le he dicho: «Escudero muy chiquito, vade enhoramala, que solo el marqués de Pescara me da pan que chillo[1].» A vuestra señoría hago saber cómo há tres meses que estoy fuera de la corte, y si el Emperador por mí no enviara, tarde volviera; y la razon es, porque los que aquí andan son pocos y pobres de ánimo y traen los gaznates secos de codicia; hasta el novísimo dia os mando que estéis como estabais. Luego vuestra señoría me envie de allá unas sortijas con piedras que parezcan buenas y no valgan nada, y un joyel del mismo jaez; en tal manera que el oro tengan grueso. El conde de Nasao se casó, y razonablemente, y llámase marqués de Cenete; la señora novia es ganosa de pelear. El Emperador y la reina de Portugal fueron padrinos, y yo subdiácano, y el conde de Ginebra, que paresce horno metido entre paredes, y marqués cuanto Dios querrá y cuanto vuestra señoría se mostrará colérico, hizo de monacillo; Antonio de Fonseca ha holgado mucho de las bodas; el duque de Béjar, mi amo, no ha hecho en sus negocios mas que el dia primero. El prior de San Juan tiene encargo en Barcelona de setenta y tres virgos, amen de muchas casadas disfamadas, y el gobernador de Breda cada luna nueva tiene pasiones nuevas de sus almorranas. El gran Chanciller trae cabellera, y el otro dia tuvo ciertas palabras delante de su majestad con el Presidente, en tanta manera, que llegaron á las manos, y quedó tal, que parecia madre de maestre Liberal, físico. El embajador de Portugal habla muchas veces á su majestad sobre la especería, que creo que la habrá de venir á comprar acá Portugal. Por el capitan Corbera me preguntó el otro dia su majestad, y me dijo si le conocia; yo diciendo que no sabia por quién decia, me dijo su majestad que era uno que parecia osa nueva embarrancada en arroyo. Hablará vuestra señoría al Papa, y decirle ha que si como come lonjas de tocino, comiese garbanzos, que otro gusto le darian.

A mi señora la Marquesa, mi prima, dirá vuestra señoría que Hernando de Vega muere por amores suyos, y que cuando no se casare, correrán las postas á besarla las manos él y don Juan Manuel, y será como cuando van á caza galgo y podenco. Y el señor don Rafael de Guardiola, mi embajador de Florencia, hace tanto por Gutierrez, que si no fuera por su señoría, estaria mas angosto que una anguilla cecial; quiere al Rey tambien, y mas que á don Antonio de Córdoba, el obispo de Búrgos. Fué el otro dia á palacio como le parió su madre y la mano puesta atrás, y lo que iba di-

[1] Así en la copia, pero debe haber error del copiante.

ciendo era: *Estella fiel gatho die*[1]; y porque se me alborota el seso, no digo mas sino hacer saber á vuestra señoría que gobierno al Emperador. Al visorey de Nápoles dará mis encomiendas, y de mi parte le diga que nunca medre su señoría, porque no me escribe, y que digo yo que paresce acerola que no ha madurado ó carne de membrillo hecha en Toledo. De Búrgos, á lo que cumpliere á vuestra honra. Yo digo que soy vuestro pariente, y que lo entiendo de probar.—*Don Francés.*

CARTA DE DON FRANCÉS PARA LA REINA DE FRANCIA, DOÑA LEONOR.

Desasosiego de mi vida: Lo que yo os puedo escribir es que noramala os conocí para vos y para mí; y si Adan, nuestro padre, penó tanto por Eva, maldito sea su merced; y desto que os escribo, no solamente lo callaréis, mas guardáos del diablo, no lo sienta el Emperador; y por me hacer merced no os altereis, porque buen ejemplo tenemos que los hombres quieren bien á las mujeres; hasta los bueyes y animales; que el buey quiere á la vaca, y el mono á la mona, y el duque de Calabria á doña Ana Manrique, y don Gomez á doña Elvira de Mendoza, y Antonio de Fonseca al conde de Nasao, y el duque de Béjar al duque de Alba, y el duque de Nájera al Condestable; y esto he dicho porque sin amor ninguna cosa sé puede hacer; y no de balde dijo el obispo de Coria que si Sancho Cota viniere con su cruz, díganle de mi parte que paresce botijon en casa de boticario con rétulo; y si el embajador de Portugal os hablare en el camino sobre la especiería, respondelde muy mesurado: «Por la mi vida, Embajador, *nescitis quid petatis.*»

Don Luis de Rojas ha hecho muchas fiestas á su majestad aquí en Lerma; la primera fué que le presentó medio cuarto de ternera y tres docenas de huevos, y tras esto le dió una peticion contra su suegro, que le hiciese pagar la mitad. El duque de Béjar, viérnes en la tarde, dió tantos de palos á su hijo, que dijeron que les parescia que le dejó medio muerto, y esto hizo porque le pareció que era obligado á alimentarle. Diréis al duque de Alba que su nieto me ha hecho media copla, y como el marqués de Villafranca lo oyó, dijo á grandes voces á Boscan: «Cuánto os debemos la casa de Alba, pues que á nuestro mayorazgo habeis hecho trovador!»

Al arzobispo de Toledo dirá vuestra alteza que parece cisne ahorcado, y don Hernando de Córdoba, boticario de acónito; y si fuere menester dejar al Emperador por vuestra merced, *non te negabo*. ¡Oh mujeres! que no de balde dijo por vosotras Salomon, estragadoras de ciencia, complexiones del diablo; y aunque lo disimulé el otro dia, cuando dí paz á Guiomar, bien vi que se os saltaron las lágrimas, y Dios no quiere del pecador mas sino que se arrepienta. Ayer tarde acaeció una gran desdicha, y fué que maestre Liberal, médico del Emperador, cabalgó á la brida, y por saltar de un cerrillo cayó en medio del rio, y queriéndose ahogar en presencia de todo el pueblo, dijo: «El diablo me emporte;» ansí que dió tanta devocion á las gentes, que nos hizo llorar de contricion.—El mas triste, *Don Francés de Zúñiga.*

[1] No es fácil atinar qué diria el original en este lugar; así se lee en la copia.

CARTA DE DON FRANCÉS AL MARQUÉS DE PESCARA.

Inexpugnable señor primo, el marqués de Pescara, capitan general, porque parece hijo bastardo de Villalta, caballerizo de su majestad.

Inexpugnable señor primo: Tengo en tanto vuestra persona, que por honrado me tengo en que tengais deudo conmigo. A Dios doy muchas gracias que en mis dias vea yo hombre de mi linaje valer tanto. Bien pareceis á vuestros antepasados Melquisedech y Júdas Macabeo. El prior de San Juan está doliente de vuestra merced, y por parecer que está en guerra, ha dado batería á dos de vuestras fortalezas que hay en Barcelona, que se llaman Junqueras y Valdoncellas, y ha sido de tanta y tan buena manera, que si la pólvora de la potencia no le faltara al mejor tiempo, se le dieran todas cuantas casas hay en aquella comarca. El capitan Bracamonte y Gutierrez andan muy juntos, como perdices cuando se venden en la plaza, una flaca con una gorda; el cual capitan, haciendo una habla muy de propósito delante del duque de Béjar y de don Juan Manuel y de la marquesa de Cenete y de otros muchos caballeros, le dijeron: «De la cernadera[2] mandaréis abreviar ó volveros á Marsella.» Quedó tan enojado, que revolví y le dije que parecia sobrino de canónigo que le habia su tio puesto en las guardas.

El Emperador está mejor de su cuartana, y fué por una purga que yo le ordené, que es la cosa mas probada y averiguada que para los cuartanarios se puede dar, y fué que le mandé que cuando le viniese el frio, que le leyese el *Amadís* el duque de Arcos, porque tiene gentil lengua, y le contase cuentos el marqués de Aguilar, y que cuando le viniese la calentura le cantasen un *pater ¿quid faciendum?* á tres voces Rui Diaz de Rojas y don Pedro de Zúñiga, hijo del duque de Béjar, y que el contralto llevase el conde de Haro; y para que no se durmiese mandóse que le trajesen para hablar con él en negocios á don Berenguel Domo y á setecientos negociantes, y al conde de Noguerol con sus epigramas, y de rato en rato quejándose el obispo de Niza y diciéndole: *Monseñor, en echinaton do me è maçato la mia testa que oy dada es en Napoli, como desea el micero*[3],» que sea un cuento de renta mas de lo que tenia. Respóndele el Emperador: «*Vade pasa mato*, que teneis gesto de ternera vieja atada á escalera.» Su majestad lo hizo, y á Dios gracias, se ha hallado mejor.

Las nuevas que hay son, que, como el Rey vió á lo quinque tan luengo y angosto, pensó que era liebre fiambre, y el mayordomo mayor dijo que era avitranca del arzobispo de Santiago, y yo dije que parescia criado de ginovés con tercianas. Al presidente de Valladolid hicieron arzobispo de Santiago y presidente en la corte; está tan ufano, que las mas veces me llama vos; mire vuestra merced qué sintiera el solicitador del duque de Sesa. El duque de Béjar, mi amo, está en menearse mas que suele, y no menea negocio suyo que

[2] Así en la copia.
[3] Debe faltar algo; el sentido no está completo.

valga un maravedí. El conde de Siruela, como trae pleitos, acordó de tener cuartana, pensando de echar cargo al Emperador, diciendo que él es cuartanario y que suplica á su majestad mande hacer sus negocios á su voluntad; fuéle respondido por su majestad: «Conde, cuanto á lo de la cuartana, vos tendréis mal invierno por merced que Dios os haga, y cuanto á lo de los pleitos, verse han por justicia. El gran Chanciller y Hernando de la Vega, como no tienen qué hacer, muéstranse á esgremir y á danzar, y Juan de Bracamonte, vuestro huésped, resucitó. ¡Guay de vuestra merced! Al señor marqués del Guasto dirá vuestra señoría que no gaste tanto, si no, que le llamaran «el del Gasto», y á vuestra señoría del engasto, porque no me ha inviado los joyeles. El duque de Alba anda mas enamorado que Galeno, y el obispo de Mallorca mas hipócrita que Hipocrás, pensando que el Rey le ha de mudar el obispado. Al gobernador de Brescia hallaron esta semana en una cama desnudo con la del licenciado Bernaldino, y hovo tanto enojo de ello maestro Liberal, que decia á grandes voces: *Nostra dona di Loreto me saque el alma, mi parte por la gamba que se me vian più agora dieci años.*

A don Juan Manuel han puesto á deprender gramática, porque de muchacho no le hallaron tal habilidad en el mundo, y hanlo hecho ansí, porque hallaron en un juicio que le echaron, que desque fuese grande no seria chico.

Al duque de Borbon dirá vuestra señoría la gran voluntad que le tengo de hacer bien y merced, y que aunque me hubiera escrito, no hubiera perdido nada en ello, porque lo hubiera sentido en la mano; mas no embargante esto, no puedo dejar de ser su amigo por muchas razones. La primera, por lo mucho que esa su casa debe á la mia, y porque soy tanto vuestro carísimo. El Emperador le quiere en tanta manera, que parece loco inglés; es tan privado y tan vano de la cabeza, que si Dios me llevase desta presente vida, no dejaria á otro encomendado mis cosas y las Españas sino á él, no por otra cosa sino por la mucha habilidad que tiene. César Ferramosca é yo nos preciamos de una misma cosa y manera, *panem nostrum quotidianum*, y Bauvri es muy buen caballero y alegre hombre; el Emperador le ama con demasía.

Fray Securo, yendo en una carreta de Valladolid á Simancas, junto á Duero se quebró la carreta, y cayó en el rio y ahogóse; y dicen muchos que le oyeron decir al tiempo que se ahogaba: «¡Oh infelice marqués de Mántua y nietos del duque de Alba, ya quedaréis sin el Salustio Catilinario!» Y holgara de ir á Marsella; sino porque al marqués de Villafranca le dieron á entregar cinco mercaderes, y no le hallaron en su casa bienes de hasta dos mil maravedís. Mosieur de Borcarmen hallan que está enamorado, y en las palabras que á su amiga decia, subíala con un diurnal y con la oracion de san Leon papa; así que, los amores mas quieren piñones mondados que no devociones. Otrosí, porque no gasteis mas tiempo sobre Marsella, quiero decir cómo la habeis de tomar, y sea desta manera: Lo primero que os abran la puerta, lo segundo que salgan los enemigos por la otra, lo tercero que mojen la pólvora, lo cuarto que os entreguen la artillería, lo quinto que entreis dentro, lo sexto que entreis á grandes voces diciendo: «¡España, España!» Lo sétimo que pongais por inventario todo lo que dentro halláredes, lo otavo que sea confiscado para mi cámara ó cámaras que os tomaren, cuando dentro fuéredes. Dada en Gutierrez, mi villa, que parece que la han sacado las lechugas del rostro, para hacer manjar blanco en Anianago, donde ha tomado mal de ijada y de cámara á cuantos allí están. Testigos que fueron de esta carta, don Luis de la Cerda, mozo de mula alcoholada, y el señor duque de Calabria, que no lo vió, y don Juan de Zúñiga, que parece buharro, cosidos los ojos para tomar otros. Fecha de otubre de 513, cuando Vozmediano arrendó la creceada [1] á España.

Yo digo que seré vuestro amigo cuando no hubiere guerra.—*Don Francés.*

CARTA DEL MISMO DON FRANCÉS AL MISMO MARQUÉS DE PESCARA.

Muy magnánimo señor primo: Con cuidados que tengo de gobernar estos reinos, no he podido hacer saber á vuestra señoría, ansí de mi persona como de muchas cosas que pasan; de que yo vaya donde está, tendrá paciencia.

Ofrécense tantas cosas que decir, que casi no diré nada, sino nuevas que vuestra merced puede saber. El Papa es muerto, y el obispo de Niza no tardará mucho en morir. El duque de Béjar prestó á su majestad cincuenta y cuatro mil ducados; si le plugo ó le pesó, determínelo Dios, que él harto decia que los dineros para eso eran, para servir á su rey y señor. Y el de Benavente y otros señores están aquí en Navarra, los cuales estarán presto (así plazca á Dios) en la otra vida eterna; y no porque se metan en lo duro de la batalla, sino porque se les afloje el corazon, como al profeta Ezequías cuando hacia planto á los cortesanos.

En esta corte ha venido nuevamente una enfermedad que se llama sobresalto, que da á los hombres sin pensallo. De esta enfermedad el arzobispo de Santiago, que lo hicieron de Toledo, está mas angosto que vuestra señoría lo dejó, y el Obispo, de placer que le dió, se volvió mas negro que un carbon. El señor arzobispo de Barri llegó á esta corte, y su majestad lo recibió y mostró la voluntad que mostraba á su padre, si le viniera á quitar el reino de verdad; que le tiene tan buena voluntad, que este otro dia se partió en postas para su casa. César es gran privado, y tanto, que debe en la corte mas de cinco mil ducados. Las cosas de la guerra van de bien en mejor; y esto hace Dios por su majestad, porque es buen cristiano, y véolo por experiencia, que un padre que yo perdí, como era un desesperado, las cosas de Dios tenia tan delante los ojos, que á la hora de la muerte nunca le pudieron hacer decir el *Credo*. Yo mandé al Emperador, y en tanta manera, que por vagamundo me han dado cien azotes, y no por capeador, que maldito lo que puedo quitar á nadie.

En Pamplona estamos mi serenísima persona y Gutierrez. Este anda muy bueno y echa largamente la silla de lo que vuestra señoría le mandó, aunque no de quijadas, que mas desventuradas las tiene que cuando vuestra señoría se partió. Yo hago cada dia memoria de vuestra merced á su majestad, lo que es razon y lo que yo debo. El hermano del marqués de Mántua anda

[1] Quizá quiso decir *cebada*.

aquí abierta la boca, tan espantado, que paresce labrador que le han metido por fuerza en iglesia catedral; y los que comian á la mesa de vuestra señoría, la mitad han sido desorejados por ladrones. Y porqué vuestra señoría parece sardo, que le han desterrado de su natural, no me alargo mas.

A la señora mi prima, vuestra mujer, dirá vuestra señoría que cuanto á lo de Dios, tan disfamada está conmigo en esta corte como la duquesa de Frias, de malaventurados cuadriles. Su majestad ha querido haber informacion de tales personas para pasar en ellos trigo de Secilia para este real; yo hice memoria del capitan Cerbera [1], al cual mandan que en sus caderas sea obligado de traer á España setenta mil hanegas de trigo; el cual cabrá cuatrocientos toneles. A esos señores de Italia, mis amigos y deudos, dará vuestra señoría mis encomiendas.

¡Oh Marqués! Malas dádivas te maten, pues que tan malaventurado me dejaste, y maldito sea el hombre que parece que está cocido con especias, y tanta falta me hace; y si Dios por Josué hizo detener el sol fuera de naturaleza, ¿por qué á mí nó me volverá el propósito ó me pondrá en casa de vuestra señoría en dos horas? Y porque á esta hora negó san Pedro, no digamos mas. De Pamplona, á lo que vuestra merced me mandare.—*Don Francés.*

OTRA CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL MISMO MARQUÉS.

Ilustrísimo señor primo: Una epístola de vuestra merced me dieron acerca de Portugal, y de holgar yo con ella mas que los de Capadocia con las de san Pablo, no hay duda. Ellas eran pocas palabras, y no me haciendo saber de vuestras buenas andanzas, mal hace vuestra merced; porque si consejo habeis menester, ¿quién mejor que yo le pódrá dar, pues por mis pecados tanto me cuesta? En España he sabido lo que vuestra señoría hizo al rey de Francia cuando le mató los cuatrocientos hombres de armas y otras gentes y soldados. Bendito sea Dios porque me dió deudo con vuestra señoría, tan valerosa persona. El parabien de vuestras venturas todos vienen á mí á dármelo, y yo lo recibo alegremente; y en verdad, los que quieren saber de mí las nuevas, las saben, y quien no las quiere saber, yo se las digo; y si vos habeis muerto á diez, yo mató á ciento con esta lengua que Dios me dió; ansí que, bueno es tener parientes en la corte.

Yo fuí á Portugal con la reina doña Catalina, y no con mucha voluntad del Emperador; y pues á vuestra señoría tengo por señor y padre, no puedo excusarme de darle cuenta de todo. Han querido decir algunos que á esta señora reina la conocí yo siendo muchacha, y que no sé qué pasion tuvo ella de liviandades, que por mi honra no lo digo; y por atajar malas lenguas y tirar sospechas acordé de ir este camino con ella. No sé si á vuestra señoría le parescerá bien; que acá yo me aconsejé con el doctor Beltran y con don Francisco Pacheco, y les pareció bien.

Mucho me pesé cuando el capitan Corbera llegó á la corte y no me hallé yo allí; lo uno porque él padesciera por sus culpas, y lo otro porque supiera por entero las cosas de vuestra señoría.

[1] Quizá Corbera.

Al obispo de Niza le han dado cien azotes por vagamundo, y al duque de Calabria porque está en el mundo y no ahoga...

Micer Hernando, hermano del marqués de Mántua (bendito sea de Dios), ya ha ablado á su majestad víspera de la Candelaria, y díjole: *Micero, yo me andarò una volta para mi may; plora por mi cada dia; y aquesto me a aconsejato lo mio fratello Pandolfo*, que paresce muchachuelo dormido sobre peña. Su majestad está mejor, á Dios gracias; Dios le guarde, porque es el mejor rey que nunca fué. El alcalde de Herrera es muerto; digo que es muerto, porque caduca y morirá, si place á Dios, para el primer de Cuaresma. El Próspero Colona vino á la corte por besar las manos al Presidente y al licenciado Aguirre, á los cuales dicen que habló mas de cuatro horas, y lo que les dijo no se sabe, mas de que se sospecha, segun Juan de Vozmediano dijo, que este Próspero Colona habia dicho que en la refriega que vuestra señoría habia hecho en los franceses, qu'él se habia hallado primero en aquella trasnochada y que él los habia acometido primero; de lo cual hubo tanto enojo el embajador de Florencia, que parece perro bermejo de los del conde de Ginebra, que dijo á grandes voces: «Empórtete el diablo.» El duque de Béjar, vuestro caro amigo, llevó á la señora Reina, y como entrásemos en la raya, nunca á la Reina quiso entregar, hasta que los portugueses se desdijeron de lo de Aljubarrota, y que los Algarbes era la mas ruin tierra del mundo para tener en ella ejército de alemanes. Los portugueses estuvieron gran rato en confusion, y en esto se levantó el marqués de Villareal y dijo: «Duque de Béjar, ¿habédes perdido ó seso, ó pensádes que en Portugal no cogen vino ni pan, y que non comemos? Pois fázovos saber que comemos terra é facemos cagar ferro.» A Gutierrez, vuestro solicitador, ruego á Dios que nunca le falte papel, porque escribe mas que Tolomeo y que Colon, el que halló las Indias. Pedrarias está en tierra firme, y fray Severo no la tiene, porque pienso que con él se ha de hundir la tierra.

Dejadas estas cosas aparte, os hago saber á vuestra señoría cómo en esas partes hubo pasado un hermano de mi mujer, que se llama Alvaro de la Serna, y se halló en las de Génova, y despues fué doblado, y acá su hermana y madre le tenian por muerto; y junto con la carta de vuestra señoría, me escribió este mi cuñado, en que me rogaba que por amor de Dios le encomendase á vuestra señoría; y ansí, ruego á vuestra merced lo haya por encomendado de tal manera, que este no se pueda quejar; y si quisiera ser por la Iglesia, pues que ella es de vuestra señoría, encamínele como haya de comer por ella antes que por otra via; y si por otra via, como bobo quisiere hablar, á vuestra señoría le encomiendo, como él se ha valido por mí; y por vida vuestra y del Emperador, que en él quepa toda cosa, porque es buen hidalgo.

A la señora Marquesa, mi prima, me encomiendo, y plega á Dios que dé hijos á vuestra señoría, y que á mí me traiga á tiempo que le muestre buena crianza y los artículos de la fe. Gutierrez es muy buen servidor y muy cierto; tiene algo de Madalena y de Marta. Este mi cuñado se llama Alvaro de la Serna; otrosí, su hermano Alonso y otro Juanico, que es bobo, y otro Simon, que es el menor de todos, y tiene una tia, her-

mana de su madre, casada en Béjar, que se llama Teresa Gomez; y esto digo porque si fuere allá, vuestra señoría le pida las señas; no sea otro. Una corónica he hecho desque la reina de Portugal partió de Tordesillas hasta la raya; y entendidas las personas, es la mas alta escritura que se ha visto; enviéla al Emperador, y escrebí al duque de Calabria que la trasladase y la enviase á vuestra señoría. Mi hija desposé en Madrid; á Dios gracias, díla nicho; yo quedo solitario, sin dinero; por eso *tibi Deo surge*. De Badajoz, á lo que vuestra señoría mandare.—Vuestro primo, *Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL VISOREY DE NÁPOLES.

Muy noble Señor: Un breve de vuestra merced recebí, y si como era breve fuera Biblia, no me osara desamenazar con Fiol. El cual, venido en España por vuestro amor, yo le haré que como me vea y me oiga, diga: *Domine, nolite obdurare corda vestra*, cuanto mas que á un caballero semejante que yo, y de la parte donde vengo, no le han de afrentar con el advertimiento de un loco. Por respecto de vuestra señoría, él será bien tratado, y no solo haré esto, mas darle he reverencias de loco, para que pueda curar en esta corte y cinco leguas al rededor á todo gran señor que tenga torozon de cuitado, y á todo caballero bozal, recien venido de casa de su padre; y para que pueda meter cisma entre amigos y descasar casados é infamar religiosos, y pueda ir aquí y decir allí; y si fuere cristiano viejo, le anularémos y quitarémos las necesidades y le harémos confeso, para que mejor pueda hablar y decir lo que quisiere. Y en lo que vuestra señoría dice del marqués de Pescara, mi primo, que os ha informado de mi persona, no era yo raposa para que pueda ese dar cuenta de mí, y vuestra señoría bien me conocía, que aun deudo tengo yo por mis pecados con el marqués de Cenete, conde de Nasao, porque mi madre y su agüela fueron de Vórmes, donde el rey Salamon hizo banquete á su madre del Almirante. Y en lo que vuestra señoría dice, que le tenga por deudo y servidor, lo del servidor aceto, y en el deudo no plega á Dios que por ninguna cosa yo dañe mi sangre.

Las nuevas que acá hay son, que maestre Liberal se apuñcó con monsiur de Bauvri delante de su majestad, y maestre Liberal, como se viese repelado, dijo á Bauvri: «El diablo te emporte; que pareces pija rascada de perro sarnoso.» Su majestad y yo somos tan amigos, que el que primero ha visto y leido vuestra carta fué él, y César Fieramosca, que ahí se halló, tomó tanto regocijo en la venida de Fidel, que lo favoreció mucho, y yo volví sobre César y dije: «Visorey de Nápoles, hosana flli de ternera bermeja, vén agora, porque César parece todo purga de cañafístola para dar al conde de Cabra.»

Otrosí, el obispo de Niza gasta su hacienda, y no solo esto, mas el seso; el cual sea en gloria. El señor Fernando Lorencio, hermano del marqués de Mántua, es buen mancebo, muy honrado, y su majestad le tiene buena voluntad. Nunca habla sino pocas palabras, y cuando á hablar delante de su majestad se atreve, tírale de la capa Pandolfo, su ayo, que paresce almorrana del conde de Anquete, y dícele: *Nostro micero, non parlate più asta otra volta, perque alli parlate mas de cinco veces*. El de Venecia anda por aquí que parece ansaron que le han dado de palos en las alas.

Aquí vino el embajador del Sofí, con gestico de melecina, para echar al comendador Hernando de Vega. Disputamos un dia sobre la fé en casa del gran Chanciller, y dímonos tan buen recaudo el señor Embajador y yo, que si no fuera por algunos teólogos que allí se hallaron, nosotros lo habríamos hecho como la mala ventura.

A la señora mosiura, vuestra mujer, daré yo mis encomiendas. Gutierrez, el del marqués de Pescara, y el Turco se parescen en tanta manera, que Gutierrez está para renegar la fe, sino porque quiere mucho al Marqués, y porque á esta via andaba revuelta *anzilla ostiaria* con san Pedro. No digo mas. Plegue á Dios que de tal manera vaya vuestra señoría al campo, que haga ir infinitos franceses al de Josafat. Al marqués de Pescara, mi primo, ternéis por hermano, porque desta manera serémos amigos. Dada en la cámara de Meteney, á ruego de Monfalcon, que tiene el seso extramuros. A lo que, Señor, os cumpliere.—*Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS PARA ANTONIO DE LEYVA.

Contrito y satisfecho Señor: Con los trabajos y gobernacion destos reinos, no he podido escribiros; basta que he escrito mas que Tito Livio en decir cuánta honra habeis dado en la casa de vuestro padre, donde yo vengo por partes de mi madre; y como, Señor, esta negra honra tenga mas rabos que pulpo y mas circunstancias que pecados tuvo Juan Jordan, no os he escrito, esperando que vos me escribiérades primero; ansí que, señor pariente, esto os he dicho porque de aquí adelante no cayais en sentencia de necesidad; y si algo os cumpliere escribir en ello, lo hagais; que en verdad yo lo haré tambien; porque vuestras nuevas han dado ocasion á que yo publique cómo sois mi deudo; y pues ansí es, mirad que trabajeis por hacer siempre lo que hasta aquí; y cuando otra cosa fuere, el mundo es tal, que luego se conoce. Acuérdaseme que siendo mochacho, me decia mi padre que no queria honra, por no sostentarla, y parécerne que no lo dejó á bobo. Este vuestro criado es muy leal, y no le cabe el corazoncito en el cuerpo, contando vuestras indulgencias plenarias, en tanta manera, que aun trabaja porque yo os tenga por servidor, y ofréceseme cada dia de vuestra parte mirra y encienso. Yo le digo: «Señor Herrera, otro metal se os olvida, que hace mucho á mi caso de me ofrecer á mí, que yo quedo prendado porque sé cuán amigo sois de mi primo, el marqués de Pescara;» y porque Morales parece tintero desposado, y Arana, monazo de mercader, no alargo mas. Plegue á Dios de conservar tan buen caballero como vos sois, que en verdad muchos Cides Rui Diaz y Laines Calvos hay. Dada en Toledo, en la plaza mayor de Zocodover, hablando con don Francisco de Mendoza, tio del duque de Sesa, y con un puntero de cadena de palacio. A lo que querais.—*Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS Á UN SU AMIGO LABRADOR.

Señor: Por la presente sabeis lo que en vuestro servicio se ha hecho. Despues que de allí vine, como vi-



ne, fuí á la aldea de Balendillo, y hallé á vuestro casero ido, y para entrar dentro en casa fué necesario entrar yo y otros dos por el vivero, porque andando el uno arriba, anduviesen los dos abajo. Desquicióse la puerta, y traspellóse el postigo, y hallé tanto desconcierto, que no lo sé decir: las herramientas, cada una por su parte, los mazos en el trascorral, y los picos en el sumidero, y los escoplos en el caño; y porque no se perdiesen y estuviesen á mano, púseos los mazos tras las puertas, y los escoplos en el estiércol, y los picos en La Granja [1] con armellas; y púseos las dos á la puerta de enmedio, y las dos á la puerta falsa, y las otras dos en el postigo; traspúseos el puerro y paleéos los higos de la vuestra higuera, que con la mucha seca no son tantos ni tales como los de antaño, á causa que andan muchos topos por bajo, que se los comen todos; cogí maestros y recogíos el caballete de la trazera, porque se mojaba la cal que está ahí. Y esto hecho, adrecé lo necesario para las vendimias; cogí cincuenta peones, púselos de dos en dos por los pagos, puse dos de ellos en lo hondo del valle, y dos en el Cascajar, y dos en el Cigüeñal, y dos en el Valjuncal, y dos en el majuelo de á par del monte, y dos en el lagar, y dos con los que acarrean el mosto, y dos en la viña del cerro, y dos en el majuelo redondo, y dos en el valle del Mango, y dos en la Gazapera; y con los que quedaron adrecéos el lagar, y puse el cestillo por drecho, de manera, que la viga os apretará bien el mosto. A vuestro criado Antonillo tengo emplazado porque soltó aguatrechos de agua caliente por vuestra canal maestra. Los alcaldes de la Mesta os prenderán el ganado, porque lo tomaron en el egido de trasterriego, y tuviéronle tres dias en el corral, y estaba tan esperecido de sed, que cabra está ahí que no vale dos maravedís; yo os lo saqué del corral, y metíoslo por entre las dos cañadas abajo del Salmeron; cabalguéos el potro voci-prieto, y echéos el tranquillo á la ballesta, y echéos (los bodoques) por el agujero, de manera que ya no bamboleaba el birote, porque os le tengo metido por medio del blanco; pero hágoos saber que este cura del aldea me demanda el diezmo de los pollos y me arrienda el del vino, é yo los dí á Diosdado el ventero, que es buen creyente; enviadme á decir á cuál quereis que se dé. Vuestra casera, la vieja, se os encomienda é os hace saber cómo su hija mayor rabió de sed y es perdida, y no parece aunque la pregonamos cada dia. Yo estoy mal dispuesto á causa de un enojo que hube con aquesa puta viejo de Perosago, porque tiene tanta envidia como os lo hago saber, y tambien que dice que despues que yo ando sobre vos, anda vuestra hacienda por derecho; yo no puedo mas de procuraros vuestra honra y de metérosla lo mas adentro que pudiere. De acá no hay mas que haceros saber; daréis mis encomiendas á Anton Riégoos y á Pero Pásoos y á Alonso Tópeos, vuestros parientes, y al vainero y Gaspar del Molino, vuestros amigos, y á Pero Lumoso, el zorzuelo.—*Don Francés.*

[1] Así en la copia, aunque tambien podría leerse *Loranca*.

OTRA CARTA QUE EL DICHO CORONISTA Y CONDE DON FRANCÉS ESCRIBIÓ Á SU MAJESTAD.

Sacra, cesárea, católica majestad [2]: Si pensara, señor Emperador, que tan mal me habia de suceder, y que tan poco habia de medrar, y que mis amigos habia de perder, y tantos enemigos cobrar, y tantas sobarbadas llevar para una santiguada; y por merced de los hijos de doña Sancha, que mal amenazado me han, que ni auctor me hiciera ni coronista me llamara. Mas no me maravilla, que negocio es muy usado que quien mucho habla su pago lleva y muy poco medra, digo de riquezas y bienes comunes; porque de palos y pescozones, en su mano es dallos, y mi trabajoso cuerpo recibillos.

Sé decir á vuestra majestad (así mi mujer goce de mí mas tiempo que doña Sancha de Guzman, condesa de Benavente, gozó del Conde, su marido, y así á mi hijo vea yo poseer la prebenda que á nuestro muy santo papa yo pedí, si se la enviare), que desmandado ó desmayado no acierto á hablar, y de dar gritos sin que me oya vuestra majestad, estoy ronco. Por amor de quien sois, sea yo oido, y en oyéndome, sea luego en bienes como los perros de Bauvri aprovechado, cuando se hartaban por la necesidad que tenian de las ollas de sus vecinos, que yo me contentaré con dos mill ducados de pension sobre el arzobispado de Sevilla, aunque al dicho señor arzobispo le pese de me los dar, que ya conozco de mí no se me dará nada de los recibir. Porque la tal pension me podrá sacar de laceria, y mi persona y casa tener autoridad, y *sic de medico non contrarias ad me*; porque, como me veo rucio viejo y tan rucio como caballo, ternia por mejor estarme yo en mi casa con mi mujer é hijos, descansando como otros hacen, sin haberos servido, como yo, de silla y albarda, y no andar como ando, flaco y trasijado, siguiendo el palacio, con voluntad de ser aprovechado, como otros quinientos amigos mios, y criados de vuestra majestad. Y sé destos caballeros por cosa muy averiguada, y conmigo lo han tratado, no una vez, sino muchas, que se obligaran de tener de comer, si vos, señor Rey, se lo diésedes, sin hacer conciencia de ello. Y que de ser esto no es maravilla, porque no hay hombre en lo criado que no desee verse mejorado, aunque fuese en tercio y quinto de los bienes de Rafael Vanco, de esta corte.

Yo quedo, sacra cesárea majestad, oleado ó para espirar, ó por mejor decir, para esperar mercedes vuestras. No permitais, Señor, mi alma llevar á cargo, ni que salga de mis carnes de hambre; porque solo el cuerpo no le pueden llevar treinta acémilas de las mas señaladas de esta corte. Porque todos los que me ven me llaman camellazo del rey de Tremecen, harto de andar caminos, acebadado de panizo; yo les respondo que mas parezco salchichera gorda de Medina del Campo, que murió pidiendo á Dios le pagasen lo que le debian, que era mas de lo que debe hoy dia Gonzalo Chacon, del juego de pelota. Sea lo que fuere, que *non te negabo*, en desear tener é recebir hasta verme con

[2] Esta epístola no se halla entre las del códice de la Biblioteca Nacional, señalado X. II, pero está en uno de la real Academia de la Historia que fué de los Jesuitas de Madrid y tiene la marca de *Varios*, núm. 20.

lo que espero; no mas, porque si se ha de aprovechar basta lo ya dicho, y si no, la misericordia de mi Dios es grande.

De lo demás, sé decir que el duque de Béjar no me mira, aunque pase por junto á él, y el Condestable me guiña, el marqués de Cenete me amenaza, musiur de Laxao me las jura, y Sancho Bravo me las pega. *Domine, adjuva me.*

Del puerto del Pico, donde quedo desnudo como besugo de Laredo, el ojo abierto, esperando buena venta. —*El infante don Francés*, vuestro amigo y criado.

FIN DEL EPISTOLARIO DE DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA.

LA TEBAIDA, DE ESTACIO,

TRADUCIDA

POR EL LICENCIADO JUAN DE ARJONA.

DE LA TRADUCCION DE ESTACIO.

Por tan estrecha senda quiere Ciceron que camine el que traduce de una lengua en otra, que le obliga á interpretar palabra por palabra; y por no haber guardado él mismo esta ley, no se llama intérprete en algunas cosas que tradujo de los griegos, y aunque le fué necesario, dice, acommodar sentencias á sentencias, eligiendo las mas verisímiles y conformes. Algunos romancistas dicen que Horacio dió mas anchura á este camino, y que el intérprete no está obligado palabra por palabra, tomando aquel verso del arte poética:

Nec verbum verbo curabis reddere fides interpres.

Y engáñanse, que antes Horacio estrecha mas esta ley, y aquel verso trae dependencia desde arriba, *Publia materies privati juris, etc.*, donde dice que el que de un argumento de historia muy sabida y comun, que otro haya escrito, quisiese escribir y hacer suyo el trabajo, que no la traduzga palabra por palabra (como debiera hacer un fiel intérprete), sino que aquello de que se aprovechare lo varie por modos diferentes, de suerte que lo pueda publicar por suyo, y aun si imitare á algun autor, no le aconseja que se entre donde no pueda salir á su salvo. Mas libertad concedió Plinio Cecilio á su amigo Tusco, que se ocupaba en este ejercicio, diciéndole que en sus traduciones eligiese lo mejor, y escogiese de lo elegido, procurando antes exceder al autor que seguirle; porque de igualarle se daban pocas gracias, y de no alcanzarle se caia en grande afrenta, y sin ella no se podrá excusar el que traduce de que se engañó en la materia y argumento, debiéndola saber consumadamente. Pero, aunque unos limitan esta ley y otros la amplian, no se puede negar sino que haria cosa ridícula y desabrida el que se atreviese á traducir una lengua en otra, si de entrambas no supiese bien la propriedad de las voces y elegancia de las frases, que á pocos es concedido, por ser imposible juntarse las lenguas sin confusion, habiéndose dividido con ella. Cualquiera libro, dice san Hilario, es en la variedad de los vocablos como una ciudad de muchas casas, que para cada puerta tiene su diferente llave; y si estas atasen juntas, no acertaria abrir sin confusion el que no supiese cuál llave es de cada cerradura. Conociendo esta dificultad, llamó Boscan traicion á la traducion, porque el que interpreta en otra la lengua que no sabe, á entrambas hace injuria, mayormente si de la lengua rica y abundante traduce en lengua pobre y estéril. En esto excedió tanto la griega á la latina, que tal vez con muchas palabras juntas, segun Agelio, no se puede interpretar lo que el griego dice en una sola. Y si dijese que hay la misma desigualdad entre la latina y castellana, no seria deficil de probar; porque, aunque la nuestra no es corta ni falta de conceptos, está acostumbrada á variar los vocablos con el uso, y medir con ellos los de otra lengua antigua que no ha tenido semejante variedad; seria querer ajustar un enano con un gigante; y por huir desta deformidad, ha sido forzoso á muchos usar de la paráfrasis, que es, segun Quintiliano, una version ancha que no mira

á las palabras, sino á solo el sentido, imitándole por lo mejor; idioma que la lengua de cada uno permite; de que se pudieran poner muchos ejemplos, y sea uno la sentencia de Terencio, *Obsequium amicos, veritas odium parit*, que la interpretaria bien conforme al sentido el que dijese: «Mal me quieren mis comadres porque les digo las verdades.» Pero Terencio en su adagio no se acordó de comadres, aunque usó con elegancia del verbo *parit*. Ni de este le estuvo bien usar al castellano, aunque se acordó tan á propósito de comadres. Mas no por causa alguna de las dichas la traducion ha de ser atrevida, ni el oficio del intérprete es decir lo que á él le parece, sino lo que pareció al autor, que declara libre; y si en alguna ocasion tiene licencia, es traduciendo cualquier poeta, en que se agravan las dificultades, por ser, como dijo Erasmo: *Plurimum negotii carmen cármine reddere, versum versu, verbum verbo*. Y así por constar la poesía castellana de número y armonía, como la latina, y tener mas la precisa obligacion de consonantes, no se puede encarecer lo que se debe al trabajo que el licenciado Juan de Arjona ha tenido en traducir la Tebaida de Estacio, pues en él, guardando las leyes de intérprete fiel, ha mejorado en muchas partes las sentencias, añadido ornato á las palabras, illustrado lugares obscuros, facilitado los dificultosos y suplido en muchos los conceptos necesarios para su buen sentido, mostrándose en todo tan superior deste argumento, que pudiera llamarse, no intérprete, sino autor de la historia de Tébas, en que descubre bien la erudicion que tuvo en la lengua latina y la propriedad que guardó en la castellana, adornándola con la hermosura de sus versos, como se podrá ver confiriéndolos con los de Estacio. El mas insigne poeta de nuestros tiempos, Lope de Vega Carpio, cuyo abundante ingenio, que agora experimentamos, ha de ser memorable en los venideros, y para mayor alabanza suya, en los unos y los otros increible, correspondiéndose en muchas ocasiones con el licenciado Juan de Arjona, en una, entre otras alabanzas, le llama alma de Estacio latino, significando la fidelidad que guardó en traducirle, que consta desta carta:

CARTA DE LOPE DE VEGA.

Nuevo Apoló granadino,
Pluma heróica, soberana,
Alma de Estacio latino,
Que con tu voz castellana
Haces su canto divino;

Luz y gloria del Parnaso,
Que, con ser difícil caso
Que antiguas hazañas loes,
Has de exceder al Camoes
Y poner silencio al Tasso;

A tanta gloria me llama
El verme por ti subir
A la verde ingrata rama,
Que inmortal pienso vivir
A la sombra de tu fama.

Pues para que al mundo asombre
Ver que en el tuyo, mi nombre
Cobra el ser que no ha tenido,
Mi Deucalion has sido,
Que de piedra me haces hombre.

Mas, ya que tus plumas bellas,
Con que á mil fénix te igualas,
Me suben á las estrellas,
No me pongas tantas alas,
Que me perderé con ellas.

El Dédalo desta gloria
Al cielo de tu memoria,
Hecho un Icaro, me sube,
Donde en la primera nube
Me cuenta el viento su historia.

Miro las esferas altas
De tus virtudes y ciencias,
Con que su máquina esmaltas,
Y al sol de tus excelencias
Voy descubriendo mis faltas.

De tus letras el crisol
Hoy hace, Ovidio español,
Las mias puntos y tildes;
Que mis átomos humildes
Hacen mas puro tu sol.

Fué tu discurso elegante
(Cuando quien soy considero)
Benignidad de elefante,
Que has apartado el cordero
Para pasar adelante.

Cuando pisarme pudiste,
En tus hombros me subiste,
Gran acto de fortaleza,
Pues tu profunda grandeza
Con mi bajeza creciste.

De tal suerte me aficiona
Con sus ingenios Granada,
Erudictísimo Arjona,
Viendo en cumbre tan nevada
Tan excelente Helicona,

Que por lo que me aventajo,
Mas quisiera, aunque soy bajo,
Para vuelo tan subtil
Ser un jaspe de Genil
Que el mejor cisne del Tajo;

Al cual para vuestro lauro,
Si el alto cielo me torna,
Cuando torne el sol al Tauro,
Diré de qué suerte adorna
Su verde ribera el Dauro.

Y llegando al monte nuestro,
Vos veréis cómo les muestro
Qué ingenios está criando;
Mas ¿qué mejor que mostrando
Aqueste discurso vuestro?

Tajo, en oyendo que os nombro,
De tal suerte crecerá,
Que dando en su monte asombro,
Para rompelle pondrá
En sus peñascos el hombro.

Dirán *Arjona* las aves
Entre sus picos suaves,
Las ruedas os harán salva,
Dando de la noche al alba
En sus aguas vueltas graves.

Las ninfas, entre las faldas
De su vega, que serán
Un tapete de esmeraldas,
Pardas algas teñirán
De azules granas y gualdas.

Y subiendo de quilates
Su valor, á las que Eufrates
Tiene en sus indias alcobas
Harán seda de las ovas,
Y de la arena granates.

De sus cumbres envidiosas
Guadarrama por la sierra
Que brota hielos y rosas,
Hechas de nieve á la tierra,
Esparcirá mariposas.

En fin, el verde distrito
De oro y de cristal escrito
Los arroyos dejarán
De jaspes no, que serán
Como los sábios de Egito.

Vivid, pastor de Bandalia,
Mil lustros, para dar lustre
A España, á Apolo, á Castalia,
Pues es por vos mas ilustre
Que fué por Virgilio Italia;

Que por vuestro voto solo
Alzaré mi fama al polo;
Que es mas justo que lo sea
A quien Arjona laurea
Que á quien califica Apolo.

No acabó de traducir el licenciado Arjona toda la *Tebaida*, por su temprana muerte, aunque trabajó en ella mas de seis años, con ser en componer facilísimo y en el decir tan agudo, que por antonomasia le llamaban sus contemporáneos el fácil y el subtil; y en este modo, sin declarar su nombre propio, se le hizo á su muerte este epigrama:

Aquel ingenio subtil
Que á Estacio latino asombra,
A quien ofreció Genil
De sus márgenes alfombra
Y coronas de su abril,

Ya por la via Lactea
Del Eridano pasea
La ribera sacrosanta,
Y goza su frente y planta
De Ariadna y de Amaltea.

Quien suplió la falta de lo que dejó por traducir, que son los tres últimos libros, ha tenido por buena suerte imitarle en algunas cosas, y porque en muchas no le puede igualar, oculta su nombre en este suplemento, por ser la menor parte la en que ha trabajado, y porque solo fué su intento que esta historia no quedase cortada, aunque se hubiese de parecer lo zurcido de mano ajena.

En el lugar que Estacio, al principio del primer libro, dedica á Domiciano su *Tebaida*, la dedica el licenciado Arjona al señor......., con cuyo nombre no quedarán sus herederos poco favorecidos, aunque él no pudo gozar de los favores que dignamente pudiera esperar; y los versos que se entresacaron de la dedicatoria de Domiciano, que son diez y siete, y comienzan desde el hemistiquio *Quando itala nondum, etc.*, porque allá interrumpieran la tela, se traducen aquí para que de todo el Estacio se tenga noticia en nuestra lengua castellana, y porque el curioso no le halle en esta parte sin traducir.

LA TEBAIDA[1].

DEDICATORIA DE ESTACIO

AL EMPERADOR DOMICIANO.

Puesto que yo cantar no he merecido
Triunfante á Italia tremolar banderas
Dos veces al flamenco, y dos vencido
Al que del Istro ocupa las riberas,
Ni al godo rebelado, compelido,
Dejar al monte, habitacion de fieras,
Ni cuando tiernos años, raro ejemplo,
Defendieron de Júpiter el templo.

Y tú, gloria de Italia, que á su fama
Nuevo esplendor y nueva luz aumentas,
Y al valor de tu padre, que te llama,
No menos digno hijo te presentas;
De tí, que de su estirpe clara rama,
En las hazañas imitarle intentas,
Imperio eterno Roma se desea.
Y que un monarca solo en tí posea.

Y aunque, Señor, te ofrezcan las estrellas
Lugar entre los rayos que despiden,
Y porque quepa tu grandeza entre ellas
La suya estrechen si á la tuya impiden,
Y aunque por digno de sus luces bellas
Con la region los cielos te conviden
De Llibias libre, y donde, por sublime,
Ni el rayo abrasador ni Bóreas gime;

Y aunque Apolo su clara luz serena
Te comunique al fin tan igualmente,
Que los rayos que adornan su melena
Imprima por diadema de tu frente,
Y aunque de los caballos que él enfrena
Te entregue el freno en su carrera ardiente,
Y aunque te dé que tengas en gobierno
Su medio cielo Júpiter eterno;

Contento goza el cetro merecido,
Poderoso señor de mar y tierra,
Y al cielo vuelve el don que te ha ofrecido,
Que no en aqueste honor tu honor se encierra;
Y tiempo habrá que yo, mas instruido,
Cantando hazañas en ajena guerra,
Las tuyas cante en laureada trompa,
Que con fuerza mayor los aires rompa.

[1] Al imprimir este poema se han hallado algunos versos y pasajes de muy difícil lectura, por estar el original roto ó manchado; y aunque se ha procurado leerlos con ayuda de otro códice que nos ha sido franqueado por el excelentísimo señor don Serafin Estevanez Calderon, no siempre se ha logrado su completa inteligencia: en tales casos hemos impreso el verso en bastardilla.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Edipo, rey de Tébas, habiéndose sacado los ojos y retirado á vivir en una cueva del monte Citeron, en pena de haber muerto á su padre Layo, sin conocerle, y casádose con su madre, llamada Yocasta, de quien tuvo dos hijos, Eteócles y Polinices, sintiéndose el Rey despreciado dellos y excluido del reino, invoca á Jesifonte, furia del infierno, contra ellos, y maldícelos como á generacion incestuosa. La furia siembra discordia entre los dos hermanos, y acuerdan de reinar por suertes cada uno un año. Cupo la primera á Eteócles, y sale Polinices desterrado de Tébas. Júpiter junta concilio de dioses, y determinando destruir á Tébas y á Argos, manda á Mercurio que baje al infierno por la alma de Layo, padre de Edipo, para que incite á Eteócles que, pasado el año, no permita que le suceda Polinices en la vez de reinar, al cual en este tiempo, que discurria por la Beocia, sobrevino de noche una tempestad, y compelido de la misma fortuna Tideo, príncipe de Calidonia, aportan juntos al alcázar de Larisa, corte de Adrasto, rey de los argivos; y recogiéndose en los zaguanes de su palacio, riñen los dos sobre la posada. Al rumor baja Adrasto y los pone en paz. Juzgándoles por personas nobles, los aposenta. Lleva Polinices vestido el despojo del leon Nemeo, y Tideo el del jabalí de Calidonia. Repara Adrasto en ello, y certifícase de un oráculo antiguo de Apolo, que le dijo que dos hijas suyas casarian una con un leon y otra con un jabalí. Hácelas venir á un convite que hizo á los forasteros, y en la mesa cuenta la causa de un sacrificio que este dia se celebraba en Argos al dios Apolo.

Las armas, el furor de dos hermanos,
En pertinaz discordia divididos,
Contra ley natural, odios profanos,
Reinos á veces entre dos regidos,
Delitos sin disculpa, de tebanos,
Por injuria del tiempo, no sabidos,
Para que al mundo su memoria espante,
Me incita Apolo que renueve y cante.

¿Por dónde, oh musas, del Parnaso gloria,
Mandais que dé principio al triste cuento?
Cantaré en el principio de mi historia
Desta gente feroz el nacimiento,
Trairé el robo de Europa á la memoria,
La ley inviolable y mandamiento
De Agenor, y forzado del destino
A Cadmo, navegante peregrino.

Largo fuera el discurso si dijera,
Tomando tan de léjos la corriente,
De aqueste labrador la simentera,
Que tuvo por cosecha armada gente,
Cuando, no sin temor de que naciera
El fruto semejante á la simiente,
Dientes sembró en los surcos desta tierra;
Que guerra nace donde siembran guerra.

Ni es bien agora que de espacio cante
Con cuál pudo Anfion dulce armonía
Cercar de muros la ciudad triunfante,
Si tirios montes á su voz traia,
Ni el triste fin de Semel ignorante,
Obra de Juno, que celosa ardia,
Ni por cuál ocasion, con rigor grave,
Al propio hijo dió la muerte Agave.

Ni diré contra quién, con desatino,
Arco flechó Atamante desdichado,
Ni cómo, por huir sus furias, Ino
Las olas no temió del mar hinchado,
Y en los brazos del Jonio cristalino
Fiada, mas que del marido airado,
Se arrojó con su hijo, do Neptuno
Dió nueva vida y nombre á cada uno.

Por tanto pues, de Cadmo dejar quiero
La contraria fortuna ó suerte buena,
El mal presagio ó el feliz agüero,
La causa de su llanto y de su pena;
Que si otra lira le cantó primero,
La morada de Edipo, siempre llena
De confusos gemidos y de llanto,
Han de ser el principio de mi canto.

Agora pues mi mal templada lira
Armas de Tébas bastará que cante,
Cetro de dos tiranos, cuya ira
No halló en la muerte límite bastante;
Llama que juntos abrasar no aspira,
Reyes muertos en odio semejante;
Vivos sin reino, y sin sepulcros muertos,
Pueblos de gente viudos y desiertos.

Digo en aquel infausto y triste dia
Cuando con griega sangre sus raudales
Tiñeron, Dirce bella, que solia
Adornar sus corrientes de cristales,
Y el claro y manso Ismeno, que corria
Mojando apenas secos arenales,
Que á Tétis admiró cuando á su seno
Llegó de tanto estrago y muertes lleno.

Musa, con cuyo aliento los afanes
Renovar de la antigua Tébas quiero,
Decidme á quién de tantos capitanes
Daré en mis versos el honor primero.
¿Al destemplado en iras y ademanes
Tideo, ilustre, si soberbio y fiero,
O al sacerdote que en la injusta guerra
Armado, vivo le tragó la tierra?

De Hipomedon me llama el gran trofeo,
Contra el rigor de un rio opuesto en vano,
Y del de Arcadia el pertinaz deseo,
Que su muerte obligó á llorar temprano,
Y el soberbio furor de Capaneo,
Despreciador de Jove soberano,
Sugeto digno de inmortal memoria
Y de cantarse en mas heróica historia.

Ya el lecho incestuoso habia dejado
De Layo el sucesor, y á noche obscura
El mismo habia sus ojos condenado,
Quitando con sus manos su luz pura;
Y dando nombre de infernal pecado
A lo que fué ignorancia y desventura,
En parte obscura y lóbrega vivia
Con larga muerte, aborreciendo el dia.

Allí donde esconder piensa su afrenta
Y llorar, aun sin ojos, sus delitos,
El triste dia se le representa
Principio de sus males infinitos;
Y allí con viva muerte se atormenta,
Porque siempre en el alma dando gritos
Le está, hecha verdugo, la conciencia.
¡Duro castigo, extraña penitencia!

Y viendo que con ánimo insolente
Trunfan sus hijos de su pena y llanto,
Con la rabia y dolor que el alma siente,
Venganza pide al reino del espanto;
Y al fin, hiriendo la arrugada frente,
Sus ojos enseñando al cielo santo
(Castigo de su error), de luz vacíos,
Así dijo, haciéndolos dos rios:

«Escuchad, negra Estige y Flegetonte,
Y vosotras, deidades infernales,
Que gobernais el reino de Caronte,
Angosto reino para tantos males;
Tú, mi siempre invocada Jesifonte,
Para alivio en mis penas inmortales
Tu auxilio en mi cruel intento pido,
Si algun bien de tu mano he merecido.

»Tú, que cuando nací, mi cuerpo tierno
De la tierra en tu gremio recebiste,
Y despues el amparo y el gobierno
De mi desamparada vida fuiste;
Tú, que con aguas de tu lago Averno
No esperada salud y fuerza diste
A mis heridas plantas traspasadas,
Porque seguir pudiera tus pisadas;

»Tú, que de Cirra en la corriente fria
Para buscar mi padre diste aliento,
Con Polibo pudiendo, á quien tenia
Por padre (aunque fingido), estar contento;
Y en Fócida, llevándote por guia,
La vida con injusto atrevimiento
Quité á mi viejo padre deseado,
Con daño suyo, por mi mal hallado.

»Si el enigma intricado y los rodeos
Vencí por tí de Esfinge, y satisfecho
Con nobles, aunque infames himeneos,
Alegres furias escondí en mi pecho;
Si hijos te engendré que son trofeos
De tu maldad, y si el infausto lecho
De mi madre ocupé mil noches frias,
Con triste error gozando alegres dias;

»Despues, por castigar mi vida errada,
Si con mi mano, un tiempo tan temida,
Entre las de mi madre desdichada
Dejé mis ojos, luz aborrecida,
Oye mis ruegos, pues sin ser rogada,
Tan conforme á tu gusto y á mi vida
Es lo que pido, si aunque no me oyeras,
Por ser venganza, tú la concedieras.

»Aquellos que engendraron mis pecados,
Que no me excusa la ignorancia en esto,
Hijos propios al fin, pero engendrados
En lecho infame de nefando incesto,
Viendo mis ojos de la luz privados,
Y á mi del reino, que ocuparon presto,
En tanta pena ¡ay triste! y dolor tanto,
Alegres trunfan de mi amargo llanto,

»No los puede ablandar mi desventura;
Antes, menospreciando mis gemidos,
Tratan ya de mi muerte y sepoltura,
Soberbios mas que nunca y atrevidos.
De mis hijos tambien ¡ay suerte dura!
Mis años han de ser aborrecidos;
Y ¿no hay castigo para tanta ofensa?
¡Oh flojedad de Júpiter inmensa!

»De tí, furia, de tí justicia espero,
Si no la hay en los dioses soberanos;
Mueve el infierno en mi venganza fiero
Contra estos insolentes dos hermanos;
Y la corona que manché primero
Con sangre de mi padre, tú en tus manos
Recibe, y con veneno del infierno
Pon en ella discordia y odio eterno.

»Vea yo ¡oh reina del tartáreo seno!
La ejecucion que mi deseo encierra;
Siembra en ellos furor de ambicion lleno,
Que de armas hincha la heredada tierra;
Ni has menester gastar mucho veneno,
Que en la facilidad con que esta guerra
Aceptarán, verás en pocos dias
Cuán tuyos son; que al fin son prendas mias.»

Dijo; y la voz horrenda y lastimera
Llegó al infierno apenas, cuando oidos
Con grande agrado de la Diosa fiera
Fueron del ciego Edipo los gemidos.
Estaba de Cocito en la ribera,
Los cabellos, serpientes, esparcidos,
Dejándolos beber á su albedrío
Ardientes aguas del funesto rio.

Al punto mueve la ligera planta,
Que no la vista tan veloz se aleja,
Ni ardiente exhalacion con fuerza tanta
De polo á polo deslizar se deja,
Ni el rayo con que Júpiter espanta,
De quien las altas torres tienen queja,
Cuando dorado chapitel injuria,
Baja con tanta ligereza y furia.

Y al salir de los campos infernales,
Aquel sin vida vulgo miserable
Huye y le da lugar; que nuevos males
Aun teme en su tormento perdurable.
Ya ocupa de Tenaria los umbrales,
Y fácil el portero inexorable,
Aunque á nadie al salir abre la puerta,
Franca á la furia la ofreció y abierta.

Apenas puso en la region del dia
Las plantas, cuando el mundo alborotado,
Al sol, que entonces claro amanecia,
Vido en un punto de su luz privado;
La negra noche, que del sol huia,
Habiendo vuelto atrás con pecho osado,
Llena de admiracion, aunque contenta,
Mirando estuvo al sol con cara exenta.

De sus hombros la máquina pesada
Ya casi estuvo por dejar Atlante,
Que á tanto miedo la cerviz cansada,
Y á tanto peso apenas fué bastante;
Siguiendo pues la senda mas usada
de Tébas la infernal furia arrogante,
Atrás se deja el valle de Malea,
Qu'en larga punta sobre el mar campea.

Ni otro camino con mejor aliento
Qu'este de Tébas, della apetecido,
Atravesara con mayor contento;
Porque un retrato de su infierno ha sido.
Cerastas mil que eriza por el viento,
Le hacen sombra al rostro denegrido,
Y de los ojos arrojar parece
Fuego, que mas las sombras le escurece.

Tal suele entre las nubes vez alguna
Con la fuerza de mágico veneno
Mostrar su rostro la encantada luna,
De negras sombras y de manchas lleno,
Y por la boca de infernal laguna
Encendido vapor lanza del seno,
Que engendra en los que toca de una suerte,
Sed, rabia, hambre, enfermedades, muerte.

Todo es veneno desde el pié á la frente
Cuanto la triste tez fogosa encubre,
Ni es del talle el vestido diferente,
Que hórrido y negro sus espaldas cubre.
Al pecho se le añuda una serpiente,
Que parte esconde y parte dél descubre,
Con que siempre Proserpina la adorna
Cuando al infierno vitoriosa torna.

Viva culebra en una mano esgrime,
Que azota el viento, y con esotra mano
Rayo fúnebre arroja, con que oprime
La tierra; que su injuria llora en vano.
Desta suerte la cumbre mas sublime,
Por donde mas al cielo soberano
El Citeron soberbio se avecina,
Alegre ocupa, y toca su bocina.

Triste señal de su venida al suelo
Con fieros silbos sus culebras dieron,
Y cual si rayos enviara el cielo,
Llenas las fieras de temor, huyeron;
Las aves, olvidadas de su vuelo,
Atónitas de espanto se cayeron,
Y oyóse, al son con que amenaza guerra,
Turbarse el mar y retumbar la tierra.

Vióse el reino de Pélope alterado,
Creció Eurota, Parnaso alborotóse,
Con ser centro del mundo, y al un lado
Heta, de dos collados, trastornóse,
Y el Ismo, de dos mares azotado,
De suerte al fiero son estremecióse,
Que si menos pudiera reportarse,
Llegaran ambos mares á juntarse.

Las nereidas, turbadas y huyendo,
Miden ligeras la menuda arena.
Cayó Palemon al terrible estruendo
Desde un delfin que navegando enfrena;
La madre al punto, su peligro viendo,
De gran temor y sobresaltos llena,
Abrazada con él entre las ondas,
Se fué á esconder en las cavernas hondas.

Apenas puso en el umbral la planta
Del palacio de Cadmo, cuando luego
De los Penates la presencia santa
Inficionó el vapor de infernal fuego;
Engendra en los hermanos ira tanta
El nuevo movimiento y furor ciego,
Que cada cual en el soberbio pecho
Fabrica en daño ajeno su provecho.

Siembra la envidia triste su veneno,
Nace el torpe temor, que el odio cria,
Rompe el deseo de mandar el freno,
Con que el fraterno amor la paz regia;
De impaciente ambicion cada cual lleno,
No admite ya en el reino compañía;
Salió al fin la discordia á la batalla;
Que donde reinan dos siempre se halla.

Cual suelen dos novillos escogidos
Del cauto labrador para el arado,
Que rasgando la tierra, al yugo unidos,
Si aun no bien las cervices han domado,
Dificilmente del gañan regidos,
Discordes, cada cual hácia su lado
Tirar del peso con rebelde pecho
Y confundir los surcos que habian hecho;

No de otra suerte la discordia lleva
A despeñar los míseros hermanos;
Condena el uno lo que el otro aprueba,
Causando mil motines inhumanos;
Resolviéronse al fin con traza nueva,
Por no venir á ensangrentar las manos,
Que uno solo reinase, y que el gobierno
Cada año se mudase y fuese alterno.

Que en tanto que uno reina el otro viva
En destierro, de Tébas apartado;
Y en cumpliéndose el año, que reciba
El cetro, y salga el otro desterrado.
¡Oh dura condicion, fortuna esquiva,
Con qué pension el reino les has dado!
¡Que venga un rey á gobernar por tasa,
Contando el año, que ligero pasa!

Esta fué su piedad, su amistad esta,
Falsa, pues que durar aun no podia
Hasta el segundo rey; tregua molesta,
Que con nombre de paz discordias cria;
Y aun no el oro, que tantas vidas cuesta,
Soberbios techos adornar solia,
Ni salas de brocado entapizadas
En bello jaspe estaban sustentadas.

Aun no habia de marfil soberbio lecho
En el palacio, aunque real, pequeño,
Donde adornaba al mal polido techo
Humilde y sin primor desnudo leño;
Y aun no el temor entonces habia hecho
Que estuviese á su rey guardando el sueño,
Siguro de asechanzas de traidores,
Escuadron de vasallos veladores.

De nadie adulterados habian sido
Los frutos de la tierra, aun no cansada,
Ni aun entonces el gusto habia sabido
Guisar engaños con industria osada;
No el metal mas precioso, derretido
Se vido en los manjares, no adornada
La mesa con vajilla de oro fino,
Ni rica perla deshacerse en vino.

Un dominio desnudo, un pobre estado,
Un reino humilde, en infinitos males
La paz de dos hermanos ha trocado,
Y la amistad en odios inmortales;
Parece que á la tierra han trasladado
Su morada las furias infernales,
Mientras la suerte, en quien el pleito para,
Con destierro del uno al otro ampara.

La traicion y mentira florecieron,
No quedó sin usarse algun engaño;
Con la vergüenza y la razon murieron
La justicia y verdad con igual daño.
¿Qué pretensiones poderosas fueron
Para engendrar con odio tan extraño
El furor que á la muerte un reino entrega?
¡Oh hermanos miserables! ¿quién os ciega?

¿Qué mayor ira con delito tanto
Vuestros pechos indómitos moviera,
Si cuanto cubre el estrellado manto.
Vuestro ciego furor os prometiera,
Si con las armas pretendierais cuanto
Ve el sol desde que empieza su carrera
Hasta que llega á descansar adonde
Tetis lo abraza y su carroza esconde?

Y ¿qué, si conquistara esa fiereza
Desde el suelo del sol mas abrasado
Hasta donde el Bóreas la aspereza
Con soplo eterno aflige al cita helado?
¿Qué, si de Troya y Grecia la riqueza
Se hubiera para el uno amontonado,
Y tanto imperio á la fortuna avara
Con la muerte del otro se comprara?

Un infame lugar, ciudad maldita,
Con infelice agüero fabricada
Cuando ciego furor, ira infinita
Al fiero Cadmo señaló morada,
¿Para tantas maldades os incita,
Que la silla de Edipo desdichada
Por fuerza ha de manchar sangre de hermanos?
¡Oh maldad de los hados inhumanos!

Y Polinice, á quien la desventura
El imperio negó, su Tébas deja,
Y de haber puesto en suerte su ventura
En vano y tarde se arrepiente y queja;
Mas tú, soberbio, que con alma dura
Miras tu hermano, que de tí se aleja,
¡Con qué nueva arrogancia y alegría
La silla ocupas, de émulo vacía!

Ya nadie ves igual, todos menores
Son cuantos acompañan tu persona;
Tuyo es todo el gobierno y sus favores,
Sola tu frente ciñe real corona;
Mas ya comienza á haber nuevos rumores;
Que el vulgo, que á sus reyes no perdona
Si una vez pierde el miedo y la vergüenza,
Del nuevo rey á murmurar comienza.

Ya el año es largo y ya el imperio es duro,
Y el insolente pueblo lo aborrece;
Mas noble, mas piadoso y mas seguro
Y amado el venidero rey parece;
Y alguno, adevinando lo futuro,
Cuya mala intencion siempre le ofrece
Decir del que mas vale alguna mengua,
Así soltó la venenosa lengua:

«Con sentencia tan áspera los hados
Vuelven de nuevo á perseguir á Tébas,
Con tan varios temores y cuidados
Hacen de nuevo en su paciencia pruebas;
Siempre hemos de servir á desterrados,
Sujetas siempre á voluntades nuevas
Nuestras cervices, con temor eterno
Las tiene de oprimir un yugo alterno.

»¿Tal novedad te agrada y tal violencia,
Oh gran Retor del cielo cristalino?
Mas ¡ay! que esta sin duda fué la herencia
Que de su agüero antiguo á Tébas vino
Desde que, obedeciendo la sentencia
Del fiero padre, el tirio peregrino
El mar Carpacio navegó, buscando
Del toro celestial el peso blando.

»Halló reino, y sembró de la serpiente
Los dientes llenos de fraterna guerra,
Pues un fiero escuadron de armada gente
Produjo luego la preñada tierra,
Y hoy de aquel triste agüero Tébas siente
El triste efeto que su paz destierra,
Y hasta hoy los nietos heredaron
El furor con que tantos acabaron.

»Este á quien hoy la suerte favorece,
Despues que igual ninguno ve delante,
¿No veis con qué rigor se ensoberbece?
¿Qué intratable se ha hecho y qué arrogante?
¿Con qué gravedad mira, que parece
Que amenazando está con el semblante?
¿Con cuánta majestad, acaso injusto,
Hace y deshace leyes á su gusto?

»¿Es posible que al fin del año espera
Al nuevo sucesor este tirano?
Es posible que el cetro dejar quiera
Que ahora ocupa su soberbia mano?
Pluguiera al cielo de su hermano fuera,
Qu'era, al fin, mas piadoso y mas humano,
Y de aplacar mas fácil si enojado;
Mas ¿qué mucho? Reinaba acompañado.

»Nosotros, pueblo vil, vulgo oprimido,
Siempre hemos de vivir avasallados;
Siempre de uno soberbio y atrevido
Sujetos, de otro siempre amenazados,
Cual leño de dos vientos combatido,
Que soberbios, contrarios y obstinados,
Le hacen embestir con igual pena,
Ya en los peñascos altos, ya en la arena.»

Júpiter en su alcázar entre tanto
Concilio de los dioses ha juntado,
Senado insigne, venerable y santo,
De mil varias deidades ilustrado.
Los que del cielo el estrellado manto
Adornan, los primeros han llegado,
Luego con su colegio soberano
El gran retor del húmido Oceano.

Cuál desampara el monte y cuál la fuente;
Nadie, aunque muy remoto, se detiene,
Ni el que vive en los reinos del Oriente,
Ni el que al ocaso su morada tiene;
Tan presto allega el de la Libia ardiente
Como el que de la helada Citia viene.
Tantos fueron al fin, qu'el viejo Atlante
A tanto peso apenas fué bastante.

Júpiter ocupó su rico estrado,
Y estando un poco los demás atentos,
Licencia que se asienten les ha dado;
Porque antes no ocuparan sus asientos.
Los sátiros y faunos se han sentado,
Callan de miedo al derredor los vientos,
Y al fin los rios á sentarse vienen,
Que con las nubes parentesco tienen.

La rica sala de oro se estremece,
De tanta majestad y dioses llena,
Y en columnas y techo resplandece
Secreta luz, mas pura y mas serena;
Calla asombrado el mundo y enmudece,
Ningun rumor entre los dioses suena;
Y viendo el orbe todo tan atento,
Así propone Júpiter su intento.

Graves son y desnudas de clemencia
Las palabras que dice al gran Senado,
Y por ejecutor de su sentencia,
Tras de ellas sale inexorable el hado.
«De los mortales, dice, la insolencia
Es tal, que habiendo en vano procurado
Domar mil veces sus rebeldes cuellos,
Solo os junté para quejarme de ellos.

»¿Hasta cuándo su pena merecida
Tiene de alborotar mi santo pecho?
Nunca para enmendar su infame vida
Tienen de ser mis rayos de provecho;
Ya á Vulcano, que es cosa nunca oida,
Falta el fuego, de tantos como ha hecho;
Y de lo que han sudado y padecido
Cansados los cíclopes, se han rendido.

»Por esto tuve tanto sufrimiento
Cuando el carro del sol Faeton regia,
Aunque vi por su loco atrevimiento
Que en cenizas el mundo se volvia;
Mas ni el rayo ni el húmido elemento
Con que cubrió los montes otro dia
El gran Neptuno, mi segundo hermano,
Nada enmendaron al linaje humano.

»Castigar á dos casas determino,
Aunque de mí descienden (no lo niego):
Argos y Tébas son, que ya el destino
Irrevocable está soplando el fuego.
¿Quién no sabe de Cadmo peregrino
La muerte y de su casa el furor ciego,
Contra quien tantas veces el infierno
Ha hecho guerra con rigor eterno?

»Los infames placeres y locuras
De las tebanas madres ¿quién ignora?
Culpas de mas de un dios, y travesuras
Que yo por su respeto callo ahora;
Dejo otras tan inormes desventuras,
Que muchas veces se corrió el aurora
De verlas; y son tantas, que en un dia,
Si quisiese contarlas, no podria.

»¿Qué pena, qué castigo habrá que cuadre
A este, de los hombres mónstruo fiero,
Temerario homicida de su padre,
Aunque de su corona el heredero?
Pues con infame incesto de su madre
El lecho profanó, y donde primero
La vida que aborrece ha recibido,
Hijos de sus maldades ha tenido.

»Mas ya paga á los dioses su pecado,
Pues no goza la luz de nuestro cielo;
Que él mismo, á noche eterna condenado,
Sus tristes ojos arrojó en el suelo,
Y luego (¡extraño ejemplo!) que aumentado
Del afligido padre el desconsuelo,
Sus hijos atrevidos los pisaron
Y el cetro infame alegres heredaron.

»Mas, presto ¡oh viejo mísero! cumplido
Has de ver tu deseo y tu esperanza,
Presto verás tu reino destruido;
Que no puede en el hado haber mudanza.
Ya, ya tu noche oscura ha merecido
Que Júpiter procure tu venganza;
Yo mismo arrancaré con nueva guerra
Tu maldito linaje de la tierra.

»Adrasto y uno y otro casamiento,
Hechos con infelice y triste agüero,
El principio serán y el instrumento
Que para aquesta guerra elegir quiero;
Que aun no olvido el maldito atrevimiento
De Tántalo, y su mesa; y así, espero
Con esta nueva pena merecida
Castigar esta gente aborrecida.»

Así dijo el gran Padre omnipotente,
Y del peligro de Argos lastimada
Juno, que en su inflamado pecho siente
Nuevo dolor y pena no esperada,
«¿Cuál hado, respondió, cuál dios consiente,
Oh Júpiter justísimo, que armada
En las batallas entre mi persona,
El oficio usurpándole á Belona?

»Ya sabes cuánto debo al pueblo argivo,
Cuánto en fuego inmortal humo sabeo,
Cuántas honras y fiestas dél recibo,
Cuánta sangre en mis aras siempre veo;
Y así, contra el rigor del hado esquivo,
Porque temo su mal, su bien deseo,
Lo debo socorrer, cual siempre he hecho,
Con armas, con valor y osado pecho.

»Aunque por tí á la guarda vigilante
De mi enemiga, en vaca convertida,
Tu cauto ejecutor, nieto de Atlante,
Cerró los ojos y quitó la vida;
Y aunque entres hecho pluvia rutilante
Adonde en vano Danae fué escondida,
Mis agravios perdono, aunque celosa;
Que entraste al fin en forma mentirosa.

»Mas, que ofenderme quieras revelando
Tu gran poder y majestad inmensa,
Cercado de mis rayos y tronando,
No hay para tanto agravio recompensa.
Siempre de Tébas me estaré quejando,
Donde aun duran señales de mi ofensa;
Tébas lo pague, á Tébas aborrezco,
Y el daño que le ordenas te agradezco.

»Mas ¿por qué el instrumento de su llanto
Argos tiene de ser á costa mia?
Si en tan poco me tienes, y si tanto
Aborreces mis cosas cada dia;
Si en el que siempre fué tálamo santo
Nuevos enojos la discordia cria;
Si al fin te pueden alegrar mis penas,
Asuela á Esparta, á Sámos y á Micénas.

»No quede en todo el mundo pueblo mio,
Que altares me levante y templos haga,
Donde con sangre y con encienso pio
Al honor de tu esposa satisfaga.
Mejor merece aquestas honras lo,
Pues nunca el fuego de su altar se apaga.
Y del Nilo lloroso en la corriente
Siempre su nombre resonar se siente.

»Si porque te ofendieron sus pasados
Han de pagar las gentes su insolencia,
Y de antiguos delitos ya olvidados
Quieres tomar al mundo residencia,
¿Cuándo (si son aquestos tus cuidados)
Se ha de acabar tan larga penitencia,
Pues no habrá pueblo que inocente sea
En cuanto abraza el mar y el sol rodea?

»Si la inocencia pues á nadie excusa,
A ejecutar comienza tu deseo
Desde donde siguiendo á su Aretusa
Ligero corre el peregrino Alfeo;
Allí verás tu Arcadia, á quien acusa
La memoria de algun delito feo;
Y ¿no te da vergüenza ni reparas
Que en infame lugar te hagan aras?

»Allí el pisano rey, digno por cierto
De vivir entre fieros animales
O del bárbaro Heta en el desierto,
O de Libia en los secos arenales,
Tanto rival dejó en el campo muerto,
Que aun duran de su estrago las señales;
Y ¿entre huesos de tantos no enterrados
Te agrada ver tus templos levantados?

»A Creta mentirosa y atrevida,
¿Cómo no das la pena que merece,
Pues ha hecho mortal tu inmortal vida,
Y con tu sepoltura se ennoblece?
Cómo te agradan los curetes de Ida,
Si el mundo sus maldades aborrece?
Argos sola pecó; ¡qué desventura!
Su triste fin y mi dolor procura.

»Otros reinos malditos y otras gentes
Dignas de tu rigor tiene la tierra;
Lleven allá esos yernos insolentes
El estrago y furor de tanta guerra;
No paguen mis argivos inocentes.
Mira el dolor que aqueste pecho encierra,
O mira al menos que de tí descienden,
Que son tuyos tambien y no te ofenden.»

Esto con libertad responde Juno;
Ya ruega humilde, y ya arrogante y fiera
Dice otras mil injurias, que ninguno
Para decirlas libertad tuviera.
Júpiter, que al hablar tan importuno
Estuvo cual si dura roca fuera,
Con menos gravedad y mas airado
Esta áspera respuesta á Juno ha dado:

«Siempre de tu soberbia he presumido
Que sola ósaras oponerte á cuanto
Tiene de Argos el hado establecido
Con justísima causa y celo santo;
Y sé que (si les fuera permitido)
Baco y Vénus hicieran otro tanto
Por Tébas; pero callan, que en efeto
Reverencia me tienen y respeto.

»Y porque de los dioses inmortales
Ninguno como tú con pecho osado,
Procurando el remedio á tantos males,
Ose contradecir lo que he hablado,
Yo juro por las aguas infernales
Que ha de cumplirse lo que ordena el hado,
Y que solo el furor de dos hermanos
Ha de asolar argivos y tebanos.

»Por tanto, alado mensajero mio,
Diligente ministro de mi intento,
Vuela con tanta ligereza y brio,
Que atrás se quede, aunque te lleva, el viento.
Baja al profundo infierno, y á tu tio,
Retor de los lugares del tormento,
Dile que al viejo Layo dé licencia
Para que haga del infierno ausencia.

»Está agora de Lete á la ribera,
Que despues de su muerte miserable
Pasar allende, por su ley severa,
Le prohibe el Erebo irrevocable
Vuelva á Tébas de nuevo, á quien espera
Con tanto estrago el hado inexorable;
Y porque lo ordenado tenga efeto,
Aquesto diga al arrogante nieto:

»Que á Polinice, ahora desterrado,
No consienta jamás que á Tébas llegue,
Aunque pida, en su suegro confiado,
Que el cetro al fin del año se le entregue;
Y pues el reinar solo ha deseado,
De su reino el alterno honor le niegue.
Este principio á tanto mal pretendo,
Por su órden lo demás se irá siguiendo.»

Obedeció al gran Padre soberano
Mercurio, y á sus plantas luego añide
Ligerísimas alas, con que ufano
Deja los cielos y los vientos mide;
La vara lleva en su derecha mano,
Con que sueño provoca y sueño impide,
Y por quien el infierno le permite
Que los muertos que quiere resucite.

El sombrero se pone que deshace
Las tempestades y serena el viento,
Adorno usado cuando ausencias hace
De su estrellado y cristalino asiento;
De aquesto prevenido, satisface
Del gran Retor del cielo el mandamiento,
Y con ligero y presuroso vuelo,
Cortando nubes, se avecina al suelo.

Y de Beocia Polinice en tanto
Vagando pasa la desierta tierra
Que tanta sangre humana y tanto llanto
Ha de beber en la vecina guerra;
Que el sol en cada sino se esté tanto
Siente en el alma, porque en ella encierra
Cuidado eterno con inmenso daño
Del mal debido reino al fin del año.

Este, que nunca un punto de su pecho
(Esté velando ó duerma) se desvia,
Siempre, á pesar del tiempo libre, ha hecho
Larga la noche y perezoso el dia;
Solo con mil engaños satisfecho,
Que inventa su engañosa fantasía,
Con fingida esperanza y bien dudoso
Hace dulce el cuidado venenoso.

Finge que el año largo se ha cumplido,
Que á Tébas vuelve y que á su hermano aleja,
Y que dándole el cetro prometido,
Él mismo humilde el reino y patria deja;
Ya se alegra de verse rey temido,
De verse desterrado ya se queja,
Y así entretiene en esperanza larga
De su deseo la pesada carga.

Y mientras llega el plazo deseado
Ir á pasarlo en Argos determina,
O en Micénas, do el sol, avergonzado,
Un tiempo les negó su luz divina;
O que esto ordena el inmudable hado,
O Erimnis que á su pena así lo inclina,
O que Atrópos le enseña este camino,
A Argos al fin lo lleva su destino.

Ya de Ogige se deja atrás las cuevas,
Albergue de aulladoras bacanales,
Y el alto Citeron, que á un lado á Tébas
Y á otro mira del mar los arenales,
Pasa por donde hizo tantas pruebas
De su crueldad Sciron, que aun las señales
Se ven en los peñascos y en la arena,
De sangre tintos y de huesos llena.

Llega al reino de Niso, á quien pudiera
Eternamente asegurar la vida
El cabello encantado, si tuviera
Hija mas casta y menos atrevida;
Los campos pasa donde Scila fiera
Lloró su ceguedad mal conocida,
Y al fin deja á Corinto, donde oyendo
Estuvo de dos mares el estruendo.

Ya el fugitivo sol habia escondido
Entre las nubes del ocaso el dia,
Y habiendo sus tinieblas esparcido,
El aire adelgazó la noche fria;
Calla el ganado ya, ningun ruido
En las ciudades ni en el campo oía;
Solo se hace de la tierra dueño,
Lleno de olvido y de silencio el sueño.

Mas, dura tempestad prometió al suelo
Al esconder el sol su rubia frente,
Cubriendo el carro de funesto velo,
Escasa luz ofrece al nuevo oriente;
Tendiendo largos rayos por el cielo,
Llegó lleno de luto al occidente,
Y apenas se escondió en el mar profundo,
Cuando la noche triste ocupó el mundo.

Espesa y negra mas que nunca encubre
La hermosura y luz del cielo santo,
Ninguna estrella al mundo se descubre,
Que la salida impide el negro manto;
El torpe miedo vuela, el suelo cubre
Silencio, oscuridad, horror y espanto;
Y ya con ronco son, confusa y ciega,
La tempestad amenazando llega.

Los vientos, mal regidos y enfrenados
Del animoso rey que los gobierna,
Furiosos mas que nunca y enojados,
Piden su libertad con rabia eterna;
Viéndolos tan soberbios y obstinados,
Las puertas les abrió de su caverna,
Estrecho albergue para tanta furia,
Y al fin salen haciendo al mundo injuria.

El confuso tropel la tierra hiere,
Tiembla el eje del cielo cristalino,
Cada uno alzarse con el mundo quiere,
Gime el mar, brama el fiero torbellino;
Triste del marinero que tuviere
Fuera del puerto el leño peregrino,
Pues ha de verse en tanto sobresalto,
Lleno de miedo y de esperanza falto.

Con espesos relámpagos el cielo
Por mil partes parece que se enciende,
Truena con brava furia y tiembla el suelo,
A quien tanto enemigo á un tiempo ofende;
De las nubes preñadas rasga el velo
El fiero rayo, y con rigor desciende,
Y en el mas rico chapitel agravia
De Siria el cedro y el metal de Arabia.

Con mas violencia el austro hace guerra,
Y de Arcadia las cumbres humedece,
En negras nubes su humedad encierra,
Y espesas gotas á la tierra ofrece;
Mas primero que lleguen á la tierra
El Aquilon las cuaja y endurece,
Cubre la nieve ya los montes frios,
Entran hinchados en el mar los rios.

Mil humildes arroyos que se vieron
Secos ayer, pasados á pié enjuto,
Ricos de tantas aguas, hoy pudieron
Quitar al campo el mal siguro fruto;
Inaco y Erasino al mar corrieron,
Llevándole ya guerra, y no tributo,
Y de Lerna tambien el hondo seno
Derramó por los campos su veneno.

A las silvas su honor y hermosura
Quita la tempestad con furia brava,
Yace midiendo ya la tierra dura
Planta que ayer al cielo amenazaba;
No aprovechó á Liceo su espesura,
Donde apenas la luz del sol entraba;
Que ya la tempestad desembaraza
En sus obscuros senos ancha plaza.

El mancebo tebano, que oprimido
Se ve en tanto peligro, ya suspira
Con no usado temor, cada ruido
Flechas de miedo al corazon le tira;
Ya escucha de los vientos el bramido,
Ya desgarrarse un medio monte mira,
Y atónito y confuso queda, oyendo
De fugitivas peñas el estruendo.

Oye el rumor de algun arroyo fiero,
Y mientras mas se acerca, mas se espanta,
Cuando mira nadando un monte entero
Donde apenas mojara ayer la planta;
Nada la choza y huye el ganadero,
Dichoso al fin en desventura tanta,
Y el humilde ganado va nadando
Donde andaba la yerba ayer buscando.

Mas no por esto su camino deja,
Aunque entre tanta confusion dudoso,
Que el temor del hermano es quien le aqueja
Mas que el temor del tiempo riguroso;
Cual marinero incauto que se aleja
De la tierra, y al viento mas furioso
Entrega de sus velas el gobierno,
Con el rigor del erizado invierno.

Combatido del viento en noche oscura,
No puede ver el norte, ni la luna
Le puede dar en tanta desventura
Alguna lumbre ni esperanza alguna,
En vano en tanta oscuridad procura
Remedio contra la áspera fortuna,
Pues contra la tormenta en mar tan alta
Faltan las fuerzas y el gobierno falta.

Y mientras mas está léjos del puerto,
Del viento teme mas la rabia fiera,
O ya de algun peñasco que encubierto
Las ondas tienen su naufragio espera;
A cada parte ve el peligro cierto,
Que mas se enoja el mar y mas se altera,
Y al fin deja su vida y su navío
Del enemigo viento al albedrío.

Tal el tebano incierto va siguiendo
Por donde el hado y su rigor le lleva,
Ya espesos matorrales va rompiendo,
Adonde hace de sus fuerzas prueba;
Ya fiera se le opone, que huyendo
Va por el monte á la sigura cueva;
El ancho escudo embraza y cubre el pecho,
Que ya animoso su temor le ha hecho.

En esto, de Larisa en la alta cumbre,
Alcázar de Argos y del rey morada,
Resplandeció un farol, que con su lumbre
Descubrió la ciudad tan deseada;
Guardaba el pueblo argivo esta costumbre,
Tanto en lo paz como en la guerra usada,
Y como alivio en desventura tanta,
El tebano adoró la lumbre santa.

A la antigua Prosina á un lado deja,
Rico templo de Juno, y á otro lado
A Lerna venenosa, que se queja
De Alcides, que sus aguas ha infamado;
Con esperanza nueva el miedo aleja,
Y vuela ya con paso acelerado;
Al muro llega al fin y á nadie encuentra,
Sigue la amiga luz y en Argos entra.

Del Rey en el palacio suntuoso
Halló el ancho zaguan desocupado,
Contra el furor del tiempo riguroso
Siguro albergue y sitio acomodado;
En él pensó tener algun reposo,
Y así, tendiendo el cuerpo fatigado,
Convida al blando sueño en cama dura,
Si haberle puede en tanta desventura.

El noble rey Adrasto aquí vivia,
De agüelos rico, en majestad temida,
Que gobernando en paz pasado habia
Ya la mitad del curso de su vida;
Del mayor de los dioses descendia
De ambas partes su sangre esclarecida,
Mas no tiene, y en vano lo desea,
Hijo varon que su heredero sea.

Dos bellísimas hijas le dió el cielo,
Que han de heredar su reino y su nobleza,
Mas por lo que esperaba algun consuelo
Vive con mas dolor y mas tristeza;
Que el Dios que avisa lo futuro al suelo
Amenazada tiene su belleza:
«De una, dijo, un leon será su esposo,
Y de otra un fiero jabalí cerdoso.»

Cual si se hubiera visto ya el efeto,
Gime el padre infelice el caso duro;
Ninguno de sus sábios el secreto
Pudo alcanzar de aquel enigma obscuro,
Ni el mismo Anfiarao, á quien sujeto
Apolo hizo todo lo futuro,
Lo pudo penetrar, y un caso raro
Hizo despues aquel enigma claro.

Al portal que ocupaba ya el tebano
Vino acaso á parar el gran Tideo,
Que en el mismo rigor del tiempo insano
A Argos tambien le trujo un caso feo;
Huyendo, por la muerte de su hermano,
De Calidonia y de su padre Eneo,
Adonde estaba Polinice para,
Siguiendo del farol la lumbre clara.

Turbóse luego, y de la tierra dura
Se levantó con ira acelerada,
Y porque de ninguno se asegura,
Quiso negarle la comun posada;
Era grande el tebano de estatura,
De persona fornida y bien trazada,
Pequeño el calidonio, en vaso chico
Tiene de gran valor tesoro rico.

Cada cual fugitivo y desterrado,
Perseguido del tiempo, de ira lleno,
Huésped en tierra ajena, recatado,
Rompe atrevido al sufrimiento el freno;
Con amenazas el temor osado
Armó á entrambos las lenguas de veneno,
Las manos de furor, de injurias hecho,
De fuego el corazon, de rabia el pecho.

De tantas amenazas ofendidos,
Ya con rabia y furor llegan á asirse,
Con piernas y con brazos atrevidos,
Queriendo en fiera lucha preferirse;
Ya con desnudas manos desasidos,
Con tanta priesa llegan á herirse,
Que no el granizo de la nube espesa
Con tanta furia baja y tanta priesa.

Tal de valientes mozos deseada
Ve lucha el sacro Olimpo semejante,
Cuando el tiempo con planta acelerada
Sus lustros restituye al gran Tonante;
Arde la tierra, de sudor bañada,
Muestra la juventud pecho arrogante,
Y entre tanto las madres desde afuera
Cada una el premio y la vitoria espera.

Con no menos valor, si con mas ira,
Aunque sin esperar premio ni gloria,
Cada uno destos insolente aspira,
Bañado ya en su sangre, á la vitoria;
Este con rabia gime, aquel suspira,
Pierden con el enojo la memoria,
Pues sin echar de ver que traen espadas,
A bocados se ofenden y á puñadas.

A sacar las espadas, el tebano
Medido hubiera ya la tierra dura,
Muriera al fin por enemiga mano,
Que fuera menos mal y desventura;
Fuera al menos llorado de su hermano,
Y aun vengara su muerte por ventura;
Mas la maldad del enemigo hado
Para mas triste fin lo ha reservado.

Al estruendo á tal hora nunca oido,
Que retumbaba en el soberbio techo,
No menos admirado que ofendido,
Pide el Rey lumbre y desocupa el lecho;
Hallóle recordado el gran ruido,
Que un cuidado inmortal, que se habia hecho
De su memoria y de sus ojos dueño,
Le ahuyentaba el deseado sueño.

Las puertas abre, y con antorchas luego
Por el alto palacio discurriendo,
De los que perturbaron su sosiego
El miserable estrago estuvo viendo;
Encendidos en rabia, en ira, en fuego,
Dos furias infernales (¡caso horrendo!),
Mónstruos de sangre llenos y furiosos,
Desgarrados los rostros y espantosos.

»¿Qué ocasion, oh extranjeros, dijo, ha sido
Bastante á tal furor, á ira tan loca?
Que no sois de Argos, pues me habeis tenido
Poco respeto y reverencia poca;
Pero decid de dónde habeis venido,
Quién sois, adónde vais y qué os provoca
A usurparle á la noche su derecho,
Para el reposo de los hombres hecho.

»¿Es tan pequeño por ventura el dia,
Y el sueño y breve paz tan triste cosa,
Que en las tinieblas de la noche fria
Derramais sangre ilustre y preciosa?
Tal imagino qu'es, que no se cria
Tal valor sino en sangre generosa,
Y en la que habeis vertido me parece
Que una oculta grandeza resplandece.»

«Oh príncipe el mejor del pueblo aqueo,
Ya ves que nuestra sangre el suelo baña,
¿Qué importará saber el caso feo,
Si enojo de algun dios nos acompaña?»
Esto responden ambos; y Tideo,
Deseando consuelo en tanta saña,
Mirando al noble rey con rostro fijo,
Ya mas humilde y suspirando dijo:

«Del reino y campos fértiles que riega
Aqueloo calidonio, aquí he venido,
Donde el error de aquesta noche ciega
Por extraña desgracia me ha traido;
Y este, lleno de rabia, á quien se entrega,
La posada comun me ha prohibido,
No sé con qué derecho ó con qué fuero,
Sino es decir que aquí llegó primero.

»Aunque fieros y de ánimo impaciente,
Juntos ya los Centauros se albergaron,
Y los bravos cíclopes, si no miente
La fama, en Etna juntos habitaron,
Tal vez rabiosas fieras juntamente
En la secreta cueva se hallaron;
Y este la comun cama de la tierra
Quiere estorbarme con funesta guerra.

»Pero ¿qué me detengo? Hoy de mi muerte,
Quien quiera que eres, trunfarás ufano,
Si no ha embotado la enemiga suerte
El antiguo valor de aquesta mano;
Verás que soy del tronco de Eneo fuerte
Generoso renuevo, y que no en vano
El dios Marte es mi agüelo verdadero,
Ya que de su valor no degenero.»

«Yo, respondió tambien, ¿qué me detengo
Escuchando arrogancia tal á un hombre?
Que no de sangre tan humilde vengo,
Que de la tuya y de tu honor me asombre;
Tronco tambien de que preciarme tengo.»
Dijo; mas de su padre calló el nombre,
Que pudo de su error la infamia y mengua,
Al pronunciarlo, enmudecer la lengua.

«Antes, dijo el rey noble, oh caballeros,
A quien ira ó virtud demasiada
Encendió de los pechos los aceros
Ó el rigor de la noche no esperada,
Cesen las amenazas y los fieros,
Y entrad ambos conmigo en mi morada;
Juntad las diestras, que tras ira tanta,
Nobles prendas serán de amistad santa.

»Tal vez se ha visto ya de un odio inmenso
Una inmensa amistad haber nacido;
No sin misterio me teneis suspenso,
Que algun Dios á mi casa os ha traido;
Que de un amor inseparable pienso
Ira tan grande el fundamento ha sido,
Y que siempre del caso la memoria
Aumentará de la amistad la gloria.»

Llenas de verdadera profecía
Del viejo sábio las palabras fueron,
Porque despues de aquella noche fria
Tanta amistad se dice que tuvieron,
Que no del Quersoneso en la porfía
Muestras mayores de amistad se vieron
Entre Oréstes y Pilades, ni creo
Fué tal la de Perito con Teseo.

Con esto cada cual menos airado,
Aquel furor, mas no del todo, deja,
Cual suele cuando Bóreas enojado
Con brava tempestad el mar aqueja,
Que aunque ya su rigor ha mitigado,
Al despedirse entre las velas deja,
Despues de su furor soberbio y loco,
Viento fácil, que muere poco á poco.

Entrambos pues siguiendo al Rey han ido
Al real palacio, que el alcázar era,
Donde el talle, las armas y el vestido
De ambos de espacio Adrasto considera;
Cubre al uno de un fiero leon temido
El gran despojo, vestidura fiera,
Que horrible á cada lado está pendiendo,
Inculta selva del cabello horrendo.

Era aqueste despojo horrible y feo
Del leon á quien Hércules dió muerte
De Teumeso en la selva, y por trofeo
Cubrió siempre con él el pecho fuerte;
Hasta que dando muerte al Cleoneo,
Trocó el despojo y mejoró la suerte,
Y en el primero sucedió el tebano,
Con que espantoso se mostró y ufano.

Y cerdosa piel del otro era el vestido,
Con que apenas cubrir los hombros pudo,
De un fiero jabalí que retorcido
Muestra en cada mejilla el diente agudo;
Fué en Calidonia en grande honor tenido,
Y por blason de su real escudo
Lo heredó con el reino el padre Eneo,
De que arrogante se vistió Tideo.

Al punto el noble rey, lleno de espanto,
Conoce del oráculo divino
La verdadera voz que temió tanto,
Que ya lloró el rigor de su destino;
Trueca su pena y su pasado llanto
En un horror alegre y peregrino,
Que por sus miembros presuroso vuela,
Y al pronunciar la voz la lengua hiela.

Siente que no sin órden han venido
Del cielo y de sus dioses soberanos
Los dos yernos que Apolo ha prometido
Con nombre de dos mónstruos inhumanos;
Estuvo un grande rato enmudecido,
Y al fin, alzando al cielo entrambas manos,
Rompiendo aquel silencio tan prolijo,
Lleno de admiracion, aquesto dijo:

«Noche, que abrazas en tus sombras frias
Del cielo y de la tierra las fatigas,
Que con ligero movimiento guias
Estrellas vagas, de inquietud amigas,
Y á los mortales tu reposo envias,
Alivio en sus congojas enemigas,
En tanto qu'el dorado carro suyo
Lleva, huyendo el sol del negro tuyo.

»Noche, á cuya deidad están sujetos
Los misterios de Apolo soberano,
Que aclaras de su enigma los efetos
Y pones fe en su voz, buscada en vano;
Tú, que del hado antiguo los secretos
Que no pudo alcanzar ingenio humano
Sola descubres, antes que te alejes
Tus agüeros confirma y no me dejes.

»Será en aquesta casa eternamente
Cada año tu memoria respetada,
Y será tu deidad de gente en gente
Con mil honras y fiestas celebrada;
Por ti cada año el toro mas valiente
Dejará suspirando su manada,
Y siempre nueva leche, si hoy me amparas,
Y ofrenda negra quemaré en tus aras.

»Salve, caverna y voz irrevocable,
Antigua fe y oráculo divino,
Y tú tambien, fortuna variable,
Qu'el rigor has trocado del destino.»
Aquesto dijo el viejo venerable,
Y luego con los dos guerreros vino,
Habiendo á cada cual la mano dado,
A un aposento oculto y retirado.

El fuego en un altar aun todavía,
Guardado entre cenizas, vivo estaba,
Y una ofrenda que en él ardido habia,
No gastada del todo aun, humeaba;
Y aunque ya el carro de la noche fria
De la mitad del curso declinaba,
Renovar el banquete manda luego,
De nuevo olor enriqueciendo el fuego.

Al punto con un gusto extraordinario
Cada ministro alegre y diligente
Acude á prevenir lo necesario
A tanta fiesta y majestad decente;
El gran palacio con tumulto vario
A cada parte resonar se siente;
Quién previene las mesas, que es su oficio;
Quién la comida y quién el sacrificio.

Cuál la víctima ofrece al santo fuego,
Que otro ya de oloroso cedro enciende;
Cuál acude despues, y al humo ciego
Con vario olor enriquecer pretende;
Este las mesas pone, y otro luego
Tapetes de oro y seda encima tiende,
En el aparador otro previene
Rica vajilla, que á su cargo tiene.

Los lechos otro en tanto aderezando,
Colchas tiende con oro recamadas;
Otro, la noche negra ahuyentando,
Bálsamo enciende en lámparas doradas;
De las muertas ovejas otro asando
Las entrañas está ya desangradas;
Este va, viene aquel, el otro torna,
Otro de blanco pan la mesa adorna.

Alegre el noble Rey, que obedecido
Con tanta diligencia ve su intento,
Venerable de rostro y de vestido,
Ocupa de marfil un rico asiento;
Los huéspedes tambien, que ya habian sido
Curados con precioso y rico ungüento,
Limpios de tanta sangre, se sentaron,
Y del Rey ambos lados ocuparon.

Mírase el uno al otro, y satisfecho
Del gran valor que á cada cual admira,
Perdonan los agrávios que se han hecho,
Convirtiendo en amor la mortal ira;
Crece la gloria en el piadoso pecho
Del noble Rey, que su concordia mira,
Y porque su esperanza efeto tenga,
Manda que Acéstes á la mesa venga.

Era una vieja sábia, que criaba
Sus hijas con cuidado y santo celo,
Y su sagrada honestidad guardaba
A los esposos que les diese el cielo;
Viniendo pues adonde Adrasto estaba,
Lleno, sin esperarlo, de consuelo,
Oye al oido lo que el Rey le ordena,
Y vuelve atrás, de nueva gloria llena.

Al punto con primor y con presteza,
Porque á su rey obedecer desea,
De honestas galas, llenas de riqueza,
Las infantas bellísimas arrea;
Con ellas viene luego, y su belleza
Con tanta honestidad se hermosea,
Que á los ojos de todos (¡raro ejemplo!)
Diosas parecen, y el palacio templo.

Si ojo mortal á Pálas y á Diana
Alguna vez acaso vió en la tierra,
Esta de Apolo cazadora hermana,
Persiguiendo las fieras de la sierra,
Con lanza aquella y con escudo ufana,
Bella diosa abogada de la guerra,
Fuera de aquel terror que tienen ellas,
Tales pienso que son las dos doncellas.

Con simple honestidad, luego que vieron
Que eran de los dos huéspedes miradas,
Ya pálidas, ya rojas se pusieron,
De una vergüenza nueva salteadas;
Los ojos á su padre revolvieron,
Vergonzosas, humildes y turbadas,
Y en tanto que se da fin á la cena,
Esperan lo que el padre les ordena.

Vencida ya la hambre, el rey aqueo
Pide una rica taza, dedicada
Para los ministerios de Lieo,
Y de varias figuras adornada;
De Danao fué y del viejo Foroneo
En tales sacrificios siempre usada,
Hecha con tal primor y tal decoro,
Que vence en ella el artificio al oro.

Caballo alado, volador ligero,
En ella está rompiendo el aire vano,
Regido de un osado caballero,
Con la cabeza de Medusa ufano;
Tan al vivo se ve, que el monstro fiero,
Lánguido, ensangrentando el verde llano,
Con graves ojos, el color perdiendo,
Parece qu'en el oro está muriendo.

El cazador troyano arrebatado
Tambien se ve de un águila ligera,
Y monteros y perros, que han quedado
Atónitos, mirando al ave fiera;
Uno ladra á las nubes enojado,
Otro sigue á la sombra y no le espera;
Al vivo todo, y tal, que parecia
Que Ida se abaja y Troya se desvia.

La taza rica de figuras tales
Corona el Rey de vino generoso,
Invocando á los dioses inmortales,
Pero primero á Febo poderoso;
Con himnos y alabanzas celestiales
A Febo, á Febo invoca el Rey piadoso;
Febo, responden todos, coronados
Con ramos de laurel, de Febo amados.

Era de Febo aquel alegre dia
A él dedicado en todo el reino aqueo,
Y ansí, honrando á su nombre, enriquecia
El fuego de su altar humo sabeo;
«La causa, dijo el Rey, de esta alegría
Ya por ventura os pedirá el deseo,
Viendo con tanta fiesta y placer tanto
A Febo celebrar el nombre santo.

»Sabed pues, oh mancebos, que no han sido
Aquestos sacrificios comenzados
(Sin que bastantes causas haya habido),
De santa religion aconsejados;
Mil desventuras son que ha padecido
El pueblo argivo en años ya pasados,
De aqueste sacrificio el fundamento:
Atentos escuchad, y os diré el cuento.

»El gran Fiton el mundo amenazaba,
Bestia fiera, engendrada de la tierra,
Que á Délfos con sus roscas rodeaba,
Haciendo á la ciudad y al campo guerra;
La gente y el ganado ahuyentaba,
No hay seguro lugar en llano ó sierra,
Pues cubierto de escama y dura concha,
Derriba muros y arboledas troncha.

»Si alguna vez alimentar queria
A la insaciable sed de su veneno,
No de Castalia la corriente fria
Bastante era á henchir el ancho seno;
Toda con lenguas tres se la bebia,
Asolándole en pago el sitio ameno;
Mas no sufriendo Apolo aquesta injuria,
Osó oponerse solo á tanta furia.

»Con una y otra flecha al monstro hiere,
Que su concha y rigor no le aprovecha;
Apúntale primero, y donde quiere
La jara voladora va derecha;
Vacía toda el aljaba, el monstro muere,
Llegando al corazon mas de una flecha;
Tiéndese al fin, vencido por su mano,
Ocupando de Cirra todo el llano.

»Apenas tuvo muerto al monstro fiero,
Cuando tomando de Argos el camino,
De nuestro rey Crotopo el rubio arquero
Al no rico palacio á parar vino;
Tenia una sola hija el rey Severo,
De hermosura y ejemplo peregrino,
Ya de perfeta edad, pero doncella,
Honesta por extremo como bella.

»Dichosa si de Febo nunca fuera
Para tanta desdicha conocida,
Y de su amor y hurtos no tuviera
Tanta noticia á costa de su vida;
Febo pues de Nemeo en la ribera
Gozó la flor, en vano defendida;
Forzó su honestidad, venció su llanto,
Y ofendió el hospedaje sacrosanto.

»Con lágrimas y ruegos importuna
Se rindió, ya cansada, á su porfía;
Que mal pudiera haber defensa alguna
Bastante á resistir tanta osadía;
Y ya que nueva luz la blanca luna
Diez veces en sus cuernos visto habia,
Acudiendo Tucina al grande aprieto,
Parió á luz á Latona un bello nieto.

»Temiendo de su padre la ira insana,
De quien en tal error nunca alcanzara
Perdon, por ser en él disculpa vana
Aunque de un dios la fuerza le halagara,
Sigue los ejercicios de Diana,
Clavando ya con voladora jara
Al ciervo vividor que va volando,
Ya engaños á las aves fabricando.

»Y por cubrir mejor su desventura
El niño dió á un pastor secretamente
Para que lo criase en la espesura,
Entre el ganado, oculto de la gente;
¡Oh fortuna enemiga, oh suerte dura!
¡Bello hijo del sol, niño inocente,
Que entre los cabritillos resplandeces,
Y apenas has nacido y ya padeces!

»No tuvo lino en desventura tanta
Que le defienda del calor paterno,
Desnudo en cama vil, humilde planta
Con hojas le cubrió su cuerpo tierno;
Bala el ganado humilde y no se espanta,
Sujeto á suerte igual y igual gobierno;
Crece con él al fin, y en su bajeza
Su cuna fué de un tronco la corteza.

»Goza albergue comun con el ganado,
Y al son de una zampoña, en lecho duro
Le halla el blando sueño descuidado,
En tanta desventura aun no seguro;
Que la maldad del enemigo hado,
Por dar triste principio al mal futuro,
No pudiendo á mas mengua derribarlo,
De aquel pequeño bien quiso privarlo.

»Dejado á solas temerariamente,
Estaba entre unos céspedes durmiendo,
La boca abierta al sol, que su mal siente,
En ella el aire fresco recibiendo;
Dieron perros en él con rabia ardiente,
Y antes que recordase al grande estruendo,
Con la insaciable hambre que traian,
Medio vivo en sus vientres lo tenian.

»A la infanta afligida el nuevo espanto
De aquesta dura nueva echó del pecho
La vergüenza y temor, que en dolor tanto
No hubo consuelo alguno de provecho;
Baña la tierra con prolijo llanto,
Hiere con voces el paterno techo,
Y llena de furor, buscando al padre,
Su error confiesa á la infelice madre.

»No se movió á piedad, aunque pudiera
Una roca mover helada y dura,
Y ablandar las entrañas de una fiera
Tanto dolor y tanta hermosura;
Con injusto rigor manda que muera,
Aunque ella, en tanto mal y desventura,
Tambien la muerte elige, que la muerte
Sola podrá acabar su dolor fuerte.

»Tarde se movió Apolo á la defensa,
Aunque turbó el dolor su luz serena;
Mas ya el castigo de su agravio piensa,
Vano consuelo para tanta pena;
Un monstruo horrendo de crueldad inmensa
De Flegeton en la abrasada arena,
De un demonio engendrado y de una furia,
Vino á la tierra á castigar su injuria.

»El rostro y pecho de mujer tenia,
Pero con un eterno silbo horrendo,
Una culebra en su cerviz nacia,
Al rostro sus cabellos esparciendo;
En el silencio de la noche fria,
Cuando ya todo el mundo está durmiendo,
Este monstruo infernal, fiero y horrible,
Entraba en nuestras casas invisible.

»El niño tierno, que durmiendo estaba,
Recien nacido en el materno seno,
Con terrible furor arrebataba,
Y dél alimentaba su veneno;
Con hambre eterna allí se lo tragaba,
Dejando de su sangre el lecho lleno;
Llora la madre triste en dolor tanto,
Y el monstruo fiero engorda con su llanto.

»Viendo el daño comun y la ruina
Del pueblo argivo, en lágrimas bañado,
A morir ó vengar lo determina
Corebo, un noble caballero osado;
Y cuando ya la noche se avecina,
Consigo algunos mozos ha juntado,
Amigos de morir ó ganar fama
Cuando el peligro ó la ocasion los llama.

»Y estando ya la gente sosegada,
De armas y de valor apercebido,
Cerca la ciudad triste y desdichada,
Con gran secreto y sin hacer ruido;
Buscando, al fin en una encrucijada
De dos niños cargado al monstruo vido,
Hincando ya las uñas y los dientes
En los recien nacidos inocentes.

»Al punto de los suyos rodeado,
Al monstruo arremetió en el paso estrecho,
De un asta veloz que le ha tirado
El hierro todo le escondió en el pecho;
Y habiendo al triste corazon hallado,
Para aposento de la vida hecho,
La puerta al alma fugitiva abriendo,
Restituyó á Pluton su monstruo horrendo.

»La fama pregonera vuela al punto,
Hierven las calles con alegre espanto,
Que nunca tanto vulgo se vió junto,
Ni en Argos vimos regocijo tanto;
Salen á ver el monstruo ya difunto,
Principal ocasion de nuestro llanto,
Y tal era el temor de sus enojos,
Que apenas tienen crédito los ojos.

»No libre aun de temor la gente, mira
Los colmillos, el vientre, el pecho y boca,
Y aquel extraño horror (que aun muerto admira)
Al mas cobarde á mas furor provoca;
Muestra en un muerto el vulgo inmortal ira,
En tan grande dolor venganza poca,
Y ninguno se tiene por honrado
Si no llega á herir el monstruo helado.

»El mostro, de Aqueronte en las riberas
Engendrado, en el campo se dejaron;
Mas ni el lobo hambriento ni otras fieras
Su rabia y hambre en él alimentaron;
Huyeron dél las aves carniceras,
Con miedo extraño al derredor ladraron
Los perros, que sintiendo su veneno,
A su hambre y furor pusieron freno.

»No en aquesto paró la desventura,
Pues della otra desdicha nació inmensa
A la ciudad, del mostruo aun no segura,
Que ya aliviarse en sus trabajos piensa;
Que Febo con mayor rigor procura
Vengar al que tan bien vengó su ofensa,
Y desde la alta cumbre de Parnaso
Dió infelice principio al duro caso.

»A la ciudad, al campo, al llano y sierra
Flechas tiró que el aire inficionaron;
Mueren hombres y fieras, y á la tierra
Nieblas, de muerte llenas, ocuparon;
Igualmente la muerte hace guerra,
Las parcas sus estambres le entregaron,
Y ella desplegó en Argos sus banderas
Al triste son de quejas lastimeras.

»Primero los humildes animales
A sentir comenzaron la inclemencia
Del crudo mal, y en cuerpos desiguales
Igual fuerza mostró la pestilencia.
Muere el perro fiel en los umbrales
Del amo, que ignorando la violencia
De aquel veneno que invisible hiere,
Lo llega á halagar, y con él muere.

»El soberbio animal, que ya se vido
Argentando de espuma el rico freno,
El cuello humilde ya gime herido
Con fuerza oculta de mortal veneno;
El pajarillo, que al amado nido
Vuelve alegre, de cebo el pico lleno,
Rendido en la mitad de su camino,
Flojas las alas, á la tierra vino.

»Humilde el jabalí terrible y fiero,
El pecho ofrece al cazador osado,
Y cuando llega el enemigo acero
Halla ya muerto el corazon helado;
El ciervo, antiguo volador ligero,
Que en vano de los perros se ha escapado,
Rinde en el monte al fin la amada vida,
Con pié ligero en vano defendida.

»Tal vez al yugo unidos mansamente
Tiraban dos novillos del arado,
Y cayó el uno dellos de repente
Sin acabar el surco comenzado;
Afloja la coyunda de su frente
De presto el triste labrador, turbado
Y tímido del otro, y mal siguro
Descarga su cerviz del peso duro.

»Pues no porque el rigor de algun veneno
Probó en tazas de vino coronadas,
O enemigo manjar, de muerte lleno,
Entre ricas comidas regaladas;
Su pasto fué la yerba y blando heno,
Aguas bebió entre peñas quebrantadas,
Y por vivir en desdichado suelo
Probó el rigor del enojado cielo.

»Tal vez tambien la víctima escogida
Por la mejor en toda la manada,
Cayendo en tierra muerta, aun no herida,
Del ministro burló la mano alzada.
La malicia del mal ya conocida,
En la ciudad renueva desdichada
Tristes quejas y lágrimas, que en vano
La gente ofrece al cielo soberano.

»De cuerpos no enterrados se ven llenas
Las calles y del monte la espesura,
Que en pueblo y campo ofrece iguales penas
En suerte desigual la desventura;
Tanta es al fin la mortandad, que apenas
Bastante es para tanta sepultura
Todo el suelo que ve nuestro horizonte,
Ni para tanto fuego todo el monte.

»Riñen por los sepulcros no ocupados
Los pocos vivos que la muerte esperan,
Y otros en los sepulcros heredados
Se encierran á morir antes que mueran.
Si al fuego son algunos entregados,
Ni parientes ni amigos hay que quieran
Llevar al venerable monumento
Las cenizas, que al fin se lleva el viento.

»Tal de un muerto atizaba el santo fuego,
De religion y de clemencia lleno,
Y cayendo dió el último sosiego
A su infelice cuerpo en fuego ajeno.
Lleno de espanto el vulgo, siembra luego
Un temor general mortal veneno;
Huyen todos al fin, sin que allí quede
Quien su piedad y religion herede.

»Huye la madre triste y desdichada
Del hijo, y el hermano del hermano;
Huye el marido de la esposa amada,
Que afligida, socorro pide en vano;
Doncella tierna, en vano recatada,
Descubre sin recato al cirujano
(Desnudo el cuerpo honesto) flor hermosa,
Que ya marchita estrella rigurosa.

»Ríndese el arte al mal, y sin provecho
Los remedios se ven y la experiencia;
Que mas ofende en esta lo que ha hecho
Que algun efeto en otra pestilencia;
Del sénico mortal que esconde el pecho,
Señales da del rostro la aparencia,
Que encendido color en él resulta
Del fuego que está ardiendo en parte oculta.

»Crece en el pecho el ávido elemento,
Enciéndese la sangre en cada vena,
Da el pulmon y recibe poco aliento,
Vese la lengua de vejigas llena;
La boca, abierta siempre al fresco viento,
Dél refrigerio espera en tanta pena,
Y mas la enciende el aire, porque luego,
Mudando calidad, se vuelve en fuego.

»Nunca sin escuchar funesto llanto
Al mundo amaneció sereno dia,
Ni en la tierra tendió jamás su manto,
Que no oyese gemir la noche fria.
No con tanto rigor el cielo santo
Castigue gente religiosa y pia;
Use de otros azotes y castigos,
Padezcan tanto mal los enemigos.

»Viendo el rigor del mal contagioso,
Ricas prendas da al fuego la justicia
Antes que el heredero cudicioso
Del mal herede en ellas la malicia;
Triunfa de todo el fuego poderoso,
Puede mas el temor que la avaricia,
Pues nadie hay tan avaro, que defienda
Del fuego y su rigor la mejor prenda.

»En vano el sábio, de expiriencia lleno,
Defensivos antídotos previene;
Que á la inclemencia del mortal veneno
No hay diligencia alguna que refrene;
Y en mal tan grande, de remedio ajeno,
Pensando que el lugar la culpa tiene,
No del autor de tanto mal se quejan,
Mas culpan el lugar y dél se alejan.

»Salen huyendo dél, y donde quiera
Los sigue con rigor la suerte dura;
Que no puede haber planta tan ligera
Que alcance no le dé la desventura.
Dejan, huyendo de la muerte fiera,
La ciudad convertida en sepoltura,
Y hallan tambien llenos los desiertos
De muertos animales y hombres muertos.

»El Rey, de tantos males fatigado,
Rey ya de muros y ciudad vacía,
De poco y triste pueblo acompañado,
De Cirra visitó la fuente fria;
Y hecho el sacrificio acostumbrado,
Remedio pide al que el azote envia,
O al menos, si el remedio es imposible,
Descubra la ocasion del mal terrible.

»Responde el mismo dios que en sacrificio
Ofrezcan los que al monstro muerte dieron,
Pues ellos con osado maleficio
De tanta mortandad la causa fueron.
¡Oh mancebo animoso, á quien propicio
Fué siempre el cielo y sus deidades fueron,
Digno que en todo el mundo eternamente
Tu gran valor y tu piedad se cuente!

»No por ver que el oráculo responde
Que él muera, se turbó, ni acobardado
Con ver la muerte tan cercana, esconde
Las armas con que al monstro muerte ha dado;
Antes, entrando con valor adonde
El santo altar está, con labio osado,
Que á Febo á mas furor mover pudiera,
Desde el umbral habló desta manera :

»—No vengo porque alguno acá me envia
A pedirte remedio en tantos males,
No á aplacar tu rigor, si al fin se cria
Rigor tan grande en pechos celestiales;
Mi valor, mi virtud, la piedad mia
Me han forzado á venir á tus umbrales;
Que si libro á mi patria con mi muerte,
¿Qué mas bien pudo pretender mi suerte?

»Yo soy quien, dando muerte al mostro horrible,
Eché del mundo tu maldad y afrenta;
Que afrenta tuya fué, si ya es posible
Que un pecho celestial deshonra sienta;
Y por vengarlo con rigor terrible,
Que mas tu infamia y tu maldad aumenta,
Con nubes que inficionan á la tierra
A un inocente pueblo haces guerra.

»Si es tan amado un mostro, que parece
Que mas lo estima el soberano cielo
Que al humano linaje, pues perece
Y no hay piedad para el humilde suelo,
Argos ¿qué mereció, que así padece?
Qué culpa tiene en tanto desconsuelo?
Yo, soberano Dios, yo solo he sido
El que tanto rigor he merecido.

»¿Es tu deleite ver sin moradores
Una insigne ciudad desamparada,
Y mirar viuda ya de agricultores
La tierra, de ninguno cultivada?
Pero ¿qué te detengo? Mis errores,
Mi atrevimiento y culpa confesada,
Mi muerte merecieron, y hablando,
Mi muerte estoy en vano dilatando.

»Ya las argivas madres en mi muerte
Esperan su remedio, y cobardía
Podrán juzgar en mí si desta suerte
Con mis palabras entretengo el dia.
Mueve ya el arco, y á este pecho fuerte
Flechas mortales de tu aljaba envia,
Y en ocasion tan noble y tan piadosa
Salga del pecho el alma vitoriosa.

»No merece perdon mi atrevimiento,
Pues de tan grande mal la causa ha sido;
La nueva gloria que en mi muerte siento
Es lo que mi piedad ha merecido.
Aqueste globo que inficiona el viento,
Vapor mortal sobre Argos detenido,
Solo que apartes de mi patria ruego,
Pues yo por su salud la vida entrego.—

»¡Oh cuánto un pecho noble y virtud rara,
No fingido valor, estima el cielo!
Pues Febo en sus enojos no repara,
Viendo en Corebo aquel piadoso celo.
La vida le otorgó y el aire aclara,
Purga el contagio que asolaba el suelo,
Y á Argos alegre se volvió Corebo,
Lleno de admiracion dejando á Febo.

»Desde entonces cada año celebramos
La memoria de aqueste beneficio,
Y con alegre fiesta renovamos
La cena y el solene sacrificio,
Donde con nuevas honras aplacamos
A Febo porque siempre esté propicio,
Y esta, por dicha, la ocasion ha sido
Que á esta tierra á tal tiempo os ha traido.

»Decid quién sois, pues muerta ya la saña
En vuestros pechos generosos veo,
Aunque si la memoria no me engaña,
Vos decendeis del calidonio Eneo;
Y vos, puesto que sois de tierra extraña,
Quién sois y á qué venis saber deseo,
Ya que es esta hora, al levantar de cena,
Para gastarla en varios cuentos buena.»

Aquesto apenas escuchó el tebano,
Cuando los ojos en la tierra dura,
Lleno de miedo y de vergüenza, en vano
Callar su infamia y su dolor procura;
Pero viendo que ya no está en su mano
Encubrir su pesar y desventura,
Venciendo su temor y su vergüenza,
Mirando al calidonio, así comienza:

«No en fiestas de tan grande reverencia,
En tan alegre y tan solene dia,
Se debiera contar mi descendencia,
Mi sangre, antigo tronco y patria mia;
Mas, pues es tan forzosa la obediencia,
Porque menos se ofenda la alegría
Y el honor destas honras celestiales,
Con brevedad os contaré mis males.

»Origen y principio de mi casta
Cadmo, de Tiro desterrado, ha sido;
Tebas mi patria, y me parió Yocasta,
Si ya acaso su nombre habeis sabido.»
«No mas, respondió Adrasto; aquesto basta,
Que no á nuestras orejas ha venido
Tan dudosa la fama y sus rumores,
Que ignoremos de Tébas los errores.

»Los ojos arrojados en el suelo,
Las furias, de ese reino el llanto y pena,
¿Qué tierra los ignora en cuanto el cielo
Comunica su luz pura y serena,
Desde de Citia el riguroso hielo
Hasta de Libia la abrasada arena,
Y desde el rubio Gánges hasta adonde
El fugitivo sol su carro esconde?

»Al fin en Argos todo se ha sabido;
Pero no os sea el contarlo tan amargo,
Pues los errores que otro ha cometido
No los debeis poner á vuestro cargo;
Yerros tambien en nuestra sangre ha habido,
Que aun no puede borrar el tiempo largo;
Mas no de los agüelos la memoria
A los nietos usurpa alguna gloria.

»La piedad, el valor y bondad vuestra
Disculpe de los vuestros el pecado;
Que esta es obligacion y deuda nuestra,
Pues no habemos sus culpas heredado;
Mas ya, flojo el timon, sin luz se muestra
A los mortales el portero helado
De la Osa fugitiva, y ya la noche
Declina al occidente el negro coche.

»Por tanto, los cantares renovemos
De Febo, en quien ponemos la esperanza;
Nuestro conservador, por quien podemos
No temer de los hados la mudanza.
Vino en el fuego santo derramemos,
Y mientras yo pronuncio su alabanza
El vino derramando en sus altares,
Mis voces repetid y mis cantares:

»Febo, ya estés de nieve rodeado
De Licia en el collado Patareo;
Ya en Troya, do serviste al rey osado
Y donde el mundo te llamó Trimbeo;
Ya en el materno Cintio levantado,
Que cubre con su sombra el mar Egeo,
O ya de tu Castalia en la corriente,
Pues no Delo te agrada solamente;

»¡Oh tú, que de enemigos vitorioso
Con flechas de tu aljaba siempre fuiste,
Y por favor el cielo piadoso
De eternas flores tus mejillas viste;
Tú, que á pesar del hado, el fin dudoso
Presente ves cual lo pasado viste,
Y antes que vengan sabes sus efetos,
Y de Júpiter sabes los secretos;

»Tú, que sabes del hilo de la vida
Cuándo han de echar las Parcas la tijera,
Cuál año es de cosecha mas florida,
Cuál reino apunta la cometa fiera;
No vió Marsias tu cítara vencida,
Ni tu madre el castigo en Ticio espera,
Qu'en su honor y en venganza del delito
Extiendes en la arena de Cocito;

»Tu siempre vitoriosa armada mano
Dió la muerte á Piton, y á la tebana
Soberbia madre, orgullecida en vano,
Castigo justo á su jatancia insana,
Porque abrasó tu templo soberano,
Megera aflige, en tu venganza ufana,
A Flegia, ayuno siempre en mesa llena,
Donde es mayor la hambre que su pena.

»Ten en memoria siempre, oh sol piadoso,
Este palacio tuyo, que algun dia
Te sirvió de hospedaje venturoso,
Honra que lo ennoblece todavía;
Con rostro alegre y con amor piadoso
A estos campos de Juno amparo envia,
Flechero poderoso, Apolo santo,
Que en tierra, infierno y cielo puedes tanto.

»O rosado Titan llamarte quieras,
Cual de Aquemenia te llamó la gente,
O Osiris, cual de Nilo en las riberas
Te llaman los que beben su corriente,
O cual de Persia entre las gentes fieras,
Que adoran por su dios tu llama ardiente,
Te llames Mitra, y con rigor eterno
Tuerzas del toro el indomable cuerno.»

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Mercurio saca el ánima de Layo del infierno por una senda del monte Tenaro, qu'es promontorio de Caconia. Llega á Tébas hasta el palacio del rey Eteocle, qu'está durmiendo, y tomando Layo la forma de Tiresias, adivino, le amonesta que se arme contra su hermano y resista á la pretension que trae, del reino. Adrasto en Argos ofrece sus dos hijas en casamiento á Polinice y Tideo. Celébranse los desposorios de Polinice con Argía y de Tideo con Deifile, y entrando en el templo de Minerva, se manifestaron ciertos agüeros desgraciados, de que fué causa el collar de Harmonia, que llevaba puesto Argía. Píntanse los efetos y orígen de este collar. Despues de acabadas las fiestas, Polinice, con deseo de reinar, platica con Argía su pretension, y aunque ella se lo estorba, se resuelve en ello y de pedir el reino á su hermano; y con parecer de Adrasto y su consejo sale Tideo con esta embajada. Siendo mal recebido y negada su pretension, se vuelve amenazando de guerra á Tébas. Eteocle manda que le salgan á matar cincuenta soldados de noche. Hacen la emboscada junto á la peña de Esfinge, donde le acometieron. Tideo los vence. Vuelve á Tébas, y alegre de su vitoria, cuelga todos los despojos de una nave, y canta un himno en alabanza de Minerva, á quien lo dedica.

Llevando del gran Jove el mandamiento
De Maya el hijo alado, deja en tanto
Las sombras y lugares del tormento,
Lleno de horror, de confusion y llanto;
Donde un inficionado y triste viento,
Que del callado reino del espanto
Nace, sopla en sus alas flojamente;
Que céfiro jamás allí se siente.

De nubes perezosas rodeado,
No ya tan presuroso el paso mueve;
Que un húmido vapor, turbio y helado,
Humor pesado entre sus alas llueve;
Ya estorba su camino comenzado
Estige, que humedece campos nueve,
Y ya, arrojando llamas de sus senos,
Cocito y Flegeton, de espanto llenos.

Sigue tras dél la sombra temerosa
Del viejo rey tebano, aun todavía
Por su antigua herida perezosa,
Por quien dolor eterno padecia
Desde que con espada rigurosa
Su hijo mismo aquel infausto dia
La vida le quitó, con cuya injuria
Sufrió de Tesifo la primer furia.

Va al fin, y del alado mensajero
La vara el paso débil le ha alentado;
Déjase atrás el bosque horrible y fiero,
Solo de tristes almas habitado;
Y en ver que vuelve al mundo tan ligero,
El mismo bosque se quedó pasmado,
Y la tierra, que abierta atrás se deja,
Se admira en verse tal y que él se aleja.

La envidia, aun entre muertos atrevida,
Sembró entre aquellas sombras su veneno;
Que invidiosas miraban su salida
Las tristes almas del tartáreo seno;
Y alguno, que viviendo en esta vida
Le afligió el corazon el bien ajeno,
De envidia lleno, suspirando en vano,
Dijo á la sombra así del rey tebano:

«Vé, sombra venturosa, ó ya llamada
Del mismo Jove soberana seas,
O vengativa Erimnis, enojada
Te apremie á que la luz del cielo veas,
O ya de sus conjuros ayudada,
Tesala, maga, con palabras feas
Del sepulcro te saque, venturosa;
Que al fin verás del sol la luz hermosa.

»Vuelve dichosa á ver del santo cielo
Las estrellas hermosas y regado
De puras fuentes el alegre suelo,
De bellísimas flores matizado;
Mas poco gozarás de ese consuelo;
Que al fin, del mundo en vano deseado,
Volverás á vivir en llanto eterno
Entre aquestas tinieblas del infierno.»

Llegando ya á las puertas infernales,
Sus pasos siente el velador Cerbero,
Que de la ciega puerta en los umbrales
Estaba recostado, horrible y fiero.
Ladrando, lleno de iras inmortales,
Tres bocas abre el infernal portero,
Tres negros cuellos alza, el pelo eriza
Y al pueblo que va á entrar atemoriza.

Los huesos esparcidos por la tierra
De humanos cuerpos trilla con estruendo;
Pero Mercurio aquel furor destierra
Tocando con la vara al mostro horrendo.
Tres cuellos inclinó, seis ojos cierra,
Tres lenguas enmudece, y no pudiendo
Al sueño resistir, que ya le oprime,
En lugar de ladrar, durmiendo gime.

Hay un monte de altura no creida,
Que Ténaro llamó la gente griega,
Donde Malea espumosa su temida
Cumbre, de nadie vista, al cielo entrega;
Nunca de aguas ó vientos ofendida;
Que nunca el agua ó viento al cielo llega;
Y así mira sereno el monte exento
Llover las nubes y bramar al viento.

En su cumbre, de alguno no pisada,
Descansa de luceros muchedumbre;
Los fatigados vientos su morada
Pusieron mas abajo de su cumbre;
La falda está de nubes rodeada,
Por do pasan los rayos con su lumbre;
No hay ave que á su cumbre haya subido,
Ni aun llega allá de truenos el ruido.

Mas hácia donde el sol, cuando declina,
Del monte sobre el mar la sombra alarga,
Y nadando parece que camina
Al paso que va el sol, siempre mas larga;
En un seno que forma en la marina
Tan altas olas quiebran de agua amarga,
Que parece, aunque el puerto se las bebe,
Que á igualarlas el monte no se atreve.

Aquí del mar Egeo, fatigados
(Como en lugar oculto y mas caliente),
Sus caballos sacar suele mojados
El gran retor del húmido tridente;
Caballos poderosos y alentados
En brazos, en cabeza, en pecho y frente,
Y desde el medio cuerpo al fin postrero
Peces de escama y conchas como acero.

De aquí es fama que va al tartáreo seno
Un oculto camino no pisado,
Lugar de sombras amarillas lleno,
De espíritus desnudos ocupado,
Donde labran las furias su veneno;
Y Pluton, que estos reinos ha heredado,
Ve llenos sus alcázares vacíos
De negros y funestos atavíos.

Mil veces del infierno los clamores
En medio de estos campos se han oido,
Si dicen la verdad los labradores
De Arcadia, de quien esto se ha sabido;
Los gemidos de penas y dolores,
De las furias las voces y el ruido
En medio oyeron del sereno dia
Y en el silencio de la noche fria.

Muchos, que los ladridos escucharon
Del informe infernal portero airado,
Huyeron los gañanes, y dejaron
Los bueyes en el campo y el arado;
Por aquí pues al mundo al fin llegaron
El rey de Tébas con el dios alado,
Las nubes del infierno sacudiendo,
Obscuras sombras que le van siguiendo.

Con vivos aires del alegre suelo
Serena el rostro, y mueve presuroso,
Con el silencio de la luna, el vuelo
Por medio del Arcturo perezoso;
Lleno de olvido y sin ningun recelo
Encontró con el Sueño poderoso,
Que echado flojamente en negro coche,
Llevaba los caballos de la noche.

Al punto se levanta, y bostezando,
El carro aparta, y con honor divino
Reverencia á Mercurio, y en pasando,
Vuelve á acostarse y sigue su camino.
Tras del alado dios pasa volando
El rey tebano, al suelo mas vecino,
Mirando de los cielos las estrellas,
Y su principio conociendo en ellas.

Deja atrás la alta Cirra levantada,
Y con dolor en Fócida suspira,
Viendo que de la sangre está manchada
De su cuerpo, que aun no enterrado mira.
Al fin, de Tébas llega á su morada,
Y luego el paso del umbral retira,
Reacio, por no entrar con mil gemidos
Donde están sus penates conocidos.

Al fin entró; mas luego que colgado
Vió su famoso arnés, y en su presencia
Su carro aun con su sangre matizado,
Aquí perdió del todo la paciencia;
Turbado vuelve atrás, tan enojado,
Que apenas resistió tanta licencia
La vara que á Mercurio abre el camino
Ni el mandato de Júpiter divino.

La fiesta acaso entonces habia sido
A Baco dedicada desde el dia
Que Júpiter el hijo aun no nacido
Al muslo suyo trasladado habia;
Y así, el pueblo tebano entretenido,
Gastaba, sin dormir, la noche fria
En regucijos de uno y otro juego,
Rompiendo su silencio y su sosiego.

Coros del pueblo alegre, derramados
Por calles, plazas, campos, fuentes, rios,
Se ven á cada paso recostados
Entre frascos de vino ya vacíos;
Llenos del dulce Baco, y ya cansados
De vencer en su honor mil desafíos,
Tendidos, descuidados y anhelando,
Por todo el cuerpo al mismo dios sudando.

Oyense de zampoñas los acentos,
Música solo usada en fiestas tales,
Y de liso metal mil instrumentos,
Que vencen sonorosos atabales.
Ofrece el Citeron frescos asientos
A las tebanas madres bacanales,
Que discurren por él mas sosegadas,
De vino mas doncel embriagadas.

Tales de Osa en los valles se hallaron,
O en Ródope nevado, los bistones
Cuando en grande concurso se juntaron
A algun banquete en varias ocasiones,
Para el cual de la boca arrebataron
Medio vivo el manjar á los leones,
Usando por bebida regalada
Sangre con nueva leche aderezada.

Pero si Baco enciende con su fuego
Alguna vez sus pechos inhumanos,
Volar tazas y piedras se ven luego
Y sangre derramar de sus hermanos;
Y ya que han aplacado el furor ciego
Con ver sangrientas sus airadas manos;
En la mesa, de sangre humedecida,
Renuevan mas alegres la comida.

En noche y ocasion de fiesta tanta,
En pueblo tan alegre y descuidado,
Entró el cilenio dios con libre planta
Del palacio real al rico estrado,
En reverencia de la fiesta santa
Con tapetes de Asiria aderezado;
Donde el Rey, retirado de la gente,
Durmiendo estaba descuidadamente.

¡Oh ciego y torpe entendimiento humano,
Y de sus hados ignorante y rudo!
¡Qué sin recato alguno está, qué ufano,
Pues que puede dormir y comer pudo!
La sombra pues del viejo rey tebano,
Contra sus nietos mensajero crudo,
El divino preceto obedeciendo,
Se llega adonde el Rey está durmiendo.

Y porque de sus males ignorante,
No imaginase, sepultado en vino,
Que era, á sueño engañoso semejante,
Vana fantasma que á engañarle vino,
La voz fingió, y sin ojos el semblante,
Del gran Tiresia, en Tébas adivino,
No el pálido color ni barba cana,
Que ese él lo tuvo en su vejez anciana;

Pero finge el ornato y la persona,
La venda á los cabellos rodeada,
Y de pálida oliva una corona,
Siempre del viejo sacerdote usada;
Y como sacerdote que pregona
De los hados la voz con lengua osada,
Parece que en el pecho un ramo ha puesto,
Que abre la boca y que pronuncia aquesto:

«No es tiempo de dormir, recuerda luego,
¡Oh flojo y descuidado rey tebano!
Que de la noche gastas el sosiego
En el lecho, siguro de tu hermano.
Deja ya el sueño perezoso y ciego;
Que há mucho que te llama el hado infausto.
Gran novedad te espera, y no lo sabes;
Grandes impresas y negocios graves.

»Y tú, como piloto descuidado,
Que en medio del mar Jonio mal seguro,
Cuando mas lo alborota el austro airado,
En el cielo poniendo un velo escuro,
Reposa y el timon deja olvidado,
Sin prevenir remedio al mal futuro,
¿Tan descuidado duermes, olvidando
Las armas que te están amenazando?

»Tu hermano, segun fama, ya insolente
Del nuevo casamiento no esperado,
Fuerzas adquiere y apercibe gente
Para quitarte el reino deseado.
¿Quién se lo ha de estorbar, si osadamente,
De tantos escuadrones rodeado,
En la silla que pide, y tuya ha sido,
Descansada vejez se ha prometido?

»Su atrevimiento anima y su deseo
Su fatal suegro Adrasto poderoso,
Y la argiva nacion, donde Himeneo
Le ha dado dote rico y venturoso.
No esperanza menor le da Tideo
De verle rey de Tébas, deseoso
Desde que de amistad le dió la mano,
Manchada con la sangre de su hermano.

»De aquesto solo la ambicion le viene,
Que léjos ya del reino te destierra;
Mas el amor, la piedad que tiene
El Padre de los dioses á esta tierra,
Porque su gran soberbia se refrene
En el rigor de la vecina guerra,
Me manda á tí venir para que vivas
Recatado y con tiempo te apercibas.

»Del fiero hermano la ciudad defiende,
Osa lo que ha de osar si á reinar llega;
Goza tú solo el reino que pretende,
Pues la cudicia de reinar le ciega;
Y no á las redes que á tu vida tiende,
No á sus engaños tu corona entrega,
No sufras que de Cadmo en las almenas
A ser reina con él venga Micénas.»

Dijo; y porque mostraba ya marchita
Su luz con la del sol cada lucero,
Venda y corona de la frente quita,
Y muestra ser su agüelo verdadero,
Y echando, al parecer, sangre infinita
Por la herida que encubrió primero,
Sobre el dormido y descuidado pecho
Del nieto injusto, se acostó en el lecho.

Rómpese el sueño, y de sudor bañado
Recuerda el Rey, y con medrosa mano
Llega á tentarse el pecho no mojado,
La vana sangre sacudiendo en vano;
Ya del agüelo huye alborotado,
Y ya buscando el enemigo hermano,
Tal ira y rabia tal su pecho encierra,
Que ya quisiera comenzar la guerra.

Tal, si de cazadores el ruido
Tigre parida oyó desde su cueva,
Rabia, y el sueño torpe sacudido,
Las uñas tiempla y los colmillos prueba;
Y habiéndolos despues acometido,
Medio vivo en la boca uno se lleva
A ser, que nadie su furor resiste,
De sus hijuelos alimento triste.

Ya del albergue de Titon saliendo,
Ahuyentaba la tiniebla fria
La Aurora, y todo el campo humedeciendo,
Los mojados cabellos sacudia;
Y tanto su beldad iba creciendo
Con la lumbre del sol, que le seguia,
Que parece por todo el horizonte
Lleno de oro y rosolado el monte.

Con ella en un caballo perezoso,
Cubierto de carbuncos, de oro y grana,
Sale el lucero alegre y amoroso,
Con su vista alegrando la mañana;
Y cuando ya del todo el sol hermoso
La luz prestada le quitó á su hermana,
Cubrió la alegre suya flojamente,
Las espaldas volviendo al rojo oriente;

Cuando de Jalaon el hijo anciano
En Argos deja el perezoso lecho,
Y luego el calidonio y el tebano,
Alegre cada cual y satisfecho;
Que cansados de haber con dura mano
El uno al otro mil agravios hecho,
El sueño, lleno de oportuno olvido,
Sobre ellos todo el cuerno habia vertido.

Poco el argivo rey dormido habia,
De un cuidado importuno fatigado,
Que siempre á la memoria le traia
El hospedaje nuevo comenzado;
Del cielo los misterios revolvia
Y el no esperado fin del libre hado;
Y así, tuvo en su pecho poco abrigo
El sueño, de cuidados enemigo.

Despues que juntos otra vez se vieron,
Habiendo con debida reverencia
Saludado al buen Rey, los dos se dieron
Las manos otra vez en su presencia;
Y al fin á un aposento oculto fueron,
Do suele el Rey tener secreta audiencia;
Y habiéndose sentado el viejo sábio,
Movió primero desta suerte el labio:

«Nobles mancebos, á quien ha ofendido
El rigor de los vientos enojosos,
No la confusa noche os ha traido
Sin órden de los cielos poderosos;
Que Febo estos ñublados ha movido,
Lluvias mezclando y rayos luminosos,
Porque el rigor de aquesta noche fuese
La causa que á mis reinos os trujese.

»No en Grecia tan humilde soy, ni creo
Que es tan poco mi nombre conocido,
Que ignore alguno en todo el reino aqueo
Cuántos mi parentesco han pretendido;
Que herederas del cetro que poseo
Dos hijas me dió el cielo, que han crecido
Con favorable estrella, que asigura
Alegres nietos á mi edad madura.

»Cuánta su gravedad y cuánta sea
Su honestidad, de hermosura llena,
Pudistes ver (al padre no se crea)
De aquesta noche en la pasada cena;
Destas el dulce tálamo desea
El principe mas rico, el rey que enfrena
Mas pueblos y adquirió mas heredades,
Mas campos labra y goza mas ciudades.

»Largo fuera contar del reino aqueo
Cuántas madres por nueras las quisieron,
Y cuanto Evalio, príncipe, ó Fareo
Su casamiento en vano pretendieron;
No tantos yernos despreció tu Eneo
Ni Enomao cruel, á quien hicieron
Suegro temido á mil competidores
Sus pisanos caballos voladores.

»Pero no lo permite el libre hado
Que rey de Elide ó príncipe espartano,
Aunque con mil industrias procurado,
Deste bien goce, pretendido en vano.
Solo para vosotros ha guardado
Esta ventura el cielo soberano;
Qu'este reino, mi sangre, y mas si puede,
El órden de los hados os concede.

»Gracias doy á los dioses inmortales,
Que sus respuestas han favorecido;
Pues no esperados á mi casa tales
De sangre y de valor, habeis venido.
Aqueste bien de los pasados males
El rigor desta noche os ha adquirido,
Y esta de vuestra sangre derramada
Es la paga y merced no imaginada.»

Ya que atentos y alegres escucharon,
En tanto que esto el noble Rey hablaba,
Mudos el uno al otro se miraron
Por ver el responder á quién tocaba;
Callando un breve espacio, porfiaron
Que aquel honor el uno al otro daba,
Y al fin Tideo, en todo mas osado,
Esta respuesta al sábio Rey ha dado:

«¡Oh cuán escaso, oh noble Rey, te ha hecho
Tu edad madura en pregonar tu fama!
Oh cuánto tu virtud doma en tu pecho
La fortuna, que al cielo te encarama,
Aunque no es mi alabanza de provecho!
¿Qué rey, en cuanto el sol su luz derrama,
Aventajarse á tu grandeza puede?
¿Quién en imperio y majestad te excede?

»¿Quién ignora en el mundo que tuviste
Tu antiguo Sycion, reino heredado,
Donde querido de los tuyos fuiste
Y de los extranjeros respetado,
Hasta que á gobernar á Argos veniste,
Pueblo siempre en el mal desenfrenado,
Donde tus leyes son freno siguro,
Que en paz gobierna siempre el pueblo duro?

»Y ya pluguiera al cielo sacrosanto
Que solo rey de toda Grecia fueras,
Y que del Istmo gobernaras cuanto
Junta y aparta el mar con dos riberas;
Que no Micénas se infamara tanto,
Ni al sol huyendo della visto hobieras,
Ni estuviera manchada, horrible y fea
Con tanta sangre la campaña elea.

»Ni otro algun reino hubiera padecido
El rigor de las furias inhumano,
Como, mejor que yo, puede haber sido
Testigo el noble príncipe tebano;
Con alma, al fin, y pecho agradecido,
Oh sábio Rey, ponemos en tu mano
La voluntad, que ya por tuya tienes,
Porque de entrambos á tu gusto ordenes.»

Aquesto dijo; y Polinice luego
Del gran Tideo el parecer aprueba.
«¿Quién, dice, podrá ser tan loco ó ciego,
Que á tales suegros despreciar se atreva?
Y aunque á los dos con tal desasosiego
Huyendo de la patria el hado lleva,
Que apenas da lugar donde el contento
En nuestras almas tenga algun asiento;

»Mas ya, aunque siempre ha estado tan asido
A nuestros pechos el dolor, nos deja;
Qu'el bien que tu bondad nos ha ofrecido
Cualquier tristeza y pesadumbre aleja;
Y no menor nuestro consuelo ha sido
Qu'el de la nave á quien el viento aqueja
En medio el mar, y al fin de su fatiga
Llega á siguro puerto en tierra amiga.

»Así que, por dichosos nos tenemos
De haber en este reino tuyo entrado
Con tan buenos agüeros, pues habemos
Lo que nunca esperamos alcanzado.
Con bien ó mal, en guerra ó paz, queremos
Vivir en tu fortuna en cuanto el hado,
Ya nos sea favorable ó ya enemigo,
Vida nos diere que gastar contigo.»

Sin detenerse mas, aquesto oyendo,
El noble padre alegre se levanta,
Sus abrazos á entrambos ofreciendo,
Que lazos han de ser de amistad santa;
Sus promesas confirma, prometiendo
De armas, gente y dinero ayuda tanta,
Que el uno y otro, ya mas animoso,
Verse espera en su patria vitorioso.

El cuento al punto en Argos se ha sabido,
Que toda la ciudad corrió ligero,
Y en alegres corrillos esparcido,
El caso cuenta el vulgó novelero.
Dicen que al Rey dos yernos le han venido
De gran fama y valor, y que al primero
Ya por esposa prometido habia
El noble Adrasto á la hermosa Argía;

Y que al segundo ofrece por esposa,
No menos bella ó menos alabada,
A Deifile, honestísima y hermosa,
De ya madura edad para casada;
Vuela al punto la fama presurosa,
Publicando la nueva deseada
De los pueblos amigos en las calles
Y en los vecinos comarcanos valles.

A los montes Partenios y Liceos,
Aunque apartados, brevemente llega,
Con los nunca esperados himeneos,
Y lo que allí publica aquí lo niega;
A los valles y campos Efereos,
Ya con mas variedad la nueva entrega;
Al fin por Tébas se entra alborotada,
Llena de mas horror y mas turbada.

Las alas en sus muros bate apriesa,
Atemoriza al vulgo, al Rey espanta,
Pues semejante al sueño, la promesa
Del reino, el hospedaje y bodas canta;
Llena de horror, las calles atraviesa.
¿Quién á un mostro le dió licencia tanta?
¿Qué nueva furia es esta de la tierra?
Apenas llega, y ya publica guerra.

Ya de las bodas el alegre dia,
Tanto del pueblo argivo deseado,
Llena de gente la ciudad tenia,
Que á ver la rica fiesta se ha juntado;
Crece el tumulto, el pueblo no cabia
En el real palacio aderezado,
Donde los simulacros se pusieron
De antiguos reyes que en la tierra fueron.

Allí, á pesar del tiempo fugitivo,
Llena la antigüedad de verdad era,
Pues mas de un (ya pasado) rey argivo,
Sin nombres, pudo conocer cualquiera;
Que, aunque de bronce, estaba tan al vivo,
Que con lo vivo competir pudiera;
Dicen los rostros lo que no los nombres:
Tanto pueden las manos de los hombres.

Sobre la urna Inaco sentado,
Con dos cuernos disforme, horrible y feo
Está, y el viejo Jasio, y á su lado
El agradable y sábio Foroneo;
Vese el guerrero Avante, y enojado
Con Júpiter, Acrisio, á quien Perseo
En piedra convirtió con ira inmensa,
Vengando de su madre así la ofensa.

Del bravo Danao, con sus yernos crudo,
La fiera imágen tan al vivo estaba,
Que della conocer cualquiera pudo
Que alguna gran maldad imaginaba;
Corebo, que fué de Argos firme escudo,
Parece que la espada desnudaba.
Vense, sin estos, otros mil famosos
Reyes y capitanes valerosos.

Del vulgo entre la turba sediciosa,
Llena de confusion, rumor y estruendo,
Cual agua detenida, que furiosa
Rompe el estorbo y sale al fin corriendo,
La gente mas granada y poderosa
Estaba junto al Rey, primero habiendo
A cada uno dado el Rey licencia,
Segun su calidad y preminencia.

El lugar del palacio mas oculto
Están los sacerdotes ocupando,
Y en los altares, con divino culto,
Está el fuego sagrado humëando;
En otra parte el mujeril tumulto
La deseada fiesta celebrando,
Con mayor gravedad y mas decoro
Hace (corona casta) alegre coro.

Aquí de honestas madres rodeadas
Las doncellas se ven, que unas diciendo
Están la nueva ley á que obligadas
Quedan, el nuevo estado obedeciendo;
La obediencia y la fe que las casadas
Deben á sus maridos; y otras, viendo
Su pena y turbacion, las asiguran
Y sus temores aplacar procuran.

Las dos, entre casadas y doncellas,
Venerables de rostro y de vestido,
Callando están, y sus mejillas bellas
De un rosado color se habian teñido;
Que aumenta mas la hermosura dellas,
Aunque es color de su temor nacido,
Fe cierta, último amor, secreta nube
De su virginidad, que al rostro sube.

Hace la confusion clara aparencia,
Aunque el miedo en los pechos la sepulta;
Que pensando que es culpa su inocencia,
Confunde el rostro una modestia oculta;
Y al fin, hallando poca resistencia
El temor, tierno llanto dél resulta;
Pero alegran sus lágrimas en tanto
Al padre, enternecido con su llanto.

No de otra suerte Pálas y Diana
Se pueden ver, si el estrellado cielo
Dejan alguna vez, y les da gana
De decender á nuestro humilde suelo;
Que con sus armas cada cual ufana,
Cubierta cada cual de un rojo velo,
Ambas fieras, aquella á su Aracinto,
Y esta sus ninfas lleve al monte Cinto.

Y si á vista mortal se concediese
Mirarlas, afirmar nadie pudiera
Cuál mas honesta ó mas hermosa fuese,
Mas parecida á Jove ó mas severa;
Y sin alguna duda, si las viese
Con las armas trocadas, ¿qué dijera?
Que á Pálas le parece bien la aljaba
Y que á Diana el yelmo bien le estaba.

En cada casa están con alegria
El sordo cielo importunando en vano;
Porque en cada lugar se concedia
Sacrificar al cielo soberano;
Y alguno, que en ofrenda dado habia
El animal ya muerto por su mano,
Contempla sus entrañas, y procura
Saber por ellas la verdad futura.

Otro en desnudo altar encienso ofrece,
No menos de los dioses recebido;
Que mucho un limpio corazon merece,
Y siempre de los dioses es oido;
Otro alegre las puertas enriquece
De ramos y de flores que ha traido
De las selvas vecinas, que gimieron
Cuando herirse y destrozarse vieron.

Tal se hallaba la ciudad árgiva,
Cuando un triste prodigio de repente
(Cual quiso alguna furia vengativa,
Que bien tanto en la tierra no consiente)
Con nunca visto sobresalto priva
De aquel breve placer la alegre gente;
Y quitándole al vulgo su alegría,
Turbó las bodas y el solene dia.

Estaba de Larisa en las almenas
Un rico templo, á Pálas dedicado,
No menos estimado que el de Aténas
Ni menos de la diosa visitado,
Donde los padres de Argos y Micénas,
De uso antiguo, de nadie quebrantado,
Al tiempo que casarlas pretendian,
Sus castas hijas presentar solian.

Sus cabellos aquí sacrificaban,
Cual la antigua costumbre les obliga,
Y sus primeras bodas disculpaban
Con la diosa de bodas enemiga:
El Rey pues y sus hijas aquí entraban,
Y otra gran multitud de gente amiga,
Haciendo todos el debido oficio
En el usado siempre sacrificio.

Apenas al áltar habia subido,
Cuando un escudo grande que colgado
Estaba en lo mas alto, y habia sido
Del fuerte Enipo en otro tiempo usado,
Cayó en el suelo con tan gran ruido,
Que retumbó del templo cada lado,
Las hachas apagando en un instante,
Fuego nupcial que ardiendo iba delante.

Vuelve el pié atrás la gente alborotada,
Que detenerse alguno fué imposible,
Cuando de alguna cueva desviada
Una trompeta resonó terrible.
La gente al punto, del temor helada,
Vuelve á mirar al Rey con vista horrible,
Casi diciendo, aunque con muda boca,
Que el triste agüero á las esposas toca.

Mas luego, porque al Rey no es de provecho,
Niegan todos el son terrible y fiero,
Aunque en lo oculto cada cual del pecho
Revuelve con temor el triste agüero.
¡Oh cortes de los reyes, do se ha hecho
Hasta el vulgo inorante lisonjero,
Y donde siempre la lisonja oprime
A la verdad, que siempre hollada gime!

Turbóse al fin aquel alegre dia;
Mas ni milagro fué ni cosa nueva,
Pues ha nacido de un joyel que Argía
(Infausto don de su marido) lleva.
Fué primero de Harmonia, que yá habia
Visto de su rigor la primer prueba;
De otras despues, que en desventura y llanto
Pararon por la fuerza de su encanto.

Terribles é infinitos son los males
Que del triste joyel han procedido,
Y solo contaré los principales,
Porque es el cuento largo y muy sabido;
Mas primero diré de efetos tales
Cuál la ocasion tan poderosa ha sido,
Aunque para la historia que aquí toco
Fuerza será volver atrás un poco.

Dícese que Vulcano, no pudiendo
Disimular de Marte el adulterio,
Gran tiempo oculto padeció, gimiendo
De su enemiga el riguroso imperio;
Y al fin sus redes sin efeto viendo,
Que acrecentaron mas su vituperio,
Perdida ya del todo la esperanza,
Procuró traza nueva á su venganza.

Del adulterio y su deshonra habia
Nacido Harmonia, y ya de edad madura,
Del casamiento se llegaba el dia
Por Vénus concertado en suerte dura.
El dios celoso pues, que pretendia
Vengarse en ella, á Vénus asigura,
Mandando que en su fragua se hiciese
Un joyel rico, que á su hija diese.

A labrar en efeto comenzaron
El oro sus cíclopes cudiciosos,
Y con manos amigas ayudaron
Los telquines, artífices famosos;
Y no ellos solos son los que sudaron;
Que aunque en cosas mayores ingeniosos,
Quiso tambien el mismo dios Vulcano
Poner en su joyel su industria y mano.

Mezcla con esmeraldas que ha labrado,
Llenas de oculto fuego radiante,
Cenizas que en su yunque se han quedado
Cuando rayos fabrica al gran Tonante;
Y entre infaustas figuras que ha entallado,
Sobre mas de un durísimo diamante
Puso el infame rostro de Medusa,
Cuya crueldad inmensa Libia acusa.

Del infausto joyel el oro fino
(Aunque no era de aquel qu'el Tajo cria)
Era de aquel dorado vellocino
Que en Colcos tanto mal causó algun dia,
O del que á las Hespérides contino
Un terrible dragon guardar solia;
Oro de escamas duras, relucientes,
Que tienen los dragones en las frentes.

Entretejido con el oro bello,
Lleno de alegre, aunque mortal veneno,
De Tesifon cortó el peor cabello,
De muerte y varias pestilencias lleno;
Echó la espuma de la luna el sello,
Que mano astuta la cogió al sereno
De alguna muda noche, que se halla
Presente á tanto mal, y siempre calla.

No se halló presente Pasitea,
Ni Eufrosina ni Aglaye se hallaron;
Que mientras el joyel Vulcano arrea,
El placer y el amor se retiraron;
Ira, llanto, dolor y muerte fea
A la ciega Discordia acompañaron;
Porque ella puso su derecha mano
Y trabajó en la yunque de Vulcano.

Hizo Harmonia primero la experiencia,
Que, casada con Cadmo, ambos sintieron
Del joyel enemigo la potencia,
Cuando en culebras convertir se vieron;
Y dejando á su triste decendencia
El reino suyo y el joyel, se fueron,
Los cuellos y los pechos alargando,
De Iliria por los campos arrastrando.

De Jove estando Sémele preñada,
Desvergonzada y sin temor alguno,
Apenas del joyel se vió adornada,
Cuando entró á verla la celosa Juno,
Y en traje mentiroso disfrazada,
Dándole la ocasion tiempo oportuno,
Con su apariencia la engañó de suerte,
Que vengó sus agravios con su muerte.

Fué despues de Yocasta poseido,
Triste reina tebana, sin ventura,
Que ufana del joyel mal conocido,
Su beldad aumentaba mal sigura;
Mas ¡ay incauta! ¿para qué marido
Procuras aumentar tu hermosura?
¡Ay desdichada, que el joyel te pones
Y para el propio hijo te compones!

Al fin en otras muchas, que seria
Cosa prolija detenernos tanto,
Sin reservar alguna, hecho habia
Su triste efeto el poderoso encanto;
Aqueste pues llevaba agora Argía,
Amenazada ya de triste llanto;
Y adornada con él, excede ufana
El vil y pobre ornato de su hermana.

Vió acaso este joyel, aun no temido,
La mujer de Anfiarao, de invidia llena,
Y luego ni á los juegos ha podido
Estar alegre, ni en la mesa ó cena;
Solo imagina ya, si concedido
Le fuera el joyel rico, prenda ajena,
¡Qué ufana que se viera! mas ¡ay triste!
¡Qué poco del agüero el fin temiste!

¡Qué de muertes y estragos de tu gente
Deseas, qué de penas y dolores!
Qué de llanto y gemidos neciamente,
Debido galardon á tus errores!
Mas ¿qué tu hijo mereció, inocente,
Que ha de pagar sin culpa tus furores?
Qué tu adivino esposo, á quien tu engaño
Buscó la muerte y procuró tu daño?

Despues que ya del vulgo se acabaron
Las fiestas, los placeres y alegrías,
Pasadas ya las bodas, que duraron
De juegos y banquetes doce dias,
De nuevo los cuidados comenzaron,
Llenos de mil temores y agonías,
A afligir al tebano, y ya procura
Para cobrar su reino coyuntura.

Presente la memoria está en su pecho
Del infelice dia en que excluido
Se vió de Tébas, y á su hermano hecho
(Del reino que era de ambos) rey temido,
Cuando huyendo del paterno techo,
A los que sus amigos habian sido
Dejó afligidos, sin defensa alguna,
Sujetos al rigor de su fortuna;

Y salió de ninguno acompañado,
Que aun una hermana suya, que atrevida,
Llena de su dolor, con pecho osado
Le quiso acompañar en su partida,
En el primer umbral habia dejado,
Llorando su destierro y su caida,
Donde pudo el dolor y su ira tanto,
Que en las entrañas encerró su llanto.

Acuérdase de haber en aquel punto
Notado en sus vasallos la aparencia;
Cuál muy alegre, y con su hermano junto,
Celebrando su suerte y nueva herencia;
Cuál, afligido y de color difunto,
Le vió gemir en su forzosa ausencia.
Todo esto en la memoria revolvia,
Sin descansar de noche ni de dia.

Tiene la ira en su memoria asiento,
Crece el dolor con la esperanza larga,
Qu'es de los hombres el mayor tormento,
Mas insufrible mientras mas se alarga.
Aquesto revolviendo el pensamiento,
Nube de confusion, pesada carga,
Se determina al fin con pecho osado
De volver á su reino deseado.

Cual toro que el amado valle deja
Despues que, vitorioso su enemigo,
La amada vaca le quitó, y lo aleja
Del campo de su bien y mal testigo,
Celoso brama y con dolor se queja,
Ausente de su vaca y campo amigo,
Hasta que nueva furia y sangre nueva
La antigua fuerza en su cerviz renueva;

Entonces, por vengar con pecho fiero
Su afrenta y su destierro mal sufrido,
Mejor de pié y de cuerno y mas ligero
Vuelve al ganado y campo conocido;
Témele el vencedor, y el ganadero,
Que conocerlo apenas ha podido,
Viendo de nuevo en él fiereza tanta,
Atónito lo mira y dél se espanta.

Tal Polinice en su callado pecho
Atiza su dolor y su ira ardiente;
Mas su afligida esposa, que en el lecho
Siente su pena y sus congojas siente,
Haciendo de su abrazo un lazo estrechó,
Casi temiendo ya de verse ausente,
Ya que la aurora á su balcon salia,
Así le dijo, suspirando, un dia:

«¿Qué partida, qué nuevo movimiento
(Que de helado temor mi pecho cubre)
Siempre estás maquinando? Bien lo siento;
Que nada á los amantes se le encubre.
Conozco tu importuno pensamiento,
Que tu misma inquietud me lo descubre;
Pues aun durmiendo, avivan tus gemidos
Veladores suspiros encendidos.

»¡Cuántas veces en lágrimas bañado
Este rostro, halló mano medrosa!
Y ¡cuántas en tu pecho alborotado,
Adonde nunca el corazon reposa,
Del importuno y velador cuidado
La fuerza he conocido poderosa!
¿Qué mucho que á temer me obligue tanto
Suspiros, ansias, inquietud y llanto?

»No el juramento ni la fe quebrada,
Ni esta mi juventud pudo moverme,
Aunque al principio de mi edad dejada,
Eternamente viuda habré de verme;
Ni el lecho me ha movido, aunque obligada
Pudo ya en él el crudo amor hacerme;
Pero tan poco en él dormido habemos,
Que aun apenas caliente le tenemos.

»Tu vida sola y tu salud me obliga;
Confieso mi temor y desventura.
Solo á tierra (aunque patria) ya enemiga
Y desarmado vas. ¿Quién te asegura?
Pues cuando buen efeto no consiga
Tu justa pretension y mi ventura,
Claramente se ve que te habrás puesto
A peligro de muerte manifiesto.

»La fama pregonera, que en olvido
Nunca tiene á los reyes, de tu hermano
Dice cuán ambicioso siempre ha sido,
Cuán difícil contigo y qué inhumano,
Y aun no entonces el año habia cumplido;
Agora ¿qué hará, que ya es tirano,
De mas rigor y mas soberbia lleno,
Injusto usurpador del cetro ajeno?

»Y sin esto, adivinas de mis males
(En mas cuidado y confusion me han puesto)
Las entrañas de muertos animales,
Sacrificados para solo aquesto,
De algun nuevo dolor me dan señales,
Ya de las aves el cantar funesto,
Ya alguna vez, en tanto que dormia,
Turbada imágen de la noche fria.

»No sin causa me acuerdo, vez alguna
Soñando, haberme Juno aparecido,
Que con mil aparencias importuna,
A turbarme estas noches ha venido.
¿Adónde vas? ¿Qué imperio, qué fortuna
Este nuevo furor te ha prometido?
¿En qué fundada tu esperanza llevas?
¿Qué mejor suegro has de hallar en Tébas?»

Con breve risa, aunque fingida en vano,
Con que el cuchillo á su dolor afila,
A su esposa bellísima el tebano
De su temor las causas aniquila;
Y bebiendo el aljófar soberano
Que por sus ojos el amor distila,
Tras mil besos y abrazos, en que escondo
Su pena y su dolor, así responde:

«Desata ¡oh solo bien del alma mia!
De tu hermoso pecho el miedo helado;
Que al fin mi pretension y mi osadía
Han de llegar al puerto deseado.
Vendrá sin duda el esperado dia;
Olvida, aunque importuno, este cuidado;
Que por ventura el cielo lo gobierna,
Y es grave pecho para edad tan tierna.

»Si el Padre eterno, que los cielos huella,
La tierra mira y la razon ampara,
Mire él mi causa y juzgue mi querella;
Que en su justicia mi defensa para.
Y vendrá por ventura, esposa bella,
El tiempo que en mi reino y patria cara,
Ya sin temores, te verás ufana
Reina de dos ciudades soberana.»

Esto dijo; y con paso arrebatado
Va luego al aposento de Tideo,
Que tiene parte igual de su cuidado,
Y amigo y compañero en su deseo.
Tanto ha podido amor, que se ha trocado
En inmensa amistad el odio feo;
Juntos de allí se fueron, y despacio
Hablan al suegro Adrasto en su palacio.

Junta consejo el Rey sábio y severo,
Y habiendo varios pareceres dado,
Todos determinaron que primero
(Porque aun no es enemigo declarado)
Vaya al tebano rey un mensajero,
Que en nombre del hermano desterrado
Le pida, pues el año ya es cumplido,
Seguridad y el reino prometido.

Pide la impresa el calidonio dura,
Y ser embajador della se encarga,
Aunque estorbarlo Deifile procura,
Llorando en vano su partida amarga;
Mas, viendo que su padre le asegura
De que la ausencia no será muy larga,
Y que es siguro embajador, se allana,
Rendida al justo ruego de su hermana.

Luego el viaje comenzó atrevido
Por ásperos caminos, y pasando
Mas de un arroyo lleno de ruido,
Y mas de un monte y selva atravesando,
A Lerna allega, que temida ha sido
Con la abrasada sierpe aun humeando,
Y á Nemea, en que apenas han osado
Acercar los pastores su ganado.

Por donde el Euro á Eliris hace guerra
Se deja atrás el puerto Sisifeo,
Y el agua, que enojada con la tierra,
Entre peñascos encerró Tequeo;
Pasaje halla en la empinada sierra,
Y dando priesa siempre á su deseo,
A la ciudad que á Niso llora en vano
Y á Eleusis deja á la siniestra mano.

Ya de Teumeso la arboleda espesa,
A quien Alcides tan famosa ha hecho,
Se deja atrás, y al fin se da tal priesa,
Que entra por Tébas con osado pecho;
Sus calles y sus plazas atraviesa,
Y al alcázar de Cadmo va derecho,
Donde al fiero Eteocle vió sentado,
De armados escuadrónes rodeado.

Oyendo diferencias de su gente,
Contra la ley y término del año,
Justicia administraba injustamente,
Solicitando así su propio daño;
Mas el semblante y su orgullosa frente
Daba de su crueldad indicio extraño,
Pues solo con mirar su horror, cualquiera
Que era traidor tirano conociera.

Hablando estaba acaso de su hermano,
Y lleno de ambiciosa confianza,
Llamando sin razon su intento vano,
Celebraba con risa su tardanza,
Cuando mostrando en su derecha mano
Ramo de oliva, y no derecha lanza,
Señal de embajador, á su presencia
Entra Tideo sin pedir licencia.

Párase en medio, y luego manifiesta
Su nombre y la ocasion de su venida;
Pero no con retórica y compuesta
Oracion grave, humilde y comedida;
Que es rudo de lenguaje, y así, aquesta,
Desnuda de lisonjas y atrevida,
Con alta voz y con soberbia mucha
Dice, y en tanto el Rey rabiando escucha:

«Si hubiera fe en tu pecho, y si cuidado
Del concierto y promesa en tí viviera,
En cumpliéndose el año concertado,
Tú mismo (que justicia y razon fuera)
A tu hermano le hubieras enviado
Embajador que el reino le ofreciera,
Dejando luego sin tardanza alguna
Tu alegre reino y próspera fortuna.

»Y el pobre desterrado, que ha sufrido
Mil indignos trabajos por el mundo,
Volviera al fin al reino prometido,
Y descansara un año, rey sigundo;
Mas, porque dulce cosa siempre ha sido
El amor de reinar (sueño profundo),
Vengo á pedirte, argivo mensajero,
Lo que debieras ofrecer primero.

»Ya el padre de Faeton del ancho cielo
Los signos ha corrido, y ya estuvieron
Llenos del sol los valles, ya del hielo,
Y oscuras sombras ocupar se vieron,
Despues que ausente del paterno suelo
Tu pobre hermano, á quien los hados fueron
Tan rigurosos, afligido ha andado
Por no sabidos pueblos desterrado.

»Ya el mismo tiempo y la razon te obliga
A pasar al sereno algunos dias
Y á probar en tus miembros la fatiga
De noches largas del ivierno frias;
Vuelva tu hermano ya á la patria amiga,
Deja el palacio y salas ya vacías;
Y pues has dado un año á Tébas leyes,
Vé agora á obedecer á extraños reyes.

»Pon modo á tu alegría y tu riqueza,
Pues de oro rico y púrpura cubierto,
Reiste de tu hermano la pobreza
Mientras fué un año peregrino incierto.
Aconséjote al fin que esa grandeza
Renuncies, pues cumpliendo así el concierto,
Su año apenas estará cumplido,
Cuando á tu reino vuelvas merecido.»

Así dijo; mas ya en su pecho airado
Estaba el Rey el corazon ardiendo,
Cual sierpe á quien tiró pastor osado
Furiosa piedra, y se alejó huyendo;
Que el pecho de la tierra levantado,
Do larga sed estuvo padeciendo,
Su veneno y furor muestra, enojada,
En el cuello escamoso y boca airada.

«Si antes de agora, dice, no tuviera
De mi hermano el intento conocido,
Y si tan manifiesta no me fuera
La enemistad que siempre me ha tenido,
Bastante indicio de su pecho diera
La arrogancia y furor con que has venido.
Parece que en tu pecho al mismo tienes;
Tan bravo y lleno de arrogancias vienes.

»Si los muros de Tébas coronados
Batieran ya enemigos escuadrones,
O en sus montes y campos ya abrasados,
Tremolando estuvieran sus pendones,
¿Qué mas furor tuvieras si entre helados
Bistones ó entre pálidos gelones
Estuvieras? Hablaras por ventura
Con mas comedimiento y mas cordura.

»Pero no (porque al fin mandado fuiste)
Culparé tu furor y atrevimiento;
Mas, pues tan á la clara descubriste
De mi enemigo hermano el fiero intento,
Y lleno de amenazas me pediste
El reino con furor libre y exento,
Casi empuñando el hierro vengativo,
Esto dirás al nuevo rey argivo:

»El cetro y el honor que á mí debido,
Por ser mayor de edad, me dió la suerte,
Tengo con justa causa; lo he tenido
Y lo pienso tener hasta la muerte.
Goza tú en tanto, pues dichoso has sido,
De Argos, ciudad mas rica, grande y fuerte,
A tí amontone tus riquezas ella,
Dote famoso de tu esposa bella.

»Que yo, ¿por qué á tu suerte venturosa
He de tener envidia? En paz gobierna
Y en buen agüero tu ciudad famosa
Y cuanto baña la abrasada Lerna;
Reines en Grecia, al fin tierra dichosa,
Y haga el cielo tu ventura eterna;
Que yo con mi bajeza, rey tebano,
Sin envidiar tu gloria, estaré ufano.

»Yo los hórridos campos que humedece
La humilde Dirce gozaré, y la tierra
Cuya orilla ensangosta y enflaquece
De Euboea el mar con tan eterna guerra;
Y en tanto que ese honor te ennoblece,
Nuestra infamia y dolor de tí destierra;
Que yo, que tanto bien no participo,
Confesaré por padre al ciego Edipo.

»A ti Pélope y Tántalo, que han sido
De la nobleza de tu esposa autores,
O Jove, de quien ellos la han tenido,
Te ennoblezcan allá con sus favores;
Que una reina que en Argos ha vivido
En la grandeza, al fin, de sus mayores,
¿Cómo podrá venir de esa grandeza
A sufrir deste reino la pobreza?

»¿Será razon que en el paterno techo
Nuestras hermanas por criadas tenga,
Y aunque quiera humillar su altivo pecho,
A ser humilde reina en Tébas venga?
Mi madre, á quien el llanto ha ya deshecho,
¿Querrá que al lado suyo se entretenga?
O ¿sufrirá que ofendan sus oidos
De un suegro miserable los gemidos?

»El vulgo ya á mi imperio no pesado
Está hecho, y contento está en efeto,
Y es vergüenza tambien que este senado
Siempre á incierto señor esté sujeto.
Dél soy obedecido y respetado,
Y yo tambien le trato con respeto,
Y ha de ofenderle nuevo rey, si viene,
De quien ignora la intencion que tiene.

»No reyes libres son, pero tiranos,
Los que un año gobiernan solamente,
Pues no perdonan sus avaras manos
En cosa alguna la afligida gente;
Mira entre los confusos ciudadanos
Murmurando el rumor que ya se siente;
¿Téngolos de entregar á quien ya ordena
En su inocencia rigurosa pena?

»Airado, hermano, vienes, pero advierte,
Segun el pueblo la aficion me tiene,
Que, aunque yo quiera el reino concederte,
El Senado dirá que no conviene.»
Mas quisiera decir, pero de suerte
(Sin que haya quien su cólera refrene)
La rabia al calidonio fué creciendo,
Que las palabras le atajó, diciendo :

«Daráslo á tu pesar, que ya te espera
El castigo debido á tanta ofensa;
Darás el reino, digo, aunque estuviera
De hierro duro un monte en tu defensa;
Y aunque con otro canto Anfion ciñera
De tres murallas, fortaleza inmensa,
Esta ciudad, ni el fuego ó hierro duro
De nuestras manos te harán seguro.

»Y por aquesta espada vengativa,
Pues ya la paz de Tébas se destierra,
Que has de tocar con tu diadema altiva
El duro suelo y abrazar la tierra;
Pagarás con razon, que al fin se priva
Tébas por ti, ocasion de aquesta guerra,
De la paz, quien sus campos hoy florece;
Pero esta pobre gente ¿qué merece?

»Dellos me pesa, oh rey piadoso y bueno,
Que han de perder sus hijos y mujeres,
Pues entregarlos, de injusticia lleno,
A tanto mal y desventura quieres.
Tú, si de sangre tinto, oh claro Ismeno,
Llena de muertes tu corriente vieres,
Que es aquesta, dirás al Océano,
Una gran piedad de un rey tebano.

»Mas ¿qué me admiro, si el delito ha sido
De padres y de agüelos heredado?
¿Qué ha de esperarse de quien ha nacido
De tal incesto en lecho profanado?
Aunque no herencia igual, de sangre habido,
Ni todos heredaron su pecado;
Tú solo, el mas injusto de la gente,
Eres del ciego Edipo decendiente.

»Tú el premio llevarás, pues por tu daño
Eres de su delito el heredero;
Yo agora solamente pido el año
Debido á Polínice; mas ¿qué espero?»
Aquesto dijo, y con furor extraño
Desocupa la sala osado y fiero,
Y dando voces, se partió volando,
Aquí y allí la gente atropellando.

No de otra suerte el jabalí cerdoso
Que de Diana castigó la ofensa,
Todo erizado, arremetió furioso
Contra el griego escuadron con rabia inmensa,
Ya mostrando el colmillo riguroso,
Ya peñas arrancando en su defensa,
Y ya quebrando como frágil caña
Las plantas que en su orilla Aqueloo baña.

Este se ve animoso, aquel huyendo
Del fiero jabalí por llano y sierra,
Ya deja á Telamon allí gimiendo,
Y aquí al bravo Igion tiende en la tierra;
Al fin, á Meleagro arremetiendo,
Paró en su lanza y concluyó la guerra,
Pues abierto con ella el hombre fiero,
Humilló su cerviz al duro acero.

Con furia tal el calidonio deja
Temeroso al Senado, y cual si fuera
Suyo el cetro que pide, así se queja
De que negado el reino se le hubiera;
De olivo el ramo humilde de sí aleja,
Y de nuevo los pasos aligera,
Dejando los tejados y ventanas
Llenos de las atónitas tebanas.

Echanle rigurosas maldiciones,
Y en su callado pecho temeroso
Al cielo dan las mismas peticiones
Contra el tirano injusto y ambicioso.
Mas él, que para engaños y traiciones
Nunca tuvo el ingenio perezoso,
A cincuenta mancebos ha escogido,
Los que mejores en la guerra han sido.

Con dádivas aquel, y este obligado
Con alguna promesa mal sigura,
Obedece al injusto rey airado,
Que así su infamia y perdicion procura;
Tantos contra uno solo se han armado,
Solo y embajador en noche oscura,
Y el nombre ofenden respetado tanto
En todo el mundo religioso y santo.

¡Qué vileza no intenta el que es tirano,
Si el deseo de reinar le enciende el pecho?
Si en vez del mensajero, al mismo hermano
Tuviera en su poder, ¿qué hubiera hecho?
¡Oh grande ceguedad del hombre insano,
Que busca con infamia su provecho!
Pues su misma maldad, de temor llena,
Es en su pecho rigurosa pena.

Cual campo que presenta la batalla
A otro enemigo campo armado y fiero,
O cual el que á batir va la muralla
Del que en el campo le huyó primero;
Así, vestidos de menuda malla,
Contra uno solo sale un pueblo entero,
Y aunque no al son de cajas alistados,
En órden salen por la puerta armados.

¡Oh flor de aquella edad y el mas valiente,
Pues tanta fama y crédito tuviste,
Que ves contra ti solo tanta gente,
Y de tantas espadas digno fuiste!
Sigue el camino pues calladamente
El escuadron tebano en suerte triste,
Para ocuparle el paso á toda priesa
Por el atajo de una selva espesa.

Para traicion tan grande han escogido
Un valle algo de Tébas apartado,
Estrecho á las entradas y ceñido
De un altísimo monte á cada lado,
Por cuya eterna sombra nunca ha sido
Del claro sol el valle visitado,
Y la selva escurece al lugar tanto,
Que añide en él horror, miedo y espanto.

Parece que el lugar insidioso
Fué de natura para engaños hecho,
Ciego, inútil, oculto y temeroso,
Solo para asechanzas de provecho;
A un lado el monte es áspero y fragoso,
Y entre sus peñas va un camino estrecho,
Debajo un campo llano y apacible
A las faldas se ve del monte horrible.

Al otro lado un gran peñasco habia,
Mas áspero y mas alto, en cuyo seno
Esfinge en otro tiempo estar solia,
Alado monstro, fiero, de horror lleno;
Horrible el rostro y pálido tenia,
La boca llena siempre de veneno,
Los ojos como brasas encendidas,
Y las alas de sangre humedecidas.

De allí, sobre los güesos mal roidos
De los que muertos en la cumbre estaban,
Miraba por los campos extendidos
Si algunos caminantes asomaban,
O ya del hado por error traidos,
Porque de animosos le buscaban,
Queriendo con ingenio mal siguro
Vencerlo y desatar su enigma escuro.

Y apenas al enigma oscuro y ciego
El engañado güesped dado habia
No acertada respuesta, cuando luego
Pagaba al mostro fiero su osadía;
Por los ojos echando vivo fuego,
Con uñas y con dientes lo heria,
O bajaba escapando de sus brazos,
Por las peñas haciéndose pedazos.

Duró aquella crueldad hasta que vino
Edipo con dichoso atrevimiento,
Y con sutil ingenio y peregrino
Desató su escurísimo argumento;
Y el mostro, vitorioso de contino,
Sin usar de sus alas, al momento
Se despeñó, y sus huesos divididos
Quedaron por las breñas esparcidos.

Quedó todo el lugar inficionado,
Tanto, que no hay novillo que apetezca
Los pastos de aquel campo, ni ganado
Que sus yérbas odiosas no aborrezca;
No las ninfas ó faunos han osado
Hacer sus coros á la sombra fresca,
Ni osan entrar en él algunas fieras,
Ni entran en él las aves carniceras.

A este infame lugar, en triste agüero,
Con secreto y silencio, á la ligera,
El escuadron llegó perecedero,
Y al enemigo descuidado espera;
Cuál se arrima á una pica, y cuál ligero
La vega corre, el campo y la ladera;
Coronan valle, monte y arboleda,
Y nada al fin desocupado queda.

Ya al occidente el sol se retiraba,
Y de la noche el húmido vestido
Sus sombras en la tierra derramaba,
Mojadas en las aguas del olvido;
Cuando, ya que á las selvas se acercaba,
Escuchó el calidonio algun ruido
De armas que entre los árboles parecen,
Y al rayo de la luna resplandecen.

Pero no, aunque admirado, se detiene,
Mas, porque algun peligro ya imagina,
De dos dardos que lleva se previene,
La espada tienta, y sin temor camina,
Y al fin, sin miedo, que ninguno tiene,
Ya que un poco á la selva se avecina,
«¿Quién sois? pregunta, y ¿qué esperais, soldados?
¿Por qué os escondeis estando armados?»

Nadie de responder tuvo osadía,
Pero en aquel silencio sospechoso
Vido la paz sigura que podia
Esperar de un tirano cauteloso.
En esto el fiero Cromio, que venia
Por capitan del escuadron furioso,
Puso en el arco una ligera punta,
Y el un extremo con el otro junta.

La flecha vuela, pero no ha podido
Alcanzar el efeto deseado,
Que fortuna, que suele al atrevido
Dar favor, esta vez se lo ha negado;
Al pellejo del puerco qué vestido
Llevaba, el hombro izquierdo le ha pasado,
Y rayendo la carne al fin la flecha,
A herir en un tronco fué derecha.

Al punto, con furor de inmortal ira,
Fuego de enojo en sus entrañas arde,
Aquí y allí descolorido mira,
Por ver de cuántos ó de quién se guarde;
Con rabia gime y con dolor suspira,
Y sin saber que el escuadron cobarde
De tantos juntos es, verlo desea,
Y erizado el cabello, asi vocea:

«¿Qué os acobarda tanto ó qué os detiene?
Mostrad ya el rostro infame descubierto;
Salid; que nadie en mi defensa viene;
Solo espero; salid en campo abierto.»
Cual suele, cuando ya en el campo tiene
Puesta la red el cazador experto,
Que salen, de su voz amedrentadas,
De aquí y de allí las fieras á manadas;

Tal á su voz el escuadron tebano
El valle desocupa y la espesura,
Resplandeció con armas todo el llano,
Y el peso estremeció la tierra dura.
Turbado en ver que con armada mano
De tantos es el escuadron, procura,
Por herirlo mas bien y asigurarse,
Al peñasco de Esfinge retirarse.

Rompe con piés y manos, atrevido,
Los matorrales, de aspereza llenos,
No de sus enemigos bien seguido,
Que pocos son allí sin alas buenos;
Y sobre un peñon alto se ha subido,
Que las espaldas le asegura al menos,
Desde donde mas bien y sin trabajo
Puede ofender á los que están debajo.

Una peña de esotras arrancada,
De tanto peso, que difícilmente
Pudiera por lo llano ser llevada
De el par de novillos mas valiente,
Sobre sus fuertes hombros levantada,
Adonde mas espesa ve la gente,
Con tal furia arrojó, que no ofendiera
Tanto si un muro encima se cayera.

Cual el vaso que Eolo tiró un dia
A los lapitas bárbaros, airados,
Tal, y con mas vigor, bajar se via
La peña á los tebanos admirados;
Deja deshechos en la tierra fria
Pechos de hierro duro en vano armados,
Escudos, brazos, piernas y cabezas
Ya divididos en menudas piezas.

Debajo de la peña padecieron
Cuatro, que allí enterró su desventura,
Aunque por su virtud y sangre fueron
Dignos de mas honrada sepultura;
Dorilo fué y Teron, que descendieron
De aquellos que parió la Tierra dura
Cuando sirvió en sus surcos de simiente
Aquel de Cadmo serpentino diente.

Halis, que el mas famoso en Tébas era
Domador de caballos, fué el tercero
Que quiso la fortuna que á pié muera,
Si anduvo siempre en corredor ligero;
Y el cuarto, cual si fuera blanda cera
Que en la tierra selló el peñasco fiero,
Edimo es, de Penteo descendiente,
Que heredó la desgracia del pariente.

Con escarmiento y con temor helados,
Apagado el furor, la sangre fria,
Huyen del escuadron los mas osados
Con nunca imaginada cobardía;
Viéndolos divididos y apartados,
Tirándoles dos dardos que tenia,
Los hizo contra dos volar de suerte,
Que le sirvieron de alas á la muerte.

Y viendo en la empezada infame guerra
No tan espeso el escuadron tebano,
El gran peñasco y la fragosa sierra
Desocupa de un salto y baja al llano,
Donde el famoso escudo vió en la tierra
Que al ya muerto Toron armaba en vano,
Que, arrojado ó rodando por ventura,
Pudo escaparse de la peña dura.

Embrazólo, y así con él se via
De todo punto armado y mas siguro,
Pues ya el pecho y espaldas le cubria
Del fiero jabalí el despojo duro;
Vuelve á hacer la gente que huia,
Cerrándose, de nuevo un fuerte muro,
Y viendo el temor que la acobarda,
Afirma el pié y al enemigo aguarda.

Saca la espada al punto el gran Tideo,
Que tinta en sangre de bistones era,
Que en premio ofreció Marte al fuerte Eneo
Cuando triunfó de aquella gente fiera.
Con esta, que era igual á su deseo,
Embiste al escuadron, que junto espera,
Y aquí y allí la esgrime tan ligero,
Que despedaza el mas templado acero.

Tantos son, tan espesos y cerrados,
Que unos de otros impiden las heridas,
Y algunos, en los hierros arrojados
De hermanos, pierden las amadas vidas;
Otros, ya por el suelo derribados,
Reciben daño en armas conocidas,
Y tal tiñó en la sangre del amigo
La flecha que tiraba al enemigo.

Y él, con ajena sangre ya teñido,
Resiste á tantas armas invencible,
Lleno todo el escudo y el vestido
De flechas, que le hacen mas horrible.
Tal la gética Flegra, embravecido
(Si ya tal caso puede ser creible)
Vió al inhumano y grande Briareo,
Armado contra el cielo, horrible y feo.

Ya Apolo con las flechas de su aljaba,
Ya con las suyas Delia el arco tiende,
Ya el escudo gorgonio, airada y brava,
Esgrime Pálas, que la vista ofende,
Ya Marte el pino que teñido estaba
En sangre de bistones, y ya enciende
Jove el suelo, cansándose Vulcano
De darle tantos rayos á la mano.

Y con ver tanto rayo y tanto trueno,
Y á un tiempo tantas armas, le parece
Que es todo poco, y que su inmenso seno
Mas armas y enemigos mas merece;
De furia igual el calidonio lleno,
A mil heridas el escudo ofrece,
Ya se retira un poco, y ya mas fiero,
Da nueva sangre al ya manchado acero.

Armas le da su escudo y su vestido,
Con mil flechas y dardos enclavado,
Y ya arrancando alguno, ha sucedido
Que al propio dueño el hierro muerte ha dado;
Ya en mil partes tambien está herido,
Mas no ha sido algun hierro tan osado,
Que llegue á penetrar con su herida
El secreto aposento de la vida.

Deiloco, que airado arremetia,
Mortalmente herido va rodando,
Muere con él Egeo, que venia
Con una gran segur amenazando;
Con un volador dardo mata á Gia,
Con otro á Licofonte, que sacando
Estaba agudas flechas de su aljaba,
Y el fuerte brazo en el pecho enclava.

Ya se buscan y cuentan temerosos,
No con tanto furor y amor de guerra,
Viendo que los mas fuertes y animosos
Muertos ocupan ya la dura tierra;
Temen del escuadron los mas famosos,
En cada pecho igual temor se encierra;
Solo Cromio, de Cadmo decendiente,
Tuvo valor para animar la gente.

Dicen que este nació de una tebana,
Hermosísima ninfa, que preñada,
Estando ya á su parto muy cercana,
A las fiestas de Baco fué llevada,
Y viendo el baile de la gente ufana,
De esotras bacanales incitada,
Olvidada del vientre, entró en el coro,
Y asió, bailando, por el cuerno á un toro.

El por soltarse, y ella, de atrevida,
Porque no se le fuese porfiando,
Al fin del animal fué sacudida
Léjos, en tierra un grande golpe dando;
Y allí, no sin peligro de la vida,
Turbada, sin sentido y anhelando
Parió un infante en la desnuda tierra,
Que fué despues famoso por la guerra.

Este pues, mas que esotros animado,
La cobardía de los suyos viendo,
Con el despojo de un leon armado,
Y una nudosa lanza sacudiendo,
«Volved, dice, volved con pecho osado,
Volved, que un hombre solo os va siguiendo;
¿No hay honra ya? No hay armas ya ni manos?
¿Adónde vais, oh míseros tebanos?

»Que un hombre solo vitorioso sea
De tan lucida y tan famosa gente,
¿Quién en Argos habrá que se lo crea
Cuando su gloria y nuestra infamia cuente?
No sin que el rostro el enemigo os vea
Volved á Tébas, oh Cidon valiente,
Oh noble Lampo. ¿A aquesto acá venimos?
¿Es esto lo que al Rey le prometimos?»

Así de cada cual el nombre invoca,
Cuando un dardo llegó, que en la espesura
Se cortó de Teumeso, y por la boca
Entró, lleno de muerte y amargura;
En los dientes halló defensa poca,
Y rompe el paladar la punta dura,
De donde al fin la lengua desatada,
Perdida ya la voz, en sangre nada.

Estábase aun en pié, y un mortal hielo
Del paladar al pecho decendiendo,
Le hizo que midiese el duro suelo,
Con la mordida lanza enmudeciendo.
Levante por mi voz la fama el vuelo,
Pues no vosotros la perdeis muriendo,
Hijos de Tespio; que si puedo tanto,
Aunque muertos, tendréis vida en mi canto.

Perito el cuerpo de su hermano alzaba
De la tierra, á la muerte ya cercano,
Con la derecha el lado sustentaba,
Y el flojo cuello con la izquierda mano.
No se vió igual piedad; llorando lava
El ya pálido rostro de su hermano,
Sin que el almete, aunque cerrado, impida
A sus lágrimas tiernas la salida;

Cuando llegó una lanza á su costado,
Y tan furiosa entró la dura punta,
Que pasando del uno al otro lado,
El un hermano con el otro junta.
Con lazo mas estrecho ya abrazado,
Muere aquel, y la cara ya difunta
Parece que á su hermano está esperando,
Que al fin muere con él, así hablando:

«Dénte, fiero enemigo, abrazos tales
Tus hijos, si los hados te los dieron.»
Con esto entrambos mueren; y así iguales
En muerte son como en la vida fueron;
De un vientre, de una edad, de unas señales,
Juntos, iguales en amor, crecieron,
Con esperanza igual, y al fin la suerte
Tambien los hizo iguales en la muerte.

Huye Meneto con ligera planta
Del enemigo airado y vitorioso;
Mas cayó por estar de sangre tanta
Húmido todo el suelo y resbaloso;
Sobre él el fiero vencedor levanta
Con una lanza el brazo riguroso,
Y asiéndola con una y otra mano,
Así le ruega el mísero tebano:

«Perdona aquesta vida desdichada,
Deten por Dios la mano poderosa,
Por las estrellas y la sombra helada
De aquesta noche, para tí dichosa;
Deja que esta vitoria no esperada
Cuente en Tébas mi lengua temerosa,
Donde luego, á pesar del Rey infame,
Por las lenguas del vulgo se derrame.

»Así en la tierra caigan sin provecho
Las armas nuestras y jamás te hieran,
Y vitorioso y sin herida el pecho
Vuelvas á los amigos que te esperan.»
Dijo; mas él, inexorable hecho,
Cual si de piedra sus entrañas fueran,
Responde: «En vano, sin provecho y tarde
Derramas esas lágrimas, cobarde.

»Que tú al injusto Rey, si no me engaño,
Mi cabeza tambien le prometiste;
Mas fué promesa bárbara, fué engaño,
Pues á pagarlo con morir veniste.
¿Qué buscas dilaciones á tu daño?
¿No ves que aquesta espada que hoy temiste,
Mañana ha de volver con nueva guerra
Contra aquesta perjura, infame tierra?»

Así dijo; y del pecho ya teñida
Sacó la dura lanza, y en saliendo,
La muerte helada entró por la herida,
Y él sigué á los demás, así diciendo:
«Pensastes, gente infame, aborrecida,
La oscuridad de aquesta noche viendo,
Que era de las de Baco deseada,
Y de tres á tres años celebrada.

»No penseis que de Cadmo son los juegos,
Donde al son de lascivos atabales
Usais incestos bárbaros y ciegos
Con vuestras propias madres bacánales;
Otros son, otras músicas y fuegos
Son los destos funestos matorrales;
No con hembras la guerra aquí se tiene,
Ni aquí con tirsos frágiles se viene.

»Otro furor es este y otra guerra,
Hecha al son de instrumentos temerosos;
Morid, infames, ocupad la tierra,
O cobardes, ó pocos y medrosos.»
Esto diciendo, el llano, el valle y sierra
Discurre, no con piés tan presurosos,
Que cansada la sangre ya en las venas,
En ellos puede sustentarse apenas.

Ya con menos furor y menos brio
La espada esgrime, y ya pesado hecho
El escudo, de hierros no vacío,
Le hace ya mas daño que provecho,
Y ya un helado y húmedo rocío
Cansancio añide al fatigado pecho,
Y de sangre enemiga humedecido,
Del cabello á los piés está teñido.

Tal suele de Masilia entre el ganado,
Despues que á su pastor con pié ligero
Ahuyentó, hallarse fatigado
Entre muertas ovejas leon fiero,
Que vencida la hambre, y sosegado,
Menos hambriento y menos carnicero,
No ya erizado el cuello, ni tan alta
La cerviz coronada, á nadie asalta.

Párase en medio del ganado muerto,
Anhelando, cansado y ya vencido
De sus mismos manjares, y cubierto
De la ya helada sangre que ha vertido;
A nadie sigue ya por el desierto,
Y en la secreta cueva al fin tendido,
Sin que el hambre á mas furor lo llame,
Las blandas piernas con la lengua lame.

No con aquesto el vencedor contento,
Lleno de los despojos, bien quisiera
Volver á la ciudad, y que sangriento
El Rey y el pueblo atónito le viera;
Y cumpliera sin duda el fiero intento,
Si otro mejor consejo no le diera
Pálas, que, su cansancio conociendo,
Le sosegó el furor, así diciendo:

«¡Oh decendiente del famoso Eneo,
A quien agora concedido habemos
Vencer á Tébas, y con tal trofeo
La fama de tu sangre ennoblecemos!
Enfrena tu furor y tu deseo,
Que aun en el bien son malos los extremos;
Vuelve á Argos á contar tu gran vitoria,
Baste ya tanto bien y tanta gloria.»

Ya todo el escuadron de tanta gente,
Que tan soberbio y confiado vino,
Muerto estaba, quedando solamente
Vivo Meonte, en Tébas adivino;
Bien el estrago y mortandad presente
Con tiempo adevinó, mas el destino
No quiso que algun crédito tuviese,
Por mas veces que al Rey se lo dijese.

Aqueste, no cobarde ó fugitivo,
Pues vivo á su pesar quedado habia,
Perdona solo el vencedor altivo,
Y á la ciudad, diciendo así, lo envia:
«Oh tú, quien quiera que eres, á quien vivo
Verá la luz del venidero dia,
Libre de mi furor á Tébas parte,
Y esto di al rey tebano de mi parte:

»Ciñe de foso tu ciudad, perjuro,
Todas sus puertas cierra diligente,
Armas busca, renueva el viejo muro,
Y junta sobre todo mucha gente;
Mira de sangre aqueste campo duro
Bañado por mi espada solamente,
Y en este fiero estrago el tuyo advierte,
Que tal cual vine he de volver á verte.»

Pártese aquel, y luego el gran Tideo,
A la tritonia diosa agradecido,
Del despojo levanta un gran trofeo,
Honor por sus favores merecido;
De muertos un monton horrible y feo
Del espacioso campo ha recogido,
Y en él alegre sus hazañas mira,
Y viendo tanta mortandad, se admira.

Estaba fuera de la selva escura,
En medio un campo, de otras apartada,
Una robusta encina, antigua y dura,
Ya de su mocedad muy olvidada,
De no vista grandeza y espesura,
Espaciosa de ramos y intricada,
Cuyos torcidos brazos á la alfombra
Hacen del verde campo eterna sombra.

De aquí cuelga por órden las espadas,
Trozos de lanza, yelmos, morriones,
Dardos, escudos, golas y celadas,
Arcos y aljabas llenas de arpones;
Y viendo así las ramas adornadas,
Y de armas y de cuerpos los montones,
Este, en honra de Pálas, himno santo
Dice, y el valle escucha y calla en tanto:

«Guerrera diosa, ingenio peregrino
De tu gran padre al fin, y honra primera,
Que con semblante airado, aunque divino,
En guerras eres poderosa y fiera,
Y á cuyo rostro el yelmo de oro fino
Añide horror y majestad severa,
No menos que el gorgonio escudo fuerte,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte.

»Tú, qu'entre las batallas, de horror llenas,
Cual Marte y cual Belona has encendido
Igual furor en las heladas venas
De aquellos á quienes has favorecido,
Esta ofrenda recibe, ó ya de Aténas
A ver aqueste estrago hayas venido,
O de los coros del Iton aonio,
O de tu antiguo líbico tritonio.

»Aquí solo te ofrezco por trofeo
Tristes despojos, rotos y bañados
En sangre de hombres; mas, si al fin poseo
Los partaonios campos deseados,
Y á Pleuron, mi querida patria, veo
No ya tan perseguido de los hados,
Te haré un rico templo de obra bella,
Dorado todo, en el alcázar de ella;

»Desde donde el Jonio proceloso,
Y en medio dél la peregrina flota
Alegre mires, golfo riguroso,
Que con cualquiera viento se alborota;
Y lo que por Alcides tan famoso
Aquello levantando el mar azota,
Hasta donde su túrbida corriente
Baña á las cinco Equinadas la frente.

»De mis pasados los famosos hechos
En él por órden se verán pintados,
Y los reyes vencidos y deshechos,
Bravos de rostro, al vivo retratados;
En sus columnas y dorados techos
Armas y escudos se verán colgados,
Y algunos adquiridos por mi espada,
A costa de mi sangre derramada.

»Las ricas armas que quitarle espero,
Con tu favor, de Tébas al tirano,
Aquí colgadas se verán primero,
Ganadas y ofrecidas por mi mano;
Y al fin, colgando el vencedor acero,
Ya en paz alegre descansando ufano,
Servirán en tus aras cien doncellas,
De toda Calidonia las mas bellas.

»Emplearán en tejer su hermosura,
Y no habrá tela alguna que no sea
De color varia y varia de pintura,
Donde su industria y tu poder se vea;
Sacerdotisa allí de edad madura,
Que ya sigura honestidad posea,
Tendrá de tus altares el gobierno,
Guardando el fuego velador eterno.

»Al fin, en paz y en guerra, de contino
De mi recebirás ofrenda rica,
Sin que se enoje por tu honor divino
La bella diosa que á cazar se aplica.»
Dijo; y tomando de Argos el camino,
Pasa pueblos y campos, y publica
Por donde pasa la vecina guerra,
Tiembla debajo de sus piés la tierra.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Aflígese Teócles en ver que se tardan los cincuenta que envió á matar á Tideo. Llega Meonte, sacerdote, á dar la nueva de la vitoria de Teseo y muerte de sus compañeros; habla con libertad al Rey, reprehendiendo su maldad. Levántanse Flegias y Labdaco para castigar su atrevimiento. Saca Meonte la espada, y atraviésásela por el pecho. Manda Teocle que no se le dé sepoltura. Salen los tebanos á sepultar y llorar sus muertos. Júpiter manda á Marte que incite á guerra á los argivos contra Tébas. Baja Marte. Sálele al encuentro Vénus pidiendo no destruya á Tébas. Consuélala y obedece á Júpiter. Tideo llega á Argos. Cuenta la traicion de Teócles. Provoca á guerra á los de Argos. Adrasto los procura sosegar, ofreciendo la venganza para su tiempo. Marte va por toda Grecia, incitando los pueblos á guerra contra Tébas. Adrasto consulta sus agoreros. Anfiarao y Melampo, sacerdotes, hacen sacrificio á los dioses. Hallan contrarios agüeros. Previénense los griegos de armas. Procura Anfiarao desistirles del propósito de guerra. Capaneo le reprehende, atribuyendo su ciencia á cobardía. Argia, esposa de Polinice, pide á su padre Adrasto apresure la guerra por consuelo de su esposo. Consuélala Adrasto, prometiéndole brevedad en la jornada.

«Dormir en tanto en Tébas no podia
El Rey, que á su pesar velando estaba,
Aunque ya el carro de la noche fria
De la mitad del curso declinaba;
Faltaba mucho para el nuevo dia,
Y así en tanto su pecho atormentaba
Cuidado velador, que trae consigo
De la maldad que cometió el castigo.

Mucho un temor helado le molesta,
Que en negocios de duda es agorero,
Pues sin saber lo mucho que le cuesta,
Ni que es tan bravo el enemigo fiero,
«¡Ay de mí! dice, ¿qué tardanza es esta?
Que ya de esperar tanto desespero;
¿Si por tomar camino diferente,
Ha podido alejarse de mi gente?

»¿Si adivinando allá el furor tebano,
A socorrer los de Argos han venido,
O ácaso de algun pueblo comarcano,
Adonde mi maldad ya se ha sabido?
Si por ventura ¡oh Marte soberano!
Pocos y flojos son los que he escogido
Para asir la ocasion de los cabellos,
Cromio pues y Dorilo fué con ellos?

»De Tespio el uno y otro decendiente,
Cual dos torres que en vano azota el viento,
Pues nadie mas osado ó mas valiente,
Fueron tambien á ejecutar mi intento;
A Argos estos cuatro solamente
Pudieran derribar por el cimiento;
Pues ¿qué harán de tantos ayudados,
Todos en casos árduos aprobados?

»No el enemigo, de diamante hecho,
Es tan impenetrable y tan siguro,
Para que no haya sido de provecho
Acero tanto y tanto hierro duro.
¡Oh gente floja y de cobarde pecho,
Aunque de Tébas sois el fuerte muro!
¿Tanto, si al fin sacastes los aceros,
Un hombre solo puede deteneros?»

Aquesto discurriendo está consigo,
Juzgando por sigura aquella impresa,
Porque no el gran valor del enemigo
Al número de tantos contrapesa;
No espera á su maldad tan gran castigo,
Mas cúlpase á sí mismo, y ya le pesa
De no haber con su espada dado muerte
En su palacio al mensajero fuerte.

Pésale de que pudo en su enemigo
Sangre satisfacer ira tan fea,
Contraviniendo á la razon, que obliga
Que tan siguro el mensajero sea;
Desta suerte se aflige y se fatiga,
Ya teme y ya la luz del sol desea,
Ya de lo comenzado se arrepiente,
Y ya tiene vergüenza de la gente.

Cual compele al experto marinero
La estrella Olenia con su luz mas pura,
Que saque el leño calabrés ligero
Del puerto amigo al agua mal segura,
Y luego de repente el viento fiero
Comienza amenazarle en noche escura;
Los polos inclinando Orion le oprime,
Truena el cielo, el mar brama, el viento gime;

Y viéndose acosado y tan remoto
Del dulce puerto, de quien ya se aleja,
Quisiera atrás volver el leño roto;
Mas mientras mas la tempestad le aqueja,
Y hiriendo la popa el fiero Noto,
El arte y el timon gimiendo deja,
Y al fin, turbado, su salud entrega
Al viento y al rigor del agua ciega;

Desta suerte el tirano congojoso
Culpa el lucero porque tanto tarda,
Para quien no le espera, presuroso,
Y flojo para el triste que le aguarda;
Con un prodigio en esto temeroso,
Que mas le atemoriza y acobarda,
Indicio claro dió la tierra dura
De su no imaginada desventura.

Ya que iba al ocidente recogiendo
La noche su tiniebla y sombra fria,
De la hermosa luz del sol huyendo,
Que ya el alba avisaba que venia,
Tembló la tierra con tan grande estruendo,
Que Tébas pareció que se hundia,
Y el alto Citeron su antigua nieve
Sacudió de su cumbre en tiempo breve.

Arrancados parecen de su asiento
Los techos á las nubes levantarse,
Y en Tébas con ligero movimiento
Correr las siete puertas á encontrarse;
Cerca estaba la causa del portento,
Y así fué luego fácil de aclararse;
Es Meonte, que triste vuelve á Tébas,
Embajador de desdichadas nuevas.

Airado viene por haberle el hado
A su pesar la muerte prohibido,
Pero tan diferente y tan trocado,
Que fué difícilmente conocido;
No quién es aun de cerca ha declarado,
Mas el llanto, el sollozo y el gemido
Daban, ya que á los muros se avecina,
Indicio claro de una gran ruina.

Tal el triste pastor vuelve, gimiendo
Del estrago cruel de su manada,
Cuando nocturna tempestad huyendo,
O nieve de los montes desatada,
Aquí y allí turbada fué corriendo,
Donde de lobos fué despedazada,
Y al fin, de aquel rigor y noche fria
Descubre el daño el venidero dia.

Teme ofender del dueño los oidos,
Llevándole antes nuevas que la fama;
Y así, llenando el campo de alaridos,
Tierra en su rostro y lágrimas derrama;
Echa menos sus toros conocidos,
A quien en balde por sus nombres llama,
Y del tinado en que vivir solia
El silencio aborrece y mas porfía.

Las madres, que en la puerta amontonadas,
Le vieron venir solo y tan horrible,
Espantosas reliquias desdichadas
De un escuadron que pareció invencible,
Nada osan preguntar, de miedo heladas,
Y al fin levantan un clamor terrible,
Cual se oye en el navío que se anega
O en ciudad asaltada que se entrega.

Entrando pues airado, horrible y feo,
Ante el infame rey, con voz turbada,
«Aquesta sola, dice, el gran Tideo,
Anima aborrecible y desdichada,
Reliquia sin ventura del empleo
De tu maldad, de nadie imaginada,
Lleno de gloria, ufano de tu afrenta,
De un escuadron tan grande te presenta.

»O ya sentencia fué del hado fiero,
O fortuna ó del cielo fué castigo,
O el gran valor (y confesarlo quiero,
Aunque vergüenza es) del enemigo;
Que apenas, aunque soy el mensajero,
Puedo crédito dar á lo que digo;
Todos, todos han muerto, ¡ay dura suerte!
Y solo soy aviso de su muerte.

»Testigos hago estrellas y luceros
De aquesta temerosa noche escura,
Y las almas de tantos compañeros
Que ocupan, muertos ya, la tierra dura,
Y de las malas aves los agüeros,
Por quien vuelvo á contar mi desventura,
Que no fué aquesta infame y triste vida
Con lágrimas ó ruegos merecida;

»Ni en piés ligeros la escapé, queriendo
Deshonrado vivir eternamente;
Mas quedé vivo, al cielo obedeciendo,
Que quiere que este mal en Tébas cuente,
Y porque Atropos fiera, que huyendo
Va del que más desesperado siente,
Dándome vida infame y desdichada,
Me quitó aquella muerte deseada.

»Y para que conozcas que en mi pecho
No cabe de la muerte miedo insano,
Y que amor de la vida no me ha hecho
Honrosa muerte dilatar en vano,
Tú con el mas injusto y torpe pecho
Que jamás tuvo bárbaro tirano,
Moviste por tu gusto solamente
Guerra cruel en odio de tu gente.

»El reino usurpas, y á tu hermano en tanto
Destierras de la patria deseada,
Y desprecias, injusto, el honor santo
Del juramento y de la ley sagrada;
Y así, el eterno y miserable llanto
De tanta casa ya desamparada
Te tiene de afligir, pidiendo al cielo,
En la venganza, de su mal consuelo.

»Cincuenta almas, en torno de la tuya
Volando con horror de noche y dia,
Te han de seguir para venganza suya,
Y entre ellas cuento aquesta triste mia;
Que antes que á mi honra se atribuya
Alguna mancha vil de cobardía,
Cumpliré con mi muerte y con tu afrenta
El número cabal de los cincuenta.»

Esto dice con lengua libre y sábia
El tebano adivino osadamente,
Y el fiero Rey, movido con la rabia,
Mostró el rostro teñido de ira ardiente;
Y en ver que de esta libertad se agravia,
Flegias y el siempre en males diligente
Labdaco se levantan de su asiento
Por castigar aquel atrevimiento.

Cada cual destos, insolente y fiero,
Del Rey las veces y el poder tenia;
Y viéndolos venir el agorero,
La espada desnudó con osadía.
Ya al Rey airado y ya al desnudo acero
Los ya mortales ojos revolvia,
Y al fin, en el tirano el rostro fijo,
Con nueva libertad aquesto dijo:

«No en la sangre de aqueste osado pecho,
Aunque mi lengua á mas furor te llame,
Procures tu venganza sin provecho,
Qu'en mí no cabe amor de vida infame;
No en ella has de tener algun derecho,
Ni es bien que por tu mano se derrame
Sangre que ha perdonado el gran Tideo,
Si ya en vano esta espada no poseo.

»Yo muero alegre al fin, y el hado sigo,
Término del discurso de mis males,
Pues ya las almas de uno y otro amigo
Me esperan en las sombras infernales;
Queda tú vivo en Tébas, enemigo
Del cielo y de los dioses inmortales,
Que á su rigor remito tu osadía,
Y al de tu hermano la venganza mia.»

Esto postrero apenas dijo, cuando
Sobre su misma espada atravesado,
Cayó en el duro suelo, derramando
La sangre por el uno y otro lado;
Con el dolor el alma agonizando,
Dejó el cuerpo, en su sangre revolcado,
Al suelo, de sus venas ofrecida,
Ya por la boca, ya por la herida.

Los nobles senadores, que presentes
Se hallaron al caso sucedido,
Atónitos quedaron, y entre dientes
Murmuraban, hablándose de oido;
Y la amada mujer y los parientes,
Que apenas alegrarse habian podido,
De ver que á Tébas vivo se volvia,
En lágrimas trocaron su alegría.

De semblante, aunque muerto, venerable,
Al son lo llevan de un cantar funesto,
Mas del airado Rey la ira indomable
Sosegar no ha podido con aquesto;
Que á los ruegos y al llanto inexorable,
Manda que en medio el campo quede puesto
Sin honra alguna y sin la paz sigura
Del fuego y mal negada sepultura.

Y tú, de Apolo sacerdote santo,
Digno de fama y de inmortal memoria,
Que en desprecio del Rey, con valor tanto
Ganaste con morir tan gran vitoria,
¿Qué nuevos nombres te daré en mi canto,
Que puedan igualar á aquella gloria
Que tú adquiriste con tu propia mano,
En tu muerte triunfando de un tirano?

No en balde Apolo coronó tu frente
Del sagrado laurel, y los secretos
Te descubrió del cielo abiertamente,
A que están los mortales tan sujetos;
Cirra y Dódona en bosques eminente
De hoy mas en sus oráculos y efetos.
Muerto tú, callarán, porque sin duda
Eras la viva voz de su voz muda.

Vé pues, no á los lugares del infierno,
De sombras infelices habitados,
Sino al descanso y al regalo eterno
De los elisios valles apartados,
Sin que el injusto Rey algun gobierno
Tenga en aquesos campos, no gozados
De alma alguna tebana; qué á tí solo
Tan grande bien ha concedido Apolo.

Quedó privado al fin de sepoltura,
Pero no de su adorno despojado,
Reverenciado de la tierra dura,
Y de aves y animales respetado;
Mas ya para buscar su desventura
Los huérfanos y viudas se han juntado,
Tristes dejan sus casas, y esparcidos
Corren, llenando el campo de gemidos.

Salen acompañando su tormento,
Unos por consolar las afligidas,
Otros por ver del enemigo exento
Hazañas de una noche aun no creidas;
Resuena el campo triste y gime el viento,
Llevando sus querellas esparcidas,
Y el valle, que en sus senos las esconde,
Lleno de horror á su dolor responde.

Ya que á la selva, á la ciudad tan cara,
Y al infame peñasco se acercaron,
Cual si la causa entonces comenzara,
Las lágrimas de nuevo comenzaron;
Que viendo ya su desventura clara,
Nuevo clamor al cielo levantaron,
Y llenos de ira y de furor extraño,
Llorando corren á abrazar su daño.

Pálido del dolor y estrago hecho,
Presente el duelo atroz estaba en tanto,
Suelto el cabello y lastimado el pecho,
Convidando á las madres á otro tanto;
Cuál del rostro ya helado el yelmo estrecho
Desata y lo calienta con su llanto,
Y cuál hinche, del mucho que vertia,
La herida, de sangre ya vacía.

Cuál mancha en el del muerto el rostro bello,
Sin culpa por sus manos ya herido,
Y cuál en sangre tiñe su cabello,
Por limpiar la del muerto conocido;
Cuál junta la cabeza al roto cuello,
Y cuál al hombro el brazo dividido,
Y cuál haciendo de sus ojos rios,
Los muertos cierra, ya de luz vacíos.

Corre la turba airada y presurosa,
Buscando al padre, al hijo y al hermano,
Y á su marido la afligida esposa,
Que vivo y vencedor esperó en vano;
Y tal de la herida rigurosa
El hierro arranca con osada mano,
Quedan de pena y de correr cansados,
Sobre propios ó ajenos arrojados.

Mas Ida, madre de los dos hermanos,
Los ya blancos cabellos ofendiendo,
El campo corre, y con osadas manos
Su miserable rostro va hiriendo;
Busca entre esotros míseros tebanos
Sus dos hijos, de suerte humedeciendo
Cada cuerpo que encuentra, que su llanto
No ya á lástima obliga, sino á espanto.

Tal despues del rigor de una batalla,
Que de cuerpos el suelo dejó lleno,
Cuando cesa el rumor y el campo calla
En noche escura y cielo mal sereno,
Entre ellos maga tésala se halla,
Y alma de alguno del tartáreo seno,
Con su fuerte conjuro y canto usado,
Quiere volver al cuerpo no enterrado.

A la lumbre del cedro, antiguamente
Usada como fuego mas seguro,
Pasa buscando entre la muerta gente
El que ha de obedecer á su conjuro;
Su canto empieza al fin, y su voz siente,
No sin grande alboroto, el reino escuro;
Muérdese el negro rey de enojo el labio,
Quejándose las almas deste agravio.

Estaban los hermanos apartados,
Entre unos matorrales encubiertos,
Juntos al pié del monte y abrazados,
Los pechos de una misma suerte abiertos,
Por una misma lanza atravesados,
Y de una mano á un mismo tiempo muertos.
¡Dichosos, que abrazándose murieron,
Pues tambien abrazándose nacieron!

Como los vió, enjugando un poco el llanto,
Dando á la voz lugar el dolor fuerte,
«¡Que abrazos miro, dice, oh cielo santo!
Qué besos vengo á ver, ay dura suerte!
¿Qué fiera mano tuvo ingenio tanto,
Que así pudo juntaros en la muerte?
¿Cuál antes besaré en dolor tan fiero?
¿A cuál herida llegaré primero?

»Mi gloria sois vosotros, invidiada,
Y de mi parto la feliz fortuna,
Con que á los altos dioses comparada
Creí que fuera tan dichosa cuna.
Vosotros sois por quien viví estimada,
Que nunca me igualó tebana alguna;
¡Ay gloria! mas no gloria, sino infierno,
Por quien tiene de ser mi llanto eterno.

»¡Dichosa aquella estéril que, gimiendo,
Nunca invocó á Lucina, ni en su lecho
Los pequeñuelos hijos vió creciendo,
Ni colgados jamás del libre pecho;
Que yo mi propio mal parí en pariendo!
Y desdichada el mucho bien me ha hecho,
Pues que fué tanta gloria y honor tanto
Causa de mi dolor y de mi llanto.

»Aun ya si en campo abierto á luz del dia
O en otra guerra aqueste daño fuera,
Adonde el valor vuestro y osadía
Nombre inmortal y fama eterna os diera,
Pudiera ser menor la pena mia,
Y algun consuelo en mi dolor tuviera;
Pero mi no temida desventura
En guerra infame fué y en noche escura.

»Y pues tan sin honor, en todo iguales,
Os ha postrado la enemiga suerte,
No es bien que yo divida abrazos tales,
Ni el amor que os tuvistes en la muerte;
Id juntos á las honras funerales
Antes que á mí me acabe el dolor fuerte,
Ambos cuerpos reciba un solo fuego,
Y una urna sola las cenizas luego.»

No con menos dolor ni menos llanto
Á Cronio su mujer, y á su Penteo
La madre llora, y con igual espanto
Marpisa, aun no casada, á su Fileo;
Lavan las dos hermanas de Acamanto
El cuerpo, de la sangre horrible y feo,
Lloran sus hijos á Tidemo en vano,
Que aprendieron á estar sin él temprano.

Mientras unos aparte están llorando
Su pena, su dolor y desventura,
Otros con duro hierro están quitando
A la selva su honor y hermosura;
Tristes gemidos por el aire dando,
Caen sus plantas en la tierra dura,
Que ya testigos de la noche fueron,
Y tanto estrago y tantas muertes vieron.

Enciende aparte cada cual su fuego,
Poniendo en medio dél al muerto amado,
Y alguno encima se arrojara luego,
Si no fuera de esotros estorbado;
A las estrellas sube el humo ciego;
Y en tanto el viejo Alétes, que ha dejado
Un siglo atrás con su vivir prolijo,
Por consolarlos, desta suerte dijo:

«Del hado ejercitada de contino
Fué mal en diversos males nuestra gente,
Desde que aquel sidonio peregrino,
Arrojado del mar infaustamente,
A sembrar los aonios campos vino,
Y vió nacer de aquel sembrado diente
Un escuadron que con armada diestra
Principio fué de la desgracia nuestra.

»Mas ninguna fué á aquesta semejante:
Ni cuando vió el real palacio ardiendo,
Engañada por Juno, la ignorante
Sémele, que su mal pagó muriendo;
Ni aquel llanto fué igual, cuando Atamante
Furioso por el monte fué corriendo,
Llevando con alegre regocijo
A despeñar el medio muerto hijo.

»Ni Tébas escuchó clamores tales,
Como cuando movida á los clamores
Y lágrimas de esotras bacanales,
Venció Agabe, cansada, sus furores;
Solas aquellas lágrimas iguales
Pudieron ser, y iguales los dolores,
Cuando su gran soberbia al fin pagando,
Niobe estuvo su dolor llorando,

»Cuando vió de sus hijos el estrago,
Dolor ni imaginado ni temido,
Y el suelo de su sangre hecho un lago,
Y el fuego para tantos encendido;
Que aunque este fué su merecido pago
De haberse con los dioses atrevido,
Nadie hubo en la ciudad que no culpase
De los dioses la envidia, y no llorase.

»Todos á la ciudad desampararon,
Llenos de admiracion, horror y espanto,
Todos despues á la ciudad tornaron,
Gimiendo el caso con inmenso llanto;
Por cada puerta á un mismo tiempo entraron
Dos lechos funerales, y era tanto
El tropel de las gentes que venian,
Que por las siete puertas no cabian.

»Y aunque yo tan pequeño entonces era,
Que algun dolor ó pena no sentia,
Y conocer entonces no pudiera
La desventura grande de aquel dia,
Sin que del llanto la ocasion supiera,
Como llorando á todo el mundo via,
Lloraba yo tambien, y lloré tanto,
Que igualaba á mis padres con mi llanto.

»Grande tambien la turbacion tebana
Fué entonces, mucho el llanto y el gemido,
Cuando por el enojo de Diana
Quedó Acteon en ciervo convertido;
Y luego de sus perros la ira insana,
No pudiendo ser dellos conocido,
Dió muerte á su señor incautamente,
Solicitada de su propia gente.

»Mucho en Tébas tambien se lloró cuando
Su reina Dirce, en fuente convertida,
Hecha agua de su sangre, fué regando
La tierra de quien era obedecida.
Todas estas desdichas que llorando
Tuvieron la ciudad tan afligida,
Fueron (que al fin es este algun consuelo)
Castigo de algun dios, ira del cielo.

»Mas esta que presente aquí tenemos,
Excede á las demás por un tirano,
Por cuya culpa todos padecemos,
Perdiendo tanto noble ciudadano;
Que aun no la guerra comenzado habemos,
Y al mal que llegar puede vemos llano,
Ni aun en Argos la fama ha dado nuevas
De la fe que ha quebrado el rey de Tébas.

»¡Oh cuánta sangre humana en su corriente
Al mar ha de llevarle cada rio,
Y de hombres y caballos juntamente
Cuánto sudor cairá en el suelo frio!
Vea otra edad robusta y mas valiente
Aquesto, y no el cansado cuerpo mio,
Y antes en propio fuego en paz sosiegue
Que á ver el mal de aquesta guerra allegue.»

Esto, sin que algun miedo le refrene,
Dijo, llamando al Rey, con labio osado,
Cruel, tirano, injusto, y que al fin tiene
De pagar su maldad y su pecado.
¿De dónde tanta libertad le viene?
De ver cerca su fin, y haber dejado
Muchos años atrás, y desta suerte
Procura algun blason para su muerte.

Aquesto en Tébas Júpiter miraba
Con el enojo que en su pecho encierra,
Y viendo cómo ya encendida estaba
Con la primera sangre aquella guerra,
Manda venir á Marte, que llegaba
Ufano y victorioso de la tierra,
Trunfando de las bárbaras naciones
De los vencidos getas y bistones.

Lleno el yelmo de rayos rigurosos,
Resplandece y con oro su armadura,
Sembrada de animales espantosos,
Añadiéndole horror cada figura;
Hacen tronar los polos temerosos
Sus ruedas, y del sol la lumbre pura
Turba con la sangrienta de su escudo,
Emulo que con él competir pudo.

Y viéndolo que airado, horrible y feo
Está representando aun todavía
De la guerra sarmática el trofeo,
Donde su horror y tempestad se via,
«Tal, dice, ¡oh hijo! como aquí te veo
Vuelve á sembrar tu furia y tu osadía,
Y con aquesa espada mal enjuta
Mi voluntad en Argos ejecuta.

»Baja del cielo, y corre presuroso
Por los argivos campos, de ira lleno,
Y al pasar alborota el pueblo ocioso,
Rompiendo de la paz el blando freno;
Pida ya guerra el menos belicoso,
Las treguas rompe y siembra tu veneno,
Abrasando sus pechos, porque insanos
Sus ánimas te ofrezcan y sus manos.

»¡Qué mucho qu'esto puedas en la tierra,
Si puedes con enojo y furor ciego
Mover entre los mismos dioses guerra
Y perturbar mi paz y mi sosiego!
El ocio, indigno á tu valor, destierra,
Que ya he dado principio á aqueste fuego,
Pues desta guerra lleva al pueblo aqueo
Con sangre escrita la ocasion Tideo.

»El infame principio que ha tenido,
La traicion, el engaño y la asechanza
Publica adonde fueres, y que ha sido
Del Rey tan sin disculpa la venganza.
Sépase que las treguas ha rompido,
Y que no hay de mas paces esperanza;
Da crédito á Tideo, cuyas pruebas
Podrán decir la gran maldad de Tébas.

»Vosotros, moradores soberanos
Del cielo, y de mi sangre decendencia,
Dejad los odios ciegos y profanos;
No entre vosotros haya competencia
Ni conmigo os valgais de ruegos vanos,
Que aquesta es de los hados la sentencia
Desde el principio de las cosas dada,
Y de las negras parcas ya jurada.

»Y si agora en los nietos insolentes
No consentis ¡oh dioses! que castigue
Los antiguos delitos de las gentes,
Queriendo al fin que mi rigor mitigue,
Testigos hago á las elisias fuentes,
Porque nadie en rogarme se fatigue,
Que en Tébas, á pesar del rey perjuro,
Con esta mano asolaré su muro.

»Y por la misma vengativa mano
Ha de ver sus castillos coronados
Argos tambien, favorecida en vano,
Sobre sus altas casas derribados;
Sus estanques serán un Oceano,
Con un diluvio de aguas aumentados,
Aunque se abrace sin provecho alguno
A sus castillos y á su templo Juno.»

Esto diciendo, estremecióse el cielo,
Y atónitos los dioses, olvidaron,
Cual si fueran mortales y de hielo,
La voz, en gran silencio se quedaron;
Suspenso así tal vez se quedó el suelo
Y el mar cuando los vientos lo dejaron,
Que el sol de julio y su vigor temieron,
Y á su caverna á refrescarse fueron.

Hace callar al monte el flojo estío,
Calla el ave, sus alas olvidando,
Vese el cielo de nubes ya vacío,
Silencio, sueño y llamas derramando;
El estanque, la fuente, el lago, el rio,
Agotados del sol, están callando,
Y el mar, con larga paz enmudeciendo,
Parece que en su orilla está durmiendo.

Alegre y arrogante el fiero Marte,
A Jove obedeciendo, ocupa ufano
El pértigo aun no frio, y luego parte,
Torciendo el carro á la siniestra mano;
Ya que llegaba á la postrera parte,
Luciente umbral del cielo soberano,
Sin miedo alguno á Vénus vió parada
Delante de su carro, alborotada.

Retrechan los caballos, y al instante
Las erizadas clines abajaron,
Y mitigando su feroz semblante,
El fuego ardiente y el furor templaron;
Los espumosos frenos de diamante
Tascando humildes, á sus piés postraron,
Y ella en tanto así dice al dios guerrero,
Enjugando sus lágrimas primero:

«¿A Tébas guerra anuncias? ¿Guerra á Tébas?
Hermoso suegro para Cadmo eres.
¿Contra tu misma sangre guerra llevas?
¿De tus nietos borrar el nombre quieres?
Y ¡que tan poco á mi dolor te muevas!
¿Posible es que á mi llanto no te alteres?
¿Ni Harmonía ni mi amor pueden moverte,
Ni lástimas ni llanto detenerte?

»¿Aqueste el galardon y el premio ha sido
Del adulterio que la fama cuenta?
Aqueste el de mi honor, por tí perdido,
Y el de la red testigo de mi afrenta?
Pero mucho tu curso he detenido;
Véte, no hagas de mi llanto cuenta,
Que de otra suerte, si ocasion se ofrece,
Vulcano, aunque ofendido, me obedece.

»Si le mandara yo que eternamente
En la yunque sudara, obedeciera,
Y por hacerme galas nuevamente
Las noches desvelado consumiera;
Labrárame mil joyas obediente,
Y aun armas para tí si yo quisiera;
Y tú... mas ¿qué me canso? Si tu pecho
Es de metal y de peñascos hecho.

»Solo quiero que adviertas, como es justo,
Que eres tú la ocasion de mi tormento,
Pues que yo solamente por tu gusto
Hice aquel desdichado casamiento;
Si nunca imaginaste, agüelo injusto,
Favorecer tus nietos, ¿con qué intento
Al sidonio marido en suerte triste
A Harmonía, nuestra amada hija, diste?

»¿No me dijiste entonces que seria
Famosa por la guerra aquesta gente,
Que, aunque de una serpiente decendia,
Era tambien de Jove decendiente?
Si en tu nevada Tracia ó Citia fria,
De Bóreas azotada eternamente,
Casara yo mi hija, por ventura
Viviera mas contenta y mas segura.

»Fué pequeño dolor, fué afrenta poca
Ver hecha sierpe á Harmonía y arrastrando
Por el campo esclavon, y por la boca
Veneno entre las yerbas derramando;
Y que agora esta gente te provoca
Sin culpa á que la estés amenazando,
Y que tú...» Pero Marte, enternecido,
Sufrir su llanto y pena no ha podido.

La lanza, que la diestra le embaraza,
Trueca y del carro se arrojó ligero,
Lastimando á la diosa, aunque la abraza,
Del fuerte escudo el descortés acero;
Para aplacarla el yelmo desenlaza,
Queriendo renovar su amor primero,
Y el semblante feroz al bello opuesto,
Tras de muchos halagos dijo aquesto:

«¡Oh triunfo de mi guerra y paz dichosa,
Unico bien y gloria de mis penas,
Mas que todos los dioses poderosa,
Pues mi braveza y mi furor refrenas,
Y en medio de la guerra mas furiosa,
Cuando mas encendido está en las venas
Mi fuego, puedes sola, si te agrada,
Parar mi carro y detener mi espada!

»No tu fe ni los nietos de mi yerno,
Tuyos al fin y decendientes mios,
Puedo olvidar; enjuga el llanto tierno,
Que no en balde has mostrado esos desvíos;
Primero, aunque soy dios, en el infierno
Pena me dén los cenagosos rios,
Y desarmado, ocupe las orillas
De Cocito entre sombras amarillas.

»Mas si el destino y Jove soberano
Por fuerza, con rigor y ley severa,
Me eligen para aquello que Vulcano
Ni suficiente ni elegido fuera,
¿Puedo no obedecer? ¿Está en mi mano
Estorbar esta guerra que se espera?
¿He de contradecir con pecho osado
Lo que Jove mandó y ordenó el hado?

»A cuya voz agora vi temblando
Ancho cielo, mar hondo y dura tierra,
Y tanto dios atónito y callando,
Que nadie osó contradecir la guerra;
Mas mitiga el dolor que te está helando,
Tu pena tiempla y tu dolor destierra;
Que no en la guerra inútiles serémos,
Si del todo estorbarla no podemos.

»Y cuando con los nuestros á las manos
Lleguen los enemigos escuadrones,
Verásme ensangrentar los campos llanos,
Sus armas destrozar y sus pendones;
Los mas flacos y inútiles tebanos,
Llenos de mi furor, serán leones,
Que el ser al que quisiere favorable
No me prohibe el hado inexorable.»

Dijo; y habiendo con algun consuelo
Mitigado el temor del pecho amado,
El carro ocupa, y desocupa el cielo,
De muerte, ira y furor acompañado;
No con menos rigor deciende al suelo
Que el rayo, ira de Jove, si enojado
Desde Osa y desde Olimpo hace guerra
Con armados nublados á la tierra.

Deciende la fogosa pesadumbre,
El mandato del dios obedeciendo,
Y al cielo atemoriza con su lumbre,
En tres ramos su cola dividiendo;
Y en ver salir de la nevada cumbre
Tras del horrible trueno el rayo horrendo,
Teme en el mar el leño mal siguro
Y en fértil campo el fruto ya maduro.

Lleno en tanto de sangre el gran Tideo,
Vuelve por su camino fatigado,
Y va con priesa igual á su deseo,
Habiéndose á Prosina atrás dejado,
Espantoso de rostro, horrible y feo,
Con el cabello espeso y erizado,
Todo lleno de polvo y sangre fria,
Llenos tambien los labios de sequía.

Sus ojos, como brasas encendidos,
Añaden á su rostro mas espanto,
Airados, soñolientos y hundidos
De haberlos sin dormir tenido tanto;
Bajan arroyos de sudor crecidos
A sus grandes heridas, y él en tanto
Mirándolas, á honor mas alto aspira,
Como el que en ver las sus hazañas mira.

Tal toro vencedor que vuelve airado
Al verde pasto en la dehesa amena
Despues de la batalla, fatigado,
Manchado de su sangre y de la ajena,
Arrogante y soberbio, aunque cansado,
Se goza en ver qu'en la desierta arena
Gime el competidor su grande afrenta,
Sin que el dolor de sus heridas sienta;

Tal vuelve el calidonio, aunque gimiendo,
Que ufano y arrogante de contino,
En odio las ciudades encendiendo
Que encuentra desde Asopo en el camino,
Cuenta á todos, el caso encareciendo,
Que embajador de Polinice vino
A pedir la corona al rey tebano,
Por ley debida al desterrado hermano;

Y que al volverse, habiendo injustamente
El Rey á su embajada respondido,
Le esperó un escuadron de armada gente
En noche escura y paso mal sabido;
Que le embistió á traicion y de repente,
Que vuelve vencedor, aunque herido,
Y que, en efeto, el rey perjuro habia
Negado la corona que pedia.

Muévese al punto el vulgo novelero,
Maldiciendo del Rey la fe perjura,
Y del mal recebido mensajero
Marte el agravio encarecer procura;
Danle crédito al fin, qu'el dios guerrero
Todo lo facilita y lo asegura;
Aquí y allí la fama el caso cuenta,
Y cada vez los miedos acrecienta.

De muchos capitanes rodeado
En Argos halla al Rey entretenido,
Y apenas al umbral habia llegado
Cuando desde él, no visto antes que oido,
«¡Armas! á voces dice, ¡armas, Senado!
Y tú, siempre famoso rey temido,
Si en ti el valor de tus pasados vive,
Tus armas y tus gentes apercibe.

»No hay piedad ni justicia ya en la gente,
Ni hay fe ni religion sino en el cielo;
Si al ávido saurómata inclemente,
Siempre afligido con eterno hielo,
O al bosque de Bebricia, que caliente
Tiene de humana sangre yerto suelo,
Y no al reino de Tébas, ido hubiera,
Mas respetado y mas siguro fuera.

»Y no me pesa, no, ni me arrepiento
De haber ido á hablar al rey tebano;
Alegre estoy, pues hice á mi contento
Experiencia de Tébas con mi mano;
Escuchadme y dad crédito á mi cuento:
Cual si fuera yo torre, aquel tirano,
O cercada ciudad, de aquesa suerte
Armó contra mí solo un campo fuerte.

»Entre los mas valientes escogido,
Salió vestido un escuadron de acero,
De máquinas de guerra apercebido
Y bien impuesto en la traicion primero;
De tantos fuí, en efeto, acometido,
Y solo, desarmado y mensajero,
Del camino inorante y descuidado,
Me vide sin pensarlo rodeado.

»Mas ya dí el galardon á su osadía
Y el debido castigo á su locura;
Todos delante la ciudad vacía
Muertos quedaron en la tierra dura;
Agora pues qu'el miedo los enfria,
Y mi mano aun se está en la empuñadura,
En sepultar se ocupan tanto amigo;
Es tiempo de embestir al enemigo.

»Que aunque tan fatigado de haber hecho
A cincuenta morir con esta espada,
Y con estas heridas de mi pecho,
Donde apenas está la sangre helada,
Perdonando el regalo de mi lecho,
Armado iré el primero á la jornada.»
Pero no sin temor, oyendo aquesto,
Corrieron todos á abrazarle presto.

Pero primero el príncipe tebano
Alborotado llega y afligido;
«¿Qué es esto? dice; ¡oh cielo soberano!
¿Tanto de Jove soy aborrecido?
¿Yo puedo ver exento, libre y sano
Heridas que yo solo he merecido?
¿Este es el cetro, hermano, que me dabas
Y este recebimiento me guardabas?

»¿Contra mí aquesta gente apercebias?
Oh vil deseo de vivir, sediento,
Que estorbé la maldad que pretendias,
Por temer un dudoso detrimento;
Quédese pues en paz eternos dias
Vuestra ciudad en tanto que me ausento;
Que huésped soy, y no es razon que vea
Tumulto en ella y que la causa sea.

»Ya sé cuán triste y miserable cosa
Es arrancar al hombre de su tierra,
De sus hijos al padre, y de su esposa
El triste esposo que se va á la guerra;
No es bien que alguna madre congojosa,
Viendo que el padre ó hijo se destierra,
Llamándome ocasion de sus enojos,
Me mire mal y con airados ojos.

»De grado voy á la segura muerte,
Sin que el respeto de mi suegro anciano;
Ni de mi bella esposa el llanto fuerte,
Me puedan detener, que será en vano;
Aquesta es la sentencia de mi suerte,
Aquesto debo á Tébas y á mi hermano,
Y esto debo tambien al gran Tideo,
Que sin culpa y por mí herido veo.»

Así de cada uno mueve el pecho,
Y cada cual sin ruegos se enternece;
Hierve el dolor, con lágrimas deshecho,
Y mas la ira con las quejas crece;
Y tal efeto su humildad ha hecho,
Que ya todo el Senado se le ofrece;
No solo los mancebos esforzados,
Pero los viejos, de vivir cansados,

A una voz piden guerra á sangre y fuego,
Vese un deseo en todos de venganza,
Quieren luego partir y hacer luego
Con los vecinos pueblos alianza;
Mas viendo el noble Rey su furor ciego,
Lleno de mal segura confianza,
Con lengua sábia y de experiencia llena
Así les dice, y su furor refrena:

«Remitid á los dioses inmortales
La pena que merece este pecado,
Y el castigo debido á agravios tales
Remitildo tambien á mi cuidado;
Pon tregua tú á tus ansias inmortales,
Que de tu hermano te verás vengado,
Y vosotros, amparo desta tierra,
No de esa suerte apreciaréis la guerra.

»No perderá ocasion nuestro deseo,
Que brevemente se verá cumplido;
Mas cúrese primero el gran Tideo,
Cobre la mucha sangre que ha perdido;
Descanse agora y logre su trofeo;
Pues vencedor á tanta costa ha sido;
Que el dolor general que nos alcanza
Sabrá trazar la forma en la venganza.»

Turbados los amigos con aquesto,
Y mas que todos, la hermosa Argía,
Cércanle en torno, y vióse manifiesto
La multitud de heridas que traia;
Mas él, en medio de la sala puesto,
Porque el cansancio ya lo requeria,
Las espaldas arrima á una coluna,
Nunca ofendidas de herida alguna.

Mientras el Epidauro-Idmon famoso
Le lava las heridas y le cura,
Ya con hierro liviano riguroso,
Que la larga experiencia lo apresura,
Ya con yerbas, mas blando y mas piadoso,
La medicina aligerar procura,
El á todos de nuevo el caso cuenta,
Y á la amada mujer, que escucha atenta.

La causa entre los dos ya referida,
Que fué principio de la ira ardiente,
Le cuenta la respuesta desabrida
Del Rey y la emboscada de su gente;
Cuál le puso á mas riesgo de la vida,
Cuál le cubrió de mas sudor la frente,
Y el lugar engañoso que ocuparon
Para la gran traicion que ya pagaron.

Y cómo al fin, de industria, solamente
Dejó vivo á Meonte el agorero,
Porque de tanto capitan valiente
Volviese á Tébas triste mensajero.
Llena de admiracion oye la gente,
Y atónito escuchaba el Rey severo,
Y el desterrado Polinice en tanto
Saca fuego mayor de aquel espanto.

Ya el sol al mar de Hesperia habia llegado,
Donde ya sus caballos desataba,
Y el rostro ardiente y de sudor bañado
Entre las frescas ondas regalaba;
Ya de hermosas ninfas rodeado,
Del trabajo ordinario descansaba,
Y ya corriendo y sin algun sosiego
Llegan las horas á servirle luego.

Cuál quita el rico adorno de su frente,
Tejido de oro y de luceros lleno,
Y cuál con los caballos diligente,
En los pisebres pone el blando heno;
Esta enjuga el sudado pecho ardiente,
La cincha afloja aquella y cuelga el freno,
Y otra, en tanto que pasa el de la noche,
Alza el rollizo pértigo del coche.

La noche de una negra vestidura
Cubrió el suelo y los polos celestiales,
Y en dulce sueño universal procura
Sepultar los cuidados inmortales;
Llena de piedad su sombra escura,
Hace dormir los hombres y animales,
Mas no al argivo rey ni al triste yerno,
Vencidos ambos de un cuidado eterno.

Descansa el calidonio vitorioso,
Que un largo y dulce sueño en la memoria
Le formaba, aumentando su reposo
Sombras de su virtud y de su gloria;
Y en tanto el dios guerrero, bullicioso,
Encareciendo la feliz vitoria,
Entre las sombras de la noche espesa,
De Grecia los confines atraviesa.

Déjase atrás la Arcadia, y pasa luego
La cumbre de Tenaro, y cuanta tierra
Riega Nemeo en todo el campo griego,
Y el llano de Teramnas y alta sierra;
Y sacudiendo de sus armas fuego,
Llena de un general amor de guerra
Los pechos mas cobardes y mas frios,
Llenos de ira, y de temor vacíos.

Del yelmo le componen el plumaje
La Ira y el Furór, su compañero,
Llévale, hijo de ambos, el Coraje
El grande escudo de templado acero;
Es el Asombro de su lanza el paje,
Y el Espanto le sirve de cochero,
Y de todos la Fama vigilante,
Vestida de novelas, va delante.

Vuela delante el carro, y del aliento
De los mismos caballos compelida,
Con gran rumor sacude por el viento
Las torpes plumas de que está impedida;
Volar la hace el aguijón sangriento
Del cochero enojado, y dél herida,
Publica por los campos y ciudades
Con vario son mentiras y verdades.

Y desde el alto carro la compele
El mismo dios y acusa la tardanza,
Y porque con mayor presteza vuele,
La aguija á las espaldas con la lanza;
No de otra suerte el gran Neptuno suele
Llevar delante, con veloz pujanza,
Los vientos que soltó de prision dura,
Cuando al Egeo decender procura.

Al rededor del cual suena gimiendo
La triste escuadra del invierno frio,
Nubes y torbellinos despidiendo
Por cada lado un caudaloso rio,
Mil truenos y relámpagos ardiendo;
Y al fin la tempestad, con mayor brio
Que entre las nubes de su espuma blanca,
Ya sube al cielo y ya la tierra arranca.

Tal, que las firmes Cícladas turbadas,
Viendo revuelto con el mar el cielo,
Dudan de su firmeza, y derramadas
Temen de verse en peregrino suelo;
Teme tambien de ver desapartadas
A Giaro y Micon la antigua Delo;
Y así, del grande Apolo, en temor tanto,
Pide el favor y invoca el nombre santo.

Ya siete veces de Titon la esposa
La negra noche ahuyentado habia,
Desde el oriente, alegre y amorosa,
A la tierra trayendo el nuevo dia;
Y ni el tebano príncipe reposa,
Ni el rey argivo reposar podia,
Agora mas que nunca fatigado
De un importuno y velador cuidado.

Mil cosas piensa y nada determina,
Mirando sus dos yernos abrasados
En fuego de la guerra ya vecina,
Y á las armas los pueblos inclinados;
Ya la venganza y ya á la paz se inclina,
Incierto si estos fuegos comenzados
Será bien atizar, ó poco á poco
Del vulgo refrenar el furor loco.

Ya la paz con regalos y sosiego
Lo mueve, y ya de nuevo le parece
La paz infame y vergonzosa, y luego
Su descanso y regalos aborrece,
Y tanto mas el comenzado fuego
Con la memoria de la injuria crece
Que mal la paz persuadirá á su tierra
A quien ceba ya el gusto de la guerra.

Por última eleccion y mas segura
Eligió consultar los agoreros;
Ya sacrificios comenzar procura
Para saber los casos venideros;
Y á Anfiarao, á quien la edad madura
Y la larga experiencia en los agüeros
Le hizo en toda Grecia respetado,
Le encomendó que mire el fin del hado.

No léjos dél sus pasos sigue ufano,
Qu'el mismo intento averiguar queria,
El gran Melampo, que aunque mas anciano,
Robusta fuerza en su vejez tenia;
En ambos sábios con tan larga mano
Su espíritu infundido Apolo habia,
Que hay duda cuál bebido en Cirra hubiese
Mas agua, ó mas espíritu tuviese.

Primero, con debida reverencia,
De los sacrificados animales
Miran en las entrañas la sentencia
Que han dado ya los dioses celestiales;
Pero en esta primera diligencia,
En manchadas entrañas ven señales
Tristes y temerosas, y las venas
Llenas de horror y de amenazas llenas.

Turbado cada cual y arrepentido,
Viendo de grandes males venideros
Tanta señal, al campo se han salido
A mirar de las aves los agüeros;
Hay un monte tan alto y atrevido,
Que á besar llega estrellas y luceros,
Llamado de las gentes Afesanto,
En Argos siempre venerable y santo.

Dicen que desde aquí, rompiendo el viento,
Salió Perseo en el caballo alado,
Dejando con no visto atrevimiento
El pecho de su madre alborotado;
La cual, desde una peña sin aliento,
Viendo cortar el aire al hijo amado,
Le siguió con la vista, y le siguiera
Con pecho osado si volar pudiera.

Coronados aquí de blanca oliva,
Y de vendas las sienes adornadas,
Los adivinos llegan, y allá arriba
Suben al fin por sendas no pisadas,
Al tiempo que el dorado Apolo priva
Las yerbas, del rocío aljofaradas,
De aquel humor helado, que desata
Su nueva luz cual fugitiva plata.

Con su oracion usada á Dios primero,
Anfiarao, adivino, así procura;
«Júpiter, dice, eterno y verdadero,
Pues á las aves, con tu lumbre pura,
Del caso mas oculto y venidero
Descubres siempre la verdad futura,
Haz que dellas agora conozcamos
El fin de aquesta guerra que esperamos.

»Que no mayor verdad Cirra dijera,
Ni á los Molosos su robusta encina,
Por mucho que la fama pregonera
Su paloma encarece peregrina;
Ni el árido Hamon decir pudiera
Mayor verdad, ni Branco así adivina
Futuros casos, aunque tenga él solo
La misma honra que su padre Apolo.

»Ni pueden á las aves igualarse
Las suertes que da Licia, ni ha podido
El buey que adora el Nilo aventajarse,
Ni Pan de noche en Licaonia oido;
Solo rico de espíritu llamarse
Puede aquel á quien has favorecido,
Enviando por aire alegre y puro
Aves que le revelen lo futuro;

»Quién de las aves el ligero vuelo
Tanto favoreció, de dónde vino,
No sin muy grande admiracion del suelo,
Aqueste honor antiguo y peregrino;
O fué que el mismo Formador del cielo,
Con sábia mano y con poder divino,
Cuando deshizo el cáos tan confuso,
De materia mas noble las compuso;

»O ya son cuerpos de hombres transformados,
Que al cielo de la tierra se huyeron,
Y sus claros ingenios alentados
Con acercarse al cielo enriquecieron,
O porque de la tierra desviados,
Aire mas puro en su favor tuvieron,
Y olvidando del cielo las maldades,
Allí aprendieron á decir verdades.

»A tí solo, Criador de cielo y tierra,
Este grande misterio está sujeto:
Que de aquesta verdad que en tí se encierra
Nosotros no alcanzamos el secreto;
Solo queremos que de aquesta guerra
Agora nos descubras el efeto,
Y los trabajos que promete el hado,
Que Argos los teme ya, y aun no han llegado.

»Si acaso el hado inexorable y duro
A Argos permite que con dura lanza
Las puertas rompa á Tébas, y en su muro
Tome de nuestro agravio la venganza,
Da un trueno al lado izquierdo, que siguro
Haga el dudoso bien de esta esperanza,
Y aves tras dél, alegres mensajeras,
Vengan con dulce murmurar ligeras.

»Y si Argos en vano aquesto intenta,
Aquí repara, y del derecho lado
Vuelen aves que anuncien nuestra afrenta
Y escurezcan la luz del sol dorado.»
Esto diciendo, á descansar se asienta
Sobre un peñasco en alto levantado,
Dioses no conocidos invocando,
Del mundo inmenso desde allí gozando.

Partieron luego entre los dos el cielo,
Y cada cual, á su mitad atento,
Ya el cielo mira, y ya el humilde suelo,
Y ya con vista seguidora el viento;
Pero lleno de un nuevo desconsuelo,
Y salteado de un temor violento,
Habiendo el aire líquido y el campo
Considerado bien, dijo Melampo:

«¿No ves de tantas aves, que ninguna
Del aire en la region mas levantada
Vuela serena, y torpe cada una,
Parece que del cielo está colgada?
Y si les es contraria la fortuna,
Pues no hay alguna que no esté turbada,
¿Cómo no huyen? que en efeto fuera
Agüero en quien remedio alguno hubiera.

»Ave ninguna en todo el aire veo
Que con vuelo sereno ó dulce canto
Pueda favorecer nuestro deseo
Tras tanta dilacion y esperar tanto;
Ni la que á Febo el adulterio feo
Dijo, ni aquella que en el cielo santo
Rayos ardiendo á Júpiter ofrece,
Ni el ave de Minerva aquí parece.

»Nocturnas aves por el aire gimen,
Cernícalos y buitres van volando,
Que, alegres con sus robos, en mí imprimen
Un no usado temor que me está helando;
Aves no miro algunas que me animen,
Todas gran daño están pronosticando,
Móstruos vuelan al fin, y el buho triste,
Entre ellos ave funeral, asiste.

»De aquesta suerte, oh Febo verdadero,
Las desventuras por venir ordenas;
¿Cuál hemos de seguir de tanto agüero
Que han ya helado la sangre de mis venas?
¿No ves cómo con pico carnicero
Se hieren, de furor y rabia llenas,
Y cómo hacen con terrible espanto
Un son las alas que parece llanto?»

Replicó Anfiarao: «¡Oh padre mio!
Grandes cosas he visto desde el dia
Que, comenzando con la edad el brio,
Seguí del gran Jason la compañía;
Que aunque era tan pequeño, que vacío
Del nuevo bozo el rostro parecia,
Aquellos medio dioses fuí admirando,
Casos del mar y tierra adevinando.

»¿Dónde tan verdaderos y dichosos
Mis pronósticos fueron, que no oido
Fué Mopso en casos por venir dudosos
Con mas aplauso, aunque famoso ha sido?
Mas nunca agüeros vi tan prodigiosos,
Ni temor semejante me ha vencido,
Y aun temo de mayores los enojos;
Vuelve á esta parte los atentos ojos,

»Y mira cuántos cisnes se han parado
En la region mas clara al aire puro,
Que representan escuadron formado
O cercada ciudad de fuerte muro;
O ya los arrojó con soplo airado
Bóreas del Estrimon y helado Arcturo,
O del templado Nilo ya vinieron;
Al fin allí su curso detuvieron.

»A Tébas en aquestos considera,
Porque están sin moverse y sosegados,
Callando en dulce paz, como si fuera
Ciudad con foso y muros levantados;
Mas mira otro escuadron y otra hilera
Que muestra mas valor en los soldados;
Aguilas siete son, que van armadas,
Mas alegres volando y confiadas.

»Estos los capitanes representan
Que Argos ha de juntar en esta guerra,
Y ya romper la escuadra blanca intentan,
Y ella por defenderse mas se cierra;
Mira cómo las uñas ensangrientan
Las águilas, y mira ya la tierra
(Ya que el blanco escuadron se desordena),
De blancas plumas y de sangre llena.

»Mas mira de repente el duro estrago
Que hace en los soberbios vencedores
El enojado cielo, y mira el pago
Que da Jove á sus iras y furores;
Aquel que sube por el aire vago,
Quizá para intentar cosas mayores,
Ya pierde el gran valor que en vano tiene,
Y abrasado del sol, al suelo viene.

»Aquel que en tierna edad quiso, atrévido
Competir con el mas osado y fuerte,
Al fin sus tiernas alas no han podido
Hacer defensa á la temprana muerte;
Aquel tambien, al enemigo asido,
Muerto baja, igualándole en la suerte,
Y aqueste vuelve atrás, desamparado
De su cuadrilla, á quien acosa el hado.

»A aquel derriba un torbellino, y luego
Las alas pierde, y ya mortal desciende;
Muere aquel, y al morir, con furor ciego
Al vencido enemigo, aun vivo, ofende;
No el llanto disimules, que es un fuego
Que ya me hiela ¡ay triste! y ya me enciende;
Que ya, noble Melampo, he conocido
Aquel que al suelo baja aun no herido.»

Así de tantos males venideros,
Llenos de miedo, el caso están gimiendo,
Pues en su pecho son tan verdaderos
Cual si los estuvieran padeciendo;
Pésales ya de haber en sus agüeros
Consultado las aves, inquiriendo
La voluntad del cielo, y ya quisieran
Que no escuchados de los dioses fueran.

¿De dónde así á los míseros mortales
Este amor de saber les ha nacido?
¿Fué dado de los dioses celestiales,
Ó de los mismos hombres adquirido?
Sin duda que produce efetos tales
Nuestra cudicia, que insaciable ha sido,
Que apenas nace el hombre, y ya procura
Saber los casos de su edad futura.

¿De qué sirve saber el fin del hado,
Y los planetas que al nacer tuvieron,
Y lo que de su vida y de su estado
Cloto y el Padre eterno establecieron?
De aquí el muerto animal fué escudriñado,
Y al canto de las aves atendieron,
Y en Tesalia, á la mágica importuna,
Y contados los pasos de la luna.

No en aquella dichosa edad dorada,
Que sus primeros hombres producia
Hechos de tronco duro ó peña helada,
Tan temerario atrevimiento habia;
La selva era su amor y su morada,
Su gloria el cultivar la tierra fria,
Teniendo por maldad y impresa vana
Querer saber lo que será mañana.

Nosotros, vulgo flaco y miserable,
Escudriñar el cielo pretendemos,
Y lo que ordena el hado inexorable,
Antes que venga, adevinar queremos;
De aquí nace temor, ira indomable,
Traiciones y asechanzas que tenemos,
Y el nadie contentarse en este suelo,
Queriendo mas, importunando al cielo.

El sacerdote pues arrepentido,
Arrojando el adorno de su frente,
Baja del alto monte aborrecido
Sin corona y sin vendas, indecente;
Y habiendo solo á la ciudad venido,
Vió á Tébas en los pechos de la gente
Creciendo de la guerra los furores
Al son de las trompetas y atambores.

Mas él en una estancia tenebrosa,
Del Rey, del vulgo y príncipes se esconde,
Ni osa á nadie mirar, ni hablar osa,
Y aunque mas le preguntan, no responde;
Léjos Melampo en soledad reposa,
Que al campo huye vergonzoso, adonde
Divirtiéndose, olvida sus enojos,
Ya que no puede desmentir sus ojos.

Ya doce veces de la tierra habia
La noche ahuyentado al sol hermoso,
Despues que el sacerdote al Rey traia
De un plazo en otro plazo, mentiroso;
Mas de las armas el amor crecia
Con el furor del vulgo bullicioso,
Y al nuevo son de la vecina guerra,
No tiene labradores ya la tierra;

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
Llenos de su furor delante lleva
Mil escuadrones, que de cada parte
Salen corriendo á la primera nueva;
El recien desposado alegre parte,
Sin que el amado tálamo le mueva,
Y el duro padre al hijo, que se queja,
En el primer umbral llorando deja.

Descuélganse las armas que dejaron
Sus agüelos fijadas en el techo,
Y aun carros que á los dioses dedicaron
Sacan del templo con osado pecho;
Los cansados aceros renovaron,
Que ya es cualquiera hierro de provecho,
Y la piedra al alfange corvo añide
Los filos que el antiguo moho impide.

Cuál el yelmo renueva y la celada,
Cuál el escudo de pesado acero,
Cuál la coraza antigua y abollada,
Llena de orin, ajusta al pecho fiero;
Cuál de malla mohosa mal usado
Vestido hace al corredor ligero,
Y cuál el arco renovar se via,
Y enriquecer la aljaba, ya vacía.

La azada que labraba ayer la tierra,
La hoz que segó el pan y el corvo arado,
En duros instrumentos de la guerra
En las fraguas y yunques se han trocado;
Tanto el temor de todos se destierra,
Que á las sagradas plantas han osado
Herir sin el respeto que les deben,
Cortando lanzas que á la tierra lleven.

Y alguno por cubrir su viejo escudo
Al inocente buey la vida quita,
Que ya favorecer arando pudo
Al que ingrato su muerte solicita;
Al palacio del Rey el vulgo rudo
Corre armado y furioso, y ¡Guerra! grita;
Suben las voces á herir el cielo,
Y al confuso clamor retumba el suelo.

Así suele bramar el mar Tirreno
Cuando el soberbio Encélado, enojado,
Lleno de ira y de impaciencia lleno,
Quiere mudar el peso al otro lado;
Etna vomita llamas de su seno,
Vese el mar de Peloro retirado,
Y Sicilia, otro tiempo dividida,
Verse espera otra vez á Italia unida.

Entre otros aquí venido habia,
Siguiendo á Marte, el fiero Capaneo,
Enemigo de paz, que decendia
De la sangre mejor del suelo aqueo;
Pero con sus hazañas excedia
De sus agüelos él el mayor trofeo,
Impaciente, soberbio, injusto, insano,
Despreciador de Jove soberano.

Fácil, si está enojado, de arrojarse,
Sin temor de la muerte, á mil aceros,
Tanto, que en el furor pudo igualarse
Á los centauros bárbaros y fieros;
Y aun pudiera entre aquellos señalarse,
Que llenos de amenazas y de fieros,
Amontonando montes en la tierra,
Al mismo cielo le hicieron guerra.

Mas luego que parados á la puerta
De Anfiarao vió tantos soldados
Que aguardaban saber la verdad cierta
Y el fin de los agüeros y los hados,
«¿Qué infamia es esta, dice, gente muerta?
¿Cómo no estáis corridos y afrentados
De esperar tantos de uno la respuesta?
¿Qué flojedad, oh griegos, es aquesta?

»¿A un sacerdote armada gente espera,
Colgada de su boca mentirosa?
Si el mismo Apolo la respuesta diera,
Fingido dios de gente temerosa,
Y si de Cirra en la caverna oyera
Su doncella amarilla y engañosa,
No pudiera esperar un punto solo
Que ella mintiera y que gimiera Apolo.

»No hay dios alguno á quien respeto tenga;
Mi Dios es mi valor y aquesta espada,
Aquí delante el sacerdote venga
Con su falsa respuesta deseada;
No inventando mentiras se detenga;
Que hoy tiene de quedar averiguada
La potestad que un pájaro ligero
Tiene para saber lo venidero.»

Dijo; y el vulgo, vario en el instante,
Con voz alegre en su furor consiente;
Creció el clamor y pareció delante
El sacerdote, que su infamia siente;
«No, dice, mi reposo, aunque importante,
Me ha estorbado el salir, oh griega gente,
Ni las blasfemias de un mancebo loco;
Que su furor profano estimo en poco.

»Aun no el fin de mis años ha llegado,
Libre de su furor está mi vida;
Muerte mas noble me promete el hado,
Y no á mortales armas concedida;
Pero el amor que os tengo me ha obligado
Para que la verdad no agradecida
Que (al fin amarga) á mi pesar descubra,
Pues ya no quiere Apolo que se encubra.

»Oid al fin los venideros males
Que ha de ofreceros el rigor de Marte,
Si ya para estorbar desdichas tales
Mis avisos no son alguna parte;
Pero tú desocupa estos umbrales,
Pues ya fuera maldad aconsejarte,
Y no me escuches tú, pues que á tí solo
Tiene de callar siempre nuestro Apolo.

»¿Adónde, miserables, vais armados?
¿Qué infernal furia os alborota y ciega,
¿Quién, á pesar del cielo y de los hados,
A tantas desventuras os entrega?
¿Tanto estáis de la vida ya cansados,
Y vuestra ceguedad á tanto llega,
La dulce patria es ya tan enfadosa,
Que no hay en Argos agradable cosa?

»Si no os daban cuidado los agüeros,
¿Por qué al monte quisistes que subiese,
Para que de los dioses verdaderos
O nuestro bien ó nuestro mal supiese?
Como supe los casos venideros,
Tambien pude inorarlos, sin que viese,
Para mayor dolor y mayor pena,
El mal principio qu'este dia ordena.

»Que cosas vide, pues que aun no han venido,
Por los secretos deste mundo os juro,
Y por aquellas aves que han traido
Triste embajada deste mal futuro,
Y por Apolo, que jamás ha sido
Tan temeroso para mí y tan duro,
Que vi con luz, á mi pesar, divina
Prodigios ciertos de una gran ruina.

»Maldades de los dioses vi en el cielo,
Y al mundo con las suyas vi confuso
Volar Megera con alegre vuelo,
Y Laquesis vaciar apriesa el huso;
Arrojad vuestras armas en el suelo,
Las fuerzas aplicad á mejor uso;
Ved que refrena, oh miserables griegos,
Algun dios el furor que os tiene ciegos.

»¿Qué gloria os será, oh griegos mal regidos,
Hartar de sangre la tebana tierra
Y los surcos infames y temidos
Donde de Cadmo la maldad se encierra?
Mas ¡ay, que están del hado establecidos
Los venideros casos desta guerra!
Mal los podrá estorbar ingenio humano;
Al fin irémos, y os aviso en vano.»

Esto gimiendo dijo, y Capaneo,
«Tu furor, le responde, ó cobardia
Tu paz conserve y logre tu deseo,
Sin que agravies con él nuestra osadia;
Y tú, sin gloria ó militar trofeo,
Ampara solo la ciudad vacía,
Y nunca el son de belicosa trompa
Tu paz estorbe y tu silencio rompa;

»Mas no dilates con astuto labio
Nuestro mejor y mas honrado intento;
Que no se ha de olvidar el grande agravio
De la fe y mal cumplido juramento;
Porque tú, como astuto ó como sábio,
Con las aves hablando y con el viento,
Goces en blando lecho y paz ociosa
El tierno hijo y la mujer hermosa:

»Y porque aquesta guerra no te ofenda,
Vé nuevo embajador al rey tebano,
Que allí aquesa corona y esa venda
Darán la paz, aconsejada en vano;
Bueno es que quieras tú que el mundo entienda
Que á tí te avisa el cielo soberano
Las cosas por venir, y que sujetos
A tí están sus misterios y secretos.

»Grande lástima tengo al cielo santo,
Que no está de los hombres bien seguro,
Pues mover á sus dioses puede tanto
La rigurosa fuerza de un conjuro;
A otros pechos podrás poner espanto,
Que mal se imprimirá en el nuestro duro;
Que yo sé bien qu'el miedo fué el primero
Que hizo dioses y inventó el agüero.

»Aquí puedes hablar, mas cuando en Tébas
De la enemiga Dirce el agua fria
O la de Ismeno en la celada bebas,
No cures de enfrenar nuestra osadia;
Que no consentiré que allí te atrevas
A suspender las armas solo un dia,
Y aunque mas aves por el viento veas,
No allí me enojes, si vivir deseas.

»Que no allí ablandará mi pecho fiero
Tu Apolo ni ese adorno de tu frente;
Yo allí seré adivino y agorero,
Y conmigo el que fuere mas valiente.»
Dijo; y el vulgo luego lisonjero
Otra vez con aplauso alegremente
Su voz repite y su temor refrena,
Y el confuso clamor el aire atruena.

Estruendo tal crecido arroyo frio
Lleva cuando al furor de su avenida
Las aguas del invierno añaden brio,
O nieve de los montes sacudida;
Y ya trocado en caudaloso rio,
Sienten su furia, en vano resistida
De altos vallados y peñascos duros,
Campos, aunque apartados, no seguros.

Lleva desvergonzado y atrevido
Las chozas, el ganado y los pastores,
Hasta que de algun monte detenido
Mayor estruendo hace y mas rumores;
Así el confuso vulgo embravecido
A los cielos levanta los clamores,
Viendo favorecido su deseo
Y el resuelto furor de Capaneo.

Puso treguas la noche á aquel estruendo,
Y aqueste tiempo la hermosa Argía,
De Polinice el desconsuelo viendo,
Cuyo dolor el sueño le impedia,
A buscar á su padre va gimiendo,
Que menos qu'ella reposar podia,
Suelto y enmarañado su cabello,
Y de lágrimas lleno el rostro bello.

Y al tiempo que al Océano espumoso
Bajaban á bañarse las estrellas,
Quedando con Bootes perezoso
Calixto sola y invidiosa dellas,
Rompe del padre el sueño y el reposo,
Con llanto acompañando sus querellas;
Y habiendo en brazos del agüelo puesto
Al pequeño Tevandro, dijo aquesto:

«Si el tálamo á estas horas he dejado,
Y sin mi esposo vengo á tus umbrales,
Bien sabes la ocasion, oh padre amado,
Pues sabes el origen de mis males;
Y porque ya conoces mi cuidado,
Yo juro por los dioses celestiales,
Por tí y por el respeto que te tengo,
Que no mandada de mi esposo vengo.

»Pero desde la noche desdichada,
Desde que en hora triste encendió Juno
Las hachas de mi boda no esperada,
No hay para mí reposo ó bien alguno;
Siempre estoy con mi esposo desvelada,
Y lleno de congojas, importuno,
El velador cuidado que lo aqueja
Nunca dormir ó descansar lo deja.

»Si yo tuviera de una tigre el pecho,
O si de alguna roca helada y dura,
Donde el mar siempre bate, fuerá hecho,
No pudiera sufrir su desventura;
Tú eres solo en aquesto de provecho,
Algun remedio á tanto mal procura,
Haz que la guerra y tu favor anime
Al yerno humilde, que abatido gime.

»Mira este infante pequeñuelo y triste,
Tierno renuevo de infelice planta,
De un desterrado al fin, á quien ya diste
Mano y jurada fe de amistad santa;
Aqueste el huésped es que recebiste
Con tanto regocijo y gloria tanta,
Queriendo por su honor que le saliera
A recebir mi honestidad primera.

»Que este es aquel del hado irrevocable
Y de tu mismo Apolo prometido;
Que no yo, desdichada y miserable,
Con ciego amor me procuré el marido;
Tu gusto y mandamiento venerable,
Que obedecí, á tal punto me han traido;
¿Qué mucho, si es mi esposo, que me ablande
Su desconsuelo y su desdicha grande?

»Bien sabes que de amor el blando fuego
Mas en las desventuras va creciendo,
Y yo triste demando un don que luego
Lo he de gemir y ya lo estoy temiendo;
Que bien sé que el efeto de mi ruego
Y lo que estoy con lágrimas pidiendo,
Despues de haberte importunado tanto,
Nueva ocasion será de mayor llanto.

»Pues cuando llegue el dia temeroso
Y la gente se halle apercebida,
Y el son de la trompeta riguroso,
Que ha de ser la señal de la partida;
Cuando aparte los brazos de mi esposo,
Entonces, de mayor temor herida,
Te rogaré de nuevo, por ventura,
Que estorbo pongas á la guerra dura.»

Dijo; y besando sus mejillas bellas,
Responde el viejo padre: «Yo no puedo
Culpar, oh hija amada, tus querellas;
Dignas son de alabar, enfrena el miedo;
Justicia pides y razon con ellas,
Y si de espacio has visto que procedo
A disponer la guerra, no te admires,
Ni por aquesta dilacion suspires.

»Qu'el miedo y de mis reinos el cuidado,
Carga pesada y puesta ya en balanza,
Y los dioses tambien que he consultado
Han sido la ocasion de mi tardanza;
Mas vendrá al fin el medio deseado,
No pierdas por aquesto la esperanza,
No en vano habrás tus lágrimas vertido;
Pero en tanto consuela á tu marido.

»No por esto reciba tanta pena,
Su desconsuelo y su dolor reporte,
Que con aquesta dilacion se ordena
El aparato que á la guerra importe.»
Dijo; y porque del sol la luz serena
Los bélicos rumores de la corte
Ya renovaba, desocupa el lecho;
Que sus cuidados levantar le han hecho.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Belona publica la guerra. Despídense los soldados de sus casas. Hácese memoria de los capitanes y naciones que fueron á la jornada de Tébas. La mujer de Anfiarao recibe de Argía su hijo y el de Harmonia. Atalanta procura estorbar la ida á su hijo Partenopeo. Atemorízase Tébas con la nueva de la venida de los griegos. Viene de los montes una sacerdotisa. Auméntales el temor, profetizando la muerte de los dos hermanos. Temeroso Eteócles, comunica á Tiresias, agorero, el cual, con ayuda de Manto, su hija, conjura las furias infernales. Salen las almas del infierno á su llamada, y entre ellas la alma del ayo, la cual les declara oscuramente los sucesos de la guerra. Marcha al campo griego. Viene Baco en su carro, y viendo el campo que va contra su patria, pide á las ninfas y dioses de las aguas que por algun tiempo sequen las fuentes, rios y lagunas de la tierra de Nemeo, por donde marchan los griegos. Obedécenle, y sécanse las aguas. Padece el campo argivo cruel sed. Envia Adrasto á buscar aguas al fin de grandes fatigas. Hallan á Hisípile, ama de Ofeltes, hijo del rey Licurgo; la cual les enseña el rio Langia. Con agua bebe el campo griego y satisface la sed, y agradece el Rey á las aguas el beneficio recibido.

Tres veces ablandado el duro invierno
Febo con mansos céfiros habia,
Y dando vuelta con su curso eterno
Por el Tauro, alargaba el breve dia,
Cuando ya de la paz roto el gobierno,
Venciendo de los hados la porfía,
Al gran rigor de la temida guerra
Se dió principio y pregonó en la tierra.

Dió de la guerra la señal primera
Belona, cual lo tiene de costumbre,
Con una hacha ardiendo airada y fiera,
Subida de Larisa en l'alta cumbre;
De allí una lanza sacudió ligera,
Llena (cual rayo) de espantosa lumbre,
Que rechinando por el aire frio,
En Dirce fué á parar, tebano rio.

Luego entre las escuadras ya formadas,
Donde el hierro y el oro resplandece,
Corre, llena de lanzas y de espadas,
Armando al que las armas apetece;
Brama y llama á las puertas no cerradas,
Mueve caballos, y al pasar, ofrece
Ingenio al animoso, y al cobarde
Un furor que (aunque breve) tambien arde.

Llegado el plazo al fin de la partida,
El sábio sacerdote ve primero
En cada altar la víctima ofrecida
A la deidad mayor y al dios guerrero;
Y aunque halla en la sangre ya vertida
Y en las entrañas infelice agüero,
Disimula el temor que lo atormenta
Y con vana esperanza el campo alienta.

Cercan á los que tienen de partirse
La esposa, el padre, el hijo y el pariente,
Y ya ninguno acierta á desasirse
Con el dolor que en la partida siente;
Vese el mas duro pecho derretirse,
Y en cada rostro una abundosa fuente,
Sin que hablar al despedirse pueda
El triste que se va ó el que se queda.

Golas y escudos humedece el llanto,
Y suspendida está de cada armado
La triste casa, que con nuevo espanto
Vuelve á besar, el yelmo ya cerrado;
Y los que ayer con gusto y placer tanto
La misma muerte hubieran abrazado,
Quebradas ya las iras y rendidos,
Llorando dan sollozos y gemidos.

Tal suele estar del mar á la ribera
La familia de aquel que ha de embarcarse,
Cuando ven que alza ferros la galera
Y las velas al viento desplegarse;
Hace otro nuevo mar la pena fiera,
Y apenas hay lugar para hablarse;
Dánse besos y abrazos mal formados,
Que nudos son aprisa desatados.

Vase la nave, y la afligida gente
Sobre algun alta roca está siguiendo
Con ojos y con alma atentamente
Las blancas velas que se van huyendo;
Y en aquel breve gusto enojo siente,
Porque va el viento en su favor creciendo;
Estáse al fin en el peñasco frio,
Saludando con señas al navío.

Fama, que conservada en tu memoria
Tienes la antigua edad y sus secretos,
Por dar á nobles muertos nueva gloria,
Si una vez fueron á morir subjetos,
Para que resuciten en mi historia
Préstame de tu pluma los efetos,
Y di, pues tú los vistes y te sirvieron,
Qué capitanes á esta guerra fueron.

Tú, del sonoro monte reina santa,
A quien dió Febo aqueste honor divino,
Caliope, al son de tu vigüela canta
Qué gente y cuánta en esta guerra vino,
Qué armas bastaron para impresa tanta
Y qué pueblos quedaron sin vecino,
Pues de tu sacra fuente el licor santo
A otro ninguno ha dado favor tanto.

El noble rey Adrasto fué el primero
Que, tras de tantos años ya olvidados,
Salió vestido de pesado acero
Sobre el peso mayor de sus cuidados;
Incierto del succeso venidero,
Y como amenazado de los hados,
Tan triste va, que pudo ver cualquiera
Que sigue á su pesar la guerra fiera.

Sin lanza va, sin yelmo y sin escudo,
Pero llévale un paje cada pieza,
Que por dejarse ver lleva desnudo
El rostro y desarmada la cabeza;
Y en tanto que él anima al vulgo rudo,
Del carro los caballos le adereza
Delante del alcázar su cochero,
Y mas que todos, á Arion ligero.

Síguenle aquellos que Larisa arrea
De armas y galas para aquesta guerra;
Los de la alta Prosinne y de Midea,
Buena para novillos, por su sierra;
Los de File tambien, que se recrea
En el mucho ganado de su tierra,
Y los que están temiendo eternamente
Del Caradro espumoso la corriente.

Los que Cleone torreada envia,
Con el trabajo de Hércules ufanos,
Y los que Néris entre selvas cria,
Aunque siguiendo á fieras, no inhumanos;
Síguenle los de Tire, que algun dia
Beberá mucha sangre de espartanos,
Y aunque el premio tendrá de la vitoria,
Comprará á mucha costa aquella gloria.

Pasan en una escuadra juntamente
Los de Sicion y Drépano erizado,
Que ambos á dos decienden de una fuente,
Aunque el uno del otro está apartado;
Aqueste padre de robusta gente
Y de peñascos altos rodeado,
De entrar difícil, áspero y terrible,
Y aquel fértil de olivos y apacible.

Siguen los que al pasar baña Langia,
Callado arroyo, oculto y perezoso,
Y los que beben la corriente fria
De Elisio, por su infamia tan famoso;
Dicen que en él las furias cada dia
Suelen bañar el rostro venenoso,
Cuyas culebras su corriente beben,
Aunque á pesar de Flegeton se atreven.

Y despues que en los traces han movido
Algun furor y miran sus almenas
Y casas derribadas, ó encendido
El fuego en las de Tébas ó Micénas,
Vanse á bañar en él; pero ofendido,
Viendo sus aguas de veneno llenas,
Su grande injuria y su deshonra viendo,
Mas presuroso al mar se va huyendo.

Pasaron los de Efire, que piadosa
Consoló un tiempo las desdichas de Ino,
Y luego los de Concre poderosa,
Que ofreció á Meliserta honor divino,
Y los que el agua beben tan famosa
Donde el caballo alado á herir vino,
Y nació aquella fuente cristalina
Que por él se llamó la Cabalina.

Y al fin van los del campo que, ceñido
De dos riberas, en el mar se encierra,
Digo, donde del istmo dividido
Entre dos mares se asentó la tierra;
De todos estos pueblos han venido
Para servir á Adrasto en esta guerra,
Tres mill son escogidos y valientes,
De armas vestidos y lenguas diferentes.

Cuál al arco y aljaba mas se aplica,
Cuál la espada y rodela va empuñando,
Y cuál sin hierro una ñudosa pica
Con la punta tostada en fuego blando,
Y cuál, desnudo de armadura rica,
La honda á la cabeza rodeando,
Al que mas del peligro se desvia
La muerte en piedra voladora envía.

Delante el venerable Adrasto viene,
Con su cetro temido y respetado,
Cual toro antiguo, á quien el campo tiene
Respeto y reverencia su ganado;
Que aunque el furor nativo le refrene
Su mucha edad y tenga ya arrugado
El viejo cuello y la cerviz cansada,
Va al fin por capitan de su manada.

No hay novillo en el campo que se atreva,
Viendo tantas heridas en su pecho
Y cicatrices que en la frente lleva,
Y en cada cuerno inútil ya y deshecho,
A entrar con él en peligrosa prueba,
Y él, con aquesto ufano y satisfecho,
Con la cerviz enhiesta y arrogante,
Seguido de sus vacas va delante.

Tras del argivo rey luego parece
Polinice gentil, su yerno ufano,
A quien el campo todo favorece
Por castigar á su enemigo hermano;
Entre la gente que favor le ofrece
Pasa primero un escuadron tebano,
Que habiéndose salido de su tierra,
A Polinice sigue en esta guerra.

Unos, de amor ó de piedad movidos,
Que la fe en los trabajos aumentaron,
Y algunos que á ensalzar los abatidos
Y á derribar soberbios se inclinaron;
Unos por ser del Rey aborrecidos,
Y otros con mejor causa, porque amaron
La justicia y razon, que muchas veces
Han servido en las guerras de jüeces.

El suegro, sin aquestos, porque fuese
De mas gente seguido y mas honrado,
Y porque menos el dolor sintiese
De verse de su reino despojado,
Pueblos le dió que cual señor rigese;
Y así, tras de él por órden han pasado
Los de Egion y Arane populosa
Y de Trecena, por Teseo famosa.

Las mismas armas lleva y el vestido
Que trujo aquella horrible noche obscura
Cuando entró, de los vientos perseguido,
En Argos con dichosa desventura;
Lleva, sin el teumeso leon temido,
Que sirve de vestido y de armadura,
Dos dardos y la espada, que sangrienta
El gran horror de Esfinge representa.

Ya le parece que de hecho alcanza
El reino suyo y tierras mal negadas,
Y ya abraza con nueva confianza
Su madre y sus hermanas deseadas;
Mas luego olvida el bien de esta esperanza,
Volviendo á ver las torres coronadas
De Argos, adonde la hermosa Argía
Mirando el campo atónita se via.

Al punto tal mudanza en él ha hecho
Con el dolor de ver que así se ausenta,
Que atrás le vuelve el alma, y de su pecho
La amada y dulce Tébas le ahuyenta;
Amor las glorias de su viudo lecho
De suerte en la memoria le presenta,
Que, vuelto de soldado en tierno amante,
Apenas puede echar el pié delante.

Tras de él con sus escuadras bien regidas
En órden pasa el sin igual Tideo,
Alegre y sano ya de sus heridas,
Bien manifiestas, por mayor trofeo;
Que con las nuevas fuerzas adquiridas,
Le hizo mas que nunca su deseo
Que cualquier dilacion y estorbo rompa
Al primer son de la sonorosa trompa.

Tal del pellejo antiguo despojada,
Al blando sol de abril deja su cueva
Sierpe de escamas nuevas adornada,
De nueva fuerza y vestidura nueva;
¡Triste de aquel pastor que su manada
A apacentar por aquel campo lleva,
Si es el primer encuentro miserable
De su sed y veneno insaciable!

Brava gente le sigue, que la fama
De los campos de Etolia le ha traido,
Que apenas por sus pueblos se derramá,
Cuando á servirle armados han venido;
Pilene ha sido á quien primero llama,
Y sin ella, sus gentes le ha ofrecido
La gran Pleuron, fatal á Meleagro,
Que vido en sus hermanas el milagro.

Viene el fragoso Calidon y Oceno,
Que se ha atrevido á competir con Ida
Sobre cuál fué de Jove cuna y seno
En los primeros años de su vida;
Y Cálcis, de extranjera gente lleno,
En su abrigado puerto defendida
Del mar Jonio, que enojado gime
Porque en sus senos su rigor reprime.

La gente vino que las aguas bebe
Del gran Aqueloo, calidonio rio,
Que alzar la frente al cielo no se atreve
Despues que Alcídes le domó su brio;
Y así, en su cueva entra la helada nieve,
Sigura siempre y libre del estio;
Viéndose despojado de el un cuerno,
Gime su afrenta con dolor eterno.

Todas estas escuadras van armadas
Con fuertes armas de bruñido acero
Y voladoras lanzas, que arrojadas,
No aprovecha al contrario ser ligero;
Llevan al fiero Marte en las celadas,
De la sangre real tronco primero;
Iba cercado el capitan valiente
De la mas noble y lucida gente.

Alegre en verse armado va y ufano,
Por gloria sus heridas descubriendo,
Pues en ellas, vengadas por su mano,
Su gran valor se ve resplandeciendo;
Tan igual en las iras al tebano,
La vitoria á los suyos prometiendo,
Que apenas pudo conocer la tierra
Por cuál es de los dos aquella guerra.

Pasa tras de la gente de Tideo
El dórico escuadron bien ordenado,
Los que labran los campos de Linceo,
Que mira en sus orillas tanto arado;
Y los que Inaco baña, rey aqueo,
De todos los arroyos respetado,
Que como capitan las aguas guia
Que Acaya por tributo al mar envia.

Porque ninguno en Grecia mas famoso,
Ni otras algunas aguas tanto crecen,
Cuando visita al Toro el sol hermoso
O al suelo humor las Pléyadas ofrecen;
Que entonces mas hinchado y espumoso,
Lleno de arroyos va que lo enriquecen
Con mayor arrogancia, y mas ufano
Por ser suegro de Jove soberano.

Van los que Asterion veloz rodea
Y los que ofende á veces Erasino,
Que enojado por Julio, el campo afea,
Quitándole sus mieses de camino;
Van los de Dime, estéril tierra aquea,
Que aunque abundante de oloroso vino,
Como Céres allí su ayuda niega,
Nunca rubias espigas ve en su vega.

Pasan los de Epidauria, que rompida
Con espesos arados ve su tierra,
Y de Pileno entonces conocida,
Como despues en la troyana guerra;
Nestor en su sigunda edad florida,
Alegre con la paz, aquí se encierra
Sin querer empuñar el duro acero,
Y en el triste escuadron perecedero.

Lleva por capitan aquesta gente,
Su valor imitando y su grandeza,
A Hipomedonte, capitan valiente,
De gran virtud y de mayor nobleza;
Un rico yelmo lleva, que á su frente
Arma y adorna, y con igual riqueza
Blanca pluma, del céfiro herida,
Sobre el yelmo en tres partes dividida.

Ceñido lleva el uno y otro lado
De bien templado acero, á prueba hecho,
Y un fuerte y rico escudo, que embrazado,
Los hombros le defiende y cubre el pecho;
Adonde en campo de oro dibujado,
Para tantas figuras campo estrecho,
Se ve Danao y la noche lastimera,
Testigo triste en su venganza fiera.

Arde en cincuenta tálamos el fuego
Que atizan las tres furias infernales,
Y parece que el sueño y el sosiego
Favor ofrecen para tantos males;
El fiero padre, en su venganza ciego,
Atento está esperando en los umbrales;
Su gran maldad alaba, y lleno de ira,
Tintos en sangre sus cuchillos mira.

De la roca de Pálas baja al llano
Con estas armas y con este arreo,
Corriendo un ligerísimo alazano,
Criado entre las selvas de Nemeo;
Tan veloz, que le sigue el aire en vano,
Y atónito lo mira el campo aqueo,
Y él con furiosa y voladora planta
Del polvo nubes al pasar levanta.

Tal Hileo, gran centauro alborotado,
Con dos pechos y espaldas, mónstruo horrendo,
De los montes bajó precipitado,
Con ligereza y con furor corriendo;
Huye por todas partes el ganado,
Y aun las fieras tambien se van huyendo;
Entre peñas y troncos hace calle,
Y retumba al estruendo el hondo valle.

Mirando al monstro horrible, airado y fiero,
El monte de Osa atónito se espanta,
Y aun los mismos hermanos de Hileo
Temieron, viendo en él fiereza tanta;
Hasta que la corriente de Peneo
Vino á enfrenar su voladora planta;
Que, como el vado tan dificil era,
Se paró á su pesar en la ribera.

¿Qué lengua, si es mortal, qué voz, qué pluma
Podrá decir las armas y banderas
Que lleva Hipomedonte en breve suma,
Y las gentes que van tras las primeras?
La lengua y voz aquí que mas presuma
Se cansara en contar tantas hileras,
La diferencia de armas y vestidos,
Y los nombres de pueblos nunca oidos.

La gente bien armada y animosa
De la antigua Tirinta en órden viene,
Patria de Alcides, y por él famosa,
Pues por patron su mismo hijo tiene;
Fértil, de noble gente belicosa,
Que siempre en duras guerras se entretiene,
Y corre á los peligros la primera;
Que de su gran patron no degenera.

Mas riquezas fortuna no le ha dado,
Que á su grande valor añidan brio,
Porque su estéril campo, mal arado,
De labradores siempre está vacío,
Y de tan pocas mieses adornado,
Que aun apenas se halla en el estío
Quien el alcázar muestre al caminante,
Obra de los Cíclopes arrogante.

Trecientos son los que de aquí pasaron
Sin corazas de acero ó morriones,
Mas cubiertos de pieles que quitaron
Con industria y valor á los leones;
Honra gentil y adorno que heredaron
De Alcides para tales ocasiones;
Mazas llevan tambien, pesada carga,
En vez de espada aguda ó pica larga.

Y por irle en las armas imitando,
Usan tambien el arco y la saeta,
Porque si fuere menester, volando
Muerte al contrario corredor prometa;
Alabanzas de Alcides van cantando,
Y él los escucha de la cumbre de Eta,
Donde con pecho osado y brazo fuerte
A tanto mónstruo fiero dió la muerte.

Pasaron los soldados de Nemea,
Que usan tambien el arco y el aljaba,
Y los que habitan la region Cleonea,
Donde la viña de Molorco estaba;
De fuerte escudo cada cual arrea,
Donde pintada al vivo se miraba
La piedad de Molorco, cuya historia
Dió á su casa, aunque pobre, eterna gloria.

Esta humilde choza en campo de oro,
Con hojas y con ramos mal tejida,
La pobre mesa de ningun tesoro,
Pero de libertad enriquecida;
Las armas de su güesped, que el decoro
Perdió á su voluntad no agradecida,
La maza está y el arco vengativo,
Y el lecho humilde dibujado al vivo.

A pié pasó tras de estos Capaneo,
Disforme y casi al parecer gigante,
Pues á ninguno en todo el campo aqueo
Que le llegue á los hombros ve delante;
Lleno de hórror, soberbio, airado y feo,
A sus miembros disformes semejante,
De piel de cuatro bueyes lleva hecho
Un grande escudo, que le cubre el pecho.

De metal una plancha encima lleva,
Y en el campo de plata, dibujada
La hidra con quien en peligrosa prueba
Entró de Alcides la temida espada;
Cada cabeza al vivo se renueva,
Hasta que por Alcides abrasada,
Se ve cómo las uñas encogiendo,
Rendida al hierro y fuego va muriendo.

Al rededor se ve Lerna espumosa
Cómo sus aguas humeando auna,
Y cómo su corriente perezosa
Separó al fin y convirtió en laguna;
Una loriga lleva tan famosa,
Que en todo el campo no le iguala alguna,
Hecha de escamas de menudo acero
En las yunques del cojo dios herrero.

Del sol herida la celada rica,
Parece un alto chapitel su frente,
Y lleva un gran ciprés en vez de pica,
Privado de sus hojas solamente;
Todo su gran soberbia significa,
Y admirada al pasar deja la gente;
Pasando al fin, la gente le seguia
De la fértil y rica Anfigenía.

Los de la áspera Iton luego pasaron,
Y de Mesena llana y apacible;
Los que en los montes de Apis se criaron,
Ciudad, aunque sin muros, invencible;
Los de Elos y Pteleon, que se ocuparon
En seguir siempre al jabalí terrible,
Y los de Dorion, que infausto ha sido
Al gético Tamíris atrevido.

Dicen que este á las nueve musas bellas
Quiso vencer con su atrevido canto,
Pero el seso perdió, vencido de ellas,
Que el premio fué de atrevimiento tanto;
Convirtió sus canciones en querellas,
Y su voz en amargo y triste llanto,
Quedando mudos él y su instrumento,
Porque sirvan, cual Marsia, de escarmiento.

El fatal adivino, en vano sábio,
Que vió los males por venir, y en vano
Quiso estorbar la guerra, y movió el labio
Refrenando el furor del vulgo insano,
Sufrió al fin de los hados el agravio,
Y las furias le armaron de su mano,
Ofuscándole el alma y lumbre pura
Con que alcanzaba la verdad futura.

Y no de culpa su mujer carece,
Llena ya de asechanzas y de engaños,
Mas el oro en su cuello resplandece,
Que fué y será ocasion de tantos daños,
Por quien Erinnis á su casa ofrece
Gran desventura en los futuros años;
Sábelo, pero en vano, el adevino,
Que es mas fuerte el rigor de su destino.

Quiso, en efecto, la mujer traidora
Por el oro trocar á su marido,
Y así arrogante y necia goza agora
El joyel rico que de Harmonía ha sido;
Su esposo el mal futuro en vano llora,
Qué su esposa á los griegos lo ha vendido,
Y ya el joyel en su poder tenia,
Infausto don de la hermosa Argía.

Que viendo que esta guerra de su esposo
De solo el adivino está colgada,
Pues los reyes y el vulgo bullicioso
Sin él no quieren empuñar la espada;
Y viendo á Polinice congojoso
Porque se dilataba esta jornada,
Despues de haber entre sus manos puesto
El infausto joyel, añidió aquesto:

«No es tan hermoso ornato conviniente
Para mi soledad y desventura,
Pues no es razon, estando de tí ausente,
Con galas adornar mi hermosura;
Baste que en tanto engañe solamente
El temor, de quien nadie me asigura,
Y con suelto cabello y negro velo
Las aras cerque, importunando al cielo.

»¿Es bien que en tanto que ese yelmo duro
Tu rostro esconde, que mi gloria ha sido,
Me adorne el joyel rico de oro puro,
De Harmonía en otro tiempo poseido?
Tiempo habrá mas alegre y mas siguro,
En que, rica de joyas y vestido,
Con tal primor aderezarme pueda,
Que á las casadas de mi patria exceda;

»Cuando en el templo, vencedor, conmigo
A pagar entres la votiva ofrenda,
Y yo, mujer de un rey, viva contigo,
Y quiera que mi gloria el mundo entienda.
Goce el joyel, de su maldad testigo,
La que no hay larga ausencia que le ofenda,
Pues mientras su marido está en la guerra
Halla regalo y glorias en la tierra.»

De esta suerte de Erífile en el techo
El triste y fatal oro á parar vino;
Que no hay industria humana de provecho
Contra el rigor y fuerza del destino;
La primer prueba que su encanto ha hecho,
Fué llevar á la guerra al adivino,
Y como armado Tesifon lo vido,
Burlando de su ciencia, se ha reido.

Tiran de un carro, adonde va sentado,
Con que la dura tierra estremecia,
Dos caballos que Cilaro ha engendrado,
Caballo que los vientos desafia;
Fué de Castor, y estando descuidado
Acaso dél, el agorero un dia
A una yegua lo echó, y ási nacieron
Estos, que iguales á su padre fueron.

Lleva entre plumas rojas blanca venda,
De pálida oliva coronada;
Porque su oficio y dinidad se entienda,
De bien templado acero una celada;
Con la una mano rige escudo y rienda,
Con una lanza esotra va ocupada,
Y sin aquestas armas y este adorno,
Mil dardos voladores lleva en torno.

Lleva al fiero Piton pintado al vivo
En medio del escudo, y la fatiga
De Apolo, que con arco vengativo
Al mónstruo hiere y su rigor castiga;
Sigue la gente al sacerdote argivo
De Pilos y de Amide, á Febo amiga,
Y de Malea entre peñascos frios,
Puerto no bien siguro de navíos.

Pasaron los de Caria, cazadores,
Que en su ejercicio alaban á Diana,
Y los de Yaris, duros labradores,
Que dejan ya holgar su vega llana;
De Messe en órden van los moradores,
Por Vénus y sus aves Messe ufana;
Los de Taigete y los de Eurota vienen,
Ricas de olivos que en su campo tienen.

Esta es la mas robusta y dura gente
Que armada pasa en todo el campo griego,
Fiera, atrevida, indómita, impaciente,
Enemiga de paz y de sosiego;
Siguen la dura guerra eternamente,
Tiniendo por virtud el furor ciego,
Y sin vestido en su niñez se cria
Entre polvo abrasado ó nieve fria.

Mercurio les enseña de esta suerte
A sufrir los trabajos de la guerra,
Y así es dura, robusta, osada y fuerte
La gente que produce aquesta tierra;
Nadie conoce el miedo de la muerte,
Porque es infame el que en la paz se entierra;
Y así, los padres hacen regucijos
Con la muerte en la guerra, de sus hijos.

Llora la dura madre al malogrado
Hijo que pierde en su niñez la vida,
Alegre con el lecho coronado
Del que murió en la guerra no temida;
Van á caballo, mas ninguno armado,
Ni es la coraza entre ellos conocida;
Mas usan de pellejos de leones,
De que hacen tambien sus morriones.

Tras de aqueste escuadron horrible y feo,
Siguiendo el carro va del adivino,
De iguales armas y de igual deseo,
La gente que de Elide y Pissa vino;
Y los que nadan en el rubio Alfeo,
De Sicilia en las tierras peregrino,
Que nunca en su profundo curso largo
Del mar recibe algun humor amargo.

Estos en carros van, que siempre usaron,
De admirable labor, industria y arte,
Tirados de caballos que domaron
Solo para servir al fiero Marte;
Costumbre que de Enomao heredaron,
Con que el suelo retumba á cada parte,
De tanta rueda y tantos piés herido,
Y de el blanco sudor humedecido.

Tú la Arcadia tambien, Partenopeo,
Llevas ¡ay mozo incauto! en esta guerra,
Porque la nueva gloria de un deseo
Te saca en tiernos años de tu tierra;
En los bosques, tu madre, de Liceo,
Sigura en tanto, por cazar se encierra,
Que no osaras, estando en su presencia,
Tomar á su pesar tanta licencia.

Ninguno mas alegre ó mas hermoso,
Ni mas gallardo en todo el campo habia;
Ni mas para las armas animoso,
Si igualara su edad á su osadía;
Es su belleza un fuego riguroso,
Pues no hay ninfa de monte ó fuente fria
Que en viendo su beldad no pierda luego
Su paz, su libertad y su sosiego.

Y aun dicen dél que viéndolo Diana
En las sombras de Ménalo durmiendo,
Al pasar, fatigando una mañana
Un herido animal que iba huyendo,
Suspensa á su belleza soberana,
Del ciervo se olvidó que iba siguiendo,
Y dando á su belleza mil favores,
Perdonó de su madre los errores;

Y que el arco y las flechas en su mano
Ella le puso y le colgó la aljaba,
Y le enseñó á tirar tan bien, que en vano
Huyendo el ciervo vividor volaba;
Pero ya qu'el incauto mozo insano
A mayores grandezas aspiraba,
Herido del amor del fiero Marte,
Deja los montes y á la guerra parte.

Regalo al son de las trompetas siente,
Que no hay otro algun son que le entretenga,
Ufano de que ya el cabello y frente
Cubierto de sudor y polvo tenga;
No piensa verse alegre eternamente
Hasta que vencedor á Arcadia venga
En vencido caballo, que la gloria
Aumente de su triunfo y su vitoria.

Ya del monte se enfada y ya se afrenta,
Tiniendo aquella por impresa vana,
De que en ciervos sus flechas ensangrienta,
Sin haber visto en ellas sangre humana;
Alegre al campo griego se presenta
Con un rico vestido de oro y grana,
Donde hiriendo el sol, fuego parece,
Que rayos salen de él y resplandece.

Lleva de Calidonia el puerco fiero
Pintado en el escudo, y ya rendido
A su madre Atelanta, que primero
Que nadie con sus flechas lo ha herido;
Su arco parece de oro y es de acero,
La rica aljaba al hombro ha suspendido,
Que llena de carbuncos y diamantes,
Injuria al sol con rayos semejantes.

Su ligero caballo, acostumbrado
A fatigar el ciervo temeroso,
Viendo mas grave al amo en campo armado,
Lozano va, soberbio y orgulloso;
Oro con blanca espuma, ya argentado,
Va mordiendo en el freno riguroso,
Y es de manchado lince el jaez bello,
Que las ancas le cubre, el pecho y cuello.

Sujetos al rigor de su fortuna,
Al mancebo los árcades siguieron,
Que fueron mas antiguos que la luna,
Y de las peñas y árbores nacieron;
No usaron de mantillas ni de cuna,
Porque luego en naciendo andar pudieron,
Y atónita la tierra y admirada
Quedó, de sus primeros piés pisada.

No el modo de casarse, ni Lucina,
Que invocar al parir se conocia,
Ni casa ni ciudad, ni en la marina
Leño atrevido el agua dividia;
De un fresno, de un laurel y de una encina,
De un solo parto una ciudad nacia,
Y el verde pino que preñado estaba,
Hijos de su color al mundo echaba.

Estos reciennacidos se admiraron,
La hermosura y luz del cielo viendo,
Y al sol, que entonces aun mirar no osaron,
Gran temor le cobraron en naciendo;
Mas luego, como á escuras se quedaron,
Turbados fueron tras el sol corriendo,
Pensando que jamás no volvería,
Hasta que al fin lo vieron otro dia.

Esta la antigüedad de Arcadia ha sido,
Que es el mayor blason de sus soldados,
Y estos agora son los que han seguido
Al mal experto capitan armados;
Los de Partenio y Ménalo han venido,
En armas convirtiendo los arados;
Los de Ripa y de Estracia, y los que cria,
Azotados del viento, Enispe fria.

Vienen los labradores de Tegea
Y los que el campo labran de Cilene,
Dedicada á Mercurio, y los de Alea,
Donde Minerva el bosque y templo tiene;
La dura gente que en pescar se emplea
En el turbio Cliton, armada viene,
Y la que bebe de Ladon famoso,
Que casi suegro fué del sol hermoso.

Viene de los collados de Lampía
La gente, endurecida del invierno,
Robusta y sufridora, que se cria
Entre la blanca nieve y hielo eterno;
Y la que bebe de Teneo, que envia
Por tributo sus aguas al infierno,
Y la de el monte Azan, que de Ida ha sido
Emulo en los clamores y ruido.

Viudo Epiro quedó de labradores,
Y Nanacria, apacible tierra llana,
Que ya rio, de Jove los amores,
Viéndolo en falso traje de Diana;
Orcomeno se vido sin pastores,
Tierra abundante de ganado y lana,
Y Psofida sin gente su espesura,
Y la fértil de fieras Cinosura.

Vienen los de Parrasia, y quedó en tanto
Su fértil campo sin labrar y ocioso,
Y los de Estinfalon y de Erimanto,
Uno y otro por Hércules famoso;
Montes que con horror y con espanto
Cruzaba el caminante temeroso,
Hasta que Alcides con su esfuerzo vino
A asigurar el paso al peregrino.

Estos son los de Arcadia, antigua tierra
Que es toda un reino solo y una gente,
Rica de vegas y áspera de sierra,
Mas de lengua y de trajes diferente;
Cuál con un arco solo va á la guerra,
Cuál con un corvo tronco solamente,
Cuál de yelmo ó sombrero va cubierto,
Y cuál de un oso por sus manos muerto.

Los pueblos estos y ciudades fueron
Que, llenos del amor de Marte insano,
De toda Grecia armados acudieron,
Favoreciendo al príncipe tebano;
Los de Micénas solos no vinieron,
Que la pasion de el uno y otro hermano
Llena de bandos la ciudad tenia,
Y al sol, ya vuelto atrás, huyendo via.

Ya la fama ligera habia corrido
A turbar á Atalanta con la nueva
De el hijo, en tiernos años atrevido,
Que tras sí á toda Arcadia armada lleva;
Tal sobresalto al punto ha recibido,
Que á tenerse en los piés en vano prueba;
Pero volviendo en sí con nuevo aliento,
El arco arroja y vuela mas que el viento.

Esparcido el cabello, va ligera
Por selvas, por peñascos y jarales,
Sin que estorbarle puedan su carrera
De crecidos arroyos los raudales;
Tal sigue al cazador la tigre fiera,
Mirando las pisadas y señales
Del corredor caballo que le lleva
Los tiernos hijos que dejó en su cueva.

Habiendo ya al ejército llegado,
De horror, de confusion y estruendo lleno,
Su hijo al punto, pálido y turbado,
Ocupa el duro suelo y deja el freno;
Y ella, «¿qué es esto, dice, oh hijo osado,
Pobre de fuerza y de prudencia ajeno?
Qué virtud, si es virtud la de tu pecho,
Tan atrevido en tierna edad te ha hecho?

»¿Tú has de saber, oh incauto, gobernarte
Entre la confusion de una batalla?
Tú has de poder sufrir al duro Marte,
Vestido siempre de pesada malla?
Tú, en efeto, en la guerra has de hallarte,
Donde la muerte y su temor se halla,
Y en tierna edad á gobernar te pones
La confusion de tantos escuadrones?

»¡Pluguiera al cielo que para esta guerra
Fuerza y edad tuvieras conviniente!
Pero no há mucho que te vi en la sierra,
Que acometiendo á un puerco osadamente,
Pusiste ambas rodillas en la tierra,
Y yo con planta al punto diligente
Te socorrí; de suerte que, atrevida,
Al puerco le dí muerte y á tí vida.

»¿A qué guerra pudieras ir agora,
Si allí no te librara de la muerte?
Vuelve á la paz del monte que te adora,
Deja la guerra para edad mas fuerte;
Que no con planta y flecha voladora
Allí podrá tu madre socorrerte,
Ni este caballo, en cuyos piés te fias,
Tendrá valor para alargar tus dias.

»¿Para empresa tan grave y no sigura
Tienes, oh hijo, ciego atrevimiento,
En edad para el lecho aun no madura,
De bellas ninfas á quien das tormento?
No sin misterio ¡ay madre sin ventura!
Mis varias flechas se llevaba el viento,
Y yo, triste, del arco me admiraba,
Porque tan flojo y mentiroso andaba.

»Ni sin causa en el templo una mañana
Vi de repente estremecerse el ara,
Y mudado el semblante de Diana,
Alegre menos y menor de cara.
Deja crecer tu juventud lozana,
Pues tan presto se va la edad avara,
O á lo menos espera, incauto mozo,
Que nazca de tu barba el primer bozo.

»Serás ya de tu madre diferente,
Que no es razon que me parezcas tanto,
Y en siendo ya de edad, no solamente
No estorbaré tu gusto con mi llanto,
Pero yo misma, alegre y diligente,
Las armas te daré; vuélvete en tanto,
Que no tienes edad para la guerra,
A ejercitar las armas en la sierra.

»Vosotros los de Arcadia, si ya puede
Moveros mi dolor y desventura,
No lo dejeis partir, que aunque él se quede,
No vuestra escuadra irá menos sigura,
Ni faltará quien su gobierno herede
De mas fuerza y valor y edad madura;
Mas ¿qué piedad ¡ay triste! habrá en los pechos
De piedra helada ó duro tronco hechos?»

Esto, del hijo y príncipes cercada,
Dice, de miedo y desconsuelo llena,
De todos, pero en vano, consolada,
Que no hay consuelo para tanta pena;
En esto la trompeta deseada,
Dando priesa al partir, horrible suena,
Y ella, dificilmente desasida
Del hijo, al Rey encomendó su vida.

Del vulgo en tanto en Tébas afligido
No hay quien el miedo y turbacion refrene;
Que la fama las nuevas ha traido
Del campo argivo, que marchando viene;
Con poca diligencia apercebido
Para guerra tan grande el Rey lo tiene,
Que el no tener razon el hado ha hecho
El amor de la guerra en cada pecho.

Y tanto con el pueblo aquesto pudo,
Que no hay quien acicale el viejo acero,
Ni quien se precie del paterno escudo
O de limpiar el corredor ligero;
El bullicio y placer que al vulgo rudo
Suele siempre infundir el dios guerrero,
En temor convertido y en tristeza,
Ha puesto agora en su furor pereza.

Este recien casado está gimiendo
Los dulces años de su bella esposa;
Aquel los tiernos hijos, que creciendo
Van para aquesta guerra peligrosa;
Igual del padre el desconsuelo viendo,
Llora su edad cansada y enojosa;
Que Marte aquí apagó todo su fuego,
Convirtiendo en temor su furor ciego.

El muro y noble alcázar fabricado
Por Anfion con poderoso canto,
Que ya quiso, de almenas coronado,
Igualar en altura al cielo santo,
Ya muestra su vejez en cada lado,
Cansado ya de haber vivido tanto,
Y como si estuviese en paz sigura,
Nadie el reparo á su vejez procura.

Pero Beocia, que su daño siente,
Con furor vengativo y rabia inmensa,
Mas bien apercebida y diligente,
De Tébas corre armada á la defensa;
Que por favorecer la amiga gente,
No á la crueldad del rey perjuro piensa;
Que, como sus maldades aborrece,
Al reino, y no al tirano, favorece.

Y él, como su conciencia ve manchada,
Anda triste, turbado y congojoso,
Cual lobo que de noche en la manada
Ha hecho algun estrago riguroso;
Y va despues con planta acelerada,
Volviendo atrás el pecho temeroso,
Por ver si lo han sentido los pastores
Y van tras de él sus perros veladores.

La fama, de mentiras pregonera,
Buscando á su propósito testigos,
El miedo aumenta y corre á la ligera,
Alborotando al Rey y á sus amigos.
Quién dice que de Asopo en la ribera
Andan ya los caballos enemigos,
Quién junto al Citeron, y alguno jura
Que los vió de Teumeso en la espesura.

Cuál dice que abrasada vió á Platea,
Rendida ya al rigor del campo griego,
Que en las tinieblas de la noche fea
Pudo de léjos divisar su fuego;
Otro despues, y halla quien lo crea,
Con prodigios aumenta el temor ciego,
Y alguno, entre otros muchos disparates,
Dice que vió sudar á sus penates.

Otros de Dirce la corriente pura
Dicen que han visto en sangre convertida,
Y á Esfinge y otros mónstruos de natura,
Ni vistos ni escuchados en la vida;
Nadie de aquesto la verdad procura,
Que no hay mentira que no sea creida,
Y un caso nunca visto de repente
Acabó de turbar la triste gente.

Una sacerdotisa que solia
Presidir en los coros bacanales,
Y no jamás á la ciudad venia
Sino para avisar algunos males,
Dejando la nevada cumbre fria
De Ogige y sus espesos matorrales,
Entró echando sus cestas por el suelo,
Para significar su desconsuelo.

Dividido en tres partes lleva ardiendo
Pino, que mas horror que lumbre ofrece,
Porque la llama de su fuego horrendo
Sangre á los ojos, y no luz, parece;
Por las calles atónitas corriendo
Pasa veloz, y el alboroto crece;
Que él vulgo que la sigue le responde
A los clamores que en el cielo esconde.

Y con voz ronca y rostro horrible y feo,
Que atemoriza el pecho al mas valiente,
«¿Adónde, dice, estás, padre Niseo,
Que así tu patria olvidas y tu gente?
Tú con tirsos herrados por trofeo
Domando estás al Ismaro inclemente,
Viendo debajo del Arturo helado
Tu pámpano y tu vino respetado.

»O ya el túmido Gánges te detiene,
Que no hay otro algun reino que se atreva,
Y con armados escuadrones viene,
Y detenerte el paso en vano prueba;
O adonde Tétis su palacio tiene,
O adonde nace el Hermes, que oro lleva,
Triunfando estás en carro no vacío
De los despojos del oriente frio.

»Y nosotros, tu sangre, no tenemos
Quien nos ampare en desconsuelo tanto,
Que por culpas ajenas padecemos,
Llenos de horror, de confusion y espanto;
¿Qué honras y sacrificios te harémos,
Sino de guerra, de temor y llanto?
Que la maldad de un reino injusto ha hecho
Sin armas y cobarde cada pecho.

»Con grande mal nos amenaza el cielo;
Mas antes, padre Baco, me sepulta
Entre la nieve y el eterno hielo
Del Cáucaso ó de tierra mas inculta,
Que yo diga el dolor y desconsuelo
Que mi pecho entre lágrimas oculta,
Los mónstruos y el horror que aquesta tierra
Tiene de ver en la vecina guerra.

»Mas ¡ay! que en vano ha sido mi deseo,
Tu furor mi silencio ha ya vencido;
Y así, apremiada dél, de un caso feo
Publicaré el horror jamás oido;
Dos toros de una misma sangre veo,
Semejantes en todo, y que han tenido
Entrambos igual honra; mas ¡ay triste!
Que el uno airado con el otro embiste.

»Ya el uno al otro la cerviz entrega,
Frentes y cuernos mezcla el odio fuerte,
Y ambos, venciendo al fin su furia ciega,
Mueren con ira alterna en igual suerte;
A entrambos la vitoria se les niega,
Mas tú solo eres digno de la muerte,
Que quieres defender el libre prado,
Campo comun de agüelos heredado.

»¡Oh miserables, que vencido y muerto
Con tanta sangre el uno y otro queda,
Y otro que en tanto os mira en el desierto,
De entrambos triunfa y vuestro campo hereda!
Ved que es el fin de la batalla incierto,
No tanto el odio entre vosotros pueda;
Mas ¡ay! que en vano estorbo el mal futuro
Que ordena el hado inexorable y duro.»

Con esto el gran silencio y gran reposo
Quedó con muda lengua y rostro helado,
Sin el furor de Baco poderoso
El corazon y el pecho sosegado;
Mas el Rey, afligido y temeroso,
Y de tanto prodigio alborotado,
A consultar al gran Tiresia vino,
Ciego, sagaz, y en Tébas adivino.

El cual, no las entrañas de animales
Ni el vuelo de los pájaros procura
Para saber los bienes ó los males
Que han de nacer de aquesta guerra dura;
No mira en las estrellas las señales
Que le declaren la verdad futura,
Ni enciencio quiere que en sus aras haya,
Cuyo volador humo al cielo vaya.

Solo quiere que el reino del espanto
Deje salir sus almas desdichadas,
Y abrir con fuerte y poderoso encanto
Sus puertas, aunque siempre están cerradas,
Y suspender sus penas y su llanto
Mientras las tiene en Tébas ocupadas,
Para que alguna el instrumento sea
De la verdad que adivinar desea.

Pero primero al Rey, porque se atreva
A estar á tanto horror de miedo ajeno,
Para limpiarlo del temor lo lleva
A bañar en el manso y claro Ismeno;
Y con humo de azufre y yerba nueva
Lo purga bien al húmido sereno,
Oraciones diciendo acomodadas
Con tono bajo y voces mal formadas.

De gran vejez antigua selva habia,
Donde entrega el Ismeno su corriente,
Tan intrincada, que ni el sol podia
Ni el viento penetrarla eternamente;
El suelo solo un amarillo dia,
Y poco de la noche diferente,
Confusa imágen de la luz, recibe,
Y allí el horror con el silencio vive.

Tiene tambien la selva honor divino,
Que siempre allí cazando está Diana,
Y no hay cedro ó laurel, no hay haya ó pino
Que no guarde su imágen soberana;
Y cuando vuelve con mejor camino,
Por verse léjos de Pluton ufana,
Se oye allí de sus perros el acento,
Y flechas suyas rechinar al viento.

Y cuando el sol altísimo en la tierra
Calor y sueño con su luz derrama,
Cansada entonces de correr la sierra,
Aquí sus ninfas y sus perros llama;
En lo que mas oculto está se encierra,
Haciendo de la yerba blanda cama;
Los dardos en la tierra en tanto enclava,
Y pone la cerviz sobre su aljaba.

Fuera está de la selva el campo arado
Por Cadmo, que de güesos se está lleno,
Y á manchas de la sangre matizado
De los hermanos que engendró en su seno;
Bien fué el primero labrador osado,
Que despues de el húmido terreno,
Aun de aquellos hermanos no siguro,
Labró con mano osada y pecho duro.

Vense en aqueste campo aun todavía,
Sin saber los autores, mil insultos,
Y en el silencio de la noche fria
Salir á vana guerra algunos bultos;
Y aun suelen escuchar en medio el dia
Rumores, alborotos y tumultos;
Huyen los bueyes y el gañan turbado,
Dejándose en los surcos el arado.

Aquí, por ser la tierra acomodada
Para los sacrificios del infierno,
Que solamente del lugar se agrada
Donde hay sangre, crueldad y horror eterno,
Del ganado mas negro una manada,
Color que alegra al rey del lago averno,
El adivino trujo muy lucida,
Y entre muchas manadas escogida.

Tristes sin el clamor de sus ganados,
Llenos de horror, de soledad y espanto,
Dirce y el Citeron, ya despojados,
Se quedaron quejando al cielo santo;
Y sus vecinos valles, asombrados
Y atónitos de ver silencio tanto,
Mudos sus güecos senos ya tenian,
Que á los validos responder solian.

Para los sacrificios infernales
Con su mano, aunque ciego, el agorero
Los cuernos de diversos animales
De azules vendas adornó primero;
Y puesto de la selva en los umbrales,
Alzando en alto un azadon de acero,
Nueve veces hirió en la tierra dura,
Haciendo en ella un hoyo ó sepultura.

Atica miel y leche del verano
Mezcla con vino y sangre que han vertido
Puercos sacrificados por su mano,
Que lo primero de la ofrenda han sido;
Luego el hoyo y en torno el campo llano
Desta mezcla y licores ha ofrecido,
Antes de dar principio á su conjuro,
Cuanto pudo beber el suelo duro.

Despues de leña encima hace un monte,
Pero primero que le aplique el fuego
Y que su llama ofenda al horizonte
Con olor infernal y humo ciego,
Tres á las negras hijas de Aqueronte
Altares hizo, y otros tantos luego,
Alzados poco de la tierra llana,
Por sus tres formas levantó á Diana.

Otro á Pluton, mas alto, ha dedicado,
Y allí junto á Proserpina levanta,
Aunque no tanto de la tierra alzado,
Otro con honra y reverencia tanta;
Luego de los altares cada lado
Adorna de ciprés, funesta planta,
Y los ya consagrados animales
Ofrece á las deidades infernales.

Caen heridas en la tierra dura
Las mansas fieras, y su hija Manto
En tazas recibió la sangre pura,
Y atento el viejo padre calla en tanto;
Alguna derramó en la sepoltura,
Y otra guardó para el futuro encanto;
Luego en torno tres veces se pasea
Y las aras y víctimas rodea.

Los muertos animales abre luego,
Y las entrañas vivas todavía
Pone en la leña, á quien aplica el fuego
Con negros ramos que encendido habia;
Luego que sintió el viejo el humo ciego
Y el rumor que en la leña el fuego hacia,
Clama, la tierra con rigor hiriendo,
Tiemblan las aras al clamor horrendo.

«Sillas, dice, y ministros inhumanos
Del espantoso reino de la Muerte,
Y tú, que, el mas cruel de tus hermanos,
Las penas riges que te dió la suerte,
Y en ellas puedes con osadas manos
Suspender ó aumentar el dolor fuerte,
Porque á tí solo, rey del negro mundo,
Obedecen las penas del profundo;

»Abrid á mí, que os llamo, y cada pena
Suspended, aunque eterna y perdurable;
Vengan las almas á esta luz serena,
Salga acá fuera el vulgo miserable,
Vuelva Caronte con la barca llena,
Y abra luego el portero inexorable;
Mas no salga de un modo solamente
La venturosa y la perdida gente.

»Los que han vivido en los Elisios prados,
Gente en vida y en muerte venturosa,
Vengan por el cilenio dios guiados,
Su vara obedeciendo poderosa;
Mas á los que murieron en pecados,
Con azote y culebra rigurosa
Sirva la airada Tesifon de guia
Hasta llegar á la region del dia.

»La triste gente que de Cadmo fiero
Fué para desventuras producida
De número mayor, saldrá primero,
Pues della sola importa la venida;
Y no con tres cabezas el Cervero
Salga á ladrar ni estorbe su salida,
Y al fin, á alma ninguna me detenga
Que á obedecer á mi conjuro venga.»

Dijo; y luego su hija y él atentos,
Del sacrificio y del conjuro hecho
El fin esperan, de temor exentos,
Por la deidad que estaba en cada pecho;
Solo el Rey al horror de sus acentos,
Ya sin valor y del temor deshecho,
Temblando está, y al sacerdote asido,
Ya de su loco intento arrepentido,

Pésale de haber sido tan osado
En ver el sacrificio, y ya quisiera
Que no hubiera el conjuro comenzado,
O al menos retirarse, si pudiera;
Tal de Getulia el cazador osado,
Que espera en monte espeso alguna fiera
Con el venablo de templado acero,
Oye bramar de léjos el leon fiero;

Turbado escucha y del rumor se admira,
El pelo se le eriza, y temeroso
Acá y allá con ojos y alma mira,
Sin ver lo que es, atónito y dudoso;
Ya del temor helado, se retira,
Y ya quiere esperar, como animoso,
Ya con el alma la distancia mide;
Que á los ojos la vista el miedo impide.

El ciego sacerdote, ya impaciente
De no haber sido obedecido luego,
«Testigos, dice, hago, oh triste gente,
Infernales cavernas, mundo ciego,
Los dioses que temeis eternamente,
A quien hice estas aras y este fuego,
Que me tiene ofendido la tardanza
Con que ya desmentis mi confianza.

»¿Pensais, gente perdida, que mi encanto
De algun humilde sacerdote ha sido?
Si os lo mandara con rabioso canto
Tésala, maga, hubierais ya venido,
Ni aun os hubierais detenido tanto
Si con veneno infame y atrevido
La cruel maga de Colcos os llamara;
Que ya el infierno pálido temblara.

»Y ¿para mí estáis sordos? ¿Qué osadía
Es esta? ¿Ha procedido por ventura
Porque güesos antiguos de urna fria
O el cadáver de alguna sepoltura
Sacar no quiero á la region del dia,
Ni con osada lengua y voz perjura
A los dioses del cielo y del Erebo
Con mezcla infame á profanar me atrevo?

»¿Es porque no destrozo y rompo el pecho
A los cuerpos de vida ya vacíos,
O porque sacrificio no os he hecho
Con entrañas de humanos cuerpos frios?
Aun se está mi vejez de algun provecho;
No despreciéis aquestos años mios
Ni esta mi ceguedad, que sé enojarme,
Y cuando quiero, á mi placer vengarme.

»Y todo aquello sé, reino Leteo,
Exento del rigor de la fortuna,
Que se suele decir, y el nombre feo
Que temblar hace á la infernal laguna;
Y sé, pero respeto al gran Timbeo,
Turbar su luz y obscurecer la luna,
Y el nombre en los tres mundos respetado
Del mayor Dios, temido, aunque inorado.

»Y cállolo, que al fin respeto tanto
Le debo á mi vejez; mas tengo brio
Para haceros...» En aquesto Manto,
«No mas, dice; esto basta, padre mio;
Ya te obedece el reino del espanto,
Y el vulgo, que de sangre está vacío,
Se acerca, y ya la sombra se destierra
Del cáos abierto y de la oculta tierra.

»Ya se descubre un monte y otro monte,
Llenos de negras selvas infernales,
Y en las tristes orillas de Aqueronte
Los grandes y abrasados arenales;
Y ya el humo se ve de Flegetonte,
Lleno de tantos fuegos inmortales,
Y Estige, que al infierno el paso impide,
Y en nueve campos su raudal divide.

»Veo al mismo Pluton pálido y triste,
Sentado en un sublime y negro asiento;
Con sus hermanas Tesifon le asiste,
De sus funestas obras instrumento;
Y aunque en vano Proserpina resiste
La fuerza del injusto casamiento,
Ya está obidiente á su marido feo,
Y el tálamo y el lecho triste veo.

»La Muerte, que acechando está sentada,
De su callado rey los pueblos cuenta,
Y en alta silla, de almas rodeada,
Minos, tiniente de Pluton, se asienta;
Con amenazas pide y voz airada
De la pasada vida estrecha cuenta,
Y de cada pecado la ganancia,
Hasta la mas pequeña circunstancia.

»¿Quién contará los Scilas y gigantes
De quien tantas cavernas están llenas,
Y los fieros centauros que arrogantes
Están, en menosprecio de sus penas?
Y de estos y otros mónstruos semejantes
¿Quién contará los hierros y cadenas,
O medirá la sombra de Briareo,
Con cien brazos, disforme, horrible y feo?»

«No te canses, responde, oh hija mia,
Báculo firme y único gobierno
De esta ciega vejez cansada y fria,
En publicar las penas del infierno.
¿Quién no sabe la hambre y la sequía
Que en medio el engañoso lago averno
Tántalo está sufriendo, y quién agora
El gran peñasco de Sísifo inora?

»¿Quién no sabe que Ticio por osado
Está de buitres alimento hecho,
Y que le da el horror de su pecado
Para pena inmortal eterno pecho?
De Ixion, que va con paso acelerado
De sí mismo huyendo sin provecho,
¿Quién ignora la rueda del tormento,
Pena que mereció su atrevimiento?

»Cosas son por el mundo muy sabidas
Todas aquesas penas y tormentos,
Y Hecate de esas penas tan temidas
Me llevó á ver un tiempo los asientos;
De mí fueron entonces conocidas
Y escuché los gemidos y lamentos,
Cuando mejor de sangre y mas valiente
Aun no la luz faltaba de mi frente.

»Las almas solamente aquí me llega
Que de Argos y de Tébas han pasado;
A aquestas solas acaricia y ruega,
Que solamente á aquestas he llamado;
A toda la demás canalla ciega,
Habiéndola tres veces rociado
Con leche, manda que de aquí se aleje,
Que atrás se vuelva y que la selva deje.

»Luego de estotra gente, cuya suerte
Es á nuestro propósito importante,
Cuando llegue á beber la sangre advierte
De cada cual el hábito y semblante;
Cuál parece mas flaca y menos fuerte,
Y cuál mas animosa y arrogante,
De cada cosa nota el ser y forma,
Y esta mi ceguedad de todo informa.»

De todo aquesto informacion le pide
El padre; y luego obedeciendo Manto,
A algunas almas el llegar impide,
Y otras algunas llegan á su canto;
Así las almas rige y las divide,
Como Circe á los hombres con su encanto,
Que algunos en la suya detenia,
Y otros en varias formas convertia.

«Cadmo, dice, el primero se adelanta,
Y con su esposa Harmonia á beber viene;
El uno y otro con la vista espanta,
Que en su cerviz una culebra tiene;
Los que llegan despues con priesa tanta,
Que apenas hay quien su furor refrene,
Aquellos son que de la tierra fria
Nacieron, y su edad fué solo un dia.

»Fiero escuadron con armas impaciente,
Que no hay quien del ajeno acero huya,
Y solos ellos, entre tanta gente,
No hacen caso de ésta sangre tuya;
Solo quisieran con furor ardiente
Hartarse, si pudieran, en la suya,
Y al fin, ya que á la sangre llegar quieren,
Se estorban, se atropellan y se hieren.

»Hijas de Cadmo y nietas llegan luego,
Antonoe, viuda, y con su hijo Ino,
Que viendo de Atamante el furor ciego,
Huye con Meliserta al mar vecino;
Semele llega, que el divino fuego
Sufrió por pretender honor divino,
Y el vientre, de aquel fuego que le ofende
Con los brazos lo cubre y lo defiende.

»Libre ya del furor, sigue á Penteo
Su madre Agabe, bacanal tebana,
Y él los valles y senos del Leteo
Cruza, huyendo de la madre insana;
Y llega, al fin, despedazado y feo,
Sin haber en su cuerpo cosa sana,
Donde llora su muerte Equion, su padre,
Y el gran furor de la infelice madre.

»Lico se acerca y Sísifo gimiendo,
Cargado el hombro con la piedra dura,
A la espalda los brazos retorciendo,
Y aun trata de su entierro y sepultura;
De sus perros seguido, Anteon huyendo,
Aun no mudado de hábito y figura,
De cuernos adornado, aparta en vano
Los perros y las armas con la mano.

»Ya llega la caterva aborrecida
De Niobe, envidiosa y arrogante,
Que por ser con los dioses atrevida
Muertos catorce hijos vió delante;
Con tanta desventura aun no rendida,
Que mas soberbia y con feroz semblante,
Perdido ya el temor, con lengua insana
Injurias dice á Apolo y á Diana.»

Aquesto Manto al padre le decia,
Cuando el viejo adivino de repente
En su vejez cansada, helada y fria
Aliento nuevo y fuerza nueva siente;
«No mas, dice; esto basta, hija mia;»
Y erizadas las vendas de su frente,
Del suelo se levanta alborotado,
Ni á su hija ni al báculo arrimado.

«No ya tus ojos ni tu luz deseo,
Dice, ni ya mi ceguedad me aqueja;
Ya el nublado enojoso, negro y feo
Libres mis ojos y mi rostro deja;
Cuanto has contado claramente veo;
¿Quién de mí tanta obscuridad aleja?
¿Hame dado esta luz el mismo Apolo,
O es favor este del infierno solo?

»Pero ¿qué es esto? ¡Que la gente griega,
Puestos los ojos en el duro suelo,
Tan triste y llena de humildad se llega,
Sin osar levantar el rostro al cielo!
Sin duda la vitoria se les niega;
Que de su turbacion y desconsuelo,
Señales del rigor de su destino,
Mejor suceso á Tébas adivino.

»No igual de miembros, Pélope delante
Viene, y luego tras de él llega Preteo,
El bravo Enomao y el guerrero Avante,
Y el manso y agradable Foroneo;
Mas ¿qué escuadron es este que arrogante,
Lleno de sangre y de heridas veo,
Y con falso clamor y armada mano
Hácia acá viene, amenazando en vano?

»Refrenad el furor que os ciega en vano,
Oh noble gente, en Tébas tan llorada,
Y no penseis que fué consejo humano
Causa de vuestra muerte desdichada;
Orden fué y fué rigor del hado insano,
Que obedeció la parca acelerada;
Fué caso inevitable y suerte dura,
Que vida que es mortal no está sigura.

»Rey, sin duda son estos los cincuenta
A quien dió muerte el griego mensajero,
Que ufano y vitorioso con tu afrenta,
A Argos volvió mas arrogante y fiero;
¿No ves que airado Cromio se presenta?
Y ¿no ves á Meonte el agorero,
Que de sacro laurel guirnalda tiene,
Y mas insigne y venerable viene?

»La vuestra muerte y vuestro mal pagamos;
Refrenad el rigor y el odio feo,
No libres de la guerra horrible estamos,
Que otra vez esperamos á Tideo.»
Dijo; y alzando los vendados ramos,
Mojados en las aguas de el Leteo,
La sangre les enseña, y los desvia,
Su furor enfrenando y su osadía.

De Cocito á la orilla estaba en tanto
Layo, que habiendo á Jove obedecido,
Habia ya vuelto al reino del espanto,
Por el cilenio dios restituido;
No lo mueve la fuerza del encanto,
Que habiendo al Rey, su nieto, conocido,
La sangre y el conjuro despreciando,
Con un odio inmortal lo está mirando.

«Rey, el mejor que respetado habemos,
Le dice el sábio, en Tébas deseado,
Por cuya triste muerte padecemos
El gran rigor del enemigo hado,
Pues nunca desde entonces visto habemos
En aqueste tu alcázar desdichado,
A quien el mundo respetar solia,
Algun alegre y favorable dia.

»Baste ya tanta sangre derramada
Y los males que estamos padeciendo;
Ya está tu muerte injusta bien vengada;
¿Adónde, miserable, vas huyendo?
Ya el hijo que aborreces, cuya espada
Te privó de la vida, está sufriendo
Con larga y triste muerte inmensos males,
Mayores que las penas infernales.

»Ya condenado á eterna noche obscura
Yace, muriendo en miserable suerte,
Sin poder ver del sol la lumbre pura,
Rendido ya al dolor el pecho fuerte;
Créeme, que es mayor su desventura
Que la mas desastrada y triste muerte;
Mas si de sola su crueldad te quejas,
Tu nieto ¿en qué pecó, que dél te alejas?

»El enojo y pasion de tí destierra,
No aborrezcas sin causa á un inocente;
Llega á beber la sangre de la tierra,
Pues está tu enemigo hijo ausente;
Y dinos los succesos desta guerra,
Y el bien ó el mal de tu afligida gente,
O ya á piedad y á lástima movido,
O ya como enojado y ofendido.

»Y si dádivas pueden obligarte,
En habiendo cumplido el gusto mio,
Prometo, en premio de esto, de pasarte
En libre barca el prohibido rio;
Y porque tenga efeto, haré darte
En sagrado lugar sepulcro pio,
Y con mis sacrificios funerales
Pasarás á los dioses infernales.»

Con prometidas honras ya aplacado,
Moja en la sangre derramada el labio,
Y viéndose vencido y obligado,
Así responde al sacerdote sábio:
«Oh tú, que á tantas almas has llamado,
¿Por qué á mí solo haces tanto agravio?
¿Por qué entre tantas almas escogido
Para avisar lo venidero he sido?

»Baste que mi pasado desconsuelo
Eternamente en la memoria tenga,
Que es vergüenza que un nieto al muerto agüelo
Pidiendo avisos tales entretenga;
Aquel traidor, infamia de este suelo,
A semejantes sacrificios venga;
Aquel que, habiendo dado muerte al padre,
Engendró hijos en su propria madre.

»Y aun agora á las furias infernales
Con importuno lamentar fatigá,
Invocando á los dioses celestiales
Porque esta infame guerra se prosigá;
Pero si yo los venideros males
Quieres, al fin, que á mi pesar te diga,
Diré de aquesta guerra, aunque forzado,
Lo que me permitiere el libre hado.

»¡Gran guerra! Viene innumerable gente
De toda Grecia, en Argos conjurada,
De armas, trajes y lenguas diferente,
Y de Marte fatal instimulada;
Pero de tanto capitan valiente
Tébas verá la sangre derramada,
Y en sus grandes estragos y ruinas
Armas de el cielo y muertes peregrinas.

»Privados se verán de sepultura
Mill nobles cuerpos en la dura tierra,
Y Tébas, tras de tanta desventura,
Llevará lo mejor de aquesta guerra;
El hado la vitoria le asigura,
La congoja y temor de tí destierra;
Que el enemigo hermano que te ofende
No ha de alcanzar el reino que pretende.

»Mas ¡ay! que ha de vencer el padre fiero
Con doblada maldad y furia fea,
Y al fin, de dos espadas el acero
Le ha de dar la vitoria que desea.»
Dijo; y dejando al Rey y al agorero,
Volvió ligero á la region letea,
Y ellos, sin entender lo que escucharon,
Dudosos y confusos se quedaron.

En tanto el campo griego fatigado
Pasaba por las selvas de Nemeo,
Por Alcides famoso y celebrado,
Como testigo de su gran trofeo;
Tan arrogante viene y confiado,
Que ya imagina el mas humilde aqueo
Que ufano vencedor vuelve á su tierra,
Rico con los despojos de la guerra.

Mas en medio este ardor del campo griego,
Cuando con mas furor y confianza
Por Tébas pensó entrar á sangre y fuego,
Cortó fortuna el hilo á su esperanza;
¿Quién pudo refrenar su furor ciego?
Y ¿qué error fué ocasion de su tardanza?
Tú, Febo, el caso cuenta, y tú descubre
Lo que en su antigüedad el tiempo cubre.

Del ya domado Oriente se volvia
El libre Baco ufano y victorioso,
Ya que sus fiestas enseñado habia
Al trace fiero y geta belicoso;
Ya la siempre nevada tierra fria
Del Otri helado y Ródope famoso,
Verde y rica de pámpanos, dejaba,
Y así á su patria vencedor tornaba.

Su carro, de racimos adornado,
Cerca llegaba del materno muro,
De mansos tigres que domó tirado,
En los frenos lamiendo el vino puro;
Manchados linces lleva á cada lado,
Cuya vista penetra al suelo duro,
Detrás osos y lobos medio muertos,
Cual vencedor de montes y desiertos.

Tras de él desordenados pasan luego
Los Sueños, el Horror y el Desvarío,
Con soberbia mayor el Furor ciego,
Y la Ira llena de rebelde brio;
La Virtud y el Ardor llenos de fuego,
Y perdido el color el Miedo frio;
Campo confuso, al fin, bravo y horrendo,
Cual es el capitan que van siguiendo.

Yendo pues hácia Tébas caminando,
Dichosa cuna de su tierna vida,
Divisó el campo griego levantando
Gran polvareda, en nubes convertida;
Las armas viendo al sol reverberando,
Y que Tébas no estaba apercebida,
Turbado de el dolor, el carro para
Al gran peligro de su patria cara.

Y aunque flojo, pesado y soñoliento,
Dispierto del temor de tantos males,
Hace al punto cesar cada instrumento,
El tumulto y estruendos bacanales;
Sosiégase el rumor y calla el viento,
Enmudeciendo flautas y atabales;
Y viendo al campo atento, aunque confuso,
Así su enojo y su temor propuso:

«A mí proprio, á mi gente y á mi tierra
Amenazando aqueste campo viene,
Sin que haya arroyo, valle, llano ó sierra
Que lo detenga y su furor refrene;
Bien léjos la ocasion de aquesta guerra
Su fundamento y su principio tiene;
Que mi airada madrastra sola ha sido
Quien á Argos contra Tébas ha movido.

»¿Tan pequeña venganza fué la muerte
De mi madre, en cenizas convertida,
En cuyo fuego y miserable suerte
Tan cerca estuve de perder la vida,
Que de nuevo con odio eterno y fuerte
Procura de mi sangre aborrecida
Borrar del todo el nombre desdichado
Y acabar las reliquias que han quedado?

»¿Tanto á un pecho divino un odio obliga,
Que por él hace á Tébas guerra dura,
Solo por deshacer de su enemiga
El nombre y venerable sepultura?
Pero en vano se cansa y se fatiga,
Que aunque mas á su ejército apresura,
Yo se lo detendré con mis engaños,
Y de mi patria estorbaré los daños.

»Hácia adonde aquel polvo se levanta,
Oh ministros alegres de mi intento,
Procurad de marchar con priesa tanta,
Que primero lleguemos que no el viento.»
Dijo; y sus mansas tigres su voz santa
De suerte obedecieron al momento,
Que con presteza igual á su deseo
Llegaron á las selvas de Nemeo.

Era cuando mas alto tiene al dia
El sol en la mitad de su jornada,
Y el bosque mas espeso recibia
En sus obscuros senos luz dorada;
Al tiempo que la tierra mas ardia,
Por mil partes abierta y abrasada,
Por ellas exhalando el duro suelo
Un espeso vapor que sube al cielo.

Las diosas de las aguas llama, y luego,
«Ninfas, dice, que libres del estío,
Burlais de su calor y de su fuego,
Y tanta parte sois del honor mio,
Esconded vuestras aguas á mi ruego,
Secad cada laguna y cada rio,
Y de la argiva tierra cada fuente
Por un poco de tiempo solamente.

»Principalmente al campo de Nemeo
Quitad agora el agua cristalina,
Por donde caminando el campo aqueo,
A mi pesar á Tébas se avecina;
El mismo Febo ayuda á mi deseo,
Y cada estrella á mi favor se inclina;
Que agora mas que nunca rigurosa,
Abrasa la canícula espumosa.

»Y yo vuestros bellísimos raudales
Aumentaré despues, y agradecido,
En lugar de agua os volveré cristales
Por este beneficio recibido;
Grande parte en mis fiestas principales
Tendréis si soy agora obedecido,
Y honradas en mis himnos y cantares,
Los dones gozaréis de mis altares.

»Refrenaré del fauno mas osado
El lacivo furor y la violencia,
Y ninguno jamás, por mí obligado,
Para ofenderos tomará licencia.»
Dijo; y obedecido y respetado,
Hizo luego de suerte la experiencia,
Que de sed fatigado, ya quisiera
Que no tan presto obedecido fuera.

Heridas del rigor del nuevo fuego,
Ve secas las guirnaldas de su frente,
Y de sus carros enramados luego
Los pámpanos marchitos de repente;
Sécase el verde humor del campo griego,
Húyese cada arroyo y cada fuente,
Y en cieno los estanques convertidos,
Luego se ven al sol endurecidos.

No le aprovecha al valle su hondura
Ni que de ella jamás el sol se acuerde,
Que al fin su alegre yerba no sigura
Su libertad y su frescura pierde;
Marchítase la mies aun no madura,
No queda en todo el suelo cosa verde,
Vense las plantas de su honor privadas,
Desnudas, amarillas y abrasadas.

Fatigado de sed está el ganado
En algun rio, adonde siempre nada,
Que de sus esperanzas mal burlado,
Bebe en la seca orilla deseada;
Tal cuando vez alguna se ha olvidado
El Nilo de inundar su tierra amada,
Seco, abrasado, estéril y marchito
Suele hallarse el caluroso Egito.

Sus montes y sus valles humeando,
Y la tierra cansada y afligida,
Por mill partes abierta y anhelando,
Del padre Nilo esperan la venida;
Hasta que, al fin, sus ruegos escuchando,
Que aunque castiga Dios, no siempre olvida,
Baña los campos y la tierra empreña,
Y flores pone en la desnuda leña.

Ya al claro Asterion y ya á Lirceo
A pié enjuto los pasa el caminante,
Y Lerna, que de Alcides vió el trofeo,
Sufre tambien desdicha semejante;
Inaco, rey de tanto arroyo aqueo,
Y Carádro, soberbio y arrogante,
Que las plantas y peñas arrancaba,
Ya pobre aquel y aqueste humilde estaba.

Aunque de léjos recordar solia
De noche á los pastores Erasino,
Tan mudo y manso va, que aun no podia
Cubrir menuda arena de camino;
Solo sus aguas conservó Langia,
No sin acuerdo y parecer divino;
Langia, que no entonces conocido,
Noble despues por Arquemoro ha sido.

Mayor fama despues y mayor gloria
Las lágrimas de Hisípile le dieron,
Cuando los griegos, por saber su historia,
De la muerte de Ofelte ocasion fueron;
Y luego, eternizando su memoria,
Juegos y sacrificios le hicieron,
Que cada tercer año eternamente
En su honor celebró la griega gente.

Buscando pues el agua deseada,
Rendido va de sed el campo argivo,
No hay quien sufra el escudo ó la celada,
Que de las armas sale un fuego vivo;
La lengua sin humor y fatigada,
Entrase al pecho el fuego vengativo,
Y bate apriesa en él con nueva pena,
Secándole la sangre en cada vena.

Cerrado el cuello, ya seca la boca,
Acobardado el corazon, suspira;
Que como el fresco humor el sol le apoca,
No con el aire del pulmon respira;
Hirviendo al gran calor la sangre poca,
A las secas entrañas se retira,
Y de el vapor que exhala cada pecho
Nubes de polvo de la tierra ha hecho.

Al freno y á la espuela no obidiente,
Fatigado el caballo generoso,
Inclina la cerviz y altiva frente
Hasta besar el suelo caluroso;
Ya por peso excesivo al dueño siente,
Y sin que el seco freno riguroso
Tiña de blanca espuma, sin aliento,
La lengua saca á su pesar al viento.

El noble rey Adrasto, que sentia
El daño de su campo fatigado,
A los estanques de Licinio envia
Por ver si algunas aguas le han quedado;
Mas ni en el lago de Amimon habia
Ni en ellos el socorro deseado,
Que al fuego general que llueve el cielo
No hay lugar reservado en todo el suelo.

Ni hay esperanza alguna en tanta pena
Que llover pueda el cielo endurecido,
Cual si al seco desierto de Siena,
Nunca de nube alguna humedecido,
O si de Libia á la abrasada arena
En el rigor de julio hubieran ido;
Y al fin, tanto anduvieron, que hallaron
Para mal suyo el agua que buscaron.

En una selva á Hisípile sentada,
Que así Baco ordenaba su ruina,
Hallan, y aunque al estruendo alborotada,
Su hermosura pareció divina;
Al tierno Ofeltes, prenda desdichada,
Cuyo fin riguroso se avecina,
Hijo del rey Licurgo, al pecho tiene,
Y así ocupada por el campo viene.

Una casa de campo cerca habia,
Adonde el Rey alguna vez asiste;
Y así, de ella á la selva se salia
Con el hijo infelice, el alma triste;
Y aunque al infante tierno al pecho cria,
Y ropas llenas de humildad se viste,
Descubre el rostro una real grandeza,
A pesar de sus males y tristeza.

Lleno de admiracion el Rey anciano,
«¡Diosa, le dice, poderosa y santa,
Que no puede caber en pecho humano
Tal majestad y hermosura tanta;
Tú, que alegre, á pesar de el tiempo insano,
No buscas aguas, y con libre planta
Vas por aqueste campo, favorece
A esta gente afligida que padece!

»O ya del casto coro de Diana
Al tálamo dichoso hayas venido,
O de el amor de Júpiter ufana,
Hayas el tierno infante recibido,
Pues no es la primer vez que en forma humana
A tálamos de Grecia ha decendido,
Mira la sed que aqueste campo lleva,
Y el mal de tantos á piedad te mueva.

»Por asolar á Tébas conjurados,
Enemigo comun, venido habemos,
Y con sed por el hado acobardados,
Llevar las duras armas no podemos;
Da á tantos escuadrones fatigados
La vida y el favor que pretendemos,
O clara ó turbia y negra el agua sea,
De bella fuente ó de laguna fea.

»Cualquiera será bien agradecida,
Y pues en vez de Jove á tí acudimos,
Con nuestros ruegos á piedad movida,
Enséñanos el agua que pedimos;
Que á todo un campo le darás la vida
Si de tí bien tan grande recibimos,
Y la fuerza y valor, al sol deshechos,
Volverán á nacer en nuestros pechos.

»Así crecer el peso amado veas
Con buena estrella que tu gloria aumente;
Y todo cuanto esperas y deseas
De Júpiter alcances fácilmente;
Que en mal tan grande nuestro amparo seas,
Que si volver el hado nos consiente,
Prometo de dejarte en esta tierra
Gran parte del despojo de la guerra.

»Con alegres cantares y himnos santos
Tanta oveja tebana he de ofrecerte,
Que igualen con el número de tantos
Como agora librases de la muerte;
Y un ara rica te haré, que á cuantos
Trujere aquí su buena ó mala suerte
Cuente mi obligacion para tu gloria,
Quedando en bronce eterna la memoria.»

Dijo; y apenas alcanzó el resuello
Para acabar de pronunciar aquesto,
Y la afligida voz pegada al cuello
Hizo su gran peligro manifiesto.
Hisípile, inclinando el rostro bello,
Humilde y grave, y como bello honesto,
«No, dice, diosa soy, aunque en el cielo
Puedo decir que tengo algun agüelo.

»Y pluguiera á los dioses celestiales,
Ya que tantos favores no merezco,
No fueran mis desdichas inmortales,
Pues no lo soy y de ese honor carezco;
Pero tal es la fuerza de mis males,
Que es eterna la pena que padezco,
Y aunque os pudo admirar mi hermosura,
Soy una esclava triste y sin ventura.

»Y este pequeño infante que á mi pecho
Alimento recibe, es prenda ajena,
Y no sé ; ay desdichada! qué se han hecho
Dos que el cielo me dió para mi pena;
Y aunque desdichas en ajeno techo
Me tienen de dolor y llanto llena,
Donde siempre obedezca y otro mande,
Rey padre tuvé un tiempo y reino grande.

»Mas ¿de qué sirve la tragedia mia,
Si no mitigo mi dolor con ella
Ni el gran ardor del riguroso dia,
Y os detengo y dilato el agua bella?
Seguidme pues, que cerca está Langía,
Que, aunque á pesar de la abrasada estrella
De el sirio can, conserva en su corriente
Sus aguas de cristal eternamente.»

Así dijo; y por ir á la ligera,
Deja en el suelo al niño desdichado,
Cual lo ordenaba el hado y parca fiera,
A unos céspedes secos arrimado;
Llora el mísero infante, que quisiera
No verse desasir del pecho amado,
Y ella, con mill caricias que le hace,
Su llanto templa y su temor deshace.

Al tierno Jove así dejó en naciendo
Su madre Berecinta, que atrevida
A los curetas lo entregó, quiriendo
En sus clamores amparar su vida.
Ellos con roncos sones tal estruendo
Hacen, que resonaba el monte de Ida,
Y el pequeñuelo Dios lloraba tanto,
Que igualaba al estruendo con su llanto.

Quédase pues el desdichado infante
Sobre la seca yerba retozando,
De sus futuros males inorante,
Ya el rostro atrás volviendo, y ya trepando;
No hay pequeño rumor que no lo espante;
Y así, mil veces con temor gritando,
Con balbuciente lengua y tierno labio
Mudas querellas forma de su agravio.

Tal siendo el fiero Marte pequeñuelo,
De Odrisia andaba entre la nieve fria,
Y así Mercurio, embajador del cielo,
Por el monte Menalio andar solia.
Y de esta suerte en el materno Delo
El rubio Apolo en su niñez vivia,
Antes que administrase aquel la espada,
El carro aqueste, aquel la planta helada.

Siguiendo al ama incauta va ligera,
Mas alentada ya la griega gente;
Y aun ya se queda atrás, que nadie espera,
Con la gran sed, á amigo ni á pariente;
Y ya que cerca están de la ribera,
Escuchan el rumor de la corriente;
Que, como entre peñascos va Langía,
Léjos el agua resonar se oia.

Llegó un alférez abrasado en fuego,
Adelantando su caballo al agua,
Y mojando el pendon en ella luego,
Lo levantó, diciendo á voces: ¡Agua!
Oye la alegre voz el campo griego,
Y luego todos respondieron: ¡Agua!
Agua, repiten, agua, hasta tanto
Que todo el campo corre el nombre santo.

Así, cuando en la orilla alguna ermita
Descubre la galera que navega,
La gente, saludando el nombre, grita
Con alegre clamor que á tierra llega;
El cómitre primero los incita,
Y luego la obediente chusma ciega,
El nombre repitiendo, al son responde,
Y alegres voces en el cielo esconde.

Llega al agua la turba presurosa,
Mezclada sin alguna diferencia,
Que, á todos igualmente rigurosa,
La sed no guarda á nadie preminencia;
La humilde entre la gente poderosa
Se arroja, sin respeto y reverencia,
Y tal puso en alguno osada mano,
Que echó de ver despues que era su hermano.

A echarse al agua van precipitados
Caballos ya furiosos y atrevidos,
Con los dueños encima y enfrenados,
O tirando del carro al yugo unidos;
Y esotros animales ocupados,
No bien en tanta confusion regidos,
Con las pesadas cargas ya ligeros,
Quieren llegar al agua los primeros.

Cuál desde una alta peña osadamente
No duda, viendo el agua, de arrojarse,
Y cuál, atropellado de la gente,
Se ve en ella á peligro de ahogarse,
Y aun temen en mitad de la corriente
Que el agua, y no la sed, ha de acabarse;
Y así, ni al capitan el mochillero,
Ni respeta á su rey el escudero.

Gimen las ondas al estrago duro
Que ven en su cristal hermoso y frio,
En vano defendido, limpio y puro,
Del gran rigor del caluroso estío;
Ya es turbio y pobre arroyo aun no siguro
El que era rico y cristalino rio,
Y no las aguas solamente pierde,
Que no queda en su orilla cosa verde.

Y aunque en cieno trocada el agua bella,
Su curso alegra y su rumor regala,
Y mill veces alguno bebe de ella;
Que para tanta sed no hay agua mala.
Cuál riñe con aquel que lo atropella,
Cuál se ase de una peña, cuál resbala,
Cuál guarda el agua turbia en la celada,
Cuál el escudo pierde y cuál la espada.

Si el gran estruendo alguno acaso oido
Entre dos campos al pasar de un vado,
O al entrar por el muro combatido
Victorioso enemigo campo osado;
Tal imagine que es el gran ruido
Que al beber de estas aguas ha pasado,
Que viva imágen es de una batalla,
Donde la misma confusion se halla.

Parado alguno en la ribera fea,
De tantos piés hollada y ofendida,
El mas piadoso de la gente aquea
Así dijo con alma agradecida:
«Reina de esotras selvas, gran Nemea,
De Júpiter mill veces escogida
Para encubrir sus hurtos amorosos
En tus ocultos senos venturosos;

»Tú, que agora no menos trabajosa
Con sed has sido á todo un campo entero,
Que en otro tiempo á Alcídes peligrosa,
Cuando osado abrazó tu mónstruo fiero,
Baste ya tu rigor, y mas piadosa
Nos recibe en el tiempo venidero;
Que al fin el pueblo griego es prenda tuya,
Tuyo es su bien, y tu deshonra suya.

»Y tú, cortés y venturosa fuente,
Que al mar tributo de cristal envias,
Sin que jamás deshaga el sól ardiente
El curso eterno de tus aguas frias,
Corre con tu bellísima corriente
Noches alegres y dichosos dias,
No de extraño caudal ó de agua ajena,
Mas de ti misma eternamente llena.

Que á nadie el agua tu corriente debe,
Pues ni las avenidas del invierno
Ni al sol de julio derretida nieve
Hacen crecer jamás tu curso eterno;
Ni el Euro helado á tu cristal se atreve
Cuando tiene de nubes el gobierno,
Ni el arco aumenta tu corriente bella,
Ni jamás te ha vencido alguna estrella.

Nunca Ladon, ni el uno y otro santo
Serán tan respetados en el mundo,
Ni el gran licor mas celebrado tanto,
Ni Esperquio, que amenaza al mar profundo;
Siempre en guerra y en paz tu nombre santo
Tendrá en mis fiestas el lugar sigundo,
Que á Júpiter primero y á ti luego
Ha de reverenciar el pueblo griego.

Con tal que aqueste campo que afligido
En tus aguas eternamente vivas
Agora con amor has recibido,
Despues ufano y vencedor recibas,
Para que, á tanto bien agradecido,
Honras haga á tus ondas fugitivas;
Que si vuelve á beber tus aguas claras,
Conocerás á quien agora amparas.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Habiendo venido el campo griego, comienza á marchar. Ruega Adrasto á Hisípile cuente quién es, y la historia de su destierro. Cuenta Hisípile ser hija del rey Toante, y cómo las mujeres de Lémnos, incitadas de Polijo, mataron á sus maridos por haber estado cuatro años sin ellas en la guerra, y cómo ella libró á su padre y fué alzada por reina. Cuenta asimismo cómo llegó Jason á Lémnos, de quien tuvo dos hijos, y cómo salió huyendo de su tierra, y cautiva de piratas y vendida á Licurgo, rey nemeo; y en tanto que ella cuenta su historia, una serpiente da muerte al niño Ofeltes. Matan los griegos la serpiente. Hace Hisípile llanto. El rey Licurgo la quiere matar por la falta de su hijo. Defiéndenla Tideo y Capaneo. Revuélvense en batalla los griegos con los vasallos de Licurgo. Adrasto y Anfiarao les refrenan la furia. Conoce Hisípile sus dos hijos. Hace Anfiarao un razonamiento á Licurgo. Ordena que se hagan obsequias al niño muerto, y que se llame Arquemoro, y que toda Grecia le honre y haga fiestas de tres á tres años como á dios.

Rendida ya la sed al manso rio,
Despues que su corriente saquearon,
Pudiendo mas la gente que el estío,
Pues lo dejan menor que lo hallaron,
Con aliento mayor y con mas brio
A marchar las escuadras comenzaron,
Llenas de su primero furor ciego,
Cual si bebieran con las aguas fuego.

Ya alentado el caballo generoso,
Hiere con mas furor la dura tierra,
Y en cada pecho Marte riguroso
Su rigor, su coraje y furia encierra.
Vuelven de nuevo al campo, ya animoso,
Las iras y amenazas de la guerra,
Y otra vez dividido en escuadrones,
Tremolan sus banderas y pendones.

Vuelve cada soldado á su bandera
Y á su primer lugar, y ya obedece
El órden militar y ley severa
Del capitan, que armado ya parece.
Ya se aparta y no suena la ribera,
Y ya la tierra con el polvo crece;
Selva parece el campo que, marchando,
Va siempre en ella el sol reverberando.

Así suele al principio del verano,
De las grullas el número infinito
Pasar volando por el aire vano,
Dejando atrás el caluroso Egito.
Bien concertado el escuadron ufano,
Con alegre clamor y ronco grito,
Ya el mar inmenso y ya la tierra asombra,
Vuelve atrás de él la fugitiva sombra.

Hasta que habiendo el mar atravesado,
Para en los reinos del Oriente frio,
Adonde de los hielos desatado
Hallan ya cada arroyo y cada rio;
En cuyo alegre sitio, acommodado
Para el rigor del caluroso estío,
Pasan hasta que el tiempo les obliga
A buscar la templada tierra amiga.

En tanto pues que el campo va marchando
Por aquella intricada selva obscura,
De nuevo el Rey, de Hisipile mirando
La grave honestidad y hermosura;
Cercado de los grandes, y estribando
De Polinice en una lanza dura,
A la sombra y al pié de un roble puesto,
Con alma y lengua sábia dijo aquesto:

«¡Oh tú, ninfa gentil, á quien la vida
Un infinito número debemos,
Honra que pudo ser apetecida
Del mayor Dios que respetar solemos;
Porque despues con alma agradecida
Beneficio tan grande te paguemos,
Cuéntanos quién aquel tu padre ha sido,
Cuál fué tu patria y cómo aquí has venido.

»Que bien se echa de ver en la aparencia
Y de tu bello rostro en las señales,
Que no debe de ser tu decendencia
Léjos de las deidades celestiales;
Que aunque de la fortuna á la inclemencia,
Que pasa tan de espacio por los males,
Te haya quitado el bien, en tu tristeza
Aun resplandece una real grandeza.»

Hisípile un gemido congojoso
Dió, en lugar de respuesta, oyendo aquesto,
Y de lágrimas lleno el rostro hermoso,
Un poco enmudeció con llanto honesto.
Y al fin ha respondido: «Oh rey famoso,
Renovar mandas un dolor funesto,
Las furias y de Lémnos la caida,
Por una gran maldad jamás oida.

»El desastrado fin de los maridos,
Con armas vergonzosas degollados,
Y en sus lechos y tálamos vencidos,
Campos á mejor guerra dedicados.
Mas ¡ay! que se renuevan mis gemidos,
El horror y temores ya pasados;
Que en pensar en aquel atrevimiento
Un nuevo hielo en mis entrañas siento.

»¡Oh hembras! ¿á quién pudo el hado fiero
Dar para tanto mal tanta osadía?
¡Oh tiempo por mis glorias tan ligero!
Oh cielo, oh padre amado, oh noche fria!
Yo soy aquella (y confesarlo quiero
Porque estiméis en mas la piedad mia)
La que escondió su padre, y pudo tanto,
Que le dió vida con fingido llanto.

»Mas ¿de qué ha de servir mi triste historia,
Si os dan priesa las armas y os detengo,
Y yo fatigo en vano la memoria
Cuando remedio en mi dolor no tengo?
Solo os quiero decir, para mi gloria,
Que aunque á servir al rey Licurgo vengo,
Soy, porque mi bajeza mas espante,
Hisípile, engendrada de Toante.»

Lleno de admiracion el rey aqueo
Y los demás, las cejas enarcaron,
Y digno su valor del gran trofeo
De haber salvado un campo lo juzgaron.
Todos al punto, con igual deseo
De saber sus desdichas, le rogaron
Cuente su pena y su dolor prolijo,
Principalmente el Rey, que así le dijo:

«Antes yo te suplico que prosigas
Desde el principio el desdichado cuento,
Y los gemidos de tu gente digas,
Y glorias de tu noble atrevimiento,
La maldad de las hembras enemigas,
Y deste tu destierro el fundamento;
Que suelen descansar los desdichados
Cuando sus males son comunicados.

»Y en tanto que tu mal y desventura
Contando estás, el campo irá marchando,
Y de aquesta intricada selva obscura
El horror y aspereza atrás dejando.»
Aquesto dijo; y á la tierra dura
Ella los ojos tristes inclinando,
Señal de su dolor y su vergüenza,
Tras de un largo suspiro así comienza:

«A Lémnos (oh famoso rey aqueo),
Isla un tiempo dichosa y respetada,
Y ya por un delito horrible y feo
Desierta, miserable y desdichada,
Con sus olas azota el mar Egeo,
Y con su cumbre, al cielo levantada,
Atos le hace sombra, excelso monte,
El mas alto que ve nuestro horizonte.

»Descansar suele en ella el dios herrero
Cuando del fuego de Etna está cansado,
Asa la tierra enfrente el Trace fiero,
Por fatal enemigo á Lémnos dado.
De aquí nació el succeso lastimero
Y el gran rigor del enemigo hado,
Y ver desierta una isla tan famosa,
Rica un tiempo de hijos y dichosa.

»No fueron sus iguales Samo ó Delo,
Ni cuantas hay en el Egeo espumoso,
Por la fertilidad del rico suelo,
Con favorables aires venturoso;
Mas turbó al fin el enojado cielo
Su gloria, su ventura y su reposo,
No sin alguna culpa de la gente;
Que no castiga el cielo al inocente.

»Nunca algun fuego á Vénus encendimos,
Ni en su nombre algun templo levantamos,
Ni sé si de malicia le ofendimos,
O si con ignorancia le enojamos.
Al fin ningunas honras le hicimos,
Y su furor divino provocamos;
Que es bien que el hombre de pecar se guarde,
Pues tan cierta es la pena aunque se tarde.

»Tanto nuestra malicia ó nuestro olvido,
Y el dolor pudo tanto y sus pesares,
Que se mudó de rostro y de vestido,
Y de Pafo dejó los cien altares.
La cinta conyugal se ha desceñido,
Y sin que puedan himnos y cantares
Tenerla en Chipre, á Lémnos vino un dia,
No con las aves que regir solia.

»A media noche algunos la encontraron
Con grandes hachas de espantoso fuego,
Y que eran encendidas afirmaron
En las cavernas del infierno ciego,
Y que por la ciudad le acompañaron
Megera, Aleto y Tesifon, que luego
Con sus sierpes entrando en nuestros techos,
Inficionaron tálamos y lechos.

»Y con ser á Vulcano dedicada,
Sin alguna piedad de tantos males,
La ciudad entregó la diosa airada
Al rigor de las furias infernales;
Quedó toda la tierra inficionada,
Y al momento ocupó nuestros umbrales
Un helado temor y un grande espanto,
Prodigios tristes del futuro llanto.

»Luego de Lémnos se apartó Himeneo,
Las gracias, el placer y la alegría,
Huyóse el tierno amor, murió el deseo
Y los regalos de la noche fria;
La discordia, el furor y el odio feo
Ocupan cada lecho, y ya no habia
Del matrimonio y de su ley cuidado,
Ni sueño con abrazos regalado.

»El principal amor de los varones
Era ocupar de Tracia la ribera,
Y domar con armados escuadrones
El gran furor de aquella gente fiera,
Sin que en sus tan helados corazones
Memoria alguna de su patria hubiera,
Adonde como huérfanos crecian
Los hijos, que aun apenas conocian.

»Y mas preciaban el invierno duro,
Con tener á sus casas tan vecinas,
Pasar debajo del helado Arturo
Al hielo eterno y nieves repentinas,
Y gozar siempre el sueño mal siguro
Al son de algun arroyo y sus ruinas,
Y en la siempre nevada, inculta tierra
Descansar del trabajo de la guerra.

»En Lémnos las mujeres entre tanto
Las horas largas de la noche fria
Gastaban sin dormir, llorando tanto,
Que siempre vió su pena el nuevo dia;
No yo participaba de su llanto,
Que en tierna edad y en libertad vivia,
Y ellas, mirando á Tracia eternamente,
Trataban del descuido de su gente.

»Claro el cielo, sin nubes y sereno,
Y el sol estaba en medio su carrera,
Y cuatro veces un terrible trueno
Estremecerse hizo la ribera,
Cuatro la tierra de su hondo seno
Vomitó fuego, que subió á su esfera,
Y el mar, sin vientos provocada á guerra,
Con montes de agua fatigó á la tierra.

»Cuando Polijo, ya de edad madura,
No á salir de su casa acostumbrada,
Por la ciudad de tanto mal sigura
Vuela con furia horrenda, acelerada;
Aquí y allí los pasos apresura,
Llamando en cada puerta, aunque cerrada,
Y junta, recordando á las dormidas,
Cabildo de mujeres afligidas.

»Como furiosa bacanal tebana,
Que el ronco son del atabal incita,
Y llena de su dios, va tan ufana,
Que en su mismo furor se precipita;
Así con voz horrible y lengua insana,
Con inflamado rostro airada grita,
Y á sus hijos llevando en compañía,
Corre por la ciudad, de hombres vacía.

»Al punto, oyendo su clamor, salimos,
No menos diligentes y turbadas,
Y de Pálas al templo á parar fuimos,
De su furor y de su voz guiadas;
Donde sin algun órden estuvimos
Viejas, mozas, doncellas y casadas,
Corriendo de aquí veinte y de allí ciento,
Llenas de admiracion y sin aliento.

»En medio pues de un número infinito
Mujeril vulgo, atónito y confuso,
En alto la inventora del delito,
Donde pudiesen escuchar, se puso,
Y dando luego un espantoso grito,
Mandó callar, y su maldad propuso,
Desnudando una espada que ceñida
Trujo aquella, de tantos homicida.

»—Viudas, dice, de Lémnos, que llorando
Gastais la vida y consumis los años,
Entre inútiles quejas esperando
Remedio alguno para tantos daños,
Si os van las esperanzas engañando,
A pesar de tan claros desengaños,
Oid, oid, que el cielo ya os procura
Remedio para tanta desventura.

»Arduo es el caso, mas si os pesa tanto
De estar en soledad eternamente
Y de pasar la mocedad en llanto,
Estéril flor que vuestro daño siente,
Ya por inspiracion del cielo santo,
Que desdicha tan larga no consiente,
He hallado una traza que renueve
Amor y matrimonio en tiempo breve.

»Cobrad valor, esfuerzo y osadía
Que á vuestra pena iguale en la grandeza,
Y dejad vuestra antigua cobardía,
Vuestro temor y natural flaqueza;
Pero primero preguntar querria
Qué lecho en esta general tristeza
Se ha visto alegre y tan dichoso ha sido
Que alguna oculta gloria haya tenido.

»Qué tálamo se ha visto acompañado
Sino de llanto y sueño congojoso,
O qué pecho se ha visto regalado
Al blando fuego del querido esposo;
Que vientre al heredero deseado
Sintió crecer, si fué tan venturoso,
Quien en tres años, y se llega el cuarto,
A Lucina llamó para su parto.

»Crecer las aves y las fieras vemos
Con regalos de amor y paz iguales,
Y nosotras, oh flojas, ¿no podemos
Gozar lo que las aves y animales?
¿Agravio tan injusto padecemos
Y hay sufrimiento para tantos males,
Pudiendo remediar con noble furia
Nuestro dolor y castigar la injuria?

»Dió Danao á sus hijas atrevidas
Traidoras armas para tantos daños,
Y vió romper el hilo á tantas vidas,
Alegre en su venganza y sus engaños;
Y ¿nosotras, cobardes y encogidas,
Vivimos agraviadas tantos años,
Con dolor inmortal y en llanto eterno,
Vulgo en efecto flojo y sin gobierno?

»Y si quereis ejemplo mas cercano,
Ved lo que Progne en su venganza ha hecho,
Pues ella propria con osada mano
Rompió del hijo amado el tierno pecho,
Y despues en la mesa del tirano,
Vengando el grande agravio de su lecho,
Alegre en su crueldad y en su osadía,
Comió del hijo que guisado habia.

»Si al fin os puede dar la desventura
Justo rigor que á la venganza cuadre,
No seré mas piadosa ó mas sigura,
Pues soy de tantos infelice madre;
Que á cuatro que he parido en suerte dura,
Regalo un tiempo del ausente padre,
Yo misma muerte les daré en mis brazos,
Sin que me estorben lágrimas ni abrazos.

»Sus pechos pasaré con duro acero,
Y de mis cuatro hijos, homicida,
La sangre mezclaré, y al padre fiero
Encima de ellos quitaré la vida;
Yo la venganza empezaré primero,
¿Cuál para tantas muertes, atrevida,
Tiene valor y me promete ayuda,
De furor llena y de piedad desnuda?—

»Así iba su maldad encareciendo,
Y luego divisamos una armada
En alta mar, que al sol resplandeciendo,
Vimos que era la tanto deseada.
Polijo, la ocasion al punto asiendo,
Prosiguió mas alegre y confiada:
—¿No veis que el mismo cielo os favorece,
Que vió el dolor, y la venganza ofrece?

»Algun dios vengativo y soberano
Ha movido esta armada de repente
Para que con valor y osada mano
Vengueis vuestros agravios en su gente;
No fué la imágen de mi sueño en vano,
Que á Vénus vi en mi lecho claramente,
Que en el silencio de la noche fria
Desnudando una espada, así decia:

»—¿Por qué perdeis la edad que vale tanto
Con inútiles quejas y gemidos?
Vengad la injuria y mitigad el llanto,
Y los lechos purgad aborrecidos;
Que yo despues el matrimonio santo
Renovaré, y os buscaré maridos
Con quien, al fin de tanta desventura,
Alegres viviréis, en paz sigura.—

»Esto diciendo aquesta espada, aquesta,
Al apartarse me dejó en la cama;
¿Qué aguardais, si la injuria es manifiesta
Y el mismo tiempo á la venganza os llama?
La armada viene en ocasion funesta,
Donde cada marido, sigun fama,
Porque os aflija mas vuestra desgracia,
Trae la amiga que ha tenido en Tracia.—

»De este mayor estímulo incitada,
Clamó la turba y retumbó la tierra,
Pareció Lémnos otra Scitia helada,
Llena de los tumultos de la guerra,
Cuando en cada amazona alborotada
Marte su fuego y su furor encierra,
Y su armado escuadron la forma tiene
De nueva luna, que creciendo viene.

»Fácil resolucion el caso tuvo;
Tanto su rabia entre los celos crece,
Que nadie en resolverse se detuvo,
Con la ocasion que el tiempo les ofrece;
Al fin, un furor mismo en todas hubo,
Ni (como en otras juntas acontece,
Donde siempre es el vulgo incierto y vario)
Hubo entre tantas parecer contrario.

»Y sin hacer alguna diferencia
De edad ó parentesco el furor ciego,
Quieren que se ejecute la sentencia
De la noche primera en el sosiego;
Con igual rabia y bárbara inclemencia
Todas á muerte condenaron luego
Padres, hijos, hermanos y maridos,
Y á todos igualmente aborrecidos.

»De obscuridad y de espesura tanta
De Pálas junto al templo un bosque habia,
Que no admite del sol la lumbre santa
Y es casa eterna de la noche fria;
Encima un alto monte se levanta,
Que no deja en el bosque entrar el dia,
Y como el monte al sol la entrada impide,
Doblada obscuridad horror le añide.

»Aquí con juramento confirmaron
Su maldad, sus desdichas y sus males,
En el cual á Proserpina invocaron
Y á las demás deidades infernales;
No en este sacrificio horrendo usaron
De sangre acostumbrada de animales;
Que para él con infame regocijo
La mujer de Caropo ofreció el hijo.

»Atiza su furor y atrevimiento
Vénus, facilitando lo imposible,
Ella les da las armas, y al momento
Todas las tiñen con rigor terrible;
Las diestras juntan y hacen juramento,
Con viva sangre en sacrificio horrible,
Y la alma, de su cuerpo desatada,
Volaba en torno de la madre airada.

»¡Cuál me vi al triste caso! ¡qué afligida!
Qué sin color! y el corazon ¡qué helado!
Cual cierva que, de lobos perseguida,
El pecho sin valor y acobardado,
Al veloz curso encomendó su vida,
Y habiéndola el temor precipitado,
Ya escucha de los perros el estruendo,
Y ya, ya piensa que le van asiendo.

»Llega la armada, al fin, á la ribera,
Y de una competencia alegre llena,
No hay nave que no quiera ser primera
En allegar á la enemiga arena;
Dichosa gente si la guerra hubiera
Dado la muerte honrada en patria ajena,
O se la diera el mar entre sus senos,
Piadosa mas y miserable menos.

»Salvos para su mal llegan, y luego
Van á cumplir los prometidos votos,
Sube de cada altar el humo ciego
Entre himnos mill alegres y devotos;
Mas, negro y espantoso cada fuego,
Prodigio fué de nuevos alborotos,
Y los sacrificados animales
Avisos dieron de futuros males.

»Tarde llegó la obscura noche fria,
Que, de lástima Júpiter movido,
Alargó el tiempo al fugitivo dia,
Hasta que fué del hado prohibido;
Y ya que al mundo el sol bajado habia,
No luego las tinieblas han salido
A espacio, el ciego horror salió tras ellas,
Y mas tarde que nunca las estrellas.

»Pero no alguna lumbre á Lémnos dieron,
Por no ver tantas muertes y ruinas,
Paro y Taso á su luz resplandecieron,
Y las espesas Cicladas vecinas;
A Lémnos solamente no pudieron
Ver al pasar las naves peregrinas;
Que encima de sus casas puso el cielo
De niebla espesa un ciego y triste velo.

»Por los templos y bosques derramados,
Gastaron parte de la noche obscura
En juegos y banquetes regalados,
Bebiendo en oro rico y plata pura,
Y en contar, en las mesas recostados,
Los varios casos de la guerra dura,
Lo que en el Emo y Estrimon hicieron,
Y batalla que en Ródope tuvieron.

»Oyendo los trabajos de su gente,
Estaban ricamente aderezadas,
Las casadas con ánimo impaciente,
Aunque de sus maridos abrazadas;
Que Vénus esta noche solamente
En sus últimas horas desdichadas,
Les dió una breve paz y un sueño breve,
Deshecho luego, como al sol la nieve.

»Con el silencio al fin llegó el sosiego,
Instrumentos y músicas callaron,
Sosegó de la noche el rumor ciego,
Y banquetes y juegos se acabaron;
Mojado en Aqueronte salió luego
El sueño, y desde allá le acompañaron,
Por triste comision del hado fuerte,
El horror y las sombras de la muerte.

»Con alas llenas de infernal rocío
Abraza la ciudad perecedera,
Teatro infame, de piedad vacío,
Para la gran tragedia lastimera;
Vierte en ella del cuerno el ocio frio;
Que diferente en los efectos era,
Pues derramado sobre tanta gente;
Durmieron los varones solamente.

»Las mujeres en tanto están velando,
Para la gran maldad apercebidas,
Y las parcas apriesa devanando
La no cumplida edad de tantas vidas;
La hora al fin de tanto mal llegando,
Como infernales furias atrevidas,
Dan muerte esposa, hermana, hija y madre
Al marido, hermano, al hijo y padre.

»No por los campos de la Scitia helada
Fieras hircanas tigres encerraron
De diferente suerte la manada,
Que en habiendo parido, procuraron
Por volver con la presa deseada
A los tiernos hijuelos, que dejaron
Con la primera hambre y sed gimiendo,
Y de las ubres el licor pidiendo.

»De tanto caso atroz y desdichado,
No sé cuál diga ó cuál primero cuente:
Sobre muchos tapetes recostado,
Con guirnalda de ramos en su frente,
Estaba el bello Elimo sepultado
En vino, y Jorge temerariamente,
Desocupando el infelice lecho,
Todo un cuchillo le escondió en el pecho.

»Huye del triste el sueño, y ya despierto
Aun no del todo, aunque mortal rendido,
Turbado abraza al enemigo incierto,
Para mayor dolor ya conocido;
Ella otra vez al cuerpo casi muerto
El hierro en las espaldas le ha escondido,
Pasando al pecho la herida ciega,
Hasta que al suyo con la punta llega.

»El blando, aunque muriendo, todavía,
Y sobre el lecho boca arriba puesto,
Turbada vista á su mujer volvia
Con tierno amor en vano manifiesto;
«Jorge, muriendo dice, Jorge mia,»
Y apenas pudo pronunciar aquesto,
Y lleno ya de muerte el rostro bello,
Soltó los brazos del injusto cuello.

»No el estrago, aunque grande, horrible y feo
Del vulgo contaré, que solamente
Mi pena y mi dolor contar deseo,
La muerte y desventura de mi gente;
Cuál á Cidon y cuál vide á Crineo,
Que por desocupar la blanca frente,
El cabello dorado que tenia
A las espaldas esparcir solia.

»Ambos, pero bastardos, mis hermanos
Conmigo á un pecho mismo se criaron,
De Lémnos los mejores cortesanos,
Y en vida y muerte en todo se igualaron;
Que esta noche los hados inhumanos,
Porque nacieron juntos, acabaron,
Por una mano á un tiempo y de una suerte,
Sus verdes años con injusta muerte.

»Dió muerte Mirmidona al fuerte Gia,
De quien fui un tiempo prometida esposa,
Y rindió el mucho esfuerzo y osadía
Que alguna vez me tuvo temerosa;
A Opopeo, que bailando visto habia,
Por manos de su madre vigurosa,
Entre los instrumentos lo vi muerto,
Con bárbara crueldad el pecho abierto.

»Muestra su amor y su piedad en vano,
Llora Licaste y con dolor suspira,
El rostro viendo á Cidimion, su hermano,
Donde su propria semejanza mira;
Ve el cabello que siempre con su mano
Ella adornaba, y de su error se admira,
Y sin aliento y de piedad cobarde,
Suelta el cuchillo, arepentida, tarde.

»Pero su madre, bárbara, inhumana,
Que de sus tiernas lágrimas se ofende,
Con extraño rigor y furia insana
Le riñe, la amenaza y reprehende;
Despues la anima en su maldad ufana,
Hasta que al fin en su furor la enciende,
Dándole su cuchillo, que teñido
Ella trujo en la sangre del marido.

»Cual fiera muchos años encerrada,
Y ya domesticada y sin fiereza,
Que no quiere volver, aunque incitada,
A su olvidada natural braveza,
Y niega, aun de su dueño amenazada,
El furor que le dió naturaleza,
Hasta que, de temor ó con la injuria,
Cobra su natural antigua furia.

»Tal Licaste, por fuerza ya movida,
Cayendo encima del hermano amado,
Con el cuchillo le quitó la vida,
Habiendo el hierro al corazon hallado;
Y ella, besando luego la herida,
Sobre el difunto cuerpo desangrado
Quedó, tiñendo en sangre el rostro bello,
Despedazando en vano su cabello.

»Quedé, esto viendo, atónita y turbada,
Y luego vi que Alcimide traia
Del padre la cabeza desangrada,
Que casi viva y murmurar se via;
Muda mi voz y al paladar pegada,
Quedé como si fuera piedra fria;
Erizóse el cabello, helóse el pecho,
Cual si yo aquel delito hubiera hecho.

»De mi espada el acero aun no manchado
Volví á mirar temblando, y al instante,
Con el miedo y horror de aquel pecado,
Me acordé de mi padre el rey Toante;
Vuelo al punto con paso acelerado,
Temiendo en él desdicha semejante,
Y halléle acostado, aun no dormido,
Atónito escuchando el gran ruido;

»Que aunque la casa retirada estaba,
Llegaba, aunque confuso, allá el estruendo,
Y en el real palacio retumbaba,
En suspiros envuelto, un son horrendo;
La causa de las voces inoraba,
Y entre sí mismo estaba revolviendo,
Viendo el sosiego de la noche roto,
Qué rumor fuese aquel ó qué alboroto.

»La causa al punto y la maldad le cuento;
—Sígueme, digo, oh padre miserable,
Que para su rigor y atrevimiento
No hay ya remedio alguno saludable;
Y si nos detenemos, al momento
Vendrá escuadron de gente inexorable,
Y morirémos ambos; huye luego,
Antes que llegue á tu palacio el fuego.—

»¡Cuál quedó el triste viejo con aquesto,
Viendo el peligro y la salida incierta!
Al fin desocupando el lecho presto,
Salió tras mí por una oculta puerta;
Y aunque huyendo del rumor funesto,
Montones vimos de la gente muerta;
Que la tiniebla de la noche obscura
Para encubrirnos fué nube sigura.

»Vense los viejos nobles matizando
Las canas en su sangre derramada,
Y muertos los mancebos que triunfando
Ayer entraron de la Tracia helada,
Y niños inocentes palpitando,
Del cuerpo el alma apenas desatada,
Muertos por madre bárbara, atrevida,
En el umbral primero de la vida.

»Cabezas de sus cuerpos divididas
Se ven, y pechos con rigor rompidos,
Y en otros ocupadas las heridas
De los infames hierros atrevidos;
Rotas lanzas y espadas ya teñidas,
Con hierro destrozados los vestidos,
Y tazas, con el grande desatino,
Llenas de tanta sangre como vino.

»Las tristes almas por el aire vago
En torno de sus cuerpos van gimiendo;
Y ellos de sangre y vino un grande lago
Sobre la dura tierra están haciendo;
Entre la confusion de aquel estrago
Pudieron verse algunos que cayendo
Sobre sus tazas, al morir vertian
El mismo vino que bebido habian.

»Tal de Osa en la nevada cumbre cana
Su pobre mesa alguna vez miraron
Los lapitas teñida en sangre humana,
Que sus proprios hermanos derramaron,
Cuando de los centauros la ira insana,
Ya encendidos de vino, provocaron,
Y arrojando los vasos en la tierra,
Hacen sobre las mesas cruda guerra.

»Yendo, de ver tan grande desventura,
Atónito y medroso mi Toante,
El aire serenó una lumbre pura,
Llena de oculta gloria radiante:
Huyó de entorno la tiniebla oscura,
Y luego habiendo puéstose delante,
Vimos que era el dios Baco claramente,
Aunque de hábito extraño y diferente.

»No de yedra inmortal corona puesta,
Ni el verde adorno de que usó contino
Le vimos, porque en noche tan funesta
Quiso privarse de su honor divino;
Sin pámpanos su frente y descompuesta,
Al gran peligro de su hijo vino,
Y así, delante de mi padre puesto,
Vertiendo indigno llanto, dijo aquesto:

»—Mientras el hado y la enemiga suerte
Te dieron el gobierno de esta tierra,
Isla grande, famosa, rica y fuerte,
De extranjeros temida en paz y en guerra,
Y las parcas, hermanas de la muerte,
Por quien la paz de Lémnos se destierrá,
No hilaron estambre diferente,
Tuve de tí cuidado eternamente.

»Testigo me es el cielo soberano,
Que mis llantos y mis ruegos ha sabido,
De todo cuanto hice y dije en vano,
Mas nunca fuí de Júpiter oido;
Que á Vénus el rigor del hado insano,
Y Jove de sus lágrimas vencido,
O de su hermosura peregrina,
Le dieron el honor de esta ruina.

»Huye y al hado inexorable y duro
El cetro rinde y majestad primera;
Y tú, para que salga mas siguro,
Lo lleva (oh sangre nuestra verdadera)
Por donde se divide el viejo muro
En dos brazos que van á la ribera;
Que á Vénus en esotra puerta añide
Fuego, rigor y la salida impide.

»Allí mas encendida y mas airada,
Donde retumba aquel confuso estruendo,
Allí entre las mujeres corre armada,
Su rabia y su furor favoreciendo;
¿Qué enojo á Vénus le ciñó la espada,
Y quién le dió de Marte el fuego horrendo?
Tú pues al mar entrega el padre amado,
Que de su vida yo tendré cuidado.—

»Dijo; y volando por el aire vano
Con rastro largo un resplandor divino,
Cual de estrella que corre en el verano,
Alegró el viento y descubrió el camino;
A la luz de aquel rayo soberano
Llegamos brevemente al mar vecino,
Y en llegando, hallamos á la orilla,
Aunque dentro del agua, una barquilla.

»No los abrazos y el alterno llanto
Podré contar; que al tiempo del partirse
Fué nuestra pena tal y el dolor tanto,
Que ninguno acertaba á despedirse;
Y cuando adelgazando el negro manto
La noche, el alba comenzó á reirse,
Entró en el mar, y yo quedando á solas,
De llanto otro mar hice y otras olas.

»A los vientos y al agua lo encomiendo,
Y á los dioses del mar y al cano Egeo,
Que siempre está las Cicladas ciñendo,
Pido que favorezcan mi deseo;
Vuela la barca al fin, que iba huyendo,
Y ya que con los ojos no la veo,
De ellos haciendo un caudaloso rio,
Tras de un sospiro el corazon le envio.

»Mill cosas revolviendo, allí me quedo,
En el dios Baco apenas confiada,
Que no apartarme de la orilla puedo,
Del gran temor atónita y helada;
Ni pude sosegar ni perdí el miedo
Hasta que ya la noche retirada,
Y del todo la aurora manifiesta,
Volví llorando á la ciudad funesta.

»Salió por los balcones del oriente,
Lleno de luto y vergonzoso el dia,
Y el sol de nubes coronó su frente,
Por no ver tanto estrago y osadía;
Vieron todas entonces claramente
El gran furor de aquella noche fria,
Y avergonzadas de su gran delito,
Se vió el gran daño en cada frente escrito.

»Cada mujer atónita y suspensa,
Rendido á tanto mal su furor ciego,
En tierra esconde su maldad inmensa
O la consume en presuroso fuego;
Vénus, ya satisfecha de su ofensa,
Nuestro vencido alcázar dejó luego,
Y las furias volvieron á su infierno,
Dejando en la ciudad un llanto eterno.

»Acabado el furor, el sentimiento
Encendió en otro fuego cada pecho,
Y otro nuevo linaje de tormento
Se vido luego en cada viudo lecho;
Su error, su ceguedad y atrevimiento,
Que conocieron tarde y sin provecho,
Pagan, y vierten lágrimas en vano,
Hiriendo el rostro con osada mano.

»Una ciudad antigua y populosa,
Rica de campos, de armas y varones,
Fuerte de sitio, en guerras venturosa,
Respetada de bárbaras naciones,
Por el triunfo de Tracia mas famosa,
Lleno de armas vencidas y pendones,
Sola quedó, sin hombres, y en un hora
Vencida se halló, de vencedora.

»Todos en sus entrañas los encierra,
No de aire inficionado consumidos
Ni del soberbio mar ó en dura guerra
Por enemigo campo destruidos;
No hay ya quien pueda cultivar la tierra,
Ni enfrenar á los traces atrevidos,
Ni quien pueda sulcar el mar vecino,
Que tanto respetaba el peregrino.

»Llenas de horror las calles y manchadas
De sangre que vertieron tantas venas,
Y solas nuestras casas desdichadas,
Mudas quedaron, de silencio llenas;
Cobardes hembras, en su daño osadas,
Solamente guardaban las almenas,
Y por los techos donde estar solian
Volar las almas y gemir se oian.

»Yo tambien, por fingir con triste pecho
La maldad que no hice, un grande fuego
Levanto, en forma de una tumba hecho,
A quien las armas de mi padre entrego;
El cetro encima y sus vestidos echo,
Y yo en tanto mirando el humo ciego,
Representaba mi fingida pena
Con un cuchillo tinto en sangre ajena,

»Con grande miedo y llanto verdadero
Mi fingido dolor y falso muerto
Lloré, rogando al cielo que este agüero
Fuese, á pesar de mi temor, incierto;
Que el mar y el viento en su favor ligero
Lleven mi padre á mas siguro puerto,
Y que el tiempo jamás para mi daño
Descubrir pueda mi piadoso engaño.

»Tan bien supe fingir, y lloré tanto,
Tal sentimiento y aparencias hice,
Que verdadero pareció mi llanto,
Y acreditada, mi temor deshice;
Causé con esto admiracion y espanto,
Y de manera á todas satisfice,
Que quieren que sea reina y que las mande,
Como quien hizo la crueldad mas grande.

»¿Qué pude yo hacer oyendo aquesto?
Negar no pude, que por fuerza diera
De mi engaño un indicio manifiesto,
Si el reino que me daban no admitiera;
Al fin el cetro recibí funesto,
Y al cielo mi inocencia verdadera
Represente para disculpa mia,
Pidiéndole perdon de mi osadía.

»Ya manifiesto el daño se parece,
Y ya se oyen mas claros los gemidos,
Crece el dolor y el sentimiento crece,
Que velando atormenta los sentidos;
Ya á Polijo la gente la aborrece,
Y son los sacrificios admitidos,
Y es lícito á la viuda desdichada
Jurar por la ceniza sepultada.

»Tal si leon de Masilia al toro osado
Da muerte y viuda á su manada deja,
Atónita en no ver su rey amado,
Triste gimiendo y sin honor se aleja;
Mudo el arroyo, el campo y el ganado,
Con muda voz parece que se queja,
Y que la yerba en su presencia verde
Siente su falta y su verdura pierde.

»Estando así nuestro dolor llorando,
Vimos romper el mar una galera,
Montes de espuma en torno levantando,
Que de los bravos argonautas era;
El mar con muchos remos azotando,
Volando se acercaba á la ribera,
Y era tal, que de léjos parecia
Que algun gran monte por el mar corria;

»O alguna de las Cícladas que siendo
Arrancada ó queriendo mejorarse,
Iba ligera por el mar corriendo,
Buscando algun lugar donde asentarse;
Cesando de los remos el estruendo,
Y comenzando el mar á sosegarse,
Oimos una voz dulce y sonora
Mas que de cisne que su muerte llora.

»Era, como despues se supo, Orfeo,
Que aquellos capitanes animaba,
Con tanta suavidad, que algun timbreo
Cuando ante Jove canta se igualaba;
En torno de la nave el cano Egeo
Con sus ninfas marítimas estaba,
Que suspensas al canto y voz suave,
Hacen corona á la famosa nave.

»Así entretiene el músico divino,
Cantando, aquellos nobles caballeros,
Que olvidan los trabajos del camino
Y no les dan temor los venideros;
Que de Cólcos el rico vellocino
Iban á conquistar aventureros
Y á pasar del Euxino el grande estrecho,
Con tantas islas á su entrada hecho.

»Como acercarse á nuestra orilla vimos
Tan bien armada la veloz galera,
Llenas de miedo y turbacion, creimos
Que de los traces enemigos era;
En gran tumulto atónitas corrimos,
Cual turbadas ovejas, la ribera,
O banda de palomas, que se asombra
Del aire de una voz ó de una sombra.

»A un gran muro que abraza el ancho puerto
Subimos y las torres ocupamos,
Y turbadas, sin órden ni concierto,
Las rocas y castillos coronamos;
Crece la confusion y el desconcierto,
Subiendo allá las armas que heredamos,
Viendo nuestra maldad y gran delito
Con tanta sangre en cada hierro escrito.

»Cuál cargada de piedras sube al muro,
Del trabajo primero fatigada,
Y cuál el tierno pecho en hierro duro
Encierra y ciñe la sangrienta espada;
Cuál el cabello rico de oro puro,
Hecho madeja, esconde en la celada,
Cuál viste al bello rostro un yelmo estrecho,
Cuál embraza un escudo y cubre el pecho.

»Pálas, mirando el escuadron armado,
Colorada se puso de vergüenza,
Y Marte desde el Ródope nevado
Con risa celebró su desvergüenza;
Y como no hay sin pena algun pecado,
Pues uno apenas á pecar comienza
Cuando castiga el cielo su osadía,
Nuestra maldad mas guerra nos hacia.

»No ya nave de Tracia solamente
Parece aquella de enemigos llena,
Sino del cielo, que jamás consiente
Delito alguno sin debida pena;
Y así, viendo en las armas la inocente
Sangre, helada la nuestra en cada vena,
Algun dios nos parece que ha venido
A darnos el castigo merecido.

»Ya estaban cerca de la orilla tanto,
Que de algun arco sacudida jara
Llegara á Lémnos, cuando el cielo santo
En negras nubes escondió su cara,
Con tanto horror, obscuridad y espanto,
Que rendida del sol la lumbre clara,
Y antes de tiempo ahuyentado el dia,
Ocupó el mundo la tiniebla fria.

»Negros parecen ya los elementos,
Y un color mismo el mar y el cielo tienen,
Y luego, llenos de furor los vientos,
Poco en su obscura cárcel se detienen;
Tocando temerosos instrumentos,
Despedazando los nublados vienen,
Rasgan el mar confuso, y á la tierra
Con negros torbellinos hacen guerra.

»Tanto su furia entre las hondas crece,
Que abierto el mar descubre el hondo suelo
O se sube á las nubes y parece
Que está colgado el mar del mismo cielo;
Gime el incierto leño y se estremece,
Y el que no há mucho ufano, de su vuelo,
Dejaba atrás el mismo viento, agora
Teme su furia y su mudanza llora.

»No de los medio dioses ha podido
La fuerza aprovechar; que el agua ciega
Los turba, y de los vientos sacudido,
El árbor á azotar la popa llega;
Los remos de las naves se han caido,
Y ya la nave al agua el lado entrega,
Ya al cielo sube y en un punto mismo
Se halla sepultada en el abismo.

»Nosotras, entre tanto que turbado
Anda en el agua el leño mal siguro,
Viendo enojado el mar y el viento airado
Desde el negado puerto y desde el muro,
Descargamos tambien con pecho osado
Torbellino de piedra y hierro duro;
Que hembras que una vez son homicidas,
¿Qué no harán sus manos atrevidas?

»Contra Peleo y Telamon en vano
(¡Qué temerario error!) nos atrevemos,
Y al mismo Alcides con osada mano
Tiramos flechas y herir queremos;
Ellos, que del rigor del mar insano
No pueden defenderse con los remos,
Divididos, á un tiempo hacen guerra
A los vientos, al agua y á la tierra.

»Parte resiste al gran furor del viento,
Parte del leño el mar en el mar echa,
Otros viendo del puerto el fiero intento,
Tienen de escudos una manta hecha;
Pero con el continuo movimiento
Del mar ningun ardid les aprovecha,
Que con la confusion y el grande aprieto,
Ni hay trazas ni remedio con efeto.

»Por varias partes con rigor deciende
De agua, de piedra y flecha un torbellino,
Que el cielo con sus nubes les ofende,
Y nosotras con armas de contino;
Y aunque mas se repara y se defiende,
Gimen las tablas del turbado pino,
Que con los grandes fuegos que arrojamos
Velas, madera y cuerdas le abrasamos.

»De esta manera el enojado cielo
Con nieve espesa el verde campo hiere,
Mueren las fieras por el blanco suelo,
Y el ave triste en vano volar quiere;
Los sembrados destruye el duro hielo,
Abrásase la flor, la yerba muere,
Resuena cada bosque, y cada rio
Corre furioso al mar con mayor brio.

»Pero luego aquel ánimo perdimos,
Que cayendo un gran rayo, un nuevo dia
Se vió en el mar, y con su lumbre vimos
Toda la gente que en el leño habia;
Los grandes marineros conocimos,
Helóse en cada pecho la osadía,
Y las ajenas armas mal regidas
Cayeron de las manos homicidas.

»Allí los hijos de Eaco se vian,
Y amenazando el muro el gran Anteo,
Ifis y Polifemo, que desvian
La nave de las peñas del Egeo;
Falero y Talaon se conocian,
Y el gran Alcides vencedor, Lerneo,
Que lleno de ira, al agua quiere echarse,
Asolar nuestros muros y vengarse.

»Entre todos Jason mas enojado,
Conocido despues para mi pena,
Ligero va del uno al ótro lado,
Viendo de confusion la nave llena;
Ya llama á Calain, que está ocupado
En ajustar las velas á la entena,
Ya con la mano y con la voz rogando,
A Ida y Meleagro está llamando.

»Ellos á un mismo tiempo hacen guerra
A los muros y al mar embravecido,
Mas ni ofenden sus armas en la tierra,
Ni refrenar las olas han podido;
Entre dos montes de agua el viento encierra
El fatigado leño mal regido,
Y Tifis, su patron, turbado, en vano
Voces da y hace señas con la mano.

»Esgrimiendo el timon en popa asiste,
Y incierto á cada paso muda intento,
Ya hácia estribor carga, y ya resiste
Hácia babor el gran furor del viento;
Ve que la nave en un escollo embiste,
Y pálido, confuso y sin aliento
El timon tuerce y apartar procura
La nave triste de la peña dura.

»Quitó á Mopso Jason, estando en esto,
De blanca oliva el ramo que traia,
Y en lo mas alto de la nave puesto,
Aunque la paz su gente prohibia,
Treguas pidió, y obedecido presto,
Descubrió alguna de su lumbre el dia;
Cesó la tempestad, cesó la guerra
De los vientos, del mar y de la tierra.

»Luego aquellos cincuenta caballeros
Siguros ferros á la nave echaron,
Y con toda la chusma y marineros
Nuestra ribera alegres ocuparon;
Retratos de sus padres verdaderos
En talle, frente y hábito mostraron;
Cesó nuestro terror y ellos perdieron
Las iras y el enojo que tuvieron.

»Así tal vez por fama se ha sabido
Dejar los dioses su estrellado cielo,
Cuando por su deleite han decendido
Del etíope al abrasado suelo;
Da lugar el arroyo mas crecido,
Suspende cada pájaro su vuelo,
Y en tanto que no vuelve el gran Tonante,
Respira un poco el fatigado Atlante.

»Sale de aquella nave el gran Teseo,
Por la jornada Marotonia ufano,
Luego los hijos de Aquilon y Orfeo,
Que despues á las traces rogó en vano;
Con Meleagro, el yerno de Nereo,
Y Admeto, á quien Apolo soberano
Nobleza mas y mayor fama ha dado,
Guardándole algun tiempo su ganado.

»En los dos hijos de Evalo se via
Tal igualdad en todo y semejanza,
Que no la vista conocer podia
Cuál mas valor ó mas belleza alcanza;
Un mismo adorno cada cual traia,
Y cada cual una fornida lanza,
Sin pelo cada cual el rostro bello,
Y oro parece en ambos el cabello.

»Sale Alcides, honor del campo griego,
Con tanta majestad, que al suelo espanta,
Pues parece que en él enciende fuego
Adonde asienta la pesada planta;
Hilas le sigue, aunque muchacho, luego,
Y apenas del Alcides se adelanta,
Y aunque sudando, alegre le llevaba,
Por ir honrado, la famosa aljaba.

»Apenas ocuparon la ribera,
Cuando se vido luego convertirse
Nuestro duro rigor en blanda cera,
Y con oculto fuego derretirse;
Que Vénus, que en su enojo persevera,
Y en nuestras nuevas lágrimas reirse
Quiere otra vez, nuestro dolor renueva
Con nuevo amor y desventura nueva.

»Hizo en esto tambien Juno su parte,
Con que mas se ablandó nuestra dureza,
Haciendo con oculta industria y arte
Mayor su majestad y real grandeza;
Parece armado cada cual un Marte,
Y el mismo dios de amor, en la belleza
Y las galas y adorno diferente,
Encendieron el fuego fácilmente.

»Abrense nuestras puertas, y á porfía
Recibe un nuevo huésped cada techo,
Ya nuevo fuego en cada altar se via,
Y no esperada gloria en cada lecho;
Llena ya de quietud la noche fria,
El sueño dulce poderoso hecho,
Las fiestas y banquetes renovados
Hicieron olvidar nuestros cuidados.

»Bien pienso que esta nueva desventura
Por órden de los dioses fué guiada,
Y si entender mi hierro por ventura,
Lleno de mil disculpas, os agrada,
Yo juro por aquella noche obscura,
Por la sangre y ceniza sepultada
De mis mayores, que al amor del griego
No me entregó jamás antojo ciego.

»De esta verdad el cielo es buen testigo;
Mas á engañar doncellas enseñado
Con falso amor estaba mi enemigo
Bello Jason, de tantas deseado;
Pues con aquel vigor que usó conmigo
Poco despues á Fásis ha burlado,
Y en Cólcos su belleza y sus engaños
La causa fueron de mayores daños.

»Del año breve el sol corrido habia
Todos los signos, y el templado cielo,
Con largos soles, de la nieve fria
Habia ya desatado el duro hielo,
Cuando con nuevo gusto y alegría
Se enriqueció de partos nuestro suelo,
Y Lémnos celebró con regocijos
Su nueva gloria y no esperados hijos.

»Yo tambien, ya que diez meses corrieron
De aquel forzoso matrimonio mio,
Dos hijos le parí á Jason, que fueron
Testigos de mi error y desvarío;
Cuatro lustros há justos que nacieron,
Que ya de conocerlos desconfío,
Y jamás he tenido nueva alguna
De su mala ó su próspera fortuna.

»El nombre del agüelo y mi esperanza
En uno renové, y en mi partida
Encomendé á Licaste su crianza,
Y al dios Baco el gobierno de su vida;
Llegó al fin otra vuelta la mudanza
De nuestra gloria, en pena convertida,
Y en lágrimas trocó la desventura
Aquella breve gloria mal sigura.

»Vióse despues el mar tan sosegado,
Tan favorable el viento, que parece
Que ya el leño se ofende en verse atado,
Y que el puerto y los ferros aborrece;
Viendo Jason el viento deseado
Que para su maldad favor le ofrece,
Llama su gente y su partida ordena,
Principio de mi llanto y de mi pena.

»Nunca yo lo hospedara en mi ribera,
Antes pluguiera al cielo soberano
Que de largo pasara y que se fuera,
Soplando en su favor el viento insano;
Pues no pudo ablandar un alma fiera
Su sangre ni su fe, jurada en vano,
Que el dorado vellon que á ganar iba
Apresuró su nave fugitiva.

»Ya que dejado al mundo el sol habia,
Y que en el arrebol del occidente
Serenidad al venidero dia
Pudo prometer Tifis fácilmente,
Otra desdicha y otra noche fria
De nuevo atormentó la triste gente,
Volvió el dolor y fueron los gemidos
En nuestros lechos otra vez oidos.

»Apenas se mostraba algun lucero,
Ya retirado el sol de nuestro mundo,
Cuando en la nave mi enemigo fiero
Su gente llama y rompe el mar profundo;
Asiendo un remo, el mar hirió el primero,
Y nosotras á aquel dolor sigundo,
Ya sin remedio en desconsuelo tanto,
Hicimos otro mar con nuestro llanto.

»Unas á un alto monte nos subimos,
Otras á los peñascos levantados,
Y desde allí volar el leño vimos
Con dos montes de espuma en ambos lados;
Hasta que al fin de vista lo perdimos,
Ya de mirar los ojos fatigados,
Cuando faltó la luz y parecia
Que la nave en el cielo se escondia.

»Poco despues abrió la desventura,
Para otras nuevas lágrimas camino,
Que en aquéste dolor aun no sigura,
Otro mayor á deshacerlo vino;
La fama pregonera en suerte dura
Por la enemiga voz de un peregrino
A Lémnos avisó del padre mio,
Que vivo estaba y era rey en Chio.

»Viendo que hice arder el falso fuego
Sin haber cometido algun pecado,
De nueva rabia instimulado luego,
Monstró en mí su furor el pueblo airado.
—¿Solamente ella (dice el vulgo ciego)
De la muerte á los suyos ha librado,
Y en tan grande delito, solamente
Tiene ella de preciarse de inocente?

»Todás en la ciudad habemos sido
Verdugos sin piedad de tanta vida,
¿Y ella sola entre tantas ha cumplido
Con llorar la maldad no cometida?
No es esto lo que el hado ha pretendido,
Ni ha sido por aquesto obedecida;
Que reina de nosotros la hecimos
Porque á sus falsas lágrimas creimos.—

»Crece el rumor, las voces y el estruendo,
Y llena de furor la gente fiera,
Con algun ejemplar castigo horrendo
Injusto premio á mi inocencia diera;
Mas viendo su rigor, salí huyendo,
De nadie acompañada, á la ribera,
Por donde de la misma desventura
Huyó mi padre aquella noche obscura.

»Pero no como entonces á librarme
Vino el dios Baco, mi paterno agüelo,
Y estando sin tener á quién quejarme,
Con tierno llanto humedeciendo el suelo,
Por donde no esperé vine á librarme
De tanto mal con otro desconsuelo,
Porque allí unos piratas me prendieron,
Y al rey Licurgo esclava me trujeron.»

Así la triste Hisípile contaba
Su mal presente y su pasada gloria,
Y el Rey, enternecido, la escuchaba,
Moviéndolo á piedad la triste historia;
Contando sus desdichas descansaba,
Y tanto ocupó en esto la memoria,
Que de sus nuevos males inorante,
Olvidó el tierno y desdichado infante.

El cual, en tanto que ella entretenia
Al Rey, su historia y su dolor contando,
El rostro y graves ojos revolvia,
Lleno de miedo, aquí y allí mirando;
Al tronco de algun roble ya se asia,
Y ya iba por las yerbas arrastrando,
Hasta que entre ellas se quedó dormido,
Ya fatigado y del temor rendido.

En esto una serpiente horrible y fiera,
De la tierra en sus senos engendrada,
Que santo horror de aquellos campos era,
Temida de la gente y respetada,
Atravesó buscando la ribera,
De la gran sed rendida y fatigada,
Lena la abierta boca de veneno,
Espuma negra de su hondo seno.

Con tres lenguas azota el corvo diente,
En tres blancas hileras dividido,
Lleva corona en la dorada frente
Y fuego en ambos ojos encendido;
Era reverenciada de la gente,
Porque en aquellos campos la han tenido
Por consagrada al Dios que en paz y en guerra
Era conservador de aquella tierra.

Y así con grande libertad corria
Todas aquellas selvas, visitando
Las pobres aras que en el campo habia,
Y de su dios los templos rodeando;
Mill injurias al monte le hacia,
Sus mas robustas plantas abrazando,
Y perdiendo la selva su espesura,
Gimen sus troncos en la tierra dura.

Muchas veces la vieron el estío,
Fatigada del sol, de calor llena,
Ambas orillas ocupar á un rio,
De la una atravesada á la otra arena;
Que mientras por gozar el humor frio
El curso eterno á la corriente enfrena,
Gran parte de su cuerpo atrás se deja
Y la cabeza coronada aleja.

Agora que á los ruegos obidiente
Del padre Baco, su caudal perdiendo
Y su honor cada arroyo y cada fuente,
Sus ninfas entre polvo están gimiendo;
Llena de mas furor la gran serpiente,
Secas sus fuentes conocidas viendo,
De su veneno seco el grande fuego,
En vez de espuma, arroja humo ciego.

Pasa buscando el agua fugitiva,
El estanque, la fuente, el lago, el rio;
Deja los llanós y á los montes iba,
Mas cada valle está de aguas vacío;
Ya incierta de sí misma, boca arriba
Se pone, procurando algun rocío,
Y ya en tierra la seca lengua imprime,
Rayendo el suelo, que abrasado gime.

La sed le aumenta el agua prohibida,
Y paga el campo triste su tormento,
Cae la yerba que, al pasar, herida
Deja el caliente, venenoso aliento;
La planta arranca al suelo mas asida,
Mata las aves y inficiona el viento,
Que es otro fuego que la tierra hiere,
A cuyo gran rigor el campo muere.

Tal es la que de estrellas adornada
Divide el cielo, y del helado Arturo
Hácia el polo contrario atravesada,
Parece que en el cielo pone un muro;
Y tal la que el Parnaso vió abrazada
A sus dos cumbres con estrago duro,
En quien de flechas Febo un monte ha hecho,
Con cien heridas fatigando el pecho.

¿Cuál Dios (niño pequeño) ó hado fiero
Enemigo tan grande te dió en suerte?
¿Tú de la vida en el umbral primero
Mueres á manos de enemigo fuerte?
Mas fué porque en el siglo venidero
Te dé mas fama la temprana muerte,
Pues cada tercer año eternamente
Tu sepulcro honrará la griega gente.

Con la cola al pasar la sierpe fiera,
Sin ver al triste infante que dormia,
Le tocó al tierno pecho de manera,
Que luego lo ocupó la muerte fria;
Mal formada al morir la voz postrera,
Dió un solo grito en que favor pedia,
Y sin ver al autor de sus enojos,
Solo para morir abrió los ojos.

El ama, descuidada y mal sigura
De tanto mal, escucha el triste acento,
Y luego adivinó su desventura,
Que un miedo helado la ocupó al momento;
Los piés en vano aligerar procura,
Ya sin valor, sin fuerza y sin aliento;
Que tal es su temor, su pena es tanta,
Que apenas mueve la turbada planta.

Los ojos á mill partes revolviendo,
Y hinchendo la selva de gemidos,
El niño busca, en vano repitiendo
Mill veces los vocablos conocidos;
La sierpe, sin curar de aquel estruendo,
La cola, piés y brazos encogidos,
Sin moverse, enroscada, á nueva guerra
Ocupaba gran parte de la tierra.

Viendo la sierpe el ama desdichada
Pierde el color, rendida ya á la pena,
Y á pesar del dolor la voz turbada,
Con un largo clamor la selva atruena;
Con él la griega gente alborotada,
De turbacion y sobresalto llena,
Por mandado del noble rey aqueo,
El caballo aguijó Partenopeo.

Corriendo el campo osado y diligente,
A contar la ocasion vuelve ligero,
Y luego, llena de furor la gente,
Corre airada á buscar el mónstruo fiero;
Herida con los rayos la serpiente
De tantas armas y de tanto acero,
Al estruendo y rumor de la floresta
Levanta el cuello y coronada cresta.

Echando por la boca un vapor ciego,
Que cual humo obscurece el horizonte,
Y por los ojos arrojando fuego,
Espera el gran furor de Hipomedonte;
El cual llegando al fiero mónstruo, luego
Levantó de la tierra un medio monte,
Digo, un grande peñasco que allí habia,
Y en el campo de término servia.

Cual peña por trabuco sacudida
Sobre las puertas del cercado muro,
Tal con mano robusta y atrevida
Arrojado voló el peñasco duro;
Negó la palma á su valor debida
La fortuna, que el mónstruo mal siguro
Torció el cuello, y del golpe se desvia,
Ya que la peña encima le caia.

Cayó el peñasco en vano, y al estruendo
Retumbó todo el campo de Nemeo;
Mas luego una gran lanza sacudiendo
El inhumano y fiero Capaneo,
«No de este golpe escaparás huyendo,
Dice, si no me engaña mi deseo;
Que aunque algun dios viniese á defenderte,
Y aunque seas algun dios, te daré muerte.

»Y ya pluguiese al cielo soberano
Fueras un dios en forma semejante,
Y vieras lo que puede un pecho humano,
Aunque encima llevaras un gigante.»
La lanza sacudida de la mano
Brava, robusta, osada y arrogante,
Las escamas rompiendo en vano duras,
De la lengua cortó las ataduras.

Rasga el duro celebro el hierro osado,
Y pasándole el cuello fácilmente,
Paró en la seca tierra, y enclavado
El pescuezo quedó de la serpiente;
La asta hecha penacho se ha arrimado
A la corona de la altiva frente,
Y aun no el dolor, aunque tan grande ha sido,
Correr todos los miembros ha podido.

La lanza con mill vueltas abrazando,
Mas se fatiga en vano y mas se aqueja,
Y arrancándola al fin, huyó volando,
Y humilde y ya mortal de allí se aleja;
Y de su dios las aras rodeando,
En su muerte parece que se queja,
Y rendida al dolor, la tierra mide,
Con tristes silbos que al morir despide.

Lloráronlo las ninfas, que de flores
Su altiva frente coronar solian,
Y olvidando los faunos sus amores,
Con ellas tristes lágrimas vertian;
Los dioses de aquel campo moradores
Romper guirnaldas y gemir se oian,
Y al fin toda la selva de Nemeo
Llorando se quejó de Capaneo.

Y ya por castigarlo habia pedido
Algunos de sus rayos á Vulcano
El padre de los dioses, ofendido
Con las blasfemias del guerrero insano;
Pero menor la causa ha parecido
Que el gran castigo de su armada mano;
Y así, los rayos que pedido habia
Los quiso reservar para otro dia.

Solo con un relámpago, que vino
A abrasar el penacho en la celada,
Dió indicio claro del furor divino
A que lo provocó su lengua osada;
En tanto abriendo á un nuevo mal camino,
Viendo la selva ya desocupada,
Hisipile los pasos apresura,
Buscando su dolor y desventura.

De léjos mira un bulto pequeñuelo,
Y yerba en torno, en sangre mal teñida,
Y cual de rayos abrasado el suelo,
Y en ceniza la tierra convertida;
Trueca su curso en presuroso vuelo,
De mayor pena y miedo sacudida,
Y al fin llegó, de nueva angustia llena,
A conocer su imaginada pena.

¿Quién en tan grande mal y en dolor tanto
Acertara á contar su sentimiento?
No tuvo algun humor para su llanto,
Que en sus entrañas lo encerró el tormento,
Ni voz para quejarse al cielo santo;
Mas cayendo turbada y sin aliento
Sobre el niño que estaba boca arriba,
Con besos busca el alma fugitiva.

No en su lugar la boca habia quedado,
Ni el pecho estaba adonde estar solia,
Que de su tierna carne despojado,
Estatua de otro cuerpo parecia;
Solos al fin los güesos ha hallado,
Y tal quedado el tierno cuerpo habia,
Que pudiera afirmar, segun lo vido,
Ser mayor la herida que el herido.

Como cuando culebra cautelosa
Despojado el caliente nido deja,
Y con los pajarillos, perezosa,
Del tronco y nido que robó se aleja;
La madre cuando vuelve, congojosa,
Llena de espanto, en torno dél se queja,
Y viendo en él aquel silencio nuevo,
Descarga el pico del inútil cebo.

Ya pendiente del aire está vacío,
Y ya sentada en una y otra rama,
Con triste son y con arrullo pio
A sus amados pajarillos llama;
Ya vuelve á visitar el nido frio,
Y viendo sangre en la desierta cama,
Y volando las plumas por el suelo,
Suelta la voz y se querella al cielo.

Así la triste Hisípile, cogiendo
Las míseras reliquias y despojos
Del infelice infante que, muriendo,
La historia renovó de sus enojos,
A su lengua la voz restituyendo,
Y llenos ya de lágrimas los ojos,
Rompió las fuerzas del dolor funesto,
Y entre muchos sollozos dijo aquesto:

«¡Oh imágen de mis hijos verdadera,
Y alivio en el eterno desconsuelo
De mi negada patria, por quien era
Honra el servir y el padecer consuelo!
¿Cuál enemigo dios, qué parca fiera,
Qué infierno ha hecho, ó qué enojado cielo,
Tal estrago en tu cuerpo y en mi gloria?
¿Quién renovó de mi dolor la historia?

»¿Eres tú aquel que sobre el seco prado
Alegre y retozando dejé agora?
¿Qué es de tu rostro, como el sol rosado,
Y las mejillas que invidió la aurora?
Qué es del hablar risueño, mal formado?
¿Adónde está la voz dulce y sonora
Que muda, mill palabras me decia,
Que nadie ¡ay triste! sino yo entendia?

»¡Qué de veces el largo y triste cuento
De Jason y de Lémnos te contaba,
Y te hallaba á mi dolor atento
Cuando con mis querellas te arrullaba!
Con esto descansaba en mi tormento,
Y así mis desventuras consolaba,
Y ya te daba el pecho, cual si fuera,
Ama no, sino madre verdadera.

»Ya en vano el blanco y húmido rocío
Me sobra para quien ¡ay sin ventura!
Ya conozco el rigor del sueño mio,
Que me pronosticó mi desventura;
No fué vano el nocturno miedo frio
En el silencio de la noche obscura,
Que á Vénus vide al fin, que eternamente
Fué para mis desdichas diligente.

»Mas ¿por qué mi descuido y mi pecado
Atribuyo á los dioses celestiales?
Yo te dejé al rigor del duro hado,
Yo sola fuí ocasion de tantos males,
Quien puso tal olvido en mi cuidado;
Mas ¿han de ser mis penas inmortales?
¿Tienen de ser eternos mis dolores?
¿Qué procuro disculpa en mis errores?

»Si he de morir, ¿qué temo, y no confieso
Desnuda la verdad de mi delito?
Mi ambicion fué el autor de aqueste exceso,
En tanto que mis males resucito;
Yo por contar de Lémnos el proceso
Fuí causa de este mal, que es infinito;
Mi gran piedad ha hecho aqueste estrago,
Con que la gran maldad de Lémnos pago.

»¡Oh griegos capitanes! si ha podido
Enterneceros el dolor presente,
Y si de algun merecimiento ha sido
El mostraros el agua de la fuente,
O dadme aquí el castigo merecido,
O llevadme al rigor de la serpiente;
No vuelva á ver los padres desdichados,
De hijo tal por mi ocasion privados;

»Que aunque no menos siento sus enojos,
Y parte igual de su dolor recibo,
¿De qué manera volveré á los ojos
Del airado materno pecho esquivo,
Llevando solamente los despojos
Del hijo que me dió hermoso y vivo?
Antes me trague el suelo que yo sea
Tan atrevida que su llanto vea.»

Esto la triste Hisípile decia,
Lleno el rostro de tierra, sangre y llanto,
Y al noble rey Adrasto enternecia,
Sin consuelo hallar en dolor tanto;
Ya culpaba las aguas de Langia,
Y ya llamaba injusto al cielo santo,
Y ya despedazando su cabello,
Furiosa maltrataba el rostro bello.

Ya á la ciudad la nueva habia llegado
Que el techo de Licurgo alborotaba,
El cual en sacrificios ocupado,
Y de las armas retirado estaba;
Y entonces, lleno de temor helado,
Del templo y monte á la ciudad tornaba,
Porque vió indicios de futuros males
En los sacrificados animales.

Aqueste en la comun tebana guerra
No quiso acompañar al campo aqueo,
Que un temor de las armas lo destierra,
Aunque lo instimulaba su deseo;
Que cuando Marte alborotó la tierra
Despues de la embajada de Tideo,
Haciendo sacrificio á Jove un dia,
Un oráculo oyó que así decia:

«Licurgo, en esta guerra venidera
Que á Tébas amenaza á sangre y fuego,
Tú la primicia pagarás primera
Por todo el conjurado campo griego.»
El Rey, temiendo aquesto, en paz espera
De la jornada el fin, de envidia ciego,
Porque cuando á la guerra mas se inclina,
Le refrena el furor la voz divina.

¡Oh entendimiento humano, qué inorante
En los futuros casos no esperados
Piensa con vana industria ser bastante
Para estorbar el curso de los hados!
Veis aquí pues la hija de Toante,
Que en aquellos despojos destrozados
Lleva al Rey, de sus males adivino,
La verdad del oráculo divino.

Por otra parte, importunando al cielo
Con mil clamores la infelice madre,
Viene á encontrar su pena y desconsuelo,
Y encontró acaso al ánimoso padre;
Que aunque no puede haber algun consuelo
Que en tanto mal y desventura cuadre,
Con mayor fortaleza, en dolor tanto,
Venció su pena y refrenó su llanto.

Mas rendido al furor y de ira lleno,
«¿Dónde está, dice, la enemiga mia,
A cuyo injusto y fementido seno
Mi sangre encomendé, ya helada y fria?
¿La que en lugar de leche dió veneno
Al tierno infante, y vive todavía?
Prended la autora de mi pena inmensa,
Y con su muerte vengaré mi ofensa.

»Yo le haré olvidar eternamente
La fábula de Lémnos, bien compuesta,
Su padre y los blasones de su gente,
Mentira que tan cara ya me cuesta;
Y así la sangre vengaré inocente,
Aunque poca venganza será aquesta.»
Esto diciendo, entre los suyos iba
Desnudando la espada vengativa.

Mas salióle al encuentro el gran Tideo,
Diciendo: «¿Quien así hace atreverte?
Refrena tu furor y tu deseo,
Quien quiera que eres, ó daréte muerte.»
Lo mismo dice el fiero Capaneo,
En alto levantando el brazo fuerte;
Lo mismo Hipomedonte, y mas airado
Llegó el jóven de Arcadia alborotado.

Otros muchos llegaron al ruido,
Llenos de iguales iras y furores,
Y á socorrer su rey luego ha venido
Un armado escuadron de labradores;
Pero el argivo rey, que aquesto vido,
Acudió á remediar estos rumores,
Y con él Anfiarao, que puesto en medio,
Con su elocuencia procuró el remedio.

«Cese, dice, el furor, oh gente griega,
Toda de solo un tronco decendida;
Pueda mas la razon que la ira ciega,
Entre amigas espadas encendida;
Tú primero te aparta, y tú sosiega
El furor de tu gente no ofendida.»
Aquesto dijo; pero el gran Tideo,
No aplacado, así dice al rey nemeo:

«¿Tanta es tu ceguedad y tu osadía,
Que dar la muerte á una mujer pretendes,
Que agora fué conservadora y guia
De toda aquesta gente, á quien ofendes?
Por cierto que será gran valentía
Dar muerte á una mujer; pero ¿tú entiendes
Que somos tan ingratos y villanos,
Que no la libraréinos de tus manos?

»¿Tú puedes oprimir una inocente?
¿Rigor hay contra pecho tan piadoso,
Del mismo padre Baco descendiente,
Que reino tuvo y padre tan famoso?
Bástete estar en paz entre tu gente,
Goza solo tu paz y tu reposo
Viendo nuestros armados escuadrones,
Y al aire tremolar tantos pendones.

»Y ya permita el cielo que en volviendo
Con el triunfo y vitoria que esperamos,
En torno de tus túmulos gimiendo
Con el mismo sosiego te veamos;
Sin que de nuestras armas el estruendo
Turbe jamás la paz que te dejamos,
Y sin que los trabajos de la guerra
Te quiten los regalos de tu tierra.»

«Nunca, responde el Rey, imaginara,
Por ser de vuestra sangre y vuestro amigo,
Marchando contra Tébas, que llegara
Vuestro ejército aquí como enemigo;
Mas si tan poco la amistad me ampara,
Usad cualquiera enemistad conmigo,
Comience en mi ciudad la guerra vuestra,
Y apague vuestra sed la sangre nuestra.

»Id y triunfad alegres de mi llanto,
Haced en mí la guerra á sangre y fuego,
Nuestras casas robad, y al templo santo
Del soberano Jove abrasad luego;
Que no entendí que os ofendiera tanto,
Si lleno de dolor, de enojo ciego,
Como señor y como rey queria
Castigar á la que era esclava mia.

»Mas desde el cielo el Padre soberano
Mira esta sinrazon, y aunque se tarda
El debido castigo de su mano,
Viva su ira eternamente guarda;
No del reino heredado amor insano,
Ni temor de la muerte me acobarda;
Mas el hado enemigo me refrena,
Autor de mi dolor y de mi pena.»

Esto diciendo, la alma congojosa
Vuelve al nuevo rumor de una batalla,
Y vido mucha gente belicosa
Con armas ofendiendo su muralla;
Que la fama parlera y mentirosa,
Que en cualquiera rumor luego se halla,
Turbada llegó al campo que delante
Marchaba, de estos males inorante.

De Hisípile contó la pena inmensa,
Y que le quiere el Rey quitar la vida,
Que ya algunos han muerto en su defensa,
Y que morirá al fin, mal defendida;
En la dificultad ninguno piensa,
Que luego fácilmente fué creida;
Vuelven al punto atrás con grande furia,
Jurando de vengar aquella injuria.

Corona la ciudad el campo griego,
Hierve la ira en la engañada gente;
Quién apercibe el hierro y quién el fuego,
Y quién arrima escalas, impaciente;
El reino quieren asolar, y luego
Llevar captivo al Rey, y juntamente
A Júpiter con él, que no hay respeto
En tanta confusion y en tanto aprieto.

Retumba el campo y la ciudad resuena
Al gran clamor y mujeril ruido,
Y rendido al temor y nueva pena,
Casi olvidado el gran dolor se vido;
De confusion y sobresalto llena,
A defender sus muros ha corrido
La gente, que, inorando aquel engaño,
Se admira del rigor del nuevo daño.

Viendo Adrasto en su ejército inorante
Tanto furor, su carro apercibiendo,
Llevando en él á Hisípile delante,
Llegó en un punto á la ciudad corriendo;
«Esta es, dice, la hija de Toante,
Cese ya de las armas el estruendo,
Que nadie la ha ofendido, y no merece
Licurgo aqueste agravio que padece.»

Así cuando en el mar el Austro airado
A su enemigo Bóreas desafia,
Súbese al cielo el mar alborotado,
Reina la negra noche y huye el dia;
Mas si el rey de las aguas enojado,
Sobre un gran carro que Triton le guia,
Al rumor y bramidos de sus hondas
Deja el cristal de sus cavernas hondas;

Apenas el tridente de su mano
Muestra, sentado en cristalina silla,
Cuando el uno y el otro viento insano
Parten huyendo y Tétis se le humilla;
Abaja su soberbia el Occeano,
Descúbrense los montes en la orilla;
Muestra el cielo su cara, el sol se alegra,
Y huye de su luz la noche negra.

Que Dios fué tan piadoso en dolor tanto,
Que á Hisípile, rendida al caso triste,
Pudo alegre y mitigar el llanto
Que en sus ojos eternamente asiste;
Y como agüelo suyo, Baco santo,
Que á Grecia desde Lémnos le trujiste
Los hijos que dejó reciennacidos,
Y fueron de tí siempre defendidos.

La madre era ocasion de su camino,
Y á la casa del Rey habian llegado,
Que por el traje y talle peregrino
Los habia recebido y hospedado;
Cuando la nueva desdichada vino
Del miserable infante mal logrado,
Antes que al rey Licurgo dicho hubieran
De dónde son, qué buscan y quién eran.

Aquestos pues hallándose delante,
Como del Rey el alboroto vieron,
Con pecho agradecido, aunque inorante,
Contra su madre al Rey favorecieron;
Pero luego que el nombre de Toante,
El de su patria y de su madre oyeron,
Turbado cada cual corre impaciente
Entre la amiga y la enemiga gente.

Y mostrando con llanto su alegría,
Se cuelgan del materno amado cuello
Uno y otro mill veces á porfía,
Besando el maltratado rostro bello;
Ella, que de los dioses no se fia,
Apartando del rostro su cabello,
A aquella nueva gloria no esperada
Firme se estuvo como roca helada.

Pero como el retrato verdadero
Del padre en cada rostro vió esculpido,
Y las espadas de famoso acero
Que les dejó al partir ha conocido,
El llanto que causaba el dolor fiero,
En otro mas alegre convertido,
Cayó de nuevo sobresalto llena,
Pudiendo mas la gloria que la pena.

Celebró luego el cielo este contento
Con blando trueno y con serena cara,
Con alegre rumor el sordo viento,
Y mitigado el sol con luz mas clara;
Viendo aquestas señales, al momento
Entre los reyes Anfiarao se para,
Y pidiendo silencio al campo todo,
Alzó la voz y dijo de este modo:

«Escuchad, oh famoso rey nemeo,
Y vosotros, de Grecia los mejores,
Que vais con lo mejor del pueblo aqueo
A castigar de Tébas los errores,
Suspended, aunque os dé priesa el deseo,
Algun tanto las iras y furores,
Y oid la voluntad del mismo cielo,
Que Apolo por mi voz descubre al suelo.

»Este dolor que os ha afligido tanto,
Esta nunca temida desventura,
Aqueste desconsuelo y este llanto,
Que nuestras armas detener procura,
Sabed que traza fué del cielo santo,
Y que no se movió la parca dura
Sin parecer y voluntad divina;
Que viene muy de atrás esta rüina.

»Secarse cada arroyo y cada fuente,
Escondernos las aguas su tesoro,
Nuestra sed y el rigor de la serpiente,
Y este furor que al Rey perdió el decoro,
Y el mal logrado niño que, inocente
Por nuestros hados, se dirá Arquemoro;
Todo aquesto, ya há mucho asi trazado,
Lo ordenó el cielo y lo dispuso el hado.

»Aplacad pues las iras inmortales,
Y algun tanto las armas olvidemos,
Porque con nuevas honras funerales
La muerte del infante celebremos,
Que digno fué de sacrificios tales,
Y es deuda aquesta, al fin, que le debemos;
Dejarémos de Grecia á las ciudades
Fiestas que durarán por mill edades.

»Y ya pluguiera al cielo poderoso
Que siempre alguna novedad hubiese,
Que el curso de las armas presuroso
Con su tardanza refrenar pudiese;
Y que, á pesar del hado riguroso,
Nuestra enemiga Tébas se huyese,
Aunque nunca el perjuro rey tebano
El reino diese al desterrado hermano.

»Mas vosotros, famosos caballeros,
Que ya heredastes la virtud paterna,
Y tendréis, de sus glorias herederos,
Siempre nombre inmortal y fama eterna
En cuanto por los siglos venideros
Darán tributo al mar Inaco y Lerna,
Y en cuanto aquesta gran selva nemea
Llena de sombra y árbores se vea,

»No al infante ofended desa manera,
Que hace agravio á un dios el que lo llora,
Y es nuevo dios al fin, y nunca fuera
Tan venturoso con su vida agora,
Aunque mas años que Titon viviera,
Y mas que el viejo amante de la Aurora.»
Así dijo; y la negra noche en tanto
Tendió la sombra y desplegó su manto.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Publícanse por toda Grecia las fiestas que ordena el campo griego en las obsequias de Arquemoro. Sus padres lloran su muerte. Consuélanlos los griegos principales. Previénense altares. Talan los montes para el fuego funeral. Los griegos traen joyas y dones que arrojar en el fuego. Eurídice, madre del niño, vuelve á renovar el llanto. Pide le dén á Hisípile para vengarse en ella. Dícele muchas injurias. Salen los escuadrones griegos á caballo al rededor del fuego, arrastrando pendones por el suelo. Acuden de todas partes á las fiestas. Dase principio á ellas con el correr de los caballos. Favoresce Apolo al sacerdote Anfiarao y Neptuno al caballo Arion. Salen victoriosos Anfiarao y el rey Admeto. Adrasto les da iguales premios. En el segundo juego, de correr á pié, sale vencedor Partenopeo. Comiénzase el tercer juego, de Idisco, que es una bola de metal que se echa á rodar. Gana el premio Hipomedonte. Síguese el cuarto juego, de esgrimir unos pesados cestos. Salen á esgrimir Capaneo y Alcidano. Queda Capaneo vencido, el cual se alborota y quiere matar á su contrario. Manda Adrasto que los aparten, y dales iguales premios. En el quinto juego, de la lucha, vence Tideo á Alcidano. Adrasto tira con un arco á un árbol. La saeta resurte dél y vuelve junto al Rey. Hay varias opiniones y juicios sobre la sinificacion del caso.

Veloz por toda Grecia corre luego
La fama, y con alegre son publica
Las fiestas que celebra el campo griego
En torno de la nueva tumba rica,
Para que sude en uno y otro juego,
Que por ofrenda al nuevo dios aplica,
La griega juventud, á quien la fama
Con premio incita y con pregones llama.

Costumbre antigua fué, de aquesta suerte
Usada en Grecia, entre hombres principales,
Al que era en vida rico, noble ó fuerte
Celebrarlo despues con honras tales;
Y así, Alcídes de Pélope en la muerte
Hizo famosas fiestas funerales,
En las cuales, de olivo coronados,
Eran los vencedores celebrados.

Fócis despues, de Apolo en la victoria
Contra el fiero Piton, que la asolaba,
Eternizó con fiestas la memoria
Del arco de sus flechas y su aljaba;
De Palemon tambien honran la historia
En las orillas dos que el Istmo lava,
Y de noche á la luz de muchos fuegos
En torno de sus aras hacen fuegos.

Y aquestá fiesta celebrarse tiene
Cada año que renueva sus gemidos
Leucotoe, y á la orilla amiga viene,
Donde luego sus llantos son oidos,
Y en aquellas riberas se entretiene
Mientras duran los fuegos encendidos,
Y á los clamores que en el cielo esconde,
Resuena el Istmo y Tébas le responde.

Así los capitanes valerosos,
Que igualan la ciudad argiva al cielo,
Cuyos nombres temidos y famosos
Suspirar hacen el aonio suelo,
Y ponen en los pechos temerosos
De las tebanas madres un frio hielo,
Quieren agora alborotar la tierra
Con varias pruebas de fingida guerra.

Así cuando de nuevo se han labrado
Galeras, que á las aguas arrojadas,
Romperán, á pesar del Austro airado,
Las hondas del Egeo alborotadas,
Y antes en un estanque sosegado,
De jarcias y de remos adornadas,
El piloto ejercita sus galeras
En agua mansa y fáciles riberas.

Allí para los casos venideros
Aprenden el remedio y diligencia;
Mas cuando al parecer de marineros
Tienen ya en los trabajos expiriencia,
Rompen el mar, y de los vientos fieros
Desprecian, atrevidas, la insolencia,
Dejan el puerto y no reciben pena
Por no poder ya ver la amiga arena.

Ya por las puertas del oriente frio
La bella esposa de Titon salia,
Y llenos los cabellos de rocío,
Entre aquel oro aljófar parecia;
El sueño con el cuerno ya vacío,
Sus callados ministros recogia,
Y la belleza de la aurora viendo,
Con la noche amarilla iba huyendo.

Resuena ya el palacio con gemidos,
Que del Rey la desdicha significan,
Y léjos en los montes recibidos,
Del eco triste allí se multiplican;
Clamores por las calles son oidos,
Porque allí todos á llorar se aplican;
Que la casa real, de llanto llena,
Hace comun y general la pena.

Lleno el rostro de polvo y de tristeza,
Representaba el Rey su desventura,
No con adorno igual á su grandeza,
Mas con humilde y triste vestidura;
Con mas rigor la Reina y aspereza,
Sentada en la desnúda tierra dura,
Llorando está, y tambien el suelo bañan
Mujeres que en su llanto le acompañan.

Sobre aquellas reliquias arrojada,
Gime, llora, se aflige y se lastima,
Y quiere, aunque mil veces estorbada,
Cumplir sus penas y morir encima.
El mismo Rey, con alma sosegada,
Fingiendo algun consuelo, que reprima
De su esposa el dolor y llanto eterno,
La aparta, á su pesar, del cuerpo tierno.

Mas luego que los griegos principales
Entraron en la sala, cual si fuera
Entonces el principio de sus males,
O algun nuevo infortunio sucediera,
O como si ocupara los umbrales
La sierpe, y con mayor rigor volviera,
Se levantó un clamor de muchos pechos,
Que retumbó por los reales techos.

Viendo los griegos del clamor y llanto
La causa, el suyo apenas refrenaron,
Y luego el noble Adrasto, que algun tanto
Clamores y gemidos sosegaron,
Consuela al Rey en desconsuelo tanto,
Y mil veces los llantos le estorbaron,
Que apenas comenzaba, cuando luego
Alzaba otro clamor el dolor ciego.

Ya de los hados la inclemencia cuenta,
Por ser inexorable tan temida,
Y los grandes peligros representa
A que sujeta está la humana vida,
Y ya con esperanza en vano intenta
Curar el daño de tan gran caida,
Diciendo que otro hijo mas dichoso
Le dará luego el cielo poderoso.

Pero ningun consuelo humano ha sido
Para aplacar sus lágrimas bastante;
Que el triste Rey, á su dolor rendido,
Así escucha consuelo semejante,
Cual suele el mar Jonio embravecido
Los ruegos escuchar del navegante,
Y el caso hace dél que hace un rio
Del ñublado veloz, de humor vacío.

En tanto que en palacio pasa aquesto,
Tejen, no sin oprimir y con cuidado,
Con tristes ramas de ciprés funesto,
Un rico lecho, al fuego condenado;
De yerbas lo primero está compuesto,
Luego de varias flores adornado,
Y encima dellas la riqueza habia
Que la siempre dichosa Arabia cria.

Encienso y cinamomo, conocido
Desde los tiempos del antiguo Belo,
Se ven, y otros olores que ha sabido
Producir aquel rico y fértil suelo;
Al lecho funeral, así tejido,
Un rico paño le sirvió de cielo,
De púrpura de Tiro, en forma hecho
De chapitel sobre el pequeño lecho.

Paño admirable y todo de oro fino,
Con muchas piedras de valor bordado,
Donde al vivo se ve el pequeño lino
Entre flores y perros matizado,
Y por el gran rigor de su destino,
Formando en él agüero desdichado,
Aborreció la madre sin ventura
El paño, su riqueza y su pintura.

Y sin aquesto, en torno dél se vian
De sus agüelos muertos los blasones,
Y el uno y otro lado ennoblecian
Ricas armas, despojos y pendones;
Pasadas glorias que adornar solian
Aquel palacio en otras ocasiones,
Pero agora, mezcladas con sus males,
Leña serán de fuegos funerales.

Como si el lecho y las obsequias fueran
De algun gran capitan famoso en guerra,
O como si mayores se hicieran
Las almas con las honras de la tierra,
O como si volver así pudieran
Los que una vez la muerte los destierra,
Así para consuelo de sus daños
Le honran con dones de mayores años.

Que el padre con alegres esperanzas
Aljabas se habia hecho bien preñadas,
Arcos y flechas y pequeñas lanzas,
Aun no de alguna sangre matizadas,
Y entonces sin temer estas mudanzas
Criaba en sus dehesas y manadas
Potros, en nombre suyo generosos,
De padres conocidos y famosos.

Y otras armas que mas robusto pecho
Y esperaban vestir brazos mayores,
Le hizo antes de tiempo y sin provecho,
Pues no han de verse en béllicos furores;
Ropas tambien su madre le habia hecho,
Varias de edad y varias de colores,
De púrpura con oro recamadas,
Por el materno amor anticipadas.

Todo esto con un cetro pequeñuelo
Ofrece al fuego con su propia mano
El padre atroz, buscando algun consuelo
A tanta costa en su dolor insano;
En otra parte ocupa el seco suelo
El ejército griego, armado en vano,
Haciendo, cual lo ordena el agorero,
De leña que ha de arder un monte entero.

Otros la umbrosa Tempe y la Nemea
Cortadas tienden en la tierra dura,
Mostrando á la admirada luz febea
Lo que le prohibió tanta espesura;
Ya de sus brazos despojada y fea,
La una y otra, en larga edad sigura,
De tanto mal hermosa y siempre verde,
Su gloria antigua y su belleza pierde.

Ninguna mas hermosa y celebrada,
Ni de mas sombras tuvo el suelo aqueo,
Ni tanto alguna al cielo levantada
Hubo en los altos montes de Liceo;
Sagrada antigüedad mal respetada,
Sombra de los cristales de Nemeo,
Que visto habia con saber profundo
Mil edades y siglos en el mundo.

Que no solo de larga vida humana
El fin y su principio visto habia,
Mas de faunos y ninfas de Diana,
Silvestres dioses que abrigar solia;
Pero como llegó la suerte insana
Y de este estrago el no esperado dia,
Huyeron todos, y con mil gemidos
Dejaron sus lugares conocidos.

No sus antiguos árbores amparan,
Que ya fueron su gloria y su consuelo,
Y aves tambien y fieras desamparan
Las dulces sombras de su amado suelo,
Las altas plantas que en la sierra paran,
Que parar no pensaron hasta el cielo,
Y allí pisados sus cabellos vieron,
Que respetados otro tiempo fueron.

Cae la haya y la robusta encina,
Ríndese el borne, con rigor herido,
Cerviz y brazos el ciprés inclina,
Nunca de los inviernos ofendido,
El alno, amigo siempre á la marina,
Cuya cumbre jamás cortada ha sido,
Y el fresno, cuyos brazos en la guerra
Suelen con sangre humedecer la tierra.

No así el Ismaro monte destrozado
Se ve, cuando las puertas de su cueva
Rompe el furioso Bóreas enojado,
Y sale con furor y rabia nueva,
Ni con tanto rigor desenfrenado
Nocturno fuego, á quien el Noto lleva,
El monte corre, y cuanto atrás se deja,
Con muda voz parece que se queja.

Dejan la santa Pales y Silvano
La selva, adonde descansar solian,
Huyen faunos y sátiros del llano,
Adonde tantos coros se hacian,
Y las ninfas bellísimas, que en vano
Sus troncos con abrazos defendian,
Desamparan al fin sus plantas bellas,
Gime la triste selva y lloran ellas.

Como cuando á soldados vitoriosos
Ciudad rendida el capitan entrega,
Que apenas se oye el son cuando orgullosos
La corren con furor y rabia ciega,
Vese el rigor en pechos cudiciosos,
Y la humana cudicia á cuánto llega;
Roban, destruyen, rompen, despedazan,
Matan, ofenden, hieren y amenazan;

Y usan con tal rigor de su vitoria,
Y puede en ellos la cudicia tanto,
Que en un momento apenas hay memoria
De la ciudad ó de algun templo santo;
Así pues se acabó la antigua gloria
De aquesta selva, y con eterno llanto
Lloró sus dioses, que al partir gimieron,
Y á extrañas selvas peregrinos fueron.

Dos aras y dos túmulos iguales
Habia ya el sacerdote fabricado,
El uno á las deidades infernales,
Y el otro á las del cielo dedicado;
Comienza el llanto fuegos funerales
Al son que un ronco cuerno les ha dado,
Música de troyanos aprendida,
De niños en la muerte introducida.

Pélope fué el primero que á su gente
Mostró el son funeral triste y lloroso,
En sacrificios fúnebres decente,
Y á las menores sombras provechoso,
Y dicen que con él antiguamente
Niobe lloró el caso lastimoso
De sus catorce hijos, que la suerte
Igualó con dos arcos en la muerte.

La gente principal del campo griego
Pasa primero, y lleva ricos dones,
Para ofrecer despues al santo fuego,
Lleno de tantas armas y pendones;
Con el reverenciado cuerpo luego
Viene el lecho cargado de blasones,
En hombros de mancebos conocidos,
Y de Adrasto entre todos escogidos.

De otros reyes y de él acompañado
Pasa el triste Licurgo, y luego viene
La madre del infante malogrado,
Que mayor parte en la desdicha tiene.
Hisipile tambien luego ha pasado
Sin que nadie sus lágrimas refrene,
Que sus hijos llorar le permitian,
Mas los osados brazos le tenian.

No menos que la Reina acompañada,
Y de luto y dolor igual cubierta,
Se ve, de sus dos hijos rodeada,
Pálida, sin aliento y casi muerta;
Mas Eurídice, reina desdichada,
Apenas salió fuera de la puerta,
Cuando arrancando del dolor prolijo
La fatigada voz, aquesto dijo:

«Nunca ¡oh hijo! esperé que de esta suerte
Conmigo y triste acompañado fueras,
Porque esperé en tu boda, y no en tu muerte,
Acompañarme con argivas nueras;
Que no pude temer dolor tan fuerte,
Ni esperar que jamás así murieras;
Que en paz, entre tus padres y en tu tierra,
¿Por que temiera á Tébas ni á su guerra?

»¿Qué dios tan enemigo bajó al suelo
A empezar esta guerra en sangre nuestra?
¿Quién tan grande maldad le pidió al cielo,
Que solo mueve contra mí su diestra?
Solo es para mi casa el desconsuelo,
Pues que ninguno de la sangre vuestra,
¡Oh fiero Cadmo, oh Tébas enemiga!
A lamentar y suspirar obliga.

»Yo el sacrificio de la guerra hago
Con tanta costa propria y daño tanto,
Y al son de hierro y de trompetas paso
Primicias de dolor, de muerte y llanto;
Yo sola de las armas el estrago
Sufro, y sola me quejo al cielo santo
Por haber entregado al hijo mio
A un pecho ingrato y de piedad vacío.

»Pero ¿qué mucho en confiarme he hecho,
Habiéndonos contado astutamente
Que ella guardó á su padre, y que su pecho
Fué en la maldad de Lémnos inocente,
Y que ella sola el juramento hecho
Osó quebrar á la atrevida gente,
Y al fin, que solamente piedad tuvo
Donde tanta crueldad y rigor hubo?

»Pero gran culpa en su maldad tuvimos,
Pues que fuimos tan ciegos é inorantes,
Que luego entero crédito le dimos,
Sin recelar engaños semejantes;
Mirad su fe y piedad y á quien creímos,
Porque fueron sus lágrimas bastantes
A engañar á dos padres sin ventura,
Que el que es noble, de todos se asigura.

»Que siendo, como dijo, tan piadosa
Entre malditas hembras, ¿quién creyera
Que fuera con nosotros rigurosa,
Y que aquesta piedad y fe tuviera?
Dejó el niño en la selva temerosa,
Ajena prenda al fin, por ir ligera,
Y solo, encomendado á sordas plantas,
Quedó sujeto á desventuras tantas.

»Que no era menester que una serpiente
Con tal rigor la selva atravesara,
Que para darle muerte solamente,
Quedando á solas, su temor bastara;
Las hojas sacudidas de repente,
El aire, el sol, un ave que volara;
Pero aquesta maldad de un ama injusta
Trazó algun dios que de mi llanto gusta.

»Es verdad pues que amor no le tenia,
Solo con ella alegre siempre estaba,
De ella las voces solamente oia,
Que otro cualquier en vano le llamaba;
A mí triste aun no bien me conocia,
Sola ella sus donaires escuchaba,
Y de su voz el murmurar primero
Fué en su pecho traidor y novelero.

»Nunca de tí contento he recibido,
Ni tú mi hijo en los placeres fuiste;
Que ella tu madre solamente ha sido
En tanto, oh hijo amado, que viviste.
Agora lo soy yo, cuando has perdido
La alegre voz, que en su poder tuviste,
Y no se me permite dar castigo
A quien tanta crueldad usó conmigo.

»¿Para qué tantas armas y pendones
¡Oh griegos! arrojais en vano al fuego?
Que no gustan las almas destos dones,
Ni menos de este simple humo ciego;
Pague aquesta enemiga sus traiciones,
Aquesta solamente, aquesta, os ruego
Me deis; que solamente esta traidora
Os pide el alma que aplacais agora.

»Por aqueste principio de la guerra
Que yo parí, y así llantos iguales
Se escuchen siempre en la tebana tierra
En semejantes fuegos funerales,
Que si os mueve el dolor que en mí se encierra,
Me entregueis, para alivio de mis males,
A esta traidora, y pague con su vida
Su fe traidora y su piedad fingida.

»Y no de sangre me llameis sedienta,
Ni penseis que es crueldad la de mi pecho,
Que yo tambien cuando haya de mi afrenta
Con muerte suya la venganza hecho,
Dejaré el mundo, y moriré contenta
Con haber á mi agravio satisfecho;
Bajen juntas las almas al abismo,
Y ardamos ambas en un fuego mismo.»

Aquesto dice á voces, y volviendo
El rostro, vió que Hisípile venía,
Que, dando mil sollozos y gemiendo,
Su rostro y sus cabellos ofendia;
Al punto con mas ira, no pudiendo
Sufrir en su dolor tal compañía,
«Aquesto al menos, dice, oh capitanes,
Prohibieron mis lágrimas y afanes.

»¿Conmigo ha de venir acompañada,
Porque mayores mis pesares sean?
Si viene con sus hijos abrazada,
¿Qué gloria ó bien sus ojos ya desean?
¿Por qué sigue á la madre desdichada,
O por qué quiere que llorar la vean?
¿Qué parte en nuestra pena y llanto tiene,
O por quién llora y con nosotros viene?»

Enmudeció con esto, y sin aliento
Desmayada en el suelo se ha caido,
Que creciendo el dolor, el sentimiento
Creció tambien, quitándole el sentido;
Con pena igual y menos sufrimiento
Está la vaca afligida que ha perdido
El amado novillo pequeñuelo,
Que en vano busca importunando al cielo.

O ya se lo haya muerto alguna fiera,
O ya el pastor á Jove soberano
Lo haya sacrificado, porque espera
Algun favor de su divina mano;
Al fin no sabe dél, y así ligera
Corre la vega, el prado, el monte, el llano;
Ya se lo pide al valle y ya á los rios,
Y ya á los campos, de piedad vacíos.

Vuelve al ganado, y como no lo halla,
Bramidos tristes en el cielo esconde,
Pero todo está mudo y todo calla,
Que solamente el eco le responde;
Y cuando ya el pastor sale á buscalla,
Con pereza á su casa va, de adonde
Sale por la mañana la primera,
Y vuélvese á la noche la postrera.

El triste Rey el cetro y vestidura
Que como sacerdote usar solia,
Pensando así vencer su desventura,
El mismo arroja al fuego, que aun nó ardia,
El cabello tambien, que á la cintura
Compuesto y hecho trenza decendia,
Parte cortó, y echándolo en el fuego,
Alzó la voz airada, y dijo luego:

«No yo, pérfido Jove, he dedicado
Mi cabello á tu templo y á tus aras,
Sino con condicion que al hijo amado
Para tu altar y templo lo guardaras;
Mas, pues soy sacerdote no escuchado,
Y ya mis oraciones desamparas,
Llévelo la alma del pequeño infante,
Mas digno al fin de ofrenda semejante.»

Ya el fuego poco á poco comenzaba
De la primera leña á levantarse,
Y el Rey, aunque estorbado, porfiaba,
Y la Reina, queriendo allí arrojarse;
Mas dedicado un escuadron estaba,
Que tiene solamente de ocuparse
Con acciones piadosas y decentes,
En apartar los padres impacientes.

Tanto en un punto el fuego se enriquece,
Que ninguno vió el suelo mas famoso;
Cada vestido ardiendo resplandece;
Que todos sudan oro precioso;
Crujen las ricas piedras, y parece
De Marte algun asalto riguroso,
Y á pesar de la llama enriquecida,
Se ve correr la plata derretida.

Vino espumoso encima se derrama,
Usado siempre en semejante fuego,
Y los jugos que á Asiria le dan fama,
Que añiden calidad al humo ciego;
Gran cantidad de miel entre la llama
Con pálido azafran arrojan luego,
Y juntamente leche y sangre negra,
Que es la bebida que á Pluton alegra.

A caballo despues siete escuadrones,
De á ciento cada cual, de un rey guiado,
Arrastrando en la tierra los pendones,
En torno corren al izquierdo lado;
Tres veces, al compás de roncos sones,
Una lanza con otra se ha encontrado,
Y tres llegaron á parar á una,
Entre todos formando media luna.

Cuatro en torno despues del fuego santo
Hicieron con las armas grande estruendo,
Y cuatro las mujeres con su llanto
Al cielo alzaron un clamor horrendo;
Sacrificando el sacerdote en tanto,
Vario ganado al fuego está ofreciendo,
Suplicando que borre el santo cielo
El agüero de tanto desconsuelo.

Y aunque ve claramente que es en vano,
Y del triste succeso venidero
Ve clara la verdad que el hado insano
Conserva en el rigor del nuevo agüero,
Manda otra vez que á la derecha mano
Vuelva á correr cada escuadron ligero,
Y vibrando las lanzas, en el fuego
Arrojen algo de sus armas luego.

Quién echa el freno y quién un dardo ofrece,
Quién arroja la espuela y quién el freno,
Quién el yelmo, que al fuego resplandece,
Quién una cinta y quién las plumas echa;
Y tanto al fin arrojan, que parece
El fuego poco y la hoguera estrecha,
Y en tanto de las trompas el acento
El monte atruena y enmudece el viento.

Así se ha visto con igual ruido
Que al cielo levantando mil clamores,
A encontrarse dos campos han corrido
Al son de trompetas y tambores;
Y antes que algun acero haya teñido,
Mira alegre sus bélicos furores,
Dudoso, en una nube, el fiero Marte,
Sin haberse inclinado á alguna parte.

Ya se acababa el fuego, convirtiendo
Tanta leña y riquezas en ceniza,
Aunque cebo á las llamas añidiendo,
Muchas veces la gente las atiza,
Y aun no cesa de trompas el estruendo
Que las tristes obsequias solemniza,
Hasta que al fin venció tanta fatiga
La muda noche, de silencio amiga.

Ya nueve veces el lucero habia
A la rosada aurora acompañado,
Y al esconderse en el ocaso el dia,
Otras tantas caballo habia mudado,
Siendo al principio de la noche fria
El mismo que al salir del sol dorado,
Ya recogiendo al alba las estrellas,
Y ya saliendo tras el sol con ellas.

Cuando acabado un templo milagroso,
Obra admirable, insigne mausoleo,
Se ve por sábio artífice, famoso,
Con mano apresurada del deseo,
Donde al vivo el suceso lastimoso
Está por órden, porque el pueblo aqueo
Tenga en mármor guardada la memoria
De aquella triste y miserable historia.

Aquí Hisípile el agua de la fuente
Enseña al campo griego fatigado,
Aquí trepando el niño va inocente,
Y aquí se rinde al sueño, ya cansado;
Y tan al vivo está de la serpiente
El un lado del túmulo ocupado,
Y revuelta á la lanza está de suerte,
Que aun se esperan los silbos de su muerte.

Acabado ya el túmulo, que ha sido
Honra del sábio artífice y del arte,
Gran vulgo á ver las fiestas ha acudido,
Que la fama llamó de cada parte,
Y muchos que jamás habian tenido
Noticia alguna del horror de Marte,
De toda la comarca de la tierra,
Corren al son de la fingida guerra.

Quién deja la ciudad y quién la villa,
Quién desampara el campo y la manada
Por ver de aquesta nueva maravilla
La fábrica con juegos celebrada;
No de Efiro jamás se vió la orilla
De tanto vulgo en fiestas ocupada,
Ni en el llano de Pisa se vió tanto,
A ver la fiesta que paraba en llanto.

Al cielo se avecinan soberano
Dos montes poco á poco levantados,
Como formados por ingenio humano,
De siempre verdes plantas coronados,
Que un valle abrazan espacioso y llano,
A quien sirven de puertas dos collados,
Cuya apacible tierra está vestida
De yerba, de los vientos defendida.

Fórmase en cada falda un ancho seno,
Y así ceñido en torno, parecia
Espacioso teatro el sitio ameno,
Proprio para los juegos de este dia;
Y apenas cada monte estaba lleno
De la lumbre del sol, que ya salia,
Cuando se vió de el valle cada lado,
De mil competidores ocupado.

No era la menor parte de la fiesta
Ver mezclada en un campo tanta gente,
Y ver cómo la suya parte apresta
Cada nacion en galas diferente;
Para cualquiera prueba ya dispuesta
La juventud alegre y diligente,
Ociosa el esperado plazo aguarda,
Culpando á Febo porque tanto tarda.

Entran al fin cien toros en la plaza,
Negros, y en mil manadas escogidos,
Y con cien vacas de la misma traza
Cien novillos tambien aun no crecidos;
Luego haciendo el vulgo grande plaza,
Bueyes de dos en dos al yugo unidos,
Simulacros de príncipes traian,
Que eran de bronce, y vivos parecian.

El valeroso Alcídes el primero
Sobre un gran carro entró por la ancha puerta,
Ahogando en sus brazos un leon fiero,
Vueltos los ojos ya, la boca abierta;
Tan al vivo parece y verdadero
El bravo luchador y bestia muerta,
Que no sin miedo el vulgo y pena mucha
Mira en el bronce la fingida lucha.

Entre cañas y juncia recostado,
El padre Inaco alegre se ve luego,
Que de ovas y de juncos coronado,
Derrama un urna y riega el campo griego;
Io, ya á sus espaldas, ya á su lado,
Mira su gran descuido y su sosiego,
Esperando, ya en vaca convertida,
Hasta ser de su padre conocida.

Argos sigue sus pasos donde quiera,
Con cien ojos velando eternamente,
Mas Júpiter, que ve su pena fiera
Y su dolor y desventura siente,
La socorrió del Nilo en la ribera,
Y luego fué adorada en el Oriente,
Que en tanto que su mal Inaco llora,
Reverencia su huéspeda la aurora.

Tántalo se ve luego, no el injusto,
A quien la fruta eternamente engaña,
Y el agua que en su sed y en su disgusto
Nunca su boca fementida baña,
Sino el piadoso, el noble, el bueno y justo,
Que con los mismos dioses se acompaña,
Pues fué por su piedad y santo celo
Convidado mil veces en el cielo.

Pélope entró, que, al parecer ligero,
A los caballos de Neptuno afloja
Las riendas, y del rey pisano fiero
Se ve tambien al vivo la congoja,
Que, culpando á Mirtilo, su cochero,
Deja en su sangre ya la yerba roja;
Acrisio entró despues, y entró Corebo,
De rostro venerable, aunque mancebo.

Culpa al oro, instrumento de su pena,
Danae, y de Amimone diligente
Se ve la turbacion, que, de ira llena,
Culpaba en vano la hallada fuente;
Con el pequeño Alcídes entró Alcmena,
Que con tres lunas coronó su frente,
Y llena de esperanzas se ve ufana
Con su pequeña prenda soberana.

Entran despues los dos hijos de Belo,
Que con falsa amistad se dan la mano;
Pero Danao, que apenas mira al cielo,
Su oculta rabia disimula en vano;
Que al fin en su tristeza y desconsuelo
Se ve el intento de su pecho insano,
Bien al revés del inocente Egisto,
En quien alegre majestad se ha visto.

Tras de estos, otros mil despues entraron,
Admiracion del vulgo novelero,
Y ya que al fin los juegos comenzaron,
Aquel de los caballos fué el primero;
Tú, Febo, di qué reyes los guiaron,
Y cuál de ellos ha sido el mas ligero,
Y los nombres tambien, pues no la tierra
Ha visto mejor raza en paz ni en guerra.

No, si la misma competencia hubiera
Entre aves que volasen á porfía,
O de sus vientos Eolo quisiera
Probar la ligereza y la osadía,
Velocidad mayor jamás se viera
Que se vió en los caballos de este dia;
Fué el primero Arion, el que ha salido
Por su fama en el mundo conocido.

El dios Neptuno ha sido, si no miente
La fama, quien domó con freno y silla
El soberbio animal, y osadamente
Correr le hizo en su arenosa orilla;
Mas sin espuela y vara, que impaciente
Era siempre aun llevado de trailla,
Veloz naturalmente y inconstante,
Al mar del duro invierno semejante.

Y de algunos antiguos se ha sabido
Que muchas veces por el mar le vian
Tirar del carro de Neptuno, uncido
Con los caballos que en el mar se crian,
Y romper por las ondas atrevido,
De suerte que alcanzarlo no podian
El Euro y fiero Noto, que admirados,
Se quedaban atrás con los nublados.

Y no pisó despues la seca tierra
Menos gallardo ó fuerte, discurriendo
Del mundo tanto monte y tanta sierra,
Los trabajos de Alcídes padeciendo,
Que fué suyo tambien, y en tanta guerra
Al injusto Eristeo obedeciendo,
Se sirvió dél, que otro ninguno hubiera
Que sus trabajos padecer pudiera.

Con la edad y fatigas ya domado,
Mas fácil, mas humilde y menos fiero,
Por merced de los dioses lo ha gozado
Adrasto, que su dueño fué tercero;
Aqueste pues, de un carro al yugo atado,
Fué el que en el campo se mostró el primero;
Que Adrasto, porque fuese mas ufano,
Se lo ha prestado al príncipe tebano.

Pero primero, de expiriencia lleno,
Porque con mas seguridad lo rija,
Le enseña á gobernar el duro freno,
Y con cuál arte su furor corrija;
«Ningun azote para aqueste es bueno,
Le dice, que no un rayo tanto aguija;
Hiera esotros la vara como suele,
Que este no querrás tú que tanto vuele.»

De aquesta suerte, arrepentido en vano,
El padre de Faeton con tierno llanto,
Cuando entregó su carro al hijo insano,
Para enseñarlo le diria otro tanto;
Cómo van bien las riendas en la mano,
Cuál zona es la mejor del cielo santo,
De cuál ha de apartarse y de qué estrellas,
Y la inclemencia oculta que hay en ellas.

Que vaya siempre entre uno y otro polo,
Sin declinar del medio su camino,
En quien tantos peligros hay, que él solo
Puede vencerlos con valor divino;
Tales consejos el piadoso Apolo
Al mozo incauto dió, mas el destino
No le dejó aprender, que ya la suerte
Echada estaba en su temprana muerte.

Mientras Adrasto al yerno así decia,
Unce en su carro el agorero argivo
Los caballos que á hurto engendró un dia
Cilaro, mas que el viento fugitivo;
En tanto que con remo dividia
De Scitia el alterado mar esquivo
Cástor, que con Jason por mares largos
A Cólcos iba en la galera de Argos.

Blancos son cual la nieve no pisada
Los caballos que lleva el agorero,
Blanco el vestido y blanca en la celada
Pluma, que azota el céfiro ligero;
Luego el tésalo rey, cuya manada
Guardó Febo, en el campo entró el tercero,
Y unció tambien, competidor bizarro,
Dos estériles yeguas á su carro.

Quieren decir que de un centauro han sido
Hijas, y así, igualando á su fiereza,
A los caballos han aborrecido,
Que nunca humilla Vénus su braveza;
Y así, el furor lacivo han convertido
En fuerza varonil y en ligereza,
Fuertes de pecho y de caderas anchas,
Llenas de blancas y de negras manchas.

Y aun se puede entender que son de aquellas
Que apacentó algun tiempo Apolo santo,
Cuando dejando el cielo y sus estrellas,
Pudo en las tierras humillarse tanto,
Y que tambien oyeron sus querellas,
Su dulce lira y su divino canto,
Cuando el ganado, atento al son que oia,
Olvidaba las yerbas que pacia.

Los dos hijos de Hisípile salieron,
En todo el uno al otro semejante,
Que nueva gloria de la madre fueron,
Consuelo en tantas penas importante;
Solo en los nombres variedad tuvieron,
Que el uno Euneo se llamó, y Toante
El otro, cual su agüelo, que á su madre
Este representó, y el otro al padre.

Iguales, como hermanos, han salido
En carros de una traza y de un arreo,
De un color los caballos y el vestido,
Y ellos de un pensamiento y de un deseo.
Cualquiera de su hermano ser vencido
Quisiera por blason y por trofeo,
O ser, ganando juntos la vitoria,
Iguales en el premio y en la gloria.

Hipódamo despues, y Cromío luego,
Han salido, de Alcides hijo el uno,
Otro de Enomao, que en el campo griego
Nunca tuvo en crueldad igual alguno;
Llevan algunos que en el mismo fuego
Parece que nacieron, y ninguno
Se atreverá á juzgar, cuando los vea,
Cuál mas osado ó mas furioso sea.

Los carros llevan ambos infamados;
Y así, por todo el mundo aborrecidos,
Con despojos horribles adornados,
Que con humana sangre están teñidos;
Llevan, al fin, en ellos confiados,
Caballos al infame yugo unidos,
Aquel los de Diomédes inhumano,
Y este los de su padre el rey pisano.

Raya de la carrera peregrina
Era una peña un poco levantada,
Y el fin el tronco antiguo de una encina,
De hojas y de ramos despojada;
La tierra es della aquella que camina
Una flecha tres veces arrojada,
O la que el dardo en cuatro veces mide
Cuando valiente brazo lo despide.

En su Parnaso Apolo estaba en tanto,
Gozando el regalado y fresco viento,
Ya de su coro oyendo el dulce canto,
Y ya tocando alegre en su instrumento,
A cuyo son un tiempo á Jove santo
Cantó Flegra el noble vencimiento,
Y el suyo de Piton, muerto á sus manos,
Y los hechos tambien de sus hermanos.

Canta agora qué espíritu divino
El rayo mueve y las estrellas guia,
Y de dónde el arroyo cristalino
Tributo eternamente al mar envia;
Por dónde con el sol hace camino,
Y en qué lugar, en tanto que es de dia,
Escondida la noche está, y de adónde
Vuelve á la tierra cuando el sol se esconde.

De qué manjar oculto y no sabido
El viento se alimenta, y de qué fuente
El mar inmenso vive mantenido
En un estado solo eternamente.
Esto cantó, y habiendo suspendido
La cítara y corona de su frente,
Del sagrado laurel se apercebia
Para escuchar de nuevo á su Talía.

Cuando, al clamor el rostro revolviendo,
Los juegos vió del campo de Nemea,
Y cual para batalla apercibiendo
Tantos carros la noble gente aquea,
Al rey Atmeto entre ellos conociendo,
Y al adivino, á quien honrar desea,
Antes de su temprana y fatal muerte
Habló consigo mismo de esta suerte:

«¿Cuál Dios, qué hados émulos han hecho
Al rey de la Tesalia y mi agorero,
Cuyos nombres escritos en mi pecho,
Ambos merecen el lugar primero?
Pues de ambos obligado y satisfecho,
Si las obligaciones considero,
No sé á cuál que conmigo mas merezca,
Sin ofender al otro, favorezca.

»El noble Rey, en tanto que vivia,
Del cielo, entre los hombres, desterrado,
Encienso y sacrificios me ofrecia,
Siendo humilde pastor de su ganado;
Como á señor al fin me obedecia,
Con ser él el señor y yo el criado;
El otro es mi adivino, y mis altares
Honra con sacrificios y cantares.

»El mérito del Rey es el mas fuerte,
Si considero amor y obligaciones,
Pero de aquel, cercano ya á la muerte,
Razon es escuchar las oraciones;
Larga vejez á Atmeto da la suerte,
Y podré honrarlo en otras ocasiones;
Mas á tí, oh noble sábio, ya vecina
Tébas está, y en ella tu ruina.

»Sabeslo, oh miserable, pero en vano
Del canto de mis aves lo has sabido.»
Asi dijo; y el rostro soberano
Se vió de tierno llanto humedecido;
Y al punto, mas veloz que de la mano
De Jove sale el rayo sacudido,
Vinó, sin que de alguno visto sea,
Desde Parnaso al campo de Nemea.

Quedó al pasar del resplandor febeo
Sereno el viento, el cielo arrebolado,
Lleno de nueva luz el campo aqueo,
Y cada monte al parecer rosado;
Ya las suertes echado habia Proteo,
Y cada cual su puesto habia ocupado,
Y falto de paciencia, atento espera
El ronco son de la trompeta fiera.

Juntos el miedo osado y la esperanza
En cada pecho están, y acobardada
En él la mas sigura confianza,
Pálido ya el color, la sangre helada;
Ya culpan, mal sufridos, la tardanza,
Ya temen la trompeta deseada,
Salta en el pecho el corazon apriesa,
Y un hielo por los miembros atraviesa.

Derraman por los ojos fuego horrible
Los soberbios caballos, de ira llenos,
Y inquietos; tiñen con furor terrible
De espuma y sangre los dorados frenos;
Parece el detenerlos imposible,
Y los relinchos temerosos truenos,
Y de las herraduras el estruendo
Hace, hiriendo el campo, un son horrendo.

Ya el pié herrado estampan, ya impacientes
Borran la ya estampada herradura
Con otras mill señales diferentes,
Haciendo estremecer la tierra dura;
En tanto los amigos y parientes
En torno están, y cada cual procura
De prevenirlo todo de manera,
Que salgan con ventaja á la carrera.

Resuena el ronco son, retumba el suelo,
Y igualmente (que nadie se adelanta)
Del puesto salen con ligero vuelo,
Y un gran clamor al cielo se levanta.
¿Qué flechas por el aire y por el cielo,
Qué nubes llevan ligereza tanta?
Qué ave ligéra que huyendo vuela
Va tan veloz? Y por el mar ¿qué vela?

Menos furia cometa que ha caido,
Menos el fuego y menos lleva el viento,
Ni del monte el arroyo mas crecido
Baja con tan ligero movimiento.
Los griegos, que al principio han conocido
Cada competidor, en un momento
Los han desconocido, porque luego
Los sepulta un obscuro polvo ciego.

Y aun ellos conocerse no pudieron,
Que en nube espesa cada cual oculto,
La memoria y las señas se perdieron
Del mas amigo y mas cercano bulto;
Un poco juntos á la par corrieron
En confuso clamor y gran tumulto;
Pero luego esparcidos, ya se via
Cuál va delante y cuál detrás seguia.

Borra el que va siguiendo las señales
Que el otro, mas ligero, va haciendo;
Que el uno tras el otro desiguales
Por una misma senda van corriendo.
El viento de los fieros animales
Las erizadas clines va hiriendo,
Y bebe ya caliente el suelo frio
Del sudor blanco el húmido rocío.

Los cudiciosos dueños ya pendientes
Sobre el yugo se ven, y ya atrevidos
Con azotes y riendas impacientes
Hiriendo los caballos mal sufridos;
Clamores y relinchos diferentes,
Voces, ruedas y azotes sacudidos,
Y de las trompas el horrible acento,
Hacen un son confuso y gime el viento.

Ya el soberbio Arion, cual si tuviera
Adivino furor, sentido habia
Que su rector el rey de Tébas era,
Y que no es su señor quien lo regia;
Luego, como si á Edipo conociera,
Lleno de horror y espanto se desvia,
El carro tuerce y no obedece al freno,
Corrido de la carga y de ira lleno.

Pensaba la engañada gente argiva
Que el soberbio animal asi corriendo
Buscando nuevas alabanzas iba,
Tiniendo en poco á quien le va siguiendo.
Mas era que con planta fugitiva
De su mismo rector iba huyendo,
Y busca, amenazando al carretero,
Por todo el campo al dueño verdadero.

Con todo, es el primero y va delante,
Mas como libre al fin y no sujeto,
Mucho despues, siguiendo al arrogante,
Va el argivo adivino y luego Atmeto;
Siguen tras él los nietos de Toante
Casi á la par y iguales, que en efeto
Vence el fraterno amor con grande gloria
A la ambicion, que aspira á la vitoria.

Los otros dos los últimos han sido,
Por no ser sus caballos tan ligeros,
No por falta de industria que han tenido,
Que en ella iguales son á los primeros;
Cromio viene detrás, mas tan asido
Al otro va, que sus caballos fieros
Le manchan las espaldas con los frenos,
De negra sangre, en vez de espuma llenos.

El sacerdote argivo bien creia,
Viéndose ya en la raya deseada,
Que al volver hácia atrás suyo seria
El premio y la vitoria no esperada,
Porque el fiero Arion pasado habia
Gran trecho de la encina señalada;
Y así, ocupar de nuevo no pudiera
El primero lugar de la carrera.

Con la misma esperanza Atmeto vino,
Léjos viendo al caballo mas ligero,
Pues siendo ya primero el adivino,
El por lo menos no será el tercero;
Mas luego aquel caballo peregrino,
Volviendo hácia atrás el rostro fiero,
Vió que corriendo al puesto se tornaban
Esotros, y que atrás se lo dejaban.

Y luego, mas veloz que el pensamiento,
Vuelve á correr con ligereza tanta,
Que pudiera alcanzar al mismo viento,
Y en un momento á todos se adelanta;
Desocupando al punto cada asiento,
(Por ver mejor), el vulgo se levanta
Con tal clamor, que se estremece el cielo,
Retumba cada monte y tiembla el suelo.

Mas no pudiendo el príncipe tebano
El azote mover, regir el freno,
Deja al caballo por el campo llano,
De libertad y de arrogancia lleno.
Asi el piloto, fatigado en vano,
Rige en el enojado mar Tirreno
La nave, y sin mirar estrella alguna,
Deja vencido el arte á la fortuna.

A la segunda vuelta que volvian
Corriendo, ya perdida la esperanza,
Viendo que ya alcanzarlo no podian,
Pues aun el mismo viento no lo alcanza,
Con ira tal de nuevo se encendian,
Tiniendo por infamia su tardanza,
Que ya que la vitoria no pretenden,
Se estorban, se amenazan y se ofenden.

Llegan ejes y ruedas á ofenderse,
Y alguno se atraviesa en la carrera,
Quiriendo adrede en ella detenerse,
Por vengar su dolor con mano fiera;
No hay paz ni hay amistad, ni pudo verse
Furia mayor en guerra verdadera;
Tanto pequeño honor y gloria poca
Los mueve, los enciende y los provoca.

No es la voz ni el azote suficiente,
Que ya cada caballo, fatigado,
Ni oye las voces ni el azote siente
Del airado señor mal enojado;
Y como si pudiera fácilmente
Ligereza cobrar el pié cansado
Con escuchar su antiguo nombre y fama,
Al suyo cada cual por nombre llama.

A Foloe llama Atmeto, y no lo entiende,
A Iris Toas, y el azote mueve,
El sacerdote á Asqueton reprehende,
Y á Cigno, que es mas blanco que la nieve;
Cromio llama á Estrimon y dél se ofende,
Y así á herirlo con rigor se atreve,
A Calidon Hipódamo, y Toante
A Podarce con ira semejante.

A su Etion Euneo llama en vano,
Y alargando la rienda, afloja el freno,
Solo en su carro el príncipe tebano
Pasa, de miedo y de silencio lleno;
No osa mover la voz ni alzar la mano,
Falto de aliento y de sí mismo ajeno;
Y así, rendido el pecho al miedo frio,
Corre el fiero caballo á su albedrío.

Ya tres vueltas al campo dado habian,
Y con menos furor la cuarta daban,
Porque ya los caballos no podian
Sufrir el gran trabajo que pasaban;
Blancos arroyos de sudor se vian,
Que todos igualmente derramaban,
Y fatigados, anhelando apriesa,
Atrás dejaban una nube espesa.

Ya que iba la fortuna á declararse,
Dudosa hasta entonces y inconstante,
Cayó, quiriendo á Atmeto aventajarse,
Ciego de enojo y de furor, Toante;
Quiso, por socorrerlo, atrás tornarse
Su hermano, que pasaba ya delante;
Mas porque en medio Hipódamo se puso,
Prosiguió el curso atónito y confuso.

Cromio, que siempre el último habia sido,
Viendo el carro de Hipódamo cercano,
Como hijo de Alcides atrevido,
Se asió al timon con una y otra mano;
Los caballos y el carro ha detenido
Con tanta fuerza y tal valor, que en vano,
Azotados de Hipódamo, porfian,
Y dar un solo paso no podian.

Tal nave contra el Austro forcejando
En el mar de Sicilia suele verse,
Que las hinchadas velas aflojando,
Quiere en vano del viento defenderse;
Tanto Hipódamo estuvo porfiando,
Loco de enojo y sin poder moverse,
Que rompiéndose el carro, cada rueda
Cayó, y él revolcado entre ambas queda.

Fuera Cromio adelante, y por ventura
Fuera á los demás émulos venciendo;
Mas sus caballos, que en la tierra dura
Vieron al triste Hipódamo gimiendo,
Para mayor dolor y desventura,
Su hambre antigua y su furor horrendo
Quisieron renovar, de furia llenos,
Y en sangre humana matizar los frenos.

Y ya el uno y el otro arremetia,
La boca abierta, de ira y rabia llena,
Mas luego el fuerte Cromio los desvia,
Y volviéndose atrás, su hambre enfrena;
La palma olvida que ganar podia,
Siendo, para consuelo de su pena,
Mas alabado de esto que si fuera
Suyo el premio y honor de la carrera.

Febo, que por honrar á su adivino
Esperaba ocasion mas oportuna,
A darle el premio al fin del curso vino,
Venciendo con engaños la fortuna.
Formó en el aire un mónstruo peregrino,
Si ya no fué de la infernal laguna
Imágen espantosa, y la mas fiera
Que el pensamiento imaginar pudiera.

De culebras el cuello rodeado,
De extraña forma y tan horrible y fiero,
Que hubiera á las tres furias espantado,
Y diera miedo al velador cerbero;
Y hubiera los caballos asombrado
Del mismo sol y los del dios guerrero;
Aqueste mónstruo pues, así compuesto,
Delante del tebano rey ha puesto.

Como Arion al mónstruo vió delante,
Erizada la clin, turbado el pecho,
Terrible, al mónstruo mismo semejante,
Sobre ambos piés se levantó derecho;
Fuerza es tambien que el otro se levante,
Que compañero un mismo yugo ha hecho,
Y esotros dos tambien se levantaron,
Que unidos á otro yugo le ayudaron.

Cayó en el suelo el príncipe tebano,
Rendido ya al temor, turbado y ciego,
Y libre el carro por el campo llano,
Se aleja dél y vuela como un fuego;
El suyo tuerce el adivino ufano,
El suyo el rey de la Tesalia, y luego
El de Lémnos el suyo, y de esta suerte
Se libró Polinice de la muerte.

Y levantando de la tierra fria,
Lleno de polvo, el cuerpo fatigado,
Ya que por muerto el campo lo tenia,
Al suegro Adrasto vuelve no esperado;
¡Qué ocasion, oh tebano, aqueste dia
Para morir en paz habias hallado!
Que al fin si Tesifon no lo estorbara,
Con tu muerte la guerra se acabara.

Dejaras con tu muerte fama eterna,
Y Tébas y tu hermano te lloraran,
Argos tambien, y con tu esposa tierna
Llanto todos sus pueblos derramaran;
Por tí Larisa y la abrasada Lerna
Sus cumbres y sus plantas humillaran,
Y en honrado sepulcro, si hoy murieras,
Mas celebrado que Arquemoro fueras.

El sacerdote pues mas animoso
Sigue al fiero Arion, y con mas brio
Quiere, por ser del todo victorioso,
Vencer el carro de rector vacío.
Dale favor su dios, y presuroso
Vuela ya tan veloz, que el Euro frio
Nunca velocidad tan grande lleva
Cuando sale enojado de su cueva.

Con azote y con riendas importuno
Los caballos aflige, procurando
De la vitoria el tiempo, que oportuno
Con noble premio se le va acercando.
«Agora, dice, al menos, que ninguno
Va delante de mí, corre volando,
Oh ligero Asqueton, oh Cigno, agora
Aligerad la planta voladora.»

De honras ó de amenazas incitado,
Cobra cada caballo nuevo aliento,
Pasa esparciendo arena á cada lado
El carro, mas veloz que el mismo viento;
Y hubiérase Arion atrás quedado;
Pero el rector del húmedo elemento
No quiso que perdiese aquella gloria,
Ya que es del adivino la vitoria.

Y así ambos dioses vitoriosos fueron,
Pues el uno ayudando á su adivino
Y el otro á su caballo, ambos tuvieron
En la vitoria igual honor divino;
Dos mancebos el premio al fin trujeron,
Que era un gran vaso rico y peregrino
Que del famoso Alcides habia sido,
Y nadie en él despues habia bebido.

Y usaba solo dél cuando habia dado
La merecida muerte á algun tirano,
O despues que escapaba fatigado,
De algun gran mónstruo vencedor ufano;
Que de espumoso vino coronado
Y alzándolo con una sola mano,
Sacrificaba al padre, á quien la gloria
Atribuia de cualquier vitoria.

Vense en el oro al vivo dibujados
Los centauros con ira arremetiendo
A los fieros lapitas, que obstinados,
En sangre propria el suelo están tiñendo.
Piedras con otros vasos arrojados
Entre algunos tisones medio ardiendo,
Y tan al vivo al fin se ve el estrago,
Qne parece de sangre el vaso un lago.

Vese del mismo Alcides el trofeo,
Su valor y su gloria de aquel dia,
Y cómo asiendo al bárbaro Hileo
Por la barba, arrastrando lo traia;
Lleno el mónstruo de sangre, horrible y feo,
Procuraba soltarse y no podia,
Hasta que, de su sangre ya vacío,
Lo ocupó de la muerte el hielo frio.

Aqueste el premio fué de la vitoria,
Y luego el rey Atmeto ha recibido
Por el sigundo honor de aquella gloria
Un manto de oro y púrpura tejido,
En que de Ero labrada está la historia,
La alta torre del Sesto, el mar y Abído,
Y entre las fieras ondas del estrecho
Nadando el mozo con osado pecho.

Entre el agua pintada transparente
El cuerpo se parece fatigado,
Fuera de ella se ve la altiva frente
Con el cabello al parecer mojado;
El mar alborotado de repente
Y el un brazo y el otro ya cansado,
Procurando con una y otra mano
Las olas apartar del mar insanó.

Está del hondo estrecho á la ribera
La alta torre, y en ella fatigada
Ero, que al triste amante en vano espera,
De la congoja y del temor helada.
Ya pierde la esperanza y desespera;
Que la lumbre, mill veces apagada,
Del enemigo viento parecia
Que su desdicha y su dolor sabia.

Todo pintado al fin estaba al vivo,
Y ufano el uno y otro vitorioso,
Su premio recibió del rey argivo,
Rey justo, liberal y generoso;
Y porque tenga en su dolor esquivo
Algun consuelo el yerno congojoso,
Una esclava le dió sábia y prudente,
Curiosa por extremo y diligente.

Luego al son de trompetas y atambores
Con ricos premios incitar procura
El Rey á los mancebos corredores
Que han de medir á pié la tierra dura;
Ejercicio de grandes y menores
Para los juegos de la paz segura,
Bueno para escaparse de la muerte
Cuando en la guerra se perdió la suerte.

Ida salió el primero osadamente
A la nueva carrera pregonada,
Que ya en el monte Olimpo vió su frente
De vencedor olivo coronada.
Con gran clamor le recibió la gente
De Pisa que Enomao disfamada,
Y la que vive en la campaña Elea,
Que verlo ufano vencedor desea.

Alcon, que de Sicion natural era,
Sale tras de él, y Tédimo ha salido,
Que noble vencedor en la carrera
Del Istmo otras dos veces habia sido;
Dimas salió, que al ave mas ligera
Y al mas veloz caballo habia vencido,
Mas ya con mucha edad, la sangre fria
De su velocidad perdido habia.

Otros muchos salieron de gran fama,
Borrados ya del tiempo en la memoria;
Mas ya á su capitan la Arcadia llama,
Tiniendo por sigura la vitoria;
El bullicioso vulgo se derrama
Por ver el que merece tanta gloria,
Pues nadie hay en el campo que no crea
Que suyo el premio y la vitoria sea.

¿Quién no sabe las pruebas de Atalanta,
Que de tantos en vano pretendida,
Se defendió con voladora planta
Hasta que por engaños fué vencida?
Y así, la madre célebre adelanta
La fama del mancebo conocida,
Pues cual ella, tambien Partenopeo
A pié alcanzó los ciervos de Liceo.

Y aun dicen dél que habiendo sacudido
Ligera flecha por el aire vano,
Yendo luégo tras de ella, la ha cogido
En medio del camino con la mano;
Al fin, de todo el campo recibido
Con un alegre aplauso, ocupa el llano,
Derriba el manto que los hombros cubre,
Y de su pecho la verdad descubre.

Tan bello el cuerpo como el rostro bello,
No es menos blanco que la nieve pura,
Ni menos que el cristal su liso cuello
Tiene proporcionada hermosura;
Vence al oro mas fino su cabello,
Que es colmo y perfecion de su blancura;
Mas córrese el mancebo generoso
De que el mundo lo alabe de hermoso.

Untase luego desde el pié á la frente,
Costumbre de famosos corredores,
Y con alegre admiracion la gente
Le da mill alabanzas y favores.
Hacen Tédimo y Dimas igualmente,
Y todos los demás competidores,
Resplandeciente el cuerpo y fugitivo
Con el verde licor del blando olivo.

Así cuando tranquilo y sosegado
Con grande calma el mar está durmiendo,
Y el cielo no de nubes ocupado,
En el está su hermosura viendo,
En el hermoso espejo plateado
Cada lucero está resplandeciendo,
Y cuan grande en el cielo es cada estrella
Se parece en el agua clara y bella.

Casi al varon de Arcadia se igualaba
En la belleza y en los años Ida,
Aunque un dorado bozo le apuntaba,
Flores alegres de su edad florida;
Mas la rica madeja que bajaba
Suelta sobre los hombros y esparcida,
Con su belleza la del rostro encubre,
Tanto, que el bozo apenas se descubre.

Cada cual luego sacudir pretende
Del cuerpo el perezoso encogimiento,
Alza los brazos y las piernas tiende
Aquí y allí con vario movimiento.
Las rodillas afirma, el cuello extiende,
Estira cada cuerda y cobra aliento,
Y toma, sacudiendo la pereza,
En sí mismo licion de ligereza.

El desnudo escuadron resplandeciente,
Puesto con regla igual en la carrera,
Parte al fin tan veloz, que fácilmente
Dieran alcance al ave mas ligera,
Vencieran al caballo mas valiente,
Y creyera sin duda el que los viera
Ser otras tantas flechas que ha arrojado
Fugitivo escuadron del parto osado.

No de otra suerte el curso apresuraron
Amedrentados ciervos que han huido
Por los valles hircanos, si escucharon
De hambriento leon fiero bramido;
Ya que con el miedo se engañaron
Que formó aquel rumor en el oido,
Corren al fin atónitos, haciendo
Con los cuernos y piés confuso estruendo.

Así pues corre el escuadron ligero,
Y ya el de Arcadia á todos se adelanta,
Retrato de su madre verdadero,
Que se alargó con voladora planta:
Ida, enseñado siempre á ser primero,
Corre tras de él con ligereza tanta,
Que lo alcanza el aliento de su boca,
Y con su sombra á las espaldas toca.

Tédimo y luego Dimas lo seguia,
Poco el uno del otro desviado,
Y tan cercano Alcon, que parecia
Que iba de Dimas al izquierdo lado;
Al capitan de Arcadia le cubria
Los hombros el cabello no cortado,
Y así esparcido y suelto lo detiene
El fresco viento que á herirlo viene.

En nombre de la diosa cazadora
La dorada madeja habia crecido,
Y desde su edad tierna hasta agora
Nunca en ella navaja habia caido;
Y cuando ya llegó la fatal hora
Que los montes dejó, la habia ofrecido
En vano à los altares de su tierra
Si vencedor volviese de la guerra.

Del viento á las espaldas descompuesta,
Le fué agora ocasion de un grande daño,
Pues ella trocó en lágrimas la fiesta
Con nunca imaginado modo extraño;
Que viendo la vitoria manifiesta,
Para estorbarla fabricó un engaño
Ida, viendo que en vano se aligera
Y que ya se acababa la carrera.

Y asiendo del cabello con la mano,
Hizo volver por fuerza al pié ligero
Dos pasos hácia atrás, y luego ufano,
De la carrera al fin llegó el primero;
Mas fué su industria y su vitoria en vano,
Que luego el escuadron de Arcadia fiero,
No sufriendo en su rey aquella injuria,
Vengarla quiere con inmensa furia.

Corre, llena de enojo y furor ciego,
La mal sufrida gente alborotada,
Con ira amenazándolo si luego
No alarga aquella gloria mal ganada;
Mas hubo muchos en el campo griego
A quien engaño semejante agrada;
Y así, del sufrimiento el freno roto,
Crece la confusion y el alboroto.

Su justicia con lágrimas defiende,
Que enternecieran una peña dura,
El triste Rey, y su cabello ofende,
Como ocasion de tanta desventura;
La vergüenza y dolor el rostro enciende,
Y en él añide el llanto hermosura,
Y en dos bandos el vulgo dividido,
Crece el furor, las voces y el ruido.

Púsose Adrasto en medio, que no fuera
Otro ningun respecto de importancia;
«Cese, dice, el furor, pues dél se espera
Siguro el daño, incierta la ganancia;
Volved ambos de nuevo á la carrera,
Mas divididos con igual distancia,
Corriendo el uno para el otro vaya,
Y en medio de los dos esté la raya.»

Fué alabado del Rey el noble intento,
Y á todos agradó la nueva traza,
Obedecen del Rey el mandamiento,
Y así el vulgo el lugar desembaraza;
De nuevo cada cual vuelve á su asiento,
Apártase la gente y hacen plaza,
Y ya ocupando cada cual su puesto,
El mancebo de Arcadia dijo aquesto:

« Santa diosa, divina cazadora,
Dueño de este cabello no cortado,
Pues ha nacido mi deshonra agora
Del haberlo á tus aras dedicado;
Si el haberte con planta voladora
Seguido por el monte fatigado,
Para obligarte de importancia ha sido,
O si algo por mi madre he merecido,

»No vaya á Tébas yo con este agüero,
Y no mi Arcadia este dolor reciba.»
Dijo; y dió testimonio verdadero
De aquel favor su planta fugitiva;
Pareció luego á todos mas ligero,
O que en las alas de los vientos iba,
Y el campo apenas siente sus pisadas,
Que aun no deja en el polvo señaladas.

Con alegre clamor, que al cielo llega,
Pisa la raya el vencedor ufano,
Y luego la admirada gente griega
Con gritos hace estremecerse el llano;
Un famoso caballo el Rey le entrega,
Y él mismo lo corona con su mano;
Un arco á cada cual, y un rico escudo
A Ida, que de vergüenza estaba mudo.

Contento cada cual se aparta, y luego
El Rey, viendo la gente sosegada,
Hace que se pregone el tercer juego
Del disco, bola de metal pesada;
Prueba que antiguamente el pueblo griego
Usaba, en nuestros tiempos ya olvidada,
Que la española juventud bizarra
Juega, en vez dél, á la pesada barra.

Pterela, al rey Adrasto obedeciendo,
El redondo metal liso y pesado
Trujo, y con ambos brazos y gimiendo,
En el campo no léjos lo ha arrojado:
Muchos, su peso y su grandeza viendo,
Que pensaron jugar, se han retirado,
Y llenos de valor y de osadía,
Otros muchos salieron á porfía.

Tres salen de Corinto, uno de Pisa,
De Acarnania otro solo ocupa el llano,
De Acaya salen dos, muchos de Nisa,
A quien su antigua gloria incita en vano;
La arena en esto Hipomedonte pisa,
Trayendo un disco en la derecha mano,
Cual no se vió jamás, y en medio puesto,
Mostrólo á los demás, y dijo aquesto:

«Este, oh nobles mancebos, que por tierra
Pensais echar de Tébas la muralla,
Y el fuerte alcázar donde al Rey encierra
De el miedo torpe la primer batalla;
Este disco es mejor, pues de la guerra
El trabajo y fatiga en él se halla,
Que de aquese pequeño la vitoria,
¿Qué honor nos puede dar, qué nombre y gloria?»

Dijo; y sin fuerza alguna y fácilmente
El disco arroja, y tanto lo desvia,
Que atónito desiste el mas valiente,
Su orgullo refrenando y su osadía;
Solos quedaron dos, de tanta gente,
Que viendo que sin émulo vencia,
Se avergonzaron de su gran trofeo,
Flegias el uno, el otro Menesteo.

Estos la noble sangre ha detenido,
Juzgando por deshonra y gran vergüenza,
Viendo que los demás han desistido,
Que un hombre sin trabajo á tantos venza;
Flegias es el primero que atrevido,
Recogiendo la fuerza en sí, comienza,
Pero primero refregando en vano
En el menudo polvo el disco y mano.

Y porque mas siguro el tiro sea,
Lo ajusta bien y lo acomoda luego,
Por una y otra parte lo rodea,
No sin admiracion del campo griego;
Mas la pisana gente, que desea
Verlo vencer en el difícil juego,
Con alegre clamor lo favorece,
La industria alaba y su favor le ofrece.

Verse en el disco vencedor espera,
Pues ninguno hay mas diestro que Flegeo,
Que desde sus primeros años era
Ejercitado en él con gran trofeo;
Y mill veces jugando en la ribera
Del peregrino enamorado Alfeo,
Hizo volar con grande maravilla
Al disco desde la una á la otra orilla.

En esta y otras pruebas confiado,
No con ojos atentos mide el suelo,
Mas con el globo de metal pesado
Mira las nubes y amenaza al cielo;
En tierra ambas rodillas ha hincado,
Junta su sangre, y con extraño vuelo
Rodar le hace por el aire vano
Y avecinarse al cielo soberano.

No mas ligero el rayo ha decendido
Cuando á las cumbres altas hace guerra,
Que sube el duro disco, y detenido,
Entre aire y fuego al parecer se encierra;
Al fin desde las nubes ha caido
Menos veloz, y escóndese en la tierra,
Por todas partes derramando fuego,
Con grande admiracion del campo griego.

Tal suele decendir del sol la hermana,
Cuando con el rigor de algun conjuro
Tésala maga, en su vitoria ufana,
Bajar le hace por el aire puro;
La gente, que su lumbre soberana
Avecinarse mira al suelo duro,
Mill trompas y atabales al momento
Tocan por detenerla, y gime el viento.

Pero la maga tésala entre tanto
Burla de su temor y de su estruendo,
Viendo viudo de luna al cielo santo,
Y sus caballos decendir gimiendo.
Llenos de nueva admiracion y espanto
Los griegos, el extraño tiro viendo,
Lo alaban, y con nueva confianza
El pisano alimenta su esperanza.

Con prueba tan extraña y tan notoria,
Que hizo estremecer la tierra dura,
Antes de haberlo visto, la vitoria
Del tiro largo el campo le asigura;
Mas la injusta fortuna, cuya gloria
Es burlar la esperanza mas sigura,
La de tantos burló; que el hombre en vano
Estorba lo que ordena el hado insano.

Para el tiro segundo en prueba larga
Con el disco otra vez se apercebia,
Extiende la cerviz y el brazo alarga,
Y el pié y derecho lado atrás desvia;
Mas deslizóse la pesada carga,
Ya que con todo el cuerpo revolvia,
Y cayendo á sus piés la dura bola,
En vano sacudió la mano sola.

Vióse en un punto el campo alborotado,
Gimiendo el triste caso de Flegeo,
Y luego en su desdicha escarmentado,
Llega á tentar el disco Menesteo;
Y habiéndolo en el polvo refregado,
Ruega á Mercurio ayude su deseo;
Y así, llevado del favor divino,
El disco por el aire abrió camino.

Con fuerza y con industria sacudido,
Pasa el metal del campo un largo trecho,
Y el vulgo, levantando un alarido,
Hinca una jara en la señal que ha hecho;
Mas luego Hipomedonte se ha movido
Con tardos piés y con pesado pecho,
Ya pensando en el caso de Flegeo,
Ya en la felicidad de Menesteo.

Levanta el disco de la tierra dura,
Y á espacio en torno de él la mano lleva,
Que de su gran valor no se asigura,
Aunque tan diestro en la difícil prueba;
Y así, primero acomodar procura
(Añidiendo á su fuerza industria nueva)
El pesado metal á su contento,
Y en tanto el campo está mirando atento.

Huye la dura bola sacudida,
Y rechinando por el aire vano,
Tanto se aparta de él, que ya se olvida
De el gran valor de su derecha mano;
De el otro tiro la señal corrida
Se deja mucho atrás, y pasa el llano,
Y al fin, con grande honor de Hipomedonte,
Paró en los hombros de el opuesto monte.

Tal desde la alta cumbre inaccesible
De el monte de Etna, que vomita fuego,
Con ambas manos el peñon terrible
Tiró el burlado Polifemo ciego,
Cuando de su rigor y hambre horrible
Huyó el astuto peregrino griego,
Y alborotado el mar del peso grave,
Casi anegó la fugitiva nave.

Por premio Adrasto al vencedor ofrece
Una hermosa piel de tigre hircana,
Que el oro en sus orillas resplandece,
Extremo rico, imágen de su lana;
Cada uña en cada mano y pié parece
Menos feroz, y con el oro ufana,
Y habiendo dado un arco á Menesteo
Por consolarlo, así dijo á Flegeo:

«Tú recibe esta espada, aunque la suerte
Te burló con el caso no esperado;
Digna es de tu valor y brazo fuerte,
Aunque en mi mocedad honró mi lado;
Pues con ella en Tébas has de verte,
Como esperamos de tu pecho osado;
En el mayor rigor de tu osadía
Te acordarás que ha sido prenda mia.

»Dése principio al juego de los cestos,
Que el animoso que en su pecho encierra
Honradas esperanzas, en aquestos
Verá una viva imágen de la guerra.»
Así dijo el buen Rey, y luego puestos
Se ven dos grandes cestos en la tierra,
Que cada uno es de un buey el duro lomo,
Con el remate de pesado plomo.

Al punto el uno empuña Capaneo,
Que soberbio gigante parecia,
Y volviendo á mirar al campo aqueo,
De aquesta suerte á todos desafía:
«¿Hay alguno, de tantos como veo,
Que ose esgrimir conmigo aqueste dia?
Y ya pluguiera al cielo soberano
Viniera para aquesto algun tebano.

»Que á nadie diera lástima su vida,
Y al fin muerte mas lícita le diera,
Y manchado con sangre aborrecida,
No tan cruel mi esfuerzo pareciera.»
Dijo; y apenas fué su voz oida,
Cuando la sangre se le heló á cualquiera;
Un general silencio en todos puso,
Y quedó el campo atónito y confuso.

Pero del escuadron de los lacones
Alcidamo saltó libre y exento,
Y atónitos esotros escuadrones,
Se admiran de su extraño atrevimiento;
Mas los suyos, que en otras ocasiones
Vieron su gran valor, desde su asiento
Lo alaban y asiguran la vitoria,
Como testigos de su antigua gloria.

Dicen que el mismo Pólux fué el primero,
De quien él aprendió tanta osadía,
Que con amor de padre verdadero
Le enseñó el arte que tan bien sabia;
Y cuando mas alegre y mas severo,
Gran furor, enseñándolo, fingia,
Por hacer expirencia de esta suerte
Si en él entraba el miedo de la muerte;

Y viendo que con ira semejante
El muchacho animoso le esperaba,
Sin que su enojo y su furor lo espante,
Soltaba alegre el cesto y lo abrazaba;
Agora pues salió, pero el gigante,
Burlando de él, tan arrogante estaba,
Que mostrando que lástima tuviese,
Otro pidió que mas valiente fuese.

Mas viendo que lo espera osadamente,
Despues de instimulado, ocupó el puesto,
Extendió el cuello y levantó la frente,
Y con mas arrogancia empuñó el cesto;
El otro, mas humilde y mas prudente,
Considera el peligro manifiesto,
Y con valor y industria de importancia
Mide de su enemigo la distancia.

Que no Ticio tan grande pareciera,
Ni tanto con sus miembros admirara,
Si la ave que lo aflige permitiera
Que alguna vez en pié se levantara,
Y aunque muchacho, Alcidamo lo espera
Con vista alerta y con exenta cara,
Y con madura industria se gobierna,
Freno admirable para edad tan tierna.

Y así, con su prudencia bien regida
Para los años de su edad madura,
Nunca visto valor ha prometido
Con esperanza, al parecer, sigura;
Ninguno hay que no tema si herido
Ha de salir de aquesta impresa dura;
Que todo el campo en general desea
Que suyo el premio y victoria sea.

Despues que cada cual con alma atenta
Mide el valor que en su enemigo mira,
Adivinando lo que el otro intenta,
Y ni osa arremeter ni se retira,
Con miedo alterno comenzó la afrenta
A encender el furor, y con mas ira
Se buscan, se amenazan y rodean,
Alzan los brazos y la fuerza emplean.

Este sábio en el arte se detiene
Con alma recatada y temerosa,
Y con varios reparos se entretiene,
Conservando su fuerza provechosa;
Pero el gigante, que vergüenza tiene
De sí mismo, ni para ni reposa,
Y á dos manos esgrime el duro cesto,
Pródigo de su fuerza y descompuesto.

Pero el lacon, astuto y vigilante,
De sangre, al fin, y patria conocida,
Adonde en ejercicio semejante
Gastan la mayor parte de la vida,
A los soberbios golpes del gigante,
En que gasta su fuerza mal regida,
Ya con industria y ya con osadía,
Unos repara y de otros se desvía.

El ojo atento adonde el golpe carga,
Hace que acuda á socorrer la mano,
Ya la cabeza encoge y ya la alarga,
Ya el pié la aparta del jayan insano;
Y así, cuando con mas furor descarga
El duro cesto, al suelo baja en vano,
Obedeciendo con igual presteza
La mano, el pié ligero y la cabeza.

Y alguna vez osado y diligente
(Tanto puede el ingenio y la expirencia),
Para llegar á la enemiga frente
Su industria y su valor le dan licencia,
Y cual ola que azota humildemente
Roca que asombra al mar con su presencia,
Tal parecia en torno del gigante
Enojado, soberbio y arrogante.

Ya los ojos señala y ya al un lado
Y con tanta destreza el cesto esgrime,
Que habiendo alguna vez mal reparado,
Llega á ofender, y el enemigo gime;
Mas una el plomo descargó pesado,
Y en medio de la frente el golpe imprime,
Y de caliente sangre en ella ha hecho
Un arroyo sutil, que bajó al pecho.

No la sintió el airado Capaneo,
Turbado de el dolor y ardiendo en ira,
Mas, viendo alborotado al campo aqueo,
La causa inora y del rumor se admira;
Y subiendo la mano al rostro feo,
Apenas su deshonra en ella mira,
Cuando al nunca esperado atrevimiento
Hizo de enojo extraño sentimiento.

No mayor rabia hircana tigre lleva
Cuando el astuto cazador la injuria,
Llevándole sus hijos de su cueva,
Ni en herido leon se vió tal furia:
Su difícil venganza en vano prueba,
Y abrasado en el fuego de su injuria,
Su fuerza ya cansada resucita,
Y en su mismo furor se precipita.

Perdido ya del todo el sufrimiento,
Arrójase, y con una y otra mano
El mal regido cesto esgrime á tiento,
Y mill golpes sin tiempo tira en vano;
Los unos hieren solamente el viento,
La tierra esotros, y retumba el llano,
Y el lacon, que mill muertes ve delante,
Se aparta cuidadoso y vigilante.

Pero no por aquesto el arte olvida,
Que cuando mas ligero va huyendo,
Vuelve con repentina arremetida,
Ya á tiempo reparando y ya hiriendo;
Mas, de entrambos la fuerza enflaquecida,
Se iba á tanto trabajo ya rindiendo;
Que aquel menos furioso y fatigado,
Y este para apartarse está pesado.

Y ya en pié no pudiendo sustentarse,
Sin aliento y la vista ya turbada,
Con breve paso hubieron de apartarse
A reparar la fuerza ya causada;
De esta suerte en el mar suelen pararse
Cuando á la ciega chusma fatigada
Hace el patron señal y luego para,
Y con descanso breve se repara.

Pero poco le dura aquel sosiego,
Que sigunda señal voz enemiga
Da fin á aquel descanso breve, y luego
Los remos baja, y vuelve á su fatiga,
Lleno de nueva rabia y furor ciego,
Porque su afrenta y su dolor le obliga;
Sigue al lacon el fiero Capaneo,
Mas él se aparta y burla á su deseo.

Y habiendo ya burlado su braveza
Mill veces, sin perder del arte un punto,
Descubre astutamente la cabeza,
Y el otro el duro cesto esgrimió al punto;
Y apartándose de él con ligereza,
Cayó en tierra, y con él su dueño junto,
Y Alcidamo de nuevo osadamente
El duro cesto le imprimió en la frente.

El golpe y el suceso fué de suerte,
Que él mismo se turbó de su ventura,
Porque para escaparse de la muerte
Piensa que ya no habrá tierra sigura;
Levántase del campo un clamor fuerte,
Y en torno retumbó la tierra dura,
Y aunque apartado el mar, desde su orilla
Sintió la no esperada maravilla.

Huye, osado lacon, con libre planta,
Que nadie te asigura la ganancia;
Porque ya tu enemigo se levanta
Con doblado coraje y arrogancia;
Ya su furor al mismo cielo espanta,
No será ya tu industria de importancia;
Pues lleno de el dolor, con nueva rabia
Te busca, y blasfemando al cielo agravia.

El noble rey Adrasto, al caso atento,
Viendo el peligro de el lacon dichoso,
Que de su venturoso atrevimiento
Andaba ya turbado y temeroso;
«Id, dice, oh compañeros, al momento,
Corred, y con socorro provechoso
Refrenad su furor, templad su furia,
Llevalde el premio y consolad su injuria.

»Id y quitadle á Alcidamo delante;
Que tan airado á su enemigo veo,
Que hasta que el celebro le quebrante
No podrá reportarse Capaneo;
No se infame con muerte semejante.»
Dijo; y su voz obedeció Tideo,
Y Hipomedonte y él corriendo fueron,
Y osadamente en medio se pusieron.

Entrambos de sus brazos se han asido,
Varias razones alegando en vano,
Y ambos juntos apenas han podido
Quitarle el duro cesto de la mano.
«Basta, dicen, ¿qué buscas, si has vencido,
Y el que sigues es griego, y no tebano,
Y nuestro compañero en esta guerra?
Baste ya, y el furor de tí destierra.

»Si es honra dar la vida al enemigo
Y gloria perdonar á los menores,
No es mucho al compañero y al amigo
Perdonar la ignorancia y los errores.»
Mas él, viendo que el campo fué testigo
De su dolor, no admite estos favores,
Y airado el ramo y la coraza arroja
(Premio de la victoria), y mas se enoja.

«De este medio hombre, dice, deste infame,
Favorecido al fin por su belleza,
No es justo que la sangre se derrame,
Mal atrevida agora á mi grandeza;
Aunque el cielo y la tierra cruel me llame,
La beldad que le dió naturaleza
La he de manchar con polvo y sangre suya,
Aunque á los cielos y al infierno huya.

»Y pues con larga y favorable arenga
Lo llamais griego y compañero nuestro,
Despues que muerto á mi placer lo tenga
Lo daré á que lo entierre su maestro;
Que no es razon que yo á la guerra venga,
Turbado con agüero tan siniestro.»
Así dijo; mas tanto porfiaron,
Que de el campo ya humilde lo sacaron.

Mas todo el campo, que testigo ha sido,
De Alcidamo celebra el gran trofeo,
Pues haberlo alcanzado y merecido
Efeto fué de un general deseo;
Y en tanto los lacones se han reido
Del vano amenazar de Capaneo,
Atribuyendo á Pólux la vitoria,
Como fuente y autor de aquella gloria.

Ya el gran Tideo, que mirado habia
De tantos el valor desde su puesto,
Aunque tirar el disco bien sabia,
Y mejor esgremir el duro cesto,
De nueva gloria estímulos sentia,
Y al fin, en medio de la plaza puesto,
Alegre hizo pregonar la lucha
En quien tenia valor y industria mucha.

De el calidonio Aqueloo en la ribera
Gastaba en ejercicio semejante
El ocio breve de la guerra fiera,
Y así venció á luchar mas de un gigante;
Pero en los años de su edad primera,
Siendo pequeño y regalado infante,
Dicen que el mesmo Aqueloo fué el maestro
Que le enseñó su industria y hizo diestro.

Siendo ya pues la lucha pregonada,
Antes que algun competidor acuda
Quitó de el lado la temida espada,
Y el pellejo de el puerco se desnuda,
Y cuando mas atenta y sosegada,
Esperando, la plaza estaba muda,
Sale Agileo, gran émulo en efeto,
Hijo de Alcides, de Molorco nieto.

No menor que su padre en forma y talle,
Como de tan gran tronco descendiente,
Que es tan alto, que dudo que se halle
Quien le llegue á los hombros solamente,
Mas no pudo en los hechos imitalle,
Pues no hay algunos que la fama cuente;
Que entre miembros tan grandes repartido,
Menor que el talle su valor ha sido.

En esto el calidonio confiado,
El premio y la vitoria se asigura,
Que era duro de niervos, bien trazado
Y fuerte, aunque pequeño de estatura;
De gran fuerza, animoso y arriscado,
Tanto, que no encerró jamás natura
(Reina de el mundo y de las almas dueño)
Alma tan grande en cuerpo tan pequeño.

Despues de haberse con aceite untado,
Que la tez lisa pareció y serena,
Cada cual, en el arte ejercitado,
Hinchó los puños de menuda arena;
Y habiendo el uno al otro rociado,
Por asirlo mejor con menos pena,
Los brazos encorvando, se ciñeron
Y en los hombros los cuellos escondieron.

Astuto y en sí mesmo recogido,
Con la cabeza el calidonio baja,
El un pié tiene atras, apercebido
Contra el contrario, que tambien se abaja;
Que como mas robusto y crecido,
Por abrazarlo á su placer trabaja,
Y al fin el cuerpo es fuerza que dobliegue
Porque su pecho al de el contrario llegue.

Tal suele en la mayor montaña Alpina,
Ciprés antiguo á quien el austro hiere,
De suerte amenazar con su ruina,
Que se podrá engañar el que lo viere;
Y cuando tanto la cerviz inclina,
Que ya parece que arrancar se quiere,
Con mayor furia la engañosa planta
Deja la humilde tierra y se levanta.

No de otra suerte se abajó Alcileo,
Y con su cuerpo al enemigo oprime;
Mas no pudiendo alzarse con Tideo,
Doblado en vano, se fatiga y gime;
El uno y otro con igual deseo,
Dejando que el contrario se le arrime,
Con piernas, brazos, frente, cuello y pecho
Su daño estorba y busca su provecho.

No de otra suerte airados han movido
Guerra dos toros y con furia insana
Se hieren, y el amor allí escondido
Los instimula y las heridas sana,
Y la novilla que la causa ha sido
De el celoso furor, con él ufana,
Desvengonzada la batalla fiera
Mirando está, y al vencedor espera.

Con ira semejante así abrazados
Suelen dos osos en el monte verse,
Y de la mesma furia instimulados,
Suelen así dos puercos ofenderse;
Los dos, aunque de celos no incitados,
Procuran ofender y defenderse,
Aspirando al honor de la vitoria
Con generoso estímulo de gloria.

Estaba el calidonio aun todavía
De fuerza entero y de vigor constante,
Que ni al calor ni al polvo se rindia,
Cual si fuera su cuerpo de diamante;
Que tan ejercitado lo tenia
Con dura guerra ó lucha semejante,
Que á los trabajos invencible hecho,
Jamás algun cansancio entró en su pecho.

El otro, mas robusto y mas pesado,
Ya el gran trabajo y la fatiga siente,
Y ya anhelando siempre y fatigado,
Mueve piernas y brazos flojamente,
Ya sin aliento y de sudor bañado,
Mojado estaba desde el pié á la frente,
Y ya la arena que en su cuerpo estaba
Al proprio suelo entre el sudor bajaba.

Al fin hurtando el cuerpo, cobra tierra,
Y un poco se sustenta de esta suerte,
Pero con el calidonio cierra,
Como su pena y su fatiga advierte;
Y amenazando con ardid de guerra
Al alto cuello, con la mano fuerte
Quiso asir la rodilla, mas fué en vano,
Que no pudo abrazarla con la mano.

El enemigo, que se ve tan alto,
Cobrando nuevo aliento, el pecho alarga,
Y dando luego un repentino salto,
Con todo el cuerpo encima de él se carga;
Con el no imaginado sobresalto,
Quedó escondido en la pesada carga,
Y así, oprimido con el peso, gime,
Como si fuera un muro que le oprime.

Así acontece al que en la honda mina
Con hambre de el mejor metal se encierra,
Cuando causando súbita ruina
Se abrió y encima dél tembló la tierra;
El monte desatado se avecina,
Y sobre el oro á su pesar lo entierra,
Adonde su avaricia, interrumpida,
Pagó su hambre de oro con la vida.

Con su osado valor el gran Tideo,
De verse así oprimir avergonzado,
Apartando el un brazo de Agileo,
Se deslizó y salió por el un lado,
Y luego con mayor gloria y trofeo
Por las anchas espaldas lo ha abrazado,
Y sirviendo de ñudo sus abrazos,
Le aprieta los ijares con los brazos.

Las rodillas le arrima, y no pudiendo
Cobrar para soltarse algun aliento,
Aquí y allí lo lleva así gimiendo,
Sin dejarlo parar solo un momento;
Al fin, toda su fuerza recogendo,
Con nunca imaginado atrevimiento
Levantó de la tierra el peso inmenso,
Dejando el campo atónito y suspenso.

No de otra suerte el hijo de la Tierra,
En su gran fuerza, á Alcides atrevido
Alzó de el suelo en semejante guerra,
Habiendo sus engaños conocido;
Y aquel de quien temblaba el llano y sierra,
Al duro abrazo de Hércules rendido,
Muerto quedó, sin que en desdicha tanta
A su madre tocase con la planta.

Llena de admiracion, alzó la gente
Un alegre clamor, que llegó al cielo,
Y luego el vencedor dichosamente
Con la pesada carga dió en el suelo;
Cayó él encima, y sobre el cuello y frente
Puso las manos sin algun recelo;
Luego de piés y piernas se asigura,
Sirviéndole las suyas de atadura.

Corrido de que un hombre así lo venza,
Por resistir al vencedor ufano,
Torciendo el cuerpo, á sacudir comienza
La dura carga, y se fatiga en vano;
Mas rindióse á pesar de su vergüenza,
Y fatigado se quedó en el llano,
Levantóse despues con nueva pena,
Dejando las señales en la arena.

Al vencedor de la famosa lucha
Por premio una armadura rica han dado,
Y enseñándola al campo, que lo escucha,
Aquesto dijo, alegre y confiado:
«¿Qué hubiera hecho aquí si sangre mucha,
Cual ya sabeis, no hubiera derramado
Por aquestas heridas, premio duro
De la traidora fe de un rey perjuro?»

Dijo; y habiendo descubierto el pecho,
Y las heridas de él para su gloria,
Dió el premio á sus amigos, satisfecho
Solo con el honor de la vitoria.
El rey piadoso consolar ha hecho
Al vencido en deshonra tan notoria,
Mandando que le lleve un escudero
Una coraza de templado acero.

Algunos hubo allí del campo aqueo
Con desnudas espadas tan osados,
Que instimulados de un cruel deseo,
Salieron á esgrimir desafiados;
Salió el primero el Epidauro Agreo,
Y luego, aun no movido por los hados,
Lo siguió el desterrado Polinice,
Pero el argivo rey así les dice:

«Mejores ocasiones esperamos;
Guardad ese furor para otro dia;
Que antes de mucho iréis donde veamos
De cada cual la fuerza y valentía;
Y tú, por quien alegres olvidamos
La amada patria, enfrena tu osadía,
Que armas para tu hermano acicaladas
No han de ser con sangre amiga matizadas.»

Dijo; y un yelmo á cada cual ofrece,
Como si hubieran sido vencedores,
Y al afligido príncipe engrandece
Con varias alabanzas y favores;
Y el campo, que su causa favorece,
Al son de mill trompetas y atambores,
Poniéndole de rey una corona,
Por vencedor de Tébas lo pregona.

Las voces por el valle retumbaron;
Pero las parcas, que el pregon oian,
Viendo que rey de Tébas lo llamaron,
De el pregon y corona se reian;
Todos en tanto á Adrasto le rogaron
Que, pues los juegos acabado habian,
A la famosa fiesta satisfaga
Con prueba alguna que su mano haga.

O ya tirando un dardo fugitivo,
O con jara subtil rasgando el viento,
Algun honor añida al dia festivo
De el siempre venerable monumento;
Al punto obedeciendo el rey argivo,
De los suyos alaba el noble intento,
Y con semblante alegre y rostro humano
Desocupó su asiento y bajó al llano.

Un arco su escudero le llevaba,
Y puesta en él una ligera punta,
Por la mejor de la preñada aljaba
Escogida entre mill, aun otra apunta;
Atento el campo todo al caso estaba,
Tira la cuerda y los extremos junta,
Y con curso veloz la aguda flecha
A herir en el tronco fué derecha.

Llega al árbol la flecha, sacudida
Con fuerza grande y con igual destreza,
Y apenas (cosa horrible, nunca oida)
Llegó á herir del tronco la corteza,
Cuando de oculta fuerza reprimida,
Volvió atrás con la misma ligereza,
Y otra vez dando vuelta á su camino,
Junto á su propria aljaba á parar vino.

¿Quién dirá que de causas inoradas
No proceden prodigios semejantes?
Que mil cosas se vieran remediadas,
Si los avisos se creyeran antes?
Todas son por el hado reveladas,
Mas hácense los hombres inorantes,
Y por no haber las causas conocido,
Dicen que todo acaso ha sucedido.

De mill varias desdichas y aflíciones
Nadie la causa averiguar pretende,
Y así con semejantes ocasiones
Cobra fortuna fuerza y nos ofende;
Hubo en el campo muchas opiniones,
Pero ninguno la verdad entiende,
La causa atribuyendo (pero á tiento),
Quién á nube contraria y quién al viento.

Algunos atribuyen al madero
Lo que es señal de suma desventura,
Pues era un cierto aviso verdadero,
En quien estaba la verdad futura;
Por quien el hado inexorable y fiero
Daba á entender que de esta guerra dura,
Destrozado su campo, el rey argivo
Volverá solamente á Grecia vivo.

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Júpiter se enoja de ver las fiestas de los griegos. Manda á Mercurio baje á la casa de Marte y le diga que incite á los griegos á la guerra. Obedécele Marte. Los argivos prosiguen sus obsequias. Llega Marte al campo. Alborota la gente. Comienzan á marchar. Baco da querellas á Júpiter por el daño que espera Tébas, su patria. Llega á Tébas la nueva de la venida del enemigo. Teócles hace alarde de su gente. Antigone, su hermana, desde una torre pregunta á Forbante, su ayo, qué naciones son las que pasan. Teócles hace razonamiento á los extranjeros que le vienen á ayudar. Agradéceles el favor. Abomina la crueldad de su hermano. Reparte su gente. Llega al campo aqueo a vista de Tébas, donde hace su alojamiento. Yocasta, madre de los dos hermanos, sale de Tébas con sus dos hijas. Llega al campo griego. Habla á Polinice. Pídele que deje la guerra y se entre con ella en Tébas. Contradícelo Tideó, provocándolo á la batalla. Alborótase el campo. Los tígres de Baco salen de Tébas. Los tebanos comienzan una cruel batalla. Señálase en ella Anfiarao con ayuda de Apolo, el cual le revela su muerte. Abrese la tierra. Trágase al adivino con su carro y caballos. Va á parar al infierno.

En tanto que, en los juegos detenido,
Dilataba la guerra el campo griego,
Júpiter, enojado y ofendido,
Volvió á mirar su paz y su sosiego;
Y habiendo la cabeza sacudido,
Se alborotaron las estrellas luego,
Los dos polos temblaron al instante,
Estremecióse el cielo y gimió Atlante.

Llama á Mercurio, embajador del cielo,
Y al punto dice: «Oh mensajero mio,
Las alas bate apriesa y baja al suelo,
Hácia á los reinos de el Oriente frio,
Adonde Bóreas con eterno hielo
Tiene á su fuente atado cada rio,
Tierra de los bistones habitada,
Con guerra eternamente fatigada.

»Debajo de la estrella que sedienta
Quiere bajar al mar, y siendo en vano,
Con nubes de el invierno se alimenta,
Por serle prohibido el Occeano,
Tierra nevada, siempre al sol exenta,
Donde jamás se conoció el verano;
Aquí pues en la mas inculta parte
La casa está de el belicoso Marte;

»Adonde agora de la guerra dura
Descansa en paz, las armas arrimando,
Aunque enemigo de ella, ó por ventura
Armas está y trompetas aprestando;
Que nunca el ocio de la paz procura,
Antes humana sangre derramando,
Aqueste es su regalo, aunque funesto;
Allí pues lo verás, y dile aquesto.

»No le mande encender la argiva gente
Y desplegar al aire sus banderas,
Y provocar con ella juntamente
Cuanta detiene el Istmo en dos riberas,
Para que luego á descansar se siente,
Dejando el peso de las armas fieras;
Pues si no acude á proseguir la guerra,
¿De qué ha servido alborotar la tierra?

»Que apenas dejó el campo sus umbrales,
Y ya dirán que vitorioso viene,
Pues inventando juegos funerales,
En torno de un sepulcro se detiene;
¿Nacen de su furor efectos tales?
¿Quién tan suspenso su coraje tiene,
En tanto que uno con el disco gime,
Y otro en vez de la espada el cesto esgrime?

»Y si la rabia natural no olvida,
Y de las armas el amor insano,
De pueblos inocentes homicida,
Dará mill muertes de linaje humano;
Derribará la fuerza mas temida,
Y invocarán al mismo Jove en vano,
Y el orbe, dando en vano mill gemidos,
Verá en polvo sus pueblos convertidos.

»Y agora, que la guerra yo procuro,
¿Deja las armas y la paz le agrada?
Lleve á los griegos al tebano muro,
Y acelere la guerra comenzada;
Vuelva á vestir de nuevo el hierro duro,
Y si ya por ventura de él se enfada
Y los descansos de la paz desea,
Dios mas benigno y mas humilde sea.

»Haga ya de costumbres diferencia,
La espada, el carro y los caballos deje,
Olvide con el ocio su inclemencia,
Y de la guerra dura en paz se aleje;
Descansará la gente con su ausencia
Y nadie habrá en el mundo que se queje;
Porque yo eterna paz daré á la tierra,
Y basta Palas para aquesta guerra.»

Dijo; y al punto alegre y diligente
Los vientos rompe el mensajero alado,
Y bajando á los reinos de el Oriente,
Hácia las puertas de el Arturo helado,
La inclemencia y rigor de el suelo siente,
Con tempestad eterna fatigado,
Que luego el Aquilon descomedido
Encima de él su nieve ha sacudido.

Y de espeso granizo un torbellino
Sobre sus alas con rigor le ofende,
Y así en vano apresura su camino,
Que apenas el sombrero le defiende;
Al fin al Emo celebrado vino
Y á sus selvas estériles deciende,
Y en ver su soledad y su aspereza
Sintió su horror y recibió tristeza.

A la falda de el monte fabricado,
Lugar por su aspereza inaccesible,
Está el palacio triste, rodeado
De mill furores, escuadron terrible;
No de ordinario material labrado,
Que todo es hierro en el palacio horrible,
Arcos, ventanas, la pared y el techo,
Y todo al fin está de hierro hecho.

Con almenas de hierro coronada
La gran pared de el invencible muro,
Está por todas partes sustentada
En columnas tambien de hierro puro;
Teme la misma luz allí la entrada,
Y el sol, hiriendo en él, parece obscuro,
Y un triste resplandor que el hierro ofrece
La luna y las estrellas entristece.

Habita en el palacio extraña gente,
Que cual la casa son los moradores;
Está á la puerta el ímpetu impaciente
Que alborota el lugar con sus rumores;
Mill iras, una de otra diferente,
Y pálidos, sin sangre, mil temores,
Ciega está la Maldad y el Odio ciego,
Y la Soberbia vomitando fuego.

Están las asechanzas cautelosas
Con aparencias de amistad fingidas;
Pero tienen espadas engañosas
Debajo de los mantos escondidas;
Dentro mill amenazas rigurosas
Corren, dando mill voces no entendidas,
Y tiene la Discordia alborotada
En cada mano una desnuda espada.

Alegre está el Furor, loco y exento,
Y la Virtud, muy triste y amarilla,
Y con rostro, aunque pálido, sangriento,
La Muerte está sentada en negra silla;
En cada ara y altar, que hay mas de ciento,
Arden maderos de abrasada villa,
Y en vez de los tributos de la tierra,
Humana sangre derramada en guerra.

Estaban las paredes adornadas,
El techo y las columnas igualmente,
Con despojos de tierras conquistadas,
Donde su estrago y su rigor se siente;
Veuse en hierro mill puertas dibujadas,
Grillos, cadenas y captiva gente,
Naves que por la mar y por los rios
Hicieron guerra, y carros ya vacíos.

Cabezas de sus cuerpos divididas,
Y rostros con las ruedas ofendidos;
Se ven ya tan al vivo las heridas,
Que casi están pintados los gemidos;
Lanzas en sangre, al parecer, teñidas,
Banderas y trompetas de vencidos,
Y en mil partes armado el fiero Marte,
De un mismo talle y rostro en cada parte.

Tal con arte divino el dios Vulcano
La milagrosa fábrica habia hecho,
Y con su industria y poderosa mano
La habia adornado del cimiento al techo,
Antes que hubiese el rayo soberano
Del rubio Apolo en su ofendido lecho
Descubierto al adúltero, que ciego
En red subtil se vió enlazado luego.

Apenas á buscar habia empezado
El diligente embajador de el cielo
Al belicoso dios, siempre enojado,
Cuando tembló por cada parte el suelo;
Obscurecióse el sol, y alborotado
Bramó el Euro debajo de su hielo,
Y relinchó el ganado que en la sierra
Esperaba el furor de alguna guerra.

Montes, heladas aguas y animales
De la siempre nevada tierra fria,
Todos con vario aplauso dan señales
De el belicoso dios, que ya venia;
Al punto se estremecen los umbrales,
Y cada quicio rechinar se oia,
Y abriéndose las puertas de diamante,
Sale Marte, soberbio y arrogante.

Salió en un carro en sangre humedecido,
Sangre por todas partes derramando,
Cargado de despojos y seguido
De mil captivos, que se ven llorando,
De selvas y alta nieve obedecido,
Que todos se le humillan en llegando,
Y gobernado de Belona ufana,
Con la mano teñida en sangre humana.

Al horrible espectáculo inhumano
Se heló Mercurio, y si posible fuera
No obedecer á Jove soberano,
Cesara de su intento y se volviera;
Mas viendo Marte al conocido hermano,
Primero le habló desta manera:
«¿Qué manda Jove? O ¿cual, hermano, ha sido
La causa que á estos montes te ha traido?

»Que no entre tanta nieve me buscaras
En un lugar tan áspero y terrible,
Ni de tu gusto y voluntad llegaras
A ver mi corte y mi palacio horrible,
Ni tu agradable Ménalo dejaras,
Fértil, templado, alegre y apacible,
Si, de el gran Padre embajador alado,
Desde el cielo no fueras enviado.»

De Júpiter al punto el fiero intento
Mercurio manifiesta, y Marte luego
Pone en ejecucion el mandamiento,
Ofendido tambien del campo griego;
El carro mas ligero que no el viento,
Vertiendo á cada lado sangre y fuego,
Parte veloz, sirviendo mill furores
De azote á los caballos voladores.

Vió Jove desde el cielo su obediencia,
Y luego, obedecido y satisfecho,
Dió señales de el rostro la aparencia
De el sosiego y piedad de el santo pecho;
Tal si del Euro helado la inclemencia,
Que al reino de Neptuno guerra ha hecho,
Deja el vencido mar la paz ufana,
Libre y alegre vogar la agua cana.

Acabados los juegos funerales,
Haciendo el noble Adrasto insigne coro
Con himnos y alabanzas inmortales,
Vino derrama en honra de Arquemoro;
En torno de él los griegos principales
Callando están, guardándole el decoro;
Y al fin el Rey, sobre una peña puesto,
Alzó la alegre voz y dijo aquesto:

«Concede ¡oh nuevo dios, niño inocente!
Que cada tercer año celebremos
Esta solemne fiesta eternamente,
Que hoy á tu nombre dedicado habemos,
Y que dure este honor de gente en gente;
Que si este dia eternizar podemos,
Pélope, aficionado á tan gran fiesta,
Las de su Arcadia olvidará por esta.

»Ni serán las de el Istmo celebradas
Con mas honras jamás ni con mas gloria,
Ni esotras de Catalia, aunque inventadas
Por aquella de Apolo gran vitoria;
Estas, depriesa agora comenzadas,
Hagan en Grecia eterna tu memoria;
Y así, como de campo peregrino,
Recibe este pequeño honor divino.

»Que si con tu favor, que ya invocamos,
Vencemos al tebano rey perjuro,
Y por tí estas banderas tremolamos
Sobre las torres de el vencido muro,
Aquestas que depriesa hoy levantamos
Pequeñas aras entre hierro duro,
Grandes serán, y entonces adorado
Serás por todo el mundo y celebrado.

»Que no solo de Grecia en los lugares
Serás reverenciado y recibido;
Pero Tébas tambien te hará altares,
Donde serás por dios reconocido.»
Dijo; y luego con himnos y cantares
Su alegre voz el campo ha repetido,
Y cada cual en su devoto pecho
El voto confirmó que el Rey ha hecho.

Ya Marte en velóz carro, en sangre tinto,
Con que obscurece el sol y el mundo espanta,
Llegaba á las riberas de Corinto
Sin haberse mojado en agua tanta;
Déjase atrás al alto Acrocorinto,
Que a las estrellas la cerviz levanta,
Y con alterna sombra eternamente
Cubre dos mares, donde ve su frente.

Uno de sus ministros vigilante,
El mas fácil de todos y ligero,
Que se llama el Pavor, envia delante,
Como astuto, eficaz y novelero;
Aqueste, á su propósito importante,
Proprio para engañar un campo entero,
Desmiente la verdad, finge rumores,
Y en un momento engendra mill temores.

Mónstruo de manos y de lenguas lleno,
Con mas rostros y formas que Proteo,
Y para revolver un reino bueno,
Que es su mayor y principal trofeo,
Finge una trompa, un atambor, un trueno,
Ya parece escudero y ya correo,
Mentiras evidentes acredita,
Y lo mas imposible facilita.

Dirá que vió dos soles y que el cielo
Con sus estrellas á la tierra viene,
Que andan las selvas, que se muda el suelo
Y que el curso de el agua se detiene;
Que ha visto el fuego helarse, arder el hielo,
Y crédito seguro en todo tiene.
Hoy pues con mas astucia y con mas arte
Mostró su ingenio obedeciendo á Marte.

Déjase el campo atrás, y de algun llano
Levanta una engañosa polvareda,
Y con falso clamor, tumulto vano,
Que acobardar al mas osado pueda;
Como el campo lo ve de mano en mano
Buscando la ocasion, la gente queda
Llena de confusion, y el Pavor luego
Toma la mano y acrecienta el fuego.

Relinchos finge y de armas el ruido,
Y esparce mill gemidos por el viento,
Y en corrillos el vulgo dividido,
El extraño rumor escucha atento.
«¿Qué estruendo (alguno dice) aqueste ha sido,
Si ya no me ha engañado el pensamiento?
Pero ¿de dónde polvareda tanta
De el suelo á las estrellas se levanta?

»¿Si es el campo tebano el que allí viene?
El es. Y ¿en Tébas hay tanta osadia,
Y el nuestro honrando muertos se detiene?
¡Oh flojedad, si ya no es cobardia!»
De esta suerte el Pavor al campo tiene,
Y vano miedo entre las armas cria;
Muda talle, semblante, voz y forma,
Aquí oye, acá pregunta y allí informa.

Ya finge que es lacon, y ya pisano,
Corre en un punto el campo y no sosiega,
Y ya jura que cerca está el tebano,
Y crédito le da la gente ciega;
Y cuando mas atónito y insano
Estaba el campo, el mismo Marte llega,
Que envuelto en un furioso torbellino,
Al valle adonde está la gente vino.

Tres veces los caballos revolviendo
Vibró la dura lanza, y tres al pecho
El escudo arrimó, y un son horrendo
Con el escudo y con el peto ha hecho;
El campo al punto, el gran rumor oyendo,
De que es el enemigo satisfecho,
Grita al arma, y al son de sus rumores
Responden las trompetas y atambores.

Las gentes, á aquel son alborotadas,
A armarse corren en tropel confuso,
Truécanse escudos, yelmos y celadas,
Ya casi de ellos olvidado el uso;
Vense escuadras apriesa mal formadas,
Crece la confusion, y alguno puso
Sus caballos tambien alborotados
En un ajeno yugo, aun no enfrenados.

Ni conoce el infante su bandera,
Ni acierta el escudero su estandarte,
Y en cada pecho la trompeta fiera
Resucita el amor del fiero Marte.
Al fin, mal ordenado, á la ligera,
Precipitado el campo apriesa parte,
Apenas divididas las naciones,
Y aun no al aire tendidos los pendones.

Así, cuando en el mar comienza el viento,
Que esperó alguna armada detenida,
Toca luego á partir cada instrumento,
Alzan ferros, dan priesa á la partida;
Nada ya por el húmedo elemento
Cada nave, del viento sacudida,
Y viendo quedo el puerto, ya se alejan,
Vuelven los ojos donde la alma dejan.

Viendo de nuevo proseguir la guerra,
Y la priesa y furor del campo griego,
Volvió Baco á mirar su amada tierra,
Turbado de el dolor, de enojo ciego;
Mira el lugar que la ceniza encierra
De su querida madre, en cuyo fuego
Acabara la vida aun no nacido,
Si no fuera de el padre socorrido.

Y viendo que estorbar procura en vano
El gran peligro de su amada gente,
Cayósele su tirso de la mano,
Y la hiedra y las uvas de la frente;
Y descompuesto, al Padre soberano,
Sin adorno y con hábito indecente,
Llorando, de rodillas se presenta,
Y así su pena y su dolor le cuenta:

«¿Mi amada patria, tu querida Tébas,
Asolar quieres, soberano Padre?
¿Contra tu gente estrago tanto llevas,
Sin que algun ruego en su defensa cuadre?
¿Que al llanto de tu pueblo no te muevas?
¿Que olvides las cenizas de mi madre?
¿Tanto puede tu esposa, que esto ha hecho?
¿Tal odio cabe en tu divino pecho?

»En otro tiempo el fuego disculpaste
Que á mi inocente madre dió la muerte;
Y así fué que forzado la abrasaste
Por el rigor de su enemiga suerte;
Pero agora, que el fuego renovaste,
Sin obligarte el juramento fuerte,
Y sin ser de tu esposa persuadido,
¿Cuál la ocasion de tanto enojo ha sido?

»¿Cuándo se ha de acabar tanto castigo?
¿Solo tus rayos son para mi gente?
¿Solo el tebano pueblo es enemigo,
Y él ofendió á tu esposa solamente?
Solo conserva su rigor conmigo?
¿Fué el Parrasio lugar mas inocente,
Adonde en falso traje de Diana
Ofendiste á tu esposa soberana?

»Hecho oro, en la alta torre mal guardada
¿No fuiste ya de Danae recibido?
¿Y de Leda, de Juno ya olvidada,
¿No fuiste amante, en cisne convertido?
¿Cómo estos viven siempre en paz amada,
Yo solamente soy aborrecido;
Yo, que á tu muslo santo trasladado,
Fuí dulce peso un tiempo y regalado?

»¿Tú, que mi padre y que mi madre fuiste,
Y el camino estorbado de mi vida,
Falto de meses, reparar pudiste,
Tienes mi casa y sangre aborrecida?
Si de mi pueblo miserable y triste
No fué jamás la guerra conocida,
¿Cómo podrán sufrir armas pesadas
Manos á tirsos frágiles usadas?

»Solo al son de mis flautas y atabales
Saben coros hacer en honra mia;
Que aun temen de mujeres bacanales
Los tirsos el furor y la osadía;
¿Cómo con enemigos desiguales
Podrán guerra tener ni un solo dia,
Y sufrirán de Marte los furores
Al ronco son de trompas y atambores?

»¿Es verdad pues que para aquesta guerra
Cobarde y poca gente ha conjurado
Contra una á quien el miedo solo encierra
En flaco muro, en guerras no probado;
Contra quien conjuró toda la tierra,
Que apenas tus curetas ha dejado?
¿No basta que Argos á la guerra viene,
Que antigua enemistad á Tébas tiene?

»Y aquesto es lo que mas nos atormenta;
Que aquesta guerra en nuestra casa ordenas
Para que de ella, para mas afrenta,
Riquezas lleven Argos y Micénas;
Y Juno, en tanto mal aun no contenta,
Triunfe de nuestras lágrimas y penas;
Mas es tu esposa, obedecerla es justo;
Que pende al fin el tuyo de su gusto.

»Pero si Tébas miserablemente
Se acaba, ¿adónde me harán altares?
Perdida la ciudad, muerta su gente,
¿Adónde oiré mis himnos y cantares?
Y desterrado y de mi patria ausente,
¿Adónde para alivio en mis pesares
Llevaré las reliquias desdichadas
De mi madre, en su túmulo guardadas?

»¿Iré á Tracia vencido y fugitivo,
Y de Licurgo á la enemiga tierra,
O al indio inculto volveré captivo,
Habiéndolo domado y hecho guerra?
Dame (pues mi enemigo rey argivo
De mi querida Tébas me destierra)
Algun propio lugar y asiento alguno,
Donde pueda vivir libre de Juno.

»¿A Delo pudo Apolo dar asiento,
Y de su Aténas apartado tiene
Al enemigo líquido elemento
Pálas, que nunca á combatirlo viene?
Pafo vive en paz, de Juno exento,
Y nunca guerra ven Ida y Cilene,
Donde á Mercurio y Minos favoreces,
Y solos mis altares aborreces.

»Y si á mí solamente aborreciste,
Tébas tiene sin mí sus valedores;
Que aquí las noches de Hércules tuviste,
Ya que fueron de Antiopia los amores.
El linaje de Tiro aquí trujiste,
Y Europa aquí gozó de tus favores,
No cual mi madre, en infelice suerte,
Pues no hubo rayos que la diesen muerte.

»De tanto hijo y tanto dios tebano
¿Ningunos son para aplacarte buenos?
Ya que me canse y te fatigue en vano,
Los nietos de Agenor defiende al menos.»
Sintió la envidia el Padre soberano,
Y con alegre voz y ojos serenos
Al hijo arrodillado humildemente
Le dió la mano y le besó en la frente.

«No como piensas, dice, oh hijo amado,
Es por órden de Juno ó por su ruego
Aquesta guerra que te da cuidado,
Y á Tébas amenaza á sangre y fuego.
Esto lo ordena el inmudable hado;
Que no mi voluntad y gusto entrego
Tan fácilmente al gusto de mi esposa,
Ni ella pidiera aquesto, aunque celosa.

»Ya há muchos años que trazó el destino
Por graves causas esta guerra dura,
Y al fin el señalado tiempo vino,
Que alguna vez Erimnis lo apresura.
No fácilmente á castigar me inclino,
Ni me alegra la humana desventura,
Pues no tiene planeta alguno el cielo
Que así regale y favorezca al suelo.

»Este polo y palacio, que conmigo
Eterno permanece y soberano,
Puede, pues ya lo ha visto, ser testigo
De mi piedad para el linaje humano,
Y cuántas veces mereció castigo,
Y dejé el fuego y rayo de la mano;
Que si no es violentando el gusto mio,
Nunca á la tierra algun trabajo envio.

»Tambien quisiera yo la paz tebana,
Que con lágrimas tantas solicitas,
Por no ver derramar la sangre humana
Con tanto estrago y muertes infinitas;
Que cuando entregué á Marte y á Diana
La antigua Calidonia y los lapitas,
Fué menester para vengar su ofensa
Forzar mi natural piedad inmensa.

»Siento al fin de los hombros la caida,
Porque en su daño la fatiga siento
De volver tantos cuerpos á la vida
Y mudar tantas almas de su asiento;
Pero el hado la sangre aborrecida,
Por enormes delitos que no cuento,
De Pélope y Labdaco de la tierra
Quiere borrar con rigurosa guerra.

»Y ya que el señalado plazo vemos
Tan de atrás por el hado establecido,
A castigar delitos procedemos,
Que el uno y otro pueblo ha cometido;
Y porque de los griegos no hablemos,
¡Cuántas veces en Tébas han querido
Tus hombres y mujeres bacanales
Injuriar á mis dioses celestiales!

»Pues tambien acordársete podria,
Aunque ya sin tu cólera te veo,
Cuando en el Citeron tu santo dia
Despedazado profanó Penteo;
Y aun no tan atrevido hijo habia
Que con paterna sangre, horrible y feo,
Engendrase en el lecho de su padre
Hijos y hermanos en su propria madre.

»¿Cómo, tebano dios, piadoso y santo,
Entonces no dejaste de vengarte?
Cómo entonces no usaste deste llanto
Ni de estos ruegos el ingenio y arte?
Que yo, si con rigor y estrago tanto
He encomendado aquesta guerra á Marte,
No es por proprio dolor ó propria ofensa,
Aunque haya sido la de Edipo inmensa.

»Que la piedad, el cielo, y fee quebrada,
La natura, las furias y la tierra,
La verdad y justicia despreciada
Me piden que apresure aquesta guerra;
Mas, aunque á Tébas ves amenazada,
Esos miedos y lágrimas destierra,
Que aun no llega su fin, y el noble muro
Quedará en libertad, si no siguro.

»Que otro tiempo vendrá mas sospechoso,
Otra guerra, otras armas y furores;
Aqueste para Juno es peligroso,
Y ella puede tener esos temores.»
Aquesto oyendo el hijo congojoso,
Restituye á su rostro los colores,
Las lágrimas enjuga, el miedo pierde,
Y alza el tirso y corona siempre verde.

Tal hermoso rosal en campo ameno,
A quien el viento, el hado y la agua fria
Tiene marchito y de tristeza lleno,
Falto de hermosura y de alegría,
Y apenas ha salido el sol sereno,
Prometiendo á la tierra alegre dia,
Cuando deja alentado la tristeza,
Cobra su honor y torna á su belleza.

Ya el aviso al turbado rey perjuro,
Del campo que marchaba, habia venido,
Y que no léjos del tebano muro
El enemigo estaba, habia sabido;
Cada vecino pueblo, no siguro,
Que lástima de Tébas ha tenido,
Teme su proprio daño y desventura;
Que en tanto mal ninguno se asigura.

El Rey, disimulando el miedo helado,
Llama al ya aborrecido mensajero,
Y vuelve á preguntar lo que escuchado,
Pena le da, si lo afligió primero;
Al fin todos sus hombres ha juntado,
Manda al tebano y ruega al extranjero,
Y porque el vulgo y la ciudad se aliente
Hace en el campo alarde de su gente.

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
La Euboca despojó de labradores,
La Aonia y Fócis, y de cada parte
Hizo á Tébas venir los moradores;
Sale al campo de el Rey el estandarte
Al vario son de trompas y atambores;
Y luego, tremolando sus pendones,
Salen tras de él armados escuadrones.

Cerca de la ciudad un llano estaba
Ya para aquesta guerra condenado,
Que el furor de las armas esperaba,
Y se ha de ver de sangre matizado;
Y así, cuando el alarde comenzaba,
Sobre el muro de almenas coronado
Subieron las mujeres temerosas,
Sin ver al enemigo, congojosas.

Entre la gente que á su rey socorre,
Madre afligida al hijo pequeñuelo
Muestra al padre, que armado el campo corre,
Escondido en las armas de su agüelo;
Sola, en una apartada y alta torre,
Cubierta con un triste y negro velo,
Está la bella Antígone, tebana,
Tierna de edad, de el Rey menor hermana.

Con ella estaba un viejo venerable,
Que un tiempo de el rey Layo fué escudero,
En fortuna infelice ó favorable
Siguro amigo y noble compañero;
A aqueste, que en su estado miserable
Respeta como á padre verdadero,
Viendo tantas banderas tremolando,
Dice así la doncella, suspirando:

«¿Podrán, padre, estas armas y banderas
A Grecia resistir, pues toda viene?
Que si han sido las nuevas verdaderas,
¿Qué fuerza habrá que su furor refrene?
Y porque muchas gentes extranjeras
El Rey mi hermano entre la nuestra tiene,
¿Cuál de tantos pendones como veo
Es el de mi pariente Menesteo?

»¿Cuál es el de Creon? ¿Qué gente guia,
Que tanto ha sido en Tébas celebrada?
Y ¿cuál de tantas es la compañía
De Emon, que á Esfinge lleva en la celada?»
Así la bella Antígone decia
Con lengua ruda y de el temor turbada,
Y el viejo noble, en tanto que ella esconde
Su mal sufrido llanto, así responde:

«Estos mil que con arcos van delante
Son de Tanagria valerosa gente,
Y su gallardo capitan Driante,
Que es su blason el rayo y el tridente,
Es nieto de Orion, bravo gigante,
De Jove y de Neptuno decendiente;
Aquel que, por su mal, con furia insana
Se atrevia á la belleza de Diana.

»No quiera el cielo que de el triste agüero
Efeto desdichado el nieto vea,
Y pues no es de sus culpas heredero,
No de el castigo celestial lo sea;
Síguele como á rey, sin el primero
Un escuadron de Tisbe y de Ocale
Y la gente de Nisa y de Medonte,
Cercadas de un espeso y rico monte.

»Este es Eurimedon, bravo y membrudo,
Para las selvas cazador terrible,
Fiero de talle y de lenguaje rudo,
Y dicen que es su padre un fauno horrible;
Por armas lleva un pino en el escudo,
Y hará con las armas lo imposible;
Que armado no será menos temido
En las batallas que en el monte ha sido.

»Siguen los de Etenon á su bandera,
De peña en vez de muro coronados;
Los que viven de Hile en la ribera
Y los de Eritne, rico de ganados;
La gente de Esquenon es la postrera,
Que labran en los campos celebrados
Donde con libre y voladora planta
Corrió la ligerísima Atalanta.

»Usan para ofender y defenderse,
Cual lo suelen usar los macedones,
De escudos y de picas, que atreverse
Pueden á los mas bravos escuadrones,
Tan gruesas y ñudosas, que al romperse
Se hallan convertidas en bastones;
Armas que, con dos manos bien regidas,
Saben herir y reparar heridas.

»Pero escucha el clamor de los de Onquesta
Y los de Micaleso, sus vecinos,
Que á entrambos enriquece una floresta
Llena de grandes y erizados pinos;
Gente para cualquiera mal dispuesta,
De rostros y de trajes peregrinos,
En paz y guerra osados y insolentes,
Y todos de Neptuno decendientes.

»Con ellos van los que Gargafia cría,
Fuente de Hecate siempre visitada,
Y los que beben la corriente fria
Del claro Mela, á Pálas dedicada,
Y los que el Aliarto húmedo envia
A tierra, por ser muy fértil, desdichada,
Pues nunca ve maduras sus espigas,
Oprimidas con yerbas enemigas.

»Llevan todos ñudosos troncos guesos,
Que siempre armados van á la ligera,
Y despojada de su carne y güesos,
Por yelmo la cabeza de una fiera;
Estos cinco escuadrones tan espesos
Siguen de Anfion el nombre y la bandera,
Que á ser regidos del tebano vienen,
Porque proprio señor y reino tienen.

»Mira la lira y el insigne toro
Que guarda de su agüelo la memoria,
Ennobleciendo al nieto en campo de oro
De el blason rico la heredada gloria;
Y asi, agora guardándole el decoro,
Honrado de él, aspira á la vitoria,
Ofreciendo al peligro el noble pecho
Por este muro que su agüelo ha hecho.

»Tambien los de Olmio y de Helicona santo
Vienen á socorrer la amiga gente,
Y de Permeso, celebrado tanto
Por el divino son de su corriente,
Escucha su agradable y dulce canto,
Rico favor de su famosa fuente;
Y asi, parece el escuadron ufano
De cisnes que saludan al verano.

»Id, noble gente, insigne y venturosa,
Que alegres y cantando habeis venido,
Sin miedo á aquesta guerra peligrosa,
Pues buen agüero vuestro canto ha sido;
Id, que memoria dejaréis famosa,
Sigura de las aguas del olvido,
Porque en verso las nueve musas bellas
Subirán vuestra fama á las estrellas.»

De todo daba relacion Forbante;
Mas fué asi por Antigone rompida:
«¿Qué hermanos son los dos que van delante,
Que mayor igualdad no vi en mi vida?
De unas armas, de un traje, de un semblante,
De un talle y de una mesma edad florida;
Ya pluguiera á los cielos soberanos
Que esta concordia hubiera en mis hermanos.»

«No son hermanos, respondió; que miente
Esta aparencia de igualdad extraña;
Que padre y hijo son, y eternamente
El uno con el otro se acompaña.
La igualdad ha engañado mucha gente;
Que no eres la primera que se engaña;
Pero escucha, y sabrás un caso extraño,
Que ha sido la ocasion de aqueste engaño.

»De su padre una ninfa enamorada,
Lo llevó, siendo niño, á una espesura,
Y en su fuego la fuerza anticipada,
Recibió de él la fruta aun no madura;
Mas, aunque tal, quedando dél preñada,
Parió un niño de inmensa hermosura,
Traslado natural de el tierno padre,
Para mayor consuelo de su madre.

»Alitreo se llamó, y apresurando
El curso de sus años voladores,
Alcanzó los paternos en llegando
De su primera mocedad las flores;
Y asi, siempre se fueron igualando
En armas, en vestidos y en colores;
Y viendo que los tienen por hermanos,
Alegres van, en su igualdad ufanos.

»Siguiendo al padre van de Coronea
Trecientos de á caballo, y de Glisanta
Otros tantos al hijo, porque sea
Mayor la admiracion de igualdad tanta;
En una rubio trigo se desea,
De Baco en otra la dichosa planta;
Mas siempre á aquella Céres enriquece,
Y Baco siempre á estotra favorece.

»Pero vuelve á mirar hácia esta parte
Carro y caballos del famoso Ipseo,
Y los que van siguiendo su estandarte,
Que rayos han de ser del campo aqueo;
Insigne capitan, tebano Marte,
Que armando el noble pecho, nunca veo
En su espalda armadura por defensa,
Porque morir y no volverla piensa.

»Con siete vueltas del pellejo crudo
De un viejo toro al yugo nunca asido
Hizo para cubrirse un grande escudo
Con tres planchas de hierro guarnecido;
Su lanza él solamente usarla pudo,
Pues en fuerzas á todos ha excedido,
Porque es un tronco de grandeza tanta,
Que honró la selva en tanto que fué planta.

»Jamás á aquesta arroja que no hiera,
Ni hiere sin quitar luego la vida;
Que es el mas duro acero blanda cera,
Pues no hay alguno que su entrada impida.
Cuéntase de él que Asopo en su ribera
Lo engendró en una ninfa, que exprimida
Por fuerza fué de el engañoso amante;
Y así, es el hijo al padre semejante.

»Que no menos furor tiene en la guerra
Que el padre, cuando crece, y tanto abraza,
Que hasta que en el ancho mar se encierra
Cuantas puentes encuentra despedaza;
O el que mostró cuando dejó la tierra
(Para tanto furor pequeña plaza)
Y subió á hacer guerra al mismo cielo,
Lleno de admiracion dejando al suelo.

»Que una hija se cuenta que tenia,
Llamada Egiria, de beldad inmensa,
A quien, estando léjos de él un dia,
Jove forzó y al padre hizo ofensa;
Y así, salió de su caverna fria
Con tal furor (porque vengarse piensa),
Que subió, habiendo montes de agua hecho,
Sobre las nubes con helado pecho.

»No era ni aun á los dioses permitido
Hacer injusta fuerza á las doncellas,
Y así Asopo, en sus aguas atrevido,
Hasta el cielo llegar quiso con ellas;
Y con ser solo, y sin haber tenido
A quien pedir favor en las estrellas,
Amenazando al cielo airado sube,
Sin que pueda estorbarlo alguna nube,

»Hasta que Jove su furor refrena
Con los truenos y rayos que usó en Flegra,
Que aun hoy ve las cenizas en su arena
Y en la memoria de su mal se alegra;
Y todavía soberbio en tanta pena,
Entre llamas exhala niebla negra,
Con que obscurece el sol y el cielo ofusca,
Y así de nuevo su venganza busca.

»Tal será el hijo en esta guerra lleno
De los mismos furores heredados,
Si con Jove el amor de Egina es freno
Para que olvide enojos ya vengados;
Síguenle los de Iton y Alalcomeno,
Entrambos á Minerva dedicados,
Adonde muchas veces se entretiene;
Que allí sus coros hace y templos tiene.

»Pasan tambien con él los de Midea
Y de Arne, eternamente humedecida;
Los que en los montes fértiles de Grea
Siembran y los que labran en Aulida;
Los que en los verdes campos de Platea
Pasan alegre y regalada vida,
Y los que de Petona la dureza
Rompen arando y doman su aspereza.

»Los que gozan de Euripo en la espaciosa
Tierra, que azota una y otra villa,
Y los soldados de Antedon, famosa
Ciudad que de este mar está á la orilla,
Adonde está la yerba milagrosa
Por quien la nunca vista maravilla
En sí vió Glauco, de Antedon vecino,
Un tiempo pescador, ya dios marino.

»Que apenas la gustó, cuando en su frente
Color azul en su cabello mira,
Y saltando en las aguas de repente,
Se asombra de sus piernas y se admira;
Hondas usan aquestos solamente,
Mas tales, que no tanto un arco tira,
Porque vuelan sus piedras de manera,
Que alcanzaran la flecha mas ligera.

»De sus tierras tambien envió Cefiso
Los duros y robustos moradores,
Que apenas de la guerra oyó el aviso,
Cuando el campo dejó sin labradores;
Y nos diera tambien á su Narciso,
Si no estuviera convertido en flores;
Y así, el padre infelice en sus orillas
Al hijo baña en flores amarillas.

»Vuelve á mirar el escuadron febeo;
Mas ¿quién la gente contará que viene
De Fócida, de Aulido y Panopeo,
Y quién habrá que tanta gente ordene?
Cipariso y el valle Labadeo
Y Ampolin, que una peña encima tiene,
Desiertos imagino se quedaron,
Segun la mucha gente que enviaron.

»Vinieron los de la alta Enemogea,
Los de Coricia el bosque se han dejado,
Sola ha quedado la region Cirrea,
Y sin gente el Parnaso celebrado;
Vino la de la sierra de Lilea,
Que es nacimiento de el céfiro helado,
Donde el fiero Piton en la agua fria
Vencer la sed y su calor solia.

»En sus banderas lleva aquesta gente,
En honra de su dios y su memoria,
Divisas una de otra diferente,
Testigos todas de su antigua gloria;
Uno a Ticio, otro lleva la serpiente
Que fué de Apolo la mayor vitoria;
Otro las flechas, de quien tiembla el suelo;
Otro el verde laurel, y alguno á Delo.

»El bravo Hito aquesta gente guia,
Cuyo padre Naubolo agora ha muerto,
Güésped de Layo cuando Dios queria,
Y algunas veces su cochero experto;
Y aun lo fué aquel amargo y triste dia
Cuando vi sin cabeza, el pecho abierto,
Al infelice Rey. ¡A Dios pluguiera
Que yo tambien allí con él muriera!»

Con la memoria de tan gran caida
El triste viejo desmayóse tanto,
Que la voz con sollozos impedida,
El rostro humedeció con largo llanto;
Sobre su pecho Antígone afligida
Le hizo recostar, llorando en tanto,
Y vuelto en sí de aquel dolor prolijo,
Así, de nuevo suspirando, dijo:

«¡Oh mi cuidado y gloria postrimera,
Por quien me huelgo de alargar mis años,
Y quizá para ver antes que muera
Otras maldades y mayores daños,
Hasta que el cielo esposo darte quiera,
Ya libre de infortunios tan extraños,
Entonces dé la parca dilatada
Alegre fin á mi vejez cansada!

»Que no es bien que mis años adelante
En viendo el dulce fin de mi cuidado;
Mas ¡oh cuántas banderas van delante,
Que sin saber sus dueños se han pasado!
Ni te he dicho los dos hijos de Avante,
Ni á Cromio, el gran tebano, te he mostrado,
Y ya delante van, y no hemos visto
El capitan y gente de Caristo.

»Los de Egas y de la alta Coronea
Muy adelante van, y al fin, en vano
Cansada vista distinguir desea,
Si está apartado, al güésped del tebano;
Mas ya acabó el alarde, y ya rodea
Su gente y la extranjera el Rey, tu hermano,
Y ya el silencio con el dedo encarga;
Mira la gente que á escucharlo carga.»

Esto dijo á su Antigone querida,
Cuando el tebano rey, en alto puesto,
Alzó la voz con alma agradecida,
Y á los reyes del campo dijo aquesto:
«Príncipes valerosos, que la vida
Ofreceis al peligro manifiesto,
De vuestra natural piedad movidos,
Que no con ruegos ó interés traidos,

»Y á quien de buena gana obedeciera,
Hecho soldado, á Tébas defendiendo,
Si alguno el cargo recibir quisiera,
Que estoy agora á todos ofreciendo;
No os junté aquí porque animaros quiera,
Honra, premio y vitoria prometiendo,
Pues sobrado valor y ánimo tiene
El que con libre voluntad se viene;

»Ni para daros gracias y loores
Por haber acudido á mi defensa,
Pues gracias, alabanzas y favores
No fueran suficiente recompensa;
Los dioses han de ser los premiadores
De esta insigne piedad, que ha sido inmensa,
O vuestras proprias manos, que el castigo
Darán, cual lo merece el enemigo.

»Conmigo á defender habeis venido
Una antigua ciudad, vecina vuestra,
Con quien eternamente habeis tenido
Verdadera amistad, cual hoy se muestra;
El que nos hace guerra aquí ha nacido,
Y es tambien hijo de la patria nuestra,
Que no es extraño, ó vienen sus pendones
De vencer y robar otras naciones.

»Al fin, quien á asaltar á Tébas viene,
De extraña gente capitan ufano,
Aquí su madre y sus hermanas tiene,
Aquí su padre y aun aquí su hermano;
Y ¡que todo esto junto no refrene,
Fiero enemigo, tu furor insano!
¿Con agüeros tan tristes haces guerra
A tu rey, á tu sangre y á tu tierra?

»La Aonia toda en mi defensa veo,
Que de su voluntad quiere ayudarme,
Que estabas loco y te engañó el deseo
Si solo imaginaste de hallarme;
De estos, primero que con odio feo
Quisieras á las armas provocarme,
Y antes que desplegaras tus banderas,
Saber el pecho y la intencion debieras.

»El cetro que pretendes y te niego
Todo el reino lo estorba, y no consiente
Que te dé la corona, y vienes ciego
Si quitármela piensas fácilmente.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Comienza apriesa á repartir su gente
Y á concertar infantes y caballos,
Dando armas á extranjeros y á vasallos.

»Parte de el muro á la defensa pone,
Y de la mas robusta y mas osada
Mangas ordena y batallon compone
Con la animosa frente mas armada;
Todo así lo previene y lo dispone,
Cual pastor que levanta la manada,
Y en bordando al oriente la alba bella,
Partir á otra region quiere con ella.

»Pone en la frente, como mas osados,
Los padres, y delante al que los guia,
Otros detrás y algunos á los lados,
Y en medio las ovejas y la cria;
Y él á los cabritillos, ya cansados,
Lleva en sus brazos hasta que entra el dia,
Y ayuda á las paridas y preñadas,
Ya con las llenas ubres fatigadas.

En tanto el engañado campo griego,
Que el fingido rumor por cierto tiene,
La noche y dia sin algun sosiego,
Armado siempre, caminando viene,
Sin pararse jamás, de furor ciego,
Que la comida apenas lo detiene,
O el breve sueño; tal efecto ha hecho
La gran ira que hierve en cada pecho.

Siempre, cual si huyeran, van corriendo,
A pesar de prodigios y de agüeros,
Que con voz muda, la verdad diciendo,
Publicaban los hados venideros;
Grandes arroyos hácia tras volviendo,
Mill mónstruos, fieras, aves y luceros,
Todos daban avisos á la tierra
Del triste fin de la infelice guerra.

Truena Jove y con rayos resplandece,
Las obscuras cavernas dan bramidos,
La humilde tierra tiembla y se estremece,
Las fieras y las aves dan aullidos;
Cada templo cerrado se aparece,
Y oyen dentro rumores nunca oidos,
Y el mismo cielo, que á piedad se mueve,
Ya duras piedras y ya sangre llueve.

Los cuerpos á sus túmulos dejaron,
Y corrillos de agüeros, ya olvidados,
Por las calles y campos encontraron
Llorando con gemidos mal formados;
Cirra y otros oráculos callaron,
Y Eléusis en los meses nunca usados
Hizo con el furor de sus mujeres
Nocturna fiesta y sacrificio á Céres.

En Arcadia por montes y por llanos
Ladrar de noche á Licacon oyeron,
Y los de Esparta entre los dos hermanos
Rota la paz en cada templo vieron;
Espantados de Enomao los pisanos,
Rigiendo su carro, á la ciudad huyeron,
Bramó Aquebo con uno y otro cuerno,
Y á la Acarnania dió temor eterno.

El Inaco gimió con rumor tanto,
Que asombró la comárca y labradores,
Y de el tebano Palemon el llanto
Oyeron los de el Istmo pescadores;
Vióse de Juno el simulacro santo,
En Micénas trocado de colores,
Y sudando la estatua de Perseo,
Como sintiendo el mal del campo àqueo.

Esto el argívo campo escucha en vano,
Que bélico furor de cada pecho,
Sordo á la voz de el cielo soberano,
De mónstruos y prodigios burla ha hecho;
Sin miedo, en fin, al término tebano
Llegan por el camino mas derecho,
Mas llegando de Asopo á la ribera,
Se paró á su pesar cada bandera.

O ya nube en los montes sacudida,
O ya aumentase el arco su corriente,
O de su mismo natural movida,
Juntase todo su caudal la fuente,
Grande bajó con súbita avenida,
Por detener á la enemiga gente,
Y bañó el temeroso campo amigo,
Refrenando el furor del enemigo.

Mas de esto Hipomedonte avergonzado,
A su caballo el acicate arrima,
Y con él á las aguas se ha arrojado,
Sin miedo que el raudal su curso oprima;
De tanto hierro el animal cargado,
Apenas puede sustentarse encima;
Y luego Hipomedonte, en medio puesto,
El rostro volvió atrás y dijo aquesto:

«Pasad, que este es el vado mas siguro
Y el camino de Tébas en efeto,
Adonde el enemigo rey perjuro
Presto verá sus torres en aprieto;
Que yo las puertas del cerrado muro,
Porque podais entrar, abrir prometo.»
De esto corrido el campo y de ira ciego,
Al agua sin temor se arroja luego.

Tal suele á la ribera de algun rio,
A quien dieron caudal por ensancharse
Las avenidas del invierno frio,
Vacada grande alguna vez pararse,
Que de el temor acobardado el brio,
No hay quien ose á las aguas arrojarse,
Pareciéndole al toro mas osado
Léjos esotra orilla y hondo el vado;

Mas cuando el capitan de la manada
Deja desde un ribazo la ribera,
La mas tímida vaca es mas osada
Para arrojarse al agua la primera;
Ya les parece blanda y sosegada
La que tan brava y tan difícil era,
Mas bajo el vado, y que el raudal se humilla,
Y no tan apartada esotra orilla.

Habiendo ya el ejército pasado,
Y dejando de Asopo las arenas,
Brevemente llegaron á un collado
Que descubre de Tébas las almenas;
Para alojar un campo acomodado,
Por ser la entrada y la salida llenas
De peñas altas, en lugar de muro,
Que hacen el lugar fuerte y siguro.

Poco trabajo necesario ha sido
Para fortalecer lo que natura
De tal manera lo ha favorecido,
Que de cualquier asalto lo asigura;
De un foso, acaso hecho, está ceñido,
Y de un pinar antiguo la espesura,
Tambien nacido acaso, lo rodea,
Porque mas fuerte y mas siguro sea.

Y si algo le faltaba, brevemente
Suplieron ellos con industria y arte,
Y aquí á su gusto se alojó la gente,
Centinelas puniendo en cada parte;
Y estando ya del mundo el sol ausente,
Cesó el estruendo y el furor de Marte,
Y derramó su olvido y su reposo
Sobre la gente el sueño poderoso.

¿Quién contará la confusion que tiene
Tébas aquesta noche y sus temores,
Mirando el campo que á cercarla viene
Y oyendo sus trompetas y atambores?
No hubo allí sueño alguno que refrene
Importunos cuidados veladores,
Pasóse sin dormir la noche fria
Con el temor de el venidero dia.

Requieren la muralla y cada torre
Y el noble alcázar, celebrado tanto,
Que no habrá tiempo tan veloz que borre
La fama de Anfion y de su canto;
Turbado el vulgo, á cada parte corre,
Lleno de confusion, de pena y llanto,
Que ya parece flaco el fuerte muro,
Y de antiguo, el alcázar no siguro.

Miran tanta bandera tremolando
Y en torno de las tiendas tanto fuego,
Y con temor sus fuerzas apocando,
Mayor se les antoja el campo griego;
Turbados á los templos van llorando,
Sube de cada altar el humo ciego,
Y mientras vino en ellos se derrama,
Quién llama á Baco y quién á Marte llama.

Cuál se despide de la amada esposa,
Y cuál reparte en vida su hacienda,
Y con alma adivina y temerosa
Sus obsequias cercanas encomienda;
Y aun en el mismo sueño no reposa
Quien duerme, que no hay sueño que no ofenda;
Pues los ojos alguno apenas cierra,
Cuando ensueña algun caso de la guerra.

Crecen las ansias y el temor de suerte,
Que hacen que la vida se aborrezca,
Y con la confusion del miedo fuerte,
Ya temen y ya ruegan que amanezca;
Megera, con las sombras de la muerte,
Con dos sierpes añide al fuego yesca,
Ya las sacude en una y otra torre,
Y ya con ellas por el campo corre.

Al uno representa al otro hermano,
A ambos al padre, que en dolor eterno,
Sin ver la luz de el cielo soberano,
Gime de el reino triste el mal gobierno;
Y así, con rabia y con furor insano,
Invocando las furias del infierno,
Como el son oye de la guerra agora,
Sus ojos pide y su desgracia llora.

Ya de la nueva luz del sol huia
La noche, con tinieblas importuna,
Y iba apocando el temeroso dia
Las estrellas, que apenas se ve alguna;
Ya con su nueva lumbre obscurecia
Entrambos cuernos á la blanca luna,
Y el mar, que con los rayos resplandece,
Hecho escaño de el sol, se ensoberbece;

Cuando Yocasta con horror y espanto,
Con los blancos cabellos esparcidos,
Y los ojos, de haber llorado tanto,
Ya sin luz, retirados y escondidos,
Cubierta de un obscuro y triste manto,
Flaca, dando sollozos y gemidos,
A las puertas llegó de el campo argivo,
Mostrando un ramo de amarillo olivo.

Cual una de las furias infernales,
La mas antigua de las tres, que airada
Sale con grande majestad de males
Alguna vez de la infernal morada;
Tal allegó de el campo á los umbrales,
De sus dos bellas hijas rodeada,
Que, aunque de edad mejores, su belleza
Se ve afligida con igual tristeza.

Cada cual por su parte le sustenta
Los miembros que el furor le precipita,
Y allí, á pesar de su vejez, se alienta,
Aunque su èdad no tanto le permita;
Así al campo enemigo se presenta,
Llama luego y la entrada facilita,
Mostrando el pecho y rostro descompuesto,
Y con voz temerosa dijo aquesto:

«Dejadme entrar, oh griegos, que no viene
Quien os pueda ofender con mano dura;
Mujeres somos, y quizá os conviene
Mi entrada á tal sazon y coyuntura;
Que, aunque enemigo, en este campo tiene
Gran parte aqueste vientre sin ventura,
Y para que sepais la que en él tengo,
Madre soy de esta guerra, y de paz vengo.»

Su vista causó espanto al mas osado,
Pero mayor su voz, aunque afligida,
Y habiendo un mensajero al Rey llegado
Que el aviso le dió de su venida,
Vuelve al punto con paso acelerado,
Mandando que el entrar nadie le impida;
Y así luego, seguida de la gente,
Pasa entre las espadas libremente.

Y habiendo adonde estaba el Rey venido,
Furiosa levantó un clamor horrendo,
Y su furor, en llanto convertido,
Alzó la airada voz, así diciendo:
«¿Dónde está el enemigo que he parido,
Con quien mi perdicion nació en naciendo?
¿Debajo de cuál yelmo, oh capitanes,
Hallaré al hijo autor de mis afanes?»

Al punto el hijo, en lágrimas deshecho,
Lleno de admiracion, de amor y espanto,
Con humildad la abraza, y baña el pecho,
Mezclando el de su madre con su llanto;
Ya las hermanas con abrazo estrecho
Y ya enlaza á la madre, y entre tanto,
«Madre,» le dice, y el piadoso nombre
Hace que mas se enoje y mas se asombre.

Y así, airada, lo aparta con la mano,
Diciendo: «¿Por qué finges, enemigo,
Aquese nombre venerable en vano,
Y viertes blandas lágrimas conmigo,
Si ya eres rey argivo, y no tebano,
Y no vienes a verme como amigo?
Por qué abrazas la madre aborrecida
Con pecho armado y alma endurecida?

»¿Tú eres aquel que, pobre, en tierra ajena
Andabas desterrado y peregrino,
El que lástima tanta y tanta pena
Dabas con el rigor de tu destino?
¡Qué armado agora vienes, y qué llena
Tienes de ricas joyas y oro fino
A cada lado la armadura fuerte,
Y qué de gente acude á obedecerte!

»¡Ay madres miserables, cuántos dias
Con vosotras lloré su desventura,
Y desvelada qué de noches frias
Me tuvo su destierro y suerte dura!
Si acaso de mis lágrimas te fias,
Y mi amor y palabra te asigura,
Vén conmigo entre tanto que suspensa
Tiene la guerra mi piedad inmensa.

»Yo, que tu madre soy, lo mando y ruego;
Verás los templos que han de arder primero
Que los vuelva en ceniza helada el fuego
De tantas iras y de tanto acero;
Vén, y verémos á tu hermano luego;
¿Por qué vuelves atrás el rostro fiero?
A tu hermano verémos, que conmigo
No te ha de recibir como enemigo.

»Y pedirásle el reino mal negado,
Y quizá por haberte visto ausente,
Y yo seré el juez no apasionado,
Pues soy madre de entrambos igualmente;
Que, cuando pertinaz y porfiado,
Quiera contigo ser tan inclemente,
Que no te deje en paz la amada tierra,
Con mas razon prosiguirás la guerra.

»¿Temes de madre propria algun engaño?
No tanto la piedad y la justicia
Han faltado de Tébas, que en tu daño
De mí se pueda presumir malicia;
No en mi desamor cabe tan extraño,
Ni pudieras temer tal injusticia
Y una crueldad tan bárbara, aunque fuera
El mismo Edipo el que por tí viniera.

»Caséme al fin con él, mi esposo ha sido,
Y los dos hijos sois de mis errores,
Y aunque tales, amor os he tenido,
Y disculpo tambien vuestros furores;
Pero si aqueste amor con que he venido
No te puede ablandar, si mis dolores
Te agradan y te alegran mis enojos,
El triunfo yo te traigo y los despojos.

»Atrás las manos ata á tus hermanas,
En duros hierros pon sus manos bellas,
Que tus captivas son, pues son tebanas,
Y échame una cadena á mí con ellas;
Y si es pequeño el triunfo de mis canas,
Para hacer mayores mis querellas,
Con que agora á las suyas me anticipo,
Trairé tambien al miserable Edipo.

»A vosotros mi llanto y mis gemidos
Vuelvo, oh griegos insignes, porque entiendo
Que en la patria dejais hijos queridos,
Padres y esposas, que estarán gimiendo;
Y estos mismos suspiros encendidos,
De la dudosa guerra el fin temiendo,
Se escucharán en cada casa agora;
Que este peligro allá tambien se llora.

»Si el poco tiempo que lo habeis tratado
Le habeis cobrado amor, que eterno sea;
Yo, que su madre soy, que lo he criado
A aqueste pecho, que su bien desea,
¿Podrélo aborrecer? No tal pecado
De la madre mas bárbara se crea;
Mis entrañas os pido y sangre mia;
¿Dónde esto de una madre no se fia?

»¿A qué mónstruos tan fieros y inhumanos
No moverá el amor en que me fundo?
¿Qué gentes tan incultas, qué tiranos
Negarán esto á mi dolor profundo?
No odrisios, aunque bárbaros, no hircanos,
O si otros mas feroces tiene el mundo;
Si mi dolor vuestra dureza ablanda,
Oh reyes, consentid en mi demanda;

»O licencia me dad para que muera
En aquestos abrazos regalados,
Antes que el fin de aquesta guerra fiera
Vean mis ojos, de llorar cansados.»
Así dijo; y su voz en blanda cera
Volvió los corazones mas helados,
De suerte que sus lágrimas piadosas
Bañaban ya las armas rigurosas.

Cual suelen vez alguna los leones,
Que con rabia y furor despedazaron
Armas, perros, caballos y varones
Que acometerlos en el monte osaron,
Ablandar los airados corazones
Cuando el estrago y mortandad miraron,
Y con ira menor, piadosamente
No osar comer de la vencida gente;

Asi los griegos, á piedad movidos,
Iban los corazones ablandando,
Y con piadoso llanto enternecidos,
El amor de las armas olvidando;
Y dando mil sollozos y gemidos,
Ya humilde las hermanas abrazando,
Ya besando la madre, está dudoso
Entre ellas el tebano congojoso.

Ya parece que el reino amado olvida,
Que obedece á la madre, y su deseo
Quiere cumplir y aventurar la vida,
Y no lo estorba el noble rey aqueo;
Mas, como está la injuria recibida
Tan fresca en la memoria de Tideo,
En medio puesto, «A mí, dijo, primero
Ofreced á las armas del rey fiero;

»A mí, que de la fe del rey tebano
Hice con daño suyo la experiencia,
Con ser embajador, y no su hermano,
Ni de este reino pretender la herencia;
Mirad en este pecho, apenas sano,
La paz, la fe, el amor y la clemencia,
La amistad, la justicia y el siguro
Que se puede esperar de un rey perjuro.

»¿Dónde estabas, oh madre tan piadosa,
Qué con la mal sigura paz nos cebas,
Aquella noche horrible y temerosa
Que tuve el hospedaje rico en Tébas?
A ciudad, aunque patria, cautelosa
¿Con tal peligro al proprio hijo llevas?
Llévalo al campo, aun lleno todavía
De güesos vuestros y de sangre mia.

»Y ¡tú la seguirás muy confiado!
¡Oh demasiadamente blando y justo,
Y mucho de los tuyos olvidado!
Véte, síguela en paz y haz su gusto;
Que al tiempo que de espadas rodeado
Te halles en poder de el Rey injusto,
Aunque llore tu madre, grande parte
Sus lágrimas serán para librarte.

»¿Piensas que, si una vez dentro de el muro
Te ve á su gusto y voluntad sujeto,
Que al campo argivo has de volver siguro?
Mal piensas, y te engañas en efeto;
Primero, sacudiendo el hierro duro,
Aquesta lanza que en mi mano aprieto
Llena de hoja y flores podrá verse,
Y nuestro Aqueloo hácia atrás volverse.

»Y si quiere hablarte, y si procura
Con la debida paz algun concierto,
Aquí tendrá la entrada mas sigura
Y aquí hallará siempre el campo abierto;
Venga él, y si de mí no se asigura,
Por ser ya su enemigo descubierto,
Luego me voy y su intencion abono,
Y mi sangre y heridas le perdono.

»Con sus hermanas y su madre venga,
Porque lo favorezcan con su llanto;
Salga de la ciudad, no se detenga,
Que ya digo que ausente estaré en tanto;
Mas cuando efeto su venida tenga,
Y haciéndote rey, se humille tanto,
¿Has de volverle el reino que deseas
Despues que un año breve lo poseas?»

Así dijo; y el campo ya trocado,
Muda de pareceres y de intento,
Y corrido de haberse asi ablandado,
Vuelve otra vez á su furor exento;
Tal si contra Aquilon el Austro airado
Sopla, todo se trueca en un momento,
Obscurécese el sol, retumba el suelo,
Súbese el mar alborotado al cielo.

La infernal furia que atizado habia
El furor nuevo que la paz destierra,
Asiendo la ocasion que pretendia,
Dió principio á las iras de la guerra;
De Dirce en la ribera cada dia
Andaban, respetadas de la tierra,
Dos mansas tigres, que otro tiempo fueron
Las que en su carro á Baco le sirvieron.

El cual, domado el indo Gánges frio,
Y habiendo ya triunfado de el Oriente,
Despues que con el carro no vacío
Ufano vencedor volvió á su gente,
En las selvas del uno y otro rio
De los aonios campos libremente
Dejó las tigres que le habian traido,
Premio por sus servicios merecido.

De su ira natural muy olvidadas,
Libres andaban por el campo ufano,
Las pacíficas frentes adornadas
Con bellísimas flores del verano;
Que de las bacanales respetadas
Y de su mismo sacerdote anciano,
Para su adorno procuraban flores,
Varias de olor y varias de colores.

Ya de yedra y de pámpanos tejidas,
De rosas, de azucenas y claveles,
Llevan coronas ricas, ya ceñidas
Con rojas cintas las manchadas pieles;
De el mismo campo amadas y queridas,
Viendo que en él no saben ser crueles,
Y aun el ganado las respeta y ama,
Y en torno de ellas el novillo brama.

De cualquier mano su manjar reciben,
Y su favor lamiéndola agradecen,
Y boca arriba echadas, se aperciben
Para el vino tambien que les ofrecen;
Siempre en las selvas en descanso viven,
Y si en Tébas alguna vez parecen,
Dirán que el mesmo Baco es el que viene,
Sigun el gran placer que el pueblo tiene.

Abrese cada casa, y en cualquiera
Huelgan de recibirlas, y entre tanto,
Como si el mesmo Baco allí estuviera,
Sube de cada altar el humo santo;
Viéndolas pues de Dirce en la ribera,
La infernal furia con horror y espanto
De suerte las hirió, que el dolor fiero
Volver les hizo á su furor primero.

No conocidas en el campo griego,
Cual dos rayos que á un tiempo arroja el cielo,
Y con igual, aunque distinto fuego,
Bajan con ira y presuroso vuelo;
Así, llenas de rabia y furor ciego,
Corren airadas el amado suelo,
Con un mismo rigor y de una suerte,
Hiriendo, atropellando y dando muerte.

Del adivino de Argos al cochero
Dan muerte con rigor y furia brava,
Que atrevido, á pesar de un triste agüero,
Sus dos caballos á beber llevaba;
Huye cada caballo tan ligero,
Que dijeran de léjos que volaba,
Que al viento el veloz Ida y Atamante
Lo suelen alcanzar si va delante.

Como las vieron desde el campo aqueo,
Y de las tigres el estrago horrible,
Atrevido tras de ellas Aconteo
Sale, que detenerlo fué imposible;
Era gran cazador, y por trofeo
Tuvo seguir la fiera mas terrible,
En los montes de Arcadia conocido,
Y no menos ligero que atrevido.

De dardos prevenido, va siguiendo
A las dos fieras, que al amado muro,
Cansadas de correr, iban huyendo,
Como á lugar y albergue mas siguro;
Mas él un dardo y otro sacudiendo,
Hace que les alcance el hierro duro;
Y así, cuando llegaron á las puertas,
De sangre y de sudor iban cubiertas.

Por muchas partes con rigor heridas,
Los dardos arrastrando, al fin llegaron
Dando gemidos, y al rendir las vidas
A la tebana puerta se arrimaron;
Y apenas son en la ciudad oidas,
Cuando todos así se alborotaron,
Que no mayor rumor se levantara
Si en la ciudad el enemigo entrara.

Quisieran mas que el tálamo de Alcmena,
El de Harmonia ó de Sémele cayera,
Y no Tébas tomara tanta pena
Si cada casa y cada templo ardiera;
Clama la gente al cielo, de ira llena,
Porque su dios aquella afrenta oyera,
Y estando ya sin dardos Aconteo,
Corre á vengarlas el bacanal Tegeo.

Con la desnuda espada va el tebano,
Y los de Arcadia, que el peligro vieron,
Desordenados, con furor insano,
En gran tropel á socorrerlo fueron;
Mas fué el socorro y su favor en vano,
Que ya al tebano dios, cuando acudieron,
Sacrificado el mísero yacia
Sobre las tigres que herido habia.

Al punto se alborota el campo griego,
Y acudiendo el Senado al gran estruendo,
Con sus dos hijas la tebana luego
Entre los enemigos va huyendo;
Y el que mas blando estuvo, de ira ciego,
Las hace á rempujones ir corriendo;
Y viendo tan conforme á su deseo
La presente ocasion, dice Tideo:

«Id, griegos, y esperad la paz agora,
Que esta es la fe que el Rey os prometia;
¿Aun su maldad no dilatara un hora
Mientras su madre aquí se detenia?»
Así dijo; y su espada vengadora
Sacó, y de nuevo á Tébas desafia,
Llama á su gente, y lleno de ira y fiero,
Llega á los enemigos el primero.

Salen en gran tropel de cada parte,
Y un gran clamor de entrambas se levanta,
Y con las iras y el furor de Marte
El un campo y el otro se adelanta;
Mas, revueltos, sin órden y sin arte,
Tal es la confusion, la priesa tánta,
Que ni el soldado al capitan espera,
Ni el proprio capitan á su bandera.

Corren sin apartarse las naciones
Entre la amiga y la enemiga gente,
Los carros, los caballos, los peones,
El vulgo y capitanes igualmente;
No hay quien pueda formar los escuadrones,
Que en vano se fatiga el mas prudente,
Y con el gran rumor se lleva el viento
La voz del capitan y del sargento.

De ambas partes la sangre el campo riega,
Y mezclándose argivos y tebanos,
Tan apretada está la gente ciega,
Que apenas se conocen los hermanos;
Tales están, que el que á la postre llega
Halla luego enemigos á las manos,
Léjos se quedan las trompetas fieras,
Y atrás los estandartes y banderas.

Tanto con poca sangre en un momento
Crecen de el fiero Marte los furores;
Así comienza alguna vez el viento,
Que apenas mueve las menudas flores;
Pero creciendo con furor violento,
Con mayor libertad y iras mayores,
Troncos derriba y selvas despedaza,
Y en los montes espesos hace plaza.

Agora, diosas de Helicona santo,
Favor os pido y vuestro nombre imploro,
Pues no guerra extranjera agora canto,
Sino vecina á vuestro santo coro;
Testigos sois al fin de furor tanto,
Pues Marte entonces os perdió el decoro,
Que vistes su rigor, y vuestras liras
Callaron al horror de tantas iras.

A Pterela, un tebano, que atrevido
Encima de un caballo desbocado,
Mal obediente al freno, habia corrido
Aquí y allí con libertad llevado,
Tideo á su pesar lo ha detenido,
Que á su mismo caballo lo ha enclavado
Con una lanza, y ya de muerte lleno,
Suelta la suya y deja libre el freno.

El herido animal huye ligero,
Y con la nueva libertad se aleja,
El dueño encima y dentro el duro acero,
Que dentro pesa mas y mas le aqueja;
Tal muerto alguna vez centauro fiero,
Sobre su misma espalda caerse deja,
Llevándose la humana forma fria
Medio animal aun vivo todavía.

A Perifanto, que atrevido quiere
Señalarse, da muerte Meneseo,
A Sibarin Hipomedonte hiere,
A Itis hace morir Partenopeo;
Con una lanza atravesado muere
De parte á parte Perifanto aqueo,
Sibarin con espada rigurosa,
Itis con una jara insidiosa.

Corta el tebano Emon, nieto de Marte
A Ceneo la cabeza, insigne griego,
Y del cuerpo apartada, en otra parte
Buscan los ojos á su cuerpo luego;
A su cabeza la alma, que ya parte
Libre de tanta guerra y tanto fuego,
Mas, triste por dejar en su partida
De el cuerpo la cabeza dividida.

El necio Avante, de cudicia lleno,
Lo despojaba ya, cuando una flecha
Llegó, llena de muerte y de veneno,
Al cudicioso corazon derecha;
Deja al punto su escudo y el ajeno,
Que al que es mortal ninguno le aprovecha,
Y sale de su propria sangre un rio
Sobre el no despojado tronco frio.

¿Quién te ha engañado, oh bacanal Euneo,
Para dejar los bosques y las aras,
El templo y sacrificios de Liceo,
Donde en sigura libertad pasaras?
¿Qué loco pensamiento, qué deseo
Tan fuerte fué que hizo que te armaras?
O ¿á qué enemigo tu cobarde mano
Peusó dar muerte, sacerdote insano?

A su hábito y estado convíniente
Es de el ligero escudo la pintura,
Donde pámpanos puso solamente,
Y entre yedra amarilla uva madura;
Lleva una roja cinta por la frente,
Que los cabellos apartar procura,
Y así van esparcidos á la espalda,
Y sobre ellos de yedra una guirnalda.

Apenas pelo alguno se parece
En sus mejillas, que en edad florida,
A los peligros de la guerra ofrece
La mal lograda y mal sigura vida;
Sobre coraza débil resplandece
Túnica de oro y púrpura tejida,
Con largas y anchas mangas, que á los brazos
Sirven, en lugar de armas, de embarazos.

Un capoton, de lazos de oro hecho,
Lleva, y un rico manto de oro y seda,
Que una esmeralda se lo abrocha al pecho,
Porque del viento defenderse pueda;
Arco y aljaba de ningun provecho,
Aunque en valor á la mas rica exceda,
Que la bordada piel de un lince cubre,
Donde flechas inútiles encubre.

Lleno pues de su dios, si no siguro,
Con este adorno el sacerdote insano
Corre, mas sin usar el hierro duro,
Y dando voces se fatiga en vano.
«Cesad ¡oh griegos! dice, que este muro,
Formado con agüero soberano,
Lo mostró Apolo al tirio peregrino
Con la novilla que de Cirra vino.

»Y para levantarlo de la tierra
Las piedras se vinieron libremente;
No á Tébas le hagais injusta guerra,
Que es soberana y celestial su gente;
Dos nobles hijos en el cielo encierra,
Por todo extremo cada cual valiente,
Que hijos suyos son el gran Alcides
Y el padre Baco, que halló las vides.

»Su suegro es Marte, y Júpiter su yerno,
Y en nuestra ayuda al uno y otro veo,
Que ambos en paz y en guerra su gobierno
Tienen, y favorecen su deseo.»
Así hablaba efeminado y tierno,
Y oyéndolo el soberbio Capaneo,
Con una lanza, á entena semejante,
Viene á herirlo airado y arrogante.

Como leon, que está en amaneciendo
Despierto con furor y hambre nueva,
Y la pereza inútil sacudiendo,
La cama deja y sale de su cueva,
Baja á buscar alguna caza, y viendo
El novillejo que en la frente lleva
Para tanto furor poca defensa,
Corre á hartar en él su hambre inmensa;

Y aunque la presa en otra parte vea,
De el lebrel, de el caballo y de el montero,
Y no de tanto honor estotro sea,
Al novillejo humilde va primero;
Así el bravo gigante, que desea
Dar muerte al sacerdote, airado y fiero,
Con una lanza de ciprés funesto
A él solamente hiere, y dice aquesto:

«Con voces mujeriles y temores
Nos piensas espantar de esa manera,
Y vencer de la guerra los furores,
Y la muerte no ves qué ya te espera;
Muere pues, y conoce tus errores,
Y ojalá Baco en tu favor viniera,
Y castigara con osada mano
En él ese furor que te dió en vano.

»Eso á mujeres bacanales canta,
Donde hay menos furor y menos ira.»
Así dijo; y airado se levanta
En los estribos y la lanza tira;
Vuela el duro ciprés con priesa tanta,
Que de escudo y coraza se retira,
Todo lo pasa, y con furor se aleja,
Y abierto el pecho y las espaldas deja.

En la tierra cayó disfigurado,
Y con sollozos despedida la alma,
Dejó el oro con sangre matizado,
Y helado el cuerpo miserable en calma.
Mueres al fin, ah mozo desdichado,
De el fiero matador desigual palma,
Regalo de tu dios, dolor agora,
Que ve tu muerte y tu desdicha llora.

Tu muerte llora Nasos y Tímolo,
Tesea y Nisa su desdicha siente,
Tébas se aflige, y llora por ti solo
Mas que por los peligros de su gente.
Llora tambien el siempre helado polo,
El Ródope y el Ismaro inclemente,
Y Ganges por tu muerte lloró tanto,
Que aumentó la corriente con su llanto.

Entre la argiva gente el rey tebano
Pasa, teñido en sangre, armado y fiero,
Y dando muertes con osada mano,
Se arroja á los peligros el primero;
Mas Polinice, su enemigo hermano,
Mueve con menos ira el duro acero,
Haciendo el grande amor que á Tébas tiene,
Que en sus tebanos su furor refrene.

Corriendo por el campo aborrecido,
Por donde va, cual rayo, muerte ofrece
El adivino de Argos ya temido,
Y delante de todos resplandece;
Vuela cada caballo sacudido,
Y Apolo, que en su fin le favorece,
Por hacerlo en su muerte mas famoso,
Lo hace mas osado y riguroso.

Marte, aunque tarde, á ruego de su hermano,
Lo hace duro, impenetrable y fuerte,
Porque ni hierro ni atrevida mano
Pueda jamás preciarse de su muerte;
Un resplandor y rayo soberano
Pone en su escudo y yelmo, y desta suerte
Reserva para el reino inexorable
Un santo entierro insigne y venerable.

Lleno pues de favor y luz divina,
Con que su muerte ve, libre y exento
El campo corre, y todo lo arruina,
Conociendo en su pecho un nuevo aliento;
El sentir á su muerte tan vecina,
Fuerzas le añide y pone atrevimiento;
Ya parece mayor de cuerpo; tanto
Lo trocó de su dios el favor santo.

Jamas gozó de tan alegre dia
Con favores del cielo su alma ufana,
Ni en su pecho jamás sentidó habia
Tanto calor de lumbre soberana;
Mejor que nunca adivinar podia,
Pero como su muerte ve cercana,
De sí mismo olvidado, á cada parte
Va lleno de el amor de el fiero Marte.

Del calor nuevo que en su diestra siente,
Goza, y corre soberbio y atrevido
Donde mas apretada ve la gente,
Bien diferente del que siempre ha sido;
Que en paz por ejercicio eternamente
Ablandar los cuidados ha tenido,
Y contrastar del hado inexorable
El curso y la sentencia irrevocable.

El que los desconsuelos y pesares
Siempre curó con celestial prudencia,
Y guardando de Febo los altares,
De él fué enseñado en su divina sciencia,
Y del pájaro libre en los cantares
Conoció de los hados la sentencia,
Olvidado de oficio tan piadoso,
Hace en la gente estrago riguroso.

No viento corrompido ó dura estrella
Hace en el vulgo estrago semejante;
Hiere, destroza, rompe y atropella
A cuantos se le ponen de delante;
Tira una lanza á Flegias, y con ella
En la tierra lo tiende, y á Talante,
Soberbio y de sí mesmo satisfecho,
Le abre con dardo volador el pecho.

Al pasar deja, con el carro armado,
A Cromio por los lomos dividido,
Y al rubio Cremiton al otro lado
Sin piernas en la arena lo ha tendido;
A Fineo con un dardo muerte ha dado,
Con otro á Sage el pecho le ha rompido,
Y con igual rigor la muerte á Egía
En otro dardo volador envia.

Dió muerte á su pesar á Licoreo,
Que era de Apolo sacerdote ufano,
Y así culpa, aunque tarde, su deseo
De haberle muerto arrepentido en vano;
Pero no vió la venda y santo arreo
Hasta que habia salido de la mano
El dardo fugitivo, que en el seno
El hierro le escondió, de muerte lleno.

De una pedrada Alcatao muerto deja,
Que de Caristo en los estanques era
Humilde pescador, y ya se queja
De haber desamparado su ribera;
Hijos dejó y mujer, que mas le aqueja,
Que era hermosa, y verla nunca espera;
Y así, alaba, culpando sus errores,
Los peligros del mar, que eran mejores.

Viendo tal mortandad el fiero Ipseo,
Hijo del bravo Asopo, aunque triunfaba
Con no estrago menor del pueblo aqueo,
Que con igual furor despedazaba,
Menor se le ha antojado su trofeo,
Viendo que el adivino le igualaba;
Y así, porque mayor su fama sea,
Lo llama, lo procura y lo desea.

Con una gruesa lanza, que cortada
Fué en la orilla del padre, armado viene,
Mas la gente, confusa y apretada,
Lo embaraza, lo estorba y lo detiene;
Prueba en fin si de léjos arrojada
Algun efecto venturoso tiene;
Pero primero á su padre aquesto dijo,
Tiniendo en su contrario el rostro fijo:

«Rey de las aguas del aonio suelo,
Famoso y no menor que los gigantes,
Pues tu furor el enojado cielo
Lo reprimió con fuegos semejantes,
Pon en mi lanza el deseado vuelo,
Porque así mis blasones adelantes;
Tu hijo es quien te ruega y se te humilla,
Y ella tambien es hija de tu orilla.

»¿Qué mucho que desprecié á Febo un dia,
Si al mayor de los dioses te atreviste,
Pues la temeridad de mi osadía
Es hija de la inmensa que tuviste?
Su adorno ofrezco á tu corriente fria,
Sin el muerto agorero, adorno triste,
Y las armas tambien; que el premio y gloria
Tú solo has de gozar de esta vitoria.»

Oyó el padre la voz; pero el destino
Hizo, aunque no del todo, el voto vano,
Que por favorecer á su adivino,
Torció la lanza Apolo soberano;
En fin, á su cochero á parar vino,
Y soltando las riendas de la mano,
Muere allí, y con fingido traje nuevo
Ocupa su lugar el mismo Febo.

Al punto los cerrados escuadrones,
Desbaratados con temor y espanto,
Desamparan banderas y pendones,
Sin saber la ocasion de miedo tanto.
La muerte á los helados corazones
Sin heridas alcanza, y entre tanto
Hay duda si en el carro el gran cochero
Peso añide ó lo hace mas ligero.

Tal monte que á los cielos se avecina,
Del agua y de los vientos desatado,
O del tiempo, que todo lo arruina,
Suele al campo bajar precipitado;
Llévase la robusta y dura encina,
Las peñas, los pastores y el ganado,
Y hecho un valle nuevo en su vacío,
Ataja la corriente de algun rio.

No de otra suerte el carro ya ligero,
Gobernado de un dios tan poderoso,
Y cargado tambien de un gran guerrero,
Hace en el campo estrago riguroso;
El mismo dios que sirve de cochero
Dardos le da á la mano, y cuidadoso,
Los que le vienen á herir desvia,
Dándole siempre aliento y osadía.

A Ménalo, de á pié, herido tiende,
Que no por ser humilde le perdona,
Ni Antifo su caballo lo defiende,
Que ya ganó del corredor corona;
Muere Etion, que dicen que deciende
De un fauno y de una ninfa de Helicona,
Y el osado Polites, un tebano,
Infame con la muerte de su hermano.

Muere el injusto Lampo, que atrevido
Quiso forzar á la adivina Manto,
Y á aqueste el mismo Febo lo ha herido,
Porque osó profanar su templo santo;
Y así, habiendo una flecha sacudido
Al pecho, adonde cupo furor tanto,
La muerte le ocupó con rostro feo,
Y echó fuera el sacrílego deseo.

Mas ya están los caballos tan cansados,
Que no hay azote que moverlos pueda,
Y siempre van pisando en ambos lados
Herida gente que muriendo queda;
Solo en humanos miembros desdichados
Tristes surcos imprime cada rueda,
Y entre ellos pueden ya moverse apenas,
De carne y seso y de sangre llenas.

A alguno medio vivo el carro oprime,
Que no para apartarse esfuerzo tiene,
Y con la muerte apresurada gime,
Viendo que el carro encima ya le viene;
El pié cada caballo en sangre imprime,
Y así por fuerza el carro se detiene,
Por estar con los muertos ocupada
La tierra, y cada rueda mas pesada.

En tanto alza del suelo el agorero
Sus dardos y sus lanzas homicidas,
Y teñido con sangre el duro acero,
Deja desocupadas las heridas;
Corre el campo de nuevo osado y fiero,
Gimen tras él las almas afligidas,
Y al fin, en traje y rostro manifiesto;
Apolo á su adivino dijo aquesto:

«Goza tu luz en la ocasion presente,
En tanto que la muerte irrevocable
Aquesta breve dilacion consiente,
Respetando á mi nombre venerable;
Deja fama que dure eternamente;
Mas ¡ay! que vence el hado inexorable,
Y á revolver la parca no se atreve
El roto estambre de la vida breve.

»Vé pues, oh eternamente deseado
De las elisias gentes venturosas,
Adonde en paz descanses, apartado
De el rigor de las armas enojosas,
Sin que jamás el enemigo hado
O Creonte con leyes rigurosas
Te priven de sepulcro merecido,
Que será á tantos griegos prohibido.»

Responde el agorero, y entre tanto
Descansa del trabajo padecido:
«Ya há mucho, oh venerable padre santo,
Dice, que tu favor he conocido.
¿De qué á los miserables honor tanto
Les puede aprovechar? Y si ya ha sido
De los hados mi muerte establecida,
¿De qué ha servido entretener mi vida?

»De Flegeton, de Estige y de Cocito
Oigo el triste rumor que ver espero,
Y amenazando á un número infinito
Con lenguas tres al infernal portero.
Toma esta venda que á mi frente quito,
Y de laurel los ramos; que no quiero
Llevar conmigo al reino del espanto
(Pues ya fuera maldad) tu adorno santo.

»Solo, si algun favor en mi partida
Merezco, mi venganza te encomiendo,
Y de mi esposa injusta y atrevida
La pena igual á su delito horrendo;
Que si vendió por un joyel mi vida,
Justo es que pague su maldad muriendo;
Y así, cuando de edad mi hijo sea,
Dale el furor que mi dolor desea.»

Dijo; y enternecido, el carro deja
Apolo, y disimula el tierno llanto;
Gimen carro y caballos, y él se aleja,
Dejando en su lugar horror y espanto;
No de otra suerte en medio el mar se queja,
Cuando tiende la noche el negro manto,
Perecedera nao, que espera en vano
La santa luz del uno y otro hermano.

Ya empezaba por todo el horizonte
La tierra poco á poco á menearse,
Sacude su cabeza cada monte,
Tanto, que al parecer quiere arrancarse;
Hierve el polvo, y de Estige y Flegetonte
El gran estruendo comenzó á escucharse,
Y piensan todos que rumor de guerra
Era aquel del infierno y de la tierra.

Crece el temblor, y atónita la gente,
De aquella grande novedad se admira,
Que apenas halla adonde el paso siente,
Que el pié que echa adelante se retira;
Baja el caballo á su pesar la frente,
Y con miedo y horror la tierra mira;
Tiemblan los muros altos, y el Ismeno
De su orilla huyó, de espanto lleno.

Al extraño rumor el campo calla,
Cesan las iras y el furor de Marte,
Y en el estado mismo en que se halla,
La gente se apartó de cada parte;
Asi en el mar tal vez naval batalla
Suele cesar, haciendo que se aparte
Piadosa tempestad cada galera,
Que otra batalla diferente espera.

Hace paz el temor, y en un momento
Dejan las armas de la guerra dura,
Y cada cual al enemigo viénto
Con otras armas resistir procura;
Tal pues el campo atónito y atento,
Temiendo alguna nueva desventura,
Hincaron, sin osar mirar al cielo,
Las temerosas lanzas en el suelo.

O ya á la tierra carcomido hubiese
Agua oculta de fuente no sabida,
O ya Neptuno revolver quisiese
De el gran mar toda el agua detenida,
O ya la rabia de los vientos fuese
Del centro en las entrañas escondida,
Y quisiese la tierra echarla fuera
Por no sufrir aquella guerra fiera;

O ya fuese que el cielo cristalino
Su máquina pesada reclinase
A aquesta parte, ó ya que al adivino
De aquesta suerte el centro saludase,
O ya á los dos hermanos el destino
Con aqueste prodigio amenazase;
Que á veces los prodigios, aunque en vano,
Avisos son del cielo soberano;

O ya otra fuese la ocasion incierta,
Tembló en efeto cada monte, y luego
Con inmenso rumor la tierra abierta,
Vomitó el hondo abismo un humo ciego,
Y por aquella horrible y ancha puerta
Pudieron las estrellas ver su fuego,
Y las almas tambien que en él habia
El cielo vieron y la luz de el dia.

Los dos caballos, en sudor bañados,
Llegando al márgen de la boca horrible,
Se vieron en un punto sepultados,
Que quisieron saltarla, y fué impusible;
Miró al bajar los cielos estrellados
Al adivino con dolor terrible,
Y armado todo y sin perder el freno,
Al reino decendió, de llanto lleno.

El centro de la tierra tenebrosa
Pasa, y los ojos tristes revolviendo,
Goza de aquella poca luz hermosa
De el sol, que poco á poco va perdiendo,
Hasta que al fin, con alma congojosa,
En obscuro lugar paró gimiendo,
Y volviendo á cerrarse el duro suelo,
Fuera quedó la clara luz de el cielo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Alborótase el infierno con la bajada del adivino. Pluton manda á las furias acudan á la venganza. Satisfácele Anfiarao, con que templa su enojo. El campo griego queda medroso y alterado viendo cómo se abrió la tierra y tragó al sacerdote. Provoca Balemoro al rey Adrasto á que se vaya. Cuéntale el prodigio del adivino. Los tebanos se regocijan con la desgracia de los griegos. Edipo se alegra. Anímale á que prosiga la vitoria. Adrasto ordena afligido que se dé sucesor al sacerdote. Eligen á Tiodamante, el cual hace sacrificio á la tierra. Salen los tebanos por todas las siete puertas de Tébas. Trábase una cruel batalla. Señálase en ella Tideo. Da muerte á muchos, y entre ellos á Atis, esposo de Ismene. Llévanselo á su esposa casi espirando. Ella hace cruel llanto por su muerte. La furia Tesifon vuelve á atizar el fuego de la guerra. Tideo encuentra á Teócles. Tiene con él batalla. Socórrenle los suyos. Muere Tideo, y en el tránsito mata al que le hirió. Pide se lo traigan delante. Tráenle la cabeza. Véngase mordiéndola, y acaba su vida.

Como al confuso infierno de repente,
Rompiendo el centro de la tierra, vino,
Armado todo desde el pié á la frente,
Por nunca usada puerta, el adivino,
Turbóse el reino de la muerta gente,
Viendo succeso nuevo peregrino,
Dos caballos de Estige á las orillas,
Y un cuerpo nuevo entre almas amarillas.

Que no al fuego, en ceniza convertido,
Ni en urna venerable estado habia,
Mas vivo, caluroso y encendido,
Del calor de las armas decendia,
Y manchadas las armas y el vestido
Con sangre que ya blanca parecia,
. . . .
. . . .

Ni con llamas Letejo (infernal sito),
Megera, para el mal siempre dispierta,
Lepurgo á la ribera de Cocito,
Por no pasar por la ordinaria puerta.
Ni Ecate en la columna la habia escrito,
Donde suele escribir la gente muerta,
Ni la parca, turbada á aquel ruido,
De su vida el estambre habia rompido.

Fué al fin con priesa y sobresalto roto,
Y aunque el rumor siguros escucharon
De aquel nunca escuchado terremoto,
Los del elisio campo se turbaron;
Y si hay otro algun reino mas remoto,
Donde con otra obscuridad reinaron,
Las sombras de la noche allí lo oyeron,
Y alguna grande novedad temieron.

Al temblar en la tierra cada monte
Con estruendo tan nuevo y prodigioso,
Gimió Estige, Cocito y Flegetonte,
Cada laguna y lago perezoso;
El pálido barquero de Aqueronte
Quejóse de que al reino tenebroso
Haya pasado un alma libremente
Por otro rio en barco diferente.

Acaso en alto tribunal sentado,
Donde á juzgar el triste rey se asienta,
Estaba de los suyos rodeado,
A cada alma pidiendo estrecha cuenta,
Igualmente con todos enojado,
Tanto, que con mirar solo atormenta,
Y en torno dél ministros de sus penas,
Con gran rumor de grillos y cadenas;

Mil muertes diferentes y amarillas,
Por órden, si allí puede haber alguna,
Minos y Radamante en bajas sillas,
Con mas piedad, que al Rey es importuna;
Cocito y Flegeton, cuyas orillas
Vomitan fuego, y la infernal laguna
De los dioses, temida y respetada,
Y por sus juramentos celebrada;

Tres furias y tres parcas sin respeto,
Hilando y devanando libremente
Las vidas de los hombres, y en efeto
Toda la corte estaba allí presente;
Y viendo el negro rey el grande aprieto,
El miedo y alboroto de su gente,
La luz, un hombre vivo y tanto estruendo,
Sacudió la cabeza, así diciendo:

«¿Qué imperio celestial, qué tiranía
Trujo al infierno el enemigo viento,
Vida á la muerte y á la noche dia,
Gloria á la pena y treguas al tormento?
¿Quién me amenaza? Quién me desafia?
¿En mis hermanos hay atrevimiento
Para ofenderme y provocarme á guerra?
Perezca el mundo y rómpase la tierra.

»¿Provocado no soy? ¿quién me detiene?
¿No es dulce para mí la guerra dura?
¿Qué busca Jove, que á herirme viene
En tanta obscuridad con lumbre pura?
Sepultado la suerte aquí me tiene,
Reino que al fin me dió mi desventura,
Lleno de inmenso horror, de luz vacío,
¿Y aun aquesto no quiere que sea mio?

»¿Qué viene á escudriñar ó qué pretende?
Qué prueba hace así de mi paciencia?
Que si ha sido tentarme, y si deciende
Por hacer de mis fuerzas experiencia,
Brevemente verá que á un rey ofende
Que se puede igualar á su potencia;
Que aquí tengo conmigo á los gigantes,
Soberbios, aunque presos, y arrogantes.

»Están los hijos de Titan conmigo,
Y entre ellos nuestro padre desdichado,
Que desea dar á su maldad castigo,
De su injuria y dolor aun no olvidado;
¿Qué me viene á tentar como enemigo?
Y si él está de estrellas rodeado,
¿Qué busca en mis tinieblas ó qué quiere,
Que aquesta obscuridad con lumbre hiere?

»No me rompa mi paz y mi sosiego,
Que abriré el hondo abismo de repente,
Y eclipsará mi obscuro humo ciego
El sol, luna y estrellas igualmente;
Abrasaré la tierra con mi fuego,
Y si Mercurio alado y diligente
Viniere alguña vez con embajada,
Lo echaré fuera y negaré la entrada.

»Y detendré tambien con libre mano,
Pues me ha sido tan mal agradecido,
A los hijos de Tindaro, aunque en vano
Me aleguen el concierto establecido;
¿Por qué respeto á mi enemigo hermano,
Si él la paz tantas veces ha rompido?
Y ¿por qué, á su pesar, luego no queda
Libre Ixion de su pesada rueda?

»¿Por qué la fruta á Tántalo no espera,
Y la agua huye de él con priesa tanta?
Pena en que eternamente persevera,
Porque ofendió una vez su mesa santa;
Y tantas veo en mi infernal ribera,
Hollada con desprecio y viva planta,
Profanadas las leyes de el Erebo,
¿Y á vengar mis injurias no me atrevo?

»Aquí tuvo Perito atrevimiento
Para entrar, ayudado de Teseo,
Que á todo con la ley del juramento
Favoreció su bárbaro deseo;
Y aquí tambien, al son de su instrumento,
Pudo las penas suspender Orfeo;
Que aunque es mengua decir bajezas tales,
Yo vi llorar las furias infernales.

»Paráronse las parcas, y con ellas
Vertieron torpe llanto, y aun yo estuve
Casi movido al son de sus querellas,
Mas luego de vergüenza me detuve;
Y Alcídes á la luz de las estrellas,
Que es cuando yo mayor paciencia tuve,
Sacó el portero velador, y abierta
Vió libremente á mi pesar la puerta.

»Y porque yo mi esposa deseada
Del campo de Sicilia robé un dia,
Que no al cielo subí con planta osada,
Han culpado mi amor y mi osadía;
Pues Júpiter con tasa limitada
No deja la que ya es esposa mia,
Y su madre, que el tiempo me limita,
Me cuenta el año y la mitad me quita.

»Mas ¿qué hago? A vengar aquesta afrenta,
Tesifonte atrevida, al punto corre,
Y tu furor y mi venganza sienta
La mas exenta y mas sigura torre;
Alguna gran maldad de nuevo inventa,
Cuya memoria el tiempo nunca borre,
Prodigio inmenso, horrible y sin segundo,
Que eternamente no haya visto el mundo.

»Tal en efeto que me cause espanto,
Envidia á tus hermanas, y á la tierra
Dolor, gemidos, confusion y llanto,
Pues todo aquesto en tu poder se encierra;
Corran, para principio de horror tanto,
Los hermanos autores de esta guerra
A herirse con odio y furor ciego,
Y caigan muertos en la tierra luego.

»Haya quien muerda con furor insano,
Como rabiosa fiera embravecida,
De el enemigo en quien se venga en vano,
La cabeza, del cuerpo dividida;
Y alguno haya tambien tan inhumano,
Que á los difuntos sepultura impida,
Porque, de cuerpos muertos lleno el suelo,
El aire suba inficionado al cielo.

»Y Júpiter alegre aquesto vea,
Si al fin se alegra con prodigios tales,
Y porque no el furor humano sea
Solamente atrevido á mis umbrales,
Sin miedo alguno de la muerte fea,
Guerra haga á los dioses celestiales,
Y reparar con el escudo quiera
Los rayos con que Júpiter le hiera.

»Sabrá con esto la atrevida gente
Que es mas difícil en el reino mio
Entrar con vivas plantas libremente
Que cargar sobre el Osa al pino frio.»
Aquesto dijo, y sacudió la frente,
Y al horror de aquel nuevo desafio
Tembló la tierra, estremecióse el mundo,
Y gimieron las almas del profundo.

No con fuerza mayor, si está enojado,
Júpiter mueve el cielo cristalino;
Y al fin, habiendo todos aprobado
Su parecer, volvióse al adivino:
«¿Qué causas, dice, oh triste, ó qué pecado
Te hicieron abrir nuevo camino,
Y bajar á esta obscura cárcel mia,
Lleno de luz y aun vivo todavía?»

En tanto habia quedado el agorero
A pié, desnudo de armas y vestido,
Libre de aquel horror de Marte fiero,
Y en espíritu solo convertido;
Mas no su majestad y honor primero,
Aunque pálido estaba, habia perdido,
Que aun guardaba la venda de su frente,
Y el ramo, aunque de olivo, diferente.

«Si es lícito, responde, en el infierno
Hablar las almas justas y dichosas,
Oh del mundo tercero rey eterno,
Fin forzoso y remate de las cosas;
Si ya pudo ablandarte un llanto tierno
Y un dulce son de quejas amorosas,
Deja el rigor, que si oyes mis querellas,
Tus amenazas cesarán con ellas.

»Tú solo eres mi orígen, y en la vida
De cada causa conocí el efeto,
Alcancé la verdad mas escondida
Y de los elementos el secreto;
Aplaca tu rigor, tu enojo olvida,
Que no es digno un mortal á ti sujeto
De tu furor; que al reino de la muerte
No vine, como Alcides, á ofenderte

»Ni amor me trujo á aquesta corte tuya;
Da crédito á este adorno y él te mueva,
No tema tu Proserpina ni huya
El Cerbero á su oculta y negra cueva;
A quien comunicó la lumbre suya
Apolo no es posible que se atreva,
Que fuí su sacerdote celebrado,
Con tierno amor del mismo Apolo amado.

»Y porque mi conciencia me asigura,
Yo juro por aqueste cáos confuso,
Pues aquí por Apolo no se jura,
Que no delito alguno aquí me pusó,
Ni merecí perder la lumbre pura
Tan presto, aunque así el hado lo dispuso;
Minos de esta verdad testigo sea,
Y á mí, parte en efeto, no se crea.

»Vendido fuí por mi traidora esposa,
Que quiso, en vano habiéndome excusado,
Entregarme, del oro cudiciosa,
Al campo contra Tébas conjurado,
Y en la primer batalla rigurosa
Del campo donde vine, aunque forzado,
No pocos muertos por mi mano han sido,
De tantas almas como aquí han venido.

»Y andando en el rigor del fiero Marte,
Entre la griega y la tebana gente,
El suelo retumbó de cada parte,
Y abrióseme la tierra de repente;
No sé si el caso acertaré á contarte,
Sigun el gran horror que mi alma siente;
A mí al fin solo me tragó la tierra,
De tantos como andaban en la guerra.

»No sé cuál fuese allí mi sentimiento,
En tanto que pendiente el aire vano,
Por las entrañas de la tierra á tiento
Bajaba con las riendas en la mano;
Nada de mí, y aquesto sólo siento
De este nuevo rigor del hado insano,
Dejo á mi amada patria ni á mi gente,
A quien no veré mas eternamente:

»Ni por despojo de la guerra dura
Muerto mi cuerpo entre enemigos queda,
Que consolar en tanta desventura,
Hecho ceniza, al triste padre pueda;
Sin lágrimas, sin fuego y sepultura,
Entero y cual estaba allá me hereda
Aqueste reino, adonde armado vine,
Sin que ofender á alguno determine.

»No pido que me vuelvás á la vida,
O que la antigua gracia de adivino
Me sea de nuevo aquí restituida
Con nueva luz y espíritu divino;
Que fuera sin provecho concedida,
Donde te sirve el hado y el destino,
Donde dudas algunas no se ofrecen,
Y donde las tres parcas te obedecen.

»Solo pido, si puede alguna cosa
Concederse en tu reino á los mortales,
Que tengas en mi suerte rigurosa
Mas piedad que los dioses celestiales;
Y cuando venga mi enemiga esposa,
Que sola fué ocasion de tantos males,
Muestres tus iras y tu inmensa furia;
Vengarás tus enojos y mi injuria.»

Oyó Pluton sus ruegos, y movido,
Aunque se ofende, y por bajeza siente
El ablandarse, al fin le ha concedido
Cuanto pidió con humildad prudente;
Cual líbico leon, que habiendo sido
Del cazador buscado osadamente,
Viendo resplandecer el duro acero,
Lo sale á recebir airado y fiero.

Mas si en el suelo, arrepentido luego,
Echa el venablo, y á sus piés se tiende,
Refrena el vitorioso el furor ciego,
Y ufano, convencerlo no lo ofende;
En tanto que esto pasa, el campo griego,
Como de el caso la verdad no entiende,
Lleno de confusion, por todo el llano
Al temido agorero busca en vano.

Y como el noble carro no parece,
Ni el rico yelmo, cuya luz vencia
Al sol, el mas osado se estremece,
Quedando de el temor la sangre fria;
Crece la confusion y el miedo crece,
Y atónita la gente se desvia,
Teniendo en la infelice y triste guerra
Por sospechosa á la tebana tierra.

Y apenas osan estampar la planta
En la enemiga tierra mal sigura,
Reverenciando como á tierra santa
La que es de el adivino sepultura;
Mas Palemon, que en desventura tanta
Testigo fué, las plantas apresura,
Y adonde sus escuadras animando
Está el argivo rey, llega volando.

Hallóse al márgen de la tierra abierta,
Y vió el triste succeso claramente,
Y temió por aquella horrible puerta
Bajar al reino de la muerta gente;
Y así, testigo de la nueva cierta,
Pálido, triste y con turbada frente,
« Huye, dice, Señor, y no te atrevas
A ofender mas á la enemiga Tébas.

»Vuelve á tu patria y reino mal dejado,
A tu alcázar famoso y noble muro,
Si por ventura el enemigo hado
Nos ha dejado allá lugar siguro;
En vano estás de escuadras rodeado
Y esgrimes el inútil hierro duro,
Porque si no nos sufre ya la tierra,
¿Qué pretendemos en aquesta guerra?

»Abrese y traga, en fin, la tierra fria
Armas, carros, caballos y varones,
Y aun parece que huye todavía
Aqueste suelo adó las plantas pones;
Yo, cuando mas furioso descurria
Tu campo entre enemigos escuadrones,
Vi el hondo centro de la tierra dura,
Y el triste albergue de la noche obscura.

»Y por aquel camino tenebroso
Vi bajar con las riendas en la mano
A tu Anfiarao turbado y congojoso,
Con triste voz llamando á Febo en vano;
Aquel en paz y en guerra tan famoso,
Tan querido del cielo soberano,
Que ninguno jamás por sus agüeros
Así alcanzó los casos venideros.

»Historia prodigiosa estoy contando,
Aunque de tanto horror, de verdad llena;
Vuelve á mirar el campo humeando,
Y de el carro señales en la arena,
Que está contra nosotros peleando,
Y solos nos ha hecho en tanta pena,
Pues perdonando á la tebana gente,
Se abre para nosotros solamente.»

El Rey al triste caso nunca oido
Tan suspenso quedó, que no le diera
Crédito si uno solo hubiera sido
El que tan grande novedad trujera;
Pero luego turbados han venido
Mopso y el fuerte Actor á la ligera,
Y atónitos, sudando y sin aliento,
Volvieron á contar el triste cuento.

La fama novelera y atrevida
El daño y los temores acrecienta,
Pues ya, no de uno solo la caida,
Mas la de muchos mentirosa cuenta;
Finge nombres y patria conocida;
Y la gente, que el caso escucha atenta,
Vuelve huyendo atrás desordenada,
Sin ser de las trompetas avisada.

Lleno de confusion, de horror y espanto,
Se desconcierta el campo alborotado,
Y invocando el favor del cielo santo,
Cual si el cielo se abriese á cada lado;
Tanta es la turbacion y el miedo tanto,
Que allí se precipita el mas osado,
Y así la gente á amontonarse vino,
Que apenas para tantos hay camino.

Y aun los mismos caballos sin aliento,
Sin espuela ni azote así corrian,
Que se pudo afirmar que sentimiento
De aquella extraña novedad tenian;
Los tebanos, tomando atrevimiento,
Con mas furor corriendo los seguian;
Pero la oscura noche, puesta en medio,
De tanta desventura fué el remedio.

Puso pequeña tregua en tanta priesa,
Que enfrenando las iras y furores
Al campo griego su tiniebla espesa,
Trujo, en vez de reposo, mill temores;
Que aunque el peligro de las armas cesa,
Guerra hacian cuidados veladores;
Y así, por todo el campo mill gemidos
Con mayor libertad fueron oidos.

¡Cuál se ve en el presente desconsuelo,
El campo todo atónito y turbado!
¡Qué de lágrimas tristes hasta el suelo
Bajan de cada yelmo desatado!
No hay para tanta pena algun consuelo,
Que en el mas fuerte pecho el miedo helado
Con el nuevo dolor borrado habia
Las glorias y hazañas de aquel dia.

Vense rodando por la tierra dura,
Aunque llenos de polvo y sangre helada,
Rendidos á la nueva desventura,
El noble escudo y la famosa espada;
Nadie al caballo alaba ni procura
Componer el penacho en la celada,
Ni hay quien alce las armas de la tierra,
Cual si hubiera acabádose la guerra.

Y apenas hay quien cure la herida,
Ni aun quien eche de ver que está herido,
Que es tan grande el dolor, que aun la comida
Aborrecen y tienen en olvido,
Con ser deuda á las armas tan debida,
Al cansancio y trabajo padecido,
Pues sin esto, acordársela debiera
Temor de la batalla venidera.

Todos con alma y lengua en alabarte,
Noble Anfiarao, se ocupan solamente,
Y en cada pabellon y en cada parte
Tus glorias cuenta la afligida gente;
Perdida la esperanza de hallarte,
Pierde la de el vencer el mas valiente,
Creyendo que contigo se huyeron
Todos los dioses que favor le dieron.

«¿Dónde, dicen, está el carro famoso,
De laurel siempre verde coronado?
Dónde el escudo siempre vitorioso?
Dónde el yelmo de vendas adornado?
¿Esta es, Apolo ingrato y riguroso,
Tu cueva, lago y templo celebrado?
¿De esta suerte á los tuyos favoreces,
Y la fe que en tí puso así agradeces?

»¿Quién dirá ya á los miseros mortales
De la estrella ó de el rayo los efetos?
Y en los sacrificados animales
¿Quién verá en las entrañas sus secretos?
Quién, en efecto, los futuros males,
A quien sin él quedamos ya sujetos?
Y las aves ¿á quién con sus agüeros
Avisarán los hados venideros?

»Tú las horas del tiempo repartias,
Pues con tu parecer sábio, adivino,
Paraba el campo, y cuando tú querias
A proseguir tornaba su camino;
Por tí se armaba, en fin, y aunque sabias
Claramente el rigor de tu destino,
Nuestro campo infelice acompañaste,
Que no por eso en Argos te quedaste.

»Tanta virtud y tanto amor estaba
Encerrado en tu pecho soberano,
Donde el valor a entrambos se igualaba,
Cual hoy mostró tu vencedora mano;
Pues cuando el fatal tiempo te llamaba,
Mas espantoso al escuadron tebano
Te vimos todos, mas osado y fuerte,
Y mas temido en medio de la muerte.

»¿Qué es de tí? ¿Dónde estás? ¿Quién te detiene?
¿Qué tierra agora venturosa habitas?
¿Podrás volver, pues nadie de allá viene,
A ver nuestras congojas infinitas?
¿Estás donde Pluton su alcázar tiene,
Y adonde con las parcas te ejercitas,
Sucesos por venir adivinando,
Ya de ellas aprendiendo y ya enseñando?

»Ya te entretengas en el lago averno,
Ya estés en el elisio valle santo,
Y léjos de las penas del infierno,
Veas otras aves y oigas otro canto;
Donde quiera que estés, dolor eterno
Siempre serás de Apolo y nuevo llanto,
Y Delfos, que no pudo socorrerte,
Gran tiempo mudo llorará tu muerte.

»Tenedo eternamente, Branco y Delo
Sus templos cerrarán aqueste dia,
Y no sin daño de su amado suelo,
Secará Cirra su corriente fria;
Ninguno á consolár su desconsuelo
A Licia irá ni adonde todavía
La paloma responde á los molosos,
Por ella y por su bosque tan famosos.

»A Claros irá en vano el peregrino,
Y al templo de Hamon tan celebrado;
Que el uno y otro oráculo divino
Mudo será y en vano preguntado;
Cada laurel, llorando á su adivino,
Deseará verse de su honor privado,
Y de su verde hoja despojarse,
Y aun los arroyos desearán secarse.

»Ya ninguna verdad de el cielo santo
Sabrémos, ni de el aire, enriquecido
Con tantas aves, que su obscuro canto
Ni será preguntado ni entendido;
Pero tiempo vendrá tras de este llanto
En que serás por dios reconocido,
Y tendrás templo adonde eternamente
A consultarte acudirá la gente.»

Esto en su honor el campo repetia,
Y en tanto que llorando honrar procura
Su muerte, el miedo torpe descubria
De el fin dudoso de la guerra dura;
Y cual si entonces en la tierra fria
Dieran al adivino sepultura,
Así cuentan sus glorias, ya cansados
De la infelice guerra y quebrantados.

No de otra suerte en el famoso pino
Donde los argonautas se hallaron
Rompiendo con Jason al mar Euxino,
Con la muerte de Tifis se quedaron;
Fin el mas peligroso aquel camino
Parece, y que los remos se tornaron
Mas pesados, y el mar mas turbulento,
Mas perezoso el leño y flojo el viento.

Mas ya con los gemidos se ablandaba
Poco á poco el dolor, á los cansados
Dando lugar, y en tanto desterraba
La noche los temores y cuidados;
El sueño, que las alas se mojaba
En los húmedos ojos desvelados,
Trujo al fin poco á poco al campo griego
Su reposo, aunque tarde, y su sosiego.

No de otra suerte en Tébas desvelada
Toda la gente resonar se oia,
Que en varios regucijos ocupada,
Gastaba sin dormir la noche fria;
No en toda la ciudad casa cerrada
Ni templo sin alegre baile habia;
Las centinelas solas sobre el muro
Gozaban al rumor sueño siguro.

Mill flautas, una de otra diferente,
Mill cuernos, mill panderos y atabales
A un tiempo hace resonar la gente,
Y otros mill instrumentos bacanales;
Y alguno canta al son alegremente
Mill himnos y alabanzas inmortales
En honra de los dioses, sus patrones,
Contando sus hazañas y blasones.

Con guirnaldas de pámpanos gritando
Corren el extranjero y el vecino
Por calles y por plazas, coronando
Las anchas tazas de oloroso vino;
Con risa alguno en tanto celebrando
El no esperado fin del adivino,
A Tiresias alaba, su agorero,
Llamándolo mas sábio y verdadero.

Otro de los pasados la memoria
Vuelve á cantar y el regucijo aumenta,
Y de Tébas tambien, para su gloria,
Canta el principio á la ciudad atenta;
De Europa la famosa antigua historia,
Y el nunca visto atrevimiento cuenta,
Pues el mar, con peligro de la vida,
Corrió sobre el gran toro, á un cuerno asido;

Y cómo Cadmo, su famoso hermano,
Buscándola por una y otra orilla,
Fué, ya cansado, el fundador tebano,
Señalándole el sitio una novilla;
Cantó tambien que del arado llano
Nació con nunca vista maravilla,
De aquel sembrado serpentino diente,
Un furioso escuadron de armada gente.

Otro renueva de Anfion el canto,
Cómo tras de él las peñas se vinieron
Al dulce son á amontonarse tanto,
Que los famosos muros se hicieron;
De Sémele otro canta el fuego santo,
Por quien su padre Baco merecieron;
Y otro en tanto celebra en otra parte
Los amores de Vénus y de Marte.

Otro canta de Harmonia el casamiento,
Que de muchos amores rodeada,
Sus hermanos, en fin, con gran contento,
Como reina fué en Tébas coronada;
Cada mesa, en efeto, oye su cuento,
Y la ciudad, que ufana y obligada
Se ve con la memoria de sus hijos,
Renueva por su amor los regucijos.

Como si entonces de el vencido oriente
Triunfando Baco, á la ciudad volviera,
Y tras de el carro la admirada gente
Los negros nunca vistos indios viera;
Tal regucijo en la ciudad se siente,
Y aun dicen qu'esta fué la vez primera
Que el ciego Edipo, que solia esconderse,
Salio de su aposento y dejó verse;

Y que el largo cabello enmarañado,
Con que cubrir su ceguedad solia,
De el rostro ya sereno se ha apartado,
Mostrando al parecer nueva alegría;
Que de los tristes ojos ha quitado
La sangre que aun helada se tenia:
Y que aunque siempre aborreció el consuelo,
Agora consoló su desconsuelo.

Come ya y alza la arrugada frente,
Disimulando su dolor eterno,
Y habla á todos el que solamente
Hablaba con las furias de el infierno;
Y el que á su bella Antígone inocente,
Que de su ceguedad tiene el gobierno,
Asombraba con gritos, ya se deja
De cualquiera tratar y no se queja.

Admira su quietud y su sosiego,
Mas de nadie es la causa conocida,
Que no se alegra el inhumano ciego
Por aquella vitoria recebida,
Sino por ver airado al campo griego,
Y la esperada guerra ya encendida;
Y sintiendo sus armas tan vecinas,
Espera nuevas muertes y ruinas.

Y así, al hijo exhortó que prosiguiese
Con valor la vitoria comenzada,
Aunque le diera pena si tuviese
De el todo la vitoria deseada;
Solo quisiera que la guerra fuese
Con muertes de ambos reyes acabada;
Y por esto, encubriendo sus pesares,
Se alegra y halla gusto en los manjares.

No de otra suerte se halló Fineo
Despues que ahuyentadas las arpias,
Vió con el gusto igual á su deseo
Llenas las tazas, hasta allí vacias;
Y así á la mesa, por mayor trofeo,
Siempre estaba las noches y los dias,
Tratando los manjares con la mano,
De aquella nueva libertad ufano.

En tanto el campo griego, fatigado
De importunas congojas y temores,
Estaba en blando sueño sepultado,
Rendidas ya sus iras y furores;
Adrasto solamente desvelado,
De la ciudad escucha sus rumores,
Que aunque viejo y cansado, lo desvelan
Cuidados tristes que en el alma velan.

Los alegres clamores y alaridos,
Al son de el atabal, que ronco suena,
Con tanta infamia de su campo oidos,
Le atormentan el alma y le dan pena;
Los fuegos, poco á poco consumidos,
Que tuvieron de luz la tierra llena,
Los ve acabarse, y con dolor suspira,
Viendo que en ellos su deshonra mira.

De esta suerte la chusma de la nave,
Quedando sin el sol la tierra obscura,
Rendida de un igual sueño suave,
De los vientos y mar duerme sigura;
Solo el patron, que de experiencia sabe
La inconstancia del mar, no se asigura;
Y así, teniendo con el norte cuenta,
Vela con ojos y con alma atenta.

Era ya la sazon cuando Diana,
Sintiendo los caballos de su hermano
Muy cerca, y con la luz de la mañana
Las cavernas bramar del Oceano,
Deja los montes y la caza ufana,
Y esgrimiendo con blanda y fácil mano
Blando azote, destierra las estrellas,
Antes que encuentre el nuevo sol con ellas.

Junta consilio el Rey, triste y severo,
Y cada capitan gimiendo vino,
Y juntos procuraron lo primero
De darle sucesor al adivino,
Que, como sacerdote y heredero
De la corona y del laurel divino,
Aplaque al cielo y sacrificios haga,
Y á los dioses airados satisfaga.

Todos juntos al punto al Tiodamante
Eligen, que era hijo conocido
De el gran Melampo, al padre semejante,
Con reverencia igual obedecido;
Modesto, cuidadoso y vigilante,
Con quien mas de una vez habia partido
Los vientos y las aves Anfiarao,
Desde que de Jason dejó la nao.

Y era tal su bondad, que se holgaba
De que toda la gente le tuviese
Por su igual, ó á lo menos que quedaba
Poco detrás, cuando su igual no fuese:
Viendo pues que el Senado así lo honraba,
Como si tanto honor no mereciese,
Colorado y atónito se puso;
Que la gran honra lo dejó confuso.

Y así, adorando humilde el laurel santo,
Turbado con la gloria no esperada,
Niega tener merecimiento tanto,
Ni fuerzas para carga tan pesada;
Causó con esto admiracion y espanto,
Con que fué su humildad mas ensalzada,
Pues mereció por ella ser rogado,
Y así admitió el laurel, aunque forzado.

Como de muerto rey hijo pequeño,
Entre los fieros partos, que quisiera
Que, como antiguo y mas siguro dueño
De tanto reino, el padre le viviera;
Que aunque ve lisonjero y halagüeño
Al vulgo, sus mudanzas considera,
Y mientras se resuelve y determina,
Los pechos de los grandes examina.

Confuso en el gobierno y temeroso,
No acaba de elegir á quien envie
Que guarde el puerto Caspio peligroso,
Ó á quien el lado de el Eufrates fie,
Ni á quien tendrá por menos sospechoso,
De quien la vida y la salud confie,
Ni toma, por el miedo en que repara,
El cetro ni se pone la tiara.

El sacerdote pues que recibido
De todo el campo fué con mil favores,
Por el real en hombros fué traido
Con alegres tumultos y clamores;
Y luego, como el campo ve afligido,
Quiere, porque se acaben sus temores,
Con sacrificios aplacar la tierra
Antes que vuelva á proseguir la guerra.

Fué su intencion de todos alabada;
Y así, luego de céspedes compuso
Dos aras, una de otra algo apartada,
Donde de todo á su placer despuso;
Gran multitud, para esto reservada,
De flores y de fruta en ellas puso,
Pues de cuanto la tierra humilde cria
En todos doce meses allí habia;

Y derramando leche en ambas aras,
«Oh, dice, de los dioses inmortales
Y de los hombres madre, que reparas
Las semillas del mundo y los caudales;
Que eternamente con amor amparas
En tu gremio las aves y animales,
Y á pesar de el rigor de los estíos,
Das humor á las selvas y á los rios;

»Tú, siempre poderosa, que criaste
De Prometeo las manos atrevidas,
Y de Pirra las piedras engendraste,
De tí en formas humanas convertidas;
Tú, que luego á los hombres procuraste
El primer alimento de sus vidas,
Que el mar abrazas y su furia enfrenas,
Sirviéndote de muros sus arenas;

»Tú, que eres desde aquella edad primera,
Ya de la luna y ya del sol servida,
Pues dan por tí mill vueltas á su esfera,
Y así es de tí su lumbre agradecida;
Tú, de todas las cosas medianera,
Siempre al aire pendiente, á nada asida,
Que, aunque pendiente estás al aire exento,
Eres de todo el mundo el firme asiento;

»Tú, á quien los tres hermanos nunca osaron
Por suertes dividir tu libre suelo,
Cuando los tres por suertes heredaron
El infierno profundo, el mar y el cielo;
Tú, sobre quien mill pueblos se fundaron,
Y sin quejarte en tanto desconsuelo,
Ya encima y ya debajo, eternamente
Sufres la carga de infinita gente;

»Tú, en fin, que sufres al pesado Atlante
Y su máquina inmensa con paciencia,
Y para tanto peso eres bastante,
Solo en nosotros hallas diferencia;
Si á nadie das castigo semejante,
¿Por qué usas con nosotros tal violencia?
¿Tanto pesamos, que ofender podimos
La piedad que jamás cansada vimos?

»Si algun pecado habemos cometido,
De ignorancia será, no de malicia;
Y así, por él no habrémos merecido
Este nuevo rigor de tu justicia;
Y si á Tébas los griegos han venido,
Piedad los mueve sola, y no cudicia,
Y extranjeros no son, pues donde quiera
Eres madre de todos verdadera.

»No como á humildes extrañarnos quieras,
Con fin no visto, arrebatado y triste,
Sufre de entrambas partes las banderas,
Y neutral y comun en medio asiste;
Y aquestas belicosas almas fieras,
De quien jamás ofensa recibiste,
Por órden de la guerra al cielo vuelvan,
Y en tí despues los cuerpos se resuelvan.

»No arrebates con súbita caida
Estos cuerpos, aun vivos todavía,
Que luego ó tarde á tí, madre querida,
Todos vendrémos por la usada via;
No por tí falte el curso de la vida
Ni de la parca se apresure el dia;
Solo, en fin, ruego que la griega gente
Camine sobre tí seguramente.

»Pero tú, de los cielos prenda amada,
Y de sus dioses estimado tanto,
A quien mi mano, mi enemiga espada
Se atrevió á despojar del mortal manto,
Sino la alma natura, que, abrazada
A tu siempre dichoso cuerpo santo,
Sus senos desató para encerrarte,
Cual si quisiera en Cirra sepultarte.

»Comunícame á mí tu sciencia obscura,
Que de el cielo y de Apolo has aprendido;
Sabrá este campo la verdad futura
Que pensabas decirle, y no has podido;
Y yo, como tu intérprete y hechura,
Ministro y sacerdote agradecido,
Te haré sacrificios, y á tí solo
Llamaré eternamente, en vez de Apolo.

»Y desde hoy, por tu honor será mi cielo,
Este, que te escondió, lugar dichoso,
Ni en tanto estimaré á Cirra ni á Delo
Ni á otro ningun oráculo famoso.»
Esto diciendo, levantó del suelo,
Con variedad de flores oloroso,
En vez de tumba un gran monton de arena,
Y en torno de él el sacrificio ordena.

Toros y ovejas, de color obscuro,
Muertos ocupan la adorada tierra,
Y empapando en su sangre el suelo duro,
Vivas algunas en la arena encierra;
Pero en aquesto en el tebano muro
Comenzó á resonar un son de guerra,
Hiriendo las estrellas mill clamores
Al son de cuernos, trompas y atambores.

Retumbó al gran estruendo el horizonte,
Y luego sus cabellos sacudiendo
De Teumeso en la cumbre Tesifonte,
Mayor con silbos hizo el son horrendo.
Respondió el Citeron, tebano monte,
Turbado con aquel no usado estruendo,
Y las tierras, tambien alborotadas,
A mas alegre son acostumbradas.

Corre Belona, airada y diligente;
Abre las siete puertas, y al instante,
Coriendo al campo, salen juntamente
El carro, el escudero y el infante;
Toda á un tiempo salir quiere la gente,
Juzgando por deshonra el no ir delante;
Mas estorba el caballo al mas ligero,
Que sale á pié, y el carro al caballero.

Dijera quien los viera que huian
Del campo griego, que les sigue airado,
Pues por las siete puertas no cabian,
Y á su pesar en ellas se han parado;
Las escuadras que á Teocle seguian
La puerta de Neita han ocupado,
La de Ogige á Creon le cupo en suerte,
Y la Emolaida á Emon, gallardo y fuerte.

La de Prétida ocupa el gran Ipseo,
Y el membrudo Driante la Electrea,
La Hipsista Eurimedonte, y Meneceo
Con su gente salió por la Dircea;
Así que, á un tiempo y con igual deseo
De acabar de romper la gente aquea,
Por todas siete puertas los pendones
Salen de siete airados escuadrones.

No de otra suerte el Nilo, cuando crece,
Va con las lluvias del Oriente frio,
Y rompiendo sus fuerzas, humedece
Las tierras abrasadas de el estío;
Tal va por siete campos, que parece
Un caudaloso mar el que es un rio,
Tanto, que de su furia y de su estruendo
Las deidades de el mar se van huyendo.

Sale de esotra parte el campo aqueo,
Triste y no con orgullo semejante,
Principalmente el escuadron eleo,
Y los demás que rige Tiodamante,
Que llenos de dolor, con triste arreo,
En no llevar á su Anfiarao delante,
Pasan mal ordenados y impacientes,
Al nuevo capitan aun no obidientes.

Y aun todo el campo atónito y turbado
Menor sin su adivino parecia,
Cual se ve marinero que ha contado
Las estrellas del carro en noche fria;
Que si una acaso encubre algun nublado,
Contándolas mill veces á porfía,
Y no viendo cabales las estrellas,
Las mira, y nunca piensa que son ellas.

Pero ya el fiero Marte apriesa llama.
Agora, musa favorable, agora
De espíritu mayor mi pecho inflama,
Dándome nuevo aliento y voz sonora;
Porque con tu favor eterna fama
Quede de la infelice y fatal hora,
En uno y otro campo ejecutada,
De ambos con igual rabia procurada.

Sale la muerte de el Estigio lago
A presidir en la cruel batalla,
Corre el campo y ocupa el aire vago,
Y en cualquier parte con furor se halla;
Hace de gente miserable estrago,
Y á su inmenso rumor el viento calla,
Y no en gente vulgar su mano imprime,
Solo entre nobles su guadaña esgrime.

Al de menos edad, al mas valiente,
Al que es mas conocido y mas famoso
Por su nombre y valor mas excelente,
A ese hiere con golpe riguroso;
Delante van entre la airada gente,
Dando furor al menos animoso,
Las furias, que con sed, con rabia y hambre
Despojaron las parcas de su estambre.

Entre uno y otro campo el fiero Marte
Armado asiste, derramando fuego,
Y corre sin moverse á cualquier parte,
Llevándose delante al furor ciego;
Hace que léjos el amor se aparte,
Que sangre y amistad se olvide luego,
Que de su hijo, que cayó, se aleje
El padre, y que á su padre el hijo deje.

Casas, patrias y esposas olvidadas
Quedan, y el fiero Dios, alegre de esto,
Arroja lanzas y desnuda espadas,
Dando aliento mayor al son funesto;
La ira, que á mill muertes deseadas
El uno y otro campo ve dispuesto,
Ciega por todas partes va corriendo,
Ya lanzas y ya espadas esgrimiendo.

Brotan fuego los ojos, y en el pecho
No cabe el corazon alborotado,
Y ya aparece cada yelmo estrecho,
Anhelando el espíritu cansado.
¿Qué mucho que en los hombres haya hecho
Este ordinario efeto el dios airado,
Si los mismos caballos parecian
Que de los dueños el furor tenian?

El mismo dios les da conocimiento,
Y así, cada caballo embravecido,
Con sus relinchos atronando el viento,
Embiste al enemigo conocido.
Ni basta á corregir su atrevimiento
El freno, en blanca espuma ya teñido;
Y así, sin el temor de aquel castigo,
Muchas veces derriba al enemigo.

Ya acercándose van con priesa tanta
Entrambos campos, que de el breve suelo
Que entre los dos se apoca, se levanta
Gran polvareda, que obscurece el cielo;
Ya alguno mas osado se adelanta,
Y de ambas partes con ligero vuelo
Mas de una flecha al aire rechinando
Pasa, y mas de una lanza va volando.

Júntanse al fin espada con espada,
Yelmo con yelmo, escudo con escudo
Y pié con pié, que la ira acelerada
Juntarlos tanto brevemente pudo;
Enciéndese la sangre mas helada,
Anímase el cobarde vulgo rudo,
Y aun en cada celada todavía
La rica pluma al sol resplandecia.

Cada arco y cada aljaba resplandece,
Y cada escudo, en sangre aun no manchado,
Agradable á los ojos vista ofrece,
De piedras y blasones adornado;
Y cada cosa en su lugar, parece
Que nada en ningun campo se ha mudado,
Sobre el carro se ve cada cochero,
Y sobre su caballo el caballero.

Mas cuando á la crueldad en tiempo breve
La pródiga virtud soltó la rienda,
Haciendo que la rabia en fuego lleve,
Que á un punto ambos ejércitos encienda,
No al Ródope el Arcturo con su nieve
Azota así, ni hay trueno que así ofenda
La Ausonia cuando Júpiter se enoja
Y rayos con horrible estruendo arroja.

Ni el helado Aquilon granizo tanto
En las sirtes sacude por otubre,
Cuando lleva de Italia el negro manto
De nubes, con que el Africa se cubre;
Vuelan nubes de hierro al cielo santo,
Y el sol turbado apenas se descubre,
Y tantas se han juntado en un momento,
Que para tanta flecha es poco el viento.

Muere este con un hierro sacudido,
Vuelve él mismo, y con él su dueño muere;
Hácese con las hondas gran ruido,
Y cada piedra un enemigo hiere;
Entre dardos tal vez ha succedido
Que porque dar lugar ninguno quiere,
Los unos á los otros se detienen,
Y sin herir á nadie al suelo vienen.

Llevan, cual aves, con ligero vuelo
La muerte entre sus alas escondida
Las flechas, y ninguna baja al suelo,
Que cada cual se queda en su herida;
A alguno acaso ocupa el mortal hielo
Cuando mas descuidado, y de la vida
Otro le priva con herida incierta,
Que acertó acaso, sin pensar que acierta.

Usurpa el caso á la virtud su gloria,
Porque él alguna vez su oficio imita,
Anda incierta y dudosa la vitoria,
Que ya la pierde aquesta, y ya la quita;
Ya se deshace cuando mas notoria,
Ya, cuando mas pérdida, resucita,
Ya aqueste pierde tierra y ya la cobra,
Y ya á aquel falta lugar y ya le sobra.

Tal, cuando al Aquilon y al Austro airado
Júpiter da licencia y libre freno,
El mundo, con su guerra alborotado,
Se ve confuso y de mudanzas lleno;
Ya el cielo con el uno está añublado,
Ya luego con el otro está sereno,
Hasta que vence el agua y baña el suelo,
O la serenidad ya alegra al cielo.

Dió principio al estrago el gran Ipseo,
Rompiendo el escuadron de los lacones,
Que con su capitan con gran trofeo
Iban ahuyentando sus pendones;
Solo él, con gloria igual á su deseo,
Rehizo sus vencidos escuadrones,
Corre, y al capitan Menalca alcanza,
Y el pecho le pasó con una lanza.

El gran lacon, que en medio de la muerte
No la nobleza de su sangre olvida,
Por la espalda sacó de el pecho fuerte
La entera y dura lanza ya teñida;
Por dos partes la sangre á un tiempo vierte,
Y habiéndole quedado alguna vida,
Volvió á tirar la lanza, pero en vano,
Porque la muerte le aflojó la mano.

De el arco sacudió ligera flecha
Amintas, un tebano gran flechero,
Y al griego Fedimon llegó derecha,
Habiéndole escogido por terrero.
¡Oh brevedad de muerte! ¿Qué aprovecha
Para librarse de ella el ser ligero,
Pues rechinaba el arco todavía,
Y ya sin alma Fedimon yacia?

Cortó de un golpe el calidonio Agreo,
Que era de los de Etolia un fuerte muro,
El brazo diestro al mísero Fegeo,
Y aun no soltó la mano al hierro duro,
Cayó en tierra, dejando el tronco feo,
Y Acétes, que no piensa está siguro,
De la empuñada espada al brazo hiere,
Y á un mismo tiempo con su cuerpo muere.

El hombro hiende á Ifitis Atamante,
A Argos Ipseo barrena el pecho fuerte,
Y con lanza de Féres muere Avante,
Todos tres diferentes en la suerte;
Caballero el primero, el otro infante,
Y esotro carretero; mas la muerte
A todos tres á un tiempo hizo iguales,
Habiendo sido en vida desiguales.

Dos nobles griegos que, por ser hermanos,
Nunca un momento estaban apartados,
Dieron á un tiempo muerte á dos tebanos,
Que eran tambien hermanos desdichados;
Llegan á despojarlos muy ufanos,
Y viendo ya los yelmos desatados,
Que eran hermanos, de piedad movidos,
Quedaron de su error arrepentidos.

Tiende el pisano Iton, que en carro andaba,
Al bello Dafnis en la tierra fria,
De Cirra natural, que procuraba
Espantar los caballos que regia;
A Dafnis llora Apolo, y Jove alaba
De el pisano el valor y valentía;
Que la fortuna ilustra y favorece
Al que por sus hazañas lo merece.

El bravo Emon, de Cadmo descendiente,
Hace en los griegos mortandad terrible,
Y el gran Tideo en la tebana gente
Hace por otra parte estrago horrible;
A aqueste favorece eternamente
Palas, y así se atreve á lo imposible,
De Alcides es Emon favorecido,
Y así es con su favor mas atrevido.

Vense así de los montes desatarse
Dos rios, de avenidas ayudados,
Y con igual furor al mar llevarse
Puentes, árbores, hombres y ganados;
Mas si en un llano llegan á encontrarse,
Con mas furor, soberbios y enojados,
Se hacen cruda guerra, y si pudieran,
Las ya mezcladas aguas dividieran.

Idas, de Onquesto natural, corria
Con un gran tronco de encendida tea,
Que el fuego, en vez de hierro, usar solia,
Desordenando así la gente aquea;
Cada griego turbado se desvía;
Pero Tideo, que apagar desea
El fuego que á los suyos descompone,
Con una lanza enfrente de él se pone.

Habiéndola con rabia sacudido,
El hierro la escondió en la frente, y luego
En la tierra de espaldas ha caido,
Cayendo encima de él su mismo fuego;
«Muere en el mismo fuego que has traido,
Le dice el vencedor, verás que un griego
Sabe tener piedad, pues te concede
Lo mas que á un muerto concederse puede.»

Parte de allí cual tigre desatada,
Que en la primera sangre embravecida,
Apenas deja vaca en la manada,
Que á tal rigor su rabia le convida;
Mata al tebano Anon de una pedrada,
Con otra á Cromio le quitó la vida,
De un revés con la espada á Folo hiere,
Que lo abrió por el hombro, y luego muere.

Hiere con lanza á dos mozos que Mera
Parió, á pesar de Vénus, en un dia,
Que su sacerdotisa entonces era
De el templo egeo, y lo era todavía;
Mueren ambos con una lanza fiera,
Y en tanto Mera, que su fin temia,
Rogaba por su vuelta deseada
Delante de la Diosa aun no aplacada.

Por otra parte Emon, airado y fiero,
Entre los griegos hace estrago horrendo,
Ya al escuadron de Calidonia entero,
Ya los de Pile y de Pleuron rompiendo;
Una gran hacha de templado acero
Esgrime, y todos dél se van huyendo,
El calidonio Bútis solamente
Procura en vano detener su gente.

Era de poca edad, gallardo y bello,
Que venciera en beldad la nieve pura,
Rubio y jamás cortado su cabello,
De no menos valor que hermosura,
Y hasta el tierno y mal logrado cuello,
Cuando él la gente detener procura,
De Emon la dura hacha no esperada
Le partió la cabeza, en vano armada.

Cayó sobre los hombros, dividida
Del inhumano hierro en dos pedazos,
Y la rubia madeja, ya teñida,
Dividida tambien, paró en sus brazos;
Entró la muerte por la gran herida,
Y el cuerpo, que pudiera en sus abrazos
A Vénus regalar, helado y frio,
Hizo de sangre un caudaloso rio.

Al rubio Ipar, tambien de Febo amado,
Dió con la misma hacha Emon la muerte,
Y habiéndolo en los hombros alcanzado,
Muere Polites de la misma suerte;
De un golpe Iperion cayó á su lado,
Y Dámaso, temiendo el brazo fuerte
Y el no visto furor de el gran tebano,
Las espaldas volvió, pero fué en vano;

Que el enemigo airado, no quiriendo
Sin castigo dejar su gran bajeza,
Una lanza pesada sacudiendo,
Le dió alcance y castigo á su vileza;
Entró por las espaldas, y saliendo
De el pecho con la misma ligereza,
No á pararla el escudo fué bastante,
Y así, enclavada en él, pasó adelante.

Tan bravo andaba Emon, que él solamente
Bastaba ahuyentar el campo aqueo,
Que en su inmenso valor él mismo siente
Que favorece Alcides su deseo;
Pero vino á encontrarlo frente á frente,
De Pálas ayudado, el gran Tideo,
Y Alcides, que presente al trance fuerte
La Diosa ve, le dice de esta suerte:

«¿Qué fortuna, oh querida hermana mia,
Al gran valor de tu divino pecho
Ha querido oponerme aqueste dia?
Juno tan gran maldad sin duda ha hecho.
Antes castigue Jove mi osadía,
Y con rayos por él me vea deshecho,
Y antes mis aras abrasadas vea
Que yo enemigo de tu gusto sea.

»Favorezco á esta gente, pero quede
Cual si nunca lo hubiera conocido,
Porque el respeto que te debo excede
A amor y obligacion que le he tenido;
Y si volver de el lago Estigio puede
Hilas, con tanto amor de mí querido,
Por ti lo olvidaré, y al padre mio
Dejaré solo en este desafío.

»Tengo, y eternamente en la memoria
Tendré lo que le debo á aquesta mano,
Pues tantas veces vi para mi gloria
Sudar aqueste escudo soberano;
Y no sin ti jamas gané victoria,
Ni invoqué tu favor jamás en vano,
Y mientras peregrino anduve errando,
Me fuiste por el mundo acompañando.

»Solamente á las cuevas infernales,
Cuando allá entré, con libertad no fuiste,
Por no poder los dioses celestiales
Bajar, sino es Mercurio, al reino triste;
Tú el cielo y tú mil honras inmortales,
Y en fin por padre á Júpiter me diste;
Por ti soy cuanto soy y cuanto he sido;
¿Quién pondrá tantas cosas en olvido?

»Caiga Tébas y venza el gran Tideo,
Pues en su pecho tu valor se encierra;
Que obedecerte es el mayor trofeo
Que yo puedo sacar de aquesta guerra.»
Asi dijo; y venciendo su deseo,
Suspirando dejó la amada tierra,
Y la Diosa, de honor y gloria llena,
Serena el rostro y su furor refrena.

Ya de Alcídes Emon siente la ausencia
Con nueva flojedad en cada mano,
Y en sí mismo de sí tal diferencia,
Que la espada y la lanza esgrime en vano;
Y asi el torpe temor toma licencia
Para ocupar el pecho al gran tebano,
Y aunque de tanta novedad se admira,
Se encoge, y sin vergüenza el pié retira.

Viéndolo asi volver, deja la espada,
Mas bravo el calidonio y mas osado,
Y tomando una lanza muy pesada,
La arrojó al enemigo acobardado;
Señala entre la gola y la celada,
Donde el cuello parece mal armado;
Mas Pálas, por respeto de su hermano,
Torció, piadosa, al sacudir, la mano.

Y asi, solo al pasar el hierro duro
Rayó el hombro siniestro á la ligera,
Que á entrar un poco adentro, al reino obscuro
Bajado el alma desatada hubiera;
No por esto el tebano, mas siguro,
Se atreve á acometerlo ni le espera;
En repararse solamente entiende,
Que no poco hará si se defiende.

Cual fiero jabalí, que ve herida,
Vertiendo sangre, su erizada frente
Con el hierro de lanza sacudida
De suelto cazador osadamente,
Que aunque no es tal el golpe que la vida
Pueda quitar, con la herida siente
Quebrado su furor, y á un lado mira,
Que ni osa acometer ni se retira.

En fin, á Emon el calidonio deja,
Y volviendo á mirar el gran ruido,
Vió al atrevido Proto, que se aleja
De muchos que á caballo le han seguido,
Y que volviendo cuando mas le aqueja
La gente que le sigue, ha sacudido
Tantas flechas cargadas de veneno,
Que el campo está por él de muertos lleno.

Sacude al punto en él con brazo fuerte
Una pesada lanza, un pino entero,
Con tan dichosa y no esperada suerte,
Que al caballo hirió y al caballero;
El feroz animal, lleno de muerte,
Al triste dueño sacudió primero,
Y cayendo él encima brevemente,
Con la celada le abolló la frente.

Y sobre el mismo escudo arrodillando,
Se lo escondió en el pecho, y ya cubierto
De sangre y de sudor, y porfiando
A querer levantarse, cayó muerto,
Y de sangre un arroyo derramando,
En la que el dueño por el pecho abierto
Vierte, ya que la muerte se avecina,
Junto á la humana su cabeza inclina.

No el olmo, con la vid enmarañado,
Que pensó alguna vez llegar al cielo,
De el rigor de los vientos arrancado,
Mide de otra manera el duro suelo;
Que solamente al tronco enamorado
Le aflige de su vid el desconsuelo;
Y asi, cayendo encima en tierra dura,
Maltrata á su pesar la uva madura.

Contra los griegos empuñado habia
Corebo, humano cisne, el duro acero,
Natural de Helicona, que algun dia
Fué á las musas amado compañero,
A quien Urania, que en los astros via
Como el presente el hado venidero,
Mil veces le rogó que se estuviese
Entre ellas, y que á Tébas no viniese.

Y con ver que su muerte le avisaba,
Con todo, á la infelice guerra vino.
Quizá por ver lo que escribir pensaba,
Pero la muerte le salió al camino;
Digno, ya que muriendo á nadie alaba,
De que le alabe el mundo, y que el divino
Coro de las hermanas de el Parnaso
Lloren su triste y miserable caso.

Atis, de estirpe illustre y noble gente,
Por su valor y esfuerzo mas famoso,
Nacido en Cirra, en Tébas asistente,
Y ya de Ismene prometido esposo,
Que no fué para aquesto inconveniente
De el triste Edipo el caso lastimoso,
Por verla habia venido de su tierra
Antes que comenzase aquesta guerra.

Y aunque el llanto, el dolor y desventura
Pudiera su belleza haber deshecho,
Fué tal su honestidad y hermosura,
Que encendió de el mancebo el noble pecho;
Y era tal su beldad y compostura,
Que amor el mismo efeto en ella ha hecho;
Ambos el casamiento deseaban
Y con amor recíproco se amaban.

Mas, como de la guerra la mudanza
Les iba dilatando el casamiento,
Convirtió en ira inmensa la esperanza,
Y en rabia el ya cansado sufrimiento;
Ya con espada corta, ya con lanza
O ya con flechas azotando el viento,
Ya á caballo, ya á pié, de cualquier modo
Usa la guerra y se acomoda en todo.

Su madre propria le bordó el vestido
Con que del pecho la armadura encubre,
Y es de grana con oro guarnecido
El rico manto que los hombros cubre;
Mas pendiente de suerte y asi asido,
Que el brazo diestro á su placer descubre.
Dirá que es de oro el yelmo el que lo nota,
Y en él dorada pluma el viento azota.

Arco dorado lleva y rica aljaba,
De ricas flechas llena, y tan costosa,
Que es el oro lo menos que llevaba,
Sigun es su valor maravillosa;
Que siempre en paz y en guerra procuraba
Parecer á los ojos de su esposa,
Con su riqueza, con su industria y arte,
Cupido en paz alegre, en guerra un Marte.

Armado y adornado de esta suerte,
En la batalla andaba procurando
Lo menos peligroso y menos fuerte,
Su poca y tierna edad acomodando;
Y en habiéndole á alguno dado muerte,
Al punto hácia atrás volvia volando,
Ufano con despojos de enemigos,
Al siguro escuadron de sus amigos.

Como nuevo leon, que de la cueva
Há poco que salió la vez primera,
Que ni en las garras ni en las uñas lleva
Su nativo furor y fuerza entera;
Solo en ganado humilde hace prueba,
Que ni acomete á un toro ni le espera;
De esta suerte el mancebo generoso
Se aventura á lo menos peligroso.

Mas viendo entre los griegos á Tideo,
Juzgando su valor por la estatura,
Cudició de el pellejo el gran trofeo
Que sirve de vestido y de armadura;
Y asi, con vano y juvenil deseo
Su fuerza prueba en él y su ventura,
Pero solo de léjos ofendiendo,
Ya una flecha y ya un dardo sacudiendo.

De sus débiles tiros provocado
Tideo, puso acaso en él los ojos.
Andando en grandes cosas ocupado,
Donde son mas honrados los despojos,
Y dice: «Ya, mancebo desdichado,
Há rato que conozco tus antojos,
Y que procuras, cual si fueras hombre,
Ganar con muerte honrada un nuevo nombre.»

No con espada ó gruesa lanza quiere
Herirlo, mas con golpe mas ligero;
Y así, con dardo volador le hiere,
Por no manchar en él su noble acero.
Mortal fué la herida, aunque no muere
Luego; y el calidonio, airado y fiero,
Sin hacer caso de él, pasó adelante,
Despreciando el despojo, de arrogante.

«Que no Marte ni Pálas de mi mano,
Dice, recibirán despojos tales;
No tal deshonra el cielo soberano
Permita entre mis hechos inmortales;
No estoy desta vitoria tan ufano,
Que apenas, si dejado sus umbrales
Mi bella esposa por seguirme hubiera,
Alzar despojo tal le permitiera.»

Dijo; y airado cual leon que viene
A embestir gran vacada en campo raso,
Que no en flacos novillos se detiene
Ni de vacas humildes hace caso;
Que el darles muerte por deshonra tiene
Cuando se le atraviesa alguno acaso,
Y solamente la cerviz le agrada
De el toro, que es el rey de la manada;

Tal buscando ocasiones va Tideo,
Que solamente emprende las mayores,
Y en tanto, oyendo de Atis Meneceo
Los míseros gemidos y clamores,
Y viendo que á quitarle el rico arreo
Llegaban ya de Arcadia los mejores,
Salta de el carro, y con furor insano
Dice gritando á un escuadron tebano:

«¿Dónde huyendo vais, oh descendientes
De Cadmo y de los hijos de la Tierra,
Bien de vuestros agüelos diferentes,
Pues infame temor así os destierra?
¿Ya no teneis vergüenza de las gentes,
Que así desamparais en propria guerra
A un noble güesped, que muriendo muestra
Que amparó con ardor la sangre nuestra?

»Muerto por nuestra causa en tierra vemos
A Atis, que solo obligacion tenia,
En la infelice guerra que tenemos,
A sú esposa, aun no suya todavía;
Y ¿tantas prendas olvidar podemos?
No tal se cuente en Tébas algun dia.»
Avergonzados de esto, atrás volvieron
Y al mal herido mozo defendieron.

Llorando en tanto en la ciudad estaban
Las dos hijas de Edipo desdichadas,
Que en su desdicha á solas se quejaban,
A un aposento oculto retiradas;
Todas sus desventuras lamentaban,
Las que presentes ven y las pasadas;
Una los ojos de su triste padre,
Y otra llora las bodas de su madre.

Una gime al que en Tébas reina agora,
Esotra al desterrado hermano ausente,
Y cada cual él mal presente llora,
Que ambas la guerra temen igualmente;
De el uno ó de los dos la fatal hora
Gimen cual si estuviera ya presente,
Sin que ninguna declarado hubiese
Cuál de los dos quisiera que venciese.

Ninguna se declara ó determina,
Aunque tácitamente y en su pecho
Al desterrado cada cual se inclina,
Por tener mejor causa mas derecho;
De esta suerte llorando su ruina,
Despues que vuelven al amado techo
De Pandion las aladas hijas bellas,
Repiten sobre el nido sus querellas.

Allí renuevan su pasado llanto
Y desde su principio el triste cuento,
Y piensa el güesped que las oye en tanto,
Que simples voces son que lleva el viento;
Mas en aquel sonoro y dulce canto
Hay conocida causa y fundamento,
Y en aquellas canciones lastimeras
Hay quejas y palabras verdaderas.

Llorando así las míseras hermanas
Con suspiros y lágrimas iguales,
«¿Qué. Ismene dice, furias inhumanas
Pueden así afligir á los mortales?
¿Qué fe burlada ó qué sospechas vanas,
Con tan claras imágines de males,
Pueden atormentar con su cuidado
A quien duerme siguro y descuidado?

»Yo, que aunque Tébas de su paz gozara
Y de las armas el temor no hubiera,
Nunca en tratar mis bodas me ocupara,
Ni aun sé si á imaginarlo me atreviera,
Esta noche entre sueños vi á la clara
La imágen de mi esposo verdadera,
Esposo solamente prometido,
Visto apenas y apenas conocido.

»Vi en efecto entre sueños claramente
La ciudad con mis bodas alegrarse,
Y luego alborotarse de repente,
Y las hachas nupciales apagarse;
Y á su madre entre todos impaciente,
No quiriendo con nada consolarse,
Que iba tras mí y el hijo me pedia
Con gritos que en el cielo los ponía.

»¿Qué lágrimas ó nueva desventura
Aqueste triste ensueño trae consigo?
Qué nuevos casos de la guerra dura
Tan poderosos han de ser conmigo?
Que á mí, como haya en Tébas paz sigura
Y nuestros campos deje el enemigo,
Y haga con nuevo amor amistad firme
En mis hermanos, ¿quién podrá afligirme?»

Aquesto Ismene á Antígone decia,
Cuando oyen de repente un son horrendo,
Que les dejó la sangre helada y fria,
Sin saber la ocasion del gran estruendo;
El real palacio resonar se oia
De los muchos que en él entran gimiendo
Con Atis infelice y mal logrado,
No muerto, aunque del todo desangrado.

Entró sobre su escudo el mozo bello,
Puesta la débil mano en la herida,
Erizado en la frente su cabello,
Madeja de oro en sangre ya teñida,
Ya casi dando el último resuello,
Parece que entra á despedir la vida
Entre los brazos de su esposa amada,
Prenda de el alma en vano deseada.

Y así, ruega á la suegra congojosa,
Que es la primera que a encontrarlo viene,
Le deje ver á su querida esposa,
Y solo acierta á pronunciar Ismene;
Ismene, Ismene, dice, y no otra cosa,
Con las reliquias que de vida tiene;
La voz por el palacio se derrama,
Y Yocasta á su hija á voces llama.

Turbada la doncella con aquesto,
Alzó las manos, con la grande pena,
Por herir el hermoso rostro honesto;
Pero su gran vergüenza las refrena,
Y corre, herida de un dolor funesto,
Y helada y de mortal angustia llena;
Llega donde el mancebo sin aliento
Está esperando este último contento.

Aquesto le permite solamente
La suegra, y él oyendo el nombre amado,
Alzó algun tanto la pesada frente
Y abrió los ojos, que ya habia cerrado;
Y con la gloria que en mirarla siente
Entretiene el espíritu cansado,
Hasta que, en fin, quedando el cuerpo en calma,
Envuelta en un suspiro salió la alma.

Y porque no su madre estar podia
Presente al triste oficio congojoso,
Ni el venturoso padre, que ya habia
Muerto, en no ver su muerte venturoso;
Ya que la alma del todo despedia,
Dieron á Ismene el cargo de su esposo,
Y ella, el dolor disimulando en vano,
Los ojos le cerró con débil mano.

Mas cuando se vió á solas, no impedida
De alguno que estorbar pueda su llanto,
Con libertad lo llora, ya rendida
Al gran dolor, disimulado tanto;
Con lágrimas le lava la herida,
Y la hermosa Antigone entre tanto
Procura consolarla, mas no puede,
Que el sentimiento á su consuelo excede.

En tanto que esto en la ciudad pasaba,
La airada Tesifon con otro fuego
Y con otras serpientes renovaba
La guerra entre el tebano y campo griego;
Parece que de nuevo comenzaba,
Y que cobrando aliento el furor ciego,
Hace con nuevos y mayores brios
Montes de muertos y de sangre rios.

Principalmente en pié tiene la guerra
El bravo hijo de el famoso Eneo,
Y con sus flechas, que ninguna yerra,
Hace gran mortandad Partenopeo;
De muertos cubre la infelice tierra
Con una lanza fiero Capaneo,
Y Hipomedonte, con igual estrago,
Hace por donde va de sangre un lago.

Pero de el calidonio airado y fiero
Parece que es la gloria de aquel dia;
Que él solo atemoriza al campo entero,
Pues ninguno con él tiene osadía;
Todos se alejan de él con pié ligero,
Y viendo su temor y cobardía,
«Volved, grita, y venid otros cincuenta;
Os vengaréis de la pasada afrenta.

»Y si es poco cincuenta, venid ciento,
Que yo soy el de aquella noche oscura,
Que dí con nunca visto atrevimiento
A cincuenta tebanos muerte dura;
¿Tan presto os olvidais del triste cuento,
Que no vengais aquella desventura?
¿Padres, deudos ó hermanos no tuvieron
Aquellos desdichados que murieron?

»¿Vergüenza no teneis de que se entienda
Que á Micénas volví libre y seguro?
¿No hay otra gente que de mí defienda
Con mas valor el encantado muro?
¿A tan viles soldados encomienda
Su guerra vuestro infame rey perjuro?
Y él, pues le hice tal agravio, ¿adónde
De mi furor y de mi voz se esconde?»

En esto vió que el Rey al otro lado
Habia corrido á detener su gente,
Que en el famoso yelmo coronado
Vió que era el rey tebano claramente;
Corre al punto con paso acelerado,
Cual águila que vió junto á la fuente
Al blanco cisne cuando mas desea
Presa que alivio de su hambre sea.

Dice primero: «Injusto rey tebano,
Ya que veo la ocasion tan deseada,
Aquí á la luz de el cielo soberano
¿Tendrás valor para probar mi espada,
O quieres, temeroso de esta mano,
Esperar á la noche acostumbrada,
Por tener con traiciones mas sigura
La vida infame en su tiniebla obscura?»

De aquesto la respuesta el Rey le envia
En una lanza, que volando vino;
Mas de ella el calidonio se desvia,
Ya que llegaba al fin de su camino;
Y aun no pasado el duro tronco habia,
Cuando Tideo el mas pesado pino
Que despidió jamás su brazo fiero
Tiró, que aunque pesado, iba ligero.

Volvieron las deidades celestiales
Los ojos por no ver la lanza fiera,
Que iba ya á poner fin á tantos males;
Pero el golpe torció la cruel Megera,
Porque de aquellas iras inmortales
Nuevas maldades el infierno espera;
Y así, la muerte dilató al tirano
Para que se la dé su propio hermano.

Fué la lanza á parar, llena de muerte,
A Flegias, que de el Rey era escudero,
Y un escuadron, que el gran peligro advierte
De el Rey, á socorrerlo fué ligero;
Que ya porque mejor la espada acierte,
La habia sacado el enemigo fiero,
Y ya le iba á herir, mas su remedio
Fué mucha gente que se puso en medio.

Cual lobo que de noche ya rendido
Al mal armado novillejo tiene,
Y oyendo los vaqueros el ruido,
Un gran tropel á socorrerlo viene;
Mas él, desvergonzado y atrevido,
En nada se repara y se detiene;
Que, aunque ciego de hambre, á nadie hiere,
Que solamente al novillejo quiere.

No de otra suerte airado y arrogante,
Ciego de enojo, al Rey busca Tideo,
Que aunque á muchos tebanos ve delante,
Ninguno satisface á su deseo;
En fin el rostro le rompió á Toante,
Con punta un lado barren á Clineo,
A Deiloco en el pecho, y en la ijada
A Spotado escondió la media espada.

Vuelan llenas celadas por el viento,
Esparce miembros en la tierra fria,
Y ya de armas y cuerpos sin aliento
Delante una estacada hecho habia;
El solo es de la guerra el fundamento,
Y en él se gasta solamente el dia;
Todo el campo tebano le desea
La muerte, y todo junto lo rodea.

Vuela de hierro un torbellino crudo,
Y de lanzas y flechas sacudidas
Grande parte se queda en el escudo,
Y algunas son de Pálas detenidas;
Otras que á un tiempo reparar no pudo,
A ensangrentarse llegan atrevidas,
Que ya por muchas partes está abierto
El gran pellejo de que está cubierto.

Ya pobre y sin adorno la celada,
Su no temido fin le pronostica
Con infelice agüero, despojada
De Marte, que sirvió de pluma rica;
Ya con el grande peso fatigada,
Su fuerza á reparar solo se aplica,
Y en cualquier parte de su cuerpo un rio
Hace, mezclado en sangre, el sudor frio.

El yelmo, que de amparo le ha servido,
Le hace ya mas daño que provecho;
Que de tantas pedradas sacudido,
Está abollado todo y muy estrecho;
Los suyos, que ayudarlo no han podido,
Voces le dan en vano, y ya deshecho,
Cansado, sin aliento y anhelando,
Ve á Pálas, que se aparta de él llorando.

Iba al cielo por ver si con el llanto
Que por su amado calidonio vierte,
Puede mover á Júpiter, y en tanto,
Viéndola ausente, se atrevió la muerte;
Que una lanza de fresno pudo tanto,
Que encaminada en venturosa suerte,
Aunque de mano infame sacudida,
Le abrió el costado y le quitó la vida.

Fué Menalipo el que dichosamente
El fresno sacudió, que bien quisiera,
Con el temor que de la muerte siente,
Que de el golpe el autor no se supiera;
Mas mostrólo el contento de la gente,
Que en celebrar su gloria persevera;
Gimen los griegos, y del caso ufanos,
Un gran clamor alzaron los tebanos.

Y mucha gente habiéndose juntado
De Calidonia, á socorrerlo llega,
Y él, de que le socorran enojado,
Despreció su favor con ira ciega;
Y viendo á Menalipo acobardado,
Que la mano escondió y el golpe niega,
Alcanzó de él el último trofeo
Con una lanza que le ha dado Opleo.

Fué, en fin, aqueste su blason postrero;
Que las pocas reliquias de su vida
Para arrojarla recogió primero,
Y así voló con rabia sacudida.
Rotas las venas, un arroyo entero
Arrojaron de sangre detenida,
Y aun otra lanza con furor pedia,
Sin ver la mucha sangre que perdia.

Los tristes compañeros, que su muerte
Ven á la clara, y que por cada parte
Un grande arroyo de sangre vierte,
Por fuerza le hicieron que se aparte,
Diciendo que despues con mejor suerte
Volverá al gran rigor de el fiero Marte;
Y así, salen con él, habiendo hecho
Con dos escudos un pequeño lecho.

Mas él ya poco á poco conocia
Obscurecerse el cielo y apartarse,
Y con el hielo de la muerte fria
El valor de sus miembros acabarse;
Y con la rabia que en morir sentia,
Estribando en la tierra por pararse,
«Tened lástima, dice, oh gente griega,
Que ya mi muerte apresurada llega.

»No pido que estos miembros desdichados
A Argos á mi afligida y triste esposa;
O á Etolia al viejo padre sean llevados,
Adonde estén en sepultura honrosa;
Que no pena me dan esos cuidados,
Pues siempre aborrecí como enfadosa
Esta carga mortal que queda en calma
Y fácilmente desampara la alma.

»Pero si yo tan venturoso fuera
Que tu cabeza alguno me trujese,
Oh fiero Menalipo, y que te viera
Antes que el cuerpo al alma despidiese,
Menos mi muerte y mi dolor sintiera,
Que aunque al morir mi lanza sacudiese,
Muerto estás ya, que no pudo engañarme
La virtud que cobré para vengarme.

»Tú, que con sangre del famoso Atreo,
Oh Hipomedonte, osado te ennobleces,
Corre por ella; y tú, Partenopeo,
Que tanta gloria en tierna edad mereces;
Tú, el mayor de los griegos, Capaneo,
Que mas con tu valor nos favoreces,
Reciba yo esta gracia de tu mano,
Si ya, muriendo al fin, no ruego en vano.»

Movidos desto, con ligera planta
Todos á obedecerle van volando;
Mas Capaneo á todos se adelanta,
Y halló á Menalipo ya espirando;
Al punto de la tierra lo levanta,
Y el grande peso en la cerviz cargando,
La mano izquierda en sustentarlo entiende,
Y en tanto la derecha lo defiende.

No de otra suerte Alcídes vitorioso,
Aunque sudando, en Argos entró un dia,
Cargado con el puerco riguroso
Que de Arcadia los campos destruia;
Al rumor alentado y animoso,
Con rostro lleno de ira y de alegría,
Tideo á ver la tanto deseada
Levantó su cabeza fatigada;

Y viendo el rostro al despedir la vida
Cerrar los ojos y que á helarse empieza,
Se conoció á sí mismo en la herida,
Y mandó que le corten la cabeza;
Y viéndola del cuerpo dividida,
Por mirarla á su gusto se endereza;
Algun tanto, mirándola, respira,
Y con mas gusto la contempla y mira.

Luego con furia insana y rabia fiera,
De verla ya sin alma aun no contento,
La comenzó á morder cual si tuviera
La cabeza sin alma sentimiento;
Tanto lo instimuló la cruel Megera,
Que estando ya sin vida y sin aliento,
Muchos que su inhumana hambre vieron,
Quisieron estorbarlo y no pudieron.

Pálas en esto se tornaba al suelo
A dar honra inmortal al cuerpo amado,
Habiendo solamente este consuelo
De el Padre de los dioses alcanzado;
Y viendo con extraño desconsuelo
Con viva sangre el rostro ensangrentado,
Volvió el divino suyo, no pudiendo
Sufrir el inhumano caso horrendo.

De su inhumanidad formó querellas,
Y erizadas las sierpes de su escudo,
Todas se levantaron, y con ellas
Cubrir su rostro soberano pudo;
Y antes que se volviese á las estrellas,
De aquel acto inhumano, torpe y crudo
Se purgó en agua elisia y santo fuego,
Y al cielo á descansar se volvió luego.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO.

Offéndense los tebanos de la crueldad de Tideo. Teócles incita á los suyos á la venganza. Llega la nueva de la muerte de Tideo á oidos de Polinice. Hace gran sentimiento sobre su cuerpo. Quiérese matar. Apártalo su suegro Adrasto. Acuden los tebanos con su rey á impedir la sepultura de Tideo. Defiéndelo Hipomedonte, dando muerte á muchos. Hácelo retirar la furia Tesifonte, fingiendo que llevan preso al rey Adrasto. En tanto se llevan los tebanos el cuerpo de Tideo. Vuelve furioso Hipomedonte á vengar la injuria de Tideo. Sube en el caballo de Tideo, y arrójase al rio Ismeno en siguimiento de los tebanos. Da muerte á muchos dellos, y entre ellos á Creteo, hijo de una ninfa de aquel rio. Aumenta Ismeno sus aguas. Vese Hipomedonte perdido entre ellas. Juno se queja á Júpiter por el peligro de Hipomedonte. Júpiter manda á las aguas que se recojan. Sale Hipomedonte á la orilla, donde un escuadron de tebanos lo acaba de matar. Quítale Ipseo la celada, y pónela en una lanza, mostrándola al campo, publicando su muerte. Capaneo acude á la venganza. Atalanta pide á Diana favorezca á su hijo Partenopeo. Acude la Diosa á darle favor, con el cual hace valerosos hechos, quitando las vidas á muchos, y no le puede defender la suya, pues muere á manos de Anfion.

Publicada la rabia de Tideo,
Amigos y enemigos se ofendieron
De aquel acto inhumano, injusto y feo,
Y los tebanos mas se embravecieron;
Los mismos griegos en el campo aqueo
Menos gemidos por su muerte dieron,
Culpando su furor, con que ha deshecho
La ley de un odio justo y el derecho.

Y aun Marte, el mas soberbio y riguroso
De los dioses de el cielo soberano,
Aunque entonces andaba mas furioso,
Ya ofendiendo al argivo y ya al tebano,
Dicen que torció el carro poderoso,
Ofendido de aquel acto inhumano,
Que aun sus mismos caballos impacientes
Al cielo alzaron las airadas frentes.

Viendo de Menalipo profanado
El honor justo de el debido fuego,
Corre á vengarlo el campo alborotado,
Y á estorbar el sepulcro al fiero griego;
No menos ofendido y enojado
Que si de sus agüelos el sosiego
Y los sepulcros profanado hubiera,
Los güesos dando á la ave y á la fiera.

El mismo Rey, que la ocasion entiende,
Que tanto á su proposito desea,
Los provoca á furor y los enciende,
Y corriendo delante, así vocea:
«¿Quién de esta gente la amistad pretende,
O quién habrá que tan piadoso sea,
Que piedad tenga de la gente griega,
Que ya al extremo de inhumana llega?

»¡Oh rabia y furor bárbaro! ¿Aun no habemos
Con nuestra sangre en tantas ocasiones
Hartado sus aceros, que así vemos
Destrozar los ya muertos corazones?
No penseis que la guerra aquí hacemos
Sino con fieras, tigres ó leones;
Pues muerto aquel, aun muerde todavía
De su enemigo la cabeza fria.

»Gentil consuelo en medio de la muerte,
Con inhumana y bárbara comida
Satisfacer al gusto, y desta suerte
Vengar su ofensa y despedir la vida;
Basta si el odio en ellos es tan fuerte,
Y la rabia y crueldad tan recibida,
A servirles de espadas, solamente
Las armas use la tebana gente.

»Venza su rabia, y con furor insano
De la vitoria alcancen el consuelo,
Con tal que mire el Padre soberano
Semejantes maldades desde el cielo;
Si tal crueldad no cabe en pecho humano,
¿De qué se admiran si los traga el suelo?
Que de su propria tierra ya me espanto
Cómo los ha podido sufrir tanto.»

Esto diciendo, airado se abalanza,
Hiriendo aprisa al corredor ligero,
Y blandiendo una gruesa y dura lanza,
Enciende en su furor al campo entero;
Todos, con igual furia y esperanza
De privar de sepulcro al griego fiero,
Corren en gran tropel, con gran ruido,
A hacer guerra al cuerpo aborrecido.

Así banda de cuervos va rompiendo
El aire, cuando el viento inficionado
Los lleva adonde algun estrago horrendo
Gran multitud de muertos ha dejado;
Resuena el güeco cielo al gran estruendo
De el hambriento escuadron desordenado,
Y el campo con su estruendo y sus clamores
Desocupando van de aves menores.

Corre apriesa la fama pregonera,
Y por el campo griego el cuento lleva,
Que siempre entonces corre mas ligera
Cuando va á dar alguna mala nueva;
Atónito al pasar deja á cualquiera,
Y con fuerza mayor la voz renueva,
Llegando adonde estaba Polinice,
Descuidado de fin tan infelice.

Helóse, y cual si fuera piedra fria
Mudo quedó, sin alma y sin aliento,
Pegóse el llanto, que salir queria,
Con un nuevo linaje de tormento;
De Tideo el gran valor le persuadia
Que no creyese el infelice cuento,
Y él mismo le aconseja que lo crea,
Que no hay mal cuento que verdad no sea.

Pero luego que el caso lastimero
Y la verdad mas clara y entendida
Se supo de uno y otro mensajero,
Poco faltó para perder la vida;
Helado el corazon de el dolor fiero,
Ciegos los ojos y la voz perdida,
Retiróse la sangre de las venas,
Tanto, que pudo en piés tenerse apenas.

Sale en efeto el llanto detenido,
Y arroyos de agua por el yelmo llueve,
Y luego sin aliento y sin sentido
Los ya turbados piés despacio mueve;
Cual si con mill heridas impedido,
Esperara la muerte en tiempo breve;
Tal iba, que aun la lanza no podia
Llevar, y así arrastrando le seguia.

Amigos le acompañan, que gimiendo
Le muestran el amado cuerpo frio;
Suelta al punto las armas, y cayendo
Sobre el cuerpo de espíritu vacío,
Mudo le da mill besos, y vertiendo
Sobre la sangre de su llanto un rio,
Contra la fuerza de el dolor prolijo
Soltó la triste voz, y aquesto dijo:

«¿Es este el premio, y la merced es esta,
Por tantas amistades merecida?
¿Así te pago en guerra tan funesta,
Oh suprema esperanza de mi vida?
¿Tanto mi loca pretension me cuesta,
Corona infame, en vano pretendida,
Que en aquesta enemiga tierra mia
Muerto estás, y yo vivo todavía?

»Agora desterrado soy de veras;
Agora, que el mejor de dos hermanos,
Por quien yo desplegaba mis banderas,
Me han quitado los hados inhumanos;
Cese el rigor de aquestas armas fieras,
Haya paz entre argivos y tebanos;
Que no quiero ya el reino, ni deseo
Cetro que no me puede dar Tideo.

»Volvéos, oh griegos, y dejad la guerra,
Que ya no es menester el duro acero;
Dejadme solo en la perjura tierra
Por presa á mi enemigo hermano fiero;
No tan vana ambicion en mí se encierra,
Que muerto el que era hermano verdadero
Quiera reinar; pues ¿qué podrá alcanzarse,
Que pueda á tan gran pérdida igualarse?

»¡Ay suegro amado, ay Argos, y ay contienda,
Ira breve de aquella noche obscura,
Que de un amor eterno fuiste prenda
Para acabar en tanta desventura!
Pluguiera á Dios que aquella noche horrenda
Me dieras, pues pudiste, muerte dura,
Y que de el viejo Adrasto en los umbrales
Muriera la ocasion de tantos males.

»Y no solo tu noble y fuerte mano
Me perdonó la vida, que es tu muerte;
Pero despues á mi enemigo hermano
Fuiste por mí con pecho osado y fuerte;
¿Quién, sino tú, volviera tan ufano
De peligro tan grande? ¡Ay dura suerte!
¿Qué mas, si la corona pretendieras
Para tí mismo, en tu favor hicieras?

»Ya la fama, á Piritoo y á Teseo,
Y ya al piadoso Telamon callaba,
Que con nuestra amistad, oh gran Tideo,
La de ellos poco á poco se olvidaba;
Agora ¡cuál estás y cuál te veo,
De tanta flecha aguda hecho aljaba!
¿Qué escuadron tan osado fué contigo?
¿Cuál sangre es tuya y cuál de tu enemigo?

»¿Quién tan grandes heridas pudo darte?
¿Y á cuál de tantas llegaré primero,
Pues no hay sana en tu cuerpo alguna parte?
¿Serviste á todo el campo de terrero?
Antes, si no me engaño, el mismo Marte,
Que no fuera bastante el campo entero,
De envidioso, te puso desta suerte;
El sacudió su lanza y te dió muerte.»

Aquesto dijo; y pensativo y triste
Un arroyo de lágrimas hacia,
Y cuando mas al gran dolor resiste,
Besando aquella helada sangre fria,
Vuelve á decir: «¿Que tanto aborreciste
Por mi amor la enemiga patria mia,
Y yo, ingrato á tal odio y amor tanto,
Solo te pago con inútil llanto?»

La espada, esto diciendo, habia sacado
Para darse la muerte; pero luego
Sus amigos con él se han abrazado,
Que allí estaba la flor de el campo griego;
Principalmente Adrasto, que, turbado
Viendo de el triste yerno el furor ciego,
Cuenta, por consolar su desventura,
Mill varios casos de la guerra dura.

Luego de su furor le reprehende,
Quitándolo de allí porque no vea
Aquel fiero dolor, que así lo enciende,
Que por librarse de él morir desea;
La espada envaina al fin, y aunque pretende
Quedarse allí hasta que muerto sea,
De el cuerpo amado á su pesar se aleja,
Y de su suegro y su piedad se queja.

Tal iba, como toro que ha perdido
Al compañero suyo, prenda amada;
Que estando bueno, á un mismo yugo asido,
Muerto cayó sin acabar la obrada;
Vuelve solo al cortijo conocido,
La cerviz con el yugo fatigada,
Aunque dando bufidos, y á su lado
Le lleva el medio el labrador cansado.

En esto un escuadron de armada gente
Trujo el tebaño rey á aquella parte,
Tan grande, tan osado y tan valiente,
Que pudiera embestir al fiero Marte;
Y el bravo Hipomedonte solamente
Para enfrenar su furia ha sido parte,
Que sin mover los piés parado aguarda,
Y á los mas atrevidos acobarda.

Tal levanta de el mar peñasco exento
La alta cabeza, en vano combàtida,
Ya del agua enojada y ya del viento,
Ya con rayos de Júpiter herida;
Bátela con rigor cada elemento,
Y de agua, viento y rayos sacudida,
Firme está siempre, y nave peregrina
De léjos mira y teme su ruina.

Primero que ninguno el rey tebano,
Sacudiendo una lanza, que ligera
Salió de su atrevida airada mano,
A los griegos habló de esta manera:
«En presencia de el cielo soberano,
¿No os correis de amparar aquesa fiera?
Que si es infamia eterna de la guerra,
¿Por qué sepulcro le ha de dar la tierra?

»Por cierto gran virtud, hazaña honrosa,
Ponerse á defender un mónstruo horrendo,
Y llevarlo á los brazos de su esposa
Porque lo lleve á sepultar gimiendo;
Yo os asiguro al menos de una cosa,
Si lo estáis por aquesto defendiendo,
Que ni el lobo hambriento ni otra fiera
Comerán de él, ni la ave carnicera.

»Y aun estoy por decir que el mismo fuego,
Cuando con él quisieseis abrasarlo,
Huirá tambien del inhumano griego;
Así que, no cureis de sepultarlo.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Sacudió el duro pino, que enclavarlo
Creyó en la altiva y orgullosa frente,
Pero llegó al escudo solamente.

De siete duras planchas era hecho,
Y en la segunda se quedó enclavado;
Féres y Lico con osado pecho,
Cada cual una lanza le ha arrojado;
Fué la que tiró Lico sin provecho,
Que en medio de el camino se ha quedado;
Pero esotra de Féres, mas osada,
Las plumas le quitó de la celada.

El, inmovible y sin mover la planta,
A un tiempo de mil golpes se defiende,
Que ni un pié vuelve atrás ni se adelanta,
Mas con un dardo alguna vez ofende;
Y con valor y diligencia tanta
En defender su amado cuerpo entiende,
Que ya atrás, ya á los lados, ya delante,
Lo mira cuidadoso y vigilante.

No de el lobo defiende de otra suerte
Vaca parida al novillejo tierno,
Y esgrime, por librarlo de la muerte,
En torno de él el uno y otro cuerno;
Y cual si fuera un toro bravo y fuerte,
Con no menos valor y igual gobierno,
Sin temor, y ligera como el viento,
Anda mirando al animal hambriento.

En esto, aunque de tantos ofendido,
Para ofender tambien halló camino,
Que con Alcon robusto y atrevido
Ida el pisano á socorrerlo vino;
Y habiéndole otros muchos acudido,
Sacudió una gran lanza, un grueso pino,
Que volando salió con tal presteza,
Que una flecha igualara en ligereza.

De parte á parte pasa en un instante
A Polites, y en él no detenida,
Mata á Cidon, á Mopso y á Falante
La dura lanza, en tantos no rompida;
A Erice tambien llega, que, inorante,
Sin miedo estaba de perder la vida,
Y algunos dardos que tirar pedia,
Y para aquesto el rostro atrás volvia.

Entró por la cerviz el hierro agudo,
Pasa á la boca, y de ella sale al punto,
De suerte que al salir mirarla pudo,
Lleno de admiracion, aun no difunto;
Murmura solamente helado y mudo,
Escupe sangre, y ya á la muerte junto,
Los dientes y la vida á un tiempo pierde,
Y con rabia al morir el hierro muerde.

Con atrevida mano Leconteo,
Que entre otros muchos escondido andaba,
Asió por los cabellos á Tideo,
Y de ellos arrastrando lo llevaba;
Y ciego y pertinaz en su deseo,
Por mas que Hipomedonte amenazaba,
Cuando iba con su muerto mas ufano,
Perdió de un golpe la derecha mano.

Y Hipomedonte habiéndola cortado,
«El muerto dice que arrastrando llevas
Esa mano atrevida te ha quitado
Para que á los difuntos no te atrevas;
Teme el rigor del enemigo hado,
Y lleno de escarmiento vuelve á Tébas,
Adonde contarás por caso cierto
Que te quitó la mano un hombre muerto.»

Tres veces los tebanos se llevaron
Aquel aborrecido cuerpo frio,
Y tantas los argivos lo cobraron
Con doblado furor y mayor brio;
Tal vez de aquesta suerte arrebataron
En el mar de Sicilia algun navío
Dos vientos, y á pesar del marinero,
Ya adelante y ya atrás corre ligero.

No al bravo Hipomedonte, argivo Marte,
Si todos los tebanos se juntaran,
Para quitarle el cuerpo fueran parte,
Ni de él un solo punto lo apartaran;
No instrumentos, ingenio, industria y arte
Contra su gran valor aprovecharan;
Que á tanto asalto impenetrable y duro
Está, como si fuera un fuerte muro.

Mas, como tanto en la memoria tiene
Su promesa la airada Tesifonte,
Y que para obedecer su rey conviene
Que se aparte primero Hipomedonte,
Con una estratagema al campo viene,
Haciendo estremecerse el horizonte,
Y al punto un nuevo hórror sintieron luego
Los de el tebano y los de el campo griego.

No el riguroso azote ha sacudido,
Fuego como otras veces derramando,
Y sus cabellos, sin hacer ruido,
Obedecen su voz y van callando;
Finge que es allí un griego conocido,
Con tierno rostro, afeminado y blando,
Que de el temor turbado y descompuesto,
A Hipomedonte corre y dice aquesto:

«¡Oh el mas famoso de la griega gente!
Con pecho valeroso y fuerte mano
A un muerto defendiendo solamente,
¿A qué el tiempo gastando estás en vano?
Y en tanto Adrasto, con turbada frente,
Preso en poder de un escuadron tebano,
A tí te llama, á tí, con mano y lengua,
Pidiéndote favor en tanta mengua.

a; Cuál lo vi, ay duro caso, sin corona,
Que las canas en sangre ya teñia,
Sin honor, descompuesta la persona,
Que el tebano mas vil se le atrevia!
Pues todo el mundo tu valor pregona,
Socorre al noble rey, que aun todavía
Estará vivo, y no muy léjos queda,
Que aquí está en esta grande polvareda.»

Temblando aquesto dice, y llora en tanto,
Y el valeroso príncipe le mira
Con miedo oculto, con horror y espanto,
Y de tan grande novedad se admira;
Ya la sigue y da crédito á su llanto,
Ya mira al cuerpo amado y se retira;
Honor le llama, pero amor lo impide,
Y la furia infernal aquesto añide:

«¿No vamos? ¿Quién te estorba? ¿En qué reparas?
¿Un cuerpo helado basta á detenerte?
¿A un vivo rey captivo desamparas,
Y defiendes á un muerto desta suerte?
¿Qué has de sacar de aquí si al Rey no amparas,
Pues que todo se pierde con su muerte?»
Oyendo aquesto, á su pesar se aleja,
Y á otros encomendado el cuerpo deja.

Corre siguiendo á su engañosa guia,
Y triste de que el cuerpo se dejase,
De rato en rato el rostro atrás volvia
Para tornar si alguno lo llamase;
Tras de ella en vano aquí y allí corria,
Y como ya muy léjos se quedase,
El cuerpo amado, en vano defendido,
Perdió de vista el rostro fementido.

Las armas deja, el hábito y semblante
La infernal furia, y derramando fuego,
Todas sus sierpes sacudió al instante
En la celada de el famoso griego;
Los ojos abre al punto, y ve delante
Con los suyos á Adrasto en gran sosiego
Sobre su carro, en libertad sigura,
Y sin temer alguna desventura.

Los tebanos en tanto habian ganado
El cuerpo, y publicando su contento,
Un gran clamor al cielo han levantado,
Al inmenso rumor resuena el viento;
El bravo Hipomedonte, que apartado
Oyó en aquel clamor el triste cuento,
De el dolor y coraje que recibe,
Gime y á la venganza se apercibe.

¡Oh gran poder de el hado riguroso!
Con libertad el vulgo vil se lleva
Al gran Tideo, en armas tan famoso,
Ni hay alguno que ya no se le atreva;
Aquel que á todos fué tan espantoso,
Ya á caballo de tí haciendo prueba,
Y ya corriendo á pié, con varios modos
Todos lo buscan y le ofenden todos.

Locos de el gran contento los tebanos,
Lo despedazan, y por grande gloria
Tienen en él las armas y las manos,
Cual si en esto estuviera la vitoria;
El fuerte y el cobarde, muy ufanos,
Guardan como blason de ejecutoria
Aquella noble sangre en sus aceros,
Nobleza de los nietos venideros.

No africanos pastores de otra suerte
Celebran su placer y su alegria,
Si alguno por engaños dió la muerte
A gran leon que el campo destruia,
A quien el toro mas osado y fuerte
Y el mas valiente cazador temia,
Tanto, que aunque hambrientos, encerrados
Siempre en la choza estaban los ganados.

Las manadas, el campo y labradores,
Ya sin temor de el animal terrible,
Se alegran, dando al cielo mill clamores,
Y aun les parece á muchos increible;
Todos lo están mirando, y los pastores
Cuentan sus daños y su estrago horrible,
Y los demás, que atónitos lo miran,
Con atencion escuchan y se admiran.

Hipomedonte, aunque á la clara siente
Que va tarde y en vano á socorrerlo,
A vengarlo corrió ligeramente,
Ya que otra vez no pueda defenderlo;
Entre la griega y la tebana gente,
Como alguno se atreva á detenerlo,
No hace diferencia; que su acero
Abre lugar por donde va ligero.

Mas con la mucha sangre humedecida,
La tierra toda resbalosa estaba,
De armas, cuerpos y carros impedida,
Y á su pesar el paso le estorbaba;
Y él en el muslo izquierdo una herida
De mano de el tebano rey llevaba,
Que hasta entonces no la habia sentido,
O la disimulaba, de corrido.

Y de ella alguna sangre derramando,
El daño siente; pero en esto Aopleo
Lo vió triste, parado y sollozando
Por la infelice muerte de Tideo;
Fué su fiel compañero desde cuando
Huyendo vino de su padre Eneo,
Y agora de escudero le servia,
Y el caballo de riendas le traia.

Aun no sabe el caballo generoso
Que es muerto el amo, y con furor relincha,
Y aunque á pesar de el freno riguroso,
Los dientes muestra y las narices hincha;
Batiendo apriesa el corazon furioso,
Hace alargar á la pretada cincha,
Corrido de que el dueño en la batalla
Gusta de andar sin él y á pié se halla.

Subir Hipomedonte en él queria;
Mas el bravo animal, soberbio y fiero,
Que otro alguno jamás sufrido habia,
Sino á Tideo, su señor primero,
Da bufidos, se empina y se desvia,
Respetando á su dueño verdadero;
Y como de esto la ocasion entiende
Hipomedonte, así lo reprehende:

«¿Qué huyes, infelice, pues ya esperas
De tu señor el dulce peso en vano?
No ya verás de Aqueloo las riberas
Ni pacerás de Etolia el campo llano;
Ya que te han muerto á tu señor, no quieras
Ir captivo á servir á algun tebano,
Que su alma agraviarás de aquesta suerte,
Mas vén conmigo y vengarás su muerte.»

Como si lo entendiera, humilde luego
Bajó los brazos y inclinó la frente,
Toma las riendas el famoso griego,
Y con él pasa como rayo ardiente;
Fiero Centauro así, de furor ciego,
De el Osa por sus nieves inclemente
Baja; que el animal la tierra espanta,
Y el hombre atemoriza á cada planta.

Ciérranse los tebanos escuadrones,
Mas él entre ellos con furor se encierra;
Armas, carros, caballos y varones
Destroza y tiende en la enemiga tierra;
Vense desamparados los pendones,
Y él solo á todo un campo hace guerra,
Dejando muchos cuerpos sin cabezas,
Y otros deshechos en menudas piezas.

Los tebanos con planta fugitiva
Llegan á la ribera del Ismeno,
Que, aunque pequeño arroyo, entonces iba
Mas que otras veces bravo y de agua lleno;
Las peñas y los árbores derriba,
Escóndense los campos en su seno,
Y al rumor y bramidos de sus ondas
Retumba el eco en sus cavernas hondas.

Atónito y turbado el mas valiente
De aquella nunca vista maravilla,
Temiendo el gran furor de la corriente,
No osó pasar y se quedó en la orilla;
Y tanto allí se amontonó la gente,
Que el mismo rio se asombra y maravilla
De ver que en tantas armas y banderas
El sol hiere, que enciende sus riberas.

Pero poco la gente allí sosiega;
Que una pesada lanza sacudiendo
El fiero Hipomedonte, á la cual llega,
Y todos alzan un clamor horrendo;
Turbada de el temor, la gente ciega
Se arroja á la corriente, y no quiriendo
Que la agua los defienda de su fuego,
Tras de ellos saltó Hipomedonte luego.

Cuál arroja el escudo y cuál la espada,
No pudiendo con ellos defenderse,
Y cuál se quita el yelmo y la celada,
Quiriendo entre las aguas esconderse;
Y así, con la cabeza desarmada
Con peligro mayor deja caerse,
Y en cuanto le permité su resuello,
El cuerpo esconde desde el pié al cabello.

Alguno que pensó escaparse á nado,
Se ahoga, ó de las armas impedido,
O de la espada, que ceñida al lado.
Le añidió peso y le apretó el vestido;
No de otra suerte el mar se ha alborotado
Algunas veces, que delfin temido
De los menores peces va nadando,
Los secretos de el mar escudriñando.

Huyen de él todos con temor y espanto,
Y escóndese en las peñas cada pesce,
O entre las verdes algas, hasta tanto
Que encima de las ondas resplandesce,
Adonde, ó ya mirando al cielo santo
Gusto recibe, ó ya que se le ofrece
Leño veloz que el mar sulcando viene,
Mirándolo se para y se entretiene.

Desta suerte, á pesar de la corriente,
El griego á los tebanos abuyenta,
Rige el freno y las armas juntamente,
Y encima de las aguas se sustenta,
Y con los piés y piernas diligente
Gobierna al animal, que en vano intenta
Asentar en la arena deseada
La planta, á pisar tierra acostumbrada.

A Ion da muerte Cromio, y luego muere
Cromio á manos de Antifo, insigne griego;
Ipseo con una lanza á Antifo hiere,
Y Astiage tras de Antifo muere luego;
Lino muere tambien, que en agua quiere
Que sus años acabe el hado ciego;
Y así, ya que llegaba á la ribera
Hizo una lanza que ahogado muera.

Huyen de Hipomedonte los tebanos,
Y los argivos del famoso Ipseo,
Y de ambos teme las airadas manos
El turbio Ismeno, ya sangriento y feo;
Que en medio están de su corriente ufanos,
Haciendo estrago con igual trofeo,
Y ninguno volver quiere á la tierra
Sin morir y acabar allí la guerra.

Mil cabezas y miembros desdichados,
Nadando, unos con otros se revuelven,
Y brazos de sus cuerpos apartados
Por volver á juntarse al agua vuelven;
Ricos arcos y escudos destrozados
Las fieras olas en la arena envuelven,
Y corren las celadas sobre el rio,
Sirviendo cada pluma de navío.

Lanzas y dardos por encima andaban,
Que sumirse en las aguas no podian;
Mas lo hondo los cuerpos ocupaban,
Y allí guerra de nuevo se hacian;
Adonde, aunque la muerte deseaban,
Con heridas mortales no morian,
Porque llegaban, al salir la vida,
Las olas y cerraban la herida.

Agrio, un muchacho, á un olmo se habia asido,
Y aquí se lo llevaba la corriente,
Mas Meneceo los brazos le ha partido,
Y al agua abajó el cuerpo solamente;
Tronco solo en efecto no regido
De mano que nadando lo sustente,
Y viendo el olmo, con dolor suspira,
Como sus brazos en su tronco mira.

Ipseo á Sage hirió con dura mano,
Y entre las aguas ya mortal se esconde;
Llamábalo Agenor, su amado hermano,
Pero sola su sangre le responde;
Y viendo el triste que lo llama en vano,
Y que le avisa aquella sangre adónde
El cuerpo amado está, se arroja al rio,
Lleno de amor y de temor vacío.

Hállalo ¡ay miserable! en dura suerte,
Pues á hallar su desventura viene,
Que el triste Sage con abrazo fuerte,
Muriendo, entre las aguas lo detiene;
Y aunque los brazos le aflojó la muerte,
Y lugar Agenor y fuerza tiene
Para dejar su hermano y desasirse,
Por no salir sin él quedó á morirse.

Caleto á un enemigo amenazaba,
Y ya la espada desnudado habia,
Y cuando el fiero brazo levantaba,
Hizo un gran remolino la agua fria;
Tragóselo en el proprio ser que estaba,
De suerte que ya el rostro se escondia,
Ya el brazo, ya el cabello y ya la espada,
Que en vano estaba en alto levantada.

Mill diferencias una muerte ha hecho,
Que allí mill modos de morir ordena;
Iba Agirtes nadando sin provecho,
Y una lanza llegó, de muerte llena;
Entró por un riñon y salió al pecho,
Y revolviendo el rostro en tanta pena,
Ningun contrario vió; que solamente
Lo hirió el gran furor de la corriente.

Hizo otra dura lanza sacudida,
Aunque incierta, con brazo valeroso,
En las espaldas una gran herida
Al caballo de Etolia generoso;
Pendiente azota, al despedir la vida,
El aire y agua el animal furioso,
Deja la silla Hipomedonte presto,
No turbado, aunque triste por aquesto.

Pero de un gran dolor atravesado,
Sintiendo de el caballo la ruina,
De la herida el hierro le ha sacado,
Y dando un gran gemido, á pié camina;
Y fiero mas que nunca y enojado,
O morir ó vengarlo determina;
Y así, con esta furia dió la muerte
A Nomio el flojo y á Mimanto el fuerte.

Hiere á Lica y Liceto á un mismo punto,
Este de Euboea, pero aquel tebano;
Deja á un hijo de Tespio allí difunto,
Sin querer ofender al otro hermano;
Que viendo lo que estaba al muerto junto,
Y que la muerte procuraba en vano,
«Vive, le dice, y solo vuelve á Tébas,
Y allá darás de mi piedad las nuevas.

»Y no podrás, pues solo te has quedado,
Engañar con la grande semejanza
Al padre tantas veces engañado,
Y esto quiero que debas á mi lanza;
Gracias le doy al cielo, que ha ordenado
Esta batalla aquí, donde esperanza
No tendréis, en tan grande desventura,
De dar á vuestros muertos sepultura.

»Todos iréis al reino de Nereo,
Y á tanto mónstruo como el mar encierra
Serviréis de comida, y así creo
Que tendréis en el mar segunda guerra;
No envidia al menos os tendrá Tideo,
Que aunque sin honra en la desnuda tierra
Se queda, al fin en tierra se resuelve,
Y aunque sin fuego, á su principio vuelve.»

Con estos y otros dichos los aflige,
Dolor á las heridas añidiendo,
Y ya el escudo y ya la espada rige,
Ya tiempo reparando y ya hiriendo,
Y ya nadando alguna vez corrige
La corriente furiosa, recibiendo
Lanzas que iban nadando, arrebatadas
De el rigor de las aguas enojadas.

Mata á Teron, que acompañar solia
Por los montes la diosa cazadora,
A Ersé de un tajo, y de un revés á Gia,
Un tiempo labrador, soldado agora;
A Ergino hiere, que pescando habia
Gastado el tiempo, y ya la fatal hora
Lo halló á punto que á morir se encierra
Entre los peces, á quien hizo guerra.

Muere Creteo, un tiempo marinero,
Despreciador de el mar, y tan osado,
Que el mar de Euboea, en el rigor de enero,
En un barco mill veces ha pasado.
¿Qué no puede hacer el hado fiero,
Si el que nunca ha temido al mar airado
Ni á los rigores de el invierno frio,
Naufragio hace en un pequeño rio?

Llegaba ya Tarsalio á la ribera
Encima de un gran carro, que nadando
Tiraban dos caballos, y ligera
Llegó una dura lanza rechinando,
Heridos ambos de una punta fiera,
Unidos con un yugo, y derramando
Sangre por dos heridas igualmente,
Los acabó tambien una corriente.

Con tan dura concordia mal heridos,
Empinándose, el carro trastornaron,
Y cayendo de espaldas ya rendidos,
Debajo al dueño triste sepultaron;
Musas, contad qué brazos atrevidos
De vida á Hipomedonte despojaron,
Y por cual ocasion, de furor lleno,
Le hizo nueva guerra el turbio Ismeno.

Vosotras, que del piélago Leteó
La fama defendeis y su memoria,
Y que de el tiempo con igual trofeo
Triunfais, resucitad aquesta historia;
Con los tebanos se halló Creneo,
Que siempre se preció por grande gloria
Que una hija de Ismeno era su madre,
Ninfa inmortal, y un sátiro su padre.

Nació entre aquestas aguas, y ellas fueron
Su amada patria y casa conocida,
Y siempre ambas orillas le sirvieron
De cuna en los principios de su vida;
Las ninfas como á dios le obedecieron,
Y él creyó que jamás fuera atrevida
La parca, ni que en él poder tuviera
Estando de su agüelo en la ribera.

El mismo Ismeno, alegre y lisonjero,
Por sus aguas lo lleva libremente,
Ya agua abajo con él corre ligero,
Y ya vuelve agua arriba diligente;
Y cual si fuera el dueño verdadero,
De suerte le obedece la corriente,
Que la huella con pié libre y siguro,
Como si fuera por el campo duro.

No pasa Glauco con mayor presteza
Por el mar de Antedon, ni en el verano
Con mayor libertad y ligereza
Suele Triton romper el Occeano;
Ni lleva Palemon mayor firmeza
Sobre el delfin que rige con su mano,
Cuando tras de una tempestad pasada
Corre á besar su madre deseada.

Matizada con oro la armadura,
Vencer á la mejor del mundo pudo,
Y añide adorno y gracia la pintura
En el dorado campo de el escudo,
Donde de la tebana gente dura
Así pintó al principio el pincel mudo,
Que faltó solo que bramidos diese
Para que el toro verdadero fuese.

Sobre él pintada al vivo la doncella
Se ve mas animosa y atrevida,
Ya sin temor y por extremo bella,
Que no se cura de ir al cuerno asida;
Alegre se ve el mar en torno de ella,
Porque dél es tambien favorecida,
Y sus olas de tanta humildad llenas,
Que el pié le llegan á besar apenas.

Dirá quien ve el escudo que camina
El falso toro, cauteloso amante,
Que apriesa á la ribera se avecina,
Y que va el mar sirviéndole delante;
Añide á la pintura peregrina
Fe no pequeña la agua, semejante
A las olas de el mar, que en la aparencia
Hace el color muy poca diferencia.

Corriendo pues con planta presurosa,
De el favor de las aguas ayudada,
Creteo á Hipomedonte herir osa,
Diciéndole con voz desvergonzada:
«No pienses que esta es Lerna venenosa,
De las serpientes de Hércules morada;
Aguas sagradas son las de este rio,
Padre de mas de un dios y agüelo mio.

»Y yo espero en el cielo soberano
Que presto lo sabrás con expiriencia,
Y que de ese furor ciego y profano
Has de hacer debida penitencia.»
Así con libertad dijo el tebano,
Y perdida del todo la paciencia,
En vez de voz, con una lanza dura
Respondió Hipomedonte á su locura.

Ismeno, al sacudir el brazo fuerte,
Bramando, de sus aguas hizo un monte,
Creyendo así librarlo de la muerte,
Y tembló á su bramido el horizonte;
Púsose en medio, pero no de suerte
Que el fresno detuviese á Hipomedonte;
Y así, aunque reprimido, llegó adonde
Está la vida y la anima se esconde.

Viendo tan gran maldad, corre ligera,
Con nuevo horror turbada, la corriente,
Gimiendo murmuró cada ribera,
Y lloró el monte, que su daño siente;
El mancebo al morir la voz postrera
Soltó, diciendo *madre* solamente;
Y la agua, amontonada al triste acento,
Cayó con presuroso movimiento.

Deja al punto la madre alborotada
La cueva de cristal hermoso y frio,
Y de otras muchas ninfas rodeada,
Furiosa va por el hinchado rio,
Y llena de temor, con voz turbada
Busca el cuerpo, de espíritu vacío,
Rasga el verde vestido, y su cabello
Esparce al aire y hiere el rostro bello.

Creneo dice mil veces, pero en vano,
Que llevado de la agua estaba, adonde,
Pagando su tributo al mar insano,
Ismeno el curso acaba y la agua esconde;
Llámalo con la lengua y con la mano,
Mas solamente el eco le responde;
Y en esto sobre la agua vió el escudo,
De su inmenso dolor testigo mudo.

No de otra suerte escucha el marinero
Gemir al alcion, cuando afligido
Busca con triste canto lastimero
Entre las peñas su mojado nido,
Que se lo ha arrebatado el Austro fiero
O se lo esconde el mar embravecido,
Y así espera con triste sentimiento
Que el mar se aplaque y que sosiegue el viento.

Zabúllese otra vez la triste madre,
Corriendo ya agua abajo y ya agua arriba,
Y sin que alguna diligencia cuadre,
Buscando al hijo entre las aguas iba;
Mira todos los senos de su padre,
Oculta en la corriente fugitiva,
Y debajo de la agua llora tanto,
Que aumenta la corriente con su llanto.

Muchas veces, de sangre y de horror lleno,
Le estorba el paso y su favor le niega,
Poniéndose delante el mismo Ismeno,
Mas ella ni se para ni sosiega;
Busca en cada rincon y en cada seno,
Y entre lanzas y espadas corre ciega;
Ni deja cuerpo alguno que no mire,
Ni muerto alguno ve que no suspire.

Y aun entrara en el mar si prohibido
El paso por sus dioses no le fuera;
Y asi, algun tanto allí se ha detenido,
Llorando tristemente en la ribera;
Pero de las nereidas sacudido,
Que, llenas de piedad, lo echaron fuera,
Volvió á los brazos de la madre amada,
Ya de correr y de llorar cansada.

Cual si estuviera vivo, asi lo abraza,
Dale mil besos y lo arrima al pecho,
Y en la ribera, de admirable traza,
Hace con flores un pequeño lecho;
Con furor sus cabellos despedaza,
Que son para limpiarlo de provecho,
Y habiendo sobre el lecho al hijo puesto,
Con triste y ronca voz le dice aquesto:

«¿Tal dolor vengo á ver y tanta pena?
¿Y esta en tu propia casa ¡ay madre triste!
No esperadá merced, de infamia llena,
De el inmortal agüelo recibiste?
Has piadosa te fué la tierra ajena,
Y mas de el mar favorecida fuiste,
Pues cual si me estuvieran esperando,
Sus olas te trujeron en llegando.

»¿Es aqueste el hermoso rostro bello
Que de este ya afligido y triste mio
Traslado fué? ¿Y aqueste es el cabello
Tan parecido al de el amado rio?
¿Es aqueste el nevado y liso cuello,
Transparente cristal, ya helado y frio?
¿Estos los ojos son y este el semblante,
Tanto al de el padre en todo semejante?

»¿Tú de las aguas y de el monte has sido
La gloria ¡ay mal lograda prenda mia!
Por quien tan estimada siempre he sido,
Que reina de las ninfas parecia?.
¿Qué se ha hecho el donaire no aprendido
Con que ibas á mi cueva cada dia,
Adonde las napeas te esperaban,
Porque todas de ti se enamoraban?

»¿Dónde te llevo, ay triste, ó qué procuro,
Si te voy á enterrar y no alegrarme?
Que estando asi me fuera mas siguro
Morir contigo y en el mar quedarme.
¿No te corres de aquesto, oh padre duro,
Si estás adonde puedas escucharme?
Mas pues ni al nieto ves ni me respondes,
¿En qué laguna de mi voz te escondes?

»Y mi enemigo Hipomedonte en tanto,
A pesar de tus hondas atrevido,
Tan bravo está triunfando de mi llanto,
Que tu orilla y tus aguas le han temido;
Y con razon, pues te ha agraviado tanto,
Que ya de nuestra sangre vas teñido,
Y es tal tu flojedad y tu sosiego,
Que no te vengas del osado griego.

»Ya que no acudas á vengar tu afrenta,
A las obsequias de tu nieto acude,
Porque sin ti mi soledad no sienta,
Si ya obligarte con mi llanto pude.»
Asi la triste madre se lamenta,
Y entrambas manos con furor sacude,
Hiriendo el rostro, y sus hermanas bellas
Repiten sus gemidos y querellas.

De esta suerte de el Istmo á la ribera
Lloraba al hijo entre las peñas Ino,
Antes que el mar, de compasion, le diera
Con la nueva deidad nombre divino;
Mas por llorar mejor su pena fiera
Y el injusto rigor de su destino,
Retirádose en tanto un poco habia
El padre Ismeno á su caverna fria;

Donde entre el hielo y congelada nieve,
Que es el caudal eterno de su fuente,
Su ordinaria humedad el Noto bebe,
Y se alimenta el Arco eternamente;
Aquí pues lloró tanto en tiempo breve,
Que aumentó el gran furor de su corriente,
Y aunque el viento en su cueva retumbaba,
Oyó los gritos que su hija daba.

Al punto lleno de ovas se levanta
Con mas furor de el cristalino suelo,
Holló la nieve con pesada planta
Y sacudió de su cabeza el hielo,
Y turbado salió con priesa tanta,
O por vengarse ó por quejarse al cielo,
Que con la turbacion se le ha caido
El peñon que en su mano habia crecido.

La urna se le cayó, y por ambos lados
Dos montes de agua con furor salieron,
Que á las selvas y campos apartados
Con el terrible estruendo espanto dieron;
Los menores arroyos, admirados,
Atónitos mirándolo estuvieron,
Que de la barba y del cabello frio
Cada pelo brotaba un grande rio.

De espuma y barro la corriente ciega
Entre las peñas va precipitada,
Y en esto una afligida ninfa llega,
De romper por las ondas fatigada;
Y aunque en silencio el gran rumor le niega,
Contó á voces la historia desdichada,
Mostrando al triste agüelo con la mano,
Lleno de sangre, al matador ufano.

Paróse, y mas soberbio, airado y fiero,
La cabeza con rabia ha sacudido,
Con ella estremeciendo un monte entero,
Y al fin se queja asi con gran gemido:
«¿Este es el galardon que de ti espero,
Tras de haberte mill veces recibido
Y encubierto en mis ondas tus maldades,
Oh gran Retor del cielo y sus deidades?

»¿No te encubrí, y aun me hallé contigo,
Cuando de Alcmena á tu placer gozaste,
(Ya sin temor con libertad lo digo),
Y tres soles al mundo le quitaste?
Y yo entonces tambien ¿no fui el testigo,
Cuando con falsos cuernos adornaste
La mentirosa frente, y tus engaños
Conoció Antiopía en sus mejores años?

»Yo vi el fuego y los rayos rigurosos
Que engañados á Sémele abrasaron,
Y sabes que tus hijos mas famosos
En aquesta corriente se lavaron;
Que aunque agora sean dioses poderosos,
No olvidarán, pues siempre la estimaron,
Baco y Alcides mi corriente fria,
Donde de el uno el fuego apagué un dia.

»Y habiéndote servido de esta suerte,
Me has hecho un triste campo de batalla,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte,
De tanto acero y destrozada malla;
Y en aguas que bastaron á esconderte
Hecha señora la maldad se halla,
Y entre ellas, de sus cuerpos despedidas,
Gimiendo van mil almas afligidas.

»Yo, en fin, un manso arroyo, acostumbrado
A músicas sagradas y clamores,
Que de Baco los cuernos he bañado,
Los blandos tirsos y sus bellas flores,
De tantos muertos y armas ocupado,
Oigo agora trompetas y atambores,
Y con dificultad hallo camino
Para poder llegar al mar vecino.

»No tanta sangre el Estrimon famoso
Verá en sus lagos por ninguna parte,
Ni el Ebro tan sangriento y espumoso
Por Tracia va cuando lo aflige Marte;
Y tú, Baco, ya ingrato ó perezoso,
¿Puedes de aquestas aguas olvidarte,
Que á los principios de tu vida fueron
Las que de madre y cuna te sirvieron?

»Cuando el Idáspes y otro cualquier rio
Más sosegado, cristalino y puro,
Va por los reinos del Oriente frio,
¿Yo sin provecho tu favor procuro?
Mas tú, que de un muchacho, en daño mio,
Triunfado ufano vas, si no siguro,
No de Inaco veras ya las arenas,
Ni vitorioso te verá Micénas.

»Ni te has de alabar entre tu gente
De haber puesto en mi sangre osadas manos,
Si ya no soy mortal, y decendiente
No eres tú de los dioses soberanos.»
Aquesto dijo; y sacudió la frente,
Dando aviso á los valles comarcanos,
Y al punto, mas soberbias y enojadas,
Acudieron las aguas conjuradas.

Para darle favor, su antigua nieve
El alto Citeron ha sacudido;
Y Asopo, que mayor favor le debe,
Con todo su caudal le ha socorrido.
Y así, llegó al hermano en tiempo breve,
Por mil secretas venas escondido,
Y alzando la cabeza en un momento,
Las nieblas chupó Ismeno y secó el viento.

De estanques y lagunas perezosas,
Porque ningunos su favor le niegan,
Las detenidas aguas presurosas
Por las entrañas de la tierra llegan;
Esconden ya las olas rigurosas
Ambas orillas y la tierra anegan,
Y alzar las manos ó fijar la planta
No puede Hipomedonte en furia tanta.

Mientras que á la cintura le llegaba,
Despreciaba sus olas y corria;
Mas ya que de los hombros le pasaba,
Ni defenderse ni ofender podia;
De verse tan pequeño se admiraba,
Viendo que entre las aguas se escondia,
Y arrebatada ya de la corriente,
No halla arena donde el paso asiente.

Tal es la tempestad, que ya es un rio,
Al mar soberbio en todo semejante,
Cuando lo azotan el invierno frio
Las Pléyadas, que hijas son de Atlante;
O cuando su furor sobre un navío
Sacude el Orion, fiero gigante;
Tal iba agora el enojado Ismeno,
De rabia, de furor y de aguas lleno.

Por el un lado el enemigo embiste;
Mas él, no acobardado en tanto estrecho,
De la corriente al gran furor resiste
Con su nunca rendido y fuerte pecho;
No de su loca pretension desiste,
Antes un muro de su escudo ha hecho,
De donde la corriente embravecida
Se levanta, en espuma convertida.

Derribase sobre él en un momento,
Y lo sepulta miserablemente;
Pero luego con nuevo atrevimiento,
Alza de la agua la animosa frente.
Viéndolo así el Ismeno, aun no contento
De el inmenso furor de su corriente,
Arranca antiguos olmos y derriba
Sobre él mas de una peña fugitiva.

Nadan los troncos y las piedras ruedan,
De el gran furor de la agua arrebatadas,
Sin que los unos ni los otros puedan
Sus dos plantas mover, allí enclavadas.
Ramas, peñas terribles y aguas quedan
Cansadas de ofenderle y admiradas;
Batalla desigual, furor insano
Entre un dios inmortal y un hombre humano.

Ni vuelve las espaldas ni se espanta
De torbellinos, peñas ni maderos,
Ni con sus amenazas se quebranta,
Antes él mismo al agua hace fieros;
Y tiene en tanto aprieto osadía tanta,
Que cuando montes de agua mas ligeros
Lo embisten, él, burlando de su furia,
Los sale á recibir por mas injuria.

Alza el escudo, y cuando mas le ofende,
El gran furor de la agua en él refrena;
Mas en tanto que de ella se defiende,
Huye debajo de sus piés la arena;
Buscando asiento nuevo, el cuerpo extiende;
Mas no hay tierra sigura en tanta pena,
Hasta que, atento, con los piés detiene
Alguna peña que rodando viene.

Y mas embravecido y enojado,
«¿De dónde, grita, Ismeno, te ha nacido
Este nuevo furor precipitado,
Y de dónde estas aguas has traido,
A sangre mujeril acostumbrado
Cuando al infame bacanal ruido
Con sangre las tebanas deshonestas
Suelen de Baco profanar las fiestas?»

Aun no acabó de pronunciar aquesto,
Cuando envuelto en un negro torbellino
Y entre la agua y arena manifiesto,
Airado Ismeno á responderle vino,
Y de su desvergüenza descompuesto,
Un grande tronco de pesado pino
Tres veces descargó sobre su escudo
Con cuanta fuerza un dios descargar pudo.

Pierde pié y el escudo, y ve que en vano
A tanta fuerza resistir procura,
Pués contrastar á un dios el que es humano
Es desesperacion, si no es locura;
Bate la agua con una y otra mano,
Que ya no halla el pié parte sigura,
Y vuelve las espaldas poco á poco,
Arrepentido de su intento loco.

Viéndolo que se rinde y que se humilla
Ya de su pecho acobardado el brio,
Ufano de esta grande maravilla,
Lleva siguiendo el vitorioso rio.
Los tebanos tambien desde la orilla,
Subidos sobre un gran peñasco frio,
Flechas tiran y piedras con tal priesa,
Que hacen de ellas una nube espesa.

¿Qué ha de hacer, si á un tiempo de esta suerte
Le están aguas y flechas combatiendo,
Pues no puede esperar honrada muerte
Ni hay ya lugar para escapar huyendo?
Va faltando la fuerza al pecho fuerte,
Las piernas y rodillas, no pudiendo
Sufrir tantos trabajos y fatigas,
Tiemblan ya entre las aguas enemigas.

Arrimado á una peña un fresno habia
Que sobre la corriente se alargaba,
De suerte que no bien se parecia
Si entre las aguas ó en la tierra estaba;
Pero en efeto el agua le hacia
Mas favor que la tierra y mas la amaba,
Y el humor que le daba la corriente
Le pagaba con sombra eternamente.

No sin trabajo á la traidora planta
Mal engañado Hipomedonte llega;
Asela, y sobre la agua se levanta,
Mas luego el árbol su favor le niega;
Que al punto se arrancó con furia tanta,
Que consigo se trujo al agua ciega,
Con terrible fracaso y gran ruido,
Un gran ribazo, adonde estaba asido.

Pareció un espantoso horrible trueno,
Y léjos las riberas retumbaron,
Braman las aguas, y en el ancho seno
Mil ciegos remolinos se formaron.
Y ya de asombros de la muerte lleno,
Al triste Hipomedonte sepultaron,
Y aun no rendido el animoso griego,
De allí á un rato salió turbado y ciego.

Viéndose fatigado y ya cercano
A la forzosa inevitable muerte,
Vencido al fin se confesó, y en vano
Esta voz arrancó del pecho fuerte:
«¿No te corres, oh Marte soberano,
De verme entre las aguas desta suerte?
Este pecho y esta alma generosa
¿No merece otra muerte mas honrosa?

»¿No hay armas, que á perder vengo la vida
En un arroyo miserablemente,
Como bruto pastor que una avenida
Se llevó entre el ganado de repente?
¿Tanto es de mí la guerra aborrecida,
Que, para mayor pena de mi gente,
No muero adonde puedan sepultarme,
Pues sepulcro los peces han de darme?»

Viendo Juno su muerte miserable,
Al mayor Dios enternecida llega,
Y al soberano pecho no mudable
Procurando ablandar, así le ruega:
«¿Tanto, Señor, el hado inexorable
Tiene de perseguir la gente griega?
Tanto el rigor de tus enojos dura?
¿Cuándo se ha de acabar su desventura?

»¿Tal odió en inmortal pecho divino,
Que Pálas aborrece ya á Tideo,
Y calla Délfos ya sin su adivino,
Y aun no en aquesto para tu deseo?
¿En qué mi Hipomedonte á parar vino,
Gloria de Argos y honor del campo aqueo,
El que con reverencia y favor tanto
Honró mis aras y mi templo santo?

»¿Al mar ha de ir la gloria de Micénas
A ser de mónstruos cebo? ¡Ay caso triste!
¿Adónde agora el fuego está de Aténas
Y aquel Teseo que un tiempo me dijiste?
Que para algun consuelo de mis penas
Sepulcro á los vencidos prometiste;
Mas todo falta ya con daño mio,
Pues tal maldad se le permite á un rio.»

Sus ruegos oyó el Padre soberano,
Y sus lágrimas tanto le ablandaron,
Que volviendo á mirar el rio tebano,
Al momento sus aguas se humillaron;
Alegres de no haber venido en vano,
A sus proprios lugares se tornaron,
Y vivo, con extraña maravilla,
Hipomedonte pareció en la orilla.

Como cuando los vientos enojados
Al mar embravecieron con su guerra,
Hasta que por Neptuno desterrados,
Tambien de el mar la furia se destierra,
Los montes poco á poco levantados
Ya se ven, y descúbrese la tierra,
Y bajándose el mar en un instante,
Las peñas ve en la orilla el navegante.

Mas ¿de qué la ribera le ha servido
Y el salir con la vida no esperada,
Si una nube de hierros le ha llovido
Sobre él, de los tebanos arrojada?
Que lúego todo el campo lo ha ceñido,
Y tanto dardo y flecha arrebatada
Ha llegado á herir el pecho fuerte,
Que han hecho en él mill puertas á la muerte.

Mana la sangre ya por mil heridas
Que en todo el cuerpo en cada miembro siente,
Unas entre las aguas recibidas,
Y otras que ha recibido nuevamente.
Con la humedad las cuerdas encogidas,
Ni mover puede el pié ni alzar la frente;
Y viendo en fin que en vano se defiende,
Ríndese al hado y á morir se tiende.

No de otra suerte antigua y gran encina
Que á las nubes llegó con frente osada
Viene al suelo con súbita ruina,
Del tiempo ó de los vientos arrancada;
Que en tanto que no bien se determina
Dónde cairá la planta desdichada,
El monte en torno de ella está temblando,
Y esotras plantas que la están mirando.

Tiéndese en fin, rendido y sin aliento;
Mas no hay allí quien tan osado sea,
Que tenga de acercárse atrevimiento,
Y apenas hay quien á los ojos crea;
Con el espacioso y tardo movimiento,
Y embrazando el escudo el que desea
Acreditarse de animoso y fuerte,
Se acerca, aun muerto, para darle muerte.

Pero entre todos el famoso Ipseo
Llegó al rumor con presurosa planta,
Y viéndolo ya muerto, horrible y feo,
Que al mas osado con la vista espanta,
Le quitó la celada, y por trofeo
Sobre una grande lanza la levanta,
Y por el campo atónito corriendo,
«Este es Hipomedonte, iba diciendo.

»Este es aquel cuyo temido acero,
Ya fuese con espada ó ya con lanza,
Ahuyentaba solo al campo entero,
De Tideo procurando la venganza;
Aquel tan atrevido, horrible y fiero,
Que siendo hombre mortal, tuvo esperanza
De vencer con no visto desafío
La agua enojada de un sagrado rio.»

Capaneo, que á las voces del tebano
Conoció la celada, empuñó presto,
De dolor lleno y de furor insano,
Una gran lanza de ciprés funesto;
Pero primero á su derecha mano,
Que solo ella es su dios, le dice aquesto:
«Agora, diestra favorable, agora
No niegues tu favor al que te adora.

»A ti sola respeto y á ti invoco,
De esta guerra, mi dios, inevitable,
Y pues á los demás estimo en poco,
Muéstrate mas que nunca favorable.»
Dijo; y siguro el temerario loco
Con aquella blasfemia detestable,
Con tal velocidad el tronco tira,
Que al viento, que se deja atrás, admira.

Pasa el escudo, aunque de acero hecho
Y ejercitado en mas de una batalla,
Ni ha sido la loriga de provecho,
Aunque hecha tambien de fina malla;
Llega el agudo hierro al grande pecho,
Y el aposento de la vida halla,
Y habiendo una gran puerta en él abierto,
Salió por allí la alma, y cayó muerto.

No de otra suerte combatida torre,
Tras de allanar el foso, ocupa el llano,
Por mas que con reparos le socorre
Triste ciudad que la defiende en vano:
Capaneo al punto á despojarlo corre,
Y antes que le despoje, «¡Oh gran tebano!
Mírame, dice, si aun te queda vida;
Sabrás quién fué el autor desta herida.

»Yo soy, yo soy.» Y el fiero Capaneo
Los ojos cierra ya, y alegre parte,
«Podrás en el infierno ¡oh gran Ipseo!
De haber muerto á mis manos alabarte.»
Dijo; y tomó la espada por trofeo
Y el roto escudo del tebano Marte,
Y de su Hipomedonte al cuerpo helado
Con su rica celada lo ha llevado.

«Recibe, dice, ¡oh capitan famoso!
El despojo enemigo y tuyo junto,
Mientras al fuego y al sepulcro honroso
No va tu insigne cuerpo ya difunto;
Tendráslo en otro tiempo mas dichoso,
Pues no se puede mas en este punto;
Capaneo, en tanto que vengó tu muerte,
Tus miembros cubre agora de esta suerte.»

Así Marte la guerra entretenía,
Y así dudosa la vitoria andaba,
Que á los tebanos ya favorecía,
Y ya favor á los argivos daba;
Allí por Ipseo Tebas se afligía,
A Hipomedonte el campo aquí lloraba,
Sirviendo en tanta pena y dolor tanto
De algun consuelo el enemigo llanto.

Con ensueños en tanto alborotada
Atlanta, ligera cazadora,
Por los montes andaba tan turbada,
Que sin saber alguna causa llora;
Una mas que otras veces fatigada,
Llegó al Ladón al despuntar la aurora
Para lavar los soñolientos ojos,
Que en durmiendo le daban mill enojos.

Que apenas desvelada y cuidadosa
Los ojos tristes entregaba al sueño,
Cuando el temor de la alma congojosa
Con alguna ilusion se hacia dueño;
Tal está, que aun durmiendo no reposa,
Porque luego le aflige cada ensueño,
Pintando con imágines visibles
En la imaginacion casos horribles.

Ya le parece en una cueva obscura
Entrar de noche con osada planta;
Ya se le representa sepultura,
Y de ver algun muerto allí se espanta;
Que es el templo despues se le figura,
Donde ve sin adorno la ara santa,
Y adonde los despojos ofrecidos
Por su mano, en el suelo están caidos.

Ya el sueño alguna vez le representa
Que léjos de los montes se entretiene,
Que el coro de las ninfas la ahuyenta,
Y no sabe si alguna culpa tiene;
Luego (y aquesto más su pena aumenta)
La gente ve que de la guerra viene,
Ve el caballo, las armas y despojos,
Pero no al hijo pueden ver sus ojos.

Ya parece que el fuego le abrasaba
Los conocidos simulacros santos,
Ya que de el hombro se le cae la aljaba,
Prodigios todos de futuros llantos;
El ensueño que mas le atormentaba,
Que mas asombros le causó y espantos,
Uno fué tan horrible y peregrino,
Que por purgarse de él á Ladon vino.

Habia una antigua encina venturosa
En los montes de Arcadia, celebrada,
A la triforme cazadora diosa
De el coro de las ninfas dedicada;
Alta, redonda, grande y espaciosa,
De todos igualmente respetada,
Donde colgaba el arco cada dia
Que fatigada de cazar venia.

Aquí tambien de el jabalí terrible
Los colmillos colgaba eternamente,
De los leones el pellejo horrible,
De el ciervo vividor la armada frente;
Y en fin, no hay animal tan invencible,
Cuyo despojo allí no esté pendiente,
Y tantos hay, que apenas rama queda
Donde colgarse algun despojo pueda.

Tanta aljaba, tanto arco y tanta jara
Cuando el sol hiere en ella resplandece,
Que estorban, derramando lumbre clara,
La verde sombra que á la tierra ofrece;
Soñó pues que á esta encina, prenda cara,
Llegó cansada, al tiempo que amanece,
A ofrecer la cabeza al tronco santo
De un oso de las selvas de Erimanto.

Mas, de mano sacrílega herida,
Las armas y despojos arrastrando,
En la tierra la encina vió tendida,
Sangre por cada rama derramando;
Y que la causa de tan gran caida
A una llorosa ninfa preguntando,
Le dijo que el autor de tantos males
Baco fué y sus airadas bacanales.

Dando tristes sollozos y gimiendo,
Sacude al punto el sueño congojoso;
Y enjuga el falso llanto, aborreciendo
El ensueño, la noche y el reposo;
Y como ya la aurora iba saliendo,
Salta apriesa de el lecho perezoso,
Por purgar de Ladon en la agua pura
De el ensueño el horror y desventura.

Tres veces en las aguas plateadas
Bañó el cabello y escondió la frente,
Oraciones diciendo acomodadas
Al desconsuelo y turbacion presente;
Luego con plantas corre aceleradas,
Estando ya á las puertas del Oriente
Manifiesta de el todo la mañana,
A visitar las aras de Diana.

Y hallando en el monte de camino
La encina en su lugar y el tronco sano,
Algo mas consolada al templo vino,
Y arrodillada, aquesto dijo en vano:
«Doncella santa, en cuyo altar divino,
Para seguir tu coro soberano,
Te di mi libertad en sacrificio,
Dedicando mi vida á tu servicio;

»Y aunque en Grecia no usado, eternamente
Así te seguí siempre por la sierra,
Que de Cólcos jamás la áspera gente
Con mas fidelidad siguió tu guerra,
Ni amazona se vió mas diligente
Entre los coros de su dura tierra,
Pues que vencí la natural flaqueza
Con varonil esfuerzo y fortaleza.

»Y aunque en tálamo y lecho aborrecido
Hice ofensa á tus coros virginales,
No por eso los juegos he seguido
De lacivas y torpes bacanales,
Ni jamás á sus bailes he asistido
Ni sus tirsos usé, ni tus umbrales
Dejé; que desde entonces hasta agora
Un alma fuí doncella y cazadora.

»Y despues, de mi culpa arrepentida,
No dejé por aquesto de seguirte,
Ni por cuevas ocultas escondida,
Mi error y parto procuré encubrirte;
Antes perdon, en viéndome parida,
Con un pequeño hijo fuí á pedirte,
Y su vida á tus aras ofreciendo,
Mi ciego error te confesé gimiendo.

»Como tuyo en los montes le he criado,
Y así de tu valor no degenera,
Pues te es desde la cuna aficionado,
Y el arco en su niñez su bordon era;
Despues el arco eternamente ha usado,
Que él, en efecto, fué su voz primera,
Que aun no las plantas afirmaba, cuando
Arco y aljaba me pidió llorando.

»Aqueste pues, con tu favor siguro,
Las banderas siguió de el campo griego,
Que en torno agora de el tebano muro
Está haciendo guerra á sangre y fuego;
Y desde entonces en el lecho duro
No hallo algun descanso ni sosiego,
Que apenas me da el sueño algun reposo,
Cuando ensueño algun caso temeroso.

»Permite que esta madre congojosa
Lo vea, y que vencedor ufano sea;
Y si te pido mucho, oh santa Diosa,
Permíteme á lo menos que lo vea;
Vuelva á pisar tu sierra venturosa,
Vuelva á cazar, y en tanto yo no crea
Mis ensueños, pronósticos y agüeros
De llantos y de males venideros.

»Que, en efecto, desgracias pronostican;
Que aquí las enemigas bacanales,
Con su tebano dios, ¿qué significan,
Si prodigios no son de algunos males?
Siempre mis pensamientos mas se aplican,
En la interpretacion de estas señales,
A algun desastre, pero aquesta encina
Señal fué clara de una gran ruina.

»Sea yo falsa agorera; mas si el cielo
Quiere que estos pronósticos y agüeros
Sean señal de algun grande desconsuelo,
Y que sean mis ensueños verdaderos,
Te ruego por el gran señor de Delo,
Que antes que vea mis males venideros,
Que aquí primero con rigor me hiera
Alguna flecha y que á tus manos muera.

»Por el dolor y miedos que ha pasado
Tu Latona huyendo por el mundo;
Que pases este vientre desdichado,
Como ocasion de mi dolor profundo;
Y antes que muera el hijo mal logrado,
En cuya muerte, aun no sabida, fundo
La pena que me aflige desta suerte,
En Tébas sepa mi infelice muerte.»

Así llorando dijo; y entre tanto,
Habiendo en el altar los ojos puesto,
Vió que lloraba el simulacro santo,
Nueva señal de su dolor funesto;
La Diosa, enternecida con su llanto,
Mientras con el cabello descompuesto
Las aras barre, alzándose de el suelo,
A Tébas parte en presuroso vuelo.

Sobre el Ménalo pasa diligente,
Rompiendo el aire con ligera planta,
Camino de los dioses solamente,
Lleno de resplandor y lumbre santa;
Y cruzando entre la una y la otra frente
De el Parnaso, con ir con priesa tanta,
Se hubo de detener porque en el llano
Encontró melancólico á su hermano.

De Tébas á su monte se volvia
Llorando el triste fin de su adivino,
Que por no usada parte abierto habia
Al reino de Pluton nuevo camino;
Quedó mas claro y mas alegre el dia
Al uno y otro resplandor divino,
Los dos arcos y aljabas se encontraron,
Y con inmenso amor se saludaron.

Mas Apolo primero, «Oh cara hermana,
Ya sé, dice, que vas al campo aqueo,
Adonde de tu ayuda soberana
Necesitado está Partenopeo;
Mas vas en vano á la ciudad tebana,
Y en vano es tu piedad y tu deseo,
Y lo sabes tambien; pero Atalanta
Con lágrimas movió tu piedad santa.

»Pluguiera al cielo que un humilde ruego
Mover pudiera al inhumano hado,
Pero por su rigor del campo griego
Vuelvo, cual ya me ves, avergonzado;
Con estos ojos vi al infierno ciego
Y decender á mi adivino amado,
Y no pude, aunque vi la tierra abierta,
Tener el carro ni cerrar la puerta.

»¿Quién me querrá servir si desta suerte
A quien me sirve en su afliccion ayudo,
Y si es tan poderoso el hado y fuerte,
Que á estorbar su favor en vano acudo?
Cada caverna llora por su muerte,
Y por él cada oraculo está mudo,
Y yo tambien por él llorando quedo,
Pues no pagarle en otra cosa puedo.

»Tú, que ya ves que en vano te fatigas,
Pues todo al libre hado está sujeto,
No te fatigues ni tu intento sigas,
Que tu mancebo morirá en efeto;
Y dan priesa las parcas enemigas,
Y no podrás valerle en tanto aprieto,
Ni te puede engañar tu proprio hermano;
Que esta es la voluntad del hado insano.»

«Cuando el hado, responde, inexorable
Mudar no pueda la sentencia dada,
Honraréle en su muerte miserable,
Y vengaré su vida mal lograda;
Que tambien es mi flecha irrevocable,
Y no se alabará la mano osada
Que su inocente sangre derramare,
Ni dios habrá que en su maldad le ampare.»

Con aquesto, besándose primero,
Mas triste á la enemiga Tébas parte,
Adonde mas sangriento, airado y fiero
De nuevo andaba el riguroso Marte;
No hay sana espada ya ni escudo entero,
Y se animan de nuevo en cada parte,
Por vengar los de Tébas á su Ipseo,
Y á Hipomedonte los del campo aqueo.

No hay ya quien á la muerte el rostro huya
Por aspirar á la vitoria incierta,
Ni teme alguno de perder la suya,
Como su sangre el enemigo vierta;
Y á trueque de que el otro se destruya,
No hay rey que sienta el ver su gente muerta;
Todos los pechos á la muerte entregan,
Y dan la vida y las espaldas niegan.

Así la gente griega y la tebana
Andaba, y la batalla mas reñida,
Cuando con gran velocidad Diana
Llegó triste á la tierra conocida;
Tiemblan los valles y la tierra llana,
Que igualmente de todos es temida
Desde que muertos en la tierra fria
A los hijos de Niobe dejó un dia.

Partenopeo por el campo andaba,
Con la poca experiencia mal osado,
Que el cazador caballo lo llevaba,
No bien al duro freno acostumbrado;
Y una manchada tigre le adornaba
Las espaldas, pendiendo á cada lado,
No sin primor, las uñas de la fiera,
Que oro fino parecen desde afuera.

De un jabalí el colmillo y blanco diente
Despojo de los montes, lleva al pecho,
Las clines entrenzadas, y en la frente
De varias cintas un copete hecho;
Y él, de púrpura, al sol resplandeciente,
Hecha de oro una flor de trecho á trecho,
Un rico manto lleva, que, ceñido
Al cuello, en las espaldas va tendido.

Túnica rica, en oro entretejida
(Que ocupó su hilaza y su hechura
Mucho tiempo á su madre), recogida
De un cordon tambien de oro á la cintura,
Y de un dorado talabarte asida
Rica espada, envainada en plata pura,
De oro es la guarnicion y el puño de oro,
Y todo tal, que vale un gran tesoro.

Pendiente al lado izquierdo el fuerte escudo,
Y la aljaba con flechas, de oro llenas,
A las espaldas, pero al pecho un ñudo
Hacen, de oro y de plata, sus cadenas;
Tanta plata, tanto oro y hierro crudo,
Al resplandor diferenciado apenas,
Forma el correr un murmurar sonoro,
Que causa horror, aunque de plata y oro.

Lleno de perlas por extremo bellas,
Responde el yelmo á lo demas de el traje,
Porqué en él resplandecen mill estrellas,
Que piedras son que al sol hacen ultraje;
Levántase, haciendo sombra en ellas,
Lleno tambien de piedras, un plumaje,
Hecho de varias plumas y colores,
Que de lejos al sol parecen flores.

Pero cuando se quita la celada
Para limpiar el rostro caluroso,
A la rubia madeja desatada
Esconde el sol la suya, de envidioso;
Cada mejilla, en el sudor bañada,
Rosa es, que mas alegre y mas hermoso
El rostro hace de el gallardo mozo,
Que aun se tiene el primer dorado bozo.

Mas pésale de ver que su belleza
Tan bien parezca á todos, y procura
Turbar con amenazas y aspereza,
Con ira y con furor, su hermosura;
Pero, como fingida, su fiereza
No mucho tiempo en el semblante dura,
Y el furor, como nuevo, fácilmente
Guarda el respeto á su nevada frente.

Suspenso á su beldad, cada tebano
Ir y tornar con libertad lo deja,
Y por no ensangrentar en él su mano,
A otra parte se vuelve y de él se aleja;
Y él, de ver que se apartan muy ufano,
Pensando que es de miedo, los aqueja,
Y paga aquella cortesía piadosa
Con una y otra flecha rigurosa.

Y aun las ninfas tebanas, que lo miran
Desde los valles de el Teumoso umbroso,
Su hermosura alaban, y suspiran,
Y en vano desean verlo vitorioso;
En fin, hombres y ninfas de él se admiran,
Porque el sudor lo hace mas hermoso;
Y la hermana de Febo, aquesto viendo,
Las riendas soltó al llanto, así diciendo:

«¡Ay, mal logrado mozo, que á ayudarte
En vano vengo! ¿Adónde tu Diana
Remedio hallará para librarte
Del hado y de la muerte, ya cercana?
¿Tanto pudo el amor de el fiero Marte?
¡Ay pródiga virtud! ¡Ay gloria vana!
Traidoras consejeras, que traerte
En tierna edad pudieron á la muerte.

»Que el Ménalo (creyendo sus engaños
Y sus falsas promesas lisonjeras)
Te era ya angosto, y para tantos daños
Lo trocaste por armas y banderas;
Y me acuerdo que en él no há muchos años
Que por el monte y cuevas de las fieras
No ibas seguro sin tu madre al lado,
Y aun era su arco para tí pesado.

»Y ella con tiernas lágrimas agora
Culpa tu temerario atrevimiento,
Y en tanto que ella en mis umbrales llora,
Alegre aquí tus flechas das al viento;
Y al son de la trompeta, que sonora
Es para tí, corriendo vas sin tiento,
Sin ver que si morir con honra quieres,
Para tu madre solamente mueres.»

Dijo; y en una nube transparente
Llegó volando adonde el mozo estaba,
Donde mas apretada está la gente,
Y mas reñida la batalla andaba;
Todas las flechas invisiblemente
Le hurtó, y en vez dellas, en la aljaba
Puso las suyas, porque siempre hiera,
Y siempre al que hiriere luego muera.

Y porque alguno (en tanto que la muerte
Y el hado irrevocable no lo llama)
Con flecha, dardo ó lanza no le acierte,
Un sagrado licor sobre él derrama;
Así lo hace mas osado y fuerte,
Porque deje al morir eterna fama,
Y tambien al caballo generoso
Hace con el licor mas animoso.

Y luego, porque vaya mas siguro
Mientras dura la vida y la osadía,
Sobre el licor aplica algun conjuro
De los que en Cólcos enseñar solia
Cuando con su favor al aire puro,
En el silencio de la noche fria,
Iban sus mangas con horror y espanto
Buscando yerbas para algun encanto.

Al punto, apriesa el arco sacudiendo,
Como rayo arrojado, abre camino,
Aquí y allí con libertad corriendo,
Conforme se le antoja á su destino;
Por donde quiera estrago va haciendo,
Usando mucho de el favor divino,
Y va tan ciego, que su propria vida,
La de su madre y de su gente olvida.

Como leon á quien manjar sangriento,
Por ser de poca edad, su madre lleva
Hasta tanto que tiene atrevimiento,
Que ve sus uñas y su fuerza prueba,
Sale á buscar él mismo su alimento,
Y luego no se acuerda de su cueva,
Que, viendo de manjar la tierra llena,
Se afrenta de comer por mano ajena.

¿Qué lengua contará, noble mancebo,
Los muchos que á tus flechas se han rendido
Despues que el celestial favor de nuevo
Te ha hecho mas furioso y atrevido?
Natural de Tanagria fué Corebo,
El primero en el cuello mal herido,
Que una jára subtil hallarlo pudo,
Pasando entre la gola y el escudo.

Aun no brotaba sangre la herida,
Y estaba el rostro ya de muerte lleno,
Que hasta adonde la alma está escondida
En un momento penetró el veneno;
La vista perdió luego, y ya sin vida,
Desocupa la silla y deja el freno;
Libre el caballo de su carga amada,
Gimió su libertad no deseada.

Con otra flecha Euricio quedó ciego,
Que por el ojo izquierdo entró ligera,
Y llena de él, con mano osada luego
La rigurosa flecha sacó afuera;
Corre á vengarse en el flechero griego,
Mas él la flecha sacudió tercera,
Y al otro ojo llegando en triste punto,
Quedó ciego del todo, aun no difunto.

Sigue, con todo aqueso, al enemigo
Por donde la memoria lo ha llevado;
Mas sobre Ida cayó, que era su amigo,
Y de otra flecha estaba atravesado;
Y corrido de ver que sin castigo
El que lo dejó á escuras se ha quedado,
A amigos y á enemigos igualmente
La muerte pide con obscura frente.

A Argos hiere tambien, muy conocido
Por su cabello en la ciudad tebana,
Y al infame Cidon, aborrecido
Por los torpes amores con su hermana;
Aqueste en ambas sienes fué herido,
Y descubrió la flecha de Diana,
Hierro por una y plumas por esotra,
Y la sangre salió por una y otra.

A Argos, á quien rompió la ingle derecha
La aguda punta, en vano le desea
Tébas la vida, pero no aprovecha,
Que no hay herida que mortal no sea;
De el gran rigor de la inhumana flecha
Nadie escaparse con industria crea,
Que ni á beldad ni á mocedad perdona
La flecha de la hija de Latona.

No á Lamo le aprovecha el ser hermoso,
Ni la sagrada venda á Ligdo importa,
Ni el ser muchacho á Alon, que el riguroso
Arco la vida á todos tres acorta;
A Lamo el duro hierro venenoso
Hirió en el rostro, á Ligdo el cuello corta,
Y al bello Alon en la nevada frente
Hizo de sangre una copiosa fuente.

De Euboea natural era el primero,
El sigundo de Tisbe, que nevada
Está lo mas de el año, y el tercero
De Amiclas, verde siempre y nunca helada;
Jamás el arco de templado acero
Descansa, ni la mano está parada,
Ni jamás flecha alguna sacudida
El viento rompe sin hacer herida.

Clavada apenas una flecha queda,
Cuando otra suena por el aire vago;
¿Quién pensara jamás que un arco pueda
Y una mano hacer tan grande estrago?
Tantos cuerpos por él la tierra hereda,
Que ya es de sangre un infelice lago,
Ya de este al otro lado se revuelve,
Ya á los que huyen sigue, y ya se vuelve.

Pero ya avergonzada mucha gente
Para vengar á tantos se juntaba,
Y Anfion, del mismo Jove descendiente,
Que el daño hasta entonces inoraba,
Dice primero así: «¿Tan insolente
Te ha de hacer un arco y una aljaba,
Oh mal osado mozo? ¿Hasta cuándo
Tan libre has de ir la muerte dilatando?

»¿Sola, en efeto, has de dejar, muriendo,
Tu madre triste, que te espera en vano,
Que con tal desvergüenza vas corriendo,
Porque nadie te espera muy ufano?
Si piensas que de miedo van huyendo,
Te has engañado, que ningun tebano,
De lástima, te espera, y se ahuyenta
Porque el reñir contigo sea afrenta.

»Vuélvete á Arcadia, y entre tus iguales
Allí juega á las guerras de burlando,
Que aquí de solo el polvo las señales
A Marte encruelecen peleando;
Pero si honrosas pompas funerales
Con tu temprana muerte estás buscando,
Haré que goces el honor que esperas,
Y que, aunque mozo, entre varones mueras.»

Con nueva furia el mozo despreciado
Dijo, sin esperar blasfemias nuevas:
«De varon son las armas que á mi lado
He traido al ejército de Tébas;
Ni tú eres tan valiente ó tan osado,
Que indignamente contra mi las muevas,
Ni yo tan jóven, aunque mas lo sea,
Que con tales recuse la pelea.

»Al sucesor de Arcadia estás mirando,
No de sangre tebana descendiente,
Ni de madre nacido que celando
El parto, en noche obscura hizo patente;
No adornamos, á Baco celebrando,
Ella ni yo de pámpanos la frente,
No lanzas á traicion tirar supimos,
Vencidos del licor de sus racimos.

»Yo aprendí en las corrientes mas estrechas
Cortar, nadando, el mas hondable rio,
Y en las cuevas del tiempo ya deshechas
Con las fieras entrar á desafio;
Mas ¿qué digo? Mi madre trae de flechas
Siempre tan lleno el hombro como el mio,
Y el arco es siempre alivio de sus males,
Mientras las vuestras tocan atabales.»

Tales afrentas Anfion no pudo
Sufrir, y apercebido á la venganza,
Del pecho aparta el brazo del escudo,
Y con el diestro le arrojó una lanza;
Empero el resplandor del hierro crudo,
Que herido del sol, mill rayos lanza,
Al caballo turbó, y torciendo el pecho,
Dejó pasar el asta sin provecho.

Viendo el efecto en vano, mas le embiste
Anfion con la espada, y mas le acosa,
Cuando de nueva forma se reviste
Dellante dellos la silvestre diosa.
Al lado del mancebo siempre asiste
Dorceo, á quien la madre piadosa
Del hijo encomendó los tiernos años,
Y de la guerra los temidos daños.

Deste tomó el semblante y la figura,
Las armas y la voz la diosa casta,
Y fingiendo del ayo la cordura,
«Basta, le dice, rey de Arcadia, basta;
Mira que en esta guerra mal sigura
Tanto como una flecha vuela un asta;
Ten lástima á tu madre en tantas pruebas,
Y teme el dios que favorece á Tébas.»

No por eso el temor en él se anida;
Antes dice: «Oh carísimo Dorceo,
Déjame que este prive de la vida,
Y otro bien que me hagas no deseo.
Si él lanza empuña y malla trae vestida,
De lanza y malla yo tambien me arreo;
¿Por qué le he de temer, pues que me hallo
Igual con él en armas y caballo?

»Colgar su rica vestidura espero
Del alto umbral del templo de Diana;
Porque los hombros de un tebano fieró
No merecen tanto oro y tanta grana;
Sus flechas á mi madre donar quiero,
A quien siempre el aljaba fué liviana.»
Diana, que el fin sabe de su hado,
Con risa el llanto, oyéndole, ha mezclado.

Vióla ocupada en esto, desde el cielo,
Vénus, que á Marte tiene en su presencia,
Y acordándole el grave desconsuelo
Que Tébas pasa en esta competencia,
Y que es Cadmo su yerno y que es agüelo
Desta comun de todos descendencia,
El dolor que en su pecho oculto tiene,
Con aquesta ocasion á decir viene.

«¿No ves, oh Marte, el loco atrevimiento
Desta virgen, que en serlo confiada,
En el campo ejercita tu ardimiento,
Sin temer tanta lanza y tanta espada?
Si á los nuestros ofrece fin sangriento,
Como si tu virtud le fuera dada,
Solo te falta ya, si á esto te obligas,
Que ella la guerra y tú las ciervas sigas.»

A las armas saltó ligero Marte,
De las justas querellas obligado,
Y por el aire vago al campo parte
De sola ira mortal acompañado;
Y á los demás furores de su parte
Que en la guerra trabajen ha dejado,
Y la diosa que oficio ajeno emprende
Con tales asperezas reprehende:

«No te ha dado á tí el Padre de los dioses
Poder sobre esta guerra, porque en ella
Tomes las armas y regirlas oses,
Que este no es ejercicio de doncella;
¿Con tu mano es razon qu'el campo acoses,
Donde la mia todo lo atropella?
Véte dél, y verás que no me igualas,
Pues donde Marte está no importa Pálas.»

Diana, oyendo el riguroso bando,
¿Qué ha de hacer, si con semblante fiero
Ve de una parte á Marte amenazando,
Y de otra ve el de Júpiter severo,
Y las parcas, que apriesa están hilando
De la vida del mozo el fin postrero?
Viendo que en vano á su remedio aspira,
Vencida de vergüenza se retira.

Luego de los tebanos escuadrones
El horrendo Driante se ha movido,
De la sangre heredero y las pasiones
De Orion, de Diana aborrecido;
Que aunque fueran los árcades leones,
No bastaran al odio envejecido
Con que en ellos vengar la muerte espera
Que dió á su abuelo la pisada fiera.

Con tanta furia sobre Arcadia viene,
Que á los primeros golpes, de turbados,
Ya mas de un pueblo capitan no tiene,
Y á mas de un capitan faltan soldados;
Mide el suelo la gente de Cilene,
Unos huyendo y otros derribados,
Y los que habitan el umbroso valle
De Tegea le ofrecen ancha calle.

Solo queda el mancebo, y solo espera,
Aunque cansado, ejecutar su ira
En el que á tantos da la muerte fiera;
Qu'esto no le acobarda, aunque le admira;
Va de escuadra en escuadra, y donde quiera
De su desgracia mill presagios mira,
Porque siempre delante dél asiste
La obscura sombra de la muerte triste.

Mira de su escuadron casi acabado
Que ya los raros compañeros cuenta,
Mira á Dorceo el verdadero al lado,
De quien en vano aconsejarse intenta;
Siente el hombro de flechas aliviado,
Y el peso de las armas que se aumenta;
Conoce que es muchacho, y no bastante
Contra la fuerza del feroz Driante.

Y viendo sobre sí grandeza tanta,
Nuevo temor se esparce por sus venas.
Cual blanco cisne que su muerte canta
Del frígido Estrimon en las arenas,
Si al águila que al cielo se levanta
Ve sobre sí, las garras de ira llenas,
Se encoge entre sus alas, y quisiera
Que allí se lo tragara la ribera;

Tal viendo el brazo del gigante fiero,
Que ya los golpes le descarga encima,
El horror, de la muerte mensajero,
Le encoge, le acobarda y desanima;
Y aunque robado su color primero
Con ver que en vano su remedio estima,
Las armas apercibe, el arco embraza,
Invocando á la diosa de la caza.

Y con fuerza mayor que antes solia
El cuerpo encorva y el temor desecha,
Y un brazo de otro tanto así desvia,
Que toca en los extremos de la flecha;
Cuando una lanza su contrario envía,
Cual torbellino, al arco tan derecha,
Que cortando la cuerda retorcida,
Le abrió en el hombro una mortal herida.

Floja con el dolor la diestra mano,
Suelta el arco y el freno juntamente,
Corre el caballo libre por el llano,
Mas no le dan lugar de que se ausente;
Que rechinando por el aire vano
Otra lanza, llegó tan de repente,
Que la huida del caballo estorba,
Cortándole una pierna por la corva.

Y de una y otra lanza sacudida
Apenas vió el efecto deseado
Driante, cuando ajeno de la vida
Lo vieron por el campo revolcado.
¡Caso extraño! sin golpe ni herida
Vino á morir quien tantos habia dado,
Y aunque es el hecho de su muerte incierto,
Bien sospechan las manos que le han muerto.

Luego al mozo de enmedio de la gente
Saca en hombros la suya cazadora;
¡Oh simple edad, que su dolor no siente,
Y del caballo la desgracia llora!
La celada le aflojan de la frente,
Y vese la beldad que Arcadia adora
Andar por sus faiciones fugitiva,
Sin hallar quien la albergue ó la reciba.

No la admite ya el oro del cabello,
Que enmarañado está y descolorido,
Ni el labio amortigado, antes tan bello,
Ni el mirar agradable, ya dormido;
Menos la admite el blanco pecho y cuello,
Que en un rio de sangre convertido,
A tierno llanto y compasion moviera
Al mas cruel tebano que le viera.

Soltó la flaca voz Partenopeo,
Y dijo, aunque en sollozos atajada:
«Yo muero ya, carísimo Dorceo;
Vé y consuela á mi madre desdichada;
Que ya por los presagios que en mi veo
No está inorante de mi muerte airada,
Que no es posible sino que algun dia
Soñando ha visto alguna sombra mia.

»Vé, y antes que le dés la triste nueva,
Entretenla y engáñala de suerte,
Que á muerte repentina no le mueva
El dolor repentino de mi muerte;
Y guárdate, si entonces armas lleva,
Cuando le cuentes mi desdicha; advierte
Que con la pena y el dolor tan fiero,
No guardará respeto al mensajero.

»Y dile, cuando ya forzoso sea
Confesarle mi muerte: ¡Oh madre triste!
Este justo castigo en mi se emplea,
Pues desprecié el consejo que me diste;
Cual rapaz me dispuse á la pelea
Qué tantas veces tú me defendiste,
Y con las mismas armas defendidas
No perdoné la tuya en tantas vidas.

»Vive ya, pues mi muerte te ha vengado
Del tiempo que te fui desobediente,
Y desecha el temor, que ya ha faltado
La ocasion, de ver tu hijo ausente,
Cuando desde Libeo en el collado
Llorabas mi partida tiernamente,
Hasta perder de vista y del oido
De mi escuadron el polvo y el ruido.

»Postrado estoy en esta tierra fria,
Sin gozar del regalo de tu pecho,
Adonde el mio descansar podria,
Ya sin aliento y sin valor deshecho;
Mas, pues quiere la triste suerte mia
Estemos tanto trecho en tanto estrecho,
De aqueste mi cabello gozar puedes,
Que ha sido un tiempo de las ninfas redes.

»Este cabello pues, que tú peinabas,
Y enmarañado ya, cortar consiento;
Este que á mi pesar aderezabas
Con mujeril tranzado y ornamento;
A este por el cuerpo que esperabas
Las exequias harás y monumento,
Y entre ellas, pues la prenda mejor pierdes,
Desto solo te ruego que te acuerdes:

»Que otro brazo mis dardos no ejercite,
Si en tirarlos no fuere ejercitado,
Ni de mis perros las traillas quite
Quien en cazar con perros no está usado;
Y este arco mio, que al primer embite
Fué en la primera guerra desdichado,
Herede el fuego, ó por mayor ejemplo,
De la ingrata Diana ocupe el templo.»

LIBRO DÉCIMO.

ARGUMENTO.

Con la noche se retiran los campos. Salen los tebanos á dar, con la oscuridad, en el real de los griegos. Las matronas de Argos hacen sacrificio á Juno. Baja la Diosa á la casa del Sueño. Mándale que adormezca á los tebanos. Obedécela el Sueño. Salen treinta y tres griegos animados por el sacerdote Tiodamante. Dan en el real de los tebanos dormidos. Hacen en ellos cruel estrago. Retíranse á su real. Quédanse dos dellos buscando los cuerpos de Tideo y de Partenopeo. Habiéndolos hallado, y volviendo con ellos, sáleles al encuentro un escuadron de tebanos, que matan al uño, y el otro se mata con su espada. Embisten los griegos la ciudad. Mueren muchos de ambas partes. Murmuran los tebanos de su rey. Consultan á Teresias, agorero ciego, el cual hace sacrificio á los dioses. Dice que muriendo el postrero decendiente de Cadmo se aplacará la guerra. Meneceo entiende por sí el agüero. Ofrécese al sacrificio. Quiérelo estorbar Creonte, su padre. El lo engaña, y súbese á la muralla, donde con su espada se atravesó el pecho. Capaneo anda furioso entre los tebanos. Sube al muro de Tebas. Blasfema contra los dioses. Ellos piden venganza á Júpiter, el cual le tiró un rayo, con que lo abrasa.

La noche por las puertas del oriente,
Con mayor brevedad que antes solia,
Cubrió la luz del sol resplandeciente,
Que Júpiter mandó abreviar el dia;
Mas no para mostrarse mas clemente
De la griega ó tebana compañía,
Sino por ver á tantos forasteros
Ensangrentar sin culpa los aceros.

De sangre, armas, caballos y heridos
Mostróse al punto la campaña llena,
En que entraron soberbios y atrevidos,
Mas ya desiertos en la seca arena.
Dejan los cuerpos muertos desparcidos,
Sin sepultarlos, como á causa ajena;
Su mismo brazo alguno, ó pié cortado,
Por retirarse se dejó olvidado.

Y luego á las banderas destrozadas,
Rotas con el nublado de las flechas,
Las unas y otras gentes, afrentadas,
Recorrieron sus haces ya deshechas;
Diéronles al volver anchas entradas
Las puertas, que al salir fueron estrechas,
Y despues de unos y otros recogidos,
Iguales se escucharon los gemidos.

Mas tiene por solaz de sus afanes
El tebano en aquestos alborotos
Ver que perdidos van sin capitanes
Cuatro escuadrones de los griegos rotos;
Cual naves combatidas de huracanes,
Sin velas, sin gobierno de pilotos,
De cuyos viudos destrozados leños
La tempestad y el hado son los dueños.

Tomó de aquí el tebano mas aliento,
No ya de repararse de sus males,
Mas de seguir con nuevo atrevimiento
Del fugitivo griego los reales,
Porque volver no pueda tan contento
A pisar de Micénas los umbrales;
Y del secreto aviso con cautela
Fué la voz de una en otra centinela.

Salir al caso en esta noche oscura
Tocó por suerte al capitan Megeo,
Y de su voluntad, que honor procura,
Alico acompañarle en el trofeo;
Y cual si el tiempo que la noche dura
Fuese de una olimpiada el rodeo,
De armas, lumbres, comidas y soldados
Salen tan prevenidos como osados.

Aprueba el Rey del hecho la osadía;
Y les dice: «Oh tebanos vencedores,
Durar no pueden desta noche fria
Las tinieblas, amigas de temores,
Ni está léjos la clara luz del dia,
Cuyos trabajos no serán mayores;
Igualad vuestros ánimos al hecho,
Cual si llevareis dioses en el pecho.

»Ya de sus haces las mejores dellas
Habeis postrado, y por el suelo alerna
Ya de Tideo cesan las querellas,
De que el infierno os da venganza eterna;
Del que juzgaba, viendo las estrellas,
Lo que por ellas Júpiter gobierna,
Ya visteis, con su muerte arrebatada,
Cómo la muerte se quedó pasmada.

»De Hipomedonte falta el bravo aliento,
Que á Ismeno enriqueció las espadañas;
Falta el jóven de Arcadia, aunque me afrento
Con esta acrecentar vuestras hazañas;
En las manos teneis el vencimiento,
Pues de siete naciones tan extrañas,
Ya de los cuatro capitanes dellas
No resplandecen las celadas bellas.

»Por dicha, en las escuadras que han quedado
Hay que temer en todo el campo aqueo,
¿Daráos de Adrasto la vejez cuidado,
O de mi hermano el juvenil deseo,
O temerá vuestro valor osado
Al insano furor de Capaneo?
Id, no temais, volá, y a sangre y fuego
Seguí el alcance al fugitivo griego.

»A un campo destrozado un campo entero
Acometeis, y en una noche corta
Sus despojos por vuestros considero;
Hacienda vuestra es, guardarla importa.»
Tal supo el Rey decirles lisonjero,
Y con tales palabras los exhorta,
Que con nuevo furor y fuerza nueva
El pasado trabajo se renueva.

Y tales como estaban, polvorosos,
De tanta sangre y de sudor cubiertos,
Revolvieron los pasos presurosos,
Dando apenas lugar á sus conciertos;
Los abrazos desechan amorosos
De los que ya los esperaban muertos,
Y volviendo la espalda al mas amigo,
Cercan de fuego el valle al enemigo.

Tal de hambrientos lobos la manada,
Que á todo, de la hambre atrevimiento,
Busca por varios campos la majada,
Donde oyó del cordero el tierno acento;
Mas su esperanza se halló frustrada,
Que está cerrado el pastoral asiento;
Y así, en la piedra que d'entrar le excluye
Sus uñas rompe y dientes desmenuye.

Y en tanto, con humildes sacrificios
Haciendo á Juno ofrecimientos largos,
De las aras de Pélope en los quicios
Se ven postradas las matronas de Argos;
De su templo le acuerdan los servicios,
Y á vuelta de sus llantos tan amargos,
Enseñan á sus hijos que en las tallas
De las puertas abracen las medallas.

Suplican que á los griegos escuadrones
Libres volver permita á sus lugares,
Y aunque el dia faltó á sus devociones,
Nunca el fuego faltó de sus altares;
Que veladoras llamas en blandones
Vencieron de la noche los pesares,
Tal, que aunque oscura con la luz que habia,
Solo en el llanto noche parecia.

De blanca tela, de oro recamada,
A quien hace la púrpura mas bella,
Obra que ni tejida ni labrada
Se vido en canastillo de doncella,
Ni mano que no fuese de casada
Supo en tres años dar puntada en ella,
Humildes ofrecieron rico manto,
Por casto velo, al simulacro santo.

Pintada allí la Diosa soberana
Se ve de tierna edad, tan vergonzosa,
Que parece que teme, siendo hermana
De Júpiter, venir á ser esposa
De quien, aunque en edad tambien temprana,
Baja el rostro al regalo desdeñosa,
Y dél aun no ofendida, se desvia,
Que dirán que ella huye y que él porfía.

Deste precioso manto, deste velo
La santa imágen de marfil cubriendo,
«Reina, le dicen, del cidéreo cielo,
Que nuestro tierno llanto estás oyendo,
Mira de Tébas el infame suelo,
Que fué de concubinas mónstruo horrendo;
Y pues que puedes, de otro rayo airado
Perezca, cual la madre de tu alnado.»

Confusa Juno en esta diferencia,
De tantos dones obligada, á ruegos,
Y que no hay que esperar en la clemencia
De Júpiter, contrario de sus griegos,
Ni hallando en los hados resistencia,
De la venganza ejecutores ciegos,
El caso le ofreció nueva cautela,
Mirando el valle del tebano en vela.

Y viendo que su ánimo inmudable
Al descanso ni al sueño no perdona,
De ira estremece el rostro venerable,
Que estuvo por caerse la corona;
No en el parto de Alcides indomable
Mostró tan ofendida su persona,
Ni cuando de las dos tebanas bellas
Vido la sucesion en las estrellas.

Al fin, del flojo sueño en la dulzura
Determina ligarlos, de manera
Que sea de sus vidas sepultura
El que descanso de sus vidas fuera;
Y á su Iris en esta conjuntura
Manda lo que ha de hacer, y que ligera,
Porque su intento mas efecto tenga,
De sus arcos y cercos se prevenga.

El mandato obedece, y al instante
Deja la Diosa clara las estrellas,
Y su arco, entre las nubes arrogante,
Opone al sol, que va huyendo dellas;
Al cielo llega el chapitel triunfante,
Cuyas molduras son de listas bellas,
Y en la tierra las basas alargando,
Por ellas se desliza relumbrando.

En una selva oscura y tenebrosa
De espesas ramas y confusas breñas,
De quien la clara luz del sol hermosa
Ni otra estrella jamás pudo dar señas,
Se dilata una cueva temerosa,
Minando un monte por cavadas peñas,
Hácia la parte que la noche oscura
En negro lecho descansar procura.

Aquí del flojo sueño la morada
Labró, flojá tambien, naturaleza,
Cuya puerta, al reposo encomendada,
Vela, aunque soñolienta, la pereza;
Mudo el ocio y olvido está á la entrada,
Defendiendo á los vientos la aspereza,
Y el silencio, las alas encogiendo,
Estorba de las ramas el estruendo.

No se oye aquí de pájaros cantores
El dulce canto, que aunque dulce, ofende,
Ni del mar inquieto los rumores
Cuando en las peñas embestir pretende;
No los rayos del cielo tronadores,
Y el rio que con mas furor desciende
Y los campos del sueño fertiliza,
Durmiendo, por peñascos se desliza.

La yerba que produce y alimenta,
De un soñoliento espíritu vencida,
En la raiz apenas se sustenta,
Y al suelo inclina la cerviz dormida;
Negro ganado della se apacienta,
De quien á veces por dormir se olvida;
Tal es la fuerza del lugar y el dueño,
Que deja el pasto por gozar del sueño.

El sueño pues aquí, de olvido lleno,
Sin ocupar el corazon baldío,
De la caverna cóncava en el seno,
Ocupa echado el siempre albergue frio;
De estar tan perezoso en el terreno,
No está el estrado de calor vacío;
Que del vestido y flores del estrado
Exhala sueño de calor pesado.

En la siniestra mano sustentando
Está el cabello y rostro perezoso,
Negro vapor del pecho resollando,
Que mas ofusca el sitio tenebroso;
Y el cuerno, con que infunde el sueño blando,
Que en la diestra apretaba cuidadoso,
Caer deja en la tierra, y dél se olvida
El flojo brazo y mano adormecida.

Diversos sueños, falsos, verdaderos,
Alegres, tristes, blandos y pesados,
Unos se ven volando muy ligeros,
Y otros por las paredes arrimados;
De la noche los ciegos compañeros,
Oscuridad, temor, horror, nublados,
Temiendo el resplandor de la luz nueva,
Atapan los resquicios de la cueva.

Aquí llegó la Diosa refulgente,
El campo matizando de colores,
Y el triste bosque, que venir la siente,
Risueño se mostró á sus resplandores;
La oscura cueva de dormida gente
Casa parece ya de veladores,
Con el reflejo de una y otra cinta,
Que el sitio alegra y los peñascos pinta.

Mas ni la luz que repentina asalta,
Ni el rechinar á la cerrada puerta,
Ni la voz de la Diosa, aunque mas alta,
El sueño de su sueño le despierta;
Así se está, que no se sobresalta,
No hay voz, rumor ni luz que lo divierta,
Hasta que en lleno, con sus rayos bellos
Le rompió de los párpados los sellos.

Él, levantado perezosamente,
La vista apenas en la luz repara,
Cuando, solo en aquesto diligente,
Con ambas manos se cubrió la cara;
Quiso mover la lengua airadamente,
Y ronco acento fué su voz mas clara,
Volvióse de otro lado, y al instante
Así habló la hija de Taumante:

«Dulce sueño, á los dioses agradable,
La rubia engendradora del granizo,
Que mas de un sueño en noche deleitable
Perder con varias tempestades hizo,
Manda que al pueblo y gente detestable
Que al insolente Cadmo satisfizo,
Que desvelados trazan sus enojos,
De sueño agraves los despiertos ojos.

»Que apenas tienen hoy el brazo enjuto
De la sangre de griegos derramada,
Y contra ellos, negándote el tributo,
De noche van con veladora espada;
El mandato de Juno es absoluto,
Y ruega al fin la que ha de ser rogada;
Pues que puedes, no es mucho obedecella,
Y tendrás grato á Júpiter por ella.»

Dijo; y porque su voz no en balde sea,
Estremecióle el cuerpo soñoliento,
Y él, aun no bien despierto, cabecea
Por señas que hará su mandamiento;
Parte la Diosa, y al salir recrea
La selva oscura, serenando el viento,
Aunque, del poco tiempo que allí ha estado,
Con menos luz y vuelo mas pesado.

Y él, su pié volador acelerando,
Por infundir su sueño á sueño suelto,
Los tiempos mas airosos invocando,
Se fué en la capa del invierno envuelto;
El cielo con silencio penetrando
Pasa, en confusa oscuridad resuelto,
Y sobre el campo del tebano vuela,
Que contra el griego en vano se desvela.

Quédanse las palabras comenzadas
De muchos que hablando se adormecen,
Porque ya las pestañas mas delgadas
Son nieblas que los ojos escurecen;
No hay lanzas en las manos apretadas,
Ni en las cabezas yelmos resplandecen;
Que el suelo aquellas miden sin provecho,
Y á aquestos baja el flojo cuello al pecho.

Poco á poco el rumor se va perdiendo,
Ya todo está en silencio convertido,
La antorcha mas lucida que está ardiendo,
Su luz cubierta de cenizas vido;
Y de la trompa el sonoroso estruendo,
A no estar el trompeta ya dormido,
No incita ya caballo ó caballero;
Que pesa mas el sueño que el acero.

No todos los efectos son iguales
Que con su blanda fuerza infunde el sueño,
Pues con estar tan cerca los reales,
Solo al tebano ofrezca su beleño;
Vela el griego, olvidado de sus males,
Hecho del campo y de las armas dueño,
Con que soberbio, de la noche oscura
Blasfema porque el dia no apresura.

En tanto, de los dioses incitado,
De un nuevo horror se enviste Tiodamante,
Que le compele á descubrir del hado
El fin de que su gente está ignorante;
O que Juno este espíritu le ha dado
Porque de Tébas las ruinas cante,
O que obligado al sacerdote nuevo,
Nuevo furor le estimulase Febo.

En medio se presenta de la gente
Con temerosa voz y aspecto grave,
Rebosando del pecho impaciente
Del Dios la furia, porque en él no cabe;
En su rostro el furor está patente,
Que sangre á sus mejillas dar no sabe,
Aquí y allí mirando, y por la espalda
Suelto el cabello, azota la guirnalda.

Así llegó furioso el adivino
Al pabellon de Adrasto, que cercado
Está de tanta insignia, que ayer vino
En las manos de un rey y hoy de un soldado;
Donde, si contra el fin de su destino
Consejo puede haber, el viejo osado,
Aunque el estrozo suyo ve patente,
Consulta en vano la perdida gente.

Cércanle á la redonda los varones,
Que por deudos pretenden mas cercanos
Heredar de los muertos los pendones,
Que no pensaron verse en tales manos;
Y aunque rigen los güérfanos bastones
Que gobernaron reyes, y aunque ufanos
Se ven crecer en dignidad tan alta,
Al fin les duele el capitan que falta.

No de otra suerte en la perdida nave,
Por muerte del patron, aunque remoto,
Sucede á gobernarla el que mas sabe,
Y á veces un grumete por piloto;
Que no le desobliga el cargo grave
A regir con cuidado el leño roto,
Aunque se ve inferior al muerto dueño,
Y aunque la chusma acude tarde al leño.

Y puesto en medio el cónclave, levanta
La voz el agorero alegremente;
«Del cielo, dice, alguna deidad santa
Me manda que os avise, griega gente;
Ajena es de mi pecho fuerza tanta,
De aquel dios es la furia y el torrente,
De quien la toca y el laurel sagrado
Ceñí con vuestro aplauso y con su agrado.

»Para un hermoso engaño, un alto hecho,
Noche es aquesta fértil y oportuna,
A que os llama el valor de vuestro pecho,
Y solo pide manos la fortuna;
Pagando está el tebano su derecho
Al sueño, libre de asechanza alguna;
Agora es tiempo, agora se podria
Vengar la injuria del pasado dia.

»Arrebatad las armas en la mano,
Las coronas vengad, de rey desiertas,
Romped por las trincheas á ese llano,
Si estorbo os hacen al salir las puertas;
Podréis dar al amigo y al hermano
En vivas llamas sepulturas ciertas;
Que hoy aun fuera razon que se hiciera,
Por mas contraria que la suerte fuera.

»Y juro por las mesas de oro puro,
Donde recibe el sacrificio Febo,
Y por el fin de mi maestro juro,
Que fué en el mundo extraordinario y nuevo,
Que vi, volviendo del tebano muro,
En favor del disinio adonde os llevo,
Sereno el cielo, ó el aire retozando,
Y diestras aves sobre mí volando.

»Empero agora estoy certificado
Del fin que este presagio me asegura;
Que el mismo Anfiarao me ha hablado
En el silencio de esta noche oscura;
El mismo, que cual vistes ser tragado,
Lo volvió á vomitar la tierra dura;
Solo su carro no parece; él mismo,
Tiznado con las sombras del abismo.

»No de vanas fantasmas son antojos,
Ni os cuento de algun sueño el fin prolijo,
Que abiertos como agora están mis ojos,
En ellos vide su semblante fijo;
—¿Tú permites perder tales despojos
Del campo griego, airadamente dijo,
Y ves la sangre que al tebano cuesta,
Y que se pase noche como aquesta?

»¿Estos son los secretos que tú sueles
Del cielo escudriñar, de mí enseñado?
No es bien que el aire midas y niveles
De las aves el vuelo acelerado;
Vuélveme mis coronas y laureles,
Y vuélveme los dioses que te he dado,
Si con tanto descuido (cuando importa)
El hado ignoras de una noche corta.

»Vé pues, y de valor apercibido,
Procura, dijo, al menos mi venganza.
Y si la vista engaño no ha tenido,
Diré que contra mí vibró su lanza,
Y que hasta aquí en su carro me ha seguido,
Que excede de los vientos la tardanza,
Donde temo, si el carro entrar no pudo,
Ser de su lanza voladora escudo.

»Por tanto usad con pechos valerosos
de la ocasion que el cielo os encomienda;
Que no con enemigos cuidadosos,
Mas con gente dormida, es la contienda;
Ensangrentad los brazos poderosos,
Que no hay quien os lo estorbe ó lo defienda;
Que al son que duerme el campo descuidado
Duerme la guerra y duerme Marte airado.

»¿Habrá aquí por ventura algun argivo
A quien la fama á engrandecer comience,
Que mientras da lugar el hado esquivo,
Tal gloria de perder no se avergüence?
El vuelo de las aves fugitivo
Otra vez veo ya que me convence,
Y otra vez me amenaza mi maestro;
Solo me voy sin el socorro vuestro.»

Con tales voces rompe el adivino
De la noche el silencio, y va deshecho,
Como si á todos el furor divino
De un mismo dios les inflamara el pecho,
Siguen tras dél, á fuerza del destino,
Que todo el campo les parece estrecho,
Y aunque el suceso ó bueno ó malo sea,
Quieren acompañarle en la pelea.

Treinta escogió de todos solamente,
Los mas fuertes soldados y lucidos;
Brama la juventud con pecho ardiente,
De ver que ellos no son los escogidos.
«¿Que en el real nos dejen se consiente,
Dicen unos, al ocio vil rendidos?»
Otros: «¿Que ha merecido aqueste ultraje
Mis hechos y el valor de mi linaje?»

Otros quieren que á suertes se remitan;
Otros, que á la eleccion, que es mas segura;
«Suertes, al punto en todo el campo gritan,
Y vaya cada cual por su ventura.»
Y de ver el valor con que se incitan
Se alegra Adrasto, aunque estorbar procura
El fin que teme en competencia tanta,
Y animoso entre todos se levanta.

Cual se alegra de Fole en el collado
Sábio pastor que yeguas apacienta,
A quien la primavera ha renovado
De lozanos potrillos larga cuenta,
De verlos retozando por el prado,
Que uno salta las peñas y otro intenta,
Nadando, ir á pacer otra ribera,
Y otro exceder al padre en la carrera,

Y ocioso está, entre sí considerando,
Conforme en cada uno ve el sugeto,
Cuál tomará mejor el yugo blando
Y cuál tendrá la silla mas quieto;
Cuál saldrá tras la trompa relinchando,
Como nacido para aqueste efeto;
Cuál ganará, corriendo con mas brios,
La palma en los pisanos desafíos.

Tal se alegra con estas divisiones
El viejo Adrasto el campo ver revuelto,
Porque de allí colige, en sus varones,
Cuál será en las impresas mas resuelto;
Y no poniendo al hecho dilaciones,
Dijo, teniendo al cielo el rostro vuelto:
«¿Es posible, deidades celestiales,
Que os acordais tan tarde de mis males?

»En esta sedicion, este alboroto,
Que es señal de un valor esclarecido,
¿Virtud puede quedarle á un campo roto,
¿Sangre le queda, habiéndola vertido?
Y que estando de airarse tan remoto,
De fuerzas y valor enflaquecido,
¿Posible es que á la venganza aspira
Y le dura en los ánimos la ira?

»Alabo el ofrecido beneficio,
Generosos mancebos, y me agrada
Tan noble competencia, que es indicio
Del heróico valor de vuestra espada;
Mas no es negocio aqueste de bullicio,
Que ordenamos secreta la celada;
Y cuando se fabrica oculto engaño
Siempre la multitud ha hecho daño.

»No entre las nieblas de una noche oscura
Cubrais el resplandor de vuestro acero;
Véalo el sol bañado en sangre pura,
Quien relucir al sol lo vió primero;
Guardáos para mas alta coyuntura,
Dejad que llegue el dia venidero,
Donde, sin excepcion, todos irémos;
Que en público es razon que peleemos.»

Así la ardiente juventud reprime,
Templando sus airados movimientos,
Cual en su cueva alborotada oprime
Al Euro ó Noto el padre de los vientos;
Que aunque reviente el uno, el otro gime
Por salir á turbar los elementos;
Volver los hace al centro mas oscuro,
Cerrando el paso de un peñasco duro.

Luego eligió el Profeta nuevamente
(Sobre los treinta que escogido habia)
Á Agileo, de Alcides decendiente,
Y al valeroso Artor en compañía;
Aquel, si este se precia de elocuente,
No ser menos que el padre se gloria,
Y entre los tres á cada diez reparte,
Como si fueran treinta mil de parte.

Tal va á la nueva guerra confiado,
Que (aunque pequeño) su escuadron pudiera
Poner al enemigo en gran cuidado,
Supuesto que aun dormido no estuviera.
Las verdes hojas de laurel sagrado,
Honor de su peinada cabellera,
Porque le estorban, la celada quita,
Y en las manos de Adrasto deposita.

Y por honrarle con mayor trofeo
Le vistió Polinice su loriga:
A Artor ciñió su espada Capaneo,
Con cuyo grave peso se fatiga,
Y él no quiso salir aqueste empleo,
Teniendo por afrenta que se diga
Que acometerlos con engaño intenta,
Ó que él hiciese de los dioses cuenta.

Agileo las armas que llevaba
Trocó por las que Nomio se vestia;
Que aunque el arco es de Alcídes y el aljaba,
De noche ¿qué valdrá su punteria?
Salen al fin con arrogancia brava,
Y por si acaso el rechinar se oia
De las herradas puertas y cadenas,
Saltaron del vallado las almenas.

Pero á poca distancia comenzaron
A descubrir riquísimos despojos
De muchos que tendidos encontraron,
Con el sueño olvidando sus enojos;
Cual muertos á cuchillo los juzgaron,
Y tan sin alma ya como sin ojos;
Lo cual mirando el sacerdote sábio,
Dijo á los suyos con callado labio:

«Ea, amigos, ya es tiempo: adonde quiera
Haced sin piedad cruel matanza;
Si hambre os mueve de venganza fiera,
Buen campo se os ofrece de venganza.
Ruego al cielo que piadoso quiera
Que igualeis con las obras la esperanza,
Llenando de los dioses el deseo,
Que en vuestra ayuda favorable veo.

»Un campo en ocio torpe soñoliento
Se os ofrece á la vista; ¡oh qué vergüenza
Que á cercarnos tuviese atrevimiento
Gente dormida, y no haya quien la venza!
Que estos...» dijo; y faltando el sufrimiento,
Con mano airada á desnudar comienza
La espada, que cual rayo ha parecido
Sobre el real, mas muerto que dormido.

¿Quién de los muertos el horrendo estrago
Podrá contar, ó el nombre de los muertos,
A quien dió de su sueño el justo pago,
Quedando antes sin almas que despiertos?
Aquí y allí de sangre hace un lago
De pechos mil hasta la espalda abiertos,
Y en las celadas encerrado deja
El resuello de muchos, vuelto en queja.

Clava en la tierra al que en la tierra echado
Está, y al que en su escudo, en el escudo
Deja, en su misma lanza atravesado
Al que la lanza sustentar no pudo,
Y al que, entre vino y armas sepultado,
Sueña que está hablando, deja mudo,
Y vuelan los espíritus desiertos,
Manchados en la sangre de sus muertos.

Del modo que el vil sueño les ha hecho
Tomar la posesion del suelo duro,
Tendido ó recostado sobre el pecho,
Ninguno de la muerte está seguro:
Que Juno, que á su lado está derecho,
Y armada rompe por el aire puro,
Le muestra las personas una á una,
Sacudiendo los rayos de la luna.

Siente, aunque cela el gozo soberano,
Tiodamante á Juno en la celada;
Ya mueve tarde la homicida mano,
Ya corta el filo menos de su espada;
Y extendiendo la vista por el llano,
Del próspero suceso empalagada,
No ve el destrozo hecho, aunque lo mira,
Ciego con el nublado de la ira.

Cual tigre que rabioso estrago ha hecho
En la manada de novillos nueva,
Las bellas manchas del pintado pecho
Ensuciando en la sangre, en que se ceba,
Que en viendo que su rabia ha satisfecho,
Como le sobra sangre, mas que beba,
Mas carne que destroce y mas ganado,
Le pesa que la hambre le ha faltado.

Tal, despues que en los míseros tebanos
Tan gran destrozo el sacerdote mira,
De no tener cien brazos y cien manos
Con que ejecute su furor, suspira.
Parécenle sus golpes muy livianos,
Por ser gente dormida á quien los tira;
Y ya enfadado, por su honor quisiera
Que todo el campo de despiertos fuera.

Por otra parte, el sucesor valiente
De Alcídes, y por otra Artor osado,
Van asolando la dormida gente,
De sus diez cada uno acompañado;
Cubre ya de la sangre la creciente
La verde yerba, empantanando el prado;
Ni hay tienda en el real que esté segura
Donde el caliente arroyo se apresura.

Brota la tierra humo denegrido
De la encendida sangre que se vierte,
Y del calor que igual ha producido
El resuello del sueño y de la muerte;
No hay quien abra los ojos al ruido,
Tan cerrados los tiene el sueño fuerte;
Y si alguno los párpados despega,
Es cuando ya la airada muerte llega.

Desvelado entre todos Alimeno,
Esta noche su cítara ha traido,
La última que estrellas vió al sereno,
Y nunca mas del sol los rayos vido.
Un himno comenzó la voz en lleno;
Mas, del dios soñoliento compelido,
El himno deja, y en la lira carga
Del flojo cuello la pesada carga.

Mas llegó sobre el músico tebano
La lanza de Agileo, como el viento,
Que atravesado lo dejó en el llano,
Y al pecho el hierro pareció sangriento;
Clavó la punta la derecha mano,
Cargada sobre el cóncavo instrumento;
Tembló el asta, y el brazo estremeciendo,
Tocó las cuerdas, y murió tañendo.

Las mesas, de que hicieron almohada,
Ciegos del soñoliento desatino,
Se manchan de la sangre derramada,
Que sin órden se mezcla con el vino;
Y alguno que vació copa colmada,
Tan cerca della á recostarse vino,
Que por la herida el vino, hecho un rio,
Volvió á colmar el vaso, ya vacío.

A Tamiro pasó de parte á parte,
Abrazado á su hermano, Artor valiente;
De Hedo Tago las espaldas parte,
Sin respetar su coronada frente;
De Ebro al infierno el alma alegre parte,
Porque Danao de un golpe dulcemente
El cuello á cercen le quitó y la vida,
Que no sintió el dolor de la herida.

Palpeto, por gozar de cama fria,
Debajo de su carro está durmiendo,
Y resollando, estremecer hacia
Los caballos, que cerca están paciendo;
Y como el vino que en su pecho ardia
Le estaba por la boca revertiendo,
Por la garganta á aquel licor nocivo
Abrió una fuente el sacerdote argivo.

La sangre despidió por la rotura
El vino, en la garganta represado,
Y haciendo sangre y vino una mixtura,
Quedó el resuello entre los dos helado;
Que á Tébas via envuelta en niebla oscura
Soñaba por ventura el desdichado,
Y al sacerdote, que furioso andaba,
Cuando llegó el presagio que soñaba.

Tres partes de la noche habian pasado,
Y ya las nubes sin preñez se vian,
Y con el resplandor acostumbrado
No todas las estrellas relucian;
De Bootes el carro, aunque pesado,
Apriesa los caballos escondian;
Tiempo faltaba ya, y faltaba gente
En que el griego sus manos ensangriente.

Cuando Artor, en los daños prevenido,
«Basta ya, basta, dijo, Tiodamante,
El gozo no esperado que ha tenido
El griego de una noche en el instante;
No sé quién de la muerte haya huido
En todo este escuadron que ves delante,
Sino es aquel de quien huyó la muerte,
Por ser de infame y miserable suerte.

»Pon límite á la ira en tantos males,
Y piensa, aunque el suceso te embravece,
Que no falta en los dioses celestiales
Quien á la airada Tébas favorece;
No pueden ser las suertes siempre iguales,
Menguar tiene sin duda la que crece,
Y en la ocasion mejor podrán dejarte
Los dioses que ahora tienes de tu parte.»

Luego obedece, y levantando al cielo
Las manos, de la sangre humedecidas,
«Desta tu noche, oh gran señor de Delo,
Recibe, dijo, en premio tantas vidas;
Si nó con la pureza que yo suelo,
O con lavadas manos ofrecidas,
Cual de un soldado estima aquesta empresa,
O de un fiel ministro de tu mesa.

»Si nunca desdeñé tu mandamiento,
Si siempre á tu obediencia estuve atado,
Vén muchas veces, Febo, á darme aliento,
Rompa mi pecho tu furor sagrado;
Recibe agora aqueste honor sangriento
De estas armas y campo destrozado,
Que cuando ciña mi preciosa venda
Yo te prometo mejorar la ofrenda.

»Y si á mi patria alegre me llevares,
En tu templo, en lugar destas ofertas,
Cuantas armas sin dueño aquí hallares,
Cuantas personas á mis manos muertas,
Tantos toros verás en tus altares,
Tantos dones colgados de tus puertas.»
Dijo; y alegre d'entre los aceros
Sacó los victoriosos compañeros.

Vino en los treinta el calidonio Hopleo
Y Dimante, en Arcadia respetado,
De servir á sus reyes con deseo,
Y de sus reyes cada uno amado;
Mas viendo de sus muertes el trofeo,
La vida les ofende en igual grado,
Y dando de su pena testimonio,
Así incita al de Arcadia el calidonio:

«¿Es posible que no te da cuidado
Dejar tu muerto rey en un disierto,
A quien perros habrán despedazado,
Y aves de nuevo el tierno pecho abierto?
¿Cómo podréis, si á vuestro rey amado
No llevais los de Arcadia, ó vivo ó muerto,
De su madre templar los llantos tristes,
Cuando os demande el rey que recibistes?

»No es tan tierno Tideo, ni la muerte
Le alcanzó, como al vuestro, en tiernos años,
Que aunque así se quedara, el cuerpo fuerte
Pudiera resistir mayores daños;
Mas no le dejaré de aquesta suerte
Sin sepulcro entre bárbaros extraños;
Que me acusa el honor y el pecho inflama
El amor que le tuve, que me llama.

»Ir quiero escudriñando paso á paso
Todo el sangriento campo, y te aseguro
De no volver atrás, sin él, un paso,
Aunque de Tébas atraviese el muro.»
«Basta, le replicó Dimante, paso;
Que por la luz de las estrellas juro,
Y el alma de mi rey, sagrada y pia,
Que ese mismo cuidado me encendia.

»Teníame el dolor acobardado,
Y buscaba un amigo verdadero
Con quien ir; mas teniéndote á mi lado,
Agora iré delante yo el primero.»
Y el camino comienza confiado
En fe del piadoso compañero,
Y el triste rostro alzando á las estrellas,
Así dijo á la mas luciente de ellas:

«Cintia, que de la noche mas escura
Los secretos descubre tu luz clara,
Si en tres formas nos muestras tu figura,
Y al bosque vas con diferente cara,
Aquel tu compañero en la espesura,
Aquel tu jóven á quien fuiste cara,
Buscando estoy; agora solamente
Tu rayo alarga entre esta muerta gente.»

Luego encendió la cazadora bella
De viva luz su rostro sacrosanto,
Su carro inclina al suelo y atrás ella,
Nubes rompiendo de la noche el manto,
Y desasiendo un cuerno de su estrella,
Le muestra el cuerpo deseado tanto;
Vese el campo de Tébas á su lumbre,
Y del excelso Citeron la cumbre.

No de otra suerte vió su luz que cuando
En noche oscura, tenebrosa y fria,
El cielo rompe Júpiter tronando,
Con que le hace que parezca dia;
Y las confusas nubes apartando
Al breve resplandor que el rayo invia,
No hay estrella en el cielo que se esconda
Ni cosa que se encubra á la redonda.

Hopleo, de la luz misma ayudado,
Conoció al resplandor á su Tideo;
Señas se hicieron luego que han hallado
El bien que pretendia su deseo;
Cárgase cada uno el peso amado,
Y con el gozo de tan gran trofeo
Los cargos se les hacen muy pequeños,
Cual si llevaran vivos á sus dueños.

Y sin osar hablar palabra alguna
Ni suspirar, por no hacer estruendo,
Por el triste silencio de la luna,
Callando, á largo paso van corriendo;
Del dia (cuya luz es importuna)
Y del sol la venida están temiendo;
Pésales que se acaben las tinieblas
Y ver descoloridas ya las nieblas.

¡Oh hados, enemigos capitales!
Oh fortuna, enemiga de piadosos,
Raras veces á hechos inmortales
Acompañar supisteis, de invidiosos;
Ya vian de sus griegos los reales,
Ya al parecer llegaban animosos,
Sintiendo ya en los piés, de polvo llenos,
Menos cansancio, y en los hombros menos.

Cuando entre polvo un súbito ruido
Oyeron á la espalda resonando,
De Anfion, que con gritos y alarido
Venia sus caballos alentando;
Por suerte aquesta noche le ha cabido
El campo griego visitar velando,
Y aquí llegó descaminado acaso
Cuando huye la noche á largo paso.

Y como aun no la luz resplandecia,
No sé qué devisó confusamente,
Y aunque dudoso, en ver que se movia,
Le parecieron bultos de repente;
«Tened el paso, á voces les decia,
Quien quiera que seais, si amiga gente
Y si enemiga, detenerlo agora
Os hará aquesta lanza voladora.»

Ser enemigos conoció al momento,
Mas aunque amenazados, no dejaban
De andar, no por ponerse en salvamento
Tanto, como á los reyes que llevaban;
Y una lanza Anfion, perdida al viento,
Les arrojó por ver si se paraban;
Junto á Dimante dió con ella acaso,
Que iba delante y le detuvo el paso.

No de otra lanza en vano fué el empleo
Del fuerte Epito, ni su fuerza en vano,
Que atravesó por el espalda á Hopleo,
Que atrás se queda y lo halló cercano;
Pudiérale servir el gran Tideo
De escudo, á ser el tiro de otra mano,
Mas el golpe fué tal y tan esquivo,
Que enclavó el cuerpo muerto con el vivo.

Luego cayó, mas no olvidó por eso
De su señor los últimos abrazos,
Pues nunca soltar quiso el dulce peso,
Aunque la muerte ejecutó sus plazos;
Dichoso él, si creyó que en tal exceso
Nadie se lo quitó de entre los brazos,
Y si con este honor y triunfos tales
Fué á visitar las sombras infernales.

Volvió Dimante atrás el rostro, y vido
El fin del desgraciado compañero,
Y sobre sí la tropa y el ruido
De todo un escuadron, de un campo entero;
Si se pondrá en defensa ó si á partido
Se entregará dudando está primero;
Armas manda la ira, sangre y fuego,
Y su fortuna no atreverse á el ruego.

Mas de ningun remedio asegurado,
Venció la ira, y por vengar la ofensa,
Tendió á sus piés el cuerpo desdichado,
Resuelto de morir en su defensa;
Y terciando de un tigre manchado
En un brazo la piel con rabia inmensa,
Y la espada en el otro brazo fuerte,
Se opuso contra todos á la muerte.

Como leona á quien cercó en la cueva
Africo cazador sobre su cria,
Que á no desampararla amor la lleva,
Y á defenderse su furor la guia;
Y aunque despedazar los dardos prueba,
Como en su pecho piedad se cria,
En el mayor furor y mayor ira,
Por sus hijuelos recada y mirá.

Tal se mostró el mancebo, aunque cortado
Le tenian ya el brazo del escudo,
Y aunque Anfion, de verlo, aficionado,
Lo quiso defender, al fin no pudo;
Mas cuando vió su príncipe arrastrado
Por las manos de un vil tebano crudo,
Templó el furor, bajó la espada luego,
Y postróse, aunque tarde, humilde al ruego.

«Templad la saña, dijo, noble gente,
No le trateis tan mal; que os certifico
Que aquesta que arrastrais hermosa frente
Se vió ceñida del metal mas rico;
Por vuestro Baco y por el rayo ardiente
Que le mudó la cuna os lo suplico,
Por vuestro Palemon, que en tiernos años
Huyó con Juno semejantes daños.

»Y si hay aquí algun padre por ventura,
Tan tierno caso á piedad le llama,
Concédale á este jóven sin ventura
Sepulcro estrecho ó moderada llama;
No yo, su tierna edad, su hermosura
Os ruega que le deis funesta cama.
¿Quién habrá, viendo un rey, que á tanto llegue,
Si tiene dulces hijos, que lo niegue?

»Si el tierno cuerpo suyo en alimento
Quereis dar á las aves carniceras,
En mi tendrán mas pasto y mas sustento,
Dejadme á mí á las aves y á las fieras;
Yo soy el que le puse atrevimiento
De seguir estas armas y banderas;
No es justo que él padezca culpa ajena,
Yo merezco el castigo, yo la pena.»

«Antes, dijo Anfion, si honroso fuego
Le quieres dar y pompas funerales,
El desinio me di del campo griego,
Qué determina al fin de tantos males;
Si se apercibe á la venganza luego,
Mirando de su sangre los raudales;
Y libre puedes irte con la vida,
Sin que el sepulcro de tu rey se impida.»

«Solo faltaba á la desdicha mia,
Dijo el de Arcadia, darte desto cuenta;
¿De mi patria el honor manchar tenia
Por temor de una muerte violenta?
Ni el Rey, cuando pudiese, no querría
Su sepultura á costa de mi afrenta.»
Y de sus lealtades satisfecho,
Se atravesó la espada por el pecho.

El cual, abierto con la gran herida,
Cayó sobre él mancebo rey, diciendo,
Al despedirse el cuerpo de la vida,
Los postreros acentos confundiendo:
«Ya que no puedo, á tu valor debida,
Dar, Rey, la sepultura que pretendo,
De mi pecho el sepulcro no te niego,
Donde arderás en amoroso fuego.»

Tales los dos varones animosos,
El de Etolia y de Arcadia, ambos osados,
Y iguales en los hechos valerosos,
Murieron de sus reyes abrazados;
Partieron sus espíritus gozosos,
De los ilustres cuerpos desatados,
Alegres de haber sido de una suerte
Iguales en la vida y en la muerte.

Y vosotros, sagrada compañía,
Insigne par de nobles voluntades,
Que aunque os cante la humilde lira mia,
Venceréis de mil siglos las edades;
Si ausentes ya de la region del dia,
Hay entre muertas sombras amistades,
Podrán Niso y Euríalo estimaros,
Si iguales buscan dos amigos caros.

Luego el fiero Anfion de todo el hecho
Manda que lleven á su rey las nuevas,
Y los reales cuerpos en un lecho,
Con que pretende entrar triunfando en Tébas;
Ni bastó á los dos griegos haber hecho
Tantas muestras de amor y tantas pruebas,
Para que, como dos empresas ricas,
No lleve sus cabezas en dos picas.

En tanto, victorioso á Tiodamante
Vieron venir los griegos desde el muro,
Tinta en sangre la espada rutilante,
Que hace el vencimiento mas seguro;
No caben de contento, y al instante
Resuena el grito por el aire puro,
Y aguarda cada cual sus aliados,
Del muro y de sus márgenes colgados.

Tal de golondrinillos la manada
Volver la madre desde léjos vido,
Que á recibirla sale desalada,
Abierto el pico, hasta el umbral del nido;
Tanto se alarga, del amor llevada,
Que hubiera de sus límites caido
Si la piadosa madre desde fuera
Las amorosas alas no extendiera.

Y mientras el secreto están contando,
Y el breve espacio del feliz suceso,
Los hombros de los suyos agravando
De abrazos dulces con alegre peso,
De Dimante y de Hopleo recelando
(No viéndolos volver) algun exceso,
Llegó Anfion no léjos con su gente,
De su victoria alegre solamente.

Vió de los suyos la ruina apenas,
Y el campo, de los muertos ocupado,
Y en sangre hervir del suelo las arenas,
Cuando suspenso se quedó y helado;
Cuajósele la sangre de las venas,
Iba á hablar y se quedó pasmado,
Perdió el color del súbito desmayo,
Como al que asombra el vengativo rayo.

Y su mismo caballo, del espanto,
Revolvió á la ciudad á rienda suelta,
Y su escuadra tras él hace otro tanto,
Dejando atrás el polvo en que iba envuelta;
Y aun no del muro habian llegado al canto,
Cuando la griega juventud resuelta,
Del triunfo de la noche confiada,
Al campo sale, en fuerzas alentada.

Por entre armas y miembros divididos,
Entre ya helada sangre congelados,
Ellos y sus caballos atrevidos,
Trillando cuerpos con los piés herrados,
Corren sin piedad, y detenidos
Los carros en los cuerpos, son rodados,
A veces el cochero los anima,
Y les hace que pasen por encima.

Alegre se les hace, aunque fragoso,
Este camino, nadie en él repara,
Como si ya cualquiera, vitorioso,
De Tébas los alcázares pisara;
Y viendo Capaneo valeroso
Del alba bella la luciente cara,
«Agora, dijo, agora es honra mia
Vencer, teniendo por testigo al dia.

»Ya es tiempo que las armas ejercite
Vuestra oculta virtud, nobles mancebos,
El que quisiere, en público me imite,
Que tambien tengo yo presagios nuevos;
No hay en el aire agüero que me incite,
Mis manos son mis dioses y mis febos,
Y cuando estoy las armas esgrimiendo,
Es el furor divino en que me enciendo.»

Dijo; y alegre Adrasto (renovando
Sus encendidos pechos), va el primero
Al valeroso yerno acompañando,
A quien si fue, ya triste, el agorero;
Ya se acercaban á los muros, cuando
Anfion, del estrago mensajero,
Del daño que en los suyos visto habia
Aun contaba las muertes todavía.

Y entraran la ciudad muy fácilmente
En tanto que Anfion cuenta sus males,
Si Megareo, guarda diligente,
A voces no avisara á los reales;
«Cerrad las puertas, descuidada gente,
Que el enemigo llega á los umbrales»
Cerráronlas al punto, aunque pesadas,
Que á veces da el temor fuerzas dobladas.

Y en tanto que Equion cerrar procura
La puerta Ogigia, que guardar le cabe,
La juventud de Sparta se aventura,
Y no le deja que cerrar le acabe;
Con tal furor, que hallaron sepultura
Entre los quicios de la puerta grave
Panopeo, en Taigeta respetado,
Y Ebalo, que pasó el Eurota á nado.

Tú, Alcidamo, en los juegos venturoso,
Y poco há vencedor en el Nemeo,
A quien del cesto el inventor famoso,
Pólux, vencerte pudo y dar trofeo;
Si dél miraste el rostro luminoso,

. . . .

El que hecho deidad tambien te mira,
Por no verte morir, su luz retira.

Tu muerte de las ninfas fué llorada
Del bosque de Laconia y su ribera,
Adonde en falso cisne fué contada
De Júpiter la forma verdadera;
Quien mas lloró tu muerte acelerada
Tu madre triste fué, que no quisiera
Que della en guerra hubieras aprendido
Las leyes que á la muerte te han traido.

Tal de la puerta en el umbral estrecho
Se encruelece Marte peleando,
Hasta que el hijo de Achimeno el pecho,
Y el fiero Acron el hombro forcejando,
Igualaron las puertas á despecho
Del tropel que por ellas iba entrando,
Cual novillos que vencidos en la sierra,
Rompen al fin la nunca arada tierra.

Tan igual fué el provecho como el daño
Que á emparejar las puertas recibieron,
Pues retiniendo algunos del extraño,
De su escuadron á muchos excluyeron;
De su igual osadía el desengaño
Los excluidos y encerrados vieron,
Muriendo á manos del contrario duro,
Y Ormeno dentro del tebano muro.

Quedó entre puertas Amintor el griego,
Con gran collar de oro al cuello asido,
Los brazos alargando y voz al ruego,
Viéndose á tal peligro conducido:
Mas de un tebano el brazo airado luego
El hilo de sus ruegos ha rompido,
Haciéndole caer sobre el arena
La voz, á un punto, el cuello y la cadena.

Sin hallar resistencia en el vallado,
Rompió al punto la griega infantería,
Y en tanto los caballos han llegado,
A quien la cava estremecer hacia;
Retrecha hácia atras el mas osado,
Suspende el paso el que saltar queria,
Y aunque le incita el corazon fogoso,
Teme los anchos límites del foso.

Y viéndose los griegos excluidos
Cuando entendieron acabar la guerra,
De varios instrumentos prevenidos,
Trabajan por echar la puerta en tierra;
Rompen guijarros á la tierra asidos,
Las planchas rompen que la puerta cierra,
Y desasen del muro mas de un canto,
Que ajustó de Anfion el dulce canto.

Unos sobre los muros arrojando
Hachas de fuego y teas mil ardiendo,
Alegres desde abajo están mirando
La hambre con que el fuego va prendiendo;
Otros las torres altas descarnando,
Por la parte mas flaca acometiendo
Con ingenios y máquinas de guerra,
Quieren dar con sus máquinas en tierra.

Tuvo por medio el escuadron tebano
Coronar con su gente las almenas,
Tirando al enemigo, ya cercano,
Tostadas lanzas, de venganza llenas;
Balas de plomo por el aire vano
Tira, y el brazo las descarga apenas,
Cuando el furor del breve movimiento
Las enciende y derrite por el viento.

En su misma muralla el furor vino
A no dejar las piedras asentadas,
Y encuéntranse rodando en el camino
Balas, piedras y lanzas amoladas;
De armas rebosa el muro un torbellino,
Que nunca son las nubes tan cerradas;
Cualquier ventana ya y cualquier garita
Dardos y lanzas con furor vomita.

Cual del monte Ceranno en el altura
O de Malea en la cerviz exenta
De nieblas se congela nube oscura
Y ya preñada á descansar se asienta;
Y al fin, rompiendo su preñez madura,
Fatiga el mar con súbita tormenta;
Tal del tebano muro llueven luego
Tempestades de flechas sobre el griego.

Empero no por eso se desvia
Del torbellino de armas arrojado,
Ni á las flechas que'l muro le rocia
Inclina el pecho ó baja el rostro alzado;
La muerte ve á los ojos y porfia,
De sus mismos peligros olvidado,
Y fijo siempre el rostro en las almenas,
Sus armas ve, y no mira las ajenas.

Anteo, que animando á todos iba,
Cercaba con su carro el muro fuerte,
Y el ímpetu de una asta desde arriba
Pasaje por su pecho dió á la muerte;
Suelta la rienda, el cuerpo atras derriba,
¡Oh espectáculo extraño, oh dura suerte!
Que de sus botas se quedó colgado,
En la enemiga lanza atravesado.

Sin rienda los caballos, como el viento
Su mismo dueño llevan arrastrando,
Y en el carro, del breve movimiento,
Los ejes y las ruedas humeando,
Y el duro suelo, del arado exento,
Un tercio de la lanza va surcando,
Sembrando el miserable sus cabellos
Entre el surco y el polvo que hacen ellos.

Ya de las trompas el clamor resuena,
Y el hecho triste en la ciudad oido,
Sus escuadras reparte y gente ordena
Sobre el muro, de tantos combatido;
Vese ya en cada torre y cada almena,
En la mano de alférez atrevido,
Bandera retozando con el viento,
Que fué su gozo y le será escarmiento.

Tal vez en lo interior cruel semblante
El vulgo muestra y con furor se inflama,
Que el mismo Marte teme estar delante,
Con ser ira y furor lo que mas ama;
Y al fin, como el temor lleva delante,
Por la ciudad confuso se derrama,
De una ciega huida baciendo alarde,
Con triste llanto entre furor cobarde.

Dirás, viendo tan varios accidentes,
Que en sus casas se entró la misma guerra;
Hierven calles y alcázares de gentes,
Llenando de clamor toda la tierra;
Los daños por venir tienen presentes,
Con el temor que el flaco pecho encierra,
Y que ven les parece, en tanta pena,
Sobre su cuello el hierro y la cadena.

Llenas las casas y los templos santos,
Sus altares cercando de clamores,
Blasfeman de los dioses sacrosantos,
Llamándolos de ingratos valedores;
Iguales son los miedos y los llantos
Que discurren por grandes y menores;
Teme el viejo del hado prevenido,
Y el mancebo se ve descolorido.

Resuena el templo todo y se estremece
Con voces mujeriles y querellas,
De los niños sin causa el llanto crece,
Asombrados de ver que lloran ellas;
No permite el extremo que se ofrece
Que sean las matronas y doncellas
Unas honestas y otras recatadas,
Que todas salen al peligro osadas.

Y del amor forzadas y la ofensa,
Al padre y al marido y al hermano
Compelen á salir á la defensa,
Ofreciéndoles armas á la mano;
Y con copia de lágrimas inmensa,
Mirando su peligro tan cercano,
Los animan mostrando sus hijuelos,
Y el solar herédad de sus agüelos.

Tal del cóncavo corcho procurando
Atrevido pastor robar la cera,
Vuelan sobre él, cual nube susurrando,
Las armadas abejas que echó fuera;
Unas á otras se andan animando,
Y cansadas al fin, llora cualquiera
Su miel robada, su panal deshecho,
Solo en la cera reclinando el pecho.

Por otra parte, el vulgo dividido
Discordias siembra, el público murmura,
Y perdiendo el respeto al Rey debido,
Contra él se levanta y se conjura;
«Venga el ausente, venga el excluido,
Cumpla su año y goce su ventura,
Dicen; que ya es razon que este tirano
Dé el reino que la suerte dió á su hermano.

»Ya su año es cumplido, el desterrado
Venga y goce sus patrias deidades,
De su padre visite el desdichado
Los ojos vueltos ya en oscuridades;
—La fe y el juramento quebrantado
Del Rey, y sus engaños y maldades,
Dice mas de uno, y tanta tiranía
¿Tengo yo de pagar con sangre mia?

»—Ya es tarde para usar de aquese medio,
Responden otros; antes se advirtiera,
Que estando ya la guerra de por medio,
O vencer ó morir solo se espera.»
Y otros, como en el único remedio
Que en tal desgracia suceder pudiera,
Consultan á Tiresias, agorero,
Que les declare el hado venidero.

Mas él, que de los hados siempre tiene
El fin solo á los dioses permitido,
Quiso no responder, y se detiene
Porque antes su consejo no fué oido;
«¿Por qué, si el Rey á preguntar me viene,
Dijo, despues que ya se ve perdido,
De mí no hizo á mis consejos cuenta
Cuando la guerra le estorbé sangrienta?

»Pero tu perdicion, Tébas, me inclina;
Y el daño que en ti ven mis ciegos ojos,
Si por callar la voluntad divina
De Argos has de venir á ser despojos,
Ya que estorbar no puedo y tu ruina,
Mi queja olvidar quiero y mis enojos;
Venza la piedad, la patria venza;
Hija, un altar á disponer comienza.»

Cumple la virgen su mandado luego,
Y con vista sagaz advierte y mira
Un sangriento color que muestra el fuego,
Cuya llama á dos puntos se retira;
Pero mas clara luz le advierte el ciego
Que arde en medio, aunque á sangrienta tira,
Y que en forma de sierpe retorciendo,
Va en los extremos el color perdiendo.

De los efetos que en la llama siente
Le hace relacion con luz tan clara,
Que con tenerla de su vista ausente,
Todo parece que lo ve á la clara;
Y él entre tanto abraza el fuego ardiente,
A la redonda coronando el ara,
Y con rostro encendido en sus ardores
Se sorbe los proféticos vapores.

Erízase de horror su cabellera,
Antes descaecida, de peinada;
Derecha se levanta hácia afuera
La fácil toca, del furor llevada;
Viendo su rostro juzgará cualquiera
Vuelta á sus ojos ya la luz amada,
Y el resplandor á sus mejillas vuelto,
Ya consumido y en vejez resuelto.

Mas al fin permitieron los furores
Que explicase la lengua sus conceptos;
«Oid, dijo, de Layo oh sucesores,
De los dioses el último decreto:
La salud que esperais, y los favores,
Ya vino, y en su nombre os la prometo;
Pero con una condicion terrible,
Dificultosa, pero no imposible.

»Fieras exequias, sacrificio fiero
Pide de Cadmo la marcial serpiente,
Que muera importa en público el postrero
Que fuere de su sangre decendiente;
Y con aqueste pacto y este fuero
Concede la vitoria solamente;
¡Dichoso el que comprare con la vida
Tanta merced del cielo concedida!»

Cerca estaba escuchando al adivino
Creonte, triste, solo, lamentando
De su ciudad el general destino,
Cuando del suyo se quedó llorando;
Y cual si rayo ó dardo repentino
Por el pecho le fuera atravesando,
Sintió la voz que á Meneceo llama,
De la serpiente la postrera rama.

El temor de perder el hijo amado
Le persuade, ya su muerte breve
Recela, teme, y quédase pasmado,
Helado el corazon como una nieve;
Las olas de congoja y del cuidado
En su afligido pecho las embebe,
Cual sorbe de Sicilia la bahía
El reflujo que el mar de Libia invia.

Y luego al sacerdote, en Febo envuelto,
Que daba priesa al caso lamentable,
Postrado ruega, en lágrimas resuelto,
Que el oráculo encubra y que no hable;
Pero la fama ya, con vuelo suelto,
De la sagrada voz y venerable
A todos dado habia dulces nuevas,
Y voces los oráculos de Tébas.

Dime ya pues, oh Clio memoriosa,
Cuya es la antigüedad y el tiempo largo,
Si nunca el pecho humano intenta cosa
Que no tengan los dioses á su cargo,
Cuál de los cielos fuerza poderosa,
Siendo la muerte á todos fin amargo,
Pudo á un mancebo compeler de suerte,
Que amase como dulce fin la muerte.

Fuerza de la virtud divina ha sido,
Que siempre asiste á Júpiter al lado,
Por la cual raras veces ha venido
Al mundo, y raras él la ha respetado;
Mas hoy, porque el gran Padre lo ha querido,
O ella igual valor al suyo ha hallado,
Alegre cual gozaba de su cielo,
Saltó de su region á la del suelo.

Luego á su clara luz resplandeciente
Claras estrellas abren el camino,
Y mas de un fuego y una llama ardiente,
Que ella fijó en la imágen de algun sino;
Ya pisa el suelo, y no de todo ausente
Su rostro está del cielo cristalino,
Cuando, por encubrir sus resplandores,
Mudó de las mejillas los colores.

Y fuera de lo que es horror y espanto,
Que esto no imita, en lo demás se muda
Y se transforma en la doncella Manto,
Porque en sus dichos nadie ponga duda;
De su antigua beldad se quita el manto,
Mas no del todo su valor desnuda;
Que en el fingido rostro en que parece
Algo de su hermosura permanece.

Y desechando el cetro de su diestra,
Ya en profética vara convertido,
Ceñida de laurel la frente muestra,
Mas no laurel, cual lo demás, fingido;
Y al fin, por mas que en imitar se adiestra
A Manto desciñéndose el vestido,
El rostro la descubre y paso grave;
Que la virtud disimular no sabe.

Tal el famoso Alcides se mostraba
En los palacios de su Lidia bella,
Sin la piel de leon y sin la clava,
En traje disfrazado de doncella;
Que ni el huso ó la trueca en que hilaba,
Ni la grana de Tiro envuelto en ella,
Ni el adufe en que tañe y se entretiene
Cubrieron el valor que oculto tiene.

No indigno deste premio soberano
La virtud te halló, gran Meneceo,
Pues cuando al muro se acercó tebano,
Ganando estabas inmortal trofeo;
Que tú y Emon, tu valeroso hermano,
A puerta abierta á todo el campo aqueo
Defendisteis llegar á los umbrales,
Mas tú el primero, aunque los dos iguales.

De montones de muertos y heridos
Cercado estabas, y entre tanta gente
No hay contra el tuyo brazos atrevidos,
Ni de la muerte escapa que lo siente;
De armados griegos, á tus piés rendidos,
Cesan las armas y la rabia ardiente,
Y no cesa tu esfuerzo y valentía,
Aunque no la virtud llegado habia.

La esfinge que en tu yelmo por cimera
Feroz está sobre el metal dorado,
De ver sangre se anima y mas se altera,
Y el rostro muestra, aunque luciente, airado;
Igual de oro y grana reverbera
El yelmo, de la sangre salpicado,
Cuando tu espada y brazo deteniendo,
La Diosa ilustre se llegó diciendo:

«Magnánimo mancebo, decendiente
De la sangre de Cadmo illustre y rara,
De que no vió jamás Marte impaciente
Virtud como la tuya, única y rara;
Deja de pelear humildemente,
Que no el cielo estas glorias te prepara;
Que te llaman á voces las estrellas,
Por ver tu alma colocada entre ellas.

»Mas, mas te pide el fin de aquesta guerra,
Que esto el sagrado Febo pronostica,
Esto del sacrificio el fuego encierra,
Y rato há que mi padre lo publica;
La sangre de un nacido de la tierra
Será su redencion y ofrenda rica,
Y esto canta la fama adonde quiera,
Y en tí la juventud tebana espera.

»Corre tras la ocasion, vuela ligero,
Reconoce el auxilio soberano,
Sigue tu noble hado, sé el primero,
No te impida está gloria Emon, tu hermano.»
Dijo; y tocando el pecho del guerrero
De la heróica virtud la diestra mano,
En él se embebe tan secretamente,
Que solo el corazon la goza y siente.

No tan presto el ciprés funesto y triste,
Seco desde su tronco hasta la rama
Del rayo con que Júpiter le embiste,
Sorbe sediento la enemiga llama,
Cuanto el pecho del mozo se reviste
De la virtud divina que le inflama;
Que hecho yesca de su honroso fuego,
Ama la muerte, aborrecible luego.

Mas cuando levantarse al cielo vido
La deidad que tenia allí presente,
Y conoció en los pasos y el vestido
En todo ser de Manto diferente;
Quedándose de verla embebecido,
«Aguarda, dijo, deidad, detente,
Que si al cielo me llamas y allá subes,
No tarde iré tras tí á pisar las nubes.»

Y rompiendo por todos de repente,
A Agreo, que el pasaje le impidia,
Atravesó de un dardo airadamente,
Y muerto lo sacó su compañía;
Sigue tras dél el vulgo alegremente,
Llamándole con grita y vocería
Autor de paz, defensa de la tierra,
Un nuevo dios y fin de tanta guerra.

Ya sin resuello al muro habia llegado,
No con poca alegría de que acaso
Ninguno de sus padres ha encontrado
Que estorbarle pudieran este caso;
Cuando su padre, en verlo demudado,
Y ambos sin habla, de encontrarse al paso
Suspensos ambos, y uno y otro fijo
El rostro en tierra, así Creonte dijo:

«¿Qué nuevo caso, oh hijo amado mio,
Te aparta desta guerra venturosa?
Qué suerte intenta tu animoso brio,
Que sea, cual la guerra, mas honrosa?
¿Por qué tu rostro está pálido y frio?
Por qué sin luz tu vista, antes hermosa?
Por qué, dime, pues suelen regalarme,
No levantas los ojos á mirarme?

»Claro has oido tu infelice agüero,
Mas, por mis largos y tus tiernos años,
Que no creas á un viejo lisonjero
Que fabrica tu muerte con engaños;
¿Qué espíritu han de dar á un hechicero
Los dioses, por hacerme tantos daños,
A un ciego que hoy, en pago de sus males,
Penas padece á las de Edipo iguales?

»Y ¿qué, si el Rey, á sus cautelas hecho,
Te ordena esta asechanza no entendida,
Porque al reino te llama de derecho
Tu nobleza y virtud ya conocida?
Y por ventura es traza de su pecho,
Y la voz de Tiresias es fingida,
Pues lo que el Rey con su temor fabrica,
Que es de los dioses voluntad publica.

»Templa el fogoso pecho, acorta el freno,
Da un breve espacio al ánimo, detente,
Que para nada el ímpetu fué bueno,
Y esta merced me otorga solamente;
Asi tu bozo, agora de oro lleno,
En blanca plata el largo tiempo aumente,
Y seas tierno padre en tanto extremo,
Que vengas á temer lo que yo temo.

»No mis sacros penates desampares
Ni en tal modo me prives de heredero;
Si por extraños padres te obligares,
Ten de los tuyos piedad primero;
Esta es piedad, si desta te preciares,
Y aquestos los honores verdaderos,
Y no esa gloria que á morir te ceba,
Que es falso honor que el viento se lo lleva.

»Yo no impido, aunque padre temeroso,
Que peleando arriesgues cien mil vidas;
Vé, que no te detengo, vé animoso,
Rompe las griegas haces atrevidas;
Que al fin podré con llanto doloroso
Lavarte muchas veces las heridas,
Y muchas enviarte á la pelea,
Que esto es lo que tu patria mas desea.»

Y del cuello del mozo así colgado
Se estuvo un rato con abrazo estrecho,
Mas ni su llanto ó ruego le han quitado
Del voto que á los dioses tiene hecho;
Antes, dellos regido y enseñado,
Por desasir al padre de su pecho,
Y quitarle los miedos de su muerte,
Fingió un engaño y dijo desta suerte:

«Engáñaste, Señor; que no es aquesta
La cierta causa de temer mi vida;
Que no me incita á mi fatal respuesta
Ni voz furiosa a sacerdote oida;
Si algun alma á Tiresias amonesta,
Dél y su hija puede ser creida,
Para sí pronostique el daño él solo,
Que á mí no basta aunque lo diga Apolo.

»Mas lo que apriesa á la ciudad me lleva
Es de mi hermano el caso lastimoso,
Que herido de un dardo, el suelo prueba,
Y escucho su gemido doloroso,
A quien yo, de mi espada haciendo prueba,
D'entre el un campo y otro polvoroso
Pude escapar, y á no escaparle luego,
Ya en nuestro alcance se acercaba el griego.

»Pero ¿qué me detengo, padre amado?
Vé, regala á tu hijo en tanta pena,
Haz que con tiento en hombro sea llevado,
Deje su sangre de regar la arena;
Que yo voy por el médico aprobado,
Equion, cuya mano es siempre buena
Para cerrar la herida mas nociva
Y restañar la sangre fugitiva.»

Y á medio pronunciar palabras tales,
Huyó, dejando en confusion oscura
Al padre, que conoce ser iguales
Las causas de temer su desventura;
Dudosa la piedad en tantos males,
A entrambos hijos socorrer procura,
Mas las parcas, autoras deste engaño,
Hacen que dude de los dos el daño.

Ya Capanco en estas ocasiones,
Furioso por el campo discurriendo,
Se opuso á resistir los escuadrones
Que por la estrecha puerta van saliendo;
Ya ahuyenta caballos, ya peones,
Ya carros hace atrás volver corriendo,
Y deja, por huir, el mas ligero
Entre sus ruedas muerto el carretero.

Aquí y allí le ofrecen ancha plaza,
Y bañado de sangre, no reposa;
Tal vez pesado plomo desembraza,
Tal por el aire lanza presurosa;
Ningun impedimento le embaraza,
Que él mismo á un tiempo al enemigo acosa,
Y el mismo á un tiempo arroja sobre el muro
De espesas piedras un nublado oscuro.

No hay asta despedida de su mano,
De quien alta muralla esté segura,
Ni go pe da que no resista en vano
El que sus golpes reparar procura;
No creen que Tideo ocupa el llano,
Ni Hipomedonte la creciente dura,
Ni que el de Arcadia feneció en la guerra,
Ni aquel profeta á quien tragó la tierra.

Antes, de todos ellos igualmente
Parece que el espíritu se engasta
En el suyo, y que un cuerpo solamente
Por todos cumple y contra todos basta;
No tierna edad ni adorno refulgente
De bello rostro su furor contrasta;
Que contra todos de una suerte embiste,
Al que postrado está y al que resiste.

No hay quien ose ponérsele delante,
Teme el mas fuerte de probar su ira,
Y el que antes se acercaba á él arrogante,
Ya desde léjos sus hazañas mira;
De ver solo su yelmo relumbrante
El vulgo acobardado, se retira,
Y alguno dió á huir incautamente,
Que devisó el penacho solamente.

En tanto Meneceo piadoso,
Del bien comun y de su honor vencido,
Divino ya en el rostro y mas hermoso,
Cual si del cielo hubiera descendido,
Del muro en un lugar mas espacioso,
Sin yelmo, para ser mas conocido,
Despreciando las cosas de la tierra,
En alta voz silencio dió á la guerra.

«Supremos dioses, dijo, en cuya mano
Las temerosas armas son regidas,
Y tú, sagrado Apolo soberano,
Que á tan honrosa muerte me convidas,
Si yo en morir por Tébas tanto gano,
Y en mi muerte se ganan tantas vidas,
Dadle á mi patria el gozo y alegría
Que pródigo compré con sangre mia.

»Trocad la suerte de la guerra ardiente,
En que vencida Grecia, se retire,
Y que de un escuadron de tanta gente
Solo el destrozo y las reliquias mire;
Su padre Inaco, manso en la corriente,
Al recibirlos su creciente aire,
Y como á indignos hijos de su seno,
Rebose el pecho, de cristales lleno.

»Y volved á esta patria desdichada
Los templos, hijos, casas y hacienda
A costa de mi muerte acelerada,
Si en ella os hice venerable ofrenda;
Que si no escucha mal la voz sagrada,
Aqueste fin aguarda esta contienda,
Y aun con no ser de Tébas bien creida,
Yo no he dudado de ofrecer la vida.

»Por mí reciba beneficio tanto
El pueblo de Anfion, y humilde os ruego
Que aplaqueis de mi padre el tierno llanto,
Pues no me pudo convencer su ruego.»
Y rompiéndose el mismo el pecho santo,
Al alma insigne dió salida luego,
Que desdeñaba el velo de la vida
Y verse en cuerpo humano detenida.

Vióse al punto la torre rociada,
Que hecho altar de sacrificio habia;
Lavada la muralla, aunque manchada,
De la abundante sangre que vertia,
Y él, de la mano sin soltar la espada,
Forcejando en la última agonía,
Sobre el canto del muro revolviendo,
Entre los griegos se arrojó muriendo.

Mas la virtud y piedad al punto,
Dél abrazadas hermanablemente,
Van sustentando el cuerpo ya difunto
Para que al suelo llegue blandamente;
Y habia ya su alma estado junto
Al tribunal de Júpiter clemente,
Pidiendo de justicia en las estrellas
El mas alto lugar de todas ellas.

Pudo muy bien la juventud tebana
Cobrar el cuerpo heroico en tanto aprieto,
Que la griega nacion, aunque inhumana,
Se hizo atrás, teniéndole respeto;
Y en hombros de la gente mas lozana,
El vulgo al fin, á la virtud sujeto,
Le canta mas hazañas y loores
Que á Cadmo y Anfion sus fundadores.

Cuál poner en la mano se le antoja
Casto laurel que imita la esmeralda,
Cuál el verano de su honor despoja,
Y flores vierte en su sangrienta falda,
Cuál, mudando un matiz á cada hoja,
Varia en colores le ciñó guirnalda,
Que parece de piedras un tesoro,
A quien esmalta del cabello el oro.

Con este triunfo, en procesion muy larga
Llegan al patrio albergue, y recibidos,
Apenas sueltan la amorosa carga,
Cuando á la guerra vuelven atrevidos.
Aquí del padre la pasion se alarga,
Mas con cordura y tácitos gemidos
Hace á la justa ira resistencia,
Dando á la madre de llorar licencia.

«¿Criéte yo por dicha, hijo mio,
Cual madre vil, en tan humilde estado,
Para que por tu pueblo injusto, impío,
Fueras cual fiera en él sacrificado?
¿Por Tébas tú tan grande desvarío?
¿Qué culpa fué la mia, cuál pecado,
Por que merezca pena tan terrible?
¿A qué deidad he sido aborrecible?

»No yo de monstruoso ayuntamiento
Nietos parí á mi hijo, cual Yocasta,
Y ella vivos los goza á su contento,
Y ve reinar la sucesion incasta;
¿Yo es bien que de la guerra el fin sangriento
Aplaque con la sangre de mi casta?
Gocen ellos su reino de año en año,
Pues que le agrada á Júpiter mi daño.

»Mas ¿por qué de los dioses y las gentes
Me quejo? que tú has sido, Meneceo,
El que mi muerte abrevias y consientes,
Con la que en tí, tan no esperada, veo;
¿Qué sagrada locura, qué accidentes
Te han hecho amar la muerte por trofeo?
¿Cuáles hijos parió esta madre triste,
Tan enemigos como tú me fuiste?

»¿De qué me espanto, si eres procedido
De la serpiente madre desta tierra,
De quien tu agüelo, de armas guarnecido,
Nació para principio desta guerra?
De aquí te viene el ánimo atrevido,
La tristeza de aquí que el alma encierra;
De tu madre no tienes cosa alguna,
Sino es la semejanza en la f rtuna.

»Y á pesar de los hados, tu porfía
Te ha puesto entre las sombras de la muerte.
Estos los griegos son que yo temia,
Aqueste el Capaneo, airado y fuerte,
Esta mano que toco con la mia:
Esta temer debiera mas mi suerte,
Y esta espada, en tu misma sangre tinta,
Que yo sin seso te colgué en la cinta.

»¿No veis cómo en el pecho atravesada
Llega la empuñadura hasta el pecho?
¿Pudiera ser mas fiera la estocada
Si algun griego cruel la hubiera hecho?»
Dijera mas la madre desdichada,
Multiplicando quejas sin provecho;
Pero sus dueñas, viendo tanta pena,
De allí la sacan, de sentido ajena.

Pero de nuevo en desconsuelo tanto,
Las mejillas hiriéndose, porfía,
Y sentada en su lecho, vuelve al llanto,
Sin mirar los respetos de aquel dia;
No admite humilde ruego en su quebranto,
Los ojos de la tierra no desvia,
A nadie escucha ya, ni voz le queda
Con que quejarse ó responderles pueda.

Así despues de su robada cria,
En la desierta cueva recostada,
Lame tigre feroz la piedra fria,
Que aun del calor reciente está templada;
Nunca la rabia y hambre que tenia
Se vió, ni su fiereza, apaciguada,
Y ve cerca el ganado, y no se mueve,
Como no hay para quién sus pechos cebe.

Hasta aquí de las armas el rüido,
El son de las trompetas y atambores,
Las causas de mi humilde canto han sido,
Pero ya cerca están de ser mejores.
Capaneo se ofrece, que ha subido
Sobre el eje del cielo sus loores;
No en estilo comun, mas con su ira
He de igualar el temple de mi lira.

Dadme, oh sagradas musas de la guerra,
Gracia mayor, mayor atrevimiento,
Que del profundo seno de la tierra
Parece que el furor nace sangriento,
O que con nueva rabia se destierra
La escuadra de las furias de su asiento,
Y armadas contra Júpiter y fieras,
De Capaneo siguen la banderas.

O que su esfuerzo el límite excediese
Del ánimo mayor y mas osado,
O que caduca gloria le moviese,
Del honroso deseo espoleado,
O ambicion de morir, adonde fuese
De la fama en mil siglos celebrado,
O que para castigo á los mortales
Fué azote de las iras celestiales;

De tal suerte acomete á los tebanos,
Que habiendo un lago de su sangre hecho
Y un monte de homicidios inhumanos,
Se enfada, y aun no queda satisfecho;
No deja de los griegos en las manos
Ni en las suyas un dardo de provecho,
Que no tire, y en ver que los acaba,
Alza la vista al cielo horrenda y brava.

Y con ella, aunque turbia, tanteando
De una alta torre la soberbia cima,
Camino por el aire fabricando,
Escala de dos árboles le arrima,
Y una antorcha de encina blandeando,
Que á los de léjos pone espanto y grima,
Da luz al yelmo reluciente, y luego
Del yelmo el resplandor al mismo fuego.

«Por esta torre, dijo, por aquesta
Me manda mi valor abrir camino,
Que manchada de sangre, manifiesta
De Meneceo el loco desatino;
Veré al menos su víctima qué presta,
Si es falso Apolo ó miente su adivino.»
Y despreciando la ciudad cautiva,
Sube triunfando por la escala arriba.

De paso en paso sube y se adelanta:
Tales vido el alcázar estrellado
A los titanes con soberbia tanta
Por las nubes subir de grado en grado,
Cuando en su ofensa, máquina que espanta,
Vió Jove tanto monte amontonado,
Y que iba al cielo; ya tocar queria,
Y el alto Pelia aun no venido habia.

Atónito el tebano en ver que llega,
Como si ya del hado el fin llegara,
O como si Belona airada y ciega
Por el suelo las torres allanara,
Piedras del muro cada cual despega,
Y si son de los templos no repara,
Y preñados de hondas los ramales,
Llueven sobre pesados materiales.

Y viendo que les faltan ya las flechas,
Que han gastado sobre él cuantas habia,
Las almenas enteras van derechas
Sobre sus hombros, y él no se desvia;
Cornisas y molduras ya deshechas,
Demás de un chapitel que relucia,
Ve venir sobre sí, y aunque las mira,
Nunca vuelve la cara á quien las tira.

Antes, como quien pisa en suelo llano,
Los piés fija en la escala, y tan siguro
Sube colgado por el aire vano,
Que no es tan firme torreado muro;
Y contra todo el ímpetu tebano,
De tanta piedra y tanto golpe duro,
Como si fuera diamantina masa,
O pone el pecho, ó adelante pasa.

Tal de crecido rio la corriente
Porfía de llevar hácia delante
El antiguo edificio de su puente,
Que contra tantas aguas no es bastante;
Y al fin rompiendo el arco y el batiente,
Tanto mas violento y mas pujante,
Lleno de broza, piedras y madera,
Se ensancha vitorioso en la ribera.

Luego que en pié se vió sobre la cumbre
Del muro, tanto dél apetecida,
Cual de un coloso excelsa pesadumbre,
De nuevo á las murallas añadida,
Del sol impide la dorada lumbre,
En su larga estatura detenida;
Tanto, que de su vista y de su sombra
Tiembla la gente y la ciudad asombra.

Y viéndolos á todos espantados,
«¿Son, dijo, aquestos muros los famosos
Que al campo de Anfion fueron ligados,
Fáciles á los versos sonorosos?
¿Estos los tanto tiempo celebrados
Con mentiras y cuentos fabulosos?
¿Qué honor será si mi valor asuela
Muros hechos al son de una vigüela?

Y con los piés y manos juntamente
Saltando, asuela puentes y tablados,
Los edificios tiemblan y la gente,
De verse de sus piedras desatados;
Peñascos despedaza airadamente,
Y luego de sus manos arrojados,
No están templos ni alcázares seguros,
Haciendo á Tébas guerras con sus muros.

Entre tanto los dioses bandoleros,
Que á Tébas y Argos amparar procuran,
No sin temor de tales desafueros,
Diversas cosas entre sí murmuran.
Aplaca el padre Júpiter sus fieros,
Sus iras tiempla, y ellos se aseguran;
Igualmente juzgando su querella,
Ni es parcial desta parte ni de aquella.

Mas Baco, á quien el odio no se esconde
Que tiene su madrástra á los cercadós,
Por ellos gime y con furor responde,
Los ojos vueltos contra el padre airados;
«¿Adónde están tus manos, dice, adónde,
Y el fuego de tus rayos abrasados?
Mas ¡ay! que solo al nacimiento mio
No fué su fuego en abrasar tardío.»

Siente Apolo de Tébas la ruina,
Fundada por su oráculo y decreto;
A Grecia y Tébas Hércules se inclina,
Y cuál defenderá duda en efeto.
El hijo de la lluvia de oro fina
Llora de sus argivos el aprieto;
Y Vénus, del marido amedrentada,
A Harmonia llora y mira á Marte airada.

A los dioses de Tébas reprehende
Minerva, por los griegos atrevida;
Juno, aunque disimula, mas se enciende,
Del forzoso silencio compelida;
Mas no la paz de Júpiter se ofende
Con esta competencia tan reñida,
Y cuando ya cesaban sus querellas
Fué Capaneo oido en las estrellas.

«¿No hay dios, dijo, que ampare aquesta tierra,
Entre cuantos estáis en ese cielo?
¿Dónde está Baco? Alcides ¿dó se encierra?
Cobardes defensores de este suelo;
Mas vergüenza es llamaros á la guerra,
Si de Júpiter mismo no recelo.
Vén, Júpiter, conmigo te señala;
Que menor dios que tú nunca me iguala.

»¿De Sémele no miras las cenizas,
Y su sepulcro de mis piés hollado?
¿Por qué tus rayos contra mí no atizas?
¿Cómo no vienes de su lumbre armado?
Mozuelas que tronando atemorizas
Te tengan por valiente y por osado,
O las torres de Cadmo, que rompiste
Cuando tu suegro á su pesar le hiciste.»

No sin dolor los dioses celestiales
De oirle tanto blasfemar gimieron.
Júpiter se rió; que ofensas tales
Nunca su pecho alborotar pudieron.
«¿En qué esperanza estriban los mortales,
Dijo, despues que en Flegra me ofendieron,
Que el furor de mis rayos no es temido,
Que tú tambien aguardas ser herido?»

Cercáronle los dioses al momento,
Pidiéndole venganza cada uno,
Y resistir al hado violento
Aun no se otreve, de turbada, Juno.
Ya el cielo, aun sin señal de mudamiento,
Comienza á ser con truenos importuno;
Ya lluvias se amontonan y congelan,
Y ya sin viento los nublados vuelan.

Dirá quien viere el temeroso estruendo
Que Iapeto quebranta sus cadenas,
O que la tierra se abre, descubriendo
Del centro mas oculto las arenas,
O que Tifeo, el cuerpo revolviendo,
Cansado de sufrir tan largas penas,
A Inarime levanta hasta el cielo,
Y que hace temblar á Mongibelo.

Parece vergonzoso que se diga
Que un hombre de los dioses es temido;
Mas cuando ven que á su ciudad fatiga,
Que del medio del mundo centro ha sido,
Y que soberbio, el cielo mismo instiga
A loca guerra en desigual partido,
Admíranse, y aun dudan si es bastante
Para vencerle Júpiter tonante.

Y al punto de un nublado repentino
Se cubrió de la torre la alta cumbre,
Negó su luz el cielo cristalino,
Bramando el aire fuera de costumbre;
Ya en la oscura muralla no hay camino
Que pueda al menos distinguir la lumbre,
Aunque estorba el nublado que lo vea,
Por ella con piés firmes se pasea.

Cada vez que algun rayo resplandece,
Al romper de la nube dél preñada,
«Aqueste fuego, dice, este merece
Contra Tébas usar mi mano airada;
Aquí mi antorcha renovarse ofrece,
Y mi encina avivar, casi apagada.»
Y esto diciendo, un rayo le ha embestido,
De Jove á toda fuerza compelido.

Voló el gran fuego al punto la cimera,
Y hecho carbon se le cayó el escudo;
Resplandeció su cuerpo de manera,
Que de ambas haces divisar se pudo;
Pero dónde cairá teme cualquiera
El cuerpo ardiente, de piedad desnudo,
Y como si cayera un gran coloso,
Todos se apartan, despejando el foso.

Siente el mísero el rayo que le ofende
Rechinar entre el pecho y la coraza,
Cuyo acero encendido mas le enciende,
Y el fuego en lo interior mas le embaraza.
El diestro brazo á desnudarla extiende,
Y ceniza en lugar del hierro abraza,
Y en pié se está, y blasfema todavía
Contra el cielo en la última agonía.

Y á la parte del muro en que pudiera
Hacer mayor ofensa con su fuego,
Aun no rendido, porque no cayera,
El pecho arrima el arrogante griego;
Mas del cuerpo mortal el alma fiera
Se desnudó, desamparando luego
Los miembros, y á tardarse mas un poco,
Segundo rayo mereciera el loco.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.

Habiendo Júpiter vencido á Capaneo, se alegra por la vitoria. Los tebanos se alientan, viendo menos tan fiero enemigo. Huyen los griegos, temiendo el rigor de Júpiter. Tesifonte llama á su hermana Megera, la cual sale del infierno; y juntas las dos, se conciertan de encender en ira á los dos hermanos, para que salgan desafiados á pelear de persona á persona. Júpiter abomina el desafío. Determina Polinice de salir. Su suegro Adrasto procura impedirlo, y no puede. Eteocle hace sacrificio á Júpiter. Muestra poca voluntad de salir al desafío. Creonte lo incita. Su madre Yocasta lo quiere estorbar. Antígone pretende hacer lo mismo con Polinice. Sale al campo Eteocle, y comienzan los dos hermanos la batalla. Pónese Adrasto de por medio, y no le respetan. Baja del cielo la diosa Piedad. La furia Tesifonte se le opone y echa de aquel puesto. Prosiguen los dos su batalla, y quedan entrambos muertos. Edipo sale al campo, guiado por Antígone. Hace llanto sobre sus hijos. Yocasta y su hija Ismene se matan con una espada. Creonte se alza con el reino. Manda no se sepulten los griegos ni Polinice, quedando para comida de las aves y las fieras. Manda salir á Edipo desterrado de Tébas. Edipo le responde furioso. Antígone, su hija, aplaca al nuevo rey, el cual concede á Edipo viva en el monte Citeron.

Despues que el animoso Capaneo
Las furias consumió del rayo esquivo,
Dejando el menos señalado y feo
Con el rastro del fuego vengativo,
No poco vitorioso del trofeo,
Levanta el brazo Júpiter altivo,
Y los nublados que esparcido habia
Del cielo aparta, serenando el dia.

Parabienes le dan alegremente
Los dioses, cual si en Flegra peleara,
O como si otra vez el Etna ardiente
Sobre el pecho de Encélado estampara;
Y el griego, aun de su fiereza ausente,
Espantable en los ojos y en la cara,
Yace abrazado de un peñasco duro,
Que el fiero rayo destrozó, del muro.

Y habiendo eterna fama conseguido,
Dejando al mundo el memorable hecho,
Y á Júpiter no poco engrandecido,
De que pudo vencello satisfecho,
El largo cuerpo se quedó extendido
Sobre el campo, de Tébas largo trecho,
Abrasando la llama que en él queda
Del suelo ardiente el prado y arboleda.

No menos en los campos infernales
Extendido el gran Ticio se parece,
Cuando con sus entrañas inmortales
A fieros buitres fiero pasto ofrece;
Cuya grandeza y miembros desiguales
Pone horror á las aves que abastece,
Mientras que vuelven á crecer de nuevo
Las roidas entrañas para el cebo.

Respira Tébas, cobra nuevos brios,
Viendo enemigo tan soberbio menos;
Dejan todos los templos ya vacíos,
Que estaban de cobarde gente llenos;
Los votos secan y los llantos pios,
Y descolgados de sus dulces senos,
Osan las madres, ya sin mas recelo,
Poner sus tiernos hijos en el suelo.

Por el contrario, todo el campo argivo
Vuelve la espalda, de temor huyendo,
No ya de los tebanos fugitivo,
Mas la ira de Júpiter temiendo.
En sus armas cualquiera un fuego vivo
Y un rayo le parece que está viendo;
Que truena el cielo y que arde su celada,
De las llamas de Júpiter tocada.

Sigue el alcance el rey de los tebanos,
Gozando la ocasion que el cielo envia,
Cual despues que en los campos africanos
Hizo leon mortal carnicería;
Que dejada la presa de sus manos,
Cargan sobre ella lobos, y á po fia,
Contra su natural, de rabia lleno,
La presa lamen del despojo ajeno.

Horrible Eurimedon; por otra parte,
Apremia el campo, que huir procura;
Hijo es de Pan; crióle tan sin arte,
Que empuña y viste rústica armadura.
Por otra Alatro, en tiernos años Marte,
Igualando en la edad y la ventura
A su padre, como él tambien mancebo,
Comienza agora á pelear de nuevo.

Cuál de los dos el padre ó hijo sea
No es fácil de entender á quien los mira,
Cuál hace mas rumor cuando pelea
Ni cuál más léjos el venablo tira.
La triste gente, que huir desea
De los dos, tan espesa se retira,
Que al entrar el escuadron desconcertado,
Las puertas se estrechan del vallado.

¡Qué inciertos son los fines de la guerra!
¡Cuál se truecan las suertes y varian!
De Cadmo iban los muros ya por tierra,
Griegos los escalaban y subian;
Mas ya en sus tiendas el temor los cierra,
Y aun poder defenderlas desconfian:
Tales suelen, del aire sacudidas,
Ir y venir las nubes desparcidas.

Y tales, con el soplo de los vientos,
Hacen las tiernas mieses remolinos,
Y aquí y allí contrarios movimientos
Las altas cumbres de los altos pinos;
Y ansí suelen del mar los crecimientos
De agua embestir los límites vecinos,
Y volviéndose al mar las fieras olas,
Las sedientas arenas dejar solas.

Y la tirintia juventud, que imita
De su Alcides las armas y el vestido,
Huyendo á mas correr se precipita,
De que su fiero dios quedó corrido;
Otras como las flechas que ejercita
Y otros despojos como el suyo vido,
Y clavas que á las suyas se parecen;
Mas de verlos de espaldas se entristecen.

Al canto de una torre Enipo estaba,
De una bastarda tañedor famoso,
Con que al griego á las armas incitaba
Cuando llegó triunfante y vitorioso;
Agora pues á recoger tocaba,
Y el soplo en el alambre sonoroso
Huida infame resonaba al viento,
Y en el real siguro acogimiento.

Cuando al través rompiendo el aire vano,
Una súbita lanza ha decendido,
Que cual tenia la siniestra mano
Se la dejó enclavada en el oido;
Huyó al punto su espíritu liviano,
Y al frio labio le faltó el sonido,
Y de la voz que en el cañon estaba
El verso sola la trompeta acaba.

Mas ya la siempre en males poderosa,
En sangre tiria y griega ejercitada,
La fiera furia Tesifonte, cudiciosa
De ver la fraternal guerra acabada,
Para impresa tan grande temerosa,
Aun no está de sus fuerzas confiada,
Si con su serpentina cabellera
No le ayudase la infernal Megera.

Y retirada en una selva oscura,
Donde jamás el rayo del sol toca,
Con su espada cruel, llena de horrura,
El suelo cava, y puso en él la boca.
Con la tierra parece que murmura
Y el nombre ausente de su hermano invoca;
Seña que en siendo del infierno oida,
Es sin contradiccion obedecida.

Con gran primor se le erizó un cabello,
Negra ceraste, la mayor que habia,
Que á las demás que cuelgan sobre el cuello,
Por mas grande y mas fiera, presidia.
La tierra, el mar y el cielo claro y bello
Se alborotó al estruendo que hacia,
Y Júpiter, tambien alborotado,
Volvió á mirar sus rayos con cuidado.

Oyó el son de la voz la fiera hermana
Desde el centro infernal, adonde acaso,
Mientras ella á su padre está cercana,
Tratando algun horrendo y triste caso,
De Capaneo la arrogancia vana
Alaba el escuadron de luz escaso,
En tanto que de Estige en los calores
Refresca el alma horrible sus ardores.

Y rompiendo la máquina del suelo,
Al aire sube claro y trasparente,
Y tanto mas acá se anubla el cielo,
Cuanto mayor tiniebla allá se siente;
Alégranse en sus penas sin consuelo
Las tristes sombras de la luz presente;
Y fuera ya del reino de Caronte,
Le dijo así la negra Tesifonte:

«Ya, hermana, hasta aquí cuanto he podido
Cumplir de nuestro padre la sentencia,
De su rigor ejecutora he sido,
Y sola al mundo he hecho resistencia,
Mientras tú en los Eliseos has regido
Sombras que al fin te tienen obediencia;
Y no será tu galardon vacío,
Ni en vano tu trabajo, como el mio.

»Estos campos, de sangre matizados,
Estos estanques, de su humo llenos,
Este enjambre de cuerpos, que ocupados
Tienen del Ete los profundos senos,
Hechos son de mis manos mal premiados;
Mas ¿qué me alabo, si esto es lo de menos?
Marte, que desta impresa se corona,
Puede alabarse, y cabalgar Belona.

»Ya viste, y el infierno es buen testigo,
Con fiera rabia un capitan valiente
A bocados comerse á su enemigo
Y en su sangre ensuciar el blanco diente,
Y aun cuando ejecutaba este castigo,
Estaba casi de la vida ausente;
Yo fui la que entregué á su hambre fiera
La mísera cabeza en que mordiera.

»Y agóra, si á tus centros ha llegado
Del sacro alcázar el tronido horrendo,
Mi tempestad los cielos ha turbado;
Ella ha podido hacer aqueste estruendo.
Yo en las furiosas armas me he ocultado
De aquel que, con los dioses compitiendo,
A los rayos de Jove no temia,
Y trasformada en él, me sonreia.

»Pero ya (confesarlo no es exceso)
De tan largo trabajo estoy rendida,
Quebrado el corazon de tanto peso,
La mano, sin valor, descaecida;
Mas negra está mi antorcha, te confieso,
Que el mismo infierno, donde fué encendida,
Y las serpientes que peinar me suelo,
Dormidas ya con tanta luz del cielo.

»Tú pues, en quien está el furor entero,
Y retozando están sobre la frente
Nuevas culebras del cabello fiero,
Que de Cocito beben la corriente,
Juntemos nuestras fuerzas, que yo espero,
No con guerra comun de tanta gente,
Mas con sola de solos dos hermanos
Ensangrentar mis homicidas manos.

»Y aunque la piedad y fe jurada
Entre hermanos la guerra contradiga,
Del uno al otro se verá la espada
Opuesta con mortal rabia enemiga;
Obra grande tenemos comenzada,
Mas gran premio se debe á gran fatiga.
Las dos de odio y discordia nos armemos,
Y ambas una con otra peleemos.

»Acaba ya; ¡con qué tibieza vienes!
Sigue del que quisieres la bandera;
Que nuestros son, y fáciles los tienes
Desd'el principio desta guerra fiera;
Mas da el vulgo mil vueltas y vaivenes,
Y temo la mudanza de cualquiera,
Y recelo no apague nuestro fuego
De su madre y su hermana el blando ruego.

»Y aun su padre cruel, que no ha cesado
De cansàrnos, cual sabes, tantos dias,
Pidiendo, contra ellos enojado,
Venganza de sus luces ya vacías;
Ya, como padre al fin, teme el cuidado,
Dè los hijos las míseras porfías,
Y retirado á solas de la gente,
Sus daños llora y sus peligros siente.

»Mucho me tardo ya; Tébas perezca
Y su alcázar, mi antiguo alojamiento.
Tú haz que Polinice te obedezca
Y vaya su maldad en crecimiento;
No permitas que Adrasto prevalezca
Ni Lerna impida el fin de nuestro intento;
Véte, y aunque con todos hagas liga,
Revuelve contra todos enemiga.»

Y así, partida entre las dos la guerra,
Partió al real la una, y la otra á Tébas,
Cual de los dos extremos de la tierra
El Noto y Bóreas, en opuestas cuevas,
Este volando en la rifea sierra
Antiguas nieves y esparciendo nuevas,
Y aquel de Libia el arenal sorbiendo,
Salen perpétua guerra revolviendo.

Braman con su furor los elementos,
El mar, el rio, el valle, el monte, el prado;
Manifiéstase el daño, y con lamentos
Lo siente el labrador interesado;
Y con todo, oprimido de los vientos,
Contempla el marinero desdichado
A peligro mayor en tiempos tales,
Con que consuela parte de sus males.

Y luego qu'el gran Padre desde el cielo
Las vió que, inficionando la luz pura,
El rubio cerco del señor de Delo
Dejan manchado de tiniebla oscura,
Dijo, vuelto á sus dioses: «En el suelo
Visto habemos furor de guerra dura,
Y entre lícitos campos ira fiera
Llegar donde el mayor rigor pudiera.

»Y visto habemos del linaje humano
Quien guerra contra el cielo acometiese,
Digno por tal soberbia que á mi mano
De fuego alanceado pereciese;
Mas nunca el mundo, tarde ni temprano,
Dirá que guerra semejante viese
Mas fiera, mas cruel, mas insolente,
Cual la que agora ordena aquesta gente.

»Volved los ojos de maldad como esa,
No á vista de los dioses tal se haga;
Basta que vi de Tántalo la mesa,
Y su crueldad con hambre y sed me paga;
Y otra de Licaon horrible impresa,
Y aquella que á Micénas tanto estraga
Cuando el sol, por no verla, atrás su coche
Hizo volver y apresurar la noche.

»Tambien agora se escurezca el dia;
Que causas hay por qué se esconda Apolo.
Recibe ¡oh tierra! aquesta nube mia,
De tí se aparte el uno y otro polo;
Y ya que sin horror mi compañía,
Pueda ver tu maldad el cielo solo:
No á lo menos la virgen verte pueda
Ni los hermanos sucesion de Leda.»

Así dijo el gran Padre; y apartando
Los ojos de la tierra, ya maldita,
Sus confusas tinieblas derramando,
De la serena luz la inhabilita;
Y en tanto la infernal virgen, bramando,
Las escuadras argólicas visita;
A Polinice busca; al fin lo halla
En el primer portal de la muralla.

Confuso está de verse en tanto estrecho,
De varios pensamientos acosado.
Si arrojará sobre su espada el pecho
O si el huir será mas acertado;
Mil cosas revolviendo sin provecho,
Ajeno de consejo en tal estado,
Y un triste agüero le quitó el sentido,
Que visitando las estancias vido.

Con una antorcha, la hermosa Argía,
Quebrada, y ella triste en el semblante,
Mónstruos del cielo son ó fantasía,
Parece se le puso de delante;
Con tal hacha al esposo recibia,
¿Si habia de ser la boda semejante?
Y él, que su pena le pregunta en tanto,
Le da callando por respuesta el llanto.

Bien ve que la vision es mentirosa,
Mas siente que es presagio de sus penas;
Porque ¿de dónde ó cómo así su esposa
Habia de venir desde Micénas?
Ve que el hado le avisa de otra cosa,
Y siente ya la muerte y las cadenas,
Y teme de sentirlo; que quisiera
Vencer, aunque la muerte le venciera.

Mas luego que la diosa horrible y fea
Alzó el azote, de serpientes hecho,
Y sobre la coraza que se arrea
Hirió tres veces, el helado pecho
Arde, y no tanto ya reinar desea,
Cuanto verse de muertes satisfecho,
Y espirar, cuando el hecho salga en vano,
Revuelto en sangre de su muerto hermano.

Y de nuevo furor arrebatado,
«Tarde, ¡oh señor! al viejo Adrasto dijo,
Cuando el negocio va mas apretado
Busco remedio en mi dolor prolijo;
Cuando solo entre tantos he quedado,
Sus daños siento y mi temor corrijo;
Que si muriera entonces yo el primero,
Volviera el escuadron á Grecia entero.

»No el ver morir la flor de tanta gente
Y almas reales en defensa mia,
Porque yo de corona orne mi frente,
Que tantos reinos llorarán hoy dia;
Si entonces cuando la ocasion presente
Y la virtud mayor rigor pedia,
Fuí tan cobarde, agora pues me ofrezco,
Qu'es lícito pagar lo que merezco.

»Yo soy, y tú lo sabes, suegro amado,
Aunque en el pecho ocultas tantas penas
Y disimulas verme avergonzado,
Con tus entrañas, de prudencia llenas;
Yo soy aquel tu huésped desdichado;
De otros lo fuera yo, no de Micénas;
Que del reino que en santa paz regias
Te desterré con las desdichas mias.

»Mas, aunque tarde, si á venganza aspiras,
Puedes de mi maldad satisfacerte;
Que á mi hermano (¿de qué, Señor, te admiras?)
Quiero desafiar hasta la muerte;
Que no me dan lugar á mas las iras.
Determínélo, echada está la suerte.
No me detengas; que trabaja en vano
Quien me estorbare de matar mi hermano.

»Ni si á mi madre y mis hermanas viera
Muertas entre sus armas y las mias,
Ni mi padre esta guerra me impidiera,
Aunque viera sus luces mas vacías;
La sangre he de beberme desta fiera,
Que ha deshecho estas griegas compañías;
¿Tan mal tengo de usar de la vertida,
Qu'ella se pierda y quede yo con vida?

»Yo vide por mi causa el suelo abierto,
No fui para arrojarme en la rotura,
Y á Tideo morir en un desierto,
A quien hizo culpado mi ventura,
Y al rey de Arcadia en mi defensa muerto,
Que hoy lo pide su gente y me murmura,
Y su huérfana madre tantos dias
Lo llora y plañe en sus cavernas frias.

»Ni cuando Hipomedonte se anegaba
Pude llegar de Ismeno á las orillas,
Y cuando el cielo con horror tronaba
Ni pude escalar torres ni subillas,
Ni con tu furia ¡oh Capaneo! brava,
Que hoy estás entre sombras amarillas,
Pude mezclar mis iras y furores,
Ni merecí del cielo los ardores.

»¿Cuál temor de morir tanto pudiera?
Mas yo satisfaré los ofendidos.
Júntense tanta madre y tanta nuera,
A quien privé de hijos y maridos;
Pidan (¿qué quieren mas?) venganza fiera,
Y esperen de sus votos y gemidos
Que muera yo y que venza aquel tirano;
Que á morir ó matar voy á mi hermano.

»Adios te queda, esposa dulce y cara;
Argos, adios, y alcázares reales;
Y tú, querido suegro, pues no para
En mi toda la culpa destos males
(Que alguna tienen de mi suerte avara
Las parcas y los dioses celestiales),
Por última merced que hacerme puedas,
Esta solo suplico me concedas:

»No permitas que fiera en mí se entregue
Despues que quede muerto en esta guerra,
Ni que á las manos de mi hermano llegue,
Que fiereza mayor en él se encierra;
Tu piedad el sepulcro no me niegue,
Ni herede mis cenizas esta tierra,
Y escarmentado en la desdicha mia,
Busca mejor esposo para Argía.»

Dijo; y de compasion todos movidos,
Iban lágrimas tiernas derramando,
Cual de nieve y carámbanos vestidos,
A la revuelta de un verano blando,
Se ven montes de Tracia derretidos,
Largas corrientes de cristal llorando,
Y entr'ellos Hemo y Ródope desata
Su yerta nieve en fugitiva plata.

Templaba Adrasto con humilde ruego
El furor que al mancebo precipita;
Pero cortando sus razones luego
Con nueva furia la infernal maldita,
Toma la forma de Perinto, un griego
Criado suyo, y en la voz le imita,
Y dióle al punto un volador ligero
Y armas fatales, de su muerte agüero.

«Vamos presto de aquí, ¿quién te atraílla?
Que no requiere tu tardanza el caso,
Y ya, por concluir esta rencilla,
Viene tu hermano á detenerte el paso.»
Y esto diciendo, lo plantó en la silla,
Y va volando por el campo raso,
Pálido en ver tan cerca, que le asombra,
De la diosa infernal la negra sombra.

Ya por su rayo á Júpiter hacia
Sacrificio el tebano en recompensa,
Que en faltar Capaneo se tenia
Por vencedor, y al griego sin defensa;
Mas no en tales altares asistia
Deidad, ni la de Júpiter inmensa;
Solo la mala Tesifonte á todo
Asiste, profanándolo á su modo.

«¡Gran Jove, dice, á quien mi patria opresa
Debe el primer principio que le diste,
Desde el dia, aunque á Juno y Argos pesa,
Que bailes de Sidon interrumpiste,
Cuando sobre la espalda, dulce presa,
Nuestra robada vírgen recebiste,
Y con ella surcando el mar á solas,
Bramar fingia por las blandas olas!

»Y no es falsa opinion que hayas tenido
Otras veces, sin esta, casamientos
Con linaje de Cadmo, y aun rompido
Por ello sus secretos aposentos;
Al fin miras, oh Jove esclarecido,
De tus suegros los míseros lamentos,
De tus sagrados muros las almenas,
Y agradecido, en su defensa truenas.

»Y cual en otra mas soberbia guerra
Del cielo defendiste las moradas,
Así te vimos hoy por nuestra tierra
Cuajar las nubes, de tu ardor preñadas;
Y no es nuevo al valor que en ti se encierra
Honrar con fuego torres tan amadas;
Que del rayo sabemos por oidas
Que fué benigno en no acabar dos vidas.

»Recibe agora, aunque es humilde ofrenda,
Este ganado, solo á ti ofrecido,
Aqueste encienso, que en tu altar se encienda,
Y este toro, entre muchos escogido;
Y pues no es mortal obra que se emprenda
El darte gracias y el honor debido,
Nuestro Baco y Alcides pueden dallas,
Y á ellos les defiende estas murallas.»

Dijo; y un fuego negro requemando
Le saltó sobre el rostro de repente,
Y su real corona despreciando,
Se la arrojó, abrasada, de la frente;
Y antes de herirle se salió bramando
El toro por enmedio de la gente,
Habiendo ya volcado como pluma
El altar que bañaba de su espuma.

Huyen los sacerdotes y criados
Viendo salir el animal tan fiero,
Y aunque al Rey tan contrarios son los hados,
Procura consolar el agorero;
Y él que los sacrificios comenzados
Se prosigan le manda tan severo,
Que disimula con fingido vulto
El temor que en su pecho tiene oculto.

Tal como Alcides en el monte Oeta
Siente el fuego pegado hasta el güeso,
De la ardiente camisa que le aprieta,
Y no dejó la víctima por eso;
Duro resiste el mal que le inquieta,
Mas, vencedor de sus entrañas Neso,
Aunque su voto á proseguir se anima,
Le obliga el fuego á que se rinda y gima.

Suspenso en esto y casi sin aliento,
Epito llega al triste rey turbado,
Que por venir ligero como el viento
La guarda de una puerta se ha dejado;
«Suspende, dice, el piadoso intento,
Y el sacrificio rompe comenzado,
Que tu hermano, pidiéndote batalla,
Viene cercando en torno la muralla.

»A menudo tu nombre repitiendo,
Solo por tu enemigo se declara,
Y hácia las puertas con furor corriendo,
La lanza enristra y el caballo encara;
Los suyos su peligro están temiendo,
Mostrándolo con lágrimas la cara,
Y á los nuestros igual temor alcanza,
De solo verle blandear la lanza.»

Y en esto dijo á voces: «Gran Tonante,
Ya es tiempo que en mí hagas un empleo;
¿Qué causa has visto en mí menos bastante,
Que mereció tus rayos Capaneo?»
Oyólo el Rey, turbóse, y al instante
Del odio antiguo renovó el deseo,
Y del peligro en que á su hermano mira
Al fin se goza á vueltas de la ira.

Bien como cuando el toro vitorioso
Oyó de su enemigo desterrado
La amenaza y bramido riguroso,
Que con el ocio fuerzas ha cobrado;
Que de ira encendido y receloso,
Ardiente espuma siembra por el prado,
Y á vista de las vacas que mas quiere,
La arena escarva y en el viento hiere.

No faltan junto al Rey mil lisonjeros
Que le dicen: «Señor, deja á tu hermano
Que sin provecho empuñe sus aceros,
Y que tus muros amenace en vano;
¿El tenia de hacerte tantos fieros,
Estando tan sin fuerzas? ¿No está llano
Que es furor del que, viéndose perdido,
Se pone en el peligro conocido?

»Resiste, en tu potencia confiado,
Y no hagas caudal de su locura;
Mándanos pelear, que no hay soldado
Que por ti no se ponga en aventura.»
Así le lisonjean: mas airado
Llegó Creonte en esta coyuntura,
Para decir con libertad y brio
Lo que siente de aqueste desafio.

Arde en su fiero corazon la llama
Del hijo, y no descansa en su congoja;
Aquí lo busca y acullá lo llama,
Y que lo ve y responde se le antoja;
Ve el arroyo de sangre que derrama,
Y que del muro con furor se arroja:
Tanto le representa la memoria
De Meneceo la funesta historia.

El cual, viendo á Eteocle acobardado,
Que duda y empereza en la salida,
«Irás, le dijo, á tu pesar, malvado,
De tu patria y tus gentes homicida;
Que bien de nuestros llantos has gozado
Dando á las furias infernal cabida,
Y no habemos de estar á tu tardanza,
Ni un punto mas sufrirte sin venganza.

»Harto por culpa tuya ha padecido
Tu ciudad de los dioses soberanos,
Que si en riqueza y armas ha crecido,
Agora apenas tiene ciudadanos,
A quien, cual hambre ó peste, has consumido,
Dejándola asolada de tus manos,
Y al fin soberbio riges todavía
De gente y armas la ciudad vacía.

»Falta al servicio militar la gente,
Que unos muertos están sin sepoltura,
Otros llevó del rio la corriente,
Y el mas seguro sus heridas cura;
Cuál busca los pedazos, diligente,
Del cuerpo mismo que salvar procura;
Ninguno, al fin, de todos ha escapado
De muerto, de herido ó de ahogado.

»Vuelve pues á tus tristes ciudadanos
Sus hijos, sus hermanos, sus mayores,
Y vuelve á tantos pueblos comarcanos
Y á las güérfanas casas sus señores.
¿Dónde está Ipseo, adónde están sus manos,
Y de Euboea tus grandes valedores?
¿De Fócida las armas qué se han hecho,
Y de Driante el valeroso pecho?

»Mas al fin, por igual suerte de guerra
Ocupan estos la region oscura,
Y tu hijo, por culpa de tu tierra,
Muere sacrificado, ¡ay suerte dura!
Y estas son las primicias que en sí encierra
El fruto de tu edad, aun no madura,
Que, cual si mudo corderillo fueras,
Sacrificar te mandan y que mueras.

»Y ¡qué adrede empereza este tirano
De salir contra quien le desafia!
Por ventura Tiresias, inhumano,
Otro manda salir á costa mia,
O de nuevo el oráculo profano
Acrecentar mis lágrimas porfía,
O aguarda que le dé el sagrado Apolo
A solo Emon, que me ha quedado solo.

»Mándale pues que salga, y tú sentarte
Puedes á verlo en la muralla ocioso,
¿Qué miras si tu gente ha de ayudarte?
Que ninguno ha de serte piadoso;
Ellos quieren que salgas á probarte,
Y ver en tí un castigo riguroso;
Tu madre misma y todos lo apetecen,
Y tus propias hermanas te aborrecen.

»Que no te atreves, y tu hermano ardiente
Con las armas de muerte te amenaza,
Y del foso calada ya la puente,
Las duras puertas rompe y despedaza.»
Así bramando el viejo, airadamente
Un tanto el corazon desembaraza
De la ira y furor que en él se esconde;
A quien el Rey con majestad responde:

«No me engañas, le dice, que bien veo
Que el muerto hijo no te obliga á tanto;
Que antes debes gloriarte en su trofeo,
Y celebrarlo con eterno canto;
Mas una confianza, un gran deseo
Se oculta entre tus lágrimas y llanto,
Y en ese voto insano que publicas,
A fin mayor el de su muerte aplicas.

»Que como estás al reino tan cercano,
De industria me fatigas, no me admiro;
Mas no así deje el cielo soberano
Desamparada la ciudad de Tiro,
Que venga á ser regido de tu mano
El cetro y reino por quien yo suspiro,
Ni por padre de Tébas sea tenido
Quien de tener tal hijo indigno ha sido.

»Fácil fuera tomar de tí venganza;
Pero dénme las armas, y primero
En desafío igual de espada y lanza
Probemos los hermanos el acero;
Que de ser vencedor tengo esperanza,
Y pagarásme en todo por entero.»
Y así, templando en todo su porfía,
La espada envaina que sacado habia.

Tal, de la mano del pastor herida,
Enroscada serpiente se levanta
Del largo cuerpo donde está extendida,
La ponzoña atrayendo á la garganta;
Mas si el golpe fué incierto, entumecida
Se queda humilde, y su rigor no espanta,
Y en balde apercebida, su veneno
Vuelve á sorber de la garganta al seno.

Desta resolucion y caso horrendo
La voz primera apenas se sabia,
Cuando Yocasta, su dolor temiendo,
Que no fué en darle crédito tardía,
Iba sus blancas canas esparciendo,
Y cual furiosa bacanal corria,
Desnudo el pecho, el rostro ensangrentado,
De su honor olvidada y de su estado.

Cual otra Agabe corre y se apresura,
Cuando del libre Baco enfurecida,
Se vió subir de Citeron la altura,
Sin ser de su aspereza detenida;
Cuando siendo engañada en la figura
Del hijo mismo, de quien fué homicida,
A Baco lleva la cabeza, que era
De cuerpo humano y le parece fiera.

No sus criados pueden detenella,
Ni á su paso correr las hijas tanto;
Que acrecienta el dolor mas fuerza en ella,
Y mas se encruelece con el llanto.
Ya se enlazaba la celada bella
El hijo, y mira su caballo, en tanto
Que alegre, al ronco son de la trompeta
Se alborota, relincha y se inquieta;

Cuando la madre súbito aparece,
No sin temor del hijo y los criados,
Que de verla en la forma que se ofrece,
Quedan descoloridos y turbados;
Diéronle luego el paso que merece,
Inclinando las armas, los soldados,
Y puesta en la presencia de su hijo,
De aquesta suerte alborotada dijo:

«¿Qué furor es aqueste que os incita?
¿Cual furia con doblada fuerza y brio
Otra vez del infierno resucita
Y os obliga á salir á desafío?
¿No basta haber en guerra tan maldita
Juntado tanta gente y poderío?
¿Es poco haber llegado á aqueste paso,
Que aun intentarlo fuera horrendo caso?

»¿Adónde ha de volver el vitorioso,
Si alguno de vosotros es vencido,
Sino es al pecho tierno y amoroso
Que de los dos el alimento ha sido?
¡Oh ciego Edipo, en esto venturoso!
Dichosa ceguedad la suya ha sido,
Pues paga con dolor la vista mia
En ver el triste caso deste dia.

»¿Dónde vuelves, cruel, el rostro airado,
Que tantas veces de color se muda?
Que aunque murmures mas, es excusado,
Que á mí me tienes de vencer sin duda;
Primero á mí las armas que has tomado
Tu mano probará, de amor desnuda;
Que para que esta novedad se impida
Me pondré desta puerta á la salida.

»Allí estaré hecha sombra de tus males
Por triste agüero tuyo, y si porfías,
Aquestos pechos pisarás reales
Y aquestas venerables canas mias;
Y no solo al pasar de los umbrales
La triste madre, que estimar debrias,
Será ofendida de tu injusta huella,
Que aun tu caballo pasará por ella.

»Detente, no me impidas que te hable
Ni me apartes de tí con pecho duro;
Que nunca yo hice voto inviolable
Contra tí á la deidad del reino oscuro,
Ni la escuadra de furias lamentable
Supe invocar con ruego ni conjuro;
Escucha pues tu desdichada madre,
Que yo te ruego, y no tu ciego padre.

»Da lugar al enojo, piensa y mide
A qué fin el intento tuyo llevas;
Dirásme que tu hermano guerra pide,
Cercando el muro á la ciudad de Tébas;
No á aquel su misma madre es quien le impide
Ni alguna hermana estorbará sus pruebas,
Como á tí, á quien, llorando de contino,
Madre y hermanas salen al camino.

»Que el otro esté en su mal perseverando
No es mucho, y que te aguarde en la estacada,
Si solo Adrasto puede, aconsejando,
Estorbarle la impresa comenzada;
Mas tú, ruegos y llantos despreciando,
Tus dioses dejas y tu patria amada,
Y sales de mis brazos para verte
En brazos de tu hermano y de la muerte.»

Por otra parte, á paso presuroso,
Mas que el ser de doncella permitia,
Por entre aquel tumulto belicoso,
Llorando, al muro Antígone corria;
El viejo Artor, su ayo cuidadoso,
La aguarda al paso y hace compañía,
Con ser tan viejo: que la muerte espera
Antes que ver el fin de la carrera.

Y luego que en las armas y en la traza
Su hermano conoció entre tanta gente,
Que á la ciudad con voces amenaza
Y al muro llega ya con rabia ardiente,
No ya el aire de llantos embaraza,
Mas suspendiendo un tanto la creciente,
Así dijo, alargando el cuerpo fuera,
Cual si del muro echarse pretendiera:

«Deten las armas y atrevida mano,
Y alza los ojos á esta torre un poco;
Que bien conoces, mi enemigo hermano,
Y sabes que no soy quien te provoco;
Y si pides con término inhumano
La fe y palabra mal tenida en poco,
Esta es buena demanda y modo honrado
Con que debe pedir un desterrado.

»Por los dioses de Argos, no de Tébas,
Que destos ya no harás alguna estima,
Te ruego, hermano, y si hay por qué te muevas
Otra causa mayor que allá te anima,
Que no ejecutes el rigor que llevas;
Mira que en tanta confusion y grima,
Los dos campos, el tuyo y enemigo,
Lo mismo te suplican que yo digo.

»Antígone te ruega, desdichada,
Que tanto por tu causa ha padecido,
Aquella odiosa al Rey y despreciada,
Pero tu hermana al fin, endurecido;
Desenlaza algun tanto la celada,
Séame el ver tu rostro permitido,
Goce de verlo aquesta vez siquiera,
Que será, sigun temo, la postrera.

»Deseo ver si haces sentimiento
Al llanto de mis ojos; mas no hay duda,
Pues que ya al de mi madre y su lamento
Tu fiero hermano del intento muda;
Y aun dicen que soltó, no es fingimiento,
La espada, que tenia ya desnuda,
Y tú solo has perdídome el decoro,
A mí, que tanto tus destierros lloro.

»¡Cuántas veces templé á tu padre airado,
Y hice que te fuera mas clemente!
Mira que en tu dureza has desculpado
A tu hermano, que al fin es obediente;
Es verdad que él la fe te ha quebrantado,
Y que es cruel señor para su gente;
Pero no, como tú, en su mal porfía,
Ni al desafío va ni desafía.»

Algun tanto aplacó su furia insana
Con aquestas palabras la doncella,
Aunque Erinnis, que dél está cercana,
Sus buenos pensamientos atropella;
Al fin mueve la rienda mas liviana,
Menos furioso ya el caballo huella,
Y algun gemido despidiendo en tanto,
No está celado en la celada el llanto.

Sus iras aplacaron, y igualmente
Quisiera no volver ni haber venido,
Cuando se vió en el campo de repente
Eteocle, furioso y atrevido,
Que dejando á su madre y á su gente,
Lo echó la furia de quien es regido,
Diciendo á voces: «Ya, enemigo, vengo,
Y ser llamado es el pesar que tengo.

»Si me he tardado, no es defeto mio;
Mi madre detenerme fué bastante.
Oh patria, oh reino, incierto señorío
Serás del vencedor de aquí adelante.»
«No con menos rigor, responde, y brio,
Que conoces al fin, aunque arrogante,
La fe que has quebrantado y el concierto,
Pues este llamas señorío incierto.

»Y que está en la vitoria has confesado
La justicia que tienes y derecho,
Pues antes, oh mi hermano deseado,
Dame un abrazo, que se venga al hecho;
Que esta fe y esta ley solo ha quedado,
Y no la puede violar tu pecho.»
Y esto diciendo, con rigor lo mira,
Que brota el corazon mil llamas de ira.

Y en lo interior el fuego mas le abrasa
De verle tan cercado de su gente,
Y que la luz del sol parece escasa
Al rayo de sus armas reluciente;
Ver cuán airoso su caballo pasa,
De púrpura cubierto, gime y siente,
De invidia solo, y no porque se puede
Decir que en galas á la suya excede.

Que no es comun la ropa que él traia,
Ni resplandece menos su tesoro,
Bordada de la mano de su Argia,
Sobre tela de grana torzal de oro,
Con tanta perfecion, que parecia
Que á solo Aragne le guardó el decoro,
Y si no la excedió en la labor bella,
Fué en todo al menos semejante á ella.

Ya el polvoroso campo repartiendo,
Vuelve atrás cada cual, instimulado
De las furias que á entrambos van moviendo,
Sin apartarse un punto de su lado;
Ellas mismas los fieros van teniendo,
Las armas tocan y el jaez bordado,
Tan cerca, que serpientes y cabellos
Ven juntos los caballos en sus cuellos.

La Maldad vino á ver, como parienta,
Guerra entre dos, de un vientre producidos,
Ya que acercarse cada cual intenta,
En las armas y rostro parecidos;
Mas no el son que al caballo mas alienta,
Ni otra seña ó rumor fueron oidos,
Que al tiempo que las lanzas enristraron,
Suspensas las trompetas se quedaron.

Mas tres veces sonó en el reino escuro
Hórrido son, que á todos desanima,
Y tres Pluton, desde su centro duro,
Hizo temblar la tierra que está encima;
Ningun dios de la guerra está siguro,
Todos huyeron con espanto y grima;
Ni la virtud se quiso hallar presente,
Y Belona apagó su hacha ardiente.

Marte no sin temor salió huyendo,
Vense del carro apenas las señales,
Pálas huyó, que á Górgona venciendo,
De serpientes sembró los arenales;
Mas fueron en la guerra procediendo
Con mas rigor las furias infernales,
Y el vulgo, á ver el caso convocados,
Ocupa las garitas y tejados.

De lágrimas está todo cubierto,
No hay casa donde llanto no se escucha,
Y siendo fuerza ver tal desconcierto,
Se queja el viejo de su edad, que es mucha;
La madre con el pecho descubierto
Al tierno hijo en amorosa lucha
Entretiene, divierte y le regala,
Porque no pueda ver guerra tan mala.

Y á ver tan gran monstruosidad del suelo,
Como á ejemplo el mayor de desventura,
Manda salir las almas sin consuelo
El gran retor de la region escura;
Y ofuscando la clara luz del cielo,
De los montes coronan el altura,
Alegres de entender que en tal batalla
Mayor maldad que en su maldad se halla.

Luego que Adrasto vió que se comienza
La guerra, que los dos parten iguales,
Contra cuya maldad y desvergüenza
No han bastado prodigios y señales,
Volando, que no hay viento que le venza,
Se puso en medio de los dos reales;
Que puede mucho y todo lo asigura
Su antiguo reino y larga edad madura.

Mas, ¿qué con tales su presencia puede?
Qué honor basta á mover gente tan ciega?
Que aun su sangre no cuidan quien herede;
Bien los conoce, pero al fin les ruega;
«¿Que ha de ver, dijo, el mal que aquí sucede,
Confusa la nacion tebana y griega?
Si esta maldad al cielo no se esconde,
¿Dó están los dioses? La justicia ¿adónde?

»Cese vuestro rigor tan obstinado,
Y tú, enemigo, cesa en tu porfía,
Que aunque el furor te venza, eres rogado,
Y aun tienes deudo con la sangre mia;
Y tú, yerno, si tanto has deseado
Cetro, el que tengo dejaré este dia,
Vé á Lerna, y desde luego en años largos
Que reines solo te concedo en Argos.»

No hicieron sus palabras mas efeto
En los dos enemigos capitales;
Que antes ellos, perdiéndole el respeto,
Se dispusieron á encontrar; iguales
Que el mar de Citia, hinchado é inquieto,
Hace con el furor de sus cristales
Contra los montes Cianeos cuando
Se vienen á encontrar, del mar burlando.

Y viendo Adrasto que les ruega en vano,
Y que puestos los dos en la carrera,
Se aperciben de amientos en la mano
Para arrojar los dardos desde afuera,
El campo deja al yerno y al hermano,
Y con rigor las plantas aligera
De su Arion, que á la maldad que via,
Torcido el yugo á la cerviz tenia.

Tal del celeste alcázar despedido
El retor de las sombras de la muerte,
Baja á regir el reino del olvido,
Que por menor le concedió la suerte;
Pero no la fortuna ha suspendido,
Con la ausencia de Adrasto, el trance fuerte,
Que en su rigor se queda la batalla,
Y esto solo sirvió de dilatalla.

En vano dos carreras se enristraron,
Y otras dos ya cercanas de encontrarse;
Con horror los caballos se apartaron,
Las lanzas no pudiendo ensangrentarse;
Pero luego las riendas alargaron
Para volver ligeros á juntarse,
Y cada uno con rigor la espuela
Sin causa arrima al suyo, porque vuela.

La novedad de haber las lanzas sido
Inciertas suspendió toda la gente,
Y á que es prodigio muchos se han movido,
Y cada cual diversas cosas siente;
Y el daño irremediable conocido,
Los dos campos ordenan de repente
Sa ir juntos, y dar, por detenellos,
Con todo el cuerpo de la guerra en ellos.

Sentada en tanto la Piedad se via
A una parte del cielo retirada,
Que á tiempo que en la tierra no cabia,
Ni entre los dioses pudo hallar morada;
No en el rostro se muestra que solia,
Ni en el traje que ha sido respetada,
Sino suelto el cabello de su asiento,
Sin toca ó trenza que resista al viento.

Llora el peligro de uno y otro hermano,
Cual si su hermana ó si su madre fuera,
Cruel llamando á Jove soberano,
Fieras las parcas, y á la tierra fiera;
Mas dejar la region del aire vano,
Donde ninguna piedad se espera,
Propone, y de irse á la infernal laguna,
Que entre sus dioses ha de hallar alguna.

«¿Para qué me criaste inútilmente,
Dijo, oh reina sin par, naturaleza,
Para impedir las iras de la gente,
Y á veces de los dioses la dureza,
Si no me estiman, aunque estoy presente,
Ni vale ya en el mundo mi nobleza?
¡Oh ciega furia del mortal deseo!
Oh atrevida invencion de Prometeo!

»¿Cuánto mejor, despues de Pirra, fuera,
Si tal habia de ser, como parece,
Que el mundo se acabara y feneciera?
Ved qué el humano género merece.»
Dijo; y viendo ocasion que usar pudiera
La piedad que en ella resplandece,
El tiempo mide para dar ayuda
A aquella gente, de piedad desnuda.

Del cielo baja, y si la planta mueve,
Aunque su gran tristeza va mostrando,
Luciente rastro de color de nieve
Por medio de las nubes va dejando;
Y apenas toca al campo en tiempo breve,
Y en los ánimos toca apenas, cuando
Súbita paz parece que se via
Donde primero la impiedad vivia.

A verse comenzó la maldad clara,
Y mas de un rostro, en lágrimas deshecho,
Y entre los dos hermanos (cosa rara)
Alguna piedad escarva el pecho;
Y ella, mudando el hábito y la cara,
En traje varonil, á guerras hecho,
Entre todos armada se presenta,
Y aquí y allí la piedad aumenta.

«Si es que algunos teneis prendas queridas,
Hijos ó hermanos, do el amor se halla,
Id, dijo, resistid, poned las vidas,
Por impedir el fin desta batalla;
¿No advertis en las señas conocidas
De que los dioses quieren estorballa,
Flojos caballos, mano perezosa,
Y á su fortuna misma ya piadosa?»

Algun tanto inclinaba ya la gente,
Si el disimulo acaso no entendiera,
La furia, que veloz cual rayo ardiente,
Delante della con furor se altera;
«Floja deidad, le dijo, inútilmente
Dada á la infame paz por compañera,
¿Por qué razon á desviarme vienes
La guerra en que ninguna parte tienes?

»Véte, enemiga, deste sitio, acaba,
Que es mio aqueste campo y este dia;
Si defender á Tébas te importaba,
¿Cómo vienes ahora tan tardía?
¿Dónde estuviste cuando Cadmo araba
Y la marcial serpiente renacia,
Y dónde cuando Baco movió guerra
Con sus furiosas madres á esta tierra?

»¿Y adónde, perezosa, te escondiste
Cuando cayó la esfinge despeñada,
Y adónde cuando á Edipo permitiste
En sangre paternal manchar la espada,
Y cuando con mi antorcha negra y triste
Vino Yocasta al tálamo engañada?
¿Cómo, si entonces piedad tenias,
A tanta impiedad no resistias?»

Dijo; y en el azote rechinando
Varias culebras, con rigor severo
A la Piedad amenazaba, cuando
Ya ella se ausentaba del terrero;
Y su rostro entre velos ocultando
Por no ver de la furia el suyo fiero,
Aunque de ser echada vergonzosa,
Huye á quejarse á Júpiter la Diosa.

Las dos furias entonces con mas ira
Se mueven, viendo la Piedad ausente,
La maldad se renueva, y ya los mira
Con menos piedad toda la gente;
Y en tanto la primera lanza tira
El Rey, que mas su furia no consiente,
Mas sin ofensa detenerse pudo
En el cerco dorado del escudo.

No con menor denuedo el desterrado
A la venganza sale como el viento,
Diciendo á voces: «Dioses, que habeis dado
A los ruegos de Edipo oido atento,
Confirmad la maldad que ha comenzado;
Hacedme ejecutor de vuestro intento,
Y no es mucho que yo tambien sea oido,
Pues no es ajeno desto lo que os pido.

»Que con tal que me deje este tirano
La silla injustamente poseida,
Aunque permita el cielo soberano
Que sea á costa de mi sangre y vida,
Yo mismo, en sacrificio por mi mano,
Y con la misma espada en él teñida,
Mi pecho romperé, lleve siquiera
Menos dolor mi alma cuando muera.»

Esto diciendo, le arrojó la lanza,
Cuyo golpe entre el muslo al caballero
Y entre la ijada del caballo alcanza,
Procurando á los dos el fin postrero;
Mas vana fué del voto la esperanza,
Que sin herir al Rey pasó el acero,
Hallando al paso la rodilla alzada,
Y en las costillas del caballo entrada.

Y al punto salta, el freno despreciando,
Aquí y allí con el dolor cayendo,
Larga vena de sangre derramando,
Que su daño en la tierra va escribiendo;
Polinice se alegra, imaginando
Que es de Eteocle la que ve vertiendo,
Y el mismo Rey, con el temor que tiene,
De que es su propia sangre á creer viene.

Mas luego el desterrado dió la vuelta,
Y viendo de su hermano el mal partido,
Ciego corre sobre él á rienda suelta,
Hasta chocar con el caballo herido;
Andan caballos y armas de revuelta,
Y los guerreros, uno de otro asido,
Con tanta fuerza cada cual se aferra,
Que entrambos vienen á probar la tierra.

Cual galeras del Austro contrastadas
Suelen en noche obscura entrepalarse,
Sin poder desasirse, de intricados,
Hasta venir los remos á quebrarse;
Y con las olas, de quien son llevadas,
Luchar toda la noche, por soltarse,
Consigo mismas y el rigor del viento,
Y al fin se hunden en el mar sediento;

Tal es la ley de aquesta injusta guerra,
Que de su fuero y leyes olvidados,
Se mezclan y tropellan por la tierra
Sin término y sin arte de soldados;
Solo los odios que su pecho encierra
Manifiestan los yelmos enlazados,
Que por ellos exhala en llamas de ira,
Y el uno al otro con rigor se mira.

Ningun espacio entre ellos verse pudo,
O estando levantados ó caidos,
Pecho con pecho, escudo con escudo
Se vieron, y los brazos siempre asidos;
Retumban de los dos del pecho crudo
En el cóncavo bronce los bufidos,
Tal, que como trompeta sonorosa
Los incita, los mueve y los acosa.

Bien como cuando ardor celoso atiza
Dos jabalíes á mortal pelea,
Que cada cual la espesa piel eriza
Y de los ojos luz relampaguea,
Los colmillos crujiendo, atemoriza
Al cazador, que léjos ver desea
La fiera lucha, puesto entre las peñas,
Hace á los perros de que callen señas:

Así los dos con ánimos iguales
Se acometen y hieren de manera,
Que aunque no las heridas son mortales,
De su maldad la sangre es mensajera;
No es menester ya furias infernales,
Antes ellas los miran desde afuera,
Admiradas de ver que en hombres pueda
Caber tal furia que á la suya exceda.

Uno y otro furioso se apresura
A derramar la sangre de su hermano,
Y no ve que la suya mal segura
Por todas partes humedece el llano;
Mas Polinice, que mostrar procura
Mas justa injuria, con violenta mano,
Firme el brazo y la punta de la espada,
Le enristró por el cuerpo una estocada.

Halló la entrada la enemiga punta
Por las últimas mallas de la cota,
Que cubre mal la carne al muslo junta,
Y así no fué la espada en entrar bota;
Mas el Rey, que de cólera despunta,
Por luego no sintió la ingle rota,
Pero turbóse en el primer instante,
Con el frio del hierro penetrante.

Mas luego que del golpe violento
Sintió la herida, lo mejor que pudo,
Como aprisa le va faltando aliento,
Turbado se recoge en el escudo;
Mas no por verle en tanto detrimento
El fiero hermano está menos sañudo,
Que mientras mas desmaya, mas se enciende,
Y con palabras de rigor le ofende.

«¿Adónde huyes, dijo, injusto hermano,
Que ya en balde procuras defenderte?
¡Oh caduco descanso, oh reino vano,
Oh imperio largo, súbdito á la muerte!
Aprende en mí á sufrir la armada mano
Y á no fiar de venturosa suerte;
Considérame pobre y desterrado,
Y hecho blanco del rigor del hado.»

Bien poca vida al falso rey quedaba,
Que la postrera sangre va vertía,
Y ya los pasos macilentos daba,
Que apenas sustentarse en pié podia;
Cuando de industria, al tiempo que llegaba
A ejecutar la muerte su agonía,
Caer se deja con rigor extraño,
Fabricando en la muerte nuevo engaño.

Resuena al punto el mísero lamento
De los que le juzgaron por sin vida,
Y como cierto ya del vencimiento,
Las manos alza al cielo el fratricida;
«Dioses, dijo, no en balde fué mi intento,
Justo fué el voto y mi oracion oida,
Pues veo á mi enemigo de tal suerte,
Y sus ojos nadando con la muerte.

»Pero mientras que ve, para que sea
Mayor dolor que el que tendrá muriendo,
Puesta en mis sienes su corona vea;
Tráigala alguno aquí, vaya corriendo.»
Y como capitan que templo arrea
Con los despojos que ganó venciendo,
Le llegó á desnudar las armas bellas
Para en Tébas triunfando entrar con ellas.

Aun no era muerto el infeliz tebano,
Y en el alma, que ya se despedia
De su antiguo rencor y odio profano,
Guardaba la venganza todavía;
Y cuando sobre sí sintió al hermano,
Suplió el odio á las fuerzas que tenia,
Y alegre, aunque muriendo, á su despecho
La oculta daga le enclavó en el pecho.

«¿Que vives, dijo Polinice, y dura
Hasta agora tu ira y violencia?
Pues nunca has de tener silla sigura,
Que hasta el infierno llevas competencia;
Conmigo irás, y allí la fe perjura
Te he de pedir en la infernal audiencia,
Si allí es verdad que Minos con sus leyes
Castiga los excesos de los reyes.»

No dijo mas, que le faltó el aliento
Y el dulce estambre de la vida junto,
Cuando, para arrancarse de su asiento,
La del hermano estaba al mismo punto;
Muerto cayó sobre él, pero sediento
De la venganza el cuerpo así difunto,
Oprimiendo al hermano en la caida,
La vida le quitó y quedó sin vida.

Id, ánimas crueles, de la tierra,
Y manchad del infierno las moradas,
Consumid cuantas penas en sí encierra,
Que aun para tanto mal son limitadas;
Y vosotras, oh furias de la guerra,
Para mal de los hombres incitadas,
Volvéos á las estancias infernales,
Y tened ya piedad de tantos males.

Y aquesta vez no mas el mundo cuento
Por larga edad del siglo venidero
Semejante maldad que la presente,
Y no tenga este dia compañero;
Antes de la memoria de la gente
Se olvide el caso abominable y fiero,
Y solo entre los reyes se repita,
Para ejemplo de guerra tan maldita.

En tanto el triste padre, que ha sabido
Del suceso infeliz la dura suerte,
De su caverna en público ha salido,
Hecho una imágen de imperfeta muerte;
La barba y el cabello, enmohecido
De la sangre y horrura, está tan fuerte,
Que parece que cubre con sus hebras
Furial cabeza llena de culebras.

Léjos su rostro, entre el cabello oculto,
Se ve, y hundidas las mejillas dentro,
Y de los ojos cóncavos al vulto
Asqueroso licor sale al encuentro;
Así por entre el bélico tumulto
De su antigua morada y de su centro
Sale poniendo á todo el mundo asombro,
Sustentado de Antígone en el hombro.

Cual si Caron, dejada la barquilla,
Saliese á ver la luz de sus riberas,
En cuya ausencia crece en cada orilla
Gran multitud de sombras pasajeras;
Que con su vista turba y amancilla
La luz al sol, y al cielo sus lumbreras;
No puede resistir, como es oscura,
El aire claro ni la luz tan pura.

Tal sale al campo de su gruta el ciego,
De la llorosa Antígone guiado;
«Llévame, dice, á aquel lugar te ruego,
Donde mis hijos muertos han quedado;
Y sobre sus recientes llagas luego
Arroja aqueste padre desdichado.»
No sabe si obedezca la doncella,
Y de industria se tarda y se atropella.

Impídenles el paso y el camino
El ir juntos los dos y de la mano,
Y las armas y cuerpos que contino
Encuentran destrozados por el llano;
Y en tanto estorbo pierde Edipo el tino,
Y da los pasos débiles en vano,
Y si se cae, trompieza, ó si se abaja,
La miserable guia lo trabaja.

Mas luego que el clamor de la doncella
Los cuerpos frios le mostró llorando,
Sobre ellos se arrojó, soltado della,
Enmudecido de dolor quedando;
Mas del modo que pudo se querella,
Sobre sus frescas llagas sollozando,
Sin poder dar la habla que queria
Y tanto tiempo detenido habia.

Mientras las armas y celadas tienta,
Y allí busca los rostros escondidos,
La voz desata, el corazon revienta,
De los mudos sollozos detenidos;
«Tarde, dice, oh piedad, tu fuerza intenta
Inclinar á tus leyes mis sentidos;
¿Posible es que tras tanta resistencia
Cabe en aqueste corazon clemencia?

»Vencido has, piedad, á mi dureza,
Pues ves que con dolor, con lloro y gimo
Vencido me has tambien, naturaleza,
Que el tierno amor de padre al fin estimo;
Ya de mis secos ojos con terneza
Lágrimas vierto, y con piedad arrimo
La injusta mano, causa de sus males,
A enjugar de los ojos los caudales.

»Crueles hijos, dice, que igualmente
En serlo tanto os tengo por muy mios,
Recebid las exequias que al presente
Os ofrecen mis ojos, vueltos rios;
Y pues veros ni oiros no consiente
Vuestra muerte y mis ciegos desvaríos,
Para que solo me consuele un poco
Dime cuál es, Antigone, el que toco.

»¿Con qué ofrenda de mí seréis honrados?
Qué pompa funeral podré haceros,
Que pueda agora, hijos tarde amados,
De cuando os fui cruel satisfaceros?
¡Oh si segunda vez me fueran dados
Los ojos solamente para veros,
Que en sacrificio vuestro, de la cara
Con mi antiguo rigor me los sacara!

»¡Ay me! que el cielo oyó mis oraciones,
Mas de lo que era justo y yo pedia;
¿Cuál dios á tan perversas peticiones
Tan cercano de mí estuvo aquel dia,
Que enteras las palabras y razones,
Arrebatadas de la lengua mia,
Manifestó á los hados vengadores
Para que fuesen luego ejecutores?

»No tuve culpa yo, que fué forzoso
Quejarme á voces del nefando hecho,
Y mi lengua movió furor rabioso
Y Erimnis fiera, que se entró en mi pecho;
El padre muerto, el lecho incestuoso,
La subcesion maldita, el reino estrecho,
Y mis ojos caidos y sangrientos
Movieron de mi lengua los acentos.

»Y juro por Pluton, de luz escaso,
Y la inocente hija que me guia,
Y por la oscura ceguedad que paso,
Que fueron dulces ojos algun dia,
Que no me acusa nada en este caso;
Así, con digna muerte, el alma mia
A Layo vea en la infernal morada,
Y no huya de mí su sombra airada.

»¿Qué abrazos son aquestos entre hermanos,
Qué heridas las que toco en vuestro pecho?
Soltad, os ruego, las asidas manos
Y el lazo que os ofende tan estrecho;
Y en medio de los cuerpos inhumanos
Admitid vuestro padre á blando lecho.»
Esto diciendo, de matarse ordena,
Que crece en ira al paso de la pena.

Para acabar su miserable vida
Armas buscaba ya, mas al instante
Antigone, en aquesto prevenida,
Le escondió las espadas de delante;
Furioso, quiso ser de sí homicida,
Y como á ejecutarlo no es bastante,
«¿Dó están, dijo, las armas? ¿Qué se han hecho?
Que agora faltan para aqueste pecho.

»¡Oh furias! ¿consumieron por ventura
De aquestos cuerpos todas las que habia?»
Mas de las armas que buscar procura
La hija al fin lo aparta y lo desvia;
No ajena de dolor, que su cordura
Muda en el pecho la pasion cubria,
Con gozo mira al padre, reparando
Que al fin, aunque cruel, está llorando.

Antes de aquesto, en viendo comenzada
Entre los dos la guerra tan temida,
A la primer señal alborotada
La triste Reina y de dolor vencida,
Sacó de su recámara una espada,
Que fué de Layo prenda conocida,
En quien solia, entre otros sus despojos,
Con tierno llanto apacentar los ojos.

Y despues de formar muchas querellas
Con los dioses y el lecho prohibido,
Con las furias de Edipo, causa dellas,
Y con la sombra del primer marido;
Por no ver deste fuego mas centellas,
Ni mas dolor del que en sus hijos vido,
Sobre la espada se inclinó de hecho,
Atravesando con rigor su pecho.

Rompió el hierro cruel las flacas venas,
Derramando la antigua sangre fria,
Purgando con su muerte tantas penas,
Y el lecho de la mancha que tenia;
La llaga estaba manifiesta apenas,
Que aun de la espada el rechinar se oia,
Y á enjugarla el cabello desatando,
Sobre ella Ismene se arrojó llorando.

No de otra suerte Erigone, llorosa,
Lloró en la selva Maratonia tanto
La muerte de su padre dolorosa,
Que á un punto le faltó la voz y el llanto,
Y al fin de un ramo de la sombra umbrosa,
Por último remedio en su quebranto,
Escogido por fuerte, para ello
Un lazo encomendó, y al lazo el cuello.

Ya la fortuna el cetro del tebano
Habia en otra parte transferido,
Despues que la esperanza salió en vano,
Con que fué de los dos tan pretendido;
Y de Creonte á la enemiga mano
Ya de Cadmo las leyes han venido,
Y ya comienza á gobernar la tierra;
¡Oh miserables fines de la guerra!

Por reinar los hermanos pelearon
Hasta morir entrambos igualmente,
Y á aqueste llama al reino que dejaron
El ser de fiera sangre decendiente;
Los pueblos que á los otros repudiaron
Dejan mandarse ya deste insolente,
Obligados de ver que Meneceo
Se dió á su patria con mortal trofeo.

Sube el tirano al cetro desdichado,
Y al tribunal de la llorosa Tébas;
¡Oh amor de mandar, oh nuevo estado,
Cómo tras tí los ambiciosos llevas!
Que no es posible iguale á lo pasado
Nuevo gobierno ni ordenanzas nuevas,
Y él en el tribunal de antiguos reyes
Se atreve á establecer injustas leyes.

¿Qué fortuna mejor tener pudiera
Que ver que todo el reino le obedece,
Si la ambicion con esto no creciera,
Que al paso del mandar se aumenta y crece?
Ya del nombre de padre degenera,
Que en vez de perdonar se encruelece,
Y una por una la corona asida,
De Meneceo la memoria olvida.

Y del amor del reino arrebatado,
En que dió de quién es primer indicio,
A los griegos mandó que sea vedado
Del fuego venerable el sacrificio,
Y que en medio del campo desechado
Se quede de la guerra el ejercicio,
Las armas, los despojos y los muertos,
Y los tristes espíritus desiertos.

Ya por la puerta Ogige iba saliendo,
Y á Edipo encontró en ella que volvia,
Y un tanto en verle reparó, temiendo;
Que al fin por superior lo conocia;
La ira templó al punto, mas haciendo
Del rey, que mal representar sabia,
Con voz soberbia y atrevida luego
Así maltrata al miserable ciego:

«Véte de aquí, no estés en mi presencia,
Agüero triste al vencedor tebano,
Deja este muro limpio con tu ausencia,
Aparta dél las furias y tu mano;
Ya se acabó tu larga penitencia
Con la muerte del uno y otro hermano;
Véte, muertos están, nadie te hereda;
¿Qué voto nuevo por hacer te queda?»

Deste rabioso estímulo incitado,
Edipo se encendió, que parecia
De la vejez haberse desnudado,
Y vuéltose á la edad que antes tenia;
Y habiendo al punto el báculo dejado,
Y de su amada Antígone la guia,
Estribando en la ira solamente,
Rompió la voz del pecho impaciente.

«¿Posible es, oh Creonte miserable,
Que en ser cruel tan presto te previenes,
Y apenas nuestra suerte variable
Te ha puesto en el lugar que agora tienes,
Y que á tí te permite el hado instable
Que reyes aniquiles y condenes,
Que de sepulcro prives á los muertos,
Y de su patria á los amigos ciertos?

»Procede bien, podrás regir á Tébas;
Mas ¿por qué el primer dia tus rigores
Muestras, estableciendo leyes nuevas,
Y en ser temido fundas tus honores?
Desterrarme pretendes, en que pruebas
Que es temor la inclemencia en los señores;
¿Por qué, si temes y el destierro intentas,
Antes en mí tu espada no ensangrientas?

»Créeme, que, aunque venga á degollarme
El ministro cruel de tu sentencia,
No tengo por temores de apartarme
Ni hacer al cuchillo resistencia;
Comienza, ¿qué pretendes? ¿Humillarme?
¿Qué quieres? ¿Que te haga reverencia?
¿Yo á los piés de un tirano he de sufrirlo,
Y tú (caso que sea) consentirlo?

»¿Tú me amenazas? ¿Piensas, enemigo,
Que rastro de temor en mí ha quedado?
Y ¿qué mandas? ¿Que deje el patrio abrigo,
A quien el cielo y tierra ha ya dejado?
Si yo, de aqueste rostro por castigo
Los ojos me saqué, sin ser forzado,
¿Cuál piensas, rey cruel, agora darme
Que en el que yo me dí pueda igualarme?

»Ya huyo pues de aquesta villa infame;
Si importa en otra parte por ventura
Mi muerte, que así es bien mi vida llame,
Y la luz de mis ojos, siempre oscura,
¿Qué gente habrá que la piedad desame,
Que á mis humildes ruegos sea tan dura,
Que de su tierra, al fin, no me conceda
El poco espacio que ocuparles pueda?

»Dulce es Tébas, que, al fin, siendo su amparo
Gocé en su deleitosa estancia della
De cielo mas sereno y sol mas claro,
De dulces hijos y de madre en ella;
Pero gózala tú, y el cielo avaro
Te sea en conservalla y defendella,
Y no la rijas con mejor agüero
Que Cadmo y Layo la rigió primero.

»Con el que yo reiné, reines, tirano,
Y en semejante tálamo que el mio
Tengas la subcesion, sin que tu mano
Fuerce de la fortuna el albedrío;
Desees ver la luz del sol en vano,
Ciego, cual yo, por otro desvarío;—
Ya he dicho y satisfecho mis enojos;
Vámonos, hija, guia de mis ojos.

»Mas ¿dónde irás conmigo, hija amada,
Que tu pena y dolor no se acreciente?
Quédate adios, y el Rey en mi jornada
Me dará quien me guie y me sustente.»
Y Antígone, temiendo el ser dejada
Al rigor de Creonte y de su gente,
Con mayor humildad que el padre ciego
Así mudó la plática y el ruego:

«Por este reino, que dichoso ha sido
En ser tuyo, Creonte, y por quien eres,
Y el alma de tu hijo esclarecido,
Que despreció del mundo los haberes,
Que perdones á un mísero afligido,
Y á sus soberbias voces no te alteres;
Que esta es costumbre de hablar que tiene,
Que de su pena y su pasion le viene.

»No solo contra tí se muestra fiero,
Que así los hados y los dioses trata,
Ni ha sido para mí menos severo,
Que le dura el enojo y me maltrata;
Ni en su pecho este dia es el primero
Que aquesta triste libertad le mata,
Y lo que mas le aflige cada dia
Es la esperanza de morir tardía.

»Y así, desesperado de la vida,
Te da ocasion á que le dés la muerte,
Y de industria al castigo te convida,
Porque esta tiene por dichosa suerte;
Pero en cosa de suyo tan rendida
Que no ensayes te ruego el brazo fuerte;
Manda cosas mayores, y procura
De tus reyes honrar la sepoltura.

»Que este que ves aquí que está gimiendo,
Cuando en sublime trono armado estaba,
Las faltas de los suyos proveyendo,
Al rico y pobre por igual juzgaba;
Y de tanto aparato y tanto estruendo
Que entonces le sirvió y acompañaba,
Sola esta triste á su compaña llora,
Y aun no iba desterrado como agora.

»¿A tus dichas aqueste estorbar puede,
Que así le temes y aborreces tanto,
Y con fuerza real que se le vede
La patria quieres y el albergue santo?
¿Es porque á tus umbrales no se quede
Publicando tus quejas con su llanto,
O porque desterrado á otras naciones,
Al fin no escucharás sus maldiciones?

»No temas, que yo haré que retirado
De tu palacio llore, y te prometo,
Aunque esté mas soberbio y enojado,
Que yo misma le enseñe á estar sujeto;
Del vulgo le pondré tan apartado,
En un lugar tan solo y tan secreto,
Que con justa razon tú mismo digas
Que es destierro mayor que el que le obligas.

»¿Qué tierras, si se va, serán tan buenas
Que en sus muros le acojan? ¿Por ventura
Quieres que en Argos entre ó en Micénas,
Donde la antigua enemistad les dura,
Y del vencido Adrasto en las almenas
Cuente nuestra desgracia y desventura?
Y ¿quieres que, abatiendo un rey tebano,
Pida sustento de enemiga mano?

»¿Agrádate por dicha que refiera
Pecados desta miserable gente,
Y casos vergonzosos que debiera
La memoria ocultar eternamente?
Pues la infamia es comun, cubre siquiera
Por tu honor lo que somos igualmente;
No te pido gran don, que seas afable
A un viejo padre, triste y miserable.

»Aquí, suplico, aquí se le conceda
Un lugar donde pueda sepultarse,
Que si á los griegos el sepulcro veda
Tu ley, con los tebanos no ha de usarse.»
Y postrada á los piés del Rey se queda;
Mas el padre la incita á levantarse,
Y en amenazas contra él se enciende,
Despreciando el perdon que ella pretende.

Cual leon que temido antiguamente
Fué en la selva, en el monte y en el llano,
Y perezoso ya en su cueva, siente
Que no pasó por él el tiempo en vano;
Pero no á su vejez, aunque doliente,
Ninguno se le atreve á estar cercano,
Ni su vista estará menos sañuda,
Que, aunque la edad le vence, no se muda,

Mas si por dicha el ya pendiente oido
Algun bramido oyó que le lastime,
Al punto se alborota, y atrevido
Levanta el cuello, que la edad le oprime;
Y acordándose al fin de lo que ha sido,
Por sus perdidas fuerzas llora, y gime
Que otros leones tengan osadía
De reinar en los campos que él solia.

Al fin, al ruego humilde y tierno llanto
Creonte se inclinó de la doncella,
Mas no su peticion le otorga en tanto,
Alguna parte cercenando en ella;
«Con que no manches, dijo, ó templo santo,
O manches la ciudad, no léjos della
Te señalo destierro por ahora,
Allá en tu monte Citeron te mora.

»Y que andes tambien se te consiente
Esta tierra en que ves que están vagando
Las almas de los tuyos justamente,
Y en su sangre los cuerpos palpitando.»
Dijo; y por entre el vulgo de la gente,
Que finge acompañarle, iba llorando;
Con majestad y con soberbia pasa
Al palacio real, antigua casa.

Y en tanto el escuadron griego, huyendo,
El campo y las banderas desampara,
Volver con vida infame apeteciendo,
Mas que esperar la muerte ilustre y clara;
Nadie su capitan sale siguiendo,
Que en ir con mas silencio solo para;
La noche, al fin, de piedad movida,
Abraza entre sus sombras la huida.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO.

Salen los tebanos á ver el estrago. Lloran sus muertos y quémanlos. A Eteocle hacen lo mismo con poca pompa. No consienten que Polinice goce del fuego ni los griegos. Hácensele á Meneceo grandes exequias con llanto de Creonte, su padre. Las matronas de Argos van á Tébas á sepultar sus muertos. Encuentran con Ornito, que iba herido, y él les da cuenta de la crueldad de Creonte. Aconséjalas que vayan á Aténas á pedir á Jason ayuda para sepultar sus muertos. Hácenlo así, excepto Argía, que siguiendo el comenzado camino, se parte á Tébas, acompañada de su ayo. Llega de noche al lugar donde están los muertos, y yendo buscando á su esposo, encuentra con Antigone, que venia á buscar el mismo cuerpo. Hallado de las dos, lo echan en la misma hoguera donde se estaba quemando Eteocle. Siéntenlas las guardas. Llévanlas presas á Creonte. Llegan las demás griegas á Aténas. Hallan piedad en Teseo, que venia vitorioso de las amazonas. Marcha Teseo la vuelta de Tébas. Creonte quiere quitar las vidas á Argía y á Antigone. Manda ejecutarles la sentencia. Llega Teseo á Tébas. Sale Creonte á batalla. Encuentra con él Teseo. Pelean los dos. Muere Creonte. Reciben los tebanos por su rey á Teseo.

Aun no del todo el velador lucero
Del cielo las estrellas encubria,
Y con mas sutil punta que primero
Aun no la luna señalaba el dia,
Y aun no la aurora el rubio carretero,
Que de nuevo á su oriente revolvia,
Le iba el paso por el cielo abriendo,
Las inquietas nubes sacudiendo;

Cuando la gente del tebano suelo,
Aunque ya pocos dioses les valian,
De la noche acusando el tardo vuelo,
Vagando por el campo discurrian;
Fué su primer descanso este desvelo,
Y este el sueño primero que dormian;
Mas la paz, mal segura, lo suspende,
Y al mal pasado la victoria atiende.

Apenas dar un paso el mas valiente
Puede, ni atina al foso el mas osado,
Ni abrir osa las puertas libremente,
Que dura en ellos el temor pasado;
Del campo tienen el horror presente,
Y en él no osan fijar el pié turbado,
Como al que arroja á tierra la tormenta,
Que en la primera el pié temblando asienta.

Así suspensos el estrago miran,
Y á qué parte saldrán están inciertos,
Que temen, si hácia adentro se retiran,
Han de volverse á levantar los muertos;
Como simples palomas cuando giran
Del palomar los intricados puertos,
Y ven por los resquicios de la torre
Rubia serpiente que á los nidos corre;

Que con alas y piés cercan el nido,
Los hijuelos adentro retirando,
Para el trance de guerra no advertido
Las inútiles plumas erizando,
Y aunque al fin la serpiente se haya ido
Teme el blanco escuadron salir volando,
Y con horror, si se remonta al cielo,
Vuelve á mirarla en medio de su vuelo.

Al fin á las reliquias de la guerra
Salen, y á ver el pueblo desangrado,
Que llanto de su estancia los destierra,
Y saca al capitan como al soldado;
Va cada cual do su dolor le atierra;
Cuál mira el campo de armas ocupado,
Y cuál de los heridos cuerpos lleno,
Y el del amigo á vueltas del ajeno.

Lloran unos los carros cuyos leños
Se hicieron astillas peleando,
Y á los caballos lloran ver sin dueños,
Con quien solo les queda estar hablando;
Las heridas de espacios no pequeños
Miden y tiernamente están besando,
Y del esfuerzo del amigo amado
Se admira alguno que lo ve frustrado.

Cada cual por menudo considera
El vario estrago y la cruel matanza,
Vense brazos sin cuerpos donde quiera,
Manos sin brazos empuñar la lanza;
Muchos á quien quitó una flecha fiera
De la vista y la vida la esperanza,
Se están con ellas en los ojos yertos,
Y entre estos, otros sin heridas muertos.

Con largo llanto, á la ocasion debido,
Se arrojan en los cuerpos destroncados,
Y no sin competencia han pretendido
Enterrar cada cual sus aliados,
Y en lugar del pariente y conocido,
A su enemigo abrazan engañados;
Que suele de esta suerte vez alguna
Burlar al afligido la fortuna.

Con la gran confusion ninguno atina
Adónde sin ofensa el paso asiente,
Que está una sangre de otra tan vecina,
Que no sabe cuál es la del pariente;
Otros á quien no toca esta ruina
Y ven libres sus casas y su gente,
A las desiertas tiendas de los griegos
Van á robar y les arrojan fuegos.

Otros á quien llevar pudo el deseo
Tras de un curioso gusto de la guerra,
Van á ver el lugar donde Tideo
Sus miembros fuertes entre polvo encierra,
O si queda algun rastro horrendo y feo
Do al adivino se tragó la tierra,
O si en los miembros queda llama ardiendo
Del que á los dioses despreció muriendo.

Pasóseles llorando todo el dia,
Y sin cesar, la noche sobreviene,
Que aman su llanto y quieren á porfía
Gozar del mal comun que á tantos viene;
A reposar ninguno se desvia,
Que mas fuerza el dolor que el sueño tiene;
Antes junto á los cuerpos y á sus lados
Se están toda la noche desvelados.

Unos en guarda á estancias repartidos,
Y otros gimiendo á coros se lamentan,
Y con llanto y con fuegos encendidos
De la noche las tinieblas ahuyentan;
No de dulces estrellas son vencidos
Sus ojos ni del sueño se apacientan,
Ni los húmedos párpados cerraron,
Por mas y mas que sin cesar lloraron.

Tocaba ya el lucero á los umbrales
Tercera vez del alba limpia y pura,
Y para las exequias funerales
Despojaban los montes su espesura;
De Teumeso los árboles reales,
Que fueran de sus bosques hermosura,
Vinieron aplicados para el fuego,
Y del gran Citeron la selva luego.

Compuestas las hogueras y ordenadas,
Entregan á las llamas ambiciosas
Los cuerpos, y sus almas regaladas
Gozan de las exequias piadosas;
Pero de tanto honor desamparadas,
Las de los griegos van cercando ociosas
Las llamas con gemidos y querellas,
De que fueron vedadas para ellas.

Algun honor real y pompa alguna
Se hizo al alma de Eteocle fiera,
No la que á su grandeza era oportuna
Ni la que fué razon que se hiciera;
Y á su hermano, aunque igual en la fortuna,
Mandaron que por griego se tuviera
Y que su sombra desterrada fuese
Y del último fuego careciese.

Mas no en fuego plebeyo á Meneceo
Creonte y Tébas abrasar dejaron,
Que juntando las fuerzas al deseo,
Magnífico sepulcro le ordenaron;
De carros y d'escudos por trofeo
Y de armas griegas un monton juntaron,
Y levantando al cielo la alta cima,
El cuerpo echaron venerable encima.

Y como vencedor que ha sujetado
Varios despojos de enemiga gente,
Sobre ellos ciñe de laurel sagrado
Y blancas tocas la hermosa frente;
Bien como cuando Alcides fué llamado
Para que en las estrellas una aumente,
Y alegre se recuesta entre la llama
Del monte ó está como en dulce cama.

Y sobre el sacrificio que espirando
Estaba al cielo el padre riguroso,
Cautivos griegos fué sacrificando,
Y de caballos número copioso
Fueron solaz de algunos peleando,
Mas ya lo dan al fuego bullicioso,
Y en tanto que la llama se acrecienta
El padre gime y de dolor revienta.

«¡Oh magnánimo jóven, que debieras
Gozar reinando de la suerte mia,
Y honrar de aquestas almas las hogueras,
Gobernando mas alta monarquía!
Si de tanto loor no te encendieras,
Y el bien que ya del reino me venia,
No abreviaras á dármelo de suerte
Que fuese don ingrato con tu muerte.

»Mas, aunque en el celeste albergue santo
Por tu inmensa virtud tengas morada,
Que creo que lo gozas entre tanto,
Serás, aunque deidad, siempre llorada;
Aras pondré en tu honor en todo cuanto
Tébas rodea, y ella, á tí obligada,
Procure excelsos templos levantarte,
Adonde solo yo pueda llorarte.

»Mas ¡ay de mí! ¿qué exequias funerales
Podré hacerte agora, oh hijo mio,
Que puedan ser á tu valor iguales,
Aunque de Argos tuviera el poderío?
Ni basta á tus cenizas inmortales
De Micénas mezclar el señorío,
Y á mí sobre ellos, cuya indigna vida
Honró tu sangre, sin sazon vertida.

»¡Ay! que una misma guerra, un mismo dia
Que dos hermanos acabó traidores,
La parca, que para ellos fué tardía,
Tambien de tu niñez cortó las flores;
Y agora quiere la desdicha mia
Que iguale á los de Edipo mis dolores;
Que en semejantes, Júpiter, consientes
Que lloremos por causas diferentes!

»Recibe pues, oh hijo, en sacrificio
Del triunfo que en tu muerte has conseguido,
Este cetro y corona, cuyo oficio
A mí me diste, pero á tí es debido;
Rey fuiste, rey te vea en ejercicio
El alma de Eteocle aborrecido.»
Dijo; y sobre él en el soberbio fuego
El cetro y la corona arrojó luego.

Y con mas violencia que primero,
Ardiendo en ira y con rigor doblado,
«Aunque me tenga, dijo, por severo
Y por el mas cruel que se ha hallado,
Otra vez establezco, mando y quiero
Que ningun cuerpo griego sea enterrado;
Que no es razon que sean tus iguales
En el sepulcro y honras funerales.

»Y ojalá que á sus cuerpos yo pudiera,
Porque sintieran mas ser ofendidos,
Restituir las almas, y á cualquiera
Añadir mas viveza en los sentidos;
Que yo mismo, si aquesto consiguiera,
A las fieras y buitres deshambridos
Los miembros de sus reyes mostraria,
Donde hicieran mayor carnicería.

»Mas ¡ay! que el suelo y cielo es importuno
A mi venganza, y corromperlos prueba;
Por tanto, otra vez mando que ninguno
A sepultarlos sin temor se atreva;
Que pagará con muerte cada uno,
Por mas que justa piedad les mueva,
Y por el cuerpo muerto que faltare
El vivo suplirá que lo enterrare.

»Y juro por los dioses inmortales
Y del gran Meneceo los honores,
Que han de ser todos en la pena iguales,
Sin exceptar á grandes ni á menores.»
Dijo; y los de su guarda y sus parciales,
Por evitar bullicios y rumores
Que pudieran nacer de aqueste fuego,
A su palacio lo llevaron luego.

En tanto en Argos, que vacío estaba
De los varones que tener solia,
Triste escuadron la fama amontonaba
De las viudas y huérfanas que habia;
Y como igual dolor las obligaba,
Con desaliento cada cual corria,
Iguales en el hábito y lamento,
Ceñido el pecho y el cabello al viento.

Torciéndose las manos todas ellas,
Cuyo rigor de sangre ha matizado
Los bellos rostros y mejillas bellas,
Va el escuadron atónito enlutado;
Por reina dél y la primera entre ellas,
Cayéndose mil veces de su estado,
La bella Argía, ajena de consuelo,
Sigue el camino del tebano suelo.

No ya de sus palacios se acordaba,
Ni de su padre en la ocasion presente,
Que en su amoroso llanto resonaba
De Polinice el nombre solamente;
Solo vivir en Tébas deseaba
Y beber de su Dirce la corriente,
Su muro anteponiendo y sus almenas
Al patrio y dulce albergue de Micénas.

No menos que ella triste y afligida,
De dueñas calidonias rodeada,
Deifile, á Tideo agradecida,
Sigue los pasos de la hermana amada;
Sabia ya cómo al morir la vida
Dejó á bocados con rigor vengada,
Y aunque este exceso de cruel le acusa,
Su desdichado amor todo lo excusa.

Tras della va Nealce dolorosa,
Llorando á Hipomedonte tiernamente,
Digna, aunque en el aspecto rigurosa,
De ser llorada en la ocasion presente;
Del adivino la infeliz esposa,
Con un fingido llanto y aparente,
Tras della va; mas ¡ay! que se apresura
A prevenirle en vano sepultura.

El último escuadron de todas guia
La mísera Atalanta, cazadora,
Y á quien Diana acompañar solia,
Ebadne grave le acompaña agora;
Llora aquella del hijo la porfía,
Y esta al marido temerario llora,
Y formando del caso mil querellas,
Se muestra airada al cielo y las estrellas.

Miróias de los bosques de Lieo
Hécate, y triste las siguió gimiendo;
Y por ambas orillas del Egeo
De Ino resonaba el llanto horrendo,
Y el Eusis, aunque el llanto es su trofeo,
El robo de Proserpina sintiendo,
Viendo al triste escuadron que llora tanto,
De nuevo agora acrecentó su llanto.

Y haciendo antorchas de su oculto fuego,
A solos sus altares dedicado,
En la confusa noche y horror ciego
Mostraba el paso al escuadron turbado,
Y Juno misma las guiaba luego
Por el menos comun y desviado,
Porque ellas solas su honor consigan,
Y otras no las estorben y las sigan.

Iris en esto, el campo visitando,
Los nobles cuerpos muertos regalaba,
Ambrosía en sus heridas derramando,
Con que de corrupcion los preservaba,
Para que así pudiesen (aguardando
El sepulcro que á todos se negaba)
Detenerse mas tiempo sin que fuera
Tan presto necesaria la hoguera.

Mas veis aquí dó llega en este punto,
Lleno el rostro de sangre y muy herido,
El griego Ornito, de color difunto,
Que del campo huyendo habia salido;
Por esta misma senda venia junto
Con otro que alcanzar nunca ha podido,
De las muchas heridas obligado,
A un trozo de una lanza ir arrimado.

Mas luego que él oyó el rumor no usado
Por parte tan disierta y tan oculta,
De griegas mira el escuadron formado,
Que solo queda en Grecia por resulta;
La causa de venir no ha preguntado,
Que como clara, no la dificulta;
Que su tristeza le descubre el caso,
Y así hablando, les detiene el paso:

«¿Adónde encaminais los pasos ciegos,
Desdichadas matronas? ¿Por ventura
Esperais con piedad á vuestros griegos
Dar á sus cuerpos digna sepultura?
Pues no valen aquí llantos ni ruegos,
Ni hombre acercarse adonde están procura,
Que los velan y guardan por mil modos;
Y al Rey le dan el número de todos.

»Solo es dado á las aves y las fieras
Llegar adonde están los no enterrados;
¿Creonte á vuestras quejas lastimeras
Se ha de ablandar, ni á llantos tan honrados?
Antes las aras de Busiris fieras
Y los tracios caballos, sustentados
De humanos cuerpos, os serán humanos,
Y ablandaréis los dioses sicilianos.

»Y por ventura estándole rogando
(Que tengo su intencion bien conocida),
Debiendo ser á vuestros ruegos blando,
Os cogerá y os quitará la vida,
No sobre los esposos que buscando
Venis, que fuera suerte agradecida,
Sino, por ofenderos y ofendellos,
Léjos las armas y los cuerpos dellos.

»¿Por qué los daños no huis presentes,
Y en Grecia, pues podeis volver seguras,
Al nombre, que no hay mas, de vuestras gentes
No les daréis honrosas sepulturas?
Y ¿por qué á sus espíritus ausentes
No llamaréis con llantos y ternuras,
Que, á falta, vengan, de los cuerpos frios,
A ocupar vuestros túmulos vacíos?

»Y ¿por qué, pues es fama que Teseo
Ha vuelto vencedor de Termodonte,
No vais á la ciudad que baña Egeo,
Y le pedis favor contra Creonte?
Que á fuerza de armas y de guerra creo
Se tiene de allanar aqueste monte,
Y ellas harán que tenga este tirano
Costumbres de hombre y trato mas humano.»

Así les dijo; y sus palabras fueron
De tanto horror al escuadron medroso,
Que atónitas, el llanto suspendieron
Y el ímpetu de ir tan fervoroso;
De un mismo rostro todas parecieron,
Ausente dellas el color hermoso,
Porque la sangre, de temor helada,
En pálido color quedó trocada.

No de otra suerte resonó el bramido
De hircana tigre largo tiempo hambrienta,
De tiernas becerrillas al oido,
Cuyo son á los campos amedrenta,
Y poniendo los pastos en olvido,
Un general temor las apacienta
De á quién inclinará su rigor fiero
O en cuál la hambre aplacará primero.

Al punto, con la nueva desdichada,
Hubo entre todas varias opiniones;
A cuáles ir á Tébas mas agrada,
Y convencer al Rey con sus razones;
Otras de Aténas fian la jornada,
Si acaso hay piedad en sus varones,
O por último medio de sus males
Volver, aunque es afrenta, á sus umbrales.

No el honor mujeril en este caso
Ni propia estimacion detuvo á Argia,
Antes, depuesto el débil sexo escaso,
Grande hazaña el pecho heróico cria;
Al honroso peligro mueve el paso,
Y mientras es mas cierto, mas confiá
De ver con honra en ella ejecutada
La dura ley de la ciudad malvada.

Y á lo que va, sin duda que no fuera
La mujer de valor mas animoso,
Aunque en el monte Ródope naciera,
Donde estiman morir junto á su esposo,
Y adonde Fásis baña su ribera,
Con nieve desatada, caudaloso,
La mas dura amazona no haria,
Acompañada, lo que sola Argia.

Luego engañosa traza fabricando
Cómo escaparse de la escuadra amiga,
Temeraria, la vida despreciando,
Se arroja al mal, que el gran dolor la obliga,
La ira de los dioses provocando,
Y la del Rey cruel, porque la instiga
Del casto fuego de su amor tan cierto
Y la piedad de su marido muerto;

A quien vivo dirá que ve contino
En cualquiera ocasion delante della,
Ya en la forma de huésped peregrino
Y en la de esposo tan amable y bella,
Y ir en la de marido cuando vino
A ser tratable la hermosura en ella,
Y ya armado parece que la mira,
Que con dolor la abraza y se retira.

Pero en ninguna imágen se presenta
Mas á menudo en la pasion que tiene,
Que aquella en que en el campo está sangrienta,
Y desnudo á pedir sepulcro viene;
Con aquestas congojas acrecienta
Mas pena la razon que le conviene,
Y solo permanece en él la llama
Del castísimo ardor que el morir ama.

Y volviendo á sus griegas compañeras,
«Vosotros proseguid, dijo, el intento
De invocar de Teseo las banderas,
Y ayude la fortuna al pensamiento,
Y á mí, que de las penas lastimeras
Que padeceis he sido el instrumento,
Dejadme ir sola á Tébas, porque quiero
El rigor de su ley sentir primero.

»Y no, aunque la ciudad cruel ha sido,
Tendrá las puertas á mi voz cerradas,
Que suegros tengo en ella, y mi marido
Sus queridas hermanas, mis cuñadas;
Ni mi rostro será desconocido,
Y aunque lo sea, nunca mis pisadas
Atrás han de volver sin hacer prueba
Del ímpetu y agüero que las lleva.»

No dijo mas, y comenzó el camino,
Por su guarda eligiendo á Meneteo,
Que fué su ayo en tierna edad contino,
Y le pudo templar mas de un deseo;
Y aunque ignora el lugar y pierde el tino
Con el cerrado bosque de Liceo,
Por donde á Ornito vió venir sangriento,
Los pasos mueve, despreciando el viento.

Y viéndose con paso presuroso
Léjos de las consortes de sus penas,
Dando lugar á un llanto doloroso,
Que humor al corazon le deja apenas,
«¿Muerto en los campos tú, mi dulce esposo,
Yo habia, dijo, de aguardar Aténas,
Y á que Teseo el caso consultara
O que algun diestro agüero lo incitara?

»Y ¿no es claro que yo mientras dilato
Tu sepulcro, dejándote olvidado,
Hagan las aves de tus miembros plato,
Que yo con tanto honor he respetado,
Y que dirás que con crueldad te trato
Si sentido ó si quejas te han quedado,
Y entre las mismas sombras de la muerte
Dirás que fuí tardía en socorrerte?

»Mas ¡ay! si está desnudo todavía,
¡Ay! si enterrado está, que dudo dello,
Y lo uno y lo otro afrenta es mia,
Que tuve obligacion de socorrello,
Pues no fuerza ó dolor detuvo á Argía,
Ni ver el hierro de Creonte al cuello;
Que antes el débil paso facilito
Porque el peligro me asegura Ornito.»

Diciendo así, los campos de Megara
Medidos deja de los piés ligeros,
Y la senda en que duda ó que repara
Se la muestran piadosos pasajeros;
Por ella va corriendo, que no para,
Arrastrando sus lutos lastimeros;
Que no es la menor pena que ha sentido
El verse miserable en el vestido.

Con vista atroz, tan sin temor procede,
Que ningun mal que escucha le amedrenta,
Ni su gran corazon rendirse puede
A mayor que el que agora le atormenta,
Y en ver que á todo mal el suyo excede,
Dél confiada, su furor aumenta,
Mostrándose cruel y desabrida,
No con temor, mas para ser temida.

Así en la noche en Frigia celebrada
Y al culto de Cibéles ofrecida,
De los llantos con que solenizada
Resulta el Eco en las montañas de Ida,
Y así con las insignias adornada
Del sacrificio, corre enfurecida,
La guia de sus coros por el monte,
A saber del cuchillo en Gimeonte.

Ya en el hesperio mar Apolo habia
Encubierto su carro reluciente,
Para volver al venidero dia
A platear las ondas del oriente,
Cuando engañada con su llanto Argía,
Que ni el trabajo ni cansancio siente,
Aun el dia no advierte que ha pasado
Con ver el campo de color mudado.

Mas no por eso teme, antes rompiendo
El camino por peñas desusadas,
Por entre ramas que se están cayendo,
Que dejó el leñador mal destroncadas,
Y por las espesas selvas ya corriendo,
Que aun son de dia oscuras y cerradas,
Por quiebras, ensenadas y vacíos,
Y atravesando sin temor los rios;

Por varias cuevas, grutas de animales llenas,
Rompiéndoles el sueño, llega acaso,
Y tanto puede el ánimo y las penas,
Que de las mismas fieras no hace caso;
Corrido Meneteo de que apenas
Puede mover el perezoso paso,
Y que él dél, aunque débil, se adelanta,
De ver se admira ligereza tanta.

¿A qué casas pobladas ó desiertas,
O fuesen de ganados ó pastores,
Con los suspiros no tocó á las puertas,
Adonde no alcanzaron sus clamores?
¿Qué senda no perdió, que en las mas ciertas,
Falta de luz, hacia mil errores?
Qué hachas tuvo, cuando las tuviera?
Qué lumbres la tiniebla no venciera?

Ya pues los dos, cansados de andar tanto,
De Penteo á la falda se avecinan,
Que entre la oscuridad y negro manto
De la noche sus cumbres determinan;
Aquí, desalentado del quebranto
Y de las fuerzas que á morir le inclinan,
Ya sin resuello y cerca de la muerte,
Propuso Meneteo desta suerte:

«Si del trabajo que pasado habemos,
Argía, la esperanza no mé miente,
No léjos está Tébas, y tenemos
Cerca los cuerpos de la griega gente;
Que el aire lo demuestra en sus extremos,
Que destemplado del olor se siente,
Y los buitres lo están certificando,
Que con rumor de allá tornan volando.

»Esta es aquella tierra señalada
En crueldad, y cerca ve su muro,
Mira la sombra dél cuán dilatada,
Ha vuelto aqueste campo mas escuro;
¿Alguna luz no ves medio apagada
Que hace en sus atalayas claro escuro,
Y aunque la noche mas la oculta, es ella
Que la descubre, luz de alguna estrella?»

Alborotóse con aquesto Argía,
Y el diestro brazo al muro levantado,
«Ciudad, le dice, deseada mia,
Aunque agora enemiga te has mostrado,
Si el alma de mi dulce compañía
Libre me vuelves y su cuerpo amado,
Serás, por mas que estés de males llena,
Albergue regalado de mi pena.

»¿El hábito no ves en que he venido,
Cuán sin el fausto que venir pudiera,
Cuán mal acompañada, habiendo sido
Del grande Edipo desdichada nuera?
No á voto vengo indigno y prohibido,
Sino el que pide la piedad sincera;
Tu huésped soy; en premio de mis males,
Llanto te pido y pompas funerales.

»Que me vuelvas te ruego aquel ausente
Que de su patrio reino desterraste,
Y tú, si en almas hay forma aparente,
Cuando del cuerpo dejan el engaste,
Tú, Señor, vén y entre esta muerta gente
Muestra tu cuerpo á la que tanto amaste;
Digna soy, tú mismo así me guia
Donde te entierre y haga compañía.»

Dijo; y en una choza allí vecina
Su lanterna encendió, ya casi muerta,
Y á varias partes con furor camina,
Sin conocer del campo senda cierta;
Así Céres, robada Proserpina,
Por entre los peñascos de Etna incierta,
Con su antorcha encendida va cercando
El monte, al negro robador buscando.

Del carro sigue el surco conocido
De aquel á quien con llantos hace guerra,
Y respondiendo Encélado á su aullido,
Gimio brotando llamas por la tierra,
Y el nombre tantas veces repetido
De Proserpina, en mar, en valle, en sierra
Se oye que resuena por los vientos;
Solo el infierno calla á sus acentos.

Mas viéndola arrojarse tan dispuesta
A los peligros que excusar no puede,
El fiel Meneteo la amonesta
Que temple aquel furor y q'e se quede;
Que no lleve la luz tan manifiesta,
Pues conoce el rigor con que procede
El tirano Creonte, y que se acuerde
Que es reina de Argos y el honor que pierde.

Vese agora una reina que temida
Fué en Grecia un tiempo, gloria de sus gentes,
Que ha despreciado, siendo pretendida,
A tantos arriscados pretendientes,
Sola en noche confusa y denegrida,
Sin guarda de criados ni parientes,
Pisar, teniendo el enemigo al lado,
El campo, en sangre y armas matizado.

No teme oscuridades ni la espanta
De tantas almas el confuso estruendo,
Que á cualquiera lugar que se adelanta,
Por sus cuerpos los oye estar gimiendo;
Y muchas veces con la ciega planta
Las armas pisa por el campo horrendo,
Y aunque no sin ofensa suya ha sido,
El daño disimula recibido.

Y en lo que mas se cansa es apartando
Los muertos, deseando no ofendellos,
Porque el que viene con amor buscando
Piensa que puede ser cualquiera dellos;
Los que halla de rostro está mirando,
Y á los que no, forceja á revolvellos,
Quejándose que al tiempo que le importa,
Le ofrecen las estrellas luz tan corta.

Por dicha Juno, en esta coyuntura
De los brazos de Júpiter hurtada,
Por entre sombras de la noche oscura
A Aténas iba, de piedad llevada,
Para ablandar con llantos y ternura,
De la escuadra de griegos desdichada,
A Pálas, y obligarla que hiciese
Que Aténas á sus ruegos acudiese.

Mas cuando desde el cielo abiertamente,
Al tiempo que cortaba el aire vano,
Vió padecer á Argia indignamente,
Dolióse en ver que trabajaba en vano;
Al punto revolvió el carro luciente
Al de la luna, que halló cercano,
Y con plática dulce y agradable
Así dijo á la diosa variable:

«Si algun honor á Jove se le debe,
Cintia, que un tiempo á Jove obedeciste,
Y en el espacio de una noche breve
Tres noches en mi ofensa detuviste,
Un breve don te pido, y si clemente
Quieres satisfacer lo que ofendiste,
Ocasion hay agora en que podrias,
Y yo remitiré las quejas mias.

»Ya ves la que mis aras reverencia,
Aquella mi agradable griega Argia,
Que aquí y allí, con vana diligencia,
El cuerpo de su esposo hallar porfia;
Estorba la noche, que en tu ausencia
Mayores sombras y tinieblas cria,
Y mas agora que la luz serena
Va amortiguada, de humedades llena.

»Ruégote pues que en la luciente cara
Muestres el resplandor que llena encierra,
Y tu carro veloz, con luz mas clara,
Lo acerques mas que sueles á la tierra;
Y en solos los tebanos, en quien para
La dura ejecucion de tanta guerra,
Al Sueño, que te sirve de cochero,
Haz que ejecute su pasion primero.»

Apenas dijo, cuando Cintia, abriendo
Las nubes con sus rayos plateados,
De lleno en lleno el cerco descubriendo,
Ahuyentó las sombras y nublados;
La luz de las estrellas suspendiendo,
Sus resplandores ya debilitados,
Con tanta privacion, que se podria
Dudar si entonces Juno relucia.

Y lo primero que en el campo vido
Al nuevo resplandor la sin ventura,
Fué la sangrienta capa del marido,
Donde ella conoció la bordadura;
Mas no bien se descubre lo tejido
Ni se muestra la púrpura tan pura,
Porque en la sangre la labor se esconde
Ni á su color la púrpura responde.

Y mientras que con llanto doloroso
A los dioses se queja, porque siente
Que solo le quedaba de su esposo
El vestido que tiene allí presente,
Lo vió á poca distancia polvoroso,
Revuelto en sangre, hollado de la gente;
Tan sin sentido y desmayada estuvo,
Que hasta el dolor sus lágrimas detuvo.

Mas luego sobre el cuerpo y rostro amado
Se arroja, cual si vivo lo hallara,
Buscando, entre mil besos que le ha dado,
El alma ausente, que le fué tan cara;
Y al fin, de sus abrazos apretado,
Vierte de nuevo sangre por la cara,
Que ella enjuga en sus tocas y cabellos,
Para guardarla por memoria en ellos.

Y volviendo á cobrar la voz perdida,
«Que aquí te vea, dijo, dulce esposo,
Muerto en la misma tierra á tí debida,
Donde á reinar venias codicioso!
Que al general de gente tan lucida,
Del grande Adrasto al yerno generoso,
Muerto en el campo, entre mis brazos tengo,
Y que así á celebrar tus glorias vengo!

»Las mejillas que un tiempo fueron grana,
Los ojos sin la luz que antes fué mia,
Levanta á mí, que estoy de tí cercana,
Y mira que á tu Tébas viene Argia;
Muéstrame el muro que hace soberana
Tu patria insigne, á la ciudad me guia,
Págame el hospedaje que me débes;
Mas ¡ay! que ni respondes ni te mueves.

»¿Que este desnudo césped te ha quedado
Por posesion de todo un reino entero?
¿Qué competencias pues te lo han quitado,
Si ya tu hermano dél no es heredero?
¿Posible es que de verte así arrojado
No se mueve á llorar tu pueblo fiero?
¿Dónde tu madre está, tu hermana adó la,
Que solo muerto estás para mí sola?

»¿Dónde te vas? te dije á la partida,
¿Dónde el negado cetro vas buscando?
Y si en Argos tienes silla conocida,
Que largos tiempos gozarás reinando;
No la corona aquí tendrás partida,
Que igual será la potestad y el mando;
Mas ¡ay de mí! ¿de qué me quejo en vano,
Si yo te dí las armas de mi mano?

»Y yo misma rogué, por complacerte,
A mi padre que el ir no te impidiera,
Para que así en mis brazos venga á verte
Cual hoy te veo, y de pesar me muera;
Mas, dioses, buena ha sido aquesta suerte,
Menor fortuna suceder pudiera,
Que al fin de mi viaje trabajoso
Entero hallo el cuerpo de mi esposo.

»¿Tal herida es posible de un hermano
¡Ay me! como es abierta y penetrante?
¿Dónde agora estará el cruel tirano?
Dénme que pueda verlo aquí adelante,
Que venceré á las fieras deste llano,
Ni harán cual yo destrozo semejante
En sus miembros; mas ¡ay, si por ventura
Tiene sin merecerlo sepultura!

»Mas no sin ella te verá tu gente,
Por mas que el rey injusto lo prohiba,
Que yo te entregaré á la llama ardiente,
A quien mi llanto volverá mas viva;
Durará en tu sepulcro eternamente
La fe disierta y de mi pena esquiva,
Será del viudo lecho buen testigo
Tu tierno hijo, que estará conmigo.»

Y en tanto que así gime y se querella,
Veis aquí que otro llanto resonaba
Entre los cuerpos muertos cerca della,
Y otra encendida hacha relumbraba,
De Antígone, la mísera doncella,
Que buscando á Polinice llevaba,
Y del muro, aunque patria, aborrescido
No sin dificultad habia salido.

Guardas y centinelas siempre habia
A todas horas á velar el muro,
Y de temor que el Rey visitaria,
Ninguno descuidado ni seguro;
Aquí una escucha y acullá una espía,
Con lumbres aclarando el aire escuro,
Con tantas guardas, que del muro afuera
Un ave sin ser vista no saliera.

Mas ella, con los dioses excusando,
Y con su hermano, la tardanza larga,
Que no está en culpa suya irle buscando,
Sino en la gente que al salir la embarga,
Un punto que los vido reposando,
Rendirse al sueño con pesada carga,
Por el muro rompió y al campo vino,
Bramando con furor y desatino.

Tal es la ira, rabia y el bramido,
Que atemoriza el campo y á la gente,
De la leona nueva que se vido
La vez primera de su madre ausente;
No la doncella el paso ha detenido,
Dudando adónde lo pondrá ó lo asiente,
Porque conoce bien todo aquel llano,
Y sabe adónde hallará á su hermano.

Vídola Meneteo de improviso
Venir hácia la parte que él estaba,
Y á su querida Argía le dió aviso
Que suspendiese el llanto que formaba;
Mas fuese que no pudo ó que no quiso,
Porque dolor la voz le acrecentaba,
O la tebana se acercaba tanto,
Al fin oyó los ecos de su llanto.

Y luego que á la luz de las estrellas
Y de las dos antorchas juntas vido
La que rompia el aire con querellas,
Mostrando su dolor en el vestido:
Viendo el cabello y las mejillas bellas
Afeadas de sangre del marido,
«Alma difunta, dice, ¿de quién eres,
O qué en mi noche temeraria quieres?»

Por un gran rato el responder suspende
Argía, del temor sobresaltada,
Y en ocultar su esposo solo entiende,
De sus mismos dolores olvidada;
Sobre su rostro se recuesta, y tiende
En el suyo la toca ensangrentada;
Por ser ver que callaba y se encubria,
Mayor sospecha Antígone tenia.

Y al viejo y á la dama amenazando,
De nuevo les pregunta á qué han venido;
Mas turbados los dos, se están mirando,
Que responder palabra no han podido;
Argía al fin, el ánimo cobrando.
Sin soltar de sus brazos el marido,
Que solo de perderle está temiendo,
Así le dijo, el rostro descubriendo:

«Si acaso, como yo, buscando vienes
Alguno entre la sangre desta guerra;
Si al duro edito de Creonte tienes
En tu pecho el temor que el mio encierra;
Si en largos males y en escasos bienes
Nos igualo la culpa desta tierra,
Bien podré descubrirme á ti segura,
Que ser cual soy tu llanto me asegura.

»Ni tus lágrimas pueden ocultarte;
Ea, dame la mano, á mí te llega,
Que hija soy, bien puedes confiarte,
De Adrasto, rey de la campaña griega;
¿Posible es ¡ay de mí! que en esta parte,
Contra un precepto que á morir lo entrega,
Otra que yo, con pecho piadoso,
Se halla á sepultar mi dulce esposo?»

Quedó de oirla Antígone admirada,
Y respondió, su plática rompiendo:
«¡Oh suerte de los males ignorada!
¡Que á mí, que en él te igualo, estás temiendo;
De mi compaña dudas, desdichada,
Y conmigo una causa estás plañendo;
Mio es tu llanto, y estos miembros frios,
Que tanto estimas abrazar, son mios!

»La ventaja te doy de piadosa,
Que no me afrentó á mí, siendo su hermana,
Haber sido en honrarla perezosa,
Que esta primero en piedad me gana.»
Dijo; y de su tardanza vergonzosa,
El cuerpo abraza, á quien se halló cercana,
Mezclando con Argía entre sus brazos
Besos, cabellos, lágrimas y abrazos.

Y partiendo las dos el peso blando
Del cuerpo, aun temerosas de perdello,
Una gimiendo y otra sollozando,
Gozan á veces de su rostro y cuello;
Y entrambas la memoria renovando
Con cosas que al dolor echan el sello,
Una de Tébas cuenta, y otra de Argos,
De su hermano y esposo cuentos largos.

Y recorriendo mas de atrás Argía
Memorias tristes de su antiguo llanto,
«Por el comun dolor, dijo, que hoy dia
A entrambas toca de este hurto santo,
Y por el alma que hizo compañía
Al cuerpo que enterrar desea tanto,
Te juro, y por la luz destas estrellas,
Testigos de tu mal y mis querellas,

»Que nunca tanto el triste desterrado
Sintió perder su honor, su reino y gente,
Ni de su madre el tierno pecho amado,
Cuanto de tu presencia verse ausente;
En ti noches y dias ocupado,
Tu nombre referia solamente,
Sola á ti deseaba, de manera
Que yo el menor de sus cuidados era.

»Y tú no solo en esto venturosa,
Acaso en tus alcázares subiendo,
Antes de la batalla rigurosa
Le viste sus banderas repartiendo;
Y aun él en la ocasion mas peligrosa
Quizá en que le mirabas, advirtiendo,
Te saludó, no hay duda, con la espada,
Las plumas humillando y la celada.

»Que sola yo en aquesta coyuntura
Tan léjos me hallé para gozarle,
¿Cuál Dios, en tanto extremo y desventura,
Quiso en tan grandes iras incitarle?
Que no pudo tu ruego y la dulzura
De tus tiernas palabras obligarle,
Y que negase, aunque te amaba tanto,
Las justas peticiones de tu llanto.»

Las tristes causas de su triste hado
Ya la tebana referia, cuando
El fiel compañero de su lado
Así dijo, á las dos amonestando:
«Mejor es proseguir lo comenzado;
Que os muestra el dia, que se va acercando,
De pálidas estrellas la luz corta;
Alto al trabajo, que es lo que os importa.»

»Tiempo habrá de llorar cuando en la llama
El cuerpo esté y en el sepulcro santo,
Allí podréis, que agora el tiempo os llama,
Avivar sus cenizas con el llanto.»
Antes solia, como en dulce cama,
Correr Ismeno sosegado tanto,
Cercar este lugar, que parecia,
O que estaba parado ó que dormia.

Mas agora de sangre acrecentado,
Los márgenes teniendo, á su ribera
Iba, y con el estruendo desusado
Hacia su corriente mas parlera;
Aquí llevan las dos el cuerpo amado,
Que aunque sin fuerzas, se esforzó cualquiera,
Y no mas fuerte que ellas Meneteo,
Dió el hombro al peso y alas al deseo.

Así de Faeton el cuerpo ardiente
En las aguas, que tibias volvió, alzado,
Antes de sepultarlo dignamente
De las tristes hermanas fué lavado,
Y con lágrimas de ámbar transparente,
En ardores su antiguo ser trocado,
Llorando le hicieron compañía,
Y fresca sombra la ribera invia.

Mas despues que las dos lavar pudieron
La sangre, y cobró el cuerpo su hermosura
Y los últimos besos que le dieron,
Buscar el fuego cada cual procura.
Solo en algunas hoyas donde ardieron
Cuerpos que ya gozaban paz segura,
Cual y cual brasa acaso relucia
Entre ceniza amortiguada y fria.

Duraba hasta agora acaso el fuego
Donde el fiero Eteocle fué encendido,
Quizá para mayor desasosiego
De alguna deidad entretenido,
O que para engendrar con furor ciego
Nuevos móstruos fortuna lo ha querido,
O que para mas guerra y pesadumbre
Alguna furia conservó su lumbre.

Aquí entre negros leños que han quedado
Una pequeña luz arder se siente,
Viéronla, y alegrándose en el grado
Que su tristeza y su dolor consiente,
Sin hallar aquel cuerpo ya quemado,
Le ruegan, sea quien fuere, que clemente
Compañía admita en su ceniza, y luego
Junte las almas á quien junta un fuego.

Mas, en tocando la hambrienta llama
Del huésped nuevo el cuerpo aborrecible,
De sí lo ahuyenta y rechinando brama;
Que no cabe en sí mismo el fuego horrible;
Y la luz que á su esfera se encarama
Le sacudió con un furor terrible,
Y en el extremo se partió en dos puntas;
Que aun las llamas huyeron d'estar juntas.

Cual si el rey del espanto cometiera
Encender á sus furias infernales
Dos fuegos que uno á otro se sorbiera,
Y ambos fueran distintos, aunque iguales,
Que aunque la llama se retraiga afuera,
Se consumen con furias inmortales;
Tal, removido con el piso, el fuego
Se dividió, y la misma leña luego.

Y Antígone, del caso alborotada,
A voces dijo: «Nuestra propia mano
La ira ha renovado ya acabada;
Perdidas somos, qu'este era mi hermano.
¿Cuál otro qu'él con su fiereza usada
De sí arrojara un muerto cuerpo humano?
El es, yo le conozco, no lo dudo,
Quemado el cinto y parte del escudo.

»¿No ves la llama cuál se aparta, y luego
Vuelve á juntarse con rigor extraño?
¿Que aun vive el odio antiguo en vuestro fuego?
Que no acabó la guerra tanto daño?
Ya no hay reino. ¿qué os sirve el furor ciego,
Si la muerte os ha sido desengaño,
Y mientras os haceis con llamas guerra
Goza Creonte, vencedor, la tierra?

»¿Contra quién es la furia entre dos muertos?
Templad el odio antiguo riguroso;
Y tú, que desterrado por desiertos
Contino te faltó el comun reposo,
Si obliga en semejantes desconciertos
Ruego de hermana y de mujer á esposo,
Sujeta tu rigor á nuestro ruego,
O en medio nos verás de aqueste fuego.»

Apenas dijo, y repentinamente
Por todo el campo resonó un crujido
Que estremeció la torre mas valiente
Y tembló el edificio mas fornido;
Ayudó á su rumor el fuego ardiente,
Por las rompidas llamas sacudido,
Y turbadas las guardas, recordaron
Que acaso el mismo mal soñaron.

Y al punto las estancias visitando,
Turbados del rumor, corren la cerca,
No sin miedo del viejo, que temblando
Está de verlos ya llegar tan cerca;
Y ellas solo á Creonte despreciando,
Al fuego cada una mas se acerca,
Manifestando el hurto con voz clara,
Por quien la muerte les será tan cara.

Y ciertas qu'el cadáver ya reposa,
Consumido en el último elemento,
Altercan por la muerte que forzosa
Ha de seguirse á tanto atrevimiento;
De morir la esperanza es animosa,
Y así, las hace competir de intento,
Probando cada cual en su partido
Que una robó al hermano, esta al marido.

Por ser primera cada cual porfia
En la honrosa ocasion, y se aventura;
«Yo el fuego,» dice Antígone, y Argía:
«Yo el cuerpo traje á aquesta sepultura.»
«A mí la piedad,» esta decia;
«A mí el amor (aquella) me asegura.»
Y ambas desean la indebida pena,
Los brazos ofreciendo á la cadena.

Ni es de entender que tanta deferencia
De todas sus palabras y razones
Fué fraternal respeto ó reverencia,
Mas ira de enojados corazones.
Tal era su clamor y competencia,
Y tales de morir sus ambiciones,
Que si una el brazo á la cadena alarga,
La otra el suyo extiende y se lo embarga.

Mas no por piedad ni por respeto
Se movieron las guardas mal miradas,
Con ver que son las dos raro sugeto,
Hija y nuera de Edipo desdichadas.
Las manos les ligaron en efeto,
Y así las llevan á su rey atadas;
¡Oh crueldad de bárbaros villanos,
Que lazos echais á tan heróicas manos!

Ya con las madres de su escuadra argiva
Llegaba Juno á la ciudad de Aténas,
Hallando afable, aunque parece esquiva,
A Pálas, que preside en sus almenas;
Atónita no menos que ellas iba,
Cual si pudieran sujetar las penas,
Inclinando á piedad á todos cuantos
Oyeron al pasar sus tiernos llantos.

Un cierto honor les puso en el semblante,
Que, aunque lloroso, á estimacion provoca;
Y ella tomó para guiar delante,
Ramo de oliva y reverenda toca;
Que el rostro abajen les mandó al instante
Que puso en todas gravedad no poca;
Y que en señal de sus trofeos vanos
Lleven unas vacías en las manos.

A ver la extraña novedad corrian
De toda la ciudad diversas gentes,
Que las plazas y calles no cabian
En juntas y corrillos diferentes;
«¿Adónde va este enjambre?» unos decian;
Otras: «¿Quién son las míseras dolientes?»
Que, aun sin saber las causas de sus males,
Ya parecian en el llanto iguales.

Pero Juno, los ánimos moviendo,
En todos los corrillos se presenta,
Quién son y á qué han venido refiriendo,
De los muertos que lloran dando cuenta;
Y ellas, no menos su dolor sintiendo,
Mormura cada una y se lamenta
De las injustas leyes de Creonte,
Que movieran á piedad un monte.

Mas, envueltas en llanto y alarido,
Mal sus palabras entender se dejan;
Que no con mas estruendo y mas ruido
Las golondrinas huéspedas se quejan,
Y en balbuciente canto desabrido,
Sin lenguas á decir su mal forcejan,
Y al autor del incesto horrendo y feo
Tere, tere pronuncian por *Tereo*.

En medio la ciudad con eminencia
Un simulacro levantado habia,
Que era altar dedicado á la Clemencia,
Y á ninguno otro dios se concedia.
Como cosa sagrada, reverencia
La gente desdichada le hacia,
Y en sus aras jamás faltó devoto
Ni desechó de el mas humilde el voto.

El ruego allí de todos es oido,
Que en dia claro ó noche temerosa
Ir puede el miserable y afligido
Con solas quejas á aplacar la Diosa;
No el humo del inciensó derretido
Ni sangre de animales asquerosa,
No la supersticion ni el culto es tanto;
Que solo de su altar la ofrenda es llanto.

Sobre él, como trofeo, está pendiente
Mas de una cabellera y vestidura,
Que dejó en testimonio allí la gente
Que mejoró su suerte y su ventura;
Corona el sitio religiosamente
De un apacible bosque la verdura,
Do el sagrado clavel y humilde oliva
Dan reverencia y devocion mas viva.

No hay sobre el ara alguna forma humana
Ni de piedra ó metal se muestra bulto;
Que le agrada á la Diosa soberana
Habitar en el pecho mas oculto;
Con los humildes es afable y llana,
Y del concurso de ellos y el tumulto
Está el lugar horrible, aunque sagrado,
Solo de los dichosos ignorado.

Hay fama que cansados de la guerra
Los decendientes de la hercúlea rama,
Fabricaron su silla en esta tierra,
Muerto el divino padre ya en la llama;
Y aun la fama es menor de lo que encierra,
Que fueron mas sus hechos que su fama,
Y se debe de creer que por sus hechos
Gozan de el cielo, ya deidades hechos.

Túvoles siempre en hospedaje Aténas,
Por norte de la ley, divinas lumbres,
Y en las ciudades de gobierno ajenas
Sembró sus ceremonias y costumbres;
Y así, estas aras, de clemencia llenas,
Refugio de comunes pesadumbres,
Aquí le consagró para que en ellas
Hallen todos alivio en sus querellas,

Y que léjos estén desta morada
La ira, la amenaza, la violencia,
Y la fuerza de un reino y mano armada
No tenga potestad en su presencia;
Que de sus justas aras desviada,
Le haga la fortuna reverencia,
Y todo cuanto es causa de pesares
Léjos esté y sujeto á sus altares.

Aquí, como á refugios conocidos,
Concurren de mil partes varias gentes;
De las guerras los míseros vencidos
Y los que de su patria están ausentes;
Aquí los de sus reinos excluidos,
Y otros que por regiones diferentes
Vagando, sus errores los persiguen,
Ruegan por paz, y todos la consiguen.

Luego que Edipo aquí pidió postrado
Clemencia en el dolor que padecia,
Se vencieron las furias y el cuidado,
Que siempre le tuvieron compañía;
Hasta al pueblo de Olimpo rebelado
La muerte remitió que merecia,
Oyó de Oréstes el humilde ruego,
Y el materno furor le apartó luego.

Llegó á la estancia deseada tanto,
Escuadra al fin de madres y doncellas,
Mostrándoles el vulgo el altar santo,
Movido á piedad de sus querellas;
Y dándolas lugar para su llanto,
La misma se apartó delante dellas,
Y aunque en allegando alivio recibieron,
No del cuidado descansar pudieron.

Cual la banda de grullas, que huyendo
De su fria region á mas templada,
El faro adonde guia conociendo,
De gritos hinche el aire alborotada;
Pero despues con apacible estruendo,
Alegre va en la estancia deseada,
Estima haber vencido con sus brios
Sierras de nieve y destemplados rios.

Y en aquesta sazon se publicaba
Con sonorosa trompa y con clamores
Del vulgo, que hasta el cielo celebraba,
Del vencedor Teseo los honores;
Como en triunfante carro alegre entraba
En la antigua ciudad de sus mayores,
Cuando Deutia en la escabrosa tierra
Sus amazonas sujetó en la guerra.

Lleva delante el capitan valiente,
Por despojos y lustres de su gloria,
Diversos carros de vencida gente,
Del duro Marte imágen y memoria;
Tiranlos los caballos tristemente,
Sintiendo el deshonor de la vitoria;
Porque, entre otras insignias y banderas,
Mezcladas ven sus plumas y testeras.

Llevan montones de armas destrozadas
Y bosques de las lanzas ya deshechas,
Y partidas mil hachas aceradas,
Que solo para el monte fueron hechas;
Mil aljabas vacías, que preñadas
Vinieron antes de menudas flechas,
Y escudos rotos en preciosos cintos,
De sus señores en la sangre tintos.

Van luego en otros carros las vencidas,
Aun sin temor, y confesando apenas
Que son mujeres, pero no rendidas
Al comun sentimiento de sus penas;
Aun les parecé que ellas atrevidas
Entran triunfando en la ciudad de Aténas,
A solo visitar por raro ejemplo
De la casta Minerva el sacro templo.

Pero lo que los ojos mas llevaba
Y la aficion primera de la gente,
Era el triunfante carro donde entraba
En silla excelsa el vencedor valiente;
El oro á los caballos no igualaba,
Ni á su carro el metal mas reluciente;
Tal, que con el de Apolo compitiera,
Si tan veloz como es gallardo fuera.

No menos que los ánimos traia
Hipólita, tan fuerte como bella,
Que, ya casada, al yugo se rendia,
Y solo aquesta fe pudo vencella;
Y algunas atenienses que allí habia
Secretamente mormuraban della,
Admiradas de ver que así quebrase
Las leyes de su patria y se casase.

Y no tan sin envidia cual detiene
En red de oro el cabello reluciente,
Y cuán cubierto el blanco pecho tiene,
Bien de lo que solia diferente,
Y que es en todo bárbara si viene
A mezclarsé de Aténas con la gente
Y á tener sucesores de un marido
De quien contraria y enemiga ha sido.

Tristes á ver del triunfo el aparato,
El órden, las riquezas y los dones,
Se apartaron las griegas por un rato
Del ara, que cercaban de oraciones;
Con que de nuevo el amoroso trato
Se renovó en sus tristes corazones
De sus padres, hermanos y maridos,
No vitoriosos, pero asi vencidos.

Mas luego el vencedor el carro para,
Viendo tantas matronas en Aténas,
Y desde el trono excelso no repara
En preguntar las causas de sus penas
A todas ya con benigna cara,
Mas con palabras de eficacia llenas
Así dijo al magnánimo Teseo
La atrevida mujer de Capaneo:

«Valeroso guerrero, á quien ofrece
La ruina que á todas nos alcanza,
Sobre lo que hoy fortuna te engrandece
Nueva ocasion de súpita alabanza,
No extraña gente somos, ni padece
Por sus culpas alguna esta venganza;
Argos fué nuestra patria, y reyes eran
Nuestros maridos; ¡nunca fuertes fueran!

»Pero que les movió tan sin provecho
Siete escuadras de Grecia las mejores
Ponerse a tanto riesgo y tanto estrecho
Por enmendar de Tébas los errores;
No nos admira el desgraciado hecho,
Que no pueden ser todos vencedores,
Ni sentimos el mal de nuestra tierra;
Que veces son de la dudosa guerra.

»Sentimos solo, gran señor, que fueron,
No fieros mostros que Sicilia cria,
Ni los centauros los que aquí murieron,
Sino el mayor valor que en Grecia habia;
Dejo los claros padres que tuvieron,
Que, aunque mortales, afirmar podria
Que ya vueltos estrellas muchos dellos,
Del cielo aumentan los luceros bellos.

»A aquestos pues prohibe dar Creonte
De los sepulcros el honor postrero,
Como si él engendrara á Tesifonte
O fuera del infierno el vil portero;
Detiene en las riberas de Aqueronte
Sus ánimas el hórrido barquero,
Que, faltando á los cuerpos sepoltura,
Ni al cielo van ni á la region escura.

»¡Oh reina universal, naturaleza!
Dioses, ¿adónde estáis? Dónde está agora
De aquel injusto rayo la fiereza
Y de su autor la mano vengadora?
Dónde, Aténas, está tu fortaleza;
Que ha dado siete vueltas ya la aurora,
Y otras tantas su luz negado al suelo?
Y ¡sufre aquesta crueldad el cielo!

»Ya las aves y fieras aborrecen
De los muertos el pasto empodrecido,
Y los aires sutiles se embravecen
Del mal olor del campo corrompido;
Pues ¿qué resta en los cuerpos que padecen,
Si ya lo mas el tiempo ha consumido?
Desnudos güesos, sangre solamente,
Y eso enterrar Creonte no consiente.

»Ea, atenienses, dignos de memoria,
Que á vosotros compete esta venganza,
Antes que Marcia os gane aquesta gloria,
Y Tracia, en quien tenemos confianza;
Que á todos fué comun esta vitoria,
Nuestro dolor á todos les alcanza;
De donde quiera hay cuerpos no enterrados,
Que aguardan ser de su nacion honrados.

»¿Quién pues en ocasion tan piadosa
Será cruel, cuando enemigo fuese?
Guerra tuvimos, causa tan forzosa
Para que algun rigor permaneciese;
Mas ya cesó la ira rigurosa,
Cesó el odio; y supuesto que lo hubiese,
¿Cuándo la muerte no venció á la ira,
O quién de muertos á venganza aspira?

»Que tú, Señor, no así cuando venciste,
Segun la fama de tus hechos cuenta,
A Ciria á las fieras ofreciste,
Ni á Cercio, aunque eran dignos desta afrenta;
Cruel era Seiron; mas permitiste
Que del fuego la llama violenta
Quemase el cuerpo infame, que pudieras
Entregar á las aves y á las fieras.

»Y es de creer que el Tanais queda agora
Con sepulcros y exequias humeando
De amazonas que Scitia muertas llora,
De donde armado vuelves y triunfando;
Si piedad en tus entrañas mora,
Sigue este triunfo que te está aguardando;
Que con solo el trabajo de una guerra
Satisfarás al cielo, infierno y tierra.

»Si deshiciste el laberinto en Creta,
Guiado del sutil ovillo de oro,
Si libraste á tu patria de sujeta,
Venciendo en Maraton el hombre y toro,
Si de tu anciana huéspeda respeta
El ruego Jove y se enternece al lloro,
Defiende aquesta causa; así te sea
Propicia Pálas á cualquier pelea.

»Y así el sagrado Alcides invidioso
Nunca esté de tus hechos inmortales,
Antes le agrade verte valeroso,
Y que en obras y en ánimo le iguales;
Y siempre en carro y siempre vitorioso
Su madre te reciba en triunfos tales,
Y así nunca á tu patria le suceda
Caso, cual este, en que rogarte pueda.»

Dijo; y todas rogando humildemente,
Las manos levantaron y alarido,
Y de Neptuno el grande decendiente
Mudó el color, de su dolor movido;
Y vuelto el rostro como brasa ardiente,
De la justa venganza compelido,
«¿Cuál furia, dijo á voces, cuál Megera
Introduce reinar desta manera?

»No tales pechos en la gente griega
Dejé cuando partí á la Scitia helada;
¿Qué furor nuevo es este que los ciega?
Qué crueldad es esta, nunca usada?
¿Esperabas, Creonte, en mi refriega
Mi persona vencida ó destrozada?
Presente pues estoy, que no he venido
Cansado de la sangre que he vertido.

»Y aun todavía está con sed mi lanza
De sangre qu'es tan justo que se vierta;
Fiel Fegeo, ofende la tardanza,
A tu caballo volador despierta;
Vuelve á Tébas, anúnciales venganza
Si no sepultan a la gente muerta;
Que si les niega Tébas sepoltura,
De habella menester no está segura.»

Así dijo; y los males olvidando
De la guerra y trabajos del camino,
Al punto, su valor manifestando,
Para la nueva guerra se previno;
A los suyos exhorta, reforzando
Las fuerzas contra el tirio peregrino,
Que la gloria presente le desvela,
Y con el ansia de otro triunfo vuela.

Bien como cuando un toro madrigado
Que ya dejó el competidor vencido,
En el bosque do estaba retirado
Oyó que resonaba otro bramido,
Que, aunque se halla el cuello desangrado,
Con polvo disimula estar herido,
Y con nuevo furor y nuevo brio
A todo el campo incita á desafio.

Entre resolucion Minerva al punto
Su escudo sacudió, donde llevaba
El rostro de Medusa, que, difunto,
Aun el temor antiguo conservaba;
Y erizando el cabello todo junto,
Que un escuadron de víboras formaba,
A Tébas mira, que temblor ponia,
Y aun no el campo de Aténas se movia.

Y luego á la batalla se movieron,
No solo los mancebos animosos
Y los que acompañándole volvieron
En el triunfo presente vitoriosos,
Mas los que ni aun las armas conocieron,
Que campos cultivaban espaciosos;
No hubo quien las banderas no siguiese,
Sin que á seguirlas compelido fuese.

Van los que habitan el Brauron helado,
Y de Muniquia va la inculta gente,
Los de Pirea, puerto deseado
Del piloto qu'el mar turbado siente;
Va Meraton, y aun no era celebrado
Con el ilustre triunfo del Oriente,
Y de Celeo todo el vasallaje,
Que á Céres dió, aunque rustico, hospedaje.

El de Galea á pelear se aplica,
Las armas toma el rústico en Milena,
Aquella en bosques y esta en prados rica,
Y el montañés de Parnos, de uvas llena;
Licabeto, que olivas frutifica,
De los que las cultivan se enajena,
Ileo va, y de Himeto se separa
El que los campos olorosos ara.

Deja á Carnania el que sus campos pisa,
Que vestía de yedras tirsos antes;
Queda Funion desierto, que devisa
Las proras de las naves mas distantes,
Donde engañado Egeo en la divisa
De los mal advertidos navegantes,
Creyendo que su nave era vencida,
Dió nombre al vago mar con su caida.

Sus pueblos Salamina convocados,
Y Eléusis, diestra en cultivar la tierra,
El uso suspendiendo á los arados,
Estos y aquellos vienen á la guerra;
Dejan los de Calice sus labrados,
Que en nueve brazos su cristal encierra,
Y á Iliso los que beben sus licores,
Que ocultó de Oritia los amores.

Hasta el collado mismo y fortaleza
De Aténas se vació de moradores,
Adonde compitieron por su alteza
Los dioses, sus antiguos valedores;
Hasta que de sus peñas y asperezas
El nuevo árbol produjo fruto y flores,
Y pudo con las ramas extendidas
Hacer sombra á las olas sacudidas.

Fuera á Tébas tambien á esta jornada
Hipólita y la gente que regia,
Si ya el temor de verse tan preñada
No estorbara el intento que tenia;
Demas que del marido fué rogada
Que las armas dejase y la porfía,
Y que en lugar de Marte, por trofeo
Consagrase las flechas á Himeneo.

Y luego que á la heróica y alta empresa
Vió el capitan que todos se animaban,
Que les es dulce el hierro y que de priesa
De sus hijos y amigos se apartaban,
Y que por no impedirse, aunque les pesa,
Los abrazos y besos abreviaban,
Así dijo con ánimo bizarro
Desde el excelso trono de su carro:

«Nobles escuadras, gentes valerosas,
Que defendeis conmigo en justa guerra
Las leyes y costumbres piadosas
Que en el morir estableció la tierra,
Fiad en vuestras hazañas generosas
Y el único valor qu'el pecho encierra,
Dignas del gran principio que habeis dado
Sean las obras al intento osado.

»Bien claro veis que está, por otra parte,
El favor de los dioses y las gentes,
Naturaleza os lleva el estandarte,
Ley general de todos los vivientes;
Por el contrario, el escuadron de Marte
En Tébas guian furias y serpientes,
Y siendo tal la nuestra y tal su guia,
No hay que dudar del fin desta porfía.

»Id alegres, os ruego, á la batalla,
Que os prometo seguro vencimiento,
La justa causa que teneis de dalla,
Fundad en ella el fin de vuestro intento.»
Dijo; y tirando un asta, que alcanzalla
Pudiera solo el presuroso viento,
Mas que el viento y la lanza presuroso,
Tomó el camino el capitan famoso.

Tal cuando Jove cubre de nublados
Los altos ejes del nevado polo,
Y del largo descanso va enfadados,
Rompe á sus vientos la caverna Eolo,
Que de nuevos furores animados,
Con la mudanza del ivierno solo,
Vagas estrellas salen sacudiendo,
Y en Artos silva el eco de su estruendo;

Y entonces cuando su furor derraman,
Sin ser en las cavernas detenidos,
Gimen los montes y las ondas braman,
Y se encuentran nublados desparcidos;
Suenan los truenos que los aires aman,
Y relucen los rayos encendidos,
Y todos gustan de avivar la guerra,
Y ver herida retumbar la tierra;

Catervas de caballos y peones
Trillan los campos, talan la arboleda,
Tal, que la yerba envuelta en los terrones
De renacer sin esperanza queda;
De espejos no á sus limpios morriones
Alcanza á deslustrar la polvareda,
Que, esparcida su luz, al cielo alcanza,
Y al sol relampaguea cada lanza.

Marchan el dia, y de la noche escura
Sin perdonar las nieblas, van marchando,
Y una escuadra mas que otra se apresura,
Todas llegar á Tébas porfiando;
Cuál el primero publicar procura
Que vió sus chapiteles relumbrando,
Y cuál ser con su lanza el que primero
Rompia en el muro el no manchado acero.

Mas sobre todo el campo se señala
El nieto de Neptuno, que parece
Que en armas y valor nadie le iguala,
Y su presencia á todos escurece;
En cuyo escudo por adorno y gala
La gloria de sus hechos resplandece,
Grabada Creta en medio del asiento,
Con cien ciudades y murallas ciento.

Pintado allí con distincion se via
Del laberinto el intricado coso,
Y el mismo que en sus brazos retorcia
El yerto cuello al toro riguroso;
Vese cuál de sus golpes se escondia,
Haciendo el presto ivierno perezoso,
Y cuál le ataba los nudosos brazos,
Haciendo de los suyos fuertes lazos.

De verlo así abrazado en la pintura
Con la bestia feroz estrechamente,
Y que una y otra vez en sangre pura
Se baña de la planta hasta la frente,
De verlo entrar en la batalla dura
Tan sin temor al capitan valiente,
Con tan fiero animal y tal denuedo,
A todos puso, aunque pintado, miedo.

Y aun él, mirando la labor, renueva
La memoria del hecho ya pasado,
Ve los amigos que en la heróica prueba
Dudaban del suceso no esperado,
Ve la entrada temida de la cueva,
Y en ella, con semblante demudado,
La hermosa cretense, que temia
Si el hilo que le dió se acabaría.

Ya en aquesta sazon Creonte habia
Mandado ejecutar la injusta pena
De desollar á Antígone y Argía,
Y atadas las llevaban en cadena;
Alegres ambas, cada cual tenia
De ambicion de morir el alma llena;
Y así, ofreciendo al hierro el cuello blando,
Iban del Rey y su rigor burlando.

Cuando llegó el embajador Fegeo,
Al parecer pacífico, y mostrando
De verde oliva un ramo por trofeo,
Pero á guerra mortal desafiando,
Que no olvidó el mandato de Teseo,
Guerra en su nombre á todos publicando,
Y que del muro estaba ya cercano,
Cubriendo de armas y de gente el llano.

Suspenso estuvo y lleno de cuidado
El tebano escuchando el desafío,
Algo dudó de verse amenazado,
Y en sus antiguas iras templó el brio;
Pero, al fin, en sus fuerzas confiado
Y en la real potencia y señorío,
Fingió, aunque triste, un ánimo severo,
Y así, risueño dijo al mensajero:

«¿Tan pocos son los males y las penas
Que establecí contra la griega gente,
Que, viendo la caida de Micénas,
Hay quien de nuevo el mismo daño intente?
¿Que hay quien ose cercar nuestras almenas
Y en el peligro ajeno no escarmiente?
Vengan, pero vencidos, no se quejen
Que por la ley que á los demás los dejen.»

Dijo; mas ya del campo que venia
Vió levantar la espesa polvareda,
Que escurece la clara luz del dia,
Y no hay quien devisar los montes pueda;
Perdió al punto el color que antes tenia,
Que aun sangre juzgarán que no le queda,
Y á sus vasallos incitando al arma,
Pidió las suyas, y al momento se arma.

Bastó á turbarle haberle parecido
Que las furias sus sillas ocupaban,
Y que llorando á Meneceo vido,
Y que alegres los griegos se enterraban;
¿Qué dia aqueste desgraciado ha sido,
Que cuando en Tébas de la paz gozaban,
Que á costa de su sangre poseia,
La paz hallada pereció en un dia?

Las armas, que tenian ya colgadas
En sus templos, por rotas y deshechas,
Vuelven á descolgar, y aunque quebradas,
No tienen las rodelas por estrechas;
Descuelgan sin penachos las celadas,
Y aun no limpias de sangre muchas flechas,
Que no hay quien con caballo, lanza ó dardo
Ni espada pueda parecer gallardo.

No hay foso de que puedan confiarse,
Cerca que no esté rota ó mal sigura,
Puerta que no convenga repararse,
Que todo lo asoló la guerra dura;
No hay torre donde puedan ampararse,
Que les falta de almenas la hermosura,
De muchas que, arrancadas de su asiento,
Tiraba Capaneo por el viento.

Pues ya la juventud, en quien debiera
Tenerse confianza, está perdida,
Sin sangre, sin virtud, y de manera
Que en vano será Tébas socorrida;
Ya no la esposa del marido espera
Los dulces besos con que amor convida,
Ni los hijos del padre, qu'están tales,
Que no se acuerdan mas que de sus males.

Por el contrario, el ateniense luego
Que vió romper la clara luz del dia
Y la del sol, que juzgaran que en fuego
Las lanzas y celadas encendia,
Al campo sale, donde el campo griego
De desnudos espíritus hervia;
Y el aire, del vapor inficionado
De tanto cuerpo muerto no enterrado.

Dentro del mismo yelmo el aire siente,
Y el fuerte capitan gime y suspira,
Y provocado del rigor presente,
Con la justa ocasion se enciende en ira;
Pero el tebano rey, aunque inclemente,
De aquesta parte su escuadron retira;
Que al fin de tantos daños recebidos,
Quiso honrar desta suerte á los vencidos.

Que no sobre los cuerpos desdichados
Ni en el campo bañado en sangre pura
Quiso que peleasen sus soldados,
Ni allí mezclarse en la batalla dura;
Por gloriarse de verlos destrozados,
Mas que por piedad fué por ventura,
Y otra tierra eligió, que mas sedienta
Beba la sangre que verter intenta.

Ya el un campo y el otro se mezclaba,
Del furor de Belona compelido,
Y, aunque á los unos y otros incitaba,
No á todos era con igual partido;
Que no igualmente en todos resonaba
De las bastardas trompas el ruido,
Ni en el esfuerzo de embestir primero
Igualaba el tebano al forastero.

Estaban todos flacos, sin aliento,
Que aun de la espada el peso los oprime,
La floja diestra el asta ¡oh helamiento!
No puede sustentar sin que lo anime;
Haberse vuelto á armar es mas tormento,
Que no hay quien vieja llaga no lastime
Apretándose el yelmo á la celada,
Que hace la sangre reventar cuajada.

Tanto, que en los de Aténas la fiereza
Fué menor en entrando la batalla,
Cuando de sus contrarios la flaqueza
Les negaba ocasion de ejecutalla;
Cual es mayor del viento la aspereza
Faltando selva en que poder quebralla,
Y mayor el silencio en la ribera,
Si no hay escollo en que sus ondas hiera.

Mas luego que al romper contra el tebano
El gran Teseo con virtud divina
Su lanza levantó en la diestra mano,
Que era de Maraton una alta encina,
Con cuya sombra cubre todo el llano,
Y al enemigo temeroso inclina,
Y del hierro la luz que resplandece
El fiero campo alumbra y estremece;

Como si el padre Marte decendiera
De la cumbre de Lemo inacesible,
Y de su veloz carro sacudiera
Miedo, huida, muerte aborrecible;
No el tebano escuadron de otra manera,
De espanto lleno y de temor terrible,
Desanimado y vergonzosamente
Volvió la espalda al capitan valiente.

Mas no sigue el alcance, de enfadado,
Ni el brazo en sangre fácil embaraza,
Aunque el resto de vulgo porfiado
Les va por todas partes dando caza;
Así agrada el despojo desechado
Al lobo y al mastin de mala raza;
Mas no al leon, que mientras mas se enciende,
Al que rendido está menos ofende.

Empero á la primera lanza acaba
A Olenio y á Tramiro atravesando,
Aquel que saca flechas de su aljaba,
Y este una grande piedra levantando,
Y de otras tres sin detenerse enclava
De Alceo los tres hijos, que fiando
En tres escuadras que á regir vinieron,
Lo mal que confiaban conocieron.

Una á Fileo le escondió en el pecho,
Y otra hizo que Hólope mordiera,
Y sin serle las armas de provecho,
Pasó de Japo el hombro la tercera;
Ya Emon á reparar el daño hecho
Llegaba al punto con veloz carrera,
Mas tan veloz como en su carro vino,
Voló sobre él un asta como un pino.

El cual de golpe, el tiempo conociendo,
Los medrosos caballos hizo á un lado,
Y la lanza, que el aire iba rompiendo,
A dos dellos pasó por el costado;
Ya el hierro iba al tercero apeteciendo,
Y á no haberse la punta atravesado
En el timon del carro, lo pasara,
Y hasta el cuarto caballo no parara.

Y como solo el capitan valiente
Buscaba de Creonte la persona,
Pasa adelante, y con furor ardiente
Por todo el campo á voces le pregona;
Vídolo al fin en la contraria frente,
Que á los suyos detiene y amontona,
Los ánimos medrosos incitando,
Y en vano con la muerte amenazando.

Mas no bastó su furia y su amenaza
Para que los tebanos no huyesen,
Que solo le dejaron en la plaza,
Sin que ley militar obedeciesen;
Ni á Teseo su gente le embaraza,
Porque atrás les mandó que se tuviesen;
Y asi, se retiraron sus soldados,
De su esfuerzo y sus dioses confiados.

Teme de verse á tanto riesgo puesto
Creonte, y vuelve á convocar su gente;
Mas conociendo el odio manifiesto
Que le han mostrado en la ocasion presente,
Al extremo de ira arrojó el resto,
Que menos que furor no le consiente,
Y así habló con ánimo atrevido,
De la forzosa muerte compelido:

«No con mujeres pienses qu'es la guerra,
O que son de doncella aquestas manos,
Que aquí sabe tener aquesta tierra
Con fuertes hombres trances inhumanos;
Yo soy por cuya causa Estige encierra
De Tideo los hechos soberanos,
Y por quien el furioso Hipomedonte
Y á Capaneo visitó Caronte.

»¿Con qué locura pues acometiste
Batalla tan injusta y repentina?
¿Muertos no ves los que á vengar veniste?
¿Cómo no te amenaza su ruina?»
Dijó; y con cuanta fuerza en él asiste
Una lanza perdida le encamina;
Y bien perdida fué, pues solo pudo
Clavársela en el cerco del escudo.

Rióse, aunque enojado, el gran Teseo
De escuchar los blasones del tebano,
Y de ver de su lanza el mal empleo,
Y el poco efeto de la débil mano;
Y cudicioso de mayor trofeo,
De una lanza, que un fresno es mas liviano,
Un gran tiro apercibe el brazo fijo,
Pero primero con soberbia dijo:

«¡Almas de griegos, por quién hoy pretendo
En sacrificio dar la de Creonte!
Abrid las puertas del infierno horrendo,
Salga la vengativa Tesifonte;
Mirad que ya el traidor qu'estáis temiendo
Viene á el escuro reino de Aqueronte.»
Dijo; y la gruesa lanza blandeando,
Se la tiró, los aires barrenando.

Vino á herir la rigurosa punta
Adonde, por debajo del escudo,
La malla de la cota está mas junta
Y hace el eslabonado mas menudo;
Por mil ventanas á salir apunta
La sangre que despide el pecho crudo,
Y dando fin á tan injusta guerra,
Revolviendo los ojos, vino á tierra.

Grave Teseo al punto sobre él llega,
Desnudándole él propio la armadura,
«Ya, dijo, á la enemiga gente griega
Agradaráte darles sepultura;
Vé pues, traidor, donde tu alma ciega
Padezca eterno llanto, mas sigura
De que el cuerpo que deja aquí postrado
Sea jamás con el sepulcro honrado.»

Luego alegres los campos se mezclaron,
Las diestras á las paces extendiendo,
Y en medio de la guerra las firmaron,
Cual güesped á Teseo recibiendo;
Que fuese su caudillo le rogaron,
Sus muros y sus casas ofreciendo;
Y él, aunque vencedor, y ellos vencidos,
No despreció los ruegos ofrecidos.

Huélganse en ver que vencedor entraba
Cualquier madre tebana y cualquier nuera,
Cual si en la India, á quien el Gánges lava,
A Baco el sacrificio se hiciera,
Adonde el mismo rio celebraba,
Vencido ya y humilde en su ribera,
Los regocijos que en honor hicieron
Del mismo dios de quien vencidos fueron.

Mas ya por varias partes discurriendo
Vienen las madres griegas incitadas,
Las estrellas del cielo sacudiendo
Con sus gritos y voces desusadas;
Cual á la guerra suelen ir corriendo
Las locas bacanales convocadas;
Que dirás, si reparas en su furia,
Que vienen de hacer alguna injuria.

En medio de su llanto se holgaban,
Y alegres nuevas lágrimas vertian,
Del ímpetu, á mil partes se arrojaban,
Cual gozo y el dolor las compelian;
Si al gran Teseo irán antes dudaban,
O á ver el cuerpo de Creonte irian
Y á los suyos, y al fin las llevó el llanto
A ver los cuerpos deseados tanto.

No si alguna deidad con lenguas ciento
Aumentara en mi pecho la armonía,
Pudiera referir con digno aliento
Tantos sepulcros hechos en un dia
De tantos como el último elemento
Del vulgo y de los nobles consumia,
Ni pudieran mis fuerzas ser iguales
A tanto llanto y sentimientos tales.

Ni á referir mi espíritu bastara
Cómo Ebadne con ánimo atrevido
Se echó en la llama que le fué tan cara,
Buscando al rayo que abrasó al marido;
Y cómo reclinando el pecho y cara
Sobre el cuerpo, del suyo tan querido,
Deifile lo excusa, y cómo Argía

. . . .

¡Con qué llanto la madre cazadora
Llama al jóven de Arcadia sin ventura,
Al de Arcadia, en quien hubo hasta agora,
Aunque muerto y sin sangre, hermosura!
El de Arcadia, que un campo y otro llora
Su muerte en tierna edad, aun no madura,
Que apenas estas cosas furor nuevo
Podrá bastar, ni aunque inspirase Febo.

Y pués ya llegó al puerto mi navío
Despues de tanto mar como ha pasado,
¡Oh mi *Tebaida*, que al ingenio mio
Doce años trujiste desvelado!
Que largos tiempos durarás confio
Mientras viviere el dueño á quien te he dado;
Qu'es cierto que su fama y sus favores
El camino abrirán de tus loores.

Ya podrá ser que se renueve y vea
En la edad venidera tu memoria,
Y que el César magnánimo te vea,
Que es adonde llegar puede tu gloria,
O que la juventud que á Italia area
En tí deprenda la tebana história,
Y que en diversas partes y lugares
Tus versos solenice en sus altares.

Vive pues largos años, mas no intentes
Con la divina *Eneida* competencia,
Léjos la sigue y della no te ausentes,
Haciendo á sus pisadas reverencia;
Pues el nublado de la envidia sientes,
Luego se deshará con su presencia,
Y muerto yo á pesar del torpe olvido,
El honor te darán que has merecido.

FIN DE LA TEBAIDA DE ESTACIO.

DISCURSO HISTORIAL

DE LA

PRESA QUE DEL PUERTO DE LA MAAMORA

HIZO

EL ARMADA REAL DE ESPAÑA EN EL AÑO DE 1614.

POR

AGUSTIN DE HOROZCO,

NATURAL DE ESCALONA, RESIDENTE EN CÁDIZ, CRIADO QUE FUÉ DEL REY CATÓLICO DON FELIPE II.

A DON FRANCISCO DE ANDIA IRARRAZABAL,

señor de las casas y solares de Andía Irarrazábal, comendador de Aguilarejo, órden de Santiago, del consejo de Guerra de su majestad, y su veedor general en los estados de Flándes.

Tan clara y manifiesta es la muy antigua é ilustre prosapia de vuesamerced en el tesoro de las altas sierras que encierran el de la nobleza de Guipúzcua y Vizcaya, provincias nunca perdidas, ni domadas de otras naciones, cuanto resuenan sus voces y se dilatan por el orbe, como reliquias sublimes dél, segun lo dice el apellido de Gonzalez de Andía, decendencia y solar de que vuesamerced goza por línea recta de varon del conde Fernan Gonzalez, primero señor de Castilla. Y Andía, en vascuence, lo mesmo es que decir grande, cuadrando con sus armas y estirpe, que son castillo y leon coronado. Siendo el solar de Irarrazábal uno de los de la primera poblacion de España, cuyos dueños continuamente han servido con la espada en la mano en las guerras, con título de vasallos y ricos hombres, rompiendo las cadenas del canal de Bayona y libertando nuestros prisioneros; por cuya hazaña dejó sus antiguas armas, tomando una dellas por banda en boca de dragones, con dos veneras de Santiago. Siendo este el otro solar y mayorazgo paterno, enriquecido de honras y antigüedades inestimables, como por parte de madre lo dice el de Zárate en Vizcaya, salido de la casa de Ayala, fundacion del infante don Vela, hijo del rey de Aragon, y de la casa de Recalde, de quien fué la marquesa de Berlanga, tia de vuesamerced, su última poseedora, se colige lo que es, y lo mucho que desto encierra en sí por todas partes, como por sus padres y abuelos es emparentado con lo ilustre y noble de lo vascongado, sellado en sus pechos y en los de sus hermanos con los hábitos que tienen de Santiago, Calatrava y Alcántara. Prendas y partes unas y otras claras y dignas de estimacion, si bien en mi opinion son las mas débiles con las propias de vuesamerced, que por su persona se ha adquirido todo lo que hoy tiene, restaurando las antiguas memorias de sus pasados por su brazo y derramamiento de sangre en la guerra, desde su niñez, así de soldado, como de entretenido y capitan de infantería española y de caballos; y siendo consejero de guerra en los estados de Flándes, floreciendo con singular valor y lucimiento entre amigos y enemigos, hallándose en grandes ocasiones y riesgos, re-

cibiendo muchas heridas peleando, y siendo ocupado en cosas de mucha consideracion, sabiéndose hacer tan buen lugar en todas partes, como el que últimamente ha tenido en la empresa del puerto de la Maamora. Por cuyas causas, y como á testigo tan vivo en ella, he querido suplicar á vuesamerced tome debajo de su amparo este libro tan al nivel de la verdad, para que, favorecido, quède ensalzado de la nobleza y bien recebido en la milicia.

AGUSTIN DE HOROZCO.

AL CONCURSO.

Escribir los casos y los sucesos que pasan en el mundo, tan antigua y necesaria cosa es como vemos. Acertar en ello á satisfacion general, á pocos les es concedido, y mucho menos á mí, que con tanto atrevimiento como defetos he puesto la indocta mano en escribir este suceso del puerto de la Maamora, lugar de grande sepulcro ó de entierro de algun hombre de importancia para los africanos, segun su lengua. De sábios y de prudentes es honrar y suplir faltas; el que caminare por otra via mejore la obra ó saque á luz otra mas insigne.

DISCURSO Y BREVE SUMARIO

DE LA

TOMA DEL PUERTO DE LA MAAMORA.

CAPITULO PRIMERO.

En que se muestran algunas de las causas que se ofrecieron para la empresa, y el estado en que estaba la Africa.

Viéndose los piratas que corrian el mar Occéano y paso del estrecho Gaditano despojados del puerto de Alarache, que está en él, y cuánto les importaba el tener otro en aquellos límites, que les sirviese de plaza y feria á las muchas é importantes presas que tan de ordinario hacian, y sin el cual no podian pasar, procuraron con toda instancia acomodarse en el puerto del rio Zebú, comunmente llamado de la Maamora, granjeándolo con Muley Cidan, cruel enemigo nuestro. Por lo cual el Rey nuestro señor, y por asegurar mas lo de Alarache contra la mal fundada y vana opinion de algunos, que porfiaban en que se dejase, deshiciese y desmantelase, por ser de mayor costa y menos aprovechamiento de lo que antes se habia entendido, cuando tanto se deseaba, resolvió de le ganar en este presente año de 1614, y antes que otros enemigos ponentiscos ó nordestales, demás de aquellos cosarios, se apoderasen dél, como se praticaba lo hacian, y dello tenia particulares avisos del duque de Medina-Sidonia, su capitan general del mar Occéano, á quien particularmente tenia cometida la mano y la inteligencia de las cosas de Africa, con el marqués de Villareal, capitan general de Ceuta, demás de otros grandes y confidentes ministros que dello estaban á la mira y les daba cuidado; mayormente creciendo, como de cada dia crecian, tanto los piratas, despues que franceses, ingleses y flamencos se han dado á navegar y á robar juntos y mixturados con turcos y moros. Monstruoso parto, que á la entrada destos años de 600 produjo un furioso y hereje holandés, que llamaron Simon Danz, aliándose con el rey de Argel, que allí le daba entrada, trato y armazon. Apeteciendo Cidan el darles albergue en la Maamora por el aprovechamiento de las mercaderías y captivos que allí y en su corte vendian, acudiendo á ello muchos mercaderes de cerca y léjos de España, públicamente los unos, con solapa y encubierta los otros, para no ser descubiertos en España, donde lo traian á vender con gruesa ganancia.

Favoreciendo mucho con su majestad la causa desta empresa el excelentísimo duque de Lerma, su caballerizo mayor, tan grande señor como sabemos, y con tan buena gracia su mayor privado; juntándose el armada, su apresto y su aparato en el famoso puerto de Bahía de Cádiz, el mas importante de España y el mas á propósito para esta y otras tales armadas, que desde él han hecho felices y prósperas jornadas, como es tan evidente, cuanto menos estimado entre nosotros que lo es de todas las demás naciones. Segun que el efecto desta jornada con breve discurso se irá mostrando, cuanto primero, para mejor entendimiento y claridad de todo, se discurra aquí un poco por el estado presente de aquella parte de la Mauritania donde está aquel puerto de la Maamora. Lo cual pasa en esta manera: que por la repentina muerte que con tan extraordinario accidente tuvo el grande Xarif Abdel Melich sobre los campos llanos de Tamita, cerca de Alcazarquivi y junto al rio Mucazeno, en la batalla con el pequeño ejército del atrevido y mal aconsejado rey de Portugal don Sebastian, único allí de tal nombre, fué levantado y clamado rey de aquel imperio de Marruecos su hermano Hamer, capitan general de la caballería, llamado á tal eleccion cuando habia salido huyendo, pareciéndole que en los principios declinaba el buen suceso en favor del ejército católico, y por no se hallar vencido en poder del hermano, que habia prometido de le tratar vilmente si no peleaba con valor, el cual y mucho gobierno tuvo despues, floreciendo su corte con embajadores y agentes del emperador de Alemania, del Gran Turco y de los demás reyes de Europa, muchos señores y príncipes; engrosando su tesoro, y sabiendo disponer y tratar de materia de estado, ganando á fuerza de armas á Tumbucuta ó Tumbucutu, del ancho reino de Gallo, teniendo otras victorias, y estimando las que alcanzó de Muley Nazer, su sobrino, uno de los dos príncipes de Marruecos, que habiendo estado en la corte de España al favor del rey Felipe II, della se pasó á Africa simuladamente en el año de 1595, para despojarle y restituirse en aquellos estados, á que decia tener mejor derecho él y Muley Xech, su hermano, que dándolo de mano, se abrazó con nuestra sagrada y evangélica ley, que católicamente profesa. Teniendo este Xarif Hamet cuatro conocidos hijos, Muley Xech el mayor, y jurado por príncipe, el segundo Buferes, y Bulu Hacen el tercero, habidos en Lela Xoar, mujer mulata, y el último Cidan, hijo de una dama mora del linaje de los Xabantes ó Xabanetes; siendo costumbre entre aquellos reyes que el hijo mayor, aunque fuese de cualquier suerte de mujer, suceda al padre en sus estados, por lo cual se le dió el reino de Fez en siendo que fué jurado príncipe. Pero no se gobernando bien ni á satisfaccion del padre, le obligó á bajar contra él, y no se atreviendo á esperar-

le, aun que habia sacado su gente y su almahala en campo, se retiró á la ciudad de Mequinez, como á una jornada de la de Fez, donde el padre le hizo traer preso, y volviéndole á Mequinez, hízole despues parecer ante sí, casi resuelto de le entregar lo de Fez y mas abiertamente declararle por su primero y verdadero heredero, con el tierno amor que le tenia. Lo cual sentido por su hermano Muley Cidan, con grande dolor que dello tuvo, trató de dar luego la muerte á su padre en tres brevas, ó sean higos emponzoñados, por mano de su madre; de que acertando á comer las dos, y la otra una su nieta, hija del Xech, muy su querida y regalada, murieron ambos á dos, aunque primero la niña, con cuya muerte disimuló mas la del padre, hasta que habiéndose apoderado de su recámara y caballeriza (que es de lo primero de que allí se les despoja á los reyes), se hizo aclamar rey por un su privado antes de haberse entendido la muerte del padre; porque así lo tuvo trazado, y antes que fuese entendido de Muley Buferes, que estaba por gobernador de lo de Marruecos, y que en el testamento habia quedado por heredero de aquel y los demás reinos, despojando al Xech por su incapacidad, y con órden que se le llevasen preso, y que el Cidan tuviese el reino de Fez, donde no se contentando, y diciendo que en un bonete no cabian dos cabezas, y que á él solo (sin que el padre lo pudiera despojar) le pertenecian todos los estados, por ser hijo de mujer libre y principal, siendo los demás de mujer mulata y esclava, brevemente dispuso de ir con ejército á Marruecos para despojar á Buferes antes que se pudiese apercibir, y teniéndole por hombre remiso y poco dado á las armas. Pero no le sucedió segun su traza; porque habiéndosele ido los soldados viejos que trujo el padre, cansados de estar fuera de Marruecos y de sus casas, llevároněse al Xech de camino, sacándole de Mequinez. Y esforzándose con ellos Buferes, levantó apriesa ejército contra Cidan. Y viendo que aunque le habia presentado la paz y buenos medios con saludables consejos y hermanable union, no lo aceptaba, y que se venia contra él, resolvió de soltar al Xech, porque era tan amado de los antiguos hombres de milicia del padre y de los que con Cidan venian de Fez, haciendo liga y conveniencia con él, dióle el ejército, autoridad y dineros, enviándole contra el hermano, para que si le venciese se quedase con lo de Fez. Saliendo en cuanto á esto tan bien el acuerdo, que llegados á las manos en el camino los dos ejércitos, y comenzada á dar la batalla, muchos de los de Cidan le dejaron en los principios, pasándose al Xech, por quien quedando la vitoria, y llegado á Fez, se quedó en él, y con ánimo de despojar á Buferes de lo de Marruecos, como desde á poco lo intentó sin bastante causa, y con toda obra de ingratitud, enviando á su hijo Abdela, mancebo brioso, valeroso, inquieto, como de diez y ocho años de edad, que al cabo con su ejército formado llegó á Marruecos, y sucediéndole bien, lanzó de allí al tio, que se le huyó para el reino de Sus, gozando Abdela poco del de Marruecos, por las muchas muertes y crueldad de que usó, especialmente con ciertos alcaides y moros principales, que eran la flor y lustre de aquel reino, de quien por ello fué muy odioso. Lo cual entendido de Muley Cidan, alentado y favorecido de su suegro, un Xech rico y principal, con cuya hija se casó allí en Tremecen, sin detencion se vino para Marruecos, fiado mas en que sus moradores le habian de acoger y recebir, que en las fuerzas que llevaba, mas limitadas de lo que el caso demandaba. Pero sucediéndole bien, segun que la fortuna ayuda á los animosos, desbaratando á Abdela, tornóse á intronizar en aquel reino, haciéndole salir á Abdela á uña de caballo hasta Fez, procurando para su mayor seguridad en cómo dar la muerte á Buferes, su hermano, allá en Sus, donde se estaba quietamente, pareciéndole que por su buena condicion y proceder estaba en amor con toda la gente. Mas, sabido por Buferes, acordó de poner tierra en medio, atravesándola de mas de ciento y treinta leguas con solos cuatro de á caballo, de quien se fió, y que le siguieron hasta allegar á la ciudad de Zale, donde, sabido de la madre y del Xech, su hermano, proveyéndole de dinero, de caballos y ropas reales, ordenáronle que parase y descansase allí, hasta ver el fin de la batalla que Muley Cidan les venia á dar desde Marruecos. A cuya resistencia saliendo Abdela, fué deshecho y roto; de manera que no quedando para se rehacer ni esperar mas á Muley Cidan, juntándose con Muley Buferes, escapáronsele, yéndose á Tremecen, y Muley Xech con harta priesa y ventura se retiró al puerto de Alarache, tan perdido de ánimo y de consejo, que si en ambas cosas le faltara Joanetin Mortara, patricio genovés que cerca dél asistia, y tenia alguna correspondencia de parte del Rey nuestro señor, no se pudiera salvar del cercano riesgo de prision y de la vida, pues casi fué echado mano de un alcaide con gente de sueldo que á ello envió Cidan luego que allegó á Fez; mas con las armas en la mano se lo estorbó otro, que dicen era judío, dando con eso lugar (estando en la playa) para que se embarcara en uno de dos navíos que en aquel puerto tenia de dias atrás, temeroso deste revés de su fortuna, ó como adevinándolo y sacándolo por astros celestes. Saliendo de allí (con su mujer y hijos pequeños) de otros nuevos peligros, de haber dado al través, y librádose dellos y de la batería del castillo, con tan extraordinario buen suceso, que se ha tenido por maravilla ó dispensacion del cielo para lo que despues nos fué útil. Y saliendo á navegar, fué á dar al Algarve, desembarcando en Portiman mas por industria del Mortara que por entera voluntad suya, instimulado de franceses y holandeses, que ofreciéndole favor, procuraban apartarle de España. Siendo desde allí pasado despues á la noble villa de Carmona, y hospedado en ella cumplidamente por órden del Rey Católico y á su costa, con regalo y aparato real, habiéndole enviado á visitar y consolar en sus trabajos, ofreciendo su ayuda y favor, con que el Xech holgó y sosegó mas su ánimo, hallando tan buenas esperanzas, comenzando á disponer luego de sus cosas, y tratando de que en remuneracion de lo que con él se hiciese, entregaria el puerto y villa de Alarache, disponiéndose este trato con el duque de Medina y por mano de Joanetin, que á ello pasó á la corte de Madrid. Pero estando el Xech en el medio deste tratado, sucedió y supo la nueva mudanza que en Fez habian tenido las cosas, cuando acudiendo Muley Cidan á las que se le ofrecian en Marruecos, dejó por gobernador en Fez á un su privado renegado,

llamado el bajá Mostafá, de lo cual avisados Muley Buferes y Muley Abdela allá donde estaban en el reino de Tremecen, teniéndolo por caso disconforme al autoridad real, y tomándolo por buena ocasion, y que á quitar aquel renegado les ayudaria toda la gente, que dello estaba deseosa, acordaron de ir sobre él lo mas en breve que les fuese posible, siendo el que mas insistia en ello el reportado y cuerdo Muley Buferes, persuadiéndoselo al valiente y animoso Abdela, pareciéndole que ya vivia algo dejado de tales pretensiones, por se haber casado allí con una mora noble del linaje de los Xaraques, diciéndole cuán en su favor tenian el derecho de aquel y de los demás reinos, y el antiguo amor que á ellos y á su padre el Xech les tenian todos los de aquel reino de Fez. De que tomando aliento el brioso Abdela, socorriéndose de nuevos amigos y del dinero con que el suegro le ayudó, voló para Fez con su tio Buferes, y dando impensadamente sobre el gobernador Mostafá, rompiéndole la gente con que les salió al encuentro, desde á poco, habiéndole en su poder, cortáronle la cabeza. Y como dos en un señorío se conciertan tan mal, y nunca aciertan á estar igualmente juntos, miró desde luego Abdela en cómo se quedar solo, y siguiendo las crueles y traidoras costumbres de los africanos, procuró descargarse de la compañía de su tio, el cuerdo y pacífico Muley Buferes; publicando que con Muley Cidan se habia conjurado contra él y su padre, hizo que dos esclavos suyos le matasen, ahogándole con una toca, aunque otros dicen que él por su mano le mató con la toca de su turbante; porque se vea cuánto es fuerte la pasion y el ambicion de reinar sin competidor. Holgado Muley Xech del buen suceso del hijo, que como reconocido y obediente, le ofreció estar todo á su disposicion y mando si lo queria venir á gozar; mostrando juntamente el Xech mucho dolor y sentimiento de la muerte de Buferes, y mas sucedida por tal forma, cuando le estaba en mayor obligacion de las buenas obras hechas á ambos, padre é hijo; y todavía alentado de ver al hijo en Fez, fué mirando en cómo dar luego la vuelta á Africa, de suerte que fuese con voluntad y amistad del Rey Católico, y porque esa se habia de afirmar con el entrego de Alarache, fué de acuerdo en ello, condicionándolo por escrito, y dejando para en el ínter que lo cumplia dos hijos suyos por rehenes en Tánger, dándole su majestad seis mil arcabuces prestados, porque con ellos no habia de hacer guerra á cristianos, y docientos mil ducados en contado (aunque pidió mas), porque así fuese con mayor reputacion, y tener para premiar y mantener á los de su devocion, y atraer á otros de nuevo. Lo cual asentado, desde Gibraltar eligió ir al Peñón, donde le pasó don Antonio Coloma y Calvillo, conde de Elda, capitan general de las galeras de Portugal, en siete galeras reales, llevándole en su capitana, que tuvo curiosa y gentilmente aderezada. Y puesto ya en Africa, dióse en estar allí en el campo, al amparo de la artillería del Peñon, sin atreverse á pasar adelante, descubriendo mucho de su poco valor y ánimo, con demasiada remision en sus cosas, y aun en el haber de cumplir lo del entrego de Alarache, de lo cual sin duda se dejara, si demás del amor grande que tenia á los hijos que dejó en rehenes, Joanetin Mortara, que por órden del Rey Católico y para este efecto habia vuelto con él, le dejara de hacer grandes recuerdos, espoleándole con todas las causas, razones y trazas que se le ofrecian y eran á propósito. Por lo cual, allegándose mas hácia Alarache, con fin de irse apoderando del reino, caminó hasta parar en el campo que llaman del Farrobo, á seis leguas de Tánger, no se atreviendo á quitar de su abrigo, por se hallar aborrecido casi de todos y menospreciado de su hijo Abdela, viendo la instancia que ponia en el haber de entregar á Alarache; al fin resolvió de efetuarlo, despues de habérselo mucho impedido y dilatado por mil modos los alcaides y principales moros que le seguian, llevando impacientemente el perder fuerza y puerto tan importante en aquel reino. Quedándose alojado en tiendas allí, donde hecho el entrego de Alarache, se le hizo el de sus hijos, y desde á poco, por le robar su tesoro ó por aquel odio en que habia caido, atrevidamente le acometió en su tienda muy de mañana un atrevido mancebo fuerte y animoso, que era de Alcazarquivi (allí cerca), llamado Bolif ó Golife Almocaden, y le mató alevosamente, dándole de puñaladas, á los 3 dias de setiembre del año de 1613, sin poder ser socorrido, ni se hallar presente mas que una su hija de pequeña edad, que viéndole caer herido, se echó sobre él porque no le acabasen de matar, llamándoles de traidores y afeándoles el caso, quedando mal herida en una mano. De lo cual el hijo mostró grande sentimiento, é hizo una rigurosa justicia y venganza en todos los de la parentela del matador, sin dejar ninguno á vida, quitándosela ejemplarmente á él, aunque no falta quien diga habérsele escapado hácia Argel, y despues á Constantinopla. Procurando el Abdela imitar á su padre en la observacion del amistad con el Rey Católico, cuyo amparo le ha sido y es de tanto efeto para el sustentarse en Fez, sin que su tio Cidan le haya bajado á molestar desde Marruecos, en cuyo reino se ha estado y está, llegando tal vez á punto de perderlo y perderse con un tumultuario santon ó morabito, que le ha dado y da en que entender, segun la gente que se le llegó; estimando á estos morabitos como entre nosotros á los buenos y verdaderos ermitaños, publicando reformacion de estado y conservacion de su zancarrónica secta. Tanto es allí la liviandad é instabilidad de la gente, y tal era el estado de aquel imperio de Marruecos, desgarrado en tantas civiles guerras y dividido entre aquellos Muley Abdela, heredero legítimo por el padre, y Muley Cidan, su tio, apoderado en lo de Marruecos con tanta violencia, si ya no tiranía, cansada ya la tierra con las muertes de tanta multitud de gente, la de mayor vigor para las armas y propia defensa, regadas las poblaciones y los campos con la sangre de tanto principal moro, infantes y príncipes, jarifes y proprietarios reyes, acabados en tan civiles disensiones, tragedias y tragicomedias, en el término de diez años, desde la muerte del gran Muley Hamet hasta la de su hijo el acosado Muley Xech. Y tal habian sido los medios con que el alto y poderoso Dios, dador y dispensador de todos los reinos y cosas temporales, tenia dispuesto el tiempo y la sazon con que la fidelísima y católica Castilla habia de adquirir aquellos dos tan importantes puertos de la frontera y enemiga Africa, que es lo que allí le im-

porta tener para tenerla en freno, y en seguridad nuestras marinas, playas y mares vecinos y fronteros; dándonoslo la divina mano cuando menos parecia que podiamos entrar en ello, y cuando España echaba y despedia de sí tanto casero intrínseco, capital y antiguo enemigo, en la general expulsion de los mismos sectarios ismaelitas mahometanos, que con la poderosa union de otros nuestros enemigos, tan secreta, acordada y guardada, nos querian despojar de la patria, ganada y restaurada en años y edades largas, con tantas dificultades, tanto valor, tanta sangre y tanto favor y divino auxilio, y sin el cual ni Alarache fuera entregado ni el puerto de la Maamora ganado á fuerza de armas, como el Rey nuestro señor ganará otras muchas plazas y tierras de infieles cuando se quiera emplear en ello, considerando cuán de veras toma Dios á cargo sus cosas, las rige, las gobierna, las provee y les aparta tan estrechas necesidades y tan grandes y graves peligros. Y sobre todo, dándole el fruto de hijos y príncipes, cuyos anuncios y ciertas esperanzas en el mismo Dios allegan á que han de raer el poder de la mala semilla del falso y sucio profeta Mahoma, sacando de su poder la tierra dichosa y santa de Jerusalen, donde se obró nuestra redencion y otras muchas maravillas.

CAPITULO II.

Disposicion, sitio, forma y antigüedad del puerto de la Maamora.

Fué la Maamora una poblacion ó villa como á cinco leguas de Zale, ciudad en el reino de Fez, media legua apartada del mar Occéano, y edificada por Jacob Almanzor, rey de Marruecos, de linaje de los Almohades, destruida por Said en la guerra contra Abusaad; pareciéndose apenas algunas de sus ruinas, cerca de las cuales pasa el rio Subuto, Sebú ó Zebú, que bajando por junto á la hermosa ciudad de Fez, fertilizando sus campos, y juntándose con el rio Ricielma, que corre por la misma ciudad, desemboca en el mar, haciendo y formando el puerto que de aquella destruida poblacion se llama Maamora, que en su paralelo derecho (contra el norte) tiene á la ciudad de Cádiz, en España, distancia de treinta y seis leguas, atravesando el mar de la boca del estrecho comunmente llamado de Gibraltar, y antiguamente Hercúleo ó Gaditano. Capaz este puerto de la Maamora para tener en sí muchos bajeles de remo y de alto bordo, extendiéndose por lo largo del rio, muy seguros de todos vientos. Hondable y ameno el rio, y su barra mas espaciosa que la del de Alarache, pudiendo entrar y pasarla navíos de á trecientas toneladas, y aun de mas porte si son flibotes ó urcas, que pescan por su plan mucho menos agua que los nuestros; pero es necesario que para su entrada tengan buen tiempo y mar bonanza; porque si hay alteracion del mar, corren mucho riesgo en algunos bancos de arena que se hacen en uno de dos canales que tiene, y en la mala playa de bajíos, de lajas y de peñas; siendo tambien de mucho estorbo é impedimento la grande corriente del agua del rio por todo el otoño é invierno, desde que comienza á llover, cuya agua, cuando está sosegada ó en el verano, es por extremo clara, fria, y tan delgada, que fácilmente corrompe á los que les es extraña, y casi en mucha parte del año hay allí cada mañana grandes y espesas neblinas, ayudando á su poca salud el haber estado tanto tiempo desierto y montuoso aquel sitio, manteniéndose á solo el cuidado y guarda de Zale, ciudad principal, antigua, murada y torreada, que en otros tiempos ha sido mayor. Y á no tener este puerto tanta braveza de mar en su barra, y las peñas en sus playas, fuera uno de los mejores de Europa. Mete el mar en el grande golpe de agua por la barra, y sube la marea por el rio mas de ocho leguas; su término y tierra es tan fértil como lo son las demás del reino de Fez, reputado por de lo mejor del mundo; tiene gentil disposicion para huertas y frutales; hay abundancia de lindas y provechosas yerbas y flores, grande pasto de herbaje para ganados y caballos, y muy cerca espesos y grandes montes de robles ó quejigos, que llevan de las mayores, mejores, dulces y mas sabrosas bellotas que hoy se conocen, apetecidas y estimadas donde quiera que las alcanzan y pueden haber.

CAPITULO III.

Armada del rey don Manuel de Portugal sobre la Maamora; comiénzala á fortificar, piérdela, y procúrase cegar aquel puerto por el Rey nuestro señor.

El insigne y memorable rey de Portugal, abuelo de don Sebastian, rey de aquel reino, y que se perdió en Africa, para asegurar otras muchas y buenas poblaciones que en aquellas partes tenia, para ganar á Zale, entrar á conquistar otras de nuevo, y otros tales altos intentos, dignos de su real ánimo, procuró la presa deste puerto de la Maamora, con muchas veras y grandes esperanzas de haberle, para lo cual, primero le envió á reconocer por don Antonio de Noroña, escribano de su puridad, hermano del marqués de Villareal y que despues fué conde de Linares; y reconocido, nombróle por capitan general de la armada por el año de 1515, poco menos de noventa y nueve años antes del tiempo en que agora fué la nuestra; siendo aquella de hasta docientas velas grandes y pequeñas, con ocho galeras entre ellas, y mas de ocho mil hombres de mar y guerra. Allegando el armada sobre la Maamora á los 3 dias del mes de junio, ya sobre la tarde, comenzando á hacer la desembarcacion el siguiente dia con grande trabajo y peligro, por la mucha resistencia que se les hacia, procurando desde luego tener parte donde se recoger y estar fortalecidos contra la mucha caballería que acudia á defenderlo, eligiendo para ello sitio en tan mala parte, que apenas podian estar ni trabajar en él, por ser en lo llano de la playa, sobre la misma barra, y no haber tomado un cerro allí cerca, desde donde los enemigos los tuvieron siempre sujetos y á caballero, siendo esto en la playa de la parte del rio que cae hácia Zale, pero como mejor podian, y á grande riesgo, abrieron foso con zanja de catorce palmos de altura y veinte de boca, metiendo y soltando en ella el agua del mar cuando querian, sin les bastar este ni otros reparos contra Muley Hamet, rey de Fez, y contra Muley Nazer, que tenia á Mequinez, por el copioso ejército que tenian, ni aun dándoles lugar á que pudiesen entrar y salir en el puerto, para cuyo amparo y resguardo pusieron los portugueses en el medio de

su barra un fortísimo y grande navío, que al cabo le deshicieron á cañonazos, forzándolos á dejar el fuerte, sitio y puerto, y á que se embarcásen con tan poco órden, mal gobierno y mucho temor, que dejándose en tierra lo mejor de su artillería, muchas municiones, pertrechos y alguna gente, se les perdieron mas de cien bajeles, y de la guerra y enfermedades murieron de cuatro á cinco mil personas, quedando otras en cautiverio. Con lo cual, el excelente rey don Manuel (cuyas armas y banderas tanto se extendieron y dieron á conocer en el Oriente y en la misma Africa con tan grandes vitorias y maravillosos triunfos, que admiran y casi se hacen imposibles) allegó á tener aquí la mayor pérdida que se le conoció, tomándola con mucha paciencia y conformidad de la divina voluntad, segun que todo lo dice así en su historia Damian de Goes, y lo toca Luis del Mármol en la suya de Africa, sobre cuya verdad ó duda de algo dello se volverá á decir mas adelante.

Cosa de tres años antes que el Rey nuestro señor enviase agora su armada á la presa deste puerto, pareciendo que bastaria por entonces ó hasta que se tomase mejor resolucion, cometió á don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y su general de las galeras de España, que le fuese á cegar y embarazar su foz, como fué con sus galeras, y echó allí siete navichuelos llenos de pedrisco y otros materiales, que presto fueron deshechos y desbaratados con las corrientes del rio y resacas del mar; dicen que por no se haber entrado con ello algo mas adentro de la barra y habellos afondado en mejor puesto, como fué advertido por los que del puerto tenian conocimiento, aunque lo mismo fuera en una parte que en otra, por ser cosa muy excusada querer cegar por tales modos aquel ni otros tales rios; porque con sus muchas corrientes abren barra por otro lado, segun que dello se debia tener ejemplo con lo que en años pasados en tiempo del rey católico Felipe II, y por su órden, le habia pasado á don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuando fué en cuatro galeras á cegar el canal y barra del rio de Tetivan ó Tetuan, en el estrecho frontero de Gibraltar y cerca de Ceuta, con ser tanto menor rio que los de Alarache y la Maamora; pero, como eso no bastó, y los cosarios se aumentaban, y se ofrecian los demás inconvenientes que se han representado, su majestad tomó la resolucion de enviar allí su armada antes que se trocasen las cosas de aquellos reinos, é imitando á la diligencia del rey don Manuel, envió primero personas de valor y de prática de todas aquellas costas, á que las calasen, marcasen, y reconociesen el puerto y su barra, qué navíos, qué disposicion y qué defensa ó cuidado tenia; haciéndose esto con todo recato y disimulacion.

CAPITULO IV.

Qué armada y qué gente fué á la jornada, por qué tiempo salió de Cádiz, y el que tuvo hasta llegar sobre la Maamora.

Lo principal desta armada se fundó en la escuadra de los galeones fuertes de la guarda del mar Occéano, de que era general don Luis Fajardo, hijo de don Luis Fajardo, marqués de los Velez, el que á los principios estuvo en el reino de Granada contra los moriscos de su última rebelion, que á la sazon se hallaban en el puerto y bahía de la ciudad de Cádiz, para estar mas á la mano contra los piratas, y aun con intento (á lo que se entendió) de que se hubiera hecho otra empresa en las partes meridionales de Africa. Allegándole á esta escuadra la de los navíos de Flándes, comunmente llamados de Dunkerque, que estaban á cargo de su almirante Diego de Santurci y Horozco, tan conocido por las buenas suertes que con estos y otros bajeles ha hecho, siéndoles á los cosarios y otros enemigos grande freno, y extrañamente odiosos y temerosos, por ser tan fuertes y de buena navegacion, los cuales por órden de su majestad habian bajado á estos mares, y á la sazon estaban en Cádiz; con órden de que tambien fuesen ocho galeras reales, por el acompañamiento y mucha comodidad ó servicio de que son útiles á tales armadas, llevando las cinco á su cargo don García de Toledo, duque de Fernandina, hijo del ya nombrado don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, cuya ausencia valerosa y escogidamente suplia el hijo. Y que las otras tres fuesen las de Portugal, bajando con ellas su general conde de Elda, satisfecho su majestad de lo bien que le habia servido en lo de la expulsion, entrego de Alarache, pasaje de Muley Xech y sus hijos á Berbería; nombrando por supremo general de toda la armada y empresa al mismo don Luis Fajardo, por sus continuados servicios y ser general de aquellos galeones, llevando por almirante real á su hijo don Juan Fajardo de Guevara, de edad florida, ánimo gallardo y altivo, y por maestre de campo general de todo el ejército á don Jerónimo Agustin, caballero afable y soldado conocido por su milicia en Flándes y otras partes; estándole subordinado el principal manejo y disposicion de la empresa al excelentísimo duque de Medina-Sidonia, que tan á la mano se hallaba en su ciudad de Sanlúcar de Barrameda.

Y como la jornada se habia de hacer en el término del verano y sin gente de fuera del reino, dél se sacaron los soldados y gastadores, que fueron de cuatro á cinco mil, si bien el de las listas y de las raciones no se hizo parecer mayor, ó que conviniese que así corriese la voz. Dada esta gente por las ciudades y pueblos del Andalucía, por los señores y titulados della, sirviendo con ellos á su costa hasta la embarcacion, con los capitanes y oficiales de los mismos pueblos, de los cuales unos quisieron proseguir sirviendo en la jornada, y otros, y los mas, fueron reformados por don Luis Fajardo al tiempo de la embarcacion; disponiéndose todo de manera que el armada partió de la bahía de Cádiz en el dia 1.° del mes de agosto, con noventa y nueve velas grandes y pequeñas, de alto bordo y de remos, galeones, naos, urcas, filibotes, carabelones, saetías, carabelas, tartanas, barcos de cubierta y sin ella, en que, además de la gente militar, se llevaban pertrechos, municiones, cal, piedra, ladrillo, teja, madera y otros tales materiales, para lo que se hubiese de fortificar; teniendo aquel dia gentil tiempo, espejado y claro hasta desaparecerse y meterse al mar, con el acuerdo y principal designio de no se mostrar en la Berbería hasta llegar de improviso sobre la Maamora; pero teníalo Dios ordenado de otra manera, y como sin las humanas fuerzas, prevenciones y muy pensados consejos, saliesen vencedores cuando mas dificultades se les ofreciesen y hallasen;

pues trocándoseles el tiempo en aquella noche, cargó tal escuridad de nublados y alteracion del mar, que dando cuidado, puso temor de arribar ó desbaratarse. Y variando de su derrota, navegaron hasta dar vista al puerto de Alarache, donde siendo reconocidos de los moros, dieron luego aviso á la Maamora. Y cesando el temporal (como es ordinario en el verano), al fin llegaron en salvo á surgir y dar fondo sobre aquel puerto á los 3 dias del mesmo mes de agosto, ya sobre tarde, con grandísimo placer de toda la gente, que luego quisieran tener disposicion para saltar en tierra y embestir á los enemigos; habiéndose quedado en Cádiz Tomás de Ibio Calderon, veedor general de la armada, para que juntamente con don Francisco Duarte, presidente de la casa de contratacion de Sevilla y proveedor general de las armadas reales, fuesen desde allí conduciendo nuevas provisiones de bastimentos, municiones y pertrechos con que reforzar el armada, recogiendo la gente que todavía bajaba, previniendo navíos y bajeles en que se navegase, y en que pusieron todo el posible cuidado, presteza y diligencia, tal y con tan continua asistencia y trabajo, que todo se cumplió, se proveyó y se despachó puntualísimamente y á toda satisfaccion, concurriendo el apresto de toda aquella armada, sobre acabar de aviar, proveer y despachar allí y en el rio de Sevilla dos tan grandes flotas como la de Tierra-Firme y la de Nueva-España, navegadas tan poco antes.

CAPITULO V.

Qué prevencion y qué defensas tenia el puerto de la Maamora, qué resistencia se hizo por los enemigos, y cómo se les ganó y entró.

A la sazon que nuestra armada allegó sobre aquel puerto, estaban dentro dél diez y siete navíos que tenian los cosarios, de los de su armazon y de los que habian hecho presa, dellos medianos y dellos á docientas toneladas y mas, con una urca nueva, fuerte, la mejor que hoy se conoce, de mayor porte que trecientas toneladas, de que pocos meses antes habian hecho presa, cargada de mercaderías sobre Cartagena del reino de Murcia. Y en todos ellos habria cosa de quinientos cosarios, con tanto dominio en aquel puerto, que uno dellos, á quien tenian como cabeza, sin la cual nadie puede bien gobernarse ó mantenerse, se habia levantado á tanto, que entre la variedad dellos, siendo el de los nordestales, se intitulaba conde de la Maamora por beneplácito de Muley Cidan; el cual hereje, cabeza destos ladrones, cuando nuestra armada llegó y de algunos meses antes no estaba allí, porque á ejercitar sus correrías habia bajado por el mar del Poniente, costa y tierras de la pesquería de los bacallaos, en lo superior de la América, para se proveer y rehacer allí entre los muchos navíos que acuden allí al trato; de los unos los mantenimientos, y de los otros gente, pólvora, armas, municion, jarcia, brea, alquitran, vasijas y barrilámen que le era necesario. Cargando asimismo del pescado que le parecia, para lo traer á vender entre nosotros y en otras partes, con cuya disimulacion calaba, entendia y via lo que en cada parte se trataba y se hacia, así para las navegaciones que habian de tomar los navíos de merchant ó los de guerra, como en advertirse de lo que contra ellos se disponia. Y como los del puerto de la Maamora se hallaban tan amenazados y en peligro, no vivian descuidados de lo que se les prevenia en el Andalucía, pues demás de repararse y fortalecerse con cuidado, procuraron tener avisos á menudo del intento de nuestras cosas, con el apresto del armada de los galeones que estaban en Cádiz, inquiriéndolo, demás de los bajeles que hacian presa, desembarcando y dejando en nuestras costas hombres de entre ellos mismos, pudiéndolo hacer tan fácil y libremente como en sus tierras, por los muchos que dellas están, entran y salen entre nosotros, sin que en ninguna manera sobre ello haya recato, inteligencia ó escrutinio para tener dellos conocimiento, segun que con tanto cuidado se hace, se previene y se mira en los demás reinos y provincias de gobierno político. Y aun siendo lo peor que, con mucho menores diligencias que estas, lo venian á saber cumplidamente de los mercaderes que de nuestros puertos y de entre nosotros iban á contratar con ellos, siéndonos para uno y otro de grande inconveniente y perjuicio los muchos hostaleros de varias naciones, flamencos, franceses, ingleses y de aquellas partes, que viven así en Málaga como en Gibraltar, Cádiz, el Puerto de Santa María, Huelva, Ayamonte, Sanlúcar de Barrameda, Jerez y Sevilla, y otros puertos, avecindándose en ellos para dar capa á tales cosas, á la saca de la moneda, y á recoger y manejar entre sí todo el comercio de las mercaderías que entran y salen, con grande usurpacion de derechos reales y perjuicio de los naturales, que con ello se podian remediar, y asegurar mas el reino de semejantes polillas; ocasiones y daños que, aunque entendidos, mal ó nunca remediados, ni ejecutadas las buenas órdenes, por lo que acaso interesan justicias, ministros que gobiernan, y otros particulares en aquellas costas.

En fin, la defensa que estos cosarios tenian en aquel puerto para cuando allegó nuestra armada, fué haber afondado en el canal y medio de la barra y boca dél una grande y gentil urca de mas de trecientas toneladas, poniendo la otra nueva de su porte, bien artillada y fortalecida de mosqueteros, que impidiese el paso, y atravesada por delante della una gruesa y fuerte cadena de ligazones y enmaderamiento de las entenas y mástiles de la urca afondada y de los otros quince navíos y bajeles que les quedaban en el rio, que desde la urca de armada adentro estaban puestos en órden de batalla. Y en tierra, sobre la misma barra, una trinchera guarnecida y reparada de tiradores y mosqueteros, con cuatro piezas de artillería, las dos para su resguardo, y las otras dos entre ella y el sitio eminente, donde despues se ha hecho nuestro fuerte, y otras dos en el mesmo sitio, con harto acertamiento. Esto, sin la mucha gente que lo asistia de entre ellos y de los moros á pié y á caballo. Demás de lo cual, tenian otro fortezuelo con presidio ordinario, y tres piezas de artillería reforzadas en él, aunque eran de fierro colado; echando á fondo junto á la urca grande otros dos navichuelos luego que vieron sobre sí á nuestra armada. Siendo la mayor parte de los moros que les asistian de la vecina ciudad de Zale, y los que de otras partes les habia enviado Muley Cidan, ya que no podia bajar á resistirlo, como quisiera y como lo procuró, con el sobrino Abdela, que nunca dél se quiso fiar, segun lo

que el uno del otro tenian ya experimentado; descuidando mas Abdela de socorrer aquel puerto por no diminuir las fuerzas, ó por ventura respetando al amistad con el Rey Católico. Disensiones que á los piratas acrecentaban su cuidado y aun el temor de perderse; y así, tuvieron intento de desampararlo antes que llegara nuestra armada, como lo hubieran hecho si de poco menos que dos meses antes no se lo hubiera impedido el capitan Juan Esbresen con cuatro armadas urcas, de que era cabo, teniéndolos allí encerrados y oprimidos para los destruir; pues á buscarlos habia sido enviado por los estados de la Holanda y conde Mauricio, su gobernador y capitan general en la administracion y cosas de la guerra, procurando limpiar y asegurar dellos el mar, satisfaciendo y vengando los daños y robos tan continuos que hacian en los navíos del comercio de aquellas partes, como los que mas navegaban y andaban al trato de España y en el mar Mediterráneo, calando el estrecho Gaditano. Si bien hubo presuncion que su estada sobre aquel puerto habia sido correspondiéndose con nuestra armada; deteniendo á los cosarios hasta que llegase, ó combatiéndoles si dél saliesen, como desesperados lo querian hacer para el sagrado dia de la Transfiguracion del Señor, si el armada no llegara. Pero de lo que mas corrió la voz, fué que el Esbresen brevemente aguardaba última resolucion del Muley Cidan sobre el entregarles aquel puerto debajo de condiciones recompensables. Y sea lo uno ó sea lo otro, lo que se vió fué, que nuestra armada y el Esbresen se recibieron y trataron amigablemente, mostrando sumision el holandés, y con buena gracia ofreciendo al general don Luis Fajardo que, siendo necesario, ayudaria contra los piratas, de cuyo estado y prevenciones dió relacion, afirmando el riesgo grande que se tendria en el acometerlos por las defensas, entrada y boca del puerto, cuya presa habiendo visto, se fué luego en paz, sin se haber entrometido en cosa alguna. Y nuestro general desde á poco que dió fondo y ancló el armada, deseando excusar cualquier riesgo por algunos otros fines, ó por no faltar en tal diligencia, antiguamente usada en la guerra, aunque parecia deberse excusar con tan vil gente como eran los cosarios, envióles á decir con el tambor mayor del armada que si se daban y rendian luego á su voluntad y á buen partido antes de venir en rompimiento, excusarian el ser destruidos y de caer en todo el rigor de la guerra. Mas ellos, no curando del mensaje ni del guardar la fe natural que se les debe á los que le llevan, mataron al tambor mayor y á los marineros del barco que le llevó, escapándoseles á nado la persona que iba por su lengua; de que tuvieron grande sentimiento los nuestros. Y volviendo el general don Luis Fajardo á enviar otro barco con gente para les hablar, dijeron que la respuesta habia de ser á escopetazos, y diciendo y obrando, con los que dispararon mataron al piloto, y los demás dieron la vuelta con tal despacho, que acabó de indignar mas á los nuestros. Dicen que hicieron esto así los cosarios para mas cumplir con los moros, que habian recelado daban oidos á rendirse. Por lo cual nuestro general dió órden que ocho grandes chalupas de los galeones, reforzadas de los mejores mosqueteros y dos galeras, se arrojasen al puerto, y que apegándose á las naos enemigas, les pusiesen fuego, yendo en su resguardo y seguimiento las demás galeras y navíos pequeños, con toda la infantería, los pertrechos, municiones, artillería y bastimentos para en el dia siguiente. Ofreciéndose á ir en aquellas chalupas primeras toda la gente de cabo y de honor con gentil ánimo y denuedo, aunque el riesgo era mas cierto que otra cosa, y tomando á su cargo el duque de Fernandina el llevar las dos galeras bien reforzadas de infantería, con la gallardía y valor que dél se podia esperar, como tambien lo mostró don Juan Fajardo, persuadiendo al padre que no dejando pasar el tiempo, se acometiese en el siguiente dia. El cual llegado, porque la resaca del mar, que andaba alterado (como es allí ordinario), encontrada con las corrientes del rio, parece que lo dificultaban, no se puso entonces en efeto, casi desconfiando el General del hecho y de la empresa, con resolucion de no tratar de nada por aquel dia. Mas entrando en acuerdo y consejo con los principales de su armada y de las galeras, por advertencia del maestre de campo y conde de Elda, fué parecer que primero se buscase desembarcacion para la gente por la playa y costa que está sobre el rio á la parte de levante y de Alarache, pues hallándose, ofrecia de ganar luego al enemigo el fortezuelo que en aquel lado tenian, el cual en nuestro poder, se haria mas sin riesgo lo del entrar en el puerto las chalupas y las galeras en la forma que se habia dispuesto; y así, se le cometió, y él tomó á su cargo, el reconocer la marina, como en efeto lo hizo, llevando consigo á Jusepe de Mata, capitan del galeon real, y otros. Y reconocida bien aquella parte, aunque con riesgo de los enemigos y muerte de un marinero que, provocado dellos, les salió á hablar y á lanzadas lo mató un moro de á caballo; dando la vuelta para la galera capitana del conde de Elda, donde el General y el duque de Fernandina se habian quedado á comer, dijo que no estaba tan malo, pues se ofrecia á hacer la desembarcacion, á la cual se dió luego órden, sacando la gente de las naos á toda priesa; advirtiendo que las galeras se pusiesen por uno y otro lado de aquella parte donde se habian de desembarcar, para que allegándose á tierra cuanto les fuese posible, con su artillería barriesen y limpiasen la playa, no dando lugar á que en ella los enemigos se ajuntasen ni hiciesen escuadron, pues por en medio se desembarcarian con mayor seguridad, como así se hizo, cubiertos del artillería y á su amparo, que gentilmente le daban jugándola á menudo, á tiempo y con mucho acertamiento; de manera que recibiendo daño los enemigos, no se acercaban todo lo que querian y habian menester para resistir la desembarcacion, hecha en las chalupas, en esquifes, en barcos pequeños y aun en planchadas de masteles sobre pipas y toneles, que importó y fué muy á propósito para tomar mejor la tierra, donde para su defensa estaban hasta cuatrocientos moros, los mas dellos á caballo, y como docientos y cincuenta de los cosarios, mosqueteros y arcabuceros, de quien sin duda se recibiera mucho daño y se hallara grande defensa, si las galeras no lo aseguraran en la forma que se ha dicho. Haciéndose, en fin, la desembarcacion, saliendo todos con notable ánimo y voluntad de chocar con los piratas para satisfacerse de aquellas tan atroces muertes dadas al atambor mayor y los otros compañeros, con no mas pérdida que la de un cabo de escuadra que se ahogó, aunque la mayor parte

de todos salian con el agua á la cinta, y otros á los pechos, embarazados con la inquietud y embates del mar, sacando el maestre de campo la gente de su tercio, siendo toda la que llevó y tenia á su cargo al pié de cinco mil hombres, y siendo de los primeros que saltaron en tierra algunos de los capitanes entretenidos y de los mas principales del ejército, con San Juan de Barrundi, contador del armada, que en esta ocasion y todas las demás fué de los primeros y que mas se señalaron, siendo los de la desembarcacion poco mas de dos mil, que así como afirmaban pié en tierra los iban ordenando en dos escuadrones, el uno de vanguardia, como escuadron volante, con el cual iba el maestre de campo, que en formándolos se encaminó para el fortezuelo de los cosarios, marchando en órden, que de allí estaria como mil pasos; pero antes de llegar al reduto envió contra ellos una manga de mosquetería y dos hileras de vanguardia del escuadron volante, con los capitanes don Cárlos de Ibarra y Gaspar Gonzalez del Aguila, á que le ocupasen. Mas los piratas, que no inoraban cómo saben asaltar y combatir los nuestros, por la experiencia que dellos tenian en Flándes, segun se lo dijeron entonces á los moros, no se atrevieron á esperarlos; y así, con tiempo se retiraron apriesa los que estaban á la guarda del fuerte y los de presidio y guarnicion en él, que serian algo mas de treinta, bajándose á la playa y riberas del rio y embarcándose para sus bajeles, dejándose tan mal clavadas las tres piezas de artillería, que fácilmente se les quitaron á las dos un clavo que en el fogon tenia cada una, porque el otro tuvo dificultad; y aunque eran de fierro colado, como grandes y buenas, les fué de importancia á los nuestros, que luego comenzaron á valerse dellas contra los cosarios en el rio, y contra los moros que estaban de la otra banda; sin haber perdido de los nuestros en todo esto mas que un soldado muerto y dos heridos, recibiendo los contrarios mucho mayor daño; pero como ya era cerca de la noche, cesó de acometerse. Y el maestre de campo hizo cubrir todo el terreno que tenia ocupado, con postas dobles y cuerpos de guardia á trechos, hasta el desembarcadero del rio, allí cerca de cincuenta á sesenta pasos. Y los cosarios, considerando el daño grande que desde aquel puesto les podian hacer, gastaron la noche en sacar de sus navíos á tierra lo que pudieron y les era de mas provecho, dejándolos; y puesto fuego á cuatro de los de mas importancia, como lo hicieran en los otros si tuvieran lugar, pasándose á la banda de Zale y encaminándose para aquella ciudad, donde y por el camino muchos dellos fueron desbalijados de los moros, y otros muertos, que no lo consentian; teniendo ya en esta sazon el maestre de campo puesta en órden el artillería del fuerte, y toda su infantería por delante, en contra del rio y de los bajeles. De los cuales viendo salir los cosarios tan perdidos de ánimo, haciendo mejorar alguna gente de los escuadrones, y con el capitan Lechuga, que hacia oficio de teniente de maestre de campo general, y otros capitanes y hombres principales y de suerte, se entró á ocupar los navíos y á procurar apagar el fuego en los que le tenian; pero, como estaba muy emprendido, no se pudo hacer, y apoderáronse de los demás; confusos y admirados los moros de la presteza con que todo se hacia, y mas del haber hallado aquella parte donde se habia hecho la desembarcacion el dia antes; teniéndolo por imposible, siendo allí tan grande la reventazon del mar, muchos arenales y bajíos.

CAPITULO VI.

Entrada de nuestra armada en el puerto, qué sitio se eligió para el fuerte; comiénzase á fabricar, y mucho socorro que de España se envió.

Con el buen suceso de la desembarcacion y presa hecha de aquel fuerte en el dia de la milagrosa fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, y con lo que pasaba en el puerto en aquella mañana del de la Transfiguracion, el general de la armada y los de las galeras pusieron luego en órden todos los bajeles, que con la infantería, con los pertrechos y demás cosas necesarias habian de entrar en el puerto, en el cual se fueron metiendo como á las once horas del mediodía y á los dos tercios de la marea creciente, sin ningun desman y con la seguridad que si entraran por el rio de Sevilla, desbaratando todos los reparos y defensas que habian tenido los cosarios en la barra y canal del rio, dándose el parabien dello los unos á los otros; y juntándose con el general don Luis Fajardo los de las galeras, los demás cabos y principales personajes y capitanes de la armada fueron tratando y confiriendo de que se ganase la eminencia del sitio de la otra banda del rio de la parte de Zale. Y resuelto, hízose la desembarcacion de la gente, pasando á ello el maestre de campo con su escuadron, el capitan Lechuga y los demás, con el capitan Rojas, ingeniero de la fortificacion de Cádiz. Y ganado aquel terreno, mirado y tanteado bien, hízose la eleccion del altozano en que los enemigos habian tenido alguna artillería; quedándose en él el maestre de campo en escuadron formado para lo guardar, hasta que á otro dia, desembarcados los materiales y herramientas, se diese principio al abrir fosos y hacer reparos. Habiendo importado mucho para no tener resistencia de los moros la estratagema de que se usó por el General, enviando una escuadra de los doce galeones de Dunkerque sobre la ciudad de Zale, cuya poblacion es como de cinco mil vecinos, aunque el sitio y cerca es otro tanto mayor, para que arrimándosele, la combatiesen. Yendo á lo cumplir el almirante Vidazábal, en lugar del almirante Diego de Horozco Santurci, que por ser conveniente su persona en los otros galeones de la armada real, quedó á la guarda dellos. Y llegados sobre Zale, entre la cual y el puerto hace la tierra un recodo, diéronle una muy apretada y recia batería al tiempo y cuando los bajeles de nuestra armada navegaban para meterse en el puerto; y como si se alcanzaran á ver con ellos, derribando y arruinando con la batería muchos edificios, causando tanto miedo y desórden, que muchos de sus moradores la desampararon, dando causa para que se les pudiera saquear, así por esto como por estar vacía de la gente de guerra que habian asistido á la defensa del puerto; á los cuales apresuradamente enviaron á llamar, y ellos fueron, teniendo por mejor acudir á sus propias casas y familias.

Y luego en el siguiente dia, hallándose desembarazados destos moros, despacio y con seguridad se lineó, señaló y trazó el sitio donde habian de estar, dándole dos mil pasos de círculo, con el fuerte en medio á modo de bonete, cuyas tres puntas miraban hácia la tierra; desembarcando juntamente los pertrechos, municiones necesarias con toda diligencia y mucho trabajo, abriendo

las zanjas y comenzando á levantar las trincheras y reparos con enmaderamientos, terraplenos, sacos llenos de tierra, y otras faginas, sin que ninguno se excusase ni faltase del acarreto y del echar mano al azadon y á la espuerta, desde el menor gastador y soldado hasta el de honor y de cabo, y desde el capitan hasta el maestre de campo y su general; estando otros alerta y con las armas en la mano para cualquier caso que se ofreciese; poco reparando en el insufrible calor que hacia, aumentado con el cansancio, con la sed y otras incomodidades, que crecen y nunca faltan en tales casos. Habiéndose quedado los galeones de la armada y otros navíos gruesos surtos en el mar sobre la boca del puerto, por ser verano, y entonces sosegado el tiempo, y por no poder entrar dentro, siendo tan grandes.

De todo lo cual, y de lo que hasta allí se pudo entender del estado de aquella tierra y comarca, el general don Luis Fajardo, en bajel ligero y con seguridad, envió el aviso al Rey nuestro señor con el capitan Alonso Diaz, dándoselo en San Laurencio el real, donde su majestad estaba; recibiéndolo con alegre semblante, así por el buen suceso, sin riesgo ni peligro de gente de la armada, como por haberse hecho esta empresa de su propio acuerdo y real voluntad. Teniéndose el mismo aplauso en la corte y en lo demás del reino, particularmente en el Andalucía y sus costas fronteras á Africa, donde, como la nueva se detuvo mas tiempo de lo que se tanteaba, ya los hombres discurrian (como es ordinario en los españoles), diciendo que el armada hubiese ido á otra parte, pues desde la Maamora á Cádiz la navegacion era tan corta; casi sabiéndose allí poco antes que en el Escurial, segun el órden con que el General lo envió para que al desembarcar no se derramase por otra mano; demandando grueso y presto socorro, considerando la parte y tierra en que se hallaba, poderosa y de tanto número de enemigos de á pié y de á caballo, que con brevedad y mucho poder le vendrian á lanzar de allí, ó que en resistirlos, continuar los reparos y defenderse, se le diminuiria la gente, demás de la que habia de temer podia enfermar. Por lo cual, y otras justas causas, le estaba mejor pedirle así y con tiempo, pues en darle son los españoles tan tardíos, aunque se pusiese, como se puso, al riesgo y juicio de que lo pedia tan cumplido por calificar mas el hecho; pero acudiéndole el Rey nuestro señor, despachó luego en diligencia al duque de Medina-Sidonia y á todos los demás ministros por cuyas manos habia de pasar, para que sin dilacion se le fuese enviando todo lo que pidiese, sin faltarle en cosa alguna; y á las poblaciones, señores y titulados del Andalucía escribió sirviesen con el número de la gente que les estaba señalado, ó con lo que mas pudiesen, con toda brevedad, como así lo fueron enviando, y á sus expensas, hasta la nobilísima ciudad de Cádiz, principal albergue y reduto de todo.

Y como en la artillería consiste tanto la fuerza de ejército y de los presidios, íbanse acomodando y poniendo en el nuevo sitio las piezas mas convenientes, segun que los reparos se formaban y crecian, acudiendo á su desembarcacion y manejo el capitan Sebastian Granero, teniente general de la artillería de España en aquella armada, donde y en las facciones de tierra cumplió las cosas de su cargo con todo cuidado y utilidad.

Asegurados ya los de Zale de aquella su popular turbacion, fueron mirando en cómo apartar de sí la nueva y perjudicial vecindad que con los nuestros habian de tener, antes que se dificultase mas. Y adunándose con otros moros que bajaban de tierra adentro, juntábanse en grandes tropas y cuadrillas, con que acudian á nuestro fuerte impensadamente, saliendo de emboscadas, y con otros ardides le asaltaban y combatian, la mayor parte dellos hombres de á caballo ó escopeteros muy diestros, y otros con lanzas, adargas y con azagayas arrojadizas; armas de que diestrísimamente y con flechas se valian los peones, pero no surtiendo todas veces el efeto que se prometian. Viniendo á ser el mayor y mas apretado asalto el que dieron en el dia de la fiesta de la Asuncion de la Madre de Dios, dando sobre nuestros reparos y sitio como entre las ocho y nueve de la mañana, reputando que en tal hora habian de hallar á los nuestros descansando de lo que hasta allí hubiesen trabajado, con el frescor de la mañana, tomando algunas refacciones y arrimadas las armas, como asegurados de no los haber descubierto ni sentido, por haber estado bien emboscados, salido de Zale, caminado y estado con mucho recato, con el cual habian enviado muy diligentes espías por quien ser avisados. Del número de los cuales se ha tratado tan variablemente, que apenas se podrá certificar aquí mas de lo que en comun se ha dicho, que fueron como hasta cuatro mil de á pié y de á caballo solamente, embistiendo y asaltando primero los peones, que serian algo mas que la mitad, quedándose los alárabes de á caballo encubiertos allí cerca en una quebrada, para venir y entrar de golpe en el fuerte, cuando los de á pié les tuviesen ganados los reparos y allanada la entrada. Cuyo ardid ó gaciva, segun ellos la llaman, les salió muy al contrario, como asimismo les pasó, en que ya que habian llegado al sitio sin haber sido sentidos, cuando subieron los reparos y se mostraron sobre ellos fué con grande música de sus dulzainas, tamborilejos, algazara y voces terribles, con que atronaban aquellos campos y riberas, segun lo acostumbran siempre, pareciéndoles que así turban y amedrentan mas á sus contrarios; lo cual no haciendo esta vez, y habiendo acometido con la prudencia que tales casos demandan, por ventura y aun segun se reputó, hubieran degollado de los nuestros mucha gente, ó ganado el fuerte y restaurado su puerto. Pero no lo permitió Dios, ni su Madre sagrada dejó de sernos menos favorable en aquel dia que en el de la pasada fiesta de las Nieves, pues estuvieron tan inadvertidos, que lo mas en que se embarazaron fué en remolinarse sobre una trinchea, forcejando por alcanzar de lo alto de un mastel que allí estaba plantado el escudo de las armas reales, ó derribar el madero, pareciéndoles que en quitarlo estaba toda su importancia. Pero los del fuerte, así como estaban, los unos desarmados, los otros descansando y los otros almorzando, con ímpetu acudieron á los reparos y á guardar el artillería, como lo que mas importaba; saliendo cada cual con las armas que tenia mas cerca y á la mano, dejándose ir sobre el remolino de los moros, que pujeaban sobre el escudo de las armas reales, que ya casi las echaba mano un corpulento moro, que entre ellos parecia ser de algun respeto; de lo cual gastado de paciencia uno de nuestros gastadores, echando mano de un guijarro, desembrazóle tan

acertadamente, que dándole en un pestorejo, le derribó en tierra, y luego, á pesar de los demás, llegó y le acabó de matar. Con lo cual desistieron de aquello, y aun dejándose una banderilla suya, que con armas en otro palo habian levantado, fueron forzados á dejar la trinchea, sin la poder mas ganar, ni otros reparos, aunque insistieron algo en ello, hasta que al cabo se retiraron todos, y bien descalabrados, dejándose algunos muertos y llevándose á otros atados á las colas de sus caballos, y entre ellos á un su morabito, que habia venido delante dellos con un libro abierto en las manos, que dicen habia sido su principal movedor y adalid, trayéndolos muy asegurados de que no se les habian de escapar los nuestros; porque en virtud de sus palabras ó embustes, los habian de hallar todos dormidos ó como encantados, sucediéndoles en su retirada y vuelta que cuando llegaron donde habian dejado á los alárabes de á caballo, sus compañeros, y donde los pensaban hallar, vieron que se habian ido, robándoles y llevándoles sus matalotajes, ropa y otras cosas que les habian dejado en guarda; yéndose, siguiendo sus antiguas mañas, sin esperar á la seña que les habian de hacer para que los socorriesen; dejándonos seis ó siete hombres muertos, con diez y siete descalabrados y heridos; perdiendo asimesmo mucho de todo el hecho por no haber traido diestro capitan y hombre de valor que los hubiera regido. No habiéndosele dado al gastador que tan animosamente mató al moro otro premio que dos escudos por mano del general don Luis Fajardo, parece que por lo menos debiendo sacarle de aquel trabajo con mejora de otro entretenimiento, aun cuando por algun defeto hasta allí lo hubiera desmerecido, pues los buenos y valientes hechos y acontecimientos en la guerra suplen faltas y acrecientan honor, de que no faltan ejemplos.

Y casi por este tiempo vínole órden al General mandándole su majestad que se quedase y asistiese en aquel sitio; por lo cual, y pareciéndole que el armada de los galeones habia de ser muy necesaria en la bahía de la ciudad de Cádiz para el avío y pasaje de los que bajasen al socorro, enviólos allí con su almirante don Juan Fajardo, que entró en la bahía en lo último del mes de agosto, y con la otra escuadra de los galeones de Dunkerque, su almirante, Diego de Santurci Horozco, bajó á recorrer el mar hasta el cabo de San Vincente, para le asegurar de los cosarios, que, como es ordinario, andan al olor de las armadas haciendo daños y presas, como no les faltaron por este tiempo y por aquellas costas, siéndoles algunas de mucha importancia en navíos extranjeros. Viniéndose tambien á España los dos generales de las galeras, entrándose en el Puerto de Santa María el duque de Fernandina, y quedándose el conde de Elda con su capitana en la bahía de Cádiz.

Muestras dió el Rey nuestro señor de que las personas particulares y los de milicia que asistian en su corte, y aun los de otras partes, fuesen á le servir á esta tan importante ocasion. Y aun para toda suerte de pretendientes cesó por entonces darles audiencia y recebir sus prolijos memoriales. Por lo cual fueron saliendo desde luego de la corte muchos caballeros, gente principal y de importancia, siendo de los primeros y por la posta don Diego de Silva, hermano del duque de Pastrana; don Fadrique de Toledo, hermano del de Fernandina, y luego el duque de Maqueda y don Jaime de Cárdenas, su hermano, con hasta cuarenta capitanes y soldados á su costa. El conde de Villamor, y en su compañía don Juan de Cárdenas, hermano del duque de Maqueda; don Francisco Manrique, hermano del conde de Osorno; don Francisco de Bracamonte, don Diego de Córdoba, don Cárlos Bazan, hijo de don Alonso Bazan; don Pedro de Ribera, don Antonio de Arteaga, don Antonio de Encinas, don Pedro de Pedraza, el capitan Miranda, el alférez Miguel de Alvarado, con algunos otros soldados, á quien hizo la costa.

Don Francisco de Andía Irarrazábal, con treinta y cuatro capitanes, alférez reformados y particulares soldados de Flándes á su costa.

Don Sancho de Monroy y Córdoba, don Francisco de Avila, hermano del marqués de Loriana; el conde de Coruña y su hermano, el marqués de Alcañizas, don Pedro de Haro, hermano del marques del Carpio; don Cristóbal de Cardona, hijo del marqués de Gaudaleste; don Luis de Calatayud, hijo del señor de Provenzo; don Luis Laso y Osorio, don Luis de Toledo, don Sancho Martinez de Leiva y don Antonio de Leiva.

Don Lorenzo de Cárdenas Ibalda, don Vela de Ayala, hermano del conde de Fuensalida; don Pompeo de Tásis, don Juan de Saavedra, don Juan de Velasco Castañeda, y otros caballeros en su compañía.

Don Andrés de Castro, hijo del conde de Lémos, con algunos criados á su costa; don Cárlos de Sotomayor y Andía, con algunos soldados á su costa; don Juan Alonso de Vera y Zárate, adelantado del rio de la Plata, del hábito de Santiago, con algunas camaradas, capitanes y alférez á su costa; don Diego Hernando de Zárate, don Alberto Venegas, don Pedro de Granada, el maestre de campo don Fernando de la Cerda, don Martin Portocarrero, hermano del marqués de Villanueva de Barcarrota; don Miguel de Idiaquez, el sargento mayor don Diego de Yera, don Antonio de Castrejon, don Francisco de Ceballos, caballero montañés; don Juan de Heraso, el conde de Villafranqueza, don Diego de Anaya, don Jeorge de Tobar, don Francisco de Sardaneta, con otros muchos y particulares caballeros, dellos de las ordenes militares de España; de tal manera, que no yendo á la jornada, ninguno queria ó se atrevia á mostrar en la corte de aquellos cuya asistencia no fuese necesaria ó forzosa; advirtiendo que estos caballeros, unos caminaban con sus tropas y cuadrillas, otros iban de por sí, y otros se agregaban á los que iban encontrando en el viaje. Y todos, demás de sus camaradas, llevaban personas de su servicio, que tambien eran de provecho, como lo fueron los pretendientes, acudiendo por ser, á vuelta de tal servicio, mas bien y mas brevemente despachados si tal se llega á conseguir.

Entre las gentes que acudieron de otras partes al socorro, fué uno don Cosme Centurion, hermano del marqués de Estepá, y del reino de Murcia don Gonzalo Fajardo y el señor de la Alcantarilla. Enderezándose la mayor parte dellos á Sanlúcar de Barrameda para verse con el duque de Medina-Sidonia, y como á capitan general, pedirle embarcacion, como á todos se la ofreció, dando cartas para el proveedor don Francisco Deuarte y para el veedor general de la armada, que para tales efetos asistian en Cádiz, ordenándoles los acomodasen en todo lo necesario; siendo los primeros

que dellos pasaron al sitio don Diego de Silva y don Fadrique de Toledo; luego en dos galeones y una carabela de armada el duque de Maqueda, que lo llevó á su cargo, embarcado en uno de los galeones, y el conde de Villamor en el otro, con muchas gentes que se les allegaron; tomando en el viaje un carabelon de cosarios turcos, y quitándole la presa de una barca cargada de bizcocho, que de la compañía de sus navíos se habia adelantado mas de lo que convenia, enviando á ello la carabela con hasta treinta soldados, hombres principales y de hecho, que á ello se ofrecieron, y que al llegar cerca de la barca perecieron dos capitanes, cinco alférez, dos sergentos, dos soldados y cuatro particulares, demás de otros nueve marineros; anegándose la carabela y zozobrando con una recia mano de viento que les cargó á la sazon, escapando á nado, segun entendí de buena relacion, don Antonio de Avila, don Lorenzo de Olaso, don Luis de Valdivia, el capitan Juan Gutierrez, los alférez Melchor Barrasa, Cerro y Serrano; el cabo de escuadra Pabon, Nicolás de Melgar, Juan de Rojas y Juan Prieto de Posada; de los cuales, el don Lorenzo de Olaso ó Gaona, con otros cinco ó seis, se llegaron á la barca del bizcocho, donde estaban de guarda ocho ó nueve turcos con armas y cosas defensivas; y los nuestros sin ellas, así á nado, pudieron tanto, que se la entraron, restaurándola y tomándolos á prision. Con lo cual entraron en la Maamora, donde el duque de Maqueda, desde á poco que allegó, tomó á su cargo una de las compañías de los tercios viejos, cuyo capitan estaba enfermo.

Y habiéndose de embarcar en compañía del de Maqueda don Francisco de Irarrazábal, estando en Cádiz, le vino órden expresa del duque de Medina-Sidonia para que llevase á su cargo el socorro de la gente de guerra del Andalucía, que ya bajaba, y que lo habia de llevar su hijo el conde de Saltes, que enfermó y murió en aquella sazon. Y así, obedeciéndolo, aguardó y se entregó de las compañías de las ciudades de Sevilla, Jerez de la Frontera, Antequera, villa de Lucena, y de los otros lugares y señores, cuyo número de soldados llegaria á dos mil; haciendo su embarcacion y pasaje en cinco galeones y navíos, yendo por cabo de la gente de mar y tierra. Repartidos estos bajeles en el conde de Coruña, marqués de Alcañizas, don Gonzalo Fajardo y adelantado del rio de la Plata, tomando el don Francisco para sí el quinto, repartidos y acomodados en ellos otra mucha gente principal y caballeros de hábito. Dándole órden, en llegando á la Maamora, el general don Luis Fajardo, para que continuase el gobierno de la gente que llevó de socorro, criando sergento mayor y ayudantes; señalándole cuartel y puesto aparte, donde fortificando lo que le tocó, hizo en breve tiempo muy lucidas trincheas al modo de Flándes, con grande utilidad.

Encaminándose despues la demás gente en galeras y otros bajeles, segun se ofrecia la ocasion y el pasaje, facilitándole y ayudando mucho en él el almirante don Juan Fajardo; viniendo con esto á se hallar el puerto de la Maamora, no solamente bién socorrido, pero tan ahogado y embarazado, que apenas cabian en él y en lo bajo de la playa á su amparo, donde se acomodaban algunos. Mostrándose que cuando conviene, de cojos, nuestros socorros, segun se nos reputan, vienen á ser mas que por la posta; llegándose á veces á padecer, demás de la incomodidad, grande falta de bastimentos y de regalo para los en él acostumbrados; mas no por eso ninguno se excusaba de acudir al trabajo de la fortificacion, grandemente animándose todos los gastadores y los soldados, viendo ser ayudados de tanta gente principal y titulados, con un tan gran señor de España como el excelentísimo duque de Maqueda, que igualmente echaba mano del pico, del azadon y de la espuerta.

Pero al fin, la junta de tanta gente, su desavío en tierra así tan calurosa, malos bastimentos, atun de retorno, que de suyo es de poca salud, y bacallao dañado, vino corrompido y estragado de los revendedores y de tantas manos como por las que pasa hasta allí; frutas mal sazonadas y podridas, llevadas desde España por varios vivanderos, que tardaban en el pasaje; la mucha agua que sobre todo se bebia, tan delgada y cruda como la de aquel rio, y sus espesas neblinas, la gente comenzó á enfermar con hinchazon y dolores de vientre, de que algunos morian. Por lo cual convino dar luego aviso en España, para que se enviase provision de bastimentos y se mandase cesar el socorro, y aun acortar del que habia ido.

Y como todos estaban con tanta voluntad de hacer algun buen empleo con los moros, y de no estar allí acorralados (aunque por entonces era lo que mas importaba), acordó el General de salir á la campaña por les coger algun ganado de un aduar reconocido en el terreno de Alarache. Aduar es una manera de poblacion de aquellos alárabes, que son los antiguos y originarios naturales de la tierra, en el cual traen sus mujeres, hijos y familias, que acomodan en chozas ó tiendas, trayendo allí las crias de sus caballos y ganados, pasando fácilmente estos movibles lugares de una parte á otra, mayormente cuando reconocen algun cercano peligro; importándoles tanto el estar en lo llano como en lo alto y montuoso, por la costumbre que dello tienen, por ventura viviendo así mas sanos y mas á lo antiguo y natural, y á lo menos mas quitados del grave peso y cuidado de tantos regalos, blanduras, gastos y ornato de vestidos, como con el que vivimos. Para la cual salida se embarcaron los nuestros en las galeras, en barcos luengos y otros pequeños bajeles, subiendo cosa de dos leguas por el rio arriba. Y porque, habiendo desembarcado, se descubrieron algunos moros de á pié y á caballo, el General, por lo que su majestad le habia escrito de oficio, que se valiese de la persona del ya nombrado don Francisco de Andía Irarrazábal, conforme á sus partes y servicios, llamándole á los consejos y cosas que se ofreciesen, mandó y dió órden á toda la gente para que como á su persona obedeciesen á la del dicho don Francisco, á quien dió el cargo de su manejo; lo cual cumpliendo, se apoderó de dos escuadrones que dellos se hicieron, pudiendo apenas ponerlos en órden; porque, como habia entre ellos tantos señores, caballeros y capitanes, cada cual queria estar en la primera hilera; y así, para mejor ordenarlos con presteza y sujecion militar, que en tales casos es lo que mas vale, le ayudaron á ordenarlos don Sancho de Monroy y don Diego de Yera. Pero habiendo calado algo la tierra adentro, y no se hallando ningun aduar, volviéronse al fuerte; del cual desde á poco se hizo otra salida con hasta dos mil efetivos hombres, que repartidos por el maestre de campo general don Jeró-

nimo Agustin en dos escuadrones, tomó el uno para sí, y el otro don Francisco de Andía Irarrazábal, saliendo antes del amanecer como una hora, por caminar mas con el frescor, y porque de noche es costumbre de aquellos berberiscos retirarse y estarse quedos, hasta que con el dia salen y se muestran impetuosamente. Marchando los nuestros cubiertos por el costado izquierdo de la ribera del rio, y llegando al sitio de unos arruinados edificios ya salido el sol, distantes del fuerte como dos leguas, y cuando á la misma sazon el general don Luis Fajardo, el duque de Maqueda y otros caballeros que por el rio habian ido en barcos luengos; de los cuales arruinados edificios se dice entre aquellos africanos, y es voz entre otros ancianos marineros y práticos de aquella costa, ser aquel el sitio donde los del armada del rey don Manuel formaron su fuerte y fabricaban lo que habia de ser poblacion, aunque sus historias dicen haber sido sobre la boca del puerto, como ya se ha mostrado; callando y encubriendo esto por dar mejor salida y color al grande yerro de haberse entrado tanto la tierra adentro, para que mas á placer los combatieran allá los moros, y por las espaldas los tuvieran tomada y señoreada la entrada en el puerto y subida por el rio, con que se les causó tan presta y tan grande ruina. En lo cual refiero aquello que he oido á grandes soldados, hombres práticos y curiosos, que con cuidado lo inquirieron. Y si bien es verdad que este fuese aquel sitio, no sé por qué causa le llaman del infante don Manuel, y no del rey don Manuel, como lo era; á lo cual no daban salida, si ya no le viene por otro acontecimiento, ó que sean aquellas muestras de edificios los de la villa y poblacion de la Maamora. Donde al fin allegados los nuestros, el maestre de campo don Jerónimo Agustin con su escuadron se entró por lo espeso del bosque, reconociéndole, sin haber hallado mas aduar que el de unos muy extraordinarios y antiguos sepulcros; y con el otro escuadron de don Francisco de Andía Irarrazábal, en que iban el general y duque de Maqueda, se fué reconociendo la campaña y alda del bosque, á tiempo que se descubrieron golpe de moros, contra los cuales el don Francisco sacó una manga de arcabuceros, con el capitan Villanueva, que andando escaramuzando, quiso cerrar con ellos, mas retiráronsele, huyendo con tanta priesa, que los de á caballo, por no perder sus peones, se los llevaban asidos de las colas de los caballos, en que ya estaban acostumbrados, como hombres recios, alentados y curtidos por aquellos campos; habiéndose recebido de daño hasta de tres á cuatro hombres, que hirieron y mataron con azagayas, por andar desmandados á la bellota, de que todos cogieron su parte, por ser tan gruesas, extraordinarias y sabrosas; no habiendo podido tomar lengua de los moros, por mucho que lo deseaba el General, para lo cual, y para otros buenos efetos que se hubieran seguido, se imputó á grande descuido no haber llevado algunos pocos caballos. La cual voluntad, alcanzada á entender de un astuto moro, se apareció un dia cerca del fuerte con banderilla blanca de paz, diciendo venir de la ciudad de Zale; y siendo llamado, fué recebido del general don Luis Fajardo y del duque de Maqueda, holgando con unas pocas de bellotas y dátiles que les dió, y con decir venia de parte de aquella ciudad á pedir seguridad y señalado puesto donde trajesen á vender bastimentos y otras cosas. A lo cual dándole crédito, dineros y de comer, respondió el General agradecidamente, y le dió una carta para que allá se la diese. Mas presto se descubrió haber venido, no para aquel propósito, sino para espía, pues yendo nuestra gente á fagina por el camino que el moro habia traido, uno de los soldados se halló la carta medio soterrada en el suelo entre una abertura. Lo cual no habiendo bien prevenido el moro, segunda vez volvió á querer engañar y coger nuevo dinero; mas echándole mano, y encargándosele al auditor del armada y del ejército para que le diese tormento, dijo en él algunas cosas que se deseaban saber. Y enviándole así preso al galeon la Margarita de España, surto en el rio, con grillos de fierro á los piés, saliendo de noche sobre la cubierta del bajel, mostrando tener alguna necesidad natural y ordinaria, se los quitó, y dejándolos allí, se arrojó al agua, sin que nunca mas pareciese, aunque fué buscado, cosa que dió en qué entender y causó admiracion.

Entendido por el Rey nuestro señor lo que en la Maamora pasaba, y desengañado de que no se hacia en la Africa el grande movimiento y junta de ejército que se habia dicho, por estar Muley Cidan divertido y aun apretado en otros sucesos y casos que se le ofrecian con el morábito y su hijo, envió primera órden para que, cesando el socorro, se volviesen á sus casas los que marchaban para Cádiz y los que ya estaban en él; y al sitio de la Maamora, para que saliesen de los aventureros, pues ya con la seguridad que tendria, no serian menester. Y así, desde luego, y en ofreciéndose embarcacion, la comenzaron á hacer para España, sacando ó viniéndose los que mas necesidad lo tenian; crecidos aquellos reparos y fortificacion, con admiracion de los de las extranjeras naciones, que aunque en comun nos tienen por hombres de grande trabajo, mucho mas viendo el que allí se tenia con tanta asistencia y á todas horas. Tanto es lo que vale y lo que obra lo que así se hace con amor y con tal fidelidad.

CAPITULO VII.

Vuelta á España de la gente del socorro que habia ido al puerto de la Maamora con la del general don Luis Fajardo; algunas otras facciones, y el estado en que la dejo.

Entró el invierno con tanto rigor de temporales y aguaceros, que por muchos dias no se pudo hacer navegacion desde España á la Maamora, ni della salir el mayor golpe de los aventureros del socorro, aunque habia segunda órden de su majestad; y así, se aguardaba tiempo hecho, por ser tan mala y variable aquella barra y sus peligrosos bancos de arena, de cuya causa se habia visto suceder en ella extraordinarias y lastimosas pérdidas de bajeles, desgracias de gente aporreada y ahogada, como le sucedió al ayudante de sergento mayor, llamado Cavarcos, con otras diez y nueve personas, que se ahogaron acabados de llegar allí desde Cádiz, el Cavarcos por se apartar de cierta pendencia que pocos dias atrás habia tenido en aquella ciudad con otro capitan; casi habiendo muerto con tal desgracia el animoso y valiente don Pedro de Bustamante, que desta corte iba al socorro cuando pasó lo de la barca del bizcocho. Tales son las suertes de algunos hombres, que quitándose de unos peligros, les sucede caer en otros mayores. Y en otro dia se vió que el galeon San Francisco, uno de los de la escuadra de

Dunkerque (estando á vista del sitio y del puerto), le acometieron dos navíos de cosarios turcos bien armados, el uno grüeso y de fuerza, haciendo por se abordar con él. Por lo cual el general don Luis Fajardo mandó que le saliesen á socorrer una carabela pequeña, la galera San Francisco y la patrona de Portugal, donde á porfía se fueron entrando muchos de los del sitio y algunos caballeros aventureros. Metiéndose en la galera patrona don Francisco de Andía Irarrazábal, el adelantado del rio de la Plata, don Gonzalo Fajardo, don Juan Usodemar, yerno de don Luis Fajardo y señor del Alcantarilla, don Cosme ó don Luis Centurion, y otras particulares personas, á quien cuando salian por la barra del fuerte les dispararon tres piezas de artillería para que se volviesen; cuya señal entendida de la galera San Francisco y de la carabela, volvieron á entrarse en el puerto, á tiempo que la patrona estaba ya fuera de la barra, y que sin haber advertido á la seña, siguiendo su intento, allegó al galeon San Francisco de noche y con luna, hallándole surto, porque dejándole los cosarios, se habian alargado al mar, no queriendo combatir de noche; y llegando la galera cerca, hízole salva; mas, porque no respondió, no la conociendo, la galera se le metió ganándole la popa para le embestir, y lo hiciera si el capitan de mar del galeon, que era conocido, de presto no hablara y diera razon de cómo esperaban que el enemigo habia de volver sobre ellos al amanecer, y que por estar faltos de gente temian ser abordados; y así, por remediarlo don Francisco de Andía dió órden al capitan Juan Gonzalez que con su compañía se quedase en el navío, y con él se entraron voluntariamente el hijo del marqués de Estepa, el adelantado del rio de la Plata, con dos alférez sus camaradas, el señor de la Alcantarilla y don Gonzalo Fajardo, asistiendo él al gobierno de la gente que quedaba en la patrona, sin poder entrar aquella noche por la barra, pasándola con tal alteracion del tiempo y mareta, que se vió á pique de perder, hasta la mañana, que aunque el capitan della y otras personas hacian instancia para arribar á España, no lo consintiendo, les obligó á entrar la barra, acometiéndola, aunque estaba tan brava, que un golpe de mar le llevó los remos de una banda, entrando á grande peligro, sin que el galeon San Francisco se atreviese á entrar en el puerto, retirándose al mar, donde anduvo perdido sin áncoras ni tener qué comer, hasta que de allí á ocho ó nueve dias arribaron á Cádiz, y á la Maamora aportó el galeon Santiago, que de allí habia salido con los demás bajeles de los bastimentos, en el cual se volvió á España el duque de Maqueda, saliendo de la barra con una galera y buen tiempo, que presto se trocó, y se embraveció el mar de tal manera, que saliendo don Francisco de Andía embarcado en el galeon la Margarita de España, que ajorro le sacaba por la barra una galera, dió en un banco, á pique de perderse, sin poder ser socorridos, escapando como por milagro, echándole la fuerza de los golpes del mar fuera del banco, estando ya el galeon sin gobierno y perdido. Pasado el naufragio, el duque de Maqueda le envió á decir que se embarcase en su galeon, de que se excusó, no mostrando temor por lo pasado; mas el Duque segunda vez envió un capitan, para que no obedeciendo le llevase preso. Y así, de allí á segundo dia llegaron á Cádiz, por los últimos del mes de noviembre, de adonde se volvieron á la corte, hallando agradecimiento de su viaje y servicio, como ya su majestad lo habia manifestado, cuando caminaban al socorro, con un correo despachado por el secretario Bartolomé de Anaya con tres cédulas, una para el duque de Maqueda y su tropa, para el conde de Villamor y la suya la otra, y la tercera para don Francisco de Andía, muy favorecidas y llenas de merced.

Y como los enfermos habian sido tantos, á vueltas de los del socorro, se envíaron á España muchos; pudiéndose temer dellos una grande ruina si algo mas tardaran en salir, por la grande necesidad de bastimentos que se llegó á padecer. Mostrándose con evidencia que, á este puerto y al de Alarache es necesario y aun forzoso que se les dé, provea y envie en el verano lo que han menester y han de gastar en el invierno, pues en él (como se ha dicho) con grande dificultad ó imposible se ha de hallar entrada en sus barras, con el impedimento de la mucha corriente de sus rios, braveza y peligro de aquellas costas, y ordinarios vendavales, con travesías de otros vientos recios.

Despues de ya vueltos á España los del socorro, habiendo quedado en el sitio los que parecieron bastantes, se hicieron en tierra algunas otras salidas por el maestre de campo don Jerónimo Agustin. Una, y la primera, como á los tres ó cuatro dias del mes de diciembre, con hasta mil tiradores, para dar en unos aduares á la parte de Alarache, reconocidos por dos portugueses que sabian la tierra. Mas parece que, habiendo los nuestros navegado el rio y desembarcado en parte sola, el maestre de campo á la deshilada y con diligencia los llevó por la tierra hasta los encubrir en una grande hoya, para esperar el aviso de los descubridores, con los cuales caminando ya de noche en buena órden y con todo silencio, anduvieron cansándose de quebrada en quebrada y de cerro en cerro por mas espacio que tres leguas, perdiéndose de tino los espías, hasta que ya cerca del dia el maestre de campo oyó el canto de algunos gallos, y subiéndose sobre lo mas alto de un otero allí cercano, descubriéndose en un espacioso llano varias juntas de aduares, bajaron para ellos, dando de rebato sobre dos ó tres, los primeros, de que se tomó algun ganado, porque todos los demás se levantaron con grande presteza, caminando por aquellos llanos recogidos de su caballería; pareciendo temeridad el seguirlos ni el hacer mas suerte, teniéndola por buena el volverse, como se volvieron, al sitio con aquel poco ganado.

Fué otra salida á los 11 del mesmo mes, con otros mil hombres, para hacer fagina en el bosque, coger bellota y cortar algunos plantones de los árboles alcornocales que las llevan, para los plantar acerca del sitio y probar si prendian allí. Llevando aquella esforzada gente con la mesma órden que la salida pasada, y aun mucho mas, por ir á mayor riesgo de emboscadas, haciendo dellos, como entonces, dos escuadrones ó mangas rodeadas y ceñidas de los capitanes, oficiales y soldados práticos, para que ninguno saliese un punto del órden que se les diese al tiempo del menester, como lo fué; pues habiendo entrado en el bosque poco mas que un cuarto de legua, impensadamente, con furor y en buen órden, fueron acometidos de dos alas de moros de á caballo y de algunos peones dellos y de moriscos granadinos, picándoles ya en una parte, ya

en otra, cogiendo á los nuestros en medio; de lo cual con mucho tiento se fué saliendo el maestre de campo, dándoles á tiempo muy acertadas cargas de la arcabucería; recorriendo todo su escuadron, animándolos, y conservando que no se desmandasen, por ser lo que mas importaba contra los de á caballo; y como lo andaba él solo entre todos, sin duda que á muchos reservó de peligro, por lo que se ocupaban los enemigos en tirarle armas ofensivas, de que parece se escapó por buena suerte y gran ventura, mayormente no trayendo mas armas que el vestido ordinario, retirándose con mucho tiento y órden; dando tal vez una acertada carga á los que por un lado le pretendian romper el escuadron, que entre los que derribaron acertó á ser uno á quien mostraban tener mucho respeto, al cual, así mal herido, al fin le cogieron los nuestros, de que ellos mostraban grande dolor, levantando triste algazara; y segun mas se pudo reconocer, serian todos hasta setecientos hombres, prosiguiéndose con eso la retirada, defendiéndose y haciéndoles rostro cuando se hallaba sitio á propósito, con que al fin salieron del peligro del bosque á lo llano, donde el maestre de campo temió que si fueran mas práticos, en lo raso le cogieran en medio, poniéndole en mayor riesgo y peligro. Y allí á la deshilada le allegaron del fuerte algunas mangas de arcabuceros, enviados por el ruido que se habia oido, y porque tambien se les dió aviso de lo que pasaba. Con lo cual, sin pérdida y con toda buena reputacion, los enemigos le dejaron, é hizo su honrosa retirada, que es lo mas que en la guerra puede hacer un buen soldado y capitan contra enemigo superior y gente de á caballo, no la teniendo él. El daño que recibieron los moros no se pudo conocer, por la presteza que tenian en recoger al herido y retirar al muerto. El de los nuestros fué hasta sesenta heridos, y muertos muy pocos; teniéndose á desgracia de que en allegando al fuerte se murió luego aquel valiente y gallardo moro que de los nuestros habia sido herido y derribado, el cual en su aspecto parecia no tener cuarenta años, de buen rostro, algo bermejo, gentil hombre y de buena gracia, resfriándosele las heridas sin haberle podido curar, presentándole el maestre de campo al General el caballo, el adarga (que era muy buena) y el estandarte que traia.

Y casi por estos mesmos dias el galeon San Bartolomé, de los de la escuadra de Dunkerque, navegando de la Maamora á Cádiz, ya cerca de sus costas fué acometido de tres fuertes navíos de cosarios, de los cuales defendiéndose, hizo presa del uno, que tenia entre otros algunos turcos, y fué de importancia; tomándole cuando ellos temian ser presos, por la mucha ventaja que les tenian; mas parece que los cosarios no porfiaron mucho en quererle rendir, despues que vieron su buena defensa, por traer grande falta de pólvora y municiones, y juzgar que pues les hacia tanto rostro, esperaba socorro de otros galeones que estarian cerca; y así, le dejaron con la presa.

Y aunque en el haber ganado este puerto de la Maamora, en los demás asaltos y facciones militares que allí pasaron, y en los naufragios y pérdidas sobre su barra no murieron arriba de doscientas y cincuenta personas, fueron mas de dos mil las que arrebató la enfermedad, mas por falta de cura y de regalo en ella y en sus convalecencias, que por el accidente principal, que al fin, como era gente moza, esforzábanse cuanto podian; pero la falta de limpieza y de regalo presto los llevaba á la sepoltura, muriendo la mayor parte dellos en Cádiz, donde los traian desde el fuerte en Gibraltar y otras partes, cuyas calles y campos andaban llenos desta miserable gente, vistos en la propia estatua de la mala ventura y horrible muerte, sin que los vecinos se pudiesen valer con tantos, dejados en tal estado, sin paga ó socorro, como si no hubieran sido tan útiles en la jornada; que así sucede donde corre la guerra, y tales son sus calamidades y fieros despojos. Y al fin tales fueron los riesgos y trabajos que se pasaron en el despojar de aqueste puerto y su feria á enemigos tan perjudiciales, en quitar dél á otros sus vivas pretensiones, en ganárselo á los moros, fortificarlo y asegurarlo en su terreno. No se habiendo conseguido todo tan francamente y á manos enjutas como les ha parecido á los que censuran muy de aparte, en salvo, y en los corrillos de sus conversables juntas.

Y porque de tales enfermedades (de que en algo pocos se escaparon en el sitio) apretadamente le tocó su parte al general don Luis Fajardo, envió á pedir licencia á su majestad para se volver á España, pues ya el fuerte parecia estar en bastante resistencia, aun para cuando de propósito fueran sitiados, especialmente para en el estado que entonces tenian las cosas de aquellos reinos de Africa. Y teniendo ya la licencia, previniendo todas las cosas de su pasaje, y dando órden en las que habian de quedar, salió de aquel puerto de la Maamora dos dias antes de la pascua de Navidad con todos los bajeles que eran de armada y los de la presa, perdiéndose al salir de la barra el buco ó casco de la galera San Francisco, una de las de España, y otro navichuelo con recia mareta y viento levante que le cargó, cayendo otro barco luengo, grande, nuevo y muy bueno de cubierta, en manos de enemigos, que con él y su gente calaron el estrecho hácia Argel, en el cual iban algunos ministros del armada, y como con aquella que salió el General el viento levante le hizo decaer de la navegacion hácia el cabo de San Vicente, tardó en allegar á Cádiz hasta el último dia de aquella pascua.

El capitan Cristóbal Lechuga, que en esta jornada y empresa, como tan grande y antiguo soldado, y en todas sus ocasiones fué de los primeros, de los de mas cuenta y consejo, quedó por gobernador en aquel sitio por órden de su majestad, que desde á poco le hizo merced del título de maestre de campo. Dejándole el general don Luis Fajardo dos mil y quinientos soldados de presidio en el fuerte y en el fortezuelo que primero se les ganó á los piratas de la otra parte del rio, para en el ínter que las trincheas y demás fortificacion se acaba, como quede inexpugnable; pues en estándolo, el presidio se moderará en los que bastaren para su defensa, siendo lo demás costa excesiva, por ser este sitio de los que no excusan el presidio, como puerta y entrada tan importante para la Africa, su ojo y su puerta tan principal del estrecho afuera; en el cual asimesmo quedaron cincuenta piezas de artillería de bronce, gruesas y de todos calivos, con sus cajas, ruedas y municion.

FIN DEL DISCURSO HISTORIAL DE LA PRESA DEL PUERTO DE LA MAAMORA.

FLORANDO DE CASTILLA,

LAURO DE CABALLEROS,

COMPUESTO EN OCTAVA RIMA

POR EL LICENCIADO HIERONIMO DE GÜERTA,

NATURAL DE ESCALONA.

A DOÑA MARIA DE PORRES Y DE ZUÑIGA,

MUJER DE DON JUAN HURTADO DE MENDOZA, SEÑOR DE FRESNO.

Leyendo en Plinio, hermosísima Señora, los memorables y espantosos ejemplos que nos dan de agradecimiento los animales brutos, que en esto exceden á los humanos, no pude sin digna nota de ingratitud dejar de dedicar á vuesamerced el primer fruto de mis trabajos, viendo, por una parte, la obligacion que tengo por las mercedes que cada dia recibo de mano de vuesamerced, y por otra la discrecion y hermosura que en vuesamerced florece, cierto indicio de su valor; y así, aunque la obra es baja, el servicio pequeño y mi atrevimiento mucho, suplico á vuesamerced la reciba con la voluntad que la ofrezco; que esto encubrirá mis faltas, refrenará los mordaces que pretendieren ofenderla, irá tan segura como va el navío de la enemiga rémora, llevando en su favor el favorable delfin, y yo quedaré obligado de nuevo á servir á vuesamerced, cuya persona nuestro Señor guarde con la salud y felicidad que deseo, y con alumbramiento de un hijo que eternice su antiquísima casa.

PROLOGO AL LECTOR.

No alabanzas de mi obra ni desculpas de mi atrevimiento son las que aquí pretendo, porque cierto estoy ya que en obra tan baja y pobre fuéra tan indigna la loa cuanto insuficiente la desculpa; pero pienso enfrenar los mordaces, atar los locos y desengañar los necios, si acaso la razon, que tan abatida veo, tiene fuerza para levantarse. Bien sé que estas tres señoras, Locura, Necedad y Murmuracion, están tan apoderadas del mundo y tan arraigadas en él, que por cortar un tronco, renacerán diez ramas, y por una rama innumerables pimpollos; pero no por esto sujetaré mi ánimo á tan injusto temor, pues cuando hubieren mentido sus arrojadas lenguas, habrá dicho verdad la mia y llegado á sus inficionadas orejas, y si ellas, como aborrecible, no la admitieren, no faltarán otras desapasionadas que la reciban, y contra su parecer la defiendan. Pero para venir á mi propósito, quiero contar una fábula de cierto moderno autor, que aunque fábula, declarará bien mi verdad: dice que en una isla ocupada de diversas aves hermosas y de doradas plumas estaba un cuervo sin compañero, pero aunque solo, soberbio y presuntuoso; el cual, tratando de casarle con alguna ave en quien tuviese cria, le trujeron una compuesta y agradable pava; pero él, dando con mucha gravedad sus largos pasos, despreció su hermosura por la fealdad de sus piés; tras esta, desechó á la garza por la ronca voz, á la calandria por pequeña, á la cigüeña por larga, á la gallina por sucia, y finalmente á la graja por negra.

Viendo esto las demás aves, no curaron de traerle otra, sino dejarle todas, riyéndose de su locura, acompañada de necedad. Semejantes á este cuervo veo infinitos, tan locos y presuntuosos, que solo de sí se contentan; y aunque en este tiempo florecen tan buenos ingenios, tan perfectos entendimientos y tan extremados poetas, cuyas obras resplandecen mas que doradas plumas, llegando á los oidos destos, dicen del uno que tiene el verso bajo, del otro que le tiene escuro; del uno reprueban la invencion, del otro el estilo; á uno le comen las sílabas, á otro se las miden á pulgaradas, y al fin, solo por hacerse ellos algo, hacen todo lo ajeno nada. De donde nace que los discretos, los cuales son voladoras aves, tengan bien que reir destos mofadores cuervos; aunque, como aquellos son pocos y estos muchos, hacen que corra el necio vulgo tras la locura de sus pareceres; y así, los veréis, para mostrar que lo entienden, en oyendo alguna cosa ajena, y bien ajena de sus entendimientos, que muerden el labrio, tuercen la boca, estiran la ceja; si está delante el dueño, dicen: «¡Bueno, oh qué bien!» pero Dios os libre que esté ausente; que no hay copla que no la desuellen ni verso que no le circunciden; y es lo peor que estos tales se llevan la carne tras el pellejo, sin saber cuál sea el pellejo ni aun la carne. No dejan de tener parte desta culpa los famosos poetas, que por andar tan manuales, hacen que los que no lo son, solo con mal coplear ó bien copear tengan su nombre; porque si las obras que hacen fuesen pagadas con persuasion de señores ó peticion de príncipes, no andarian tan comunes que el romancista las vendiese por suyas, y el idiota las pusiese censura, y la mujer ocupada en hilar metiese en ellas su cucharada; antes alcanzarian estimacion por ser pocas y conocidas, y mas dándose pagadas; que esto al fin pone valor en todo, como le quita el darse las cosas de balde, y mas á personas que no hacen diferencia entre la *Ulisea* de Homero y las coplas de «Retraida está la Infanta»; á personas, digo, que si les decis una cancion de mucho ingenio y trabajo, os dirán: «Bien, bien, basta esto; suplico á vuesamerced vaya un poquito de lo bueno;» sabido qué sea, es la vida de la Zarabanda, ramera pública del Guayacan; el casamiento de su Anton pintado, el antojo de la de Campeche, el testamento de Celestina, y cosas de esta manera, en que, siguiendo el estragado gusto, se ocupan los buenos entendimientos; y así, imitando á ellos, todos hacen desto, ganando el nombre que ganaban pocos de aquellos famosísimos antiguos, no siendo en realidad de verdad sus obras sino imitacion de monas dichas con voces de papagayos, que sin entender qué es barca ni barquero, dicen: «Barquero, daca la barca.» Bien sé que he de ser mordido destos tales, pues se han atrevido á mejores ingenios que el mio; pero no los estimo en nada, pues son gozques que no sacan bocado. Lo que les pido es, si acaso esta obra llegare á sus manos, que no se venguen en ella por vengarse de su dueño, que dice verdades; hagan prosas, digan chistes, sirvan damas, y dejen el verso heróico para quien le entiende, porque no salga un Apéles de detrás del lienzo, y diga lo que al villano. Pero suplico al lector discreto que por ventura viniere á sus manos, supla las faltas de mi ingenio con las obras del suyo, pues no hay alguno tan perfecto, que por contentar muchos gustos no caiga en algunos errores.

FLORANDO DE CASTILLA.

CANTO PRIMERO.

Donde se cuenta el origen y principio de Florando, y cómo salió de Castilla con una empresa que defendió con mucho valor, y la aventura que junto á Dacia le sucedió, librando á Claricesa de la fuerza de Lamberto.

Armas, amores, aventuras canto,
Raras empresas, hechos animosos,
Con que el valor de Marte mas levanto
Y el ánimo de pechos valerosos;
Cuento victorias, muertes, triunfos, llanto,
Célebres casos, árduos, espantosos,
En aparencia y en efecto tales,
Què ponen confusion á los mortales.

No pierda con el tiempo la memoria
El nombre de famosos caballeros,
Que dieron á Castilla eterna gloria
Y venturoso triunfo de guerreros.
Suene en el mundo la agradable historia,
Y al bárbaro reprima los aceros,
Mirando que en Castilla siempre crece
La fama que sus famas escurece.

Celébrese en la cumbre del Parnaso
Por las hermanas nueve la grandeza
Que con bético esfuerzo y presto paso
Ganaron, levantando su nobleza;
Y sin torcer el verdadero caso,
Publiquen su pujanza y fortaleza,
Pues los menores de sus fuertes hechos
Bastarán á illustrar illustres pechos.

Florando de Castilla, varon claro,
De antigua sangre y natural nobleza,
Es el augusto que publico, raro,
Notable en el valor y gentileza,
En quien el cielo, sin mostrarse avaro,
Mostró el extremo de naturaleza,
Amigo de justicia y fuertes hechos,
Contrario en todo á los contrarios pechos.

Este es aquel que en el esfuerzo y maña
Mostró venir de aquella sangre clara
De Hércules, libio rey, honor de España,
Siempre invencible por su fuerza rara;
Que en todo cuanto el mar abraza y baña,
Como la fama con su voz declara,
Mereció desde el uno al otro polo
De universal señor el nombre solo.

Viviendo en ocio blando y regalado,
Apartada de Marte la memoria,
Entre lascivas damas ocupado,
Cifrando en ellas su contento y gloria;
Cuando estaba en los vicios engolfado,
Revuelve y mira la famosa historia
De aquellos ya pasados, cuya fama
Su torpe vida con deshonra infama.

Sin moverse, la mano en la mejilla,
Su desórden miraba, recostado
En el angosto brazo de una silla,
Con la triste congoja transportado;
Morfeo, procurando despedilla,
Aunque dando bostezos y pesado,
Que, de dormido, apenas bien despierta,
Con gran silencio abrió su escura puerta.

Toma unas matas de opio y de beleño,
Y en blanca y dulce leche las remoja,
Y aunque mostrando desabrido ceño,
En la fuente Letea un paño moja;
La vestidura negra el dios del sueño
Con un pámpano ciñe de ancha hoja,
Y el cabello, sin órden y revuelto,
Sale en obscura sombra y niebla envuelto.

Llega á Florando con el paso lento,
Las matas sacudiendo en su cabeza,
Y en mojando las sienes, al momento
A bostezar el castellano empieza,
Y con pesado y tardo movimiento
Los regalados miembros despereza;
Así, del vapor húmedo forzado,
Quedó en olvido dulce sepultado.

Pero el alma, que sueño no la impide
Sus obras, aunque en cárcel encerrada,
Como en sí recogida, alcanza y mide
Lo que no puede al cuerpo acompañada;
Sus instrumentos deja y los despide,
De cierto modo dellos apartada;
Y así, al soberbio Alcídes ve presente,
Lleno de sangre de enemiga gente.

Con el membrudo brazo descubierto,
Puesto en la mano su baston ñudoso
Y embrazado un escudo todo abierto,
Muestras de heróico pecho valeroso,
Venia ferocísimo, cubierto
De un cuero recio, duro, vedijoso,
De aquel leon á quien con mano fuerte
Dió en Calidonia sin temor la muerte.

La hueca, ferocísima testera
De duro coselete le servia,
Que con muestra feroz su boca fiera
Toda la frente y sienes le ceñia,
Mostrando los agudos dientes fuera,
Que morderle con ellos parecia,
Y llegando á Florando, que esto advierte,
Le dijo con voz ronca desta suerte:

«¿Qué ceguedad es esta, di, Florando?
¿Con quién estás en ocio infame puesto,
Tu envidiada nobleza desdorando?
¿Así te vas bajando
Por estar en un vicio deshonesto?
Revuelve, y mira presto
Tu desórden y daño,
Tu pérdida y locura;

Atropella al engaño,
Que se acaba el vivir y el nombre dura,
Y es bien dure con gloria
De la fama alcanzada
Por honroso valor de propria espada,
Ganando de tí mesmo la victoria;
Que no basta memoria
De illustre sangre para nobles pechos,
Si no se illustra con illustres hechos.

»Mira la estirpe aquí de quien deciendes,
De tus torpes regalos ofendida,
Aunque con mas verdad á tí te ofendes.
¿En tan vil precio vendes
La fama por mis manos adquirida?
Deja la torpe vida
Y el infame regalo,
Por quien estás tan ciego;
Echa de ver ser malo
Irte abrasando sin sentir el fuego;
Y aunque Vénus te incita
A estar en turbio cieno,
Pon en las manos de razon el freno,
Que el brio de apetito doma y quita,
Y el ánimo habilita
Para alcanzar empresas peligrosas,
Que son, cuanto difíciles, honrosas.

»¿Qué te aprovecha, di, la vanagloria
Que tienes tú porque de mí deciendes,
Mostrando de mis hechos la memoria?
Si piensas que la historia
Ajena te ha de dar lo que pretendes,
Entiende que no entiendes
Lo que entender debieras
Con pensamiento justo;
Los trabajos de veras
Eternizan la fama, que no el gusto
Ni los falsos placeres,
Pues están sujetando
A engañosa blandura de mujeres,
Que sin sentir ofenden abrasando.
Vuelve por ti, Florando,
Y acaba de entender que la honra humana
Solo se debe al que por sí la gana.

»Ser hijo yo de Júpiter y Alcmena
Solo da gloria de principio honroso,
Mas no la que de proprias obras suena.
La fama que es ajena
No hace al pecho indigno ser famoso;
Aunque, si es valeroso,
El valor mas aumenta
Y con ella florece;
Porque en sí sus pasados representa,
Y con aquel valor el suyo crece;
Así, por incitarte
A dar honroso vuelo,
Con que por tí y por mí puedas preciarte,
Rompiendo el aire vengo desde el cielo;
No perezca en el suelo
El nombre en tantos pechos conservado,
Perdiendo tú lo que otros han ganado.

»Mira á Telefo, que en la verde yerba
Entre espesura de árboles nacido,
Adonde le crió la mansa cierva,
Su valor le reserva
Que no le cubra el moho del olvido.
Y mira al encendido
Eurípilo famoso,
Con falsa traicion muerto,
Que así vive glorioso,
Quedando junto á Troya el pecho abierto.
Mira los estriones,
Persas, scitas y godos,
Y considera en ellos que leones
Fueron sus celebrados reyes todos;
Y pues por tantos modos
A mí, que su principio soy, siguieron,
Trabaja por hacer lo que hicieron.

»Deja ya los regalos, sigue á Marte,
No te detenga Vénus con amores,
Pues con honra mayor otros mayores
Tendrás en otra parte;
Emprende con valor famosos hechos;
Que los valientes pechos
Lo mas dificultoso y mas incierto
Hacen fácil y cierto;
Y si el consejo que te doy siguieres,
Harás con mi favor lo que hicieres.»

En esto le arrebata de los ojos
Una rosada y encendida nube,
Echando claros rayos á manojos,
Y con ligero vuelo al cielo sube.
Florando, ya olvidados sus antojos,
Dice: «Confieso ¡ay Dios! cuán ciego estuve.»
Y en él fija los ojos lo que alcanza,
Falto de gusto y lleno de esperanza.

Sin saber si velaba ó si dormia,
El confuso Florando al fin despierta,
Arrojando de sí su fantasía
El regalo y temor por ancha puerta;
Y olvidando la vida que tenia
Puesta con tanto daño en gloria incierta,
Presto determinó de aventurarse,
Y con vida ó con muerte eternizarse.

De Castilla salió con gran pujanza,
Reinando Teuta, aquel Platon segundo,
Que por la fuerza de su espada y lanza
Sembró su nombre y fama por el mundo.
Y llevando en su brazo confianza
El gran Florando, cuya fama fundo,
Con una empresa digna de memoria
Ganó por valor propio justa gloria.

La empresa que llevaba el castellano
Por honra suya, de su rey y tierra,
Fué defender con la cesárea mano
A fuerza dura de animosa guerra;
Que el triunfo de las armas soberano
Marte en Castilla con ardor le encierra,
Donde se infunde en los fogosos pechos,
Como lo muestran sus famosos hechos.

Fué por diversas partes caminando,
Diversa tierra y reinos conociendo,
Con diversas naciones contratando,
Grandes hechos en armas emprendiendo;
Muestra evidente de su fuerza dando,
El bravo intento con vigor cumpliendo,
Echando yugo á la soberbia frente
De la apartada y enemiga gente.

Junto á Alemania, en una selva espesa
De altas hayas, encinas y jarales,
Que un pequeñuelo rio la atraviesa,
Resbalando por largos arenales,
Una dama, llamada Claricesa,
Cansada ya de los violentos males,
En una casa digna de contento,
Sin él pasaba con mortal tormento.

En el cansado y trabajoso oficio
De la bella Diana se ocupaba,
Teniéndole por uso y ejercicio,
Con que en la soledad se recreaba;
Donde á la casta diosa en sacrificio
Le daba lo primero que mataba,
Cuándo el venado, puerco ó gamo suelto,
Cuándo la cabra ó corzo desenvuelto.

Desta selva apartado largo trecho
Estaba el engañoso cruel Lamberto,
De grande cuerpo y relevado pecho,
Famoso robador, astuto, experto,
Feroz, determinado muy de hecho,
El cual por Claricesa andaba muerto,
Poniendo en ella cuanto bien pretende
Con un afecto que su fuego enciende.

Saliendo con el arco cierto dia,
Que al mesmo Amor tirar con él pudiera,
Vió una simple corcilla que pacia
Con un manso descuido en la ribera;
Y aquella, que su daño pretendia,
El arco vibra, y una jara fiera
Despide dél, y soterrada en ella,
La corza huye por librarse della.

Claricesa con pasos desenvueltos
Y grande tema sin cesar la sigue

Por entre espesos árboles revueltos,
Y aquí y allí corriendo la persigue;
Llevaba los cabellos de oro sueltos,
Haciendo luces mil, y así prosigue
La cansada carrera con gran priesa,
Rompiendo el aire por la selva espesa.

Aliento toma y el cansancio olvida,
Porque no le saliese el tiro vano,
Viendo la roja sangre que vertida
Quedaba con gran rastro por el llano;
Sale del monte, y luego á la salida
Halla á Lamberto, que con gusto ufano
La va siguiendo sin hacerle fuego,
Que no era menester sino su fuego.

El aire blando va, con la carrera,
Llevando aquí y allí el cendal delgado,
Descubriendo la nieve, que á cualquiera
Le dejaran sus llamas abrasado;
Lamberto siente el fuego, y hecho cera,
Con el cabello vuelto va enlazado,
Y así la sigue como á Dafne Apolo,
Ofreciendo suspiros á Amor solo.

Corriendo pues por una y otra parte
Iban tras la corcilla con gran priesa;
Cuándo les hurta el cuerpo con buen arte,
Cuándo torna y entre ellos atraviesa;
Cuándo cae, cuándo salta, cuándo parte
Envuelta en polvoredá muy espesa;
Mas, falta ya de aliento y desangrada,
Vino á quedar tendida y desmayada.

Luego los dos, cansados, se apartaron
A la gustosa sombra de un aliso,
Donde alegres un rato descansaron,
Tratando de su amor con harto aviso;
Las glorias de Lamberto se cifraron
Allí, como si fuera en paraíso,
Contemplando su bien de tal manera,
Que mover las pestañas no quisiera.

Estaba en aquel punto tan hermosa,
Y con el gran calor tan encendida,
Como purpúrea clavellina ó rosa,
Que llena de rocío está cogida;
Estaba descompuesta tan graciosa,
Que al mismo Dios de amor á amor convida,
Y una menuda aljófar que sudaba
Su rostro, cuello y pechos adornaba.

Abrasábase el pecho de Lamberto
Con un incendio de amoroso fuego,
Y de la gloria que gozaba incierto,
Ajeno de sí proprio, estaba ciego;
Cuenta su amor, descubre el pecho abierto,
Pide con quejas, lágrimas y ruegos,
Persuade con afectos y razones,
Usando de amorosas invenciones.

Pero ya Claricesa, viendo esto,
Enfadada de oir su ruego vano,
Llena de enojo, con airado gesto,
Que era del pecho testimonio llano,
Le dijo, levantándose muy presto:
«No te burles de lengua ni de mano,
Mas esas burlas deja y no las mientes,
Si quiés vivir alegre entre las gentes.»

En esto con presteza la doncella,
Tendiendo el paso, va á salir corriendo,
Mas Lamberto la agarra y traba della,
El blanco cuello á su pesar ciñendo;
Procuraba con fieros convencella,
Los ruegos vanos despreciados viendo,
Y aquí y allí volteando, forcejaba,
Jurando de hacer lo que intentaba.

Da gritos Claricesa al sacro cielo,
Y á romperle con mísero lamento,
Los sospiros con presto y alto vuelo
Envia amontonados por el viento;
Clama llena de pena y desconsuelo,
Eco responde triste á cada acento,
Piensa ser quien la valga, y vuelve apriesa
El rostro á todas partes, que no cesa.

Caminaba Florando, el bravo Marte,
Apartado de allí muy poco trecho;
Oye la triste voz que el cielo parte,
Y así como de fuego rayo hecho,
Con presta ligereza luego parte,
Del llanto enternecido el duro pecho,
Y ve á Lamberto, que con viva llama
Procuraba rendir la casta dama.

En viéndole, al momento dice: «Afuera,
Apártate, traidor; fuera, villano,
Si no quiés ver tu muerte lastimera
Dada por este brazo, espada y mano.»
Y forzando el caballo á la carrera,
Batiendo el suelo va contra el tirano,
Por quitarle la dama que sin fuerza
Defiende la forzosa y dura fuerza.

No el gran Perseo, volador famoso,
Para librar á la doncella atada
Se mostró tan ligero y presuroso
Con la marina bestia cruel, airada,
Como Florando con el poderoso
Jayan, que su intencion determinada
Cumpliera con la dama bella y fuerte,
Condicion que es en pocas desta suerte.

Sintiendo el gran tropel del castellano,
Lamberto deja libre la doncella,
Toma el baston en la derecha mano,
Y á Florando amenaza con querella;
Diciendo: «Pues me estorbas, oh tirano,
El dulce triunfo de mi ninfa bella,
Espérate, que yo sabré vengallo
Sin temor de tu lanza ni caballo.»

Salta Florando con presteza al suelo,
Que cuerpo á cuerpo no quiere ventaja;
Claricesa levanta el rostro al cielo,
Y las manos tras un suspiro encaja.
Tales golpes se dan los dos, que el suelo
Temblaba, mas ninguno se aventaja;
Cada uno se defiende con pujanza,
Se recoge, se tiende y abalanza.

Como celosos toros animosos,
Que forcejando por la vaca amiga,
Luchan con tema y con ardor furiosos,
Trabados de los cuernos con fatiga,
Y aquí y allí revuelven presurosos
Por reprimir la cólera enemiga;
Así los dos guerreros de una suerte
Trabajan por causar la ajena muerte.

Andaba con furor el cruel Lamberto,
El corazon en cólera abrasado,
Esgrimiendo el baston con un concierto
De diestro, valeroso y gran soldado;
Cuándo le deja todo el cuerpo abierto,
Cuándo se encoge, cuándo va cerrado;
Mas esto al gran Florando no entorpece,
Antes le alienta, anima y fortalece.

Apriesa redoblados golpes tira,
A deshacer un monte suficientes,
Cuál gime de cansado, cuál suspira,
Cubiertas de sudor las rojas frentes;
Al castellano el bárbaro retira,
Pero él, crujiendo de furor los dientes,
Con nueva fuerza y rabia así se arroja,
Que presto le quedó la espada roja.

Viendo su sangre aquel medio gigante,
Que con el gran hervor salia espumosa,
Con furor, como suele el elefante
O la crocuta brava y enconosa,
Piensa y propone no dejar delante,
Con el vivo furor, viviente cosa;
Y así, por tomar fuerza el pié retira,
Y un recio golpe al castellano tira;

Pero él con un astuto ardid y maña
Con seguro reparo se le espera,
Y al derribar el brazo, al fin le engaña,
Sacando prestamente el un pié fuera;
En tierra ejecutó su fuerza y saña,
Haciendo en ella un hoyo como en cera;
Luego, entrando Florando con destreza,
Le dió un revés volado en la cabeza.

Fué el golpe terrible y espantoso,
Que se bañó de roja sangre luego,

Y en el moverse se mostró dudoso,
Ya vacilando, sin sentido, ciego.
Florando, que no estaba perezoso,
Que entonces no era tiempo de sosiego,
El pecho le pasó, y cayendo al punto,
La espada con el alma salió junto.

No contento con esto, llega airado,
Y divide de un golpe la cabeza
De su pálido cuerpo desangrado
Con muestra de pujanza y fortaleza;
Y á Claricesa, libre de cuidado,
Privada se la dió de su braveza;
Y ella, deudora, con amor ofrece
El regalado premio que merece.

Tornan alegres luego á la corcilla,
Y al arzon travesada la pusieron,
Y los dos en las ancas y en la silla
Por la revuelta selva se metieron;
Con amorosa platica, sencilla,
Alivio del dolor, parlando fueron;
Mas bien será que en esto los dejemos,
Y para nuevo canto descansemos.

CANTO II.

En el cual se pinta la casa donde Claricesa vivia, y la causa de estar en ella, la cual le preguntó Florando, á quien dió cuenta de su lastimosa historia y verdaderos amores.

¡Cuán bueno, cuán seguro y provechoso
A todos los estados de las gentes
Es dar favor al débil, cuán honroso
Y cuán de illustres pechos excelentes!
Levanta al flaco, baja al poderoso,
Y con obras así tan diferentes,
Gana lo que perdiera del hinchado,
Que se estaba en sus fuerzas confiado.

Queda deudor el que es favorecido,
Y el favor mientras vive reconoce,
Aunque privado ó falto de sentido,
Que el elefante bruto lo conoce;
Y aquel que estaba entonces abatido,
Es causa muchas veces de que goce
Lo que ayudado de otro no gozara,
Como veréis despues con muestra clara.

Llegando pues los dos con gran contento
A la soberbia casa suntuosa,
Entran por ella, iba mirando atento
Florando aquella fábrica curiosa;
La traza, la labor, el ornamento,
La bella compostura tan costosa,
Los chapiteles altos, los torreones,
Las puertas, las ventanas y balcones.

En el medio de un patio bien cuadrado
Una curiosa fuente estaba puesta,
Con Anteon, en ciervo transformado
Por aquella hermosa y casta Vesta;
Que en medio de su coro celebrado
Se mostraba bellísima, dispuesta,
Y muchos perros que al señor ofenden
Porque ser lo que ven sin duda entienden.

Pásaron una sala bien labrada,
Alegre, clara, grande y excelente,
Con arte y sutileza entretallada,
Dorada en partes agradablemente;
Por un nivel estaba tapizada
De ricos paños del metal de Oriente;
Mas donde luego entraron, porque siento
Que soy insuficiente, no lo cuento;

Que ¿quién podrá decir la pedrería
Que daba resplandor y luz al oro,
Acompañado de un azul que hacia
Labores agradables á uso moro?
Tanta riqueza en esta parte habia,
Que no era tanto el imperial tesoro
De Ciro, de Heliogábalo ni Midas,
Ni las joyas por Danao recogidas.

De un escriptorio allí con gran contento,
Por darle á quien la dió la alegre vida,
Claricesa sacó precioso ungüento,
Con que le untó dos golpes sin herida;
Y tras esto le dió luego al momento
En un precioso vaso una bebida,
Con que al instante su vigor entero
Tornó á recuperar, como primero.

Luego con mucho gusto y gran consuelo
Entraron á una cámara cuadrada,
De finísimo jaspe todo el suelo,
Y las puertas de plata entretallada;
Era de azul y estrellas de oro el cielo,
Y en medio estaba Vénus asentada
Con el querido hijo, que tejia
La cuerda para el arco que traia.

De agradable pintura y excelente,
Soberbia estaba Troya en su sosiego,
Y Laumedon el fundador, presente,
Y despues puesta en arma contra el griego;
Luego, vencida su troyana gente,
Y ella encendida toda, ardiendo en fuego;
Tras esto, aquella Roma que fundaron
Los dos que por la loba se criaron.

Salem, fuerte ciudad reedificada
Cien veces, y otras tantas destruida,
En toda Palestina señalada,
Con el supremo templo ennoblecida;
La grande Babilonia levantada
Por Nembrot, y de nuevo engrandecida
De aquella varonil, cuya memoria
A su género pone eterna gloria.

Allí la gran soberbia de Cartago
Con sus hermosas torres se parece,
Memoria del incendio y cruel estrago
De Dido, que sus glorias ennoblece;
Ménfis al Nilo, que con hondo lago
El muro ciñe, abraza y fortalece,
De Agelo, rey famoso, edificada,
Y por Ménfis, su hija, así nombrada.

Venecia, la suprema en excelencia,
Que de Veneto su principio tuvo,
Y Bolonia, morada de la ciencia,
Entre las cuales gran contienda hubo;
Bizancio insigne, en quien real potencia
Desde su fundador Pausania estuvo,
Y Tébas, de Busiro edificada,
De muros y cien puertas adornada.

La antigua y noble Aténas, tan hermosa,
Que bien en su belleza se mostraba
Ser fundacion de la discreta diosa,
Por cuyo nombre Aténas se llamaba;
Neptuno dió señal de guerra odiosa,
Y esta una oliva con que paz mostraba;
Mas, vistas las señales que les dieron,
Aténas por Minerva la pusieron.

La redondez del orbe y su medida
Estaba subtilmente dibujada,
En reinos y provincias dividida,
Y con primor y ciencia concertada;
Allí sacó á Florando por comida
Aves sabrosas, fruta regalada,
Y despues de comer se levantaron,
Y en una huerta de arboleda entraron.

Tenia mill calles de árboles ojosos,
De regaladas frutas todos llenos,
Grandes, espesos, altos y viciosos,
Escondiendo las aves en sus senos;
Revueltas parras, que con mil ñudosos
Y estrechos lazos, aunque de arte ajenos,
Cubrian los troncones y corteza,
Haciéndolos estar con mas belleza.

Entre una fresca sombra de laureles,
Donde estaba la fuente mas hermosa,
Cercada de junquillos y claveles,
De verde murta y yedra bulliciosa,
Que en lugar de brocados y doseles,
Con grata compostura artificiosa
Cubrian altos arcos y un asiento,
Se detuvieron á gozar del viento.

Allí sentados en la verde hoja,
Los ojos recreándose, gozaban
De la flor amarilla, azul y roja,
De quien las verdes yerbas se adornaban;
Allí perdia el oido la congoja,
Porque las claras aguas murmuraban,
Llevando el bajo al tiple, que alto suena,
Del sirguero, canario y filomena.

Allí el olor suave de las flores
Por el aire exhalado y esparcido
Suspende la congoja y los dolores
En el despierto olfato recebido;
Allí solo provoca amor á amores,
Dando tributos á cualquier sentido,
Y sentados los dos en esta parte,
Fué diciendo Florando deste arte:

«Mirando, illustre dama, la grandeza
Y variedad de cosas excelentes
Que muestran desta casa la riqueza
(Digna por cierto de admirar las gentes),
Y tambien contemplando la belleza
De esos claros espejos transparentes,
En quien cifraron todo el bien del suelo
El tiempo, la fortuna, amor y cielo,

»Me pone confusion y gran cuidado
De ver que sin curar de compañía,
En un lugar tan solo y apartado
Estéis acompañada de alegría;
Sin daros pena el trato de poblado,
Su traje, gala, fiesta y bizarría,
Pues el bien en su punto no se siente,
Si no es comunicado con la gente.»

Claricesa responde: «Bien temprano
Conocí, caballero, lo que pasa
Entre quien sigue el trato cortesano,
Trato que el alma sin sentir abrasa;
Conozco el traje y gusto ciudadano,
Dado por peso y avarienta tasa,
Y los regalos, fiestas y contentos
Aguados con pasiones y tormentos.

»¿Quién hay en corte, cuando mas contento,
Que no sienta un pesar que le deshaga,
Ni cuándo sube tanto el pensamiento
Que no tenga cayendo triste paga?
Quién hay de la fortuna tan exento,
Que no reciba della alguna llaga,
Ni quién goza de glorias á millares
Que no vayan mezcladas con azares?»

Con esto, algunas lágrimas vertiendo,
Que finísimas perlas parecian,
Las rosadas mejillas componiendo
Por donde al blanco pecho decendian,
Y dél suspiros tiernos despidiendo,
Que las entrañas de Florando abrian,
Le dijo, tras un ay: «Escucha atento;
Sabrás mi mal, si me durare aliento.

»En el imperio de la antigua Tracia,
A quien Tracio dejó su proprio nombre,
Despues de sujetada la Galacia,
Y sembrado por Asia su renombre,
Dentro en Bizancio, donde fué por gracia
Mi padre Agelo, como fuerte hombre,
Electo emperador del pueblo y gente,
Pasé los tiernos años dulcemente.

»Ajena de disgustos y cuidados,
Ni dolor ni pasion jamás sentia,
Los ojos desplegaba descuidados,
Y con seguridad los extendia;
Estaban mis sentidos ocupados
En el contento libre y alegría,
De quien la dulce voluntad gozaba,
Porque solo mi gusto ley me daba.

»Con la inocencia de la edad primera
No levantaba en alto el pensamiento,
Ni el discurso formaba su carrera,
Fabricando quimeras en el viento;
Pero, ya que esta edad pasó ligera,
Trocando por dolores el contento,
La libre voluntad de amor quieta
Con voluntaria fuerza fué sujeta.

»Hubo en palacio cierto dia una fiesta,
Donde todos los nobles se juntaron,
Porque fue por mi padre propio puesta,
Y en ella dos infantes se hallaron
De Escocia, cuya gala fué compuesta
De suerte, que entre todos se extremaron;
Mas destos dos, Señor, al mas mancebo
Entiendo le juzgárades por Febo.

»Este fué solo con rigor la causa
De efectos que sintió al momento el alma;
Y así, la libertad, haciendo pausa,
Quedó sujeta, detenida en calma;
Al fin el que sintiere lo que causa
Amor, á quien mi pecho dió la palma,
Podrá entender sin falta alguna mengua,
Lo que mostrar jamás podrá la lengua.

»Iba mi mal creciendo por momentos,
Echándome en el pecho siempre brasa,
De suerte que el dolor de mis tormentos,
Causados de su fuego, nunca pasa;
Al fin eran de amor los pensamientos
Dulces, aunque en dolor no tienen tasa;
Y así, ya daba el alma libres puertas,
A dos divinos soles descubiertas.

»Mirándome gran rato atento estuvo,
Aunque temiendo, nota recatado;
No sé si en estos ojos señas tuvo
De que estaba en el alma aposentado;
Porque esperando la ocasion que hubo,
Habiendo algunos y él tambien danzado,
Cerca de mí tomó segundo asiento,
No sé si siendo acaso ó ya de intento.

»Díjome no sé qué, quedé turbada,
Ni en ello estuve allí, ni en mi respuesta;
Solo sé que confusa y alterada
En darla y á su gusto fué bien presta;
Al fin debió de ser como prendada,
Entre fatigas y tormentos puesta,
Que el que insaciable sed padece ó siente,
Presto se arroja cuando ve la fuente.

»Conocí de su pecho en las señales
Que conformaba con mi propio gusto;
Pero el airado amor, que ya mis males
Iba trazando con rigor injusto,
Usó marañas en mi daño, tales,
Que no sé cómo pudo el cielo justo
Sufrir el mal, por quien quedó trazado
Aquel primero bien apenas dado.

»Ricardo, el dulce bien de mi alegría,
Que este era el nombre de mi claro Apolo,
A Rosela, menor hermana mia,
Causó el efecto que causara él solo;
Por ella Floribelo padecia,
Mas viendo ser en vano, al fin dejólo;
Este era el compañero de Ricardo,
Discreto, cierto, y aun á fe gallardo.

»Mas aquella enemiga, aquella hermana,
Pretendiendo sus bienes y mi daño,
Amando á mi Ricardo estaba ufana,
Que parlaba con ella por engaño;
Mas del fingido amor la verdad llana
Jamás pudo saber con desengaño,
Ni de mí conociera muestra alguna,
Si no se la mostrara mi fortuna.

»Una noche, al fin noche á mi contento,
Cuando si alguno tuve, le gozaba,
El triste hado autor de mi tormento,
Envidioso del bien que amor me daba,
Metió á Rosela dentro en mi aposento,
Cuando con mas descuido della estaba,
Teniendo el corazon, de fuego hecho,
Mas en Ricardo que en mi propio pecho.

»Con una carta suya regalada,
Que causaba en mi alma alegre fiesta,
Por quien estaba toda transportada,
Y en una elevacion de cielo puesta,
Rosela me halló tan ocupada,
Que sin notar ni ver su entrada presta,
Puesta detrás de mí, mirando atenta,
Vió el bien que de su mal la daba cuenta.

»Conocido su daño y mi ventura,
Sin quererme hablar palabra alguna,
Ardiendo de coraje y rabia pura
(Ansia que al fin con celos importuna),
Diciendo tras un ay: ¡Ay suerte dura,
Cuan poco dura el bien de mi fortuna!
Turbada me dejó, y en un momento
Salió sin hablar mas de mi aposento.

»Quedé tan sin acuerdo y sin memoria,
Que entonces de mi mesma estaba ajena;
Escurecióse el sol, ceso la gloria,
Y aumentóse el dolor, tristeza y pena;
El oro de mi pecho, vuelto escoria,
Dejó mi alma de congojas llena,
Y Rosela, mi hermana, ya enemiga,
Tambien acrecentaba su fatiga.

»En áspide con esto convertida,
Y vueltas sus entrañas en veneno,
Con una rabia y cólera encendida,
De quien, ardiendo, estaba el pecho lleno;
Mas de su fuego que de mi ofendida,
Ni de Ricardo, deste daño ajeno,
Determinó furiosa y arrojada
Perder la vida por quedar vengada.

»Y puesta la memoria en Floribelo,
A quien antes airada despreciaba,
Sin tener duda alguna ni recelo
De la maldad y daño que forjaba;
Rompido de vergüenza el rojo velo
Que antes su baja frente acompañaba,
Esta carta escribió, donde se encierra
La malicia y engaño de la tierra:

CARTA DE ROSELA Á FLORIBELO.

«De padecer ya cansada
»Con la fingida dureza,
»Escribo, por tu firmeza
»Contenta y desengañada;

»Que pues de tu pecho siento
»Lo que sentir deste puedes,
»Quiero quedar y que quedes
»Con bien dulce y sin tormento.

»No es ya razon que se abrase
»El alma y que yo lo niegue,
»Sino que su gloria llegue
»Antes que la vida pase.

»Quede el desgusto deshecho
»Y nuestra ventura cierta,
»Sin consentir que esté muerta
»Entre las llamas del pecho.

»Lleve amor la justa palma,
»Pues lleva tantos despojos,
»Y confórmense los ojos,
»Regidos ya por un alma.

»Mira que solo aficion
»A tanto amor me provoca,
»No con palabras de boca,
»Mas con fe del corazon.

»Solo procuro sosiego
»Del daño que en mí se fragua,
»Por quien son mis ojos de agua,
»Y las entrañas de fuego.

»Y así, pues mi pecho abierto
»Ves y mi poco reposo,
»Sabe que lo mas dudoso
»Tendrás mas seguro y cierto.

»Sola en el jardin te aguardo
»Esta noche; ten secreto,
»Y vén, como estar prometo,
»Sin darle parte á Ricardo.

»De promesa de mi hermano
»Le di que ya no se acuerde,
»Porque él las palabras pierde,
»Y las obras otro gana.

»Y no quieras saber mas
»Hasta que tu boca pueda
»Coger de esta lo que queda,
»Pues fácilmente podrás.

»Lo que te pido sea así,
»Y es que, como digo, vengas,
»Y mira que en ti me tengas,
»Como yo te tengo en mí.»

»Esta es la carta, mira su malicia,
Mira el veneno y rabia de su pecho,
Mira de su venganza la codicia,
Pretendiendo dejar mi bien deshecho;
¿Que es posible que amor así desquicia
A la razon de su lugar, que un hecho
Tal cause, y mas por causa liviana?
Sí puede, pues se ve en mi propia hermana.

»Matar Agirtes con furor insano
Al propio padre que la dió la vida,
Agabe al hijo y Medea al hermano,
Y el otro dar los niños en comida,
Maldad y atrevimiento fué inhumano,
Y rabia de las furias encendida;
Pero esta de mi hermana fué mas brava,
Pues solo mi deshonra procuraba.

»La noche al fin por ella señalada
Estuvo en el jardin con Floribelo,
Y allí, de mí tan libre y descuidada,
Cuanto lo sabe bien el sacro cielo;
Dijo lo que bastó á quedar vengada,
Si consintiera su maldad el suelo,
Y fué, que de la suerte que ella estaba,
Por otro á mi Ricardo yo negaba.

»Y mas, que si quisiese estar bien cierto
De lo que ella llamaba verdad pura,
Que puesto entre las ramas encubierto
En el silencio de la noche obscura,
La siguiente por un portillo abierto
Que daba entrada fácil y segura,
Si fuese con Ricardo, hallaria
La maldad que á sus ojos prometia.

»Con esto Floribelo fué admirado,
Y á Ricardo, su amigo, el caso cuenta,
Que quedando confuso y alterado,
Lo que sintió quien ama bien lo sienta;
Y así, de rabia y celos abrasado,
Y mas por ser quien era, de su afrenta
Determinaron ir á ver su engaño,
Causa sangrienta de perpétuo daño.

»Rosela, aquella hermana, mi enemiga,
De quien en todo estaba yo segura,
Haciéndoseme entonces mas amiga,
Procuraba mi daño y desventura;
Y para que mi bien y su fatiga
Tuviesen fin con mi fortuna dura,
Vestida de galan con mucha gracia,
Dió principio á mi mal y su desgracia.

»Haciendo del truan con un meneo
Desenvuelto, gallardo y tan airoso,
Que persona en el mundo yo no creo
Le pudiera juzgar por engañoso,
Allá al jardin, cumpliendo su deseo,
De mis males y daño codicioso,
Me sacó tan segura, que mis brazos
En su cuello formaban dulces lazos.

»Ella, que el falso engaño procuraba
Con aquel corazon de dura roca,
De mi cabeza y cuello se colgaba,
Sin perdonar los ojos, pecho y boca;
Tanta desenvoltura al fin mostraba,
Que yo estaba confusa y casi loca,
Como si el engañoso y falso paje
Tuviera para serlo mas que el traje.

»Mi Ricardo y su amigo así nos vieron,
Juzgando por verdad su falso engaño,
Porque de aquellas muestras entendieron
Que estaba claro al ojo el desengaño;
No sé lo que trataron ó sintieron,
Solo sé que el amor, para mi daño,
A Ricardo dejó perdido y ciego,
Y lleno el pecho de encendido fuego.

»Mas encubriendo su dolor y pena
Con una libertad desenfadada,
Aunque no de desgusto y rabia ajena,
Viendo su suerte al parecer trocada,

Haciendo ofensa á la mujer mas buena
Con lengua ya atrevida y desmandada,
Se fue con Floribelo sin tardanza,
Encubriendo en su pecho la venganza.

»Rosela, mi enemiga, ya contenta
Cuando supo mi mal por Floribelo,
No mirando mi daño ni su afrenta
Ni temiendo el rigor del justo cielo,
Porque le diese la gustosa cuenta
Del odio de Ricardo y de mi duelo,
Al jardin otra noche le dió entrada,
Mas del demonio que de amor prendada.

»Estando echados en aquella parte
Que las dos estuvimos, como digo,
Los brazos enlazados del propio arte,
Hecha ya dama el que antes fué mi amigo;
Ricardo, que con un rigor de Marte
Aparejaba contra mí el castigo,
Los estaba, escondido, allí mirando,
A su pasado engaño fuerza dando.

»Y ya rompiendo el freno á la paciencia,
Viéndolos en su gloria descuidados,
Seguros, sin recato ni advertencia,
En un sueño amoroso transportados,
Salió á los dos, que ya sin resistencia
De su fortuna estaban enlazados;
Y asi, sin entender, al mas amigo
Y á mi enemiga hermana dió el castigo.

»Cien veces soterró la dura daga
En sus pechos, despiertos con la muerte,
Y con un ¡ ay ! al recebir la llaga,
Vieron las vidas que su sangre vierte;
El airado Ricardo, que esta paga
Pensó ser fin de mi penosa suerte,
Cierto papel que muestra mi desgracia
Dejó en el suelo, y él se fué de Tracia.

»Mas ya, pues he llegado á su partida,
Que mis entrañas por en medio parte,
Perdóname, que la dudosa vida,
Dejándome, me fuerza ya á dejarte.»
Aquí con un ay triste amortecida
Quedó, y así se quede en esta parte,
Que en tiempo de dolor un triste llanto
Alienta el pecho para nuevo canto.

CANTO III.

Acaba Clariceea de contar su historia y los amores y rigor de Celia, cuya era aquella casa; despídese della Florando, y entra en Dacia, donde el valiente Romaguf, por vengar la muerte de su hermano, defiende la hermosura de Dardana contra la infanta Safrina, en cuya defensa sale el valeroso Arnaldo.

Cuando dolor el corazon padece
Y al alma comunica los enojos,
Con el sufrir en las entrañas crece
El ansia, derramando sus abrojos;
Pero si el sentimiento blando ofrece
Lágrimas tiernas á los tristes ojos,
Rompiendo de la pena el ñudo estrecho,
Queda alentado y sin fatiga el pecho.

Así la hermosísima doncella
(Ejemplo de cualquiera que bien ama,
Pues puede con razon, por sola ella,
Dar el amor á las mujeres fama),
Vencida del ardor de su centella,
Desmayada mil lágrimas derrama
De aquellos ojos, que á dolor provoca
Verlas correr desde ellos á la boca.

Sin poderse mover, desalentada
Estaba por la fuerza de su pena,
Ardiendo en fuego y como nieve helada,
Falta de gustos, de tormentos llena;
Viéndola así Florando desmayada,
De movimiento y de sentido ajena,
Tomando con las manos agua clara,
De golpe se la echo sobre la cara.

Mas vuelta del desmayo, despidiendo
Tristes suspiros, que encendian el viento,
Su lastimosa historia fué siguiendo,
Poniendo fin al comenzado intento;
Y al cielo que le dé vigor pidiendo,
Y al gran Florando que estuviese atento,
Con alentada voz, algo mas fuerte,
Prosiguió con su historia de esta suerte :

«La triste noche á mas correr pasaba,
Humedeciendo el enlutado suelo,
Que tambien con tristeza celebraba
Las desventuras de mi injusto duelo;
Cuando yo, que segura desto estaba,
Sin causa de cuidado ni recelo,
Oí de mi enemiga el ay postrero,
De mis rabiosos males mensajero.

»Bajé con un amor (al fin de hermana),
Turbada de su voz y triste acento,
Y ni dejé buscando la ventana,
Puerta, patio, escalera, ni aposento;
Mas cuando vi mi diligencia vana
Tomé una luz, y el alterado viento,
Cuando á la puerta del jardin llegaba,
Con triste agüero siempre la mataba.

»Pero con intencion determinada,
Sin curar de llevalla ni encendella,
Entré por el jardin, y aunque alterada,
Iba mirando aquí y allí por vella;
Cualquier hoja del viento meneada
Imaginaba ser sin duda ella,
Y con cualquiera sombra parecia
Que se me figuraba allí y la via.

»La sangre cada credo se me helaba
En el caliente hueco de las venas,
Y mi proprio temor pronosticaba
Las desventuras de dolores llenas;
Mas cuando cerca dellos ya llegaba,
Como trabada con cien mil cadenas,
Aunque mas procuré hacerme fuerte,
Sentí un terrible asalto de la muerte.

»Los dos bultos miraban con recelo,
Llevando los sentidos tan alertos,
Que casi no sentaba el pié en el suelo,
Procurando hacer mis ojos ciertos;
Pero sacando fuerzas de mi duelo,
Llegué á los dos, que ya los hallé yertos,
Y así como los vi, me espanté tanto,
Cuanto de aquella hermana aun hoy me espanto.

»Haciame alargar amor las manos,
Mas luego mi temor las encogia,
Porque mil pensamientos tristes vanos
Estremeciendo el cuerpo me ponia;
Por mi hermana á los dos llamaba hermanos,
Y aunque temblando, al fin los revolvia,
Y asi vine á hallar los blancos pechos,
Sangrientas puertas y ventanas hechos.

»Cuando esto vi quedé tan admirada,
No sabiendo la causa de tal daño,
Que confusa, suspensa y elevada,
Cuidosa imaginaba el desengaño;
Y andando así en mirarlos ocupada,
Segura de mi mal y tanto engaño,
Hallé el papel que allí dejó mi gloria
Por intérprete triste de esta historia.

»Y luego con cuidado y presto paso,
Para saber el fin de mi tormento,
Imaginando ser indicio acaso
Desta tragedia que con ansia cuento,
Subí al alcázar, donde el triste caso
(De quien ya recelaba el pensamiento)
Vine á entender con accidentes tales,
Que yo entendí sin falta ser mortales.

»Lo que dejaba en el papel escrito
Ricardo, para mas atormentarme,
Con dolor que del alma no le quito,
Porque acabe su fuerza de matarme,
Un falso testimonio fué maldito
Desta suerte, que bien podré acordarme,
Pues como fin penoso de mi gloria,
Lo escribió mi dolor en la memoria :

PAPEL DE RICARDO.

«Ingrata Claricesa, engañadora
»De mi constante fe y honroso intento,
»Razon rompe la ley del juramento,
»Pues no se la guardaste á quien te adora;
»Tu libertad ha sido causadora
»De mi rigor, y aunque mostrarle siento,
»Me da para tenerle atrevimiento
»Ver que quisiste serte á ti traidora.
»No puedes ya negarlo, pues asida
»Estás con amistad a mi enemigo,
»Donde tambien anoche pude verte.
»Sépase tu traicion y mi castigo,
»Privando á quien me ofende de la vida,
»Pues yo fuera de Tracia busco muerte.»

»Cuando acabé de ver mi desventura,
Y del incierto daño quedé cierta,
Ya que por mal mayor la suerte dura
Cerró á la muerte sin razon la puerta,
En el silencio de la noche obscura,
Porque mi fama no quedase muerta,
Torné al jardin, y con mortal sollozo
Eché los cuerpos muertos en un pozo.
»Y juntando menuda leña luego,
Dentro en mi propria sala y aposento
Con encendida llama puse fuego,
Y fuime del alcázar al momento;
En mi favor soplaba sin sosiego,
Desenfrenado, el subsolano viento,
Que el hollin y centellas ventilaba,
Aumentando su ardor y fuerza brava.
»Fuera ya de Bizancio, el fuego via
Salir de los dorados ricos techos,
Y la confusa grita y vocería
Sonaba de los tristes roncos pechos;
Todo palacio á voces se hundia,
Y los maderos, viva llama hechos,
Con estruendo terrible rechinando,
Caian, las paredes abrasando.
»Aumentaban las voces y ruido
Gritando : —¡Agua, agua, venga apriesa!—
Pero Vulcano, allí mas encendido,
Dando vigor al humo y llama espesa,
A cuál, entre sus brazos recebido,
Volaba ardiendo tras la viga gruesa,
Y á cuál con su vapor desatinado
Dejaba entre las llamas sepultado.
»Via muy léjos, con la luz del fuego,
Los tristes fines por mi mal causados,
Y que ya con el humo todo ciego,
Se abrasaban las joyas y brocados;
Vulcano estaba sordo al triste ruego;
Y así, vi los castillos levantados,
Que parecia tocar al alto cielo,
Deshechos y allanados por el suelo.
»Cuando las llamas mas se levantaban,
Entonces con mayor vigor y fuerza
(Aunque lágrimas nunca me faltaban)
Decia al cielo : — Cielo, el viento esfuerza.—
Estas memorias de mi mal me acaban,
Con un dolor que al alma triste fuerza
A procurar la mas violenta muerte,
Pues la padeció en vida desta suerte.
»Mas entendiendo que la honrosa fama,
Vuelta en infamia, ya quedaba muerta,
Alabo mi rigor y el de la llama,
Que viva la dejó con muerte incierta;
Esta pues, caballero, fué la trama
De mi dolor y desventura cierta;
Pero, pues has oido el fin funesto,
Escucha mi suceso despues desto.
»Saliendo, como dije, de mi tierra
Por no acabar allí la triste vida,
Yendo de monte en monte y sierra en sierra,
Pasé por esta selva (ya perdida),
Donde con traje y atavío de guerra
Hallé una bella dama, que dormida,
Para cobrar el fatigado aliento
Trocaba á dulce sueño el pensamiento.

»Y viendo su aparencia tan hermosa,
Que á amarla al mesmo amor le provocara,
Llegué de conocerla deseosa,
Contemplando su talle, cuerpo y cara;
Imaginaba ser alguna diosa,
Por su belleza tan divina y rara;
Mas luego vi venir un gran selvaje
De feísima forma, rostro y traje.
»Venia amenazando con un leño,
Diciendo :—Ya, traidora, aquí te tengo;—
Y yo, por no alterar su quieto sueño,
De sus doradas jaras y arco asiendo,
Salí al encuentro, y él con turbio ceño
Palabras duras contra mí diciendo,
Me hizo que hiciese en él la prueba
De cosa para mí tan rara y nueva.
»La jara, de la cuerda despedida,
Rechinando con fuerza en un momento,
No siendo su carrera conocida,
Porque ligera taladraba el viento,
Llegó al selvaje, que con gran corrida
Iba á la dama como lobo hambriento,
Y entrando por el pecho el hierro fuerte,
En trueco de la vida le dió muerte.
»En la tierra su cuerpo revolvia
Con la mortal pelea y su congoja,
Y con la mucha sangre que vertia
La verde yerba la tornaba roja;
La bella Celia, que hasta allí dormia
Sobre la fresca y agradable hoja,
Desplegando los ojos alterada;
Quedó con sobresalto alborotada.
»Levantóse con priesa mal segura;
Pero entendiendo al fin el fuerte hecho,
Celebrando mi gloria y su ventura,
A mí se vino reclinando el pecho;
Y sentadas las dos en la verdura,
Con muestra de amistad y amor estrecho
Me descubrió su vida y sus amores,
Alivio de mis males y dolores.
»Fué así, que estando en Dacia regalada
De sus amados padres y querida,
De amor y de su llama descuidada,
Y nunca de sus tiros ofendida,
Con el valor y ruegos ablandada,
Del discreto Laurino ya vencida,
Le vino á conceder lo que negara
A Júpiter, si amarla procurara.
»Vivia alegre sin algun recelo,
Gozando de su gloria con bonanza,
Con un contento que formaba un cielo,
Segura de desdenes y mudanza;
Pero este gusto, como fué en el suelo,
No tuvo el dulce fin de su esperanza;
Que solo mientras llega la ventura
La estimacion de lo que vale dura.
»Al amado Laurino su contento,
Siendo ya de recelos avisada,
Halló con una esclava en su aposento,
Que dél estaba asida y enlazada;
Ella, mirando aquel infame intento,
Con que su fe constante la pagaba,
Le dijo estas razones lastimosas,
Al fin como de entrañas amorosas:

»—Pecho enemigo y cruel,
Falso, doble, engañador,
¿Qué viste en mi firme amor
Para que burlases dél?
»No mudanza ó falsa fe,
No desden ni libertad,
Ni tampoco liviandad,
Como todo en tí se ve.
»Ya tu lengua no podrá
Ofrecer excusa alguna;
Y si dieres sola una,
Esa te condenará.
»Que si en mi rostro hallaste,
Por no tener gracia, culpa,
Sabe que no te desculpa,
Pues que tan mal me trocaste.

»Y se dirá con razon
Quien de sinrazon mas usa,
Que esta razon y esta excusa
Aumentan tu sinrazon.
»Fué tu llama acelerada
Como en estopa emprendida,
Que en un instante es asida
Y en otro instante pasada.
»Bien claro conozco y veo
Cuán falso fué tu dolor,
Pues solo duró el amor
Hasta cumplirse el deseo.
»De falso y de variable
Tienes las obras y el nombre;
Mas no es mucho; que eres hombre,
Y como todos, mudable.—

»Prometiendo tras esto de vengarse
En los hombres, pues era así engañada,
Sin detenerse mas ni recelarse,
Sola, con gran riqueza y bien armada,
En esta selva quiso retirarse,
Donde labró riquísima morada,
Y corriendo desde ella mucha tierra,
A cuantos puede mata y hace guerra.

»Saliendo desta suerte cierto dia,
En una cumbre donde estaba un llano,
Con la rabia y ofensa que solia
A aquel selvaje le mató un hermano;
Y él, que su estancia y casa ya sabia,
Armado solo de furor insano,
Vino á vengarse bravo, airado y fuerte,
Donde yo, como dije, le dí muerte.

»Y por esto mostrándose obligada,
Dándome en esta casa alojamiento,
Mi triste historia supo y mi jornada;
Que cierto lo sintió cual yo lo siento.
Por esas altas sierras apartada
Anda cumpliendo su soberbio intento,
Y en ocho y quince dias nunca viene,
Que tanto en esta casa se detiene.

»Esta es la causa que me preguntaste
De estar aquí tan sola y apartada.
Claricesa me llamo, y esto baste;
Que há mucho que te impido la jornada;
Y no es razon que sin por qué se gaste
El tiempo, pues estoy tan obligada,
Que aunque sé ser mi pérdida en extremo,
Sola la tuya, si la causo, temo.»

Despues de un largo y grave cumplimiento,
De la hermosa y bella Claricesa
Se despidió Florando, y muy contento
Comenzó á caminar con grande priesa,
Revolviendo en el presto pensamiento
Gran variedad de cosas, que no cesa,
Poniendo su esperanza y su consuelo
En solo el disponer del sacro cielo.

A Dacia llega, donde el niño ciego
Al libre corazon hizo captivo,
Y en el helado pecho causó fuego
De sumo ardor y de vigor activo;
Privóle de quietud y de sosiego;
Pero, infundiendo en él ardor mas vivo,
Hizo por Safirina, infanta, tanto
Como se puede ver desde este canto.

Muy pocos dias atrás habia venido
Un fuerte caballero de gran fama,
Llamado Paladion el Atrevido,
A combatir allí por una dama,
La cual que defendiese habia pedido,
Si quisiese remedio de su llama,
La hermosura suya dentro en Dacia,
En Prusia y en Polonia y en Dalmacia.

Y con voz levantada y sonorosa,
Que bien con la aparencia conformaba,
Con arrogante muestra y orgullosa
Puso el repto, en el cual desafiaba
Al que entendiese haber quién mas hermosa
Fuese que Dárdana, en la cual cifraba
Todo el donaire, gracia y gentileza
Que en muchas partes dió naturaleza.

Comenzó á defenderlo, y al primero
Que salió le mató sin resistencia,
Y al segundo tras él; pero el tercero,
Con esfuerzo magnánimo y potencia,
Ganando nombre altivo de guerrero,
En fuerza, maña, ardor y diligencia
Le dió, cuando mostraba andar mas fuerte,
Derribando su gloria, al fin la muerte.

Este Paladion de Arnaldo muerto
Tenia un fuerte hermano poderoso,
Llamado Romagon, hombre despierto,
Grande, soberbio, altivo y bullicioso;
Teníale un amor tan firme y cierto,
Que ausente dél estaba sin reposo,
Por serle siempre humilde y comedido,
Solo á sus gustos y contento asido.

Sabiendo pues por Dárdana su muerte,
Con sobresalto súbito alterado,
En veneno de rabia se convierte,
Perdido su color y demudado;
Mas con osado pecho y brazo fuerte,
Por vengarse, salió determinado,
Y en la corte de Dacia con gran brio
Publicó desta suerte el desafío:

«Si hay en la corte caballero alguno
Que defienda á la Infanta en estacado,
Salga conmigo luego; y si ninguno,
Venga de dos ó tres acompañado;
Que aunque me ven en campo solo uno,
Y de todo favor desamparado,
Sustentaré entre todos que carece
De lo que sola Dárdana en sí merece.

»Venga ya á defender á Safirina
Aquel traidor, infame, vil, villano,
Que con atrevimiento y mano indina
Triunfó de Paladion, mi caro hermano;
Venga con él el rey á quien se inclina,
Venga todo el poder terrestre humano;
Que aquí me verán todos esperallo
Con mis lucidas armas y caballo.»

Con cuatro caballeros luego envia
El poderoso Rey á ver lo que era;
Oyen que Romagon los desafia
Y que armado á caballo los espera.
Con altas voces y clamor decia:
«¿Hay quien salir conmigo al campo quiera?
Con dos, con tres, con cuatro, diez y aun ciento
Defenderé mi verdadero intento.»

El fuerte Arnaldo entre los cuatro iba,
Y oyendo el repto, nada se detiene;
Que su valor y cólera le aviva,
Por ver que defenderlo le conviene;
Y dando voces con soberbia altiva
Al Rey, que con recelo estaba, viene
Pidiendo le conceda la batalla,
En que probar escudo, espada y malla.

Este fué el caballero tan famoso
Que á Paladion venció con brazo fuerte,
Vengando por su brazo poderoso
De los dos antes dél la cruda muerte;
Y en pago de aquel hecho tan honroso,
Para mas illustrar su nombre y suerte,
Con celebrada fama de guerrero
Fué hecho de la Infanta caballero.

Y así, salió al jayan con bravo brio,
Diciendo: «Infame, bárbaro, importuno,
Contigo acepto el campo y desafío,
Armados cuerpo á cuerpo y uno á uno;
Toma este guante, escoge á tu albedrío
Las armas, sitio y hora; que ninguno
Estorbará á la fuerza de mis brazos
Que no te desmenucen á pedazos.»

Romagon dice: «De eso la respuesta
Te daré con las armas en la mano;
La venida te ruego que sea presta
De la suerte que estoy en este llano;
Y pues que tienes la palabra puesta,
Vén luego á defender tu intento vano
(Tan vano, que verán en un momento
Ser semejante en vanidad al viento).»

Párteseluego Arnaldo muy furioso,
Y en un momento vuelve todo armado,
En un gran caballo poderoso,
Un escudo fortísimo embrazado;
Venia picando apriesa presuroso,
Feroz, soberbio, con el rostro airado,
Y una lanza en la mano blandeaba,
Que el hierro á tierra y cielo amenazaba.

El Rey y Safirina atentos miran
De los dos caballeros el combate,
Y con recelo de su fin sospiran;
Mas Arnaldo, batiendo el acicate,
Porque las voces del jayan le airan,
Llega, y la lanza por el aire bate,
Diciendo: «Vesme aquí; parte, tirano;
Que yo te pagaré como á tu hermano.»

Romágon le responde: «Pues presente
Estás, castigaré el atrevimiento
Que en ofender tuviste al mas valiente
Que puede recebir vital aliento.»
Y así, con rabia y cólera impaciente
Arranca contra Arnaldo como viento,
Y con tropel menudo tambien parte
Arnaldo con furor de bravo Marte.

Cuando iban los caballos mas furiosos
Buscando por en medio la carrera,
Se encuentran en los pechos animosos
Con tan terrible esfuerzo y de manera,
Que quebraron las lanzas, y dudosos
Anduvieron, sintiendo á la primera;
Pero tornando en sí, con las espadas
Se van el uno al otro levantadas.

Andan con los caballos volteando,
Y levantan de polvo niebla espesa,
Pesados golpes bravos descargando
Con fuerza sin medida, que no cesa;
Cual suelen los ciclopas, martillando
El hierro en los ayunques muy apriesa,
Que ensordecen los golpes el oido,
Retumbando en los montes el sonido.

Muéstrase Romagon tan recio y fuerte,
Que parece inmortal y no pasible,
A ciento hubiera dado Arnaldo muerte,
Segun en la batalla andaba horrible;
Mas fuéle tan adverso su hado y suerte,
Que incita á pena y á dolor terrible;
Y así, en aqueste canto no me atrevo
A contarlo, sino es con canto nuevo.

CANTO IV.

En que se cuenta la desgraciada muerte de Arnaldo y de otros caballeros, y cómo Florando, prendado de los amores de la infanta Safirina, sale en defensa suya contra el valiente Romagon, á quien dió rigurosa muerte; y en premio desto fué hecho caballero de la Infanta; y él, por este favor, publica con un cartel de desafío en muchos reinos su hermosura, señalando término para defenderlo en estacado.

Cuando la varia inconstante diosa
Pone á alguno en la cumbre de su rueda,
Parte cuanto agradable peligrosa,
Porque nunca está fija, firme ó queda;
Antes andaba veloz y presurosa,
Sin que impedir su curso nadie pueda;
Con tal fuerza le abate y le derriba,
Que de sentido, aliento y vida priva.

Si á alguno subir quiere y levantalle
Desde lo bajo y ínfimo del suelo,
No le puede subir sin derriballe
Al que está ya encumbrado junto al cielo;
Si al bajo sube, al alto ha de bajalle,
Privándole de bien y de consuelo,
Cuando el golpe es mayor y el sentimiento
Y no hay de su mudanza pensamiento.

¡Oh mal terrible, grande y trabajoso!
Oh fortuna casual, dudosa, incierta,
Que el mas rico, el mas fuerte y poderoso
Seguridad no tiene por tí cierta!
Antes aquel está mas temeroso
Por tu mudanza oculta y encubierta,
Mirando al mas subido y levantado,
De un golpe solo tuyo derribado.

Bien alto estaba Arnaldo y bien subido,
Que mucho con el propio rey privaba;
De todos era amado y muy querido,
Su fama por el mundo ya volaba.
Andaba Romaguf con tal partido,
Que él mesmo de vencer desconfiaba;
Mas tú, de su ventura ya cansada,
Volviste con la vuelta acostumbrada.

Mudaste su riqueza en triste estado,
Quitaste de sus manos la victoria,
Y revolviste el disponer del hado,
Volviendo en fin funesto su alta gloria;
Sus hazañas y honor tan levantado
Trocaste á amargo fin y triste historia,
Haciendo que su espada tan temida
Quedase, sin herir, desguarnecida.

Viendo que ya para hacerle ofensa
Le faltaban las armas suficientes,
Con Arnaldo arremete, y sin defensa,
De un golpe le partió hasta los dientes;
Y dando en el que deshacerle piensa,
Hizo bravas heridas diferentes,
Hasta que con violencia y crüel braveza
La vida le quitó con la cabeza.

Cuélgala del arzon, y muy ligero
Salta en el gran caballo poderoso,
Gritando con furor como primero,
Que no quiere tener algun reposo;
Sale por Tomedon un gran guerrero,
Despierto en armas, diestro y orgulloso;
Pero al primer encuentro le derriba,
Y de sentido, vida y alma priva.

Viendo la grande fuerza del pagano,
Ninguno hay que la batalla quiera;
Y así, arrogante el bárbaro en el llano,
Que salga alguno con esfuerzo espera;
Y comienza á decir: «Pues mano á mano
No salís contra mí del muro afuera,
Salid juntos, salid; que aquí os espero.
Venid, y probaréis mi duro acero.»

En feroces caballos presurosos
Salen cinco, batiendo apriesa el suelo,
Dando voces y gritos sonorosos,
Que llegaban al cóncavo del cielo.
Cércanle todos cinco codiciosos,
Y sin temor le hieren y sin duelo;
Pero él, con un esfuerzo sin medida,
Entre todos defiende bien su vida.

Aquí y allí acomete en un momento,
Tirando golpes á una y otra parte;
Priva al uno de vida y del aliento,
Y revuelve á los cuatro como Marte;
Al uno derribó y dejó sin tiento,
Al otro la cabeza en dos le parte,
Y cierra con los otros animoso,
No dándoles lugar á algun reposo.

Defiéndense los dos con gran pujanza,
Hiriéndole cada uno por su lado
Con engañosa y vana confianza
De que andaba ya el bárbaro cansado;
Mas luego tras el uno se abalanza
Con una punta que pasó el costado,
Y por aquella puerta y cruel herida
Entró la muerte y expelió la vida.

Viendo el quinto y postrero que la muerte
Tambien con su rigor le amenazaba,
Revuelve las espaldas, mas el fuerte
Romagon con un salto le alcanzaba;
Y levantado el brazo, de tal suerte
Apretando los dientes le calaba,
Que dividiendo el yelmo y la visera,
Echó los palpitantes sesos fuera.

Deciende luego del caballo al suelo,
Y pone las cabezas, todas siete,
Colgadas del arzon, y sin recelo
De su cabeza quita el duro almete;
Siéntase á descansar y mira al cielo,
Y jura por los dioses y promete
De no tener un punto de contento
Hasta que por su hermano mate ciento.

La infanta Safirina, de que mira
Y ve su honrosa fama en tal estado,
Llena de pena y de dolor suspira,
Mostrando con tristeza su cuidado;
A un aposento oculto se retira,
Y el Rey, ardiendo en cólera y airado,
Dice con altas voces: «¿No hay quien salga
Al bárbaro, que mas que vale valga?»

En este tiempo y ocasion Florando,
Habiendo allí llegado con sosiego,
En la hermosa Infanta contemplando,
Fué recibiendo por sus ojos fuego;
Y en sus entrañas, con blandura entrando,
El rigor de la llama sintió luego,
Oprimiendo con fuerza ya su pecho,
Que salga á la demanda deste hecho.

Y aunque callado con quietud habia,
Ya que con amoroso fuego siente
Lo que la Infanta de dolor sentia,
Y que era allí su pecho conveniente,
Con un ardiente esfuerzo y osadia
Pide al Rey que le otorgue brevemente
Solo licencia, con que le promete
La bárbara cabeza por las siete.

Viendo el Rey su animoso ofrecimiento
Le levanta, abrazándole, del suelo,
Y manda que le traigan al momento
Sus proprias armas sin algun recelo;
Y vase luego á armar á un aposento,
Y la Infanta, que estaba sin consuelo,
En sabiéndolo, vino donde estaba,
Cuando ponerse el yelmo le faltaba.

Y dice: «Caballero, yo agradezco
Esto que por mi honra haceis de suerte,
Que mi palabra, por quien soy, ofrezco
De jamás olvidarlo hasta la muerte.»
«Por esto, la responde, no merezco
La gloria de miraros, pues convierte
El dolor en contento; y así, juro
De ser de vuestro honor defensa y muro.

»Que siendo en defender la hermosura
Que publica de vos la justa fama,
El cielo la victoria me asegura,
Y á voces para dármela me llama;
Y mientras mi vital aliento dura,
No quiero consentir que alguna dama
Pretenda á la belleza compararse,
Que puede el mundo todo sujetarse.

»Desechad el dolor y la tristeza
Que en ese cristalino pecho mora,
Y si aumentar quereis la fortaleza
De quien es vuestro rostro causadora,
Ponéos en parte donde la belleza,
Que quita la del sol y la desdora,
En vos pueda mirar y contemplalla,
Y acabaré mas presto la batalla.»

Safirina responde: «Si soy parte
Para augmentar tu fuerza y poderío,
No solo que me veas, mas mirarte
Sin un punto ni instante de desvío;
En señal de favor quiero enlazarte
El yelmo fuerte, y en el cielo fio
Que será el vencimiento como espero,
Y tú por tu valor mi caballero.»

Florando, por tan grato ofrecimiento,
Las manos la besó, y con su licencia
Ligero sale, y cual ligero viento,
Lleno de saña, ardor y de inclemencia,
Salta en su gran caballo en un momento,
Y con ardiente muestra de impaciencia
Salió del real palacio tan bien puesto,
Que á todos animó con solo esto.

Con contento, airoso y gentileza
Va el caballo feroz y relinchando;
Salta, va á arremeter con ligereza,
El freno duro con rumor tascando;
Llega Florando á Romagon y empieza
A decirle, la lanza blandeando:
«¡Oh bárbaro! ¿así esperas la batalla?
Levanta, porque vengo yo á acaballa.

»No pienses, vil villano, que en la corte
Del poderoso Rey que aquí me envia,
No habrá quien tu cabeza á cercen corte
Y castigue tu bárbara osadia;
Que juro por la luna, sol y norte
Que nos rigen y alumbran noche y dia,
Que las siete cabezas desangradas
Han de ser con la tuya, cruel, vengadas.»

Sin temor Romagon se está sentado,
Y dice: «Caballero, seas quien fueres,
Véte y torna á venir acompañado,
O no tornes acá si vida quieres;
Por ventura no has visto lo pasado;
Si lo has visto, sin duda loco eres,
O el Rey está enojado y mal contigo,
Y quiere que por él te dé el castigo.

»Yo te perdono; tórnate á palacio,
Y estáte entre las damas y doncellas
A sus conversaciones muy despacio,
Pues tan mujer pareces como ellas;
Goza ahora del contento y el solacio
Que te concede el cielo y las estrellas,
No vengas á batalla; que te juro
Que eres para mi brazo frágil muro.»

«No la edad, le responde, aunque tan poca,
Estorbará á mi brazo el darte muerte;
Las manos obren, calle aquí la boca,
Pues te jactas y tienes por tan fuerte;
No soy hombre ó mujer, mas dura roca,
Con que te has de romper y deshacerte;
Por eso no te estés así, villano,
Si no quieres que pruebe en tí mi mano.»

Va á arremeter furioso, y de que mira
Romagon su vigor determinado,
Levántase, y de un salto se retira,
Enlazando el almete apresurado;
Y salta en su caballo, lleno de ira,
Diciendo: «Vano, bajo, porfiado,
Espera, que tu poco atrevimiento
Será la causa de tu fin violento.»

Partido el campo, parten los guerreros
Batiendo los talones presurosos,
Van los caballos con vigor ligeros,
De llegar á juntarse deseosos;
Las duras lanzas prueban los aceros
Con golpes que en los montes cavernosos
Con estruendo terrible resonaron,
Y por el aire en piezas mil volaron.

No hicieron en las sillas mudamiento;
Antes mas encendidos y alentados,
Con fogoso furor y encendimiento
Se dan espesos golpes y pesados;
Andan con los caballos como viento,
Buscando adó herirse por los lados,
Por los pechos, los brazos, la cabeza,
Mostrando cada cual su fortaleza.

Andaba la batalla de manera
Que ninguno conoce su ventaja,
Cada uno de vencer al otro espera,
Aunque no se mejoran una paja;
Derribóle á Florando la cimera
Romagon, mas Florando en dos le raja
El escudo fortísimo acerado,
Dejándole confuso y admirado.

Y así, considerado el golpe fuerte,
Vengarse dél con otro tal procura,
Con un temor dudoso de la muerte,
Que nada su pujanza le asegura;
Mas viéndose en aprieto desta suerte,
Vomitando alquitran de rabia pura,
Cala la espada por el aire vano,
Y entumecióle al resurtir la mano.

Si el golpe el castellano no repara,
Con él tuviera fin la cruel batalla;
Mas él, que en el combate no se para,
Con otro le llegó á cortar la malla;
El bárbaro, que ve su fuerza rara,
Suelta la espada sin poder mandalla,
Y á Florando arremete y dél aferra,
Mas los dos dieron juntos en la tierra.

Mas como la pelota que tocando
La tierra, apenas della conocida,
Resurte arriba con vigor saltando,
Sin estarse momento detenida,
Así el soberbio bárbaro y Florando,
Sin que notase alguno su caida,
En pié con fuerza brava se pusieron,
Y á las dejadas armas acudieron.

Con ánimo doblado y fortaleza,
Mostrando su vigor acrecentado,
Como el fuerte Aqueloo, con braveza
Prosiguen el combate acelerado;
Mas Florando con grande ligereza
Se guardaba del bárbaro pesado,
Aunque bien á herirle no alcanzaba,
Que dos codos en alto le llevaba.

Tira mil golpes Romagon furiosos,
Tan grandes, que una torre deshiciera;
Mas Florando con términos mañosos
Se cierra, se recoge y salta afuera;
Dale golpes terribles, espantosos,
Y ninguno recibe ni le espera,
Y desto Romagon embravecido,
Andaba lleno de ira y aun corrido.

Furiosos por cien partes se rodean
Procurando herir y resistiendo,
Gimen ya de cansados y ijadean,
Con un sudor que los está cubriendo;
Con el aliento grueso titubean
Los piés y las rodillas, no pudiendo
Comportar la porfía y furia brava,
Que tanto tiempo sin cesar duraba.

Del fogoso y cansado movimiento
Suenan enronquecidos ya los pechos;
Mas no por eso mudan el intento,
Antes se cierran, basiliscos hechos;
Y creciendo el furor y encendimiento,
Andan rabiosos con ardor deshechos,
Los escudos á golpes destrozados,
Y ellos por muchas partes desarmados.

Volviendo algunas veces la cabeza,
Florando á Salirina contemplaba,
Acordándose, en viendo su belleza,
El venturoso premio que ganaba;
Desto tomaba esfuerzo y fortaleza,
Y salir con victoria procuraba;
Mas andaba el jayan tan bravo y fuerte,
Que aun no podia con él la mesma muerte.

Tanto dolor y tanta rabia siente
Viendo el grande valor del castellano,
Que se abrasaba en fuego de ira ardiente,
Llamando al justo cielo cruel tirano;
Y así, con él se cierra ya impaciente,
Como el toro feroz contra el alano,
Que cuando mas le aprieta mas le embiste,
Y guardando la oreja le resiste.

Pero él con vergonzoso corrimiento,
Viéndose de la Infanta allí mirado,
Que esto en los nobles pechos causa aliento,
Cubierto del escudo por un lado,
Se le entró tan ligero como el viento;
Y dejada la espada en el costado,
Por do estaba rompida la armadura
Le soterró una daga gruesa y dura.

Y luego, como cae el alto pino
Cuando por el troncon está cortado,
El fuerte Romagon á tierra vino,
Regando con su sangre el verde prado;
Florando, de famoso lauro dino,
En todo el mundo su valor notado,
Le cortó la cabeza por el cuello,
Y llevóla colgando del cabello.

En el caballo con presteza salta,
Con un gallardo y desenvuelto brio,
Que el ánimo y aliento no le falta
Para otro tan reñido desafío;
Grita toda la gente con voz alta,
Hirviéndole la sangre al viejo frio,
Y en los hombros le suben donde estaba
El Rey, que á recebirle ya bajaba.

La Princesa con él tambien venia,
Tan gallarda, bizarra y tan hermosa,
Mostrando gran contento y alegría,
Que igualaba en belleza á Vénus diosa;
Aunque dentro en el pecho ya tenia
Una blanda, suave y amorosa
Llama de un dulce fuego, que forzaba
Su corazon á amar á quien le amaba.

Llega Florando y hace acatamiento
Al Rey y á su señora la Princesa,
Y con un cortesano cumplimiento
Cumple con la cabeza su promesa;
El Rey la recibió con gran contento,
Abrazando á Florando, que no cesa,
Y en un palo mandó luego clavalla
En el sitio que fué la cruel batalla.

Por premio digno de tan gran victoria,
A pedimiento de la bella Infanta,
Le hizo, para triunfo de su gloria,
Su caballero, pues se via ser tanta
Su brava fortaleza, que en historia
De otro alguno tan grande no se canta,
Ni de Orlando, Amadís, ni el de la Roca,
Ni de hombre á quien valor en armas toca.

La Infanta allí, como era acostumbrado,
Cuando la daba el Rey su caballero,
Quitándose un anillo muy preciado,
Le dió á Florando, y nombre de guerrero;
Con este don quedó tan levantado
Su valeroso brio, que si entero
Todo el mundo viniera á acometerle,
Entiendo que entendiera de vencerle;

Y dice: «Venturosa tal victoria,
Pues siendo de tan baja y poca suerte,
Me poneis levantado en tanta gloria,
Que en glorioso tal gloria me convierte;
Teniendo tal favor en la memoria,
No tengo que temer la de la muerte,
Sino con ella resistir su entrada,
Volviéndola al contrario con mi espada.

»Quedo, Señora, ya tan bien pagado
De todos los servicios que hiciere
Con tan grande merced, que me ha obligado
A mucho mas que mi valor pudiere;
Y así, yo estoy, Señor, determinado,
Si tu real majestad lo permitiere,
Publicar de la Infanta por el múndo
La virtud y belleza sin segundo.

»Yo quiero sustentarla, pues me obliga
El favor de su mano recebido,
Y no entendais me es pena ni fatiga,
Pues quedaré con ello enriquecido;
Que no es bien ni conviene que se diga
Que hay otra mas hermosa ni la ha habido,
Pues es tan nunca vista su belleza,
Que la razon me pone fortaleza.»

El Rey le respondió: «Yo entiendo cierto
De vuestra fuerza, ardor y poderío,
Como aquí nos ha sido descubierto,
Que lo defenderá como confío;
Mas dar á todo el mundo campo abierto
Mirad que es temerario desafío,
Porque es grande y contiene muchas gentes
Bravas, feroces, fuertes y valientes.

»Y el ánimo valiente, inadvertido,
Que va con voluntad desenfrenada
Donde grave peligro está abscondido,
Mas es temeridad que fuerza osada;
Bien es que el caballero sea atrevido,
No siendo la ventaja declarada,
Mas daña y aniquila cualquier obra,
Faltar prudencia donde esfuerzo sobra.»

Dice Florando: «Rey, bien comprehende
Esa razon mi rudo entendimiento,
Y si este intento con ardor me enciende,
Sola mi vida obliga al cumplimiento;
Entiende que Florando nunca vende
Palabras arrojándolas al viento;
Lo dicho cumpliré, ó si no, mi vida
Pagará con la pena merecida.
»El caballero ilustre y varon fuerte
Bien es ocupe con razon las manos,
Despreciando por ella vida y muerte,
Y el poder y valor de los humanos;
Temer á la fortuna, hado y suerte
Agüeros son y disparates vanos;
Lo mas áspero, duro y trabajoso
Es siempre al pecho fuerte mas honroso.»
El Rey le respondió: «La fortaleza
De vuestro gran valor y la pujanza
Confirman en mi pecho la nobleza
Que da de vuestros hechos confianza;
Y así, de tanto esfuerzo y gentileza
No puedo collegir sino esperanza.
Las armas publicad, de vos las fio,
Aunque es tan peligroso el desafio.»
Porque estaba Florando algo cansado
Del movimiento de la cruel batalla,
Cubierto de sudor y así cargado
De planchas aceradas y de malla,
Del Rey y de su hija fué apartado,
Con triste sentimiento de dejalla,
Aunque ya con su premio puso freno
Al sentimiento triste, de ansias lleno.
La bella Safirina contemplaba
En lo mas escondido de su pecho,
Donde la blanda llama acrecentaba,
De Florando el valor y bravo hecho;
Su fortaleza y ánimo loaba,
Compelida de un firme amor estrecho,
Que forzaba entre sí el corazon tierno
A amar con un amor en vida eterno.
Luego Florando despachó correos
Para que en muchos reinos se publique,
Y dejando cumplidos sus deseos,
Quiso que el repto por cartel se explique,
Que por él esperaba mil trofeos;
Y para que mejor se certifique,
Escrito desta suerte el campo afirma,
Sellado y puesta al cabo dél su firma.

CARTEL DE FLORANDO.

«Florando, el castellano caballero,
A quien solo razon esfuerza y mueve,
Mas que soberbia fama de guerrero;
»Porque la palma de su gloria lleve
Quien sola la merece ya en la tierra,
Y á quien el mundo todo darla debe,
»Sustento en campo, á fuego, sangre y guerra,
En público palenque y estacado,
El gran valor que Safirina encierra.
»Defenderé que en ella está cifrado
Lo mejor que entre damas puso el cielo,
Y que es de todas ellas el dechado.
»Y que gana en tenerla el bajo suelo
Mas triunfo que ella gana con tenerle,
Pues es su bien, su gloria y su consuelo.
»Puede con vivos rayos deshacerle,
Y puede con sus ojos celestiales,
Si ya no le enriquece, enriquecerle.
»Esta es la que sus obras hace iguales
A las de aquellas cuya tumba triste
Cubre el ciprés por obras inmortales.
»Esta es la que de Arquiloco resiste
La lengua y susurrar de sus secuaces,
Porque su pecho de virtud se viste.
»Esta es con quien las gracias hacen paces,
Y esta es la que levanta mas la fama
De los dacios fortísimos y audaces.
»Esta merece que de lauro rama
En el mundo la dé la humana gente,
Pues no hay de su valor alguna dama.
»Y al que en contrario de mi voto siente,
Con las honrosas armas en la mano,
Digo que como vil infame miente.
»Y así, á cualquier bárbaro villano
Que tan disparatado error sintiere
Le emplazo y desafío á campo llano.
»No quiero que ninguno á mí me espere,
Antes en Dacia, puesto á punto, espero,
Y venga con las armas que quisiere.
»Y si fortuna ó caso á algun guerrero
Le diere contra mí la gloria incierta,
O solo su valor de caballero;
»Porque el premio á los ánimos despierta,
Se lo dará una joya muy preciada
Con que lleve á su dama fama cierta.
»En el cerco estaré y empalizada
Miéntras Apolo con sus rayos de oro
(De quien la rubia aurora está bordada)
Los cuernos calentare al bravo toro.»

Miéntras este cartel por tierras varias
Se andaba publicando con cuidado,
Amor con sus pasiones ordinarias
Al castellano le traia ocupado;
Y aunque eran voluntades no contrarias
Las que por dulce suerte habia juntado,
De la fortuna próspera se queja,
Y el esperar desesperado deja.
Ya publicado lo que el repto encierra,
Cuando el término y plazo se cumplia,
De muchos reinos y apartada tierra
Mucha gente al combate concurria;
Y todo el aparato desta guerra
Florando con gran órden le tenia;
Pero, por no decir en este tanto,
Dejo el combate para nuevo canto.

CANTO V.

En el cual se muestra el valeroso esfuerzo de Florando defendiendo en campo, entre muchos caballeros, el publicado repto, y el hecho del mago Arcaon, y el intento que le movia.

Estaban en grandísima porfía
Dos ingeniosos hombres de gran suerte,
Tratando á voces altas cierto dia
De las fuerzas de amor y de la muerte;
Cada uno las del suyo preferia,
Mostrando los efectos del mas fuerte,
Y la opinion subtil de sus intentos
Probaban con razones y argumentos.
«La muerte, decia el uno, es espantable,
Da temor al mas fuerte y poderoso,
Solo su nombre y vista abominable
Quita el sosiego y priva de reposo;
Es invencible, fuerte, inexpugnable,
No hay quien se escape de su vigoroso
Brazo hediondo y carcomidas manos,
Con que hace el mesmo efecto en los humanos.»
«El que á la muerte teme, nunca vive,
El otro replicaba, mas muriendo
Está; y así, el discreto la recibe
Por fin del mal que padecia viviendo;
Y aunque la muerte de la vida prive,
No por eso tener mas fuerza entiendo;
Cosa es de mayor ánimo y mas fuerte
No temer el morir que dar la muerte.»
Donde hay amor hay siempre fortaleza;
No hay temor de peligro ni él le halla;
La tardanza aborrece y escaseza,
Entra animoso en guerra y en batalla;
Sacude de los miembros la torpeza,
Vese la amarga hiel en miel mudalla,
Y al fin es el amor tan poderoso,
Que ofrece bienes, glorias y reposo.
Esta opinion y parecer confirma
Ver á Florando por amor tan fuerte,
Y á tantos, que cualquiera jura y firma
De padecer por él horrible muerte;

Y con las obras cada cual lo afirma,
Pues ni temor ni daño los divierte,
Ni el áspero camino trabajoso,
Ni dejar sus contentos y reposo.

Antes por él valientes y ligeros,
Sin tener duda alguna ni recelo,
Venian de muchas partes caballeros,
Despreciando el poder de todo el suelo,
Amenazando con orgullo y fieros
A cuanto cubre el estrellado cielo;
Y así, ya mucha gente junta habia
Para el siguiente señalado dia.

La bella Infanta estaba temerosa
Del incierto suceso y fin dudoso;
Suspira, aunque al descuido bien cuidosa,
Y ruega al cielo que la sea piadoso;
Piensa en la cruel batalla peligrosa,
Y formando un sospiro lastimoso,
Que el alma va tras él con ansia fuerte,
Pide para remedio dura muerte.

De tristes pensamientos combatida,
Que el amor siempre ofrece con recelo,
Confusa, mal segura y desabrida,
Clavaba el rostro y ojos en el suelo;
Aunque á veces el alma ya encendida
Tras un sospiro los ponia en el cielo,
Y con dolor, que della no se aparta,
Escribió con su mano aquesta carta:

CARTA DE SAFIRINA Á FLORANDO.

«Vencida ya del temor
»Que en el corazon recibo,
»Para mostrar el dolor
»Con quien está apenas vivo
»Te escribe por mí el amor.

»No quiere que puesta en calma
»Mi voluntad, muestre mengua
»A quien de sí da la palma,
»Sino que descubra el alma
»Lo que no pudo la lengua.

»Que por tenerme impedida
»La vergüenza desta suerte,
»Soy á extremo tal venida,
»Que recelando tu muerte,
»Aborrezco yo mi vida.

»Que aunque el esfuerzo asegura
»Tu valor, y es buen testigo,
»Temo mi corta ventura,
»Que solo por serme dura,
»Quizá lo será contigo.

»Entiende que no quisiera
»Fama de dolor tan cara,
»Ni gloria que así se espera,
»Pues con tu paz yo ganara,
»Y sin guerra no perdiera.

»Bien pagado irá el placer
»Con tan perpétuo penar,
»Y bien tengo qué temer,
»Pues es el perder, perder,
»Y no es el ganar, ganar.

»Nunca hubieras publicado
»Para tanto mal tu intento,
»Pues en mi pecho has causado
»Mil penas, por un contento
»Incierto y desesperado.

»No hallo remedio alguno
»Al daño que siento en mí,
»Antes se hace importuno,
»Viendo ser tú solo uno,
»Y infinitos contra tí.

»El corazon abrasado
»Ardiendo le siento frio,
»Porque el temor le ha dejado
»Tan sin vigor y sin brio,
»Que hecho piedra está helado.

»Pero pues no puede ser
»Excusar de atormentarme,
»El cielo nos dé poder,
»A tí bien para vencer,
»Y á mí para no acabarme.

»Si á la fortuna tuvieres
»Enemiga en este hecho,
»Pues que como quiero quieres,
»El alma desde mi pecho
»Te seguirá donde fueres.

»Mas porque espero bonanza,
»Y algo del dolor se pierde
»Entre temor y esperanza,
»Recibe esa banda verde,
»Y esa veleta de lanza.

»Que aunque como dura escoria
»El triste corazon siento,
»Se me pone en la memoria
»Que ha de acabarse el tormento
»Y comenzar nueva gloria.

»Las Gracias, Minerva y Marte,
»Con amigo brazo fuerte,
»Estén contigo á ayudarte,
»Gustando de acompañarte
»Como yo de obedecerte.»

Florando recibió con gran contento
La merced de la bella Safirina,
Y con esfuerzo nuevo y nuevo aliento
Seguro, su victoria ya adevina;
No aparta de la dama el pensamiento,
Y solo en sus favores imagina;
Y así, andaba gallardo entre la gente
Con invencible ardor que el pecho siente.

A la noche en palacio se juntaron
Con el Rey muchos grandes á consejo,
Adonde largo rato consultaron,
Dando órden para todo y aparejo;
Y entonces dos jueces señalaron,
Que el uno dellos era un fuerte viejo,
Llamado el gran Bajan Agesileo,
Y el otro el rey de Creta, Rosicleo.

Este tenia una dama dentro en Creta,
Famosa por su talle y hermosura,
Desenvuelta, gallarda, muy discreta,
Dotada de mil gracias de natura;
La cual la hizo en todo tan perfeta,
Que se extremó en su traza y su pintura;
Constantina la Bella se llamaba,
Que luz con su belleza al mundo daba.

Aunque eran en la suerte desiguales,
Estaban con el dulce amor conformes,
Y mostraban en todo ser iguales,
Que al fin con él no hay pechos desconformes;
Sus bienes consultaban y sus males,
Estando en todos tiempos uniformes,
En igual proporcion, jamás sin mengua,
Con una fe las almas y la lengua.

Oyendo de Florando el desafío,
Vino por la defensa de su dama,
Orgulloso, al combate con gran brío,
Pretendiendo extender su honor y fama;
Mas tornóse su fuego hielo frío
Y encendióse despues con otra llama,
Mirando de la Infanta la belleza;
Y así, con nuevo amor su amor empieza.

De la cretense dama ya olvidado,
Sin acabar el comenzado intento,
Se fué al palacio real, acompañado
De gente, y mas de amor y su tormento;
Y encubriendo en el pecho su cuidado,
Hizo de paz alegre cumplimiento,
Y al Rey, que se holgó de recebirle,
Mostraba haber venido por servirle.

Por juez elegido y señalado,
Suerte para su pecho venturosa,
Por tener ocasion sin ser notado
De ver á Safirina, bella diosa;
Habiendo largo rato consultado,
Que se iba ya la noche presurosa,
Del poderoso Rey se despidieron,
Y á dormir á sus cámaras se fueron.

Al quieto sueño todos entregados,
Quedaron sin memoria y sin sentido,
Recreando los miembros fatigados
Con alegre sosiego y dulce olvido;

Pero á los dos de un pecho sujectados
No quiso concederlo el encendido
Fuego de amor, y en él imaginaban;
Y así, con este soplo le augmentaban.

La esposa de Titon salia corriendo,
Bordando el cielo y nubes de colores,
Los mojados cabellos sacudiendo,
Con que ornaba de perlas campo y flores;
Sus sombras van los montes recogiendo,
Y despiertos los rústicos pastores,
Acuden al ganado y á su oficio,
Y la gente comun á su ejercicio.

Del mar por el camino acostumbrado,
En seguimiento de su dulce esposa,
Puesto en el carro de su luz dorado,
Aparece Faeton con vista hermosa;
Enjugando la tierra y verde prado,
Dandole su color á coda cosa,
Y entonces con estruendo y gran ruido
Comienza de las armas el sonido.

Suenan las trompetas, suena el aparato,
Comienza el gran bullicio de la gente,
Anda entre el vulgo el murmurar y trato
De cuál será entre todos mas valiente;
Y comienza á salir en poco rato
La gente de á caballo diligente,
Cuál encubierta, cuál con bellas muestras,
Cuál vibrando las lanzas en las diestras.

Salen del real palacio en órden puestos,
Del reino los gallardos caballeros,
Bizarros y curiosamente apuestos,
Acompañados todos de guerreros;
Para cualquier peligro y trance prestos,
En la milicia diestros y ligeros,
Y puestos en escuadra concertados,
Mostraban la braveza de soldados.

Sale Florando ricamente armado
Con armas matizadas de colores,
En un caballo rucio muy rodado,
Bordada la cubierta de labores;
Lleva en la banda verde el brazo osado,
Con que sus fuerzas hace ser mayores;
Y así, á los mas osados mas desprecia,
Que en nada los estima ni los precia.

Por divisa, señal de amor, llevaba
En el escudo dibujado un cielo,
Que rayos encendidos arrojaba,
Abrasando la máquina del suelo;
Y una águila real al vivo estaba
Con un ramo de lauro, sin recelo
De ofensa alguna, y á sus piés tenia
Una discreta letra que decia:

«No me ofenderá algun rayo,
Que el águila y el laurel
Podrán defenderme dél.»

Luego gallarda, airosa y bien compuesta,
Venia con su padre Safirina,
Y aunque con tanta majestad, honesta,
Que esto de fama la hacia mas dina;
Atrás iba la guarda del Rey puesta
Para servir de guarda á cada esquina,
Porque seguramente se hiciese
El campo, sin que alguno le impidiese.

Llegados al palenque y ancha plaza,
A su lugar la Infanta y Rey subieron,
Y la guarda real desembaraza
El campo, y las escuadras estuvieron
Guardando, en órden puestas con la traza
Que por seguridad los jueces dieron,
Para estorbar pendencias y porfías,
Que suelen suceder en tales dias.

Puso Florando, para premio honroso,
Una palma y un globo muy preciado,
Labrados de oro, y un diamante hermoso,
Con muchas telas ricas de brocado;
Y comenzando luego el sonoroso
Estruendo de trompetas concertado,
A la dura batalla ya invocaban,
Y á los mas descuidados despertaban.

Aumentando la grita y el estruendo,
Comienzan á entrar dentro los guerreros,
Cuál con airoso brio, cuál corriendo,
Cuál dando grandes saltos y ligeros;
Con el duro bocado corrigiendo
De los fuertes caballos los aceros,
Entró el primero el príncipe Aquilano
De Dalmacia, y tras él Oneriano.

Entraron Roserino y Laserindo,
Caballeros de Acaya valerosos;
Auroflorio, Acerante, Remisindo,
Y el Hircano, de fuerza poderosos;
El fuerte rey de Frisia, Florisindo,
Famoso por sus hechos espantosos;
Cindasundo, Falverio y Abradante,
Que era en el cuerpo y proporcion gigante;

Rosimundo, Ferraon y Fulgerino,
Agemirit, Reomaz y el fuerte Hisperio,
Polifemo, Atalante, Carperino,
El gran rey de Tesalia Cintiberio,
Apolinante, Mauro, Recelino,
Polistrato, Aquilano, Favio, Nerio,
Tiberio de Sajonia, Feliciano,
Y el infante de Misia, Fulvio Urbano.

Tambien el mago Arcaon entró ligero,
Para librar su patria allí venido,
Que, como sábio mágico agorero,
Por celeste señal habia sabido
Que de Babel el reino todo entero
Sería á fuego y sangre destruido
Si la muerte á Florando no causase
O á su primero hijo no robase.

Entraron otros muchos que no cuento,
Que sin ser conocidos anduvieron
Con aparato rico y ornamento,
Y en el palenque en órden se pusieron;
Florando, que á su entrada estuvo atento,
Cuando en el campo todos estuvieron,
Se puso en medio dél, y con gran brio
Publicó su cartel y desafío.

Con gran furor salió luego ligero
El príncipe Aquilano, muy furioso,
Pretendiendo ganar honor primero
En el duro combate peligroso;
Parte tambien el fuerte gran guerrero
Florando con esfuerzo valeroso,
Hacen las lanzas, del encuentro, astillas,
Mas ellos quedan firmes en las sillas.

Con furor las espadas empuñadas,
Las sacan, levantandolas al cielo,
Y con destreza y con furor jugadas,
Se dan golpes furiosos y sin duelo;
Suenan las armas de las martilladas,
Mas Florando, sintiendo desconsuelo,
Porque el primero tanto con él dura,
De un golpe le estampó en la tierra dura.

Roserino salió tambien furioso,
Pero al primer encuentro le derriba,
Y á Auroflorio trás el; pero el nervoso
Ferraon, gritando con soberbia altiva,
Salió en un gran caballo poderoso,
Tan recio, que entendieron cosa viva
En el mundo tan fuerte no la hubiera,
Que su fuerza y vigor le resistiera;

Y como caballeros valerosos,
Haciendo el uno al otro resistencia,
Descubrieron sus pechos animosos
Y de sus fuertes brazos la potencia;
Andaban en herirse presurosos,
Llenos de ira, furor y de inclemencia,
Defendiendo su parte, honor y vida,
Sin que hubiese ventaja conocida.

Cuando el dorado Febo caminaba
Por la mas alta y tímida carrera,
Esta cruda batalla se trababa
Con un furor y rabia horrible y fiera;
Mas con tan gran vigor y fuerza andaba,
Cuando el sol abajaba por su esfera,
Y en las islas del mar, como solia,
Tétis con gran placer le recebia.

Y así, con ronco son los despartieron
Las trompas y cornetas belicosas,
Aunque del triste son dolor sintieron,
Siendo á los dos sus voces enojosas;
El Rey, la Infanta y jueces descendieron,
Tratando de las fuerzas espantosas,
Iguales hasta allí; y así, despacio
Se fueron con su gente al real palacio.

Iba Florando tan avergonzado,
Tan triste, apasionado y tan corrido,
De ver que hubiese el bárbaro durado
Con él y sustentado su partido,
Que ni queria mirar ni ser mirado,
Ni quisiera en el mundo haber nacido,
Por haber sido visto de la Infanta,
Que esto solo le daba pena tanta.

Con esta rabia estuvo y desconsuelo,
Con dolor affigiéndose, hasta tanto
Que descubrió la aurora el claro cielo,
Apartando el nocturno, oscuro manto,
Y el color restauró el señor de Delo
Al blanco lirio y al púrpureo acanto;
Y así, con nueva luz y fuerza nueva
Al combate tornaron y á la prueba.

Y todo en órden como el dia primero,
Por acabar el campo comenzado,
Con un vigor de esfuerzo verdadero,
Ganosos de que fuera ya acabado,
Salieron esgrimiendo el duro acero,
Procurando vengar el pecho airado;
Y así, Ferraon se empina y endereza,
Y dió á Florando un golpe en la cabeza.

Fué el golpe tan terrible, que en un punto
Le puso de perder el movimiento,
Y en la Infanta dejó mortal trasunto,
Sin color, sin sentido y sin aliento;
Mas con la voz levanta el brazo junto
Florando con un ímpetu violento,
Y dió al contrario un golpe que convierte
Su vida, estado y honra en triste muerte.

Quitó de mas de un pecho fervoroso
El furor animoso y bravo brio
El golpe de aquel bravo valeroso,
Volviéndole en temor helado y frio;
La Princesa tornó en su ser hermoso,
Augmentando á Florando el poderío,
Despues salieron otros tres guerreros,
Mas fueron como fueron los primeros.

El dia tercero con pesada maza
Allanó á Fulgerino y Cintiberio,
Aunque le dieron ellos brava caza,
Y sacó del cercado á Fabio Nerio;
A la tarde salió al palenque y plaza,
Muy gallardo y bien puesto, el fuerte Hisperio,
Y anduvo la batalla tan reñida,
Que se dudó por quién seria vencida.

El cuarto dia mostró su poderoso
Vigor, esfuerzo, ardid y fortaleza,
Porque sin punto alguno de reposo
Quitó el ardor de muchos y braveza;
Anduvo tal su brazo valeroso,
Que al uno magullaba la cabeza,
Al otro y otros muchos quebrantaba,
Y finalmente, á todos maltrataba.

Como el alano bravo, que rabioso
Los gozques ladradores rinde y muerde;
Y al que mas se le llega, mas furioso
De su boca le fuerza que se acuerde;
Así el fuerte Florando valeroso
Un punto de su esfuerzo nunca pierde,
Antes á todos rinde, desbarata,
Aniquila, derriba, vence y mata.

Salió bravo Acerante el quinto dia,
El yelmo de penachos adornado,
Las armas llenas de oro y pedrería,
Grabado el rico peto y esmaltado;
Y con airoso brio y lozanía
Se fué á Florando en medio el estacado,
Y comenzaron una tal batalla,
Que no hay lengua que pueda bien contalla.

Dándose bravos golpes anduvieron
Los dos fuertes varones animosos
Tres horas, y jamás en ellos vieron
Flaqueza, ni estuvieron punto ociosos;
Antes en ira y en furor crecieron
Sus encendidos pechos animosos,
Aunque con fuerza dentro resonaban,
Del gran ardor y fuego con que andaban.

Al tiempo que Florando con gran brio
Calaba un golpe, sobre el pié afirmado,
Por hacer Acerante un desvío,
Fué de fortuna sola derribado;
Hallóse, retirándose, en vacío,
Y viéndole Florando trastornado,
Con él, sin detenerse punto, cierra,
Puniendo fin á la dudosa guerra.

Echándole una mano á la garganta,
Levanta la ferrada rigurosa;
Mas él á voces dice que la Infanta
Era entre las vivientes mas hermosa
De la tierra; con esto le levanta
Y con muestra agradable y amorosa
Se abrazan, convertidos en amigos,
Los que eran mas contrarios y enemigos.

Con voz atrevida y levantada
Dice Acerante: «Es tanta la belleza
De la angélica Infanta, y acabada,
Que en ella echó el caudal naturaleza;
Y está de tanta gracia acompañada,
De tanta discrecion, virtud, nobleza,
Que deja todo el suelo de ser suelo,
Haciéndole su vista claro cielo.

»Porque si excede tanto su figura
En gracia y perfeccion á la belleza
De mi Rosandra, tal, que no hay criatura
Que la pueda igualar en gentileza;
Cielo del cielo es su hermosura,
Y cielo adonde está y adó endereza
Sus ojos, y al que aquesto no defiende,
Yo le haré entender que no lo entiende.»

Salió Reomaz, en fuego de ira ardiendo,
Apretada la maza ya en la mano,
Con temerario brio en voz diciendo:
«Bárbaro, infame, sin razon, villano,
Hazte luego adelante, que yo entiendo
Quitar á entrambos vuestro intento vano;
Contigo acepto el campo para luego,
Y despues á Florando no le niego.»

Florando quiere ser allí el primero,
Porque con él se acabe la batalla;
Acerante no quiere ser postrero,
Pues Reomaz con él quiere comenzalla;
Mas los jueces con término severo
Juzgaron que era lícito dejalla;
Florando pues, despues de la Princesa,
Acerante defiende allí su empresa.

Y comenzada la batalla dura,
Brava, sangrienta, con teson reñida,
Porque el uno y el otro allí procura
La honra, mas preciada que la vida;
En un dudoso estado mucho dura,
Sin que hubiese ventaja conocida,
Y en este tiempo el bravo castellano
Venció á Tiberio, á Cimbrio y á Aquilano.

Al fin habiendo andado larga pieza
Dándose golpes grandes y espantosos,
Con soberbio vigor y fortaleza
De sus ardientes pechos animosos;
Cuando crecia el coraje y la braveza,
Y andaban en herirse mas furiosos,
Dió Acerante á Reomaz una herida,
Con que dió, estremeciéndose, la vida.

Esta contienda y riña ya acabada,
A la suya salió otro dia Abradante,
A pié, con dura hacha y con espada,
Dando gallardos pasos adelante;
Paróse Safirina en verle helada,
Entendiendo no ser con él bastante
La fuerza humana ni poder del suelo;
Y así, su corazon le pide al cielo.

Contra el gran castellano va furioso,
Y al encuentro Acerante habia salido,
Al cual rabiando dijo presuroso:
«Aparta allá, que aunque eres atrevido,
De ti y de todos salgo victorioso,
Venciendo al venc dor que os ha vencido;
Y así, para contigo no hay batalla,
Pues venciendo lo mas, lo menos calla.»

Llega Florando y hace que se aparte
Acerante y les deje el estacado,
Y luego con furor de fiero Marte
Juega la hacha de uno y de otro lado;
Tambien con belicosa y diestra arte
Anda Abradante presto y concertado,
Cuándo acomete, cuándo se retira,
Cuándo repara el golpe y otro tira.

Era de tal altura y tal grandeza,
Que de natura el órden puesto pasa;
Y así, su temeraria fortaleza
Era brava sin término y sin tasa;
Vale á Florando allí la ligereza,
Con que el valor de entrambos se compasa;
Que si no, con un golpe que le asiera,
Pedazos con las armas le hiciera.

Aquí y allí furiosos se rodean
Con importuno y presto movimiento,
Con el aliento grueso titubean,
Tragando y expeliendo apriesa el viento;
Entrambos alcanzar su fin desean,
Y así no sienten tanto aquel tormento;
Mas vinieron á un término de suerte,
Que el descanso esperaban en la muerte.

Mas Florando, que ve su bien presente,
Y lo que pierde si su honor perdia,
Crece su esfuerzo y ánimo valiente,
Que mucho en tal estado en esto hacia;
Y aguardando ocasion, como prudente,
Y como en este caso le cumplia,
Le dió á dos manos con tan poco duelo,
Que jarretando le estampó en el suelo.

Conocida la fuerza y poderío
Del castellano y de su brazo fuerte,
Envuelta en un temor helado y frio,
Vieron delante la amarilla muerte;
Dejaron el combate y desafío
Los ventureros todos de tal suerte,
Que hasta el décimoquinto dia postrero
No salió á la demanda caballero.

Mas este dia con término furioso
Salió en un gran caballo muy ligero,
Recio, valiente, presto y poderoso,
Arcaon, el adevino hechicero;
Esperaba el mas fuerte y valeroso
Que le diese á Florando el fin postrero,
Mas viendo qué en el campo habia quedado,
Salió, en su falsa sciencia confiado.

Sin alas salen con vigor volando,
Blandiendo cada cual su dura lanza,
Y del encuentro grave las quebrando,
Sacaron las espadas con pujanza;
Y en las cabezas golpes descargando,
A su pesar usaron de crianza,
Bajando á un tiempo entrambos las mejillas,
Encima los arzones de las sillas.

Mas cada uno se empina y endereza,
Prosiguiendo el combate recio y crudo,
Tirando al cuerpo, brazos y cabeza,
Rompiendo el peto, el yelmo y fuerte escudo;
Anduvieron así muy larga pieza,
Y Arcaon, cuando vencer así no pudo,
Trasformó su caballo en bestia horrible,
Y él con su encanto pareció invisible.

La piel el gran dragon tenia escamosa,
Y vivo fuego por la boca echaba,
Regoldando alquitran, con asquerosa
Vista y olor, que el aire inficionaba;
Era su forma horrible, temerosa,
La tierra á su bramido retemblaba,
Sin pluma tray las alas de serpiente,
Y cuernos de cerastes en la frente.

Viéndole así el caballo de Florando,
Revuelve dando saltos espantado,
Con furor empinándose, bufando,
Que no siente del freno ya el bocado;
Antes sin correccion corre volando,
Iba á salir del campo y estacado;
Pero suplico un poco aquí me espere
El que acabar de ver el fin quisiere.

CANTO VI.

Cuéntase en él el fin del peligroso combate, y cómo el príncipe de Creta Rosicleo se quedó por servir á la Infanta en Dacia, sin acordarse de Constantina, la cual, cuando supo esto, vino á buscarle en hábito de paje, y sentó con él á servirle, hallándole tan enamorado de Safirina cuanto Constantina lo estaba dél. Descubre Florando sus amores á Rosicleo, pidiéndole su favor.

El valeroso ánimo advertido,
Del freno de temor desenfrenado,
Donde grave peligro está abscondido,
Triunfa con gloria de felice estado;
Al contrario del que es inadvertido,
Que con un sobresalto alborotado
Se turba, ciega y pone de tal suerte,
Que es causa él mesmo de su fin y muerte.

Mayor peligro y vergonzoso daño
Tray el temor y loca fantasía,
Pues con un disparate y falso engaño
El bien que el cielo ofrece le desvia;
Los ojos ciega, impide el desengaño,
Derriba el alto honor, la sangre enfria,
Traba el sentido, enfrena el movimiento,
Quita el valor, la fuerza y el aliento.

El caballo que de antes ayudaba
A Florando, espantado y temeroso,
A deshonor perpétuo le llevaba
Y á peligro mayor, para él odioso;
Mas viendo que el menor atrás dejaba
(Que al fin era menor por ser honroso),
Con ánimo advertido y fortaleza
Le derribó de un golpe la cabeza.

Si llevara temor ó inadvertencia,
Y fuera en hacer esto descuidado,
Sola muerte curaba su dolencia,
Perdiendo todo el crédito ganado;
Mas revolviendo con mayor potencia,
Va ligero al dragon atrás pintado,
De quien todos estaban temerosos,
Oyendo sus bramidos espantosos.

No con tanto furor aquel famoso
Alcídes, por sus obras celebrado,
Fué contra aquel guerrero cauteloso,
En tantas varias formas transformado,
Como el fuerte Florando valeroso,
Mas de su esfuerzo que de acero armado,
Acometió á Arcaon, que, bestia hecho,
Entendió remediar su infame hecho.

A brazos con el mónstruo se abalanza,
En un fuego diabólico encendido,
Asele de los cuernos con pujanza,
Y viéndose el dragon con fuerza asido,
Vibrando la cerviz, de sí le lanza,
Haciendo con bramidos tal ruido,
Que en los valles y montes resonaba,
Y el suelo, temeroso dél, temblaba.

No teme el castellano allí por esto,
Antes mas encendido y alentado,
Le traba de los cuernos, y muy presto
Le tuerce la cabeza apresurado;
El cruel dragon, así á su pesar puesto,
Cayó con un estruendo acelerado,
Y cargando sobre él con una daga,
Por el vientre le dió su triste paga.

En dándole, comienza con gran priesa
A salir dél con presto y leve vuelo
Un humo negro y una llama espesa,
Que parecia llegar al alto cielo;
Pero esto en poco tiempo presto cesa,
Y ven tendido sobre el duro suelo
Al caballo en la forma que tenia,
Y todos baten palmas de alegría.

A las voces, la grita y el estruendo
Tornó la Infanta en sí, como turbada,
Y á Florando en el campo solo viendo,
Fué con la pena el alegría juntada;
Pero presto el dolor de sí expeliendo,
Quedó tan linda, blanca y colorada
Como la fresca rosa ó la azucena,
Y mas bella que Vénus y serena.

Cuando el dorado Apolo todo entero
Su curso presuroso habia pasado,
Y llegado al Antártico hemisfero,
Y su luz al ocaso retirado,
Siendo el plazo cumplido que el guerrero
Florando en su cartel habia asignado.
Los jueces, con gran triunfo y grande gloria,
Publican por él solo la victoria.

Danle la palma y globo muy preciado,
Diciendo: «Pues la rara fortaleza
Del ánimo invencible y esforzado
Mostró de vuestro pecho la grandeza,
Y del valor del mundo habeis triunfado,
Digna es de lauro y palma tal cabeza,
Y que con gloria y triunfo soberano
Tengais del mundo insignias en la mano.»

Recibió Florando, y al momento
A la Infanta se fué, que ya mostraba
Los gustos, los regalos y contento
Que en el secreto pecho amor la daba;
Y con un cortesano cumplimiento,
Aunque con el mirar la mas hablaba,
La dió el preciado globo y rica palma,
Y allí de sus dos almas se hizo un alma.

En segundo lugar los jueces dieron
La gloria del combate allí á Acerante,
Y una cadena de oro le pusieron
Al cuello, y un finísimo diamante;
Con esto del palenque al fin salieron,
Y á Florando llevaban muy triunfante,
Con sonora armonía y grande estruendo
De gente, que en monton le va siguiendo.

Hubo á la noche tanta vocería,
Tanto son de clarines y cornetas,
Tanto bélico estruendo y armonía
De sordos atabales y trompetas,
Tanto gozo, contento y alegría,
Tantas lumbres y danzas inquietas,
Que parecia hundirse todo el cielo
Y abrasarse la máquina del suelo.

No en los cesáreos triunfos tan gloriosos,
Con que la altiva Roma se preciaba,
De las Galias y egipcios poderosos
Cuando el famoso Tolomeo reinaba,
Donde con artificios ingeniosos
El encendido faro se mostraba,
Y las estatuas, muestras del tesoro
De los célebres rios, hechas de oro;

Y el *vine*, *vi y vencí* del estandarte
Que el gran triunfo del Ponto descubria,
Y aquel hijo de Yuba, atado aparte,
A quien la turba de Africa seguia,
Con el estruendo bélico de Marte,
Tropel confuso, grita y vocería,
Pudieron ser iguales en grandeza
Al triunfo de Florando y su riqueza.

Con una muestra de verdad ajena
Quedó á sus pretensiones Rosicleo,
Encubriendo en el pecho la cadena
Forjada del amor y su deseo;
Y así, con rostro y gravedad serena,
Mostrando en gasto y galas su trofeo,
Procuraba en la corte andar triunfando
Con estrecha amistad del gran Florando.

En la riqueza y galas confiado,
Dar gusto á Safirina deseaba,
Y en solos sus regalos ocupado,
Pensando en su beldad, se recreaba;
Con astucia celaba su cuidado,
Hasta ver la ocasion que procuraba;
Pero llegó muy tarde Rosicleo,
Pues Florando estorbaba su deseo.

Que Safirina, de su amor vencida,
En él perpétuamente contemplaba,
Teniéndole por vida de su vida
Y alma del alma que en la suya estaba;
Y así, su voluntad tenia rendida
A la que con la suya conformaba,
Y conformes gozaban de la gloria
Que mas glorificaba su memoria.

Idos ya de la corte los guerreros
Que al público combate habian venido,
Y entre ellos dos cretenses mensajeros
Llegaron á su patria, amado nido;
Constantina, que vió los caballeros,
Como estaba cuidosa sin olvido,
Forzada del amor y su deseo,
Luego los preguntó por Rosicleo.

Vino á saber de entrambos que quedaba
En la corte de Dacia muy contento,
Donde alegre y bizarro se holgaba,
Sin haber combatido por su intento,
Y que antes lo contrario publicaba,
Mudado ya el primero pensamiento;
Ella, con estas nuevas congojosa,
Temió con rabia cruel, al fin celosa.

Cercada de pasion y desconsuelo,
Turbada, con la voz turbaba el viento,
Regando con gran copia de agua el suelo,
Que á los ojos ofrece su tormento;
Mil suspiros asidos hasta el cielo
Desde el alma enviaba en un momento,
A quien tan tiernamente se quejaba,
Que á sentir su dolor le provocaba.

Dice: «Divinos dioses soberanos,
En quien está poder para vengarme,
Pues son tan justicieras vuestras manos,
Y es la mesma justicia yo quejarme,
Pagad á aquel traidor sus hechos vanos,
Que pretende burlada así dejarme;
Dalde la muerte; pero no, ¿qué digo?
Que sola yo merezco tal castigo.

»¡Ay pérfido cruel! pues no miraras
La fe de caballero que me diste,
Como traidor, que no consideraras
El juramento que en mi mano heciste,
¿No fuera, di, razon que te acordaras
De lo que en estos brazos prometiste?
¡Ay sacro cielo, abrasalde os ruego!
Mas tened, que me abrasa ya á mí el fuego.

»¡Ay triste Constantina! bien pagada
Está tu infame y loca inadvertencia;
No vivirás de hoy mas tan engañada,
Pues ves el desengaño en esta ausencia;
¡Ay alma presa, por aquel prendada
Que tan poco le duele tu dolencia!
Y ¡ay corazon, en quien está tallado
Aquel que os deja así despedazado!

»¡Ay ojos enemigos, ojos tristes,
De vuestra luz y gloria ya ajenados!
Llorad, pues del dolor la causa fuistes
Que tiene mis sentidos ocupados;
Y pues viendo contento recebistes,
Llorad cuando de ver estáis privados;
Consumid las entrañas y la vida
Por vosotros del alma aborrecida.»

Estas razones y otras mas decia
La triste Constantina apasionada,
Revolviendo en su pecho y fantasía
Cien mil contradiciones, desvariada;
Procuraba engañar con alegría
El alma, por su mal desengañada,
Imaginando detenerse en cosas
El Príncipe para ella provechosas.

Pero el alma, que engaño no consiente,
Temiendo ya en el pecho la mudanza,
Con el intenso fuego que en sí siente
Derriba por el suelo la esperanza;
Y creciendo del mal el accidente,
Por ver de tantos daños la bonanza,
A Dacia se partió, mudado el nombre,
Vestida de gallardo gentil-hombre.

De la suerte que suele la herida
Cierva las frescas fuentes ir buscando,
Con fatigado aliento y gran corrida
Por peñascos y breñas travesando,
Iba la bella dama desvalida
La vista del amante deseando,
Para remedio de la llaga horrible
Hecha en el alma con furor terrible.

Y de fortuna próspera ayudada,
Aunque por mal mayor favorecida,
De caminar y padecer cansada
Y de temores proprios ofendida,
Llegó al gustoso fin de su jornada,
Adonde sin estarse detenida,
Derecha se fué luego al real palacio,
Que no la dan sus penas mas espacio.

Andando asi cuidosa con fatiga,
Vagaba á todas partes diligente,
Buscando el alma suya, ó quien le diga
Adónde está su sol resplandeciente;
Y con aquel dolor que amor la instiga,
Por él pregunta entre la noble gente,
Sin ocuparse en ver el suntuoso
Alto edificio, de labor curioso.

No mira las ventanas y torreones
Ni grandes capiteles levantados,
Las puertas, las pinturas, los balcones,
Las basas, los pilares estriados,
Las cornijas, medallas y cartones,
Las fuentes, salidizos y sobrados;
Solo mira si ve su bien y gloria,
Que esto ocupa sus ojos y memoria.

Andando asi, de verle cudiciosa,
Con el dolor de ausencia y desconsuelo,
Vió de su Febo la presencia hermosa,
Que el rostro la cubrió de un rojo velo;
Pero, con todo, parte presurosa,
Y ofrécese al encuentro sin recelo,
Llevando sin acuerdo ya de enojos
En él el corazon, y no los ojos.

Cuando vió Rosicleo la figura,
Sin diferencia alguna trasladada,
De aquella cuya fe invencible y pura
Con la violada suya fué pagada,
El color, talle, gracia, compostura,
Sin falta alguna al vivo retratada,
Quedó suspenso, atónito, confuso,
Y en duda ser la mesma que era puso.

Y aunque su corazon tenia prendado
Y en duro captiverio el alma presa,
No estaba muy de veras olvidado,
Porque el amor primero nunca cesa;
Pero, como es lo incierto mas preciado,
Preciaba mucho mas á la Princesa;
Al fin se llegó el Príncipe á Constante,
Que así se llamará hasta adelante,

Y dícele: «Doncel, mirando atento
Vuestro donaire, gala y compostura,
Muestra del gran valor que en vos yo siento,
Pues es indicio desto la figura;
Porque tengo de daros gusto intento
En cualquiera ocasion y coyuntura,
Saber quisiera vuestra patria y nombre,
Si no os ofende suplicarlo un hombre.»

Respondióle Constante: «Caballero,
Vuestras razones y valor me obliga
A cumplir vuestro gusto; y así, quiero
Que el cumplimiento dél mi lengua siga:
Yo soy de aquestos reinos extranjero,
Y porque la verdad en todo os diga,
Hijo de nobles padres de Viante,
Mi nombre, impuesto dellos, es Constante.»

Mas confuso, suspenso y admirado
Quedó el Príncipe en ver cuán semejante
Era en nombre y en todo trasladado
De la fiel Constantina el fiel Constante;
Pero disimulando su cuidado,
Le preguntó: «Decidme, bello infante,
Y ¿qué os causó pasar en esta tierra,
Pues tantos bienes vuestro reino encierra?»

Constante le responde: «Aunque quisiera
No descubrir mi mal, vuestra nobleza,
Por quien alivio mi tormento espera,
Puniendo al flaco pecho fortaleza,
Me mueve, y al mas duro le moviera,
A daros relacion de mi tristeza;
Porque el consuelo de personas tales
Reprime el furor de fuertes males.

»Sabréis, Señor, que tuve, por mal mio,
Con un traidor de vuestra altura y suerte
Una contienda con altivo brio,
Mas vencióme, por ser al fin mas fuerte;
Viendo despues mi afrenta y su desvío,
Sentí mil muertes sin llegar la muerte,
Recibiendo en pensarlo tanta afrenta,
Que estuve para dármela sangrienta.

»Y desta afrenta y mi dolor forzado,
Porque no la borraba de la frente,
De mi tierra salí, determinado
De no tornar á ver la amiga gente
Hasta quedar á mi placer vengado;
Y así, por esta causa aquí al presente
Querria se ofreciese honroso medio
Para esperar el tiempo del remedio.»

«Por la gracia que en vos, Constante, veo,
Y por vuestro saber y hermosura,
Le dijo el cruel, ingrato Rosicleo,
Pues me era grata un tiempo tal figura,
Quiero, conforme con vuestro deseo,
Daros favor en esta coyuntura,
Pues es razon en caso honroso y justo,
Y por ser mi vasallo, daros gusto.»

«¡Vasallo vuestro yo! ¿Cómo es posible?
Constante replicó, que no lo creo,
Porque sé, y es muy público y creible,
Que vino aquí á un combate Rosicleo,
Y salió con el lauro de invencible,
Llevando de las armas el trofeo;
Aunque entenderlo así no me asegura;
Que teneis no sé qué de su figura.»

«No fama, dice el Príncipe, ni gloria,
No honor por fuerza ó brazos adquirido,
Alcancé ni alcanzara en tal victoria;
Pero alcancélo por quedar vencido
De aquella que está escripta en mi memoria
Y sellada en mi alma, donde olvido
No habrá, con ser del cuerpo dividida,
Porque con ella irá contino unida.

»Verdad es que salí con firme intento
De Creta á defender la hermosura
De aquella dama bella en quien contento
Hallaba por mi fe su fe segura;
Mas arrancóla el impetuoso viento
De ausencia, y arraigóla en la figura
De beldad soberana, por quien muero,
Y esperando su gloria, desespero.»

¿Quién imaginará lo que sentia
La triste Constantina aquesto oyendo,
Las ansias, las congojas, la porfía
Que le estaban el pecho carcomiendo?
No sé cómo sufrió lo que sufria,
Su mal incierto ya tan cierto viendo,
Y los regalos blandos y dulzuras
Tornados en palabras frias y duras.

Mas despues que confusa un poco estuvo,
Le dijo: «No es posible, ni lo creo,
Que en el pecho que amor de veras hubo
Tenga poder ausencia, Rosicleo;
Y si en tu corazon así le tuvo,
Como claro lo has dicho y ya lo veo,
Llano es que la otra dama no fué amada,
Sino antes con palabras engañada.»

«No fué, le respondió, sino querida
Tan de veras, prometo, y de tal suerte,
Que mi alma y voluntad tenia rendida,
Y en sus manos mi gloria, vida y muerte;
Por ser hermosa, á tí tan parecida,
Que cierto me parece verla en verte;
Y no fui en sus amores engañado,
Sino con mucho amor mi amor pagado.»

«Pues no pongais, Señor, el pensamiento
En segunda pasion y amores vanos,
Dijo Constante, ni se lleve el viento
Lo que está sin fatiga en vuestras manos;
Gozad de amor pudiendo con contento,
Y noespereis sus golpes inhumanos;
Que suele al que es mudable y cudicioso
Probar en él su brazo riguroso.

»Digo esto porque soy aficionado
Tanto al primero amor, si le he tenido,
Que por el mundo y todo lo criado
No me podrá causar ausencia olvido;
Y pues decis que fuistes tan amado,
Y quiriéndola vos, tambien querido,
No dándoos ocasion para dejalla,
Agravio la haceis en olvidalla.»

Pero mostrando el corazon deshecho,
Vivo en los males y en los bienes muerto,
Y aquel secreto fuego de su pecho
Con tantas llamaradas descubierto,
Constante, ya de brasa hielo hecho,
De su dudoso daño quedó cierto;
Pero esperando remediar la llama,
Que este es perpétuo engaño del que ama.

Estando pues por paje en su servicio,
Disimulando el amoroso trance,
La ocupacion del Príncipe y oficio
Era tratar de dar á amor alcance;
Pero valia muy poco su ejercicio,
Porque Florando por dichoso lance
Con una relacion de amor divina
Gozaba á la hermosa Safirina.

Pero ignorando el infelice engaño
Que le impide su bien y se le aparta,
Forzado del ardor de un fuego extraño,
Causa que el pecho y alma se le parta;
Pensando remediar así su daño,
A Safirina la escribió una carta,
Y para que mejor se goce todo,
Iba la carta escripta de este modo.

CARTA DE ROSICLEO Á SAFIRINA.

«Un intenso dolor de ardiente fuerza,
»Que en las cavernas de mi pecho siento,
»Señora, á lo que ves me mueve y fuerza;
»Conozco bien ser grave atrevimiento,
»Pero amor, que le causa, me desculpa,
»Haciéndome que muestre mi tormento;
»Porque tiene el enfermo á veces culpa,
»Si no descubre el daño que padece,
»Del mal que su secreto necio culpa;
»Y así, pues el dolor que siento crece,
»A tí, que puedes darme muerte ó vida,
»La cierta relacion el alma ofrece.
»De esa tu blanca nieve fué encendida
»Una llama en mi pecho escura y ciega,
»Que es solo por su efecto conocida;
»Admite la tristeza, el gusto niega,
»Quita las fuerzas, el vigor derriba,
»Daña el discurso y el sentido ciego.
»Por momentos la siento estar mas viva,
»Y aunque me abrasa siempre en fuego sumo,
»Gusto yo de morir porque ella viva.
»Quémame siempre, y nunca me consumo,
»Arde contino y el vigor no pierde,
»Y ni se ve centella ni echa humo.
»Como el húmedo palo ó ramo verde
»Que claro humor distila en fuego ardiendo,
»O como aquel á quien crocuta muerde,
»Que viva fuego dentro padeciendo,
»Está de fuera rígido y helado,
»Y casi sin sentir se va muriendo.
»Así mi triste pecho, ya abrasado,
»Por los húmedos ojos agua vierte,
»Y siendo brasa, en nieve está bañado.
»Estoy, Princesa bella, desta suerte,
»Porque no quiero vida de otra mano,
»Sino que con la tuya me dés muerte.
»Que si gustares dello, muy ufano
»Moriré, sin que muerte tal excuse,
»Pues en perder la vida por tí, gano.
»Mil veces, aunque tímido, propuse
»De escrebirte mi mal; pero dejélo;
»Que apenas la primera letra puse,
»Estorbóme el cumplirlo mi recelo,
»Teniendo por mejor incierta gloria
»Que de tu boca cierto desconsuelo.
»Pero antes que ceniza ó negra escoria
»Me torne el fuego que en mi daño crece,
»Es bien que tengas ya de mí memoria.
»Ha sucedido en mí como acontece
»En los que mucho miran al sol claro,
»Que su vista se ofende y escurece;
»Pues así, por mirar el valor raro
»De tu suma beldad, perdí el aliento,
»Siendo á mí mesmo de esa gloria avaro.
»Mas, ya que te doy cuenta del tormento
»Que padezco en el alma noche y dia,
»Sin tener de descanso algun momento,
»Haz conforme merece la fe mia,
»Y pues causas en mí tan vivo fuego,
»No estés á mi dolor cual piedra fria.
»Mira que estoy por tí, Señora, ciego,
»Y que apenas la lengua ya se mueve,
»Porque al extremo de la vida llego.
»Mira que si mi mano aquí se atreve,
»No es con intento injusto de tu ofensa,
»Sino solo ofreciendo lo que debe.
»Mira que amor (para quien no hay defensa)
»Te entrega el alma que en mi pecho mora,
»Y solo sujetarse al tuyo piensa.
»Mira que ver tu rostro me mejora,
»Y que la ausencia triste y enemiga
»Me ofende, acaba, daña y empeora.
»Mira bien que mi fe la tuya obliga,
»Y mira que es rigor tenerla en poco,
»Y es el rigor entre discretas, higa.
»Solo tu gracia en mi dolor invoco,
»Y si acaso la niegas, dame muerte,
»Pues moriré con seso, por tí, loco.
»Será para mi pecho dulce suerte
»El ser tu bella mano mi homicida,
»Y gloria para esta alma tuya verte
»Al tiempo que del cuerpo se despida.»

La Infanta, cuando vió el atrevimiento
Y lo que por la carta le pedia,
Con enojado y presto pensamiento
Por un mar de pasiones discurria;
Quitábale la rienda al sufrimiento
El dolor y congoja que sentia,
Viendo tal caso con ofensa hecho
De dos almas que estaban en un pecho.

Revuelve en sí, y vacila la venganza
Con el fogoso ardor que la encendia;
Piensa llevallo por rigor de lanza,
Pero el incierto fin la detenia;
Porque á veces se engaña la esperanza,
Y aunque no se engañase, al fin perdia,
Pues era alborotar á su Florando;
Y así, se fué su cólera apagando.

Cuando el Príncipe vió cuán poca cuenta
La Infanta de sus ruegos habia hecho,
Y que con nuevo desamor augmenta
La enemiga dureza de su pecho,
Falto de bien, el daño se acrecienta,
Puniéndole en peligro tan estrecho,
Que con rabia y dolor agudo y fuerte
Llegó al amargo punto de la muerte.

Viendo Constante cuán apresurada
La Parca amenazándole venia,
La hoz para su príncipe afilada,
Y que oponerse al golpe no podia.

Procurando la vida deseada,
De quien la suya propria dependia,
De Safirina tal recado ordena,
Que presto le sacó de tanta pena.

Torno á Florando, que con gran contento
Gozaba la beldad maravillosa,
De quien solo ocupaba el pensamiento
En alabar su suerte venturosa;
Regidos ya los dos con un aliento,
Con una voluntad firme, amorosa,
Con un amor eterno, sin segundo,
Ejemplo digno de guardarle el mundo.

Gozaban los amantes de su gloria
Y dulces pensamientos con bonanza,
De peligro apartada la memoria,
Puesta en su firme amor la confianza;
Mas el dulce vivir y alegre historia
El tiempo la mudó con su mudanza;
Que la Infanta sintió lo que resulta
De plática y contienda en cama oculta.

Y viendo ya que de ninguna suerte
Se podia encubrir la señal clara,
Porque bastaba el acidente fuerte
Que de mirarla se seguia en su cara,
Con ansias y dolores de la muerte
A Florando el peligro le declara,
Y con halagos enlazada al cuello,
Le pide que la dé remedio en ello.

Viendo el amante la importancia desto
Y la razon forzosa que le obliga,
Con cuidado imagina y piensa presto
El remedio que tome; escoja ó siga;
Mas si en alguno estaba firme puesto,
El triste inconveniente le fatiga,
Y antes que en este caso el pecho arroje,
Mil cosas piensa, mas ninguna escoge.

Mira de Safirina la riqueza,
El valor, el estado, gloria y fama,
Mira tambien su mísera pobreza,
Y que de honor á deshonor le llama;
Mira que el gran valor y la nobleza
De los dos, si la deja, al fin infama;
Y qu'el tiempo, que todo lo envejece,
La mas antigua infamia reverdece.

Andaba con dolor y desconsuelo,
Pensando en algun modo, traza ó medio,
Esperando favor del sacro cielo,
Porque en el suelo no tenia remedio;
Mas, viendo á Rosicleo, sin recelo
Imaginó ponerle de por medio;
Porque, ignorantes del contrario pecho,
Se amaban con un firme amor estrecho.

En viéndole el valiente castellano,
Puso en él su remedio y esperanza,
Ofreciendo el remedio ya por llano
Su amistad, que asegura confianza;
Y ansí, sin detenerse, parte ufano;
Que no sufre su pecho mas tardanza,
Y el Príncipe, al encuentro se ofreciendo,
Florando dió principio á hablar, diciendo:

«Si la firme amistad, nunca violada,
Que con lazo amigable y ñudo fuerte
En nuestras manos, Príncipe, fué atada,
Como estará, si quiés hasta la muerte;
Y si la fe de caballero dada
Tiene fuerza, Señor, para moverte,
Te conjuro que hagas lo que hiciera
Florando, si en tal trance á tí te viera.

»Tambien con ley de hermano te conjuro,
Si te obliga el amor y voz de hermanos,
Que esté con tu secreto yo seguro,
Pues vengo por estarlo aquí á tus manos;
Como escudo de Ayax y fuerte muro
Me has de ser para golpes inhumanos;
Que en peligros se muestra el que es amigo,
Y en ellos se conoce el enemigo.»

Confuso desta plática y turbado,
El Príncipe responde: «Si del cielo
Tal precepto, Señor, me fuese dado,
Que os ofendiese á vos en solo un pelo,
Juro por el Elisco alegre prado
Que antes regase con mi sangre el suelo,
Y no era necesario conjurarme,
Estando yo obligado, ni obligarme.

»Mas ¿qué peligro tiene tanta fuerza,
Que al pecho donde tanto vigor arde
Causa temor, pues su pujanza y fuerza
Hace que el mas valiente se acobarde?
De mí no imagineis que jamás tuerza
La prometida fe, ni que otra guarde;
Y desto aquí, Señor, os doy la mano,
Porque jamás será fingido ó vano.»

Despues desta promesa y juramento
Le descubrió Florando sus amores,
Contando por extenso todo el cuento
Con el principio y fin de sus favores;
Y tras esto con grato ofrecimiento,
Mostrando la razon de sus dolores,
Le pidió que á su tierra los llevase,
Donde secreta la preñez pasase.

El Príncipe, que ardiéndose esto oia,
Y de guardar silencio habia jurado,
Sin saber si velaba ó si dormia,
Se quedó como atónito, elevado;
Por engaño su engaño lo tenia;
Pero, disimulando su cuidado,
Mostrándosele amigo y fiel en todo,
Respondió con voz baja deste modo:

«Mucho me pesa que tan poca cuenta
Hagais de mí, que no me la hayais dado,
Pues en el bien ó el mal, honor ó afrenta,
Me cupiera á mi parte del cuidado;
Mas ya, sin que la Infanta entienda ó sienta
Que queda entre los dos así tratado,
Concertad la partida, el cuándo y modo,
Y aquí estoy al momento para todo.»

Apartándose el Príncipe con esto,
En medio de las llamas de su pecho
Una brava traicion forjó, pospuesto
El juramento por el cielo hecho;
Florando con seguro presupuesto,
Imaginando serle de provecho
Y favorable en todo la fortuna,
A Safirina fué sin pena alguna.

Y el órden encubriendo del partirse,
Muestra tener á punto la partida;
Y así, que por su parte pueden irse
La noche que estuviere apercebida;
Alegre Safirina en ver cumplirse
Lo que restaba su agradable vida,
Concertó que otra noche la llevase,
Cuando Febo con Tétis reposase.

Concertada la hora, seña y puerta,
Los cuerpos, no las almas, se apartaron,
Y tiniendo su gloria ya por cierta,
Con regalado abrazo la mostraron,
Siendo al cretense luego descubierta
La traza como entrambos ordenaron,
Por darle sin recelo larga cuenta;
Veréis lo que el siguiente canto cuenta.

CANTO VII.

Donde se cuenta cómo Rosicleo le llevó á Florando robada á la infanta Safirina, y él le fué siguiendo; y cómo el rey Daciano vino á conocer á la encubierta Constantina, y se enamoró della; y cómo la Infanta parió en el camino, y el mago Arcaon, en forma de hipógrifo, se llevó al niño recien nacido, y hizo que Rosicleo perdiese á Safirina; y cómo despues le encontró Florando, y le dejó por muerto por ir tras otro caballero, y al fin Rosicleo se fué á Creta.

¡Cuán bueno es el silencio y provechoso
En está edad de hierro que tenemos!
Y ¡cuán malo el hablar y cuán dañoso,
Como en sucesos varios conocemos!
Callando, el enemigo está dudoso
De las obras y fin que pretendemos;
Y descubriendo aquello que pensamos,
Los felices sucesos estorbamos.

Decidme, ¿qué descanso, qué provecho,
Qué bien ó que importancia trae consigo
Descubrir lo interior que encubre el pecho
A aquel que se nos muestra mas amigo,
Sino solo impedir el fin del hecho,
Poniéndole en la mano del testigo?
A veces el callar, sabed evita
Que quite la fortuna lo que quita.

Virtud es singular de eterna fama,
No digo yo callar continuamente,
Sino encubrir con el callar la trama
Que puede causar mal entre la gente,
Si la fortuna á disfavores llama,
Callando el mal se encubre sábiamente,
Y si á bien, facilmente le alcanzamos;
Y así, sin repugnancia le gozamos.

A mas correr la noche ya llegada,
Para el concierto en daño deseado
Andaba la partida concertada
Florando apercibiendo con cuidado;
Pero el alma del Príncipe prendada,
El juntamente sin razon quebrado,
Al que tanto fió de ser su amigo
Dió el pago de contrario y enemigo.

Sabiendo ya la seña, la hora y puerta
El príncipe enemigo se adelanta,
Y con muestra fingida y encubierta
Saca sin fuerza á la segura Infanta;
Porque de la traicion y daño incierta,
El pensar ser Florando la levanta
El ánimo y vigor; y así, camina
Bien fuera de la gloria que imagina.

Solícito la lleva, no siguiendo
Derecha senda ni camino usado,
El ardor de Florando ya temiendo,
Que caminar le hace apresurado;
Por montes escondidos va huyendo,
Apartándose siempre de poblado,
Encubriendo su engaño hasta tanto
Que la aurora apartó el nocturno manto.

Mas cuando la acidalia Safirina
Conoció su desdicha y perdimiento,
Arrojándose en tierra, el pecho inclina,
Trabada toda con mortal tormento;
Pierde el color rosado y voz divina,
Y pálida se queda sin aliento;
Mas, cobrando de espíritu algun tanto,
Así se queja con forzoso llanto :

«Cielo, que estás cubriendo
La hermosura clara
Con pardas nubes y mojadas nieblas.
Con razon no quiriendo
Ver la enemiga cara
Del que mudó mis glorias en tinieblas;
Pues que tu luz anieblas,
Y á mí sin ella dejas,
Escucha mis querellas,
Y por la razon dellas
Da fin á tantas quejas,
Pues el tormento llega
A término que ya la vida niega.

»Muévate mi pasion,
Ablándete mi llanto
Y venza á tu rigor mi pena triste;
Rompe ya el corazon
De durísimo canto,
Que en este pecho de dolor se viste;
Acabe, pues quisiste
Por un ayer de gusto,
Pasado en un momento,
Dar un hoy de tormento,
Con tan grande disgusto,
Que muestra y asegura
Cuán poco el bien sin descontento dura.

»Aquella breve gloria,
Por mal mayor ganada,
Ya es convertida en áspero tormento,
Y la triste memoria
De la vida pasada
Acrecienta en mi daño el sentimiento;
Acabóse el contento,
Comenzóse la pena,
Y durará sin duda;
Que tarde el mal se muda
Cuando el amor le ordena;
Y mas si la enemiga
Fortuna contra mí con él se liga.

»¿Qué espíritu hay tan fuerte,
Que en mi dolor impida
El morir necesario tan forzoso;
Es natural mi muerte,
Violenta ya la vida,
El daño cierto, el bien aun no dudoso;
Pues ¿cómo un mal rabioso,
Que al mesmo fuego excede
Y al mas valiente pecho
Deja ceniza hecho,
Matarme á mí no puede?
No, porque cierto creo
Que bastará á estorbarlo mi deseo.

»¡Qué miserable hado,
Qué rigurosa estrella,
Qué furia y desventura me persigue?
Qué pecho emponzoñado
Con infernal centella
Injusto intento de ofenderme sigue?
Qué dolor hay que obligue,
Cuando mas recio y fuerte,
A procurar su pausa,
Si el aliviarse causa
Aborrecible muerte?
Y ¿quién un bien pretende,
Si con daño mayor el mesmo ofende?

»Traidor, sin ley, tirano,
Usurpador infame
De dos constantes almas hechas una,
Muy bien podrá tu mano
Hacer que yo derrame
La sangre, si caliente tengo alguna;
Pero jamás fortuna
Te ayudará de suerte,
Que goces tu contento,
Pues este pensamiento
Bastará á dar mi muerte;
Y cuando no bastare,
Mi brazo cumplirá lo que faltare.

»No podrás estorbarlo
Con la enemiga fuerza de tu brazo,
Pues podré ejecutarlo
Sin duro hierro ó lazo,
Dando fin al tormento
Con solo detener así el aliento.»

El Príncipe á la Infanta consolaba,
Aunque jamás recibe algun consuelo,
Y abrazada adelante la llevaba,
Por no perder su gloria, bien y cielo;
De verla con dolor, dolor pasaba,
Y pena por su pena y desconsuelo;
Pero con todo, caminaba apriesa,
Contento de llevar á la Princesa.

Torno á Florando, que, cual bravo Marte,
Para el concierto al Príncipe buscaba
Solícito por una y otra parte,
Con un temor que el corazon le daba;
Hácia la puerta señalada parte,
Y haciendo aquí y allí la seña andaba;
Llégase mas, y abierto ve el postigo
De la traicion y de su mal testigo.

Mas no le da lugar su illustre pecho
A imaginar del Príncipe mudanza,
Ni tampoco á que entienda que tal hecho
Hiciera quien juró su confianza;
Pero viéndose el alma en tanto estrecho,
Ya tiene por dudosa su esperanza,
Ya su mal encubierto va anunciando,
Y por indicios la traicion mostrando.

Ve el desengaño, con el cual turbado,
Se deja allí engañar del pensamiento,
Añadiendo cuidado á su cuidado,
Y tormento mayor al cruel tormento.

Hasta que al carro de Faeton dorado
Dió el hijo de Latona movimiento,
Que entonces del oculto mal incierto,
Con la ausencia de entrambos se hizo cierto.

Crece la rabia, crece la fiereza,
Y luego en seguimiento suyo parte
En un caballo Abastro en ligereza,
Llamando á Astrea, á Némesis y á Marte;
Pide á las hijas de Aqueron braveza
Para tener de cruel alguna parte,
Y al fin camina, puesta su esperanza
En el rigor del brazo, espada y lanza.

Pero dejar al castellano quiero,
Siguiendo al rey de Creta á toda priesa,
Que como amante firme y caballero,
Siente el dolor y mal de su princesa;
Y á Constante me vuelvo, que ligero
De andar buscando á Rosicleo no cesa,
Con un triste recelo y grave pena,
Viendo el susurro que en la corte suena.

Con dolor, como digo, y con cuidado
Al Príncipe buscaba sin consuelo,
Llega al palacio real apresurado,
Ocasion de añadir su pena y duelo;
Vele revuelto, todo alborotado,
Con estruendo, murmurio y desconsuelo;
La causa ignora, y un dolor extraño
Al alma pronostica que es su daño.

Encuentra al Rey, que con turbada muestra,
Dando mil voces el cabello arranca,
No perdonando su enojada diestra
Las ricas ropas y la barba blanca,
Porque la rabia, del furor maestra,
Tenia al corazon entrada franca;
Y así, viendo estas cosas, prestamente
Del caso la verdad alcanza y siente.

Ofrécesele luego al pensamiento
Lo que amaba el ingrato Rosicleo,
El dolor que pasaba, su tormento,
Su aficion, su querer y su deseo;
El propósito falso, el vil intento,
El término engañoso, injusto y feo;
Y así, del cometido robo cierto,
De celos cayó en tierra como muerto.

Viendo mudanza así tan repentina,
El Rey, que cerca estaba en este instante,
Aunque su triste daño no imagina,
Allí acudió donde cayó Constante;
Y oyóle estar diciendo: «¡Ay Constantina!
Como mi amor tampoco fué bastante,
Ya lleva aquel traidor á la Princesa,
Y á mí sin libertad me deja presa.

»¡Ay Dios de suma fe! pues claramente
Me ves de aquel tirano así engañada,
¿Cómo violarla tu deidad consiente,
Siendo á mí prometida y á tí dada?
¡Ay pérfido! ay cruel! ay inclemente!
Ay intencion y voluntad dañada!
Ay fementido y falso Rosicleo!
Gozoso irás, traidor, con tal trofeo.

»Ya no pido ni quiero algun contento,
Ya no pido ventura, honor ni fama,
Sino una triste muerte y fin violento,
Que corte del vivir la amarga trama;
Arrójame, oh fortuna, al cruel tormento
De Cofanto y en medio de su llama,
Que menos mal será que el que padezco,
Y mas descanso y bien que yo merezco.»

El Rey, que con cuidado atento estuvo,
A su cámara así mandó llevarle,
Y aunque el aliento tan perdido tuvo,
Tornó con beneficios á cobrarle;
Y cuando del desmayo vuelto hubo,
Quedó admirado viendo así tratarle,
Y de mucha vergüenza y gran congoja,
Su blanca cara presto quedó roja.

No de otra suerte que el marfil labrado
Con el brasil finísimo teñido,
O como cuando el suelo está nevado
Y encima alguna sangre se ha vertido,
Que siendo aquello blanco matizado,
Queda un rojo color tan encendido,
Que con muestra agradable y vista hermosa
Parece al natural purpúrea rosa.

El Rey, cuando la vió tan extremada,
Con tal postura tan gallarda y bella,
La libre voluntad sintió prendada,
Y emprendida en el pecho una centella;
Asela de la mano delicada,
Poniendo sus cuidados solo en ella,
Y ocupados los ojos en mirarla,
De aquesta suerte comenzó á hablarla:

«¡Hermosa Constantina, en quien natura
Cifró lo que dar puede de belleza,
Esmerándose tanto en tu pintura,
Que en ella muestra bien su sutileza!
Pídote, si no ofendo á tu figura
Y á esa gallarda forma y gentileza,
Me descubras la causa vera y cierta
Por qué andas con tal traje así encubierta.»

Destas palabras se turbó Constante,
Y así, no pudo dar respuesta alguna;
Pero el Rey, como firme y cierto amante,
La pide, ruega, cansa y importuna;
Y tanto pudo así, que fué bastante
A alcanzar le contase una por una
Las causas tristes del dolor presente,
Que en las entrañas y en el alma siente.

Ya dejaba pasar el Rey la afrenta
Del robo á todo el reino vergonzoso,
Que de ninguna cosa hace cuenta,
Sino del trato dulce y amoroso;
Porque la llama, al parecer violenta,
No le dejaba un punto con reposo;
Y así, á la bella dama ruega y pide
Que ame á él, y á quien amaba olvide.

Con muy dulces palabras y señales
De regalado amor y verdadero,
La daba muestra de su pena y males,
Del pecho abierto y un querer sincero;
Mas Constantina con amores tales
El tierno corazon le vuelve acero,
Menospreciando quejas, llanto y ruego,
Que no son el remedio de su fuego.

Mas no por eso muda el Rey su intento,
Ni sepulta en el pecho sus pasiones;
Antes, mostrando mas el sentimiento,
La procura ablandar con persuasiones;
Declárala su mal y su tormento
Con lastimosas quejas y razones,
Aunque era impertinencia y desvarío,
Como ablandar sin fuego el hierro frio.

Como aquel tierno Troco vergonzoso,
De la bella Dalmácis requerido
Con un afecto dulce y amoroso,
Y forzosos abrazos persuadido,
Constantina mostraba riguroso
El pecho, de sus quejas ofendido,
Augmento para el Rey de su deseo,
Como por Filomena fué en Tereo.

Pero forzado del activo fuego,
Nacido con furor de su enemiga,
Viendo sin fructo el amoroso ruego,
Por fuerza dió remedio á su fatiga;
Y así, gozando alegre y con sosiego
El agradable título de amiga,
Aunque en la dulce lucha fué forzada,
Presto se conoció quedar preñada.

Mas voy á Rosicleo, que me llama,
Contento de llevar á la Princesa,
Aunque con miedo de perder tal dama,
Iba huyendo con ligera priesa,
Temiendo el encendido fuego y llama
De Florando, que el alma le atraviesa;
Que al fin siempre el traidor recelo tiene
Que el mal que mereció se acerca y viene.

Llegados á una selva deleitosa,
Con quien combate el ancho mar Egeo,
Algun tanto olvidó la temerosa
Congoja el fementido Rosicleo;

Y descansando allí la Infanta hermosa,
Acompañada de mortal deseo,
El tiempo, por natura limitado,
Cumplió, llegando al fin de su preñado.

Con súbito temblor dolores siente,
Que el alma se le arranca y se le parte,
Y con la fuerza cruel del accidente
Tuerce las manos á una y otra parte;
Mas viendo ser el parto claramente,
Al Príncipe le ruega que se aparte,
Porque por el valor de Satirina,
Del cielo en su favor bajó Lucina.

En su carro fresquísimo, enramado
Con olorosas yerbas, rama y flores,
De dos caballos sin rumor tirado,
Lozanos y contrarios en colores,
Bajó de Hiperion la hija al prado,
Sintiendo de la Infanta los dolores,
Y con preciosas aguas excelentes
La relajó las partes convinientes.

Y así, con esta suerte venturosa,
Siendo de manos tales ayudada,
La bella Satirina, temerosa,
En su ser restauró la sangre helada;
Y vuelta en estos trances animosa,
Del dudoso peligro reservada,
Un infante parió muy lindo y bello,
Con un lunar gracioso en medio el cuello.

Arcaon, que la ruina habia sabido
Que Babilonia por Florando espera,
Y que el último amparo de su nido
Aquel infante tierno solo era,
En forma de hipogrifo revestido
Viene, rompiendo el aire su carrera,
Y abatidas las alas á la tierra,
Con el infante su remedio afierra.

La temerosa Infanta, al mónstruo viendo,
Cayó en el suelo con mortal desmayo,
Y el dragon con el niño va corriendo
Tan veloz y ligero como rayo;
Furioso le va el Príncipe siguiendo,
Forzando á la carrera al fuerte bayo,
Y poco el hipogrifo se adelanta,
Por apartarle mucho de la Infanta.

Mientras le va siguiendo presuroso,
Las hijas de Aqueronte el mago envia
A privar al cretense de reposo,
Robando su robada compañía;
Y con su encantamento poderoso
Las manda que con mucha cortesía
Lleven á Satirina sin tardanza
Al castillo cerrado de Ajaranza.

Y viendo ya cumplido el mandamiento,
En vuelo se levanta presuroso,
Rompiendo el aire con su movimiento,
Y al Príncipe le deja temeroso;
Y mas ligero que el ligero viento,
En Babilonia puso el niño hermoso
En poder del Soldan, de quien la fama
Desde el un polo al otro se derrama.

Quedó el cretense príncipe admirado
Con el nuevo y tristísimo suceso,
Y á Satirina vuelve con cuidado,
Casi perdido de dolor el seso;
Pero al lugar do la dejó llegado,
Que era á la entrada de un jaral espeso,
No la hallando, acá y acullá vuelve,
Y todo lo remira y lo revuelve.

Como suele el solícito montero
Andar buscando la escondida caza
Por una parte y otra muy ligero,
Que en nada se detiene ni embaraza,
Y por lo mas espeso va primero,
Y las revueltas matas desenlaza,
Así con gran cuidado y mucha priesa
El Príncipe buscaba á la Princesa.

Por montes muy solícito camina,
Por desiertos, poblados y altas sierras,
Buscando á la acidalia Satirina,
Pisando por hallarla varias tierras;
No mira de su reino la ruina,
Las batallas sangrientas y las guerras;
Que al fin, como el amor Cupido es ciego,
Ciega al que toca con su jara ó fuego.

Andando desta suerte con fatiga,
Rasgando el cielo con suspiros vanos,
Perdido por hallar á su enemiga,
Se le vino Florando entre las manos;
Y pídele el cretense que le diga
Si ha visto acaso por aquellos llanos
Una bizarra dama en traje dacia,
Y en la belleza y el donaire tracia.

Oyendo esto, Florando luego al punto
Descubre el rostro, alzada la visera;
Mas Rosicleo, viéndole tan junto,
Ni quiere su respuesta ni la espera;
Antes va sin color, como difunto,
El caballo revuelve á la carrera,
Y en cuanto corre, mas le va apretando,
Que no se contentara de ir volando.

Con ligero tropel Florando parte,
Al temeroso Príncipe siguiendo,
Y con furor de belicoso Marte,
«¡Traidor, traidor, espera! va diciendo;
¡Espera, infame, espera á desculparte!
¿Adónde, engañador, te vas huyendo?
Que no te librará poder humano
De la justa venganza de mi mano.

»¡Traidor! ¿qu'es de la fe y el juramento
Que en esta mano y esa espada hiciste?
¿Adónde está aquel largo ofrecimiento
Con que tantos favores ofreciste?
Espérame, traidor, que pues tu intento,
Quebrando la palabra, tú cumpliste,
Yo causaré tu vergonzoso daño;
Traidor, espera; prueba si me engaño.»

Florando va con su veloz caballo
Al desdichado príncipe alcanzaba,
Por no poder al suyo meneallo,
Que con el grueso aliento se ahogaba;
Y aunque con dura espuela de hostigallo
Un punto ni momento no cesaba,
Era tan sin sazon y sin concierto,
Como pedir tributo á moro muerto.

El Príncipe, que ve su fin violento,
Por ser tan imposible el escaparse,
Forzado de vergüenza y corrimiento,
El propio cruda muerte quiso darse;
Mas cálale Florando el pensamiento,
Y antes que tal pudiese ejecutarse,
Llega, y le tira con tan poco duelo,
Que sin sentido le estampó en el suelo.

No le hubo el merecido golpe dado,
Cuando asoma corriendo con gran priesa,
Gritando, un caballero todo armado,
Envuelto en polvo como en nube espesa;
Y contra el castellano apresurado,
Que ya le espera con la lanza gruesa,
Diciendo: «Afuera, afuera, tate, tate,»
Llega, batiendo siempre el acicate.

Y mostrando valor y gran pujanza
Aquel no conocido caballero,
En Florando rompió la fuerte lanza,
Aunque no le pasó del duro acero;
Y luego con la espada se abalanza,
Haciendo en él dos golpes tan ligero,
Que corrido de verse así agraviado,
Arremetió, del Príncipe olvidado.

Y con espesos golpes presuroso,
Que allí le tira de una y de otra parte,
Á su pesar, con término afrentoso
Retira al que juzgaba ya por Marte;
Y creciendo su ardor y esfuerzo honroso,
Le fuerza á que con priesa dél se aparte;
Pero, aunque el caballero así huia,
Hacer que le siguiese pretendia.

Con ligereza presta como viento,
Labrando á su caballo los costados,
El castellano va en su seguimiento
Por unos asperísimos collados;

Aunque estorbaba mucho al movimiento
La espesura y los árboles cerrados,
Que asidos unos á otros, se enredaban,
Y con estrechos ñudos se enlazaban.

Por bajo de una peña socavada,
De espesas matas y árboles cubierta,
Le vió calar á pié por una entrada
Que por la mesma peña estaba abierta;
Y con una intencion determinada
Entra y le sigue por la angosta puerta,
Sin poner en la entrada duda alguna,
Que ya ni teme hado ni fortuna.

Por un callejon pasa tan obscuro,
Que el cáos Cimerio obscuro no era tanto,
Y alegre va por él y tan seguro,
Que no le causa turbacion ni espanto;
Antes con ánimo invencible y puro
Piensa llegar al reino del quebranto,
Entrando hasta el centro de la tierra,
Y oprimir á Pluton con cruda guerra.

Mas quiérole dejar en este paso,
Corriendo tras su próspera ventura,
Dada del cielo no por suerte ó caso,
Aunque la sigue por la cueva escura;
Y á Rosicleo me voy, que, yerto y laso,
Derribado en la tierra helada y dura
Por la fuerza mortal del accidente,
Ni le muestra con quejas ni le siente.

Mas, como no tuviese tal herida
Por do hallase en él la muerte entrada,
Retuvo la dudosa y triste vida,
Y fué cobrando aliento confortada;
Y así, al antiguo ser restituida,
La cerviz temerosa levantada,
Miraba por el campo á ver si via
A quien en tal estado le tenia.

Cual la seguida liebre temerosa,
Cosida toda con la dura tierra,
Que de los cazadores sospechosa,
Entre la yerba y surcos se sotierra;
Y aun viéndose ya libre, recelosa,
Teme en la paz la turbadora guerra,
Y con recelo la cabeza vuelve,
Pensando que el montero allí revuelve.

El desgraciado Príncipe así estaba
Sobre el frígido, seco y duro suelo,
La vista á todas partes derrámaba,
Fatigado de tanto desconsuelo;
Y medio levantado allí escuchaba,
Andando poco á poco con recelo,
Hácia el caballo el paso enderezando,
Que de la fresca yerba está gustando.

La verde yerba y bullidora hoja,
Del delicado viento sacudida,
Ser el duro enemigo se le antoja,
Que le tiene su muerte apercebida;
Y así, con esta mísera congoja
La rienda del caballo tiene asida,
De solo aquel temor embarazado,
Que de manos y piés le tiene atado.

En el caballo sube, aunque afligido,
Y á cada paso se detiene y pausa,
Que de cualquier bullicio ó resonido
Atento mira con temor la causa;
Mas no quiero pasar así en olvido
Lo qu'es razon y sinrazon nos causa;
Y así, doy fin al canto, porque pueda
Decir destos contrarios lo que queda.

CANTO VIII.

Vuelve en sí Rosicleo. Sin mas detenerse se va á Creta. Da muerte Constantina al rey Daciano, y un jabalí se la da á ella. Encuéntrala muerta Ibero, sobrino del Rey, y sácale un niño del vientre con vida, y dale á criar en Dacia. Florando entra tras el caballero en la cueva de la sábia Arcaba, y cuéntase lo que en ella habia.

Oh muro inexpugnable, muro fuerte,
Defensa de la vida y trato humano,
Muro que al tímido en audaz convierte,
Y en robusta y feroz la flaca mano;
Muro de gran valor, caudal y suerte,
Muro divino, muro soberano,
Razon á quien el mundo se subjeta,
Como á reina y virtud la mas perfeta.

Esta los fuertes ánimos oprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Temor helado en su contrario imprime,
Y á duro yugo y sujeccion le fuerza;
Adversidad en contra la redime,
A la incierta opinion la pone fuerza;
Y al fin, es tan constante y tan suprema,
Que siempre da temor sin que ella tema.

Al contra sin razon inhabilita
De fuerza, de poder, de honor y fama,
El bélico furor ardiente quita,
Y á deshonor perpétuo al hombre llama;
Borra el sentido, el discurso evita,
Y corta á veces del vivir la trama;
Ejemplo en el cretense aquí tenemos,
Y en muchos que en historias otras vemos.

Pues siendo caballero valeroso,
Le puso la razon de su contrario,
Y propria sinrazon tan temeroso,
Que aun teme, estando ausente, á su adversario;
No es parecer fingido ni dudoso,
Sino seguro, cierto y ordinario,
Que la razon anima y fortalece,
Y su falta acobarda y entorpece.

Huyendo Rosicleo, como dije,
Iba temiendo con forzosa pena,
Que sin alivio alguno su alma aflige,
Porque al oido su contrario suena;
Y aunque le da el temor gritos que aguije,
El mesmo le detiene y encadena;
Que como los espíritus acorta,
La sangre hiela y el aliento corta.

Andando por la playa en la ribera,
Atado vió un batel, aunque pequeño,
Y luego salta dentro, que no espera
Licencia de remero ni de dueño;
Y abriéndole Neptuno la carrera,
Y Eolo quitando al cielo el ceño,
Camina, con el remo el mar batiendo,
El agua en blanca espuma convirtiendo.

Seguro contemplaba ya su estado,
Y los pasos por donde le ha traido,
Y halla que pudiera haber llegado
A mucho mayor daño que el tenido;
Al fin, al caro nido ya llegado,
Y puesto á su cuidado fin y olvido,
El reino apaciguó la real presencia,
Ya casi amotinado por su ausencia;

Donde quieto, libre y con sosiego
Quede algun tiempo; porque me es forzoso
Contar de Constantina y el rey ciego
El duro fin funesto, doloroso;
La cual, sin apartar el amor ciego,
Que siempre la apartó de su reposo,
Sola fué con el Rey á una floresta,
Para pasar del sol la ardiente siesta.

Estaba en ella de agua dulce y clara
Una agradable fuente muy vistosa,
Cuyo artificio y obra bien declara
Ser entre los vivientes milagrosa;
Porque el ingenio humano y la arte rara
Imposible es hacer tan bella cosa;
Mirtos y cinamomos la cercaban,
Que entrar del sol los rayos estorbaban.

Allí, sentados sobre la verdura
Mientras el importuno sol pasaba,
Gozaban de la sombra y la frescura
Y el agua que corriendo murmuraba;
Pero el incierto bien, que nunca dura,
Su veloz movimiento apresuraba,
Trayendo el mal tras sí por su vecino,
Que es cierto y mas durable de contino.

El Rey, de grave sueño fatigado,
Poniendo sus cuidados en olvido,
Encima de las faldas recostado
De Constantina, se quedó dormido;
Ella, qu'el tiempo vió tan deseado,
Y que ocasion la frente le ha ofrecido,
Para venganza del forzoso hecho,
Con un puñal le pasó el blanco pecho.

Con la rabia y congoja de la muerte
Hiere consigo el Rey la tierra dura,
Llamando *Constanti*, qu'el *na*, mal fuerte
No dejo pronunciar su desventura;
La roja sangre que del pecho vierte,
Mudando en otra forma su figura,
Vuelve de su color las florecillas,
Antes azules, blancas y amarillas.

Mas viendo Constantina el fin violento
Que por su propria mano fué causado,
Ya no quisiera haber su crudo intento
Con tan crudo rigor ejecutado;
¡Oh, como es cierto el arrepentimiento
Cuando es arrepentirse ya excusado,
Y conocer el mal, la pena y daño,
Cuando llega ya tarde el desengaño!

Mas desfogando el afligido pecho,
Rompiendo con suspiros aire y cielo
(Como suelen hacerlo sin provecho
Cuando tienen causado injusto duelo),
De allí se aleja por el monte estrecho
Con temeroso y femenil recelo,
Imaginando ver á Rosicleo,
Si el hado no estorbase su deseo.

Pero el cielo, de lástima movido,
Quiriendo se acabase ya el engaño
Con quien muriendo siempre habia vivido,
Lo quiere remediar con otro daño;
Que en respecto del daño padecido,
Era descanso, bien y desengaño,
Pues con él todo el daño se acababa,
Y el engañoso ardor que la engañaba.

Andaba á caza por el monte Ibero,
Sobrino de Daciano valeroso,
Siguiendo un jabalí cerdoso y fiero,
Herido de un venablo riguroso;
Mas fué con mortal ansia tan ligero,
Que Ibero le perdió, y así, furioso,
A Constantina encuentra, y el castigo
La dió de tanta fe con su enemigo.

Los agudos colmillos afilados
El pecho alabastrino y tierno hienden,
Abriendo sus entrañas y costados,
Y el rostro con crueldad tambien ofenden;
Rasgan los bellos miembros delicados,
Y por el suelo con furor los tienden,
Dejando su belleza ya deshecha,
Y su blanca figura sangre hecha.

Llega Ibero corriendo á toda priesa,
Siguiendo al jabalí por las pisadas,
Y esta dama halló en la selva espesa,
Hecha piezas divisas y apartadas;
La compasion el alma le atraviesa,
Viendo aquellas mejillas ensuciadas,
Y las ventanas del nevado pecho,
Qu'el corazon descubren, piezas hecho.

Conoce ser la bella Constantina,
Que su color volvió en mortal trasunto,
Y el rostro con dolor al suelo inclina,
Pálido, sin vigor, como difunto;
Mira su rostro, que era rosa fina,
Los ojos, boca, frente, y todo al punto
Lo limpia de la tierra y sangre helada,
Que por mil partes la tenia cuajada.

Con dolor insufrible, cruel, insano,
Parte por parte toda la miraba,
Y por una herida vió una mano,
Que por salir del vientre forcejaba;
Ibero, enternecido, como humano,
Del lastimoso caso que miraba,
Con un puñal abriendo la herida,
Un tierno niño le sacó con vida.

«¡Ay Daciano, rey y señor mio!
Dice, si aqueste caso tú supieses,
Yo entiendo cierto, bien amado tio,
Que sufrir lo que sufro no pudieses;
Y de tu amor y tu firmeza fio
Que, con sentir yo tanto, mas sintieses;
¿Quién llevará, Señor, tan triste nueva,
Pues tengo ya de tí notable prueba?»

El niño tierno cubre con su manto,
Y lágrimas con pena y ansia vierte,
Moviendo los peñascos á quebranto,
Y á que sientan con él tan triste muerte;
Los cuales, imitando el triste llanto,
Su triste acento forman de una suerte,
Echando por el aire á las parejas
Los suspiros, las lástimas y quejas.

Con un puñal abrió una sepultura,
Ablandando con lágrimas la tierra,
Dura en la vida y en la muerte dura
A aquella triste que en su seno encierra;
Luego tomó en los brazos la criatura,
Y bajando la halda de la sierra,
A Dacia la llevó, do regalada,
Sin descubrir el cúyo fué criada.

Despues que el fin funesto fué sabido
Del rey tan desgraciado Daciano,
En su lugar Ibero fué admitido,
Por ser hijo legítimo de hermano;
Al niño como el gran Scipion nacido
Le pusieron por nombre Iberiano;
Pero quédense aquí; que me es forzoso
Ir al fuerte Florando valeroso.

Caminaba Florando por la cueva
Sin temor, como dije, y sin recelo,
Dando de su valor bastante prueba,
Cubierto todo de nocturno velo;
Y muy adentro, como cosa nueva,
Descubrió claridad y luz del cielo,
Y á los piés añadiendo mayor priesa,
Halló una selva de arboleda espesa.

A todas partes mira cudicioso,
A ver por dónde huye el caballero;
Pero una voz le dijo: «Valeroso
Florando de Castilla, gran guerrero,
Sosiégate, recibe ya reposo,
Que no hay aquí necesidad de acero;
Templa el ardor del encendido pecho,
Pues fortuna procura tu provecho.

»No cures ya, Florando, de buscarle
Al caballero con quien batallaste;
Seguro puedes, sin temor, dejarle;
Basta la gloria que con él ganaste;
En vano procurabas alcanzarle,
Mas lo que no pensabas alcanzaste;
Yo soy de Mogorgon, camina, acaba,
Que esto ordenó para tu bien Arcaba.»

Aquí acabó; mas porque suficiente
Como aquí es necesario no me siento,
Abridme, oh sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento;
Porque con expedida y elocuente
Voz cante, y con sonoro movimiento,
Lo que en la cueva de la sabia Arcaba,
Gran mágica adevina, habia y estaba.

Tiembla la pluma del temor que cobra
La mano y corazon en este paso,
Que el tiempo falta y el subjeto sobra,
Y mi cansado aliento va tan laso,
Que aunque quiera ser largo en esta obra,
Quedaré falto, corto, atrás y escaso,
Porque contar lo que la cueva incluye,
Contarlo lo deshace y desminuye.

Estaba el ancho bosque rodeado
De una peña muy alta levantada,
Donde el poder entrar es excusado,
Que de una y de otra parte está cortada;
Así fué por la sábia fabricado,
Y por ella á Florando puerta dada,
Y porque á todo el mundo está encubierta,
La llamó cueva, pero al cielo abierta.

Allí estaban gosipios y carpinos,
Lentiscos, aspalatos, almendrales,
Brocones, cipros, bétulas, espinos,
Filuras, filodendros, madroñales,
Anonimos, sarifas, tejas, pinos,
Bruscos, copisas, ébanos, servales,
Genistas, terebintos y cirisos,
Briones y brasiles y copisos.

Habia excelsos plátanos y cedros,
Pinastros, robles, bujos, tejos, cinas,
Ramosas hayas, acres, ojicedros,
Castaños, cedralatas y sabinas,
Alcornoques, cotinos, tedas, nebras,
Acebuches amargos, jara, encinas;
Formando todos una selva horrenda,
Casi enlazados por la angosta senda.

En esta espesa selva habia leones,
Sueltos pardos, trajélafos, panteras,
Onzas, alces, stingas y dragones,
Horribles leucrocutas y otras fieras,
Semifaros crueles y eneumones,
Tricornes, bueyes, ájines ligeras,
Aufesbenas de tal naturaleza,
Que á cada extremo tiene su cabeza.

Aspides amarillos venenosos,
Yaculos, crocodilos, fuertes tigres,
Nabimes, basiliscos ponzoñosos,
Voladores pegasos, osos, tibres;
Sincos, rinocerontes poderosos,
Linces de aguda vista, cefos libres,
Cerastes de ocho cuernos coronadas,
Donde mueren las aves asentadas.

Prestos grifos de suma ligereza,
Lobos y catoplepas ponzoñosas,
Que siempre traen bajada la cabeza,
Y son cual basiliscos venenosas;
Bonasos, á quien dió naturaleza
Ardor que abrasa las heladas cosas,
Víboras, que su parto se acercando,
Con él pierden la vida, reventando.

Elefantes valientes y guerreros,
Cercolitecos, boyas, camaleones,
Toes, tarandos, puercospines fieros,
Erináceos, musimonos, tejones,
Monacerotes, búfanos ligeros,
Bisontes, unicornios, licaones,
Crocutas y mantichoras, serpientes
Furiosas, con tres órdenes de dientes.

Caballos y camellos, lutras tardas,
Cabras monteses, ciervos, steliones,
Gamos, canes, raposas, simias, bardas,
Liebres, conejos, histrices, hurones,
Fales, comadrejas, nutras pardas,
Culebras, mil reptiles y eslabones,
Algalicos, paules y monteses,
Lanífero ganado y gruesas reses.

Y afuera desta selva habia plantados
Lignáloes y bálsamos hermosos,
Crespas, mirras y sándalos preciados,
Cinamomos y hebenos olorosos;
Galvanes altos, turos encumbrados,
Lotos, abetos, nardos caudalosos,
Y ciprias tan copiosas en el fruto,
Que de tres á tres meses dan tributo.

Albarcoques, duraznos y nogales,
Membrillos, azufaifos, avellanos,
Melocotones, mísperos, morales,
Frescos cerezos, guindos y manzanos,
Albérchigos, cermeños y parales,
Ofreciendo sus frutas en las manos,
Higueras y ciruelos y granados,
Y olivos á Minerva dedicados.

Aquí estaba la fénix que en el suelo
Es sola, y abrasándose renace,
Presurosos troquilos, cuyo vuelo
Al águila temer su fuerza hace;
Lúcidas, que el nocturno negró velo
Su resplandor aparta y le deshace;
Pelícanos, que pierden sangre y vida,
Por darse á los hijuelos en comida;

Soberbios avestruces espantosos,
Con miembros de diversos animales;
Cisnes, que con acentos dolorosos
Su muerte anuncian y cercanos males;
Voladores neblíes presurosos,
Herodios de oro, águilas caudales,
Arpías hambrientas, en el rostro humanas,
Pluviales gruesas, de comida vanas;

Grullas, que con formados escuadrones,
Guardando el órden, por el aire vuelan,
Y evitando del mal las ocasiones,
Mientras duermen las unas, otras velan;
Grandes buitres, falérides, clonones,
Cotocabras, que en hurtos se desvelan,
Cigüeñas, estordenchas, cogujadas,
Mierlas, que son en la vejez moradas;

Pitos verdes, de picos acerados,
Que en los duros troncones hacen nidos,
Trinúngulos tan fuertes y esforzados,
Que son de grandes pájaros temidos;
Verdes abejorucos y pintados
Ollifragos, que á lástima movidos,
Los tiernos pollos con piedad amparan,
Que probados, las águilas disparan;

Troquilos, francolines, diomedeas,
Aves del paraíso de colores,
Avutardas y garzas, ocloreas,
Ibes, cortegas, lágopos, azores,
Caidas y natarañas y luteas,
Argatilas, escopes voladores,
Melámpodes, trógopos, cuervos calvos,
Patos, triorchos, alcatraces albos;

Alcione, que en medio del mar verde
Para sacar su cria el nido ordena,
Y hace que Neptuno se concuerde
Con Eolo y el tiempo así serena;
Tórtolas, que si alguna acaso pierde
La compañera, siente tanta pena,
Que andando siempre sola, lo declara,
No bebiendo jamás el agua clara;

Bulpánsares y crotos poderosos,
Cornudos tragofánades fieros,
Gallos lozanos, en luchar furiosos,
De quien huye el leon con piés ligeros;
Papagayos preciados y vistosos,
Tordos, picazas, lágopos parleros,
Avechuchos, egiptos, gaviotas,
Flamencos, oropeines, paviotas;

Doradas incendarias y pavones,
Aves celestes, ánades, pirales,
Arábicas, seleuces, calamones,
Arpas marinas y cáudones reales;
Oropéndolas, ánsares, falcones,
Crugias, palomas, escopes, sanguales,
Cuervos, milanos, crivias, gavilanes,
Pelecanas, gornejas y faisanes;

Cencramos y capachos cautelosos,
Eritacos, perdices y caudones,
Autillos, cinamulgos presurosos,
Mochuelos, golondrinas, aviones,
Uncos, bencejos, en volar furiosos,
Agoreras, oscives, gorriones,
Estorninos, vitores, neverillas,
Numídicas, trigueros y abubillas;

Aves nocturnas, que del claro dia
La luz su vista impide y embaraza,
Y las insectas que natura cria,
Y de animales varios varia caza;
Mónstruos tambien, de quien jamás podria
Contar los nombres, la figura ó traza,
Y cuanto se produce en este suelo,
Medio el influjo y disponer del cielo.

Perdido allí el furor de su natura,
Las aves, animales y serpientes
Andaban por la selva y la verdura
Como mansos corderos inocentes;
Allí gozan sin guerra de frescura,
Ni se acuerdan del cuerno, garra ó dientes,
De quien con impiedad furiosa usaban
Cuando del natural sentir gozaban.

En medio de la alegre selva estaba
Una vistosa casa suntuosa,
Que el ánimo y la vista recreaba
Su soberbio edificio y obra hermosa;
El sol hiriendo allí, reverberaba,
Y así, resplandeciente y luminosa,
Despedir de sí fuego parecia,
Segun los claros rayos ofrecia.

Los altos capiteles empinados,
Que parecia llegar al alto cielo,
En poderosas torres fabricados,
Impiden de la noche el negro velo;
Los largos ventanajes concertados
Provocan á contento y á consuelo,
Y las rejas azules y doradas,
Con doradas cubiertas adornadas.

Allí en jardines dignos de contento
Los siempre verdes árboles estaban,
Formando con sus hojas un acento
Tal, que á lascivo gusto provocaban;
Bate en el lauro, palma y mirto el viento,
Y en los naranjos, que se regalaban
Con un blando meneo allí enlazados,
Por brazos con las ramas abrazados.

Una fuente en cualquier jardin habia,
Que con el agua della se regaba,
Y cruzando á cien partes discurria,
Y oculta entre la yerba murmuraba;
De flores todo el suelo se cubria,
Con quien la vista allí se recreaba,
Como lirios, jazmines y mosquetas,
Azucenas, claveles y violetas.

Andaban muchos pájaros con priesa
Revolando en los árboles copados,
Uno vuela tras otro, y atraviesa
Saltando aquí y allí, y á todos lados,
Con un juego y placer que nunca cesa,
Todos de mil colores matizados,
Y arpando el pico, hacen armonía
Con suavísima y dulce melodía.

Cerca la casa un brazo de agua clara,
Por blancas pedrezuelas resbalando,
Que al mas falto de sed se la causara,
Su murmurar y risa contemplando;
Y sin mostrarse allí natura avara,
Andaban pececillos mil saltando,
Limpiando el agua de lo inmundo della,
Por conservar el tiempo de tenella.

Estaba acompañada la ribera
De entretejidos árboles hojosos,
Haciendo sombra por cualquier ladera
Los alisos y fresnos deleitosos,
Alamos, chopos siempre en primavera,
Tarayes, salces, olmos caudalosos,
Leves saucos, cañas que temblando
Están unas con otras murmurando.

Suena allí la calandria y filomena
Con un sonoro y entonado acento,
Y el canario tambien el canto ordena,
Suspendiendo su música el aliento;
El presto verdecillo á veces suena,
El silguero y pardillo dan contento,
Y el verderon, la mirla y otros aves,
Con voces regaladas y suaves.

En una plaza que á la puerta habia,
De cadenas y mármoles cercada,
Seis ninfas en alegre compañía
Estaban, y una dueña respetada;
Esta en la mano con desden tenia
Una ñudosa vara plateada,
Y mucha gravedad en sí mostrando,
Salió al encuentro luego de Florando.

Con blancas telas de oro bien compuestas
Vienen las ninfas bellas y curiosas,
Frescas guirnaldas olorosas puestas,
Entretejidas con purpúreas rosas;
A su señora Arcaba sirven prestas,
Su voluntad cumpliendo cudiciosas,
Que iba de roja púrpura vestida,
Con anchas franjas de oro guarnecida;

Y con muestra agradable y amorosa
Llega á Florando, que con gran contento
Y cortesana plática graciosa
Hizo su entrada, salva y cumplimiento;
Tambien con dulce voz la poderosa
Arcaba, estando ya Florando atento,
Despues de recebille y saludalle,
De aquesta suerte comenzó á hablalle:

«Clarísimo Florando, en quien derrama
El cielo cuanto bien conoce el mundo,
Como la luz declara de la llama
De ese valor en que el subjecto fundo;
De quien la voladora y presta fama
Sube el eterno nombre sin segundo,
Y en quien solo, y no en otro, la natura
Igualó al pensamiento la pintura.

»Por el favor á Claricesa hecho
Os estoy tan deudora y obligada,
Que si pudiere ser de algun provecho
(Que sí podré, pues sé vuestra jornada,
Y todo lo que encierra aquese pecho,
Y de la prenda con traicion robada),
Por sacaros de pena y descontento
Al reino obscuro causaré tormento.

»Que, pues que defendistes mi sobrina
Con ese fuerte brazo y su pujanza,
Razon es muy bastante, justa y dina
Que arroje mi poder por vos su lanza;
Bien sé que vais buscando á Safirina;
Tened reposo y firme confianza,
Pues solo á vos concede el alto cielo
Toda la gloria de que goza el suelo.»

Oyendo esto Florando, está admirado,
Mas respondiendo al dulce ofrecimiento
Con el aspecto alegre y mesurado,
Dice con gravedad, sin movimiento:
«De todo punto sé que estoy privado,
Sábia señora, de merecimiento;
Mas pongo lo que á vos debeis por paga,
Con que tan gran merced se satisfaga.

»Que lo que mi valor insuficiente,
Por ser supremo el bien, pagar no puede,
Vuestra virtud, como mi pecho siente,
Hará que paga igual á la obra quede;
Que una merced tan rara y excelente
El humano poder y fuerza excede,
Y aunque yo os sirva en todo cuanto pueda,
La deuda en su vigor y fuerza queda.»

Arcaba, de Florando así pagada,
De la mano le asió con gran contento,
Y llegaron parlando á la portada,
Curiosa en artificio y ornamento;
De alabastro finísimo es labrada,
Y en ella habia figuras que no cuento,
Pero encima del arco, lo primero,
En un escudo estaba este letrero:

«No se detenga aquí quien verme alcanza,
Procure eternizar su brazo y lanza.»

Arcaba con alegre voz serena
Despidió la virgínea compañía,
Y á Florando le dijo: «Pues tu pena
Te priva de contento y alegría,

Sígueme sin temor; que lo que ordena
El cielo en tu desgusto ó alegría
Sabrás por mis palabras y conjuro,
Con que oprimo y quebranto el reino oscuro.

»Despues podrás gozar con mas contento
De ver en mi morada algunas cosas;
El ánimo apercibe y sufrimiento
Para ver mil señales espantosas;
Aunque tu gran valor, virtud y aliento
Es tal, que las tendrá por deleitosas,
Y el trance temeroso, horrible y duro,
Por llano, sin peligro y mas seguro.»

Sin detenerse á ver la gentileza
De la vistosa y agradable casa,
Por una larga sala y otra pieza
Arcaba con Florando presto pasa;
Y en un jardin, cubierta la cabeza,
Se pusieron los dos sobre una basa,
Cercada con un cerco bien estrecho,
Y luego echó la voz del flaco pecho,

Diciendo: «Gran Pluton, que el reino obscuro,
Dado por suerte, con soberbia riges,
Y en la ciudad de diamantino muro
Los condenados con tormento afliges;
El carro deja y el azote duro,
Que para ceptro entre tu gente eliges;
De tus caballos el correr suspende,
Y con tus furias á mi voz atiende.

»Soberbio Cancerbero, que las puertas
Guardas del cruel Cocito, y con ladrido
Las legiones indómitas despiertas,
Haciéndolas temer con el aullido;
Deja las almas por tus manos muertas,
Y el ardiente lugar tan encendido;
Que no hay violencia que su fuerza quite,
Ardiendo pez, resina y alcrebite.

»Viejo Caron, barquero presuroso
De la laguna Estigia y lago Averno,
Y de aquel Flegetonte cenagoso,
Con las demás corrientes del infierno;
De Mogorgon, que del dolor rabioso
Fuiste principio en el Tartáreo eterno,
Eaco bravo, Minoc y Radamanto,
Jueces tristes del perpétuo llanto.

»Gion, atado á la voltaria rueda,
Sísife, del trabajo cruel cansado,
Tú, Tántalo, que el agua se te veda,
Por mas que della estés necesitado;
Y tú, Ticio, que un águila se ceba
En tu sangre, rompiéndote el costado,
Quimera rigurosa, arpías ligeras,
Scilas biformes y dolencias fieras.

»Hécate, de Pluton arrebatada
Por el desprecio contra Vénus hecho,
Que de amarillos áspides crinada
Estás, con mil culebras en el pecho;
Rompe la cárcel en el centro dada
Desta tierra, que piso á tu despecho;
Todos salid, temed mi voz horrible,
Que os heriré con luz aborrecible.»

Con esto un velo negro el cielo cierra,
Todos los elementos se alteraron;
El aire brama, treme allí la tierra,
Los montes se encogieron y apretaron;
Hízose un cáos y confusa guerra,
Y unas nubes con otras se juntaron,
Echando de sí humo, llama y fuego;
Y viendo aquesto, Arcaba dijo luego:

«Legion soberbia, hórrida y furiosa,
Habitadora del imperio obscuro,
Oid la voz de Arcaba poderosa,
Una, dos y tres veces os conjuro;
Y tú, Hécate, responde presurosa,
Si no quiés que á tu reino rompa el muro,
A lo que yo sé ya muy claro y cierto,
Porque no esté Florando de ello incierto.

»Hécate negra, si diré me di.—Di.
¿La infanta Safirina dura?—Dura.
¿Y podrála hallar Florando así?—Sí.
Y en tanta ausencia ¿qué procura?—Cura.
¿Vístela tú llevar como la vi?—Vi.
¿Y tiene en su prision frescura?—Escura.
¿Ese dolor aun la traspasa?—Pasa.
¿Y si el perdido amor la abrasa?—Asa.

»¿No está en el fuerte encanto de Ajaranza
La infanta bella? Da respuesta. — Puesta.
¿Puede tener Florando confianza
Que alcanzará ventura presta?—Esta.
¿Quítasle en otras cosas la esperanza,
O dasla en todo manifiesta?—Fiesta.
¿Fiesta dices? ventura tiene harta;
Pues siendo cierto, tú te aparta.—Parta.

»Basta, y tornad ya, furias infernales,
A vuestro eterno y triste alojamiento,
Sin ser causa de horror á los mortales
O de alguna ruina ó perdimiento;
Mirad que vengaré con luz sus males,
Metiéndola en el reino del tormento;
Que por mi sciencia tengo ya en la frente
Lo que está por venir como presente.»

Luego los alterados elementos
Su movimiento fueron aplacando,
Y los desenfrenados bravos vientos
Se fueron poco á poco retirando
Hácia sus cavernosos aposentos,
Y las obscuras nubes apartando,
Dejaron tan sereno y claro el cielo,
Que tornaron alegre todo el suelo.

Luego le dijo Arcaba muy contenta:
«Pues esta relacion aquí has oido,
Desecha ya el dolor que te atormenta,
Porque el bien que procuras no es perdido;
Y aunque peligro ofrece, mayor cuenta
Te pienso dar de la que dada ha sido;
Mas vamos á comer, que la hora llega,
Y entiende que fortuna nada niega.»

Pasan un patio de notable anchura,
En la traza y labores suntuoso,
Todo de piedra cristalina pura,
Que estaba como claro sol lustroso;
Era cada coluna una figura,
Con las cuales estaba tan curioso,
Que cierto su primor y su arte excede
Lo que fingir el pensamiento puede.

Entraron á una sala tapizada
De riquísimas telas de brocado,
De jaspe verde toda ladrillada,
Y el cielo della de marfil labrado;
Hallaron la comida aderezada,
Y allí las ninfas cuyo fué el cuidado;
Luego á la mesa entrambos se pusieron,
Donde con mil manjares los sirvieron.

Y despues de comer con gran contento,
A la sala de amor entraron luego,
Donde estaban aquellos que el tormento
Sufrieron de Cupido y de su fuego;
Allí estaba el sepulcro y aposento
De los de Teruel, que al niño ciego
Acrecientan el triunfo, fama y gloria,
Y Arcaba destos le contó la historia.

Mas, con el bajo tono que ahora llevo,
No es razon que tan grande cosa cante,
Que es menester cobrar aliento nuevo,
Y para tal historia voz pujante;
Tambien porque á contarla no me atrevo
Sin invocar favor aquí importante;
Y así, para el siguiente canto pido
Se me preste, y con él atento oido.

CANTO IX.

Cuéntase la celebrada historia de los amantes de Teruel, Marcilla y Segura, y otras amorosas cosas. Sabe Florando donde está la infanta Sabrina, y cómo la ha de sacar; dase principio á los amores de don Leonido y Aureliana, hija del soldan de Babilonia.

Hermosas damas, que de amor heridas,
Estáis con flecha aguda lastimadas,
A su poder subjetas y rendidas,
Siempre en sus pensamientos ocupadas,
Y por su vivo fuego divertidas,
Andais sin libertad, apasionadas,
Venid, y aquí veréis en esta historia
Viva fe que fijeis en la memoria.

Ejemplo para amar podrá tomarse,
Con tanta perfeccion jamás oido;
No puede al de Camila compararse,
Ni al de Sulpicia ni fenisa Dido,
Ni tanto el de Lucrecia celebrarse,
Por mas amor que tuvo á su marido,
Ni el de Tisbe ni Porcia, Fulvia ó Clelia,
Penélope ni Alcéstes ni Cornelia.

Cese el dañoso hablar y el ejercicio
De las mordaces lenguas venenosas,
Cese de disfamar el torpe oficio,
Que ofende á las mujeres virtuosas;
Cese de Delion y Climeo el vicio,
Y cierren ya sus bocas engañosas,
Pues vemos del amor tan gran firmeza
En la bella Segura, y fortaleza.

Que desde la niñez, edad sencilla,
Seguros de malicia y de entendella,
El amor en Segura y en Marcilla
Creció como en la yesca la centella;
Y aquella firme fe, sin descubrilla
El infante amador ni la doncella,
Siempre fué ventilando el blando fuego,
Como se mostrará adelante luego.

Dos casas los amantes habitaban,
De una pared delgada divididas,
Juntos cuando pequeños siempre andaban,
Las manos, voluntades y alma asidas;
De puro amor hermanos se llamaban,
Poniendo en una vida las dos vidas;
Así en amor y edad fueron creciendo,
Nuevos efectos cada dia sintiendo.

Hízose al fin Segura hermosa y bella,
Y cuadrábale el nombre de Segura,
Pues hubo tal firmeza siempre en ella,
Que en todo siempre fué su fe segura;
A la mas viva y refulgente estrella
La quitaba la luz con su luz pura;
Que su rostro era sol acá en el suelo,
Bastante á competir con el del cielo.

Tambien Marcilla, noble caballero,
Gentil hombre, discreto y cortesano,
Mas no tan hacendado de dinero
Como Segura, y es porque su hermano,
Que fué en la línea y sucesion primero,
Le ganó el mayorazgo por la mano;
Pero de entrambos el amor suplia
La falta de riqueza en quien la habia.

Estando en juvenil edad florida,
El encubierto amor tan ventilado
Del padre fué sentido, y recogida
La que aun apenas conocia su estado;
Con esta ausencia la mortal herida,
Viéndose el uno de otro así apartado,
Se enconó, y la sintieron de tal suerte,
Que no sintieran tanto acerba muerte.

Crece de amor la llama, crece el fuego,
Crece el dolor, la pena y el cuidado,
Crece y augméntase el desasosiego,
Viéndose cada cual de sí apartado;
Crece el rigor del crudo niño ciego,
Rompiéndolos el pecho y el costado,
Y háceles andar agonizando,
Temerarios suspiros siempre dando.

Desta rabia cruel atormentados,
Viendo su perdicion tan á la clara,
En esto el alma, en esto sus cuidados,
Con tristes quejas de fortuna avara,
Como no estaban punto descuidados,
Hurtando y encubriéndole la cara
Al viejo avaro, apenas se hablaron
Dos veces, y con verse se alegraron.

Donde tratando de la edad pasada
Daban consuelo á los fogosos pechos,
Y al alma, con ausencias apremiada,
Causaban gloria los pasados hechos;
Y en señal de la firme fe guardada,
Lazos se daban en el cuello estrechos,
Y quedaban mirándose elevados,
De amor ardiendo y de temor helados.

Segura con un pecho limpio y puro,
Y una vergüenza que la hermoseaba
Tanto, que al corazon mas fuerte y duro,
Como á la cera el sol, así ablandaba,
Y sin valer para defensa muro,
Las almas por mil partes asaltaba,
Dijo á Marcilla que á su padre hiciese
Que al suyo por su nuera la pidiese.

Resumiéronse en esto, y al momento
Hizo Marcilla hacer lo concertado;
Pero el viejo con mucho cumplimiento,
Con un semblante alegre, no enfadado,
Mostrando agradecerle aquel intento,
Y así encubriendo el corazon dañado,
Respondió que le diera mucho gusto,
Y que por ser muchachos no era justo.

Vió el padre de Marcilla ser la falta,
Aplicada á la edad, la del dinero,
Y que era su intencion soberbia y alta,
Quiriendo rico y noble caballero;
Mas viendo que el tener á su hijo falta,
Sábiamente mostrándose sincero,
Se despidió con muestra de contento,
Fingiendo no entender su pensamiento.

Sintieron grande pena y desconsuelo
Cuando fué de los dos esto sabido,
Mayor que cuando vieron mar y cielo
Revueltos la de Sesto y el de Abido;
Formó en sus corazones tanto duelo,
Que quedaron ajenos de sentido,
Volviendo aquellos pechos abrasados
El sobresalto frígidos y helados.

Viendo Marcilla que su gran pobreza
Estorbaba su bien y su contento,
Y de Isabel segura la firmeza,
Que mostraba en el alma firme asiento,
No solo en lo aparente ó la corteza,
Sino en el centro, y que era tal su intento,
Ordenó, por cumplirle, de partirse,
Dejando su alma y con la ajena irse.

Y con palabra y fe que dió Segura
De no casarse dentro en siete años,
Con pena se partió á buscar ventura,
Con que poder haber bienes tamaños;
Y así, con viva fe, inviolada y pura,
Procurando remedio de sus daños,
Se embarcó en Panamós en una armada
Que contra el reino de Africa iba guiada.

Adó con fuerte brazo valeroso
Haciendo heróicos hechos y hazañas,
Al africano puso temeroso,
Forzando retirarse á las montañas;
Y con arte y esfuerzo belicoso,
Lleno de astucia y recatadas mañas,
Tanto su nombre publicó la fama,
Que por el reino todo se derrama.

Murió su general, y él fué elegido,
Viendo su gran valor y fortaleza,
Dignamente entre todos preferido,
Y allí mostró su fuerza y su nobleza;
Y fué de sus contrarios tan temido,
Que los puso en aprieto y estrecheza,
Su poder abatiendo por el suelo,
Y el suyo levantando hasta el cielo.

Ganó grandes riquezas y tesoros,
Tuvo grandes victorias señaladas,
Oprimiendo las fuerzas de los moros,
Levantando de España las espadas;
Púsolos de tal suerte, que los lloros
Y lágrimas no tienen acabadas,
Porque no hubo linaje allí tan fuerte,
Que no gustase alguno dél la muerte.

Viendo que los siete años se cumplian,
Diciendo que el venirse era forzoso,
Aunque todos quedar sin él sentian,
Se embarcó, y en el mar entró espacioso;
Los gruesos remos con vigor batian,
De llegar con presteza deseoso;
Mas Neptuno, en el mar embravecido,
Le hizo no cumplir lo prometido.

De su ganada gloria ya envidioso,
Y de su suerte próspera cansado,
Llegando al puerto alegre y cudicioso,
Habiendo sin peligro el mar sulcado;
Remolinado, bravo y espumoso,
En montes altos todo levantado,
La carrera le impide y embaraza,
Y la cierta esperanza despedaza.

De Eolo, gran rey, favorecido,
Suelta su escuadra para mas ofensa,
Y aumentando en las olas el sonido,
Las baten, sin poder haber defensa;
Y así, con furor nuevo embravecido
Sepultar en las águas verdes piensa
El rompido navío sin trinquete,
Sin mástiles, sin velas ni brunete.

Mas Tétis, en su reino alborotada,
Viendo que el claro Apolo se escondia,
Nadando por las aguas desgreñada,
Las olas enojada dividia;
Y al señor del tridente apresurada
Quejándose, su suerte maldecia,
Pues quiere arruinar sus aposentos
Con los airados desfrenados vientos.

Traban contienda con reñida grita
Por salvar á Marcilla ó destruirle;
Mas Vénus, á quien dulce amor incita,
Viendo tan triste fin, bajó á impedirle;
El rigor de Neptuno y vientos quita,
Rogando que no quieran consumirle,
Pues otro fin mas áspero le llama,
Que se ha de eternizar con larga fama.

Así, llegar al plazo y tiempo puesto
No pudo por las aguas alteradas,
Pero llegó, pasado el trance desto,
Pocas horas del término pasadas;
Y el hado triste de su fin funesto
Puso las esperanzas tan trocadas,
Que en solas las dos horas que pasaron
A la bella Segura desposaron.

Todos los siete años persuadida
Fué de sus padres porque se casase,
Y de mil caballeros combatida,
Cada uno pretendiendo le aceptase;
Mas por la fe á Marcilla prometida
Jamás le concedió, y como pasase
El tiempo que por horas esperaba,
Con dolor concedió lo que negaba.

Hubo pues, por haberse desposado,
Muy grandes regocijos aquel dia,
Pero Marcilla, de su bien privado,
Sintiólo de tal suerte, que moria;
Mas el triste dolor disimulado,
Contemplando la gloria que perdia,
El parabien les dió, y cuando se vieron,
Considerad lo que los dos sintieron.

Encubrieron delante del esposo
Su dolor, y de amor el vivo fuego,
Aunque los corazones sin reposo
Quisieran dar las muestras fuera luego;
Hecho fué raro, grande y espantoso
Tener tal sufrimiento, no lo niego,
Pues la llama y centellas hacen cierto
El fuego mas oculto y encubierto.

Hicieron, como digo, muchas fiestas,
Salieron caballeros ciento armados,
Con hermosos penachos en las crestas
Doradas de los yelmos plateados,
Blandiendo gruesas lanzas en las diestras,
En caballos saltando á todos lados,
Y delante trompetas y atabales,
Mensajeros de guerra, fin y males.

Todos cien caballeros tornearon,
Y fué mantenedor el fuerte Fuentes,
Y juntos todos escaramuzaron,
Invenciones sacando diferentes,
Con tanta gala y órden, que alegraron
El pueblo y tierra, convocando gentes;
Pero solo á Marcilla y á Segura
Antes acrecentaron pena dura.

Vino la noche, y como habia tal grita,
Tantos bailes y tantos mascarados,
Tanto del parabien, tanta visita,
Y andaban los de casa descuidados;
Marcilla con pasion se entró infinita
Al aposento de los desposados,
Y se puso debajo de la cama,
No con intento de agraviar la dama.

La fiesta y el sarao ya acabado,
Todos con grata voz se despidieron
Contentos, y diciendo haberse holgado
De ver las invenciones que allí vieron;
Los desposados, varios en cuidado,
En su aposento juntos se metieron,
Que él pensaba gozar su hermosura,
Y no consentir tal la fiel Segura.

Rogóle mucho suspendiese el hecho
Y esperase á la noche que venia,
Para cumplir un voto al cielo hecho,
Porque cumplirle con razon debia:
Con lágrimas regaba el blanco pecho,
Y juntando las manos le decia:
«Gustad de concedérmelo, así el cielo
Os dé contento á vos y á mi consuelo.»

El responde que no, y ella replica
Y ruega con palabras amorosas;
Y viendo que no quiere, le publica
Por duro con razones lastimosas;
Una vez y otra vez se lo suplica,
Vertiendo perlas entre finas rosas,
Y importunado desta suerte tanto,
Dió fin á su demanda y á su llanto.

Haciendo de cumplirlo juramento,
Segura lo quedó de aquel cuidado,
Y puesto en dulce olvido el pensamiento,
En quietud quedó todo sosegado;
Marcilla, que pasaba cruel tormento,
Salió con pecho al fin de amante osado,
Y de la blanca mano la trabando,
Dice: «No temas.» Marcilla la está hablando.

Del repentino caso ella alterada,
Con grande turbacion y desconsuelo
Quiere formar la voz, pero pegada
Se le queda la lengua, hecha hielo;
Con pena, sin vigor, desalentada,
Anda, vuelve, revuelve con recelo,
No determina qué es lo que ve y toca,
Y solo con el alma al cielo invoca.

Como suele el que sueña, que turbado,
Viéndose puesto en trance peligroso,
Temiendo va á dar voces alterado,
Y no las puede dar, mas congojoso
Parece que se embaza, y recordado,
Queda algo fatigado y temeroso
Hasta cobrar el retirado aliento,
Respirando con recio movimiento.

Así Segura el ánimo cobrando,
Mas no segura de su fin funesto,
El encendido aliento desfogando,
Dijo con triste voz: «¡Ay! ¿qué es aquesto?»
Estúvola Marcilla consolando,
Como animoso, fuerte, sabio y presto,
Y con querellas vanas se quejaba
De no haber aguardado, y la culpaba.

Segura dice con pasion: «¡Ay triste,
Que en verte mozo ilustre, fuerte y rico,
Hasta estar como estoy te detuviste,
Por ser mi estado para el tuyo chico!»
Marcilla respondió: «Pues no quisiste
Aguardar mas del plazo, certifico
Y está claro que quieres lo que adoras,
Y lloras tibiamente lo que lloras.»

Segura se descarga y se desculpa,
Diciendo que aguardó lo prometido,
Y al fiel Marcilla su tardanza culpa,
Pues pudiera con tiempo haber venido;
En fin, el uno al otro pone culpa,
Y entrambos dicen no la haber tenido;
Pero ya remediarlo no pudiendo,
Dejó Marcilla la porfía, diciendo

Que en premio de la fe que habia guardado
Y del amor al corazon asido,
En tiempo alegre de su bien pasado,
Y en triste tiempo de su mal venido;
O en pago del dolor que le ha causado
Verse sin ella y verla con marido,
Le diese, por quien á esto le provoca,
La paz que un tiempo tuvo de su boca.

Segura respondió: «Ya no soy mia;
Pues mal te puedo dar lo que es ajeno,
Que á mi señor y esposo ofenderia
Dando lo que es ya suyo, aunque yo peno;
Mi honra y castidad violaria
Con la ponzoña de tan mal veneno;
Modérate con lo que fuere justo,
Y el premio no le pidas á tu gusto.»

Marcilla replicó: «Mira que muero,
Hazme este bien.» Negándolo Segura,
Dió un ardiente suspiro, que el postrero
Fué de su vida triste y desventura;
Quedó Segura de este golpe fiero
Casi sin habla; y á esta coyuntura
Despertando su esposo, temerosa
El caso le contó, sin faltar cosa.

Siéndole la maraña descubierta,
Despues de consultarle larga pieza,
Le llevaron delante de la puerta
De su padre con mucha ligereza,
Y por tenerla oculta y encubierta,
Igualando el silencio á la presteza,
Tornaron sin de alguno ser sentidos,
Que estaban todos con quietud dormidos.

La noche obscura del suceso triste,
Al verde suelo su color quitaba,
Y de luto las blancas flores viste,
Con que dolor y confusion mostraba;
El cielo al sentimiento no resiste,
Que la tierra con lágrimas regaba,
Y la luna, que daba luz serena,
Enlutada mostró tambien su pena.

Alteran su quietud los elementos,
A cavernas se van los animales,
Hieren las peñas los airados vientos,
Y pierden el sentido los mortales;
Oyendo Aurora y Febo los acentos
Que suenan tristes, al dolor iguales,
Sin dar en su camino alguna pausa,
Vienen ligeros á mirar la causa.

Cuando al amante desgraciado vieron
Sus padres, siendo dellos conocido,
Tanto dolor de muerte tal sintieron,
Que sin sentir perdieron el sentido;
Los parientes y amigos, que supieron
El fin tan desgraciado sucedido,
Ligeros van á ver lo que es, turbados,
Del repentino caso demudados.

Comienza en un momento triste llanto,
Suben los gritos hasta las estrellas,
Por la ciudad la fama vuela tanto,
Que se llena de gritos y querellas;
Daba su muerte confusion y espanto
A los galanes y á las damas bellas,
Por ser discreto, llano, gentil hombre,
Tanto, que en muchas partes tuvo nombre.

La causa no se sabe de su muerte,
Y todos con dolor la preguntaban;
No responden, mas todo el pueblo vierte
Lágrimas, y las manos encajaban,
Clamando con dolor y pena fuerte,
Venganza al cielo justo demandaban,
Prometiendo poner por él el pecho,
Si se supiese tan injusto hecho.

Tambien el nuevo esposo de Segura,
Lleno de triste pena y desconsuelo,
Disimuladamente y con cordura,
Sin turbacion alguna ni recelo,
Sus padres visitó, que sin ventura
Rasgaban con suspiros aire y cielo,
Haciendo tan continuo y tierno llanto,
Que bastara á ablandar el duro canto.

Su doloroso caso y fin llorado,
A enterrar con gran pompa le llevaron,
Descubierta la cara, todo armado,
Uso que de romanos le tomaron;
Iba de noble gente acompañado,
Y muchos caballeros se enlutaron;
Las damas con muy llana vestidura
Fueron, y entre ellas fué tambien Segura.

Iba considerando el grande exceso
Del encendido fuego y amoroso,
Y que por no quererle dar un beso,
Causó efecto tan triste y espantoso;
Contra su pecho escribe Amor proceso,
Que, enternecido ya, de lastimoso,
Se queja de su dura resistencia,
Convertida, aunque tarde, ya en clemencia.

Y dice: «Afuera, fama, que no quiero
Serle en vida y en muerte tan esquiva;
Pues es razon que amor tan verdadero
Con otro semejante se reciba;
Ablándese mi pecho, que es acero;
Muera yo, que es injusto quedar viva;
Espérate, Marcilla, tu alma aguarda,
Y perdona, mi bien, lo que se tarda.»

Queriéndole enterrar, llega furiosa,
Y abrázase del cuerpo de Marcilla,
Y con una fe viva y amorosa
Le dió paz en la boca y la mejilla;
Y con un ay del alma lastimosa
Quedó sin que pudiesen desasilla;
Como Marcilla, estaba sin aliento,
Y así acabó su vida y su tormento.

Todo el pueblo, que estaba allí presente,
Espantado quedó, puesto confuso,
Y mal del sucedido caso siente,
Y un infame susurro en todos puso;
Pero luego su esposo, entre la gente
Contando el raro cuento, los compuso,
Y por el casto amor con que se amaron
Que los entierren juntos ordenaron.

¡Oh singular amor de eterno nombre!
Cuyo constante fuego y firme llama
Merece que con célebre renombre
Le dé memoria la parlera fama,
Y que con voz que todo el mundo asombre
Ponga en su cumbre tal galan y dama,
Pues hizo un pensamiento de amor puro
Lo que en otros amantes hierro duro.

Viendo esta Arcaba lo que está contado,
La fe y el grande amor que se tuvieron,
Hizo, para que quede eternizado
Tal caso, con que al mundo ejemplo dieron,
Les fuese aquel sepulcro fabricado,
Donde á los dos amantes esculpieron,
Con un letrero de oro que decia:
«No pudo á mas llegar la fantasía.»

Allí estaba el amante, que engañado
De ver rompido el manto de su dama,
Puso el constante pecho apasionado
Sobre la aguda espada ardiendo en llama;
Y Tisbe, que el acento ya turbado,
Viendo que no responde á quien le llama,
Recibió allí con ella mesma muerte,
Mostrando en no temerla valor fuerte.

Tambien los celebrados Leandro y Ero,
Cuya esperanza de la alegre vida
Quitó el soberbio mar airado y fiero,
Porque un alma con otra estaba unida;
La fiel Pantea, que con duro acero
Cortaba el ñudo con que estaba asida
El alma al cuerpo, viendo ya cortado
El ñudo conjugal de su velado.

Esaco, que en el ancho mar se arroja
Por el mísero fin de su enemiga,
Y la viril que con su sangre roja
Regando el suelo, acaba su fatiga;
Ifis, que él menosprecia, le congoja
De Anajareta tanto, y le fatiga,
Que, suspendido de su propria puerta,
Dió al mundo de su amor noticia cierta.

Hércules y Aqueloo en cruel batalla
Por la bizarra y bella Deyanira;
Tras Dafne el rubio Apolo, que alcanzalla
Procuraba, y volverse lauro mira;
Alceste, la mas firme que se halla,
Que por lo que el oráculo la inspira,
Muriendo por su bien su muerte evita,
Y dándole su vida, á sí la quita.

Estaban allí Progne y Filomena,
Que al engañoso y pérfido Tereo
Daban con ciega rabia injusta pena,
Pero á medida al fin de su deseo;
Andrómeda, amarrada á la cadena,
Cuando por verla la libró Perseo,
Aquel que á muchos hizo piedra dura,
Trayendo de Medusa la figura.

Alfeo, verdadero enamorado
De Aretusa, tan dura como bella,
Que nunca de su vista fué apartado
Hasta que en agua se volvió con ella;
Y Cila, que su amor desenfrenado
Pudo con tanta fuerza convencella,
Que en el cuello paterno hincó la daga
Por quien de su maldad la dió la paga.

Allí estaba tambien Hemon, tebano,
Y aquel que por la fuerza de su canto
Sacó su bien (aunque despues fué en vano)
Del reino obscuro de perpétuo llanto,
Y la que con intento soberano
Se ofreció á la serpiente sin espanto,
Por solo acompañar al muerto Antonio,
Dando de cierto amor el testimonio.

Con tan grande primor y subtileza
Cada cual natural al proprio estaba,
Con tal postura, gracia y gentileza,
Que solo el movimiento les faltaba;
Pero saliendo desta rica pieza,
Que Arcaba al gran Florando le guiaba,
Al oráculo entraron del dios Marte,
Donde tenia la fama su estandarte.

Allí estaba Scipion el Africano
Y el poderoso Rómulo con Remo;
Hércules, sustentando en una mano
Un mundo, y Alejandro, rey supremo;
Aníbal, Julio César soberano,
Mucio Scéula, Oracio, Polifemo,
Ciro, Varron, Ulises el greciano,
Enéas y Pompeyo el africano.

Platon, Sócrates, Tulio, Horacio, Homero,
Pitágoras, Aberroes, Tito Livio,
Hipócrates, Tiresias, agorero;
Caton, que en los trabajos puso alivio;
Ovidio, aquel discreto caballero;
Aristóteles, Plinio, Hugon, Polibio,
Y muchos en virtudes florecieron
Y el modo de regir y mandar dieron.

Por otras partes vió infinitas cosas
De gran curiosidad y antigüedades,
Obras heróicas, raras, suntuosas,
Ricas labores y curiosidades,
Fuentes de gran valor artificiosas,
Pintadas mil historias y ciudades,
Que escrebirlo seria ocupar la pluma;
Y así, lo pongo todo en breve suma.

Habiendo visto ya la suntuosa
Y soberana casa, dijo Arcaba
Con voz alegre, grata y amorosa,
Que con su rostro y talle conformaba:
«Porque sé, mi señor, que no reposa
Vuestra alma como un tiempo reposaba,
No quiero deteneros, pues os llama
El cielo para daros bien y fama.

»Seguid á la ventura y diestro hado,
Porque de vuestro dulce pensamiento
El fin alcanzaréis, y del cuidado
Que os causa dura pena y cruel tormento;
La Infanta en un castillo está cerrado,
Que junto á Babilonia tiene asiento,
Y ya sabes su nombre; pero entiende
Que de otro encanto no menor depende.

»El cual está en Polonia situado,
Ribera del Danubio caudaloso;
De dos feroces leones es guardado
Y de un fuerte gigante poderoso;
Orcoleso se llama, y tan nombrado,
Que á ninguno en Polonia le es dudoso;
En él está una fuente y una espada
Que en un pilar de bronce está enclavada.

»Esta espada sacad, porque sin ella
No hay fuerza humana alguna suficiente
Para en estotras guardas hacer mella;
Y así, seria el trabajo impertinente;
Y si quereis á Safirina habella,
Habeis de llevar agua desta fuente,
Con que las llamas de un ardiente fuego
Apagaréis del otro encanto luego.

»Mas mirad que esta fuente está guardada
De sola una doncella, de tal suerte,
Que por cobrar la vida deseada
Se os puede convertir en dura muerte;
Que Aurisela, esta dama así llamada,
Es de tanta belleza, que divierte
La vista de su rostro el pensamiento,
Prendado ó libre, con mortal tormento.

»Esta Aurisela, por la hermosura,
Que con mano abundante la dió el cielo,
Arrogante mostraba con locura
Aun no ser digno de tenerla el suelo,
Y no haber en la tierra criatura
Que mereciese della solo un pelo,
Y príncipes y reyes despreciaba;
Que solo en su belleza contemplaba.

»De Vénus, Juno, Céres y Diana
Despreciaba el donaire y la belleza,
Tiniéndose ella á sí por mas lozana
Y de mayor valor y gentileza;
Ellas, mirando su locura vana,
La tienen, por pagarla su altiveza,
Mirándose en la fuente, allí encantada
De sí, como Narciso enamorada.

»No tengo mas con esto qué avisaros,
Sino es lleveis la vista apercebida,
Si quereis de vos mesmo no olvidaros,
Trocando á amarga muerte dulce vida;
Mas, porque ya á fortuna veo llamaros,
Ligero la seguid en su corrida,
Pues solo á vos concede ser durable,
Aunque de su natura sea mudable.»

Tiniendo ya de Arcaba aqueste aviso,
Lleno de regocijo y esperanza,
Detenerse momento mas no quiso,
Pensando que le ofende la tardanza;
Y así, se despidieron al proviso
Con muchos cumplimientos y crianza,
Y en saliendo el caballo, vió que Hipona
Se le guardaba allí por su persona.

Llegando adonde está, con ligereza
En la silla saltó sin estribera;
Que aun á solas mostraba gentileza;
Y así, ligero empieza su carrera;
Mas quiérole dejar por una pieza,
Aunque dejarle punto no quisiera,
Y voy á don Leonido, que me llama
Con gran aumento de su gloria y fama.

Como primero dije, fué llevado
De Arcaon, gran sábio, mágico, adevino,
Y en poder del Soldan depositado,
De quien despues dió cargo á Lelio Albino,
Y dél por hijo proprio fué criado
En ejercicio de armas de contino,
Con otro hijo suyo que tenia,
A quien jamás en cosa preferia.

Fulgido se llamaba el otro infante,
Del talle y de la edad de don Leonido,
A él en proporcion tan semejante,
Que por su proprio hermano fue tenido;
Y aun despues se entendió muy adelante,
Porque el secreto se tenia abscondido,
Que el gran Soldan gustaba mucho dello,
Y Lelio Albino mas de obedecello.

Pero de don Leonido la grandeza,
Las fuerzas, el valor y la pujanza
Al gran Soldan mostraban su nobleza
Y mas acrecentaban la esperanza;
Y viendo su vigor y ligereza,
Su apostura, donaire y su crianza,
Mostraba con pasion amarle tanto,
Que á todos admiraba y daba espanto.

Al tierno pecho del amor desnudo
El bélico ejercicio le inflamaba,
Cuando de espada, lanza, dardo, escudo,
Con que la flaca fuerza se augmentaba;
Mas el pueril vigor tan poco pudo,
Cuando con mas poder y ardor estaba,
Que al alma libre y corazon tan fuerte
Con dorado arpon Amor dió muerte.

La dulce libertad, la alegre vida,
El tiempo venturoso, de bien lleno,
En un instante la mortal herida
Mudó en prision amarga y cruel veneno;
La sangre por las venas esparcida,
Helada, á su corriente puso freno;
Mas convirtióse luego en sumo fuego,
Efecto proprio del furioso ciego.

Ya su muerte, prision y crudo daño
El tierno mozo con dolor sentia;
La causa sabe bien del mal extraño
Que tales accidentes producia;
Y no tiniendo desto algun engaño,
Mil piensa la afligida fantasía;
Mas quiero descansar aquí; que siento
Ser necesario á vos y á mí el aliento.

CANTO X.

Cuéntase el amor de don Leonido y Aureliana, la traicion de Clarinarte, la fuerza que Rosicleo hizo á Arsilaura, la venganza que quiso hacer Aureo, su hermano, y cómo al fin fué hecha por Iberiano, hijo de Constantino, á quien Rosicleo habia burlado.

Allana por el suelo la alta roca,
Ablanda el pedernal y duro acero,
Enciende el hielo y nieve donde toca
Amor, y en él produce fuego fiero;
La libertad y la razon apoca,
Es muy tardo al salir, á entrar ligero,
Y cuando mas suave y mas sereno,
Es ponzoñoso tósigo y veneno.

Es siempre en los peligros industrioso,
Ligero en el obrar y diligente,
Agudo en los engaños y mañoso,
Y en todas las palabras elocuente;
Es en su crudo efecto presuroso,
En sus furiosos tiros inclemente,
Y aunque parece por defuera bueno,
Es ponzoñoso tósigo y veneno.

Aquí se puede ver la fortaleza
Del niño poderoso y de su fuego,
Pues con tanto rigor y ligereza
Hizo un efecto, cual la causa, ciego;
Aquí se muestra bien su subtileza,
Pues quita de entre manos el sosiego;
Y al fin al que se muestra dél ajeno
Es ponzoñoso tósigo y veneno.

El fuerte mozo, digo, don Leonido
Nueva llaga criaba ya en su pecho,
Causada por el ciego cruel Cupido,
Que á llagar corazones está hecho;
Y así, de su violencia combatido,
El remedio procura y el provecho
Con la bella princesa Aureliana,
En hermosura y gracia soberana.

La cual, viendo el amor que le tenia
Su padre el gran Soldan, y las hazañas
Que dignas de memoria y fama hacia,
Descubriéndola claras sus entrañas,
A pagarle su amor le compelia
El mesmo amor, y con discretas mañas,
Dando libre lugar á sus razones,
Declaraban alegres sus pasiones.

El fuerte don Leonido procuraba,
Por ver el dulce fin de su esperanza,
Hacer cosas tan grandes, que alcanzaba
La fama eterna, que ninguno alcanza;
Contiendas, reptos, justas sustentaba,
Levantando su espada, brazo y lanza,
Encendido del sumo fuego interno,
Que hizo su memoria y nombre eterno.

Tambien la bella Infanta, de su parte,
Le regalaba mucho con favores,
Dándole por renombre Febo, Marte,
Y otros del alma dulces y mejores;
Y con recato, sin fingido arte,
Le dió seguridad de sus amores
Con muy cierta señal y juramento,
Prometiéndose entrambos casamiento.

Estaba en Babilonia Clarinarte,
Hijo del rey de Tracia valeroso,
Procurando con maña, astucia y arte
El amor de la Infanta cudicioso;
Mas viendo á don Leonido el bravo Marte
Tan querido de todos, envidioso,
Por mil medios y trazas procuraba
Privarle de la gloria que gozaba.

Mas viendo que el amor de la doncella
Estaba con firmeza ya arraigado
Al pecho que causaba su centella,
Metido en confusiones y cuidado,
Dejó el favor y pretension con ella,
Y en su engañosa astucia confiado,
Otro remedio y órden nuevo intenta,
Ocasion harto digna de su afrenta.

Era pues Clarinarte muy querido
De una bizarra y agradable dama,
A quien el pecho Amor habia encendido
Con una dulce regalada llama;
Y así, mostrándole él, aunque fingido,
Diosa, señora, gloria y bien la llama,
Palabras que atizaban mas su fuego;
Era mujer al fin, y creyó luego.

Safira, aquesta dama así llamada,
Doncella de la infanta Aureliana,
De Amor y Clarinarte ya engañada,
Estaba contentísima y ufana;
Llamábase dichosa en ser amada
Dél, mostrándose en todo tan humana,
Que, concedido el fin de su contento,
Por una escala entraba en su aposento.

Viendo pues la ocasion para su hecho,
El tracio con astuto ardid procura
Quitar á don Leonido de su pecho
La fe constante que en el alma jura,
Entendiendo hacer así provecho
A su dolor, y al fin, con tal locura,
Saliendo con Leonido á la ribera,
Le comenzó á decir desta manera:

«En el alma me pesa de que entiendas,
Don Leonido, Señor, tan grande engaño,
Que no conozcas dél y comprehendas,
Pudiéndolo ver claro, el desengaño,
Y que por tu valor, nobleza y prendas
No sepas que me pesa de tu daño,
Descubriendo mi pecho yo contigo,
Como tu verdadero y caro amigo.

»¿Es posible, me di, que estás tan cierto
De Aureliana en lo que á amarte toca,
Que entiendas que la tiene el pecho abierto
Tu triste pena y pretension tan loca?
Mira que es todo sueño; está despierto,
Y entiende que hay de tí memoria poca;
Y si hay alguna, es solo de burlarte,
Tiniendo risa, y no por estimarte.

»Cuéntame los favores que recibes
De aquel nevado pecho y blanca mano.
¿Qué alcanzan los papeles que la escribes?
Y tus justas ¿qué hacen? ¿son en vano?
Gracioso es el engaño con que vives,
Pues su rostro tan bello y soberano,
Y cuanto bien gozar alguno puede,
A solo Clarinarte se concede.»

Confuso don Leonido y admirado,
De Clarinarte oyó el razonamiento,
Pero quedando al fin alborotado,
Demudado el color, sin sufrimiento,
Responde: «Lo que dices y has contado,
Lo contradigo á tí, y aun á otros ciento,
Y si yo no lo viere, juro y digo
Que seré hasta la muerte tu enemigo.

»Que ¿cómo puede hacer Aureliana
Tan gran traicion contra su proprio pecho,
Habiendo su belleza soberana
Entregádome á mí con lazo estrecho?
No será tan mudable ni inhumana,
Que aun imagine solo tan mal hecho,
Pues este anillo de su mano impide
Que lo que prometió jamás olvide.»

Clarinarte responde: «Pues la duda
Que tienes en el pecho y ese engaño
Es tal, que mi palabra no lo muda,
Procurando tu bien y desengaño,
En medio de la noche obscura y muda
Conocerás al ojo con tu daño,
Pues me verás gozar de la Princesa;
Cosa que, como amante, al fin te pesa.

»Por la parte que bate el mar salado
Con la muralla te pondrás alerto,
No yendo de persona acompañado;
Que estando con quietud allí encubierto,
Verás si lo que digo y he contado
Es falso, verdadero, vano ó cierto,
Y si son mis palabras de enemigo,
O de muy caro y verdadero amigo.»

Dejando los dos esto concertado,
Con fingida amistad se despidieron
El falso engañador y el engañado,
El término aguardando que pusieron;
Llenos de pensamientos y cuidado,
La libertad perdida que tuvieron,
Lo cual daba lugar á las traiciones
Y á seguir cada cual sus pretensiones.

Viéndose en este extremo don Leonido,
Imaginando algun suceso extraño
Que le tuviese armado ó abscondido,
Temiendo con recelo crudo daño,
Quiso ir acompañado de Fulgido,
Que ser su hermano entiende por engaño,
Caballero guerrero y bravo Marte,
Y púsole secreto en cierta parte.

Apartándose dél muy poco trecho,
Absconpido se puso, el ojo alerto,
Esperando su mal por él deshecho,
No pudiendo creer que fuese cierto.
Venido Clarinarte fué derecho,
Con traje disfrazado y encubierto,
Y una piedra por seña al muro tira,
Y luego apareció sobre él Safira.

Las fuertes cuerdas de la escala tiende,
Atándolas primero á las almenas;
A todo don Leonido atento atiende,
Creciendo por momentos su ansia y penas;
El fuego de la cólera le enciende,
Creyendo cosas de verdad ajenas;
Que el mesmo amor que tiene le engañaba,
Y la falsa sospecha acrecentaba.

Subido Clarinarte en la muralla,
A Safira la llama real princesa,
No dejando momento de nombralla,
Y mostrando su amor, la abraza y besa;
Safira hablaba paso, y lo mas calla,
Mas del fuego amoroso nunca cesa,
Y enlazados los cuellos con los brazos,
Entraron á acabar los dulces lazos.

Engañado con esto don Leonido,
Y perdida del todo su esperanza,
Quitándole la cólera el sentido,
Quisiera de sí proprio la venganza;
Y de ardor amoroso compelido,
Saca la espada sin tener tardanza,
Y ofrecerse á la punta cruel quisiera,
Si Fulgido en llegar se detuviera.

Y viendo su error, le dijo luego:
«Hermano don Leonido, ¿cómo es eso?
¿Por una mujercilla estáis tan ciego,
Sabiendo que ninguna tiene seso?
¿No sabeis que es su amor cometa ó fuego,
Que pasa sin tener firmeza ó peso,
Y que son noveleras y livianas,
Amigas de mudanzas locas vanas?

»Hay en la que es discreta mas locura,
Y en la que mas firmeza mas mudanza,
Es buena acaso, mala por natura,
De la mejor no hay cierta confianza;
Es blanda la que mas se muestra dura,
Engaña las mas veces su esperanza,
La casta es sucia, y la fiel traidora,
Y en ellas cualquier vicio reina y mora.

»Es buena á la que alguno no ha rogado,
Y aquella solo lo es por accidente,
Es la mansa leon ó tigre airado,
Y la de buena lengua maldiciente;
La mas humilde toro garlochado,
La amorosa es un áspide serpiente,
Y es lo que dan consigo desventura,
Infierno, muerte, daño y sepultura.

»Torná en vos, y advertid que su mudanza
Consigo se la trae naturaleza,
Y no hay tener de alguna confianza,
Pues no saben tener jamas firmeza;
Mudad tambien amor, pues veis mudanza,
Y olvidad pretension con tal bajeza,
Y mientras flor de juventud nos dura,
Busquemos por el mundo mas ventura.»

Siendo así don Leonido consolado,
Aunque aumentado mas su desconsuelo,
Sin dar alivio alguno á su cuidado
Ni olvidar el dolor, congoja y duelo,
Tomó por buen consejo el asignado,
Que era buscar ajena tierra y suelo;
Y así, en fuertes caballos, bien armados,
Salieron, de su esfuerzo acompañados.

Triste va don Leonido y congojoso,
Sin levantar el rostro de la tierra,
De sí y de Aureliana va quejoso,
Porque amor y mudanza le hacen guerra;
Fulgido le procura dar reposo
Del íntimo dolor que en su alma encierra;
Pero quédense aquí, porque conviene
Contar de Iberiano en lo que viene.

Que, aunque parece cosa desgustada
Dejar el curso y revolver camino,
Es forzosa invencion á historia dada,
Y no estilo moderno ó peregrino;
Que en ser de muchos varia y enredada,
Ningun remedio ni órden imagino,
Si no es encomendar á la memoria
Que vaya percibiendo bien la historia.

Fué por Iberio Iberian criado,
Y en virtud, sciencia y armas instruido,
Mas nunca fué su orígen declarado,
Ni dónde ó de qué padres fué nacido;
Dábale no saberlo gran cuidado,
Y por esto penoso y afligido,
Determinó de Iberio despedirse,
Y á su ventura por el mundo irse.

Y declarando al Rey su fin y intento,
Ordenó brevemente su partida,
Porque al tirano Iberio dió contento,
Y así, en ninguna cosa fué impedida;
Pero con tierno y dulce ofrecimiento
Le dió muy ricas joyas sin medida,
Y con caballo y armas, negro todo,
Juró al salir de Dacia de este modo:

«Por la laguna Estigia juramento
Hago á los dioses del Averno obscuro,
Morada de las furias y aposento,
Y por su diamantino fuerte muro;
Por el mar, aire, tierra y firmamento,
Y por el Marte sanguinoso y duro,
Y todos los celestes soberanos
Que rigen y gobiernan los humanos.

»Y por aquel divino Eliseo prado,
Y cuanto está en el mundo producido,
De no entrar dentro en Dacia ni su estado,
Ni ponerme otras armas ó vestido
Hasta ver ó saber quién me ha engendrado,
Y tambien de qué madre soy nacido;
Pues no me dice alguno lo que valgo,
Ni sé si soy villano ó si hidalgo.»

Con este juramento parte luego,
Y sin saber adónde va camina,
No dando á su caballo algun sosiego,
Porque no lo consiente su mohina;
Llevaba el pecho de encendido fuego,
Que á nada se sujeta ni se inclina,
Y lo que con la cólera desea,
Es bélico ejercicio de pelea.

Aureo, valiente capitan, famoso,
De Rosicleo, el príncipe mudable,
A quien con fuerte brazo, valeroso,
Servia con amor y fe loable,
Tenia una hermana, que en reposo,
En talle y gravedad era agradable,
Tanto, que muchos pechos sujetaba,
Y ansí, al mesmo amor enamoraba.

Y así con insufrible, grave pena
Iba causando al Príncipe cuidado,
Sintiendo el alma ya de gusto ajena,
Y el libre ser á sujecion trocado;
Procuraba romper la cruel cadena,
De los tiros de amor escarmentado,
Mas viendo ser en vano, al fin procura
Lo que ella tuvo siempre por locura.

A sus promesas, su demanda y ruego,
A su continuo persuadir con quejas,
A sus suspiros de encendido fuego,
Y falsas muestras en traiciones viejas,
A su llanto, dolor, desasosiego
Arsilaura cerraba las orejas,
De honestidad perpétua acompañada,
Sin dar para su gusto muestra en nada.

Antes con velo de color divino,
Que cubre el rostro la vergüenza rara,
Con un licor bañando cristalino
Las rosadas mejillas de la cara,
Se queja del intento tan malino,
Y por traidor al cielo le declara,
Pues procura que manche su limpieza,
Trocando tal virtud por tal torpeza.

El congojado Rosicleo, afligido,
Forzándole el dolor del fuego estrecho,
Que estaba en sus entrañas encendido,
Promete ejecutar su crudo hecho,
Sin que la valga el firme, endurecido,
Fiero, rebelde y diamantino pecho;
Y así, con el dolor del cruel tormento,
De noche entró por fuerza en su aposento.

Y así la bella dama salteada,
Llena de turbacion y de recelo,
Ajena de sí mesma, desvariada,
Pide justicia al justiciero cielo;
Viéndose del tirano así engañada,
Hechos los ojos fuentes, riega el suelo,
Resistiendo con flaca y tierna fuerza,
Que enciende al enemigo y mas le esfuerza.

Pero el aliento y vigor perdido,
Con espíritu laso y fatigado,
El pecho sin rendirse fué rendido,
De un mortal accidente derribado;
El corazon, cansado y ofendido,
Falto ya de sus fuerzas, quedó helado,
Y al fin, el cruel tirano Rosicleo
Cumplió con la maldad de su deseo.

Y despues de tenerla así ofendida,
Dejando su limpieza ya manchada,
La dice: «Queda, tigre endurecida;
Conmigo no hay valer defensa nada.»
Apenas Arsilaura tiene vida,
Y bien quisiera della estar privada;
Y así, se queja porque el sacro cielo
Permite que la tenga acá en el suelo.

Mas viendo ya apartado al inhumano,
Con rabia ardiente y un dolor estrecho,
Bañado en sangre el rostro, fué á su hermano,
Pidiéndole venganza de este hecho.
Con lágrimas quejaba del tirano,
Rasgando el cristalino, blanco pecho,
Diciendo desta suerte, que moviera
Al mas empedernido que la oyera:

«Pues que me niega el cielo,
Hermano mio y señor, la justa muerte,
Dejándome en el suelo
Padecer desta suerte,
No puedo ya callar sin ofenderte.

»Si el riguroso hado
Todo cuanto pudiera me quitara,
Y lo que me ha quitado
Sin ofensa dejara,
Bien pudiera morir, pero callara.

»Mas perdiendo la honra,
No puedo de mi mal no darte cuenta
Antes que tu deshonra
El ciego vulgo sienta,
Pues es mala la vida con afrenta.

»Este traidor injusto,
Este príncipe, digo, este tirano
Ha cumplido su gusto
Con término villano,
Sin poder resistir mi flaca mano.

»No valieron mis ruegos,
Mis suspiros, mis lágrimas y quejas;
Antes los ojos ciegos,
Y estirando las cejas,
Cerró á mi tierno llanto las orejas.

»No quiso el sordo cielo
En estas desventuras escucharme,
Ni el ofendido suelo
Con favor ayudarme
Para poder de fuerza tal librarme.

»Los dioses me faltaron,
Las gentes á mis quejas se escondieron,
Las fuerzas me dejaron,
Los sentidos huyeron,
Y todos sin rendirme me riudieron.

»Muera con triste suerte
El traidor que tu fama y mia deshonra,
O darme he yo la muerte,
Pues me será mas honra
Vengar así con ella mi deshonra.

»Mas no es bien se consienta
Mi ofensa y su traicion de tal manera,
Sino que con afrenta
Reciba el mal que espera,
Y que aunque muera yo tambien, él muera.

»No quede el enemigo
Con el injusto ceptro y su gobierno,
Pues es justo castigo
Que con castigo eterno
Padezca entre las furias del infierno.»

La ofensa descubierta y conocida,
Aureo la gran traicion atento advierte,
Y con furiosa cólera encendida,
Que de sosiego y gusto le divierte,

La deshonra insufrible de la vida
Jura de reducir á honrosa muerte,
Ofreciendo la vida á la venganza,
Y al cielo pide cumpla su esperanza.
En la mejilla puesta la una mano,
Y la otra sobre el puño de la espada,
Está considerando en el tirano
Y en la fuerza y traicion ejecutada;
Echa supiros por el aire vano,
Sin responder á su Arsilaura nada,
Y apartado de allí con pena dura,
Aguarda la secreta noche obscura.
Ya los febeos caballos, fatigados
De pasar presurosos su carrera,
Llegaban donde Tétis regalados
Los alberga y recibe en su ribera,
Y ya los altos montes levantados
El velo desplegaban que Aureo espera;
Y así, puesto secreto en cierta parte,
Pide favor á Némesis y á Marte.
Allí, para vengarse del tirano,
Aguarda con la paga que merece,
Y en esto Arlante, del traidor hermano,
Que era del mesmo talle, allí se ofrece;
Aureo, engañado, con furor insano
Y la cólera ardiente que en él crece,
Yendo á pasar Arlante dél derecho,
Con un duro puñal le pasó el pecho.
Al momento cayó con la herida,
No perdiendo del todo el movimiento,
Y derramando sangre sin medida,
Triste se queja con turbado acento.
Siendo la voz de Arlante conocida,
Acuden muchas guardas al momento,
Y a Aureo hallan que esperaba osado,
En la mano el puñal ensangrentado,
Y con voz animosa y levantada,
Mostrando el encendido pecho fuerte,
Puniendo mano al manto y á la espada,
Dice: «Yo fui la causa desta muerte;
Mas, pues mi rabia y furia acelerada
Fué causa de trocar la triste suerte
Sin que cumpliese yo mi intento justo,
Llegad, traidores, comenzad mi gusto.»
Y todos á prenderle acometiendo,
Entre ellos con la espada se defiende,
Y aquí y allí con saña revolviendo,
Brazos, piernas, cabezas corta y hiende;
Y aunque la gente y guarda va creciendo,
Creciendo su valor, á muchos tiende,
Hasta que la sangrienta y ancha espada
Por tres ó cuatro partes fué quebrada.
Y falto, en tanto aprieto, de defensa,
Viendo la gente de que está cercado,
No dando fin á su atrevida ofensa,
Afierra del puñal ensangrentado;
Y á aquel que estar seguro entiende ó piensa,
Le deja con la punta atravesado,
Mas de la gente que acudió en exceso
Por fuerza vino á ser rendido y preso.
Con alboroto, estruendo y inclemencia
Le llevan á enseñar al Rey, asido,
Y puesto el capitan en su presencia,
Con mas furor y cólera encendido,
Dice, rompiendo el freno de paciencia:
«Rey inhumano, rey endurecido,
No juzgues por traicion mi justo hecho,
Que solo tú la encierras en tu pecho.
»No al inocente pecho de tu hermano
Buscaba aqueste brazo y dura daga,
Sino ese tuyo fiero y inhumano,
Para de tu maldad tomar la paga;
Mas, pues ya se engañó mi torpe mano,
El cielo la venganza desto haga,
Aunque pagado quedo y muy contento
Con mostrar que matarte fué mi intento.
»¡Traidor al cielo y á tu reino injusto!
¿Qué aprenderán de tí los ciudadanos,
Si por cumplir con tu dañado gusto
Ofendes á los dioses soberanos?
No siendo el que le da las leyes justo,
Tambien serán á quien se dan tiranos,
Y bien cometerán cualquier bajeza,
Pues mueve siempre al cuerpo la cabeza.
»Muy bien han sido, ingrato rey, pagados
Los servicios que he hecho en paz y en guerra;
¿Qué aguardarán tu gente y tus criados,
Y los habitadores de la tierra,
Si de quien han de ser siempre amparados,
Ese con mil ofensas los destierra?
Por cierto bien los quieres y los honras,
Pues en lugar de honrarlos los deshonras.
»Vosotros, del bien público enemigos,
¿Cómo deste tirano sois defensa,
Siendo parientes ó los mas amigos?
Que cabe parte á todos de mi ofensa;
De su maldad los cielos son testigos
(Aunque estar encubierta á todos piensa);
A mi hermana ha violado, su honra apoca,
Y pues es miembro vuestro, á todos toca.
»Uno soy de vosotros, esto pasa,
Defended al traidor con brazo fuerte,
Que él entrará por fuerza en vuestra casa,
Derribando las honras desta suerte;
Mirad que las haciendas os abrasa,
A guerra os fuerza y á afrentosa muerte,
Y como el femenil Sardanapalo,
Solo procura vicios y regalo.»
El Rey, de sus palabras enojado,
Cortando con voz alta sus razones,
Le mandó poner preso, encadenado,
En una obscura torre de ladrones;
Mas el pueblo, con esto alborotado,
Tomó nuevo motin y divisiones
Porque muchos parientes principales
Iban sintiendo su deshonra y males.
Ya la fama volaba muy ligera
De los hechos del Rey tan inhumanos,
Y andaba murmurando tan parlera,
Que daba atrevimiento á alzar las manos;
Y aquesta cruda fuerza la primera
Sembraba fuego por los ciudadanos,
Y llevado, esparcido por la tierra,
Dentro en los pechos se formaba guerra.
Mas viendo el Rey la paz así rompida,
Para poder vengarse y defenderse,
A la gente de guarda apercebida
En guarda de Aureo y dél mandó ponerse,
Y que en partes por Creta dividida,
Alerta esté, mandando recogerse
Los de la tierra, y al que no lo hiciese,
Que donde fuese visto allí muriese.
Y contra Aureo la sentencia dada,
La cual le condenaba á dura muerte,
En su presencia fué notificada,
Y allí mostró valor de illustre y fuerte;
Siendo ya por el pueblo publicada,
Arsilaura su mal y daño advierte,
Y en verse de remedio ajena, siente
De la sangrienta Parca el accidente.
Con ansia triste y duro desconsuelo,
En medio de la muda noche escura,
Pidiéndole venganza al sacro cielo,
De Creta sale en todo mal segura;
No la detiene el tímido recelo,
Antes con dura espuela la apresura;
Y así, vertiendo lágrimas se aleja,
Y sin dejar á Creta, al fin la deja.
En un batel buscando su ventura,
Sulcaba Iberiano el mar de Dacia,
Que sin órden ni término procura
De su fortuna la gracia ó la desgracia;
Va mirando del mar la hermosura,
Mira sus léjos y la vista espacia,
Pero Eolo abrió sus aposentos
Y de tropel salieron bravos vientos.
Llegan al mar, donde Neptuno andaba
Por las serenas ondas braceando,
Y levantando espuma las cortaba,
A veces zabulléndose nadando;

El pez pequeño y el mayor saltaba,
El agua con las colas azotando,
Mas oyendo el rumor, se meten dentro,
Buscando cada cual el hondo centro.

El mar, que estaba quieto y sosegado,
Bramaba, por los aires compelido,
En un instante todo alborotado,
El mesmo de sus aguas combatido;
Y en forma de altos montes levantado,
Las olas van con ímpetu y sonido;
Cuándo se ve del mar el hondo suelo,
Cuándo subir el agua por el cielo.

El batel furiosísimo arrebata
Aquel hinchado soplo presuroso,
Y las velas y jarcias desbarata
Con un crujido ronco y espantoso;
Las cuerdas de los mástiles desata,
Y el mar zabuca, haciéndole espumoso;
Pero acabando en Creta la carrera,
Toca la fresca arena y la ribera.

En tierra salta, viéndola al momento,
Y aunque su nombre ó cúya fuese ignora,
Mil veces la besaba, de contento,
Y á la blanca Diana, casta, adora;
El alterado mar y el recio viento
Tornaron á quietarse al punto y hora,
Y alegre Iberiano, así camina,
Por ver si encuentra á alguno en la marina.

Con lento paso va pisando el suelo,
Escuchando si suena alguna gente,
Que tiene de la tierra algun recelo
Por dudas si era amiga ó diferente;
Y la tímida noche con su velo
Suele poner terror al mas valiente,
Pero despues de andar muy poco tiro
Oyó una triste voz con un suspiro.

Refrena luego el paso, y pone atento
El oido á aquella parte donde suena,
Y mostrándole donde el triste acento,
Allá camina sin temor ni pena;
Con Arsilaura encuentra sin aliento,
Que turbada quedó, del alma ajena,
Pero la grata voz del mozo fuerte
Quitó la turbacion cercana á muerte.

Y preguntando de su pena dura
La causa con palabras amorosas,
Le contó de su mal la desventura,
Lágrimas derramando lastimosas;
El en esta ocasion y coyuntura,
Siendo informado della en muchas cosas,
Dándola algun consuelo y esperanza,
Ofreció el fuerte pecho á la venganza.

Y no puniendo dilacion alguna,
A Creta enderezaron su camino,
Acompañados de la blanca luna,
Que mostraba su rostro cristalino;
Y pidiendo favor á la fortuna,
Bajó del cielo resplandor divino,
Que acrecentó al mancebo la pujanza,
Y á la bella Arsilaura la esperanza.

Cuando el dorado Febo levantaba
Las húmedas tinieblas deste suelo,
Y al verde campo ya las flores daba
El color que quitó el nocturno velo,
A la ciudad llegaron, que gritaba,
Mostrando gran dolor y desconsuelo,
Por ver que ya sacaban á Aureo fuerte
Con voces y tropel á dar la muerte.

Al estruendo, las voces y la grita
Arsilaura cayó, de desmayada,
Y al mozo con tal lástima le incita,
Que dejándola allí desconsolada,
Acometió con cólera infinita
A Creta, mas la puerta vió cerrada;
Y no pudiendo abrilla de un encuentro,
Por encima del muro saltó dentro.

Halla las calles todas atajadas,
Guardando la ciudad armada gente,
Y las altas ventanas ocupadas
De la turba de Creta, que el mal siente;
Mujeres con sus niños abrazadas
Claman al cielo con altiva frente,
Y revuelto el cabello las doncellas,
Formaban contra el duro rey querellas.

Unos se quejan del injusto cielo,
Otros llaman traidor al rey tirano,
Y regando con lágrimas el suelo,
Publican la maldad del inhumano;
Unos gritan con triste acento y duelo,
Otros vuelven á sí la airada mano,
Y todos con voz alta dicen: «Tierra,
¿Qué haces, que no enciendes fuego y guerra?»

Mirando Iberiano aquesto, luego
Por medio de la gente en guarda armada
Arremete, encendido en vivo fuego,
Haciendo calle con la dura espada;
Y no dando al caballo algun sosiego,
Atropella la gente alborotada,
Dejando en el camino cierta muestra
Del valor de su pecho, brazo y diestra.

Auméntase el estruendo y el ruido,
Encendiéndose ya los ciudadanos,
Mirando el escuadron del Rey rompido,
Y así toman las armas en las manos;
Mas porque mi carrera larga ha sido,
Y no puedo acabar los soberanos
Sucesos de mi canto, como en este,
Silencio en el siguiente se me preste.

CANTO XI.

Venga Iberiano la afrenta de Aureo y Arsilaura. Llega Florando á una floresta, donde le aparecieron en sueños Marte, Nemesis y Belona, mandándole ir á favorecer á Belaura contra el poderoso Tiro, lo cual hizo valerosamente, hasta darle la muerte; y Belaura, enamorada dél, imagina una traicion contra Salirina.

Preguntando á Solon, varon prudente,
Cómo podria conservar su estado
La romana ciudad, del orbe fuente,
Y su valor y triunfo el gran Senado,
Respondió que rigiéndose la gente
Por el Rey, á regirlos obligado,
Y rigiéndose el Rey por la justicia,
Sin punto de pasion ni de malicia.

¡Oh parecer divino y buen consejo,
Digno de eterna fama, nombre y gloria,
Para reyes y príncipes espejo,
Donde se mire siempre la memoria!
Oh sábio, docto y excelente viejo,
Celébrese tu nombre en esta historia,
Pues resumiste en dos las justas leyes
Que han de guardar los reinos y los reyes.

Que cometer el Rey alguna injuria
Por absoluta fuerza ó por engaño,
Es inhumana y ponzoñosa furia,
Que siempre á los estados causa daño;
Si el defensor que tienen los injuria,
No es defensor, sino enemigo extraño,
Pues con injusto título los vende,
Y en lugar de defensa los ofende.

Si este consejo de Solon tomara
El rey inadvertido Rosicleo,
Y el dañado apetito refrenara,
Sin cumplir la maldad de su deseo,
El reino muy seguro en paz gozara,
Premiando y castigando al bueno Ireo,
Y no viniera á ver su propria tierra
Llena de incendios, muertos, sangre y guerra.

Que viendo á Iberiano tan furioso,
La gente popular alborotada,
Rompiendo el duro yugo ignominioso,
Aferra con furor la dura espada;
Y cada cual con pecho valeroso,
Quebrantando la ley injusta dada,
Por las plazas y calles va saliendo,
A los que la resiste acometiendo.

Como la tierra por Jason arada
Con los domados toros poderosos,
De dientes duros del Dragon sembrada,
Sucesos siempre en Cólcos tan dudosos;
Que de sí produciendo gente armada,
Ocupaba los campos espaciosos,
Los escudos y diestras levantando,
Con el agudo hierro amenazando;

Así la fuerte Creta, ya encendida
Con bélico furor ardiente y ciego,
Gente de sí brotaba apercebida,
Que jugaba las armas sin sosiego;
Andaba por las calles esparcida,
Gritando: «Al arma, guerra á sangre y fuego;»
Cuáles por una parte van hiriendo,
Y cuáles van por otra resistiendo.

Los unos, «¡Viva el Rey, viva!» gritaban,
Otros, «¡Ciudad, ciudad!» gritan apriesa;
Al que calla, «¿Quién vive?» preguntaban,
Haciendo que responda quién apriesa;
No conociendo el bando, titubeaban,
Confusos todos entre turba espesa,
Y así cuando mataban los amigos,
Y cuando acompañaban á enemigos.

Como el celoso toro acompañado
De cantidad de reses ofendidas,
Que corre dellas algo adelantado,
Atropellando gentes atrevidas;
Y con curso veloz desenfrenado
Tras él caminan tódas desvalidas,
La espesa turba cada cual rompiendo,
Los cuernos y cervices sacudiendo;

Así el fuerte mancebo Iberiano
La espesa gente mata y atropella,
Y Creta con airada fuerza y mano,
A cuál derriba el brazo, á cuál degüella;
Y así, con duro esfuerzo, mas que humano,
Sin poder ya su furia defendella,
Llegan y ven los que pudieron vello
Al fuerte Aureo con la soga al cuello.

Delante ven trompetas y atabales
Y vistosas banderas desplegadas,
Y dél publican con pregon mil males,
Y voces todos dan desentonadas;
En este tiempo los amigos leales,
Como rabiosas fieras enconadas,
Siguiendo á Iberiano, allí acometen,
Y por las picas y escuadron se meten.

¿Quién dirá aquí los golpes, las heridas,
El resistir y el ofender gritando,
La sangre derramada, y tantas vidas
Juntas con este humor las derramando;
Las cabezas de cuerpos divididas
Y los sesos en ellas palpitando,
Los duros corazones descubiertos,
Que saltaban airados, casi muertos.

Los miembros, de sus troncos apartados,
Se desangraban por copiosa vena,
De la gente y tropel despedazados,
Toda la tierra roja de armas llena;
Unos sin armas á luchar trabados,
Mordiéndose mostraban rabia y pena;
Otros riñen con mazas, con espadas,
Con lanzas y otras armas enhastadas.

Cuál corre aquí y allí, y cuál rodea,
Cuál dos mil golpes con presteza tira,
Cuál con uno, con dos, con tres pelea,
Y cuál del gran cansancio se retira;
Cuál publica los fines que desea,
Cuál aprieta los dientes, cuál suspira,
Cuál al contrario rinde, cual le mata,
Cuál los piqueros rompe y desbarata.

Iberiano, como bravo Marte,
En peligro ninguno se repara,
Mas hiriendo por una y otra parte
De su grande valor da muestra clara;
Fuerza al que mas resiste que se aparte,
Y ninguno á impedirle el paso para,
Desamparando el preso el hado vuelto,
Y así le pone libre en tierra, suelto.

Conociendo su deuda, allí le abraza,
Y sin mas ceremonia ó cumplimiento,
Afierra de un escudo y dura maza,
Y tras el fuerte amigo va al momento;
Por do los dos caminan hacen plaza,
Siguiéndolos su bando, que contento
Hacia con esfuerzo y valentía
En él contraditor carnicería.

Atropellan, quebrantan y derriban,
Destrozan, rompen, hieren, desbaratan,
Deshacen, aniquilan y captivan,
Y con furor indómito maltratan;
A muchos del comun sentido privan,
Y á mas con las pesadas cargas matan,
Haciéndolos volver la espada apriesa
En una amontonada turba espesa.

Crece la grita, de unos los gemidos,
De otros las voces de contento dadas,
Y de mujeres viendo á sus maridos,
De las altas ventanas asomadas;
Miran á sus contrarios ya vencidos,
Sus armas y banderas arrastradas;
Y así, con regocijo de sus almas,
Baten con gran placer las tiernas palmas.

La temerosa gente retirada,
De los bravos cretenses ofendida,
Con su rey en palacio fué encerrada,
Procurando salvar la propria vida;
Que la contraria y enemiga espada
Andaba de su sangre tan teñida,
Que tiñendo tambien la dura tierra,
Mostraba bien la furia de la guerra.

Subido en una torre el Rey tirano,
A todos los de Creta amenazaba,
Sacudiendo su lengua el inhumano,
Con que los corazones indignaba;
Mas viendo su arrogancia Iberiano,
Corrido de los dardos que arrojaba,
Sin detenerse punto, manda luego
Que enciendan en las puertas grande fuego.

Encendidas las puertas, con la llama
Ya introducida con vigor en ellas,
Subiendo por el aire se derrama,
Pretendiendo subir á las estrellas;
El Rey á sus soldados mueve y llama
Que lleguen con vigor á defendellas;
Pero dos capitanes se juntaron,
Y en lugar de ayudarle le mataron.

Aquellos cuyo pecho y fortaleza
Causaba en Rosicleo confianza,
Con infame traicion y vil bajeza
Volviendo el hierro agudo de la lanza,
Le quitaron la vida y la cabeza;
Y así, con vanagloria, sin tardanza,
Pidiendo paz salieron con su gente,
Y al Dacio se la dieron por presente.

Mostrando gran contento la recibe,
Y el cómo de aquel hecho les pregunta,
Aunque bien su traicion allí concibe,
Y al fin como discreto la barrunta;
Ellos le respondieron: «Porque estribe
Nuestro poder en vos, con quien se junta,
La vida le quitamos, y aun muriera,
Si mil que le quitaramos tuviera.»

Mas él les dijo: «Si por este aprieto
A vuestro proprio rey le distes muerte,
Decid, ¿cómo podré tener concepto
Que lo usaréis conmigo de otra suerte?
¿Es esa la lealtad, es el respeto
Que ha de tener el capitan que es fuerte?
¿Págase bien así la confianza
En su persona puesta y en su lanza?

»Si contra vuestro rey tal caso hicistes,
¿Qué esperará quien es vuestro enemigo?
Por cierto con valor le defendistes;
¡Viva el que vence, ya no hay otro amigo!
Yo sé bien, por la paga que á este distes,
Que lo mesmo haréis tambien conmigo;
Y así, mando que os dén la justa pena,
Colgándoos, por traidores, de una almena.»

Esto cumplido y en palacio entrado,
Todos desbaratados se rindieron,
Por ser el defenderse ya excusado,
Y así el furor á su pesar perdieron;
Esto con tales fines acabado,
A la bella Arsilaura allí trujeron;
Y luego Iberiano, el Marte fuerte,
Dijo á los ciudadanos desta suerte:

«No príncipe que indigno deste nombre
Así y á los vasallos escurece
Con afrentoso título y renombre
De dura fama que espinando crece,
Ni rey que los efectos tiene de hombre,
¡Oh cretenses! el cielo aquí os ofrece,
Sino príncipe justo, de amor tierno,
Igual al sacro Apolo en el gobierno.

»No otro Meonio, Mida ó Galieno,
Ni otro lividinoso Victorino,
Ni cual crudo Neron, de furia lleno,
Ni como fué Heliogábalo ó Tarquino;
Mas rey prudente, de virtudes lleno,
Semejante á Trajano ó á Antonino,
Al valeroso César Claudio Justo,
Sábio Alejandro ó moderato Augusto.

»El cielo, que se os muestra tan sereno,
Segura paz ofrece y adevina;
No temais de rey tal que sea veneno,
Pues fué contra ponzoña medicina;
Que pues al propio rey, de vicios lleno,
Causó su perdicion y su ruina,
Pagando la maldad de su malicia,
Sabed que á todos guardará justicia.

»Aureo es el rey, el cual teneis presente,
Mancebo sábio, fuerte, valeroso,
Un miembro vuestro, amigo y aun pariente,
A sus tiempos severo y riguroso;
De príncipes illustres descendiente,
Blando en la paz, en batallar furioso,
Enemigo de infamia y vil deseo,
Contrario en todo trato á Rosicleo.»

Mas Aureo estorba, veda y contradice
Que le dén este triunfo soberano,
Siendo razon que el reino se eternice
Con el valor del fuerte Iberiano;
Pero él se excluye bien y lo desdice;
Y así, dejado el ceptro de la mano,
Sin que dijese lo contrario hombre,
De rey le dieron todos á Aureo nombre.

Con voces, con estruendo y armonía,
Diciendo «¡Viva el Rey!» le coronaron,
Y la ciudad de fiestas se hundia
Con que el nuevo suceso celebraron;
Y viviendo en pacífica alegría
Con la famosa gloria que alcanzaron,
Estuvo aquella tierra gobernada,
Renovándose aquí la edad dorada.

Revuelvan la memoria los humanos,
Mirando en esta historia peregrina
Cómo los justos cielos soberanos
Pagan la culpa con la pena dina;
Y así, hicieron que las proprias manos
Nacidas de la triste Constantina
Viniesen á causar al Rey su daño,
Y se vengasen del materno engaño.

Ninguna cosa queda sin castigo,
Todo se ha de pagar, y al fin se paga;
La traicion contra amigo ó enemigo
Se sabe, por secreta que se haga;
Sola fidelidad es siempre abrigo
Y remedio del mal que el alma llaga;
Mas quiérolo dejar, porque me alejo,
Y há mucho que á Florando solo dejo.

El cual, como antes dije, caminaba,
Por aliviar su pena, á toda priesa,
Que el encendido fuego le incitaba
Del regalado amor de su princesa;
Y entre sí, vacilando, imaginaba
Las palabras de Arcaba y su promesa,
Y tomando con esto algun consuelo,
Esperaba favor del sacro cielo.

Llegó en tierra de Scitia á una floresta,
Llena de pasatiempo y alegría,
Digna de gozo y agradable fiesta,
Que con ella el rio Arajes combatia;
Pasando con carrera larga y presta,
Y dando muchas vueltas la ceñia,
Yendo por partes ancho y extendido,
Y por algunas otras recogido.

De arboledas y flores era amena,
Cuyas hojas formaban espesura,
De yedra revestida toda y llena,
Que asida por los troncos va á la altura;
Y arriba se entreteje y encadena,
Y así no pasa el sol á la verdura;
Allí las sordas aguas con sonido
A contento provocan al oido.

Era cuando llegó allí el tiempo cuando
Secaba el sol el húmedo terreno,
Y cuando al verde campo va quitando
La hermosura de que estaba lleno;
Cuando pasa por Cancro atravesando,
Que siempre está escupiendo frio veneno,
Cuando cogen los hombres con fatiga
El pan, sacando el grano de la espiga.

Movióle el sitio umbroso, el manso viento,
La alegre vista del florido suelo,
Las aves vió en aquel alojamiento
Descansar del trabajo de su vuelo;
Cobrando nuevo espíritu y aliento
Para empinarse por el aire y cielo,
Tambien le daba gusto y recreaba
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado larga pieza
El lugar agradable, el sitio umbroso,
El suave olor de flores, la belleza
Del campo, el fresco viento deleitoso;
Sentado, y arrimada la cabeza
Al tronco de un aliso caudaloso,
Puniendo á su cuidado dulce olvido,
Dejó entregado al sueño su sentido.

La cuerda al pensamiento un rato afloja,
Despidiendo el dolor de la memoria,
En aquel pabellon de verde hoja,
Dulce consuelo de su triste historia;
Estando así perdida la congoja,
Vió en una nube de infinita gloria
A Némesis, Belona y Marte fieros,
En tres feroces leones caballeros.

Con peto y coselete ve á Belona,
Que una lanza en la mano blandeaba,
Y á Némesis airada cual leona,
Que con un dardo agudo amenazaba;
Y Marte, conocido en su persona,
Que fuego por los ojos arrojaba,
Lleno de polvo y sangre, todo armado,
Un escudo fortísimo embrazado.

Llega á Florando, y dícele: «Despierta,
¡Oh dichoso mancebo venturoso!
No consientas que esté tu fama muerta,
Ni te muestres un punto perezoso;
Fortuna para el bien te da ancha puerta,
Trabaja, que despues tendrás reposo,
Aspira á grandes cosas sin cansarte,
Pues tienes á los hados de tu parte.

»Tiro, de la fortuna levantada
Libre, por suerte de su justo duelo,
Aun no contento con haber triunfado
De tanta tierra y espacioso suelo,
En su poder y fuerza confiado,
Piensa oprimir con su rigor el cielo,
Y bañalle con sangre á dura guerra,
Como deja manchada tanta tierra.

»Ya ni obedece á dioses ni los llama,
Ni los estima, ni á su mando viene,
La justa sangre con rigor derrama
De estos germanos que cercados tiene;
Belaura por su muerto hijo clama,
Y á nosotros vengarle nos conviene,
Pues mandando dejase tal demanda,
Con mas furor y sin temernos anda.

»Toma mis armas, vé contra el tirano,
Que en ellas iré oculto y encubierto,
Puniendo en tí mi aliento soberano,
Y no le dejes hasta haberle muerto;
Belona te da lanza de su mano,
Y Némesis irá contigo cierto,
Y no dejando alguno que no muera,
Honroso premio de mi mano espera.

»Pondrás la mayor parte de la gente
Emboscada secreta en la montaña,
Y saca la otra parte diligente
Contra Tiro y los suyos en campaña;
Retírate despues fingidamente
A los amigos, que el valor de España
Levantará tu pecho en esta parte,
Llamándote por mi segundo Marte.

»No quiero decir mas; despierta luego,
Y camina con ánimo seguro,
Que Tiro no podrá apagar tu fuego,
Antes será á tu fuerza frágil muro;
Acabe ya el tirano el teson ciego,
Pierda la tierra, gane el reino obscuro,
Y ciña el lauro tu gloriosa frente,
Venciendo al que ha vencido tanta gente.»

Luego desparecieron, y al momento
Florando despertó, maravillado
Desta vision, suspenso el pensamiento,
Pero viendo las armas á su lado;
Acrecentando su vigor y aliento,
De la amiga fortuna confiado,
A la Reina se fué, que estando atenta,
La dió de lo pasado larga cuenta.

Uno le escucha con atento oido,
Otro de gran placer se aparta luego;
Uno juega las armas encendido,
Otro corre saltando sin sosiego;
Al fin, todos con ánimo crecido
Sienten de Marte el belicoso fuego;
Mas la Reina, que atenta estuvo á todo,
A Florando responde deste modo:

«Dichoso caballero, á quien el cielo
Heróico pecho valeroso ha dado,
Para poder triunfar en este suelo
Del que de tantos reyes ha triunfado;
No tengo duda alguna ni recelo
Del bien que el sacro Marte os ha otorgado,
Que en sueños me mostró vuestra victoria,
Segun lo tengo escripto en la memoria.

»Y en su clemencia deífica confio,
Y en ese brazo que por ellos viene,
Que vengará la muerte, yo lo fio,
De aquel que mi alma con la suya tiene.
Poned en órden, á vuestro albedrío,
Toda la gente, como veis conviene,
Pues es razon que rija nuestra guerra
Quien se rige por dioses en la tierra.»

Apenas la razon habia acabado,
Cuando sin fuerza, sin vigor ni aliento,
Llegó un espía todo ensangrentado,
Formando quejas con turbado acento;
Por mil partes el cuerpo tray pasado,
Y arrojado en la tierra allí al momento,
Bañado del humor que el cuerpo vierte,
Dijo con la voz flaca desta suerte:

«Varones fuertes, si en la edad pasada
Vuestras fuerzas indómitas pudieron
Poner en yugo eterno por la espada
A los que sujetaros pretendieron;
Y por la mano vuestra fué vengada
La ofensa que otros pueblos recibieron,
¿Cómo sufris que el enemigo duro
Venga á escalar de la ciudad el muro?

»¿Cómo sufris que robe los ganados,
Que asuele los lugares con que cierra,
Que abrase montes, viñas y sembrados,
Y ocupe tanto tiempo vuestra tierra?
Cómo sufris estaros encerrados,
Pues con daño mayor os hace guerra?
¿Qué es esto, capitanes? Qué os detiene,
Viendo al contrario que á asolaros viene?

»Mirad mi cuerpo ventanado y roto,
Con cien heridas todo traspasado,
Que con escarnio, mofa y alboroto,
Me dieron, por afrenta del Senado;
El infante mas ruin con firme voto
Promete demostrarse mas osado,
Pues ¿cómo no salís á detenellos,
Siendo quien sois, y siendo quien son ellos?

»¿De qué sirve, varones, encerraros,
Siendo afrentoso y no seguro medio?
¿Y por qué os rehusais de aventuraros,
Si esto puede causar vuestro remedio?
Salid, que mejor es eternizaros,
Y morir divididos por enmedio,
Mostrando el gran valor de vuestros pechos,
Que no por hambre mujercillas hechos.

»Honra se gana si se pierde vida,
Y vivos quedaréis con esta muerte,
Que aunque murais, la fama no se olvida
Del que murió, si muere como fuerte;
Salid, que el tiempo y ocasion convida,
Mirad que es imposible de otra suerte
Dejar de poner mancha en vuestra honra,
Y sujetaros con mayor deshonra.

»Si una tan sola vez, por mal concierto
O desdicha, rompieron vuestra gente,
Y quedó nuestro príncipe allí muerto,
Que esto con gran razon el pueb'o siente,
¿Cuántas veces, decid, habeis abierto
Sus fuerzas y el ejército presente,
Haciéndoles perder los baluartes,
Trincheas, municiones y estandartes?

»Pues no os detenga el miedo ni acobarde;
Salid á defender las honras fuera,
Y el ánimo que en esos pechos arde
Muestre el vigor con que vengarse espera;
Salid, germanos, no aguardeis mas tarde;
¡Muera el tirano Tiro, muera, muera!
Derribad su soberbia, pues procura
Daros en vuestra sangre sepultura.

»No el fuego en espesuras encendido,
Del presuroso viento acrecentado,
Que deja por do pasa ennegrecido
El ornamento del alegre prado,
Quemando y consumiendo su vestido
Y todo aquello de que está adornado,
Muestra su ardor y furia tan suprema
Como este, que la mesma tierra quema.

»Salgan las armas, salgan los arneses,
Juntad las piezas, enlazad hebillas,
Vestid corazas, embrazad paveses,
Aderezad caballos con sus sillas;
Dejad las bordaduras y jaeces,
Tomad las lanzas, picas y cuchillas,
Tremolad las banderas desplegadas,
Y apercebid desnudas las espadas.

»Cuando el siniestro hado riguroso
Tambien nos amenace en lo futuro,
No puede darnos sino fin honroso,
Pues será defendiendo tierra y muro;
Mostrad el fuerte brazo valeroso,
Y al ajeno rigor corazon duro;
Qu'el invencible y animoso pecho
Hace posible el imposible hecho.»

No pudo decir mas, porque el aliento
Faltó para mover la lengua helada,
Que ya formaba apenas el acento,
Sin sangre alguna, al paladar pegada;
Florando con grande ánimo al momento
Pone en órden la gente alborotada,
Con tanta confianza y tanto brio,
Que convirtió en ardor el hielo frio.

En un espeso montuoso valle
Gran parte de la gente en guarda puso,
Porque á Tiro pretende allí encerralle,
Y así con órden diestra los compuso;
Deja para su entrada franca calle,
Y él con su escuadra, sin estar confuso,
Para poder meter á Tiro dentro
Salió con brava fuerza al duro encuentro.

Del monte espeso no hubo bien salido,
Cuando el campo enemigo se les muestra,
Deseando con ánimo encendido
Ejercitar la vencedora diestra;
Con grave paso marcha repartido,
Airosos todos con gallarda muestra,
Vestidos muy bizarros de colores,
Al son de roncas trompas y atambores.

Bien como suele la plebeya gente
En algun regocijo ó grande fiesta
Salir en escuadron alegremente,
Rica, gallarda y á porfía compuesta;
Que con muestra animosa y excelente
Va al son del atambor en órden puesta,
Y despues, con la pica ó alabarda,
Cada cual que acomete el toro aguarda.

Con audacia, desden y confianza
Delante el fuerte Tiro caminaba,
Siguiéndole su gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, pesada y gruesa lanza,
Que con pujanza á veces la terciaba,
Y cual junco liviano la blandia,
Que juntar los extremos parecia.

Viéndole así, Florando se adelanta
Con animosa y desenvuelta priesa,
Y el brazo diestro con vigor levanta,
Vibrando el asta apercebida y gruesa;
Y con furor, que imaginarlo espanta,
Para principio de famosa empresa,
Con el cercano tiro presto cierra,
Dando señal de la sangrienta guerra.

Mirando pues que ya por los caudillos
Era la cruel batalla comenzada,
No siendo necesario apercebillos,
Con un clamor y grita alborotada
Bajan las lanzas, picos y cuchillos,
La maza afierran, el segur y espada,
Unos en otros con furor hiriendo,
Defendiéndose todos y ofendiendo.

Suenan los atambores mas apriesa,
Suena la grita, trápala y ruido,
Trábase con furor la turba espesa,
Dejando el paso á todos impedido;
Rompe Florando al fin la lanza gruesa,
Y luego, con el ánimo advertido,
Empieza con engaño su huida
Para daño de Tiro apercebida.

Obedeciendo todos la ley puesta,
Su gente se retira amontonada,
Volviendo con carrera larga y presta,
No por temor, mas por la regla dada;
Va toda la milicia descompuesta,
Y los persas levantan mas la espada,
No dejando momento de seguillos,
Soberbios y arrogantes en rendillos.

Unos con otros juntos van revueltos,
Perdida ya del todo la ordenanza,
En una polvorosa nube envueltos,
Que escureció de Tiro la esperanza;
Muéstranse todos como pardos sueltos,
Mostrando en ligereza su pujanza,
Entrando sin recelo ó duda alguna
Donde estaba contraria la fortuna.

Entrando con gran estruendo y vocería,
Sin quedar enemigo solo fuera,
Donde Florando puesto el campo habia,
Que con airadas manos los espera;
Y cuando vió que dentro los tenia,
Diciendo: «Muera Tiro, muera, muera,»
D'entre las matas salen con ruido,
Venciendo al vencedor el ya vencido.

Como aquellos centauros, que bajando
De la cumbre de Otris con estruendo,
Las enredadas matas apartando,
Iban su curso con furor siguiendo;
O como las hormigas, que volando
De la cóncava tierra van saliendo,
Salen bravos germanos y se ofrecen,
Que para daño de los persas crecen.

Andaba el fuerte Tiro con pujanza,
Animando su gente apresurado,
Unas veces con grande confianza,
Otras ya de su bien desconfiado;
Cuándo ofrece de premios esperanza,
Cuándo duro castigo deshonrado,
Al buen soldado ensalza, al ruin baldona,
Que nada calla, encubre ni perdona.

El fuerte castellano, por su parte,
Con los suyos andaba tan furioso,
Que mostraba un espíritu de Marte
El menos atrevido y valeroso;
Y así, no siendo á resistirle parte,
En cobarde convierte al animoso
Tiro, que de sus manos derribado,
Quedó muerto en el campo atropellado.

Viendo los persas la contraria suerte
Y enemiga fortuna declarada,
Con dar al rey aborrecible muerte
Pierden la fuerza en el mover la espada;
En temor su arrogancia se convierte,
Y la sangre en las venas queda helada,
Que en los miembros do sobra fortaleza,
Falta luego faltando la cabeza.

Los valientes germanos sin reparo
Derriban, hieren, dañan y atropellan,
Y soberbios, mostrando vigor raro,
A cuantos pueden pasan y degüellan;
Allí el rigor antiguo muestran claro,
Y á los contrarios por desprecio huellan,
Sin cesar unos y otros derribando,
Y á los ya derribados acabando.

No aprovecha huir el temeroso
Del sangriento rigor del enemigo,
Que al paso sale luego mas furioso
Otro que le amenaza con castigo;
Así al fin, como el toro en cerco ó coso,
Sin alcanzar para defensa abrigo,
Quedaron muertos, rotos y deshechos,
Abiertas las entrañas por los pechos.

Quedaban desangrados por el suelo,
De armados cuerpos muertos los ribazos,
Con impiedad y con rigor sin duelo
Hechos astillas, trozos y pedazos;
Hambrientas aves con liviano vuelo
Arrebataban manos, piés y brazos
De aquel soberbio ejército importuno,
Que no pudo escapar de todos uno.

Con esto, publicando la victoria,
Con grandes voces y placer salieron,
Y con muchos despojos y mas gloria
A la ciudad amiga se vinieron;
Adonde eternizando la memoria
Del gran Florando, de alabastro hicieron
Su natural figura, escrita en ella
La justa causa, digna de ponella.

Belaura, de sus hechos obligada,
Infinitos regalos le hacia,
Mostrándose algun tanto apasionada
Por una dulce llama que sentia;
Pero Florando, viéndola prendada
Del poderoso ciego á quien seguia,
La declaró su amor y lo que intenta,
Dándola de su historia larga cuenta.

La Reina, cuando vió que procuraba
Lo que con gran dolor halló ajenado,
Y que nada su amor aprovechaba
Con el constante firme enamorado,
Para acabar su empresa le animaba,
Encubriendo en el pecho su cuidado,
Forjando en él un hecho infame y feo,
Solo para cumplir con su deseo.

Con gran regalo y encarecimiento
A Florando una vez y dos le ruega
Que traiga allí, en sacándola, al momento
A Safirina, á quien con rabia ciega,
Para poner remedio al cruel tormento
Que seguir la razon impide y niega,
Imaginaba de quitar la vida,
Juzgándose, ofendiendo, la ofendida.

Con esto, al fin, Florando se despide
De Belaura, y solícito camina,
Y la traidora Reina el tiempo mide,
Y en su maldad á veces imagina;
El fuerte castellano al cielo pide
Favor para cobrar á Safirina;
Mas quiero descansar, pues no pretendo
Cansar á quien con gusto va leyendo.

CANTO XII.

Despídese Florando de Belaura. Libran don Leonido y Fulgido á Alcina de unos bandoleros. Deja don Leonido á su hermano sin que supiese dónde iba, y él vuelve á Babilonia á publicar la traicion de la Infanta, y susténtalo en campo. Viene Leonido á defenderla, y descúbrese el caso por el valor de Safira. Gana Florando la espada y el agua del encanto de Orcoleso.

¡Oh rigüroso mal, de rabia lleno,
Viva carcoma de la humana gente,
Ponzoña abrasadora, cruel veneno,
Arrojado por boca de serpiente!
Oh triste daño, de remedio ajeno,
Brava furia infernal, bonaso ardiente!
Oh envidia, que del mundo estás triunfando,
Tu poder entre humanos levantando!

Por tí vemos ciudades abrasadas,
Fuertes provincias grandes destruidas,
Torres y casas fuertes asoladas,
Y las honrosas famas ofendidas;
Vemos sangrientas guerras comenzadas,
De poderosos príncipes caidas,
Y al fin, por tí la tierra se empeora,
Que eres de muchos males inventora.

Belaura, que el rigor de celos siente,
Invidiosa acrecienta su tormento,
Sintiendo mucho mas el accidente
Del amor, hasta entonces blando y lento;
Porque envidia sopló un vapor caliente,
Y aquel corrupto respirado viento
Hizo encender con gran violencia el fuego,
Que al que llega deslumbra y deja ciego.

Al fin, quedando así con esta pena,
Que abrasa el corazon y el alma espina,
Por varios reinos y por tierra ajena
Con valeroso ánimo camina;
Mas quiérole dejar en hora buena,
Acompañado de deidad divina,
Y voy al triste infante don Leonido,
Que tambien caminaba con Fulgido.

Pasando con tristeza su camino
Los dos, sin otra alguna compañía,
Un gallardo pastor, llamado Arsino,
Desalentado á mas correr venia,
Temblando, alborotado y ya sin tino,
Diciendo: «¡Ay de mi Alcina, Alcina mia!»
Pero viendo á los dos, la espalda vuelve,
Y bien los piés cansados desenvuelve.

Viéndole así correr de tal manera,
Muchas voces le dan que los espere;
Mas viendo que prosigue su carrera,
Y que esperarlos ni escuchar no quiere,
Con gran deseo de saber quién era
Cada uno á su caballo pica y hiere,
Y partiendo tras él muy prestamente,
Le vieron la sudada roja frente.

Con temblor azogado rehilando,
Viendo su ligereza ya vencida,
Vuelve con muchas lágrimas, rogando
Que le dejen siquiera ya la vida,
Pues ellos y los otros de su bando
Le quitaron la cosa mas querida;
Mas los dos, con recelo de su daño,
Presto le aseguraron deste engaño.

Y así, el confuso Arsino, consolado,
Les dijo: «Perdonadme mi locura,
Que de recelo y de temor forzado,
Huí, no conociendo mi ventura;
Mas, pues á tiempo tal habeis llegado,
Muévaos á compasion mi desventura,
Pues los ilustres y valientes pechos
Han de vengar los afrentosos hechos.

»Seis bandoleros, bravos robadores,
Con crueldad fierísima, inhumana,
Al fin como de pechos salteadores,
Con afrenta me llevan una hermana;
Remediad tal maldad, fuertes señores,
Pues aquí los teneis en tierra llana,
Donde no podrán irse ni escaparse,
Ni de montes ó peñas ayudarse.»

De sus copiosas lágrimas vencidos,
Allí se determinan á vengallo,
Con un honroso ánimo encendidos,
Y del dolor procuran consolallo;
Para guiallos adonde eran idos
A las ancas le ponen de un caballo;
Y así, con tanta priesa caminaron,
Que á poco espacio al fin los alcanzaron.

Calan los bandoleros las viseras,
Viendo que solos dos los acometen,
Mas como bravas enconadas fieras
En medio de los seis los dos se meten;
Y dando de su esfuerzo muestras veras,
De darles muerte ó de morir prometen;
Y así, por su valor al fin cumplieron
Cuanto en sus fuertes pechos propusieron.

Aquí derriban dos, y allí dos tienden,
Con gran furor á su pesar rodando,
A otro la celada y casco hienden,
Y en el suelo le estampan palpitando;
Mas viendo cuán en vano se defienden,
El que quedaba solo rehilando
Se aparta dellos, y huyendo iba,
Mas Leonido le alcanza y le derriba.

Y así, con esta próspera ventura,
Librando de sus manos la doncella,
A Arsino se la dieron muy segura,
Quedando agradecidos él y ella;
Pero, porque la noche fria y escura
Privaba de color la tierra bella,
A la choza de Arsino y de su hermana
Se fueron, esperando la mañana.

Allí con su pobreza les hicieron
Regalado hospedaje y acogida
Con todo aquello que mejor pudieron,
Que con esto su falta fué cumplida.
Al sueño los cansados miembros dieron;
Mas don Leonido, de la triste vida
Cansado y de sus penas afligido,
Velaba, de sí mesmo combatido.

Pero forzado ya de su tormento,
Sin que lo sienta alguno sale fuera,
Echando mil suspiros por el viento,
Y puesto en su caballo nada espera;
Antes con presuroso movimiento
A la playa endereza su carrera,
Y allí llegado, se detuvo en ella,
Cuando del alba se mostró la estrella.

Puestos los ojos en la rubia arena,
Que gusto ni descanso no recibe,
Confuso, enmudecido de su pena,
Con tan grande dolor, que apenas vive,
Lo que en el alma su fatiga ordena
Allí en el suelo con la lanza escribe,
Mostrando su fatiga y ansia fuerte
El corazon cansado desta suerte:

«Aguas, si teneis
Fuerzas contra el fuego,
Apagalde os ruego.»

Estando así suspenso, inadvertido,
Melancólico, triste, congojoso,
Oyó de muchas armas gran ruido
En la cercana isla de Orgososo;
Y vuelto en su memoria y su sentido,
Escucha el resurtir; y así, animoso,
Se arroja por el agua á aquella parte
Donde le llama el espantoso Marte.

Cuando la aurora allá por el oriente,
Sus cabellos dorados descubria,
Tendidos por el cuello y blanca frente
Huyendo de quien tanto la seguia,
Fúlgido despertó, y halló ausente
La cosa que en el mundo mas queria;
Y así, se despidió de Arsino luego
Por buscar á Leonido sin sosiego.

Por las pisadas del caballo llega,
Sin perderlas un paso, á la ribera,
Pero la huella allí quedando ciega,
Porque el agua cerraba la carrera,
Anda, revuelve, escucha, no sosiega,
Ni puede reposar aunque quisiera,
Y encontrando la letra, ya engañado,
En el mar imagina haberse echado.

Y así, sin detenerse mas un punto,
A Babilonia torna, ardiendo en fuego,
Vivo en rigor y en el color difunto,
Y al palacio real camina luego;
Y allí al Soldan y á su consejo junto,
Por el perdido don Leonido ciego,
Con un ánimo audaz, soberbio en todo,
Dijo con altas voces deste modo:

«Mi hermano, el valeroso don Leonido,
Sin razon de la Infanta mal pagado,
De su enemiga afrenta ya vencido,
Queda en las verdes aguas sepultado;
Desto la causa ¡oh gran Soldan! ha sido
Hallarse en sus contentos engañado,
Pues á cierto galan Aureliana
Le da, para gozarla, entrada llana.»

El Soldan, con un presto sobresalto
Alborotado, sin algun sosiego,
La voz con turbacion levanta en alto,
Diciendo: «¿Quién decis? decildo luego.»
Fulgido, de paciencia y gusto falto,
Lleno de rabia y abrasado en fuego,
Dijo: «Tu hija, Rey, tu hija digo,
Y desto soy de vista yo testigo.

»Por mis ojos vi cierto caballero,
Al cual no conocí ni sé quién era,
Que Aureliana allá por el terrero
Le dió segura entrada y escalera;
Yo lo defenderé como guerrero,
Segun es ley, en campo hasta que muera;
Y porque no digais ser dichos vanos,
Aquí estoy con las armas en las manos.»

El Soldan con tal cólera se enciende,
Que quisiera en punto deshacerlo;
Mas viendo los que están con él que ofende
Sus fueros, pues se obliga á defenderlo,
Y que cumplir aquella ley pretende,
Sin mas lo dilatar ni detenerlo,
Hicieron que el Soldan determinase
Que en Babilonia un mes lo sustentase;

Y que fuese la Infanta condenada
Si en el campo quedase victorioso,
Y si vencido fuese, en premio dada
Al vencedor, haciéndole su esposo.
Hecha con esto al fin la empalizada,
Y publicando el caso tan dudoso,
Entró en el cerco, donde ocioso estuvo
Lo mas del tiempo, que contrario no hubo.

Pero el valiente y fuerte don Leonido,
Despues que con esfuerzo valeroso
Fué donde se formaba aquel ruido,
Y con valor ganado triunfo honroso,
Se tornó á la cabaña en que Fulgido
Quedaba en dulce sueño con reposo;
Mas sabed lo que el hijo de Florando
Hizo en aquella isla de Orlando.

Como á los bravos golpes que sonaban
Fué, deseoso de saber el caso,
Vió cuatro caballeros que estorbaban
Al fuerte Iberiano cierto caso,
Y con infame junta peleaban
Contra el gallardo mozo en campo raso,
Pretendiendo prender á quien prendiera
A todos aunque solo se estuviera.

Mas con enojo viendo tal ventaja,
No en el valor, que en esto no la habia,
Pues no se aventajaban una paja,
Pero por ser tan vil descortesía,
Presto su lanza don Leonido baja,
Y mostrando en esfuerzo demasía,
Llamándoles traidores, acomete
Y por el pecho el asta al uno mete.

Iberiano, qu'este favor siente,
Augmentando el valor, uno derriba,
Y arremete con otro prestamente,
Que furioso tambien para él se iba;
Mas abrióle de un golpe por la frente,
Y de vida Leonido al otro priva;
Y así, presto sus brazos valerosos
Quedaron sin ofensa victoriosos.

Su caballo y sus armas don Leonido,
Por estar de batallas mal parado,
Deja en el campo y toma de un vencido
Fuerte caballo y un arnés dorado,
Aunque mas por dar muestras á Fulgido
Del vencimiento con valor ganado;
Que los ardientes juveniles pechos
Quieren mucho la gloria de sus hechos.

Era la pretension de Iberiano
Pasar allí al castillo de la luna,
Para saber de Olevio, un mago anciano,
De su linaje y padres nueva alguna;
Y trabada amistad con rostro humano,
Se abrazan, ensalzando su fortuna,
Mas luego don Leonido se despide;
Que el tornar á su hermano estarse impide.

En poco tiempo torna á la cabaña
Donde habitaba la pastora Alcina,
A quien Cupido, que los pechos daña,
Daba la pena de su rostro indina;
Oyó que en un rabel con diestra maña,
De aquella mano al parecer divina,
Tañia la pastora, y con su canto
Mostraba desta suerte triste llanto:

¡Ay suspiros! no os canseis
De volar en mi provecho
Hasta que dentro en el pecho,
Donde tengo el alma, entreis.
Caminad, suspiros mios,
Huyendo de mis enojos,
Y aposentáos en los ojos,
Que estos convierten en rios.
Volad, y allí no os quedeis,
Olvidando mi provecho,
Hasta que dentro en el pecho,
Donde tengo el alma, entreis.
Id, y veréis si de mí
Hay acaso pensamiento,
Que me dice no el tormento,
Y la esperanza que sí.
Id, pero no publiqueis
El daño que siento estrecho
Hasta que dentro en el pecho,
Donde tengo el alma, entreis.

Acabado su canto, entró Leonido
Donde la bella Alcina sola estaba,
Y supo que en Babilonia el gran Fulgido
En público palenque sustentaba
Que habia Aureliana cometido
Grave traicion, y allí la publicaba,
Y con estas palabras al momento
Penetró la verdad de todo el cuento.

Con esto se despide sin tardanza,
Y á Babilonia va, determinado
De defender en campo á espada y lanza
A la bella Princesa en estacada;
Y con ligero paso y gran pujanza
Camina solo, triste y congojado,
Combatido de varios pensamientos,
Que mas acrecentaban sus tormentos.

Dice: «¿Cómo que vaya yo en defensa
De quien fui tan de verás ofendido,
Habiendo de hacer con esto ofensa
A aquel de quien he sido defendido?

Oh vanidad, oh furia, oh rabia inmensa,
Oh cáncer peligroso al alma asido,
Oh ciego amor, al fin sin duda ciego,
Pues á mi proprio hermano por ti niego.

»Pero, pues cierto sé que él es tan fuerte,
Y no puedo olvidar á quien me olvida,
Quiero ir á procurarme de la muerte
Mas gustosa y alegre que la vida;
Sabrá bien mi enemiga desta suerte
La fe que tan injustamente olvida,
Y aquel que nunca pudo consolarme
Acabará mi mal con acabarme »

Con esto, á Babilonia ya llegado,
Al cercado palenque presto parte,
Y en presencia del Rey y su senado
Contradice á Fulgido deste arte :
«Lo que se ha de la Infanta publicado,
Aunque aquí lo defienda el mismo Marte,
Yo le haré entender aquí presente
Que se engaña, que burla y aun que miente.

»Y así, pues esto tiene de acabarse
Con el duro rigor de la batalla,
Tiempo es, jueces, de determinarse
Con el acero, lanza, espada y malla.»
Y sin mas detenerse ni tardarse,
Dieron licencia para comenzalla,
Y tocando las trompas y las cajas,
Parten con gran tropel, las lanzas bajas.

Aureliana, que cubierta estaba
De negro luto, puesta en su tablado,
Del fuerte don Leonido se quejaba,
Que por tal falsedad la habia dejado;
Y peleando él mesmo se culpaba,
Por dar favor á quien le habia negado;
Que al fin sola la fuerza de un engaño
A muchos siempre ofende y causa daño.

Andaban con un ánimo encendido
Los dos guerreros, faltos de contento,
Pero ser tan valiente don Leonido
Estorbaba los fines de su intento,
Aunque de amor de hermano compelido,
Le dejaba tomar algun aliento;
Mas viéndolos el cielo en este paso,
No quiso consentir tan triste caso.

Safira, aquella dama que burlada
Se vió de Clarinarte con engaño,
Imaginando estaba desvelada
Cómo poner remedio á tanto daño;
Y estando de congojas fatigada,
Cuidosa imaginando el desengaño,
La bella Vénus, diosa de amadores,
Baja en su carro, derramando flores.

Con ella viene el hijo regalado,
De su flechero arco apercebido,
A veces sobre el carro levantado,
Y á veces de su dulce madre asido;
Que un blanco velo tray al hombro echado,
Por la cintura con desden caido,
Cubriendo aquella parte que del cielo
Hizo bajar los dioses hasta el suelo.

Con clara voz, alegre y amorosa
Dice : «Safira, esfuerza, escucha atenta,
Esa imaginacion tan animosa
Con el valor que tienes luego intenta,
Que á tí será y á todos provechosa,
Y sacará á la Infanta desta afrenta;
Segura puedes ya determinarte,
Que amor quiere triunfar de Clarinarte »

En esto á las palomas da la rienda,
Y levantan de presto el leve vuelo,
Abriendo por el aire larga senda
Hasta romper el estrellado cielo;
Safira luego, sin que alguno entienda
Su bravo intento, falta de recelo,
Dejado el femenil temor del pecho,
Emprende con valor un fuerte hecho.

De limpias armas y de esfuerzo armada,
Puesta á caballo, llena de esperanza,
No conocida, se entra en la estacada,
Vibrando la asta larga de la lanza;
Toda la sobrevista lleva echada,
Mostrando airoso talle y gran pujanza,
Y al famoso Soldan llegando presto,
Le dió un papel, en él escripto esto :

«Cese ya de los dos la cruel batalla,
»Y salga Clarinarte al campo armado,
»Que ese traidor, que sus traiciones calla,
»Estos enredos todos ha causado;
»Cien caballeros vienen á proballa;
»Si está salvo, seguro ó confiado,
»Venga y procure con valor vencellos,
»Que yo soy el mas ruin de todos ellos »

Despues que el gran Soldan hubo leido
Estas razones, hizo que cesase
La batalla, y que puesto atento oido,
Este papel allí se publicase;
Clarinarte, en oyéndole, corrido,
Sin que contradecir palabra osase,
A los piés del Soldan se arroja luego,
Falto de aliento, sin sentido y ciego.

Y todo el cuerpo con horror temblando,
Pide perdon, mil lágrimas vertiendo,
Del engañoso ardid se desculpando,
Una culpa á otra culpa allí ofreciendo;
Mas con dolor al fin titubeando,
Fué la verdad del caso refiriendo;
Y el Soldan, que callando estuvo á todo,
Respondió suspirando deste modo :

«¡Ay don Leonido, valeroso Marte,
Por tu muerte yo muero con tormento,
Pues este falso engaño ha sido parte
Para acabar tu vida y mi contento;
¿Con qué justicia dejaré el vengarte?
Que el haberte perdido solo siento;
¿Cómo podré olvidar tu triste engaño,
Si á mi persona propria vino el daño?»

Oyendo estas palabras don Leonido,
La visera desprende y la levanta,
Y en viéndole quedaron sin sentido
El Soldan, caballeros y la Infanta;
A abrazarle gritando va Fulgido,
Que á todos el suceso nuevo espanta;
Levantando un estruendo y vocería,
Que hundirse los cielos parecia.

Luego Safira su celada quita,
Que mas admiracion á todos puso,
Augmentando las voces y la grita,
Viendo una dama en tan ajeno uso;
El gran Soldan con alegría infinita
Estaba como atónito, confuso,
Y al fin, cuando la gente sosegaron,
Las fortunas de todos le contaron.

Viendo que con ventura y gloria tanta
Era maraña tal desenredada,
Desposa á don Leonido con la Infanta,
Cosa en extremo dellos deseada;
Y Clarinarte, que el temor le espanta,
Esperando los filos de la espada,
Fué, á ruego de Leonido, perdonado,
Y despues con Safira al fin casado.

Porque con aquel hecho valeroso
Ganó tan grande nombre y tanta fama,
Que amor en un instante presuroso
Encendió en Clarinarte blanda llama;
Mas, pues desto es el fin tan venturoso,
Voy á Florando, porque ya me llama,
Mostrando de su esfuerzo el bravo exceso,
Batallando á las puertas de Orcoleso.

Llegado á aquel castillo, halló que estaban
Dos feroces leones con braveza,
Que un cuerpo con furor despedazaban,
Mostrando bien su rabia y fortaleza;
De sus miembros rasgando los tiraban,
Mas sin algun temor de su fiereza,
Batiendo el suelo, cala el hierro agudo,
Mas por el recio cuero entrar no pudo.

Dejan la presa, viéndole, al momento,
De su atrevida ofensa embravecidos,
Mas con ligero y presto movimiento
Fueron del castellano rebatidos;

Tornan veloces luego como un viento,
Regañando de verse así ofendidos,
Y sin poder librarse ni estorballo,
Uno abrió por las ancas al caballo.

Derrengado cayó luego en el suelo,
Y á su espada, en pié puesto, pone mano,
Tirándoles mil golpes sin recelo
Con un valor y esfuerzo soberano;
Pero un jayan que de erizado pelo
Cubierto estaba, aunque en el rostro humano,
Del castillo salió por la ancha plaza,
Levantada en las manos una maza.

Una cadena tray al hombro echada,
Con que al que allí llegaba le prendia,
Cuando con la pujanza de su espada
De aquellas bestias defenderse via;
Pero con la destreza acostumbrada
Con que Florando batallar solia,
Contra el feroz gigante presto cierra,
Sustentando, aunque solo, bien la guerra.

Andando ansí, de un golpe le derriba
El un nervoso brazo con la maza,
Pero un leon, que á defenderle iba,
Le rompió por un lado la coraza;
Luego Florando sobre el un pié estriba,
Que nada le detiene ni embaraza,
Y con pujanza y có'era infinita
Tira de la cadena y se la quita.

Deja la espada, y con la maza afierra,
Viendo que á los leones nada ofende,
Y alzada, con el uno presto cierra,
Por ver el fin que cón vigor pretende;
Pero con diestro término de guerra,
Saltando atrás, ligero se defiende,
Mas, vuelto sobre el otro de repente,
Un golpe le acertó sobre la frente.

Viendo con esto al uno derribado,
Revuelve al que quedaba mas furioso,
Tírale golpes de uno y de otro lado,
Dándole sobre el cuerpo vedijoso;
Hasta que ya sin fuerzas y cansado,
Perdido aquel furor tan espantoso,
Cayó en el suelo como el otro estaba,
Que por dejar la vida vacilaba.

Y no pudiendo con el duro acero
Darles aun un rasguño por herida,
Por ser como diamante el recio cuero,
Con la cadena que tenia cogida
Fuertemente los ata el caballero,
Y el jayan, que su fuerza ve vencida,
Corriendo va á cerrar la grande puerta,
Que, como bien guardada, estaba abierta.

Pero Florando viéndolo arremete,
Lleno de rabia y falto de recelo,
Y al gigante con ímpetu acomete,
Que dél huyó como con presto vuelo;
El castellano al fin tras él se mete,
Muy confiado del favor del cielo,
Hasta que en un pilar halló la espada
Que por enmedio estaba atravesada.

Al momento la saca con presteza,
Y adelante camina, ardiendo en llama,
Sin muestra de recelo ni tibieza,
Y en un jardin la fuente ve y la dama;
Luego el ligero paso allá endereza,
Y el cielo, procurando darle fama,
Encubrió de Aurisela la hermosura,
Acrecentando entonces su locura.

Embebecida estaba en el retrato
Que dentro de las aguas se encerraba,
Y enamorada dél, de rato en rato,
Procurando besarle, se bajaba;
Llamábale despues con rabia ingrato,
Por ver que con mojarla la burlaba;
Mas viendo que tambien se entristecia,
Luego con él parlaba y se reia.

Viéndola así Florando atentamente,
Muy poco á poco por detrás se llega,
Y un vaso saca de agua prestamente,
Y luego tornó atrás, que no sosiega;

Aurisela, que vió la clara fuente
Toda revuelta, y su figura ciega,
El rostro con dolor vuelve ligero
Donde suena corriendo el caballero.

Levántase con priesa y dice: «Amigo,
Amigo, espera, espera, no te alejes;
Mira el amor, mi bien, con que te sigo,
Acábame la vida y no me dejes;
Espera, espera, llévame contigo
O dime si hay razon por qué te quejes
De mí, que tanto tiempo te he guardado,
Sin quitarme momento de tu lado.

»Espérame, Señor, ¿adónde huyes?
Vuelve esa cara celestial, divina;
¿Así la fe entregada desminuyes
Que me diste en la fuente cristalina?
Mira, gracioso infante, que destruyes
Una alma tuya, de ese daño indina;
Acorta el paso, espérame, detente,
Veré el marfil bruñido de tu frente.»

No se detiene á nada ni la espera
El fuerte venturoso castellano,
Mas sintiendo que sigue su carrera
Por el fresco jardin alegre y llano,
En llegando á la puerta que primera
Estaba, revolvió la diestra mano,
Y arrojada de golpe, al fin la cierra,
Y así la fatigada dama encierra.

Con ansia triste allí gritando queda,
Que el furor de locura mas la enciende,
Sin que olvidar al castellano pueda,
Que haber salido de la fuente entiende;
Hecha de tigre hircana blanda seda,
A su rostro, que solo amaba, ofende;
Mas vuelvo á Iberian, que su fortuna
Le aparta de la tierra de la luna.

Viuiendo navegando presuroso,
De trances peligrosos escapado,
El mar revuelto bravo y espumoso,
De un presto torbellino alborotado,
Con violencia y un ímpetu espantoso
Le torció su camino comenzado,
Echándole en la playa, adó Fulgido
La muerte imaginó de don Leonido.

Y viéndose llegado á la ribera
Con fin, aunque contrario, venturoso,
Del barco prestamente salta fuera,
Y luego vió venir corriendo un oso;
Saliéndole al encuentro, allí le espera
Con un semblante alegre y animoso;
Pero, por ir cansado, un poco espere
El que desto saber el fin quisiere.

CANTO XIII.

Hecho Iberiano amigo de Celante, se enamora de Alcina. Yendo á caza, hallan á Aurelia, y viénese á descubrir su historia. Saca Florando á Safirina. Belaura por matarla se da á sí la muerte. Mueve guerra contra el Soldan Florando, y él y Ricardo pelean con Leonido y Iberiano. El mago Arcaon los aparta, haciendo que se conozcan todos. Finalmente, se acaban todas las marañas con venturoso suceso.

Faltan las obras, el discurso sobra,
Pasa la edad, y la ocasion se llega
De revolver á la forzosa obra,
Que ya las juveniles obras niega;
Y así, pesada carga el brazo cobra
Para llegar al fin, donde sosiega
El ánimo confuso, que, alterado,
Vuela sobre las nubes levantado.

Perdóneme el que ve que me apresuro
En contar el discurso desta historia,
Que me es forzoso ya, y así procuro
Solo escribir en suma la memoria;
Mas porque el fin no quede tan obscuro,
Siendo illustrado en sí con tánta gloria,
El corto tiempo que lugar me diere,
Procuraré acabar lo que pudiere.

El fuerte Iberiano, que, animoso,
Se puso, como dije, sin recelo,
Esperando el furor del bravo oso,
Que bufaba, erizando el pardo pelo,
Fué acometido cual de toro en coso,
Mas presto le volcó en el duro suelo;
Porque, así como vino tan de hecho,
El mesmo al hierro duro puso el pecho.

Celante, noble y rico caballero,
Pariente del Soldan y muy amigo,
Siempre en la paz y guerras el primero,
Que, como á gran señor, tenia consigo,
Corriendo solo sin algun montero
Tras el oso soberbio y enemigo
Venia á toda priesa por el llano,
Y el lance vió muy bien de Iberiano.

Así llega contento, y engrandece
El animoso y atrevido hecho.
Y su amistad el uno al otro ofrece
Con muestra cierta de un amor estrecho;
Y porque entre los dos con fuerza empiece,
Las cosas mas ocultas de su pecho
Le descubrió Celante brevemente,
Y el amoroso fuego que en él siente.

Amaba mucho á Alcina, la pastora,
Hecho de voluntad su prisionero,
Y el serlo le enriquece y le mejora,
Aunque era tan famoso caballero;
Mas la secreta Alcina, que le adora,
Se cela de amor falso, lisonjero,
Y el suyo encubre, viendo que tal hombre
La daba de galan aun solo el nombre.

Y porque viese bien Iberiano
Su perfeccion, donaire y su belleza,
Llevándole con gusto de la mano,
A la cabaña donde está endereza;
Yendo tratando della estaba ufano,
Mostrando con amor su gentileza,
Y tantas alabanzas contó della,
Que la amaba su amigo ya sin vella.

Llegando á la cabaña, en ella entraron,
Adonde á la hermosa Alcina vieron,
Que con el viejo Lauco la hallaron,
Y lugar de hablarla no tuvieron;
Pero solos los ojos declararon
Lo que entonces las lenguas no pudieron;
A Iberiano pareció tan bella,
Que el alma y libertad dejó con ella.

Mas porque no quedase con sospecha
Lauco de sus cuidados amorosos,
Y no dejasen la amistad deshecha,
Viendo que son los viejos maliciosos,
Haciendo con la caza su deshecha,
De allí salieron, aunque perezosos,
El uno sus pasiones cela y cubre,
Y el otro por momentos las descubre.

Así los dos en pensamientos varios,
Con apariencia y título de amigos,
Aunque sus pechos por amor contrarios,
Digo contrarios, pero no enemigos;
Como suelen ser casos ordinarios,
Y el tiempo cada credo da testigos,
A Babilonia juntos caminaron,
Adonde como hermanos se trataron.

El gran Florando, como ya he contado,
Con la cierta esperanza ya ganada,
Habiendo de Orcoleso se librado,
Y de la dama que dejó encerrada,
Donde estaba su gloria y bien llegado,
A la puerta probó la fina espada
En una recia, gruesa y gran cadena,
Que en dos la dividió sin darle pena.

Al golpe salió un toro tan valiente,
Que era de altura y cuerpo de elefante,
Tres cuernos acerados en la frente
Y las pezuñas duras de diamante;
El cuero era escamado, reluciente,
Que no hay metal ni hierro semejante;
Y así, bufando, con Florando cierra,
Que con él comenzó tambien la guerra.

Mas guardándose siempre desde afuera,
Andaba con presteza concertado,
Que nunca de sus cuernos golpe espera,
Por ver que estaba en partes desarmado,
Y andando con vigor de esta manera,
De un golpe allí le deja desmochado;
Pero el furioso toro empieza luego
A convertirse en humo, llama y fuego.

Al fuerte castellano le abrasaba,
Hasta las duras armas encendiendo,
Y por la boca y ojos se le entraba,
La vida y el aliento destruyendo;
El, que con tanto mal no se acordaba
Del agua, al fin volvió, y el frasco asiendo,
Tomándola en la boca, le rocia,
Y el fuego se apagó que le encendia.

Pero como Aqueloo, que su forma
Mudaba en la batalla por defensa,
Y ya en leon, ya en toro se transforma,
Para hacer á su contrario ofensa;
Este animal así mil formas forma,
Que imitar á Aqueloo en esto piensa,
Y pensando ofender al varon fuerte,
En serpiente ceraste se convierte.

Arrojaba veneno por la boca,
Ofendiendo con cuernos y con garra,
Con tan grande furor, que cuanto toca
Lo despedaza todo y lo desgarra.
Florando, que su esfuerzo nunca apoca,
Cala la espada dicha la Pizarra,
Y el casco duro por los sesos hiende,
Y palpitando, en tierra al fin la tiende.

El veneno mortal que habia arrojado
En aquel castellano tan valiente,
Poco á poco en las venas trascolado,
Al corazon comunicarse siente;
Y así, con su ponzoña cruel trabado
El bravo vencedor de la serpiente,
Cayó vencido, sin algun aliento,
Y falto de sentido y movimiento.

La madre universal de lo criado
Levanta entre las flores la cabeza,
Y viendo al gran Florando tan trocado,
Perdida su pujanza y fortaleza,
En sus faldas le puso recostado,
Y con las manos á exprimir empieza
En su boca y su cuerpo un gran manojo
De endivia, eriza, astrógalo y hinojo.

Con esto fué perdiendo aquel veneno
La activa calidad, poder y fuerza;
Y Florando, de vivo esfuerzo lleno,
En pié se pone y con valor se esfuerza;
Da mil gracias al cielo y sol sereno,
Y pide al dulce hado no se tuerza,
Y sin mas detenerse, allí al momento
Determina cumplir su pensamiento.

Entra al castillo, caminando apriesa,
Y muchas puertas sin contrario pasa,
Hasta que vió una niebla muy espesa,
Que causaba tinieblas en la casa;
Pero él sin detenerse la atraviesa,
Y luego vió unas puertas hechas brasa,
Que estaban de sí mesmas bien guardadas,
Echando repentinas llamaradas.

Pero este fuego con el agua clara,
Que apercebida tray, apaga luego,
Y mas en esta parte no se para,
Aunque iba de tinieblas casi ciego;
Antes, sin revolver atrás la cara,
Apresurado mas y sin sosiego,
Por un callejon entra, donde habia
Una lanterna que contino ardia.

Al fin, en una pieza bien cuadrada,
En la cual cuatro lámparas estaban,
De paños negros toda tapizada,
Que gran tristeza y confusion causaban,
Una muy alta tumba habia enlutada,
Que cuatro bellas damas la guardaban,
Solo de negros lutos mal compuestas,
A las esquinas de la tumba puestas.

Ajaranza, llorando, desgreñada,
Estaba allí por Turno, su marido,
Del cual injustamente fué privada,
Por ser della Lisauris admitido;
De tristes damas es acompañada,
Qu'el contento de amor habian perdido,
Y destas Safirina la una era,
Que contento ni bien jamás espera.

Viendo Ajaranza entrar al castellano,
Le dice alborotada: «Caballero,
Deten el paso, si eres soberano,
Declara tu venida aquí primero;
Y si, cual muestras, eres hombre humano,
¿Qué espíritu, qué hado ó duro acero
Te ha dado fuerza tal y atrevimiento
Para entrar de tal suerte en mi aposento?»

Diciendo estas razones con enojos,
Descubre el bello rostro Safirina,
Y luego levantó los bajos ojos
Para mirar el bien que no imagina;
Y conociendo ya no ser antojos,
Con un alegre grito en pié se empina,
Y extendiendo con gran placer los brazos,
Llega al que la recibe con abrazos.

Dejó sus lenguas mudas el contento,
Mas las conformes almas qu'esto vieron,
Para suplir la falta del acento,
En lenguas á los ojos convirtieron,
Y con un amoroso movimiento
Señales de sus glorias ofrecieron
De aquellos tiernos encendidos pechos,
Que, siendo dos, estaban uno hechos.

La voz perdida, de los dos formada,
Entre los rojos labios amorosos,
A la triste Ajaranza, que turbada
Estaba con sucesos tan dudosos,
Con una blanda muestra regalada
Dió larga cuenta de los venturosos
Y dulces fines de su mal pasado,
Por Rosicleo el príncipe causado.

Y aunque Ajaranza con dolor sentia
Ver su casa sin guardas toda abierta,
Por el valor que en los amantes via
Y aquella fe tan verdadera y cierta,
Con muestra de contento y alegría
Los sale acompañando hasta la puerta,
Donde con grande amor se despidieron,
Y los dos del castillo al fin salieron.

A pié muy poco trecho caminaron,
Deshaciendo el contento á aquel trabajo,
Cuando con un caballo se encontraron,
Que paciendo venia un valle abajo;
Así luego para él enderezaron,
Y en él puestos los dos, por un atajo
El castellano echó con regocijo,
Yendo á ver á Belaura, como dijo.

Pero quiero dejarle con su dama
Mientras llegan al fin de su jornada,
Que el fuerte Iberiano ya me llama,
Vencida su altiveza y sujetada;
Porque del ciego amor la misma llama
Alcina sin querer dejó encerrada
En su famoso pecho en un instante,
Aunque disimulaba por Celante.

El cual con blando ruego y apacible
Le ruega que descubra sus dolores,
Y no fuese cruel á sí y terrible,
No dando parte dello á los doctores;
Mas él lo calla, porque ve imposible
El remedio que piden sus amores,
Mirando ser infamia y vil deshonra
Hacer ofensa á quien le daba honra.

Por aliviar su pena y su cuidado
Celante á muchas fiestas daba traza,
Sin quitarse momento de su lado,
Y muchas veces le llevaba á caza;
Un dia, descansando en un collado,
Que un arroyuelo al rededor le abraza,
En una espesa cumbre de unos cerros
Vieron parados y ladrar los perros.

A aquella parte corren con mas priesa,
Y una mujer hallaron, que caida
Estaba entre una mata muy espesa,
De los sentidos falta, amortecida;
Tenia en una plancha ó piedra gruesa
Escrita la miseria de la vida,
Declarando con ella desta suerte,
No ser la vida vida, sino muerte.

MISERIA DE LA VIDA.

«¡Oh triste vida, de miserias llena,
Tiempo engañoso, humana desventura,
Sujeta al daño que fortuna ordena,
Vida de bien ajena,
Que honrosa gloria y bien nos asegura
Por dar al revolver mayor tormento!
Ya la flaqueza siento
De tus regalos vanos,
Y veo en los humanos
La sujeccion que tienen á los males.
¡Ay vano entendimiento, ay, ay, memoria,
Necios sentidos, loca fantasía,
Que la engañosa gloria
Os pone olvido de que sois mortales,
Y á todos desvaría;
No quiero, vida, mas entretenerte,
Que no eres vida, vida, sino muerte!

»En tí, vida pesada, no hay contento,
Que solo son miserias tu vestido,
Como en el pecho y en las venas siento;
Todo es en tí tormento,
Mudanza y daño con dolor crecido;
En tí la enfermedad nos enflaquece,
Salud nos desvanece,
Hínchanos la riqueza,
Consume la pobreza,
Daña la hambre, daña la hartura,
Seca el calor, el viento nos destiempla,
Y lo que nos sustenta nos corrompe.
Si una cosa nos tiempla,
Mil dañan nuestra débil compostura,
Que la menor la rompe,
Por donde cierto es fácil conocerte,
Que no eres vida, vida, sino muerte.

»La muerte que tenemos por tan cierta,
De aquella es mas incierto el cómo y cuándo,
Y aunque nos amenaza, está encubierta,
Y solo nos despierta
Con el tiempo veloz que va pasando;
Con varios instrumentos hace guerra,
Unos mata en la tierra,
De fieras destrozados,
Otros despedazados
Con hierro duro por airados brazos,
Otros daña el veneno y quema el fuego
Por la violencia de su triste hado
Y por vano amor ciego,
Otros suspende en afrentosos lazos
Y ahoga el mar salado;
Pues con razon conozco desta suerte
Que no eres vida, vida, sino muerte.

»Ya de tu gran miseria veo la suma
En la desnuda y vil naturaleza,
Aunque señora principal del suelo,
A las aves del cielo
Natura las vistió de blanda pluma,
Y á los árboles todos de corteza,
Y con gran sutileza
En unos animales
Puso conchas iguales
En otros regalado pelo blando,
En otros dura piel que los defiende,
Y en los pescados ordenada escama,
Y al humano dejando
Desnudo, con rigor todo le ofende,
Aunque señor se llama;
Y así, el que duerme en tí por mí despierte,
Que no eres vida, vida, sino muerte.

»Pues claramente entiendo ya tu engaño,
No quiero, vida, vida tan amarga,

Ni que se alargue el daño,
Haciendo la carrera corta larga;
Pues acabo de verte,
Que no eres vida, vida, sino muerte.»

En los brazos levanta su cabeza,
Y enjugan sus mejillas con un paño,
Mas vuelta en sí, con un temblor empieza,
Viendo á los dos, á recelar su daño;
Mas, dellos animada, se endereza
Con un seguro y cierto desengaño
Y su color perdida, cual difunta,
Quién son y qué buscaban les pregunta.
Los dos con mucho amor la respondieron
Dándola la razon de su venida,
Y encarecidamente la pidieron
Les diese cuenta de su pena y vida;
Tanto, al fin, sus razones la movieron,
Que de sus blandos ruegos ya vencida,
Bajando al valle, orilla de una fuente,
Se sentaron al pié de su corriente.
Mas luego á Alcina vieron que venia
Para dar á beber á su ganado,
Trayendo á Arsino y Lauco en compañía,
Que poco la dejaban de su lado;
Y así, saliendo á hacerles cortesía
En medio del florido fresco prado,
Todos llegaron á la fuente luego,
Y alegres se sentaron con sosiego.
A la triste mujer todos miraban
Como una cosa rara y peregrina,
Y en ella el nuevo traje contemplaban,
Admirándose mas la bella Alcina;
Mas ya que todos con silencio estaban,
Sonando sola el agua cristalina,
Del alma mil suspiros despidiendo,
Cuenta su historia, lágrimas vertiendo.

«Amor, que los libres pechos
Con sumo poder sujeta,
Sin tener valor humano
Para con él resistencia,
Lleno de engaños perpétuos,
Que procuraban mi ofensa,
De libre me hizo esclava,
Ganándome en dulce guerra;
Y por señor me dió un hombre
Que entendí divino fuera;
Pero despues, al contrario,
Mostró que villano era.
Con unas palabras vanas,
Que al fin el viento las lleva,
El nombre me dió de esposo,
Solo formado en la lengua;
Y con esto le dí yo
Lo que á cierto esposo diera;
Pero ya, sintiendo el daño
Que otro por gusto tuviera,
En cinco meses preñada,
Se retiró á la frontera,
Fingiendo que del Soldan
Era mandamiento y fuerza.
Al tiempo ya del parir,
Con mi mujeril flaqueza,
De la casa de mi padre
Una noche salí fuera,
Porque ninguno supiese
Mi gran deshonra y su afrenta;
Y al pié desta clara fuente,
Buen testigo de mi pena,
Dí con harto aprieto al mundo
Un niño y una doncella;
Cubrílos con una ropa
Que yo me cubria con ella,
Dejélos encomendados
Solo al cielo y á la tierra;
Tornándome á la ciudad,
Hallé cerrada la puerta,
Volví confusa á mis hijos
Con mas dolor que paciencia;
Mas ¡ay! que el divino cielo,
Viendo mi injusta inclemencia,
No quiso que yo aliviase
Mi dolor con su presencia;
Y así, ó él me los llevó
Para hacerlos estrellas,
O fueron despedazados
De alguna hambrienta fiera.
Yo, para esperar la muerte,
Que sin razon se me veda,
En este desierto monte
Paso la vida que queda.
Celante fué el ofensor,
Y la ofendida es Aurelia.
Veis aquí la triste historia
Que al alma contento niega;
El secreto os encomiendo,
Porque este mal no se entienda.»

No pudo ya sin lágrimas Celante
No darse á conocer á la Romera,
Y rompiendo el silencio el blando amante,
Dice: «Mi Aurelia amada, Dios no quiera
Que pase mi dureza ya adelante,
Pues padecer yo el mal mas justo fuera.
Yo soy Celante, que desconocido
De vuestros ojos por mi mal he sido.»
Abrázanse con esto, enterneciendo
Los ojos lastimados y contentos;
Y el viejo Lauco, que la estuvo oyendo,
Dijo con voz alegre: «Estad atentos;
Pues va el cielo secretos descubriendo,
Que dan fin á congojas y tormentos,
Veis aquí vuestros hijos, que guardados
Por bien los tienen favorables hados.»
Confusos luego todos se quedaron,
Oyendo el raro caso peregrino;
Pero puestos atentos, escucharon
A Lauco, que por bien de todos vino,
Y dijo así: «Los dioses ordenaron,
Segun como certísimo imagino,
Que, dejando en sus redes mi ganado,
Una noche saliese á aqueste prado.
»Viniendo en mi rabel embebecido,
Que en cosa de disgusto no pensaba,
Entreoí de una cabra un gran balido,
Que léjos del aprisco resonaba.
Dejé el tañer, y con atento oido
Escuché, y en oyendo segundaba,
Siguiendo aquella voz me fuí, silbando,
Parándome á escuchar de cuando en cuando.
»Llegado al fin, con ella hallé que estaban
Dos niños, en la tierra dura echados,
Que como cabritillos la mamaban
Con las tiernas boquillas agarrados;
Los bracillos sin fuerza meneaban
Al importuno viento y frio sacados
De una muy rica ropa que tenian,
Con que los blancos cuerpos defendian.
»Toméloss en mis brazos, y arropados,
Porque fuera crueldad desampararlos,
Los llevé á mi cabaña, adó criados
Fueron de aquella cabra, sin dejarlos;
En guardar mi rebaño de ganados
Se ocupan, como hice yo en guardarlos;
La ropa que tenian hará cierto
Lo que han ventura y tiempo descubierto.»
Con esto alegres todos se abrazaron,
Y al viejo Lauco muchas gracias dieron,
Y á Babilonia luego caminaron,
Y al Soldan este caso descubrieron.
El Celante y Aurelia se casaron;
Y porque de Iberiano conocieron
El verdadero amor y justo intento,
Le entregaron á Alcina en casamiento.
Florando caminaba muy contento
Con su cobrada infanta diligente.
De ir á ver á Belaura lleva intento;
Y llegando á pasar por una puente,
Halló que se guardaba muy de asiento,
Sin consentir pasar por ella gente,
Si, dejadas las armas, no dijese
No haber mujer que firme amor tuviese.

En entrando en la puente vió un letrero
Con que el tributo ó pecho se declara;
Pero no se detiene el gran guerrero,
Que peligro ninguno le repara;
Y viendo de su torre el caballero
Cómo leyó el cartel, y que no para,
A recebirle baja sin sosiego,
Pensando que las armas diera luego.

Pero apartado un poco de la Infanta,
Que nunca le faltaba triste pena,
Puesta mano á la espada, se adelanta
A recebir lo que su hado ordena;
Su contrario tambien, que no se espanta
De cólera, pujanza y fuerza ajena,
La reñida batalla apriesa empieza,
Probando la enemiga fortaleza.

Recios golpes se dan los caballeros,
Sin mostrar de valor ventaja alguna,
Procurando con ánimos guerreros
Volver en su favor á la fortuna;
Rompen á pura fuerza los aceros
Con una rabia y cólera importuna;
Pero Florando al fin, por fin de guerra,
Con su contrario dió sobre la tierra.

Viéndose ya vencido, dice: «Acaba,
Caballero feroz, de darme muerte;
Que este es el fin honroso que esperaba
De un brazo, como el tuyo, bravo y fuerte.
Vencido soy; mas lo que sustentaba
No me harás negar de alguna suerte;
Bien puedes de la vida ya privarme,
Pues tengo de morir, y no mudarme.»

Florando dijo luego: «Caballero,
Jamás segundé golpe en el vencido;
Pero de vos, Señor, en premio quiero
Me digais la ocasion que os ha movido
A sustentar aquí con duro acero
Lo que es de muchos pechos defendido.
Si alguna vil mujer os ha agraviado,
No es justo ofenda á todas su pecado.»

«En muchas (le responde) he conocido
Lo que no conocer mejor me fuera;
Porque si no es traicion y amor fingido,
De todas otra cosa no se espera;
Y porque la ocasion que me ha movido
Entiendas, caballero, un poco espera;
Verás si son mudables, mentirosas,
Sin ley, sin fe, dobladas y engañosas.

»Amé, que nunca amara, estando cierto
De ser con relacion de amor pagado;
Y el tiempo, de quien nada está encubierto,
Aunque en el hondo centro esté encerrado,
Me mostró claramente descubierto
El engaño jamás imaginado,
Viendo que en un jardin á cierto mozo
Le daba de mi amor el fruto y gozo.

»Era de noche, pero bien lo via,
Siendo alumbrado de la clara luna,
Que allí de luz y antorcha me servia,
Sin impedirme el verlo cosa alguna.
Yo, que abrasado en celos, ya sentia
Una forzosa rabia en mí importuna,
Por estar de un amigo acompañado,
Aquella noche no quedé vengado.

»Mas la siguiente al fin, que solo estuve,
Viendo lo mesmo, con airada mano
Sus pechos (á quien lástima no tuve)
Por partes mil abrí, quedando ufano.
En Tracia un punto mas no me detuve;
Antes, con un dolor tan inhumano,
Que sin poderle desechar me abraso,
Desde entonces estoy en este paso.»

Oyendo esto Florando, dijo luego:
«¡Oh duro Amor! que sin razon ofendes,
Con mil engaños, como falso y ciego,
Y augmentando el dolor, la gloria vendes.
¡Oh Ricardo! Señor, apaga el fuego
Del odio con que el alma y pecho enciendes,
Pues solo la grandeza de un engaño
A ti ya Claricesa causó daño.»

Ricardo se quedó como admirado,
Viéndose del guerrero conocido;
Y así, lleno de duda y de cuidado,
Escucha atentamente enmudecido.
Florando le contó, como he contado,
Y ya de Claricesa habeis oido,
Su lástimosa y agradable historia,
Que entiendo la tendréis en la memoria.

Aunque esto con mil dudas imagina,
Certificado al fin con juramentos,
Fué donde estaba alegre Satirina
De verlos tan conformes y contentos;
Y arrojando del alma la mohina,
Mudada su opinion y fundamentos,
En tierra la rodilla humilde pone,
Pidiendo y suplicando le perdone.

Con esto luego juntos caminaron,
De ir á ver á Belaura deseosos,
Y á la grande Germania al fin llegaron,
Alegres con los fines tan dichosos.
Con sumo triunfo por la corte entraron
De la suerte que entraban victoriosos,
Con palmas y con lauros en las manos,
Los capitanes césares romanos.

Tambien Belaura, llena de alegría,
Encubriendo el secreto de su pecho,
Salió con la mas noble compañía,
Ya deseando ejecutar su hecho;
Pero el cielo, que solo pretendia
De Florando la gloria y el provecho,
Viendo de atrevimiento tanta sobra,
Sufrió el intento, pero no la obra.

Por privar á la Infanta de la vida
Tenia de ponzoña lleno un vaso
Para darla, en llegando, por bebida;
Mas, trocando los dioses este caso,
Belaura, que de sed llegó afligida,
Pidiendo de beber, le trujo acaso,
Ignorante del daño, una criada
La ponzoña que estaba aparejada.

Y así, sin advertir su mortal daño,
Trocada con razon la triste suerte,
De la traicion injusta y del engaño
Belaura se causó la justa muerte.
Despues deste suceso tan extraño,
Viendo el valor del castellano fuerte,
Rey le hicieron de la amiga tierra,
Porque fuese caudillo de su guerra.

Que de los babilones oprimidos
Andaban con aprieto fatigados
Muy cerca de entregarse ya rendidos,
De poderse valer desconfiados;
Mas los helados pechos, encendidos
Del valor de Florando, y animados,
Con nuevo ardor se apercibieron luego,
Publicando la guerra á sangre y fuego.

Y sin mas dilatarlo lo dispone,
Porque la dilacion contino daña,
Y un poderoso ejército compone,
Sacando sus escuadras en campaña;
La tierra del Soldan por tierra pone
Con cierta muestra de su ardor y saña,
Siguiendo sin recelo su fortuna,
No perdonando en guerra cosa alguna.

Don Leonido, que vió la dura guerra
Que le daba Florando al reino todo,
Destruyendo los campos y la tierra,
Sin haber de defensa traza ó modo;
Porque estaba su ejército en la sierra,
Por donde entraba airado el scita godo,
El con Iberiano osadamente
Salieron al encuentro de la gente.

Y al campo de Florando ya llegados,
Con animoso y desenvuelto brio
Entraron, sin temor, determinados,
Puniendo un bravo repto y desafío,
Diciendo: «Si hay algunos tan osados
Que solos, sin mostrar algun desvío,
Salgan á batallar en campo llano,
Vengan, que aquí esperamos mano á mano.

»Venga, muestre el valor, si tiene alguno,
Que sin ser conocido ya derrama
Ese rey castellano, ese importuno;
Venga, y con obras pruebe aquí su fama.
No niegue el campo, salgan uno á uno;
Vengan á ver siquiera á quien los llama,
Y si no, los que dellos son valientes
Muestren, si osan, los airados dientes.»

En oyendo Florando el repto, luego
Con Ricardo, que no quiso quedarse,
Salió con brava rabia, ardiendo en fuego,
Sin detenerse punto ni tardarse;
Y así, se acometieron sin sosiego,
Ganosos todos cuatro de juntarse,
Y las lanzas quebrando con estruendo,
Van por el aire al parecer huyendo.

Con las finas espadas se combaten
Con inclementes golpes presurosos,
Y el duro acero de los yelmos baten,
Mostrándose igualmente poderosos;
Empínanse en las sillas y se abaten,
Volviendo y revolviendo presurosos,
Cruzan aquí y allí y rodean
Por alcanzar los fines que desean.

Andaban de manera los caballos,
Que no era necesario corregillos;
Antes al parecer era dejallos
A aquello que importaba apercebillos.
Arcaon, enternecido de mirallos
Desde las nubes, en que fué á seguillos,
Baja diciendo: «Afuera, caballeros,
Tened, tened un poco los aceros.

»No es justo que consienta yo en la tierra,
Conociéndoos á todos, la insolencia
Que injusta cometeis, haciendo guerra
Que el cielo y la razon no dan licencia.
Sola una sangre y natural se encierra
En esos pechos llenos de impaciencia;
Sin entenderlo, aquí os habeis juntado
Un padre, un hijo, un primo y un cuñado.

»Es el padre Florando de Leónido,
El cual de Safirina, infanta bella,
Ribera del Egeo fué nacido
Cuando el cretense rey se fué con ella;
Ricardo, que de engaños combatido,
Dejó la constantísima doncella,
Es su primo, y tambien de Iberiano,
Hijo del Dacio, y de la Infanta hermano.»

Con esto á Babilonia de paz fueron,
Y á Safirina luego allá llevaron,
Donde toda la historia al fin supieron,
Y el caso con placer solenizaron;
De allí con gran ejército partieron,
Y á Ibero el reino todo le quitaron,
Dando el gobierno dél á Iberiano,
Sin justicia usurpado del tirano.

Ricardo, como firme enamorado,
Que verdaderamente así lo estaba,
Como ha sido al principio declarado,
Y en sus claros efectos lo mostraba,
Dando fin al tristísimo cuidado
Que siempre á Claricesa acompañaba,
Cuando estaba de verle mas segura
Trocó sus penas tristes en ventura.

Mas porque mis cuidados y fatiga
Y el acudir forzoso á mi ejercicio,
Que es conservar las vidas, mas me obliga,
Dejo á los mas ociosos este oficio;
No faltará un curioso que esto siga,
Perdóneme el lector, pues no por vicio
Dejo de ser en mis borrones largo,
Sino por acudir al nuevo cargo.

FIN DEL FLORANDO DE CASTILLA.

DIALOGOS

DE

APACIBLE ENTRETENIMIENTO,

QUE CONTIENE UNAS CARNESTOLENDAS DE CASTILLA;

DIVIDIDO EN LAS TRES NOCHES DEL DOMINGO, LÚNES Y MÁRTES DE ANTRUEJO.

COMPUESTO POR

GASPAR LUCAS HIDALGO,

VECINO DE LA VILLA DE MADRID.

Procura el autor en este libro entretener al letor con varias curiosidades de gusto, materia permitida para recrear penosos cuidados á todo género de gente.

AL LETOR.

Docto consejo y advertencia santa de santos y doctos varones es entreponer el gozo y el recreo á los trabajos del mundo (oficina de afanes y pesadumbres), tan leve, que los hombros de los hombres puedan continuamente soportalla, si no la sobrellevan con rehacer el camino cansado con un poco de gusto y pasatiempo. Trabajos ha de haber, que este siglo no trata en otra mercancía; y pues los ha de haber, tambien es necesario el alivio para esta carga tan pesada. Y porque por mi cuenta he sacado que el tiempo y las ocasiones tienen tan á su cargo el comunicarnos tanta parte de sus molestias y pesadumbres, y por otra parte se van descuidando en acudir con los alivios, determiné de suplir alguna parte deste descuido, ofreciendo al ánimo fatigado este rato de apacible entretenimiento, que por ser materia de placer, y tratada entre cinco personas de buen gusto, le llamé *Diálogos de apacible entretenimiento*. Confieso que la materia es de pasatiempo, mas no por eso debe ser juzgada por inútil. Porque ¿quién hay que, puesto en el teatro desta vida, no se canse de ver representar sus melancólicas tragedias, sin que entre jornada y jornada le diviertan con el entremés de un placer y honesto pasatiempo? Reciba pues el cuerdo lector este juguete, pues sabe que á su tiempo y en su tanto importan las burlas tanto como las veras. *Vale*.

DIALOGOS

DE

APACIBLE ENTRETENIMIENTO.

DIALOGO PRIMERO.

DEL SARAO EN EL DOMINGO DE CARNESTOLENDAS EN LA NOCHE.

SON INTERLOCUTORES:

El doctor FABRICIO *y* DOÑA PETRONILA, *su mujer;* DON DIEGO *y* DOÑA MARGARITA, *su mujer;* *y un truhan llamado* CASTAÑEDA.

INTRODUCCION AL DIALOGO.

Finge que Fabricio en su casa, que es en la ciudad de Búrgos, está con doña Petronila, su mujer, domingo de Antruejo en la noche; y dice Fabricio:

CAPITULO PRIMERO.

En que se da principio á la conversacion, y se ponen cuentos que motejan de asno y de necio, y algunos testimonios que se levantan á predicadores.

FABRICIO. Otras veces habréis oido, Señora, aquel proverbio que dice: *Cùm fueris Romae, romano vivito more.*

DOÑA PETRONILA. No me entiendo con esos latines; pero bien se me entiende que en mi lenguaje suelen decir: «Donde fueres haz como vieres;» pero querria saber pór qué lo decís.

FABRICIO. Dígolo porque, como se nos van metiendo en casa las Carnestolendas, y viene á ser este el año primero que me alcanzan en esta ciudad de Búrgos, querria saber de vos, como natural que sois della, el estilo con que se pasa el tiempo entre la gente honrada del pueblo, para acomodarme en todo al uso de la ciudad.

DOÑA PETRONILA. Pues en materia de usos, por lo que tienen de rueca, yo, como mujer, os diré los husos con que por acá hilamos el cerro de los Antruejos.

FABRICIO. Basta, que estáis elegante, y me huelgo que entreis con tan buen humor en estos dias. ¿De qué manera os parece que lo tracemos para que se nos alegre la casa esta noche del domingo?

Que para mañana lúnes y esotro dia mártes ordenarémos la fiesta conforme la holgura desta noche nos saliere.

DOÑA PETRONILA. De tres maneras se suelen holgar por acá, conforme á tres géneros de gente en que se reparte la ciudad, que son, gente vulgar, gente honrada y recogida, y gente principal de poca edad y no mucha gravedad. De todos estos, exceto cuatro maneras de gentes que no pueden estos dias holgar ni tener reposo, conviene saber, pasteleros, que no se dan tanta priesa á desembarazar sus hornos como se da la gente á embarazar sus vientres, que para cada boca de horno hay mas de docientas de estómago; los cocineros, que en estos dias echan el resto de su ciencia y cansancio; las mozas que miden en las tabernas, porque lo que en este tiempo se mide no tiene medida; y finalmente, los enfermos, que no pueden tener descanso; porque, así como la muerte no guarda respeto á ningun género de personas, ansí las enfermedades, que disponen para ella, no le guardan á ningun género de tiempo, que cuando vienen los males, todos los tiempos hacen iguales. Volviendo pues á nuestro propósito, digo que la gente vulgar y callejera en estos dias se entretienen por las calles haciendo burlas á los que van y vienen con algunas apacibles y donosas picardías. La gente honrada y recogida suelen convocarse unos á otros en sus propias casas, y con discretas y alegres conversaciones pasan las noches antes y despues de cena. Los caballeros de poca edad, que siempre los pocos años engendran poco reposo y cogimiento, tienen de costumbre concertar algunas máscaras, juegos de sortija, á veces públicos y á veces ocultos, y otros disfraces con que alegran sus personas y las calles de la ciudad. Conforme esto, podréis escoger el modo de pasatiempo que mas se conformare con nuestra calidad y estado.

FABRICIO. Todo eso se nos hace poco á los que nos habemos criado en universidades, donde las Carnestolendas son tanto mayores y mejores, cuanto la gente que trata en escuelas es mas ocasionada y apercebida para todo género de holgura. Pero, pues nos habemos de acomodar con lo que el estado presente nos permite, soy de parecer que mandeis llamar á nuestro cari-

simo amigo y vecino don Diego, que será muy buen tercero para cualquier género de conversacion que se ofreciere. Haced pues que le vayan á llamar antes que se alquile para otra conversacion.

Doña Petronila. Por cierto que dais pocas muestras de galan, pues pudiendo y debiendo llamar á su mujer y nuestra amiga doña Margarita, no haceis memoria della, y quereis á don Diego, á quien de buena razon habia yo de llamar; pero si os parece, llámenlos ambos, que como son tan finos y queridos casados, no vendrá el uno sin el otro.

Don Diego. Será paz en esta casa. ¿Quién vive aquí? ¿Habrá posada para unos forasteros?

Fabricio. No hay posada, que son muchos los huéspedes, y la cena poca.

Doña Petronila. Sean vuesas mercedes tan bien venidos como son bien avenidos.

Fabricio. En este punto acabamos doña Petronila y yo de mandar que llamasen á vuesas mercedes, y ansí como entraron preguntando si habia posada para unos forasteros, me trajeron á la memoria un cuento breve y compendioso.

Habíase velado un hijo del mesonero de Boceguillas, y la noche de la boda vino mucho número de huéspedes al olor del regocijo; y ansí, se ocuparon todos los aposentos y camas, y mas que hubiera.

Despues de todos acostados, llegó un caminante á pedir posada, y abriéronle el meson con advertencia de que no tenian cama que le dar. Dijo que le diesen de cenar, que él buscaría en algun aposento quien le acogiese á los piés de la cama. Cenó, y como se fuese á los aposentos, acertó lo primero con el aposentillo donde estaban alojados los señores novios; y quiso la suerte que llamó á la puerta al tiempo que, con licencia de la santa madre Iglesia, estaban tomando la posesion de sus cuerpos conjugales. Alborotado el novio, dijo que quién era y qué queria. Y como le dijese que era un pobre forastero que buscaba quien le diese un pedazo de cama por sus dineros, respondió el novio: «Pasa adelante, amigo, que no cabemos mas en este aposento, porque estamos muy apretados.»

Doña Margarita. Por vida de quien soy, que está el Dotor muy de antruejo, y que el cuentecillo apenas se puede tomar en la boca sino en tiempo tan suyo como el presente; pero pase, que no será solo, especialmente si viniese por acá Castañeda, que los tiene muchos y buenos.

Don Diego. No dejará de venir, que yo dejé mandado nos le encaminasen acá esta noche.

Fabricio. Señores, vámonos á la sala y pongan sillas á la lumbre, y á quien no acudiere á nuestra conversacion con algo de gusto, quitarémosle la silla y pondrémosle una albarda.

Don Diego. Parece que va tomando calor el parlatorio, y conforme á lo que acaba de decir el Dotor, se me acuerda un cuento.

Tenia una señora grande ojeriza con un deudo de su marido, porque tenia muy libres y pesadas razones con ella las veces que en su casa entraba. Sucedió que estando en conversacion ella y su marido con algunas señoras conocidas, entró el dicho deudo del marido, á quien ella recibió con harto ceño; y como el marido mandase que pusiesen una silla á su pariente, dijo la señora: «Si piensa estar callando, pónganle silla; pero si ha de hablar, pónganle silla y freno.»

Castañeda. Por Dios, que deben de estar en esta casa graduando de macho de alquiler algun personaje, pues le mandan poner silla y freno.

Don Diego. Este sin duda es Castañeda.

Doña Margarita. ¿Eres Castañeda?

Castañeda. Primero que os responda, me decid si habeis cenado.

Doña Petronila. Sí.

Castañeda. Pues no soy Castañeda, sino soldado de tornillo; quedáos con Dios.

Fabricio. No te vayas, loco, aguarda, que no habemos cenado.

Castañeda. Pues Castañeda soy. Acordaisos del otro, que habiendo perdido todo el dinero jugando una noche, se fué á un amigo y le preguntó si dormia; y respondiéndole que por qué lo decia, le dijo que si no dormia le prestase algun dinero para probar otro par de manos. Y entonces le respondió: «Pues duermo.» Pues ansí digo yo, que si habeis cenado no soy Castañeda.

Don Diego. Siéntate aquí, que vienes hecho una sal.

Castañeda. Huélgome que reconozcais que soy una sal, porque cuando me deis de beber no permitais que me dén gota de agua en el vino, que me desharé como la sal en el agua.

Don Diego. Si hubieras hoy estado en el sermon que yo estuve, no tuvieras tanta codicia de beber regaladamente, porque se dijeron grandes cosas contra las comidas y bebidas destos dias.

Castañeda. No sé en cuál sermon estuvistes; pero en el que yo me hallé se dejó caer del púlpito abajo el predicador una de las ridículas ignorancias que jamás oí.

Don Diego. No digas eso, majadero, que por no ser tú capaz de la dotrina del predicador te pareció ignorancia; pero lo cierto debe ser, que nos quieres vender por descuido del predicador alguna imaginacion tuya de entretenimiento.

Don Diego. Veamos, que yo tambien te ayudaré con otro dicho de púlpito.

Castañeda. Trayendo á cierto propósito aquella historia de cuando Cristo echó del templo á los que vendian ganados, dijo así el reverendo: «Como vió el Señor que el santo templo estaba profanado de mercancías y tratos bajos, dijo:—Válgaos los diablos por judíos, ¿la casa de Dios haceis tienda de carnicería?—Y tomando unos cordeles que habian quedado del monumento de la Semanta Santa, hizo un látigo y dió tras ellos.»

Fabricio. No puedo creer que hombre que sube al púlpito diga cosa semejante, sino que los oyentes levantamos mil testimonios falsos á los predicadores.

Doña Margarita. No nos fatiguemos ahora en averiguar si lo dijo ó no lo dijo, pues no andamos tanto en busca de verdades como de chistes que nos entretengan. Prosiga don Diego con el suyo.

Don Diego. Estaba un predicador tratando del paso de la coluna de Cristo, y dijo ansí: «Viérades aquellos crueles sayones empleando sus fuerzas en el cuerpo delicadísimo del Redentor, y con aquella mansedum-

bre del cielo á cada azote que recebia decia :—Sea por amor de Jesucristo.— »

Doña Margarita. Eso se parece á otro que predicaba el dia de la Anunciacion, y hablando con las mujeres, dijo : « ¿Cómo pensais, señoras, que halló el Angel á la Vírgen cuando le vino á dar la embajada? ¿Pensais que estaba cantando zarabandas y chaconas como vosotras? Estaba noramala rezando de rodillas el rosario de nuestra Señora delante de un santo Crucifijo. »

Fabricio. Tambien dicen de otro, que como ninguna tentacion fuese bastante con el santo Job para que ofendiese á Dios siquiera en una palabra, admirado el diablo de su resistencia, dijo : « Válame la gracia de Dios; ¿que no podré yo con este hombre del diablo que diga contra Dios algo de bueno?»

Doña Petronila. El mio será algo mas á lo de aldea, por los meses que viví en ella antes que me casase.

Habíasele perdido un jumento á un labrador, llamado Orduña, y estando predicando el Cura, fué diciendo en el discurso de su sermon cómo el amor era una cosa de tanta fuerza, que no habia hombre, por valiente que fuese, que no hubiese tenido una puntilla de amor. Salió en mitad de la Iglesia un villano con grande orgullo, y dijo : « Pues aquí estoy yo, que nunca huí enamorado.» Dijo entonces el Cura, volviéndose al dueño del jumento perdido : « ¡Hola, Orduña! veis aquí vuestro asno. »

Castañeda. Por nuestro Señor, que anduvo elegante el Cura, y que tengo por averiguado que el hombre que, no siendo santo, no tuviere alguna veta de enamorado, que le habian de poner unas aguaderas á cuestas.

Fabricio. No cures de exceptar los santos, que si no tuviesen mucho de amor, aunque bien diferente del que aquí vamos tratando, no serian santos, pues el fin de la ley por cuyo cumplimiento son santos es amor de Dios y del prójimo.

Castañeda. Tenéos, tenéos, cuerpo de Dios, Fabricio, que nos vais metiendo en el miércoles de ceniza tres dias antes que llegue. Descolgad esos discursos, que los encimais muy en la cumbre de contemplacion, y en la era de ahora no estamos tan dispuestos para cosas devotas como para cosas de bota; y pues el padre cura del cuento pasado llamó asno al villano que nunca fué enamorado, no dejemos esta materia de motejar de asno, que á mí se me ofrece acerca della un cuentecillo.

Corríanse toros en una ciudad de Castilla, y uno que se escapó del coso vino á meterse en un patio de una casa, donde á la sazon estaban unos caballeros entreteniéndose á los naipes; y como cada cual buscase su acogida, uno dellos, del hábito de Santiago, se guareció debajo de una carreta; y otro amigo suyo, clérigo, se metió lo mejor que pudo debajo de una albarda. Ido el toro se comenzaron á dar matraca, y dijo el que estaba debajo de la albarda al que estuvo en la carreta, que se maravillaba mucho que siendo caballero de hábito en el pecho y espada en la cinta, se hubiese acobardado debajo de una carreta. Respondióle el Comendador al de la albarda : « Confieso que no fué para defenderme del toro por mis manos; pero aunque estaba tan acobardado como decis, me parece que aunque nos quitara la vida á entrambos el toro muriera consoladísimo. » Preguntóle el clérigo por qué. Y dijo : « Porque yo muriera en mi hábito de Santiago, y vuesamerced en el suyo. »

Fabricio. Tanto tiene de agudo como gracioso el señor Comendador. Yo me acuerdo que estando en un grado de un maestro en teología en la universidad de Salamanca, uno de aquellos maestros, como es costumbre, iba galleando á cierto personaje, algo tosco en su talle y aun en sus razones, y hablando con los circunstantes dijo desta suerte : « Sepan vuesas mercedes que el señor Fulano tenia, siendo mozo, una imágen de cuando Cristo entraba en Jerusalen sobre el jumento, y cada dia, de rodillas delante desta imágen, decia esta oracion :

¡Oh asno que á Dios llevais,
Ojalá yo fuera vos!
Suplícoos, Señor, me hagais
Como ese asno en que vais. —
Y dicen que le oyó Dios. »

Don Diego. Malicioso es el quinto verso de la coplilla.

Doña Margarita. Otro mas malicioso diré yo en prosa, de una dama que no le parecia mal cierto galan, frio de condicion y poco enamoradizo, y para ponerle en ocasion de conseguir el fin de sus deseos, ordenó una merienda en una huerta detrás del rio, y cuando iban á pasar el rio rogóle la señora que se descalzase y la pasase en hombros. Él lo hizo ansí. Merendaron, y pasóse la tarde sin que entre ellos hubiese cosa conforme á los intentos de la dama, y para la vuelta hubo de pasar el rio la señora en un jumento de aguador; y como se le mojase algo de la ropa y basquiñas en el rio, dijo el galan : « ¿Cómo se ha mojado vuesamerced la ropa pasando en un asno tan grande, y esta tarde pasándolo yo no se mojó?» Respondió ella con algun enfado : « Ya lo veo que es harto grande este asno; pero si no me mojé esta tarde fué porque es vuesamerced mayor. »

Doña Petronila. Sentimiento tiene la señora.

Don Diego. Y aun el dicho tiene mas de un sentido; y no me espanto, que, en realidad de verdad, es recia cosa tener una persona hechas ya las costas en el deseo, y puesta la mesa de una determinada voluntad, y despues al tiempo del convite salirse afuera el convidado, mayormente si acierta á ser mujer la que convida, porque entonces tiene mas lugar el corrimiento y afrenta.

Castañeda. No piense don Diego paladearnos ahora con devotas contemplaciones para excusarse de referir su cuento, conforme la materia comenzada.

Don Diego. Por vida de Castañeda, que refieras uno por mí, porque no me ocurre.

Castañeda. No diré, ansí me salve Dios.

Don Diego. Por amor de mí.

Castañeda. Juré mi salvacion, y si lo hago no me salvará el Señor.

Don Diego. Sí hará, pues te lo tiene prometido.

Castañeda. ¿Cuándo?

Don Diego. Cuando dijo : *Homines et jumenta salvabis, Domine.*

Fabricio. Bien le habíades pegado á Castañeda, si

para ello no os hubiérades aprovechado de palabras de Sagrada Escritura, que por ser tan graves, y nuestra conversacion tan de burlas, no lo acertais en usar dellas; y perdonadme la correccion, que, como mi profesion es de letras, parece que está á mi cargo la defensa dellas.

CASTAÑEDA. Pues ¿qué dijo don Diego en aquel latin?

FABRICIO. Eso no es para tí; déjalo para cuyo es.

DON DIEGO. Maravíllome que no entendieses este latin, que siempre los juglares teneis de latinos un necio *quid*.

CASTAÑEDA. El *quid* no le conozco, pero el necio bien sé que sois vos.

DON DIEGO. En paz estamos, tacaño; que si bien te llamé asno, bien me llamaste necio.

DOÑA MARGARITA. No se lo llamó mal un caballero á otro que le vino á visitar á su casa, y haciéndole ofrecimiento del mejor lugar y mas honrado asiento de la sala por cumplimiento, no aguardó á que se lo dijesen segunda vez, sino metiéndose en la silla, dijo: «Mejor es ser necio que porfiado.» Respondió el otro: «Es vuesamerced tan acertado en todo, que siempre tuvo lo mejor.»

DON DIEGO. Tambien se lo llamó picantemente á un regidor desta ciudad aquel famoso Colmenares.

FABRICIO. ¿Quién es ese decidor Colmenares?

DON DIEGO. Un tabernero muy rico que hubo en esta ciudad, de lindo humor y dichos agudos.

Un cierto regidor, de quien se decia que era hijo y nieto de padres no bautizados; molestaba con instancia á Colmenares para que mudase su taberna á otro barrio, y díjole Colmenares: «Por Dios, que ansí persigue vuesamerced mi taberna, como si en ella se vendiese el vino bautizado; pues por Dios, que en esa materia que es tan honrado mi vino como todo su linaje de vuesamerced. Viendo el regidor que se picaba, y le picaba el tabernero, quísole poner en razon con mansedumbre, y díjole: «Mirad, Señor, que los superiores de la república no podemos dejar de ser mas pesados que los demás. Veréis que la cosa mas pesada del pueblo son las campanas, y están en lo mas alto y superiores á todo; señal que los que somos superiores en la ciudad, hemos de ser los mas pesados y molestos.» Respondió Colmenares: «Bien está en el caso el señor Regidor; las campanas en lo mas alto no significan eso, sino que es muy de badajos ser pesados y querer estar sobre los demás.»

DOÑA PETRONILA. Otra vez Colmenares preguntó á un vecino suyo de dónde era natural, y respondiéle que era de dentro de un lugar llamado Campana. Y entonces dijo Colmenares: «Si sois de dentro de Campana, no escapais de ser un badajo.»

FABRICIO. Ese dichò dias há que yo lo oí en unos gallos de Salamanca, que parecieron harto bien.

DON DIEGO. Por vida del Dotor que nos digais algo desos gallos, que suelen tener cosas agudas y donosas.

FABRICIO. Mas antes, si gustáredes, los podrémos leer todos, que pienso que los he de tener en el escritorio.

CASTAÑEDA. Vengan esos gallos; vaya por ellos el Dotor, que aquí lo aguardamos don Diego y yo con este par de gallinas.

FABRICIO. Estas gallinas no han menester mas gallos de los que tienen consigo, y aun sobras tú para otro gallinero. Esperadme, que voy por ellos.

CAPITULO II.

Que contiene unos gallos que se dieron en Salamanca en presencia de los reyes.

FABRICIO. Al primer cajon del escritorio que abrí, me salieron luego al camino los señores gallos, y vienen aquí con toda su humildad á cantar lo que saben; y porque toda la sal destas cosas consiste en conocer las personas de quien se hace mencion, decia yo que tomase don Diego el cartapacio y los vaya leyendo, porque yo vaya declarando, cuando se ofrezca, algunas circunstancias con que se entiendan mejor las cosas que se dicen de unos y de otros.

DON DIEGO. Venga el cartapacio, que yo leeré para todos; pero díganos primero el Dotor quién dió estos gallos, y en qué ocasion se dieron.

FABRICIO. Hízolos y reficiólos un maestro de aquella universidad, en el grado de un maestro carmelita, en que se hallaron presentes sus majestades del rey don Filipe III y la reina doña Margarita, su mujer, con mucha parte de los grandes y señores de título de España, junto con todos los catedráticos y maestros de las escuelas, y grande auditorio de gente docta y curiosa; y ansí va el galleante hablando con los reyes en todo el discurso de los gallos.

DON DIEGO. Soseguémonos, y atended á ellos.

GALLOS. Entro en este acto de muy mala gana, porque entro en él á mal de mi grado, supuesto que es mal de mi grado, y generalmente del grado de Salamanca oir y decir los graduados aquí y en semejantes actos lo que no querrian. Dicen acá: «Mal de muchos gozo es;» y si en algun grado se verifica ó puede verificarse este proverbio, es en este grado de Salamanca, cuyos gallos son gozo de todos y mal de muchos, á lo menos de los cuatro que lavamos la lana, y aun de aquellos á quien se la lavamos.

FABRICIO. (Son siempre cuatro maestros los que se gallean á sí y á otros.)

GALLOS. Porque siempre es cosa terrible representar un hombre de veras y en hábito de veras, y en lugar de veras cosas de burlas.

Bien sé que ya se cantan chaconas á lo divino, y que han emparentado, aunque sin dispensacion y sin necesidad, lo profano y lo sagrado, lo festivo y funeral; pero si á eso nos hubiéramos de atener, pudiéramos tambien decir, como el maestro Fulano, canónigo desta santa iglesia, que cantando en ella una misa de *requiem* la semana de Pascua, dijo al fin de la misa: ***Requiescant in pace, alleluya, alleluya.*** O como el maestro Fulano, que oyendo un dia la muerte de un grande amigo suyo (digo grande respeto de su persona, que no es mas de lo que ven, si es que lo veen).

FABRICIO. Era muy pequeño de cuerpo.

GALLOS. Embelesándose y pasmándose con la mala nueva, comenzó á santiguarse, y por decir, como solemos, ***Requiescant in pace,*** dijo, levantando la mano, ***Ite misa est.***

Tambien pudiéramos imitar al dotor Fulano.

FABRICIO. (Este dotor traia siempre un capachete

de raso negro en la cabeza, por encubrir la pelambre que le provino de cierta enfermedad.)

Gallos. Que entró con insignias de doctor, y juntamente con exenciones de grande y aun con majestad de rey, á besar la mano á sus majestades. Porque entró, estuvo y tornó á salir cubierta la cabeza y sin decir Dios os guarde. Esto digo por la birreta de raso, que siempre trae sobre raso, que es peor que seda sobre seda.

Pudiéramos ansimesmo aprobar la pretension del dotor Fulano.

Fabricio. (Este dotor, aunque era casado, traia siempre hábito largo, como eclesiástico.)

Gallos. Que pretende ser un ingerto de lego y clérigo, porque como sus majestades no le dieron la mano cuando se la besó la universidad, y no se la dieron pensando era de misa, como lo representa su hábito, hizo testigos para que le tuviesen por sacerdote, pues que los reyes le habian tratado como á tal. Y replicándole que lós reyes no pueden hacer á nadie de órden sacro, respondió que bien podian, que por eso era el rey sacra majestad. En fin, él quiere ser clérigo de la iglesia griega, donde juntamente los clérigos son sacerdotes y casados.

El maestro fray Fulano tambien ayuda á esto, porque siendo religioso, maestro y catedrático, ha dado en pié de sastre, á causa que jamás le verán sentado que no esté la una rodilla sobre la otra, y jugando de la mano derecha, como quien toma liciones de coser.

Pues el maestro Sanchez, digo el retórico, el griego, el hebreo, el músico, el médico y el filósofo, el jurista y el humanista.

Fabricio. (Este maestro, aunque sabia mucho, tenia peregrinas opiniones en todas estas facultades.)

Gallos. Tiene una cabeza, que en todas estas ciencias es como Ginebra, en la diversidad de profesiones.

Ejemplos hay hartos, y hartos pudiéramos referir; pero, como quiera que sean, en no yendo el Fa con el Mi es forzoso dar en endiablada. Y ansí, todas estas mezclas de veras y burlas han de ser necesariamente capirotadas y moharrachos. Y por eso no me espanto que á los religiosos tan de veras se les haga tan terrible este acto tan de burlas, que aunque no son burlas de manos, no por eso dejan de ser burlas pesadas.

Con todo eso, tengo por menos tributo pagar este pecho al César y hacer esta tarasca de mí, que sacar el rio de su madre y las cosas usadas de sus quicios; porque en esto se puede perder mucho dando un hombre en extremado y singular, y en aquello no se pierde nada, pues pasa por donde pasan los buenos de Toledo.

Dicen los filósofos que ninguna cosa, estando en su centro, puede estar pesada ó liviana, aunque de suyo sea muy pesada ó muy liviana. Y la razon es, porque el estar pesado es propio del que quiere bajar, y el estar liviano es proprio del que quiere subir; y como el que está en su centro ni pretende subir ni bajar, no puede estar pesado ni liviano. El centro de los graduados por esta insigne universidad este es, porque aquí están todos á los piés y en los estrados de su majestad, de su natural rey y señor, teniéndole por corona de su profesion y de sus letras, porque no puede haber otra que pueda coronar tan grandes merecimientos. Y el centro de los cuatro maestros que nos hemos de gallear tambien es este, porque aquí es donde de veras se puede pretender y ganar el favor y la preeminencia. Y ansí, por mas que digamos y nos digamos, ni podemos estar pesados ni livianos; ni nadie que tenga entendimiento, por mas que le piquemos, podrá decirnos que estamos pesados; y por mas que cantemos y nos matraqueemos podrá decir que estamos livianos. Y si este acto no nos condena á nota de pesados ni de livianos, muy bien le podrémos hacer, aunque sea, como suelen decir y ello es ahora, delante del Rey.

Segun esto, encomiéndome á Dios y échome á nadar, siquiera para perder el miedo á este pozo, y para ver si puedo hallar pié en este remolino, que tantas cabezas ha tragado. Aunque para decir verdad, no he menester hacer pié en este golfo, que hecho me le han dado y derecho todos mis contrarios; los cuales quizá, á fin de ponerme el suyo sobre el pescuezo, hicieron hincapié en que yo trajese alguno bien glosado para ante sus majestades en este acto, porque dicen tienen gusto en buena poesía. Y excusándome yo con que era muy poco poeta, se prefirieron á darme un pié que recitase aquí con muy buenas glosas, porque no escupiese ante sus majestades otros textos que yo me sabia. Y aunque pudiera recelarme de que aquello no era tanto darme pié como darme traspié, y pudiera decir lo que dijo Virgilio, *Timeo Danaos et dona ferentes*, tengo temor que los presentes y dádivas de los troyanos vienen muy llenos de lazos y estratagemas de enemigos. Con todo eso, por ser de enemigos y el primer consejo, quise acetarle, y puse mi palabra de referirle fielmente en este senado, porque es pié de errar, aunque es pié donde cualquiera puede perder pié, porque es este:

El Rey viene á Salamanca.

Y aunque esto mas tiene de cabeza que de pié, pues toca en la cabeza de todos, con todo, me lo dieron por pié, porque sin duda los reyes son los piés por donde los reinos, ó pasan adelante, como los de vuesas majestades, ó vuelven para atrás, como los de nuestros enemigos. Diéronmele tambien por pié como para sobornarme, dándome á entender que me daban el Rey por el pié, de que me venia no pequeño provecho; aunque tambien lo harian por ganar para sí mucha honra, dando á entender á este senado que en la profundidad y imensidad del Rey nuestro señor hallaban pié los maestros de Salamanca. Pero háganlo por lo que quisieren, que si yo le recebí por pié fué porque de los reyes ni se puede dar ni recebir mas de los piés, y esos, como los recibo yo, para besarlos. Y porque con daca el pié y toma el pié no nos despeemos, será bueno comenzar ya las glosas, y será la primera la del maestro fray Fulano, que como vive en mi casa, me la dió primero; y ansí, la tengo yo para recitarla en el primer lugar. Dice pues:

Hace con gran voluntad
Fiestas al Rey la ciudad;
Pero en todo lo criado,
No le hacen fiesta de grado
Sino en la universidad.
Y no queda mal pagado,
Sino muy remunerado,

El grado de borla blanca,
Pues que tambien muy de grado
El Rey viene á Salamanca.

Sin falta dice muy bien; aunque, á mi parecer, no es tanto esta fiesta de grados como de corona. Porque si miramos á sus majestades, si es que para ello tenemos ojos, hallarémos la mayor corona que ciñe sienes en toda la redondez de la tierra; y si miramos al que se gradúa,

Fabricio. (Era un padre carmelita, de buena estatura y mucho pelo en la corona.)

Gallos. Hallarémos en él una corona tan grande, que parece nido de cigüeña ó cigüeña en su nido; porque el bonete negro con las plumas de la borla blanca que tiene sobre la cabeza, eso parece; y aun él parece campanario viejo de aldea, donde acuden cigüeñas á fabricar sus nidos. Y si miramos á los cuatro que nos damos de las astas, tambien somos los cuatro coronados que salimos á hacer fiesta de corona.

Fabricio. (Dícelo porque todos cuatro galleantes acertaron entonces á ser religiosos.)

Gallos. Aunque para el maestro Fulano, mi compañero, y para mí, dado que se llame esta fiesta de corona, no puede á lo menos llamarse de prima tonsura, porque no es esta la primera vez, sino la segunda, que aquí nos han trasquilado á los dos.

Fabricio. (Esto dice porque en otro grado antes deste les habian picado á él y á su compañero los otros dos galleantes.)

Gallos. Y no me espanto que dos tundidores como el maestro fray Fulano y fray Citano nos diesen dos tundas semejantes. Y porque venga á noticia de todos que, no solo sabe dar tundas el maestro fray Fulano, sino que tambien sabe hacer glosas, y muy buenas, quiero referir la que me dió sobre el mismo pié, en la cual va solenizando el nombre de los Cornejos, por ser su apellido, y tambien del padre que se gradúa:

Brota la universidad,
Cual Moisen resplandeciente,
Cornejos de claridad;
Él, viendo á Dios frente á frente,
Y ella á vuestra majestad.
Y como es luz desigual,
Cualquier vista ciega y manca,
Si no es de águila real,
Y por esto, á ver luz tal,
El Rey viene á Salamanca.

Si no fuera parte, dijéramos habia hablado muy bien este testigo, porque sus partes y las de su glosa merecen cualquier encarecimiento; pero ansí no excusó tacharse la comparacion que traia de Moisen. Porque, ¿quién dirá en el mundo que la mucha merced que hace su majestad á esta su universidad tan insigne sea ponerle los cuernos, sino antes quitárselos á ella y ponerlos á toda España, pues que toda España puede ya tener celos de tan extraordinaria merced y favor? Fuera de que consultando los libros becerros y registros de la universidad, he hallado que en los grados de los teólogos salmantinos por eso hay gallos, porque no hay toros, y por eso no hay toros, porque no haya cuernos, que dicen muy mal con la borla blanca de honestidad, castidad y perpétua virginidad que traen sobre su cabeza, por la cual están obligados á ser tan castos como maestro Fulano, que es mas casto que el rey don Alonso el Casto.

Fabricio. (Este maestro era notado de mucho recogimiento y poquísima conversacion con ningun género de mujeres.)

Gallos. Mayormente, que no hay cosa que tanto repugne á gallos como cuernos, porque todo el pundonor del gallo consiste en no admitir competidor que se los ponga.

Harto quisiera excusar esta censura, porque no dijeran que la daba á fin de desquitarme y desagraviarme de lo que aquí ha contado el maestro que me dió la glosa dicha, diciendo que yo habia hecho un propio á Benavente, donde es natural, para traer de allá chistes suyos que decir, como si fuese menester pasar los puertos para cargar las acémilas de chistes y donaires suyos, y no bastase verle solamente la cara para sacar un hombre della mas miseria que de un testamento de pobres. Fuera de que, ¿cómo podia yo enviar á Benavente por chistes suyos? pues preguntándole un dia muy en puridad que de dónde era, me respondió que, aunque su padre era de Benavente, él no era natural sino de un lugar que llamaban Campana.

Fabricio. (Este es el dicho que nos dió motivo para sacar los gallos.)

Gallos. Y tornándole yo con alguna admiracion á preguntar si era de Campana, me tornó á responder que sin duda era de dentro de Campana; y entonces, aunque no lo merecen sus letras ni su cordura, dije: «Pues ¿qué puede ser de dentro de Campana que no sea badajo? Por ventura negará el caso, y no me espanta, que á piés juntillas suele negar lo que se vee.» Pidióle un dia cierto deudo suyo en Benavente prestado un rocin, y excusóse diciendo que no le tenia en casa, sino muchas leguas de allí. Mas apenas acabó de negarle, cuando el rocin, como desmintiéndole, empezó á relinchar en la caballeriza. Y enfadado el que le pedia, le dijo: «¿Parécele, padre mio, que estaba léjos el rocin?» Mas él, con toda la cólera que tiene, le respondió: «Brava cosa es, que han de dar mas crédito á mi rocin que á mi persona.»

Mas porque este rocin no se agüe, enviémosle á pasear, y venga el maestro fray Fulano con su glosa, aunque es lástima haber apercebido para su venida solo un rocin, pues es persona que habia de venir en carroza de cuatro caballos. Mas para delante de sus majestades bien puede venir á pié, mayormente á darnos la glosa dél, que vamos todos glosando, que dice ansí:

Todo va al Rey de su modo,
El indio, el germano, el godo,
El de ajena y propia ley;
Que, como todo es del Rey,
Al Rey viene á parar todo.
El mundo todo al Rey sale,
Y viene con mano franca;
Pero porque se señale
Que Salamanca mas vale,
El Rey viene á Salamanca.

Bien muestra en esta glosa su autor ser gran reconocedor y apreciador de las cosas muy grandes, pues no quiere que Salamanca, su madre y nuestra, vaya al Rey, como va todo el mundo, sino que venga el rey á Salamanca, porque Salamanca es mas que todo

el resto dé lo criado. Y si lo dice por las piedras muertas y no desbastadas, bien dice en decir que nunca Salamanca fué al Rey, porque de Salamanca ni al Rey ni al reino jamás fué cosa basta ni grosera, ni puede ir. Mas si lo dice por las piedras vivas, labradas en el obrador mayor de esas escuelas, no tiene razon, porque de solo Salamanca han ido mas sujetos al Rey que de todos los tercios del mundo. Y no nos haria poca merced en llevar mas ahora; porque, como Salamanca es pozo de insignes hombres, cuantos mas le saca su majestad, mas le manan.

Con todo eso, no se le puede negar al dicho maestro que la glosa es digna de su autor y de su cortesía, pues pone todo lo criado á los piés de sus majestades. Y no me espanto de toda esta crianza, porque es tan amigo della, que preguntando un dia á una dueña de su madre cuántos años tenia, y respondiéndole ella que cuarenta, se enfadó con ella porque no dijo: Cuarenta años tengo, mi señor, para servir á vuestra merced. Que como en todas sus cosas es tan adamado, querria que todos le tratasen adamadamente; que ansí parece que lo piden aquellas sus manos carnositas, blancas, cuajadas y suaves, que llegan de cuando en cuando con las palmas abiertas á regalar y acariciar aquella santa Verónica de su rostro.

Pero, porque la música destas glosas comenzadas vaya á cuatro voces, quise glosar el pié que los tres gallos han glosado, que dicen ansí:

> Es de tanta majestad
> En letras, armas, nobleza,
> Religion, esta ciudad,
> Que no hay cosa, esto es verdad,
> Que venga con su grandeza.
> Grecia solo armas mantiene,
> Italia en letras se estanca,
> Nada á Salamanca viene;
> Mas, como todo lo tiene,
> El Rey viene á Salamanca.

Contra esta glosa y su verdad nadie puede ir, pues en vuesa majestad está todo tan sobrepujantemente; solo una cosa no veo en vuesa majestad, y es, que siendo natural al leon temer el gallo, y siendo vuesa majestad el leon de España, no solamente no le ha temido, sino que á cuatro gallos que aquí estamos nos ha hecho temblar y sudar la gota tan gorda; y lo mesmo fuera á todo el mundo, si todo el mundo fuera gallos.

Y aunque al principio entré condenando la liga de las veras burlas, y de las cosas preciosas y baladíes, no por eso debe ser condenada, pues la naturaleza la hace tantas veces, mezclando el oro con la escoria, la plata con el estaño, el grano con la paja y el alma con el cuerpo; y ¿qué cosa mas baja que los remiendos, y qué cosa mas bella que vellos en el jaspe? Y aun el arte hace inumerables matrimonios destos, casando el agua con el vino, el papel con la tinta, y haciendo en sedas, telas y lanas infinitas mezclas, tan vistosas como caras. Y finalmente, dando unas mesmas letras á la palabra de mayores veras y á la de mayores burlas, porque esta palabra *rey*, acentuando en la *e*, significa las mayores veras que son entendidas en la persona de un rey; y esta mesma palabra *reí*, acentuando en la *i*, significa las mayores burlas que se hallan en el reir.

Y hasta la naturaleza quiso hacer otro nudo como este, porque las lágrimas, que tantas veces son efetos y símbolo de tristeza, son otras muchas veces hechura y representacion de increible gozo, conforme á lo que acá se suele decir, que lloramos de risa; y conforme á lo que un poeta dijo, glosando el mesmo pié que se ha glosado:

> Ya llaman siglo dorado
> A este siglo, porque ha dado
> Rey y reina al mundo tales,
> Que pasan quicios y umbrales
> De todo cuanto ha pasado.
> Todos de contento lloran,
> Y á verlos tanto se azoran,
> Que hasta el zafio el paso atranca,
> Pues con la Reina que adoran
> El Rey viene á Salamanca.

Y lo que mas es, que el contento, que tan de ordinario nos da la vida á todos, á muchos se la ha quitado, como se la quitó á Dionisio el tirano, y á Zeuxis, que murió de risa de solo ver cuán bien habia pintado una vieja; y Crisipo murió tambien de risa, porque oyó á una mujer que en todo su juicio mandó que diesen unos tragos de vino á un asno para que no le hiciesen mal unas brevas que habia comido; y finalmente, conforme lo que dice un poeta, glosando el pié que todos hemos glosado:

> Mucho su venida abona
> Y ensalza á gloria infinita,
> El ver que con su persona
> Nos traiga una Margarita
> Tan digna de su corona.
> Y viendo que en su tuson
> Tal joya trae tal leon,
> De gozo el alma se arranca,
> Pues con tan rico blason
> El Rey viene á Salamanca.

Y arrancada el alma al gallo, no tiene mas que cantar. *Explicit.*

CASTAÑEDA. Por vida de todo el mundo, que les debió de parecer muy bien á los reyes todo esto, porque tienen muy buenas veras y burlas.

DOÑA MARGARITA. Harto buenos son los gallos, pero no se le niegue al mi don Diego sino que los ha leido muy galanamente.

CASTAÑEDA. Pues ¿qué queríades? ¿No habia de leer bien un hombre casado, tan grande como un rollo? Sabed, por eso que decis, que pescaron una muy hermosa trucha en un lugar de cierto señor de título, y parecióles á los alcaldes del pueblo que seria bien presentarla á su señor, que acababa de llegar al pueblo, para lo cual se acordaron de un grande plato pintado que tenia el sacristan, y en él pusieron y llevaron la trucha, y fuése con ellos el sacristan en seguimiento de su plato; y como el Conde se agradase mucho de la trucha, y la estuviese alabando por la mejor que en su vida habia visto, pareciéndole al sacristan que se hacia poco caso de su plato, dijo muy sentido: «Pues yo le juro á san Pablo que el plato que no es necio.»

FABRICIO. Ansí le pareció á mi señora doña Margarita que no cumpliamos con nuestra obligacion si, tratando de loar los gallos de Salamanca, no se trataba de loar el gallo de su merced.

DON DIEGO. Con licencia del Dotor me los llevaré para que se trasladen en mi casa.

Fabricio. Pues si entendiera que habíades de codiciar esto, tambien sacara otro papelillo que tengo de una invencion con que los roperos de Salamanca salieron á recebir los reyes; pero por no me desviar otra vez de la lumbre y de la conversacion, se quedará para mañana en la noche.

Don Diego. Aunque me viene á propósito, paréceme que al padre maestro que recitó en Salamanca estos gallos no le pesará de tener á mano una taza de vino aguado para remojar sus buenas razones.

Doña Petronila. Ya os entiendo, señor don Diego; muy á propósito viene lo que decis: vos quereis beber, y no me espanto, porque há rato que hablais, y callamos todos.

Fabricio. Pues á don Diego por relator y á nosotros por oidores, mandad, Señora, que nos dén de beber con unas quesadillas en tanto que se pone la mesa.

Castañeda. No se ha dicho esta noche cosa mas aguda que mandar que bebamos.

CAPITULO III.

De motejar de borracho, y una matraca que se da á gente de malos gestos.

Fabricio. Pongan esas quesadillas, y traigan la bota y tazas lavadas. Ea, Castañeda, alcanza dese plato.

Castañeda. Yo siempre comienzo por la taza y pásome por el plato y torno á rematar con la bebida.

Don Diego. Eso me parece que es el oficio del pastelero vuelto del revés, porque lo que este hace con el pan lo haces tú con el vino.

Castañeda. No entiendo vuestra metafísica.

Don Diego. Quiero decir que los pasteleros ponen las viandas entre pan y pan, y tú las metes entre vino y vino. ¿Entendísteme ahora?

Castañeda. Ansí me hubiese á mí entendido Fabricio como yo á vos.

Fabricio. ¡Hola! dén de beber á Castañeda, que con harta devocion lo pide.

Castañeda. Pues mayor devocion tendré en bebiendo.

Doña Petronila. ¿Por qué?

Castañeda. Porque cuando el vino sale de bota es bebida muy devota.

Fabricio. Mirad que la taza es capaz y que el vinillo es mordaz; tengamos la fiesta en paz.

Castañeda. Mas antes me la llenad hasta arriba; que aquellos gallos me tienen rabiando de sed.

Don Diego. Eso fuera si tú los hubieras traido en la boca como yo.

Castañeda. Basta que los haya tenido en los oidos.

Don Diego. Pues bebe por los oidos.

Castañeda. Basta que beba por la boca; que si el vino es bueno, luego se subirá á las orejas. Dios sea conmigo; que como no estoy ducho á beber, no querria que me hiciese mal.

Doña Petronila. ¡Oh pobre Castañeda! yo me acuerdo haberle visto con su habla, aunque no con su juicio.

Don Diego. Venga esa taza, y dénme agua; que no me atrevo á llevarlo puro, como Castañeda.

Castañeda. Señal que teneis ruines cascos; y no como los mios, que son cascos de prueba.

Don Diego. Eso juro yo, que son los tuyos de prueba; porque te los habrá probado el vino mas de una vez, y á los mios nunca el vino se atrevió á probarlos.

Fabricio. Descalabrádote han, Castañeda, porque te sacudió don Diego en los cascos con el vino. La materia es á propósito; pues estamos bebiendo, digamos cada uno su cuento que pique de borrachera, como lo hizo don Diego; y sea ley que nadie beba sin que primero ofrezca su chiste. Comience don Diego.

Don Diego. Pláceme, y pienso cumplir con un dicho que le sucedió á este bellaco de Castañeda con el Conde otro dia:

Es el Conde hombre de mas capacidad en el estómago que otros, de donde proviene que come muy bien y bebe mejor. Ofrecióse que en cierto papel de importancia habia de poner el Conde su firma en latin, y púsola desta manera: *Dominus Franciscus de Tal; Comes de tali parte*, etc. Leyó esta firma Castañeda, y dijo: «Mirad, Conde, que no va entera esta firma.» Preguntóle por qué, y dijo: «Porque habeis de decir ansí: *Dominus Franciscus de Tal; Comes et bebes de tal parte*, etc.»

Doña Margarita. Dénme de beber; que quiero decir el mio: Hubo un hombre tan fiel y verdadero amigo del vino, que jamás pudo hacer amistad con el agua, no solo para beberla ni alabarla, pero ni aun para verla ni lavar la taza. Cayó en una grave enfermedad, de que se iba muriendo, y estando muy al cabo, pidió con grandes ansias un jarro de agua; lleváronsele, y como le preguntasen que cómo hacia aquella novedad, pues siempre habia sido tan enemigo del agua, respondió: «No es tiempo de enemistades; que es hora de reconciliarse hombre con sus enemigos.»

Doña Petronila. El mio es breve y compendioso.

Castañeda. Pues bebed breve y compendiosamente; decid.

Doña Petronila. Pidió un bebedor que le echasen vino en una taza que tenia en la mano, y el que se lo daba se lo echó vuelta la mano del revés, y díjole: «Perdonad que os lo doy de revés, porque no estoy á mano.» Respondió el bebedor: «Echad; que mas quiero vino de revés que agua de Tajo.»

Fabricio. Aunque no tengo mucha gana de beber, quiero decir el mio: Estábase un hombre querellando de su mala suerte, porque un hijo solo que tenia no le podia corregir el mucho beber; y ansí, le afrentaba cada dia, anocheciendo borracho por las calles, y díjole un vecino suyo: «Vecino, ese mozo os afrenta porque vos mesmo le dais los dineros, y mientras no le faltaren monedas no le faltarán monadas.»

Castañeda. Aunque tengo una vez en el estómago, he menester segundar para corregir el rigor de la miel y queso destas quesadillas; y para mas merecer, quiero pagar el tributo de mi cuento: Acudian de ordinario á la taberna de Colmenares tres ó cuatro hombres, que gastaban la mayor parte del dia y de su caudal en andarse borracheando dentro de la taberna. Un dia con sus importunas borracheras enojaron la moza que media, de modo que se quejó á su amo, diciendo que aquellos hombres la querian comer. Díjoles entonces Colmenares: «Señores, no me comais la moza; que quedará muy deshonesta.» Preguntó uno dellos que por qué, y respondió: «Porque si la comeis, quedaráse la moza en cueros vivos.»

Doña Margarita. Extremado lo es el Colmenares; ya le traigo sobre ojo, porque ordinariamente dice con donaire y artificio.

Fabricio. Mandad, Señora, que alcen estos platos y tazas, y pongan la mesa.

Castañeda. Harto de mejor gana me quedara á cenar con el Dotor y doña Petronila que con el Conde, que me mandó acudiese á la cena; pero si no os habeis de recoger tan presto, volveré despues de cena.

Don Diego. Pues cuando vengas te podrás venir por mi casa, y vendrémonos juntos; que nuestro huésped, como es viejo, luego se empana entre las mantas; pero bien te puedes agora entretener media hora; que el Conde no cena hasta las nueve, y son agora poco mas de las ocho.

Castañeda. ¿Sabeis, Fabricio, lo que estoy considerando de vuestros criados que ponen la mesa?

Fabricio. ¿Qué te parece dellos?

Castañeda. Que por Dios, que tienen muy bellacos gestos y gentil recado de narices; que me acuerdo yo haber visto alquitaras que no son tan cumplidas de nariz como vuestra gente. Por vida del Dotor, que me digais en qué almoneda de diablos hicistes esta compra. No lo digo por alabarlos; mas por nuestro Señor, que si yo fuera inquisidor, que os los vedara, como se prohiben á otros los familiares de redomilla.

Doña Petronila. Parece que te han puesto buenas ganas de matraquear mis criados. Por vida de Castañeda, que no pierdas la ocasion, sino que tomes una guitarra, y les digas algo en verso, como sueles.

Castañeda. Venga una guitarra, y mandad que parezcan todos aquí, si no es que sea menester un exhorcista que se lo mande á fuerza de conjuros.

Doña Petronila. ¡Hola! entrad todos aquí delante de Castañeda.

Castañeda. Como quien soy, que me los estoy mirando venir, y no parece sino que hacemos cerco como hechiceros, pero digámosles con la guitarra:

Decidme, señor Fabricio,
Ansí Dios os dé mil dones,
¿Quién metió estos mascarones
En vuestra casa y servicio?
Concertadme estos vocablos;
Que yo no entiendo de vos
Que podeis servir á Dios,
Sirviéndoos á vos los diablos.
Y vos, Petronila triste,
Cuándo os llevan en la silla
Esta infernal gentecilla,
¿Cómo no dais en el chiste?
Que os gritan de los establos,
Sin haceros perjuicio:
«¡Hola, mujer de Fabricio,
Que te llevan cuatro diablos!»
Mal debió de bautizarse
Esta posada, Señora,
Pues con aquestos agora
Ha venido á endemoniarse.
Los pintores aprendices,
Cuando empiezan á pintar,
Suelen los rostros sacar
Como estos, y sus narices.
Dicen que son extremados
En cantar estos señores;
Nunca vi diablos cantores,
Sino son vuestros criados.
Mas tenéos por avisada;
Que si los mandais cantar,
Bien podrán música dar,
Pero ella será endiablada.
Y con aquel antifaz
De infernales querubines,
Si se danzan matachines,
No habrán menester disfraz.
Con vosotros quiero hablar,
Vasallos del rey de Fez,
Y por ser primera vez,
Me comienzo á santiguar.
Muy abominables brujos,
Dichoso y afortunado
El que no queda espiritado
Mirando vuestros dibujos.
De los médicos me espanto
No os lleven á sus ciudades
A sanar enfermedades
Que se curan con espanto.
Pienso ordenar una caza
Famosa de montería,
Y con grande gritería
Correros por esa plaza.
Que temo vuestros testuces;
Y ansí, irémos con venablos;
Pero no, que contra diablos
Mejores son unas cruces.
El portentoso nublado
Que descargó dende el cielo
Tantos diablos en el suelo,
Sin duda que no ha cesado.
Que los primeros caidos
Son viejos, vosotros no;
Y ansí, os pienso llamar yo
Demonios recien llovidos.
No hayais miedo que me empache
En poneros dijecicos
Colgados en los pechicos,
De tasugo ni azabache:
Que vuestra hermosura rara
Os hace en cualquier enojo
Seguros de mal de ojo,
Pero no de mal de cara.
Y aunque tiemblo de miraros
Esas caras de enemigos,
A fuer de buenos amigos,
Un consejo quiero daros.
No os junteis á algun retablo
De san Miguel sin dragon,
Porque luego habrá cuestion
Quién ha de quedar por diablo.
Ruego á Dios crucificado
Que extienda su brazo fuerte,
Y á la hora de mi muerte
Os aparte de mi lado.
Cese ya de entretenerse
Mi voz en vituperaros;
Que ya temo el enojaros.
Fugite, partes adversae.
Baste, baste lo que os hablo;
Que ya he menester alivio
De cruz de santo Toribio.
Diablos, quedáos con el diablo.

Con todo eso, aunque no son ángeles de luz, mandad que enciendan una hacha y me acompañe alguno dellos hasta en casa del Conde, y esperadme despues de cenar; que yo vengo luego, y de acarreo traeré á don Diego y su ninfa.

Don Diego. Pues no te detengas, que nos hallarás acostados.

Castañeda. Si estuviéredes acostados, habréme de desnudar y acomodarme con vosotros.

Don Diego. Saco mi blanca; allá te avendrás con doña Margarita y su madre.

Castañeda. ¿Sabeis qué haré? Tomaré la hija y dejaré la madre, por quitarme de pesadumbres.

Doña Margarita. Por mi salud, que es bien convenible el buen Castañeda. Tenia un devoto canónigo en su despensilla algunos regalos de comer, y un criado

suyo determinó de hacerle salto al canónigo; descerrojó la despensa, y cogióle unos hermosos perniles y solomos, y no curó de llevar unas lenguas de puerco que estaban con lo demás, porque estaban ya pasadas y dañadas. Apenas salió de la despensa, cuando su amo le cogió con el hurto en las manos; y como vió que se llevaba los perniles y lomos y no dejaba mas de las lenguas, le dijo: «Desvergonzado, pues te llevabas los perniles y lomos, ¿por qué no llevabas lo demás?» Respondióle él: «Señor, por quitarme de malas lenguas.»

Castañeda. El cuento es bueno, pero ¿á qué propósito?

Doña Margarita. Porque dices que tomarias la hija y dejarias la madre, por quitarte de ruidos.

Castañeda. Como sois Margarita, y las tales tienen por madre á la tierra, parecióme que escogia bien en dejar la seca y fria tierra, cuales son las viejas, y tomar la preciosa Margarita, cuales son las damas como vos. Quédese este negocio aquí, y si habemos de volver en cenando, vámonos de aquí. Adios.

CAPITULO IV.

Que contiene chistes que motejan de cristiano nuevo, y una historia fantástica.

Fabricio. A la puerta llaman, Señora; decid que sepan quién es.

Doña Petronila. Por ventura será don Diego y su mujer, que los prometió restituir Castañeda en cenando.

Castañeda. Hola, Fabricio, mandad que venga con una luz uno de esos lacayos de Pluton, porque no se nos pierda una Margarita que traemos aquí don Diego y yo.

Doña Petronila. La mejor señal de que son ellos es que viene Castañeda hablando, y creo que vienen á escuras. ¡Hola! llevad luces y abrid la puerta de la calle.

Don Diego. Sea paz en esta casa.

Fabricio. Sí será, pues viene gente de paz á ella. Ansí como sentí el bullicio á la puerta, conocí ser vuestras mercedes. Pero doña Petronila lo conoció cuando oyó hablar al hermano Castañeda.

Castañeda. ¡Brava hazaña por Dios, conocer á un hombre en oyéndole hablar! Estaban dos clérigos muy metidos en conversacion de astrología, tratando de las señales de agua que se mostraban en el cielo. Uno decia que el tener la luna cerco era señal de agua; otro, que el salir el sol muy claro en la madrugada era señal de agua. Salió un oficial que estaba cosiendo junto á ellos, y dijo: «No se quiebren la cabeza, que la mayor señal de agua es cuando no hay dineros para vino.» Ansí que, la mas cierta señal de que veniamos fué habernos oido hablar; digo que sois el diablo, y preciara mas tener vuestro ingenio que un dolor de costado.

Doña Margarita. Vamos á la chimenea, que vengo hecha un carámbalo, de frio.

Doña Petronila. Sospechosa cosa es tener tanto frio despues de cena, si damos crédito al refran que dice que el judío despues de comer ha frio.

Doña Margarita. Ese refran no dice la judía, sino el judío, y ansí, no me comprehende.

Castañeda. Por Dios, que á esa cuenta que viene don Diego traspasado de frio.

Fabricio. A fe de Dios, señor don Diego, que á no tener bien probada vuestra intencion, que esta vez que os habian pegado de lleno.

Don Diego. Bien me lo llamaste, tacaño; pero mejor se lo llamó Colmenares al dotor Gomez y su mujer, de quien se decia que tenian ciertas gotillas de sangre del patriarca Jacob. Estos enviaron á la taberna de Colmenares por un poco de vino para una necesidad de estómago. Enviósele, y como no les contentase el vino, enviáronle á decir con un criado que mirase noramala qué vino enviaba allí para una necesidad. Respondió Colmenares: «Decid á vuestros amos que no es tan malo el vino; que en otra mayor necesidad se lo dieron ellos peor á Jesucristo.»

Doña Petronila. Otro dijo en la misma materia Colmenares algo mas bachiller que no ese. Llegóse Colmenares á comprar una ropilla en casa de un ropero que tenia la ejecutoria de su limpieza en la iglesia; y estándola concertando, dijo: «Hagamos barato, Señor, pues somos todos de un oficio.» Preguntóle el ropero, diciendo: «Siendo vos tabernero y yo ropero, ¿cómo decis que somos de un oficio?» Respondió Colmenares: «Ambos vendemos ropa, sino que la vuestra abriga por de fuera y la mia por de dentro.» Dijo el ropero: «Ansí es, pero vos no podeis quitar la ropa que vendeis, si una vez se arropa el que la compra; mas yo bien puedo desnudar á quien la hubiera vestido.» Añadió Colmenares: «Y aun jugarla á los dados porque no se divida.»

Fabricio. Tambien tenia Colmenares sus agudezas, aunque tabernero; pero no es mucho las tenga, que goza de los mejores sorbos de vino que entran en su tienda. Pues una moza de fregar, dadas las once de la noche, sacó el servicio de sus amos á la calle, y por quitarse de ruidos, vacióle á la puerta de un vecino que hacia y vendia esteras de esparto y de paja (oficio que comunmente se halla entre dicípulos del Alcoran), y como por el mal olor viniese á noticia del hombre el desacato de la moza, salió muy enojado, diciendo: «¡Oh bellaca fregona, nunca otro eches en tierra de cristianos!» Dijo la moza: «Por eso le vacié yo á vuestra puerta.»

Doña Margarita. En fe de mujer de bien, que merece esa moza cualquier buen casamiento; y ansí la pienso juntar con un hombre que dijo otro dicho tan donoso y tan agudo como ese. Un mozo de un mercader muy rico (de quien decian que cuando se bautizó sabia ya andar y hablar) iba cada dia con un jumento por agua á un pilon ó pila donde estaba la fuente; y como viese un hidalgo que el jumento se iba derecho á la fuente sin que le guiasen, dijo que se espantaba que un asno tuviese tanta habilidad. Respondióle un bellacon que estaba con él que no se maravillase, porque en casa del tamboritero todos son bailadores. Preguntándole el otro que por qué lo decia, respondió: «Porque en casa dese mercader hasta los asnos se van por su pié á la pila.»

Don Diego. Otro morisco muy rico estaba fatigado de una grave enfermedad, y mandó llamar un médico no menos gracioso en dichos que docto en medicina; y como le visitase, ordenó que le hiciesen un baño de piernas y cabeza. Viniendo otro dia á visitarle, le pre-

guntó que cómo le habia ido con el lavatorio, y respondiéronle que no le habia hecho. Encargó mucho que le hiciesen; y finalmente, como á la tercera visita preguntase del lavatorio, y le dijesen que el enfermo no gustaba de recebirle, y ansí no se le habian dado, dijo el médico: «Señores, desengañen á este hombre, y díganle que lo que se le ordena no es mas de un lavatorio contra modorra, y que le juro á Dios y á esta cruz que no es bautismo; que bien lo puede recebir.»

CASTAÑEDA. Por Dios que habeis traido excelentes cuentos en esta materia. Acuérdome que cuando se hizo aquella insigne procesion en el recebimiento del brazo santo de san Benito en Valladolid, hicieron los roperos en el Ochavo (que llaman) un grande y hermoso arco triunfal; y cierto poeta fisgon y mordaz, por motejallos de cristianos nuevos (como si no conociésemos entre ellos gente muy honrada y de muy buena sangre), puso en el dicho arco, de letra bien crecida, esta copla:

> Todos los deste cuartel,
> Con regocijo infinito,
> Hacen arco á san Benito
> Porque Dios les libre dél.

DON DIEGO. Tanto tiene de buena como de maliciosa la coplilla.

CASTAÑEDA. ¿Pasóse ya el frio que teníades, Margarita?

DOÑA MARGARITA. ¿Por qué lo dices, loco?

CASTAÑEDA. Porque estáis muy apartada; llegáos mas á la chimenea, y tendréis mas calor.

DOÑA MARGARITA. Si yo me caliento desde aquí, ¿para qué me tengo de acercar?

FABRICIO. Ansí respondió un hidalgo desta ciudad á otro con quien habia tenido palabras de pesadumbre, y antes que se pasase el dia encontró el uno dellos al otro, que iba á caballo á cierta jornadilla, y como no se le hubiese pasado la cólera al de á pié, dijo: «¿Vos sois? Apeáos de ahí, que juro á Dios que yo os haga conocer que sois un ruin hombre.» El otro, que tenia poca gana de apearse, y menos de reñir, le dijo: «Si yo me lo conozco á caballo, ¿para qué me tengo de apear?»

CASTAÑEDA. Con todo eso, llegáos mas á conversacion, porque oigais mejor un papel que cogí de la faltriquera al Conde esta noche; y porque me pareció ingenioso, quise haceros parcioneros dél.

DOÑA PETRONILA. ¡Oh! buena pascua te rape los ojos, que soy perdida por novedades. ¿De qué trata?

CASTAÑEDA. Un estudiante de Salamanca, que fué paje de la Condesa, se le envió por el estafeta ayer sábado, y leyéronle allí sobre mesa, y no pareció mal. Lleguen un candelero, y estad atentos.

«En la ciudad de Nolay, setenta leguas mas abajo de »nuestros antípodas, cuya vecindad, refiere el autor »de *Los Sueños*, en su introduccion canónica, ser un »millon y quinientos mil vecinos, á cuarenta y cinco »dias del mes de febrero del año segundo antes de la »creacion del mundo, estando todos en posesion de la »dulce paz, sin enemigo que los inquietase, peste que »los enfermase ni pobreza que los afligiese, á las doce »de la noche, cuando todos pagaban á sus cuerpos la »inexcusable deuda del reposo y descanso, se comenza»ron á oir unas tan extraordinarias y portentosas voces »de cosa mas que humana, que, alborotados todos sin »poder tomar tino á los vestidos, medio desnudos y »del todo turbados, se fueron juntando en la plaza de »la ciudad, sin poder averiguar qué novedad traia con»sigo aquel espanto; porque solo conocieron que aquel »ruido y vocería salia de un valle cerca de la ciudad, »que llamaban el Valle Solitario.

»Tomaron consejo con los sacerdotes y sábios de lo »que se debia hacer en ocasion tan apretada, los cua»les, confusos y sin rastro de noticia de la novedad »presente, rindiéndose á la ignorancia, tomaron reso»lucion que todo el pueblo levantase sus oraciones á »los dioses, y postrados en tierra, pidiesen su favor y »conocimiento de lo que habian de hacer para acertar »á servirlos en aquella sazon.

»Hiciéronlo ansí, y despues de dos horas de excla»maciones al cielo, comienza á levantarse un alboreta»do torbellino que, metiéndose entre las nubes, des»pedazando unas y juntando otras, al son de muchos »y espantosos truenos y relámpagos, fué derribando há»cia donde estaba la confusa gente una espesísima nube, »que en llegando casi sobre las cabezas dellos, se abrió »con un infernal relámpago, y de en medio della se »oyó una voz clara y distinta, que dijo estas palabras: »—*Parturiet vallis: et nascetur mirabilis Gigans*; »Parirá el valle, y nacerá un admirable gigante.—Al»go se alentaron con esta luz y conocimiento de que »aquellas voces eran dolores del admirable parto que »se esperaba en el valle desierto.

»El valle ha de parir, y no menos que un milagroso »y admirable gigante. ¡Cuán diferente parto fué el que »tuvieron los altos y soberbios montes, de quien se »dijo:—*Parturient montes, et nascetur ridiculus mus;* »Parirán los montes, y nacerá un asqueroso y peque»ñuelo raton.—Retrato vivo de las obras del soberbio »y arrogante; que quien le viere encumbrar sus cosas, »blasonar de su nacimiento y sangre, calificando sus »palabras, imaginaciones y trazas, pensará que ha de »tener el mundo un parto felicísimo de sus prendas y »calidades, y al cabo, al cabo saldrá con una vaciedad »un asqueroso y pequeño raton, una bajeza de pensa»mientos, frialdad de palabras y mengua de sus obras, »que pongan risa y escarnio á todo el mundo.

»Estos son los partos del altivo monte de arrogancia. »Pero el valle, el humilde y abatido en su estimacion, »muy diferentes fines prometen sus obras; no paran »en ridículos y sucios ratones, sino en admirables y »portentosos gigantes; unas obras de mayor cuantía y »una grandeza de hazañas que admire el mundo; que »ordinario es, el perro que mucho ladra con grandes »amenazas de que quiere comer los ojos al que va por »la calle, no se atreverá cogelle siquiera de la capa »(proprio de cobardes ser habladores y fanfarrones); »pero el que sabe hacer presa y encentar una pierna, »no levanta el grito ni hace aspavientos ni bravezas; »estilo proprio de los humildes en sus hazañosas em»presas. La balanza que tiene peso y gravedad, no »hayais temor que se levante arriba, antes se abate y »humilla á lo mas bajo del peso. Pero la fanfarrona ba»lanza que no tiene en sí valor ni peso ¡cómo se le»vanta y encima, que parece quiere salir del peso y »tomar sitio sobre las esferas de los elementos! Y al »cabo ni tiene seso ni peso.

»En fin, si los montes paren, con un ratoncillo nos

»quieren hacer pagó; pero el valle desierto, que está »con dolores de su peregrino parto, un milagroso y »extraordinario gigante nos promete. Acudió pues to»da la gente al valle desierto, tan temerosa como ino»rante de lo que habia de suceder en este espantoso »parto; y habiendo estado todo el resto de la noche en »espera, al punto que el alegre y claro sol nace por el »espacioso horizonte, nació juntamente de las entra»ñas vocingleras del valle desierto un terrible y admi»rable monstro, que por ser digna de ser sabida su »composicion y partes, la pondrémos aquí desde el »pelo de la cabeza hasta la punta del pié.

»En cuanto lo primero, este maravilloso monstro »tenia, como tenemos todos, su alma y su cuerpo, si»no que era el alma de cántaro y el cuerpo de gor»guera. Este cuerpo tenia sus partes, su cabeza, ojos »y las demás.

»La cabeza de proceso,
»El pelo de teta,
»Los cascos de cebolla,
»La frente de escuadron,
»Las cejas de vigüela,
»El un ojo de puente,
»El otro de aguja,
»Una oreja de abad,
»Otra oreja de zapato,
»Un carrillo de pozo,
»Otro carrillo de basura,
»La nariz de navío,
»La boca de horno,
»Los dientes de sierra,
»La lengua de campana,
»El frenillo de sardesco,
»Las muelas de aguzar,
»La barba de ballena,
»El cuello de estudiante,
»La nuez de ballesta,
»El gaznate de bota,
»El tragadero de tarasca,
»Los brazos de mar,
»Los codos de medir,
»Las muñecas de Flándes,
»La una mano de papel,
»La otra de almirez,
»Las palmas de dátiles,
»Los dedos de segador,
»Las coyunturas de negocios,
»Las uñas de vaca,
»Las yemas de huevo,
»Los pechos de vasallo,
»La espalda de carnero,
»Las costillas de silla,
»El espinazo de tocino,
»El vientre de tinaja,
»Las tripas del rastro,
»La culata de mosquete,
»Los muslos de camuza,
»La una pierna de nuez,
»La otra de sábana,
»Las rodillas de cocina,
»Las espinillas de hortigas,
»El un pié de amigo,
»El otro de copla,
»Las plantas de jardin,
»Y cubria todo su cuerpo
»La piel de Satanás.

»Al instante de su nacimiento se oyó una voz en el »aire, que dijo el nombre con que habia de ser llama»do este nuevo hijo de la tierra, conviene á saber, el »Gigante Imaginado, que como nació adulto y de per»feta edad, trataron luego de vestille al uso de la tier»ra, y ansí le vistieron:

»Su camisa de culebra,
»Con su cuello de garrafa,
»Mangas de cruz
»Y puños de espada,
»Su jubon de azotes,
»Su vaquero de Morayna,
»Sus cañones de artillería,
»Sus medias de medir con su liga de cazar pájaros,
»Y sus zapatillas de castañeta.

»Habiendo de buscarse compañera que lo mereciese »ser del Gigante Imaginado, como entre los nacidos no »fuese posible hallarse, determinaron los dioses de fa»bricar de nuevo una mujer para compañera del gran »gigante, tomando de cada cosa alguna parte, con que »vinieron á perfecionarla. Pusiéronla por nombre y »apellido la Imposible Doncella, cuya construcion ad»mirable es la siguiente:

»Tenia el alma de los difuntos,
»El cuerpo de los ángeles,
»La carne de la muerte,
»Los huesos de la lamprea,
»La cabeza del tronco de Holoférnes,
»El pelo de la raña,
»El cocote de los asturianos,
»La frente de ganso,
»Los sesos de los enfermos del hospital de Zaragoza,
»Las cejas de buboso,
»Los ojos de topo,
»Las orejas de ladron sin ellas,
»Los carrillos de calavera,
»Las narices de romo,
»La boca de media mascarilla,
»Los dientes de infante de ocho dias,
»La lengua de barbo,
»Los hocicos de tordo,
»El cuello de olla,
»Los brazos de culebra,
»Las manos de lombriz,
»Los dedos de mula de alquiler,
»Las yunturas de elefante,
»El pecho de hidalgo,
»Las espaldas del dios Jano,
»El vientre de viérnes,
»Las piernas de caracol
»Y los piés de medalla.

»Esta hermosísima doncella es la que sola mereció »ser mujer y compañía del Gigante Imaginado, con la »cual estaba en el punto de la mayor prosperidad y »grandeza que se puede imaginar; pero de Dios abajo »no hay cosa, por grande que sea, que no tenga algu»na higa, algun achaque que la traiga á la memoria; »que no hay bien ni perfecion en las cosas criadas que »no sea prestada y venida de mano de las causas su»premas, con libertad que tienen de quitar y poner en »lo inferior, como la superior voluntad dispone. Harto »debe el fiero y valiente leon á su Hacedor porque re»cibió aquella eminencia y fortaleza sobre todos los »otros animales; pero bien lo lasta con una perpétua »cuartana que le hace revenir de su braveza. Séase »cuan grande y poderoso quisiere el entendido y pru»dente elefante, que si se descuida un poco, no faltará »un ratoncillo que le vaya haciendo camino por la trompa »adelante hasta llegar al celebro, y royéndole los se»sos, tomar casa de aposento en el centro de su cabe»za, quitándole la braveza, y la vida con ella. Bien des»cuidado vivia el Gigante Imaginado de todo rastro de »adversidad y rendimiento; pero al mejor y mas sa»broso punto de su buena andanza le sobrevino una »tan grave dolencia, que no le dejó miembro ni hueso »sano, porque vino á quedar por toda la cabeza,

»Calvo como un zamarro,
»Lampiño como un tejedor,
»Ciego como un lince,
»Mudo como mujer,
»Sordo como ciervo,
»Sin olfato como buitre,
»Romo de narices como un sayon,
»Descocotado como negro,
»La frente arrugada como un espejo,
»Desorejado como un asno,
»Desdentado como perro,
»Corcobado como un huso,
»Cojo como un corzo,
»Flaco como una cuba,
»Pesado como un volteador,
»Contrahecho como Adan,
»Feo como Absalon,
»Negro como la harina,
»Inorante como Salomon;
»Mentecato como Aristóteles,
»Colérico como Saturno,
»Flemático como una centella,
»Sanguino como gusano,
»Melancólico como el martes de Carnestolendas.

»Movidos á compasion y lástima de la súbita des»gracia y dolencia del Gigante Imaginado, dellos acu»dieron á consolar la triste y afligida señora, y dellos »á buscar remedio que lo fuese para tanto mal; y co»mo las principales medicinas son las cosas sagradas, »acudieron con toda diligencia á los templos para que »se llevasen reliquias de los sagrarios, por la aplica»cion de los cuales esperaban restaurar los males del »gran gigante.

»Acudió pues el patriarca Ninguno con un cofrecico »de espadañas, en que llevaba las llaves del Cervero, »el talabarte de la Zona y un puño de tierra del sepul»cro del Alcoran.

»Vino tambien el arzobispo de Nadie con una redo»ma de cristal, en que llevaba leche de las Siete Ca»brillas y cabellos de Medusa.

»Item, llegó el arcipreste Subicántaro con una caja »labrada á lo mosaico, y dentro della buena parte del »mar Bermejo, dos dientes del Martirologio y el orinal »de Esculapio.

»Finalmente, llegó el gran preste de la ciudad, ves»tido de pontifical, con una percha en que colgaban la »esfera de Sacrobosco, la falsa rienda del caballo de »Troya y la banderilla de la Giralda.

»Fué tan eficaz el remedio destas devotas reliquias, »que súbitamente recibió el enfermo salud entera; »pero, como el Gigante Imaginado conoció á la Impo»sible Doncella en medio de sus mayores indisposicio»nes, vino á concebir un infante, que parió al otavo »dia, tan falto de todos sus miembros, como se puede »presumir de hijo de padre tan mal dispuesto; y ansí, »el dicho infante salió:

»Sin cabeza como la bidria,
»Sin ojos como Argos,
»Sin nariz como elefante,
»Sin garganta como cigueña,
»Sin boca como rana,
»Sin barba como tudesco,
»Sin hombros como ganapan,
»Sin barriga como preñada de nueve meses,
»Sin brazos y piernas como araña.

»No obstante estos defetos, fué bastante indicio este »nuevo infante para saber que el Gigante Imaginado »y la Imposible Doncella, sus padres, eran para en »uno, por donde se resolvieron de hacer las bodas y »casamiento (que en aquella tierra y en aquellos tiem»pos primero se hacia prueba de los novios, como en »melones; y si no daban muestras en cierto número de »meses que tenian virtud para dejar sucesores, no se »velaban, sino luego se apartaban, dándose por bue»nos; pues que no se perdian mas de las hechuras, y »por el daño que habia recebido la novia, la pesaban á »leña, y con lo que pesase de leña quedaban en paz).

»Llegado pues el solene dia de las bodas, que se cele»braron con la grandeza que á tan grandes príncipes »convenia, fueron llamados por convidados todos los »vecinos y moradores de la gran ciudad; acudieron »los vasallos del hondo Pluton, oficiales de Vulcano, »la caballería del infierno y la inocente infantería del »limbo. Pusieron sus mesas de escalera con sus man»teles de muralla, sus panes de oro, y muy bien pro»veidas de vino sus botas de camino. Comenzaron con »sus limas de herrero, sus guindas de taberna con los »cuescos de vientre. Sirviéronles muchas y muy bue»nas aves en sus fuentes de pierna; porque les dieron »á cada uno su perdigon de arcabuz, sus capones de »ceniza y sus cubiletes de mastrecoral. Fuéronles dan»do sus ollas de rio, sacando primero sus verduras de »lienzo de Flándes y su carnero de huesos de difuntos; »no faltaron palominos de camisa y su arroz con grasa »de escribir. Finalmente, acabaron con sus manzanas de »espada, su turron de calicanto, sus peladillas de rio, »sus peras del olmo y sus cajas de calabazate de pared.

»Ultimamente, sobre mesa se preguntó por fiesta y »entretenimiento un ingenioso enigma, que pedia se »declarase que querian sinificar estas palabras:—Habla »el novio como á misa y la novia como en misa.—

»Muchos dieron muchas interpretaciones, dando nin»guna en el clavo y todas en la herradura; y despues »de haberse dado todos por vencidos, salió el gran du»que de Noleviste, y declaró el enigma con toda facili»dad, diciendo que, como el novio tenia la lengua de »campana (como se dijo en su descricion), hablaba co»mo á misa, que es dando badajadas para que la gente »se junte á misa; y como la novia tenia la lengua de »barbo (como se dijo arriba), hablaba como en misa; »porque el barbo y los otros peces no tienen lenguas »(como lo dice y prueba Aristóteles), y en misa han »de estar las gentes tan en silencio como si no tuvie»ran lenguas; y ansí, la novia, que tenia la lengua de »barbo, que es no tener lengua, hablaba como en mi»sa, esto es, no hablaba.

»Mandó luego el gran Gigante Imaginado que todos »se riyesen mucho desto, ó les sacasen prendas, y ri»yéronse mucho. Y pasados algunos meses despues de »las bodas, se fué acercando la general inundacion »del mundo y todas sus cosas, con que tuvieron todas »ellas su dichoso principio, y nuestra historia su desea»do fin.»

Doña Margarita. Ingenio muestra el papel.

Don Diego. Con este remate me parece le podemos dar á esta noche del domingo, y tomar la derrota de nuestras posadas.

Castañeda. ¿No jugaréis un poquillo primero que os vais, señor don Diego?

Don Diego. No quiero jugar mas contigo, que no me has pagado nueve reales que me quedaste debiendo la noche de marras.

DOÑA PETRONILA. ¿Por qué no pagas, Castañeda?

CASTAÑEDA. Porque cuando mi padre se murió me dejó muy encargado que siempre fuese el que debia, y no seré yo el que debo si á don Diego le pago la deuda. Vámonos de aquí.

FABRICIO. Hola, tomen hachas. Señores vecinos, mañana tendréis por bien de quedaros á hacer penitencia con nosotros con lo que hubiere.

DON DIEGO. Mil años vivais, para que nos hagais tanta merced; pero será cosa imposible mañana, porque tenemos por convidados á cenar al teniente y su mujer; pero, si gustáredes dello, para el mártes recebirémos merced.

DOÑA PETRONILA. Sea en buena hora; y entre tanto que se llegan mañana vuestros convidados, bien podréis llegaros por acá un rato antes de cena, pues es tan cerca la posada.

DON DIEGO. Sí vendrémos; adios.

FABRICIO. Anda á buenas noches, Castañeda, y vénte mañana con tiempo.

CASTAÑEDA. Sí vendré, con condicion que digais á doña Petronila que me despida con un abrazo.

DOÑA PETRONILA. Véte de ahí, loco, que no soy amiga de abrazos de vacío.

FABRICIO. Anda, véte, y no hagas falta.

CASTAÑEDA. ¿Cómo podré hacer falta, si no me dejais jogar con las pelotas de vuestra casa? Quedáos á buenas noches.

DIALOGO SEGUNDO.

DEL LÚNES DE ANTRUEJO EN LA NOCHE.

(Son los mesmos interlocutores.)

CAPITULO PRIMERO.

Donde se moteja de apocado, y se refiere una invencion con que se recibieron los reyes en Salamanca.

DON DIEGO. ¿Está en casa el dotor Fabricio, mi señor?

FABRICIO. Criado de vuestras mercedes; en casa estamos.

DON DIEGO. Pues si tienen lumbre encendida, vamos á tomar posesion de la chimenea.

FABRICIO. Lumbre tenemos, aunque le faltaba resplandor; pero agora en presencia de mi señora doña Margarita ya sobra.

DOÑA PETRONILA. Harto bueno va eso por vida mia, señor Dotor; ya tenemos lumbre en la chimenea, resplandor en doña Margarita y llama en el pecho de Fabricio; nunca entendí que tenia marido tan enamorado.

DOÑA MARGARITA. Dejáos de celos por vida vuestra, que son hermanos de la envidia y enemigos de la quietud; vamos á conversacion entre tanto que nos avisan de nuestros convidados.

FABRICIO. Y si vienen estando aquí vuestras mercedes, ¿cómo se ha de cumplir con ellos?

DON DIEGO. Primero que lleguen nos avisarán, y si no nos avisaren, allí los entretendrán los criados en tanto que pasamos allá.

DOÑA PETRONILA. Eso me quiere parecer al otro, que se estaba muriendo su padre en la cama, y salió muy de prisa á buscar una candela que ponerle en la mano, y como encontrase al salir una mujer que le preguntó dónde iba, dijo: «Aquí voy por una candela para mi padre, que se está muriendo; entretenédmele en palabras en tanto que vuelvo.

FABRICIO. Por vida de don Diego, que pongais persona de recado en vuestra casa que os avise; que si viene el teniente y no os hallan en casa, se correrán, y mañana lo sabrá toda la ciudad.

DON DIEGO. Ya queda eso prevenido; pero acuérdome, por esa advertencia que me dais, de otra que dió una dama á otra su amiga á ese tono.

Una buena vieja que, por habérsele pasado el tiempo de primerias, le empleaba ya en tercerías, tenia por nombre Fulana Cortina, y por eso en su barrio la llamaban la Cortina. A esta en cierta conversacion la daba matraca cierta persona, de cuyos negocios con un galan habia sido medianera la dicha vieja Cortina. Y viendo una amiga desta señora que la vieja se iba picando poco á poco, volvióse á la dama y dijola: «Por vida vuestra, Señora, que dejeis la materia, que se correrá la Cortina, y se descubrirá el retablo de vuestra pasion á toda la vecindad.

CASTAÑEDA. Alumbrad esta escalera, señores; que no está la persona para andar á escuras, aunque me centellean tanto los ojos, que me alumbran como ojos de gato. Tengais muy buenas noches, señores, que yo con buen pié las he comenzado, porque vengo desde en casa del Conde aquí, reventando de risa de un galan dicho, que dijo el cocinero, enojado con el relojero Zabala, vuestro vecino.

DOÑA MARGARITA. Seas bien venido; siéntate, y cuenta el dicho.

CASTAÑEDA. Estaba jugando el cocinero, y en acabando el dinero, como quedó picado, pidióle prestado á Zabala el relojero veinte reales, y respondióle que no los tenia. Replicó el cocinero, diciendo: «Por nuestro Señor, que si como sois relojero, fuérades reloj, que no valiérades una blanca.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque nunca diérades.»

DOÑA PETRONILA. Eso fué llamarle apocado en buen romance; y acuérdome que por otro tal se lo llamó Colmenares al beneficiado Altamira, tan conocido en



esta ciudad, ansí por su mucha miseria como por sus pocas narices, que eran tan apocadas como él, porque en efeto era romo dellas. Estaban pues Altamira y Colmenares en buena conversacion entre otros vecinos y amigos, y uno de los circunstantes, dándole la vaya al beneficiado sobre lo romo de sus narices, dijo: «Nadie me diga mal del señor beneficiado, que por lo menos podrá alcanzar un beso mejor y con mas comodidad que otros, pues no le podrán estorbar las narices.» Dijo Colmenares: «Por bien que dé un beso, dará mejor un abrazo.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque el buen abrazo ha de ser muy apretado, y no sé yo quién sea mas apretado en todo cuanto da que el señor beneficiado.»

Don Diego. En mucha obligacion le estamos á Colmenares, que siempre nos acude con chistes de la materia que se trata. Ya sabeis cómo en esta ciudad, un poco apartado de los muros, tenemos un monasterio de la Cartuja, que llamamos todos Miraflores. Pues sabréis que cierto hidalgo deste mesmo apellido (porque tambien se llamaba Miraflores) era tan notablemente miserable, que un criado suyo trataba de dejarle por irse á servir un tio suyo, fraile de la Merced; y como pidiese su parecer acerca desto á Colmenares, dijo: «¿De modo que vos quereis dejar á Miraflores por iros con vuestro tio el mercenario?» Y como el mozo le dijese que sí, le replicó: «Pues, amigo, para mí tengo que no lo podeis hacer con buena conciencia.» Preguntóle por qué, y respondió: «Porque saliros de Miraflores y meteros en la Merced es dejar mucha estrecheza por tomar estado menos estrecho, y esto no se puede hacer sin dispensacion.

Fabricio. Un viejo, tan apretado de bolsa como de sus enfermedades, se resolvió, con parecer de los médicos, de abrirse de ambos lados. Abriéronle, y preguntando un vecino suyo al potrero cómo quedaba el viejo, dijo que si daba la cuerda al tercero dia, quedaria bueno, y si no la daba se moriria; replicó el vecino: «Segun eso, él se muere sin duda.» Dijo el potrero que por qué, y respondióle: «Porque, por no dar, no dará la cuerda.»

Doña Margarita. Allá va el mio. Tenia un don Francisco de Tal mala opinion entre sus amigos que jamás volvia cosa que le prestaban. Y estando viendo jugar á la pelota un dia, sucedió que una pelota que venia muy fácil de volverla con la pala, no acertó á volver el jugador, y uno de los amigos dijo: «Cuerpo de Dios, qué pelota os habeis perdido, que la volviera don Francisco, con que jamás vuelve cosa.

Castañeda. Quiero rematar la materia, pues la comencé. Salia un caballero muy apocado y muy empeñado á correr la sortija, y para esto pidió á un amigo poeta que le diese alguna invencion y letra con que salir; el poeta se la dió, y fué, que sacase un vestido de terciopelo negro, y por él sembradas cien muertecicas de chapa de plata cosidas por el vestido, y en las espaldas esta letra:

> Una muerte debo á Dios,
> Mas las ciento que aquí llevo
> Al platero se las debo.

Don Diego. Porque decis de invencion y letra, acuérdome que el Doctor dijo anoche que tenia no sé qué invencion y letras con que los roperos de Salamanca salieron á recebir los reyes. Parezca luego ante nos la dicha invencion so pena de miedo.

Fabricio. No vivo descuidado, que aquí traigo el papel en el seno, por no faltar á la palabra en que anoche me dejastes empeñado.

Digo pues que á los primeros del mes de julio del año de 1600 entró su majestad del rey nuestro señor, don Felipe III, y la reina doña Margarita, y entre otras fiestas que se hicieron, salieron los roperos de la dicha ciudad con la invencion siguiente:

Salieron ciento y tantos hombres en órden de zoiza, tres por hilera. Los de las dos hileras de los lados iban muy bien puestos en el traje de soldados galanes, con sus arcabuces al hombro, con que hacian grande armonía de tiros y estruendo por las calles. Pero los de la hilera de enmedio iban con disfraces diversas figuras, con sus letras conformes á la figura de cada uno, y en todas ellas blasonando la persona del Rey.

Primeramente iban las cuatro partes del mundo, conviene saber: Europa, Africa, Asia y América. Y es de notar que la poca barba y el mucho atavío que llevaban los muchachos que hacian estas figuras, hacian pensar á la gente que eran verdaderas mujeres. Europa salió en figura de mujer gallarda á lo español, muy enriquecida de joyas de oro y plata al cuello, y en un cofrecico que llevaba en las manos (que ansí suelen pintar esta figura), y en la mano izquierda embrazado un escudo, y en él, de muy clara y crecida letra, este mote:

> De su iglesia la bandera
> Quiso en mí ponella Dios,
> Y por capitan á vos.

Y antes que pasemos adelante, me acuerdo que pasando esta figura junto á unos villanos que estaban en la calle, uno dellos, que sabia leer, contento con haber leido el primer verso del dicho mote, que decia: *De su iglesia la bandera*, dijo luego á los compañeros que estaban con él: «Hola, hola; veréis aquí esta mujer, que es la lavandera del Rey.» Díjole uno de los otros: «Calla d'ahí, ¿en qué lo echaste de ver?» Y respondió: «¿Pues no lo habia de ver, que lo lleva allí puesto de letra tan grande como un asno?»

Luego venia en segundo lugar la otra figura de Africa, vestida de mujer á lo tudesco, y en la una mano un manojo de espigas y en la otra este mote:

> Paganos me tiranizan;
> Mas espero desa diestra
> Que algun dia he de ser vuestra.

En viendo esta figura los dichos villanos, dijo uno dellos: «Oh hi de puta, y qué huerte mozota era esta si no fuera mora.» Dijo otro: «Calla, salvaje; que no es sino turca.» Respondió otro dellos: «Ambos podeis callar; que no es mora ni turca, sino Martinillo, el hijo del ropero, que da recado á mi huéspeda.»

La tercera figura era Asia, y salió vestida al uso griego y un traje desenvuelto, y en la una mano una cazoleta de perfumes y un arco con su aljaba, y en el escudo esta letra:

> Solo un brazo vuestro tengo,
> Y mas estimo este solo
> Que sus cabellos Apolo.

Seguíase luego la figura cuarta, que era América, vestida á lo índico y desnudo, y el tocado todo de plu-

mas de papagayos, pavos y otras plumas vistosas, y por la cintura ceñida tambien de grandes y vistosos plumajes, y en el escudo esta letra:

El medio mundo me llaman,
Y serlo entero quisiera,
Porque el mundo vuestro fuera.

Un estudiante de los muchos que estaban á la mira destas figuras, ansí como vió esta figura tan llena de vistosos plumajes, dijo: «Por Dios, que no parece sino alcagüeta de las Indias, porque toda va emplumada con plumas de allá.

Luego entraban otras tres figuras, que son la Guerra, la Vitoria y la Paz. Salió la Guerra como mujer briosa, con su peto y espaldar y morrion, una escopeta en el hombro, y en la mano un alfanje desnudo, tinto en sangre, y esta letra:

Mundo rebelde, á Filipo,
Ríndete á Filipo luego,
So pena de sangre y fuego.

Iba luego la Vitoria, tambien con su peto y espaldar y morrion, en una mano una banderilla, y en la otra una palma y esta letra:

Mueve, Rey, el brazo fuerte;
Que, aunque sea contra Marte,
Seré siempre de tu parte.

Iba luego la Paz, de mujer bien compuesta, con una rama de oliva en la una mano, y en la otra una espada mohosa, la punta al suelo, á manera de báculo, y en él este mote:

Buena es la Guerra, y mejor
La Vitoria, y que las dos
La Paz, que reina por vos.

Despues destas figuras salia otra de la Justicia, que iba de mujer muy bien ataviada y hermosa, y en la una mano un peso y en la otra una espada desnuda, la punta al cielo, y con este mote:

Rey, si quieres no se pierda
Tu gobierno y majestad,
No se pierda mi amistad.

Un estudiante de buen humor, como vió el buen talle, atavío y cara desta figura, dijo: «Qué grande idiota debia de ser el que dijo: *Justicia, justicia, mas no por mi casa;* que yo le voto á tal, que si él viera esta justicia, que no la echara de su casa; que, en fin, siendo justicia, habia de dar á cada uno lo suyo.»

Finalmente, venia por última figura el Gran Turco, vestido como tal, y en la mano un baston, y á los dos lados dos pajes turquillos, que le llevaban, el uno la lanza y el otro la adarga, y él llevaba en el escudo esta letra:

¡Santo Alá! ¿quién puede serme
Tercero para contigo,
Si el tercero es mi enemigo?

Remataba toda esta hilera y toda la invencion un carro triunfal muy bien adornado, y en lo alto dél iba la ciudad de Salamanca, que era representada de una figura de mujer bien ataviada, en la mano izquierda un libro, señal de las letras y universidad, y en la derecha un espada, en señas de los caballeros de la ciudad, y con esta letra:

Letras y armas, Rey, te ofrezco,
Pues gobiernan tus estados
Caballeros y letrados.

Como vió una buena vieja esta figura de Salamanca tan levantada en el carro y con la espada desnuda en la mano, al tiempo que pasaba junto á ella hincó la rodilla, y puestas las manos, con grandes sollozos, empieza á decir á voces: «¡Oh Vírgen de los Dolores, y qué traspasada llevais el alma con ese cuchillo de dolor!»

Llevaba finalmente este carro en las cuatro caras que hacia, hácia cuatro partes, otros cuatro motes de donaire, para que la fiesta llevase su granillo de sal.

En la cara de frontero pidieron los roperos que se pusiese una letra en que alabasen su oficio; y púsoles el poeta esta letra:

A nuestros desnudos padres
De ropa Dios proveyó;
Ved si el oficio es de pro.

En la cara trasera llevaba el carro esta letra:

¡Oh piadosa ropería,
Que vistes cuerpos desnudos,
Pero por tinos escudos!

En la cara de mano izquierda iba esta letra, que hablaba con el Rey:

La voluntad los roperos
Te ofrecemos, gran Señor;
Ropa no, que hace calor.

Finalmente, la cara derecha del carro llevaba esta letra, que tambien hablaba con el Rey:

La fiesta, Rey, toda es nuestra;
Porque, á faltar los roperos,
La ciudad saliera en cueros.

Don Diego. Pareciera todo esto muy bien; que este género de cosas muy mejores son para vistas que no para referidas; pero con las circunstancias y rapacejos que el Dotor nos ha hecho la fiesta, sabor tiene el papelillo. Y dióme gana de reir la devocion que tomó la vieja con la figura de la espada, que pensó ser de nuestra Señora; mayormente que me trujo á la memoria otra buena vieja que yo conocí, que entrando el Juéves Santo en San Nicolás desta ciudad, alzó los ojos á un Júdas que estaba colgado en la iglesia, y tenia á las espaldas una rama de sahuco, para representar que se habia ahorcado dél, y como la buena vieja le vió vestido con su alba y estola (que no es este solo el inconveniente que tray el aplicar vestidos sagrados á cosas que no lo son), y con su ramo atrás, empiézase á enternecer ignorantemente, y puestas las rodillas en tierra, le rezó un *Pater noster* con toda devocion, y levantándose, con un gran suspiro que le oimos todos, dijo: «¡Oh buen Señor, y cuánto padecistes en ese árbol de la veracruz.»

Doña Petronila. Esa vieja conozco yo muy bien.

Castañeda. ¿Fué por ventura vuestra alcahueta?

Doña Petronila. Malos años para tí, que no la conocí por alcahueta, sino por muy buena cristiana, por madre de otro tan grandísimo bellaco como tú, que fué Lopillo, el criado del racionero Escobar, á quien por otro nombre llamábamos el racionero de la melecina.

Doña Margarita. ¿Por qué le llamaban ansí?

Doña Petronila. Luego ¿no sabeis el cuento de la melecina del racionero? Pues entre tanto que se ofrece otra cosa de mejor entretenimiento, diré lo que pasó de la manera que con mayor limpieza pudiere; porque la materia del cuento casi no la permite.

CAPITULO II.

De la ayuda del racionero, y chistes que motejan de cobarde, y otros diversos.

Doña Petronila. El licenciado Escobar, racionero que fué de la catedral desta ciudad, era hombre de tan buena alma y de tan mal cuerpo, que siempre le sobraba la devocion y le faltaba la salud. Este tenia un vientre y un mozo muy mal mandados, porque el uno y el otro hacian sus haciendas de muy mala gana y rezongando; aquel á poder de botica, y este á poder de voces. Un dia tuvo necesidad, porque habia muchos que no hacia de su vientre cosa de provecho, que le recetase el médico una ayuda, y en ordenándola, se la encomendaron á Lope (que ansí se llamaba el criado). Trújose de la botica, que valiera mas que nunca se hubiera traido, y poniéndola el dicho Lope en un puchero, la arrimó á la lumbre de la cocina. Y es de saber que estaba tambien á la lumbre otro pucherillo en que se habia guardado un poco de caldo para un villano que servia en casa de acarrear con un jumento las cosas necesarias, como leña, carbon y las demás.

Subióse Lope con su amo, que estaba en la cama, entre tanto que el cocimiento se calentaba en la cocina. A esta sazon llegó el villano del monte con su carga de leña, y descargándola en el corral, se vino derecho á la cocina, á cenar su escudilla de sopas como solia, aunque no le sucedió como solia; porque tomando por los cabezones su medio pan y una gentil escudilla del vasar, vino á la lumbre por su puchero; y como estaba ignorante de la diferencia de los dos pucheros que estaban juntos, entendiendo que todos eran de un manjar, como cartas de flux, trastornó sobre la escudilla de sopas el puchero del cocimiento, como si el médico le hubiera recetado para tomarle por la boca.

Empapó muy bien sus sopas, y con ansias de la hambre montesa que traia, no conoció tan presto lo que hacia ni lo que habia de padecer; y ansí, tuvo lugar de engullir tres ó cuatro sopones de los mas empapados en el dicho cocimiento (que quien come sopas, siempre comienza por las mas remojadas), y con ellos otros tantos tragos del sucio caldo.

Fuéronle poco á poco sus mismas tripas notificando que el dicho caldo no habia de haber entrado por aquella puerta, sino por el postigo viejo del señor racionero. Y ansí como el que lleva errado el camino le torna á desandar, saliendo por donde entró, determinó el cocimiento de tornarse á salir por donde habia entrado en el vientre del engañado villano. Para lo cual le sobrevino tan grande muchedumbre de arcadas y revoluciones de vientre, que saliéndose de la cocina al corral, tendido en tierra como sapazo pisado, y crucificado de barriga en el suelo, empieza á salirle por la boca una procesion de sopas boticarías y caldo de redomas con tanto ímpetu, que tras ellos hubiera de arrojar los estantinos. Con esto empezó á tomar bonanza la tempestad, sino que con el cansancio de la tormenta de su vientre ó del tormento de su estómago, tuvo necesidad de quedarse ansí tendido, y descansando por un rato.

Quédese nuestro villano en su reposo, y entre tanto lleguémonos á la cocina, donde ya estaba Lope con su jeringa en mano, que habia bajado por el cocimiento, por ser ya hora competente para que su amo recibiese la ayuda de cámara que se habia de aposentar en el retrete de sus entrañas.

Viendo pues á la lumbre el puchero solo (bien estaba solo, si no hubiera estado mal acompañado con el otro), acude con su jeringa, y entendiendo que cogia con ella el cocimiento que el médico recetó, cogió el caldo que estaba para cenar el triste leñador. Sube arriba. «Ea, Señor, le dice á su amo, que viene la ayuda muy en órden; vuestra merced se ponga en postura, que luego al punto se proveerá con esta ayuda y la de Dios.» Recibió el devoto racionero la racion de potaje del villano, cosa nueva y nunca oida, que el caldo de vaca y berzas se convierta en caldo de tripas.

Muy satisfecho Lope de su buena diligencia con el enfermo, abrígale en la cama boca abajo, para que hiciese su efeto la falsa ayuda. La cual estaba tan léjos de hacerle, que, como era mejor para asentar el estómago que para levantar demasías de vientre, hizo su asiento y morada en las devotas tripas del preste para siempre jamás.

Estando en este comedio ó en esta comedia, hélo aquí donde sube el pobre villano carimacilento, los ojos espantados, sucia la boca y barba, los brazos caidos, cabizbajo y despidiendo sollozos, comienza á manifestalle á su amo, que se estaba muy boca abajo, la fruta con que se habia desayunado. Y como por esta fruta y el poco fruto de su vientre conociese el racionero que su ayuda no tenia tanto de ayuda como de estorba, empiézase á levantar una triste música de llantos entre el villano y el racionero, que parecia que celebraban las obsequias de los mal logrados pucheros del caldo, que ya tenian sepultados en los ataudes de sus barrigas. De lo cual fué tan grande la risa que le dió al bellaco de Lopillo, que no pudiéndolo sufrir su amo, le dijo: «Baste ya la fiesta, baste la fiesta; que eso pasa ya de burla. Póneme aquí ese servicio, y procuraré echar este caldo que tengo en el cuerpo, para que vais luego á dar de cenar á ese hombre, que está con necesidad.» «Por san Pablo, dijo el villano, que aunque su merced torne á echar el caldo, que se lo puede él cenar, si quisiere, que en mi cuerpo no ha de entrar.» Finalmente, el santo racionero se aplicó al servicio, pero dicen que el pertinaz caldo no quiso venir á su servicio, sino estarse en su merced.

Doña Margarita. Demasiado de limpiamente habeis procedido; y aunque no lo hubiérades hecho ansí, estas noches de antruejo dan licencia para todo.

Don Diego. Otro suceso como ese me ha venido á la memoria; pero antes de referirle, querria saber en qué paró esta maraña.

Doña Petronila. En que vino á morir el buen clérigo dentro de muy pocos dias, porque era muy fatigado de achaque de quebrado en ambos lados, y sacándole las criadillas, acabó con sus trabajos.

Castañeda. Cuerpo de tal con vos y con vuestras criadillas; llamaldas turmas, ó tal que cosa que conozcamos, que no nos entendemos con criadillas.

Doña Margarita. Ansí respondió Colmenares á su mujer un dia que estaba enojado; y ella, por hablalle blanda y amorosamente, le dijo: «Válgate el dianche por hombre.» Respondió él: «Cuerpo de Dios con vos, ¿qué quiere decir dianche? Decidme que me valga Dios

ó el diablo, que los conozco; que al dianche no le conozco ni sé quién es.»

DOÑA PETRONILA. Pues mas adelante pasó la historia; porque le preguntó á Colmenares un vecino que se halló presente, diciendo: «¿Tan valiente os parece que sois, que decis que os valga el diablo? Pues á fe que si una vez viene á vos, que no os valga la pobre espada que ceñis.» «Si mi espada, respondió Colmenares, es pobre, ahí está la vuestra, que nunca lo fué.» Preguntóle el vecino por qué, y respondióle Colmenares: «Porque los pobres de ordinario andan desnudos, y vuestra espada, cuanto há que es vuestra, nunca se vió desnuda.»

FABRICIO. Eso fué llamarle cobarde honradamente. Y no obstante que tiene don Diego prometida otra historia parecida á la del racionero, no dejemos la materia de cobardía. Un galan, menos valiente que otros, entró en cierta conversacion, donde estaba una señora con dos ó tres doncellas, hijas suyas, y por mofar dellas dijo que por cada vírgen que le señalasen dentro de la sala daria un doblon. Respondió la señora, que por lo menos le señalaria una; y preguntando el que cuál, le respondió ella: «Esa espada que ciñe vuestra merced.»

CASTAÑEDA. ¡Oh qué bizarro dicho os diré en esta materia, sino que tiene una puntilla de espeso. Unos caballeros portugueses cogieron en conversacion á otro caballero castellano, y para picalle le dijeron, por menosprecio de Castilla, que el rey de Portugal tenia el retrato del rey de Castilla en el retrete ó camara donde estaba el servicio, y como le preguntasen qué le parecia de aquello, respondió el castellano: «Si el rey de Portugal es estítico, digo que hace muy cuerdamente en tener el retrato de nuestro rey en su retrete.» Y preguntando los portugueses por qué, les dijo: «Porque cuando se ponga en el servicio, con solo mirar el retrato del rey de Castilla le hará que haga de miedo lo que no hiciera de estítico.»

DOÑA PETRONILA. Bien puede pasar lo espeso del cuento por lo gracioso que tiene. Encontróse de palabras Colmenares con un vecino suyo que no era tan valiente como el Cid, y con deseo de excusar la pendencia, le dijo á Colmenares: «Andad, Señor, que no se puede reñir con vos, que sois muy libre.» Respondió Colmenares: «Ni con vos, que sois muy liebre.»

DOÑA MARGARITA. Hubo en esta ciudad un alguacil, llamado Jerónimo Gallo, y andando una noche la ronda, quiso prender tres ó cuatro galanes por cierto delito, y ellos echaron mano y se defendieron y escaparon, excepto uno, que por temor no hizo sino dejarse coger. Soltáronle en fiado el dia siguiente; y como le preguntasen qué se habia hecho la noche pasada, dijo que le habia prendido Jerónimo Gallo. Replicó uno dellos: «Juráralo yo, que si el gallo prendia, que habia de prender gallina.»

DON DIEGO. Otro me falta. Pidió prestadas unas espadas negras á un maestro de esgrima cierto galan, que no gustaba mucho de ver desnudas las blancas; y como viniese un caballero, y pidiese al maestro las espadas para jugar un poco, díjole cómo las habia llevado prestadas Fulano, y no las acababa de volver. Respondió el caballero: «A fe de hidalgo, que si, como son espadas, fueran espaldas, que él las volviera.

CASTAÑEDA. El dicho es galano; pero las espadas son bonísimas.

DON DIEGO. ¿Por qué dices que son las espadas buenas?

CASTAÑEDA. Porque, como no las volvieron, son espadas sin vuelta. Mas ¿por qué digo de vuelta? Pues que ya la habemos dado en materia de cobardía, será bien que don Diego la dé á la historia que tiene ofrecida.

DON DIEGO. La historia que prometí es casi de la mesma manera que la que refirió mi señora doña Petronila; porque, ansí como aquella trata de una ayuda mal lograda, y se remata dejando al enfermo levantado al servicio; ansí esta trata de otra ayuda, y se acaba dejando levantado al servicio el paciente.

CASTAÑEDA. Segun eso, ese cuento y el pasado son como los vasallos en Flándes y los falsos testimonios en Galicia, que siempre están de una manera.

DON DIEGO. ¿De qué manera?

CASTAÑEDA. Levantados.

FABRICIO. Bien dijiste; y ansí respondió Colmenares en otra ocasion á un gitano que llegó á su taberna con dos ó tres mochachuelos desnudillos (como suelen andar hijos de gitanos); y como los estuviese mirando con particular atencion Colmenares, díjole el gitano que qué miraba, y respondióle Colmenares: «Miro que vuestros hijos y mi hacienda están de una mesma manera.» Preguntóle el gitano que cómo, y respondió: «En cueros.»

DOÑA PETRONILA. ¡Oh, maldito sea el diablo, señor don Diego, que os vienen ya á llamar vuestros criados! No hay parar mas aquí, que deben de haber venido el teniente y su mujer. Andad con Dios; y si los convidados se despidieren á hora que no lo sea de acostaros, podréis dar por acá la vuelta, y acabaréis de echar del cuerpo esa ayuda, que tanto há que la esperamos.

DON DIEGO. Ea pues, adios, que luego vengo, para que todos recibais la dicha ayuda.

CASTAÑEDA. Aquí no la habemos menester, que no estamos estíticos, y si no, probaldo.

DOÑA MARGARITA. Pruébalo tú, como sucio; adios, señores.

CAPITULO III.

De las ayudas de Benavides, y chistes de ingeniosas é donosas pullas, y otros.

DOÑA MARGARITA. Llamad, Señor, á la puerta, y presto, que hace muy grande frio en la calle.

DON DIEGO. Mas antes no es necesario llamar, que abierta la tienen, como si fuera mediodía. Ah, señores, los de casa, ¿cómo teneis abierta la puerta? Es buen descuido este, señor Fabricio. ¿Quereis que digamos que se os ha pegado la cena en la cabeza á todos?

FABRICIO. No ha sido descuido, sino sobra de cuidado; que acabamos de enviar en este punto un paje en casa del Conde para que llame á Castañeda, y le advertimos que dejase abierto, porque os conocimos venir desde el principio de la calle.

DON DIEGO. Pues digo que hablé por boca de ganso.

DOÑA MARGARITA. Bien lo podeis decir agora, porque cierto que habeis bebido como un ganso en la cena.

DOÑA PETRONILA. Si habia de hacer la razon á todos los bríndis del teniente, no me espantaria que viniese borracho don Diego; porque, como el otro tiene ciertos costados de montañés, remoja razonablemente lo que come.

FABRICIO. En esto de beber no me atrevo á cargar á

nadie, porque me pueden responder lo que dijo el otro, á quien su mujer reprehendia que bebia cuatro veces á cada comida en una taza muy grande, y mohino ya de tanto cuidado con su bebida, respondió: «Pregunto, Señora, ¿vos habeis por ventura medido qué tanta sea la sed que yo tengo? Porque, si no lo sabeis, ¿cómo podréis saber si bebo mucho? Pues el mucho ó poco beber se mide al tamaño de la sed de cada uno.

Castañeda. Ganado me habeis la palmatoria, señores; mas, pues vengo ahora, no hago poco; que, porque me dejase el Conde me he fingido estar con calentura y dolor de cabeza; pero sano vengo como una manzana, y por toda la calle vengo con intento de acordarle á don Diego que acabe ya de recitaros ó recetaros aquella ayuda que nos quitó la venida de sus convidados.

Don Diego. Por vida de Castañeda, que levantes otra liebre que sigamos; porque, como há tanto que traemos esta ayuda entre manos, estará fria y no será de provecho.

Doña Petronila. Eso será excusado, porque ya no tendrémos sosiego hasta oir vuestra prometida historia.

Don Diego. Digo que me rindo, y va de cuento.

El comendador Ponte, natural de la ciudad de aquel tan conocido rollo que llaman de Ecija (que tambien hay rollos famosos como famosos ladrones), era un hombre que, á ser atun, valia muy poco para cocido, porque las ijadas, que son el mejor bocado, las tenia muy llenas de males.

Un dia que se sintió algo mas apretado que otras veces, le ordenaron los médicos que recibiese una ayuda lo mas presto que fuese posible, medicina ordinaria contra males de ijada. Encargóse de poner en ejecucion esta receta la buena Benavides, que ansí se llamaba una buena vieja que le servia. Y como quedó tan encomendada la brevedad, aplicáronle mucha lumbre al cocimiento, y con toda diligencia se puso en órden la gaita; tambien se puso en órden el enfermo, que en esta ocasion la jeringa y el Comendador ambos eran de una mesma órden, no solo porque ambos se ponian en órden para un mesmo fin, sino tambien porque ansí como el Comendador era de Calatrava, ansí la dicha jeringa era de culitrava, porque con la mucha prisa iba tan encendido y abrasante el cañoncillo, que mejor se pudiera dar con él un boton de fuego que abrocharle en ojales de carne viva.

Por donde, al punto que le comenzaron al Comendador á tocar la gaita, sin aguardar el segundo compás de su música, arrancó una y dos cabriolas en cuatro piés, como le habia cogido el son, que, segun los gritos con que las acompañó y la presteza con que saltó de la cama, no parecia sino que algun diablo bailador se le habia metido en el cuerpo. «¡Ay de mí! decia, ¿á cuál demonio del infierno le han dado comision para que me abrase en esta vida? Puta vieja de los diablos, por el hábito que traigo en los pechos, que te tengo de meter en una hoguera para que sepas á qué sabe la fruta que me has dado á comer. ¿Qué hice para que ansí me abrasases?» «No le abrasaron, respondió Benavides, por lo que hizo, sino por lo que no hizo; que si hiciera de su persona como los otros, no tuviera necesidad de ponerse en estas apreturas de recebir ayudas abrasando.»

Fuése poco á poco mitigando este fuego, y tornándose á la cama el Comendador con tanta necesidad de paciencia como de ayuda, dijo que sacasen al aire la jeringa para que templase el calor que tenia. Hízolo ansí Benavides, y en un tejadillo que alindaba con la ventana del retrete, la puso entre dos canales, y no advirtiendo en ello, la puso trastornado el cañoncillo abajo, de modo que ansí como el tejado estaba cuesta abajo, ó aguas vertientes que llaman, se fué vertiendo poco á poco todo el cocimiento, sin que quedase en la jeringa mas que otro tanto aire como cabia en todo lo hueco della.

Sosegóse un rato el enfermo de la molestia que habia padecido á traicion, que en la guerra ni en la paz no hay hombre seguro de peligros de cañutería. Y pareciéndole que ya se le habria pasado el enojo á la jeringa, mandó á Benavides que la tentase, y si no quemaba, se la echase. Tentóla, y como vido que no podia dar molestia, dijo que ya se podia recebir. Recibióla sin pesadumbre; y no era mucho, pues le llenaron el vientre de todo el aire que tenia la jeringa. De modo que el buen Comendador quedó despues hecho una odrina llena de viento.

«¡Bendito sea Dios, dijo Benavides, que habemos acabado con esta melecina, que tantos naufragios ha pasado!» (¡Quién le pudiera responder: No tan bendito!) Abríguese vuestra merced boca abajo, que no dejará de obrar y aliviarse de su dolor.

Y como el pobre caballero no habia recebido jamás otra melecina de viento sino aquella, no cayó en la cuenta que tenia el vientre hecho un depósito de ventosidad. Pero como las cosas forzadas y violentas no pueden tener permanencia por mucho tiempo, empezó á cabo de rato á sentir algunas contradiciones de barriga, mensajeros que pensó ser de alguna provision de cámara. Y saltando con toda diligencia de la cama, sentado por tribunal en la silla papal de su servicio (extraño modo de tempestad), como si tuviera imperio sobre los vientos, y le hubiera desposeido dellos al ventífero y soplador Eolo para cerrallos en la juridicion de su barriga, empezó á romper desde la region de su vientre, que era lo mesmo que la region del aire, una tan grande tempestad de truenos sin relámpagos ni rayos, que la buena Benavides y otras mujeres que estaban de guarda en la sala de afuera, atónitas del estruendo, y pensando, las unas que algun cuarto de la casa se iba desmoronando hácia el suelo, otras que algun trasgo echaba á rodar todo el vasar y vasijas que estaban en casa, y otras que en la calle se habian soltado algunos destos cohetes que se llaman troneros ó busca-ruido, tomaron resolucion de correr por la puerta afuera, dejando al triste Comendador dando voces por arriba y por abajo; que, como estas eran tantas y tan sonoras, no daban lugar á que las otras se pudiesen oir.

Y desta suerte estuvo por grande espacio, que no se atrevieron á favorecerle de miedo. Quieren decir algunos que duró la tempestad hasta que se acabó aquella menguante de luna, que fueron cinco dias (cosa maravillosa, que hasta en aquellas partes tiene la luna juridicion; pero no me espanto, que en efeto son partes oviculares). Estas son las ayudas de la vieja Benavides, que mejor nos ayude Dios que ellas ayudaron al señor Comendador.



Doña Margarita. Y sepamos, ¿en qué paró el señor Comendador?

Don Diego. Dicen que vino á morir de estítico, y pocos dias antes que falleciese tomaba con gran ternura un crucifijo en la mano, y le decia: «Señor mio Jesucristo, ¿qué os va á vos en que no se provea el comendador Ponte?» Y como la vieja le via con el Cristo en la mano, se arrodillaba bañada en lágrimas, y decia: *Crucifixus etiam pro nobis;* «Crucifijo santo, rogad por él.»

Fabricio. Harto bien romanceaba la vieja el latin del crucifijo; siempre tuvieron pasion las viejas de meterse latinas, y aun pienso que se debe de fundar en algo desto lo que suelen decir á las tales: «Puta vieja, ¿latin sabeis?»

Castañeda. De veras lo diríades si hubiérades oido, como yo, alguna destas viejas rezadoras, que en las iglesias levantan la voz sobre todos los circunstantes, interpretando las palabras del oficio divino á su modo, que es para quitar la devocion al mas espiritual y mover á risa al mas melancólico.

Doña Margarita. Pues ¿cómo rezan, si te quedó en la memoria lo que oiste?

Castañeda. Yo acerté á ponerme cerca de una destas viejas rezadoras un domingo, y como la sentí el estilo, tuve cuidado con ella y sus ceremonias en la misa que estábamos oyendo.

Persinóse, y componiendo su manto, enredó luego las manos en el rosario, hozando la cruz dél cuatro ó cinco veces con los hocicos, y con un suspiro, que se oyera en la plaza, al tiempo que el preste dice *Confiteor Deo omnipotenti, beatae Mariae,* etc., dijo la vieja ansí: «Los confites de Dios, los canelones de la Vírgen y la grajea de todos los santos me sustenten el alma.» Cuando se dice *Dominus vobiscum,* decia ella: «Los obispos y arzobispos, los papas y cardenales rueguen á Dios por mí.» Y cuando se dice *Gloria in excelsis Deo,* decia ella: «En la gloria está el incienso de Dios, y en la tierra pasan los hombres con buena voluntad.» Cuando se dice *Lectio libri Apocalypsis,* decia: «Líbrame de los apocados y avarientos, señor san Juan, apóstol de Cristo.» Cuando al cabo del Evangelio se dice *Laus tibi, Christe,* decia ella: «Laudes tiene Cristo, vigüelas tiene el Señor para la música de su gloria.» Cuando se dice en el Credo *Deum de Deo,* etc., decia ella: «Dé donde diere, y no me empezca.» Cuando se dice *Lavabo inter innocentes manus meas, et circumdabo,* etc., decia ella: «Las babas de los inocentes limpien y purifiquen mis manos pecadoras.» Cuando se dice *Orate, fratres, pro me,* decia: «Orates y mas que orates somos en las vanidades desta vida.» Cuando se dice *Sursum corda,* decia: «Desata, Señor, la cuerda de mi corazon, que el enemigo malo me tiene puesta.» Cuando se dice *Cum thronis et dominationibus,* decia ella: «Con truenos y relámpagos, con granizo y tempestades castigará el Señor los malos.» Cuando se dice *Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in excelsis,* decia: «Bendecidme, Señor, una nómina ó sanadme con el incienso de vuestra misericordia.» Cuando se alzaba la Hostia, decia ella: «Alzad, Señor, alzad el brazo de vuestra indinacion, y sobre mí no caiga.» Cuando se dice en el *Pater noster,* «*Sicut in coelo et in terra,*» se abajó ella á besar la tierra, diciendo: «Seco el cielo y seca la tierra, si mi Dios no lo remedia.»

Don Diego. Espérate, que luego proseguirás.

Castañeda. Todo va al tenor desto; no tengo mas que decir.

Don Diego. Pues á ese propósito de besar la tierra, me acuerdo que ahí abajo, junto á Covarrubias, tiene la gente esa costumbre de besar la tierra cuando dice el preste en el *Pater noster,* «*Sicut in coelo et in terra;*» y una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia, no podia un hombre que estaba detrás della besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus proprias asentaderas: «Aquí podréis besar, hermano, que todo es tierra, y aun peor.»

Doña Petronila. Esa es pulla, y buena; pero yo diré otra tal: Habia un oficial andaluz que tenia mala costumbre de jurar, y para corregirse deste vicio estaba concertado con otro compañero suyo, gallego, que siempre que jurase le advirtiese que besase la tierra.

Un dia los dos estaban altercando sobre cuál era mejor tierra, la de Andalucía ó Galicia; y como se acordase el andaluz que Galicia estaba tan llena de establos y suciedad, dijo muy enojado al gallego: «¿Qué diablos alabais la tierra de Galicia, que juro á Dios toda ella es tierra de mierda?» Respondió el gallego: «Mirad, Pedro, que jurastes besar la tierra.»

Castañeda. Pues va de pullas, allá va la mia: Un caballero salió á correr la sortija, y llevaba por disfraz unos paños puestos á manera de quien se está haciendo la barba, y detrás de sí llevaba un barbero y delante de sí otro, y decia la letra ansí:

> Ambos aderezan barbas;
> Las mias el delantero,
> Y las vuestras el trasero.

Doña Margarita. ¿Quién deja de arrojar su pulla? Habia una mujer que tenia especial gracia en curar mal de ojos lamiéndolos. Un vizcaíno muy lisiado de almorranas supo desta mujer, y dijo que se la llamasen. Ella vino, y al punto que entró delante del enfermo, preguntándole qué la queria, el vizcaíno, sin hablar palabra, levantó la ropa, y volviéndose de concha en la cama, hizo muestra de la parte donde tenia el mal, y dijo: «¿Ves ahí, mujer?» Ella, corrida del espetáculo, se salió fuera, sin aguardar mas razones; y haciéndole cargo despues al vizcaíno por qué habia hecho aquello, dijo: «Juras á Dios; yo pensaba que lengua de mujer, que curabas ojos de arriba, también curabas ojo de abajo.»

Fabricio. La mia con mas solenidad se ha de referir, porque es en verso, que hizo un caballero, en cuyo aposento habia estado una noche aposentada una dama de la Reina, pasando por allí los reyes; dice ansí:

> Echáronme una dama en mi aposento,
> Y pensé, vive Dios, que eran favores;
> Perfuméle tres dias con olores,
> Y fuíme yo á un pajar con otros ciento.
> Volví de allí á tres dias muy contento,
> Por ver las colgaduras de colores,
> Y halléla como aquí diré, señores;
> Y por Dios, en quien creo, que no miento.

Cuatro rios sin truchas ni pescado,
Dos buñuelos flamencos, tres tortillas
Cubiertas con ceniza; ved qué capa.
En fin, quedé corrido y espantado,
Y conocí por estas maravillas
Que no es dama del Rey, sino del Papa.

DON DIEGO. Bien puede pasar el soneto por donde quiera.

CASTAÑEDA. Espesillos andais esta noche, señores; y ansí, pues vais tomando licencia para hablar de materias necesarias, no quiero dejar en el tintero una historia, que contiene ciertas burlas que se hicieron un sacristan y su cura en una aldea, en que procuraré hablar con términos que ni obliguen á tapar las narices ni las orejas á los oyentes.

DOÑA PETRONILA. Va eso, que no puede dejar de ser de gusto.

CAPITULO IV.

De las burlas que se hicieron el sacristan y el cura de Ribilla, y chistes con que se motejan.

En un pueblo de Castilla la Vieja, llamado Ribilla, habia un clérigo anciano, cura della, á quien por mal nombre llamaban el cura burlon, porque con el buen humor que gastaba, se entretenia lo mas de la semana en hacer burlas á unos y á otros; pero particularmente con el sacristan del pueblo, que tambien era criado suyo. Tenia por estilo acudir á metelle el dedo en la boca todas las veces que la abria para bocezar, que eran muchas; porque tenia pasion desto el sacristan. Y todas las veces que el cura acudia á ponelle el dedo en la boca, le arrojaba el sacristan una dentellada para cogérsele, pero nunca pudo.

Un dia determinó el cura viejo de cumplille á Bartolo (que ansí se llamaba el mozo) el deseo que tenia de cogelle el dedo entre los dientes; y para esto mandóle una noche, á la hora de acostar, que tomase una luz y le alumbrase para buscar un papel en el escritorio.

Tomó Bartolo el candelero, y estando alumbrando á su amo, como ya era hora de dormir, un bostezo se le iba y otro se le venia, abriendo tanta boca como un lagarto. El viejo burlon, dejándole asegurar dos ó tres veces, una que le pareció tenia la boca bien abierta, coge de presto una vela de sebo, que para esto tenia con cuidado apercebida á un lado de la mesa, y con el mesmo ademan que solia acometer con el dedo, se la metió por la boca. Sentida que fué del medio dormido sacristan, como sabia la costumbre de su amo, persuadido á que era el dedo de la mano, hizo presa con grandes ansias en la pobre vela, de manera que la dentellada le llegó hasta el hueso, que es el pávilo. El solícito viejo, no perdiendo ocasion, como vió los dientes de su criado soterrados en la vela, tira fuertemente del pedazo que tenia en la mano, y desnudando el pávilo del sebo que le cubria, se lo dejó todo en la boca y entre dientes (¡cuánto diera algun portugués á quien le hiciera otra burla como esta!), con no pequeño gusto, vocería y risadas, á cuyo reclamo acudieron el ama y la moza, y aun algunos vecinos de pared en medio; que todos ayudaron á celebrar la boca ensebada de Bartolo, que no hacia sino escupir y estregarse los dientes con un paño; y el viejo, muy contento, se fué con las escorreduras de la gran risa que habia tenido, á meter entre las mantas.

Ensebado quedó Bartolo; pero el sebo, que en otros ablanda, en él engendró un duro pensamiento de desagraviarse de la falsa dentellada que le hicieron ejecutar. Tenia por costumbre el viejo burlon de levantarse casi cada noche de la cama al servicio; y el ofendido Bartolo, que no ignoraba esta costumbre de su viejo, la noche siguiente, cuando le sacaba á la calle para limpialle, antes de acostarse el cura, en lugar de limpialle, como solia, le puso toda la redondez esmaltada con el esmalte mas fino que en su profundo se pudo hallar, y preparado desta manera, se le metió en la alcoba en su lugar acostumbrado.

Acostóse el viejo, bien ignorante de lo que Bartolo habia hecho en su servicio, y despues del primer sueño, tuvo necesidad de levantarse, como tenia de costumbre. Levantóse, y con el tino que ya tenia, halló, tentando con el pié, el traidor bote, y levantando la cortina de su cimborrio, reclinóse su merced muy á su gusto, ó por mejor decir, muy á gusto de su criado. (¡Oh dioses inmortales, no nos dejeis meter en peligros tan de asiento!) Verdad es que no se descalabró el cura, porque el escabelo en que se puso estaba algo blando y mullido; pero la márgen del dicho (como tan llena de cotas) le imprimió y le señaló un círculo en el orbe del suyo, tan ancho y lleno de variedad, que parecia el zodiaco pintado en globo material. Considere el pio letor al buen cura lastando las risadas y chacota que tuvo á costa de Bartolo la noche antes.

Finalmente, como sintió que en el asiento habia mas blandura y remision de la que solia, no sintió bien de lo que sintió; y ansí, se tornó á levantar, y con la sospecha que luego engendró de lo que podia ser (que quien á otros ofende siempre la venganza teme), acordó de certificarse con su propria mano, tentando con ella sus embalsamadas carnes. Tentóse, que tentacion debió de ser, y como se cortase los dedos, afligido de verse á escuras y embargada la mano, quiso sacudirse los dedos; y como la turbacion le habia ya quitado el tino, por sacudillos con alguna fuerza, con la misma se dió un tan gran porrazo contra la pared en los artejos, que lastimado del golpe, acudió luego con los dedos á la boca (como lo hace quien se lastima la mano). Si bien se cortó los dedos, mejor se cortó la boca; porque de manos á boca se llevó de acarreo otra tanta cera de trigo como sebo de vela en la boca de Bartolo la noche pasada.

De modo que los dedos que su criado no pudo alcanzar á mordelle limpios, se los vino él mismo á morder no limpios. Convencido ya el confuso viejo de que no podia valerse sin el favor de los de su casa, porque habia rato que tenia al aire el que le daba, llamó su gente, y venida el ama, encendióse luz, y visto el espetáculo, tratóse de limpialle y tornarle á la cama, con que tornó á sosegarse, y Bartolo, reventando de risa, en su cama haciéndose del dormido.

No dejó de engendrar alguna sospecha en el pecho del cura que aquella desgracia habia sido gobernada por industria de su Bartolo en respuesta de la vela de sebo que le dejó entre los dientes; y ansí, andaba muy sobre aviso, buscando alguna ocasion en que desquitarse, lo que iba de mas á mas, de la burla que habia recebido y la que habia hecho.

Un dia de fiesta, entrando en la sacristía á vestirse para decir misa al pueblo, halló que el buen Bartolo estaba tendido y durmiendo sobre un arqueton de sacrestía; y con toda sotiliza, sin despertalle, le fué desatando la cinta con que tenia los zarafuelles atacados, que como no era mas de una, y esa de adelante, pudo hacerlo presto y sin ser sentido. Desatacado Bartolo, se volvió á salir el viejo de la sacristía, como que tenia que hacer en la iglesia, que ya estaba llena de gente que aguardaba la misa. Y con mucha priesa empieza el viejo á mandar á dos ó tres hombres que llamen corriendo á Bartolo, que está en la sacristía, y que vaya á la iglesia, que es menester deprisa; entrá-ronle á llamar con todo este tropel, y como le cogieron dormido, sin reparar en mas de la prisa con que le llamaban en la iglesia, salió corriendo de la sacristía, y como los señores zarafuelles no tenian cinta que los sustentase, determinaron de dejarse caer de su estado delante de toda la gente y en medio de la iglesia; y fué la desgracia de Bartolo que la su camisa tenia ciertas puertas y ventanas por delante y por detrás, por donde se pudieron certificar todos los de la iglesia que Bartolo de tal manera era mozo del cura, que no era moza de nadie.

Y aunque la burla le sucedió en camisa rota, no se la dejó caer en saco roto; porque luego, el domingo siguiente, despues de junto en la iglesia todo el pueblo, hizo que se le habia perdido la llave de la sacristía; y ansí, fué necesario que fuesen á la ermita del pueblo por el ornamento para decir la misa. Traido el ornamento, como la sacristía estaba cerrada, fué necesario vestirse el cura á un lado del mismo altar mayor, delante de la gente; y es de advertir aquí (y tambien lo advirtió Bartolo) que en todo el verano el cura viejo jamás traia zarafuelles, por andar mas fresco y menos embarazado.

Ayudóle pues á vestir los ornamentos el solícito y mal intencionado Bartolo; y al tiempo que le ponia el alba (nota esto) tuvo cuidado el tacaño de prender dos ó tres alfileres en la parte trasera del alba por el ruedo adelante, de tal manera, que los alfileres prendian el alba, la sotanilla y la camisa juntamente. Dijo su misa el cura, bien descuidado de encomendar á Dios en ella la tribulacion en que se habia de ver, y en acabando su misa, para comenzar su miseria, comiénzase á desnudar sobre el mismo altar mayor, á la vista de toda la gente, y al punto de quitarse el alba (¡oh cielo, cuánto mal puede hacer un alfiler prendido!), que se la quitaba siempre tirándola por encima de la cabeza, como estaba cosida el alba con la sotana y camisa, levántalo todo junto, dejando al aire la porta-paz, que yo no beso; y pensando que tirando bien el alba se tornaria á caer la sotana, tiró cuanto pudo hácia arriba, de modo que hizo demonstracion posteriorística, descubriendo á toda la gente no mas de lo que se come de la rana, que son las piernas y las anquillas; que como se vió tan á la vergüenza, sin poderse remediar, determinó de sentarse en el suelo, teniendo por menos inconveniente arrastrar sus cuartos traseros que sacallos á la vergüenza, hasta tanto que llegó Bartolo, haciendo muy del inocente, y descubriéndole la calva de arriba, le cubrió la de abajo, quitando disimuladamente los alfileres; compónese lo mejor que pudo el viejo, y con no pequeño corrimiento se fué camino de su casa con intento de no tomarse otra vez con su criado, porque temia que á la otra vegada le pondria Bartolo delante del pueblo hecho un ánima de purgatorio. Quedó Bartolo muy contento, porque con lo sucedido no se acordaria ya el pueblo de su camisa rota; y el pueblo se fué á sus casas muy en paz, porque se la habian dado dos veces; una en misa con el porta-paz de la iglesia, y otra despues de misa con el porta-paz del cura viejo.

Fabricio. Andaría el viejo burlon con temor de su criado de ahí adelante.

Castañeda. Tanto, que dicen algunos que porque una noche sintió no sé qué ruido hácia los piés de la cama, no se atrevió á levantarse al servicio aquella noche, pensando que le habia Bartolo armado algun lazo como la noche de marras; y á causa desto, no falta quien dice que dos ó tres noches, por desembarazar el vientre embarazó la cama; pero despues se fué asegurando, y se ponia en su servicio como muy hombre honrado.

Fabricio. Ansí dijo la otra tarasca á su maridillo un dia que se estaban diciendo los nombres de las pascuas, y de palabra en palabra le vino á decir el marido á la señora: «Callá, que sois una sucia, y os ensuciais en la cama.» Respondió ella: «Mentis como sátiro, que yo me proveo en su debido lugar, como mujer de bien.»

Don Diego. Muy escuro negocio va ese; otro cuento diré yo, donde se llaman por ese apellido mas delgadamente: Estaban para merendar una tarde cierto letradillo y su mujer, que por parecerle poco pedazo de hombre, habia ella buscado por la vecindad otro para sus necesidades. Tenian pues para merendar una empanada de venado con sus lonjillas y mechas de tocino por dedentro. En abriendo la empanada, luego le dió antojo á la señora de entregarse en el tocino. Pidióselo al marido, que como no tuviese gana de dárselo, llevándola por lo filósofo, la dijo: «Mirad, Señora, que no hay cosa mas fea en la naturaleza que comer un animal la carne de otro de su especie, quiero decir que el perro no come carne de otro perro ni el caballo de otro caballo; y así, no será bien que vos comais carne de puerco, por lo que teneis de puerca.» Respondió la mujer: «A esa cuenta, Señor, bien podeis dejar la empanada; que tampoco vos podeis comer carne de venado.»

Doña Margarita. Aun esos mas á lo galano se daban de las astas. Riñian dos casados mal avenidos, y dijo el marido á la mujer: «Bien dicen, que cada cual se ha de casar con su semejante; y segun esto, vos, dueña puerca, habiades de casar con un lechon.» Respondió la mujer: «Y vos, don cabron, con una cabra.»

Don Diego. Tenia necesidad un caballero de que le entretuviesen por dos horas un vecino suyo, por poder hablar entre tanto con su mujer; y para esto trató que le convidase á jugar á los naipes otro vecino amigo de ambos. Fuéronse estos á su juego y el otro al suyo; y como despues de levantados los unos y los otros, preguntase el caballero al marido desta mujer cómo le habia ido de juego, le respondió: «Don Pedro me llamó á jugar; y para decir verdad, aunque hemos tenido ambos ventura, pero siempre tuvo don Pedro mas ventura que yo.» Respondió el caballero: «Siempre este don Pedro tuvo mas ventura que un cornudo.»

Castañeda. Quiero rematar con lo que dijo un arriero que estaba altercando con un mesonero sobre unos fardos que le faltaban en el meson, y díjole al mesonero: «Habeisme de dar, aunque os pese, dos fardos.» Dijo el mesonero: «Daréos dos cuernos.» Respondió el arriero: «Daréislos, porque los teneis.»

Doña Petronila. Encontráronse malamente Colmenares y un hombrecillo de su barrio, de quien se decia que los consentia en su casa; y fué tan ocasionado el hombre, que le necesitó á Colmenares á que le llamase á voces por la calle consentidor infame cinco ó seis veces, y juntamente arremetió con él y le puso las manos, dándole muy buenos golpes en la cabeza. Acabada esta pendencia, preguntó á Colmenares una amiga que cómo le habia tratado tan mal al vecino, y que pues le habia infamado tantas veces, que por qué le habia puesto las manos con tanta cólera. Respondió Colmenares: «Pues diciéndole los evangelios, ¿cómo podia dejar de ponerle las manos en la cabeza?»

Don Diego. Vamos de aquí; que como se ha levantado esta materia, no podemos parar los casados; que luego nos vienen los colores al rostro.

Doña Petronila. Ya sabeis, señores, que mañana nos habeis de ayudar á cenar lo que hubiere.

Castañeda. Acá me teneis; que con el Conde pienso cumplir en la comida, que se hace una máscara despues de comer, y me despidiré como que no ando bueno.

Fabricio. Yo lo juraré á Dios que nunca lo fuiste.

Castañeda. No quiero ensuciar mi lengua en vuestra mercé, señor Dotor. Adios.

Fabricio. Si no la quisieres ensuciar en mi merced, podrásla ensuciar en mi servicio. ¡Hola! pasen adelante con esas luces.

Doña Margarita. Vamos de aquí; que si mas tardamos, mas pullas llevarémos á cuestas; que se le ha calentado la boca al Dotor.

DISCURSO TERCERO.

DEL MÁRTES EN LA NOCHE.

(Interlocutores, los mesmos.)

CAPITULO PRIMERO.

De una máscara, y cuentos que motejan de vieja, y otros.

En buen hora sean venidos vuestras mercedes.

Don Diego. Para servir á mi señor dotor.

Castañeda. Y yo para servir á mi señora dotora.

Don Diego. ¿Por qué decis de dotora? ¿Dónde está mi señora doña Petronila?

Fabricio. Luego saldrá; que está allá dentro dando una vuelta, á ver si nos aderezan de cenar.

Don Diego. Luego ¿de veras pensais que habemos de quedar á cenar con vos?

Fabricio. Pues ¿quién duda deso? Anoche lo prometistes delante doña Margarita y Castañeda.

Don Diego. Yo prometí de venir á vuestra cena, pero no de quedar á cenar en ella.

Castañeda. ¡Gentil modo de promesa! Habeis de saber que llegó á Nuestra Señora de Monserrate un fidalgo portugués en un caballo muy bien tratado, y en apeándose, visitó al abad de la casa, y dijo cómo habia tenido una muy grave enfermedad, que le movió á llamar el socorro de la Madre de Dios de Monserrate, y que entonces prometió de traer á la casa aquel caballo en que venia. Despues de haber estado un rato con el abad, ya que se queria despedir, mandó llamar el abad al mayordomo de la casa, y díjole que diese de comer y regalase aquel fidalgo, y recibiese el caballo que traia y le guardase, que le traia prometido á la casa. Dijo entonces el portugués: «Ollay, me meu padre, eu non prometí el miño cabalo para posar en la vosa casa, sino para chegar á ella no mais, e botar con el miño cabalo afora.

Doña Petronila. Buena bellaquería es, en buena fe, que se haya comenzado la conversacion sin mí. Muchas y muy buenas noches hayan vuestras mercedes.

Doña Margarita. Ansí las tenga vuestra merced; vámonos á la lumbre, si os parece. Mirando estoy á doña Petronila, que parece que viene mascando el *Pater noster*.

Doña Petronila. Estaba acabando con mi rosario, por echar cuidados aparte por toda la noche, y ya no me falta sino pasar esta cuenta de perdones, que se saca un alma con ella, diciendo un *Pater noster* y una *ave María*.

Castañeda. En menos tiempo me atrevo yo á hacer esa diligencia.

Doña Margarita. ¿Cómo?

Castañeda. Traedme una escopeta; que con ella y esa cuenta de perdones sacaré yo un alma en una *ave María*, sin rezarla.

Doña Petronila. Eso creo yo, que como los de tu oficio no teneis alma, debeis de rezar vuestras devociones á tiro de escopeta.

Fabricio. Todo el mundo se precia de su oficio, y como el de Castañeda es ser mal cristiano, préciase de no rezar en toda la vida.

Don Diego. Es tanta verdad el preciarse cada cual del oficio y estado que tiene, que un famoso verdugo. llamado Magan, para que un sobrino suyo aprendiese el oficio, le tenia aparejado en casa un hombre de paja,

con su horca y escalera, en que se ensayase y tomase liciones. Un dia que el muchacho estaba haciendo la figura en presencia de su tio, acertó á no repetir la licion tan solícitamente como era menester; por lo cual empieza Magan á reñirle fuertemente, diciendo: «Bellaco, ladron, juro á Dios que no eres para oficio de honra; bájate desa escalera, que yo te voto á Dios que te tengo de poner con un zapatero, como á bellaco mal inclinado.»

Castañeda. Por nuestro señor el Obispo, que me habeis cogido en muy buena reputacion, pues me teneis por mal cristiano; pues no soy tan indevoto como me haceis, que todos los viérnes santos no entra en mi cuerpo cosa de grosura, y no hago mas de dos comidas al dia.

Doña Margarita. Pues los otros dias del año ¿cómo los pasas?

Castañeda. Los otros viérnes tengo devocion de comer cuatro veces al dia, que son: almuerzo, comida, merienda y cena.

Doña Petronila. En verdad que estamos obligados á restituirte la honra, que demasiado de buena alma tienes. Dinos ahora: ¿qué ha pasado en casa del Conde acerca de las fiestas que dicen haberse hecho? ¿Hízose la máscara que dijiste tenian aprestada para hoy?

Castañeda. Ya se hizo la máscara, y por Dios á mi gusto, y pienso que tambien á gusto de los demás señores y circunstantes que se allí hallaron presentes, porque tuvo muy graciosas figuras y letras harto ingeniosas; y ha sido ventura que os acordásedes de preguntármelo ahora, que tengo la memoria reciente.

Don Diego. Si tuvieras la memoria de pan, habia de enviar por un poco de manteca y azúcar.

Castañeda. ¿Qué quereis decir en ese disparate?

Don Diego. Como dices que tienes la memoria reciente, digo que si fuera de pan, fuera pan reciente; y con manteca y azúcar no es tan gran disparate como dices.

Castañeda. Mantecosillo teneis el ingenio esta noche. Debeis de haber merendado de alguna buena ojaldre, que os ha comunicado la manteca en el entendimiento; pero no se nos vaya deslizando con tanta manteca la máscara de hoy; oidme, que pienso tiene algunas cosas de gusto, aunque es muy diferente el oirlo referir y el vello representar.

Hubo en la máscara diez y ocho figuras; porque salieron doce á danzar y seis á tañer con diversos instrumentos, por el órden siguiente:

Salieron de dos en dos, y con cada dos danzantes un músico tañendo un instrumento muy conforme á las figuras de los danzantes, como dirémos. Y es de saber que ansí los danzantes como los músicos llevaban su letra á las espaldas, muy conformes á las figuras de cada uno.

De los doce danzantes, los seis eran hombres y los seis mujeres. Salieron pues los primeros dos caminantes vestidos de una mesma librea en todo, salvo que, aunque en las figuras eran uniformes, llevaban empero las letras de las espaldas diferentes. Llevaban estos su calzoncico de lienzo, juboncillo y cuera acuchillada, capotillo de dos haldas, media verde y alpargata de cáñamo, y al cuello una muy gentil bota de vino. El uno llevaba esta letra:

> Al cuello traigo los piés;
> Digo piés, pues el camino
> No se anda si no anda el vino.

El otro esta:

> Ni embaraza ni me pesa,
> Y mucho menos pesara
> Si mas llena la llevara.

A estos dos caminantes les iba haciendo son un músico de sonajas, que llevaba esta letra:

> Bien suena la sonajilla
> Al gastador pasajero,
> Que en fin le suena á dinero.

Dieron su vuelta con una bizarra mudanza, y apartáronse á un lado de la sala.

Tras estas figuras salieron luego dos viejas, vestidas como tales, y la una llevaba esta letra:

> No os espanten mis arrugas,
> Que el fuego en que un tiempo ardí
> Me arrugó la piel ansí.

La otra esta:

> Olla fuí, y la mucha lumbre
> Que recebí siendo entera
> Me quebró, y dí en cobertera.

A estas les iba haciendo el son una figura con una escoba de palma, y con esta letra:

> Bailad, viejas, á la escoba,
> Pues vuestra antigua hermosura
> La trocastes en basura.

Dieron su vuelta por la sala, y arrimáronse junto á los caminantes.

Comenzaron luego allí algunos caballeros de los circunstantes á hacer misterio destas figuras; y ansí, disputaban sobre el haber salido juntas las viejas con los caminantes. Unos decian que, como las viejas acabaron ya su camino, por eso se juntan á los caminantes. Replicaron otros que el caminante aun camina, que por eso es caminante; pero la vieja ya ha caminado, y ansí no es buena la razon. Puso fin y quito á esta cuestion el Conde, y dijo que, como los caminantes llevaban consigo muy gentiles botas de vino, se llevaban las viejas tras sí, porque no hay mosca que ansí se vaya tras un melero, como una vieja tras una bota ó jarro.

Salieron luego otros dos danzantes, vestidos todos de arriba abajo de braguetas viejas, y el uno llevaba esta letra:

> Las cáscaras vanas traigo;
> Vano es quien se desvanece
> Con fruta que así parece.

El otro esta:

> Viejas quedan ya acabadas;
> Pago que les ha venido
> De los tiros de Cupido.

A estos les iba haciendo el son un tañedor de flauta, que llevaba esta letra:

> Pues que de flautas de trapos
> Es de aquestos la librea,
> De flautas el son tambien sea.

Dieron vuelta por la sala con harta risa de todos, porque habia bragueta que alcanzaba á derribar los sombreros de los circunstantes, y apartáronse á una banda de la sala.

En seguimiento destos entraron dos fregonas con

sus garbinejos, una balona llana, juboncillo de lienzo, basquiña de paño traido, sus mandilejos y en mangas de camisa y arremangados los brazos, y la una con esta letra:

Quien me deja y busque reinas,
Lleve sabida esta ley,
Que ha de gastar como un rey.

La otra era:

Las fregonas y las damas
Todas una cosa son,
Pero no en la estimacion.

A estas fregonas les iba haciendo el son un tañedor de pandero, con esta letra:

Es el pandero un pellejo,
Y á las mozas hace el son,
Porque ellas pellejas son.

Aquí fué fácil interpretar por qué salieron las mozas tras las braguetas, porque luego se dijo que la piedra iman que llevaba tras sí los hierros de fregonas, eran braguetas. Dieron su vuelta con una mudanza, y apartáronse con los compañeros. Salieron luego dos figuras de danzantes, vestidos todos de cuernos, que parecian á todos los diablos, aunque movieron harta risa, y el uno con esta letra:

Mondad los dientes, señores;
Pero destos mondadientes
Libre Dios á mis parientes.

El otro era:

Mujeriles liviandades,
Si bien no las contradices,
Engendran estas lombrices.

A estos les salia haciendo son un tañedor de corneta, con esta letra:

De cuerno son las libreas
Y pues que de cuerno son,
De cuerno ha de ser el son.

Dieron su vuelta por la sala, y apartáronse á un lado. Luego salieron tras estos dos damas muy bizarras y compuestas al uso, y la una llevaba esta letra:

Ya no son las damas Eros,
Ni los galanes Leandros,
Si no dan como Alejandros.

La otra:

Roban ladrones y damas;
La bolsa roba el ladron,
Damas bolsa y corazon.

A estas les iba haciendo son un tañedor de vigüela, que llevaba esta letra:

Porque entre damas no falten,
Con cuerdas les hago el son,
Pues ellas jamás lo son.

Dieron su vuelta con una mudanza, y apartáronse junto á los de la cornamenta.

En conclusion se juntaron todas doce figuras, y hicieron tantas y varias mudanzas de cruzados, enredos y toqueados con las manos y piés, que entretuvieron al Conde y los otros caballeros por espacio de dos horas, con mucho gusto y entretenimiento.

Doña Margarita. Donaire tienen las figuras, y las letras son bien medidas con los personajes, y me parece á mí que podriamos aquí en buena conversacion hacer esa máscara, mayormente que casi tenemos gente harta en casa para ella; porque de los tres pajes que hay, los dos harán los de la segunda figura, y el otro con Castañeda harán los embraguetados, y los sátiros harán el dotor y don Diego.

Fabricio. Saco mi blanca, y si fuere pulla, que no valga. Desde aquí digo que protesto, que no me pare perjuicio la figura de sátiro.

Don Diego. Pues que habeis repartido tan á vuestro gusto las figuras de los seis hombres, yo quiero repartir las demás mujeres. Paréceme que en casa hay dos mozas y dos amas; pues buscarémos dos señoras en el barrio que nos hagan las damas, y las criadas de casa harán las dos fregonas, porque queden doña Petronila y Margarita para hacer las dos viejas, que pues las hacen todo el año, mejor las harán esta noche.

Castañeda. No hay plazo que no se llegue ni deuda que no se pague. No sé quiénes quedan mas cargados, vosotros con las figuras de los sátiros, ó vosotras con los personajes de las viejas. Dificultad tiene; pero, pues se lo llamasteis á estas señoras, oid cómo se lo llamaron á cierta señora que tenia ya el pié en el estribo de la edad arrugada.

Esta iba por una calle, y aunque hacia muy grande aire, que la daba de cara, se iba dando viento con su abanillo. Preguntóla un galan que la conocia, y á quien ella miraba con buenos ojos, que para qué se daba viento con el abanillo, pues el aire del tiempo era tanto. Y ella le respondió que para refrigerar aquella carne, abrasada por él. Replicó el galan: «Antes pienso que la saca al aire porque se va dañando.»

Doña Petronila. Dos damas, la una harto moza, pero que no le sabia mal lo que bebia, y la otra mayor de edad, iban desde su tierra al santo Crucifijo desta nuestra ciudad, y en el camino hubieran de pasar por un riachuelo que llaman Mataviejas, y como tropezasen los jumentos en que iban, hubiéronse las señoras dos damas de mojar muy bien en el dicho rio. En llegando á la posada empezaron á darse la vaya una contra otra sobre el naufragio de Mataviejas, y de lance en lance dijo la dama mayor de edad á la mas moza: «Esté vuestra merced cierta que si se ahogara en Mataviejas, aunque le quitara el nombre, no le quitara el agua.» Respondió la otra: «Y si vuestra merced se ahogara pudiera beberle el agua, pero no el nombre.»

Don Diego. Sospecho que damos pesadumbre á estas señoras con esta materia de viejas, pues no se ha de hacer mencion de la soga en casa del ahorcado; tratemos de otra cosa.

Fabricio. De lo que podriamos tratar, es que sepan si está aderezado y nos dén de cenar.

Doña Petronila. Hola, pongan la mesa en tanto que se adereza.

Castañeda. Bien estoy con que se ponga la mesa; pero estoy considerando cómo habeis dejado deslizar la plática de viejas, los unos por no picar á vuestras mujeres, y las otras por picar á vuestros maridos. Pues aquí estoy yo, que aunque me digan que nací entre las malvas, no me hará correr el mundo.

Doña Margarita. Con todo eso, cuando te llaman el nombre de las fiestas no gustas mucho de oille.

Don Diego. ¿Cuál es nombre de las fiestas para Castañeda?

Castañeda. Ya lo entiendo. Debeislo de decir, porque el otro dia me llamaron buboso.

Doña Margarita. Y por muy galano estilo. Estaba Duarte, paje del Conde, recitando un dicho de no sé qué comedia, y decíale muy afetada y cansadamente; y como le pareciese á Castañeda que llevaba el tono muy pesado y moledor, le dijo: «Por Dios te ruego, Duarte, que acabes ya con ese dicho, que solamente de oírtele recitar me haces sudar la gota tan gorda.» Respondió el paje: «No entendí yo que os hacia poco servicio en haceros sudar, que con menos bubas que las vuestras sudan otros tan buenos como vos.»

Castañeda. No me piqué yo porque me dijese que las tenia, sino porque me lo llamó un virginote, que ni sabe qué son bubas ni cosa buena. Y huélgome que está presente don Diego, que las conoce y le conocen, y así podrá decir si tuve razon de indignarme contra quien me llamó buboso por afrentarme, sabiendo que me honro yo con estas mas que otro con su ejecutoria.

Don Diego. Pues has movido esa plática, no puedo dejar de favorecer tu opinion, mayormente habiéndome señalado por tu padrino en defensa de las bubas.

CAPITULO II.

Que trata de las excelencias de las bubas, y se sientan á cenar.

Apenas se hallará cosa tan excelente, que no haya tenido algun deslenguado que la ponga faltas: *Nulla tam modesta felicitas est, quae malignitatis dentes vitare possit.* No hay cosa, dice Valerio, tan acabada y tan dichosa, que se pueda defender de las dentelladas de un maldiciente; y de tal manera ha sido el bien perseguido de lenguas, de inorancia ó mala intencion, fuentes dos de donde manan los arroyos caudalosos, donde se anegan la honra y reputacion de los buenos, que hasta los dioses imortales han pasado y padecido no pequeña batería de murmuraciones. Fábula, pero no poco antes en gran manera útil y provechosa, pues cuasi en todas las obras de sus manos halló y puso alguna falta el mal contentadizo y mordaz Momo. Finalmente, aparéjese el bien, que donde quiera que tomare sitio, allí le han de dar alcance invidiosas dentelladas. Y porque no faltase esta regla tan infalible como perniciosa, en ninguna cosa ilustre y excelente, proveyó tambien la malicia de los tiempos que hubiese quien se atreviese á disfamar y desacreditar la muy ilustre y noble enfermedad de las bubas.

Pues digan, que de Dios dijeron; y pues se han atrevido á él, no es mucho que acometan á ellas.

Pero, porque se desengañe el mundo y sepan el agravio que les hace á ellas y á los nobles sugetos en quien se hallan, y de aquí adelante sepan quién es Calleja, y las estimen como merecen sus grandezas y calidades, sepan que cuando oyeren decir bubas que no tienen de qué hacer ascos, como se hacen oyendo alguno de los nombres que se dan á las cosas del barrio de la cintura; porque este nombre bubas es de tanta estimacion, y suena tan limpia y honestamente á los oidos desapasionados, que con ser entre los dioses Diana la dea de la honestidad y limpieza, la llamaban los poetas *Bubastis*. Ansí lo hace Ovidio, 9, *Metamor.*: *Cumque latrator Anubis sanctaque bubastis.* Plinio, libro 5, capítulo 9, á una insigne ciudad de Asia la pone el propio nombre y apellido de *Bubastis*. Aquella famosa estrella que suelen llamar *Bootes*, tambien la llaman *Bubulco*. Pues ¿qué ha de hacer nadie ascos de un apellido que se honran con él las ciudades en la tierra, las estrellas en el cielo, y las diosas sobre los cielos? Pero esto es asir del pico de la empanada. No hagamos hincapié en el nombre y apellido de las bubas, pues el nombre de cada cosa es lo menos importante que tiene la cosa. Reparemos en el principio y orígen que tuvieron, y hallarémos que uno de los mayores tesoros que halló y trujo consigo Colon cuando descubrió las Indias fueron las bubas; porque, como dicen algunos, entonces vinieron con la flota ciertas mujeres de acarreo, por cuya feliz comunicacion tuvo principio en los nuestros esta santa enfermedad: santa la medicina, que es el palo santo; santo el lugar donde se cura, que es el hospital, y por su culpa no serán santos los que las tienen. Haga el buboso de su parte lo que debe para ser un santo; que las bubas harto hacen de la suya para que lo parezca. Quien viere aquella mortificacion exterior de un buboso, aquella delicadeza de la voz, rostro flaco y macilento, quebrado el color, todo el cuerpo quebrantado; y finalmente, todo él hecho un retablo de penitencia, bastantes indicios tendrá de su santidad, aparente por lo menos. Los carrilludos y poltrones no son admitidos en el gimnasio de penitencia, ni en la academia de las musas, ni en el taller del amor cortesano, ni en el hospital de las bubas.

De tres enemigos capitales que hacen guerra á sangre y fuego contra un alma, el mayor de ellos, que es la carne, esa tienen rendida las bubas, pues la imposibilitan el uso y ejercicio ilícito. ¿Hay cosa que mas abra las puertas á la santidad que el quitar las ocasiones al pecado? Pues ¿quién aparta con mas eficacia al hombre y á la mujer de las ocasiones que esta santa enfermedad? Que en sabiendo una mala mujer que un hombre las tiene, huye dél como una jara; ved si quitan la ocasion. Uno de los mayores indicios de santidad es un dolor de los pecados. Pues ¿quién hay que tantos dolores padezca por sus pecados como el buboso? ¿Quiénes son liberales, francos y dadivosos sino los tales? Nunca el buboso fué pelon ni miserable. De donde, ansí como llamamos por contrario sentido á un negro que va por la calle Juan blanco, y á una mujer pública buena mujer, ansí llamamos á esta santa dolencia la Pelona, como quien dice la liberal y generosa.

Todas las otras dolencias tienen algun enemigo que las destruye, pero las bubas con todos tienen paz. No se halla cosa en toda la redondez de las boticas que tenga enemistad ni fuerzas para destruir ni desasosegar las finas bubas. Por donde consta claro que no es enfermedad, aunque se lo llaman muchos por no las conocer; porque si consideramos que este vocablo *infirmitas*, quiere decir no firmeza, hallarémos cuán léjos están las bubas de ser no firmes, pues al que una vez cogen están tan firmes, constantes y estables en él, que jamás le faltan, hasta acompañarle á la sepultura; y si no van con él al purgatorio, que al infierno nunca fué cosa tan buena, es porque no las purguen y consuman aquellas penas purgativas. Luego quien tanta firmeza tiene no es justo se llame enfermedad, que significa no firmeza.

Los que tratan de las grandezas de aquel excelente poeta Homero, le honran mucho con decir que traia

orígen de muchas y diversas islas y ciudades. Pues ¿cuánta mayor honra se debe á esta noble dolencia, pues no solo tiene su orígen y descendencia de islas y ciudades, sino de muchas y diversas provincias y reinos, por cuanto unos la llaman el mal napolitano, otros mal francés, otros sarna de España, y otros morbo índico ó sarampion de las Indias? que de las Indias habia de ser tan gran tesoro. Otros, que tienen mejor conocido el respeto y acatamiento con que se deben tratar estas señoras, las nombran y tratan como á cosa inefable y que no es lícito tomallas en la boca por su nombre propio ; y ansí, no dicen el buboso, sino el que las tiene.

Tanta es la grandeza y dignidad que se reconoce en ellas. Y ansí, se nombran por el tenor de los grandes y los obispos y reyes. Las bubas se dicen, no la buba, como otras enfermedades que hay de menor cuantía, como la tiña, la sarna, que no decimos las tiñas, las sarnas, pero decimos las bubas, como quien dice : Nos, las bubas, etc. Y bien empleado que se traten con esta grandeza y majestad, pues proceden en todo como grandes y poderosas. Digo esto, porque acontece en los palacios y corte de los reyes no acabar de proveer á los cortesanos pretendientes en muchos años de pretension, y al cabo no salen proveidos la quinta parte de los pretensores. Peró estas nobles señoras á todos cuantos negocian en sus tribunales los despachan muy bien proveidos de sí mesmas.

Y no me traigan por inconviniente que suelen las bubas pelar á sus cofrades y devotos, que si miramos en ello, no les hacen en esto pequeño beneficio ; y porque nos entendamos, es de saber que las hojas en los árboles, las plumas en las aves, y los pelos y cabello en los hombres, son una mesma cosa proporcionalmente, y cada cual en su tanto y respeto de su dueño; porque, ansí como la hoja se le dió al árbol para defensa y ornato de sí mesmo, ansí la pluma es abrigo y hermosura en las aves, y el pelo y cabello en los hombres y mujeres. Y pues no es pequeño beneficio de la naturaleza el acudir á mudar en los árboles la hoja y en las aves la pluma, no será pequeña la merced que las generosas bubas le hacen al hombre en mudalle el cabello y pelo que la naturaleza no le quiere mudar, por dejalle en esto, como en otras cosas, en manos de su mesma industria y providencia. Por manera que se mantienen las bubas de lo mas delicado que hay en el subgeto, que son, cabellos delgados, delicadas cejas y pestañas, venerables barbas y valientes bigotes. Nunca los cobardes y tímidos tienen bubas ; solo el valiente y atrevido es admitido en esta cofradía.

Siempre me salió verdadera aquella regla que dice que para conocer quién es cada uno, miremos con quiénes trata y comunica. ¿Quieres saber con quién tratan y comunican estas señoras? Pues notad que siempre las veréis con gente mayor, con señores, caballeros, príncipes y gente illustre. No hayais miedo que las halleis con ganapanes, pícaros ni trabajadores. Nunca el rústico supo si habia bubas en el mundo. ¡Miserable ignorancia! El cavador, segador y la demás gente baja no merecen tratar con estas nobles doncellas. No se hicieron bubas para fregonas, trabajadoras y mozas de cántaros, sino para las bizarras y gallardas damas, para las que arrastran sedas y corazones. Estas son las que las tienen, porque las merecen. Y ansí, estarás advertido que cuando por la calle quitares la gorra al caballero ó á la dama, la mitad de aquel acatamiento se hace á la persona, y la otra mitad á las bubas que lleva. Mas ¿cómo celebra el mundo á los que saben y adivinan las cosas por venir? Y tienen razon, porque en esto se parecen á los dioses. Pues ¿cuál astrólogo ni adivino dirá el tiempo que ha de hacer con mas certeza que un buboso? Si quiere demudar, luego se lo parlan los acidentes intrínsecos de sus huesos y niervos, que todos se conmueven, adivinando las mudanzas de lo porvenir. No solo se hacen los hombres con las bubas adivinos, sino tambien libres y señores absolutos, aunque de suyo fueran esclavos; porque al fino buboso todos le sirven, y él no sirve á nadie, sino solo á Dios, de quien le hacen acordar. Y con este señorío que cobran los que las tienen, van engendrando un respeto y acatamiento en quien los conoce y trata, que no falta sino dar en adoracion; porque no solo se tiene miramiento á sus personas, pero aun á las cosas de que se sirven se les guarda particular culto y reconocimiento, pues nadie se atreve á dormir en su cama ni pone sus vestidos, comer en su plato ni beber en su taza, ni aun sentarse en su silla; que todas estas cosas quedan como vasos consagrados, por haber servido al noble doliente. Mas no es mucho que las bubas tengan tanta excelencia, pues sabemos dellas ¡oh prerogativa grande! que la mesma obra y los mesmos instrumentos que halló naturaleza para hacer la mas excelente criatura que pisa el suelo y mira al cielo, que es el hombre, con esa mesma obra y esos propios instrumentos se engendran y causan las preciosas y excelentes bubas. Hablo de las bubas honradas, que se engendran con el mesmo acto que se engendra un hombre ; que las que se causan de resfriadillos no son bubas, sino bubillas; por donde podrán ponerse las finas y verdaderas bubas con el hombre á tú por tú, diciendo que son hijas de tan buenos padres como él. Y bien se les parece ser hijas de buenos padres á estas doncellas en su recogimiento y gran clausura, pues de ordinario tienen su estrado y asistencia en lo mas oculto y secreto de su palacio, que es dentro de los mesmos tuétanos de los que las tienen.

En la oficina de amor no hay cosa que echar á mal, todo es escogido y extremado ; pues no se halla sino hermosas mujeres, gallardos hombres, discretas razones, ingeniosas poesías, abundantes bolsas y copiosas bubas.

Dadme un hombre buboso, que yo le doy por agradecido ; que dulce cosa es el agradecimiento. Los muy agradecidos, si alguno ha padecido lision ó pesadumbre por su ocasion, luego hablan por él siempre que se ofrece. Las narices del buboso suelen padecer alguna lision y pesadumbre por las bubas, y los que las tienen son tan agradecidos, que siempre hablan por las narices ; pero ¿quién podrá sumar las grandezas y calidades destas no conocidas señoras? Que no me pesa sino de no haber vivido de manera que mereciese tenellas; pero carezco dellas porque no las merezco ; y si no fuera porque no está mal procurar bienes ajenos, por Dios que las deseara para ser admitido en su noble cofradía, siquiera por cofrade de deseo. Basta.

Castañeda. ¡Oh cuerpo de Dios conmigo, qué oracion habeis dejado salir del estómago del ingenio! Tráiganme aquí á Demósténes, que yo le haré conocer que

está borracho. Venga Ciceron, que aquí le leerán la cartilla. Límpiese Quintiliano las narices con sus doce libros de retórica; que viviendo en el mundo don Diego, ni faltará la elocuencia, ni las bubas andarán sin honra.

Fabricio. Por cierto, señor don Diego, que os deben mucho las bubas, y que no pueden pagaros con menos que comunicándoos á sí mesmas muy copiosamente. Paréceme que nos han hecho señas los criados para que nos sentemos á cenar. Vámonos de aquí, que tambien podrémos parlar en la mesa de lo que se ofreciere. Acómodese cada cual como pudiere; que yo aquí me asiento junto á mi señora doña Margarita.

Don Diego. Pues juguemos al trocado, y siéntome junto á mi señora doña Petronila.

Castañeda. Pues por Dios, que si no traigo de la caballeriza á mi señora doña mula del Dotor, que no tengo con quien me acomodar. Pero buen remedio, tráiganme aquí á mi señora la bota del vino, mi señor, que con ella me acomodaré.

Doña Petronila. Traigan la cena y platos, despavilad estas luces, y venga el escudeiro á trinchar las aves, y hagan platos para todos.

CAPITULO III.

En que se prosigue la cena con chistes de graciosas y no maliciosas blasfemias, y otros diversos.

Castañeda. Despues de la escarola no se pueden dejar de tomar unos sorbos de vino como su madre lo parió.

Doña Margarita. Come primero destas alcaparras, y luego beberás; que si tras cada plato has de visitar la bota, tendrá mas visitas que un presidente de Castilla.

Doña Petronila. No son tantos los platos que teneis de cena, que aunque se beba con cada uno no llegarémos al suelo de la bota; que si no es nuestro ordinario y un par de presentes que le hicieron al Dotor, no tenemos otra cosa que daros.

Castañeda. Vengan los presentes, que mas vale cenar de presentes que de pasados y por venir.

Doña Petronila. Dénme de beber antes de entrar en esta perdiz.

Castañeda. Por vida del Dotor, que me digais, pues sabeis de achaque de letras, qué beben los que están en el infierno.

Fabricio. Beben pocas veces, y esas les dan á beber pez derretida.

Castañeda. Desa manera, por Dios, que se hacen unos cueros, porque de la primera vez quedarán empegados. Buen provecho, Petronila, que parece que lo manjais con buena gana.

Doña Petronila. ¡Oh, qué buena está la bebida! Pero el vidrio por con que bebí me ha caido en gusto, y quisiera harto que me le señalaran para beber siempre con él.

Fabricio. Pues por eso no quede, que si tuviéramos un diamante yo le señalara; don Diego me parece que le traia consigo ayer; si me le da, yo pondré vuestro nombre en el vaso.

Don Diego. Si, como pedis un diamante, pidiérades una Margarita, aquí estaba mi mujer.

Fabricio. Acordado me habeis otro dicho como ese. Iba un capellan con cuatro ó cinco señoritos estudiantes, todos de manteo y bonete, que como era pedagogo dellos, los llevaba todos delante de sí. Llegóse á él un amigo suyo, y preguntándole si tenia trueco de una corona, le respondió: «Si me le pidiérades de un canónigo, aquí llevaba menudos.»

Castañeda. Todo cuanto dijéredes me parecerá de oro, porque este perdigoncico me sazona el gusto de manera, que le hallo en todo.

Doña Petronila. Ya sabeis que la perdiz se quiere comer dos veces.

Castañeda. Nunca he podido entender cómo se come dos veces una perdiz.

Don Diego. Comiendo de una vez la carne y de otra los güesos.

Castañeda. No me satisface esa dotrina. Mejor seria comer la una vez la perdiz, y la otra vez otra perdiz; y esto es lo que quiere decir comer dos veces la perdiz.

Fabricio. Esta noche ya sabes que tienes obligacion á decir algo de repente; porque para mañana no daré por toda tu poesía una blanca.

Castañeda. Bien está; déjanos agora hacer collacion, que despues nos verémos.

Don Diego. Pues paréceme á mí que si haces colacion, que ya vas perdiendo el ayuno.

Castañeda. Como desos ayunos se pierden esta noche.

Fabricio. Ansí respondió, aunque en diferente sentido, un tahur que ya mas dejaba los naipes, y ya mas dejaba de perder á ellos. Ayunaba un viérnes de Cuaresma, y á la hora de la colacion encomendóse á Dios, y conciertóse con una libra de pescado frito su medio pan y media de vino. Díjole su mujer que con aquella colacion perdia el ayuno. Y él respondió: «Como deso pierdo yo cada dia con dos diferentes.»

Don Diego. Tierno está el conejo, y habeisme dado todo el lomo; por vida de mi señora doña Petronila, que me ayudeis á dar cuenta dél; que mientras mas ceno, mas se me va quitando la gana de cenar.

Fabricio. Por vida de Petronila, que es tanto como la mia, que os lo habeis de comer solo.

Castañeda. Pensé que íbades á jurar como el otro que decia, cuando tenia gana que se le diese crédito á lo que afirmaba: «Juro á Dios, y el diablo me lleve, y por vida de doña Catalina, que es mas que todo, que digo verdad.»

Fabricio. Graciosa manera de jurar, aunque huele un poquillo á blasfemia, pero no es maliciosa; y ansí, no es de importancia.

Doña Petronila. Estaba un clérigo, no tan doto como santo Tomás, revestido para salir á decir misa; y como tuviese necesidad de reconciliarse, dijo á un sacerdote que estaba solo en la sacristía, que le oyese dos palabras; y como le respondiese que no era confesor, viendo que no habia otro que le oyese de confesion, determina de salir á decir su misa. Preguntóle el otro clérigo que cómo iba sin confesarse primero. Y respondióle: «Ya lo veo; pero diré misa de *requiem.*»

Castañeda. Hacian una procesion unos villanos, en que se juntaban dos aldeas, y cada sacristan traia un crucifijo grande de su pueblo; y como anduviesen altercando los sacristanes sobre cuál de los dos crucifi-

jos se habia de pasar á la mano derecha, dijo el alcalde del un pueblo, en defensa de su crucifijo, al que llevaba el otro: «Pero Nuñez, tenéos allá con vuestro crucefijo, que todos ellos son hijos de un padre y de una madre.»

Don Diego. Entrando un perro en una sacristía, halló á mal recado un bodigo, y echándole el diente, se iba con él; como le vió el sacristan, no halló otra cosa mas á mano con que le tirar sino un hisopo de metal; y tirándosele, dijo: «Pues yo os juro á Dios, que si os alcanzara, que el diablo iba tras vos.»

Doña Margarita. Trataban dos villanos en buena conversacion de los temores que tenia un enfermo peligroso, y dijo uno dellos: «Pardios, vecino, cuando un pobre enhermo ve venir á su casa el Santo Sacramento no puede tener contento.» Respondió el otro: «El Sacramento en salud se pergeña; la cruz me decid vos, que mete las cabras en el corral.» Replicó otro que los estaba oyendo: «Hola, hola, compadres; no os tomeis con la Iglesia, que no sufre cosquillas.»

Fabricio. Un estudiante portugués, muy satisfecho de sus estudios, llegó á un monasterio á pedir el hábito de religioso; y preguntándole el prelado de la casa si sabia latin, respondió que le dejasen hacer delante del convento una oracion, y verian si sabia latin y griego, y aun hebreo. Replicó el perlado que si se atreveria á hacer una oracion en griego y otra en hebreo. Y el respondió: «La orazaon en hebreo yo la faré con la ayuda de Deus; mays para facerlo en griego no es menester ayuda de Deus.»

Doña Petronila. Un villano entró en el claustro bajo del monasterio de Santo Domingo de Silos, diez leguas de esta ciudad, y vió una imágen de nuestra Señora hecha de una peña antiquísima, y admirándose mucho de verla, empieza á santiguarse, diciendo: «Dios te bendiga la huerte figura, y bien empleado el pan que comiste.»

Castañeda. Dábanle el Sacramento á un judío que estaba enfermo, y como le fuese preguntando el preste si creia los cuatorce artículos de nuestra santa fe católica, á todos decia: «Sí creo;» pero cuando llegó el preste á preguntarle si creia que Cristo, Señor nuestro, habia de venir á juzgar, etc., respondió: «Padre Cura, muy dificultoso se me hace creer que Cristo volverá á juzgar; porque la primera vez que vino le fué tan mal con mis antecesores, que no merecieron segunda venida.»

Don Diego. Bien sabe la cena con buena conversacion, y podria Castañeda tomar la guitarra y hacer de las que suele, que há mucho que no trata deso, y se le podria olvidar.

Fabricio. Bien creo que le importa la guitarra, que en efeto es su oficio; pero agora mas le importa cenar de lo que tiene delante.

Castañeda. De esa manera respondió un caballero, de cuya limpieza se estaba haciendo informacion para proveerle en cierta plaza de inquisicion, y estando con algunos amigos suyos, apartóse de la conversacion, quitándose las agujetas para acudir á su natural menester, y díjole uno dellos: «¿Pues agora que se trata de vuestra limpieza os vais á ensuciar?» Respondió él: «Aunque me importa que me provean, mas me importa que me provea.»

Doña Margarita. ¡Válame la Vírgen, Castañeda hermano, y qué desnudo y claro que lo dices, para estar en la mesa.

Castañeda. No entendí yo que les parecia tan mal lo desnudo á las damas, ya que lo claro sea el parlero de sus flaquezas.

Doña Margarita. No nos metamos agora cómo proceden las mujeres obrando; pero á lo menos en las palabras no son tan mal sonantes como las de tu cuento pasado.

Castañeda. A mi parecer lo que yo dije podrá oler mal, pero no sonar mal.

Doña Margarita. A tí no te sonará mal, porque los truanes sois todos sordos.

Castañeda. Como las mujeres mudas.

Doña Margarita. No somos mudas, pero hablamos con vergüenza.

Castañeda. Pardios, Margarita, si poca barba dice poca vergüenza, no sé yo con qué vergüenza podeis hablar las mujeres.

Doña Margarita. No consiste la barba en el pelo de afuera, sino en el miramiento y pundonor del ánimo.

Don Diego. Esperad, Señora, que vais muy devota con vuestras barbas de miramiento. Habeis de saber que un mancebo encogido y mortificado en su condicion y palabras, tenia mas de veinte y ocho años de edad y no descubria casi señal de barba, sino muy lampiña y poca, y como le diesen vaya sobre la barba, diciéndole que un hombre como él habia ya de tener un bigotazo que le diera vuelta por las orejas, respondió muy á lo devoto: «Bigotes tengamos en el alma, que estotros no nos importan.»

Castañeda. De esa suerte debe de ser la barba que dice doña Margarita que tienen las mujeres; porque, supuesto que no la tienen de partes de afuera como los hombres, sin duda que deben de barbar hácia adentro como cueros de aceite.

Doña Petronila. Pues no nos llevarás por ahí, que si para tener vergüenza es necesario tener barba, no quedamos las mujeres tan desamparadas de naturaleza, que ya que en el rostro no nos puso barba, en otras partes nos la pudo conceder.

Castañeda. Bien dicho, por Dios. Y ansí veréis las mujeres que, como os dieron la cara sin barbas, no teneis vergüenza en cara, sino donde las teneis.

Fabricio. Mas valiera callar, Señora; que os han dicho por lindo estilo que no teneis vergüenza en cara.

Don Diego. Mejor será dejallos; que se ha metido en fuga Castañeda con ellas.

Doña Petronila. No importa, Señor; que ya sabeis que no puede Castañeda ni los de su oficio afrentar á nadie, porque son muy livianos, y ansí no hacen golpe sus injurias.

Castañeda. Bien estáis en la materia de golpes; por el mesmo caso que son golpes de livianos quedais mas afrentada; porque el que quiere dar golpes de afrenta á su enemigo, no se los da con pesada espada, sino con caña liviana; y si es, como decis, que golpes de cosa liviana no hieren ni hacen injuria, nadie queda menos injuriado que yo, pues los golpes que recibo de vos son de mujer, que la mas grave es mas liviana que el hombre mas liviano.

Doña Petronila. Parece que nos hemos metido en unas poquillas de veras, y tengo por locura querer nosotras defendernos á razones; y ansí, quiero pre-

guntar al Dotor dos puntos en que habemos picado Castañeda y nosotras, para que, pues tiene letras, los resuelva sin pasion y con fundamento; y desto podrémos tratar en tanto que acabamos de cenar.

FABRICIO. Pues que teneis gusto en un rato de veras, preguntad en buen hora lo que os pareciere; que lo que yo alcanzara y supiere, eso responderé; y cuanto á lo demás que no supiere diré que no lo he mirado.

CASTAÑEDA. Preguntá cuanto quisiéredes; que lo que el Dotor no supiere resolver, aquí estoy yo, que no lo dejaré güeso sano.

CAPITULO IV.

Que contiene algunos problemas ordinarios, con extraordinarias y donosas resoluciones y cuentos que motejan de loco, y otros diversos.

DOÑA MARGARITA. Lo primero que pregunto es, por lo que dijo Castañeda, que la mujer mas grave es mas liviana que el hombre mas liviano, qué verdad tiene este dicho, ó si es falso.

FABRICIO. No tenemos necesidad de muchas letras para responder á esa pregunta; que la mucha experiencia que el mundo tiene de mujeres, nos dice á voces que la mas grave y mas sólida de todas ellas es una pluma al aire respeto del hombre mas de viento y menos fuerte de ánimo; hablo de mujer dejada á su naturaleza, sin los puntales y estribos de los sobrenaturales dones que algunas reciben del Autor de la gracia; que las tales son mujeres, y mas que mujeres.

DOÑA MARGARITA. No hablemos dellas sino dentro de los límites de naturaleza; y pruebo ser falso lo que habeis dicho, porque la experiencia está en contrario. Y si no, sepamos: en materia de liviandad ¿quién tiene mas resistencia y menos arrojamiento que la mujer? Quién procede mas disolutamente que un hombre? Ellos ¿no las solicitan, no las ruegan y dan mil tientos? No son ellas las rogadas? Y si alguno viene á decir de no, ¿no es siempre la mujer? Y finalmente, por la mayor parte, ó cuasi siempre, viene á quedar por ellas el no tener efeto las liviandades, y por el hombre ya mas quedo; que si hubo un Josefo en Egipto que no quiso, siendo rogado de su ama, consentir en una liviandad, no hay cada dia un Josefo; fuera de que, si no le pusieran puntales de fuerzas del cielo, no sé cómo saliera de la fiesta. Luego, dado que ambos sean tocados de una raza de liviandad, el exceso y la demasía se halla de parte de los hombres; por donde se dice sin fundamiento que son las mujeres mas livianas que los solicitadores y autores de la mesma liviandad, que son los hombres.

FABRICIO. Apretado habeis la llave á la dificultad con mucha fuerza; pero, como la verdad tiene para su defensa el peto fino de una concertada solucion y respuesta, no nos dejarémos rendir de vuestra réplica sutil. Y para que nos entendamos, habeis de saber que para todas cuantas cosas hacemos y dejamos de hacer los humanos, el mas fuerte motivo que tenemos es el apetito de la honra y reputacion con las gentes, que los que solo se mueven por interés no son gente, sino gentecilla. Esta reputacion y honor no está de una propia manera situada en el hombre y en la mujer; porque el hombre puede fundar la honra en muchos y diversos títulos, y la mujer en solo uno. Declárome. Puede un hombre situar su reputacion en letras, en armas, en gobierno y en virtud. Pero la mujer en sola la virtud puede fundar su honor; porque ni ellas son menester para letras, ni para jugar las armas ni salir con ellas al enemigo, ni para gobierno que pase de remendar unas mantillas á sus criaturas y dar unas sopillas á los gatos de casa; y si mas hacen, es meterse en la jurisdicion de sus maridos y dueños. De modo que solo pueden conservar reputacion y honra en la virtud; pero, como el honor y estimacion con las gentes respeto de la mujer no consiste mas de solo en una virtud, que es la honestidad, y el ser prenda de un solo dueño, de aquí es que en tanto será una mujer tenida por virtuosa, y por consiguiente por honrada, en cuanto tuviere de honesta y fiel á su dueño.

Y no va el vulgo fuera de razon en hacer compromiso de toda la honra y virtud de las mujeres en sola la honestidad y fidelidad á sus dueños; porque si cada cosa se ha de medir con su fin, para que fué criada, y de allí se ha de coligir lo que tiene de bueno ó malo, el fin para que se dió la mujer á la naturaleza humana fué para compañera del hombre, de tal manera, que el varon sea su dueño y su cabeza; y como la naturaleza aborrece en cualquiera cosa mas de un dueño y mas de una cabeza, así parece de derecho natural que la mujer sea prenda de solo un dueño y miembro de sola una cabeza, y hasta llegar á este estado de tener dueño, sea de ninguno, y esté guardada en la clausura del estado virginal y honesto. ¿Qué otra cosa nos quieren enseñar esos celos que tienen los brutos sobre que las hembras de su especie no tengan mas que un dueño, sino que la opinion de las gentes acerca de tener una mujer por honrada le funda en sola la virtud de la honestidad y guarda de su intereza hasta tener dueño, y en teniéndole, la fidelidad y fe que le guardan, sin admitir otro dueño ni otra cabeza? Finalmente, si miramos en el retablo de todo este mundo antiguo, hallarémos que aunque con el hombre no siempre se reparó en que fuese cabeza y marido de muchas mujeres, como se usaba en el tiempo de la ley natural y escrita; pero con la mujer siempre se ha tenido por punta de honor que no lo sea de mas de un marido. Y aun sin echar los ojos tan atrás, hallarémos en estos tiempos de agora que, aunque sea una mujer la mas calificada del mundo en muchas y diversas prendas y gracias, si las gentes saben della que le falta el ser honesta y fiel á su marido, no tiene adarme de honra, sino siempre está en reputacion de ruin mujer. Y ansí, es comun lenguaje decir: «Doña Fulana es la mas mala lengua y condicion de mujer que tiene el mundo; vengativa, parlera, codiciosa y desamorada con cuantos la tratan; pero la verdad se ha dicho, que en lo que toca á ser mujer honrada nadie puede decir otra cosa.» ¿Qué quiere decir honrada, si tiene tantas faltas como decis? Quiere decir que, como la mujer tiene situada toda su honra en sola la honestidad, como esa se le conozca, aunque tenga otras muchas faltas, siempre la tiene y canoniza el vulgo por honrada y mujer de bien.

Pero el hombre no va por este camino; porque, como no fué el fin para que le criaron el ser marido de una mujer, ni solo para ser compañero della en órden á la propagacion de los hijos; sino otras muchas cosas,

como son letras con que pueda enseñar las gentes, armas con que pueda defender su república, y gobierno con que pueda regilla y conservalla; de aquí es que el hombre que tuviere cualquiera destas partes, aunque no las tenga todas, tendrá bastante título para ser tenido por honrado; y así, verémos que si viene á vuestra casa un famoso capitan, y os dice alguno que no hagais caso dél, porque es un hombre deshonesto y mujeriego, respondeis que por eso no deja de ser un hombre honrado por su persona y sus armas; y lo propio diréis de un letrado. De suerte que, lo que sacamos en limpio de todo este discurso es, que la honra toda de un hombre estriba; no en sola una cosa, sino en muchas, y cualquiera una dellas le basta; pero el honor de la mujer solo está colgado de la honestidad y fidelidad á sus dueños.

Pues viniendo ahora á nuestro intento, digo que cuando un hombre y una mujer están altercando en materia de liviandad y flaqueza, no corren las parejas ni pelean con armas iguales; porque, como el hombre, aunque caiga en un barranco de flaqueza, no por eso envida todo el resto de su honor, sino que le quedan otras aldabas en que se tener y guardar honra con las gentes; solicita, ruega y persuade á la mujer, siendo el que levanta la liebre, y el que la sigue hasta cazarla si puede. Pero, como la mujer echa de ver que en solo aquel embite pone su caudal, y que en soltando de las manos la prenda de la honestidad y fe que debe á su dueño, si le tiene, queda perdida, no se atreve, teme, desviase y dilata la cura cuanto sus pocas fuerzas alcanzan; el cual desvío y resistencia no es efeto de su fortaleza de ánimo, sino del apetito de honra, que, como sabe que en consentimiento de aquella obra lo pierde todo, sin que pueda haber reparo, no se arroja ni determina, sino que muchas veces acaba y alcanza el pundonor y vergüenza que tiene de ver que se queda sin reputacion con las gentes; lo que no podria alcanzar ni acabar su ánimo y fortaleza, que no la tienen.

Pongamos un ejemplo en dos caminantes que van juntos un mesmo camino de cien leguas de jornada, y el uno dellos no tiene para todo el camino mas de veinte reales, y el otro lleva muy buena bolsa de quinientos ó seiscientos reales. Ofrécese en la posada un hombre que vende un hermoso pavo real que vale cuarenta reales; ponen en plática que se compre aquel pavo para regalarse aquel dia; claro está que de tan buena gana comeria del pavo el que no tiene mas de veinte reales como el que tiene seiscientos, y aun de mejor, porque no sabe de tanto regalo y tiene mas agudo el apetito; pero si le dijese el de buena bolsa que compren á medias el pavo, poniendo cada uno sus veinte reales, ¿cuál seria mas fácil de determinarse á compralle, el de los seiscientos, que aunque ponga veinte, le queda dinero harto para su viaje; ó el de los veinte, que si quiere pavo, se ha de quedar sin caudal para el resto de su camino? Cosa llana es esta, que andará mirando por sí, y un pensamiento se le irá y otro se le vendrá; y aunque tenga doblado apetito de comer del pavo, como ve que queda sin blanca, vencerá el deseo del regalo con el deseo de acabar su jornada. De mucho mejor gana comerian las mujeres del pavo de un deleite que los hombres; que en fin son menos fuertes y mas frágiles. ¿Quién hallará una mujer fuerte? pregunta uno que sabia que ninguna lo era de suyo; y sexo frágil llama la Iglesia á la mujer; pero, como el hombre, aunque escote los veinte reales de honesto, le queda caudal en la bolsa del honor para acabar honradamente el camino desta vida, fácilmente se determina comprar un rato de deleite y gusto; pero, como la mujer (que juntamente camina con el hombre esté viaje de nuestro destierro), si escota los veinte reales solos que tiene de honestidad, se queda sin un maravedí de honra y reputacion para acabar el viaje de su vida honradamente, pone todas esas dificultades, dilaciones y excusas que habeis puesto en vuestra ingeniosa réplica. Esto es lo que siento en esta pregunta; remítome á cualquiera mejor parecer.

Csatañeda. La suerte de mujeres de quien habla Fabricio, no las conozco; pero las que yo he tratado, tengo para mí que todas sus hazañas en detenerse no consiste sino en que no las hablan con el dinero en la mano; que á fe de hombre de bien, que (como dice un poeta)

Si le dieran mil reales á Lucrecia,
Ella fuera mas llana y menos necia.

Doña Petronila. Yo satisfecha quedo con lo que el Dotor ha dicho; no sé si lo quedais vos, señora doña Margarita.

Doña Margarita. Tambien lo quedo yo; sino que este Castañeda es una bestia, que todo lo echa luego por lo de pavía.

Castañeda. Bestia me llamó; ¿no me llamárades caballo, pues es todo uno, y no me afrentara dello?

Doña Petronila. Pues por vida mia, que pues que va de preguntas, que tengo de preguntar yo la mia, por lo que dijo agora Castañeda.

¿Qué es la causa que si á un hombre le dicen que es una bestia, se corre y afrenta dello, y si le dicen que es un caballo, no se corre?

Fabricio. Eso es fácil de responder, porque en esto de afrentarse un hombre con un apellido mas que con otro consiste en el uso de los vocablos; que si un nombre se toma en mala parte, cualquiera se afrenta con él; y ansí, verémos que llamar á una mujer buena mujer es afrenta, porque se toma en mala parte, y lo mismo es cuando á uno le llaman bestia, que ya está recebido este nombre por afrentoso.

Doña Petronila. Bien está eso; pero, supuesto que un caballo y una bestia son una misma cosa, pues no hay caballo que no sea bestia, ¿por qué nos afrentamos con lo uno, y no con lo otro?

Fabricio. Mirad, Señora, sabed que una mesma cosa mirada por diferentes lados descubre alguna perfeccion, y tambien alguna imperfeccion y menoscabo. Como el hombre, al cual, si le miramos por un lado, le hallarémos racional y entendido, que es cosa de suyo muy honrada; pero si le miramos por otra parte, le verémos mortal, frágil y corruptible, que es condicion baja y menoscabo suyo; y con todo eso, ambas las dos cosas se hallan en el mesmo hombre; y á quien le llamamos racional y entendido se honrará con ello, porque es cosa hermosa y perfeta en el hombre; pero si llamamos á uno frágil y deleznable, maldito el gusto ni honra recibe dello el tal; porque es falta, imperfeccion y menoscabo no pequeño del hombre. Ansimesmo el ser bestia y el ser caballo se hallan en un mesmo caballo; pero el caballo es cosa honrosa en su sugeto, porque dice aquella hermosura y brio, gallardía y fortaleza, aquella lealtad al servicio de su amo, que son

todas las perfeciones en el caballo; y ansí, sabido ser esto verdad, no hay razon ninguna para afrentarse nadie de le llamar en caballo. Pero el ser bestia dice y arguye una naturaleza menos que hombre, de menos quilates que la humana naturaleza; ansí es imperfeccion, porque toda inferioridad y toda memoria envuelve y dice imperfeccion y menoscabo; y de aquí es que á quien le llaman bestia le afrentan, porque le llaman menos que hombre.

Castañeda. Muy delgado hilais, señor dotor Fabricio, y sin tanta metafísica ni especulacion se puede satisfacer á esta pregunta que se ha hecho, diciendo que el ser bestia es bajeza grande, y no lo es el ser caballo; y la razon desto, si saberla quereis, no es otra alguna sino porque las bestias nos las administran gente vil y muy baja, pues las acostumbran y suelen vender no otros sino los mulateros; y de la misma manera no las curan otros sino los albéitares. Pero los caballos es cosa cierta que pican mas alto, porque nos los suelen y acostumbran vender las damas, que son gente subida, y los curan los cirujanos, que son gente levantada de sienes por lo que confinan con barberos.

Doña Margarita. No sé qué yerba has pisado, Castañeda, despues que te pusiste á la mesa; que no haces sino perseguir las mujeres en todas tus razones.

Doña Petronila. Yo os diré la yerba que ha pisado: él se abrazó con la bota, como no halló hembra con quien acomodarse, y como se ha conglutinado con ella, la bota es de buena condicion, que si la pide las entrañas, se las da; y ansí, el buen Castañeda está hecho una mona.

Castañeda. Si están monas ó no están monas, no se meta nadie en eso. Pero, pues que me lo llamastes, quiero fundar mi pregunta en eso mesmo.

Dígame el Dotor, y tambien me lo diga don Diego. Supuesto que un borracho está tan torpe como le vemos, y una mona tan diligente y placentera, ¿por qué al que está borracho le dicen que está hecho una mona?

Don Diego. Quiero decir mi parecer primero, para ser corregido despues con el del Doctor. Paréceme que para llamar al borracho mona, que es bastante fundamento que se le parezca en alguna cosa notable.

Castañeda. Bien vais; pero ¿en qué se parece el borracho á la mona, supuesta la disformidad de torpeza en el uno y diligencia en el otro?

Don Diego. Parécense y son semejantes en que, ansí como la mona está puesta á la risa y mofa de la gente y los muchachos, ansí el borracho está sujeto á lo mismo, como una mona; por donde los que le llaman mona no atienden á la torpeza y diligencia en que difieren, sino á la mofa y risa que hace la gente de la una y del otro; que en esto convienen y se parecen.

Fabricio. Harto congruencia tiene esa razon; pero si atendemos á la condicion de la borrachez, hallarémos (á mi parecer) la razon perentoria de llamar al borracho mona. Porque el que se emborracha, primero que del todo esté privado del juicio, pasa por cierta disposicion y estado que media entre borracho del todo y no borracho, conviene á saber, cuando un hombre comienza á pasar un poquito mas adelante en el brindar de lo que su cabeza puede llevar, que llaman estar asomado; y los acidentes deste estado son alegría y mucho parlar y chacotear, andar de aquí para allí con una gustosa inquietud nacida de una alegre disposicion, llena de risa y placer. Y al borracho que está en este estado le dicen propiamente que está hecho una mona; porque todos aquellos meneos y desgaires que hace, toda aquella chacota y ruido que mete, y tambien toda aquella alegría y placer que tray consigo es muy propio de las monas, como parece claro por experiencia. Pero al borracho que pasa de este estado y esta mediana disposicion, de modo que ya pierde el tino y juicio, dando consigo en suelo, ya no le llaman mona, sino cuero y zaque, pues que se cay de su estado como el cuero lleno de vino. Otros le llaman X, porque cuando va andando, con las zancadillas que da, va formando con las piernas una X.

Castañeda. Tambien me parece que se puede llamar mona porque, así como lo mona anda dos ó tres pasos en dos piés como persona, y luego se pone en cuatro piés como bestia; así el borracho, cuando mucho, forma tres ó cuatro pasos en dos piés como hombre, aunque no muy á compás; pero luego se acoge á favorecerse de los piés y manos, dando de hocicos y andando á gatas como mona.

Don Diego. Como el vino y el tocino son tan correlativos y parientes, que no sabe andar el uno sin el otro; porque apenas pondréis un bocado de tocino en el paladar, cuando luego pregunta por el jarro y le da gritos, habeisme despertado con la memoria que acabais de hacer del vino, un deseo de preguntar qué es la razon que los moros no comen tocino, ni tampoco los judíos.

Castañeda. Eso yo os lo diré mejor que el Doctor y que cien doctores. Como Dios echase de ver que cuando levantaron por ídolo los judíos una ternera la habian reverenciado como si fuera su dios, sabia cuánto mejor era un torrezno que diez terneras, y que si les dejaba comer tocino, pensarian que no habia otro dios en el mundo sino el tocino; y ansí, se lo quitó de las garras. Y si no satisface esto, lo mas cierto debe ser que en pago de la protervidad y rebeldía que aquella mala casta tuvo con su Dios, les quiso, entre otros castigos, privar del mejor bocado que tiene la naturaleza para plato de los hombres. Esto es lo que toca á los judíos. Pero la razon por donde los moros no lo comen no va por este camino, sino por cierta palabra mal entendida que oyeron los moros á Mahoma. Es el caso, que estando Mahoma escribiendo su ley, para tomar un poco de alivio se salió un dia á pasear, acompañado de muchos caballeros moros, que todos iban á caballo, y Mahoma en un caballo nuevo, brioso. Sucedió que andando por una calle, vinieron de través ocho ó diez lechones, que se desmandaron de una manada dellos, y atravesando por entre los piés del caballo do Mahoma, le alborotaron de tal manera, que con los brincos que dió se le cayeron dos ó tres plumas de la rabadilla, y no hicieron tan pequeño ruido, que no las oyó el devoto Mahoma, y dijo: «De esos no como yo.» ¿Qué pensaron los que iban con él, sino que lo habia dicho por los puercos de la manada? Y no lo dijo sino por el puerco de su caballo. Y luego ellos hicieron ley y decreto de no comer tocino, fundados en esta palabra de Mahoma mal entendida.

Don Diego. Muy donosos inconvenientes suelen causar palabras mal entendidas; y ansí, por no entender bien otra palabra un sacerdote hizo una cosa harto de

risa. Cantaba misa nueva un extranjero, y era su padrino otro de su mesma nacion; y cuando iba cantando el prefacio de la misa, aquellas palabras que dicen: *Et ideo cum Angelis*, etc., estaban abreviadas en el misal con solas tres letras, que son I. D. O., que dicen *Ideo*. Y como el misacantano no supiese leer la tal abreviatura, acordó de cantar diciendo á voces en lugar del *Ideo*, una I y una D y una O. Y como el padrino le enmendase, diciendo: *Et ideo cum toto lo diabolo de Palermo*, obedeciendo el misacantano, tornó á repetir, cantando á voces, las mesmas palabras del padrino, conviene á saber: *Et ideo cum toto lo diabolo de Palermo, cum thronis et dominationibus*.

Fabricio. Otro efeto de palabras mal entendidas me acuerdo que sucedió á unos mochachos de cierto barrio, que dieron en perseguir á un hombre llamado Ponce Manrique, llamándole Poncio Pilato por las calles; el cual, como se fuese á quejar al maestro en cuya escuela andaban los muchachos, el maestro los azotó muy bien, mandándoles que no dijesen mas desde ahí adelante Poncio Pilato, sino Ponce Manrique. A tiempo que ya los querian soltar del escuela, comenzaron á decir en voz la dotrina cristiana, y cuando en el credo llegaban á decir: Y padeció so el poder de Poncio Pilato, dijeron: «Y padeció so el poder de Poncio Manrique.»

Castañeda. Veis aquí otro engaño de palabras mal entendidas: Estábase confesando una vieja, y en persinándose, le dijo al confesor: «Padre mio, ¿en qué veré yo si tengo pecados ó no?» Respondió el confesor, diciendo que si habia guardado los mandamientos, no tenia pecado ninguno. Entonces la buena vieja, á vuelta de un gran sospiro le dijo: «Ay padre mio, que guardados y bien guardados los tenia yo en una alacena en mi casa; sino que el bellaco de mi Joanillo me pidió la cartilla para ir al escuela, y allá me la perdió, y los mandamientos en ella.

Fabricio. Por lo que dijo don Diego del misacantano, me acuerdo que un caballero tenia de costumbre cuando oia la misa, de adelantarse en decir la gloria y el credo en alta voz, algo antes que el sacerdote, y un dia feriado, que no tiene credo la misa, ansí como el caballero comenzó á decir su credo á voces, vuélvese á él el sacerdote con mucha cólera, y dícele: «Téngase, cuerpo de Dios, que es misa de feria y no tiene credo.»

Doña Petronila. Por lo que dijo Castañeda de la vieja que se confesaba, me acuerdo de otra vieja que se estaba confesando, y preguntándola el confesor cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, respondió un poco tímida que tres. Y replicándola el confesor que mirase lo que decia, dijo la piadosa vieja: «Ay, señor mio, que mas deben de ser de trescientas, sino que yo soy una pecadora.»

Fabricio. Hola, levanten esta mesa, que todo se nos ha ido en casar á estos señores con bachillerías, y no les habemos dado de cenar cosa buena.

Don Diego. Paréceme que no os contentais con habernos hecho banquete á los estómagos, sino que juntamente nos le habeis hecho al alma con tan sabrosos platos de donaires, como todos hemos gozado. Vivais mil años, para que nos digais mucho.

Fabricio. Por ese favor que me dais, me quiero yo tomar otro, y es, recostarme en el regazo de mi señora doña Margarita.

Castañeda. Si os poneis en la falda de doña Margarita, pareceréis perrico de falda.

Doña Petronila. Mal apodo, como todos los diablos. Pues ¿tú no ves que el Dotor es hombre robusto y abultado, áspero de rostro y muy barbado? ¿Cómo dices que parece perrico de falda?

Castañeda. A lo dicho me atengo yo; pero hase de entender que parece el Dotor perrico de falda de monte, que son mastines en mi tierra.

Fabricio. ¡Hola, don Diego! por vida vuestra, que le digais á Castañeda que saque al aire aquella bota, pues que la ha sacado el vino; y entre tanto sacalde vos á él el aire de la cabeza, que se le menea al pobre aquí y allí, como veleta en caballete de tejado.

Don Diego. Entendí que íbades á decir lo que dijo en otra ocasion Colmenares. Llevaba un vecino un cuero de vino á casa de Colmenares para que se vendiese en su taberna, y el mozo que le llevaba era algo barrigudo, craso de cuerpo, y al tiempo que se le quiso descargar de las espaldas, el pobre hombre se descuidó al abajarse, y con la fuerza que hizo fué fuerza despedírsele de la casa de su vientre dos criados que no tiran gajes; que como lo oyó Colmenares, dijo: «¡Hola, vecino! Otra vez, primero que entreis en mi taberna sacaréis el aire á ese cuero de vuestro mozo; que en mi taberna no se vende ni se bebe dese vino.»

Fabricio. Mas estimacion hace Castañeda del viento, pues le tiene dado asiento en lo mas alto de su persona, que es la cabeza.

Castañeda. Bravo rancor habeis tomado conmigo de poco acá, que no haceis sino dar tras mi cabeza; pero con todo eso, estoy satisfecho que si fuérades un hombre muy poderoso, no medrara poco Castañeda. Si fuérades papa, ¿qué me hiciérades, por vida del Doctor?

Fabricio. Si fuera papa, te llevara conmigo á Roma, y si fuera nuncio te llevara conmigo á la casa de los orates.

Don Diego. Dádole habeis en las mataduras, y á todos nos habeis dado materia; y prosiguiendo con ella adelante, habeis de saber que una señora, acabada de venir de misa con dos hijas suyas, que aunque eran hermanas, nunca tenian paz; y porque diciéndose el evangelio en la misa, no se habia puesto en pié la mayor dellas, la estaba riñendo la madre con mucha cólera, y llamándola bellaca loca tres ó cuatro veces, se levantó de su estrado la menor; y como la dijese su madre que no decia á ella, que por qué se levantaba, respondió: «Levántome porque dice vuestra merced el evangelio.»

Doña Petronila. Tambien diré yo el mio: Estaba Colmenares un dia en su calle, muy enojado y colérico, dando voces, y un caballero vecino y conocido suyo, que estaba en opinion de hombre de poco casco, sintiendo desde su casa las voces de Colmenares, se asomó á la ventana, y le dijo, burlándose con él: «¡Ah! señor vecino, ¿quiere que le envie una naranja para cortar esa cólera?» Respondió Colmenares: «Invie vuestra merced el agrio, y guarde los cascos.»

Fabricio. Un caballero quebrado de un lado, y que se corria mucho se lo dijesen delante de nadie, estando en una conversacion de damas, entre las cuales habia una con quien se picaba, pidió una vigüela, y

dióles un rato de muy buena música, que lo sabia hacer por extremo; y una de las circunstantes, loando su destreza, se volvió á la dama del caballero, diciéndola que se podia preciar de tener por devoto á la prima del mundo en música. Respondió ella, diciendo: «No puede ser bueno para prima el señor don Fulano, porque seria prima quebrada.» Replicó el caballero: «Harto menos vale vuestra merced para prima, porque la prima ha de ser cuerda.»

Doña Margarita. Pocos habréis oido mejores que el mio: Cierto eclesiástico muy bien nacido y noble perdió muy buenas rentas eclesiásticas por ser incapaz de dignidades, á causa de ser algo atronado. Llegáronse él y otro amigo un dia á una almoneda, donde compraron algunos lienzos de pintura, entre los cuales habia uno del final juicio, muy extremado, pero de muy grande precio, el cual, como no pudiese comprar el dicho señor, por no tener caudal, dijo muy lastimado: «¡Oh cuerpo de Dios, qué juicio me pierdo por no tener dineros!» Respondió el amigo: «Mejor diréis: ¡Qué dineros me pierdo por no tener juicio!»

Castañeda. Frecuentaba mucho cierto caballero entrar en una casa donde vivian muchas mujeres, y como se fuese engendrando un poquillo de invidia entre ellas, por ver que toda la conversacion y trato del caballero era con sola una dellas, haciendo poco caso de las demás, por ser algo güecas de cocote; acertó á venir un dia, estando ausente la querida, y como las envidiosas le tuviesen á solas, llevándolo por lo honrado, le dijeron: «Señor don Fulano, mire vuestra merced que da nota de su persona en esta casa, y que nos obliga á que todas andemos echando juicios.» Respondióles el caballero: «No echarán, que no los tienen.»

Don Diego. Iban ciertos galanes por una calle, y el uno dellos tropezó de modo que, por favorecerse de la pared, se dió en ella un golpe con la cabeza; acudieron á ver si se habia herido, y como dijese que no se habia hecho mal, respondió uno dellos: «Luego vi yo que no fué de pesadumbre el golpe.» Preguntáronle por qué, y dijo: «Porque se dió con los tercios vacíos.»

Doña Petronila. Encomendáronle un sermon á cierto predicador para un monasterio de monjas, y encomendáronsele muy tarde, que casi no tuvo lugar de estudialle; y cuando subió al púlpito, les entró diciendo con algun enfado á las señoras monjas: «Otra vez avisen con tiempo á los predicadores, y no nos hagan venir aquí á predicar á tontas y á locas.»

Castañeda. Otro se me acuerda: Un caballero de poca edad y menos juicio acometió cierta pendencia de espadas desnudas, y alcanzáronle un gran revés en la coronilla, que le llevó buen pedazo del casco. Metiéronle á curar en una casa de un cirujano, y como el cirujano vió que le faltaba un pedazo de casco, dijo que era menester añadirle aquello de un casquillo de calabaza. Dijo entonces un amigo del herido: «Pues para eso búsquese el pedazo que le cortaron.»

Fabricio. Como nos hemos metido en el calor de la conversacion, nos hemos olvidado del calor de la chimenea. Lleguémonos á ella, y démonos una calda á los piés y manos y un buen filo á la lengua, y en siendo hora nos podrémos ir á esperar el miércoles de Ceniza sobre las almohadas.

CAPITULO V.

En que se moteja de ladron, de pobre y de mala mujer, y se remata la conversacion con un romance en que se hace relacion de lo que pasa en unas Carnestolendas.

Don Diego. Paréceme que teneis temor de la lumbre; llegáos acá, Margarita, que se abren las tejas de frio.

Doña Margarita. No me atrevo; que me han dicho por una señal que tengo en el rostro, que tengo de tener peligros de fuego.

Don Diego. No sé yo cómo ha de ser eso; que para mí harto tibia sois en hivierno y verano.

Fabricio. Oid un dicho como ese: Casi en todas las religiones se acostumbra un castigo por culpas leves de los religiosos, que es quitarles el vino de las comidas. A un fraile lego se lo quitaban por descuidos cuotidianos casi cada dia; y como en cierta ocasion le mirase las rayas de las manos un amigo que conocia dellas, le dijo que mostraba por ellas haber tenido muchos peligros de agua. Respondió el fraile sonriéndose: «Por el hábito que tengo, que deben de estar las arrayas de mi mano erradas si dicen peligros de agua, porque en veinte años que há que soy fraile, no hago sino padecer peligros de vino á las horas del comer.»

Doña Petronila. Mirad que por atender á lo que se dice os llega la llama de los manojos á las cejas; salíos afuera, Fabricio.

Fabricio. No importa; que eso queremos los friolentos.

Doña Margarita. De unos villanos he oido yo otro dicho como ese: Corríanse toros en cierta villa de España, y antojóseles á unos labradores que venian de cavar sus viñas pasar por medio del coso poco antes que soltasen el toro, caballeros en sus jumentillos y las azadas al hombro. En esta sazon soltaron el toro, y como la gente les dijese á voces que se aparten á un lado porque estaba el toro fuera, uno dellos, muy tieso y haciendo piernas en su borriquillo, dijo: «Eso queremos los de á caballo.»

Fabricio. Aunque no viene á propósito, estoy con particular contento de ver que mañana entra la Cuaresma.

Castañeda. ¿Por qué?

Fabricio. Porque apartarémos cama doña Petronila y yo; que por Dios que es bravo censo traer todo el año una mujer cosida consigo.

Doña Petronila. Pues á fe que si va por ahí, que no es mucho descanso tener las mujeres todo el año los maridos á cuestas.

Castañeda. En una procesion de disciplinantes iba uno de los que la gobernaban diciendo á voces: «Anden, anden, señores, que es tarde, y se van abriendo las espaldas estos hermanos de la disciplina.» En esto se paró uno que llevaba una gran cruz á cuestas, y dijo: «Pues por Dios que los de la madera que no van muy descansados.»

Don Diego. Dejando una materia por otra, hoy he oido en la calle que dice que ha salido premática en Madrid que no se puedan llamar don los caballeros hasta edad de treinta años, porque dicen que el don en los hombres es para denotar autoridad, y hasta los treinta años no la pueden tener. Item, que porque el don en las mujeres se les da, no á título de autoridad

(que no se les pone bien), sino á título de damería y hermosura, mandan que á ninguna mujer de sesenta años arriba la llamen don.

CASTAÑEDA. Por Dios que me pesa, porque ya no se lo podrémos llamar á estas mis señoras.

DOÑA MARGARITA. Lleve el diablo tus muelas; ¿en qué viste que teníamos nosotras sesenta años para quitarnos el don?

DON DIEGO. Ansí dijo nuestro Colmenares en otra ocasion. Estaba un sastre, vecino de Colmenares, alabando mucho al corregidor desta ciudad porque tenia grande cuidado en limpiarla de los ladrones, y que esperaba en Dios que antes de acabar el oficio habia de quedar la ciudad del todo barrida de gente de rapiña. Díjole Colmenares con gran tristeza: «Por Dios, vecino, que me pesa.» Preguntóle el sastre que por qué le pesaba de la limpieza de la ciudad; y respondió: «Porque pierdo en vos un honrado vecino y amigo.»

DOÑA PETRONILA. A ese llamáronle ladron con algun fundamento; que en fin era sastre. Otro dia vió venir el mesmo Colmenares un escribano, que era su vecino, rezando un rosario; y preguntándole Colmenares que á cúya devocion rezaba aquellas avemarías, respondió el escribano que las rezaba al santo de su oficio, que era san Juan Evangelista. Replicó Colmenares: «Por Dios, vecino, que vais engañado, y que todos esos rosarios que rezais se los quitais á san Dimas, como quien los quita de sobre el altar.»

FABRICIO. Un mercader de Bilbao, que trataba en barras de hierro, tenia algunos indicios de un criado suyo que le hurtaba algunas barras del aposento donde tenia la mercadería. Un dia pidióle á su amo la llave del aposento para sacar un juego de argolla, con que se entretenia las fiestas; y aunque de mala gana, se la dió su amo, diciendo: «Tomad, Sebastian, la llave; sacá el argollo, y por amor de mí que no hagais tantos yerros jugando contra mí.» Haciéndose mucho de nuevas el bellaco del criado, dijo: «¿Por qué lo dice vuestra merced?» Y respondiéle: «Porque jugueis limpio y sin daño de barras.»

DOÑA MARGARITA. Yo no me atrevo á proseguir la materia de ladrones; que como es despues de cenar y casi hora de acostar, no pueden ocurrir los cuentos tan á propósito; y ansí, á trueco de que no cese la conversacion, soy de parecer que digamos los cuentos como salieren, aunque no vengan tan á propósito; que todo es plata quebrada, y harto á propósito viene lo que entretiene.

Y ansí vendrá nuestra conversacion á ser una pepitoria de diversas cosas.

DON DIEGO. Y aun si viniese á noticia de alguno esa pepitoria, podria decir della lo que dijo el otro. Cierto estudiante, de quien se tenia poca satisfacion y menos estimacion, compuso un libro de diversos y diferentes bocadillos de cosas naturales, por lo cual le intituló *Pepitoria de filosofía*. Llevando á ver este libro, para imprimille, á cierto letrado de buen gusto, leyó el título, y dijo: «Señor licenciado, lo primero que tengo de quitar deste su libro ha de ser el título que le pone, llamándole Pepitoria.» Preguntóle que por qué, y respondióle: «Porque la pepitoria lleva piés y cabeza; pero este su libro ni lleva piés ni cabeza.»

FABRICIO. Con todo eso, me quiero aprovechar de la licencia que nos da mi señora doña Margarita que digamos los cuentos como salieren. Yo soy testigo de oidas y vista de lo que agora contaré: Tenian los padres trinitarios en Salamanca un grande maestro teólogo de su órden, que se llamaba el padre Sepúlveda, de quien se hacia mucha estimacion en su casa y en toda su órden. Leyendo un cierto catedrático en las escuelas la materia de *Trinitate*, le preguntó un oyente al poste (que llaman) que, supuesto que habia tres personas distintas, que declarase cuál era la principal persona de la Trinidad. Respondióle el maestro: «El padre Sepúlveda.»

CASTAÑEDA. Pues que todos vivis sin ley, no quiero ley. Estaba en una conversacion de damas un caballero capitan, á quien ellas habian estrujado la bolsa largamente, que usaba muchas y muy grandes plumas en el chapeo. Llegó á este punto un capon, sacristan de la parroquia y conocido de todas aquellas damas; y como se metiese en conversacion con ellas, díjole el capitan: «¿No echará de ver el muy capon, siquiera en las plumas de mi sombrero, que soy hombre que le daré una pisa de coces si delante de mí se mete en conversacion con estas señoras?» Respondió el capon: «Si por plumas lleva el señor capitan, mas pluma tengo que su merced, porque á mí, con ser capon, no me han pelado estas señoras, y á él sí.»

DOÑA PETRONILA. Preguntóle un caballero á un criado de un clérigo que dónde estaba su amo, y respondióle que estaba diciendo misa, para partirse luego diez leguas de allí á un negocio. El caballero, para saber si podria llegar á tiempo de oille la misa, le tornó á preguntar al mozo, diciendo: «¿En qué va vuestro amo, amigo?» Respondióle: «Señor, en una mula de alquiler.» Dijo el caballero: «No digo sino en la misa, Señor, en qué va.» Respondió: «En la misa, Señor, va á pié.» Concluyó el caballero, diciendo: «Por nuestro Señor, que si yo fuera vuestro amo, que nunca buscara otra bestia.»

DOÑA MARGARITA. Esta es mucha libertad; todo el mundo se aperciba, que á mí me cabe agora la vez; pero del manjar que saliere en este cuento que diré, se han de jugar las demás cartas: Vió un caballero desde una ventana que pasaba por la calle el padre (que llaman) de las buenas mujeres, y por su curiosidad le llamó que subiese arriba. Él subió, y el galan le empezó á hacer algunas preguntas tocantes á su oficio, pero tratándole con mucho respeto y llamándole de majestad. Una dama que estaba presente entre todas dió en enfadarse porque el caballero usaba tanta cortesía con aquel hombre, haciéndole cargo del respeto con que procedia con el padre de las mujeres públicas; á lo cual respondió el caballero: «Por cierto, Señora, vuestra merced tiene mucha razon; que aquí nadie de nosotros está obligado á honrar á este hombre sino solo vuestra merced.» Y preguntándole ella que por qué, respondió: «Porque en el mandamiento cuarto le mandan á vuestra merced que honre á su padre.»

CASTAÑEDA. Segun esto, la materia es motejar de mala mujer. Allá voy: Un galan harto discreto, aunque notado de cierta raza (que por la mayor parte hacen matrimonio los nietos de Jacob con la sutileza de ingenio), habia puesto los ojos en cierta señora para su compañera conyugal; y como se determinase un dia

de manifestar su pensamiento, fuése á la señora, y díjola que se tendria por muy venturoso de que le quisiese por su marido. A lo cual con grande entonacion y cólera respondió ella : «¡Jesus, Señor! ¿Eso me dice vuestra merced? Por el siglo de mi padre, que entiendo que si vuestra merced me cogiese en su juridicion, que un dia me vendiese por treinta reales, por parecerse á los suyos.» Respondió el galan : «No haria, desvergonzada; que lo que yo habia de vender por treinta primero lo venderéis vos por medio.»

Fabricio. Un casado muy celoso vió entrar á su mujer algunas veces en un locutorio de frailes á comunicar cosas de su conciencia con un religioso que tenia por apellido fray Fulano Luna; y como la dijese que no estaba bien con la conversacion de aquel padre, dijo ella que no tenia que sospechar en el religioso, porque aunque ella quisiera ser ruin mujer, no lo consintiera él, porque era muy noble y de la casa de los Lunas. Respondió el marido: «Ya veo que es Luna; pero es luna con cerco, que es señal de lluvias.»

Doña Petronila. Tenia Colmenares una hija de edad de veinte años, que dió tan mala cuenta de su honestidad, que se vino á perder de bubas. Parióle su mujer otra mochacha, y como se llegase el dia del bautismo, hallóse presente Colmenares en la iglesia; y al tiempo que el cura ponia la sal en la boca á la criatura, llegó Colmenares y túvole del brazo, diciendo: «Tenga vuestra merced, y hagámela de no poner esa sal en la boca, sino en los muslicos.» Preguntáronle por qué, y respondió : «Porque por ahí se me dañó la otra.»

Don Diego. Una señora de mucho toldo, que le habia alcanzado por su buena cara, no obstante que fué hija de padres zapateros, hubo palabras de pesadumbre con Colmenares, y como la fuese picando con algunas razones que daban á entender la humildad de sus principios y la bajeza de sus medios, dijo ella muy enojada : «El señor Colmenares no me debe de conocer bien; pues conózcame, y sabrá que soy noble hasta los tuétanos.» Respondió Colmenares : «Agora viene á mi noticia que tenga vuestra merced la nobleza en los tuétanos, porque siempre entendí que la tenia entre cuero y carne.»

Doña Margarita. Una moza de pocos años y otro tanto juicio entró á servir á un hidalgo de poco mas, que vivia pared en medio de Colmenares, y á cabo de cinco meses que le servia salió preñada en otros cinco. Como se vió cargada de barriga y que no podia servir, fuése á su amo, que estaba entonces en casa de Colmenares, y díjole que no le podia servir, que la pagase su salario y el daño de su barriga. Como el amo la preguntase que quién la habia puesto en cinta, respondió ella : «Señor, lo cierto es que me hice preñada estando en servicio de vuestra merced.» Respondió Colmenares : «Harto mas cierto es que os empreñastes estando en su orinal, y no en su servicio.»

Castañeda. Enmendado nos habemos en hablar á propósito; y ansí, para no perder la honra, nos podríamos ir á acostar.

Don Diego. ¿Luego pensabas irte sin tomar un poco la guitarra y decir de repente alguna cosa?

Doña Margarita. Mirad, Señor, que pienso que este loco no hace eso sino es levantándole la vena con algunos realejos de á cuatro en la mano.

Castañeda. Bien oigo lo que decis; pero si hubiese de guardar esa costumbre esta noche, por Dios que pienso que os quedábades esta noche sin coplas de repente.

Doña Margarita. ¡Oh bellaco! eso es motejarnos de pobres. Pues mira que te lo rogamos doña Petronila y yo; que siquiera por lo que tienes de servidor de damas, lo hagas.

Castañeda. Entretenéos en tanto que pongo una prima y tiemplo la guitarra.

Fabricio. Pues en el ínterin se me ofrece un chiste que moteja de pobre, como lo hizo Castañeda : Cierto galan, que gastaba mas entonacion de su persona que reales de su bolsa, porque no los alcanzaba ni aun para un vestido honrado, que el que traia era harto viejo y raido, iba un dia muy tieso por la calle, y pasando junto á él unas damas, no las quitó la gorra. Díjole una dellas que por qué no se la quitaba y hacia algun movimiento de buena crianza; y él respondió que no hacia movimiento ni quitaba la gorra, porque era todo do una pieza. Dijo la dama : «Pues no es poco ser de una pieza, siendo, como es, de ropa vieja.»

Don Diego. Un caballero harto alcanzado de moneda, y que lo procuraba disimular cuanto podia, estaba la noche de Navidad en conversacion con otros amigos; y preguntándole uno dellos qué pensaba hacer aquella noche, respondió que habia de comprar un mazo, como chico, y con él andarse dando de puerta en puerta. Díjole otro : «Mejor andaréis pidiendo de puerta en puerta.»

Doña Margarita. Iban juntos por la calle un carnicero rico y un hidalgo pobre, y preguntóle á Colmenares un amigo que quiénes eran aquellos hombres y de qué comian. Respondióle Colmenares : «El uno come de lo que pesa, y el otro no come de lo que le pesa.»

Doña Petronila. Paréceme que está ya acordada la guitarra. Ea, Castañeda, no hay sino sangrar esas venas poéticas y arrojar versos de repente.

Castañeda. ¿Cómo quereis que hable en verso,
Discretas y hermosas damas,
Que se me han vuelto las musas
Esta noche en musarañas?
Apenas abrí los ojos
Hoy mártes, por la mañana,
Cuando pedí de almorzar,
Sepultado entre las mantas.
Almorcé y bebí un polvillo;
Vestíme, y tomé la taza
Para echar otro polvillo,
Que un polvillo á otro llama.
Vínome á ver un amigo,
Y como encontró las armas
Del vaso y jarro del vino,
Otro polvillo me encaja.
Comimos en cas del Conde,
Donde polvillos no faltan;
Pues habiendo merendado,
¿Quién deja de hacer la salva
Con otro par de polvillos
Mientras que la cena llama?
Y como son tantos polvos,
Tal polvoreda levantan
En la region de mis cascos
Y de toda su comarca,
Que me tienen aturdida
La fantasía y el habla.
Y ansí, tengo aquesta lengua
Dura y gruesa como estaca;
Ved qué gentil aparejo
Para coplas no pensadas.

Doña Margarita. No es excusa esa, ni la tienes; porque, aunque hoy haya sido para tí mártes de polvo,

mañana será para todos miércoles de Ceniza; fuera de que antes el vino alegra el corazon, y nunca el poeta alegre tuvo excusa de no poetizar.

Doña Petronila. No hay sino paciencia y versos, hermano Castañeda; y entre tanto que viene Ceniza, con que echemos en colada todas las inmundicias del año, prosigue y dinos en verso algo de lo que pasa en el mundo tales dias como hoy, lúnes de Antruejo.

Doña Margarita. Mártes dirá vuestra merced, señora hermosa, que se pierde en los dias de la semana.

Doña Petronila. Ya lo veo, que bien parece tiempo de perdidos y perdidas. Vaya deso.

Castañeda. Mártes era, que no lúnes,
Mártes de Carnestolendas,
Víspera de la Ceniza,
Primer dia de Cuaresma.
Ved qué mártes y qué miércoles,
Qué vísperas y qué fiesta;
El mártes lleno de risa,
El miércoles de tristeza.
Mártes, que con ser de Marte,
No se trata de pendencias;
Que todas son amistades,
Aunque no son todas buenas.
Mártes, en que el cuerdo y loco
Corren iguales parejas,
Porque al que no las corre,
Lo corren en casa y fuera.
Todo es buñuelos de viento,
No hay hombre que se sotenga;
Que la mujer todo el año
La hallareis de una manera.
Que para quien siempre es carne,
Siempre son Carnestolendas,
Y huesos no se atribuyen
A quien no tiene firmeza.
Y aunque se formó de un güeso
De Adan la mujer primera,
Era una tuerta costilla,
Y ansí no andan á derechas.
Pero pueden consolarse,
Que hoy no se halla diferencia
De los viejos á los niños,
De los hombres á las hembras.
Todos tratan de su gusto,
A quien hoy sueltan la rienda;
Unos se van á los bailes,
Otros cantan, otros juegan.
Unos tratan de comidas,
Otros tratan de comedias;
Unas se caen de dormidas,
Y algunas se caen despiertas;
En fin, casi todas caen,
Que casi todas tropiezan.
La mujer se viste de hombre,
Y el hombre se viste de hembra;
Aquí se asan entre cuestos,
Allí se asan entre cuestas.
Aquí va un perro acosado
De un cuerno que atrás le cuelga,
Allí va un pobre casado
Que lleva dos en la testa.
Los niños van á sus gallos,
Los viejos á sus galletas,
Las niñas á sus galanes,
Los mozos á sus gallegas.
¡Qué de almuerzos y comidas
Qué de cenas y meriendas,
Donde tantas botas paren,
Como devotas se empreñan!
¡Qué de abundancia de cosas,
Qué de aparato de mesas,
Capones, pavos, perdices,
Conejos, gallinas tiernas,
Cubilletes, manjar blanco,
Cecina, empanada inglesa,
Carnero, vaca, tocino,
Chorizo, monjicazuela!
¡Qué de grita por las calles,
Qué de burlas, qué de tretas,
Qué de harina por el rostro,
Qué de mazas que se cuelgan;
Trapos, chapines, pellejos,
Estopas, cuernos, braguetas,
Sogas, papeles, andrajos,
Zapatos y escobas viejas!
Y con ser tan grande el frio,
La gente se abrasa y quema
En un fuego que jamás
Miró Nero de Tarpeya;
Que si el hombre es pedernal
Y la mujer tan de yesca,
No es mucho que el eslabon
De sus hierros fuego encienda.
¡Qué de aficiones dejadas
Este mártes se renuevan,
Que se están nuevas flamantes
Mas de cinco y seis cuaresmas!
¡Qué de envites amenaza
El tahur de la primera,
En fe de los quieros que hace
Su mujer mientras él juega!
¡Qué de romero en perniles,
Qué de pernil de rameras,
Qué de mozas con mancebos,
Qué de mozos con mancebas!
¡Qué dellos que todo el año
Oyeron su misa entera,
No acudieron hoy á misa
Por acudir á miserias!
¡Qué de canónicas horas
En el Breviario se quedan;
Unas porque no se acaban,
Otras porque no se comienzan!
¡Qué de rezantes devotos
Sus avemarías dejan
Por aves y por Marías,
Aunque no de gracia llenas!
¡Qué de honradas se han guardado,
Que hasta hoy fueron doncellas,
Y ya son dueñas de honor,
Pero no de su honor dueñas!
Finalmente, hoy es el dia
En que mas de una Lucrecia
Deja el hierro matador
Y toma el de su flaqueza.
Mas no hay regla tan comun
Que alguna excepcion no tenga;
Y entre todas las que excepto,
Vosotras sois las primeras,
Petronila y Margarita,
Hembras por naturaleza,
Y por vuestra gran virtud,
Prudentes, nobles y honestas.

Don Diego. Elegante has andado, y la noche ha tenido muy buen dejo; vámonos, que es media noche, y por consiguiente miércoles de Ceniza.

Doña Petronila. Pésame que se nos haya concluido la conversacion.

Fabricio. Tomen hachas, hola; y vuestras mercedes vayan á muy buenas noches.

Doña Margarita. ¿Cuándo nos tornarémos á juntar á gozar destos tan agradables ratos, señor Fabricio?

Fabricio. Ahora bien está, que si por la vecindad no se murmurare de nuestra conversacion, y viéremos que se recibe con gusto lo pasado en estas Carnestolendas, nos volverémos á juntar para las noches de Navidad, que son á propósito para formar segunda parte de nuestra conversacion, con el favor del cielo.

Doña Petronila. ¡Ah, pobre de Castañeda! ya de hoy mas quedarás como ecétera en Cuaresma.

Castañeda. Quedaré como vos y doña Margarita. Quedad buenas noches.

FIN DE LOS DIÁLOGOS DE APACIBLE ENTRETENIMIENTO.

EL CONCEJO

Y

CONSEJEROS DEL PRÍNCIPE,

OBRA DE

FADRIQUE FURIO CERIOL,

QUE ES EL LIBRO PRIMERO DEL QUINTO TRATADO DE LA INSTITUCION DEL PRÍNCIPE.

EL LIBRO.

Mi padre es un hombre que profesa
Tener mas libertad que el albedrío,
Y al despedirme dijo: «Hijo mio,
De mis armas y arnés te me aderesa.
»Malicia y inorancia se dan priesa,
Por su vano interese, que por frio
Se tenga el sol, por donde el desvarío
Nos manda el mundo todo y nos lo opresa.
»Por tanto, diez mil golpes de contino
En tí descargarán, fuera mesura,
Por sacarte del mundo, los malditos.
»Fieros golpes serán; mas ten buen tino,
Que siendo de virtud tu armadura,
En menos los ternás que de mosquitos.
»Trabajos infinitos
Han de pasar por tí; mas ten memoria,
Que donde no hay trabajo allí no hay gloria.
»El mundo hace historia,
Y muerto el interese, vemos que uno
Vale por mil, y mil muy menos que uno.
»Juzgarte han importuno,
O nescio, ó loco, ó bobo; nada empesce,
Que el hierro acicalado resplandesce.
»El vulgo envilesce.»
Mi padre aquí acabó de hablar comigo;
Tambien acabo yo: lo mesmo os digo.

FADRIQUE FURIO CERIOL, AL GRAN CATOLICO DE ESPAÑA DON FELIPE EL SEGUNDO.

Todo príncipe es compuesto casi de dos personas: la una es obra salida de manos de naturaleza, en cuanto se le comunica un mesmo ser con todos los otros hombres; la otra es merced de fortuna y favor del cielo, hecha para gobierno y amparo del bien público, á cuya causa la nombramos persona pública; y restriñéndole este su nombre de una tan grande generalidad en mas particular, muchos de muchas maneras la llamaron, y en lengua vulgar de España lo mas ordinario es nombrarla rey; yo la llamo príncipe, y así la llamaré en toda esta obra. De manera que todo y cualquier príncipe se puede considerar en dos maneras distintas y diversas: la una en cuanto hombre, y la otra como á príncipe. En cuanto hombre, tiene cuerpo y alma; el cuerpo se ha de conservar no solo por su ser, sino tambien por tener mejor aparejo de servir al alma; y esta conviene sea instituida en aquellas artes que mas necesarias fueren al uso, oficio, obligacion y gloria de la segunda persona, porque el cuerpo y alma, digo, el hombre, es, segun esta regla, el instrumento del príncipe. Como un pintor, un platero, un escribano no puede llevar buena labor ni hacer su oficio faltándole el debido aparejo de instrumentos; de la mesma manera, el príncipe que no tuviere tal aderezo de los dichos instrumentos cual conviene, ni puede gobernar ni defender su pueblo, ni menos lo podrá acrescentar ni engrandescer. Por tanto, muchos y muy excelentes varones han trabajado con todas sus fuerzas de enseñar á gobernar el príncipe, como á

persona de cuya buena ó mala institucion cuelga el bien ó el mal, la vida ó muerte de la sociedad y compañía de los hombres; pero vemos que han errado todos ellos hasta el dia de hoy en que, aunque entendian, como yo pienso, hallarse en el príncipe dos personas distintas y diferentes, todavía en su arte y manera de enseñar las confundieron; y esto, segun yo pienso, porque no supieron entender que todas las artes son á manera de muchos eslabones, en los cuales cada uno se hace aparte, cada uno tiene sus términos distintos de los otros, pero de todos ellos se suele hacer una cadena; de la misma manera en todas las artes, cuando se enseñan, cada una ha de tener sus límites de por sí, sin mezclarse con las otras; pero en los negocios humanos, que es cuando se ponen por la obra, es menester que casi todas concurran á un tiempo; de manera que en la institucion de las artes cada una terná sus precetos distintos de las otras, y mezclarlos es contra razon y órden. Porque esto es de pocos entendido, y casi de ninguno puesto por obra; de aquí es que en la institucion del príncipe se dan precetos de teología, de filosofía natural y moral, de leyes, de matemáticas, de medicina y de otras artes; en lo cual yerran en dos modos: lo uno, porque tratan del príncipe en cuanto hombre, y no en cuanto príncipe; lo otro, porque confunden las artes; dejo aparte y callo otros muchos vicios que á un tal yerro están anejos. La institucion del príncipe, en cuanto príncipe, es darle regla, precetos ó avisos tales, con que sepa y pueda ser buen príncipe; estas palabras *buen príncipe* son de muy pocos entendidas, y así vemos sobre ello que muchos hombres dicen razones en aparencia buenas, pero en efeto vanas y fuera de propósito; porque ellos piensan que buen príncipe es un hombre que sea bueno, y este mesmo que sea príncipe; y así, concluyen que el tal es buen príncipe; yo digo que la mejor pieza del arnés en el príncipe, la mas señalada, y aquella en que mas ha de poner toda su esperanza, es la bondad; pero no se habla entre hombres de grande espíritu y de singular gobierno desa manera; sino como de un buen músico, el cual, aunque sea gran bellaco, por saber perfectamente su profesion de música es nombrado muy buen músico; conforme á esta regla, decimos tambien buen diamante, buen caballo, buen pintor, buen piloto, buen médico; y esto quiso sinificar el sotil Sanazaro cuando, hablando en un papa de sus tiempos, dijo que era muy buen príncipe, pero muy ruin hombre. De manera que el buen príncipe es aquel que entiende bien y perfetamente su profesion, y la pone por obra agudamente y con prudencia; que es, que sepa y pueda con su prudente industria conservarse con sus vasallos de tal modo, que no solamente se mantenga honradamente en su estado, y lo establezca para los suyos, sino que, siendo menester, lo amplifique, y gane vitoria de sus enemigos cada y cuando que quisiere ó el tiempo pidiere; y por no detenerme mas en esto, digo que buen príncipe es aquel que puede por sí solo tomar consejo y aprovecharse del ajeno, y ambos á dos consejos, el suyo y el ajeno, segun los negocios, personas, lugares y tiempos, guiarlos y llevarlos gloriosamente hasta el cabo; porque vemos que hay tres maneras de entendimientos: uno entiende, comprehende y sabe por sí solo; otro siendo amonestado ó enseñado; otro ni con lo uno ni con lo otro; este postrero es inútil y nació esclavo en perpétua servidumbre, el segundo es bueno, pero el primero es divino, y nació derechamente para mandar y gobernar; la suficiencia del segundo se entiende en esto, que tiene juicio para discernir el bien del mal, y aunque no tenga de sí invencion, todavía conosce las malas palabras y obras de su adversario; en sus consejeros cala las voluntades, sus buenas obras loa y recompensa, y las malas reprehende y castiga; y por tanto, el concejo no tiene esperanza de echarle dado falso; y así, le sirve bien y lealmente. Guay del reino, guay del reino cuyo príncipe ordinariamente diga á su concejo: «Miraldo bien, y haceldo como mejor os paresciere, que yo lo dejo en vuestras manos;» porque el tal reino en ninguna manera puede ser bien gobernado, porque en tal caso nunca terná conformidad de paresceres; cada consejero tomará su camino, cada uno trabajará de hacer su casa, haránse del todo ruines, y es imposible que dejen de ser tales, si ya alguna gran violencia ó necesidad no les fuerza tenerse á raya; y quien piensa lo contrario, vive muy engañado; y esto sale de la inhabilidad del príncipe, porque siendo los hombres naturalmente codiciosos, los consejeros no quieren dejar pasar la ocasion de aprovecharse; la ocasion es, que so color del gobierno, puede cada uno por diversas vias hacer sus mangas sin que el príncipe lo pueda conoscer ni menos remediar; de aquí nasce licencia, de la licencia desórden, del desórden perdicion; por ende es cosa manifiesta que la prudencia y retitud del buen gobierno y del concejo estriba en la habilidad del príncipe, y no la prudencia del príncipe en su concejo. Por las cuales causas arriba dije, y vuelvo á decir de nuevo, que buen príncipe es aquel que puede por sí solo tomar consejo y aprovecharse del

ajeno, y ambos á dos consejos, el suyo y el ajeno, segun los negocios, personas, lugares y tiempos, guiarlos y llevarlos gloriosamente hasta el cabo. La institucion del príncipe no es otra, sino una arte de buenos, ciertos y aprobados avisos, sacados de la experiencia luenga de grandes tiempos, forjados en el entendimiento de los mas ilustres hombres de esta vida, confirmados por la boca y obras de aquellos que por su real gobierno y hazañas memorables merescieron el título y renombre de buen príncipe. Los tales avisos, al príncipe que los leyere y los pusiere por obra, son guia y camino trillado para venir cierta y descansadamente á la mas alta cumbre de poder y gloria. Esta arte ó institucion del príncipe, segun me paresce á mí, debe ser dividida en cinco partes ó tratados para que se explique bien y perfetamente. El primer tratado terná tres libros: uno en que se declare qué cosa es príncipe, cómo se inventó y por qué se inventó; qué poder tenga, quién se lo dió, y quién se lo pueda quitar; el otro, qué artes ha de aprender el príncipe, las cuales le sean necesarias en el gobierno; el tercero, qué virtudes morales le sean mas necesarias, y cómo ha de usar dellas, que es esta una parte que pocos entienden, y es el quicio en que estriba el gobierno. El segundo tratado ha de ser de la crianza del príncipe, de sus maestros, ayos, criados, amigos, privados y de su casa, el cual, conforme á las siete edades que consideran los filósofos y médicos en el hombre, debe ser dividido en siete libros: el primero de la infancia; el segundo de su puericia; el tercero y los demás, de las otras cinco edades que quedan. El tratado tercero terná dos libros: uno que diga por extenso todo aquello en que un vasallo es obligado á su príncipe; el otro, todo cuanto el príncipe es obligado á sus vasallos, por donde se verá claramente la regla cierta de conoscer un traidor y un leal vasallo, y tambien de saber cuál es príncipe y cuál tirano. El cuarto tratado es, en que se le muestre al príncipe de reinar, venciendo todas las dificultades, de cualquier modo y manera que se le ofrescieren; y esto, por cuanto no se puede comprehender ni dar á entender sino por la variedad del reino ó principado, en el cual se halla posesion en una de cuatro maneras, conviene á saber: ó por herencia, ó por eleccion, ó por fuerza, ó por maña; por tanto, este tratado debe ser dividido en cuatro libros, empleando un libro en cada una de las dichas posesiones. Pero, considerado que el príncipe no es parte de oirlo todo, entenderlo todo, pasar por todo, proveer en todo y en todos cabos, por tanto, el quinto y último tratado es del concejo y consejeros del príncipe, en que se le enseñe á hacer un concejo y elegir consejeros cuales menester fueren. Materia es esta de la institucion del príncipe, que requiere un hombre de muy grandes dones de naturaleza, de extremado saber, de mucha licion, curioso observador y de mucha experiencia; el cual pueda bien y agudamente tratar tantas, tan diversas y tan importantes materias como son las sobredichas. Muéstrase esta dificultad en que griegos, latinos, italianos, alemanes, franceses y españoles, por bien que se han esforzado á ello, no la supieron comenzar ni llevar adelante; todos la toman á repelo, rómpenla á pedazos, nada está en su lugar, y lo peor de todo es, que prometen dar institucion del príncipe, la cual tiene todas las partes que arriba dije, y ellos apenas tratan su milésima parte, que es un vicio que suele caer en hombres botos, imprudentes y de poco saber; porque el que da nombre á su libro, cualquier que sea, el tal es obligado á tratar las partes que bajo el título puesto se contienen; yo, como aquel que siempre pensé que la grandeza de un alto espíritu está puesta en cosas muy grandes, y llevar al cabo cosas que muchos y muy ilustres varones, ó no supieron ó no pudieron, á lo menos vemos que no las acabaron, entre otras mis ocupaciones en diversas disciplinas, y mayormente de leyes, quise probar la mano en esto de la institucion del príncipe; y así, de ocho libros en que ha de ser dividida la obra del concejo del príncipe, invio á vuestra majestad el primero dellos, en que solo á manera de memorial apunto mi parescer, sin amplificacion ni pruebas, por no fatigar con multitud de palabras los delicados oidos de quien continuamente está ocupado. No he miedo ni me espanto de que muchos quizá me reprehenderán de atrevido ó soberbio ó malmirado, que presuma yo de tratar una tal, tan árdua y tan difícil materia, porque el influjo de mi estrella me guia, y aun casi me fuerza á ello; y así, siguiendo tan buena guia desde mis tiernos años, siempre me empleé en saber y entender formas y modos de buen gobierno, á cuya causa he revuelto muchos libros por entender el gobierno antiguo de los asirios, tebanos, atenienses, cartagineses, romanos, y tambien de los de nuestros tiempos, como del Turco, de Italia, Alemaña, Francia, España y otras provincias; y para la experiencia me aprovechaba de saber lo que en mis dias ha pasado en las concurrencias de las guerras entre los príncipes de Europa, y cotejarlo con las antiguas historias; y allende desto, mis amistades y conversacion con hombres que siempre ó sus



repúblicas ó sus príncipes los emplearan en los mas árduos negocios de sus reinos y tierras, me ayudaron en gran manera; con los cuales he comunicado y entendido algo de lo que por allá pasa. Siendo pues yo nascido, criado y ejercitado en tal modo, ningun miedo tengo de cuanto contra mí en este caso se dijere. Muchos no curarán desto, sino que, como hombres que miran á bulto, saldrán luego con el dicho de Aníbal, que llamó loco al gran filósofo Formion porque osó en su presencia dar forma y modo de bien guerrear. A estos tales, y á su ejemplo, puédese responder con la opinion de muchos, muy dotos, muy prudentes y muy santos varones, de los cuales, algunos de palabra, y casi todos por sus obras, han condenado y condenan á Aníbal de bárbaro y inhumano en aquel dicho contra Formion; con la autoridad de los cuales escudándome yo, podria decir que los que me persiguieren con el tal dicho son mas bárbaros que Aníbal; porque este pecó de pura soberbia, no queriendo consentir que otro á la sombra entendiese tanto de la guerra como él al sol y polvo; pero estotros de quienes hablo, siendo ellos la misma inorancia, quieren reprehender los que algo saben; y pecan en temerarios, pues inconsideradamente echan sello á malicias ajenas; y no es tanto decir un desbarate como sotascribirlo de su mano. Bien mirado, Aníbal meresce excusa por su dicho, pero estos nuestros son dinos de grandísima reprehension; porque es probable que á un hombre tan generoso, lleno de mil trofeos y vitorias como era Aníbal, oyendo las ordenanzas de Formion, en un súbito se le subiese la cólera, que le hizo hablar de tal manera; pero á estos mis murmuradores muévelos por la mayor parte malicia, porque quieren con menosprecio de sudores ajenos encubrir y defender su ociosa, codiciosa, ambiciosa, afetada, inútil y torpe inorancia. Pero pongo por caso que Aníbal reprehendiese justamente á Formion; ¿qué se sigue dello? Solo esto, que no hace sábiamente el que enseña á otro que sabe mas que él; allende desto, añado y digo, por complacer á murmuradores, que no hace bien el que enseña á un su igual, y peor hace el que enseña lo que no sabe. Digo que por ninguna destas vias, si no me engaño, puedo yo ser reprehendido en este caso; primeramente, porque, dejando aparte mi instinto natural, he puesto gran diligencia y trabajo en saber de raíz lo que escribo, en lo cual cuánto haya aprovechado, y si me engaño ó no, á las obras me remito; mas que, así como hay arte de bien cabalgar, de bien hablar y de bien jugar de todas armas, las cuales artes son inventadas para los que no las entienden y tienen necesidad de saberlas; de la misma manera hay arte de bien gobernar, llamada institucion del príncipe, una partecilla de la cual enseño aquí en este libro, no para quien la sabe, sino para quien la inora y tiene necesidad de aprenderla. Finalmente, para mayor amparo de mi justa empresa y mas firme autoridad de mi obra, me paresció á mí conviniente cosa enviarla á vuestra majestad como á la escuela y perficion de buen gobierno; donde si hallare tanto favor y merced, que pueda ser revista y examinada, no dudo, antes tengo por muy cierto, que las faltas que en ella se hallaren ternán aparejo de enmendarse; lo bueno que en ella hubiere alcanzará su debido grado, será espejo en que se miren todos los príncipes del mundo en solo salir de la corte y manos del prudentísimo y gran Filipe.

EL CONCEJO

Y

CONSEJEROS DEL PRINCIPE.

CAPITULO PRIMERO.

El concejo del príncipe es una congregacion ó ayuntamiento de personas escogidas para aconsejarle en todas las concurrencias de paz y de guerra, con que mejor y mas fácilmente se le acuerde de lo pasado, entienda lo presente, provea en lo porvenir, alcance buen suceso en sus empresas, huya los inconvinientes, á lo menos (ya que los tales no se puedan evitar) halle modo con que dañen lo menos que ser pudiere. A este ayuntamiento muchos lo llaman consejo, dándole el nombre del fin por do se inventó; en lo cual dicen muy bien; pero paresciόme á mí, por justas causas que me callo (por no ser prolijo) nombrarle concejo. Esto no embargante, escriba cada uno como mejor le paresciere; que para mi intencion concejo ó consejo siempre es una misma cosa. Vuelvo á mi propósito. Es el concejo para con el príncipe como casi todos sus sentidos, su entendimiento, su memoria, sus ojos, sus oidos, su voz, sus piés y manos; para con el pueblo es padre, es tutor y curador; y ambos, digo el príncipe y su concejo, son tenientes de Dios acá en la tierra. De aquí se sigue que el buen concejo da perfeto ser y reputacion á su príncipe, sustenta y engrandesce al pueblo; y los dos, digo el príncipe y su concejo, son buenos y leales ministros de Dios. Por el contrario, el mal concejo denuesta y abate por tierra á su príncipe, hace dél una piedra de la mesma hechura que los antiguos romanos hacian su dios Término; el pueblo se destruye y pierde, y los dos, es á saber, príncipe y su concejo, rebelan contra Dios, y hacen vasallos y esclavos del diablo. Cosas son estas de tanta importancia y calidad, que no sé si las haya en esta vida mayores; y así, me paresce á mí que los príncipes se debrian desvelar y trabajar noche y dia en buscar y hacer un concejo cual conviene, sin que le falte ni sobre cosa: Dirán otros su parescer sobre ello, y quizá muy bien; mas yo (siguiendo razon, experiencia y reglas de grandes gobernadores) digo que, aunque el concejo del príncipe realmente no es sino uno, en cuanto no tiene mas de una cabeza, que es el príncipe, todavía es necesario sea dividido en muchas partes, las cuales ternán con el príncipe la mesma respondencia que las piernas, brazos y otros miembros, los cuales, aunque diferentes en lugar, forma y oficio, vemos que no hacen mas de un hombre. Así el concejo, si se dividiere (como es menester) en muchas partes, no hará mas de un cuerpo, conviene á saber, un buen gobierno y proteccion, cuya cabeza es el príncipe, y sus miembros la diversidad de concejos. Por tanto, el que quisiere dar regla y ordenar un buen concejo de cualquier príncipe, ante todas cosas es menester que diga de cuántos concejos tenga necesidad; y despues en cada uno dellos, cuántos consejeros, cuántos presidentes, cuántos secretarios, cuántos escribanos sean menester; y en estos hombres qué calidades se requieran para que sean suficientes; qué gajes, qué preeminencias, qué autoridad deben tener; cómo se han de juntar, dónde, en qué tiempo, á qué hora; cómo proponer los negocios, á quién dar los memoriales, á quién solicitarlos, á quién y de qué modo votar, y otras cosas muchas. Finalmente, es menester que diga la respondencia de los concejos entre sí, para que los negocios no sean confundidos; y despues todos ellos, en la última determinacion antes de concluir, cómo y en qué manera han de dar relacion á su príncipe. Siguiendo yo esta órden, es cosa conviniente que comience por la primera parte, en que debo enseñar de cuántos concejos tenga necesidad un príncipe. Digo que estos deben de ser siete, ni mas ni menos; y por hablar claramente en lo que mucho importa, digo otra vez que todo y cualquier príncipe debe ordenar y tener siete concejos diferentes del todo y por todo en cargo, en negocios, en ministros, en poder y autoridad, si quiere bien y fácilmente gobernar y defender su principado. Los concejos son estos que se siguen.

El primero es de la hacienda; y así, le llamó concejo de Hacienda. Este terná cargo de las rentas del príncipe, tanto de las ordinarias como de las extraordinarias, en cogerlas, guardarlas, conservarlas y amplificarlas. Mirará las extraordinarias de dónde se puedan sacar, cómo y en qué tiempo; cómo se pueda y deba poner un tributo. Si alguno de los tributos ó pechos renta poco, de qué manera se pueda reformar y acrescentar sin daño del bien público. Mirará tambien en que se quiten aquellos tributos que son supérfluos ó dañosos ó injustos. Tenga asimesmo á cargo todos los gastos del príncipe en paz y guerra; de tal manera, que los gastos supérfluos se quiten, y se añadan algunos si fueren necesarios; porque la hacienda del

príncipe no solo se aumenta en buscar modos de sacar moneda, sino tambien en que se quiten los gastos demasiados. Finalmente, este concejo será el tesoro del príncipe ó el erario, como decian los romanos. En el principado que no estuviere este concejo como es menester, siempre se verá el príncipe pobre y empeñado, los pechos incomportables, la moneda desaparescer, y los pueblos desollados y casi muertos.

El segundo es de la paz, que es aquel que comunmente se dice consejo del Estado, porque en él estriba todo el gobierno. Llámelo cada uno como mejor le paresciere; que yo le nombro concejo de paz. Su cargo deste quiero sea civil, como en leyes lo llamamos; es á saber, mirar los vireyes, los gobernadores, corregidores, alcaldes, coroneles, maestres de campo, castellanos, capitanes, los consejeros, y todos los otros oficiales del príncipe, tanto los de paz como los de guerra, si hacen su oficio ó no, si acaban su tiempo ó no, si se han de mudar ó no, y quiénes se han de proveer ó quiénes no, mirar tambien que no se hagan provisiones y despachos surrepticios. Asimesmo terná cuenta con que los gastos ordinarios y extraordinarios del príncipe se paguen á su tiempo en paz y guerra, y dará cédulas para ello, sacándolas á pagar al concejo de hacienda; porque el concejo de la hacienda será como un vaso para recoger y conservar la moneda, cuya distribucion se hará por comision y poder deste concejo de paz, sin la autoridad del cual no se debe gastar ni un solo dinero. Este mismo terná cargo de mirar con quién se ha de hacer paz, con quién romper guerra, con quién hacer alianza, con quién conservar amistad, con quién usar buenas palabras sin obras, con quién obras; y en todo ello el cómo, cuánto y cuándo, en secreto ó en público. Será, en fin, este la cabeza de todos los otros concejos.

El tercero es de la guerra; y así, le llamo concejo de Guerra. Este terná cuenta de saber cómo se pueda bien y perfetamente fortificar una plaza, cómo mantener las fronteras, con qué soldados mantener en paz y guerra, y otras cosas á esto pertenescientes; mirará y sabrá las armas, los ejercicios y el modo de guerrear de los antiguos, y todo lo cotejará con lo de sus tiempos, y sabrá la diferencia que hay del uno al otro; sepa asimesmo ordenar y hacer formas de escuadrones de infantes y caballos, y qué nacion mas pueda y sea nombrada en lo uno ó en lo otro; y qué medios ó qué modos se hayan hallado, ó hallarse puedan de nuevo, para dañar ó aprovechar á nuestros campos. Medirá cuán grandes sean las fuerzas de su príncipe y las de su adversario, y las unas y las otras cuán grandes puedan ser, juntadas con las de sus aliados ó sin ellas; qué tal sea el poder presente, y tambien el que se puede juntar. Terná tambien memoria de todas las guerras de su príncipe y de sus antecesores, conviene á saber, cómo se movieron, cómo trataron, cómo concertaron, con qué pactos y qué es lo que movió ambas las partes á dar y recibir tales condiciones; esto mesmo ha de saber acerca del enemigo de su príncipe, de sus vecinos, de sus aliados, y de todos aquellos que se le pueden aliar ó enemistar. Desta manera alcanzarémos que si fueren mayores las fuerzas del enemigo, queramos antes paz que guerra; y si fuere al contrario, hagamos contrariamente; y si por dicha somos inferiores, de qué manera lo seamos, en gente, en armas, en ejercicios, en cabezas, en dinero, en opinion y fama, en amigos y aliados, en mantenimiento, ó en otras cosas semejantes; todo lo cual, bien visto y examinado, mirará agudamente y con prudencia cómo y en qué manera se podria hacer, no solo que nos defendiésemos, mas aun fatigásemos y venciésemos al enemigo; pues es cosa manifiesta que mas vale ingenio que fuerza. En el principado do no hay un tal concejo, yerra el príncipe en cuantas cosas emprende militares, muévelas sin tiempo ni sazon, no las sabe guiar ni menos acabar, todo cuelga de la fortuna; en el vencer es soberbio, ni sabe usar de la vitoria; si fuere vencido, de turbado y congojoso, no sabe dónde se está; como flaca y vil mujercilla se araña y mesa, si no en público, á lo menos en secreto, y por conservarse el estado ó su negra reputacion hace mil bajezas, descendiendo á torpes condiciones de paces ó treguas. Donosa cosa es oir los paresceres y porradas, por decir mejor, que los hombres nescios echan en este caso: unos se quejan de la fortuna, y ellos no veen que la fortuna muy ruin lugar tiene donde está la prudencia; otros dicen que Dios es servido de hacerlo así; yo no entro en el poder de Dios, pero sé bien decir, y digo con san Pablo, si son ellos secretarios de Dios, ó si han recebido cartas dello firmadas de mano de la Trinidad, con que se aseguren que así sea como dicen; otros dicen que nuestros pecados lo causan, y esto es muy gran verdad, porque los yerros y faltas del príncipe y de sus ruines consejeros son pecados que nos acarrean la perdicion nuestra y suya. En conclusion, digo que en tanto que un príncipe no tiene un concejo de guerra de las calidades sobredichas, nadie se debe espantar si se guerrea mal y por mal cabo, y por tanto, en esto se debria muy mucho mirar.

El cuarto es de mantenimientos ó provisiones; y así, le llamo concejo de Mantenimiento. Este debe tener cargo de proveer y bastecer el principado de mantenimientos y vituallas en tiempo de paz y guerra, y por esta causa es menester que sepa y tenga por lista las cosas tocantes á su oficio por todo el principado; conviene á saber, qué mantenimientos y provisiones tenga, cuántas le sobren, cuántas falten, cuántas vengan ó vayan por mar ó por tierra, de dónde se saquen, para dónde vayan, por qué via, y cómo, cuánto y á qué tiempo, y otras muchas cosas de la mesma manera. Cualquier género de saca remitirá el príncipe á este concejo, y sin su voluntad ó parescer nunca se debe dar saca á ningun hombre. Si se formare un tal concejo, como es menester, en tiempo de paz y guerra ternémos en abundancia lo necesario á la vida humana, y darémos parte de lo nuestro á aquellos pueblos cuya amistad y favor hubiéremos mas menester; sin él todo va borrado, en cada provincia se padescen mil trabajos, la avaricia ó malicia de pocos nos lleva fuera de la tierra lo necesario, no socorremos con ello á los amigos, los enemigos lo gozan á fuerza de dinero, por lo cual nuestras amistades se ponen flacas y á veces quiebran. Tambien vemos, por falta de un tal concejo, moverse guerra en tierra do no hay que comer ni para los hombres ni para los caballos; apenas son en campaña cuando padescen hambre ó carestía grande, ó falta intolerable de cosas muchas; por lo cual son

forzados de retirarse vergonzosamente, ó hacer paces ó treguas ó alianzas fuera tiempo, ó con quien no debrian. Pierde la reputacion el príncipe para con los extranjeros, y con su pueblo se enemista; porque dos cosas son las que hacen que un pueblo quiera bien á su príncipe: la una, el defenderlo de la opresion de los que mucho pueden; la otra, si está aliado con aquellos pueblos y tierras sin las cuales no puede bien hacer su trato y mercaduría.

El quinto es de leyes; y así, le llamo concejo de Leyes. Este terná cuenta de mirar y saber qué cargos, qué magistrados, qué gobernadores, qué oficiales sean menester para el gobierno del principado, cuáles, con qué autoridad y poder; este añadirá los que faltaren, quitará los que le parescieren supérfluos. Terná asimesmo cargo de hacer leyes, declararlas, quitar las malas que hubiere, y hacer de nuevo las que fueren necesarias; este será el padre y amparo de las leyes, porná todo su esfuerzo en que se guarden y cumplan buena y limpiamente sin falta ninguna. Por falta de un tal concejo, vemos en muchos reinos y ciudades algunos oficios y magistrados menos de lo que al bien público conviene, en otros muchos mas de lo que cumple; y lo peor de todo es, que las mas veces se hallan los tales oficios contrarios entre sí del todo ó en gran parte; de aquí se siguen bandos, parcialidades, escándalos, robos y pleitos infinitos, los cuales nunca se acabaron ni se acaban sino por conjuraciones, ó ensangrentando las manos en la persona del príncipe, ó quitándole el principado y dándole á otro. Muchos pasan por esto muy descuidadamente, y no piensan que lo que se siembra un año se coge al otro. Pues ¿para qué es decir la necesidad que tienen los reinos de hacer y deshacer leyes? Juro santísimamente que de cien pleitos, los noventa y cinco nascen de la impertinencia de muchas leyes, las cuales en nuestros dias ya no son nada, ni pueden ni deben ser guardadas, y por no haber un concejo cual yo digo, ni se mudan ni enmiendan, sino que sirven á la ambicion y avaricia de abogados y licenciadillos con que pueden á su salvo cohechar ruin y falsamente.

El sexto es del castigo; y así, le llamo concejo de Pena. Este tomará á su cargo todo lo criminal de cuanto á la persona del príncipe se refiriere por cualquier via que ello viniere; conoscerá y sentenciará de todos los males y crímines, segun las leyes de la tierra en que se cometiere el delito.

El sétimo es de mercedes; y así, le llamo concejo de Mercedes. Este terná cuenta de oir y conoscer los méritos y desméritos de todos en general, informándose bien de la vida, costumbres, habilidad y hechos de aquellos que, sin pedirlo, merescen por sus raras y excelentes virtudes, y en particular de aquellos que pidieren se les haga merced alguna; porque, si para los malos hay castigo, para los buenos y virtuosos tambien es razon haya premio. Todas cuantas mercedes hiciere el príncipe han de pasar por manos deste concejo, y sin su determinacion ninguna merced se haga. Por falta de un tal concejo, vemos en corte de príncipes no ser conoscida la virtud, todas las mercedes se hacen por favor ó por buena mercaduría de contado; el hombre virtuoso y hábil no es conocido ó es desechado, ó tarde y mal alcanza un testimonio de su virtud; y por el contrario, el inhábil, el hipócrita, el malo, el chocarrero, el alcahuete es el que vale; este es amado, este es privado, á este se hacen las mercedes y se dan los mas altos premios de virtud; ¿qué se sigue de esto? Los buenos se indiñan, la indinacion busca venganza, la venganza trae parcialidades, las parcialidades causan alborotos, muertes, y á veces la perdicion del príncipe con todo su estado.

Estos son los siete concejos que son necesarios al gobierno de todo y cualquier principado; y esto, entre otras muchas y muy buenas causas, por esta principalmente, que con tal distincion ó division de concejos, mas negocios, mejor y mas fácilmente se despacharán; el príncipe estará mas descansado, porque no terná tantas ocupaciones de memoriales y quejas; los vasallos no gastarán su vida, tiempo y bienes tras un despacho de poca ó mucha importancia; y los del concejo no ternán tanto que hacer, pues los negocios se repartirán y estarán separados los unos de los otros. Veo yo que es la muerte cargar sobre tres, cuatro ó seis personas los negocios de paz y guerra, de penas y mercedes, de hacienda y mantenimiento, y de seiscientas otras cosas muchas, grandes y pequeñas, importantes y ligeras, de risa y llanto, de ricos y pobres; y que es imposible (como la razon y experiencia enseñan) poder tener cuenta medianamente con la menor parte dellos; por tanto, todos aquellos del concejo de un príncipe que no ven estas dificultades son, á mi parescer, muy ciegos; y los que las ven, y no procuran con su príncipe que se formen muchos concejos en que al modo sobredicho se repartan los negocios, los tales son avarientos, son ambiciosos, son vanos, son dañosos al bien público, porque quieren ser adorados, quieren hacer su casa, y con tal que salgan con esta su intencion, no se les da nada que lo pague el bien comun. Materia es esta muy grande, y si la quisiese llevar adelante, no acabaria tan presto; baste que desto poco se entienda lo demás. Lo que muy mucho debe mirar y guardar el príncipe, es que no se permita diversidad de concejos en un consejero: declararme quiero. Digo que el consejero que fuere de la hacienda, ese tal por ninguna via del mundo se debe permitir que pueda ser de algun otro de los seis concejos, y lo que digo del consejero de la hacienda, quiero se entienda de cualquier otro; de manera que un consejero servirá á un solo concejo, y no mas; porque de otra manera seria posible en breve espacio de tiempo reducirse los concejos en tal punto, que serian siete nombres vanos, y en verdad no mas de un concejo; por lo cual caeria el principado en aquellas dificultades y peligros de que en algunos lugares tengo hecha mencion; y allende desto, se recrescen otros daños, los cuales callo por no ser prolijo. Síguese agora (para bien y perfetamente ordenar estos concejos) que, comenzando por el primero, discurra por todos ellos hasta acabar en el postrero, mostrando y ordenando en cada uno dellos todas aquellas partes y calidades ó circunstancias de que hice mencion al principio deste capítulo; lo cual, para bien aclararlo, es menester se divida en siete libros, dando y empleando un libro en la declaracion y ordenanza de cada uno dellos; pero, por cuanto en cada uno destos siete libros se han de tratar las calidades de los consejeros, las cuales (aunque hay

alguna diferencia) son casi las mesmas en todos ellos, y repetirlas seria grandísima falta, por tanto, dirémos agora en general las partes y calidades de un buen consejero, con lo cual porné fin á este libro, que será el primero del consejo y consejeros, y comun á los siete que quedan; y los otros llevaré adelante cuando Dios fuere servido.

CAPITULO II.

Del consejero, y primeramente de sus calidades en cuanto al alma.

El consejero es una persona suficiente, elegida para el cargo y ejecucion de uno de los sobredichos concejos; por lo cual se debe notar muy bien que en el consejero hay dos cosas: la una es la suficiencia suya para los negocios, que es, que sea idóneo y hábil para el cargo que debe administrar; la otra que sea elegido, en que respetivamente mira al príncipe; de manera que la suficiencia está en el consejero, y el cargo y prudencia de lo elegir en el príncipe; de lo uno y de lo otro tratarémos, y primero de la suficiencia. La suficiencia en el hombre se considera en dos maneras: la una en cuanto al alma, y la otra en cuanto al cuerpo. En el siguiente capítulo mostraré de conoscer la suficiencia del consejero por el cuerpo; en este en que agora estamos, mostraré su suficiencia en cuanto al alma. Esta suficiencia se conosce por quince calidades, que son las siguientes:

La primera es, que sea el consejero de alto y raro ingenio; porque el grande ingenio es principio, es medio y fin de grandísimas y mas que humanas empresas. Todas cuantas virtudes se hallan y hallarse pueden en un hombre (si el mismo no es de grande ingenio), son bajas, pierden su fuerza, y casi son nada. Por la experiencia vemos que todas las artes, todos los maestros, todos los libros, todos los ayos, todos los avisos y consejos son de muy poca virtud y eficacia en aquellos que tienen ruin ingenio; tanto, que los tales, con muchos avisos, con trabajo continuo y luengo tiempo, nada ó muy poco entienden; y un grande ingenio, con pocos avisos y menos trabajo, en breve tiempo alcanza cuanto quiere. Es, en fin, el ruin ingenio como un campo naturalmente estéril, que, por mucho que se cultive, siempre va cansado, da poco fruto, malo y fuera tiempo. De manera que do no hay grande ingenio, allí no puede haber virtud ninguna señalada; y por tanto, esta es la primera calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero. El grande ingenio quiero que lo conozca el príncipe por la experiencia, y no se fie de informaciones ajenas; daré tales reglas de conoscerlo, que, si el príncipe no es ciego, tan claramente lo conoscerá, como se ve el sol á mediodía; y esto mesmo guardaré tambien en las otras calidades que quedan. Digo pues que lo debe conoscer el príncipe por sola la experiencia. La experiencia está en los dichos y obras de cada uno. Los dichos del grande ingenio son extravagantes, fuera de la opinion del vulgo; porque, como concibe las cosas muy diferentemente de los otros, así habla dellas con modo y palabras muy de otra manera de lo que suele el comun de los hombres, y viene á dar y parar do no lo esperaban; así lo verá en el hablar agudo, en el acudir pronto, en el entender fácil, en el enseñar resoluto y claro, en las burlas gracioso, en lo de veras recatado; sábese acomodar á aquellos con quienes trata (servando pero virtud), ahora sean buenos, ahora malos. Nunca el grande ingenio se va al hilo de la gente, nunca habla popularmente, nunca tiene la boca llena de agua, no es pesado, no se corre, no es confuso en su razonamiento ni está mal con alguna nacion del mundo. Muy cierta señal es de torpe ingenio el hablar mal y apasionadamente de su contrario, ó de los enemigos de su príncipe, ó de los que siguen diversa secta, ó de peregrinas gentes, agora sean judíos, agora moros, agora gentiles, agora cristianos; porque el grande ingenio ve en todas tierras siete leguas de mal camino; en todas partes hay bien y mal; lo bueno loa y abraza, lo malo vitupera y desecha sin vituperio de la nacion en que se halla. Las obras del grande ingenio son muy vivas, muy activas, porque continuamente entiende en algo, todo lo quiere ver, todo oir, todo tocar; es curioso, diligente, lee mucho, confiere y comunica con todo género de hombres, quiere saber lo pasado, entender lo presente, hacer juicio de lo porvenir; entiende muchas artes, no se contenta de una ni cuatro ni seis, quiere saber mas que otro, y para ello pone mas diligencia que otro. Este mismo ingenio en su mocedad es algo verde, da toda manera de fruto, y, como dice Platon muy bien, es como un campo muy fértil, en el cual, por la mucha grasura, nascen y se crian algunas yerbas malas entre las buenas; y así, no se lee de ningun gran capitan, príncipe ó filósofo de los que están en el paño de la fama, sino que en contrapeso de sus admirables virtudes tuvieron algunos vicios señalados; pero este mismo ingenio, viniendo á madurar, que es á los treinta años de su edad, da fruto bueno y saludable, y por decirlo en una palabra, es divino. El hombre remiso y flojo, el negligente y descuidado, el que no hace mas de comer, beber, jugar y pasear, el que no sabe muchas artes, el que no sabe muchos secretos de naturaleza y de negocios árduos, el que huye de la conversacion ó comunicacion de peregrinas naciones; este tal es torpe y boto, á lo menos tiene el ingenio menos que mediano.

La segunda calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sepa las artes de bien hablar; porque, como los hombres nos diferenciamos de todas las alimañas con el entendimiento y palabra, de creer es que entre los hombres aquellos son mas excelentes que saben mejor y con mas gracia hablar y razonar; por tanto, quiero que el consejero haya aprendido y ejercitado las artes de bien hablar, y de tal modo las sepa, que sea en ellas eminente, porque se ofresce cada dia que el príncipe haya de enviar uno de sus consejeros á un reino extraño, ó en su principado, á alguna ciudad ó provincia para suadir ó disuadir, acusar ó defender, loar ó vituperar, dar el parabien ó el pésame, ó cosas otras; lo cual es necesario que lo haga bien para provecho y honra de su príncipe, y no lo sabiendo hacer, cae en falta y vergüenza, y daña las mas veces; mas que en una revuelta y motin de un campo, en unas comunidades y otros movimientos desarreglados, cuanto uno fuere mas ejercitado en bien hablar, tanto terná mejor oportunidad de lo apaciguar. Asimesmo aprovecha para dar buenas, graves y sotiles respuestas de palabra y por escrito á los embajadores que vinieren á negociar con el príncipe. Esta suficien-

cia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal, primeramente por sus dichos, que es mirar cómo explica su intencion en su plática y conversacion ordinaria; llamarlo á esta causa, y hablarle un dia por espacio de una hora, otro dia por dos, otro por mas ó menos; hacerle contar algunas historias, por ver cómo alarga ó acorta el hilo de la materia; cómo la propone, cómo la divide, cómo la sigue, cómo la acaba; y en todo esto, con qué gracia, con qué ademan y propiedad de palabras. Por las obras se conosce tambien ver qué maestros tuvo para ello, cuánto tiempo empleó, y con qué diligencia; y si hubiere escrito algo, mandarlo ver y examinar; encerrarlo tambien en una cámara, y como quien hace otro, finja el príncipe que tenia necesidad de escribir el pésame ó el parabien ó algun otro recaudo para tal parte, y que luego á la hora, allí en su presencia, delante sus ojos se lo mande escribir.

La tercera calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sepa muchas lenguas, y principalmente las de aquellos pueblos que su príncipe gobierna, ó tiene por aliados ó por enemigos. Esto se entenderá mejor con un ejemplo: sea pues de un rey de España, segun está al presente. El consejero deste rey, allende de su lengua natural, es bien que sepa latin, italiano, arábigo, francés y aleman; y esto porque los vasallos huelgan mucho de entender y ser entendidos de aquellos con quienes negocian, y mejor explica hombre su intencion y mejor se entiende entre aquellos que hablan una misma lengua que cuando son menester farautes. Contar sus miserias y poquedades ó secretos de grandes príncipes y señores (lo cual cada hora acontesçe), mas presto se atreve hombre á un consejero solo que no con el testimonio de tercera persona. Para oir embajadas de sus vecinos, tanto por via de alianza como de guerra, ¿cuánto aprovecha? Si es amigo, mucho mas se contenta y se conserva en la amistad viendo su lengua propia en boca del concejo, porque piensa que ello procede de amor, y aunque en esto se engañe, todavía el engaño es provechoso; si es enemigo, por las mesmas causas se gana en parte su amistad, á lo menos sácase este provecho, que del sonete de sus palabras, del modo de decirlas, de un rugar de frente, de un torcer de ceja en un propósito ó en otro, se colige mas ó menos la intencion del enemigo, lo cual no hará el consejero por medio de farautes, no entendiendo la lengua del que le habla. Ni es de callar que muy pocas veces se hallan farautes que declaren y vuelvan á decir perfetamente la interpretacion; tuercen, quitan, añaden de muchas maneras. Viene una espía, de cuya relacion cuelga quizá la salud y honra de un reino, y es cosa á veces que no sufre dilacion; gran falta es en tal punto haber de buscar el faraute, porque ó no se puede hallar tan presto, ó teme la espía de decirlo á un tal hombre, ó el faraute lo puede descubrir, ó hay otros inconvinientes. Mas, que el que habla muchas lenguas, necesario es haya visto, leido ó hablado con hombres diversos, y sepa en todo ó en parte las costumbres de aquellos pueblos cuya lengua sabe; y esto es una cosa muy necesaria al consejero para todas las concurrencias sobre que fuere consultado. Dejo de decir otras razones y pruebas por no ser largo, porque se me acuerda que este es memorial sin ejemplos y sin ornamentos. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal, que le haga hablar y escribir en su presencia, y no se fie de relaciones ajenas, que casi todas suelen ser falsas.

La cuarta calidad que muestra la suficiencia en el alma del consejero, es que sea grande historiador, digo, que haya visto y leido con muy grande atencion y examinado sotilmente las historias antiguas y modernas, y principalmente las de su príncipe, las de sus aliados, las de sus vecinos y las de sus enemigos. El consejero que fuere grande historiador, y supiere sacar el verdadero fruto de las historias, ese tal, diré osadamente que es perfetísimo consejero, nada le falta, es plático en todos los negocios del principado, antes es la mesma plática y experiencia. Porque las historias no son otra cosa que un ayuntamiento de varias y diversas experiencias de todos tiempos y de toda suerte de hombres. Dadme acá un hombre grande historiador, y sepa sacar el fruto dellas; este tal es mas plático y tiene mas experiencia en cualquier negocio que cualquier otro hombre, particularmente en aquella arte que por espacio de veinte años se hubiere ejercitado; porque (tomemos ejemplo en cosas militares) un soldado viejo, sea general, capitan ó otro, en el dicho tiempo de veinte años se habrá podido hallar por lo mas en cuatro batallas, en ciento escaramuzas, en cincuenta cercos, en doce motines, en cinco rompimientos de guerra, en cinco treguas y otras tantas paces; pero el verdadero historiador se ha hallado y tiene experiencia de infinitas batallas, de infinitas escaramuzas, de infinitos cercos, de infinitos motines, de infinitos rompimientos de guerra, de infinitas treguas y de infinitas paces. Pues ¿qué proporcion hay de lo finito á lo infinito? Además desto, ese hombre, con su experiencia de veinte años, solo conosce el humor de una, dos, tres ó cuatro naciones; el historiador, de casi todas; ese hombre, con la experiencia de veinte años, no pudo entender la décima parte de cuanto tiene la milicia, porque en veinte años no se ofresce el uso de todas ellas; el historiador todas las sabe, todas las entiende, nada ha dejado por ver; ese hombre, con la experiencia de veinte años, aunque se hallase en la guerra, no entendió las causas della, no supo cómo se movió, con qué medios ni á qué fin; no entendió los tratos, las mañas, las dificultades y despecho con que se sostuvo; tampoco supo los ruegos, las lágrimas, los fingidos desdenes, los dobles tratos y necesidad con que vinieron á concertarse ambas las partes; el historiador todo esto sabe, que es, por hablar así, el alma de la guerra, y lo demás es una partecilla de su cuerpo. Y lo que digo acerca de la guerra, eso mesmo digo de todos los otros negocios y circunstancias del principado en el gobierno y proteccion; lo cual, por lo que está dicho, se entiende fácilmente, y decirlo con mas palabras seria contra el memorial que en otros lugares he protestado de hacer. Basta, en conclusion desto, que las leyes no son mas de una historia que contiene las sentencias y paresceres de los antiguos y sábios varones, con que ordenaron sus ciudades y mantuvieron los habitadores dellas en concordia é igualdad, y al presente nos enseñan cómo podamos hacer lo mismo. La medicina tambien es historia de las experiencias que

hicieron los médicos antiguamente, sobre la cual fundan nuestros médicos sus juicios y curas. Pues para ordenar una república, gobernar un principado, tratar una guerra, sostener un estado, acrescentar el poder, procurar el bien, huir el mal, ¿qué cosa mejor que la historia? Esto entienden pocos, y así vemos que pocos saben gobernar; no hay dellos, digo de los gobernadores, quien lea las historias, y si alguno las lee, no saca el fruto dellas, porque solamente pasa el tiempo con aquel placer que se toma con la variedad de los acidentes que consigo trae la historia, y no mira cómo se podrá aprovechar dellos en casa y fuera, en público y particular, poniéndolos por obra en todos sus negocios y deliberaciones. No es la historia para pasatiempo, sino para ganar tiempo, con que sepa uno y entienda perfetamente en un dia lo que por experiencia, ó nunca alcanzaria, aunque viviese trecientos años, ó tarde y mal alcanzaria. Es la historia retrato de la vida humana, dechado de las costumbres y humores de los hombres, memorial de todos los negocios, experiencia cierta y infalible de las humanas acciones, consejero prudente y fiel en cualquier duda, maestra en la paz, general en guerra, norte en la mar, puerto y descanso para toda suerte de hombres. ¡Oh, qué esto bien se habla, pero pocos lo entienden! Por estas causas quiero que el consejero sea muy grande historiador. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: pregúntele el príncipe muchas cosas de historia, y entre otras, le podrá hacer estas ó semejantes preguntas: ¿Cuántas veces (no me quiero en mis ejemplos apartar léjos de España) han hecho mutacion las coronas de España, Francia y Inglaterra? ¿Qué linajes las han poseido? ¿Con qué derecho? ¿Cuánto tiempo? ¿Qué fué la causa de sus mutaciones? ¿Cuántos reinaron de cada casa? Entre ellos ¿cuál fué el mas ilustre? Cuál el de menor nombradía? Cada uno dellos ¿cuántas guerras tuvo? ¿Con quiénes, á qué tiempo, por qué causa, cómo se movieron y cómo apaciguaron? De mil quinientos años á esta parte ¿cuántas batallas ha dado España y cuántas Francia, y cuántas ha ganado ó perdido el uno y el otro? ¿Por qué falta se perdieron las unas y por qué causa se ganaron las otras? En los dos mil años atrás ¿cuántas comunidades se han levantado en España, Francia y Roma? ¿Qué fué la causa de su levantamiento, qué males ó qué bienes hicieron, y cómo se asentaron? El que respondiere bien á estas y semejantes preguntas, no es menester mas, sino que es buen historiador, y este tal, ofresciéndose tiempo y coyuntura, se sabrá aprovechar de las historias.

La quinta calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sepa bien y perfetamente el fin, la materia, el cómo, cuándo y hasta cuánto se extienda cada virtud, porque es cosa en que se yerra á cada paso, y si el consejero sigue el vulgo en ello, dará terribles porradas; porque, por inorancia de lo que digo de las virtudes, muchos, muy muchos, y casi todos los hombres, al que es hombre reposado llaman medroso, al astuto traidor, al rudo y inhábil bueno; al bobato llaman manso; al que es ignorante (estudiando) de cosas muchas y sotiles, por falta de su capacidad ó por no querer ó no saber trabajar, llaman hombre que va por lo llano y carrera derecha; al airado claro, al soberbio manífico, al arrebatado y furioso fuerte, al pródigo liberal, al avariento próvido, al supersticioso santo, al muy docto curioso, al curioso loco; y de la mesma manera en todas las otras virtudes y vicios, dándoles á bien ó mal su contrario nombre como á cada uno se le antoja. Este es un muy grande y diabólico vicio, y si asienta en el consejero (como necesariamente asienta cuando no sabe distinguir el oficio de las virtudes), es destrucion del príncipe y de todo su principado; porque en todos los consejos y deliberaciones lo primero que se consulta es si es contra honestidad ó no aquello de que se trata, con todas sus circunstancias. Para proveer y dar cargos y oficios es menester que lo sepa, á fin que no tome lo blanco por prieto; en el premiar y hacer mercedes recibirá engaño si le falta una tal parte y tan necesaria. Por tanto, concluyo que esta es una calidad muy necesaria en el consejero. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia. Es tal, primeramente por sus palabras, siendo interrogado desta ó semejante manera: ¿De cuántas cosas tiene necesidad un hombre para alcanzar la cumbre de perfeta gloria en esta vida? ¿En cuántas maneras puede hacer un hombre que sea amado por el pueblo? ¿Con qué cosas se acredita en el pueblo un hombre de tal manera, que se le dé fe á todo cuanto dijere? ¿Qué cosas mueven el pueblo á que juzgue una persona ser dina de todo honor y gloria? ¿En cuántas maneras se peca contra fortaleza? ¿Cuántas cosas pide la justicia? Y otras cosas semejantes con que probará el saber del consejero para cuanto sea en esta parte. Tambien tomará la experiencia por sus obras, informándose qué maestros haya tenido, en qué escuelas estudiado, con quiénes comunicado y hecho amistad, en qué libros lea y en qué cosas se emplee.

La sexta calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea político, digo, que sea plático en el gobierno de paz y de guerra y cosas á ello pertenescientes; porque, siendo el oficio y obligacion del príncipe puesto en estas dos cosas, en el gobierno y protecion, lo uno y otro se refieren á paz y á guerra, pero mas propiamente el gobierno es de la paz y la protecion de la guerra; y si no entiende estas dos cosas cómo y en qué manera se suelan guiar, es imposible que pueda el consejero hacer cosa que vala. Por tanto, es menester que sepa el consejero que la república, quiero decir, toda la compañía y sociedad de los hombres juntada en una comunidad de vida, es compuesta, por hablar así, de cuerpo y alma. El cuerpo son las habitaciones, en que primeramente se considera el cielo; si es caliente, frio ó templado el sitio; si es dentro de la tierra, junto al mar, cabe alguna ribera ó estaño; si es alto, bajo, enjuto, húmedo, pantanoso, fértil, estéril, cerca ó léjos de los enemigos; y tambien qué aires lo baten comunmente; porque, segun estas consideraciones, así es menester edificar ó no, hacer las calles anchas ó angostas, abiertas á un viento y cerradas á otro, los edificios altos ó bajos, y poner en su lugar las plazas y casas necesarias al uso del pueblo, y darles la mas conviniente forma, es á saber, redonda, triangular, cuadrada ó de muchas puntas, segun las dichas circunstancias pidieren; lo cual, porque no se sabe, vemos que se edifica comunmente acaso; y así, muchos lugares son enfermizos, otros mal re-

partidos, otros feos, otros impertinentes, á cuya causa se van despoblando poco á poco, y aun en mi tiempo he visto yo gastarse veinte ó treinta mil ducados en edificios públicos, que dos años despues se vió claramente ser malgastados, y los edificios inútiles por no haber mirado en las circunstancias ya dichas; lo cual no se seguiria si los consejeros entendiesen esta parte de la república que yo llamo cuerpo. El alma es el gobierno, y primeramente se contempla en su forma, conviene á saber: si es gobierno de uno solo, dicho rey, que yo llamo príncipe, como en España, Portugal y Castilla; si es gobierno de solos nobles, como Venecía y Esparta antiguamente; si de solos plebeyos, como en nuestros tiempos los cantones ó confederados, dichos impropiamente suizos; si es gobierno de rey y nobles, como el reino de Dinamarca y Roma en tiempo de sus reyes hasta Tarquino; si de rey y plebeyos, como fué por algun tiempo el imperio de los persas; si de nobles y plebeyos, como Roma despues de echados los reyes, Lacedemonia, Aténas, y en nuestros dias eran Florencia y Sena, y aun lo son las otras repúblicas que quedan en pié en Italia; si es gobierno de rey, nobles y plebeyos, como el imperio de Alemaña, el reino de Polonia y el reino de Aragon en España. Es menester en cada uno destos gobiernos que sepa el consejero cómo se gana, aumenta, conserva y pierde el Estado; qué peligros corre, cómo se pueda proveer que no se gaste, y para ello saber ordenar leyes y magistrados cual conviene. El consejero que esto no sabe, no es posible que pueda dar remedio en todos cabos del principado, ni sepa aconsejar á su príncipe cómo se deba haber con este amigo ó con aquel aliado, ó con este enemigo ó con el otro, ni cómo les podrá aprovechar ni dañar, con otras cosas infinitas. En la otra parte de la policía, que es de la guerra, debe saber qué calidades ha de tener un buen soldado, un capitan, un general; cómo se han de armar, cómo hacer gente, cómo marjar, cómo alojar, cómo pelear, cómo retirar, cómo seguir; y en cada una destas cosas en cuántas maneras se suela pecar comunmente; porque, de otro modo, no sé qué pueda aconsejar un consejero. Por ende es mi parescer que el buen consejero ha de ser grandísimo político. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: pídale cosas tocantes al gobierno, deste ó de otro modo: ¿Qué es mejor, edificar en tierra fértil ó estéril? ¿Contra qué vientos se deben hacer reparos en una habitacion? ¿De cuántas maneras se suele perder el principado? ¿De cuántos modos se gasta el gobierno? ¿Cómo se levantan las comunidades, y de cuántas maneras se pueden oprimir? ¿En qué estriba el poder del príncipe? ¿En las riquezas ó en buenos soldados? ¿En cuántas maneras se puede honestamente romper guerra contra un príncipe que no haya dado justa ocasion para ello? ¿Qué es mejor, aguardar al enemigo en nuestras tierras ó irlo á buscar en las suyas? ¿Cuántas cosas debe considerar un príncipe antes de romper guerra, cuántas despues de rompida, cuántas antes de dar la batalla, cuántas despues de ser vencedor ó vencido? Con la respuesta que diere á estas y semejantes preguntas se podrá coligir cuán buen repúblico sea el consejero.

La sétima calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es haber andado y visto muchas tierras, y entre ellas, la de su príncipe señaladamente, las de sus contrarios, las de sus aliados y las de sus vecinos. Esta peregrinacion ha de ser curiosa y prudente, no descuidada y nescia, como suele ser la de hombres ociosos y vagabundos, que no hacen mas de como quien pasa por una feria, apacentando los ojos. La peregrinacion que se requiere en el consejero es de tal suerte, que se haya muy bien informado del gobierno de paz y de guerra, de las rentas ordinarias y extraordinarias, del respeto y amor del príncipe y sus vasallos entre sí, de las entradas y salidas buenas y malas, de las plazas fuertes, de los humores de los hombres, de sus costumbres, y otras cosas desta calidad, con que se gana prudencia, vuélvese hombre mejorado á su casa, y ha ganado una buena parte para saber dar consejo y aprovechar á su principado en todas cojunturas de tiempos; y el que no lo hace así, ese tal pierde su tiempo en balde, gasta su hacienda, estraga su cuerpo, y pone su vida mil veces al tablero, sin esperanza de aprovecharse á sí ni á otro. Dícenme de un príncipe napoletano, hombre prudente, que á un deudo suyo, el cual le pedia licencia para se ir á buscar el mundo, respondió que se fuese primero para Roma, y de allí se volviese, y se la daria á la vuelta. El mozo lo hizo así; y despues de vuelto, el Príncipe, vista la inhabilidad del mozo, á cuya causa no sacaria provecho de su peregrinacion, le dijo: «Hijo, tú has visto prados, llanos, montes, collados, valles, sembrados, dehesas, sotos, bosques, peñas, fuentes, rios, árboles, aldeas, villas, ciudades, animales, hombres y mujeres; todo cuanto hay en el mundo no es mas deso; por tanto, quédate en casa y reposa.» Por cierto que dijo este virtuoso caballero cuanto decir se puede en un tal caso, y nos dió regla de buscar el mundo, y reprehendió sotilmente el abuso comun. El consejero, habiendo peregrinado como conviene, digo sábiamente, y cotejando los reinos extraños los unos con los otros, y á todos con el suyo, sacará este provecho, que terná mejor aparejo de conoscer los bienes y males que hay en su tierra, terná forma de conservar lo bueno y desarraigar lo malo, quitar malas costumbres y introducir otras nuevas y buenas; sabrá hospedar y acarisciar los extranjeros, entenderá mejor las condiciones de los hombres, ora sean amigos, ora enemigos, ora neutrales, y segun pidieren los negocios, sabráse acomodar de palabra, escrito y obras á lo que su condicion y el tiempo y príncipe pidieren; sabrá, en fin, las oportunidades y dificultades de las tierras y tiempos; nadie cohechará al concejo con falsas informaciones; á lo menos no estará colgando de pelo ajeno. Esta suficiencia quiero la conozca el Príncipe en su consejero por experiencia; es tal: preguntarle ha acerca de sus peregrinaciones desta manera: Cuántas leguas tiene Francia por lo mas largo, cuántas por lo mas ancho, cuántas por todo alrededor, cuántas plazas tiene fuertes, por qué parte tiene mas fácil entrada, cuántas riberas tiene que no se puedan vadear, cuál es la mas eminente virtud de los franceses, cuál su mayor vicio, de qué cosa mas se pagan, en qué difiere la nobleza francesa de la española, en qué su pueblo del nuestro, cuánta diferencia hay del edificar suyo al nuestro, cuál destos dos reyes es mas absoluto señor, de qué manera le va á la

mano el pueblo á su rey, en cuántos cosas difiere su vasallaje del nuestro, cómo levanta su gente el francés, cómo la ejercita y ordena; en el marchar por sus tierras, cómo se provee en que no reciban agravio los villanos en Francia. Y lo que digo acerca de un pueblo, eso mesmo le pregunte de todos los otros que quisiere, y se los haga cotejar los unos con los otros, porque el ejemplo que he puesto de España y Francia no es mas de ejemplo; digo que no se ata por él la materia á un solo reino, sino que siendo este libro general y comun á cualquier príncipe, por el tal ejemplo sabrá cada uno acomodar otros á su principado y tierras; y esto mesmo digo de cuantos ejemplos por toda esta obra se hallaren. Esta que agora diré es una cierta y averiguada regla para conoscer un hombre si ha sacado provecho de su peregrinacion ó no; sin hacerle las sobredichas preguntas, basta mirar lo que dice en sus conversaciones de las tierras por donde ha peregrinado; porque, si condena á bulto las tierras extranjeras, y á bulto loa las suyas, ese tal es hombre apasionado, ó descuidado, ó mal mirado, ó nescio ó loco; en tal ánimo no cabe distincion de cosas, do no hay distincion no puede haber elecion, sin elecion no hay prudencia, todo falta do prudencia falta.

La otava calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sepa las fuerzas y poder de su príncipe, de sus aliados, de sus enemigos y vecinos; porque, como un médico la primera cosa que mira en un cuerpo humano es su temperamento y su virtud natural para cuanto es, de la mesma manera el consejero debe saber cuántas son, cuáles, y á cuánto bastan las fuerzas y poder de su príncipe, de sus enemigos y de sus aliados, porque de otra manera nunca dará consejo que vala. Por no saber esto los consejeros mueven su príncipe á hacer guerra á veces con quien debrian vivir en paz, y amonestan de hacer paces con quien seria menester hacer guerra; y lo mesmo digo acerca de las alianzas, y en todo ello van por la mayor parte como hombres sin luz por tinieblas. El buen consejero trabaja de saber en ambas partes de su príncipe y adversarios y aliados cuántas sean las rentas ordinarias y extraordinarias, de dó las sacan, cómo y en qué tiempo; qué tanta gente de guerra puedan levantar y sostener, y por cuánto tiempo; cómo estén armados y ejercitados, y qué cabezas tengan; qué tales sean sus alianzas, cuán firmes ó cuán flacas; qué cosas les sobren en sus tierras ordinariamente y qué cosas les falten, y otras cosas desta manera, porque este es el modo de medir las fuerzas y poder de un príncipe. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia, y esta será preguntándole las cosas que agora acabo de decir. Esta es regla general y muy cierta, que el hombre que en sus pláticas y conversacion no hace caso del enemigo de su príncipe, sino que á este loa, sus fuerzas predica, sus empresas alába, y del otro hace al contrario, que es vituperarlo, no hacer caso de su poder ni empresas, este tal hombre no es bueno para consejero; porque, si lo hace por inorancia, esta misma lo reprueba y desecha, porque el consejero debe ser sábio y entender lo que tiene entre manos; si por hipocrisía, es lisonjero y nunca dirá lo que hace al caso, sino que por se aprovechar á sí y á los suyos, hablará al apetito, y no al provecho del príncipe.

La novena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que no solamente ame el bien público, pero que en procurarle se olvide de su propio provecho y reputacion; de tal manera, que do se pueda aprovechar al bien comun, el consejero se debe emplear en ello con todas sus fuerzas y diligencia, aunque de allí se le haya de recrescer daño propio en fama, vida y bienes; y esta es una de las calidades que Platon mas precia y loa en un consejero y en cualquier otro gobernador. Cierto es y averiguado que el amor verdadero es vigilante y solícito, la solicitud jamás reposa, todo lo mira, todo lo ve, en nada se descuida, y así provee en todo lo necesario; y por tanto, es el amor, cual digo, una de las buenas calidades del consejero. Este mesmo amor, siendo verdadero, de necesidad es que estime y procure mucho mas el bien público que el suyo, porque pone toda su esperanza, su provecho y honra en la utilidad pública, la cual, si faltare, necesariamente le ha de faltar á él su bien particular, y por esto antes querrá él padescer en su persona y bienes propios que no en lo público; haciéndolo desta manera, lo poco cresce, lo ganado se conserva, y se vive con descanso; y en lo contrario todo es contrariamente; lo cual se prueba por todas las historias del mundo, y ningun imperio, hasta el dia presente, alcanzó grandes fuerzas y se conservó en ellas sino por medio de hombres que tuviesen esta novena calidad de que trato; y por el contrario, el dia que vinieron á ser gobernados por hombres de contraria calidad, ese dia mesmo comenzaron á declinar hasta caer. A este propósito no puedo acabar comigo de no traer un par de ejemplos, y aunque en ello haga contra lo que muchas veces he protestado, todavía merezco excusa por ser los ejemplos de mucha dotrina, y en cosa que ordinariamente por los grandes príncipes y señores totalmente se yerra. Calicrátidas, que fué general de los lacedemonios en la guerra del Peloponeso, pudiendo salvar su armada con solo apartarse de Arginusis y no venir á manos con los atenienses, como lo podia hacer á su salvo, no lo quiso hacer, diciendo que los lacedemonios, perdida aquella armada, podian hacer otra de nuevo; pero que él no podia partirse de allí sin afrenta y mengua de su honra. Aguardó, vino á las manos; su armada fué desbaratada y presa con grandísimo daño de los lacedemonios. Quinto Fabio, romano, hizo todo al revés de Calicrátidas; y así, sufriendo con paciencia las injurias de su propio campo y de sus enemigos, en que los unos y los otros, por burlarse y mofarse dél, lo llamaban el Tardo, cansó y gastó á Aníbal de tal manera, que fué causa de la libertad de su tierra y opresion de la república cartaginesa; y así, le loa altamente el gran poeta Enio en unos versos, que, por ser dinos de estar escritos en letras de oro por los aposentos de príncipes, me esforzaré á vertirlos en lengua vulgar de España lo menos mal que pudiere:

> Cobramos nuestro bien con la tardanza
> De un hombre que pospuso propia fama
> Al bien comun; por donde despues vimos
> Mayor y de mas lustre su memoria.

Calicrátidas no quiso retirarse una vez por no perder un poco de su reputacion; Fabio se retiró y huyó muchas veces, no teniendo cuenta con su reputacion, pues aprovechaba con ello á su república. Calicrátidas

mas quiso pelear con desventaja suya que retirarse con sospecha de su honra; Fabio mas quiso huir con infamia, hablo segun la opinion de inorantes, que pelear con peligro del bien público. Calicrátidas dió la batalla, perdióla, y con ella su república y su vida y honra, ganando por eso renombre de temerario; Fabió rehusó siempre la batalla, conservó su república, y con ella su vida y honra, ganando renombre de máximo. Y lo que digo acerca de las empresas grandes, eso mesmo se entiende de las menos importantes, hasta descender en las menores partes del bien público. Aprendan pues los consejeros de dar consejo á sus príncipes en todos los negocios públicos, y los príncipes miren, miren, miren muy bien en que elijan consejeros que tengan esta novena calidad. Esta suficiencia conoscerá el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: finja de pedirle consejo en cosas que son del todo contra el bien público, diciendole que, aunque sean tales, todavía importan al real servicio por ciertos deseños, como serian romper leyes importantes, privilegios grandes, poner tributos excesivos y otras cosas semejantes. De su respuesta se puede en alguna manera entender cuál sea su amor para con el bien comun. Otros modos, que hay muchos de conoscer esta suficiencia por dichos y hechos, á sabiendas callo; lo uno porque son fáciles de entender, lo otro porque quizá, y aun sin quizá, lastimarian á muchos; el que tuviere oidos oya. Esta es regla certísima y sin excepcion, que todo hipócrita y todo avariento es enemigo del bien público, y tambien aquellos que dicen que todo es del rey, y que el rey puede hacer á su voluntad, y que el rey puede poner cuantos pechos quisiere, y aun que el rey no puede errar.

La décima calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sepa curar todo el cuerpo del principado, y no que curando una parte desampare otra; que es como si un médico fuera propósito por aprovechar á un miembro dañase á otro; por tanto, el buen consejero se debe despojar de todos los intereses de amistad, parentesco, parcialidad, bandos y otros cualesquier respetos, y se vista de una recta y prudente bondad, la cual ni sabe ni puede ni quiere favorescer sino á la justicia y virtud. A esta toma por su sangre, por su parentesco, por su bando é interese; á esta tiene respeto, y fuera della á nadie; de manera que el consejero ha de ser de todos, oir á todos, favorescer á todos sin diferencia alguna, pero con tal que á aquellos mas que mas se acostaren á razon y virtud, y á aquellos menos que menos se allegaren á razon y virtud. Es uno bueno y virtuoso, y aunque no lo sea, pide cosa justa, y á dicha es de casa del diablo, nascido entre garamantes y indios; este tal es de la nacion, de la tierra, de la misma ciudad, del bando, del parentesco, de la misma casa y sangre del consejero, y como á tal es menester que le favorezca con amor, con todas sus fuerzas y diligencia. Es otro malo, y aunque no lo sea, pide cosa injusta, y por dicha es allegado ó amigo ó pariente del consejero; ese tal ni es de la nacion, ni de la tierra, ni del bando, ni de los amigos, ni de los parientes del consejero; y por tanto, no solo no le ha de favorescer, mas aun lo debe reprehender y castigar; porque otro es ser persona pública, otro particular. No hay mas de dos tierras en todo el mundo; tierra de buenos y tierra de malos: todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos ó de otra secta, son de una mesma tierra, de una mesma casa y sangre; y todos los malos de la misma manera. Bien es verdad que, estando en igual contrapeso el deudo, el allegado, el vecino, el de la misma nacion y el extranjero, entonces la ley divina y humana quieren que proveamos primero á aquellos que mas se allegaren á nosotros; pero pesando mas el extranjero, primero es él que todos los naturales. Por tanto, una de las principales suficiencias es esta de que hablo. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: mirar si pide y procura mercedes para sus parientes, deudos, aliados, amigos, criados y servidores, aunque los tales no las merezcan; ó ya que las merezcan, si por levantar á estos ha procurado que no se diesen á otros que mas las merescian; porque el que tal hace va contra esta décima calidad. Ver asimesmo si tiene singular aficion mas para unos que para otros, como hay algunos que, por estar bien con los grandes, se enemistan con los caballeros; otros que, por complacer á los caballeros, dañan sin causa á los plebeyos; otros aman tanto el brazo eclesiástico, que por aprovecharle á tuerto ó á derecho revolverán todo un reino; porque los tales hombres son muy peligrosos y destruyen el principado. Por ninguna via debe ser admitido en el concejo el hombre que fuere cabeza de un principal bando ó que se haya enemistado á la clara con un reino, una provincia ó ciudad de su príncipe al cual ha de ser consejero; lo uno, porque todos los hombres somos de tan mala casta, que pudiéndolo hacer á nuestra posta, no dejamos de vengarnos; y teniendo el gobierno en nuestras manos, lo harémos sin falta, so color de justicia, tomando venganza particular con armas públicas; lo otro porque el contrabando se indina, y aquella indinacion no es ya contra el consejero, su enemigo, sino que se convierte toda y traspasa contra la mesma persona del príncipe, como aquel que en cierto modo se haya hecho cabeza del contrario bando, dándole autoridad, poder y mando; en semejante caso leemos que muchos príncipes han sido muertos malamente por el contrabando del consejero ó privado que él acarisciaba.

La oncena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea justo y bueno, porque el tal es amigo de pagar á cada uno segun sus méritos, que es castigar al malo y remunerar al bueno; y en lo uno y en lo otro guarda la debida mediocridad, que ni en el castigo es cruel ó flojo, ni en el galardonar corto ó sobrado ó vano; este tal ama la paz y guerra en sus tiempos y lugar, segun conviene. El hombre justo es leal, que es el fundamento del consejo; y así, vemos que un tal hombre es amado en todo el pueblo por todos los estados de grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres y mujeres; tanto, que comunmente se cree que el que fuere justo, ese mismo es consumadamente perfeto; al tal encomendamos descansadamente los bienes, las mujeres, los hijos, la honra, la vida y muerte; finalmente, es la justicia, entre todas las otras virtudes, de tal calidad, que todas ellas sin esta valen poco, y esta sin las otras vale por sí mucho. Por tanto, digo que debe mirar mucho el prínci-

pe en que su consejero sea hombre justo y bueno. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: las palabras del hombre justo tienen peso, van arrimadas á virtud, habla verdad, tal es ausente cual presente, lo que tiene en la boca es retrato de su corazon, es abierto en sus pláticas y negocios, reprehende con amor y fuerte mansedumbre lo mal hecho, alaba las obras buenas, todo es amor, todo caridad, ni por oro ni por moro dejará de decir á cada uno su parescer, no quiere ni pide mas de lo que merescen sus obras, favoresce á los buenos y amonesta á los malos, y en todo acariscia la virtud. Este tal ni es ni puede ser parlero, no habla fuera de propósito, no es mentiroso, no habla contra lo que siente, no dice uno en presencia y otro en ausencia, no es hipócrita, no es doble, no es chismero, porque allende que cae la chismería en ánimos viles y apocados, es cierto indicio y prueba de deslealtad, ni se ha visto hasta el dia de hoy que hombre chismero fuese leal; no reprehende los vicios ajenos en ausencia, pudiéndolos reprehender en presencia, ni dirá por la vida cosa que primero no la haya visto de sus propios ojos y tocado con sus mismas manos; en fin, este tal no es lisonjero ni tampoco puede oir lisonjas, ni dar oidos á maldicientes ni chismeros ni noveleros. Sus obras del justo son muy fáciles á conoscer; vive en paz y reposo, conténtase con lo suyo, y procura de adquirir honra y hacienda con virtuosos trabajos; tiene su asiento y casa arreglada en buena órden, los criados modestos, vive en claridad, paga sus deudas, rehuye pleitos y riñas. No puede ser justo en ninguna manera del mundo el que busca rencillas, cuchilladas, bandos y bulliciosos ruidos; no puede ser justo el que no se contenta con su estado, sino que busca medios con que á tuerto ó á derecho, por maña ó fuerza ó favor engrandezca su reputacion y casa; no puede ser justo el que no pone todas sus fuerzas noche y dia continuamente en que gane honra y hacienda por medio de virtud; no puede ser justo el que, meresciendo en virtud y por virtud, se descuida de pedir premio y testimonio de su merescimiento, porque el tal hace agravio á sí y á los suyos, escuresce la virtud y daña á la república; esto es conforme á ley de Dios y de todos los filósofos, no se consienta el torpe engaño de hombres nescios que, so color de una falsa humildad, llaman á lo que yo amonesto ambicion; la ambicion es de aquellos que, siendo inhábiles, insuficientes, sin virtud y merescimiento propio, con solo favor ó fuerza, ó mala maña ó artes ilícitas quieren alcanzar de comer y honra; pero el que por su habilidad y virtud y sudores continuos quiere valer y tener, este es justo, es manánimo y generoso; y si por dicha no pidiere testimonio de su virtud, en tal caso es injusto, es pusilánimo y bajo. Vuelvo á mi propósito. El hombre que tuviere su casa descompuesta, los mozos bulliciosos y mal criados, el que se alzare con sudores ajenos, el que hiciere trapazas, el amigo de pleitos y revueltas, el matador, el cruel y el ingrato no pueden ser justos.

La docena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea franco y liberal; porque el pueblo se paga mucho de la franqueza, la ama, y aun la adora. El avariento siempre es aborrescido, y por cumplir con su codicia, todo lo hace venal, no habla sin interese ni da audiencia sin interese; y así, tiene sus puertas abiertas á cualquier traicion, con tal que la pueda hacer á su salvo. Este mismo, estando en el concejo, á tuerto ó á derecho hace confiscar bienes ajenos, solo que le quepa su parte; por do nascen muy grandes dificultades y inconvinientes en el principado. El gastador y pródigo vase consumiendo poco á poco, y despues incurre en diez mil faltas, de donde se le sigue perder la reputacion y caer en inconvinientes tan grandes ó peores como los del avariento. Por tanto, es menester que el consejero sea franco y liberal, para que tome el medio camino entre estos dos extremos. Esta suficiencia quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal. El liberal ayuda á casar á honestas mujeres, socorre á los pobres, redime cativos, paga deudas de sus honestos amigos, y en todo y por todo favoresce con su liberalidad á los hombres de alto entendimiento, de que se tiene esperanza ó prueba de aprovechar al bien público. El pródigo se conoscé en los banquetes demasiados, en los vestidos sobrados, en justas, torneos, danzas, saraos, cazas, truhanes, chocarreros, mozos sin propósito, y en otras cosas deste jaez, en que no se guarda mesura, ó no se hacen á su tiempo y sazon. El avariento se descubre en que se trata ruin y bajamente en su comer, beber, vestir y habitacion; contino atrae para sí, piensa mas en sus cosas que no en el servicio del príncipe, en todos sus tratos busca su provecho, siempre pide y da memoriales para sí y para los suyos; es importunamente pedigüeño, lo cual es fatiga y falta muy grande, porque el que tiene el gobierno de un príncipe entre manos, nunca debria pensar en sí, sino en el provecho y gloria de su príncipe; y por otra parte, el príncipe, por mantener su concejo bueno, leal y diligente, debria pensar en sus consejeros de honrarlos, enriquecerlos, ensalzallos con cargos, estados y preminencias; porque desta manera, ellos no desearan nada, y trabajaran de conservar su príncipe por conservarse á sí mismos, visto que sin él no lo podrian.

La trecena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea benéfico, digo, amigo de hacer bien. Esta virtud es la que en latin se llama *beneficentia*, y no se refiere á dar dinero ó algo de la hacienda, como lo da la liberalidad, sino en ayudar á la república (digo al bien comun) y á todos sus miembros particulares, aconsejando, amonestando, loando, vituperando, reprehendiendo, consolando, esforzando, procurando y favoresciendo con su autoridad y amparo, no solo á aquellos que le piden favor y ayuda, sino tambien á todos aquellos que lo merescen sin que lo pidan. De manera que el hombre benéfico (viendo los caminos reales, las fuentes, los rios, las puentes, y otras cosas públicas tener necesidad de hacerse ó repararse) pone todas sus fuerzas para con el príncipe y todos sus oficiales en que se hagan; otros que están mal hechos, en que se derriben ó adoben. Este mismo á los caidos da la mano y levanta del suelo, á los levantados hace caminar, á los que caminan, correr, y á los que corren hace parar con reposo y alegría. Este mismo, estando en la corte de un príncipe, anima á los que bien hacen, mételos en conoscimiento con el príncipe, llévalos á besarle la mano, procúrales algun honesto entretenimiento, ayuda en todo tiempo y lugar á los que trabajan de subir á la cum-

bre de honor y gloria por los grados de virtud, y desecha aquellos que quieren subir á ella por vias ilícitas y deshonestas. Este mismo va á la mano á los malos jueces, trabaja en que se hagan buenas leyes, y que las tales se cumplan y guarden. Finalmente, el que tiene esta virtud es patron de justicia, defensor del pueblo, amparo de nobleza, nivel del concejo, padre de la patria, honra del príncipe, y es casi Dios acá en la tierra. Porque para dañar cualquier cosa basta, pero para aprovechar en tal manera es menester una virtud muy semejante al mesmo Dios. Y así, concluyo que el consejero ha de profesar esta virtud, y se la conozca en él el Príncipe por experiencia; de la cual experiencia no digo nada, porque es muy fácil de conoscer por lo que de la beneficencia tengo dicho.

La cuatorcena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea manso y afable; porque el tal da audiencia á grandes y pequeños, á ricos y pobres, recógelos con clara y suave frente, oye sus razones atenta y diligentemente, responde con amor, promete con gravedad, niega y quita sin pesadumbre, reprehende sin injurias, despide con respeto y sin altivez. De aquí se sigue que los que alcanzan merced alguna de su príncipe están loándolo y engrandesciéndolo diez veces mas de lo que es, y el que no alcanza lo que pretendia, queda en gran parte contento con la mansedumbre del consejero, de su alegre semblante, de sus dulces palabras y pecho abierto; que son estas cosas de tal calidad, que casi mas mueven á los grandes ánimos que no todo el interese del mundo; y así, leemos y vemos cada dia haberse movido muchos hombres á perder su vida y bienes mas por un sinsabor que por mil agravios de otra suerte. Es necesario que el consejero tenga sus puertas abiertas noche y dia á toda suerte de hombres, los oidos bien sufridos; á nadie dé ocasion de desesperar, anime á todos; lo cual no podrá hacer si le falta afabilidad, y por eso digo que ha de ser áfable. Esta suficiencia quiero la conozca el Príncipe en su consejero por experiencia; es tal: el afable es hombre alegre, está sobre sí, no es descuidado, anda muy recatado, viste polida y honestamente, es amigo de conversacion, no es amigo de parcialidades, con todos trata, con todos comunica, á nadie injuria de palabras, antes romperá á uno los cascos que decirle palabra injuriosa; es amigo de dichos agudos y graciosos, ama una honesta libertad, aborréscese con todo género de hipocresía. El hombre airado ó muy colérico, en ninguna manera puede ser afable; muéstrase sañudo, es mal contentadizo, toda cosa le hace empacho, no quiere dar audiencia, oye y habla poco, malo y por mal cabo, estraga toda la paciencia del mundo, gasta los negocios, enemista al príncipe con sus vasallos; estos mesmos daños acarrea el soberbio. Por lo cual, digo que estos tales hombres son naturalmente inhábiles para ser del Concejo.

La quincena y última calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que sea fuerte; y esta fortaleza no se entiende de las fuerzas del cuerpo, sino del pecho interior, que es aquella por do se llaman los hombres heróicos, es á saber; mas que hombres; y la otra corporal, esa se halla á cada paso en ganapanes y otros hombres que venden su vida á troque de cuatro reales. La fortaleza de que yo hablo, es de aquellos hombres que son amigos de verdad, entienden en ella, defiéndenla á pié y á caballo, sin respeto de personas, y por defenderla y mantenerla, no tienen en nada lo que todos los otros precian mucho; conviene á saber, ser privado ó desprivado, tener favor ó disfavor, riqueza ó pobreza, mandar ó ser mandado, reposo ó trabajo, vida ó muerte; antes están contentos con lo que viniere, ora les sea próspera, ora contraria la fortuna. En las cortes y casas de los príncipes la mayor pestilencia es, que ó muy pocas verdades se dicen, ó se adornan y disfrazan de tal manera, que no puedan fácilmente ser conoscidas; todo va solapado, y á este propósito dijo bien y agudamente un filósofo que los príncipes solo una cosa sabian bien, y esta es cabalgar en un caballo, y otra cosa no, porque el caballo (no sabiendo lisonjear), sin respeto ninguno de personas, así echa al rey como á cualquier otro de la silla; con lo cual dió á entender la poca verdad que suelen oir los príncipes, á causa de lisonjeros. Por tanto, el consejero fuerte, no solo dirá las verdades al príncipe, mas aun deshará la vanidad de aquellos que trabajan de corromperlo con mentiras lisonjeadas ó lisonjas mentirosas. En cualquier trance de fortuna, sea pérdida de bienes, de ciudades, de provincias, de mujer y hijos y honra, ó de cualesquier otras cosas, el fuerte está sobre sí, no se turba, es señor de su razon, y por tanto puede proveer luego á la hora en todo lo que menester fuere al servicio del príncipe, oir, hablar, responder, mandar, animar, dar esfuerzo al príncipe y á todo el pueblo. Tambien es cosa clara que un tal hombre no se corromperá ni apartará de la razon y fieldad, ni por oro, ni amistad, ni deudo, ni ruegos, ni fuerza, ni otro interese desta vida. Esta calidad quiero la conozca el príncipe en su consejero por experiencia; es tal: el hombre fuerte es amador de verdad, enemigo cruel de lisonjeros, no está bien con truhanes, es severo, siempre está de un mismo temple, enemigo grande de chismeros, habla con libertad, no es supersticioso, no es risueño, lo que habla tiene peso, dice su parescer al príncipe como á cualquier otro, nada sabe disimular. Guárdense los príncipes de elegir por su consejero al que fuere amigo de hipócritas; de lisonjeros, de albardanes, y tambien al que disimula ó esconde las verdades. Guárdense de elegir á hombre que ama mucho el dinero, porque el tal, no solo venderá su libertad, pero aun la ajena. Guárdense de elegir á hombre que por pérdida de bienes, hijos ó mujer, ó cosas semejantes, llora ó se mesa ó araña, ó adolesce, ó hace muy grande sentimiento, porque el tal no es fuerte, es mujeril y afeminado, y inhábil del todo para el concejo.

Aquí se acaban las quince calidades por las cuales se suele conoscer la suficiencia del consejero en cuanto al alma, que es ver y entender perfetamente si es idóneo ó no para ser elegido en el concejo; porque el que tuviere todas las quince, no hay duda sino que es suficientísimo, y el que menos dellas tuviere ó mas, así será mas ó menos suficiente. Esto está muy averiguado, que el hombre en que concurrieren todas las sobredichas calidades terná muy buen aparejo para entender y ser entendido, para hacer bien y huir el mal, y para tener en todo el brazo firme; porque el tal de necesidad es que sea prudente, sea bueno y sea fuerte. El bueno no engaña, el prudente no es engañado,

y el fuerte vence y sobrepuja todas las dificultades. Este mismo hombre es amado del pueblo; porque no hay cosa mas agradable al pueblo que la franqueza, la beneficencia, la afabilidad y buena opinion; este mismo está acreditado, y se le da fe en todo cuanto hace y dice; porque á aquellos creemos y encomendamos toda nuestra hacienda y honor, los cuales vemos que entienden perfetamente lo que tratan, y lo gobiernan con toda justicia y lealtad. Este mismo, á parescer de todo el mundo, es juzgado y tenido por persona que meresce ecelentes y soberanas loores ante todos los otros hombres; porque tenemos por cosa divina al grande ingenio, al que aprendió y supo tantas y tan diversas artes como yo digo; al que no estima nada las cosas desta vida, y menosprecia aquello en que los otros hombres ponen su felicidad. De manera que este tal, quien quiera que él fuere, es verdaderamente noble, es honrado, es ilustrísimo, es ecelentísimo, es muy alto y muy poderoso, es serenísimo, y se puede igualar con los mayores príncipes del mundo.

CAPITULO III.

De las calidades del consejero en cuanto al cuerpo.

El ser y valor de cualquier hombre (y tambien de cualquier otra cosa) se conosce cuál y cuánto sea por experiencia ó por conjetura. La experiencia es la mejor, la mas cierta y la mas necesaria; y por tanto, debe ser en todas cosas la primera. La conjetura es como una guia ó señal, y esta puede algunas veces errar, pero muy pocas; y aun por eso, ni se puede ni debe menospreciar, sino que, como á cosa menos cierta, tiene el segundo lugar, y es que se siga luego tras la experiencia. Conforme á esta dotrina, para mostrar yo la suficiencia de un hombre que ya es ó se ha de elegir por consejero, primero lo he fundado en la experiencia, que está en los dichos y hechos de cada uno; las cuales dos cosas, porque están y salen del alma, y sin ella ni se deben ni pueden bien entender, por tanto la nombré suficiencia del alma, la cual (como veis) en el pasado capítulo abracé en quince calidades. Síguese agora la conjectura, que es mostrar la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo por ciertas calidades y señales exteriores; que es la otra parte, de que prometí tratar al principio del antecedente capítulo. No es razon que me detenga en mostrar la fuerza y virtud de las señales del cuerpo, cuánto puedan, cómo salgan, y otras dudas que se pueden mover sobre ello; sino que para con este lugar basta saber que, como por ciertas señales solemos conoscer un prado si es fértil ó estéril, un caballo si es bueno ó malo; de la mesma manera tienen los hombres ciertas calidades ó accidentes ó señales en su cuerpo, las cuales muestran cuál sea su disposicion del alma, si es hábil ó no, y para cuánto sea, poco mas ó menos. Y pues esto es así, sin alargarme á mas palabras, comienzo á dar la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo.

La primera calidad que muestra la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo, es que ni tenga menos de treinta años ni pase de los sesenta; porque de treinta años abajo el entendimiento no está reposado, la experiencia es poca, la presuncion mucha, el calor grande, los pensamientos levantados, las flaquezas de naturaleza muchas, ni se puede tener la debida gravedad, ni tampoco el pueblo se fia della, antes murmura. Cuando pasan de los sesenta años, la memoria se pierde, el entendimiento vacila, la experiencia se convierte en obstinacion, el calor es poco, y así dejan perder las ocasiones; los pensamientos cansados, los cuerpos rotos, no pueden ir camino; son, en fin, los tales carga y embarazo de corte; aunque sé muy bien que toda regla general tiene sus excepciones, y que se hallan mozos antes de los treinta años, y viejos de mas de los sesenta, que pueden ser suficientes para un tal cargo; pero estos son pocos y pocas veces, y yo hablo de lo mas cierto y mas comun. Por tanto, es mi parescer que se elijan los consejeros de edad de entre los treinta y sesenta años, y podrán estos (si no se ofresce algun estorbo) servir por treinta años de consejeros; los cuales, así como están casi en el medio d'entre lo muy verde y muy seco, así tienen los humores mas templados; son reposados, tienen experiencia, tienen memoria, tienen las facultades vivas y en su ser natural corroboradas, buen discurso, el calor moderado, los pensamientos razonables, las flaquezas no pueden ser muchas, tienen conviniente gravedad, pueden ir, volver á posta y sin ella, el pueblo los respeta y se fia dellos. De manera que de los desta edad elegirá el príncipe sus consejeros; y los que fueren mas abajo della, esténse por escuelas, váyanse á ver tierras, vean costumbres y gobernaciones, aprendan lenguas, sigan campos y cortes, y trabajen de saber todo aquello que yo he tratado en el segundo capítulo deste libro; y los que estuvieren mas arriba de los sesenta, vuélvanse á sus casas, vivan, reposen, descarguen sus conciencias, piensen en bien morir, dándoles el príncipe, como á eméritos, que decian los romanos, honra, privilegios, preminencias y rentas, segun el merescimiento de cada uno.

La segunda calidad que muestra la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo, es la complision; porque hay ciertos temperamentos que naturalmente tienen habilidad, suficiencia y lustre, y otros inhábiles, insuficientes y escuros. Estos postreros, por bien que noche y dia con arte y diligencia trabajen de emendar su naturaleza, siempre se les paresce el remiendo, y vuelven á sus trece; los otros primeros, con poco de arte y diligencia hacen cuanto quieren, y se van perficionando de cada hora. Por tanto, soy deste parescer, que el buen consejero sea ó sanguino ó colérico, y no de otra complision; porque los desta mezcla y temperamento son ingeniosos, tienen razonable memoria, saben hacer discurso, tienen claro juicio, son justos, amorosos, afables, leales, benéficos, maníficos, manánimos y fuertes de su natural, y en el cuerpo, sueltos, ágiles, sanos y de buen temple. El modo de conoscer á los tales, por lo que acabo de decir se puede entender, y mas, que siendo cosa muy fácil, y teniendo el príncipe buenos médicos, podrá en la elecion consultarlos sobre ello. Guárdese, sobre todo, y mire muy mucho el príncipe en que no elija para su concejo hombre melancólico ni flemático, porque son naturalmente inhábiles para todo género de gobierno, y principalmente para ser consejeros. Porque el melancólico, como es de su natural frio y seco, es terrestre, digo, de la misma complision de la tierra; y así, es ratero y ba-

jo, apenas se alza dos dedos del suelo, es boto, es triste, es mísero, es vano, es enemigo de ilustres pensamientos, es malicioso, es bote de veneno, es supersticioso, tanto, que los desta complision han gastado y destruido todas las religiones del mundo con sus sueños y nescias fantasmas. Es tambien sospechoso en gran manera, cuanto mas envejesce menos sabe, es la misma invidia, y enojándose, ó viene luego á las manos sin propósito, ó suelta la maldita, diciendo mil millares de injurias. Finalmente, los melancólicos están subjetos al planeta Saturno, y es cosa de espanto lo mucho que se aborrescen todos los filósofos y astrólogos con los saturninos, tanto que se tiene por muy cierto que el grande Apolonio Tianeo, en la ciudad de Efeso, halló un melancólico que con sola su presencia habia corrompido toda la ciudad, y por ello habia muy grande pestilencia. El flemático es torpe, pesado, simplon, nescio, y ninguna virtud se puede hallar en él que sea eminente, todas son menos que medianas.

La tercera calidad que muestra la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo, es su tamaño, digo, que sea de mediano talle en el altor y grosura; porque cualquier extremo en esta parte paresce mal, y quita de la autoridad pertenesciente al consejero; porque del sobradamente largo todos los filósofos y astrólogos, con buenas razones, prueban que es mal templado; y así, de comun consentimiento concluyen que raras veces se ha visto saber y prudencia en hombre muy alto, principalmente si fuere muy flaco y tuviere el cuello luengo; porque al tal no dudan de llamarlo inhábil y desaprovechado, y así tienen entre ellos este refran por muy averiguado: «Largo y flaco, muy gran nescio.» En el hombre muy pequeño no se hallan tantas faltas para el gobierno, como en el sobradamente de largo, sino que son airados, presuntuosos, y el pueblo búrlase de ellos y los tiene en poca estima; la cual es una natural pasion, que no se excusa ni se puede excusar; y por tanto, el príncipe debe huir (cuanto pudiere) la elecion de hombres deste tamaño; y por la misma causa debe desechar al muy grueso y al muy flaco, porque no hay quien deje de reir viendo á un hombre que es un tonel ó un otro que sea como un congrio soleado, cual se come por cuaresma; dejando aparte otros inconvinientes que les causa el humor al sobradamente grueso ó flaco, el cual humor los hace inhábiles para el gobierno. Por tanto, ha de ser el consejero de medianas carnes y mediano talle.

La cuarta calidad que muestra la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo, es la natural proporcion, respondencia y cumplimiento de sus miembros, en que ni haya falta ni sobra; porque cualquier destos modos muestra muy malas señales del alma, y ofenden, por otra parte, la vista de quien los mira. La buena proporcion en todas las partes del cuerpo es una conveniencia ordinaria, en que la cabeza ni es mayor ni es menor de lo que su cuerpo pide, y en las otras partes es tambien de la mesma manera; y la desproporcion es al contrario, conviene á saber, tener un brazo mas largo que el otro; una mano pequeña y otra grande, el un hombro alto, el otro bajo, y otras partes desta manera. La integridad de las partes es que no sea nascido falto de alguna dellas, es á saber, nascer tuerto, jiboso, cojo, sin algun brazo ó pié ó pierna, ó señalado de otra manera por falta ó demasía de la materia; porque, segun prueban, todos los naturales, y señaladamente Galeno y Hipócrates, los que así nascen (no hablo de los que despues por desastre lo fueron) siempre tienen diez mil faltas en el entendimiento, costumbres y vida; y así, dicen que Aristóteles contino tenia en su boca este refran: «Dios me libre de hombre marcado por naturaleza.» Por todas estas causas, y mas porque los tales comunmente son aborrescidos, soy de parescer que los que pecaren contra esta cuarta calidad, no son suficientes para ser del concejo.

La quinta y postrera calidad que muestra la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo, es que sea biencarado y de buena gracia; porque los que son dotados desta calidad, con sola ella son respetados, amados y ganan autoridad. Por tanto, es menester que el consejero tenga la cabeza mediana y redonda, no aguda para arriba ni muy grande ni muy pequeña; el torno del rostro un poco mas luengo que redondo, no pequeño ni redondo ni cargado de carne; la frente grande ó mediana, no pequeña ni triste; los ojos medianos, claros, vivos y reposados, no muy grandes, ni muy pequeños, ni turbios, ni pesados, ni sin sosiego; la nariz larga y delicada, no corta, ni gruesa, ni vuelta para arriba; los labrios grosesuelos, no muy delicados ni gruesos, ni menos caidos hácia bajo; en fin, sea gracioso y de buen ademan.

Y con esto pongo fin á las calidades y señales que mostran la suficiencia del consejero en cuanto al cuerpo. Pienso, antes tengo por muy cierto, que algunos reprehenderán mi diligencia como á cosa sobrada en querer yo tratar estas menudencias del consejero. Respondo y digo que el que emprendiere de tratar una cosa bien y perfetamente es necesario pase por todo, sin dejar nada; y mas, estas que parescen menudencias son de tal condicion, que las mas grandes ni deben ni pueden estar sin ellas; piense cada uno que para mercar una casa no solo miramos los fundamentos y paredes, mas aun los establos y aquellos lugares que no se pueden honestamente nombrar; ¿cuánto mas debemos mirar todas las partes de aquel que ha de gobernar reinos y provincias? Para mercar un caballo que vale diez, cincuenta, ciento ó docientos ducados, ¿qué no le miramos? El pelo, las crines, la cola, las astas, los huesos, las ijadas, las carnes, la postura, la gracia, el pasear, el correr, el parar, el comer y beber; y aun el mismo príncipe le palpa la barra y le abre la boca con sus propias manos, solo por verle los dientes; pues ¿por qué llamamos menudencias ó cosas sobradas y demasiadas las que nos muestran la perficion de aquel que ha de tener en sus manos la hacienda, la honra, la vida y la muerte de todo el principado?

CAPITULO IV.

De la eleccion del consejero.

Dos cosas son tan solamente (como dije en el principio del segundo capítulo) las que se consideran acerca del consejero: la una es su suficiencia, la cual ha sido declarada por mí en los dos precedentes capítulos; queda agora por decir de la que es de la segunda elecion, la cual está en el príncipe; y así, no es otro que darle á entender al príncipe cómo se debe gobernar cada y cuando

que quisiere elegir un consejero. Comienzo pues y digo que el príncipe ante todas cosas debe pensar que de la eleccion de sus consejeros sale y cuelga la honra y provecho, ó la infamia y perdicion suya y de su pueblo. Por atajar esta plática, solo diré algunas razones, de muchas que se podrian decir á este propósito. Vemos primeramente que el primer juicio que se suele hacer sobre el príncipe y de su habilidad es de la reputacion de los de su concejo; porque cuando son sábios y suficientes, siempre es reputado sábio el príncipe, pues supo entender cuáles eran los suficientes, y despues conservárselos fieles y leales; pero cuando no son tales no se puede esperar buena reputacion en el príncipe, pues yerra en lo principal; y el que yerra en lo que mas importa es casi necesario que en todo l'otro yerre; porque, así como corrompiendo el manantial de una fuente, necesariamente toda la agua se gasta; de la mesma manera, corrompido el sacro concejo, todo el gobierno anda errado; y así, vemos que todo el pueblo á una voz, cuando quiere loar uno de buen príncipe, luego dice que tiene muy sábios consejeros; y si entre ellos hay alguno de singular habilidad, luego sale en plaza, diciendo: «El tal ó el tal tiene tales y tantas habilidades;» y con ello queda el pueblo muy satisfecho. Por el contrario, todos murmuran y están mal contentos; si se emprende alguna guerra, dicen todos: «No tenemos hombre de consejo.» El tal rey tiene tales hombres para hacer paces y otros conciertos; todo el pueblo tiembla y murmura, diciendo: «Nosotros serémos los malmedrados y engañados, pues no tenemos buen concejo.» No hay que dudar sino que todo cuelga de la fuerza y virtud del buen consejo; lo cual entendia perfetamente el profeta David cuando en la guerra que tuvo con su hijo Absalon contino rogaba á Dios fuese servido de cegar el entendimiento á su principal consejero de Absalon, porque mas se temia del consejo de Arquitofel (que así se llamaba) que de los tratos y armas de todos los otros. Tenga el príncipe buen concejo; aunque yerre, no hay quien lo crea; y teniendo un concejo no tal, lo que al ojo vemos bien hecho no lo creemos, ó pensamos que fué acaso ó que los contrarios lo dejaron; que ya lo hallamos hecho, y que no lo supimos ganar. De todo esto se sigue que por tener el príncipe buenos consejeros, no solamente alcanza buen suceso en sus empresas, mas aun gana fama y reputacion con los suyos y con los extranjeros; de los suyos es amado y obedescido por ello, de los extranjeros temido, y de todos á una voz loado singularmente. Sea pues este el primer aviso del príncipe en la eleccion del consejero, que considere muy bien y muchas veces todo cuanto he dicho en este capítulo hasta aquí.

El segundo aviso es que piense el príncipe que le es mas necesario un tál consejero, cual yo digo, que no le es el pan que come; y esto para que pueda oir verdades, porque oir verdades sencillas y desnudas no lo pueden los príncipes; á causa de la muchedumbre de lisonjeros que los rodean por todas partes; pero en decir estas verdades corre peligro de perder su reputacion y autoridad, y ser tenido en poco el príncipe, si cualquier hombre se le atreve á se las decir, porque no es bien que quien quiera se las diga. Por tanto, es menester tenga sus consejeros de aquellas calidades que yo en los otros capítulos dije, para que sepan entender verdades y decirlas á su tiempo; y á estos debe encargar grandísimamente que hagan el tal oficio en todo y por todo. Esta es muy buena manera para oir verdades y para conoscer lisonjas, y saberlas y poderlas desechar; y otro mejor medio para ello no se hallará, por bien que se busque.

El tercero aviso es que el príncipe que tuviere imperio en muchas y diversas provincias, debe elegir consejeros de todas ellas, y no de una ó dos tan solamente. Declaremos esto por un ejemplo, y porque le tenemos á la mano, sea del rey de España. Entre otras muchas, este posee las coronas de Aragon, Castilla, Sicilia, Nápoles, Milan y destos estados bajos de la casa de Borgoña; mi aviso dice y amonesta que los consejeros deste príncipe deben ser, no solo aragoneses ó castellanos, sino tambien sicilianos, napoletanos, milaneses y borgoñones; pues el aviso se deja entender por el ejemplo, dejemos al rey de España, y hablemos del príncipe en general. Digo ser necesario que un príncipe siga este aviso si quiere tener buen gobierno y los pueblos contentos; porque, haciéndolo de otra manera, todo va borrado; porque los pueblos se resienten en ver que ellos son desechados de la administracion y gobierno principal, pues no ven en el concejo ningun hombre de su tierra, piensan (y no sin causa) que el príncipe los tiene en poco, ó que los tiene como por esclavos, ó que no se fia dellos; lo primero engendra odio, lo segundo busca libertad; y por tanto, hacen conjuraciones y llaman príncipes extraños; lo tercero les da osadía y aun obstinacion para armar cualquier traicion contra su natural príncipe. Esto es muy claro, que todos los hombres sabemos mas perfetamente las costumbres, los humores, los deseos, las virtudes, los vicios, las familias, los méritos, los deméritos, las comodidades y dificultades, daños y provechos de las tierras en que nascemos y nos criamos, que no de las extrañas; por eso, teniendo el príncipe consejeros de todas sus provincias, digo naturales dellas, podrá mejor y mas fácilmente proveer en todo cuanto menester fuere. Tambien nos es cosa natural á todos los hombres que amemos mas á los nuestros que á los extraños; porque con los nuestros siempre se halla una respondencia y obligacion por via de sangre, de alianzas, de amistad, de servicios, de mercedes, de vecindad; y cuanto mas, que esto basta entre buenos, nascer y criarse so unas mismas leyes; para con los extraños no hay nada desto; por ende vemos que en el concejo y fuera dél, mas presto, mejor y con mas grande diligencia se tratan los negocios de los naturales que de los extranjeros; y si estos quieren alcanzar algo, es menester sudar gotas de sangre; todo lo hacen á fuerza de brazos, ó como buenos mercaderes, es menester lo paguen de contado. ¡Oh, que es grande infelicidad la de una provincia que no tiene un hijo suyo en el concejo! El príncipe que se ata ó aficiona á tener consejeros de una sola nacion, parésceme á mí que es apasionado, que es amigo de bandos y sectas; porque, como todos ó los mas principales favores se dén á una nacion, necesariamente aquella se para ufana y soberbia, y las otras, no lo pudiendo sufrir, envidian, maldicen, calumnian, despechan, buscan rencillas y vienen á las manos. Cada provincia tiene sus virtudes y sus vicios, tiene sus

hombres buenos y malos, dotos y indotos, agudos y bobos, hábiles y inhábiles, leales y desleales; no hay para qué hacerme contraste á lo que digo; entiéndame quien pudiere, que yo mé entiendo. El príncipe de derecho es persona pública, no se haga particular contra razon; es natural ciudadano de todas sus provincias y tierras, no se haga extranjero de su voluntad; es padre de todos, no hay por qué se muestre padrasto á nadie, no haciéndole el por qué. Concluyo por tanto, pues el concejo es para gobernar todas las provincias del príncipe, que se elijan consejeros de todas ellas.

El cuarto aviso es, que para haberse de elegir un consejero no se debe contentar el príncipe de aquellos que tiene en su casa y corte, ni de aquellos que por oida ó de vista conosce, aunque sean buenos y prudentes, sino que se informe muy bien por todas vias de todos los mas que pudiere, y en particular dé órden y mande á sus lugartinientes generales de cada provincia que hagan muy buena pesquisa en todo su gobierno de los mas buenos y mas hábiles hombres que para ello se hallaren, y que le invien por lista tres ó cuatro dellos; vista la lista, podrá hacer venir los que mejor le paresciere; á lo menos vengan aquellos que no fueren conoscidos en la corte; para el camino se les dé una ayuda de costa razonable, y vengan no con otro diseño que como hombres que el rey los quiere conoscer. No es posible que en este memorial mio pueda yo contar la décima parte del increible provecho que se puede sacar de la ejecucion deste aviso. Baste saber que d'entre muchos buenos mas fácil es de escoger uno ecelentísimo que d'entre pocos; entre pocos poco hay que escoger. Los pueblos se alegrarán y amarán su príncipe, viendo que como á verdadero padre se acuerda de todos y quiere honrar á todos; los hombres honrados y nobles, grandes y pequeños trabajarán noche y dia en aprender las artes necésarias al gobierno, y en mantenerse honradamente sin vanidad la reputacion en el pueblo, y á esta causa se retirará de vicios, seguirán virtud, huirán escándalos á fin que puedan ser nombrados á un tal efeto. Conoscerá asimesmo el príncipe qué hombres tenga en sus provincias, para cuánto sean y de qué merescimientos; y así, en cualquier trance, peligro, negocio y provision sabrá de quién pueda echar mano. De entre tantos que serán llamados ó nombrados á la eleccion, cierto es que no se eligirá mas de uno ó dos, ó mas ó menos, segun la necesidad del concejo ó concejos; para con los otros todos el príncipe se mostrará afable y grato, loarles ha su buena vida, animarlos ha á perseverar, dándoles buena esperanza; á unos proveerá de cargos, á otros de rentas, á otros dará ayuda de costa, á otros asiento en su casa, á otros mandará quedarse en la corte, á otros despedirá para su casa, gobernándose con todos ellos bien y prudentemente segun el mérito y autoridad de cada uno. De manera que todos quedarán contentos, y el concejo bien proveido.

El quinto aviso es, que el príncipe no se dé priesa demasiadamente en la eleccion del consejero, sino que vaya á paso, dando tiempo y lugar de tomar muchas informaciones de la suficiencia de aquellos que serán nombrados para la eleccion; y para ello dará tiempo conviniente, en el cual será lícito á todo hombre en general, y á cada uno en particular, de acusar por escrito ó de palabra y decir libremente las faltas y tachas que tuviere cualquier de los nombrados, y para ello porná seguridad de todas partes, y dará libre potestad á quien quisiere hacerlo, pero de tal manera, que se cierre la puerta á malicias y falsos testimonios; y por eso será menester guardar con todo rigor las penas talionis que dicen, y aun la indinacion del príncipe á los que fueren tales. Tambien, so graves penas, se proveerá que ninguno de los nombrados pueda impedir ó hacer impedir las relaciones y acusos que contra ellos se hicieren en tal caso. De aquí se seguirá que conozcamos mejor los nombrados con todas sus calidades, cerremos las puertas á falsas informaciones, y que los buenos se atreverán mas aína á ofrescerse al servicio del concejo, y los malos y inhábiles no ternán osadía de pedir un tal cargo, de miedo de oir su propia infamia. Esto mismo se guardaba en la eleccion de los magistrados en Roma; y mientra se guardó con todo rigor y sin ecepcion floresció aquella república, y el dia que se dejó de guardar fué en tanta declinacion, que, como vemos, peresció.

El sexto aviso es, que oya el príncipe con atencion y buena gana todas las informaciones y acusaciones que se le dieren en favor y contra los nombrados; pero que á ninguno crea, sino que lo remita todo á su exámen y prueba. Si son acusaciones de infamia, piense el príncipe que pueden ser verdaderas y falsas; piense que hay hombres malos, maliciosos, invidiosos, inorantes, nescios, apasionados, que lo pueden falsamente acusar; y no se engañe un príncipe con decir: ¡Oh! díjomelo un duque, un obispo, un prelado doto, un padre santo, ó un tal ó un cual; porque tras la cruz está el diablo; quiero decir, que todos somos hombres y podemos engañar y ser engañados; por tanto, no lo crea ni lo deje de creer, sino que lo encomiende, si el caso lo pidiere, á la justa pesquisa y juicio de su tribunal. Si fuere en favor del nombrado, como es abonar lo que es suficiente para el tal cargo, tampoco lo crea ni lo deje de creer, sino que lo remita á su exámen, como mas abajo se dirá; tampoco quiero que diga el príncipe: Tal cardenal, tal marqués, tal caballero, tal religioso bueno y santo me dió esta informacion; porque todos somos hombres, que nos engañamos y solemos engañar á los otros. Crea el príncipe y tenga por cierto que todos los que le dan semejantes informaciones, agora sean buenas, agora malas, que los tales se mueven por sus propias utilidades y interese, las cuales, aunque no se parezcan claramente, todavía están encubiertas sin falta bajo el pretexto del servicio del príncipe; son, en fin, como píldoras doradas, en que no se paresce por defuera lo amargo que en sí contienen. Creer lo que se puede fácilmente probar por la experiencia, nunca fué cordura. Por tanto, quiero en esta parte que el príncipe diga como un santo Tomás, y no crea mas de lo que con sus ojos viere y con sus manos tocare.

El sétimo aviso es, que por ninguna manera del mundo se elija un consejero sin que haga primero exámen de su habilidad y suficiencia. Acuérdaseme que en dias pasados, para elegir un confitero del rey de España, se redujo la cosa á tales términos, que aquel se llevó el oficio que supo hacer mejores conservas entre todos los competidores. Estando yo hablando con el

cardenal Luis de Borbon acerca de un pasaporte para salirme de Francia á mi salvo, rompida la guerra en el año de 51, dijo el Cardenal á unos que le vendian ciertos perros de caza, que los probaria primero, y segun la prueba, así los tomaria ó no. Sea esto dicho groseramente á este propósito en que estamos, que pues ni los confiteros se eligen sin prueba ni los perros para cazar tampoco, mas razon es que se haga un buen exámen de aquellos que han de ser consejeros. El exámen será tal, que mire el príncipe, que mire y remire muy bien y muchas veces si tienen las calidades que yo he mostrado y enseñado en el segundo y tercer capítulo, y que lo mire de aquella manera que yo lo he aclarado; porque el que no tuviere aquellas calidades es inhábil absolutamente, y el que las tuviere todas es habilísimo sin falta, y el que mas ó menos tuviere dellas, así será mas ó menos hábil, y por tanto mas dino ó menos dino de ser elegido. De manera que para medir esta suficiencia terná el príncipe dos como medidas: la una de quince palmos, que son las quince calidades que muestran la suficiencia del alma en el consejero; y la otra de cinco palmos, que son las cinco calidades que muestran la suficiencia del mismo en cuanto al cuerpo. El que fuere de medida ó el que mas palmos tuviere, aquel solo será el elegido, pospuestos todos los otros. De manera que si uno tuviere diez calidades y otro ocho ó nueve solamente, el de las diez será el escogido y el de las nueve no; esto se debe guardar con todo género de hombres, sin excepcion ninguna, sean ricos ó pobres, grandes ó pequeños, privados ó no; porque si un duque muy poderoso, un caballero muy rico ó un gran privado vinieren en competencia de ser consejeros con un otro que no sea tal cual estos en estado ni riquezas ni favor, pero con tal que los venza en calidades pertenescientes al consejero, debe ser elegido el tal por consejero, y los otros no. Esto se entiende, como digo, donde hay ventaja de suficiencia; porque los cargos se deben dar por sola suficiencia, y no por favor ni por servicios ni por poder. Bien es verdad que los favores, los servicios y el poder entonces tienen lugar cuando la suficiencia es igual de ambas partes; como si dos competidores estuvieren en igual grado de suficiencia, entonces, segun la voluntad del príncipe, lo podrá dar al que mas favores ó servicios ó poder tuviere destos dos; y aun en tal punto es obligado el príncipe á darlo al que mayores servicios hubiere hecho á la república ó á su real persona. Porque esta es regla muy cierta, que los cargos se dan por una de tres maneras, conviene á saber, ó por merescimiento ó por favor ó por poder: el primer modo es por suficiencia, el último es abuso, el d'enmedio, aunque sea abuso, todavía no lo es tanto como el postrero; como quiera que ello sea, una de las mas ciertas reglas para diferenciar un buen príncipe de un tirano es esta: que el príncipe da los cargos por suficiencia, y el tirano solamente los da por favor ó poder. Tambien se debe notar que el príncipe que por favor y poder dará los cargos, ese tal, ó él perderá su estado, ó no lo poseerá hasta su tercera generacion; dejo y callo á sabiendas otras muchas y muy buenas razones que á este propósito se podrian traer. La conclusion de todo ello es, que se haga el exámen, y aquel solo entre todos se escoja, que fuere hallado mas suficiente conforme á las reglas que para ello tengo dadas en el segundo y tercer capítulos. Y este exámen ya se entiende que ha de ser hecho por el mismo príncipe en persona, y no por otro.

El octavo aviso es, que hecho el exámen y eleccion segun lo contenido en el precedente capítulo, sin torcer á una ni á otra parte, dos ó tres dias despues mandará el príncipe llamar al eleto consejero, y en presencia de los de su casa y corte, á puertas abiertas, le dirá en breves palabras cómo ha sido elegido por su merescimiento; mostrarle ha la fe que todo el pueblo le da, y cómo está acreditado para consigo en grande manera; añadirá que se tiene esperanza tal de su bondad y prudencia, que hacer obras con que responda á lo que dél se espera le es necesario; no hacerlas le será vileza y torpe abatimiento. Tras esto, le encomendará la honra y provecho de todo el principado, y le rogará y aun mandará que no deje de amonestarle y corregirle con la debida modestia, cada y cuando que viere que el príncipe tuviere necesidad dello. Finalmente, porná fin á su plática diciendo que él le promete y asegura que, así como le castigará segun su demérito no haciendo su oficio bien y lealmente, así tambien le dará premio y gualardon segun sus méritos. Con la ejecucion deste aviso el príncipe gana la voluntad del pueblo, los hombres buenos y de grande habilidad y licion se animan, no solo á perseverar, mas aun á ser mas eminentes, y el consejero elegido pone todas sus fuerzas en que no solo conserve su reputacion, mas aun la acrescíente.

El noveno y último aviso es, que acabada la sobredicha plática, el príncipe le tome el juramento muy solene al consejero, en que prometa á Dios de ser bueno y leal vasallo y consejero á su príncipe, que procurará el bien y honra de todo el principado, y que ni por interese de vida, bienes, sangre, amigos ni aliados no dejará de seguir justicia y razon. Tomado este juramento, no habrá mas que hacer de emplearlo en los negocios. No se puede decir el provecho que se saca deste juramento; basta agora decir que con él que la el principe mas descansado, y siendo el consejero malo y desleal, tiene mas justa causa de mostrarle su indinacion, como á hombre que es menospreciador de su fe, y de Dios principalmente. El consejero por la misma causa irá mas recatado, no se osará desmandar, y terná muy justa excusa para despedir sus deudos, amigos, aliados y criados que le pidieren cosas contra razon, ó á lo menos no muy razonables. El pueblo todo, por otra parte, ha miedo de pedirle cosa injusta, y toma osadía para pedirle cosas justas, y para irle á la mano si las negare ó si quisiere hacer algo contra derecho.

LA DESPEDIDA DE TODA ESTA OBRA.

Esto es todo cuanto tenia para decir en este primer libro, de los ocho en que ha de ser dividida la materia del concejo y consejeros del príncipe. Está declarado qué cosa sea concejo, y tambien cómo todo y cualquier príncipe es obligado, si quiere bien gobernar, á tener siete concejos diferentes del todo y por todo en cargos, en ministros, mando y autoridad; asimesmo he mostrado qué cosa sea consejero, y que para ser suficien-

te es menester que el tal tenga veinte calidades, las quince en el alma y las cinco en el cuerpo; tambien he dado nueve avisos al príncipe, de los cuales se debe aprovechar cada y cuando que quisiere elegir un consejero. Esto es lo que yo entiendo acerca de lo que propuse en mi ánimo y prometí de tratar en el principio deste libro, á lo que me indució la ley divina y humana, las cuales nos obligan que los unos ayudemos á los otros en todo cuanto pudiéremos, y que en aquellas cosas debemos ayudar especialmente que mas concernieren y tocaren al bien comun, como lo es esto del concejo y consejeros del príncipe. Si estuviera en mi mano poder hacer un concejo cual yo digo, como lo está el ordenarlo por escrito, antes propusiera al mundo un ejemplo de buen concejo formado y visible, que no escrito y inteligible. Pero, pues no podemos hacer lo uno, hacemos lo otro, pues lo podemos. Queda la obligacion de ponerlo por la obra á aquellos que lo pueden y lo deben hacer por su descanso, por su honra y provecho. De mi parte no dejaré de rogar á Dios dos cosas mientras viviere: la una es, que sea servido de abrir los ojos á los príncipes para que vean cuán grande necesidad tienen de reformar sus concejos y consejeros, ó á lo menos que les ponga algun escrupulillo en su ánimo para que alguna vez hagan reflexion sobre sus concejos y consejeros; la mitad del camino terníamos andado si comenzasen los príncipes á dudar si tienen buen concejo ó no; no hay peor enfermedad de aquella que no se conosce. La otra cosa que rogaré á Dios es, que los que están al derredor de los príncipes, pospuesto su interese y su pasion, quieran abrir las puertas á los buenos y provechosos avisos, quieran antes el provecho público y de su príncipe que no el suyo particular, y no quieran persuadir con falsas razones que lo blanco es prieto, y lo prieto blanco; estos son los que echan á perder todos los príncipes; estos son los que cortan las piernas á los hombres de habilidad porque no vayan delante; estos quiebran los ojos del príncipe porque no vea. Hablo de los malos, y no de los buenos. De los buenos sé que loarán mi obra, no por ser mia, que soy nada, sino por ser ella de sí buena y provechosa; pero los malos ¿qué no dirán contra ella? Uno dirá que el príncipe no es bien que tome tanto trabajo en escoger tan sotilmente sus consejeros. Respondo que este no es trabajo, antes es descanso, porque terná menos negocios, y aquellos muy claros, tanto en paz como en guerra. Otro dirá que el príncipe es libre, y ha de dar los oficios á quien bien le paresciere. Respondo que la libertad del príncipe no lo es cuando va fuera razon, porque entonces abuso y servidumbre se llama; entonces es libre cuando usa de buena razon, porque de otra manera es tirano; y decir que el príncipe ha de dar los oficios á quien se le antojare ó bien le paresciere, es motejarlo honestamente de tirano. Otro dirá que los caballeros y señores han de ser galardonados segun la autoridad de su casa y servicios de sus personas. Respondo que tambien digo yo eso mesmo; pero que no es todo uno galardonar y hacer uno del concejo; porque bien se puede hallar otra via de galardonar, como las hay muchas, sin que sean elegidos consejeros. Otro dirá que no se hallarán en todo el mundo tales consejeros como yo los quiero. Respondo que los hay muchos, muy buenos y muy suficientes en todas partes, si los príncipes los quieren escoger por virtud y merescimiento, y no por favor ni por poder; y dado que no lo hubiese, quiera el príncipe hacerlos, como es obligado, que él hará de las piedras hombres. Cuando el príncipe es poeta, todos hacemos coplas; cuando es músico, todos cantamos y tañemos; cuando es guerrero, todos tratamos en armas; cuando es amigo de truhanes, todos nos picamos de graciosos; cuando es amigo de astrología, todos hablamos en esferas y otros instrumentos; pues si es amigo de consejeros tales cuales yo los pinto, que me corten la cabeza si en cuatro años no son todos los grandes y caballeros suficientísimos para un tal cargo. Diga de palabra el príncipe y ponga por la obra unas cuantas veces estos mis preceptos, y verá luego á la hora mudada la corte y toda la nobleza de su principado, digo mudada de tal suerte, que todo el tiempo que se pierde malamente en ocio torpe ó en juegos blasfemadores, ó en adulterios y otros mil vicios, se empleará bien y honestamente en virtud y en entender aquellas artes que fueren necesarias. Luego se hará la corte una escuela de virtud y sabiduría. No quiero responder á las otras quistiones, porque son todas vanas; vuélvome á hablar con los príncipes en particular, y les digo que si eligieren sus concejos y consejeros del modo que yo les tengo dicho, ellos, mientra vivieren, ternán placer y descanso, no solo conservarán sus estados, mas aun los acrescentarán; ternán en su mano la paz y la guerra, serán amados de sus vasallos, temidos por sus adversarios, honrados y loados de todos generalmente, dejarán el principado firme y duradero á sus descendientes, y alcanzarán título y nombradía de grandes, buenos y invincibles príncipes, despues de su vida aquí en el mundo.

FIN DE EL CONCEJO Y CONSEJEROS DEL PRÍNCIPE.

VISION DELECTABLE

DE LA

FILOSOFIA Y ARTES LIBERALES,

METAFISICA Y FILOSOFIA MORAL;

COMPUESTO POR

ALFONSO DE LA TORRE,

BACHILLER;

ENDEREZADO AL NOBLE DON JUAN DE VEAMONTE,

prior de San Juan en Navarra.

PROEMIO DEL AUCTOR.

El corazon ganado por diversidad de méritos et virtudes que precedido hayan, tanto fué á vos mas conjunto, cuanto el deseo sabido era á él mas semejable et comunicable. É cuando supe que teníades afecion et voluntad inmensa por saber cuál era la manera del tratar de la filosofía et de las otras sciencias brevemente, é qué deletacion era hallada en aquellas; como viésedes que muchos ilustres et hombres de loable memoria hayan en inquirir sciencias gastado su vida, et no pensábades aquello ser sin causa razonable. De la otra parte veíades el mundo tener vuelta la cara á las utilidades et mundanos provechos, et non solamente menospreciar et increpar el investigar de las sciencias, mas abominarlas y perseguirlas; et por esta causa queríades que por mí vos fuese hecho un breve compendio del fin de cada sciencia, que cuasi proemialmente conteniese la esencia de aquello que en las sciencias es tratado. Y eso mesmo vos placería mucho saber si posible era qué entendieron los naturales, y qué se podia alcanzar por razon del fin postrimero del hombre, y qué dijeron los tales de la bienaventuranza, si por ventura la pusieron en este mundo ó en el otro. É si en este, en qué cosas consiste, cómo veamos cuán diversos son los fines de los hombres, et cuasi infinitos los modos de vivir. É como todos no trabajen por un fin ni por haber una manera de bienes et de sciencia, parecíavos la tal bienaventuranza no ser en este mundo. E si era, á lo menos no seria una, mas muchas; é si por ventura ellos digan que el hombre muerto es la tal beatitud, ó es en el cuerpo ó es en el ánima; porque primeramente vemos que el cuerpo se corrompe, allí no hay bienaventuranza; et si en el alma, en qué manera es, ó qué tal es aquella bienaventuranza; si es de alguna de aquellas cosas las cuales conocemos por la vista ó son notas por los otros sentidos. Si son estas, cómo puede estar en el ánima, é qué certidumbre pudieron ellos haber en razon de ser el alma despues que el hombre muere, é qué manera tienen en el probar de aquesto, é si pueden alcanzar pruebas necesarias. Estas son las cosas en suma que se notificaban ser deseadas por vos afectuosamente; las cuales no creo que sin señalado conocimiento et profunda investigacion de muchas señaladas cosas ser por vos previstas, venistes á limitacion de inquirir pasos tan señalados como hayais tocado en la turbacion del mundo, et ignorancia et abominacion de las sciencias que es hallada en los modernos tiempos, de que proceden todas las viciosas costumbres; et hayais tocado la

vida angélica que tenian los predecesores nuestros en los pasados bienaventurados, et hayais querido saber aquello que razonablemente todo hombre debria trabajar por conocer, conviene á saber: del su postrimero fin para el cual finalmente fué criado. Gran vergüenza es á la criatura racional, pues Dios le ha apartado de los otros animales, querer poner su fin que sea semejante á aquellos, y mucho es de loar aquel que con inquisicion no mediana la profundidad de las tales cosas trabaja de conocer. En especial es de agradecer á vos, que en las persecuciones mundanas navegais, las cuales no solamente los sentidos forínsecos y extraños, mas todos los interiores, sumen et afogan; et yo he parado mientes en la manera de vuestro dudar tan señalado et tan distinto por órden, et cuasi la mayor parte de la verdad parece ser ya en vuestro corazon concebida; ca no solamente preguntais, mas argüis en una muy oculta et hermosa manera. É tanto me ha placido haber visto en tan generoso et tan noble hombre y tan señalado haber venido el semejante deseo, que luego en punto puesto, aunque bien viese que era carga allende de las fuerzas á mí posibles, no esperando mas tiempo, queria comenzar á escrebir la temeraria mano; y estando de la una parte el entendimiento, el cual me retrae, así por la dificultad de la cosa, como por causa de los mordedores envidiosos, no participantes, mas apartados de todo bien; de la otra parte el verdadero amor, el cual no tiene término, y el momento le parece alongamiento, me constreñia, sin esperar otro consejo, complir et satisfacer á vuestro loable deseo et propósito muy singular. E estando en aqueste debate de voluntad y entendimiento, los sentidos corporales fueron vencidos de un muy pesado et muy fuerte sueño, do me pareció claramente haber visto todas las siguientes cosas.

COMIENZA EL LIBRO

LLAMADO

VISION DELECTABLE DE LA FILOSOFIA Y DE LAS ARTES LIBERALES,

EL CUAL LIBRO SE DIVIDE EN DOS PARTES:

LA PRIMERA TRACTA MUY SPECULATIVAMENTE DE LAS ARTES LIBERALES, CUÁL SEA EL FIN Y MODO ET UTILIDAD DE CADA UNA DELLAS; TRACTA ASIMESMO DE LA METAFÍSICA Y DE LA NATURA.—LA SEGUNDA PARTE, QUE ES FILOSOFÍA MORAL, TRATA CÓMO LAS VIRTUDES MODERAN LAS PASIONES.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

Que es una Vision en la cual poéticamente et por figuras se declaran los males et turbaciones del mundo. Asimesmo tracta de la gramática, de su utilidad et inventores.

Vi las cavernas de las Eolias ínsulas, por la luenga edad de los fados cerradas, ser abiertas y salir et proceder de aquellas vientos de innumerables opiniones et dudas generantes, fumosas nubes de gran escuridad et tiniebla, las cuales cobrian toda la habitable parte poseida por las razonales criaturas. De manera que eran privados de ver la acostumbrada cara del lucidísimo dios de sapiencia, Apolo; é vi que la fuerza de Vulcano habia entrado en las ascondidas partes epiferias de la tierra et desecado las águas de las perenales fuentes et rios, en manera que toda la tierra era quemada otra vez, así como en el tiempo de los caballos de Feton; é vi que la opinion de las cosas acostumbradas habia vencido et desterrado toda la verdad del mundo. Vi la discordia et infernal compañía reinar sin contradicion en toda la tierra, et ser argüidas todas las faces de las celestes virtudes; vi la sublime corona et mas alto cerro, lo cual primero era de oro puro, convertido en metal muy aviltado de plomo; vi el patrimonio de los levitas poseido por las bestias, perseguidores enemigos capitales de Minerva; vi el oficio de la Sibila et de los clarísimos vates ocupado por la muy vil compañía varónica; vi los lauros de Apolo, denunciadores de los advenideros siglos, pisados por multitud innumerable de bestias descendidas del Olimpo monte; vi las aguas de la fuente Castalio ser vendidas cuasi por ningun precio et traidas en abominacion; vi las águilas, que con el ojo de vivacidad transcendian et penetraban allende del acostumbrado ver, tener ojos mortecinos et caducos, et ver menos que las otras aves; vi los espantables mónstruos por la mano célica de Alcídes vencidos, ser tornados en el primero ser et con mayores fuerzas que primero tenian, aunque Hércoles no fuese hallado entre los vivientes; vi el cielo menazar caida total, puesto que falleciese alas para someter los hombres et sostenerlos; vi las casas de los stóicos, pitagóricos, peripatéticos et académicos (los cuales eran en veneracion admirable) hechas domicilio á las pestíferas et ponzoñosas sierpes; vi perturbada la jurisdicion de Neptuno, et á Juno desterrada de su proprio reino por la multitud de centauros, trayentes armas fabricadas por el infernal Vulcano; vi abominacion universal en el mundo fasta la prevaricacion de aquello que primero era santuario, á lo cual las gentes tenian por númen ó divinidad, ser convertido en diversidad de malicias, excedentes las vulgares y en caida y escándalo de malos y enormes ejemplos, peores que los acostumbrados de hoy; y parescióme súbitamente, estas disformidades et abominaciones vistas, ser llevado al pié de un altísimo monte, la cabeza del cual parecia juntar et igualarse con el glóbo ó altura primera, donde vi estar una asaz honesta doncella, en la mano derecha de la cual estaba un título escripto de letras latinas, las cuales decian en esta manera: *Vox literata et articulata debito modo pronunciata*, y en la siniestra mano tenia una palmatoria con azotes; y era una cosa maravillosa que, siendo vírgen, le procedian de los pechos dos fuentes de muy dulcísima leche, la cual era en refecion et nutrimento de aquellos que aun no habian conseguido la natividad et producion de los dientes, que son instrumento para quebrantar et comer las cosas duras; é vi cómo un niño muy gracioso venia muy cansado por la montaña adelante, et venia del siglo, como que viniese huyendo, al abrigo de su madre, et se acogió á la doncella; el cual niño habia nombre Entendimiento; et la doncella muy agradablemente lo rescibió, et con gran piedad que hobo de su cansancio, rescebido en edad tan tierna, luengamente crió al Entendimiento, teniéndolo en sus muy mas provechosos que deletables nutrimentos; et despues del muy luengo recebido reposo, la doncella

limó muy sotilmente et alimpió los dientes del niño, et comenzóle á mostrar de hablar, no tanto apostada et complidamente como era necesaria la habla. E despues que el niño entendia los términos del razonar, ella le encomenzó á enseñar et notificarle las cosas siguientes: «Fijo mio muy agradable, tanto á mí mas amable cuanto es el mayor trabajo recebido por tí, pues que yo he visto que contigo viene el natural deseo de trabajar, la facilidad de comprehension et disposicion buena de tu entendimiento, quiero que sepas las cosas, no solamente vulgares, mas aquellas que son ascondidas en la profundidad de mi corazon, así del oficio mio como de la causa final por qué fuí hallada et puesta en esta habitacion hasta en los advenideros siglos, segun á mí han dicho et soy certificada por los que han descendido del sagrado monte al pié del cual estamos. El Señor universal de las visibles et invisibles cosas, et producidor del no ser al ser et perfecion de aquellas, en fin de las cosas criadas crió al hombre derecho para que entendiese la verdad, é entendiendo amase, et amando recibiese la bienaventuranza et usase de la delectacion, la cual no es digno el lenguaje para decirla, por no haber cosa á ella semejante la cual se pudiese á ella comparar; y en esta rectitud de entendimiento rescibió el hombre todas las cosas posibles de recebir á criatura racional et corpórea. En guisa que la su perfecion fué de tanta excelencia, puesto en aquel grado que por el real Profeta fué comparado á la angélica et intelectual natura, el cual fué engañado por la mujer ó sensualidad. Ayuntadas la manzana ó delectacion, et la sugestion et falacia del antiguo culebro ó concupiscencia á las cosas contrarias et ajenas de su natura, fué descendido de aquel huerto sagrado de paraíso, ó claridad y perfecion de entendimiento, y echado para que labrase y morase en las desiertas et hasta allí tierras inhabitadas, las cuales primero habian sido formadas en habitacion de las irracionales fieras et brutas; de manera que el mesmo profeta, que primero lo habia comparado á los ángeles en el primer estado, en el segundo lo comparó á las bestias; y tanto ha sido la continuacion et usanza del triste del hombre en las momentáneas et caducas deletaciones sensibles, que se ha olvidado del fin para quien finalmente fué hecho et la perficion et honra en la cual fué criado; et casi toda la gente es en este número, sino algunos á los cuales nuestro Señor quiere demostrar este camino. Aun te quiero decir otra cosa mas escondida. Notorio es que por el entender el hombre es apartado de las bestias; é aquesta es la causa de se allegar á nuestro Señor et semejarlo, ca no le parescemos en alguna material et corpórea cosa; y como este sea el su bien et su perficion final, el cual primero era por infusion y perdido por el pecado, no se puede haber sino que hombre lo reciba de otro por manera de enseñanza, la cual enseñanza no se puede facer sin palabra, et la palabra no puede ser sin voz, et la voz requiere ser significativa de alguna cosa, la cual sea imprimida en el corazon del oyente; y si por ventura lo que uno sabe no lo supiesen sino solos los de aquel tiempo, seria perdida toda esta doctrina et provecho á los sucesores, et por tanto el artificio ha fallado la manera del escribir, por la cual ve hombre la intencion de los pasados et ausentes así como si fuesen presentes; y sin duda necesario es que haya arte que demuestre las letras y las sílabas y dicciones de las cuales se compone la escriptura, que es espejo del razonar, y el razonar del entender, y el entender de la elecion de las virtudes, que son camino de la eternal bienaventuranza, y esta es la causa por qué yo soy aquí finalmente. Agora te quiero decir quién fueron aquellos los cuales han hecho el camino que es andado et han edificado las moradas presentes, y despues te diré cuál es mi oficio. El comienzo et fundamento destos edificios, ya ves cómo son letras, las cuales Abrahan halló primero; es á saber, las caldeas; é Moisen halló primero las hebráicas, aunque ante destos ya habia uso de letras en Fenicia, y despues un hijo de Agenor trujo el uso primero de aquellas á Grecia; et la reina Isis, hija de Ignacio, dió uso de letras á los egipcianos; Nicostrata Carmentes, musa, halló las letras latinas; y despues el uso de las letras fué universalmente en todo el mundo, excepto entre lás naciones barbáricas et brutales; y los inventores et fabricadores deste artificio han sido: el Donato, el Serbio, el Prisciano, el Roberto, el Huguicio. El mi oficio es tratar de la disciplina et artificio de las letras latinas et de la parte de la oracion, de las sílabas, de los piés, de los acentos, de la ortografía, de la etimología, del diasintáxis, del barbarismo y del solecismo, et de los otros vicios; del metaplasmo, del tema, del tiempo, de la fábula, de la prosa, de la historia.»

El Entendimiento preguntó: «Señora, decidme por merced qué es la causa de la diversidad de las lenguas entre las gentes, ca me paresce que mas razonable fuera que todos fablasen un lenguaje; et fuera mayor provecho á la comunicacion de la vida et acrecentara gran parte de amistanza, ca vemos ser mas amigos aquellos que se entienden et son concordes en una habla que no los otros.» E la doncella le respondió: «Placer he grande de la manera del preguntar, y placerá á nuestro Señor que tú pervengas á la perfecion postrimera, ca el dudar ha sido en gran parte causa de saber la verdad. La razon comun et mas cierta de la diversidad de las lenguas ha sido la edificacion de la torre, ca primero todos hablaban una lengua, es á saber, la hebráica, y despues fué partida en setenta y dos principales, et cada una destas fué departida en multitud no sabida.» El Entendimiento preguntó: «¿Moisen fué primero que la edificacion de la torre?» La doncella respondió: «Hijo, no.» El Entendimiento preguntó: «Pues ¿cómo me habeis dicho que Moisen halló primero las letras hebráicas, y despues decis que ante de Moisen ya hablaban hebráico?» La doncella respondió: «Fijo, primero hablaban el lenguaje, mas aun no habian usanza de escriptura; et razonable era, pues que todos descendian de un padre et habitaban en una tierra, que todos fablasen en una manera. E aquella forma de fablar les mostró Adan cuando salió de paraíso.» El Entendimiento preguntó: «Veamos, ¿en el paraíso habia fablado?» La doncella respondió: «Sí.» Dijo el Entendimiento: «¿Quién le habia mostrado esta fabla, como no hobiese habido participacion de otra gente, de quien hobiese aprendido? E si él la falló mas esta lengua que otra, y si ge la mostró Dios es la mesma cuestion.» La doncella respondió: «Demandas causas de la voluntad de Dios et de sus secre-

tos; no pertenesce á mí te lo declarar; despues que subieres en el monte serás digno de recebir el saber destos secretos. Basta que la Sacra Escriptura tiene que Dios fabló cuando dijo : *Fiat lux*, et otras cosas semejantes que en la creacion del mundo fabló. En qué lengua lo dijo, como no hobiese lengua, no se sabe, y por qué Adan escogiese esta lengua mas que otra. Naturalmente vemos que los orientales todas las palabras et la voz et las lenguas comprimen en las gargantas, así como los hebreos et los caldeos, indianos, sirios et todas aquellas comarcas; y vemos que todos los mediterráneos refieren las palabras et la lengua en los paladares, así como asianos, frigianos, griegos, y todas las gentes ocidentales quebrantan las palabras en los dientes, así como italianos, gallos y españoles. El sirio y el caldeo vecinos son al hebreo en la pronunciacion de muchas letras et conformes en multitud de palabras. Una lengua no es mas natural al hombre que otra, y por tanto yerran los que dicen que dejando el hombre solo desde la creacion suya, que hablaria caldeo; esto no es verdad, ca lo contrario vemos en las bárbaras naciones. Verdad es que la naturaleza instiga al hombre buscar manera de entenderse con otro por señales, ó gritos, ó silbos, ó palabras; y estas maneras todas son en el mundo. Item, notorio es que la lengua caldáica es lenguaje perfecto, et cierto es que la naturaleza del hombre comienza por aquello que es mas imperfecto et mas confuso; pues ¿cómo pueden ellos decir que una lengua sea mas natural que la otra? Del hablar de Adan, de creer es que él, que hobo perfecion de saber, que, como halló que era bueno que hobiesen las cosas nombre, necesario era de hallar lenguaje en que las nombrase, y por ventura el lenguaje hebráico fué á él mas fácil et mas convenible por la causa que ya he dicho, del hablar de Dios, sublime y glorioso. Cuando fuere tiempo sabrás qué cosa es Dios et del hablar con los profetas suyos, et cómo habla con ellos mediante la lumbre intelectual, la cual es llamada vision; é bien creo que el hablar de Dios con Adan fué en esta manera.» El Entendimiento preguntó : «De tanta diversidad de lenguas, ¿hay algunas que sean mas excelentes et mas dignas que las otras?» La doncella respondió : «Sí; los pasados et mas graves varones de sciencia han convenido en afirmar que tres lenguas entre todas las otras son dichas lenguas sacras; conviene á saber : la hebráica, griega et latina. Pero entre las lenguas de las gentes, la griega tiene principal excelencia, ca es mas hermosa et muy mas sonante que todas las otras, la cual es de cinco maneras : la primera se dice coyenedon, que quiere decir comun; la segunda es ática, que quiere decir de Aténas, en la cual escribieron todos los autores; la tercera dórica, la cuarta icónica, la quinta elóica; y cada una destas habla su manera de gentes. Las lenguas latinas han sido cuatro; conviene á saber : prisca, latina, romana, mixta. Prisca es aquella que fallaron en el tiempo de Jano y Saturno, virtuosísimos reyes de Italia, la cual era muy mal ordenada, así como la hallamos por las bucólicas escripturas en Cecilia; la segunda es latina, la cual comenzó en el tiempo de la destruicion de Troya so el rey Latino et los reyes de Tostina; y en estas letras fueron escriptas las doce tablas en las cuales fueron escriptas las leyes que Solon habia dado á los de Aténas; la tercera es romana, la cual comenzó despues que desficieron los reyes en Roma, et fueron de los poetas Enio, Plauto, Nevio, Virgilio, y de los oradores Glauco et Cato et Ciceron, fundadores et componedores de aquella habla; la cuarta es llamada miota, la cual comenzó en Roma; despues que el imperio fué dilatado et habitaron en la ciudad gentes de tantas provincias, corrompieron la habla por barbarismos et solecismos; y desde aquí emanan las lenguas que hoy se hablan en Italia y en España por la gente vulgar et comun; et si por ventura yo no hobiera estado para que demostrase hablar por artificio, ya la lengua latina seria perdida del todo; mas yo demuestro la pronunciacion de las letras, et cómo tienen los sones et los acentos diversos, é demuestro mas la distincion et departimiento de aquellas en vocales, mutas, consonantes et líquidas. Demuestro cómo una de las vocales tiene lugar de dos consonantes, et á las veces vale por una; et demuestro cómo el nombre es regido de verbo, y en cuántas cosas ha de convenir; eso mesmo del relativo con el antecedente, del adjetivo con el substantivo; y demuestro las distinciones de los nombres, et de los verbos, et participios, et pronombres en multitud d'especies, et cómo convienen en una amistanza et ligatura con las otras partes menos principales de la oracion.»

Estas cosas por órden declaradas, la doncella echó fin á su hablar, estuvo en un agradable silencio; y entonces el Entendimiento paró mientes á las paredes de la casa, et vió todas las cosas susodichas pintadas por órden. Allí vió las naturas de los verbos por qué se decian activos et pasivos, et por qué algunos se decian neutros et otros deponentes et comunes; é vió por qué el nombre era llamado proprio et por qué apelativo, et por qué los pronombres son primitivos, otros derivativos, et por qué los participios son distintos, segun la distincion de los tres tiempos, et por qué las letras son comparadas á los elementos. Estaba allí pintado cómo el Prisciano habia renegado la fe et habia comutado su alma por la fama; allí el Donato et Aristarco, que casi de las cavernas et profundidades de la tierra habia sacado las piedras para edificar aquella casa; allí el Ebrardo et Alejandre de Viladey, y el Perelias, que cuasi de confusa habian reducido toda la casa en órden; y el Entendimiento, con lo que habia oido de la boca de la doncella et con aquello que habia visto pintado, ya era contento cuanto á la congruidad de la habla, y el natural Ingenio lo aquejaba que siguiese su camino comenzado y no quisiese perder mas tiempo; y tomada licencia, et despedido humilmente de la doncella, et dándole gracias por el beneficio recebido, el Ingenio natural, el cual ya era en mayor cuantidad que primero de lumbre, y el Entendimiento, que ya era mas robusto, comenzaron la segunda jornada, no menos áspera, pero mas fácil que la primera.

CAPITULO II.

De la lógica, cómo es peso et medida de conocer verdad et falsía, et dice cuántas maneras hay de proposiciones de lógica.

Andada la segunda jornada, llegaron, ya gran pieza subidos en el monte, á un valle de gente muy engañosa et astuta á primera cara, et de que eran entrados,

eran muy agradables de conversacion, aunque siempre eran un poco litigiosos; é vista una casa en medio del valle, ocurrieron á ella, do hallaron la señora de aquella tierra, la cual era una doncella que bien parecia en su disposicion de cara que habia gastado velando gran multitud de candelas, y esto demostraban los ojos, et la blancura et amarillez de su gesto en la faz. Las junturas de los dedos tanto eran de delgadas, que no se hallaba ahí vestigio alguno de carne; los cabellos, aunque fuesen en forma conveniente de longura et color asaz agradable, con la imaginacion que tenia, habíase olvidado de peinarlos et distinguirlos por órden; y en la mano derecha tenia un manojo de flores et un título en letras griegas, que decian así: *Verum et falsum;* en la siniestra tenia un muy ponzoñoso scorpion. E á muchos mientra se deleitaban en mirar la diversidad de las flores et olerlas, no era vacua la otra mano de inferir nocumento et gran daño. La cual debidamente saludada, el Entendimiento le comenzó á fablar en esta manera : «Con gran deseo que tengo de subir al sagrado monte, he tomado el trabajo fasta aquí recebido, he habido nuevas de vuestro ingenio et aptitud; por ende yo vos suplico me querais decir vuestro principio et fin et oficio, et vuestra vida por órden.» La doncella, despues que le fizo el recebimiento segun á él era notificado, le comenzó á decir las siguientes cosas : «Claro es que toda utilidad et provecho es inútil en comparacion de la bienaventuranza eterna, la cual consiste en dos cosas principalmente; conviene á saber: que sea limpiada la ánima de las engañosas opiniones et torpes fantasías; asimesmo que sean en ella pintadas las certidumbres de la verdad, á las cuales no se pueda contradecir, et asimesmo sean en ella plantadas et rațficadas las morales et intelectuales virtudes. E cierto es que el espejo, si por ventura le pudiésemos decir bienaventurado, seria cuando él fuese alimpiado de toda suciedad et fuesen á él presentadas figuras de hermosas formas. Así es el alma cuando de las intelectuales virtudes consigue las pláticas et morales. Cierto es que para distinguir entre torpe et honesto, vicio et virtud, bueno y malo, el hombre ha menester conocimiento. Esto no puede ser sin claro entendimiento, en el cual consista verdad sin duda et sin temor del contrario; é yo soy aquella, la cual sé distinguir et hacer diferencia entre verdad et mentira; pues, como ya dije, como yo sea causa del entender, y el entendimiento sea causa del obrar, y estas dos causas juntas sean causa de la bienaventuranza, manifiesto es que yo seria al hombre, no solamente provechosa, mas necesaria. Verdad sea que nuestro Señor ha criado buenas disposiciones de entendimientos que ven la verdad fácilmente sin ningun artificio ó doctrina; pero si el artificio fuese, seria semejante á un hombre que tiene buena fuerza et sube cantos á una torre encima de sus hombros, si despues le daban el artificio de la polea ó torno, muy mas ligeramente subiria aquellas piedras sin comparacion, et con menos trabajo. E así es que, cuando yo vengo sobre el entendimiento bien dispuesto, aquello que con gran dificultad et muy tarde sabria, hago que lo sepa muy fácil et prontamente. Yo soy así como el peso, con el cual se conocen todas las cosas ponderosas ó ligeras; é soy así como la linea et cordel de la geometría ó carpintería, con la cual se conoce la derechura ó desviamiento de las líneas, é tú has de saber que yo sola notifico las cosas ignotas; conviene á saber, las imaginarias con difinicion ó descripcion; las afirmativas ó negativas ó dudosas, con argumentacion silogística. E quiero poner esto en plática, porque mejor lo entiendas. Cierto es que la moneda puede ser falsa en una de dos maneras; conviene á saber, ó que la materia de que es el dinero sea de metal no puro, ó que la marca ó sello sea falsificado. Así es de las argumentaciones et razones en que los hombres hablan, que muchas veces pecan en la manera del razonar.» Dijo el Entendimiento: «Yo vos suplico que mas abierta et mas prolijamente me querais declarar aquesto, é cómo conoscer é distinguir entre verdad et mentira y duda, et apartar la una de la otra; eso mesmo en el razonar, ó en la materia ó en la forma.» La doncella : «Dos fines son principales los mios : el primero es facer saber la verdad, el segundo es poder manifestar al que miente; y por tanto, yo he distinguido las razones y valor de aquellas, segun el precio et valor de las monedas, las cuales son en cuatro diferencias generalmente : la primera diferencia es que sea de oro puro sin mixtura alguna, et tenga la forma et sello verdadero, la cual, siendo puesta á exámen de fuego, no se empeoraria en ninguna manera ni se perderia nada de la perfecion suya, y entonces no dudaria della ninguno, aunque fuese en el número de aquellos que entienden muy poco; la segunda diferencia de las monedas es que sean de oro, mas que haya una poca de liga, la cual no conozca sino el que fuere muy sábio, et cuando se pusiese á exámen pareceria aquel defecto; la tercera diferencia es que sea la meitad de oro et la meitad de otro metal, pero que sea disimulado en tal manera, que pueda engañar á los mas de los que no son sábios; la cuarta diferencia es que sea toda de cobre de dentro, et de fuera en tal manera dorada et simulada, que pueda engañar á muchos de los simples, et á las veces al sábio, por inadvertencia.» El Entendimiento : «¿A qué propósito habeis esto dicho? que menos entiendo agora que primero.» La doncella: «Gran secreto te quiero agora descobrir en la declaracion del ejemplo susodicho, et niebla grande quitaré de tus ojos, y gran parte del monte por tí cobdiciado sobir te será descubierto, et muchos obstáculos et impedimentos serán removidos de tí.» El Entendimiento : «Tornemos, si vos place, á la declaracion del ejemplo.» La doncella : «Lo que los hombres hablan et toman por medio para probar lo que dicen es en las cuatro maneras ya dichas, y aquellos medios son llamados proposiciones, et son eso mesmo igualadas á las diferencias del dinero : la primera diferencia es de aquellas las cuales llamamos primeras, experimentales, sensibles et famosas, et aquellas que tienen en pronto el medio de su prueba. Las primeras son así como esta : toda cosa es mayor que su parte; é como esta : dos son mas que uno; y como esta : dos cosas iguales á otra tercera, entre sí son iguales. Experimentales son las que sabemos por el entendimiento et por el sentido, así como sabemos que el fuego es caliente y el agua es fria, et como sabemos que la calentura afloja las cosas et la friura las aprieta, et sabemos que el vino embriaga á aquel que lo bebe sin regla, et

otras cosas semejantes. Sensibles son así como estas : el sol es lúcido et claro, la miel es dulce, la fiel es amarga. Famosas son aquellas en las cuales no duda ninguno, et todos convienen por afirmarlas en una manera, así como es esta : que hay una tierra que llaman Egipto et una ciudad que llaman Roma ó Milan ó Paris; la cual fama por tantos testimonios es divulgada, que no dudamos en ninguna manera, ni para otorgarlo esperamos otra prueba. Pero quiero que sepas que hay otras proposiciones ó creibles ó opinables, las cuales parescen á las susodichas, porque muchos las afirman; así como es esta : que habrá dia de juicio ó resurreccion de muertos; las cuales no son en número de las otras, antes son muy distantes, porque las pruebas son muy diferentes. Las proposiciones que tienen consigo la prueba son así como esta : que todo triángulo tiene tres triángulos et ha iguales á dos retos, et que las líneas traidas del centro á la circunferencia son iguales; et como esta : que cinco es la tercera parte de quince ó la docena parte de sesenta, et la veintena parte de ciento, la centena parte de quinientos; y estas proposiciones ya dichas, exceptas las famosas, que consisten en opinion sin prueba, todas causan conclusion verdadera de natividad, et lo contrario será mentiroso et imposible. Y destas usa la geometría et la arismética et la música; la astrología, por la mayor parte, et la filosofía natural et la metafísica; et á esto llamamos demonstracion, et su provecho es adquerir certidumbre de verdad sin temor del contrario, et con certificacion que lo contrario es imposible. Así como es verdad que el sol es lúcido y el cielo es incorruptible et el fuego es caliente; et es imposible natural el sol estante, ser escuro el cielo, y estante el cielo corromperse, y el fuego estante ser frio y corromperse; y es tambien imposible dos no ser la meitad de cuatro et diez la meitad de veinte, y en las sciencias et saberes adqueridos por semejantes pruebas no hay duda alguna sino acerca de aquel el cual no es en el grado de los hombres racionales, y el que niega las tales pruebas tambien otorga acerca de hombres sábios que él no es hombre racional. Y estos principios son necesarios, incorruptibles y eternos, et no se pueden desatar por ningun poder, ca implicaria contradicion, porque no puede recebir el cuento de diez que cinco no sean su meitad, aunque Dios lo pudiese facer; así como no puede recebir la criatura ser Dios, aunque Dios lo pudiese hacer; ca los que su contrario entienden menos son et mas bajos que los brutos irracionales, ca aquellos siguen su natura, y estos corrompen la suya et contradicen ser hombres principiantes razon; y esta manera de prueba es comparada á la primera del dinero, en que no habia mixtura alguna. La segunda manera de proposiciones son llamadas máximas, las cuales son manifiestas et otorgadas por todas las gentes ser verdaderas; et los simples doctores de la ley piensan que no hay en ellas duda et que sean semejantes á la manera primera, aunque haya en estas alguna poca de duda, así como son estas : que el inocente no debe ser punido, y la justicia que es necesaria, et la injusticia torpe; y como es esta : que algunos miembros de la persona han de andar cubiertos; y como esta : que la mentira es mala; y como esta : que entre el hombre et la mujer no ha de haber ayuntamiento público en el acto del engendrar. No hay duda que si Dios criase agora un hombre que fuese sábio et no hobiese habido comunicacion de alguna gente, dudaria por qué unos miembros se habian mas de encobrir que otros, ó un acto habia de ser mas cubierto que otro, y no dudaria que el todo es mayor que su parte, ni que el dos fuese meitad de cuatro. Pues síguese que esto no es así como aquello; que si así fuera, no hobiera mas duda destas que de aquellas; mas ayuda a creerlas la costumbre et la crianza en aquellas, y tambien ayuda á las proprias costumbres el amor ó el temor ó la vergüenza; y esta manera de proposiciones se usó en la sciencia moral. Y esto te digo porque cuando subirás en el monte y entrares en la casa de la Razon, que es el fin de los hombres, conozcas esta manera de hablar. El silogismo que de tales proposiciones se hace se llama dialético, cuya utilidad es convencer el presuntuoso et que se pensaba saber. Segunda utilidad es enseñar al que no sabe; reducimoslo á estas máximas, en las cuales fué criado et piensa que sean necesarias de recebir; é así lo creemos hasta que tiene entendimiento para saber qué cosa es verdad absolutamente et sin contradicion alguna. E qué cosa es verdad en otra manera, et la verdad en esta manera es comparada á la segunda manera del dinero, en el cual habia una poca de liga que no la conocia sino aquel que era muy sábio. La tercera manera es proposiciones, et son llamadas receptables, et son aquellas las cuales han dicho aquellos que han sido santos hombres, et los sábios ó los viejos, cuando constare que ellos han sido santos hombres et de loables vidas, et son recebidos con creencia; la cual de aquellos en este mesmo grado son las proposiciones de los acidentes comunes que tienen prueba por conjectura que así suelen contecer, así como son estas : que el que anda de noche es malfechor, ó la que anda mucho afeitada que es adúltera, ó el que acompaña á mi enemigo que sea mi enemigo. Cierto es que estas cosas tan bien pueden ser mentira como verdad; que aquellos buenos hombres pueden decir alguna cosa con buen celo por traer las gentes á bien vivir, la cual no seria verdad absolutamente, y tambien puede alguno andar de noche por complir alguna obra de piedad, y puede alguno acompañar á mi enemigo por traernos á buena concordia et amistad, y puede alguna mujer afeitarse por quitar á su marido de pecar con otras mujeres ó por otro fin bueno; y esta manera de proposiciones es fallada en casa de mi hermana la Retórica, y el silogismo compuesto de aquesto se llama retórico ó persuasorio, cuya utilidad es amonestar los hombres á los actos virtuosos et retraerlos de las pravas concupiscencias; y esto en predicaciones y en leyes; et mucho ayuda á lo semejante la elocuencia et los gestos en gran espanto de aquel que fabla; y esta tercera manera es comparada á la tercera manera del dinero, en que habia la meitad de liga. La cuarta manera de proposiciones son todas falsas, pero parecen todas verdaderas por razon de la imaginacion, así como esta : que allende del cielo ó haya un cuerpo infinito ó sea todo vacío; ó como esta : que no tenga cuerpo. Y estas son falsas; mas la imaginacion no puede recebir otra cosa hasta que el entendimiento la constriñe por fuerza de la demonstracion; y en este género son otras que hacen pensar aquello que el

hombre sabe que no es verdad; pero mueven la imaginacion hasta que el hombre bien piensa en ello, así como es esta : ayuda á tu hermano cuando le facen mal ó dicen. Al principio paresce razon ayudar hombre á su hermano cuando le hacen mal, mas luego paresce que seria injusticia cuando el mesmo es hechor del mal; y esta manera de proposiciones conviene á la sofística et tentativa, cuya utilidad es conoscer á aquellos que quieren ser vistos et aparentes mucho mas que existentes, et guardarnos dellos; y esta es la cuarta manera del dinero, cuya materia era toda falsa, empero la forma era muy disimulada. Veis aquí la declaracion del ejemplo, cuántos misterios te he declarado et descubierto. E ya tiempo es que continuemos el camino comenzado, ca nosotras somos como los labradores, que con gran trabajo siembran el pan. Las señoras que arriba están en lo alto son como los señores, que aunque no trabajen, han las cosas por suyas.» Y esto acabado, despues el Entendimiento paró mientes á las paredes, et vió pintados los fabricadores de aquella casa. Allí la obscuridad et sutilidad de Aristótiles, allí los predicables de Porfirio, allí el trabajo de Boecio Severino, allí las maneras de las argumentaciones, et sus modos distintos et figuras; allí las reglas de los silogismos et consecuencias, allí los lugares de argüir, allí las maneras de difinir, et otros nombres de auctores innumerables. E con tanto, el Entendimiento tomó licencia, y el Ingenio ya tenia gran parte de lumbre, que parescia dia claro, sino que no parecia sol. E vieron cómo eran muy cercanos del monte; et andando por un valle llano asaz deleitoso, vinieron á la tercera morada, la cual era muy cercana et sin trabajo, et muy alegres de la lumbre et fuerza que les habia crescido.

CAPITULO III.

De la retórica et de sus inventores, et de su modo et de su provecho.

Andando ya este camino con gran gozo, llegaron á una villa, por maravilloso artificio obrada, las casas de la cual, mas suntuosas eran en el aparato acidental de las pinturas que en los intrínsicos fundamentos principales. Y entrando en una gran sala et muy fermosa, vió el Entendimiento una doncella, la cual, aunque no fuese de tanta profundidad ni sotileza como la segunda, era infinitamente muy mas paresciente, así en el gesto de la cara et faciones et proporciones de la propria persona, como en el bulto et precio de las vestiduras á primera faz. Los cabellos parescian oro, distintos et dispuestos en órden muy convenible. Un color en toda la cara, el cual no se distinguia de léjos si fuese rosa ó algun color peregrino; pero bien mirada de cerca, lo mas del color era sofístico et simulado. Pero las palabras desta doncella eran tan dulces et tan deleitables, que excedia la manera humana en el decir. A las veces hacia un gesto en tanto exceso de alegría, que la casa parecia reirse, et otras veces hacia un gesto tan turbado, que todos tremian delante della. Agora vos alabaria hasta el cielo, et otra vez vos abajaria hasta los abismos. Agora vos hacia creer una cosa et otorgar ser buena, et luego vos hacia aborrecer aquella por mala. En la mano diestra tenia un añafil y en la siniestra tenia un libro cerrado, y en somo de las vestiduras tenia unas letras griegas et latinas en que decia: *Ornatus persuasio.* La cual saludada con la reverencia debida, el Entendimiento, maravillado de la mutacion de los gestos et del poder y eficacia que su elocuencia tenia, comenzó á hablar muy humilmente en esta manera: «Las nuevas de la vuestra fama subida, y el caso del comenzado camino nos ha traido en estas tierras ignotas, poseidas por vos y subjectas á vuestra señoría. Y por cuanto hasta aquí en las jornadas pasadas habemos habido acogimiento (del cual el galardon que los hombres no bastan será remunerado por Dios), con fiucia de la benignidad et caridad vuestra, nos atrevemos á vos demandar cuál sea el fin de la vuestra morada principal, et qué es la causa de las sabidas mutaciones vuestras.» E la doncella, despues que hobieron reposado, les comenzó á decir en la siguiente manera: «Vergüenza es, et no de pequeña cantidad, retraerse hombre de conseguir las cosas debidas á su natura por temor de pasar trabajo, et no pertenece á corazon generoso et ánimo fuerte dejar las cosas comenzadas, si el fin de aquellas es útil et honesto. Y como veo que el vuestro deseo sea puesto por alcanzar la perfecion á vosotros posible, inhumanidad et crueldad seria negarvos el ayuda expediente á tan saludable camino. Bien creo que habeis oido por las señoras hermanas mias cómo por su necesidad et provecho grande del hombre le fué dada la habla. De necesidad, porque en la comunicacion de la vida, si habla no hobiese, por ventura seria imposible haber cosa bien ordenada entre los hombres, ni eso mesmo habria administracion de las cosas necesarias. Ca cuando cesase la posibilidad de manifestar su corazon, cesarian en el mundo los consejos, por los cuales su vivienda es distinta por órden. Cesaria eso mesmo el descobrir de los secretos, cesaria la causa de los artificios, et tambien no habria comunicacion entre la gente de una cosa por otra. Perderse hia eso mesmo el fruto de las sciencias, que por palabra se enseña. Y tambien cesaria la delectacion que las gentes han en las dulces et delectables palabras. Y lo que mas es, que se perderia la utilidad de la persuasion et amonestamiento, la cual es de tanta virtud y eficacia, que cuando se perdiese, mas valdria á la humana natura venir su total erradicacion et destruicion postrimera. ¿Cuántos hombres et mujeres habemos visto, por amonestamiento ó increpacion persuasoria de otros, de la vida torpe et bestial ser retraidos et convertidos á la virtuosa et honesta? Cuántos quitados de la vileza et desenfrenacion de la gula et de la suciedad et torpeza del latrocinio? Cuántos quitados de la disolucion disfamatoria de carnalidad? Cuántos repremidos de los feroces et irregulares movimientos de la ira? Cuántos salidos et delibrados de la vergonzosa cobardia? Cuántos convertidos de la inhumanidad de la avaricia? Y estos todos fueron traidos por fuerza de la elocuencia, echándoles adelante el deseo de la honra et de la fama, et convidándolos á aquellas, et demostrándoles el daño de la disfamacion, de honra y vergüenza. E ya ¿cuántas batallas (en las cuales se esperaba peligro de gentes sin cuento) fueron por mí quitadas? Que diré que tanto es el provecho del bien hablar en el mundo, que enseñorea los corazones feroces de los hombres. Lo que preguntais de las mutaciones, necesarias son; ca las causas ni las personas ni los tiempos ni las ocasiones no son iguales. Y por tanto, á las personas

religiosas no les han de hablar como á las públicas, ni á las potestades como á las comunes, ni á las graves de auctoridad con palabras de ligera sentencia. Y tambien en el tiempo de la alegría no debemos mezclar palabras provocativas á lloro, ni en el tiempo de la tristeza palabras jocosas ni provocativas á risa. Y tampoco en las causas humildes no debemos así hablar como en las litigiosas, ni habemos de hacer tál gesto en la cosa fea et temerosa como en la fermosa et deleitable, ni tal gesto en la alabanza como en el vituperio, ni tal en la amenaza como en la demostracion de la amistad propria. Y estas maneras, todas son de considerar como acompañamiento de palabras et gesto convenientes á la hermosura et conveniencia del principio et de la delectacion del medio, et subsecucion del saludable et provechoso fin et agradable. Y por tanto, fué necesario, por las cosas ya dichas, la habitacion et morada mia en el presente lugar; ca no seria bueno que el sciente y el idiota hobiesen manera comun en la habla, ni seria honesto los secretos scientíficos (que todo precio exceden) fuesen traidos en menosprecio por palabras vulgares. É aun por esto, no solamente fué necesario el fablar secrestado et apartado del vulgo, mas aun fué necesario paliar y encobrir aquel con ficion et diversos géneros de fábulas et figuras. Y esto no solamente usaron en el sacro eloquio los elegidos profetas et sábios, mas aun aquellos que quisieron ocultar los naturales secretos á los plebeyos, aunque la gente piensa que debajo de aquella literal sequedad de corteza no se asconda alguna dulzura de muy deletable grano. É por tanto hacen escarnio de aquello, et la intencion de los sábios es en la contraria manera.» Y esto acabado de decir, la doncella hizo fin. Y el Entendimiento volvió los ojos de directo en la primera faz de la sala, et vió pintados los edificadores de aquella villa y progenitores de aquella doncella. Primero á Gorgias y Ermágoras et Demóstenes, griegos, primeros abuelos et habitadores de aquella tierra. Y en la otra faz estaban allí los latinos; primero Marco Tulio, al cual parescia la doncella mas que á ninguno. Allí el Quintiliano debajo una imágen de verdad, que encubria las umbras de las causas, et sin entender, queria venir en contienda. Allí Simaco y el Plinio, avaros en las palabras, mas muy abundosos en las sentencias. Allí los cantares de Cidonio tanta tenian de dulzura, que parescia otro ruiseñor entre las aves pequeñas. Allí el muy floresciente eloquio de Virgilio tanto excedia en ornato et apostura á los otros cantares, que parescia otro papagayo en la excelencia de la pintura y otro cisne en la modulacion entre las aves. Allí el Tito Livio, de tanta admiracion en el mundo, que eclipsase en sus tiempos la muy ilustre fama romana. Allí el Latancio, que como tractase la generacion de los pasados dioses por los errores gentiles, entre ellos parescia otro dios, excediendo en el hablar no solo el comun, mas aun en la humana natura; et aunque allí fuesen otros intitulados, estos parescian los de la mas ilustre fama. Y de la otra parte estaban pintados los tres géneros de las causas: deliberativo, demonstrativo, judicial; con el deliberativo, suasion et disuasion; con la suasion, posible, utile, honesto; con la disuasion, esperanza et temor; con el demostrativo, la alabanza y el vituperio. Allí el doble estado de las causas et las cinco partes de la oracion. Allí el exordio, que inclinaba el ánimo del auditor á benivolencia. Allí la narracion, que todas las cosas declaraba por órden. Allí la argumentacion que cuasi sostenia toda la fuerza del razonar. Allí la conclusion, en la cual holgaban los ánimos, suspensos por esperar aquella. Allí la causa honesta, á la cual favorecia el corazon, sin mas esperar razon. Allí la causa admirable, en la cual los ánimos de los auctores estaban alienados. Allí la causa humilde, la cual menospreciaba el oyente. Allí la causa dudosa, la cual igual era la sentencia de partir odio ó benivolencia, turpitud, honestad. Allí los silogismos de inducion et razonal, los cuales prevalescian en los géneros de las cuestiones. Allí flores de muy admirables colores. Allí el tropo, donde se fundan las fábulas, debajo de la cual era ascondida multitud de gloriosos et maravillosos secretos. Allí los géneros de las cuestiones. Allí la conclusion, que considera las cosas, y el lugar y el tiempo. Allí las tres maneras del decir. Allí los vicios de las letras, allí las junturas de los verbos, allí las figuras de las palabras et las sentencias. Allí todo lo que convenia á compuesto y hermoso decir. Y despues que el Entendimiento hobo mirado con los ojos interiores estas cosas por órden, tomó licencia de la doncella, dándole gracias por el beneficio recebido; y ella le dijo cómo las otras doncellas y ella eran hermanas, et que aquel camino se acababa en aquel lugar, et para subir al monte, por allí era dificultoso et cuasi imposible; mas que le mostraria un sendero que atravesaba al otro camino, donde hallaria otras cuatro hermanas, por las cuales era necesario pasar; y desta manera guiados el Ingenio natural y el Entendimiento, partieron muy gozosos de allí.

CAPITULO IV.

De la arismética y de sus inventores, y de su utilidad et modo, y de muy singulares secretos.

Pasando ya et atravesando este sendero, vinieron encima del monte, adó se comenzaba un maravilloso camino, el cual los guió en un lugar de casas et palacios muy singulares, et á la puerta de la villa fallaron una muy sagacísima et muy profunda doncella de sciencia; la cual, aunque los miembros cubriese con hábito feminil, parescia debajo aquel asconder corazon de muy penetrante et muy ingenioso varon. Y en la diestra tenia un grafio de fierro, y en la siniestra una tabla emblanqueada, y en somo de las vestiduras tenia unas letras griegas, en las cuales decia: «Par et impar.» A la cual ocurrieron con grandísimo gozo, preguntándole la causa de su habitacion et morada. Y comenzóles á decir las siguientes cosas: «Aquel que es necesario et glorioso fuente et principio de donde todos los bienes proceden, todas las cosas ha fecho en cuento, peso et medida. Tanta es la profundidad et sotileza de la intencion de estas palabras, que pocos entendimientos de hombres hán abastado á entenderlas, por ser raíz et fundamento principal de todos los saberes; ca las cosas compuestas por el cuento et peso et medida de los elementos que ahí entran por aquella causa son distintos en diversos géneros de ser; y el Dador de las formas infunde y distribuye aquellas segun la disposicion de la materia, la cual es susceptible de aquellas mediante las cosas ya dichas. Y esta es

la causa eficiente y material por qué una cosa es árbol et otra piedra et otra es animal desta especie ó de aquella. Ca si la materia de que se hace la rana no toviese los elementos contados, proporcionados et pesados por cierto número en natura sabido, nunca rescibiria la semejante forma; et así de las cosas continuadamente engendradas et corrompidas. Y aun no solamente en estas cosas ya dichas soy necesaria, mas aun en lo escondido de mi pecho hay admirables et maravillosos secretos; ca por mí se alcanza el cuento de las letras, de las cuales se constituyen y componen los nombres para la pronunciacion, de las cuales se alcanzan maravillas, no digno el hombre para explicarlas; ca en mí es el cuento de gamaturia, lo cual contaron los necubalini; en mí son las profundidades de cábala, en las cuales es gran parte de la profecía. ¿Quién podrá explicar los misterios que están debajo el seso literal de la Sagrada Escriptura en el poner de los cuentos, así en la fabricacion de las cosas como en la disposicion de la órden mundial? Que en el primero libro de *Pentateuco* se contenga en el cuento de seis dias de obra et uno de folganza, que en los años de las vidas de aquellos que eran en la edad primera, que en el segundo libro significan los años de servidumbre pasados en Egipto. Y los dias cuarenta que Moisen ayunó al rescebir de la ley, que quiere decir el cuento de diez mandamientos morales et seiscientos et trece cerimoniales. Y así en los otros libros, como en el cuento de las pascuas y de los jubileos, y en los libros de los profetas ser hallados los semejantes cuentos, pozo fondo es y fuente sellada; y ¿quién bastará á beber agua tan dificultosa de alcanzar? ¿Qué diré de tanta multitud de secretos como el Criador de las cosas en mí sola poner quiso? Ca si los hombres bastasen á perfetamente me saber, sabrian la virtud de todas las yerbas del mundo. Ca, segun habemos hallado en los libros de los antiquísimos Atalo et Cecina Trimegistro et Azaroastes, las fojas de las yerbas todas son letras indicativas de la virtud de las raíces de aquellas. Y los que ejercitan su alma en saber la distancia de la tierra á los cielos, y de los cielos cuánto hay del uno al otro, et la diferencia que es entre las estrellas, y el número de aquellas, sin mí no lo podrian conseguir. Por número son ligados los elementos et las cosas naturales; sin mí las gentes no sabrian los fechos de los antiguos, de los cuales toman doctrinas y ejemplos. Yo sola parto los tiempos en siglos et generaciones y edades, años et meses, dias, horas, momentos, minutos et segundos.» Esto acabado de decir, el Entendimiento vió á Pitágoras et á Nicomaco, griegos, y Apuleyo et Severino, latinos, progenitores de aquella doncella. Estaba Pitágoras en tanta profundidad fablando en los números, que los constituyó universal principio de todas las cosas. El Nicomaco profetizaba contando. El Crisipo tanto se embebia en el arte, que cuasi parescia cantar entre sueños. Allí el Gilberto tanto transcendia á los otros, que parescia un satélite entre los caballeros. Allí como la virtud, la órden, la razon, el amor et concordia de los números componia todas las cosas; regia el mundo, ordenaba lo poblado, movia los cielos, ligaba los elementos, ayuntaba las ánimas á los cuerpos. Allí la Unidad, quedando vírgen, paria fijos de número infinito. Allí la diferencia de los números numerante et numerado. Allí la razon por qué el cuento par sea femenino y el impar sea llamado másculo. Allí la razon del punto; qué número sea, qué línea, qué la clanicia, qué la figura ó el cuadrado cúbito, et así de los otros números. Allí la division de los números, et la prioridad et dignidad de aquella doncella entre las otras hermanas. Y estas cosas por órden vistas, el Entendimiento tomó licencia, et vino en casa de la segunda doncella, que era ya quinta en órden, et no fué dificultoso el camino, et la niebla totalmente ya era quitada, cuasi era subida toda la mayor dificultad de la altura.

CAPITULO V.

De la geometría et sus inventores et su utilidad; dice de la prospetiva.

Venidos en la quinta jornada en una pradería muy llana, fallaron unas casas muy bien hechas, que tanto eran de bien proporcionadas, que no se pudieran mejor figurar en cera, aunque no eran ornadas por mucha pintura. En medio de la casa estaba una muy apuesta doncella, que cuanto á las naturales faciones de la propria persona, no podia naturaleza añadir perfecion alguna. En la mano derecha tenia un cordel delgado con una pieza de plomo, en la siniestra tenia un compás muy concertado; las palabras suyas no eran muchas ni muy ordenadas, mas eran tan ciertas, que era imposible de ser lo contrario de lo que ella afirmaba. La cual recibió al Entendimiento segun las otras lo habian recebido. Y él, como sabia ya y era ya informado en casa de la Arismética, no curó de demandarle su fin; mas paró mientes á la primera faz de la silla et vió allí el punto, la línea et la superficie; vió allí las maneras de los triángulos equilátero, escarenon et sócheles et gradado et acuto, et vió allí la triángula et cuadrángula, la pentágona et aságona figuras; fasta los cuerpos llamados vicocedion, que son de muchos ángulos et muchas superficies. É vió la capacidad ser mayor de la circular figura que de todas las otras, sobre el movimiento de los cuerpos spéricos, cuadrados, colunares et piramidales, et la ligereza et tardanza en los movimientos de aquellos, et vió allí las pruebas infalibles demostrativas; las cuales la Lógica primero le habia dicho. Y el Entendimiento se queria partir, vistas aquellas cosas; mas la doncella le dijo que le queria mostrar otras cosas mas secretas. Y dijole cómo su generacion habia comenzado en Egipto; que, como el rio de Nilo (del cual toda la tierra de Egipto es regada) cresciese et cubriese todas las heredades, et desatase todas las señales, comenzaron á partir et dividir la tierra con medida; y de allí fué tomado el nombre mio. Aunque primero el antiquísimo Tales habia fallado el artificio de medir en lo alto, llano et profundo; et despues fué puesto el artificio por Enclídes en órden. Y esto acabado de decir, metiólo en una cámara cerrada, donde le amostró á su hija Prospectiva. É vió allí el Entendimiento la manera del ver, y qué es la causa por qué unos animales ven mas que otros, et porque los ojos, como sean dos, no ven dos cosas, mas una. É vió allí el arte de los espejos, y el rescebimiento de las imágines en ellos en distancia grande de leguas, et vió cuál era la causa del sortir de las colores en las pinturas, que unos parescian altos et

los otros bajos, aunque todos están en igual grado situados. Y estas cosas acabadas de ver, con la causa sabida de venir al ojo una piramidal figura de la cosa visible, el Entendimiento se partió muy alegre de aquel lugar.

CAPITULO VI.

De la música, et de su utilidad, et de sus inventores, et de su manera.

Andada la sexta jornada, fueron subidos ya en somo de toda la altura del monte, et comenzaron á oir sones de armonía muy suave; tanto, que bien creyeron ser allí el paraíso terrenal, del cual habian habido las nuevas. Y estando maravillados de la melíflua dulzura de tanta diversidad de sones et tanta concordia de voces, súbitamente les aparesció una doncella con tanta excellencia de alegría en la cara, que bien representaba el lugar de donde venia. Aquesta doncella era clavera de una puerta, por la cual entraban al sagrado monte. Y la célica doncella tenia en la mano una vihuela, y en la otra mano unos órganos manuales; y desque aquí fueron llegados et por la doncella recebidos, despues que deletable reposo hobieron recebido los dos sentidos mejores, preguntada la causa de su oficio et morada, la doncella les habló en la siguiente forma: «Ya habeis sabido cómo las cosas naturales son encadenadas et ligadas por una muy ingeniosa armonía, así las conmixtas (conviene á saber, las congeladas) como todas las otras complexionadas et organizadas; pues, como los elementos sean ligados por esta manera, et los cuerpos de todas las cosas compuestas, necesario fué preceder el artificio de saber las proporciones semejantes. Tanta es la necesidad mia, que sin mí no se sabria alguna sciencia ó disciplina perfetamente. Aun la esfera voluble de todo el universo por una armonía de sones es traida, et yo soy refecion et nudrimento singular del alma del corazon et de los sentidos, et por mí se excitan et despiertan los corazones en las batallas, y se animan et provocan á causas árduas et fuertes; por mí son librados et relevados los corazones pensosos de la tristura, y se olvidan de las congojas acostumbradas. Y por mí son excitadas las devociones et afecciones buenas para alabar á Dios sublime et glorioso, et por mí se levanta la fuerza intellectual á pensar transcendiendo las cosas espirituales, bienaventuradas y eternas.» Y esto acabado de decir, fizo fin por una taciturnidad et mirable silencio. El Entendimiento vió en la superficie de la pared pintados, primero á Fábula, hallador et inventor primero de aquesta arte, y despues vió á Lino Tebeo et Anfion, á Zeco, admirables et gloriosos en el proferir de la modulacion. É vió allí á Nembrot, que no era menos su dulzura et templamiento de su voz que la fuerza et cantidad gigantea de su cuerpo. Allí Pitágoras, que consideraba el son de los ferreros con los martillos producido y el caimiento de las gotas sobre el agua, consideraba los primeros d'aqueste dulce artificio. Allí el Gregorio, que aunque viniese en los postrimeros en tiempo, parescia ser de los primeros en grado; y luego de la otra parte vió las tres partes de la música, conviene á saber, la armónica, la orgánica, la métrica. Allí la diversidad de los instrumentos á la convenencia de los sones, y la modulacion de las voces, et la proporcion et distancia de los números de aquellas; y así, le fué abierta aquella puerta, et vino á otra puerta mas alta et mas árdua de pujar que aquesta.

CAPITULO VII.

Que tracta de la astrología brevemente, porque lo entiende tratar en la filosofía natural.

Venidos á la séptima mansion, ya no habia cosa de subir del monte, sino sola la doncella que ahí estaba, que quisiese abrir la puerta; la cual, aunque parecia de las hermanas pasadas, mucho mas moraba dentro de la cerca que defuera; y por tanto, ella, desque vió el Entendimiento, et la aficion suya de entrar reconoció, con piedad movida, fué á la reina soberana de aquel monte glorioso et bienaventurada habitacion, la cual era la Verdad, y estaban con ella la Sabiduría et la Naturaleza et la Razon, y eso mesmo el colegio de las heróicas intelectuales et morales virtudes. Y la doncella le fizo suplicacion por la entrada del Entendimiento, el cual tanto trabajo habia sostenido en las pasadas jornadas, y que bien seria que su merced diese licencia que entrase, pues con tanta aficion lo deseaba; et que no era venido allí, dias habia, huésped semejante; y á todas las señoras, inclinándolas á benivolencia, dijo que ella habia visto en su agudeza de ojos y en su disposicion de cara que ellas habrian por su venida grandísimo gozo et tomarian placer grande en la manera de su fablar. La Reina, enemiga de bestialidad, le respondió que habria consejo con las otras hermanas sobre la entrada deste hombre; et con tanto, mandó á la doncella que se tornase, et lo detuviese hasta que hobiese respuesta. Y la doncella se tornó, et dijo al Entendimiento que esperase; y en tanto ella le dijo cómo á ella decian Astrología, et que su oficio era considerar la altura y el movimiento et la cuantidad de los cielos y estrellas; mas sus secretos no podia bien verlos desde fuera; por ende que esperase un poco en la entrada.

Del consejo que hobieron la Verdad et las otras virtudes. Habla la Verdad.

Partida la Astrología por detener al Entendimiento, la Verdad fabló en esta manera al colegio de las bienaventuradas: «Hermanas mias y señoras, Dios es sabidor et vosotras cuánto gozo seria á mi corazon la entrada del Entendimiento, el cual, bien sabeis que otro tiempo fué descendido de nuestro linaje et abolorio, et de allí es á nosotras pariente muy cercano; mas por la continuacion que en la tierra ha fecho et morada le fueron añádidas abominables opiniones, y es agora informado de aquellas, et son raigadas en su corazon tanto, que los acidentes son convertidos en sustancia, et dificultoso seria á él (y creo que no es posible) arredrarse de las opiniones acostumbradas, en las cuales fué nascido y criado. É si por ventura aquellas opiniones imposibles, fantásticas et implicantes contradicion, él de sí no desecha, no solo no seria posible de vernos, mas aun fingiéndose habernos visto, nos disfamaria por el mundo por mentirosas, et nos perseguiria con palabras, diciéndonos malvadas et herejes; y el error que él trae consigo seria imputado á nosotras, et si por ventura algunas buenas razones le dijésemos, seria

echar piedras preciosas á los puercos; ca no recibe faisanes el estómago mientra que está lleno de habas ó arvejas, ni recibe la redoma el precioso licuor de bálsamo si está llena de cieno ó de otra cosa aviltada; et jamás quiere la cuba el odorífero vino fasta ser evacuada de las feces et vinagre ó agua alguna podrida. Y por tanto, bueno será, señoras, si á vosotras paresce, enviarle á decir si le place desnudarse de aquellas vestiduras sórdidas et diformes et antiguas de multitud de diversidades de opiniones vanas. Entonce me paresce que seria justa y honesta et muy provechosa la entrada.» Y esto acabado de decir, fizo fin la Verdad diciendo si seria bueno que una de las hermanas ge lo fuese á decir. É dijo mas, que ella bien tomaria este cargo; mas que bien sabian ellas que el Entendimiento, indispuesto, no la podria ver ni fablar con ella, et si les parecia que fuese la Sabiduría.

Habla la Sabiduría.

«Señora, dijo la Sabiduría, vuestra merced bien sabe que la imaginacion es causa de los mas de los errores por los hombres tomados; ca la primera regla del nescio es juzgar segun lo que él piensa, y que lo que él no sabe, que no lo puede saber otro alguno; así como el ciego piensa que la ceguedad que está en sus ojos et privacion de su vista, que fuese comun á todos los otros ojos; y comunmente, como ellos no ven cosa la cual no tenga cuerpo, piensan que no haya Dios ni ángel, ni puedan estar sin cuerpo; y como yo sea aquella que declara los primeros principios infalibles cerca de los cuales es la condicion et demostramiento de las causas eternas, fasta el primero, el cual es Dios glorioso, el Entendimiento no podria fablar conmigo si no forzase á la sensualidad et imaginacion con las pruebas necesarias de otorgar, para las cuales le ciegan los ojos las opiniones fantásticas, imposibles et delusivas; mas paréceme que la Naturaleza (la cual tiene pruebas mas sensibles et mas palpables) le deba decir aquestas nuevas.»

Habla la Naturaleza.

«Placer habria grande de llevar el tal mensaje, dijo la Naturaleza; mas ya sabeis que yo soy aquella que él mas aborresce, imponiéndome falsos testimonios, diciéndome que yo pongo la eternidad del mundo, lo cual dice que es contra la verdad; y el error que él tiene en no saber distinguir entre prioridad de causa et causado, naturaleza et tiempo, impónelo á mí, diciendo que yo privo la omnipotencia de Dios. Dice que Dios puede facer de las piedras hombres; et yo digo que es verdad; empero primero les ha de quitar el ser de piedras, et ha de disponer la materia para que sea susceptible de forma humana; ca en otra manera mal faria Dios en privar las piedras de ser hombres, pues in infinito vale mas un hombre que todas las piedras del mundo. Y porque yo digo que el poder de Dios glorioso es segun su voluntad, la cual no es mudable, ante es determinada en eternidad de causas; et por esto face todas las cosas ordenadas, posibles et convenientes. Y todas aquellas cosas que vió que no eran posibles ni buenas, no quiere ni ordenó que se ficiesen, et quiso que el hombre se engendrase de hombre. No porque él no lo pudiese facer, mas la piedra no lo pudiera rescebir; y aquesta es la causa ca no conviene á él ser su voluntad en causas inciertas et variables, mas que en las causas que no resciben mudamiento; y tambien ha por inconveniente que sean por él á mí encomendadas las cosas engendrables et corruptibles. É yo digo que Dios glorioso et bendito, señor et regidor mio, bien podrá destruir et anihilar las cosas que son, si lo quisiere facer; mas sé que no querrá, ca gran mengua le seria á su alteza tener voluntad mudable; y piensa que lo alaba, et vitupéralo et améngualo, si fuese así como él piensa; mas léjos está de mi sentir en este caso y en otros. Así, le contece como á un pastor que le preguntaron por el rey, et dijo que estaba en una buena cabaña de hojas verdes, et comia migas de pan blanco con mucho sebo de carnero, y que tenia otros á quien mandaba que guardasen sus ovejas, pensando que no habia otra cosa buena sino aquella. Tal contece al Entendimiento con sus deceptorias opiniones; que piensa que, así como el hombre tiene voluntad movible, que Dios la tenga semejable, y piensa que su poder et su voluntad sean diversas cosas et discordes, y es en la contraria manera; y por tanto, él se finge que tiene razon. Vaya si vos paresce la Razon, et convénzalo con razones.»

Habla la Razon.

«No creo que menos sea yo aborrecida que vosotras, dijo la Razon; pero pensando cómo el Entendimiento ha estado en casa de la Lógica et Geometría et Retórica, donde le mostraron cuánto valen las pruebas, et de qué género son, yo iré, si vos place, et le diré todo lo que es por cada una dicho. É yo soy cierta que aunque él nos tenga en abominacion al presente, que desque haya desnudado las pasiones et desechado las opiniones enormes, él nos querrá mas que á su vida, et nunca se querrá partir de nosotras.» Y todas dijeron que bien era dicho. Entonce la Razon se partió, et llegó á la puerta, donde estaba el Entendimiento et la Astrología.

CAPITULO VIII.

De cómo fabla la Razon con el Entendimiento.

Llegada la Razon donde esperaba el Entendimiento, díjole que no hobiese enojo, ca la tardanza no habia sido por su daño, ante por su provecho; y preguntada la causa de su venida, el Entendimiento le respondió que la causa de su venida era por saber la verdad de todo el universo ser, mayormente la certidumbre de haber Dios, y eso mesmo saber la verdad del fin postrimero del hombre; y la Razon le respondió: «Deseo de las tales cosas natural es al hombre, saber aquello por qué su natura es complida; ca sin saber el hombre, es así como el cuerpo sin alma. Ca así como el alma es perfecion final del cuerpo, así el saber es perfecion final del alma, y bienaventurados son aquellos que conoscen su fin et lo alcanzan. Así son en respecto de los otros hombres, como es el hombre entre las fieras brutales. Así son como el que lleva la nave por la mar, y va en compañía de otras cien naves, et todas las naves se pierden sino la suya, et todos se afogan sino él solo et los suyos. ¿Qué diré? Tanta es la excelencia que el verdadero sábio tiene sobre el puro idiota, como tiene la luz sobre la tenebra, et como tiene la bondad

sobre la malicia.» Entonces dijo el Entendimiento: «Pues si tanto bien es, ¿qué es la causa por qué todos los hombres, mayormente los poderosos en la potencia civil, así como son reyes, nobles hombres y caballeros, no lo alcanzan? Ca estos paresce que, si bueno fuese el saber, en gran grado trabajarian por alcanzarlo, et vemos lo contrario comunmente.»

Declara la causa por qué los hombres no saben.

«Cinco causas hay, dijo la Razon, por qué los hombres no saben la verdad et certidumbre de las cosas. La primera es ignorancia del fin; esto es, no saber para qué son criados. Cierto es que si los hombres supiesen que este era su bien et la su perfecion final, trabajaria por él así como trabajan por ser famosos et ricos. Mas contéceles á ellos como al hijo del rey cuando es en edad de seis ó siete años, que quien le preguntase cuál querria mas, las cerezas ó el reino, no hay dudá que escogiese las cerezas, por juzgar segun aquello que conoce et ha experimentado. Así es de los otros hombres, que si les preguntais cuál querrian ser mas, poderosos ó ricos ó sábios, escogerian la riqueza ó el poder, et no saben que solo el sábio es poderoso et rico, et que es necesario que el sábio ordene et rija, et sin saber, el poder no es poder, mas antes es impotencia et privacion de poderío. La riqueza sin saber es posesion de bestialidad con multitud de presuncion et complimiento de grosería; ca solo el sábio es á sí mesmo suficiente como dentro dél esté el complimiento del tesoro et abundancia sin fallescimiento; y esta ignorancia es del fin. La segunda causa del no saber es el uso de las delectaciones corporales, voluntariosas, sensibles, ca estas encubren, beben et ahogan los sentidos, no solamente corporales, mas aun los spirituales et intelectuales. Los hombres encenagados y envueltos en estas concupiscencias sensibles, parescen á una fija de un rey muy fermosa, la cual heredaba el reino de su padre, et adulteró con un esclavo muy negro et disforme, por lo cual perdió el hereditable patrimonio. La tercera causa es indisposicion de la materia, la cual hace á los hombres á las veces no ser capaces de las sciencias. Y esto acontesce á las veces por causa de los lugares et regiones donde nascen ser mal complexionados, ca algunas veces las regiones son tan excesivas ó vacías en calor, que los hombres engendrados en ellas son como bestias, no llegando á ser capaces de razon ninguna; y estos son los orientales ó gran parte dellos, et los que habitan cerca de las arenas et tórrida zona; y algunas veces son tan excesivas las regiones en frio, que engendran hombres feroces et no domables por razon ninguna. Así como son los que moran al setentrion en las islas frias, así como son los godos y extragodos y otros semejantes; ca estos tan íntimos son en el grado vano, et tan excesivos en bestialidad, que muchos dellos comen las humanas carnes. É ayuda á esta tercera causa el comer et nutrimiento de viandas stípticas, gruesas, fumosas et malas; así como tocino, queso, cebollas, ajos, habas, et otras viandas semejantes; y eso mesmo ayuda la plática de la grosera gente; si no, veldo por los pastores. Este género de indisposicion es semejante á una águila, á la cual ligaron una piedra á los piés porque no volase, siendo su natura et su fin volar et pasar las visibles et fumosas et húmedas nubes. La cuarta causa impeditiva de saber es la dificultad et ardidez de las cosas scientíficas; que aunque el hombre vea que su ánima es codiciosa de investigar et saber la verdad de las cosas profundas et altas, et se sienta afectuoso, aquello es así como el ojo cuando quiere mirar el sol de claro en claro, ca tanta es la claridad en el sol, que perturba et eclipsa la vista. Así, hay muchas cosas que el Entendimiento alcanzaria, sino por la sotileza et dificultad de aquellas, et que las puertas de la inquisicion les son cerradas. La quinta causa et postrimera es mas prohibitiva que las otras sin comparacion, que es los hombres ser aficionados et amorosos á aquellas cosas en las cuales han sido instructos y enseñados desde la inocencia dellos. É la causa desto es, que en el ánima del hombre es una afeccion extraña et admirable á las cosas en su niñez oidas, en especial si luengo tiempo fué acostumbrado en aquellas; ca entonce la costumbre se torna en naturaleza, et cáusale en el alma del tal hombre una credulidad muy firme, et un singular amor á aquellas cosas, tomando una abominacion de odio sin razon á las cosas contrarias; en tanto que veréis todo el mundo, ó lo mas del ser, impedido por aquesta quinta causa, y ser sepultado en aqueste mortal error. Ya vemos los niños de los moros ante que hayan uso de razon aborrecer la santa fe cristiana, et así de las otras gentes. Vemos los rústicos, por ser acostumbrados á lugares malos ó yermos y á los rústicos mantenimientos et viciosas costumbres et vestidos sucios, aborrescer las habitaciodes de las ciudades et hábiles cortesías et á las limpiezas et primores de la vida polida. ¿Quereis mas? Que los niños de un reino aborrescen las naciones extrañas de otros reinos, por haber acostumbrado oir decir mal de aquellos. Cierto es que hasta en los trajes y cortes de las ropas y en las tocaduras de las mujeres es extendido aqueste daño; que les place lo acostumbrado aunque sea peor, et aborrecen lo contrario aunque sea lo mejor. É así es universalmente en el fablar de las lenguas, y en el saber de las sciencias, y en el usar de los artificios, y en la distincion de los oficios, y en los bandos de los reinos y de las ciudades; porque todos siguen lo acostumbrado; y aquesta es la causa principal de mi venida á te notificar de parte de la Verdad et de las otras hermanas que tú no puedes entrar ni verlas en ninguna manera, si primero no eres despojado de las tales habitudines consuetas; et si por ventura los tales obstáculos fuesen arredrados de tí, serias digno de alcanzar corona, la cual, en multitud de años, á pocos la otorgaron las inmortales diosas.» Y allí hizo fin la Razon á la habla comenzada.

De cómo el Entendimiento responde á la Razon.

«Así Dios sea por mí, dijo el Entendimiento; razonable et justa cosa es la que demandais, et yo ya venia apercebido de aquesto. Ca bien veo yo que los agricultores cuando quieren labrar un campo, primero lo purgan de las espinas nocivas et zarzas et otras cosas dañosas, et yerbas et árboles que en él están, et despues lo siembran de simiente frutuosa, et así proviene á su debido fin. Y tambien vemos que cuando el físico quiere inducir sanidad sobre algun enfermo, primero purga el estómago de los humores corruptos y excesivos ó nocivos; y así por la mesma manera, veo que al hom-

bre razonable no consentir á la razon es como la puente no estar en el rio, ó la nave estar en el monte; ca estas cosas son privadas de su fin. Y así es el hombre, á mi paresçer, cuando niega la razon; et por tanto, bien me place ser desnudo de toda fantástica opinion, et no me moverá mas la verdad dicha por la boca del cristiano que del judío ó moro ó gentil, si verdades sean todas, ni negaré menos la falsía dicha por la boca de uno que por la boca de otro.» Y en aquel instante la Razon tornó con la respuesta; et sin mas tardanza mandó la Verdad que luego le abriesen la puerta, y entrase libremente cuando quisiese.

CAPITULO IX.

De cómo el Entendimiento entró en el monte sagrado, y qué son las cosas que allí vido.

Abierta la puerta, el Entendimiento entró muy alegre, et luego en un punto vino la Verdad et la Razon, las cuales lo tomaron de las manos et lo comenzaron á traer por el huerto de la delectacion. Venia la Verdad vestida de una mas preciosa vestidura, et de mayor precio que los mortales estimar sabrian; tanta era la certidumbre et credulidad que sus sentencias tenian, que era imposible de negarlas á hombre razonable. Tanto era el amor et benivolencia que demostraba su gesto, que asaz era bienaventuranza mirar á ella en la cara; la estatura della et la cantidad era limitada et proporcionada, segun la igualdad et longura del Entendimiento. Las palabras suyas tan ciertas eran, et tanta firmeza dejaban en el corazon, que no quedaba ninguna duda ni temor de la contrariedad. En su mano diestra traia un espejo de un muy claro diamante, guarnido con multitud de perlas et piedras muy preciosas, y en la siniestra un muy concertado et muy justo peso; todo de oro fino, sin mixtura de otro metal. Y la Razon era muy semejante á ella, sino que traia las vestiduras muy mas aparentes, aunque el precio no fuese mayor. Pero era una cosa maravillosa de la Razon, que á las veces parescia estar tan alta su cabeza como el cielo, á las veces como las nubes, otras veces se igualaba con la cuantidad et forma humana. Los ojos mas parecian estrellas, et los cabellos oro. Y las caras destas dos hermanas mas parecian espejos que otra materia alguna corruptible. El Entendimiento tanto era gozoso en mirarlas, que no volvia la cara á otra cosa ninguna. Y ellas, viéndolo así, fuera de sí et cuasi medio atordido ó pasmado, mandáronle que mirase la habitacion et la huerta no pisada por los hombres mortales, por su culpa. El Entendimiento paró mientes et vido delectaciones increibles. Primeramente en aquel lugar nunca habia noche, que todo era dia claro, y parescia el sol siete tanto mas resplandeciente que lo acostumbrado, sin obstáculo et impedimiento de nubes, y era el calor tan templado, que agradaba et deleitaba todos los sentidos, et los alegraba en una muy templada et muy suave manera, et cuasi era admirable que, como la claridad fuese tanta, no hobiese calor excesivo ni dañoso frior; mas antes era el medio poseido; y eso mesmo los árboles de aquella huerta eran tan frutíferos, tan odoríferos et tan hermosos, et de frutas tan deleitables et tan suaves al gusto, que daban refecion et delectacion á ambas las fuerzas intelectivas; todas las yerbas disformes et dañosas eran de allí desterradas, y eran pobladas et plantadas allí las hermosas et odoríferas sin comparacion alguna, y de aquellas era lleno todo el suelo de aquel deleitable vergel. Todos los animales nocivos, feroces et disformes eran arredrados de allí, sino unas aves, las cuales eran citaristas, et sus voces henchian aquel lugar de angélica melodia et cantares muy dulces. En medio de la huerta estaba el árbol de la vida et de la sciencia del bien y del mal. Al pié del cual manaba una fuente por caños de plata muy fina, y el lugar do caia el agua todo era perlas, zafires, rubís et balajes; y el árbol tenia fruta de tal virtud, que quitaba la hambre por siempre; y el agua tenia virtud de quitar la sed perdurable, et aun daban perpétua et bienaventurada vida. En aquel lugar no habia enfermedad, ni corrupcion, ni muerte, ni tristeza, ni desfallescimiento alguno; mas era allí la vida, la salud, la alegría, la abundancia et complimiento de los bienes, sin mengua et sin desfallecimiento et sin humana miseria. No era allí la persecucion inícua de las envidiosas et ponzoñosas lenguas, no la enemiga persecucion de las opiniones vanas, no la infernal discordia et fraterna zizaña, no la insaciable avaricia, no la menospreciada pobreza. No la vejez flaca, temerosa ó triste, no la ignorancia é imbecilidad de la infancia y puericia, no el loco atrevimiento de la juventud, no la esperanza vana, no la tristeza del miedo, no ninguna cosa que no fuese afable, hermosa, lícita, honesta, justa, provechosa et buena; todo era concordia entrañable y amorosa, todo benivolencia et amistad sin simulacion, donde todas las cosas proceden que han de ser virtuosas et loables et bien ordenadas. Y desque hobo el Entendimiento aquestas cosas por órden ya visto, las doncellas le demandaron la causa de su venida; él les dijo que tenia muy gran gana et deseo sin comparacion de saber cuál era la causa final para que el hombre habia sido hecho. Ca, segun su paresçer, la causa final era mejor que alguna de las otras causas; conviene á saber: natural, formal, eficiente; y que les demandaba por merced que le certificasen de aquesto en la mejor manera que fuese posible. Ca, segun su juicio, tantas eran las diformidades et las abominaciones que en los hombres eran halladas, que le parescia no haber sido hechos por algun fin special ó apartado de los otros animales, como mayor desordenanza fuese hallada en los hombres que en aquellos; y que aunque le habian dicho que habia Dios, et retribucion de bien et de mal, que esto no lo creia como viese lo contrario; ca veia los justos sufrir penas et morir lacerados, y los virtuosos ser perseguidos, et los malos ser galardonados por los maleficios. É vivir honrados, amados et ricos, et morir en aquellos estados. É aquesta era la causa principal de su venida.

CAPITULO X.

De cómo la Razon et la Verdad hablaron al Entendimiento.

Sabida la intencion del Entendimiento, la Verdad et la Razon lo llevaron á casa de la Sabiduría, la cual era una vírgen que su padre la habia engendrado sin madre, y era en la figura muy semejante á las otras dos hermanas; asimesmo les parescia en el ornamento de las vestiduras; y la casa suya era hecha de una

natura de piedras de balajes et esmeraldas, y en medio habia carbuncos et rubis de cuantidad muy grande. E la lumbre destas piedras era tanta, que cuasi el Entendimiento no podia ver ni destinguir las doncellas la una de la otra. La Sabiduría entonces habló á las otras doncellas, et dijo: «Pues el Entendimiento está muy dispuesto para disputar, negar ó otorgar lo que se ha de negar et de otorgar, lo primero le probarémos cómo hay Dios, et aquí se probará cómo él es regidor del mundo, et destruirse ha la opinion del fado, caso et fortuna; y despues le mostrarémos cómo Dios, así como es comienzo, que así es fin de todas las cosas; é cómo el hombre fué hecho para la bienaventuranza, et cuál es aquella, y cómo no puede ser sino despues de muerto.» La Verdad et todos dijeron que muy bien era; y la Sabiduría dijo á la Verdad que, porque en toda disputacion et ciencia se habian de poner algunos principios necesarios, que le pluguiese de le dar algunos principios et conclusiones, las cuales el Entendimiento no pudiese negar, et fuesen preámbulos declaratorios de lo subsecuente. La Verdad respondió que le placia, y el Entendimiento dijo que era contento.

De veinte y seis principios que la Verdad puso verdaderos et infallibles, los cuales otorgó el Entendimiento et todos los que ahi estaban, para probar que habia Dios, y que era uno, y que no era cuerpo.

«Cierto es, dijo la Verdad, que no hay cosa de cuantidad infinita.» Respondió el Entendimiento: «¿Cómo es esto?» «Verdad es, dijo ella, que un cordel ni un madero no se puede imaginar que no tenga comienzo et fin; et así del cielo, que, como sea circular, no puede ser infinito.» Dijo el Entendimiento: «Cierto es; agora lo veo claro.» Dijo la Verdad: «No te quiero dar muchos ejemplos en estas pruebas, pues son muy ciertas et otorgadas por todos los que saben, et no se pueden contradecir sino por el ignorante. La segunda proposicion, dijo la Verdad, es esta: Poner cuerpos de cierta cuantidad, infinitos en número, es vanidad si dicen que sean en un tiempo, así como los que ponian los átomos ser principios de todas las cosas.» Dijo el Entendimiento: «Bien lo veo.» «Tercera proposicion: Por causados et causas haber que no tengan cuantidad, ser infinitos, vanidad es.» El Entendimiento: «No lo veo.» La Verdad: «Yo te lo diré. Porque un entendimiento sea causa de otro, et aquel de otro, y así en infinito, no es posible.» El Entendimiento: «Ya lo entiendo.» «Cuarta conclusion: Son los movimientos ó mutaciones en la sustancia, generacion et corrupcion; en la cuantidad, augmento et diminucion; segun la cualidad, alteracion; segun el lugar, mudamiento del fine ó lugar. ¿Ves esto?» El Entendimiento: «No lo veo.» La Verdad: «Todo mudamiento es salimiento de potencia en acto. ¿Otorgas esto?» Dijo él: «Sí, que en otra manera no seria mudamiento.» «Quinta: Todo mudamiento, ó es substancial por sí mesmo, así como cuando se muda el hombre; ó es acidental et por otro, así como es blanco, que se mudan en él. Sexta: Todo mudamiento, ó es natural, así como el descendimiento de la cosa pesada ayuso; ó es violento, asícomo cuando lanzan la saeta ó piedra hácia arriba. Séptima: Toda cosa que es movible es partible, et toda cosa partible et divisible es movible.» «Esta, dijo el Entendimiento, no la entiendo.» «Yo te lo diré, dijo la Verdad. Las cosas que no tienen cuerpo, así como Dios y el ángel, no se mudan naturalmente, ca convenia ser temporales et no eternas, et todos los cuerpos son movibles et segun natura en alguna de aquellas maneras ya dichas. Octava: Toda cosa que se mueve segun acidente, algun tiempo holgará. Nona: Que todo cuerpo que mueve á otro, no lo mueve sino en cuanto es movido de otro. Décima: Que toda cosa que está en el cuerpo, ó es acidente ó forma sustancial. Undécima: Todo acidente que es en el cuerpo, se parte segun la division del cuerpo, salvo el entendimiento, el cual no es divisible.» Dijo el Entendimiento: «Placer he desto.» «Duodécima: No hay especie de mudacion continua, sino el mudamiento de lugar á lugar. Tredécima: Toda persona en cuerpo finida es. Cuatuordécima: El mudamiento segun al lugar es el primero de los movimientos. Quintadécima: Todo tiempo acompaña al movimiento, et no se puede fallar uno sin otro. Décimasexta: Todas las cosas que no tienen cuerpo no pueden ser muchas si no son causa et causado. Décimaséptima: Que toda cosa que se mueve tiene movedor, ó dentro de sí, así como el animal cuando se mueve; ó fuera de sí, así como la piedra cuando la alanzan; é por ende, cuando se muere el animal queda el cuerpo sin moverse. Décimaoctava: Toda cosa que viene de potencia en acto et de no ser á ser, ha menester cosa que la saque de la tal potencia et le dé tal ser; et si tiene impedimento, el que cuenta el tal impedimento, se dice sacarlo de potencia en acto. Décimanona: Toda cosa que tiene su ser es posible, et toda cosa que es posible tiene causa. Vicésima: Toda cosa que es necesaria de ser absoluto, no tiene causa de su ser. Vicésimaprima: Toda cosa compuesta en dos maneras, la composicion es criada de su sustancia. Vicésimasegunda: Todo cuerpo es compuesto en dos maneras, con materia y forma et acidentes. Vicésimatercia: Que toda cosa que es posible et no necesaria, puede estar que algunas veces no sea. Vicésimacuarta: Toda cosa que es en persona se allega á la materia, ca por la persona es de parte de la materia. Vicésimaquinta: Que toda sustancia singular que es compuesta de materia et de forma, conviénele haber necesario movedor, y esta es una raiz para probar lo que queremos. Vicésimasexta: Que el cielo no es engendrable ni corruptible. Y estas proposiciones, dijo la Verdad, son tan ciertas, que no es posible ser el contrario, porque tienen pruebas necesarias absolutas, aunque algunas dellas se vean ligeramente, et otras han menester inquisicion mas luenga.» E así acabó la Verdad de fablar; et quedó la disputa entre la Sabiduría y el Entendimiento, y todos dijeron que en las proposiciones no habia duda alguna.

CAPITULO XI.

De cómo la Sabiduría probó al Entendimiento que habia Dios, y que era uno, et que no tenia cuerpo.

Dijo la Sabiduría: «Ya habemos oido lo que dijo la Verdad, y ella no puede mentir, et tú ya lo has otorgado.» «Verdad es», dijo el Entendimiento. Dijo la Sabiduria: «Ya has visto cómo todas las cosas engen-

drables et corruptibles tienen movedor, por la proposicion vicésimaquinta.» Dijo el Entendimiento: «Sí, ya lo he visto.» La Sabiduría: «Este movedor tiene otro movedor de su especie en aquellas cuatro maneras de la proposicion cuarta.» Dijo el Entendimiento: «Otórgolo.» La Sabiduría: «Y esto no procede de infinito, así como dice la proposicion tercera.» Dijo el Entendimiento: «Verdad es.» Dijo mas la Sabiduría: «Todo movimiento es causa lo del movimiento del cielo.» Dijo el Entendimiento: «No lo entiendo.» Dijo ella: «El palo mueve la piedra, el cual movió el brazo, que se mueve por los nervios, los cuales son movidos por el calor natural, el cual viene de la complexion, et aquella de los elementos et calidades, las cuales son por causa del movimiento del cielo.» El Entendimiento: «Agora lo veo.» La Sabiduría: «¿Quieres otro ejemplo mas corto? El palo se quemó; si preguntaren porqué, dirémos porque cayó en el fuego; et si dijeren que el fuego por qué lo quemó, dirémos porque era caliente; et si dijeren por qué es caliente, dirémos porque es acercano al movimiento del cielo; et todo movimiento es causa de calentura, et ya no hay mas cuestion. Mas no otro es que, pues el cielo se mueve, tenga otro que lo mueva, así como dice la proposicion décimasétima, ó dentro de sí ó defuera; et si defuera, ó es otro cuerpo ó no, et si es otro cuerpo, tambien tiene movedor; y necesario es que se mueva cuando se moviere el otro cuerpo, así como dice la proposicion nona; y como el cuerpo quinto se moviese del sexto, et aquel del sétimo, así seria proceso in infinito; el cual es imposible, como dice la proposicion segunda; ca el cielo cuerpo finito es, así como dice la proposicion primera; et será la su parte finita, así como dice la proposicion duodécima; la cual se parte segun su division, así como dice la proposicion undécima; et si el movedor fuere virtud difusa en cuerpo, así como es la ánima en el cuerpo, esto no puede estar, ca este se moveria por acidente, segun la proposicion sexta; pues luego es necesario que haya movedor primero, el cual no sea virtud en cuerpo, ni haya en él movimiento sustancial ni acidental, ni sea partible ni mudable en alguna manera, así como es dicho en la proposicion quinta et sétima. E síguese que no puedan ser dos los movedores primeros, como dice la décimasexta proposicion; et síguese que no caya so el tiempo para envejecerse ó alterarse, así como dice la quintadécima; y esta especulacion nos ha traido á otorgar de necesario que hay movedor del cielo, el cual es uno que no es virtud en cuerpo; este decimos Dios glorioso bendito. ¿Haslo visto?» Dijo el Entendimiento: «Sí vi; y tanto, que agora sé ciertamente que hay Dios, y ruégote por Dios que fablemos mas desta materia.» Dijo la Sabiduría: «Cuando quier que son dos cosas que suelen estar juntas, si fallamos la una apartada de la otra, fallarémos necesario la otra.» El Entendimiento: «No lo veo.» La Sabiduría: «Yo te lo diré: El ojimel se compone de la miel et del vinagre; cuando quier que fallamos por su cabo la miel, necesario hallarémos el vinagre; así es que nos hallamos cosa compuesta de movimiento et movedor; hallamos que es cosa movida et no mueve otra, y esto es lo postrimero movible; síguese necesario que sea movedor et no sea movido, y este es Dios glorioso bendito, el cual es sempiterno et bienaventurado. ¿Ves esto?» El Entendimiento: «Sí veo; et mucho me ha placido de tales pruebas, ca son necesarias de otorgar.» «Tercera prueba, dijo la Sabiduría: Nos vemos muchas cosas salir de potencia en acto et de ser á no ser, et vemos algunas cosas engendrarse et corromperse, y esto es porque tiene potencia para ello; et toda potencia es de parte de la materia; et cierto es que toda potencia es reducida en acto en algun tiempo; si no, seria en vano la tal potencia como aquella. E pues que manifiesto es que toda cosa que sale de potencia en acto ha menester quien la faga salir, y esto no procede en infinito, así como habemos dicho; síguese que haya un movedor et dador de formas et seres et perfeciones, el cual nunca fallezca, mas el su ser sea necesario en todas maneras: este es Dios glorioso et bendito.» Dijo el Entendimiento: «Ya soy bien informado en las pruebas de haber Dios; mas ¿cómo me probaréis que no haya mas de uno? Que á mí parece que seria mejor que fuesen muchos, así como de los hombres, que mejor es que haya muchos buenos que uno.» A esto respondió la Sabiduría: «Imposible es que haya muchos dioses, et la razon es esta: Pongamos que hobiese dos dioses ó mas; ó aquellos dos dioses serian iguales en poderio, et cada uno dellos seria bastante para la producion del mundo en ordenanza et regimiento de aquel, ó no. Si dices que sí, luego el otro dios seria supérfluo, pues que el uno bastaba para esto, y esto seria demasiado, que cosa tan necesaria et primera fuese demasiada et inútil. Pues pongamos que no fuesen iguales en poder, ni bastase para producir el mundo uno sin el otro, et ambos juntos bastasen; este seria mayor inconveniente que el primero, et mas abominable de decir, ca seguirse hia que cada uno dellos fuese menguado et defectuoso; et Dios por su merced nos guarde de poner en él defecto alguno, como él sea fuente et principio de do proceden todas las perfeciones. Aun otra razon te daré por do verás manifiestamente que Dios bendito y glorioso no puede ser sino uno, y es aquesta: Cierto es que Dios glorioso es infinito en poder y en saber y en bondad, et nos decimos infinito al que no se puede medir con alguna medida; y si fuesen dos dioses infinitos, serian ambos iguales, y el uno seria medida del otro; ca un infinito no es mayor que otro, y seguirse hia necesariamente que no fuese alguno dellos infinito; y esta prueba es necesaria absolutamente, otorgando que Dios es infinito.» Entonce dijo el Entendimiento: «Ya conozco bien que hay Dios, y es necesario que sea uno; mas parésceme que sea alguno de los cuerpos del cielo que vemos, así como el sol ó la luna ó alguna de las estrellas.» A esto dijo la Sabiduría: «No es posible en ninguna manera; ca bien sabes tú por la proposicion vicésimasegunda que todo cuerpo es causado, et ha menester causador necesariamente. E si Dios fuese cuerpo, habria menester otro Dios que lo hobiese hecho, et otro movedor que lo moviese necesariamente. E por estas pruebas se prueba que de necesario hay Dios, y es uno, et no es alguno de los cuerpos visibles ni sensibles; antes es uno, incorpóreo, invisible, inmortal, omnipotente et bienaventurado. Mas ¡guay de los tristes malaventurados de los gentiles, que no solamente se apartaron deste bien inconmutable, mas aun adoraron las criaturas; conviene á saber: aquellos

que siguieron á Tales Milesio adoraron el agua, los que siguieron á Maximénes adoraron al aire, los que siguieron á Crisipo adoraron al fuego, y los que siguieron la opinion de Alcineo adoraron el sol et la luna et las estrellas. De aquestos fueron los sábios en el tiempo de Abrahan, y estos decian que los bienes deste mundo descendian á los mortales por el sacrificio que facian á los cielos et á las estrellas; y Abrahan comenzóles á contradecir, diciendo que el sol y la luna eran así como la azuela, et la azuela en mano del carpintero, et que Dios facia con ellos las cosas del mundo así como el oficial obra con sus instrumentos; y ellos echaron á Abrahan en la cárcel, diciendo que destruia su ley. E Abrahan no cesaba de predicarles et amonestarles á la creencia de un Dios verdadero. Reirias mucho, dijo la Sabiduría al Entendimiento, si te contase los sacrificios que facian; ca sacrificaban al sol siete escarabajos et siete mures et siete volatilias, et á la luna sacrificaban otros animales inmundos, et dábanle olio de ranas en un crisuelo de siete picos. Escarnio es de cómo aquella gente fué tan errada. E compusieron libros en que dijeron de la eternidad del mundo. Cuentan cómo Adan era sacerdote de la luna, et decian cómo llamaban á su padre, et decian de todo su linaje. Y decian de Noé que era un labrador, que no queria servir á los ídolos; y decian mentiras, no solamente imposibles, mas jocosas. Y decian que cuando Adan vino de tierra de Oriente, que trajo maravillas inauditas; así como un árbol de oro et otras cosas que es escarnio de oirlas. Vino otra gente despues que siguieron á Macrobio, y estos adoraron al sol; y otros, que adoraron á Teodoncio, adoraron la tierra et llamáronla mogorgon. E vino en las gentes otro error, que pensaron que cuando habian algun hombre famoso en algun saber ó virtud, decian que despues de muerto que se facia estrella, á la cual llamaban dios, et adorábanlo; así como los italianos á Saturno et á Jano, los cretenses á Júpiter, y los egipcios á Isis, et los mauros á Juba, los romanos á Quirino, los de Aténas á Minerva, los afros á Juno, los de Chipre á Vénus, los cecilianos á Vulcano, los indianos á Liber, los delos á Apolo, et los tebanos á Hércoles, et otros á Mercurio et Baco. Así de los otros, conviene á saber, Neptuno, Pluton, Tétis et otros muchos. Y algunos de los tales fueron inventores de algunas artes; como Esculapio, que falló la medicina, et Vulcano falló el labrar del fierro, Mercurio el vender y el comprar, et Tífis labrar la lana, et fueron muchos destos edificadores de ciudades. El uso de las imágines comenzó que como algun grande ó bueno ó sábio ó fuerte moria, facian una imágen en su memoria; et aquellas que ellos solamente por memoria facian, los sucesores tomáronlos por dioses; et vinieron á tanta demencia et locura, que adoraron las imágines de piedra muerta. Y tanto fué este error, que fué universal en todo el mundo ó en la mayor parte.» Entonces fabló el Entendimiento, et dijo: «Bendito sea Dios glorioso, que nos libró de tantos géneros de errores y vanidades de tantas maneras, et nos dió á conoscer el camino de la verdad; ca sé firmemente que hay un Dios omnipotente et bendito et glorioso; él sea alabado por siempre jamás.» E paró mientes en el espejo que tenia la Verdad en la mano, et vió que no habia ningun defecto en las cosas ya dichas.

CAPITULO XII.

De cómo mostraron al Entendimiento el poder de Dios.

Esto acabado de decir, preguntó el Entendimiento, el poder de Dios en qué manera era. Entonces la Sabiduría respondió: «El poder de Dios bendito et glorioso no es limitado en medida ni en manera ninguna; et nos entendemos que un hombre sea poderoso cuando hace todo lo que quiere, et así es el poderío de Dios; que todas las cosas, las cuales ve que será mejor el su ser que la su privacion, todas aquellas son; et no es menguado su poder en ninguna manera.» Entonces dijo el Entendimiento: «A mí parece lo contrario, ca muchas cosas quiere Dios, de las cuales no se hace ninguna bien; ca le placia á Dios que todos los judíos que salian de Egipto fuesen á tierra de promision, y eran seiscientas mill ánimas, et no entraron sino tres. Item, quiere Dios que todos los hombres se salven et vengan en conocimiento de la verdad, et no se salvan sino muy pocos. Item, segun los filósofos, Dios no podria corromper el cielo; pues paresce luego que el poderío de Dios no sea en la manera que tú dices.» A esto respondió la Sabiduría: «El poder de Dios es en dos maneras, así como su voluntad es en otras dos maneras; ca hay una voluntad de Dios, la cual es comparada et causada, et hay otra absoluta. La absoluta siempre se cumple, la causada cúmplese segun el complimiento de sus causas. En esta manera queria Dios que los que salieron de Egipto entrasen en tierra de promision; conviene á saber, los que no hiciesen idolatría; et así quiere que se salven teniendo la fe católica santa y verdadera et compliendo los sus santos mandamientos; así como quiere que sea sano aquel que bien se rige y que cojan pan aquellos que lo siembran, et no quiere que lo coja el que no siembra grano. A lo que dices del cielo, yo te digo ciertamente, si él quisiere, el cielo se corromperá; así como está en la verdad que si el asno volase, que se moveria en el aire; mas la voluntad de Dios glorioso no es así como la voluntad de los hombres, que en cada hora se mudan; mas es una muy firme et constante manera. Y todas las cosas que son posibles de ser Dios las puede facer, et aun las que son posibles al entendimiento. Y aquí yerran los que dicen que Dios no es todopoderoso porque no puede facer otro Dios semejante á él, ó porque no puede sobre las cosas que implican contradicion manifiesta; y esto no es verdad; ca no decimos que un hombre no sea poderoso porque no pueda facer de las piedras manzanas ó porque no puede tornarlas en formigas. Pero hay otro error de gentes no de menor cuantidad que aqueste; que Dios absolutamente, sin medio ninguno et sin preceder legítima causa, podria hacer que el asno fuese asno, y el hombre fuese hombre et ángel sin provecho ninguno. Y esto es manifiesta falsía; ca si Dios quiere hacer una cosa de otra, primero ha de privar la esencia et forma de aquella, et despues inducir la forma et sustancia de la otra. Basta, concluyendo que todas las cosas que Dios quiere puede él hacer, si son posibles et no implican contradicion ni derogan su poderío.

De la sabiduría et bondad de Dios y de la providencia suya, et destruye muchas opiniones de caso, fortuna y fado.

«En la sabiduría de Dios, dijo el Entendimiento, querria ser informado; en qué manera sabe las cosas y cómo es su providencia, et si sabe ó cura de las cosas insanas.» A esto respondió la Sabiduría, et dijo: «Dios glorioso et bendito sabe todas las cosas que son et han posibilidad de saberse; ca si fuesen imposibles, implicarian contradicion saberse, ca la imposibilidad absoluta no puede estar en natura; ya habemos dicho que dél manan todas las cosas, segun sus géneros et perfeciones que tienen. Pues grande inconveniente seria que Dios fuese el hacedor et criador, et no supiese quién era su criatura, et á quien daba esta perfecion. Empero esta sciencia no pienses que es en la nuestra manera; ca en Dios no hay cosa alguna que toda no sea Dios. E así la sciencia de la formiga es en Dios segun su ser incorruptible, y no punto en otra manera; ni tampoco creas que en su saber haya pasado porvenir ó presente. Estas cosas hacen errar á muchos. E sabrás de mí un secreto, cómo los actos libres de la elecion voluntarios no se saben en la manera que los hombres piensan; y aquesto face errar á los mas de los que fablan, et facer grandes libros de predestinacion, et no han por inconveniente otorgar contradiciones; y esto es, que pensando que quitan defecto alguno á Dios, pónenle otro mayor, de que Dios nos libre por su merced; así que, pensando fuir de un peligro, entran en otro; y decirte he aquesto aparte cuando estarémos solos, ca es el mas precioso secreto que puede ser de los sábios. E yo te declararé en otra manera qué cosa es necesidad, et qué cosa contigencia segun la verdad. Y decirte he cómo yerran los mas dellos en un presupuesto falso que hacen; y decirte he la cosa que no tiene causa, si es ignorada ó sabida.» Et llevólo al espejo de la Verdad. Y dijo el Entendimiento despues que vió todas las cosas ya dichas: «Gracias sean dadas á la fuente de la sabiduría; ca agora veo que le plugo comunicar sus altos secretos á la claridad y esconderlos á la tiniebra, y veo el principio de las bestialidades de dó procede.»

De la bondad de Dios, et dice cosas muy singulares, por qué Dios no hizo las cosas mejores de lo que son.

«Fablemos, si vos place, de la bondad de Dios, ca de la sabiduría, con los puntos que me habeis disputado, y en lo que me habeis dicho en secreto, et con lo que he visto en el espejo, yo soy muy gozoso sin comparacion; mas de la bondad yo estó muy dudoso, ca me paresce que sea mayor la malicia de las cosas que la bondad de aquellas. Por las cosas que ya he dicho en lo precedente, conviene á saber, por las abominaciones et diformidades que en el mundo veo, que casi me parece no haya cosa bien ordenada ninguna.» A esto respondió la Sabiduría: «Sube en el corazon de las gentes aqueste malvado error, no solamente en los vulgares et ignorantes, mas aun en aquellos que piensan los hombres ser sábios; y aquesto es por un fundamento muy erróneo, así como te dije de los de la sabiduría. Y porque aquesto no es tan oculto como lo otro, ni tampoco es de tanto precio con gran parte, no me podria sofrir de no te lo decir; et de que lo hayas sabido, tú te reirás de tí mesmo. No con mengua de grandísima ignorancia piensan los hombres que los ángeles, et los cielos, las estrellas, et los elementos, et todas las cosas que son, que todas han sido por ellos hechas; y no piensan cuán pequeña cosa sean ellos entre las cosas criadas; et no solamente ellos, mas toda la redondeza de la tierra; et su cantidad, comparada á la grandeza de los cielos, no es sino como quien ficiese un cerco que toviese una braza en derredor, y en medio le ficiesen una señal con la punta de una aguja, y aquel punto fuese la tierra, et toda la otra redondeza fuese los cielos; y aquesto es sabido por demostraciones astrológicas absolutas que no puede estar en otra manera. Pues ve tú qué cosa es el hombre en respecto de los ángeles y de las otras cosas criadas. A ellos acontesce en respecto de todo el universo lo que contesceria á las formigas si pensasen que toda la tierra era hecha para ellas, y esto escarnio es solo presumirlo; y de aquí es erróneo este fundamento, atribuyendo todas las cosas á sí, et dicen que son malas; ca considerando que Saturno sea malo, porque en alguna conjuncion causa pestilencia, y no consideran cómo en el mundial revolvimiento, reinando él por centenales de años et millares, es causa de la sabiduría, de la verdad, y de la justicia y de la paz; y cómo en su ensalzamiento alcanzan los naturales mágicos profundos et muy ocultos secretos. Y consideran que el fuego sea malo porque quema la casa de la mujer santa, et no consideran los bienes que face en el mundo, así como en el alumbramiento en las noches. E ya hay tierra poblada donde seis meses es noche, et viven con la lumbre del fuego. A nosotros pues ¿cuán grande beneficio es el continuo que del fuego recebimos en el alumbrar en las noches, en el escalentar de los frios, y en el cocer et asar de las cosas crudas, y otras cosas innumerables? Y tambien dicen que sea mala la lluvia porque desató las tejas que habia puesto al sol en el campo el tejero pobre, y no consideran que las lluvias son causa del criar de los vegetales, así como árboles et yerbas, et son causa del permanescer de los animales, ca sin agua no habria fuentes ni ríos, ni seria poblada la tierra. E dicen que el aire sea malo porque algunas veces se corrompe, ó es tan recio que derrueca los árboles, y no consideran cómo si no hobiese aire no vivirian algunos animales, et súbitamente el fuego quemaria la mar et la tierra. E si les decis estas cosas á los voluntarios, dicen que Dios bien lo pudiera facer sin estos inconvenientes, et no ven que Dios lo fizo en la mejor manera que ser pudo, en la órden mas convenible, y en la mayor perfecion que las cosas recebir podian; et no pudo ser aire ni fuego ni lluvia que discerniese si la casa ó el árbol ó la teja, si era de hombre pobre ó rico ó bueno ó malo, ca para esto discerner hubiera menester entendimiento y elecion, y el entendimiento no podia estar en cuerpo sin alma sensible et vegetable, et sin ser animal sensible y razonable, y este necesariamente seria hombre; pues si todas las cosas fuesen hombres, seria otorgar contradicion manifiesta; que como los hombres no puedan vivir sin estas cosas, necesario seria que no hobiese hombres. Pues mira cómo se concluye que de necesario las cosas habian de ser así como son. Pues estas cosas habidas por presupuesto necesario, para que llueva ha de subir el vapor; no puede ser que

no se engendren en la conmixtion del vapor seco et húmido tronidos, fuegos piramidales ó colunales, relámpagos, rayos et otras cosas semejantes; et del vapor húmido es necesario que se engendren piedras et granizo, nieve et lluvias, rocíos, et así de las otras cosas. E no podia ser que no fuese así; et no puede ser menos en la conmixtura de los tales elementos, que no provenga distincion de especies de animales et diversidades de propriedades segun la disposicion de la materia, et la calidad del lugar, et la influencia de las estrellas, et la largueza del Dador de las formas. Ca las aves et los animales son de propriedades diversas et cuasi infinitas. Mas nosotros, refiriendo á nosotros el daño et provecho de las cosas, decimos á unos malos y á otros buenos; decimos que es malo el oso porque come las colmenas, et al lobo porque come las ovejas, et al milano porque lleva los pollos; et decimos que es buena la cigüeña porque mata la sierpe, y el olicornio por la medicina, apropriando el daño et provecho á nosotros; ca no decimos que es malo el gavilan porque mata los pardales, ni tampoco de los peces que comen unos á otros. Y esto es por no considerar cómo la órden del universo es cumplida por la diversidad de los animales, y cómo los animales son mas los buenos in infinito que los malos, y cómo aquellos que decimos malos tienen mas propriedades buenas que malas, et las malas no ser en respecto de nosotros, et así de las otras yerbas. Que si en un campo hay una yerba que sea nociva et mala al hombre, hay diez mill que le sean provechosas et medicables, y así es de todos los otros materiales, así como del rejalgar et otros géneros de su ser, los cuales son causa de constreñir los vapores para que se engendren en las venas de la tierra diversidad de metales et piedras preciosas, de las cuales viene gran utilidad et provecho, y el daño destas cosas es muy poco en respecto de la utilidad suya. Y tambien en los vicios et pecados que los hombres facen no pudiera ser en otra manera sino como es; ca el hombre es necesario que tenga voluntad et apetito de las cosas convenientes y abominacion de las contrarias, y deseo de guardarse á sí mesmo et conservarse; et por esto es el comer y el beber, el vestir et otras tales cosas, el conservar de la especie, et de haber apetito de allegarse los hombres á las mujeres; et por el contrario. Y en el mundo es necesario que haya hombres templados et otros que fagan excesos, et que haya gula, embriaguez y exceso de lujuria. Y tambien es necesario sobre el dinero ó la fama ó la honra haber ruidos, bandos, malquerencias, envidias, muertes et otras abominaciones. Pero estas cosas no son en todos los hombres, y en aquellos que son, son por la menor parte; et no puede un hombre ser tan malo, que no tenga mucho mas de bondad que de malicia, ca la su malicia no es sino fuera de sí en comparacion de otro hombre, et la su bondad es dentro de sí mesmo. Empero, como quier que sea, no es fallada en todas las cosas juntas el diezmo de la malicia que en el hombre solo, ca las otras cosas no serian malas sino en comparacion del hombre; ca en los ángeles ni en los cielos ni en las estrellas, que son mayores et muy mayor parte, no es fallada malicia ninguna, ni en los elementos, sino en la tierra sola; y en la tierra no hay malicia sino en el hombre, y en muy pocos géneros de cosas en su respeto; de las cuales la bondad es mucha et la malicia poca, et tambien los hombres no es en todos, y en esos que es, excede la su bondad á la su malicia, ca en otra manera no seria; é ya has visto cómo la bondad de Dios es á las cosas comunicada por la largueza et magnificencia suya.» Entonces dijo el Entendimiento: «Alabado sea y ensalzado por siempre jamás el glorioso Dador de todas las perfeciones et bondades, ca agora claramente veo el error en que primero estaba, et la causa que á él me habia traido.» Y paró mientes al espejo, et vió que no habia falta en lo que la Sabiduría le habia dicho. Y entonces le rogó afectuosamente que le declarase del cuidado et providencia de Dios cerca de las cosas en qué manera era. Ella le dijo que le placia de grado.

CAPITULO XIII.

De la providencia, fado y fortuna, et declara maravillosos secretos.

«De la providencia de Dios, dijo la Sabiduría, han sido diversas opiniones en el mundo, y algunos errores te descubriré; y de los secretos de la Providencia haré como en el campo de la sabiduría, conviene á saber, que te callaré algunas otras cosas y te descubriré otras, por grande amor et caridad que contigo tengo; y encubrirte algunos secretos grandísimos, los cuales no es lícito fablar por miedo de los voluntarios ignorantes. Pero lo que faltare de decir, la Verdad te lo mostrará en el espejo. Sabe que no han sido menos errados los bestiales de los hombres cerca la providencia de Dios glorioso que cerca el poderío y la bondad et la sabiduría suya. Ca entre los hombres ha habido algunos que dijeron que ninguna cosa no era regida ni gobernada por Dios ni en cielo ni en tierra, et que todas las cosas eran sometidas al caso et á la fortuna; y vinieron á tanta locura et absurdidad tan enorme, que negaron el regidor et gobernador del mundo. Y aquestos ficieron templo á la fortuna, en que pusieron diversidades de cantares et multitud de sacrificios et oblaciones, et pintábanle dos arcas grandes, la una llena de bienes á la mano derecha, et la otra llena de males á la mano izquierda; y pensaban que cuando el hombre nascia, que luego la fortuna le daba el bien ó el mal que habia de haber en su vida; et llevaban los niños al templo con cerimonias que mueven los oyentes á risa. E ya Aristótiles destruyó por razones necesarias esta blasfemia et opinion malvada, imposible por demostraciones necesarias y absolutas; et verlo has cuando entrares en la casa de la Naturaleza. La segunda opinion es de otro género de gentes; los cuales, pensando que dan gran honra á Dios, ponen et afirman que no se hace ninguna cosa sin causa, et que todas las cosas igualmente son proveidas de Dios, así el caer de una foja del árbol, et matar una araña con el pié et una mosca con la saliva, ó el pisar un hombre et matar una formiga, como la destruicion de un reino ó el quemar una ciudad, ó la muerte de una grande multitud de gente. Ca desta opinion se siguen muchos inconvenientes; ca si esto fuese verdad, todos los movimientos de los animales serian necesarios, et quitar la naturaleza de posibilidad seguirse hia ser todas las cosas necesarias et imposibles, et no seria en poder del hombre conservar la sanidad por medicina ni alongar la vida por buen regimiento, ni seria en su poder guardarse de la mala obra por razon,

ni seria posible ordenarse las cosas mejor por buen consejo que sin él, ni aprovecharia trabajar hombre por ser rico, porque, segun ellos, estas cosas ya eran ordenadas et previstas de Dios. Y los que esta fantasía et brutalidad tienen, afirman que no aprovecha fuir de la pestilencia; que dicen que tambien ha proveido Dios que el hombre morirá fuera del aire corruto como dentro; et semejante es como si dijesen que no aprovecharia huir de la casa que se quema, et dijesen que tambien se quemaria hombre sin fuego como con fuego. Y es un terrible escarnio de las contradiciones que otorgan estos brutales; ca dicen los de aquesta seta que ya habia proveido Dios eternalmente cuántas veces el hombre iria á la plaza, et cuántas veces se echaria de cuesta, et cuántas palabras hablaria, et cuántas comeria ó beberia, ó cuántos pasos andaria. Y que esto de necesidad habia de ser así, y que no era en libertad del hombre hacer mas ni menos, sino aquesto, pues estaba ya ordenado eternalmente. Y segun esto, seguirse hia que los mandamientos et las prohibiciones eran inútiles y en vano; y segun esto, no seria en poder de hombre en facer esto y dejarse de aquello; et seria esta opinion imposible, y otros inconvenientes innumerables. Ca aun otorgarian ellos, segun esto, que el que se embriaga bebiendo vino, que no se podrá quitar de aquello, ni el ladron de hurtar, ni el fornicador de fornicio; et serian supérfluos los buenos consejos et los buenos amonestamientos et doctrinas, ó costumbres et buenas compañas, pues segun ellos todo era ya previsto por Dios et ordenado por él.» Y dijo la Sabiduría: «¿Paréscete que sea esta opinion de hombres razonales?» Y á esto el Entendimiento movió la cabeza, y rióse, y dijo: «No ha par la locura desta gente, ca no otorgarian bestias lo que ellos otorgan.» «La tercera opinion de los que mas parescian sentir, ha sido que la providencia de Dios era en las intelligencias separadas, conviene á saber, en los ángeles, en las estrellas ó en los cielos; y segun ellos, no se extendia mas la providencia de hasta el cielo de la luna. E las cosas que eran engendrables et corruptibles dentro de la espera de lo activo et de lo pasivo, decian que eran encomendadas á la natura, que proveia á las especies et á los individuos de aquellos. E decian mas, que alguna cosa contescia, la cual no era acostumbrada de hacerse sino pocas veces, así como nascer un hombre con dos cabezas, lo cual era superabuncia de la materia, ó si nascia con no mas de una pierna, que es por diminucion. Decian que, pues esto tal no era entendido de la naturaleza, que se facia á caso et fortuna. E así ponian de las acciones las cuales son fuera del propósito; así como si un hombre cavase en la viña por haber ganancia de un jornal, et se hallase una olla de doblas, et otro cavase por la mesma causa, et cayese un rayo que lo matase. Todo esto ponian ser á caso et á fortuna. E tambien ponian ser á caso un hombre ir á hacer oracion al templo, et caer una teja et matarlo, como á otro que iba á matar alguno, et se halló en el camino una vestidura preciosa. Aquesta opinion, aunque sea mas razonable que ninguna de las otras ya dichas, pero ella no es mas verdadera que ninguna de las otras; ca segun ellos, seguirse hia que no habia diferencia entre la muerte de un raton que iba á beber, que lo mató un gato, y en la de un profeta, el cual iba á predicar, y matólo una sierpe ó una bestia en el camino. Y este es un muy gran inconveniente; ca seguirse hia que no habia diferencia en sumirse una nave, en la cual estaban hombres justos, et ahogarse, y en crescer el rio, et afogarse los conejos que ahí eran; y no habria diferencia caer el templo et matar los devotos que ahí oraban, et caerse la casa de las formigas et afogarlas. E si le preguntaban si Dios entendia mas cerca desto que de aquello, ciertamente decian que no; y aquesta opinion, aunque hobo fundamento de algunos filósofos, empero tambien la sustentaron y la afirmaron mas agraviadamente algunos blasfemadores del israelítico pueblo, diciendo que Dios habia desamparado toda la tierra. E no es razonable, ni se debe otorgar de entendimiento ninguno, que aquesta opinion no sea abominable, et muy grandes inconvenientes serian los ya dichos, que la providencia no fuese cerca de las cosas inferiores, en especial cerca de la humana natura. La cuarta opinion de gentes ha sido, que todas las cosas, bienes et males, et las ocasiones que en el mundo acontecen, conviene á saber, fuegos, terremotos, dilluvios ó tempestades, y todas las cosas que los hombres padecen, así como fambre, pestilencias, pobreza, destierros, persecuciones, enfermedades, adversidades; et todo aquello que han de bien, así como sabiduría, poderío, salud, riqueza, fortaleza, gracia de hablar, de cantar et otras semejantes, así prosperidades como adversidades; todo esto dicen que viene por un ligamiento et un concatenamiento indisoluble de causas superiores, á lo cual llaman fado; el cual, dicen que se funda principalmente en la constelacion et virtud de las estrellas. Y dicen mas: que las mutaciones de los reinos de una gente en otra, et en la duracion de aquellos, el fundamento de nuevas setas et opiniones, y tambien el nascimiento de nuevas devociones et religiones et nuevas credulidades, y tambien en las vidas de los hombres et la duracion de cada cosa; todo esto afirman que tenga cierta duracion, cierto acidente, cierta declinacion et fin. E aun no solamente estas cosas ya dichas ponen á que se extienda la virtud de las estrellas; mas tambien afirman que sea en los actos voluntarios, así como en los artificios humanos, y en los edificios et fundamentos de ciudades, castillos et casas, y el hacer de las naves, y otras cosas semejantes, así como el cortar de las vestiduras y el vestir de aquellas. Pero la mayor maravilla es de aquesta gente que dicen que tanto basta la virtud de las estrellas, que tenga poder sobre los actos electivos, así como sobre el andar de los caminos por la tierra et la navegacion por la mar, et sobre el ir á hablar con los reyes et con los hombres poderosos; é dice mas: que tiene fortuna buena et mala sobre las mercadurías, et sobre los oficios mecánicos, et sobre las artes de la agricultura et del cazar, del pescar et de la medicina, é así de las otras artes que tienen virtud sobre los colores, sobre las figuras et otras innumerables cosas. Y de aquesta intencion han sido hombres asaz pesados de autoridad, en especial los principales fundadores de aquesta opinion han sido los caldeos et los egipcianos, et despues han habido gran secuela de gente, principalmente los romanos, y esta gente han hecho libros, en que toman los nascimientos de los reinos ó de las setas et crueldades, é dicen cuánto han de durar. Y tambien hicieron libros donde

consideran las natividades de los hombres; et dicen, segun su opinion, que este que nasció en tal planeta, y en tal signo, y en tal conjuncion, y en tal ascendente, ó en tal declinacion, vivirá tanto, y en tal oposicion será tal cosa ó tal, habrá tal arte, tal oficio ó tal ventura; et aquestos son llamados generáticos; é hay entre los sobredichos matemáticos, y otros libros de las elecciones de los actos voluntarios por do se rigen; y en tanto se extendió esta opinion en el mundo, que los mas sábios entre ellos dijeron que eran tres hermanas las disposiciones fatales, á las cuales dijeron Cloto, Laquésis et Antropos; é ponian que aquestas hobiesen señorío sobre todas las cosas, en tanto que uno de muy grande auctoridad entre los otros les llamó parcas, ca decian que no perdonan á ninguno; et otro muy ingenioso las comparó á lo que estaba en la rueca y entre los dedos y el fuso; é lo del fuso decian que era como lo pasado, y el filo entre los dedos como lo presente, et lo de la rueca como lo porvenir. E dijo que aquesta órden no se podrá estorcer por ningun poder et que Dios glorioso no podia impedir la tal ligatura et conexion de causas, aunque quisiese hacerlo. Y hobo otros que, hablando de aquesta disposicion de fado, poéticamente la compararon á una scriptura, la cual era scripta y sculpida con punta de diamante en tablas muy firmes de incorruptibles metales; las cuales eran guardadas en un lugar muy seguro, en el cual no habia peligro de raza ni de agua ó fuego ó otra tempestad alguna, dando á entender que incorruptible era la disposicion de los fados; y esto querian decir aquellas visiones. E cata aquí la opinion de aquestos cómo niegan la providencia de Dios, encomendando todas las cosas á los fados; é síguense á ellos inconvenientes grandes; ca segun ellos, no tiene mas causa de durar un reino por ser regido por reyes santos et justos que el que se rige por reyes malvados et tiranos; ni ternia, segun ellos, mas causa de durar una opinion ó credulidad verdadera que otra opinion fantástica y mentirosa et imposible; ni habria mas causa de ser sábio aquel que deprende la sciencia en el estudio que el que finca á guardar las ovejas en el monte; et seguírseles hian todos los inconvenientes que nombramos á los de la opinion segunda. Y ¿quieres ver cómo manifiestamente es error el suyo? Ca al que enforcan, no habia menester ser ladron para enforcarlo, ca, segun ellos, de necesario habia de ser enforcado, et la otra necesariamente habia de ser mala mujer y el otro mal hombre; y ves aquí la cuarta opinion y la intencion de aquella en suma.»

CAPITULO XIV.

Que declara la opinion verdadera en la providencia de Dios.

Aquestas opiniones ya recitadas por la boca de la Sabiduría, fabló el Entendimiento, et dijo: «Grandes errores proceden de la ignorancia, et fuerte cosa es el fundamento falso, et gran pertinacia et porfía es en los pueblos en defender sus opiniones vanas. Por un solo Dios te suplico que tú me saques la opinion verdadera de entre tantos géneros de falsías, así como quien aparta por cendra el metal puro del impuro, y así como quien saca el grano escondido en grande multitud de paja.» Y á esto respondió la Sabiduría: «Yo faré como te dije al principio. Algunas cosas dejaré ocultas et otras te diré manifiestamente; y no pienses que te las ocultaré por escaseza ó por invidia, mas porque los preciosos secretos no se hagan viles en quien no es dispuesto para recebirlos.» E dijo el Entendimiento: «Lo que vos placerá de me decir por palabra, et sea licito de se hablar segun la disposicion mia, bueno es si vos placerá que yo lo sepa, ca de lo mas oculto yo lo miraré en el espejo.» E dijo la Sabiduría: «Las opiniones de las gentes que ya dicho habemos, bien has visto como no son verdaderas; pero piensa que no son del todo mentirosas, antes tienen alguna parte de verdad; y no es verdad que todas las cosas sean por caso ó ventura et sin regimiento ninguno, así como decian los primeros, mas hay algunas cosas las cuales son sometidas al caso et á la ventura, é yo te declararé cuáles. Ni es verdad la opinion segunda, que todas las cosas eternalmente eran ya ordenadas por Dios, así como cuántas veces un hombre habia de cerrar el ojo et abrirlo. Mas es verdad que todas las cosas que se hacen en el mundo tengan causas sabidas, aunque sean ocultas á nosotros. Las causas ascondidas á él son ciertas, et provéelas segun la provision necesaria á ellas. Ni es verdad todo lo de la tercera opinion ni de la cuarta, la cual decia del fado; mas son verdad en parte, que algunas cosas son sometidas al fado et otras dejadas al libre albedrío.» E dijo el Entendimiento: «¿Cómo puede estar aquesto, que libertad de albedrío pueda estar con presciencia de Dios ó providencia, ni con disposicion de fados?» A esto respondió la Sabiduría: «Algunos ejemplos porné, en los cuales, aunque no sea total identidad, pero no son muy alongados de la verdadera similitud; por los cuales se demostrará cómo hay algunas proveidas et ordenadas por Dios, et otras dejadas al fado et naturaleza, et otras á la elecion et voluntad de los hombres, et otras que se siguen por caso et ventura; y aun te declararé cómo una mesma cosa, diversamente considerada, se puede decir hecha por la providencia, et aquella mesma sea dicha ser causada por el fado, et sea juzgada por acto voluntario, et sea dicha caso ó fortuna; et mira aqueste ejemplo: Un rey ordenaba su casa una vez para en toda su vida en aquesta manera: El que terná tal oficio habrá tanto cada dia ó mes ó año; el que ficiero tal cosa habrá tanto cada dia, et de continuo se fará tanto gasto; et para esto quiero que Fulano et Fulano, que son hombres sábios, justos et buenos, tomen el cargo de proveer mas particularmente en ello; y él les da todo su poder para los sobredichos casos, excepto que guarda para si un oficio; et tambien le queda la libertad si querrá desordenar la casa et ordenarla en otra manera, é les da renta cierta de do paguen aquesto; y contece que viene Pedro ó Juan á aquellos bailes, mayordomos y tesoreros, y es puesto en uno de aquellos oficios nuevamente, sin costreñirlo ninguno, por su propia voluntad; y los otros tambien lo reciben de grado, sin forzarlo et costreñirlo. No es menos que si lo veian dispuesto para aquel oficio, que no le rueguen que lo tome si lo rehusa, diciéndole el provecho et la honor que se le sigue. E así voluntariamente recebido, ya saben lo que le han de dar ordinariamente, et guardan la ordenacion que el rey les ha puesto. No es menos que cuando el rey ordenó la casa, no supiese que habian de contescer algunas erradas por negligencia de los servidores,

et que se perderian algunas cosas por mala cura, et se gastarian otras extraordinariamente, et tambien proveyó en aquesto. Agora pongamos que este, estando en su oficio et sirviendo, á cabo de un mes ó de año págaule aquello que habia ordenado el rey diez años antes, ó veinte ó cincuenta ó mas años; esta me ma obra se puede referir al rey, ca él puede decir que el rey lo ha fecho de pobre rico y lo ha ensalzado de bajo estado, et darle gracias por aquello; aunque el rey no proveyó en él particularmente al ordenar de su casa, antes proveyó universalmente ó indiferenter en cualquier que toviese aquel oficio. Pero no hay duda que el rey no lo conozca; antes lo conoce bien y se agrada ó desagrada de su servicio. Y aquesta mesma obra se puede considerar sin el rey, habiendo respecto de aquellos mayordomos ó tesoreros que le han dado el oficio y le han pagado el dinero, ó se puede referir ó apropriar la obra á sí mesmo, et á su buena industria ó entendimiento, y puede decir que por sí mesmo ha sido para ganar la vida et ser hombre, y aun puede ser el cuarto respecto del efeto de la obra absolutamente, no la apropriando al rey ni á los tesoreros ó mayordomos, ni á sí mesmo; mas puede considerar cómo ayer era pobre et hoy es rico, et ayer era un hombre de muy pequeño estado, et hoy le hacen mucha honra, no refiriendo la obra á ninguno, mas solamente considerando el estado et la mutacion de aquel tan súbita.» E dijo la Sabiduría: «¿Has visto aqueste ejemplo?» Respondió el Entendimiento: «Sí, muy bien.» E dijo la Sabiduría: «Pues sabes, aquel rey es Dios glorioso, omnipotente et bienaventurado eternalmente, sin comparacion ninguna de tiempos; é vió que era bueno hacer un mundo, el cual tenia imaginado en sí mesmo, é quiso que aquel mundo paresciese á él lo mas que ser pudiese; al cual comunicó la mayor bondad que pudo recebir, et los ángeles tomaron la primera perfecion et la mas pura, y despues los entendimientos et los cuerpos de los cielos. Vió todas las cosas que habian de ser en el mundo, conviene á saber, tanta promutacion asimesmo generables et corruptibles, y tanta permanencia de cosas, conviene á saber, las celestiales et incorruptibles, et dijo:—Allende de los ángeles et cielos, que son criaturas mas nobles que ser pueden, porque no hay error en ellos, tanta diversidad de ánimas et tanta especie, quiero que haya tierras et quiero que haya hombres, et tengan razon et sean de aquella, y que tengan entendimiento, con el cual me conozcan y me obedezcan et me sirvan; y quiero que haya en ellos profecía, reino, sacerdocio, milicia, agricultura, et otras cosas que sean bastantes á hacer dellos una cosa que parezca ordenada segun la órden á ellos posible, y esta la mejor et la mas semejante á mí que ser pueda á ellos comunicada, ca por ser muy alongados de su principio serian muy mudables, et pocos habrian perfecion de entendimiento para que me parezcan. — Y dijo mas: Para conservarse las especies criadas del mundo es necesario que haya fuego que les escaliente las cosas frias, y aire por do respiren las cosas vivas, y agua que humedezca las cosas secas, et tierra que sostenga las cosas pesadas; y tambien vió que por rebellion et inobediencia de la materia habian de ser en el mundo fuegos excesivos et calores de parte del fuego, y corrupciones et pestilencias de parte del aire, et inundaciones de lluvias et de limos de parte del agua, et terremotos et otros peligros de parte de la tierra. E vido que habia de haber mónstruos et disformidades en los animales de parte de la materia, et vió que habia de haber en el mundo tambien de parte de la materia malas calidades et malas complexiones, repugnantes á la verdad et no obedescientes á la justicia, et que no era menos que no hobiese en aquella gente abominaciones et de ordenanzas, así como latrocinios, adulterios, embriagueces, discordias, persecuciones, homicidios, bandos, batallas et todas aquestas cosas; et aquesto no obstante, vió que bueno era ser así, ca mucho seria el bien de aquesto y poca la malicia; é vió que un profeta, un santo, un justo valia mas que todo el restante, y para esto llamó la naturaleza, es á saber, los planetas, los signos, et las otras estrellas et los cielos, et dióles todo su poder de facer aquellas cosas segun él las tenia ordenadas en la profundidad de su seno en la predestinacion; y para esto produjo la materia et hizo la diversidad de los movimientos, et mandóles que hobiesen poder sobre todas las cosas criadas et engendrables et corruptibles; pero que en el alma del hombre no se entremetiesen, sino solo en el disponer de la materia adonde estuviese, ca él queria ser el obrador de aquella, y que la queria facer que fuese á él muy semejante y que fuese incorruptible; é queria que el hombre, pues que él lo honraba et lo ayudaba, si se ayudase, que él lo haria su privado et le daria la bienaventuranza por siempre; é dijeron que les placia. Et luego la naturaleza, vista la voluntad de Dios, comenzó á obrar, haciendo movimiento y informando los elementos de las primeras calidades, es á saber, calor, sequedad, frialdad et humidad, et haciendo la generacion et corrupcion en las cosas. Después que vió que las cosas no se podian conservar en sí mesmas, hizo el movimiento que nunca cesase, á fin que durasen las especies de las cosas por siempre, et fizo que la generacion de una cosa fuese corrupcion de otra, y por el contrario. Agora pongamos, dijo la Sabiduría, la aplicacion de los ejemplos: que en una tierra, provincia, reino ó ciudad habia mal regimiento et hombres idiotas, groseros, et veamos que agora se tornen sábios industriosos ó justos ó ricos, nos lo podemos aplicar á la providencia de Dios, que queria que así fuese; y que esta fuese su voluntad paresce manifiesto, ca para esto habia dado al hombre entendimiento et la razon; en otra manera fueran supérfluos; et cuando lo refiriéremos á Dios, dirémos que él sea alabado, que ha librado aquella gente de error et les ha dado seso y entendimiento para salir de los vicios et venir á las virtudes, et tiene cuidado de los hombres et les ayuda et tiene en su guarda, y la su providencia es sobre los hombres, et aquesto es semejante del que referia al rey el beneficio recebido, y es llamado providencia; ó lo podemos considerar refiriéndolo á tal planeta ó signo, el cual dispone bien las materias y face que los hombres sean de buenos entendimientos para que hagan las obras bien ordenadas; y que este planeta ó signo tiene el ascendente et señorío sobre aquella tierra ó clima, y esto será semejante á los tesoreros, los cuales convidaban al otro para servir al rey, y eran causa de su aturada. Y aquesto dijo Ermes que era imarmenes, et verdad dijo; ca tanto quiere decir como causas, por las cuales hace la

Providencia todo lo que se ha de hacer; y aquestos planetas ó signos no tienen oficio sino de mayordomos ó tesoreros, ca ellos hacen por los años et tiempos aquello que la Providencia ordenó ante todos los tiempos; y aquesta tal consideracion es llamada fado, que quiere decir ligamiento de causas. E si lo consideráremos, no habiendo respecto á la providencia ni al fado, sino á la gente mesma et á su providencia et virtud, decirle hemos acto voluntario y eletivo, et será semejante á la tercera manera; y si consideráremos la mutacion sola, no la refiriendo á causa ninguna, ni á providencia ni á fado ni á virtud alguna, sino absoluta la mutacion de un estado en otro, decirle hemos ventura; y aquesta es la cuarta manera. ¿Has visto, dijo la Sabiduría, cuán claro ejemplo sea este y de cuánta profundidad? En aquesta manera no se siguen inconvenientes ningunos, y damos á Dios bendito su perficion, et dejamos al fado su constelacion, et á la virtud su libertad, et á la fortuna su mutacion.» Dijo el Entendimiento: «Dios glorioso sea alabado, que quitó tal ceguedad de nuestros ojos, et nos dió á conoscer esta materia tan transcendente, et tan delgada et tan oscura en palabras tan llanas et tan familiares et tan claras. Ca por cierto agora veo claramente lo que no entendiera por mí en millares de años.» Y dijo la Sabiduría: «Pues tanto te ha placido saber esto, yo te quiero detener un poco en esta materia, et quiérote dar un otro ejemplo en que veas cómo la presciencia ó providencia de Dios no constriñe ni fuerza la libertad del franco albedrío, ni tampoco el fado, antes le dejan la libertad franca y libre, y es este. Ya has visto cómo es voluntad de Dios la permanencia de las especies de los animales, y para esto la natura, vista esta voluntad, hace que los animales se muevan al apetito del engendrar. Pongamos que haga esto la estrella de Vénus, que mueve las cosas húmidas en el animal et calientes, y que aquesta estrella incline á aquel acto á un hombre viejo y leproso, mas no que lo fuerce punto, mas darle ha fuerte apetito. Muévese este hombre con su mujer por fin de tener hijo, el cual lo sirva y él lo ame, y quede en él su memoria; nasce un niño que no tiene mas de una pierna ó un brazo ó un ojo. Agora esto se puede atribuir á la providencia de Dios, al cual le place de que hobiese hombres por las causas ya dichas, y para esto habia dado su poder á la naturaleza; ó se puede referir al planeta, el cual movió á engendrar, et la influencia no bastó para disponer la materia, y decirse ha que hobo mal fado; ó se referirá á su padre, que por aventura era viejo ó leproso ó debilitado á la sazon, é si no era dispuesto, ó la madre, y cómo fué acto voluntario, et cómo no hobieron aquesto por fuerza, y que no los forzaba ninguno á aquel acto; et puédenlos increpar, pues no eran dispuestos para engendrar, ¿para que se ayuntaban en uno? Ves cómo será acto voluntario. E si se considerare aquel mónstruo ser fuera de la intencion de la natura et fuera de la intencion de su padre y de su madre, llamarse ha mala ventura; et ventura quiere decir aquello que se face á propósito raro. Empero esto mejor se dirá caso ó mala ocasion, porque caso es fuera del propósito; pero el lenguaje vulgar no hace aquestas diferencias como el latin. ¿Has mirado este ejemplo?» Dijo el Entendimiento: «Sí.» E dijo la Sabiduría: «Pues ¿qué te paresce? ¿Paréscete que tienen los hombres causa de excusacion de sus errores, diciendo que ya Dios ha proveido eternalmente los salvos et los condenados? Que pues Dios ya lo sabe, que no cale saber et hacer obras virtuosas, pues Dios lo sabe. En esto son semejantes á los que juegan á la pelota, si el rey los mirase et dijese que él daria mil doblas al que ganase; ó luchasen dos, et mandase la mesma cuantidad al que derrocase al otro; ó á dos que justasen, et fuese asimesmo al que venciese, et dijese el que juega que no le calia punto rechazar las pelotas para ganar, pues el rey los miraba; y tambien si el luchador dijese que no le calia guardarse de las mañas del otro, ó el justador dijese que no habia menester de aderezar la vara, pues el rey lo veia; y las bestias no ven cómo el mirar del rey no es punto, causa de ganar uno mas que otro, ni les pone necesidad ninguna. Así es el saber de Dios, que aunque todas las cosas vea así como son, á las necesarias deja en su necesidad, et á las posibles en su posibilidad, y á las contingentes en su contingencia; et así es del fado, que aunque haya poder de ordenar et disponer la materia segun el lugar y las calidades, é haya poder por causa de la complision peor ó mejor sobre las vidas de los animales ó plantas (esto manifiesto es, que en otros tiempos mas vivian que agora las gentes), empero no pone necesidad en el libre albedrío, aunque mucho haga en la materia et cause grandes inclinaciones y pasiones. Ca los de una tierra son comunmente de una costumbre, ó soberbios, ó avaros, ó adúlteros, ó envidiosos, ó groseros. Empero vemos que los de tal tierra van á otras naciones bien morigeradas y de buenas costumbres, ó á estudios ó á palacios, donde se facen sábios et buenos; aunque no cesa aquella inclinacion de atraer, pero no fuerza. Síguese pues que los hombres no pueden acusar la Providencia ni el fado ni la fortuna, ca por fuerza es que ellos hayan la culpa en ser malos, y el premio por ser buenos; ca en su poder es de hacer lo uno et dejar lo otro. Ves aquí lo que de boca te entendia decir en esta materia.

CAPITULO XV.

De una cuestion maravillosa.

Despues que la Sabiduría hobo declarado todo aquesto, dijo el Entendimiento: «De todo lo que habeis dicho me ha placido muy mucho; tanto, que nunca pensé tan claramente ver aquesta materia de la providencia. Pero á mí me queda una muy grandísima duda, y es aquesta: Vos habeis dicho, hablando de la providencia de Dios, que ante que ordenase el mundo vido eternalmente todos los males et los bienes, y las ordenanzas et desordenanzas que habian de estar en los advenideros tiempos. Pues si así es, ¿por qué todo no lo ordenó que no hobiese diformidad ni variedad alguna? Ca si lo vido et lo pudo hacer, et no lo hizo, parésceme que fué error; et como pudiese hacer todas las cosas buenas, hizo muchas malas entre ellas. ¿Para qué es buena la sierpe ni el lobo ni otras cosas tales? Y ¿para qué es bueno el estío ferviente, que mata los animales con calor destemplado? Y ¿qué favor hace el invierno destemplado, que los mata de frio? E si decis que lo vió, mas no lo pudo estorcer, entonce es amenguar él su poderío, y no es de culpar, pues no pudo mas

hacer, y declaradme aquesto por merced.» A aquesto respondió la Sabiduría : «Si has bien mirado, ya respondí fablando de la bondad de Dios, donde dije que la bondad de Dios fué comunicada á las cosas segun la mejor órden et manera que á ellas fué posible. Del poderío te dije que era poderoso sobre toda cosa que es posible; y no dije yo que habia poderío sobre las cosas imposibles, ca imposible natural es que las cosas engendrables et corruptibles, compuestas de materia et de forma, fuesen en otra manera de la que son. Ca pongamos que Dios las hiciese que no hobiese en ellas mudamiento ni alteracion, ni generacion ni corrupcion; era necesario que Dios las hiciese, que no fuesen materiales ni compuestas de la materia que son; pues seguirse hia que no habria animales ni tierra ni elementos, ca en otra manera implicaria contradicion, é ya te he dicho que sobre la contradicion no basta poderío ninguno. E así, te digo que Dios bien pudiera hacer un mundo en que no hobiese extraordinario ninguno, et bien pudiera hacer un hombre que nunca pecara. Mas el mundo ni el hombre no lo pudieran rescebir por la inobediencia de la materia; y ponerte he un ejemplo : Un carpentero queria labrar un madero, del cual se ficiese una viga muy derecha, el cual madero era muy tuerto et muy ñudoso. E puesto que el carpentero era el mas sábio que pudiese ser en su arte, et lo midiese con unas líneas como viniese derecho, et lo dejase á sus mozos que lo labrasen segun estaba medido et compasado, et los mozos tenian segures y azuelas muy agudas de acero muy bien templado, y lo comenzasen á labrar segun las señales, et no desviasen punto de las medidas, empero el madero no se pudo en tanto enderezar, que no le quedase una poca de jiba, y eso mesmo le quedaron muchas diformidades por causa de los ñudos, y en algunos lugares de aquellos ñudos quedaba algo vacío, y en otros lugares sobraba algun poco que no se pudo labrar por la dureza suya. Pues ves aquí, el carpentero es Dios, los mozos son las intelligencias motivas, y las segures et las azuelas son los cuerpos del cielo, el madero es así como la materia. E ya has visto cómo las líneas, que es la providencia, fueron derechas, et no hobo falta de parte del carpentero, ca él derecho midió; ni tampoco hobo falta en los mozos, ca ellos bien miraron las sus líneas; ni hobo falta en las segures, ca ellas bien cortaban; mas toda la falta fué de parte del madero. E cierto es que el carpentero bien vió que por bien que se labrase habia de quedar en aquella manera. Así vió Dios que de parte de la materia habia de haber aquellos excesos et minuciones; é bien sabia que aunque él midiese bien con las líneas de su sabiduría, y las intelligencias, deseándole servir, moviesen los cielos y las estrellas, los cuales eran los instrumentos, y de parte de los cielos no hobiese falta ninguna, que toda la falta seria de parte de la materia. Empero quiso consentir en un poco de fealdad en ella, por la utilidad et provecho que della se seguia para sostener la generacion et corrupcion en el mundo, así como el otro habia menester la viga para sostener el techo de su casa. Y ves aquí cómo las cosas no pudieron ser en mejor manera de la que son; y no es de decir que hobo mengua de parte de Dios, mas toda la culpa y la mengua es de parte de la materia, et consiente Dios el poco error en aquella por el mucho provecho que della se sigue. Así como consiente el hombre tener una mujer fea si pare un hijo cada año y es obediente á su marido en cuanto puede; mas algunas veces sale de los términos de la obediencia como mujer, y ensáñase una vez en el mes ó en el año en tanto que riñe con el marido, et apalea los siervos ó las siervas de casa et azota á sus hijos, et otras tales desordenanzas; empero despues que lo ha hecho se arrepiente y llora et demanda perdon al marido, et falaga los hijos y los servidores y dales dádivas, et obedece á su marido todo el año, sino aquel dia que se ensaña; y con aquesto, tiene otras virtudes, que es muy piadosa et muy devota et muy casta; y considerando el mucho provecho que de ella se sigue en respecto del poco daño, el marido se tiene por muy contento.» Dijo la Sabiduría : «Esta mujer es la materia, en la cual por virtud de las intelligencias et de la naturaleza se engendran todas las cosas.» Dijo el Entendimiento : «No quiero la aplicacion del ejemplo; que yo me lo veo bien claro. E alabado sea el Rey de la gloria, que me ha librado de tantos géneros de groserías, ca por cierto en esta materia no creo que se pudieran decir palabras mas fructuosas; y veo que todo el mundo niega esto que habeis dicho, pensando que ponian gran defecto en Dios, y el defecto está plantado dentro en sus cabezas y en sus entendimientos. Mas querria, dijo el Entendimiento, preguntaros otra cuestion.» Dijo la Sabiduría : «Pregunta lo que querrás.»

CAPITULO XVI.

De una cuestion maravillosa: cómo el mundo comenzó.

Dijo el Entendimiento : «Ya me habeis dicho que Dios es movedor et ordenador de las cosas ; veamos si este mundo si fué siempre como agora es; conviene á saber, si hobo siempre casas, ciudades, hombres, animales como son hoy, ó comenzaron de nuevo. E si comenzaron, cómo comenzaron ó cuándo.» A esto respondió la Sabiduría, et dijo : «Sino que no tengo espacio de decírtelo, porque has de ir á casa de la Naturaleza et de la Razon, muy mayor procéso habias menester en esto que en lo pasado, et muy mas deleitable seria contar las opiniones de los pasados et reprobarlas, así como hice en la providencia. Empero yo te he dicho en las proposiciones pasadas, si bien te recuerdas dellas, que no podia haber mas de una cosa la cual fuese necesaria de ser absolutamente, y que todas las otras cosas eran posibles de ser, pues cierto es que toda cosa posible tiene causa por la cual es, et sin aquella no seria así, como es la luz en el aire, que es efecto producido del sol, y dura durante la causa eficiente et preservante. Así es el mundo en respecto de Dios glorioso, et todas las cosas que en él son, que es efecto y cosa producida, ó obra de Dios sacada de su no ser á su ser, y su perfecion, despues que no era, de Dios recibe la perfecion toda y el ser que tiene. E si Dios subtrajiese el ser, tornaria el mundo en no nada, así como cuando se pone el sol se priva la luz del aire. Mas no pienses que es así el mundo producido de Dios como lo causado es producido de su causa necesariamente ; así como es el fuego causa de su calentura, el cual necesariamente escalienta sin eleccion ni entendimiento ; y algunos pusieron que Dios glorioso en aques-

ta manera es causa del mundo todo; mas él por su merced nos libre de tal error. Antes ciertamente fué Dios conoscedor de la bondad que sobrepujaba á la malicia, et fué elegidor et obrador por voluntad del mundo, et lo fizo despues de su privacion absoluta. ¿Quieres un ejemplo? En una tierra habia un hombre que cuanto él imaginaba luego se hacia, et imaginó un dia que seria bueno comer en vidrio, y vió cómo el vidrio no se podia facer sino de sosa, et imaginó la sosa et fízose; é vió que no se podia hacer que no se cociese en el forno, et imaginó el forno et fízose; é imaginó que seria bueno que algunos encendiesen el fuego et otros atizasen la leña et otros que labrasen el vidrio, et luego se hizo; y mandó que se ficiese un vidrio redondo, grande, et dentro dél que hobiese ciertos apartados, et que en uno de aquellos apartados pusiesen agua, y en el otro vino, y en otro azúcar, y en otro abejas que labrasen miel, y en otro dinero, y en otro lentejas; y fecho el vidrio, el señor tomólo todo en la mano, y cierto es que él era causa deste vidrio, mas no lo habia producido necesariamente, antes por su placer. E si consideramos este vidrio en respeto de aquel hombre, en cuanto era su hechura et dependia dél, diriamos que aquel hombre era causa eficiente deste vidrio; é si lo consideramos en cuanto era hecho para servicio et deletacion del señor, diriamos que era criatura y fechura obedesciente á aquel; é si lo consideramos en cuanto estaba en su póder de preservar aquel vidrio ó destruirlo, llamarse hia aquel hombre causa preservante et conservante suya. La aplicacion del ejemplo es esta: Aquel hombre es Dios, los vidrieros son los ángeles, et la sosa es la materia, y el vidrio es el mundo, y el Señor tiene el mundo en la mano, el cual es hechura suya, et poderlo hia destruir si quisiese. ¿Has visto este ejemplo?» Dijo el Entendimiento: «Sí; de todo me place, sino de una cosa.» Demandó la Sabiduría: «¿De qué?» El Entendimiento dijo: «Yo te diré. Como aquel hombre pudo producir la sosa de no nada, ¿por qué no produjo el vidrio cuando lo imaginó, et no le caliera hacer tantos rodeos?» Dijo la Sabiduría: «¿Aun no eres salido desta modorria?» Dijo el Entendimiento: «¿De cuál?» Dijo la Sabiduría: «¿No has visto, bestia, que el hombre bien lo hiciera, mas el vidrio no pudiera ser sino de sosa, et naturalmente primero es la causa que el causado? Pero bien sé en qué te engañas.» Dijo el Entendimiento: «En qué?» Dijo la Sabiduría: «Que piensas que así fuese lo de Dios en tiempo como lo del vidriero; et sabe que no fué así, ca tan aína como fué lo uno fué lo otro. Mas naturalmente, primero es la materia que lo que della se hace, aunque lo que se hace es primero á la imaginacion y es postrimero en la ejecucion, et así fué de Dios. Primero vió el ser del mundo ser bueno, et juntamente vió que no podia el mundo ser causado sin tener causas material y eficiente et final; y para esto produjo la materia, la cual salió en ser despues de su privacion absoluta, y de aquella hizo todas las cosas, excepto las intelligencias ó ángeles; é hizo los cielos de la esencia quinta, et las cosas insanas de la materia, y fué necesario que primero hobiese ángeles et despues el cielo; et luego el tiempo que acompañan al movimiento, et luego la materia. E ves aquí cómo de aquella materia, que es como la sosa, hizo lugar para los hombres, que son como las abejas, et para los justos et para los otros animales. Mas en la primera producion del mundo todo esto se hizo sin primeria ni postrimería de tiempo ninguno que sea.» Dijo el Entendimiento: «A mí se me ofrece una gran duda.» Demandó la Sabiduría: «¿Qué tal es?» El Entendimiento dice: «Nos vemos que el hombre no se engendra sino de hombre, et tambien vemos que toda cosa que se engendra, de alguna materia se engendra, ca otramente seria imposible, ca de no nada no se hace sino nada; y vemos que nascen berzas en un huerto que ha sido cimenterio, y aquella tierra ha sido carne de hombres, y de aquellas berzas crian un carnero, el cual es comido otra vez de hombres et se torna en carne. Pues cierto es que la materia siempre es traida claramente de una forma en otra; pues ¿cómo me decis vos que Dios hizo la materia, la cual es uno de los principios necesarios? Ca cierto es que si la materia se engendrase, que se engendraria de otra materia, et aquella de otra, et así en infinito; el cual proceso es ya negado por la proposicion tercera.» A esto respondió la Sabiduría, y dijo: «¡Guay de tantos cuitados como han errado en esta opinion, de que Dios nos guarde! Y el error no ha sido sino por juzgar por las cosas que agora son las pasadas, que piensan los hombres mortales que al comienzo del mundo fué así como agora. E quiérote poner un ejemplo: Un hombre iba con su mujer preñada por la mar en una barca, et aportaron á una isla donde habia frutas et ganado ovejuno et buenas aguas, et vieron que era buena tierra para morar. Conteció que la mujer morió de parto, y el padre crió el hijo con leche de ovejas, et crióse bien y era muy ingenioso; et cuando hobo veinte años preguntó á su padre cómo ellos se habian hecho et cómo eran criados ó nascidos. Y el padre le respuso: —Hijo, nos somos hijos de otro tal animal como nosotros, al cual dicen mujer, y ella concibe en tal manera y en tal, et andamos allí dentro de su vientre nueve meses envueltos en una otra piel.—E dijo el mozo: —¿Qué comemos cuando estamos allí, ó quién nos lo da?—E dijo el padre: —Mantenémonos de la sustancia de la madre, á la cual estamos engertos por el ombligo como está el ramo en el árbol.—E dijo el niño: —¿Cómo facemos la necesidad?—Dijo el padre: —No atraemos de aquella substancia mas de cuanto gastamos en el nudrimiento, et no queda superfluidad.—Et dijo el hijo: —¿Por dó alentamos?—Dijo el padre: —No lo habemos menester.—Dijo el hijo: —Maravíllome, padre, de vos, que no habeis vergüenza creer tales locuras como estas; ca vemos que si un hombre no comiese con la boca, morirse hia de hambre, et si no resollásemos, luego nos moririamos en media hora et menos; y vos decis que estamos nueve meses sin alentar, aquesto es burla; y mas decis, que un hombre puede estar nueve meses sin hacer su necesidad, et vemos que en diez dias reventaria un hombre; et aquesta es una fábula.—Pero el padre verdad decia.» Dijo la Sabiduría: «¿Has visto aqueste ejemplo?» El Entendimiento dijo: «Muy bien.» Dijo la Sabiduría: «Ves, el error deste mozo era que juzgaba las cosas cuando se engendran segun cuando son perfetas; et tal te contesce á tí et á otros muchos, que cuidan que así fué el mundo en su comienzo como es agora; ca ellos bien arguyen, que toda cosa que se engendra ha menester materia, et todo

hombre se engendra de otro; mas esto concluye de lo de agora, et no nada de lo de entonce.» Entonce dijo el Entendimiento: «Palabras de vida teneis; tanto me habeis fartado la ánima, que me habeis quitado de un grandísimo error en que estaba; et loado sea Dios glorioso, que tanto bien nos dió á conoscer. Mas querria ser certificado de una otra cuestion.» Dijo la Sabiduría: «Dime qué quieres que yo te diga.»

CAPITULO XVII.

Qué cosa son ángeles; dice si pecaron ó no, et declara de las artes mágicas et divinaciones.

«Habeis dicho muchas veces ángeles ó intelligencias, et querria saber qué cosa son.» Dijo la Sabiduría: «Materia es que habria menester bien luengo tratado, et seria muy deleitable á maravilla recontar las opiniones, mas no te deterné. Cierto es que cuantos son los movimientos de las esperas, tantas intelligencias ha menester por fuerza, así como cada hombre ha menester su ánima para vivir; y los que dicen que no son menester las intelligencias para mover los cielos, ca tambien haria Dios que se moviesen si no hobiese ángeles, tambien pueden decir que no es menester el alma para el cuerpo moverse, ni el entendimiento para entender; ca esto tal es lo uno como lo otro, y las intelligencias serán al menos en nueve diferencias, y las unas son causa de la lumbre et perfecion de las otras, así como el sol alumbra el aire, et contemplan et alaban á Dios todos como son. En entendimiento et saber son muy semejantes á Dios, et gózanse contemplando el su poder, la su sabiduría, la su bondad, hermosura et gloria, et facen su voluntad, et nunca se mudan, ca no están en tiempo, antes siempre son bienaventurados et gloriosos sin fin.» Demandó el Entendimiento: «Veamos; ¿ellos pueden pecar?» Dice la Sabiduría: «Yo no quiero hablar en otra cosa, sino que todo mal es de parte de la materia; é dígote que, como ellos no tengan materia, no pueden pecar en ninguna manera.» Et preguntó el Entendimiento: «¿Pudieron pecar en algun tiempo? ¿Cómo dicen que quiso el uno ser mas alto que Dios, y algunos que consentieron con él, et tambien él et todos cayeron en el infierno y en la tierra?» Demandó la Sabiduría: «A tí ¿qué te parece desto?» El Entendimiento respondió: «A mí parésceme imposible codiciar la cosa, la cual sabia que era imposible de ser, ca él bien sabia que criatura no podia ser criador, et bien sabia que segundo no puede ser primero; mas si dicen que él queria ser semejante á Dios, esto es mayor inconveniente, ca Dios, como sea infinito, no tiene cosa que le sea semejante. Et ¿cómo podia él imaginar ser semejante á Dios? Y mas escarnio es decir que pecó, como no pudiese pecar en avaricia, ca él no trataba dinero; ni en invidia, ca él no habia dolor en el bien ajeno, porque no habia en él mengua ninguna; ni en lujuria, ca él no tenia cuerpo; ni en ira, ca aquella pasion es pasion animal; ni en gula, ca nunca comió; ni en soberbia, como soberbia sea presuncion de mas valer de lo que vale; et cierto es que él sano conocimiento tenia de lo que valia; ¿cómo podia él pecar contra el verdadero conocimiento?» Dijo la Sabiduría: «A la fe, en esto de la postre yace la liebre; ca aunque hombre tenga un ingenio el mas alto del mundo, puede haber malicia en su voluntad et desordenacion.» Dijo el Entendimiento: «Verdad es que el hombre, por la malicia de las pasiones que son en la materia, puede errar contra lo que conosce; mas el ángel no tiene pasiones ni materia que le repugnen.» Dijo la Sabiduría: «El ángel tiene voluntad con la cual ama á Dios, el cual entiende segun la posibilidad á natura creada, pues puede entender bien et querer mal.» Respondió el Entendimiento, y dijo: «Y ¿quién le dió tal querer? Ca ó se lo dió Dios, y no fué culpa del ángel, ó se lo halló él. Todo pecado que es en el hombre viene, por mal elegir, en universal ó en particular; y aquel, ó es por el mal entendimiento ó por las pasiones, ca en él no habia causa de tal pecado.» Respondió la Sabiduría: «Esta es una de las cuestiones que no se alcanzan por saber, sino por creencia, y saberla has en su lugar, et por tanto dejémonos della; et sino por alguna causa, yo te diria cómo hay espíritus allá en el mundo, et cómo hay algunos que se deleitan en las pasiones de los hombres, é yo te diria cómo hay secretos buscados por inquisicion de la experiencia fuerte, que es verdad, y decirte hia las opiniones de las gentes en los espíritus del aire y del fuego, y cómo algunos dijeron que eran en cinco maneras, y cómo otros pusieron que no eran mas de en tres, et otros en dos y otros en una; y decirte hia qué les movió á poner esto, y cómo algunos dijeron que eran engendrables et corruptibles, et nascian et morian; mas pusieron el tiempo de su vida ser muy luengo, porque eran muy conjuntos á la simplicidad, ca dijeron que eran de la materia del aire et del fuego, y pusieron que habian gran conocimiento de las cosas naturales por la delgadeza del su espíritu et por la ligereza de la materia; é fizolos venir en aquesta opinion, que veian por las esperiencias mágicas que el fumo de una yerba les placia, y ella encendida, luego venian, y veian que otra les desplacia y les facia grande enojo; y tambien veian manifiestamente que la sangre de un animal les alegraba y otra los entristecia; y aquesto no podia ser segun naturaleza, si no fuesen temporales y toviesen potencias sensitivas; y de la otra parte veian que eran invisibles, et pusieron necesario que fuesen de la materia del aire y del fuego. Para esto hobo en el mundo secretos, los cuales no es lícito el hablar dellos. Otros dijeron que no era verdad, mas que eran espíritus, los cuales habian sido ángeles, y que eran muy enemigos de los hombres porque tomaban et ocupaban su lugar en paraíso, y que siempre les ponian lazos et insidias, et siempre andaban por engañarlos; y otros dijeron que todo lo uno y lo otro eran vanidades et locuras et imaginaciones vanas, y para decir los inconvenientes destas opiniones, así como te dije de la providencia, habia menester mayor jornada que aquesta, y seria materia muy mas dulce cien mil veces que la otra. Mas hay algunas cosas que se no conviene hablar, ca son secretos ascondidos. Basta, dijo ella; lo que aquí conviene que sepas es, que los ángeles son ciertamente buenos, et que agora no pueden pecar en ninguna manera; et decirte hia qué quiere decir el pecado suyo, sino que no es cosa lícita decirse. Y dígote ciertamente que tambien hay entre las gentes y en el aire otros espíritus engañadores et burladores de los hombres; mas cómo son, si son de

los buenos ó no, ya te dije que no te lo puedo decir.» Y preguntó el Entendimiento si es verdad que guardan dos ángeles á los hombres, uno bueno y otro malo. La Sabiduría dice : «Ciertamente sí guardan.» El Entendimiento preguntó : «¿Qué tan grande es un ángel?» Respondió la Sabiduría : «Tan grande, que si fuese cuerpo seria tanto como la tercera parte del mundo ; et tanto se extiende su virtud, así como el alma de un hombre se extiende por todo el cuerpo.» Preguntó el Entendimiento : «¿Cuál es mas digno, un hombre ó un ángel, ó cuál vale mas?» Respondió la Sabiduría : «Mas vale un ángel de los que llamamos intelligencias ó substancias separadas, que cuantos hombres fueron et serán en el mundo *in puris naturalibus.*» Preguntó el Entendimiento : «¿Hay otras maneras de ángeles, sin estos que dices?» Respondió la Sabiduría : «Este nombre *ángel* no quiere otra cosa decir sino mensajero; et cualquier profeta que era enviado al mundo era dicho ángel.» Demandó el Entendimiento : «Veamos, los ángeles que guardan al hombre de qué materia son.» Responde la Sabiduría, et dice : «De la primera.» El Entendimiento : «¿Cómo puede ser que lo mejor sea fin de lo peor?» Responde la Sabiduría á esto : «Como las ovejas, que son bestias, y tienen un pastor, que es hombre, y vale mas su ánima que todas las bestias del mundo.» Dice el Entendimiento : «Si tal cosa es verdad, Dios nos debe dar el buen ángel ; mas el malo, ¿para qué es bueno? Ca los hombres ponen pastores á sus ovejas ; mas no ponen allí el lobo, antes con el pastor ponen el perro ; et así nosotros no habemos menester ángel malo.» Respondió la Sabiduría : «No se podia hacer en otra manera.» «¿Cómo? dijo el Entendimiento, ¿no nos podia Dios enviar el ángel bueno et dejar el malo?» Dice la Sabiduría : «Y ¿cómo tanta inhabilidad está en tu cabeza et tanta grosería, que piensas que el ángel que guarda al hombre se muda del cielo, et que se parte delante de la cara de Dios?» El Entendimiento dice : «Pensábalo.» La Sabiduría le dijo : «Piensa que así como un hombre, sin mudarse de un lugar, muda los dedos de los piés ó de la mano, así el ángel ha poder de mudar toda la materia ; y cierto es que el que tiene poder para mudar el cielo terná este poder.» Pregunta el Entendimiento : «Veamos en qué manera es esta guarda.» La Sabiduría le responde : «No hay en el mundo bien comparado al saber, et no hay tan grande ceguedad como la ignorancia. Un hombre de los voluntarios, si le dijesen que un ángel entraba en el vientre de una mujer, el cual, segun te dije, es tan grande como la tercera parte del mundo, y que él facia los ojos al niño et las narices, y que él le hacia los otros miembros, creerlo hia; et si le decian que la simiente del hombre tenia virtud informativa fasta el advenir del ánima racional, no lo creeria ; é si le dijesen que el hombre tiene la razon, que es el ángel bueno, el cual es enviado del cielo, conviene á saber, de la inteligencia, et dador de las formas, et criado para que lo entienda et lo ame, la cual siempre le conseja bien ; et que de parte de la materia tiene la sensualidad, la cual le conseja mal, y que este es ángel malo. Mas que así el ángel bueno como el malo, ambos son movidos por la inteligencia ; y algunas veces es la lumbre de la inteligencia tan clara en el entendimiento, que ve hombre las cosas venideras como quien ve imágines en espejo ; y esto es cuando el ánima es perfecta en entender et costumbres buenas, et aquesta tal es perfecta ; y otras veces el ánima es mas flaca en la especulacion y menos limpia, y verá sueños verdaderos ; y la perfecion es en sesenta maneras, et los sueños son en trece grados, et los verdaderos son de sesenta grados de la profecía el mas bajo ; y tornando al propósito, las cosas buenas et malas que los hombres facen, todas se facen por manos de ángeles, pues ellos son alumbradores de los entendimientos et movedores de la materia, donde se aguza la sensualidad, y los hombres rústicos que pensaron que sabian, pusieron estos dos ángeles ser dados al hombre en su nacimiento, y llamáronlos genios, et otros los dijeron lares; y decirte hia de dónde tomaron fundamento, y cómo lo hobieron de ficciones poéticas, y qué cerimonias facian en género en el fuego en un gran madero que echaban en el fuego, et cierto vino que bebian, et supersticiones abusivas ; mas todos fablaron naturalmente por las dos inclinaciones naturales, la una buena y la otra mala, lo cual no es en otro animal sino en el hombre ; y tambien por los profetas et santos las ánimas de los cuales son alumbradas de Espíritu Santo, lumbre de las inteligencias. Mas los hombres pueden entenderlo segun la verdad ; que cuando se dice que fabló Dios con Moisen, pensaban que Dios daba voces, et no entienden que aquella habla era presentarle en el entendimiento las cosas claramente así como eran ; y cuando dicen que vió Abrahan á los ángeles, ellos no piensan que hay otro secreto, et no piensan que fué vision de profecía aquella ; et piensan, para ser un hombre profeta, que no ha menester primero de ser sábio et justo; et piensan que Abrahan ante de la profecía era rústico, et habia ya enseñado astrología á los egipcianos ; é piensan que Moisen era un idiota, y era el mas sábio hombre que habia en Egipto ; tanto, que sabia en la escultura de las imágenes mas que hombre de todo el mundo á la sazon, ca él hizo anillos en el signo de Géminis cuando casó con Etiopisa, el uno de amor y el otro de olvidanza.» E dijo el Entendimiento : «Mucho querria saber de la profecía, por qué no hay agora profetas como solia, et querria mucho saber por qué fueron vedadas las adevinanzas et los sueños.» Dijo la Sabiduría : «Yo no te puedo agora destinguir entre los profetas de cómo unos hobieron la profecía velando et otros dormiendo ; et cómo unos hobieron la lumbre así como del sol claro, et otros así como un relámpago de noche, et profetizaban una cosa en gran tiempo, et otros la hobieron como muchos relámpagos que vienen de noche ; et aquestos fueron llamados por los gentiles vates y las mujeres sebillas ; y como algunos dormiendo habian esta vision, et otros velando, y cuál se llamaba profecía, cuál vision, et cuál sueño et oráculo, et cuál simulacion et cuál metáfora, quiero que lo veas en el espejo ; et por qué hay profetas, tambien quiero que lo veas allá, ca menester ha voluntad de Dios et influencia ; ca no se hace alguna cosa sino con materia dispuesta, así como no recibe las imágines el espejo sino desque fuere bruñido et limpio. Porque fueron vedadas es, que los sueños han menester para ser verdaderos, persona, tiempo, oficio, complexion, uso, acidente et influencia ; y tantos son los errores en ellos, que muchos errarian y perderian tiempo por las

divinaciones. Yo te diré, el profeta es santo, y viene muy tarde; et viendo el espíritu malino los hombres muy inclinados á saber lo porvenir, et las mujeres mucho mas, mostróles hallar infinitos géneros de divinaciones et suertes, y el primero en que comenzó fué el rey Zoroastes, el cual hizo docientos et veinte mill versos de la mágica; el cual mató Nino, rey de los asirios, en una batalla; et despues fué aquesta arte ampliada por Demetrico; y en tanto se extendió aquesta dilusion, que pensaban los egipcianos que Moisen por aquella arte hiciese los miraglos, et hubo algunos dellos que tornaban los palos en culebras, et las aguas en sangre, et hubo que paresció invocar una mujer el ánima de Samuel; é hobo otra maléfica que convertió todos los compañeros de Ulises en bestias, ó que les parescian. Mostróles el diablo otra dilusion, que llamaban los muertos derramando sangre y agua mezclada con sangre sobre la fuesa del que invocaban, y aquestos se decian nigrománticos; y tal era el que invocó sobre los huesos de Virgilio, que le mostrase los secretos de natura que sabia, et aquestos decían que los espíritus inmundos amaban la sangre. Habia otros que hacian cortes de vestidos de cierta manera, et comian viandas desecativas de sus cerebros, et tomaban de ciertos animales ó yerbas et piedras, y estaban apartados de la compañía de los hombres, et hacian otras ayudas et filaterías fantásticas, et paresciales que veian et oian algunas veces figuras, et aquello interpretaban, y aquestos se llamaban divinos, que quiere decir llenos de divinidad; y aquestos con una simulada astucia se hacian santos, et las gentes ocurrian á ellos; y otros hobo que hacian sacrificios á los ídolos, et hacian ciertas pregarias et oraciones, y eran en tres maneras, conviene á saber, fitónicos, cuyo comendador fué Apolo délfico, et idólatras, cuyo comendador fué Bello, et arriolos; y entre los astrólogos hobo unos que se llamaron astrónomos, et otros astrólogos judiciarios. Destos hobo algunos que se llamaron magos, et aquestos devinaban en las estrellas; otros se llamaban arúspices, y aquestos paraban mientes en las horas; otros geneáticos, que consideraban las natividades, y aquestos se nombran matemáticos. Despues hobo otros que consideraban los gritos y el volar de las aves, et aquestos se nombran agoreros, y aquestos fallaron primero los frigios; otros devinaban en los miembros de los animales vivos, y otros en los muertos; los de los vivos, dellos en sí mesmos, cómo les bollia el pié, la mano ó ojos, dellos en otros; de los muertos, dellos ante que se helase la sangre en los miembros, et otros en los huesos lisos y otros en las espaldas, et otros en las piedras ó espejos, y aquestos se nombran prestigiatores, y aquesta primero la falló Mercurio. Otros hobo sortílegos; aquestos, dellos con puntos, en cuatro casas de cada cuatro líneas echaban los puntos sin cuento, despues facian quince casas, et llamáronse geománticos; otros echaban plomo ó cera en el fuego, et llamáronse epirmánticos; otros echaban cera en el agua, y en las imágines adevinaban, ó echaban un huevo en una redoma de agua, et dijéronse hidrománticos; otros ponian de noche al aire ciertas letras con azafran en una cosa lisa, et miraban el primer viento, et dijéronse ariománticos. Entre estos géneros de suertes hobo doce panes de sal en el comienzo del año para ver cuándo lloveria ó faria bueno. Entre los hidrománticos hobo quien de noche, cerca las fuentes ó rios ó mar, invocaba los espíritus malignos, et aquesto comenzaron los persianos; y ves cómo entre tantos géneros de errores, cuya verdad era muy poca, bueno fué vedarse, ca en otra manera los hombres simples fueran engañados, et muchos dellos fueran idólatras; mas á los sábios, cuando el saber de las cosas que no tocan en idolatría ó superstición, et aquestas solas artes que usan sangres ó sahumerios todas son malditas. Mas el ayuntar lo activo al pasivo, y el esculpir de las piedras en tal signo, ó el adevinar en las estrellas, lícito es si es á buen fin; é otro pronunciar de nombres lícitos, que llamaban tabla, et costreñir los espíritus con aquella virtud, lícito es mientra el fin sea bueno. Bien puede el astrólogo hacer una imágen y esculpirla en el signo de Escorpio, para que sane los hombres de toda mordedura de serpiente; et lícito seria á un hombre hacer una imágen por quitar los lobos ó la langosta de una tierra; y los que dicen que esto no es posible, tambien confiesan que no saben nada; y para decirte qué imágines se podrian esculpir lícitamente en cada signo, et declararte cuáles nombres se podrian lícitamente nombrar, y cómo se debrian escribir et cuándo, y las imágines de que habia de ser cada una, et cómo esculpida et cuándo, verlo has en casa de la naturaleza, et lo de las imágines en el espejo de la Verdad, et lo de los nombres, ca son los mayores secretos despues de la profecía. E así, me despido de te hablar de los ángeles, reduciéndote cómo en el mundo hay espíritus, certificándote cómo son nueve diferencias et grados et órdenes de ángeles, y cómo dije que hay en el mundo espíritus inmundos, y cómo son los profetas alumbrados por los ángeles, los cuales ángeles reciben la lumbre de Dios glorioso et la virtud, cuyo oficio es contemplar á Dios glorioso et amarlo, et mover los cielos et los planetas y estrellas por quien se mueve la materia de todas las cosas corporales. Y en esto no hay duda.» Entonce dijo el Entendimiento: «Alabado sea Dios vivo et glorioso, que es alumbrador de los ángeles, et le place comunicarnos alguna parte de aquella lumbre, ca ciertamente por eso que me habeis dicho, muchos errores vanos habeis quitado de mi corazon; é ruégovos por Dios que vos me querais decir á qué fin fué criado el mundo, y el hombre á qué fin fué hecho.»

Cuestion de la causa final del mundo.

Preguntó el Entendimiento: «El mundo ¿para qué fué hecho? Si es verdad lo que los hombres dicen, conviene á saber, que los ángeles et los cielos et la tierra, et todo cuanto es, fué criado por el hombre, y el hombre fué finalmente criado por Dios.» A esto respondió la Sabiduría: «El mundo et todas las cosas que en él son, así las altas como las bajas, fueron criadas por Dios; él fué la causa eficiente y es la su causa final, y por tanto se dice Alfaret, que quiere decir primero y postrimero; y puesto que Dios no habia menester mundo para complimiento suyo, quísolo hacer porque de la bondad y grandeza y sabiduría que dentro dél eran hobiesen alguna participacion las cosas criadas, et aquesta fué una magnificencia et largueza infinita, y lo que piensan las gentes ellos ser el fin de las cosas criadas, en parte verdad dicen; mas

no dicen verdad en todo, ca en cuanto dicen que los ángeles et los cielos et las estrellas haya Dios hecho por ellos, este es error grande, ca cierto es que el sol, puesto que parezca una finiestra en el cielo, mayor es ciento et sesenta et cinco veces et dos tercios que toda la tierra. E si ellos dijesen que tales estrellas et tan grandes cielos et tan nobles ángeles fuesen á fin dellos, seria así como si un rey dijese que queria hacer una añoria grande toda de oro et piedras preciosas, y estoviesen en guarda della et aderezándola diez caballeros, los mayores del su reino, y esta añoria sacase agua para una pesquera donde estoviesen ranas et pesces et bebiesen los ratones, ¿paréscete que seria razonable?» El Entendimiento sonrióse et movió la cabeza. «Y mas paresceria á un rey que queria facer una vestidura para un servidor suyo, et dijéronle que habia menester una aguja para coserla, y él mandó facer un martillo en que pusiesen mill quintales de oro, y este era para hacer el aguja.» Respondió el Entendimiento : «Veo la declaracion deste ejemplo, et no puedo sofrir la risa; mas ¿en qué ternian los hombres verdad?» A esto dijo la Sabiduría : «Naturalmente toda cosa que es menos noble et inferior es sojuzgada á la superior et mas noble, et en aquesta manera todos los animales no valen tanto como el entendimiento de un hombre, y en aqueste respecto verdad es las cosas criadas ser al hombre sojuzgadas; conviene saber, las materiales et de materia sensible. E cierto es que los bárbaros, que son mas bajos en entender que los mediterráneos y hombres bien complexionados, son siervos de aquellos por derecho natural, así como sabrás en casa de la Razon. Y para esto yo te pregunto, un hombre si querria ser loco por ser señor de todo el mundo.» Respondió el Entendimiento : «No.» Dice la Sabiduría : «Pues luego síguese que el entendimiento del hombre es aquel por el cual el hombre es honrado et sojuzga las cosas inferiores de razon, así como él es sojuzgado eso mesmo á los ángeles, et aquellos á Dios, al cual se reduce et subordena toda la órden mundial, et tornan las cosas todas á él, así como dél procedieron; é ves aquí la causa final del mundo. La causa final del hombre es en tres maneras: la primera manera es que el hombre conviene con las sustancias separadas et con los ángeles; y segun esta manera le conviene vivir angélicamente, especulando en las sciencias et contemplando al Señor et Hacedor del mundo, vacando cerca del conoscimiento de las cosas mas altas que ser puede, así como cerca del conoscimiento de Dios, y cómo él solo es necesario de ser, et saber que es natura dél necesario et dél posible y dél contingente, y saber los secretos de la unidad et de la multitud, et de la causa et causado, et de la prioridad et de la posterioridad, et de la incepcion, de la potencia, de la substancia, de la materia, de la forma, de los acidentes, del universal, particular, del todo, de la parte, del género, de la diferencia, de la identidad, de la diversidad, de los movidos, del primer movedor, de sus propriedades, de sus condiciones; et cómo produjo las cosas, et cómo participa á las cosas su bondad et su virtud, y cómo es la su providencia, et cómo tiene cuidado singular entre las otras cosas del hombre; cómo es el su poder, la su sabiduría, la su bondad, la su luz, de la profecía, de la gracia que dél reciben los hombres. Y con todo esto, ser obediente á Dios y á sus mandamientos. En la segunda manera es, que el hombre es considerado segun que es animal; y segun esto, le conviene ser tal como las bestias, et seguir las pasiones del apetito concupiscible et de la ira; y segun esto, de los hombres dellos son envidiosos, dellos golosos y embriagos, et soberbios, ó temerosos, ó avarientos, et así dé las otras pasiones. La tercera manera es, que el hombre, considerado segun que es hombre, le conviene ser justo, ser franco, prudente, templado, fuerte et bien ordenado. La primera se llama vida angélica, la segunda vida bestial, la tercera vida humana; y de aquesta vida humana se fará mencion en casa de la Razon.» Y luego la Verdad llamó al Entendimiento, et mostróle todas las cosas ya dichas por órden en el espejo. E díjole mas : que antes que se fuese, que ella queria hablar con él, que no lo viese la Razon ni la Sabiduría; y ella mandóle que se tornase por allí; que otras cosas le queria decir. Y de aquellos señores muchos vinieron con él á casa de la Naturaleza, que estaba ahí junto, et vinieron con la Verdad et con la Razon.

CAPITULO XVIII.

De cómo el Entendimiento entró en casa de la Naturaleza con la Verdad et la Razon et multitud de sábios, et de lo que ahí vió.

Venidos á casa de la Naturaleza, halláronla en una sala toda de alabastro muy liso, labrado segun convenia á la necesidad del edificio. La dueña era antigua y tenia la cara muy sagaz, et tenia en la mano derecha una vara y en la otra una masa de tierra, et tenia de la cinta arriba una vestidura de púrpura blanca et algunas gotas coloradas en ella, y la falda de la vestidura era toda de terciopelo negro; y tenia esta dueña una diformidad, que habia las piernas pelosas de los hinojos ayuso, así como un oso; mas ella era muy prudente et muy sábia; y á sus piés estaba Aristóteles, et al derredor estaban Táles Milesio, Empédocles, Perménides, Anaxágoras, Pitágoras, Demócrito, Anaximandro, Alejandre peripatético, Aberrois et Alberto Magno; et mezcláronse con ellos aquellos que venian, et habló la Razon desta manera : «El Entendimiento viene de casa de la Sabiduría, et ha sabido asaz cosas secretas; ruégavos que le digádes algunas cosas en que haya placer.» E dijo entonce Aristóteles : «Señora, si algo le quereis decir, comenzad por los principios primeros; ca aunque sean mas universales et mas confusos, mejor los recibirá el Entendimiento, ca nunca el entendedor es contento hasta que sepa las cosas por las causas primeras et verdaderas.» Y preguntó al Entendimiento si lo queria así, y el Entendimiento dijo que sí; é respondió la Naturaleza : «Tantas han sido las opiniones del primer principio, que dellas mueven á risa, et dellas traen grandes especulaciones; ca unos hobo que pusieron que el agua era primero principio de las cosas, diciendo que todas las cosas se criaban de la humidad; otros pusieron que el aire, diciendo que el aire era caliente et húmido, et las cosas vivian por calentura et humidad; otros el fuego, diciendo que la calentura era principio de la vida; otros, dos elementos; otros, tres; otros pusieron infinitos principios; otros pusieron dos principios: raredad y espesura; otros los números par et impar; otros los

átomos, infinitos en número; otros las ideas ó semejanzas, que eran en la causa primera; otros pusieron dos principios, el uno de discordia, el otro de amistad, et dijeron que los elementos á cabo de muititud de años no sabida convenian por gran amistad et concordia, et se venian á mezclar en uno, et se hacian un cáos et confusion; y que otra vez que venia la discordia, y que se iba cada uno de los elementos á su propria region, y que en esta manera eran ya poblados et desfechos infinitos números de mundos. Y hobo otros que pusieron que á cabo de treinta y seis mill años tornaban las cosas á ser por la mesma forma que agora son: esas mesmas gentes, las mesmas lenguas, costumbres, poblaciones, oficios.» Y esto acabado de decir, algunos de los que allí estaban hobieron vergüenza. Aristótiles dió del codo á Platon, que estaba junto con él, et sonrióse un poco. El Entendimiento preguntó: «Pues entre tantas opiniones ¿cuál será la verdadera?» Dijo la Naturaleza: «La verdadera es que son tres principios: la materia, la forma y la privacion; et la materia nunca es su oficio sino partirse de una forma, y desnudarse et desvestirse de otra; y la privacion darle aquel apetito, la cual es una suciedad et impuridad, la cual se llega á la materia, en tal manera, que si della se partia no se engendraria ninguna cosa; y por eso en el cielo no hay privacion alguna; y por tanto no se hace ahí privacion ni generacion, y la forma es la que da el complimiento á la cosa, y es la que da el ser et la perfecion; ca sin ella la materia es aun peor que el ojo sin vista y la oreja sin oir, et aquestos son tres naturales principios; et de aquestos se engendran todas las cosas y en ellos se corrompen, et mi consideracion es tratar de los cuerpos que se mueven en cuanto son movibles, y no es mi consideracion cerca de las cosas en cuanto son criaturas y hechuras de Dios glorioso, ni en cuanto participan su bondad y su sabiduría, ni en cuanto es sobre ellos la su providencia. Mas mi consideracion principal es considerar el cielo en cuanto se mueve et tiene movedor, et tambien es en mi especulacion en considerar et distinguir que cuantos diversos movimientos hay en los cielos, tantos movedores ha de haber por fuerza, et no considero yo los movedores en cuanto son inteligencias que alaban á Dios glorioso; ca este considerar es de la Sabiduría. Mas trato dellas como son movedores et dependen del primer movedor, y trato eso mesmo de la influencia que las estrellas han sobre las cosas insanas; ca no hay piedra, ni yerba, ni animal en el mundo que no resciba su influencia, virtud, calidad ó propriedad de arriba. E mi consideracion es cerca de las cosas insanas, en cuanto se mueven segun la substancia ó generacion ó corrupcion, y segun el acidente, aumento ó diminucion, ó la alteracion ó la mutacion del lugar. Pues segun esta órden es mi proceso en esta manera: primeramente considerar la materia y la forma y la privacion así como principios naturales, y tratar de las causas propincuas, eficiente, final, formal et material; y eso mesmo notificar el caso y la forma en que se extienden, y porque todo cuerpo es finito et acabado, y está en lugar et se mueve, et toda cosa que se mueve en tiempo ha lugar lleno ó vacío, et toda cosa que se mueve tiene movedor; por tanto, trato del infinito en cuantas maneras se toma, y del lugar qué cosa es, y cómo son situados los cuerpos naturales et colocados dentro en el cuerpo del cielo, y cómo la espera postrimera es receptáculo et lugar de todos los cuerpos, puesto que ella no está en lugar; y por tanto algunos dijeron que allende del postrimero cielo habia vacuo infinito. Mi propuesto es notificar en cuántas maneras se toma el vacuo, y qué trataron dél los antiguos, y qué les movió á aquesto, y cómo natura no consiente vacuo. E tambien declaro cómo el tiempo acompaña al movimiento, y cómo es su medida, y cómo no podria haber cosa corporal ninguna si el cielo cesase de moverse, y cómo el movimiento y el tiempo son continuos et no pueden cesar por ningun poderío; y tambien notifico cuántos son los movedores, et cómo hay primero movedor, y cómo el movimiento del cielo es perpétuo, y cómo no es natural ni violento; y despues trato de los movimientos de los elementos, y de sus formas, y de sus lugares, y de sus cualidades, y de sus propriedades, et de sus acciones, y de sus pasiones; y tambien trato de aquello que se engendra del vapor húmido y seco, et eso mesmo de las mineras y de las plantas et animales; y en aquesto universalmente es mi intencion comprehendida. Mas, porque mejor lo entiendas, quiérote poner un ejemplo de la consideracion mia.»

Figura que la Naturaleza declaró al Entendimiento de la orden del mundo.

«Mi voluntad es de te declarar en una figura asaz palpable toda la órden de las cosas del mundo en la manera en que son; mas primero has de pensar que este mundo es uno, y es por una órden proporcionado muy ingeniosa et por un vínculo indisoluble; y es uno, así como un hombre es uno; conviene á saber, Pedro ó Juan; y así como en el hombre hay diversidad de miembros y de virtudes que mueven et son movidas, et otras que mandan et otras que obedescen, asimesmo en el mundo. E así como en el hombre hay carne, nervios, huesos et humores diversos, así la espera del cielo se compone de muchas esperas, et de cuatro elementos en lo que se compone de aquellos; é así como aquí no hay lugar ninguno vacío, mas es todo lleno, así en el mayor mundo es todo lleno, y en el centro de medio es la pella de la tierra, á la cual circunda el agua, et aquella es circundada del aire y aquel del fuego, y aquella es circundada del cuerpo quinto, que es el cielo. E aquí hay muchas esperas, y no hay entre una et otra vacío, ni alguna cosa en medio, así como no hay medio entre el agua y el olio que nada sobre ella. E así son estas esperas et cielos inseparables, conjuntos en tal manera, que no se mueven una vez mas apriesa que otra ni mas tarde; mas todos son fijos en su natura et firmes. Mas entre ellas algunas se mueven mas apriesa que otras, y la que mas ligeramente dellas se mueve es la espera ó cielo postrimero; y esto es por ser mas elongado del centro, así como la añoria; que mas ligeramente se mueve la circunferencia que trae los arcaduces que las partes que son acercanas al eje, y al movimiento de aquesta espera se mueven todas las otras, así como cuando se mueve la rueda grande del reloj se mueven todas las otras al movimiento de aquella, y las estrellas se mueven situadas en sus esperas ó cielos, así como los clavos et las cuñas se mueven en

la rueda; y la materia deste cuerpo, por cuanto no es materia de los cuatro elementos, por tanto no es caliente ni frio, que son las cualidades activas; ni humidad ni sequedad, que son las cualidades pasivas. Y por cuanto es removida de toda contrariedad, es alongada de toda corrupcion; et dentro de aquesta espera es la materia de que se hacen los cuatro elementos, los cuales, por acercarse ó alongarse á aqueste movimiento primero reciben las cuatro formas et cuatro cualidades primeras, las cuales tienen lugares proprios en que naturalmente huelgan; é si por caso por violencia son de allí alanzados, quitada la violencia, por el lugar mas cercano et mas derecho que pueden vienen á sus proprios lugares, así como el odre lleno de viento, si le tenian debajo del agua por fuerza, quitada la fuerza, ponerse hia sobre el agua, porque ella no era su lugar proprio; y tambien la saeta que lanzan con la ballesta hácia arriba, sube mientra que dura la fuerza ó violencia de la ballesta, et luego que cesa aquella fuerza, desciende la saeta et viene á su lugar proprio, et de aquí se causan dos movimientos derechos; conviene á saber, de los dos elementos ligeros á sobir desde medio, y los dos pesados de bajar al medio, y encuéntranse aquestos movimientos et mézclanse, et hacen et padescen los unos en los otros; et por aquesta causa se engendran et corrompen todas las cosas engendrables et corruptibles, y mézclanse algunas veces las partes muy sotiles de la tierra, así como estos átomos que andan en el sol son gran cuantidad con la materia húmida, que es vapor del agua; y de aquestas dos cosas mezcladas se engendran las nubes, et aquesto hace el sol, el cual escalentando la tierra con sus rayos mediante la calor, hace subir lo húmido vaporeando, et lo seco fumeando; el cual vapor, cuanto sube et se aluenga de la tierra, hácense nubes por causa de la frialdad del aire; y por tanto, en el verano pocas veces se condensan tales vapores sino en las regiones frias; el cual vapor, si subiere en el verano, porque va muy caliente, penetrarlo ha el frio de cada parte, y engendrarse ha dél piedra et granizo. E si la materia fuere muy caliente, et subiere mucho por virtud del sol en la region frígida del aire, et venciere el vapor húmido al seco, hacerse han piedras muy gruesas, las cuales destruyen los frutos; y que sea verdad esto paresce porqué en el verano acontesce apedrear mas veces que en otro tiempo del año, y aquesto es por el altura del sol, la cual es causa de sobir los vapores y escalentarlos; et cierto es que la cosa caliente, si la ponen á la frialdad, la frialdad la penetra mas aína, et ya vemos haber mas frio á las manos el que se lava con agua caliente que el que se lava con fria, porque la calentura abre et la frialdad penetra por los poros abiertos. E si por ventura aqueste vapor es elevado con poca calentura, la region del aire espesa aquel vapor así como monton de lana, y porque la calor es poca, no puede penetrar la frior para que lo condense et apriete; mas cae condensado en la forma en que está, et llamámosla nieve, y algunas veces sube el vapor caliente en gran cuantidad, et halla algun acidente en el camino, así como algun aire de algun monte ó sierra, el cual no es tan frio que lo pueda penetrar de toda parte, et desciende aquel vapor en gotas de agua muy gruesas, et á las veces algun granizo menudo entre ellas, y otras veces sube multitud de vapor, y el sol está muy bajo, que no lo puede desecar ni elevar, et alguna causa acidental lo condensa, et llámase lluvia; otras veces evapora la tierra, ó por las lluvias pasadas et que despues las caliente el sol, ó en vaporear las yerbas y no es venido el sol que lo deseque, et llámase rocío; y algunas veces queda el aire muy claro y muy húmido de las aguas, et fácense en él nubes muy húmidas y muy claras, así como el espejo, et paresce á hombre que ve tres ó cuatro ó cinco soles; y aquesto es como quien pone un bacin de agua, et de dentro un espejo, en el cual claramente se paresce el sol. E si por ventura aquel aire se mezclare con el vapor, y los rayos del sol penetraren por él, engendrarse ha el arco de diversas colores; el cual, si paresce en la mañana de parte de ocidente, tronará ó lloverá ligeramente; é si paresce en oriente, significa poquedad de agua, et tiempo muy claro despues de aquello; et si por ventura aquestos dos vapores van mezclados, conviene á saber, el seco con el húmido, et van á la region fria, congélase et constríñese el vapor húmido en fuerte congelacion et dura, é queda encerrado dentro el vapor seco, et muévese por salir et frégase fasta que se enciende, y encendido, rómpese aquella nube et sale aquel fuego, y viene á nosotros primero la vista del fuego que el oir del tronido, puesto que todo se faga en un tiempo, así como primero vemos la lavandera dar el golpe en la piedra que oyamos el sonido; y aquesto es así como el trueno, en el cual ponen el fuego inflamable del sufre, salitre et carbon, y hace disparar la piedra et lanza aquel sonido et aquel fumo. Semejante materia es et semejante lugar el del tronido natural como el del artificial, et pruébase porque los olores son semejantes. E si por ventura la nube fuere negra ó bermeja, engéndranse en ella piedras de gran cantidad, y es peligroso á las gentes. E si fuere la nube blanca, declinante á verde, es mas ligera la piedra que se engendra; y algunas veces deciende el vapor encendido, et no trae piedra ninguna, et mata los animales con el olor de la sulfureidad ó ponzoña, y aqueste mesmo vapor á las veces se enciende en la region del aire por el gran movimiento, et paresce la estrella que cae; y es posible que del semejante vapor se encienda gran parte, et parezca fuego á manera de columna ó de sierpe, et llámanse aquellos dragones; y de aquesto mesmo se engendra la galasia, y es la causa de aquesto que aquel vapor es ventoso, declinante á sequedad, el cual con cualquier movimiento se enciende, así como el alquitran ó el sufre; y algunas veces cesa el tal fuego de arder, et queda la escuridad así como carbon, et parescen en el aire cuevas negras ó simas; y aqueste mesmo vapor seco, si es muy grueso y terrestre, y el sol abre los poros de la tierra en el estío, especial en las tierras arenosas con los calores fervientes, y penetra este calor á las entrañas et cavernas et profundidades de la tierra; et si por ventura sobreviniere el invierno muy frio, cierra aquellos poros, y el vapor pugna por salir, et no hallando lugar, muévese fuertemente et inflámase, et hace aberturas et roturas en la tierra, et salen et proceden dende fuegos sulfúreos fumigantes, que parescen á los que habemos dicho de las nubes. A aquesto ayuda mucho el agua del mar batir en los grandes montes cóncavos; ca por la

resolucion del vapor se engendran multitud de vientos, los cuales, si se ayuntan con el vapor, conmuévense fuertemente, et si no hallan respiracion por do salir, hacen gran terremoto. E si por ventura el vapor grueso es elevado, et no es la accion del sol fuerte para subtilizarlo, sube á la region fria; et la frialdad impélelo fuertemente, et cáusase gran movimiento en el aire, y engéndranse los vientos; mas tambien se engendran de la mar ó de los grandes rios, el vapor de los cuales se convierte et impele el aire, y como el aire tiene su movimiento natural, si encuentra algun grande monte et lo hace revolver, engéndrase tambien viento. E si aquestos dos vapores fueren mezclados en proporcion igual deyuso de los montes y encerrados dentro de aquellos, et la influencia del sol et de la luna fuere muy firme sobre aquel lugar, engendrarse ha oro ó plata, ó balajes, zafires ó diamantes et otras piedras perfectas, segun la puridad de la materia y el respecto de la influencia. E si por ventura prevalesciere la sequedad et sobrepujare el vapor seco al húmido, engendrarse ha cobre; é si fuere muy terrestre et grueso, engendrarse ha fierro ó piedras ferruzas, y de aqueste mesmo vapor se engendran los géneros de los alumbres et sufres et vidrioles et tutías. E si prevaleciere la humidad al seco terrestre, engendrarse hia dende el sal gema, y el salitre y el sal armoniaco; é si por ventura el vapor seco fuere mezclado limpio con el vapor húmido et la frialdad sobrepujare á la calentura, engendrarse ha estaño et alumbre gemini; é si fuere terrestridad inmunda, engendrarse ha dende plomo et antimonia; é si el vapor seco sotil fuere bien mezclado con el húmido et fallesciere de la decocion que haya estado en lugar muy frio, estará en forma de argen vivo, el cual no moja la mano aunque el hombre lo tenga en ella, por la sequedad de la tierra mezclada. E si por ventura este vapor es muy grueso et muy terrestre, et no se puede elevar por virtud del sol, engendrarse han de aquellos grandes montes et dureza de aquellos, á la cual generacion ayudan los diluvios et los mares et inundaciones, que son la causa de lapidificar los lodos et convertirlos en natura de piedra; et no te maravilles porque he dicho que la generacion de los metales et de las piedras se haga del vapor, ca cierto es en las tierras orientales, donde el vapor es puro et la influencia del sol es recia, convertir aquel vapor en oro. E ya han visto en otras caer hierros así como de frechas ó de viras; é ya ha contescido verdaderamente caer en el tiempo de los tronidos et nubes muy oscuras et bermejas, mas grandes en cuantidad increible de fierro y de cobre, et probaron las gentes de regalarlo, et no pudieron hasta que echaron sobre ello sufre et oro pimiente. Y la altura destos montes que habemos dicho es causa de retener los rayos del sol y escalentar la tierra, donde el vapor caliente et húmido es conveniente para criar árboles et yerbas et todos los vegetables; las cuales dos virtudes, conviene á saber, calentura et humidad, si se ayuntan mas vivamente y en proporcion mas igual, provienen dende animales de diversas especies; é si la mezcla fuere flaca, poco excediente á la de los árboles, engendrarse han animales conchiles; é si fuere un poco mas recia et declinare á la humidad, y el lugar fuere frio, engendrarse han dende todas las diversidades de los peces; é si prevalesciere la calentura y el lugar fuere terrestre et seco, engendrarse han las reptiles et sierpes en diversidades muchas; é si la conmixtura fuere mas fuerte et mas propincua á la igualdad, engendrarse han dende los otros animales et aves; é si prevalesciere la humidad et fuere la materia ponderosa, provernán dende los animales pesados et poco sensibles, así como los asnos et los bueyes y sus semejables; é si por ventura fueren aves, provernán dende los bueitres et las avutardas, las ánsares et lavancos, et otras tales; é si prevalesciere la calentura muy propincua al templamiento, provernán dende animales muy astutos, así como el raposo y el jimio; é si fueren animales mayores et la calentura fuere mayor, declinante á la sequedad, provernán dende animales feroces, así como los leones et las onzas et las aves de rapina; esto si el mezclamiento destos dos fuere muy igual y muy proporcionado; mas si fuere corrompido por alguna causa acidental, así como influencia de Mars ó de otra estrella, et cause en ellos sequedad con calor inmoderado ó humidad demasiada con frior excesivo, engendrarse han hombres de malas costumbres et mal complexionados, segun la diversidad de las influencias et la conmixtura de las materias; et si aqueste mezclamiento fuere muy igual et la influencia buena, engendrarse han hombres de buena complision y de buen entendimiento, si no se corrompe por alguna causa acidental. Y no te maravilles porque te he dicho que los hombres, segun las complexiones de los climas et lugares et tierras et influencias donde nascen, se conforman á las calidades de aquellos; ca naturalmente vemos que los hombres de una tierra son amigables et benignos por la mayor parte, y los de otra ladrones et maliciosos, otros soberbios et audaces, otros temerosos et cobardes, et así de las otras calidades. Y veis aquí cómo de la conmixtura de los elementos se engendran todas las cosas criadas en el mundo, y en aquellas mesmas se tornan á resolver despues que corruptas; ca la generacion de una cosa es corrupcion de otra. Agora tornemos al ejemplo : tú debes notar que así como en el cuerpo del hombre hay algunas partes las cuales rigen, así como el corazon, que es fuente y principio donde proceden los espíritus vitales, el cual, si cesase, el hombre moriria súbitamente; asimesmo en el mundo universo hay el cielo, que es así como el corazon, et muévese perpétuamente, el cual, si cesase tanto como abrir el ojo ó cerrar, perescerian todas las cosas criadas; é así como en el hombre hay una fuerza ó sensibilidad, que es por la ligatura de la diversidad de los miembros, por la cuál se mueve, asimesmo en el mundo hay una armonía que concatena et ayunta las partes una con otra, á la cual los sábios dijeron natura, et aquella só yo; que por mí se conservan todas las especies de las cosas que son en el mundo. Mas aplicando el ejemplo : así como el hombre tiene miembros, por do se conserva nudriéndose, así como la boca et otros, para conservacion de la especie, et otros miembros que son para acercar la cosa conveniente et arredrar la disconveniente, así como el ojo, la oreja, el pié ó la mano; é hay otras cosas que siguen la complexion, así como los cabellos et las uñas; asimesmo en el mundo mayor hay las especies que

son primero entendidas de la naturaleza. Y para conservar aquestas hay cuerpos que nunca se corrompen, así como los cielos; et hay otros que aunque se engendren et corrompan, duran por siempre, así como los elementos, et por causa de la contrariedad pugnan unos con otros; et cuando excede alguno cáusanse grandes pestilencias y enfermedades en el mundo; y esto es por defecto de las cuatro virtudes no ser igualadas, et porque aquestos acidentes no han entendimientos, indiferenter matan al grande y al pequeño, al sábio, al nescio, al bueno y malo.» E preguntó el Entendimiento: «Vos habeis hablado de las cuatro virtudes que sostienen toda cosa viva; conviene á saber, atractiva, retentiva, digestiva, expulsiva; y decis que todas las enfermedades et llagas que á los hombres vienen es por defecto de alguna de aquestas; y esto es que el hombre come mas de lo necesario, y esta es atractiva; ó no lo retiene, que es retentiva; ó no lo digere, que es la digestiva; ó no lo expelle, que es la expulsiva. A mí me paresce que es una cosa muy desordenada; ca fuera mejor que aquestas virtudes hobieran entendimiento, et hicieran diferencia de los buenos á los malos, et mataran al malo et quedara el bueno.» A esto respondió la Naturaleza: «Si las sobredichas virtudes hobieran entendimiento, no aprovecharian para lo que eran; ante fuera por el contrario, ca vemos por experiencia que los rústicos comen mas et digeren que los sábios et intelectuales; y aun en los animales brutos son mas recias aquestas virtudes que en los hombres; y como verdad sea que donde hay menos entendimiento aquestas virtudes ó potencias sean mas fuertes, síguese necesariamente que no pudieran haber el tal conocimiento del malo al bueno; y semejante cuestion es aquesta como quien preguntase que el pié por qué no le hicieron ojos para que viese, ca muchas veces se guardaria de la piedra en que topa, ó de la culebra que le muerde, ó del clavo, ó semejantes nucimientos que por no ver se le siguen, de los cuales fuera guardado si viera; é no saben los tales que para el pié ver hobiera menester necesariamente aquella materia delicada et aquellas sotilezas et armonía de telas delicadas, et humores prospectivos et trasparentes que son en el ojo, ca en otra manera no pudiera ver; y entonces el tal pié no aprovechara para andar, ca en el primero paso se quebrara; y por tanto, proveyó la natura, et puso el ojo en lo mas alto porque se conservase, et dióle cobertura que lo defendiese, et hízole de materia delicada porque traspareciesen y relumbrasen en él las formas et imágines et colores visibles. E vió la natura que el pié habia de sostener el cuerpo, et por tanto lo fizo de huesos muy duros y ligados con nervios muy recios; ca así complia que fuese. Y ves aquí cómo convino que las fuerzas ó virtudes naturales fuesen de una materia, et los animales et intelectuales fuesen en otra; et consentió la natura la destruicion de los particulares en algunos tiempos, porque por aquellas virtudes se conservan las especies por siempre; et quiso consentir el poco daño por el gran bien que se seguia, pues que no podia estar en otra manera. Ya ves la destruicion de un hombre, ó enfermedad ó corrupcion, como habemos dicho; asimesmo es en el mundo universalmente, que los elementos et cualidades que conservan las cosas criadas á las veces hacen excesos de aguas, de frialdades, de calenturas, de sequedades et corrupciones. Y por ventura pujará et vencerá el un elemento á los otros en alguna disposicion del cielo en grandes millares de años, á los cuales no bastan las crónicas, ca los lenguajes de las gentes se mudan en los tiempos, de que no hay memoria, et crescerá el agua et cubrirá las tierras pobladas, así como se hizo en Tesalia en el tiempo de Jacob, patriarca, et así como en el tiempo de Noé, ó así como fué en el diluvio de Deucalion et de Pirra, ó así como fué en Grecia en el tiempo del rey Dulfinis, et otros diluvios que habia habido en Grecia primero; y paresce por las antiquísimas historias que aquella gente primero hobo nombre facicros, et despues hobieron nombre garricios, y despues hobieron nombre argólicos et danaos, et despues hobieron nombre griegos; las cuales mutaciones de nombres significan muchas mutaciones de diluvios; y que esto sea verdad paresce que en el tiempo de Hércoles habia lagos que manaban agua et proveian la agricultura de la tierra, et de aquestas lagunas fué la hidra que manaba por siete lugares et destruia la tierra. Hércoles, por arte de geometría, hizo cavar en ciertos lugares et poner ciertos obstáculos de peñas et piedras, et desecóla; y por tanto fingieron los poetas que habia muerto la sierpe de siete cabezas. Y contesció ante de la reina Isis grandísimo tiempo, que Egipto era llamada Nieblá, así como lo pone Homero en las historias antiguas, et despues vino un diluvio que la cubrió toda, et duró así grandes tiempos, y despues el sol la desecó, et levantáronse vapores muy espesos, y en la evaporacion suya causábase obscuridad grande; y por tanto le pusieron nombre Egipto, que quiere decir tiniebla. E ya fallamos muchas ciudades et grandes poblaciones ser cubiertas de agua súbitamente, et tambien algunas pobladas, así como fué la isla de Leon et la isla de Cedro, así como fué la destrucion de las cinco ciudades que eran en Sodoma et Gomorra; y así como se cubrió de aguas la ciudad de Troya et la isla de Cain, que desde Hércoles acá la ha cubierto la mar ya cuasi toda. En el mar Mediterráneo de la parte de Italia se hallan edificios de grandes poblaciones; en el estrecho de Gibraltar se halla puente muy grande dentro en la mar, y en algunos montes se hallan conchas marinas pegadas en las peñas, así como en las alturas de Mompeller; y cierto es que el Andalucía ya fué mar, et donde no era region ni habitable se hizo templada et habitable; y otras muchas poblaciones et ínsulas que continuamente parescen en el mar y se cubren de nuevo. Ya sabemos que en el tiempo del rey Filipo se cubrió de mar gran parte de poblaciones de Egipto; é síguense tambien destruiciones de parte de los terremotos, et muchas veces en el mundo ha contescido terremoto que derrocó grandes poblaciones y edificios. Y fállase en las antiquísimas historias, y es verdad, que algunas veces ha prevalescido el elemento del fuego et quemado grandes partes del mundo, donde perecieron las escripturas et las crónicas. E ya hallaron en Egipto despues de los diluvios lenguaje escripto que no sabian leer ni lo entendian los de aquel tiempo; é ya contesció prevalescer et corromperse el aire por la conjuncion de Mars y de Júpiter, et hacerse pestilencia universal corrompiendo el aire; y otras veces se corrompe por

causa de los animales muertos. E ya ha contescido morir en una batalla mucha gente, et del olor infecionarse el aire et seguirse gran pestilencia en los lugares comarcanos; y otras veces corromperse por ponzoñas, así como en el tiempo del rey Filipo, padre de Alejandre, que dos dragones corrompieron el aire entre dos montes, et cuantos por allí pasaban morian súbitamente; é Sócrates hizo un edificio alto sobre los montes, et cierto espejo de acero et cierto ingenio con que los mató. Y tambien toda la tierra de Egipto se corrompió una vez porque cayó un dragon muerto en el agua; é así fué otra vez en Etiopía por la mesma causa, et vemos destos peligros universales con tronidos, relámpagos et otros males, nieves, frios, lluvias, vientos et calores destemplados; mas todo esto se consiente por el gran bien que se sigue, que si en mil años se hunde una ciudad, son mill las que quedan pobladas; é si el rayo mata un hombre, quedan cient mill cuentos vivos; é si se ahogan mill en la mar en un año, nascen cinco mill veces mill en la tierra; y puesto que á los caminantes parezca que todo el mundo fuera bueno que estuviera llano para que ellos caminaran sin trabajo, et no hobiera montes, mas es mejor que los haya, ca si no hobiese montes no habria tierra poblada, como ellos sean causa de las fuentes et rios perpétuos que son en toda la tierra, et sean causa de tener los rayos del sol para que la escaliente; é por esto hay plantas et animales, et son causa de generacion de muchos vientos, los cuales vivifican todas las cosas. Viendo la natura estos provechos tantos, hizo los montes, aunque ellos no podian ser que no fuesen altos, et trabajosos de sobir et descendir; ca en otra manera no fueran montes ni se siguirian dellos aquellos provechos. E no curó la natura del trabajo de los caminantes; y ves aquí cómo el mayor mundo paresce al menor en aquesto; é aun parésccle mas, que así como en el mayor mundo hay una inteligencia primera, la cual es llamada vida de los siglos, que es Dios glorioso, el cual, siendo firme et inmudable, hace que todas las cosas se muevan segun lo han menester, y les da las perfeciones á ellas posibles de recebir, el cual es necesidad de ser. E si aquel subtrajiese el ser, todas las cosas tornarian en nada; et la virtud de aquel, comparada á todas las cosas, es así como quien compara el mayor ángel del cielo á todas las formigas del mundo. En aquesta mesma manera es en el hombre la virtud del entendimiento, por la cual es honrado et comparado á los ángeles, y segun aquella el hombre es semejante á Dios, ca no le semeja en otra cosa alguna; antes en las otras cosas paresce á los animales brutos. Y tanta excellencia tiene el que entiende sobre los que no entienden, como tiene el hombre sobre su mula; ca aquesta sola virtud es incorruptible, et no es posible que se corrompa; ca no tiene contrariedad ni es por el cuerpo; antes el cuerpo es por ella; y quien vive segun aquesta virtud es ángel, y cuando muere fácese intelligencia et gózase en vida y en muerte; y el otro es apasionado, et no tiene gozo perfecto sino el de las bestias, y son bestias en vida y en muerte. E no hay duda que el entendimiento del hombre sea el mejor en la tierra, el cual no es de materia de la tierra, ante de la lumbre et largueza de la intelligencia; y el que ha de entender la razon et saber la cura, ha de ser excellente entre los hombres inferiores de entendimiento, tanto como él es mas á Dios semejante que ellos; y el que es á él mas semejante, aquel es mas amado, y sobre el mas amado es el cuidado de Dios mayor, et cuanto es mayor el cuidado, es el hombre mas acercano á Dios; y cuanto mas se acerca, mas lo conosce et mas lo ama, et mas lo sirve y mas lo obedesce. E cuanto mas hombre le ama, tanto mas se goza en complir las cosas honestas et hacerlas, y tanto mas se desvia de las cosas torpes y bestiales; ca las vilezas, así como están arredradas de su entendimiento, así están desechadas y aborrescidas de su voluntad. De aquí viene que los idiotas piensan lo contrario, porque ellos piensan que es mejor ser rico et que lo honren muchos, et que valen mas los tales semejantes hombres sin entendimiento verdadero que aquellos que han el conocimiento; y en esto léjos están de la verdad. Mas verlo has en la casa de la Razon; et por aquestas causas ya dichas el hombre es dicho menor mundo; ca hay en él figura et complimiento del mayor, et no decimos esto de todo hombre, sino del intellectual; ca el otro no es hombre, sino que tiene un grado sobre el jimio ó bruto.»

CAPITULO XIX.

Que es una cuestion del conocimiento de Dios glorioso et bendito.

Preguntó el Entendimiento et dijo: «Veamos; habeisme dicho que unos han mas conoscimiento de Dios que otros; aquesto me paresce contra razon; ca si Dios infinito es, conviene que no le conozca mas uno que otro, et todos le conozcan igualmente, en especial que el infinito no tiene parte para que uno conozca mas que otro, mayormente que de Dios mas sabemos negando que afirmando. Habeis dicho asimesmo otras cosas, en las cuales he tomado gran duda, las cuales vos preguntaré adelante.» Dijo la Naturaleza: «No obstante aquestas cosas, cierto es que si agora nos decian que en el mundo habia una nave, et nunca hobiésemos oido tal cosa decir, y fuésemos diez, y el uno supiese que aquella es nave ciertamente, y no supiese mas; et otro supiese esto mesmo, et supiese mas, que no era de piedra; et otro supiese que no era ninguno de los animales; et otro supiese todo esto, et supiese que no era de ninguno de los metales, mas árbol; y otro supiese todo esto, et supiese mas, que era un instrumento para navegar, et mas supiese de qué manera era, y no cómo era hecha; yo te pregunto, de todos estos, cuál dellos hobo mayor conocimiento de la nave.» Respuso el Entendimiento: «Cierto es que el postrimero.» Dice la Naturaleza: «Así es en nosotros la sciencia de Dios glorioso, que algunos saben ciertamente que es et no mas, et otros saben que no es de las cosas que se engendran et se corrompen; otros saben cómo no es del número de las cosas visibles; otros que no es tal como el hombre; otros que es uno simple et inmudable; otros que él es inteligencia et causa primera, comenzador eficiente de las cosas, y que él mesmo es causa final de aquellas. Mas no tiene semejanza á quien lo comparen. Destos ¿quién ha mayor conoscimiento de Dios?» Respondió el Entendimiento: «Aquel que tuvo mas diferencias.» Dijo la Naturaleza: «Bien has dicho, et así es verdad.» Dice mas el Entendimien-

to : «Habeis dicho que unos están mas cercanos dél que otros; esto no puedo entender.» Dice la Naturaleza : «Cien hombres andaban á caza con un rey, et perdiéronse en un monte, et con la gran claror del sol que hacia, reverberando en la nieve, tornaron medio ciegos; et andaban á buscar al rey, y los unos no acertaron en el camino de la ciudad donde el rey era venido, y otros estaban ya acerca de la ciudad, mas no la veian; otros entraron en la ciudad, mas no veian el palacio; otros entraron en el palacio adonde estaba el rey, mas no lo veian por la turbacion de la vista; mas él mandábales dar de comer. ¿Has visto este ejemplo?» Dice el Entendimiento : «Cierto sí.» E dice la Naturaleza : «Pues ¿cuál estaba mas cerca del rey, puesto que no le viese ninguno?« Responde el Entendimiento : «No cale decir, ca manifiesto es.» Et dice la Naturaleza : «Tal es el acercarse el hombre á Dios, que aunque todos seamos ciegos de entendimiento en la comprehension et su conocimiento, pero unos mas que otros.» «Bien veo la declaracion, dijo el Entendimiento, deste ejemplo que pusistes; et bendito sea et loado el glorioso Dios que tanto conocimiento vos ha dado, y á él sean gracias sin fin et gloria, porque me ha hecho tanta merced que me ha alumbrado; mas yo querria ser certificado de una otra cuestion.» «Pregunta, dijo la Naturaleza, lo que querrás.»

Cuestion maravillosa: de la permanencia del alma despues del cuerpo.

«Gran gozo he habido, dijo el Entendimiento, en vuestro hablar tan dulce et tan breve et tan cierto; mas yo vos suplico que me saqueis de otra duda que tengo. Vos habeis dicho que el entendimiento del hombre es incorruptible, et yo no puedo imaginar cómo esto sea verdad, como veamos que de que hombre muere nunca torna respuesta ni mandado de los que van, ni nosotros no veamos ni sintamos tal cosa; antes cuando un hombre muere abre la boca et sale un poco de aire, el cual piensan los hombres que sea el spíritu, et mézclase con el otro aire, et no hay diferencia ninguna del uno al otro. Y aquesto nos face entender que el ánima muere con el cuerpo, et no es como habeis dicho.» A esto respondió la Naturaleza : «Este error malvado en dos géneros de personas ha venido : el primero ha sido en aquellos que hacen muchos males y se ven desesperados de lo que les dicen del otro mundo, que, segun sus malas obras, ven que no es posible alcanzar ellos la tal bienaventuranza, et por conhortarse dicen que despues de hombre muerto no hay ninguna cosa; y de aquestos tales fueron los saduceos, que decian que si tal cosa fuese verdad, que Moisen hobiera hecho dello mencion; y otros que oian disputar los naturales, los cuales dicen que, pues los naturales no lo prueban, que no es por siempre durable et incorruptible, et dicen que, pues ellos no hacen mencion de la resurreccion, que las almas se corrompen despues de la muerte; y á otros ha traido en aqueste error malvado confiar los hombres de su imaginacion, que como ellos no imaginan sino cosas corporales, piensan que no hay otras cosas sino las que tienen cuerpo. Aquesto viene por grosería et mengua de entendimiento; y por cuanto recitar las vanidades de las gentes en aquesta opinion seria muy luengo et casi infinito proceso, abreviando, vengo á la razon; cierto es que el alma del hombre es inmortal, y las razones son aquestas. No hay duda que el ánima ó entendimiento del hombre se ha hecho á semejanza ó imágen de Dios glorioso.» Dijo el Entendimiento : «Verdad es.» Dice la Naturaleza : «Y aquesta ánima, segun su ser eternâmente, es efecto producido de la causa primera.» «Así es», dice el Entendimiento. «Pues cierto es, dice la Naturaleza, que si el causado depende de la causa eficiente et conservante, durará aqueste efecto mientra durare su causa; así como si siempre el sol durase en el cielo habria siempre luz en el aire, así el ánima en esta manera, como sea efecto semejante producido de la causa primera.» Y á esto arguyó el Entendimiento : «Segun esa manera todas las cosas durarian por siempre; ca todas las cosas son efectos producidos de Dios, y en aquesta manera, no probais vos permanescer mas el ánima de un hombre que de un caballo.» A esto respondió la Naturaleza : «Todas las formas se producen de Dios mediante otras virtudes naturales, sino el entendimiento, el cual no es por virtud del cuerpo, mas el cuerpo es por él; así como es la red para tomar los peces, et así como son el caballo y las armas servicio para la vitoria; y adqueridos los peces et la vitoria, no son menester las redes ni las armas y caballo; é Dios glorioso le envia de su luz et virtud mesma, y lo cria et lo conserva, y no hay causa de destruirse si no se corrompiese la inteligencia primera, la cual es Dios glorioso, que es inmutable et incorruptible.» E dijo mas la Naturaleza : «Toda cosa que es subyecta de cosas incorruptibles es incorruptible; ¿otorgas esto?» Dijo el Entendimiento : «Por fuerza es; mas ¿cómo es el entendimiento del hombre subyecto de cosas incorruptibles?» Respondió la Naturaleza : «No hay duda que está en el ánima el conoscimiento de las substancias separadas et de las causas de todo el universo, y de los principios incorruptibles et infalibles.» El Entendimiento respondió : «Verdad es.» «Pues aquel conoscimiento incorruptible es.» Dijo el Entendimiento : «Sí.» La Naturaleza respondió : «Pues si el alma se corrompiese, corromperse hia todo lo que era en ella, y entonces lo incorruptible seria corruptible, lo cual es imposible.» «Así es», dijo el Entendimiento. Respondió la Naturaleza : «Pues luego pruébase necesariamente el entendimiento del hombre ser incorruptible. Otra prueba : aquello que es apartado segun la obra, es apartado segun el ser et la esencia.» «Verdad es», dijo el Entendimiento. Mas dice la Naturaleza : «Pues como la obra del ánima sea apartada de toda cosa corporal, síguese que sea apartada la esencia del ánima de la del cuerpo, et no se corrompa el ánima, corrompido el cuerpo.» E dijo mas : «Así es como el tañedor, que no quiebra cuando se quiebra su laud; pues el ánima es como tañedor, y el cuerpo como instrumento.» A esto respondió el Entendimiento : «Así es de las otras ánimas de las otras bestias, que sus cuerpos son así como instrumentos; et por aquí no se prueba lo que vos decis.» La Naturaleza dice : «Las ánimas de los otros brutos son formas producidas del poderío de la materia, y el entendimiento es cosa venida de la luz de la inteligencia. Aun hay otra diferencia : que las formas de los brutos son para catar et buscar provechos para los cuerpos; et los entendimientos han estado por acidente, et

su fin principal es entender y buscar las costumbres honestas, et huir las concupiscencias et los actos brutales, et mira cómo son diferentes en el principio y en el medio y en el fin. Pues síguese que el entendimiento es incorruptible. Otra prueba: cualquier cosa que segun su ser hace obras semejantes á las obras de Dios et de los ángeles, síguese necesariamente que, como es semejante en obra, sea en la substancia, ca en otra manera prevalesceria el acidente á la substancia, y es inconveniente, ca la obra seria mejor que su obrador, et cierto es que el entendimiento paresce á Dios y á los ángeles en el entender. Luego es necesario que les parezca en la esencia, que cual es cada uno, tales obras obra; y por aquesto se sigue muy claro el entendimiento ser incorruptible, et no hay causa que se corrompa por la corrupcion del cuerpo como no convenga en materia ni en cosa alguna, et son tanto separados cuasi como el hombre et su mula. A lo que dicen los que se fian de su imaginacion, yo te diré dónde toman el error. Cuida el entendimiento de los ignorantes que no hay ninguna cosa sino corporal, porque no entran en su corazon sino cosas corporales, et segun ellos no habria Dios ni ángel ni cosa alguna; y el que ha juicio et le convence la fuerza de la prueba demostrativa, ríese de los semejantes; y los que arguyen que no ven ellos el alma, tal es como si el ciego negase haber colores porque él no las ve, ó el sordo negase la melodía del tañedor ó la armonía suya; et piénsanse que los hombres despues que muertos tienen las pasiones et operaciones que tenian cuando vivos, y que son en aquella manera, y que les queda el amor y el odio de aquellas cosas; y están mucho léjos de la verdad. De los otros vicios que argüias no monta su decir mas, que los ladrones abominar los jueces y blasfemar de la justicia, et vituperarla et disfamarla. E así por estas pruebas et otras que habrás en casa de la Razon, se prueba el ánima del hombre ser inmortal.» Y aquesto acabado de decir, la Naturaleza hizo fin y la Verdad mostró el espejo que tenia en la mano, et vió allí el Entendimiento las cosas siguientes en esta manera.

CAPITULO XX.

Que es una recapitulacion de lo que vió el Entendimiento en casa de la Naturaleza.

Aquesto acabado de decir, la Verdad mostró el espejo de las causas naturales de las cosas siguientes: primeramente el número de los principios y la contrariedad de aquellos; é vió la reprehension de los errores de los antiguos; é vió en qué manera los principios son uno et son dos y son tres; é vió los secretos cómo la materia simple salió en ser, y en qué manera difiere de la primera causa; y maravillóse el Entendimiento por qué la materia comprehendia tantas formas, hasta que vió qué cosa era natura y cuánto se extendia su poder; é vido la diversidad de las causas, así esenciales como acidentales; é vió las opiniones del caso y fortuna, y qué cosa era contingente de raro; et vió qué cosa era fado et contingente muchas veces, et vió qué cosa era fado; é vió cómo la naturaleza hacia por fin, et vió las naturalezas del entendimiento, y cómo era de aquellas cosas que eran en potencia solamente; et vió las maneras del infinito y los errores que habian sido acerca dél; é vió cómo no habia cuerpo que fuese infinito de cuantidad, et vido qué cosa era infinito en poderio y cómo se entendia; et vido las opiniones de los que hablaron del lugar, y qué cosas están en lugar, y cuál fué la sentencia de los antiguos en aquesto; é vió cómo solamente las cosas corporales están en lugar, et vido cómo el cielo postrimero no estaba en lugar, ó él era lugar de todos los cuerpos; et vió la opinion de los antiguos en el poner del vacuo, y cuál fué la intencion de aquellos que lo pusieron, y cómo lo prueban, y los errores de los que ponian un cuerpo sólido penetrar las dimensiones de acto; et vió las opiniones del tiempo y de aquellos que decian que el tiempo era solamente en el ánima; et vió cómo el conoscimiento del tiempo dependia del conoscimiento del movimiento; é vió los secretos de la eternidad; é vió cómo solas las cosas naturales movibles están en tiempo; é vió cómo el tiempo es causa de la corrupcion de las cosas; é vió cuántas especies eran de los movimientos; et vió la corrupcion del contino, cómo era imposible componerse de no continuos; é vió qué cosa era alteracion et generacion et corrupcion; é vió cómo se entendia el movimiento ser perpétuo et haber comenzado; et vió la permanencia et mudacion de las cosas; et vió el movimiento circular ser primero que todos los movimientos; é vió cómo los cuerpos del cielo no son pesados ni ligeros, et cómo no se puede acrescentar ni menguar, et vió cómo el mundo era uno, et vido el error de aquellos que dijeron los mundos ser muchos; vido cómo defuera del mundo no hay lugar ni tiempo; vido cómo el cielo no se puede engendrar ni corromper; vido cómo el cielo es alongado de nocumento y de corrupcion, y de trabajo y de contrariedad, et vió qué cosa se llamaba en el cielo bajo y alto, derecho et siniestro; vió la diversidad de los que moraban yuso el diestro del cielo et siniestro, así sobre el un orbe como sobre el otro; vido la causa final por qué convenia los movimientos del cielo ser muchos, et vió qué era la causa por qué el cielo era redondo; et vió la causa de la diversidad et cuantidad et figura de los cuerpos de los cielos; et vió qué era la causa por qué el cielo se movia de oriente en ocidente, et por qué el su movimiento no era mas acrescentado ni mas amenguado una hora que otra; et vido la natura et la figura et las cantidades et la materia de las estrellas. E maravillóse el Entendimiento de tanta diversidad de efectos como vió proceder dellas; et vió cómo todas rescebian lumbre del sol; et vió la órden de las esperas et las distinciones de sus movedores et movimientos; et vió cuál era la causa de haber en un cielo muchas estrellas y en otro no mas de una; et vido las propriedades y efectos suyos; et alabó et bendijo al Señor Dios por la notificacion de tantos secretos, en especial cuando vido las virtudes de los movedores conjuntos; et vido el error de los que aquesto negaron dónde se tomaba; et vido los errores de aquellos que decian que la tierra estaba sobre el agua nadando, et vido el error de aquellos que decian que estaba en el aire sostenida por las concavidades grandes; et vió el error de aquellos que decian que estaba detenida violentamente por el movimiento grande del cielo; et vido la causa verdadera de su holganza; et vido las distinciones de los climas, et la causa de tempranza ó intemperanza de las regiones. E ma-

ravillóse el Entendimiento de tanta diversidad de tierras; vido cómo los animales seguian las complexiones de los lugares donde nascian por la mayor parte; et vió la generacion de los montes y la causa de la diversidad de los mares, et la generacion verdadera de aquellos, et por qué unos son de mayor cuantidad et profundidad que otros; vió la causa verdadera de ser salada, y de su crescimiento et amenguamiento; é maravillóse el Entendimiento cuando vido que todas las aguas procedian de la mar et perdian la salsedumbre, et vió virtudes admirables de ciertas aguas; é maravillóse el Entendimiento cuando vió que el beber de una agua causa olvidanza et otra memoria, otra odio et otra amistanza, et así de otras propriedades admirables que halló en la diversidad de aguas; et vido la naturaleza del aire, et su region, et su movimiento; vido la naturaleza de los vientos, et maravillóse de las diversidades de aquellos; et vido por qué unos eran recios et otros flacos, y por qué eran unos calientes et otros frios, et unos secos et otros húmidos; et vió por qué unos hacian provecho á los frutos, otros á la generacion de los animales; et por el contrario, vió de dó procedian las corrupciones del aire; vió la causa de los diluvios, del fuego; vido cómo estos elementos se engendraban unos de otros, et se corrompian unos con otros, et cómo la generacion et corrupcion era por siempre; et vió la diferencia que es entre alteracion et generacion, et cómo se hacen el augmento et diminucion, et qué cosa es accion et pasion; vido cuál era la causa material et formal de los elementos, et cómo los elementos no pueden ser sino cuatro; vió cómo un elemento era contrario de otro, et vido la causa por qué el aire en una parte era frio y en otra caliente; vido cómo el movimiento era causa de calentura; vido la causa de la generacion del hielo, et vió si los cometas algunas veces significan muertes de grandes hombres et batallas grandes, et cuánto se extendia la mentira ó verdad de aquesto, et vido la causa de los grandes fuegos engendrados en el aire, et vido la diferencia de la generacion del rocío et de la lluvia, et de la oscuridad y de la niebla, et de la helada, et cómo aquestas cosas convienen et difieren; vido la generacion de la nieve, y qué era la causa por qué cuando nieva se aserenaban las nubes; et vió qué era la causa por qué las gotas de la lluvia en un tiempo caen recias y en otro mansas; vió qué era la causa de la diversidad et cuantidad del granizo et de las piedras; y el Entendimiento maravillóse por qué manaban muchos rios et fuentes de los montes altos et grandes, et por qué no procedian de las regiones llanas; vido qué era la causa de los grandes dilluvios et mutaciones terribles; vió las causas verdaderas del terremoto y de sus species, y de sus diferencias y de sus cuantidades, y cómo algunas veces son causa de grandes diluvios de aguas y de fuegos, et desgastan la tierra de dos ó tres maneras; vido qué era la causa por qué muchas veces se hacian terremotos en las ínsulas marinas y en algunos climas; vido las verdaderas causas del tronido y relámpagos; é maravillóse el Entendimiento cuando vido el relámpago regalar el oro et no romper la bolsa; é vido secar los huesos del hombre y no penetrar el cuero, et otras veces que no quemaba sino los cabellos; vido que rompia la cuba y que no se vertia el vino, et maravillóse cómo regalaba la campana y no se quemaba la soga. Mas se maravilló por qué en el animal muerto con el relámpago no se criaban gusanos; y de aquestas cosas todas vido las causas naturales, et gozóse mucho por haberlas sabido; vido las causas verdaderas del viento que llaman torbellino, de las figuras et colores del arco del cielo, y de las vergas y de las líneas perpendiculares que parescen acerca del sol y del círculo de la luna, y de la mácula que en ella paresce; vido la causa de la generacion de los metales y de las piedras, y las virtudes de aquellas; y maravillóse el Entendimiento cuando vido estar esculpidas naturalmente figuras de animales en aquella, sin preceder artificio; et tambien se maravilló cómo la calamida atraia el hierro, et vió en otras piedras admirables virtudes que rescebian de los lugares y de las influencias de las estrellas; é maravillóse el Entendimiento cuando vió que las piedras, si estaban mucho fuera de los lugares do fueron engendradas perdian la virtud; é vido maravillosos secretos en la scultura de las piedras, et alabó á Dios, que ge lo habia notificado; é vido las causas de la materia y del lugar, y de la conmixtion et de la dureza, y de la ponderosidad et ligereza, y de la claridad et oscuridad de aquellas, y despues vido el lugar de la generacion de las plantas y la materia de aquellas, y las causas generativas suyas et diversidad, y por qué comunmente las plantas todas son verdes; é maravillóse el Entendimiento por qué unas hojas de las plantas eran grandes y otras pequeñas, et otras blandas et otras duras, et otras espinosas et otras muelles, et tambien se maravilló de la cuantidad et figura et color de las flores; tambien se maravilló de la diversidad de las simientes y de los fructos, y de sus figuras y de sus colores y de sus sabores, hasta que vido la causa; é maravillóse por qué los fructos maduros se mollificaban y las simientes maduras se endurescian; vido por qué en unos lugares se engendraban grandes árboles, y en otros pequeños, y en otros ningunos; vido la causa por qué unos fructificaban una vez en diez años, otros en cuatro, otros en cinco, otros en dos y otros en uno, otros en un año dos veces, otros siempre; vido la materia del engerir y las tres maneras del permanescer dellos, y cómo en cinco maneras una planta se mudaba en otra; et vido por qué unas tenian espinas y otras no, y cómo unas eran aromáticas et odoríferas, otras medicinales, otras mortíferas, otras laxativas, otras constrictivas et opilativas, otras incentivas y penetrativas, et así de las otras propriedades; vió las cuatro virtudes del ánima vegetable, conviene saber, atractiva, retentiva, digestiva y expulsiva; despues vido dónde se causaba el seso de tocar, et como era comun á todos los animales; vido cómo algunos animales conchiles no tenian mas de aquel sentido, et vido las propriedades del oir y sus causas, y del oler; vido cómo algunos animales tenian los tres sentidos destos ó los cuatro, y eran desta vida privados; é vido cómo se causa el ver; é vido secretos maravillosos en el arte de los espejos y perspectiva, y qué es la causa por qué la vista se enflaquesce mirando las cosas muy claras y se conforta con las escuras; et vido por qué las de cerca parescen grandes, y de léjos pequeñas; tambien se maravilló hasta que supo la causa; é vido la causa del seso comun y de la ima-

ginacion, y de la estimativa natural y de los otros sesos inteFiores, así como memoria et fantasía, y cuál era la causa de los sueños vanos et verdaderos; et gozóse mucho el Entendimiento en saber cuál era oráculo y cuál metáfora y cuál profecía; y despues vió el Entendimiento secretos maravillosos sobre aquesto, et alabó á Dios porque tanta merced le habia hecho; vido la causa de sus movimientos de los animales y de sus duraciones, de sus muertes y de sus vidas, et cuál era la diferencia entre spíritu et alma y entendimiento; é vido cómo la respiracion era causa de la vida de los animales; vido tanta diversidad de semejantes especies et figuras de los animales, así en los mares como en las tierras, que fué una maravilla grande al Entendimiento, mayor que todas las otras; vió que la natura habia proveido tanta diversidad de ánimas, segun habian de buscar la vida; ca á las aves fluviales que habian de andar en el agua dió poca pluma en las colas porque no les estorbasen de nadar, dióles los piés cerrados para que nadasen, et dióles las cervices luengas para que sacasen su vianda de bajo del agua; y á las que viven fuera del agua dióles las piernas luengas para que pasasen los lodos; y á las aves de rapiña, que eran mas animosas por causa de la calentura y de la sequedad, les dió uñas muy fuertes con que trabasen, et pico muy recio con qué firiesen, y las alas grandes con que volasen, y la cola grande con que en el aire se sostuviesen y les fuese como gobernalle en la nave. E paró mientes el Entendimiento, et vido cómo la natura habia sido sagaz, et la providencia de Dios era grande et maravillosa; ca miró cómo daba al pollo pico con que saliese del huevo et rompiese la tela y el casco, et que él mesmo era instrumento para coger el grano de la tierra; et vido la gran piedad que habia sido de Dios sobre los animales pequeños, los cuales no tenian fuerza para comer las cosas duras ni virtud para digerirlas; dióles la teta de la madre, que era muelle y esponjosa, et la leche, que era nutritiva et dulce; et puso afeccion y amorío et piedad sobre las madres para que amasen los hijos; y para aquello hizo las hembras mas muelles, mas misericordiosas, mas temerosas que los machos, excepto la onza, la loba, et muy pocas de las aves de rapiña. E maravillóse el Entendimiento cuando halló en los animales brutos experiencias et industrias, y edificios et costumbres maravillosas; ca vido entre algunos animales haber semejanza de reino, y que habia rey, caballeros et labradores; ca vió entre las abejas haber un rey que las guiaba et á quien obedescian, y otras que defendian la miel de las avispas et otras moscas silvestres; é vido entre ellas otras que melificaban, et otras que les ayudaban á descargar cuando venian; y maravillóse cuando vido en las grullas semejanza de rey que las guiaba et á quien obedescian; y mas se maravilló (porque ellas no oian) que natura les habia proveido que echasen una que las velase, y que toviese una piedra entre las uñas que la despertase; y tambien se maravilló de la libertad del águila, cómo estaba con su malicia tanto litigiosa, que no padesce compañía ninguna, ni de sus hijos proprios; é vió cómo el leon era magnánimo, ca ante acometia al hombre que á la mujer, y al grande que no al pequeño; vió cómo fambriento era airado, y de que farto era liberal et gozoso; é vió amistanza natural y enemistanza entre los animales, et vido la causa por qué el caballo y el perro eran muy amigos de los hombres, é vió cómo el buey y el cuervo eran enemigos naturalmente; é vido cómo la raposa y la culebra eran tanto amigos, que podian morar en una cueva, é vido la causa de aquesto; é vió que en los animales habia medicina, ca algunas aves ponian piedras en los nidos por defenderlos de las sierpes, así como la vípera; y otros animales comian ciertas yerbas contra las ponzoñas, así como el ciervo y el can et la mustella, et otros muchos semejantes; é maravillóse cuando vió piedad entre los animales, ca vido la grulla y el cuervo criar los padres despues que viejos; vió hurto entre ellos, así como en las grajas; vido como las picazas y los papagayos facian escarnio de las otras aves; vió por qué algunas aves pequeñas eran enemigas del asno; vido entre los animales hacer provisiones, así como en las formigas; vido otros armar lazos, así como las arañas; é vió otros echar celadas, así como el leon, la raposa, el gato; é vió guardar deudo, así como el caballo, que no adulteraba con su madre; é otros guardar viudez et castidad, así como las tórtolas; vido cómo el pavo comia los huevos de la pava porque ella no criase, y el padre usar pudiese mas liberalmente con ella; vido unos temerosos, como los canes et las liebres, et los buhos et lechuzas; é vido cómo otros eran audaces, como la garza, el leon, el pardo, el águila y el jimio, et la mustella, el gavilan; vido en las aves unas muy malenconiosas, como las perdices, que tambien son lujuriosas et ladronas; vido otras benívolas, así como las palomas, et vió cómo los animales de una especie todos habian una imaginacion et una industria, ca las golondrinas todas hacen los nidos en una manera, et las otras cosas así son en esta manera. E vista tanta diversidad de costumbres, vido cuál era la causa que unos hacian muchos hijos et otros pocos. Asimesmo vido en los peces estas diversidades et rapiñas, ca vido que los dolfines naturalmente se deleitaban en los dulces cantos et sones, et amaban alguoos dellos la compañía de los hombres; vido tantas propriedades et costumbres, que cuasi de contar seria inumerable; et pasóse á ver cómo se engendraban los hombres, et de qué y en qué manera; et vido qué era la causa por qué una mujer no concebia en un tiempo et concebia en otro, otra que tarde, otra que nunca; et vido cuál era la causa que una mujer paria hembras et otra machos, et por qué una paria dos ó tres ó mas, et cómo otra no, sino uno; vido por qué la mujer crescia mas que el hombre, se envejecia mas aína, et alguna de que vieja duraba muy mucho; é vió cómo una mujer preñada de tres meses podia otra vez empreñarse et parir en dos partos; vido cómo la mujer podia parir á siete meses ó nueve ó diez, y cuáles eran las causas desto. Y dijo la Naturaleza que aquel era su oficio et su vida; et todos los sábios que allí estaban fueron con el Entendimiento á andar por la huerta, mostrándole las naturas de las cosas; et así la Razon los llevó á su casa, y él tomó licencia de la Naturaleza, et partióse de aquella casa; y el Entendimiento dió gracias al muy alto Rey de gloria porque así lo habia alumbrado.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo la Razon llevó al Entendimiento y á las otras compañas á su casa.

Despues que levantado el Entendimiento con la célica ó bienaventurada compaña, tomaron folganza deleitable et reposo muy dulce por la sagrada huerta, disputando de las cosas divinas y celestiales et naturales, la Razon los llevó á su casa, así como á un deporte agradable, á fin que el Entendimiento viese su habitacion, et fablase con ella así como con las otras hermanas habia hecho, y ella le quitase algunas dudas, de las cuales le habia hecho mencion á la entrada del huerto; et así á todos plugo, et mas al Entendimiento, la entrada de su casa, y desque entrados vieron la fábrica de la casa, que era toda de maderos incorruptibles et muy odoríferos, ca eran de setin, et de cedro y de ciprés, los cuales eran cubiertos de azul y de oro por un enlazamiento et pintura admirable, y á los cuatro ángulos de la casa estaban cuatro doncellas, las formas et figuras de las cuales tenian maravillosas costumbres, et delectables et muy útiles ejemplos, et muy necesarios á la vida humana, y en medio de la casa estaba aun otra compañía de muy honestos hombres de gran auctoridad, et por toda la casa andaban otras doncellas angélicas et en los gestos muy agradables, allende de lo que se puede decir, y las dos hermanas, la Razon y la Verdad, se asentaron mas altas, y todo el colegio bienaventurado en torno, sino Sócrates et Séneca, que se asentaron á los piés. Y demandó la Razon al Entendimiento que le repitiese la razon del fin del hombre, y le reduciese á la memoria las dudas que tenia acerca de aquello; que habia gran placer porque era venido á lugar donde satisfaria con razones et fartaria su deseo, é impunaria con aquellas mesmas las opiniones vanas.» Dijo el Entendimiento: «Dios sea alabado, et haya muchas gracias por siempre, que me ha alumbrado con su lumbre, ca yo no estó agora en la disposicion que primero estaba, ni me ruedan las semejantes fantasías por la imaginacion; antes sé bien que hay un Dios glorioso et bienaventurado, el cual es hacedor et producidor de las cosas, y es regidor et conservador de aquellas; y eso mesmo sé bien que todas las cosas del mundo han sido hechas et ordenadas por él, y no pasan la órden que natura les ha puesto, et son uniformes et no mudables en sus operaciones, et veo que solo el hombre excede las reglas derechas de natura et las quebranta, et no hay cosa en ellos bien ordenada ni bien regida, ni cosa en ellos estable ni firme. Todo es desordenado, todo es injusto, todo es variable, lo cual no vemos en ninguna de las cosas criadas; ca las inteligencias movedoras de los cielos, et los cielos y los planetas y las otras estrellas guardan la órden por Dios á ellos mandada; eso mesmo los elementos, et cada uno de aquellos guardan eternalmente la regla que natura les ha impuesto en el estar de sus lugares y en sus comixturas y en sus movimientos; y tambien en las especies de los animales cada una de ellas guarda la ley impuestá por la ley de natura en sus deseos, en sus movimientos, en sus costumbres, en sus industrias y en sus propriedades; y en aquestas cosas no hay mudamiento, no hay alteracion, excepto en el hombre. E viendo aquesto, vínome á la imaginacion, ó Dios no curar del hombre et no lo haber fecho por ningun fin, ó el hombre no curar de Dios ni curar del fin para que fué hecho.»

CAPITULO II.

Cómo el Entendimiento dijo las desordenaciones del hombre por órden en particular.

Despues que el Entendimiento hobo explicado su intencion en universal, rogóle la Razon que, porque aquellos señores et señoras que allí eran supiesen su intencion mas largamente, que le pluguiese explicar su opinion et concepto mas en particular. Et dijo el Entendimiento: «Si por ventura órden hobiese de estar en el mundo entre los hombres, et siguiesen ellos alguna órden ó regla, hallarse hia aquesta órden ó regimiento en una de dos casas principales; et aunque en todo el mundo se perdiese la tal regla, á lo menos allí se debria hallar.» Dijo la Razon: «¿Cuáles son estas dos casas?» Responde el Entendimiento: «La que administra la Santidad y la que administra la Justicia; ca la una destas dos nos dice qué habemos de haber despues desta vida, y en qué manera lo habemos de alcanzar; la otra nos dice cómo nos rijamos et vivamos en este mundo; et cada una destas dos casas es mas desordenada que ninguna de las otras. E cierto es que, si los primeros conosciesen que habia otra vida et otra holganza, y otra delectacion ó gloria sino aquesta, buscarian manera cómo la alcanzasen. Ca si un hombre fuese cierto que por prestar cien florines al rey un año que está en necesidad, que le daria dende á dos años una villa ó una gran posesion, no hay duda que aqueste hombre buscaria aquestos dineros, aunque supiese vender ó empeñar todo lo que tuviese, si fuese cierto de la promesa.» Dijo la Razon: «¿Qué desordenanza ves tú en aquesta primera casa?» «Tantas son las desordenanzas, dijo el Entendimiento, que no sé por cuál me comience. Mas, segun lo que vos me habeis dicho, el primer bien del hombre es que su entendimiento sea purgado et alimpiado de las torpes fantasías, et sea alumbrado con la certidumbre de la verdad, para que despues haga obras que sean consonantes al entender suyo; que pues la voluntad sigue al entendimiento, tal será la voluntad et las obras; et cierto es que ellos habian de alumbrar el mundo en aquestas dos maneras: con el entendimiento enseñando et mostrando, et con las obras ejemplificando. Pues si demandais del entendimiento suyo, dudo si hallaréis en el mundo gente mas apartada de saber; ante paresce que acordadamen-

te han escogido los mas idiotas et mas ignorantes para aquello; ca si entre ellos se halla un hombre que haya un poco de sciencia, hallarse han tres mill ignorantes; y á tal tiempo han venido, que ellos no reputan sciencia la que no es para ganar dinero, en tanto que entre ellos hay proverbio vulgar de hacer burla del saber ó sciencia que no es lucrativa de pecunia, así como si fuese supérflua ó inútil, y el saber de aquello fuese demasiado. Pues si preguntais de las obras et de las disoluciones por órden, todas son llenas de abominacion desd'el pequeño fasta el grande; si no, yo vos pregunto: ¿Adó hay mas intemperanza et mas sueltos los frenos de la gula? Adó los adulterios no corregidos ni reprehendidos? Adó las ilícitas ganancias de la simonía? Adó los sacrilegios? Adó las excomunicaciones? Adó las cosas que nos amonestan? ¿Quién las quebranta sino ellos? Adó anda la fallacia y engaño de la hipocrisía? Adó es perdida la devocion mas que en ellos? Adó el poco temor de Dios? Cierto no es en gente ninguna mas que en esta, ni tanto.» E dijo la Razon: «En la segunda casa, ¿qué desordenanzas veias?» El Entendimiento responde: «Cierto tambien son tantas, que yo no sé cómo las diga; ca cierto es que, así como para el otro mundo habiamos de tomar ejemplo de los que habemos dicho, así en aqueste mundo habíamos de tomar ejemplo et regimiento de apuestos. E si por órden quieres que diga las abominaciones que he visto en aquella segunda casa, vi las personas mas altas hacer las cosas por opiniones vanas, et por desordenados et temerarios favores, y haber mas lugar en ellos las malas informaciones, et hacer en ellos mayor emprenta la credulidad ligera, et hacer actos inconvenientes á los estados et dignidades suyas. E vi que tambien daban beneficios por maleficios, como los primeros, et tan desordenadamente; y de que bien miré toda la casa et todos sus edificios y estados, vi allí el engaño et la malquerencia ascondida et la amistanza simulada, la invidia desventurada et triste. Allí las lisonjas, que cuasi todo era lleno; allí las mentiras cuasi en número infinito, allí las falacias encubiertas, allí los miedos et temores tremulentos, allí las esperanzas vanas et locas fantasías et imaginaciones, allí las persecuciones maliciosas, allí los disfavores et burlas excesivas et muy deshonestas, y desgaires et correduras fuera de toda mesura; allí la codicia del dinero no limitada, allí la vanagloria et jactancia presuntuosa, allí el contender de igualdad con los mayores, allí la escalera de honra infinita, allí todos los excesos et desordenanzas del mundo, allí el sustentar de los ladrones y malhechores, allí de todo la punicion de los ignorantes, allí el poner de las leyes, el primer quebrantar de aquellas; allí el lugar de la justicia vacío et lleno de robo, allí todo lo que contradice á bien vivir; y cierto vi entre ellos que todo el derecho era tener mayor poderío, et toda la justicia era poder mas; y pensé que las leyes eran como las telarañas, en las cuales caen las moscas, y las otras aves et bestias rómpenlas et quiébranlas; y subió en mi corazon que los de la casa primera nos engañaban, porque decian que habia otro mundo et no curaban dél, y que era falsía; y que ellos así lo entendian que era burla, ca en otra manera trabajarian por haberlo; y los de la casa segunda pensé que nos hacian servirlos et cumplir sus leyes, et obedescer sus mandamientos por temor, y que no habia otra cosa sino nascer et morir. E confirmóse en aquesta opinion mi alma de que vi el estado de todo el mundo, é vi que lo que unos alababan, vituperaban otros, y lo que unos tenian por santidad, otros decian que era idolatría; y lo que unos afirmaban por verdad, otros lo improbaban et contradecian por falsía; y lo que cerca los unos era alabado, cerca de los otros era vituperado; y los unos habian una cosa por lícita et honesta, los otros decian que aquella mesma era prohibida et abominable. Vi que todo era opiniones, todo persecuciones, todo engaño, todo maldades, todo abominaciones. Todo fe rompida, et todo amor de dinero, et desordenanzas et vicios, et sinrazon innumerables de decir; y no vi en la mar tantos géneros de peces, ni en la tierra tanta diversidad de animales, ni en el cielo tanto número de estrellas, cuantas especies et maneras de viviendas vi en solos los hombres. Y aquesto me ha confirmado et raigado en el corazon los hombres no ser hechos por fin alguno; ca si algun fin hobiese para que fuesen hechos, farian las obras dirigidas á aquel fin, así como hace el mercader á la ganancia. E veis aquí lo que me ha traido en esta opinion, así como vos dije otra vez á la entrada del huerto.» Respondió la Razon: «Placer he grande porque he entendido tu intencion tan especificada; ca tal manera debe hombre tener en el sanar de las opiniones como el físico tiene en el sanar de las dolencias á los enfermos et dolientes, y el zurujano en el curar de las llagas; ca conoscida la causa de la enfermedad ó la profundidad de la llaga, ponen la medicina conveniente et saludable, quitando los impedimentos, acercando las cosas convenientes.»

CAPITULO III.

Cómo la Razon dijo el engaño de los hombres, et dónde se toma la flaqueza et la fallacia en el argüir.

Luego que el Entendimiento cesó de hablar, la Razon comenzó en aquesta manera: «Dios et natura no hacen ni nunca han hecho cosa demasiada, ni ha sido nascida cosa en natura, de la cual no procedió causa legítima et buena; pues como el hombre, entre las cosas engendrables et corruptibles, tiene principal dignidad et señorío, abusion seria et gran vanidad que confesásemos que las cosas menores et menos dignas fuesen hechas por algun fin, et las mejores et las mas excelentes fuesen privadas de aquel. E por tanto, no me parece razonable opinion de aquel que dice, el buey ó el caballo sean fechos por fin limitado y sabido, y el hombre sea fecho por caso et ventura. Mas yo sé bien qué hace á los hombres venir en aquesta opinion dañada et abominable, que ellos no entienden que hay otros bienes sino los que ellos conoscen; é son así como el tercianario cuando juzga que las cosas dulces todas son amargas; é así como el que tiene enfermedad de oftalmía en los ojos, que juzga todas las cosas ser blancas; é así contesce á los hombres por caso del apetito corrupto. Mas de aquesto yo te hablaré adelante mas largo. Pero el primero fundamento que quiero que hayas, es que los hombres son hechos por algun fin, y no son hechos para ninguna de las cosas por los hombres conoscidas principalmente. E quiero mas, que se-

pas que ningun hombre malo puede rescebir beneficio ni cosa ninguna buena, aunque te parezca el contrario. E dígote mas, que el fin de todos los hombres es uno finalmente, aunque las intenciones intermedias sean muchas, así como el arte de hacer los frenos de los caballos y las sillas et coberturas, et tambien el arte de hacer los arneses y las armas, puesto que tenga muchas intenciones y los fines intermedios sean diversos, todas estas artes son subordenadas á la órden militar, y aquella es subordenada á la batalla, y aquella á la victoria; et la victoria es causa de arredrar los enemigos et inducir la paz, y aqueste es el primero fin entendido de la república. Y asimesmo te digo que, aunque de los hombres los actos sean diversos por fines intermedios, á la postre todos se reducen á un fin, que es bien vivir et bien obrar, et todos dicen que aquesta es la bienaventuranza; ca dicen ellos, et verdad es, que el bien vivir es aquel que todas las cosas desean. Cierto es que todos los hombres desean haber bien et huir del mal, y no es codiciada ninguna cosa por ellos que no sea buena ó que no tenga alguna especie de bondad aparente ó existente; y para haber aqueste bien diversamente trabajan los hombres, los unos por mar ó robando ó pescando, otros por tierra ó en las labranzas, ó en artes ó en oficios, ó en diversas maneras de vivir; é si les pregunta hombre qué les mueve á aqueste trabajo, dicen que querrian haber bien; ca, así como el entendimiento no es contento sino con la verdad, así la voluntad nunca se harta sino con la bondad. E son así estos dos como el oir, que no comprehende sino las voces, et la vista, que no comprehende sino las colores. Mas aquestos hombres que trabajan todos por haber bien, no entienden aquel bien reducido al particular que sea en una manera; ca unos entienden que no hay otro bien sino comer et beber et dormir; aquestos buscan manera et artificio cómo coman et beban, y muchos de los tales se hacen truhanes por comer libremente en casa de los grandes señores, y otros cocineros et otros pasteleros, et otros carniceros y otros taberneros, y todo aquesto por haber ocasion de comer et beber, y muchos de los grandes y de los ricos los acompañan en los deseos y en las obras. Aquestos tales son inferiores y mas bajos en los fines, et no merescen ser contados en el grado de los otros hombres, ca son aquellos de quien habló la Sabiduría, que su dios es su vientre, y otros entienden que su bien et su perfeccion es en adulterios et disoluciones carnales, y aquestos tales todo su estado et su fin et bienaventuranza es cómo complacerán á las mujeres y cómo les parecerán bien, et cómo habrán dineros para darles; aquestos muy poco se arriedran de los primeros. Hay otros que entienden que toda su bienaventuranza es tener gran cuantidad de moneda et multiplicar en infinito, y muchos de los tales no gastan del tal dinero mas que de posesion ajena, y précianse de las necesidades de la vida. Y muchos de los tales sufren injurias et vituperios y deshonras infinitas, et rompen juramentos, cometen crueldades infinitas, et todo por tener dinero; y aquestos mucho son peores que los segundos, et no son en menos grado de vileza que los primeros. Otros hay que toda su vida trabajan por causar en la gente opinion que son sábios ó fuertes ó santos ó buenos; et no se curan que aquellas cosas sean verdaderamente en ellos, sino solamente que hayan la fama; y por aqueste deseo muchos han perescido en el mundo, ó por multiplicar la tal fama en sus dias ó por dejar la de sus muertes; et aquestos son mucho mejores que habemos dicho, puesto que su deseo sea vano. Otros trabajan porque las gentes los vean honrados y en gran aparato, porque piensan que la mejor cosa que pueden haber en este mundo es la honra. E muchos murieron por haber aquesta; et aunque aqueste deseo sea vano, ya es mejor que ninguno de los otros tres primeros. E mira aquí, que puesto que todos codician el bien, cuántas son las intenciones en esto, que aun hay otros que piensan que ser grandes de linaje es la mejor cosa que haber puedan; otros se gozan que son muy graciosos de palabras, otros que cantan, et así de las otras gracias; y aquestos son en suma los bienes que son conoscidos et buscados por los hombres; y aquestos solamente son buenos segun la opinion, et comunmente se dan á hombres viciosos, y de aquí nascen todos los errores que tienen; é aquesta ha sido causa de la tu imaginacion et opinion dañada. Mas porque no procedamos sin órden, yo fundaré algunos preámbulos que sean declaracion á lo subsecuente, así como hizo la Sabiduría, para quitarte del corazon las dos opiniones que tocaste en suma, es á saber, cómo no habia en este mundo ni en el otro cosa cierta.»

CAPITULO IV.

Cómo la Razon puso por fundamentos ciertas proposiciones et presupuestos para probar el fin del hombre cuál era.

Dijó la Razon: «Dos cosas has tocado en suma, conviene saber: en la desordenanza desta vida, et segun tu opinion, en el no esperar de la otra. Y por tanto habemos de tocar dos vidas, en las cuales están dos bienaventuranzas, mas para esto son necesarias preceder algunas conclusiones, ca toda doctrina et toda sciencia procede de ciertos principios conoscidos et otorgados primero; y es la primera conclusion, que toda cosa desea el bien ó alguna cosa so especie de bien, et toda cosa aborresce el mal ó lo que le paresce mal; cuya declaracion es, que toda cosa desea su conservacion et su semejanza et su fin, como todas las cosas tengan mucho de la bondad et poco de la malicia, segun probó la Sabiduría hablando de la bondad de Dios; desean la bondad, con la cual se conservan, et aborrescen el mal, con el cual se destruyen. É como alcanzar aquel sea el fin de toda voluntad, necesario es que haya deseo de alcanzar el tal fin. Pues síguese que es verdadera la proposicion.» A aquesto respondió el Entendimiento, et dijo: «A mí me paresce lo contrario, ca muchos hay que desean robar et matar y adulterar, que son cosas malas.» A esto respondió la Razon: «Estos todos que dices no se moverian sino sobre una especie de bien; ca el ladron ni robador no entienden en la forca, ó si la entienden, dúdanla; mas entienden enriquescerse et salir de miseria; y el matador entiende vengarse, y el adúltero deleitarse. Así que todas estas cosas son deseadas so semejanza de algun bien.» Replicó el Entendimiento: «Habrá caso en que no haya bien ninguno ni semejanza de bien, así como el que cobdicia de desesperarse, y es el deseo tan fuerte hasta que se priva de la vida; porque se sigue la proposicion ser falsa.»

A esto respondió la Razon: «Cuando son dos malos, el uno grande y el otro pequeño, el menor paresce ser bueno en respecto del mayor. Al que se desespera paréscele que sea un gran mal la tristeza de cada dia; ca ve que no puede salir de tristeza, et por tanto le paresce que es mejor pasar aquella tristeza en un dia que en tantos; et por tanto, so especie de mejor, escoge la muerte; prepone el morir una vez al morir tantas veces. É mira aquí cómo la primera proposicion es infaliblemente verdadera. La segunda proposicion es, que toda cosa que se desea, ó es deseada por sí mesma como salud, ó es deseada por otra cosa, como la medicina amarga, que es deseada por conservar ó adquirir la salud, ó así como la ropa, que es para arredrar el frio, ó así como el comer, que es por causa de la vida. Tercera proposicion: que toda cosa que sea desea la por otra, es peor que aquella por quien se desea, et la final et postrimera es mucho mejor; como el revolver de las ruedas, que es por el dar de las horas, et así como la salud es mejor que la medicina; en estas proposiciones no hay falta. La cuarta proposicion: que de los bienes unos son buenos en sí mesmos, así como la sabiduría et la salud; y otros son bienes segun la voluntad y estimacion de los hombres, así como los dineros et otras semejantes cosas. Y cierto es que toda cosa que es buena en sí mesma es mejor que la que es buena segun la estimacion et voluntad de la gente; y esta clara es, que el que está muy enfermo querria mas salud que todo el dinero del mundo, y el que está sano no sofriria una gran enfermedad ó un dolor contino que le afincase fuerte por toda la riqueza. É así es del saber en respecto de la ignorancia; ca no escogeria un sábio por todo el mundo tornarse loco ó ignorante. Quinta proposicion: que no hay otra cosa buena sino la que es honesta. La prueba desto es esta: cierto es que aquello que es bien, que es verdadero et derecho et convenible; y como lo honesto no pueda ser sino en esta manera, síguese que no hay otra cosa buena sino la que es honesta. Ca pongamos que no fuese deshonesta, ya no seria expediente, ni derecha, ni verdadera, ni convenible. Sexta proposicion es, que el deseo del hombre tiene término donde fuelgue; cuya prueba et declaracion es, que toda cosa tiene su fin adonde fuelga naturalmente, y fuera de aquel está en violencia et tristeza. Así como la piedra, que está por fuerza en el aire, et huelga naturalmente en la tierra. Así de los animales et de las aves, los cuales son hechos para complir sus deseos cerca de la declaracion de los corporales sentidos, et adqueridas sus concupiscencias, huelgan naturalmente. Pues cierto es que el deseo del hombre no tiene algun infinito proceso; ca entonce seria en vano, et Dios et natura nunca hacen cosa que sea en vano. Pues síguese necesariamente que haya algun fin et término donde el apetito y deseo del hombre huelgue naturalmente, et fuera de aquel no haya folganza complida. Setena conclusion: que el conoscimiento de su fin es necesario al hombre; cuya declaracion es, que si el ciego no toviese guia, por ventura iria á la iglesia ó á la posada, ca tambien podria caer en un pozo; y tambien los ballesteros, si no viesen la señal, por caso ó por ventura darian cabe ella, ca tambien podrian dar léjos; y asimesmo el hombre, si no conosciese su fin, por caso ó ventura habria holganza ni bien ninguno en su vida. Octava conclusion: que la adquisicion del postrimero bien et causa final se llama bienaventuranza; cuya declaracion es, que bienaventuranza quiere decir alcanzar las cosas el bien final para que fueron hechas et criadas. É sino que este vocablo no es comun á las cosas naturales et artificiales, excepto al hombre y creaturas intelectuales, diriamos bienaventurada la casa cuando moran en ella, y el molino cuando muele, y la barca cuando anda en el agua, porque aquesto son sus fines principales. Asimesmo el hombre, cuando su deseo fuelga y ha alcanzado su fin, decímosle bienaventurado. Nona conclusion: que la bienaventuranza no es mudable; cuya declaracion es, que si fuese mudable no reposaria la voluntad et apetito del hombre en ella, ca habria temor de perderla. Y aqueste temor sin seguridad le moveria á buscar otra cosa que fuese estable y segura, que es contra la sexta conclusion, donde decimos que el deseo humano tiene fin limitado, dondo naturalmente huelga. Décima conclusion: que la bienaventuranza, despues que viene al hombre, lo hace abastado y no haber menester ninguna cosa otra; cuya declaracion es, que si otra cosa hobiese menester, sin la cual no fuese bienaventuranza, seria bien subordenado á otra cosa, et aquella seria mejor que ella por la tercera conclusion; y entonce no seria ella la causa final en la adquisicion del postrimero bien, que es contra la octava, ni holgaria en ella el apetito del hombre, que es contra la sexta; pues conclúyese manifiestamente que al bienaventurado no le falta nada. Undécima conclusion: que en la bienaventuranza hay alegría y delectacion, á la cual no se compara otra; cuya declaracion es, que todas las cosas que se mueven á algun fin, aquel fin habido, ha venido en gran delectacion, gozo y alegría. Así como el que se mueve por haber honra ó por haber salud, ó otra semejante cosa, aquel mesmo adquirir de la cosa deseada, sin otra cosa añadida, es causa de delectacion et alegría; asimesmo la bienaventuranza no ha menester otra cosa para gozarse y alegrarse el que la tiene, como no ha menester el azúcar miel para hacer las cosas sabrosas et dulces. Duodécima conclusion: que solo el bienaventurado es poderoso; cuya declaracion es, que nos llamamos poderoso al hombre que hace todo lo quo quiere, y por el contrario impotente. Pues como el bienaventurado no quiere otra cosa sino la que tiene, síguese que aquel solo es poderoso entre los hombres, y no punto el que desea lo que no puede. La décimatercia conclusion es, que la bienaventuranza es honorable por sí mesma, y no ha menester otra cosa añadida para ser honorable; cuya declaracion es, que la cosa vil et deshonesta es vituperable et abominable, et por el contrario, la cosa buena et honesta, virtuosa, conveniente et licita es honrosa, alabada y ensalzada y amada. Pues, como habemos dicho en la quinta conclusion, que aquello es bueno que es honesto, y habemos dicho en la octava que la adquisicion del tal bien es la bienaventuranza, síguese necesariamente que la bienaventuranza por sí mesma sea honrada. Décimacuarta conclusion es, que la bienaventuranza es un estado ó una cosa en la cual han complimiento, donde está todos los bienes; cuya prueba es, que pongamos que toviese tres bienes ó cuatro, y le fallesciese el quinto ó el sexto, sin el cual no pudiese ser bien-

aventuranza, no reposaria en ella ni folgaria la voluntad del hombre, que es contra lo susodicho. La décimaquinta conclusion: que la bienaventuranza, que es fin de la voluntad del hombre, es cosa distinta et apartada de los fines de los otros animales; cuya declaracion es, que aquellas cosas las cuales son apartadas en natura y en obras, son apartadas en fines, ca en otra manera de balde serian apartadas las naturas y las obras, que es inconveniente. Como veamos que el hombre es creatura racional y el bruto irracional, y veamos que el hombre hace obras por el entendimiento y por consejo regidas, y el bruto hace cosas movidas segun su concupiscencia, necesario es que los fines de aquestas obras et naturas tan apartadas sean diferentes, ca no era convenible decir que un fin sea el de la cabra y el del lobo. La décimasexta conclusion es, que los malos, durante la malicia en ellos, no pueden ser bienaventurados; cuya declaracion es, que así como la sabiduría no puede estar en el ignorante juntamente, ni la blancura en el negro, ni la calentura en el frio; así la bondad no puede estar con la malicia.» A esto respondió el Entendimiento: «Bien puede estar que el hombre ignorante en una cosa sepa en otra, y puede haber frio en las manos ó piés y tener el corazon caliente; y muchos hay que son buenos en una cosa y son malos en otra, así como quien tiene negro el rostro y tiene blancos los dientes.» Respondió la Razon: «No andemos en falacias de mochachos; ca yo hablo de las formas perfectas, las cuales no pueden venir sin lanzar y destruir las contrarias; ca no puede hombre recebir perfecta denominacion de sábio segun hombre, sino siendo primero destruida la ignorancia que en él era, ni puede recebir una pared perfecta denominacion de blancura sin ser primeramente la negrura destruida; y en aquesta manera, digo que no puede venir á un hombre perfeta bondad sin ser primero en él destruida la malicia, ca la ley de los contrarios es por la oposicion suya destruir y alanzar sus contrarios. Pues veniendo á propósito, cierto es que la bienaventuranza es el mayor bien que puede venir al hombre, y es bien verdadero; y aquel buscamos por sí mesmo, en el cual reposa el apetito del hombre por todas las conclusiones susodichas. Pues notorio está qu'el semejante bien, si viniese al hombre, que le haria bueno; y aquesto no podria ser sin primero perder la malicia y destruirla, ca en otra manera seria juntamente uno perfecto et malo; lo cual es imposible et incluye contradicion. Pues síguese la verdad de la posicion, conviene saber, que el malo durante la malicia no puede ser bienaventurado. La décimasétima conclusion es, que la bienaventuranza no consiste en comer ni en beber ni en seguir las concupiscencias carnales, ca aquestas no fartan el apetito del hombre; ca si fuese en ellas la bienaventuranza, hartarian el apetito por la conclusion diez et por la once. Aun mas, si en ellas estoviese la bienaventuranza, no seria el fin del hombre apartado del de las bestias, como ellas siguen sus concupiscencias aun mas libremente que los hombres, que seria la décimaquinta conclusion; y mas, que si en ellas fuese la bienaventuranza, serian honestas et buenas por la quinta conclusion; y vemos el contrario, ca muchas dellas son deshonestas y malas. Aun mas, si en ellas fuese el fin postrimero del hombre, seria el que las alcanza muy honrado et muy alabado et muy amado por la conclusion décimatercia; y vemos lo contrario, ca el que las sigue vemos que lo deshonran, et lo vituperan y lo increpan, y lo aborrescen, y lo llaman puerco et salvaje entre la gente villana ó cevil. Pues síguese necesariamente que la bienaventuranza no está en las concupiscencias carnales. La décimaoctava conclusion es, que no está en la fortaleza del cuerpo ni en la hermosura; cuya declaracion es, que si en aquestas cosas estuviese la bienaventuranza, habidas una vez, nunca se perderian, por la nona conclusion; y vemos unos que eran un tiempo muy recios et muy fuertes de cuerpos et fuerzas corporales, ser agora muy flacos et muy débiles, y otros que eran muy ligeros ser muy lánguidos et muy flacos, y otros que eran muy hermosos ser agora muy feos. Otra mas, que si en aquestas cosas estuviese la bienaventuranza, seria el fin del hombre menor que el de los otros animales, que es contra la décimaquinta conclusion. Ca vemos que mas ligeros y mas fuertes son infinidad de animales que el hombre. Pues síguese necesariamente que la bienaventuranza no está en las cosas semejantes. La décimanona conclusion es, que la bienaventuranza no consiste en multitud de riquezas; cuya declaracion es, que las riquezas son en dos maneras: las unas son naturales, así como pan, vino, et frutales et ganados, que suplen la indigencia corporal et necesidad del hombre; otras son riquezas segun la voluntad et imposicion de los hombres, así como oro et plata, vestiduras de seda ó de oro sobradas, et casas pintadas ó doradas, que no suplen á la necesidad de natura, mas segun el desornado apetito y sensualidad de los hombres. Probacion que no esté la bienaventuranza en las riquezas de la primera manera, es que son subordenadas á la vida, así como la medicina amarga á salud, et la vida es subordenada á bien vivir; et nos posimos en la conclusion tercera que todos los bienes que por sí mesmos eran buenos, eran mejores que aquellos que eran á fin de otros, y dejimos de la adquisicion de la tal bienaventuranza en la conclusion octava. Probacion que en las segundas riquezas no esté la bienaventuranza es aquesta: que si en aquellas estoviese, hartarian al hombre, y hacerle hian perder el deseo de las otras cosas, por la conclusion décima; y nos vemos que muchos de los que alcanzan las tales riquezas no están contentos, porque no son de buen linaje ó porque son enfermos, ó porque codician mas. Eso mesmo, si en ellas estoviese la bienaventuranza, los que las tienen estarian siempre alegres et gozosos, por la conclusion undécima, y vemos muchos dellos estar tristes et solícitos, y con miedo de perder aquello ó con cobdicia de ganar mas. Y eso mesmo no serian las tales riquezas mudables, y nos vemos muchos de los que las tenian y se llamaban ricos ser agora pobres et mendigos. É mas, la bienaventuranza es bien verdadero, y aquestos son bienes opinables. Prueba para esto: que el que es bien verdadero, tanto es mas preciado y vale mas cuanto mas hay dél en el mundo, y desto es el contrario, ca si hobiese tanto de oro como hay fierro, y tantas piedras preciosas como hay de las otras comunes, de oro farian calderas et sartenes et otras tales cosas, y de las piedras preciosas harian las pare-

des de las casas, y al que lo toviese no lo llamarian rico mas que al que tiene agora el fierro ó las piedras del rio; y es lo contrario de la sabiduría ó de la virtud, qué cuanto mas hobiese en el mundo, tanto mas se amarian et honrarian los hombres los unos á los otros.» A esto dijo el Entendimiento: «A mí me paresce por el contrario; ca si todos fuesen sábios et virtuosos, la virtud y la sabiduría serian en menosprecio, por ser comunes.» A aquesto dice la Razon: «Esto imaginas tú por los resabios que te han quedado de la ignorancia; pues debes pensar que no hay paz ni concordia ni amistad verdadera sino entre los sábios et virtuosos, ca las otras amistades no tienen de amistad sino solo el nombre; y aquellos se amarian y se honrarian, porque conoscerian á quién se debe tener amor verdadero y á quién abominacion, y á quién dar la honra verdadera. Otra prueba para que en las tales riquezas no está la bienaventuranza es, que la tal no puede venir á los malos, por la conclusion décimasexta. É nos vemos que muchos de los tales llamados ricos, no solamente son malos, mas son pésimos. É los mas de aquestos adquieren las tales riquezas trafagando, perjurando, engañando et dando á usura con mentiras, con baratas, con falacias, con versucias y astucias deshonestas et abominables. É mas, si fuese en ellas la bienaventuranza, harian á todos los hombres que las tienen, ser por sí mesmos honrados et alabados, por la conclusion décimatercia; y nos vemos muchos de los tales rescebir grandes deshonras, grandes injurias et grandes vituperios et baldones, et ser disfamados por escasos y avarientos y mezquinos; y comunmente estos oprobrios et denuestos sufre esta gente mas qué otra en el mundo, porque se sigue ser la conclusion verdadera que la bienaventuranza no es en las riquezas mundanas. E aun hay otra prueba para aquesto, porque estas cosas llamadas riquezas, no solamente no hartan el apetito, mas aun no quitan las indecencias corporales. Ca si todas las piedras preciosas del mundo et todo el oro toviese el hombre, aun habria frio, sed et hambre, et padeceria todos los humanos defectos; ca léese de un hombre que demandó á Dios que todo lo que tocase se le tornase oro, et Dios ge lo otorgó, et como tocase el pan ó carne, todo se le hacia oro, et así murió de hambre. La vigésima conclusion es, que la bienaventuranza no está en ser hombre de gran linaje; cuya declaracion es, qué los bienes del ánima en infinito son mejores que los del cuerpo. É cierto es que el ánima del hombre no se engendra del ánima de su padre, mas Dios le infunde et la cria. Pues del padre, segun esto, no pòdemos haber sino bienes corporales; aun mas cierto es que las obras mias, si son malas no son alabadas porque mi padre era virtuoso, antes son increpadas, ca dicen los hombres que nunca medre el que es hijo de bueno, et ruin por sí; y aqueste tal alegar su padre, mas es cargoso que honesto. Eso mesmo las virtudes son principios de los linajes, y no los linajes de las virtudes. Mas paresce aquesto tal como si los pollos riñiesen que era hijo de gallo fuerte y de gran gallina quien habia nascido en huevos grandes et muy blancos, y los otros por el contrario. Ca sabido está cómo se conciben y se engendran los hombres, y de qué y cómo nascen eso mesmo; el Padre principal de todos uno es, y las almas todas vienen dél. É mas, si la bienaventuranza estoviese en el linaje, el que fuese noble hombre seria abastado de todas las cosas, por la conclusion décima; y nos vemos muchos de los tales haber mayores menesteres que otros, et pasar lascerias, indigencias y afanes; pues síguese que no está la bienaventuranza en el linaje. La vigésimaprima conclusion es, que la bienaventuranza no está en ser el hombre honrado, y su prueba es aquesta: que la honra es bien subordenado á otra cosa, ca es exhibicion de reverencia en señal de virtud, y por aquesto los hombres quieren ser honrados, por parescer sábios et virtuosos, é quieren que aquello piense la gente dellos, y por tanto, no curan los hombres ser honrados de los niños ó de los ignorantes, mas de los grandes y de los sábios, por causar á los otros opinion que son á ellos semejantes. É ya habemos dicho en la segunda et tercera y octava conclusion cómo la bienaventuranza no es por otra cosa sino por sí mesma. Aun mas, la honra es bien que es en otro que en la persona mesma; ca mas es en el que honra que en el honrado; é así, este bien no seria en el hombre mesmo, sino en otro. Aun mas, la honra es tambien á los buenos aparentes como á los buenos verdaderamente existentes; ca muchas veces honramos á hombres por parescer buenos no los conosciendo, que si los conosciésemos los deshonrariamos. Mas aun, muchos dan la honra por temor, y muchas veces el pueblo, mas movible que la mar, honra á los que querria ver muertos; é de la bienaventuranza, todo es por el contrario; así tambien muchos son honrados en una nacion, que si se pasasen á otra no los honrarian punto, porque paresce que no eran bienaventurados los en tal manera honrados; ca la virtud siempre es honrada en sí mesma, y estante et buena, porque paresce manifiestamente la bienaventuranza no ser en la honra. La vigésimasegunda conclusion es, que no está en la fama; cuya declaracion es, que la fama es cosa que no es causa de nuestra bondad, ante es una divulgacion de aquella, y ella no es la bondad ni la virtud; y como habemos ya dicho muchas veces, la bienaventuranza es la bondad ó la cosa mejor que se puede estimar, porque se sigue que esta no es aquella. Eso mesmo la fama es muy engañosa, ca muchas veces dice bien de los malos, et mal de los buenos. ¿Cuántos hipócritas simulados y engañadores del mundo pregonan et divulgan las gentes por santos, et cuántos bestiales, groseros, idiotas son entre los hombres tenidos por sábios? É aun mas, ¿cuántos hombres hay de buenas consciencias que son divulgados por malos, y cuántos hombres hay elevados de entendimiento como ángeles, et las gentes hacen dellos burla y los divulgan por ignorantes? É si aquello no pueden, trairánlos en otras cosas semejantes, disfamándolos diciendo que son herejes; y aquesto siempre fué, y por aquesto síguese que la bienaventuranza no sea en la fama, ca la fama mas aína divulga la mentira que la verdad. É siempre el pueblo fué inclinado á creer locuras et afirmarlas et morir por ellas, mas que no á las verdades. La vigésimatercera conclusion es, que la bienaventuranza no está en la potencia civil ó poderío; cuya declaracion et prueba es, que la bienaventuranza es bien verdadero, et no viene sino á los buenos, por la conclusion décimasexta, ó al que viene, si es malo, hácele bueno, destruyendo dél la malicia, por la

mesma conclusion; é vemos que el poderío ni las dignidades no tienen ninguna destas dos condiciones. Lo primero indiferentemente viene así á los malos como á los buenos, et aun comunmente mas veces á los malos, y es la razon, que los malos, pensando que son grandes bienes, procúranlos mas aína por astucias y malicias; y mas, no tiene la segunda condicion, antes es por el contrario, que muchas veces del que es medio malo facen malo entero. ¿Cuántos habemos visto ante de las dignidades ó poderíos parescer buenos hombres llanos, y de que habido el poderío ó la dignidad, ser altivos, jactantes, presuntuosos y soberbios? Porque se sigue no ser aquella la bienaventuranza; ca, si ella fuera, hobiéralos hecho buenos y no los hobiera empeorado; eso mesmo la bienaventuranza es cosa inmudable et firme, por la conclusion nona, y la potencia ó dignidad cuasi no hay en los hombres cosa tan mudable ni menos segura, que cada dia vemos mudarse como rueda los tales estados, y cuantos vimos ensalzados et sublimados en dignidades que hacian tremer el mundo, agora son abajados et apremiados por otros. Desto no cumple poner ejemplo, que cuasi no se usa otra cosa entre los hombres; é mas aun, la bienaventuranza es alegre por la conclusion undécima, y vemos bien que los tales viven tristes porque tienen muchas molestias, ca hay muchos que les han envidia y los persiguen, et por tanto, les buscan muertes ó pérdida de los estados, ca no son pocos los que cobdician aquello que ellos tienen, et así tienen muchos envidiosos, muchos enemigos, et por tanto, viven en tristeza y en temor. Agora han miedo que perderán el estado, agora que los matarán á traicion con yerbas ó en otra manera; y por tanto, en el poder no está la bienaventuranza. La vigésimacuarta conclusion es, que no está en hijos ni en mujer; cuya prueba es, que si la mujer ó fijos son malos, ¿qué deshonra, qué dolor, qué llaga mayor en el mundo? É si son buenos, no pueden estar que no adolezcan ó que no muera alguno; ca esta condicion de no morir no la quiso Dios dar á los mortales. É así esta, como vemos cada dia que algunos hobieron seis ó diez ó doce hijos, et todos los vieron morir por su ojo: yo te pregunto si hay en el mundo tan gran tristeza al padre ó á la madre como aquesta; cierto no. Eso mesmo agora tiene de casar la hija, y por ventura no tiene casamiento, y de otro cabo lo aquejan las soldadas del servidor, y el vestir y la provision de la casa, el estado de la mujer, que no puede ser sino pasar congojas, angustias y amarguras muchas. ¿Cuántos ante que se casasen vivian alegres, y despues viven atribulados et tristes? Pues mira aquí cómo la bienaventuranza no está en ninguna destas cosas ya dichas.» Entonce habló el Entendimiento, et dijo: «Rato há que no hablé por no vos estorbar, mas agora diré mi intencion: sabed que del un cabo me mueven vuestras razones que me habeis dicho, las cuales son muy razonables et verdaderas, que yo no las puedo negar en ninguna manera; de la otra parte me mueve la opinion de todos los hombres, que es en contrario; así que, yo no veo otros bienes sino aquestos entre los hombres.» Y á aquesto dice la Razon: «Por la opinion de los hombres ni por el pensamiento tuyo no se sigue el contrario de mi dicho, y bien verás cuánto vale el pensar ó imaginar de los hombres en lo que adelante dirémos; pero porque mas ordenadamente procedamos, quiero poner órden en lo que se ha de decir.»

CAPITULO V.

Cómo la Razon declara las tres maneras del vivir que son en el hombre, segun ángel ó hombre ó animal.

«Porque entiendas que los bienes de que habemos hablado no son del todo bienes ni del todo males, has de notar que tres maneras hay de vivir et son consideradas en el hombre; y aquesto es segun es comparado á las substancias separadas y ángeles bienaventurados, y es semejante á Dios glorioso; y aquesto es, segun el entendimiento, los que vacan á la especulacion de las sciencias altas en el conoscimiento de los primeros principios, et viven en la contemplacion de Dios glorioso y de sus obras et maravillas; y aquestos tales son llamados por los gentiles semideos y heróicos, que quiere decir divinos y celestiales et medio ángeles. Y la tal vida se llama angelical et contemplativa; ca estos no viven segun las pasiones, ni aun solamente segun las virtudes morales, mas viven segun las virtudes intellectuales. La segunda manera de vida es, segun que el hombre es animal; y segun aquesta, le conviene seguir las concupiscencias y las pasiones que siguen los brutos animales irracionales; y aquestos no se llaman hombres, ca así como por la razon hombre es dicho hombre, y por el entendimiento es comparado á los ángeles; asimesmo, dejada la razon, deja de ser hombre, y pues deyuso del hombre no hay sino bestias, necesario es que resciba la denominacion de quien se conforma por las obras, y aquesta vida es llamada voluptuosa et bestial. La tercera manera de vida es segun que el hombre es hombre; y segun aquesto, le conviene usar et comunicar con los otros hombres, y le convienen las virtudes morales para ordenar á sí mesmo y á su casa, et para ordenar el estado que ha de tener en el lugar donde viviere; y aquesta tal vida es llamada vida política. De aquestas tres vidas, á la primera llamaron los hombres vida divina et contemplativa, y no conviene sino á los perfectísimos, y no en cuanto son hombres, mas en cuanto son mas que hombres. De la segunda vida no curaron hacer mencion, porque no conviene sino á las bestias. De la tercera hicieron mencion, et llamaron vida humana; y nos, dejada la segunda, tractarémos de la vida humana et divina, et primero de la humana; y segun aquestas dos, los hombres han puesto dos bienaventuranzas: la una es imperfecta, pero muy cercana á la perfeccion; la otra es perfectísima et muy mas que perfecta.»

CAPITULO VI.

Cómo el hombre ha de regir á sí mesmo y á su casa, y se ha de regir en la ciudad; y de cómo conviene moderar las pasiones, y el número de aquellas.

«Ya habemos dicho cómo son dos vidas, conviene á saber, la humana et la divina; y cómo primero habemos de decir de la humana, cuya consideracion es que el hombre no puede evadir ni excusarse de participar con otro, como mas adelante dirémos. É conviene que, así como el hombre es medio entre el ángel y la bestia, así tenga una vida media. É conviene que cada uno sea limitado en aqueste medio, el cual es medio de la

virtud, y aqueste medio no se puede alcanzar sin sojuzgar et domar las pasiones et conocer cuál es aquel medio elegible et operacion media; y para esto es bien de notar el número de las pasiones, y cuáles son laudables et cuáles vituperables, et cuáles son naturales ó no naturales.»

El cuento de las pasiones naturales.

«Ojos ha dado á todo animal, instinto et apetito y conoscimiento para conoscer el bien conveniente, y aborrescer el mal et fuirlo. Ca ha dado á la oveja conoscimiento de su hijo y de la yerba que le aprovecha, et hale dado noticia del lobo, y ha dado á la gallina noticia del grano et asimesmo del milano, para que huya lo nocivo et busque lo conveniente; y estas pasiones de amar lo conveniente et aborrescer lo disconveniente tan bien son en el hombre como en los otros animales, y aun mas perfectamente, porque en el bruto no está sino en el apetito sensitivo, y en el hombre en el intellectivo, y la conveniencia de aquestas pasiones, y el número dellas et diferencia se puede tomar en aquesta manera: el apetito se parte en irascible et concupiscible. Las pasiones de concupiscible son seis, cuya declaracion es, qu'el apetito concupiscible mueve el animal á alcanzar alguna cosa, la cual, sea buena ó parezca buena, mas aquella cosa no sea árdua ni grande, y aquesto es en tres maneras: que aquel bien primeramente nos place, segundamente lo codiciamos et nos movemos para alcanzarlo, ó lo alcanzamos y nos holgamos en él. Lo primero se llama amor ó complacencia, lo segundo se llama deseo ó concupiscencia, lo tercero se llama delectacion ó gozo. O por ventura aqueste apetito concupiscible es en aborrescer el mal et huirlo, con tanto que aquel mal no sea árduo ni fuerte; y aquesto tambien mueve en tres maneras. Que por ventura la cosa vista, aprehendida como mala, nos mueve á huirla; é si por ventura aquel mal es considerado como nos desplace, llámase odio; é considerado como lo fuimos, llámase abominacion; é considerado cuando nos viene aquel mal, llámase dolor ó tristeza; y pongamos ejemplo de las tres primeras: Un hombre vido una casa ó un caballo, et tomólo so especie de cosa conveniente, et plúgole: aquello se llama complacencia; y trabajó por mercarlo, et aquello se llama deseo ó concupiscencia; y alcanzólo, et aquello se llama delectacion. Pongamos otro ejemplo de las otras tres: Un hombre debe cierta cuantidad á otro, y el otro lo aqueja por ella, y él ve venir el acreedor, et aborréscelo porque lo aprehende so especie de mal, et aquel se llama odio; y desvíase por otro camino por no le pagar, aborresciendo aquella paga, et llámase abominacion; ó por ventura encuéntrale et hale de pagar la cuantidad, et aquella se llama tristeza. Pues síguese que en el apetito concupiscible estén seis pasiones, conviene á saber: amor, deseo, delectacion de la parte del bien; odio, abominacion et tristeza de la parte del mal. Las pasiones del apetito irascible son otras seis, las cuales se toman en esta manera: que el apetito irascible mueve en algun bien árduo et grande. Si mueve en respecto de algun bien grande que es por venir, et si nos movemos por alcanzarlo, llámase esperanza; é si pensamos que aquel tan gran bien no nos puede venir, llámase desesperacion; si es en respecto del mal árduo et grande, lo mueve como cosa por venir ó como cosa presente. Si mueve como cosa por venir et nos aparejamos á argüirla, llámase audacia; ó por ventura fallescemos et huimos, et llámase temor; ó por ventura mueve este mal como presente, y este en dos maneras; é por ventura nos levantamos de aquel mal y entendemos en venganza, et llámase ira, ó fallescemos á ella, et llámase pequeñez de corazon ó mansedumbre. Pongamos ejemplos de las dos primeras: Una mujer esperaba de casar con un hombre de gran linaje et muy rico, é habia algunas señales et conjeturas para aquesto, y estaba muy enamorada dél, et veia que era posible et conveniente, et tenia confianza que se haria; y aquesta es dicha esperanza: ve que él se casa con otra; esta es dicha desesperacion. É así como decimos de la mujer, así podemos decir del hombre. É así como decimos del amor ó del casamiento, así podrémos decir de dignidad ó señorío ó de alguna otra gran ganancia. Pongamos ejemplos de los otros dos: Un hombre lleva dineros et va por un monte, et dícenle que andan allí dos ladrones, los cuales roban et matan á cuantos por allí pasan; y aquello sabido, no deja la pasada; antes se apercibe de armas convenibles, et con buen corazon él se atreve á pasar por el monte, et llámase audacia. É si por ventura comenzando el camino, por temor dellos se torna, llámase temor. Ejemplo de las otras dos: A uno hacen una gran injuria en una gran plaza; si por ventura consurgendo fuertemente se esfuerza á hacer otra tal, vengándose, llámase ira; y si por ventura la sufre, llámase pusilanimidad ó cobardía; así que son por todas doce pasiones: seis en el apetito concupiscible, et seis en el apetito irascible. Mas aun hay otras pasiones que son debajo de la especie de odio ó del temor, así como son la invidia, et la vergüenza, et la admiracion, et la pigricia, et otras que no tienen vocablos en el vulgar, y tambien son en este número, así como el celo et la misericordia. É no obstante que segun las pasiones no somos buenos ni malos, mas algunas de estas pasiones son laudables et buenas, et otras son vituperables et malas; y aquestas pasiones, puesto que sean muchas, son reducidas finalmente á cuatro, conviene saber: esperanza, temor, gozo et tristeza; y todo el estudio es refrenar aquestas pasiones con las virtudes morales et intellectuales. É así se harán los hombres virtuosos et buenos. Mas fuera de aquestas pasiones (las cuales son mas naturales), hay otras de que hablarémos despues desto, que vienen con las edades et con las fortunas et con los linajes et con los estados; las cuales no son menos prohibitivas de la vida virtuosa que aquestas, y tambien en aquellas se ha de tener freno et medio como en aquestas; ca en otra manera nunca podrian los hombres vivir bienaventurados ni alegres.»

CAPITULO VII.

Que habla de las pasiones que vienen á los hombres acidentalmente con las edades, et las que vienen con las dignidades et con los oficios y estados.

«Mucho estudio es de tener, dijo la Razon, no solamente en las pasiones ya dichas, mas aun en las que consigo traen las edades y los estados. Primeramente, la juventud trae consigo disolucion cerca de las carnalidades et corporales concupiscencias, por causa de la

calentura et grandes movimientos que naturalmente tienen los tales; y son eso mesmo los mancebos fácilmente movibles; ca, así como los humores y la complexion se mueve muchas veces, así la voluntad no es firme en propósito ninguno; ante es mudable et convertible á toda parte. Lo tercero creen de ligero, y esto es por la poca experiencia que han habido, y por tanto, son de ligero misericordiosos et son magnánimos en el esperar y largos en el despender, y esto hace la poca experiencia, como habemos dicho; y son tambien de fácil iracundos y contumeliosos; ca cobdician de sobrepujar á los otros, pensando que valen mas de lo que valen; et tambien son muy porfiosos, que, como creen muchas cosas, así con pertinacia las porfian, y por afirmar lo que no es cierto, contésceles mentir muchas veces, y despues de aquesto, todos sus fechos son excesivos, que si aman, aman mucho, et si aborrescen, tambien aborrescen mucho; et todos sus hechos son fuera de mesura, Mas, comunmente son magnánimos et benívolos y vergonzosos; y algunas destas costumbres son laudables et otras vituperables; y tambien la edad de la vejez trae consigo otras pasiones, de las cuales, algunas son contrarias á la vida virtuosa. Primeramente son incrédulos, y esto es porque muchas veces han sido engañados. Lo segundo, son muy sospechosos, y todas las cosas interpretan á la peor parte, y aquesto contesce porque en el mucho tiempo que vivieron hicieron muchos errores, et oyeron et vieron muchos males, et juzgan los otros segun ellos han sido. Lo tercero, son pusilánimos et temerosos, y aquesto es por causa de la frialdad, la cual es causa de temor; ca los animales frios comunmente son mas temerosos, et los calientes son mas animosos; y aquesto se prueba por las aves del agua et las aves de rapiña, et por los peces et animales terrestres. Lo cuarto, son avarientos; ca no viven en esperanza de bien alguno en lo porvenir, mas viven en la memoria de los males pasados, y ven que todo el mundo les fallesce et los aborresce, y piénsanse por aquesta manera conservar; y despues son desvergonzados, porque mas codician lo útil que lo honesto. Mas tienen algunas costumbres otras que son buenas; esto es, que se refrenan de algunas concupiscencias, et viven templadamente, y no afirman las cosas dudosas, et son misericordiosos. Hay otras costumbres que traen consigo los linajes, así como los hijos de los nobles et grandes, que destempladamente aman la honra, por la cual aborrescen muchas veces á los padres y á las madres por pujar en aquella honra; mas tienen otras buenas propriedades, que son magníficos, magnánimos, liberales, ingeniosos, corteses et amigables; y aquesto viene por la buena complexion de naturaleza et nudrimiento. Hay otras malas costumbres que tienen los ricos, conviene saber: soberbios, contumeliosos et vanagloriosos et despectivos; y aquesto es porque piensan que tienen todos los bienes del mundo, y que son mas excellentes que los otros, et por tanto menosprecian en su corazon á los que no son tan ricos, no obstante que los tales sean mas virtuosos et mas nobles que ellos; et piensan que no les han de hacer injuria ninguna ni menosprecio, et si ge lo hacen, ensáñanse de ligero; et tambien son muy intemperados comunmente cerca del gustar en sus comeres et sus vestidos, y no en otra virtud ni bien ninguno que sea; y aquesto se entiende de los ricos, que no eran de loable linaje ni de buenas costumbres, et hobieron las riquezas por acidente; y no se entiende de aquellos que con linaje et virtudes las han habido. Hay otras costumbres que son comunmente en las dueñas, y dellas son loables y dellas vituperables, y la primera propriedad et pasion loable en ellas es que son muy vergonzosas, y aquesta vergüenza mucho bien hace en ellas; y por el contrario, cuando la pierden, y como la vergüenza sea género de temor ó especie por causa de frialdad, son temerosas et flacas de corazon, et aquello les face ser vergonzosas; y por causa de la imperfeccion, han gran deseo de alabanza; ca todo hombre que no sabe perfetamente ó tiene arte imperfecta, quiere ser mas alabado que otro que perfetamente la posee; y con gran deseo que tienen de alabanza et apetito desordenado de la honra, tienen gran respeto en las cosas particulares et menudas; et han gran vergüenza de cada cosa, pensando et temiendo la pérdida de la alabanza y la honra; ca comunmente ellas no tienen sino algunos bienes corporales, así como la hermosura et semejantes cosas; así como no alcanzan los bienes del entendimiento, particípanlos imperfectamente, y muchas fallescen de la perfeccion de los hombres perfectos. Mas hay en ellas algunas mas perfetas que multitud de hombres acerca de perfectos; et como quier que sea, es loable en ellas la vergüenza, et sagaz fué la natura en dárgela; ca por ella son quitas de muchas cosas torpes, et hacen muchas cosas dignas de alabanza; y tambien es loable en las mujeres que son misericordiosas et piadosas, así como los mancebos et viejos. Mas todos no son por una cosa; ca la mujer es misericordiosa por la nobleza del corazon, é fácilmente llora, ca en la molleza fácilmente se hace impresion; y los mancebos son misericordiosos, porque piensan que injusta et indignamente padecen todo lo que padescen; y los viejos son misericordiosos, porque facen aquello que querrian que les hiciesen. Tornando á lo de las dueñas, hay otras costumbres que son en ellas vituperables. Et primeramente, son muy invidiosas et muy inspectivas de los honores pequeños, et por aquesto todas sus cosas son en exceso, sin medio, que cuando son misericordiosas, son muy misericordiosas, et cuando son crueles, son muy crueles, et cuando son desvergonzadas, son muy desvergonzadas, y cuando son largas, son muy largas, aunque naturalmente son avarientas, y tambien son muy movibles et muy litigiosas et muy contumeliosas; y es la causa porque el su freno no es la razon, sino la vergüenza. Mas estas costumbres que habemos dicho, no ponen necesidad en los hombres ni en las mujeres; mas son comunmente así, et contescen en los mas; y para esto aprovechan las virtudes, conviene saber, para refrenar las concupiscencias et pasiones et los estímulos de las naturales propriedades.» Entonce la Verdad sacó el espejo, et mostró mas largamente al Entendimiento el número de las pasiones, et dónde se fundaban, et quién era la causa de aquellas; y mas, le mostró cuál era la causa et razon de la diversidad de las costumbres. Eso mesmo le mostró cómo en el anima del hombre habia potencias naturales como habia potencias sensitivas, y qué cosa era apetito sensitivo et intellectivo. É vió el Entendimiento que cerca de las potencias naturales no habia alabanza, ni vituperio por

consiguiente, ni vicio ni virtud; ca no es alabado un hombre por tener gran digestiva, ni tampoco es vituperado; et vido tambien que en las potencias sensitivas no podia haber virtud, por las cosas ya dichas; é vido cómo las virtudes eran en el apetito sensitivo y en el intellectivo.»

CAPITULO VIII.

Que es de una cuestion maravillosa que demandó el Entendimiento

Aquestas cosas vistas por órden, el Entendimiento demandó qué es la causa por qué todos los hombres no son buenos, si es porque los hombres no quieren ó porque no pueden; si es porque no quieren, es contra lo que habeis dicho que todas las cosas deseaban bien; si es porque no pueden, entonces no son de culpar los hombres por ser malos, ca entonce no podrian evitar la malicia, y no les podrá hombre culpar; tampoco no ponemos culpa á un hombre por facerse viejo, porque no puede excusar la vejez. A aquesto respondió la Razon: «Ciertamente el hombre es malo porque quiere, et bueno porque quiere, et la malicia y la bondad igualmente son voluntarias y elegibles, et no ninguna dellas por fuerza.» Dijo el Entendimiento: «Veamos, ¿no me habeis dicho vos que la bondad es bien deseable y elegible, y el mal es aborrescido et abominable?» Dijo la Razon: «Sí.» El Entendimiento pregunta. «Pues ¿cómo me tornais agora á decir que tambien es la maldad elegible et voluntaria como la bondad? ca paresce contra lo susodicho.» A aquesto la Razon responde: «Ya te dije yo que el bien era deseado por sí mesmo, y el mal no era deseado sino en cuanto parescia ó tenia color de bien; y cuando los hombres desean la malicia, no la desean sino so forma de algun bien.» Y á aquesto replicó el Entendimiento, et dijo: «Si es verdad eso, todos los hombres pecan por no conoscer cuál es el bien aparente ó bien existente, y segun aquesto, todos los errores serian por ignorancia, et no seria el hombre de culpar por pecar, pues por no conoscer peca; así como no es de culpar un labrador por no saber el curso de las estrellas, ni lo habrémos por error que un simple hombre diga que la luna es grande como la rueda de un molino, ca juzga segun su aparencia; et así es de los vicios de los hombres, que juzgan ser bueno guardar el dinero, y malo el darlo por Dios, y esto es por no haber conoscimiento.» A aquesto responde la Razon: «La ignorancia grandes errores trae; pero en los vicios et virtudes que comunmente son buenos et malos, Dios ha dado tal conoscimiento al hombre, que despues que es en edad de discrecion la razon le convida al bien, é le muestra que malo es naturalmente et cruel cosa matar, y que es torpe el ladronicio, y eso mesmo el adulterio, y para esto la natura le mueve á vergüenza de aquellas cosas que no son lícitas, y lo mueve á cobrir ciertos miembros que son para algun acto vergonzoso, y de otro cabo les muestra la razon que es bueno condolerse del prójimo aflicto, y la natura les da fuerza para que se muevan á compasion en viendo las tales aflicciones, y la razon los convida á las razones ó palabras honestas y evitar las deshonestas, y eso mesmo los atrae al conoscimiento de Dios, al amor y temor suyo, y les da arrepentimiento de los males. Y naturalmente, aunque algunos dellos, no mirando por la pasion de la ira, hagan alguna injuria, ó por pasion de gula hagan algun exceso, y por la carnalidad cumplan alguna concupiscencia, ciertamente acabadas las tales pasiones, les viene un conoscimiento del error y un arrepentimiento natural, y unos estímulos de las virtudes, increpándose á sí mesmos por los excesos pasados. E así, como si la razon los azotase por lo hecho, proponen de se emendar et guardarse de tales errores; pero contesce á ellos como al cojo, que propone de ir derechamente un camino, y por flaqueza de la pierna viene á caer et face muchas desviaciones; mas pésale porque cae, et ha vergüenza de la caida, et propone de no caer. E mira aquí cómo la ignorancia no es en los hombres tanta que ciegue el conoscimiento del bien, antes universalmente, de que los hombres vienen á años de discrecion, por la mayor parte universalmente saben elegir et apartar el bien del mal, mas yerran en los particulares por causa de las pasiones, et hacen mas errores ó menos, segun son mas apasionados ó menos; é cata aquí cómo todos quieren el bien naturalmente, et á aquellos mueve la razon. Mas al elegir del particular no basta la discrecion de todos, ca dellos quieren mas lo útil que lo honesto, que por ventura están en necesidad; otros quieren mas lo delectable que lo provechoso, porque les aqueja alguna pasion: esto es segun mas ó menos.»

Otra cuestion: por qué hay mas hombres malos que buenos.

»Ya he visto que las virtudes y los vicios son igualmente elegibles y voluntarios, et ninguno dellos no es por fuerza, et la bondad es elegible por sí, et la malicia no. Veamos qué es la causa por qué hay mas viciosos hombres y mas corruptos et malos que buenos et honestos et justos; ca segun razon debria ser lo contrario. Ca, pues la virtud es mas elegible y mas natural, debria ser el contrario, que por un vicioso que hobiese debria haber mill buenos, y es por el contrario, que por un virtuoso hay mill viciosos.» A aquesto responde la Razon: «El bien es medida y es aquello que es justo, y es así como medida, et no contesce mas de en una manera, et por esto es dificil de conoscer y de elegir; el mal contesce en muchas maneras, como no sea sin error, y por tanto es mas fácil de elegir y de obrar, y pongamos ejemplo. Cierto es que los ballesteros mas de ligero han de desviar de la señal que no de acertar en ella; porque el acertar no contesce sino en una manera, y esto es enviando la vira derecha y no haciendo desviacion ninguna, y el tirar arredrado contece en diez mill ó en infinitas; por alto ó por bajo, ó á diestro ó á siniestro, et así de las otras. Otro ejemplo: Hacer una línea derecha en un papel ó en una pared, y que no haya corvedad ninguna ni tortura, no lo hace sino el escribano ó el geómetra, ó aquel que es ejercitado en el arte; facer una línea tuerta ó corva cualquier hombre la hará, porque el acertar contesce en una manera, y el desviar en muchas; así es de los vicios y de las virtudes, que las virtudes son mas naturales; mas, como sean obras regladas por razon, en que no hay defecto, no las puede elegir et obrar sino aquel que sabe, y de los vicios es el contrario, que, como no sean sino errores y desviamientos de la rectitud, son fáciles á todo hombre, y por tanto hay muchos hombres viciosos et pocos virtuosos, no por ser los vicios mas natu-

rales, mas por ser mas fáciles; y aquesto es contra la opinion de muchos, que lo contrario dicen.»

Otra cuestion: por qué Dios no hizo tal el hombre que no pudiese pecar.

Dijo el Entendimiento: «Yo veo bien ciertamente que el hombre no es por fuerza malo ni bueno; veo bien que los vicios no son mas naturales que las virtudes, antes son mas contra natura; pero una cosa querria saber de vos: por qué Dios no hizo al hombre tal que no pudiese pecar, ca me paresce que hobiera sido mejor, cuanto mas que dicen que él quiere que todos los hombres sean buenos; pues si aquello quiere, ¿qué le cale andar con los hombres en otras fallacias ni en otros achaques? Si lo queria, hiciéralos buenos et no les diera pasiones, et diérales tal conoscimiento que no pudiesen errar. Mas hízolos ignorantes et apasionados, porque se sigue que él no queria que fuesen buenos; si no, hobiérales dado aquellas cosas con que fueran buenos, y arredrárales los impedimentos que les hacen ser malos. Y aquí no podemos decir sino una de dos cosas: ó que él pudo hacerlo et no quiso, ó quiso et no pudo. E la primera pone en él invidia, y la segunda pone en él impotencia.» A aquesto responde la Razon: «Confuso sea el corazon y la boca absurda que presumen ni hablan haber en Dios glorioso impotencia ni otro defecto ninguno; y aquesta cuestion, si bien se te recuerda, ya la determinó la Sabiduría hablando del poderío et bondad de Dios, donde dijo que Dios podia hacer todas las cosas que eran posibles de ser, y no era impotencia en Dios no hacer de la lana espada ó del hierro azúcar; y esto era porque las semejantes cosas no podian recebir una forma mas perfecta sin ser privadas de la imperfecta que tenian. Y aquesto no es falta de Dios, mas es falta de las cosas, que no lo pueden recebir, ca es imposible natural ser de lana fecha espada sin que primero fuese hierro, é Dios nunca lo quiso ni lo querrá en otra manera. Y tambien se dijo, hablando de la bondad de Dios, que las cosas reciben su bondad segun á ellas es posible de recebir; y aun mas te digo, que si la materia de que se engendra una formiga ó una mosca fuese dispuesta para recebir la forma humana, Dios glorioso et bendito es tan largo y tan bueno, que luego en punto le daria tal forma; é por tanto, te digo que el hombre fué el mejor que pudiera ser, é Dios no lo quiso facer mejor de lo que se fizo, porque vió que el hombre, siendo de materia corruptible, no podia recebir mas perfecion de aquella, no porque no ge la diera ó pudiera dar, mas porque el hombre no pudiera recebirla.» Dijo el Entendimiento: «Vos me haceis maravillar, et ¿cómo no pudiera Dios hacer al hombre tal como un ángel, que nunca pecara?» Dijo la Razon: «Si mas perfecto lo hobiera de hacer, hobiera de ser que no toviera materia, y entonce no fuera hombre.» Y replicó el Entendimiento: «¿Cómo no puede Dios santificar un hombre en el vientre de su madre, así como habemos ejemplos de ciertos que santificó? Pues como lo face en unos, ficiéralo en todos.» A aquesto respondió et dijo la Razon: «Argüis de presupuesto el cual no entendeis. Y por ventura está aquí un paso de los secretos maravillosos que hay en todo el mundo; mas yo no te lo diré ni declararé, porque no fio tanto de tí; mas darte he algunos indicios, por donde, si Dios te diere gracia, caerás en las profundidades del secreto, et son aquestos: que grandes errores hay en las cabezas de los hombres por no entender las cosas escriptas. Lo uno, porque imaginan que las hablas et visiones proféticas hayan sido fablas et visiones corporales, et cuando se hace mencion de alguna obra de Dios remueven de allí la subjecion et obediencia que natura le hace, y los medios por donde se ha de facer aquella obra, et apartan lo uno de lo otro, pensando que hacen bien, et cuidan que no hay ninguna de las tales obras mandadas por Dios et ordenadas eternalmente; complidas por natura en los temporales medios. E si bien supieres sus imaginaciones y las absoluciones que dan á las tales cuestiones, tú te reirás.»

Cuestion en que demanda si son las cosas subyectas al fado, et dice cómo las constelaciones no fuerzan, mas inclinan.

«Si bien entendido he lo que me habeis contado, las imperfecciones del hombre vienen de parte de la materia, y aquella, si es mal ó bien dispuesta, hace ser los hombres mejores ó peores. Pues como la materia sea dispuesta segun las revoluciones celestiales y segun el curso de las estrellas y planetas et signos, seguirse ha luego que es verdadera la opinion que dice que, segun el signo ó la planeta ó la constellacion, que tal seria el hombre que allí nazca, y será todo sometido al fado, et por Dios declaradme aquesto.» Responde la Razon: «Si bien te acuerdas, aquesta cuestion ya está absuelta por lo que la Sabiduría determinó fablando de la providencia de Dios; é cierto es que los signos et constellaciones et planetas han poderío, como tú dices, para disponer la materia, en tanto que se engendrará un hombre en tal constellacion que haya tanto apetito de las cosas agras hasta que coma á bocados los limones y beba el vinagre, y engendrarse ha otro que tiene semejante apetito de las cosas dulces, y otro que tanto deseará comer las cosas secas hasta que coma la arcilla y las tejas molidas y los carbones, et otros que habrán tanta inclinacion á los actos venéreos fasta que busquen mil maneras de adulterar. Y aquestas inclinaciones pueden ser muy fuertes, ca unos naturalmente son inclinados á ladronicio y otros á enterrar muertos, y todo aquesto viene de parte de la complexion, la cual se reduce á la revolucion de los cielos. Mas aquestas pasiones no pueden constreñir ni fuerzan el ánima del hombre, ca la virtud corporal no puede sino sobre todo cuerpo, et al hombre queda libertad de facer lo que quiere, et para que sus obras sean regladas et derechas ha menester de conoscer la medida et peso con que se pesan et miden las tales obras. Y aquesto es el medio de la virtud llamada prudencia, la cual es necesaria para guia y adereszamiento de todas las humanas obras.

El número de las virtudes, et cómo se reducen á cuatro principales.

Para moderar estas pasiones et dirigir las operaciones convenientes son doce virtudes, mas entre ellas, cuatro son las principales et mas necesarias, et cuasi á estas se reducen las otras, conviene saber: la prudencia, la justicia, la fortaleza et la temperanza. Cuya razon es, que todo error, ó es por mal consejo ó mala eleccion, ó es por las operaciones ó es por las pasiones; pues toda virtud, ó nos enderesza y guia en el consejo

ó eleccion que llaman racional, et así es la prudencia; ó nos justifica cerca las operaciones, ó nos guia cerca de aquellas, ó nos iguala et aderesza, et así es la justicia; ó modifica las pasiones que nos atraian á facer aquello que la recta razon manda, et así es la temperanza; ó las refrena para que no nos impelan et traigan á hacer aquello que la rectitud de la razon vieda, et así es la fortaleza. Y en aquesta manera, la prudencia, que es la principal virtud, se ha en el entendimiento plático; y la justicia (principalmente entre las virtudes adquiridas) en la voluntad, y la fortaleza principalmente en el apetito irascible, y la temperanza en el apetito concupiscible; y aquestas ya ves cómo están á los ángulos de la casa casi como principales et señoras de las otras.» Pero luego mandó la Razon á las cuatro virtudes que se acercasen, et luego se acercaron, y mandóles que hablasen con el Entendimiento, et á todas plugo mucho.

CAPITULO IX.

Cómo fabló la Prudencia con el Entendimiento.

Era la Prudencia vestida del paño y del traje y vestiduras de las otras hermanas, porque por ventura, si sobreexcediera, cayera en odio de las otras, y no traia aparato menor por no venir en menosprecio. Tal era el vestido cual convenia á la edad et al estado y al tiempo; tenia acutísimo el entendimiento et gran aplicacion á lo particular, y eso mesmo tenia gran memoria de lo pasado et gran providencia en lo porvenir, et habia visto muchas experiencias en el mundo, é habia hecho conclusiones á las contingentes cosas. El Entendimiento le rogó que por merced, pues ella era la principal que las pasiones moderaba, que le quisiese dar algunas informaciones de la vida. E la Prudencia respondió: «Cualquier que quisiere ser mi amigo ha de seguir las reglas siguientes: la primera es que ha de examinar por consejo lo que ha de facer, é si el bien entendiere, no perderá nada por demandar consejo á otros, ca muchas veces ocurre á un simple lo que no ocurre á un sábio; y ¿cuánto mas ha menester consejo el que no sabe? La segunda es no se mover por informacion dudosa ni por credulidad ligera, ca muchos facen por las semejantes cosas de que se arrepienten. La tercera es que las cosas de la fortuna, si quiere gozar dellas, que no las tenga así como suyas, y que esté presto á las perder; mas cuando las toviere no las guarde así como ajenas. La cuarta es que el que quiere ser prudente ha menester que no sea solitario, mas que sea conforme al tiempo et á la gente, ca en otra manera verná á murmuracion et á perseguirlo et aborrescerlo; é si no se pudiere con toda gente conformar el corazon, conforme la cara, si la plática es necesaria. Quinta, no difinir ni determinar en mala parte las cosas dudosas. Sexta, no afirmes recio la cosa no experimentada, ca toda cosa verisímile no es verdadera, así como toda piedra que paresce preciosa no es preciosa. Séptima, tener memoria de las cosas y experiencias, ca en las cosas contingentes y electivas, como diferescen las cosas pasadas et por venir, y las unas se parescen á las otras, bueno es tomar castigo en la cabeza del lobo. Octava, tener prudencia en las cosas por venir é todas las cosas que son posibles imaginar que serán; el que tiene estado, riquezas ó hijos, piense que lo puede perder, ca loco es el que entra en la mar, et no considera que ha de pasar alguna fortuna; é así no verná al tal hombre cosa súbita que le haga malaventurado, ca los dardos que vemos venir poco peligro hay en ellos; cuando fallaren los comienzos, imaginen los fines. Novena, no comenzar las cosas que no se pueden acabar sino con gran trabajo et dificultad, si el su valor no excede en infinito á los trabajos; mas en algunas ha de perseverar porque las comenzó y porque no parezca mudable, é otras no comenzar en las cuales el perseverar es dañoso. Decena, que sus opiniones sean juicios en que convengan los mas de los hombres razonables, ca imprudencia es afirmar opinion en que pocos convernán de los que han razon. Oncena, los pensamientos vanos et dificultosos et cuasi imposibles arredrarlos de sí, ca locura seria imaginar el buey que volaria, é tan grande seria que pensase la gallina que podria arar ó llevar el carro. El pensamiento ha de convenir con la posibilidad et conveniencia de la persona, ca lo otro es pared en el aire sin fundamento, et yerbas que no han raíces; debe hombre pensar segun el tiempo, el caso y el modo, et no segun su sueño; ca el dedo no es tan gordo como paresce en el espejo de acero, é por tanto hay un espejo que es de la razon, et otro que es de la imaginacion fantástica ó dilusiva, é por tanto escójase et limítese la vida razonable et posible et fácil, et cerca de aquella se enderecen las acciones y las imaginaciones. La doce, la palabra del prudente, ó amoneste ó enseñe ó alegre, en tal manera, que no sea en vano. La trece, alabarás templadamente, et no tornes á vituperar al que fuertemente has alabado, ca significaria en tí mal conoscimiento, ó si el prudente engañar no quiere, engañado no puede ser. Al principio alabar templadamente, mas vituperar muy mas templadamente, ca con la una se suele mezclar la lisonja, et con la otra la envidia. La catorce, el testimonio sea dado á la verdad, et nunca á la amistanza. La quince, prometer con consideracion, et dar mas de lo prometido. La diez y seis, no escoger vida que toda sea llena de negocios ajenos, mas buscar vida para que haya tiempo de ver el hombre en sí mesmo, y el tal ocio sea lleno de pensamientos de saber si es posible, ó de cogitaciones buenas. La diez y siete, no te mueva la auctoridad del que habla, ni mires quién dice, mas qué es lo que dice; ca la dobla de buen oro no vale mas la del rey que la del labrador. La diez y ocho, no mires á cuántos aplaces, mas á cuáles; ca desplacer por saber á los ignorantes, et por virtudes á los viciosos, alabanza es. No te plega mas alabar de los torpes, que si te alabasen de cosa torpe que hobieses fecho. La diez y nueve, busca lo que puedes hallar, deprende lo que puedes saber, comienza lo que puedes acabar, sube donde no sea peligroso el estar ó el decendir, entra donde puedas salir, aquello desea que no sea vergüenza publicarlo, considera cuánto puedes bastar, et fasta dónde, et pon tal carga á tus cuestas que la puedas sostener. La veinte, es de tener medio en las acciones, ca lo que á uno hacer es cordura, á otro es gran ignorancia, y lo que á uno es largueza ó virtud, á otro es exceso et prodigalidad; ca largueza es á un caballero dar un caballo, et prodigalidad seria darlo un gentilhombre pobre que no tiene otro; y lo que es en un tiempo



virtud, en otro es vicio; bueno es fablar de burlas en la cama, mas no es bueno en la plaza ó en la iglesia; et ver un hombre con quién habla, et limitarse segun su condicion, y no decir al rústico cosas sotiles, porque no caigan al puerco las margaritas, ni al ingenioso cosas groseras et rudas, porque no dén al gavilan paja, y el que quisiere ser prudente debe elegir con quién toma amistanza, y debe tener muchos amigos, á los cuales sea benívolo; mas han de ser pocos los íntimos y secretos; y tarde se fallan amigos fieles que duren fuera de la prosperidad; y el que quisiere ser prudente debe sepultar en su corazon las cosas de las cuales él solo es testigo; vana es la condicion de los hombres que quieren que lo que ellos callar no pueden con imprudencia, que lo callen los otros prudentemente; y en el buscar de los honores ha de haber gran prudencia, que muchos buscándolos los pierden, y deseándolos inmoderadamente, ca tan engañosa y de tal condicion es la honra, que fuye del que mas la ama universalmente. El hombre será prudente si remembrare lo pasado et ordenare lo presente y proveyere lo por venir, ca el que no remiembra lo pasado, perdido ha la vida, y el que no ordena lo presente es culpado de negligencia et fluctuarán sus cosas por caso, y el que no proveyere lo por venir, todas las cosas le vernán rebatadamente et inopinada, et cercarlo han angustias infinitas, ca el prudente no ha de decir: No lo sabia; mas ha de decir: Yo lo habia visto, et así me pensaba que habia de ser.» E así acabó la Prudencia et hizo fin, y el Entendimiento fué muy contento de su habla, et mandó la Razon á la Justicia que hablase.

CAPITULO X.

Cómo fabla la Justicia con el Entendimiento.

Preguntó la Justicia al Entendimiento: «¿Cómo va en el mundo despues que yo salí dél, y en especial las leyes cómo se guardan?» A aquesto respondió el Entendimiento: «Guardan las leyes aquellos que temen, et los que no temen quebrántanlas.» Dijo la Justicia: «¿Cómo va en el ejecutar de la justicia?» El Entendimiento respondió: «No hay medio ninguno: ó todo lo perdonan con misericordia, ó todo lo castigan con crueldad.» «Y los que se allegan á la justicia et la administran ¿qué hombres son?» Respondió el Entendimiento: «Tantas son las leyes et los entendimientos, que no está el derecho sino en fallacias et allegaciones engañosas, et por tanto, los sabidores de las leyes destruyen el mundo et lo roban mas que todos los engaños que son entre la gente.» Dijo la Justicia: «¡Ay! tan mala só yo para el mundo, que cuando habian trece leyes moraba yo entre ellos, et mas me desterró del mundo la multitud de las leyes que no la tirannía de los tirannos ni la disolucion de la gente.» E dijo mas: «Veamos á lo menos en la honra cómo se ha; ¿honran á los virtuosos et á los buenos?» Responde el Entendimiento: «Toda la virtud et todo el bien de la gente es convertido en tener dineros, y á aquellos honran, et aquellos alaban, et aquellos siguen, et aquellos aman.» Respondiendo, dijo la Justicia: «Y ¡ah tristes de los que dan beneficio por maleficio! los dineros no son malos ni buenos, mas son convertidos en el uso; que si el uso fuere malo, serán malos; si el uso fuere bueno, serán buenos; mas ¿por qué honran á los desventurados que tienen riquezas, no bienaventuradas por ningun fin? E dijo mas: «Así como la prudencia es directiva del entendimiento, así yo soy beneficativa de la voluntad, ca no aprovecharia nada entender aquello que conviene si la voluntad no amase aquello mesmo, et aquel amor de la cosa buena y verdadera es llamada justicia; é muchos hacen las obras de hombre justo y no son justos ellos, porque les fallesce aquel amor et conformidad de voluntad, y ¿qué cosa es justicia sino una tácita et secreta convencion et ligamiento de natura fallada en adjutorio de muchos, et un vínculo de la humana amistad et compañía? Y todas las cosas que ella manda son expedientes, mas el principio de ser justiciero un hombre et muy familiar es el amor de Dios glorioso, é si le amares, parescerle has en aquesto, que aprovecharás á los que puedes, et no dañarás á ninguno, y á los que empecen arredrarlos has en cuanto puedas; y no está la justicia en las palabras de la ley, ca los actos de los hombres infinitos son, y no se pudieron comprehender debajo de una regla cierta; pero yo moro en la voluntad constante et conformada con la recta y derecha razon; et algunas cosas castigarás porque en sí son malas, las otras porque dan ejemplo et causa de maldad, y despues pensar que donde quier que tratan de la verdad, que has fecho juramento por defender aquella, ca aquesta es la ley de la virtud; et no fagas mencion mas de haber fecho juramento expreso que no lo haber fecho, ca á Dios todas las cosas son manifiestas, et no puede estar que no sea de todas las cosas testigo. É si alguna vez te constriñere para que digas mentira, dila, mas no para afirmar la falsía, mas para defension de la verdad. É si contesciere que la fidelidad se redima con mentira, ya entonce no es mentira, y los injustos son vencidos de los males, y los males son vencidos del justo; y el que quiere ser justo no ha de ser inclinado por la reverencia de la persona, ni por la multitud de los dones, ni por la violencia de los amigos, ni por el temor de los potentes. Mas el justo no ha de ser tan duro que parezca cruel y á todos espante, et parezca tan feroz que despoje la buena condicion, ni ha de ser tan blando que no lo tema ninguno; ca entre estos dos extremos viciosos está el medio de la virtud. El que justo es, él mesmo es regla et balanza et medida adonde conviene et á lo que conviene, y de los honores toma lo que es convenible á su estado, ó menos por miedo del error. De las riquezas mas quiere pocas et honestamente adquiridas et justas, que muchas adquiridas por el contrario, y universalmente en todas las cosas el justo guarda el medio. Y ¿qué piensas tú que son los reinos si no hay justicia en ellos, sino tirannías et latrocinios et robos et homicidios? Bien dijo aquel cosario que fué llevado ante Alejandre, al cual Alejandre preguntó que por qué atribulaba et infestaba todo el mar; al cual el cosario respondió: — Y tú ¿por qué atribulas toda la tierra? A mí porque robo con una fusta llámanme ladron, et á tí porque tienes muchas llámante emperador. —Así que, no diferescen el uno del otro sino por tener poco poder ó mucho.» Et dijo mas la Justicia: «Recuérdate siempre que el mi principio es amor y temor de Dios, ca no solamente Dios dió et ayudó á aquellos que lo amaban et creian en él verdaderamente, mas aun ayudó á aquellos que tenian la religion de los ídolos, y por el contrario, destruia á aquellos que contra

los tales se hacian tirannos. ¿É piensas tú por ventura que si yo hobiera estado en el mundo, que Júpiter hobiera echado á su padre Saturno del reino ni se hobiera seguido la gran batalla de Creta? O ¿piensas que la cobdicia de los hermanos hobiera destruido la ciudad de Tébas? Y ¿crees que hobiera sido derraigada la nobleza de Troya? Y ¿crees que Alejandre hobiera dañado las ultramarinas tierras, ó que Aníbal tan cruelmente hobiera destruido á Monviedro, agora dicha Sigüenza, ó que Hércoles, que fué mucho primero que aquesto, hobiera robado los ganados de Girion, ó que Enéas hobiera prendido la esposa de Turno, ó que los romanos hobieran sojuzgado tan injustamente las naciones ni comenzado las primeras africanas batallas, ó que viniera Escipion, despues de Túnez destruida, á la final destruicion de Zamora, entonce llamada Lucena, ó que se hobieran seguido las batallas et discordias entre Pompeo y César? No hobiera mal particular ni universal en el mundo; ca si los hombres fueran justos, hicieran aquello que quisieran que les hiciesen, y todas las cosas cesaran.» É así acabó de fablar la Justicia.

CAPITULO XI.

Cómo habla la Fortaleza con el Entendimiento.

Comenzó de hablar la Fortaleza, á los piés de la cual estaba echado un leon grande, y ella, puesto que de cuerpo fuese delicada, tenia el corazon muy fuerte et muy robusto, y preguntó al Entendimiento: «¿Cómo va en el mundo de fortaleza en pugnar por la virtud et morir por aquella, et pugnar por la vida de las cosas honestas, et destruir las cosas inhonestas et malas?» Dijo el Entendimiento: «En el mundo se hallan hombres fuertes en una de seis maneras: unos son fuertes civiles que pugnan por la honra ó por la vergüenza entre aquellos que son conoscidos, porque ven que los fuertes son honrados et los temerosos son increpados; otros son fuertes por temor, así como los que hacen pelear en el mar por fuerza; otros tienen fortaleza militar, esto es, que ya tienen el arte de batallar, así como los que entran en el agua confiándose en el arte de nadar. La cuarta fortaleza es furiosa, que muchos con saña hacen cosas que son juzgadas fuertes; otros son fuertes por costumbre, que por ventura han sido en muchas batallas, et con aquella confianza cometen las cosas árduas; y otros tienen fortaleza bestial, no sabiendo la fuerza de su adversario, así como cuando los meridionales, que son flacos, tientan batalla contra los septentrionales, los cuales son osados et recios, et pelean los meridionales fuertemente ignorando la fortaleza de su adversario; y en aquesta manera se hallan hoy los hombres fuertes.» Respondió la Fortaleza: «Los primeros que pelean por la honra ó por la vergüenza, semejantes son á los virtuosos, mas ellos no lo son del todo, ca muchos de los tales son fuertes donde los conoscen, que serian temerosos donde fuesen ignotos. Los segundos, que por temor son fuertes, peores son que aquestos, ca la virtud ha de ser libre et con amor, et no ha de ser constreñida ni temerosa. Los terceros, que es del arte militar, no es propria fortaleza; comunmente tales son los caballeros estipendiarios, y aquestos cuando ven los grandes peligros huyen. É ya vimos los civiles aturar mas que aquestos en los tales peligros. Los cuartos, de la furia, no son verdaderos fuertes, antes son audaces, y comunmente los tales hacen como las estopas, que luego se encienden y luego son muertas; y aquestos son cuasi violentados por la furia, y cesando la furia cesan de ser fuertes. Los quintos, de la experiencia, no son verdaderos fuertes, porque la virtud de la fortaleza es firme en el corazon, y no es al caso encomendada ni á la fortuna. Los sextos no son fuertes, antes son como bestias, porque no miran primero con quién han contienda; pues la fortaleza verdadera es un medio entre la audacia y el temor, y la mayor fortaleza que pueda ser en el hombre, et la mayor tranquilidad para vivir bienaventurado, es vencer á sí mesmo y sojuzgar las pasiones, ca ¿qué monta á un hombre haber sojuzgado los indios y los mediterráneos et septentrionales, y ser vencido de la ira y de las otras pasiones? Pues la primera fortaleza es supeditar y enseñorear las pasiones proprias, et gran virtud es no ser hombre vencido de las cosas tristes, ni ser mudado por los infortunios ó adversidades; pero mayor fortaleza es y mayor virtud tener la rienda y el freno de no se alterar en las prosperidades, ca mas fácilmente vence al hombre la buena fortuna que la mala, y algunos piensan que la fortaleza y magnanimidad está en el deseo de las honras et riquezas, y conseguirlas; y aquesto no es verdad, ca la virtud de la fortaleza está en menospreciar y tener aquellas en poco; y por el contrario, los pusilánimos y de pequeño corazon siguen aquellas desmesuradamente. El magnánimo menosprecia los no durables favores et los pequeños honores, et no se expone á todo peligro, sino á aquel que es honesto et justo. El magnánimo escoge de morir por la virtud, ca mas quiere la honesta muerte que la deshonesta et vituperable vida; al cual si vive le siguen las honras y la fama, que son premios de la virtud, et si muriere tiene reposo en la otra vida y fama en aqueste mundo, et síguese por ello buen nombre á los suyos; y en aquesta manera el hombre vive alegre, ca no emprende de hacer sino aquellas cosas que la prudencia manda, y conseja las que la justicia endereza y lo que la grandeza del corazon et virtud de fortaleza quiere; aquesta es grande parte de la bienaventuranza del hombre.» É así hizo fin la Fortaleza á la habla, y comenzó á hablar la Temperanza.

CAPITULO XII.

Cómo habla la Temperanza con el Entendimiento.

Acabado de hablar las tres doncellas ya dichas, movióse para hablar la Temperanza, el gesto de la cual era en una manera media, así en el aparato como en la habla y en el movimiento y en todos los gestos, é dijo la Temperanza: «¿Cómo va en el mundo cerca de las concupiscencias carnales y los actos de las conmixtiones? Si es guardada la fe en los matrimonios, la castidad en los deputados á religion, et abstinencia de las cosas illícitas en toda la otra gente, ó si es la gula refrenada, que es causa et madre de todos los males, y las dueñas si son abstenidas del vino.» A aquesto respondió el Entendimiento: «La fe de los matrimonios convertida es en abusion por la mayor parte, et infinitas veces quebrantada et rompida. De la castidad que dices en los diputados á la religion, no ha quedado en

el mundo sino solo el nombre de religion; antes comunmente, por ser desenfrenados en la gula, son mas disolutos en los otros vicios que toda la otra gente, ca no puede estar concedida la causa que sea impedido su efecto, et parece esto ser verdad, porque los que entre ellos mas renta tienen, mas gordos se hacen por la mayor parte. A lo que dices de la otra gente, sabe que es venido al mundo el reino de los cocineros, en tanto grado, que se alaban muchos dellos haber comido tal y tal cosa, y en tal manera guisada; y muchos dellos tanto comen y beben, que se les sigue acortamiento de vida et acidentes de enfermedades grandes. Dejado que entorpescen los juicios y enduresceen el entendimiento, que es reino, y el señorío de la razonal creatura; y tantos nombres hay de diversidad de vinos y de potajes, que no basta memoria para retenerlos, y á tal intemperanza son venidos, que no solamente quieren hartar la gula, mas hacen potajes en que haya colores para agradar la vista, y olor de suavidad á los otros sentidos; é ya los vicios tanto son acostumbrados, que no son vituperados, antes son alabados, porque los que los habian de reprehender et increpar mas viciosos son que los otros.» Entonce habló la Temperanza, et con un gran sospiro dijo: «¡Ay mezquina! cuando yo era en el mundo no habia artificio de cocinero, sino el que todo hombre sabia, et facia los hombres comer para vivir, et no vivir para comer; et comian á la necesidad, y no á la superfluidad ni deletacion del gusto; y las damas todas eran mis hermanas; muchas dellas no comian carne, y todas aborrescian como á ponzoña el uso del vino; eran entonce los matrimonios guardados, y la sucesion y nascimiento de los hijos, y cierto no incurrian las gentes en tantas especies y peligros de enfermedad, ni habian menéster tantos géneros de medicinas. En las religiones guardábanse las abstinencias et los ayunos, por lo cual se siguia en ellos el tesoro precioso de la castidad, é así eran dispuestos para buena dotrina y ejemplo; é agora, que yo no soy en el mundo, todo es por el contrario.» Mas dijo la Temperanza: «En los vestidos ¿cómo se ha la gente?» Respondiendo, dijo el Entendimiento: «Ellos mucho mal, y ellas peor; ya no es la gente contenta en vestir paños de lana, por honesto, por limpio y hermoso que sea; antes envian en las partidas postrimeras del mundo á buscar paños de seda de diversas fábricas et artificios et colores; y no son contentos de aquesto, mas buscan forraduras de animales, los cuales sean ignotos et no acostumbrados de nascer en sus tierras; y aun mal contentos desto, muchos dellos cubren las vestiduras de oro ó plata ó perlas ó otras piedras preciosas; y para esto los que pueden gástanse, y los que no pueden baratan, trafagan, roban et mienten por allegar de aquesto; y muchas de las damas hacen cosas contrarias de la honestidad propria por aquesta causa.» Y preguntó la Temperanza: «Veamos, en el hacer de las casas y tener de las camas y las otras alhajas de casa et jaeces ¿cómo se ha?» Respondió el Entendimiento: «Muy mal; que unos hacen casas altas fasta el cielo, que parescen á la torre de los gigantes; otros no son contentos de hacer las casas de madera, sino enlazadas et pintadas et doradas, ó otras semejantes superfluidades, y la cama no son contentos que sea de lino et algodon et lana, mas hacen como en las vestiduras; y no son contentos multitud dellos si no tienen excesos de vasos de oro et plata et cosas inútiles á la necesidad de la vida humana; y porque no alcanzan para complir á estas superfluidades, acusan á Dios, diciendo que no es igual, et algunos diciendo que han habido mal fado ó mala ventura.» Respondió la Temperanza: «Amigo, loca es esa gente; los desaventurados buscan el bien donde no está, ca piensan que la su bienaventuranza et perfecion está fuera dellos, y es como el que va á pescar peces al monte, ó el que va á buscar liebres al mar; y por esto los cuitados siempre están tristes et solícitos, ca nunca estarán contentos, et ¿quién podrá alcanzar copia de tantas cosas? Yo vi tiempo que en el mundo no habia uso de las tales cosas, et no sabian qué cosa era adobo de vinos, ni cocinar tantos comeres, ni superfluidad de vestidos, ni armas ofensivas para mal hacer; mas eran dados á estudio de saber y de virtudes, y daban á la natura lo que era necesario, y no curaban de la superfluidad, et vivian alegres y en paz y en concordia; y aqueste siglo fué de oro en respecto de los otros siglos, los cuales fueron empeorados despues que los hombres cavaron debajo de tierra los peligros preciosos llamados por ellos riquezas, y entonce se siguió la fe rompida, et codiciar el fijo la muerte del padre, y salió la Virtud y la Sabiduría et todas nosotras del mundo, y despues que nosotras defuera, se siguieron homicidios, batallas, furtos, robos et todas las desordenanzas de las gentes; et proseguir sus errores por menudo seria luengo, castigarlos seria demasiado; mas á tí, pues que Dios te acertó en esta casa, decirte he algunas cosas con las cuales vivas gozoso et alegre. Lo primero es que mires de cuán poco se contenta la natura; aunque mucho quiera el apetito, tan poco como le basta. Tú mira que un rey come una gallina et un pan, et cabalga en una bestia, viste diez varas de paño; aunque de estas cosas codicia multitud, aquesto le basta naturalmente; pues si quieres vivir vida bienaventurada comprime et refrena los tales apetitos.» Dice el Entendimiento: «Ya, así nuestro Señor me vala de mí mesmo, sin decírmelo vi que era locura desear tales superfluidades; mas ¿qué harémos? que la Prudencia ha dicho que es sabieza conformarse hombre con los que viven, y vemos que las gentes ponen su bien en aquesto, et los que esto tienen et usan valen et son honrados.» Respondió la Temperanza: «Y ¿cómo si tú ves que los niños han por bien andar en el lodo et hacer casillas de barro et otras semejantes locuras, seguirlas hias?» Dijo el Entendimiento: «No.» Dice la Temperanza: «Pues aun mas locos son estos que los niños, que aquellos muévelos la natura, y aquestos mueve el desordenado apetito; é cierto es que por decir un pastor que el vidrio es piedra preciosa ni porque diga que es el laton oro, no se sigue que sea como él dice, ante es por el contrario. Yo decirte he la verdad, tú sigue aquello que querrás; y lo que dices de la gente, que por su decir se ha hombre de mover, yo te diré un ejemplo: Un sábio era una vez con un rey, el cual le dijo: «Señor, agora ha de llover, y á cuantos alcanzará esta agua ó la tocarán con la mano ó pié ó con cualquier cosa, todos se farán locos.» Y para esto díjole que se pusiesen ellos en un lugar do no los tocase el agua; siguióse el caso, fizo toda la gente locuras, y porque el rey y el sábio no ficieron locuras queríanles evitar por locos, et burlaban ellos del

rey y del sábio, y ellos reian de los otros; destos ¿cuáles erraban?» Dijo el Entendimiento: «Claro es, mas debian disimular.» A aquello responde la Temperanza: «Toda cosa debe hombre disimular et sufrir, sino la vileza.» É dijo mas: «Si continente fueres et temprado, tú vernás á contentarte de tí mesmo, y tenerte has á ti mesmo en reverencia et vergüenza, y no debe hombre haber mayor vergüenza de otro que de sí; come cuando hobieres fambre, despierte et provóquete la fambre, y no la delectacion; y come, mas no fasta la abominacion, et bebe con sed, mas no hasta la embriaguez; usa de los manjares presentes, y no desees los absentes; no seas diligente inquiridor de las viandas que has de comer, ni gran visitador de la cocina; al comer no vengas hervoroso como lobo, y al beber no descanses como bestia, y no cures mas del comer sino cuanto es necesario para vivir; la gordura déjala á los caballos et á los puercos, que cuanto en ellos paresce bien, tanto en los hombres paresce mal; no cures que el señor sea conocido por la casa, mas la casa por el señor. Los que en tu casa entrarán tomen mayor consolacion contigo, et maravíllense mas de la composicion tuya que de la ordenanza de tu casa, y préciate mas de demostrar los edificios de buenos ejemplos et costumbres que sean en ti mesmo, que de las joyas ó edificios domésticos. No atribuyas á tí lo que no eres, ni niegues de tí lo que eres. Trabaja como si las cosas tuyas son pequeñas et pocas, al menos que no sean angostas; tus vestidos no resplandezcan ni sean preciosos, mas no sean inmundos ó viles, ca la vileza abominable es en la natura; no trabajes cómo allegues riquezas supérfluas, que son causa de tristezas y trabajos; mas trabaja cómo no seas mendigo ni puesto en necesidad grande, que la pobreza extrema aborrescida es de la condicion humana; é así, siendo contento de lo tuyo, no habrás invidia ni procurarás lo ajeno; no fuyas todas las delectaciones así como insensible et rústico, ni las sigas así como intemperado. De las palabras torpes abstenerte has, ca el su uso intemperancia engendra; ama las palabras honestas y verdaderas mas que apostadas ó afeitadas; mira lo que dices y la manera del decir; lo que sabes enséñalo sin jactancia, et lo que no sabes confiésalo sin vergüenza; el mucho reir quita la reverencia y engendra vejez; no sea tu risa en grito como águila, ca esta es señal de soberbio y engendra odio; no sea falsa como del malicioso, ni provocada por los males ajenos, mas sea temperada et honesta en horas debidas; los juegos sean aquellos que no traen consigo vileza; los pasos sean sin ruido, la voz templada sin vocear; en tu ocio sean buenas et santas imaginaciones; guárdate de lisonjeros, ni quieras por lisonjas merescer la amistad de ninguno; guárdate de la compañía de los viles, alégrate cuando desplaces á los malos, et piensa que es tan malo alabarte los torpes como si te alabasen de torpeza. Amostrarás de grado, reprehenderás con paciencia, no seas audaz ni presuntuoso; si alguno te reprehende debidamente, piensa que aprovechó; si indebidamente, sabe que piensa aprovechar; fuye los tus vicios, y no seas curioso inquiridor de los ajenos ni áspero reprehendedor. Al que yerra perdona de grado; no ensalces sobre mesura á ninguno ni lo abajes; oye de grado et recibe lo que oyeres; responde do es menester; al que te llamá óyelo et respóndele de grado; al que contiende déjalo luego; no seas modesto en las plazas et intemperado en tu cabo; sey movible, et no ligero; sey constante, y no pertinaz ó porfioso; á todo hombre serás igual; no menospreciarás á los menores con soberbia ni temerás á los mayores con la rectitud de la vida; en el oficio que tienes no seas negligente ni altivo ni duro; á todos sey benigno, á pocos familiar, no á ninguno doblado; á todos igual; sey mas profundo en el juicio que aparente en la palabra, y mejor en la vida que en la cara; sey amador de la clemencia et perseguidór de la crueldad; no seas sembrador de tu fama ni detraedor de ajena; no creas las suspiciones ni los crímines ni las nuevas vanas; sey tardo á la ira, et á la misericordia fácil; en las adversidades firme y en las prosperidades cauto et humilde; sey honrador de las virtudes, sean los otros de los vicios; ama la sabiduría, ame quien querrá la ignorancia; sey menospreciador de los bienes de fortuna; busca los bienes durables, los cuales son las virtudes, et no cures de la ignorancia de la gente, ni te muevan sus apetitos vanos. En el grado que tienes el comer has de tener los otros vicios; si alguno te menosprecia, piensa que no te conosce, et tú menospreciar debes el tal menosprecio; é mira aquí cómo vivirás alegre et bienaventurado.» E así hizo fin la Temperanza.

CAPITULO XIII.

Que trata de la iconómica et política.

Cesadas las cuatro virtudes de hablar, las otras ocho que quedaban, conviene á saber, la magnanimidad, la mansuetud ó sus acercanas, la magnificencia, la liberalidad, la eutropelia, la amistad, la epiqueya y la heróica; empero la Verdad sacó el espejo, et mostró al Entendimiento largamente la intencion de cada una de aquestas, é cuáles eran los vicios sus contrarios; y despues de esto dijo la Razon: «Pues que has habido ejemplo de cómo debe regir el hombre á sí mesmo, necesario es decirte cómo debe regir la casa et la poblacion, et la ciudad ó el reino. E mostrarte hemos cómo cada una de aquestas comunidades es necesaria et natural á la vida; y para esto has de notar que la naturaleza mueve al hombre principalmente á tres cosas, conviene á saber: á la conservacion de sí mesmo, et á la conservacion de la especie, et á la comunicacion de la fabla. La conservacion de sí mesmo no la puede hombre haber solo, ca la natura provee á los otros animales de victo donde quier que nascen; y el hombre, como es animal mas delicado, ha menester la refecion corporal que sea mas delicada. Ende conviene que quebrante la semiente et la muela, et la amase et la faga pan. E comunmente la semiente mas conforme á la humana complixion es la semiente del trigo, el cual no nasce sin proceder artificio de labranza; y para esto no bastaria hombre solo, mas ha menester siervo en una de las cuatro maneras que te dirémos adelante. Para conservacion de la especie naturaleza lo mueve á engendrar naturalmente, et para aquesto ha menester mujer necesariamente, la cual es instrumento de la generacion et ayuda en las necesidades de la vida; é síguese haber habla et compañía agradable; é son aquestos muy amigos por estas cosas, é aun por la generacion de los hijos, á los cuales aman ambos de corazon. Entre ellos

es el amor por la sucesion de la tercera cosa; pues luego síguese que aquestas cuatro personas hayan menester un lugar donde convengan, et tengan en aquel lugar á lo menos pan, fuego et agua, adó tomen la refeccion et sustentacion de natura; et aquel lugar sea tal, que los pueda defender de las pluvias, de los frios, de los fervientes calores y de las otras tempestades; el cual lugar es llamado casa, la cual casa es constituida de cuatro géneros de personas á lo menos, conviene á saber, marido et mujer, hijo et siervo. Ahora digamos de la generacion del barrio, la cual es necesaria et natural á la vida así como la casa; y esto es por tres razones: la primera es por el amor que tienen los padres á los fijos, que tanto los aman, que los quieren tener de cerca; é los fijos no se quieren arredrar de sus padres ni del lugar donde nascieron, el cual lugar tambien es padre naturalmente, ca del un padre recibe hombre la generacion y el nudrimiento, del otro la influencia et la complexion. Pues luego naturalmente los fijos que nascen farán casas cercanas á sus padres, et los fijos de aquellos otras, fasta que sean muchas casas juntas; lo cual es llamado barrio ó vico, et los habitadores se llaman vecinos; et aun es necesaria aquesta tal congregacion ó habitacion por la necesidad de la vida; que allende de las necesidades que dijimos, ha menester el hombre necesariamente cobertura ó vestido, et instrumento con que labre; ca vemos que la natura provee á las aves de pluma con que se cubran, la cual tambien es instrumento de moverlas por el aire; é provéelas de pico et uñas con que buscan el comer; y á los otros animales provee de fortaleza de dientes para trabar, et de pieles con que se vistan; y el hombre nasce solamente menguado de todo aquesto, et dale la natura la mano, la cual es órgano de los órganos et instrumento de los instrumentos. Pues luego necesariamente ha el hombre menester quien faga el azada ó la reja ó el cuchillo con que labre, y ha menester quien teja la lana ó el lino para vestir; et aquestas cosas todas no las puede facer un hombre, ni se pueden bien facer en una casa donde no haya multitud de personas; y esta es la segunda razon por qué fué necesaria la tal congregacion. La tercera causa es de parte de la justicia et punicion de los delictos; ca así como en la casa es principal et mayor el señor et juez, é castiga et rige la mujer en una manera, y el hijo en otra, y el siervo en otra cuando yerran; asimesmo en los barrios pusieron por juez al mas viejo, y la necesidad que los constreñia á facer la tal ordenanza fué esta: que veian cuando un hombre tenia dos fijos, y el uno mataba al otro, mas queria el padre disimular el muerto, et al vivo dejar sin punicion, que ser perdidoso de los dos; é por tanto los hijos, no temiendo las puniciones de los padres, muchas veces con ira ó con envidia mataban á sus hermanos; y por aquesto los buenos hombres del barrio pusieron un juez comun, el cual pudiese los tales delictos punir. Et mira aquí la generacion natural et principio de la casa et barrio. E agora hablemos de la poblacion de la ciudad, et cómo ha sido natural. Cierto es que el hombre ha sido ordenado á vivir et suficientemente vivir et virtuosamente vivir; é por cada uno de aquestos tres fines fué la congregacion necesaria de la ciudad, allende de las dos viviendas ya dichas; vieron los hombres que inculta era la vida et muy trabajosa de la casa sola ó del barrio, et cuasi no podia abastar á las necesidades humanas; é viendo aquesto, eligieron tierra que fuese fértil et abastada, donde poblasen multitud de barrios, et hobiese distincion de los oficios et artificios, et ficiesen las cosas necesarias, vender pan et vino, carne et pescado, et pusiesen precios razonables en las tales cosas; é vieron qué barbárica era la vida, comutar trigo por vino ó lana por fierro, así como facian en los barrios, que habian de estar cada dia en nuevas conveniencias, et iban muchas veces á los jueces, et inquietábanlos. E por tanto, los de la ciudad ficieron moneda, et pusiéronle precio, et cuasi aquella era medida de todas las cosas vendibles et comunicables; é puesto á las cosas precio justo et razonable, no habian de ir á los jueces; é fué aquesta mucho mejor consideracion que la primera, que cada uno sabia lo que habia de dar et recebir. E viendo las gentes que era muy malo el hombre, que Dios le habia dado razon para hablar et para saber, que fuese idiota et barbárico del todo, ficieron escuela de letras, en la cual pusieron maestros que enseñaban á sus hijos leer, escribir et hablar, et otras doctrinas, segun la copia de las formas et disposiciones de los entendimientos; y porque vieron que la natura del hombre era inclinada á saber por su natural inclinacion, dejaron á los hijos de los mas nobles ciudadanos para que investigasen et inquisiesen profundamente los saberes; é hobo algunos entre aquellos que fueron muy sábios, á los cuales les atribuyeron et constituyeron entre ellos tres cosas señaladas. La primera fué la medicina, ca vieron que naturalmente el hombre compuesto de las cosas contrarias, et por la dominacion y exceso et demasía de algunos humores incurrian los hombres grandes enfermedades; é hobo allí algunos que, probando muchas yerbas et muchos remedios, fallaron algunas experiencias ciertas contra la adversidad de las enfermedades; é hobo allí otros mas ingeniosos que investigaron et inquirieron las cosas de las tales experiencias, et redujiéronlas en artificio y escriptura. E gran experimentador de aquestas fué el rey Mitridates, é grandes investigadores fueron Ermes y Mercurio, tercero; é aquestos ficieron las tales medicinas estar en una casa et venderse públicamente, y que hobiese uno ó mas los que compliesen en la tal ciudad, que fuesen profundos en el saber de la naturaleza, et supiesen las edades, las complexiones et las calidades de las personas; y que fuesen pláticos en el curso de las estrellas, por saber los tiempos del administrar de las medicinas, y que fuesen muy discretos et muy pláticos en el conoscer de las cosas naturales; y aquestos tales toviesen cargo en el administrar de las medicinas et curas de las dolencias; y fueron principales inventores de aquesto, entre los griegos, Apolo, Escolapio, su hijo. Mas, por cuanto Escolapio murió fulminado de rayo, se perdió aquesta arte por espacio de quinientos años, en los cuales no hobo físico hasta Artajérjes, rey de los persianos, al cual sucedieron Ascrepio et Hipocras, su hijo, los cuales la ampliaron et renovaron en luz; y fué la medicina en el mundo en tres maneras: la primera se llamó metódica, la cual fué fallada por Apollino Délfico, et aquesta se facia con ciertos cantares et palabras; la segunda se llama emperita, et aquesta era de solas experiencias sin causas, et aquesta fué com-

plida por Esculapio; la tercera se llama racional ó logical, la cual fué complida por Hipocras; y aqueste fué el primer bien que trajo á las congregaciones et ciudades el saber. La segunda cosa que entre ellos establecieron los sábios fueron las leyes, ca vieron que razonables eran allende del derecho natural, que era comun á todos los animales, hobiese entre los hombres derecho que se llamase derecho de las gentes; en el cual cuasi todas las gentes concordasen ó las mas de aquellas, en el cual se conteniesen las divisiones de las heredades, de la seguridad et posesion de las cosas proprias, fábricas de murallas y de edificios, y de armas defensivas, batallas, captividades, servidumbres, juramentos, paces, treguas, casamientos et otras semejantes cosas, y en aquesta consideracion los trajo el discerner de las cosas; é vieron que no era bueno que el hombre dejase su mujer cuando quisiese, y que abominable era la mujer conoscer á otro sino á su marido, ca la generacion no fuera cierta, et la sucesion de la heredat fuera injusta, et los peligros et los litigios fueran grandes por aquesta causa, et por tanto hicieron leyes convenibles á la razon, que tratasen la forma de los tales matrimonios. E vieron que razonable era el hombre ordenar de sus cosas proprias á la hora de su muerte; et ficieron ordenaciones et reglas de los testamentos, et así del tornar de la cosa prestada y la restitucion de la cosa debida; y establecieron entre sí del honrar et remunerar á los hombres por las virtudes et bienfechos, et punir et aviltar por los maleficios perpetrados; et como ternian que la ciudad fuese abundosa et fértil et sana, buscaron manera con que la toviesen pacífica et unida; et por aquesto hicieron leyes que ordenaron et mandaron las cosas lícitas et honestas, y vedaban et prohibian las cosas inhonestas et injustas, y premíaban las cosas lícitas et indiferentes; et para aquesto buscaron cautelas de prometimiento de premios et galardones á los bien vivientes, et amenazar de penas et tormentos á los transgresores. E ordenaron que hobiese entre ellos hombres defensores et pugnadores por la república, porque veian que á unas gentes placia enseñorear et destruir á otras; y fueron aquestos que las tales leyes primero compusieron, et dieron á lás gentes en reglas escripturas de vivir : Moisen á la gente judáica, Foroneo rey á los griegos, Mercurio Trimegisto á los egipcianos, Solon á los de Aténas, Ligurgo á los lacedemonios, é porque sus leyes hobiesen mayor auctoridad, fingió que ge las habia ordenado el Dios Apollo. Numa Pompilio dió ley á los romanos, et despues ellos enviaron por las leyes de Solon á Grecia, las cuales escribieron en doce tablas. E así fueron todas las gentes regidas por leyes, exceptas las barbáricas naciones; y establescieron que en las tales ciudades hobiese hombres que supiesen y enseñasen las tales leyes. La tercera cosa que ordenaron estos sábios en la gente fué religion; esta es santidad, et fueron aquestas gentes en tres consideraciones : los unos que se movieron por sojuzgar et señorear mejor el pueblo, et vieron que era imposible la ley humana bastar á punir todos los maleficios ocultos; et por tanto pusieron á la gente terror que habia dioses que veian todas las cosas ocultas et manifiestas; y que si hombre estaba en la casa, que habia dioses que llamaban Penates; é si estaba en el monte, que habia dioses que llamaban faunos erráticos; é si estaban en el huerto, que habia dioses et diosas á los cuales llamaban driades et drirides; é si estaban en la fuente ó en el rio, que habia dioses que llamaban deesas et ninfas; é si en cualquier lugar de la tierra, que lo veia Juno, y en la mar, Neptuno, ó Doris et Tétis; ó si en torre ó en el árbol ó en el aire, Júpiter; ó estando á su fuego, que lo veia Vulcano, ó dos dioses, los cuales llamaron Lares; é si estaban consigo, solo decian que lo veian los genios; de guisa que pusieron que no habia cosa, por oculta que fuese, que á los dioses se pudiese asconder; y era aquesto gran verdad et poco seso, ca ellos verdad decian que á Dios todas las cosas son manifiestas, mas no como ellos decian; y de aquestos tales fué Rómulo et su sucesor Emilio, que lo confirmó; y aquestos no hicieron por otra intencion santidad, sino por proveer á los maleficios ocultos y ser señores del pueblo, ca en otra manera era imposible. E pusieron mas terror, que los que pecaban que eran punidos en el otro mundo por un rey, al cual llamaban Pluton, el cual tenia una ciudad deyuso en el profundo de la tierra, toda cerradá con fierro, á la puerta de la cual pusieron que habia un can muy fuerte de tres cabezas; é pusieron que habia alli gran multitud de arpías diformes et furias espantosas, las cuales atormentaban fuertemente et cruel á los que allí estaban; é porque les pudiera argüir por qué no venian los que morian, dijeron que el camino era ancho al comienzo de la entrada, mas que á la salida era muy estrecho et muy oscuro et muy áspero; é con esto dijeron que bebian allí de un rio que llaman Leteo, é aquella agua era de tal virtud, que todos los que la bebian olvidaban este mundo; y que estas eran las causas por qué nunca venian los que iban una vez; y por el contrario, decian que allende de aquel rio andaban las ánimas de los buenos en unos campos muy verdes, cantando et jugando. Y por aquesta manera la gente se movió, parte por el miedo de la ley humana, parte por el temor del otro mundo, á guardarse de pecar, oculto ni manifiesto, et fué todo el pueblo muy inclinado á aquesto. E hobo entre los hombres, sábios que se acordaron et siguieron la opinion del pueblo, et compusieron libros de cantares et sacrificios, é añadieron ficciones, et por dar color á la tal creencia, pues que veian que por aquesto habian mayor eficacia las leyes, fingieron que en el infierno estaban ciertos hombres et mujeres, los cuales las gentes habian visto usar mal; et dijeron que en el infierno tenian grandes penas; entre los cuales nombraron á Tántalo, Teseo, Ixion et Licio et Sisifo; y de las mujeres, que habian visto á las hijas de Danao, que habian muerto los maridos, y otras. E así del rey Mínos de Creta, et Chaelus, et Radamantus, et otros muchos; los cuales, dellos fueron crueles, así como Mínos, y otros avarientos, como Tántalo. E mira aquí la primera manera de introducir dioses en el mundo. La segunda manera fueron otras gentes, las cuales vieron que las estrellas habian influencia sobre las cosas del mundo. E pensando que eran animadas ó que habian hecho el cielo, dijeron á las gentes que las adorasen; y entre ellos hobo extraños idólatras et diversas religiones et abusiones, ca unos eran sacerdotes del sol, et otros de la luna, et así de las otras estrellas. Y que la voluntad de los dioses era labrar la tierra, y estatuyeron sacrificios de los animales, et predicaban á las gentes que todos los bie-

nes venian de las estrellas, et los sacrificios de los animales no los hacian hacer á otro fin sino porque ellos comiesen. E allende desto, echaron á las gentes cierta imposicion de lo que labraban para los tales sacerdotes; y de aquestos, parte se movieron con buen celo, et parte para haber vida honrada en el pueblo. Y de aquesta materia mas largamente habla la Sabiduría cuando te dijo de los sábios. La tercera manera de introducir verdadera religion en el mundo fué, que vió nuestro Señor el mundo lleno de locuras é idólatras, et quiso haber piedad de la gente, et habló con su siervo Moisen en vision de profecía, et dió por su mano credulidad verdadera et cierta de cómo era uno, et cómo él sólo era el Señor et Criador, et todas las otras cosas subjetas á él; la cual ley, puesto que fué santa et bendita, y que no pudo ser mejor segun aquel tiempo, mas ella contenia en sí algunas cosas, las cuales no son lícitas agora, así como el sacrificar de los animales, lo cual era por quitar la idolatría. Mas dejó la ley para que hobiese total perfecion et complimiento en el tiempo del advenidero Mesías. El cual habia de ser declarador de la ley, et aqueste fué Jesucristo glorioso et bendito; el cual toda la ley redujo al verdadero entendimiento espiritual. E mira aquí cuántas fueron las intenciones de poner religiones en el mundo. E tornando á lo de suso, bien podeis ver cómo las leyes y la medicina et la religion fueron halladas por los sábios, et despues vieron que si no habia personas poderosas et sábias et justas que ficiesen guardar las leyes ordenadas, que cada uno las quebrantaria; y para esto hobieron tres maneras de principado. El primero fué que escogian á los mas sábios et mas virtuosos, et aquestos eran los jueces y señores, y llámase aqueste principado aristocracia. Otros escogieron los mas ricos, et llámase aqueste aligarquía. Otros escogieron un príncipe solo et virtuoso, et aqueste se llamó monarquía. E vido la gente que el principado de uno era mas convenible, et ficieron primero eleccion, de que muria un rey, de otro virtuoso et sábio, et no curaban cúyo fijo fuese; mas parecióles mejor ser el reino por sucesion que por eleccion.» Y á aquesto dijo el Entendimiento: «A mí me paresce que era mucho mejor la eleccion del virtuoso que la sucesion del indiferente; ca muchas veces habemos visto los tales reyes, por no ser virtuosos, convertirse en tirannos; et otros por falta de prudencia destruir los reinos.» Y respondió la Razon, et dijo: «Cierto es que si no hubiera otro peligro qu'ese, verdad dices.» Preguntó el Entendimiento qué peligro se seguia. La Razon le respondió: «Yo te diré. Lo primero, que muchas veces hobiera dos igualmente virtuosos ó sábios, et los unos ternian con el uno preferiéndolo, et los otros con el otro, et sobre esto habrian contiendas et disensiones. E agora vemos que sobre un oficio, que no es nada, los hombres han grandes contiendas, ¿cuánto mas seria entonces sobre una cosa tan árdua? Y las leyes, puesto que eran mejor entendidas, no eran tan bien guardadas; ca el rey que era hijo de un hombre de pequeño estado no lo obedescian de grado aquellos que eran hijos de hombres grandes, y por esto fué mejor que reinase el fijo del rey. E con todo esto, quedaba que le enseñasen de pequeño letras et saber, y le costumbrasen á las virtudes. E mira cómo en la política hobo estas órdenes: primera principado, segunda sacerdocio, tercia militar, cuarta enseñadores de las sciencias et leyes, et usadores de aquella, quinta medicina, sexta artes mecánicas, séptima agricultura; y fueron aquestos estados llamados reyes, sacerdotes, caballeros, sábios, médicos, menestrales et labradores; y aquestos todos convenian al vivir, et suficiente vida et virtuosamente vivir, aunque el sacerdocio apócrifo no fué en la policía como parte á la vida necesaria, sino por las causas que te dije, et aun, sino por no detener tiempo, yo te dijera de muchas astucias particulares que muchos reyes sábios tuvieron con los pueblos en aquesto; et mira aquí brevemente la institucion de la policía en el mundo, y de su comienzo et ordenanza.»

CAPITULO XIV.

De cómo vido el Entendimiento las cosas et regimientos de la vida política por órden.

Aquestas cosas acabadas de decir, paró mientes el Entendimiento al espejo que la Verdad en la mano tenia, en el cual vido cómo, segun órden natural, mejor era de tener una mujer que muchas; é vido que mala era la policía de Sócrates et Platon, en la cual habian ordenado un hombre poder tener muchas mujeres; et vido las causas por qué, et los inconvenientes que se seguian segun ellos; et vió mas el Entendimiento, cómo debian acatar los hombres y advertir mucho en la mujer que han de elegir, que sea de linaje en que haya habido buenas mujeres; et vido que mucho miraban las mujeres en aquesto, et por la tal causa se esquivaban de maleficios muchas; é vido cómo debian mirar mucho las mujeres que fuesen ornadas mas de virtudes et bienes interiores que bienes exteriores y de fortuna; é vido cómo los hombres erraban cerca de aquesto, et cuántos daños se siguian por elegir mujeres cargadas de bienes de fortuna et menguadas de virtudes. E vió mas, cómo pocas virtudes pueden estar en las mujeres sacando la temperanza. Mas vido que aquella hacia gran bien en ellas, ca en la cosa defectuosa ó no llegada á complimiento de natura pequeña, virtud es grandísimo bien. E vido mas el Entendimiento en aquel espejo, cómo el hombre ha de regir á su mujer por otro regimiento apartado del de su hijo y del siervo, et vido cómo la mujer era libre en respecto de aquellos. E vido que era bueno hacer diferencia de la mujer prudente á la imprudente, y qué bueno era á la mujer prudente encomendar el regimiento de la casa, et usar del consejo de aquella en casos muchos, especial en los subitáneos; é vió cómo los hombres debian estudiar de como no fuesen mucho celosos. Vió los peligros et los males que por esta causa se siguian. Vió cómo se habian de haber los hombres en los vestidos et los otros ornamentos de las mujeres; é vió cómo esto habia de ser considerando al estado et á las fortunas et al tiempo; é vió cómo la república de Aténas se habia perdido porque las mujeres llevaban la púrpura et otros paños de precio rastrando por el suelo. Vió que gran inconveniente era la mujer parescer mula del arzobispo, y el hombre parescer asno de carbonero; vido allí la comunicacion del hombre á la mujer cómo habia de ser, et cuándo, et cómo el marido habia de fiar todas las cosas á la mujer prudente, et vido las causas por qué; vió cómo los hombres no habian de frecuentar el

uso con las mujeres, ni tampoco apartarse mucho, et vió las cosas de lo uno y de lo otro. E universalmente vió lo que convenia al buen amor et buen regimiento de entrambos, y de la otra parte vió qué era la causa del amor tan intenso de los padres á los fijos, et no por el contrario. Vido cómo la madre amaba mas al fijo que el padre, et cuáles eran las causas de aquesto; é vió cómo los padres debian ser muy prudentes et muy cautos cerca del criar de los fijos; vió cómo á principio los fijos ni las fijas no debian oir ni ver todas las cosas; é vido cómo en especial eran de quitar de las malas compañías desde la puericia; vió cómo los fijos de los hombres pobres era bueno deprender desde la juventud oficios et artes mecánicas, et los fijos de los labradores en la agricultura ó mecánica, et los hijos de los nobles en las artes liberales et morales sciencias, et los fijos de los ciudadanos las leyes y la medicina y el sacerdocio, et las semejantes cosas; é vido cómo era necesario quitar los hijos et muy mas las fijas del vino y del mentir; é vido que muy bueno era en la juventud no tener licencia de tocar dinero. Vido cómo era determinado que los padres cerca de los hijos no se demostrasen muy blandos ni muy crueles ó tirannos. Del otro cabo vió cuántos eran los géneros de servitud; et vió cómo la primera manera de servitud era de las bestias al hombre, las cuales le eran naturalmente subjectas por ser irracionales. Vido que la segunda manera de servitud era que los hombres habitantes en los climas et regiones de malas complexiones, donde fallescen mucho de la razon, son muy menguados de entendimiento, et aquestos naturalmente son siervos de aquellos que moran en los climas et contratas de buenas complexiones y entendimientos et costumbres; y cómo los unos se salvan por los otros, et cómo aquesta servidumbre es razonable et natural, et cuántas eran las causas de aquesto. Vió que la tercera manera de servitud era por el derecho de las gentes et ley, et llámase servitud legal; y esto es que los unos sojuzgan á los otros, venciéndolos en batalla, et los presos que sean cativos; vió que aquesta servitud no es así como las otras de suso; mas es lícita, aunque no natural. Vió que la cuarta manera de servitud es necesaria, et no natural ni legal; y esto era que los pobres se alquilasen por dia, mes ó año por causa de adquirir, é vió que aquesta servitud era conveniente et razonable. Vió cómo el regimiento era adverso en aquestas tres maneras de siervos, dejada la primera; vió qué manera deben guardar los hombres cerca del edificar de las casas, et cuántos daños ó provechos se siguen de los edificios ser moderados ó ser supérfluos; vió cómo el tener de las posesiones proprias era bueno, y que los que no tenian proprio, que no eran peores que hombres ó mujeres. Vido qué cautela era de tener en las maneras de ganar de las pecunias, y vido cómo unos modos eran illícitos et inhonestos, et otros honestos et lícitos. Vido cómo se debia escoger lo poco et honesto antes que lo mucho et inhonesto et injusto; é vió que la cosa mas saludable para la bienaventuranza era cobdiciar las cosas que son segun la necesidad de bien vivir, y no segun la superfluidad y excellencia. Y de otro cabo vió la ordenacion et regimiento de la ciudad ser diverso en tiempo de la paz y de la guerra, de la pestilencia y de la sanidad, de la fertilidad et mengua. E vió qué tales hombres habían de ser en cada uno de los estados, et qué convenia de atender en los principales, y qué en los sacerdotales, y cómo aquestos habian de ser mas sábios y de mejores costumbres que los otros; et vió los daños que se seguian si así no era en la república; et vió largamente cómo se habia de ordenar la caballería, y qué señales habian de tener los magnánimos et fuertes, y en qué edad habian de usar de armas los caballeros, y cómo el ejercicio en las armas de juventud, y el deseo de la honra ó la propria virtud vencia las batallas; é vió los derechos y las constituciones et observaciones de las batallas; vió las maneras del batallar, y el artificio de los ingenios, y la diversidad de las armas, y la prudencia de los capitanes, el ordenar de las haces, et cautela y astucia de las celadas, et los saltos y de las invasiones salteadas de los enemigos; et universalmente vió cómo en la ciudad no debia haber diversidad de leyes ni observancias y creencias, y qué males se siguian de aquesto. Vido cómo las leyes se mudaban segun los tiempos, segun las personas et los casos et las gentes; et vió cómo los hombres seguian mas las creencias que las leyes positivas, et cómo era necesario que los dadores de las leyes ficiesen mencion de la creencia verdadera, et trabajasen segun su poder por destruir la idolatría, en la cual se comete injuria contra la esencia de Dios glorioso; et universalmente vió que no debia vivir en la ciudad hombre jugador ni rufian ni vagamundo, porque de aquesto se seguirian muchos males. Vido qué bueno era en la ciudad haber una casa donde estuviesen los hombres menguados de entendimiento. Vió qué razonable era haber un rédito ó tributo en la comunidad, de donde se sostuviese el rey y los administradores de la justicia et los sacerdotes, y de do proveyesen á la órden militar et bastasen á las cosas necesarias.

CAPITULO XV.

Que es declaracion de la fe católica, santa et verdadera; la cual es necesaria á la salud.

Dice la Verdad: «Ya has visto en casa de la Sabiduría la prueba de la credulidad verdadera de nuestro Señor Dios glorioso, excepto que al poderío et sabiduría et bondad suya llaman algunos trinidad de personas, puesto que la esencia sea una; y en aquesto verdad dicen, y esta creencia necesaria es de añadir á la otra que has habido.» Dijo el Entendimiento: «No lo veo;» et la Razon volvió la cara. Dijo la Verdad: «Así como el entendimiento es sobre el sentido, así la profecía es sobre el entendimiento; et muchas cosas hay en el mundo sensibles, las cuales, si fuesen contadas en otra tierra, las habrian por una gran mentira. E pongamos caso que en una tierra no hobiese fuego, et viniese uno que les dijese que en la tierra donde él era habia una cosa que la llamaban fuego, la cual tenia tres virtudes principales: la primera, que alumbraba todas las cosas obscuras; la segunda, que escalentaba todas las cosas frias; la tercera, que consumia y degastaba todas las cosas que se le acercaban. Cierto es que aquello no lo creerian, et farian escarnio. Pues así es de Dios, que, puesto que sea uno en esencia, es trino en personas; et si esto es en las cosas sensibles, ¿cuánto mas será en las cosas divinas?» Dice el Entendimien-

to: «Eso bien lo veo, que el humano entendimiento mucho es flaco en alcanzar; mas vos me dijistes en casa de la Sabiduría que verdad era lo que ella me había dicho.» Respondió la Verdad: «Sí; mas por tanto, no te negué aquesto que agora te digo, antes te dije, si te acuerda, que querria hablar contigo secreto, et aquesto es lo que te queria decir; y queríate mas decir, que por salud del humanal linaje la Sabiduría ó Palabra ó Hijo de Dios habia tomado carne en el vientre de una gloriosa doncella, en el cual estuvo nueve meses, et á cabo de aquellos salió Dios verdadero et hombre todo junto, et quedó ella vírgen ante del parto y en el parto et despues del parto.» Dijo el Entendimiento: «Agora estoy mas confuso que primero.» Dice la Razon: «No vos detengais mas en estas nuevas.» La Verdad responde: «Así como no creeria un hombre que no hobiese visto ó oido que habia una cosa la cual regalaba el oro en la bolsa sin romper el cuero, y que quemaba los huesos de un hombre sin corromper la carne, lo cual se hace por el relámpago; así contesce á vosotros, pues que bien habeis visto que esto se face naturalmente, et bien habeis visto cómo en una avellana se cria el grano sin romper la cáscara, et otras maravillas semejantes que hay en natura, las cuales no alcanza el entendimiento, ca aquestas saben los que Dios da gracia. Pues aun mas vos digo, que aqueste Dios et hombre de que habemos dicho, murió muerte muy aviltada cuanto á la carne, et la mas oprobriosa et deshonrada que ser pudo, et quedó el cuerpo enforcado en la cruz, et descendió el ánima con la divinidad á los infiernos, mas la divinidad no desamparó el cuerpo; é sacó del limbo del infierno los patriarcas et profetas et todos los santos padres, los cuales estaban allí por la manzana et fruta vedada que Adan, su padre, habia comido; é sacólos del poderío del diablo, el cual enemigo maldito habia caido del cielo por presumir de igualarse con Dios él y todos los que con él consintieron; et resuscitó este Dios et glorioso hombre al tercero dia, et no quiso parescer públicamente, sino á ciertos testigos ordenados por Dios; et comió con sus discípulos, et subió á los cuarenta dias despues que resuscitó á los cielos, et á cabo de diez dias despues de la ascension envióles el Espíritu Santo para que predicasen et divulgasen á las gentes la resurreccion de los muertos; é aquestas son verdades en las cuales has de creer. Et por tanto aparesció á los pescadores, y no á los dialéticos, é díjoles que predicasen cómo Jesucristo bendito habia de juzgar los vivos et los muertos. Así son los simples en aquesta creencia, en respeto de los sábios, como fueron los fijos de Israel en pasar por la mar, los cuales pasaron pié á tierra, et los egipcianos, que venian á caballo, se afogaron, et los simples creyentes son como los fijos de Israel, et los sábios como los egipcianos; et aquesta creencia verdadera es bien en la cuarta ó quinta partida de la gente del mundo, y aquestos solos se salvan, et todos los otros se condenan.» Dice el Entendimiento: «No lo veo;» y entonce la Verdad mostróle el espejo, et tanto fué de claro y resplandesciente, que quitó la lumbre de los ojos á la Razon y al Entendimiento, et fueron así como ciegos; et dijo la Verdad que toviesen mientes en el espejo, et mostróles cómo allí Dios Padre producia y engendraba eternalmente de sí mesmo á Dios Fijo, y de aquestos dos era inspirado Dios Espíritu Santo, y eran tres personas et un solo Dios verdadero. Y el Entendimiento et la Razon, con la ceguedad que tenian de la gran lumbre que estaba en el espejo, no vieron nada; et mostróles las órdenes de los ángeles cómo estaban distintas et ordenadas, et cómo alababan et adoraban et bendecian á Dios glorioso, et cególes la lumbre et la excellencia et natura y fermosura de los ángeles et ordenanza de aquellos; y la Verdad les mostró la encarnacion, la natividad, la muerte, la resurreccion, el descendir de los infiernos, el sobir á los cielos, el enviar del Espíritu Santo; et acrescentóse la claridad al espejo, et no vieron nada mas que primero; y mostróles cómo estaba la gloriosa Vírgen santa María cerca de su Hijo precioso Jesucristo bendito, el cual era una cosa con el Padre et con el Espíritu Santo en la esencia, puesto que las personas fuesen distintas; y tanta fué la claridad, que no vieron nada; y mostróles cómo estaban en pos de la Vírgen María los patriarcas et profetas, y despues los apóstoles et evangelistas, et mártires y confesores et vírgines en grados de gloria distintos y en premios et méritos diversos; y la Razon y el Entendimiento, con su ceguedad grande, et por la excellencia de la gloria de los bienaventurados, no vieron nada de aquesto; y despues mostróles el infierno en fondon de los abismos, donde estaban los espíritus malignos, que habian sido ángeles bienaventurados, y perdidos et dañados por su culpa; et ardian en fuego tan quemante, que no es de decir, y estaban con ellos las ánimas de los que no creian en Jesucristo, et tambien eran atormentados con fuego et azotes, y con tiniebla et con tribulacion et tristeza por siempre; et paróse el espejo tan escuro, que no pudieron ver nada, et cuasi la Verdad habia terror de aquellas penas; é díjoles la Verdad que aquel era el camino de la salvacion y la creencia verdadera, et mandóles que se humillasen et subjugasen á estas cosas; y ellos tanto estaban espantados de la mutacion del espejo, que fueron convertidos en creer lo que les decia la Verdad; pero no entendian cómo estas cosas podian ser, mas conoscieron su defecto.»

CAPITULO XVI.

Del fin del hombre, segun la opinion de la Razon, y que bastaron los profetas de la antigua ley et los sábios verdaderos á conoscer de aquella.

Dijo la Razon al Entendimiento: «Tú entraste aquí por saber el fin del hombre postrimero cuál era, y la Verdad ya te ha dicho en aquesto su intencion, y ella nunca puede mentir ni mentirá; mas nosotros no alcanzamos lo que ella dijo. Esto ya lo has visto, que no fué por defecto suyo, mas fué por el nuestro et por no alcanzar mas, et ya creo verdaderamente aquello que ella dijo, et no hay en ello duda; mas yo te diré mi intencion en aquesto, segun la opinion de los sábios que han sido en el mundo; et pienso, mas no lo afirmo, que mi intencion desvaria muy poco de la de los profetas, y es muy semejante á aquella; mas, si esto no es verdad, puédote afirmar ciertamente que ha sido la opinion de todos los filósofos ó sábios de las gentes, y en especial ha sido la opinion de los sábios de los gentiles y de los judíos, de los moros y de algunos cristianos; en los gentiles, Anaxágoras, Platon et Aristóteles;

en los judíos, rabí Aquiba et rabí Abrahan et Benazra, et maestre Moisen de Egipto; en los moros ha sido opinion de Alfarabio, Avicena et Algacel; y de los cristianos han sido, segun pienso, Alberto Magno et Gil, ermitaño, et otros muchos; y es aquesta la verdad, que para ser hombre bienaventurado ha menester dos cosas: la primera, que el entendimiento sea purgado et alimpiado de las torpes fantasías et falsas imaginaciones, y que sea en él plantada et confirmada la verdad con firmeza muy fuerte, y que no haya miedo ser lo contrario verdad, y de aquesta certidumbre tú has habido complimiento en casa de la Sabiduría y de la Natura; lo segundo que es necesario á la bienaventuranza es que, así como el entendimiento del hombre es verdadero en el comprehender de la verdad, que asimesmo sea su voluntad purgada de las malas afecciones et apetito de las ilecebras concupiscencias y arredrada de todas las viciosas costumbres, y no solamente quita de las malas obras, mas que sea muy arredrada de todos los torpes deseos; y aquesto se hace por los hábitos de las virtudes, de las cuales fecimos mencion en lo susodicho; y aqueste hombre, despues que es hecho intelligente en acto y alcanza la perfecion humana con los hábitos de las virtudes intellectuales et morales, llámase varon heróico, que quiere decir divino, y aquestos tales son mas perfectos que hombres, et son semejantes á los ángeles, et aborrescen aquestos tales las maldades de las gentes, y por tanto huyen de las conversaciones vulgares, y recusan et fuyen los oficios que malvan la gente, y retráense del mundo, y el mundo los alanza de sí así como á los cuerpos muertos, y ellos aborrescen el mundo et las cosas que en él son así como á cosas corruptibles et malas, et van á buscar ocios et lugares solitarios donde vaquen á la contemplacion de Dios bendito et glorioso. Mas los cuerpos en que están tales almas y entendimientos bienaventurados no cesan de impedirlas de la tal conjuncion et adherencia con Dios glorioso fasta que se parten dellos, é quitados los cuerpos, es quitado el impedimento. Así como un hombre cuando sale de un pozo ó un lugar escuro en un campo ó á una tierra donde claramente mire el sol; é así entienden las tales almas que Dios les ha hecho merced, que las ha librado de los cuerpos, que eran así como cárcel ó cadenas al cuello, é así como catarata ó tela delante los ojos, et reciben entonce la bienaventuranza inestimable et gozo sin comparacion, porque se allegan á Dios glorioso, y lo contemplan et lo alaban, y no hay obstáculo ni impedimento alguno que les turbe. Mas para que tú conozcas que en la tal vision de Dios glorioso es la bienaventuranza, et no en otra cosa alguna, habemos menester ciertas proposiciones, las cuales probarémos de nuevo ser verdaderas por demonstraciones absolutas, et remembrarémos algunas proposiciones de las pasadas, por las cuales se probará no estar la bienaventuranza sino en la vision de Dios glorioso et bienaventurado.»

De las conclusiones necesarias et presupuestos para probar el fin del hombre ser la vision de Dios glorioso.

Fabla la Razon, et dice: «Lo primero que has de entender para saber cómo no hay otra bienaventuranza sino la ya dicha, es aquesto, conviene saber, que toda virtud animal tiene delectacion et bien proprio et conveniente, et tristeza que le es contraria, nociente et mala; cuya declaracion es, que la vista tiene por delectacion propria ver cosas hermosas, así como gente d'armas ó mujeres ó naves ó árboles verdes, ó otras cosas semejantes; é la nariz los olores, et la boca el gusto los sabores, et la ira la victoria, et la memoria acordarse de las cosas pasadas, et así de todas las otras potencias; é las dañosas et nocientes de aquestas son las contrarias á estas. A la vista las cosas disformes, á las narices et odorato los malos olores, de la memoria la olvidanza, del gusto los malos sabores, et así de las otras cosas; y aqueste es el primero presupuesto et conclusion. El segundo presupuesto et conclusion es, que la potencia cuya virtud es mas perfecta et mas viva et mas dispuesta, y el su objecto fuere mejor, la su delectacion en el comprehender de la cosa á ella apropiada será mayor et mas pura et muy mas perfecta cuanto los dos son mas perfectos, et por el contrario, et aquesta es la otra raíz. Tercero presupuesto es, que puesto que el hombre no intellectual no puede alcanzar la delectacion, que es en el entendimiento en el aprehender del Señor de los siglos glorioso et bendito, que por tanto no se sigue que él deba negar que ello no sea así; como el que es malencónico et frio naturalmente, si le dicen que hay delectacion en el usar con mujer, no se sigue que no le digan verdad, no obstante qu'él nunca haya sentido la delectacion; y al que nasció ciego, si le dicen que la delectacion es el ver las cosas hermosas, puesto que él no lo pueda imaginar, no lo debe negar; ni tampoco el sordo no dudará que hay delectacion en los sones, ni el mudo en las palabras, cuando verán muchos oir á uno que habla ó otro que tañe, imaginan que se deleitan, et los otros, aunque ellos no sepan qué tal es aquella delectacion, por ser privados de la tal potencia; y por aquesto los hombres que han juicio deben entender que el que trabaja toda su vida en alcanzar la verdad de las sciencias et conoscer el Señor de los siglos, que se debe deleitar, pues le ven dejar las delectaciones sensibles por aquella. E no deben los hombres presumir que todas las delectaciones son iguales á las de los asnos, ca torpeza es grande, et deben imaginar que hay otra delectacion allende de la brutal que ellos entienden. Cuarto presupuesto es, que la potencia, puesto que tenga la cosa conveniente, aborrescerla ha, et deseará su contrario, si por ventura hay algun obstáculo ó impedimento, así como algun enfermo, que aborrescerá los buenos sabores et deleitarse ha en los amargos; et así como el que está incierto ó medroso que se vengará de su enemigo, et con el temor ó espanto que tiene no se deleitará en la victoria, et aquesta es otra cuarta raíz. Quinto fundamento es, que algunas veces la potencia et delectacion conveniente son presentes, y la tal virtud potencia está incierta de nocimiento contrario, et por tanto no se siente aquella delectacion, así como el que ha habido grandísimo frio y está helado no siente la delectacion ni la calentura del fuego, por la ocupacion que en él ha hecho la frialdad; et cuando se quita el impedimento torna la tal virtud en su naturaleza, así como el que come alguna cosa mucho amarga, que le hace amargar todo lo que come en gran rato hasta que se quite el impedimien-

to. Sexto presupuesto es, que el ánima del hombre tanto es mas perfecta que el cuerpo cuanto el hombre es mejor et mas perfecto que la piedra, et así como un hombre vale mas en perfeccion natural que todas las piedras del mundo, asimesmo el alma de un hombre vale mas que todos las cuerpos sin almas. Séptimo presupuesto es, que tanto vale mas el entendimiento que la voluntad ó memoria, cuanto vale mas un hombre cuerdo y de buen entendimiento que un loco echapiedras, que terná gran voluntad de traer huesos en el seno ó hacer otra bestialidad, ó que un asno que terná gran memoria. Octavo presupuesto es, que el entendimiento del hombre es imposible de corromperse, et abaste á esto las pruebas que hizo la natura sobre aquesto. Nono presupuesto et conclusion es, que adveniente el ánima razonal, la sensitiva se hace potencia suya, et no pueden estar en un hombre muchas almas, mas una solamente. Décimo presupuesto es, que la bienaventuranza perfecta no puede estar, segun las conclusiones que probamos en el comienzo de la ética, sino en el entendimiento y en Dios glorioso, el cual el uno será así como potencia, y el otro así como forma y perfeccion suya.»

Declaracion de los presupuestos, en que prueba la vision de Dios ser el fin del hombre.

«Aquestas cosas habidas por presupuestos verdaderos y necesarios et imposibles, otramente ser por las pruebas ser manifiestas, digamos que Dios glorioso et bendito es perfecion et bondad absolutamente, en la cual es complimiento de todos los bienes et delectaciones et gozos que la lengua no puede explicar, por no tener vocablos apartados de las cosas comunes; seguirse ha luego necesariamente que las cosas mas cercanas et mas propincuas á la tal perfeccion et bondad imensa serán mas gloriosas, mas perfectas et mas bienaventuradas; así como decimos que los que son de linaje del rey et muy cercanos et muy semejantes á él, y le están de cerca y se deleitan en la bienaventuranza del rey, y él les da honra et grandes estados et riquezas, decimos que aquestos son los mas bienaventurados de aquella corte, puesto que la tal no se pueda ni deba decir bienaventuranza. Asimesmo acerca de Dios glorioso, rey de los siglos invisible et inmortal, están los ángeles benditos et bienaventurados, los cuales se deleitan en la su hermosura y en la su sabiduría y en la su bondad; y porque Dios glorioso nunca fallesce et los ángeles nunca fallescen, es esta bienaventuranza eternal, segura et incorruptible; y porque no tienen cuerpos que se fatiguen no están en tiempo; y es aquella delectacion tal á cabo de diez mill cuentos de años como si comenzase en el instante de agora. E por cuanto de parte de Dios glorioso influye la bondad et gloria sin medida ninguna, et los ángeles bienaventurados no tienen obstáculo ni impedimiento que los estorbe de la recebir; y en aquella conjuncion es la delectacion tan grande, que seria gran vergüenza compararla á delectacion ninguna, por cuanto en infinito es mayor aquesta delectacion que cualquiera delectacion imaginada por los hombres; que la delectacion de un hombre cuando lo facen rey, comparada á la delectacion de un pollo cuando coge los granos que le busca su madre, sin comparacion la diferencia de aquellos es mayor que de aquestos. Los segundos que participan este bien despues de las creaturas angélicas son las ánimas racionales de los hombres, las cuales son en tres diferencias ó grados. Dios glorioso sea alabado porque yo me atrevo á descobrirte los secretos ascondidos, los cuales exceden todo precio conoscido. El primero grado despues de los ángeles es las ánimas y entendimientos de los profetas bienaventurados, en la generacion de los cuales incurrió la voluntad de Dios et la obra de la natura, su sierva, et fueron ellos lo primero complidos de cuatro cosas, las cuales son necesarias preceder en todo hombre que ha de ser profeta. La primera fué que fueron de maravillosa complexion et composicion natural, y de calidad muy igual; lo segundo, que fueron complidos de virtud de la imaginacion; tercero, que fueron hombres sábios et complidos de entendimiento, tanto, que fueron muy justos et muy habituados en las virtudes intellectuales et morales; et que aquestas cuatro cosas hayan habido, paresce manifiestamente por los testimonios de los sábios y por las razones naturales; que hayan sido de maravillosa complexion paresce por las vidas muy largas que vivieron; porque Abrahan vivió ciento et setenta et cinco años, et Jacob ciento et cuarenta et siete años, et Moisen vivió ciento et veinte; é así es de los otros profetas, los cuales no murieron por causa acidental ó que los matase el pueblo ó que los comiese alguna bestia fiera, ó en otras semejantes maneras; exceptos los tales casos, todos fueron de muy luenga vida; y que ellos hayan sido de muy buena imaginacion paresce por los sueños, lo cual es en la virtud imaginativa que todos sus sueños eran verdaderos; y que ellos fuesen hombres letrados et muy sábios paresce por Abrahan, el cual era muy gran filósofo natural et grandísimo astrólogo, et tanto era su saber, que naturalmente vino en conoscimiento de un primero principio, de una causa primera, de un solo Dios verdadero; et que sea verdad que Abrahan hobo la sciencia adquirida ante de la profecía paresce manifiestamente, porque él enseñó á los egipcianos astrología et filosofía, et ayuntar lo activo á lo pasivo, et la virtud de aquello, et comenzóles á enseñar cómo habia un solo Dios verdadero, et comenzó á predicar la destruccion de los ídolos, de los cuales toda la tierra era infeccionada á la sazon; et tambien de Moisen habemos que era un grandísimo astrólogo et muy grandísimo natural, et tanto fué sábio en la virtud de las naturas y tan prático en la sciencia de las estrellas, que cuando casó con la etiopisa ante que casase con la fija de Jeptro, fizo dos anillos esculpidos en el signo de Géminis, el uno de amor y el otro de olvidanza; y que ellos hayan habido la cuarta cosa, conviene saber, la rectitud de las obras, paresce manifiestamente por la piedad que habian de los aflictos et por las limosnas que daban á los menguados, y todas sus obras universalmente eran justificadas, et mediante el entendimiento faciente, con lo cual eran amigos de Dios, et muy cercanos et muy semejantes á los ángeles. Nuestro Señor habló con ellos, no con boca ni con dientes, así como las gentes entienden, ni tomando el cuerpo de aire, así como piensan otros; mas representando en el su entendimiento claramente las cosas que habian de ser, así como el hombre que tiene bue-

nos ojos ve las formas que están en el espejo representadas; porque el ojo es muy semejante en la claridad al espejo, y en la forma representada en un punto es representada otra vez en otro su semejante; y puesto que el espejo esté lleno de formas fermosas, si paran delante un ciego no verá nada. Asimesmo era de Moisen, que hablaba con Dios et lo veia faz á faz, no con ojos corporales, como los groseros piensan, ni con palabras de boca, como piensan los mas ignorantes; mas veíalo con los ojos del entendimiento et representándose á él las palabras en el órgano de la virtud imaginativa, y eran allí empresentadas las formas de la voluntad de Dios y de sus santos et sus maravillas, así como decimos del espejo en el ojo cuando no está en el ojo impedimiento. E hobo en esos profetas diferentes grados de mas altos et mas bajos; ca dellos hobo que su entendimiento fué tan alto et la imaginacion tan buena et las obras tan derechas, que velando eran arrebatados en la vision de la profecía, et veian los ángeles transfigurados como que fablasen con ellos, ó á Dios glorioso et bendito. Y en aquesta manera vió Noé la destruccion del mundo, et Abrahan los tres ángeles et la destruccion de Sodoma et Gomorra; y en aquesta manera vió Moisen lo pasado, porvenir et presente, et vido Josué la destruccion de Jericó, et vido Samuel el mal acuerdo de los judíos en demandar rey; y en semejante vision fué el pujar de Elías en carro et fuego, y en semejante vision vieron Isaías et Hieremías los captiverios del pueblo de Israel et las destruiciones de ambas las casas. E así fueron muchos de los profetas, los cuales fueron muy altos en la profecía por la claridad grande et alteza de los entendimientos, et aquestos profetizaban continuadamente, y otros hobo cuyo entendimiento no fué tan purgado ni tanto, mas la su virtud imaginativa era muy buena et sus obras eran muy derechas, et continuadamente la profecía de aquestos era en sueños; et tal era la profecía de los viejos de Israel; et si lícito ó conveniente fuese descobrir, yo te declararia cómo podia haber profeta malo et bueno, et la profecía del malo cuánto puede bastar, et qué profecía hobieron los idólatras, et por qué causas los profetas hacen miraglos, et por qué unos resuscitan muertos, et por qué los unos niños et no los viejos, et por qué otros resuscitan á todos, et por qué unos en presencia et otros en absencia. E descubrirte hia cómo la multiplicacion de la masa tierna del pan y la multitud del aceite et miel y de todas las cosas, cómo pueden ser con profecía et cómo pueden ser sin aquella; et de aquí te descubriria las causas de maleficios de las fascinaciones, et cómo pueden destruir las cosas blandas et tiernas, et cómo pueden desecar las médullas dentro de los huesos de los animales. Mas no son cosas lícitas de descobrir, porque pienso que Dios no lo habria por bien. Tornando al propósito, á tí baste cómo entre todos los hombres los profetas tienen el primer grado de perfecion, et son señores de reyes y de los otros naturalmente, por ser mas cercanos al primero principio, así como quien mas se llega al fuego mas se escalienta; y aquestos en su vida han la vision de Dios en su fruicion, en la cual es la alegría y el gozo tan grande, que, excepto aquella, todas las cosas del mundo les parescen un poco de lodo, en manera que de que aquella dulzura han gustado, en menos tienen el fijo ni la mujer ni la riqueza, que se mueran ó se pierdan, que el hombre tiene si se quebrase un vaso de vidrio ó la muerte de un pollo. Y bien paresce por Abrahan, que de que la hobo gustado queria degollar á su proprio fijo por complir la voluntad de Dios; y aqueste es un gozo et un bien tan grande et un amor tan firme, que luego que los tales hombres son desocupados de los cuerpos, sin impedimiento ó tardanza alguna vuelan á conjuntarse con Dios glorioso et bendito, y es el amor acrescentado y el gozo multiplicado en infinito. Y la segunda manera de los hombres despues de los santos profetas es de aquellos que alcanzan buenos entendimientos asaz penetrantes, et han habido principios en las artes liberales et han alcanzado los secretos de la natura, et con aquesto han proveido á la sciencia verdadera en conocimiento de Dios verdadero et glorioso et de sus ángeles, et han habido complimiento de saber las naturas de las causas et causados, et aquestas causas están plantadas en las ánimas por multitud de sciencias y scientíficas demostraciones, et son purgadas sus fantasías de las fantásticas imaginaciones, et son arredrados sus entendimientos de torpes credulidades et falsas opiniones, et con aquesto su voluntad es conforme al entendimiento et muy obediente; y por aquesto son muy virtuosos et muy práticos en todos los géneros de las virtudes. Y no es menos que algunas veces pase por sus entendimientos alguna claridad de las de la otra vida, así como relámpago; mas no queda porque los entendimientos ni las imaginaciones no son en tal grado como las de los profetas que dejimos. Mas ellos fuyen et aborrescen las maldades de las gentes, et buscan, como dejimos primero, lugares solitarios, et aman los hombres virtuosos et aborrescen los viciosos, et sojuzgan las pasiones; mas en esta vida, puesto que la su delectacion sea en infinito mayor et mejor que de todos los otros. Mas aun del todo no es perfecta por causa del impedimiento del cuerpo, el cual impedimiento quitado, será la tal alma conjunta al Rey de los siglos, et vencerá la delectacion bestial et corporal, como veamos que la delectacion, que es en el alma del hombre malo en aprehension de alguna especie de conveniente, aunque sea mala, es mucho mayor en infinito que las otras delectaciones corporales. E pongamos ejemplo para declarar esto: cierto es que un hombre muy irado que toviese un gran enemigo, diciéndole que cuál queria mas, comer cierto manjar dulce et sabroso ó vengarse de su enemigo, notorio está que escogeria infinitamente mas aína la venganza del enemigo; é ya vemos manifiestamente un hombre sofrir trabajos et aborrescer las delectaciones corporales infinitas por alcanzar honra ó fama ó dinero; é si estas delectaciones imperfectas son en el anima imperfecta y en el apetito concupiscible, no hay duda que no sean en infinito mayores las delectaciones del entendimiento en la aprehension de Dios glorioso, que es uno, inmenso et infinito por el primero presupuesto et segundo. Mas los tristes de los hombres, por estar en este mundo envueltos en las delectaciones de los otros animales, tenemos malos entendimientos vueltos al envés; y no solamente no deseamos las cosas convenientes et perfecciones nuestras, mas aun aborrescémoslas, y deseamos las contrarias. Así como decia en el

cuarto presupuesto, del enfermo que aborresce las cosas dulces y se deleita en las amargas; y piensan los tristes de los hombres que hay otra cosa en ellos mejor que el entendimiento, et piensan que el que entiende mas no es mas acercano á Dios ni mas semejante, et por aventura imaginan que parescen los hombres á Dios en algunos de los acidentes corporales, y es gran falsía y error, que no trae daño pequeño consigo. La tercera manera de gentes es aquella que no pudieron ser sábios ni pudieron alcanzar el grado de la profecía, ni fué complido el entendimiento en ellos para profundar et penetrar para entender la certidumbre de la verdad así como era; mas ellos tienen obedesciente el entendimiento para creer aquello que les han dicho los profetas et les declaran los sábios de la esencia et perfecion et sabiduría, poderío et bondad de Dios glorioso, y de su gloria y de sus obras y de sus maravillas; y es la credulidad verdadera de aquestas cosas plantada en sus ánimas, que no tienen duda cerca de aquello, et con tanto retifican la voluntad, et hacen justos sus actos et bonifican sus obras, et facen que sean directas et concordantes á aquel fin. Et aquestas tres maneras de gentes, conviene á saber, los profetas, siervos et amigos de Dios, y los sábios (cuando digo sábios no digo de aquellos que no saben sino las leyes humanas et constituciones ordenadas por los hombres, ni de aquellos que saben mucho en las astucias et maldades del mundo; que aquestos antes son ignorantes; mas digo de aquellos que saben la verdad conforme á todo entendimiento razonable, et imposible de ser en otra manera) y de los creyentes, no digo de aquellos que creen vanidades ni de los que hacen idolatría, ni de los que esperan gozos corporales en la otra vida; mas digo de aquellos que las cosas ya dichas creen, puesto que no las pueden entender, ca la gloria del cielo no se puede entender sino por el profeta ó por el sábio en aquesta vida; ca ellos gustan parte de aquella. Mas cuando viene que de aquestas gentes que habemos dicho se parte el alma de la carne, es manifiesto aquello que estaba oculto, y sale el grano de la paja, et la luz de la tiniebla, et la centella del fumo, et suben aquellas almas al siglo de las intelligencias et reciben aquella gloria et aquella lumbre et aquel bien, el cual todas las cosas desean por la primera conclusion de la ética, et aquel es el bien postrimero por el cual son todos los bienes, y es el mejor en infinito que todos los otros, por la segunda et tercera conclusion, y es el bien que segun natura es perfectísimo, et todas las perfecciones se derivan de aquel, et aqueste es bien el cual es útil y delectable et honesto, por las conclusiones cuarta et quinta. Y aqueste es el bien en el cual huelga el deseo del hombre et cesa de cobdiciar otra cosa, y es el último fin que nos mueve á inquirirlo, puesto que seamos ciegos en buscarlo et conoscerlo, por las conclusiones sexta et séptima; y aquesta es llamada bienaventuranza, por la conclusion octava, la cual nunca se mudará ni quitará ni se corromperá, por la conclusion nona; la cual ó en la cual habrá copia et abundancia de los bienes todos, y no habrá falta ninguna, por la conclusion décima; y en aquesta bienaventuranza perdurable será inestimable alegría, la cual no se puede explicar, por la conclusion undécima; et serán todos los bienaventurados poderosos et libres para hacer todo lo que quisieren, por la conclusion duodécima; y será allí la honra verdadera y el estado complido de todos los bienes, por las conclusiones décimatercia et décimacuarta; el cual bien no podrán alcanzar los malos ni los que brutalmente viven, por las conclusiones décimasexta et décimaséptima; é aqueste fin es apartado de los otros fines, por la conclusion décimaquinta; é no está en falsa et corruptible hermosura et fortaleza corporal, por la conclusion décimaoctava; ni en multitud de las humanas riquezas, por la conclusion décimanona; ni está en la flaca nobleza del linaje, por la conclusion vigésima; ni en los temerarios honores ni en la vanidad de la fama ni en la potencia civil, muchas veces adquirida por tirannía, ni en alguna vanidad deste mundo corruptible et abominable, por las conclusiones vicésimaprima y segunda y tercera. Mas aquesta bienaventuranza y delectacion será en la mejor potencia et mayor virtud que es en el hombre, por el segundo presupuesto; é será en el entendimiento y en Dios glorioso, por el décimo presupuesto, el cual es incorruptible, por el octavo presupuesto; y es infinito et mejor que todas las cosas del hombre, por los presupuestos sexto et séptimo; el cual no se estorba que no sea, aunque los hombres herejes et malvados con ignorancia no lo entiendan et lo nieguen, por el presupuesto tercero, é no obstante la imperfeccion de los vicios et la ignorancia ayuntada á aquella, las cuales nos facen como paralíticos enfermos para que ignoremos et aborrezcamos el nuestro bien et perfeccion et salud, et deseamos las cosas contrarias, por los presupuestos cuarto et quinto. Empero en la hora de la muerte verán los bestiales idiotas el fin et aquesta bienaventuranza para la cual eran criados, et verán que es á ellos de alcanzar imposible, et será por la privacion una tristeza et un dolor infinito, semejante á la hija de un rey que veia á sus hermanas reinas et honradas, y ella ha sido privada de aquello por adulterar con un negro, et por aquesto el padre la ha echado en una cárcel muy escura, donde le manda dar cada dia ciertos azotes, y espera aquesta pena por toda su vida. Así será de las ánimas tristes cuando verán que todas eran hijas de Dios glorioso, et podian haber aquel reino y aquella heredad, et por su culpa la han perdido, et ven á las otras hermanas poseer aquella gloria y aquel reino; y sola aquella tristeza por aquesta privacion será infinitamente mayor que no es el helamiento del frio ni el quemamiento del fuego; empero habrá algunos que la substancia de sus entendimientos será complida, ó por profecía ó por sabiduría ó por verdadera creencia; empero la voluntad suya habrá sido infecionada de algunos vicios, y aquestos hábitos de las sus infecciones irán con aquella ánima, et no la dejarán llegar á Dios glorioso fasta que aquellas oposiciones sean destruidas; et no será aquesta pena por siempre, porque aquel es accidente et su substancia es perfecta et complida; et será así como un hijo de un rey que era enamorado fuertemente de una mujer de pequeña manera, y el dia de su coronacion le dirán que es muerta, por lo cual habrá tristeza hasta que se le vaya olvidando. E así será del entendimiento que era complido, aunque fuese infecionado y enamorado de las obras de la carne; y ves aquí, dijo la Razon, la

bienaventuranza de los hombres y su malaventuranza, las cuales consisten en allegarse á Dios glorioso, ó apartarse dél en este mundo y en el otro; y aquesta ha sido la intencion de todos los profetas et sábios del mundo, aunque hasta hoy nunca ninguno tan claramente lo dijo, porque los profetas lo dijeron por figuras et los sábios lo declararon por comparaciones, et aquesto era porque el que no pudiera ver sino las cosas corporales no pudiera entender sino por ejemplos palpables, é así se partiera de la ley; et así fué necesario de poner et decir que haya gozos corporales y penas, porque el pueblo no entiende otro gozo ni otra pena sino la sensible et brutal. E aquesta gloria y pena de que habemos dicho son tanto mayores que las otras cuanto Dios glorioso excede y es mas perfecto que todas las otras cosas criadas.» Y esto acabado, la Razon hizo fin.

CAPITULO XVII.

Cómo habla la Verdad á la Razon, et dice:

«Muy contenta soy de la saludable sentencia, en la cual muy profundas et muy fuertes razones has colocado; et sabe que eres concorde en aquesta sentencia conmigo; porque Jesucristo, que es la primera verdad, dijo: — Esta es la vida perdurable, que conozcan á Dios Padre verdadero et al su Fijo Jesucristo. — Et síguese, segun él, que la bienaventuranza esté en el conoscimiento de Dios glorioso, et tú has concluido en aquesto. Item, dices que no puede hombre venir en aquesta bienaventuranza sin la rectitud de las obras, y en aquesto concuerdas con el Apóstol, que dice: — La fe sin las obras es muerta. — Item, dices que los profetas et los sábios, porque los unos veian la bienaventuranza et los otros la saben por demostracion scientífica, que aquestos tales no tienen fe, sino vision ó sciencia, y que el pueblo, que no entiende lo uno ni lo otro, se salva en la creencia verdadera; y en aquesto verdad dices, et concuerdas con el Apóstol en muchos lugares. Empero quiero que sepas que en la fe de Jesucristo hay cosas que no se pueden alcanzar por entendimiento natural, por su flaqueza et por la excellencia de aquellas; et con tanto, conviene que Dios dé gracia al hombre y le dé fe con que crea en Dios verdadero y en su fijo Jesucristo para que cumpla en lo que fallesce su entendimiento, et caridad con que cumpla la voluntad con la cual lo ame, y esperanza en la memoria, con la cual lo remiembre; y en aquestas cosas no discrepamos tú et yo en nada.» E dijo entonces el Entendimiento: «Alabado sea et bendito Dios glorioso por siempre, que me trujo á lugar donde viese la concordia et amistad de aquello que la triste de la gente piensa que es discorde; et agora sé lo que se puede alcanzar naturalmente et lo que no se puede alcanzar sino por aquellos á los cuales Dios da gracia; y he visto los secretos escondidos de natura, y he andado los pasos que pocos hombres pisaron; et nunca Dios mas me lleve á la tierra, porque aquí me quiero vivir con vosotras; et sean por ello al Rey de los siglos gracias inmensas et loores infinitos por los siglos de los siglos. *Amen.*»

De cómo el auctor fué despertado de la vision, y se excusa de la imperfeccion de la obra.

Señor, aquesta vision ya pasada, yo, que primero estaba muy solícito por escrebir aquello que por vos era cobdiciado de saber, luego que fuí despierto, con ayuda de la vision, acorde de poner por memoria aquestas cosas, en las cuales me paresce que se toca la respuesta de la cuestion principal, conviene á saber, la fin del hombre segun que los sábios la pudieron alcanzar por razon, y eso mesmo se contiene la intencion sumaria de toda sciencia, las imágines de las cuales et figuras et devisas y señales significan muchas veces aquello que tratan; et verdad es que yo vi infinitamente mas cosas, empero puse aquestas por memoria, porque fuese causa que vuestra merced por aquestas me preguntase las otras, et fuese una ocasion de venir á hablar et altercar vos et yo de las cosas semejantes; et por tanto, Señor, yo vos suplico cuanto puedo, et demando de merced singular, que aqueste libro no pase en tercera persona, porque por ventura algun voluntario que no entendiese mi fin increparme hia, et seria yo sostenedor de pena sin merescimiento; y eso mesmo seria redargüido porque lo puse en palabras vulgares, et toqué tan abiertamente las cosas encubiertas y secretas, como hasta hoy ninguno lo haya querido hacer en los que han escripto antes de agora, et por ventura me argüirian los tales de presuntuoso et audaz. E la respuesta á los tales es, que yo no lo fice sino por declararvos las dudas que teníades, et no quise hacer de la llave cerradura; empero en algunos pasos que no era lícito de hablar, yo dije que los encubria, por darvos ocasion de preguntar. E así como despues del muy illustre señor don Cárlos, á quien Dios prospere sobre todos los vivientes, vos seais mi singular señor, quiero comunicar con vos todo lo que es en mi ánima secreto, et no quiero que en ella quede rincon alguno ascondido el cual vos palpablemente no toqueis con vuestro dedo; et con tanto, recebid estas primicias de los trabajos de mis manos, perdonando el error, si ahí estuviere; alabando á Dios glorioso por algun bien, si ahí fuere hallado; al cual ruego que en este mundo vos dé de los bienes de la su gracia et virtudes, y en el otro la bienaventuranza perdurable por siempre. *Amen.*

FIN DE LA VISION DELECTABLE DE LA FILOSOFÍA Y ARTES LIBERALES.

LIBRO INTITULADO

LOS PROBLEMAS DE VILLALOBOS,

QUE TRACTA DE CUERPOS NATURALES Y MORALES;

Y DOS DIÁLOGOS DE MEDICINA,

Y

EL TRACTADO DE LAS TRES GRANDES,

Y UNA CANCION,

Y LA COMEDIA DE ANFITRION.

AL MUY ALTO Y MUY ESCLARECIDO PRÍNCIPE Y SEÑOR, EL SEÑOR INFANTE DON LUIS DE PORTUGAL, ETC.

PROLOGO.

Reciba vuestra alteza debajo de su guarda y amparo este librillo que va intitulado y dedicado á su nombre; porque si vuestra alteza le favoresce, todos habrán miedo de decir mal dél, por no enojar á quien aman. La razon que hay para que vuestra alteza sea tan generalmente amado y querido de todos, díganla los que han tratado mas que yo la real conversacion y generosa humanidad de vuestra alteza. Lo que yo alcanzo es, que son necesarios grandes méritos para que un príncipe sea muy amado de los que no son sus vasallos ni sus conoscidos. Y lo que claramente puedo saber es, que haciendo el invictísimo César, vuestro hermano, en tiempo tan contrario, aquella muy peligrosa jornada contra los turcos y cartaginenses, vuestra alteza, de su propio motivo y voluntad, se ofreció á los inmensos trabajos de la expedicion, sufriendo adversidades y discrímines por mar y por tierra, y ofresciendo con alegre ánimo la vida en la mas dudosa guerra que entre los hombres jamás se haya visto. Acabó vuestra alteza su viaje sin querer otras gracias ni otra honra mas de la que forzosamente se debe á tan loables determinaciones. Y no fué por cierto digno de tener en tan poco el fructo de vuestro trabajo, que no importase gran parte de la victoria; porque fué tanto el placer y la confianza que vuestra alteza con su llegada puso á toda la nobleza de la juventud d'España y á la grande armada de los caballeros y hidalgos de Portugal, que bastaba para poner gana de pelear á los que no la llevasen, y acrescentarla á los que como buenos caballeros la tenian. Y esto, á la verdad, es lo que encamina, despues de Dios, las grandes victorias en poder de un capitan mas que de otro. Así que, dejando aparte el que no tiene comparacion entre los nascidos, que es el Emperador nuestro señor, cuyo ánimo fué hecho para tomar las empresas imposibles á los hombres, y salir con ellas, cuyas memorables hazañas nunca serán acabadas de loar de sus cronistas; dejando pues esto para en su lugar, digo que su majestad y toda la honra d'España deben mucho á vuestra alteza por la presteza con que llegó oportunamente á la dicha jornada, y por el aliento que dió á toda la gente con su ida, y por el grande ánimo que todos sintieron en él á las coyunturas mas apretadas y de mayores peligros, y por la muy agradable compañía que vuestra alteza hizo en sus trabajos á la majestad del César, y por las muchas gentilezas y liberalidades que usó con todos, y por las pocas gracias que quiso recebir de actos tan graciosos y tan

dignos de grandes alabanzas; antes fué vuestra alteza huyendo de la honra que meresciades con tanta presteza como cuando la venistes á buscar. Esto es lo que todos sabemos; en lo demás (como digo) yo me reporto á los que han comunicado á vuestra alteza mas que yo. Por estas razones, y porque he sabido que vuestra alteza en las horas de la ociosidad ha holgado alguna vez leer mis burlas, acordé de intitular esta obra á vuestro nombre. Contiene diversas reprehensiones en muchos estados y condiciones de hombres, en estilo mas palanciano que pesado, y hay doctrinas morales y avisos que no son de menospreciar. No se alegan autoridades, aunque van muchas insertas en la obra, porque estas allegaciones mas son para mostrarse el hombre bien leido que para la claridad de la escriptura; y por esto se hizo en lenguaje llano, sin retórica ni afectacion alguna. No la he consentido imprimir hasta que vuestra alteza mande que sea corregida por algun hombre docto de sus familiares; vuestra alteza perdone el atrevimiento, pues que Dios agradesce mucho á los que ofrescen poco, si no pueden mas. Lo mejor de la obra (si algo tiene de bueno) es la glosa; los metros son como compendios y sumarios de lo que en ella se tracta. Reciba vuestra alteza lo que mas le agradare, et á mí me reciba en el número de sus criados y familiares, pues que lo soy por obligacion, y lo tengo de ser por mi voluntad esto poco que me queda de vida.—*Vale.*

LIBRO INTITULADO

LOS PROBLEMAS DE VILLALOBOS,

QUE CONTIENE DOS TRACTADOS:

EL PRIMERO ES DE CUERPOS NATURALES; EL SEGUNDO ES DE COSAS MORALES, CONVIENE Á SABER, DEL HOMBRE Y DE SUS COSTUMBRES Y MANERAS.—VILLALOBOS LO HACIA.

TRACTADO PRIMERO.

METRO PRIMERO.

¿Por qué el sol desde su sfera
Hace un dia natural
Menor que otro qu'es su igual,
Siendo toda una carrera?
Y ¿por qué sus compañeros,
Mercurio y Vénus, con él,
Delanteros ó zagueros,
Tampoco se apartan dél?

GLOSA.

Para entender bien esta copla es de saber que, segun la doctrina de los matemáticos, el sol tiene tres movimientos, diferentes uno de otro. El primero es el que vemos que hace cada dia de oriente á poniente, y este se cumple en veinte y cuatro horas iguales, poco mas, conviene á saber, desde que parte de oriente hasta que, rodeando todo el mundo por arriba y por abajo, vuelve á salir otra vez, y este se llama dia natural, que comprende dia y noche; y desta manera es tan grande el dia de invierno como el del estío, porque lo que se acorta del dia se alarga en la noche. Este movimiento se llama diurno, porque se hace cada dia, y llámase rapto, porque el cielo ó sfera donde está el sol es arrebatado y traido por fuerza del primer cielo móvile, que es tan grande y tan potentísimo en su curso, que, como él se mueve de oriente á poniente y da una vuelta entera en un dia natural, trae consigo arrebatados y forzados á todos los cielos que están debajo dél, y háceles dar una vuelta cada dia y hacer el movimiento diurno, como dicho es, en veinte y cuatro horas. Tiene otro segundo movimiento el sol, que es proprio curso de la sfera en que él está, que hace una vuelta entera en trecientos y sesenta y cinco dias y seis horas; y estas seis horas en cuatro años hacen un dia natural, y por eso al cuarto año acrescientan un dia, que se llama bisiesto ó intercalar; y este movimiento es al contrario del pasado, porque se hace de poniente á oriente. Tiene otro tercero movimiento el sol, y es el que hace en su rueda, que se llama epiciclo. Es esta una rueda que está encajada en el grueso deste su cielo, y está el sol engastado en ella como un diamante en un anillo. Muévese esta rueda de oriente á poniente, conforme al movimiento diurno; de manera que cuando el sol va por lo alto desta rueda ayuda al movimiento de cada dia y acábalo mas presto, y así aquel dia natural es menor; y cuando el sol va por bajo de la rueda camina hácia oriente contra el curso diurno, y por eso tarda mas en hacer la vuelta del dia toda entera, y por tanto aquel dia natural es mayor; y aunque los astrólogos mas modernos no llaman epiciclo á esta rueda, sino auge, por corrupcion del vocablo absis, todavía es una misma razon por donde se hace un dia natural mayor que otro. Con esto se entiende la media copla primera, conviene á saber, que el sol hace unas veces menor y otras mayor el dia natural de las veinte y cuatro horas. Mas esta diferencia es tan poca, que no la alcanzan sino los matemáticos; pero, porque esta invencion de los epiciclos tiene muchas dubdas y perplejidades, y no vienen todos en concordia cerca della, por tanto la interrogacion de la copla es muy dificultosa; é allí donde dice: «Siendo toda una carrera,» quiero decir que, pues el dia menor y el mayor se hacen igualmente de una vuelta entera que hace el cielo donde está el sol, y no corre mas ni menos un dia que otro, ¿por qué razon ha de ser mayor un dia que otro? Dice despues: ¿Por qué los compañeros del sol, que son Vénus y Mercurio, se apartan del sol en poca distancia, mas antes andan siempre cerca dél unas veces delanteros, y otras se quedan zagueros, lo cual no acontesce á los otros planetas, que son Saturno y Mars y Júpiter y la Luna? Estos todos corren, y se apartan á las veces del sol todo cuanto pueden apartarse por los espacios del cielo. Mas Vénus y Mercurio, como si volasen con fiadores, no se apartan mas del sol de cuanto alcanza la cuerda á que están ligados, y por eso los llama sus compañeros, porque siempre le acompañan y nunca se desvian dél, como los otros planetas.

METRO II.

¿Por qué la luna, dotada
De belleza y señorío,
No tiene de su natío
Claridad, sino prestada?
¿Y se hace en todos meses
Cuarta y media, y toda entera
Por una y otra ladera,
Con otros mil entremeses?

GLOSA.

La luna fué dotada de tanta belleza, que aun la Sagrada Escriptura la llama muy hermosa, y fué asimismo dotada de gran señorío, porque fué hecha presidente de las noches, así para alumbrar en ellas á los mortales, como para conservar las plantas y las otras cosas que el sol engendra de dia; que si ella no fuese, con la oscuridad de las noches se amenguaria y perderia todo lo que se ha criado con la luz del dia. Y así, la experiencia muestra que cuanto la luna da de sí mas claridad sobre la tierra, tanto mas crescen y medran las yerbas y plantas y los animales imperfectos. Tiene otrosí la luna gran señorío sobre toda la mar, porque todos los crescimientos et descrescimientos que la mar hace, son hechos conformemente á los altos y bajos que la luna hace en su movimiento circular; porque cuanto dura el subir de la luna desde el horizonte hasta lo alto del cielo, tanto dura el crescimiento y flujo de las ondas del mar; y asimesmo, cuanto dura el abajar de la luna desde el alto de su cielo hasta lo bajo del occidente, tanto dura el descrescimiento y reflujo de las aguas; y esta misma órden se guarda andando la luna por el hemisferio; y porque esto no se hace cada dia á una misma hora, cuanto á los movimientos de la luna, así los flujos y reflujos de las aguas aguardan las mismas horas de la luna y sus proporciones, como si ella tuviese las espuelas en los piés y las riendas en la mano para hacer salir y retraer la mar á su voluntad y medida. Y esta es una cosa bien maravillosa, por donde claramente se muestra el dominio y señorío que los cuerpos celestiales tienen sobre las cosas de la tierra y de los otros elementos. Tiene asimesmo la luna imperio sobre las enfermedades y los términos dellas, y sobre los cuerpos flacos de los animales y de los hombres, y sobre los humores y sobre otras infinitas cosas que serian largas de referir mas de lo que conviene á la obra presente. Habemos pues declarado cómo el Hacedor de la luna la quiso dotar de tanta belleza y hermosura y de señorío, y por eso es de maravillar porque, dándole nuestro Señor tan gran favor en lo susodicho, la quiso desfavorecer en la claridad mas que á todos los planetas et á todas las estrellas que moran en los cielos; porque todas ellas naturalmente son lucidas de suyo, y tienen resplandor sin que el sol ge lo dé. La luna sola entre todas tuvo este defecto, que de suyo es obscura y no tiene mas luz de cuanto los rayos del sol alumbran en ella; y por eso cuando el sol y la luna se ponen en tal derecho que tomen la tierra entre medias, de tal manera que la tierra haga sombra en la luna y le quite los rayos del sol, entonces la luna se queda á escuras, porque de suyo no tiene claridad ninguna, y por esta razon en todos los meses lunares se hacen en ella estas diferencias que todos vemos; que unas veces no alumbra sino con la cuarta parte que mira hácia la tierra, y otras veces está de mediada, y otras está toda ella clara en respecto de nosotros; todo esto le viene de estar mas cerca del sol ó mas léjos dél; porque estando muy cerca, toda la luz del sol recibe por arriba, y en lo que mira en la tierra, que es lo que nos ha de alumbrar, no tiene claridad; y cuanto mas se va desviando del sol, tanto toma dél mas luz en la parte baja, como puede bien aprender cada uno mirando la luna cada noche cuando va cresciendo hasta que está llena, y entonces está del sol tan apartada cuanto hay de un extremo á otro en todo el cielo; y otras tantas diferencias se hacen en ella cuando va descresciendo, porque va acercándose al sol, sino que cuando cresce tiene la luz en la parte que mira á occidente, y cuando descresce quitaselc poco á poco la luz desta parte, et tiénela en la parte que mira á oriente; y por eso dice la copla que se hacen estas diferencias de claridad en ella por la una ladera y por la otra, conviene á saber, por la parte que mira adonde el sol se pone, y por el otro lado que mira á oriente; é dice: «Con otros mil entremeses.» Entremeses en nuestra lengua quiere decir nuevos visajes y nuevas invenciones, y de estas hace la luna muchas que no las hace otra estrella de cuantas hay en el cielo; porque unas veces hace cuernos agudos y otras romos, unas veces amenaza con ellos hácia oriente y otras á occidente, unas veces está tan alta que paresce que alcanza al cielo estrellado, otras está tan baja que paresce que toca en las montañas; y esto se entiende, no cuando sale ni cuando se pone, sino cuando está encumbrada. Unas veces tiene la guarda y vela de la prima noche, y otras de la media noche, y otras de la madrugada, y otras de toda la noche. Tambien hace muchos entremeses y mudanzas en las operaciones de acá, que por ser cosa larga y subida no se dirán aquí. Todas estas cosas, ó la mayor parte dellas, le vienen á la luna de parte de no tener claridad suya propria, sino la que el sol le presta. La causa desto respóndala quien mejor la supiere entender. Lo que á mi pobre juicio paresce es, que fuera inconveniente ser la luna clara de sí misma, porque entonces estuviera siempre llena, y aun mas que llena, porque tuviera resplandor en lo alto y en lo bajo y ayudárase lo uno á lo otro, y así de dia ayudara al sol y fueran los dias mucho mas calientes; y esto no se pudiera sufrir en las tierras meridionales y calientes, ni aun en las tierras frias en tiempo caliente, y despoblárase la mayor parte de la tierra, así de los hombres y animales como de todas las plantas et yerbas. Esta alumbrara por igual la mayor parte del mes en todas las noches, y calentáralas mas de lo que conviene á las noches para criar rocíos y humidades en la tierra, y todo lo secara el sol lo que quedara de la luna; que bien vió Dios que le bastaba al mundo la luz del sol para que con ella él hiciese sus efectos grandes y fuertes, y enviase á la luna con parte de su claridad para que en las noches alumbrase y hiciese algunas obras, no tan recias, y conservase de noche lo que él hace de dia, todo por peso y por medida. De manera que el sol, como un gran rey, da poder á la luna, dándole de su misma claridad, quedando él con toda su potencia, para que la luna, como presidente ó visorey, provea las cosas de la tierra en absencia del sol, y luego como él es presente cesan muchas cosas del po-

der de la luna, conviene saber, aquellas que se obran por parte de la luz. Otros efectos tiene la luna, que son peculiares suyos por parte de su movimiento, como son los flujos y reflujos de la mar, de que tocamos arriba. Basta agora haber dado una aparente causa por qué la luna no tuvo claridad propria; et si esta no contentare, quedará la interrogacion de la copla en su fuerza et vigor.

METRO III.

¿Por qué los cuatro elementos,
Siendo grandes enemigos,
En un cuerpo están amigos,
Abrazados y contentos?
Y ¿por qué el fuego no enciende
Todo el orbe por mil modos,
Pues es mayor y se extiende,
Y es mas potente que todos?

GLOSA.

Esta copla tiene dos interrogaciones: la primera es de todos los elementos en general, la segunda es del uno dellos en especial; por cuya intelligencia es de saber que los elementos son cuerpos simples, generables y corruptibles, de los cuales dicen los filósofos que se componen todos los otros cuerpos que hay sobre la tierra, y son cuatro, conviene saber, fuego, aire, agua y tierra. El fuego elemental tiene su asiento y mora junto con el cielo de la luna, y es muy gran cuerpo, porque dentro de su cimiento contiene el aire todo, y toda el agua y la tierra, y el grueso de su rueda es de inmensa grandeza, como se puede conjecturar por la cuantidad de los otros que se encierran dentro de su concavidad. El aire elemental tiene su asiento juntó con el fuego susodicho, debajo dél, y encima del agua y la tierra, á las cuales cerca él y se contienen dentro de su concavidad. El agua elemental crióla nuestro Señor debajo del susodicho aire, y encima de toda la tierra, que la cubria y rodeaba por todas partes; é despues de así asentada et situada, mandó Dios que se apartasen las aguas á una parte, y se descubriese mucha parte de la tierra para habitacion de los animales y hombres, y para la generacion de todas las yerbas y plantas y minerales que la dicha tierra habia de criar. La tierra es el cuarto elemento, que está en el medio de todos los otros, y así está por todas partes iguales desviada de todos los cielos y en el punto medio de todos ellos. Estos cuatro elementos son enemigos unos de otros, como vemos claramente que lo son el fuego y el agua. Item, de todos cuatro se componen y se mezclan todos los cuerpos que tienen perfecta mixtion, porque el cuerpo del hombre es compuesto de cuatro elementos, y asimesmo todos los otros animales y las plantas et yerbas, y el trigo y todos los otros mantenimientos, como lo vemos manifiesto cuando se deshacen; porque si quemamos un madero sale dél una humidad que tiene proporcion á la agua, y sale humo, que es el fuego, y salen vapores blandos, que salen por parte del aire, y queda ceniza, que es en lugar de tierra. Así que, todos los cuerpos compuestos tienen en virtud dentro de sí los cuatro elementos, conviene saber, fuego y aire y agua y tierra. Pues dice agora la copla que, siendo verdad que los elementos son contrarios y enemigos unos de otros, y cuando se topan en descampado pelean hasta que el vencedor destruye al vencido, ¿por qué razon, estando juntos en un cuerpo y juntos en cada pequeñita parte dél, son tan conformes, que estén allí todos abrazados y contentos, sin haber entre ellos discordia ni alteracion alguna? A esto dirán los naturales que están así porque tienen quebrantadas las fuerzas; que en la batalla que hobieron quedó cada uno de ellos tan enflaquescido, que hobieron por bien de juntarse en paz, y que se vaya el diablo para ruin. Mas ni por esas deja cada uno dellos de tener sus malos deseos para cuando ve la suya salirse afuera de las amistades y tornar á pelear, ó á lo menos huir el uno del otro, y así se deshace el compuesto. A esto replicaria yo desta manera: ¿Quién nunca vió esta batalla entre todos los cuatro elementos, y esta conformidad entre ellos, para que dellos se hiciese un grano de trigo ó de mostaza? O ¿por qué demonstracion me probarán los naturales estas batallas y estas amistades? Lo que á la clara vemos es, que de trigo se engendra trigo, y de hombre hombre, y así de todas las simientes; y nunca vemos que se haga trigo ni caballo ni leon por la batalla ni concordia de los cuatro elementos, sino por la simiente de cada cosa destas, guardando su órden y lugar convenible; que si así no fuese, muchas veces los agentes naturales acertarian á engendrar las cosas susodichas y todas las otras sin que interviniesen las simientes dellas; y por esta razon yo creeria, segun mi parescer, cuando dicen que los cuerpos naturales se componen de cuatro elementos, es que en todos los cuerpos hay una semejanza y conveniencia con los elementos; que así como en estos hay calientes y frios, pesados y livianos, húmidos y secos, así en todos los cuerpos se hallan partes que tienen proporcion á todas estas cualidades; y es razon que la precedencia dellas se atribuya á los elementos, como á cuerpos primeros en quien están las dichas cualidades en todo su extremo; así que, la pregunta de la copla es buena, pues que ha dado lugar á escarvar por aquí un poco de filosofía. Dice mas: «¿Por qué el fuego no se enciende?» etc. Esta es una interrogacion difícil, y declárase desta manera: Dicho habemos arriba que el fuego tiene abrazado dentro de su capacidad al aire, y está sabido que el fuego entre todos los elementos es potentísimo, y todas las cosas que toca destruye y convierte á su naturaleza; y pues que esto es así, ¿por qué razon el elemento del fuego no inflama y enciende todo el elemento del aire que está junto con él y dentro dél? Y si decis que el aire se defiende, esto no puede ser, segun razon natural, porque ninguna yesca hay en el mundo tan fácil de convertirse en natura de fuego como el aire; tanto, que cuando queremos encender el fuego aventamos, y tambien con el soplo echámosle aire, porque este se enciende luego, y con él se aviva el fuego; y cuando esto se hace en un fuego pequeño artificial, mas razon era que toda la sfera del fuego grandísimo y fortísimo quemase y convertiese en fuego á la sfera del aire, y esta, cresciendo continuamente en su inflamacion, quemase toda la tierra y las plantas y árboles y toda el agua de la mar, que por ser salada, luego se convertiria en flamas, y así se inflamaria el universo orbe. Y dice por mil modos y maneras, la primera es por lo susodicho, la segunda por los aparejos que hay

en la tierra para ello de mineros sulfúreos y de mineros aluminosos; tanto, que hay montes que siempre arden y echan de sí grandes llamas, y por la mucha leña que hay en el mundo y árboles de tea y resina, y pez y otras materias combustibles, y porque no hay piedra ni otro cuerpo que no eche fuego de sí hiriéndole ó fregándole; y estos son los mil modos que dice la copla por donde el mundo todo debia de arderse cada dia. A esto podrá ser que respondan los teólogos que, como Dios puso límite y términos á la mar para que de allí no pasase á cubrir la tierra, así puso términos al fuego para que no se extendiese fuera de su lugar á quemar los otros elementos. Mas yo no hablo agora con los teólogos; y si los filósofos se acogen á ellos, harán como los malhechores, que se acogen á la iglesia; por tanto, yo he mirado mucho en esto y he hallado una razon natural muy sotil; et si alguno la dijo primero, yo merezco por ella tantas gracias como él, porque nunca la vi escripta; y digo así: que, presupuesto que el fuego en su sfera es sin comparacion mas potente para quemar que los grandes fuegos de acá, y concediendo que el aire es mas dispuesto para inflamar y convertirse en fuego que otro ningun cuerpo, y que está por todas partes abrazado del fuego sin intervalo ninguno, con todo esto, es imposible que el aire en su sfera se pueda calentar del fuego, cuanto mas convertirse en fuego; la evidencia desto se declara así: Sabed que hay dos cosas en natura, las mas necesarias de todas, y que vencen y hacen cesar las otras necesidades; la una es que no haya espacio vacío, la otra es que no sea mayor el cuerpo que el lugar donde está contenido: estas dos necesidades son iguales y hacen cesar todas las otras; verbi gracia: Necesario es que el agua, segun su naturaleza, corra por abajo y que no suba para arriba, porque es cuerpo grave; pero si interviene necesidad de vacío, el agua subirá para arriba sin que nadie la lleve, porque obedesce á la mayor y mas universal necesidad; y desta manera en las cantimploras y en otros semejantes ingenios el agua sube para arriba. Item, necesario es que el fuego caliente á los otros cuerpos que se acercaren á él; pero si calentándolos hace que no quepan en el lugar donde están, dejará de calentarlos, ó ellos buscarán lugar donde quepan. Tambien es de saber que el aire caliente ocupa mayor lugar que cuando no está caliente, y lo mismo hace el agua; esto se prueba á la vista. Si tomais una redoma vacía que esté caliente y la poneis boca abajo en una escudilla de agua, veréis que así como se va enfriando la redoma y se enfria el aire que está dentro, así el agua de la escudilla va subiendo por la boca de la redoma arriba para henchir el vacuo que se haria enfriándose aquel aire que está dentro, porque ocupa menos lugar que cuando estaba caliente; y en las ventosas se levanta la carne por la misma razon. E si quereis calentar agua en una vasija de metal que esté cerrada por todas partes, el agua no se calentará aunque tenga buen fuego; y si la fortaleza del fuego fuere tanta que el agua comience á calentarse, en el mismo punto reventará la vasija, porque el agua en calentándose no cabe dentro, y hásele de dar lugar donde quepa. Desta manera acontesce en los tiros de la artillería, porque el fuego ocupa mucho mayor lugar que la pólvora, y como se enciende la pólvora, el fuego no cabe dentro, y es necesario para darle lugar que se abra el tiro por la parte mas flaca, que es donde está la pelota; y cuanto el fuego enciende mas furiosamente, tanto la pelota sale con mayor ímpetu y violencia; y así tambien se hacen los terremotos y los temblores de la tierra, porque en alguna concavidad que está dentro della enciéndese ó caliéntase el aire que allí está por la gran fortaleza de algun vapor sulfúreo que lo encendió; entonces es necesario que la tierra ó la montaña que está encima se tiemble ó se abra para dar lugar al aire que se calentó y no cupo en su cueva. Con estos preámbulos está probado cómo es imposible que la sfera del fuego pueda calentar al aire, aunque lo tiene junto consigo y metido dentro de sus entrañas, porque si el aire se calentase habria menester mayor lugar, y no lo hay, porque todo está lleno, y no hay cosa vacía, salvo si reventase el cielo; y esto no puede ser, porque encima de los cielos no hay espacio vacío ni lleno ni hay nada, porque en ellos se acabó toda la fábrica del universo. Así se concluye demonstrativamente que es imposible que la sfera del aire se convierta en fuego ni aun se pueda calentar dél. Y dice la copla: «Pues es mayor y se extiende;» porque todos convienen en que el fuego elemental es diez veces mayor que el aire et mil veces mas que toda la tierra, y se extiende maravillosamente por todos los cuerpos combustibles que alcanza; tanto, que de una centella cresce á las veces tanto, que quema casas y ciudades et montes; y se extiende tan loca y furiosamente por todas las cosas que se le ponen delante, que la rabia que lleva para encenderlo y abrasarlo todo es caso de grande admiracion. Esto ninguno de los otros elementos lo tiene, porque una poca de agua no multiplica ni engendra de sí grandes avenidas de aguas, ni de un terron se hacen grandes montañas.

METRO IV.

Y ¿por qué el fuego de acá
Alumbra todo lo oscuro,
Y no da luz al de allá,
Siendo mas neto y mas puro?
Y ¿por qué el fuego engendramos
Cada hora que queremos,
Y cuando agua no hallamos,
Sin agua nos quedarémos?

GLOSA.

Esta interrogacion primera está clara y es difícil; que muy manifiesto es que el fuego que tenemos acá en la tierra da claridad de sí y derrama las tinieblas en todo lo que sus fuerzas alcanzan, y el fuego que está en su sfera no alumbra nada; porque si diese luz, segun es grandísimo cuerpo y purísimo fuego, seria la noche cuasi tan clara como el dia, y veriamos los rayos de su luz como vemos los del sol y de las otras estrellas, y como vemos los relámpagos y cometas alumbrar todo el aire. Agora esto no paresce así; antes en absencia de la luna la noche queda muy obscura; por donde paresce que el fuego elemental no tiene claridad ninguna; y si dicen los filósofos que allá en su lugar no quema ni alumbra, la razon dello les pregunto yo; y si dicen que en el principio de la generacion se le dieron estas condiciones, que en su proprio lugar no quemase ni alumbrase, y que no se debe preguntar

la razon desto, así como no preguntamos por qué no quema el rubí ó por qué no alumbra el cristal, á esto replicaria yo que el rubí no tiene naturaleza de quemar en una parte y no en otra, mas el fuego quema y alumbra estando en una hacha ó en un tizon; y si estos cuerpos queman y alumbran, no por parte de sí mismos, sino por razon del fuego que está en ellos, que es fuego impuro y sucio mezclado con la oscuridad del cuerpo quemado, mas razonable cosa paresce que el fuego purísimo y no infecionado con la mezcla de los otros cuerpos alumbrase con claridad mas pura y mas apartada de tinieblas. A esta dificultad yo daré una respuesta natural, con condicion que si otro filósofo alguno la hallare mejor la ponga aquí en la márgen; y digo que el fuego en su propria sfera es imposible que alumbre, porque es cuerpo invisible, y fué necesario que fuese así, y si diese luz ya se tornaría visible, pues que la luz es principal objecto de la vista; y fué necesario que el fuego en su sfera fuese invisible, porque su sotileza, transparencia es tan celestial, que la vista corporal no la puede juzgar ni cabe debajo de su material jurisdicion; que aun el aire, por ser sotil y transparente, no se comprehende ni se alcanza de la vista, cuanto mas el fuego, que por consentimiento de todos los filósofos es diez veces mas delgado que el aire; y si alguno dijere que la luz se alcanza de la vista aunque es mas inmaterial que el fuego, respondo que la luz no se alcanzaria de la vista si no se asentase en algun cuerpo que fuese sólido y macizo; que cierto es que la luz del sol de noche da en todos los cielos, y no la vemos en ellos, porque son cuerpos diáfanos, y la claridad no para en ellos ni reverbera dellos á nosotros, pero vémosla en la luna, porque es cuerpo sólido que recibe y da luz del sol. Así que, tornando al propósito, el fuego en su sfera no puede alumbrar; mas acá en lo bajo, pegado con otro cuerpo que le haga perder su gran sotileza, y con la mezcla se haga mas material, entonces se torna visible y da claridad por su naturaleza celestial que tiene, como aquel que inmediatamente está encajado en el cielo de la luna. E no es de maravillar que dos cosas juntas hagan un efecto que no lo podria hacer cada una dellas por sí, que en el vidrio solo no se podrian representar las imágines, porque se pasa la vista de parte á parte; mas poniéndole plomo en las espaldas hace espejo, porque para en él y no se desvanece la imágen; y así, el fuego ha menester el tizon por estribo para arrojar de sí la claridad, y de aquí se pueden sacar infinitos ejemplos así en lo natural como en las cosas artificiales. Item, fué necesario que la sfera del fuego fuese invisible, porque si la viéramos, quitáramos la vista del sol y de la luna y de todas las estrellas, y las influencias celestiales, y no viéramos la inmensa grandeza y hermosura de tal edificio, por donde juzgamos la omnipotencia del Hacedor y Arquitecto de todo ello; y no alcanzáramos las diversidades y perplejidades de los movimientos de todas aquellas ruedas de los cielos, y el velocísimo y rapidísimo curso del movimiento diurno, que es tan increible, que si no viésemos al sol correr en doce horas de oriente á poniente, subiendo por aquella grandeza del cielo hasta la cumbre, y abajando hasta igualar con nosotros, ¿quién pudiera creer, ó en qué fantasía cupiera, que un cuerpo natural pudiese volar con tanta ligereza, que en cada cuarto de hora le cupiese de atravesar mas de trecientos mundos tales como este? Así que, viendo nosotros cosas tan espantosas y tantas armonías de movimientos y lumbres, todo ello bien proporcionado y medido para lo que conviene á nuestra gobernacion y para nuestro servicio, pudiésemos en parte considerar la infinita grandeza y sabiduría de Aquel que fué la causa dello y lo hizo todo de nonada. Por tanto fuera inconveniente que la luz de la sfera del fuego nos hiciera impedimento y estorbo á tan grandísima vista y espectáculo como este. Dice mas la letra: Que por cuál razon, cuando nosotros no tenemos fuego, engendramos y lo sacamos de una piedra ó de un palo liso, y cuando nos falta agua en un navío ó en una fortaleza, por ningun ingenio la podemos hacer, ni acrescentar la que tenemos. A esto digo que el fuego es tan activo y tan celestial, que no se han de igualar con él los otros elementos en todas las prerogativas que le fueron otorgadas desde la primera formacion de todas las cosas. La razon dello es, porque el fuego es mucho mas necesario acá entre nosotros que ninguno de los otros elementos, por cuanto ha de participar con ellos en servirnos con sus propias cualidades, y participa con los cuerpos celestiales en darnos claridad y calor vivo y actual para los instrumentos de natura para nuestros provechos; y si acá no se engendrase, como dicho es, seria menester que nosotros para encender una vela volásemos al cielo, donde él tiene su propria morada y habitacion; y como él no puede bajar acá ni nosotros subir allá donde él está en todos tiempos, púsolo Dios potencialmente en todos los cuerpos inferiores, para que la natura fácilmente le pueda sacar en acto, y nosotros tambien le podemos fácilmente producir con el artificio; y aun todo esto no pudiera abastar para sostener acá el fuego, que luego en nasciendo se nos fuera huyendo á su casa, sin que nosotros pudiésemos acá prenderle ni detenelle para nuestra utilidad y provecho, si no le fuera dada otra propriedad muy maravillosa, como es la gran cobdicia natural, y aquella insaciable hambre y voracidad que tiene de convertir todas las cosas combustibles á su natura, y tornarlas todas en fuego, mal que les pese; y por eso, aunque él se vaya corriendo al cielo, deja otro que vaya tras él, y este deja otro; y así, nosotros le detenemos para que nunca nos falte, mostrándole perpétuamente el cebo delante de las materias combustibles; como el halcón cuando le soltamos de nuestra mano, que aunque se remonte por algun espacio de tiempo y parezca que le perdemos de vista, pero con la misma presa que cae entre nosotros, y con la hambre y voracidad y deseo que tiene de haber la mesma presa, no se nos va, antes vuelve á la mano del que lo lanzó, y así gozamos dél. Y así el fuego alcanzó muchas ventajas que no fueron otorgadas á los otros elementos.

METRO V.

¿Por qué el aire y la tierra
Nunca pelean los dos,
Habiéndolos hecho Dios
Contrarios de buena guerra?
Y ¿por qué el agua del mar
No es mas potable y mejor,
Pues la hizo el Hacedor
Y la puso en su lugar?

GLOSA.

Esta copla ó metro, que es el quinto en nuestra órden de proseguir, trata de los cuatro elementos y de las contrariedades y disconveniencias que entre sí tienen. Y con ser tan contrarios, tratarémos de la conformidad con que se tratan, sin parescer que entre algunos dellos, como habemos dicho, haya contrariedad; y por tanto, contiene en sí dos buenas interrogaciones. La primera es, por qué el aire y la tierra nunca ellos pelean el uno contra el otro, como vemos que pelean el fuego y el agua cuando se encuentran, pues que la razon por qué pelean los unos, puede haber tambien en los otros. Ca el fuego y el agua pelean porque son enemigos y muy contrarios en sus cualidades; que el fuego de su natural es caliente y seco, y el agua es fria y húmida. Y por eso no se compadescen juntos, ni cesa entre ellos la pelea hasta que el uno destruye al otro. Y la misma causa de pelear hay entre el aire y la tierra; porque el aire es caliente y húmido y la tierra fria y seca. Así que se oponen en entrambas contrariedades; y no solamente nunca los vemos pelear ni huir el uno del otro, ni haber contrariedades entre los dos, mas antes hay entre ellos tantas capitulaciones de paz y tantos vínculos d'amicicia, que el aire está siempre junto con la tierra, y le da unas veces calor y otras frialdad, y le da muchos rocíos y humidades; y si ella se abre ó hace algunas concavidades, luego el aire se mete dentro de sus entrañas sin temor ni sospecha de discordia. Y si respondieren que ni este aire ni esta tierra son elementos puros, á esto diré que tampoco lo son el fuego y el agua de acá, y por eso no dejan de matarse el uno al otro cuando se topan. La segunda pregunta es, por qué el agua del mar no es excelente agua y mejor para beber que las otras, pues que se debe creer que es hecha por la mano de Dios, y puesta en el mesmo lugar do convenia estar el purísimo elemento del agua, que es encima de la tierra y debajo del aire, y habia de ser el agua como hecha de su mano y como situada en su proprio lugar y asiento. Que cierto es que los elementos tienen en su lugar mayor perfeccion que fuera dél; y así, habia de ser por via natural que el agua del mar fuese mas verdadera agua y mas excelente que todas las otras. Y á la verdad, á mí no me satisfacen mucho las razones que para esto da Aristóteles y los otros filósofos, y debe ser porque no las entiendo; no las pongo aquí, porque no es obra para que en ella se alargue mucho la filosofía. Una dellas es, por qué los vapores que suben de la mar quémanse con la calor del sol, y tornados á caer en la mar, hácenle salado; porque es cosa natural que el cuerpo terrestre quemado, mezclado con agua, hace sabor de sal, et así muchas de las salinas se hacen de tierra adusta y quemada, mezclada con el agua. Así que, dirán que el agua del mar Dios la crió muy buena; mas despues con la continuanza de dar el sol en ella y levantar vapores y quemarlos, como es agua estantía, hase estragado y hecho salada. A esto diria yo que por la misma razon todos los lagos y balsas, mayormente en tierras calientes, debian de ser aguas saladas, y no es así, que infinitos lagos hay muy grandes, y otras lagunas que dura siempre en ellas el agua dulce, y en el campo de Urgel, y en campos donde las aguas de los pozos, que nunca les da el sol, son saladas, las de las lagunas, que siempre les da el sol, son dulces. É ¿cómo me darán á mí á entender que la inmensa multitud de las aguas que tiene el mar Océano se habian todas de volver saladas con los vapores que se levantan y tornan á caer? É ya que hiciesen saladas todas las aguas superficiales de arriba, ¿qué culpa tienen las del hondo del mar, que nunca los vapores llegaron allá? Y cuando esto quisiésemos otorgar en las regiones calientes, ¿cómo se podria averiguar en las regiones frigidísimas que están debajo de los polos? Cómo se podrian quemar con la calor del sol los vapores en la mar de Nuruega y en la parte septentrional de Irlanda, donde el sol no tiene fuerza en el estío para desatar las heladas de las aguas, y el aire y vapores y las aguas todo se cuaja con la grandísima frialdad y rigor de la region? Y en esto se paresce que los mas destos filósofos no conoscian otra mar sino la de Aténas, que pasa por toda la orilla de Grecia, que, como es poca agua en comparacion del mar Océano, atreviéronse á salgalla con los vapores que se levantan della. É si no me engaño, mejor seria decir que Dios quiso, y los filósofos digan que natura dispuso que la mar fuese salada porque se hizo para los pescados, así como la tierra para los hombres; y para el gusto de los pescados debe ser gratísimo el sabor salado, y por eso se crian tantos y tan gordos en la mar. Y tambien el agua salada no es tan fria, antes es caliente, y con ella se pueden sufrir los peces en los tiempos de las grandes frialdades, porque no tienen en la grande altura del mar aparejo de cuevas y concavidades calientes, ni las tienen tan á la mano como en los rios para abrigarse en ellas. Así que la mar, como es habitacion de los peces, hízose á su modo dellos, porque quiere Dios que ellos vivan aquí, y los hombres en la tierra, que les dan bien de comer y buenas aguas dulces, aunque ya la ingratitud y la avaricia ha crescido tanto, que está tan poblada cuasi la mar de hombres como de peces, y en ella nascen y en ella mueren, y no perdonan los golfos ni los estrechos, ni otros monstruos marinos, ni los rigores del tiempo, ni las tempestades, ni los cielos notos, ni los ignotos, ni el polo Artico, ni el polo Antártico; todo lo rodean, todo lo ciñen por arriba y por abajo, con muerte de los otros y de sí mismos, y con estragos y crueldades nunca oidas, como mas largamente se dirá adelante. É finalmente todos acaban en el agua y comienzan á entrar en el fuego que nunca se acaba.

METRO VI.

¿Por qué hay opinion alguna
Del paraiso terrenal,
Que diga qu'es cuasi igual
En altura con la luna;
Y que si Adan no cayera
D'aquel lugar soberano,
Con un buen salto que diera
La alcanzara con la mano?.

GLOSA.

Algunos dijeron que el paraíso terreno que Dios crió para el hombre en los principios de la creacion del mundo, estaba asentado en una montaña tan alta, que cuasi alcanza al cielo de la luna, y pudiera el hombre, levantándose sobre un árbol ó sobre otra altura, alcanzar la luna con la mano. Lo que en caso se debe creer yo no lo sé, porque no soy teólogo; yo me reporto á lo que ellos dijeren. Todo lo puede Dios hacer por modos inefables y miraculosos. Mas hablando naturalmente, las dificultades que tiene esta opinion son muchas. Una dellas es, que nunca se ha visto en el mundo, ni á occidente ni al oriente, cuesta ninguna que alcance hasta el cielo, y podria verse, pues vemos el sol junto con la tierra cuando nasce, no hay cuesta ni altura que nos haga sombra, que no la podamos pasar del otro cabo. La segunda dificultad es, que si tal montaña hobiese, habia de romper por todo el elemento del aire y por todo el elemento del fuego, y estar aquella delectable y fresca huerta cercada de fuego por todas partes, y no un fuego cualquiera, sino toda la grandeza de la region del purísimo fuego, que no haria gran provecho á la verdura de las suavísimas flores y deliciosísimas yerbas que allí nascen. La tercera es el rapidísimo movimiento del cielo, que se puede imaginar desta manera: que si la luna corriese de tal manera sobre la tierra y el mar, que diese una vuelta por arriba y por abajo á toda la tierra, y en poco mas de veinte y cuatro horas volviese por el otro cabo al lugar donde partió, no se podia esto hacer sino tan velocísimamente, que acá en la tierra no hay comparacion á tan gran ligereza, porque le cabian á cada hora mas de mil leguas; muy poco he dicho porque lo entiendan todos. Pues contemplemos agora que la luna no corre á raíz de la tierra, sino tan desviada della por todas partes, cuanto hay del cielo á la tierra, y con todo este desvío, sube por el cielo arriba y rodea todo el mundo en veinte y cuatro horas por arriba y por debajo. ¿Qué tanto será el correr que lleva, pues que seria poco el decir que en una hora corre un millon de leguas? Y esto es nada en comparacion de los otros cielos mas altos que la luna. Y con este fortísimo et violentísimo curso arrebata consigo toda la sfera del fuego, y le hace dar vuelta cadá dia al derredor del mundo, y otro tanto hace á la mayor parte de la sfera del aire. Y paréscese esto porque las muy altas cometas que corren por el aire siempre van volando de oriente á poniente, como el mismo cielo. Pues si acá abajo un viento puede pasar tan recio que derribe una torre, ¿qué haria el cielo con aquella fortaleza de su movimiento, pasando tan cerca de la cabeza de Adam, y toda la sfera del fuego pasando con aquella incomparable furia por medio del paraíso? Poco seria decir que arrancaria todos los árboles y llevaria á Adam y á Eva arrastrando por el circuito del mundo; mas aun decir que la misma montaña en un momento de tiempo se haria mas menuda que sal, y cubriria mucha parte de la tierra y de las aguas, aun esto era poco encarescimiento. Otros muchos inconvenientes hay, que por no alargar no se dicen aquí; mas en fin, en esto y en todo lo demás yo me someto á la correccion y emienda de los santos doctores.

TRACTADO SEGUNDO.

METRO VII.

¿Por qué el diablo ha placer
De engañar á los que daña,
Pues con todos los que engaña
Su tormento ha de crescer?
Y pues no tiene mas sciencia
Ni poder del que Dios manda,
¿Por qu'es tan nescio, que anda
Con Dios siempre en competencia?

GLOSA.

Dos interrogaciones tiene este problema, y son tan claras, que no han menester glosa, y no querria yo preguntar estas cosas sino al mesmo diablo. Porque hacer alguno mal á sus enemigos y vengarse dellos, por muchos malos acaesce; mas hacer esto con daño de su cabeza, ninguno es tan malo que lo haga, sino es el diablo, cuya malicia et invidia son tan grandes, que le ofuscan la sciencia y la razon que naturalmente alcanza, y quiere perderse á sí por perder consigo á los otros, y recibe deleite en ello. Y con esta su buena condicion, engañó con una gran mentira al hombre que fuera inmortal, y le hizo morir, por donde cobró renombre de homicida y padre de la mentira. Y esto mesmo le hace competir con Dios y captivar su gente, porque ellos mesmos quieren irse tras él y dejarse captivar, apartándose de un Señor que los preciaba y los amaba mas que á su vida, y juntándose con el mayor tirano y mas cruel enemigo suyo que nunca fué ni será. Huyendo de quien les ha de dar tantas riquezas y tan grandes mercedes, que no hay lengua que las pueda explicar, y acogiéndose á quien los ha de despojar de todos los bienes y encerrarlos consigo en prisiones y cárceles obscuras y tristes con tantos géneros de tormentos, que en esta vida no hay crueldades á que se puedan comparar. Y esto para siempre jamás, así como eran para siempre todos los bienes que les ha quitado.

METRO VIII.

¿Por qué los grandes que moran
En la paz, las guerras quieren,
Despues al tiempo que mueren
Se arrepienten y lo lloran;
Y cuando sus contadores
Todas cuentas fenescieron,
Hallan que todos perdieron,
Vencidos y vencedores?

GLOSA.

La guerra es una crudelísima maldicion que comprehendió al género de los hombres sobre todos los animales que habitan en la tierra. Porque todos los otros animales en sus géneros viven amigablemente; que los leones no emprenden guerra contra los leones, ni los elefantes contra los elefantes, , ni los tigres contra los tigres; solamente los hombres superbísimamente se levantan contra los hombres. Es una granjería que halla el diablo para ganar mucho en poco tiempo; hacíasele poca cosa y pobre ganancia llevarlos uno á uno. Metióse tanto en este trato de la guerra, y tomó compañía con los hombres, y dellos mismos gana (veces hay) en un dia cincuenta mil esclavos juntos, et cien mil, y cuantos mas él puede. El padre y la madre que engendran la guerra son el soberbio Animo de la desenfrenada Avaricia. Las hermanas della mayores, á quien ella obedesce, son la Iracundia y la Invidia; y como estas son pasiones spirituales, perturban de tal manera el ánima de los príncipes, que destierra y aparta fuera de su reino toda buena razon y consejo bueno y sano. Dentro de la cámara del Entendimiento entran en consejo las cuatro perturbaciones susodichas; la Soberbia toma mas principal habla primero, et intima las cosas de la honra, diciendo que es poco la vida y todos los reinos del mundo para que se pierdan por la honra; y que si esto se sufriese, otro dia se harian insultos y atrevimientos mucho mayores; y luego dice: «¿Qué dirán de mí en Francia? qué dirán de mí en Italia y en Alemania? No se debe mirar el precio sobre que es la diferencia, sino la cualidad de la fama y de la real preeminencia que de aquí depende.» Y luego se levanta la Avaricia y dice: «Mas hay que eso, que si este caso se lleva adelante por las armas, con la guerra se asegura la paz, y se pueden adquirir despojos y provincias, y acrescentando el poder y señorío, se pone terror y espanto en el enemigo para que de allí adelante haya gana de obedescer á la razon y al buen apuntamiento.» Levántase luego la Invidia et dice: «No es razon de sufrir la presuncion que estos tienen con la riqueza; póngase todo en árbitrio de la fortuna, et si esta señora acostare á nuestra parte, todo lo que ellos tienen será para nosotros.» Entonces dice la Ira: «Sus, á las manos; que ya se tarda mucho en sufrir tantos ultrajes y tanto desacatamiento.» Luego torna á hablar la Soberbia y dice: «Si supiésemos dónde está la Razon, bien holgaria que se hallase en este consejo; porque yo, no solamente presumo de sostener la gloriosa fama con la fortaleza del ánimo, mas tambien quiero que digan que voy arrimado al consejo de la Razon y de la Justicia; que la Razon, como triste et hipócrita, ha ganado en el mundo tan gran reputacion, que todos nos preciamos de tener alguna muestra y aparencia della; y por eso será bien que sea llamada á este consejo, y si se concertare con nuestro acuerdo, tanto que mejor; et si no, una higa para ella, volverse ha por donde habrá venido.» Llega pues la Razon temblando de miedo et dice: «Yo vengo tan flaca, que apenas puedo echar la voz; porque ya cuando me desterrastes estaba ya tan doliente por vuestra causa, que ningun provecho ni fruto se podia sacar de mí.» Dice el Animo soberbio: «¿Cómo por nuestra causa?» Dice la Razon: «Porque á poder de porradas me hecistes hinchar de piés á cabeza. La Avaricia me hizo perder la vista de los ojos, y la Invidia me hizo consumir la carne y los tuétanos de los huesos y tornarme ética, y la Iracundia me hizo frenética; mas ya que me habeis traido aquí, et dado libertad para que diga mi parecer, yo lo diré, con protestacion que no tengo de ser creida. La guerra, yo confieso que es cosa dulce y regocijada para hablar en ella, especialmente los que tienen el ánimo inquieto et amigo de bullicios y novedades; mas para experimentarla y ponella en obra, no es otra cosa sino un acerbo y amontonamiento de miserias y de tristezas incomportables, que paren y se multiplican en diversas maneras; unas paren cada dia, otras cada semana, y otras cada mes, y cada tres meses, y cada seis meses, y de allí pocas veces pasan, porque todo se acaba y todo lo acaban. Primeramente incumbe la necesidad presente de la innumerable suma del dinero; porque si toda la casa tuviésedes llena de ducados, aun serian menester muchos mas, y cuando pensais que llevais para tres meses, en llegando lo habeis despendido todo. Esto hacen las mentiras de los capitanes, que con rabia de engolfarse en los piélagos donde ellos han de pescar, hácenlo todo muy barato y muy fácil. Y cuando pensais que os enviarán socorro dende á dos meses, no va á los cuatro. Esto hacen las mentiras de los oficiales, que prometen todo lo imposible, porque á rio vuelto puedan ellos pescar todo lo posible; esto es cuanto á lo del dinero, que es muy malo de sacar de las casas ajenas. La segunda necesidad es de gente; y dejo agora de hablar en los soldados viejos, porque los doy al diablo, y otro dia quizá hablarémos en ellos; mas los otros soldados que se han de hacer de nuevo, sin duda es gente muy peligrosa para su dueño, y para perder la jornada muy aparejada, porque ellos van á lo que no saben ni vieron jamás; y como comienzan á sentir el hambre y sed, y las desordenadas calores, y el dormir en el suelo, y las otras molestias, no de la guerra, sino del camino, muchos de ellos se vuelven, y los otros van tales, que los querria mas para contrarios que valedores de mi parte. Pues arrimáos á los desarrapados jinetes del Andalucía: estos en toda su vida nunca cabalgaron en caballo ensillado, mas son mozos ó alquilados á jornal á los que tienen caballos; ni saben de guerra ni de honra, ni saben esperar ni huir. En Castilla, donde yo he morado mas tiempo, alguna falta hay de buenos escuderos, así como en Francia hay falta muy grande de hombres de pié. Acuérdome que Hernando de Vega, mi amigo, solia decir que se maravillaba mucho del rey de Francia cómo no despertaba todas las noches con cuidado que le habian de tomar su reino, porque en toda Francia no hay un hombre de pié que sepa tomar el cuchillo en la mano. Agora dicen que se hacen allá cuarenta mil soldados de tierra, que verles hacer la reseña es

una graciosa farsa, y ellos se van muriendo de risa de sí mesmos. La tercera necesidad es de artillería, con todas sus municiones y aparejos. É si quereis saber cuánta es esta necesidad, allegáos al capitan del artillería de Castilla, y deciros ha que es menester que venga madera y pólvora desde Flándes en una flota, que venga á muy buen recaudo por el mar Océano, y que la fuslera y los maestros de la fundicion y los carpinteros de los carretones vengan de Italia en otra flota por el mar Mediterráneo, y que es poco seis mil quintales de pólvora y cinco mil caballos para mover el artillería; y si han de ir por mar, es menester que sea un tercio mas, porque se mueren infinitos dellos. É que son menester cuatorce mil gastadores, y de las otras menudencias, que serian largas de contar, no hay número. La cuarta necesidad es de bastimentos para hombres y bestias. Y para esto no hay bestia ni flota que sea bastante si no se toma una tercia parte del ejército que lo encamine y le defienda; y en este artículo hay inmensos trabajos, porque no puede venir cada dia por medida todo lo que es necesario para tanta multitud de hombres y bestias, y no aprovecha nada para la falta de un dia lo que sobró en otro. Allí son los clamores de la mezclada canalla, que en diversos lenguajes y con desentonadas voces se quejan de la inadvertencia y poco proveimiento del capitan; y unos se pasan á los enemigos, otros se tornan moros, y cualquier partido y cualquiera ley y condicion y cualquiera suerte tienen por mejor que la suya. ¡Guay de las orejas del príncipe de aquella hueste que tales cosas oye! ¡Cuántas veces desea ser hombre bajo! cuántas veces estar en su casa comiendo legumbres! cuántas invoca la perezosa muerte! cuántos torcimientos de corazon y mortales singultos, que son peores que la muerte! La quinta necesidad es de las espías, que las mas dellas son falsas y engañadoras, y descubren el secreto á los enemigos para que con acuerdo dellos dén avisos como ellos ordenan, y dejan decir verdades en lo que no importa, para poder mentir en lo que va mucho. Y dejo aquí de hablar en las cosas de los soldados prácticos, porque en otro consejo se dirá algo de lo que agora no se dice.» Entonces despierta el Animo soberbio, et dice contra la Razon: «Hasme hecho dormir en forma con tus muy nescias prolijidades et con tus pesadumbres acostumbradas.» La Ira dice: «Y á mí no; antes le hubiera dado una gran bofetada, si no fuera por despertarte. Mas, pues la cobarde malaventurada ha puesto delante tantos inconvenientes, et aun amenaza que dirá muchos mas, diga la forma que se debe tener en esto que agora tenemos entre las manos.» Entonces la Razon, con su gran mansedumbre, dice muy humilmente: «Si yo tuviese salud, bien sabes tú que no osarias ofenderme ni parescer delante de mí. Mas tú sabes bien qué tal me habeis parado vosotras, y por eso me maltratas. Lo que yo haria en eso que preguntas es, que haria muy bien examinar la justicia que tiene mi parte, y si no la tiene, le aconsejaria que diese á su dueño lo que es suyo por via de medianeros y embajadores lo mas honestamente que se pudiese hacer; porque tractándose de alma et de hacienda, claro está que es mejor el alma que toda la redondez del mundo. Y no consentiria en este exámen que hubiese letrados ni aun confesores lisonjeros, que estos son los que justifican á entrambas partes, y por el arbitrio destos cada cual de los enemigos jura que tiene justicia. No há muchos años que el rey de Francia debia al Emperador dos millones de escudos, y sus letrados y confesores determinaron que no los debia pagar, y así lo hiciera si no tuviera empeñados y captivos á sus hijos por el dicho oro. Al Emperador informaron sus letrados y confesores que se debian pagar, porque el otro le habia movido guerra injustamente, y fué preso en ella, y con todos aquellos escudos no pagaba lo que el Emperador por su causa habia perdido. Si el rey de Francia tomara el consejo que yo le daba, él pagara en buena concordia los dichos escudos, y holgara en su casa sin perder mas. No quiso sino creeros á vosotras, y envió un grande ejército sobre Nápoles, donde perdió de su casa mas de seis millones de escudos y todo el tesoro de Francia, y toda la nobleza de la juventud con todos sus capitanes, y al cabo vino á pagar los dos millones que debia, con otras circunstancias muy grandes. Agora juzgue el Animo soberbio y todas vosotras si fué mas honrado vuestro consejo, haciendo con él lo que no debia, ó si fuera mas honrado y mas provechoso el mio, guardando su palabra y fe de caballero y su juramento, haciendo lo que debia. É si mi parte tuviese clara y averiguada justicia, y la cosa fuese poca y sufriese dilacion, yo daria por consejo que se pusiesen grandes personas entre medias para que sábia y gravemente declarasen la causa, y amonestasen á la otra parte que no quisiese romper tan valerosa amistad y concordia por tan poca cosa, y que si no interviniese honra en ello, aquello y mucho mas le dariamos en buena amistad.» Entonces el otro Animo dice: «Así lo haria yo si fuese tan ruin como tú; mas siendo yo quien soy, no mandará Dios que yo haga lo que tú dices.» Y así, todas estas cuatro perturbaciones dan con la Razon fuera del consejo ultrajadamente, y toman la voluntad de su parte, mostrándole sus votos y sus motivos. Y desta manera se emprenden las guerras y las discordias entre los hombres, donde hay tanta efusion de sangre, y matan muchas veces, no solamente los prójimos á sus prójimos, mas los hermanos á los hermanos y los padres á los hijos, y se van con el diablo los unos y los otros, perdiendo en la mercaduría poco menos de substancia y de gente los vencedores que perdieron los vencidos, y arrepintiéndose los unos y los otros cuando ya no vale nada el arrepentimiento. Bien conoscerán todos los que esto leyeren que ninguna destas cosas se dicen contra nuestro invictísimo César, pues que en las guerras que hasta agora ha seguido siempre ha sido provocado, y en todas las jornadas ha tenido justísima y santísima causa, como es defension de la fe y de la patria; y así Dios, con manifiestos y evidentes milagros, se ha mostrado de su parte. De aquí adelante no sabemos lo que será; hombre es, y podria, con los sainetes que Dios le ha dado, quedar tan amigo del cebo, que volase mas de lo que es menester y que tentase á Dios mas de lo que conviene.

METRO IX.

Y ¿por qué quieren tener
Subjeccion á sus soldados,
Siendo mas desacatados
Cuando mas son menester;
Y sufren sus vituperios,
Sus pagas y sus motines,
Sus ladrones, sus malsines,
Sus blasfemias y adulterios?

GLOSA.

Aunque en la presente copla se tocaron muchas necesidades y molestias que trae consigo la guerra para los príncipes que la gobiernan, aun quedaron por decir otras muchas. Parte dellas se presentarán aquí y en la copla que se sigue, y gran parte quedará remetida á los que lo han experimentado, no para que lo digan, que cierto no hay lengua ni escriptura que baste para explicar tantas miserias, tantas imágines de muerte, tantas semejanzas de infierno, tantas visiones de demonios, tantos espantos y terrores, tan fieras, tan venenosas, tan bestiales crueldades. Dice pues la presente copla que por cuál razon los príncipes susodichos quieren tener subjecion á sus proprios soldados. Cosa recia es que un rey y un emperador grande, delante quien tiemblan los grandes señores, á quien obedescen todas las potencias de sus vasallos, venga á hacerse subjecto de los soldados, que los mas dellos son mozos d'espuelas de sus criados, y otros eran acemileros, y muchos dellos fugitivos, malhechores, ladrones, encartados, rufianes, desorejados. Y aunque algunos dellos hay hidalgos y gente noble, estos tales no son desta cuenta, porque siempre son leales y subjectos á su príncipe, y amigos de la cosa pública. Mas la otra mala gente que habemos nombrado, todos presumen en las grandes necesidades de tener, como dicen, el pié sobre el pescuezo á su señor; entonces son ellos atrevidos y précianse de decir desacatos y palabras criminosas contra la majestad real. Y el enojo que tienen de una poca de hambre ó sed que han sufrido ó de la paga que se tardó, guárdanlo para la hora mas peligrosa y en que está la victoria en balanza, y allí sueltan palabras feas, que por la menor dellas serian ahorcados y cuarteados en tiempos de paz. Y entonces, por la necesidad presente, son venidos los príncipes á tenerles subjecion et disimular con paciencia y sufrir con ánimo manso los vituperios que le dicen, y sufrir la necesidad en que les ponen sus pagas, hasta vender su plata y todas sus joyas para contentallos, y sufrir sus motines y levantamientos en perjuicio de su honra y de todo su estado. Que muchas veces se amotinan en coyuntura que echan á perder toda la ordenanza de la gente y toda la armonía y buen concierto de la batalla, y á esta sazon las mas veces lo hacen de miedo, y buscan occasiones de volver las espaldas, que cualquier achaque les basta. Sufren, otrosí, los príncipes á los públicos ladrones desta gente, y los enormes hurtos y robos que hacen, y los sacos en las ciudades de los amigos y en las casas de los innocentes, que no les tienen culpa, y las matanzas que por causa desto hacen tan sin piedad, no perdonando mujeres, niños et viejos, solamente para preciarse que llevan mas teñidas y sangrientas las espadas, y no perdonando templos, ni altares ni custodias, ni sacerdotes, ni al mismo Dios, que con su benignidad y mansedumbre lo pasa todo por nuestros pecados, y lo sufre por su inmensa clemencia. ¿Qué sentirá un ánimo de un príncipe justo cuando viere que todas estas generales injusticias hacen los que van en favor de su justicia particular, y cuando pensare que de todo ello se ha de dar estrecha cuenta hasta el postrero y último cuadrante? Paresceme que determinará de perder su derecho de allí adelante, antes que venir á guardallo por manos de tan grandes malvados. Sufren mas los malsines desta gente, malsines son los que descubren el secreto de sus amigos para hacer que los maten y que los roben, y algunas veces con levantamiento de falso testimonio; y destas traiciones hay muchas entre los soldados. Y sufren sus blasfemias; esta es una gravísima maldad sobre todas las otras, que no se tenga por buen soldado sino el que mas feamente renegare. É ha corrido ya tanto esta costumbre entre ellos, que los capitanes por ser mas queridos y mas compañeros de su gente se hacen grandes renegadores, et no sacan otro fructo de los evangelios y de la otra sagrada escriptura, sino saber artículos para renegar dellos, et hay entr'ellos tan exquisitos y tan espantables géneros de blasfemia, que son para spasmar á los oyentes y hacer horror y encrespamiento de los cabellos. ¡Oh abominable y nefando menosprecio de Dios! Oh absurdísima y nunca bien castigada traicion, cometida desvergonzada y públicamente contra el Rey de todos los reyes, contra el Emperador de todos los cielos y la tierra, contra quien nos dió ánima intellectiva y doctrina evangélica para podernos salvar y llevar consigo al cielo, contra quien nos quiso y quiere mas que á su vida y mas que á su honra, et dió en rescate y precio nuestro la vida y la honra en la cruz, donde quiso morir cruel y deshonradamente; contra quien nos da de comer y de vestir, y nos llama y nos acoge cada dia que le queremos buscar; á este maltratamos con desenfrenadas y malditas lenguas! ¿Contra este descargamos nuestras diabólicas iras? ¿A ese nos atrevemos? ¿Por qué no nos sorbe luego la tierra? Por qué no nos da luego el castigo que merecemos? Antes por eso le debiamos mas venerar y amar, que sufre nuestras pasiones y nuestros ímpetus, que no quiere que nos perdamos, sino que, vueltos en nuestro juicio y en mejor acuerdo, conozcamos nuestras flaquezas et le pidamos perdon y misericordia. Otrosí, los príncipes sufren los adulterios de los soldados. ¡Oh cuántas mujeres casadas, honestas y devotas han forzado en la desenfrenada furia de los sacos, y por mas acrescentar la torpedad del deleite acuerdan de hacerlo en presencia de sus maridos, et cuanto los tristes pacientes mas se deshacen en lágrimas, tanto es mayor su placer y su palacio et chocarrerías, para mas acrescentar el dolor en quien lo padesce! ¡Oh miserables casos de fortuna y permisiones grandes de Dios, para que desamemos y tengamos aborrescimiento á las cosas desta infelicísima vida, y pongamos en la otra todo nuestro caudal y todos nuestros negocios, pues que en ella no hay ni puede haber semejantes ladrones. ¡Oh cuántas asimismo doncellas honradas y muy guardadas, con destruiciones y muertes de sus padres, han sacado estos, y puestas al público burdel, las hacen ganar dineros para ellos! Todas estas cosas y otras muchas se amontonan y cargan sobre la cabeza de los príncipes,

que son principio y orígen del escándalo; y creo yo que si bien considerasen al comienzo todos estos daños, menos veces y con mas madura deliberacion se levantarian á las armas.»

METRO X.

¿Por qué huyen no sabiendo
Por dó van ni adó se lanzan?
Mas valen ciento que alcanzan
Que dos mil que van huyendo.
Por mucho que el paso alarga,
El que huye lleva faldas;
Mal pelean por las espaldas
Si no son bestias de carga.

GLOSA.

Esta copla es contra los que huyen de la pelea et desamparan á su príncipe, que aunque huyan con buen tiento y para salvarse, llevan consigo tres inconvenientes tan grandes, como son, perder la vida y el alma y la honra. Pierden la vida, porque comunmente de los que huyen mueren diez tantas cabezas que de los que esperan y pelean como varones. Pierden el alma, porque mueren en pecado mortal, como desertores de su príncipe y ofensores de la virtud de la fortaleza. E pierden la honra como cobardes, así como la ganarian siendo esforzados. Que este es el toque de los caballeros et hijosdalgo, que entonces son ellos mas finos cuando mejor se ponen á perder la vida; ruin oficio es si no medran con él. Estos son los daños del hombre que huye atinadamente; ¿qué será del hombre que huye inconsideradamente, no sabiendo por dó va ni adónde se ha de acoger? Este ciertamente menos ánimo tiene que una liebre y menos que un raton; porque una liebre, cuando van tras ella galgos y hombres de caballo, nunca va tan fuera de sí, que no sepa buscar las veredas y sendas por donde ha de correr mas, y las acogetas donde mejor puede escapar. Y por eso los que van á la batalla deben, antes que entren en ella, determinarse á huir ó á pelear, y cuando fueren tan ruines que se determinen á huir, deben tener bien pensado el camino mas fácil para la huida, y el término donde ha de ser guarida. Este ardid es para que no sean mas ruines que ratones, que para ser hombres han de mirar cuál es mas peligroso para la vida, huir ó pelear, y luego verán que el huir es sin conparacion mas peligroso. Y de aquí viene que en una batalla mueren de los victoriosos ciento, y de los vencidos diez mil y veinte mil, y á las veces muchos mas. ¿Qué lo hace esto? No por cierto otra razon sino que á los vencedores no hay quien los mate, porque todos los enemigos sin poner mano á las armas huyeron. Así que los hombres, en cuanto son hombres, deben conocer que es mas seguro para guardar la vida pelear que huir. Y en esto no podemos dejar de alabar á los alemanes, que, como las otras naciones huyen de miedo, ellos esperan de miedo, porque saben que en desmandándose de su ordenanza, donde están fuertes, luego se pierden todos, y que peleando, ó los dejarán ó los tomarán á partido; que los contrarios, por no perder ciento de los suyos, dejarán de matar dos mil dellos, pues así como así llevan la gloria de la victoria. Habemos dicho lo que la gente de guerra debe hacer, como hombres que tienen uso de razon, aunque no tengan respecto á otra cosa sino á guardar sus vidas. Pues ¿cuánto menos deben huir los hidalgos y nobles, cuya honra es mucho mas cara y mas preciada que la vida, y cuya obligacion de pelear por su rey et por su ley y por su patria es tan grande, que por sola ella son nobles, y son escogidos entre los otros hombres? Ciertamente si estos huyen y desamparan á su rey ó á su capitan, hacen mayor fealdad y vileza que en esta vida se puede encarecer. E si no la pagan en la vida, que esto es lo mas cierto, morir huyendo, páganlo en sus dias y en su posteridad, que siempre quedan notados et lastimados de ignominia. Hay otra obligacion sobre esto, que es ser cristianos, que, como arriba hemos dicho, son obligados de guardar á su príncipe y á sus compañeros so pena de pecado mortal, y si mueren huyendo vanse á todo correr al infierno. Pues dice agora la copla: «¿Por qué huyen, no sabiendo por dó van ni adó se lanzan?» Que estos á la clara van perdidos, y pone tres razones por las cuales corren mayor peligro los que huyen que los que esperan. La una es, que valen mas ciento de los que van tras ellos en el alcance que dos mil de los que van huyendo. La razon está manifiesta, porque los que huyen comunmente van sin órden, y no se hacen fuertes ni se ayudan unos á otros; de manera que los que van en el alcance no pelean con muchos, y así los matan uno á uno. Tambien los que huyen van medrosos y descorazonados, y los que van en el alcance van animosos, porque en ver la poca resistencia de los enemigos, los cobardes se hacen esforzados, y á los esforzados se les dobla el ánimo y las fuerzas corporales. É aquí cabe una razon de filosofía, que se dirá en fin de la copla. La segunda razon es, porque los que huyen llevan faldas, conviene saber, impedimentos y estorbos en que estropiezan muchas veces; estos son: el desordenado miedo con que les tiemblan las piernas y los brazos, la gran turbacion de ánimo con que se les enturbian los ojos y pierden la vista, las disonantes voces de la promiscua multitud con que pierden el oir, el desmayo y flaqueza de corazon con que caen en el suelo mil veces, la infernal sed que siempre aflige á los malaventurados que huyen, los gómitos y lo demás que son muy naturales en esta sazon. Estas y otras infinitas faldas lleva el que huye, que se le ponen entre las piernas y le impiden el curso que lleva, por donde no aprovece en su labor, y viene á caer en las manos de los enemigos. La tercera razon es, que huyendo no pueden hacer resistencia, porque ni ven por detrás á quien les infesta, ni pueden pelear por detrás; de manera que el enemigo puede hacer á su salvo todo lo que quisiere. Que el pelear por las espaldas solamente fué dado á las bestias domésticas, que tienen los piés en lugar de armas; así que el huir es una mala granjería para salvar con ella la vida. Agora falta que digamos la razon natural por qué el cobarde pierde las fuerzas que tiene aunque sea recio, y al esforzado, aunque sea flaco, se le acrescientan, y es esta: que las piernas y los brazos y los otros miembros del cuerpo no los mueve sino la voluntad, que es tan absoluta señora de todo el cuerpo, que sola ella lo manda todo. ¿Quién hace al brazo que se levante? Cierto es que lo hace la voluntad, que lo manda así, porque si la voluntad cesase, luego el brazo se caeria, con su pesadumbre. É como el cobarde nunca tiene voluntad de pelear, sus miembros, no siendo mandados ni gobernados por la

voluntad, que los rige y gobierna (como dicho es), quédanse con su pesadumbre como de antes estaban, y perdidas las fuerzas que la voluntad aviva para pelear, caen. El esforzado es al contrario, porque va á la guerra con fuerte voluntad de pelear, si necesario fuere, y luego que la necesidad se ofrece, la voluntad manda tomar las armas y manda mover sus miembros segun el aire et disciplina militar, así como el herrero ó el músico mueve por su voluntad los suyos segun su arte y disciplina. É para esto aprovecha mucho el uso y experiencia; y así se ve que un herrero viejo y flaco puede dar mas martilladas que un caballero mancebo y recio, porque el uno hácelo con voluntad y tiene costumbre dello, y el otro no; y cuanto mayor voluntad lleva el esforzado para hacer lo que debe, tanto mayor fuerza cobran los miembros para obedescer el imperio de la voluntad. É si acaece sobre esto que los enemigos vuelvan las espaldas y huyan, cresce la voluntad contra ellos, y con ella las fuerzas corporales, aunque hay unas voluntades tan heróicas y unos ánimos tan generosos, que luego que ven la cosa vencida y sin resistencia perdonan la matanza, y conténtanse con la gloria del vencer; mas, como destos hay pocos, los que huyen llevan la peor parte. Oh cuántos caballeros veo de los que leerán esta obra que han de decir que no sé lo que me digo, et que hablo y disputo en lo que no sé, y que hablo desde la ventana, y no como hombre que ha de poner las manos en la masa, et que doy á los otros la doctrina que no tomaré para mí, y que ellos me vieron ya mirando la batalla desde un cerro alto, y que era tan grande el miedo que yo tenia, que se me hacia el cerro mas llano que una palma, y que me concertaba con una mujer enamorada que allí estaba, que si viniesen los franceses al cerro, se pusiese ella de rodillas delante de mí como que se confesaba, porque los enemigos perdonasen al falso penitente y al mas que falso confesor. Y tambien dirán que una noche, pasando yo por una calle estrecha, se me pusieron al encuentro dos caballeros, y me preguntaron quién era; yo díjeles luego mi nombre. Preguntáronme cómo se llamaba mi padre, et díjelo, y así hiciera de mi agüelo et mi bisagüelo. A lo primero respondo que es verdad, que yo me hallé en aquel cerro, mas tambien vi pasar por allí huyendo dos caballeros, que no osaron parar donde yo estaba, hasta que les dí voces que volviesen, que ya los nuestros habian desbaratado á los franceses. É si alguna cobardía yo hice en esta jornada, fué no descubrir quién eran, porque me amenazaron si lo dijese que me cortarian la cabeza. É digo que yo hablo por lo que he visto, con fundamentos de filosofía moral y natural, y no hay tal juez como el que está fuera del negocio, porque juzgará sin pasion. A lo segundo digo que no tengo yo por cobardía decir la verdad por excusar un par de cuchilladas por la cara; peor fuera huir y llevarlas en la nuca. Y esto baste para declaracion del metro pasado.

METRO XI.

¿Por qué los otros señores
Que tienen grandes estados
Andan ya tan abajados
Y hechos negociadores?
Y ¿por qué con cuanto tienen
Y todo cuanto presumen,
Tan mucha renta consumen,
Tan poca gente sostienen?

GLOSA.

Cosa muy cierta es et muy trillada en el mundo, que cuando los reyes florecen en potencia y en gloriosas hazañas, ellos se llevan todo el precio y el resplandor de la fama, y los otros grandes se quedan á escuras; y cuando los reyes no son tales, ellos pierden la gloria de la fama, y los grandes la cobran, porque se atreven á los reyes, y para sostener la recia competencia han de ser esforzados y liberales, y sostener gente noble y mucha. Todos saben que cuando no habia reyes en Roma florescian los caballeros y dejaban inmortales memorias de sus clarísimos hechos, y comenzaba en ellos la órden de los patricios et la nobleza de la genealogía romana, que siendo todos hijos de ladrones fugitivos y hombres que no hallaban quien les diese mujeres, por gente perdida y disfamada, los descendientes dellos levantaron tan altos linajes, que todos los reyes del mundo les hacian obediencia y acatamiento como vasallos. Destos fueron los Cincinatos, los Decios, los Camilos, los Fabios, los Scipiones y otros muchos patricios, que todos florescieron en tiempos que no habia reyes ni señores de la república. Mas despues que comenzaron los emperadores á tiranizar la perpétua dictadura y señorear el mundo, luego cesó la fama de los caballeros, y se pasó á los césares. Y no solamente no se criaron de allí adelante varones famosos como solia, mas aun la clara memoria de los pasados se escuresció y perdió con los triunfos y lisonjera divinidad de los emperadores, así como la claridad de las estrellas se cubre y escuresce con la venida del sol. Por esta razon los grandes de nuestros tiempos se hallan algo escuros con la venida de nuestro felicísimo augusto, no porque tiraniza la claridad de la fama como los otros, ni porque toma para sí los cultos divinos, sino porque sus esclarescidas hazañas sobrepujan tanto á las facultades humanas, que todo lo de los otros hombres parece poco, cotejado con ellas. Así que, no me maravillo dellos aunque no sean tan valerosos ni tan generosos como sus predecesores, de gloriosa memoria, que tampoco lo fueran estos si agora vivieran. É si los que agora son presentes se hallaran en los tiempos de sus antecesores, fueran quizá tan buenos como ellos; mas como ya no hay en qué puedan experimentar sus ánimos y el valor de sus personas, dejan las armas y toman los pleitos y los negocios. E si estos son de cosas grandes, no los repruebo, mas si son de cosas menudas que no respondan con la preeminencia de sus estados, no los alabo. En lo que la segunda interrogacion toca, respondan por sí ellos ó sus contadores; que yo no hallo respuesta viendo la poca gente noble á quien socorren, y la mucha renta que despenden, y las grandes necesidades en que están.

METRO XII.

Y ¿por qué las damas quieren
Casarse siendo señoras,
Y hacerse servidoras
D'aquellos que las requieren?
¿Por qué, despues de concluso,
Se arrepienten ellos y ellas
Y derraman sus querellas
Contra Dios, que lo dispuso?

GLOSA.

Algunos caballeros hay que tractan de amores con voluntad honesta, sin que intervenga en ello engaño ni falsedad ninguno; destos no trata la presente copla, porque su intencion es ganarles la voluntad para que dén consentimiento al santo y loable matrimonio. Convídanles á este trato dos cosas: la una es la gana que tienen de casarse, así por la virtud del sacramento como por apartarse de cosas illícitas, en que podrían ofender á Dios; la otra es que habiéndose de casar, quieren que sea esta mas que otra. Mas hay otros caballeros que sirven á las damas, teniendo su principal intencion puesta en el deleite de los amores, y por cumplir sus deseos por fas ó por nefas. Y el casamiento que desta manera se hace, como no va guiado por Dios, pocas veces tiene buena salida, y así entrambas las partes se tienen por descontentas y arrepentidas de lo que han hecho. La razon es esta, que ellas quedan muy regaladas y presuntuosas de los servicios pasados; que no se contentaban ellos con decirles que eran sus señoras, y que las habian de servir como esclavos y morir por ellas; mas dícenles que son sus diosas, y que para ellos no hay otro dios en el cielo y en la tierra, y que si se mueren no quieren irse donde Dios estuviere, sino donde ellas están. E como ellas salen acostumbradas desta adoracion tan loca y tan vana, piensan todavía que son diosas, y sufren con mucha molestia la subjecion que es aneja al matrimonio. Ellos, por otra parte, quieren usar dellas como de gente vencida y cativada por buena guerra, y acordándose de algunos desabrimientos y desdenes que hubieron por parte dellas, comienzan entonces á tratarlas vengativamente; y cresce la soberbia desto si durante el tiempo de los amores intervinieron algunos grandes celos de otro caballero que ellos sospechaban que le iba mejor con ellas, y esta es una cosa que siempre la sospechan así, por donde se arrojan muchos á casarse luego porque les vaya mejor á ellos, sin tener otra consideracion santa y virtuosa. Ellas tuvieron mucha culpa desto, porque tienen por granjería de mostrarse favorables á la parte que menos quieren por encender á la otra parte mas en los amores, por medianería de los celos. Todo esto redunda en su daño despues que son casadas, así por la venganza que quieren tomar dellas, como por los celos que siempre habrán, y reinan despues que una vez el espíritu maligno ge los encasquetó en las sus cabezas locas. Y como este mismo espíritu tractó el casamiento y es mal despartidor de ruidos, siempre les encamina nuevas ocasiones para encender la sospecha. Y tambien los celos de suyo (como ya en otra parte escrebí) son tan grande y tan capital locura, que pueden dar quince y falta al mismo diablo para que nunca esté la cosa en estado de gracia. Y con este descontentamiento que ellos tienen, júntase otrosí, son mezquinos de condicion, de pensar que ellos son inhábiles para la guarda y gobernacion de la casa, y que con delicadezas y galas la destruyen y echan todo á perder. Así va todo guiado por aquel que lo concertó, y agora lo desconcierta por todas las fortunas que puede, hasta que del todo se hace señor de aquella casa, y que no more Dios en ella. Por esto deben siempre las damas (á quien importa este negocio mas que á los caballeros) procurar de entrar en el matrimonio por la puerta, que es Dios, y no por el tejado, como hacen los ladrones; porque en fin sobre ellos ha de cargar toda la culpa, y ellas han de pagar toda la pena. Con lo susodicho queda entendido y declarado el precedente metro.

METRO XIII.

Y ¿por qué un buen caballero,
Pues ha de ser por su vida,
No busca dama escogida,
Sin tener ojo al dinero?
Que si acierta á ser astrosa,
Todo su dote daria
A trueque de compañía
Que fuese muy valerosa.

GLOSA.

Extraña locura es esta que pasa cerca de la eleccion de los casamientos, que lo que se mira hoy para casarse un hombre es la suficiencia y valor de la mujer con quien ha de tener compañía y amistad verdadera y perpétua toda su vida, y de quien ha de confiar el alma y la honra y la vida y los hijos, y con quien ha de entrar en conversacion y consejo todos los dias y las noches, y participar sus secretos y su voluntad tan enteramente como consigo mismo. Y que no se mire quién es esta á quien se han de encomendar todas estas cosas, y qué cualidades tiene para ello, sino qué cuantidades trae á cuestas de plata y oro, como si la tomasen para acémila, y no para cosa de las que son dichas. Y acaesce despues que la dote se pierde, ó que nunca la goce su dueño, y quédase con una tan ruin compañía, que daria cuanto tiene (si se pudiese hacer) por dalla á trueque de otra, y aun por darla de balde al diablo que la llevase. Que si compran un caballo para loquear en él dos ó tres años, deshácense de cuanto tienen porque para aquel oficio sea mejor que otro. Y si compran un halcon, que es para matar milanos y lechuzas y sus hombres y sus bestias, y á sí mesmos, en las mas bravas tempestades del invierno, no dudan de dar por él cuanto tienen porque sea mejor que otro para los dichos oficios. Y si toman una mujer para su descanso y para la honra de su casa y de sus hijos y de toda su posteridad y genealogía, no miran si es bastante ó mejor que otra para los cargos y oficios que ha de tener, sino si trae dinero. Y con estas calabazas se arrojan á nadar, como quien no se da nada, como quien no hace nada en las bravas ondas del matrimonio. Que si habido con buen consejo y madura deliberacion trae consigo tantas molestias y cuidados, cuantos ven y saben muy bien todos los que le han probado, ¿qué será del matrimonio que se hace sin otro consejo sino el que da el canino apetito y la desatinada y ciega inclinacion de la avaricia? E si dice que no tiene hacienda para sostener la honra, ¿por qué se casa? ¿Piensa por ventura que con la dote se podrá valer? Muy engañado está, porque

no hay dote que baste para llevar á cuestas al marido y á la mujer y á los hijos, y á los criados y á las criadas, y á las amas, y á las mulas y caballos, y á los vestidos y tocados y guantes adobados, y á las cazoletas y pebetas, y á las hijas que han de casar y á las que han de ser monjas, y á los hijos caballeros y á los canónigos y extraordinarios, et á otras innumerables cosas en que se gasta la dote en los primeros años del matrimonio, y quédase la joya en casa. Y cuando la dote fuere suficiente para todo lo susodicho, ¿qué vida puede pasar si ha de hacer vida con una leona ó con una osa, ó con una puerca ó con una burra enalbardada, ó con una mona ó con una gata? Y cualquiera destos animales seria mejor, porque los podria poner en un corral ó en un establo. Mas la mujer, con quien ha de estar todos los dias y las noches, á la mesa y en la cama, y ha de ser su misma carne y su meitad, y ha de ser el subgeto y la materia de la perpétua succesion de su casa, ¿qué contentamiento le puede dar, pues que cada dia ha de considerar todos estos inconvenientes, y los ha de ponderar cuando no pueda remediarlos? ¿Cuántas veces blasfemará de las leyes del matrimonio? Cuántas veces comerá con gemido y con dolor? Cuántas veces holgará mas en las cosas ajenas que en la suya? Cuán poco gusto tomará de la hacienda? Cuántas vergüenzas pasará con las visitaciones? Cuánta invidia sentirá su corazon de ver otras casas y otras mujeres y otros contentamientos? Y los inconvenientes que ocurren á la salud de su ánima son peores que todo lo que está dicho, porque él es obligado de querer bien á su mujer, so pena de pecado mortal, y de guardalle lealtad y castidad, so pena de ir al infierno. Pues el que fuere mal casado y descontento mire bien cuánto escándalo y ofendículo tiene de sus puertas adentro, y cuánta tentacion para no cumplir estas obligaciones. Así que, por dineros hallará que ha vendido la libertad y la honra y el contentamiento, y la salud del cuerpo y la salud del alma. Y es tanta la hambre que los hombres tienen de haber dinero, que á los que estuvieren por casar les parescerá bien lo que aquí digo. Y tras esto, en ofresciéndoles hacienda, tomarán por mujer al diablo en figura de cabron, y aun le darán la paz adonde las brujas la dan. Con su pan se lo coman y buen provecho les haga. Lo que está dicho á los hombres, entiéndanlo tambien para sí las mujeres. Yo amonesto á mis amigas las damas que se casen con hombre, y no con hacienda; y que miren lo que conviene al proceso de la vida, y no á los primeros encuentros del casamiento; que lo primero todo es dulce y halagüeño. Aquel comer á la mesa con la majestad, pomposa cosa es, mas no dura una hora. Aquella ropa que viste de la persona cesárea, favorable cosa es, mas aquel favor no dura mas de un dia. Irse á su casa hecha novia, regocijada cosa es, mas no dura tres dias. Así que, no se engañen por estas muestras; miren la cosa mas de léjos, et miren las otras que se han casado, tomando ejemplo de las unas y escarmentando en las otras. Y sobre todo, encomiéndense á Dios y tómenlo por guia, y nunca errarán el camino.

METRO XIV.

Y ¿por qué en la jerarquía
De la Iglesia un buen perlado
Quiere mayor obispado,
Si le basta el que tenia?
Por qué quieren precedencia,
Pues qu'es menor el mayor,
Y el que se hace menor
Será de mas excelencia?

GLOSA.

Ya está dicho en otra parte cuánto mas trabajosa y mas peligrosa vida es la del mayor estado que la del mediano, y á las veces es con mayores necesidades; y tambien estas precedencias no engendran buenos ni saludables conceptos en los ánimos de los buenos pastores. E si ellos quieren vivir con mayor seguridad y descanso, conténtense con la preciosa y nunca agradescida mediocridad.

METRO XV.

¿Por qué tratan de ambiciones?
Por qué á los pobres desdeñan,
Y á sus ovejas ordeñan,
Y trasquilan los vellones?
Por qué no adornan altares?
Por qué tan mucho litigan?
Por qué tan poco castigan
A los sus irregulares?

GLOSA.

Esta copla se puede aplicar á muy pocos perlados de nuestra España, porque la cesárea majestad los escoge á ellos para las dignidades, y no á las dignidades para ellos; y los pasa primero por el cribo para que salga el grano limpio. Y de verdad yo creo que desde los tiempos de santo Ilefonso acá nunca nuestra nacion floresció tanto de buenos obispos como agora; pero si hay alguno á quien toquen las dichas reprehensiones, enmiéndese ó descúlpese.

METRO XVI.

¿Por qué el monje del convento,
Que deste mundo se aleja,
Fabrica en su pensamiento
Peor mundo que el que deja,
Vanagloria, malquerencia,
Bandos y murmuraciones,
Muchos cargos de consciencia,
Muy pocas restituciones?

GLOSA.

A muy pocos religiosos de nuestra España toca esta copla, despues que los Católicos Reyes, de felicísima recordacion, hicieron reformar las órdenes y recoger e á la santa observancia, en la cual verdaderamente ellos viven apostólicamente; y son muy ingratos et amigos de escándalo y falsa doctrina los que los maltratan; bástales el trabajo continuo de su adversidad, y de la hambre y frio, y vigilias y azotes, y otras muchas y secretas tribulaciones que pasan por amor de Dios y por respecto nuestro, sin que nosotros ladremos contra ellos, y los corramos y los mordamos con dientes caninos y rabiosos. Estos, despues de Dios, sostienen la Iglesia católica y son firmes columnas y pilares della; estos son nuestros confesores, nuestros predicado-

res y nuestra consolacion; y cuando ellos nos faltasen conosceriamos quién ellos son, et viviriamos barbárica y bestialmente, como viven en las montañas de Vizcaya, donde no hay casas de religion. Y si alguna falta hay entre ellos, no está en los sábios y humildes y bien criados, que todos lo son por la mayor parte, sino en algunos idiotas indoctos y soberbios que tienen, que se precian de ser villanos y de traer bandos y enemistades; y en prosecucion desto, dicen muchas murmuraciones y otras maldades, con que les estuviera mejor quedarse acemileros que entrar á turbar y enturbiar el angélico consorcio y caritativa mansedumbre de la santa religion. E dice : «Muchos cargos de consciencia,» etc. Esto acaesce algunas veces en las casas de la religion que son ricas y tienen granjerías y vasallos, cuando sus procuradores son de la cualidad de los idiotas que habemos dicho; que no hacen sino predicarnos la restitucion; y ellos, si tienen algo de lo ajeno, no hay justicia ni razon arbitraria que baste para sacárgelo de las manos. E dicen luego que ellos no defienden causa propria, sino la hacienda de nuestra Señora, como si nuestra Señora fuese servida de hurtar ó de robar lo ajeno.

METRO XVII.

¿Por qué razon un letrado
No da aviso al que pleitea
Si es justo lo que desea
O si es falso y reprobado?
Por qué se quiere perder
A sabiendas por codicia,
Pues que roba en sostener
Al que no tiene justicia?

GLOSA.

Ciertamente en este piélago de abogar se ahogan muchos inconsultamente, y éntranse á nadar en él cuando son mozos nuevamente salidos del estudio, con la gran ansia que tienen de ser conoscidos por ser abogados y tener causas, y traer mangas y jubones de raso carmesí y chapeos con una borla pinjante sobre el collar; por estas y otras insignias engólfanse en los pleitos injustos y desechados de los otros abogados cuerdos; y como se van cebando en la dulzura del ganar, vanse por allí poco á poco á lo mas hondo; de manera que cuando vuelven sobre sí y conoscen que van perdidos, ya que querrian salirse afuera, no pueden, porque es menester restituir lo que ellos han llevado y los daños y costas que han hecho entrambas las partes; y como esto es cosa imposible, buscan consolaciones frívolas y desculpas para los confesores, que no las ha de tomar Dios en descargo cuando nos tomare la cuenta del recibo y del gasto. ¡Oh, cuántos bienes podrian hacer los letrados, si quisiesen! Cuántas discordias y enemistades podrian atajar! Cuántos robos, cuántas injusticias, cuántas opresiones y cuántas malicias podrian echar del mundo con solo estar unánimes y firmes en no procurar injustas causas! Mas esto que agora yo pido, así por las muchas diversidades de las consciencias como por las muchas discordancias de las opiniones y variedades de los juicios humanos, es pedir lo imposible; porque, como no hay dos figuras corporales de todo conformes, así no hay dos consciencias ni dos juicios del todo concordes.

METRO XVIII.

¿Por qué los viejos amargos
Pleitean tan sin medida,
Pues es tan corta su vida
Y los pleitos son tan largos?
Y ¿por qué nunca escarmienta
Un viejo cano, arrugado?
Por qué anda enamorado,
Faltando la herramienta?

GLOSA.

Aquí llama amargos á los viejos por las muchas y grandes amarguras que cargan sobre ellos con la triste senectud. Primeramente se hacen de complexion terrestre melancólica, que es una cualidad muy amarga y muy triste; pierden los dientes, con que han de comer, al tiempo que mas necesidad tienen de mantenimiento; pierden la vista y el oir cuando es menester que tengan mas vivos los sentidos; pierden el calor natural y el húmido radical, que es toda la consolacion y la recreacion de las potencias naturales, y en quien consiste la vida y el placer de todos los vivientes; pierden las fuerzas del cuerpo y de todos los miembros cuando han de llevar sobre sí mayores cargas, cargas de los hijos et hijas, que todos son ya de edad adulta y tan grandes como las horcas, y los han de llevar á cuestas; cargas de la consciencia de todos los tiempos pasados y mal empleados, de muchas palabras vanas y ociosas, de poco fruto y de poca edificacion; cargas de la honestidad y de la gravedad, á que son obligados, so pena de ser habidos por locos, y otras infinitas cargas de que ellos solos, que las sienten, pueden ser buenos testigos. De manera que justamente se pueden llamar amargos; y con todo esto, algunos dellos (como si estuviesen muy holgados) acuerdan, para ejercitar sus personas, de comenzar pleitos de nuevo y andar cada dia por todas las calles, en las casas de los letrados, sembrando dineros, y en las casas de los escribanos y procuradores, que les han de robar lo que queda; acompañar á los jueces, desvelarse las noches, estar en el meson, comer y dormir suciamente, maltractados y vejados de la parte adversa, sabiendo cierto (si no están del todo ciegos) que todas aquellas desventuras et miserias no se acabarán en sus dias, y aun podrá ser que sean mas duraderas y mayores despues de sus dias, porque no podemos ir al cielo sin tener caridad y amor con nuestro prójimo, y esta condicion es muy difícil para los que traen pleito; si no, júrenlo ellos mismos. Dice mas : «Y ¿por qué nunca escarmienta,» etc. En Castilla dicen un proverbio, que es malo el zamarro de espulgar y el viejo de castigar, porque está tan endurescido en los vicios que tiene, que por la larga costumbre se le han convertido en naturaleza, de manera que nunca escarmienta de una vez para otra ni de mil veces para una. Dice mas : «Y ¿por qué anda enamorado?» etc. El placer de los amores (segun dicen los que lo saben) no es otra cosa sino pensar que os quiere bien la persona que vos amais; que á no quereros ella bien, no son amores; y de aquí vienen los celos, porque en sospechar que quiere á otro, perdeis el seso. Pues si el viejo es tan ciego que no ve que ella se enamoraria antes de su acemilero que dél, mírese al espejo et ríase, y luego lo verá claro, especialmente sabiendo él que le falta la herramienta de los amores; con-

viene saber, las fuerzas corporales, la buena sombra del gesto, la disposicion y las otras habilidades que nascieron para los amores. Sobre todo esto es bien que preguntemos por qué razon anda enamorado.

METRO XIX.

¿Por qué se casa de gana
Un viejo con mil dolores,
Y que sufra sus hedores
Una moza limpia y sana?
Cuando refrenar presume
El vicio qu'es del demonio,
Por consumir matrimonio
Su triste vida consume.

GLOSA.

Gran locura es la del viejo que se casa con la mujer moza, porque hace locura cuando se casa y hace otras muchas despues de casado. Hace locura cuando se casa, porque se casa; porque es una determinacion hecha por el desconcertado apetito de los sentidos corporales, sin que intervenga la deliberacion de la prudencia, que es la que investiga et mira los inconvenientes ó provechos que adelante se pueden seguir de tal acto como este; que si el maduro consejo de la razon entrase en aquella consulta, ella diria que para en lo de adelante no hay provecho ninguno ni de hacienda, ni de honra, ni de salud, ni de sosiego de espíritu, ni de su salvacion; que estas son las principales cosas que se pueden desear en la vida humana. No hay provecho en la hacienda, porque no hay tan nescia mujer en el mundo, que si tiene alguna dote con que pueda acrescentar la hacienda de su marido, no quiera antes escoger un hombre mancebo conforme á su edad que un viejo, especialmente si está cargado de hijos. E así vemos esta razon acompañada de muchas experiencias, porque todas las mozas que se casan con los viejos es á gran falta de partido y porque no tienen qué comer. De manera que el triste viejo aquí no acrescienta hacienda, antes la diminuye, porque despende lo que tiene en comprarle atavíos et joyas, y otros mil regalos que le ha de hacer, mucho mayores que lo que sufren sus fuerzas naturales. Demás desto, él diminuye sus facultades, porque acrescienta dobladamente la costa ordinaria de su casa con la nueva gente que se recresce, y con la manera del servicio y con las delicadezas de las comidas, porque en todo querrá hacer gentilezas por servicio de la dama; y acrescienta el gasto con el bienaventurado nascimiento de los niños, porque es cosa muy natural engendrar mucho los viejos en las mozas; las causas que hay para esto no se dirán aquí, por no tocar en cosas turpes y deshonestas; basta saber que ellos con pocos tiros matan muchos venados. E digo que los matan, porque los pobres infantes, luego en nasciendo, vienen condenados á huérfanos y pobres y desamparados del padre, porque se muere, y de la madre, porque se torna á casar si no es nescia; y son desechados de los hermanos primeros, porque nascieron en su despecho et indignacion, y los tienen en lugar de spurios y bastardos. Y ellos por sí comunmente no valen nada, porque se criaron en mucho regalo por la competencia de los otros. Así que el viejo, engendrando el hijo, le mata, porque le da una vida que es peor que la muerte. Y con esto brevemente se concluye que en casarse el viejo no hace provecho á su patrimonio, y mucho menos lo hace á la honra, porque un viejo viudo y honesto es muy estimado, y todos lo tienen en gran veneracion, y todos los casados han vergüenza dél y le tienen invidia, y cuando se casa desacátanle y burlan dél y muéstranle unos á otros con el dedo, y él ha vergüenza de todos. Asimismo no hace provecho á su salud corporal. La razon desto es tan manifiesta á todo el vulgo, que en casándose, todos dicen que no pasará la del caer de hoja, y esta es clara filosofía, porque la vida y la salud consiste en la conservacion del calor natural con el húmido radical, así como se conserva la mecha en el aceite de la lámpara, que si falta el aceite, luego se acaba la flama y la claridad; pues el viejo que consume el húmido radical, teniendo de suyo flaco el calor natural, ¿qué provecho podrá hacer con el matrimonio nuevo á su salud? Mayormente si presume de ser garzon con la dama y sacar fuerzas de flaqueza, porque entonces antes que se acabe el aceite se matará la candelilla, como lo haria con la violencia de un viento. Item, acrescienta muy poco en el descanso y sosiego de su espíritu, porque con las mayores necesidades y mayores despensas crescen mas los cuidados y las codicias y las invidias, que nunca dieron buen sosiego á su dueño. Allégase á esto ver delante de sus ojos los pollicos que ha parido su esposa, y mas si son graciositos, como lo suelen ser los niños que nascen en tiempo de la senectud, porque les cupo mas parte de ánima viciosa que de cuerpo impotente; así, viéndolos, y contemplando cómo los dejará en la tierna edad, y que no habrá despues quien les haga bien ninguno, ¿quién duda que se le enternecerán las entrañas, y cada dia se le cortará el corazon por mil partes? E viendo su mujer galana y hermosa (que tales las escogen ellos cuando les toma esta locura), y sabiendo cierto que ha de gozar della muy poco tiempo, y que por ventura tiene él amistad y conversacion con el que la gozará despues de sus dias, y que entonces ella pensará que escapa de las uñas del diablo, y todo el amor que dejó de tener con él (aunque ge lo mostraba fingido) lo acrescentará y doblará con el otro marido. Cuando él imaginare todo esto (que no habrá momento que no le pasen por la fantasía cien mil turbulencias mayores que estas), ¿qué sentirá el triste, ó qué sosiego podrá tener? Y aun no he dicho nada en comparacion de la obra que harán los celos en él; que muy razonable y natural cosa es que el viejo haya celos de la mujer moza, porque debe considerar que si él forzosa y necesitadamente siendo muy mozo le casaran con una vieja, cualquiera moza, aunque fuese negra, le paresciera mejor que la matrona. ¡Cuántas y cuántas veces echaria el ojo á la moza de casa! Cuántas, dándole ella los guantes ó la gorra, le apretaria el dedo! Cuántas veces tomándola en descampado la besaria, y aun mas adelante! Y debe saber que los hombres y las mujeres fueron todos hechos de una masa; y aunque se tenga por cierto (como lo es) que ellas tienen mayor vergüenza, y por ella tienen mayor freno contra los estímulos de los vicios; pero cuando la comienzan á perder, todos son unos, sino cuanto ellas (como en caso mas peligroso) tienen mas prestos consejos y mas cautelosas industrias; y es muy claro que la moza que

casa con el viejo ya comienza á perder la vergüenza, pues que sabe que han de burlar della y de su marido, y que le han de decir algunas cosillas de por casa; que nunca faltan maliciosos y lastimeros. Pues díganme á mí qué vida y qué sosiego le darán tan amargas consideraciones. Item, no acrescienta nada en los aparejos del camino para su salvacion, porque en casándose se engolfa mucho en el mundo y en sus bravas y soberbias ondas, porque el amor de la mujer y el cuidado y sospecha del poco amor que ella le tiene le hará dar cada dia mil vuelcos. El amor de los chiquitos y la solicitud de lo que ha de ser dellos le crucificarán, las domésticas necesidades y lo poco que se le dará dellas á la regalona, le trastumbarán á lo hondo. Los celos le harán olvidar á Dios y á todos los santos, y le harán refriar la fe y perder la caridad, porque deseará mil muertes de hombres, y cuando acabare de haber un poco de placer con la dueña quedará muy triste y muy amargo; donde se concluye que el hábito y ejercicio del matrimonio le harán perder poco menos que la fe y caridad y la esperanza. No son buenos aparejos estos para salvarse un hombre que por un falso y ventoso apetito se quiso de nuevo enredar en todos estos peligros. Pues ¿qué será si es ella brava ó gran parlera, ó si comienza á burlar de manos cuando él está para echarse en un pozo, ó si es gran presuntuosa y blasonadora de los linajes, ó si es gran mandona? Que con todas estas tachas es obligado á sufrir la carga et llevar el yugo que nuevamente y por su voluntad quiso poner sobre su pescuezo. Todos estos son aparejos para estar siempre fuera de sí y para no acordarse de Dios, que quiere que nuestros principales cuidados sean en él y para él, y que todos los otros tengamos como acesores y de poca estima. Este precepto ni él lo podrá cumplir ni ella, especialmente cuando viere al mancebo con una barba luenga y entornadas las puntas della para adelante; que desto traen ellos gran cuidado, de poner la barba que parezca que amenaza para dar cornadas; y cuando le viere todo arpado y la calza tranzada, con los muslos descubiertos y con otras insignias de ferocidad que aquí no se declaran; y cuando le viere encontrar bien en la justa y saltar armado sobre el caballo sin poner el pié en el estribo, acordándose de su marido, que hace cada tres dias la barba por parescer mozo, y no lo parece, sino viejo alcoladó; y que no puede dar cornadas, sino recebirlas, y que no trae arpada la ropa, sino las carnes y los huesos y las coyunturas y las quijadas y los dientes y las papadas que le cuelgan de la garganta; y que no justa ni encuehtra bien, ni salta mas que una tortuga, malos aparejos son estos para que se salven estos casados y para que venga Dios á morar en esta casa. Y porque esta es una materia en que hay tanto que decir, que seria poner hastío á los leyentes, remitirnos hemos en lo que falta á los desdichados que por la experiencia lo saben y lo sienten, y pasarémos á glosar la letra de la presente copla. Dice pues: «¿Por qué se casa de gana?» etc. Aquí es de notar que cuando un viejo determina de casarse, es tanta la gana que tiene de verlo ya concluido y tanto el hervor que trae en la contractacion dello, que no hay partido que le pidan que no le otorgue, aunque sean cosas imposibles, no hay hombre de todos sus conoscidos con quien no hable á la oreja, y á todos se desculpa et á todos pide consejo, presuponiendo cosas con que obliga á todos que le dén el consejo conforme á su apetito. E por esto los casamenteros huelgan mucho en este corretaje, porque saben que la parte del hombre, que suele ser la mas dificultosa, aquí ha de ser la mas fácil de concertar. Dice mas: «Un viejo con mil dolores.» Esto ¿quién no lo sabe, que el mas sano viejo del mundo tiene mil quebrantamientos y dolores de cuerpo y de lomos, dolores de espaldas y de piernas y de brazos, dolores de muelas, que no sirven de otra cosa sino de tormentar á su dueño; dolores y escocimientos de orina? Pues dejo ya las dolores y molestias de espíritu; que estos, como son en el alma, son del metal del infierno. Dice mas: «Y que sufra sus hedores una moza limpia y sana.» Aquí se trata de la verdad sin tener respecto á la lisonja; y pues que soy viejo y me cabe mi parte, razon es que me crean. Cierto es que hay pocos viejos que no hiedan, si no son señores; porque aunque no les hieda la boca, gastan muy mal la vianda en el vientre, así por lo poco que ayudan los flacos dientes á la digestion del estómago, como porque el mismo estómago está ya flaco y cansado dei luengo trabajo, y tiene el calor natural muy diminuido; y por esto los viejos crian muchas ventosidades, que por do quiera que ellas respiren hieden mucho, porque traen parte de corrupcion de vianda y parte de corrupcion de cuerpo muerto; así que, los hedores son grandes, y tanto los sufrirá la moza con mayor fatiga cuanto ella fuere mas limpia y mas sana. Dice mas: «¿Cuándo refrenar presume al vicio, que es el demonio?» etc. Cosa muy comun es cuando se casa el viejo (si le preguntan por qué lo hace) decir que lo hace por lo que toca al alma, por apartarse de los vicios y por quitar las ocasiones de ofender á Dios. E si bien lo mirase (como arriba está dicho), él huye de un peligro muy pequeño, y huyendo, se lanza en muy graves y capitales peligros, porque las tentaciones que le pueden venir son flacas y caducas, tanto, que cuando mayor aparejo y mayor licencia tiene de ponellas en obra, entonces las halla menos, y allí es menos tentado adonde alcanza en su poder el objeto de la tentacion; porque está como un hombre á quien han cortado el brazo, que muchos dias despues que le perdió piensa que le tiene y que lo extiende para tomar alguna cosa. El alma es allí la que se engaña, que ha perdido la lanza y corre á encontrar como si la tuviese. Así que, en casarse no refrena los apetitos corporales, pues que el cuerpo los ha perdido; ni mitiga los del alma, pues que ella nunca se satisface con lo que tiene, cuanto mas con lo que no tiene; de manera que el pobre novio ha de procurar con todas las fuerzas que tiene y con las que no tiene, de consumir el matrimonio, pagando el débito á la mujer que toma, y no pagándole la tercia parte de la deuda, no consumirá el matrimonio, sino á sí mismo y á su vida mortal, porque se obligó con poco caudal á dar mucha ganancia y hacer con poca simiente gran sementera. Y esta es una granjería con que presto se acaba el caudal y la ganancia, que presume de refrenar el vicio; porque es muy temeraria y loca presuncion la de un viejo decir que quiere refrenar el vicio de la carne, teniéndola de suyo tan refrenada, que con todos los aguijones que el mundo le da y con

las espuelas del diablo no la pueden mover un paso; y cuando se mueve es tan flacamente y con tantos estropezones, que á pocos pasos da consigo y con la carga en el suelo; tal bestia como esta, buena está de enfrenar sin que la enfrenen; la jáquima sola le basta, y es gran fiero decir que la quiere enfrenar. Lo susodicho se entiende cuando el dicho viejo no fuere príncipe ó señor; que á estos ninguna cosa les está mal, ó cuando fuere hombre que no tenga succesion para su casa, ó cuando no tenga hijos piadosos que le socorran y ayuden á sostener la carga de sus molestias: estos tales tomen por su remedio el casarse, aunque les mate el remedio; y esto postrero no lo digo sin causa.

METRO XX.

¿Por qué se pinta contino,
Por qué se alucia la vieja,
Por qué pone la cerneja
Tan rubia como oro fino?
¿No sabe que la vejez
No s'encubre con color,
Antes se muestra mejor
Cuanto es mas falsa la tez?

GLOSA.

Las mujeres que cuando eran mozas fueron hermosas y se preciaban dello, nunca despues pueden tragar la vejez, nunca pueden creer que son viejas; por tanto, para encubrir los defectos de la cara que han hecho los muchos dias, que se van en un soplo, y los muchos tratos que ellas han dado siempre al cuero del rostro, que, aunque fuera un cuero de un cabron, le tuvieran ya estirado y envejescido; para cubrir, como digo, sus defectos, acuerdan de aluciarse et pintarse, como si aquello pudiese revocar la juventud, et como si por allí se engañase la vista de los hombres; y para desmentir las canas pónense unas hebras de cabellos rubios, que, así como en una moza parecen hebras de oro, en ellas parescen rabos de vaca colgados de una espetera pintada, para poner allí los peines. Verdaderamente ninguna cosa hay tan vieja en el mundo como una vieja que quiere hacerse moza, que cuando se trata honestamente como vieja, algunas veces dicen que está fresca y que bien paresce que fué hermosa; mas cuando hace granjerías de parescer moza, pone juntamente dos contrarios muy parecidos, para que el que es manifiestamente falso haga descubrir y encarescer mucho mas el verdadero. La color blanca y colorada y el cecalamiento del cuero cosas son de juventud, y junto con esto las arrugas, las orejas, las lagañas, la tristeza de los ojos, el vaciamiento de la pelleja, las encías y los dientes desviados y desproporcionados ó caidos del todo, y un no sé qué y otro no sé qué, dan gritos por parte de la vejez; y como vencen á la color y á las insignias de la juventud, queda la vejez tan triunfante, que paresce mucho mas de lo que es; é si predicasen la vejez y la dejasen en su rostro sola et sin competencia et sin asco, no seria tanta ni tan aborrescible. Por eso dice la copla: «Antes se muestra mejor cuanto es mas falsa la tez.»

METRO XXI.

Y ¿por qué es tan regalada,
Por qué da tantas risillas,
Por qué cuenta mil hablillas
De cuando era desposada?
Por qué pasa tanto afan
En hacer galas y ensayos,
Y por qué tiene desmayos,
Y luego alcorzas le dan?

GLOSA.

Para creer la inmortalidad de las ánimas humanas basta la fe y los muchos testimonios de la Sagrada Escriptura; mas, si quisiésemos fundalla sobre razon natural, la mayor de todas me parece á mí la verdura que tiene el ánimo de un viejo, que, si no le fuese por la vergüenza y por la grita que todos le darian, mas liviandades haria un viejo vicioso que todos los mancebos; é si las ánimas fuesen perecederas con los cuerpos, envejecerian ellas tambien como ellos, y cesarian todos los apetitos, juntamente con el húmido radical y con el calor natural y con todas las potencias naturales; mas vemos que estas se consumen y se van acabando, y el ánima sola queda verde y entera en todas las concupiscencias que le pegó la negra compañía del cuerpo. Agora él se va, y dice: «Quedáos adios, compañera, que yo me voy mi camino;» y ella se queda con el diablo, y nunca puede acabar consigo de apercebirse para la partida. A él le parece que há mil años que vive, y se halla ya cansado de vivir, perdida por discurso de tiempo la vista y todas las otras virtudes, que ya no querria mas mundo ni levantarse de una cama; y ella comienza entonces á venir al mundo, y no le parece una hora cuanto ha vivido, y con razon, porque se siente que es inmortal, y comparado lo que ha vivido con la eternidad que ha de vivir, no es un soplo todo lo pasado; si no, pregúntenlo á Mario et Silla y Nero, y otros que há dos ó tres mil años que están en el infierno, qué tanto tiempo se les hará lo que acá estuvieron; y de aquí viene que cuando estoy con otro viejo como yo, pienso que él es viejo, et yo no. ¿Qué lo hace? No por cierto otra cosa sino que á él véole el cuerpo, y no el alma; y como la vista no se engaña, conozco que está figurado como viejo que se va á morir, ó por mejor decir, desfigurado como la misma muerte; así que, justamente le tengo por viejo. A mí no me miro el cuerpo, sino el alma, que la siento tan verde y tan moza como cuando era de veinte años; y aunque algunas veces me miro al espejo, no le quiero creer, porque siento otra cosa dentro de mí muy diferente de lo que así parece, y con este motivo téngome por mozo; y otro tanto le acontece al otro viejo conmigo, que piensa que yo lo soy, y él no; esto nos hace tener siempre diferencias sobre las edades, y cada uno hurta á su compañero los años que puede. Todo viene á propósito de la verdura que tiene la vieja de quien tracta la presente copla; porque aquel regalo y aquellas risillas y las hablillas de lo que pasaba con su esposo, y el trabajo de hacer galas y ensayarse para ver cómo parescerá con ellas, y aquellos desmayos fingidos y el regalo de las alcorzas, todas estas cosas son de mochacha. Por otra parte, el cuerpo no las quiere, porque, si con una gala de aquellas le aprietan y le dan garrote, reniega de la leche que mamó, y luego le due-

len los apasionados reñones y las quebrantadas espaldas, y se queja de los hombros y de las desensortijadas y temblantes rodillas. La rapaceja del ánima le hace salir de harona, ella le carga y le cincha y le aprieta hasta que muera mala muerte.

METRO XXII.

¿Por qué una muerte es temida,
Y no tenemos temor
De la vejez, que es peor,
Y es dos mil muertes en vida?
Que la muerte es acabar
Un trabajo tan continuo,
La vejez es comenzar
Lo mas triste del camino.

GLOSA.

Por lo que está dicho en los metros pasados está bien declarada la presente copla; porque, vistos los daños que trae consigo la vejez, y cómo no vive el viejo en otra cosa sino en sentir las penas y cansancios y dolores del cuerpo y del ánima, y las tristezas y vuelcos y congojas, y muertes de hijos y de otros que duelen mas que hijos, y ninguna cosa gozan de lo que la gente llama vivir; considerado todo esto, y otros inconvenientes que aquí no se dicen, no sé por qué razon no ruegan todos á Dios que los defienda y los guarde de la vejez.

METRO XXIII.

¿Por qué el luto se consiente
Tanto tiempo por los muertos,
Y se cantan desconciertos
En la muerte del pariente?
Los paganos celebraban
Esta tan grande abusion
Porque sus muertos entraban
En la maldita prision.

GLOSA.

Esta costumbre de traer grandes lutos entre los cristianos, cierto no les quedó por mandamiento de la ley evangélica, antes es rito de la gentilidad, que, como no tenian esperanza de otra vida mejor que esta, hacian grandes duelos por los que morian, porque los perdian acá, y ellos iban perdidos allá. Agora no habia de ser así, porque ó es bien que quedemos muy tristes por los que mueren, ó no; si es buena obra, quedemos tristes y no lo mostremos, que la buena obra por quien ella es se debe hacer, y no para que lo vean los otros; et si no es buena obra, ¿para qué la hacemos, y por qué tenemos ya della tanta costumbre, que quien la quebranta es notado como deshonesto y público pecador? Item, ó esto se hace por lo que toca á los muertos ó por lo que pertenesce á los vivos; á los muertos no les toca, porque, si van mal, con ninguna cosa de las que por ellos hiciéremos les podemos aprovechar ni dar placeres, et si van bien, invidiosa cosa seria haber yo muy gran pesar del bien de mi prójimo; que si yo supiese cierto que á mi hijo habian hecho gran rey en los últimos fines de Persia ó de India, donde nunca lo esperase ver, no haria llantos ni me cargaria de luto por él; pues mas es el que muere bien que rey ni que emperador, y esperamos verle presto, por muy viejos que moramos, que la muerte siempre nos paresce que viene presto, y es así la verdad; de manera que ya esto no se debe hacer por lo que toca á los muertos; pues á los vivos claro está que no les pertenesce, porque ni es consolacion haber gran pesar, ni es descanso ni salud andar cargados de luto, hediendo á tinta y andando teñidos y sucios con ella. Síguese que esta es una mala costumbre, y podríanla quitar los reyes, si ellos quisiesen, y seria en concordia de toda la república. E dice: «En la maldita prision;» porque los que entran en el infierno van malditos del Padre celestial.

METRO XXIV.

¿Por qué el físico doliente
Del mal que en sí nunca sana
Promete de buena gana
La salud á otro paciente?
Mándale al triste que coma
Lo que él no quiere tragar,
Y las purgas que él no toma
Al otro manda tomar.

GLOSA.

Esta copla está muy clara y no tiene respuesta; porque, si este médico piensa que no puede sanar al otro, ¿por qué le cura y por qué le da tantas hieles á beber? Et si piensa que le puede sanar, ¿por qué no se cura á sí mesmo? que mas obligado es á sí que á los otros. Mas dejando aparte la maldad del médico, cosa es para reir la necedad del paciente. Yo vi en Montpeller un físico que llamaban maestre Falcon, y era tan sordo, que no podia oir campanas ni trompetas, y todos los que ensordecian por todas aquellas tierras se venian á curar con él, porque decian que conoscia bien la enfermedad, y esto parescia á ellos que bastaba, aunque volviesen á sus casas mucho mas sordos que cuando salieron dellas.

METRO XXV.

Y ¿por qué un médico quiere
Con malicia y con locura
Ganar honra de la cura
Si el doliente no se muere;
Diciendo: «Si yo creyera
Lo que estos otros mandaban,
Malamente le mataban,
Por mal recaudo muriera»?

GLOSA.

Un médico vanaglorioso, que quiere ganar honra singular en las curas, es muy gran perjudicial para los compañeros y muy pestilencial para los enfermos; porque, como su principal intento no es la salud del paciente, sino la reputacion suya, parécele que, si se conforma con los otros, aunque digan bien, el no queda honrado; et así, contradice y turba todo el proceso de la cura, y cuando no puede hacer otra cosa sino conformarse con ellos, espera á ver lo que sucede; et si va bien, no deja oreja en toda la casa á quien no dice: «¿Qué os parece, si tenia yo razon de porfiar que se le diese aquella medicina? Habíala yo experimentado cien veces y sabia muy bien lo que tenia en ella. Estos otros no la conoscian, y haciaseles cosa nueva; mas al cabo vinieron á lo bueno, porque, si así no lo hicieran, cien libros les pusiera delante, con que los hiciera estancar.» E si la enfermedad cresce, como acon-

tesce á todos los que han de morir della, allí es todo su bullicio, allí es el apartarse de los compañeros y andar de oreja en oreja, hasta las mozas que barren y los esclavos de la cocina, diciendo: «No soy creido, dejáranme á mí, que yo le curara, como curé á otros muchos que aquí conosceis; no me valió altercar con ellos ni quebrantar la cabeza; aquella sangría le mató; muerte mala mueran ellos, que tal hombre han sacado del mundo; mas quisiera perder un hijo.» Y entonces llora y mueve á los otros á lágrimas et á enemistad contra los pecadores médicos; y cuando otras veces se juntan á hablar, si habla uno dellos, el mas autorizado, este bellaco se va tras él, hablando lo que el otro dice, porque los que acullá están escuchando piensen que todo lo dice él, y que todo se hace por su consejo. Tras esto levanta muchos falsos testimonios et dice muy desconcertadas mentiras; otras veces hácese adevino, y todo cuanto acaesce dice que él lo dijo, y aun halla testigos si es menester. ¡Oh malaventurado! ¿con tantos trabajos y con tantas bajezas y con tantas abominaciones quieres ganar la honra? ¿Qué diablo de honra es esta, que luego te la entienden todos, y todos burlan de tí, y te meten mas adentro en la locura para su pasatiempo? ¿No seria mejor que sanase el enfermo, y que, andando á la llana, partieses la honra y el interese con tus compañeros, y que gozases de la verdad, que es un sabor suavísimo y una honra subida y firme, fundada sobre aquella santísima piedra, que es el camino derecho y la misma verdad y la vida? ¿Para qué quieres aquella honra de nonada, adquirida entre gente baja, que es aire y es ganada con mil pecados mortales, y en saliendo por la puerta ya es perdida, y nunca dura un dia entero? ¿No seria mejor que hicieses tal union con los otros médicos, que la medicina fuese un cuerpo, y no muchos pedazos, y que se hiciese fuerte, pues hay tantos fuera della que la combaten, y que vuestros consejos fuesen de hombres honrados, y no de rapacería? Infinitas cosas se ofrescen en esta materia; mas lo dicho basta para que de aquí adelante, cuando la gente viere un loquito destos andar por los rincones de la casa sembrando zizania, sepan quién es y huyan dél, que viene de la parte del diablo, que es homicida y padre de la mentira, como arriba está dicho.

METRO XXVI.

¿Por qué, si muere el doliente,
Con sucios y bajos modos
A las orejas de todos
Se excusa y hace innocente,
Y dice: «No me valió
Verdad ni fe ni cuidado»?
Así qu'el triste murió,
Y él quiere quedar honrado.

GLOSA.

Con lo susodicho está declarada la presente copla y todas cuantas en este caso se dijeren.

METRO XXVII.

Y ¿por qué han de procurar
Los hombres de ser honrados,
Y quieren honra alcanzar
Por medios muy deshonrados?
Unos con servilidades,
Y estos cierto no son pocos;
Otros vendiendo ciudades,
Otros haciéndose locos.

GLOSA.

Esta copla viene á propósito de las precedentes, porque esta ponzoña no está solamente en los médicos, aunque en ellos, como la tienen muy estercolada, floresce mucho; mas tambien está derramada por muchos de los caballeros, que cierto hacen muchas vilezas por ganar honra; unos vengándose muy feamente de sus enemigos, otros alquilándose para matar á sus amigos, otros ganando haciendas con turpes lucros, y dicen que lo hacen por sostener la honra que sus padres les dejaron; otros sirviendo et acompañando á los criados de los oficiales, y haciendo otras cosas infinitas deste género; otros caballeros hay que se hacen locos delante los príncipes, pensando subir por allí. Mas ya vender ciudades y fortalezas, y dar yerbas á sus reyes con título de ganar honra, esta traicion va fundada sobre la mayor locura que se puede pensar, porque quieren honrarse con una deshonra que rae de la memoria de los hombres toda la honra de sus antecesores, y queda ignominia perpétua para todos sus descendientes; é si piensan que la traicion será secreta, es tan grande la necedad como la locura, y la locura como la traicion, y la traicion como el cielo y la tierra, porque pierden el cielo y la tierra.

METRO XXVIII.

¿Por qué un hombre de nonada,
De baja ley y nacion,
Tiene mayor presuncion
Con la honra mal ganada;
Y el que la tiene consigo,
Como su hijo heredero,
De todos es gran amigo,
De todos gran compañero?

GLOSA.

Un hombre bajo que sube á tener honra mas de la que meresce, tiene soberbia con ella por dos razones: la una es porque se espanta della, como de cosa que no conoce, y tiénela en mas estima de lo que ella vale, como cosa nueva, que aplace mucho; que siempre las cosas nuevas son mas caras y preciosas que las que traemos en uso; la segunda razon es, porque siente que la tiene movediza por falta de buenos cimientos, quiérela sostener con postes de esquividad y soberbia; y si alguno se le atreve, ya piensa que va todo perdido, y anda tan sobre el aviso de no perder un punto el menor del mundo de la honra, y pasa tan mala vida en la guarda deste animal bravo y fugitivo, que tan en hora mala para él la cobró. Está el pecador muy engañado, que con humildad la podria con menos trabajo sostener, y aun edificarla de nuevo; porque todos huelgan de honrar á un hombre humilde, y en él era mas valerosa la humildad, porque mostraria grande ánimo en tener en poco la gloria nuevamente alcanzada. La

gente noble, como nasce con la honra, no presume con ella mas que presumiria con tener narices ó manos ó salud; é así, estos comunmente son buenos compañeros y buenos amigos, y no habeis de andar con ellos guardando puntos de reloj ni templando guitarra, porque no son achacosos y todo lo sufren, y cuando es menester disimular, sábenlo hacer generosamente.

METRO XXIX.

Y ¿por qué los labradores
Quieren hacerse escuderos,
Y por qué los ganaderos
Quieren hacerse señores?
Dejan vida descansada
Y dejan vida abundosa,
Toman la muy peligrosa,
Toman la muy fatigada.

GLOSA.

Natural enfermedad es de los ánimos humanos desear mando y señorío sobre otros hombres, y esta flaqueza les quedó desde el hombre primero, que fué transgresor del mandamiento de Dios por ganar honra; que así ge lo prometió el diablo, diciéndole que seria, como Dios, sabidor de lo bueno y de lo malo; y por este punto de honra creyó al diablo antes que á Dios, y quedó de allí esta inclinacion en él y en todos sus descendientes. Buena es por cierto la honra y las gloriosas alabanzas que se ganan con la virtud, con condicion que no sea el hombre virtuoso porque le alaben, sino porque la virtud de sí es buena y no se debe obrar ni amar sino por quien ella es, y no por otro respecto desta vida; é tal honra como esta muy descansada es y muy firme, porque tiene hondos los cimientos y está edificada sobre humildad; y así, no se pasa trabajo en sostenerla ni en buscarla, porque ella se viene de suyo corriendo tras el hombre que va huyendo della. No es así la honra violenta y traida por fuerza, antes es tan zahareña y fugitiva, que no se puede conservar sino con grandes costas y trabajos de su dueño, con mucha gente que trae á cuestas, con mucho desvelarse, con mucho retraimiento, con muchas invidias, con grandes sospechas, con muchos bandos, con muchas enemistades, con grandes peligros del cuerpo y mucho mas del alma, porque es arma del diablo, que es padre de la soberbia, y es red con que caza á infinitos hombres y naciones; y por eso dice la copla que dejan vida descansada y segura á trueque de otra vida muy trabajosa et peligrosa.

METRO XXX.

Y ¿por qué el acemilero
Presume de ser honrado,
Y que no será aguadero
Aunque le paguen doblado?
Dice que con su mal sayo
Los que no le honran le ofenden,
Porque sus padres descienden
Del infante don Pelayo.

GLOSA.

Están tan ensoberbecidos con tan gran locura los hombres el dia de hoy, que aun hasta la gente baja no quiere caer de la comun opinion que tiene encasquetada en la cabeza; porque se tiene en tanto un pobre hombre de un acemilero, que no tomara el oficio extraño, aunque sea mejor que el suyo, por pensar que descae de su honra, porque en aquello que tiene se tiene muy honrado; é si se pone á derivar su linaje, no se hallará que desciendan por línea recta menos que de limpia sangre, y traen por refran que muchos hijos de buenos andan de aquel arte, y que aunque le ven con sayo rasgado, que no por eso lo han de ultrajar; y por tanto, no se quieren conoscer, ni hay hombre que en este caso se conozca, por malaventurado y cevil que sea, que no pruebe por sus nescias y locas razones que no venga de casta de duques y condes, y aun si mucho están porfiando con él, en ese caso dirá que viene de la sangre de reyes y emperadores, etc. Lo restante se declara en la siguiente copla.

METRO XXXI.

Y el aguadero ¿por qué
Tiene al ganapan en poco?
Y el ganapan es muy loco
Por lo que agora diré:
Presume que le han de honrar
Porqu'es cabeza de bando,
Y está entonces desollando
Un asno en el muladar.

GLOSA.

Estas dos coplas son del metal de las pasadas, sino cuanto son mas donosas y muy mas graciosas que las otras para provocar risa; que es de maravillar que en lo peor de los establos y en lo mas sucio de los muladares allí presuma el diablo de aposentar la honra, cosa tan requerida y tan buscada de los grandes emperadores con muchos discrímines y peligros de la vida, y con grandes pérdidas de sus gentes y de sus estados, y cosa que el valor della llega hasta Dios, y con ella le servimos y veneramos, y somos obligados de perder las haciendas y las vidas por sostener y defender la honra de Dios. Y ¡qué quiera usurpar la honra un ganapan, que no tiene otro oficio sino perder la honra y ser la contrariedad suya y el último extremo y la mas apartada distancia que puede haber entre dos extremos! Y sobre la honra se desafian y se matan dos ganapanes, como lo harian dos caballeros muy apurados en este artículo. E por cierto yo soy testigo de un acemilero mancebo que tenia, que, conosciéndole por muy vano, le quise tentar, y roguéle que se casase con una hija mia, y respondióme que él lo hiciera de buena voluntad por hacerme placer; mas ¿con qué cara volveria á su tierra, sabiendo allá sus parientes que era casado con mi hija? Digo: «Tú lo haces como hombre que tiene sangre en el ojo; mas yo te certifico que no entiendo esta tu honra ni aun la mia.» Destos monstros engendra el diablo infinitos. Mas es de maravillar mucho de su gran providencia, que podria tentar al ganapan con gula, que son los mayores borrachos del mundo, y con la blasfemia, que son ellos y los acemileros grandísimos blasfemos, y con todos los otros vicios, y aun no confia que los podrá llevar al infierno sino con este disparate de la vanagloria, que es el mayor que puede ser en el mundo.

METRO XXXII.

¿Por qué la gente se ha dado
Al muy sobrado comer?
Qu'el muy harto no ha placer,
Antes se halla lisiado.
Quedar con hambre es buen modo
Para gozar la comida,
Y es penosa y triste vida
Andar harto el tiempo todo.

GLOSA.

El deleite de la comida consiste en tres cosas: la primera y mas substancial es al principio de la mesa; la segunda es en el proceso de la comida; la tercera es en el cabo. La del principio es que comiencen á comer con hambre, porque entonces todas las viandas saben bien et huelen bien; y así como la hambre cuando es crecida es tan grandísima rabia, que ha hecho á muchas madres piadosas cocer los hijos que criaban á sus pechos para comerlos, así el comer con hambre es el otro extremo del deleite; que comer sobre hartura no es placer, antes es gran pena; si no, pregúntenlo á los que tienen hastío. Deste deleite gozan los labradores y los trabajadores y la gente pobre. ¿Qué ámbar hay en el mundo ni qué guantes adobados hay que huelan tan bien como huele el pan al labrador cuando viene del campo á cenar á su casa? ¡Oh bienaventurados hombres, que así pueden gozar desta vida sin ofensa de Dios y sin prejuicio del prójimo! La del proceso y medios en la comida es que las viandas sean escogidas y de muy agradables sabores. Desta gozarian mejor los reyes y señores si no les faltase la primera, que es la hambre, con quien habian de comenzar; mas, por cuanto comen sobre hartura et indigestiones, yo me atengo á los morteros de ajos con aceite, y á los repollos que salen de la olla echando vapores de suavidad, y al pan del labrador, con que hinche toda la boca, sin dejar en ella cosa vacía, et atestada de sabor, pone todo intento en la delectacion del gusto, sin que le distrayan los cuidados de la guerra, ni de la justicia, ni de los negocios, ni de los amores, ni de las competencias, ni de otras mil perturbaciones que no dejan gusto ni sueño á los grandes señores. La del fin de la comida es quedar livianos y hábiles despues de comer y quedar con alguna hambre para que no revienten, para que no hayan asco de sí mismos, para que no echen de sí olores pestilenciales, para que puedan andar, para que puedan comer otra vez, para que queden con su juicio, con la memoria, para evitar mil dolencias y flaquezas, que de diez, las nueve proceden deste achaque; é finalmente, para quedar hombres, y no puercos cebados; y así, queda concluido que los labradores comen mejor que los grandes señores, y si ellos entendiesen y agradesciesen la vida que tienen, por ningun estado se trocarian en este mundo, y con menos impedimentos alcanzarian el otro.

METRO XXXIII.

Y ¿por qué quieren estar
Tan ciegos los avarientos,
Que pasen muchos tormentos
Por lo que no han de gozar?
Tormentos en adquerir
Y tormentos en guardallo
Y tormentos al morir,
Ir al infierno y dejallo.

GLOSA.

Entre todas las perturbaciones del ánima, ninguna ciega tanto el entendimiento ni le saca tan fuera de términos de la razon como la avaricia, maldito y vituperable vicio, que hace entender á su dueño que no es pecado y que no se debe decir al confesor, seyendo en ofensa grande de Dios, que distribuye y da todas las riquezas á los unos para que ayuden á los otros, para que aprovechen con ellas á la república; y no solamente no lo hacen así, mas roban lo que es de Dios, y defraudan á los prójimos, y ganan con ellos ganancias reprobadas y feas, y no lo tienen por pecado, seyendo manifiesta herejía; porque la Iglesia dice: «Quien no restituye lo que es mal ganado, cierto no puede dejar de ir al infierno.» De manera que quien no lo quiere restituir no cree lo que dice la Iglesia, no cree que hay infierno, y él cierto no lo tiene por pecado, seyendo manifiesta idolatría, y así está nombrada en la Escriptura Sagrada; porque claramente ama al dinero con todo su corazon y con toda su ánima y mas con todas aquellas sus fuerzas, y morirá por él y por cada cosa y parte dél cuantas veces se ofresciere causa para ello. No pidió nuestro Señor mas de ningun santo de cuantos tiene, mas antes no le pide tan entera y cumplidamente como el avaro lo hace por la riqueza, porque en todos tiempos y horas tiene el corazon donde tiene el tesoro, y es imposible que allí quepa el amor de Dios, que ninguno puede juntamente servir á estos dos señores; porque el servicio de Dios requiere que tengan en poco la riqueza por amor dél, y el servicio de la riqueza requiere que tengan en poco á Dios por amor della. Pues vea el avaro cuál destos dos partidos sigue, que entrambos juntos no se compadescen; y por eso dijo la mesma Verdad que es tan difícil entrar un rico avariento en paraíso como enhilar un camello en una aguja. Otrosí, no lo confiesa por pecado, no teniendo amor con los prójimos, que aun con los enemigos se debe tener; y este animal es tan cruel, que con los amigos no lo tiene, ni con los hermanos, ni con la mujer, ni con los hijos; é así, todos ellos le desean la muerte, porque á cada uno dellos dejaria él captivar y morir por no deshacer del monton. Pues sepa cierto, si no lo sabe, que no puede entrar en el cielo, sino en el infierno, el que no tiene verdadero amor con Dios y con los hombres por amor de Dios; el cual amor se llama caridad, que es virtud perfectísima entre todas las otras, y es tan necesaria para la salud del ánima, que sin ella no puede escapar; de manera que este monstruo malaventurado es el ciego y sordo y mudo del Evangelio: ciego, porque no ve cómo está siempre en pecado mortal; sordo, porque no oye ni entiende las reprehensiones que sobre este caso le dan todos los que le hablan en su casa y fuera della, y en los sermones

y en las confesiones piensa que lo dicen con invidia ó que no lo dicen por él; y es mudo, porque, como hemos dicho, ni lo tiene por pecado ni lo confiesa por tal. Item, peca gravísimamente en no acordarse jamás de la muerte ni pensar que puede morir, y aunque sea viejo de noventa años y tenga el alma ya entre los dientes para volar, piensa que está burlando la traidorcica, porque dice que otras veces muchas ha estado peor, y tórnase para dentro la burlona. E así permite Dios que muchos destos mueren *ab-intestato*, y dejan tantos pleitos y revueltas sobre la hacienda, que paresce muy bien que están dentro todos los diablos que ge la ayudaron á ganar, y ellos mismos irán al infierno á decirle cómo se derrama y desperdicia todo lo que ellos ganaron, por acrescentar sus angustias y dolores. Los que padescen este vituperable vicio, alguna falsa desculpa tienen en decir que lo hacen por dejar remediados los hijos y las hijas. Esto, si es verdad, entra en la cuenta de sus ceguedades, que determinan de pasar muy trabajosa et muy pobre vida, y despues ir al infierno por lo que ha de ser despues de su vida, que ni lo han de ver ni gozar dello; cuanto mas que mienten, que no lo hacen por amor de sus hijos, sino por amor de la riqueza, á quien ellos averiguadamente quieren mas que á todos sus hijos. Esto se paresce claro cuando entre el avaro y alguno de sus hijos nasce algun pleito sobre cosa de hacienda que él tenga robada, porque entonces no hay maldad ni falso testimonio que él pueda levantar á su hijo en defensa de su causa, que él no lo jure, hasta ponerle en la horca si pudiese; y tambien se paresce en los avaros que no tienen hijos, antes son enemigos capitales de quien los ha de heredar. Estos no tienen respuesta ninguna, sino libremente confesar que lo hacen por los muy ciegos amores que tienen con la dicha riqueza, y no tienen otra desculpa sino decir que son insensatos y mentecaptos. Y á las veces viene esta locura en tanto extremo, que muchos se ahorcan porque llovió, otros porque se perdió el navío, otros porque se apedrearon los trigos; que por una parte de riqueza que perdieron acuerdan de perder toda la otra que les queda, et á sí mismos con ella. Yo querria preguntar á este ahorcado: Si otro alguno os mandara ahorcar, ¿no diérades por bien empleada otra tanta hacienda como esta que agora perdistes para redimiros de la horca? El responderia que sí. Entonces le preguntaria yo: Pues ¿cómo tomáis agora la horca para redemiros de la pérdida? Dejáos de ahorcar, y si no fuere por amor de Dios, sea por amor del diablo, que os lleve, y por no perder la hacienda que os queda, que es mucha mas que la que agora os hace ahorcar; tanto, que, si el infierno no fuese peor que la horca, allá os ahorcaríades otras veinte veces por esto que agora perdeis por vuestra voluntad, que de muy avaro de lo que perdistes, os haceis muy desperdiciador de lo que os quedó. Contaré aquí un incomparable ejemplo de avaricia que acaeció en Leon, estando yo allí. Vendió un hombre comun cien hanegas de trigo, á dos reales cada una, en el mes de marzo, y despues encarescióse tanto el pan, que vino á valer por mayo á ducado la hanega. El recibió desto tanto dolor, que acordó de ahorcarse de una viga, y para esto fué á comprar una soga. Llevándola á su casa parecióle áspera para la garganta, y volvió á trocarla por un cordel mas liso y mas suave, y daba un maravedí sobre la soga á trueque del cordel; el cabestrero no queria menos de tres maravedís, y anduvo cuatro meses arreo altercando sobre si daria un maravedí ó tres maravedís, hasta que el cabestrero se importunó un dia, y le dijo: «¿Para qué diablos dais tantas vueltas sobre dos maravedís? Si os habeis de ahorcar con este cordel, ¿qué mas monta un maravedí que tres, si que no habeis de llevar con vos dos maravedís?» Dijo el hombre: «No lo digais burlando, que para eso quiero el cordel, porque esta soga es muy áspera para la garganta; dadme vos el cordel, et si no me ahorcare con él, yo os daré un real.» Dijo el cabestrero: «Con esa condicion yo os lo doy;» y así, se llevó el cordel, y se despartieron, muertos de risa el uno del otro. Dende á dos horas vino la nueva al cabestrero y por toda la ciudad cómo el hombre era ahorcado. ¡Qué lealtad tan extraña tuvo este pecador con la avaricia, que determinó de morir por su servicio y de guardarle la fe que le tenia prometida en solos dos maravedís hasta el punto postrero de la vida, que era decir el Credo al diablo al salir del alma! E así, creo que hay aquí mas que locura, porque está tan apoderado el diablo en estos, que hace dellos cuantos manjares le saben á él bien. Pues dice la copla: «¿Para qué quieren estar tan ciegos los avarientos, que pasen muchos tormentos por lo que no han de gozar?» Claro está que ellos no gozan de la riqueza en vida ni en muerte; en vida nunca tocan en ella, antes adoran y creen en ella como en Dios verdadero y se mancipan á ella como esclavos, ofresciéndose á todo trabajo y peligro por su servicio; y como sirven con grandísimo amor, hácenlo con gran vigilancia y diligencia, como adelante dice: «Que pasan tormentos en adquerir,» etc. No gozan della despues de muertos; esto todos lo ven, porque cumunmente la llevan y distribuyen sus enemigos; é ya que fuesen sus amigos, ¿qué se le da al hombre despues de muerto, mayormente estando donde siempre hay llantos y aullidos y regañamientos de dientes? Este es el gozo perdurable que habrán despues de muertos; así que, dice la copla: «Tormentos en adquerir,» porque nunca duermen, nunca descansan, nunca tienen conversacion de placer con los otros hombres ni como ellos. ¡Cuántas madrugadas y trasnochadas en tiempos de grandes rigores et frios! Cuántas sierras nevadas y resbaladeros peligrosos! Cuántos rios dubdosos y mares bravos y tempestuosos experimentan, que ni dejan la una India ni la otra, el un polo ni el otro, el un estrecho ni el otro! Ya es vergüenza de hablar en los Caramantas y en los Trogloditas y en los montes Rifeos y Caspios, tan cerca están de nosotros, en comparacion de lo que ha calado del mundo y transfretado la avaricia; basta contractar con gente que ni son hombres ni bestias, y son hombres y bestias, y otros que son mas hombres, y otros que son mas bestias, y otros que no hablan, y otros que comen hombres; y así se ciñe y rodea el mundo de arriba para abajo y de abajo para arriba por mil caminos. Allá mueren malas muertes, y los que escapan vienen tales, que ó mueren en descansando, ó están plagados y tollidos de bubas; y cuanto mas oro traen, en mayor estima le tienen y mayor hambre tienen dél. Dejo ya los peligros que han pasado en la mar, y las hambres mortales y la sed rabiosa, y mil veces invocada y deseada la muerte. Pues tomando acá el

avaro en tierra llana, no deja feria ni mercado, ni perdona noches ni dias, ni heladas ni fiestas, y los que paresce que están holgando en sus casas, aquellos pasan mayores afficciones de spíritu, estando siempre suspensos en lo que viene por la mar y por la tierra, y en el otro que quebró, y en los hurtos que se les hacen por allá y de sus puertas adentro. Cada cosa destas es un infierno para los avaros, y pasan tormentos en guardarlo de sus hijos y de sus mujeres, porque no se fian de sus manos, y en guardarlo de sus domésticos; y ándanlo mudando de cofre en cofre y de pared en pared, y cada gato que atraviesa de noche y cada raton que está royendo, piensan que son ladrones que descerrajan las puertas y las arcas; y pasan tormentos en la hora de la muerte en pensar que se van y lo dejan todo, y que nunca mas lo han de ver, y que han de gozar otros lo que ellos han trabajado con tantos dolores y sudores; y sus almas barruntan ya el infierno y comienzan desde acá á sentir el tormento de allá. Todo esto pasa el infelicísimo avaro por amor de la riqueza, sin gozar della.

METRO XXXIV.

¿Por qué no hay quien se contente
Con la hacienda que tiene,
Si con ella se sostiene
En su estado honradamente?
Crescer en gasto y vestir
Es salir del buen compás,
Y cargar la bestia mas
De lo que puede sufrir.

GLOSA.

Todos los estados son bestias de carga, porque llevan muchos hombres á cuestas y mucha honra y autoridad, mas de la que debe su dueño tener para quien él es, que anda en este caso gran desórden; mas entre todos ellos el estado mediano es la mas descansada bestia de todos, porque anda mas llana y lleva sufridera la carga; quien este tiene con buena pasada, no sabe lo que se hace en desear mas, porque teniendo agora para sí lo que basta, ya lo que viniere de aquí adelante no es para él, sino para mas gente que ha de cargar sobre él y para ponerse en mayores necesidades. Tomen todos experiencia de un rey, que cuando tiene un reino solo está descansado y hace tesoro, et si acrescienta otro reino, despende los tesoros del primero; é si acrescienta otro y otro reino, ya entonces carga en deudas tales y tan grandes, que no las puede llevar á cuestas; y al respecto de la necesidad del dinero crescen tambien los cuidados y penas de spíritu, y para en esta vida ni aun para en la otra no deseamos sino descanso y placer. Quien quiera que tuviere mediano estado no desee tenerlo mayor, sino sepa que no desea descanso, sino trabajo, ni desea placer, sino enojos; porque ya la armonía de su casa sale del buen compás por la confusion y revuelta que sobreviene con el crescer de la gente y con el gasto desordenado, y con lo que piden los unos y los otros, y con la obligacion que se toma de mayor autoridad para sí y para sus hijos y deudos. É si alguno dijere que no lo desea sino para remediar á todos sus hijos, está engañado; que solo el hijo mayor podrá remediar los otros, así como así han de pasar de necesidad aunque sean hijos de un rey; y este achaque de remediar hijos fué invencion de la avaricia susodicha, que no tengo yo de procurar el trabajo para mi cuerpo y la perdicion para el alma por amor de mis hijos. Así que, cada uno se atenga al compás del estado mediano, y no cargue mas la bestia de lo que buenamente puede llevar á cuestas.

METRO XXXV.

¿Por qué presume Raimundo
De haber tal reputacion,
Que digan que en todo el mundo
No tiene comparacion?
Y quiere alcanzar impetras
Y oficios de prefectura,
No sabiendo cuatro letras
En la Sagrada Escriptura.

GLOSA.

Esta copla es contra los sofistas, que es un género de hombres que ni ellos quieren saber cosa ninguna, ni quieren consentir que otro lo sepa; toda su sciencia se encierra en tres ó cuatro pliegos de escriptura, y con esto hacen corro y aparato de disputacion, y mas quieren defender la mentira que la verdad, porque la verdad no tiene mas de un camino, como el que tira al blanco, que por un solo camino le acierta y por infinitos le puede errar; y así los sofistas en las mentiras que defienden saben muchos laberintos y muchos caminos por donde traido poco á poco el que disputa con ellos, le hagan descaminar y perder, y así estos en todas las disputas ganan honra con el vulgo, y ellos por sí no saben verdad ninguna, ni en la filosofía ni en la teología; y como ganan reputacion, alcanzan oficios et impetran beneficios; desde el tiempo de Platon y mucho antes andan estos egipcianos por el mundo y se quejaban dellos todos los filósofos de substancial y sana doctrina; agora de algunos años acá va cesando la furia destos nominales, y se dan todos á la realidad de la verdad, y aunque los varones doctos entienden y saben estos sofismas y se aprovechan dellos para que no les echen zancadilla, pero no los usan, porque los estudiantes no gasten toda su vida en estas sotilezas, que son muy primas como telas de araña, y no se puede hacer dellas toca ni camisa ni otra cosa de provecho.

METRO XXXVI.

¿Por qué el moro endurecido
Que compuso el Algacel,
Piensa que no fué nascido
Otro médico como él?
De las receptas que vió
Burla, si él no las ordena;
Hace escarnio en Avicena
De todo cuanto escribió.

GLOSA.

Algunos médicos hay que se espantan de su misma sciencia y se escuchan á sí mesmos lo que dicen con tanto deleite de sus oidos, que en comparacion dél roznarian Arion y Orfeo cuando mas afinados estuviesen en la música. Estos tales no pueden consentir compañía en las curas de los enfermos, porque se tienen persuadido que va todo errado sino es lo que ellos ordenan; no lo deben hacer así, porque ya saben que reparte Dios sus gracias por los hombres segun las

disposiciones de cada uno, y á las veces acaesce que un hombre de medianas letras acierta mejor en una pasion que un gran letrado, y este mesmo errará en otras de aquella cualidad; é por eso es buena la compañía cuando bien se conforman y no están con ansia de ganar honra el uno en prejuicio del otro. En fin, la jactancia es aquí mas dañosa que en las otras artes, porque se trata de las vidas de los hombres, y no es cosa justa que hagamos barato dellas por nuestro propio interese.

METRO XXXVII.

¿Por qué el bártulo jurista,
Digno de gran reprehension,
Tiene tan gran presuncion,
Que á todo el mundo conquista?
Piensa que en todo el derecho
Va su sciencia en infinito;
No tiene en nada el escrito
Que no salió de su pecho.

GLOSA.

Tambien corre esta vanagloria por algunos abogados como por los médicos, y permite Dios que por ella se pierdan muchos pleitos, así como se pierden las batallas por tener en poco á los enemigos. Porque desde el primer diablo, tiene tal naturaleza la soberbia, que cuanto mas alta se levanta, mas honda cae, y por eso es buen consejo que el que sintiere de sí que es grande hombre, piense que está engañado.

METRO XXXVIII.

¿Por qué pensó el de Perusa
Cuando era corregidor,
Que era gran gobernador
Por gracia de Dios infusa?
Y era tanta su alegría
Cuando las horcas poblaba,
Que á sus deudos convidaba
A las fiestas d'aquel dia.

GLOSA.

En tiempo de los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, habia tanta severidad en los jueces, que ya parescia crueldad, y era entonces necesaria, porque aun no estaban apaciguados del todo estos reinos, ni acabados de domar en ellos los soberbios y tiranos que habia, y por eso se hacian muchas carnecerías de hombres y se cortaban piés y manos y espaldas y cabezas, sin perdonar ni disimular el rigor de la justicia. E cuando los jueces hacian estas cosas, teniendo principal intento á la pacificacion y bien universal de la república, pesándoles del daño particular de sus prójimos, tolerable era; mas si holgaban de hallar ocasiones para hacer estas terríficas y espantables anatomías porque lo supiese la Reina y porque los tuviese por grandes hombres de aquel oficio, y por hacer entender que ellos daban auctoridad al Consejo Real, é finalmente lo encaminaban todo á su interese proprio; en tal caso como este, ellos no podian ser buenos jueces, y corrian gran peligro de su daño y perdicion; é así acaesció que algunos destos murieron malas muertes, diferenciadas de las otras, en que parescia que nuestro Señor daba á entender acá el enojo que dellos tenia. Agora, gracias á Dios, no hay nada desto, porque tenemos un César en cuyo tiempo ha florescido la paz en estos reinos de España, y fructificado de tal manera, que se ha extendido por todo el orbe cristiano. E junto con esto es piadoso y olvida las injurias y perdona muchos delictos capitales, porque no piensa que de allí se puede seguir atrevimiento contra la real majestad. Esto le viene á él de muy animoso corazon y de muy invencible y generoso ánimo, é juntamente con esto, tiene un consejo que demanda estrecha cuenta á los jueces, y castígalos muy bien si hacen desórdenes, y los alcaldes no discrepan cosa alguna de la virtud heróica de sus superiores; é así, anda toda la armonía de la justicia tan bien concertada, que desde el mas alto tiple al mas bajo contra, no hay destemple ninguno.

METRO XXXIX.

Y ¿por qué los animales,
Que carecen de razon,
Tienen tal estimacion,
Que saben curar sus males?
Y el hombre, que Dios le hizo
A su imágen y semblanza,
Ni sabe tener templanza
Ni curarse un panarizo.

GLOSA.

Gran fama hay entre los naturales que los animales brutos, mayormente los que no son domésticos, tienen conoscimiento de las yerbas y licuores con que á las veces se curan y remedian sus flaquezas y enfermedades, y muchos de sus remedios hurtaron los hombres y los aprendieron de los animales; y así supimos que la celidonia es saludable yerba para la vista, porque las golondrinas curan con ella la ceguedad de los ojos de sus pollicos; y sabemos que el hinojo es bueno para lo mesmo, porque las culebras y las otras serpientes, cuando salen de sus cuevas, lagañosas y turbadas de la vista, vanse luego á limpiar los ojos á las ramas del hinojo verde, aunque yo creo que lo hacen porque la yerba es blanda y hecha á manera de escoba para barrer con ella suavemente la suciedad de los ojos, porque no tienen en su recámara tafetanes de grana ni cendales verdes con que los puedan alimpiar. Asimismo dicen que aprendimos de las cigüeñas el echar de las ayudas, porque cuando ellas se sienten embarazadas de los muchos lagartos y culebras y sapos que han comido, toman en los picos del agua de la mar y échanse una ayuda con el mismo pico. Tambien vemos á los perros hacer vómitos con las yerbas del campo cuando se sienten cargados, y sueldan sus llagas con su saliva, alimpiando la materia y mitigando el dolor con sus lenguas. Y otras muchas cosas que saben los animales sin tener escuelas ni discurso de razon donde lo aprendan; y el hombre ninguna cosa sabe de suyo sin que primero lo aprenda, sino es llorar primero, y despues mamar; y aun el llorar se cree que lo aprenden por inefable y maravillosa disciplina del mundo, adonde nuevamente vienen, porque es un valle y una general escuela de lágrimas, de las cuales no se escapan los mas triunfantes y los mas soberbios hijos y privados de la fortuna, por mas que se crien en camas de púrpuras y de preciosos brocados, porque todos los deleites y placeres se pasan volando, y dejan la tristeza como moradora y señora de la casa. Y ¿cómo no ha de ser la tris-

teza señora de un cuerpo que nasce en el mundo, pues que el mismo nascer es esencial y inseparable condicion del morir, y desde la hora que nasce le llevan corriendo á la muerte por un camino tan lleno de despeñaderos y de estropiezos, de dolores, de dolencias, de cuidados, de honra, de hacienda y de pérdidas della y pérdidas de personas, que duelen mas que la propria muerte; con una voluntad que siempre sospira por lo pasado, que nunca se contenta con lo presente, que continuamente está suspensa de lo que ha de venir, y tan malo es todo lo otro, que esto piensa que ha de ser lo mejor, siendo siempre peor lo que viene á la postre, porque es la vejez y la misma tristeza, y luego la muerte? Y en este camino concurren desastres y tormentos nuevamente inventados por el mismo mundo, á quien venimos á servir, que nunca Nero ni Falaris, ni los Sillanos ni los Marianos, ni otros, siendo mas crueles que estos, los supieron inventar; tanto, que muchos de su proprio motivo y querer se dan cruelísimas muertes; unos despeñándose, otros echándose en el fuego, otros comiendo carbones encendidos; y en este mismo camino se pone delante á cada paso el diablo con mil engaños y amarguras, y tentaciones y turbaciones, y desasosiegos tantos y tales, que por salir de su jurisdiccion, si tuviéramos sentido, cuando nascimos no lloráramos por la condicion, sino por la tardanza de la muerte. Esta es la escuela donde aprenden los niños á llorar en nasciendo, que de su cogeta aun esto no supieran hacer. Así que, volviendo á la copla, los brutos, por instinto natural, aciertan y saben mejor lo que les cumple, que los hombres con toda su prudencia y razon; y esta fué una maravillosa providencia de Dios, que quiso que los brutos animales en nasciendo supiesen tanto como sus padres para la conservacion de su vida; que un corderito en nasciendo no se espanta del perro del ganado, aunque parezca lobo, y espántase del lobo aunque parezca perro, y vase huyendo dél hasta las tetas de su madre; y un pollito huye de la sombra del milano y acógese debajo de las alas de la gallina, y los anadones y ansarones recien nascidos, criados á las migajas de una gallina, si ven un charco de agua, sin consentimiento de su ama se arrojan á nadar dentro del agua, y los naturales hijos de la gallina no lo osan así hacer. ¿Quién ge lo dijo á los unos y á los otros, ó adónde lo aprendieron? Cierto es que no hay escuela para ellos, sino la natural inclinacion que les dió el Señor que los crió, como lo dió á una piedra cuando la echan en alto, de volverse de suyo para abajo, y al fuego y humo de irse para arriba sin que nadie le lleve. El hombre no quiso nuestro Señor que supiese las cosas sin que las aprendiese, porque tardase algunos años en el estado de la innocencia y le pudiesen los otros hombres embutir y acostumbrar á doctrinas virtuosas y dignas de hombre que alcanza uso de razon; porque con la costumbre, que es como naturaleza, se le hiciese despues mas fácil el uso de la virtud; y si esto así no se hace, es por nuestra negligencia y resfriamiento en las cosas santas; y quiso así nuestro Señor, porque desde niños no comenzase á reinar en nuestro pecho la soberbia, que es naturalísima inclinacion del hombre, despues que le engañó el diablo; y desde la tierna edad, si esta comenzase d'apoderarse del hombre, no abastaria despues disciplina ni razon para desraigarle esta mala planta y peor simiente. Y agora, considerando nosotros la miseria con que salimos del vientre de nuestra madre, es un dechado muy grande para que por él aprendamos á ser humildes, que nascemos desnudos y con tan gran flaqueza en nuestras fuerzas como todos sabemos, llorando, temblando, sin poder ni saber buscar de comer si á la boca no nos lo ofrescen, sin conoscer á quien nos lo da, sin poder ni saber guardarnos del frio ni de la calor ni de los daños y peligros á que somos subjectos, si otro no tuviese especial solicitud y cuidado de nosotros. Y con estas miserias se allegan todas las otras enfermedades á que los hombres ya crescidos son naturalmente obligados, sino cuanto son mas peligrosas en los chiquitos por la flaqueza de sus fuerzas; y por eso mueren infinitos dellos antes que lleguen á edad perfecta. Así que, teniendo delante de nuestros ojos estas y otras semejantes contemplaciones, gran ceguedad seria la nuestra si no viésemos cuántas razones hay para ser muy humildes. Añádese á esto la benignísima y gran misericordia de Dios todopoderoso, que tiene enfrenada el ánima de los chiquitos para que no sepan pecar ni cometer pecado aunque quieran, y con solo el santo lavatorio de la regeneracion se hagan de perfecta y pura innocencia, como la tuvo Adan antes que pecase; é así, los que mueren dellos se hacen luego como ángeles ciudadanos del cielo y cortesanos de aquella corte donde reina para siempre el Emperador de todos los siglos, donde ni habrán miedo que les falte jamás el Señor que tienen, ni que esté mal con ellos en algun tiempo por sugestiones ni murmuraciones de sus enemigos. Y dejando de hablar de los bienes y riquezas que estos poseen luego en muriendo, porque no hay lengua que tantas grandezas pueda decir ni corazon que las pueda estimar, concluyo que no sin gran providencia et misterio ordenó nuestro Señor que los animales cuasi en nasciendo tuviesen aquella solercia que han menester para su conservacion, como tienen sus padres, y los hombres cuando nascen y muchos años despues, que fuesen en esto mas brutos que todos los animales; y aun despues que los hombres son ya mancebos y aun viejos ignoran lo que conviene para curarse de sus flaquezas y enfermedades, en ausencia del médico, y este asimismo á las veces es tal, que seria mejor estar sin él. Y para esto yo tenia pensado de poner aquí muchos remedios con que en ausencia del médico se pudiesen los hombres curar de cualquier enfermedad que tuviesen aunque no la conosciesen; mas, por no acabar esta colacion en tan ruines bocados como son los de la medicina, quedará reservada la ordenacion desto para un tractado singular que dello haré, placiendo á Dios, que será no menos provechoso para la república que dañoso para los indoctos médicos, porque tengan cuidado de aquí adelante de estudiar en el arte que tanto importa para el bien comun.

(*Estas dos coplas siguientes son dirigidas al Príncipe nuestro señor.*)

METRO XL.

¿Por qué cena y por qué yanta
La lisonja con los reyes?
Por qué no mandan las leyes
Derraigar tan mala planta?
En los reinos extranjeros
Pregonen vuestra excellencia,
Y nunca en vuestra presencia
Se consientan lisonjeros.

GLOSA.

El daño que hace la continua lisonja á los príncipes todos lo saben, y en muchas partes lo hallarán escripto y largamente apuntado; y es de notar que el dolor de la cabeza siéntenlo tambien los otros miembros, á quien la cabeza gobierna, mas no lo sienten tanto como ella; mas el mal que hacen los lisonjeros al príncipe, que es la cabeza, ella no lo siente, y siéntenlo mucho los otros miembros, á quien ella gobierna, que son todas sus vasallos y toda su república. Y sepa vuestra alteza que el Emperador nuestro señor, desde su más tierna edad, siempre ha traido abiertos bandos y enemistades con la lisonja, y déjala sin castigo por no hacer nuevas censuras y cosa que nunca se hizo; mas ha tomado un buen despediente para que se refrenen de allí adelante los lisonjeros, y es burlar dellos y darles á entender que son nescios en pensar que por allí le agradan; y de todos los hombres de valor que yo he tractado, aunque él es señor dellos y vale mas que todos, nunca he visto otro alguno que menos se le dé por las alabanzas ni por las vanidades con que los otros han placer. Yo mismo me di unos pocos de dias á este vicio de loar á su majestad todo cuanto hablaba y todo lo que hacia; y por lo que dél conoscia, y porque no medraba mas así que así, dejé aquel camino, pues que de suyo es errado y nunca da buen fin á la jornada. E si esto que agora he dicho es tambien lisonja, yo quiero que lo sea, y todos fuesen tales; porque si digo verdad, como lo saben todos los de su cámara, no se pierde nada en que todos la sepan por mi relacion, y no diciendo verdad, lo que Dios no quiera, mucho menos se perderia en que su majestad supiese que me saca mentiroso. Agora ello sea lisonja lo que digo ó no lo sea, yo sé cierto que el Emperador no huelga con ella, y doy por testigos á todos sus familiares y á los que mas secretamente tractan con él; y por eso osaré aquí escrebir algunos de los males y daños que se siguen á los príncipes y á su república por parte de la lisonja. El primero de todos es, que nunca los reyes son desengañados de cosa mal hecha que ellos hagan ó intenten, porque el acto del lisonjero es aprobar todo lo que hace el rey, y todas sus inclinaciones alabarlas por buenas aunque sean viciosas y vituperables; y luego se hallan tantas razones y tantos ejemplos para lo malo como para lo bueno, et si es menester jurarlo, echará cien juramentos sobre el mismo caso. Con esto y con nunca hallarse quien le contradiga, arráigase y plántase mas honda su mala inclinacion; y así, con la poca experiencia de las cosas y con el hervor de la sangre nueva, rompe en muy capitales daños suyos y de toda su gobernacion. En las historias sagradas se habla de un rey de los amonitas, por nombre Anon, que comenzando á heredar el reino por muerte de su padre, el rey David, su vecino, envióle á visitar con sus embajadores para que de su parte le consolasen y le ofreciesen su amistad, como la habia tenido con su padre. Los mancebos que tenia á par de sí, como le sentieron de ánimo inquieto y bellicoso, entran por allí á tentarle y decir lo que él habia gana, que esta es la fina lisonja para cazar y enredar la voluntad del señor, y dijéronle: «¿Piensas agora tú que David te quiere tanto, que envia estos embajadores para consolarte? No lo creas; que no los envia sino para espiar tu tierra y tu casa, y saber el poder que tienes, para venir á hacerte guerra y ocupar tu reino; que así lo ha usado con otros sus vecinos. Parésecenos que debes enviar injuriados á sus embajadores, y que sepa cómo tú estás á punto de guerra para irle á buscar á su tierra antes que él venga á la tuya. Anon, como era de ánimo feroz y bollicioso, holgó de aquel consejo, y mandó luego cortar á los embajadores los vestidos por la cintura y dejar descubierto desde allí abajo, y mandóles raer las medias barbas, porque entonces usábanse largas como agora, y teníase aquello por muy vergonzosa injuria. Tras esto el dicho rey apercibióse para la guerra, y como lo habia con otro príncipe mas poderoso que él, hizo compañía á la primera locura con otras tan grandes y tan fuera de medida, que se echó totalmente á perder; y allende de su ejército, en que despendió todo cuanto tenia, tomó á sueldo de los reinos de Siria, sus vecinos, y de Mesopotamia, treinta y dos mil carros de cada cuatro caballos con sus hombres de armas, y conforme á esto habia de ser la gente de pié tanta, que cubriese toda la haz de la tierra. Todo este trabajo y costa pudiera él excusar si fuera hombre acogido á consejo, y que tuviera cerca de sí quien le dijera que no debia hacer aquello sin mayor acuerdo y mas evidentes informaciones, porque á no salir verdad lo que aquellos lisonjeros por agradarle habian dicho, él hacia gran descortesía á quien no ge la merecia, y perdia de presente un grande y provechoso amigo, y para adelante ponia todo su estado en peligro de perderse; y aunque no fuese vencido de sus enemigos, quedaria toda su vida destruido, y su tierra disipada de los ejércitos que en ella metia y de las pagas que habia de hacer; no hubo quien le desengañase. Y como David fué avisado de todo lo que pasaba, envió su ejército contra él debajo de la gobernacion de su capitan general, et dióle la batalla junto con su ciudad, en la cual fué desbaratado y vencido el rey Anon, y perdió la ciudad, y quedó toda aquella provincia y las de sus valedores tributarias al rey David, y el dicho rey perdido hasta que murió, y toda la tierra talada y saqueada, y mucha della derribada hasta los fundamentos. A quien agradara tal fructo como este, no haga sino sembrar lisonja en los corazones de los príncipes, et yo le certifico que de lo poco y de lo mucho no falte quien le pida estrecha cuenta. Tambien el rey Roboam, por creer otros tales lisonjeros, perdió la mayor parte de su estado; y aunque estaba ya profetizado que le habia de perder por los pecados de su padre, no deja de hacer mencion el Espíritu Santo cómo la perdió por medianería de los lisonjeros, porque se avisen los reyes y no tengan á su lado quien los esté siempre halagando,

antes busquen hombres graves que los desengañen y les digan la verdad, aunque sepa mal; que sin duda tienen desto gran falta. El segundo acto de la lisonja es alabar á todos los que el rey favoresce, et á todos los que ha dado cargos de justicia y de hacienda, y aprobar todo lo que ellos hacen; y esta es lisonja doble de las muy ricas para ganar con ella la voluntad del rey y de todos sus oficiales; y paresce la maldad della en que si alguno de aquellos á quien el lisonjero mucho ha loado cae en desgracia y disfavor del rey, luego halla razones para decir mil males dél. Así que, como estos oficiales favoridos tienen ganada la voluntad del príncipe y de todos los de su cámara, y saben cada dia todo lo que pasa en ella, ¿quién osará ser tan entremetido, que venga á desengañar la real majestad de los tuertos et injurias que estos hacen? Y si alguno viene con esta demanda, tan en hora mala le parió su madre, porque todos son á morderle y maltratarle, y alzan las voces contra él para que todos oyan lo que pasa, y lo vayan á denunciar á la otra parte, y ellos no le dicen nada, antes están tres ó cuatro dias que no le van á ver, para dar á entender que su amistad es en absencia y no para ganarle la voluntad. ¿Quién osará quejarse del agravio aunque pierda toda su hacienda? Yo verdaderamente no sé lo que otros harian; mas por no ver un gesto soberbio y unos ojos iracundos y bermejos, y una habla ronca y amenazadora de unos que se pican de amigos en absencia, dejaria perder el pleito y la hacienda y la honra. ¡Oh malaventurados dellos! Et si hacen daño al agraviado, ¿cuándo ge lo pagarán? ¿No saben que han de dar cuenta desto á otro juez que no acepta lisonjas ni falsas informaciones, y que el mismo diablo, á quien ellos mas sirven, ha de ser el que mas los acuse? Desta manera se está el príncipe sin saber lo que pasa en su tierra y en su casa, como si fuese una statua de piedra, que tiene orejas y no oye, ojos y no ve, etc. El tercero daño que hace la lisonja es solicitar al príncipe para que robe las haciendas, diciéndole que todo es suyo de pura justicia, casas, campos y heredades y rentas, y aun las mismas personas; esta es muy descansada lisonja para los príncipes necesitados, porque segun estos dicen, puede salir de necesidad con su hacienda. «Desta manera pocas veces les falta dinero á los reyes de Francia, y no hay confesor que les diga que hacen mal.» Cuán léjos esté desta granjería el Emperador nuestro señor, todos lo saben los que ven que en los pleitos que tratan contra su majestad algunos de sus vasallos se dan las sentencias por el Consejo Real en favor de los vasallos, habiéndolos oido favorablemente sin molestias ni dilaciones. El cuarto daño de los lisonjeros consiste en la elecion de los hombres, así para los oficios y magistrados y dignidades, que todos favorecen á quien el príncipe ó los príncipes de su casa acuestan y quieren bien. ¡Oh cuán inconsiderada y profundísimamente alargan la lengua en las alabanzas del que no vale nada para la administracion que le dan, y cómo despues ellos mismos burlan dello, y la república llora lágrimas de sangre! Esto no lo tienen ellos por pecado venial ni hacen mencion dello delante del confesor, sino algunos escrúpulos dellos, que se acusan de haber dicho algunas palabrillas ociosas. ¡Oh escatimado penitente! ¿palabrillas ociosas me llamais vos á ser participante en todos los robos y homicidios que comete despues aquel por quien vos procurastes? Palabrillas ociosas son quitar el oficio á quien lo meresció, con jactura y universal pérdida del bien comun? Palabrillas ociosas son engañar y disfamar á vuestro príncipe? Pues allá lo veréis, qué tan livianas ó pesadas serán, y qué tan calificadas se os mostrarán estas vuestras palabrillas ociosas. Finalmente, si pudiésemos acabar aquí de expresar los males y daños que este pestilencial veneno de la lisonja hace en el mundo, la escriptura seria larga y hartaria mucho á vuestra alteza. Baste por agora lo dicho, remetiéndome en lo que falta á la doctrina de los santos doctores. Dice pues la copla: «¿Por qué cena y por qué yanta,» etc.; porque estos actos lisonjeros comunmente se practican con el rey cuando él está en conversacion, especialmente cuando él come y cena, retirado allá con sus familiares, y cuando se acuesta y levanta, y cuando va á caza y recrear, apartado un poco de los trabajos de la gobernacion; todo esto se entiende por yantar y cenar. Todo lo otro está claro, que es amonestar á vuestra alteza que haga las obras tan virtuosa y sábiamente, que merezca por ellas ser alabado en los reinos extraños, y que la fama en vuestra absencia sea por todo el mundo pregonera de vuestros tan esclarecidos actos, y en vuestra presencia no se consientan las halagüeñas y pestíferas palabras de la lisonja.

METRO XLI.

¿Por qué á los pajes consienten
Mentir delante el señor?
Que entonces pierden la flor,
Cuando de chiquitos mienten.
Si no les ponen la mano,
Desta flor tal fructo viene
Que del árbol que la tiene
Es el diablo el hortelano.

GLOSA.

La mentira es una mala simiente; el lugar primero de toda la tierra donde ella fué sembrada fué el paraíso terrenal. Allí la sembró el diablo en el pecho de Eva y de Adan, donde salieron todos los hombres mentirosos et inclinados á mentir; aunque en esto, como en otras cosas, hay grados de mas y de menos. Adonde ella reina mas es en los hipócritas, porque no hay cosa en que no mientan, et siempre mienten; si ayunan mienten, si comen mienten, si rezan mienten, si callan mienten, si hablan mienten. En el vestido mienten, desnudos mienten, si abajan los ojos al suelo mienten, si los alzan al cielo mienten. E finalmente, en todos los actos y palabras exteriores mienten, porque muestran lo que no es; porque, como la verdad es decir ó mostrar lo que es, así el decir ó mostrar lo que no es, es mentira. A todos los pecadores acogia nuestro Señor y con todos era blando, y así se curaban muchos con él y sanaban; á solos los hipócritas era acerbo y áspero, ó porque los sentia incurables, ó porque no podian sanar sino con este género de cauterio. E ¿cómo no habia de ser áspero con ellos, siendo él la misma verdad y ellos la mentira, que son dos extremos tan léjos el uno del otro como el ser y no ser? De manera que quien fuere mentiroso, sepa que anda tan léjos de Dios cuanto anduviere léjos de la verdad,

y sepa que es un vicio que el mismo mentiroso le conosce por muy abominable, porque si le toman en un hurto ó en un adulterio, ó en otro pecado, por feo que sea, no se corre tanto como cuando le toman en una mentira. Es muy natural cosa de los mentirosos jurar mucho, porque con la poca confianza que tienen de ser creidos acuerdan de presentar testigo; y no hallando otro mas á mano que Dios, preséntanle con un juramento y á las veces con una blasfemia; así que, estos juran mucho, y los que mucho juran es necesario que estén llenos de maldad. La razon está clara, porque tan gran menosprecio de Dios como este, y tantas veces cometido, no es sino despedirse dél y asentar de vivienda con el diablo, que es padre de la mentira. E así nuestro Señor decia á los hipócritas: «Vosotros no sois de la parte de Dios, sino de vuestro padre el diablo, que es mentiroso y padre de la mentira.» De manera que el mentiroso es hijo del diablo y ha de parescer á su padre; y como su padre está lleno de iniquidad y maldad, así el que mucho jura por parte de ser mentiroso, será lleno de maldades. En los niños, y mas en los que son muy libres, cualquier vicio que se planta es pestífero y es contagioso, que se pega en los otros niños con la mucha conversacion, y es peor en ellos que en los hombres por dos causas: la una es, porque cuando en el hombre viene de nuevo algun vicio, conosce por la razon que es malo y deséchale; la segunda es, porque con otros cuidados y desventuras que tiene, no hace raíz ni imprime tanto en él la pasion; mas en los niños, como carescen de razon perfecta que les dé á entender el mal que hacen, y carescen de otros cuidados y tribulaciones, halla el vicio el corazon descumbrado y limpio, y plántase allí, y luego prende y floresce, y despues, con la costumbre, conviértese en naturaleza. E si esto acaesce así en los otros vicios, mayor fundamento tiene en lo de la mentira, porque salen del vientre con esta inclinacion mas que con otra alguna; é así, cuando los reprehenden de algun error están muy prontos á negar la verdad, y prometen de presente y no cumplen; de manera que ya mienten en lo pasado y en lo presente y en lo venidero; asimesmo mienten para cazar alguna golosina, et tambien mienten cuando se hacen malos por no leer. Así que, con esta disposicion y prontitud que tienen, es mas peligrosa plantacion en ellos la mentira que los otros vicios, que los mas dellos la carne misma los repugna, por su imperfeccion y flaqueza. E pues vuestra alteza es tambien inclinado á las cosas de Dios y á todos los actos de la virtud, y esperamos, con ayuda y favor divino, que será el mejor príncipe cristiano que ha habido desde el emperador Constantino acá, y se crian con él y por su ejemplo y dechado muchos nobles, este vicio del mentir mande que sea muy mirado y muy castigado en ellos, mas que otro ninguno. Dice pues la copla que del árbol que echa mentiras (conviene saber del hombre mentiroso) es hortolano el diablo; porque, como es el mismo tronco de la mentira, dél salen los engertos della; é como es la fuente de la mentira, de allí se riega y se hace viciosa; y como es padre de la mentira, él la granjea y la hace fructificar y prender en muchas partes, porque una de las granjerías con que él gana mas hacienda y mas vasallos es la mentira. De aquí salen los tiranos, de aquí los perjuros, de aquí los hipócritas, de aquí los idólatras, de aquí los herejes; y en fin, como todos los pecados son falsas opiniones y errores de la razon, síguese que de la mentira nascen todos; y así, por el contrario, nascen de la verdad todas las virtudes y todos los actos perfectos, y todos los grandes dones y gracias que son repartidas y dadas á los hombres del Padre de la claridad y de la verdad. ¡Con cuánta seguridad habla el que dice verdad! ¡Cuánta auctoridad se le da! ¡Cuán pocas veces se arrepiente de haber hablado! Cuán buen dejo tiene la verdad! Cuán pocas palabras gasta! Cuán clara y cuán llana es! Cuán bienquista es de sus amigos y de sus enemigos! Cuán generosa y cuán honrada! Mas preciosa es que todas las perlas orientales y diamantes que hay en el mundo. ¿No ha de ser preciosísima una cosa tan rarísima, que si hubiese mercaderes della, en toda su vida no hallarian cuatro piezas en sus casas ni en las ajenas? Los reyes solian preciarse mucho desta joya, que siempre decian verdad, y mas en lo que prometian, y de aquí nasció el proverbio que llaman palabra de rey á la del que promete y cumple. Agora no se hace tan apuradamente en casa de algunos reyes, y mienten veces hay sus altezas en lo que está por venir como los astrólogos, y hablan grandes verdades en lo pasado como fieles testigos, diciéndole al hombre las tachas que tiene, que el diablo no las sabe tan bien como ellos. De todas estas burlas van fuera los reyes de España de muchos años acá, y mas que todos, la majestad del César, vuestro padre, que desde niño le plantaron esta disciplina en el pecho, y siempre ha perseverado en ella hasta guardar verdades, en daño y perjuicio suyo, á los mas mentirosos hombres que hay en el mundo, que son los reyes moros. Por este ejemplo se gobierne vuestra alteza y desta ropa se vista, y verá cuán bien paresce con ella á Dios y al mundo.

Esta interrogacion que se sigue mandó aquí añadir el illustre y muy reverendo señor el señor don Estéban de Almeyda, obispo de Astorga, porque há muchos dias que está dudoso en esta cuestion, y dice que no ha hallado quien le satisfaga en ella. Quiera Dios que yo salga con la empresa, siquiera por la honra de la medicina; aunque (como es gran filósofo) tengo mucho temor que no se contente ni le satisfaga tan llana y tan gruesa doctrina como la mia.

METRO PRIMERO.

¿Por que viene la terciana
Sencilla al tercero dia,
Y responde la cuartana
Al cuarto con gran porfía?
Y en la huelga, ya quitada,
¿Dó se fué, dó se escondió?
Y despues cuando volvió,
¿Quién le mostró la posada?

GLOSA.

Esta cuestion yo la tengo largamente declarada en otra parte, mas quiérola disputar aquí otra vez, porque la escriptura no acuerdo por agora darla á los impresores. Pregunta es muy trillada entre los que son letrados y entre los que no lo son, que no pueden caer en la causa della, porque ven en la terciana y en la cuartana quitarse la calentura en las horas de la huelga, como si nunca mas hubiese de venir. Y despues vuelve á su hora con los mismos accidentes de la pasada, como si tuviese entendimiento y propósito, y supiese lo que hace, con un reloj en la mano para volver á tiempo cierto. Y aunque el paciente se vaya de un lugar á otro, allá va tras él la calentura, y allá se halla, sin perder punto de lo acostumbrado. Y por mucho que huya, aunque lleve un dia de ventaja, no solamente le alcanza á la misma hora, mas algunas veces se anticipa y le prende antes de la hora, porque sepamos que el huir fuera de razon y de buen consejo lleva consigo el daño. Yo trabajaré aquí en declarar y allanar esta materia por el mas claro lenguaje castellano que yo pueda, y no será el de Toledo. Aunque allí presumen que su habla es el dechado de Castilla, y tienen mucha ocasion de pensallo así, por la gran nobleza de caballeros y damas que allí viven. Más deben considerar que en todas las naciones del mundo la habla del arte es la mejor de todas. Y en Castilla los curiales no dicen *hacien* por hacían, ni *comien* por comian; y así en todos los otros verbos que son desta conjugacion, ni dicen *albaceha* ni *almutacen* ni *ataiforico*, ni otras palabras moriscas con que los toledanos ensucian y ofuscan la polideza y claridad de la lengua castellana. Esta digresion he hecho aquí, aunque es fuera de propósito, porque las damas de Toledo no nos tengan de aquí adelante por zafios. Y volviendo al propósito, quiero declarar esta cuestion por demanda y respuesta, porque no haya pregunta que alguno quiera poner, que aquí no esté puesta y satisfecha. Y será el que pregunta un discípulo mio que llaman Acevedo, et yo seré el respondiente.

ACEVEDO. No puedo entender de dónde sale este humor que viene á hacer la calentura interpolada, ni dónde se va cuando ella se quita.

VILLALOBOS. El humor que la hace, comunmente sale de las venas, que lo lanzan y echan fuera de sí, como cosa disconveniente y mala.

ACEVEDO. Y ¿cómo los echan de sí?

VILLALOBOS. Como echan el sudor, que tambien muchas veces sale de allá por unos agujeritos que llamamos poros. Destos está lleno todo el cuerpo, y fueron así hechos para muchas necesidades y provechos. Son invisibles, que solo la natura los ve con su grande y maravillosa providencia; nosotros no los podemos ver sino por ciertas conjecturas. Una dellas es, que vemos rezumar el sudor, y no vemos por dónde sale; desta manera sale aquel mal humor de las venas, y va corriendo por el cuerpo; los miembros por do pasa no lo quieren recebir, porque no les agrada la compañía de tan mal huésped, y échanlo de sí con toda cuanta fuerza tienen; y así, de lance en lance va á parar en algun miembro que tenga vasija y concavidad donde quepa todo aquel humor, y que no tenga el dicho miembro por entonces fuerzas para resistir y echarlo fuera de sí. Y cuando este humor va corriendo por partes que tienen mucho sentido, como son las espaldas y pechos y los murecillos, entonces hace frio, como si os echasen por las espaldas agua ó vino, aunque sea caliente, que luego sentiriades escalofrios, y en parando el dicho humor en la parte donde le acogen, entonces arde y acaba de podrecerse, y así hace calentura. Y tanto dura el frio cuanto dura el corrimiento, que viene, no todo junto, sino poco á poco. Y á las veces viene tan vagarosamente, que dura el frio á las vueltas con la calentura cuasi tanto como ella, porque la parte del humor que va delantera, comienza primero á encenderse, y así comienza la calentura, y la parte que viene de camino hace frio, como dicho es; y así, padesce el cuerpo frio y calentura en una misma sazon. Todo esto, y mucho mas que se dirá, lo entenderá mejor el lector cuanto mas fuere leyendo por el discurso de las preguntas.

ACEVEDO. Hora querria saber con qué virtud echan fuera de sí las venas este mal humor, ó quién ge lo manda echar; pues que ellas no entienden ni saben lo que hacen.

VILLALOBOS. Cada uno de los miembros, y aun cada una de las plantas, tiene cuatro virtudes naturales que naturalmente hacen sus obras, sin consultarlas con el ánima sensitiva ni con la razon; conviene á saber, la

virtud atractiva, con que el miembro chupa y trae para sí el mantenimiento que le conviene para rehacerse. Lo mismo hace un árbol, que aunque esté mas honda la humidad, la trae á su raíz, y de la raíz la trae para su tronco y los ramos hasta el mas alto. La segunda es la virtud retentiva con que el miembro detiene en sí el mantenimiento hasta que haga en él digestion entera, y reciba dél la substancia que ha menester, porque cada dia perdemos y nos imos deshaciendo, y hemos menester que nos reparemos para ir siquiera poco á poco. La tercera es la virtud digestiva, con que el miembro hace digestion en el manjar que en sí tiene, hasta que se ceba dél y lo convierte en su propria substancia. La cuarta es la virtud expulsiva, con que el miembro echa y lanza fuera de sí lo que le sobra y no le conviene. Y esta cuarta virtud, que hace mas al propósito de vuestra pregunta, quiero declarar, para que la veais mas palpable. E para esto debeis considerar que el estómago, despues que se mantiene y se harta de la vianda que ha tragado, lo que le sobra, claro está que lo echa fuera de sí. Y nosotros no vemos ni sentimos cómo lo lanza, pero sabemos que hoy está lleno, y si no comiese mas, mañana estaria vacío, y la madriz que tienen las mujeres echa fuera de sí la criatura cuando es llegada su hora, y no conviene que esté mas allá. Todo esto hace natura mediante la virtud expulsiva natural, que todos los miembros del animal poseen, y así las venas lanzan de sí el humor que se va estragando y corrompiendo, y el cerebro echa fuera de sí las reumas, y la vejiga las urinas, y desta manera hacen todas las otras partes.

Acevedo. Todo lo he muy bien entendido, mas vengamos agora á la pregunta principal, que todo lo que está dicho bien veo que es mostrarme el camino dende léjos, por do tengo de allegar al lugar que voy buscando; la pregunta es esta: Cuando en la terciana ó en la cuartana acaba de quitarse la calentura, ¿dónde queda escondida para volver á su hora cierta al tercero ó cuarto dia?

Villalobos. Ya he dicho en lo pasado que este humor que hace la terciana ó la cuartana, comunmente sale de las venas, y corre por los miembros hasta parar en alguno dellos que tenga capacidad y vasija en quien quepa, y que no tenga fuerzas para defenderse dél y echarlo fuera, como lo echan los otros miembros por do pasa. Y tambien habemos de saber que ningun humor no hace calentura hasta que se podresce, porque con el pudrimiento arde como un muladar, y ardiendo, echa humos podridos de sí, que suben hasta el corazon. Y como el corazon es un horno, donde se cria toda la calor que se reparte por el cuerpo, enciéndese mucho mas con los dichos humos, que son una leña muy aparejada para inflamarse y dar mas fuego de lo que es menester. Y este fuego extiéndese desde el corazon generalmente por todos los otros miembros del cuerpo, porque va por los pulsos, que todos nascen en el corazon, y se reparten por todo el cuerpo; y así, todos los miembros padecen grande ardor y calentura. De manera que el humor no hace calentura hasta que sea podrido.

Acevedo. Cuando estaba este humor en las venas ¿por qué no hacia calentura?

Villalobos. Porque aun no estaba podrido.

Acevedo. Si no estaba podrido, ¿por qué lo lanzaban fuera de sí?

Villalobos. Porque estaba tan aparejado para corromperse, que natura no lo podia corregir, y con aquella mala cualidad que hacia tan gran sinsabor en las venas, que no lo podiendo sufrir, lanzábanlo fuera de sí con gran furia, como hace el estómago cuando siente de sí alguna cosa muy contraria á su naturaleza y muy enemiga de su condicion, que á pesar de su dueño la echa de sí, haciendo vómitos con gran ímpetu y violencia, como acontece á muchas personas delicadas cuando toman purga ó á los que beben ponzoña. Así que, las venas, con su instinctu natural, sintiendo el humor que está á punto de dañarse, y que es disconveniente á su natura, échanlo fuera antes que acabe de dañarse, y todas las otras partes por do pasa tambien lo echan como á mal huesped que viene herido de pestilencia.

Acevedo. Y en las venas ¿no acontesce algunas veces que haya humores podridos y corruptos?

Villalobos. Sí acaesce, porque no pudieron mas que ellos para lanzallos.

Acevedo. Y destos ¿qué se hace?

Villalobos. Hácese la calentura continua, que dura hasta que sane ó muera el enfermo; y si este humor es cólera, hácese terciana continua.

Acevedo. Si es continua, ¿por qué la llaman terciana?

Villalobos. Porque guarda la proporcion y semejanza de terciana, arreciándose á los terceros dias. Y si es flema, hácese cuotidiana continua, que sube y abaja cada dia. Y si es melancolía, hácese cuartana continua, que cresce al cuarto dia. Y si es sangre, está siempre en una igualdad.

Acevedo. La doctrina es dulce, mas pasemos mas adelante. Sepamos dónde estaba la calentura de la terciana cuando se quitó, y cómo viene tan concertadamente á sus plazos.

Villalobos. La calentura en la hora de la huelga no está actualmente en ninguna parte. Porque cada una que viene, ella misma quema y consume el húmor que la hace. Y acabado de quemar, acábase ella, como se acaba el fuego cuando la leña se hace ceniza.

Acevedo. Si el humor se acaba, ¿por qué razon vuelve otra y otra calentura?

Villalobos. Vuelve por razon del mal humor que queda en las venas.

Acevedo. Pues ¿no decis que lo echan fuera de sí y que no le consienten quedar allá?

Villalobos. Echan fuera lo que está mas aparejado para corromperse. Mas aun queda allá otro que no les da fatiga hasta que llega su hora, conviene saber, su tercero ó cuarto dia, que es el espacio de su corrupcion, y entonces las venas, stimuladas de su mala cualidad, échanlo fuera, y va, como está dicho, adonde hace otra terciana ó cuartana.

Acevedo. Resta agora de saber por qué tienen tan cierta órden de tercero ó cuarto dia.

Villalobos. Porque todos los cuerpos corruptibles comunmente guardan órden y plazos ciertos en sus corrupciones. Vemos que la carne de la vaca dura en verano dentro de la despensa ocho dias sin dañarse, y otro tanto dirémos del pavo y de la grua; el perdigon

no dura un dia entero. Si alguno preguntase por qué tarda la vaca mas en dañarse que el perdigon, la respuesta está en pronto: porque el perdigon es muy mas muelle y mas delicada carne, y las causas de la corrupcion, que son calor y humidad, hallan mayor aparejo para imprimir en él que en la vaca. Mas, presupuesto que la carne de la vaca tarda en la despensa ocho dias en dañarse, si alguno preguntase por qué son ocho dias, y no seis, ó por qué no son doce, la pregunta seria tan vana como si alguno preguntase por qué tarda el sol en hacer su vuelta diurna veinte y cuatro horas, y por qué no son veinte y seis ó treinta horas, y por qué tarda el fuego en quemar una vela seis horas, y no son diez ó cuatro horas; y volviendo á los humores, si alguno preguntare por qué se corrompe mas presto la cólera que la melancolía, aparejada tiene la respuesta: Porque la melancolía es mas gruesa y terrestre, y la cólera mas delicada, y porque la melancolía es fria y seca, que son cualidades que contradicen á las causas del pudrimiento, que son calor y humidad, etc. Pero si preguntare por qué la cólera tarda dos dias en podrescerse, y no tres ó cuatro, la pregunta seria vana, porque cada uno de los cuerpos corruptibles tiene por natura los tiempos y las tardanzas de sus movimientos y corrupciones, y tambien tiene della las cualidades primeras y todas las otras; y por eso no preguntamos por qué quema el fuego y por qué enfria la nieve.

ACEVEDO. ¿Así que, la cólera acude con su calentura á los tercianos dias?

VILLALOBOS. Así parece.

ACEVEDO. ¿Y la cólera es siempre de una manera, sin que haya diferencias en ella?

VILLALOBOS. Muchas diferencias y diversidades hay en ella, porque hay una que es mas pura, y otra que es mas aguada, con flema, mas sotil y mas gruesa; otras distinciones tiene que serian aquí largas de contar.

ACEVEDO. ¿Y todas se podrescen á un mismo plazo?

VILLALOBOS. Todas vienen á corromperse cuasi al tercero dia; pero unas vienen mas presto, et á estas llámamos anticipantes, porque la cólera dellas es mas delgada y mas furiosa. Otras vienen mas tardías, y llamámoslas postponientes, porque la cólera mas gruesa es perezosa y tarda mas en dañarse. Pero en fin, las unas y las otras no yerran del tercero dia.

ACEVEDO. Y si las tercianas tardan en sanar seis meses, y las cuartanas dos y tres años, ¿cómo es posible que quepa en las venas tanta cuantidad de humor que baste para cebar las calenturas de todo este tiempo?

VILLALOBOS. Imposible seria aunque las venas fuesen odrinas, si ellas tambien no se cebasen de otra parte.

ACEVEDO. ¿Dónde se pueden ellas cebar?

VILLALOBOS. Ellas son rios caudales que riegan todas las provincias del cuerpo, y dan humidad substancial á todo este mundo pequeño, que es el hombre, y todos estos rios nascen de una gran fuente, que es el hígado; desta fuente se ceban todas.

ACEVEDO. Y esta fuente, si es manantial, ¿de dónde le viene tener tanta abundancia, que puede henchir y sostener tantos arroyos?

VILLALOBOS. Esta abundancia le viene cada dia de la boca.

ACEVEDO. ¿En qué manera?

VILLALOBOS. Sabed que lo que se come, con lo que se bebe, cuece primeramente en el estómago como en una olla, y luego el estómago toma de lo mejor parado que halla, la racion que ha menester para su persona, segun dice Galeno, y así es la verdad bien probada y examina la por él, aunque hay sobre esto algunas escaramuzas de ciertos ginetes de armas muy ligeras. Y despues que el dicho estómago ha tomado su racion, lo que le sobra es para mantener todos los otros miembros del cuerpo.

ACEVEDO. De manera que el estómago, primero recauda para sí.

VILLALOBOS. Come de su trabajo, como buey que anda trillando; lo que le sobra échalo al hondo, y allí los otros miembros, sus vecinos, envian con sus cestillas á demandar su parte. Las tripas llevan para sí el desecho y las heces de la vianda, y mantiénense de algun zumo y substancia que va en ellas; el hígado tiene unos caños delgados que calan al estómago y á los intestinos superiores, estos chupan como unas sanguijuelas el zumo y la substancia de la vianda que está en el hondo del estómago y en la parte alta de los intestinos, y llevan este zumo á una vena muy ancha, que está en la concavidad del hígado, y de allí se reparte por todas las venillas del hígado, que son infinitas, y en ellas se cuece otra vez para tornarse sangre, y en este cocimiento, como en todos los licuores que se cuecen, hay partes gruesas y partes delgadas, y otras que toman el medio. La parte mas gruesa, que es como heces en el cocimiento que hace el hígado, esta es el humor melancólico. La parte mas delgada, que es como espuma, es la cólera. La parte que es igual y coció en toda perfecion es la sangre pura, naturalísimo y escogido nutrimento de los miembros. Hay otra parte mezclada con la sangre que no acabó de cocerse bien para hacerse sangre, y esta es flema, que es una sangre mal cocida. La comparacion desto es como el mosto que cuece en la cuba, porque en su cocimiento hay parte delgada, como espuma, y esta sube á lo alto. Hay otra parte gruesa, que son las heces, y estas, con su pesadumbre, se van á lo hondo; hay otra parte, que es vino perfecto, y hay otra, que no acabó de cocer para ser vino, y quédase mosto por algunos dias, y sentímoslo cuando bebemos vino nuevo. De manera que todos los dias se hacen en el hígado los cuatro humores naturales; y cuando el cuerpo está enfermo por pujanza de cólera que haya en las venas, claro está que se criará en este cada dia mas cólera que en otros cuerpos, y de esta se ceban cada dia las tercianas; y si está enfermo por abundancia de melancolía, criará este humor mas que otros, y deste se ceban las cuartanas, aunque duren muchos años.

ACEVEDO. Todas las nieblas me habeis derramado en esta materia; que aunque los libros están llenos della, nunca quedé satisfecho de todos los puntos que aquí se han tocado; que no parece que hablais por barrunte ni por conjecturas, sino que lo ofresceis á la vista tan claro como la luz.

VILLALOBOS. Paréceos á vos así.

ACEVEDO. Parécemelo tan bien, que me tengo por dicho que á todos parecerá lo mismo.

VILLALOBOS. Pues yo os certifico que lo vió el otro dia escripto un doctor que vos conosceis, y dijo que

todo esto ya él se lo sabia. y que quisiera ver otra cosa nueva de mi mano. E despues eché quien le preguntase la cuestion, con algunos pasos della que son dudosos, y á ninguna pregunta supo responder, de manera que le faltó el entendimiento de la cuestion, y la memoria de lo que habia leido por mi escriptura. Bien veo yo que no puede hombre hablar en la sciencia cosa que no esté ya hablado, que lo mismo acaesció á cuantos autores tenemos despues de Hipocras: mas consiste mucha parte de la buena doctrina en saberlo decir, y guisar con tal sabor para el gusto de los otros, que les sepa bien, especialmente si se acrescientan algunas cosas nuevas de las que los otros no dijeron. Pero ciertamente adolescemos los médicos de esta plaga mas que todos los profesores de las otras disciplinas, que en ninguna cosa confesamos ventaja los unos á los otros, y todo lo que los otros saben sabemos, aunque no sepamos una letra. En verdad, esta doctrina no la tomamos de Sócrates, que siendo sapientísimo, cuando le loaban lo mucho que sabia, decia él que una cosa bien confesaba él que la sabia muy sabida, y era saber que no sabia nada. ¡Cuán léjos están de decir otro tanto algunos bachilleres de mala muerte, y aun algunos doctores de mala landre que los lleve, que ninguna otra cosa saben sino andar á las orejas royendo los zancajos á los que saben mas que ellos!

METRO II.

¿Por qué el calor natural,
Siendo cualidad tan blanda,
Cuece y obra en la vianda
Mas que el fuego elemental?
Que si la carne y el pan
Echan á cocer en agua
Tres dias sobre una fragua,
Nunca tal obra harán.

GLOSA.

Este problema convenia mas al primer tractado de esta obra; porque allí se tracta de cosas naturales; mas púsose aquí, porque son menester para su intelligencia muchos principios y fundamentos que están declarados en el capítulo precedente, sin los cuales no se podria entender este. Y porque mejor se quiten todas las nieblas y dubdas que en este se pueden ofrescer, será bien que vaya por demandas y respuestas, como el pasado.

Acevedo, Villalobos.

ACEVEDO. Del calor natural que tienen todos los animales he oido hablar muchas veces á cuantos estudiantes hay en las escuelas de la medicina, y nunca he podido de su boca dellos entender si es cuerpo, ó si es alma, ó si es complexion, ó si es alguna cosa viva ó muerta que anda por el cuerpo; ni sé si está en todo el animal, ó si tiene su principio y origen en alguna parte; y dicen que hace cuantas obras se hacen en el cuerpo; no alcanzo en qué manera las hace, porque unas veces le hacen cocinero, y otras entallador y pintor de figuras al proprio; y unas veces acrescienta, y otras diminuye. Y finalmente, le dan tantos oficios, cuantos dias hay en el año; y nunca le vemos, ni aun sabemos si es alguna fantasma que aparece á unos y á otros como trasgo ó como la hueste antigua.

VILLALOBOS. En una doctrina muy trillada habeis puesto tantas dificultades y errores, que aína me haréis entender que es burla esto que dicen del calor natural, y que es patraña de los médicos y de los filósofos. Y porque á tantas preguntas como haceis juntas no podria responder muy á la clara, sino por partes, quiero daros primero á conoscer palpablemente el calor natural, y despues iré quitando poco á poco todas vuestras dificultades, hasta que vos quedeis satisfecho ó yo quede confuso.

ACEVEDO. Deseo mucho ser alumbrado en esta obscuridad; que cierto yo estoy tan corto de vista en ella, que he menester alguno que me lleve por la mano.

VILLALOBOS. Dadme acá esa mano, y ponérosla he en vuestro mesmo pecho.

ACEVEDO. Ya la tengo puesta.

VILLALOBOS. ¿Qué sentis?

ACEVEDO. Siento calor.

VILLALOBOS. Pues hágoos saber que es ese el calor natural que tienen todos los animales en cuanto les dura la vida; y cuando hace tan gran frio que se mata con él una gran hoguera, estando vos en medio de la nieve, si entonces poneis la mano como agora en vuestro pecho, sentiréis calor notable. Yo sé que caminando muchos hombres de noche por montañas cubiertas de nieve, para guarecer de la muerte, abren la bestia en que van, y con la calor que hallan dentro della escapan de gran peligro. Este es el calor natural que tienen todos los vivos durante la vida, y en muriendo quédanse frios.

ACEVEDO. Síguese que del alma procede este calor en el cuerpo.

VILLALOBOS. Así es la verdad, que es ella la causa.

ACEVEDO. Eso es lo que yo no puedo entender; porque, ¿cómo es posible que caliente la cosa que no es caliente, y que siendo el alma cosa incorpórea y no subjecta á cualidades corporales, pueda ella dar calor con su presencia, y conservarlo en el cuerpo?

VILLALOBOS. Algunas cosas hay que dan calor no siendo ellas calientes en sí mismas.

ACEVEDO. ¿Qué cosas son esas?

VILLALOBOS. El sol y la luna y todas las estrellas no son calientes, porque no les toca el contagio de las cualidades elementales, y engendran calor en todos los cuerpos inferiores; y tambien el movimiento no es cosa caliente de suyo, y es causa de calor por sentencia de todos los filósofos, que dicen que todo movimiento es causa de calor.

ACEVEDO. Yo confieso que es así en las cosas corporales, mas el alma no es cuerpo celestial, para que haga influencia de calor en los cuerpos que están debajo della, ni tiene movimiento, porque de suyo es inmóvile; querria saber por cuál razon hace calor en el cuerpo.

VILLALOBOS. Por parte del movimiento, porque aunque ella no se mueva por sí misma, hace con su presencia que se mueve el cuerpo.

ACEVEDO. ¿Qué dirémos cuando el cuerpo no se mueve? ¿No habrá por ventura calór dentro dél?

VILLALOBOS. Nunca el cuerpo vivo está sin movimiento notable en sí todo ó en sus partes.

ACEVEDO. ¿Qué partes hay del cuerpo que perpétuamente se muevan?

Villalobos. El corazon y el pulmon y el pecho, con sus telas, y el vientre, y todas las venas pulsantes, y todas las telas que están enramadas con ellas.

Acevedo. Y las partes del cuerpo que carescen dese movimiento, ¿de cuál parte les viene el calor natural que tienen con la vida?

Villalobos. Tanto me enojaréis, que os descubra secretos de filosofía, que los tengais por cosa nueva.

Acevedo. A la fe, Señor, en tal caso yo acuerdo de enojaros.

Villalobos. Ya vos sabeis que el corazon en su compostura tiene dos senos ó concavidades, de las cuales la diestra está llena de sangre muy escogida, cual conviene para la recreacion y gobierno de tal noble substancia, y en el seno izquierdo se contiene el spíritu vital, que es un cuerpo sotil á manera de aire. Cuerpo invisible, celestial, purísimo, y en quien la natura se esmeró tanto y le dió tanta perfecion, que por solo él fué hecho el corazon, como vasija suya, y todos los otros miembros son por él y para su servicio; porque él es el principalísimo subgecto del alma, y dél se comunica la vida y todas las virtudes á todas las partes del cuerpo. Esta es filosofía platónica, que no la niegan los peripatéticos.

Acevedo. ¿Por dónde se puede investigar que el seno izquierdo del corazon está lleno dese spíritu, pues que nunca lo vió ninguno, y por dónde se sabe que lo hay?

Villalobos. Sábese que lo hay por el tacto, porque es palpable.

Acevedo. ¿En qué manera lo alcanzamos por el tacto?

Villalobos. En los pulsos conoscemos que está dentro dellos un cuerpo sotil como aire que hace aquellos latidos, y nunca cesan del todo hasta que cesa la vida del animal.

Acevedo. ¿Cómo se alcanzó que el seno izquierdo del corazon esté lleno deste spíritu?

Villalobos. Sábese, porque muerto el animal, queda vacía del todo la dicha concavidad, y por cuanto natura no suele hacer cosa en vano; claro está que en un miembro tan principal como es el corazon, no habia de hacer aquel armario vacío sino para esconder en él algun gran tesoro y alguna gran substancia en quien el ánima principalmente morase, y sin la cual ella no pudiese quedar. Mayormente que todas las venas pulsantes nascen de allí, y en ellas palpablemente conoscemos que anda el spíritu, como dicho es.

Acevedo. De manera que vuestro paso á paso me quereis persuadir que del corazon procede la vida y el calor natural á todos los otros miembros del cuerpo.

Villalobos. Así es como vos lo habeis entendido.

Acevedo. Eso no es gran secreto de filosofía; que todos los escolares que han aprendido los primeros principios y rudimentos de la medicina lo saben.

Villalobos. Yo os he enseñado las vias y el rastro por donde lo supieron los grandes filósofos naturales, y os he puesto la mano sobre el calor natural y el spíritu vital, en quien vos hallábades tantos ambajes y tantas obscuridades, y agora, de verlo tan claro todo, paréceos que los niños lo saben. Esa es una condicion comun de los ignorantes, que antes que sepan la doctrina no la creen, y despues que se la dan á entender piensan que ya se la sabian.

Acevedo. En eso decis tan gran verdad, que me habeis echado en gran vergüenza, porque hasta agora yo no hallaba calor natural ni espíritu vital, y despues de hallado no doy gracias por ello. Como los labradores que andan llorando por la mula que han perdido, y despues que se la dan ponen en pleito el hallazgo.

Villalobos. Pues aun no he declarado el mayor secreto, porque vos me lo atajastes con vuestras preguntas, porque poniades dificultades en eso que decis que lo saben todos. Vos me preguntástes de cuál parte les viene á los miembros el calor natural que todos tienen con la vida; yo he respondido que les viene del corazon, y digo que les viene por medianería de las venas pulsantes, que nascen, como dicho es, del mismo corazon, y repártense por todos los miembros del cuerpo, y llevando ellas dentro de sí aquel spíritu vital muy caliente, caliéntanse con él todas las partes y partecillas del cuerpo de una calor uniforme y suave, con que la potencia nutritiva ejercita los actos de la digestion, y llámase calor natural porque procede de la natura del animal, y calienta siempre sin artificio.

Acevedo. Cada hora me voy alumbrando mas, porque oimos hablar destas materias en las escuelas; pero estamos tan adormecidos y tan abonados en la intelligencia dellas, que solamente nos quedan los vocablos en la memoria, sin que el entendimiento se apasciente ni goce de las verdades, como los que tragan la vianda sin mascarla, ni dar gusto al paladar del sabor que tiene. Agora me falta de saber de qué parte le viene al corazon y al spíritu tanta calor cuanta tiene dentro de sí, que basta para estar él muy caliente y para repartir del calor que le sobra, por toda la carne y los huesos y por todos cuantos escondrijos tiene el cuerpo de sus puertas adentro; que si allá se encendiese fuego, él mismo consumiria la materia que quemase y el lugar dónde estuviese. Pues que digamos que viene de parte del ánima, no puedo entender la manera; porque, como está dicho, ella no es de fuego ni tiene cualidades corporales. Por otra parte, veo que en saliéndose el alma se pierde toda la calor y queda el cuerpo frio, aunque antes estuviese ardiendo; por esto creo que en la satisfacion desta dificultad debe estar el secreto de toda esta filosofía.

Villalobos. En todos los otros tiros que habeis hecho habeis dado cerca del blanco; mas agora habeis acertado en medio del fiel, y por esto os quiero enseñar todo lo que yo alcanzo en este negocio. Sabed que la causa principal deste calor es el ánima, que hace todas las obras mediante los instrumentos que tiene para venir en los actos segundos, porque ella primeramente da ser al cuerpo para que sea lo que es, y tras esto, es causa de todas las operaciones que se hacen en el cuerpo, y esto se llama acto segundo. El instrumento que ella tiene para engendrar esta calor en el corazon y en el spíritu, que está dentro dél y de todos los pulsos, es el incesante movimiento que hace el mismo corazon y los pulsos que nascen dél; porque todo movimiento, como está dicho, es causa de calor actual, no solamente en los animales, mas tambien en los inanimados; porque con dar golpes en las piedras y en los leños saltan centellas de fuego, y con ir corriendo muy presuroso el navío, saltan centellas de la misma agua, que suele matar el fuego. Pues ya en los

animales esta proporcion es muy evidente, porque si el galgo corre á la liebre, se enciende tanto, que no le basta un rio para amansarle la calor que cobró de aquel movimiento. Y lo mismo acaesce al hombre cuando corre ó cuando sube de presto por una cuesta arriba, y como el corazon y los pulsos nunca cesan de moverse, es forzado que se caliente el spíritu que tienen dentro de sí, así por ser un cuerpo muy delicado y muy aparejado para calentarse de ligero, como por estar encerrado en aposento muy estrecho, y así se enciende; de manera que si con los alientos y con el mesmo movimiento no cogiese aire fresco, para que la calor no pasase adelante, en muy breve espacio se quemaria. Y á esto llaman ahogar, porque se hace fuego lo que era spíritu, y así espira el animal. De forma que el aire que cogemos por el aliento entra en el pulmon, y este sopla en el corazon como unos fuelles, y despues el corazon, cuando se aprieta, exprime y lanza fuera de sí el dicho aire que ha cogido, porque luego se calentó, y torna el corazon á ensancharse para traer otro aire fresco. Y esto se hace con tanta priesa y tan á menudo, cuanto tarda el aliento en entrar y salir. Y este oficio tiene el corazon y los que le siguen todos los dias de su vida, sin cansar en ello, porque es movimiento natural, como el de los cielos, que se hace sin fatiga ninguna.

Acevedo. Yo pensaba que la pulsacion del corazon y de los otros miembros del aliento, que llamamos spirituales, no servia sino en dos oficios: el uno en coger aire fresco para su refrigerio, y el otro en echarlo de sí cuando está caliente, como está escripto en toda la medicina; porque cuando se dilata y ensancha el corazon, coge aire frio, que corre allá para henchir lo vacío, que no se puede dar en natura, y cuando se comprime y aprieta el corazon, echa fuera de sí el aire caliente, como está dicho de los fuelles. Pero que este movimiento sea causa inmediata de engendrar el calor natural que tienen todos los animales, esto nunca lo oí en las escuelas ni lo vi escripto.

Villalobos. Si yo digo bien, tomaldo de mí, aunque no lo escriban Jacobo de Forlivio ni los otros nominales. Y ¿por cuál razon pensábades vos que el spíritu, que está en el corazon, tenga tan gran calor actual que haya necesidad de templarse tan á menudo con el aire exterior, mayormente que Galeno no lo pone por muy caliente de complexion, antes dicen que es un vapor templado?

Acevedo. Pensaba yo que el spíritu de su natío es tan caliente que haya menester templarse con el aliento, porque así lo pone Avicena, por la mas caliente parte que haya en todo el cuerpo del hombre.

Villalobos. Avicena entendió que es mas caliente que todos cuanto á la cualidad actual, y así es la verdad, pues él da calor á todos los miembros; mas cuanto á la cualidad complexional, otra cosa diria.

Acevedo. Allí no habla sino en las cualidades complexionales de todos los miembros.

Villalobos. Así es verdad, pero habla como médico, segun el sentido, y no segun la naturaleza de las cosas. Que si hablase como filósofo, de otra manera sentiria; mas en cualquier forma que lo sienta, si el spíritu de su natural complexion es así caliente, ¿qué necesidad tiene de resfriarse?

Acevedo. Porque no se queme ni se resuelva con su gran calor.

Villalobos. Si aquella calor es de su natío, antes se conservará con ella, como se conservan las víboras y los otros animales calidísimos en fin del cuarto grado. É ¿para qué buscamos muchos ejemplos? Pues que vemos que el fuego quema y deshace todas las cosas que á él se llegan con su calor, y no se quema asimesmo, antes se conserva y dura en su cerco su forma, y con sus proprias cualidades. De manera que si el spíritu ha menester resfriar la calor que tiene, no debe ser suya propria, sino hecha de nuevo en él, para que siendo subgecto de aquella calor, la lleve á todo el cuerpo, así como el sol lleva la calor y la luz á todas las partes del universo. Y si bien mirais en ello, no hay otra parte ninguna en el cuerpo del hombre á quien pudiera natura dar este cargo de llevar esta calor por todo el cuerpo y ser subgecto della, sino es el spíritu vital, porque con su delicadeza la reciba presto; y con su ligereza corre presto á distribuirla donde es menester; y él no recibe trabajo en esto, porque así como así, él tiene por oficio de visitar todas las partes del cuerpo y dalles vida, que sin él no la podrian tener, y de camino llévales la calor natural con que siempre estén calientes y ejerciten sus operaciones naturales, como dicho es. Y si vos me dais otra causa inmediata desta calor actual, que tanto cuadre, como es el incesante movimiento de los miembros pujantes, yo abajaré mi cabeza y me conformaré con vuestro parescer.

Acevedo. Filosofía nueva es esta, y secretos son que no se revelan por todos los rincones. Bien seria que esto se juntase con los otros problemas que quereis dar á los impresores, porque es muy provechoso y será tenido en precio, aunque perderá mucho de su dignidad en ser en lengua vulgar.

Villalobos. En latin tengo escripto esto y otras cosas en un tractado que se dice: *De potentia vitali*. Mas los impresores de España no quieren imprimir libros de latin si el mismo autor no pone la costa de su casa. Y como yo no soy librero, tengo por pesadumbre trabajar en el estudio de la obra, y gastar la hacienda para el provecho de los que no lo han de agradescer. Antes espero que habrá muchos rapaces que, mordiéndome, querrán ganar honra conmigo.

Acevedo. Yo quedo por fiador á cualquier librero que lo tomare á cargo, que no tardará un año en vender todos los libros que imprimiere. Mas agora deseo saber por qué natura dió al spíritu el calor tan excesivo, que haya necesidad de reparo tan frecuente y tan continuo. Porque despierto el animal y dormiendo, nunca cesa jamás de coger por el aliento y por los pulsos aire fresco para su refrigerio.

Villalobos. Bien pudiera natura hacer lo que vos mandais, si la calor que da el spíritu no fuera necesaria sino para él solo, mas fué menester dárgela para que él la llevase á todo el cuerpo; y una substancia tan delicada y tan noble no pudiera sufrir la carga y la calor de todos, si con este refrigerio no se reparase.

Acevedo. Y ¿para qué fué necesaria esta calor en todo el cuerpo?

Villalobos. Eso no habíades de preguntar, porque es cosa muy trillada, y no hay médico ni filósofo que no sepa que la calor natural fué hecha para el coci-

miento de la vianda, que se hace primeramente en el estómago y vientre, y despues en el hígado y en las venas y en el corazon, y últimamente, cada miembro por sí acaba de cocer la racion que le cabe, de un cocimiento conforme al apetito y gusto natural que tiene. Y si esta calor no fuese, toda la sangre se congelaria en el cuerpo, y así cuajada, no podria correr por las venas grandes, y mucho menos por las chiquitas que están enramadas por todas las partecillas del miembro, y están siempre goteando, porque nunca se sequen, sino que duren en zumo y verdura, y se conserve en ellas el calor natural, como se conserva el fuego de la candela en el aceite del pávilo. E finalmente, fué hecha esta calor para otros infinitos efectos, que aquí serian tan largos de contar, que no ocuparian un problema, sino un justo volúmen.

ACEVEDO. Yo me doy por mas que satisfecho en todo el discurso que habemos llevado, porque ya conozco el calor natural y sus causas, y el horno donde se enciende y los caños por do va á repartirse por todos los miembros interiores y exteriores, y los fines para que fué hecho. Y todo está dicho tan evidente, que lo he visto por estos ojos y palpado con estas manos. Solamente me falta de entender una cosa que há muchos dias que estoy dubdoso en ella.

VILLALOBOS. ¿Qué cosa es?

ACEVEDO. Dicho está que por los miembros del aliento y por las venas pulsantes entra en el corazon aire fresco con que se temple el spíritu que está dentro, para que no se ahogue ni se resuelva con el gran fuego que tiene; y este aire entra por la boca y por las narices al pulmon, y de allí al corazon.

VILLALOBOS. Así es.

ACEVEDO. E si el dicho aire no entra por allí, ahógase y enciéndese el espíritu, y repentinamente se muere el animal.

VILLALOBOS. Decis verdad.

ACEVEDO. La criatura que está en el vientre tiene atapada la boca y las narices, y aunque las tuviese abiertas de un palmo, el lugar donde está es tan apretado y tan caliente, que cualquiera que en otro igual lugar metiese la cabeza se ahogaria luego. Querria yo saber cómo se puede allí sostener y conservar la criatura tantos meses sin ahogarse; y la mayor maravilla que en ello hallo es, que en saliendo la dicha criatura del vientre, si su madre ó su ama se descuida ó se duerme, y le atapa la boca y las narices con la manga ó con la gran tela, luego se ahoga el niño. ¿Qué razon se puede dar para que tan presto se ahogue en saliendo, y para que nunca se haya ahogado estando en aquel ahogadero?

VILLALOBOS. No es mala ni muy trillada cuestion la que habeis puesto; muchos hay que lo echan á milagro, y otros á las propriedades ocultas. E si desta manera hubiésemos de responder en las cosas naturales, cesaria la filosofía, y pagariamos á todas las preguntas con decir que son milagros ó que Dios lo quiso; y así, alcanzarian tanto los rústicos como Platon y Aristóteles, y aun con mayor verdad. Lo que yo alcanzo en eso es, que estando la criatura en el vientre, no tiene necesidad que en su corazon se engendre tanta calor que baste para resolver ni ahogar el espíritu vital que allí tiene; y por eso aquel movimiento de dilatacion y compresion que suelen hacer el corazon y los otros miembros pulsantes, con que se hace el calor natural, es muy poco ó ninguno estando el niño en el vientre.

ACEVEDO. Pues ¿con qué calor hace la potencia nutritiva del chiquito sus digestiones y todas las otras operaciones?

VILLALOBOS. Con el calor natural de la madre, que basta para entrambos. Ella tiene dentro de sí tan abrazadas y tan trabadas unas venas con otras, que los actos naturales della le comprehenden á él, como si fuese un miembro de los de su madre. Y así como el estómago de la criatura está entonces ocioso en su oficio hasta que la criatura salga fuera y le entre el nutrimento por la boca, así el corazon está ocioso en el suyo, hasta que el niño se cebe por su pico y le entre el aliento por la boca y las narices, para que le haga mover y engendrar aquella calor natural que ha menester, despues que le faltó la de su madre. E si estando en el vientre tiene necesidad de algun refrigerio el corazon de la criatura, esta necesidad es tan poca, que le basta el aire que le entra por las venas pulsantes de su madre, que están trabadas con las suyas.

ACEVEDO. Y despues que la criatura salió á luz, ¿quién le mostró á resollar y coger aire fresco, pues que en el vientre decis que no lo acostumbraba?

VILLALOBOS. Mostrógelo la misma maestra que le mostró á mamar, aunque en el vientre no mamaba, y esta es natura, mediante las potencias vital y nutritiva.

ACEVEDO. Y deste movimiento que hacen el corazon y los miembros del spíritu, ¿quién es el movedor? que á mi ver no se puede decir que lo hace el ánima, pues que ella misma no lo entiende, y hácese aunque el hombre esté dormiendo y aunque esté con aplopejía, y hácese aunque el alma no quiera, porque no está subjecta al imperio de la voluntad.

VILLALOBOS. Esto hace la potencia vital que añadieron (y muy bien) los médicos á sus maestros los filósofos.

ACEVEDO. ¿En qué manera lo hace?

VILLALOBOS. Hácelo tan natural y tan sotilmente como si supiese lo que hace y como si obrase con propósito. Ya vos sabeis, por lo que antes habemos comunicado, que la potencia nutritiva obra con cuatro virtudes que tiene. La primera es atractiva, con que natura mete para sí el mantenimiento que ha menester. La segunda es retentiva, con que lo tiene hasta que se aproveche dello. La tercera es digestiva, con que hace en la vianda su digestion. La cuarta es expulsiva, con que echa y lanza fuera de sí lo que le sobra ó no conviene. Todo esto hace el niño en nasciendo, guiándole natura, sin saber lo que hace; porque con la virtud atractiva mama y trae la leche al estómago, y con la retentiva detiene la leche, y no la deja correr abajo hasta que cumpla en ella su digestion; con la digestiva hace su digestion hasta que tome el estómago della lo que mas le conviene, y con la expulsiva echa el estómago fuera de sí lo que no le conviene.

ACEVEDO. Todo eso está largamente declarado en el problema pasado.

VILLALOBOS. Decis verdad, mas fué bien traerlo aquí á la memoria para que entendais mejor lo que agora diré. Sabed que, así como la potencia nutritiva de un

animal, y aun de una planta, obra naturalmente con estas cuatro virtudes, sin tener propósito ni saber lo que hace; así la potencia vital de los animales obra con las dos dellas naturalmente y sin saber lo que hace. Porque, así como hay en los miembros que se mantienen virtud atractiva de la vianda, y expulsiva de lo que sobra ó daña, así en los miembros del aliento hay virtud atractiva del aire frio, y expulsiva del aire caliente, sin saber lo que hace. Y con estas dos virtudes el corazon se abre y ensancha como fuelles para coger aire frio, y luego se comprime y aprieta para exprimir y lanzar fuera de sí aire caliente. E así como no nos maravillamos del movimiento natural que hacen los miembros nutritivos en atraer para sí lo que les conviene y desechar lo que no conviene, así no nos hemos de maravillar del movimiento natural que hace el corazon para traer aire frio, y lanzar de sí el aire caliente, porque todos son movimientos, no cierto voluntarios, sino naturales, dados á los animales, así como á los elementos fueron dados sus proprios movimientos en sus proprias generaciones.

Acevedo. Yo me doy por satisfecho en todo lo que habemos altercado. Mas agora me falta de saber por qué razon los doctores llamaron celeste á este calor natural susodicho.

Villalobos. Si yo no me engaño, justamente meresce llamarse celestial, porque no procede de elemento; mas engéndrase en el corazon de aquel su movimiento perpétuo, que nunca cesa en tanto que le dura la vida. Que ningun movimiento de cuerpos corruptibles hay en toda la universidad de natura, que así parezca al movimiento de los cuerpos celestiales, como es el movimiento del corazon y de las venas pulsantes; porque se mueven, como el cielo, sin cansancio ni pena, y muévese el corazon segun sus partes, no mudando su lugar como el cielo; y muévense los pulsos con el movimiento del primer móvile, que es el corazon; y muévelos á todos un movedor que no es móvile, que es natura; y así el corazon como los pulsos contienen dentro de sí un cuerpo muy semejante á los cuerpos celestes, que es el espíritu, de que ya habemos hablado, y este espíritu recibe la virtud et influencia del cielo, por la gran conformidad y semejanza que tiene con él mas que todos los otros cuerpos naturales. Por estas razones y por otras que se podrian dar, méritamente el calor natural se debe llamar celeste.

Acevedo. Otra dificultad me nasce agora, y no quiero quedar con ella, pues que tan buenas respuestas me dais á todo, y es esta. Dicho está que el aire frio que estos miembros atraen para sí con su dilatacion, es para resfriar el espíritu que está dentro dellos porque no se ahogue ni se consuma; y despues que este aire se calienta y se quema allá, el corazon lo echa de sí con su compresion, conviene saber, apretándole y exprimiéndolo, y todo ello está muy bien probado. Quiero saber si este aire frio, cuando allá entra, se mezcla con el espíritu para templarle, ó no.

Villalobos. No sé por qué lo preguntais; mas digo que sí.

Acevedo. Cuando se aprieta el corazon y los pulsos para echar fuera aquel aire quemado, ¿cómo no echan á las vueltas el spíritu que está mezclado con él?

Villalobos. El espíritu es el príncipe y señor de la virtud expulsiva y de todas las otras virtudes, y él las trae y las da á todos los miembros del cuerpo, y él lanza de sí aquel aire quemado para recebir otro fresco; y no se sigue que por eso vaya tras él, porque esto cuando acaesciese, repentinamente se moriria el animal, como acontesce al hombre en el demasiado gozo, y no es tan flaca ni tan imprudente la providencia de natura, que cuando un miembro lanza de sí las superfluidades que están revueltas en él, que por eso se vaya á la vuelta dellas. Bonicos quedariamos cuando el cerebro echa fuera aquellas reumas y corrimientos que salen por las narices y la boca, si entonces echase los meollos con ellos.

Acevedo. Ya no me queda scrúpulo ninguno en todos los artículos desta cuestion, si no es lo que el mismo problema pone á la letra.

Villalobos. Pues que así es, vengamos á la declaracion de la letra del problema; dice así: Que pues el calor natural no es tan fuerte como el calor del fuego, antes muy manso y suave, ¿por qué razon muda tan presto con su cocimiento la substancia de la vianda en otras substancias tan diferentes, cuanto es diferente el pan del miembro en quien se transforma, y de aquella superfluidad que va á los intestinos? Lo cual hace el calor natural dos ó tres veces al dia con su cocimiento, y no lo hará el calor del fuego en muchos dias; porque si cuecen en una olla pan y carne ó cualquiera otra vianda, no hará en ella el calor del fuego, por grande que sea, tan gran mudanza ni tan diferente substancia como hace el calor natural dentro del estómago, siendo tan manso; que si meteis la mano dentro del estómago de un animal, sentis calor con que holgais, y si la meteis en una olla hirviendo, sentis ardor con que no habeis placer ninguno. Por este inconveniente hubo algunos filósofos de los antiguos que tuvieron por opinion que el calor natural no cuece la vianda en el estómago; y la razon que daba por sí Asclepiades era los reheldos y los vómitos, porque con ellos, en cualquier hora de la digestion, nunca se siente cocida la vianda en el estómago, sino aceda y de otros malos sabores, lo cual no aconteceria si alguna vez estuviese bien cocida. Creo yo que bien debian pensar Asclepiades y Erasistrato y los de su secuela que no se cocia verdaderamente el manjar en el estómago con la calor que allí está, sino que se podrecia, como se haria en un muladar, con la calor que tiene; porque para que una materia se transforme en otra substancia, es forzado que se corrompa y pierda la forma que antes tenia, para que haya lugar de recebir la nueva forma que sobreviene; y como el manjar entra en el estómago para tomar forma de sangre ó de miembro, es necesario que primero se corrompa el manjar y se despoje de la forma que lleva; y si este era el intento de los filósofos, no seria su opinion tan ridiculosa como cierto Galeno la hace. Mas nosotros responderémos por otro camino mas conforme á la via de los peripatéticos, pues que somos de su bando, y digo que en el estómago se hace perfecto cocimiento en lo que es bueno de la vianda y conforme á su mantenimiento, y lo mismo se hace en el hígado y en todos los otros miembros. Mas en lo que es malo de la vianda y disconveniente á la natura de los dichos miembros, aquello no se cuece en ellos, antes se lanza fuera co-

mo cosa contraria y dañosa, y esto es lo que se siente en los rehuelgos y los vómitos.

Acevedo. Pues ¿qué respuesta darémos á la dificultad del problema que dice que, siendo el calor natural tan suave y tan manso, cómo puede hacer en breve tiempo tan grande obra?

Villalobos. Gran dificultad seria si el autor de aquel cocimiento y digestion fuese solo el calor natural; mas no lo es así.

Acevedo. Pues ¿quién cuece esta vianda que cabe en el estómago?

Villalobos. La potencia natural que llamamos digestiva, hija ó servidora de otra potencia mayor que ella, que se llama vegetativa ó nutritiva. Esta es la que hace el cocimiento y digestion en la parte mas buena, y es mas conveniente de la vianda; y el instrumento desta obra es el calor natural, que dispone la materia para que reciba la forma que le dieren; y despues que el dicho estómago se mantiene y se harta, todo lo que le sobra, aunque sea bueno, lo echa de sí como cosa demasiada y dañosa; y entonces el hígado envia por su racion, y los intestinos envian por la suya.

Acevedo. ¿Adónde envian por esta racion?

Villalobos. Al hondon del estómago calan unas venas que se llaman miseráicas. Estas nascen del hígado, y nunca hacen sino mamar y chupar del estómago el zumo mas escogido de la vianda que allí se coció; y llévanlo á la concavidad del hígado, donde se cuece otra vez, como el mosto en la cuba, y se hace sangre, como habemos dicho, y desta sangre se mantiene el hígado, y lo que le sobra corre por todas las venas, y gobiérnase dello todo lo alto y lo bajo del cuerpo, como se gobierna la mas alta hoja de un árbol del humor que se cuece en la raíz, aunque el árbol sea tan alto como aquellos de la India, que dice Plinio que no los sobrepuja un tiro de una saeta. Destos la mas alta hoja se mantiene y reverdece con el gobierno que le entra por la raíz, y sube por sus jornadas contadas hasta arriba, no olvidando por todo el camino cuántos brazos y ramos se extienden en toda la latitud que tiene. Desta manera todos los miembros altos y bajos reverdescen y se gobiernan de la sangre que sale del hígado, y corre por las venas altas y bajas, excepto el estómago y los intestinos, y la hiel y el bazo y la vejiga, que estos, segun dice Galeno, se mantienen de otra manera; porque el estómago se gobierna de su trabajo, y los intestinos hacen lo mesmo, como dicho es, sin que les venga nada por las venas. La hiel se mantiene de lo que tiene en su balsa, porque ella misma se lo quiere, y lo chupa como cosa muy dulce y delectable para su gusto; y lo mismo hace el bazo con aquella agua-pié que sale de las heces de la sangre, y otro tanto hace la vejiga con la urina. Todo esto he dicho aquí, porque sepan que los doctores que hablan contra esta opinion van contra Galeno porque no le entendieron bien, no cierto por falta de sus ingenios, sino por errores de la traducion antigua; y como esto que dice Galeno sea verdad, pídoos por merced que os atrevais á decirlo en público delante algunos doctores que están mancipados con la opinion contraria, y no hagais sino decirles que el vientre no se mantiene de la sangre que va del hígado; yo os certifico que no solamente os tractarán como á herético y absurdo, mas turbaros han y ensordesceros han con sus desentonados gritos y clamores. En ninguna manera quieren ver á Galeno en el tercero *De Potentiis naturalibus* ni en otras partes, y tienen ya tan arraigada y tan jurada la dicha opinion, que si un ángel descendiese del cielo á decirles otra cosa, renegarian del ángel y aun de su embajada; mayormente si el dicho jurado acierta á ser muy confiado y enamorado de su ingenio, y por eso muy porfiado; que este tal no solamente porfia, mas tórnase melancólico y furioso, unas veces muriendo de risa y otras veces llorando con mil gestos y gritos furiosos. Yo tengo experiencias desto, y doy aviso á todos los que disputan, que cuando toparen con hombres desta cualidad huyan dellos como de perros que tienen rabia, si no quieren quedar amenguados de dar topadas.

Acevedo. El consejo es bueno y la necedad es grande del que está acorralado y encerrado en una secta ó en una opinion sin ver lo que puede haber tras ella. Mas porque no se nos vaya d'entre manos lo que habemos comenzado, es de saber en qué manera hace natura digestion en el manjar con la calor natural del estómago, pues que en los vómitos nunca ge la sentimos; que si fuese buen cocimiento no habria en él tan mal olor ni sabor tan malo, lo cual nunca acontesce en el cocimiento que se hace sobre el fuego.

Villalobos. El cocimiento que se hace en el estómago no es del todo semejante al que se hace en la olla, porque en la olla no hay virtud atractiva ni expulsiva, ni hay otra accion sino la del fuego, que todo lo que allí está cuece sin escoger ni desechar; y así con aquel cocimiento lo que allí está no se corrompe, antes se preserva de corrupcion. Pero el cocimiento que se hace en el estómago, por cuanto lo hace la potencia nutritiva, aparta lo que conviene para el estómago con la virtud atractiva, y con la expulsiva echa de sí lo que no le conviene; y de lo que toma el estómago para sí y hace en ello su digestion, nunca sale mal olor ni mal sabor, sino de aquello que desecha.

Acevedo. Si lo que el estómago desecha es así malo, ¿cómo se gobierna dello el hígado y el celebro y el corazon, siendo miembros mucho mas nobles que el estómago?

Villalobos. No digo yo que todo lo que desecha el estómago es malo, que mucho dello es bueno, mas no hace á su propósito, y por eso no es bueno para él, y échalo de sí; mas el hígado y los otros miembros principales toman de aquello bueno lo que hace á su cuenta, haciendo en ello otros guisados y cocimientos conformes á sus proprias naturalezas, y así se mantiene dello. El estómago ni las tripas no han menester aquellos guisadillos, porque, como moran acá fuera en el arrabal, no se curan de las delicadezas ni policías de la república que mora de los muros adentro, que son los miembros que se gobiernan del hígado y de las venas, porque estos piden otros aparejos en la vianda sobre lo que se guisa en el estómago. Y esta es la sentencia de Galeno, aunque diga otra cosa el Conciliador y otros escaramuzadores de las cátedras.

Acevedo. Todavía queda scrúpulo en mi pregunta, que no puedo pensar cómo pueda la virtud digestiva hacer tan gran cocimiento, y con tan poco fuego como es el calor natural.

Villalobos. Pues somos maravillados mas de la digestion que se hace en las raíces de las plantas, que no tienen calor natural manifiesto á nuestro sentido, y cuecen la vianda para todo el árbol, aunque sea de tan grande altura como la que arriba díjimos.

Acevedo. E á eso ¿qué respondeis?

Villalobos. Respondo que cuando un agente natural es fuerte y vence á la materia, ligeramente le introduce la forma que quiere, y así la virtud digestiva es muy fuerte y vence al manjar; porque esta es la diferencia que pone Galeno entre el veneno y el cibo; que así como el veneno vence á natura, así natura vence al cibo. De manera que, dándose por vencido el manjar y no repugnando á la virtud digestiva, aquella poca calor le basta para hacer su cocimiento. Acá fuera en la olla no se puede hacer así, porque aquella agua herviendo no es agente puro natural, ni obra por intento de introducir otra forma y no vence á la materia que allí se cuece, antes ella repugna fuertemente á la operacion de aquella calor artificial; é por esto, aunque sea grande la calor, no se puede igualar con la obra natural de la virtud digestiva que hace con su pequeña y suave calor; y si quereis ver cómo este cocimiento de la digestion no se hace con fuerza de calor, conoscerlo heis en las fiebres, que siendo la calor del estómago y de los otros miembros mucho mayor, es la digestion tanto menor, que á las veces es ninguna y otras veces se corrompe. De manera que la calor natural debe ser en cierta medida y moderacion para que natura obre con ella; y si de aquella raya excede, no es natural, sino extraña, y entonces natura no se sirve della.

Acevedo. Todo está tan bien declarado, que no hay mas que preguntar.

CARTA DEL REVERENDÍSIMO SEÑOR EL SEÑOR DON ALONSO DE FONSECA, ARZOBISPO DE SANTIAGO, AL DOCTOR DE VILLALOBOS.

Pocos dias há que el señor don Gomez me mostró un diálogo vuestro, en que muy claramente vi que nuestra lengua castellana excede á todas las otras en la gracia y dulzura de la buena conversacion de los hombres, porque en pocas palabras comprehendistes tantas diferencias de donaires, tan sabrosos motes, tantas delicias, tantas flores, tan agradables demandas y respuestas, tan sábias locuras, tantas locas veras, que son para dar alegría al mas triste hombre del mundo; y aun díjome el señor don Gomez que, demás de aquello que allí posistes, despues que al Duque le cresció la calentura y vos acabastes de comer y aun de beber, hubo entre los dos otra batalla mas sangrienta que la primera, que se corrió gran peligro de venir á las manos; y como ellos no osaban reir sueltamente por no enojar á las partes, hubo tantos reventones de risa, que uno á uno se salieron todos de la cámara, y os dejaron á vos en los cuernos del toro. Hacedme saber, señor Doctor, cómo os aprovechástes tan poco de vuestra filosofía, y enviadme una copia del dicho diálogo, con addicion de lo que allí faltastes; porque aquel desgraciado no me quiso dejar el suyo, diciéndome que os habia jurado de no lo dar á nadie. E si desta casa mandais alguna cosa, ya sabeis que todo es vuestro cuanto hay en ella. De Salamanca, etc.

RESPUESTA DEL DOCTOR.

Allá envio el diálogo como lo tiene el señor don Gomez: si vuestra señoría lo quiere para burlar de mí, dígalo claro, que buen campañero soy para acudir y rechazar. La otra escaramuza, como vuestra señoría dice, fué mas trabada que la primera, porque con la cuartana el paciente no estaba muy filósofo, y con el vino el filósofo no estaba muy paciente. Aquellos señoritos, como son buenos despartidores de ruidos, gustaron mucho mas de las veras que de las burlas, y deseaban, con gran caridad que hay en ellos, que viniésemos á las greñas; y porque estas cosas que se hacen con calor y con gestos y meneos furiosos son graciosas durante la farsa, y no valen nada escriptas, no las encomendé á la memoria, y por eso no las envio á vuestra señoría. De Valladolid, etc.

Este es el transunto de un diálogo que pasó entre un grande deste reino de Castilla, estando con el frio de la cuartana, y el doctor de Villalobos, que estaba allí con él, en presencia de sus hijos y de la noble juventud de su casa.

Duque, Doctor.

Duque. Quince dias há que me quejo de un grande amargor de boca, y no me lo habeis remediado, y con todo eso, hallo por mi cuenta que sois el mayor físico que hay en toda Castilla.

Doctor. Por el favor que tengo de vuestra señoría soy buen físico; que por lo demás mejore Dios lo que falta.

Duque. No me entendeis; no lo digo por tanto.

Doctor. Pues ¿por qué lo dice vuestra señoría?

Duque. Porque toda la física es burla; y como vos sois el mayor burlador de Castilla, desta manera sois el mayor físico.

Doctor. Ello está por cierto bien silogizado; ya me maravillaba que de una boca tan amarga saliese cosa tan dulce. Bien se pudiera aplicar aquí el problema que hace Sanson, cuando halló el panar de miel en la boca del leon que él habia muerto.

Duque. Bien decis, porque, despues de Dios, vos me habeis muerto.

Doctor. Tampoco me entiende á mí vuestra señoría; no lo digo por tanto.

Duque. ¿Cómo así?

Doctor. Porque ni vos sois leon ni yo Sanson; mas dígolo porque teneis la boca tan amarga, que cuando no estáis de buen temple nunca salen de allá sino amarguras; si no, pregúntenlo al mayordomo y á los otros oficiales de casa.



Duque. Si yo cuando lo pude hacer hubiera hecho carne de los que son de vuestra suerte, vos me tuviérades á mí por leon; mas, como ando doméstico entre vosotros, teneisme por cordero.

Doctor. Sea así como vuestra señoría manda, pues que el reverendísimo señor cardenal de Toledo manda poner silencio en la respuesta.

Duque. No os entiendo; mas volvamos á esta mi cólera, que la siento yo en la boca, y vos me la veis cada dia en el cuero del rostro, que está teñido de azafran, y nunca habeis sido para echármela fuera.

Doctor. ¿Qué aprovecha vaciar el cuero, si luego le torna á envasar?

Duque. ¿Paréceos á vos que soy gran borracho?

Doctor. No por cierto, Señor; que quizá no hay hombre en Castilla que beba menos que vuestra señoría.

Duque. Pues ¿por qué lo decis?

Doctor. Porque sabe muy bien vuestra señoría que os teniamos ya cuasi sano de todas vuestras indisposiciones, y el dia de Antruejo fué tanto vuestro regocijo, que mandastes que todo cuanto hubiese en vuestra botillería y cuanto hubiese en el mundo todo entrase á vuestra mesa, sino físicos; y fué tan grande la comida y la bebida de aquel dia, que luego á la noche estovistes para morir de un principio de apoplejía; y si el doctor mi compañero et yo no pusiéramos tanta diligencia en provocar un vómito de cuatro ó cinco vacinas llenas de manjorrada y de venado y lampreas, y otras cosillas de por casa, no fuera posible vivir dos horas; y sobre todo esto, vuestras cargas echáislas á nuestras cuestas, y cuando algun provecho hacemos no nos dais gracias por ello, porque decis que Dios lo hace.

Duque. Y eso ¿negáislo vos?

Doctor. No por cierto; que bien sé que Dios da la salud y la vida, y tambien da la enfermedad y la muerte, que así lo dice él mismo: *Ego occidam, et ego vivere faciam, percutiam et ego sanabo.* Mas, como nos cargais culpa de las enfermedades que Dios os da por vuestros errores, ¿por qué no nos dais gracias de la salud que Dios os da por nuestras manos? Cuando vuestra señoría ha vencido en alguna guerra, ¿por qué pedis mercedes al rey, pues que Dios da la victoria?

Duque. En eso yo confieso que teneis razon. Mas en todo vuestro seso, ¿creeis que la comida de aquel dia me hizo aquel parojismo que tuve en la noche?

Doctor. No lo creo, porque lo sé de cierto como quien lo vió; y las cosas que hombre ve, impropriamente se dice que las cree, sino que las sabe.

Duque. Muy engañado estáis, y por eso os digo yo que sabe mas el cuerdo en su casa que el necio en el ajena. Sabed que aquel accidente me vino del cuarto de la luna, y no de otra cosa.

Doctor. No era cuarto de luna aquella noche, antes eran diez dias de luna.

Duque. Seria medio cuarto.

Doctor. Segun eso, no es menester cuartear la luna, sino hacer della veinte y nueve tajadas para que quepa á cada dia la suya, y tras esto comer y beber hasta reventar; et si hiciere mal, decir que no lo hizo el banquete, sino la tajada. Por cierto en otras cosas muchas yo daré á vuestra señoría todo el crédito que es razon; mas en esa no, porque veo que va muy léjos de la verdad.

Duque. ¿Qué tan léjos?

Doctor. Cuanto hay desde la luna hasta la botillería

Duque. Eso mas léjos es que de aquí á la feria de Peñaranda; mas dóos al diablo, que os lleve, que así me habeis hecho reir. ¿Negáisme vos que los cuartos de la luna me hacen grandes impresiones?

Doctor. Niego que hagan impresiones semejantes de aquella; porque, si así fuese, ¿en qué manera se pudiera sostener una edad tan larga, sobre la cual han pasado mas de seis mil cuartos y medios cuartos?

Duque. Creedme, Doctor, que todos vosotros coqueais en esto del creer.

Doctor. De los otros yo no sé nada; de mí puedo certificar á vuestra señoría que soy incrédulo de semejantes abusiones, porque son vanidades de gentilidad, y nuestro Señor no las mandó creer, antes dijo: *A signis coeli nolite timere, quae gentes timent.* Y porque soy incrédulo destas liviandades, creo mas firmemente las cosas que tienen raíces y fundamentos por donde deban de ser creidas; y si vuestra señoría creyese la fe tan firmemente como debe, ella misma le daria á entender que es imposible dejarla de creer otro ninguno que está bien informado della, si tiene uso de razon.

Duque. Yo creo en Dios trino y uno.

Doctor. E yo tambien.

Duque. Eso no creo yo.

Doctor. ¿Cuál?

Duque. Que creeis vos en las tres personas tan bien como yo.

Doctor. ¿Por qué?

Duque. Porque me lo ha dicho la una dellas.

Doctor. ¿Cuál dellas?

Duque. El Espíritu Santo.

Doctor. ¿Cuándo?

Duque. Cuando vino en las lenguas de fuego sobre la ciudad de Córdoba.

Doctor. La respuesta deso suspendió tambien el reverendísimo señor susodicho; mas yo la diré á vuestra señoría de mí á él.

Duque. Decídmela al oido.

Doctor. Pláceme. Chio, chio, chio, chio.

Duque. Ya os entiendo: ¿todavía porfiais en esa necedad?

Doctor. No, Señor.

Duque. Pues ¿por qué la decis?

Doctor. Porque vino sobre habla.

Duque. Dadme algun remedio para este amargor de boca; maldito seais de Dios, que tan gran chocarrero sois.

Doctor. Haga vuestra señoría lo que yo le aconsejare, y luego se quitará el amargor de la boca; y en eso to punto que dice de chocarrero, pésame, porque no le puedo responder lo que al doctor Torrellas delante el Rey nuestro señor.

Duque. ¿Qué fué?

Doctor. No sé si lo sabe vuestra señoría cuán inocente es, y cuán invidioso anda del doctor de la Reina.

Duque. Ya lo sé.

Doctor. Y de mí tambien tiene invidia porque huelga el Rey de hablar comigo, y un dia, riendo su alteza mucho de un cuento que yo le contaba de las damas, no lo pudo sufrir Torrellas, y dijo al Rey: «Yo, Señor, soy doctor y maestro, y como me doy á las cosas de la speculacion, no me curo destas gracias, que son cosas de chocarreros.» El Rey, afrontándose mucho por amor de mí, echóme los ojos; yo volvíme á Torrellas y díjele: «Amuéstreme vuestra merced á ser necio, pues que sois maestro, y no seré gracioso por no enojar á vuestra merced.» Fué tanta la risa de todos y tanto su corrimiento, que se salió huyendo de la cámara. Esto, como digo, no lo puedo decir á vuestra señoría, de lo que me pesa, porque me pagais las chufas en la misma moneda. Mas puédole decir que, aunque yo tenia ya buen natural, la mayor parte de las burlas he aprendido en vuestra casa, de los hijos della, y aun del padre dellos, que en verdad aquí hay una buena escuela desta profesion.

Duque. Aprendísteslas vos en casa de Satanás, y no en la mia.

Doctor. Si yo en virtud de Beelcebub, príncipe de los demonios, aprendí las burlas, vuestros hijos ¿en cúya virtud las aprendieron? Que en verdad, cuando yo acá vine no merescia enlazar la correa de su zapato.

Duque. Ellos son tales como vos, y vos tal como ellos; mas dejemos esto, y dad órden cómo se me quite este amargor de boca, que es tan grande, que el vino de los asensios que me haciades tomar hallaba dulce.

Doctor. Yo hablaré luego con el boticario, y daré todo el remedio que sea menester.

Duque. Mirad que no ha de ser cosa de jarabe ni purga ni sangría, ni otra suciedad de las que soleis dar.

Doctor. Otro campo se nos apareja.

Duque. ¿Cómo así?

Doctor. ¿Qué cosa es mandarme vuestra señoría que yo le cure, y suspenderme los medios con que le tengo de curar?

Duque. Pues ¿cómo no habeis de saber otra cosa sino jaropar y purgar y sangrar?

Doctor. Un sastre no sabe otra cosa sino cortar y coser; mándele vuestra señoría que os haga un jubon muy justo sin cortar y coser; y un platero y todos los otros maestros mecánicos no saben otra cosa sino apartar y juntar; mande vuestra señoría que os labren una casa de madera sin cortar y clavar, y burlarán de vuestra señoría. El físico no sabe sino apartar lo malo y juntar lo bueno. Si á este et á todos los otros oficiales quitais el apartar y juntar, podréis asentaros á par dellos.

Duque. Pues yo os digo, si otra cosa no se sabe en la física, que vos sois el mejor librado.

Doctor. ¿Por qué?

Duque. Porque sois un remendon, y purgais y sangrais como el doctor de la Reina: ¿qué os falta á vos para ser un doctor de la Reina?

Doctor. No me pongo agora yo en comparaciones con otro ninguno; mas mucha diferencia va del purgar y sangrar hecho sábiamente al que se hace fortuitamente. Muchas veces es menester sangrar al doliente en el primero dia, porque la corrupcion de la sangre no se extienda por todas las venas. A este tal si le dilatan la sangría hasta el octavo dia, ó le matan ó no cumplen despues con cuatro sangrías en lugar de una, y así se alargan las dolencias, y nunca Dios les da salud. Otras veces es menester que no se sangre hasta el octavo ó deceno dia, porque sentimos que hay gran pujanza de cólera y quedaria desenfrenada si le sacásemos la sangre, que es su freno, y aun la mesma cólera ocuparia en las venas la vacante de la sangre, y así cresceria la dolencia con todos sus malos accidentes; á este tal purgámosle luego sin muchos jarabes. Y como estamos seguros de la furia colérica, acudimos á la sangre que quedó escalentada y aparejada para corromperse y convertirse en otros humores malos; y en la purga es menester asimismo guardar temples y coyunturas, que el buen físico y la buena estimativa los entiende mejor que el ruin, así como el buen ballestero acierta mas veces á la presa, aunque el ruin haga muchos mas tiros.

Duque. Y vos ¿tenéisos por buen físico?

Doctor. A la honra de vuestra señoría conviene que digamos que sí, porque estando enfermo y negociando de la vida, no digan que os curais con un ruin físico y dejais de llamar los buenos por no pagallos.

Duque. Eso bien saben todos que no lo hago de mezquino, sino porque tengo tan poca confianza en la física, que el mas ruin della tengo por menos malo que el mejor; porque el mejor viene con reputacion de gran físico, y presume el hi de cornudo de mandar absolutamente y con gran ceño, como si fuese algo lo que manda, y hase de obedescer ó caer en mal caso; y siendo tal como vos, antes dirán que es cordura no hacer nada, y esto es gran descanso, así como lo otro es gran pesadumbre.

Doctor. Alabado sea Dios, que ya acertastes una en el clavo de cuantas habeis dado en la herradura. Mas ¡qué risa les toma á estos vuestros hijos, y qué fiesta hacen de una nonada que habeis dicho! Bien parece que les vienen á deseo estas vuestras razones.

Duque. Hora volvamos á mi enfermedad; no sea todo chocarrerías. ¿Qué haria yo para este amargor, que no sea cosa de botica?

Doctor. Estas chocarrerías, despues de Dios, le dan la vida á vuestra señoría, porque os criastes en ellas y son los aires de la patria; y cuanto á la amargura, digo que tome vuestra señoría cada mañana y cada tarde una granada agra-dulce, y que comenceis las comidas en naranjas que no sean muy agras con azúcar, y las cenas en chicoria y endivia con vinagre y azúcar, ó en lechugas y escariolas y lúpulos con la misma salsa, y que deje vuestra señoría el vino, pues que lo suele hacer de buena gana.

Duque. ¡Cómo se quiso vengar luego el hidalgo! Mas yo le perdono, porque me ha dado remedios graciosos para el gusto y conformes á razon; aun si le habemos de hacer buen físico no se tarda, porque mi doctor mas medicina deprendió entre nosotros que en Salamanca, y aun aquí estudió astrología.

Doctor. Yo os diré que tan buen matemático es, que dijo el otro dia que deseaba vivir en Toledo por hartarse de sardinas frescas, y que dellas y de besugos tenia antojo como una preñada. Digo: Pues para eso no vais á Toledo, que está lejuelos, sino á Ciudad-Real, que llevan allí los besugos de Toledo corriendo sangre.

Y preguntóme cuándo era la sazon de los besugos. Digo: Comienza en fin de mayo y dura hasta Santiago, porque ellos vienen en busca de las cerezas, y en acabándose, luego se vuelven á su tierra. Dice: «Pues yo os prometo de hurtarme del Duque, mi señor, para darme una hartazga de besugos en Ciudad-Real y volverme luego.»

Duque. Eso todo vos ge lo levantais.

Doctor. Pregúntelo vuestra señoría á estos señores, que lo oyeron.

Duque. El diablo os apareja á vos todos estos desvaríos. Hora sus, ¿en qué vasija beberé, que ya comienzo á escalentarme?

Doctor. En la que vuestra señoría quisiere, pues que habeis de beber por vuestro gusto, y no por el mio.

Duque. Yo querria en aquella garrafa, porque me harta mas y bebo menos; mas decis vosotros que echa mucha ventosidad en el cuerpo.

Doctor. No digo yo tal cosa; antes es opinion del vulgo, y vanse los físicos tras él como las ovejas tras el carnero de la cencerra.

Duque. Y vos ¿qué decis?

Doctor. Que la garrafa no mete aire en la boca, antes saca el que está en la boca.

Duque. Eso me dad á entender, porque deseo mucho que sea verdad.

Doctor. La razon está muy clara, y el testigo della es la misma vista; porque cuando sale el agua de la redoma, es necesario que entre aire dentro della para henchir lo vacío; y como el salir del agua y el entrar del aire se hace por lugar angosto, va rompiendo el aire por el agua y hace aquel sonido que oimos; y cuando agora vuestra señoría bebiere en la garrafa verá claramente que las campanillas que hace el aire que entra por el agua, todas van dentro de la redoma, y ninguna sale afuera; y como la boca de la redoma está dentro en vuestra boca, es forzado que el aire que está en la boca, y aun el que está dentro del cuerpo, salga de allá para henchir el vacío de la redoma, y con esto se agota el huelgo mas presto bebiendo con la garrafa, porque el aire que ha de entrar por el aliento bébeselo la garrafa.

Duque. Dígoos que es mas graciosa filosofía esa que la de los besugos que agora me deciades.

Doctor. Pues algunos hay que arguyen contra esto, diciendo que cuando se bebe con barril ó con garrafa siempre despues que beben echan rehueldos, que es señal que han cogido en el estómago algun viento.

Duque. Y vos ¿qué decis á eso?

Doctor. Digo que no soy obligado de responder á todos los objectos que en este caso me pusieren, porque lo que tengo dicho está probado al sentido, y con demonstracion así traida á la vista que se muestra con el dedo tan clara, que quien la negare niega el sentido, mayormente si beben con una redoma que tenga largo el pico y retorcido en la raíz, porque entonces á vista de ojos verán, cuando sale el agua, entrar el aire cercado de una como vejiga para henchir en la redoma el espacio que se vacia del agua. Así que, vea el que da el rehueldo la causa donde le viene, ó si lo suele dar tras el beber en cualquier manera que beba; que la verdad que yo he demonstrado no tiene contradicion.

Duque. En eso yo soy de vuestra parte; y mas os digo, que nunca yo echo aquel viento cuando bebo por mis barrilicos. Mas todavía es bien que digais vuestro parescer á estos que nunca quieren confesar las verdades.

Doctor. Digo que todas las veces que se bebe chupando y muy de espacio se hace así, que despues que acaban de beber echan aire del estómago, que unas veces se siente y otras no; y es la causa, porque lo que se bebe colado abájase poco á poco á lo ancho del estómago, y es necesario que tanto aire salga de allá por la boca, cuanto fuere el agua que le ocupa su lugar. Esto no se hace así bebiendo de recio y con grandes tragos, porque la boca del estómago es angosta, y en unos mas que en otros, y entrando el agua de golpe no la deja bajar el aire que está dentro del estómago, ni ella deja salir el aire por la boca, y entonces es forzado que el estómago se ensanche y se pare hinchado para que quepan en él el aire que allá estaba y el agua que entra. La comparacion de esto es tan clara cuando echais agua en un barril, que si la echais de golpe no entra, porque el aire que está dentro no la deja entrar, ni ella deja salir el aire, porque le tiene atapada la boca; mas si la echais poco á poco, ella da lugar al aire para que salga, y el aire da licencia al agua para que entre; y así en el estómago, como el agua que se apodera dentro, con su pesadumbre carga sobre el aire y hácele salir mas que de paso, y el estómago tambien por deshincharse échale fuera violentamente con su virtud expulsiva, y de aquí nascen los rehueldos, los cuales no se hacian cuando iba entrando el agua poco á poco, porque salia entonces poco aire y no daba ruido ninguno.

Duque. La razon es buena, y sin ella está clara la verdad de lo que habeis dicho; en mi seso me estoy de haceros mercedes, como os las he hecho, mas por vuestra buena razon que por la física.

Doctor. Tal salud os dé Dios como vos me habeis hecho las mercedes, y aun como me las haréis.

Duque. ¿Qué estáis gruñendo entre dientes?

Doctor. Digo, Señor, que Dios dé mucha salud á vuestra señoría por las mercedes que me ha hecho y me hará.

Duque. Eso bien lo pudiérades decir á voces.

Doctor. Porque no recibiese lisonja de mendigantes lo dije para entre Dios y mí.

Duque. Pues ¿de qué se rien esos otros?

Doctor. Señor, son mozos, y de cada cosa que hablamos les está retozando la risa en el cuerpo; aunque aquí está quien me importuna que tome bien en la memoria todo lo que hemos pasado para que ge lo dé por escripto.

Duque. ¿Cuándo beberé?

Doctor. De aquí á tres horas, porque estará entonces la calentura en toda su fuerza.

Duque. Mejor será beber luego, que está la sed en toda su fuerza.

Doctor. Por lo que á mí va en ello, siquiera hubiésedes ya bebido.

Duque. Caridad perfecta es la vuestra, porque ni teneis amor con Dios ni con el prójimo.

Doctor. Antes he pasado mas adelante de la caridad.

Duque. ¿Cómo, cómo?

Doctor. Porque no me contento yo de querer á mi prójimo como á mí mismo, sino tanto como él se quiere á sí mismo.

Duque. Vos hablais muy bien cuál sea la vuestra vida. Pues ¿en qué pasarémos el tiempo en tanto que se llega la hora del beber?

Doctor. En lo que vuestra señoría mas holgare, con condicion que no se duerma.

Duque. Contadnos lo que os acaesció con el conde de Benavente cuando le mandastes echar una ayuda.

Doctor. Pasó desta manera: Primeramente él tenia unas tercianas muy recias, y estaba tan bravo con ellas, que no habia hombre que se le parase delante. Tenia siempre á la cabecera una ballesta armada con un virote jostrado, y cuando algun paje le enojaba mandábale volver de espaldas y poner sobre las caderas una almohada de seda; y aun la condesa proveyó en que aquellas almohadas fuesen bien rellenas de lana, porque quedaban lisiados algunos pajes con la ballestería; entonces él tiraba al almohada, y el paje daba un grito y saltaba de aquí acullá como un gamo. Desto habia tan gran placer el Conde, que deseaba que hubiese muchos delincuentes. Un dia de aquellos, estando con su mujer y con el guardian de San Francisco, hallé algun aparejo para osalle hablar y díjele: «Señor, seis dias há que no haceis cámara y teneis doce comidas en el cuerpo, sin los malos humores, que no deben ser pocos, y las calenturas vienen cada vez mayores; no es posible que esto pase adelante sin gran daño y peligro vuestro. Dice: «Pues ¿qué querríades hora vos?» Digo: Querria, cuanto á lo primero, que tomase vuestra señoría una ayuda. Dice: «Tomalda vos por mí; yo os hago donacion della, y sea á mi costa, porque aproveche mas á mí.» Parescióme que él andaba ya muy cerca de mandármela echar, y por no poner mi seso con el suyo, lo mas disimuladamente que pude salíme de la cámara. Entre tanto los frailes y la Condesa trabajaron tanto con él, que le convencieron, y mandándome llamar, díjome: «Por amor del señor guardian y por amor de vos yo tomaré el ayuda, mas ha de ser con ciertas condiciones: primeramente el cañutillo ha de ser nuevo y de plata, y la vejiga nueva, porque yo me pico de hombre limpio, y no me fio de la limpieza de los otros cañutillos. Lo segundo es, que me la eche María Rodriguez, la dueña de Martin de Sosa, y ha de venir perfumada con las pasticas de la Condesa, y vestida con el sayuelo de terciopelo negro con sus cintas amarillas. Lo tercero es, que yo me tengo de poner sobre las rodillas y sobre las manos á manera de perro, y á los piés de la cama donde yo estuviere, han de estar dos hachas encendidas en dos blandones, porque la dicha doña no diga: No lo vi, sí lo vi.» Digo: Todo se hará como vuestra señoría lo manda, y de mañana, que es dia de huelga, serémos aquí con todo aparejo. Al otro dia, Señor, venimos con toda nuestra artellería, y la ayuda era de muy gran cuantidad, habiendo respecto á que no la tomaria otras veces. E como él Conde nos vió, dijo: «Vengais mucho enhoramala para vosotros y para mi padre el guardian, y aun para mi madre; llegáos acá, señora María Rodriguez y todo mi bien;» y luego se puso de la misma manera que él habia dicho, que no vale nada pintarle de palabra, sino verle, porque su postura con aquel aparato de las hachas nos hizo salir mas que de paso á la sala reventando de risa, y dijo el Conde: «Mirad, María, si está bien descubierto todo lo que es menester.» Dice: «Señor, y aun lo que no es menester.» Entonces ella comenzó á embocar el cañutillo, y como la plata con los licuores calientes arde luego mas que ellos mesmos, hizo dar un salto al Conde con todos los cuatro piés, y con un grito iba diciendo: «¡Oh, pese á tal con la puta vieja, que me ha metido un asador ardiendo por el obispillo! Reniego de la leche que mamé, puta vieja; ¿pensábades que era yo perdiz?» Dice: «¡Ay, Señor, triste de mí! Perdóneme vuestra señoría que la plata me engañó, porque el caldo templado y bueno estaba.» Dijo el Conde: «Hora pues tornádmela á echar, porque no diga el Doctor que es mia la culpa. La mujer tornó al oficio, y al primer apreton que dió rompió la vejiga y derramóse un piélago de suciedad por las piernas con todo aquel término redondo, y paróse la cama como un charco de cieno, la mas abominable cosa del mundo. Ella, como vió el mal recaudo, abajó su cabeza, y toda turbada y descabellada botó por la puerta afuera. Yo cuando la vi preguntéle si era hecho; ella sin parar en la carrera íbase mesando sus cabellos. Digo: No es tiempo de parar aquí; y voyme á unos desvanes que estaban en lo alto del alcázar, donde pasé el tiempo que estuve escondido una semejanza del infierno, así con el hedor y escuridad que allí estaba, como con la gran congoja que tenia por saber cómo habia pasado aquel desastre; porque algunas veces me vino al pensamiento que el Conde era muerto de algun desmayo; y quedara yo bonito, porque todos pensaran que le habia echado allí algunas yerbas malas. Los pajes y el camarero huyeron todos, cada uno por su parte; la Condesa y sus mujeres, como les llegó el rebato, pasaron á su cuarto á oir misa, y esto todo se hizo en un credo. El Conde quedó del todo desamparado, y preguntó á la mujer si habia acabado, y entonces estaba ya dentro en la villa escondida en una cueva, porque de tal manera fué huyendo por las calles toda turbada y destocada, que pensaba la gente que iba loca. El Conde, como vió que la mujer no le respondia, echó la mano atrás para alimpiarse con la media sábana, y hundiéndose la mano en la piscina, sacóla tan sucia, que se espantó della, y por no llegar la mano á la cama alzóla en alto y quedó en tres piés no mas. Contemple agora vuestra señoría el falso visaje que le quedaria, alzada la camisa por detrás, y todo sucio y en tres piés, y una mano levantada en alto como quien ha quebrado lanza, y dos hachas encendidas junto con él. Comienza el pobre hombre á dar voces y llamar por nombre á todos los pajes, jurando á Dios de no hacer mal á ninguno; mas esto era en vano, porque estaba la casa hecha un yermo; y agora confiesa él que en aquella tribulacion le vino gran pensamiento de sus pecados y de sus bravezas, el vió cómo todos le habian desamparado por su mala condicion. En esta contricion estuvo llorando media hora, y proponiendo de ser piadoso y bueno de servir de allí adelante. Al cabo el su contador viejo entró por la puerta de la sala; este era un hombre con quien el Conde holgaba de hablar en extremo, porque tenia un lenguaje muy zafio y muy aldeano; y como este vió la casa toda despoblada,

espantóse; allegó á la cámara y asomóse á la puerta, et viendo aquella vision con las hachas, dice que se le enerizaron los cabellos, y echó á huir con muy horrible miedo. El Conde, que siempre tenia la cabeza vuelta á la puerta, como le vió asomar, llamóle á grandes voces, y él á duras penas queria volver; mas ya vencido de los clamores, entró donde el Conde estaba, y díjole llorando: «Contador, ¿no veis qué tal estoy?» Dice: «Por cierto mal endeliñado está vuestra señoría.» Desto tomó al Conde muy gran risa, y díjole: «Llegáos acá y alimpiadme esta mano con el cabito de la sábana.» E como se llegó el Contador al Conde, hízose erradizo y frególe la boca con la mano; el viejo hubo muy gran asco y alimpió primero su boca con la sábana, y decia: «Mas quigera focicar en la mujer del trapero.» En tanto que él estaba alimpiando la mano del Conde, preguntóle el Conde: «¿Qué pensábades cuando echastes á huir?» Dice: «Pensé que estaba con vos el diabro, que os venia á llevar, y eso que teniades descubierto pensé que era la boca del infierno, como el que llevaban en el carro el dia de Cuerpos Cristos, y las antorchas encandiláronme los ojos, y todo se me facie llamas de fuego que salien de la boca del infierno.» Dijo el Conde: «Y cuando os llamé, ¿por qué huiades?» Dice: «Porque pensé que aullabades como el conde don Alonso, vuestro agüelo, que un vecino de aquí le vió una noche arder en esta torre de la cadena y daba grandes aullidos. Mas ¿por qué no cubre vuestra señoría sus vergüenzas, que las tiene todas defuera?» Dijo el Conde: «Alimpiad bien esa mano, viejo ruin, y despues me alimpiaréis lo de abajo, para que me pueda echar en un cabo de la cama.» Entonces el Contador tomó la sábana de encima, y dejóle cubierto el medio cuerpo con la colcha, y como llegó á limpiarle, volvió las espaldas como que se queria ir. Dijo el Conde: «¿Adó vais, viejo ruin?» Dice: «Voy á llamar dos ó tres triperas que vos sepan alimpiar, que yo non me estrevo ni sé por dó comience.» Dijo el Conde: «Viejo ruin, haced lo que os mando bonitamente.» El viejo no hacia sino mirar y ahogarse de risa. Dijo el Conde: «¿Qué parezco ahora?» Dice: «Por santa Catalina, que paresceis á la mi puerca parida.» Otras muchas razones me contó despues el Conde que habian pasado los dos, que no se me acuerdan.

Duque. Yo os certifico, Doctor, que en todos los frios de la cuartana yo no he temblado tanto como en este, porque he pensado morir de risa. Pues ¿en qué paró la historia?

Doctor. Mandó el Conde al contador que llamase socorro, asegurándonos á todos, et jurando de ser buen paciente de allí adelante, y así lo cumplió. Venimos todos, y no se puede creer lo que se despendió en agua rosada y de azahar y aguas almizcladas para bañarse en unas vacías, una quitada y otra puesta. De toda la cama hizo merced á María Rodriguez, por la carrera que pasó desde el alcázar hasta la cueva de un regidor, donde estuvo escondida todo el dia. Despues vino la Condesa, y fué grande el regocijo de los cuentos que salian del uno y del otro, y aquella noche vínole al Conde un dolor de vientre; todos decian que era de la frialdad que habia cogido en tanto que estuvo descubierto. Despues rompió en muchas cámaras coléricas, y nunca mas le vino la terciana.

Duque. Esos os han pedido por escripto lo que habíades pasado comigo, et yo os ruego que me escribais este cuento, y enviarlo he al Rey nuestro señor, para que se lo lean en presencia del Conde, que será una graciosa comedia.

Doctor. He miedo que por escripto ha de ser una cosa fria, que aun lo relatado no vale nada en comparacion de visto. Mas yo lo haré, pues que vuestra señoría lo manda.

Duque. Doctor, si vos quisiésedes vivir comigo, daros hia yo dos tanto que el Rey, y estaríades en mi casa mucho mas descansado que en la corte.

Doctor. Yo, Señor, no vivo con el Rey por lo que él me da, sino por lo que me puede dar sin poner nada de su bolsa. E viviendo yo con él, vuestra señoría puede ahorrar el salario que me habia de dar y servirse de mí, que ya sabemos que nunca os apartaréis del Rey, si la muerte no os aparta.

Duque. No estoy en eso, sino en retraerme á mi casa, que ya he sabido que en la corte yo no puedo estar sin amores y parcialidades, et invidias y tráfagos, y mentiras y tibiezas de las cosas de Dios, y cada cosa destas es parte bastante para llevar su dueño con el diablo. Y pues que Dios me ha dado esta dolencia para que mire por mí, quiero encerrarme de mis muros adentro y velarme. Buen rey me tengo si sirvo á Dios, y no habré miedo que la muerte me aparte dél.

Doctor. Por cierto, vuestra señoría habla como quien es, y pluguiese á Dios que yo lo pudiese así decir y hacer.

Duque. Pues ¿qué físico os parece que puedo tomar para que nos fiemos aquí dél?

Doctor. Yo pensaré en ello, y avisaré á vuestra señoría de lo que yo podré entender.

Duque. Uno que vos conoceis muy bien holgara de asentar comigo; todos dicen que es buen físico, pero es muy necio, que fuera de física no se puede hablar con él.

Doctor. Dos cosas son incompatibles; porque si él es buen físico no es necio, y si es necio no es buen físico.

Duque. Al revés lo piensan, porque si un físico es necio, presumen que toda es física maciza.

Doctor. Todos los oficios, por torpes que ellos sean, han menester prudencia y discrecion, hasta barrer una casa y hacer fuego. Pues ya un sastre y un platero ¿cuánta ventaja hace á otro si es de buen entendimiento y el otro necio? Pues ¿qué será de un físico, que la mayor parte de su perfecion no está en las letras, sino en el buen seso? Y si este no tiene en las cosas que comenzó á deprender desde la teta y en su lengua materna, ¿cómo lo podrá tener en lo que comenzó á estudiar en otra lengua, siendo ya hombrecico? Y si vuestra señoría supiese las infinitas diversidades que hay de complexiones particulares de hombres, y de aires y de mantenimientos, y de yerbas y raíces, y otras raíces y otras cosas que no las pudo escrebir la medicina, sino remetillas á los buenos ingenios que sepan reprobar lo malo y escoger lo bueno, luego veria que un hombre necio no podrá jamás acertar en cosa buena, si no fuere acaso. Si me dicen á mí que un necio puede tener buena memoria y saber muchos textos, yo lo concederé; mas que por eso sea buen físico, es burla. Mu-

chas oraciones sabe vuestra señoría de coro, y podeislas decir con sola la memoria, sin que el entendimiento esté presente y sin saber lo que os decis, y si os hacen cortar el hilo, no podréis saber adónde os dejastes. De manera que aunque la memoria ayuda al buen seso, bien se puede hallar sin él. Y hallamos hombres que en cada cura os harán una larga repeticion, y en cabo della no saben ordenar una agua de cebada ni otra de lentejas. Así que, vuestra señoría créame y no tome hombre necio por físico, porque este en las dolencias remontará, y cuando las tengan bien altas, echará al discreto y matará.

DUQUE. Mi fe, Doctor, en eso estoy, y si es tiempo de beber, aunque remonteis la calentura y aunque me mateis, os obedesceré.

TRACTADO DE LAS TRES GRANDES,

CONVIENE SABER:

DE LA GRAN PARLERIA, DE LA GRAN PORFIA Y DE LA GRAN RISA.

AL MUY ALTO Y MUY ESCLARECIDO PRÍNCIPE Y SEÑOR, EL SEÑOR INFANTE DON LOIS DE PORTOGAL, ETC.

PROLOGO.

En la obra pasada de *Las tres interrogaciones*, serenísimo Príncipe, se pusieron muchas artes y costumbres de la vida humana. Y verdaderamente, si yo tuviera la casa de mi entendimiento tan ancha y tan espaciosa, que cupieran en ella todas las cosas que he visto en esta corte de Castilla, y en las que han pasado de cuarenta años á esta parte, yo hubiera emprendido, con el favor de vuestra alteza, de hacer un gran volúmen, por estilo tan claro como el pasado, que fuera como un espejo en que se pudieran mirar todos los cortesanos, y conoscer cada uno por él sus fealdades y defectos, para que así vistos y reconoscidos, se enmendasen y curasen dellos. Mas la dicha casa es tan angosta, que apenas yo puedo caber dentro della para entenderme á mí mesmo y corregirme de tantos errores como las mundanas costumbres me han hecho adquerir, que florecen mas en la corte que en otras partes; y son tan pestilenciales y tan contagiosas, que con sola la habla se pegan de unos en otros, y no perdonan edades, ni hábitos, ni hombres, ni mujeres; todo lo mancillan y todo lo tiñen en su negra color. De manera, Señor, que solamente escrebí para enviar á vuestra alteza lo que en mi proprio ejemplar y dechado hallé, para que otros lo vean, y escarmentados, no se descuiden, como yo, para alcanzar hasta la vejez con las ignorancias y delictos de la juventud. Despues de haber escripto aquello, y puesto el diálogo para recreacion de los leyentes, hallé dentro de mis envoltorios unos papeles de mi letra, que contenian este tractado que se sigue; y como me pareció del metal de todo lo otro, quíselo juntar con ello. Llámase el *Tractado de las tres grandes*, conviene saber: de la gran Parlería, de la gran Porfía y de la gran Risa; todas ellas son grandes, tomándolas cada una por sí; mas todas ellas no supe darles nombre apropriado, porque tienen parte de enfermedad, y parte de locura, y parte con necedad, y parte de liviandad, y de otras sabandijas y cojijos participan; de tal manera, que nombre apropriado que fuese comun á todas tres no se hallaba; porque si las llamasen enfermedades, cierto es que se agraviaria totalmente la locura; si locuras, quejaríase la necedad; y si necedades, haríase injuria á la liviandad; y si liviandades, enojaríanse las otras. Aunque son compañeras, son tan mal avenidas, que á cada una dellas le pesa del bien de las otras. Llámanse pues *Las tres grandes*, porque quede comenzado el nombre para que lo acabe cada uno á su voluntad: tractado es de que algunos no se descontentan. Si á vuestra alteza no le paresce así, por eso es bien que vaya puesto en el cabo; mándelo quitar, pues que la obra es suya, y acá no la darémos á los impresores. — *Vale.*

CAPITULO PRIMERO.

De la gran parlería.

Esta es una pasion de los grandes parleros, que se puede nombrar en nuestra lengua baltronería, y así estos se llaman en latin blaterones. E son unos hombres que nunca se hartan de hablar importunísimamente; y es tan grande su hervor y su pasion en ello, que matan á quien les está escuchando, y no le dan espacio para que responda siquiera un sí ó no, y con el temor que tienen que se les vaya, prenden una habla de otra, y otra de otra; de tal manera, que son mayores penden-

cias las que comienzan cuando acaban, que las que se proponen al principio; y si está en pié el que los escucha, y sienten que se quiere ir, pónense delante del paso, y ásenlo de la mano, y veces hay le aprietan los dedos hasta descoyuntárgelos. La pasion ya está dicha, y muchos hay que la entenderán por la experiencia, mejor que por la relacion que aquí se pone. Y porque es enfermedad que participa de la mala complexion del cuerpo y de perversas costumbres en el alma, por tanto la determinacion y remedios della tan bien pertenescen á los consejos de la filosofía moral como á las receptas de la medicina.

CAPITULO II.

De las causas desta pasion, naturales y morales.

Las causas della se deben aquí declarar, pesquisando primeramente qué es esto que les está punzando y stimulando dentro del corazon para que nunca callen. Lo segundo es, qué placer y qué descanso es el que sienten en hablar tanto. Lo tercero es, qué pena es la que sien en cuando callan, porque en todos los vicios es cosa muy cierta dar con su presencia algun deleite ó provecho aparente, y con su ausencia dar pena. Lo cuarto es, cómo nunca se desengañan viendo que toda la gente anda huyendo dellos. Cuanto á lo primero, digo que el estímulo y aguijon que les está picando dentro del corazon es una locura mezclada con sotileza de ingenio, y hay en esta mezcla diversos grados, porque unas veces vence la locura, y otras vence el agudeza. Y por cuanto á la locura es cosa muy propia el hablar mucho y nunca tener freno en la boca, por eso en esta nuestra lengua castellana se le dió muy apropriado nombre, porque locos y locuazos viene de locuaces, que en lengua latina quiere decir parleros. El humor que hace este desconcierto es melancólico, hecho por adustion de sangre colérica dentro en las venas, y como llega al corazon, con su turbieza ofusca el espíritu vital que está dentro en él, y con este destemple apasiónase la virtud irascible y sale fuera de los términos de su concierto et armonía, y enójase de las cosas que no se debe de enojar, y ha miedo á las cosas que no debe de temer, y sospecha las cosas que no debe de sospechar. Y el mismo humor hace soberbia y vanagloria y ambicion donde no la debe haber. Y así, se ve que los grandes parleros, por la mayor parte, hablan cosas de que ellos están quejosos y enojados, y de cosas de miedos y de sospechas, y de cosas en que quieren ganar honra, y dicen mal de los que gobiernan, y précianse de lo que hablan, y tienen por punto de honra que ellos solos hablen, y que todos los otros escuchen. Y cuando esto no pueden alcanzar por punto llano, conviene saber, diciendo verdades y hablando á la llana, usan de contrapunto, conviene saber, mintiendo y murmurando, y contando cosas de admiracion, para hacer que los escuchen con mayor atencion. Estos son los aguijones que los grandes parleros sienten dentro de sí, que los pican y punzan de manera que no los dejan callar. Y cada uno verá por sí cuando está enojado, cuánto mas habla y menos acierta, y cuando está vanaglorioso, cuántas cosas cuenta de sí mismo, y cuando está medroso y sospechoso, cómo nunca calla. En la guerra se parescia esto muy claro, que el dia que teniamos miedo eran tantos los corrillos de la gente y el hablar en público y á las orejas, que todos hablaban juntos, sin haber quien escuchase. E quitando el miedo, lo que hoy hablábamos no valia nada mañana, antes estábamos corridos los unos de los otros. Y por eso, cuando el hombre está con algun defecto destos debe callar ó mirar mucho lo que habla, porque mas muchas veces acertará diciendo el contrario de lo que piensa. Item, cada uno verá por sí, cuando piensa que habla bien, cómo se deleita en el hablar y cómo se está escuchando y saboreando en todo lo que dice. Y esta es la vanagloria, hija de aquel humor que habemos dicho. De tal gente como esta deben guardarse las cosas secretas en que va algo, y no fiarlas del hermano ni del hijo, pues que es tanto el apetito que tienen de ser escuchados, que cuando por otra via no lo puedan alcanzar, descubrirán los secretos capitales con que se hagan los sacrificios del animal que ge los confió.

Cuanto á lo segundo, digo que el placer y descanso que sienten en hablar tanto es, porque lanzan fuera de su concepto aquello que tanta congoja les da dentro dél, y esta es una pena espiritual que se puede comparar á otras penas corporales que son semejables á esta. Como los que tienen gran puncion y gana de urinar sienten gran pena en detener la urina, y descanso cuando la echan, y los que tienen gana de vaciar el vientre sienten gran pena si lo detienen, y descansan echándolo fuera. Sino que los parleros siempre quedan con pujo y apetito de vaciar otros y otros conceptos, que siempre engendran de nuevo, y les baten en el corazon como las ondas del mar tempestuoso, que baten en la ribera con grande ímpetu y desórden, que á las veces la que viene detrás sobre la delantera llega primero que ella, echando en alto los espumajos y ruciadas, con que hacen sinsabor á los que están presentes. Así veréis que cuando les vienen las grandes crescientes y avenidas del hablar, van por su proceso adelante, y sale de través otra parlería que les pone furia, y acábanla primero que la que venia delantera, y no dejan muchos dellos de echar espumas por la boca y ruciar á los que alcanzan, como adelante se dirá. En las antiguas poesías se halla que los sacerdotes de los demonios, cuando tenian concebidos sus oráculos y profecías, era tanta la congoja que sentian en el corazon hasta manifestarlo todo, que echaban grandes espumas por la boca, y saliendo fuera de sí, cuando no hallaban hombres á quien descubriesen el secreto, lo cantaban en versos á las ovejas y á las vacas. Así, no es cosa nueva cuando los hombres ó las mujeres salen de sí, con la congoja del concepto y con los combates que les da en el corazon, tener gran descanso cuando lo echan fuera, y con esto queda respondido á la tercera pregunta.

A la cuarta digo, no es gran maravilla no desengañarse los hombres de los vicios que tienen, antes nunca vemos otra cosa, especialmente si la cualidad de sus humores les ayuda á su mala inclinacion y costumbre. Desta manera no se desengañan los iracundos, ni los tristes ni los invidiosos, ni los murmuradores ni los vengativos, ni los ladrones ni los lujuriosos, ni los otros viciosos que son de infinitos géneros, aunque haya quien los avise; pasan por los castigos y vuélvense á la costumbre; porque la inclinacion que tienen ya con la costumbre convertida en otra naturaleza, está tan pode-

cosa en ellos y contra ellos, que cada dia les da mil veces la batalla mas que cruel y mas que civil. Porque en todas las cosas que tenemos mucha pasion, aunque algunas veces sea recebida y consentida la razon, luego la olvidamos y la echamos detrás, y volvemos á lo que habemos gana y tenemos en uso. Por esto debemos con gran vigilancia huir de las grandes pasiones y de las perversas costumbres, porque no tomen tan gran posesion en el corazon, que con grandes títulos hagan á la razon perder la propiedad que allí tiene.

CAPITULO III.

De la cura desta pasion.

El remedio desta enfermedad no se debe procurar con jarabes ni purgas, ni otros artificios de yerbas ni de piedras, sino con industrias y ingenios, puestos en razon y consejo, desta manera, que si fuere niño le quiten de todo punto el vino y el regalo y la mucha libertad, y le amenacen y pongan temores sobre los excesos del hablar y el mentir. E cuando cayere en ello, le castiguen y le azoten hasta que le abran las carnes, y le quiten tambien el comer y las otras cosas con que él suele haber placer, porque le hagan corregir de aquel vicio, y le hagan rezar mas horas de las que sufre su tierna edad. Y en estos puede haber esperanza de salud, porque poniéndoles nueva costumbre, es darles nueva naturaleza, que será parte contra los perversos humores, y les hará sufrido y endurescido el corazon, para que no se deje así de ligero estimular y vencer de cualquier concepto que les venga. E si fueren los hombres adultos, pocas veces se pueden curar, especialmente si es algun rey ó gran príncipe, como algunos de los que se han visto en nuestra edad; porque no quieren obedecer á los consejos de la filosofía y medicina, que si los quisiesen obedescer, mandariamos que rezasen cada dia un salterio, porque se hartasen de hablar y escarmentasen de parlar. Y mandariamos que guardasen silencio en una desas religiones, ó mandariamos á la llana que no fuesen parleros, poniéndolos en razon y mostrándoles la fealdad del vicio. Pero, como esto no está en mano de la filosofal disciplina, porque los pacientes no se quieren someter al yugo de la razon, contaré aquí la industria que yo tuve con un estudiante, grande amigo mio, que estaba muy confirmado en este vicio, y sus deudos muy desesperados del remedio. Tomé comigo dos compañeros, que tambien eran sus amigos, y díjeles todo mi propósito para que me ayudasen, y todos en buena amistad le llamamos para que una mañana se saliese con nosotros á una huerta solitaria que estaba en el campo entre Valladolid y Cigales, y determinamos de dejalle hablar hasta que se hartase. Despues que le posimos en el regocijo de la conversacion, él tomó la habla á las diez horas de la mañana, y habló sin parar hasta las tres horas de la tarde, y cierto es que él comenzaba á hordir otra tela, en que no acabara por toda aquella noche. E uno de los compañeros moríase de hambre, et dijo: «¿No seria bien que nos fuésemos á comer, pues que se va haciendo hora de cenar?» Respondió el que hablaba: «Hora mirad quien quiere comer, estando aquí en un lugar tan apacible y tan dulce conferencia; esperemos un poco, que luego nos irémos.» Yo dije: «Esperemos cuanto mandáredes, mas ha de ser de manera que hablemos á veces.» Dice: «Sea así, y hablad luego vos, porque me dejeis despues acabar mi razon.» Digo: «Con vuestra licencia yo tomaré la mano, mas habeisme de prometer todos de callar hasta que yo haga punto.» Y como todos me lo prometieron, volvíme para él, y díjele: «Estos dos compañeros mios y vuestros, et yo con ellos, acordamos de sacaros aquí para certificarnos de una fama que vos teneis en esta villa, en que dicen que sois tan grandísimo parlero, que andan todos huyendo de topar con vos. Y la mayor burla que se puede hacer á uno de los novicios que aquí vienen, es echároslo en las manos, y ellos descabullirse con algun achaque. Y de los cuentos que hay de vos por las mesas de los señores y en la corredera de San Pablo, andamos ya tan corridos los que aquí estamos, que por la amistad que con vos tenemos, os deseamos la muerte ó un gran destierro para alguna tierra ultramarina, donde no os entiendan á vos, ni vos á ellos, porque habléis por señas y la lengua esté queda. Y las coplas que se publicaron el otro dia, con que vos holgábades mucho, eran contra vos; y por que me creais, esta noche las tornaréis á ver, y hallaréis que de cada pié dellas, tomando la letra primera y juntándolas todas, está escripto vuestro nombre. Y mas dicen, parlero, incomportable, importuno, frio y pesado. Y porque no penseis que es invencion mia, yo juraré donde vos quisiéredes que no sé quién las hizo, sino cuanto hay fama que fueron seis hombres de palacio en la burla.

»Vuestro padre, viendo que no le quereis creer, avisa á vuestro confesor para que os lo ponga en consciencia. Así que, agora hemos querido sacar á plaza este negocio, y tomaros con el hurto en las manos, para que no lo podais negar, y para daros á entender la mala ventura que teneis sin remediaros della, pudiéndolo vos hacer. Agora todos los que aquí estamos, y vos mismo, somos testigos que comenzastes á hablar á las diez horas, y no habíades acabado á las tres, et si no atajáramos, ya comenzábades otras dependencias y filaterías, que no se acabaran de aquí á mañana, y en todas las cinco horas que habeis hablado no habeis dicho cosa que valga un maravedí para vos ni para nosotros; porque ni eran cosas para reir, ni nuevas para holgar, ni cosas de admiracion, ni doctrinas de edificacion, ni avisos de provecho. ¿Qué se me da á mí de lo que pasábades con Velazquez, y de lo que acaeció en Pancorvo, camino de Búrgos, y de lo que Lobos dijo al Condestable, y de las fuentes de Argales, y de los zurradores, y de otras quinientas frialdades y desvanecimientos de cabeza con que nos habeis tenido de comer hasta agora, y sin dejarnos hablar ninguna? De manera que aunque vos decis que es conversacion, no lo es, porque la buena conversacion es que hablen á veces, y que cada uno esté atento y guste de lo que el otro dijere. Nosotros ni habemos podido hablar, ni habemos tomado gusto de lo que vos habeis hablado. Si á esta vos llamaís comunicacion, llámola yo descomunion. Y si la llamais conferencia, llámola yo pestilencia, porque todos se apartan de hablar con vos como con un descomulgado, y huyen de vos como de pestilencia. En una cosa os confieso que nos habeis dado gusto, y es en notar bien la trápala que teneis en ese vuestro molinillo; y en cada cuento que mudábades nos mirábamos unos á otros y nos muriamos de risa, y vos estábades tan arrebatado en vuestra

diablura, que no sentíades cómo, á ojos vistas, burlábamos de vos.» A esto respondió él: «Yo no creo lo que vos me decis, porque si lo creyese, la primera cosa que haria, seria echarme en ese rio con un canto al pescuezo.» Digo: «No os ahogueis hasta que la gente vea que estáis emendado; porque, demás de ser la muerte muy infame, seria tras una vida muy infamada. E si á mí no creeis, que os desengaño como á buen amigo, creed á estos señores, que son venidos aquí para haceros esta buena obra. E si á ellos et á vuestro confesor ni á vuestro padre no quereis creer, á lo menos dad crédito á vos mismo. Yo os pregunto si es verdad que hoy en este dia os oistes hablar cinco horas arreo. Y decidnos alguna cosa de las que habeis dicho, que sea para holgar con ella ó para sacar della algun fruto. Item, so cargo del juramento, que digais si en todas estas horas ha hablado alguno de nosotros siquiera dos palabras. E si vos oyérades á otro hacer lo que habeis hecho, ¿qué sentencia diérades contra él? Pues que el otro dia hecistes tan grandes exclamaciones contra fray Juan de Hempudia porque se alargó en el sermon un poco mas de lo que solia, siendo perlas todo cuanto echaba por la boca. Esto no lo hace sino que un gran parlero piensa que todo lo que otros hablan ge lo roban á él. Pues yo os digo que no distes entonces pequeña materia de reir á los que os oyeron, considerando la severidad con que juzgastes contra el santo varon, y la clementísima indulgencia que usais contra vos mesmo. Si en convite viésedes vos á uno que comiese todo cuanto viene á la mesa, sin dejar un solo bocado para todos los otros, ¿no os paresce que todos le abominarian? Pues lo mismo haceis vos en las conversaciones, que todo lo hablais sin dejar una palabrita para que hablen los otros, y aun arrebatáisles de la boca lo que comienzan á hablar. Y es tanto el hervor que teneis en vuestra parlería, que cortais un cuento con otro, y este con otro. Y despues olvidáisos de volver al primero, y preguntais á los otros en qué hablábades, y no ge lo dejais decir, porque no os tomen la mano; nunca tal molino se vió de moler hombres. E sobre todo vuestro infortunio, escupis á todos cuantos hablan con vos, ó por mejor decir, vos con ellos, porque es mucha la saliva que apañais en la boca, y dais con ella grandes ruciadas. Y ¿cómo no ha de ser mucha la saliva, nunca parando la bomba de la lengua? Que antes me maravillo cómo no escupis los hígados y los livianos, y cómo no se os desprende la lengua para irse dando saltos por esos tejados, como mona que se soltó de la maza. Y no está solamente en la lengua vuestra gran pesadumbre, mas tambien en los puños, porque son tantas las puñadas que dais al que teneis mas cerca, porque esté atento y porque no mire á otra parte, que cuando de allí escapa, va por lo menos contrecho de un lado.» A este punto él miró á los compañeros, que estaban muertos de risa, y dijo: «Por una parte me paresce que habla muy bien, y que es todo verisímile lo que dice, aunque verdaderamente este su sermon es duro como piedra. Por otra parte veo que este es un hombre que hace muchas burlas y muchos recaudos falsos, y podrá ser que me quiere hacer picar, y esta debe de ser la causa de vuestra risa. Yo no le tengo de responder hasta que vosotros me jureis en unos evangelios que esto va fuera de todo escarnio, y que se me dice con ánimo sincero y sin dobladura ninguna. Entonces uno dellos sacó unas horas que tenia en la manga, y puso la mano en el evangelio de san Juan, et juró con toda solemnidad que á todo su juicio y segun lo que él podia entender, que todo lo que yo le habia dicho era con limpieza de corazon, y con la mucha compasion que tenia dél en verle cómo se perdia por aquel vicio, y se divertia del estudio de las letras, en que él era habilísimo, y andaba infamado por la corte y por toda la villa; y que era poco lo que yo habia dicho en comparacion de lo que pasaba. Y otro tal juramento hizo el tercero. A esto respondió llorando el pobre hombre: «No pensé que tanto caso se hacia de mí en el mundo, ni que tan adelante iba la cosa, y cuando mi padre me hablaba en ello, no le daba entera fe, porque le tengo por hombre muy rencilloso, y que todas las cosas de sus hijos (los que somos de la primera mujer) le parecen mal; y porque todo nascia de mi padre, perdia tambien comigo el crédito mi confesor. Mas ya agora me parece que la cosa va fuera de juego, y que yo tengo de pasar gran trabajo, no por cierto en dejar esta vanidad del hablar, que antes será para mí mayor descanso, porque nunca me voy á dormir, que no me arrepienta de todo cuanto he hablado aquel dia, y siempre ando con sospecha que la justicia ha de echarme la mano por una cosa que dije aquí y otra que dije allí; mas el trabajo no ha de ser sino en hacer que la gente me tenga en otra posesion, y que sepan que no soy el que solia. Y para esto, visto lo que yo haré, me podréis vosotros ayudar mucho en publicar lo contrario de lo que hasta aquí se ha dicho.» En este artículo nosotros le dimos las manos de le ayudar por todas las vias que pudiésemos, haciendo él de manera que nos sacase la barba de vergüenza, y así nos partimos para nuestras posadas. De allí adelante fué tanto su callar, que ya pensaba la gente que andaba loco, y que era otra vena peor que la pasada. Y como le avisamos tambien desto que decian, retrájose á estudiar una repeticion para hacerse licenciado en derecho civil, y los letrados que la oyeron, todos afirmaban que habia sido cosa muy notable, porque se vea cómo la gran necesidad hace buen corazon y aviva mucho los ingenios que con el descuido estaban amortiguados. Acabando su repeticion en las escuelas, en presencia de gran compañía de caballeros que allí estaba, y de hombres de toda órden, hizo una habla en romance, en que les pidió á todos por merced que no le tuviesen de allí adelante en posesion de parlero, como antes lo era, porque él se habia ya despedido de aquel vicio y de aquella rapacería, y como hombre que lo conoscia, tenia ya tanta abominacion y hastío del hablar, que tenia temor de hacer exceso en el callar, y que él se daria á las buenas letras y al recogimiento y moderacion de tal manera, que los que fueron antes testigos de su vituperio, lo serian de su aprobacion, ayudando Dios á su buen propósito y sus buenos comienzos. Todo esto agradó tanto á la gente, que cobró muy buena fama y alcanzó gran casamiento, y es hoy uno de los principales hombres de su profesion, y con su licencia se publica esta historia para edificacion de los que tuvieren semejantes vicios.

CAPITULO IV.

De la gran porfía.

La segunda grande de las que en este tractado se hace mencion, es la pasion de los grandes porfiados; que hay hombres tan confirmados en este vicio, que ninguna buena compañía ni conversacion se puede tener con ellos, porque en todo lo que se habla, ellos han de defender la parte contraria con tanta pertinacia, que no bastan diez hombres contra uno dellos. Y porque se vea que no lo hacen con fundamentos de razon ni por el celo y patrocinio de la verdad, porfian hoy una cosa, y mañana la contraria della, con tantas voces y con tanta turbacion de los que están presentes, que á las veces nascen grandes escándalos de cosas muy pequeñas. La causa natural que á esto les mueve, es humor melancólico quemado con mixtion de cólera quemada. Este humor los hace primeramente mal condicionados y enemigos de toda benivolencia y concordia, y paréceles mal todo lo que los otros dicen y hacen, y salen luego al encuentro como buenos mantenedores, y con la pasion que tienen, nunca quieren apaciguarse ni tomar apuntamiento ninguno. Los que guarecen de graves enfermedades, en toda su convalescencia quedan con tan malas mañas, que son muy importunos y muy porfiados, y asimismo los cuartanarios. E si estos en su sanidad eran porfiados, quedan incomportables, y no hay carnero topador que se les pare delante, cuanto mas los hombres mansos y acogidos á razon; finalmente, todos los hombres que fueren infectos de los humores susodichos, serán plagados desta lepra, y cuanto mas van entrando adentro en la porfía, tanto mas se encienden en ella, y van siempre pujando y haciendo mayores ventajas al otro porque no deje la empresa, y enójanse dél porque porfía, y pésales de muerte si deja de porfiar. Y cuando calla, échanle garrochas porque salga, y provócanle á ira, et ríense dél porque lo porfió, mostrándole que era gran necedad y aun herejía, y que merecia que le quemasen. Esta es una mala burleta de que se aprovechan los teólogos cabezudos en sus disputaciones, y por eso nunca he gana de altercar con ellos. Así que, ellos andan hurgando al que se deja de la porfía de tal manera, que le hacen darse al diablo y salir otra vez á la tela para defender su causa. E si otra vez se cansa de dar cabezadas en la pared, otra y otra vez vuelven sobre él á echarle mas leña y encenderle con mas furiosa pólvora. Yo tracté un poco de tiempo con un señor muy porfiado, y hacia escrebir la sentencia que él defendia, y que la firmase de su nombre, y dende á dos ó tres dias entraba con él en porfía, y hacíale decir lo contrario de lo que él tenia firmado, y hacíalo tambien escribir y firmar de su nombre, y despues que tuve llenas seis hojas destas sus retractaciones, apartéme con él delante su secretario, y díjele: «Porque veais, Señor, que estas vuestras porfías es enfermedad de que habeis menester curaros, y que no teneis siempre tanta razon como vos pensais, quiero que veais cómo en diversos dias habeis porfiado cosas muy contrarias unas de otras, y lo que hoy afirmais que es blanco, mañana jurais que es prieto, y lo que habeis dicho que es caliente, volveis á porfiar que es frio. De manera que no podemos escapar ni defendernos de ser vuestros contrarios. Mandad á vuestro secretario que lea estos capítulos firmados de vuestro nombre, que comienzan desde 10 de agosto, y veréis por el proceso de los dias, cómo porfiais contra vos mismo, hasta desmentiros veinte veces; y si esto no bastare para emendaros, habréisme por excusado si yo callare á todo lo que dijéredes de aquí adelante.» El tomó los papeles y rompiólos en mil pedazos, y hízose despues mas incomportable que lo era antes, y en cada cosa que le hablaba me decia por grande injuria: «Esto será como las mentiras que poníades por escripto y me las haciades á mí firmar »

CAPITULO V.

De las causas morales de la porfía.

Habemos pues dicho las causas naturales desta pasion; agora conviene que digamos las causas morales que tiene, las cuales comunmente son dos: la una es necedad, la otra es confianza que tienen de sí mismos. Los necios abrázanse mucho con lo que ellos alcanzan, porque si lo sueltan no les queda nada. Tienen los estómagos de la razon tan angostos, que no cabe dentro dellos sino aquello que dicen; aquello digeren y muelen, y con ello muelen á toda la compañía. Son tan cortos de vista, que no ven sino lo que tienen á par de sí; lo que estuviere detrás de aquello ó un paso mas léjos no lo podrán devisar, y por eso traban de aquello que una vez asieron, que no ge lo harán soltar cien hombres de armas. Mucho mayor torpedad es la del entendimiento que la de los ojos corporales, porque un hombre corto de vista conosce que lo es, y no traba porfía sobre las colores con otro que tenga clara la vista, antes se rendirá luego á la primera contienda; y un necio nunca se rinde, porque el entendimiento que ha de conoscer que es necio, es él mismo necio. Y los que no conoscen la gran confianza que tienen de sí mismos, es una labor de jactancia bordada sobre campo de necedad, porque piensan que no se puede mas saber de lo que ellos saben. Que por necios que ellos fuesen, verian lo que dejan de saber, y así estimarian en poco lo que saben. Que un hombre pesado cuando pusiere todas sus fuerzas y sudores en correr bien, conoscerá que es mucho mas lo que deja de correr en comparacion de otros hombres, que lo que ha corrido. Mas la gran presuncion que estos tienen les hace que no vean lo que dejan de saber, y que no conozcan á los otros la ventaja que les tienen. Y por eso porfian con mucha soberbia, unas veces enojándose y otras muriéndose de risa y de gran menosprecio. En la profesion de la medicina se pasa tambien gran trabajo con este género de monstros, porque hay hombres en ella que tienen en tanto precio lo que ellos saben, que piensan que no ha llegado allí sino Dios á ellos, y como les llega de nuevo cada cosa que entienden, piensan que la novedad está en la cosa, y que nunca fué vista hasta que ellos la hallaron, y no conoscen que aquella novedad está mas cierta en tener el entendimiento novicio y espantadizo de cada cosa que alcanza; y así, los que estos entienden, guárdanlo mucho y han celos dello, porque no ge lo alcance otro ninguno. Estos tales, cuando toman el freno en la boca para porfiar, poco es para ellos aventurar la vida de un enfermo ni de dos, sino la de todos los enfermos de una otoñada, porque dejan el ca-

mino real, que está llano y patente para proceder en aquellas pasiones que curan, y caminan por unos recuestos y despeñaderos por do no vayan los otros, y van en busca de unas novedades exquisitas para hacer trastumbar con ellas á sí mismos y á los dolientes que llevan á sus cuestas; y si estos topan con otros de su manera, hácense carne los unos á los otros sobre si serán veinte ó veinte et dos las lentejas.

CAPITULO VI.

De la cura y remedio de los porfiados.

La cura destos es no curar dellos ni porfiar con ellos, porque es un cáncer muy arraigado y endurecido, que es peor andarle hurgando. E por eso cuando todos dejaren de porfiar con ellos, ellos dejarán de porfiar, mal que les pese. Y cuando no curaren dellos, ellos abajarán las cabezas; cúrelos Dios, que los hizo. E si fueren incapaces, y no merescieren la cura de tan buena mano, cúrelos el diablo, que los lleve.

CAPITULO VII.

De la division de la risa, y de su difinicion.

La risa se divide en dos partes, porque hay risa verdadera et risa falsa. La verdadera es una propriedad que tiene el hombre en cuanto es hombre, diferente de todos los otros animales, que ninguno dellos es risible sino el hombre; aunque á mi parecer mas cierta propriedad del hombre es el llorar que el reir, porque lloran en nasciendo, y algunas veces dentro del vientre, y la risa comunmente no viene hasta los cuarenta dias despues del parto. En las causas naturales desta risa no me entremeto agora, porque seria menester declarar la hechura del corazon, y de las telas y cortinas de que está cercado, y declarar la substancia del spíritu vital que está aposentado en el seno izquierdo del corazon, y declarar la impresion que este hace en los miembros espirituales cuando con el súbito gozo sale á hacer cosquillas en ellos. Y como la materia destas cosas es muy larga, y ha menester muchos principios y fundamentos para entendella, no es lugar este para tratar della; en otra parte tengo escripto lo que yo desto alcanzo, protestando que no he visto sobre ello escripta cosa que me satisfaga. La risa falsa es una simulacion de risa y de gozo que fingen unos hombres para engañar á otros y para darles á entender lo que no es, y desta se hablará en el presente tractado.

CAPITULO VIII.

De la falsa risa.

Esta risa es pasion y propriedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir; tiene dos ó tres mil bocas, todas muertas de risa, unas desdentadas como bocas de máscaras, otras comilludas como de perros, otras grandes como calaveras, que descubren de oreja á oido, otras fruncidas como ojales de botones, otras barbudas y otras rasas, otras masculinas y otras femininas, otras vocingleras y otras roncas, otras gruñidoras y otras gomitonas, otras á boca cerrada y otras regañosas, otras enrubiadas y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

CAPITULO IX.

De las causas desta pasion.

No tiene causas naturales ni procede de humor ninguno, antes es puramente pasion moral. Porque los hombres de corte, como son mas conversables y mas ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condicion que ge lo paguen en lo mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con la risa á lo que ellos dijeron, ríenselo ellos. Otros hay que antes que comiencen á contar el donaire se rien antemano, y otros que en tanto que lo dicen se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijesen yo bebo á vos, y para que sepan que es cosa de reir y que no sean necios. Y estos por la mayor parte quedan despues del donaire tristes y frios, salvo si son príncipes ó grandes privados; porque estos en comenzando á reir, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas y otros sobre los bancos, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando de risa, que sus ojos se tornan fuentes perenales, otros juran que les duelen las arcas, otros se les desencasan las quijadas. Y créolo, porque las baten por fuerza y contra su voluntad. Otros hay que rien y paran, y despues tornan á rehacer la risa con otro reventon, para dar á entender que la detuvieron por fuerza, y que se les tornó á soltar. Porque se vea cuántos brinquillos y cuántos joguezuelos tiene madama Lisonja.

CAPITULO X.

De las diversidades de hombres que se rien.

Los sordos, cuando están en conversacion y no oyen lo que les dicen, ríense para disimular el defecto del oir, porque presuponen que en reirse no pueden sino acertar, pues que los otros que hablan no quieren sacar otro fructo de las palabras que siembran sino la risa de los compañeros. Los negros tambien se rien mucho unos con otros, mas esta no es falsa risa, sino de corazon, porque son innocentes y ríense como niños, que de una palmadica ó de un coquito ó de ponerles el dedo á la boca se rien como de un gran donaire. Los viejos tambien cuando se juntan unos con otros nunca están sino riendo, y aunque esta risa es de su natío falsa y contrahecha, porque no tienen ya tiempo de reir, sinó de llorar; pero en alguna manera se rien de placer, porque traen á la memoria los actos de la juventud, que les parece que fué ayer, y en verse tan súbitamente desviados y trocados de todo aquello, ríense, como si les hubiesen hecho una gran burleta. Porque el uno dice de cuando escalaba las paredes y torres, y el otro de cuando corria por un cerro arriba como un gamo. Y mirándose unos á otros, vista la disposicion del escalante y del corriente, ¿quién no ha de morirse de risa? Tambien, como se acuerdan de los gestos que ayer tu-

vieron, y se ven hoy con las mascaretas de la vejez, ríense, como si viesen un mancebito contrahacer el gesto y la habla de un viejo. Tambien se podrian reir de las vanidades que ven hacer á los mozos y del engaño que traen, y cuán presto se hallarán burlados; que para quien está sin pasion todas son cosas para reir. Y porque nuestro Señor Jesucristo vino á pagar las liviandades y placeres de los otros hombres, y le dolian sus engaños y sus perdiciones, y no era lisonjero ni admitia palabras ociosas, por tanto ninguna specie de risa cupo en su benditísima boca ni en su santísimo pecho. A él sea dado honor y gloria para siempre jamás. *Amen.*

CANCION DE VILLALOBOS, CON SU GLOSA.

Venga ya la dulce muerte,
Con quien libertad se alcanza;
Quédese adios la esperanza
Del bien que se da por suerte.
Quédese adios la fortuna
Con sus hijos y privados,
Quédense con sus cuidados
Y con su vida importuna.
Y pues al fin se convierte
En vanidad la pujanza,
Quédese adios la esperanza
Del bien que viene por suerte.

GLOSA.

Cuando aquella muy bienaventurada hembra, la Emperatriz nuestra señora, se fué huyendo de las lágrimas y trabajos desta vida, y se acogió á los placeres y descansos que agora tiene, yo quedé tan triste y tan descontento del mundo, que deseaba, si Dios fuera servido, morirme en aquella sazon con su buena gracia. Y como esto no se alcanza hasta que sea llegada la hora y los términos que tiene constituidos el Señor de la vida et de la muerte, quedéme embebescido contemplando en los amores de la deseada muerte; porque ya tenia aborrescida la vida, con quien yo habia estado abarraganado tanta multitud de años tan mal gastados y tan mal empleados como han pasado por mí. Que verdaderamente si agora hiciese, como dicen, palacio, y mostrase los vergonzosos actos que en presencia de Dios he hecho por todo el discurso de mis edades, yo quedaria tan confuso, que nunca mas osaria parescer delante las gentes. Así que, estando arrebatado en la dicha contemplacion, acordé, como buen enamorado, de buscar con toda diligencia las mejores formas que yo pudiese para alcanzar la presa, conviene saber, una sosegada y dulce muerte, de que abajo hablaré mas largamente. E parésceme que tal joya como esta no se vende públicamente en la corte, sino es en algunos rincones della apartados de toda conversacion y palacio, y tan escondidos, que son muy pocos los oficiales que los pueden hallar para sus señores. E como yo tenia larga experiencia de los hervores y ansias que allí andan en las cosas del mundo, y de las tibiezas y menosprecios en las cosas del cielo, y habian pasado por mí muchas competencias y rancores con mis prójimos, y grandes invidias de verlos ir delanteros y primeros, y quedarme rezagado y postrero sin culpa mia, y otras infinitas perturbaciones que tiranizan y toman de su parte á la voluntad, y roban el imperio y señorío de la razon, y hacen de lo dulce amargo y de lo amargo dulce, como los malos y viciosos humores que perturban el sentido del gusto; determiné de buscar otra morada, donde con menos estropiezos pudiese caminar por camino mas llano y mas seguro á la mi muy amada y muy deseada muerte; porque ya la jornada es muy breve, y la bestia en que voy, cuanto mas vieja y mas cansada, tanto corre mejor las postas para llegar al cabo. E así, con licencia y gracia de su majestad vine á hacer mi asiento fuera de la corte. Y escrebí estos versos, que por parescer muy compendiosos y provechosos para los hombres que son como yo, les dí la siguiente glosa. Pues dice así:

Venga ya la dulce muerte,
Con quien libertad se alcanza.

Dos géneros hay de muerte. La una es dulce, la otra es amarga. La primera y la mas principal destas dos muertes es aquella por cuyo medio se van todos los vivientes de la subjecion y servidumbre á la muy verdadera libertad, esta es la muerte que es buena para los justos. Cuántas servidumbres y yugos tenga el hombre en este mundo, cada uno, si quisiere pensar en ello, lo verá en sí mesmo. Porque desde que nascemos somos captivos y subjectos á las necesidades del mundo adonde venimos, conviene saber, á la hambre, á la sed, á los grandes frios y á las grandes calores, á las enfermedades y dolores, et á las veces á los tirannos y naturales et á las veces á los tirannos y malos jueces, á las pasiones de la carne et á sus concupiscencias. E finalmente, ¿á quién no servimos? Servimos á la tierra, que fué hecha para nuestro servicio, servímosla labrando en ella para que nos dé de comer, servimos á los animales, que nos fueron dados por esclavos; porque ¿quién no cura de su caballo? quién no le da la comida? quién no le frega y le rasga y le alimpia? Et á las veces se hace esto en tanto extremo, que si no fuese por la crisma, querria mas ser el caballo que su dueño.

Item, servimos á los bueyes y á los otros ganados, y tambien somos subjectos á los peligros y destemplanzas y corrupciones de la tierra y del agua y del aire, et á los terremotos y á las tempestades del mar, y á los truenos y rayos y relámpagos del fuego. Y somos subjectos á las guerras y tumultuaciones y disensiones del linaje humano. Y en fin, ¿á quién no somos nosotros subjectos? pues que hasta las moscas y las chinches nos ofenden, y no podemos defendernos dellas ni de las pulgas ni de las

langostas ni de los otros cocos y gusanos de los huertos, y otros muchos y muy diversos géneros de animales semejantes á ellos. E sobre todo, somos esclavos del pecado, porque quien hace el pecado es esclavo del pecado y esclavo de todos los diablos, que le tientan y le persiguen. De todas estas subjeciones y servidumbres, y de otras muchas que por evitar prolijidad y hastío no se ponen aquí, de todas ellas nos libra la dulce muerte susodicha, que en verdad los que huyen della y los que no andan tras ella son ingratos de sus beneficios, y no la conoscen ni saben bien ponderar ni estimar el valor que tiene, pues que con ser muerte nos quita la mortalidad, y nos hace vivir de asiento con un Señor que servirle no es servidumbre, sino reinar para siempre, y no de cualquiera reino, sino del mismo reino suyo, y gozar perpétuamente del mismo señor y de todo cuanto él tiene, como verdadero Rey nuestro. Así que, esta es la muerte que se debe pedir á Dios, y comprárgela con obras de amor, porque esta es la moneda que él mas quiere; que sin ella cierto es que todas las otras monedas son falsas y no valen nada. Que si le amamos de corazon limpio á él y á todas sus cosas, desamando y despreciando lo que no es él ni por él, no hay hacienda ni bienes en todo el universo mundo que sean tan grandes, y por estimados que sean, que se puedan comparar con aquellos y darlos á trueque de la buena muerte. Y mirad qué compra tan sin engaño es esta, que el mesmo vendedor os dará tanta ayuda de costa para comprar la joya, que cuasi no poneis nada de vuestra casa; porque si os ve comenzar con algun buen respecto á contractar con él, de su casa pone todo lo demás, para confirmarse con vos en buena y verdadera confederacion y amistad. Y en este punto se engañan infinitas ciudades y reinos y naciones, y gran multitud de príncipes y señores de la tierra, que no tienen por delicto ni ofensa de Dios quererse mal unos á otros. Y es tanto como no querer bien á Dios, que mandó que nos amemos unos á otros como él nos amó á nosotros. Agora no se hace así, pues que por el interese ó por un humo de honra y de cuidados vengativos quiere mal el hermano al hermano, y procura la muerte el hijo al padre, y aun el padre al hijo. Cierto no es buena moneda esta para comprar con ella la buena muerte y la libertad susodicha.

Hay otro género de muerte, y esta es muy amarga cuando llega, y deja mucho mayor amargura despues de venida, porque es de todo en todo contraria á la que está dicha. Esta es la muerte de los malaventurados que mueren en servicio del diablo. Este es un tirano que no les da descanso de los trabajos que pasaron por él en esta vida, ni les da libertad de las servidumbres y subjeciones que tuvieron en ella; antes los lleva de unos trabajos livianos á otros tan grandes y de tan crueles tormentos, que no basta la lengua humana ni la escriptura de todos los teólogos que hablaron en esto para poderlos explicar. Porque las crueldades del turco y los tormentos que inventó Falaris, y los de Silla y Mario y Nero, y de otros tiranos, si los hubo peores que estos, no eran tormentos, sino halagos y baños de agua rosada, en comparacion de las crueldades que hace el diablo á sus servidores, en remuneracion y paga de lo mucho que trabajaron en su servicio. Que verdaderamente la vida de los viciosos, con toda su prosperidad, es muy trabajosa en este mundo. ¿Qué trabajos se pueden comparar á los del avaro? Qué trabajos y peligros pasan los enamorados y carnales por un momento de placer con muy largo arrepentimiento? Qué trabajos son los del invidioso y los del celoso? Qué trabajos son los de la honra y ambicion, que un punto de sosiego no dejan á su dueño? Si no, véase por los que andan en bandos sobre esta negra honra, que por sostenerla la derriban mil veces con mil traiciones y fealdades hechas en servicio de la honra. De manera que los postes con que la piensan sostener son tiros de artillería que dan con ella en tierra, son unas minas con que la hunden debajo de tierra, en daño suyo y de todos sus descendientes. Y todos estos trabajos, y otros infinitos con que afligen y quebrantan sus cuerpos los malos hombres, no son nada en comparacion de las bascas y congojas mortales que sienten dentro de sus pensamientos. Porque, como el ánima humana, por mala que sea, es de un metal celestial y divino, á las veces adevina el gran mal ó bien que le está aparejado. E por esto los malos padescen acá grandes congojas de espíritu y grandes fuegos en sus pensamientos, sin saber la causa, y es que su ánima profetiza su perdicion. Y que sean mayores los trabajos del pensamiento que los del cuerpo, manifiestamente se paresce en esto. Que ninguno por cavar y remar, ni por otros afanes, por grandes que sean, se desespera, y muchos hombres y mujeres por una congoja ó triste pensamiento se dan crueles muertes, unos despeñándose, otros dándose de estocadas, otros ahorcándose, otros en agua y otros en fuego. Porque es tan grande la pasion del ánima, que cualquiera muerte tienen en muy poco, por acabar la tormenta que padescen. Los malos padescen muchos destos trabajos, segun que cada uno verá en sí mismo. ¿Cuánto reposo y cuánto descanso trae dentro de su spíritu cuando hace lo que debe? Y ¿qué tempestades y vueltas de fortuna siente cuando hace lo que no debe? Este de todas las cosas ha miedo, sino á Dios, y el otro á ninguna cosa teme sino á Dios. E por cuanto el temor de Dios es sosiego y seguridad de todos los otros temores, por esta razon se paresce el contentamiento del bueno y el descontentamiento del malo, de quien dice el Profeta que su corazon no tiene mas sosiego que la mar cuando está herviendo con las grandes tempestades; *Cor impii sicut mare fervens quod quiescere non valet*. Esta es la paga que da el diablo á sus vasallos en esta vida cuando mas le sirven. Pues ¿qué será lo de la tierra, cuando los lleva no libertados, sino captivos, y los aposenta, no como acá en palacios muy ricamente labrados y muy regaladamente servidos, sino en la mas escura y mas hedionda cárcel que nunca fué ni será? E los pajes no serán muy hermosos mancebos, sino muy espantables cabrones. E los manjares serán, no pavos nuevos ni perdices gordas y tórtolas cebadas, sino muchos y muy crueles dolores, y tantos géneros de tormentos cuantos no puedan caber en las fantasías humanas. Y de todo esto doy por testigos á los santos teólogos, que tractan desta razon como hombres llenos de Dios, inspirados por el Espíritu Santo, que no los deja decir una cosa por otra. Así que, la cancion no pide á Dios en mi nombre tal muerte como esta para escapar de las molestias y trabajos de la corte, que no sería buena granjería huir el

hombre las moscas y acogerse á los leones hambrientos; mas pide la otra muerte, que es dulce y da descanso y libertad, y alimpia todas las lágrimas y tristeza de los que van agraviados desta vida, que para los que mejor negocian en ella es tal, que el bien mayor que ella tiene es lo que todos tienen por mal, conviene saber, ser breve y acabarse presto, sino que no lo entendemos ni lo sabemos gozar. Dice mas:

Quédese adios la esperanza
Del bien que se da por suerte.

Despues que he pedido á Dios la muerte, que es buena y preciosa delante su acatamiento, comienzo á despedirme del mundo, y principalmente de la corte, que es el corazon del mundo, donde todos los otros miembros y partes de la república se gobiernan et rigen. Donde sola esperanza del medrar trae á los hombres borrachos y encantados, sufriendo trabajos y peligros mortales por mar y por tierra, y á las veces es mas lo que distribuyen de sus intereses y del patrimonio que ya poseen, que lo que esperan y nunca lo gozarán. Que ciertamente no sirven allí los hombres al rey porque es rey y señor suyo, digno de ser acatado y servido, no por la grande esperanza que tienen de los bienes y mercedes que están esperando de su gran liberalidad. E á estos llamo yo bienes que se dan por suerte, porque vienen como cuando echan suertes, que á pocos acierta la joya, et toda la otra multitud se queda en blanco. Y es de saber que la mayor parte de los bienes de fortuna no consiste en méritos humanos ni en obras de naturaleza, sino en las opiniones de la gente; verbi gracia, si un mercader es mas dichoso que su vecino es por la opinion de la gente, que se aficiona á su casa, et quieren darle los provechos antes que al otro, et lo mesmo acontesce entre los oficiales. E un capitan de quien se tiene mejor concepto y mayor confianza será mas dichoso en la guerra que otro, porque los suyos pelearán con mayor voluntad et tendrán menos miedo, y los contrarios le temen y pelean de mala gana. Así que, tambien esta fortuna buena consiste en las opiniones, y por eso se dan con mucha razon todas las gracias del triunfo al capitan, aunque no es mas de un hombre solo, que no puede en ninguna manera vencer por sí solo con sus proprias fuerzas, sino con las ajenas.

Item, las mercedes y favores que dan los príncipes comunmente son bienes que vienen como suerte, porque se dan por la opinion de los que hacen las informaciones, que algunas veces se pueden engañar; é como los príncipes no son dioses, sino hombres, quédanse algunas veces los que mas han merescido con menos premio, y los que merescen ser ahorcados los vemos puestos en la cumbre de la rueda. Y permite Dios estas cosas porque consisten en el libre albedrío de los hombres, al cual no quiere forzar, porque con él merezcan y desmerezcan. Y como yo anduve en la corte hasta los setenta años, y entendí las cosas del mundo, hablé comigo desta manera: «Yo he servido hasta la muerte, porque ya lo que queda de vivir no es vida sino para sentir las penas y pasiones que la edad trae consigo, y he trabajado, no en hacer zapatos de viejo á los pobres labradores, sino en procurar la salud á los mas altos y mejores príncipes que hay en el mundo; y esto hice con todo mi estudio, pasando muchas noches en sospiro et sin sueño, y otras echando estos huesos secos sobre las alhombras. E sabiendo todo esto sus majestades, como testigos de vista, nunca hubo lugar para que yo medrase en su casa, ni me dieron siquiera de comer para un hijo, que es la cosa que mas ligeramente pueden hacer. Esto no me ha venido sino por una de dos causas, ó por entrambas; conviene saber, que ó yo no lo merezco, aunque pienso que sí, ó quizá los que hacen las informaciones en las consultas olvídanme á mí, y acuérdanse de otros que tienen mas á la mano, á quien yo por ventura precedo en servicios y en ancianía. Y no ha lugar la esperanza destos bienes fortuitos, porque está combatiéndome la muralla quien no consiente que yo goce dellos; que la muerte me tiene minados todos los cimientos del edificio, y la fortaleza tiene aportillada y batida por muchos lugares; porque los ojos ya cuasi no ven, ni oyen las orejas, y la barba cana está toda por el suelo, que no hay un diente para comer, aunque agora me lo diesen. E pues que así es, yo determino de darme á partido con que me dejen salir la persona libremente, aunque vaya desnudo como salí del vientre de mi madre, y despídome del mundo y de sus vanas esperanzas; porque ya de aquí adelante no le pueden llamar esperanzas, pues no queda tiempo para gozar lo que se espera; y concluyo que nos vamos de aquí, y venga ya la dulce muerte, con quien libertad se alcanza. Quédese adios la esperanza del bien que se da por suerte. Dice mas:

Quédese adios la fortuna,
Con sus hijos y privados.

Esta es la segunda parte de la cancion, en que se declara quién son aquellos que reparten estos bienes de fortuna, y en quién ponen toda su esperanza los que andan en la corte; y despídome de importunarlos mas en razon de la dicha esperanza, por esperar en otro Señor, con quien ellos pueden vivir, y en otros bienes mas verdaderos y de muy mayor estima; y es la verdadera y virtuosa esperanza que muchas veces viene á los desesperados del mundo, porque, vistas sus falacias y sus iniquidades, huyen y declinan su jurisdicion, apelan de la tierra al cielo y de los hombres á Dios, porque saben que allí no hay accepcion de personas, y que cada uno vale por su precio; et si él quiere, será estimado en mucho mas de lo que él vale, y tal desesperacion como esta es de inestimable fructo, como dicho es, y la esperanza de quien van huyendo es de incomportable afan, porque nos trae burlados y afanados por todo el discurso de nuestras edades. Ella nos hace subir en los hombros una piedra muy pesada cien mil veces á la cumbre de una gran montaña; ella nos hace, con la gran sed, llegar el agua del rio fresco á la boca sin que pueda entrar en ella una gota de agua; ella nos trae trasportados et olvidados de Dios y del infierno y de la muerte; ella nunca nos da un punto de reposo, y de tal manera corremos tras ella, como si no hubiese otro bien en el cielo ni en la tierra mas de lo que ella pretende; y es el bien que espera tal, que, aun despues de alcanzado, no hay descanso con él, porque luego se siguen otras y otras esperanzas peores y de mayores trabajos que la primera; y dejamos á Dios, que se nos da con los brazos abiertos, y que sus bienes

son tales, que, teniéndolos, paran allí todos los deseos et las esperanzas; porque no hay mas bien que desear ni mas bien que se pueda esperar. E volviendo á la declaracion de los versos, es de saber que los hijos de la fortuna son los grandes señores y los príncipes del mundo; porque estos son herederos de sus bienes, y los privados de la fortuna son los que gobiernan sus estados y andan siempre al lado de los dichos sus hijos; á los unos y á los otros tienen ojo los que andan por medrar. Estos traen la rueda de la anoria para vaciar á los unos y henchir á los otros, y en fin, aunque el príncipe sea mayor que Octaviano y mas liberal que Alejandre, serán pocos los que alcanzarán la presa; porque el universo no es bastante para henchir la hambre y la avaricia de los que pretenden sus dones y mercedes; y muy peores son de satisfacer et de contentar los que han medrado que los desmedrados, et por esta causa es grande la multitud de las esperanzas que salen en vacío. E porque la mia era una destas, acordé, aunque tarde, de no seguir mas la empresa, y á mas no poder, me vine con licencia de su majestad á hacer mi asiento de vivienda con Dios; y así, me despido de andar mas al remo en las galeras de la fortuna et de importunar mas á los príncipes y señores del mundo; é porque sepan todos que, bien mirado todo, no es mas holgado el estado de la grandeza y prosperidad que el estado de la pobreza, y que por eso no debemos de anhelar ni trasfagar tras esta esperanza, dice adelante la cancion :

Quédense con sus cuidados
Y con su vida importuna.

Los grandes cuidados que siempre tienen los poderosos príncipes ellos solos, que los padescen de dia y de noche, los conoscen y los pueden explicar, porque la experiencia los enseñará y les dará copia de vocablos para darlos á entender; que ciertamente los hombres que son de mediano estado no entienden el bien que tienen, si desean ser grandes príncipes; porque en su estado no tienen á cuestas la carga de todo un reino ó de muchos reinos y diversas lenguas y naciones, ni los han de defender y morir por ellos, ni los han de gobernar en igualdad y justicia, ni han de ser importunados de todos ellos y de cada uno por sí, ni han de sentir mortales fatigas con las competencias de los enemigos injustos y malos, ni les ladran un millon de perros de oriente y de occidente y de todas las partidas del mundo con cartas y con temores horribles, ni padescen sueños y fantasmas de furias infernales, ni han de dar cuenta á su reputacion ni á Dios de cada cosa y parte destas; antes comen á sus mesas con buena gana, y duermen en sus camas con sosiego de espíritu, y levántanse sin andar pidiendo nada á sus vecinos para defender los hogares y las mujeres et hijos. Estos tales, si bien lo entienden, mas bienandantes son en esta vida que lo fué Alejandre ni Julio César cuando hacian temblar el mundo; y pues que así es, no les hayamos invidia ni les demos mas enojos ni mas importunidades; basta dejarlos con sus cuidados y con sus importunidades. Tras esto la cancion concluye diciendo que, ya que todas las prosperidades del mundo fuesen agua limpia, sin tener mezcla de fatigas y trabajos incomportables, al cabo cabo todo para en una gran vanidad y un sueño que, en despertando, halla que todas son nada cuantas torres de viento hacia; y por eso el rey sábio, que habiá gustado y gozado de los bienes y deleites del mundo mas que todos los nascidos, sin haber contraste ni revés en todo cuanto sus ojos deseaban, estando en medio de todas sus prosperidades, dió por sentència difinitiva que todo era una vanidad llena de vanidades, y que ninguna cosa habia en la vida del hombre que tuviese ser ni substancia, sino el temor de Dios y el guardar sus mandamientos; porque esto hace al hombre ser hombre y capaz de razon, y para esto fué criado, y no para las otras cosas; y esto dura con él para siempre y le defiende del rigor del juicio, para que dé á Dios buena cuenta de sus obras; y con esto el dicho rey cierra su libro, y conforme á esto, nuestra cancion concluye : «Que pues al fin se convierte en vanidad la pujanza.»

Para mayor declaracion destos versos, que son la tercera parte de la cancion, diré aquí lo que vi en Zaragoza estando en ella su majestad, antes que se casase. Murió allí el gran Chanciller de un paroxismo de apoplejía, que súbitamente le vino; este era un hombre que, despues de su majestad, mandaba todos sus reinos y le obedescian todos los principados y magistrados dellos; y estando así dando el alma á cuya era, estaba la cama cercada de sus criados, entre los cuales estaba un mozo barbero y otros mozos de despensa, que en poco tiempo habian ganado con su favor muchos millares de ducados; y acaso dormióse uno dellos sobre las almohadas del gran Chanciller, muy abierta la boca y con gran ronquido, y los otros quitan la cruz de los pechos del gran chanciller y pónenla con gran diligencia sobre el otro que se dormia, y reventando todos de risa, comienzan á cantarle un responso. Yo, espantado, contemplando en aquella horrible vision de aquel malaventurado y de aquellos bienaventurados, digo : Ninguna cosa se huelga hoy de la potencia y prosperidad que ayer tuvo, ni se le da un maravedí por toda aquella pujanza, ni se enoja del poco acatamiento que estos le tienen, ni de la poca guarda que hay en sus puertas, porque todos entramos cuantos queremos, sin que haya quien nos dé con el puño en los pechos. Ayer temblaba la tierra delante dél, y hoy le pueden dar estos cien papirotes en la nariz, sin que él ni otro ninguno les diga que hacen mal; ayer le habian invidia los mas prósperos, et hoy no se trocarian por él los mas míseros. Síguese que toda su pujanza brevísimamente se convertió en humo y en vanidad; y lo mismo se puede juzgar de la felicidad de Pompeo y de Octaviano y de Trajano, y de todos los otros hijos de la fortuna; é con tanto, me despido della, y no solamente me despido de sus bienes, mas aun de la esperanza dellos me aparto, con propósito de no importunar á ninguno, sino á Dios, rogándole por la vida de su majestad, porque en mi pobre retraimiento me mantiene para que pueda llevar adelante esta santa y descansada empresa.

LA CARTA DEL DOCTOR DESCORIAZA.

Yo he visto los problemas y los otros tratados que vuestra merced me envió, y estuve tan léjos de importunarme con la prolijidad de la escriptura, que antes me pesaba en el alma cuando se me iba acabando; porque, dejadas aparte las gracias que pasastes con el señor duque de Alba, tan dulces y tan bien rechazadas de la una parte á la otra, que en estas yo confieso mi liviandad, que quien quiera que me las viera leer me tuviera por loco, segun era la risa y los visajes que yo hacia en todos los pasos que van allí tan bien tractados; mas aun en lo que toca á la filosofía natural y á los principios de la medicina lo hecistes tan sabroso, que me quitastes todo el hastío que yo tenia en estas sciencias; porque, siendo ellas de suyo tan ásperas y tan puestas en pleito, les distes una muy palanciana y muy buena conversacion, con una claridad y unos testimonios traidos hasta el sentido, que ningun matemático puede probar sus figuras con mas ciertas demonstraciones que las que allí están puestas. Espantéme de ver la razon por donde el elemento del fuego no puede inflamar al aire que está incluso dentro dél y por donde no puede alumbrar; porque, si yo fuese muy ambicioso, no puedo decir que las he visto en otra parte, y si fuese muy invidioso, no las puedo contradecir. E aquellas materias de las fiebres periódicas y del calor natural y de la virtud vital ¿quién las vió tan declaradas y con tantos secretos como allí revelastes? Perdóneme vuestra merced, que en verdad *ego non te tanti faciebam*, ni alcanzo cuándo estudiastes aquello, ni adónde lo hallastes con aquella copia y con aquel estilo y brevedad y llaneza y sotileza que allí habeis puesto. Yo suplico á vuestra merced que tome mi parescer en esto y lo encomiende á la impresion, que en verdad ello hará mucho en la honra de la medicina cuando vieren los que no son médicos que tan bien fundados tiene sus edificios, y que no son fábulas ni patrañas las cosas que en ella se tractan. Y porque esta mi carta se escribió depriesa, por ser ajeno el mensajero, recibiré gran merced que luego sea rasgada, porque no venga á noticia de los que no son tan amigos mios como lo es vuestra merced, de quien yo puedo fiar todos mis bienes y mis males. De Madrid, á 23 de junio de 1530 años.

CARTA DE UN PADRE COLEGIAL Y REGENTE EN SANTA TEOLOGÍA EN EL INSIGNE COLLEGIO DE SAN GREGORIO DE VALLADOLID, DE LA ÓRDEN DE LOS PREDICADORES, DIRIGIDA AL SEÑOR DOCTOR VILLALOBOS, AUTOR DE LA PRESENTE OBRA.

El padre rector deste nuestro collegio me mandó leer este libro de vuestra merced; et aunque al principio yo recebí alguna pesadumbre en ello, porque no sabia la cualidad de la obra ni conoscia el autor della, pensaba seria como otras muchas escripturas que vienen á ser examinadas á este collegio, en las cuales se gasta tiempo y se sufre en acabarlas de leer no pequeña importunidad; y estaba á la sazon tan ocupado en mis leciones y continuo ejercicio de estudio, que de necesidad me habia de dar gran desabrimiento y pena cualquier otro nuevo embarazo. Con todo eso, comencé á hacer lo que me mandaban, y fuéme paresciendo tan bien á mí et á otros mis compañeros, que juntamente oian lo que yo iba leyendo, la escriptura, las preguntas y respuestas, la gracia de los diálogos, el ingenio de las cosas, el lenguaje y explicacion dellas, y finalmente, el retórico artificio en disputarlas, de arte que al cabo de la licion quedó, así el lector como los oyentes, sin ningun fastidio y cansancio, antes con muy sabroso dejo, que entendí bien que no es este de los libros que se hallan á cada rincon, sino de los muy raros y estimados que suelen por dicha salir de cuando en cuando. Yo bien osaria afirmar, de cuantos padres oyeron el libro, que ninguno dejó de proponer de haberlo, en pudiendo, á las manos, y de mí digo ciertamente que no lo dejaria por ninguna cosa; porque hallo en él muy buenas doctrinas, y juntamente gran recreacion y deleite en leerlas, que son cosas, como saben bien los que han leido muchos libros, que con dificultad se hallan en ellos. Yo me daba por muy satisfecho del tiempo que empleé en leer la obra de vuestra merced, y del trabajo que pasé en ello y falta que á otras mis ocupaciones hice con el fructo y recreacion que de la lecion hube, y me tenia por muy pagado con mucha demasía; pero, porque no me fuese alabando del lance, mándame el padre rector, en pago de la buena obra que del libro recebimos, que yo escriba aquí mi parecer y censura dél. Por cierto mi parecer es muy corto para poner la lengua en una escriptura que tan largamente meresce ser alabada, y bien sé que no podrá dignamente loar el libro sino alguno que alcanzase el ingenio y elegancia castellana que en él se contiene, de las cuales dos cosas sé yo bien que estoy muy léjos; y la mejor manera de alabar la obra seria para mí referirme á lo que en ella se tracta y á lo que arriba he dicho, do tengo escripto mi parescer, sin pensar que tomaba argumento tan desigual á mis pocas fuerzas. Con todo eso, si no puedo escapar sin decir una palabra, como de paso, por cumplir con la obediencia, lo que siento es que el censor de la obra presente habia de ser universal en muchas sciencias y tener experiencia de cosas varias, porque el libro es muy erudito y vario; digo que habia de ser filósofo, poeta, teólogo, médico, soldado, caballero, cortesano; para todas suertes de personas tiene escogidas sentencias y particulares avisos, gracias y donaires muy á propósito. En cada cual destas profesiones tome cada uno y encarezca lo que hace á su caso, que, si no me engaño, bien hay en qué meter la mano. En lo que yo podria tener voto es en las cosas de filosofía y materias de vicios y virtudes que en el libro se contienen. Todo me paresce que está resuelto por el cabo, y que igualmente, ansí en los problemas como en los diálogos, compiten ingenio, elocuencia, gracia y donaire, pero sobre todo grande explicacion y facilidad, con la cual cosas muy ocultas y delicadas de filosofía hace palpables al sentido. Si alguno piensa que esto se dice por encarecimiento, lea el diálogo entre el señor doctor y Acevedo, y verá tomar con la mano al médico ingenioso lo que antes con el enten-

dimiento no podia bien alcanzar. No quiero decir en particular cuán cristianamente diga mal de algunos vicios que hacen grande estrago en las personas do una vez hacen asiento, como es el avaricia, la ambicion, la lisonja y otras semejantes; cuán bien se enoja con ellos y los disuade con fuerza y muchas razones vivas y cristianas; porque esto seria alargar mucho la carta, que ya se va haciendo prolija; yo me refiero á los que vieren la obra, y oso afirmar que cualquier hombre de ingenio se satisfará mucho della y la tendrá, como es razon, en gran precio. Nuestro Señor quede con vuestra merced.

FIN DE LOS PROBLEMAS DE VILLALOBOS.

ANFITRION,

COMEDIA DE PLAUTO,

QUE TRADUCIA EL DOCTOR VILLALOBOS,

LA CUAL GLOSÓ ÉL EN ALGUNOS PASOS OBSCUROS; NUEVAMENTE IMPRESA Y ENMENDADA POR EL MISMO AUTOR.

PROEMIO.

PLAUTO fué un excelente poeta de comedias, que es un linaje de poesía que en el tiempo de la antigüedad usaban mucho. Fué muy elegante y muy gracioso; llámanle padre de la lengua latina, porque comenzó en él la elegancia de la poesía. Floresció en Roma en tiempo de Marco Caton, orador clarísimo y caballero muy famoso. Fué tenido este poeta en tanta autoridad, que no se desdeña de alabarle Varro, Stolon, y Aulo Gellio, y Horacio, y Sant Hierónimo, y Eusebio y otros muchos sapientísimos escriptores. Y agora en nuestros tiempos han trabajado de corregir y glosar al Plauto cuatro hombres que en todo género de doctrina fueron los mayores sábios de toda Italia, conviene saber: Hermolao Bárbaro, cardenal de Aquileya, y Angelo Policiano, Filipo Beroaldo y Merula. La primera comedia que este poeta escribió se dice *Anfitrion;* esta es la que aquí traducimos de latin en romance.

Como los fuertes guerreros ejercitan á las veces las personas en los juegos de cañas y justas para tomar gusto en las cosas de las armas, y recreando con las burlas hacerse diestros en las veras; así los entendimientos humanos, que suelen contemplar en las cosas árduas, se abajan algunas veces á ejercitar en las comedias y otras cosas dulces de poesía, como hacia Sócrates, Solon y Platon, grandísimos filósofos y muy probados auctores de la sciencia.

Por tanto, si alguno tachare esta nuestra traducion por parescerle cosa impertinente á los estudiosos, ninguna injuria nos hace, por dos cosas: la una es porque no sabe lo que se dice, y habemos placer que se consuele de lo que no sabe con reprehender al que lo sabe; la otra es por lo poco en que estimamos á tales hombres, que no es razon de tener en cuenta al que quiere ser tan ruin, que determina de ser invidioso.

Quien supiere que vuestra merced me manda pagar tan largamente porque traslade esta comedia graciosa del Plauto, luego verá que teneis en tan poco cuanto dais, que no quereis que tenga nombre de merced, sino de contratacion; porque el latin sabeis entender y hablar con tanta elegancia, como todos los que viven dello, y vuestro romance es el mas polido y agradable de cuantos hayamos visto en nuestra edad.

Así que, pudiera vuestra merced guardar sus dineros y gozar mucho mejor de la comedia en su original que en mi trasunto; no embargante que en este nuestro trabajo el dinero es la presa que queremos cazar, y no el bien y provecho de la república.

Tres provechos principales se siguen de la traducion desta comedia: el primero es, que por ella los estudiantes de la poesía entenderán el latin del Plauto en *Anfitrion*, sin doctrina de maestro, y no lo tengan en poco; porque, como este poeta es vetustísimo, el estilo suyo es inusitado, muy fragoso y muy áspero. El segundo es, que todos los que quisieren pasar tiempo en leer la comedia, verán en ella qué dioses eran aquellos que adoraba la gentilidad, y cuán léjos de razon y de humanidad se fundaban sus ritos y religiones, y cuáles eran las doctrinas y los ejemplos que los dioses daban á sus vasallos y servidores; y maravillarse han cómo podian creer tan vana bestialidad unos varones tan sábios y tan illustres, que de su profunda sabiduría y claros hechos dejaron inmortales memorias; y por eso juzgarán cuánta es la sotileza del demonio para engañar, y cuánta merced nos

ha hecho Dios en desengañar; que nos ha mostrado la verdad por tan claras sentencias, que el camino que agora saben los hombres rústicos para salvarse, era tenido en los tiempos antiguos por sciencia muy escondida y muy cerrado secreto. El tercero es, que en esta comedia hay algunos pasos y dichos notables, segun por el discurso della se verán por mi mano notados en la márgen [1].

Si esta comedia por sí no tuviese auctoridad, debe ser tenida en mucho por parte de vuestra merced, á quien es dirigida y recomendada, por tres partes que hay en vos, que cualquier dellas es materia de muy alta poesía. La primera es vuestra excelente genealogía, que por la parte del señor conde Dosorno, á quien Dios dé salud, cuyo hijo primogénito vos sois por línea derecha, descendeis del muy esclarescido tronco de los reyes de España y de la antigua y noble sangre de los godos; y por la parte de la señora condesa, vuestra madre, hija del señor don Garci-Alvarez de Toledo, illustrísimo duque Dalba, venis de los emperadores de Constantinopla, de cuya raíz vino á florescer en España un ramo que fructificó los señores Dalba, los cuales han sido tan famosos en el uso y ejercicio de la caballería, y sus hazañas tan espantosas, que no sé yo quién recibe la honra del otro, ó ellos en venir de los emperadores, ó los Césares por respecto dellos. La segunda es vuestra prudencia tan grande, y vuestra moderacion y gravedad tan cuerda en caballero tan mancebo y dotado de los bienes de fortuna, que habeis puesto hasta agora admiracion en los que os conoscen; haga vuestra merced de manera que esto vaya adelante, pues que tan bueno es et tan bien paresce. La tercera es las virtudes que habeis comenzado á obrar, así en las cosas de cristiano como en las de caballero; tanto, que por vuestra persona no habeis perdido nada de la nobleza de vuestros mayores, antes resplandescen en vos las imágines dellos como en espejo muy claro y limpio. Y pues el Rey nuestro señor, á quien Dios guarde muchos años, comienza á conosceros y estimaros en lo que es razon, tenga vuestra merced de tal manera la rienda de la perseverancia en la mano, que la mocedad no os dé algun corcovo que os haga salir de camino.

Así que, pues vuestra merced tiene en reputacion y estima esta nuestra trasladacion, cosa justa es que la comedia sea por todos tenida en mucho. Habeisla de mandar corregir, que algunos yerros hallaréis en ella; dellos por descuido, y otros por no entender mas; yo me someto al sano juicio y emienda de vuestra merced, cuyas muy magníficas manos beso.

Aquí se vuelve de latin en romance la primera comedia del Plauto, cuyo nombre es Anfitrion. *La trasladacion es fielmente hecha, sin añadir ni quitar, salvo el prólogo que el poeta hace en nombre de Mercurio, y sus argumentos, que esto era bueno para representar la comedia en público y hacer farsa della, porque los miradores entendiesen bien los pasos todos. Aquí no se pone aquello, porque seria cosa desabrida y sin gusto. Bastan los argumentos que yo pongo, porque dan mejor á entender la comedia y son mas sabrosos para los leyentes.*

ARGUMENTO PARA ENTENDER LA COMEDIA DE ANFITRION.

Anfitrion, capitan general de los tebanos, contra Terela, rey de Telebois, desque hubo vencido en batalla los teleboyanos, y cortado la cabeza valientemente al rey dellos, y sojuzgada la tierra para el rey de Tébas, Creonte, él se vuelve victorioso á su casa. Mas antes que á ella llegase, como desembarcó en el puerto que es cerca de Tébas, acordó de quedarse en el navío aquella noche, y envió á su siervo Sosia con la buena nueva de su venida á su mujer Alcumena. En aquella sazon Júpiter, transformado en la figura de Anfitrion, y Mercurio, su hijo, en la de Sosia, su siervo, vanse á casa de Anfitrion como que vienen de la guerra; recibe muy bien Alcumena á Júpiter, teniéndole por su marido, y huélganse juntos aquella noche. Mercurio guarda la puerta. En esto llega Sosia. Mercurio no le deja entrar, diciéndole: «Yo soy Sosia, y tú no.» Altercan mucho sobre esta quistion, y despues que Mercurio hubo mostrado todos los argumentos y señales como él era Sosia, el verdadero Sosia, atónito y lastimado con bofetones y puñadas, vuelve al puerto sin entrar en casa de su amo, y dice á su señor Anfitrion: «Yo me hallé á mí mismo á la puerta, que estaba allá antes que yo llegase, y me dí á mí el que iba de acá muy grandes bofetones, et yo el que quedo allá estorbé la entrada á mí el que vuelvo acá; et así, no hice cosa de lo que mandaste.» Anfitrion maltrata á Sosia, pensando que viene borracho; y así, entrambos de buena mañana se parten del navío y vanse para su casa.

[1] En la presente edicion van puestos al pié.



ANFITRION.

Sosia, enviado por Anfitrion desde el puerto para que diese las nuevas á Alcumena, va por el camino de noche, medroso, hablando consigo cómo cumplirá su mensaje. Mercurio le escucha todo cuanto dice, et le pone mas temores de los que él trae. Y desque se juntan entrambos, Mercurio le burla graciosamente y estórbale la entrada; así que, se vuelve sin ver á su señora.

SOSIA, MERCURIO.

SOSIA.

¿Qué hombre hay en el mundo mas osado que yo, ó quién es mas confiado, que conozco las costumbres de los mancebos desta tierra y voyme solo de noche por aqui? ¿Qué haria hora yo si las tres guardas de la ciudad me metiesen en la cárcel, y de allí me sacasen á la mañana y me diesen cien azotes? Yo no podria decir de mi causa, ni en mi amo hallaria socorro, ni habria hombre que no me juzgase por culpado; y así como en una yunque, descargarian los azotes en el triste de mí ocho valientes hombres; así que, en cabo de mis jornadas yo seria hospedado en posada pública. El descomedimiento de mi amo me hizo esta fuerza, que sin valerme excusacion me dió priesa para enviarme de noche desd'el puerto donde él queda, como si de dia no me pudiera enviar. Esta servidumbre dura cosa es, sirviendo á hombre rico, y tanto es mas desventurado el esclavo, cuanto mas es rico el señor, porque todas las noches y los dias, sin cesar jamás en dicho ó en hecho, siempre hay obra con que nunca huelgues ni descanses; ca el hombre rico, como no sabe qué cosa es trabajo, con cualquier fatiga que á hombre le venga de lo que él manda, le paresce que absolutamente lo puede mandar, y que es cosa justa que se haga. No cura él de ponderar el trabajo que de allí se sigue, ni de pensar si es cosa justa ó injusta que lo mande; de manera que en la servidumbre se requieren muchos agravios, y es menester que se lleve y se sufra con gran trabajo.

MERCURIO.

Con mayor razon me podria yo quejar hoy de la servidumbre que no este, pues he sido libre, y este se queja della siendo padre de servidumbre, porque nasció esclavo y nunca supo qué cosa era libertad; yo agora esclavo estoy hecho como él.

SOSIA.

Agora me viene al pensamiento [1] que yo haria mejor, viniendo de tales jornadas, en dar gracias á los dioses por las mercedes que me han hecho y adorarlos, que no en blasfemar y quejarme de los agravios que tengo de la servidumbre, siquiera porque no me dén, segun mi merescido, otras tales gracias como yo les he dado, echándome algun hombre de mano que buenamente me quebrante las muelas, porque soy ingrato y olvidadizo de los bienes que me hicieron.

MERCURIO.

Este hace lo que suele hacer el vulgo, que conosce su culpa y su ingratitud.

SOSIA.

Hanos venido tanto bien, cuanto yo nunca pensé, ni otro alguno de los ciudadanos, que nos viniera, que volviésemos salvos á nuestras casas, nuestros enemigos vencidos, y tornasen á la patria nuestras huestes vencedoras, habiendo desbaratado una gran batalla y muertos los enemigos todos, que muchas amargas mortandades habian hecho en nuestro pueblo tebano. Combatida su ciudad y vencida por la fortaleza y virtud de los nuestros caballeros, et mucho mas por la industria y gobernacion de mi señor Anfitrion, el cual despues de la victoria repartió á los suyos el despojo y las heredades y bastimentos, y al rey de Tebas, Creonte, su señor, aseguró y confirmó su reino. Y agora como desembarcó, envíame delantero á su casa desde el puerto, donde él se queda esta noche, para que yo cuente á su mujer cómo ha gobernado su hueste como buen capitan y buen emperador y buen gobernador; quiero desde agora pensar en qué manera ge lo tengo de proponer cuando allá llegare; si dijere mentira, haré lo acostumbrado, porque cuando ellos mas peleaban mas huia yo; mas fingiré como que estuviera presente á la batalla, y contaré, no lo que vi, sino lo que oí. Quiero consultar primero conmigo el estilo y las palabras con que me conviene hablar; así tengo de proponer : Al comienzo, Señora, cuando allá llegamos, Anfitrion escoge tres varones principales de los mejores de la hueste, y envíalos por embajadores á los teleboyanos; la sentencia de su embajada es esta : que si quisiesen sin fuerza de armas y sin rigor de batalla entregar lo que nos han robado y á los mismos robadores, y restituir todo lo que nos han tomado, él levantaria de allí luego su ejército y le volveria á sus casas; y alzando la hueste tebana de sus campos á ellos, les seria dada toda paz y sosiego; é cuando otramente lo quisiesen hacer, teniendo ánimo de pelear y no dar lo que se les pide, que protestaba con gran fortaleza y por las armas, de combatirles su ciudad. Como estas cosas por órden nuestros embajadores dijeron á los teleboyanos, los varones magnánimos, confiados en su voluntad y soberbios con sus fuerzas, maltratan á los nuestros con mucha ferocidad, y responden que ellos podrán defender á sí y á los suyos por la batalla, y que por tanto, les requerian que luego á la hora levantasen el ejército y le sacasen de todos sus términos. Recontada la respuesta por nuestros embajadores, luego Anfitrion manda mover todo su ejército, y por el contrario, los teleboyanos sacan de la ciudad todas sus huestes muy bien adornadas de

[1] Allí donde dice Sosia : «Agora me viene al pensamiento,» se nota que á cualquier hombre, por malo que sea, cuando hace ó dice cosa que no deba, le viene una santa inspiracion al pensamiento, que le amonesta y le reprehende lo malo y vituperable, y le muestra el camino de lo bueno y honesto. Esta es una de las maneras en que habla Dios con los hombres, y llámase habla interior. (*Villalobos.*)

muy lucidas armas. Y despues que salió de cada parte gran número de guerreros, repartidos los caballeros y repartidas las ordenanzas y escuadrones, nosotros ordenamos nuestras batallas segun nuestra manera y costumbre; los enemigos asimismo ordenan las suyas. Despues el un emperador y el otro se salen fuera de sus compañas y se ponen entre medias de los dos ejércitos; hablan el uno con el otro et convienen en esto: que cualquier de los dos pueblos que fuere vencido entregue al vencedor la ciudad y las heredades y los templos y las casas, et á sí mismos. Acabado esto, tocan las trompetas, resuena toda la tierra, alzan las voces y la gritería de cada parte; cada uno de los emperadores promete votos á Júpiter y esfuerza su gente; cada uno de los guerreros por su cabal trabaja cuanto puede; hieren con hierro, quebrantan las astas, truena el cielo con los bramidos de los que pelean, y con el espíritu y aliento dellos se cierra de niebla; muchos de los caballeros caen con el ímpetu de las heridas. Finalmente, nuestra mano fué vencedora, como nosotros queriamos; los enemigos caen á montones, los nuestros, en contrario, se levantan; vencimos por fuerza á los feroces. Con todo eso, ninguno de los enemigos vuelve las espaldas para huir ni se parte de su lugar; cada uno, donde estaba en pié, allí yace tendido, y así, muerto guarda su ordenanza; mas, como Anfitrion, mi señor, vió el teson de los contrarios, mandó luego á los caballeros de la man derecha que rompiesen por ellos; estos con gran presteza obedescen al capitan, y con grandes alaridos y muy alegre ímpetu entran por sus enemigos, ensangrientan y despedazan todas sus compañas.

MERCURIO.

Aun hasta agora no ha dicho palabra falsa, porque yo y mi padre fuimos presentes cuando peleaban, y pasó así como este dice.

SOSIA.

Estonces los enemigos comienzan de huir, y siguen el alcance, hiriendo y matando en ellos, y el mismo Anfitrion cortó la cabeza por su mano al rey Terela. Duró esta batalla por todo el dia, desde la mañana hasta la noche, y acuérdaseme muy bien esto, porque en todo aquel dia no comí bocado; con la venida de la noche cesó la batalla y alcance. A otro dia salen los príncipes de la ciudad al campo, y vienen llorando á nosotros con las manos cubiertas, en señal de paz, pidiendo perdon de su pecado, y entréganse á si mismos y todas sus cosas, divinas y humanas, con su ciudad y sus hijos, á la obediencia y potestad del pueblo tebano, é á mi señor Anfitrion, en señal de su virtud y fortaleza, le fué presentada una copa de oro con que solia beber el rey Terela. Desta manera lo quiero contar á mi señora, y voyme luego á complir lo que me mandó mi amo, y entrarme en casa.

MERCURIO.

Cata, cata, entrarse quiere en casa; salirle quiero al encuentro : no dejaré yo este hombre en ninguna manera hoy llegarse á esta casa; que pues yo estoy transformado en la figura y gesto deste, cierto es que le podré muy bien burlar; mas conviene, como yo he tomado en mí la forma y estatura deste, que tambien las obras y las costumbres mias sean semejantes á las suyas. Así que, habré de ser bellaco y muy traidor y muy astuto, y echar á este de la puerta de casa con sus proprias armas, que es con su malicia; mas ¿qué es aquello? Mirando está al cielo; esperar quiero á ver lo que hace.

SOSIA.

Si yo no soy muy necio, et si yo sé ó creo otra cosa alguna, cierto sé agora y creo que el nocturno dios se echó á dormir borracho [1] esta noche; porque ni los septentriones se mueven en el cielo, ni la luna se muda de como salió, ni las estrellas de Orion ni el lucero ni las cabrillas se ponen; todas estas señales se están quedas, sin que la noche dé lugar al dia para que venga.

MERCURIO.

Anda, noche, como comenzaste, y haz placer á mi padre; haces al mejor de todos la mejor obra de todas, y es muy bien empleada.

SOSIA.

Yo en toda mi vida nunca vi otra noche mas larga que esta, sino una en que fuí azotado, y aun esta, por mi fe, sobrepuja á la otra en largura; yo creo en verdad que el sol está dormiendo y bien borracho; maravillarme hia yo si él no envasó en la cena mas de lo que era menester.

MERCURIO.

Así, don ladron, ¿piensas que los dioses son borrachos como tú? [2] Pues yo te prometo, malvado, de castigarte muy bien por tus malos dichos y fechos; hora vén cuando quisieres, que en hora mala acá vendrás.

SOSIA.

¿Dónde son estos putañeros, que suelen esforzarse á hacer mas de lo que pueden con sus rameras, por entregarse bien del alquiler, paresciéndoles la noche pequeña? Esta era buena noche para alquilar mujer por mucho precio.

MERCURIO.

Luego, segun este dice, cuerdamente lo hace mi padre, que tal noche como esta se está abrazado en la cama con Alcumena, á quien él ama y obedesce de corazon.

[1] Allí donde dice : «Que el nocturno Dios se echó á dormir borracho,» has de saber que los poetas fingen que Júpiter, por holgar aquella noche largamente con Alcumena, hizo que se alargase mucho la noche y se detuviese el dia. Y esto es lo que agora siente Sosia. (*Villalobos.*)

[2] Allí donde dice : «¿Piensas que los dioses son borrachos como tú?» quiso notar aquí el poeta que ninguno, en burlas ni en veras, en secreto ni en público, debe murmurar contra Dios ó contra el santo, porque ellos están oyendo aquello que tú dices, et indígnanse dello, y tras la indignacion viene el castigo. Y aunque otro mal no quiera hacerte Dios, porque es muy bueno y piadoso, sino dejarte de proveer con aquella especial gracia, tú por ti mesmo te irás á perder, porque tienes mezclados los principios del ser con los principios de la perdicion de tal manera, que cuando el Hacedor no favoresce á los primeros, los segundos son muy presto vencedores, ca eres en la mano de Dios como es el vaso de vidrio en la tuya, que cuando le tienes con especial cuidado y diligencia, puede durar, mas si te descuidas y aflojas la mano, aunque tu intencion no sea de quebrantarle, él por sí mismo se va á perder. Esta es figura, para que lo entiendas, maguer que entre la figura y lo figurado hay disproporcion infinita. Par demasiado loco juzgarias tú al hombre que estando el rey haciéndole grandes mercedes, le estuviese deshonrando al rey y maltratándole en su presencia, y tanto es mas loco el blasfemador, cuanto hay distancia entre el rey y Dios, y cuanto las mercedes que Dios hace exceden á las qu'el rey puede hacer.

Así que, Sosia murmuraba de los dioses; oyóle Mercurio et amenazóle, y adelante se sigue el castigo, el cual Sosia fué á buscar por sus piés, sin que nadie le llamase, y allí pagó donde el pensaba que estaria mas seguro, que era á las puertas de su casa.

SOSIA.

Voyme á decir á Alcumena lo que mi señor Anfitrion me mandó. Mas ¿qué hombre es aquel que veo delante la puerta á tal hora de noche? No me agrada aquello.

MERCURIO.

No hay hombre en el mundo tan cobarde como este.

SOSIA.

¿Aun si es este el que yo decia que habia de quebrantarme las quijadas? Aquel hombre en son está de tomarme la capa.

MERCURIO.

Miedo ha el hombre; burlarle quiero.

SOSIA.

¡Ay, que me crujen los dientes, ciertamente porque vengo de camino! Este me habrá de hospedar en la posada de las puñadas. Agora creo que es piadoso, que viendo cómo mi amo me ha hecho velar toda esta noche, querrá hoy hacerme dormir para siempre con los puños. Muerto soy; ¡oh, válame Dios, cuán grande y cuán valiente hombre es! [1]

MERCURIO.

Quiero hablar claro, porque me escuche lo que dijere, para que conciba en sí mucho mayor miedo del que él trae; ca, mis puños, mucho há que no me distes de comer; parece que há muchos dias, aunque fué ayer, cuando dejastes ahí tendidos á dormir cuatro hombres desnudos.

SOSIA.

Miedo malo tengo que me muden aquí el nombre, y en lugar de Sosia me haga quinto; cuatro hombres dice que echó á dormir; temo de acrecentar aquel número.

MERCURIO.

Pues mi fe, así lo quiero hacer agora como ayer.

SOSIA.

Parece que se apareja; cierto se apercibe.

MERCURIO.

No se me irá sin que vaya descalabrado.

SOSIA.

¿Por quién dice?

MERCURIO.

Cualquier hombre que aquí llegare comerá buenas puñadas.

SOSIA.

Tirta huera, no me agrada á mí aquel convite para esta noche, que ya he cenado; por ende, hermano, esa tu cena dala á los que sabes que tienen hambre.

MERCURIO.

Aun no tiene mal peso este mi puño.

SOSIA.

Muerto soy, los puños está pesando.

MERCURIO.

Si yo le doy un buen rato, hacerle he que se duerma.

SOSIA.

La vida me darás, porque tres noches há que no duermo sueño.

MERCURIO.

Muy mala cosa es herir de bofetada; mal aprendió mi mano á herir abierta; á quien mi mano alcanzare con el puño cerrado, de otro gesto le tornará.

SOSIA.

Aquel hombre me habrá de descomponer y hacer otro gesto de nuevo.

MERCURIO.

A quien tú, mi puño, hirieres bien, desosarle has.

SOSIA.

No seria mucho que piense este desosarme como á la murena[2]; de buena gana lo hará, pues que deshuesa los hombres; muerto soy si me mira.

MERCURIO.

Hombre huele aquí, por su mal.

SOSIA.

Cuitado de mí, nunca yo solia oler.

MERCURIO.

Y aun no debe estar léjos.

SOSIA.

Por cierto, yo estaba harto léjos, si Dios quisiera.

MERCURIO.

Aquel hombre cobarde es; los puños me están retozando.

SOSIA.

Si en mí los has de emplear, por Dios que los amanses primero en la pared.

MERCURIO.

Voz de hombre me ha volado á las orejas.

SOSIA.

Cierto, yo soy un hombre malaventurado que no tengo alas para volar yo, que es la cosa del mundo que agora mas me cumplia, y traigo la voz voladora, que es lo que menos me cumple.

MERCURIO.

Aquel hombre anda acarreando con su bestia [3] cómo lleve de mí alguna malaventura.

SOSIA.

Maldita la bestia yo tengo, que á pié me vengo.

MERCURIO.

Muy bien cargado habrá de ir á puñadas.

SOSIA.

Cansado vengo en verdad para cargarme, que aun despues que salí del navío no me se ha quitado el revolvimiento del estómago, y á duras penas me puedo mover sin carga, cuanto mas cargado.

MERCURIO.

Cierto, yo no sé quién habla aquí

SOSIA.

Salvo soy, que no me ha visto, pues que dice que no sabe quién habla; que si me viese, sabria cómo me llaman Sosia.

MERCURIO.

Parésceme que una voz me está azotando esta oreja derecha.

SOSIA.

Miedo he que en pago de los azotes que mi voz le da, habré de llevar yo buenos bofetones.

MERCURIO.

Bien está; hélo aquí do se viene para mí.

[1] Donde dice: «Cuán grande y cuán valiente hombre es,» se debe notar que el miedo turba los sentidos y engáñanos la vista de los ojos. Mercurio estaba transformado en el mesmo cuerpo y gesto de Sosia, y paresciale á Sosia que era Mercurio muy grande y muy espantable hombre; desto se tratará mas largamente abajo.

[2] Allí donde dice: «Desosarme como á la murena,» dice la glosa que la murena es un pescado lleno de huesos y de espinas, y para comerle quebrántanle todos los huesos, y esprimiéndolos desde la cabeza, sacángelos todos por la cola.

[3] Allí donde dice: «Acarreando con su bestia,» dice la glosa que es manera de hablar de aquel tiempo, como refran.



SOSIA.

Temblando estoy de miedo[1]; todo estoy cortado, y por Dios, yo no sabria agora decir á quien me lo preguntase, en qué parte del mundo estoy, ni puedo moverme de temor; ¡desventurado de mí! aquí perecerán juntamente la embajada y Sosia, pues cierto es que me cumple hablar esforzadamente contra este hombre, por parescer valiente, siquiera porque se atiente y retraiga la mano de hacerme mal.

MERCURIO.

¿Adó vas con tu linterna en la mano?

SOSIA.

Y tú ¿qué cargo tienes de pesquisar eso, que con los puños deshuesas los hombres?

MERCURIO.

¿Eres esclavo ó libre?

SOSIA.

Soy como á mí me place.

MERCURIO.

¿Díceslo de verdad?

SOSIA.

De verdad lo digo.

MERCURIO.

¡Oh malvado!

SOSIA.

En eso mientes.

MERCURIO.

Pues yo te haré que deprendas á decir verdad.

SOSIA.

¿Qué menester es nada deso?

MERCURIO.

Yo puedo saber dónde vas y cúyo eres et á qué vienes.

SOSIA.

Aquí vengo, y soy esclavo de mi amo; ¿estás agora quizá mas certificado?

MERCURIO.

Yo te haré hoy embozar esa tu bellaca lengua.

SOSIA.

No podrás, porque sin eso es ella buena y honesta.

MERCURIO.

¿Aun porfías á responder con argumentos falsos? ¿Qué tienes tú que hacer á par desta casa?

SOSIA.

Y tú ¿qué tienes aquí que ver?

MERCURIO.

El rey Creonte mandó poner aquí cada noche uno de los veladores nocturnos.

SOSIA.

Bien hace: pues que nosotros hemos andado léjos de aquí en su servicio, mándanos guardar la casa; agora tú te puedes ir y decirle que son venidos los familiares desta casa, y que ya no es menester ponerle veladores.

MERCURIO.

No sé yo qué tan familiar seas tú desta casa; mas yo te prometo, familiar, que si luego no te vas de aquí, que yo te haga hospedar no como á familiar.

SOSIA.

Digo que yo moro en esta casa y soy siervo destos señores.

MERCURIO.

¿Sabes cómo te va? Véte de aquí luego, porque, si no te vas, yo te levantaré.

SOSIA.

¿En qué manera?

MERCURIO.

Tomándote á cuestas; ¿no te irás quizá si yo tomo un garrote?

SOSIA.

Yo no digo sino que soy familiar desta compaña.

MERCURIO.

Mira cuán presto quieres ir descalabrado, si luego no te vas de aquí.

SOSIA.

¿Paréscete cosa justa que me estorbes de entrar en la casa do yo moro, viniendo de camino?

MERCURIO.

¿Y es esta tu casa?

SOSIA.

Digo que sí.

MERCURIO.

Pues ¿quién es tu señor?

SOSIA.

Anfitrion, que fué agora por capitan general de las huestes tebanas, y está casado con Alcumena, es mi señor.

MERCURIO.

¿Qué diablo dices? ¿Cómo te llaman?

SOSIA.

Sosia me llaman los tebanos, hijo de mi padre Dabo.

MERCURIO.

Ciertamente tú has venido hoy aquí por tu mal con tus mentiras compuestas y con tus engaños cosidos, bellaco atrevido.

SOSIA.

En verdad yo vengo aquí con la ropa cosida, y no con los engaños.

MERCURIO.

Aun en eso mientes; que no vienes con la ropa, sino con los piés.

[1] Allí donde dice: «Temblando estoy de miedo,» etc., se debe notar que el desordenado temor hace dos daños muy principales: el primero es quitar las fuerzas á los miembros; la razon dello es que la voluntad mueve los miembros, porque el ánima es tan absoluta señora del cuerpo, que si ella quiere que se mueva un dedo, sin mas premia se mueve luego aquel dedo y los otros están quedos, y así hace de todos los otros miembros; y cuanto la voluntad es mas recia, tanto el ímpetu del movimiento es mas fuerte, y por esto se ven á las veces en hombres flacos fuerzas imposibles. Mas cuando cesa la voluntad, los miembros no se mueven, antes caen como cosa mortal, sin tener en sí fuerza alguna; é como al cobarbe le falta voluntad para mover á la pelea los miembros de su cuerpo, pierden las fuerzas y caen. E de aquí vienen los temblores y el cortamiento y las arcadas y los desmayos, y otros accidentes desta cualidad. El segundo daño es turbar las potencias exteriores y interiores; ca el cobarde no ve por dónde va ni quien le defiende, ni quién le ofende, ni oye lo que le dicen. Esto verás cada dia en los que van huyendo del toro. Otrosí, no estima lo que debe seguir ni lo que debe huir, ni determina con la razon y prudencia lo que debe hacer; y por eso el cobarde en las cosas de hecho es muy indeterminado, y muy mudable en los acuerdos. De aquí nasce que los cobardes, cuanto mas son tanto menos valen, porque crece la confusion y la turbacion en la obra. Y de todo lo sobredicho nasce que la buena opinion que la gente tiene de un buen capitan, basta para que venzan la batalla contra doblada gente, porque con la buena confianza del famoso varon, aplican sus voluntades á la obra, con las cuales, como dicho es, se mueven todos los miembros del hombre con mayor ímpetu y fortaleza. Otrosí, con la prudencia determínanse á obedescer al capitan, y así como el consejo no es mas de uno y determinado, síguenle sin turbacion con mayor vehemencia.

SOSIA.

Eso cierto es.

MERCURIO.

Pues por sola esa mentira llevarás agora en las quijadas.

SOSIA.

No quiero yo eso por cierto.

MERCURIO.

Por cierto aunque no quieras, porque esto será cosa cierta, y no está en que tú la quieras.

SOSIA.

Señor, ya no mas, por amor de Dios; á tí me encomiendo.

MERCURIO.

¿Tú has de osar decir que eres Sosia, siéndolo yo?

SOSIA.

¡Ay, que me ha muerto!

MERCURIO.

Temprano te quejas; no es nada esto con lo que ha de ser; ¿cúyo eres agora?

SOSIA.

Tuyo, que con los puños has tomado la posesion de mí y me hecistes tuyo. ¡Ay de los ciudadanos de Tébas!

MERCURIO.

¿Aun das voces, bellaco? Habla, ¿á qué veniste?

SOSIA.

Para que hubiese alguno á quien tú matases á puñadas.

MERCURIO.

¿Cúyo eres?

SOSIA.

Digo que soy Sosia, el de Anfitrion.

MERCURIO.

Pues por esas vanidades que hablas, llevarás mas en la cabeza; toma : yo soy Sosia, no tú.

SOSIA.

¡Así plega á Dios que tú lo seas, et yo el que te castigase!

MERCURIO.

¿Aun hablas entre dientes?

SOSIA.

Ya callo.

MERCURIO.

¿Quién es tu señor?

SOSIA.

Quien tú quisieres.

MERCURIO.

Pues ¿que dices? ¿Cómo te llaman agora?

SOSIA.

Nonada, sino como tú mandares.

MERCURIO.

¿Decias que eras Sosia el de Anfitrion?

SOSIA.

Erréme; que no quise decir sino que era compañero de Anfitrion.

MERCURIO.

Sabia yo de cierto que no había en esta casa otro siervo Sosia sino yo, y tú estabas fuera de seso.

SOSIA.

¡Ojalá me hubiesen hecho tanto bien tus puños!

MERCURIO.

Yo soy este Sosia que tú decias agora que eras.

SOSIA.

Suplícote agora que me dés licencia para que te pueda hablar sin que me descalabres.

MERCURIO.

Mas yo quiero que hagamos treguas por un ratillo para que digas lo que quisieres.

SOSIA.

No hablaré sino hecha la paz, pues que puedes mas que yo á las puñadas.

MERCURIO.

Di lo que quisieres; que no te haré mal.

SOSIA.

Por tu palabra me creo.

MERCURIO.

Así sea.

SOSIA.

¿Qué será si me mientes?

MERCURIO.

Si yo te mintiere, plega á Dios que la ira de Mercurio venga sobre Sosia.

SOSIA.

Para mientes lo que digo; agora tengo licencia de hablar libremente lo que quisiere; yo soy Sosia, el siervo de Anfitrion.

MERCURIO.

¿Aun otra vez?

SOSIA.

Paz hice, treguas hice, y digo verdad.

MERCURIO.

Pues tómate esa.

SOSIA.

Haz lo que quisieres y como á tí te agradare, pues que puedes mas que yo; mas, como quiera que tú lo harás, yo esto nunca callaré.

MERCURIO.

Siendo yo vivo, nunca tú harás que yo no sea Sosia.

SOSIA.

Por Dios tú nunca me harás ajeno para que no sea de quien soy, ni en toda esta compaña hay otro siervo Sosia sino yo, que juntamente con Anfitrion me partí de aquí para el ejército.

MERCURIO.

Este hombre loco está.

SOSIA.

Esa enfermedad tú la tienes; ¿qué diablo es esto? ¿No soy yo el Sosia, siervo de Anfitrion? ¿Por ventura el nuestro navío que me trajo no arribó esta noche del puerto pérsico? Por ventura mi amo no me envió aquí? Por ventura yo no estoy agora delante nuestra casa? no tengo yo una linterna en la mano? no hablo? no estoy despierto? no me ha molido este hombre con los puños? Sí por cierto; que aun las quijadas, desventurado de mí, me duelen mucho; luego ¿por qué estoy dudando, ó por qué no entro en nuestra casa?

MERCURIO.

¿Qué cosa es nuestra casa?

SOSIA.

Cierto así es.

MERCURIO.

Todo cuanto agora has dicho es mentira, que ciertamente yo soy Sósia el de Anfitrion, porque aquesta noche partió nuestro navío del puerto pérsico, y allá hobimos combatido la ciudad do reinaba el rey Terela,

y vencimos en batalla las huestes de los teleboyanos, y el mismo Anfitrion cortó la cabeza al rey Terela en la batalla.

SOSIA.

Yo mesmo no me creo á mí mismo; ¿cómo le oyo decir estas cosas? Porque lo que allí pasó este lo cuenta todo como hombre de buena memoria; mas ¿qué me dirás? Qué es lo que le dieron los teleboyanos á Anfitrion?

MERCURIO.

Una copa de oro con que solia beber el rey Terela.

SOSIA.

Dices cuanto hay en ello; mas ¿adónde está agora esa copa?

MERCURIO.

En una cestilla cerrada y sellada con el sello de Anfitrion.

SOSIA.

Dime, ¿y qué está figurado en el sello?

MERCURIO.

El sol cuando nasce, en un carro que lo traen en cuatro juntas de caballos; ¿para qué me tientas, bellaco?

SOSIA.

Con argumentos me vence; otro nombre habré de buscar, pues que este no es mio; no sé dónde pudo ver este todas estas cosas, mas yo le asiré muy bien, porque lo que yo mismo á solas hice en la tienda de mi amo sin estar presente otro alguno, esto nunca me lo podrá decir hoy.—Si tú eres Sosia, cuando las huestes peleaban en la mayor priesa de la batalla, ¿qué hacias tú en la tienda de Anfitrion? Aquí te tengo; yo me doy por vencido si lo dijeres.

MERCURIO.

Habia allí un cántaro de vino; de aquel henchí una jarra, y retraido mas adentro, bebíla de vino puro, cual su madre lo parió.

SOSIA.

Esto es cosa de maravilla, porque él no lo pudo ver si no estaba escondido dentro en la jarra.

MERCURIO.

El hecho fué que yo me bebí entonces un buen jarro de vino puro; ¿qué dices agora? ¿Confiesas que te venzo con argumentos no ser tú Sosia?

SOSIA.

Y eso ¿niégaslo tú?

MERCURIO.

¿Cómo no te lo tengo de negar, siéndolo yo mismo.

SOSIA.

Juro por Júpiter que soy Sosia, que no miento.

MERCURIO.

E yo juro por Mercurio que Júpiter no te creerá á tí, porque sin juramento me creerá mas á mí, que á tí jurándolo.

SOSIA.

A lo menos pregúntote quién soy yo, pues que no soy Sosia.

MERCURIO.

Adonde yo no quisiere ser Sosia, séitelo tú; mas agora, que yo lo soy, tú llevarás mal año si luego no te vas de aquí, don villano.

SOSIA.

Cierto, yo juro por la casa de Apolo que cuando miro bien á este, y reconozco mi gesto, cual yo le he visto muchas veces en el espejo, él es semejante á mí en gran manera; el sombrero y el vestido tiene ni mas ni menos que yo, el calzado, el pié, la estatura y la tresquiladura; los ojos, las narices, los labrios, las mejillas, el asiento de la barba y la misma barba, el cuello y todo el cuerpo. ¿Qué menester es alargar en palabras? Si él tiene en las espaldas señales de heridas[1], ninguna cosa hay en el mundo que mas se parezca á otra que él se paresce á mí. Mas cuando por otra parte pienso en verdad y me acuerdo bien que yo soy cierto el mesmo que siempre fuí[2], conozco á mi amo, conozco á nuestras cosas, y entiendo y tengo sentido, en ninguna manera le confesaré lo que habla, antes quiero llamar á las puertas.

MERCURIO.

¿Adónde te vas allegando?

SOSIA.

Aquí, á casa.

MERCURIO.

Aunque agora subieses en el carro de Júpiter y huyeses en él tan ligero como él suele correr, no podrias huir la mala ventura que andas buscando.

SOSIA.

¿Cómo? ¿No puedo yo decir á mi señora lo que mi señor me mandó?

MERCURIO.

A tu señora si algo quieres decir, dígelo; mas á esta nuestra casa no te dejaré yo entrar; porque si me enojas, llevarás de aquí quebrantados los lomos.

SOSIA.

Mejor será que me vaya. ¡Oh dioses inmortales! vuestra fe imploro. Yo ¿adónde perecí? adónde me troqué y me hice otro? adónde perdí mi hechura? ¿Si me dejé yo mismo allí donde aquel está, cuando nos partimos á la guerra? si me olvidé de llevarme? Porque aqueste toda mi imágen posee, la que yo antes de agora tenia. Siendo yo vivo se hace comigo lo que nunca nadie hará despues que me muera, que es sacarme la imágen al proprio. Voyme al puerto, y todo esto como ha pasado lo diré á mi amo, si tambien él no me desconoce, lo cual plega á Júpiter que así sea; dejaré siquiera de ser esclavo, y raida mi cabeza como hombre libre, porné mi bonete sobre la calva.

Mercurio queda muy ufano de lo que ha pasado, y recuenta todo el fin que han de haber estas cosas, y por esto no se porná aquí la meitad deste capítulo, porque se perderia el gusto de todo lo de adelante.

MERCURIO.

Bien y prósperamente me ha sucedido hoy esta obra; desvié de las puertas muy gran pesadumbre y enojo, porque mi padre seguramente pudiese estar abrazado con su amiga. Y este mozo, cuando llegare allá do está Anfitrion, contarle ha cómo el siervo Sosia le echó de

1 Nota que estas señales de heridas que tenia Sosia en las espaldas no eran señales de ser él muy virtuoso ni muy esforzado.

2 Allí donde dice: «Y me acuerdo bien que yo soy cierto el mismo que siempre fuí,» etc., has de notar que ninguna de las potencias interiores del ánima hace tanto al caso para que te conozcas á tí mismo como la memoria, porque acordándote ella tas cosas pasadas, y continuándolas con las presentes, hace á tu entendimiento que juzgue cómo eres una misma cosa el que eras cuando niño y el que agora eres; que si te faltase la memoria, cada rato desconocerias á tí mismo, y te podrian trocar el nombre y hacerte entender que no eras quien eres.

la puerta de casa, que nunca le dejó entrar; y el otro pensará que es gran mentira, y no podrá creer que Sosia vino acá, como le fué mandado; de manera que los haré andar errados y locos á entrambos, y á toda la familia de Anfitrion con ellos, hasta que mi padre tome una buena hartazga desta que tanto ama.

Despídese Júpiter de Alcumena antes que llegue Anfitrion, su marido; ella queda triste y llorosa por el ausencia del que pensaba que era su marido. Júpiter la consuela y da la copa de oro que ganó Anfitrion en la batalla.

JÚPITER, ALCUMENA, MERCURIO.

JÚPITER.

Quédate adios, Alcumena; encomiéndote el cuidado y gobernacion de nuestra casa [1]; que lo hagas como siempre lo haces y perseveres en ello; ya ves cómo has cumplido los meses de tu preñez, necesario es que yo me parta de aquí; lo que parieres críalo.

ALCUMENA.

¿Qué negocio es este, mi marido, por que tan súpitamente te vayas de tu casa?

JÚPITER.

Por Dios, que yo no lo hago por aborrescimiento que tenga de tí ni de mi casa, mas porque estando yo acá, falta en el ejército el capitan general, y hacerse ha algun mal recaudo de los que no se suelen hacer estando presente el capitan, mas presto que hacerse alguna cosa convenible y provechosa.

MERCURIO.

Muy sabido es este chocarrero, y séase mi padre; miralde cuán halagüeñamente está lisonjeando á la mujer.

ALCUMENA.

A osadas yo juré por dios Castor, que ya tengo experimentado en qué tanto tengas á tu mujer.

JÚPITER.

¿No te basta que no quiero yo en el mundo á otra mujer tanto como á tí?

MERCURIO.

Por la casa de Apolo, que si ella no supiese que tú sueles andar en estos adulterios, yo me obligase á hacerla creer por tus lisonjas que querrias mas ser Anfitrion que no Júpiter.

ALCUMENA.

Esto que tú dices, mi marido, mas lo querria ver por la obra que por relacion; lo que yo veo es, que te vas antes que se escalentase el lugar de la cama do te acostaste; ayer veniste á media noche, y agora te partes antes del dia. ¿Agrádate esto?

MERCURIO.

Quiero llegarme á ellos y decir á esta alguna lisonja para hacerme alcahuete de mi padre.—Señora, en tanto grado eres amada deste, que él se va del todo á perder por tus amores.

[1] Allí donde dice: «Encomiéndote el cuidado y gobernacion de nuestra casa,» quiso dar á entender el poeta que el bueno y virtuoso marido debe cometer á la buena mujer el cuidado y gobernacion de la casa, de las puertas adentro, y desta ella sola ha de conoscer y saber, sin entremeterse en lo que es de fuera de casa, porque desto el marido solo tiene el cuidado; y así como á él seria desconvenible y feo entender en las cosas de dentro de casa, así á ella seria deshonesto curar de lo que es en la plaza y en la ciudad; y porque el Aristóteles fabla largamente desta materia en el segundo de la *Económica*, baste lo dicho al presente para traerlo á la memoria.

JÚPITER.

Bellaco, ¿no te conozco yo? Quítateme delante; ¿qué cargo tienes tú de hablar en esto, ladronazo? Si tan solamente hablas entre dientes, yo te moleré las espaldas con este palo.

ALCUMENA.

Hora ya, señor mio, no hayas enojo.

JÚPITER.

Hora habla entre dientes.

MERCURIO.

Ruinmente nos ha sucedido esta primera alcahuetería.

JÚPITER.

Mas, tornando á lo que tú dices, mi mujer, no me paresce que tienes razon de enojarte de mí, porque yo me partí de la hueste secretamente; tomé por tu servicio este trabajo, porque tú primera que nadie supieses de mi antes que de otro toda la nueva de la guerra, cómo yo he gobernado el ejército; largamente lo he contado todo. Si no fuese grande el amor que te tengo, no lo habria hecho desta manera.

MERCURIO.

¿No mirais cómo hace mi padre lo que yo dije? En el alma le toca el lisonjero con sus halagos.

JÚPITER.

Así que agora, porque el ejército no sienta mi venida, es menester volver allá encubiertamente, siquiera porque no digan que dejo el provecho de la república por amor de mi mujer.

ALCUMENA.

Llorosa y triste dejas á tu mujer con tu partida.

JÚPITER.

Calla, mi señora, no destruyas tus ojos; que yo te prometo de volver muy presto.

ALCUMENA.

Ese muy presto, léjos viene.

JÚPITER.

No te dejo yo, Señora, ni me parto de tí por mi voluntad.

ALCUMENA.

Créolo, porque en la misma noche que veniste te vas.

JÚPITER.

¿Para qué me detienes? Tiempo es ya de salir de la ciudad; quiero que sea antes que amanezca. Hágote donacion, Alcumena, desta copa de oro que á mí me dieron por mi fortaleza; solia beber con ella el rey Terela, á quien yo por mi mano maté en la batalla.

ALCUMENA.

Háceslo tú, señor mio, como sueles hacer todas las otras cosas; tal es por cierto el don cual es el que lo hace.

MERCURIO.

Mas como á quien se hace.

JÚPITER.

¿Aun porfías á hablar? ¿No sabes tú que te podria yo sacar el alma, ladron?

ALCUMENA.

No quieras, mi señor Anfitrion, enojarte de Sosia por mi causa.

JÚPITER.

Así lo haré, Señora, como tú lo mandas.

MERCURIO.

¡Cuán rijoso está este mi padre con el celo de los amores!

JÚPITER.

¿Quieres algo, Señora?

ALCUMENA.

Quiero que cuando me tuvieres absente me ames, y quiero ser tuya estando tú absente.

MERCURIO.

Vamos de aquí, Anfitrion, que ya esclaresce.

JÚPITER.

Anda tú delante, Sosia, yo te seguiré.—¿Quieres algo, Señora?

ALCUMENA.

Que te vengas luego.

JÚPITER.

Yo seré contigo antes de lo que tú piensas; por eso ten buen corazon.—Agora te suelto, noche, que has estado presa, porque te vayas y dés lugar al dia que alumbre á los mortales con la luz clara y hermosa, y cuanto tú, noche, fuiste mas larga que la pasada, haré que tanto el dia sea mas breve, porque igualmente se conformen el dia y la noche desiguales; yo me voy en pos de Mercurio.

Anfitrion se parte con Sosia, de madrugada, desde el navío para su casa, y por el camino viene maltratando Anfitrion á Sosia porque le contó cosas imposibles de lo que habia pasado con el otro Sosia. Descúlpase Sosia y afírmase en lo dicho; propone Anfitrion de pesquisar la verdad.

ANFITRION, SOSIA.

ANFITRION.

Sus, anda tú delante, yo te seguiré.

SOSIA.

No, sino yo iré detrás.

ANFITRION.

Yo te juzgo por el mayor bellaco que hay en el mundo.

SOSIA.

Dime, ¿por qué razon?

ANFITRION.

Porque me haces entender lo que nunca fué ni es ni será.

SOSIA.

Ves aquí, Señor, cómo tú haces que ningun crédito tengan los tuyos cerca de tí.

ANFITRION.

¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo puede ser? Yo te juro por Hércules, don malvado, que yo te corte esa tu mentirosa y bellaca lengua.

SOSIA.

Tuyo soy; por ende haz lo que te pluguiere como te sea mas provechoso; mas en ninguna manera me podrás poner miedo que me estorbe de hablar todo esto como ha pasado.

ANFITRION.

Bellaco, ¿osas tú decirme á mí que quedas en casa y que estás comigo?

SOSIA.

Yo digo verdad.

ANFITRION.

Dices tú la mala ventura que los dioses te darán, et yo tambien te la daré hoy.

SOSIA.

En tu mano es de hacer eso, pues que soy tuyo.

ANFITRION.

Ladron, ¿tú has de tener osadía de burlar de mí, siendo yo tu señor? Tú has de osar decirme cosa que nunca hombre la vió ni puede hacerse, que un mismo hombre en un tiempo esté juntamente en dos lugares?

SOSIA.

En verdad, como yo lo digo, así pasa.

ANFITRION.

Mal te haga Júpiter.

SOSIA.

¿Qué deservicio te hice, Señor, porque tanto mal merezca?

ANFITRION.

¿Eso me preguntas, bellaco, y estás burlando de mí?

SOSIA.

Si así es, con razon me maltratas; mas yo no miento; la cosa como pasó te la digo.

ANFITRION.

Yo pienso que este hombre está borracho.

SOSIA.

Ojalá lo estuviese.

ANFITRION.

Deseas lo que ya está hecho.

SOSIA.

¿Yo, Señor?

ANFITRION.

Tú, cierto, mas ¿en qué taberna lo bebiste?

SOSIA.

En ninguna parte he bebido en verdad.

ANFITRION.

¿Qué es esto deste hombre?

SOSIA.

Cierto, yo te lo he dicho diez veces: digo que yo estoy agora en casa; ¿hasme oido? y el mismo Sosia que quedó en casa, ese mismo estoy agora aquí contigo; ¿va bien claro esto, Señor? ¿Paréscete que hablo abiertamente?

ANFITRION.

Véte de ahí, apártate de mí.

SOSIA.

¿Por qué razon?

ANFITRION.

Porque estás tomado del diablo.

SOSIA.

¿Qué es eso que dices? En verdad, Anfitrion, yo estoy sano y salvo.

ANFITRION.

Si yo vuelvo á mi casa en salvo, yo te haré hoy, como tú lo mereces, que no estés sano y que seas malaventurado; vénte agora tras mí, pues que burlas de tu señor con palabras desvariadas; y por cuanto has menospreciado de hacer lo que tu señor te mandó, vienes agora por tu pasatiempo á burlar dél, y dícesme, ahorcadizo, cosas que son imposibles y nunca hombre las dijo; yo haré que todas estas mentiras te carguen hoy sobre las espaldas.

SOSIA.

Anfitrion, gran desventura es esta para el buen siervo, que hable verdad con su señor, y sea por fuerza vencida esta verdad, y habida esta por mentira.

ANFITRION.

¿En qué manera puedes tú hacer verdad lo que dices? Quiero que pienses que esto se ha de averiguar con argumentos, y no con fuerza; ¿cómo puedes tú estar agora aquí en casa? Esto quiero que me hagas entender.

SOSIA.

Ciertamente yo estoy aquí y allá, y desto quien quiera se debe maravillar, y no es mayor maravilla para tí que para mí.

ANFITRION.

¿En qué manera?

SOSIA.

Digo que no te maravillas tú desto mas que yo, y así los dioses me quieran bien como yo no me creia luego á mí mismo Sosia, hasta que yo mismo, Sosia, el que estoy allá me hizo que le creyese; él me recontó por órden todas las cosas como pasaron cuando estábamos contra los enemigos, y el mismo gesto y forma que yo tengo, me tomó con el nombre; aun la leche no se paresce tanto á la leche como aquel yo me parezco á mí; porque como me enviaste desde el puerto para fuese antes que tú á casa...

ANFITRION.

¿Qué pasó entonces?

SOSIA.

Mucho antes que yo llegase á casa, estaba yo mismo ante la puerta de casa.

ANFITRION.

¿Qué mentiras dice este bellaco? ¿Tú estás bien en tu seso?

SOSIA.

Así estoy como ves, y digo lo que pasó.

ANFITRION.

No sé qué mala ventura le ha venido á este hombre de alguna mala mano, despues qne de mí se partió.

SOSIA.

Yo te confieso que era ella tal, porque muy malamente me majó las quijadas con los puños.

ANFITRION.

¿Quién te hirió?

SOSIA.

Yo mismo, el que estoy agora en casa, á mí mismo.

ANFITRION.

Cata que no me respondas sino á lo que yo te preguntare. Primero quiero que me digas quién es este Sosia.

SOSIA.

Tu siervo es.

ANFITRION.

Por cierto á mí me basta un Sosia, que eres tú, y aun me sobra de lo que yo quiero; y despues que nascí, nunca tuve otro siervo Sosia si á tí no.

SOSIA.

Yo digo, Anfitrion, que es tu siervo Sosia, sin mí, el otro que está en casa, y digo que yo haré que le topes cuando llegares á casa, y te le daré que sea hijo del mismo padre que yo soy, et de la misma forma y edad que yo tengo; ¿qué menester son palabras? De un Sosia se te hicieron dos.

ANFITRION.

Grandes maravillas me cuentas, mas ¿viste á mi mujer?

SOSIA.

Antes nunca pude entrar en casa.

ANFITRION.

¿Quién te lo estorbó?

SOSIA.

Aquel Sosia que ya muchas veces te tengo dicho, aquel que me molió con los puños.

ANFITRION.

¿Qué cosa es este Sosia?

SOSIA.

Digo que yo, cuantas veces fuere menester decírtelo.

ANFITRION.

¿Qué me dices? ¿Tú echástete á dormir en alguna parte, Sosia, para que quizá hayas visto en sueños este Sosia que has dicho?

SOSIA.

No tengo yo en costumbre de hacer soñando lo que mi señor me manda; despierto le vi, y despierto agora le veo; despierto le hablaba, et á mí despierto él despierto me atormentó poco há con los puños.

ANFITRION.

¿Quién?

SOSIA.

Digo que Sosia, aquel yo que estoy en casa; Señor, ¿aun no lo entiendes?

ANFITRION.

¿Quién diablo te puede entender, segun las mentiras tú compones?

SOSIA

Mas luego lo conoscerás; digo que conoscerás luego aquel tu siervo Sosia.

ANFITRION.

Pues vénte por aquí en pos de mí, porque yo he menester pesquisar esto antes que otra cosa; mas mira que se trayan del navío todas las cosas que yo he mandado.

SOSIA.

Yo tengo memoria y diligencia para que parezcan todas las cosas que mandaste, porque no he bebido tu mandamiento juntamente con el vino.

ANFITRION.

Así plega á los dioses, que lo que tú dices que no has hecho sea así como lo dices.

Alcumena se queja de la poca tardanza que habia hecho su marido con ella; en esto llega Anfitrion, su marido, y salúdala amorosamente como quien viene de nuevo; ella le recibe desamoradamente, pensando que burla della, pues que la noche pasada habian estado juntos; Anfitrion niega haber estado con ella, y ofrécese á la prueba.

ALCUMENA, ANFITRION, SOSIA.

ALCUMENA.

Harto poca cosa es[1] el placer que se pasa en esta vida y en todas sus edades para con las tristezas y molestias della; así se compra bien lo uno por lo otro en la edad de los hombres. Así ha placido á los dioses que

[1] Allí donde dice: «Harto poca cosa es,» etc., nota que todas estas palabras que aquí dice Alcumena son dignas de mucha contemplacion, dice el Plinio en el VII de la *Historia natural*, que si sacas de la cuenta de tu vida el tiempo que duermes, pues que entonces estás como muerto, y es cuasi la meitad del espacio que vives, y quitando los años de la niñez, que no es vivir, pues que falta la razon, y los años de la vejez, que no es vivir sino en pena y tristeza, poco tiempo de vida te puede quedar, y esta entre tantos géneros de peligros, tantas enfermedades y tantas ansias de miedos y cuidados, y otras infinitas miserias; tantas veces demandada y llamada la muerte, por tal manera, que ninguna cosa natura dió á los hombres mejor que la brevedad de la vida, y aun sobre todo esto se queja Alcumena, que un rato de placer que se da, luego se paga con un gran dolor que del mismo placer nasce, dejando aparte los otros enojos y desventuras que cada hora se vienen, sin compañía de consolacion ni alegría ninguna.

siempre tras el deleite se siga la compañía del dolor; que si algun bien se alcanza, sea mayor el daño y el mal que de allí redunda, esto tengo yo agora por experiencia en mi casa, y por mi misma lo sé; que se me dió un rato de deleite cuando pude alcanzar de ver á mi marido por espacio de una noche, y este se me partió luego antes que amanesciese; parésceme que que lo sola sin alguna compañía en apartarse de aquí aquel á quien yo amo sobre todos; mas pasion me queda de la ida de mi marido que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos venció por batalla los enemigos, y en volver él á su casa con mucha honra me da consolacion; sea de mi absente con tanto que, alcanzada la gloriosa alabanza, se retraya á su casa; yo sufriré mucho el absencia suya con fuerte et firme ánimo, pues que tal galardon se me da, que vuelva mi marido vencedor de la batalla; esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos[1]; la virtud, en verdad, á todas las cosas precede; la libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria y los hijos con la virtud se defienden y se guardan; la virtud contiene en sí todas las cosas, todos los bienes están en quien está la virtud.

ANFITRION.

Por Dios, que creo que yo tengo de llegar á mi casa muy deseado de mi mujer que me ama, et yo tambien á ella, mayormente pues que nuestros negocios se han hecho bien; vencidos los enemigos que ninguno pensaba poderse vencer, por mi industria y gobernacion al primer encuentro los desbaratamos; por esto sé cierto que yo vengo á mi mujer muy esperado y deseado della.

SOSIA.

¿Qué piensas tú que hará mi amiga con mi venida, cuando eso juzgas de tu mujer?

ALCUMENA.

Mi marido es este, por cierto.

ANFITRION.

Vénte por aquí tras mí.

ALCUMENA.

¿Cómo se vuelve, que me dijo que se iba de gran priesa? ¿Si me quiere tentar de lo que él sabe muy bien que yo le amo, y si quiso probarme con su ida para ver cómo le deseo? En cualquiera manera que ello sea, por cierto él no me hace pesar con su venida.

SOSIA.

Anfitrion, mejor será que nos volvamos al navío.

ANFITRION.

¿Por qué razon?

SOSIA.

Porque no habrá en casa quien nos dé de comer cuando llegáremos.

ANFITRION.

¿Qué causa te movió á pensar agora eso?

SOSIA.

Porque venimos tarde.

ANFITRION.

¿Cómo?

SOSIA.

Porque veo á Alcumena estar á la puerta muy harta y rellena.

ANFITRION.

No es sino que la dejé yo preñada antes que me partiese.

SOSIA.

¡Guay de mí! Muerto soy.

ANFITRION.

¿Qué has?

SOSIA.

Porque, segun la cuenta traes, ella tiene ya cumplido el mes; así que vengo yo á ser aguadero de la parida y de toda la casa.

ANFITRION.

No hayas miedo.

SOSIA.

Sabes cuán buen corazon tengo, que si una vez tomo el calderon en la mano, nunca me tengas por hombre de mi palabra si yo no le sacare toda el alma al pozo que una vez comenzare.

ANFITRION.

Vénte tras mí, que otro habrá que haga eso; no hayas miedo.

SOSIA.

Yo haria mejor lo que debo en llegar á mi señora primero que mi amo.

ANFITRION.

Anfitrion muy alegre saluda á su deseada mujer, á la cual sola estima por la mejor de todas cuantas hay en Tébas; cuya bondad es famosa entre todos los ciudadanos. ¿Has estado buena? has deseado mi venida?

SOSIA.

Nunca vi cosa mas deseada, ninguno le saluda mas que á un perro.

ANFITRION.

Y como te veo preñada, y como te veo embarnecida, alégrome.

ALCUMENA.

Ruégote por Dios que me digas por qué me saludas para burlar de mí, y me hablas tan amorosamente, como si de poco acá no me hubieses visto, como si agora fuese la primera vez que llegas á tu casa viniendo de la guerra; así me hablas de nuevo como si de mucho tiempo acá no me vieras.

ANFITRION.

Antes te certifico que yo no te haya visto en alguna

[1] Allí donde dice: «Porque la virtud es muy buen premio de los trabajos,» etc., quiso dar á entender el poeta que la virtud en esta vida es la bienaventuranza del hombre, en cuanto hombre es, conviene saber, en cuanto tiene uso de razon, porque la virtud se obra segun la parte mas perfecta que hay en el hombre, que es la razon, por la cual differe el hombre de los brutos, y participa con las substancias inmortales y con la divinidad; así que, la virtud por sí misma debe ser elegida como fin y galardon de todos los trabajos, y no que se obre la virtud por alcanzar con ella otra cosa en este mundo, porque ella precede á todas las cosas mundanas y es fin dellas, por quien todas se deben hacer, y no ella por ellas; y mira cuánta es la excellencia de la virtud, que aunque no la obren para conseguir con ella otros bienes mundanos, ellos mismos se te dan y te obedescen siendo tú virtuoso, y por eso dice aquí el poeta que con la virtud se deffende y se guarda todo, y que todos los bienes tiene el virtuoso; otrosí, debes notar que aquí la virtud principalmente se entiende por la fortaleza, porque esta es la mas notable virtud de todas acerca de los caballeros famosos y varones illustres en el hecho de las armas, porque con la fortaleza principalmente se hacen los hazañosos y claros hechos, dignos de inmortal fama y de gloriosa memoria; y entiéndese aquí la fortaleza con la compañía de las otras virtudes, que otramente ella no seria fortaleza. Así que, aquí se consolaba Alcumena de todos sus trabajos y tristezas por haber alcanzado en fin dellas por galardon la virtud. Todas las palabras que están en el texto son muy notables.

parte, si agora no, despues que me partí á la guerra.

ALCUMENA.

¿Por qué lo niegas?

ANFITRION.

Porque deprendí á decir verdades.

ALCUMENA.

No hace cosa justa el que desaprende lo que aprendió. ¿Probáisme quizá por ver lo que tengo en el corazon? Mas dime, ¿por qué os volvistes tan presto? ¿Hubo algun agüero que te hiciese tardar, ó detiénete alguna tempestad que no te fueses á tus huestes como poco há me dijistes?

ANFITRION.

¿Poco há? ¿Qué tan poco?

ALCUMENA.

¿Tiéntasme? Poquito há, muy poquito, agora.

ANFITRION.

¿Cómo puede ser esto que dices, poquito há y agora?

ALCUMENA.

¿Qué piensas que tengo de hacer sino burlar de tí, pues que burlas de mí? ¿Qué dices, que llegaste agora de nuevo, y aun agora partiste de aquí?

ANFITRION.

Esta mujer desvariando está; espera un poco hasta que descabece un sueño, que ella ciertamente despierta está soñando.

ALCUMENA.

En verdad yo estoy despierta, y velando hablo lo que ha pasado, porque de poco acá, antes que hoy amanesciese, os vi á este y á tí.

ANFITRION.

¿En qué lugar?

ALCUMENA.

Aquí en esta casa do tú moras.

ANFITRION.

Nunca tal cosa pasó.

SOSIA.

¿Por qué no callas? ¿Qué sabes tú si el navío nos trajo acá adormidos desde el puerto?

ANFITRION.

¿Tambien tú te conformas con esta?

SOSIA.

¿Qué quieres que haga? ¿No sabes tú que una loca que desvaria, si la quieres contradecir, que de loca la harás muy loca, y arrojará mas porradas; et si otorgas con ella, con sola esta herida la vencerás?

ANFITRION.

Antes te juro por Apolo que ella habrá hoy cierta la rencilla; ¿cómo pues que viniendo yo agora de nuevo á mí casa no ha querido saludarme?

SOSIA.

Despertarás las moscas para que te piquen mas.

ANFITRION.

Calla tú.—Alcumena, una cosa te quiero preguntar.

ALCUMENA.

Pregunta lo que quisieres.

ANFITRION.

¿Por ventura es locura esta que te ha venido, ó es demasiada soberbia?

ALCUMENA.

¿Por qué te ha venido al pensamiento de preguntarme esto, mi marido?

ANFITRION.

Porque antes de agora solias tú saludarme cuando venia de fuera, y asimismo hablar amorosamente, como suelen hablar las buenas mujeres á sus maridos; agora hállote muy fuera de la costumbre, llegando yo de camino á mi casa.

ALCUMENA.

Por cierto, mi marido, cuando tú llegaste ayer yo te saludé y te pregunté si venias bueno, y juntamente te tomé la mano y te dí un beso en la boca.

SOSIA.

¿Tú saludaste ayer á este?

ALCUMENA.

Y á tí tambien, Sosia.

SOSIA.

Anfitrion, yo esperaba que esta te habia de parir un hijo; mas no es de hijo su preñez.

ANFITRION.

¿Pues de qué?

SOSIA.

De locura.

ALCUMENA.

Yo, en verdad, en mi seso estoy, y ruego á los dioses que me alumbren para que venga parida de un hijo, et á tí verná mucho mal si este usa de su oficio; y tú, malvado agorero, llevarás lo que mereces por este agüero que me anuncias.

SOSIA.

Mas razon es de dar el mal á la preñada[1], porque tenga en qué roer si comenzare á estar mala del seso.

ANFITRION.

¿Tú me viste ayer aquí?

ALCUMENA.

Digo que yo te vi, si quieres que lo diga diez veces.

ANFITRION.

En sueños quizá.

ALCUMENA.

Mas despierta, te vi despierto.

ANFITRION.

¡Oh desventurado de mí!

SOSIA.

¿Qué has?

ANFITRION.

Desvaria mi mujer.

SOSIA.

Con algun humor melancólico está turbada[2]; porque ninguna cosa hay que tan presto haga desvariar los hombres.

ANFITRION.

Mujer, ¿adónde sentiste la primera vez tomarte este mal?

[1] Allí donde dice: «Mas razon es de dar el mal á la preñada,» has de saber que en latin *malum* quiere decir manzana; y como Alcumena dijo á Sosia que le vernia mal desto que hablaba, responde Sosia que el mal, que es la manzana, seria mejor para la preñada, porque tenga qué roer.

[2] Allí donde dice: «Con algun humor melancólico está turbada,» etc., nota que en los meollos de la cabeza, que se llaman celebro, se representan las especies de las cosas que sentimos y entendemos, mediante las virtudes sensitivas que allí son, así como en una fuente de agua clara se representan las imágines y figuras de las cosas que se ponen delante. Y cuando llega el humor melancólico al celebro, como es humor terrestre y negro, enturbia y le ofusca los espíritus dél de tal manera, que no se representan allí las cosas como son, así como cuando cae tierra ó cisco en el agua clara la enturbia para que no se representen en ella las figuras por la manera que son, y de aquí nasce el desvariar; así que, el poeta quiso tocar aquí esta materia como filósofo y médico.

ALCUMENA.

En verdad, por Dios, yo estoy sana y salva.

ANFITRION.

Pues luego, ¿por qué dices que me viste ayer? que aun esta noche arribamos al puerto; allí cené, allí dormí toda la noche en el navío; ni he puesto el pié en esta casa despues que me partí de aquí con el ejército, contra los enemigos teleboyanos, y los vencimos.

ALCUMENA.

Mas antes cenaste comigo y dormiste comigo.

ANFITRION.

¿Cómo es eso?

ALCUMENA.

Digo verdad.

ANFITRION.

No en esto, par Dios; en otras cosas no sé.

ALCUMENA.

A la primera alborada te partiste para tus huestes.

ANFITRION.

¿En qué manera?

SOSIA.

Bien dice lo que se le acuerda, estáte contando el sueño.—Mas tú, buena mujer, despues que despertaste, habias de sacrificar á Júpiter, el de las maravillas, con muela salada[1] ó con enciense.

ANFITRION.

¡Guay de tu cabeza!

SOSIA.

Antes hago provecho con lo que te digo, si curas de tí.

ALCUMENA.

¿Es muy gentil cosa que diga este bellaco otra vez descortesías contra mí sin que tú le castigues?

ANFITRION.

Calla tú.—Di tú, ¿yo me partí hoy de tí cuando amanescia?

ALCUMENA.

Pues ¿quién, sino vosotros, me contó á mí cómo habia pasado allá la batalla?

ANFITRION.

¿Cómo, y tambien sabes tú eso?

ALCUMENA.

Como quien lo oyó de tí, que habias combatido una gran ciudad, y tú mismo mataste al rey Terela.

ANFITRION.

¿Yo dije eso?

ALCUMENA.

Tú mismo, y aun estaba delante este Sosia.

ANFITRION.

¿Oísteme tú contar hoy estas cosas?

SOSIA.

¿Adónde te lo habia yo de oir?

ANFITRION.

Pregúntalo á esta.

SOSIA.

Estando yo presente, nunca tal pasó, que yo sepa.

ALCUMENA.

Maravilla es no hablar este contra tí.

[1] Nota que los gentiles llamaban muela salada al farro tostado con sal, todo molido y mezclado, y esta pólvora derramaban sobre todos los sacrificios que ofrescian á sus dioses; no sé si pensaban que les sabia bien á los dioses la carne del sacrificio con este salmorejo. (*Villalobos.*)

ANFITRION.

Hora sus, Sosia, mírame.

SOSIA.

Ya te miro.

ANFITRION.

Yo quiero que se diga la verdad, y no quiero que te conformes comigo; ¿oísteme tú contarle á ella esto que dice?

SOSIA.

Ruégote en reverencia de Apolo, que me digas si has perdido el seso tambien tú como ella, pues que me preguntas eso; que sabes que es esta la primera vez que yo juntamente contigo la veo.

ANFITRION.

¿Qué dices agora, mujer? ¿hasle oido?

ALCUMENA.

Por tanto, me creo yo mucho mas á mí que á vosotros, y sé que esto ha pasado, ni mas ni menos, como yo lo digo.

ANFITRION.

¿Tú dices que vine yo ayer?

ALCUMENA.

Y ¿tú niegas haberte partido de aquí hoy?

ANFITRION.

Yo sí, por cierto, y digo que agora es la primera vez que vengo á mi casa.

ALCUMENA.

Ruégote que me digas si negarás tambien esto: haberme tú hoy empresentado una copa de oro que dijiste que te habian dado allá.

ANFITRION.

Por la casa de Apolo, que ni yo te la dí, ni te dije eso; mas pensé de hacerlo así como dices, y aun agora pienso de darte esa copa; mas ¿quién te dijo eso?

ALCUMENA.

Por cierto, yo de tí lo oí, y de tu mano tomé la copa.

ANFITRION.

Está quedo, está quedo, por amor de mí; mucho me maravillo, Sosia, que sepa esta cómo allí me dieron la copa de oro, si tú no hablaste con ella cuando yo te envié, y le contaste todas estas cosas.

SOSIA.

Por la casa santa de Apolo, que ni yo tal dije, ni la vi sino junto contigo.

ANFITRION.

¿Qué será esto desta mujer?

ALCUMENA.

¿Quieres que te saquen aquella copa?

ANFITRION.

Quiero que la saquen.

ALCUMENA.

Hágase.—Tesala, entra y saca fuera la copa que hoy me dió mi marido.

ANFITRION.

Vén acá tú, Sosia; allende de las otras maravillas, en verdad yo me espanto mucho desta; ¿si es verdad que esta mujer tiene aquella copa?

SOSIA.

¿Cómo? ¿Crees tú que ha de tener ella la copa que traen en esta cestilla sellada con tu sello?

ANFITRION.

El sello salvo está.

SOSIA.

Míralo.

ANFITRION.

Bueno está, ni mas ni menos como yo le sellé.

SOSIA.

Ruégote que tú hagas alimpiar y desencantar esta enhechizada.

ANFITRION.

¡Casa santa de Apolo! ¿qué menester es hacer aquí nada? Toda esta casa está llena de visiones y espantos; ¿qué menester son palabras? Cáta ahí la copa, véistela ahí.

ALCUMENA.

¿Creerás lo que te digo? Sus, mira hora bien si quieres, tú, que niegas lo que heciste; ya yo te venceré agora presto; ¿es esta la copa que allí me diste?

ANFITRION.

¡Oh gran Júpiter! ¿qué es esto que veo? Esta es, esta en verdad la copa; muerto soy, Sosia.

SOSIA.

O esta mujer, par Dios, es una grande embaucadora, ó la copa ha de estar aquí en esta cestilla.

ANFITRION.

Sus, desata la cestilla.

SOSIA.

¿Para qué la tengo de desatar? Ella está muy bien sellada, y ha venido á buen recaudo; la cosa se ha hecho gentilmente; tú pariste otro Anfitrion, yo parí otro Sosia, y agora, si la copa ha parido otra copa, todos nos hecimos mellizos.

ANFITRION.

Cierto es que se ha de abrir y mirar.

SOSIA.

Mira, si quisieres, qué tal está el sello; no me cargues despues á mí la culpa.

ANFITRION.

Abre luego, porque esta mujer quiere con palabras tornarnos locos.

ALCUMENA.

¿Dónde habia yo de haber esta copa, sino de tí, que me la diste?

ANFITRION.

Eso quiero yo pesquisar.

SOSIA.

Júpiter, ¡oh Júpiter!

ANFITRION.

¿Qué has habido?

SOSIA.

Aquí ninguna copa está en la cestilla.

ANFITRION.

¿Qué es esto que oyo?

SOSIA.

Lo que es verdad.

ANFITRION.

Ello es hecho por tu mal y para tu tormento si no paresce.

ALCUMENA.

Héla aquí do paresce.

ANFITRION.

Pues ¿quién te la dió?

ALCUMENA.

Quien me lo pregunta.

SOSIA.

Burlas de mí tú, que escondidamente veniste del navío por otro camino antes que yo sacase de aquí la copa y distegela, y despues tornaste otra vez á sellar la cestilla secretamente.

ANFITRION.

¡Oh cuitado de mí! ¿ya tú tambien ayudas á la locura desta? ¿Dices tú, mujer, que nosotros venimos ayer aquí?

ALCUMENA.

Digo que sí, y que luego en llegando me saludaste, et yo á tí, y díte un beso.

ANFITRION.

Ya este comienzo del beso no me agrada; diga mas adelante.

ALCUMENA.

Bañástete.

ANFITRION.

¿Qué fué despues que me bañé?

ALCUMENA.

Sentástete á la mesa.

SOSIA.

¡Oh qué bien! No hagais sino preguntar.

ANFITRION.

No atajes, di mas adelante.

ALCUMENA.

La cena fué traida, cenaste comigo, yo me asenté junta contigo.

ANFITRION.

¿En un mesmo estrado?

ALCUMENA.

En el mismo.

SOSIA.

Y ¡huy! no me agrada nada este convite.

ANFITRION.

Déjate agora de argumentos, diga qué fué despues que cenamos.

ALCUMENA.

Decias que te dormias, alzaron la mesa, y de aquí nos fuimos á acostar.

ANFITRION.

Y tú ¿dónde te acostaste?

ALCUMENA.

Juntamente en la cámara, en una misma cama contigo.

ANFITRION.

Echado me has á perder.

SOSIA.

¿Qué hobiste, Señor?

ANFITRION.

Hame muerto esta mujer.

ALCUMENA.

¿Qué has, mi alma?

ANFITRION.

No me hables amorosamente.

SOSIA.

¿Qué has sentido?

ANFITRION.

¡Oh desventurado de mí! Yo soy muerto, pues que á la castidad desta ha sobrevenido vicio y maldad en mi absencia.

ALCUMENA.

Ruégote en reverencia de Castor, que me digas, mi marido, por qué razon tengo yo de oir de tí tales injurias.



ANFITRION.

¿Que sea yo tu marido? No me llames tan falso nombre.

SOSIA.

Síguese de aquí, pues que este dice que no es el marido, que se ha tornado la mujer.

ALCUMENA.

¿Qué hice yo porque tales injurias se me digan?

ANFITRION.

Tú misma te lo dices lo que has hecho; y ¿pregúntasme á mí lo que tú pecaste?

ALCUMENA.

¿Qué pecado hice, si me acosté á par de tí, siendo casada contigo?

ANFITRION.

¿Tú acostástete comigo? ¿Hay cosa en el mundo mas osada que esta cara sin vergüenza? Demanda siquiera un poco de honestidad prestada, pues tienes necesidad della.

ALCUMENA.

Esa maldad que tú me tevantas no se halla en nuestro linaje; si tú quieres por engaños probarme de deshonesta, nunca podrás hallar lo que buscas.

ANFITRION.

¡Oh dioses inmortales! Sosia, tú á lo menos ¿conóscesme?

SOSIA.

Escasamente.

ANFITRION.

¿Cené yo ayer en el navío en el puerto pérsico?

SOSIA.

Sin mí, hay otros testigos que en esto no me dejan mentir; yo no sé qué me diga deste negocio, si no hay otro Anfitrion que quizá siendo tú absente tenga cargo de tus cosas, y que en tu absencia goce de tus bienes; porque de aquel Sosia encantado que yo poco há te dije, cosa es de maravillar mucho, mas cierto deste Anfitrion es otra mayor maravilla; no sé qué encantador es este que ha engañado esta mujer.

ALCUMENA.

Juro por el reino del alto Rey y por la madre de las compañas, Juno, de quien yo debo tener mucho miedo y vergüenza, que ningun mortal, fueras de tí, se llegó á mí cuerpo con cuerpo para hacerme deshonesta.

ANFITRION.

Querria que eso fuese verdad.

ALCUMENA.

Yo digo verdad, mas en vano, pues que no la quieres creer.

ANFITRION.

Mujer eres, atrevidamente lo juras.

ALCUMENA.

La que no tiene culpa ha de ser osada y hablar por su honra confiada y soberbiamente.

ANFITRION.

Harto osadamente lo dices.

ALCUMENA.

Como conviene á mujer honesta.

ANFITRION.

En las palabras lo pruebas.

ALCUMENA.

No tengo por mi dote lo que la gente llama dote, sino la castidad y la honestidad, y el resfriamiento de la carne, el temor de los dioses, el amor de los padres y la concordia de los deudos, y ser á tí obediente, y liberal con los buenos y aprovechar á los virtuosos.

SOSIA.

Cierto, por Dios, esta es apuradamente buena, si es verdad lo que dice.

ANFITRION.

Enajenado estoy en verdad de tal manera, que yo no sé quién me soy.

SOSIA.

Por cierto, tú eres Anfitrion; guarda no te pierdas, segun la costumbre de agora; así se truecan los hombres despues que venimos deste viaje.

ANFITRION.

Mujer, cierto es que yo no tengo de dejar de pesquisar este negocio.

ALCUMENA.

Por Dios, que en eso me harás placer.

ANFITRION.

¿Qué dices? Respóndeme, ¿qué será si yo traigo aquí del navío á tu primo Náucrates, que vino junto comigo en el mismo navío? Si este niega haber pasado lo que tú dices, ¿qué pena meresces? ¿Por ventura darás alguna razon por tí para que yo no te prive del matrimonio?

ALCUMENA.

Si yo erré, no hay causa ni razon que me baste.

ANFITRION.

Bien está.—Tú, Sosia, mete allá dentro estos captivos; yo me voy á traer comigo á Náucrates del navío.

SOSIA.

Aquí no está sino Dios y nosotros; Señora, di la verdad, no me burles, ¿está aquí dentro otro Sosia como yo?

ALCUMENA.

Véteme de ahí, siervo digno de tal señor.

SOSIA.

Voyme, pues lo mandas.

ALCUMENA.

Maravillosa hazaña ha sido esta en verdad, que haya placer mi marido de levantarme una maldad tan falsa y tan mala como esta, que quiera que ello sea; yo lo sabré presto de mi primo Náucrates.

Junto con esto se siguen ciertas palabras que habla Júpiter con los miradores para cuando se representare la comedia en público; no se ponen aquí, porque no valen nada.

Alcumena, desque su marido fué á buscar testigos contra ella, se queda quejando muy amargamente de tan gran maldad como su marido le levantó; en esto entra Júpiter hecho Anfitrion, y descúlpase de todo lo pasado; al cabo se reconcilian en amistad, y aparéjanse los sacrificios

ALCUMENA, JÚPITER.

ALCUMENA.

No puedo sosegar en casa, así me veo acusada de mi marido de maldad y adulterio y deshonestidad; todo lo que pasó, dice á grandes voces que no pasó; repréhéndeme de lo que nunca fué ni yo cometí, et á diestro et á siniestro piensa que ha de valer lo que dice, et que yo me tenga por tal ni mas ni menos como él me pinta. Nunca tal haré por Dios, ni tengo de consentir que sea yo falsamente acusada de adulterio; antes me quiero apartar dél, ó él me satisfaga, y encima



ha de jurar que le pesa de haber dicho lo que contra mí dijo, siendo yo sin culpa.

JÚPITER.

Obligado soy de hacer lo que esta pide, si tengo de procurar, amándola, de ser della recebido; y pues la obra que yo hice ha hecho daño á Anfitrion, y el amor que yo la tengo acarreó gran trabajo á Anfitrion, que está sin culpa en acusarla; agora conviene, aunque estoy sin culpa, que yo me haga culpado de las maldades que él le dijo, y de la ira que mostró contra ella.

ALCUMENA.

Hélo aquí dó le veo al que á la triste de mí acusa de adulterio y deshonestidad.

JÚPITER.

Mujer, hablarte quiero; ¿adónde te vuelves?

ALCUMENA.

Tal es mi condicion, que siempre aborrezco de mirar en el rostro á mis enemigos.

JÚPITER.

Ea ya, Señora, ¿enemigos dices?

ALCUMENA.

Así es, yo digo verdad, si no me levantas que tambien es mentira esto.

JÚPITER.

Mucho estás vergonzosa.

ALCUMENA.

Aparta allá tu mano de mí, porque si tú estás en tu seso ó si sabes mucho, la que una vez tú has tenido por mala mujer, y lo has afirmado cierto, no debes haber razones con ella en burla ni en veras, si no eres el mayor loco de los locos.

JÚPITER.

Si yo lo dije, no te debes enojar dello, porque yo no lo pienso así como lo dije, y por eso vuelvo acá para dar mis desculpas, porque nunca mayor pesar llegó á mi ánimo que cuando sentí que estabas enojada de mí.

ALCUMENA.

Decirme has por qué lo dijiste.

JÚPITER.

Yo te lo responderé: Por la casa de Apolo, que yo no lo dije creyendo que tú eras mala mujer; mas quise probar tu ánimo, ver qué harias, y en qué manera te pondrias á sufrir tan fuerte acusacion. Que yo verdaderamente te lo dije burlando para reir despues; si no, pregúntalo á este Sosia.

ALCUMENA.

No cale sino que trayas aquí á mi primo Náucrates, que tú dijiste poco há que lo habias de presentar por testigo; otramente no debieras venir acá.

JÚPITER.

Si alguna cosa se dijo en burla, no es razon que tú la tornes á veras.

ALCUMENA.

No sé qué tan burla es, mas sé qué tanto me dolió en el corazon.

JÚPITER.

Alcumena, por la tu diestra te ruego y te suplico que me perdones; perdóname, no estés enojada de mí.

ALCUMENA.

Con virtud hice yo que tus palabras y acusaciones fuesen vanas y falsas, y agora, pues me das por libre de las obras, yo me quiero apartar de los deshonestos dichos; quédate adios, guarda para tí tu hacienda y dame la mia, y manda que vaya comigo alguna compañía.

JÚPITER.

¿Estás en tu seso?

ALCUMENA.

Si no mandas que me acompañen, yo sola me iré, y llevaré comigo por compañera la castidad.

JÚPITER.

Yo haré un juramento cual tú le ordenares, que yo pienso que tengo muy buena mujer; et si en esto miento, yo te ruego, muy alto Júpiter, que siempre estés enojado de Anfitrion.

ALCUMENA.

No plega á Dios, sino que te sea favorable.

JÚPITER.

Así confio que será, porque yo tengo jurado la verdad; agora, mi señora, ¿ya no estás enojada?

ALCUMENA.

No estoy enojada.

JÚPITER.

Es muy bien hecho, porque en la edad de los hombres muchas cosas acontescen desta manera; toman deleites, y otras veces toman desventuras; entrevienen enojos, y otras veces tornan en gracia; mas los enojos, cuando alguna vez vienen desta manera entre los que se aman, si despues tornan en amistad, dos tanto quedan amigos que antes lo eran.

ALCUMENA.

Lo principal que tú hubieras de hacer, era guardarte de decir contra mí tales palabras; mas, pues que ya es dicho, si con la lengua que se dijo lo desdices, hase de sufrir en paciencia.

JÚPITER.

Manda luego que me aparejen vasijas limpias, porque los votos que yo prometí estando en la guerra para si volviese salvo á mi casa, los cumpla todos agora.

ALCUMENA.

Yo terné cuidado deso.

JÚPITER.

Mozos, llamáme acá á Sosia para que me llame aquí á Blefaron, el gobernador que fué conmigo en el navío, para que coma con nosotros. Este, sin comer, quedará burlado cuando yo tuviere aquí asido por las agallas á Anfitrion.

ALCUMENA.

No sé qué habla entre sí.

(*Ábrense las puertas y sale fuera Sosia.*)

Envia Júpiter á Sosia que convide á Blefaron de su parte, y llama á Mercurio para que defienda la entrada de Anfitrion, que vuelve á su casa.

SOSIA, JÚPITER, ALCUMENA.

SOSIA.

Anfitrion, aquí estoy; mira si es menester mandar alguna cosa, y hacerlo he.

JÚPITER.

A buen tiempo vienes.

SOSIA.

Ya me paresce que hay paz entre vosotros, y como os veo sosegados, gózome y deléitome; y así, me paresce que es justo que el buen siervo se haga á la manera y condicion de sus señores, que como ellos estu-



vieren, así se ponga, y saque su gesto por el gesto dellos, triste cuando ellos tristes, y alegre cuando ellos fuesen alegres; mas ea, respóndeme: ¿habeis ya vuelto en concordia?

JÚPITER.

¿Búrlaste, sabiendo que todo aquello lo decia yo burlando?

SOSIA.

Si tú lo dijiste por juego, yo cierto por veras lo tomaba.

JÚPITER.

Yo tuve mis desculpas, y es hecha paz entre nosotros.

SOSIA.

Fué bien hecho.

JÚPITER.

Yo me voy adentro á hacer los oficios divinos y cumplir los votos que son hechos.

SOSIA.

Bien me paresce.

JÚPITER.

Tú llama aquí de mi parte á Blefaron, el gobernador del navío, para que, acabados los sacrificios, coma comigo.

SOSIA.

Yo iré tan presto, que cuando pensares que yo estoy allá, esté acá.

JÚPITER.

Pues vuélvete luego.

ALCUMENA.

¿Qué mandas que haga? Yo me entraré adentro para que se apareje lo que es menester.

JÚPITER.

Anda en hora buena, y cuando pudieres haz que esté todo aparejado.

ALCUMENA.

Antes vén cuando quisieres, que yo haré que no haya tardanza.

JÚPITER.

Hablas muy bien, como mujer diligente. Ya estos dos entrambos están engañados, el siervo y la señora, que piensan que soy Anfitrion. Y agora tú, divino Sosia, haz cómo seas aquí presente; bien oyes lo que digo aunque estás absente; haz como tú quisieres, de manera que eches de casa á Anfitrion, que viene agora. Mira que estés avisado, que yo quiero burlarle en tanto que con esta mujer prestada tomo placer; ten cuidado desto, y haz asimismo todo lo que tú entiendes que yo he gana, y sírveme en tanto que hago sacrificio á mí mesmo.

Mercurio viene corriendo á cumplir por órden lo que manda Júpiter, y dice lo que entiende hacer.

MERCURIO.

Haced lugar, desviáos, apartáos todos del camino; no sea algun hombre tan osado que se me pare delante; porque, siendo yo dios, ¿qué menos licencia tengo de amenazar al pueblo para que haga lugar, que un siervo que trae nuevas [1] del navío que arribó en salvo y otras nuevas del viejo sañudo; pues si á este hacen lugar cuando viene corriendo, cuánto mas á mí, que vengo obedesciendo las palabras de Júpiter, y por su mandado me traigo con tanta furia? Por tanto, es cosa justa que se me aparten de la carrera y me hagan lugar; mi padre me llama, yo le sigo, y á su dicho y mandamiento soy obediente, cual debe ser el buen hijo á su padre. Asimismo yo le soy á mi padre en sus amores buen servidor; amenazo, amonesto, estoy presente, gózome cuando le va bien; y si algun deleite siento que tiene mi padre, es para mí mayor deleite. Él ama y sabe lo que cumple. Hace bien en obedescer á su voluntad [2], que así lo debian hacer todos los hombres, haciéndose por buenos modos. Agora mi padre quiere que Anfitrion sea escarnecido; yo haré muy bien cómo él lo sea. Porné una corona en mi cabeza, como siervo que quiere hacerse libre; fingiré que estoy borracho, y subirme arriba, y de allí, desde el sobrado, cuando Anfitrion llegare á casa, echarle della, y haré del borracho aunque no haya comido. Despues luego su siervo Sosia llevará la pena deste enojo que yo le haré, porque todo lo que yo hiciere hoy argüirá contra Sosia, diciéndole que él lo hizo. ¿Qué se me da á mí, pues que tengo de seguir la voluntad de mi padre y servirle en lo que él hubiere gana? Mas hélo dó viene Anfitrion; ya él será burlado aquí; voyme adentro y tomaré el vestido como Sosia; despues subirme arriba para estorbarle dende allí la entrada.

Vuelve Anfitrion á su casa sin hallar el testigo que buscaba; y llama á la puerta.

ANFITRION.

Náucrates, en cuya busca yo iba, no estaba en el navío ni en casa, ni he hallado en la ciudad quien le haya visto; porque yo he andado arrastrado todas las plazas, las escuelas, las tiendas de los aceites olorosos, al mercado y á la carnecería, y adó se hacen las luchas y adó libran los pleitos, á los boticarios et á los barberos, y por todos los templos he andado; cansado vengo buscando á Náucrates, y en ninguna parte le hallo. Agora yo me iré á mi casa y tornaré á pesquisar de mi mujer este negocio, quién haya sido aquel por quien ella ha inficionado su cuerpo de adulterio; porque á mí mas me vale morir que dejar hoy de pesquisar esta demanda. Mas cerrado han las puertas de mi casa;

[1] Allí donde dice: «Que un siervo que trae nuevas,» etc., has de entender que estas palabras habla Mercurio á la gente delante quien se representa esta comedia, y has de presuponer que, cuando Sosia vino la primera vez á traer la nueva á Alcumena, hacia apartar la gente que allí estaba mirando para pasar su camino adelante; dice agora Mercurio que si este siervo, conviene saber, Sosia, que trajo nuevas del navío haber llegado en salvo y de la venida del viejo sañudo, que es Anfitrion, tenia licencia de apartar la gente, y todos le hacian lugar para que pasase, mucha mas razon es que él, siendo dios, haga otro tanto. E nota que este capítulo se pudiera dejar de trasladar aquí; mas quíselo poner por dar á entender á los escolares este paso, porque no lo entendió el que glosó la comedia en latin. Otros muchos entendió, y muchos glosó que están muy claros, y muchos dejó de glosar que no se pueden bien entender.

[2] Allí donde dice: «Hace bien en obedescer á su voluntad,» etc., en estas palabras parece que este tuvo por opinion que es bueno obedescer hombre á su voluntad cerca del apetito sensitivo; esta es opinion epicúrea y errónea, porque la voluntad de tal manera no es voluntad de hombre en cuanto es hombre, antes es bestialidad; y en decir aquí que los dioses hacian bien en hacerlo así, se muestra bien cuán fuera de todo discurso de razon y aun aparencia era la ley y religion que estos tenian y guardaban. (*Villalobos.*)



¡oh, qué bien! Hácese agora esto como todo lo otro; daré golpes á la puerta. Abrí aquí; ¿quién está acá, aho? Quién abre esta puerta?

Mercurio, en figura de Sosia, estorba la entrada de Anfitrion, lo cual Anfitrion sufre con poca paciencia, mayormente desque sabe que estaba otro con su mujer.

MERCURIO, ANFITRION.

MERCURIO.

¿Quien está ahí?

ANFITRION.

Yo soy.

MERCURIO.

¿Qué cosa es yo soy?

ANFITRION.

Así lo digo.

MERCURIO.

Cierto Júpiter y todos los dioses están enojados de tí, pues que así quebrantas las puertas por tú mal.

ANFITRION.

¿Cómo es eso?

MERCURIO.

De tal manera, que vivas toda tu vida malaventurado.

ANFITRION.

¿Sosia?

MERCURIO.

Así me llaman, Sosia, si no piensas que se me olvidó; ¿qué es lo que quieres agora?

ANFITRION.

Bellaco, ¿agora me preguntas qué quiero?

MERCURIO.

Sí pregunto, don loco, desvariado, que cuasi has quebrado los quicios de las puertas, si piensas que nos dan de concejo las puertas de balde. ¿Qué estás mirando, bobo? qué es lo que quieres ó qué hombre eres?

ANFITRION.

Ladronazo, ¿aun me preguntas quién soy? Apurador de las vergas con que azotan, á quien yo haré hoy por esto que has dicho hervir en azotes.

MERCURIO.

Gran gastador debias de ser cuando mozo.

ANFITRION.

¿Cómo así?

MERCURIO.

Pues que agora en la vejez has venido á pedir á puertas el mal año que yo te daré.

ANFITRION.

Por tu tormento derramas hoy estas palabras, maldito.

MERCURIO.

Sacrificarte quiero.

ANFITRION.

¿Cómo es eso?

MERCURIO.

Porque te quiero matar por desastre.

ANFITRION.

Mas yo te mataré á tí puesto en cruz y atormentado; sal acá fuera, ladron; ¿tú me has de matar, verdugo? Si los dioses no me deshacen hoy mi hechura, yo te haré que, despues de cargado de azotes con duros látigos, seas llevado para sacrificio de Saturno.

MERCURIO.

Fantasma de noche, ¿con amenazas me tientas? Pues si no huyes de ahí, si de nuevo tocas al aldaba, si con el mas chiquito dedo hicieres ruido á la puerta, con esta teja te quebrantaré la cabeza, y te haré que con los dientes escupas la lengua.

ANFITRION.

Ahorcadizo, ¿tú has de ser osado de echarme á mí léjos de mi casa?

MERCURIO.

Y ¿tú de dar golpes á mis puertas?

ANFITRION.

Yo derribaré luego estas puertas con sus quicios.

MERCURIO.

¿Porfías aun?

ANFITRION.

Sí porfio.

MERCURIO.

Pues tómate esa.

ANFITRION.

¡Oh malvado traidor! ¿en esto soy venido? Si hoy te tomo, yo te daré mala ventura que para siempre vivas desventurado.

MERCURIO.

Viejo ruin, tú mucho vino debias hoy de sacar.

ANFITRION.

¿Cómo es eso?

MERCURIO.

Como tú piensas que soy tu siervo.

ANFITRION.

¿Qué es eso que pienso yo?

MERCURIO.

Mucho mal para tí, porque yo no he conoscido otro señor fueras de Anfitrion.

ANFITRION.

Yo sí he perdido mi figura, pues que no me conosce Sosia; preguntárgelo quiero.—¿Oyes? mírame bien, ¿qué te parezco? ¿no te parezco asaz Anfitrion?

MERCURIO.

¿Anfitrion ó qué? ¿Estás en tu seso? ¿No te dije yo, viejo borracho, que habias sacado mucho vino, pues que preguntas á los otros quién eres tú? Avísote que te apartes, no seas importuno en tanto que Anfitrion, que viene agora de la guerra, está tomando solaz con su mujer.

ANFITRION.

¿Con cuál mujer?

MERCURIO.

Con Alcumena.

ANFITRION.

¿Qué hombre es ese?

MERCURIO.

Cuantas veces quisieres te lo diré: Anfitrion, mi señor; no seas enojoso.

ANFITRION.

¿Con quién está echado?

MERCURIO.

Mira, no busques mal año, porque estás burlando de mí.

ANFITRION.

Ruégote que me lo digas, mi Sosia.

MERCURIO.

¿Halágasme? Con Alcumena.

ANFITRION.

¿En una misma cámara?

MERCURIO.

Antes pienso que están echados un cuerpo en otro.

ANFITRION.

¡Ay de mí desventurado!

MERCURIO.

Ganancia es lo que este cuenta por miseria, porque así es de dar la mujer prestada, como si alquilases una tierra estéril para que te la labren bien.

ANFITRION.

¿Sosia?

MERCURIO.

¿Qué quiere decir Sosia?

ANFITRION.

¿No me conosces, ladron?

MERCURIO.

Conózcote por hombre importuno que compras ruido por tus dineros.

ANFITRION.

¿Aun todavía dices que no soy tu señor Anfitrion?

MERCURIO.

Tú borracho eres, no Anfitrion; sobre cuantas veces te lo he dicho, agora te lo torno á decir: Anfitrion está dentro en la cámara abrazado con Alcumena; si porfías, ponértelo he delante, y no será sin gran daño tuyo.

ANFITRION.

Deséolo, llámamele que venga. Por las buenas obras que yo tengo hechas, ruego á los dioses que hagan que yo pierda hoy la patria, las casas, la mujer y la familia juntamente con la figura, que he perdido.

MERCURIO.

Yo te le llamaré por cierto, mas entre tanto mira que te apartes de las puertas; si no, yo prometo que si no es acabado el sacrificio y traido el manjar para comer, si eres mas enojoso, que no te me escapes hoy que allí no te sacrifique.

Anfitrion se queda en la calle llorando sus miserias; en esto llega Sosia con Blefaron, que le traia convidado por mandado de Júpiter transformado en Anfitrion; y como Anfitrion los vió, negó haber convidado á Blefaron, y vengóse de Sosia por las injurias que le hizo Mercurio, pensando que todo era vano.

ANFITRION, BLEFARON, SOSIA.

ANFITRION.

¡Oh dioses! ¿dónde está vuestra fe? ¡Qué desconciertos tan grandes andan entre nuestra familiá! qué maravillas veo desque vine de la guerra! Agora paresce verdad lo que soliamos oir en hablillas, que en Arcadia se mudaban los hombres de Aténas, y se quedaban hechos bestias, y nunca tornaban á ser conoscidos de sus padres.

BLEFARON.

¿Qué seria aquello, Sosia? Grandes maravillas son esas que me dices; ¿dices tú que hallaste en casa otro Sosia como tú?

SOSIA.

¿Si lo digo dices? Antes pienso que yo he parido otro Sosia, et Anfitrion otro Anfitrion; quizá tú parirás otro Blefaron. Ojalá pluguiese á los dioses que así lo hiciesen, porque herido con los puños y quebrantados los dientes antes que comas, me creas así como me lastimó á mí de mala manera el otro Sosia, que estoy allá.

BLEFARON.

Por cierto, ello es cosa maravillosa; mas cumple que alarguemos el paso, porque, segun veo, espéranos Anfitrion para comer, y aun me rujen las tripas de vacío.

ANFITRION.

¿Para qué hablo de las cosas ajenas? En nuestro mismo linaje tebano cuentan haber acaecido cosas mas que maravillosas. Aquel Cadmo, gran buscador de Europa, que acometió y mató la fiera sierpe de mares, y con sembrar en la tierra los dientes della, de sola esta simiente parió la tierra unos hombres tan enemigos entre sí, que armados con lanza y con capacete, se mataban en batalla el hermano contra el hermano. Y el mismo Cadmo, auctor de nuestra nacion, con la hermosa hija de Vénus, haberse mudado en dragon, la tierra epirótica lo vió; así de las alturas el alto Júpiter lo ordena, y así lo hace; los hombres batalladores, en pago de sus hazañosos y claros hechos, son con penas muy crueles afligidos.

SOSIA.

Blefaron.

BLEFARON.

¿Qué es?

SOSIA.

No sé qué mala ventura sospecho.

BLEFARON.

¿Qué es?

SOSIA.

Mira, si quieres, mi amo como librante se pasea al derredor de las puertas cerradas.

BLEFARON.

No es sino que espera que le venga la hambre paseándose.

SOSIA.

Como hombre cuerdo, el que está dentro cerró las puertas porque no le echasen fuera.

BLEFARON.

¿Gruñes?

SOSIA.

Ni gruño ni ladro, mas tú mira si me entiendes; yo no sé qué anda consigo solo hablando, pienso que apaña las razones que ha de decir; escuchémosle de aquí, no te apresures.

ANFITRION.

Segun yo temo, desbaratados los enemigos, ¿si me quieren combatir los dioses la gloria que allí gané? Toda nuestra familia veo turbada por maravillosos modos: mi mujer, llena de adulterio y de vicio y deshonestidad, me mata; mas lo de la copa fué cosa de maravilla, estando el sello muy bien sellado, y tambien ¿quién le dijo á ella las batallas peleadas que hobimos, y del rey Terela, combatido y muerto por nuestras manos? Cata, yo lo sé; esto todo Sosia lo ha hecho, que tambien hoy ha tenido osadía en mi presencia de echarme de mi casa amenguadamente.

SOSIA.

De mí habla, y aun lo que yo no querria que hablase; ruégote que no le encontremos hasta que haya descubierto su enojo.



BLEFARON.

Yo esperaré.

ANFITRION.

Si yo pudiese asir este malvado, yo le daré á entender qué cosa es engañar al señor y con amenazas y mentiras enojarle.

SOSIA.

¿Oyes tú aquello?

BLEFARON.

Oyolo.

SOSIA.

De aquella artillería me querrá cargar las espaldas; mas desviarle hemos de aquel propósito con nuestra venida, pues que el enojo es por lo que suele decir el refran.

BLEFARON.

Lo que tú dirás yo no lo sé, lo que te harán bien lo adevino.

SOSIA.

Viejo refran es, que la hambre y la tardanza llevan la cólera á las narices.

BLEFARON.

Dices verdad, y pues que así es, llamémosle.—¿Anfitrion?

ANFITRION.

A Blefaron oyo, maravíllome de su venida; con todo eso, viene á buen tiempo, porque con él mostraré la maldad que cometió mi mujer.—¿Qué me quieres acá, Blefaron?

BLEFARON.

¿Tan presto lo has olvidado, habiéndome enviado esta mañana á Sosia para que me viniese á comer contigo?

ANFITRION.

Nunca tal pasó; y ese bellaco ¿dónde está?

BLEFARON.

¿Quién?

ANFITRION.

Sosia.

BLEFARON.

Cátale ahí.

ANFITRION.

¿Qué es dél?

BLEFARON.

Delante los ojos le tienes; ¿aun no le ves?

ANFITRION.

Apenas le veo, con la ira que tengo; en tanto grado me hizo allí hoy perder el seso. Agora no te me irás sin que te sacrifique [1].—Déjame, Blefaron.

BLEFARON.

Ruégote, Señor, que me escuches.

ANFITRION.

Di tú, que yo te escucho en tanto que mato á este; por eso tú no haces las cosas á tiempo.

BLEFARON.

¿Cómo que no? Pues aunque con los remos de Dédalo yo me hubiese traido, no pudiera venir mas presto; apártate allá por Dios, que no podimos mas grandes pasos hacer.

ANFITRION.

No me da mas que haya hecho pasos ó escalones que portadas, que yo cierto tengo de matar este bellaco.—Toma porque te subiste al sobrado, toma por las tejas que arrojabas, toma por las puertas que cerraste, toma por el escarnio que heciste de tu amo, toma por las maldades que me dijiste.

BLEFARON.

¿Qué mal te hizo este pecador?

ANFITRION.

¿Eso me preguntas? Desde aquel sobrado me echó de mi casa y me estorbó la entrada.

SOSIA.

¿Yo hice eso?

ANFITRION.

¿Niégaslo, traidor?

SOSIA.

Niégolo; cata aquí buen testigo, con quien yo he venido hoy, y tú me enviaste á llamarle para que le trajese á comer contigo.

ANFITRION.

¿Quién te envió, ladron?

SOSIA.

Quien me lo pregunta.

ANFITRION.

¿En qué lugar fué eso?

SOSIA.

Agora poco há en casa, cuando tornaste en amistad con tu mujer.

ANFITRION.

El vino te desatina.

SOSIA.

Ni he gustado vino ni pan. Tú mandaste alimpiar las vasijas para hacer el oficio divino, et á mí me enviaste á llamar á este para que comiese contigo.

ANFITRION.

Destruido sea yo, Blefaron, si estuve dentro y si envié á llamarte.—Di, bellaco, ¿dónde me dejaste?

SOSIA.

En casa con Alcumena, tu mujer, y partiéndome de tí, me voy volando al puerto y llamé á este por tu mandado, y luego venimos, y despues que me enviaste no te vi sino agora.

ANFITRION.

Cabeza de traiciones; con esta mujer que dices que me dejaste, no te me escaparás que no te atormente.

BLEFARON.

Déjale agora este pecador por amor de mí, y escúchame.

ANFITRION.

Cata aquí dó le dejo; ¿qué quieres? habla.

BLEFARON.

Este me ha contado agora muy grandes maravillas; quizá que algun encantador ó hechicero encanta esta tu familia; pesquísalo de otra parte y sabe qué cosa es, y no atormentes mas este malaventurado antes que entiendas la cosa.

ANFITRION.

Buen consejo me das; vamos, que tambien te quiero por abogado contra mi mujer.

[1] Allí donde dice: «Agora no te me irás, que no te sacrifique,» nota que muchas veces permite Dios que los malos paguen cuando no tienen culpa de aquello en que son acusados, porque sientan qué cosa es la injusticia aquellos que nunca hacen obras de igualdad y justicia. (*Villalobos.*)

Júpiter desciende al alboroto que Anfitrion hiciera á las puertas, y pasando algunas descortesías, Júpiter asió por los gaznates á Anfitrion, y ahogárale si no se metiera entre medias Blefaron, al cual ponen por juez que determine cuál dellos es Anfitrion, y oidas y reconoscidas las partes, juzgó que entrambos lo eran.

JÚPITER, ANFITRION, SOSIA, BLEFARON.

JÚPITER.

¿Quién arrancó estas puertas moviendo los quicios de su lugar? Quién alborotó tanta gente tan gran rato delante nuestra casa? Si yo le hallo, con estas manos teleboyanas le sacrificaré.

ANFITRION.

Ninguna cosa, como suelen decir, me puede hoy suceder bien; dejé á Blefaron et á Sosia por topar con el pariente de mi mujer, Náucrates; no hallé á este y perdí á los otros; mas allí los veo; voyme para ellos, para ver si habrá alguna rienda de que trabar.

SOSIA.

Blefaron, aquel que sale de casa es mi amo; este que viene con nosotros es el hechicero.

BLEFARON.

¡Oh Jupiter! ¿qué cosa veo? este no es Anfitrion, sino aquel: et si lo es este, no lo pudo ser aquel si no se hizo mellizo.

JÚPITER.

Hélo allí Sosia con Blefaron, llamarlos he.—Sosia, acaba ya de venir, que me muero de hambre.

SOSIA.

¿No te lo dije yo, que este era el hechicero?—Señor, tú estás hambriento et yo harto de bofetones y puñadas; para tí me voy.

ANFITRION.

¿Allá te vas, ladron?

SOSIA.

Anda, véte al infierno, hechicero.

ANFITRION.

¿A mí hechicero? Pues toma.

JÚPITER.

Caminante, ¿qué descortesías son estas que hagas tú al mio?

ANFITRION.

¿Tuyo?

JÚPITER.

Mio.

ANFITRION.

Mientes.

JÚPITER.

Sosia, véte dentro en tanto que sacrifico á este, y haz que se apareje la comida.

SOSIA.

Ya voy. Tan buena compañía creo que hará Anfitrion á Anfitrion, como á mí Sosia me hice yo el otro Sosia. En tanto que estos debaten voyme á la cocina, lavaré todos los platos y henchiré de agua todas las almofías.

JÚPITER.

¿Tú me dices á mí que miento?

ANFITRION.

Digo que mientes, deshonrador de mi mujer con engaños.

JÚPITER.

Por esa razon deshonesta te arrastraré por aquí, asido por la garganta.

ANFITRION.

¡Ay, cuitado de mí!

JÚPITER.

Antes de agora debieras excusarte deste trabajo.

ANFITRION.

Blefaron, socórreme.

BLEFARON.

Paréscense tanto, que no sé á cuál dellos ayude; mas despartirlos he en cuanto pueda.—No quieras agora matar á Anfitrion uno por uno, ruégote que le sueltes la garganta.

JÚPITER.

¿A este llamas tú Anfitrion?

BLEFARON.

¿Por qué no? Un tiempo solia ser uno, mas agora hízose de mellizos el parto; pues que tú quieres ser el uno, él tambien en la figura no deja de ser el otro; entre tanto ruégote que le dejes la garganta.

JÚPITER.

Ya le dejo; mas dime, ¿paréscete á tí que es este Anfitrion?

BLEFARON.

Entrambos, en verdad, me lo paresceis.

ANFITRION.

¡Oh gran Júpiter! ¿dónde me robaste hoy mi figura? Quiérolo ver, ¿eres tú Anfitrion?

JÚPITER.

¿Niégaslo tú?

ANFITRION.

Reniégolo, pues que en Tébas, fueras de mí, no hay otro Anfitrion.

JÚPITER.

Mas antes no hay otro sino yo; et á tí, Blefaron, hago juez.

BLEFARON.

Yo lo probaré, si puedo, delante vosotros con señales. Responde tú primero á lo que yo preguntaré.

ANFITRION.

Pláceme.

BLEFARON.

Antes que se comenzase la batalla con los teleboyanos ¿qué me mandaste?

ANFITRION.

Que aparejado el navío, estuvieses con cuidado arrimado al gobernalle.

JÚPITER.

Para que si los nuestros huyesen, me pudiese allí retraer en salvo.

ANFITRION.

Item, otra cosa te mandé, que se guardase la bolsa de los dineros; ¿qué monedas iban en ella?

BLEFARON.

Calla si quisieres, que eso mio es de preguntar; ¿sabes tú el número de la moneda?

JÚPITER.

Cuarenta talentos atenienses.

BLEFARON.

Este bien por órden lo cuenta, ¿y tú sabes cuántos filipeos eran?

ANFITRION.

Dos mil filipeos y dos tantos óbolos.

BLEFARON.

Entrambos están bien en el negocio; dentro del bolson debia estar encerrado el uno dellos.

JÚPITER.

Mira acá, si quieres: con esta diestra, como sabes, yo maté al rey Terela y le quité el despojo, y la copa con que él solia beber truje en la cestilla, y la empresenté á mi mujer, con la cual hoy me bañé y sacrifiqué y me acosté.

ANFITRION.

¡Guay de orejas que tal oyen! Apenas estoy bien despierto, ciertamente velando duermo, y despierto sueño, y sano me muero; yo soy aquel mismo Anfitrion, nieto de Gorgofon, capitan general de los tebanos, amigo del rey Creonte, vencedor de los teleboyanos; con gran virtud guerrera vencí al rey, y por fuerza de armas desbaraté á los acarnates y á los tasios, y les dejé por gobernador á Tésalo, hijo del grande Yoneo.

JÚPITER.

Yo los enemigos ladrones por fuerza y por batalla los quebranté, que habian muerto á Electrion, hermano de mi mujer, y destruido á Etolia et Acaya y Focide, andando como cosarios por los mares Yonio y Egeo y Crético.

ANFITRION.

¡Oh inmortales dioses! ya no me creo á mí mismo; así habla este por órden todas las cosas que han pasado.

BLEFARON.

Mira, una cosa queda por hacer; si esta es, sábete que eres dos Anfitriones.

JÚPITER.

Ya te entiendo: quieres preguntar de la herida que me hizo Terela.

BLEFARON.

Eso mismo en verdad.

ANFITRION.

Bien preguntas: mírala, cátala aquí.

JÚPITER.

Míramela aquí.

BLEFARON.

Verla quiero. ¡Oh alto Júpiter! ¿qué cosa veo? á cada uno dellos en el muslo del brazo derecho, en un mesmo lugar, con la mesma señal que al comienzo tuvo, paresce una cicatriz bermejuela amarilleja; cáense las razones y el juicio enmudesce, no sé qué me diga.

Blefaron los deja y se va del convite, muerto de hambre. Anfitrion queda en la calle deplorando su tribulacion, y amenaza á los hombres y á los dioses.

BLEFARON, ANFITRION, JUPITER.

BLEFARON.

Vosotros allá os avenid; yo me voy, que tengo negocios. Yo jamás no me acuerdo en parte alguna haber visto tan grandes maravillas.

ANFITRION.

Blefaron, ruégote que estés aquí por mi abogado, ó que no te vayas.

BLEFARON.

Quédate adios; ¿qué menester so yo aquí por abogado?

JÚPITER.

Yo me voy de aquí allá dentro; que Alcumena está de parto.

ANFITRION.

¡Muerto soy, desventurado de mí! ¿qué haré? á quien ya los abogados y los amigos desamparan; nunca, por la casa de Apolo, este que burló de mí se me irá sin venganza, quien quiera que él sea; porque ya me iré camino derecho al Rey, todo lo que ha pasado le diré, yo me vengaré hoy de aquel hechicero de Tesalia, que perversamente ha perturbado el entendimiento de toda nuestra familia; mas ¿adónde está? Por Dios, que creo que se entró á mi mujer; ¿cuál otro vive hoy en Tébas mas malaventurado que yo? ¿qué haré? á quien todos los mortales desconocen y escarnescen como les place; cierto, yo quiero romper por la casa, y á cualquiera persona que hallare, sea mozo ó moza, sea mujer ó adúltero, sea padre ó agüelo, cualquiera que vea en casa le cortaré la cabeza; que Júpiter ni todos los dioses no me lo quitarán aunque quieran, para que no haga esto como lo pienso; ya me voy por toda la casa.

Bromia, sierva de Alcumena, sale espantada de las cosas que vió; y topó con Anfitrion, que estaba á la puerta de casa amortescido, y contóle todo lo que acaesció cuando Alcumena paria, y desengañóle de todo lo pasado.

BROMIA, ANFITRION.

BROMIA.

Las esperanzas y los esfuerzos de mi vida yacen sepultados en mi pecho; ya no tengo confianza en el corazon para que no le pierda, así me parece que me persiguen ya todas las cosas, el mar, la tierra y el cielo para deshacerme, para matarme; ¡oh desventurada de mí! no sé qué haga; tan grandes maravillas son hechas hoy en nuestra casa. ¡Ay triste de mí! desmáyome, agua querria, muérome, deshágome, la cabeza me duele, no oyo, ni veo de mis ojos, ni hay tan triste hembra en el mundo como yo, ni se verá jamás otra alguna; esto es lo que hoy aconteció á mi señora, que luego como se puso á parir invoca los dioses; entonces un gran estrépito, gran ruido, gran sonido, gran trueno súbitamente muy presto y muy recio tronó. Cada cual adonde estaba allí se cayó amortescido con aquel estruendo; en esto, no sé quién á grandes voces dijo: «Alcumena, socorrida eres, no temas; para tí y para los tuyos viene favorable el Señor de los cielos;» y dijo: «Levantáos los que, espantados de mí, caistes con el gran miedo.» Yo, como estaba echada, levántome, y pensé que ardian las casas, tan gran resplandor habia en ellas; entonces me llamó Alcumena; ya otra vez estaba yo espantada de aquella gran claridad, mas por el miedo que tenia á mi señora, dejo el mio y levántome, y corrí á saber lo que quiere; véola cómo habia de aquel parto parido dos niños, y no lo sintió persona de nosotras cuando ella parió, ni lo habiamos visto; mas ¿qué es esto? ¿qué viejo es este que está aquí tendido ante nuestra puerta? ¿Si quizá le hirió Júpiter? Yo lo creo por la casa de Apolo, porque ¡oh gran Júpiter! sin alientos está como si fuese muerto; quiero llegar á conocerle quien quiera que sea. Este Anfitrion es por cierto.—¿Anfitrion?

ANFITRION.

Muérome.

BROMIA.

Levántate.

ANFITRION.

Voyme á morir.

BROMIA.

Dame la mano.

ANFITRION.

¿Quién me tiene?

BROMIA.

Tu criada Bromia.

ANFITRION.

Todo estoy medroso, así me espantó Júpiter, estoy ni mas ni menos como si saliese de la sepultura; mas tú ¿á qué saliste acá fuera?

BROMIA.

Otro tal miedo como el tuyo nos ha echado fuera espantadas; en estas casas do tú moras grandes milagros he visto; ¡ay cuitada de mí, Anfitrion, que aun agora me falta el ánimo!

ANFITRION.

Despacha, declárame eso; ¿conócesme que soy tu señor Anfitrion?

BROMIA.

Conózcote, Señor.

ANFITRION.

Mírame bien.

BROMIA.

Ya lo veo.

ANFITRION.

Tórname á mirar.

BROMIA.

Bien sabido lo tengo.

ANFITRION.

De toda mi gente, sola esta moza está vestida de carne humana, todos los otros son fantasmas.

BROMIA.

Mas antes, Señor, todos están sanos y libres, por cierto.

ANFITRION.

Pero mi mujer me hace á mí loco con sus feas obras.

BROMIA.

Mas antes te haré yo, Anfitrion, que tú mismo digas otra cosa. Y porque sepas que tu mujer es santa y honesta, yo mostraré sobre ello señales y argumentos en pocas palabras. Ante todas cosas, has de saber que Alcumena parió dos hijos mellizos.

ANFITRION.

¿Mellizos?

BROMIA.

Mellizos.

ANFITRION.

Los dioses andan comigo.

BROMIA.

Déjame decir, porque sepas cómo todos los dioses son favorables á ti y á tu mujer.

ANFITRION.

Habla.

BROMIA.

Despues que tu mujer comenzó á parir, cuando suelen á las que paren venir los dolores del vientre, ella invoca los dioses inmortales que le ayuden; esto decia con las manos lavadas y la cabeza cubierta[1]. Allí luego comenzó á tronar con gran sonido; primero pensamos que tus casas se caian, tras esto, tus casas resplandescían como si fuesen de oro.

ANFITRION.

Ruégote que acabes presto tu razon, desque hayas bien burlado de mí, y dime qué se hizó despues deso.

BROMIA.

En tanto que estas cosas así pasaban, ninguna de nosotras oyó á tu mujer que llorase ni gimiese; así verdaderamente parió sin dolor.

ANFITRION.

Ya de eso me alegro, cuanto quiera que me lo haya mal merescido.

BROMIA.

Deja hora eso, y para mientes á lo que te diré: desque parió los niños, mandónos que los bañásemos, y llegándonos á ellos, tomámoslos, mas aquel niño que yo lavé es muy grande y de gran fuerza, que no habia quien pudiese envolverle en la cuna.

ANFITRION.

Grandes maravillas me cuentas. Si esto es verdad, por dicho me tengo que mi mujer fué socorrida del cielo.

BROMIA.

Yo haré que digas que son mayores maravillas. Despues que fué echado en la cuna cada uno de los niños, vienen volando abajo al patio dos grandes serpientes con sus crestas, y luego entrambas levantan sus cabezas.

ANFITRION.

¡Ay cuitado de mí!

BROMIA.

No hayas miedo; mas las sierpes echan los ojos todo en torno, y desque vieron los niños vanse luego á las cunas; yo procuraba de llevar las cunas á la cámara y traerlas ora acá, ora acullá, temiendo el peligro de los niños y el mio, y cuanto yo mas hacia esto, tanto con mayor presteza nos perseguian las suertes. Desque el otro niño grandecillo que te dije vió las sierpes, tomólas muy presto con sus manos, con cada mano apretó la suya, saltando ligeramente de la cuna y arremetiendo derecho á ellas con gran ímpetu.

ANFITRION.

Maravillas me dices; muy espantosa hazaña me has contado; aun oyéndotela decir se me enerizan los miembros; habla mas adelante: ¿qué es lo que despues acaesció?

BROMIA.

El niño mató entrambas las sierpes. En cuanto esto se hacia, llamó á tu mujer con voz alta y clara...

ANFITRION.

¿Quién?

BROMIA.

El muy alto emperador de los dioses y de los hombres, Júpiter, el cual dijo que solia echarse con Alcumena secretamente en su cama, y que aquel niño que venció las sierpes es hijo suyo; el otro niño dice que es tuyo.

ANFITRION.

Par Dios, no me pesa de partir con Júpiter los bie-

[1] Allí donde dice: «Las manos lavadas y la cabeza cubierta,» dice la glosa que esta era costumbre y rito de los que sacrificaban ó hacian alguna cosa divina. Y el cubrir de la cabeza era porque no viesen alguna cosa que les turbase ó interrompiese la obra ó la contemplacion.



nes[1] por medio. Entra en casa y manda que luego se me aparejen los vasos limpios para pedir al muy alto Júpiter la paz con muchos sacrificios, y llamaré al adevino Tiresias y tomaré su consejo, qué es lo que le parece que se debe hacer, contándole todo el negocio como ha pasado. Mas ¿qué es esto, que tan reciamente tronó? ¡Oh dioses, á vosotros me encomiendo!

Hácense las amistades entre Júpiter y Anfitrion, y váyase el diablo para ruin.

JÚPITER, ANFITRION.

JÚPITER.

Ten buen corazon; yo vengo en tu ayuda, Anfitrion, para tí y para los tuyos; no hay cosa que debas temer; los adevinos y agoreros déjalos todos; lo que ha de ser y lo que es pasado yo te lo diré mejor que todos ellos, porque soy Júpiter. Lo primero que has de saber es, que yo tomé prestado para mi el cuerpo de Alcumena, y de aquel ayuntamiento la hice preñada de un hijo, y tú asimismo la heciste preñada cuando te partiste al ejército. De un parto ha parido juntamente entrambos niños; el uno dellos, que fué concebido de nuestra simiente, te investirá de inmortal gloria; tú tórnate con Alcumena, tu mujer, en el antigua gracia; que no te meresció por donde le acusases de maldad, pues mi fuerza la forzó á hacer lo que hizo; yo me paso al cielo.

ANFITRION.

Yo lo haré así como lo mandas; ruégote que guardes lo que has prometido. Voyme adentro para mi mujer, y dejaré de llamar al viejo Tiresias.

Complimiento de la comedia, sacado de otro original.

ANFITRION, ALCUMENA, SOSIA, BROMIA, TESALA.

ANFITRION.

Alcumena, perdóname; yo conozco que erré en acusarte tan impacientemente, hasta que con mas acuerdo y menos pasion se pesquisara la verdad.

ALCUMENA.

Yo te perdono, mi marido, porque el mucho amor que me tienes te turbó el juicio y te hizo perder la paciencia; que bueno estaba de conoscer si yo te hiciera maldad, que te encubriera lo que tú sabias, pues que no me lo preguntabas.

ANFITRION.

No puede guiar por razon la cosa el que está del todo fuera de razon en ella; no creas, mujer, que hay en los géneros de las locuras otra locura tan grande como la del celoso, que no solamente desvaria segun la razon, mas tambien los sentidos le mienten, porque cuanto ve y cuanto oye, aunque sea muy léjos de aquel propósito, todo lo reduce y lo aplica á su pasion para confirmar con ello la mala opinion que tiene de la cosa amada.

ALCUMENA.

No pensaba yo que tan gran locura era la de los celos.

ANFITRION.

Mira, mujer, que tan grande es, que se hace de tres locuras muy capitales.

ALCUMENA.

¿De cuáles?

ANFITRION.

De ira y miedo y amor; cualquiera destas por sí hace perder el seso; mira qué harán todas juntas.

ALCUMENA.

Pues agora, marido, ¿estás ya libre?

ANFITRION.

Sí por cierto; que yo te tengo por muy buena y honesta mujer.

ALCUMENA.

No me contento con que solamente me relleves de la opinion pasada, mas quiero tambien que tengas de mí gran confianza para adelante.

ANFITRION.

Sí tengo en verdad, y siempre la tuve antes de agora.

ALCUMENA.

Agora la debes tener mayor que nunca; porque si Júpiter no conosciera en mí gran castidad y lealtad conjugal, no hubiera menester tomar tu forma para que yo le recibiese en mi casa, antes viniera en la propria suya, pues que es dios y lo manda todo y lo puede; mas el conoscíó que era mayor mi castidad que su poder, y que si no fuera engañándome contigo, de otra manera no pudiera conseguir en mí lo que deseaba.

ANFITRION.

Por malo que yo fuese, no podria negarte lo que dices; yo tengo bien conoscida la mujer que tengo, y de aquí adelante, no como á mujer y compañera mia, mas como á diosa y gobernadora de mi vida, maestra de toda virtud y ejemplo della, entiendo honrarte y estimarte en cuanto yo viviere.

ALCUMENA.

Júpiter y todos los dioses te sean favorables, porque puedas muchos años cumplir lo que has prometido.

SOSIA.

Mejor haríades en haber placer el uno con el otro, que bien lo habeis menester, que no en gastar el tiempo todo en palabras.

ALCUMENA.

Sosia, ¿paréscete agora que andaba yo preñada de hijo, y no de locura, como tú decias?

SOSIA.

Señora, tú decias verdad et yo era mentiroso; mas

[1] Allí donde dice: «No me pesa de partir con Júpiter los bienes,» nota que los muy esforzados son la gente del mundo, que con mejor paciencia sufren el cuerpo, y que mas presto han gana de satisfacerse con cualquiera excusacion que les dén; y de aquí viene que sus mujeres se atreven á ellos mucho mas que á los ruines hacen sus mujeres. La razon dello es, que los generosos ánimos contra las cosas flacas no quieren tener fortaleza, y desdéñanse de hacer mal á la mujer, como los feroces lebreles de Irlanda no quieren satisfacer sus sañas contra los pequeños gozques, maguer que de sus ladridos sean importunamente perseguidos. Mas los pusillánimes como se les dobla el ánimo y la fuerza otra, la cosa vencida son sus mujeres, así temerosas y sojuzgadas dellos como lo son las ovejas delante el hambriento lobo. Pero si estos aciertan con mujer matrera y varonil, fáltales el corazon y sufren los cuernos á ojos sin que osen hablar en ello; de cualquiera cosa destas podriamos muchos ejemplos de las historias alegar, si nuestra intencion no fuese no poner hastio á los lectores. Así que, á Anfitrion hiciéronle entender que era Dios del cielo el que se echaba con su mujer, siendo el mas bellaco hombre y el mas disoluto y adúltero, y el mas bestial nigromantico que jamás hubo.

otra cosa me paresce agora, no sé si estoy tambien engañado.

ALCUMENA.

¿Qué cosa es?

SOSIA.

Parésceme que la mejor librada de todo este juego has sido tú.

ALCUMENA.

¿Por qué?

SOSIA.

Porque has gozado de dos Anfitriones á pierna tendida, y el uno dellos tal, que vale por ciento.

ALCUMENA.

Anfitrion, ¿por qué no mandas á este bellaco que calle, que me ha hecho venir muy gran vergüenza?

ANFITRION.

¿Por qué no callas, ladron? ¿Aun no estás escarmentado?

SOSIA.

Anfitrion, aunque me mates no callaré una cosa.

ANFITRION.

Dila ya, bellaco.

SOSIA.

Señor, si tú has de cumplir con mi ama por la medida de Júpiter, gran trabajo tienes.

ANFITRION.

¿Por qué?

ALCUMENA.

Cállate, malvado, no digas mas.

ANFITRION.

Déjale decir, mujer, porque no lo vaya á decir en la calle.—Di por qué, Sosia.

SOSIA.

Porque los dioses tienen recios los lomos, y nunca cansan los inmortales.

ANFITRION.

Ah, ah, ah.

ALCUMENA.

Holgarás, Señor, que has hecho á este bellaco que me pierda del todo la vergüenza.—Bromia, dale azotes porque no quiere callar.

SOSIA.

Mejor harias, Bromia, en darme otra cosa, que no lo que te manda mi ama.

BROMIA.

¿Qué otra cosa quieres que te dé? que todo lo meresces tú.

SOSIA.

Querria que me besases.

BROMIA.

Sí haré, por cierto; mas no ha de ser en la boca, que la tienes muy deshonesta y sucia.

SOSIA.

Pues ¿dónde?

BROMIA.

En las quijadas y en el pescuezo, que lo tienes todo consagrado con las puñadas y bofetones de Mercurio.

ALCUMENA.

Ih, ih, ih.

SOSIA.

¿Ríeste, Señora, porque me quebrantó Mercurio las muelas por tu causa?—Y tú, Bromia, pues que eres tan devota de Mercurio, si él me diera de nalgadas, ¿tambien me besaras allá?

TESALA.

Allá te besara ella de mejor gana que en el rostro.

SOSIA.

¿Por qué, hermosa?

TESALA.

Porque no hay cosa que tú puedas tener tan fea ni tan sucia como esa cara de ahorcado que tienes.

SOSIA.

Pues otros armiños he visto yo tan limpios y tan lindos como tú.

TESALA.

Esa ventaja me llevas por haber andado muchas tierras; que yo, por cierto, no he visto otro puerco tan puerco ni tan feo como tú.

SOSIA.

Si no fueras mujer, yo te hiciera conoscer que mientes.

BROMIA.

Guarte dél, Tesala, que es muy esforzado.

TESALA.

¿Qué sabes tú?

BROMIA.

Sí, en verdad, que él mismo me contó cómo en la batalla hizo un gran vertimiento de sangre.

TESALA.

¿En qué manera?

BROMIA.

Díjome que mientras los otros peleaban en toda la furia de la batalla, estaba él en la tienda de Anfitrion con un gran jarro de vino puro á los pechos, y que Mercurio lo acertó todo, como si él mismo fuera.

TESALA.

Y ¿cuándo habló Mercurio en eso?

BROMIA.

Cuando le hizo aquellos lunares por el rostro.

TESALA.

¡Oh illustre varon!

SOSIA.

Para sobre el convite que me dió Mercurio buena fruta es esta que me dan las damas; tal salud les dé Júpiter; yo os prometo, si no fuérades mujeres, que yo os mostrara qué tan cobarde soy.

BROMIA.

No somos sino hombres; por eso, levanta de ahí, bellaco, veamos quién eres.—Tesala, tenle tú por los piés.

TESALA.

Dale tú, Bromia; que yo he asco.

SOSIA.

Anfitrion, socórreme, que me matan estas malas mujeres.

ANFITRION.

Tú lo has merescido en hablar fieros con ellas, que se les entiende cualquiera ruindad.

SOSIA.

Dejadme, en reverencia de Apolo, que estoy quebrantado por mil partes.

TESALA.

Ten buen corazon, que ahí do te da Bromia no estás quebrantado.

ALCUMENA.

Bromia, ¿tú no has asco en dar nalgadas á tan gran bellaco? Avísote que no me dés de comer esta semana.

SOSIA.

Anfitrion, cata que me matan; á tí me encomiendo.

ANFITRION.

Bromia, déjale por amor de mí, que otra vez lo acabará de pagar.

BROMIA.

Déjole por tu mandado. Mal te haga Júpiter, que tan cansada me dejas y tan sucia; cortar quiero esta mano, que de aquí adelante no será de provecho.

ALCUMENA.

Bienaventuradas seais, mis criadas, que tanto placer me habeis hecho.—Hora, Anfitrion, mándales que sean amigos, y aparéjese la comida.

ANFITRION.

Hágase luego.—Sosia, demándales perdon por las injurias que les heciste.

SOSIA.

Demándoles perdon porque te dén luego á tí de comer, que has hambre, y á mí de beber, que perezco de sed.

BROMIA.

Vamos volando.

TESALA.

Anda tú delante.

SOSIA.

No me quedaré yo alabando á lo menos desta boda de Júpiter, si mal provecho le haga á él, y aun á Mercurio, su hijo, tambien, porque es muy diligente, pues yo les mando mal año segun las mañas de Juno, ó ella no usará de lo que suele.

ALCUMENA.

¡Ay cuitada de mí, que desa tengo yo muy gran miedo y vergüenza! Mas ella sabe que yo soy sin culpa; que si no lo supiera, tres serpientes enviara, las dos contra los niños y la tercera contra mí.

ANFITRION.

Ta, ta; ¿dices que las sierpes que volaron al patio vinieron por mandado de Juno?

ALCUMENA.

Pues ¿quién, sino Juno, las envió? Y ¿quién, sino Júpiter, defendió los niños?

ANFITRION.

¿En qué manera?

ALCUMENA.

Porque el niño fuerte, á quien Júpiter puso por nombre Hércules, las mató en virtud de su padre.

ANFITRION.

Así lo creo yo, que otramente no bastara fuerza humana contra Juno. Mas déjame, Alcumena, ver luego los niños y las otras maravillas que hoy son hechas en casa.

ALCUMENA.

No ha de ser hasta despues que hayas comido, porque lo veas con mayor espacio.

ANFITRION.

Buen consejo me das; así lo quiero hacer.

AQUÍ SE ACABA LA COMEDIA DE ANFITRION.

PROLOGO

SOBRE CIERTAS SENTENCIAS DEL AUTOR.

Para declaracion de la postrera cena y capítulo desta comedia, el traslador della pone aquí ciertas sentencias provechosas para la doctrina y enseñamiento de los mancebos, por cuanto van allegados al estilo dellos y á su manera de vivir. Dellas son cogidas como flores de la escriptura de algunos santos y aprobados doctores, y dellas se sacan del propio juicio, fundadas por los cimientos de la razon y filosofía. E si algun malicioso dijere que al maestro mejor le estaria deprender que enseñar en semejantes materias, yo confieso que dice verdad. Mas quiero en servicio de la virtud hacer este tratado breve, como diezmo de otras escrituras que yo tengo hechas en servicio del mundo y de la vanagloria. Repartiré por capítulos lo que tengo de escrebir; porque de las partes venga mejor la noticia del todo.

CAPITULO PRIMERO.

De amor en general.

El amor es una donacion que se da, porque á quien tú amas ofréscesle y dasle tu amor, y este daslo de tu voluntad, que ninguno ama por fuerza. La voluntad no tiene mayor cosa que pueda dar que el amor, porque es dar su querer y darse á sí misma. Síguese de aquí luego que á quien tú amas dasle tu voluntad; y por cuanto tu voluntad es tu señora, á quien tú sirves y por quien te mueves y te riges, síguese que á quien das tu voluntad le das á tí mismo; pues luego el amor es una donacion que el amante hace á la cosa amada, en la qu'él te ofresce y traspasa su voluntad con todas las cosas que á la voluntad pertenescen.

CAPITULO II.

Cómo el amante se convierte y transforma en la cosa amada.

Cuando alguna cosa se da de grado y libremente, es que se quita del poder y facultad de aquel que la da, y se pasa al poder y señorío de aquel á quien se da; otramente no seria donacion. De aquí se sigue que á quien tú amas de amor verdadero y no fingido y le das tu voluntad, que ge la das quitándola de tí, y pasándola á su poder y señorío. De manera que ya tú no te puedes mover ni gobernar por tu voluntad, pues no la tienes, ni puedes tener otra condicion ni otro querer mas del que tiene la cosa que amas, porque en ella lo enajenaste todo y eres miembro suyo; por esto dicen que el amante se transforma en el amado.

CAPITULO III.

De la division del amor.

El amor se divide en dos partes; que hay amor fingido y no fingido, ó hay amor falso y verdadero. Del falso no tractamos aquí, porque no es amor; así como el oro falso no es oro aunque lo paresce. Item, el amor verdadero se divide en dos partes, porque hay amor virtuoso y amor vicioso; estos dos comprehende la difinicion susodicha. Hablarémos primero de las proprie-

dades y pasiones del amor vicioso, y despues trataré-mos del amor virtuoso; y como quiera que en razon de valor y dignidad, y tambien en órden de natura, el amor virtuoso precede y es primero que el vicioso; pero en órden de doctrina y para enseñar, primero se debe notar del vicioso, porque dél tenemos mas experiencia y mayor noticia, y la órden de la doctrina es que vengamos en conoscimiento de lo que no sabemos por lo que sabemos; pues el amor vicioso se divide en tantas partes cuantos vicios hay y deleites que tú puedes amar; que unos aman la honra, otros la hacienda, otros la gula, otros las mujeres, y así de todos los otros vicios, cuantos hay y se pueden pensar; y porque entre todos los amores viciosos, el amor del hombre á la mujer y de la mujer al hombre es el mayor y mas famoso, porque es amor de cosa viva, en que el amante y el amado son conformes en una naturaleza, y cualquiera dellos puede dar y recebir del otro, y el un fuego con el otro se aviva y cresce; por tanto, trataremos solamente del amor de la mujer, y por este ligeramente tomarás noticia de los otros amores viciosos, que aquí no serán expresados.

CAPITULO IV.

De la gran perdicion y total destruicion del amante vicioso.

Mira que tan grande es tu pérdida en semejantes amores, que, como tu voluntad y lo que ella señorea posee la mujer que amas, y tú no, síguese que te perdiste á tí mismo y dejaste de ser. Así que, tú no eres quien eras, mas haste trocado por otra cosa muy desigual en valor y muy léjos de lo que antes eras, ca dejaste de ser hombre, y tórnaste mujer; dejaste de ser hombre suelto y libre, y háceste mujer captiva y atada; dejaste de ser todo, y tórnaste parte. E ya sabes que toda mujer desea ser hombre, y todo esclavo desea ser libre, y la parte desea la perfeccion del todo; así que, tú desearás todas estas cosas; y como cualquiera bien que se desea es mas fuerte y aquejosamente deseado si primero fué poseido y se perdió, síguese que tú ternás estos deseos de volverte á tu ser primero con gran hervor y tormento, y tu voluntad no consentirá, porque ya no es tuya ni quiere lo que tú deseas. Esta contradicion tan grande y discordia tan íntima dentro del alma, es un martirio y tristeza secreta que padesce el amador, sin saber dónde le viene. De aquí nasce el quejarse, y no saben de qué se quejan; piden satisfacion, y no saben satisfacerse; y de aquí se complican dos mil desatinos, que no lo entiende el mismo que los padesce.

CAPITULO V.

Cómo el amante se torna de naturaleza de bestia.

Cosa muy notoria es que ninguno ama á su amiga sino por el deleite que espera haber con ella; de manera que lo que aquí principalmente se ama es el deleite. Probado está asimismo que el amante se convierte y transforma en la cosa amada; síguese que el amador se torna de la condicion y naturaleza de aquel deleite que ama. Este no es deleite de hombre en cuanto es hombre, porque no consiste en la razon y entendimiento, que es lo que hace al hombre ser hombre diferente de los brutos, mas consiste en los sentidos corporales, que son dados principalmente á las bestias, porque su perfecion es el ánima sensitiva, por la cual son animales. De aquí se sigue que los deleites sensitivos pertenescen á las bestias por parte de bestias. Pues luego si el amante se transforma y se muda en la naturaleza del deleite sensitivo que ama, síguese que se torna de naturaleza de bestia. Así que, el amador parte por el camino de sus amores adelante, y en el medio camino se torna mujer, y en el término donde se apea se torna bestia.

CAPITULO VI.

Cómo el amador es loco de atar.

Para darte á entender este capítulo es menester enseñarte primero algunos principios y fundamentos de filosofía y de medicina. Has de saber que aquello que tú sientes bullir dentro del pulso cuando le tocas, es un cuerpo sotil y delgado que allí anda como aire ó vapor, al cual los naturales llaman espírito. Este mora dentro del corazon, y de allí parte y corre por todos los miembros del cuerpo; los caminos y sendas por donde va son los pulsos y las venas y los nervios. Este espírito reparte á los miembros todas las virtudes y potencias del ánimo y todo el calor que cada uno dellos ha menester para sus obras. De manera que el miembro adó llega el espírito, luego tiene aquella virtud y calor necesarios para poder usar del oficio que le es encomendado; que si el espírito que viene del corazon llega á la mano, luego ella tiene virtud para tomar y apretar y soltar, abrir y cerrar, sentir lo caliente y lo frio y mantenerse, y todos los otros oficios para que la mano fué hecha. E si á la mano no llega el dicho espírito por parte de algun humor que se entrepone y le cierra el paso y ge la impide, entonces la mano se queda sin virtud ninguna, hecha paralítica, que no siente ni puede moverse, aunque en sí misma no tenga daño ni lesion alguna. Lo que te habemos dicho de la mano haslo así de entender de todos los miembros, cada uno en su oficio. Este espírito sube del corazon al celebro, y allí con la frialdad de los sesos desahúmase y témplase del ardor y humos que trae consigo de aquel horno donde partió, que es el corazon, y purificase para poder usar las obras sensitivas, porque alguna parte del dicho espírito va á los ojos y dales virtud para que vean y se muevan, y otra parte va á los oidos y hace que oyan, y lo mismo hace con todos los otros miembros que sirven á los sentidos exteriores y á los sentidos interiores. Todo lo susodicho está largamente disputado y probado por mí en el libro de las *Congresiones*, que yo compuse, en el segundo tractado, en el tercero y cuarto principios del dicho libro. Entre las otras potencias y sentidos interiores hay una que se llama imaginativa; esta es el pensamiento con que pensamos y componemos todas las cosas, y fué llamada imaginativa, porque es maestra de hacer imágines y componerlas; ca en el espírito que está en aquella parte de los sesos que sirve á la imaginacion, represéntanse las imágines de las cosas que se piensan, así como en un espejo claro se representan los bultos y figuras de las cosas que se ponen delante. Que si tú piensas en caballos, es porque en la imaginacion tienes entonces formadas las imágines de aquellos caballos, et si pien-



sas en la mar ó en la tierra, en las mercadurías ó en la guerra, allá tienes dentro plasmadas las imágines de todas estas cosas; y como allí están hechas las imágines, así las piensas; que si están al proprio de como acá son, la imaginacion es verdadera, y si están compuestas y falsas, tu pensamiento es vano y falso. Esta imaginativa adolesce algunas veces de un género de locura que se llama alienacion, y es por parte de algun malo y rebelde humor que ofusca y enturbia el espíritu do se hacen las imágines, fórmase allí la imágen falsa, causada segun la hechura y fuerza del humor que allí se pone; así como algunas veces acaesce tambien á los ojos que vean falsas imágines con ciertos humos de candelas que les ponen delante, y les hacen ver serpientes y dragones que allí no están; y como los que están heridos de rabia, que ven dentro del agua la imágen, que allí no está, del perro que los mordió, así en la imaginativa, por parte del mal humor, y por hechura y molde que allí toma, se pueden causar tantas imágines cuantas la humana sabiduría no puede comprehender, y segun es la imágen falsa que allí se pone, así le toma la tema y la alienacion á este loco; porque has de saber que los ojos, para ver distintamente los colores, es menester que no tengan color dentro de sí, porque si la tienen miénteles la vista y enajénase; y por eso los que tienen ojos azafranados ó verdes en la tericia, cuanto ven les parece azafranado ó verde; y así la imaginativa, para pensar distintamente las cosas, es menester que no tenga imágen hecha ni habituada dentro de sí, porque si la tiene, es mentirosa y enajenada la imaginacion, y cuanto piensan, todo es del metal de aquella imágen que allí está, de aquello habla el alienado, y en ello está rebatado y trasportado de tal manera, que ni oye ni ve ni entiende cosa que le digan, ni responde á propósito. Rie y llora sin concierto de las cosas que pasan, respondiendo solamente á los ímpetos y movimientos y pasiones y afecciones de su imágen; estos se llaman alienados, en los cuales hay grados de mas y menos, como en todas las disposiciones suele acaescer. Los enamorados son desta materia: que la imágen de su amiga tienen siempre figurada y fija dentro de sus pensamientos, por donde no pueden ocupar jamás la imaginacion en otra cosa; en esta imágen, y en las cosas anejas y tocantes á ella, están trasportados y rebatados todas las horas; con ella hablan, della cantan y della lloran, con ella comen y duermen y despiertan, á ninguna cosa responden á propósito, ni piensan que puede hablar nadie en otra manera sino en aquella. Así qué, todas las causas y señales tienen de alienacion como las otras especies della, sino que están estos mas presos y mas ligados á su locura, por cuanto enajenaron su voluntad y la captivaron en poder ajeno; de manera que los otros querrian sanar, y buscan remedios para ello, si no es extremada su locura; y estos no quieren sanar ni lo pueden querer, antes procuran con todas sus fuerzas de meterse mas adentro en la pasion, y confirmar su dolencia con mayores causas. Esto no lo hace, sino que en otras alienaciones solo la imaginacion está enajenada, y los enamorados tienen ajena la imaginacion, y la voluntad con ella; y con todo esto, ha venido en costumbre de la gente que á los otros desvariados llaman locos, et á estos no, sino galanes; y la causa de su manifiesto error nació y tuvo principio de ver que en los amores cada uno entra por su voluntad propria y por su proprio querer, y así á todos ellos parésceles que no es enfermedad la que se toma voluntariamente, sino la que viene por fuerza y violencia de causa que hace enfermar. Alguna razon tendrian si tuviesen los amores cuando tienen la voluntad para entrar en ellos, ó si tuviesen la voluntad cuando tienen los amores; mas el amador, si no tiene voluntad para dejar los amores, ni aun para querellos dejar, que si la tuviese, yo confieso que no es loco, sino muy gran burlador á maravilla; y no embargante que entre por su propria voluntad, ya despues que está dentro, enfermo está; que el dolor de cabeza que yo me tomo por mi voluntad dándome de cabezadas á una pared, no deja de ser dolor de cabeza tan bien como el que viene por pujanza de sangre; ni deja de ser llaga la que tú haces voluntariamente si te rascas mucho, tan bien como la que se hace cuando se abre una apostema; ni dejan de ser locuras las que hace el borracho, maguer que por su voluntad se emborrachase, antes todo el tiempo que estuviere borracho estará loco; tambien como el amador en cuanto duran sus amores, que dice dos mil locuras, y llámanlas gracias porque piensan que está burlando; y si supiesen cómo habla por fuerza, sin saber juzgar lo que dice, cualquier cuerdo juraria que aquel hombre está loco, y el mismo paciente lo jurara despues que se viere sano. Tiene un bien esta locura, que hace sus locos tan mansos y tan bien condicionados, que osarás sin miedo ninguno llegarte á ellos, y aun á las veces holgarás y hallarás pasatiempo en tratar y hablar con ellos, y en ver los gestos y falsos visajes que están haciendo, mayormente si aciertan los amores en un portugués músico muy querelloso y pobre, ó en otros hombres sin cualidad graciosos, en verdad que te andes todo el dia sin comer tras ellos. Lo sobredicho se entiende de los verdaderos amores, como protestamos al comienzo, y son muy malos de examinar y conoscer, porque consisten en el pensamiento, de que solo Dios es el sabidor; ni el mismo paciente los conoscerá, porque está sin conoscimiento; por conjecturas alcanzamos algo. Mas de los fingidos otra cosa sentimos; que ya hemos visto algunos grandes señores que toman los amores por su pasatiempo, y para disimular con ellos los grandes negocios que andan urdiendo, sábenlo tan bien hacer, que quien los viere jurara que están dentro; mas yo aviso á sus amigas que se guarden dellos, porque vienen á ellas en vestiduras de corderos, y ellos son lobos robadores; en lo que hacen por ellas lo verán, que al verdadero amador ningun servicio es trabajoso, ni hay cosa que le pidan dificultosa ó imposible.

CAPITULO VII.

De los celos.

La substancial perdicion y daño del amador brevemente lo habemos mostrado. El remedio mas cierto seria que se pusiese tierra y mares entre medias de sí y de su amiga, y se encomendasen á Dios y á los devotos templos para que le resusciten en su proprio ser y le libren de aquellas tan ásperas y tan escuras prisiones. Cuando esto no hiciere, sino que determinadamente ha de seguir por el proceso de sus amores, el

mayor reparo que tiene es procurar con todas sus fuerzas y diligencia que su amada le ame otro tanto como él á ella, porque entonces cada cual dellos dará su voluntad al querer y voluntad del otro; de manera que juntas y pagadas entrambas voluntades, se haga dellas una voluntad comun entre ellos, y cada uno goce de su meitad, y no que quede el uno dellos del todo perdido y deshecho. Para las otras miserias y enfermedades susodichas es grande consuelo haber compañía que participe dellas y las ayude á llorar. Cuando esto tiene el amador alcanzado, harta mala ventura tiene y gran causa de sospirar y de llorar en todo tiempo, mas muy consolado y muy alegre se halla. En tal estado como este son los finos y muy lastimeros celos; estos derriban y minan todo el reparo. Allí son los sospiros arrancados de las profundas entrañas, con un hoyo y vaciamiento tan grande en el medio del pecho, que no le henchirán toda la tierra y la mar. Allí son los arroyos de lágrimas que revierten por encima de las presas, porque no lo pueden encubrir ni disimular; allí es el torcer del cuerpo y el apretar de los pechos, allí es el enclavijar de las manos y ponerlas á la rodilla, allí los gemidos al cielo con los ojos puestos en blanco, allí son las desordenadas vueltas y locos meneos de rostro y de manos, allí se aborrece la gente y se busca la soledad, allí van y vienen los pajes y las espías y nunca se acaban los mensajes, porque uno engendra diez, y diez paren ciento; allí son las bascas de esperar el mensajero, que nunca viene, por presto que venga; allí son las bravas ondas y la gran tempestad de los pensamientos con los vientos contrarios de la fortuna, que unas veces se trastumban en lo mas hondo de la mar, y otras veces le ponen en la mayor altura de los montes; allí son los mortales escándalos y discordias del alma consigo misma, que se hiela y que se quema, que quiere lo que no quiere, que busca lo que deja perder, que pierde lo que anda buscando, que ama lo que aborresce, que aborresce lo que ama; donde está mas, allí está menos, y allí está siempre donde nunca está. Es traido en la rueda de amor con tanta velocidad y presteza, que juntamente está alto y bajo, juntamente á la diestra y á la siniestra, enemigo rabioso y suave amigo, cruel y piadoso; muy fiero cuando muy manso; muy confiado cuando mas desesperado; cuando mas se encubre, se descubre mas; cuando mas se cierra, está mas abierto; cuando mas se aparta, mas cerca se pone; cuando mas se despide, mas quiere ser acogido; cuando mas pide la muerte, mas quiere vivir; cuando mas amenaza, mas suplica; donde mas guerrea, allí se rinde; á quien ofende, defiende; á quien roba, da cuanto tiene; lo que da, no lo da; lo que dice, no lo dice; lo que siente, no lo siente; y otros bullicios y diferencias infinitas que nascen dentro de la opinion, conformes á la cualidad de los amores y celos y á la condicion del paciente, que cada uno siente de su manera estas cosas; y por eso es infinito el número de los locos. Finalmente, podemos concluir, pues todas estas penas y descontentamientos se sienten dentro del alma sin que haya lision en el cuerpo, que aquí debe estar figurada y plasmada la imágen y hechura del infierno espantoso y terrible. ¿Paréscete agora que es buena vida esta para procurarla con tanta diligencia? ¿Tienes este por buen pasatiempo, para perder por él el tiempo y la hacienda, y la honra y el cuerpo y el alma? Si preguntas al amador: «¿Qué has? qué te duele? ¿tómante algo de tu hacienda? ¿hácente alguna injuria á la honra? ¿niégate tu amiga la parte que te solia dar? ó ¿qué es esto que sientes?» dirá que no es nada deso, porque si á todo ello le satisfacen, él no queda satisfecho en tanto que ella diere parte á otro. Así que, la verdad es la que te habemos enseñado, que cuando estaban juntas las voluntades de entrambos él gozaba agora de su meitad; si ella agora despega y aparta su voluntad para darla y enajenarla en otro, este queda del todo perdido y vendido, puesta su libertad en poder de quien no tiene libertad para librarle, captivo en poder de captiva que no puede ahorrarle; queda con todas las pérdidas susodichas, y sin el reparo que para ellas le habiamos dado, y no sabe decir sino que le hizo traicion su amiga y que le mintió malamente y le trincó la palabra, segun que por sus cartas y firmas paresce muy patente.

CAPITULO VIII.

Cómo el celoso es loco de arte mayor.

El celoso enloquesce de tres temas muy grandes y muy desvariadas. La primera es de amor, que es gran locura, como habemos probado, y avívanse mucho las llamas del amor con el soplo de los celos, porque la cosa amada y preciada, en mayor grado se ama cuando se pierde. La segunda tema es el miedo y asombramiento que trae. Primera y principalmente teme de perder á su amiga, en quien está depositado todo su tesoro, su corazon, su voluntad. Deste gran temor nascen infinitos temores, ramos suyos; tiene miedo de cuantos hablan paso unos con otros, miedo de la tinta y del papel, miedo de los confesores et de los hombres de santa vida, miedo de las fiestas y regocijos, miedo de los sermones y misas y romerías, miedo de los sastres y chapineros y cocineros y aguaderos, y miedo de los pobres, y miedo de todos los hombres y mujeres y niños y niñas que hablan con su amiga ó pasan por su calle, y miedo de ventanas abiertas y entreabiertas, y de ropas y lienzos puestos en ella. En fin, que teme de palabras et de sombras, y de bultos y piedras, y otras cosas no pensadas jamás; los cuales temores, formados todos en su estimacion, le hacen andar atónito y desemejado; y esta especie de locura se llama en la física temor y solicitud; los que tienen mirarquía van por este camino, y aunque no tienen tanto mal como estos, sabrán decir qué tan triste enfermedad es esta, y cuánto tormento secreto se pasa en ella. La tercera tema es la ira que concibe contra su amiga y contra el que la sigue, y contra todos los coadjutores y fautores desta scisma, y contra todo lo tocante y perteneciente á ello. En fin, que tiene ira contra todo lo que teme, y es una ira no ejecutable ni vengable, porque á la venganza no le ayuda su voluntad, que se le pasó á los enemigos; así que, desea vengarse, y no tiene voluntad para ello, y tambien lo dejaria, porque es cosa que no se puede acabar, que son infinitos aquellos que es menester matar para satisfacerse y por no dar ocasion á su absencia y al apartamiento de aquella en quien él está transformado, que seria apartarse de sí mismo. Esta ira así furiosa y no vengable se llama en la física frenesís ó manía; no es

loco manso ni de buena conversacion como el amante; apártate dél cuanto pudieres, y si por caso hablares con él, sea muy sobre el aviso, porque esta locura ha hecho perder muchas vidas y destruido grandes ciudades y reinos, segun que habrás visto y leido por las historias. Con lo susodicho entenderás el capítulo postrero de la comedia. Y pues que habemos ya difinido y dividido por sus partes el amor vicioso, y te lo enseñamos segun su naturaleza, agora conviene que hablemos un poco del amor virtuoso. E porque en el amor de Dios se contiene el amor de todas las virtudes, y las buenas labores dellas se sacan todas deste dechado, por tanto hablarémos solamente del amor de Dios, y darémos conclusion y fin á nuestra doctrina.

CAPITULO IX.

Del muy excelente y soberano amor.

Si el amor que tienes plantado en la mujer ó en las otras cosas mundanas le arrancas de allí y le trasplantas en Dios, tú granjearás un árbol de vida y de sabiduría, y gozarás de un fructo sin comparacion deleitoso y provechoso. Este árbol cresce en tan grande altura, que no se puede alcanzar la fruta madura y sazonada dél hasta que el alma se pone en jubon y calzas y se despoja de toda su vestidura mortal; mas alguna della cogemos acá verde como se cae del árbol, y tiene tan suave olor y tantos buenos sabores, que si alguno la gusta con apetito sano y no enfermo ni corrupto, ligeramente juzgará que pasa y sobrepuja sin proporcion á todos los deleites desta vida. Primeramente sale desta fruta el suavísimo olor de la buena fama, con que trasciendes en toda la casa do estás, y en todo el lugar y por toda la provincia y en toda la corte de España, y aun en la del cielo te alaban todos y dicen bien de tí; es este muy gran deleite, así como es gran pena ser un hombre infamado y maldito de todos. Tras esto, gustas el sabor del sosiego y seguridad de tu ánimo, que no has miedo que te venga cosa que te haga sobresalto, porque tienes dada y ofrescida tu voluntad y tu querer á quien tú amas; y así, todo lo que quiere, quieres tú, y con todas sus cosas te alegras y todas las amas; y este sosiego del ánimo es la paz que nuestro Señor trajo á la tierra á los hombres de buena voluntad, conviene saber, á los que ge la tienen ofrescida; desta paz gozan los justos; por eso dice el profeta que la justicia y la paz se besaron. Podemos juzgar cuán dulce sabor debe ser este, los que andamos metidos en los hervores y bullicios de la corte, en ver cuán amargo es el desasosiego et sobresaltos que aquí gustamos; por eso dice el Profeta que el corazon del malo es como la mar herviente, que sosegar no puede. Gustas asimesmo el menospreciar de las prosperidades y favores, porque en verte bienquisto y favorido de tan gran rey, estimas en tanto el favor de los otros reyes como sus privados estimarian el favor de sus acemileros; aquí no has miedo que te muerdan ni te dañen los invidiosos, ni tienes temor de ser descubierto, porque no habrás miedo ni vergüenza aunque te tomen con Dios en escondido. Suelen ser las canas y la vejez estorbo en los otros amores, y en estos no, antes te paras con ellas mas hermoso y mas dispuesto. Este es muy gran descanso para tratar amores, que darian los otros cuanto tienen por tornarse atrás en la edad, y pelan con tenazuelas las canas que asoman, y guisan las barbas con pebrada como caracoles; ¿qué mas quieres tú, sino que la dolencia te hace mas gracioso, y la muerte mas lindo y mas alegre, aunque la pintan triste y fea? Item, en estos amores no puedes padescer absencia, que es una de las crueles penas de amor, ni te pueden apartar de quien bien quieres prisiones ni amenazas, ni fuerzas ni destierro ni otra violencia mundana, porque do quiera que fueres, allá lo llevas contigo, ni hay puerta cerrada para tí cada vez que quieres entrar, porque en buscando al que amas, le hallarás luego, y en pulsando, luego te abrirán. Gozas tambien de una buena confianza, que es el mayor sabor y mas deleitoso de toda esta vida, pues que con las esperanzas dudosas y caducas della te alegras y te consuelas mas que con lo que ya posees, y gozas de aquel contentamiento secreto y alegría escondida que siente tu alma cuando haces lo que debes. Aquí no receles de perder el seso, porque en estos amores ninguna imágen ni fantasma tienes formada ni figurada en la imaginacion ó fantasía, que no son amores sensuales estos ni se conciben en los sentidos, mas son amores intellectuales y puestos en razon, y el entendimiento no pierde sus fuerzas por ser alta ó descompasada la cosa que contempla, aunque no quepa en su capacidad, antes queda mas vivo y mas fuerte para el conoscimiento de las otras intelligencias menores, y esta es una de las ventajas que el entendimiento hace á los sentidos corporales, como se trata en el tercero *De Anima*. Así que, no enloquecerás ni perderás el juicio en estos amores, porque consisten en la razon y prudencia, y son proprios amores de hombre en cuanto es hombre, y no de hombre en cuanto es bestia; otrosí, no te diminuyes de tu valor natural para que te sometas á otra cosa que sea de menos condicion que tú, antes honras y acrescientas tu naturaleza, que, como eras de condicion mortal, te haces inmortal, y como eres humano, te haces divino; y en esto se debrian esmerar los generosos ánimos de los caballeros, que como procuran con tantos trabajos y peligros y aun haciendo lo que no deben, por conservar y acrescentar los estados que sus padres les dejaron, procurasen con mayor diligencia y haciendo lo que deben, de guardar y acrescentar el valor y dignidad natural que en sus personas tienen; ca el estado de menos estima ha de ser que la persona, pues que fué para la persona, y no la persona para el estado. Item, en estos amores vivirás seguro de haber celos; que ya sabes que es inmudable quien tú amas, y que siempre te amará tanto como agora, y mucho mas si tú quisieres, y sabes tambien que el amor que te tiene es mayor que el que tú le tienes; y bien se paresce en lo mucho que te da y en lo poco que tú le das. Cuantos mas competidores tengas y cuanto mejor les fuere á ellos, tanto serás tú mas preciado y mas amado; porque aquí los unos no impiden á los otros, antes se ayudan en tanto grado, que despues de Dios, no habrá cosa en el mundo que mas ames que á tus competidores. Finalmente, te quiero comprehender en una excellencia de sabor, que tiene esta fruta todas cuantas dulzuras y deleites tú puedes pensar, y otras infinitas mas de las que puedes entender, y es, que pues el amante se transforma en el ama-

do, si tú amas á Dios, te transformas en él y te haces una cosa con Dios y hijo suyo; que así dice san Juan, que á todos los que le reciben en su amor y voluntad les dió poder para que fuesen hechos hijos de Dios, y no hechos de carne y de sangre, mas nascidos del mismo Dios. Y en otro lugar dice que quien está firme en el amor de Dios está en Dios, y Dios en él. Faltan en verdad vocablos y sobran conceptos, faltan conceptos y sobra lo que es infinita manera. Baste agora que sabemos por muy cierta experiencia que los que en este mundo caminan por las veredas y sendas de paraíso, en el mismo camino comienzan á oler y gustar los deleites d'allá, y los que tiran á man izquierda por el camino del infierno, acá hallan el rastro y las pisadas dél, y en lo que sienten se les trasluce lo d'allá. Muy dulces amores te habemos puesto delante, y muy ligeros de alcanzar, si tú los quieres; y si fueren menester medianeros para aliviarte de cuidado, hablarás con su misma Madre, que, con ser honestísima y la mas casta mujer que nunca fué ni será, tomará tanto cargo de tus amores como si le fuese la vida en ello; y si quisieres los mismos porteros y guardas de palacio, dilo á san Pedro y á sus compañeros; y si quieres de las dueñas de casa, viudas, de tocas largas y honestas, que no se guardan dellas, puedes fiarte de muchas que allí están, y encárgales tu negocio cada vez que quisieres; y si quieres damas y vírgines, en un rincon deste palacio hallarás mas que en todo el mundo; y si quieres á sus mismos pajes, que nunca se le quitan delante, habla con san Miguel ó con cualquier de los otros. Allí hallarás confesores y religiosos que te ayuden, allí habrá caballeros esforzados con treinta cuchilladas por las caras, hechos arneros por amores, que te sabrán muy bien entender y holgarán de favorecerte. Toda esta gente deste palacio te mirará con ojos de amor, y te recibirá con los brazos abiertos y las bocas llenas de risa, y no les habrás dicho la cosa, cuando la tengan hecha, sin pedir interese ni traerte mentiras, y serás de toda la gente de palacio muy conoscido y muy bienquisto por el cabo; si te agradan estos amores, síguelos; y si no quieres sino mujer y dama hermosa, et á esta meterla en las entrañas y en los senos del corazon, y que se ande Dios por defuera, como si fuese una vieja que te ruega y te da cuanto tiene, puédeslo hacer. Empuércate bien en tus suciedades, y revuélcate mucho por tus cienos y chaparrales, y saldrás tal de allí, que no haya quien de asco pueda mirarte, sino el diablo, que te abrazará sin cosa y te meterá en aquella pocilga que tú buscabas; ella es tal, que en pensarla solamente, si bien la contemplas, te tomarán dos mil desmayos.

CAPITULO X.

Fin de la obra, y recomendacion de las mujeres.

Habemos vituperado el amor vicioso del hombre á la mujer; lo mismo amonestamos á ellas que se guarden dellos, que mayor daño les viene, porque son mas delicadas y concurren en ellas mas circunstancias de perdicion; mas de amor honesto y virtuoso, ellas son dignas y merescedoras de ser amadas, por muchas prerogativas y gracias de que fueron dotadas. Primeramente, porque son criaturas de Dios capaces de razon y de entendimiento como los hombres, hechas de su misma masa, á la imágen y semejanza de su Hacedor; otrosí, por la gran hermosura que les fué dada, que debajo del cielo no hay cosa tan deleitable para la vista de los ojos, y para dar gracias al Maestro de tales imágines, como es ver una mujer muy hermosa y bien apuesta, ca resplandesce mas en ellas la belleza por su gran vergüenza y esquividad; porque las cosas vistas y comunicadas pocas veces, deleitan mas la vista, por ser mas nuevas, que se miran con mayor deseo, como dice el Aristote en el décimo de la *Ética*. Tienen asimismo inclinacion natural á las cosas de Dios, y ejercitan los oficios divinos sin cansancio ni fatiga, antes reciben en ello recreacion y consuelo, y por eso las llamó la Iglesia linaje devoto. Tienen tambien mucha obediencia y mansedumbre, que donde son compañeras se hacen siervas compradas por precio, y sufren los insultos de los hombres y los de la fortuna con gran paciencia. Item, son muy moderadas en comer y beber, y sentirlo has si mantienes veinte hombres y veinte mujeres; no hay borracherías entr'ellas ni bodegones, no hay juegos ni blasfemias ni juramentos sacados de las entrañas y tuétanos de la fé católica, no hay homicidios ni robos ni otros enormes pecados que á cada paso cometen los hombres. Otrosí, la castidad halló en ellas espaciosa morada, y conoscerlo has en una cosa, que si en una gran ciudad hay diez mujeres erradas, de aquellas se habla por los cantones, de aquellas se hacen los corros por las plazas, como de cosa nueva y monstruosa; mas de los hombres con quien erraron no dicen nada, siendo en ellos mayor la culpa, así como en cualquiera escándalo el agresor y acometedor tiene mayor culpa que el acometido y perseguido; y aun estas mujeres erradas, con toda su infamia, son mas honestas y mas recogidas que los hombres honestos del pueblo; y esto no lo hace sino que quisieron ellas tomar para sí la observancia y regla de la virtud tan estrecha, que los pecados que son veniales y livianos en los hombres, los hicieron en sí muy graves y muy mortales; y ellos tomaron la vida tan ancha, que un ladron muy malvado y muy borracho osa decir en medio desa plaza que él no es hombre que ha de hacer cosa que no deba, y sobre esta razon no duda de matarse con otros dos, y dan con él en el infierno; y dicen luego los que le llevan á enterrar, que juran á Dios que hizo bien, ¿para que es la vida? y que dan al diablo la vida que no se pone al tablero por la honra; y sale otro mas fiero de entre ellos, y dice: «No, no; esa raya se la dió Dios del casco, que hago voto á Dios, la vida y el alma pierda cien veces si me tocan en la honra en tanto como este pelito;» y saca el pelito de la capa, que apenas le halla, y sóplalo. ¿Paréscete agora que es bien ancha regla destos bellacos, que piensan que hacen lo que deben en hurtar y en ser profanos y viciosos de todo género de pecado? Et si una mujer tuerce el ojo, ella misma ha vergüenza de parescer entre las otras. Y no embargante todo lo susodicho, y mucho mas que se podria decir, no ha faltado quien murmurase de todas las mujeres en general, y escribiese juicios y sentencias contra sus honras. En verdad me parescen sentencias vanas, sin fundamentos de razon, y de jueces apasionados, porque alguna dellas no respondió á sus desordenadas y torpes deman-

das; y no es de maravillar que aun á Dios reprehenden y maltratan, porque los tiempos y las otras cosas que crió no responden á sus locas voluntades para henchir sus hambrientas y tragonas avaricias; que la divina Providencia cura de nosotros como un padre muy piadoso cura de sus niños, cumpliendo con todas sus necesidades y no satisfaciendo á todas sus peticiones, porque son innocentes y no saben lo que piden; esto no les agrada á los que tienen mucha pasion de lo que desean y poco cuidado de la gobernacion del mundo. Así que, á las mujeres entonces las maltratan mas cuando menos culpa tienen, y la ponzoña que conciben de una sola derrámanla sobre todas. ¡Qué vileza tan grande ofender á quien no se defiende, y alargar mucho la lengua en injuria á quien no responde por sí!

Muy magnífico Señor: Con las liviandades de Júpiter, como con plumas de gallo, he pescado aquí galanes como truchas, para metellos en la santa doctrina del amor virtuoso; y maguer que ellos se congojarán en salir de sus piélagos, no deja por eso de ser buena la pesca. Esto les doy en pago de cuantas mercedes y favores en esta corte me hacen, porque estoy de voluntad, si Dios quisiere, de dejarlos muy presto; y si la grave enfermedad del Rey nuestro señor no me detuviese, que seria mal caso dejar á su alteza en tan gran necesidad, ya me habria yo arribado en algun puerto y remanso donde escapase de los peligrosos golfos y tempestades deste mar; que en verdad, si toda la corte es bullicio y turbacion y desasosiego, los que hacen la corte, que son los que residen en ella, turbados andarán y bulliciosos y desasosegados, y no querais mayor venganza de los que mal quisiéredes; porque paresce que comen, y no comen, pues no toman gusto ni sabor en el manjar; paresce que duermen, y no duermen, que mil vuelcos dan en las camas; paresce que rien, y no rien, que no les viene la risa del placer que sienten, mas dan aquellas arcadas y singultos mortales para hacer palacio y buena conversacion; paréscete que hablan, y no hablan, porque en su habla no declaran su concepto, sino la lisonja y lo que al otro ha de agradar, las cautelas, las falacias, los engaños y las hipocresías. En fin, que ya es tanto el miedo que todos tienen de decir verdad, que escogen, huyendo della, meterse por los peligros antes que con ella ampararse dellos. El pobre dice que es rico, y si torna á ser rico, dice que es pobre; de manera que no huye de parescer pobre ni rico, sino de confesar la verdad; paresce que oyen misa, y no la oyen, porque no entienden lo que dicen ni lo que se dice ni á quién se dice; paresce que se confiesan, y no se confiesan, porque de la mas liviana cosa que tratan llevan mas cuidado y mayor agonía que de todas cuantas ofensas hicieron á Dios. Así que, todos los actos de su vida son por este tenor; de manera que paresce que viven, y no viven; corren desalentados reventando por las ijadas tras una liebre; atraviesa otra, y dejan la primera; atraviesa otra, y dejan la segunda; y atraviesa otra, y dejan la tercera; al cabo no toman ninguna, y quedan hechos pedazos; y si por gran dicha uno entre mil alcanza la liebre que los otros levantaron, el que la mata no la come, sino pan duro y de dolor, atado con cadenas de privanza, y metido en la ceguedad y embebecimiento del favor, basqueando y gruñendo por salir á cazar mas; y los que cazan con ellos cómense las liebres, que son sus herederos y succesores; estos gozan de la caza, y meten sus galgos en las tinieblas exteriores, donde son los aullidos y regañar de los dientes. Habemos visto esta burlería, no en uno, sino en diez; no en diez, sino en ciento; burlamos de los que así mueren, y no escarmentamos, antes habemos invidia de sus vidas; y los mismos que mueren burlaron ya y chiflaron de otros que murieron primero que ellos en la misma locura; este es el juego de los negros que van en carnes, que cada uno se cae de risa de la fealdad del otro. Así que, esta enfermedad de los cortesanos bien paresce desde agora en lo que ha de parar; señales mortales tiene; trazado tiene el infierno, que en ella veréis las entradas y vueltas dél. De manera que cuando allá entrare el desventurado podrá decir: «¡Oh casa triste y escura, con cuánto dolor y trabajo te hallé, y cuánto fuera mejor no hallarte! En el camino te vi muchas veces, y pudiera desviarte si quisiera; agora querria, y no puedo. ¡Oh ciega y engañosa mercaduría, que solamente porque cuestas cara engañas, y solicitas á los compradores para que no te dejen, pensando que vales algo, y las cosas de valor desprecian porque son barato!» Plega á Dios y á su santa Madre que me guien y me pongan en camino llano, por donde pueda pasar esta breve carrera con pocos estropiezos, et á vuestra merced haga muy gran señor, con tal condicion que sea para servicio suyo y descanso vuestro. *Amen.* De Calatayud, en 6 de octubre de 1515 años.

Fué impreso el presente libro del doctor Villalobos, conviene saber, los problemas y los diálogos y el tractado de las tres grandes, y la comedia de Anfitrion, que tradujo el dicho auctor, en la muy noble y leal ciudad de Zaragoza, en casa de Jeorge Coci, á espensas de Pedro Bernuz y Bartolomé de Nájera. Acabóse á quince dias del mes de enero, año de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y cuarenta y cuatro.



INVECTIVA

CONTRA

EL VULGO Y SU MALEDICENCIA,

CON OTRAS OCTAVAS Y VERSOS

DE

COSME DE ALDANA,

GENTILHOMBRE ENTRETENIDO POR SU MAJESTAD CATÓLICA.

Á FRANCISCO DE IDIAQUEZ, SECRETARIO DE ESTADO DE LA MAJESTAD CATÓLICA, ETC.

ESTÁBANSE estos pocos versos mios, que agora salen adornados del nombre de vuestra merced, escondidos y entre otros mis papeles arrinconados y olvidados, y al fin como merecian estarlo, cuando, revolviendo otros para buscar nueva cosa que mas me importaba, se me pusieron ante los ojos; los cuales vistos, dije entre mí: «¿Aquí estáis vosotros, que aun no habeis salido á las censuras del vulgo como las demás cosas mias? Pues yo os aseguro que ya que me os dejastes ver, que no habeis tampoco vosotros de escapar la merecida pena, porque si sois de un mesmo jaez todos y salidos de una mesma aljaba (como otros mios han hecho muestra de sí, y bueno ó malo que haya sido el juicio, ya ha pasado por ellos), no es bien que os estéis holgando vosotros, pues ya no puede ser mas negro el cuervo de sus alas.» Fuí despues considerando, en aprobacion de lo dicho, que no porque no tengan las cosas su perficion mayor es acertado el hacer que no parezcan, porque á toda cosa dió Dios su particular ser, que aunque no sea tan perfeto como el de la otra, tiene su grado de bondad en su especie y propriedad individual conforme á lo que es; porque, si eso fuese, no osaria parecer sino el oro entre los metales, el diamante entre las piedras preciosas, el águila entre las aves, el leon entre las fieras, y al fin el mas sábio entre los que escribiesen. Así pues, movido de tal razon, dí la sentencia, y condené estos mis pobrecillos versos á salir tan desnudos de ornamento, incultos y mal puestos, y de manera que les tuve lástima y mancilla. Pero dándoles la bendicion, dije por última resolucion: «Allá habeis de salir á veros entre las picas; habed paciencia, aunque á la verdad no os dañarán, porque sé que os cubro de una arma tan fuerte, que no os empecerá cosa alguna.» Fortifiquélos pues con el tan digno nombre de vuestra merced, y con él me aseguré en todo y por todo de que el vulgo no solo no podrá hacerles daño, mas ni aun osar mirallos, porque cubiertos de la luz de tal nombre, los tales (semejantes á nocturnas aves), huyendo la luz, se esconderán en sus tinieblas. Suplico á vuestra merced me haga tan señalado favor de recebillos debajo de su amparo, porque aunque desnudos y pobres, los enriquece mi voluntad, rica de deseos de servillo. A quien nuestro Señor guarde y á mayor grado acreciente, como su mucho valor merece y los deseosos de servillo desean. De Madrid, y 2 de abril de 1591.

DEL AUCTOR AL LECTOR.

¿Corres, lector? No creas que esta inventiva
Contra el vulgo, de autor compuesta sea
Que se exima del vulgo, y que no crea
Ser del mismo en cuanto obre, hable y escriba;
Que presuncion seria loca y altiva,
Digna del mas vulgar, que el mundo vea
Presumir de sí tanto (aunque posea
Todo lo mas perfecto) hombre que viva.
Que la humildad virtud es que está unida
Siempre al saber, y así por lo contrario,
Lo es la soberbia á necedad cumplida;
Que si el autor al vulgo es adversario,
Es porque de sí cree por ley sabida
No ser vicioso, indocto, odible y vario.

Porque el reprehender mala porfía,
Y el no admitir jamás consejo sano,
Y al ser tan maldiciente, inicuo y vano,
Justamente á cualquier se convenia.
Que bien ve en sí el autor que se desvia
Mil veces de lo justo y que es humano
El errar, mas no el siempre dar de mano
A cualquier pretension mas justa y pia.
Y porque el vulgo cree de sí que acierte
Siempre, y que jamás yerre, en cuanto yerra
Esle el autor contrario de tal suerte.
Pues cierto él es de sí que no destierra
Al sábio parecer, y hasta la muerte
Le seguirá, pues vida en él se encierra.

Porque en su parecer jamás sosiega
El autor, y aunque en él faltas quien quiera
Mil podrá hallar, mas no de tal manera
Como en este, que al sábio jamás llega.
El vulgo en su pasion tantó le ciega,
Que sola su opinion por verdadera
Tiene, y á la verdad firme y entera
Contradice, aborrece, impugna y niega.
El autor (cual dicho ha) ser reprendido
(Y aun del vulgo) querria; ved de esto cuánto
Mas serlo del mas sábio ame y desee.
Del vulgo la porfía pues le ha metido
A que discante dél tanto, aunque tanto
Yerre como él, que así lo afirma y cree.

SONETOS DE COSME DE ALDANA A FRANCISCO DE IDIAQUEZ,

secretario de Estado del Rey nuestro Señor, etc.

Dícese Luz primera *por don Juan de Idiaquez, del consejo de Estado y de la Guerra de su majestad Católica, etc., aludiendo á la etimologia de la diccion Idiaquez, que incluye en sí este nombre* Dia.

Segunda luz, que sigues la primera,
Digna de eterna ser por larga historia,
Sobre cuantas nos pueda la memoria
Ofrecer que hayan sido en cualquier era;
Luz que luces por dentro y por defuera,
Por afecto y efecto en alta gloria
De valor y virtud, por quien se gloria
El mundo, y con razon firme y entera;
Si pudo disolver tiniebla tanta
Luz, *Y dia que es* tan claro en mí tan ciego
Con solo el ver su luz divina y santa,
Vén tú en mí, oh luz segunda, alumbra luego
Con tu serenidad (*Y dia que es*panta
Mi noche) y luce en mí, que á tí me llego.

El resplandor segundo, *Y dia que es* raro
Sobre cuantos el sol mira y rodea,
Cubierto no es posible que se vea
De nube oscura, ó sea de luz avaro;
Que jamás desta luz el rayo claro
Muere en la mar, ni habrá temor que sea
Eclipsado, ó de luz mas se provea
De otro sol, de otra luz y de otro amparo;
Pues interposicion de tierra en medio
A tan heróica luz no hay poder verse,
Ni ocultar él su luz puede, aunque quiera;
Que una tal luz por único remedio
Del mundo quiso Dios que venga á verse,
Como centro en mitad puesto á su esfera.

De una luz otra luz salido ha, y de ella
Otra tambien, que en un perfeto trino
Nos descubren del sol alto y divino
De Iberia inmensa luz, que igual no hay vella.
De su luz forma y una y otra estrella
Este terrestre sol claro y benino,
Mas cuando á difundir su luz mas vino
En dos subgectos do se imprime y sella,
Tan gran luz de sí echó, y en los dos solos
Tanta luz difundió, que solo en ellos,
Sin privarse de luz, toda la puso.
Lucen los dos como supernos polos,
O cual dos solos soles, con sus bellos
Rayos, sin que uno de otro esté confuso.

¿Quién vió jamás un dia tan claro y bueno
Nacer, y otro tras él, de un sol presente
Que luce y da la vida á toda gente,
Con resplandor celeste, alto y sereno?
O ¿quién pudo jamás el mundo lleno
Ver de una claridad tan eminente,
Mayor de la que el sol resplandeciente
Pueda influir á nuestro bajo seno?
Mas no hay de qué admirarse, pues dos dias,
Antes tres luces ya por todo el mundo
(Que de un tan solo sol vienen tan solo)
Lucen, *Y dia que es* tres, por do las frias
Y oscuras noches con su horror profundo
Ya no se ven en uno y otro polo.

Segunda luz, que en igualdad entera
De resplandor celeste, alto y divino,
Al desdichado, inútil peregrino
Luces y alegras cual la luz primera;
Tal que hombre ó en una ú en otra luz espera
Todo favor y gracia de contino,
De la cual no es capaz el orbe indino,
Que antes cubierto de tinieblas era;
Cúbreme con tu luz, que tanto vale,
Que hecho me quedaré luciente estrella,
Do en parte oscuridad no se señale.
Viviré con la luz, gozando en vella
Como en la propia vida, en quien prevale
Siempre y se reverencia el Autor della.

Segunda luz *Y dia que* siempre vienes
De un mismo sol á illuminar la gente
Tras la primera luz, que eternamente
Causa en el mundo infinidad de bienes;
No hay quien entienda cuánta en tí contienes
Luz para él mismo; es tal y tan luciente
La que en tu alma luce interiormente,
La cual jamás impides ni detienes.
Oh luz de aquella luz *Y dia que es* claro
Sobre cuantos el sol nos amanece,
Que es sol á nuestro ver, de luz avaro;
Pues tu luz no tan solo al dia esclarece,
Mas á la noche, porque un ser tan raro
Noche jamás consigo compadece.

Con tantas luces, ¿cómo asomar puede
La tiniebla ó la noche en parte alguna,
Pues que no luce ya la blanca luna
De noche, antes un sol que al sol excede?
Porque, aunque esa otra luz se firme y quede
Acá en nuestro horizonte, luce en una
Parte tan solo y cede á la importuna
Mocion del cielo, sin que ella lo vede;
Mas tu luz, sin trocarse en solo un punto
Por movimiento de contrario cielo
(Que todo ella lo rige y lo gobierna),
En todo tiempo, en cualquier parte y junto
Nos da todo aquel bien, gloria y consuelo,
Que de Apolo nos dé la luz eterna.

¿Cómo tan altas luces ha criado
Dios para el bajo y mundanal asiento,
Por do de oscuridad solo un momento
No se ve, como en tiempo ya pasado?
Dos dias claros sin noche nos ha dado,
Llenos de gloria, paz, vida y contento,
Y muestra en dos sugetos luz sin cuento,
De que el tiempo y el mundo está espantado.
Que de otra luz mas clara y mas suprema
Que sea la corporal, ha enriquecido
Dos polos y dos soles en la tierra,
Dignos de eterna y de inmortal memoria,
Por do recibe el mundo un bien cumplido,
Pues mayor bien el suelo en sí no encierra.

Una luz de otra luz sale, y del mismo
Sol son entrambas, sin que en ellas sea
Menoridad alguna, ó que se vea
Sino de luz un infinito abismo.
Dichoso yo, que en tanta luz me abismo,
Que un solo y mismo sol causa y rodea,
Sin que por otra parte se provea,
Que es luz de luz sin cuenta y sin guarismo.
Lumbre de luz, *Y dia que es* tan luciente,
De lumbre *Y dia que es* luciente y clara,
De un sol que os da la luz perpétuamente,
Illuminad al pobre y deficiente,
Pues su ver es de luz pobre y avara,
Y de su oscuridad teneldo ausente.

Segunda luz, *Y dia que es* tan claro
Como es el mismo sol que alumbra el mundo,
Que eres en mucho igual, aunque segundo,
Al dia que es primero, único y raro.
Ambas del sol de Iberia alto y preclaro,
Luces, naceis, del sol que al orbe inmundo
Con su luz y valor alto y profundo
Illustra, y que de luz nunca es avaro.
Luces, que ambas á dos tan altamente
Luceis, lucidme en noche oscura y triste;
Que el bien comunicado es muy mas bueno.
Tú, oh luz primera, el primer ser me distes;
Segunda luz, por tí mi bien se aumente,
Así esté vuestro sol claro y sereno.

Dos dias tan á la par, que en el gobierno
Del mundo y para dalle eterna y clara
Luz succede uno al otro, en esta avara
Edad hombre no vió ni fué en eterno.
Gran milagro del bien alto y superno,
Que tras una gran luz siempre otra aclara,
De nueva perficion única y rara;
Luz de excelso valor por ser interno.
En el cerco solar hay cuatro cosas:
Su cuerpo, luz, calor y movimiento;
Y en esta luz cuatro hay mas milagrosas:
Gran fe, valor, virtud y entendimiento;
Muy hábiles á hacer maravillosas
Obras dellas cualquiera en un momento.

Luz y segundo dia, que al dia mas claro
Con muy mas alta luz invidia pones,
Y al verte la mortal vista dispones,
No como este otro sol, de luz avaro.
Luz de celeste ardor, preciado y caro,
Que á toda oscuridad te contrapones,
Y enriqueces al mundo con mil dones,
Dándole con tu luz muy firme amparo.
El rayo de tu luz quite y deshaga
La oscura noche de que estoy cercado,
Porque el alma en tu luz se satisfaga;
Pues ella á su valor claro y preciado
Podrá satisfacer cuando esto haga,
Y en mí estará tu rayo señalado.

La luz segunda *Y dia que* se muestra
Sin segunda del orbe en toda parte,
Tanta luz y virtud de sí reparte,
Que entre mil luces sola ella se amuestra;
Ella sola á mirar el hombre adiestra
Su misma luz, la cual influye y parte
Con tal porcion, tal providencia y arte,
Que goza della la mayor maestra.
Mas cuanta luz mayor al orbe infunde,
Tanta mas reverbera en su sugeto,
Y es tanto mas su rayo en él crecido.
De sí misma despues tal se difunde
Su luz, que pone en un eterno olvido
Toda luz con su ser raro y perfeto.

INVECTIVA

CONTRA

EL VULGO Y SU MALEDICENCIA.

Querria, vulgo, morir, querria sin vida
O verme ó verte; ¡ay! que no sé decillo,
Tramposo, desleal, gente abatida,
Gente manjar de horca y de cuchillo:
Hambrienta arpía, cruel, fiera, homicida,
Hidra inmortal, querria, y hablo sencillo,
Sola causa especial de mis enojos,
O no verte ó perder estos mis ojos.

Oh fiero y sin virtud, indino, cierto,
Del alma y sus potencias racionales,
El cual antes de muerte estás ya muerto,
Y enterrado en abismo de mil males;
Concédeme una vez seguro puerto,
Si para efeto bueno en algo vales,
Contra la tempestad de tus palabras,
Si es verdad que tu boca al bien nunca abras.

Concédeme una vez que libre venga
De tu lengua imprudente, oh vulgo fiero;
Haz que un momento solo se detenga
Esa furia infernal por quien yo muero,
Si quieres que contigo yo me avenga,
Ni te muerda tambien; que yo no quiero
Hacello como tú, si no me hieres,
Que tú sin causa á todos herir quieres.

¿Qué hago, oh vulgo, yo, que me persigues
Si te huyo, y no menos que al infierno?
¿Por qué, si yo te huyo, así me sigues?
¿Quieres contigo hacer mi mal eterno?
Pues mira, oh vulgo, bien que no me obligues
A decir mal de tí: porque un interno
Dolor allá en el alma mucho puede,
Si á él la injúria y sinrazon precede.

¿No tienes en memoria, oh vulgo, cuándo
Un libro á luz saqué para tus daños,
En donde paso á paso iba contando
Mil tuyas sinrazones, mil engaños?
Pues no quieras tu mal ir renovando,
Ya que esto se pasó, y há muchos años,
Para doblar tus ansias y dolores,
Con venir á escuchar cosas mayores.

Tú la culpa ternás, y justamente
Habrás de tanto mal condigna pena,
Pues al que dice mal de cuanto siente,
Que sienta de su mal el cielo ordena;
Y mas si en maldecir se vea que miente,
Y que decir no sepa cosa buena;
Mas tú dirás que no haces de eso cuenta,
Es porque en tí caber no puede afrenta;

Porque quien de cien mil está ya lleno,
Y tan hecho á sufrir injurias tales,
A toda cosa el rostro hace sereno,
Ni se turba jamás de ver sus males.
Perdido ha la vergüenza, y no es tan bueno
Que dé de algun dolor vivas señales,
Pues á cualquiera culpa y fiero hecho
Ha endurecido y afirmado el pecho.

Pero con todo, sé yo bien que tienes
Desgusto de oir tus faltas graves,
Y no porque vergüenza á tener vienes,
Pues que tu mismo error no ves ni sabes;
Mas por ser tan altivo, y que detienes
Tu plática en contar, y sin que acabes,
De tí mil mentirosas alabanzas,
Que nunca un solo bien tienes ni alcanzas.

¿Cuánto menos oir podrás quien diga
Mal de tí, que no mueras de disgusto
Allá en lo interior, si habrá quien siga
A dar dello razon, oh vulgo injusto?
Porque toda razon te es enemiga;
Duro contrario te es lo bueno y justo,
Y pues de quien mal dice justamente
Se dice mal, oirlo has al presente.

Déjame á mí hacer, que haré de modo,
Ya que tu lengua estar no puede queda,
Que muy presto te veas puesto del lodo,
Y á tu pesar, entre una y otra rueda;
Déjame un poco, que hora me acomodo,
Agora, pues que no hay quien me lo veda,
Aunque, por no imitarte en cosa alguna,
Querria perder mi ser, vida y fortuna.

Mas si tú me prometes firmemente
(¡Ay Dios, y qué firmeza tan constante!)
De no emplear en mí tu maldiciente
Lengua antes que de tí parle ó discante,
Yo quedo muy contento y satisfecho
De no hablar de tí, pues mal sonante
Seria que hablase mal de quien no ha dado
Ocasion con no haber de mí hablado.

Decirme has tú que hago mucha cuenta
De tu hablar, pues tanto esto te ruego,
Y que algo temo en mí, por do me sienta,
Resienta y pique; oh vulgo, eso te niego;
Oh vulgo, esa razon no me contenta;
Espera, oh vulgo, y responderte he luego
Que no por la verdad se ofende el hombre,
Mas por la infamia que se da y mal nombre.

Y por ver la osadía que el malo tiene
En querer afrentar, aunque no afrente,
Do en razon militar está y conviene
Que osa con daño igual en él se aumente;
Que la verdad del vicio á injuriar viene
Cuando es probada, y tal que se consiente
De algunos que en valor y entendimiento
Tienen mas experiencia y sentimiento.

Porque ¿cómo podrá quien bien no entiende,
Cosa entender, por mínima que sea,
Si della la razon no comprehende,
Pues que no ve con cuáles ojos vea?
Parece al vulgo en decir mal que ofende,
Sin que ofender él mismo á sí se crea,
Y él por falso, engañoso y maldiciente
Es reputado entre la buena gente.

Mientras piensa ofender, queda ofendido
El vulgo, y sin echar, triste, de vello,
Dice que alguno es loco y sin sentido,
Y él de sí entiende que no viene á sello;
Mas se tiene por docto y muy sabido,
Y echa á su necedad con esto el sello;
Dice mal por pensar que dél lo digan,
Persigue por pensar que le persigan.

Y porque es necio, vil y sospechoso,
Y ve cómo contiene en sí mil males,
Siempre está con recelo y temeroso
De que se digan dél las cosas tales.
Dice mal con su hablar tan ponzoñoso,
Pudiendo, aun de las cosas celestiales;
Mas de este mal se hace poco caso,
Pues no puede otro dar que hiel su vaso.

Que tal daño poco es, pues de tí sale,
Siendo ya tan notado y conocido;
Digas tú bien ó mal, muy poco vale,
Que el hablar mentiroso no es creido;
Pero si en algo ves que se señale
Mi pena cuando tú me has perseguido,
No es por lo que á entender quizá te has dado,
Pues jamás tu opinion, vulgo, ha acertado.

Porque tu lengua injuria no me hace,
Me causa bien desgusto en parte y pena;
Que á nadie el decir mal de sí le aplace,
Aunque su vida sea perfeta y buena.
Ni tu decir tampoco me desplace
De veras tanto, mas me aflige y pena,
Como un ruido ó gran ladrar de perros
Causaria al que escribiese enojo ó yerros.

Porque no soy tan justo y tan entero,
Que alguna vez que alguno oya y me diga
Lo que tú dices con tu hablar tan fiero,
Que tu perverso ser yo no maldiga;
Mas si con juramento verdadero
Me afirmaras no haber quien me persiga
De los tuyos, callar prometo y juro
Siempre de tí, que hablar de tí no curo.

Yo no voy contra tí ni veo tus cosas;
Menos verlas querria; déjame agora,
Deja mi triste ser, si mis quejosas
Voces oir no quieres en esta hora;
Mas veo que nunca callas ni reposas;
¿No lo puedes hacer? Sus, que á deshora
Yo empezaré, pues veo que no hay remedio
A tu mal, en que no hay principio ó medio.

Si por haber escrito en verso ó prosa
Contra tu ser tan miserable y vano,
Persiguiéndome vas con tan rabiosa
Lengua y con un furor tan inhumano;
Agora, que de tí no digo cosa
Que te ofenda, ¿por qué tratable y llano
Mas no te muestras, vulgo, y no me dejas
Vivir, antes doblar haces mis quejas?

¿Nueva ocasion me das porque mas diga
De tí? Pues mas diré si mas dijeres,
Que el decir contra tí no me es fatiga,
Siendo, triste de tí, quien siempre eres;
Harás que el mismo estilo agora siga
Que un tiempo atrás seguí, si tú me dieres
Ocasion, y te juro y te prometo
Que verás contra tí mas crudo efeto.

Nuevos libros en luz porné, te digo,
Y formaré mayores invectivas,
Pues eres de virtud tan enemigo,
Que es mancilla y dolor que al mundo vivas;
Pero si alguna vez yo te persigo,
Y es forzoso que mal de mí recibas,
Tienes la culpa tú con perseguirme
Y cien mil veces sin razon herirme.

Nota ora bien que si en ajena lengua
Contra tu condicion horrible y fiera
Escrebí, bien será que á mas se venga
En mi materna y natural ibera.
Otro libro haré que en sí contenga
Desde la primer falta á la postrera
De tu ser triste, vil, bajo y precito,
Si ya contarse puede lo infinito.

¿Es imposible que esto no te mueva,
Si tanto te movió cuando entendiste
Mi escritura, en que viste alguna prueba
De tu naturaleza horrible y triste?
Pues nuevo mal, nuevo disgusto y nueva
Pasion por causa tal, vulgo, me diste
En mal decir, ¿ni aun esto te ha bastado,
Que aun á dar sobre mí de nuevo has dado?

Hártate pues, cruel, hártate, y sea
Este tu mayor gusto, y de tal arte,
Que por ir contra mí solo se vea
De tu mal libre el mundo en mucha parte;
Pues no hay á tanto daño quien provea,
Ni es Júpiter bastante, Apolo ó Marte,
Siendo tu multitud sin cuenta ó suma,
Mas que pueda escribir mi flaca pluma.

Si es pues luego tu mal inremediable,
¿De qué, triste de mí, tanto me aflijo,
O me trabajo en darte saludable
Consejo, como suele el padre al hijo?
Mas háceme el dolor que de tí hable,
El dolor que me das, y así me rijo
Agora sin razon á dar razones
A gentes de tan falsas opiniones.

¿A gente sin razon, sin tiento y tino
Pretendo dar razon, órden y aviso?
A gente cuyo ser es tan malino,
Que dice mal del bien del paraíso?
A un mónstruo infame y de la vida indino,
Que cualquiera es de sí nuevo Narciso,
Y se estima el mas sábio y mas prudente
Del que inventó el derecho antiguamente?

Miserable de mí, que en balde tiento
Regla poner al mismo desconcierto,
Recojo (¡ay triste!) en red ñudosa el viento,
Y busco dar la vida al que es ya muerto,
Al que á su bien no da consentimiento,
Al que anda por camino tan incierto,
Cuya vida bestial, cuya baja alma
Nunca aspira á ganar la inmortal palma.

¿Al vulgo, cuyo fin es solamente
Henchir el vientre en desusado modo,
Y darse á la lascivia juntamente,
Al carnal apetito y torpe lodo?
¿Al que virtud no busca y no consiente?
Al que con su deseo se inclina todo
A la ganancia vil y al interese,
Como si acá el vivir eterno fuese?

¿A quien sin vida vive en pura muerte,
Eterna privacion y ciego olvido?
A quien mas siempre indina hace su suerte?
Al vulgo bajo, loco y atrevido?
A quien en decir mal, pecho tan fuerte
Muestra de nunca verse arrepentido?
A quien pasa sin vida y sin memoria,
Contrario objeto á la virtud y gloria?

¿Al por quien tantos sábios con tal pena
Pasan la triste y miserable vida?
A quien reparte el mal con mano llena?
A quien de mal obrar jamás se olvida?
Al de quien el decir con voz serena,
Mal puede cualquier musa alta y cumplida?
Al que toda bondad parece indina
Y nunca al bien obrar el alma inclina?

Pues ¿quién podrá con voz libre y exenta
Hablar de un tan cruel mónstruo sangriento,
Que de honra privar cualquiera tienta,
Gente sin fe, valor ni entendimiento?
Bien sé que mi decir no te contenta,
Y me querrias sin vida y sin aliento
Ver; así plega á Dios que de tí sea,
Y de quien mi desdicha y mal desea.

Escucha un poco, vulgo, escucha agora,
Habla tras esto tanto que revientes;
Dame siquiera la atencion de un hora,
Ya te oigo murmurar entre los dientes;
¿Por qué, vulgo, tu ser tanto empeora?
Por qué de tanto mal no te arrepientes?
Por qué no tornas sobre tí, di, oh vulgo,
De quien la infamia y la maldad divulgo?

Válgame la verdad, como la digo
En esto y sin mentir en ello un punto,
Que yo no sin razon hiero ó persigo
Tu bajo ser en quien vive el mal junto,
Ni te deseo del cielo ira ó castigo;
Mas tus maldades fieras aquí apunto,
Para que en ti las veas y en parte cese
Tu crueldad, furor, odio é interese.

Gran cosa es, cierto, y della yo me espanto,
Que me aborrezcas tú de tal manera,
Y que con esto yo te quiera tanto,
Que te amuestre tu error y culpa fiera;
Y lo que á otro mueve á risa, á llanto
Mi alma mueva, aunque enmendar no espera
Gente tal, y que al fin con nuevo aliento
Mil veces y otras mil lo mismo tiento.

Y que digas, cruel, que te aborrezco,
Sin ver esta verdad que aquí te aclaro,
Y los buenos consejos que te ofrezco
Pagues con maldecir tan libre y claro;
¿Yo, que hablo por tu bien, esto merezco?
Yo, que debria de serte amable y caro,
Te parezco cruel, duro enemigo
Porque te reprehendo y te castigo?

Escucha mis palabras, vulgo, un poco
Mas sosegadamente, oh triste, y calla,
No estés dando mil voces como loco
O como el que razon no mira ó halla.
Si me hieres, oh vulgo, y yo te toco
Blando, ¿por qué, si vienes en batalla
Comigo, tú no quieres que te ofenda,
Ni que mi justa causa al fin defienda?

Pero si, oh vulgo, ser vulgo no entiendes,
¿Cómo dices que yo te he reprehendido?
Y si aquesto no es ¿por qué pretendes
Herirme mas? ¿No basta lo herido?
¿Por qué contra razon así me ofendes
En toda cosa (ó en mal establecido)
Por desgustarme, y yo tambien disgusto
Tu gusto á quien el desgustar es justo?

Ni en lo que digo aquí mucho te ofendo,
Que estas cosas muy bien de tí se saben,
Pero los sábios dellas van riendo;
Quizá tú pensarás que ellos te alaben:
Yo te voy el camino agora abriendo
Para que un dia tus culpas ya se acaben,
Y vengas á dejar tus pareceres;
Mas tú estás fijo siempre en ser quien eres.

Debriate aborrecer como al infierno,
Mas que á la propia desventura y muerte,
Pues es tu daño al mundo sempiterno,
Ni hay quien á tu mal gusto, oh vulgo, acierte;
Perdona, ó vuelve al bien mas blando y tierno,
Si yo en esto decir vengo á ofenderte;
Que si de mal en bien haces mudanza,
Resonará mi musa en tu alabanza.

Mas, ya que es imposible lo que digo,
Déjame en parte alguna que discante,
Pues de tu mal cualquiera es buen testigo,
Sin que de mi hablar nadie se espante;
Ni con verdad dirás que te persigo,
Que yo de la verdad soy libre amante,
Cual tú jamás no viste ni conoces,
Y á quien cuadrupedal tiras mil coces.

Dices que malencólico y muy triste
Soy por natura propia habituada,
Y que esta mi tristeza no consiste
Sino en tener la mente perturbada;
¿De adó en esa opinion, vulgo, veniste?
¿Cosa me viste hacer tan mal mirada?
Dilo tú, que con tan gran concierto
Hablas y obras, oh vulgo. ¡Ah, sí por cierto!

¿Qué sabes tú si mi tristeza sea
De que ofendido he á Dios por muchas vias,
O por algun error que en mí yo vea,
Sin que á emendarlo venga en muchos dias,
O porque el alma de virtud desea
Subir á mayor grado, y la desvias
Tú con tu ejemplo, oh vulgo, cada hora,
Y la apartas del bien que ella en sí adora?

¿Qué sabes tú si cause esa tristeza
Aparente en los ojos y en la cara
Una contina y natural flaqueza
De la calor vital, comigo avara;
O que sea por desórden que en firmeza,
No estando la salud muy mal, aclara
Sus potencias el alma cual debria,
Dando á su corazon viva alegría?

Si hombre cual yo veréis en quien sumidos
Por su natural forma estén los ojos
De color cenicienta y que absumidos
Casi tenga del alma los despojos,
Luego decis, oh necios y atrevidos,
Que es humor melancólico y enojos
Lo que ser natural puede en cualquiera,
Bautizándole humor de tal manera.

Y dado que tristeza en sí posea
Alguna el que se mira enfermo y malo,
Y esto por complexion le venga ó sea,
¿Quiéreslo sin sentido, ó piedra ó palo?
Quieres que no se queje cuando crea
Tal estar? Yo en gemir mi pena exhalo;
¿No estará triste el que salud no tiene?
¿Y este á ser melancólico humor viene?

Malencólico humor diré, que pueda
Ser del que triste está sin causa alguna,
Que al que su suerte algo de bien le veda
Y el que contraria tiene la fortuna
Muy mal puede tener el alma leda,
Y mas si enfermedad tiene importuna;
Mas tú por hombre alegre al loco y vano
Tienes, y por prudente al que es insano.

¿No sabes, vulgo, tú cómo se muestra
Muchas veces virtud el mismo vicio,
Y el vicio de virtud da viva muestra
Al que plático no es en su ejercicio?
Es menester con mas sutil y diestra
Razon ver de cualquiera el propio oficio
Particular, y dar juicio justo,
Y no a sabor de su opinion y gusto.

Si alguno, por muy poca experiencia,
En su mas tierna edad viene á picarse,
No en modo tal que el mal de su dolencia
Por efeto exterior venga á mostrarse,
Mas por sola tristeza en apariencia,
Que mal puede un secreto mal celarse,
Luego el vulgo dirá que es grave falta,
Sin su vida mirar tan corta y falta.

Quien pocas cosas mira, oh cuán presto echa
Su parecer (sin bien miralle) afuera,
Y queda corto y necio cuando hecha
La discusion es con razon entera;
Así tu parecer de su cosecha
Tiene, oh vulgo, el huir la verdadera
Razon, y por costumbre allí juntarte
Adó no hay de verdad mínima parte.

Si tienes por humor triste y pesado
El de quien considera en esta vida
Cuán grave mal al alma es el pecado,
Y cuán fácil en él es la caida,
La vanidad del tiempo ya pasado,
Y el presente, que va tan de corrida,
¿Tambien estimarás ser devaneo
Cualquier tristeza santa y buen deseo?

Tú, oh vulgo, siempre estar quieres gozoso,
Con chacota, con risa y dulce canto,
Sin á cosa pensar, muy de reposo,
Sordo á todo que sea de queja y llanto;
Ande quien quiera triste, ande quejoso;
Vida brutal, ¡cuán dina eres de espanto!
Cuán léjos vas del bien, siempre engolfado
En tiniebla, miseria y en pecado!

Tú pues, que nunca miras ni contemplas
Cosa de bueno, alegre está y contento,
Pues con razon tus alegrías no templas,
Por no tener valor ni entendimiento;
Está tú alegre, el cual siempre destemplas
Tu modo de vivir sin sentimiento,
No porque alegre estar con razon debas,
Mas de que porque comas siempre y bebas.



Mas yo ¿de qué me espanto, pues tu lengua,
De mil errores y mentiras llena,
A la mayor virtud tiene por mengua,
Interpretando á mal toda obra buena?
¿Es posible á tu hablar que se detenga
En mi mal, pues mi vida, alma y serena,
Toda por tí se ha vuelto amarga muerte,
Que oir no te querria ni menos verte?

De Flora la ciudad noble y dichosa
Me inclinaste á partir, vulgo engañoso,
Pensando que tu rabia ponzoñosa
Participase en sí de algun reposo;
Y hora que en la gentil, clara y famosa
Me veo de la sirena, ando quejoso
De tí muy mucho mas que antes solia,
Que tu maldad no mengua y tu porfía.

Querria para huirte, oh vulgo insano,
Ir al mas bajo centro de la tierra;
Mas bien veo que esto hacer seria muy vano,
Que desde allá moverme podrias guerra;
A Jove, el inmortal dios soberano,
Que con rayo de fuego al mundo atierra,
Contrastar los gigantes propusieron,
Y no tantos cual tú mil partes fueron.

¿Y yo no temeré, por mas que huya,
Tu furor inmortal? Dios me defienda
De tí, vulgo bestial, tu error destruya;
Despues su gracia en tí caya y descienda,
Ya que obra ni palabra, oh vulgo, tuya
No hay por qué con razon se crea y entienda.
¡Ay, que naciste inútil hez al mundo,
Por su fiero castigo y mal profundo!

¿Por qué inquieres de mi qué pasos mueva,
Qué haga ó diga? ¡Ay triste! dime agora:
Si yo errase, ¿el errar cosa es tan nueva,
Errando tú mil veces cada hora?
Y si tú no cotejas y haces prueba
De tu yerro y del mio, ¿por qué á deshora
Me ofendes sin por qué, sin ver que es causa
De algun error pasion, que no de pausa?

Mas tú, que sin razon que tanto pueda
Tus errores no ves tan descubiertos,
¿Quién el ajeno mal callar te veda?
¿Por qué no miras, di, tus desconciertos?
Por qué no tienes firme un poco y queda
Tu lengua; que de vivos y de muertos,
Sin cansarte, mal dices, cual si fuese
Inmortal, y ella error nunca hiciese?

No hay estudio, no hay vida y no hay persona
Que no se hiera por tan dura mano;
Ganas tú, en decir mal, rica corona,
Solo este es tu trofeo mas soberano;
Y si tu lengua alguna vez abona,
Es solo al maldiciente, al loco y vano;
Conviene malo ser el que alabanza
Tuya ha de haber por ser su semejanza.

Locura, confusion, mentira y daño,
Necedad, presuncion, ira y porfía,
Malicia, odio, furor, error y engaño,
Vanidad, elacion, falsa alegría,
Falto juicio y maldecir extraño,
Temor sin ocasion, loca osadía,
Son tus partes, oh vulgo, tan divinas,
Tú dino dellas, y ellas de tí dinas.

Escuchar no me puedes, ya lo veo;
Querrias, vulgo, hablar; sus, tente, espera,
Que si principio das, yo cierto creo
Que nunca acabará tu lengua fiera.
Querria un poco hablarte á mi deseo;
Recíbelo tú, oh vulgo, como quiera;
Aguarda, y tú despues dirás tu parte;
Ea ya, ¿por qué no quieres aguardarte?

Tú haces con las manos mil juguetes,
Los dedos componiendo en varia forma;
Vuelves los ojos, hinchas los mofletes,
¡Oh de tu necedad bien digna norma!
Dices para picar mil remoquetes,
Con que tu error se apura y mas se informa,
Publicas por verdad lo que no has visto,
¡Oh nuevo en mil mentiras Anticristo!

No dés voces, oh vulgo, y no contiendas;
No hagas mil visajes como loco,
Que dos palabras quiero que me entiendas;
Breve seré, que pienso hablarte poco.
Bien veo, bien, que me burlas y me arriendas;
Tienes mucha razon, pues yo me apoco
De contigo hablar, que eres sin seso,
Inútil, sin razon, medida y peso.

¿Ya torna á vocear? ¿No me harias,
Vulgo, tanta merced? Mas ya reposa.
Yo, vulgo, no diré filosofías,
Como sueles decir de toda cosa;
Quiero decirte las razones mias
Con sosegada voz dulce y piadosa.
Oh ¡Dios loado sea! que estás atento;
Cese tambien del rostro el movimiento.

La cara acá y allá tú vas moviendo,
Un no sé qué significando en ella;
Pues ¿cómo, mis procesos no leyendo,
Ya el decreto final se firma y sella?
O no puedo entenderte ó no me entiendo;
Por Dios escucha agora mi querella,
Que dar juicio bueno mal se puede
Si á la razon la voluntad precede.

Inútil peso y hez de la natura,
¿Quién te pone á mirar tanto mis cosas,
Si son hechas con seso ó sin cordura?
¿Por qué, dime, en mi mal jamás reposas?
Eres el centro tú de la locura,
¿Y aun hablar tú de seso, oh vulgo, osas?
Bien eres loco, pues no ves tú serlo,
Y siéndolo, no puedes conocerlo.

¡Ay Dios, cuánto me aflige y me atormenta!
¡Cuánto mi corazon, Dios, se lastima
En ver que, oh vulgo, tienes de mí cuenta!
Que en lo demás no hago de tí estima;
No hay quien no busque, mire, note ó sienta,
Qué hago ó digo ó pienso, ó dó se arrima
Mi parecer ó cuántos pasos doy;
Asi que en tu tutela, oh vulgo, estoy.

Animal ponzoñoso, hidria espantosa
De mil cabezas, fiera y cruel serpiente,
Que no hay al mundo chica ó mayor cosa
Que no la hieras con tu agudo diente;
Perversa gente, vil, triste, enojosa,
¿Quién vivir en el mundo te consiente?
Inútil plebe, vulgo monstruoso,
Que tus faltas decir ni sé ni oso.

No tengas de mí cuenta; afuera, afuera
Cualquier de tu memoria cosa mia;
No viva en tu noticia; muera, muera
Mi mismo ser si en tí jamás vivia;
El gran Señor de la dorada esfera,
Que puede escurecer su luz al dia,
En tí escurezca con perpétuo olvido
Mi ser, tal que por tí no sea nacido.

Ser no querria nacido en el humano
Ser, porque lo eres tú, ni acá en la vida
Vivir, pues vives tú, vulgo profano,
En quien tan solo el mal todo se anida.
¿Por qué me cargas con tan dura mano,
Lengua falsa, cruel, siempre homicida,
Que el mundo abrasas con un fuego eterno,
Que no le aplaca el mas nevado invierno?

Creo que acá te formó naturaleza,
Como hizo tambien mil crudas fieras,
Para con tu ponzoña y tu fiereza
Dar al mundo pasion por mil maneras,
Y aumentar la virtud firme y entera
Del que sufre tu mal y tu aspereza,
Que con lo malo el bien crece y aumenta,
Y el valor se conoce en grave afrenta.

Oh indino de la vida y de la gloria
Suprema, ¡cómo! ¿y almas tan bestiales
Piensan subir, cubiertas de su escoria,
Do tienen su lugar las celestiales?
Si no mudas tu ser, vida y memoria,
No pienses levantarte á impresas tales,
Que las almas y espíritus ruines
Juntos no están do están los serafines.

¿Cómo han de allá subir los que en el suelo
Tienen su fin, su gloria y su bien todo?
Cómo verán el alto y claro cielo
Los que reposan en el cieno y lodo,
Los que el placer del bajo y mortal velo
Siguen tan sin razon, compás ni modo?
Cómo irán sobre estrellas, sol y luna
Los que en sí no poseen virtud alguna?

Si no te mudas, vulgo, y desamparas
Un tan bajo vivir como el que tienes,
Y de obras mas heroicas y mas raras
No hinches el alma y de mas ciertos bienes,
Nunca allá subirás do estan las claras
Estrellas, mas irás do siempre penes,
Do siempre mueras con vivir, pues sido
Tu vida á muerta en un perpétuo olvido.

Escucha á los que son sábios, si quieres
Uno tú dellos ser, no porfiado,
Ni te firmes en vanos pareceres,
Tan llenos de malicia y de pecado;
Haz que sean muy contrarios tus placeres
De lo que son tu ser, vida y cuidado,
Y así verás trocar tu suerte triste,
Do nunca otro que sea vulgo le viste.

¡Cuántos, vulgo, que fueron muy vulgares,
Espejos de virtud claros se hicieron,
Sembrados por el mundo en mil lugares,
Que antes de tu cosecha, oh vulgo, fueron!
No es menester andar montes ni mares
Por conseguir lo que estos consiguieron;
Mas tan solo creer al sábio y bueno,
Y obrar con corazon de virtud lleno.

Mas no quieres oir esta mudanza,
Como quien, enlodado en torpe vicio,
Ya del todo perdido ha la esperanza
De inmortal y de humano beneficio.
Siga pues tu pasion por donde alcanza,
Ten siempre al mal obrar por propio oficio;
Que tú verás dó al fin á parar vienes,
Segun la brutal vida que acá tienes.

¡Oh mónstruo de natura abominable!
Oh della misma hez vituperosa,
Hambrienta arpía, quimera detestable,
De mil cabezas hidra ponzoñosa,
Furia infernal, infierno lamentable!
Oh infame, oh enorme, oh enorme, oh infame
Vulgo, lleno de vicios tan sin cuento,
No alcanzados de humano entendimiento.

Torna en tí, torna, oh vulgo, y nota y mira
Que hay Dios, eternidad, infierno y cielo,
Y deja atrás el odio y la mentira,
Abraza la virtud y el santo celo;
Desprecia lo mortal y al bien aspira,
Que da noble, vital y alto consuelo;
No estés tan fijo en tu opinion ¡ay ciego!
Que te condena á sempiterno fuego.

Eres ciego, y con todo, ser guiado
No quieres, mas seguir tu mal camino,
De do vernás á verte despeñado,
Pues á todo te arrojas tan sin tino.
Ya que vives al mundo tan menguado,
Oh bajo, busca unirte al Ser divino,
Para verte subir á mayor grado
Que puedas entender ni haber pensado.

¿Qué te aprovecha el ser, pues luego en siendo
Vives de modo tal, que en largo olvido
Se va tu vida y nombre consumiendo,
Como si acá jamás fueras nacido?
No te curas de fama ir adquiriendo,
Si ya no fuese como el que encendido
Ver de Diana el templo efesio quiso,
Que así fama ganar le fué en aviso.

Si con siempre hacer mal fama ganases,
Tanto mal siempre obraste y tanto haces,
Que duda no sería que te ensalzases
Al nombre de que mas te satisfaces,
Por do tu nombre en mal perpetuases,
Pues en el mal te alegras y complaces;
Pero esa infamia es, no fama ó gloria,
Bien digna de tu ser, vida y memoria.

El mayor mal, oh vulgo, que poseas
Es ir poniendo falta en toda cosa,
Y que al dicho del sábio jamás creas,
Su voz teniendo siempre por odiosa,
Y el maldecir de cuanto oyas ó veas
Con lengua tan aguda y poderosa
Es lo que al mundo mas ofende y daña,
Aunque á los sábios tu afirmar no engaña.

¿Quién oye un malo, infame y mentiroso
De tantos decir mal con voz serena,
Puesto en autoridad muy de reposo,
Como si obrase alguna cosa buena,
Que no esté de un tal mundo muy quejoso
Y desta vana edad de vicios llena?
Quien no morir desea por no escucharte,
No posea de virtud mínima parte.

¿Qué bien sacas, oh vulgo, de los daños
Ajenos? Qué pasion te mueve á tantos
Dar sin razon tan fieros y tamaños,
Pues do no hay qué ofender, buscas los santos?
¿Por qué usas de mentiras y de engaños,
Por do eres causa de mil tristes llantos?
Por qué no miras, vulgo, tus errores,
Que tan sin igualdad son muy mayores?

¡Miserable de tí! ¿Cómo escarneces
Alguno que de gloria eterna es dino,
Y tú con tu locura á tí pareces
Ser supremo, inmortal, claro y divino,
Y entonces en tu ser mas permaneces,
En tu mas bajo ser, fiero y malino,
Cuando piensas no ser quien triste eres,
Fundándote en tus falsos pareceres?

Del sábio, del prudente y del letrado,
Si acaso yerra en bien pequeño punto,
Al mismo tiempo el mal has trastornado
Solo sobre él de todo el mundo junto;
Y con falso juicio apasionado
Le das de todo mal ya por trasunto,
Sin ver cómo otras veces mil se ha escrito
Ser tú el malo, el infame y el precito.

En la casta mujer la lengua pones,
Con juzgar por su mal solo un meneo:
Que haga ejemplo infame allí antepones,
De alguna que conforme á tu deseo;
Como invidioso, al bien te contrapones,
Solo en mudable ser firme te veo;
Mas del mal en el bien jamás mudaste,
Porque siempre tu ser empeoraste.

Al que por impotencia y por flaqueza
Y pasion viene á dar en desconcierto,
No sabes excusar, mas con fiereza
Le da tu lengua por perdido y muerto.
No creo que te crió naturaleza,
Pues eres della misma un mónstruo cierto,
Pues haces tanto daño y mal al mundo,
Que imitas á las furias del profundo.

Que si alguna virtud, vulgo, tuvieses,
Sabiendo cuánto importa un claro nombre,
Cierto sería que tú compadecieses
Al caido en error, miserable hombre.
No sé qué ganas, vulgo, ó qué intereses
Adquieres de provecho ó de renombre,
O gloria, que al que igual te es en natura
Dés pena tan mortal, ansia tan dura.

Siquiera al fin, por la igualdad que tiene
De semejanza el hombre á tí, si lo eres,
No debrías de buscar que siempre pene;
Y tú por le dañar andas y mueres.
Mas ¿qué bien, digo, te recrece ó viene
Con tales ser, oh vulgo, tus placeres
Tan sin gusto, tan malos y tan feos?
Líbreme, oh vulgo, Dios de tus deseos.

Del mas prudente y sábio religioso
Dices mil males con tu hablar insano,
Del soldado mas fuerte y valeroso,
Del avisado y noble cortesano.
¡Oh importuno, sin fe, bajo y tramposo,
Imprudente, cruel, vil, loco y vano,
Sin por qué, con invidia y con mentira,
Tan sin razon, tan encendido en ira!

No hay, cual dije, mujer sábia ó mas casta,
La cual no ofendas con tu fiera boca,
Y para dalle infamia solo basta
La buena compostura de una toca.
Tomas de allí argumento, y vienes hasta
Afirmar y decir que es vana y loca.
¡Miserable linaje de mujeres,
Tan sujeta á tan falsos pareceres!

Si del alma inmortal, cual tú, adornada
Ella sabes que está y del mismo velo
Hermoso, por lo cual mas admirada
Es la mujer y luz del bajo suelo,
¿Porqué tú, oh gente vil, baja, apocada,
O bien indina de mirar al cielo,
Das menos culpa á tí que des á ellas,
Deste nuestro vivir nortes y estrellas?

Si hace algun error por pura fuerza,
O de fragilidad ó de amor, cuanto
Tan solo al parecer un paso tuerza
De lo que tú querrias, que no eres santo,
¿Por qué tu lengua fiera así se esfuerza
De cubrirla con negro oscuro manto
De una infamia, y mortal? ¡Oh maldad dina
De la venganza eterna y que es divina!

Si para todos niño arquero y ciego
Amor nació; si á todos da igual peso,
Si á entrambos arde un amoroso fuego;
Si eres, siendo hombre tú, cual ellas preso,
¿Por qué, oh vulgo furioso y bajo, luego
(Vulgo sin ser, razon, cordura y seso)
Das al mas frágil sexo mayor culpa
Que á tí, pues muy menor es tu disculpa?

No alabo en decir esto alguna parte
De vicio, mas bien digo que debrias
Tú, si tienes mayor ingenio y arte,
Desamparar tan bajas fantasías.
¿Quieres en el poder quizá igualarte
Con ellas? Cierto, bien, vulgo, dirias
Que en el valor te exceden y prudencia;
Tienen ellas el ser, tú la aparencia.

¿Cómo ¡ay triste! mi pluma me llevaba
De una tras una cosa otra, siguiendo
De tus errores, vulgo, y no miraba
Que en una mar sin fin me iba metiendo;
Pues para no acabar principio daba
A la tela sin fin que estaba urdiendo?
Mas ya enfadado estoy de hablar contigo,
Que eres de todo bien claro enemigo.

Pienso pues acabar; solo esto quiero
Pedirte, en galardon de cuanto escribo,
Que sigas en decir mal, oh parlero,
De mí con tu hablar duro y esquivo;
Que presto y sin tardar, oh vulgo, espero,
Si mi libre poder del fugitivo
Tiempo no hallo entre sus ruedas preso,
Cantar mas largamente y con mas peso.

Esta será mi impresa, este mi norte,
Descubrir tus marañas mas cubiertas
Para que el mundo un tanto se aconhorte
De verlas ya del todo descubiertas.
Quiero que aquí mi musa algo se acorte,
Ni abriré á maldecir de tí las puertas
Hasta algun tiempo, que las abra tanto,
Que cause al mundo inevitable espanto.

Quédate pues, oh vulgo, enhoramala,
Nunca puedas decir bien, aunque quieras,
Pues tu naturaleza en tí señala
Todo mal, que es sin fin de mil maneras;
Y pues tu boca eterno fuego exhala
Y decir tiene mal hasta que mueras,
Vivas de tu vivir mas enfadado
Que no el que á pena eterna es condenado.

Que yo daré testigo en algun dia
Del interno valor que en mí se encierra,
Malgrado á la contraria suerte mia
Y á mi velo mortal, que siempre yerra;
Que sin temer region caliente ó fria,
Al cielo me alzaré desde la tierra,
Y haciendo gran contraste á la enemiga
Culpa, me alegraré con santa vida;

Adó pueda decir: «Haz cuanto quieras,
Vulgo, mundo, fortuna, tiempo y muerte;
Que ya Dios me apartó de tantas fieras
Y mejoró con alto bien mi suerte.
Que abrases, mates, quiebres ó que hieras,
No curaré ni aun por mis ojos verte.»
Y diré: «Oh vulgo, estáte allá en tí mismo,
Como fuente de error, centro y abismo.»

De tí me burlaré, que agora siento
En parte algun dolor cuando me tocas,
Entonces me darás gozo y contento
De que abras sobre mí cien mil mas bocas.
Ya estoy, vulgo, diré, sin sentimiento
De tus furias perversas y tan locas,
Y esme tu maldecir gloria y corona;
Que el malo, en decir mal, muy mas abona.

Mas mientras tal no fuere mi ventura,
Con alguna pasion voy escuchando
Lo que tu lengua, tan perversa y dura,
Va siempre contra mí de mal hablando.
Tambien mi pluma agora te asegura
De ir mas siempre tus culpas publicando
Muy en particular, para que entienda
Tu ser el mundo, y tanto no se ofenda.

Si tú mostrases ser lo mismo que eres,
Y en cuanto al parecer no fuese de hombre
Racional tu figura, aunque me hieres,
Y que tu lengua ¡ay Dios! así me asombre,
Podriate yo huir; mas tú nos quieres
Engañar con el rostro y con el nombre
De animal racional, siendo una fiera,
De quien otro que mal jamás se espera.

Que no eres hombre tú, mas lobo y perro;
Al que debrias de ser mas dulce amigo,
Antes le quitas con agudo hierro
Su vida, cual cruel fiero enemigo.
Por tu lengua la honra anda en destierro
Perpétuo de cualquier, pues yo te digo
Que si la vida y honra al hombre llevas,
Que te queden de hacer muy pocas pruebas.

Quiero cesar, oh vulgo, y cesar antes
Debiera, pues no bien mi musa suena
Entre gentes incultas é ignorantes,
Por mostrar la virtud cuál sea y cuán buena.
¡Oh qué ocasion te doy porque discantes!
Di, vulgo, mal de mí con muy mas llena
Boca, pues mi mayor ansia y deshonra
Seria si, oh vulgo, tú me dieses honra.

Mas tú dirás: «A tí ¿quién te asegura
De no ser vulgo mas que yo me sea?»
Si no cree el que es del vulgo su locura,
Antes se da á entender que sábio sea,
Vulgo yo le diré; que el que procura
Aprender, no hay por qué vulgo se crea
Ser; que si al sábio escucha, ese es prudente,
Ni puede ser del vulgo eternamente.

Yo aquesta diferencia entre mí veo
Y tú: que tú no escuchas al que sabe,
Que el saber te parece devaneo,
Porque tanta humildad en tí no cabe;
Pero acercarme al sábio yo deseo,
Y es menester que le ame y que le alabe,
Que ya que yo no entienda, al fin querria
Ver con su sciencia la ignorancia mia.

Pues no hay cosa que yo mejor entienda
De mí de que no sé, y así he buscado
Siempre quien sepa, note y reprehenda
Mis cosas cuando vea que vaya errado,
Y en ver que mi entender poco se extienda,
En creer no saber ando acertado,
Porque, pensando errar no errando, tomo
Consejo en cuándo, en cuánto, en qué y en cómo.

Y aun lo que mas me pesa es que yo triste
No sé bien que no sé, porque, á saberlo,
Error no haria, ya que el error consiste
En no saber venir á conocerlo;
Porque aquel de su error nunca desiste
Cuando piensa entender, sin entenderlo,
Pero si duda, al sábio y buen consejo
Se arrima, y ve su falta en claro espejo.

Y porque mas saber sé ya que cabe
En quien menos saber entiende y creo
(Pues sabe sabiamente que no sabe,
Por do es forzoso que saber desee),
Saber deseo del sabio á quien alabe
Otro sábio como él cuanto en mi vee
De yerro por no errar, pues siempre yerra
Quien de sí el parecer sábio destierra.

Yo conozco y sé cierto que erraria
Cuando en mi parecer firme estuviese,
Sin querer sujetar la opinion mia
Al que creyese yo que mas supiese;
Porque mas en mi error fijo estaria
Cuando mas fuera dél estar creyese,
Pues todo no lo entiende un hombre solo,
Aunque sepa muy mas que el rubio Apolo.

Mas tú mas fijo estás, firme y plantado,
De los montes Rifeos allá en su asiento,
Contra toda verdad, y acostumbrado
Al mal con firme y grave fundamento;
Y en tu mala opinion tan obstinado,
Que no te sacaria de su cimiento
La mayor fuerza de aquilon furioso,
Pues del mal en el centro es tu reposo.

Por cuanto eres de mal, vulgo, tan lleno
Por toda parte, y dél tan embutido,
Que un grano solo no cabria de bueno
En tu cuerpo, en tu alma y tu sentido.
El dia mas para ti dulce y sereno
Es el en quien mas males has podido
Obrar, porque si acaso algun bien obras,
Nuevo á males cien mil esfuerzo cobras.

Quiero pues acabar, aunque en profundo
Piélago estoy de tus miserias tantas,
Que sin sentillo ya me anego y hundo.
¡Qué de cosas diria, cuáles y cuántas!
No se hable mas deste animal inmundo.
¡Oh vulgo miserable! ¿á quién no espantas?
Quédate en tu miseria y desventura,
Deshonra, confusion, pena y locura.

Quédate á escuras pues, oh vulgo malo,
Durmiendo en los regazos de la muerte;
Que aunque hora mi dolor contigo exhalo,
Presto no habrá nombrarte y menos verte.
¿Si hablado habré con una estatua ó palo?
Toda vez no es posible que se acierte,
Pues sus, libre poder doyte y licencia,
Vulgo, que hables de mi mal en ausencia.

Que si en presencia, vulgo, lo dijeses,
No sé si sufrimiento tal tendria
(Porque otra vez en tal no te metieses),
Aunque el sufrirlo, en fin, mejor seria;
Pero bien creo, si á tal tú te pusieses,
Que al suelo yo mi pluma arrojaria,
Y volverme hia cual tú luego al momento,
Porque dicen que un loco hace otros ciento.

Hago en esto pues fin, oh vulgo, y queda
Contento con tu ser, vive y reposa
Con largo sueño, come, bebe y leda
Pasa tu vida inútil perezosa;
Duerme mientras del tiempo ande la rueda
De tu breve vivir tan presurosa;
Y en fin, pára en un fin tan miserable
Como tu vida es torpe y detestable.

DE PEDRO FERRER Á COSME DE ALDANA, SOBRE UN JUICIO QUE HIZO DE TRES DAMAS, JUZGANDO Á LA UNA POR MAS HERMOSA.

A tí, que de aquel Héctor tan temido
Por mas de una razon te llamo hermano;
A tí, que un caso tal ha sucedido
Como aquel que juzgó Páris troyano;
A tí, divino héroe, va dirigido
Mi verso mal compuesto, inculto y vano;
Vano, porque en mi estilo lo confundo;
Que en cuanto á la sentencia es bien profundo.

De Silva, en cuya selva y verde prado
En cualquier tiempo hay dulce primavera,
Y adonde á recrear se habian juntado
Tres ninfas que enriquecen mas nuestra era,
Supe el decreto y parecer que has dado,
Juzgando, lo que á muchos confundiera,
Que entre damas no hay cosa mas odiosa
Que alguna celebrar por mas hermosa.

Porque es blason que todas la pretenden,
Teniendo á la verdad por enemiga,
Y si bien la conocen y la entienden,
No pueden consentir que se les diga;
Temo que sea furor de que se encienden,
O mucha vanidad que las persiga;
Otros dicen especie de locura,
Causada por defeto de natura.

En cinco lustros de mi ciega vida
(Que no sé si á mí mismo me lo crea),
No tengo la primera conocida,
Que de estas pretensiones libre sea;
Y si alguna se muestra comedida,
Diciendo yo soy vieja ó yo soy fea,
Es por dar ocasion, velas y remos
Porque en su vano humor nos engolfemos.

Bien creo me dirás que, pues contenta
Quedó la que por Vénus señalaste,
Que de Juno y de Pálas no haces cuenta,
Por do sin mas temor las condenaste.
No dudo que en el mundo alguno sienta
Que en tal resolucion no te engañaste,
Pues nadie á opinion tal ha de inclinarse,
Mas antes por buen término apartarse.

Podria ser me preguntes en qué guisa
Pudieras excusar ese desgusto;
Pidiérasle. Señor, como por risa
Lo que Páris pidió que era mas justo.
Bien sé que ellas no hicieran tal devisa,
Pues es la honestidad su mayor gusto,
Y queriéndolo hacer por desafío,
Aquí fuera el juzgar, Aldana mio.

Tambien alegarás que, pues dijiste
Tan pública verdad, no hay que culparte,
Y que así como tú te resolviste,
Tambien se resolviera Apolo y Marte;
No lo quiero negar, pues tú lo hiciste,
Pero yo me acordara en esta parte,
Que á veces la verdad dicha entre amigos
Los suele hacer mortales enemigos.

Cuanto mas que volviendo hoja por hoja
El voto y la pasion con que lo entiendes,
Podria quizá dudar si se te antoja,
Si así puedo decir lo que defiendes;
Pero ¡ay, que ya parece que se enoja
La bella ninfa que ensalzar pretendes!
Mas no suspenderán estas señales
La defension de dos hermanas tales.

No quiero mas que á Vénus sublimarlas,
Que al fin seria argüir con falsa tema,
Ni quiero consentir menospreciarlas,
Juzgando á quien tú juzgas por suprema;
Y así, lo que pretendo es igualallas,
Pues su belleza y gracia es tan extrema,
Que puede ser cualquiera mi homicida,
Y darme despues Ana nueva vida.

Y pues que mi opinion es tan potente,
Que casi con callar está probada,
Revoca tú la tuya, diferente
De la mia, justamente pronunciada;
Y mide tu conciencia justamente,
Que, despues de medida y bien juzgada,
Verás que hay tanto de mirar, Aldana,
Que mucho fué atreverte á decir Ana.

¡Ay Dios! y ¡quién presente allí se hallara
Cuando soltó tu voz la cruel sentencia!
Que tanto por mis diosas alegara,
Gozando aquel favor de su presencia,
Que si mucha pasion no lo estorbara,
Partieras por igual la diferencia;
Mas no lo permitió mi suerte dura,
Porque era para mí mucha ventura.

En esto solamente corto fuiste
(Quizá lo causó amor, que en fin es ciego),
Y fué que á la discordia no pediste
La poma que debieras dalle luego;
Mas dale en su lugar este mi triste
Corazon, que por ella está en el fuego,
Que, por mas que lo abrasa y que lo hiere,
Tomallo de mi mano nunca quiere.

Y si viendo que es mio lo desecha,
Dile que digo yo que agora es suyo,
Mas temo que este aviso no aprovecha,
Que tú le ofrecerás primero el tuyo;
Pero pues mi amistad es tan estrecha,
Y ves cómo por ella me destruyo,
Ofrécele los dos para que escoja,
Si acaso con entrambos no se enoja.

Mas ¡ay! que ya resuena en mis oidos
La vengativa voz de tu respuesta,
Siento tambien mis versos confundidos
Con la razon que aquí ternás tan presta..
Pensarás que he perdido los sentidos,
Y al fin dirás: «¿Qué ceguedad es esta,
Que quiera yo ofender tan sin medida
Aquella en cuya mano está mi vida?»

Mi sentencia. Señor, no es tan injusta,
Que esta ninfa la tenga por odiosa;
Y pues le doy su parte igual y justa,
No temo que estará de mí quejosa,
Ni tampoco creeré que se desgusta,
Pues siendo tan discreta como hermosa,
No se puede imprimir en su memoria
Esta ciega pasion de vanagloria.

Y tú, oh ninfa cruel, ingrata dama,
Si contra mí te queda algun indicio,
Haz prueba de mi amor y ardiente llama
En hazaña que cumpla á tu servicio;
Y así verás el que te adora y ama
Haciendo de la vida un sacrificio,
La cual aquí te ofrezco tan de veras,
Que por tí la porné siempre que quieras.

RESPUESTA DE COSME DE ALDANA Á PEDRO FERRER.

Bien parece, oh Ferrer, que traes de hierro
Vestida el alma y de diamante el pecho;
Pues afirmando dices ser gran yerro
El tan justo juicio por mi hecho.
La razon y verdad de mi destierro,
Si el claro parecer que me has deshecho
No sea tal, que confirmen mil razones,
Que puedan confundir tus opiniones.

Resuena en mis oidos dulcemente
El grato son de versos que has cantado,
Aunque te muestras vario y diferente
Del mas justo juicio que yo he dado;
Cuando mi hado en el lugar presente
Las tres ninfas en uno habia juntado,
Adó forzado fuí decilles cuanto
De su beldad noté, que agora canto.

Digo y torno á decir que, pues los ojos
Descubren la verdad de hermosura,
Pues son los que nos roban los despojos
De las almas con gusto y con dulzura,
Yo, que ciego no soy ni traigo antojos
De engaño y de pasion, con libre y pura
Voz dije y lo diré, ni es cosa vana,
Que de las tres la mas hermosa es Ana.

Ana gentil, en quien la gracia cabe
Que á pocas concedió tan largo el cielo,
De podella alabar nadie se alabe
Como merece en este bajo suelo;
Y si otra cosa siento, en mí se acabe
Lo que dé movimiento al mortal velo,
Tanto, que pienso, afirmo y no lo niego,
Que está Ferrer del todo en esto ciego.

Mas falto aquel juicio ser pudiera
Que dió de las tres diosas el troyano,
Que en él algun engaño haber pudiera
Por la madre de Amor, fiero tirano,
Pero el que tiene vista verdadera,
Sin que el alma le ocupe el niño vano,
Lo que descubre y ve luego declara,
Y mas si lo que entiende es cosa clara.

Y que sea mi opinion cierta y notoria,
Ved si luego propuse allí á la hora
Dar á quien merecia la justa gloria,
Pues de todas merece ser señora;
Si interpusiera tiempo ó larga historia,
Hiciera como vos haceis agora,
Pudiérase entender cuanto decia
Ser de ciega pasion que me movia.

Así como entre estrellas puede verse
El sol, dellas mas claro y mas luciente,
Así puede entre damas conocerse
Ana, en beldad mas rara y excelente;
No puede su beldad encarecerse
Por ser tan sobrehumana y eminente,
Ni podrá alguna al fin mas celebralla
Del que la mira y se enmudece y calla.

Ni deben las demás ninfas turbarse
Si expliqué lo mas cierto en tal manera,
Pues debe tanto la verdad preciarse,
Que se diga con voz libre y entera;
Pues que á tí, oh Ana, igual no puede hallarse
En esta baja, humana y triste esfera
Del menor mundo, aunque mas busque ó vea,
Cuanto ver y buscar hombre desea.

Fácil cosa es juzgar lo que se vee
Con ojos claros, y en verdad muy cierta,
Si el hombre entendimiento en sí posee
Que la verdad le muestre descubierta;
Quien de sus mismos ojos no se cree,
¿Cual cosa le será clara y abierta,
Si no es la del tocar? y esta se entiende
Que en balde labrará quien la pretende.

Y aunque Silva, el amigo y compañero,
Quiso tambien decir, á mal mi grado,
Que mi juicio libre y verdadero
Por alguna razon fué apasionado,
Yo por tal repugnancia, Ana, no quiero
(Tu beldad excediendo en tanto grado)
Usar de adulacion, pues sola quiero
La verdad por testigo alto y sincero.

Y si las dos son tales, que cualquiera
Voluntad se les rinde y enamora,
Tened por cosa cierta y verdadera
Que Ana las vence, á quien amor adora;
Mas vos, como quien pago y premio espera,
De cuantas veis dais el juicio agora,
Sin aclarar quién mas hermosa sea,
Ferrer, y el adular es cosa fea.

Yo no quiero adular, dadme licencia
Que lo torne á decir, pues es tan cierto,
Que de la hermosura la excelencia
Goza la que me tiene en vida muerto.
¿Pensais que yo no viva en la dolencia
Cual vos de amor? Mas si en juzgar acierto,
Es que no á tantas y no tanto quiero
Cual vos, aunque, cual vos, por Ana muero.

Muero por Ana. ¡Ay! ved qué varia suerte,
Que si muero cual vos, no cual vos hago,
Que á todas igualais; yo, porque acierte,
Á la mas bella doy su justo pago;

Oh modo de adular extraño y fuerte,
Por quien en mil tristezas me deshago,
Pues la ventaja puesta en una parte
En tres tan desiguales se reparte.

Es Ana la mitad del sobrenombre
De Aldana, ¿y no quereis que la defienda?
Imposible será que yo me asombre
De publicar verdad que tanto entienda,
Pues mas querria privarme del ser de hombre,
De que con sello á la verdad ofenda;
Dice pues, oh Ana, aquí tu triste Aldana
Que el decir que hay mejor es cosa vana.

Ana inmortal, no fies de quien no canta
En tu justo favor lo que es tan claro,
Pues tu sola beldad al mundo espanta,
Y el subido juicio único y raro;
Que do hay amor, adulacion no hay tanta,
Que amor en sus efetos no es avaro,
Antes de cierto afirmo que no te ama
Quien como á diosa no te invoca y llama.

Y no creas á Ferrer, que en esto yerra,
Siguiendo de su nombre el propio efeto,
Y si otra cosa allá en su pecho encierra,
En no aclararlo aquí muestra el defeto;
Que negar no se debe acá en la tierra
Cosa tan rara por humano afecto;
Dice mil veces la verdad Aldana,
Que de las tres la mas hermosa es Ana.

RESPUESTA DE PEDRO FERRER Á COSME DE ALDANA, ARREPINTIÉNDOSE DE LO DICHO.

Estando con mi musa retirado
Para darte respuesta, Aldana mio,
De tanta confusion me vi cercado,
Que estuve para hacer un desvarío;
Cuando un fiero temor apresurado
Cubrió mi rostro de un sudor tan frio,
Y me turbó el espíritu de suerte,
Que en mí pensé sobrevenir la muerte.

Sentíme luego asir del brazo izquierdo,
Y tan alto subir, que es desatino
Pensar aquí explicallo, porque pierdo
Cuanto puedo perder si lo imagino;
Ni vi quien me llevaba ni me acuerdo
Cosas varias que viese en el camino;
Basta que en un momento desde el suelo
Subido me hallé en el cuarto cielo.

No quiero detenerme en este canto,
Narrando la grandeza de aquel polo,
Que si despues te diere gusto tanto,
Lugar no faltará de solo á solo.
Aquí quiero cantar, no sin espanto,
Lo que pasé con el dorado Apolo
Y diosas que la poma competian,
Que con Páris juntado allí se habian.

Pues como en tal presencia hube llegado,
Quedé sin habla y sin ningun sentido,
Quíseme arrodillar, mas fuí forzado
Caer, del gran espanto amortecido;
Pero de Vénus luego fuí llamado,
Y así volví en el ser que habia perdido,
Y con airado rostro y voz muy fiera
Me comenzó á hablar desta manera:

«Oh mozo desleal, inicuo, injusto,
¿Cómo podrá tu musa torpe, insana,
Contradecir al parecer tan justo
Del ínclito juez, Cosme de Aldana?
Tú no puedes tener perfeto gusto
Si quieres igualar á la bella Ana,
No digo allá en la tierra á las hermosas,
Mas en mi asiento á las celestes diosas.

»Empieza á discurrir por sus cabellos,
Verás que á los de Febo son iguales;
Mira su frente y sus dos ojos bellos
Cubiertos de dos arcos celestiales;
Han rendido á mi hijo, y él con ellos
Mueve guerra de amor á los mortales;
Mira sus cejas, mira su desgaire,
Mira su dulce risa y su donaire.

»En su boca verás el desatino,
Y el yerro de tus versos mal mirados;
Mira sus dientes de alabastro fino,
Mira si están con órden asentados;
Mira sus dulces labios, que contino
Parece que los veo ensangrentados;
Mira su linda cara y su blancura.
Que parece á la nieve intacta y pura.

»Mira en su rostro aquel lunar gracioso,
Que estimar no se puede su riqueza,
Y su nevado pecho tan hermoso,
Y de su blanca mano la belleza;
Mira su honestidad y su reposo,
Su gracia singular y gentileza,
Su gala y discrecion maravillosa,
Que lo menos que tiene es ser hermosa.»

Tanto mas largo su discurso fuera,
Segun el gran furor que la encendia,
Si el rubio Apolo no la interrompiera
Con el mando y poder que allí tenia;
Y de esta ninfa, mas que tigre fiera,
Sacó un retrato al vivo que tenia,
Diciéndole que en él y sin cansarse
Su evidente razon podia mostrarse.

Y á mí volvió su vista temerosa,
Diciéndome: «Sabrás que tu venida
Ha sido porque entiendas cuán odiosa
Nos fué tu musa loca y atrevida;
Queriendo dar igual á quien, de hermosa,
Está sobre las diosas preferida,
Conforme á la sentencia tan prudente
Que ha pronunciado Aldana nuevamente.

»Que cuando la discordia movió duda
Para las tres que sabes en el suelo,
Otra movió mas alta y mas aguda
Para con Vénus y Ana acá en mi cielo.
Y saliendo la diosa aquí desnuda,
No sin trabajo y tímido recelo,
Páris acá, y allá en el suelo Aldana,
Todos juzgaron ser la poma de Ana.

»Y es nuestra voluntad que tú la lleves
A quien con tanta gloria la ha ganado,
Y que allí de rodillas, como debes,
Le pidas en perdon de tu pecado,
Y si partirte della acaso atreves
Sin que con mucho amor te le haya dado,
O si la ofendes mas de lo ofendido,
Te juro que te pese haber nacido.»

La poma me dió apenas, cuando fuera
Me vi de aquel asiento soberano,
Y sin saber con quién ó en qué manera,
He vuelto á mi lugar bajo y humano;
Y lo que mas me admira y desespera,
Es que mi corazon me hallo en la mano,
Que en él sin entender adónde ó cómo,
Se ha transformado aquel dorado pomo.

Y en esta triste forma convertido,
Lo has de tomar, Señora, á quien exclamo
Que, pues me ves del todo arrepentido
Y que misericordia á voces llamo,
Me otorgues el perdon que aquí te pido
Con lágrimas amargas que derramo;
O si no, dame por final sentencia
Que de rodillas muera en tu presencia.

Y tú, dichoso Aldana, á quien natura
Dotó de tan divino entendimiento,
Mucho debes, Señor, á tu ventura
Y á la discordia mas de ciento en ciento;
Pues te dieron lugar y coyuntura
Para mostrar tu verdadero intento,
Y que eres de verdad tan libre amigo,
Que siempre serás della buen testigo.

Y pues tu voto doy por tan perfeto,
Suplícote perdones mi porfía,
Y no digas que á todas me sujeto;
Que si por lo pasado así lo hacia,
Era para saber con cierto efeto
Lo mas hermoso que en el mundo habia;
Mas ya no tengo que buscar, oh Aldana,
Pues la ventura me topó con Ana.

RESPUESTA DE COSME DE ALDANA.

Gracias te doy, Amor, dios alto y solo,
Gracias al cielo, al mundo, á la natura;
Gracias á tí, mi rubio y sacro Apolo,
Pues mudaste opinion tan falsa y dura,
Si en cuanto mira el sol y alcanza Eolo
Solo puede admirar la hermosura
De Ana gentil. Ferrer, gran yerro hecistes
Cuando igualar con ella otra quesistes.

La verdad, que es de Dios hija querida,
Que de su ser emana y nos procede,
Largos tiempos estar en sí escondida,
Por mas que el falso error haga, no puede;
Pues su fuerza es tan alta y tan cumplida,
Y su ser todo ser pasa y excede,
De mundo, tiempo, gente y de fortuna,
Con cuanto está debajo de la luna;

La cual, rica de sí, contino infunde
Luz divina, inmortal, amada y pura,
Y si en sí el mortal peso la confunde,
Por la tal confusion le da amargura,
Della causada no, mas cual difunde
Al que padece ardiente calentura,
De miel dorada el gusto, que amargando,
Siendo ella dulce, acibar le va dando.

Esta pues, oh Ferrer, inmortal diosa,
Que tanto vale en noble y tierno pecho,
Hizo dejaros la opinion odiosa,
Revocando un juicio tan mal hecho;
Torna en ser la verdad de cualquier cosa,
Aunque nos turbe la pasion el pecho;
Y así, poco tardó que no hiciese
Su efeto en vos, por mas que duro fuese.

Antes os dió el subir con presto vuelo
A la de Apolo eterna y clara lumbre,
Y á ver á las tres diosas en el cielo,
No obstante la terrena pesadumbre.
Mas yo, que ando ratero acá en el suelo,
Ni de subir tan alto he por costumbre,
¿Cómo entendí, oh Ferrer, en un momento
Tanto de ella sin ver el alto asiento?

Pero, como entrañable y verdadera
Obra es de Dios, la cual siempre reside
De todo en la mitad, como en su esfera
Centro, que acá y allá líneas despide,
Me descubrió su luz clara y entera,
Pues cualquier cosa á la verdad se mide,
Y á vos, que la pasion ciego hecho habia,
No descubrió la luz que en sí tenia.

¡Oh del eterno Dios hija entrañable,
Virgen hermosa, noble, alta y discreta,
Doncella santa, fuerte, incontrastable,
De antigua juventud, clara y secreta;
Gracias te doy, gran diosa, incomutable,
Pues subiste, Ferrer, al gran planeta,
Y doyte esta alma, oh venturoso oficio,
En víctima, holocausto y sacrificio.

Así debe tambien, cualquier que sea,
A la pura verdad siempre ofrecerse;
El que la ignora al que la entiende crea,
Que sin creer, creed que no hay saberse,
De la verdad, de ser hermosa ó fea,
A la ciega pasion no ha de creerse,
Mas sola á la verdad, por quien se muestra
Ser Ana perficion de la edad nuestra.

Cuando la gran verdad de su belleza
Por la ciega pasion no hubo aclararos,
Pudo por sí ella misma con presteza
En el cielo solar representaros,
Y ante las diosas tres con tal destreza
Quiso esta mayor diosa allí mostraros
Por evidente, clara y cierta prueba,
Que Ana es por quien su luz Febo renueva.

Y aunque vistes Apolo y las tres diosas,
No vistes la inmortal reina que digo,
Porque vive secreta entre las cosas,
Y ella de sí por sí sola es testigo;
Cuyas sublimes obras milagrosas
Se muestran solo al de verdad amigo,
Sin pasion y por otros se declara,
Ni de sí misma es á sí misma avara.

Mas ¡ay, quién ver pudiese aquesta eterna
Obradora inmortal de la natura!
Veria quien todo el ser rige y gobierna,
Del bajo centro á la mayor altura;
Mas no mezclemos la verdad superna
Con la de acá tan vil, baja y oscura,
Que, aunque esta della viene y della sale,
No hay término ó igualdad que se le iguale.

Así, torno á decir que esta ha causado
Con su luz inmortal el dar sentencia
Contraria á la primera que habeis dado
Con tan horrible y súbita violencia;
Mas ¿cómo á la verdad habeis tornado
Que la luz os mostró de su presencia,
Mas admirada allá del rubio Apolo
Que de nuestro entender injusto y solo?

Gozad ver descubierto el claro engaño,
Gozáos, que la verdad tan prestamente,
Sin término pasar de mes ó de año,
Hizo nacer en vos esa simiente
De sí, que la creyésedes sin daño,
Pues grave error el alma en sí consiente,
Que deja entrar pasion allá en su nido,
Por do en falsa opinion quede metido.

Alégrese tambien la inmortal Ana,
Que queda su verdad tan descubierta
De aquella hermosura soberana,
Por do mi pluma al escrebir no acierta,
Que ante sus piés se humilla, y hecha Aldana,
Cuya alma en vivo amor por ella es muerta,
Y junto con Ferrer, que enmienda el hecho,
Dámosle abierto el corazon y el pecho:

Ni ya pueda en Ferrer la tan odiosa
Rabia inmortal de amor y sus enojos,
Pues consagrar se debe á una tal diosa
El alma, el corazon y sus despojos;
Y siendo su beldad maravillosa
Mas que vieron jamás humanos ojos,
Ferrer querer no debe que no quiera,
Que si muere de amor, de amor no muera.

Y tú, Silva inmortal, que estás mirando
Con nuestro contender la verdad clara,
Venga tu excelsa musa acompañando
La nuestra en alabar cosa tan rara;
Tú, discordia, no estés mas contrastando
Lo que cierta verdad muestra, y aclara
De la beldad de nuestra inmortal Ana,
Que no merece aquí nombrar Aldana.

DE PEDRO FERRER, EN DO PROPONE OTRA DUDA.

Llevóme ayer mi suerte, acaso errando,
Por un campo que sangre en él llovia,
Do estaban cuatro ninfas porfiando
Cuál mas fiera y cruel se llamaria;
Lleguéme cerca dellas, deseando
Saber en qué paraba la porfía,
Cuando la mas osada, en rabia ardiendo,
Propuso su razon, así diciendo:

«Yo soy Tullia cruel, endurecida,
Hija del rey Tarquino, y fuí tan dura,
Que, viéndole en el suelo sin la vida,
No solo le negué la sepoltura,
Mas con mi carro en su mayor corrida
Pasé sobre su rostro y su figura,
No obstante que el caballo mostró cierto
Piedad de su señor, viéndole muerto.»

Y la segunda, que tambien desea
Llevar de crueldad el nombre y gloria,
Para que su derecho allí se vea,
En breve declaró su cruda historia,
Y dice con furor: «Yo soy Medea,
Cuya fiereza al mundo es mas notoria,
Pues con mis propias manos y estos brazos
Mis hijos y un hermano hice pedazos.»

La tercera, que en ira y saña ardia,
Dice : «Progne soy yo, que injustamente
Maté un tan solo hijo que tenia,
En obras y en edad niño inocente ;
El enojo y pesar que otro me hacia
Vengarlo quise en él muy crudamente,
Y por pasto le dí, como á enemigo,
A aquel que le engendró junto conmigo.»

La cuarta, que diré cómo se llama
En los postreros versos, si no yerra
Mi pluma, dijo : «Soy tan fiera dama,
Y tanta crueldad en mí se encierra,
Que á quien me sigue, sirve, adora y ama,
Doy contino pesar, contina guerra,
Hasta causarle muerte cruda y fiera,
Y he muerto á mas de mil desta manera.»

Y porque no vi el fin de esta contienda,
Que forzado me fué partirme luego,
Querria saber cuál destas comprehenda
Mayor fiereza y mas ardiente fuego.
A nadie, como á vos, que tanto entienda,
Podré llegar; y ansí, Señor, os ruego
Explicar y llorar querais conmigo
Esta duda tan fiera que aquí digo.

RESPUESTA DE COSME DE ALDANA, EN DECISION DE LA DUDA PROPUESTA.

Pésame ser juez, Ferrer amado,
De dudas tales, pues verdad diciendo,
Como otra vez, al fin seré forzado
Lo mas cierto aclarar de lo que entiendo;
En otros versos ya me habeis notado
Cuánto con mi juzgar alguno ofendo,
Mas, pues quereis así, vamos á malas,
Que no es mas negro el cuervo que sus alas.

Como precede en grado de excelencia
La inmortal alma á su terrestre velo,
Que no puede vivir sin su presencia,
Ni gozar algun bien del bajo suelo;
Así como es mas noble en su existencia
Del vil y oscuro centro el alto cielo,
Así es mayor del alma ó el bien ó el daño
Que del cuerpo, aunque sea cruel y extraño.

La hija de Tarquinio rigurosa,
Con la injusta, cruel, fiera Medea;
Progne, de su venganza deseosa,
Y la que mas ingrata al mundo sea,
No puede ser mas dura y mas rabiosa,
Por mas rabia y furor que en sí posea,
De la que á un puro amor su premio niega;
Mujer fiera, infernal, maldita y ciega.

De las tres la crueldad no fué en el alma,
Mas en los cuerpos, y estas se movieron
Por alguna pasion, no quien la palma
Tiene de ingrata sobre cuantas fueron.
¿No merecen, decid, regalo y calma
Los que su gloria, amor y fe pusieron
En seguir y adorar fiera enemiga,
Y que ella los tormente y los persiga?

Y si quien ama, á ser tan mal pagado
Viene de amor con crueldad crecida,
Habiendo el alma y corazon ya dado,
Y la que adora y ama es su homicida,
¿No diréis este ser mas lastimado
De cualquiera que así perdió la vida?
No diréis esta ser mas fiera suerte
De muerte que no sea la misma muerte?

Si quien muere una vez, muere en muriendo,
Y el que ama, con vivir, mil otras muere,
La del enigma ser mas fiera entiendo,
Que de vida privar al alma quiere.
No sé quién pueda ser, mas si la ofendo,
Perdone, que verdad siempre prefiere
Mi musa á todo en cuanto escribo y digo.
Este es mi parecer, Ferrer amigo.

DE COSME DE ALDANA, AL MISMO.

Dime, oh Ferrer, ¿cuál nueva y dura suerte,
Cuál destino cruel, cuál triste hado
Hacen que nunca pueda alegre verte,
Sino con mal, recelo, ansia y cuidado?
¿Por qué quieres, Ferrer, de mí esconderte,
Y encubrir el lloroso y duro estado
De vida en que te hallas, pues no puede
Secreto estar dolor que tanto excede?

Si verdadero amor en ñudo estrecho
Me tiene de amistad contigo unido,
Abre, oh Ferrer, al dulce amigo el pecho,
No tengas tanto mal en tí escondido;
Si en contino dolor has ya deshecho
Tu vida, corazon, alma y sentido,
¿Por qué no buscas, dime, algun consuelo,
Pues un amigo tal te ha dado el cielo?

¿Sabes cuánto conviene á un caro amigo
Cual yo mostrar abierta el alma y vida,
Que lloraré contigo, y tú comigo,
El comun daño y la comun herida?
¿Qué mas podrias hacer con tu enemigo,
Que tenerle tal ansia así escondida,
Y por no descubrir tu daño y pena,
Hacer tu vida de mil males llena?

¿No sabes lo que importa un buen aviso
De un verdadero amigo, y cómo hace
De un puro infierno el pecho un paraiso,
Con que á todo dolor se satisface?
Y pues te soy cual fué á su hermano Niso,
Dime ya, ¿por qué tanto te desplace
El secreto mostrar de tu gran daño,
Si en la cierta amistad no cabe engaño?

Que yo veré el remedio que se pueda
Dar conforme al dolor y su viveza,
Primero que tu mal en tanto exceda,
Que te venga á matar con su fiereza.
¿Quién decirme, oh Ferrer, tu mal te veda,
Si hay de tanta amistad firme pureza
Entre los dos, si es tal cual ser solia
Comigo tu amistad, y á tí la mia?

Ruégote pues, si he merecido el nombre
De amigo verdadero en parte alguna,
Que recelo ó temor jamás te asombre
Para encubrirme tu cruel fortuna;
Que yo seré quizá despues el hombre
Que excuse el grave mal que te importuna,
O con remedio ó con alivio ó muerte;
Comun será y de entrambos una suerte.

RESPUESTA DE PEDRO FERRER.

Las tristes ansias de mi dulce muerte,
Que mi terrestre velo afligen tanto,
Nacen, oh Cosme, de un dolor tan fuerte,
De tal angustia y áspero quebranto,
Que no permite mi contraria suerte
Que las pueda explicar sin grave llanto,
Y aunque querria callarlas por agora,
Me dice tu amistad: «Escribe y llora.»

Y si me dan lugar tanto que baste
Las lágrimas amargas destos ojos,
Diré, porque en tus versos lo mandaste,
La pérdida cruel de mis despojos;
Con que de tiempo un punto no se gaste
Para buscar remedio á mis enojos,
Aunque es tan grave dellos la herida,
Que ha de curarse con perder la vida.

La ninfa que en las cuevas sin abrigo
Responde con sus últimos acentos,
Cuando tu sobrenombre á veces digo,
Suele en algo aliviar mis descontentos;
Pues todo junto es de un leal amigo,
Y la mitad quien causa mis tormentos,
Yo el medio con amor llamo primero,
Y ella responde el otro por quien muero.

Amor, que sin por qué siempre me injuria,
En un pequeño carro me ha ligado,
Es pequeño en el nombre, aunque su furia
No tiene furia igual en lo criado;
Tras él me lleva con espresa injuria
Los dias y las noches arrastrado,
Y si me quejo, mas se enciende en ira,
Diciendo que yo voy, que él no me tira.

Y si presumo un paso retirarme,
Creyendo ser verdad que él no me lleva,
Con doblado furor siento llevarme,
Y todo el mal pasado en mí renueva;
Aquí veréis cómo podré escaparme,
Haciendo amor en mí tan dura prueba;
Sola muerte podrá sacarme de esto,
Y dichoso seré si viene presto.

Y porque tu amistad tanto me obliga,
Mi pena y mi dolor te he descubierto,
Con el nombre tambien de mi enemiga,
Mas no me dés remedio, pues soy muerto;
Y cuando me dirás que no la siga,
Será tu predicar como en desierto,
Pues no lo puedo hacer aunque quisiese,
Ni tampoco lo quiero, aunque pudiese.

COSME DE ALDANA Á PEDRO FERRER.

¿Cuánto errado he, oh Ferrer triste, hasta
Que por no entristecerte he consentido
Llagarse el alma, ir contra el bien que adora,
Siguiendo tras la carne y su sentido?
Mas ya que puede en un momento y hora
En vida verse el hombre arrepentido
Por la gracia de Dios, diré ora cuanto
Se me ha ofrecido en doloroso llanto.

Digo que hice mal y ofensa cuando,
Respondiendo á tus versos, dejé irme
De la buena intencion luego alejando,
Que no andaba ya en mí tan fija y firme;
Pues por no parecer que retirando
Me iba por bueno ser, quise partirme
De la pura verdad, y dar respuestas
A tus enfadosísimas recuestas.

Ya vuelvo el paso atrás, ya me desvio;
Lo que quisieres di, y el mundo diga,
Pues me dió á conocer el error mio
Dios, porque no le abrace y no le siga,
Y de mis ojos forme amargo rio,
Para que yo mi culpa en mí persiga,
Pues dejado el amor divino y santo,
La hermosura alabé de un carnal manto.

¿Dices de estar atado ¡ay triste suerte!
En un pequeño carro? ¡Oh! Dios no quiera
De que en culpa mortal, de infierno y muerte
Digna, atado te veas, mas libre y fuera;
Tú me hiciste caer con ver caerte,
Pues que no dí respuesta horrible y fiera
A tu vano escrebir, cuando queria
Mitigar tu pasion con culpa mia.

Deja, oh Ferrer, ay triste, esos amores,
Que son de un corporal terrestre velo;
Deja esa vanidad y esos errores,
Sube, sube tu vista al claro cielo;
De divinos, suavísimos ardores,
De un casto, puro, santo y vivo celo
Hinche á tu alma, y pon á Dios en ella,
Como á su eterno sol y fija estrella.

Busca de encaminarte adó no puedas
Por jamás resbalar libre y dichoso,
Mas tanto bien tú triste en tí lo vedas,
Siguiendo un vano amor tan sin reposo;
Mira cuán velozmente andan las ruedas
Del tiempo, y cómo á un fin tan temeroso
Muy presto llegarás, sin saber cuándo,
¿Y de espacio, oh Ferrer, tú estás holgando?

Holgarme hia que te holgases cuando fuese
Con la divina y la perfeta holganza,
Pues que todo placer, todo interese
De acá gusto perfeto en sí no alcanza.
No dió el mundo placer que Dios no diese
Mucho mayor, pues todo es semejanza
Este bien, que es tan vil, breve y terreno,
De aquel supremo bien que solo es bueno.

No digo allá do en la perpétua silla
Está el eterno Rey de las alturas
Con alta y ponderada maravilla
De todas sus celestes criaturas;
Pero acá, do jamás dulce y sencilla
Hora de bien se vió, del que en honduras
De mil miserias va, y adó el contento
Es turbado y tan lleno de tormento.

¿Qué contento dar puede una hermosura
Mortal, que se deshace en breve hora
Y por pequeño mal se desfigura,
Que ya florece y se marchita agora?
Ea ya, sube tu alma á mas altura,
Súbela al sumo bien que la enamora
De otro amor, de otro gusto y de otra gloria
Que no dé el mundo y su brutal escoria.

Si quieres, oh Ferrer, el alegría
Gozar que pueda ser, ver ó entenderse,
Con un gozoso y sempiterno dia,
Sin cuidado, dolor, vicio ó interese,
Sube tu corazon do estar querria,
Sube do no hay subir mas ni quererse,
Deja la escoria vil, el barro y cieno,
Que te estorba este dia claro y sereno.

Prueba un poco el placer que Dios dar suele
A quien su amor en él ha colocado,
Y que tan solo el ofenderle duele,
Ofender aquel bien santo y sagrado.
Haz que tu alma, oh triste, se desvele
En amar este amor, por ser amado
Dél, para dél gozar y en él firmarse,
Que es el autor de la natura y arte.

Y así podrás llegar do el sentimiento
No llega humano, el triste, por sí mismo;
Podrá gozar en Dios tu entendimiento
Su inmensa luz, sin cuenta y sin guarismo.
Allí estarás en tan dichoso asiento,
Puesto de gloria en un profundo abismo,
Que no podrás querer, por mas que quieras,
Tan altas alegrías ó tan enteras.

Deja al carro pequeño, al Ana, y deja
No solo á ella, mas á tí, del todo,
Porque á romperse venga esa madeja,
Y que puedas salir del torpe lodo.
Se irá luego el dolor, la pena y queja
Que te afligian sin término y sin modo,
Y te verás tan lleno de placeres,
Que casi dudarás si eres quien eres.

Toma este mi consejo amigo y sano,
Ensancha el corazon y hácele fuerza,
Contrasta al bajo amor, carnal y vano,
Que inclinarte á la tierra así te fuerza;
Mas merece el Señor, que es soberano,
Que hagas por él, mientras su amor te esfuerza
Para emendar lo mal que al mundo obraste,
Por el tan grande amor que en él hallaste.

Y porque el tiempo instantemente vuela,
Toma en la misma hora el alto asunto;
Pues en tu daño el adversario vela,
Convierte el alma á Dios en este punto;
De que ¡ay triste! oh Ferrer, ella recela,
Viendo en Dios todo bien y gloria junto,
Como en su propio fin, su norma y causa,
Que eterna quietud y holganza causa.

Si miras bien en Dios, siempre contento
Hallarás, pues no hay causa de desgusto
En un supremo bien, vuelve tu intento
Al amar, al que amar mas será justo,
Y no me escribas mas con sentimiento
Carnal, si no pretendes mi desgusto;
Porque jamás habrás respuesta mia
Desde este punto hasta el postrero dia.

OCTAVAS DE COSME DE ALDANA, EN ALABANZA DE UN CABALLERO VALENCIANO, DICHO FADRIQUE FURIO CERIOL, GENTILHOMBRE DE LA CASA DE SU MAJESTAD CATÓLICA, ETC.

Decir quiero el valor mas soberano,
El mas raro saber, dotrina y arte
De cuantas haya visto el ser humano
Acá y allá del mundo en toda parte,
De un heróico varon, en quien no en vano
El cielo su tesoro y luz reparte,
Pues comunica al mundo alta memoria
De supremo valor, virtud y gloria.

No entiendo yo formar largo poema;
Que, segun su virtud, serlo debria,
Por dar á un tal valor clara diadema,
Pues tan alta no va la musa mia;
Mas su saber y su virtud extrema,
Su bondad, su humildad y cortesía
Pintar quiero, aunque sea muy brevemente,
Pues callar tanto bien no se consiente.

Pero porque tratar bien no se puede
De alguno que primero no se entienda
Quién sea, porque sabido en tanto quede
Lo demas que en razon de esto se extienda,
No será bien que el nombre aquí se vede
Propio poner, porque se comprehenda
Cuanto diré del claro y divino hombre,
Cuyo valor nos muestra el mismo nombre.

Fadrique Ceriol Furio es llamado
El héroe inmortal, claro y divino
Que, como en otros versos ya he cantado,
Le dió un tal nombre su cortés destino
Para dejarnos dicho y avisado
Que una tal propiedad bien le convino
De un cirio lucidísimo que alumbre,
Pues el dar luz de sí tiene en costumbre.

Y porque la virtud puesta en el medio
Por los sábios estar se afirma y cuenta,
Ceriol puse en medio, el cual es medio
Para dar gloria y luz sin fin ni cuenta;
Que, como de virtud (útil remedio
De la miseria ajena y grave afrenta
Del ciego y triste) por señal propuesto,
No sin razon así me vino puesto.

Con esta luz tan clara eternamente
En general nos comunica y muestra
Un bien tan principal, tan eminente,
Que mayor no le vió la gran maestra,
Ni jamas pudo verse entre la gente
De la dorada edad ó la que es nuestra;
Mas, por venir á lo especial, yo debo
El subgeto ordenar que agora llevo.

Mas ¿por dónde empezará mi musa indina,
Pues cualquier parte suya en tanto es rara,
Que no parece humana, mas divina,
Conforme de su nombre á la luz clara?
Principiaré, mas no por la mas dina,
Pues cada cual al ver muy mas se aclara;
Pero de la primera en su cimiento
Diré que es su divino entendimiento.

Mas ¿qué diré, puesto que yo mas diga
De aquel ingenio raro y escogido
A quien suerte cortés, dulce y amiga,
Hizo en su ser tan noble y tan cumplido,
Que con tanto concierto ata y desliga
Cualquiera gran razon de muy subido
Concepto, sin dudar un punto solo,
Como divino oráculo de Apolo?

Es este ingenio casi un prado ameno
De mil flores y mil, que no hay sabello,
Sino admirar el mas claro y sereno
Escritor, con que venga á conocello;
Porque es forzoso estar muy colmo y lleno
De saber al venir tan solo á vello,
Pues no puede entender quien no le entiende,
Mas, porque tanta luz su vista ofende.

Cuanto se sabe mas á mas se aplica
La gran capacidad del alma nuestra,
Y así, quien poco sabe á poco aplica
Su torpe ingenio y voluntad siniestra;
Y á quien mas sabe mas se notifica;
Que á mas saber con la verdad se adiestra
El que de una verdad va otra sabiendo,
Que va de aquella y de esta otra entendiendo.

Digo pues que á entender el alto y claro
Conceto del sublime entendimiento
Es menester no ser de sciencia avaro,
Mas de profundo y grave sentimiento;
Pues cualquier dicho suyo único y raro
Posee de gran dotrina alto cimiento,
Mas íntimo, celado y mas subido,
Que de docto vulgar sea conocido.

En todas artes es claro y cursado,
Las que á illustre varon mas se convienen,
De do nace el discurso tan preciado
De que las gentes á admirar se vienen,
Y aquel hablar tan claro y concertado,
Al cual por bien oir, mas se detienen
Todos los que saber algo procuran,
Ni otro precian jamás ni de otro curan.

Desde las bajas cosas naturales
Hasta las mas supremas y divinas
Dice en estilo tal conceptos tales,
Con palabras tan propias y tan dinas,
Que no hay darse en el mundo otras iguales
De almas en el saber mas peregrinas,
Merecedoras de atencion eterna
Por ser llenas de luz alta y superna.

Mas dejando al tan raro entendimiento,
Que es supremo y sin par, á la potencia
Segunda de su alma en bajo acento
Verné, sola perfeta en eminencia.
Esta es la voluntad, firme cimiento
De cualquier perficion y única esencia
De virtud, que en su alma es recogida,
Merecedora de la eterna vida.

Digo que la virtud que en este mora
Y la benignidad es tal y tanta,
Que hasta las mismas piedras enamora,
Y es mas que fué en la edad dorada y santa,
Pues que tan altamente en sí atesora
Rara y dulce humildad que al mundo espanta,
Y aquella excelsa y noble cortesía
Que en las almas amor aviva y cria.

Vengamos, tras aquesta, á la tercera
Porcion del alma, que es su gran memoria,
Nobilísima y rica tesorera
De todo alto concepto y larga historia.
Nunca se vió la mas firme y entera,
Pues sabe el ser, los hechos y la gloria
De cuantos en el mundo hubo famosos
Y en muy claras hazañas valerosos.

De cuantos en poder, imperio y mando
Dominaron el mundo en toda parte,
Varios efetos va siempre acordando,
Gracia que el cielo á pocos tal reparte;
Cuanto en muchos obrado, y cómo y cuándo
El sacro Apolo ha siempre, ó el fiero Marte,
Y tal causa atencion, gusto y dulzura,
Que se enajena el mundo y la natura.

Vengamos pues á las virtudes claras,
Que en estas dos del alma altas potencias
Muestran de sí mil maravillas raras,
Mil altas perficiones y excelencias,
Pues son liberalísimas, no avaras,
Y de todo valor nobles esencias;
Y así, principiarémos por la guia,
Virtud do todas van en compañía.

La Prudencia es, la cual guarda en sí y tiene
Toda cualquier virtud mas de estimarse,
Que en él, como en espejo, á verse viene,
Y, como en propio trono, á colocarse;
La cual conserva en sí siempre, y contiene
El consejo mas digno de admirarse;
Con proveer á todo caso incierto
De la fortuna varia, aunque encubierto.

La tan paciente y santa Temperancia
Repartiéndose va por los sentidos
Con firmeza tan sólida y constancia,
Cuanta se pueda ver en los nacidos,

Sin que la vanagloria ó la jactancia
De tanto bien sus méritos perdidos
Vuelva, pues la modestia en él es cosa
Sobre todo entender maravillosa.

Nunca balanza ó peso ser mas justo
Se pudo ver en cuanto verse pudo,
Por la justicia ser su mayor gusto,
Y á la impiedad mostrarse horrible y crudo,
Aborrecer al miserable injusto,
Y al torpe hablar estar cual sordo y mudo;
Solo lo bueno admira, admite y quiere,
Porque lo justo á todo el bien prefiere.

La Fortaleza, firme y bien armada
Contra todo poder de fiero asalto,
Se ve (que en la mitad es colocada
De la audacia y temor) subida en alto
Sobre toda pasion, nunca alterada
Por buen suceso ó peligroso salto,
Mas firme en sí que esté la mayor sierra
Que hombre pudo jamás ver en la tierra.

La Caridad en él de vivo celo
Arder se ve con luz perseverante,
Moradora dignísima del cielo,
No conocida acá del vulgo errante;
Con lástima, piedad y desconsuelo
De todo ajeno duelo que delante
Se le presente, al cual busca y procura
Alivio dar con gusto y con dulzura.

Y para esto Dios le dió que sea
De varones muy altos muy preciado,
Que acerca el mayor rey que el mundo vea
Poseen el mas supremo excelso grado,
Porque ayude á los pobres y provea
Al triste, al miserable y fatigado,
A que con su favor vaya cobrando
Aliento y luz, su mal algo olvidando.

Salga pues á alabarlo el que al troyano
Alabó tan heróica y altamente;
Venga el poeta argivo y el toscano,
Con cuantos han escrito antiguamente,
Que en decir del subgeto soberano,
Número no serán tan suficiente
Todos, y al alabar este héroe solo,
Aunque con ellos se halle el rubio Apolo.

¡Cuántas cosas decir, cuántas querria,
Dignas de tan dignísimo subgeto!
Mas, como he dicho, no es la musa mia
A tanta luz proporcionado objeto;
Excuse su bondad heróica y pia
Mi baja indignidad y mi defeto,
Ya que indigna se vea de tanta gloria
Cualquier musa de estima y de memoria.

Y cese ya, pues con tan rudo canto
Viene á diminuir el alabanza
De aquel varon que celebrado es cuanto
Pueda volar do mas la fama alcanza;
Y excuse el gran héroe, que humilde es tanto
Mi temerario osar, pues confianza
No es ya, que excedió con mucho el grado
De virtud que en el medio es colocado.

Y por fin, déle Dios tanta grandeza,
Tanta dicha, tal gozo y tanta gloria
Como merece la suprema alteza,
Do está por fama puesta su memoria;
Tal, que le invidie al fin naturaleza,
Ya que el mundo con él se ensalza y gloria,
Y despues de una larga y santa vida
Goce la paz suprema, alta y cumplida.

SONETOS AL MISMO.

En virtud ó en valor, ¿cuál, Furio, ha habido,
Aunque Camilo sea de los romanos,
Que iguale á vuestros modos soberanos
Ni á vuestro entendimiento esclarecido?
¿Cuál, Fadrique, jamás, aunque haya sido
Emperador ó rey de los hispanos,
Os echó el pié adelante en sobrehumanos
Efetos ó en valor alto y cumplido?
Bien pudieron ser mas en lo que viene
A ser ceptro, corona, estado ó mando,
Mas no en valor, virtud ni entendimiento.
Vos cual cirio lucis por cuanto tiene
El sol su luz, muy mas del mismo, cuando
Alumbra el estrellado firmamento.
Pues que teneis sin cuento
Virtudes, como tiene el cielo estrellas,
Mas illustres, mas firmes y mas bellas,
Luego sin mas querellas,
Conceded que por cuanto el sol alcanza
Suene vuestra divina, alta alabanza;
Y tenga yo esperanza
De un dia veros, Señor, puesto en un grado
Cual merece un valor tan estimado.

Cirio la luz que vos con vuestra lumbre
A vos os dais, al mundo es tan crecida,
Que no hay por do igualalla ó que se mida
Con la de Apolo ya, por mas que alumbre;
Luz es de alto valor y mansedumbre,
Y toda otra virtud (que eterna vida
De gloria dé y de fama alta y cumplida)
Que está en vos de eleccion y de costumbre.
Cuando mi oscuridad me oprime y ciega
Con su densa tiniebla, á vos me llego,
Cuya bondad jamás su luz me niega.
Yo soy muerto sin vos, perdido y ciego,
Y en vuestra luz mi alma se asosiega,
Pues toda gloria y luz halla en vos luego.

Cirio lucido y claro, ¿á quién la lumbre
De alta dotrina y gran virtud interna,
Hacer subir por fama sempiterna
Del bajo suelo á la suprema cumbre
(Pues que la misma luz que ha por costumbre
De ilustrarte con luz clara y superna
Por do el alma se rige y se gobierna,
Y es forzoso tambien que al mundo alumbre.)
Es tal? Goce tambien della, pues tanta
La comunicas con tu eterna gloria,
Desde adó muere el sol, do se levanta.
Pueda yo ver tus obras, que memoria
Eterna han de dejar acá, por cuanto
Suba la fama que mas vuela y canta.

Varon supremo, á quien natura y cielo
Dió el mas alto valor que á nadie ha dado,
Por darnos un subgeto el mas preciado
Que pudo jamás verse en este suelo;
Suelta tu lengua y da vital consuelo
Con el hablar tan dulce y adornado
De mil concetos, que de tu avisado
Pecho salen con noble y santo celo.
Oya tu voz angélica y divina,
Que nos levanta al bien del paraíso,
Con tan celeste, noble, alta doctrina;
Pues todo aquel saber, virtud y aviso
Que pueda contener alma mas dina
El cielo en ti poner lo pudo y quiso.

Quien de este *Cirio* lucido y ardiente
Viere la luz, no curará de alguna
Luz que alumbre de aurora ó estrella ó luna
En dia mas claro ó en noche mas luciente;
Quien oyere aquel sábio y tan prudente
Hablar, ¿cómo escuchar podrá ninguna
Voz de alguno, pues solo es la suya una,
Que es de mayor consuelo entre la gente?
Quien no leyere de su sábia mano
Prosa ó verso, ¿qué habrá jamás que entienda,
Que inútil no parezca, indocto y vano?
¡Oh divina, inmortal, celeste prenda!
Oh dignísimo ingenio soberano!
¿Quién tu gran luz habrá que comprehenda?

Cuánto pueda un afecto ardiente y puro
En una voluntad sencilla y clara
Bien lo echo yo de ver, mientras la avara
Suerte me aflige y mi dolor tan duro;
Pues mientras desechar busco y procuro
Con remedios mi mal, jamás no pára,
Antes se hace mayor, tal, que en mi cara

Se ve; mas ¿cómo ¡ay Dios! yo en vida duro?
Es que en viendo la luz alta y divina
Del *Cirio lucidísimo* que asoma
Por mis puertas. ¡oh extraña ó varia suerte!
Mi mal vuelve hacia tras, pára y se inclina,
Y espíritu vital el hombre toma,
Con que vuelve salud lo que era muerte.

AL COMENDADOR JUAN RUIZ DE HERRERA, GENTILHOMBRE ENTRETENIDO DE SU MAJESTAD, ETC.

Alargóse, Señor, vuestra partida,
Efeto de gran gusto al alma mia,
Cuando á vos como á mí diera alegría,
Que quizá os viene á dar pena crecida.
Si bien lo miro y juzgo con medida,
No sé de las dos cosas cuál querria:
Bien sé lo que querer mas convernia,
Mas voy contra mi bien, mi gusto y vida.
Ríndase pues mi gusto, y venga el vuestro;
Pene yo y goceis vos, y del contento
Vuestro reciba yo vida y descanso;
En tal paso veréis la que os amuestro
Ser pura voluntad sin fingimiento,
Pues en querer mi mal por vos descanso.

AL PADRE FRAY PEDRO DE PADILLA.

Para alabar tan alta maravilla
Como eres tú, á quien solo y sin segundo
Nos dió benigno cielo acá en el mundo,
Mar de todo saber. que es sin orilla,
Diré con libertad clara y sencilla
Que conviene el estilo alto y profundo
Tener de Homero, prez del orbe inmundo,
Sabio, ilustre, inmortal, claro Padilla.
Aunque en loarte habrias de ser tú solo,
Que contienes mas dulce y grato acento
Que oirse pueda en uno y otro polo,
Pues tu suave, claro, almo concento
Envidia pone al sacrosanto Apolo,
Y a Pálas, la gran diosa, allá en su asiento.

Á GABRIEL LASO DE LA VEGA, CONTINO DE SU MAJESTAD, ETC.

Porque mi musa no alza á tanto vuelo
Sus alas, y es tan breve y tan escaso
Su torpe estilo, oh ilustre y claro Laso,
No os vengo á levantar, cual debo, al cielo.
No porque con ardiente y vivo celo
No ame vuestra virtud, la cual me paso
En silencio, pues no tan largo el paso
Tengo, y he del subir tanto, recelo.
Recélome, Señor, que mientras quiera
Subir vuestra virtud do ella merece,
Caiga en la mar, cual Icaro ó Faetonte,
Ciego entre tanta luz, y cual de cera
Viendo mis alas, por do ser parece
Que no hay vuelo que suba á tan gran monte.

Vega, venga el conceto alto y subido
De vuestra clara, illustre y sábia musa,
La cual mi indignidad tacha y acusa,
Pues tan alto la mia nunca ha subido;
Porque á cantar de un ser que es tan crecido
En virtud como el vuestro no se usa,
Ni es aceto, mas antes se rehusa
Todo estilo no excelso, alto y cumplido.
Mas como yo de mí diga y confiese
Que á cantar la verdad y amor me fuerza,
Y no porque poeta ser profese,
No curo el vulgo, aunque mis dichos tuerza
A siniestra opinion por su interese
O envidia, pues razon á esto me esfuerza.

REDONDILLAS DEL AUTOR Á DIOS NUESTRO SEÑOR.

Oh Bondad sola, de quien
Nuestro bien y ser procede,
Sin quien ningun bien ser puede,
Y en quien al fin todo es bien;
Bien es que gracias te demos
Como á bueno, y que nos diste
Tantos bienes, y quesiste
Que dellos en tí gocemos,
Do el bien tan solo consiste.

Oh cierta y suma Grandeza,
Do está el mas que no se entiende,
En el cual se comprehende
Un ser de infinita alteza;
Grandes gracias, gran Señor,
Te damos, porque mayores
Das grandezas y menores,
Segun ves merecedor
Al que haces tus favores.

Oh Eternidad, adó está
Lo que ha sido, será y es,
Sin antes y sin despues,
Pues no vino y no se va;
A tí. Eterno, eternamente
Gracias quiero eternas dar,
Sin detenerme ó parar,
Pues gozas solo un presente
Sin fin, principio ó pasar.

Oh sumo, inmenso Poder,
Al cual todo le es posible
Con solo el Verbo indicible,
Y obras con solo querer;
Pueda yo mil gracias darte
Por tu ser maravilloso,
Por tu poder milagroso,
Que sin natura y sin arte
Lo imposible haces forzoso.

Oh Saber, que en un presente
Todo lo miras y entiendes,
Y en tu ser lo comprehendes
Infinito y eminente;
Sepámoste gracias dar
Para poder entender
Tu soberano saber
Cuánto se pueda alcanzar,
Por mas venirte á querer.

Oh Voluntad admirable,
Tan llena de santidad,
Cuya infinita bondad
Es tan sola inexplicable;
Piadoso y dulce Señor,
Haz que mi voluntad sea
La tuya, y te sirva y crea
Con un sempiterno ardor,
Como mi alma desea.

Oh Virtud, de quien nos mana
Santidad alta y extrema,
Con esperanza suprema
Y caridad soberana;
Virtud queramos obrar,
Dios, por tu virtud divina,
Que nos manda y nos inclina,
Y nos concede en tí hallar
A todo mal medicina.

Oh Verdad sola crecida,
Que toda verdad nos muestras,
Por quien las verdades nuestras
Reciben verdad cumplida;
Haz que con verdad queramos
Subir nuestro corazon
A loar tu perficion,
En cuyo ser solo hallamos
Toda verdad y razon.

Oh gloria, paz y réposo
De todo lo que es criado,
Pues eres su fin amado,
Mas alto, noble y gozoso;
Gocemos cuando alabanzas
Te damos, pues entendemos
Que tras tan varias mudanzas,
A tí, Señor, gozarémos
Y á tus bienaventuranzas.

Oh infinita Hermosura,
Tan alta y maravillosa,
Vision de Dios milagrosa,

Que causa eterna holgura;
Quedemos enamorados
De tu ser y tu belleza
Sin fin, y con gran firmeza,
Por do seamos colocados
Do gocemos tanta alteza.
Oh santa, eterna Unidad
Del que es uno solo y trino,
Ser sin igual, que es divino
De infinita majestad;
A tu divinal esencia
Y los tres que sois solo uno,
Mi ser, de pecado ayuno,
Alabe, y con penitencia
Tal, que no le exceda alguno.
Oh alto Dios inexplicable,
Solo ser sumo, inmovible,
Infinito, incomprehensible,
Sobre todo ser amable;
Amete tu criatura
Con todo el ser que le diste,
Pues para tí la heciste
Eterna y santa holgura,
Y por ella al fin moriste.
Gracias doyte, oh Padre eterno,
Y á tí, oh Hijo tan piadoso,
Y á tí, oh Espíritu amoroso,
Ser inmenso, alto y superno;
Mi alma, Dios mio, te alabe,
Te adore, sirva y bendiga,
Te busque, te llame y siga
Cuanto puede y cuanto sabe,
Y cien mil himnos te diga.
Por los tan grandes favores,
Por las gracias tan crecidas,
Porque mis graves errores
Curaste con tus heridas,
Buen Jesu, redentor mio,
Alabe tu mismo amor,
A tu hambre, sed y frio,
Tu muerte, pena y dolor,
Y á tu ser benigno y pio.
Y pues quesiste morir
Por darme la eterna vida,
Hazme merced tan crecida
De que te pueda servir,
Porque alcance á merecer
De gozarme al fin contigo
En el sempiterno abrigo,
Para no mas descaer
En brazos de mi enemigo. — *Amen.*

OTRAS.

El que se diere á entender
De tener la cosa cierta,
A mi ver, muy poco acierta,
Pues puede no suceder;
Y el que quisiere llevar
Pena y ansia menos fiera;
Ha de, dudando, esperar,
Notando el refran vulgar,
«Que el que espera desespera.»
Y por la misma razon,
El que mucho deseare,
Y con gana lo esperare,
Ha de tener gran pasion;
Porque, segun la grandeza
De lo que desea, cualquiera
Tiene el ansia y la tristeza,
Porque sube mas de alteza,
Y ese espera y desespera.
Quien mucha esperanza tiene,
Y quien de mucho tambien,
Tiene mas ira y desden
Cuando la cosa no viene,
Y el dolor es sin igual
Cuando muy presto la quiera,
Que tardando es muy gran mal,
Y si no, viene mortal,
Y ya espera y desespera.
Mas el que en Dios confianza
Tiene, posee cosa cierta;
Mucho espera y mucho acierta,
Y siempre anda con bonanza;
Mas el que en cosa mortal,
Baja, vil, perecedera
Espera, espera muy mal,
Y podrá decir el tal
Que aunque espera, desespera.
En Dios esperar se puede,
Sin hacello con tormento,
Pues con su querer contento
Anda el que en amor excede,
Y con esto goza cuanto
Pueda gozar, de manera
Que en el esperar no hay llanto,
Antes gozo firme y santo,
Y esperando bien se espera.

DEL PASTOR COSDENIO ALDINO AL PASTOR HERNADIO FIGUERIO.

Tercetos.

Aunque escrito no me hayas, oh Figuerio,
Aquesta vez, con otras mil primero,
Y me has negado un tanto refrigerio,
Yo, que te soy amigo verdadero,
No puedo no escribirte, aunque debria
Hacerlo como tú cruel y fiero.
Que no te mueve la contina mia
Memoria, cual á mí siempre me mueve,
Para hacer lo que á tí mas convenia;
Mas, como sea tu amor no cual se debe
A mi amistad, muy raro al fin me escribes,
Y es lo peor que siempre eres muy breve,
No cuales son las cartas que recibes,
Tan largas y amorosas cual conviene
Al puro amor con que en mi pecho vives.
Bien sé quién desto á ser la causa viene:
Tu Galatea, pues tan embebecido
Y triste y transformado en sí te tiene;
Que yo no te lo tengo merecido,
Ni culpa contra tí jamás entiendo
Que mi alma haber pueda cometido.
Por eso contra tí tanto me enciendo
En ira y en pasion, Figuerio mio;
Dime siquiera en que te he yo ofendido.
Tú, que eres tan cortes, humano y pio;
Tú, que en benignidad vences cualquiera,
¿A tu Cosdenio das tan gran desvío?
Que, como si un extraño el triste fuera,
Le tratas, no escribiendo en verso ó prosa;
¿Tú le tratas, Figuerio, en tal manera?
Bien creo que debe ser que tu hermosa
Pastora así te tiene enajenado,
Y no te acuerdas ya de humana cosa.
Mas della misma me veré vengado
Por la ley de amistad interrompida,
Cruel pastor, ingrato y desalmado.
¿Bástate á tí escribir que antes la vida
En tí se pierda que á Cosdenio tuyo
Olvides, y despues tanto se olvida?
Al fin, de aquí adelante yo rehuyo
De creer a mortal hombre en el mundo,
Y que cualquiera es falso al fin concluyo.
¿No sabes el dolor grave y profundo
Que con tu no escribir causas al alma,
Tú, cuyo amor decias ser sin segundo?
Mas yo de esta victoria habré la palma,
Y aunque tú, desleal, no me ames tanto,
Pondré mi vida en sosegada calma,
Y á mi bien verdadero, único y santo
Volveré, sin fiar del mundo insano,
Que va cubierto de dorado manto,
Y lo que esconde en sí falso es y vano,
Tiniendo por amigo á solo uno
Que sobrepuja á todo ser humano;
En este fiaré, no en otro alguno.

RESPUESTA DEL AUTOR POR LOS MISMOS CONSONANTES Á UN POETA NUEVAMENTE IMPRESO.

Espántome, oh Señor, oir gramática
Nombrarse en el hablar del rey glorífico,
Dado que teulogia pida esa plática.
A objeto tal que intitulais magnífico,
Veo que no importa el instrumento bélico,
Mas entender las artes muy pacífico.
Que mal podeis cantar del alto célico,
Sin doctrina tener para eso válida.
O que se estudie el gran doctor angélico.
¿Qué os sirve á eso, ó Zéfiso ó Castálida,
Que aquí escrebis, ni el reputado Cícero,
Ni de hombre vena tibia, helada ó cálida?
Que al que poco estudió no es salutífero
Ejercitarse sino en lo bucólico,
Que hablar sin entender es muy pestífero.
Yo, que no bueno soy ni aun para cómico,
Déjolo a vos ó á quien en la matrícula
De docto esté, pues menos sé el argólico
Qué sea, ni aun de eso entiendo una partícula.

DEL AUTOR Á UNA DAMA; Á INSTANCIA DE UN DEUDO DELLA.

Pregunta el Mundo á Amor: «Dime, ¿quién es
La mas hermosa acá en lo transitorio?»
Responde Amor: «¿Quién es? Leonor de Inés,
La tan linda Leonor dicha de Osorio.
Bien lo debrias saber, le dice, pues
Ves que yo tanto en su valor me glorio.»
Dice Amor: «Sí es, que á mí da lustre y vida.»
Dicen los dos: «¡Ay que es nuestra homicida!»

FIN DE LA INVECTIVA CONTRA EL VULGO Y SU MALEDICENCIA, CON OTRAS OCTAVAS Y VERSOS.

DISCURSOS

DE LA

VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS,

DIRIGIDOS Á SU MAYOR AMIGO

POR EL CABALLERO DE LA TRANCA.

DISCURSO PRIMERO.

De mi ociosidad, por haber mejorado de posada, á sus muchas ocupaciones de vuestra merced encamino estos ringlones; no digo los enderezo, porque los escribo tan tuertos, que si vuestra merced no los mira con atencion, le parescerán de solfa y música; algun rato desembarazado (si es que le puedo tener vuestra merced) entreténgase con ellos, riéndose á veces, y á veces admirándose de los trabajos que pasé desde la azarosa entrada que tuve en casa de la señora Polonia Veinte y cuatro, mi patrona, hasta que salí de ella; témola tanto, aunque me veo fuera de su persecucion, que no me atrevo á tratarla sino es con mucha cortesía y recelo de quien la conoce y me oye. No le parezca soy gentil, y que por ser ella tan diablo la venero, y la inciensо porque no me haga mal.

Los casos son notables, y quien no ha pasado por ellos los tendrá por viciosos; y si como me dan materia bastante para referirlos, pudiera usar bien de ella, muchas veces los leyera vuestra merced, y cada uno en particular obligará á su memoria á retenerle.

El asunto es, en fin, una mujer que por fuerza detiene el alma en el cuerpo sin dejarla salir, y no por razon natural en el siglo presente, pues tiene ciento y cuarenta años; y hablando con la modestia que debo, alcanza esta señora la sexta generacion, con muchas canas; es viuda de veinte y cuatro maridos, y por eso la llaman la Veinte y cuatro; de tocas muy reverendas, y tan melindrosa, que viendo una hormiga da voces y huye de ella, llamándola elefante; y no lo es menos de estómago, que porque dieron una purga en un lugar, dos leguas de aquí, á una parienta suya, hizo mas cursos que ella. La mayor ladrona de años que se conosce, y de todo lo que mejor se cierra para guardar, que la ejecutoria de esta opinion curiosa tiene ganada con muchos actos positivos; es de tal habilidad, que á la misma muerte hurta el cuerpo, siendo tan buena toreadora y ágil en las suertes, que muchas veces que la ha acometido, la tapa los ojos con una niña de quince años, linda, ó un jóven robusto, como suelen tapárseles con la capa los famosos y diestros toreadores al toro para que yerre su golpe; yo creo que burlada tantas veces, no la acometerá mas, y que será eterna. Si el mayor ladron del mundo fué Caco, en la era presente justamente podrémos llamar Caca á nuestra Polonia; es tan alta de cuerpo, que para muletilla la viene corta una pica de veinte y cinco palmos; y esto no es mucho, si está averiguado que de ordinario tropezaban los vencejos en ella; flaca, que en huesos puede apostarlas con muertos de ducientos años; no habla entre dientes, sino entre colmillos, que cada uno puede ser envidia de la quijada de Sanson; dice que los dientes se le cayeron sobre el último parto, y no le da mas antigüedad que de dos años, que siempre echa una alforza á ellos que recoge mas de ciento; que debe de creer, como vive tantos, puede ir descosiéndolos y estirando poco á poco á su voluntad, como si fuera basquiña de niña que crece; habla ronco y destemplado, porque el órgano de la voz está deshecho y roto en las batallas de sus innumerables años; los ojos sin color que se pueda distinguir, y son tambien ladrones, porque hurtan el que se les pone delante como si fueran camaleones, tan retirados y hundidos, que paresce muy presto verán tanto por la una parte como por la otra. La nariz se extiende y alarga de manera, que para divisar desde su orígen el pico en que remata es nescesario un antojo de larga vista; como cosa natural, la tienen por milagrosa; la barba la sigue de suerte, que paresce la busca empinándose para arriba, y enroscándose como si fuera cola de galgo; maltratada en partes, porque el pico de la nariz la sacude de tal manera, que se halla con callos, y segun la continuacion forzosa de encontrarse, podrá hallarse sin barba con el tiempo. No dude vuestra merced que lo estime Polonia por parescer mas hermosa sin ella; y añado otra particularidad en que he reparado con atencion, sin ser bailarin de chacona ni pastor, que cuando da al soslayo el pico de la nariz en la barba, como que resbala, suena mas que una castañeta de las grandes, y algo menos que el disparar la honda.

Esta posada fué de don Baltasar y don Antonio, y quedé en ella, por su despedida, con recelo de que habia de tener que allanar algunas dificultades por su

extraña condicion de la Polonia, y enviéla á decir que yo era su huésped, que se sirviese de acudirme con el servicio ordinario de casa, llevándola juntamente un gazapo mi criado Pedro para cenar; forzoso es nombrarle: nació entre los jarales mas espesos de Vizcaya, y por lo cerdoso, no solo emparentado con los jabalíes fieros que hay en ellos, sino pariente mayor de todos; respondióle que ella no era bodegonera ni sabia guisar, y cuando lo supiera, no lo hiciera, porque la ofendia la tez del rostro el acercarse á la lumbre. Reyóse el majadero, que es muy sencillo, y aunque del mismo nombre que el de Urdemales, no tan bellaco y embustero; y echóle noramala del cuarto. Sentí mucho que por lo gordo me remitiese á los bodegones, y inviéla á decir que mandase á la criada guisase el gazapo, que ya conoscia yo no merescia de su cuidado aquel favor. Respondióme que otras cosas de mas importancia tenia á acudir; y porque no anduviésemos en demandas y respuestas, que la ofendian la cabeza, solamente se me daria en su casa la cama. Fué fuerza inviar otro recado procurando ablandarla, contra la voluntad de Pedro, porque no era rescibido como quisiera, y las razones secas de Polonia le metian en desconfianza, que de la cara ya habia perdido el miedo, aunque con dificultad, y cabeceaba de verme tan compuesto y cortés. El recado fué, que estimaba mucho el favor de la cama, pero que era lo que menos habia menester, por traerla conmigo, y que por servirla buscaria una criada que barriese y limpiase la casa, aunque no deseaba tuviese queja de mí ni de ella en ningun tiempo, porque se la hubiese barrido demasiado; porque muchas de ellas tenian parentesco indispensable con los gatos, y mas en esta tierra, que no ven ellas cosa, aunque sea dinero, que no les parezca raton y se les antoje; y que asimismo buscaria quien me guisase de comer, pero que no seria en su cocina de arriba, sino en el patio, junto á mi cuarto, donde tenia dos arcas viejas y tres puertas y ventanas para hacer lumbre, y que me holgaria estuviesen tan secas porque el humo no la ofendiese sus hermosos ojos. Con esto, por no decir que dejé de cenar, fuí á ser convidado á otra parte; volví á dormir, hallé la puerta cerrada, llamé, y segun tardaron en abrirme, se confirmó la mala voluntad, y reconocí, segun el silencio, alguna junta secreta. Impaciente Pedro de la tardanza, sin decirme nada ni mandárselo, tiró un buen guijarro á la ventana, donde acertó á estar un cántaro de agua, y sacudiéndole, dió sobre mí toda ella, y aun el instrumento de la ruina, de vuelta, en un pié, con mucho dolor en él. Reñíle por verme enojado y dolorido, y respondióme sin compasion alguna y como si yo fuera Polonia, que lo hecho estaba bien hecho, aunque yo tuviese lo que tuviese (es raro personaje). No se detuvieron mas arriba; bajó un estudianton, sobrino de ella, con la llave; abrióme la puerta, y pidióme perdon de la tardanza con fingido sentimiento y falsa vergüenza, disculpándose que apenas habian hallado la llave. Díjele risueño que no importaba nada, que la tardanza no habia sido mucha; no me preguntó de qué estaba mojado ni yo quise prevenir disculpa. Entré y acostéme; no acudió luego el sueño, con que estuve discurriendo cómo me habia de portar con esta mujer de tan descomunal talle y cara, que en su tiempo la retrató el Bosco, y si él fué mas antiguo, le imitó naturaleza, pues está en el Pardo entre sus delirios en el cuarto de su alteza. Conocia su condicion áspera y poco caritativa desde que tuvo en casa enfermos á don Baltasar y don Antonio, y no acertaba con medio que me satisfaciese: dar voces no era para mí, que nunca he solfeado; reñir tampoco, porque jamás lo hice; y como via que el ruego y la cortesía aumentaban soberbia en Polonia, volvíame loco. Desveléme en estas cosas de suerte, que vi que amanescia, no por la música de los pájaros, que estaba léjos del campo, sino por dos ó tres arcabuzazos que rompian el nombre, que hay algunos que suelen quedar hechos andrajos, como si fueran de lienzo. Llamé á Pedro, que dormia mejor que yo; vistióse, y díjele que abriese la ventana, y él abrió tambien la puerta, que no debiera, pues á poco rato entraron en el aposento dando voces y palos por las paredes el estudianton de casa y otro mozo vecino, de pendencia, el uno con un chuzo y el otro con una alabarda. El primero pidióme favor; salté de la cama aprisa, y tomando en las manos una tranca grande que servia de aldabilla en la ventana, que fué la primera cosa que topé con ellas, me puse á su lado, y al primer golpe que dejé caer sobre el hombro izquierdo del forastero, le hice soltar la alabarda, como si en ambas le hubiera sacudido, y se tendió, diciendo le habia muerto. El estudianton daba á entender con gestos y amenazas no estaba satisfecho, y se movia como que le queria atravesar con el chuzo (que lo creí sin malicia), y volviendo la tranca á él (juzgando por baja aquella accion, estando el otro en el suelo), le dí un bote con ella en los pechos, que le hice dar de espaldas reciamente. Bajó al ruido Polonia con una partesana en las manos, que parescia pequeña pieza de estuche en ella, y un morrion viejo en la cabeza, tan despejada como una moza, en camisa, mas corta que modesta, ceñida la cintura con una faja colorada, y unas chinelas, donde atravesándose veinte y cuatro puntos de pié, doce de pala y doce de talon, parescia algun instrumento matemático, figura extravagante y de risa; papel era de Pálas de burlas el que hacia Polonia de veras. Pedro, que hasta entonces estuvo viendo á los mozos y el subceso, alegrándose de verlos tendidos, luego que vió á Polonia armada, en lugar de alegrarse mas, se enfuresció y se enojó, y entrando en su aposento, tomó en forma de adarga una mesilla larga que habia en él, y con la espada en la mano se puso entre los dos, diciéndola con toda cólera: «Si piensa la muy vieja que mi amo está cansado, yo estoy aquí;» y juntamente la tiró una cuchillada, que aunque no podia alcanzarla en la cabeza, á no desviarla con la partesana, peligrara el ombligo; esto lo ejecutó con tanta prontitud, que no pude prevenirlo primero; sacudíle un golpe y hícele retirar. Viendo Polonia á los mozos en el suelo, al uno no pudiendo levantar el brazo, y el otro escupiendo sangre, y á mí con la tranca en la mano algo colérico, parescióle que la pendencia hechiza habia rematado en veras. Miróme con ceño y la frente encapotada, y sin hablar palabra, tuvo un rato los ojos tan fijos en los mios, que temí, segun los via clavados, tuviera nescesidad de fuerza grande para apartarme de ellos. Soltó el habla, que se la tenia presa la ira concebida contra mí, diciéndome: «Caballero, seais de buena parte ó de mala (paresce

plática con fantasma), si de la buena, de las Indias, donde hay quietud y dinero, y si de la mala, de Spaña, donde hay summa pobreza y guerras por nuestros pecados, bizarro sois sobre todos los del mundo; si os conocieran y alcanzaran los autores de los insignes libros de caballería, las alabanzas que dieron al del Febo y Amadís y otros muchos ilustres varones, os las hubieran dado sin duda. Doy muchas gracias á Dios de que no haya pasado este subceso de dolorido á mortal para estos mozos; desde hoy será vuestro nombre para siempre jamás el famoso é ilustre caballero de la Tranca, que para que sea inmortal le aplicaré el bálsamo de los siglos de los siglos, amen;» y haciendo una reverencia muy baja, pasó á reconocer con el aire de quince años si el golpe del sobrino era de cuidado. Yo por delante de ella, haciendo baston de la tranca y una sumisa cortesía, la respondí: «Infanta Matusalen, no se atrevan otra vez á reñir estos malandrines á mis ojos; que juro por los divinos de la sin par Magdalena, han de morir sin remedio;» y deteniendo un rato en la boca aquel soplo portugués, que es medicina saludable para no reventar de fuerte y bravo, le esparcí, y la volví las espaldas con lindo brio y compás de piés, como si me tocaran la caja de marcha. Juntáronse luego los mozos, como que no hubieran reñido, y pude oir cuando subian la escalera, que caia á una puerta falsa de mi cuarto: «Señora, ¿qué os parece? mal nos ha ido; si nuestro intento fué darle á entender al huésped era nuestra pendencia de veras, lo conseguimos, porque teniéndola por tal, metió paz sacudiéndonos reciamente, y no hemos podido tocarle en su persona, como estaba tratado, para echarle de casa. No hay sino tener paciencia, tia mia, y procurar obligarle. «Huélgome, dijo ella, de que no haya subcedido mayor daño, porque tan excelente hombre y tan airoso no he visto en mi vida; si vivieran, trocara á mis veinte y cuatro maridos por él. ¡Qué mal empleadas canas, y de cuanto sentimiento hubiera sido para mí si le hirieran ó le subcediera otra cosa peor! ¿Vosotros habeis reparado cuán bien parescia en camisa, los pechos descubiertos y cubiertos de pelo, y los brazos, con las mangas caidas, muy cerdosos? ¡Qué fuerte, qué galan y qué hermoso estaba con aquella viga en las manos, y con qué brio derribó en mi defensa al mastinazo de su criado! Respondiéronla: «Señora, nosotros podemos asegurar no le vimos con esas circunstancias ni reparado en ellas, sentido sí, y muy de veras, y nos acordarémos de ello algunos dias; pero díganos vuestra merced, ¿por qué la llamó Jerusalen?» Respondió ella: «Este es buen hombre, y aunque yo sea pecadora, como confieso, debe de tenerme por santa; tambien dijo que los fadrines no reñiesen donde él estaba, porque moririan sin remedio, jurando por los divinos ojos de Magdalena, que sin duda la quiere bien, y yo desde que la oí nombrar estoy celosa; debe ser la mas hermosa del mundo, pues no tiene igual. ¡Dichosa ella, que la quiere tanto!»

Quedé admirado del ruido hechizo que inventaron para que les desembarazase el cuarto, y de que no ejecutasen el golpe, porque mi descuido tenia las puertas abiertas para rescibirle; que aquel que no ha ofendido á nadie no teme traicion ni asechanza, y solamente se defiende de ellas la inocencia, ó causando temor ó introduciendo algun accidente en el que va á ejecutarla.

Empecé á vestirme y bajó á mi cuarto Polonia, no del todo vestida, levantada la basquiña, descubriendo el guarda-infante bien desabrigado, que su fábrica me paresció de sus venas, y no de barba de ballena. Juzguéla verdaderamente sierpe, y me revestí. En san Jorge, díjome que la pesaba mucho el que aquellos mozos me inquietasen, que habian tenido pesadumbre sobre cosa de poca importancia. Yo, como estuve atento á la plática de la escalera, la dije que estimaba mucho el favor que me hacia; que no me maravillaba de pendencias entre mozos, pero que viviesen con quietud donde yo estaba, porque no podia dispensar con el juramento que hice, y que así se lo aconsejaba. Respondióme con gran suspiro (creo al juramento) que lo harian así, y que yo los tuviese por de casa, que me asistirian con mucha voluntad, y que viendo ella mi buen proceder y trato, gustaba de tenerme contento, empleándose en servirme muy de corazon, y no solo en lo que habia pedido, sino en otras cosas, aunque no merescia lo que la señora Magdalena, y calló. Yo me mostré agradecido y obligado á servirla, y la dije lo haria, como fuese no ofendiendo al amor que tenia al dueño de mi corazon. Díjome queria traer una criada á propósito para que me sirviese y cuidase, así de la cocina como de todo lo demás en casa. Respondíla que mi correspondencia seria igual en la satisfaccion; y con esto se fué, acompañándola hasta sacarla de mi cuarto. Pedro, atento á todas estas cosas, se hacia cruces, maravillándose de la mudanza repentina de Polonia, y me dijo: «A fe, Señor, que si fuera niña de quince años, y no tan vieja, si fuera hermosa como la señora Magdalena, fuera mas rica y fuera mas pequeña de cuerpo y de narices, y acepillada de la barba fuera; si fuera de ojos garzos como la otra, y fuera en la cara tan blanca y llena como ella, y fuera de tan linda boca y dientes, y si fuera posible achicarla los piés diez y ocho puntos, no fuera mala para vuestra merced nuestra patrona.» Cayéronme en gracia las condiciones con que me la deseaba su simplicidad, y le respondí: «Si eso fuera así, hermano Pedro, ¿qué me faltara? Pero ya que no puede ser, afuera.» Díjome que le pesaba mucho de que no fuese tal como él quisiera dármela; pero, ya que yo leia en tantos libros, ¿por qué no buscaba remedio para todo? No pude sufrir ni esperar mas boberías, y salí de casa á comer con un grande amigo mio, llamado don Alvaro, porque toda la mañana pasó en estos subcesos, tan varios unos de otros, y volví á sestear, por dormir algo; que la necesidad de sueño era grande.

A media hora, poco mas, de reposo entró Polonia en mi cuarto, y me preguntó muy cariciosa cómo me habia ido fuera de casa; que estaba arrepentida de ser causa de ello; que ya habia traido criada, y muy buena, para que me sirviese. Y llamándola Tecla, que este es su nombre, la hizo una plática de la puntualidad con que me habia de servir, y de la limpieza y aliño de mi cuarto; que yo no dejaria de mi parte de satisfacerla muy bien. Díjela con falsa risa y con los conceptos forzados mi agradecimiento, con ofertas grandes. Fuése Tecla, y preguntóme Polonia los platos de la cena; respondíla que no serian mas de cinco. Como oyó decir cinco, se le alegraron tanto los ojos, que salieron fuera de sus cavernas, como que hubiesen de comer, si

bien pálidos de la penitencia que hacian, porque moria de hambre la pobre señora, y creí de verdad se le precipitaran por las quijadas, que en otra edad fueron mejillas. Preguntóme qué guisados serian, porque luego tratase de ellos; que siendo cinco los platos, sin duda seria tarde cuando cenase. Respondila, dos de ensalada cocida, uno que cubriese otro porque no se enfriase, otro de un perdigon cubierto, que eran cuatro, y el quinto el de la fruta de postre, que por no ser de los primeros ni grande, no se cubria. Creido tenia ella que habia de sobrar cena para el estómago y los ojos, segun el número de los platos; pero oyendo la distincion de ellos, los recogió desconsolados con tal velocidad á sus cuevas, y con tanta fuerza y sentimiento de la burla, que los hizo retirar mucho mas de lo que estaban antes, y si no hallaran resistencia en el casco posterior de la cabeza, que es fortísimo, se hubieran desespaldado. Subió el mozo el perdigon y las yerbas, en que no hubo qué partir ni qué sisar por la Polonia; con todo, bajó ella con la cena, diciéndome que era torpe mi criado y que no queria aventurarle en sus manos; que creia me sabria bien, porque con cuidado le habia asado. Pedro estaba presente al razonamiento, y paresciéndole que la palabra torpe era injuriosa, dijo, muy descolorido, que en Vizcaya no habia torpes; que si no respetara sus muchas canas, la hubiera respondido de otra suerte; que era mas limpio que el sol y mas hidalgo que el preste Juan de las Indias, y juró por el árbol de Guernica que el Rey... Aquí le atajé, porque no pasara adelante con sus desatinos. Reyóse Polonia, aunque sintió mucho lo de las canas. Sabíame bien el perdigon, y porque no me tuviera por grosero, la ofrescí una pechuga; no dijo de no, antes con muchas ceremonias la recibió; llegué á las aceitunas y ofrescíla dos de ellas; díjome que en su vida las habia comido, aunque por ser dos convidaban á comerlas, y era que por la falta de los dientes le costaba trabajo el mascarlas. Con todo, bebió otras tantas veces como yo, que fueron siete, y queriendo echar la bendicion, me dijo que el número siete era aciago y crítico, que otra vez bebiese; hícelo así, y tambien ella, diciéndome que un cuñado suyo, médico, solia decir que con los perdigones se habia de beber puro, y tanto, que nadasen en el vino como las peras; y brindóme siempre á la causa de mis desvelos; no quiso, por mi desgracia, subir arriba ni cenar mas; así quedó conmigo, y inviando la gente, me dijo muy risueña, tomándome la mano derecha entre las dos suyas, que las juzgaba tablas, y que me queria aprensar la mia: «¡Ah señor mio! aunque vuestra merced me ve ahora flaca y deshecha, no há mucho tiempo que solia ser estimada, particularmente despues que murió mi último marido, que en su vida fué tan celoso, que no me dejaba asomar á las ventanas y me tenia encerrada. Pension de mujer hermosa, como yo lo era; que ahora solamente han quedado las reliquias de lo que fuí. Era tal su extremo, que si algun caballero ú otra persona de porte miraba á las ventanas, con algun cuidado ó sin él, accidentalmente me molia á palos, y se iba á su hermano el médico, con quien, fuera de serlo, profesaba amistad grandísima, y le decia que aquel hombre habia de morir, que á su honra y quietud convenia; que si dentro de ocho dias (que este término se le daba) no caia enfermo naturalmente, se hiciese encontradizo con él y le detuviese, y mirándole al rostro, le persuadiese á que estaba de mala color y peores señales; que tratase de curarse, asegurándole era el mejor tiempo del año, aunque fuese el peor, para que se previese y huyese de todo malicioso accidente; y como esto lo hizo con muchos, los mas fueron muertos á sus recetas, con gran dolor mio, porque por buena correspondencia queria bien á quien bien me queria. Yo lo supe tarde por mi hermana, á quien se lo contaba el médico entre las sábanas, que es el tiempo en que no se guarda secreto. Pasaba yo muy malos ratos, pero despues que faltó (sabe Dios cómo) mi lozana juventud alcanzó muchos gustos. Oh cuánto dió que mirar y que invidiar mi rostro, talle y buen garbo, sin que ofendiese á nuestro Señor de tejas arriba. Viera vuestra merced los canónigos, los caballeros y ciudadanos en la calle, encontrándose cada instante. Hubo pendencias bien reñidas, prisiones, quebrantamientos de ellas y desafíos. Asimismo fiestas de lanzas y sortijas. No ha inventado el amor y la fineza de los hombres cosa que por mí no la hiciesen, que era muy apacible, cortés y muy poco desdeñosa con gente de tan buen porte, y los regalos de algunas personas que en público no podian festejarme montaban mas que todo.» Calló, y yo la dije que no tenia que asegurármelo, que las damas de su bizarría y donaire, sobre tanta hermosura como la suya, traian consigo la razon y el empeño de los hombres, y que ahora tampoco debia carescer de estimacion, como entonces la tenia, por merecerla igualmente. Respondióme: «Señor don Beltran, estos dos años últimos me han consumido totalmente y me han rematado, sin que la galantería francesa me divertiese; que en realidad de verdad los franceses son muy galantes con las damas, aunque no tan generosos como los spañoles, particularmente en este sitio, con tanta artillería y bombas, que cada una de ellas me hacia estremecer, y daba gracias á Dios de no estar preñada, porque sin duda mal pariera. Ya yo estoy acabada y no soy para vista de nadie.» Y dió un suspiro tan grande con la cabeza baja, mirando al suelo, que pienso le oyeron en los antípodas. Yo la respondí, por consolarla, que mas parescia en su persona confianza y satisfacion propia que desengaño, pues no le podia haber en su hermosura; que eran dichosos los favorecedores suyos; que yo estimara el serlo y merecerlos en otro tiempo; que ahora estaba mi corazon debidamente empleado, como confesaba (el diablo me lo hizo decir, ó lo mucho que se brindó, que es lo mismo). «Gran socarron es vuestra merced, me respondió muy remilgada y dama, y qué loco está con su Magdalena.» Y salió fuera tentándose una nalga; que sin duda metia en paz las pulgas que gruñian, que las hay perras amigas de huesos; pudieran roerlos y entretenerse con ellos muy secamente, si corresponden las nalgas á las quijadas.

El siguiente dia por la mañana abrió Pedro la puerta del aposento muy temprano, que esta noche durmió tan poco como un poeta, y luego entró Tecla muy familiarmente, llamándome dormilon, y desenvolvió un paño de manos que cubria un plato con unas excelentes y olorosas lonjas de tocino, y un panecillo muy blanco, con un garrafoncillo de vino ojo de gallo, y por su antigüedad mas viejo que el ojo del gallo de la pasion,

pues creo bebieron dél en la cena del rey Baltasar; y en lo sutil, solo probándole, cualquiera ingenio pudiera competir con el de Escoto. Enterrado venia en nieve, en un cubo de corcho de maravillosas labores, y aforrado por defuera de guadamecí, sin duda era hecho de los chapines de la reina Sabá. El recado fué, que su señora me inviaba de almorzar, y que no bajaba á hacerme compañía porque estaba desnuda y algo achacosa; preguntéla qué tenia, respondióme de no sé que semanas que la faltaban; graciosa me pareció la queja de quien la sobraban tantas. Dije á Tecla hubiera sido mayor el favor si bajara, y que podia hacerlo por prueba tambien, si era remedio el ejercicio para su achaque; que dentro de casa no lo notaria nadie si estaba desnuda, que no me daba por satisfecho de la excusa, pues era de damas el agasajar mucho los huéspedes. La moza, como que no esperaba mas, subió arriba. Yo, juzgando que sin duda bajaria su ama como estaba, me dí tanta prisa en vestirme, que trocando calcetas y medias, y calzándolas al revés, en un punto me vi vestido ecepto la hungarina. Pedro estaba mirando, y parresciéndole, segun sus ganas, que la prisa era para almorzar, quiso componer el plato y acercarme la mesa, sacó el garrafin fuera del cubo, sin duda para quebrarle, que para otra cosa era temprano, como subcedió, pues con la demasiada diligencia que puso, le hizo pedazos (desgracia que acompaña siempre á toda cosa que se quiere hacer sin tiempo), pero el vino se derramó en un barreño; luego lo tuve por agüero, y imaginé que habia de haber desgracia, quebrándose el vidro, y fué así; porque entró Polonia en mi aposento. Sin otra toca venia que una cofia de puntillas y muy descollada, no tanto por no traer cubierto el cuello, cuanto por ser delgado, demasiado sutil y casi ninguno; descubria un poco de pelo negro en la cabeza y sobre las sienes, sin duda de sus últimos decendientes, con una gargantilla de azabache que en otro tiempo la sirvió de sortija, tan deslustrada, que parecia de pez; un juboncillo blanco apretado de cintura, que no disimulaba las costillas y los demás huesos y junturas; asimismo unas enaguas blancas de cotonía, no de la mas fina, sino de la que mas dura, algo estrecha, que sin duda se hicieron en invierno, segun las pocas hojas que tenian, sin mas calzado que las chinelas de la batalla pasada; los piés largos, ahora me parescieron los traia en estribo de poco asiento, engargantados; tanto sobraba de ellos de una parte como de otra. Cuando así la vi, dije entre mí: «Si me hallara acostado, con menos cumplimientos que en recibir la pechuga de la perdiz se me entrara en la cama.» Preguntóme cómo tan presto me habia vestido, que si lo hubiera sabido no bajara; yo la dije que paresciera mal esperar en la cama con poltronería á una dama que me regalaba y venia á almorzar conmigo; que no me tuviese por tan grosero, que aunque no mozo, no era tan viejo como lo decian algunas canas tempranas; que no faltaba en mí la memoria de lo que debia hacer con señoras de su calidad, que aun tenia algunas especies de galan. Riéndose, me preguntó cuántos años tenia, díjela que muchos; á esto respondió ella: «Pocos me debe de llevar vuestra merced;» yo entonces á ella que tuviese por cierto podia ser mi hija. Instó en que los dijese, híceIo con la verdad, que tenia cuarenta y dos; díjome que la diferencia era de doce años, pues ella tenia treinta y no mas. Sabe Dios cómo pude tener la risa para decirla que el semblante podia despedir cinco, que no mostraba mas; á esto replicó ella que mal se podian encubrir años cuando estaba la naturaleza tan gastada, que parescian todos, como yo, de mas edad de la que tenian; díjele que no habia regla de vejez en las damas hermosas, porque la hermosura perfecta no tenía límite, como constaba del previlegio de estar siempre en un mismo ser. Ella se holgaba de oirlo, y al tiempo que queriamos almorzar entraron de romanía dos clérigos, que debian de tener á ochenta años, y dijeron á Polonia que venian de apuesta, y con calidad de que habia de partir con ella el que la ganase; preguntó qué era lo que querian, y ambos, embarazándose el uno al otro, y no insólidum cada uno, la dijeron que habia de decir la verdad; respondióles que sí, y proseguieron preguntándola cuántos años tenia, que habian revuelto los libros de bautismo de las pilas de la ciudad, desd'el año de quinientos y cuatro, y que en ellos no se hallaba que declarasen el suyo. No es mal paso este, pues apenas me dijo que no tenia mas de treinta, la vieja les preguntó de cuántos años la hacian; respondió el uno de ciento y treinta, y el otro de ciento y veinte. «Pues hagan cuenta, les dijo ella, que no tengo mas de quince, y que en todos los demás han errado.» Reyéronse, y sacándola á la otra pieza, la hicieron confesar la verdad; yo les pregunté á los clérigos cuántos eran, y el uno dellos, diciendo á ella: «No importa que este señor lo sepa, que no se ha de casar con él,» me respondió ciento y cuarenta; no se descuidó ella en quererme asegurar los habia burlado, solamente por la particion de su apuesta, que la habia ganado el de los ciento treinta por haberse acercado mas al número de ciento y cuarenta que ella habia declarado; yo la respondí que lo habia hecho muy bien, con que quedó asegurada de que yo la daba crédito. Invié á Pedro por mas vino, por si faltase; á ella satisfizo esta diligencia, no sé si por beber mucho, ó porque quedábamos solos para la fruta vedada; pero, como yo estaba entregado del todo á aquel divino ángel, maravilla mayor de la hermosura, sin ser mio, era diferente mi pensamiento, tenia yo la vista baja y discurria en varias cosas, por no reirme de verla comer y mascar, y porque siendo la punta de la nariz tan larga y la barba levantada para arriba, no llevaba bocado á la boca que no tropezase en la una ú en la otra; y como el tocino pringa, relucian de suerte, que parecian cascos de espejo sus visos. Siempre bebia primero, por la costumbre damal, y me brindaba á lo que mas bien queria, de que yo me holgaba sumamente; y como la nariz larga y pringada nadaba en el vaso, el vino regalado me sabia á torrezno; bien es verdad que pudo saber á otra cosa peor, si el luquete de la humedad de las narices tuviera jugo. Llegó Pedro y volvimos á beber, y él se puso á mirar á Polonia de hito en hito, componiéndose la valona y haciendo algunos gestos, acompañando su cara á los movimientos altos y bajos de la de Polonia. Yo creí que estaba endemoniado; preguntéle qué tenia, respondióme que ya que no le habiamos dejado de almorzar, le dejasen ponerse galan, con que reconocí que se servia del pringue de Polonia como de espejo, y antes que ella lo echase de ver, porque no se corriese, le hice seña para

que se fuese de allí. Acabóse el almuerzo y quedamos los dos, con dolor mio, en conversacion, y despues de varias cosas, me preguntó si era casado, y respondíla que no; díjome que hombre de mis partes sin casarse, no podia creer estuviese sin causa grande (aquí fué mi miedo mayor); pero con buen semblante la respondí que no tenia empeño secreto de antes, y que despues que llegué aquí y la vi, amaba y estimaba á la celestial Magdalena, á quien mis ojos solamente la hablaban por el corazon; que no me atrevia á otra cosa, temiendo oir un desengaño ó desprecio, que todo podia caber en ella, por no merecerla yo, por su soberana hermosura y divinas partes; que antes de conocerla, un achaque grave me habia impedido el casarme. Preguntóme sonriéndose cuál era, respondíla flaqueza de estómago causada de las muchas mocedades mias, y que era tan grande, que estaba incapaz de comunicar mujeres habia doce años. Díjome que si no estuviera tan enamorado de quien decia, era el achaque fácil de remedio, y que hacia mal en no casarme para tener salud. Respondíla que si me hallara casado, fuera forzoso hacer divorcio ó apartarme de la mujer por conveniencia para curarme, aunque ella buscase otros por las suyas; que no tenia por buen remedio el uso que me habia traido á este estado. Prosiguió diciendo: «Y bien, si yo tratase de dar á vuestra merced una mujer que le curase casándose con ella, ¿qué me daria? Volví á decirla que el curarme habia de ser sin ella, fuera de que yo no podia ofender á mi altivo pensamiento. No se satisfizo, y dijo que no era justo, hallándome en lo mejor de mi edad, dejase de tomar estado por respeto de otra mujer, y mas confesando yo no haberla hablado, sino mirado, juzgándola rigurosa, que sin duda lo seria tambien adelante, sin atender á finezas ni conceptos de ojos; que seria presuntuosa, zahareña y arisca; que me aconsejaba tomase mejor acuerdo, y no con niña, que eran impertinentes, holgazanas, amigas de ver comedias para enseñarse los enredos dellas, pasearse, tratar de meriendas, sabiéndoles mejor el bocado no hallándose presente el marido, que su vista los convertia en rejalgar; que habia de ser con el enamorado y á costa suya, y algunas veces á costa de ella, hurtándolo en casa, aunque fuese despidiendo una criada, levantándola testimonio; todo era tratar de galas, sin gobierno ni regalo, sin que se atreva el marido á preguntar de la pollera y enaguas que no las pagó con su dinero. Lloronas á cualquiera cosita, por leve que sea, por salir con la suya, ó con lo etcétera; que no volvian sino á deshoras á casa, por las mañanas oyendo los predicadores, y no todos en los púlpitos, misas las últimas, por no dejar de ver hasta los mas perezosos; y por la tarde en casa de las tias, de donde hacian punta para ejecutar la caza, y á la vuelta, de camino compraban un ramillete, seco de esperar desde la mañana, y se lo ponian en la cabeza á su marido, aun mas seca y dura que las flores, para ser bien recibidas en casa como bien tomadas fuera; y el haber de estar escuchándolas mil boberías de las que oyen ó imaginan, para tener qué hablar, sin que alcancen cosa de sustancia, ni tomarle sazon á un puchero como á una bolsa, ni quieren ver almohadilla, diciendo que el nombre es bárbaro, ni saben componer una cama, sino descomponerla, que hasta en esto no saben lo que se hacen; y si en el marido conocen algun cuidado celoso, y no se atreven á salir de casa, suelen fingir, con consentimiento de las tias, mal de corazon para que la saquen de la casa con nombre de divertimiento, á sus placeres citados; y cuando están en visita, con licencia y beneplácito dellas, particularmente de caballeros mozos, llaman al mal de corazon, y llega luego, que es bien mandado, y se tienden de golpe, aprietan los dientes, cruzan las piernas, descúbrense para que, con achaque de que es menester estirárselas, se las tienten y se las vean, unas por los bajos ricos, otras por las buenas piernas. Que yo habia menester una mujer sin verdores y paridera para la subcesion, que atendiese á mi regalo y salud; mujer hecha y derecha como ella, que perdonase la comparacion (aquí mintió Polonia, porque está deshecha y agoviada); que tampoco fuese rica, que las tales eran soberbias y á pocos lances saltaban (particularmente si tocaban algo en tontas), diciendo: «Con la hacienda que truje, en otra casa pude estar mas estimada y regalada que en esta;» dando al diablo al fraile ó canónigo que la casó, por pagarla con un marido. Y haberlo de oir un hombre y pasar por ello por fuerza era desdichada cosa, pues la mujer casada á disgusto y atormentada en casa iria á buscar quien la entretuviese á otras. La que me proponia era la de las mejores manos que se conocia, y que llenaban la casa de dinero y todo lo demás nescesario en ella; que en poco tiempo me veria lleno de tesoro ahuchado, que todas sus puntadas eran oro y diamantes, de mas que mediana hermosura y viuda, que esta valía mas que las dotes mayores; que de su virtud no hablaba, porque era contra el uso de los matrimonios de ahora, por ser grosería el preguntarlo y liviandad el inquirirlo. A tanto conjuro, porque se fuera y no me atormentara mas el corazon, encomendándome interiormente á Magdalena y invocando su nombre muchas veces, la dije que la habia oido con admiracion grande y con igual gusto; pero que no me inclinaba á casarme ni podia, y cuando pudiera, solamente me ajustara á procurar la cura y regalo sin casamiento, con una buena conversacion que se llamase saludable. Aquí se declaró Polonia y dijo, perdiendo totalmente el juicio: «Bueno fuera que yo tomara conversacion con vuestra merced, sin mas empeño, con la vida que trae sirviendo al Rey, sin que por la mañana sepa dónde ha de anochecer, y por la noche dónde le alcanzará el dia; y como suele ser lo mas cierto, y segun yo soy desgraciada, me hiciese preñada, quedaria buena moza, notada de liviana, y sin consuelo ni padre para el vientre.»

Por Dios no supe dónde estaba y cómo pude contener la risa oyendo preñeces á una mujer nacida en otro siglo, que de puro seca, aun no tiene lagañas; respondíla la serviria toda mi vida, y tendria perpétua memoria de tan gran favor. Levantóse, y fuése meneando la cabeza, como quien quiere dar á entender, ú no me engañaréis, ú no os podré engañar, que ambas cosas puede significar este meneo, y bien segura podia estar de ambas, porque Magdalena es mi vida y todo mi bien.

Salí de casa, admirado del subceso, y habiendo oido misa, anduve por toda la ciudad buscando un altar y imágen de san Anton, para suplicarle me apartase de esta tentacion fiera; puedo decir con verdad que en nin-

guna de sus tablas y imágenes he visto cosa mas horrible ni espantosa; no sosegaba ni me atrevia á volver á casa, y andando medio aturdido, encontré con don Alvaro, y diciéndole que tenia que hablarle, le saqué de la otra parte del rio; díjele lo que me habia subcedido desd'el primer punto, sin omitirle cosa alguna, hasta la última visita. Reyóse notablemente, y me aconsejó hiciese lo mismo, asigurándome que por la tarde nos veriamos, pues reconocia, segun el estado de las cosas, habia de haber que solemnizar otras; que no me diese cuidado la vieja, que antes era de entretenimiento que de disgusto. Con esto, nos despedimos.

Lo que yo temia era, no me diese algo en la comida que me privase de la vida ó juicio, que fuera peor, creyendo me daba cosa favorable á sus deseos. Entré en casa, donde hallé á Pedro con la mesa puesta. Subió por la comida, y en el ínterin tomé la servilleta; estaba debajo de ella un papel muy cerrado y con la civilidad de la dorada orilla, que decia así:

«Señor don Beltran: Despues que vi á vuestra merced con la tranca en las manos (¡oh, nunca le hubiera »visto!), quedé sujeta á la flaqueza de rendirme á vuestra merced, porque tal aire y brio con ella no se vió »jamás en ninguno, perdonen los caballeros andantes y »el ilustre manchego don Quijote. Deseé al principio por »tercera persona (¡oh, lo que puede el amor!) intro»ducir á vuestra merced la mia en casamiento, para »servirle y darle la salud que le falta; pero viendo en »vuestra merced tantas tibiezas y desengaños (no digo »groserías), me ha sido forzoso el confesar lo que callar »debiera una mujer de mis prendas, pues creo que nin»guna, por baja y humilde que fuese, ha dicho esto con »tal resolucion; y sepa que en empeñándome en el que»rer, soy un rayo, intrépida y bizarrota, que el dios Amor »totalmente me cierra los ojos de la consideracion; y »aunque no sea tan hermosa como la que vuestra mer»ced adora (que me holgara ser ella para que me qui»siera igualmente), me quiero llamar suya; y porque se »asegure de mi voluntad y la estime como yo sus cosas »(¡oh qué notables empeños!), suplícole se sirva de »inviarme la tranca para mi custodia y alivio en la so»ledad que paso, que la quiero muy cerca y tocarla mu»chas veces con mis manos, porque á vuestra merced »(para mi perdicion) le hizo tan bizarro robador, te»niéndola en las suyas. — De vuestra merced, aunque »sea tirano, *Polonia.*»

Quitóme la melancolía el asunto que tomó para escrebirme el papel, y dije á la criada, que estaba presente, que yo responderia; que en mi vida habia tenido tan gustoso principio de comida, que la inviaba aquel regalo; era un salpicon de vaca con mucha cebolla, y una uña de pié de puerco en medio, con la punta para arriba, que parescia labrada de diamante; acabé de comer, sin gustar á qué sabia, porque estuve pensando tantos y tan diversos desatinos, que creo no sintió la comida el estómago, sino que subió á la cabeza. Púseme luego á escrebir un soneto por forzosa deuda, y tambien porque, si tratábamos de papeles, aunque estábamos en una casa, se alargaria la correspondencia, que era lo que deseaba. Señor y amigo, óigale vuestra merced, y avíseme si le he cerrado bien.

De mi amor el aspecto soberano,
Ardiente en nieve se resuelve en llama;
Que quien pesares en el ero inflama,
Tiene el decoro en la siniestra mano.
No os parezca delito y que profano
La sacra concha que la Diosa aclama,
Que es infausto el poder de quien derrama
El cristal del Pegaso rabicano.
El soneto se cierre, y no con llave
Del metal cudiciado que el sol dora;
Con otra natural y la mas franca.
No ha de buscar al oro aquel que sabe
Puede suplir la falta como ahora,
Cerrándole mas fuerte con la tranca.

Subió Pedro á dársele, y volvió con él, diciendo que la puerta de su aposento estaba cerrada, y que él habia visto á Polonia por una pequeña rendija en camisa, matando pulgas con unas tijerillas, y que no quiso llamar sin decírmelo primero; cayóme en gracia la simplicidad de Pedro, que es notable; pero, ¿qué mucho, si soy otro don Quijote, que él sea Sancho Panza?

Pasaron dos horas antes que el mozo volviese á subir arriba. Halló á Polonia desembarazada, y dióla el papel; decia que le leyó muchas veces, y en cada una que le acababa de leer mostraba admirarse y se suspendia; cuándo recogia la nariz, cuándo la alargaba, y la barba, bajándola y subiéndola, unas veces daba en la frente, otras en los pechos; en fin, dijo Pedro, despues de haber hecho graciosas imitaciones con su sencillez, que le habia dicho, rasgando el silencio, rompiéndole ó haciéndole andrajos, le daba por respuesta bajaria luego á ver al señor poeta. Si no me lo previniera, no me hallara en casa, por no esperarla, juzgando por cierta la visita, pero no pude escaparme. Vino, sentóse con las ceremonias ordinarias, y me dijo que si hasta entonces me habia querido y estimado por buena persona y se me habia aficionado por mis muchas partes, que ya se le habia aumentado el afecto; decíame: «¿Es posible, señor don Beltran, que vuestra merced tiene dicha de ser tan gran poeta, y yo soy tan venturosa que le tengo en casa? Cada vez que esto considero, me mortifico en un desengaño cruel y no merescido; ¡oh, mal haya Magdalena! Perdone vuestra merced; no he leido en mi vida cosa que mejor me suene, ni mas suave y clara, de mas sustancia que yema, que su soneto de vuestra merced, y si vuestra merced no le tenia en la memoria, por habérsele escripto á otra dama, estimo el cuidado y desvelo que le han causado tan altos conceptos;» y despues de larga conversacion y que creí se iba, metió la mano en el seno, y por la parte de arriba, como que queria sacar testimonio de que tenia carnes en alguna cosa viva (si es posible que su edad y flaqueza los pueda dar), sacó el soneto; díjome que era curiosa y deseaba salir de una duda, y era que habia visto en casa de un letrado, pintado el caballo Pegaso, blanco como la nieve, y que yo le llamaba rabicano; que la dijese si en lo cano se incluia lo blanco, y en lo rabi alguna estimacion mayor entre los caballos, como la tenia entre los judíos. Notable reparo y delicadeza me paresció; así, la respondí que era aguda la pregunta; y faltándome razones con que satisfacerla, me paresció escrebir otro soneto acabando en Polonia, que la mas presumida queda contenta y vana hablando de ella en verso; y así, la dije que era justo que las dudas de un soneto otro aclarase. Preguntóme cuándo;

yo la respondí que luego, y empecé á escrebirle; y tan presto se acabó, que se pudo juzgar le sabia de memoria, y leíselo.

El dudar del caballo rabicano,
De los astros redime la corteza,
Que si volcan despide en la pureza,
Es inmenso raudal, signo liviano.
Si rabí por lo viejo, el potro en vano
Desengaña jovial naturaleza,
Presumiendo vencer en sutileza
Vuestro ingenio veloz al mas lozano,
Bien labrada pasion, constante, implica
El dócil monumento de la esfera,
Al soneto confuso en Babilonia.
Procediendo variable, multiplica
Del año mas rapaz la primavera,
Al máximo coturno de Polonia.

Díjome quedaba muy satisfecha y enterada de la glosa; yo la respondí que no era amigo de poner confusion á las gentes con mis versos; ella prosiguió diciendo que fuera imposible le explicara mejor en prosa, estimando sobre todo el que hubiese acabado el soneto en Polonia; solo me preguntó qué era coturno; yo la respondí que la cofia de la cabeza, que porque tenia puntas la llamaban así las damas de palacio, que era una hierarquía que hablaba diferentemente que las demás, y con los dedos como con la lengua, por particular virtud que tenian en las uñas, que por ser de ángeles, y no de la gran bestia, causaban muchos males de corazon. Volvió á alabarme el soneto y la brevedad en escrebirle; yo la dije que en escribirlos aprisa llevaba ventaja á muchos, pero que la aseguraba que estos no eran de los mas anochecidos que escrebia. Preguntóme (¡qué molestia tan grande para mí!) si sabia jugar; díjela que unas quinolillas; sacó los naipes y dineros, diciendo que habia de ser entretenimiento no mas; empezamos el juego, y cayéndosele á menudo los naipes de la mano, creí que habia algun embuste; jugaba con mujer, y no era temerario el juicio, que si jugara con varon, le tuviera por fullero, que tambien es oficio que se aprende, y hay escuela secreta de esta habilidad, y se ejercita públicamente. Yo la disimulaba, hasta que eché de ver que al tiempo que yo alargaba el cuerpo y la mano para levantar los naipes, levantaba tambien ella un poco las faldas para descubrir por aquel lado zapato y media, y una vez de suerte, que vi ceñida la media naranjada una liga blanca, que sin duda fué feriada ó ganada de algun francés; no me daba por entendido, con que las diligencias se apresuraban con menos disimulacion; ganóme dos reales y levantóse, y al bajar dos escalones que habia de mi cuarto al patio, resbaló, y desenvueltamente cayó, cubriendo la cabeza con las faldas, descubriendo hasta los jueces antiguos de Castilla; yo, que no los quise ver difuntos de tantos años, cerré los ojos, pero reconocí que no traia mas de una media, que la otra era de pelo propio. Levantóse, ayudada de mi consentimiento, el rostro, aunque no carmesí, porque la sangre tenia repartida en su larga generacion; preguntéla si se habia hecho mal, y me respondió que un poco en las espaldas; hice traer unos bizcochos y vino, con que se alegró algo; preguntóme si se habia descubierto del todo en la caida; anticipóse Pedro, que es muy amigo de tomar mis veces, aunque sea en el vino, y respondió prontamente: «Hasta el ombligo no mas; por señas de que vuestra merced no trae mas de una media.» Yo la dije que no le creyese, que el mozo era un hablador majadero, sin policía; que me habia parecido á mí habia venido con los vestidos cosidos al cuerpo, pues no se habian desunido las faldas. Fuése, y dejóme admirado de ver el capricho de la mujer, sin mas que una media para enseñarla por puntos en el juego, dejando caer los naipes, que si no fuera por esta causa, creyera que la caida habia sido estudiada para que la viera sin pulgas; llamé á Pedro y reprendíle por hablador poco advertido con damas; respondióme que cómo podia ser dama una vieja como aquella, que apenas tenia señales de mujer, y que estaba obligado á decir verdad, como cristiano; que no queria dares y tomares con el confesor, que por una mentira de burlas le predicaba y hacia rezar mucho.

Mientras se aderezaba la cena bajó Tecla á hacer la cama; díjela cuán milagrosamente se habia escapado su ama, que creí tuviera descalabradura en alguna parte, que me hubiera pesado infinito de cualquier mal subceso, habiendo bajado á mi cuarto á hacerme merced; díjome que estaba muy melancólica; preguntéla la causa; respondióme riéndose pasito, poniendo el dedo en la boca y mirando á la puerta si la acechaban, que porque la habia visto descubierta, sin mas que una media, que aunque yo la habia dicho que no creyese á Pedro, que inocentemente habia declarado la verdad, que estaba discurriendo qué decirme para que no tuviese á pobreza suya aquella falta; preguntéla el caso; respondióme que no tenia medias, y que aquella que yo habia visto era de seda con su compañera, y que se las habia inviado para echar soletas un licenciado galante de la ciudad, y que se la puso sola, abriéndola mas para que entrara el pié antes de aderezarla, y la liga blanca que tenia en prendas de tres reales para dar á entender no le faltaban, y la otra pierna sin ella para mostrar mejor su perfeccion. (La cana, dijo Pedro, muy monda, y que peligra entre los soldados alemanes por instrumento pífano.) Admiréme de la satisfaccion, porque el dia que bajó con la partesana, ó parte mala, que lo es toda ella, y tan de corto, se le descubrian, y en fin me pareció las habia sacado de alguna sepultura antigua; y prosiguió diciendo que me queria notablemente, que si ella hubiera sido moza y rica, no habia echado mal lance; que no dormia, y que toda la noche con ella pasaba hablando de mocedades y galanteos pasados; que de mí la decia era buena persona, agradable, grandísimo y clarísimo poeta, y que si no fuera por esta inquietud de las guerras, se casara conmigo; que aunque yo la mostraba mucha aficion, y tanta, que ya me había declarado con ella (aquí la dije á Tecla: «Miente Polonia, por vida de Magdalena, que es la que mas deseo»), que no se atrevia á este empeño; que á una conversacion sí, que se olvidaba en cuatro dias y se llamaba saludable, que procuraria ajustarla con las mejores conveniencias y partidos que pudiese, y si se hacia preñada, habia guarda-infantes para su disimulacion, que no le faltaria hacienda ni leche para criar, ni maña para inviarme, si pariese varon, donde me hallase; que todo lo prevenia anticipadamente, y que la pedia consejo de lo que debia hacer, como á buena criada y amiga, que por tal la tenia y estimaba. Preguntéla qué era lo que la aconsejaba; respondióme (pidiéndome per-

don sin ser gallego) que la decia que no se fiase en soldados, que la robarian lo poco que tenia, que no se arrojase tan fácilmente sin conocer mis costumbres; que yo, que traia buen hábito exterior, podia tener oculto otro de pícara inclinacion; que pues estaba en su casa, brevemente daria muestras de ella, y que se acordase del refran comun por el buen hábito exterior, «aunque á la mona vistan de seda, mona se queda;» si yo le parescia apacible y risueño, se acordase del dia que me vió enojado con la tranca, que á pocos lances podia tambien probarla, y sobre todo, que no era niña y que la despreciaria luego; que ella bien podia estar segura de preñeces, que no lo decia por este peligro, sino por la risa que habria en la ciudad publicándose el caso; y que á esto la habia respondido que ¿por qué no podia hacerse preñada? que ella creia lo estaba con solo imaginarlo; y respondiéndola cómo podia ser, sobrando el requisito de los años y faltando la junta del varon, la habia dicho que era una grosera mentecata y simple y poco leida en preñeces, que las yeguas en el Andalucía concebian del aire, y si del aire concebian, ¿por qué no ella de la imaginacion, que tenia cincuenta y tres grados mas varoniles? Que estaba tan loca, que por esta razon sola la quiso despedir. Dí á Tecla por estos consejos un doblon, y la ofrescí otros si los continuaba y trataba de entibiarla, aunque fuese levantándome testimonios, que los estimaria mas que si me levantaran estatuas. Díjome, agradecida, que inventaria cosas nunca oidas. Fuése arriba y bajó la Polonia muy aliñada y limpia con la olla de gigote, porque no se enfriase en el camino; sacóle al plato y convidéla; respondióme que para de noche era muy pesado el gigote, y aun para la flaqueza del estómago que yo padecia. Anduvo, no pudiendo encaminarse á darme satisfaccion sobre la media sola, y no halló cosa mas á mano que la banda que traigo ceñida, diciéndome que de verano cómo me abrigaba tanto y traia tanta ropa; respondíla que estaba viejo, para andar mas aligerado que necesitaba de traerla; entonces me dijo que la mitad del verano, particularmente junio, julio y agosto, casi no se ponia camisa por la calor que daba el lienzo, que era la ropa que mas se pegaba al cuerpo, que las basquiñas sin ella eran mas despegadas; que tampoco traia medias, que alguna vez se ponia una para dar á entender las tenia, siendo verdad no le faltaban hasta ocho pares de todas colores, con sus ligas con puntas de oro y plata, y que esto era lo mas saludable en los tres meses ardientes; yo la alababa mucho lo que decia, y la daba por el mejor albitrio contra la calor una estufa de suma porquería, inventando algunos cuentos de risa en esta materia, y ella se reia poderosamente y cubria la boca, como con abanico, con el cucharon de la olla, no sé si por cubrir el defecto de los dientes ó por lamerle; y segun es para mucho, las dos cosas pudo hacer á un mismo tiempo. Acabé de cenar, y ella, diciéndome que tambien habia cenado, quedó á parlar conmigo. Luego acudió á preguntarme cómo me sentia del estómago; díjela que como antes, que requeria larga cura y de mucho recogimiento, dieta en el comer y beber, que habia de ser poco y bueno. Hizo grande instancia sobre tentármele, que queria reconocer si podia ser otro achaque que el que yo decia; y aunque lo rehusé mucho por mi honestidad, fué tan grande su porfía, que me dijo en donaire: «Mire que estoy preñada y que es antojo, y si no se le tiento, malpariré.» Desabrochéme y anduvo con la mano, que me parescia que algun albañil andaba con la paleta dura emblanqueciéndome el estómago y pechos (tan dura estaba); preguntóme si sentia algun alivio en sus manos; yo la dije que no, y porque me dejase, la dí á entender, desviando un poco el cuerpo, que tenia cosquillas; aquí dijo ella: «¿Cosquillas tiene vuestra merced? La cura será breve; yo le dejaré bueno antes de muchos dias.» Salióse con esto; yo quedé con nescesidad de dormir, porque la Polonia no me dejaba reposar ni de noche ni de dia.

¿Puede haber cosa mas graciosa que la que tengo referida y la conversacion con su criada, pues la daba á entender no queria casarse conmigo, aunque me habia declarado con ella; pero que sí á una conversacion de menos empeño, que se llamase pasatiempo, siendo lo que ella no quiso cuando me excusé de casarme? Pase esto por gracia y por donaire, y atiéndase á lo que se sigue, para que conozca vuestra merced lo que son viejas enamoradas. El endiablado deseo de Polonia era tal, que se hizo enferma, y por la mañana, sacando el orinal como para vaciarle, mostró á un doctor las aguas por suyas. El majadero de Pedro estuvo atento á lo que hacia y decia del orinal Polonia, que otra vez no se le conoció aquel cuidado, y cuando dijo el Doctor que eran de sugeto robusto y no enfermo, sino muy sano y que habia señales de preñado, que se maravillaba que en su edad los tuviese y estuviese tan recia y buena, y que si no se las hubiera enseñado por suyas no las tuviera por tales. Saltó, como digo, Pedro, sin poderlo sufrir, y dijo que aquellos meados no eran de la señora, sino de su amo; que era una vieja mentirosa y hechicera, y volviendo al Doctor, prosiguió no la creyese, que ella no podia mear, de vieja y seca. Enojóse Polonia contra Pedro, y quebró el orinal, vaciándole juntamente, en su cabeza, y si el Doctor no se pone á meter paz, creo que Pedro hubiera caido en alguna desgracia de marca mayor con ella, pues no pasó entonces la ejecucion de levantar en alto un alpargata que tenia en las manos, adrezándola, y amenazarle con ella, y darle al Doctor de camino, que estaba en medio y mas cerca, en las barbas, un buen sacudido golpe con ella; no era tiempo de lodos, y así no pasó el daño de polvareda. Con todo, entró en mi aposento escupiendo muy aprisa, y me dijo que el criado que tenia era medio loco, que tratase de despedirle, porque no me empeñase en alguna cosa grave; respondíla estimaba mucho la advertencia, pero que creyese era mozo de verdad, servia bien y con amor, con que debia pasar por otras cosas de su corto natural. En esto entró Pedro muy afanado y á toda diligencia, y sin decir nada ni quejarse de la cabeza ni limpiar la sangre que le corria por la cara, que estaba descalabrado del orinal, como si fuera con navaja, recogió con toda prisa los cordeles que halló, con que liaba los baules, y midiendo puntas unas con otras, y añudándolas, paresció un terrible azote; preguntéle qué hacia; respondióme que queria azotar muy bien á la patrona y quitarla el vicio de mentir á personas como el señor Doctor. Cuando el Doctor oyó al mozo y su resolucion, si antes estaba enojado contra él, em-

pezó á reirse y á pedirme que no le estorbase su intento; que era una vieja embustera y ladrona la Polonia, que por justos juicios de Dios estaba destinada aquella diciplina para molerla los huesos y con ella pagase parte de sus pecados. Con todo, no me pareció bueno el consejo; y así, le dije al mozo, por templarle algo y no desahuciarle de su intento de repente (porque no pecase en desobediencia, qu'es medicina saludable dar tiempo al enojo para que se gaste), que dejase el azote, y que yo le avisaria cuándo lo habia de hacer, y que se fuese á curar la cabeza, y que no dijese quién la habia descalabrado ni lo que habia pasado ni subcedido con el señor Doctor, que estaba presente, á quien habia de pedir perdon del descuido y yerro de cuenta. Hízolo, y quedó admirado, así de la cólera del mozo en el deseo de la venganza, como de su docilidad, y dándole la mano de amigo, y diciéndole que si cayese enfermo no le matase, pues era amigo suyo y estaba gustosísimo de que su amo estuviese preñado, segun las aguas, se fué á curar, y el Doctor á sus visitas, hechos sus labios getas del golpe recibido, que parecia médico monicongo; pero pereciéndose de risa y jurando que no podia dejar de contar por la ciudad lo que habia subcedido, que no era para menos el caso, aunque se holgara mas si hubiera habido azote.

Habiendo oido Polonia la relacion del médico sobre las aguas, le pareció que todos mis achaques eran falsos, introducidos por mí por no obligarme á galanteos, ó porque no era dueño de mí por la que amaba, ó porque no hubiese parecídome bien ella; y recelosa de esto mas, y por apurarme del todo, usó de una maldad diabólica, que fué echar á mediodía unos polvos en el caldo, que tomándolos yo, no obstante mis recelos, á poco rato que acabé de comer me sentí con impulsos de mucha mocedad y vigores terribles, que no me dejaban sosegar. Echéme sobre la cama, y no pudiendo aquietarme, me desnudé y acosté. Pedro, que tambien probó del caldo, sin atreverse á decir palabra, salia y entraba en el aposento demasiadas veces; preguntéle qué tenia; respondióme: «Y vuestra merced ¿qué tiene?» Díjele que estaba enfermo de mozo, y él á mí que estaba enfermo de vieja. Hallándonos ambos de esta suerte tocados de la ponzoña infernal, bajó Polonia muy aliñada y compuesta, y como me vió en la cama, me preguntó la causa, como si la ignorara. No me atreví á decirla, como otras veces, tenia dolor de estómago, porque no me metiera la mano entre las sábanas, sino que tenia un terrible dolor de cabeza; y porque me dejara, la dije que debia de proceder de dormir poco, que algunas noches habia me faltaba sueño, y queria dormir si me daba licencia. Fuése con esto, y Pedro la seguia; pero conociendo ella su intencion, cerró aprisa la puerta de su aposento; empezó á llamar amoroso, no hallando piedad á sus requiebros, y encendido mas, cada palmada que daba era porrada de Hércules, que abriera la puerta mas fuerte si no era esta fortificada por la parte de adentro de los huesos de Polonia. Ella me pidió favor; dí una voz á Pedro, y bajó luego, y ella tambien, y puesta la mano en la mejilla, se sentó en una silla, y luego por tenderse se me echó á la otra parte de la cama; yo estaba acordándome de mi ángel con Polonia al lado; daba ella á entender que descansaba, y yo, con todo mi mal, que dormia, roncando de falso, sin querer envite. El pobre Pedro estaba acechando por defuera cuándo salia; mas ella estaba de espacio, y creyendo que dormia, me despertó como al descuido con un codazo, ó por mejor decir una estocada, que su codo es buido y es lezna. Volví la cara, y sonriéndose me dijo: «¿Qué hay, cómo va, hállase mejor vuestra merced?» Respondíla (porque fuera perdiendo las esperanzas) que algo mas aliviado, y mentia, que entonces estaba el crecimiento en la mayor altura. Quiso salirse por la puerta, y vió á Pedro delante, mojado, que venia del rio; díjome Polonia que le recogiese; yo la pregunté qué pendencia habia sido la suya con él arriba, que estaba colérico desde la descalabradura de la cabeza. Respondióme que no habia sido pendencia de disgusto, sino susto para ella, pues habia mostrado quererla bien, que mas galan era el criado que el amo; respondíla que conocia se burlaba conmigo por divertirme; que la aseguraba estaba, aunque algo mejor, muy malo; preguntóme con gesto apacible (á su parescer, y no al mio) si queria me tirase un poco las piernas; estimándoselo, me excusé, diciéndola que lo mejor era dejarme quieto, sin mover mas el humor, y porque ella lo deseaba, instó en ello, pero en balde; llamé á Pedro, y fuése Polonia. Preguntéle de qué estaba mojado de piés á cabeza; respondióme que se habia echado al rio y nadado vestido por no tener lugar de desnudarse, y que ya se hallaba sin malos deseos; bien hubiera hecho yo lo mismo, si no pensara en la risa que causaria el bañarme en tiempo tan templado como el que hacia; la nescesidad lo pedia, el qué dirán me detenia. A Polonia siempre se le ofrescia algo en mi cuarto, que bajaba á menudo por cosas que no hallaba en él; la última vez me tentó la frente, dióme un olor de algalia notable; díjela que estaba olorosa; respondióme que su hija la monja la inviaba todos los olores y pastillas con que la regalaban diferentes devotos suyos, y que ella era amiga de andar muy olorosa, particularmente por lo interior; que la confortaba y llamaba tambien algunos descuidos de la naturaleza, y que traia para este efecto debajo de la ropa continuamente un papo de algalia; que si queria verle y olerle, me le enseñaria, y empezó á levantar las faldas; respondíla que el demasiado oler me ofendia la cabeza, que de un poco gustaba mucho; verdaderamente confieso no se le sentí cuando se echó sobre la cama; así, creí fué la última diligencia y suplemento contra su mal parescer. Considere vuestra merced, señor y amigo, lo qu'es enamorarse una vieja, las cosas que inventan y hacen para que las quieran, pues no hay maldad ni extremo que no cometan para cumplir su mal deseo, por cuanto hiciera esto una mujer moza primero al ruego de un verdugo que rogar á un príncipe con tales instancias y medios. Fuése diciendo que queria tratar de mi cena; yo quedé contento teniéndola fuera de mi cuarto; sentíme mas sosegado, que la operacion de los polvos declinó mucho; dormí cosa de una hora, que me hizo gran provecho. Bajó Tecla, y viéndome, empezó á santiguarse; preguntéla qué tenia ó qué via; respondióme, con el mismo recato que antes, que su señora la habia contado la historia, y que habiéndola dicho que no debian de ser buenos los polvos, la respondió que se lo preguntase á Pedro, pero que yo debia de ser mas robusto, pues tanto los habia resistido;

y que así, otro dia habia de componer otra cosa que me descompusiese mas y olvidase otras pasiones por un rato, y me obligase á humanarme; pero que esto, me dijo Tecla, no me diese cuidado, que me avisaria de todos sus intentos y que juntamente me guardaria de ellos. Sin duda quiso doblon, y así, se le dí; hizo la cama y fuése, y no tardó mucho Polonia con la cena, que era un gazapo; no me atrevia á comerle, hasta que ella empezó á hacer la salva. (Juzgó, conociendo mi cuidado.) Acababamos de cenar, y contó cuentos de enamoradas, y muy alegres y gustosos fines de ellos. Yo tambien conté algunos, pero acababan siempre en desastres, que parescian tragedias del español Gerardo, que no habia ninguno que no rematase en tinieblas y descalabramientos y melancolías. Dejóme esta noche mas temprano que otras, y yo se lo estimaba; y porque no tuviese ocasion de volver y entrar en el cuarto, hice cerrar las puertas á Pedro, advirtiéndole que aunque llamasen y estuviese despierto, se hiciese dormido y no respondiese (tan grande era mi miedo). Apagóse la luz y traté de reposo. pero no pasaron dos horas, y serian las diez, cuando la inquieta Polonia llamó á la puerta. Pedro, que estaba durmiendo, medio despertó, y sin acordarse de lo que le encargué, preguntó quién era. Ella le dijo que abriese la puerta; hízolo el tonto, que aun no habia despertado; entró con dos bujías delante, que las llevaba la criada, y despues el estudianton de casa siguiéndola, con las antiguas calzas atacadas, gorra con martinetes, cuello abierto y mascarilla, y luego un vecino no muy mozo, de barba larga, con jubon abierto por las espaldas y los calzones hasta los zapatos, el cuello del jubon por la parte posterior mas alto que la cabeza, defensa segura para cualquiera pescozon, con valona floja sin almidon ni goma, y una gorrilla chata, alhaja de algun arlequin; seguian los dos músicos, uno de rabel y otro de guitarra; despues destos, dos enmascarados, el uno en camisa con turbante y el otro de licenciado con capirote de penitente, y despues Polonia, vestida de blanco, con un capotillo corto encarnado, corto para su talle, pero fué fieltro de uno de sus maridos; el sombrero grande, con muchas plumas blancas y rojas, levantadas las faldas, que hasta en el sombrero tenia tentacion de levantarlas; no traia mascarilla porque no la podia haber hecha para su nariz, ni habia bastante carton en Lérida para poderla cubrir y enfundar; yo estaba admirado de ver la novedad disparatada, y incorporándome en la cama, estuve viendo el baile, que fué extravagante, por ser de cuatro, y verdaderamente conocia que eran diestrísimos; y la Polonia, sentada sobre mi cama, parescia de quince años, mirada por las espaldas. Invié á Pedro á la confitería y por vino para que se refrescaran, pero no trujo dulces, por ser tarde; y así, para la introduccion del vino se hubieron de contentar con fruta, que habia mucha en mi despensa, como si fuera de Aguado. Parescióme que con esto tenia fin la fiesta, pero de nuevo empezaron con otra danza diferente, que duró mucho rato; acabada y sentados todos, volvieron á beber, y Polonia brindó á los danzantes á la salud de la dama á quien yo mas queria, y ellos bebieron bien, y esto me dijeron era hacer la razon, que yo no lo sabia. Polonia mandó al del rabel tocase el son del candelero; yo no sé cómo podia estar en pié, sino es que tambien tuviera polvos de danzar; tcméle en la mano, y dando una vuelta y haciéndome una reverencia, me le entregó; díjela que, como vian todos, estaba malo, que otro dia la serviria; no hubo menester mas instancia. Pedro, para salir del rincon en que estaba (tambien de máscara, que con la camisa cubria los calzones, que á él le paresció la ocasion pedia disfraz general en el aposento), y representar mi persona, pues dando cuatro zapatetas y dos saltos, como si hubiera de danzar el villano, se plantó delante de Polonia; mas respondióme ella, sin hacer caso de Pedro, que en Cataluña no se admitian groserías, antes se vengaban. No hallé los calzoncillos, y en camisa, puestas las chinelas, hube de acompañarla; hice todo lo que pude, y es cierto que no danzó solo conmigo, sino con todos los palomares de la ciudad; tal estaba la camisa por la virtud de los polvos. Y cesando ella, y no habiendo otra dama á quien sacar á danzar, me recogí á la cama, y tambien se sentó junto á mí. Pedro se ofendió de que no hubiese querido danzar con él, y dijo: Con licencia de mi amo, bien podia danzar con él, que no debia nada á nadie; y tan limpio y leal que pudo fiarle el candelero, que lo que mas sentia era parescerle que no se le quiso entregar porque no se fuera con él. Díjome Polonia que, como estaba malo, por divertirme habia traido aquellos músicos y vecinos; que no me entristeciese, que habia de darme buenos ratos, y que no huyese de ellos. Estiméla el favor, que era imposible el que mejorase de melancolías; respondióme que me tenia lástima, pues me juzgaba ya por loco en querer á quien no me queria, y por despedida hizo que cantasen á la guitarra el romance de Lucrecia, que decia la agradaba mucho la primera copla y las seguidillas; tocaba el del rabel vivísimamente y con gran destreza. Fuéronse, y tornando á decir á Pedro que cerrase la puerta y no la abriese, nos recogimos á la una.

El siguiente dia por la mañana, sin haberme levantado de la cama, bajó Polonia, que estaba con cuidado de mi melancolía, que me sobrevino grandísima, y no sabia qué hacerse por divertirme. Almorzamos una perdiz, y yo, con el pensamiento en lo que me habia dicho Tecla de la segunda diligencia que queria hacer su ama, y discurriendo sobre lo que debia prevenir, que aunque la moza me habia asegurado del cuidado y ejecucion de ella, temíala que en su ausencia y sin noticia suya no acabase conmigo. Viéndome Polonia suspenso, me dijo que me alegrase, que para la noche tenia una fiesta excelente que me holgaria muchísimo de verla, porque seria famosa, y que no me habia de quejar de que no me agasajaba en su casa, aunque quisiese tanto á Magdalena, y á ella aborreciese, que ya no podia mas; que bien conocia no hallaria medio ninguno al presente para hacer la olvidase; pero por si con el tiempo, que mudaba las cosas, me mudaba, queria tenerme obligado de manera, que no me atreviese á querer otra; que ya se reducia á esta espera, aunque fuese larga, que no peinaba canas ni las esperaba tan presto. Yo la respondí que me hiciese merced de dejarme con mis melancolías, que las estimaba, aunque me atormentaban por la causa de ellas; que me perdonase, que no podia olvidarla en mi vida, que no estaba para diversiones ningunas, porque tenia rendido y postrado el homenaje de no olvidarla, con mucho gusto

mio. Díjome que hasta la misma Magdalena se hallaria en la fiesta, y que la traeria sin falta á cenar conmigo; yo me consolé, como si ella lo pudiera hacer ó lo quisiese Magdalena; que aquel que verdaderamente ama, fácilmente cree y se engaña; y diciéndome: «Quédese vuestra merced, que yo haré lo que importa;» volvió las espaldas prosiguiendo: «O yo he de valer poco, ó vuestra merced ha de estar bueno y alegre.» Quedé considerando qué fiesta podia ser esta que tanto alababa Polonia, sin que nunca imaginase en la que fué, que á saberlo, no hubiera vuelto á casa nunca.

Salí en busca de don Alvaro para comunicarle el caso. Halléle á pocos pasos, porque venia á verme para divertirse tambien con los cuentos de Polonia, que á mí me mataban, y él gustaba dellos; que como la conocia, la causaba notable risa el verla enamorada. Díjele la novedad de las danzas y prevencion que habia para la noche, suplicándole, pues éramos amigos y muy suyo el cuartel nuestro, me sacase á otra casa. Contéle el subceso de los polvos y el de Pedro; no le quiso creer hasta que examinó al mismo. Díjome don Alvaro queria cenar conmigo y pasar la noche en fiesta; no añadí plato, porque con los amigos, he oido decir está cumplido de cualquier manera, aunque sea dándoles de cenar tan poco que mueran de hambre. Quedamos esperando la hora; yo solo no la deseaba, porque me tenia la vieja mortalmente cansado, y á don Alvaro se le hacia tarde; bajó con la cena Polonia, y él empezó á requebrarla; ella le estuvo mirando muy atenta, y despues que le reconoció bien, dijo: «La convidada tienen vuestras mercedes aquí para la cena y fiesta;» y salióse, diciendo á Pedro que si faltase algo subiese por ello arriba; y juntamente entró la convidada, que mirada de léjos, unas veces era de la altura y endiablada proporcion de Polonia, y otras de la perfectísima y hermosa Magdalena; llegó cerca: la media cara era del mismo sol, y la otra de Polonia; estaba dividida en las dos, sin que saliese de los límites de la perfecion la nariz de Polonia por el lado de Magdalena ni se moderase de la suya, ni causaba fealdad en Magdalena ni hermosura en Polonia el hallarse juntas dos caras tan diferentes de tanto extremo en hermosura y fealdad, por una parte divino serafin, por otra parte diablo; las voces eran tambien diferentes, porque cuando hablaba por Magdalena era sonora, dulce y grave, y cuando por Polonia, estropeada y deshecha; en fin, suya. Cenando estábamos los tres, teniéndola en medio don Alvaro y yo, y á mi parte, que era la derecha, estaba Magdalena; pero, como para mí no se hicieron los gustos durables, cuando mas alegre estaba de ver á Magdalena tan cerca de mí, respondiéndome con una gracia modesta, sin perder un punto de su compostura, sonriéndose apacible, trocó de puesto la cara endemoniada de Polonia; cuál me debia parescer en lugar de la otra ya se deja considerar. Díjela que me hiciese favor de pasarse al puesto de antes, y que no tratase de quitarme tanto bien, y que considerase que aquella señora estaba en su casa de ella, y que no parescia cosa decente le quitase la man derecha y primer lugar que le tocaba en cortesía; estaba callando para mí Polonia, y don Alvaro hablando con Magdalena; yo rabiaba de celos, no sabia qué hacerme, ni me acordaba, segun estaba loco, de que todo aquello era embuste y ficcion diabólica; sentia estuviese hablando con otro, aunque era amigo don Alvaro; que en amores se debe fiar poco en el mayor, que los celos amorosos son hermanos de los de los privados; y mas, que don Alvaro no sabia que yo quisiese á Magdalena, que á la mayor amistad se deben ocultar estas materias, por delicadísimas y de toda envidia en sí. Condecendió á mi ruego Polonia, y pasó Magdalena á mi lado; y como si la ausencia hubiera sido grande y de mucha tierra en medio, así la dí la bienllegada. Hallándome en este paraíso deleitable, nos empezamos á mirar uno á otro, don Alvaro y yo; mirábale que estaba transformado en borrico, y él á mí á la frente, donde via dos formidables cuernos con sus puas iguales á mis años en el número, y en las puntas principales dos luces como de dos bujías juntas, y en las de las puas como de las candelillas ordinarias. Luminaria parescia curiosa. Al orígen de ellos dos culebras enroscadas, y los lagartos, lagartijas, sapos y otras sabandijas ponzoñosas andaban con gran presteza encontrándose unas con otras de arriba para abajo, con gran cuidado de no tocar en las luces, que estaban cercadas de innumerables murciélagos, mariposas del infierno, y no solo no se quemaban las alas, sino con la agitacion de sacudirlas las encendian mas. Todo lo vi, porque desviándose don Alvaro algunas veces de mí, como con miedo, le pregunté la causa y me hizo traer un espejo; Pedro me le entregó, y con tanto miedo, que temblando alargó cuanto pudo el brazo para dármele. Espantéme de mí mismo, y me levanté furioso; pero díjome Magdalena al oido (que jamás tanto se me acercó) que me sentase y no tomase pesadumbre. Dí el espejo á don Alvaro, y apenas se vió en él su semejanza, cuando empezó á rebuznar, reclamo bien gracioso. Pedro estaba con notable cuidado no le tocase algo de la fiesta, tentándose cada instante de piés á cabeza, temblando como si estuviera con cuartana, y juzgó no oliendo bien; pero en un punto se vió, como mapa mundi, mapa de todos los animales, que no tenia en su cuerpo parte sin remiendo de cada úno, solo que el rostro era de aguilucho y los pechos de concha de tortuga; púsele el espejo delante, y hizo tales extremos, que creí se diera contra alguna pared. Soseguéle y quedó en pié, que no era mala figura.

Estábamos esperando el subceso. Oyóse en la pieza de fuera ruido de animales y música de pájaros, sin que aquellos embarazasen la dulzura de estos. Suspendióse todo por un rato, y se empezó la fiesta así.

De todos instrumentos se oia alegre música de sones sazonados y breves, y despues de un rato fué mudada á las reales vacas, que á su gravedad y son y en toda buena órden vimos que bajaba la pared que dividia el aposento primero, hundiéndose con el compás que si danzara, y quedó igualada al suelo. La otra que dividia el tercer aposento, al mismo son con rabel, como que gruñia, no se hundió, sino que de golpe se hizo á un lado, corriéndole una mano de una parte á otra como si fuera cortina. Quedaron los tres aposentos capaces hechos una pieza para la fiesta; era como sonaba de todos animales en cuerpos perfectos; no digo que parescia la desembarcacion del santo patriarca Noé, sino que Orfeo con su atractiva y dulce lira los habia juntado á todos. Las luces eran tantas, que parescia

entierro de algun ministro, y que se esmeraron sus hijos en ellas por vanidad mas que en misas por piedad. Usase así; pero no sé si este uso está admitido en la otra vida; yo sé mas de dos que andan por los cimenterios examinando difuntos; en este particular estos tales se salvarán por amor ó por temor, sin que los quieran los diablos. Bajaron las cabezas todos los animales, como en cortesía, á la parte donde estábamos sentados, y salieron cuatro gatos de algalia por perfumadores, que dejaron la pieza olorosísima con una vuelta que dieron por la sala, rozando las paredes con el oloroso rabo, y luego una mona, saltando á los hombros de Pedro, que no estaba léjos de mí, casi desmayado, y de ellos á mis cuernos, donde dice don Alvaro anduvo diligente despavilando las luces de ellos, y dejándolas muy avisadas y discretas, tocaron una pavana con notable armonía; danzaron todos juntos con gran órden; pero lo que mas me hizó reir fué el ver al elefante torpe metido en cabriolas, y lo que mas me admiró, que hubiese quien dijese al leon á su vista que no danzaba mal, y que con el tiempo seria á propósito para aquel ejercicio. Acabada la danza, guardaron silencio algun espacio, y estando muy atentos á él, vimos salir al águila, y dando una vuelta por toda la pieza, le siguieron todas las aves, acompañándolas con suavísima música, y las recogió á una parte, porque estaban divididas, y juntando los músicos para que cantaran en ella la segunda danza, se puso en su lugar, creyendo que no faltaba ninguno; pero el jilguero no quiso concurrir con ellos por mas presuntuoso y hermoso, que hay pajarillos de estos que tienen lindo punto como pico aun fuera del plato; y aunque el águila, advirtiéndolo, sintió este desvío por público, conformándose con el tiempo y en consideracion de lo que antes tenia servido, no hizo ninguna demostracion, y esta accion tan cuerda murmuraron los animales, diciendo que si la águila fuera real, debia ser castigado el jilguero severamente, ó por lo menos hacerle pardo, quitándole tan hermosas plumas como tenia. ¡Hasta en los animales hay envidia y murmuracion cuando no quepa consejo! El citarista se puso en medio de ellos, y tocando suavísimamente, empezaba los sones, y los pajarillos los continuaban, sin que se echase de ver la falta del jilguero, con que á la murmuracion pasada daban fuerza; de suerte que no servia de otra cosa la cítara que de avisarlos el son que habian de continuar, que lo hacian con superiores contrapuntos en capilla muy ordenada, y asimismo los animales, sobre cuál habia de llevar el premio de la ventaja en sus mudanzas á los demás. Acabóse tambien esto, y estando en nuevo silencio, se juntaron todos los animales, y se conoció que el oso y el lobo tuvieron algunas palabras en el discurso. No le paresció al leon (que como rey suyo los presidia) hacer demostracion con su persona, por ser la crueldad personal contra la dignidad y generosidad real; antes escogió para prenderlos al cordero, contra el voto de todos los demás, que deseaban fuera el tigre. Hízolo con toda prontitud, que aunque cordero con la voz de leon, temblaron del que no balaba, sino bramaba, en que se conoció la soberanía sin recelo de desobediencia. Arrimáronse todos á la pared en hilera, y juntos, á un mismo tiempo se echaron á los piés del leon, majestuoso y apacible igualmente, para que perdonara al oso y al lobo. Solo el tigre era de parescer los diesen muerte, que es lo mismo que entregárselos á él; y el leon los perdonó, porque no era razon que fuera tigre, usando de toda generosidad y clemencia; con que empezó el papagayo á cantar el matachin con toda claridad y sonsonete, y porque juntamente andando no podian dar la palmada los animales, graznaba un grajo capon á su tiempo, que sin duda era Florian del infierno; estuvimos mirando cuál de los animales se habia de echar en el suelo, y segun la junta pasada, salió decretado que el paciente fuese el borrico; así, salió y se puso en medio de la sala; pero, como estaba don Alvaro á la vista, rebuznó, y le respondió el borrico de don Alvaro cortésmente, como de muchas obligaciones y cortesano, y debia hacerlo en ocasion tan pública; tendióse su asnidad, y no cierto delicadamente, y el mono fué electo para guiar la danza; propiamente lo hacia. Seguíale el leon, que quiso honrar la fiesta con su persona, el caballo, el tigre, el toro, el oso, el lobo, y los demás animales por su órden, y por remate de todos el elefante; tanta fué nuestra risa de verlos, que creimos nos habia de costar la vista. Magdalena y Polonia tambien se reian á veces, porque deseando imitar los gestos y ademanes del mono, los demás animales hacian cosas ridículas y sazonadas, y entre ellos lo arisco del jabalí con el arro en punta como sierra, y la entereza del oso, deseando el uno reirse y el otro agilitarse y volver la cabeza aprisa de una parte á otra. ¿A quién no habia de hacer desatinar de risa? Solamente la ardilla, con ser pequeña, era la que mejor imitaba, y el ver al tigre traidor, como se recelaban todos del mirar á una parte y otra, levantada la cabeza, relamerse y hacer ademanes de querer carnicería, causaba miedo; y porque no hiciera de las suyas, aunque de la junta, todas las veces que se engreia ó miraba airado á alguna parte mostrando su pasion, un fierísimo cochero, que sin duda tienen lugar entre los diablos, y están cansados de tantas pasiones, le sacudia un azotazo; que los diablos tigres tan malos deben de ser como los de por acá; cuando llegaron despues de las demás circunstancias, que no hay tiempo para referirlas ni papel donde quepan, á querer remojar el borrico, fué cosa muy de ver que el mono, quien le tentaba sutilmente y sin daño los bajos; el leon le rascaba demasiado con la garra, sin tener sarna, sin tiempo, que á tenerla no se la diera; el caballo le daba manotada violenta, porque no tuviera lugar de tomarle la mano para levantarse; venia á ser apariencia sola zarpazo; el tigre sin disimulacion amenazaba muerte; el toro, escarbándole, le despolvoreaba; es buena escobilla si no fuera de tantas colores; el oso le cargaba demasiado la mano, porque la tiene pesada aun de burlas, y no hay que fiarse en halago suyo; el jabalí, no acomodándose con ella, le hirió de navajada y melecina, barbero y boticario quiso ser; aquí faltaba el albéitar para echarle á la calle muerto. Dicen que el jabalí discurre poco, por cerrado de mollera; de todo ha de haber en esta república diabólica y alimanisca; el lobo le lamió la herida, y anduvo muy disimulado porque le vian muchos, y mas hipócrita en esta ocasion, siendo él el Júdas entre todos los animales y del que menos se podia fiar; este y los demás animales ajustaron sus gestos, meneos y las de-

más acciones con las del mono; pero es imposible que pueda parescerse el cuervo á la paloma, ni hacer un sugeto lo que otro; no pueden ser iguales las habilidades, por mas que quieran, en una cosa. El elefante remató la fiesta, abriendo el caño de su trompa ó nariz, envidiada de los judíos, y le mojó de suerte al triste borrico, que le hizo levantar mas aprisa que se echó; movió las orejas, tremoló la cola y sacudió el cuerpo, con que regó la sala, y el elefante quedó muy gustoso de haber sido fin de la fiesta, y de no solo ser causa del diluvio del triste y obediente borrico, sino de la inundacion de la casa, sin querer quedar con gota de agua, por no matar la sed de hacer mal y daño; tal es la mala inclinacion de algunos. No anduvo poco sazonada la picaza, que alegró el matachin con su inquietud gustosa, saltando de una fiera en otra, y al que mas perseguia era el tigre, porque se enojaba mas y no era amigo de bufonerías. Apenas se acabó el matachin, cuando hubo á un mismo tiempo estruendo de montería; víanse cornetas y silbos de caza menor, de correr toros; oíase en una parte el jabalí rodeado de lebreles acuchillados y de podencos y sabuesos muertos, hiriendo á una parte y otra, tan señor del campo, que le daban lugar para que sazonara y diera filos á los colmillos en los árboles; mirábale con cuidado, y reparaba cómo siendo tan valiente y de tan gran corazon, no perdonaba á ninguno de los perros pequeños que le ladraban sin poder llegar á él de miedo; sin duda era defecto del ánimo, que no era generoso, sino vengativo, y recelaba que cuando por sí no podian, por sus pocas fuerzas, hacerle daño, tendrian maña para inducir á algunos lebreles y llevarlos donde se hallaba por el rastro la pista, y ponerle en riesgo de perder la vida. El venado rendido mostraba efectos de su pusilanimidad y flaqueza, se habia cansado de correr á botes como pelota de viento; el toro, por otra parte, con los alanos y dogos, unos de las orejas, otros por el aire, del mal que los unos le hacian se vengaba en los otros, que si no acometiera ciego, no lo hiciera; pero la pasion le tapaba los ojos. El mono á caballo quiso dar lanzada; pero antes de ejecutar su golpe, le hizo dar media docena de vueltas por el aire, que apenas se escapó tropezando; fué cosa gustosa ver su afliccion y la demostracion de ella en el matachin; le seguian todos, porque estaba destinado por el leon para aquello; pero, como aquí cayó maltratado, reíansele y no habia quien le recogiese. Víase la liebre cazada de galgo, que, segun son cobardes estos dos animales, quien acomete vence; pero la mejor vista fué la de la zorra cercada de muchos perros, cuando acometia á uno muy fanfarron, le tiraba de la cola otro; cuando á este revolvia, otro le divertia; unas veces se hacia compañero, porque no le hiciesen mal; saltaba y hopaba, levantado el penacho de la trasera, y pretendia lugar entre ellos, pero por sus malas mañas y mal olor no era admitida; aquí sí que hizo de las suyas para engañar, pues sacó algunas pechugas y huesos de aves mal digeridos de su estómago, desustanciándose por ver si á sus enemigos con aquellas dádivas podia templar; pero no le valieron, que por todas partes la pellizcaban y castigaban sus delitos; estos perros eran ejemplo de ministros; el leon y los demás animales no hicieron papel. Metióse de por medio una niebla, con que no vimos en qué pararon estas cosas; esta se quitó y se desvaneció, y juntos se vieron en mucha quietud y mansedumbre. Llamó el leon á la mona y díjola algo al oido, y ella fué por todos ellos y hizo lo mismo; cuando le paresció al leon estaban prevenidos, dió un bramido, y saltaron juntos donde estaba Pedro, y le arrebataron y llevaron á la mitad de la sala (¡cuál estuviera él!); cada uno le quitó con increible furia el retazo que tenia de su piel, y de todos ellos juntos hicieron una manta, con la concha de la tortuga en medio, que no parescia mal remendada, y echaron á Pedro en ella; salieron cuatro salvajes fieros y grandes, llenos de cerdas y pelo desde los piés á la cabeza, y le mantearon altamente, y aunque daba gritos, no le pude favorescer, porque habiéndolo intentado por lo que le queria, me vi amarrado de una cadena á una aldaba de la pared; dejáronle, preguntéle cómo estaba, quejábase mucho, porque decia que siempre daba de cabeza y costillas en la concha de la tortuga, que caia en medio de la manta. Juntaron las luces, y hicieron una hoguera todos, y fueron metiéndose en ella muy aprisa, sin esperarse ni hacer cortesía unos á otros, que para todos ellos debe de ser igual el lugar. La zorra quedó la última, y izquierdeaba el entrar, huyendo de una parte á otra; enseñáronla una gallina en medio de la llama, y vencida de la cudicia, entró dentro de ella muy gustosa y prontamente; apagáronse sus luces y las nuestras á un tiempo, y quedó todo suspenso y en silencio. Reconocí por los resquicios de la ventana era muy de dia; abríla, y como si no hubiera pasado cosa, hallamos nuestros aposentos como estaban antes divididos; solo se advierta que viendo que las tiendas de los oficiales no se abrian, pregunté á un zapatero vecino qué dia era, y me respondió que domingo. Quedé admiradísimo del caso, porque la fiesta empezó juéves á la noche, y duró como si fuera una sola todo este tiempo. Fué don Alvaro atónito de haberla visto, y yo llamé á Polonia, y bajó luego muy risueña, como que yo hubiese quedado satisfecho de la fiesta. Reñila, diciéndola que temiese á Dios, que aquellas eran prohibidas, y no tenian sazon ni lugar entre los católicos, que me maravillaba de que se hubiese metido en cosa tan grande y digna de grave castigo, Respondióme que, como no la habia de ver otro que nosotros, redujo para este efecto á una mujer de muchas partes, amiga suya, que la habian tenido en la Inquisicion presa mas de siete años en diferentes veces, por muy curiosa y entretenida; que siendo recogida, que no sabian de ella sino los menos, era conocida de los mas despues que la sacaron á pasear con mitra y diciplina vulgar; que si antes vivia pobremente, habia mejorado de fortuna despues que en el paseo se dió á conocer; que la visitaban canónigos y caballeros, y todas las noches habia en su casa entretenimiento y juego. Yo la dije que si creyera intentara tal cosa en mi cuarto, hubiera salido dél, como lo queria hacer luego, por no verme en otro tanto escrúpulo de conciencia; que no queria ver mas fiestas y habilidades de quien podia volver á la Inquisicion, y hacer luminaria sin fiesta de santo ó regocijo real. Respondióme: «En cuanto á mí, los yerros por amores dignos son de perdonar;» y fuése á misa, habiendo dicho este disparate.

Quedé considerando, sin discurrir en el caso, con el juicio del Santo Tribunal, cómo por medio del mismo

castigo entraban estas malditas mujeres á pasarlo mejor, y que no solo no era escarmiento para ellas la afrenta pública, sino conveniencia; pero claro está que no puede errar, como mi discurso, en cosa alguna, y que su castigo y disposiciones son las mas acertadas, como yo lo creo. No quise estar mas en casa, y hasta buscar otra, pasé á la de don Alvaro, donde almorzamos con nescesidad, porque los estómagos estaban flacos con tan largo ayuno. Si hubiese novedad que yo no pueda impedirla ó excusar de verla ó efectos de amor, avisaré á vuestra merced desta suya, no sé á cuántos somos; solo le suplico no dé lugar de conversacion á viejas, escarmentando en mí.

DISCURSO SEGUNDO.

En el discurso pasado ofrescí á vuestra merced el proseguirle si me ocasionaban con la continuacion los subcesos de Polonia ó efectos amorosos: de todo tienen estos, para volver á escribirlos, siendo mi deseo el divertir á vuestra merced. Algo son mas gustosos para caballeros mozos como vuestra merced, que sé ha sido y es tan dichoso aventurero en la amorosa palestra, que no ha tenido igual; encamínosele á vuestra merced como á maestro, para que pueda quitar y añadir lo que le paresciere de ellos ú todos.

Viéndose conmigo don Alvaro embarazado en su casa, que el mayor amigo se cansa de huésped de muchos dias, por conveniencia suya y mia, pidió boleta para otra; diéronsela, y fué la de la divina Magdalena, que estaba desembarazada, y como él no estaba enterado de mis ansias y amor que la tenia, que la noche de la fiesta pasada parescíó de juguete; sin ofrescérmela pasó á ella, y sin duda por nuestra amistad, juzgando era mejor la que me dejaba. Tampoco quise darle á entender, por mi recato natural, me estuviera mejor aquella; antes mostrándome muy agradescido por estar á la parte del rio y de muy buenas vistas, le di á entender mi contento. Despedimonos quince dias despues que estuvimos juntos, quietos y sosegados, sin los tormentos que pasaba con Polonia, aunque los de mi amorosa pasion se iban aumentando, por no hallar lugar ni medio para descubrir á Magdalena mi llaga mortal; pero consolóme algo el que fuese á posar á su casa don Alvaro, quien apenas hizo pasar una tienda algo desabrigada, por haber servido otras campañas, un transpontin como una oblea por colchon, dos baules cubiertos en un tiempo de pieles espesas, ya calvos por traidos, dos maletas con conocimiento particular de los ratones en sus secretos, un rocin con otras tantas mataduras como junturas tenia, roto el pellejo por ellas por desaliño y poca curiosidad del mozo, que no hay ninguno que se duela de la hacienda de su amo; teníale reducido á este miserable estado porque comia la cebada en albitrios y matemáticas. Apenas, digo, hizo pasar esta aligerada recámara y necesaria para la campaña, cuando fuí á verle, y mas por si podia ver mas de cerca á la causa de mis bienes y mis males. Estuve con él en conversacion; pero, como tenia distinto cuarto del que habitaba Magdalena, no la pude ver; solo la oia hablar, y cada palabra suya penetraba mis oidos y alegraba el corazon. Ibase haciendo tarde, y porque el criado de don Alvaro, llamado Melchor, no estaba en casa, hubo de encender una vela el mio; volvió con ella, y con mas resplandores me pareció que de la luz que traia, porque se habia acercado al mismo sol; preguntéle quién estaba con la patrona; respondióme que no sabia cuál era, que una vieja y tres mozas estaban juntas, que debian de ser sus hijas, y una de ellas entre las otras alumbraba como un candil. Cuando oí la vieja, se me erizó el cabello con la memoria de Polonia, juzgando que donde las habia no podia tener buen subceso, y estaba, con este temor, hecha mi cabeza un cerro de jabalí enfurecido. A poco rato se despidieron las señoras, y porque venian sin vela, aunque con sobrada luz acompañándolas Magdalena, hice sacar una de don Alvaro, aunque quedamos á escuras, y delante de ellas fué Pedro con gran contoneo y gravedad; estábamos admirados de la belleza de Magdalena. Volvió, y al pasar por delante de nuestra puerta, la dimos buenas noches, ya que ella siempre nos daba buenos dias; detúvose diciendo que no seria capaz el cuarto para tan buenos caballeros, pero que seriamos servidos con entera voluntad, y porque, si habiamos de estar los dos, era necesaria otra cama, queria prevenirla; yo me holgué de oirlo, y si yo pudiera dar á don Alvaro cosa con que me admitiera en su cuarto, aunque fuera toda mi hacienda, se lo ofreciera; pero callé, y él respondió que solo con un criado se alojaba; que yo era amigo suyo que habia llegado á ver la posada. Despidióse, y Pedro con la ociosa luz delante, á quien preguntó si era criado del huésped, respondióla que no, porque tenia uno que no comia y le comia la sarna, sino de su amigo don Beltran, aquel caballero que estaba con él; volvió á preguntarle cómo se llamaba el huésped; respondióle que casi albaricoque, porque se llamaba don Alvaro; rióse de la respuesta, y por oir otras, prosiguió diciéndole qué criado traia; respondióla que un muchacho sarnoso, y que la aconsejaba no se metiese en la cama, aunque faltasen en casa, porque se la habia pegado á otros, y que habia enfermedades que se pegaban durmiendo. No le oia mal á Pedro todas estas cosas, y don Alvaro se pudria oyéndolas, por ser muy entero para la simpleza de Pedro; yo me holgaba, porque por su sencillez prevenia edificios y máquinas para mis intentos; díjole Magdalena que las veces que fuese conmigo ó á algun recado mio para don Alvaro, no la dejase de ver, y con ofrescerla Pedro lo haria, se despidió; pero apenas volvió las espaldas, cuando encontró con el sarnoso Melchor, y volvió con él á Magdalena, por enseñarla en sus

manos la muestra del cuerpo. Ella perecia de risa de ver á Pedro metido en tantas veras y cuidadoso de su salud, y el pobre mozo quedó corrido de verse sarnoso en público. A muchos sucede esto, que teniendo achaques ocultos, se los descubre un accidente ó descuido; y no pudo responder lo contrario; bien creo tomara Melchor de mejor gana le hallaran con un hurto en las manos que con sarna. Dijo el pobre que presto estaria sano, que ya tomaba jarabes para purgarse; y diciendo Pedro á Magdalena otra vez, que hiciese lo que quisiese, que por descargo de su conciencia la prevenia, que él por lo menos no dormiria con él; con que se despidió y me buscó. Díjole don Alvaro por qué era tan simple; que decia aquellas cosas á una señora tan hermosa y linda y de tanto respecto; respondióle prontamente que si no lo fuera no la previniera del daño que podia tener en un descuido, que á fe que á la vieja no se lo habia dicho; andar en demandas y respuestas con él era cosa perdurable. Dejé á don Alvaro en su cuarto, y pasé á cenar á mi casa; sentéme á discurrir con Pedro, preguntéle qué era lo que habia pasado, y es cierto que si á Magdalena dijo lo que á mí y con las circunstancias y representaciones de su simplicidad, no me maravillo le mandara le viese cuando iba allá, porque jamás le vi mas gracioso.

Yo reparé en Magdalena cuando estuvo hablando con nosotros á la puerta del cuarto de don Alvaro, pendiente de una cinta verdegay una crucecita curiosa al pecho, sin duda por devocion mas que por gala, y paresciéndome que era su color aquella, y que era tiempo de empezar á hacer alguna demostracion en que conociese mi cuidado, y ir poco á poco con la introduccion de Pedro abriendo camino á mis deseos; acabando de cenar pasé á casa de un mercader, sin poderme contener ni mas esperar, y porque las cosas prontas son mas bien vistas y admitidas; y buscando paño verdegay, raja ú otra estofa, no lo hallé; y así, por última resolucion saqué de vestir á Pedro de tafetan sencillo de aquella color, con su jubon y tallí, y porque no habia medias de seda, unas de Ingalaterra; y llamando sastres á casa con un maestro, delante de mí le cortaron y le cosieron; yo tenia un caballo blanco, y porque correspondiera á la librea, llamando á un pintor de los que tiñen balcones y ventanas, le hice teñir la cola y crines de verdegay, y porque se secara para por la mañana, le rodeé en la caballeriza de tanta lumbre, que fué milagro no quemar la casa. A mí me faltaba una pluma verdegay, y un oficial de los sastres me la trujo, diciendo que habia sido de un caballero francés. Ya se ve cuán poco se dormiria esta noche. El siguiente dia, á cosa de las diez, estaba Pedro vestido, y prevenido el caballo, y salí á pasear por la ciudad. Gran novedad causó el caballo teñido, y algunos se persuadian á que era su color natural, y no menos se admiraban de Pedro, vestido de tafetan á la entrada del invierno. Andaban los muchachos tras él y el caballo, y al pasar por la puerta de Magdalena asomó don Alvaro á la ventana; yo creo no se reia tanto de mí como de Pedro, que andaba ya por mostrar su gala, mirando el balcon del cuarto de Magdalena, por si parescia; pero, como no la vió, entró con el salvoconduto que tenia, y subió arriba En la calle se oyó el regocijo con que le recibieron y la instancia que hacia á ella, no porque me viese á mí, sino al caballo; hizolo saliendo al balcon. Yo entonces, dándole de piés, le hice dar una carrera, que no lo hacia mal el Copos (por lo blanco le llamaba así); volví, pero ya no via á Magdalena; entré en el zaguan, y apeándome, subí al cuarto de don Alvaro, donde estuvimos un rato; preguntóme del capricho; respondile que fué un antojo repentino, que tenian tanta fuerza conmigo, que me vencian y era imposible dejar de ejecutarlos. Despedíme sin hablar á Pedro, porque para subir á caballo habia mas de cien lacayuelos á la novedad de la cola y crines. El quedó en la sabrosa y dulce conversacion de Magdalena, con harta envidia mia; pero antes que llegara á casa me alcanzó; reconocíle nueva gala en el sombrero, y preguntéle qué liston era el que traia; respondióme que Magdalena (que ya sabia su nombre) se le habia dado, quitándole de una cruz y puéstole con sus manos, que parecian requesones, diciéndole que porque pareciese mas galan se le daba, y que asimismo habia almorzado, que ya estaban grandes amigos; y todo esto me consolaba. El sombrero que él traia era pequeño de falda, y no gustaba de ponérsele porque los molletes de su cara salian descompasadamente, y le hacia mala cara como pantorrilla; yo estaba envidioso dél, pero no me atrevia á decírselo hasta reconocer mas el vado, porque no sospechase alguna cosa, que los mas simples son los mas maliciosos; y hube de usar de este medio para quedarme con él. Asoméme á la ventana, y como si fuera descuido, dejé caer al rio mi sombrero; llevósele, con que, por ser negro el de Pedro, le dije le habia menester, que yo le compraria uno blanco grande; no hubo dificultad en el trueque, y se hizo con gusto suyo y mas llenó el mio; hícesele traer luego, y no sosegaba de contento porque le puse la pluma. Salimos de casa en comiendo; no me puse á caballo, sino que Pedro le trujera siguiéndome; acertó á estar Magdalena á la ventana; púseme en él y hizo maravillas á sus ojos; entró con algun ceño, que fué fácil en mí reparar en él, y porque don Alvaro habia salido hube de pasar de largo, pero no conmigo el buen Pedro, porque subió arriba; alejéme al campo, donde me halló, y preguntándole cómo le habia ido, me respondió bien, aunque no le habia dado de merendar; pero que le dijo la señora qué habia hecho de la cinta, y que la respondió cómo á mí se me cayó el sombrero al rio, y que por ser negro le habia quitado el suyo; que mas valia aquel blanco mil veces y la pluma que el negrillo dedal con su cinta, que ni resistia el sol ni defendia el agua; pero es verdad que me dijo: «Otra vez no le daré cosa mia, y no es razon que haga nadie alarde de lo que doy á Pedro en donaire y chanza.» No sé lo que quiso decir en esto, solo reparé que no se reia como otras veces, antes arrugó la frente de arriba abajo. Volvimos á casa, y aun duraba en la gente el reparo del caballo y Pedro, y dieron en llamarme indiano los muchachos, no por rico, sino porque á Pedro le juzgaban papagayo; esta noche nos recogimos temprano por dormir algo y por descansar, y quise primero prevenir á Pedro de algunas cosas para cuando hablase á Magdalena. Díjele, despues de haber cenado y regaládole, porque hasta en los criados es necesario este sainete, que cuando la viese la dijese muchos bienes de mí, que era rico y generoso con las damas y muy limpio y aliñado, que por esta causa me

querian mucho todas, y que estuviese atento y la oyese bien; ofreció de hacerlo así, y al siguiente dia, apenas amanesció, cuando sentí grita de muchachos á la puerta, que ya Pedro salia, llamándole papagayo, papahigo y papabreva, papada y paparo, y todo lo que no fué llegar al pontífice, le añadieron de papa. Llegó á casa de Magdalena cuando abrieron la puerta, para que tuviera luz el dia; entró en ella, y habiendo estado buen rato, volvió cuando quise levantarme; preguntéle de dónde venia; respondióme sonriéndose que de casa de la señora Magdalena; volví á preguntarle á qué habia ido, respondióme, á decirla lo que le habia encargado la noche antes; y conociendo su simpleza, no le reñí el que hubiese ido sin ocasion, antes le pregunte si la habia tenido buena para el caso; respondióme que lindamente lo habia hecho; que ella, aunque era temprano, para ir acompañando á una amiga suya á misa de parida se estaba vistiendo, y que le habia preguntado qué buscaba por allí á aquella hora, y que él luego que tuvo tan excelente ocasion, la habia dicho que la noche antes despues de cenar le habia encargado yo la refiriese lo rico que era y generoso con las damas, y que me querian mucho. Quedé aturdido de esto, y mas cuando añadió que otra cosa la habia dicho, de que ella se habia reido mucho; preguntéle cuál era; que yo era tan limpio y aliñado, que por no manchar el vestido, siempre comia asado y sin salsa, cosas secas y fiambres, y esto de tres á tres dias despues que salí de casa de Polonia, que allá se me quitaron las ganas del comer; que una comida me duraba en el estómago otros tantos, que le tenia muy cuerdo y aseado, á modo de algunos hombres, que un vestido les duraba diez años, y á otros diez dias; que lo que comia otro á mediodía, hasta la noche me satisfacia por los tres, y que siempre estaba mi aposento sin malos olores, que no regoldaba ni escupia ni bostezaba; y á mí me preguntó cómo me iba con aquella regla; respondíla que bien, porque por lo menos comia una vez al dia, y de dos á dos cenaba, que aunque yo habia procurado me imitase, no podia llegar á los tres. Tentado estuve, cierto, de echarle al rio, pero su sencillez le salvó, y discurriendo un rato en el caso, reparé que, aunque por aquel camino, no era malo supiese Magdalena era rico y generoso; preguntéle dónde era la misa; respondióme que en San Juan, y preguntándole si habia reparado en el vestido que llevaba, me dijo era plateado; hice llamar al sastre para hacer un vestido á Pedro, pero desengañóme, como sastre de bien, diciéndome que no podia coserle dentro de media hora, que era el término. Con que llamé á mi pintor, y diciéndole lo que queria, me respondió que lo mejor era y mas breve untar el vestido con un aceite que él haria luego y cubrirle de harina, que nadie echaria de ver la transformacion de verdegay á plateado; parescióme bueno el albitrio, y luego se puso en ejecucion; con que el vestido era plateado y mas al uso y al tiempo, á la vista sin la tez de la seda; limpióse tambien el caballo de la cola y crines con agua caliente, y yo puesto en él, y Pedro delante, salí de casa llevando la cinta en el sombrero, que aunque verde bastardo, denotaba alguna esperanza. Llegué á San Juan cuando salian de misa; llevaba de la mano Magdalena á Candia, que era la recien parida; empezó á llover, y porque no tenian noche me paresció obligacion el ofrescerlas la capa. Magdalena no respondió; pero Candia estimó la defensa de ella, ó porque nescesitaba mas, por no hallarse convalecida, ó por hacerme agasajo, conociendo miraba á Magdalena con cuidado, partióla con ella. Yo las acompañaba en cuerpo mojándome, y cuando llegaron á casa de Magdalena, dijo Candia queria detenerse un poco por si escampaba, que habia crecido el agua mucho; mandáronme entrar, y lo mismo hizo Pedro sin mandárselo, atropellando con el caballo á las damas. Avergoncéme, no de su resolucion, sino de verle que, como era harina lo plateado del vestido, le limpió el agua, y mojado el verdegay, parescia de diferentes colores. Preguntó Candia qué tela era aquella de tantos visos; el grandísimo hablador de Pedro respondió antes que yo que era el mismo vestido del otro dia, que por la mañana le habia enharinado su amo porque saliese de plateado como la señora Magdalena, y que habia gastado la harina de mas de doce dias de pan. Mordia los labios Magdalena por no reirse, y unas veces se ponia colorada, otras parescia difunta; no sabia si lo tomaria á burla ó á veras; yo dije entonces: «Artificios son de enamorados, que les falta lugar cuando el dinero no, para ejecutar un buen deseo de agradar á quien bien aman; pues luego que supe que salia vuestra merced á misa de plateado, no pude prevenirlo mas prontamente, por faltar tiempo.» Respondió ella que estimaba aquel cuidado de manera, que á Pedro agradescia aquel aviso que me habia dado; y porque cesó de llover, se despedian Magdalena y Candia, no supe qué hacerme, si quedar con Magdalena ó ir acompañando á Candia. Viéndome en esta aflicion, viendo y conociendo Magdalena mi irresolucion, me mandó acompañase á la señora Candia; obedecíla y fuí con ella. Díjome en el camino que verdaderamente estaba hermosa Magdalena, que no habia visto mejor cara y gracia en otra mujer, fuera de que era rica y cudiciada de muchos para casarse con ella, pero que tenia muy libre el albedrío, pues no se dejaba vencer de nadie, y mirándome al sesgo, añadió que con todo era mujer y no desconfiase; llegamos en esto á su casa, y me despidió amorosamente. Subí á caballo, porque Pedro me habia seguido con él, y al pasar por la puerta de don Alvaro me salió al encuentro y me convidó á comer; díjele que tenia que hacer un poco, que á la tarde le veria, si me esperaba en casa; dejando acordado esto, púseme á comer en la mia con buenas ganas, por ser el dia cuarto y haber madrugado y refrescádome un poco; despues de haber comido, me puse á escrebir, habiendo discurrido primero si seria bien el que llegase un papel mio á manos de Magdalena, y solicitar á Candia para facilitar el medio, juzgando me hacia merced y me favorescia; borré tres ó cuatro pliegos de papel, y quedando, por lo que podia subceder, con media docena de copias, escribí este con intento de que si le entendia, le paresceria bien, y si no le entendia, mejor, juzgando en lo crítico y obscuro conceptos grandes; yo le tuve por de toda elegancia; pero, porque me pudo engañar el amor de cosa propia, pido la enmienda al mas devoto de monjas ó enamorado de palacio.

«Poderosamente en el obstáculo que á mi corazon con »reverente aplauso mortifica, el desden es suave; tam»bien la actividad del deseo que muestra en su rigor de

»vuestra merced aceros caliginosos son, y arrebozados implican justificacion, que á mi albedrío lumina »sin merecer soberanos empleos, y si no, peregrino so»litario, si aunque bien en el bien, el bien se rinda.»

Fuí con él á casa de Candia, que acababa de comer y estaba con una ama y una criada, que su marido habia ido á Zaragoza á pretensiones merecidas de su afecto al servicio real; cuando me vió, preguntóme qué novedad era aquella; si tenia paz, que la habia sobresaltado; respondíla que iba de paz y no se inquietase, que un cuidado amoroso venia á anticipar algo la hora. Dió órden de dar de comer á las criadas, y sentóse en un taburete junto á mí; empezamos á hablar, y yo, con gran desconfianza de la merced que me hacia, alargando la plática mas que un letrado cuando informa en derecho, y aun no osaba llanamente el decirla mi intento, hasta que, conociendo ella mi cortedad y empacho, me dijo me declarase, que el querer bien no era cosa que no se podia decir; que bien podia fiarme de ella. Con este salvoconduto, la dije que sobre todo lo que la habia representado del querer bien, tenia un papel escripto para la señora Magdalena, y que no hallaba medio ninguno para que llegase á sus manos sino el suyo; respondióme que de buena gana seria la tercera, y que era sortoso, pues sabia leer y escribir ella, por haberla enseñado sus padres y criádola para monja; que pocas habia tuviesen esta habilidad, porque mas se entretenian en enseñarse á labrar que en escrebir, y que así la diese el papel, que buscaria brevemente ocasion para dársele; estimé sumamente el favor, de que la dí las gracias con todo rendimiento, suplicándola me avisase de lo que dijese leyéndole; despedíme, y fuí en busca de don Alvaro al tiempo que ya estaba fuera de casa por haber tardado yo; á pocos pasos le alcancé, y salimos á pasear; díjome que aquel mismo punto habia tenido un disgusto con su maestre de campo, y que queria pasar á Zaragoza, y si queria algo para allá, que no queria empeñarse en cosa de que le resultase algun daño, y que así partiria el dia siguiente muy temprano. Pesóme mucho de oirle, porque faltando él de casa de Magdalena no tenia medio para verla, aunque Pedro era admitido en ella, y por esta razon empecé á decir á don Alvaro, sin declarar mi intento, que le seria muy mal visto si se ausentaba y retiraba antes del tiempo; que me dijese la causa, y si yo podia tomar mano en ajustarlos, lo haria por mí y por mis amigos; no fué posible el reducirle á ello; volvimos á su casa, y luego llamando á Melchor, le mandó recogiese si habia alguna ropa suya fuera, que al amanescer partiria, y que dijese á la patrona cómo se iba, que si tenia lugar de besarla la mano y despedirse; ella respondió que pasase norabuena á su cuarto; yo le acompañé á la visita; estaba con su madre Brianda este divino cielo, con tan sereno rostro y tan claro, que le juzgaba el mejor dia; hicieron sus cortesías, y en lo mas vivo de ellas entró Melchor, y dijo que la lavandera no estaba en casa ni la ropa enjuta, que era imposible saliese tan temprano; pero mi Pedro con desembarazo, que no decia la verdad en lo de la ropa, que el mal estaba en el caballo, pues no podia marchar si no le remendaban las junturas, y que era menester tiempo para esto. Echóle noramala don Alvaro, sintiendo en extremo la inadvertencia de Pedro. A la despedida dije á Magdalena que con la ausencia de don Alvaro no me atrevia á ir á aquella casa; que en la ciudad quedaba si acaso tenia que mandarme; y ella muy risueña, dividiendo los claveles ó abriendo la puerta de coral, mostrando el riquísimo tesoro de perlas, respondió que aquella casa estaba para que yo entrase en ella, que lo tendria á merced particular el que lo hiciese; yo, tan turbado y fuera de mí con este favor, que la dije un notable disparate por concepto, y no reparara yo en él si ella con mucha risa no me le hubiera repetido; no traté de enmendarle por no decir otro mayor, que ya yo estaba sin razon y sin sentido; despedíme, y quedando don Alvaro en su cuarto, fuí á mi casa sin Pedro, porque se quedó en conversacion; á poco rato llegó, y preguntándole qué habia habido, me respondió: «Grandes cosas hay, que luego que vuestra merced salió entró un hombre, y sacando la guitarra de bajo la capa, y templándola se la dió, y cantaron los dos; pero ella dulcemente.» Luego que lo oí invié á llamar á Lázaro, que era un viejo, maestro de enseñar á cantar, y tenia recetas para hacer la voz buena. Vino, y concertados los dos, me dió la licion y la receta, que fué comiese todos cuantos pájaros músicos hallase, en cazuela, y les echase seis onzas de miel virgen; encargué á Pedro el cuidado, y luego fué á casa de Magdalena, juzgando que, segun la dulzura de la voz, los comia, y volvió con unas cañas de ellos, todos músicos, ruiseñores, calandrias y jilgueros, y otros géneros, que hay muchos aquí; díjele para qué y de dónde traia tantos pajarillos juntos; respondióme: «En buena fe, Señor, que los puede vuestra merced estimar, que se los invia la señora Magdalena, y me quiso dar una fuente de plata para traerlos; pero no me atreví á pasar con ella por estar léjos nuestra casa y haber muchos soldados en la plaza.» Preguntéle qué novedad amorosa era aquella; respondióme: «A mí me la debe vuestra merced, y así, á Pedro los agradecimientos y rendimientos.» Volví á decirle me sacase de confusion, que estaba temiendo algun disparate; respondióme: «¿Disparate le parece á vuestra merced el traer que cenar todos estos pájaros músicos, como vuestra merced los busca y ha menester? En fin, Señor, porque vuestra merced no reviente y huela mal, ha de saber vuestra merced que luego que oí al viejo Lázaro eran necesarios los pájaros para cantar con buena voz, fuí á casa de Magdalena por si usaba del mismo remedio, y la dije en primer lugar lo que habia pasado, y que andaba buscándolos; preguntóme si los habia hallado; respondíla en breves razones que no, que el músico como llegó tarde, no habia habido lugar para la diligencia; entonces ella me sacó todas estas cañas; quise hacer demostracion de meter la mano en la faltriquera, como que queria pagarlos, y ella me dijo qué buscaba; respondíla el dinero para pagarlos; entonces volvió á decirme que me viniera, que vuestra merced se los pagaria cantándola algunas letras; yo me vi contento, que aunque fuera nescesario el pagarlos á dinero, no tenia ninguno en mi poder, y no menos contento de que seria grande la cazuela.» Reprehender á Pedro estas cosas era echarme á perder mas, porque trataria de otras peores por enmendarlas; solo le dije que sin órden mia no entrase en aquella casa, porque no dijese cosa que me arruinase del todo. Trújose la miel, cené, pedí la guitarra por ver si habia alguna variable y dulce muestra,

y empece á cantar, y á cada verso y contrapunto saltaba Pedro, y decia: «Ese ruiseñor es, jilguerillo es ese, calandria ese;» y iba nombrando todos los pájaros músicos, y á mí me parescia tambien que la garganta era muy diferente. Acostéme, y á la mañana vino el maestro; hízome cantar; no es cosa de ponderacion ni presuncion la que digo: él se durmió; despertéle y díjele que atendiese; respondióme que no podia mas, que la suavidad de la voz era tal, que le enajenaba; que en los dias de su vida le habia succedido tal cosa, aunque habia enseñado á muchos y dádoles la receta que á mí; díjele lo que habia cenado, y de las manos mas soberanas que se conocian; respondió el maestro: «En eso está, porque hay algunas que de un ruiseñor harán un grajo, y otras al contrario, que de un grajo harán un ruiseñor.» Preguntéle si podia cantar á una dama por la tarde; respondióme que sí, y hacér de ella lo que quisiese, aunque estuviese acompañada, porque sin duda se dormirian todas. Salí á misa, y Pedro, sin guardar el precepto que le puse, se fué á casa de Magdalena y la refirió todo lo que habia pasado con el maestro, y lo que me aseguraba haria dormir á las damas; al salir de la iglesia vi que venia por aquella parte; preguntéle de dónde, y él me respondió claramente que de casa de la señora Magdalena; en lugar de enojarme, me hizo reir; quise saber con quién estaba; respondióme que con Candia leyendo un papel: mucho me holgué de oirlo, y llegado á casa, escrebí un romancillo sazonado, y puéstole al tono de las galeotas de Argel, le estudié muy bien, y comiendo algo temprano, fuí á casa de Magdalena; pero madrugó mas Candia y hizo madrugar otras damas, y hallé el estrado hecho un coro de ángeles, que sin duda juzgaron ella y Candia que yo iria allá sin falta á cantar; tambien tenian guitarra prevenida, y así, despues que fuí recibido bien, la tomó una de ellas y cantó extremadamente, y habiéndola alabado, me la entregó á mí; empecé á cantar, y á la primera copla se miraron unas á otras, y á la segunda se durmieron, excepto Brianda, que estaba vieja y sorda y no oia la música; llamábalas sin sentido, cubriéndolas las piernas y piés, que se habian descompuesto unas buenas y otras mejores, con igual aliño y curiosidad, que pudieran brindar á un viejo de ochenta años á ser mozo de veinte. Pidióme Brianda que callase, y lo hice, con que despertaron; creyeron todas que habia sido algun encanto, y me dijo Magdalena que aunque Pedro la habia dicho lo del sueño del maestro, que lo tuvo por cosa suya y á disparate, y que quedaba con pesadumbre de que tal habilidad hubiese mostrado, porque temeria en adelante entrase en su casa; respondila que en mis obligaciones no podia caber bajeza que oliese á fuerza, que así podia llamarse la que á una mujer dormida y sin sentido la ofendiese. Las demás estaban admiradas del caso y se hablaban unas á otras al oido, casi atónitas y asombradas. Sin duda me tenian por hechicero; pasóse lo demás de la tarde en buena conversacion, y volví á casa con Pedro, que tambien se durmió como dama; cené, no poco gustoso de haber brujuleado los bajos de la Magdalena, que tan hermosa como esta tarde nunca la vi, ni tan sazonado rato pasé; dormí bien, y al amanecer llamaron la puerta de mi cuarto; abriéronla, y entró una muchacha, criada de Candia; díjome de parte de su señora que á las diez estuviese en su casa, ofrescí el hacerlo, y nunca me parescieron las horas mas largas; fuí á verla y recibióme bien, díjome que habia dado mi papel, y aunque Magdalena habia rehusado mucho el recibirle por su recato, la persuasion suya habia podido mas; que no tenia que darme otra respuesta que el asegurarme la habia parescido bien lo disfrazado que iba en el lenguaje, porque otro no le entendiera si se perdiera, y que así me aconsejaba continuase en solicitarla con ellos; parescióme que no era mala respuesta para el primero, y que por las mismas manos podia escribírselos; supliquéselo á Candia, y ella me mostró cariño, y me respondió que sí, con que volví á casa; pero admirado de que no me preguntase de la música, ni yo quise hablar de ella, con que concebí que este silencio pedia duplicado sueño; pero, por no volver tan aprisa, este dia se me pasó en escribir papeles y versos, unos mas cultos que otros, y no solo corrió en este ejercicio la tarde, sino la mayor parte de la noche. Seria la una de la mañana cuando estaba acostándome, y desnudo ya, sentí gran ruido en el rio y en mis ventanas grandes golpes; suspendíme á la novedad, porque habia tres estados de ellas al rio, paresciéndome imposible llegase ninguno á llamar á ellas; abrílas, y asomándome, vi una armada de barcos, con muchos faroles y luces, y en uno de ellos, pegante á la ventana, reconocí á Magdalena; empezó á llamarme y á pedirme favor, y á altas voces decia que la llevaban forzada, que aquella era la ocasion para que mostrara las finezas de buen galan y verdadero amante; parescióme cierto el caso, y que con menos de un paso podia pasar al barco de mi ángel, y tomando la espada con el tali sobre la camisa, dí un salto largo, porque por corto no perdiera el borde del barco; pero desviándose dí en el agua, y la armada corrió velozmente, sin que yo el socorro, por mas voces que dí, fuera socorrido; perdílos de vista brevemente, y viéndome refrescado, que era invierno, pasé de la otra banda con alguna dificultad, nadando á trechos, y hallé en el rastrillo en vela los soldados, y preguntándome quién era, unos decian espía es, otros que fantasma, otros que seria loco; este andaba mas cerca de la verdad. Reconociéronme, y viéndome y hablándome, echaron de ver en la respuesta estaba loco, porque habiéndoles preguntado qué armada era la que habia pasado aquel punto por el rio abajo, empezaron á reirse; llamaron al capitan; conocíle, y él tambien á mí; admiróse de verme en camisa con mi espada y tiritando de frio, que le hacia grandísimo; pero, como no pudo abrirme la puerta hasta el amanecer, solo pudo socorrerme con una capa gascona de muchas borlas y una manta; preguntóme el caso, pero por no descubrir mi pasion amorosa le dije que por la mañana se la diria. Abriguéme un poco, y luego que empezó á amanescer invié por mis vestidos, y en una de las garitas del puente me vestí. Pedro vino con ellos, y preguntándole qué habia oido de la armada, me respondió: «¿Qué armada y qué furia le hizo saltar á vuestra merced por la ventana? Si así sueña vuestra merced, mas quiero dormir junto al caballo que donde duermo, que estamos muy cerca; yo creí que estaba durmiendo vuestra merced cuando invió por el vestido.» Fuí á casa y contéle el subceso, y partió de carrera á la de Magdalena, diciéndome queria dar de comer al cuer-

po; y como por temprano no habian abierto su puerta, volvió y díjome que habia ido á casa de Magdalena despues de haber cumplido con las obligaciones de la caballeriza, pero que estaban las puertas cerradas, que sin duda era verdad que la habian llevado; no me acordaba con esto de mi remojo y frio, aunque excesivo, sino de la fuerza que se habia hecho á ella, y la poca dicha que tuve de socorrerla; y haciendo sacar el caballo al zaguan, juré en la mano derecha dél (que el caballo es animal muy noble) de vengarme del agravio, y descalabrando á Pedro, escribí con su sangre en tres lienzos de la pared mi resolucion para que constase al mundo toda la causa de mi ausencia; no es el juramento comun, y por no serlo me paresció mas obligatorio para cumplirle, porque ya los juramentos en manos de caballeros y otras personas, por ordinarios, no tienen fuerza. Reparó Pedro, y no mal, en que el caballo en esta ocasion se hàbia orinado, y me dijo que lo tenia por buen agüero, aunque para él habia sido malo.

Pasé á casa del gobernador de la plaza para que me diera licencia, que queria llegarme á Tortosa para cobrar un poco de dinero; diómela generosamente, y al volver con ella á casa encontré con Anastasia, criada de Magdalena; empecé á hacer grandes demostraciones de sentimiento antes de hablarla, y ella me preguntó qué tenia; respondíla qué habia de tener, si á su ama y á mi bien la habian robado; díjome si estaba loco, que su ama estaba en casa. Quedé admirado del caso, y discurriendo en él, reconocí que Polonia no me tenia olvidado, y que habia sido la causa de mi precipitacion al rio; contéselo á Pedro, y mi presuncion, y concedió con ella; pero yo estaba tal, que, no obstante la relacion de Anastasia, fuí á casa de Magdalena á saber si era verdadera; subí la escalera sin que me sintiesen, y sin verme ella, la vi sentada en el suelo sobre las faldas de otra mujer, recostada la cabeza, que la estaba quitando el bello del rostro con un casco de vidro, y con mas que moderado descuido Magdalena; puedo asegurar no he visto postura de mas tentacion en mi vida, porque el resto del cuerpo estaba incitativo. Volví á bajar la escalera con el mismo silencio que la subí, porque no se corriera de haberla visto, y detúveme en el zaguan, donde despues de un rato me vió la criada, que habia bajado por agua al pozo; dijo á su ama que yo estaba allí y que me habia dicho, habiéndola preguntado por ella, que no estaba vestida; acabada la obra, me dijo la criada de suyo que bien podia subir arriba; hícelo, y me paresció, si antes del afeite hermosa, despues el mas claro y hermoso sol; preguntóme la causa de la visita temprana, respondíla el cuidado en que habia estado con el subceso de la noche pasada; y como le declaré en él mi afecto cara á cara y con mas claridad que nunca, mudaba de color el rostro, y andaba batallando la nieve con la rosa sobre cuál habia de quedar vencida, y su madre Brianda empezó á rumiar algunas palabras, en que conocí me habia adelantado en referir el caso con las circunstancias de mi pasion; que la buena señora bien pudo estar sorda á la relacion como á la música, pero conozco que no hay sordo que no oiga lo que quiere. Salí de la visita, y aunque con gusto de haber visto á Magdalena, con sentimiento porque á la salida no reconocí aquellos agasajos y agrados pasados, sino sequedad y tibieza; llegué á casa pensativo y pesaroso de haber descubierto mi verdad y aficion; pero considerando que en cosas tan grandes habia de haber desigualdades y pesares, y que no se podian vencer sino con porfías y constancia, me alenté y dispuse el correr una sortija para la calle Mayor, donde Magdalena tenia un excelente balcon; puse el cartel un dia señalado en su defensa á tres lanzas; atrevióse á firmarle don Cosme, caballero de obligaciones y muy galan, defendiendo la hermosura de Prudencia, que era una dama de muchas partes y de quien estaba enamorado; cada uno sacamos nuestros padrinos y amigos; el mio fué don García, y el de don Cosme don Alejo. Los jueces eran don Arnaldo, don Crisanto, don Tribulcio, don Macario y don Virgilio, personas veneradas por sus canas y admiradas por sus nombres, que en su juventud llevaron grandes premios de lanzas y en torneos la fama de vencedores. Magdalena, como tenia balcon, y capacísimo, convidó á sus amigas para la fiesta, y en otro opuesto estaba Prudencia con las suyas. Corrimos, y con la primera lanza me llevé la sortija; corrióla bien don Cosme, pero no la tocó; corrí otra vez y la toqué, y don Cosme no corrió la tercera, y volví á llevarla; con que el premio fué mio, que era una araña de esmeraldas curiosamente labrada y tan al vivo, que las moscas huian de ella; entregáronsela los jueces á don Pantaleon, caballero señalado para este efecto; y tomándola en la punta de la lanza, se la dió á Magdalena, quien, por favorescer mi buena fortuna y hacerla mayor, se la puso al pecho; corrieron tambien los demás caballeros y emplearon sus premios en diferentes damas. Hallándose don Cosme picado de haber sido vencido, se llegó á los jueces conmigo y les propuso le permitiesen otras tres lanzas conmigo; concediéronselas con consentimiento mio por darle gusto, y quitándose una rosa de diamantes riquísima del sombrero, les entregó. Corrió primero él airosa y bizarramente, pero llevéme yo la sortija, habiéndome apeado del Copo por cansado, aunque afortunado, y corrí en Azabache, que era morcillo, muy oscuro, de un amigo, que podia competir con el viento; volvió á correr, y bien, y yo encordelé. La tercera fué desgraciada para él, porque tropezó el caballo y dió con él en el suelo; yo volví y la llevé, pero pedí licencia á don Cosme para inviársela á Prudencia. Parescióle mucha galantería la mia, y pidiéndosela él mismo, se la dió en la punta de su lanza, y ella le dijo de manera que lo oyesen todos que aunque yo habia ganado en las lanzas, me habia ganado en la galantería, pues el premio ganado por mí se le habia presentado él; no hubo dama que no tuviese premio en uno y otro balcon, y Polonia, que tambien se hallaba en la fiesta con Prudencia, le tuvo de una banda azul y puntas de plata; yo estaba con notable deseo de venganza de la burla que me hizo con las barcas y robo de Magdalena; y despues de acabada la fiesta principal dí dos carreras por la hilera de Magdalena, rompiendo las lanzas atravesadas por el arzon en el suelo, y con tanta pujanza, que saltando una astilla, como si se lo mandara, dí en una ventana de la nariz de Polonia con ella, y se la metí hasta los cascos, que no fué dificultoso el topársela, bajando la cabeza á verme correr; empezó á sangrar, y viendo todos no podian retenérsela con remedios caseros, llamaron médicos y cirujanos, y cuantos mas llegaban, solamente con

mirar la herida se la empeoraban, y luego que trataron de tocársela murió. Como fué accidental el caso, quedé libre, y no preso, aunque habia opiniones contrarias; yo, gustoso del caso, por la burla que me habia hecho esta endiablada vieja, aunque disimulaba, me recogí á casa á descansar.

Brianda, fuera de su natural sequedad y rigor, en particular para mí, me invió un regalo de granadas, que las estimé mucho, con un recado de que, pareciéndola habia quedado cansado y caluroso de la fiesta, me las inviaba para refrescarme; que Magdalena se habia holgado mucho, y que se habia recogido achacosa de la cabeza, pero ambas muy obligadas á mi fineza y contentas á mi buena fortuna; estimé las granadas, y el recado mucho mas; yo debia de tener recogidas en casa sesenta libras de diferentes dulces y de fruta fresca para mi padrino y camaradas, y antes que ellos llegasen, haciendo traer otros y partiendo la fruta, se los invié á Brianda con recado de que me holgaria fuese de algun alivio y provecho aquel refresco para la señora Magdalena, y fué Pedro por superintendente de tres ó cuatro mozos que los llevaban, y llegó á tan buen tiempo, que las amigas que habian acompañado á Magdalena no se habian despedido. Terencia, una de ellas, despejada mas que todas, moza de lindo arte, aunque viuda, preguntó dónde estaba el criado; entró Pedro y díjole que no merendarian si yo no me hallaba presente. Vino á casa á buscarme, y yo fuí contentísimo, tomando las señas de la dama que me hacia aquel favor. Entré en el aposento y fuí recibido de todas con muchas caricias, y Magdalena, que estaba acostada, me dió muchas gracias de lo bien que habia corrido y salido del empeño en que me puse por ella, y me alabó la buena fortuna de las lanzas. Empezaron á merendar, y aunque Terencia (á quien habia dado las gracias por este favor) me regalaba apaciblemente, Magdalena pidió un melocoton confitado, y Terencia la llevó dos que estaban juntos y pegados; no los quiso ella, diciendo que uno bastaba. Terencia porfiaba con disimulacion picaresca, que los dos juntos eran mejores, pero partiéndolos Magdalena, me dió el uno de su mano, y llamando á Pedro empezaron todas á llenarle las faltriqueras de peladillas y canelones, y con mucha risa, porque le sobajaban los cuartos bajos, tanto, que dijo con su sencillez no le capasen, que él mas queria merendar un pedazo de morcilla y una tajada de mondongo, á que estaba acostumbrado, que aquellos dulces; de que no poco me corrí. Díjele que saliese fuera. Hablóse de la fiesta, y despues de solenizadas algunas particularidades de ella, se trató de Polonia, y me preguntaron si sabia alguna cosa de mi antigua patrona; yo respondí, disimulando la noticia de su muerte, que no; pero una parienta suya, que estaba allí, dijo que era muerta. Magdalena, por entretener á la visita, llamó á Pedro y le mandó hiciese relacion de las cosas que en su casa me habian subcedido, y del último arrojamiento al rio. Obedesció Pedro con particular gracia; con que ellas confesaron que en su vida habian tenido mejor tarde. Tuvo consideracion Magdalena de despedirme primero que se fueran las damas, porque no me viera en cuidado sobre cuál habia de acompañar, porque tampoco con ella podia quedar; quedé citado á la despedida para que el juéves siguiente fuese allí, que vernian á ver á Magdalena; ofrescílo y despedíme, y á la salida encontré con Brianda; supliquéla me diese licencia de inviar algunos dulces para el juéves, que quedaba citado por todas para aquel dia; respondióme que no tratase de gastar en aquellas cosas de golosinas y sin provecho, que yo ternia ocasiones donde poder lograr mejor mi dinero, que Magdalena habia menester una pollera vistosa, pero que no fuese de mucha costa, y ella un manto, y un chiquillo que criaban unas medias y zapatos, un papagayo una jaula nueva, un perrillo un collarcito con cascabeles de plata, un gato mansito que tenia unas orejeras, y el mono, que tambien le habia, un baquerillo aforrado en pieles, y en todo caso una basquiña para la criada y doce varas de bayeta negra para cubrir la tumba de su marido, que la que tenia estaba vieja ya. Toda esta demanda de galas para Magdalena, ella, la criada, el chiquillo, el papagayo, el mono, el gato y el perro, me paresció corta para lo mucho que deseaba servir y obligar á Magdalena; pero me admiré de que pidiese gala para la tumba, que hasta para los muertos la queria; así, pasando á casa de un mercader, saqué recado para una pollera y justillo, que lo uno sin lo otro venia á ser defectuoso, de chamolete azul y flores grandes de oro, con diez y nueve pasamanos de oro de ojuela, y el justillo cuajado y aforrado todo en raso carmesí, porque no traia grande guarda-infante Magdalena, y habia menester cosa que la abultase mas que el tafetan; fuera de esto, saqué dos pares de medias con ligas correspondientes y puntas grandes, y un manguito de martas finas, pieza excelente, asimismo para Brianda manto y un corte de vestido de raza fina, medias y ligas, y para la criada basquiña, jubon y escapulario, medias y ligas, y para el chiquillo y demás obligaciones todo el recado; llamé á mi sastre, y en casa se trabajó todo brevemente, que para el siguiente dia por la mañana no faltaba puntada; y paresciéndome que en la brevedad consistia mas mi dicha, lo invié todo con Pedro; volvió y díjome que no era nada lo que me debia querer Magdalena con lo que la vieja me queria; que habia dicho de manera que él lo oyese que no habia caballero como yo ni tan generoso, y que mas de veinte vueltas habian dado entre madre é hija y criadas á los vestidos; que sin duda creia, si yo queria dormir con ella, lo alcanzaria; que me llamaba hijo de sus ojos, su don Beltran; que la Magdalena la habia hablado al oido tres ó cuatro veces, y que ella la respondió, oyéndolo él: «¿Por qué no, hija mia, y cómo? Grandísima dicha seria para nosotras.» A que volvió á decir Magdalena: «Sí, pero si él no trata de lisura, y su intento es otro del que podemos desear, ¿qué se ha de hacer?» «No ha llegado el tiempo para discurrir en eso,» dijo Brianda. Oílo todo, y nunca me paresció que Pedro habia tenido tanta memoria como en esta ocasion, y quedé previniendo finezas, porque juzgaba ya este negocio en buen estado. Llegó el dia citado, y no obstante el consejo de Brianda, la anticipé algunos fiambres, porque no empalagasen tantos dulces, y pasé á la fiesta. Estaba Magdalena levantada con su pollera y justillo, sin otra ropa, y su madre y todos los citados y comprehendidos en las galas, con ellas. En este tiempo pasaba un gaitero; llamóle Terencia, y subiendo arriba, se trató de danzar, y dancé la primera vez con Magdalena, que el tocar su mano en las vueltas aumentaba incendios en mi pecho. Duró

esta fiesta dos horas, y despedido el músico soplon, oímos que pasaba por la calle un francés avecindado en el lugar, que llevaba una arquilla vendiendo algunas cosas; llamóle Terencia, que no tenia empacho en cosa alguna; subió arriba, y abriendo la arquilla, le dije que como iba sacando algunas cosas las iria comprando si eran de gusto de las damas presentes. La primera demostracion fué de medias de sedas de Italia; las damas de la visita eran seis; dijelas que tomasen las que les paresciese y en la color se ajustasen; tomáronlas, con sus ligas con puntas de oro y plata, y sobrando otros seis pares, se las llevé á Magdalena; apartó un par de ellas, pero díla las otras tres y las dos á Brianda, quien al tiempo de recibirlas me apretó la mano con ademan de que sentia gastase con las otras, llamándome en voz baja perdido y loco, y aunque rehusó Magdalena el tomarlas, sin duda por la visita, pudo mas la persuasion de Terencia, y llamándome, me dijo Magdalena que de mi parte queria inviar un par de ellas á Candia, que estaba mala. Supliquéla dejase aquel regalo á mi cuidado y obligacion; pero no me dió licencia, con amenaza de que no me hablaria. Luego desenvolvió puntas el francés; entonces Magdalena, pareciéndola me harian gastar demasiado, le llamó y fué viéndolas y reprobándolas, unas por poco finas, otras por mala hechura, y no me parescia mal, aunque porfiaba en lo contrario, ofresciendo á todas lo que iban viendo; solo Brianda á mis ofrescimientos ponia ceño. Llegó á los antojos, que tambien los vendia, y en donaire dió Magdalena á su madre unos para que se los pusiera; agradó la chanza á la vieja y se quedó con ellos, y dijo al francés que no habia elegido mal, que eran de los finísimos cristales de la galería de Palacio; sacó otros y tomólos Eufrasia, que era algo corta de vista; aseguró el francés eran de los cristales del coche del almirante. Terencia se puso otros jugueteando, que tenia extremado gusto y era la bufona de la conversacion, y me mandó se los comprase; puestos, afirmó el gabacho que para grandes pruebas habian estado en Madrid, y que entre todas, la mayor fué que via con ellos Cristobalillo, el ciego de Cienpozuelos, y porque via con ellos, por no perder el juro de la ceguera, los habia dejado. Magdalena tomó otros algo mayores y de mas claro cristal y mejor guarnecidos, y se los puso tambien, riéndose mucho. Dijo el francés: «No se ria vuestra merced, que valen mas que todos juntos.» Yo se los hice tomar, aunque los rehusó mucho, diciendo que era muy temprano para antojos, y púsolos debajo de la almohada; pregunté al francés, que los encarescia, si tenian alguna particularidad mas que los otros, á que me respondió que no hallaria otros dos pares como ellos porque eran hechos del orinal de Lucrecia la romana, que se habia quebrado en la fuerza de Tarquino; que otros tenia en mucha estimacion el duque de Florencia entre las cosas mas particulares, y que él los habia habido con gran dificultad de un criado de un cardenal de Roma, que era depósito de cuantas antigüedades habia, y que juntamente le vendió un pedazo de lienzo que allí traia, algo manchado de sangre de la puñalada que se dió, que era una esquina de la toca que tenia puesta; todas pidieron el paño para verle, y anduvo de una mano á otra; dijo Luisa que la sangre parescia de persona floja y de poco espíritu; Emerenciana, de caprichosa y loca; Beatriz, de melancólica; Apolinaria, de persona fria; y Leonarda, que no era tan resabida, dijo que parescia de una corderilla; pero Terencia se desenvolvió y dijo que era de una mujer mas nescia y porfiada que habia habido en el mundo, y aun habladora sin tiempo ni sazon; á que respondió el francés, sin preguntárselo, que era así la verdad, y que pudo callar despues de ejecutado el caso, pues no la daban tormento. Magdalena no quiso dar parescer; solamente su madre Brianda dijo que bien pudo tener la fuerza en silencio, encubriendo la flaqueza de su rey y príncipe, que mas que él en la fuerza, habia pecado ella en descubrirla; pues fué causa para que un bruto, un toro, un leon le echasen para sacarle de la ciudad de Roma y despojarle de su reino, que tan legítimamente poseia, pues el uno era daño particular y el otro general y comun y contra su señor natural. Todas alabaron sus razones, y me paresció estaban reducidas con el sermoncillo á callar cualquiera fuerza, aunque no fuera de príncipe; solo dijo el francés que Bruto no era animal, como toro, leon y otros, sino hombre particular, y que pudo tanto, que juntando séquito, bastó para echarle de la ciudad. Recogió el lienzo ensangrentado, porque no le quisieron las damas; bien pudo ser temiesen, estando en su poder, se les infundiria y pegaria alguna fortaleza, teniendo por bastante la comun de decir: «¿Qué habia de hacerse? No pude mas,» cuando á saberlo vinieran; que sin este requisito, el callar y pasar por ello era la mayor cordura.

Llamé á la puerta de afuera al francés; hicimos la cuenta; quísele dar el dinero; respondióme que queria letra para Zaragoza; hícelo así; que fué de tres mil reales, sin los últimos antojos de Magdalena, que los volvió, porque decia no queria cosa de una mujer tan extravagante, que ella era sin duda la bruta; yo contento porque via favorescida mi persona y bolsa; despidióse diciendo á las damas no habia visto tan generoso pagador en su vida, y que se holgara fuera verano, porque tenia abanicos extremados y otras niñerías, gustosas. Terencia le dijo que volviese el domingo siguiente con ellas para verlas, que juntas estarian todas; con que se fué. Yo quedé en conversacion, y Magdalena me llamó. Hízome sentar en un taburete á su lado, y muy gustosa me dió las gracias de la gala, encareciendo mucho mi buen gusto, y tambien por las de su madre y las demás; que se holgaria mucho de corresponder á tanta fineza; yo la respondí que me corria de lo que me decia, que mi persona y hacienda siempre estarian á su servicio; llegó la madre, y preguntóme cuánto habia gastado; respondíla que poco; tanto instó en ello, que se lo hube de decir. Hacíase cruces, y delante de mi dijo á su hija que de allí adelante excusase la visita de aquellas mozas golosas y amigas de recibir, y mirándome á mí, prosiguió: «Hijo, no mas locuras de estas; ¡tres mil reales de niñerías! A mi hija echo la culpa, pues ella ha sido la causa de gastarlos;» díjome que me despidiese, y que al anochecer, despues que se fuesen aquellas mozas, podia volver y entrar en casa con capa diferente sobre la valona, porque no hubiese reparo. Despedíme, y tan contento, que no sabia qué hacerme ni creia lo que por mí pasaba. Llegó la hora, y con capa de color y circunstancia de la valona entré en su casa de Brianda y Magdalena; fuí muy bien recebido, y á poca conversacion me preguntó la vieja de dónde era y qué hacienda tenia; respondíla que de Toledo,

y que mis agüelos me dejaron tres mil y quinientos ducados de renta, con mucha plata labrada y alhajas de casa, como colgaduras, tapicerías, camas y escritorios, y seis mil escudos en moneda de oro, los cuales iba gastando, ecepto mil, que tenia en Madrid en un hombre de negocios, para hacer las informaciones de un hábito que pretendia, y esperaba en breve la merced dél; preguntóme si tenia hermanos que alimentar ú otras obligaciones de mocedad; respondila que no; si pagaba el rédito de algunos censos; respondíla, tampoco. Díjome si trataba de casarme, y yo á ella que no, porque adoraba á la señora Magdalena con extremo, y que así, aunque no esperaba la dicha de merecerla, la sirviria toda mi vida, que no podia ser dueño de mi corazon otra ninguna; á que me respondió que ya via la niña, y si el parecer exterior era de mucha hermosura, la virtud era mayor. La calidad, hija de un caballero montañés que se habia casado con ella por amores, habiendo venido á este principado, y que en su muerte habia dejado á la rapaza cuatrocientos ducados de rentas sin ninguna obligacion, con que lo pasaba lucidamente y bien; que un hermano tenia en las Indias, á quien habia dejado dos mil ducados de renta, con todas las alhajas necesarias, de quien no sabia doce años habia; que hacian diligencias por si Dios le habia llevado, para que Magdalenica entrara en toda la hacienda; y pues yo via que su hija, por todas estas causas, no podia caer en liviandad, estimaria que yo me declarase, porque no le estaba bien el caer en ella con nadie; y porque me asegurase mas, me sacó una informacion que su padre hizo, con un escudo de armas. Todo esto me parescia bien, pero mejor la moza, que estaba callando en todas estas pláticas, y tan divertida, de espaldas á la chimenea, que sin echarlo de ver, saltó una chispa, y no solo se le quemó la pollera, sino que sintió la calor del fuego y dió un gran grito y saltó á mis brazos; recogíla en ellos con un amoroso apreton, y ella me dijo: «La pollera rica se ha quemado.» El sentimiento fué grande de madre é hija; yo las dije no le tuviesen, porque aquello tenia fácil remedio, y que estimaba mas á la chispa la ocasion que me habia dado de recogerla en mis brazos á la señora Magdalena, que cuantas polleras podia haber; que queria ver lo que se habia quemado della; parecióle á Magdalena, aunque estaba abrasada una nalga, que no habia penetrado las enaguas y camisa, y así se volvió de espaldas á la luz; descubrí el daño, y cuán luciente estaba aun en aquellas partes, pues excedia á la luz su resplandor; corrióse cuando conoció la habia visto parte de los hermosos antípodas, y dijo sentia mas aquel descuido que todo el daño; acostóse, y yo hice tomar á Pedro la pollera y me la truje á casa; llamé al sastre, y preguntándole cómo se podia remediar aquella quemazon sin que fuese conocido el remiendo, me respondió que con dos varas, y veinte de pasamano; sacóse todo, y aquella misma noche quedó sin lision alguna y sin que se echara de ver chamusquina, y á la mañana la llevó Pedro temprano; estimaron el cuidado y puntualidad, y la misma Magdalena dijo al mozo que yo no dejase de verla por la tarde; muy lozano con este recado, pasé á casa del mercader y saqué unas enaguas de tafetan verde con guarnicion de puntas de oro, y un justillo para ellas cuajado de las puntas, porque el siguiente dia era el citado para ir á ver los abanes del francés, donde habria gran concurso de damas; en comiendo fuí allá, donde rescibí gracias de madre é hija con amoroso semblante. Vestida estaba Magdalena de la pollera remendada; yo deseaba hablarla, y su madre presente no me atrevía; y así, al tiempo que ella entró en el aposento á un recado, tuve lugar de decírselo, á que me respondió que á las once de la noche volviese allá, que me estaria esperando; muy larga se me hacia la tarde, aunque estaba con ella, por las esperanzas que me habia dado; llegó la hora de recogerme, fuí á casa, donde hallé á Pedro vestido de las enaguas verdes (que ya el sastre las habia traido) y puesto el justillo, abierto por los lados por la fuerza que hizo para vestírsele; díjome: «¿Qué le parece á vuestra merced, no estoy buena moza?» Díle en la cabeza tres ó cuatro cintarazos, y haciéndole desnudar, se hubo de volver al sastre el justillo, porque le habia hecho reventar por tres partes. Si la pollera era bien parescida, no parescian peor las enaguas. En cerca de las once, salí de casa con Pedro, y á pocos pasos me dijo via un bulto que le parescia un gigante, que le reconosciese primero, que á él le bastaba habérmelo advertido; miraba á una parte y otra y no via cosa; díjele que me enseñase dónde estaba el bulto que me decia, y me llevó delante dél hasta un pilar de una casa, y él, habiéndole reconocido, me dijo: «Mas quiero que me mate á mí que á vuestra merced este disforme hombre, que esta es ley de buen criado;» y se adelantó y le dió tres ó cuatro golpes con la espada, diciendo: «Mueran los gigantes y toda su raza.» Reíme mucho del razonamiento dél, y pasamos adelante; y él, como si hubiera hecho una hazaña grande, todo el camino hasta casa de Magdalena fué preguntándome si habia andado bien; yo le dije que demasiado arrojado. Llegué á la puerta, y tentándola, la hallé abierta, y á ella con su madre en un aposento bajo. Sentámonos en amorosa conversacion y sin melindre alguno de los pasados, aunque su madre estaba presente, que ya me llamaba su hijo; con todo, no quise tomar licencia para engolfarme del todo, porque no paresciese fácil mi resolucion, no obstante que ella se hubiera resistido de lance tan sin tiempo. Estuvimos gustosos hasta las cuatro de la mañana, que me despedí con dulces abrazos para vernos al dia siguiente por la tarde en las ferias prevenidas, y á las siete, despues que dormí un poco, envié á Pedro con las enaguas verdes, que, como no la dije nada dellas, fueron con novedad y particular gusto recibidas; invióme á decir que luego las vestiria para hallarse con ellas á la fiesta; que las damas no reparan cuando hay galas en qué dirán los que las ven, que sin duda serian murmuradas de las mayores amigas dos tan vistosas en tan breve tiempo. Llegó la tarde y fuí allá, pero ya estaban dos ó tres de ellas dentro anticipadamente, y entre ellas Terencia, que me dijo que una hora habia estaban aguardándome, que bien conocian que iba de mala gana á feriarlas los abanicos. La Brianda salió por mí, y dijo que era muy temprano y que no habia hecho falta; sentéme con Terencia, y ella, tomándome de la mano, me llevó junto á Magdalena, que sonrojeada me admitió á su lado; llegaron las demás. Danzóse al son de la guitarra, que Candia estaba buena y la tocaba bien; las amigas no dejaban

de hablarse al oido y mirar las enaguas de Magdalena, sus acciones y las mias si conformaban; ella disimulaba y yo tambien lo posible, aunque es imposible disimular el amor. Llegó el francés, y desenvolviendo su arquilla, sacó dos docenas de abanicos; todos ellos compré, pero no dijo el precio el francés, y trató de ponérsele, porque los unos costaban mas que los otros; yo le dije que despues hariamos la cuenta; él respondió que por lo menos le dejasen decir la calidad que tenian, que eran muy particulares algunos de ellos, y dándole lugar, sacó seis de ellos, y refirió que aquellos, seis años habian estado en los montes Pirineos curándose con el cierzo, y sacó otros tantos que juró por el emperador Carlo-Magno habian gozado de la frescura de Sierra-Morena cuatro años, y despues de estos, tres, que dijo, jurando por la buena memoria del cardenal Recheliu, eran sazonados doce años en Guadarrama, y los otros tres otro tanto, y jurando á los lamparones que curaban los reyes de Francia en las casas de nieve de diferentes partes; confesaban las damas que el aire que daban competia con los hielos mismos, que tal frescura jamás habian conocido; eran siete, y tomaron, á mi instancia, dos cada una, y los seis de los Pirineos quedaron para Magdalena, y con los cuatro restantes quedé yo; supliqué á Magdalena me dejase volver á la noche, y me respondió recatadamente que sí, pero no tan tarde como la vez pasada; despedíme, y cuando supe por Pedro, que era el espía, habian salido todas, volví. Estaba con su madre; diéronme de nuevo las gracias de la gala, y despues de una sabrosa conversacion, que ya Brianda entraba y salia á menudo en su aposento, no tan recatada como las veces pasadas; y llegamos solos á tratar de nuestras cosas, y se resolvió que el primer domingo se hiciesen las primeras proclamas, y que se lo dijesen á su madre, que lo deseaba sumamente; hízolo ella, y vino la vieja á mí con los brazos abiertos; yo me arrodillé y la besé la mano, y tambien á Magdalena. Quedando en este empeño, fuí á casa con acuerdo de que mas tarde volvería, y llamando al sastre, saqué para Magdalena tres pares de vestidos, dos negros y uno de color, todos muy sazonados y guarnecidos al uso, y para mí dos, y á Pedro le saqué otros dos graciosísimos; no me descuidé en joyas y cadenas, que me costaron dos mil y seiscientos ducados; con esta prevencion volví á casa de Magdalena, que me estaba aguardando, y al amanescer salí de la casa. Pasaba adelante el matrimonio; hubo tres proclamas, y á la tercera convidó ella á sus amigas y yo á mis amigos. La comida fué mas que moderada, y el sarao á la noche grande, donde hubo muchos disfraces que divertieron alegremente. Fuéronse, y yo quedé en casa con la prenda de tanta estimacion, y nos recogimos. Lo que resta ya está dicho, y no es nescesario duplicarlo; yo quedo el hombre mas gustoso del mundo, casado con un ángel en condicion y hermosura, y en quien concurren todas las partes que se pueden desear de calidad, y aunque no muy rica, con la espetativa del hermano que pasó á las Indias y no se sabe dél. Si vuestra merced supiere algo de su muerte, amigo mio, anticípeme la buena nueva; que yo le ofrezco albricias de ella.

FIN DE LOS DISCURSOS DE LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS.

CARTAS
DE DON JUAN DE LA SAL,

OBISPO DE BONA,

AL DUQUE DE MEDINASIDONIA.

CARTA PRIMERA.

Excelentísimo Señor: Há mucho tiempo que en Sevilla hace notable ruido la santidad aparente y lucida en extremo de un sacerdote seglar, llamado el padre Mendez[1].

Su hábito, su rostro, sus ejercicios y empresas de virtud, siempre han tenido de peregrino y aun de extravagante en cuanto pone la mano, y lo que muestra la corteza debe ser sin duda lo interior, y aûn por ventura mucho mas; pues tiene fuerza para escupir afuera tal sarta de pensamientos piadosos, guiados siempre por sendas exquisitas, por donde nunca fué otro.

Ha finalmente querido, como me acaba de informar ahora persona fidedigna, rematar su carrera con la extrañeza siguiente:

Publica desde el primero dia de julio, y somos hoy á los cuatro, siendo este dia el postrero de su vida, que á los veinte pasará de este mundo al Padre eterno, y está Sevilla llena de esta profecía.

Quisiera yo ser tan bueno que la creyera, y estaria aguardando con devocion su cumplimiento, como harán otros muchos de mejor alma que la mia; pero fuí algun dia (que no debiera) testigo de otra semejante, cuyo vanísimo suceso me está á las manos, y me obliga á no expresarlo muy en otra coyuntura.

[1] El padre Francisco Mendez fué un clérigo seglar portugués que se fingió santo en Sevilla. De resultas de los disgustos que le ocasionó la farsa que habia emprendido, murió el 30 de octubre del año de 1616.

En la relacion del *Auto de fe* celebrado el 30 de noviembre de 1624, en Sevilla, relacion que escribió Alonso Ginete, familiar del Santo Oficio de la villa de Alcalá de Guadayra (Montilla, 1625, en 4.°), se lee lo siguiente:

«La primera de las seis estatuas que acompañaban á los reos vivos era la del padre Francisco Mendez, de nacion portugués, difunto, sacerdote. Salió en hábito de clérigo, como andaba por Sevilla, ceñida una soga en lugar de cíngulo. Fué condenado que era de la secta de los *alumbrados*, y tenia este modo de orar: *Dios, mi corazon, mi buena cara.* Tenia casa de recogimiento de mujeres, donde decia misa y las comulgaba todos los dias, y á las mas allegadas con muchas formas. Acabada la misa, desnudándose las vestiduras sacerdotales, en lugar de dar gracias á Dios, las mujeres cantaban, y él bailaba descompuestamente. Fingíase santo y tenia arrobos y éxtasis. Diciendo misa, se ponia en cruz y daba bramidos y se reia. Dijo una misa de veinte y seis horas. Tuvo muchas hipocresías y decia muchos desatinos, todo á fin de ganar opinion de santo, y que lo habian de canonizar muy presto. Dióse su doctrina por mala, y mandaron recoger sus reliquias.»

Un fraile santo, cuyo hábito era como reliquia, pues que, besándolo todos, tocaban en él sus rosarios, como pudieran tocarlos á la capa que partió con el pobre san Martin, cayendo enfermo, dijo á algunos de innumerables devotos que tenia, dentro de su convento y fuera de él, que el domingo siguiente moriria al punto de la una, despues de mediodía.

Fuése esta profecía resonando; y cuando dieron las doce del domingo ya estaba la iglesia llena de beatas y de señoras devotas que las beatas habian convidado, todas con velas encendidas como en la fiesta de la Ascension. Era el convento un campanario con el mormullo de frailes que, á la mia sobre la tuya, tomaban puesto en la celda, para ver con sus ojos aquella maravilla.

Estaba el siervo de Dios tendido de largo á largo en su cama, boca arriba, con los brazos en cruz y con los ojos cerrados, puesto en contemplacion. Dió la una el reló sin que el bendito hiciese movimiento. Apelaron á otro los oyentes. Finalmente, dieron todos, y entonces, en lugar de espirar, dió un gran suspiro el enfermo, diciendo con voz muy flauteada: «¡Dios mio de mi alma! Abismos son tus juicios. Ya te entiendo: quieres que trabaje mas en tu viña; cúmplase tu santa voluntad. Padres y señores mios, perdóneselo Dios; que con sus oraciones le han obligado á que me alargue la vida. Pero ¿qué se ha de hacer? El Esposo lo quiere, el Esposo lo manda; sea el Esposo bendito para siempre.»

El auditorio con esto fuése saliendo poco á poco, los frailes con la cara caida de vergüenza, y los seglares mirándose los unos á los otros. Y las beatas del órden estaban desojadas, con las orejas de un palmo, esperando para saltar de placer que les viniesen á decir que habia espirado; pero cuando supieron el suceso, quisieran no haber nacido, y con los mantos echados sobre los ojos soplaron sus velas, y una en pos de otra desocuparon la iglesia.

El fraile se retiró á otro convento, menos tenido por santo y con menos estorbo para serlo. Hoy creo que es vivo, para cumplir mas de espacio la voluntad del Esposo.

Nunca yo hubiera sabido esta desgracia, que su noticia me hace incrédulo hasta ver á los veinte de este mes en lo que pára esta preñez.

Una ventana he alquilado: veré desde ella la fiesta, y avisaré del suceso; si no es que Dios, como podria suceder, diese en llamarme de aquí allá, sin habérmelo antes revelado.

Nuestro profeta santo, muera ó no muera á los veinte, por lo menos se gana de antemano que está su casa hecha una aduana ó, por mejor decir, una probática piscina; tal es el concurso de preñadas, de ciegos, cojos y de enfermos de toda suerte de achaques, que corren desalados á que siquiera los toque la sombra de este Eliseo antes que sea cumplida la profecía en el dia dichoso de su tránsito.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años. De Sevilla, 4 de julio de 1616.—Su mas rendido y humilde capellan, *Juan de la Sal.*

CARTA II.

Prosigo en dar aviso á vuestra excelencia de nuestro clérigo difunto. Hase retirado al convento del Valle, de frailes franciscos, que á este solo nombre comienzan ya á recoger muy buena ganancia de concurso y ruido de cuantos hay en Sevilla que van á informarse y tratar de esta maravilla. Piense vuestra excelencia lo que será si de este parto sale algun raton que nos provoque á risa, como lo temo grandemente.

El pone piés en pared y dice á cuantos quieren oirle (y óyenlo hartos, por quien se deja visitar, y entre otros, estuvo con él hoy dos horas el conde de Palma), que ha de morir á los veinte de este mes, por revelacion particular con que Dios se lo ha certificado.

Dicen que, entrando en mas honduras, ha dicho en puridad á algunos que certifican haberlo oido, que sabe ya la silla que le está apercibida en el cielo, y que mas de una vez le ha hecho merced nuestro Señor de haberle dejado estar en ella largos ratos, gozando de su vision beatífica.

Yo, Señor, si he de decir lo que siento, pienso que este buen hombre no lo ha de los carcañales, como dicen, y que se le ha *desengastado* en la cabeza alguna rueda de reló, con que dispara á diestro y á siniestro. Y en sentir esto de él, pienso tambien que le hago honra; pues por lo menos, estando fuera de sí, no puede desmerecer en este frenesí ni atribuírsele á pecado; y si estuviese en su seso, seria muy culpable en ojos de Dios y de los hombres por esta su profecía, si se resuelve en humo al cabo y á la postre.

Yo hago este discurso: Para afirmar lo que afirma ha de haber precedido revelacion de Dios particular que le haya certificado, y dice que es así y que la ha tenido. Extra de esto, el mismo que le revela este suceso le ha de haber dado licencia y aun mandado que lo publique por las calles, como lo va haciendo; porque sin este precepto seria muy grande ofensa suya que este hombre se atreviese á pregonar este milagro, con riesgo manifiesto de ensoberbecerse con él. Pues pregunto yo, ¿qué fines razonables puede tener Dios, que es la misma sabiduría, para obrar juntas todas estas maravillas? Qué misterios de nuestra santa fe? Qué conversion ó beneficio de las almas? Qué reformacion de costumbre?... Mas tiene Dios en qué entender que estarse regodeando con una beata ó con un clérigo, para venirles con chismes y avisos impertinentes de cuándo se han de morir, en tiempos en que ya su Iglesia no tiene necesidad de estos reparos. Despacio estaba Dios, si habia de llamar á que gozasen en vida de su esencia y lo mirasen cara á cara tantos como han publicado que lo han visto y gozado de pocos años acá, no resolviéndose los santos en si la Vírgen Santísima ó si san Pablo los vió.

Crea vuestra excelencia que, como hay hombres tentados de la carne, los hay tambien del espíritu, que se saborean y relamen en que los tengan por santos, en que les pida una enferma un evangelio, y otra que está para parir que se esté en oracion junto á su cama hasta que Dios la haya alumbrado; y cuando se imaginan que una canilla ó mano de las suyas podrá estar algun dia con unas andas dentro de un relicario, se les cae la baba de contento, y no hay enamorado que salte paredes con mas ánimo que estos tales atrancan dificultades y barrancos por conseguir su estimacion.

Díjome hoy el Guardian que está nuestro Difunto de noche y dia en continua contemplacion todas las horas que lo dejan, y que á la noche solo come un poquito de pescado con cuatro bocados de ensalada, y bebe una vez agua. Tanto podria no comer ni dormir, que con estas calores se le enjugase el celebro, de manera que tuviese antes de morirse otras nuevas revelaciones, y aun se muriese antes de lo que el Señor le tiene prometido. Comienza todas las mañanas á las cinco la misa, y acaba siempre entre la una y las dos, estando sin sentarse, cosa que las devotas comienzan á celebrar por uno de los muchos milagros que aguardan de aqueste cuerpo santo.

Confieso á vuestra excelencia que por no ver la mofa y el escándalo que, si no se muere, es fuerza que se siga, deseo de que se muera. De un fraile del Valle me han contado que dice: «Él trate de morirse cuando nos ha prometido; porque si no nos cumple la palabra, lo hemos de *achocar*, so pena de que nos silben por las calles.»

El caso es que el año no ha sido tan estéril de trigo cuanto va siendo fértil de estos *revelanderos*. Uno anda ahora corriendo por las calles, que dice en todo su seso que ha estado en el infierno, y ha visto en él á muchos de los que hoy viven y encuentra cada dia. Y es lo peor que señala personas conocidas: á tal canónigo, á tal prelado, á tal *sastre,* á tal mercader. Cuentan que dijo el otro dia á un oficial de barbero: «Yo os vi á vos en el infierno en una cama de fuego con vuestra amada, dándoos entrambos de azotazos;» y que al dia siguiente el barbero se quedó muerto, estando en la cama con su amiga. Esta patraña, que yo la tengo por tal, lo ha acreditado en el vulgo de manera, que hombres con barbas y mujercillas á docenas lo buscan de secreto y le piden con lágrimas en los ojos que les diga por las entrañas de Dios si los ha visto en el infierno. Y no solo el vulgo; que ayer me dijo la señora condesa de Palma que salia por verlo y conocerlo, con la señora maquesa de Tarifa. Otro avechucho ó tagarote de estos se anda arrobando por las casas, y las señoras, á mia sobre tuya, lo llevan á la suya y lo convidan á comer, y sobre mesa anda la fiesta. Ellas son de ordinario... créame vuestra excelencia, las que fomentan estas sabandijas. Ven que los creen y que los honran, y sin trabajar ganan con esto de comer; tráenlas con

las bocas abiertas, ¿qué mas quieren? Y supuesto que ellos en estas ficciones y embelecos ofenden á Dios mortalmente, sin género de duda, no sé cómo se pueden excusar de grande ofensa de Dios los que cooperan á esta vanidad, y dan color para ella con acoger y acariciar á esos tales, y con traer en palmas beatas mostrencas, que han hecho suerte de comer con esta mónita de vida.

De lo que fuere inquiriendo de nuestro clérigo iré avisando á vuestra excelencia, ya que he comenzado á hacerme cronista de esta historia.

Dios guarde á vuestra excelencia muchos años.—De Sevilla, 6 de julio de 1616.

CARTA III.

Excelentísimo Señor: Prosigue nuestro Difunto con su resolucion de morir á los veinte de este mes. He mirado qué santo ocupa aquel dia, temiendo de que no fuese embarazo para el nuestro, y ¡gloria á Dios! no es mas que santa Margarita, cuyo rezado es de simple, y así dará lugar al doble y semidoble de nuestro Justo.

A los poetas se les ha caido la sopa en la miel; porque, con achaque de que hay Margarita ó perla en aquel dia, será rubí nuestro Santo, y no quedará diamante, topacio ni esmeralda de que no hagan sartas en sus versos y se las echen al cuello.

Dijo ayer Francisco Gonzalez de Mendez que esta revelacion de su muerte, del dia en que ha de ser, no es merced fresca que le haya hecho nuestro Señor de poco acá, sino muy añeja, no menos que de veinticuatro años á esta parte. Con todo eso, se queja de que el enemigo en este último trance le hace la guerra y andar á la melena muchos ratos; pero nuestro Señor tiene á su cargo el reparar este daño con nuevos favores que lo alientan y le redoblan las fuerzas.

Un fraile grave del Valle, que es otra alma bendita y que casi camina por las mismas pisadas, dicen que afirma que lo ha visto un dia de estos levantado del suelo estando en oracion. Yo dudo de que lo diga, y otros de que, aunque lo diga, sea ello así; porque el compañero del Difunto, que es un religioso del Tardon, que de dia y noche no lo pierde de vista, observando sus dichos y sus hechos, para irlos refiriendo y dando ripio á la mano del licenciado Castillo, médico muy conocido por devoto, que va escribiendo con puntualidad la vida de este santo, dijo hoy, preguntado por cierta persona, que él no ha visto jamás que se haya el padre levantado del suelo, si bien lo ha visto en la misa, entre otros ademanes y movimientos que hace con la fuerza del espíritu, mientras está en contemplacion, irse estirando poco á poco hasta ponerse sobre la punta de los piés; pero que luego ha ido volviéndose á bajar, sin levantarse del suelo.

Ya he dicho á vuestra excelencia que ocupa en la misa toda la mañana. Desde las dos de la tarde hasta la noche da audiencia, y la dará hasta el sábado que viene, porque de allí adelante todo será vocar á sí y apercibirse al tránsito glorioso que lo aguarda.

Los mas que libran con él y que le ocupan las tardes en la iglesia, son beatas, que á enjambres, como abejitas de Cristo, le cogen el rocío de su boca; y es tal su devocion, que arrimándose á él bonicamente sin que él lo eche de ver (¡guárdenos Dios, ni por imaginacion!), con tijericas ó de la suerte que pueden, van arrancando reliquias hasta dejarle cortada la sotana por vergonzoso lugar; tal, que recogiéndose el Santo esotra noche, dijo, viéndose tal, con mucha sencillez, sin advertir de dónde venia aquel destrozo: «Necesidad tengo de que me remienden esta sotana.»

No anda el conde de Palma tras hilachas, que un muy gentil bonete viejo tiene cogido ya, á lo que hoy me han afirmado. Y otros, á mia sobre tuya, van recogiendo preseas, y de mí se ha dicho que tengo un cordon en mi poder, y no há seis horas que me han enviado ciertas señoras devotas á conjurar si es así, para que parta con ellas. Y dirá despues vuestra excelencia que no doy crédito á esta revelacion.

Volviendo á nuestras beatas, díjome hoy un hombre honrado que ayer tarde andaba en la iglesia el compañero del Tardon dándoles á besar un lienzo reborujado que traia en las manos, y que á su parecer tenia por cierto que eran calzoncillos blancos, pañetes del Santo; y que ellas, no contentándose con besarlos, se los ponian encima de los ojos y se los refregaban por la cara. Hizome venir á la memoria un donosísimo caso que me contó fray Luis de Rebolledo (téngalo Dios en su gloria), que diciendo misa, sintió que los pañetes se le iban escurriendo por las piernas, habiéndosele quebrado ó desatado la cinta. Llamó con disimulo al padre compañero, que le ayudaba á misa, y díjole: «Pasito, como que llega á componerme el alba, coja mis paños menores, que hallará entre mis piés, y métaselos bonicamente en la manga.»

Hízolo todo con muy buena gracia el compañero, y cuando vió que la misa llegaba al consumir, díjole al padre si queria dar la comunion á una señora. Respondió: «Sí, hermano, póngale el paño y diga la confesion.» Sacó la custodia del sagrario, y cuando se volvió con la hostia en la mano vió á la buena señora con sus paños menores al rededor del pescuezo, que se los puso el compañero, creyendo que le habia dicho, póngale el paño que le mandé recoger. Certificóme Rebolledo que estuvo dos ó tres veces para volverse con la forma al altar, no pudiendo resistir la risa viendo aquel espectáculo.

Guarde Dios á vuestra excelencia muchos años, etc. —De Sevilla, 8 de julio de 1616.

CARTA IV.

Excelentísimo Señor: Acuérdome que en Salamanca me contó, ya há muchos años, el señor don Sancho de Avila, obispo que es de Sigüenza, de una monja franciscana melindrosa, que, entre otras palabras que truncaba á menudo, llamaba paños *melonis* á los paños menores de sus perniles. Pues señor, ha de saber vuestra merced que lo que la escribí el otro dia en duda de los paños *melonis* de nuestro bienaventurado, es cosa cierta; porque á vista de algunos que me lo han certificado, salió el compañero del Tardon con los pañetes del padre, y los fué refregando por las barbas á una multitud de beatas y mujeres, que no se hartaban de besarlos, con no estar nada limpios, para que fuese mayor el mérito; pero á la devocion no hay cosa sucia ni que haga asco á un verdadero devoto.

La prueba de esta verdad, un dia despues, no sé qué tantos caballeros, habiendo habido á las manos estos pañetes de mi clérigo, los repartieron entre sí como reliquia sacrosanta. Bien es verdad que uno de ellos, no menos sencillo que piadoso, habiéndole cabido en esta particion el cuadradillo de abajo, que era lo mas embalsamado, si bien lo veneraba con el mismo respeto que si lo hubieran rociado con la sangre de las llagas del bienaventurado san Francisco, su devocion, con todo eso, no bastaba á vencer la repugnancia que naturalmente sentia de llegar á la boca aquella joya preciosa; y así repetia muchas veces: «Señores, dénme reliquia de mejor parte. Tome esa quien la quisiere, que yo la quiero de mejor parte.» Uno por uno reponia que era reliquia aprobada; solo le hacia dificultad no verla con el aseo y olor de mosquetas que quisiera.

Ya ha puesto coto á las audiencias desde el domingo de mañana, y despidiéndose con lágrimas y sentimientos notables de todas sus ovejitas, y hase retirado á bien morir en una celda. Dejólas consoladas con otra profecía, de que tambien debe tener revelacion, de que en pos de él debe venir otro mas santo y mas perfecto, que ha de obrar mayores maravillas y consolarlas mucho mas. Con esto se han alentado, y aguardan ahora boquiabiertas la muerte de su pastor con poco menos ahinco que aguardaban las tres Marías la resurreccion de su Maestro.

Díjome un fraile del Valle que estas noches pasadas se habia alargado el padre en las cenas, y habia brindado con nieve, diciendo que no queria que maliciasen algunos que habia muerto de hambre. ¡Tanta es la gana que tiene de que se vea, para mayor gloria de Dios, que es milagrosa su muerte!

Vále revelando Dios, á vueltas de su tránsito, el de otros. A una señora, muy dama, que tiene buenas ganas de vivir, le dijo el otro dia que irá tras de él muy en breve; y está para echarse en un pozo, de tristeza.

Mas alegre está otra, á quien ha descubierto que en el cielo le está aparejado un trono de gloria espaciosísimo.

Con esto se han andado mil almas embebecidas tras él, echándole manojos enteros de rosarios al cuello, por parecerles que no iban tan benditos si solamente tocaban á la ropa; y es tanta su caridad, que se los dejaba poner, y andaba cargado de ellos un gran rato, como si fuera buhonero.

Ahora desde el encierro duerme en su celda el provincial del Tardon, que es como si dijéramos el padre de la novia, y ya comienza á decirse que él y el guardian del convento se han de arañar las caras á carreras el dia de la muerte sobre quién ha de llevar el cuerpo del Santo á la iglesia. El Guardian alegará que era tercero y que murió dentro de su casa. El Provincial, que lo ha criado á sus pechos y que era el archivo de sus mas íntimos secretos; y en prueba de que es así, refiere en puridad que el padre le ha descubierto que morirá á las cuatro en punto de la tarde, y habrá aquel dia una espantosísima señal para castigo de Sevilla, habiendo dicho misa aquella misma mañana. Y en las que ahora dice, despues de su retiramiento, es todo risa á borbollones y júbilos suavísimos de gloria.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años.—De Sevilla, julio 12 de 1616.

CARTA V.

Mande vuestra excelencia á su paje que le vaya contando mis cartas por los dedos, y hallará que son cinco con esta, desde 4 de este mes, en que voy prosiguiendo por servir á vuestra excelencia la historia de nuestro clérigo santo. Es bien verdad que en estos dias, por su retiramiento desde el domingo pasado, hay menos materia de que echar mano y son menos las cosas que se saben; que allá dentro deben pasar maravillas. Con todo eso, la luz por los resquicios se ha de comunicar, por mas que la tengan encerrada.

Antes de ayer, poniéndose en el altar á las cuatro de la mañana, y comenzando á decir: *In nomine Patris*, etc., se quedó aquí sin otra palabra hasta que dieron las ocho.

Mientras le duran estos raptos ó suspensiones del alma, suelen leerle de ordinario algun libro espiritual, que es como hacerle el son para que dormite, ó como llevarle el canto llano para que él eche el contrapunto, si no es que, arrebatado de las bajezas de acá, es su conversacion allá en los cielos y se pasea por ellos, y los mide, como suele decirse, á pulgadas.

No aguarde vuestra excelencia que le escriba las cosas como suceden, porque las voy escribiendo como me vienen á las manos, y unos me cuentan las que están corriendo sangre de frescas, y otros las rancias de muchos dias atrás. Hoy me han certificado que el dia que se hubo de retirar al convento del Valle llamó, como buen pastor, á su ganado, y estando todos juntos, devotos y devotas, se puso en medio de ellos y comenzó con muy gran fervor á hacerles muy larga exhortacion, diciéndoles primero que, como al apóstol san Pablo le fué lícito dar cuenta á los fieles que estaban á su cargo de las persecuciones que habia padecido, y de los muchos favores que merecia por honra de nuestro Señor, para poderlas llevar, así él habia querido contar á los que bien lo querian y oian su doctrina los grandes trabajos y aflicciones con que el Señor lo habia ejercitado, y los inmensos regalos con que lo habia alentado y lo iba alentando cada hora. Aquí hizo un gran discurso de los sucesos de su vida, y refirió extraordinarias aventuras, de que la divina Providencia lo habia sacado siempre con ganancia, dándole los consuelos de espíritu á dos manos, si lo afligia con una.

Dijo tras esto cómo dejaba escritos dos tratados. Uno del amor de Dios, y otro de las mercedes y favores con que el Señor lo habia enriquecido. Concluyó al fin con anunciarles su tránsito á los veinte, y despedirse de todos con mil ternuras y arrullos, que enternecian las peñas.

Aquí fué el llanto y suspiros de todo el auditorio, y el arrojársele al cuello como los de Efeso al Apóstol. Enternecióse con esto de manera, que arrebatado su espíritu, profetizó, para consuelo de las beatas que allí estaban deshaciéndose en lágrimas, la muerte de cuatro de ellas, señalándolas una por una con el dedo, y afirmando que lo acompañarian.

Dicen que en esta coyuntura fué el consolarlas con que vendria otro en pos de él, como escribí el otro dia, á quien no merecia desatar las correas del zapato.

En el segundo tratado, de los dos que nos deja, me aseguran que se da larga noticia de los milagros que

ha obrado en el discurso de su vida, con que se ahorrará de historiadores, que no todas veces aciertan con la verdad puntual de lo que escriben.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años, etc.—De Sevilla, 14 de julio de 1616.

CARTA VI.

Con ocasion de haber sido huésped antes de ayer, dia de San Buenaventura, en el colegio de los padres franciscos de Sevilla, recogí muy gran cosecha de novedades nuevas de nuestro clérigo santo, que es estos dias el único argumento de las conversaciones, y mas cuando se va acercando el plazo de su muerte. Los originales fueron ciertos, porque comimos juntos aquel dia el padre guardian de San Francisco, el del Valle, rector del colegio de la Compañía, con otros muchos padres de los mas graves de ambas órdenes; y antes de mesa y sobre mesa se refirieron las cosas que se siguen.

De una señora que há pocos dias que murió, dijo muy mesurado: «Penando está en el purgatorio, y estará allí hasta que yo muera y la saque.» A otra que le contaba sus duelos, la consoló diciéndole: «Mire: aunque yo me muera, llámeme cuando se viere afligida, que yo la visitaré.» Y, porque ella parece que mostró algun temor de ver un difunto por su casa, añadió luego: «No tenga miedo, que yo vendré de manera que antes se alegre de verme.»

Encareciéndole á otra los favores del cielo que sobre él llovian cada hora, le dijo que el Señor por privilegio especial le habia dado licencia para poder repartir gracias y virtudes á las que de corazon se las viniesen á pedir.

Entre otros discursos que tuvo un dia con el conde de Palma, vino á decirle, entre otras cosas: «Si vuestra señoría arranca de raíz algunas mocedades, será su salvacion tan cierta como la mia.»

Ya dije á vuestra excelencia en otra carta, que tiene amenazada á Sevilla con un gran castigo que despues de su muerte ha de enviar Dios sobre ella. Pues señor, del pan y del palo, como dicen, no ha de ser todo castigo; que á vueltas de él ha prometido que se han de ver prodigios espantosos de conversion de almas, nunca vistos.

Hacíale la barba esotro dia un barbero, y dos ó tres que se hallaban presentes iban con gran reverencia cogiendo los pelos para guardarlos ó para repartirlos por reliquia; y el Santo varon no se hartaba de reir de puro gusto de ver la devocion de aquellas almas. De pocos santos se sabe que hayan en vida disfrutado tan abundantemente la cosecha de sus merecimientos, antes de ser canonizados.

Desde el retiramiento en que se halla, ya que no deja comunicarse de todos como de antes, desfoga á ratos, llevado de su gran caridad, con escribir varios billetes á diversas señoras y devotas, y el provincial del Tardon los cierra y les pone los sobrescritos de su mano.

Ha hecho ya su testamento, y debe ser memorable, pues que lo tiene en su poder su cronista el doctor Castillo, con otros muchos papeles y tratados, para sacarlo todo á luz. No ha faltado un malicioso que haya dicho que si no ha hecho el testamento en la uña, lo hizo al menos con uñas; porque tratando de hacerlo con un hombre rico, su devoto, en deudas sueltas le declaró que debia hasta quinientos ducados, y el mercader tomó á su cargo la paga, y ha comenzado ya á pagarlos. No manda en su testamento ni una misa, porque suponie, y aun hay quien diga, que no las ha menester.

Una persona principal me ha contado, á propósito de este testamento, que un dia de estos, hablando con el padre en su aposento, presente el provincial del Tardon, le dijo el siervo de Dios estas palabras: «Viéndome cerca el dia de mi muerte, le dije á Dios: Señor, bendito seais vos, que no tengo sobre la haz de la tierra de qué testar, sino es solo de mi cuerpo; y respondióme el Señor:—Si tienes de qué testar. Testa de mis dones, que yo cumpliré las mandas que tú hicieres de ellos.—Conforme á esto, vea vuestra merced qué don de nuestro Señor quiere que le mande en mi testamento.»

Esta persona, dijo que le mandase el don de la sabiduría, y así han quedado de acuerdo; con que al punto que el testador haya espirado, se cumplirá un pié á la francesa aquesta manda, de que es fiador no menos que el mismo Dios, que le infundirá cien mil habilidades, y lo hará otro Salomon. Segun está hecho el testamento, no hay mas que hacer sino morirse.

Pero á fe, Señor, que como se va acortando el plazo en que se ha de probar su profecía, afirman hombres muy cuerdos que no las tiene todas consigo, y que comienza á blandear en lo que antes hablaba con denuedo, y al plazo de los veinte; duda si llegará á los veinticinco, dia de Santiago, ó si se acortará á los diez y siete, que es mañana, dia de domingo. Este plazo primero de mañana tiene por infalible el médico historiador, y afirma que morirá sin accidente ninguno y sin entrar en la cama; y esto muestra decirlo con cierta resolucion, en fe de lo que el Justo le ha dicho.

Tambien comienza á dudar, habiéndolo mil veces afirmado, si ha sido revelacion de lo alto que le ha descubierto sobrenaturalmente el dia de su muerte, ó si ha sido impulso ó movimiento interior que há muchos años le dice que ha de morirse en este tiempo, y le ha salido cierto en otros casos dudosos como en lo de Venecia, y en la otra señora que ha poco que falleció, á quien los médicos todos aseguraban la vida; y él, por lo que acá dentro sentia, dijo siempre que habia de morirse. Son estos tres los ejemplos que él mismo alega, en prueba de la esperanza que tiene de que le salen ciertos estos impulsos que siente interiormente.

Un religioso grave, viendo que andaba vacilando, le dió poco há una fraterna muy pesada, encareciéndole, entre otras buenas razones, el escándalo y mofa que haria en los herejes extranjeros, que en Sevilla están ahora á la mira, cuando oyeren que sale vana aquesta su profecía, publicada con atabales y trompetas por toda esta ciudad. Púsose con esto pensativo, y dijo con muestras de haberse enternecido: «Padre, en ese caso esconderéme en un monte, en donde nadie me vea.» No me parece mal remedio; pero mejor hubiera sido no haberse hecho las cosas alborotando todo el mundo.

Otra persona principal, para animarlo en su trabajo por lo que pueda suceder, se resolvió cuerdamente en sacar un clavo con otro; como dicen. Afirmóle que,

habiendo encomendado este negocio á un gran siervo de Dios, le habia al fin respondido que nuestro Señor le habia revelado que, para mayor servicio suyo, no moriria el padre de esta vez, sino que durándole la vida algunos años, la emplearia como antes y mejor, con muy mayor amor y estimacion de todo este lugar. Dice esta persona que, cuando le oyó decir esto, se le alegró visiblemente, y respiró como si le quitaran de á cuestas un gran peso.

Al fin, él quiere, Señor, como preñada, tomar entero su mes, y parir el dia que quisiere; mas yo no vengo en aquesto. Desde el principio profetizó que á los veinte, y un dia solo que se muera antes ó despues es manifiesta engañifa.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia, etc.— De Sevilla, 16 de julio de 1616.

CARTA VII.

Póngase vuestra excelencia á adivinar si se ha cumplido la profecía de nuestro clérigo Santo, de morirse á los veinte de este mes, que se cumplieron ayer, y era el plazo infalible que señaló cuando se fué á retirar al convento del Valle, como muchos lo oyeron de su boca.

Pues señor mio, pídole á vuestra excelencia las albricias de que vive y vivirá, placiendo á Dios, muchos años para volver en ellos á recibir muchas veces de su divina mano el mismo favor que ahora ha recibido de revelarle el dia de su muerte. Pasó puntualmente el caso de la manera que se sigue.

El tuvo, á su parecer sin género de duda, esta semana pasada, nueva revelacion de que el Señor le abreviaba el término de su muerte por tres ó cuatro dias; porque el viérnes en la noche, á los quince de julio, le dijo al padre Guardian que le diese licencia para ir á decir la última misa á casa de sus hijas (que es un retiramiento de doncellas pobres que él tiene recogidas) y que le hiciese merced en su entierro de honrarlo con sus frailes. Recibida la bendicion del Guardian, y despedídose de él para morirse, salió del convento buen rato despues de anochecido, y de camino quiso antes consolar á una señora principal, su hija de confesion, de las que mas firmes estában en la creencia de su muerte. Hallóla que estaba acostada; mas levantóse en los aires en oyendo decir que estaba allí el maestro, y despues de los últimos abrazos, le pidió ahincadamente que, por la despedida, le dejase santificada su cama con acostarse un rato en ella. El, como es un cordero sin mancilla y una paloma sin hiel, no tuvo corazon para negarle su cuerpo. Acostóse en la cama como un ángel, y en habiéndola santificado, volvióse á levantar y prosiguió su camino, acompañándole siempre el provincial y tres religiosos del Tardon, el médico historiador y no sé qué tantos hijos suyos de los del corazon, que fueron los escogidos por él para testigos de su tránsito.

Púsose en el altar á las cuatro de la mañana del sábado, entreteniéndose en la misa tan despacio, que vino á alzar despues de anochecido, y acabó el domingo á mas de las tres de la mañana. Reconcilióse dos ó tres veces en la misa, y juzgan todos que tambien rezó las horas canónicas del sábado. Hácia la media noche, viendo que se iba acercando la hora de su muerte, se despidió en el altar del provincial del Tardon, su confesor y padre de espíritu, con estas terminantes palabras: «Adios, padre mio.» El médico devoto le tomaba el pulso de cuando en cuando, por ver cuando acababa, y con razon, porque de un hombre tan extenuado naturalmente se debia aguardar que acabaria en aquel acto, estando veinte y cuatro horas en el altar sin comer, y con ansias continuas de esfuerzos y visajes, que le deberian consumir los espíritus vitales. Y así en mis ojos el verdadero milagro no hubiera sido el morirse cumpliendo su profecía, sino el no haberse muerto haciendo lo que hizo. Pero Dios quiso hacer antes este milagro, que permitir que se le atribuyese el cumplimiento de la profecía vanísima de Mendez.

Y es señal evidente de que les habia asegurado de nuevo á los devotos del alma que se hallaban presentes de que seria su tránsito en la misa, y en la misma hora que nuestro Señor Jesucristo resucitó; como uno de ellos es cierto que lo dijo tres dias antes á un grande amigo suyo en puridad.

Pues cuando vieron que era pasada la hora y no se moria, todos, uno en pos de otro, se fueron cabizbajos á sus casas, dejándolo en el altar, donde acabada la misa, se halló solo en su cabo; y sin decir palabra ni despedirse de sus hijas, se fué á esconder á otro retiramiento de mujeres ruines, que llaman la Galera; de donde nunca saliera, de corrido, si el padre Guardian, de compasion, sabiendo lo que pasaba, no hubiera ido á buscarlo aquella tarde, animándolo y consolándolo tanto, que al fin el buen hombre le vino á preguntar: «Pues, padre, ¿qué he de hacer?» «¿Qué? (le respondió el Guardian) Salirse como antes por Sevilla, pidiendo su limosna para estas buenas obras. La carne lo sentirá á los principios, pero al cabo de ocho dias se habrá olvidado todo.» Tomó este santo consejo, y anda por ahí, y á cuantos le preguntan por las calles, burlándose de él: «¿Cómo no se ha muerto, padre Mendez? ¿No decia que ayer habia de morir?» responde con la boca llena de risa, fingida ó verdadera: «El demonio esta vez me ha dado un mal golpecito. Como esas locuras diré yo; soy un mentecato.» Y aunque él por humildad debe ponerse este nombre, no falta quien muchos dias há, conociéndolo de trato, dice de él que es «un tonto bien inclinado». Y así, no habrá persona cuerda que no juzgue de él que ha pretendido engañar con estas vanidades, pero ellas mismas pregonan que el pobre ha sido engañado, y desde el dia primero se las habian de atajar, si hubiera habido quien se doliese de él y de lo mucho que pierde la virtud en estas ocasiones, escandalizándose los simples, y dando ocasion á los ruines que piensen y publiquen que todo lo bueno que ven es de esta casta; pero en Sevilla no ha habido quien le haya ido á la mano ni dicho una palabra, con haber tribunales á quien tocaba de derecho impedir ó examinar por lo menos las causas de tanta revolucion como en este lugar se ha padecido en este mes.

Sus devotas ahora andan corridas mas que él, aunque de tantos afirman que nunca puso el plazo señalado; y si lo puso ó dijo alguna vez que habia de morir á los veinte, fué solo de pura humildad por desacreditarse; porque viendo que todo el mundo lo traia en palmas como á santo, quiso atajar este aplauso, dando ocasion á que lo tengan con esto por un engañador.

Paréceme que á estas, y aun á él, se les podria decir lo que Morales, un loco agraciadísimo que andaba predicando por Sevilla, dijo en las honras de un caballero principal, á quien el predicador, entre otras muchas virtudes que le faltaban al muerto, lo alabó de muy gran limosnero con los pobres. Estábale oyendo aqueste loco, y en su opinion era el difunto diferentísimo de lo que el predicador habia dicho, y al punto que habia acabado el sermon, se subió encima de un banco y comenzó á decir á voces á cuanta gente honrada hay en Sevilla, que se hallaba en la iglesia: «Bellacos, de hoy mas vivid como querais; que no faltará otro mayor bellaco que vosotros que diga, cuando os murais, que fuisteis unos santos.» La aplicacion es fácil.

Pero, volviendo á nuestra historia, no hubo argumento para mí que me hiciera mas fuerza para estar desde el primer dia siempre firme en que esto era vanidad, como en mirar á ojos vistas que siendo Dios el que ponia la costa y el trabajo de toda esta sementera, no le tocaba un grano de honra ni de provecho en la cosecha, sino que solo Mendez se lo llevaba todo, y era el que hacia su agosto á manos llenas, y henchia sus trojes de estimacion y regalos, con que, á mia sobre tuya, le traian todos envuelto en algodones. Unas señoras le enviaban la comida guisada de sus manos, otras las camisas, porque les diese la sucia; y todas besaban sus pañetes, y se tenian por dichosas en alcanzar una hilacha de su ropa. Tarde habia que se mudaba cuatro ó cinco camisas, por irlas dando tocadas en sus carnes á diversas señoras que las pedian por reliquia, y no se daban lugar las unas y las otras para alcanzar la suya cada una. Y llegó á tal la devocion de una de ellas, que una camisa que ella habia traido puesta muchas veces, quiso que en todo caso se la vistiese el Santo, y la trajese vestida algunas horas. Y él fué tan caritativo, que echó, como el apóstol san Pablo, todas las cosas á todos para ganarlos á Cristo. Se echó á cuestas aquel camison, como una capa de asperges, y anduvo con él gran parte de una tarde.

Dicen por cierto (mentira debe de ser) que pidiéndole ó enviándole á pedir mi señora la marquesa de Tarifa alguna cosa suya, habia respondido: «No tengo, cierto, qué enviarle á vuestra excelencia sino esta camisa; pero sudada la tengo.»

Otra señora trajo muchos dias en la boca del estómago una servilleta sucia con que él se habia limpiado.

La mujer de don Guillen de Casaus dicen que es sorda, y en especial de un oido, y que por devocion, para sanar de su mal, ha traido todos estos dias encasquetado un sombrero del bendito; pero dice un escudero de su casa que desde que se lo puso está de ambos oidos mucho mas sorda que solia.

Podria decirle esta señora á su santo lo que don Tello á nuestra Señora de la Consolacion, que habiendo ido á su casa el dia de su fiesta, y untádose los dos ojos con cantidad de aceite de su lámpara, con deseo de ver con uno de ellos que tenia seco enteramente, probando abrirlos, y viendo que no veia con ninguno, comenzó á dar gritos: «¡Reina del cielo! No quiero mas que el que me traje. ¡Con el que veia me contento, vírgen de Consolacion!»

En fin, lo mas de Sevilla y lo mejor ha andado estos dias de revuelta en pos del Santo con tan extraño concurso, que hubo mañana que se contaron veinte y ocho coches delante de la puerta del convento, y se ha salido con todo. No lo hubiera con nuestro padre santo Paulo V, que apenas hubo sabido que en Roma hacia ruido un ermitaño que se arrobaba y era tenido por santo, cuando llamó al gobernador, y le ordenó que le mandase de su parte que al punto se retirara á la ermita donde decia que habia vivido muchos años haciendo penitencia, y que no saliese de allí sin su licencia expresa; porque si eran verdaderos los regalos que le hacia el Señor, allí los gozaria mas despacio; y si eran fingidos, allí se curaria de ellos, como con la mano, faltándole el aplauso de los que lo traian desvanecido.

Y el mismo papa al mismo padre Mendez lo mosqueó de Roma, debe de haber seis años ó siete, ofendido de sus extravagancias. Y el cardenal de Guevara poco antes, por cosas mucho menores que las que ahora pasan, lo aventó de Sevilla, y si él hoy fuera vivo, no volveria á poner los piés acá. Santidad con pretales de cascabeles nunca duró ni fué segura, sino la que á la sorda busca Dios. Declaraba esto una persona discreta con una comparacion. Decia que hay en el fuego dos suertes de brasas; unas que con poquito calor saltan luego, y convertidas en chispas, solo sirven de pegar fuego á la casa, ó de quemar las ropas y las cosas á los que están al rededor; otras que, estándose quedas, se van poco á poco encendiendo, y mientras mas se encienden, se cubren mas de cenizas, hasta que al fin se consumen dentro de ellas.

Tales son y han sido siempre los verdaderos santos, que han puesto su verdadero estudio en encubrirse á los ojos de las hombres. Los que no siguen estos pasos solo son chispas alaraquientas, que solo sirven de escándalo á los simples que se les acercan y los creen, y el paradero que tienen, descubre bien lo que son. Y si quiere vuestra excelencia conocerlos, oiga dos casos sucedidos de pocos dias acá, que son el verdadero retrato de este.

En Castro del Rio, lugar del estado de Priego, del obispado de Córdoba, una beata, moza carmelita, fué en pocos dias de hábito entrando con Dios nuestro Señor en tanta familiaridad que no habia entre ellos cosa partida, como dicen. Conversaba con él como un amigo con otro, y como buena hija daba cuenta de todo su interior al fraile, su confesor, hasta que de lance en lance vino á certificarle en gran secreto de que habia tenido expresa revelacion de que á los diez dias de marzo que pasó, en que la iglesia de Córdoba celebra la fiesta del santo Angel de la Guarda, la llevaria el Esposo para sí, y que siete dias antes puntualmente le daria un dolor de costado, de que al sexto, desahuciada de los médicos, la olearian, y al punto del amanecer de la mañana siguiente, que seria el seteno de su mal y el último de su vida, le saldrian á los piés y manos y costado visibles las llagas de Cristo crucificado, y no le saldrian antes por excusar que se viesen al tiempo de darle el santo óleo; y que serian tantos y tales los milagros que Dios obraria por medio de las reliquias de su cuerpo, desde el momento que espirase, que nó la enterrarian con el oficio ordinario de difuntos, y antes que el año

se cumpliese la beatificaria el Padre Santo. Finalmente, que le decia el Señor que hiciese tres retratos suyos: el uno para enviar á su santidad, el otro para su majestad, y el tercero para poner en el altar de la iglesia donde estuviese su cuerpo.

El confesor, oyendo estas maravillas, entró en deseo de acompañar á la Santa; y pidióle encarecidamente que alcanzase de Dios que lo llevase consigo. Pidiólo, y tuvo revelacion de que su padre espiritual la seguiria cinco dias despues de su muerte.

El, lleno de alegría con esta buena nueva, repartió liberalísimamente cuanto tenia en su celda. Comenzó á predicar aquellos dias con increible fervor, y hacia extraordinarias penitencias por disponerse mejor.

Todo esto estuvo secreto entre los dos hasta que, llegado el dia señalado, en que el dolor de costado habia de darle á la beata, y dándole con efecto, le pareció al confesor que era bien, siendo el negocio ya seguro, dar parte á su provincial y á alguno de los mas autorizados religiosos de su órden, y aun de otras que estaban en la comarca, para que todos viniesen, como vinieron, á ser testigos de aquesta maravilla. Dió tambien cuenta á los marqueses de Priego, que por su devocion, pagaron luego al pintor para que hiciese los tres retratos; y la Marquesa madre fué en persona á Castro del Rio, desde Montilla, llevando al nietecito, heredero de su casa, que es tambien mudo, como el padre, con esperanza de que haria la Santa algun milagro.

No debió el padre confesor de dormir mucho aquella noche; y antes que Dios amaneciera fué en busca de las llagas, que era la señal que habia dado la Santa. Pero no quiso Dios que las hallase, de que quedó medio atónito.

Juntó luego á los padres, y dióles la negra nueva de que no habia rastro ni pensamiento de llagas; con que comenzaron á entrar en sospecha de que podria todo no ser agua limpia.

Juntóse á esto que una persona grave, á quien la enferma habia entregado gran cantidad de papeles cerrados y sellados, escritos de su mano, con órden de que en ninguna manera los abriese hasta despues de su muerte, porque era esta la voluntad del Señor, entró en curiosidad de que por dicha estos papeles le darian luz de la verdad ó vanidad del negocio; y así, se encerró á solas, y abriéndolos, halló por cabeza de proceso que en tal dia y á tal hora le habia mandado el Señor que abriese aquellos papeles en manos de Fulano, que era gran siervo suyo, por su mucha virtud, muy agradable á su divina Majestad. No hubo leido estas palabras, cuando volvió como un rayo adonde estaban los demás, y habiéndoselas leido, les dijo, lleno de celo: «Padres mios, todo es vanidad; porque para mayor confusion mia, el dia que dice ella que Dios le dijo que yo le era agradable, fué cierto que estaba en su desgracia, y lo habia estado y lo estuve algunos dias antes y despues.

Acabaron con esto de persuadirse á que era ilusion ó fingimiento cuanto decia la beata; y así, acordaron prudentemente que luego se le dijese, por el riesgo en que estaba de morirse, que si habia engañado fingiendo todo lo dicho, pidiese perdon á Dios, y se confesase de todo con arrepentimiento; y si habia sido engañada del demonio, tambien reconociese y confesase su culpa de haber sido frágil en creerlo.

La mujer se compungió grandemente; hizo una buena confesion, y quiso Dios darle la vida para que no quedase duda de la verdad del engaño. Tambien vivió el confesor; y la Marquesa y su nieto dieron la vuelta á sus cosas, haciéndose cruces con asombro.

El otro caso es muy breve y mas donoso. Iba cada mañana aquí en Sevilla una señora devota á encomendarse á Dios, y á oir misa á un convento de monjas descalzas, sus vecinas. Encontrábase de ordinario en la iglesia con una beata muy espiritual, muy devota y tenida por santa. Pidióle algunas veces que la encomendase á Dios, y le suplicase de su parte que le enseñase su santa voluntad para acertarle á servir. No lo dijo á sorda, que la buena beata una mañana le dijo en gran puridad que ella habia alcanzado de Dios lo que tantas veces le habia encargado que le pidiese de su parte; porque al fin su divina Majestad, aquella misma mañana en la oracion, le habia dicho que era su voluntad determinada que se entrase á servir en aquel conventico con las demás religiosas. Oyóla, y respondióle muy luego la señora: «Pues, madre, si el Señor le dijo eso, ¿por qué tambien no le dijo que tengo marido y soy casada?» Quedóse corrida la beata, y la señora riendo de ella.

Lo mismo con mucha mas razon podemos hacer ahora de nuestro Mendez, reirnos como de un loco. Y es infalible; porque, si no es Dios, ni aun el diablo, quien le dice á la oreja tan grandes desatinos, y si él no tiene malicia ni habilidad para fingirlos, queda solo que se los representa su misma imaginacion, que se apodera de él con tanta violencia, que le da á entender que es Dios quien le revela este secreto y esotro, con otros mil trampantojos, al modo que vemos cada dia en la casa de los orates á uno que dice que es Dios Padre, y á otro que es el Gran Turco.

¿Qué duda hay en que este buen hombre es no menos loco que estos? Si á las personas principales que hoy lo certifican les dijo en todo su seso estas palabras formales: «Los dias pasados me retiré á una soledad, y despues de muchos ayunos y oraciones, probé á resucitar á un hombre, y al fin, por mas que hice, no pude resucitarlo.» Bien se le puede agradecer que no haya dicho que lo habia resucitado; pues con el mismo frenesí con que aprendió el intentarlo, pudiera aprender que habia salido con ello. Quédese pues para loco, y guárdenos Dios nuestro juicio por su misericordia. Y saque vuestra excelencia, oyendo estos ejemplos, muy firmes propósitos de no creer en revelaciones semejantes, como temo que debe sacar de no mostrarme otra vez gusto de que se las refiera, por el cansancio que le cuesta con siete cartas mias, escritas á este propósito en pocos dias, no siendo poco el provecho que vuestra excelencia habrá sacado de esta historia.

Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia muchos años. —De Sevilla, 21 de julio de 1616.

FIN DE LAS CARTAS DE DON JUAN DE LA SAL.



CARTA
DE DON DIEGO DE MENDOZA
AL CAPITAN SALAZAR,
SOBRE EL LIBRO QUE ESCRIBIÓ DE LA DERROTA DE LOS SAJONES, CONSEGUIDA POR EL SEÑOR EMPERADOR CÁRLOS V.

Por ser, como es, la fama recuerdo general del mundo, ha llegado á esta corte, cargada de las victorias del Emperador nuestro señor; y pensando pasarlo como doblon de plomo, vino tambien cargada con un libro vuestro, dirigido cuando menos á la ilustrísima señora duquesa de Alba, en el cual se relata la victoria habida contra los sajones, con sus anexidades y dependencias; tan particularmente escrita y tan bien ordenada, como se podia esperar de hombre que lo vió todo y lo habló todo, y aun estoy por decir que vos, que lo escribis, lo hicisteis todo. Pero esta corte, como creo que lo sabréis, tiene algo de satírica, á causa de residir en ella el diablillo Obsérvalo-todo; y á vueltas de la libertad que se han tomado los críticos de reprehender los vicios ajenos, se han metido igualmente en las necedades de otros, hablando con perdon de vuestra merced; y como hay entre ellos hombres de delicado juicio que quieren partir el cabello en muchas partes y hilarlo tan delgado, han puesto mas calumnias en vuestro libro que tiene letras, sin tener respeto á vuestra persona ni al grado de capitan que teneis; á cuya causa, así por ser yo de Granada, como por seros aficionado por las nuevas que de vos tengo, quise defenderos por buenas razones, pues con las armas no soy para ello; porque tengo un corazon mucho mas afeminado que el que tenia Arteaga, cuando llevándole una noche consigo don Sancho de Leiva, muy armado, á parte donde le pudiera haber menester, el dicho Arteaga le preguntó que á quién queria que diera las armas que llevaba, porque no era de su profesion matar ni ser muerto. Mas, señor capitan, aunque yo fuera un Rodamonte, ¿qué hiciera, pues cuando acabé de reconocer los enemigos, hallé que eran tantos, que me fué forzoso confesar que era un bachiller de Arcadia en querer tomar sobre mis hombros defender vuestro libro? Bien sé que os parecerá flaqueza de ánimo, y creo que lo debe de ser; pero acuérdaseme de un disparate que dijo Navarrico al rey de Nápoles, que hace tanto á mi propósito, que basta para tenerme por excusado; y fué, que entrando un dia llorando donde el Virey estaba, su excelencia le preguntó: «¿Por qué lloras, Navarrico?» «Porque todos estos soldados, respondió él, dicen mal de vos;» de lo que riéndose don Pedro de Toledo, le dijo: «Pues ¿por qué no matas tú á los que dicen mal de mí?» Navarrico respondió todavía llorando: «Si fuese uno ó dos, quizás lo haria; mas si son tantos, y todos dicen mal de vos, ¿quereis que yo solo me mate con todos?» Tornando al propósito, no embargante que todos os calumnien y reprehendan, digo que no tienen razon, antes son unas bestias (salvo honor); y que esto sea verdad, quizás que os lo probaré, no con autoridad de soldados, sino con una de Salomon, que supo algo mas que vuestra merced; el cual escribió un cierto repertorio de los tiempos, y hablando de amores con la reina vieja de Sabá, visabuela de Tulurtin, dijo que, habiéndolo visto y examinado todo, hallaba que este mundo era una vanidad de vanidades, y que de él no se saca otra cosa buena mas del placer que el hombre se toma y el bien que hace; de que se viene á inferir que vuestro libro no es solamente bueno, mas aun bonísimo; la razon es esta, y notad este puntillo de sofista: si lo bueno de este mundo es alegrarse y holgarse, ¿cuán bueno será el que da materia para que los otros se huelguen y alegren, y cuánto mas bueno lo que alegra y hace holgar, y cuánto mas os habeis de holgar vos, que nos habeis hecho tanto bien con vuestro libro, que jamás hombre lo leerá, por descontento que esté, que no se alegre y ria mucho con él? Y de esta manera podeis, Señor, ver, si fuésemos uno á uno, si podia yo sustentar vuestra parte y contrastar con unos reprehensores, sino que es un diablo tener que hacer con tantos. En una cosa sola no puedo negar que no tengan alguna razon vuestros envidiosos, que dicen: «¡Cuerpo ahora de Dios! si Salazar peleaba tanto, ¿cómo veia tanto? Cómo, estando envuelto con los enemigos, podia ver lo que hacian los amigos? Y si él estaba delante de todos, ¿cómo podia ver lo que hacian los que estaban detrás? Y si estaba á mirar y á notar lo que todos hacian, ¿cómo se señalaba primero en todas las ocasiones?» Hablando como prácticos, me alegan á este propósito no sé qué conseja, mas luenga que la esperanza de los cortesanos, de un pastor, que teniendo tantos ojos como una red, no pudo ver tanto que Mercurio no le hurtase una vaca que guardaba. «Mirad, dicen ellos, cómo Salazar andando peleando, podia aguardar á tantas hazañas, sin que se le escapase ninguna.» Vuestra merced responda por sí á esta calumnia ó se la dispute; porque ellos se encierran, como lógicos, en solas dos ra-

zones : si Salazar peleaba, no veia pelear; si veia pelear, no peleaba, y si estaba delante, no veia lo que se hacia detrás. De las otras cosas que os ponen, cuando fuéremos, como he dicho, uno á uno, yo responderé por vos, y tomo desde ahora á mi cargo satisfacer á todas sus dudas, y si dijeren que por qué causa os hizo su majestad caballero, decirles he yo que fué por mofar ó por suplir á natura, ó fué porque lo quiso hacer él, y fué bien hecho; cuanto mas que si pudo hacer á Amador, zapatero de viejo, caballero, ¿por qué no hará á Salazar, cronista nuevo? Y cuando todo esto no bastare, el Emperador es justo príncipe y hombre de conciencia; ¿por qué os habia de negar un espaldarazo con un «Dios os haga buen caballero», no costándole nada de su casa, y habiéndolo vos merecido mas que el pan de la boca?

Y si me preguntaren en qué ó cuándo estudiasteis autoridades de romanos, que así las alegais en vuestro libro, decirles he yo que no saben lo que se dicen; porque ni vos estudiasteis nada, y una palabrilla de *Comentarios* dicha por via de comparacion se pudo alegar acaso sin mirar en ello y sin mirar lo que decíades; como cuando á uno se le suelta un pedo entre damas, que hace lo que nunca pensó hacer y lo que no quisiera haber hecho. Donosa cosa es. Con que, ¿pudo Boscan, siendo quien era, peerse delante de su dama descuidadamente, y no podeis vos, siendo quien sois, soltar una autoridad entre el acatamiento de vuestro libro, sin haber leido ni estudiado?

Si me dijeren que cómo matábades y hendíades vos solo tantos hombres el dia de la derrota de Albis, diréles yo que una cosa es huir y otra el seguir, y que yo, con ser un etcétera, me bastaba el ánimo á hacer tajadas al Lansgrave, si huyese de mí, mientras no me volviese el rostro; cuanto mas vos, que, demás de ser quien sois, estáis encarnizado en higadillos de tudescos, que deben saber ó sacar tonadas de cómo todo lo componen á estocadas; mas ¿quién no fuera entonces valiente, viendo estar peleando su señor natural, y mas si tuviera, como teneis vos, un título de capitan á las ancas? El cual, aunque sea prendido con alfileres, como el don de la sevillana, vale mas para lo del mundo que el grado de caballero que os han dado.

En una cosa estoy confuso, y es, que si por cubrir las faltas de vuestro libro, les dijere que tengan respeto que vos no sois cronista, como lo decis en él, y que lo escribisteis en pocas horas, y en aquellas que habíades de reposar, tengo temor que algunos de estos diablos respondan lo que respondia Apéles á un pintor gafo, el cual habiéndole mostrado una imágen que habia hecho, viendo que Apéles hacia con ojos y rostro señales de admiraciones, pensando que se maravillaba de la perfeccion de ella, le dijo: «Pues mas quiero que sepais, para que os maravilleis mas, y es que la he hecho en tantas horas,» señalándole un tiempo brevísimo; al cual el buen Apéles respondió : «No me maravillo de eso, sino cómo en estas pocas horas no has hecho otras mil imágenes como esta.» Pero, señor capitan, no hay estocada sin reparo; no se os dé nada, que si acaso me lo dijesen, decirles he el cuento de Miguel Angel, sacado á la letra de un trasunto del *Cortesano*, en romance, cuando dijo á uno que tachaba un cuadro suyo : «Vos, que sois tan gran pintor, tomad el pincel y pintadme una calabaza.» Salgan, cuerpo de mí, estos petracristas y estos cronistas que presumen tanto, hagan ellos otro libro como vos habeis hecho, y reirnos hemos de ellos y de su libro, como se rien ellos de vos y del vuestro. No es mal punto este, señor Salazar.

Tambien podria ser que algunos dijesen que tomasteis la empresa de cronista, no lo siendo, y que quisisteis hacer regalo á nuestro amo, á riesgo de que os cargasen de sátiras; pero vénganse los bufones, vénganse á mí, pues les quiero probar que no saben del mundo tanto como vos, ni la mitad; porque si así no fuese, no sabrian los..... no me lo hagan decir, que cuando Dios llueve, ni mas ni menos llueve para los ruines que para los buenos, y cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra á los pícaros de la corte como á los cortesanos de ella. Pero notad por mi vida esta comparacion que se me viene á la boca. Si los que os reprehenden estuviesen ó hubiesen estado en Málaga, donde se tiran las *juvejas*, habrian visto que cuando sale alguna muy llena de pescado, cogen los pescadores lo mejor y mas grueso para el señor de la *juveja*, dejando lo menudo y que menos vale á la gente pobre que quiere llegar á tomarlo. Pues ¿qué otra cosa ha sido esta victoria de Sajonia, sino una red grande de pescado, donde los cronistas del dueño de la armadija cogerán, como creo habrán cogido, lo bueno, y de lo bueno lo mejor, de tantas hazañas, para dejarlo escrito por pompa del mundo y para mayor gloria suya y de sus sucesores? Pero siendo tanto, á viva fuerza han de dejar lo que no vale ni importa tanto á los pobretes que lo quisieren coger y valerse de ello. Y no os parezca mal esta comparacion, ni la tengais en menos por haber sido baja y material, pues las buenas comparaciones han de ser palpables y tratables y que se dejen entender; cuanto mas que el buen ballestero suele poner el punto segun la mira, y tenerle bajo cuando quiere dar en el suelo.

Dicen que habeis hecho mercancía de vuestra habilidad, y que será bueno por esto el haber escrito vuestro libro. Peor hizo el conde don Julian, que vendió á su patria. Hagamos cuenta que vuestro libro es un huerto lleno de puerros, de ajos y de cebollas, y que no las habíades menester; ¿á quién parecerá mal haberlas sacado á vender á la plaza? porque es gran cosa vivir los hombres de industria. Si es de sábios mudar consejo, ¿por qué no pudisteis vos, si os hallábades mal con la ley del guerrero, pasaros á la de escritor? Y si el Duque se agraviare de que hayais puesto la lengua tras él, aunque sea para alaballe, y dijese acaso : «Mirad, por amor de Dios, que la vuestra es *trompa* de Homero, digna no solamente de ser codiciada, pero aun suspirada y llorada, como la suspiró y lloró Alejandro;» decidle vos, pues estáis allá, que acorte él sus victorias, si no quiere que os alargueis vos á escribirlas; que no haga él cosas dignas de tan gloriosa memoria y fama, si no quiere que quedeis vos corto escribiéndolas; y en suma, que si el vuestro no es ingenio de tan alto sugeto, que tanta culpa tienen sus hazañas de no dejarse contar como vuestra ignorancia en no saberlas escribir. Cuanto mas, que si no valiéredes por testamento, valdréis por codicilio, que seria como si dijésemos : «Si Salazar no vale un maravedí para trompeta del Duque, valdrá para cronista extra-

vagante.» Y aun decidle, si os pareciere, que si vos no sois tal como Homero, tampoco Agamenon era tal como Carlo Magno, ni Aquíles como don Fernando de Toledo, y veréis cómo con su propio loor les coseis las bocas, que no osarán replicar.

Pues lléguensemelo á decir que fué mala la consideracion de poner en el libro los estandartes y banderas que se ganaron en la batalla, y las medidas de ellos y de ellas, y veréis cómo les santiguo los bigotes. Por Dios, que me parece á mí que fueron aquellas banderas en aquel libro lo mismo que las especias, salsas y el azúcar en los potajes, y que así como sin esto lo que se come no tiene gusto ni sabor, así el libro sin aquellas pinturas no tuviera con qué entretener á los muchachos; porque á la verdad, un libro sin pinturas es como un templo de luteranos, que no tiene crucifijo ni santo á que volver los ojos.

Y si quieren decir, como han dicho, que aquí han visto otra relacion de las banderas y estandartes, enviada al cardenal Fernes, y difieren en la medida, porque en las unas hay un dedo mas, y en las otras un canto de real de menos de anchura y de largura, digo que, ya que esto sea error, es digno de perdon, pues nada va en ello; vos podeis tener el palmo mas largo que otro que las midió, y tampoco sois vos lencero, aunque lo pareceis, que hayais de mirar en esas miserias; pues ponellas allí sacadas del natural fué muy buen acuerdo, porque cuando se mezclaren con las otras que los pasados del Duque ganaron, conozca cada uno lo suyo y pueda decir: «Estas me dejó mi padre.» En una cosa tuvisteis descuido, y fué que, como pusisteis aquellos garabatos en todas ellas y aquellas letras, no os acordasteis de poner la etimología de ellas y de ellos; puesto que un tudesco que hace aquí vidrieras dice que la V., la D., la M., la Y. y la E. quieren decir: *Verbum Domini manet in aeternum.* Lo demás interpretadlo vos, pues sois cronista.

Lo que yo, como vuestro amigo, quiero reprehenderos, porque me parece digno de reprehension, es que siendo español, y escribiendo á una dama española y de tales prendas, que os obligaba á grandísima consideracion, usais de ciertos vocablos italianos insinuados y que no los conocerá Galban, y será menester que si la excelentísima Duquesa quisiere, por desenfadarse, leer en vuestro libro, tenga un Calepino delante que lo construya ó interprete y declare. ¿Para qué decis *hostería*, si os entendieran mejor por *meson?* Por qué *estrada*, si es mejor y mas claro *camino?* Para qué *forraje*, si es mejor decir *paja?* Para qué *foso*, si se puede decir mejor *casa? ¿lanzas*, y no *hombres de armas? ¿emboscadas*, y no *celadas? ¿corredores*, y no *adalides? ¿marcha*, y no *camina? ¿el caz*, y no *el vado? ¿indignacion* en lugar de *devocion?* y otros mil de esta calidad, los cuales, pues aun siendo vuestro amigo me parecen mal, ¿qué harán á quien no lo es? Mal gozo vea yo de una espectativa que tengo en Granada, en la que he puesto tanta esperanza como vos en vuestros memoriales, si no me han amohinado tanto los vocablos que he dicho y otros que por la amistad dejo de decir, que no ha estado en dos dedos para entrar en la conjura y decir mal de vuestro libro, que fuera otro que palabras; y porque tengo razon, deciros he lo que pasa.

Salió una vez de Logroño un mozuelo, hijo de una viuda y un sastre ya difunto, y determinóse de ir á ver mundo. Llegó hasta Tolosa, en Francia, que no está mil leguas de allí, donde estuvo cinco ó seis dias, y habiéndosele resfriado la cólera, y sintiendo la falta de los regalos de la madre, acordó volverse, y para el camino hizo compañía con otro mozuelo francés que iba á Santiago. Llegando pues el mozo con el amigo en casa de su madre, fué bien recibido, y no embargante que no habia aun veinte dias que habia partido de allí, hacia tanta profesion de la lengua francesa, que no hablaba palabra castellana; antes, preguntándole la madre cómo venia y cómo le habia ido por el camino, el hijo la respondió: *Mamera, parle bus á Pierres, é Pierres parlera á moé*, y mostrábala, diciendo esto, al muchacho francés para que hablase con él, que la entenderia mejor, y la cuitada de la madre replicaba: «¡Triste de mí, hijo mio, que no há veinte dias que partistes de aquí, y te se ha olvidado ya tu lengua! ¿No ves que aun te traes los zapatos que llevastes? ¿Por qué no hablas en lengua que te entienda?» A lo cual el hijo no respondió mas que preguntar al muchacho francés qué era lo que su madre decia. Entended por lo dicho lo que quiero decir.

Conviene á saber, que hable vuestra merced la lengua de su tierra, y no la materna, sino la moderna que se habla en Granada desde el año de 1492 á esta parte, y deje á Pierres hablar la lengua que se le antojare; y si vuestra merced hace esto, yo me mataré con quien dijere que hay falta en vuestro libro. Mirad lo que importa hablar el hombre como valiente con los que aparentan serlo. No puedo estar de risa en acordarme del cardenal Bembo, que habrá poco tiempo fué *A porta inferi*, el cual se quemó toda su vida las pestañas y aun los ojos para escribir los *Anales de Venecia*, no habiendo en ellos cosa que pudiera ser leida sino la jornada de Previca, y vos antes de llegar al *beabá* os bastó el ánimo á tomar sobre vuestras espaldas un peso que no llevara el gigante Atlante. ¡Bienaventurado capitan Salazar, que tan alto osaste levantar tus pensamientos, que la empresa de tal libro osaron emprender! Bienaventurado libro, que desnudo de estilo, de tantas y tan gloriosas hazañas vas vestido y ordenado! Y mas que todo, ¡bienaventuradas hazañas, pues cuando los cronistas no saben ni osan atreverse á escribir la menor parte de ellas, rebosan por la boca y libro de Salazar! ¡Estos sí que son loores del autor! Esto sí que es retórica nueva! Esto sí que es estilo heróico y elegancia de hablar! ¿Paréceos, amigo, que sabria yo hacer un medio libro de don Florisel de Niquea, y que sabria yo irme por aquel estilo de alforjas que parece al juego de «este es el gato que mató al rato», etc., y que sabria decir «la razon de la razon, que tan sin razon por razon tengo», para alabar vuestro libro? Estas voces, esta elocucion hay en él; así os explicais en todas sus cláusulas. ¡Qué cadencia! Qué frases tan admirables! Viva el autor de esta maravilla. Vos habeis sabido labrar vuestra dicha con cosas que nadie entiende. Por esto vale mas buena ventura que mala ganancia. Veis ahí al obispo de Mondoñedo, que hizo (y no debiera) aquel libro del *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, que no hay quien no le celebre, como tenga el gusto bien acondicionado, y con todo, solo ha merecido algunos aplausos de los que son

verdaderos sábios; pero otros le han hecho mil injurias, porque no saben hacer otra cosa. Y esto es, que su ilustrísimo autor, sino ser un gran filósofo, mayor teólogo, jurisconsulto célebre y perfecto humanista, nada mas sabe; y vos, que aunque nada habeis estudiado, habeis andado, visto, hecho y peleado, servido, escrito y hablado mas que todo el ejército junto que envió la santidad de nuestro santo padre á esa guerra, no teneis otros elogios por vuestra grande obra que los mios; y siempre os aconsejaré que os andeis á inmortalizar los hombres con vuestros escritos, para que supliquen al Emperador, nuestro señor, que os mate la hambre; pero no se os dé nada de esto, porque para vos todo es poco, y mas vale vuestra virtud y habilidad que mil ducados de deuda; cuanto mas que aquí se ha dicho por cosa cierta que su majestad os quiere dar el hábito de Santiago, sin que tomeis el trabajo de hacer probanzas, en recompensa de lo que habeis servido y de lo mucho que habeis trabajado en componer vuestro libro, tan lleno de doctrina y de bello estilo, que acaban de proponerle para enseñar por él á hablar bien á los mudos de nacion. En fin, pillad vuestro hábito, y advertid que cuando se le dió la Reina Católica á Rincon el viejo, él dijo: «Su alteza me ha hecho poner esta cruz porque no se meen en mí.»

Acuérdaseme, mientras voy escribiendo estas locuras, un donaire que escribió en una epístola Ciceron á Marco Cecilio Rufo, en la cual, tratando de un cierto amigo de los dos, dice estas palabras: «¿Qué mas quereis, sino que cuanto mas me acuerdo de él, casi me trasformo en él?» queriendo inferir que, siendo el amigo que he dicho vacío del tercio primero, hablando con él se tornaba tan loco como él.

Ahora, señor Salazar, yo me canso, y tocan las campanillas, y si me tardase mas, seria necesario irme á comer á un bodegon; por lo cual, acabo con deciros que sois diestro, y pues os muestro, como buen esgrimidor, en esta carta la mayor parte de las ofensas y defensas de vuestro libro, no lo tengais en poco, que si vos supiéredes la defensa, no os ofendiera el tudesco en Nuremberg. No estéis ocioso en escribir, dáos prisa á componer libros y á imprimirlos, que no serán tan malos que no hallaréis quien los compre. Con esto iba á concluir; pero antes debo advertiros una cosa, y es, rogaros que no os enojeis con esta carta ni me querais mal por ello, ni menos hagais diligencia por saber quién os la escribe; básteos que os jure en ley de hombre de bien, que soy vuestro amigo y que os quiero mas que el Duque; y si me dijéredes que no se me parece en la carta, respondo que no hay hábito tan malo ni tan peligrosa opilacion como la de los donaires, los cuales tienen estrecho parentesco con ciertos desahogos de la naturaleza, los que en queriendo salir, si se detienen, causan dolores de tripas, cólicos y otras mil desventuras. A mí me vinieron á la boca estos disparates oyendo leer vuestro libro en casa del Embajador, y no osándolos fiar de nadie, por amor vuestro, ni pudiéndolos tener secretos en el cuerpo, fuí forzado á echarlos fuera de la manera que veis; pero si vos sois tan cortesano como valiente, cosa que no puede ser, respondedme, y veréis que si acertais á llevarme el contrapunto, holgaréis de descartaros conmigo; pero, si quereis jugar y os metiéredes en la baraja, tratadme lo peor que podais, hacedme un libelo y guardad la cara al basto; triunfad del manjar que quisiésedes, con tal que no sea de espadas; porque, como tengo dicho, no soy pizca valiente ni valgo nada para pelear, y en tal caso tendré por menor mal que jugueis de bastones ó de varapalos, como decia don Juan Pacheco. Mi nombre hallaréis aquí debajo, y si por él no me conosciésedes, no cureis mas de ello; baste que si quisiésedes responder, lo podeis hacer encaminando vuestra carta á mí con el sobrescrito así: «Al Bachiller, en manos del señor don Diego de Mendoza, nuestro embajador;» que su señoría tendrá cuidado de dármela; pero torno á avisaros que mireis lo que haceis, y que jugueis limpio y de llano, pues no hay para qué dejemos de ser amigos, y se recomienda á vos, — *El Bachiller*.

FIN DE LA CARTA DE DON DIEGO DE MENDOZA.

PIA JUNTA

EN EL PANTEON DEL ESCURIAL,

DE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.

Obra de incierto autor.

Por los continuos asombros que habia en el Escurial, afirmando unos que habian oido á deshora tristes gemidos, otros que pasos de personas como que paseaban con botas, y afirmando los religiosos que en las tumbas del panteon habian oido grandes golpes, contándose tambien que se habia visto pasear por aquellos cuartos un hombre armado, que parecia cosa de la otra vida, avivándose con la fatalidad de la señora doña Manuela de Velasco la memoria del rayo que el año pasado por este mismo tiempo cayó en aquel sitio, dieron que decir, así á los religiosos como á muchos de los cortesanos, que aquellos eran efectos de haber enterrado en aquel sitio á don Juan de Austria, que habiéndole profanado con la gente armada con que le sitió, atreviéndose la insolencia de los que envió hasta el mismo sagrario del Santísimo Sacramento, habiendo muerto sin la absolucion de esta censura, sentia aquel lugar sagrado verse segunda vez profanado con su cuerpo, y los católisimos reyes allí enterrados mostraban horror de ver allí cerca de sí á el que habia muerto fuera de la Iglesia. Llegó este rumor á oidos de su majestad, que se hallaba ya cuidadoso con tan espantosas demostraciones, y pareciéndole digno de remedio, despues de haberlo consultado con los de su gabinete, mandó que á deshora, por excusar la publicidad, sacasen el cuerpo de don Juan para llevarle á otra parte fuera del sitio, pues con eso se esperaba cesarian estas visiones y desgracias, y podrian sus majestades gustar sin disgusto aquel sitio. En ejecucion de este decreto, viérnes, un cuarto antes de la una de la noche, cuando la gente de palacio estaba recogida y la comunidad de religiosos en maitines, bajaron á el panteon antiguo el Prior, el duque de Medinaceli, á quien le habian cometido su majestad y el obispo Furrero, alumbrándoles Espino con una hacha, á la tumba de don Juan; á el abrirla (¡caso notable!) se levantó vivo el cuerpo y saltó en un punto á el suelo con rostro enojado, diciendo: «¿Qué no me hais de dejar ni aun muerto? Qué quereis de mí?» Cayó tal asombro en ellos, que despavoridos, dieron á huir corriendo á la puerta, que fué milagro diesen con ella. Bajaron la escalera, y tropezando unos con otros los vivos, y el muerto tras ellos, dieron consigo con grande estruendo en el panteon nuevo de los reyes. A este ruido multiplicándose los prodigios, sonó una voz majestuosa y gruesa desde la urna de Filipo IV: «¿Qué ruido es este?» Y en un punto abriéndose la urna, se puso en el suelo vivo este rey, muerto de tantos años, y con un semblante real y sereno (aquí se compungieron el muerto y los vivos) dijo: «¿Qué es esto, don Juan? Qué es esto, Duque?» «Señor, respondió sacando fuerzas de flaqueza el Duque, no hago mas que ejecutar lo que manda su majestad.» «No es la primera vez que este falso ministro autoriza con la voluntad del Rey sus violencias, queriendo que pasen por decretos reales los que son efectos de su pasion.» «Callad, don Juan, dijo el Rey, que yo os oiré despues.» Y vuelto á el de Medinaceli, dijo: «¿Qué os mandó el Rey?» «Señor, le respondió el Duque, no habiendo otra cosa á que se atribuyan los repetidos asombros y desgracias que padece esta real casa, que á sentimientos de Dios de ver en este sagrado el cuerpo de Juan, que murió excomulgado por haberle profanado y haber agraviado la Iglesia con tantos destierros de eclesiásticos como mandó ejecutar, y á horror que tienen tan católicos difuntos de ver en compañía suya cuerpo execrable, para desagraviar lo sagrado y aplacar los muertos, me mandó su majestad sacar del sepulcro, que indignamente ocupaba, este bastardo cuerpo. Demás, Señor, que es injuria de tanto real cadáver la compañía del de uno que, aunque el respeto de vuestra declaracion nos haga lo creamos vuestro hijo, la vileza de su nacimiento de una vil comedianta, María Calderon, le hace indigno de tan reales lados, y debe vuestra majestad aprobar esta expulsion, pues cuando no lo hiciera, como tan reverente hijo de la Iglesia, debia en muerte apartar de sí, como lo hizo en vida, al que habiendo recibido el honor de su hijo, salió tan bastardo, que habiendo hecho infeliz el reinado de vuestra majestad con sus afrentosas cobardías, inquietó á vuestro hijo (que Dios guarde) con sus movimientos antes, y despues con su tiránico gobierno ofendió traidor á vuestra real casa, atreviéndose á la soberana persona de vuestra esposa y reina nuestra á su destierro, que el mundo todo miró con horror y escándalo. ¿Cómo, Señor, ha de sufrir vuestra majestad cerca de sí al que con su cobardía perdió el reino de Portugal, al que con libelos sediciosos inquietó á Castilla, al que con malos tratos conmovió la no-

bleza, al que con hipocresías engañó la plebe, al que dos veces entró con armas por Castilla, al que desterró vuestra mujer y su reina, al que, si la justicia de Dios no le hubiera precipitado á la muerte, temiamos de sus máquinas que aspirase traidor á la corona, como leal le huia y abominaba cuando vivo? Como ministro de mi rey ejecuto el desterrarle deste sitio cuando muerto.» Atento estuvo el Rey al razonamiento del Duque, y al acabarle, vuelto á don Juan, le dijo: «Don Juan, el oculto destino que cuando vivo me inclinó á honraros mas que á los otros hijos que tuvo mi fragilidad, mereciéndolo menos, me mueve á no desatenderos cuando muerto. ¿Veis lo que os supone el Duque? Si teneis algo en vuestra defensa, y entendeis que en este estado no os he de disimular padre lo que contra vos averigüé rey.» «Señor, respondió don Juan, con postrado rendimiento agradezco á vuestra majestad la singular benignidad con que, correspondiendo á las honras que me hizo vuestro real pecho, acogida en la porfiada persecucion con que mis enemigos, no cansados de haberme perseguido, veo que aun no me dejan descansar muerto; y valiéndome de la licencia que me dais, responderé por partes á lo que la malicia del Duque, sin atender al sagrado y presencia de vuestra majestad, y al que goce el honor de vuestro hijo, se atreve á suponerme, y pudiera dejarme ya, pues no puede temer de mí le asalte su posesion; pero las desconfianzas que justamente tiene de sus méritos hace que como indigno poseedor se tema de todos los vivos y no se asegure de los muertos; y perdonadme, Señor, si alguna vez la fuerza de mi defensa y el sentimiento de la insolencia del Duque me deslizare alguna razon viva, pues por muerto que esté, no puedo tener paciencia para sufrir injurias tan desmesuradas; y empezando por el fin de su razonamiento, ¿con qué cara se atreve á decir en mi presencia el Duque que como leal me abominó, y vivió siempre, cuando sabe las ocultas inteligencias que conmigo conservó? Bien las sabe don Diego de Velasco, por medio de quien pasaban; es verdad que por hacer á dos caras y engañar la Reina me llevó á el Retiro el recado de que me volviese; pero sabe tambien que al mismo tiempo que me intimó aquella salida, se me ofreció para disponer mas presto la vuelta; no firmó con los demás señores el papel de su concordia, pero fué dándome á entender que, aunque él no firmaba con letras, estaba mas firme por mí en las obras; que me importaba que asistiese al Rey entonces para mejor disponerle á mi favor para en adelante, y jugando á dos manos á un mismo tiempo conmigo, se entendia y engañaba á la Reina, y dispuso de secreto esta retirada; él me hizo en mi venida con mayores rendimientos las primeras ofertas; él, viendo á la Reina caida, por no hacerse sospechoso, no la asistió con recado ninguno; en mi consejo hizo mas finezas, con todos mis criados conservaba íntima confianza, plantó en su sala por pública profesion de mi partida mi retrato, y mas á vista y con mas adorno que el del Rey; todo por asegurarse, y lo consiguió, porque venciendo su malicia á mi ingenuidad, me sacó la presidencia de Indias, consiguió las violencias que hice obrasen en Cataluña en su pleito con la duquesa de Frias, me adormeció tanto, que le dejé á el lado del Rey, con que tuvo su falsedad lugar de disponerme el tiro, aprovechándose del lugar en que incauto le dejé para pretender derribarme del mio, yéndome enajenando poco á poco del ánimo del Rey y estrechándose por varios modos en la real gracia. Siendo esto así, se atreve ahora á decir en mi presencia que me abominó, y vi yo siempre podia estar desengañado para no fiarme deste mónstruo de dobleces y malignidades, que no teniendo nunca mas fin que su conveniencia, engañando á todos para derribarlos, maquinándoles con rostro apacible de sirena. Dígalo la Reina madre, tantas veces burlada, y no sé si desengañada; dígalo Valenzuela, á quien habiéndole sacado en la conferencia que dos leguas de Madrid, por mayor disimulo, tuviesen, el oficio de sumiller, fué el primero que lo vendió para la expulsion; dígalo Oropesa, á quien prometió que si le pusiese en el lugar de primer ministro le haria árbitro de todo, y gobernándose por él en todo, y puesto en él, no solo le ha desatendido con ingratitudes, sino que, celoso, ha intentado con malicia desviarle; díganlo sus antiguos amigos, á quienes tantas veces dijo que solo estimaria tener el universal manejo para poderles emplear en sus aumentos, y despues nada ha hecho por ellos; no es singular mi queja; hizo conmigo lo que con todos, que es engañarlos; quiere sacarme de sagrado por excomulgado, como si fuera la Iglesia mas severa para los excomulgados muertos que para los excomulgados vivos. Si este sitio se profanó cuando Valenzuela, no fué mi mandado ni ejecucion mia; yo invié á que le prendiesen; si los que vinieron allanaron el convento, profanaron la Iglesia y se atrevieron á la Custodia, accion fué de ellos, no comision mia.

Hice que saliesen de la corte unos pocos jesuitas, de cuyo ánimo inquieto y entremetido me recelaba por las largas experiencias que tenia, de lo que con pláticas y libelos contra mí, en adulacion de su Everardo, habian obrado; pero no se hizo esto metiendo el cuchillo de la jurisdicion seglar en eclesiástica, porque fué por via de buen gobierno, por mano de sus prelados, y de la misma manera se obraron los destierros de los otros eclesiásticos que salieron por la misma causa. ¿Cuánto mas excomulgado estará el Duque, en cuyo tiempo se atrevió la justicia seglar, no á cuatro jesuitas ó frailes, sino á lo mas sagrado y venerable de lo eclesiástico? En su tiempo se ha desterrado por autos jurídicos seglares un arzobispo de Palermo, se ha preso un inquisidor en Cerdeña por la audiencia seglar, se ha dado un ejemplo nunca visto de extraccion y temporalidades contra otro inquisidor en Granada, se perdió el respeto con horroroso escándalo al Inquisidor general en la corte; ¿en cuántas excomuniones habrá incurrido el Duque por la permision que ha hecho de unas cosas destas, la ejecucion de otras, y la defensa y falta de satisfacion en todas? ¡Y él que vivo está en la Iglesia con tantas verdaderas excomuniones, escrupuliza que esté yo muerto en sagrado con una tan desigual que me atribuye; á una violacion de lo sagrado atribuye los infortunios presentes, cuando hay de presente tantas mas feas que la ocasionen! ¡Bien se conoce en las calamidades tan continuadas desta monarquía que un excomulgado la gobierna! ¿Qué le puede suceder de bueno á un rey asistido de un excomulgado? Desvergüénzaseme á darme en rostro con la bastardía de mi nacimiento, como si la clara exencion

de mi padre no fuera bastante á ilustrar las sombras de mi madre. ¿Con qué cara se atreve el Duque á motejar mi bastardía, cuando no de un monarca tan grande como fué vuestra majestad, sino de monsiur de Fox, un francesillo bastardo, es toda su baronía? ¿Piensa que porque no se llama Fox el de su bastardía y baronía, sino el de Cerda, que le tiene de una remotísima abuela, le ha de borrar la memoria las bastardías de Castilla, donde el caballo lleva la silla? No son afrentosas, pero fuera de España aun los hijos de los mayores príncipes se desprecian como ruindad; ¿qué será de un bastardo de la casa de Fox, escudero de la de Moncada? Y ¿cómo se atreve á darme en rostro la Calderon, no acordándose de su abuela la Orejona? ¿Qué hace ascos en mí de la que fué cuatro dias comedianta? Él hiede todavía á la pescadera; no le lavará toda el agua del mar de aquella mancha, ni menos la que tuvo su antecesor, casado con la hija del señor de Sanlúcar, que por haberse huido con un acemilero, y no parecido mas, se quedó el de Fox con el Puerto, que era el dote que habia llevado de tan honrado Orejon; es la posesion de aquel lugar que hoy es la destruccion de toda la monarquía; y confieso que me saca las colores á el rostro muerto cuando me da en cara con mis procedimientos y cuanto hubo con la Reina madre. Esta, Señor, que gravó mas mi conciencia, que mas infamó mi memoria, y que mi propio amor se atreve á excusarla, para ella he menester toda vuestra piedad, por ella me quitó Dios la vida, y por ella llena de desgracias mi memoria; habrá, Señor, sentido, siendo hijo, verme excluido del gobierno, y metido en él, no solo los extraños, pero aun los extranjeros; no me atreví al principio á tan soberano sugeto, tirando solo á despejar de aquel sol las nubes que me parecian se me interponian para que yo gozase sus luces; fuíme empeñando, habiendo conseguido el quitarle los que me juzgaba adversos lados; juzgándola irritada de temor, intenté la division de hijo y madre; para esto me precipité en el horrible destierro; una vez caido en este abismo, no hallé cómo salir dél, porque la conciencia de mi culpa me ponia por delante que no podia haber restitucion de la Reina que no fuese peligro de mi vida. Atormentado con estas congojas, viví una vida de infierno entre el horror de mis culpas y la desesperacion del perdon. Esto es lo que allá mas pequé, y esto es lo que acá mas he penado; pero intolerable desvergüenza es que se atreva el Duque á darme en cara con aquello que se halla mas feamente cargado; no ha desterrado él á la Reina, antes, conociendo que la sinceridad desta gran señora no habia penetrado sus dobles tratos con ella y que habia conseguido el engañarla cuando, asistiéndola en lo exterior, había sido en lo oculto mas de mi parte, y quedándole tan obligado de sus reales mercedes, le tendria siempre por confidente, y su favor le pondria en el valimiento aplaudido, y solicitó su venida, y ha querido siempre tenerla por su escudo; pero, mónstruo de ingratitud, al mismo tiempo la echó mas y mayores hostilidades; no la ha desterrado, pero tiénela en la corte con indignidad, sitiada y como presa. Valióse de una de sus criadas, cuya vanidad le fué fácil conquistar con una ú otra demostracion de estimacion y confidencia, y la tiene por guarda de vista de su ama, sin que sea señora de que la hablen una palabra que no lo sepa luego el Duque; y conociendo la natural inclinacion y cariño del Rey á su madre, para que no se gobierne por ella ó la dé mano alguna en el gobierno, se vale de su timidez, insinuándole graves inconvenientes en todo lo que de parte de su madre se le propone. Por el mismo caso que una pretension venga favorecida de la Reina madre, ó sea de persona que le toque, se tiene por cierto el mal despacho; y una mujer tan grande y que tantas mercedes hizo á el Duque, y siendo tan amada de su hijo, se halla por las impresiones del Duque sin poder lograr, en desgracia de su hijo, una pequeña merced para los que le sirven ó se valen de su favor, y se ha cortado de manera, que nada se atreve ya á pedir, escarmentada de la indignidad de tantos desaires como ha padecido en lo que ha pedido; no tuve yo ánimo para tener á la vista á tan gran reina cuando no habia de ser señora de todo, pero á la desvergüenza del Duque no se le da nada de tenerla á la vista sin que sea señora de nada; parecióme que seria imposible que tratase un hijo á tal madre y no la diese gusto en todo, y la malicia del Duque ha podido hacer que tambien su hijo en nada atienda al gusto de su madre; mas ha obrado él con su oculta malignidad que me prometí yo con mi abierta desfidencia; semejantes indignidades usa con la reina reinante, que no solo la tiene en todo excluida del manejo, pero no le ha dejado el arbitrio de una gracia, teniéndola tan desairada, que causa lástima ver una reina de España en tal indecencia; no pide cosa, por fácil que sea, que no le represente el Rey tiene grandes inconvenientes; y cuando para las de su casa corren sin límites mercedes, para cualquiera encomendado de la Reina, ó del todo ú rara vez con muchas dilaciones se concede; y se ha atrevido la loca de su mujer á decir con desvergüenza que, por mas que la Reina haga, no ha de salir con su gusto contra el de su marido; y faltando al decoro de su rey, si este ha concedido sin noticia suya por intercesion de la Reina alguna gracia, hace que se revoque solo porque no fué por su medio, y porque conozca la Reina que nada se ha de negociar que no sea por su mano, lastimando con justa indignacion á todos ver una tan gran reina, por tantas partes tan arrimada, en tal vilipendio de un vasallo, pretextando con lágrimas que ella es nada, porque me dirá lo es todo, que mas vale ser criada de Medina que suya; y siendo esto así, publicar él y su mujer en la corte, por hacer odiosas las reinas, que lo quieren disponer todo, que él no es mas que ejecutor de las voluntades de ambas; al que se queja de no haber salido con alguna pretension le dicen esto, y es todo para dos plazas muy cortas, que despues de muchas diligencias y dilaciones, se han dado á dos maridos de dos criadas de la Reina, cuando para las criadas de Medinaceli corren las mercedes de oficios de la casa real, de rentas, de secretarías, de raciones, casándose todas muy á costa del Rey, cuando si las criadas del Rey piden alguna corta merced para casarse, dice que por empeños de la real hacienda no está su majestad para poder hacerlas. Ha pretendido mover los confesores de ambas reinas con el título de ausencias y futuras para poner confidentes suyos, queriendo dominar á estas pobres señoras hasta en lo secreto de sus conciencias. Culpa mi ambicion de mandar el que es la misma ambicion. Confieso que

la tuve y que me valí de todos los medios para lograrla; pero en mí fué esta pasion menos culpable, pues me hallaba hermano de un rey, graduado de puestos, habiendo pasado por los supremos de toda la monarquía, lleno de servicios, experiencias y méritos; de los quince años me veia ocupado en gobiernos, así militares como políticos, pasando por mi mano las mayores empresas de Europa, y consiguiendo por mis auspicios las mas gloriosas victorias destos reinos; y si en algunas facciones tuve siniestros sucesos, no fué, como se desvergüenza á decir, por cobardía, sino porque yo solo no podia ganar batallas faltando la obediencia á mis órdenes, y divididos por disensiones ó por invidia los cabos de los ejércitos, no es mucho no las lograse; pero que este nieto de la pescadera, sin mas ejercicios que los de Vénus, sin experiencia, sin aplicacion, haya aspirado al universal manejo de una monarquía como la de España y en tales tiempos, esta sí que es ambicion temeraria y monstruosa; y si reconociendo su cortedad, la procurase suplir, como se esperaba, con el subsidio de consejos ajenos, y los negocios á que se halla tan desigual los repartiese en personas capaces, no seria ambicion tan á costa del reino, pero es igualmente presumida que confiada; presume vanamente de sí que podrá gobernarlo todo, y teme de todos los que pueden ayudarle no le quiten el gobierno de algo, con que de todo se carga y todo lo pierde; y conócese en la monarquía la capacidad de quien la gobierna en el miserable estado en que se halla; muy mala se vió y muy mala estaba en mi tiempo, no lo dudo; pero comparado con el estado presente, los de mi gobierno pueden llamarse siglos de oro; y hállase sin crédito, sin poder, sin fuerzas. El rey de Francia hace lo que quiere, y á su arbitrio deja ó toma las plazas, ha tomado las puertas de Italia con el Casal, amenaza al Final y á Milan; triunfa en Roma un escarabajo como el rebelde de Portugal, porque defendiamos se apoderase de lo que era nuestro; echa bravatas, y la vileza de este ministro y su buena ley, que con Portugal, y como hijo de su padre, guarda; lleno de temor, le invió á ofrecer satisfaccion con mil indignidades; restituyóles la isla de San Gabriel, que era nuestra, demoliendo por complacerle la fortaleza que habiamos hecho en nuestra plaza, castigando, en lugar de premio, á nuestro cabo, que la habia defendido. Los príncipes de Italia, como andan siempre al aire de la fortuna, viendo á España tan miserable, la dejan. Amenaza el francés á todas partes con guerras, y no tiene este hombre en parte alguna defensa; con que, si le da gana de venir á Madrid y hacer San Dionís deste templo, se saldrá con ello; ni hay armadas en el mar ni ejércitos en la tierra; azótanos el francés con mofa, hácenos hostilidades Brandemburg con insolencia, quiere ser nuestro juez y ha prevaricado el inglés con malicia, Suecia y Dinamarca contra nosotros se coligan, estamos á la proteccion del holandés, que nos burla; y á este paso, si dura dos años este hombre en el ministerio, ni habrá Italia ni habrá Flándes ni habrá Indias; plegue á Dios haya España. Todos los consejos claman con consultas, y sin que deje llegar al Rey ninguna, porque no conozca en qué estado le tiene y busque quien la saque de él, él las tiene todas, enviándole solo algunas de cajon en que se entretenga. Empezó su gobierno derribando por su pié la monarquía con la baja de la moneda, que tanto rehusé siempre, por mas que me la propusieron, aunque fué con el artificio que se publicase dos dias antes de su valimiento, como si esta accion no fuese resolucion suya, como si no hubiese gobernado como valido mas de un mes antes de la formal declaracion; con esta mudanza destruyó de suerte á todos, que hoy los mas ricos no tienen de qué sustentarse, se han cerrado los tratos, arruinando los comercios, y perdídose las rentas, que en ninguna parte hay dinero; el que está lleno de frutos no tiene de ellos salida, y el pobre no tiene con qué comprarlos; con que todos igualmente, pobres y ricos, perecen, no oyéndose otra cosa que clamores y maldiciones contra este hombre y su gobierno. A nadie paga el Rey, y siendo rentas, demás de las tres partes de su reino, los créditos reales, no pagando á nadie, quita la hacienda á todos; consúmese la gente, no hay con qué cultivar las tierras; con que, si dura Medinaceli, será el hijo de vuestra majestad rey de eriales y desiertos. Claman los pobres, impaciéntase la nobleza, inquiétase el vulgo, y Medina solo piensa en cómo ha de casar sus hijas y aumentar su casa. Bien la casa real experimenta la hambre, pues los mas de los criados se pasan muchas veces sin ver una racion cumplida años enteros, sin que les dén una paga. No hay en el bolsillo del Rey para dar una limosna; solo en casa de Medinaceli se ven las abundancias, pues desde que es valido pasa de medio millon lo que ha dado á sus hijas; y lo que es mortal dolor para todos, que se mueren soldados de hambre y andan con las carnes defuera por no pagarlos; perecen los juristas porque el Rey les toma su hacienda; al mismo tiempo en el gobierno de este hombre son mas de seis mil millones los que de la hacienda del Rey se han dado de dádivas graciosas á los suyos; altera por su arbitrio todo lo regular de las proposiciones; cosas, Señor, que con excepcion observó vuestra majestad en su gobierno; puso con agravios de tantos, porque era su hechura, á Beitria en la secretaría del despacho; y porque se quejó algo deste agravio Coloma, y dió un poco recio la queja, se la juró, y en la primera ocasion les leyó la carta; despues de tantos servicios y méritos, le privó de su secretario por poner á un portugués, como si no hubiera castellanos en Castilla, dándose los puestos, no por los méritos, sino por interés ó ganancia; están las catedrales de España llenas de grandes sugetos en virtud y letras, y da un obispado á un clérigo modorro torrero, sin tener mas mérito que haber sido maestro de leer de sus hijas. Es clamor comun que todo se vende, hasta lo mas sagrado, y que la loca de Medinaceli y sus hijas, de todas las mercedes y oficios hacen mercancías; nada se consulta en todas las cámaras que no se hallen los camaristas con papeles destas mujeres, pidiéndoles con grande empeño por algun pretendiente. A todo hacen, grande y pequeño. Si un corregidor ha de dar una vara, una administracion, un oficio de guarda, ó un secretario ha de recibir un paje, se hallan con un papel pidiéndolo, con que todo lo violentan con sus empeños y de todos sacan interés, porque el barbi-rubio del Duque nada sabe negar que le piden sus mujeres, aunque es un pecho de bronce para el que cargado de méritos ve perecer por falta de medios; y es tan desver-

gonzada su codicia, que poseyendo tantos estados y rentas, teniendo los gajes de sumiller, no quiso cuando entró á ser primer ministro dejar el título de presidente de Indias, y por no dejar los gajes puso en el consejo gobernador que llevase otros gajes, añadiendo á la real hacienda este gasto tan considerable, por la sed insaciable de su codicia. Del valimiento solo toma el interés para sí, la malignidad para vengar sus pasiones. Cuando don Luis de Haro entró á ser primer ministro mandó á sus agentes que no siguiesen pleito alguno de sus intereses, porque no pareciese que con el poder de su puesto violentaba la justicia; esto fué temor á Dios y á los dichos de las gentes; pero el Duque, atento solo á su conveniencia, nada se le da de la fama; los pleitos de su casa que estaban dormidos los ha avivado y apresurado que se vean, por lograr en las sentencias la fuerza de su poder, que pasó poco há en el pleito de Lerma con el de Pastrana; porque el pueblo lo dice á voces no lo repito. Vióse necesitado el de Pastrana, viéndose oprimido de la violencia del interés, á sacar una paulina del Nuncio se leyese en Valladolid, compeliendo con censuras á que declarasen los que lo supieran las promesas de mercedes de plazas que se habian hecho á los oidores para que diesen sus votos. La infelicidad con que se abrieron los que los ausentes habian dado por una carta de favor que el de Villaumbroso dió para unos jueces de Granada, para que favoreciesen el derecho de un sobrino suyo, le quitó la presidencia de Castilla, y ahora fueron cartas vivas del primer ministro para todos, porque fué su hijo Cogolludo á hacer ofertas y á sembrar amenazas. Esta, Señor, no es injusticia solo, sino tiranía, y porque podia ser que, por mas que el Rey no atienda á lo vivo de tantos clamores, llegue á sus oidos, le tiene sitiado de sus paniaguados que hablen siempre cosas de burlas, desterrando toda la plática de importancia, impresionándole para que tenga horror á los que podian darle alguna luz y desengaño. Si algun predicador dice algo de su falta de justicia ó de los trabajos del reino, se le dice que para qué es afligir al Rey. Si los consejos hacen alguna representacion de grandes quejas, el valido amenaza á un destierro, porque quiere que el Rey viva á ciegas y que no sepa se le cae la casa hasta que no la tenga sobre sí. Hasta el sagrado de la confesion profana; halló confesor del Rey al maestro Velez, hombre santo, entero y docto, y porque decia debia el Rey gobernar por sí, pues ese era su oficio, sin otra causa le quitó que fuese confesor del Rey, con sumo escándalo de todo el reino. Trajo despues á Bayona, que era hechura suya; pero porque iba abriendo los ojos y no lo aprobaba todo cayó en desgracia, y no sabemos si murió de achaque de confesor. Despues ha jugado la pieza mas fina de su astucia, que no la tiene mas maligna Maquiavelo; porque conociendo que el obispo de Sigüenza, Carbonel, tenia fama de ajustado y entero, pero que por falta de conocimiento de las cosas de la corte seria fácil engañarle, le trajo para que su crédito excusase sus acciones y su sinceridad no las conosciese, con que quitó un buen obispo y hizo un mal confesor; pero no es nuevo en el Duque hacer negociacion de la confesion, pues habiendo sido toda su vida, como hijo de su padre, contrario á los jesuitas, y huyó siempre de tratarlos cuando vino á la corte, sabiendo que uno de ellos era confesor de don Pedro Fernandez del Campo, que tenia entonces todo el manejo, porque no habia valido, le tomó por su confesor por insinuarse por este medio en la confidencia de don Pedro; y echando yo de la corte al tal confesor porque aquella confesion no era mas que negociacion, caido don Pedro, porque le juzgó en mi desgracia no me habló por él una palabra, y despues, aunque volvió, no se confesó mas con él, dando á entender habia hecho razon de estado el sacramento; pero lo que no puedo tolerar es quiera ofuscar la luz de mi lealtad con nubes de sospechas de traicion, cuando todo el discurso de mi vida me acreditó lealísimo vasallo; es verdad que moví algunos tratados, pero nunca contra mi rey, y no va contra la cabeza, sino la defiende, quien la quita un mal lado. ¿Cuánto mas fundamento, Señor, hay para temer que no está segura la cabeza de vuestro hijo, ó por mejor decir en su cabeza la corona, estando á su lado dueño de su persona y reino un hombre que en la corte oyeron decir que el embajador de Francia, cuando suponian que por medio de la Reina pretendia derribar al Duque de su valimiento, que se engañaban los que tal pensaban, pues ninguna negociacion para su rey habia que la conservacion del Duque en el manejo, pues mientras lo tuvieren nada tendrán que temer los franceses de España, antes lo podian esperar todo? No sé qué da que sospechar el ver el descuido del Duque en el extremo cuidado de todos, no tomar providencia alguna para la defensa, cuando por todas partes está la monarquía amenazada; el no querer se labre moneda, como todos los consejos lo consultan, cuando por falta de ella todo el reino perece; el dejar apurar este cuerpo para que no pueda tener fuerzas, el tener desmanteladas y sin fuerzas todas las fronteras, el haber gastado el real Erario en gastos supérfluos y prodigalidades, y esto en el que pretende derechos á la corona, y dice aquello del memorial de cada año, puede ser, pero algunos lo juzgan cuidadoso. ¿Es posible, Señor, que no se hace reflexion en el modo de proceder deste hombre, que, recatándose de los españoles y teniendo retirados los primeros hombres, pase toda su inteligencia y confidencia con los extranjeros, que hais puesto en el consejo de Indias á un italiano, en el gobierno de Flándes á otro, en las costas de Andalucía á otro, que se estrechan con vínculos, dando sus hijas á Coloma y á Balváses? ¿Qué es esto? ¿No hay españoles en el mundo? Plegue á Dios no lleve misterio que al mismo tiempo tenga un virey en Méjico y á un hermano, ponga á un cuñado en Nápoles y á otro en Milan; plegue á Dios no sea ir poniendo aumentos para alguna máquina. Siempre los señores reyes hais tenido apartados de sí y léjos del manejo á los de este linaje, y aun el estado que les dieron fué dividido para que no pudiesen juntar sus fuerzas. No sé cómo duerme tanto el Rey, que hallándose sin sucesion, pone su vida y reino en el Duque Cerda, que ha juntado de los mejores estados de Andalucía, de Castilla, de Valencia y Cataluña, que busca alianzas extranjeras, que se asegura de las provincias mas distantes, poniendo en los suyos toda la fuerza, y esto con el ingenio turbulento de Cogolludo, á propósito para cualquier turbacion. Señor, no le vuelvo al Duque lo que le deja decir contra

mí su atrevimiento; pero si su obrar no lo vuelve traidor, harto fundamento hay para temerlo; y perdone vuestra majestad tan largo haya hablado, que todo ha sido justa defensa contra quien en el descanso de una pobre tumba de madera no me deja; por estas razones verá vuestra majestad cuánta mas razon hay para sacarle á él de palacio que á mí de la sepoltura, pues los espantosos golpes de este palacio son para despertar al Rey á que, advirtiendo su cierta perdicion y del reino, abra los ojos para apartar de sí al que lo arruina; que siento de verme arruinado en una tumba llena de telarañas.» Atento estuvo el rey muerto á todas las razones de don Juan, y aunque con aquella inalterable fineza de su semblante que cuando vivo, todavía parece habian hecho en él impresion las razones de su hijo, pues vuelto á él, le dijo: «Andad á vuestra tumba y descansad, que yo cuidaré de que no os inquieten; y vos, señor Prior, contad fielmente á mi hijo lo que habeis oido, y decidle de mi parte que no duerma tanto si no quiere despertar sin reino, y que trate de gobernar por sí, pues es su oficio; que á mí en esta vida no me han hecho penar tanto por las flaquezas en que he caido como por las omisiones con que goberné; que el gobernarse por uno solo no es gobierno, sino esclavitud; que no piense que cumple con su obligacion sentándose un rato en el despacho á hacer cuatro decretos de cajon y firmar todo lo que le manda el valido; que vea, que averigüe, que examine, que consulte, que forme juicio de los que consultan, leyendo; que mire que no es tiempo de burlas ni entretenimientos, pues el reino se le viene á plomo encima; que menos golpes me hicieron abrir los ojos para apartar de mi lado al conde de Olivares, por ver que en su conducta se me iba perdiendo; pero que puede temerle perdido.» Dijo; y sin hablarle palabra al de Medinaceli, que estaba, de confuso, mas muerto que vivo, volviéndole las espaldas, se entró en su urna, diciendo: «¡Pobre rey! Pobre reino!» Don Juan se metió en la suya, y el Duque y el Prior, llenos de confusion y miedo, se volvieron á sus posada.

FIN DE LA PIA JUNTA, Y DEL TOMO DE CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.



